FRANCISCO V. AGUILERA

Y LA

REVOLUCION DE CUBA

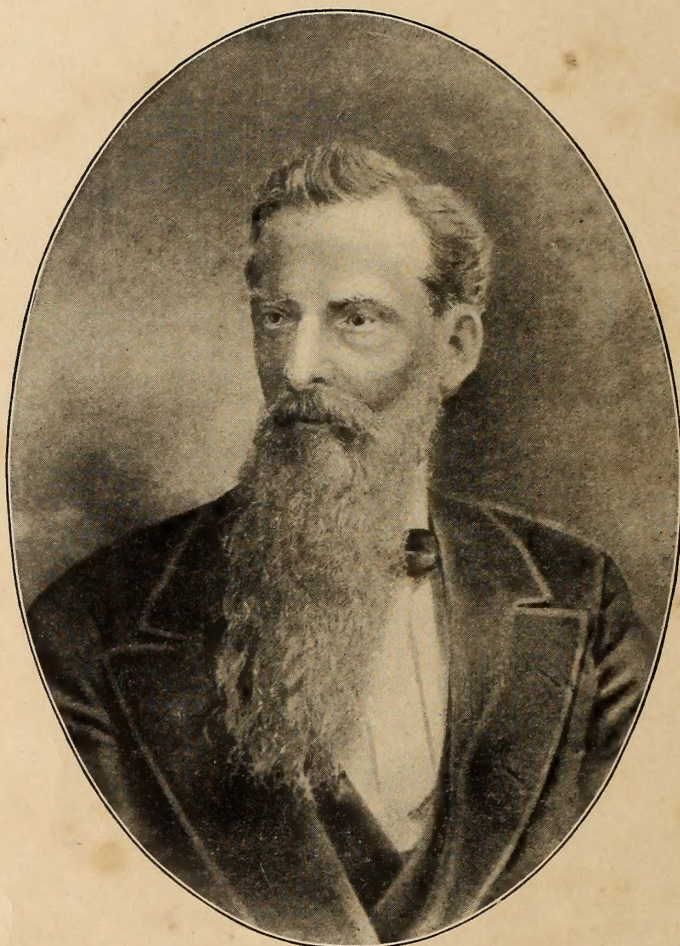
DE 1868



HABANA
LA MODERNA POESIA
1909







F. V. Aguilera

AL LECTOR

Como el curso del tiempo incontrastable hace cada día más borrosa la memoria de los acontecimientos pasados, á la vez que se lleva tras sí las personas que fueron de ellos testigos oculares, se obscurecen hechos importantísimos para la historia, y en alas del olvido va una de las figuras más prominentes que ha tenido la patria cubana; manteniéndose vivo en nuestra mente el recuerdo de los sucesos de mayor relieve, que acaecidos en días alejados de los actuales en que vivimos, están ignorados hoy, y teniendo á la mano un arsenal precioso en el cual se atesoran valiosos documentos para la historia de Cuba, que probablemente sólo en él pueden encontrarse; hemos decidido acometer la empresa, harto difícil en verdad para nosotros, por la escasez de fuerzas con que contamos para ella, de dar á luz esta obra; la que por ser relación exacta y verídica de lo acontecido en uno de los períodos más agitados de nuestra vida política, puede servirnos para conocer el pasado, enseñarnos en el presente y guiarnos en el porvenir.

Para mejor resultado de tan magna labor, nos acompañan la fé y la voluntad, que son aliados poderosos con los que el hombre llega á realizar empresas, al parecer inabordables, siempre y cuando puesta la confianza en Dios, mueve el bien y la nobleza del empeño aguija.

Tratamos de escribir la biografía de Francisco Vicente Aguilera. Y como la vida de Aguilera está tan íntimamente ligada con la revolución de Cuba de 1868, que bien puede decirse que aquel fué quien le dió la existencia á esta, de aquí que nuestro libro contendrá cosas igualmente interesantes para la biografía referida y para la historia de aquella revolución.

Todo el que esté algo enterado de las revoluciones cubanas, conoce el nombre de nuestro biografiado. Los mejor informados saben que hizo grandes sacrificios por su patria, que poseía cuantiosas riquezas, que fué un hombre noble y bueno; sin embargo, podemos asegurar sin jactancia, que hasta el presente, Aguilera, en realidad, es desconocido para los cubanos. Los que pronuncian su nombre no saben lo que fué; ignoran las bellezas de su noble alma; ignoran que la chispa que brotó de su cerebro y que constantemente avivó con amor indecible, á costa de los mayores sacrificios, fué la que produjo la hoguera que duró diez años y acabó con la tiranía en su patria; ignoran los trabajos que realizó, las dificultades que afrontó, las luchas titánicas que sostuvo, los desengaños que sufrió, las amarguras de su alma y, finalmente, el calvario que recorrió sin más recompensa que la maledicencia en vida y el olvido al cerrar los ojos para siempre.

Todo cuanto nos proponemos referir en el presente libro hará conocer á Aguilera; más no abrigamos la creencia de que la lectura de ello bastará para que se le haga completa justicia entre nuestros contemporáneos. Sabemos la fuerza que tienen las preocupaciones en el ánimo de los hombres; no ignoramos que éstos tienen ya erigidos sus idolos; y si algo faltase para arraigar más y más esa convicción en nuestro ánimo, bastáramos el olvido en que ha caido el nombre de Aguilera, cuando á los acordes del himno nacional reviven hoy los heroes, para hacernos apreciar el triunfo de los que, celosos de su superioridad y rectitud, lo combatieron en vida como lo olvidaron muerto.

Nada más difícil que hacer reaccionar el ánimo de los que se han acostumbrado

á ver las cosas desde un determinado punto de vista; y la dificultad acrece, cuando los méritos del que ha de rehabilitarse, pertenecen á la clase de los que poseía Aguilera. Es el ruido, la exhibición, el reclamo lo que priva por desgracia entre los hombres y nadie más contrario á ésto que él. En apoyo de nuestro aserto, nada será mejor que reproducir aquí algunos párrafos tomados de la notable serie de artículos del distinguido escritor y pensador portorriqueño, Eugenio M. Hostos, amigo y admirador de Aguilera, que con motivo de la muerte de éste publicó en varios números sucesivos del periódico "El Demócrata" de Caracas, Venezuela, el mes de Marzo de 1877, y que pueden leerse íntegros en el Apéndice. Helos aquí:

"Fuí su amigo, y lo lloro. Sigo siendo digno de haber sido uno de los pocos amigos verdaderos que tienen hombres como él, y lo echaré siempre de menos. Mas no será la vaciedad de un sentimiento personal lo que exprese mi dolor, ni consentiré que el dolor se entrometa en la expresión de ideas más viriles. Ha muerto un hombre virtuoso, y hon da pena es para los que hoy y mañana, al recorrer con deluso corazón las masas inconscientes que deja en sus yermos el coloniaje, suspiremos y tengamos que suspirar profundamente. Más ¿qué sino la repulsa que merece el indiscreto, encontrará el dolor individual, en donde hay un dolor de la patria y la justicia? Esta, que ha visto caer sin premio una virtud; la patria, que ve desaparecer desconocido y acaso calumniado al mejor de sus hijos; sólo ellas tienen el derecho de llorar. Y sólo ellas, para abominación del momento histórico en que vivimos, pueden tener esperanzas de consuelo. Porque ¿á quién que no sea una de esas dos entidades abstractas irá un alma severa á pedir consuelo por la muerte de un hombre como aquel? ¿Ambicionó? ¿codició? ¿deshonró con pasiones viciosas sus servicios á la patria y á la especie? No habiendo hecho ninguno de los males que aconseja el soborno del juicio contemporáneo, se fué con sus virtudes á la Historia. A mala parte: también allí hay soborno. Y ¡cuántos de los que hasta hoy han bregado para obscurecer las virtudes y los sacrificios de Aguilera, bregarán por atenebrarlos ante el juicio de la posteridad!

"No vale ella mucho más que los coetáneos: juzga á los que fueron como juzga el contemporáneo á los que son: por los oídos. ¡Napoleón! ¡Bryon! ¡Voltaire! ¡Loyola! ¡Bacon! ¡César Borgia! ¡Séneca! ¡Demóstenes! ¡Pericles! ¡qué nombres! ¡qué sonoridad! ¡qué resonancia!

"Y como al fin y al cabo las cosas más resonantes son aquellas que vibran más en el oído; y como al fin y al cabo la repetición de un mismo nombre es lo que en la vida y en la historia constituye ese ruido alucinante de la gloria, ¿qué virtud, siendo como es silenciosa por esencia, qué gran virtud es gloriosa entre los hombres? ¿Sócrates? por amigo de la verdad lo envenenaron. ¿Jesús? lo sacrificaron por humano. ¿Colón? por haber sido bienhechor de la civilización lo encadenaron. Después los deifican ó los santifican, y cuando así los privan de la gloria más augusta, de la gloria de haber sido hombres en toda la excelencia de la naturaleza humana, se postran ante ellos como idólatras, en vez de erguirse hasta ellos como hombres, y consuman la obra de injusticia".

Sin que éstas ni otras consideraciones puedan infundir el menor desaliento en nuestro ánimo, acometemos esta obra de justicia llenos de fé y de entusiasmo. Para su realización, el mismo Aguilera nos ha facilitado cuando pudiéramos necesitar; mejor dicho, con su previsión, nos ha hecho posible la tarea. Pareció presentir lo que para él tenían reservado la ingratitud y la envidia; que habían de hacerle cargos injustificados, como premio á su patriotismo, á su nobleza, desinterés y sacrificios; y en previsión de ello, y para demostración de su conducta, diáfana cual la luz del día, llevó un libro "diario" durante todo el tiempo que estuvo en el extranjero, en el cual anotó escrupulosa y minuciosamente todas sus operaciones, todas sus pláticas y entrevistas tenidas, todos sus pensamientos más íntimos, como sus alegrías

y sus dolores, para que sus conciudadanos pudieran juzgarlo y la historia en sus juicios imparciales, diera á cada cual el tanto de culpa merecido.

Ese libro precioso que tenemos á la vista, lo mismo que su correspondencia y documentos, es lo que nos sirve de guía en un trabajo como este, que de otra manera nos hubiera sido imposible realizar.

Si bien por su gran fortuna, trato cortés y apacible carácter, parecía Aguilera haber nacido para que se deslizara mansamente su existencia, rodeado de cuantos atractivos puede ofrecer la tierra, había al mismo tiempo en su pecho un sentimiento tan fuerte y poderoso, que avasallaba todos los demás; sentimiento que debía marcar el rumbo de su vida entera y había de impelerlo con fuerza irresistible, á la obra más grande, más atrevida, más generosa, más noble que puede caber en cerebro humano. Fué el sentimiento: su amor á Cuba. La obra: la redención de su Patria.

Accidentada y azarosa fué su existencia; rudas las luchas que tuvo que sostener; inmensos sus dolores, sus angustias y desengaños. Y en medio de aquel torbellino de miserias y de pasiones desencadenadas, viendo al fin que su hundimento era forzoso é irremediable el desastre, destrozado su pecho, más por el dolor que le causaban los daños que recibiera la patria, que por sus propios sufrimientos, pudimos observar, siempre su noble figura, con la frente alta, sereno el semblante é inquebrantable el propósito de seguir luchando por Cuba hasta caer exánime, exhalar por ella su último aliento, y darle el postrer recuerdo.

Al terminar este trabajo que con tanto amor acometimos y al que hemos consagrado varios años, sin desmayos y con la fe que pide toda obra buena para ser llevada á término, vemos con la más honda pena los lamentables é increíbles sucesos que para desgracia de todos se desarrollan hoy en nuestra patria, apenas nacida á la vida de la nación.

Este desgraciado acontecimiento nos ha hecho titubear, pensando si estos serían ó nó los momentos oportunos para dar al público una obra de esta naturaleza; más al fin nos decidimos hacerlo, creyendo que si bien en ella se ponen al desnudo los errores y debilidades del pueblo cubano, quizás ninguna ocasión habrá más oportuna que la presente para hacerlo, cuando la patria pasa por crisis tan terrible que ha puesto en peligro su propia existencia, se ve todo embrollado, el personalismo cunde, y dormitan los nobles sentimientos que alentaron á nuestros padres. Acaso al vernos retratados de cuerpo entero, tomemos horor á este cuadro de desolación que espanta y que en nada discrepa al que envolvió á Polonia en las postrimerías de su vida nacional; y pues hoy el peligro ha llegado á su grado máximo, impónese la enmienda, echénse á un lado las pasiones mezquinas que nos ciegan, levantemos el corazón á la altura de las necesidades de la patria, sea el esfuerzo común, aunado y enérgico, y ya veremos como se quiebra el acero mejor templado y la combinación maquiavélica mejor urdida, es impotente para volver á la esclavitud á un pueblo libre, valiente por su raza, digno por su historia y enemigo irreconciliable de cualquiera esclavitud y de todos los tiranos.

El lector sereno y patriota que hojee estas páginas, refrescando con ellas el recuerdo de los sacrificios que ha costado la independencia de Cuba; que conozca el calvario por que pasó el héroe de esta historia y compare este hombre ejemplar, todo grandeza, todo generosidad, todo desinterés, todo patriotismo, con los que han traído su patria á la dolorosa situación en que la ven nuestros ojos, que tal vez al cerrarse para siempre tengan que hacerlo en tierras apartadas, no podrá menos que participar de la congoja que se apodera de nuestro espíritu al pensar que aquel ideal tan grande y tan noble que Aguilera persiguió toda su vida y que pareció absorver por completo su existencia, una vez conseguido, sea hoy menospreciado, de tal manera, que se ponga á las plantas del extranjero, de quien hay que esperar lo destruya para siempre, haciendo de Cuba un nuevo trofeo que aumente su grandeza y abrillante su gloria, cuanto menoscabe nuestra dignidad y prestigio.

A poco que el lector sea imparcial, no podrá menos que sentir su alma desgarrada cuando al recorrer estas páginas, viendo los inmensos dolores que con tanta abnegación arrostró aquel hombre que en el altar de la patria dejó como humilde ofrenda, toda su fortuna, como valioso ex-voto, á su numerosa familia y como deber cumplido cuanto más preciado puede haber para un hombre en la tierra; vuelva la mirada y contemple este cuadro doloroso, en que algunos de los hijos de esta tierra, tan hermosa cuanto desgraciada, atentos sólo á sus odios y ambiciones, ponen sus pequeñeces por encima de los grandes ideales de la patria. Más de todos modos; sea cual fuere la suerte que quepa á nuestra patria desgraciada, este libro demostrará que si Cuba tuvo hijos tan obcecados, también los tuvo como Aguilera, á quien nadie superó en las altas dotes del espíritu.

Muy posible es que estas páginas susciten fuertes controversias, por ser graves los hechos que ellas han de dar á conocer, y no pocos los errores que se desvanecerán con su lectura. Pero hora es ya de que la verdad se conozca y abra paso; y si alguien creyere que no somos fieles en la narración de los hechos que exponemos, expeditos tiene los medios para contradecirlos. Todo cuanto ha trazado nuestra mano está fundado en datos autorizados; de la discusión sale depurada la verdad, único fin que nos mueve, y que á la postre será de utilidad para Cuba.

Dos salvedades creemos oportuno hacer en este lugar: se refiere una á la Nación Española y otra al Clero Romano.

Pudiera parecer en algunas partes de este libro, que tratamos con demasiada dureza á la primera; pero no es ese nuestro ánimo. Para aquella Nación, que fué la cuna de nuestros predecesores. tenemos todo el alto respeto que merece: para el pueblo que lo forma, nuestro, porque una es su sangre y la que hincha nuestras venas, pese al destino que al separarnos ha contribuído á unificar la raza, queremos todos los honores, todas las glorias y prestigios de la tierra, pues que sobre nosotros recaerán esas grandezas; noble deseo que no llegará á verse realizado, como se ignore la verdad, el error se oculte y el bien común no se persiga: esas faltas en que incurrimos ayer, han traído las actuales intranquilidades é infortunios de hoy, como los infortunios é intranquilidades que llovieron sobre España en las postrimerías del próximo pasado siglo, y los que en la actualidad nos acongojan, viendo nuestro destino en manos extranjeras.

¡Dios y la generación actual perdone á los que con todo y vivir en medio de los grandes triunfos del pasado y presente siglo, no han tenido como buena la sentencia de que la honradez es la mejor política para gobernar bien los pueblos, sino la que reinó en el siglo XV de nuestra era! Más la indulgencia que hayan de conceder los que tras nosotros vengan, nacerá de los juicios de la historia; y he ahí la razón de porque la verdad es la estrella que nos guía, que aún cuando amargue, con todo y ser tanta su grandeza, á los pilotos encargados de conducir la nave del Estado por entre escollos que no supieron sortear, dulce será á la patria, porque en ella tendrá siempre sus futuras felicidades y las prosperidades del mañana que queremos le acompañen siempre.

Con respecto al Clero Romano, diremos que, agradándonos ver marchar á los hombres por la senda del bien, nos duele mirar que este Clero, en algunos lugares, se desvíe de esa senda, en la que él, más que ninguna institución humana, debiera seguir, por la santa misión que se ha impuesto en la tierra. Sucede esto comunmente, en los paises en los cuales el catolicismo está apoyado por el Estado, y es natural que así suceda. Los sacerdotes católicos son hombres como los demás, y aún sujetos á más duras pruebas que otros; y allí donde el hombre puede ejercer el monopolio, comete el abuso.

Por todo eso somos partidarios de la libertad de cultos, para que con la concurrencia de otras religiones, trate el catolicismo de realizar mejor la obra moralizadora que debe ser el fin de todas las religiones. Sin embargo, para ser justos, debemos decir que aún aquí en

Cuba, en donde tanto han dado que decir algunos sacerdotes católicos, hemos conocido y conocemos otros que son ejemplares como sacerdotes y como hombres.

Los asuntos de que tratamos en la primera parte de esta obra los hemos tomado de muchas fuentes distintas, pero siempre teniendo autoridad bastante para apoyarnos en ella. Muchos son de los que dejó escrito Manuel Anastasio Aguilera, fiel amigo y familiar de nuestro biografiado, que lo acompañó siempre, desde su juventud hasta su muerte. Parte de estos trabajos de Manuel Anastasio con la colaboración del autor, fueron publicados en New York, en varios periódicos cubanos; otros son inéditos. Además, nos servimos de todo lo que hemos podido obtener de otras fuentes que pueden considerarse muy autorizadas. Para escribir las otras partes del libro, nos hemos atenido, con raras excepciones, al "diario" de Aguilera, á sus cartas y otros documentos que dejó; todos perfectamente auténticos.

Son tan complejos estos asuntos, que para mejor inteligencia del lector hemos dividido este libro en seis partes, no siendo esta división arbitraria, sino la que resulta naturalmente de los hechos, estando estas partes separadas por líneas bien definidas. La primera, abraza desde el nacimiento de Aguilera hasta que fué nombrado para la comisión que lo sacó de los campos de Cuba libre al extranjero; un período de cincuenta años. La segunda desde su llegada á la isla de Jamaica y New York, hasta su salida para Europa; un período de once meses. La tercera todo el tiempo que estuvo en Europa, que fueron ocho meses. La cuarta desde que tornó de Europa á los Estados Unidos, hasta la llegada del Sr. Carlos de Varona á New York, un lapso de diez y seis meses. La quinta desde este suceso hasta su rompimiento con el Sr. Miguel de Aldama, que abraza nueve meses, y la sexta desde el referido rompimiento con Aldama hasta su muerte; casi dos años.

Además, nos preparamos á publicar también, en tomo separado, la correspondencia de Aguilera y otros documentos interesantes. Por más que hayamos hecho una selección de esa correspondencia, dejando á un lado la que juzgamos de escaso interés, el tomo resultará bastante voluminoso, constando en él, tanto las cartas y comunicaciones oficiales que escribió Aguilera, como las recibidas por él, de los centros oficiales y de diferentes personas, arregladas de manera que el lector pueda fácilmente seguir el hilo del asunto, informándose de los particulares de que tratan, de la manera más auténtica. Esta correspondencia vendrá á ser como la historia de algunos hechos, y al mismo tiempo en cierto modo, una parte de la misma biografía, con el mérito de ser escrita por el propio biografiado y ratificada por las partes con quienes se relacionan los hechos.

Otro trabajo también intentamos dar á luz, y es un paralelo entre Aguilera y José Martí. Son éstos, indudablemente, los cubanos que más han influído en los destinos de su patria: el primero, como iniciador de la revolución de 1868, y el segundo como el que alcanzó el triunfo, con la que llevó á efecto en 1895. Ambos por su fe inquebrantable y la pureza de su patriotismo, merecen parangonarse, y ser traídos así ante sus conciudadanos para que puedan éstos conocer y admirar mejor la grandeza de sus caracteres.

Con estos tres trabajos creemos completar el monumento más hermoso que podamos levantar á Aguilera; más bello y conmovedor que los esculpidos en mármol ó en bronce, porque con él haremos que se le conozca íntimamente, que puedan apreciarse las raras virtudes que atesoraba su alma grande, y todo hombre justo é imparcial no podrá menos que descubrirse ante él, y guardar en su pecho toda la admiración y respeto que inspiran aquellos que han sabido sacrificarse por amor á la humanidad.

Tan sólo deploramos que nuestras facultades no estén á la altura de empresa tan grandiosa; pero por más que nuestra obra resulte deficiente en la forma, esperamos en el fondo alcanzar nuestro propósito, pues para ello sólo necesitamos relatar sencillamente la verdad, y ésta, tratándose de Aguilera, es tan hermosa y elocuente, que no necesita de galas literarias.

Por otra parte, nuestra deficiencia puede estar compensada con el conocimiento perfecto que tenemos del asunto que vamos á tratar, porque los lazos que nos ligaron á nuestro héroe, nos permitieron seguirlo paso á paso por el camino de espinas que recorrió en su carrera de patriota. Pudimos observarlo en todas las situaciones de su vida, desde las más sencillas hasta las más difíciles y crueles; conocimos aquella emigración de la que vamos á ocuparnos, habiendo podido apreciar el acendrado patriotismo que animaba á una parte de ella, la obrera, así como la indiferencia, si nó la mala intención de la otra parte, la acomodada, salvo muy honrosas excepciones.

Nada hay despreciable en la Naturaleza. El pólipo insignificante llega á formar grandes islas que después se cubren de vegetación y se convierten en lugares de singular belleza, donde puede habitar el hombre y vivir contento y feliz. Así nosotros, pequeñísimos pólipos en la obra civilizadora de los pueblos, hemos emprendido una tarea que grandes inteligencias mirarían con respeto. Pero ¿quién puede penetrar los arcanos de la Naturaleza? La Providencia divina, se vale á veces de medios bien extraños para realizar sus altos fines. De todos modos, por defectuoso que resulte este libro, mañana, si algún filántropo pensara que la virtud debiera ser glorificada, poniéndola de manifiesto ante los hombres, para su ejemplo y mejoramiento, este libro le proporcionará material suficiente para tan noble obra; y quizás entonces, escribiendo una biografía digna del héroe de esta historia, hará entera justicia al hombre que, respecto á la grandeza de su alma, á su desinterés, su amor á la patria, su abnegación y grandes sacrificios, no ha conocido superior en la tierra.

E. A. R.

Manzanillo, Febrero de 1907.

FRANCISCO V. AGUILERA

Y LA

REVOLUCION DE CUBA DE 1868

PRIMERA PARTE

COMPRENDE DESDE EL NACIMIENTO DE AGUILERA, EL 23 DE JUNIO DE 1821, HASTA QUE SALIO DE CUBA LIBRE Á DESEMPEÑAR UNA COMISIÓN EN EL EXTRANJERO, EL 26 DE JULIO DE 1871

Trocada en cruz, por mano fementida
La espada con que al pueblo defendiste,
Del Gólgota en la cumbre al mundo diste
Como Jesús, tu adios de despedida.

Un sueño fué la tierra prometida
Y el sol de libertad antorcha triste,
A cuya luz nublado siempre viste
El ideal más bello de tu vida.....!

Oh martir del deber! Oh imagen bella
De la sagrada flor con cuya aroma
Marca el martirio su profunda huella!

Si de la patria el templo se desploma,
Sobre sus ruinas se alzará su estrella:
La estrella de los mártires de Roma!

Rafael M. Mendive.

A Francisco V. Aguilera, en el primer aniversario de su muerte.—New York, 22 de Febrero de 1878.

CAPITULO I

1821 - 1860

NIÑEZ DE AGUILERA.—SUS PADRES.—SUS ESTUDIOS.—SU PROFESOR JOSE SILVERIO JORRIN SIEMBRA EN AGUILERA LA SIMIENTE QUE PRODUJO LA REVOLUCION DE 1868.—SU VIAJE A LOS ESTADOS UNIDOS.—SU MATRIMONIO.—RECHAZA EMPLEOS Y HONORES.—ES NOMBRADO ALCALDE ORDINARIO.—ES NOMBRADO COMANDANTE JEFE DE LAS MILICIAS DISCIPLINADAS.—UN INCIDENTE CON EL TENIENTE GOBERNADOR DE BAYAMO

Nació Francisco V. Aguilera en la ciudad de Bayamo, Cuba, el día 23 de junio de 1821.

Fueron sus padres el coronel don Antonio María Aguilera y la señora doña Juana Tamayo Infante, pertenecientes ambos á las más distinguidas y acaudaladas familias de aquella comarca. Su padre fué enviado á España, cuando joven, á completar sus estudios; sobrevino la guerra de independencia española, y el joven Aguilera tomó parte en la contienda, luchando con distinción contra los franceses. A su regreso á Bayamo, fué nombrado coronel de las milicias blancas disciplinadas de Santiago de Cuba y Bayamo.

Tuvo el coronel Aguilera dos hijos:

Antonio María, y Francisco Vicente. El primero, que era el mayor, residió habitualmente en la Habana, allí contrajo matrimonio con la señorita Manuela Lemur, hija del general del mismo apellido, hizo varios viajes por Europa, y murió, joven aún, sin sucesión.

Francisco Vicente, siendo niño, fué enviado por sus padres á Santiago de Cuba á recibir la primera instrucción y parte de la secundaria. Pasó después á la Habana en el año de 1836 á completar sus estudios superiores y seguir la carrera de la abogacía. Ingresó en el colegio de Carraguao, y fué uno de sus profesores el señor José Silverio Jorrín, joven que en aquel tiempo ya se distinguía por su talento y laboriosidad.

Las lecciones que allí recibiera Aguilera de su joven maestro, tuvieron influencia decisiva en su carrera futura. Refería él, que aquel ilustrado profesor, quizás bajo la influencia de las ideas que agitaban al país en aquélla época—era el año 1837, y acababan de negarse sus asientos á los diputados cubanos en las Cortes españolas—solía explicar á sus alumnos las diferentes formas de gobierno por que se regían las naciones; y en sus explicaciones, comenzando por el gobierno autocrático ó absoluto, lo describía con los más negros colores, diciendo que era el gobierno de un solo hombre que imponía su voluntad á toda una nación; ésta no tenía más ley que el capricho de aquel hombre, quien por lo regular se tornaba en déspota y tirano, y el pueblo que gemía bajo su gobierno era muy desgraciado, pues debía considerarse un pueblo de míseros esclavos. Seguía después describiendo los otros gobiernos, hasta que finalmente concluía con el republicano democrático, que se complacía en pintar de la manera más bella. Decía que en este sistema de gobierno, el soberano era el mismo pueblo; era éste el que velaba por sus propios intereses, el que hacía sus leyes, elegía sus gobernadores, y éstos, por lo tanto, no siendo otra cosa que empleados que el pueblo pagaba, se consideraban sus servidores, y de ninguna manera sus señores ó amos. Después, hablando de Cuba, decía que aquí no regía ninguno de esos gobiernos, porque esta isla era sólo una dependencia de la nación española, y no tenía parte en la formación de sus leyes ni en el nombramiento de sus gobernantes, porque ambas cosas estaban encomendadas principalmente á un funcionario que residía en la capital de la metrópoli, y de allá venían las leyes y los empleados que debían gobernar á los cubanos.

El joven Aguilera, que contaba entonces 16 años de edad, se extasiaba oyendo las hermosas disertaciones de su maestro; y los vivos coloridos con que las adornaba, no pudieron menos que hacer una fuerte impresión en su ánimo. predispuesto por naturaleza á esa clase de consideraciones. Meditando luego, observaba que si el gobierno absoluto era el de un hombre sobre un pueblo; si Cuba era también gobernada por un hombre desde Madrid, y su pueblo no tenía intervención en la formación de sus leyes, ni en el nombramiento de sus gobernantes, sino que obedecía á leyes y gobernantes que otro pueblo le imponía, el gobierno de Cuba debía ser tan degradante como el de esos desgraciados que su profesor consideraba como esclavos.

Con esta idea fija, deseó ardientemente conocer lo que era ese bello gobierno democrático; y sabiendo que en los Estados Unidos, país de que con tanta frecuencia y ponderación oía hablar, regían las instituciones democráticas, quiso estudiarlo de cerca. Finalmente, el año 1843 consiguió que sus buenos padres le permitiesen dar un viaje de recreo á aquella tierra ideal de sus ensueños.

No fueron defraudadas las ilusiones concebidas por el joven Aguilera. Como podía disponer de elementos necesarios para hacer un viaje espléndido y regalado, visitó lo mejor de aquel país y quedó encantado al observar la sencillez de las costumbres que por aquella época predominaban y sorprendido de la grandeza que ya empezaba á vislumbrarse.

Aquella débil simiente, sembrada tan temprano en la impresionable mente del joven, fué desenvolviéndose gradualmente: poco á poco adquirió ma-

yor grado de desarrollo, tomando cada vez forma más distinta hasta que finalmente, ya hombre, después de tan dilatado período de laboriosa gestación, vino á convertirse en idea fija, que con fuerza irresistible lo arrastró á sacrificarle su inmensa fortuna, su idolatrada familia, las delicias de su hogar, y cuanto más caro puede haber para un hombre en la tierra. Y después de agotado todo cuanto poseía, cuando no tenía ya nada más que darle, se convirtió en mendigo y salió por el mundo tocando los corazones nobles, pidiéndoles le dieran una limosna para libertar á su adorada Cuba é implantar en su suelo aquella democracia que tan vivamente había impresionado su espíritu desde la primer vez que la oyó describir á su maestro.

Más adelante verá el lector el grande afecto que guardó Aguilera para su eminente profesor, el cruel desengaño que sufrió cuando después de muchos años volvió á encontrarlo en Europa y la reacción que se produjo en él cuando vió que su querido maestro guardaba siempre en su pecho un corazón cubano. Continuemos nuestro relato.

Vuelto á la Habana el joven Aguilera, siguió sus estudios hasta graduarse de bachiller en leyes el año de 1846. Por este tiempo ocurrió también la muerte de su padre, y tuvo que ir al lado de su desconsolada madre, en Bayamo, á prestarle su apoyo.

En 1848 contrajo matrimonio en Santiago de Cuba con la Srta. Ana Kindelán y Griñán, su digna prometida, la que le igualaba en nacimiento y en riquezas. De ella tuvo diez hijos, de los cuales ocho viven aún.

Favorecido por la fortuna, enaltecido por el cariño unánime de comarcas enteras, rodeado de las consideraciones y respeto de todos, parecía que nada más debía apetecer Aguilera; pero en aquella época nefanda de la historia de Cuba, cuando este infortunado país yacía entre las sombras del más negro despotismo, teniendo por tribunal de justicia una Comisión Militar permanente, sin más ley que el capricho del capitán general con facultades omnímodas, ó de sus delegados el teniente gobernador ó el capitán de partido, cuanto más inferiores en categoría, más insolentes y tiranos; en aquella época horrible, cuando la esclavitud del negro infeliz é ignorante era pretexto para esclavizar al colono blanco, que por haber alcanzado mayor grado de educación no podía resignarse á sufrir tantos vejámenes; en aquellos tiempos en que al maestro de escuela se le mataba de hambre y al joven cubano se le prohibía por la ley que fuera á educarse al extranjero; en que por instrucciones moralizadoras se daban al cubano "el violín y el gallo" y la lotería; en que las costumbres habían llegado á tal grado de perversión y de mostruosidad que solía acontecer que el padre vendiese como esclavo á su propio hijo... al tender Aguilera la vista sobre cuadro tan negro y vergonzoso, se sublevaron sus sentimientos de cubano y sintió en el fondo de su alma el profundo y poderoso deseo de acabar con tantos horrores y dar á Cuba la dignidad de que carecía.

Hallabase en aquella edad en que no se conocen los desengaños: en que la juventud abre su pecho á los sentimientos más nobles y generosos, y creyó que en nada podía emplear mejor los dones que recibiera de la fortuna que en realizar aquella noble aspiración que conmovía todo su ser: la redención de su patria.

Era hombre que por sus maneras suaves y su bondad natural, no revelaba el fondo de firmeza y de tenacidad que había en su carácter. Era excesivamente modesto y estaba exento de toda ambición; menospreciaba los honores y pompas, tratando como iguales aún á los más humildes. Estas cualidades la granjearon las simpatías del pueblo, de manera que en las comarcas comprendidas entre Bayamo, Santiago de Cuba, Holguín, Tunas y Manzanillo, no había hombre tan popular y generalmente querido como Aguilera.

Al mismo tiempo que prudente y reflexivo, le agradaba expansionarse con sus amigos; con frecuencia los invitaba á visitarlo en sus fincas de campo y los obsequiaba espléndidamente. Su fami-

lia formaba su mayor encanto; nada para él más grato que verla contenta y gozosa; casi siempre estaba de paseo y excursiones, llevándola de temporada á las hermosas y cómodas viviendas de sus fincas, ó á Bayamo y Manzanillo, donde tenía suntuosas residencias. Demócrata de corazón, nunca faltaba á las fiestas populares. Ciertos días que, en esta región de Oriente, se acostumbraba celebrar con cabalgatas, macaradas, etc., Aguilera cocurría á éstas acompañando á sus hijas mayores, montadas en magníficos caballos, en unión de sus amigas y de jóvenes de la mejor sociedad. Por la noche daba brillantes saraos en su casa, donde reinaba la mayor alegría y animación, de que él mismo participaba invitando á bailar á las señoras de sus amigos. Fuera de estos momentos de expansión, era Aguilera serio y grave. Su carácter le había granjeado gran popularidad, y parecía que ningún hombre podía considerarse más feliz que él entre sus amgios. Así pasó aquellos venturosos días de su vida; pero como en la tierra la ley de la compensación es inexorable, tuvo que pagarlos caros con otros tan amargos y tristes, como dichosos habían sido aquéllos.

Siguiendo los impulsos de su carácter modesto y de su amor á la vida independiente, trataba de rehusar con pretextos corteses los cargos públicos y diferentes empleos que, en consideración á su posición social, los gobernantes le ofrecieron en varias ocasiones.

Renunció también el cargo de "regidor perpetuo del Ilustre Ayuntamiento de Bayamo" que tuvo por herencia de su padre, por ser opuesto á sus ideas democráticas. Sin embargo, en varias ocasiones, cediendo á los ruegos de sus amigos, tuvo que aceptar algunos, pero siempre puestos municipales y sin sueldo. En una ocasión fué nombrado alcalde ordinario. Durante el tiempo que desempeñó este cargo, más que juez fué un hermano conciliador y desprendido, tratando de que los que como enemigos llegaban al juzgado, salieran reconciliados; y en más de una ocasión, teniendo que condenar á un hombre pobre al pago de una deuda, falló con arreglo á justicia, y prestó dinero al deudor, quedando así todos satisfechos: el acreedor por haber cobrado, el deudor por verse libre del apremio y Aguilera por haber practicado una buena acción.

Su carácter franco le impedía disimular su amor á la libertad y su aversión al régimen constituído. En ciertas ocasiones, particularmente en las sesiones del Ayuntamiento, mostraba tanto ardor en la defensa de los derechos del pueblo, tratando de evitar las cargas que sobre él echaban los gobernantes, que llegó á ser objeto de recelo para el gobierno y empezó á circular el rumor de su desafección á éste.

En tales circunstancias, y acaso con miras poco generosas, se le nombró comandante jefe de la milicias blancas disciplinadas de Bayamo. Su primer impulso fué no admitir ese empleo, pero sus amigos le hicieron comprender que se exponía á las persecuciones del gobierno, que lo acechaba, y que debía aceptar el cargo por ser de la milicia ciudadana, como medida política, para tenerla siempre á su favor y evitar al mismo tiempo que otro jefe español corrompiera el buen espíritu de que estaba poseída. Grande fué el esfuerzo que tuvo que hacer para aceptar este consejo. Durante el tiempo que ejerció el cargo, cifró su empeño en conquistar el respeto y simpatías de sus subordinados y gastó muchos miles de pesos en imprimir alto prestigio á la institución en que veía un auxiliar poderoso para las ideas que bullían en su mente.

Para dar una idea del carácter de Aguilera, de lo extendida que estaba la creencia de su desafección al Gobierno y de las simpatías que gozaba entre sus conciudadanos, referiremos uno de los episodios de su vida colonial. En una de las populares fiestas de San Juan y San Pedro, siguiendo la tradicional costumbre del distrito, de entregarse el pueblo con gran bullicio á varias diversiones, como comparsas, paseos y carreras á caballo, sucedió que algún imprudente, tal vez excitado por el regocijo del momento, dió un grito de "¡viva la libertad!," en aquel tiempo considerado como una blasfemia atroz. La

policía se alarmó y corrió á poner el hecho en conocimiento del Teniente Gobernador, indicando que todas las sospechas recaían sobre Francisco V. Aguilera. El Gobernador comprendió la importancia del suceso, dadas las condiciones de Aguilera, y dispuso que éste inmediatamente se le presentara.

Aguilera no había lanzado aquel grito aterrador y convencido, por lo injusto del cargo, de que nada tenía que temer, acudió seguidamente á presencia del gobernante. Difundida la noticia por la ciudad, no bien pisó Aguilera la casa de gobierno, cuando el pueblo la cercó toda, esperando conocer el desenlace del conflicto. Recibido Aguilera con la altanería que distinguía á los señores tenientes gobernantes de aquel tiempo, sintió herida su dignidad, y al reconvenirlo por el delito supuesto, le contestó con estas dignas y significativas palabras: "Señor Gobernador, Dios nos libre á todos de que yo dé semejante grito." El Gobernador, comprendiendo la gravedad del caso y no atreviéndose á detener á Aguilera, tuvo á bien darse por satisfecho, regresando Aguilera á su casa entre una masa compacta de hombres del pueblo que lo felicitaban y recibiendo apretones de manos de sus amigos.

CAPITULO II

1851-1866

EL GOBIERNO DE MADRID DEJA INCUMPLIDAS SUS PROMESAS.—CONTRIBUCION DECIMAL.—CAMBIO DE MONEDA A ESCUDOS DE PLATA.—GUERRA DE MARRUECOS. —EXPEDICION A MEXICO.—ANEXION DE SANTO DOMINGO.—ESPAÑA PIERDE SU PRESTIGIO CON ESTA ULTIMA EMPRESA.—PARRAFOS DE UNA COMUNICACION DEL GENERAL LERSUNDI.—BAYAMO SE RESISTE A PAGAR CONTRIBUCIONES.—GOBERNANTES DESPOTICOS.—ESCANDALO EN LAS FIESTAS DE SANTIAGO.—BAYAMO REDUCIDO A JURISDICCION PEDANEA.—ORIGEN DE LA JUNTA DE INFORMACION.—FRACASO DE ESTA.—LOS CUBANOS PIERDEN TODA ESPERANZA.—DECIDEN LA REVOLUCION.

Acostumbrada Cuba á ser tratada con el mayor desvío por su metrópoli, no podía menos de corresponderle de igual modo. Cansada de esperar el cumplimiento de las promesas que en 1836 hiciera el gobierno de Madrid, relativas á dictar leyes especiales, justas y equitativas para el gobierno de la colonia, sin que pareciera dispuesta á cumplir su ofrecimiento, los cubanos eran presa del mayor disgusto. Y si tenemos en cuenta el despótico régimen militar que prevalecía, y que cualquier reforma hecha en las leyes tendía á aumentar las cargas del tesoro de la Isla, nada más natural que la repugnancia con que miraban los cubanos que su metrópoli se ocupase de ellos, sólo para explotarlos y vejarlos.

Después del gravoso arreglo de los diezmos que hizo el Estado con el clero, en virtud del cual los cubanos pagaron en metálico, el doble de lo que antes pagaban en especie á la Iglesia; y realizado el cambio de moneda á escudos de plata, que dió ocasión á que muchos rapaces empleados del gobierno hiciesen pagar á los campesinos en escudos de oro de dos pesos y un octavo, lo que debían cobrarles en escudos de plata, que sólo valían medio peso, vino el aumento de contribuciones con motivo de la guerra que declaró España á Marruecos, obligándose á abonar á los cubanos un impuesto extraordinario, igual á la contribución decimal municipal que pagaban, sin contar otras contribuciones, llamadas voluntarias. El éxito brillante de esta campaña alentó á España á emprender nuevas aventuras más arriesgadas, como la expedición á México, la

guerra con el Perú, la ocupación de Santo Domingo, empresas con ocasión de las cuales se castigó duramente las cajas de Cuba, además de recurrir á las contribuciones voluntarias, que de esto último tenían sólo el nombre.

Como el resultado de estas tres últimas empresas fuera tan desastroso para España, por lo exhausto que quedó su erario y la pérdida de su crédito y prestigio, la fuerza moral de que hasta entonces había gozado en Cuba la metrópoli decayó bastante, pues los cubanos tuvieron la medida del poder real de la metrópoli y vieron que no sería imposible para ellos combatirla con éxito.

Para dar una idea del desconcierto político y administrativo que prevalecía en Cuba y los males que este estado de cosas traía sobre la infeliz colonia, vamos á citar las palabras de un testigo, que, por la autoridad que le presta el puesto que desempeñó en Cuba, no podrá tachársele de parcialidad hacia los cubanos ni de animosidad contra la metrópoli.

Decía así el capitán general de Cuba, D. Francisco Lersundi, en comunicación dirigida al Ministro de Ultramar en noviembre de 1868:

"Triste es, pero necesario, confesar que la falta, la carencia absoluta de una política constante y uniforme hacia esta isla por parte del gobierno de la metrópoli, que ya prometía concesiones y reformas, ya reprimía y defraudaba las esperanzas que él mismo había hecho gratuitamente concebir, ha producido un estado de desconfianza, intranquilidad y desasosiego generales, que difícilmente podrá tener remedio, si no se adopta pronto una marcha única, fija é invariable, que á la vez que prudente, liberal y justificada, haga respetable y respetado así al gobierno de España, como al representante que aquí tenga.

"Las leyes de Indias, ese monumento tan glorioso que elevó á tanta altura el nombre español y la riqueza de la América española, ha sido destruído, así como la poderosa é inquebrantable organización de nuestras colonias, sustituyéndolas sin orden ni concierto con un sistema burocrático, que á la par que costoso, ignorante y sin ventaja legítima alguna, permitía por un lado la inmoralidad más escandalosa, y contribuía por otro al desprestigio del Gobierno Superior Civil, de la Capitanía General, del Tribunal superior del territorio, de toda autoridad, en fin; y todo esto, ¿para qué? Para dar vida y explicar la existencia de un centro que se llama Ministerio de Ultramar, que para justificar la razón de ser de que carece, no hace sino desmoronar y echar abajo ciega y atropelladamente todo lo que venía sancionado por el tiempo, y que implantado y arraigado de una manera muy profunda en las costumbres del país, sólo debiera alterarse con mucho cuidado, muy lenta y sobre todo muy uniforme y meditadamente."

Era Bayamo uno de los puntos en que más se marcaba el profundo disgusto que producía aquel estado de cosas. Sus extensas llanuras, bellas campiñas, caudalosos ríos y alterosas montañas, parecían influir en el ánimo de sus moradores, haciéndolos tan altívos como la misma naturaleza, é infundiéndoles ánimo para rechazar la opresión y conquistar la libertad. Ya desde 1864 empezó á resistirse á pagar los diezmos, y eran muchas las causas de ejecuciones y remates que no se llevaban á efecto por falta de licitadores. Desde entonces empezaron los bayameses á observar un sistema de resistencia pasiva al pago de las contribuciones.

La circunstancia de haber enviado por aquellos tiempos el gobierno á Bayamo de Gobernador á Gómez Rojo Saliquet, y para alcaldes mayores, consecutivamente á Suárez Pontes y Escozura, hombres déspotas, violentos, que maltrataron y humillaron al pueblo, así como los fiscales, capitanes de partido, etc., todos españoles de las mismas condiciones de carácter; estas y otras causas ya referidas, tenían á los bayameses excitados y ansiosos de dar rienda suelta á su disgusto.

El día 25 de julio de 1866, día de Santiago, que como ya hemos dicho, era de grandes fiestas y expansiones en aquella comarca, varios grupos de hom-

bres á caballo recorrieron las calles de la población, dando gritos de "viva Cuba libre". Algunas patrullas españolas que quisieron detenerlos, fueron arrolladas por la muchedumbre de jinetes y estropeados algunos agentes de policía. Fué aquello un hecho escandaloso. El teniente gobernador, don Julián Udaeta, alarmado, hizo acuartelar las tropas y se mantuvo á la espectativa. Llegada la noche todo quedó tranquilo. Varios españoles residentes en Bayamo denunciaran lo ocurrido al capitán general interino, don Joaquín del Manzano; éste pidió informes al gobernador Udaeta, quien los dió templando la relación cuanto pudo. Este gobernador era de ideas liberales; estaba casado con una cubana. El capitán general Manzano no inició procedimiento alguno, pero informó de lo acaecido al gobierno de Madrid.

Era á la sazón Narváez presidente del Consejo de Ministros, y tan pronto como aquel hombre violento recibió el informe, envió á Cuba un real decreto reduciendo á Bayamo á juridicción pedánea, dependiente de Manzanillo. La nueva cabecera de Bayamo se hallaba á catorce leguas de distancia por caminos intransitables cruzados por varios ríos que se desbordaban con frecuencia en tiempo de las lluvias. Esta medida, que además de ser grandemente vejatoria, perturbaba todos los negocios y arruinaba muchos intereses, se consumó á fines de 1866, fecha en que se trasladaron los archivos de Bayamo á Manzanillo.

Los bayameses, llenos de indignación por ese último atropello, resolvieron no soportar más tanta iniquidad. Ya no pensaron más que en combinar los medios de derrocar al gobierno que así amenazaba la existencia de los pueblos que tiranizaba.

Por esa misma época, el general don Leopoldo O'Donnell, primer ministro en Madrid, que había sido capitán general de Cuba y conocía perfectamente la situación moral del país, así como la imperiosa necesidad de variar el sistema político de la Isla y su administración, si se quería conservarla, formuló el proyecto que por real orden, como se hacía todo en Cuba, se llevó á cabo, de invitar á los cubanos á que enviasen hombres de su elección para que informaran al gobierno de las necesidades de la Isla y presentaran los proyectos de reformas que creyesen convenientes. Alentados los cubanos, cifraron grandes esperanzas en aquella preparada medida; nombraron para candidatos á los hombres más eminentes entre sus paisanos; el partido conservador nombró también los suyos, y en la reñida lucha que sostuvieron vencieron los patriotas.

Lucida fué la comisión informadora que envió Cuba al gobierno de la metrópoli: figuraban en ellas hombres tan notables como José Antonio Saco, el Conde de Pozos Dulces, José Morales Lemus, Nicolás Azcaráte y otros más. El elemento liberal de Cuba estaba de pláceme; creíase que aquel selecto conjunto de cubanos ilustrados y patriotas no podían menos que exponer con acierto las necesidades de Cuba y el medio de dar satisfacción á las nobles aspiraciones del país, y que el gobierno de la metrópoli, á cuya iniciativa se debía aquel acto, acogería favorablemente sus peticiones.

Pero el destino cruel se mantenía contrario á Cuba. Cuando los comisionados llegaron á la Corte, había ya tenido lugar un cambio de gabinete, lo que tan frecuente era en España, y se hallaba otra vez en el poder del funesto Narváez.

La información fué un fracaso. A los enviados de Cuba no se les permitió que dieran informes ni propusieran plan alguno. Se les relegó al triste papel de mantenerse callados y sólo se les permitió hablar para contestar á las preguntas que se les hicieron, concretándose á las materias sobre que les preguntaron. ¡Qué triste y cruel desengaño para Cuba y para aquellos cubanos ilustres!

Y no fué ese todo el amargo fruto de aquella comisión que tan bellas esperanzas despertó entre los cubanos. Como si hubiera querido unirse al agravio el sarcasmo, poco tiempo después llovieron sobre Cuba reales decretos que implantaban un sistema tributario ruinoso, que tendía á sumir el país en la miseria, diciendo que eso era lo que habían solicitado los comisionados; que así lo quería

Cuba y lo había pedido por mediación de sus preclaros representantes.

Fué esta la última gota que colmó la copa de agravios que apuraban los cubanos. Ese cruel desengaño borró todas las esperanzas de alcanzar justicia de una metrópoli que probaba tan á las claras que sólo burla y azote podían esperar de ella los cubanos. Desde ese momento todos los pueblos de la Isla sintieron sublevarse su espíritu, de indignación, y en el pecho de cada cubano el sentimiento más vivo que ardía era el de rebelión contra el gobierno de España.

Aguilera, que iba siguiendo paso á paso esta vía crucis por que pasaba Cuba, sintió afirmarse más en su ánimo la convicción de que el único remedio para los males de su patria, era romper los lazos que la unian con su opresora metrópoli.

CAPITULO III

1851-1867

CONSPIRACION DE JOAQUIN AGUERO.—AGUILERA COMPROMETIDO EN ELLA.—CAUSAS POR QUE NO SECUNDO EL MOVIMIENTO.—MUERTE DE LA SRA. MADRE DE AGUILERA.—ESTE SALE A VIAJAR POR EUROPA.—SU VUELTA A BAYAMO.—PRIMEROS PREPARATIVOS REVOLUCIONRIOS.—LA GUERRA DE SANTO DOMINGO CON ESPANA.—EL PERIODICO HABANERO "EL SIGLO."—JUNTA DE INFORMACION EN MADRID.—VIAJE DE AGUILERA A PUEBLOS DE LA ISLA.—SUS PRIMEROS TRABAJOS REVOLUCIONARIOS EN MANZANILLO.—FRANCISCO AGUERO Y ARTEAGA.—SU PUESTO DE CARNE EN EL CONGO

Aguilera era amigo de Joaquín Agüero, y cuando éste conspiraba en 1851, quiso que aquél le asegurara que sería secundado en el territorio de Bayamo. Trabajó Aguilera por algún tiempo en ese sentido, pero no estando de acuerdo con ciertos detalles del plan, y, por otra parte, encontrándose muy enferma su señora madre en los momentos en que ocurría la sublevación, todo ello hizo que nuestro biografiado no se uniera al movimiento.

El amor y la veneración que Aguilera sentía por su madre, era uno de los sentimientos más vivos de su alma. Después del desgraciado fin de Agüero, reflexionando sobre el grave pesar que estuvo á punto de causar á la autora de sus días, formó la resolución de no volver, mientras ella viviera, á comprometerse en tal empresa; al mismo tiempo juró ante el altar de su conciencia, dedicarse en cuerpo y alma á trabajar por la redención de su patria así que la noble señora pagara el fatal tributo que todos debemos á la naturaleza.

A principios de 1863 ocurrió la muerte de la venerable anciana. Profundo fué el dolor de Aguilera, y sus amigos le aconsejaron que viajara por algunos meses. Salió de Bayamo en los primeros días de junio de 1863, embarcóse en la Habana con rumbo á los Estados Unidos y de allí pasó á Europa, haciendo un ameno viaje por el continente, donde visitó varias de las ciudades más notables de Francia, Italia é Inglaterra.

Vuelto á Bayamo á fines de 1863, y libre ya de la fuerte traba que le imponía su conciencia, no pensó en otra cosa que en cumplir el sagrado compromiso que con él mismo había contraído, dando satisfacción á aquel ardiente deseo de su espíritu. Comenzó entonces á hacer sutil propaganda entre sus amigos, á tomar datos é informes que pudieran serle útiles y á meditar el plan que más adelante puso en práctica y que con tan buena suerte desarrolló después, casi hasta su terminación.

Durante este período ocurrió un hecho que ocupó grandemente su atención y del que sacó enseñanzas muy útiles. Fué éste la guerra entre España y Santo Domingo. Durante el curso de esta contienda, estudiaba los movimientos de

españoles y dominicanos y muy especialmente la manera de combatir y sostenerse en el campo aquel puñado de patriotas. Este estudio, el desenlace de aquella guerra y más luego las conversaciones que tuvo con los jefes dominicanos refugiados en esta Isla, llegaron á inspirarle la convicción de que los cubanos, en iguales circunstancias con respecto á la topografía del terreno y clima, y aventajándoles en otras, también podían hacer la guerra á España, seguros del triunfo definitivo.

La lectura de los brillantes y hábiles escritos publicados en el periódico "El Siglo" de la Habana y la campaña que realizó este periódico por las libertades y derechos de Cuba, atrajeron su atención; y aunque nunca tuvo fe en que el gobierno español hiciera lo que convenía á Cuba por amor á ésta, y era de justicia hiciese, comprendió lo provechoso de esa propaganda para la ilustración del pueblo y preparar á la par el terreno á fin de reclamar luego sus derechos por medios más enérgicos.

El fracaso de los comisionados cubanos en 1866 y la indignación que este suceso causó en el país, le hicieron comprender que era llegado el momento oportuno de obrar. Quiso conocer el estado de la opinión en toda la Isla, y envió emisarios de su confianza á explorarlo. Siendo satisfactorias las noticias que recibió, se propuso convencerse personalmente de la verdad y pasó á visitar los principales pueblos comprendidos entre Santiago de Cuba y Camagüey. De regreso en Bayamo con las mejores impresiones, empleó los primeros meses del año 1867 en preparar discretamente por todas partes en Oriente la opinión en sentido revolucionario.

Con ejemplo de la manera con que Aguilera empezó él solo sus trabajos, antes de llamar á sus amigos y conciudadanos, para conspirar contra el gobierno de España, referiremos uno de ellos en la jurisdicción de Manzanillo.

Tenía Aguilera entre sus empleados uno por quien sentía especial predilección. Era un hombre en la flor de su edad, de formas atléticas, imponente presencia, barba corrida y chispeantes ojos negros. Era valiente, honrado, leal y fanático por la independencia de Cuba. Esta joya para Aguilera se llamaba Francisco Agüero y Arteaga.

Era Agüero hijo de Puerto Príncipe; había sido uno de los que conspiraron con Joaquín Agüero en 1851, y si pudo escapar con vida de aquella horrorosa catástrofe, fué para ser condenado a arrastrar una cadena en el presidio de Ceuta. Con Agüero fué condenado por la misma causa, y le acompañó al presidio, el patriota Mateo Aponte. Compañeros de infortunio, hicieron allí una vida íntima estando unidos mucho tiempo por la misma cadena. Cuando al fin fueron puestos en libertad, lograron comprar la cadena que había sido á un tiempo su tormento, y símbolo de su amistad, y diviéndola por la mitad, cada uno tomó su parte, conservándola después como reliquia de inestimable valor, y honroso trofeo de sus sufrimientos por la patria. Fueron estos antecedentes los que hicieron que Aguilera cobrara tan viva simpatía por Agüero; y comprendiendo que era el hombre que más le convenía para sus proyectos, desde luego le hizo proposiciones ventajosas para que se quedara á su lado, las que Agüero aceptó. Desde entonces no se separó más de Aguilera, acompañándolo en las continuas excursiones que éste hacía por el campo, recorriendo sus numerosas fincas esparcidas por las extensas comarcas de Tunas, Bayamo y Manzanillo; excursiones que habían de hacer siempre por mar ó á caballo, muchas veces por caminos pésimos, pues aquellos territorios estaban y aun están hoy vírgenes de ferrocarril.

Iniciado Agüero en los planes revolucionarios de Aguilera, los acogió con ferviente entusiasmo; las penalidades y peligros que había arrostrado por Cuba, parecían servirle más bien de estímulo para emprender otros nuevos. Por otra parte, la franqueza con que Aguilera lo trataba, considerándolo siempre como un amigo y buen compañero, hacía que sintiese Agüero la mayor adhesión por él y estuviera dispuesto á servirle hasta el sacrificio.

Obedeciendo órdenes de Aguilera

abrió Agüero un expendio de carnes en El Congo, poblado situado á una y media legua de Manzanillo, facilitándole Aguilera el ganado. La comisión de Agüero era conseguir en poco tiempo una parroquia tan numerosa como fuera posible. Como conocía bien la gente del campo, sabía tratarla, y además, desempeñaba "con amore" su misión, muy pronto consiguió su objeto. El procedimiento de que se valió fué muy curioso. Desde su tienda saludaba cortésmente al transeunte con el popular "adiós, amigo"; á los pocos días le decía alguna otra cosa con objeto de llamar su atención y trabar conversación con él, lo que pronto conseguía con su carácter franco y simpático. En la conversación se informaba de su familia, dónde vivía, si tenía parientes, etc. Al despedirse, al mismo tiempo que le ofrecía cordialmente sus servicios, cortaba un buen trozo de excelente carne y dándola á su nuevo amigo le decía: "Tome, compae, para que eche en el "ajiaco." Si tenía parientes y amigos le recomendaba les dijese que cuando necesitasen carne fuesen allí, que los trataría bien. El campesino quedaba encantado de la bondad de su nuevo amigo, á todos ponderaba su generosidad y recomendaba su puesto de carne. Cuando volvía á pasar, siempre llegaba á conversar con aquel amigo que se había ganado su aprecio y consideración, y Agüero, si lo juzgaba conveniente, seguía haciéndole de vez en cuando sus finezas.

A los parroquianos les vendía la carne más barata que su colegas, y en el peso siempre aquéllos llevaban la ventaja. Con estos procedimientos, no es extraño que en muy poco tiempo el puesto de Agüero fuera el más concurrido, y Agüero el hombre más popular y simpático de aquellos contornos.

Era este el momento en que debía acometer su trabajo en serio. En íntima conversación con aquellos sencillos campesinos, empezaba Agüero á hablarles de los abusos del gobierno, á decirles que el peso de las contribuciones lo encarecía todo, que el pobre no podía prosperar, que ellos estaban trabajando para que otros disfrutasen de su sudor, que eran, en fin, unos esclavos, y eso no podía seguir así. Agregaba que en sus manos tenían el remedio de aquel mal, pues el día que todos juntos montaran á caballo, sacaran sus machetes y cayeran sobre los soldados españoles que estaban en el pueblo, los aplastarían y quedarían dueños de su tierra. Aquellas gentes sencillas oían con admiración tan bellos discursos, no dudando de su veracidad en consideración á la persona que los decía; así es que cuando Agüero cesaba de hablar, le decían convencidos y entusiasmados: "don Pancho, cuando me necesite, cuente V. con mi hoja."

Aun hay personas en Manzanillo que recuerdan á don Pancho Agüero y su puesto de carne del Congo. El expendio que llegó á tener Agüero fué inmenso, las piaras de ganado cebado que le mandaba Aguilera se sucedían unas á otras con rapidez, y aunque el resultado financiero fuera desastroso, el político fué brillante, y éste era el que Aguilera buscaba. Así empezó á regarse la primera semilla que produjo los hombres que acompañaron á Céspedes el diez de octubre de 1868 (1).

---

(1) Francisco Agüero y Arteaga se alzó en armas con Aguilera, acompañándolo en calidad de ayudante. Después de la salida de Aguilera para el extranjero, fué hecho prisionero por las tropas españolas y fusilado en Guáimaro. Murió como un valiente.

CAPITULO IV

1867-1868

CONFERENCIA DE AGUILERA CON FRANCISCO MACEO OSORIO.—PRIMERA REUNION DE CONSPIRADORES EN BAYAMO.—AGUILERA JEFE DEL COMITE REVOLUCIONARIO.—PEDRO FIGUEREDO Y FRANCISCO MACEO DEPONEN SUS RESENTIMIENTOS ANTE LA PATRIA.—TRABAJOS DEL COMITE.—MISION DE PEDRO FIGUEREDO A LA HABANA.—LOGIAS MASONICAS.—ORGANIZACION DE VARIOS CENTROS

Ya á principios de agosto de 1867 comprendió Aguilera que era indispensable dar forma y organización á las operaciones. A este propósito, el día 2 del mismo mes de agosto, acompañado de su primo Manuel Anastasio Aguilera, persona de toda su confianza, entusiasta y decidido partidario de la independencia de Cuba, que lo había ayudado mucho en sus trabajos preparatorios, tuvo una conferencia con el notable abogado Francisco Maceo Osorio, en casa de éste. En ella resolvieron dar principio á la revolución, acordando que cada cual por su parte se ocupara en buscar prosélitos entre sus amigos, para celebrar á su debido tiempo una junta general. Tan bien preparado estaba el terreno, que aquellos trabajos tuvieron un resultado excelente, y en muy pocos días ya la revolución no hubiera podido evitarse ni aún por su iniciadores mismos.

En vista del éxito de la propaganda, resolvieron convocar á los afiliados para una reunión general en la casa del prestigioso abogado Pedro Figueredo, con objeto de formalizar y organizar la rebelión. Reuniéronse allí el día 14 de agosto los más notables miembros de la sociedad bayamesa, con el mayor entusiasmo. Entre los varios patriotas que tomaron la palabra fué Aguilera uno de ellos, y aquel hombre de carácter tan modesto y apacible se transformó corvirtiéndose en el más ardiente y exaltado revolucionario. Al calor de sus entusiastas frases, todos se sintieron conmovidos, y allí juraron derrocar al gobierno español ó perecer en la contienda. Entre las resoluciones que adoptaron, fué la principal nombrar un comité directivo de la revolución. Los elegidos por unanimidad para formarlo fueron Francisco V. Aguilera, Francisco Maceo Osorio y Pedro Figueredo. Este comité, del cual Aguilera fué considerado como jefe, y la "Junta" que le sucedió después, fueron las únicas autoridades reconocidas por todos los revolucionarios de Oriente hasta el 10 de octubre de 1868.

Para dar una idea del grado á que llegaba el patriotismo que dominaba á aquellos hombres, referiremos el siguiente caso. Eran Pedro Figueredo y Francisco Maceo acérrimos enemigos; y el odio que se tenían era tal, que al encontrarse en la calle se dirigían insultos á manera de saludos. Aguilera lamentaba esta circunstancia que le hacía imposible valerse del auxilio de hombres á quienes consideraba á propósito para su empresa; mas conociendo á fondo los sentimientos de ambos, no desesperó. Habló privadamente á uno y á otro, y el día de la reunión que acabamos de referir, se presentó acompañado de Francisco Maceo en la casa de Pedro Figueredo, y allí los dos mortales enemigos, en presencia de los concurentes, se dieron el abrazo de amigos, de hermanos, de patriotas, deponiendo sus rencores por amor á Cuba. Y no fué éste, como tantos otros abrazos históricos, mera formula, no: Figueredo y Maceo cumplieron fielmente su promesa. Desde aquel día olvidaron sus antiguas diferencias, y ya sólo rivalizaron en servir bien á la patria, hasta exhalar por ella el último aliento.

Comenzó el Comité sus trabajos con el mayor entusiasmo y el resultado más feliz, y como en muy poco tiempo consideró asegurada la revolución en la jurisdicción de Bayamo, trató de extenderla al resto de la isla. A este efecto

hizo venir á Bayamo los hombres más importantes de los pueblos cercanos, extendiendo en ellos la agitación patriótica. Respecto á los pueblos distantes, dispuso el Comité que sus miembros se dirigiesen personalmente á las ciudades de mayor importancia de la Isla, para ponerse de acuerdo con los centros revolucionarios que allí hubiera, ó hacer que se formaran dichos centros en caso de no haberlos. Al confiarse esta delicada misión se tuvieron en cuenta las relaciones y simpatías que cada uno de los individuos del Comité tenía en las diferentes localidades. Atendiendo á estas circunstancias, resolvieron que Aguilera fuese á Santiago de Cuba y Camagüey, Maceo á Holguín y Figueredo á la Habana. Para las Villas nombraron al abogado Luis Fernández de Castro.

Todos salieron y regresaron á Bayamo una vez cumplida su misión, menos Castro, que de las Villas pasó á la Habana sin dar cuenta de la suya.

Aguilera y Maceo volvieron á Bayamo muy satisfechos del resultado de su encargo; no así Figueredo, que vino lleno del más profundo disgusto. Figueredo, que estaba muy bien relacionado en la Habana, por haber vivido allí con su familia muchos años, y haber sido copropietario del periódico "El Correo de la Tarde", dió cuenta al Comité de su misión sustancialmente en los términos que siguen.

Llegó á la capital y se puso en relación con los prominentes individuos que allí componían la "Junta Revolucionaria". Esta lo acogió con las más expresivas manifestaciones de simpatía y consideración. Dió cuenta de su encargo, explicando cuanto se había hecho en Bayamo en sentido revolucionario, los planes convenidos para iniciar el movimiento allí y en otros puntos, la confianza que tenían los bayameses en el patriotismo y desprendimiento de los millonarios habaneros, y concluyó, al fin, pidiéndoles su cooperación para el movimiento revolucionario.

La Junta de la Habana pidió algún tiempo para reflexionar y discutir el asunto, y Figueredo asistió á las sesiones que se celebraban con ese fin. Por último, quedó resuelto que la Junta aprobaba los planes que había presentado Figueredo, y que situaría un crédito de tres á seis millones de pesos en los Estados Unidos, para llevar á cabo el magno proyecto.

Con tan feliz resultado, Figueredo rebosaba de contento y á toda prisa hacía los preparativos para volver á Bayamo á dar cuenta del buen éxito, cuando fué llamado de nuevo por la Junta. Presentóse á ella y se le dijo que era urgentísimo que antes de proceder al cumplimiento de lo pactado, fuese á recorrer los pueblos de las Villas para contar con la seguridad de que ellos secundarían el movimiento. La Junta estaba pronta á proporcionarle todo el dinero que necesitase para llenar esa comisión. Figueredo no aceptó el encargo, manifestando que esa misión debía confiarse á una persona que estuviese bien relacionada en aquella región, donde él no tenía conocimiento alguno. Dijo que, encontrándose entre los miembros de la Junta quienes reunían las condiciones que á él faltaban, era más conveniente que la comisión se le diera á una de esas personas. Además, ya lo llamaban con urgencia de Bayamo, y no podía demorar su marcha.

Poco antes de su salida de la Habana fué llamado nuevamente por la Junta. Fué, y en la reunión le manifestaron que acababa de llegar á la Habana el general Sherman, procedente de los Estados Unidos, en calidad de comisionado del general Grant. Dijeron que aquél les había manifestado que Grant estaba seguro de triunfar en las próximas elecciones y ser presidente de los Estados Unidos; y entonces, uno de sus primeros actos sería acabar con la dominación española en la isla de Cuba. Pero para esto, decía, era necesario que Cuba se mantuviera tranquila, porque una revolución traería irremediablemente derramiento de sangre, ruina de propiedades, etc. Le manifestaron que por tan poderosas razones, la Junta anulaba cuanto había acordado anteriormente con él referente á proyectos revolucionarios, y desde luego se apartaba de toda relación con el movimiento de Oriente. Aconse-

jó á la vez á Figueredo que hiciera desistir á los bayameses de sus propósitos revolucionarios y aguardasen la realización de los proyectos del general Grant.

Asombrado quedó Figueredo ante tal manifestación, y con enégica vehemencia agotó todos los recursos de su imaginación y su voluntad para combatirla. Hízoles presente la solemnidad de los acuerdos tomados anteriormente; la grave responsabilidad que echaban sobre sí al negar su concurso á la obra que debía dignificar á la patria, cuando en sus manos estaba alentarla y asegurar su éxito. Por fin, les dijo que la patria algún día les pediría estrecha cuenta del acto incalificable que realizaban; mas todo fué en vano. Uno solo de aquellos hombres se mantuvo firme apoyando en unión de Figueredo con enérgica elocuencia la resolución primera; pero su voz quedó ahogada y sus esfuerzos resultaron inútiles.

Estos mismos hombres, una vez que estalló la revolución en 1868, emigraron á los Estados Unidos y desde allí solicitaron y lograron que el capitán general Carlos Manuel de Céspedes los nombrase representantes de los intereses revolucionarios. La historia se encargará de juzgarlos.

Fueron estas las tristes impresiones bajo las cuales Figueredo regresó á Bayamo. Al comunicarlas á sus compañeros, grande debió ser la contrariedad de éstos; sin embargo, no vacilaron un momento en continuar su labor. Estaban convencidos de que obraban conforme á la voluntad del país, que éste deseaba la ocasión de rechazar la opresión y el vejamen á que estaba sometido; los mismos habaneros les habían dado prueba de ello al acoger favorablemente la misión de Figueredo; y si después cambiaron de parecer, fué porque se sobrepusieron los intereses materiales. Muy importante les era el apoyo de la Habana, centro de la riqueza y de la ilustración de la Isla; pero persuadidos de que una vez se convencieran los habaneros de que el país entero quería la revolución y no podían atajarla, se someterían á la voluntad de aquél, y se unirían á ella. En esta persuasión continuaron la obra con el mayor empeño y decisión.

Según fueron extendiendo sus trabajos, hicieron que en cada una de las juridicciones de Oriente se estableciera un centro que se pusiera en comunicación con ellos; así se formaron los centros de Santiago de Cuba, cuyo jefe era el patriota Manuel Fernández; de Tunas, del que lo era Vicente García; el de Holguín que estaba á cargo de Belisario Alvarez, el de Manzanillo al de Juan Hall y Angel Maestre y otros centros más.

Para hacer menos sospechosas sus reuniones, resolvieron establecer logias masónicas en las diferentes poblaciones donde se conspiraba, á las cuales hacían afiliar á los principales agentes del gobierno español, para desorientarles.

Continuaron así los trabajos revolucionarios con toda regularidad y sigilo, formándose comités y subcomités, donde quiera que había un número regular de individuos. Los jefes de esos comités asistían á las reuniones en los lugares de más importancia, las que, por encubrirse con el nombre de "tenidas" masónicas y ser citados á ellas, y asistir muchas veces, los mismos agentes del gobierno, no despertaban las sospechas de éste. A estos agentes del gobierno fácilmente se les despistaba, para lo cual se quedaban rezagados las revolucionarios después de las tenidas, y volvían á reunirse así que se retiraban aquéllos.

El lugar donde regularmente se reunían los revolucionarios de Bayamo, era el ingenio "Santa Isabel" de Aguilera, frente á la ciudad y del otro lado del río. Era este un lugar cercano, reservado, donde estaban á cubierto de toda sorpresa; allí había establecido Aguilera una "logia" amplia y cómoda, donde se efectuaban las "tenidas" masónicas y al mismo tiempo las reuniones revolucionarias.

CAPITULO V

JULIO 1868

LOS TRABAJOS REVOLUCIONARIOS CASI COMPLETOS.—SOLO FALTAN LAS ARMAS Y PERTRECHOS.—AGUILERA TENIA ALGUNAS.—CARLOS MANUEL DE CESPEDES ES AFILIADO A LA CONSPIRACION.—SE PONE AL FRENTE DEL DISTRITO DE MANZANILLO.—PERSONALIDAD DE CESPEDES.—CONTRASTE ENTRE ESTE Y AGUILERA.—GRAN DIFERENCIA ENTRE SUS CARACTERES.—AGUILERA EL HOMBRE MAS QUERIDO Y POPULAR.—INFLUENCIA CONTRARIA QUE EJERCE LA RIQUEZA Y LA FAMILIA EN LOS REVOLUCIONARIOS.—AGUILERA TENIA UNA NUMEROSA FAMILIA.—CESPEDES, MARTI Y BOLIVAR NO LA TENIAN.—WASHINGTON Y AGUILERA COMPARADOS COMO PATRIOTAS.—EL PRIMERO TUVO AUXILIARES QUE LO AYUDARAN.—AGUILERA SOLO TUVO QUIENES PUSIERAN ESTORBOS EN SU CAMINO

Llegó así el mes de julio de 1868, época en que la revolución podía considerarse ya bien preparada. Tenía comités en casi todas las poblaciones importantes de Oriente, y el centro de Bayamo estaba en relación con el de Camagüey. Se había procurado extenderla á las Villas, pero dieron con la dificultad de no encontrar personas hábiles á quienes confiar tan difícil y delicado cargo. Sólo le faltaban armas y pertrechos con que habían de darse los primeros golpes, y aunque Aguilera, gradualmente y con sigilo, se había ido proveyendo de algunos, depositándolos en su ingenio "Santa Gertrudis," no eran suficientes. Había dispuesto el Centro dejar las armas para última hora, porque juzgaba peligroso tenerlas depositadas allí por mucho tiempo, rodeados como estaban de suspicaces agentes del gobierno español. Determinaron, por lo tanto, aplazar la adquisición de ese elemento para cuando, listo todo, se ocuparan en señalar el día en que debía estallar la revolución, asunto que ya trataban de resolver.

Fué á fines de aquel mismo mes de julio cuando Pedro Figueredo inició á Carlos Manuel de Céspedes en los secretos de la conspiración; y este insigne patriota, tomando con todo el ardor de su temperamento la noble causa, muy pronto la extendió notablemente entre los elementos de la ciudad, y debido á su influencia se afiliaron personas importantes de Manzanillo, como Jaime Santisteban, los tres hermanos Bartolomé, Rafael y Isaías Masó, Rafael Tornés y muchos más.

Céspedes era indudablemente un carácter. Hombre de talento superior, bien cultivado, de convicciones firmes é indomable energía, odiaba desde sus primeros años al gobierno español, porque significaba la opresión y vejamen del cubano, cosa que no podía soportar su espíritu altivo é independiente. En sus cálculos y sus empresas entraba más el deseo que el raciocinio y la posibilidad de llevarlos á cabo, pues contaba siempre como principal recurso, con su voluntad de hierro y su talento. Fué ésta indudablemente la causa de las penalidades que sufrió en el curso de su vida y de sus grandes desgracias. Confiado en su superioridad, se creía capaz de realizar las empresas más atrevidas; amaba la libertad, pero aquellos sentimientos delicados del alma se veían aniquilados ante una voluntad que de nada se compadecía.

Si fuéramos á establecer un paralelo entre Aguilera y Céspedes, veríamos la enorme diferencia que en sus caracteres existía. Contaba Aguilera también con una voluntad firme y una tenacidad á toda prueba, pero estos rasgos no le obscurecían la razón, que era su guía. En sus planes trataba de obrar con toda prudencia, no confiando al acaso sino aquello que no podía prever. Aguilera, á pesar de su posición social y de su fortuna, era demócrata por naturaleza; al mismo tiempo era también generoso, caritativo, espléndido, y estas otras cualidades agradables hacían que se ganase la buena voluntad y la simpatía de todo el que lo tratara. Céspedes era induda-

blemente un hombre de mérito, pero á causa de su carácter altivo y sus ribetes de aristócrata, no era capáz de inspirar simpatías á las masas. Era Aguilera un hombre muy conocido, popular y querido en las regiones de Oriente y Camagüey. Céspedes era poco conocido, y aunque se sabía entre sus amigos que abrigaba ideas revolucionarias, á la generalidad inspiraba poca confianza. Jamás el nombre de Céspedes hubiera sido capaz de arrastrar al pueblo á tomar participación en aquella arriesgada empresa. En cambio, pronunciar el nombre de Aguilera era lo suficiente para decidir á los patriotas á prestarse á todo. Este nombre era un talismán que conquistaba todas la voluntades, y así se explica el éxito que desde sus primeros pasos obtuvo en el camino de la revolución.

El mismo Aguilera, á pesar de ser amigo de infancia de Céspedes y conocer sus ideas revolucionarias, se abstuvo de darle participación en sus trabajos; pues por lo mismo que lo conocía y sabía que odiaba la tiranía á que estaba sometida su patria, sabía al mismo tiempo que este sentimiento, que no podía dominar, lo haría cometer imprudencias como aquellas por las que varias veces había sufrido la persecución del gobierno español.

Si bien tenía Aguilera ciertas condiciones que lo favorecían como revolucionario, había en él otras por las que hacía pensar que no pudiera serlo. No parecía que pudiera ser revolucionario por las riquezas que poseía, pues es natural que los hombres de gran fortuna, sobre todo si ésta consiste en bienes como los que él poseía, que en los primeros tiros de la revolución estaban llamados á desaparecer, no sean revolucionarios. Tampoco parecía que pudiera serlo por su numerosa familia: una esposa y diez hijos, la mitad de éstos varones, de uno á doce años de edad. Era Aguilera el padre más tierno y amoroso, siempre rodeado de su idolatrada familia, y es natural también que un hombre de estas condiciones tampoco sea revoluvionario, porque la revolución, además de traer la ruina de su familia, la lanzaría á la desolación é incalculables peligros.

Céspedes no tenía familia que le embarazara, y dió el grito de guerra el diez de octubre de 1868. Martí tampoco tenía familia que arrastrar tras sí, y se puso al frente de la última revolución de 1895. Simón Bolivar no la tuvo, y se lanzó á conquistar el título de libertador en mil combates. Nada decimos de Jorge Washington, á pesar de no haber formado tampoco familia, porque comparado con Aguilera, no fué revolucionario; y decimos que no lo fué, porque hasta después del comienzo de la guerra de independencia de los Estados Unidos y de los combates de Bunker Hill y de Lexington, fué que J. Washington, á la sazón delegado por Virginia, al Congreso Colonial, vino á ser nombrado por éste, general de las fuerzas patriotas. Pero si no comparamos á estos dos hombres como revolucionarios, lo haremos así como patriotas. El cargo que con tanta gloria sirvió Jorge Washington en la guerra de independencia americana era un cargo retribuído; y aunque renunció á su sueldo, presentó luego una lista de sus gastos en campaña durante los ocho años de la guerra. Aguilera, desde que comenzó á conspirar hasta su muerte, fué un incansable sostenedor de la santa causa. Poseyendo una fortuna inmensa, una de las mayores en la Isla, puso en venta todos sus bienes para auxiliar la revolución; y así que sus propiedades fueron arrastradas por la guerra, sus ganados destruídos y sus esclavos libertados por él mismo, no quedándole más que la tierra rasa, miles de caballerías, sí, pero inproductivas, como únicos restos de su opulencia anterior, tierra que ofreció en garantía á los banqueros extranjeros para infundirles confianza en caso de que la república de Cuba no pudiese cumplir lo que él en su nombre ofrecía, cuando en Europa hacía esfuerzos sobrehumanos para alcanzar un empréstito con que salvar la revolución.

Grande, muy grande fué Jorge Washington; pero también muy grande fué Aguilera. Cierto es que Washington brilla hoy con todo el esplendor que merece: favorecióle la fortuna; tuvo auxiliares poderosísimos que lo ayudaron, que lo sostuvieron, que llenaron las

deficiencias que todo hombre tiene en la tierra. Aguilera está obscurecido, no se le conoce, nadie se acuerda de él, la fortuna le fué siempre adversa; y muy lejos de haber tenido auxiliares, sólo tuvo quienes trataran de matar su fe, de quebrantar su espíritu y poner estorbos en su camino.

CAPITULO VI

AGOSTO, SEPTIEMBRE, 1868

CONVOCATORIA A LOS DIFERENTES CENTROS REVOLUCIONARIOS.—REUNION DE "SAN MIGUEL."—C. M. CESPEDES LA PRESIDE POR SER DE MAYOR EDAD.—IMPACIENCIA DE CESPEDES.—QUIERE EL INMEDIATO PRONUNCIAMIENTO.—SE ACUERDA PARA EL 3 DE SEPTIEMBRE.—LOS REPRESENTANTES CAMAGUEYANOS PROTESTAN.—FORMACION DE LA JUNTA REVOLUCIONARIA DE ORIENTE.—SE NOMBRA A AGUILERA SU PRESIDENTE.—SE ACUERDA NUEVA REUNION CON LOS CAMAGUEYANOS.—AGUILERA DISGUSTADO.—HACE SUS PREPARATIVOS EN CABANIGUAN.—LOGRA APLAZAR EL ALZAMIENTO.—REUNION DE "MUÑOZ."—PRETENSION DE LUIS FIGUEREDO Y OTROS JEFES.—ACUERDO CON LOS REPRESENTANTES CAMAGUEYANOS.—SE APLAZA LA REVOLUCION PARA DESPUES DE LA ZAFRA.—DURA REPULSA DE P. FIGUEREDO A LOS JEFES IMPACIENTES.—LOS CONSIDERERA TRAIDORES.—LUIS FIGUEREDO Y SUS COMPAÑEROS CABIZBAJOS Y MOHINOS.

Quedamos en que ya, bien adelantada la revolución, iba á ocuparse el Centro de Bayamo en señalar el día en que debían lanzarse al campo á combatir. A este fin, después de ponerse de acuerdo con los otros centros, comisionó Aguilera á Vicente García para que, en el territorio á su cargo, como más céntrico y solitario, buscara un lugar á propósito para reunirse. Escogió García la hacienda de "Jesús María", en el fundo de "Rompe", jurisdicción de Tunas. Se convocó para este lugar á los centros, fijándose el día 3 de agosto de 1868 para la reunión. Al llegar al lugar, encontró Aguilera que era demasiado visible y distaba mucho de las condiciones de reserva que había recomendado á García. Inmediatamente resolvieron buscar otro punto más á propósito, y se dirigieron los congregados á la hacienda de "San Miguel", en el mismo fundo de "Rompe," acordando tener las sesiones en un rancho apartado de la casa de vivienda.

Reuniéronse allí Salvador Cisneros Betancourt y Carlos de Mola, representantes por Camagüey; Belisario Peralta, por Holguín; Vicente García, Francisco M. Rubalcava y Félix Figueredo por Tunas; Donato Mármol por Jiguaní; Francisco V. Aguilera, Pedro Figueredo y Francisco Maceo por Bayamo; Carlos M. de Céspedes, Jaime Santiestaban é Isaías Masó por Manzanillo, y otros más. Al elegir presidente se dió este puesto á Carlos Manuel de Céspedes, por ser el de mayor edad.

Largos y acalorados fueron los debates que se sostuvieron. Los representantes de Camagüey manifestaron que necesitaban por lo menos seis meses para prepararse; los de Holguín pedían un plazo más largo aún; Aguilera era partidario de tomar solamente el tiempo necesario para adquirir con toda diligencia las armas y pertrechos de que carecían, lo que podría obtenerse en un plazo mucho más breve que el que pedía Camagüey. Carlos M. de Céspedes, en entusiastas y vehementes discursos, abogaba por el inmediato pronunciamiento, diciendo que las armas y pertrechos sabrían arrancarlas al enemigo.

Por fin, después de mucho discutir, cediendo á la presión de Céspedes, se acordó fijar el día 3 de septiembre para el levantamiento. Los representantes de Camagüey no estuvieron conformes y protestaron. Respecto á la dificultad que había surgido, de que la región de Oriente estuviese dividida en tantos centros,

lo que dió lugar á acaloradas discusiones, se resolvió que todos estos centros se uniesen, formando una "Junta Revolucionaria de Oriente," que había de llevar la dirección de todos los trabajos. Aceptada esta proposición por todos, se procedió á nombrar los individuos que habían de constituir la Junta, y por mayoría de votos fueron elegidos Aguilera para presidente, Francisco Maceo para secretario y Pedro Figueredo para vocal, ó sean los mismos que componían el Centro de Bayamo.

Al final de la sesión, propuso Céspedes que se acordase también que, en caso de que cualquiera de los comprometidos se viera amenazado de prisión por el Gobierno español, quedara autorizado para levantarse en armas, y los demás centros revolucionarios en la obligación de secundarlo. Esta proposición fué desechada á pesar de los esfuerzos que Céspedes hizo porque se aceptara.

Ya en posesión de sus cargos los individuos de la nueva junta, se reunieron en sesión para tomar acuerdos sobre algunos detalles referentes al levantamiento el día señalado. Antes de concluir, instó Aguilera á los representantes de Camagüey allí presentes, á que hicieran todo lo posible á fin de estar preparados para el día acordado por los orientales, de manera que Camagüey estuviera en aptitud de secundarlos, ofreciéndoles facilitarles los medios de conseguir armas. Y con objeto de que pudieran todos obrar de acuerdo, los invitó á tener otra reunión el día 1.° de septiembre. Los representantes de Camagüey accedieron, y se acordó que Aguilera les avisara con anticipación el lugar donde deberían reunirse el indicado día.

Corto pareció á Aguilera el plazo señalado para lanzarse á la revolución. Mucho se había esforzado por conseguir la amplación del tiempo, en lo que fué apoyado por sus compañeros Maceo, Figueredo y otros; pero los fogosos discursos de Céspedes lograron inflamar el patriotismo de sus compañeros los representantes de Manzanillo y de otros centros de Oriente, y al llegar la votación, triunfó el parecer de Céspedes. Sin embargo, durante el mes que se había fijado, se propuso trabajar sin descanso á fin de encauzar los acontecimientos.

Disuelta la reunión, se dirigió á sus haciendas de Cabaniguán con el fin de tener preparada su gente, pues era de allí de donde se proponía sacarla, caso de que se llevara á efecto al alzamiento, según se había acordado. Dejó las disposiciones oportunas para que todos estuviesen listos á su llamada dentro de algunos días, caso que creyera oportuno reunirlos, y fué entonces á ver á los jefes revolucionarios que tanta impaciencia habían mostrado en la reunión de "San Miguel." Hízoles reflexiones respecto á los peligros de la precipitación con que querían obrar y la conveniencia de estar en posesión de los elementos necesarios, de manera que los primeros golpes fueran tan decisivos que llenaran de pavor al enemigo y les facilitasen á ellos la manera de alcanzar importantes victorias. Todos se hallaron de conformidad con las oportunas razones de Aguilera, y obtenido su consentimiento para nueva prórroga, fué á ver á Céspedes, que era el más difícil de reducir. Usando de los mismos razonamientos y manifestándole que los otros jefes estaban dispuestos á revocar el acuerdo de "San Miguel", también logró que Céspedes cediera.

Muy satisfecho con este resultado, se ocupó entonces en buscar lugar adecuado para la Junta de 1.° de septiembre. Dió también este encargo á Vicente García, y convinieron en que fuera la hacienda "Muñoz", cerca de Tunas.

Oportunamente avisados los representantes camagüeyanos, concurrieron el día señalado. Se reunieron Aguilera, Figueredo y Maceo, que constituían la Junta Revolucionaria y Salvador Cisneros Betancourt y Augusto Arango por el Centro de Camagüey.

Encontrábanse también allí Vicente García, Luis Figueredo, Francisco Rubalcava y otros, aunque sin carácter alguno. Antes de comenzar la sesión, los jefes arriba citados manifestaron á Salvador Cisneros que se encontraban muy comprometidos, porque Luis Figueredo había ahorcado á un cobrador de contribuciones, español, y además tenía acuar-

telados en su finca "Mijial" cien hombres y no podía sostenerlos más tiempo, siendo peligroso desbandarlos; por lo tanto le suplicaron que tratara de que el alzamiento se llevara á cabo el día 3, según se había convenido en "San Miguel." También le instaron á que solicitase, caso de ser necesario posponerlo, que se acordase prestarle auxilio á cualquier jefe que por circunstancias especiales se viese obligado á alzarse en armas.

Abierta la sesión, que presidió Aguilera, manifestó éste su satisfacción al anunciar á los representantes de Camagüey, haber logrado que los jefes de Oriente, incluso el mismo Céspedes, se prestasen á que fuera aplazada la fecha del alzamiento. Les manifestó al mismo tiempo que era la opinión de la Junta que se aplazara hasta la terminación de la próxima zafra en los ingenios, para conseguir con el producto de ésta el armamento necesario. En este tiempo también se trataría de extender los trabajos á las Villas y Occidente.

Los representantes de Camagüey se manifestaron conformes; y discutiéndose la manera de dar más extensión al movimiento revolucionario, se acordó que Cisneros Betancourt pasase á la Habana y Arango á las Villas, y solicitar la cooperación de esas regiones.

Al final de la sesión manifestó Cisneros lo solicitado por Luis Figueredo y sus compañeros. Pedro Figueredo, con la arrogancia y énfasis que le era peculiar, contestó con estas ó parecidas palabras: "Diga V. á esos ciudadanos que los intereses de Cuba están por encima de todos los intereses personales; que si ellos por desgracia tienen que sacrificarse, á eso debemos estar prontos todos; y que la Junta, lejos de auxiliarlos y protegerlos, si ellos, desobedeciendo sus acuerdos se alzan en armas antes del tiempo fijado, los declarará traidores á la patria y no los considerará como cubanos".

Se recordará que esa proposición, tan enérgicamente rechazada por Pedro Figueredo, fué la misma que hizo Céspedes en la junta "San Miguel," sin que lograra hacerla prevalecer. Por lo visto, las ideas de Céspedes germinaron donde quiera que encontraron terreno apropiado. Ya veremos cómo, debido á la exaltación é imprudencia de los que las sustentaron, la conspiración fué descubierta al fin, lanzándose los patriotas al campo antes de estar debidamente preparados.

Informados Luis Figueredo y sus compañeros del resultado del encargo confiado á Cisneros, se retiraron cabizbajos y mohinos.

CAPITULO VII

SEPTIEMBRE, OCTUBRE, 1868

VUELTA DE AGUILERA A BAYAMO.—SUS DESCONFIANZAS.—CITA A JUNTA A LOS OTROS JEFES.—PONE EN VENTA SUS PROPIEDADES PARA AUXILIAR LA REVOLUCION.—INVITA A LOS OTROS JEFES A QUE HAGAN LO MISMO.—OFRECE IR A LOS E. U. A TRAER UN CARGAMENTO DE MATERIALES DE GUERRA.—ES APROBADA SU PROPOSICION.—RELACION DE LAS PROPIEDADES DE AGUILERA.—SE NIEGA A PAGAR CONTRIBUCIONES.— IMPACIENCIA DE LOS REVOLUCIONARIOS.—SE ANTICIPA EL PLAZO PARA EL ALZAMIENTO.—SE ACUERDA SEA EL 24 DE DICIEMBRE.—COMISION DE AGUILERA CON CESPEDES.—ESTE DICE NO PUEDE CONTENER A SUS SUBORDINADOS.—SE CONVIENE QUE AGUILERA VEA A ESTOS.—REUNION DE "EL RANCHON."—SOBRE EXCITACION DE LOS JEFES REVOLUCIONARIOS.—AGUILERA LOGRA CALMARLOS.—TODOS CONVIENEN ESPERAR EL 24 DE DICIEMBRE.—OFRECEN VENDER SUS PROPIEDADES PARA LEVANTAR DINERO.

Vueltos á Bayamo Aguilera y sus compañeros, impresionados por lo que habían presenciado en las juntas de "San Miguel" y de "Muñoz", comprendieron el riesgo que corría la revolución, dado el grado de impaciencia que mostraban ciertos jefes; y con la mira de evitar el peligro que los amenazaba, resolvieron prepararse con toda urgencia para estar prevenidos.

A este fin convocó la Junta á varios jefes revolucionarios para una reunión. Les manifestaron Figueredo y Maceo los temores que abrigaban de que la imprudencia de algunos pusiese en peligro la empresa común. Tomó luego la palabra Aguilera, y les hizo la siguiente proposición: Siendo de toda urgencia, les dijo, allegar la mayor cantidad de fondos para obtener los elementos de guerra necesarios, estaba dispuesto á poner en venta todas sus propiedades por el precio que le ofrecieran; y si todos sus compañeros hacían lo que él, estaba seguro de que muy en breve reunirían una suma bien considerable. Una vez en posesión de ella, mandarían un comisionado de toda confianza á los Estados Unidos, á comprar materiales de guerra, y contando ya con éstos, nada había que temer. Después de explicar otros detalles, fué aprobada la proposición de Aguilera, acordándose por todos los presentes levantar la mayor cantidad de fondos en el más corto tiempo posible; y también que ese acuerdo se comunicase á los jefes, invitándolos á hacer lo mismo.

Era el plan de Aguilera, ante todo, tener elementos de guerra en las playas de Cuba; y una vez allí, tratar de depositarlos en lugares adecuados. Si fueran sorprendidos en esta operación, ó descubiertos los depósitos, ese era el momento oportuno para el alzamiento, teniendo todo preparado de manera que, grupos de patriotas llamarían la atención en las poblaciones, amagándolas ó atacándolas, mientras otros grupos se dirigirían á apoderarse del cargamento ó los depósitos, llevándose las armas y pertechos en todas direcciones y salvándolo todo ó la parte que pudieran.

No fué en vano el ofrecimiento de Aguilera. Inmediatamente hizo insertar en el período de Bayamo, "La Regeneración," un anuncio en que ponía en venta cuanto poseía: sus fincas, sus tierras, sus ganados, nada quiso reservarse, todo lo ofrecía á la patria.

Parecía que Aguilera había llegado á persuadirse de que aquella revolución era cosa suya propia y, por consiguiente, nadie estaba tan obligado como él á hacer toda clase de sacrificios para llevarla adelante. Con su natural prudencia y reflexión, comprendía que la guerra necesitaba de cuantiosos recursos para hacerla con éxito; veía con alarma que los cubanos no contaban con ningunos, que además, no tenían experiencia en esa clase de empresas y que sin embargo, en tan desventajosas condiciones querían lanzarse á la lucha sin meditar las funestas consecuencias que podía traer su imprevisión. Por eso, encontrándose dueño de una cuantiosa fortuna, no vaciló en sacrificarla para obtener los elementos de guerra que consideraba indispensables para que aquel movimiento no tuviese el desastroso resultado de los anteriores.

Para dar una idea de la importancia de lo que Aguilera se proponía sacrificar para llevar adelante su empresa, vamos á enumerar ligeramente las principales propiedades que constituían su fortuna.

FINCAS RUSTICAS.

En Bayamo: Los ingenios "Jucaibama" y "Santa Isabel", con todos los adelantos de aquella época. Las cafetales "Tuabeque" y "Buenavista", el potrero "Magueyes" y muchas haciendas de ganado mayor y menor.

En Manzanillo: El ingenio "Santa Gertrudis" con todos los adelantos de aquella época, y los potreros "Santa Catalina" y "Encarnación".

En Tunas: Los potreros "Lavado" y "Las Enseibas", y sobre treinta haciendas de crianza en los grandes territorios de Cabaniguán" y de "Birama."

En el Salado: El potrero "Gibraltar".

En Juguaní: Gran número de corrales, vegas y estancias.

Estas posesiones ocupaban una extensión de más de diez mil caballerías de tierra de rica vegetación, gran parte cultivada, comprendiendo fértiles llanuras, alterosas montañas y bosques vírgenes, abundantes es gigantescas caobas, cedros y toda clase de maderas preciosas, conteniendo como trescientas fincas de diferentes clases.

FINCAS URBANAS

En Bayamo: El teatro de la ciudad,

que le costó $ 80,000, las dos mejores casas de dos pisos de la ciudad, varias otras casas de considerable valor y un almacén de víveres llamado "El Central".

En Manzanillo: Una casa que compró al Sr. Calvar, para su familia, en $30,000, muchas otras de menos valor y un gran almacén para depósito de mieles y azúcares.

Poseía además como 500 esclavos, y sus haciendas y potreros estaban poblados por 35,000 cabezas de ganado vacuno y como 4,000 de ganado caballar.

Es de notar la desproporción que había entre el número de sus esclavos y el número é importancia de sus fincas; era esto debido á que nunca compró esclavos de los que con tanta frecuencia se traían en expediciones de la costa de Africa, limitándose á conservar los que había heredado de sus padres. Por esta razón tenía que emplear muchos hombres libres para el cultivo de la caña en sus ingenios y otros trabajos del campo, lo que contribuyó en gran manera á la popularidad de que gozaba entre la población rural.

Pocos días después de la reunión aludida, hizo traer de sus haciendas de "Cabaniguán," grandes partidas de caballos que depositó en su ingenio "Santa Isabel," y dividiéndolos en lotes, los de calidad inferior, todos caballos jóvenes, sanos y útiles, los detalló á cuatro pesos por cabeza.

Cuando estalló la revolución tenía contratado en venta, á bajo precio, con diferentes genaderos de Camagüey, Santiago de Cuba y otras localidades, más de cinco mil cabezas de novillos y toros, de sus haciendas y potreros, los que estimados al mínimo precio de $17 por cabeza, hacían la suma de $85,00. El inesperado alzamiento anuló estas ventas.

Como sus propiedades eran tan numerosas y de clase tan variada, pagaba también una cantidad muy crecida por contribuciones al Estado. Habiendo aumentado el gobierno estas contribuciones de manera considerable, por razón del aumento general de la tributación en la Isla, como resultado, según se decía, de las gestiones de la Junta de Información, Aguilera se negó á pagar contribución alguna y cuando estalló la revolución hacía mucho tiemppo que nada pagaba por este concepto, habiéndose acumulado en su contra una cantidad enorme por contribuciones vencidas, recargos, citaciones, diligencias, etc.

Continuando sus trabajos la Junta, en otra sesión se trató de designar el comisionado que debía ir á los Estados Unidos á comprar las armas, recayendo el nombramiento en Aguilera.

Como las noticias que recibían del estado de ánimo de los revolucionarios eran cada vez más alarmantes, pues se cometían graves imprudencias por ciertos jefes como Rubalcava en las Tunas, Luis Figueredo en Holguín, Angel Maestre y Juan Ruz en Manzanillo, etc., comprendiendo que aquella situación no podía sostenerse y que el plazo últimamente fijado, para después de la próxima zafra, no podía cumplirse sin correr graves peligros, decidió la Junta tomar medidas prontas y enérgicas para salvar la revolución.

A ese efecto celebróse una reunión, en la que, considerados los particulares referidos, se acordó activar la recolecta de fondos, que Aguilera partiese para los Estados Unidos con la cantidad que hubiera disponible para el día 1.° de noviembre, ó antes si era posible, y que la fecha del alzamiento se fijara para la próxima noche buena, ó sea el 24 de diciembre. Pensaron con ese adelanto, calmar un tanto los ánimos impacientes, haciendo que fueran más cautos; por otra parte, consideraban la noche buena un momento oportuno, porque la gente del campo acostumbraba afluir esa noche á las ciudades, y en las fincas rurales se reunían grupos numerosos, sin llamar la atención; así como también porque las tropas la celebraban con cenas en sus cuarteles, abusando del vino, y podía cogérseles desprevenidos.

Acordóse comunicar estas resoluciones á los diferentes centros revolucionarios; y como Céspedes era uno de los jefes más impacientes por el inmediato alzamiento, teniendo en cuenta el prestigio de Aguilera y su ascendiente sobre los revolucionarios de Manzanillo, se le co-

misionó para que en persona se avistase con Céspedes y lo persuadiera á calmar su gente y que permanecieran tranquilos el poco tiempo que se hacía indispensable esperar.

En cumplimiento de su comisión, el 1.° de octubre salió Aguilera para Manzanillo dirigiéndose á su ingenio "Santa Gertrudis". Llegó á este lugar el mismo día, al siguiente mandó un recado á Céspedes, en su ingenio "La Demajagua", distante una legua de "Santa Gertrudis," suplicándolo fuera á verlo, porque tenía asuntos de importancia que comunicarle. Céspedes acudió el mismo 2 de octubre al llamamiento, y Aguilera le comunicó el acuerdo de la Junta, haciéndole, al mismo tiempo, algunas observaciones sobre la necesidad de que se mantuviera todo tranquilo hasta el 24 de diciembre, época en que debía estar él de regreso en la Isla con buena cantidad de armas y de pertrechos. Céspedes le opuso algunas dificultades, objetando la impaciencia que dominaba á su gente, la que á duras penas podía refrenar. Insistió Aguilera en la necesidad de esperar ese corto plazo, exhortándolo á que usase de su influencia con sus subordinados; y como Céspedes negara que esa influencia pudiese alcanzar á calmarlos, propuso á Aguilera convocarlos á una reunión para que el mismo Aguilera les dirigirse la palabra, á fin de tratar de conseguir el aplazamiento que pedía. Aguilera aceptó lo propuesto por Céspedes.

Inmediatamente procedió éste á dar las órdenes oportunas para tener la reunión, y á la noche siguiente, 3 de octubre, se congregaron gran número de los principales comprometidos, en el potrero "El Ranchón" de Manuel Calvar.

Al llegar Aguilera todos salieron a recibirlo, dándole las más señaladas muestras de adhesión y simpatía. Aguilera les manifestó su reconocimiento, y desde los primeros momentos pudo apreciar la excitación que dominaba sus espíritus. No bien comenzó la sesión cuando pidió la mayoría que inmediatamente, sin más dilación se comenzase la guerra. Trató él de apaciguarlos y, restablecida un tanto la calma, procuró convencerlos de lo necesario que era la prudencia en la empresa en que estaban empeñados. Les dijo que el patriotismo y entusiasmo era muy recomendable, pero había de ser un ser un patriotismo y entusiasmo inteligente, no ciego; que la guerra no se hacía tan sólo con entusiasmo, sino eran necesarias también las armas, los pertrechos: en suma, todos los elmentos de combate. Agregó que lanzarse sin éstos á la guerra era cuando menos exponer al azar su éxito, y cuanto mayor fuera el número de entusiastas patriotas que acudieran á la lucha, mayor sería la confusión y desconcierto, dando al enemigo la satisfacción de cebarse en las indefensas masas cubanas.

Objetaron algunos alegando como razones imperiosas para lanzarse inmediatamente al campo, que casi todos los conjurados estaban vigilados muy de cerca; que las gentes del campo comprometidas, podían cometer alguna imprudencia por la que todo fracasaría; que debía aprovecharse aquel momento en que el gobierno tenía tan pocas fuerzas en la Isla, pues eran casi nulas las que había en el departamento oriental, etc.

Contestóles Aguilera que si era cierto que todos estaban vigilados, ninguno lo estaba tanto como él, y podía asegurarles que á él no lo prenderían. Aconsejó que hiciera cada cual lo que él, y obrara con la prudencia que obraba, y nada tendrían que temer en los cortos días de plazo que solicitaba. Díjoles además que ellos mismos eran culpables de esa vigilancia, por las imprudencias que cometían promoviendo alborotos en cenas y reuniones que á nada conducían, sino á poner sobre aviso al enemigo. Respecto á que había pocas tropas en la Isla, convino en que era verdad, diciendo al mismo tiempo que él sabría con anticipación si por acaso España intentaba reforzarlas, cosa que por entonces no había que temer, puesto que España misma estaba abocada á una revolución; el gobierno se encontraba inseguro y no se atrevería, por lo tanto, á mermar su ejército en la Península.

De tal modo fué rebatiendo todas las razones que le daban aquellos exaltodos patriotas para lanzarse sin de-

mora á la revolución. En esta empeñada labor se encontraba sólo contra todos los demás. Unicamente lo apoyaba Agüero y algún otro que en ciertos momentos asentía á sus razones. Céspedes habló poco, manifestándose entre espectante y neutral.

Aguilera no tenía dotes oratorias. Su palabra era difícil y dura. Sin embargo, en el debate, cuando la convicción llenaba su espíritu y el entusiasmo se apoderaba de él, su rostro parecía iluminarse, sus ojos brillaban como relámpagos, su arrogante y simpática figura se erguía sobre los demás y tenía momentos de elocuencia. Esto sucedió en aquella ocasión, y cuando creyó que sus opositores se encontraban dominados, les dijo más ó menos estas palabras:

Es un axioma antiguo, señores, que para hacer la guerra son idispepnsables tres cosas: dinero, dinero y dinero; y puesto que nosotros vamos á hacer una guerra, veamos el dinero con que contamos. Yo, por mi parte, que figuro entre ustedes como el primer capitalista, declaro que no tengo ninguno; veamos ahora cuánto podrán aportar ustedes.

Después de averiguada entre los presentes la cantidad de que cada uno podía de momento disponer, la suma total ascendió á ocho mil pesos. Sabido este resultado, continuó diciendo Aguilera:

Ya ven ustedes, señores, que es ridículo pretender hacer la independencia de Cuba con ocho mil pesos. Pero esto no debe desanimarnos. Voy á prononer un plan por el que podremos hacer subir esa cantidad á la altura que necesitamos, y entonces será posible, pisando sobre base firme, poner en acción vuestra obra. Para esto, solo tienen ustedes que seguir mi consejo. He dado orden á mis mayorales para vender mis ganados á los precios que les ofrezcan. También mi mayordomo tiene orden de vender mis propiedades á cualquier precio, y antes de un mes, yo solo, cuento reunir para la revolución más de cien mil pesos. Hagan ustedes otro tanto, y con la suma que obtengamos, me comprometo á ir á los Estados Unidos, acompañado de la persona que ustedes designen y estar de vuelta el 24 de diciembre próximo, con material de guerra suficiente para dar comienzo á la revolución.

Después de otras explicaciones, todos convinieron al fin en que Aguilera tenía razón y se adhirieron á su plan, acordando reunir cada uno la cantidad mayor que pudiera, dentro del plazo de veinte días. Se firmó un acta de la sesión, que guardó el presidente (lo era Carlos Manuel de Céspedes), separándose todos del lugar al romper el día del 4 de octubre.

Este mismo día mandó Aguilera un comisionado á la Junta Revolucionaria de Bayamo, dándole cuenta de haber realizado el objeto de su misión; y sin pérdida de tiempo dió á su apoderado general Manuel Anastasio Aguilera orden de que activara la venta de sus propiedades, enajenándolas á cualquier precio, cosa de reunir en pocos días doscientos mil pesos que él, por su parte, quería invertir en armas y pertrechos para la revolución.

A pesar de haber logrado el objeto que se proponía en la reunión de la noche anterior, no quedó tranquilo Aguilera respecto al cumplimiento que darían los revolucionarios al acuerdo tomado. Había costado lucha tan tenaz reducirlos, que temió que pronto volvieran á renacer las impaciencias, ó que quizás alguna imprudencia vendría á comprometer aquella delicada situación.

CAPITULO VIII

OCTUBRE, 1868

REUNION DE "EL ROSARIO."—LA PRESIDE CESPEDES.—NO SE CITA A AGUILERA.—SE PASA POR ALTO EL ACUERDO DE "EL RANCHON."—SE NOMBRA A CESPEDES JEFE SUPERIOR DE LA REVOLUCION.—SE FIJA EL 14 DE OCTUBRE PARA EL PRONUNCIAMIENTO.—AGUILERA NO DISPUTA SU PUESTO A CESPEDES.—QUIERE EVITAR UN CONFLICTO.—PARTE PARA "CABANIGUAN" A REUNIR SU GENTE.—SU POSESION DE "CABANIGUAN."

No se equivocó en sus conjeturas Aguilera. Sólo 42 horas después de la reunión que acabamos de referir, ó sea en la noche del 5 de octubre, se celebró bajo la presidencia de Céspedes, una nueva junta de revolucionarios en el ingenio "El Rosario," de Jaime Santiesteban. Para esta junta no se citó á Aguilera, ni se le dió conocimiento alguno, á pesar de encontrarse en su ingenio "Santa Gertrudis", muy cerca del punto en que aquella tuvo efecto. Asistieron á ella Pedro Céspedes, hermano de Carlos Manuel, sus familiares Javier y Francisco, y muchos revolucionarios más, entre ellos, Jaime Santiesteban, que actuó como secretario, Bartolomé Masó, Manuel Calvar, Juan Hall, Juan Ruz, Angel Maestre, Emilio Tamayo y otros. Concurrieron también Manuel Anastasio Aguilera y Francisco Agüero y Arteaga, los que, aunque tampoco habían ido citados, tuvieron á última hora noticia de la reunión, se dirigieron al lugar y asistieron á títiulo de revolucionarios.

La sesión fué muy larga y borrascosa. Los reunidos parecían obedecer á un plan preconcebido, pues no hicieron mención alguna de lo acordado 42 horas antes en "El Ranchón", ni para nada contaron con Aguilera, que era su jefe superior. Obraron con completa independencia de éste y de la Junta Revolucionaria de Bayamo, á la que debían acatamiento. Nombraron á Carlos Manuel de Céspedes jefe superior de la revolución, acordaron señalar el día 14 de aquel mes de octubre para dar el grito de guerra; levantaron un acta de independencia y juraron la bandera de Cuba. Acordaron también que si alguno de los distritos ó centros se viese obligado por las circunstancias á alzarse en armas antes del día fijado, todos los demás estaban en el deber de secundarlo. Lo mismo que propuso Carlos M. de Céspedes en la junta de "San Miguel." Finalmente, se nombraron comisionados que notificaron estos acuerdos á los centros de Jiguaní y Tunas, á la Junta de Bayamo, Centro de Camagüey y al mismo Aguilera.

La sesión fué muy ruidosa, habiendo llegado el entusiasmo al paroxismo. En ella se dieron vivas á Cuba libre; muchos de los patriotas, frenéticos de entusiasmo, querían aquella misma noche atacar la población de Manzanillo y hacer prisioneras las autoridades españolas; pero otros, con mejor acuerdo, lograron calmar á los exaltados. La reunión duró hasta las cuatro de la mañana.

Aguilera, que estaba en "Santa Gertrudis", inocente de lo que pasaba, fué despertado muy temprano al día siguiente (6 de octubre) por Francisco Agüero, que fué el comisionado nombrado por los revolucionarios para notificarle de acuerdos de la Junta. Agüero inmediatamente informó á Aguilera de lo sucedido la noche anterior y le dijo que su asistencia á esa junta había sido casual, pues tampoco lo citaron.

Grande fué la impresión que hizo en Aguilera el relato de Agüero. Cierto que tanto por la actitud de Céspedes en su última entrevista, como por la disposición de ánimo en que encontró á los revolucionarios en la reunión de "El Ranchón", presagiaba grandes peligros para la revolución, pero estos peligros eran de otra índole distinta á los que

acababan de surgir. Temía que la imprudencia cometida por alguno de los revolucionarios infundiese alarma en el gobierno; pero nunca pensó que sus compañeros, sus subordinados, se declarasen en abierta rebelión con la Junta Revolucionaria, prescindiendo de ella y obrando con completa independencia. El personalmente, se sintió agraviado, pues veía de la manera como habían prescindido de él y pasando sobre los acuerdos que con él habían tomado dos noches antes. No se explicaba la actitud de sus compañeros ni el móvil que los impulsaba. Por lo que veía y le refería Agüero, parecía que había la idea preconcebida de echarlo á un lado, pues ni se le dió conocimiento de aquella reunión ni tampoco á ninguno de sus allegados. Por otra parte; se había nombrado á Céspedes jefe superior de la revolución. Y Céspedes mismo había presidido el acto; Céspedes había aprobado todo lo que se había hecho; Céspedes había aceptado aquel puesto que sólo correspondía á Aguilera, y Céspedes era el compañero, el subordinado, el amigo de Aguilera. ¿Qué significaba todo eso? Aguilera, que hacía tiempo veía la revolución en peligro, y todo lo temió por ella, jamás sospechó, sin embargo, que sus compañeros fueran capaces de una deslealtad.

De momento, ofuscado por estos pensamientos y muchos más que vinieron á su mente, lo primero que se le ocurrió fué ir á ver á Céspedes para que le explicara los sucesos de la noche anterior, y por algún tiempo acareció esta idea. Pero luego, reflexionando con madurez, se preguntó qué resultado tendría esa entrevista. Conocía el carácter tenaz de Céspedes, y comprendía que si había adelantado hasta aquel punto, no era para retroceder. Céspedes había sido nombrado por sus partidarios jefe superior de la revolución; este nombramiento no podía haber sido hecho sino de acuerdo con el mismo Céspedes; por consiguiente Céspedes desde aquel instante se consideraría como tal jefe superior y con mayor motivo cuando con ese carácter había tomado ya resoluciones de grandísima trascendencia sobre las que era difícil, si no imposible volver. ¿Y con qué carácter se presentaría á él? Tres caracteres podía asumir Aguilera. El de jefe, el de patriota y el de amigo. Si se presentaba ante Céspedes como jefe, estaba seguro de que desconocería su autoridad. Como patriota, alegaría las mismas razones de siempre, por las que consideraba que lo patriótico era lanzarse á la lucha inmediatamente, puesto que el triunfo era seguro y no debían perder tiempo. Como amigo, le diría que la patria estaba sobre la amistad, que sus compañeros habían puesto en él su confianza para que salvara la revolución y no podía excusarse. Aguilera, que desde niño conocía á Céspedes, sabía á qué atenerse con respecto á él, y más en aquellas circunstancias en que acababa de realizar una acción de la que él mismo no lo hubiera creido capaz.

Por otra parte, Aguilera sentía lastimado su amor propio, más por Céspedes que por sus compañeros, pues sabía que éstos obraban á instigaciones de aquél. Se conocía también á sí mismo y sabía que en ciertos casos no podía dominar los impulsos de su carácter, sobre todo cuando se le faltaba á las consideraciones debidas. Previó que su entrevista con Céspedes, muy lejos de dar el resultado que apatecía, era lo probable que trajera una ruptura entre los dos, cosa que en aquellas circunstancias hubiera sido de resultado fatal, puesto que podría traer consigo el fracaso de la revolución. Por estas razones creyó que no era prudente en aquellas circunstancias ver á Céspedes.

Quedábale el recurso de ver á los revolucionarios y tratar de disuadirlos de su fatal empeño. Pero ¿alcanzaría mejor su propósito por este medio? Esos hombres, según pudo observar en la junta de "El Ranchón", estaban cegados por la exaltación. La elocuencia apasionada de Céspedes había encendido sus ánimos de tal manera, que era difícil hacerlos retroceder. Y caso que, logrando lo que no parecía realizable, pudiera conjurar de momento el conflicto, ¿podría razonablemente esperar que no volviera á presentarse otra vez, como acababa de suceder al conjurarlo en "El

Ranchón'', y quizás entonces con carácter más grave, pues estando Aguilera lejos y desprevenido, pudiera ser más fatal? Por tanto, ningún provecho creyó obtener tampoco con dirigirse á los revolucionarios.

Decidió finalmente que, dados los hombres de quienes se trataba, lo mucho que habían avanzado, y lo crítico y delicado de las circunstancias, era inútil luchar con lo irremediable; y lo más cuerdo en aquel caso era dejarles la responsabilidad de sus actos, y prepararse para que los acontecimientos no lo cogieran desprevenido á él, ni á los otros revolucionarios, ya que por fortuna había sido advertido á tiempo. Inmediatamente puso un correo á la Junta de Bayamo anunciándole lo que ocurría y diciéndole que era necesario prepararse para lo que pudiera venir, avisando á todos los jefes, á fin de que estuvieran listos para secundar el movimiento caso de que se iniciase.

Por su parte empezó á alistarse también, preparando los materiales de guerra que tenía, y enviando á la Junta de Bayamo cuatro caballos cargados con armas y pertrechos para los primeros momentos. Dispuso el viaje de su familia, en ''Santa Gertrudis,'' para que fuese llevada á Bayamo. Consiguió una goleta que por la noche fuera á la costa próxima á dicho ingenio á esperarlo, y otros detalles más. Por la noche hizo conducir á la costa varios fardos con las armas y municiones depositadas en su ingenio, y á las doce y media se embarcó, acompañado de Francisco Agüero, su amigo fiel, llevando dichas armas para el embarcadero de la Zanja; y de allí salió para ''Cabaniguán.''

Era esta posesión de ''Cabaniguán'' con su anexa la de ''Birama''. una vasta extensión de territorio de más de mil kilómetros cuadrados, casi una provincia, enclavada en las jurisdicciones de Tunas y Bayamo, al fondo de la ensenada de Manzanillo ó sea golfo de Guacanayabo. Estaba ocupada por numerosas haciendas y potreros de Aguilera, dedicadas á la crianza de ganado mayor. Las gentes que allí vivían, todos mayorales y colonos suyos, sentían por él la mayor veneración y cariño. Era allí Aguilera como el padre ó la Providencia de aquellas gentes sencillas, y ningún soberano en sus Estados gozaba de más consideraciones y afecto que él en aquellas posesiones suyas. Tenía toda la confianza de sus fieles empleados y colonos, y estando dispuestos á seguirlo donde él los condujese, había pensado reclutar entre ellos la fuerza con que se lanzaría á la revolución. Eran aquellos hombres, robustos, valientes y adictos á él á toda prueba.

El día siete de octubre llegó á Cabaniguán, y á pesar del mal estado de los caminos, las extraordinarias avenidas de los ríos y las copiosas lluvias, comenzó á prepararlo todo, á fin de estar listo para día 14.

CAPITULO IX

OCTUBRE, 1868

MANUEL ANASTASIO AGUILERA AVISA A CESPEDES QUE VAN A PRENDERLO.—LA FAMILIA DE AGUILERA SALE DE SANTA GESTRUDIS PARA BAYAMO.—CARLOS MANUEL DE CESPEDES SE PRONUNCIA EL 10 DE OCTUBRE.—CESPEDES SE DA EL GRADO DE CAPITAN GENERAL.—CONFIERE DISTINTOS GRADOS A SUS COMPAÑEROS.—ATAQUE Y DISPERSION DE YARA.—CESPEDES SE ENCUENTRA CON LUIS MARCANO Y JAIME SANTISTEBAN EN LA SABANA DE "CABAGAN."—RESUELVEN IR TODOS A "CALAMBROSIO."—SALEN COMISIONES A RECOGER LOS DISPERSOS.—MARCANO ACONSEJA A CESPEDES IR A LA SIERRA DE NAGUA.—ORGANIZACION DE LAS FUERZAS POR MARCANO EN NAGUA.—SALIDA PARA BARRANCAS.—MARCANO QUIERE ATACAR A BAYAMO.—CESPEDES SE OPONE.—LLEGADA A BARRANCAS.—ESCARAMUZA CON LA MILICIA ESPAÑOLH.—INCIDENTE CON EL CAPITAN DE MILICIAS,MANUEL TORNES.—CONTENTO DE CESPEDES AL SABER QUE AGUILERA SECUNDA LA REVOLUCION.—CESPEDES CEDE A LAS INSTANCIAS DE MARCANO.—SE RESUELVE ATACAR A BAYAMO.—SALIDA PARA EL ATAQUE.—REUNION DE JEFES BAYAMESES Y MANZANILLEROS EN EL CAMINO.—SE RATIFICA EL NOMBRAMIENTO DE CESPEDES COMO JEFE SUPERIOR DE LA REVOLUCION.—ATAQUE Y TOMA DE BAYAMO.

Bien pronto sucedió lo previsto por Aguilera. Al salir para ''Cabaniguán'' había dejado en Manzanillo á Manuel Anastasio Aguilera, con objeto de que estuviera al tanto de lo que sucediese, y encargado de otros asuntos. Manuel Anastasio, que tenía en todos los círculos de Manzanillo amigos y correligionarios, supo el día 8 de octubre por un hermano masón de toda su confianza, teniente del ejército español, que el teniente gobernador de Manzanillo, Francisco Fernández de la Reguera, estaba informado de lo que pasaba y tomaba medidas para que la familia de Aguilera no saliera de la jurisdicción de Manzanillo. Supo también por Evaristo Camps, hermano del secretario del jefe de policía, D. Germán González de las Peñas—los Camps eran revolucionarios,—que al siguiente día 9, debía salir una fuerza montada para el ingenio ''La Demajagua'' á reducir á prisión á Céspedes y todos los que con él se encontrasen.

Por la noche fué Manuel Anastasio á ''Santa Gertrudis'' y manifestó lo que pasaba á la familia de Aguilera, diciéndole al mismo tiempo que era necesario que saliesen inmediatamente para Bayamo. La familia se dispuso á salir en seguida, siendo conducida en tres carruajes y llevada por caminos extraviados. En seguida escribió á Céspedes desde el mismo ''Santa Gertrudis,'' avisándole el peligro que corría. Envió la carta con persona de su confianza y recibió contestación de Céspedes aquella misma noche.

El día 9 de octubre fué día de grandes y varios acontecimientos. Desde muy de madrugada empezó á reunirse gente en ''La Demajagua''; por la mañana, Céspedes la hizo formar y pronunció una alocución que comenzó con este bella imagen: ''Ciudadanos'', ese sol que veis alzarse por la cumbre de ''Turquino,'' viene á alumbrar el primer día de libertad é independencia para Cuba''. Más adelante en el mismo discurso dijo así, más ó menos: ''Habiendo sido nombrado jefe para dirigir esta revolución, á fin de llevar á cabo tan gloriosa obra, asumo desde este momento el grado de capitán general.''

Como á las diez de la mañana llegaron Juan Ruz y Angel Maestre con una fuerza, llevando dos comerciantes españoles prisioneros, detenidos en el camino de Bayamo á Manzanillo.

Habiéndoles ocupado cinco mil pesos en metálico, pusieron los prisioneros y el dinero á disposición de Céspedes. El mismo día aparecieron unos guardias municipales españoles montados, por

los alrededores del ingenio; mas viendo el crecido número de hombres allí reunidos, no se atrevieron á llegar.

Por la noche llegó á Bayamo un correo extraordinario mandado por el gobernador de Manzanillo, con objeto de informar al de aquella ciudad el alzamiento de Céspedes, y al mismo tiempo pedirle auxilio de tropas. El teniente gobernador de Bayamo, D. Julián Udaeta, telegrafió al capitán general Lersundi en la Habana la noticia recibida de Manzanillo.

A las ocho de la noche salió Céspepdes acompañado de Bartolomé Masó y dos hermanos de éste, Rafael é Isaías, Juan Hall, Juan Ruz, Angel Maestre, Manuel Calvar (Titá), Emiliano García Pavón, Emilio Tamayo y unos 130 hombres, en parte armados de escopetas, trabucos, pistolas, etc. Se dirigieron al ingenio "San Francisco" de J. L. Ramírez y Hermanos. Permanecieron allí hasta el amanecer del día 10, que salieron en direción del ingenio "El Rosario."

Antes de salir, entregó Céspedes al administrador de la finca, Sr. Javier Calvar, los dos comerciantes detenidos el día anterior y los cinco mil pesos que les pertenecían. Hizo prometer á los prisioneros que no saldrían del ingenio hasta el día siguiente en que quedarían en libertad.

Apenas salió Céspedes con su gente, llamó Calvar á los prisioneros, les entregó su dinero y les dijo que él tenía que ir á Manzanillo; que hicieran lo que quisiesen.—Calvar fué comisionado por Céspedes á llevar pliegos á Manzanillo para el cónsul inglés, Mr. Guillermo Lauten. Dichos pliegos debían ser enviados á los Estados Unidos.—Los prisioneros recogieron el dinero, dieron las gracias y dijeron que no se irían de allí hasta el día siguiente, porque así lo habían prometido á Céspedes.

Este, con su gente, al salir de "San Francisco", pasó por "El Rosario", atravesó el potrero 'San Luis", y llegó al de "Palmas Altas," donde se detuvieron á almorzar. Aquí hizo Céspedes varias nombramientos, dando á Bartolomé Masó el cargo de teniente general, segundo en el mando; á Juan Hall y Manuel Calvar, brigadieres y ayundantes de Campo; á Emilio Tamayo, comandante, jefe de la escolta de la bandera del Cuartel General, etc.

Aquel mismo día 10, muy temprano, por la mañana, llegó á "La Demajagua" Jaime Santisteban, al frente de unos cien hombres, y como no encontrara á Céspedes, salió en su busca. Al pasar por "El Rosario" fué informado de que hacía poco había cruzado por allí, diciendo que iba á almorzar á "Palmas Altas," para atacar á Yara por la tarde.

Santisteban y sus compañeros acordaron ir á Jibacoa á recoger armas, de que estaban escasos. Al anochecer, cuando ya se dirigían á Yara, al llegar por la sabana de "La Orilla" oyeron tiros en dirección del mismo Yara, y, suponiendo que era Céspedes, que se apoderaba del pueblo, determinaron ir por Zarzal y de allí á Cabagán á reclutar gente.

Según se proponía Céspedes, por la tarde salió de "Palmas Altas" y se dirigió á Yara. Por el camino les cayó un fuerte aguacero. Cerca ya del pueblo, mandaron dos exploradores á reconocer si había alguna fuerza dispuesta á resistir. Volvieron aquéllos diciendo que no había; que el capitán de partido se había ausentado, y el teniente estaba dispuesto á entregar el pueblo.

Muy alborozados los cubanos emprendieron la marcha sobre Yara; pero al entrar en la plaza que ocupa el centro del pueblo, dando vivas á Cuba libre, fueron sorprendidos por una nutrida descarga. Tan inesperado recibimiento los desconcertó; algunos quisieron hacer uso de sus escopetas, pero estaban mojadas y pocas dieron fuego. La dispersión fué general, y como se había hecho de noche, algunos se dirigieron á sus casas y no volvieron á salir más á la guerra.

El hecho se explica así. Hemos visto que el Gobernador de Manzanillo pidió auxilio de tropas al de Bayamo. Este inmediatamente le envió 100 hombres de infantería y 25 de caballería, al mando del comandante Villares. Esta fuerza debía pasar por Yara en su ruta á Manzanillo. Cuando los exploradores de Céspedes estuvieron en el poblado, no

había llegado aún; mas apenas se retiraron entró la pequeña columna enemiga, é informado su jefe de que los insurrectos estaban cerca y se proponían entrar en breve, hizo emboscar á sus soldados en las casas que rodeaban la plaza. Fué así que cuando los cubanos, ignorantes de lo que pasaba, entraban confiados en el pueblo, fueron sorprendidos por el hostil recibimiento que estaban muy lejos de esperar.

De este encuentro resultaron dos muertos: uno de parte de los cubanos y otro de los españoles; el de éstos fué un soldado de apellido Aguilera, y el de los cubanos el patriota Fernando Guardia Céspedes. Tales fueron las primeras víctimas de la revolución de 1868.

Cerca de media noche ya se había reunido á Santiesteban y sus compañeros, Luis Marcano y algunos otros que lo acompañaban, y al frente de unos 300 hombres se dirigían á Yara, donde esperaban encontrar á Céspedes. Estando aún en la sabana de Cabagán y cerca de la tienda del español Riera, como sintieran gente que marchaba en dirección á ellos, dieron el "alto" y al reconocer la fuerza vieron con sorpresa que eran Carlos Manuel de Céspedes, Manuel Calvar (Titá) y Juan Hall. Preguntóles Céspedes dónde iban, y contestaron que á Yara, á reunirse á él. Entonces Cépedes les refirió lo ocurrido en Yara, y les dijo que ellos marchaban á tomar la Sierra, pero habiendo extraviado el camino, estaban perdidos en aquella sabana.

Tuvieron una corta conferencia, en la que les manifestó Marcano que no debían desanimarse por aquel primer percance; que sería funesto abandonar el campo al enemigo en tales circunstancias; muy al contrario, no debía perderse ni un momento, y comenzar á recoger la gente dispersa, para infundirle nuevo aliento, y volver á emprender con ardor la obra comenzada. Propuso asimismo Marcano á Céspedes y sus dos compañeros ir á la hacienda de "Calambrosio" cerca de allí, donde pondrían encontrar que cenar, pasarían la noche y mandarían á recoger los dispersos. Todos aprobaron el plan de Marcano y se dirigieron á Calambrosio. Por el camino se les unieron algunos de los fugitivos de Yara. Aquella misma noche se mandaron varias comisiones que recorrieron los alrededores de Yara y trataron de reunir á los dispersos, llevándolos á "Calambrosio."

Es indudable que Luis Marcano salvó la revolución aquella noche y la robusteció después. Si Céspedes y sus dos compañeros, hubieran logrado alcanzar la Sierra Maestra, según era su intención, al día siguiente sus huestes se hubieran encontrado dispersas y sin jefe; Santisteban y los suyos, al saber el resultado del primer choque, se hubieran llenado de desaliento, y el mismo Céspedes poco hubiera podido hacer en los parajes solitarios donde se refugiara. En cambio, la fuerza española, apercibida y sobre el terreno, hubiera llenado de espanto aquellos lugares. La noticia del desastre hubiera cundido por todas partes. Los patriotas, bisoños, desarmados y desalentados, hubiéranse retirado ó quedado en sus casas; hubiera sido aquel un día fatal para la insurrección, pues sabido es que en esas empresas los primeros instantes son los que deciden el éxito; hubiera sido, en suma una repetición del drama sangriento de Agüero, en 1851. Pero providencialmente, Marcano, con su pericia, su valor y su oportunidad, evitó aquel terrible desastre.

Al día siguiente, se enviaron de "Calambrosio" nuevos comisionados á reclutar gente en todas direcciones. Pronto hizo observar Marcano á Céspedes que la posición del lugar en que se hallaban, era muy comprometida, porque, encontrándose la hacienda en un cayo de monte rodeado por la sabana, fácilmente podría envolverlos una fuerza española y causarles un nuevo descalabro; aconsejóle al mismo tiempo ir á acampar no lejos de allí, en la sierra de Nagua, que era una posición segura; y en ese lugar podrían organizar la gente y seguir la recluta. Aprobado el plan de Marcano, salieron todos tarde, y pernoctaron en la hacienda "El Guayabal;" por la mañana del 12 llegaron á Nagua. Desde allí mandaron más

comisiones á reclutar patriotas, y se ocuparon en la organización de los que había. Céspedes nombró á Jaime Santisteban, teniente general, jefe de las fuerzas de Manzanillo, y á Luis Marcano, teniente general, jefe de operaciones.

Comenzó Marcano la organización de la fuerza, dividiéndola por compañías y nombrado para capitán y teniente de la primera á Francisco y Tomás Martínez respectivamente, para la segunda á Juan Ruz y José García, para la tercera Angel Maestre y J. Arias, para la cuarta Emiliano García Pavón y Rafael Izaguirre. No recordamos los nombrados para la quinta y la sexta, mas de la séptima lo fueron los hermanos Gerardo y Pedro Jiménez.

Permanecieron en Nagua hasta la tarde del día 14, en que emprendieron marcha hacia Barrancas. Marcano era de opinión de seguir á Bayamo, atacar y posesionarse de esa ciudad; pero Céspedes decía que era necesario obrar con prudencia y que todavía no era llegado el momento oportuno.

Siguiendo la marcha, al pasar por la tienda del español Rovirosa vieron que éste, al frente de una fuerza de milicianos, los amenazaba. Céspedes le mandó un parlamentario, intimándole la rendición. Contestó Rovirosa con arrogancia que un español no se rendía; mandó Céspedes atacar á su fuerza y la de Rovirosa se desbandó, ingresando poco despues todos sus soldados en las filas de Céspedes; pernoctaron en la hacienda "El Macío" de doña Luz Socarrás.

Al siguiente día, 15, salieron para Barrancas. Al llegar, supieron que el capitán de partido se había ausentado. dejando á su secretario Joaquín Tamayo, bayamés, hecho cargo de la capitanía y de una fuerza de 30 hombres, milicianos y guardias municipales. La fuerza, al divisar á los cubanos, les hizo fuego. Estos contestaron, cargaron al machete, y los milicianos se disperseron. En la corta lucha que tuvieron resultó muerto el guardia municipal Lamadriz y un patriota herido.

Algunas horas después de haber acampado en Barancas, Céspedes llamó á Juan Ruz, capitán de la segunda compañía y le dió instrucciones reservadas. Ruz salió inmediatamente con su tropa y al llegar á la sabaneta de "El Dorado", vieron venir una fuerza española. Continuaron la marcha y ya á cierta distancia, Ruz hizo alto y dió instrucciones á su teniente Garcés de que, si dentro de cinco minutos no volvía cargara con su fuerza á la enemiga. Ruz entonces se dirigió solo hacia ella, y cuando había salvado como la mitad de la distancia, se destacó también solo, otro jinete de las filas contrarias, adelantándose hacia Ruz. Ya cerca uno de otro el contrario se detuvo y dió el "¡alto! ¿quien vive.?" Ruz respondió con voz robusta: "Cuba libre." El contrario: "¿Qué Cuba libre es esa? Ruz contestó "Cuba libre é independiente." Entonces el contrario hizo dar media vuelta á su caballo, se dirigió á los suyos y dijo, más ó menos, con voz potente que pudo oir uno y otro bando: "Compañeros: esos que tenemos enfrente son nuestros hermanos. Ellos quieren á Cuba libre é independiente. ¿Podremos nosotros combatirlos? No. Pongámanos á su lado: luchemos todos por la libertad é independencia de nuestra patria. Démosles el abrazo de hermanos." E, hiriendo con las espuelas su caballo, corrió hacia Ruz y lo abrazó. Las fuerzas que mandaba también corrieron hacia las cubanas y dominados por la emoción se confundieron todos en un abrazo. Después marcharon juntos al campamento de Céspedes en Barrancas.

El jefe contrario á que nos referimos se llamaba Manuel Tornés, natural de Bayamo, y capitán de milicias. Desde aquel momento se consagró, lleno de entusiasmo, á servir la causa de Cuba. Más tarde fué hecho prisionero por los españoles, que le hicieron sufrir una muerte espantosa.

Seguía Marcano instando cada vez más vivamente á Céspedes para que se diera el ataque á Bayamo. Las razones en que se apoyaba eran, que las fuerzas que mandaban, después de la sorpresa de Yara, habían quedado desmoralizadas; que tal estado de ánimo tan sólo podía borrarse con una victoria, y nin-

guna operación tan oportuna, al efecto, como el ataque á Bayamo. Cierto que al enemigo no se le cogería ya por sorpresa; pero también lo era que todavía no había vuelto de su estupor, ni estaba preparado para la defensa. Si, como era seguro, tomaban la ciudad, esto infundiría un ánimo extraordinario á las fuerzas á sus órdenes, y por otra parte, los enemigos se llenarían de desaliento. Si eran rechazados, ningún daño podría causarles más grande que el que ya padecían, pues quedarían tan desmoralizados como estaban. Céspedes, que parecía aún bajo la influencia del descalabro de Yara, con su palabra persuasiva trataba de convencer á Marcano diciéndole que era necesario tener la virtud de saber esperar; y que tal precipitación podía ser funesta en las críticas circunstancias en que se encontraban. Si sufrían una derrota, sus fuerzas se dispersarían é irían á parar muy lejos. sin que quizás fuera posible volver á reunirlas y la revolución recibiría un golpe de muerte. Debían, arma al brazo, dar tiempo á que se desarrollaran los acontecimientos. La chispa estaba lanzada, decía, el combustible bien preparado, la hoguera prendida, y con un poco de paciencia la verían extender de un extremo al otro de la Isla. Marcano contestaba: "Licenciado," usted con su retórica me tapa siempre la boca; pero no por eso es menos cierto que estamos perdiendo un tiempo precioso y dando lugar á que vengan los españoles y entonces sí nos dispersen de verdad".

Publicó aquí Céspedes un manifiesto, dirigido á los cubanos y á todas las naciones, aunque fechado en Manzanillo, manifiesto del que más adelante nos ocuparemos.

Por la tarde del día 16, Céspedes dió orden de recoger la leña por aquellos alrededores y hacer con ella grandes montones en la sabana frente al poblado. Por la noche se le dió fuego,, resultando grandes hogueras, que con sus resplandores iluminaban aquel bello panorama. Los patriotas preguntaban el motivo de la luminaria, y se les dijo que el capitán general Céspedes había recibido la noticia de que Francisco V. Aguilera se había alzado en armas, y al frente de una fuerte columna se dirigía á Bayamo. También que otros jefes importantes secundaban el movimiento.

Este fausto acontecimiento pareció infundir ánimo á Céspedes, y no podía ser de otra manera. Secundar Aguilera el movimiento era una garantía de que éste seguiría adelante. Aguilera era el jefe nato de la revolución; aquel á quien todos los otros jefes estaban obligados á seguir. Céspedes no había sido reconocido como jefe superior por ninguno de los jefes sus iguales. Aguilera era quien tenía las simpatías y la confianza de las masas. Era el portaestandarte de la revolución. Seguramente Céspedes, dado su proceder con Aguilera y la actitud reservada de éste, no estaba seguro de la manera como el último procedería; esta duda, unida á la dispersión de Yara, lo hacían receloso é irresoluto para aventurarse demasiado. Pero al saber que Aguilera marchaba sobre Bayamo al frente de una fuerte columna de revolucionarios, se disiparon sus temores.

Fué sin duda bajo esta influencia alentadora que, cuando Marcano volvió á instarle otra vez para que no se perdiera tiempo tan precioso en la inacción, dando lugar á que los españoles se rehiciesen, marchasen sobre ellos y los desbarataran, Céspedes le contestara con la siguiente pregunta: "Veamos ¿quién es el jefe de operaciones?"—"Usted me ha nombrado para este cargo", contestó Marcano."—Pues cumpla usted con su deber," repuso Céspedes.

No esperaba Marcano otra cosa. Inmediatamente reunió los capitanes de las compañías y les dió orden de estar llstos para marchar al ataque de Bayamo á la mañana siguiente.

El día 17 muy temprano levantaron el campamento de Barrancas y emprendieron la marcha. Bien adelantados en el camino y como á dos leguas de Bayamo, vieron venir hacia ellos un grupo de jinetes. Al acercarse conocieron que eran amigos. Una vez reunidos se confundieron en estrecho abrazo con Céspedes y su Estado Mayor. Eran los jefes revolucionarios de Bayamo, que sabedo-

res de la proximidad de Céspedes y su columna, iban á saludarle. La marcha de la columna no se interrumpió mientras tanto; todos juntos continuaron á Bayamo. Entonces los jefes manzanilleros nombrados generales, brigadieres, coroneles, ayudantes etc., por Céspedes, manifestaron á sus compañeros los bayameses la urgencia de que se normalizara aquel estado de cosas, ratificando el nombramiento de jefe superior á Céspedes, puesto que con ese carácter había dado el grito de independencia. Agregaron que esa ratificación no podía sufrir demora, porque iban á tomar á Bayamo, y para tal operación necesitaba Céspedes estar reconocido por todos como jefe.

Los jefes bayameses, bajo la influencia del aparato militar de sus compañeros los manzanilleros, con sus flamantes altos grados, no pudiendo ellos ostentar ninguno, estando sin mando en insignificante minoría, y teniendo en cuenta que ya Céspedes venía funcionando con el elevado carácter de jefe superior, que había dado el grito de independencia, que estaban en su presencia, y que además, como capitán general mandaba aquella numerosa fuerza, unos 800 hombres, tocando á las puertas de Bayamo, dispuesto á dar el asalto y tomar la plaza, no pudieron resistir á tan poderosa presión y cedieron á las instancias de los manzanilleros.

A esta decisión, tomada en circunstancias tan anormales, montados todos á caballo y en marcha, en la cual las ventajas morales, materiales y de interés personal estaban de parte de los manzanilleros, se dió el carácter de junta general que acordó nombrar á Carlos Manuel de Céspedes jefe superior de la revolución. Tal fué el procedimiento con que se despojó á Aguilera del cargo que de hecho y de derecho le correspondía. Fué el último acto por el cual la jefatura de la revolución pasó de Aguilera, que la formó, á Céspedes, que se llevó la gloria.

Como á las dos de la tarde llegaron á "Santa Isabel," frente á Bayamo. Allí se desplegó toda la fuerza á lo largo de la barranca del río, desafiando al enemigo que estaba á la vista del lado opuesto.

Al día siguiente, 18, por la mañana, se prepararon al ataque. A las siete cada grupo estaba en su lugar en las barrancas "La Mendoza," "San Juan," "El Corojo y "La Luz," y los caminos de "Santa Ana" y de "San Juan." La señal para avanzar era un disparo por "San Miguel."

Leonardo Estrada, estacionado en el "Corojo" é impaciente, se dirigió por Santa Isabel á la Mendoza, á preguntar al capitán Ruz, qué se esperaba para el ataque. Contestó Ruz que aguardaba la señal. Entonces Estrada se echó al río para entrar en la ciudad, lo que visto por el enemigo le hizo fuego. Estrada le contestó con su arma, las fuerzas cubanas creyeron que se había dado la esperada señal y todas cruzaron el río y avanzaron sobre la ciudad.

La lucha se trabó en las calles cuerpo á cuerpo; el oficial que mandaba la caballería española, capitán Guajardo, recibió un machetazo en la cara que casi le separó la nariz; y mientras con la mano izquierda sostenía ésta, con la derecha blandía su sable, defendiéndose del enemigo. Al fin, las tropas españolas, abrumadas por las numerosas huestes cubanas, retrocedieron y se refugiaron en el cuartel, quedando los cubanos dueños de la ciudad y poniendo sitio á dicho cuartel. Los cubanos tuvieron unos quince muertos y más de veinte y cinco heridos. Los españoles unos diez muertos y veinte heridos.

Entre los prisioneros españoles estaban los dominicanos Modesto Díaz y Francisco Heredia. Invitados éstos á jurar la bandera cubana, accedieron á ello, si bien Heredia solicitó de Céspedes algo que éste no pudo concederle.

Modesto Díaz hizo toda la campaña de los diez años, al lado de los cubanos, siendo uno de sus mejores generales. Heredia, tan pronto halló oportunidad, fué á servir al gobierno español.

Era el plan de Aguilera dar el primer golpe en la ciudad de Bayamo, apoderándose de ella por sorpresa, teniendo en cuenta el buen efecto que el hecho produciría entre los revolucionarios y el desaliento que infundiría en el enemigo. A este efecto, tenía dispuesto de

antemano, que, al efectuarse el pronunciamiento, todos los jefes afluyesen con su gente sobre Bayamo, entrando en los pueblos inmediatos á su paso y apoderándose de las armas que encontraran. Esta previsión de Aguilera fué salvadora para Céspedes, pues efectuado con precisión el movimiento, no pudo aquél ser hostilizado durante los ocho días que permaneció inactivo; porque atacados y tomados á la vez los pueblos de El Dátil por Esteban Estrada, Guisa por Francisco Maceo y Bárzaga, Santa Rita y Jiguaní por Donato Mármol, Cauto el Embarcadero y Cauto el Paso por Pedro y Luis Figueredo, y atacadas las Tunas por Vicente García y Rubalcava, estos movimientos simultáneos impidieron que el gobierno español pudiese perseguir y destruir la fuerza de Céspedes, quien, por el contrario, se vió apoyado por los cuerpos de patriotas que se dirigían á las inmediaciones de Bayamo y que fueron reforzando las huestes conque dió el ataque á la ciudad el día 18.

CAPITULO X

OCTUBRE 1868

ACTITUD DE LA JUNTA REVOLUCIONARIA.—REUNION DE LOS JEFES BAYAMESES. —DISCUTEN LA ACTITUD QUE TOMARIAN DADA LA PRECIPITACION DE CESPEDES. —OBLIGADOS POR LAS CIRCUNSTANCIAS APOYAN EL MOVIMIENTO.—REUNION DE JEFES MANZANILLEROS Y BAYAMESES.—PRESION DE AQUELLOS SOBRE ESTOS.—CESPEDES CONFIRMADO JEFE SUPERIOR.—EL INTERES PERSONAL PRESIDE EL ACTO.—MANIFIESTO DE CESPEDES.—SE ARROGA FACULTADES QUE NO TIENE.—AGUILERA LLEGA A "CABANIGUAN."—RECIBE NOTICIA DEL ALZAMIENTO.—DA ORDENES PARA REUNIR SU GENTE.—CONSIDERACIONES DE AGUILERA.—SUS PLANES DESBARATADOS.—CONSECUENCIAS DE LA PRECIPITACION DEL ALZAMIENTO.—PLANES DE AGUILERA PARA LA NUEVA REPUBLICA.—SU CONFIANZA EN LAS APTITUDES DE LOS CUBANOS.—LAS NACIONES DE EUROPA UNA GARANTIA PARA LA INDEPENDENCIA.—LA CONFEDERACION ANTILLANA.

Ya que hemos seguido á Céspedes desde el momento que dió el grito de independencia hasta la toma de Bayamo, volvamos atrás para hacer lo mismo con la Junta Revolucionaria y Aguilera.

Como es lógico presumir, la Junta de Bayamo se alarmó al recibir la última noticia trasmitida por Aguilera respecto á la actitud de Céspedes. Con todo, dados los informes de Aguilera sobre la situación, creyó prudente seguir su consejo, preparándose para lo que pudiera venir, y esperar el desarrollo de los acontecimientos.

El día 9 de octubre la Junta tuvo noticia del alzamiento de Céspedes, y el 11 del descalabro que había sufrido en Yara. Llena de zozobra al considerar el cataclismo que la amenazaba, el mismo día 11, á las doce y media de la noche, se reunió con otros jefes en la casa del patriota Rodrigo Tamayo con el fin de deliberar respecto á la actitud que tomarían en aquella difícil situación. Asistieron á esta reunión Francisco Maceo, Pedro Figueredo, Manuel Anastasio Aguilera, Donato Mármol, Rodrigo Tamayo, Bárzaga, Castillo y otros. Todos los concurrentes desaprobaron la conducta incalificable de Céspedes, que con su violencia é irreflexión había traído aquel desastroso estado que ponía en peligro la obra con tanta laboriosidad levantada, precisamente en los momentos de completarla con el mejor éxito. Desde el momento que se había iniciado aquella alarmante situación, mandaron comisionados á todas partes con el fin de que los tuvieran informados de cuanto pasaba. La reunión duró hasta las cuatro de la mañana, hora en que aún no habían acordado nada definitivo; y acercándose el día, resolvieron separarse para volver otra vez á reunirse en el ingenio "Santa Isabel," donde de ordinario lo hacían.

A las siete de la mañana siguiente—día 12—estaban los mismos reunidos de nuevo en el lugar indicado, y como los in-

formes que recibieran eran de que por todas partes se alzaban partidas armadas, pues Céspedes había mandado correos á todos los jefes, avisándoles que era llegado el momento de obrar, considerando, por otra parte, la creciente alarma del gobierno, que tomaba enérgicas medidas para suprimir el movimiento, en vista de lo comprometido del caso, acordaron al fin arrastrarlo todo y lanzarse á la revolución. Inmediatamente dieron orden á todos los jefes para que procediesen con la mayor energía, saliendo al campo con su gente, y procurando armarla como pudieran.

No es extraño que aquellas sesiones que fueran tan laboriosas si se tiene en cuenta que Pedro Figueredo, allí presente, en la reunión de "Muñoz" declaró que la Junta Revolucionaria consideraría traidor al que se pronunciase sin el acuerdo de ella.

Estos mismos jefes, excepto Manuel Anastasio, formaban parte del grupo que salió de Bayamo á recibir en el camino á Céspedes el día 17, como dijimos ya, cuando éste desde Barrancas se dirigía á apoderarse de Bayamo. Por su actitud en las juntas que acabamos de reseñar, puede juzgarse de la buena voluntad con que cederían á la presión de los jefes manzanilleros, que muy satisfechos con su elevadas graduaciones, rodeaban á Céspedes precisándolos para que ratificasen á éste en su puesto de jefe superior de la revolución. Cierto que Céspedes ni sus amigos los jefes manzanilleros podían proceder de otra manera, dada la deuda de gratitud contraída entre sí. Ellos nombraron á Céspedes jefe superior, y Céspedes, después de nombrarse á sí mismo capitán general, los nombró á ellos para los grados más altos en el ejército, después del suyo. Los jefes manzanilleros al defender el nombramiento de Céspedes defendían los suyos propios.

En el capítulo anterior hicimos referencia al manifiesto que publicó Céspedes al lanzarse á la revolución, y ofrecimos ocuparnos de él más adelante. Vamos á hacerlo.

El referido manifiesto está dirigido á sus compatriotas y á todas las naciones, y fechado en Manzanillo á 10 de octubre de 1868. Después de enumerar los motivos de queja que de la metrópoli tenían los cubanos, pasando á otro orden de cosas y hablando en nombre de los mismos cubanos, dice: "admiramos el sufragio universal, que asegura la soberanía del pueblo; deseamos la emancipación, gradual y bajo indemnización, de la esclavitud, el libre cambio con las naciones amigas que usen de reciprocidad, etc., etc."; y más adelante contiene el párrafo siguiente:

"En consecuencia, hemos acordado unánimente nombrar un jefe único que dirija las operaciones con plenitud de facultades y bajo su responsabilidad, autorizado especialmente para nombrar un segundo y los demás subalternos que necesite en todos los ramos de administración mientras dure el estado de guerra, que conocido como lo está el carácter de los gobernantes españoles, forzosamente ha de seguirse á la proclamación de la libertad de Cuba. También hemos nombrado una comisión gubernativa de cinco miembros para auxiliar al general en jefe en su parte político-civil y demás ramos de que se ocupa un país bien reglamentado. Asimsmo decretamos que desde este momento quedan abolidos todos los derechos, impuestos, contribuciones y otras exacciones que hasta ahora ha cobrado el gobierno de España, cualquiera que sea la forma y el pretexto con que lo ha hecho, y que sólo se pague con el nombre de "ofrenda patriótica", para los gastos que ocurran durante la guerra, el 5 por 100 de la renta conocida en la actualidad, calculada desde este trimestre, con reserva de que si no fuese suficiente, pueda aumentarse en lo sucesivo ó adoptarse alguna operación de crédito, según lo estimen conveniente las juntas de ciudadanos que al efecto deben celebrarse."

No faltaron partidarios del mismo Céspedes que lo censuraran por el hecho de arrogarse facultades que nadie le había conferido. Todo su poder emanaba del que se le otorgara en la reunión de "El Rosario", la noche del 5 al 6 de Octubre, por unos treinta ó cuarenta de sus

partidarios, que arrogándose á su vez facultades que tampoco tenían, se declararon en rebelión contra sus superiores jerárquicos, pasando sobre el compromiso que dos noches antes habían contraido con el jefe superior de la revolución—Aguilera—en "El Ranchón". Basado en la autoridad ilegítima de ese puñado de desautorizados partidarios, Céspedes había asumido el primer puesto en la revolución y se lanzó al campo, poniendo á sus compañeros en la forzosa alternativa de secundarlo ó que fracasaran sus trabajos revolucionarios.

Pero la autoridad que recibiera Céspedes de aquella facción, aparte de no ser legítima, por emanar de una exigua minoría rebelde, tampoco podía abarcar el común sentir de los revolucionarios respecto á la abolición de la esclavitud, pues que bien pronto fué desautorizada esa opinión por sus mismos paisanos. Decíase Céspedes facultado por el "acuerdo unánime" de los cubanos para asumir el cargo de dictador, pues no otra cosa era un jefe con el poder que se arrogó, y en esto también fué desautorizado; siendo su inmoderada ansia de mando, causa de la funesta controversia que se estableció entre él y los representantes de Camagüey, y del disgusto de muchos de sus mismos partidarios que expondremos más adelante. Este manifiesto pone bien á las claras el carácter de Céspedes y sus pretensiones.

El mismo día 12, así que se concluyó la reunión en "Santa Isabel", salió Manuel Anastasio, á las 10 de la mañana, de Bayamo, con pliegos de la Junta para Aguilera.

Dejamos á éste en el momento que llegó á Cabaniguán, el 7 de octubre. A pesar de las lluvias torrenciales, de las avenidas de los ríos y mal estado de los caminos, despachó inmediatamente correos por aquel extenso territorio, avisar á los individuos que tenía encargados de la gente que debía acompañarlo, á fin de que tuviesen ésta lista, para que en el momento que recibieran segundo aviso, se presentaran en el lugar que les indicase.

Ocupado se encontraba en el arreglo de estos y otros asuntos, cuando en su hacienda "Santa Ana de Cayojo", se presentó el día 12, por la noche, su primo Manuel Anastasio con los pliegos que le confiara la Junta de Bayamo. Por estos pliegos y lo que le refirió su primo, se enteró de los graves acontecimientos que se habían desarrollado en Manzanillo y Bayamo. Después de conferenciar largamente aquella noche con M. Anastasio, al día siguiente muy temprano mandó segunda orden á su gente de "Cabaniguán" para que en el más breve tiempo se le presentase, lista para salir á campaña.

Dolorosas fueron las consideraciones de Aguilera ante la desconsoladora realidad. Veía en inminente peligro la obra en que había puesto toda su alma. Cuando tan bien medido y calculado todo, sólo unos cuantos días le eran necesarios para asegurar su éxito. Cuando contaba ya con el valor de sus últimas ventas de ganado y otras cantidades para comprar los elementos de guerra necesarios para la revolución... Ver desvanecidas sus ilusiones... sus planes desbaratados rodar por tierra...

Creía que para hacer la guerra se necesitaban armas y pertrechos y miraba muy aventurado contar con los del enemigo, sobre todo, tratándose de un pueblo bisoño como el cubano. Con su natural reflexión creía Aguilera ser tres las condiciones que debían concurrir en un movimiento de ese género en Cuba para lograr un éxito seguro. Eran éstas: oportunidad, preparación y elementos. Por eso aprovechó la ocasión, en que sobrevino el hundimiento de las esperanzas de los cubanos con el fracaso de la Junta de Información. Por eso había empleado dos largos años atizando el espíritu revolucionario y poniendo en relación unos con otros á los patriotas, para que el movimiento fuera unánime. Por eso estaba dispuesto á dar su fortuna entera por reunir algunos cientos de miles de pesos y dedicarlos á la revolución. Ya su trabajo estaba casi todo realizado. La oportunidad había estado bien elegida, como lo prueba la celeridad con que cundió el espíritu revolucionario en el país. La preparación, que era la empresa más arriesgada, teniendo que hacerla rodea-

do de enemigos, gracias á la eficaz ayuda que le prestaron sus compañeros de Comité y á la prudencia, tino y discreción de todos, también la llevaron á cabo con la mejor suerte. Sólo en los últimos tiempos, cuando Céspedes ingresó en la conspiración, se notaron aquellas impaciencias é insubordinaciones que les habían llevado á la crítica situación que lamentaba. Con respecto á dinero, ya tenía reunidos cien mil pesos, entre otras con la venta de una pequeña parte de sus ganados y dentro de pocos días esa cantidad habría doblado, pues siempre se encuentran compradores cuando se está dispuesto á vender por menos precio. Finalmente, su programa se había cumplido tal como lo trazó, y en pocos días más, con un vapor cargado de armas y pertrechos á su disposición y la combinación que para repartir éstos tenía preparada, podía decir que el éxito de la revolución estaba asegurado. Una expedición que armara el brazo de los cubanos en los momentos de lanzarse á la lucha, tenía un valor inapreciable, pues fortalecidos de esa manera los patriotas, estaban en actitud de atacar y tomar las poblaciones desprevenidas, obteniendo en ellas gran cantidad de material de guerra que quitaría al enemigo; éste se vería presa de la desmoralización, al par que el ánimo de los cubanos se elevaría á la mayor altura y en poco tiempo la revolución se hubiera extendido de un extremo á otro de la Isla.

De no haber existido la obstinación de Céspedes y haberse llevado á cabo el plan de Aguilera, la revolución hubiera comenzado con todos los elementos que había menester. Hubiera habido unidad en la acción y no la dualidad que se estableció apenas principiada, que tan fatal fué para sus intereses. No se hubiera dado entonces el espectáculo cruel de pretender que hombres armados sólo de varas aguzadas por las puntas, detuvieran la marcha de las tropas regulares enemigas, provistas de fusiles y cañones, haciendo perecer los patriotas á millares. Ni que pelotones de cubanos inermes se lanzaran á arrancar con las manos los cañones al enemigo, siendo barridos con espantosa carnicería, como si nada valiese la vida de los cubanos (1). Tampoco el general español, Conde de Valmaseda, habría alcanzado su fácil victoria sobre los cubanos divididos, ni se habría incendiado Bayamo por sus propios hijos, cegados por la desesperación y la impotencia.

Y ya que hemos expuesto aquí los planes de Aguilera para dar un golpe sobre seguro y emprender una revolución potente con todos los elementos para triunfar, sigamos adelante en el desarrollo de esos mismos planes, exponiendo sus anhelos é ideales para después de conseguida aquella hermosa aspiración de su alma: la independencia de Cuba.

El carácter reflexivo y previsor de Aguilera no se conformaba con destruir sin antes haber calculado lo que con ventaja debía sustituir aquello que destruyera, mucho más cuando se trataba de cosa tan grande y que tan profundamente le preocupaba como el porvenir de su patria. Tenía fe en las condiciones morales y en el patriotismo de sus paisanos. Sabía que en Cuba había un núcleo bastante importante de personas ilustradas y patriotas, que con la buena voluntad que indudablemente había de animarlas, podrían dirigir la nave del Estado. Sabía también que una gran parte de su pueblo estaba sumido en lastimosa ignorancia; pero conocía al mismo tiempo la índole de ese pueblo, su sencilla honradez y patriotismo y confiaba en que, lejos de dejarse arrastrar al desenfreno, se prestaría á ser conducido por el recto camino que le señalarían sus ilustrados mentores.

Cansado estaba de oir á los sicarios del despotismo poner como ejemplo á los cubanos, las repúblicas sudamericanas, indicándoles que ese mismo camino seguiría Cuba si algún día lograba romper los lazos con que su metrópoli la aprisionaba; pero ese razonamiento tan temido por otros, le hacía poca fuerza; más, ese mismo argumento alentaba sus esperanzas por varios motivos. En primer lugar, pensaba que ese doloroso ejemplo serviría de saludable lección á sus compatriotas para huir de él y no

(1) Esto pasó en la jornada de "El Saladillo", en enero de 1869.

caer en el mismo pecado que hacía tan desgraciados á los países hermanos, del continente americano (1). En segundo lugar, sabía que las masas ignorantes de esos países estaban fanatizadas por el clero ramano, que se servía de ellas como de instrumento dócil para satisfacer sus ambiciosos fines. Nada de eso temía él en Cuba, donde el clero ejercía poca influencia en los diferentes elementos de que se componía la población del país, y por consiguiente poco daño podía hacer. Bien está que digamos aquí que Aguilera era cristiano, que sentía no poca admiración por ese gran demócrata que se llamó Jesús, si bien deploraba los abusos que se cometían á la sombra de la sublime doctrina que predicó.

La aspiración de Aguilera para después de conseguido el hermoso ideal de la independencia, era formar una república democrática, donde el hombre gozase de todos sus derechos naturales, al amparo de un gobierno benéfico y justo. Para esto, el primer paso había de ser la abolición inmediata de la nefanda esclavitud, y á la par, educar al pueblo todo lo posible, porque estaba persuadido de que la ignorancia sólo engendra servilismo, y para que un pueblo sea respetado y grande, ha de ser instruído. Los abusos del clero, engendrados por el monopolio, lo habían decidido por la libertad de cultos.

Veía con dolor la soledad y el abandono de los campos, y pensaba que otra de las más benéficas medidas que tomarían los gobiernos encargados de dirigir los destinos de la República, era abrir sus puertas á las familias honradas é industriosas de todos los países civilizados, que quisiesen venir á ella, ofreciéndoles alicientes y ventajas para que trajeran al país el valioso contingente de sus energías y de su inteligencia; esforzándose al mismo tiempo en prestar las mayores facilidades á las familias de nuestra raza, con el propósito de contrabalancear la poderosa influencia de los vecinos del Norte.

Aguilera, antes que todo era cubano. En varias ocasiones manifestó que si él hubiera presumido que Cuba debía ser anexada á los Estados Unidos, no habría movido un solo dedo de su mano para aquella revolución. Sabía las miras de esa fuerte nación con respecto á Cuba; y sin embargo no desesperaba poder contrarrestarlas, contando con el auxilio de otros poderes igualmente fuertes, que la mano hábil de sus paisanos pondría en acción. Las naciones de Europa, para las que tanta importancia tiene esta isla, ya por su posición geográfica, su comercio, su riqueza y multitud de otras circunstancias, creía eran la mejor garantía para que Cuba mantuviera su independencia. Juzgaba que Cuba, con el esfuerzo bien dirigido de sus hijos, podía llegar á ser el puesto avanzado, el baluarte poderoso de la raza latina en América. Conocía bien su ventajosa situación, que se haría mil veces mejor tan pronto llegara á ser un hecho la apertura del itsmo de Panamá. Qué hermosos eran los sueños de Aguilera á este respecto! Creía que los destinos de Cuba y Puerto Rico debían estar unidos de una manera inseparable; que la independencia de Cuba necesariamente había de traer la de Puerto Rico; y unidas estas dos islas por un pacto federal que les asegurara mutuo apoyo y regidas por el gobierno que ya hemos apuntado, su prosperidad y engrandecimiento marcharía con pasos acelerados. La cercana isla de Santo Domingo ó Haití, no pudiendo menos de sentirse atraída por el benéfico influjo de sus dos vecinas, se resolvería, por su propia conveniencia, á ingresar en el pacto federal de sus dos afortunadas hermanas y unidas las tres islas, formarían un núcleo poderoso que gradualmente iría creciendo con la atracción del archipiélago de las Antillas, hasta que se constituyera la hermosa "Confederación Antillana" que contemplaba Aguilera á través de los tiempos. La mágica influencia de esta huma-

(1) La situación dolorosa por que atraviesa hoy este país, podría mirarse como prueba de que Aguilera estaba equivocado al tener tan alto concepto de sus paisanos, pero no es así. Las desgracias que hoy lamenta Cuba no son debidas á que carezca de hombres patriotas aptos para gobernarla ordenadamente, ni á que su pueblo sea díscolo, ó vicioso, sino á otras circunstancias que el lector verá extensamente explicadas en el paralelo que hacemos entre la obra de Aguilera y la de Martí, que publicaremos en breve. (Nota del autor.)

nitaria concepción fué indudablemente el misterioso talismán que le dió fuerza bastante para soportar tantos dolores, tantas amarguras, tantos desengaños, tantos martirios, tan horrendas y tan crueles pruebas durante su vida, y la que le prestó serenidad de ánimo para no desmayar jamás y marchar con paso firme por la senda que la maldad se gozó en sembrarle de espinas. Pero dejemos á un lado consideraciones tan dolorosas y continuemos nuestro relato.

CAPITULO XI

OCTUBRE, 1868

AGUILERA APRESURA LA REUNION DE SUS HOMBRES.—LOS ORGANIZA EN DOS COMPANIAS.—NOMBRA SUS CAPITANTES Y SU SEGUNDO EN EL MANDO.—SUS SOLDADOS LO ACLAMAN GENERAL.—REHUSA ESTE GRADO.—TOMA INTERINAMENTE EL DE CORONEL.—PARTE PARA BAYAMO AL FRENTE DE 150 HOMBRES.—EXCELENTE ASPECTO DE SU TROPA.—ESTA PERDURA TODA LA REVOLUCION.—UN CORREO DE CESPEDES LO DETIENE EN EL CAMINO.—INCERTIDUMBRES DE AGUILERA.—UN SEGUNDO CORREO LE ANUNCIA LA TOMA DE BAYAMO.—DICE CESPEDES QUE HA SIDO RECONOCIDO JEFE SUPERIOR DE LA REVOLUCION. TAMBIEN NOMBRADO CAPITAN GENERAL.—CESPEDES NOMBRA A AGUILERA GENERAL DE DIVISION.—LE ORDENA QUE CONTINUE SU MARCHA A BAYAMO.—DESENGANOS DE AGUILERA.—CONTINUA SU MARCHA.—SU ENTRADA EN BAYAMO. —CESPEDES LO RECIBE CON UNIFORME DE CAPITAN GENERAL.—LE ORDENA SALGA INMEDIATAMENTE A DETENER UNA COLUMNA ESPANOLA QUE AVANZA.—LOS AMIGOS DE AGUILERA LE OFRECEN REINSTALARLO EN SU PUESTO DE JEFE DE LA REVOLUCION.—PATRIOTICA ACTITUD DE AGUILERA.—DICE QUE LA REVOLUCION ESTA SOBRE SU GLORIA.

Dejamos á Aguilera en "Santa Ana de Cayojo", una de sus fincas en "Cabaniguán," lleno de dudas y zozobras por el peligro en que veía su obra. Mas comprendiendo que había llegado el momento de obrar, y teniendo de antemano formada la resolución de seguir adelante, mientras hubiera esperanza de salvar lo que tantos afanes y desvelos le costara, inmediatamente procedió á activar la tarea de reunir la gente, y organizar su fuerza. Las excesivas lluvias, el pésimo estado de los caminos y la grande extensión de aquella comarca, contrariaban estas operaciones; sin embargo, como sus hombres estaban preparados, aguardando sólo aviso, pronto estvieron reunidos á su lado. Procedió á organizarlos, formando dos compañías, á las que dió por capitanes á Pedro Gómez y José C. Vargas, respectivamente. Estas tropas, llenas del más ardiente entusiasmo proclamaron á Aguilera general; pero él, con la modestia que formaba parte de su naturaleza, declinó el grado, diciendo que no estaba bien prodigarlo y sólo la Nación tenía el poder de discernirlo. Sin embargo, necesitando un jefe aquella fuerza, asumió el mando interinamente con el grado de coronel y señaló para su teniente, segundo en el mando, á Antonio Caballero.

Como con anterioridad había ofrecido á Vicente García algunas armas y pertrechos, separó una cantidad de éstas, las que hizo cargar en varios caballos, y se las remitió á las Tunas con Francisco Agüero.

Listo todo, en la mañana del 17 de octubre reunió su fuerza, la arengó, manifestándole la gloriosa empresa que iban á acometer, por virtud de la cual de viles siervos se convertían en hombres libres; díjoles que desde aquel momento eran considerados soldados de la patria, á la que estarían prontos á sacrificarlo todo, y finalmente les hizo jurar la bandera, dando al acto la mayor solemnidad. Seguidamente se dirigieron á Bayamo.

Componíase la fuerza de Aguilera de unos ciento cincuenta hombres, fuertes, valientes y decididos, la mayor parte mayorales suyos, empleados y esclavos ya libertos, montados en buenos caballos,

tomados casi todos de sus potreros y haciendas. Una parte estaba armada de fusiles, escopetas, trabucos y pistolas, pues aunque Aguilera había acopiado armas de fuego suficientes para toda la gente que llevaba, quiso, según hemos referido, mandar parte de ellas á la Junta de Bayamo y otra á Vicente García en las Tunas. Era su deseo que la revolución se alzase potente en todas partes aun á costa de debilitar la fuerza que personalmente mandaba. Los demás hombres de su columna iban armados de machete. Era este el grupo que ofrecía mejor aspecto de todos los que hasta entonces se habían lanzado á la revolución. La renombrada fuerza de "Cabaniguán" se mantuvo siempre unida y compacta durante el curso de la guerra y se distinguió extraordinariamente bajo el mando de sus capitanes Pedro Gómez, José Caridad Vargas y Francisco Aguilera, liberto este último de nuestro biografiado. Desde que se pronunció Aguilera, uno de sus primeros actos al llegar á sus fincas fué reunir sus esclavos y decirles que eran libres.

El día 17 pernoctó con su columna en el Guamo, en la finca de Manuel Surís. Al amanecer del 18 pasaron el río Cauto y como á tres leguas de Bayamo se presentó un correo de Céspedes, el joven Antonio Mahy y Palenzuela, con pliegos para Aguilera. En éstos: Céspedes le informaba de los sucesos ocurridos y de la situación del momento. Al mismo tiempo le decía era necesario que detuviese su marcha y ocupase el camino de Holguín, manteniéndose allí mientras él daba el ataque á Bayamo, agregando que le avisaría cuando pudiera seguir adelante.

Mucho contrarió á Aguilera la lectura de estos despachos. Le costaba trabajo resignarse á permanecer inactivo mientras los demás atacaban á Bayamo, pues siempre había acariciado la idea de ser él quien libertara su ciudad querida. Por otra parte, recordando la actitud asumida por Céspedes en la junta de "El Rosario," actitud que entonces habían juzgado de locura, pero que ahora, dado el giro que tomaban los acontecimientos, miraba con bastante inquietud, todo esto le causaba viva desazón. Tuvo intenciones, contra lo que con tanta urgencia se le encarecía, de acelerar su marcha y presentarse con su columna delante de las trincheras de Bayamo; pero temiendo con esa violenta determinación, causar grave trastorno, pues no estaba en antecedentes de las causas más ó menos fundadas por que se le pedía que se detuviera y cubriera aquel camino, considerando que su conducta podría tomarse como inspirada por la ambición ó por recelo de la lealtad de sus compañeros y amigos, prefirió dar á éstos una prueba de su confianza; y refrenando sus impulsos y callando sus inquietudes, fué á acampar en la hacienda "Buena Vista," cerca de allí.

Como á las seis de la tarde recibió nuevos pliegos de Céspedes que le informaron de que se había posesionado de Bayamo y le daba cuenta de que en una reunión general de jefes lo habían nombrado—á Céspedes—capitán general y jefe supremo de la revolución. Con tal carácter le acompañaba un nombramiento de general de división y le ordenaba que inmediatamente continuara su marcha á Bayamo.

No sabemos lo que pasó por el espíritu de Aguilera el leer esos despachos, al tener ante sí la realidad de sus crueles presentimientos, al ver cómo Céspedes, de subordinado suyo que era se había convertido en jefe, tomando el lugar en la revolución que solamente á él correspondía. Aguilera guardó siempre en lo más profundo de su pecho los sentimientos que lo dominaron en aquel instante doloroso. Jamás habló de ellos á nadie. Esto mismo nos hace pensar cuán hondos debieron ser.

Había dedicado su vida á la realización de un ideal, para alcanzar el cual sacrificolo todo: sosiego, fortuna, familia. Había llegado el momento en que ese ideal perseguido estaba pronto á verse convertido en realidad, cuando otro se le interponía para arrebatarle el renombre de un triunfo legítimo. ¡Qué decepción más grande! ¡A qué prueba más cruel se vió sometido su amor á la patria! ¡Cuánta abnegación necesitaba para salir triunfante de ella...! ¿Qué haría? ¿Disputaría la gloria á Céspedes? Pero esa dis-

puta sería la tumba de su ideal... ¡No! Sin vacilar en la terrible alternativa, resolvió hacer por ese ideal querido un sacrificio más:.. el de su gloria.....!

Continuó Aguilera su marcha hacia Bayamo, adonde llegó á las doce y media Las calles estaban iluminadas... por todas partes flotaba la bandera cubana... se oían gritos de "¡viva Cuba libre!"... el espectáculo era grandioso...

Ordenó á sus fuerzas que acamparan en su ingenio "Santa Isabel", frente á la ciudad, del otro lado del río, y fué directamente á la casa que ocupaba Céspedes en la calle de San José. Céspedes lo recibió rodeado de su Estado Mayor y ayudantes, vestido ya con uniforme de capitán general, y además, como tal le fué presentado por uno de sus oficiales de Estado Mayor. Acto continuo Céspedes, con todo el aplomo y la dignidad que su nuevo carácter demandaba, manifestó á Aguilera que acababa de recibir aviso de que una columna española, fuerte de ochocientos hombres, iba de Manzanillo sobre Bayamo y era necesario que inmediatamente saliera con sus tropas al encuentro de ella para impedir su avance. El general Modesto Díaz lo esperaba solo, en el ingenio "Jucaibama" y tenía orden de incorporarse á él para que ambos obraran de común acuerdo, prometiéndole que al amanecer del día siguiente le mandaría refuerzos.

Obedeció Aguilera, y aún sin haber ido á ver á su familia que llegó á Bayamo aquel mismo día, salió para "Santa Isabel." En el trayecto, reuniéronsele Francisco Maceo y otros amigos y compañeros, hombres caracterizados en la revolución, los que le manifestaron su inconformidad con la actitud que había asumido Céspedes respecto á la jefatura de la revolución, y le pidieron los autorizara para obrar ellos de manera que Aguilera ocupara el puesto que le correspondía. Vanos fueron los esfuerzos que á ese efecto hicieron aquellos amigos generosos de Aguilera, pues éste, con el desprendimiento y patriotismo tan propios de él, cerró oídos á consejos que, aunque bien intencionados, tan graves trastornos podían traer á la revolución. Atravesaba ésta circunstancias críticas, y con un enemigo poderoso, á las puertas de Bayamo, una disputa por el mando superior de la revolución, la hubiera hecho fracasar irremisiblemente. Además, repugnaba á su dignidad entrar en discusión sobre merecimientos, gloria y honores, y como tuviera todo esto en cuenta, resistió á las instancias de sus amigos, contestándoles que por encima de su gloria, cosa baladí ante la gloria de la patria, estaba la indepedencia de Cuba... Nada como este rasgo para poner de relieve mejor la grandeza de alma de Aguilera.

Este mismo Francisco Maceo Osorio, su amigo decidido, más tarde, en el año 1871, cuando Aguilera estaba en el extranjero, en una de sus cartas enviadas desde el campo de la revolución, al vaciarle su pecho rebosante de amargura y desengaños, hubo de estampar los siguientes párrafos:

"Deseo saber de mi gente sin que le pueda traer compromiso. Es pura curiosidad. Cuando me lancé á la revolución me descoyunté el alma y tiré á un lado esas afecciones santas que constituyen el encanto de la vida. Desde entonces á la fecha ¡cuántos desengaños! Noble ambición de gloria, burlada; fe en la intención de los hombres, perdida: sólo me resta el amor á los principios y el deseo de contribuir á la felicidad de mi patria, aún á costa de mi felicidad. Después de todo, como dice Cervantes: "el buen nombre no vale un cuatrín."! ¡Ah! pero si sobrevivo á esto, juro convertirme en un misántropo y huir de la humanidad como de una manada de lobos hambrientos. Estas no son vanas declaraciones: Vd. sabe que lo que se dice desde aquí, cuando no es inspirado por la ambición ú otras malas artes, debe estimarse como dicho desde el borde del supulcro; y sabe también que yo acostumbro mirar sonriendo todas las cosas, á parte de que no pertenecía al número de los cándidos cuando entré en esto; pero, amigo mío, confieso que no creía en lo *infinito* de la maldad que ahora reconozco."

Francisco Maceo Osorio, como ha visto el lector, era compañero de Aguilera;

y, dadas sus relevantes dotes de carácter, su patriotismo, inteligencia, posición social, fué el primero á quien se dirigió Aguilera el 2 de agosto de 1867 al dar comienzo á la conspiración, y jamás desmereció en lo más mínimo su confianza. Fué el que con tanto tino, prudencia, acierto y patriotismo colaboró á su lado con Pedro Figueredo en el delicadísimo trabajo de preparar la revolución sin despertar la suspicacia del gobierno de España, hasta que las impaciencias de Céspedes trajeron las imprudencias que la precipitaron.

Por grande, sin embargo, que fuera el dolor de Francisco Maceo al contemplar la realidad, nunca sus desengaños pudieron ser tan grandes como los de Aguilera. Nunca su amor propio se vió tan ofendido, ni fué tratado con tanta desconsideración y menosprecio, ni las heridas de su alma pudieron ser tan profundas. Aguilera, que tanto hizo, que tanto merecía y tanto tenía derecho á esperar, vió en el momento crítico, cuando todo estaba preparado, cómo, valiéndose de las especialísimas circunstancias que lo rodeaban, le arebató de sus manos la jefatura quien menos derecho tenía para ello, relegándolo con injusticia á lugar secundario. Si Francisco Maceo, patriota probado, hombre de corazón, de energía y experiencia, con menos motivos que Aguilera tenía el alma destrozada, llena de amargura y si tan cruel era su desencanto que le hacía aborrecer la humanidad, ¿qué no habríamos descubierto en el alma de Aguilera si hubiera sido dable leer en ella...?

Francisco Maceo Oosorio, que tantos sueños de gloria abrigó y tanto derecho tenía á verlos realizados, murió obscurecido en los campos de Cuba, teniendo por toda recompensa el olvido de sus compatriotas, y como ofrenda póstuma de una sociedad que abrillantaba, estas solas líneas que emocionada traza temblando nuestra mano.

¡Lógica y esperada ingratitud! ¡Es así como proceden siempre los pueblos formados con las cadenas del esclavo!; y pues que esto es cierto ¿qué mucho que aborrezcamos la esclavitud y recibamos alborozados la libertad? ¡Luz que ilumina la humanidad en su camino, llevando á la perfección los pueblos! ¡Bien venida seas! ¡Yo te saludo!

CAPITULO XII

OCTUBRE, 1868

SALE AGUILERA CON SU FUERZA DE "SANTA ISABEL."—HACE ALTO EN JUCAIBAMA.—SE LE REUNE MODESTO DIAZ.—SALEN A BATIR AL ENEMIGO.—LO ENCUENTRAN EN GUABATUABA.—AGUILERA ENCARGA A M. DIAZ EL MANDO DE SU TROPA.—MANIOBRAS EJECUTADAS POR DISPOSICION DE M. DIAZ.—SE PREPARA UNA EMBOSCADA.—RECHAZAN LA FUERZA ESPAÑOLA.—ESTA MARCHA EN RETIRADA.—LA ALCANZAN EN EL PUENTE DE HICOTEA.—ES BATIDA OTRA OTRA VEZ POR LOS CUBANOS.—TRISTEZAS DE AGUILERA.—SEPARADO DE SUS AMIGOS.—CESPEDES RETIENE A ESTOS A SU LADO.—AGUILERA AISLADO.—MANUEL ANASTASIO SU FIEL AMIGO, TAMBIEN ES RETENIDO POR CESPEDES.—MANUEL ANASTASIO CASI VIOLENTAMENTE SE SEPARA DE CESPEDES.—VUELVE OTRA VEZ AL LADO DE AGUILERA.—NO SE SEPARA MAS DE EL HASTA SU MUERTE.

Llegado Aguilera á "Santa Isabel", dió orden á su columna para marchar y salió inmediatamente hacia "Jucaibama." Allí encontró al general Modesto Díaz que lo esperaba. Dejó descansar su tropa aquel día y mandó exploradores á averiguar la posición del enemigo. Estos volvieron diciendo que estaba acampado en la sabana de Barrancas á dos leguas de allí.

Al siguiente día, 20 de octubre, Aguilera y Díaz con su columna emprendieron marcha; hicieron alto en Jucaibamita, en donde se les reunieron los generales Donato Mármol y Francisco Marcano con 300 hombres. En vista de que el ge-

neral Modesto Díaz era un hábil guerrillero de la guerra de Santo Domingo, Aguilera le encomendó las operaciones militares. En marcha otra vez, dieron vista al enemigo, acampado en la sabana. Modesto Díaz mandó armar con varas, terciadas al hombro, á manera de fusiles, á los que carecían de esta arma, que eran la mayor parte, desplegándolos en la sabana frente al enemigo para que éste viera que eran muchos—unos 450 hombres—y bien armados. Después de esta maniobra se replegó la columna á la orilla derecha del río Guabatuaba donde el terreno estaba cubierto por un bosque. En este lugar se formó la tropa en guerrilla de emboscada, desde el río, á lo largo del camino. Era el plan, dejar que los españoles pasaran el río y avanzaran en el camino; entonces la guerrilla cubana le haría una descarga y se le echaría encima por ambos flancos al machete.

A las tres de la tarde tuvieron aviso los cubanos de que la columna española se ponía en marcha. Llegó ésta al río y al comenzar su paso, un tiro escapado á los cubanos dió la señal de alarma al enemigo que respondió con una descarga. El plan había facasado. El general Díaz mandó hacer fuego también. Después de un corto tiroteo, el coronel Campillo, que era el jefe de la columna española, mandó tocar retirada, y como á la sazón cayese un fuerte aguacero y la noche se venía encima, Díaz y Aguilera ordenaron replegar las fuerzas á Jucaibamita otra vez. Los cubanos no tuvieron bajas, los españoles llevaron varios heridos.

A la mañana siguiente, al hacer el reconocimiento, encontraron que la columna española había contramarchado la noche anterior para Manzanillo. Por los diferentes objetos que dejaron regados en el camino, comprendieron que la retirada fué precipitada y que habían desistido de seguir á Bayamo. Dió entonces orden Aguilera á Mármol y Marcano para que se retirasen con sus tropas, y siguió él con su fuerza en persecución de Campillo. Había éste hecho alto en el puente del río Hicotea, y allí fué batido otra vez por la fuerza de Aguilera, que lo persiguió hasta su entrada en Manzanillo. Siguió después Aguilera asediando esta ciudad y hostilizando las tropas que se aventuraban fuera de su perímetro. Fueron éstos los primeros servicios que prestó con brillantez la fuerza de "Cabaniguán" de que ya hablamos anteriormente.

Rechazado Campillo, ya el serio peligro que amenazaba la revolución, estaba salvado. De haber logrado avanzar el jefe español, y haberse presentado con su fuerza ante Bayamo, de seguro se hubiera apoderado de la ciudad, pues no estaba preparada para defenderse contra un enemigo tan considerable; y tan duro descalabro en los primeros días de la revolución habría producido un efecto desastroso.

Aguilera podía estar satisfecho del fiel cumplimiento de la orden que recibió y haber salvado aquella peligrosa situación; pero su corazón estaba poco dispuesto para ningún género de satisfacciones. Todas las circunstancias que lo rodeaban contribuían á hacer más sensibles sus pesares. En medio de sus tropas se encontraba solo, abandonado. Aquellas personas con quienes acostumbraba expansionar su ánimo, comunicarles sus alegrías, referirles sus tristezas y exponerles sus dudas, estaban lejos de él. Céspedes las había separado de su lado, nombrándolas para diferentes cargos cerca de su persona. Aguilera se encontraba aislado, sin un amigo capaz de proporcionarle un consuelo ó darle un buen consejo en aquellos momentos en que su mente, ofuscada por tan terribles decepciones, más necesitaba de ellos. Hasta á su mismo primo, Manuel Anastasio, el hombre de la entera confianza y afecto de Aguilera, el compañero de su juventud, también lo separó Céspedes de su lado, nombrándole jefe de su Estado Mayor y, por consiguiente, reteniéndolo con él, aun contra la voluntad de M. Anastasio. Este, finalmente, se vió precisado de una manera casi violenta á separarse de Céspedes, para servir la patria al lado del hombre de quien tan devoto era, de Aguilera, y ya no se separó más de él hasta la muerte de éste.

Más adelante Aguilera fué cobrando

afecto al general Modesto Díaz, hombre que bajo una corteza tosca encerraba un alma generosa y buena, hasta llegarlo á tener por uno de sus mejores amigos; y en su compañía pasó mucho tiempo en operaciones militares.

Una vez posesionado Céspedes de la ciudad de Bayamo, se entregaron sus habitantes al más delirante regocijo. La música se paseaba á todas horas por las calles, las casas ostentaban banderas cubanas, los amigos se saludaban á la voz de "viva Cuba libre." En honor del fausto suceso, quiso el capitán general Céspedes celebrar solemne tedeum, haciendo su entrada en la iglesia mayor de la ciudad bajo palio y con gran pompa. Muchos de sus amigos le tuvieron á mal ese acto antidemocrático, pero Céspedes contestó que era necesario acostumbrar al pueblo á venerar sus autoridades.

CAPITULO XIII

NOVIEMBRE 1868—FEBRERO 1869

PRONUNCIAMIENTO DE CAMAGÜEY.—CESPEDES PRETENDE HACERSE RECONOCER COMO JEFE POR LOS CAMAGÜEYANOS.—ESTOS OFRECEN RECONOCERLO CONDICIONALMENTE.—NO HAY ACUERDO.—DUALIDAD DEL GOBIERNO.—CONTRASTE ENTRE LA ORGANIZACION DE ORIENTE Y LA DE CAMAGÜEY.—CESPEDES CONTINUA EL REGIMEN ESPAÑOL.—CAMAGÜEY OPTA POR EL DEMOCRATICO.—RESULTADO DE UNO Y OTRO REGIMEN.—INCENDIO DE BAYAMO.—CONFERENCIA DE LOS COMISIONADOS DEL GENERAL DULCE CON CESPEDES.

El 4 de noviembre de 1868 se pronunció el Camagüey. Estableció un gobierno democrático, al frente del cual se pusieron los patriotas Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio y Eduardo Agramonte, que componían el "Comité Revolucionario de Camagüey." Envió Céspedes una comisión á este comité pidiéndole que reconociese su autoridad; el comité se negó á ello. Convínose, sin embargo, en que se llevaría á cabo una reunión en Guáimaro, para tratar de allanar las dificultades que se ofrecían.

Efectuada la reunión, pretendió Céspedes que, puesto que había sido el primero en alzarse en armas contra el gobierno español, todos los demás distritos de la Isla que se sublevaran después, debían reconocer su autoridad, puesto que era una misma la idea que los impulsaba. Manifestaron los representates de Camagüey que no tenían dificultad en reconocer á Céspedes como cabeza de la revolución, siempre que se despojase de las facultades que había asumido y cambiase el sistema de gobierno que había adoptado. Dijeron que estaban dispuestos á concederle el primer puesto, ya fuese civil ó militar en dicho gobierno, el que escogiese, pero no los dos, por ser contrario á los principios democráticos por los que habían salido á combatir.

Sostuvo Céspedes sus pretensiones, por lo que no pudo haber avenencia. Acordóse, sin embargo, que ambos gobiernos se prestarían mutuo auxilio, obrando de acuerdo en los asuntos que se relacionasen con el exterior; convinieron también que podrían emitir papel moneda por valor de dos millones de pesos, con la garantía de ambos gobiernos.

No podía caber arreglo entre Céspedes y los representantes de Camagüey, pues eran diametralmente opuestas las ideas que unos y otros sustentaban. Creía Céspedes que un pueblo educado en la servidumbre como Cuba, no debía romper violentamente con el pasado, sino que era necesario valerse de los mismos resortes que estaba acostumbrado á obedecer, para mantener el orden y la disciplina, sobre todo en el período revolucionario en que acababa de entrar. Consecuente con estas ideas, trató de influir en la imaginación popular, para rodear las autoridades del mayor prestigio; él mismo se nombró capitán gene-

ral, adoptando desde el primer momento las insignias y aun las facultades discrecionales con que estaban revestidos esos jefes españoles. Continuaron los capitanes de partido y los comandantes militares; concedió á la iglesia las mismas prerrogativas que hasta entonces había tenido, apoyándose en ella para robustecer el respeto y la sumisión del pueblo. En una palabra, su gobierno fué una copia del régimen español, cambiando sólo las personas.

Los hombres de Camagüey, por el contrario, querían barrer del país completamente todo vestigio de las instituciones y procedimientos españoles. Tenían fe absoluta en los procediminetos republicanos y, por lo tanto, encomendaron la dirección del país á un comité elegido entre ellos. Establecieron prefecturas y subprefecturas, abolieron la esclavitud, aspiraban á la separación de la Iglesia y el Estado, al establecimiento del matrimonio civil, etc.

Fundábase Céspedes para sostener su sistema, en que por el estado de agitación en que se encontraba el país, era necesario un brazo enérgico y fuerte que prontamente suprimiera los desmanes que era seguro se habrían de cometer. Pero esta teoría dió un resultado contrario en la práctica, porque en Oriente, donde ese sistema imperaba con toda su fuerza y en el que había gran número de generales, brigadieres, coroneles y demás jefes militares que lo reforzaran, el país estaba en el estado de desorganización más lamentable, no sólo en los lugares más apartados de los centros del gobierno, sino aun en los que estaban bajo la inmediata influencia de aquellos jefes. Por el contrario, en Camagüey, donde se había desterrado el régimen militar y regían las instituciones republicanas, se veían perfectamente garantizadas la propiedad y los derechos individuales, tanto que las principales familias camagüeyanas se habían trasladado á sus fincas de campo, gozando allí de perfecta seguridad y bienestar.

Resultado de este contraste fué, que al entrar en territorio camagüeyano las fuerzas orientales, habituadas éstas al régimen que imperaba en su departamento, comenzaron á apoderarse de mano fuerte de cuanto había en las fincas ocupadas por esas familias, sin miramiento alguno á sus dueños legítimos. Estos, no acostumbrados á esos atropellos, protestaron enérgicamente. Tal fué la causa primera del antagonismo que se desarrolló después entre orientales y camagüeyanos.

Para apreciar mejor la importancia de estos hechos, debemos observar que el sistema implantado en Camagüey por su comité revolucionario era nuevo allí, y los que lo introdujeron lo conocían sólo teóricamente; sin embargo, en vista del buen resultado que produjo, es de justicia reconocer que aquel comité tuvo la habilidad y cordura necesarias para hacer que su empeño se viera coronado por el éxito. En cambio, el sistema seguido por Céspedes, que era el que de antiguo imperaba, al que el pueblo estaba acostumbrado y con el que el gobierno español había mantenido el orden por más de cuatro siglos, Céspedes no acertó á conservar este, siquiera, y tuvo que abandonarlo, como no acertó tampoco, cuando al frente del gobierno de la República, causó tal disgusto entre sus compañeros, que esta vez él mismo tuvo que dejar el puesto que ocupaba.

Cuando sucedió el incendio de Bayamo, se encontraba Aguilera operando por Jiguaní, cubriendo el camino de Santiago de Cuba. Desde allí pudo contemplar, con el pecho oprimido, los siniestros resplandores de la inmensa hoguera en que estaba convertida esta ciudad querida, hogar de sus mayores, cuna de su niñez. El no tuvo participación alguna en esta horrenda catástrofe y sólo le cupo el dolor de acatar resignado los decretos de la Provincia y la decisión de sus compañeros...

En el mes de enero de 1869, el capitán general español don Domingo Dulce nombró á los Lcdos. Francisco Tamayo Fleites y Joaquín Oro, y al señor José L. Ramírez, todos íntimos amigos de Céspedes, para una comisión que tenía por objeto ofrecer á éste, en nombre de Dulce, la autonomía para Cuba. Céspedes recibió á sus amigos con toda la circunspección que correspondía al alto

cargo de que estaba revestido. Hablóles Céspedes del movimiento revolucionario, asegurándoles con el mayor aplomo que Trinidad, Cienfuegos y todo el territorio de las Villas se habían lanzado á la guerra, y puesto á sus órdenes. A los comisionados les constaba que no era exacto, pues acababan de pasar por esos lugares dejándolos en completa paz. Uno de los comisionados le manifestó que el general Dulce deseaba tener una conferencia con él, y estaba dispuesto á darle toda clase de garantías respecto á su seguridad. Céspedes preguntó de qué manera sería recibido. Aseguróle Ramírez que se le recibiría correctamente, porque el general Dulce era un perfecto caballero. Contestó entonces Céspedes con viveza que no lo había comprendido; quería saber qué honores se le harían, pues si Dulce era capitán general, él también lo era y dominaba un territorio más extenso en la Isla. Mala impresión hicieron á los comisionados las pretensiones de su paisano. Diremos que si estampamos aquí estos hechos, como por necesidad tendremos que hacer con otros, es para que se conozca mejor á este hombre notable, y para que la historia en su día, al juzgar de parte de quién estuvo la razón en las luchas que sostuvo con sus conciudadanos, pueda fallar con justicia.

Cuando la comisión regresó á la Habana y entregó al general Dulce la carta que Céspedes le envió en contestación á otro de aquel general, Dulce leyó la carta delante de los comisionados y al concluir la lectura exclamó: "¡cómo se conoce que este señor no es militar!" ¿Por qué? preguntó uno de ellos." Porque pospone la suerte de un pueblo á la de un hombre," contestó el General.—Se refería al asesinato de Augusto Arango...

CAPITULO XIV

MARZO-ABRIL 1868

TENTATIVAS PARA LA UNIFICACION DEL GOBIERNO REVOLUCIONARIO.—DISGUSTO DE LOS PATRIOTAS DE ORIENTE.—DONATO MARMOL Y OTROS APELAN A AGUILERA.—SUS PLANES PARA UNIFICAR EL GOBIERNO.—PIDEN APOYO A AGUILERA.—ESTE DESAPRUEBA LOS PLANES.—DONATO MARMOL SE ERIGE EN DICTADOR.—AGUILERA AVISA A CESPEDES.—ESTE LE PIDE AUXILIO.—AGUILERA SE LO PRESTA.—CESPEDES Y AGUILERA SE PRESENTAN EN TACAJO.—AGUILERA CONFERENCIA CON MARMOL.—SE CONJURA EL PELIGRO.—MARMOL DESISTE DE SU ACTITUD.—CESPEDES CEDE ANTE LA VOLUNTAD DEL PAIS.—CONVENCION DE GUAYMARO.—SE CONSTITUYE LA REPUBLICA.—CONSECUENCIAS DE LA OBSTINACION DE CESPEDES.

Varias fueron las tentativas que se hicieron para conseguir la unificación de los dos gobiernos que existían en la revolución; pero todas fracasaron ante la firme actitud de Céspedes por conservar el mando absoluto, y la de la Asamblea de Camagüey, que quería el establecimiento de una república democrática.

Mientras tanto, en el pueblo de Oriente se había producido una reacción notable. Pueblo esencialmente demócrata, tanto como Camageüy, cuando se dió cuenta de los hechos, vió con disgusto el sistema implantado por Céspedes, puesto que el pueblo se había lanzado al campo á luchar por la libertad y la democracia. El descontento crecía con rapidez al ver el tesón con que Céspedes sostenía sus pretensiones, no aceptando la fusión que le ofrecía Camagüey, con el que simpatizaba y estaba de acuerdo. Persiguiendo la manera de poner término á ese estado de cosas, Donato Mármol, Francisco Maceo y otras personas influyentes, se acercaron á Aguilera haciéndole observar los perjuicios que sufría la revolución por la obstinada actitud de Céspedes, y encareciéndole la necesidad de que los patriotas dieran solución á asunto que tan grave daño proporcionaba á la patria. No era posible consentir que por más tiempo que un hombre solo se impusiera á un pueblo. En tal virtud, manifestaron á Aguilera

que puesto que él también estaba de acuerdo con las aspiraciones de Camagüey, les prestara su apoyo moral, para publicar ellos un manifiesto abogando por esos principios, que conocidos por los cubanos, seguramente les harían pensar como ellos. Convencidos estaban de que Oriente entero se les uniría, pues la aspiración de esta región, lo mismo que la de todos los cubanos, era romper enteramente con el pasado y establecer una república democrática. De esta manera se obligaría á Céspedes á aceptar también esos principios, y, caso que obstinadamente se negase, entonces Aguilera, llevando la representación de todo Oriente, trataría con los camagüeyanos, logrando de ese modo destruir la dualidad perjudicial, por la que las das regiones, levantadas en armas, no obedecían á un solo gobierno, debilitando así la acción de éste, cuando era de rigor que obrara con la mayor energía.

Aguilera, por más que viese con disgusto la desdichada controversia sostenida entre Céspedes y el Camagüey, no estaba dispuesto de ningún modo á terciar en ella; por una parte, porque creía era sentar un precedente fatal para el futuro de la patria dar principio á disenciones y banderías; y por otra, no quería se pensara que trataba de ponerse frente á Céspedes para disputarle el poder. Había en su alma demasiada nobleza y patriotismo para disputar como caudillo de un partido, el mando á otro caudillo. El sólo podía aceptar ser el caudillo de todos los cubanos. Contestó, pues, á sus amigos que más acertado sería acercarse á Céspedes y hacerle conocer la voluntad el pueblo. Díjoles que no podía aprobar un plan en que había que echar mano á la división y la violencia, cuando tan necesitados estaban de unión y de acuerdo, y trató de disuadirlos de que llevaran adelante su propósito.

No obstante la terminante y firme desaprobación de Aguilera, Donato Mármol, ferviente partidario de aquél, por los primeros días de marzo convocó á varios jefes de las fuerzas de Oriente, entre los que se encontraba su primo Eduardo, su hermano Justo, Calixto García, Miguel Bárzaga, Luis Figueredo, Máximo Gómez, Pío Rosado, Arteaga y otros más. Hicieron uso de la palabra algunos de los mencionados jefes, manifestando su inconformidad con diferentes disposiciones de Céspedes, entre ellas los nombramientos de tan crecido número de jefes militares, así como también censuraron el hecho de haberse nombrado á sí propio capitán general, asumiendo todos los poderes del Estado. Lo acusaron, además, de incompetencia, probada con las deficiencias que se observaban en la organización del gobierno, y de falta de plan para el adelanto de la revolución. Concluyeron, finalmente, proponiendo á Donato Mármol para dictador, y como tal fué aclamado por los desidentes.

Encontrábase Aguilera en Guisa, cuando tuvo conocimiento de lo ocurrido, y temiendo verse mezclado en hecho tan reprobado, por las manifestaciones que Mármol le hiciera, resolvió avisar inmediatamente á Céspedes. Sabiendo, al mismo tiempo, que Mármol á la sazón se encontraba en Tacajó, se dispuso á ir en persona á ese lugar, para evitar que aquellos jefes siguieran adelante con su intento.

Céspedes, que estaba en Valenzuela, á cuatro leguas de Bayamo, con sus ayudantes y numeroso acompañamiento de personas prominentes de la revolución, tan pronto recibió el aviso de Aguilera, con aquel golpe de vista rápido y certero que poseía, vió el peligro y al mismo tiempo el remedio. Tenía plena confianza en la lealtad y patriotismo de Aguilera: aquel aviso mismo, si necesitara de una prueba más, se lo aseguraba. Sabía el ascendiente que tenía Aguilera sobre Mármol y sus compañeros. Aguilera, por su espíritu conciliador y otras circunstancias, era el llamdo siempre á poner término á las diferencias entre los revolucionarios. Inmediatamente escribió Céspedes á Aguilera, invitándole á que se le reuniera en Cauto del Cristo, para seguir juntos á Tacajó, pues quería presentarse allí en su compañía. Entregó la comunicación á su ayudante Juan E. Ramírez para que inmediatamente la llevase á Aguilera. Recibido el pliego por éste, se puso en marcha sin demora, y reuniéndose á Céspedes y su comitiva

en el punto indicado, marcharon todos juntos á Tacajó.

Parangónese la conducta observada por Aguilera en esta ocasión con la de Céspedes el 5 de octubre de 1868, y se verá la diferencia entre uno y otro hombre. Entonces también unos desidentes desconocieron la autoridad de Aguilera; Céspedes estaba con ellos, era su jefe, y no trató de oponerse, ni avisó á Aguilera que tan cerca estaba de él. Hubo más: Céspedes presidió á esos mismos desidentes en la junta que tuvieron á espaldas de Aguilera en el "Rosario" y aceptó de ellos el alto puesto de que despojaron á Aguilera, consumándose así aquel acto censurable. Ahora, Aguilera había de antemano tratado de disuadir á Mármol del paso que intentaba dar; y si Mármol insistió, á Aguilera no le cabía responsabilidad, porque Mármol no dependía de él, ni Aguilera debía presidir esos actos de insubordinación. Y desatendiendo Aguilera el precedente establecido por Céspedes, que tan provechoso le fué, lo primero que pensó y puso en práctica al momento, fué avisar á Céspedes el peligro que corría su autoridad... En el pecho generoso de Aguilera no cabían la venganza, ni el despecho, ni la envidia, ni la ruin ambición... Veamos cómo remató su obra.

Grande era la animosidad que reinaba contra Céspedes entre los sublevados. Sabedores de que intentaba presentarse en el campamento, algunos emitieron la idea de recibirlo á tiros. La situación era por demás grave.

Informados de los hechos Céspedes y sus acompañantes, juzgaron prudente detenerse á cierta distancia de los sediciosos, y que fuera Aguilera á conferenciar con ellos, allanando el terreno para una avenencia. Así se hizo, y se dirigió Aguilera con una pequeña escolta á donde estaban los revoltosos.

Encontrábase Donato Mármol reunido con varios generales y como dos mil hombres de tropa. Aguilera fué muy bien recibido por todos, é inmediatamente, en un lugar reservado, tuvo una conferencia con Donato Mármol, su hermano Leonardo, Félix Figueredo y otros, siendo los dos últimos los que llevaban el hilo de la trama.

Comenzó Aguilera haciéndoles ver lo funesto del paso que habían dado, en tales circunstancias, y que el patriotismo demandaba que aquello tuviese una pronta solución. Habiendo conseguido calmar la exaltación de los sediciosos, obtuvo al fin que se prestaran á una reunión con Céspedes en la que se le diera solución patriótica á la controversia.

Entonces se adelantó Céspedes con su comitiva. El recibimiento que se le hizo fué más que frío, glacial, pero respetuoso. Reuniéronse nuevamente los mismos, más Céspedes, y habiendo expuesto los desidentes los motivos de sus quejas, se convino al fin en que reconocerían la autoridad de Céspedes, y éste á su vez desistiría de sus pretensiones á absorber todos los poderes en el territorio, á fin de hacer posible que todos los patriotas reconocieran un solo gobierno.

Como se ve, Céspedes cedió al fin á los deseos de sus compatriotas. El acto reprobable de Mármol, indudablemente influyó en su ánimo para hacerle ver claro la voluntad del país, y cerciorado de ella, su cordura y espíritu patriótico no pudo menos que doblar su voluntad al deseo de sus conciudadanos.

Pronto empezaron de nuevo las negociaciones entre Céspedes y la Asamblea de Camagüey, que dieron por resultado la convención de Guaímaro, celebrada el 10 de abril del mismo año de 1869. Reuniéronse allí los representantes de todos los distritos en armas, con objeto de formar el gobierno democrático que había de regir al país y votar la constitución de la República. Una vez realizados estos trabajos, quedaron asentados los cimientos de la primera república cubana.

Tal fué el proceder de Aguilera en aquella memorable ocasión, no desmintiendo, como no desmintió jamás, la nobleza, el desinterés y el patriotismo que llenaban su pecho.

Seis meses habían transcurrido desde el alzamiento de Yara hasta el glorioso día de la constitución de la primera república cubana, y cinco meses desde el pronunciamiento de Camagüey. Cinco meses los más propicios para el rápido progreso de la revolución se malgastaron lastimosamente en disputas sobre cuál

había de ser el gobierno que rigiera al país insurreccionado, pretendiendo cada una de las partes imponer su criterio y aún su personalidad. Y Aguilera, que más que ningún otro cubano tenía derecho á hacer oir su voz, y aún á tomar el mando de la revolución, se mantenía silencioso y apartado de esas luchas que tanto contristaban su ánimo, porque su delicadeza y especiales circunstancias le vedaban tomar en ellas parte activa, limitándose á atajar los males y encauzar los sucesos por buen camino.

Lo cierto es que el pueblo cubano, ansioso de libertad, no acompañaba á Céspedes en sus pretensiones: y si éste se hubiera hecho cargo pronto de esa verdad, obrando en consecuencia, muy distinta habría sido la marcha seguida por la revolución en aquel crítico período de su existencia.

De haberse realizado la obra del 10 de abril con la oportunidad que el patriotismo demandaba, la revolución reconociendo una sola cabeza y el ejército libertador un solo jefe, éste indudablemente hubiera dirigido todo sus esfuerzos á desbaratar los planes del enemigo. Entonces, las fuerzas combinadas de Oriente y Camagüey se habrían opuesto á la atrevida marcha de Valmaseda, desde Nuevitas hasta Bayamo, y no habría ocurrido el hecho de que las fuerzas de Camagüey solas, hostilizasen al jefe español mientras éste cruzaba su territorio, cesando su persecución en los límites de su provincia, y dejando solos también á los orientales para que los seda, pudo vencer á los patriotas dividicombatieran en la suya; facilitando así el triunfo del enemigo común. Si Valmados, no hubiera sido fácil que lo hiciera estando unidos; y el fracaso de Valmaseda en aquellas circunstancias hubiera sido de inmensa trascendencia para la suerte de Cuba.

Pero no fué así, por desgracia. Aquellos momentos tan favorables, por el entusiasmo que en toda la Isla despertó la revolución, por el estupor que produjo en el enemigo, por lo desprevenido que éste estaba en todas partes y por muchas causas más, se perdieron, porque fué precisamente el momento que escogieron los patriotas para derimir sus diferencias, para procurar un avenimiento, para salvar las consecuencias de su imprevisión. Esos hombres que tan impacientes se mostraron para que la revolución estallara, creyendo que la cuestión se reducía á lanzarse al campo y triunfar, no tuvieron en cuenta las consecuencias del acto que precipitaron, ni se cuidaron de prevenir ese y otros tropiezos más que hubieran podido precaverse, y que interrumpieron depués de la marcha de la revolución.

Consecuencia natural de este fué que el enemigo, avisado, supo sacar partido de la imprevisión de los patriotas, logró vencerlos, y se preparó para la lucha tremenda. En cambio, el entusiasmo de los cubanos poco á poco fué decayendo con los reveses que sufrió la revolución, quedando ésta circunscrita á los lugares que le sirvieron de cuna y sin posibilidad de avanzar. Estas y otras causas más, que en adelante narraremos, fueron las que trajeron la revolución al estado de decadencia en que estuvo por los años de 1870 y 71; estado del que, si poco después mejoró, nunca llegó á reponerse por completo y acabó al fin con su existencia.

CAPITULO XV

1869-1870

CONSTITUCION DE LA REPUBLICA EN GUAIMARO.—DIFICULTADES ENTRE CESPEDES Y LOS REPRESENTANTES.—SE APRUEBA LA CONSTITUCION.—CESPEDES ELEGIDO PRESIDENTE.—MANUEL DE QUESADA, GENERAL EN JEFE.—CESPEDES DEPONE SUS INSIGNIAS DE CAPITAN GENERAL.— AGUILERA ES NOMBRADO SECRETARIO DE LA GUERRA.—BREVES PALABRAS SOBRE EL GENERAL MANUEL DE QUESADA.—AGUILERA ES NOMBRADO MAYOR GENERAL.—CESPEDES CONTRAE MATRIMONIO CON LA SRTA. HERMANA DEL GENERAL QUESADA.—CONSECUENCIAS DE ESTE ENLACE.—EL GENERAL QUESADA VA PERDIENDO PRESTIGIO ENTRE LAS TROPAS.—TRATA DE ERIGIRSE EN DICTADOR.—ES DEPUESTO POR LA CAMARA.—CORRECTA ACTITUD DE QUESADA.—CESPEDES TRATA DE APOYARLO.—LA CAMARA PIDE EXPLICACIONES A CESPEDES.—AGUILERA DISGUSTADO, RENUNCIA A SU CARGO DE SECRETARIO.—INCIDENTE ENTRE CESPEDES Y AGUILERA.—LA CAMARA CREA EL CARGO DE VICE-PRESIDENTE PARA AGUILERA. —ES NOMBRADO JEFE DEL ESTADO DE ORIENTE.—DESAVENENCIAS ENTRE AGRAMONTE Y CESPEDES.—CARTAS ENTRE AGRAMONTE Y AGUILERA.—ESTE, ADMIRADOR DE AGRAMONTE

El día 10 de abril de 1869 se reunió la Convención Nacional en el pueblo de Guáimaro, con objeto de constituir el gobierno que debía regir la República. Asistieron representantes de Oriente, Camagüey y las Villas. En reuniones preliminares había pretendido Céspedes que los representantes á la Convención fuesen elegidos con arreglo á la población de cada Estado. A eso se opusieron fuertemente los camagüeyanos, porque así, sólo hubiera prevalecido el dictamen de los orientales, quedando anulados los otros Estados.

Como Céspedes, antes de tener acuerdo con los camagüeyanos, se había rodeado de una Cámara ó Consejo, compuesta de diez individuos, y quiso que ese Consejo pasase á formar parte de la nueva Cámara de la República, los otros Representantes se opusieron, diciendo que si cada uno de los cuatro Estados nombraba igual número de disputados, éstos subirían á 40, número muy crecido para el fácil funcionamiento de la Cámara, por la dificultad de reunir número suficiente para integrar el quorum, dado el estado de guerra. No consideró Céspedes suficiente esta razón, insistiendo en que sus diez consejeros ingresaran íntegros en la Cámara. Finalmente, para obviar la dificultad, se convino en que Oriente tuviera diez representantes y los otros Estados cinco cada uno; pero al llegar las votaciones, los votos de los otros Estados valiesen por dos y los de Oriente por uno solamente. Este arreglo prevaleció algún tiempo, pero después por necesidad fué desapareciendo el doble voto, y la representación de Oriente se redujo también á cinco diputados.

Votada la constitución, en la Cámara residían los poderes supremos de la Nación. Además de legislar libremente sobre contribuciones, empréstitos, reclutamientos de tropa, etc., la Cámara nombraba al presidente de la República, encargado del poder ejecutivo, y al general en jefe del ejército. Al mismo tiempo podía deponer libremente á uno y á otro, sin previa formación de causa ni dar explicación alguna.

Volvió á reunirse la Cámara el día 11 y nombró á Céspedes para presidente de la República y á Manuel de Quesada general en jefe. Céspedes se despojó de sus insignias de capitán general que siempre había usado, y las entregó á la Cámara, deponiendo al mismo tiempo las facultades de que se había investido, y aceptando su nuevo y honroso cargo.

Fué éste un día grande para la historia de la Revolución, en el que todos los cubanos acataron un solo gobierno y una sola bandera.

Se nombraron los secretarios del despacho del Presidente, designando á Aguilera para la Secretaría de la Gue-

rra, Eligio Izaguirre, para Hacienda, para Interior á Eduardo Agramonte y de Relaciones Exteriores, á Cristóbal Mendoza.

En la reorganización del ejército, que hizo Quesada en mayo de 1870, dió á Aguilera el grado de mayor general.

Habiendo sido Quesada un hombre que influyó tanto en el curso de la Revolución de 1868, vamos á decir algunas palabras acerca de él.

Era hijo de Camagüey. Siendo joven aun, fué á México, donde abrazó la carrera de las armas y peleó al lado de las tropas republicanas contra el emperador Maximiliano, acreditándose como hábil guerrillero y alcanzando el grado de general. Cuando estalló la revolución de Cuba de 1868, fué á Nassau, de donde sacó una expedición, conduciendo numerosos materiales de guerra y acompañándolo muchos jóvenes distinguidos de la Habana, que luego figuraron con lucimiento en altos puestos del gobierno constituido en Guáimaro.

Era hombre astuto, y aunque de educación descuidada, con el roce, su estudiada franqueza y maneras melosas é insinuantes, sabía introducirse en todas partes y sacar partido de todas las situaciones. Su pasión era la ostentación, el lujo, la vida fastuosa, y para proporcionarse la manera de satisfacer estos gustos, no reparaba en los medios de que había de echar mano.

El auxilio oportuno que prestó á los revolucionarios y la felicidad con que llevó á cabo la operación, le dió gran prestigio entre los insurrectos; y aunque no gozaba de la mejor fama entre los que lo conocían, lo aceptaron pensando que los hombres son capaces de reformarse.

En el mes de mayo desembarcó en Cuba el general Jordan, en la expedición del "Perit"; sabiendo Quesada que aquél había sido un jefe notable en el ejército confederado, cuando la guerra civil de los Estados Unidos, se apresuró á darle la bienvenida, le hizo un cariñoso recibimiento y lo nombró jefe del ejército de Oriente, dándole parte del material de guerra que en su expedición había traído.

Como en los primeros días de la revolución habían tenido lugar las diferencias que hemos explicado entre Céspedes y los hombres de Camagüey, quiso aquél borrar todo vestigio de esas diferencias y establecer la más estrecha unión entre todos los cubanos; probablemente siendo estos nobles móviles los que lo determinaron á unir su suerte con la de una virtuosa señorita, hija del Camagüey y hermana del general M. de Quesada, alianza que indudablemente habían de ver con agrado los camagüeyanos. Pero ese paso, que tan político podía juzgarse, fué funesto para Céspedes, arrastrando también á Cuba en su desgracia.

Cuando Quesada desembarcó por el puerto de Guanaja tuvo que sostener un recio combate con los españoles, á quienes rechazó, portándose con arrojo, y dando señales de gran habilidad militar, lo que contribuyó á realzar su prestigio; pero como sus partidarios y amigos le hiciesen comprender que era un hombre indispensable á la patria, é insustituible si llegaba á sufrir un accidente desgraciado, y que por esa razón era necesario que no se arriesgase en los combates; Quesada, tomando el prudente consejo, en casi todas las acciones que después tuvo con el enemigo, trató de ponerse á buena distancia del peligro. Por este motivo algunas de esas acciones no tuvieron el resultado favorable que de otra manera hubieran tenido, pues no hay nada que enardezca tanto al soldado, como ver que su jefe pelea á su lado y lo acompaña en los azares de la lucha. Esta conducta fué entibiando el afecto de los patriotas hacia Quesada. Por otra parte, se observaba en él una propensión marcada á pesar sobre las otras autoridades, preparando así el terreno para el imperio militar, lo que hizo que se le fuera mirando con desconfianza. Cuando ocurrió la batalla de las Tunas, en la que tanta sangre preciosa se derramó sin provecho alguno, varios diputados pensaron deponerlo y lo llamaron á la Cámara para que diera cuenta de ese y otros actos suyos; pero logró justificarse de los cargos que le hicieron y se calmó la tempestad que se había formado contra él. Quizás hubiera logrado sostenerse en su puesto por mucho tiempo, á no haber el mismo iniciado el curso de los

acontecimientos que culminaron con su deposición.

Preparó un documento en el que, á vueltas de sus acostumbradas protestas de ser siempre fiel cumplidor de las leyes, hacía ver la necesidad de que se le concediesen más facultades de las que tenía. Confió este documento á un representante para que lo presentara á la Cámara, pero ésta, después de leerlo, se lo devolvió diciendo que no podía cumplir su encargo, porque el escrito más bien parecía una de las alocuciones de Bonaparte poco antes de dar el "golpe de estado."

Como ya el descontento con Quesada se hubiera hecho general, recibió la Cámara varias solicitudes firmadas por ciudadanos y aún por militares, quejándose de las extralimitaciones y arbitrariedades que cometía, y pidiendo se le destituyera de su cargo.

Convocó entonces Quesada á los jefes y oficiales más distinguidos del Camagüey para una junta que tendría lugar en la finca "El Horcón de Najasa" el 15 de diciembre de 1869. Asistieron á esta junta no sólo los jefes militares convocados, sino también algunos funcionarios civiles. Comenzó Quesada leyendo un documento en el que manifestaba no era posible que la revolución marchase á buen fin con las leyes que regían; que esas leyes eran un estorbo y que, ó se ponían á un lado y se le dejaba en libertad de obrar, si el país tenía confianza en él, ó presentaría su dimisión. Discutiéronse por algún tiempo estos graves particulares, sin llegar á un acuerdo.

El día siguiente, 16, se reanudó la discusión, habiéndose solicitado el concurso de varios diputados que no habían asistido á la primera. Fué entonces cuando verdaderamente se dió la batalla. Tomándose en consideración los razonamientos de Quesada, hízosele presente por algunos diputados toda la latitud que para el general en jefe tenían las leyes vigentes. Que este jefe estaba facultado por la ley para modificar cualquier acuerdo de la Cámara, siempre que de alguna manera le impidiese la marcha de sus operaciones, previo aviso al ejecutivo para que éste lo trasmitiese á la misma Cámara. Que, además, se había facultado á los jefes militares para proporcionarse ellos mismos los recursos que necesitasen, caso que las autoridades civiles ó las militares no pudieran facilitárselos. Preguntáronle qué más amplitud quería el poder militar para desenvolver su acción. Le exigieron que precisase cuáles eran esas disposiciones legislativas que le estorbaban y cuáles las facultades que apetecía. Ni Quesada ni los que lo apoyaban pudieron concretar cuáles eran unas ú otras, limitándose á decir que era absurdo que una sociedad en tal estado de perturbación como Cuba, estuviese sujeta á esos complicados organismos y cúmulo de leyes. Ultimamente, estrechados Quesada y sus partidarios, declararon al fin que lo que querían era que se declarase al país en estado de sitio, se suspendiese la constitución y se estableciese el régimen militar. Así concluyó aquella sesión memorable.

El día siguiente (17), se reunió la Cámara y acordó por unanimidad deponer á Quesada de su cargo de general en jefe del ejército de la República de Cuba. No bien había tomado la Cámara este acuerdo, cuando se presentó un ayudante de Quesada con la dimisión de éste; pero la Cámara no quiso aceptarla, sino comunicarle el acuerdo de su destitución, tomado por unanimidad, como castigo de sus extralimitaciones pasadas, de sus pretensiones ambiciosas, y para que sirviera de saludable enseñanza en lo sucesivo.

Debemos decir en favor de Quesada que éste acató sin oposición el duro correctivo, á pesar de las instancias de algunos de sus partidarios, que le pedían su consentimiento para colgar de los árboles á los "muñecos" que se le oponían.

No siendo del agrado de Céspedes el rigor con que la Cámara había procedido con el general en jefe, convocó á todas las personas que habían asistido á las sesiones del "Horcón", y otros funcionarios civiles, con objeto de consultar las medidas que debían adoptarse. Pocos fueron los que asistieron á esta reunión, y aunque llegaron á tomarse algunos acuerdos y á comunicarlos á la Cámara, ésta los desechó.

Estas inclinaciones de Céspedes hacia Quesada, que tan claramente mani-

festaban cuáles eran sus ideas y sus aspiraciones, produjeron entre los diputados bastante inquietud, y entendieron que si habían de conservar las instituciones vigentes en la República, era necesario que tomasen una actitud enérgica con rapidez, obrando sin contemplaciones de ningún género, y llegado el caso, si lo juzgaban necesario para la salud de la patria, estuvieran prontos á aplicar al mismo Céspedes el correctivo que habían puesto á Quesada. Persiguiendo este propósito, pidió la Cámara al presidente Céspedes que explicara cuál era su criterio respecto á los últimos acontecimientos, y á esta petición contestó el Presidente que no participaba de las opiniones de los que habían pretendido someter al país á la esclavitud del régimen militar (1).

A consecuencia de estos sucesos, hicieron renuncia de sus cargos de secretario de la Guerra y del Interior, Aguilera y Eduardo Agramonte, respectivamente.

Cualquiera comprenderá la violenta posición de Aguilera en el puesto que desempeñaba. Las circunstancias que en él concurrían, y su excesiva delicadeza, le impidían tomar iniciativa alguna, no fuera á interpretarse que por despecho, trataba de crearle obstáculos á Céspedes. Por otra parte, como por motivo de su cargo, su contacto con éste tenía que ser constante é íntimo, por mucho que fuera la grandeza de su alma y la generosidad de su corazón, era imposible que no guardara un profundo sentimiento al recordar los pasados agravios de Céspedes.

Además, Aguilera y Céspedes eran dos polos opuestos en carácter. Este iba en pos del resultado final de las ideas, más esperanzado en los medios puestos en acción, que no en la bondad de ellas mismas; en tanto Aguilera lo esperaba de éstas más que de aquéllos: era demócrata de corazón, nada ambicionaba para sí, siendo la pureza de su patriotismo lo que lo sujetaba en aquel lecho de espinas.

Aludiremos á un incidente que ocurrió cuando Aguilera hizo su renuncia de la Secretaría de la Guerra. Estaban en Consejo los secretarios con el Presidente, cuando éste hizo algunas observaciones que Aguilera estimó ofensivas á su persona. Como ya tenía decidido dejar aquel puesto mortificante para él, inmediatamente hizo su dimisión. Céspedes, que en justicia diremos, no había tenido idea de ofender á Aguilera, se apresuró á darle toda clase de satisfacciones amistosas, las que el último acogió con su natural cortesía, pero insitiendo en la renuncia. Comisionó Céspedes, á Ramón Céspedes (1) y otros compañeros de Secretaría de Aguilera, y á algunos diputados, amigos de ambos, para hallar una avenencia; pero no lograron que retirara la renuncia, porque con ella se proponía salir de aquella situación tan embarazosa para él por todos conceptos. No se la admitió Céspedes hasta que estuvo convencido de que la determinación de Aguilera era irrevocable.

Sucedió ésto el mes de febrero y pocos días después, el 24 de febrero de 1870, la Cámara de Representantes resolvió unánimemente nombrar á Aguilera vice-presidente de la República, creando este puesto expresamente para premiarlo por sus inestimables servicios en pro de la revolución; distinción que aceptó con su modestia acostumbrada.

Pocos días después, el 8 de marzo, fué nombrado por el Presidente, general en jefe del ejército de Oriente, puesto que quedó vacante al pasar el general Jordan, que lo ocupaba, al que tenía el general Quesada, de general en jefe del ejército de la República.

Nada más satisfactorio para Aguilera

(1) Dice Antonio Zambrana, diputado que fué de la Cámara Cubana en aquella época: "El Presidente "Céspedes, que desaprobaba la rigidez de la Cámara, "quiso reunir á su lado las mismas personas que ha- "bían asistido á la junta del Horcón y á otros fun- "cionarios civiles, para consultar sobre las medidas "que convenía adoptar. Con este motivo, Eduardo "Agramonte, secretario del Interior, y Francisco "Aguilera, secretario de la Guerra, declinaron sus "cargos. La reunión fué poco numerosa; sus acuerdos "desechados por la Cámara. El mismo Céspedes no "hubiera continuado en su puesto si no fuese porque "declaró, interpelado por el Cuerpo Legislativo, que "no participaba de las opiniones de los que habían "pretendido sujetar al país á la esclavitud de la ley "militar."

"La República de Cuba", por Antonio Zambrana, librería é imprenta de N. Ponce de León, 40 y 42 Broadway, Cuarto 59, New York. Página 91.

(1) Á la sazón secretario de Relaciones Exteriores.

que este nuevo empleo, que le permitía dejar aquella atmósfera cargada de intrigas y miserias, tan ajenas á su carácter noble y franco, para trasladarse al campo de la lucha armada, donde sin recelos ni disimulos podía presentarse con el pecho descubierto, á combatir por su patria.

Por este tiempo ocurrió un incidente que daremos á conocer á nuestros lectores.

Era el general Ignacio Agramonte jefe de la división del Camagüey, y en ese puesto dió á conocer sus notables aptitudes militares, logrando establecer en sus tropas una perfecta organización y disciplina. Cuando el general T. Jordan fué nombrado general en jefe y pasó al Camagüey, fué al frente de esta división que consiguió las importantes victorias de la Mina, el Clueco y otras.

Los rozamientos que desde el principio de la revolución existieron entre Céspedes y Agramonte con motivo de la forma de gobierno de la República, parecían no haberse suavizado del todo, así fué que volvieron á presentarse de nuevo por esa época—abril de 1870—y esta vez con tal intensidad, que tomando un carácetr personal, dió lugar á un rompimiento entre aquellos dos hombres prominentes, teniendo por consecuencia que Agramonte presentara la dimisión del mando militar de Camagüey.

Este suceso tuvo el más lamentable resultado, pues con la dimisión de Agramonte, aquel brillante cuerpo de tropas, que por su disciplina y valor podía tomarse como modelo en la República, decayó tan rápidamente, que para principios de 1871 se encontraba casi disuelto.

Aguilera era gran admirador de Agramonte. Existía entre ellos tal comunidad de ideas, que no pudo menos que profesarle la más calurosa simpatía, sentimiento con que á su vez le correspondía Agramonte, á juzgar por la deferencia, confianza y consideración con que lo trataba.

Muy apesarado Aguilera al contemplar el triste resultado de la separación de Agramonte del ejército, y ver cómo un hombre de sus méritos estaba relegado á la inacción, trató de atraerlo por algún medio á la vida activa, aprovechando sus relevantes dotes como militar y como hombre, en beneficio de la patria. A este fin le escribió una carta proponiéndole el mando de la división de Holguín, tratando de estimularlo para que lo aceptara. Agramonte, en contestación le envió la siguiente carta:

"C. Gral. Franicsco V. Aguilera.—Camagüey, enero 11 de 1871.—Distinguido compatriota y querido amigo:—Hoy me ha sido entregada su grata fecha 16 del mes ppdo., que contesto.—Sus conceptos, lisonjeros para mí, me complacen en sumo grado, porque son un testimonio del aprecio y buena amistad de Vd.—El mando de la división de Holguín, aparte de los atractivos que usted me expone, tendría para mí, sobre todo, el de aproximarme á Vd. y el de trabajar en su unión por el bien de Cuba; pero entiendo que ha sido confiado al General Inclán.—El Gobierno me ha ofrecido en estos días el de la División del Camagüey; y aunque parece dispuesto á allanar los inconvenientes sustanciales que impedían nos entendiésemos, todavía hay pendientes dificultades de forma que no sé si se superarán.—Seguramente estas relaciones sorprenderán á Vd., que sabe cuán encontrados están la conducta de nuestro Gobierno en la marcha de los asuntos públicos y mis opiniones respecto de estos mismos; y sobre todo, cuán desagradables han sido nuestras relaciones de algún tiempo á esta parte.—Pero es el caso que, mis compañeros de armas, invocando el interés de la patria, piden con insistencia al Gobierno mi vuelta al puesto que antes ocupé, y á mí que lo acepte, procurando obviar inconvenientes; á esas instancias no resistimos, aunque quizás no confiemos mucho el uno ni el otro en la felicidad de tan discordante consorcio.—Reciba Vd., General, el testimonio de mi profundo respeto y de mi más alta consideración.—I. Agramonte Loynaz."

Por esta carta se verá el extremo á que había llegado la divergencia entre Céspedes y Agramonte, y no podía ser de otra manera. Era tan diferente el carácter y modo de apreciar las cosas de uno y otro, que no era posible pudiera

haber avenencia entre ellos. Céspedes, aferreado al sistema español, con sus prerrogativas y ansias de mando, y Agramonte, demócrata por naturaleza y amante de las instituciones republicanas, no podían menos que repelerse mutuamente. Eran dos inteligencias superiores, pero de naturaleza completamente opuestas. Hubiera querido la suerte trocar, desde el principio, los puestos que en la república ocuparan esos dos hombres, y otro muy distante hubiera sido el destino de Cuba.

Finalmente, las solícitas gestiones de los compañeros de que hablaba Agramonte, cerca de Céspedes y de él mismo, tuvieron el resultado que no podían menos de tener, tratándose de aquellos patriotas. Céspedes nombró nuevamente á Agramonte para el mando en jefe de las fuerzas de Camagüey, y éste aceptó el puesto. En poco tiempo los dispersos grupos de tropa, de que se hizo cargo Agramonte, se convirtieron en brillante cuerpo de ejército, y la región camagüeyana, que encontró en el más lamentable estado de decadencia, la reorganizó, infundiéndole nueva vida y haciendo renacer en ella la confianza y el entusiasmo. Sólo el genio de Agramonte hubiera podido produdir tan rápida y completa reacción.

CAPITULO XVI

1870

EL DOCTOR ANTONIO LORDA Y RAFAEL MORALES, SON NOMBRADOS SECRETARIOS.—CESPEDES DA UNA COMISION PARA EL EXTRANJERO AL GENERAL QUESADA.—CONSIDERACIONES SOBRE ESA COMISION.—LLEGADA DE QUESADA A LOS ESTADOS UNIDOS.—SUS PRIMEROS PASOS EN NEW YORK.—CARTAS DE RECOMENDACION DE CESPEDES PARA ALDAMA Y MORALES LEMUS.—DISENCIONES ENTRE QUESADA Y LA JUNTA CUBANA.—TEXTO DE LA COMISION DEL PRESIDENTE CESPEDES AL GENERAL QUESADA.—ESTE PRETENDE ESTABLECER UNA "MISION EXTRANJERA" INDEPENDIENTE DE LA JUNTA.—PARRAFOS DE CARTAS DE MORALES LEMUS Y JOSE VALIENTE. AL PRESIDENTE CESPEDES SOBRE LA MISION DE QUESADA.

La salida del Consejo, de Aguilera y de Agramonte, dejó planteado un problema de ardua resolución. Correspondiéndole á la Cámara, según lo había dispuesto la Constituyente, el nombramiento de secretarios del despacho, quiso aquel cuerpo, en tal virtud, que los ciudadanos que fuesen á ocupar los puestos de los dimisionarios, no sólo mereciesen su confianza por sus ideas radicales, sino que fuesen una garantía de que no sufrirían menos cabo los preceptos de la constitución. A este fin resolvieron que esos candidatos fueran escogidos entre los mismos miembros de la Cámara, designando para uno de ellos al doctor Antonio Lorda. Enterado este ciudadano de la elección, manifestó que aceptara el cargo, pero á condición de que para la otra Secretaría fuese nombrado el ciudadano Rafael Morales. Hiciéronse gestiones al efecto cerca de este ciudadano, hasta que por fin, después de repetidas instancias aceptó, siendo nombrado el doctor Antonio Lorda para Guerra y Rafael Morales para Interior. Poco duró Lorda en este puesto, pues falleció en mayo de 1870, y fué nombrado para ocupar el lugar que dejó vacante, Francisco Maceo Osorio, persona también grata á la Cámara, por su reconocido liberalismo é integridad de carácter.

Sigamos ahora los pasos del general Quesada después de su destitución. Céspedes, que era muy adicto al General, tal vez por la comunidad de ideas políticas que entre ambos existía, ó por sus relaciones de familia, creyó que el hombre que tan oportuno y valioso servicio había prestado á Cuba en los primeros días de su revolución, podría prestárselos no menos importantes en el porvenir. Lamentaba lo ocurrido entre la Cámara y Quesada, y por este motivo desconfiaba

de que aquélla accediese á utilizar los servicios del General en ningún puesto de confianza. Obedeciendo, pues, á los naturales impulsos de su carácter, que no podía soportar traba ni valladar, y creyendo sin duda que hacía un gran servicio á la patria, puesto que daría gran impulso á la revolución, resolvió utilizar las valiosas aptitudes de Quesada. Seguidamente lo nombró para una comisión de confianza, sin conocimiento de la Cámara, de su Consejo ni de ninguna otra autoridad de la República, salvo el Secretario del Interior, persona de su intimidad que fungió de secretario de Relaciones Exteriores, firmando el nombramiento; seguro de que cuando se palparan los beneficiosos resultados de esta medida nadie sería capaz de ponerle reparo, aceptándola, por el contrario, con el mejor grado.

Nombró Céspedes en tal virtud al general Quesada para una comisión oficial en el extranjero, que tenía por objeto dar extraordinario impulso á la guerra, proporcionando á los cubanos recursos en gran escala, y acometiendo empresas de gigantesca magnitud. Como ya en el extranjero existía un representación de la República, debidamente autorizada por el Gobierno, en la que figuraba el agente general delegado, presidente de la Junta Central, cuyas funciones eran las mismas que se habían conferido al general Quesada, aunque esa junta nunca pensó extenderlas á la magnitud que el General pretendía, se comprenderá que entre estos funcionarios jamás podría reinar ninguna armonía.

Conociendo el carácter de Quesada, no es mucho suponer que sus maneras melosas é insinuantes frases y su consumada astucia, influyeran mucho en el ánimo de Céspedes para conseguir dicha comisión.

Tenía el carácter de Quesada bastante analogía con el de Céspedes, sobre todo en las grandes concepciones, en la confianza, en su habilidad, en la ofición á imponer su voluntad y en el arrojo para lanzarse á aquello que querían conseguir, sin pararse á considerar los obstáculos que tendrían que vencer, ni los medios con que contaban para ello.

Seguramente pensó Quesada que la situación en el extranjero era la misma que dejó, cuando en diciembre de 1868 salió para Cuba. Entonces, en muy pocos días, valiéndose de su sagacidad y actividad, pudo reunir elementos para formar y traer una expedición. Pero aquéllos eran otros tiempos. En diciembre de 1868 los cubanos estaban bajo la influencia de la fiebre patriótica; en aquel estado se hallaban dispuestos á dar por la patria lo que tenían: su fortuna, ó su vida; pero por desgracia, lastimosamente en el extranjero y en Cuba aquellos días habían pasado para no volver más. Cuando volvió Quesada en febrero de 1870, esa fiebre había desaparecido y comenzaba la reacción; echábase de ver entonces que la revolución había adelantado poco; veíase que la guerra era cosa que costaba cara, encontrábanse los emigrados más ó menos arruinados, los más habían sufrido grandes desengaños y ya el patriotismo estaba sometido á la frialdad del cálculo. Parece que Quesada no contó con este cambio, y si lo tuvo en cuanta, confió demasiado en su habilidad para vencer dificultad tan grave.

De cualquier manera, Céspedes y Quesada cayeron en una funesta equivocación, fatal para ellos y para la revolución cubana. Para Céspedes, desgraciada, porque fué uno de los pasos que lo condujo á "Bijagual" y después á "San Lorenzo." Para Quesada, porque lo llevó á estrellarse contra lo imposible, envolviendo su nombre en el escarnio y el vilipendio. Y por último, para la revolución, porque el desconcierto y el daño que produjo en el extranjero, secaron las fuentes que debían alimentarla y sostenerla, siendo el resultado inevitable la muerte lánguida de la obra comenzada en 1868.

Embarcóse Quesada por la costa norte de la Isla el día 28 de enero de 1870, llegando á Nassau, donde permaneció algunos días. De allí salió para Jacksonville, Florida, y desde este lugar puso un telegrama á la Junta de New York su ayudante, el coronel Adolfo Varona, que decía así: "Najasa, Cuba, enero 28. Fracaso completo de la campaña española de invierno. Los españoles se retiran á las ciudades. Comisiones de las clases desarmadas del ejército piden á Que-

sada armas para atacar las poblaciones. Promete darlas en breve. Céspedes nombra al general Quesada y coronel Adolfo Varona para una importante misión extranjera. Salida de la Comisión entre cruceros enemigos. Llega á Nassau. Llega á Jacksonville. Llegará á New York del 26 al primero.''

La Junta Cubana quedó enterada, y acordó que se diese publicidad por los periódicos al referido telegrama.

Era evidente que se proponía Quesada que fuera ruidosa su llegada á New York. Como hombre experimentado, sabía que ese ruido levantaría el espíritu entre los cubanos, y se proponía no desperdiciar la ocasión para poner á contribución el entusiasmo de sus paisanos en favor de la comisión que llevaba. Efectivamente, el día de su llegada fueron á recibirlo á Jersey City más de mil cubanos y la Junta nombró una comisión, compuesta de los ciudadanos José Manuel Mestre, Carlos de Varona y Enrique Piñeiro, para saludarlo.

Al siguiente día tuvieron una reunión en la casa del Presidente de la Junta, ciudadano Miguel de Aldama, á la que concurrieron, además del general Quesada, sus ayudantes el coronel Varona y el comandante Loynaz, los ciudadanos Morales Lemus, Aldama, Mestre, Varona Echevarría y Delmonte, todos éstos miembros de la Junta. Entregó Quesada á Aldama una carta del Presidente de la República, que fué leída y decía lo siguiente:

''Ciudadano Miguel Aldama.—Muy señor mío y de toda mi consideración.—Creía faltar á un deber que me impone, tanto el delicado puesto á que me he elevado la benevolencia y simpatía de mis compañeros de armas y trabajos, cuanto mi conciencia de cubano, si en nombre de este pueblo, y en el del Gobierno de nuestra República, no hiciera á Vd. una expresión de ardiente gratitud por sus grandes servicios morales y materiales, con tanta abnegación como espontaneidad prestados á la causa de la Patria. Aprovecho la oportunidad para presentar á Vd. al general Manuel Quesada, comisionado por este Gobierno para crear en el extranjero recursos materiales con que completar la difícil obra que hemos emprendido. Espero que Vd. se sirva prestarle su valiosa cooperación, considerando como oficial y garantido por el Gobierno de la República cuanto él haga en su nombre. Reitero á Vd. los sentimientos de distinguida consideración con que soy de Vd. s. s.—Carlos M. de Céspedes.—San Diego de Chorrillo, Enero 4 de 1870.''

Manifestó al mismo tiempo el general Quesada que traía un vasto plan para concluir en breve con la deminación española en Cuba. Entraba con éste, la formación de una escuadra con el objeto de posesionarse de un puerto, fortificándolo debidamente y sosteniendo abierta la comunicación con el extranjero. Añadió que el triunfo de la revolución era á todas luces evidente; pero era indispensable auxiliarla para evitar el aniquilamiento del país, por la mayor duración de la guerra, como era natural que sucediese si se le negaban esos auxilios. Dijo que él podía obtenerlos, pero deseaba que fuese la Junta la que los allegase, en cuya empresa, la ayudaría con todos sus esfuerzos. Indicó también la necesidad de adquirir 50,000 fusiles y los pertrechos necesarios para sostener el plan que indicaba, y dijo que el C. Carlos del Castillo había ofrecido ''cien mil pesos'' para iniciar la suscripción. Los individuos de la Junta contestaron que necesitaban meditar un asunto de tal magnitud, y apremiándolos Quesada por una pronta respuesta, acordaron que la daría la Junta al siguiente día á las tres de la tarde.

Reunida la Junta el día señalado, (Marzo 3) se dió lectura á otra carta que el mismo Presidente de la República había dirigida al ministro de Cuba en el extranjero, C. Morales Lemus, que en resumen decía así:

''Conciudadano y muy querido amigo.—Habiendo resuelto este gobierno comisionar al General Manuel de Quesada para que sin pérdida de tiempo pase al extranjero á ocuparse activamente en la conducción ó remisión de los elementos de guerra que con urgencia necesitamos, y que él prácticamente conoce, le reco-

miendo á Vd. para que con la mayor eficacia se sirva auxiliarle, pudiendo considerar como oficial y garantido por este Gobierno cuanto el General Quesada digo ó haga en su nombre.—Reciba Vd. el testimonio de la mayor consideración y afecto con que soy de Vd. s. s.—Carlos Manuel de Céspedes.—San Diego de Chorrillo, Enero 3 de 1870.

Discutido el carácter más ó menos oficial que debía darse á las cartas del Presidente y los proyectos del general Quesada, se acordó, á propuesta del C. José Manuel Mestre, que en el acto pasase la Junta en masa á tener una entrevista con el mismo general Quesada, para manifestarle que dicha Junta se consideraba impotente para realizar plan tan vasto, y que en tal virtud eran de aprovecharse sin demora los elementos de que Quesada decía podía disponer para llevarlo á efecto. Sin embargo, que deseosa la Junta de que por su parte no quedase sin intentarse tan importantes proyectos, convenía en emprender la obra con la valiosísima cooperación del general Quesada, considerando que no por ello habría de paralizarse la marcha de los asuntos que tenía ya comenzados, ni el cumplimiento de las obligaciones contraídas. Cumplióse este acuerdo, y al mismo tiempo, la Junta pasó una comunicación á Quesada, en iguales términos á los ya enunciados.

Dos días después, (marzo 5) presentáronse á la Junta los ciudadanos Fernando Escobar y Francisco de P. Bravo; el primero mostró una autorización que le había sido conferida por el general M. de Quesada y que á la letra dice:

"República de Cuba.—Misión Extranjera.—En uso de los amplios poderes que me ha conferido el Ciudadano Presidente de la República de Cuba, he tenido á bien conferir á Vd. la presente autorización para que se colecten cuantos fondos le sea posible, poniéndose á disposición del ciudadano Carlos del Castillo, tesorero de esta misión.—Patria y Libertad.—New York, 5 de Marzo de 1870.—M. Quesada.—C. Fernando Escobar."

En vista del citado documento, estimó la Junta indispensable ocuparse seriamente del particular, y considerando que el acuerdo celebrado con el general Quesada, según el cual no correspondía á éste el derecho de proceder independientemente, y mucho menos el de constituir una tesorería especial á sus órdenes; acordaron que en lo privado se hicieran á dicho general las oportunas observaciones, manifestándole la conveniencia de proceder en armonía con lo convenido, y que la Junta no tendría reparo en que el C. Carlos del Castillo, reasumiese su antiguo carácter de vocal tesorero de ella, conciliándose así todas las dificultades.

En virtud de las gestiones conciliadoras que se practicaron por parte de la Junta, tuvo una conferencia el general Quesada con el C. Morales Lemus, ministro de la República de Cuba en el extranjero, en consecuencia de la cual dirigió el referido ministro una carta al C. Miguel de Aldama, agente general delegado y presidente de la Junta, en la que se lee el párrafo siguiente:

"Vino ayer (Marzo 8) el General Quesada. Nuestra conferencia fué muy amistosa. Me explicó y después me envió su despacho ó comisión, y nada hay en él que acredite, ni aun indique que la Junta deba suspender las operaciones en que se está ocupando. Creo, pues, que deben Vd., ella y los demás amigos y patriotas que están trabajando por la causa de Cuba, continuar en la tarea con la misma actividad, celo y energía, en los propios términos que hasta ahora lo han hecho."

Comenzó Quesada á publicar una especie de manifiesto al que dió el título pomposo de "Informe Oficial," en el que, queriendo exhibir su persona y demostrar lo mucho que valía, sólo consiguió hacer un gran perjuicio á la causa de Cuba y poner de manifiesto su falta de tino, cuando no sus intentos crueles y sanguinarios.

En dicho manifiesto ó informe, entre otras cosas, decía que al desembarcar en Cuba en diciembre de 1868, había encontrado el cuerpo revolucionario sin or-

ganización ni concierto alguno, y fué él quien impuso el orden y dió carácter de formalidad al movimiento.

Entre sus proezas como militar refería que estando en su poder quinientos soldados españoles prisioneros, y no teniendo donde guardarlos, para obviar la dificultad los hizo fusilar. Tan estupendos conceptos, publicados en inglés y dirigidos al pueblo de los Estados Unidos, no pudieron menos que causar una desfavorable impresión respecto á la revolución cubana, al extremo que el senador Mr. Charles Summers, ferviente abolicionista, gran simpatizador entonces de la causa de Cuba y hombre muy influyente en Washington, no pudo menos que decir que si lo que expresaba el manifiesto era cierto, probaba que tan crueles eran los españoles como los cubanos.

Como ese manifiesto lo empezara á publicar Quesada por iniciativa propia y sin ponerse de acuerdo con los representantes legales del Gobierno, que eran Morales Lemus y Aldama, éstos inmediatamente le suplicaron que no siguiese la publicación de ese trabajo que tanto daño hacía á la causa que defendían; ó cuando menos que no publicara nada sin ponerse de acuerdo antes con ellos. Ce dió Quesada, y el manifiesto no siguió publicándose.

Dirigió después Quesada una comunicación á Morales Lemus pidiéndole medio millón de pesos en bonos de la República; éste le contestó que no podía asumir la responsabilidad de entregarle una tan grande cantidad; sin embargo, le dijo que los bonos estaban en la tesorería de la Junta, puestos á la venta pública y allí podía acudir con la persona que quisiera comprarlos, y hacer la negociación.

La comisión ó despacho que llevó de Cuba el general Quesada, á la letra decía:

"Carlos Manuel de Céspedes, Presidente de la República de Cuba.—Por la presente autorizo en debida forma al Ciudadano Manuel Quesada Loinaz, para que como agente especial de este Gobierno, pase á los Estados Unidos de América y en virtud de los amplios poderes que le confiero, celebre allí los contratos que juzgue necesarios para la adquisición de armas, pertrechos de guerra, buques y hombres que sirvan para la defensa de la independencia de Cuba, sin perjuicio de lo que sobre los mismos particulares hayan emprendido y tengan pendiente, los Representantes de nuestra República en aquella localidad, en inteligencia de que para la mayor validez de lo que llevase á efecto, este Gobierno le otorga desde ahora su autorización.—Dada en Camagüey firmada y sellada á los cuatro días del mes de Enero del año mil ochocientos setenta.—Tercero de nuestra independencia.—El Presidente, Carlos M. de Céspedes.—El Secretario Interino de Relaciones Exteriores, Eligio Izaguirre."

Esta comisión del general Quesada produjo tal confusión entre los emigrados, á los quince días de su llegada, fueron tales las discusiones á que dió lugar y las pasiones que despertó, que no son para describirlas; sostenían unos que siendo Quesada el hombre en quien el Gobierno había depositado su confianza, todos los emigrados debían ponerse á su lado, secundando así las miras del Gobierno, pues que la antigua Junta hasta cierto punto estaba anulada por la comisión de Quesada; en tanto otros decían que esta Junta era la verdadera representación del Gobierno, y por lo mismo, Quesada no podía menos que obrar de acuerdo con ella; en el imbroglio en que estaban metidos, para poder aclarar las facultades que cada uno tenía y valorar la fuerza legal que debía atribuirse á sus actos, el comisionado especial general Manuel de Quesada, el ministro de Cuba, ciudadano José Morales Lemus y el presidente de la Junta Ciudadano Miguel de Aldama, tomaron el patriótico acuerdo de unirse y hacer una pública manifestación que se insertó en los periódicos, para acallar las dudas y vacilaciones de los patriotas emigrados.

Este documento, á la letra decía así:

"Legación de la República de Cuba en los Estados Unidos.—New York, 14 de Marzo de 1870.—Los enemigos de la libertad de Cuba han hecho circular el

rumor de que la misión del Ciudadano General Manuel de Quesada desvirtúa las facultades y atribuciones del Representante de nuestra República en los Estados Unidos, Ciudadano José Morales Lemus, del Ciudadano Miguel de Aldama, Agente General Delegado, Presidente de la Junta Central y de la propia Junta; y se añade que existe desacuerdo entre esas distintas representaciones. Aun cuando los que suscriben saben que los buenos patriotas no dan crédito á tal rumor, estiman oportuno desmentirlo, declarando solemnemente que no es cierto que la misión especial del general Quesada, contradiga las facultades y atribuciones del Representante de Cuba en este país ni de sus Delegados; y que lejos de existir el menor desacuerdo entre las citadas representaciones, están en perfecta armonía y resueltas á proceder unidas en sus respectivas esferas, y en servicio de la Patria.—José Morales Lemus.—Manuel de Quesada.—Miguel de Aldama.''

Como se comprenderá, por muy loables que fueran los deseos de las diferentes representaciones del Gobierno de Cuba, como el mal estaba en que no era posible deslindar las facultades entre el agente general delegado M. de Aldama, y el comisionado especial general Manuel de Quesada, apenas empezaban éstos á usar de dichas facultades, invadían la esfera de acción, ya del uno, ya del otro, lo que daba lugar á celos y discordias, que según se repetían se iban haciendo más acerbas y enconadas.

A los pocos días recibió la Junta de su agente de Nueva Orleans un telegrama, fechado en 30 de marzo, que decía como sigue:

''Cubanos reunidos anoche citados por Armas, comisionado de Quesada. Este hizo duras acusaciones á la Junta.—Ha creado atmósfera desfavorable para ella. — Guillen''. — El Presidente de la Junta contestó inmediatamente con otro telegrama en inglés que traducido decía: ''Recibido su telegrama. La Junta desprecia las calumnias, y confía en que los hombres honrados harán justicia á sus actos.—M. Aldama'' (1).

A una comunicación que envió á la Junta el ciudadano ministro Morales Lemus, tendente á allanar las dificultades con Quesada, contestó aquélla como sigue:

''Enterada la Junta Central de la manifestación escrita, hecha por el General Quesada á la Comisión del Club de la Liga Cubana, que Vd. se ha servido comunicarle, ha acordado decirle á Vd. que á pesar que el General Quesada no ha sido consecuente al convenio celebrado por él con la misma Junta, para la realización de su proyecto expedicionario, ya constituyendo misión independiente, ya expidiendo nombramientos y comisiones especiales, ya promoviendo colectas públicas y pidiendo considerable cantidad de bonos del empréstito cubano, con cuyos actos no sólo ha procedido en oposición al indicado convenio, sino en perjuicio de los proyectos iniciados por la Junta, contra lo que se previene al General en el poder que ha presentado del Presidente de la República; la Junta, deseosa del más eficaz servicio de la Patria, está conforme en aceptar la cooperación del General en cuanto ofrece todos los recursos que ha adquirido de gran número de ciudadanos, interviniendo dentro del seno de la misma Junta en los contratos y combinaciones que se hagan para llevar á efecto las expediciones proyectadas, sin extenderse á aceptar también las demás condiciones de la oferta, por considerar que debe conservar la necesaria libertad para la aplicación de los recursos que puedan allegarse para la salvación de la Patria.''

El 9 de abril fué convocada la Junta á sesión por su Presidente, en la que manifestó éste que, no obstante el gran cuidado de familia que le preocupaba, había considerado necesario convocar la Junta para hacerle presente la gran escasez de fondos patrióticos y las dificultades que

---

(1) El original decía así: "Your telegram received. The Junta despises calumnies and confident that true men will do justice to its acts.—M. Aldama.''

se ofrecían para aumentarlos, á causa, principalmente, de la conducta que observaba el general Quesada, pues apartándose éste por completo del convenio celebrado con la Junta para trabajar de acuerdo con ella, estaba procediendo con completa independencia y por su propia cuenta, lesionando gravemente los intereses de la causa. Entrando en explicaciones detalladas acerca de la situación, terminó el Presidente manifestando que en su sentir, la Junta debía disolverse desde el momento en que los cubanos de la emigración no consideraban como deber el apoyarla unánimemente, aportándole todos los recursos, ya que pesaban sobre ella todas las responsabilidades. Se acordó poner en conocimiento de lo que pasaba al ciudadano ministro José Morales Lemus.

Algunos días después recibió la Junta una comunicación del ciudadano Francisco Javier Cisneros, en la cual manifestaba que, cansado de servir de blanco á imputaciones calumniosas, hacía renuncia del cargo que la Junta le había conferido, de llevar á Cuba nuevas expediciones; y se ofrecía para desempeñar cualquier otra clase de trabajo que se le recomendase. La Junta se negó á aceptar la renuncia del ciudadano Cisneros, comunicándole que le suplicaba, ó le mandaba, si era preciso, que continuase en el desempeño de su cometido.

Recibió después la Junta varias comunicaciones de su agente en París y de otros ciudadanos también, quejándose de los trastornos que allí producían los agentes de Quesada. Ya por esa época se habían exacerbado las pasiones de una manera extraordinaria cuando recibió la Junta una comunicación del general Quesada que decía así:

"Ciudadano Presidente de la Junta Central de Cuba y Puerto Rico.—Próximo á dar término á la comisión que me confiara el Supremo Gobierno, y teniendo presente la cláusula del pliego que procedente del mismo entregué á Vd. en Marzo del presente año, en la cual ruega á Vd. el Ciudadano Presidente de la República, se sirva prestarme su valiosa cooperación, tengo el honor de ponerlo en su conocimiento, para si dando valor á esas palabras, quiere Vd. aumentar los recursos con que cuento, ya sea en efectivo, armas, municiones, equipo, ó cualquier otro efecto útil para el ejército libertador."

"Debiendo proceder en mis ulteriores operaciones con la rapidez que el caso exige, concluyo suplicándole á Vd. respetuosamente pronta contestación, y poniéndome á sus órdenes, C. Presidente, como su servidor.—Patria y Libertad.—New York, Julio 28 de 1870.—Manuel de Quesada."

Contestóle la Junta que, haciendo caso omiso de las diferencias que con él había tenido, y atenta sólo á la urgente necesidad de enviar el mayor número de recursos á los patriotas, había comisionado á su presidente accidental, ciudadano Hilario Cisneros, para que se avistase con el general Quesada y acordaran los recursos con que había de auxiliarlo la Junta.

Concurrió Cisneros al hotel "Saint George," para donde lo citó Quesada, y habiéndole manifestado el objeto de su visita, contestó Quesada que contaba con todos los recursos necesarios para su expedición y que nada le hacía falta. Reiteróle Cisneros el ofrecimiento de cualquier clase de recursos, á lo que volvió á contestarle Quesada, que él tenía cuanto fuera necesario y en abundancia.

En vista de este resultado, se retiró Cisneros,y pasó la Junta una comunicación á Quesada diciéndole que tenía los mejores deseos de auxiliarlo para su expedición con todo lo que pudiera, pero que, habiendo él manifestado á su Presidente que nada necesitaba, se veía privada de esa satisfacción.

Todavía no se había mandado esta comunicación á Quseada, cuando se presentó á la Junta el ciudadano D. Ruiz con otra comunicación de Quesada concebida en estos términos:

"New York, Julio 30 de 1870.—Ciudadano Hilario Cisneros, Presidente de la Junta Republicana de Cuba y de Puerto Rico.—Estimado conciudadano: He comisionado al C. Domingo Ruiz para que reciba todos los recursos que la Junta desee mandar á nuestro Gobier-

no.—Tendré el gusto de hacerme cargo de ellos y entregarlos al mismo, esperando que la Providencia me proteja con éxito feliz.—P y L.—Manuel de Quesada."

Acordó la Junta que teniendo en cuenta la "mala fe" que había guiado al general Quesada en todo lo relativo á ese asunto, se le contestara en los términos siguientes:

"Junta Central Republicana de Cuba y de Puerto Rico.—New York, Julio 30 de 1870.—Ciudadano General Manuel de Quesada.—Distinguido conciudadano:—En momentos de enviar á Vd. la copia del acuerdo de la Junta, he recibido su comunicación de esta fecha y se la contesto para acusarle recibo, pues los acuerdos de la Junta abrazan los particulares de que trata.—Reiterándole mis votos por el buen éxito de su empresa, queda de Vd.—Patria y Libertad.—Hilario Cisneros, Vice-Presidente."

Varias comunicaciones muy extensas y de carácter agrio se cruzaron después entre Quesada y Cisneros sobre este asunto, porque Quesada contestó que Cisneros no había interpretado fielmente sus palabras, debate que á ningún fin práctico condujo.

Como se ha visto por la relación hecha, tomándola ó extractándola de documentos fehacientes, no bien llegó Quesada á New York cuando ya estaba en desacuerdo con la Junta, y este desacuerdo fué creciendo más y más hasta conventirse en un volcán de pasiones desencadenadas, que arrolló ante sí los mismos intereses de la revolución.

Para completar esta reseña, vamos á copiar dos párrafos de dos cartas que dirigieron al Presidente de la República, una el C. José Morales Lemus representante diplomático de Cuba, y otra el C. José Valiente.

La primera dice así:

"Brooklyn y Abril 4 de 1870.—En los despachos oficiales que van en ésta, procuro dar una idea de la situación de aquí, y de las complicaciones que ha traído y que puede continuar causando la llegada del Ciudadano Manuel de Quesada, el modo con que se presentó y la manera con que sigue comportándose respecto á la junta.—Creo que se ha equivocado completamente en el plan que adoptó, que se ha dejado dominar por malos consejos, y que con su conducta está perjudiciando la causa de la patria, y asimismo y aún indirectamente á Vd. porque invoca con más frecuencia de la que corresponde en negocios públicos, las relaciones de familia. Dispénseme Vd. si hay imprudencia en hablarle así, pero creo que así me lo ordenan la amistad y la cualidad de h.."

El C. José Valiente, con fecha 15 de Abril de 1870 decía lo siguiente:

"En este estado se presenta (Quesada) en ésta acompañado de sus ayudantes y de otras personas que á su paso por Nassau parece que les hizo comprender que venía facultado para obrar y llevar á cabo los negocios públicos de Cuba, no sólo en estos Estados, sino también en Inglaterra y México. Natural fué la sorrpesa de muchos cuando se les aseguró que traía *algo,* pues nunca creyeron que trajese nada de lo que decía; porque no creían que al hombre que después de haber ejercido en su patria el más alto puesto militar, se le mandase aquí con una comisión insignificante como la que al fin se ha visto. Se dice que dicha comisión ha sido dada por Vd. y autorizada por el Ministro de Negocios Extranjeros. Muchos de los que le admiran y le consideran á Vd., no creen que haya dado Vd. á Quesada tal comisión, á menos que no lo haya hecho Vd. con ánimo deliberado de desoir las determinaciones del pueblo de Cuba, manifestadas por medio de sus representantes, y añaden que si ésto fuese cierto, creerían que entre Vdes. *no hay gobierno* ó no hay buena inteligencia; lo cual, de ser cierto, llenaría mi pobre corazón del más profundo dolor."

CAPITULO XVII

1870

PROFUNDA IMPRESION EN CUBA LIBRE AL SABER LA MISION DE QUESADA.—ESTA SE AGRAVA AL CONOCER SU DESASTROSO RESULTADO.—SE CONVOCA A LA CAMARA.—SE TRATA DE DEPONER AL PRESIDENTE CESPEDES.—LA CAMARA NO PUEDE REUNIRSE.—SE DESISTE DE LA DEPOSICION.—INFLUENCIA DE LA CORRESPONDENCIA DEL EXTRANJERO.—LUCHAS ENTRE CESPEDES Y LOS MIEMBROS DE LA CAMARA.

Si grande fué el desconcierto que causó en los Estados Unidos la llegada de Quesada, no menos grande y profunda fué la impresión que hizo en Cuba libre la noticia, por todos ignorada, de que el Presidente lo había enviado con una importante comisión al extranjero. Ya no les quedó duda á los opositores de Céspedes de que las miras de éste y las de Quesada eran unas mismas, y trajeron á la memoria los antecedentes de Céspedes, sus pretensiones de establecer el régimen militar en Cuba, la larga lucha que con él habían sostenido para que desistiera de su propósito y la aceptación forzosa del régimen democrático que se vió obligado á hacer. Por otro lado, sentíase agraviada la Cámara por la ofensa que á ese cuerpo envolvía el hecho de haber conferido el Presidente una misión de confianza al hombre que ella había querido castigar con la destitución de su puesto, por sus extralimitaciones durante el mando, y su ambición de pretender echar abajo la Constitución del país y erigirse en árbitro del poder. Veían con sumo disgusto que el Presidente hubiese procedido á realizar ese acto con una reserva impropia del jefe de una república constitucional democrática, sin conocimiento del Secretario de Relaciones Exteriores ni de ningún otro, excepto el de Hacienda, que firmó las credenciales.

Consideraba la Cámara, por otra parte, los incalculables perjuicios que á la patria traía la desorganización que la incalificable conducta del Presidente había causado en la emigración, al crear dos poderes con facultades semejantes, independientes uno de otro, lo que no pudo menos de dar por resultado el antagomismo que desde los primeros momentos se estableció, sobre todo cuando uno de los investidos con esos poderes era un hombre del carácter, de las inclinaciones y de los antecedentes de M. de Quesada; antagonismo que había de ser fuente abundante de discordias, odios y pasiones que ponían en peligro la misma revolución. Todas estas consideraciones y muchas otras más, inflamaron la ardiente imaginación de los diputados, que pensaron que había llegado el momento de hacer uso de sus facultades en bien de la patria, y puesto que Céspedes hacía causa común con Quesada contra las libertades de su país, debían deponer de su alto puesto á Céspedes, como habían hecho con Quesada.

A fin de llevar á cabo este propósito convocó el diputado Antonio Zambrana la Cámara, para Santa Ana de Cayojo—esto pasaba por el mes de Junio ó Julio de 1870—mas esa reunión no pudo efectuarse, porque en aquel tiempo estuvo operando una fuerza española por aquella zona.

La siguiente reunión de la Cámara vino á celebrarse unos seis meses después, hacia el mes de enero de 1871, en el demolido ingenio las "Maravillas de Porcayo." El tiempo transcurrido entre los meses de julio y enero produjeron un cambio en el parecer de los opositores de Céspedes. Quizás una de las causas que más influyó para ese cambio fueron las cartas que del extranjero recibieron varios individuos del gobierno, desaprobando tan trascendental medida, entre ellas la que el ciudadano José Manuel Mestre dirigiió al diputado Antonio Zambrana, en la que le encarecía el mal efecto que la deposición de Céspedes había de producir en el exterior, demostrando ese hecho que la joven república, apenas nacida, y aun antes de ser reconocida por los gobiernos extranjeros, ya

daba señales de seguir los ejemplos desdichados de sus hermanas sudamericanas.

En ese mismo lugar, las "Maravillas de Porcayo," fué que el Secretario del Interior, Rafael Morales, presentó la renuncia de su cargo, por motivo de que, siendo ya tan tirantes sus relaciones personales con el Presidente, éste le pidió la citada renuncia, pasando Morales á ocupar otra vez el puesto que había dejado en la Cámara.

De entonces en adelante las relaciones entre la Cámara y el Presidente fueron una constante lucha. Aquella desconfiaba de éste, y éste miraba con profunda aversión á aquélla. La Cámara muchas veces era injusta con el Presidente, pues quería hacerlo responsable de todos los contratiempos que sufría el Gobierno, cuando no era posible que en una sociedad que atravesaba por crisis tan espantosa, careciendo de toda clase de recursos y con un enemigo poderoso al frente, las cosas pudieran marchar con toda la regularidad deseable; por otra parte el Presidente se desquitaba oponiéndole á la Cámara todas las dificultades á su alcance, para estorbarla en sus funciones, haciendo uso, mientras tanto, de las facultades discrecionales de que disponía durante el tiempo que ésta no pudiera reunirse.

En las frecuentes y acaloradas discusiones con sus opositores, decía airado Céspedes que la revolución se había empequeñecido, y no respondía á los altos fines que él había aspirado al iniciarla; que se sentía capaz de dar libertad á un mundo entero y se veía maniatado por aquella constitución que no le dejaba iniciativa para nada. Ellos le contestaban que la revolución la había hecho y continuaba haciendo el pueblo de Cuba para sacudir la tiranía y gozar de las libertades y los derechos del hombre, y que ese pueblo en ningún caso se avendría á sacudir una tiranía para dejarse avasallar por otra, que esa constitución contra la que él clamaba, era la ley fundamental del Estado, á la que era forzoso que se sujetase todo el que se considerase cubano. Y es necesario reconocer la verdad: aquella constitución fué como un círculo de acero, forjado para contener el indómito carácter de Céspedes.

CAPITULO XVIII

1870-1871

DEPLORABLE ESTADO DE LA REVOLUCION POR LOS AÑOS DE 1870 Y 71.—FELIZ DESEMBARCO DE LA EXPEDICION DE RAFAEL QUESADA.—CAMBIO FAVORABLE DE LA REVOLUCION.—NOTICIAS DESASTROSAS DEL ESTADO DE LA EMIGRACION. —EL PRESIDENTE CESPEDES DECIDE MANDAR UNA COMISION AL EXTRANJERO. —AGUILERA Y EL LDO. RAMON CESPEDES ELEGIDOS PARA ELLA.—AGUILERA SATISFECHO CON EL MANDO DEL EJERCITO DE ORIENTE.—DIFERENTES OPERACIONES MILITARES QUE REALIZA.—RECIBE LA ORDEN DE CESPEDES LLAMANDOLO AL GOBIERNO.—VUELVE AGUILERA AL CAMPAMENTO DEL GOBIERNO. —SE LE INFORMA DE LA MISION QUE DEBE DESEMPENAR.—LA ACEPTA ENTRE DUDAS Y ZOZOBRAS.—AGUILERA Y R. CESPEDES SALEN PARA EL EXTRANJERO.

Fué esta época, entre los años 1870 y 71, el período más angustioso de la revolución. Ya por entonces todos los recursos se habían agotado; las bandas de desdichados patriotas hambrientos vagaban por los campos, huyendo de su cruel enemigo, pues no tenían un cartucho con que hacerle frente ni defenderse. Hacía mucho tiempo que no recibían ninguna expedición. Los cubanos de la emigración, afanados en sus luchas por facultades y atribuciones, y en hacerse la guerra unos á otros, no tenían tiempo para ocuparse en formar expediciones con que auxiliar á sus hermanos en el campo. Aprovechando estas tristes circunstancias, las fuerzas españolas se fraccionaban en pequeñas columnas, con las que tenían cubierto todo el país, haciendo una encarnizada persecución á los indefensos grupos de cubanos, sin dejarles tiempo para tomar aliento siquiera. En

esta situación angustiosa, á mediados de 1871, desembarcó en Cuba la expedición de Rafael de Quesada, salvándose toda.

Desde ese instante cambió completamente la faz de la revolución. Los patriotas, bien pertrechados ya, se volvieron contra sus inhumanos perseguidores, y cogiéndolos desprevenidos, les hicieron sufrir más de un descalabro. Aquella expedición aparentemente fué un triunfo para el general Quesada y para Céspedes; y decimos aparentemente, porque á no mediar la comisión de Quesada al extranjero, probablemente se habrían recibido otras expediciones antes de aquélla.

Céspedes no podía menos que ver claro todo esto. Por la correspondencia que trajo la expedición y por los mismos expedicionarios tuvo lugar de informarse detalladamente del desastroso estado á que las pasiones habían conducido á los emigrados, y con su sagaz penetración y claro juicio, no pudo menos que comprender el daño que aquel estado de cosas traía á la revolución. Era preciso poner pronto y eficaz remedio que apagase los fuegos de aquel volcán que amenazaba destruir por sus cimientos la gran obra en que se ocupaban. Era necesario acallar esas rivalidades, aplacar los odios, restablecer el orden, tratar de devolver la unión, á fin de que, agrupados todos los emigrados, sus esfuerzos fueran eficaces para proveer de los elementos necesarios al ejército.

Para acometer esa ardua é importante empresa, se necesitaba un hombre en quien concurrieran muchas especiales condiciones. Al tender Céspedes la mirada á su alrededor, al primero que vió, fué el mismo que había visto siempre en circunstancias análogas: Aguilera.

Hemos dicho que había sido siempre Aguilera el hombre á quien volvieran la vista los revolucionarios para conjurar cualquier conflicto que surgiera entre ellos. Ya vimos cómo Céspedes mismo, se valió de él en momentos bien críticos. Aguilera jamás desfraudó la confianza que en él se pusiera. Siempre se lo encontró dispuesto á servir la causa de su patria. Jamás consultó sus intereses particulares ni sus inclinaciones. Siempre antepuso la causa de la revolución á toda otra consideración, cualquiera que fuera.

Sigamos ahora á nuestro héroe á quien dejamos en el momento de ser nombrado jefe del Estado de Oriente. Inmediatamente fué á hacerse cargo de su nuevo destino, que tanta satisfacción le proporcionara, y estableció su campamento con el del general Modesto Díaz, á quien había tomado afecto por su carácter franco y la buena amistad que le demostraba. Aguilera empredió varias operaciones militares, por más que en esa época, el estado de decadencia en que hemos dicho estaba la revolución, no le permitiera hacer una campaña activa. Sin embargo, con las fuerzas del general Díaz dió varias acciones como la de "Veguita" ó "Naranjo", "Valenzuela," "Llanadas de Buey," "Cabaniguán," "Río Abajo," "Mayarí," "Santa Ana de Lleo" y otras.

Contento y satisfecho se encontraba entre sus compañeros, cuando el 25 de junio recibió la comunicación de Céspedes llamándolo al Gobierno y anunciándole que se le necesitaba para desempeñar una importante comisión en los Estados Unidos. Con profundo sentimiento suyo y de todo el ejército de Oriente acató Aguilera esa disposición que le imponía el sacrificio de dejar esta tierra querida y aquellos amigos entusiastas en la hora de la lucha... tierra y amigos á quienes no volvió á ver más.

Vuelto al campamento del Gobierno, se le informó de la delicada é importante misión para que había sido elegido, que era la siguiente: tratar de establecer la concordia entre los emigrados cubanos y que cesaran sus funestas rivalidades que tanto dañaban la marcha de la revolución. Normalizar en el extranjero la representación del Gobierno. Allegar recursos para una gran expedición que sería conducida por él mismo, y dejar organizada la emigración de manera que siguiera suministrando los elementos necesarios para el auxilio de la causa.

Ardua pareció á Aguilera aquella empresa. La experiencia le había enseñado que era cosa más fácil y hacedera luchar con el enemigo en el campo, que combatir las pasiones y los odios de los hombres. Erale desconocido aquel nuevo teatro donde tendría que moverse y desarrollar sus actividades. También le eran desco-

nocidos aquellos hombres, que, por más que juzgara patriotas, no sabía hasta qué punto su estado de ánimo podría haberles obscurecido el patriotismo. En Cuba todos lo conocían, le guardaban la mayor deferencia, se había ganado el afecto de todos, y estas circunstancias le daban un ascendiente extraordinario para lograr lo que quisiera de sus compañeros. En el extranjero era desconocido, pues aunque su nombre hubiera sonado en los oídos de todos los cubanos, nadie sabía lo que era Aguilera. Al presentarse él, cada cual formaría su juicio, guiado por las impresiones del momento. Aquel terreno y aquellos hombres le eran completamente extraños; sólo sabía de ellos que se encontraban poseídos de las pasiones más desatentadas.

Grandes fueron sus dudas y sus temores. Sin embargo, ni un instante vaciló en aceptar la magna empresa. En su conciencia se debía á su patria y no se creía con derecho á negarse á ir donde ella lo llamara. Desde el momento que había abrazado la causa sagrada, se había dispuesto al sacrificio, é iría á éste, pronto y resignado.

Se le informó de que se le daba por compañero de misión al Ldo. Ramón Céspedes Barrero, á la sazón secretario de Relaciones Exteriores y que ambos debían obrar de acuerdo en el delicado encargo que se les confiaba. Mucho agradó á Aguilera tener tan buen compañero, pues R. Céspedes y él eran amigos de la infancia, también compadres, por haber bautizado aquél un hijo á Aguilera, y además, el carácter prudente, leal y patriota de Ramón Céspedes, se avenía perfectamente con el suyo.

Solicitó Aguilera del Presidente que le permitiera llevar dos individuos de su confianza, en calidad de ayudantes, que lo auxiliaran en el arreglo de la expedición que debía conducir, y señaló para ese efecto á sus familiares Manuel Anastasio y Miguel Luis Aguilera, padre é hijo, coronel y teniente coronel del E. L. respectivamente. El Presidente accedió á ello. Estos ayudantes se embarcarían después que Aguilera, pues debían desempeñar algunas comisiones que les encargó.

El día 17 de julio se dispidió del Gobierno en ''los Charcos'' dirigiéndose á la costa y parte sur de la Sierra Maestra, en donde debía embarcarse. Le acompañaba su compañero de comisión el Ldo. Ramón Céspedes. El 21 llegaron al campamento del general Calixto García en ''El Bejuco, donde pernoctaron. El 25 al de Jesús Pérez y pasaron allí la noche también despidiéndose Aguilera de estos dos buenos amigos. El 26 bajaron la Sierra y llegaron á la costa, embarcándose al obscurecer por el lugar conocido con el nombre de ''Boca de Caballo.''

Navegaron toda la noche y á la mañana siguiente, cuando ya se consideraban bien distantes, divisaron distintamente las montañas y encontraron que todavía estaban sobre las costas de Cuba, en el crucero de los barcos enemigos, porque el práctico—Martínez—había equivocado el rumbo y navegaba hacia el O.

Rectificaron, y poniendo proa al sur, á medio día vieron desaparecer el pico de Turquino, conmovidos por la tristeza y la esperanza.

FIN DE LA PRIMERA PARTE



Eladio Aguilera

FRANCISCO V. AGUILERA

Y LA

REVOLUCION DE CUBA DE 1868

SEGUNDA PARTE

COMPRENDE DESDE LA LLEGADA DE AGUILERA Á LA ISLA DE JAMAICA, EL 28 DE JULIO DE 1871, HASTA SU SALIDA PARA EUROPA, EL 28 DE JUNIO DE 1872. UN PERIODO DE ONCE MESES.

CAPITULO PRIMERO

JULIO Y AGOSTO 1871

LLEGADA A KINGSTON DE AGUILERA Y R. CESPEDES.—AFECTUOSO RECIBIMIENTO.—CAMBIO QUE SE OPERO EN SU ANIMO.—SE LLENA DE ESPERANZAS. —NOMBRA A FRANCISCO DE P. BRAVO SECRETARIO DE LA COMISION.—LLEGA A NEW YORK.—ENTUSIASTA ACOGIDA POR LOS EMIGRADOS.—PESIMO ESTADO DE LOS ASUNTOS DE LA PATRIA.—PARTIDOS ALDAMISTA Y QUESADISTA.—SAÑA ENCARNIZADA CON QUE SE COMBATIAN.—AGUILERA Y R. CESPEDES TOMAN A SU CARGO LA REPRESENTACION DEL GOBIERNO.—COMUNICACION DEL GENERAL QUESADA.—ESTE DECLINA SU COMISION EN MANOS DE LOS COMISIONADOS.—INFORME DE ALDAMA.—COMUNICACIONES DE JOSE A. ECHEVERRIA Y JOSE MANUEL MESTRE.—COMUNICACION DE AGUILERA A CARLOS M. DE CESPEDES.—LOS QUESADISTAS HACEN ENTDEGA A AGUILERA DE LOS ELEMENTOS DE GUERRA.

El día 28 de julio de 1871 arribaron Aguilera y su compañero de comisión Ramón Céspedes á la costa norte de la isla de Jamaica, después de un viaje feliz. Inmediatamente se dirigieron á la ciudad de Kingston, donde los cubanos emigrados les dieron la más cordial bienvenida.

Aguilera, que al principio había acogido su misión lleno de dudas y zozobras, al encontrarse en aquella ciudad inglesa, rodeado de sus paisanos, poseídos del más ardiente entusiasmo, cambió completamente de estado de ánimo. Se creyó predestinado para llevar á feliz término aquella obra grandiosa que embargaba su pensamiento: ¡La libertad é independencia de Cuba! Al volver atrás la mirada veía como él solo, al transmitir al pecho de sus hermanos la chispa que ardía en el suyo, había logrado inflamarlos, dando por resultado la hoguera gigantesca que veía arder; lo que devorando todo vestigio del vergonzoso coloniaje, purificaría la atmósfera que debían respirar en su patria regenerada. Ahora, en el extranjero, los cubanos divididos, no en sus aspiraciones de ver la patria dignificada, sino por luchas personales, no lograban aunar sus esfuerzos, para con su auxilio eficaz lograr en breve termino, ver brillar el hermoso día de la li-

bertad.—Parecióle, pues, fácil esta empresa, comparada con la que había realizado, y no desconfió un instante de llevarla á cabo con el mismo éxito.

Creía que al presentarse á aquellos hermanos suyos, patriotas porque eran cubanos, con el estandarte glorioso de Cuba, diciéndoles: ¡Aquí está la patria! ¡Aquí está la enseña venerada de nuestra amada tierra! ¡Reunámonos todos á su rededor, puesto que todos somos sus hijos! ¡A un lado vanas diferencias! ¡Hagamos todos juntos un esfuerzo poderoso, y mañana veremos resplandecer en ella el sol hermoso de la libertad! ¿Quién podría negarse á tan noble llamamiento.....?

¡Pobre Aguilera! Cuán lejos estaba de pensar que aquel sueño de gloria y de dicha había de tornarse en su calvario.....

En Kingston encontró á su amigo Francisco de P. Bravo, hombre de gran experiencia, talento superior y acrisolado patriotismo. Creyó que este benemérito compatriota podía prestarle valiosos servicios con sus consejos en la obra delicada que estaba á punto de acometer: le propuso que lo acompañase á New York en calidad de secretario, y Bravo se prestó á ello.

Salieron de Kingston Aguilera, Ramón Céspedes y Francisco de P. Bravo y llegaron á New York el día 13 de agosto. Entusiasta fué la acogida que obtuvieron de la emigración cubana: todos los emigrados á porfía se disputaban el honor y la satisfacción de saludar y conocer á los ilustres próceres, que de tanto prestigio iban precedidos.

Conferenciaron Aguilera y Ramón Céspedes con los hombres más importantes de la emigración, tratando de informarse del estado de los intereses de Cuba en el exterior, y pronto se convencieron de que éste era por demás lamentable, estando los emigrados divididos por las pasiones más encarnizadas.

El Sr. Miguel de Aldama, agente general de la República, viendo que el puesto oficial que ocupaba tan sólo servía para hacerlo blanco de la difamación y de los más groseros insultos, sin provecho para la patria, puesto que el comisionado especial del Gobierno de Cuba, General Quesada, en su afan por desempeñar la misión que allí lo llevó, trastornaba todos sus trabajos, y en cierta manera lo anulaba, resignó al fin su cargo en la sociedad "Auxiliadora de Cuba", sin autorización de su Gobierno. Esta sociedad, que tenía una esfera de acción muy distinta del nuevo cargo que había asumido, no podía atenderlo como debiera, así es que predominaba la anarquía en todos los asuntos de Cuba.

Con respecto á los emigrados, se dividían en dos partidos: el "Aldamista" que se agrupaba al rededor del Sr. Miguel de Aldama, ex-agente general, y el "Quesadista" que seguía al general Manuel Quesada, quien con su carácter de enviado especial del Gobierno de Cuba, se había puesto frente á la legítima representación del Gobierno en el extranjero, desconociéndola y obrando en completa independencia.

Era tal el enseñamiento de las pasiones que esta división había engendrado, que si en Cuba ardía una guerra de exterminio entre cubanos y españoles, en el extranjero ardía otra menos encarnizada y fiera entre los propios cubanos. Si en Cuba los combatientes se lanzaban balas y acometían con la bayoneta y el machete, en el extranjero se lanzaban insultos sangrientos, y acometían á su honra y á su honor, tratando de destrozarlos y cubrirlos de lodo. En Cuba se necesitaron cuatro siglos de tiranía de opresión y de vejamen, para fomentar ese sentimiento de odio al opresor; en el extranjero bastó poco más de un año de ambiciones por el manejo de los intereses de la patria, de rivalidades por figurar, de dispustas por merecimientos mezquinos y de soberbia, para desarrollar ese mismo ódio de cubano á cubano.

Desde el pricipio comprendieron Aguilera y Ramón Céspedes el mal de que adolecía la emigración, aunque no lo apreciaron en toda su gravedad; por lo tanto creyeron posible que con una política discreta, no inclinándose á ningún partido, acogiendo á todos igualmente, ellos, que eran hombres nuevos allí, que no podía tachárseles de estar contami-

nados con el veneno que consumía á los demás, y que por sus prestigios estaban muy por encima de aquellas miserias, creyeron llegar á ser el punto de unión de las aspiraciones encontradas, ya que no fuera posible fundirlas.

Convinieron, pues, en asumir la representación del Gobierno en el extranjero, que estaba acéfala, haciéndose cargo Aguilera de la Agencia General y Ramón Céspedes de la Representación Diplomática. Al mismo tiempo convinieron, para que no hubiera la menor discrepancia entre ellos, y unidos hacer frente á tan difícil situación, consultarse y darse cuenta mutuamente de todos los asuntos que emprendieran y procurar, en los negocios de Cuba, tener los dos un solo criterio. Este acuerdo lo observaron estrictamente, concurriendo en ellos las circunstancias favorables de que hemos dado cuenta, así como también que los dos estaban animados del mismo patriotismo y tenían un carácter razonable y prudente. Se propusieron vivir con toda modestia, y en vez de ir á un hotel, se alojaron en una casa de huespedes, calle 23 al Oeste, número 204, y allí tomaron dos habitaciones contiguas, para estar bien cerca.

Apenas llegaron á New York recibieron del general Manuel de Quesada la siguiente comunicación:

"New York 14 de Agosto de 1871.

"Ciudadanos Francisco Aguilera, Vicepresidente de la República de Cuba, y Ramón Céspedes, Ministro de Relaciones Exteriores de la misma.

"Por carta privada que he recibido del ciudadano Presidente de la República, Carlos Manuel de Céspedes, ha llegado á mi conocimiento que vienen Vdes. á esta ciudad en representación del Gobierno de Cuba, encargados de comisiones importantes relativas á la causa de nuestra independencia nacional.

"Mi corazón se ha llenado de regocijo por esta medida de tan fecundos y trascendentales resultados, cuya necesidad he sentido ha largo tiempo, y cuya realización esperaba sin duda alguna del comprobado acierto que distingue al Jefe de la Administración cubana; siendo mayor aún la importancia del acto y la prenda del buen éxito, desde que ha recaído el delicado encargo en patriotas tan distinguidos y beneméritos, de cuya vida pública no tendrá la historia que referir sino servicios de alto mérito y muestras constantes de abnegación ejemplar.

"Yo me apresuro á ofrecer á los delegados de mi patria el tributo de mi acatamiento poniendo mis servicios á sus órdenes, sin reserva de ningún género.

"Y no obstante que, ni del Presidente ni de Vds., he recibido notificación alguna que desautorice la misión de que estoy encargado en el extranjero por el Gobierno de la República, ceso voluntariamente desde este momento en el uso de todas mis facultades, poniéndolas en manos de los dignos representantes de mi patria, á quienes me dirijo.

"Altamente confiado en los grandes bienes que redundará á nuestra santa causa la delegación que Vds. ejercen, tengo el honor de suscribirme de Vds. con toda consideración.

Muy atento y seguro servidor,

M. Quesada."

Tanto Aguilera como Ramón Céspedes juzgaron de buen agüero esta actitud de Quesada; y se congratularon de ella tanto más, sabiendo que habían sido las imprudencias del mismo Quesada las que habían traído aquel estado de cosas. Juzgaron, pues, vencida la mayor dificultad, creyendo que Aldama no se mostraría menos patriota y generoso que su opositor Quesada.

Persiguiendo este fin, solicitó Aguilera de Aldama que por medio de un informe le hiciera algunas indicaciones con respecto á la Agencia que había desempeñado, para que, aprovechando su experiencia, pudiera obrar con más acierto en el difícil cargo. Accedió Aldama y le remitió el documento que á continuación insertamos.

"Cooperstown, Agosto 19 de 1871.

"Ciudadano Francisco Vicente Aguilera.

"Distinguido conciudadano: Correspondiendo al deseo que me ha manifestado Vd. de que le haga algunas indicaciones que puedan facilitarle los trabajos que va á emprender Vd. como Agente de

la República de Cuba, paso á complacerle gustoso, no sin cierta desconfianza respecto á mi aptitud para ello; porque en verdad mal consejero puede ser el que como yo no he logrado corresponder á las necesidades, exigencias y esperanzas de nuestra revolución en los veinte y un meses que he estado desempeñando el cargo que ocupa Vd. hoy; á pesar de esto, como de mis observaciones no aceptará Vd. sino las que juzgue dignas de ese favor no vacilo en complacerle deseando serle lo más útil posible y sabiendo que su experiencia, su reconocido prestigio y capacidad harán de la Agencia la fuente de donde emanan los recursos necesarios que deben concluir en breve y feliz término la gloriosa empresa iniciada por Vd. y sus dignos compañeros en los campos de Yara.

"Lo primero que se organizó en los Estados Unidos para auxiliar la revolución de Cuba, fué una Junta de patriotas; ésta continuó, modificándose y renovándose sus miembros, hasta que creí llegado el momento de disolverla definitivamente sirviéndome de pretexto para ello un manifiesto del Presidente Grant dado al pueblo americano hace algunos meses.

"Las Juntas patrióticas han sido creadas, como Vd. sabe, en todos, ó casi todos los países revolucionados, y en muy pocos ó ninguno han dado un resultado satisfactorio; en los Estados Unidos la que formaron los cubanos en los primeros meses de 1869, fué hija de una necesidad que Vd. apreciará debidamente tan sólo con tener en cuenta el carácter distintivo de nuestra raza; para que los brillantes y numerosos elementos de que disponían los cubanos partiesen conjuntamente y de una manera provechosa contra el enemigo común, era indispensable satisfacer las exigencias administradoras, por decirlo así, de los que representaban entre ellos más simpatías y riquezas; era menester hacerlos partícipes en el manejo de los asuntos de Cuba; de aquí la junta, pues de otro modo esos elementos, como sucedió más tarde, se habrían dispersos y subdivididos. Entre nosotros por desgracia, esta medida que había parecido la más conciliadora no dió nunca los resultados esperados, gracias al antogonismo que le crearon no pocos ambiciosos y especuladores; para los primeros nada que no emanaba de ellos les merecía su aprobación, respecto á los segundos su animosidad era inplacable si no se les facilitaba su lucro personal; por lo demás las juntas se han compuesto casi en su totalidad de personas de ilustración y honradez, verdaderos patriotas capaces de todo sacrificio en obsequio de la Revolución; si han fracasado en sus trabajos culpa de ellos no fué, sino de la antipatía que inspiran siempre en las masas, cuerpos de esa naturaleza; los cubanos hemos sido tan explotados y burlados durante tanto tiempo por los gobernantes españoles, que se ha llegado á desarrollar en nosotros de una manera notable é inconveniente ese instinto de independencia que hay en el fondo de todas las almas, que rechaza todo lo que significa autoridad y poder, y que sólo puede ser acallado por actos extraordinariamente ventajosos; instinto que como Vd. sabe ha llevado á los pueblos á esos grandes heroismos y á esos lamentables extravíos que en más de una ocasión registra la historia en sus páginas.

"La junta pues, tuvo que disolverse, se le acusaba de todas nuestras catástrofes, se le negaba el apoyo general de que necesitaba como elemento de vida, y ya sin fuerzas ni prestigio, aproveché la oportunidad que dejé indicada para hacerla desaparecer, no conservando de ella á mi lado más que algunos miembros que como amigos particulares me han auxiliado ventajosamente en mis tareas. Su reaparición además de innecesaria la creo inconveniente.

"Concluída así la Junta, recayó en mí la regencia de los trabajos de la Agencia General; yo he fracasado también porque ya desde entonces era yo el que nada valía; una parte considerable de la emigración se apartó de mí, no considerando que al proceder de este modo era á nuestra causa á quien se perjudicaba, á ella era á quien se inmolaba en sus enemistades y venganzas, no en manera alguna á mí, que nunca fuí á ellos sino brindándoles una concialiación eficaz y honrosa para todos, menos es verdad, para aquellos

que eran los mercaderes del templo, los piratas de la patria.

"Mientras existan otras comisiones que la del Agente General y Comisionado Diplomático, no es posible que haya la centralización para hacinar todos los recursos disponibles y hacer uso de ellos en el orden que el Agente juzgue más conveniente, porque como éste no tiene más fondos de la República que los bonos, los cuales hoy por hoy no representan valor alguno cotizable, se ve obligado á reunir á los emigrados para realizar sus proyectos y corresponder á las instrucciones del Gobierno; y si éstos están organizando auxilios por su propia cuenta, ó no pueden ó no quieren atender á las necesidades del Agente, el cargo de éste es completamente inútil y ridículo. Es pues, conveniente á mi juicio, que se le recoja al General Quasada la comisión que ha servido de fundamento para establecer lo que él llama misión extranjera, quedando Vd. como Agente único y el C. Ramón Céspedes como Comisionado Diplomático, cuyos dos destinos son completamente distintos é independientes, y así deben aparecerlo ante el público y el Gobierno americano; el comisionado cuyo puesto está en Washington, debe si es posible, hasta aparentar que ignora los trabajos del Agente, los cuales pueden poner á éste en caso de dar violenta ó errada interpretación á las leyes de neutralidad que rigen este país; separación aparente de ambos poderes que en manera alguna se opone á que en lo privado se auxilien mutuamente y procedan de común acuerdo.

"El Agente deberá ratificar los nombramientos de los Agentes Delegados que existen en varias de las ciudades de los Estados Unidos, de Méjico, Jamaica, Nassau, etc., ó bien nombrar para que los reemplacen á personas de su confianza; los que hoy ocupan esos destinos son generalmente emigrados cubanos que han elegido esos puntos como residencia, proceden comúnmente con bastante patriotismo, aunque no siempre se han mostrado á la altura de las circunstancias; yo tenía determinada la deposición del de Nassau por causas que verbalmente expondré á Vd., esa Agencia era de la mayor importancia y se halla convertida hoy en la más costosa é insignificante.

"Respecto á los elementos ó recursos de la Agencia de New York, aparte de los medios que faciliten á Vd. los particulares á quien acuda, puedo decirle que las cuotas con que contribuyen las distintas asociaciones y clubs son insignificantes para intentar con ellas la adquisición de armas y pertrechos; apenas si bastan para cubrir las atenciones más apremiantes de la Agencia, aunque tienen el gran mérito de proceder de la clase más menesterosa de la emigración, de personas que trabajan para poder vivir, día tras día y que se rodean de innúmeras privaciones para presentar su ofrenda á la revolución.

"Como al Agente, entregado á sus combinaciones y empresas, no es fácil es de cubano en cubano tendiéndole la mano para recoger fondos, se ve en la necesidad de tener siempre ocupada una comisión colectora, que yo comunmente formaba de tres personas de simpatías y responsabilidad.

"Pero yo creo que antes de todo debe Vd. persuadir á la emigración de que sólo Vd., como Agente General está facultado para enviar expediciones, y á los que no le obedezcan, que por lo menos todas deben ir despachadas de acuerdo con Vd. Esto le sería fácil á Vd. hoy; dentro de algún tiempo le será muy difícil, es necesario que Vd. explote sin perder tiempo y á favor de la causa el nombre que lleva Vd., su carácter de Vicepresidente de la República y hasta la novedad de su llegada; los pueblos impresionables como el nuestro obedecen más por sentimiento que por cálculos; dentro de algún tiempo se habrán acostumbrado los enemigrados á verlo á Vd. de cerca é irá Vd. perdiendo para con ellos ese prestigio, esa especie de aureola que rodea á las grandes figuras cuando se ven de lejos, los ambiciosos empezarán de nuevo á levantar la cabeza y empezarán de nuevo también todos los males que hasta ahora nos han afligido; Vd. como hombre de mundo sabrá apreciar estas indicaciones.

"Volviendo á los elementos de la Agencia, muchos hay que diseminados, sólo podrán servir para facilitar la conservación de las banderías que hoy existen; convendrá, por tanto, que el Agente los reuna en sus manos pudiendo, sólo así, sacarse gran partido de ellos; existe el vapor "Hornet" y su completo armamento, este buque puede lanzarse de nuevo como de guerra, lo que es fácil conseguir sin desembolsos de consideración, sin ninguno tal vez; bastaría para ello que los quesadistas le cedieran á Vd. el "Virginia", el "Florida" y otro pequeño vapor cuyo nombre ignoro, que Vd. los vendiese, y con su importe arreglase convenientemente el Hornet, el cual podría por lo menos auxiliar al corsario que debe empezar su campaña en el próximo mes de Septiembre. Respecto á este buque, me limitaré á decirle aquí que en el mes de Junio del corriente año, de acuerdo con los ciudadanos José M. Mestre, José Antonio Echevarría, General Jordan é Hilario Cisneros, firmé un contrato con un individuo de New York por el que se compromete éste á tener en el mar para el mes de Septiembre el corsario que he mencionado del que esperamos grandes ventajas; sólo los individuos nombrados tienen conocimiento de este hecho, único quizás que no se ha divulgado en la emigración; el contrato está en el archivo de la Agencia y el ciudadano Hilario Cisneros puede facilitarselo á Vd.

"No creo que los quesadistas se niegan á acceder á los deseos de Vd. sobre sus buques; en el estado en que se encuentran hoy, solo sirven para originar grandes gastos por el gran personal que requieren para su atención.

"Una vez reorganizado que sea el personal de la Agencia del modo que Vd. lo juzgue mejor y nombrada la comisión colectora de fondos, puede aspirarse á despachar la expedición del General Peralta, ya principiada, lo cual puede conseguirse con unos veinte mil pesos; no entro en detalles sobre ella porque tendría que extenderme mucho, mientras que verbalmente sería cuestión de pocas palabras.

"Debe atenderse en seguida á la proyectada del General Jordan que es la que, á mi juicio, puede darle gran prestigio á la revolución y colocarla en tal posición que las potencias extranjeras no nos niegan por más tiempo el reconocimiento de beligerantes. No conozco la altura de la reputación que Jordan haya conseguido en Cuba; pero como justicia que debo á él me corresponde manifestar que desde su regreso de la Isla, ha trabajado á mi lado constantemente, que lo ha hecho tan bien como el mejor cubano en obsequio de nuestra independencia, que goza entre los suyos de prestigio como militar y hombre honrado; á sus escritos en la prensa americana debe en parte nuestra revolución el no haber perdido sus simpatías ante el pueblo americano, y á las que Jordan personalmente goza, podrán deberse algunos auxilios para su expedición; ya de momento se me ha ofrecido transportar gratis á Cuba mil hombres que vayan con él. Jordan ha escrito una memoria bastante detallada acerca de la revolución, sus recursos, su pasado y su presente con acertadas conjeturas sobre su futuro, y la recomiendo á la consideración de Vd.; ha formado, igualmente un minucioso presupuesto de lo que costaría una expedición de mil hombres, llevando además de su armamento, el necesario para dos mil quinientos más y considerable cantidad de parque y pertrecho.

"Este proyecto aunque parece difícil no es de imposible realización, dado caso que merezca la aprobación de Vd., mereció la mía porque creo francamente que debemos aspirar á algo en mayor escala de lo que se ha hecho hasta el presente para sacar á la revolución de la languidez con que marcha y que sólo dá por resultado gastar nuestras fuerzas y facilitar la resistencia de los españoles. No debe perderse de vista que cada una zafra que se haga en Cuba asegura un un año más la donominación española. La isla produce treinta millones de pesos al año al Gobierno de Madrid, sus gastos en tiempos normales ascendían á 25, le quedan pues cinco millones disponibles para gastos de la guerra y el déficit que pueda ocurrir lo cubren con contribuciones extraordinarias ó con la emisión de

billetes del Banco Español; así es que opino que mientras no desembarque una expedición suficientemente fuerte para entrar por las jurisdiciones de Cárdenas, Sagua ó Cienfuegos, capaz de sembrar el incendio y terror por todas partes, nuestra guerra se hará eterna, la emigración se cansará cada día más, su concurso será más débil, por lo tanto, y hasta los mismos patriotas descorazonados tras lucha tan infructuosa tendrán más de un momento de vacilación.

"Demos un golpe vigoroso á los españoles y obtendremos de este país los derechos de beligerantes que nos traerán la facilidad de un empréstito; en Cuba alcanzaremos la desmoralización de nuestros enemigos y el envalentonamiento de los cubanos pusilámines que simpatizando hoy con la causa, no tienen el suficiente valor de adherirse á ella porque la consideran en peligro y temen verse envueltos en su ruina.

"Esto es en conjunto lo más importante que se me ocurre indicar á Vd.; muchas otras cosas podrán presentarse á Vd. acerca de las cuales desee informes; si así sucede será siempre mi mayor gusto el facilitárselos, lo mismo que servirle en cuanto me sea posible.

"El nombramiento de Agente General en Vd. creo que es una de las medidas más acertadas de nuestro Gobierno; ella afianza más en mí las esperanzas que he abrigado sobre el porvenir de nuestra desolada patria, ella me hace concebir que está cercano el día de la redención de todos, que desapareciendo para siempre las tristes disenciones que hoy nos dividen, sabrá Vd. unir á los extraviados hermanos que en sus días más amargos no tuvieron más ambición que la salud de Cuba; sí, Vd. los llevará reconciliados al hogar anhelado, dignos todos del título de hombres libres.

"Soy de Vd. entusiasta admirador y q. b. s. m.

Miguel de Aldama".

Además los Comisionados Diplomáticos C. José Manuel Mestre y José Antonio Echevarría les enviaron las comunicaciones siguientes:

"Comisión de la República de Cuba en los Estados Unidos.

New York 15 de Agosto de 1871.

Ciudadanos Comisionados Generales:

"La comunicación del Ciudadano Ministro de Relaciones Exteriores de nuestra República, fecha del mes próximo anterior, y las que directamente se han Vds. servido hacernos, nos han instruído de la importante misión que ha tenido á bien encomendarles el Gobierno, y delas amplias y elevadas faculades con que los ha investido para su desempeño. Acatando la disposición de nuestro Gobierno, nos felicitamos de la llegada de la Comisión y de que su nombramiento haya recaído en personas tan caracterizadas de la revolución, que tan identificadas están con ella y que por consiguiente reunen todas las condiciones imaginables para que aquélla produzca resultados de tan benéfica como oportuna trascendencia.

"Para nosotros en particular tiene la comisión la ventaja inapreciable de resolver una situación espinosa, en que sólo ha podido sostenernos la conciencia de nuestro deber, y la esperanza de que el Gobierno, haciendo justicia á nuestra conducta, accedería á nuestra súplica de ponerle término, inspirada, más que por el deseo de nuestra tranquilidad personal, por el convencimiento de que así lo exigía el servicio de la República. El Gobierno no se ha equivocado al presumir que, por causas semejantes á las que han impulsado al ciudadano Miguel de Aldama, habíamos nosotros hecho renuncia de nuestro cargo de Comisionados Diplomáticos en esta nación; la hemos hecho en efecto, en carta número 7 fecha 9 del de Marzo del corriente año. Y como parece que el principal, ni el duplicado han llegado al Gobierno, nos permitirán Vds. transcribir el párrafo referente á nuestra renuncia, á reserva de pasar á Vds. cópia íntegra de esa y otras comunicaciones, que seguramente han corrido la misma suerte. Decíamos así en la carta citada:

"La situación es grave, y exige pronto "remedio, aún cuando sea transitorio, y "éste es el que venimos á proponer al "Ejecutivo, resignando formalmente "nuestros cargos. Sí, señor Mnistro: "La vanidad no nos ciega hasta el punto

"de considerarnos necesarios. ó siquiera "útiles; nuestra honra, nuestro patrio-"tismo nos aconsejan retirarnos, y ceder "un puesto que no hemos solicitado, á "otros ciudadanos más aptos, ó tal vez "más populares. Desígnelos el Gobier-"no con prontitud, y quizás se calma-"rán las pasiones de los agitadores, re-"ducidos en número, pero poco escru-"pulosos y tenaces por extremo; se fun-"dirán los partidos, y se aprovecharán "acaso elementos que hoy se mantienen "retraídos. Nosotros mismos seremos "los más fervorosos en coadyuvar á esa "obra de regeneración con nuestros es-"fuerzos; y si no hubiéramos temido "sentar un precedente pernicioso ya ha-"briamos resignado en las personas que "obtuviesen más simpatías entre los "emigrados pues ni tenemos apego al "puesto, ni nos impulsa á dejarlo ningún "sentimiento apasionado. Sírvase Vd. "por tanto, Ciudadano Ministro, pre-"sentar nuestra renuncia al Ejecutivo, "con el mismo espíritu respetuoso que "nos anima; pero en términos que no "dejen lugar á dudas pues la hacemos "con el profundo convencimiento de que "conviene al buen servicio de la patria, "y con la firme determinación de retirar-"nos tan pronto como sepamos quiénes "deben sustituirnos. Rogamos á Vd. "encarecidamente que tenga á bien ace-"lerar cuanto sea posible la determi-"nación del Gobierno, y contar con la "seguridad de que entre tanto continua-"remos sirviendo á la República con el "mismo celo; y de que después y en todo "tiempo consagraremos á la patria cuan-"to valga nuestra humilde personalidad.

"No han variado, antes al contrario, quizás se han agravado las circunstancias que entonces motivaron nuestra determinación; y como no podríamos encontrar palabras más expresivas que las que ya hemos empleado con el mismo objeto, nos limitaremos á reproducirlas para rogar á Vds. que en uso de sus altas atribuciones, se sirvan aceptar la renuncia de nuestro encargo de Comisionados Diplomáticos; y para reiterar nuestras protestas de continuar, en esfera más humilde, prestando á la causa de la independencia de Cuba nuestra más entusiasta cooperación.

"Somos de Vd. con la mayor consideración atentos servidores, y conciudadanos.

Patria y Libertad.

J. A. Echavarría, J. M. Mestre."

"Ciudadanos Comisionados Generales de la República de Cuba Francisco V. Aguilera y Ramón Céspedes."

Comisión de la República de Cuba en los Estados Unidos.

"New York, Agosto 15 de 1871.

Ciudadanos Comisionados Generales:

"Al remitir á Vds. la comunicación que es adjunta rogándoles que se sirvan admitir nuestra renuncia del cargo de Comisionados de la República de Cuba ante el Gobierno americano, consideramos de nuestro deber poner, al mismo tiempo, en el conocimiento de Vds. que, habiéndonos manifestado, en 6 del pasado Julio, el ciudadano Miguel de Aldama su resolución de separarse de la Agencia General que desempeñaba, y que ya había querido renunciar desde el cuatro de Diciembre anterior, estimamos conveniente al servicio de la Patria encomendar dicha Agencia, á reserva de la aprobación del Gobierno, á la Comisión Ejecutiva de la sociedad "Auxiliadora de la Independencia de Cuba," compuesta de los ciudadanos Félix Fuentes, Pedro Martín Rivero y José María Mayorga.

"Constituída esa sociedad con un objeto análogo al de la Agencia General, y siendo además genuina representación del sentimiento patriótico de los cubanos en el extranjero, nos pareció que ninguna resolución podía ser más oportuna, dadas las circunstancias que nos rodean y Vds. conocen.

"Toca ahora á Vds., Ciudadanos Comisionados, determinar acerca del particular lo que juzguen más acertado, en el ejercicio de las facultades de que se encuentran revestidos.

"Y nosotros les reiteramos las seguridades de nuestra más distinguida consideración.

Patria y Libertad.

J. A. Echeverría, J. M. Mestre."

"Ciudadanos Comisionados Generales de la República de Cuba en el Exterior Francisco V. Aguilera y Ramón Céspedes."

Deseando darse á conocer á sus paisanos, convocó Aguilera á los emigrados á un "meeting." Tuvo éste efecto en "Masonic Hall," asistiendo numerosa concurrencia. Al presentarse Aguilera y Ramón Céspedes, fueron aclamados con el mayor entusiasmo. Aguilera, en breves y expresivas frases dió gracias á los concurrentes por su asistencia, les reafirmó la resolución inquebrantable de los patriotas, de hacer una patria libre y feliz para todos los cubanos, estando dispuestos para conseguirlo á toda clase de sacrificios; les manifestó, por último, las halagueñas esperanzas que había concebido al verse rodeado de patriotas tan decididos, abrigando la confianza de que todos juntos se pondrían á su lado para ayudarlo á llevar á efecto cumplidamente la misión que se le había confiado, fijo su propósito en un solo pensamiento y una aspiración: la independencia de Cuba y la dignificación del nombre cubano.

Transcurridos algunos días escribió á Carlos M. de Céspedes una carta dándole cuenta de su llegada. Decía así:

"Ciudadano Carlos Manuel de Céspedes.

New York, Agosto 23 de 1871.

Mi estimado amigo:

"El 12 el corriente llegamos á ésta sin ningún contratiempo y el 17, es decir, al mes de habernos despedido en "Los Charcos" me hice cargo de la Agencia General, en virtud de la reiterada renuncia del Sr. Aldama.

"El entusiasmo de todos los patriotas, tanto de Jamaica como de aquí, ha sido inmenso, y todos nos auguran el mejor resultado. En mi tránsito, me traje á Secundino Bravo. como te dije, y nos está prestando muy buenos servicios, tanto por el conocimiento que tiene de las cosas, como de los hombres. Lo hemos nombrado Secretario de laComisión importante que hemos traído, y con ese carácter funciona.

"Como Ramón te escribe largo, y te da cuenta detallada de todos nuestros pasos, omito yo hacerlo por ahora, añadiendo tan sólo que no descansamos un momento, desde las siete de la mañana que empezamos nuestra tarea, hasta las doce de la noche, regularmente.

"Las dificultades que hemos encontrado en los patriotas, nos parecieron al principio insuperables, pero nos estamos convenciendo de que no es por falta de voluntad, sino porque diferían en la forma, es decir, en los medios de allegar recursos; pero estamos organizando infatigablemente los trabajos, y creo que muy pronto haremos algo de provecho.

La circunstancia indicada y la premura del tiempo, no me permiten extenderme más por hoy, porque para eso tendría que valerme de la clave, lo que es muy engorroso para hacerlo de prisa. En el correo próximo lo verificaré; con Maceo tengo convenida la palabra.

"A Anita la encontramos que acababa de dar á luz, dos niños, hembra y varón, por lo que te felicito. Se encuentra buena, lo mismo que toda la familia, pues Manuel se reunió con nosotros en Kingston, y vinimos juntos.

"Nada más por hoy, y hasta otro rato te dice adios tu afectisimo amigo.

F. V. Aguilera."

En señal de acatamiento á la representación de Aguilera, los partidarios de Quesada le hicieron entrega de todas las propiedades de la República que estaban en su poder. Consistían estas en los vapores "Virginius" y "Florida," el primero en Colón y el segundo en Santhomas y una cantidad de armas y perrechos en varios puertos de la América del Sur. Realmente esta entrega no fué de ningún provecho á Aguilera, porque diseminados como se encontraban esos elementos, estando además los vapores en muy mal estado y necesitando ser reparados antes de salir á la mar, su adquisición le fué más bien gravosa, porque hacían gastos que Aguilera no podía sufragar.

A pesar de todas las precauciones de Aguilera para rodearse de los hombres más importantes de los dos partidos,

sin mostrar preferencias por ninguno, vió con pena que éstos iban retrayéndose y observó también que los C. c. José Casanova y José F. Lamadriz á quienes había nombrado Tesorero y Secretario de la Agencia respectivamente, por más que aceptaron estos cargos, jamás se acercaron á la Agencia para su desempeño. Como las aspiraciones de cada partido, era que Aguilera se echase en sus brazos, excluyendo por completo al otro, cuando se desengañaron de que no se prestaría á lo que deseaban, poco á poco fueron separándose de él hasta dejarlo solo, diciendo los aldamistas que Aguilera era quesadista y éstos que era aldamista. Dió ello por resultado que al poco tiempo se encontró Aguilera solo y sumido en el más desesperante aislamiento.

Angustiosa fué su situación por aquellos tiempos; en país extranjero, en el vacío que le hacían sus conciudadanos, á ciegas en aquel confuso é intrincado laberinto, sin recursos, apremiado por los compromisos atrasados de la Agencia, necesitando hacer prente á éstos y los corrientes para restablecer su crédito, asediado por los giros procedentes de los vapores. ¿Cómo desenvolverse? ¿Cómo sacar adelante la Agencia del caso en que la encontrara? ¿Cómo mandar á los patriotas los recursos que para ellos había salido á buscar? ¿Cómo atender siquiera á su subsistencia propia?

Fué entonces cuando comenzó á darse cuenta de su verdadera situación. De que no podía contar con sus paisanos, que no encontraría en estos más que indiferencia y frialdad; fué entonces que vió las espinas de que estaba sembrado su camino; pero no se arredró, sino que decidido á todo se aprestó á la lucha.

CAPITULO II

AGOSTO Y SEPTIEMBRE 1871

AGUILERA PIDE LOS LIBROS DE LA AGENCIA.—SE ENTERA DE QUE NO EXISTEN. —SU ASOMBRO.—ALDAMA ENCOMIENDA A M. J. IZAGUIRRE EL ARREGLO DE UNOS LIBROS.—ESTE TARDA OCHO MESES EN EL TRABAJO.—AGUILERA MIENTRAS TANTO IGNORA LAS OPERACIONES.—INMEDIATAMENTE ABRE SUS LIBROS.—CUENTAS DE AGUILERA.—REORGANIZACION DE LA AGENCIA.—SUPRIME CASI TODAS LAS PENSIONES.—REPARTE LOS VAPORES.—CONVOCA A LOS CUBANOS ACAUDALADOS.—NO OBTIENE RESULTADO.—VISITA A LOS CUBANOS EN SUS MORADAS.—CONSIGUE ASI ALGUNOS RECURSOS.

Deseando informarse con exactitud del estado financiero de la Agencia, quiso Aguilera ver los libros de contabilidad; los solicitó, y como fuera informado de que no había libros que merecieran tal nombre, fué grande su asombro. No podía comprender cómo en más de dos años que se manejaban intereses de tanta consideración, no se hubiese establecido una contabilidad regular que diese idea de las operaciones financieras que se habían llevado á cabo.

Habiendo manifestado á Aldama la necesidad de conocer las operaciones que se habían practicado y el estado de las cuentas corrientes, le propuso éste que le facilitase al contador de la Agencia, C. Manuel J. Izaguirre para que ordenase las cuentas que no lo estaban y abriese unos libros en que constasen todas las operaciones que habían tenido lugar durente su administración, pues Izaguirre estaba enterado de ellas. Aguilera accedió gustoso y prestándose también Izaguirre, dió comienzo á la tarea de arreglar unos libros en que constasen las operaciones que Aldama como Agente había practicado en cerca de dos años que estuvo hecho cargo de la Agencia. En esta tarea empleó al laborioso Izaguirre ocho meses, y durante este tiempo estuvo Aguilera á ciegas respecto á lo que la Agencia debía ó había pagado, sin saber si los cobros que se le hacían estaban del todo justificados, y gracias á la inteligencia de Izaguirre pudo descubrir á tiempo que algunos acreedores, poco escrupulosos, pretendían el abono de deudas ya satisfechas.

Uno de los primeros cuidados de Agui-

lera desde que empezó á manejar los caudales de la patria, fué llevar extricta cuenta de ellos, disponiendo que el mismo Izaguirre le abriese los correspondientes libros de contabilidad por "partida doble" á fin de que constasen sus operaciones con toda exactitud. De estas cuentas de Aguilera daremos á conocer un resumen en el Apéndice de esta obra, y si no las publicamos detalladas como existen en los originales, es por su demasiada extensión debido á las minuciosidades con que fueron asentadas.

Deslindadas las funciones del Agente y Comisionado Diplomático, Aguilera creyó de necesidad la reorganización de la Agencia. Como la emigración estuviese tan dividida, existiendo numerosas sociedades, cuyos productos iban á parar á manos desconocidas, trató de refundir éstas en el menor número posible, haciendo que cada emigrado se impusiese él mismo su contribución y que todas ingresasen con regularidad en las cajas de la Agencia.

A este fin comisionó al Ciudadano José María Izaguirre para que fuera á los grandes centros de emigración cubana de Cayo Hueso, Nueva Orleans, Filadelfia y otras ciudades de la unión americana. Izaguirre llenó cumplidamente su encargo.

En New York, convocó Aguilera una reunión general de todos los emigrados, con el mismo objeto, consiguiéndolo al fin después de vencer muchas dificultades, porque habiendo sido ese lugar el teatro de tan encarnizadas luchas, las pasiones se hallaban más excitadas y no se prestaban tan fácilmente á la concordia.

Para los centros de emigración fuera de los Estados Unidos nombró Agentes, encargados de organizar dichas emigraciones, formando clubs, á los que se afiliaron todos los cubanos, señalándose sus correspondientes cuotas contributivas. Organizáronse ási las Agencias de Port au Prince, Santo Domingo, Jamaica, Mérida, Campeche, Veracruz y las que existían en las principales ciudades y capitales de las Repúblicas de Sur América, que enviaban periódicamente sus fondos á la Agencia General.

Otra de las medidas á que acudió con preferencia fué á la de economía, Para esto suprimió gran número de pensiones que se abonaban á individuos procedentes del campo de insurrección que se hallaban en el extranjero por tiempo indefinido, ascendiendo el importe total de estas pensiones á unos $2,500 mensuales. Esto le ocasionó muchos disgustos, pues como es natural, los individuos que disfrutaban de ellas no estaban de acuerdo con la supresión y protestaban. Este capítulo de pensiones lo dejó reducido á la suya y la del C. Ramón Céspedes, de $150 mensuales cada una, la del C. Manuel Izaguirre, Secretario de la Agencia y tenedor de libros, de $60, la de la Sra. del Presidente de $150 y la de la anciana Sra. madre del general Bernabé Varona de $20.

Aliviada así en parte esta carga de la Agencia, quedaba la de los tres buques de vapor dispersos por distantes puertos, encontrándose como dijimos el "Hornet" en Port au Prince, Haití, el "Florida" en San Thomas y el "Virginia" en Aspinwall. Todos esos buques hacían los crecidos gastos que le son consiguientes, y los giros á cargo de Aguilera se sucedían con pasmosa rapidez. Por otra parte los vapores se encontraban bloqueados por barcos de guerra españoles, siendo imposible que salieran de donde estaban. En vista de tal conflicto, logró Aguilera que el C. José María Mayorga se hiciera cargo de los gastos del "Hornet" á condición de que éste buque se pondría en venta y Mayorga se resarciría de los adelantos que hubiese hecho una vez efectuada aquélla; el C. Ramón Martínez se encargó del "Florida" en iguales condiciones y el "Virginius" volvió á cargo del General Quesada que era quien lo manejaba antes de ir á poder de Aguilera, y lo utilizaría para una expedición que tenía en proyecto.

De estos buques el "Hornet" era el que presentaba más graves dificultades según veremos, porque habiendo estado á cargo de la Agencia, sufría las consecuencias del desconcierto general en que se encontraban todos los asuntos que habían dependido de ese Centro.

Como el "Virginia" y el "Florida" no habían tenido relación alguna con dicha Agencia, sino con Quesada y su partido, el problema que presentaban era relativamente fácil de resolver.

Con objeto de reunir recursos para mandar prontos auxilios á sus hermanos en el campo, convocó Aguilera una junta de acaudalados emigrados de New York, exponiéndoles el objeto de la misma. Todos manifestaron los mayores deseos de auxiliar la revolución, con expresión de las más patrióticas protestas, pero al llegar el momento de precisar la cantidad con que cada uno debía contribuir, nada práctico pudo lograrse. Aplazada esta resolución para otra nueva junta, dió identico resultado; hasta que finalmente, á las juntas no asistían los convocados.

Viendo Aguilera que no era posible ya reunir los patriotas que podían auxiliar la revolución, resolvió irlos á visitar á sus casas personalmente, tratando allí de reducirlos á que contribuyeran para la causa. Este medio, aunque no le dió todo el resultado apetecido, fué más fructífero, pues logró obtener algunas cantidades que montaron á unos $4,000. Debemos hacer constar que en esta peregrinación lo ocompañó y prestó su más eficaz concurso su amigo el patriota Hilario Cisneros.

Al hacerse cargo de la Agencia tendió con empeño á restablecer el crédito de la misma, que se hallaba en el más lamentable estado, por las muchas obligaciones pendientes: de todas se hizo cargo, dedicando las primeras cantidades que recolectó, á este deber, que miraba como sagrado, pues sin crédito no era posible inspirar confianza.

CAPITULO III

SEPTIEMBRE 1871

DIFERENTE CONDUCTA DE ALDAMA Y DE QUESADA PARA CON AGUILERA.—QUESADA INVITA A UNA CONFERENCIA A AGUILERA Y R. CESPEDES.—SE QUEJA DE LA ESQUIVEZ DE AGUILERA.—ESTE LE DICE ESTABA EQUIVOCADO.—COMISION DE QUESADA A BERNABE VARONA.—AGUILERA LA DESAPRUEBA.—JUNTA DE QUESADA CON LOS HOMBRES DE SU PARTIDO.—TODOS LOS MATERIALES DE GUERRA A MANOS DE QUESADA.—CONTESTACION DE AGUILERA.—PRETENCIONES DE QUESADA.—AGUILERA SORPRENDE A QUESADA EN UNA INEXACTITUD.—CONFERENCIA DE MIGUEL EMBIL CON AGUILERA.—ESTE LE EXPONE SU PROYECTO.—EMBIL SALE MUY SATISFECHO A BUSCAR A QUESADA.—QUIEREN QUE AGUILERA LO FIRME.—ESTE SE NIEGA.—RAMON MARTINEZ DESAPRUEBA EL PROYECTO.—NUEVA CONFIRMACION DE LAS INEXACTITUDES DE QUESADA.

La conducta que observaron con Aguilera, los jefes de cada uno de los dos partidos en que estaba dividida la emigración fué bien diferente. Mientras que Aldama se retrajo completamente, tratándolo con la mayor frialdad, casi con desdén, Quesada, por el contrario, procuraba acercarse á Aguilera lo más posible, ofreciéndole su apoyo, tratando de impresionarlo con la influencia que decía tener sobre los hombres de su partido y los cuantiosos recursos con que podía contar. Aguilera lamentó grandemente esta situación, pues hubiera preferido que fuese Aldama quien se le acercase, porque juzgándolo por la fama de patriota y opulento capitalista de que gozaba, pensó era quien debía prestar los más valiosos servicios á la revolución; mientras que á Quesada lo conocía, y no podía aceptar sino con reserva sus solicitudes.

Recibió Aguilera una invitación del general Quesada para que concurriera, acompañado de Ramón Céspedes, al hotel donde vivía, á fin de tratar un asunto importante. Así lo hicieron. Reunidos los tres comenzó Quesada leyéndoles copias de varias cartas que había escrito á Porfirio Díaz y otras personas de importancia de México, en las que le proponía ir allí para que le ayudasen á formar una buena expedición.

Les enseñó también copia de otra car-

ta á una persona importante del Perú, tratándole de un empréstito para Cuba, etc. Comprendió Aguilera que este alarde de sus buenas relaciones tenía por objeto probarles su influencia y su poder.

Luego manifestó Quesada que no se explicaba por qué Aguilera esquivaba asociarlo en sus trabajos en pro de la revolución; dijo que eso ocasionaba cierta desmoralización perjudicial en los emigrados, mientras que si trabajaban unidos como verdaderos patriotas, les sobrarían medios para mandar á sus hermanos los elementos de guerra que tanto necesitaban.

Contestóle Aguilera que estaba muy equivocado al suponer que tuviera alguna prevención contra él; que sus más ardientes deseos eran mandar materiales de guerra á Cuba, cualquiera que fuese quien los llevara, y además le había facilitado los medios de que pudiese mandar una expedición, según explicaremos más adelante.

Habló Quesada de la crítica situación en que se encontraba el vapor "Virginius" en Colón necesitando de varias reparaciones en su casco y máquina, reparaciones que él podría conseguir fácilmente se le hicieran; manifestó igualmente haber autorizado al general Bernabé Varona (Bembeta) para ir á París á recoger fondos entre aquellos emigrados.

Contestóle Aguilera que sentía decirle que no podía aprobar esa misión, porque estaba seguro de que fracasaría, dado el descrédito en que Varona había caído entre aquella emigración desde su viaje anterior; y además porque esa atribución de recolectar fondos era propia solo de el Agente y si Quesada le hubiese consultado, se habría negado.

Manifestó después que la noche anterior había tenido una reunión con los individuos de su partido en la que les dijo que se encontraba desesperado por la inacción á que se veía obligado, y después de una larga discusión sobre la manera de intentar algo práctico, se habían dividido los pareceres, opinando unos que Aguilera debía facultarlo para que interviniese exclusivamente en la organización militar de todas las expediciones, y otros le habían encargado que manifestara al mismo Aguilera sus deseos de que pusieran en sus manos—de Quesada—los vapores "Virginius" y "Florida", y todos los materiales de guerra que ellos le habían entregado.

Contestó Aguilera que no tenía inconveniente en poner á su disposición los dos vapores y todos los elementos de guerra que los individuos de su círculo le habían entregado, tanto más cuanto que esa entrega había sido "in nomine," pues tanto los vapores como los demás efectos estaban diseminados por lejanos puertos, encontrándose en la imposibilidad de reunirlos por falta de recursos; sin embargo, le dijo que para hacerle esa entrega era necesario que los mismos individuos de su círculo, que eran los que habían aprontado el dinero, para comprar esos materiales, fueran los que lo solicitaran. Que se pusiese de acuerdo pues, con su círculo, para que éste le pasara una comunicación escrita al efecto; él entonces tendría una reunión con dicho círculo.

Quedó de acuerdo Quesada con lo propuesto por Aguilera y le dijo que aquella misma noche le llevaría la solicitud que deseaba.

El retraimiento del cual se quejaba Quesada procedía de que Aguilera se negaba á acceder á sus exageradas pretenciones. Quería que Aguilera lo nombrase jefe organizador de todas las expediciones; que pusiese en sus manos todos los elementos de guerra que pudiese conseguir la Agencia, dándole al mismo tiempo facultad para recaudar dinero en las emigraciones . En una palabra, pretendía que Aguilera delegara en él todas las facultades que le eran potestativas, para ser él de hecho el Agente General. Quesada empleó toda la sutileza y astucia de su carácter á fin de conseguir su empeño, y como Aguilera conociera la intención que lo movía y resistía á su pretención he ahí el motivo de sus quejas.

Como pasara aquella noche y el día siguiente sin que Quesada le llevase la consabida petición de su círculo, vió Aguilera ratificadas sus sospechas de que no había nada de verdad respecto á

lo que había dicho Quesada sobre las aspiraciones de sus partidarios.

Dos días después fué el Sr. Miguel Embil (quesadista) á visitar á Aguilera, estando Ramón Céspedes con él. Después de hablar Embil, de varios particulares referente al mal manejo observado en expediciones anteriores, recayó la conversación sobre M. Quesada, cuñado de Embil. Lamentábase éste de que las relaciones entre su cuñado y Aguilera no fueran tan estrechas y cordiales como la patria exigía, pareciendo haber cierta prevención de parte de Aguilera.

Contestó éste que estaba equivocado. con respecto á que pudiera obrigar prevención alguna contra Quesada. Lo probaba el hecho de estar dispuesto, siempre que lo silicitara el círculo de éste, á facultarlo para ir á Colón, á hacerse cargo del vapor "Virginius", y reunir todos los materiales de guerra que por aquella parte estaban esparcidos, para mandar una expedición á Cuba. Además, si Quesada tenía quien le diera treinta mil pesos por el "Virginius", según le aseguraba Embil, no había dificultad en que lo vendiese y con esa suma y los seis mil pesos que también dijo Embil tenía recogidos á Quesada de la emigración, y los más que pudiese reunir de sus amigos privadamente, no tenía inconveniente en que con esos elementos fuera á Venezuela, cobrase los veinte mil pesos que el Gobierno debía y en el vapor "Florida" mandase recursos á Cuba con su hermano Rafael ó bien los llevase él personalmente. Agregó Aguilera que á la único que se oponía era á darle á una autorización especial para recolectar dinero, porque entonces se separaría completamente de la Agencia el bando contrario ó sea el aldamista. Embil se manifestó satisfecho y dijo á Aguilera que iba á traer á Quesada inmediatamente para tener un acuerdo. Así lo verificó sobre la marcha, y cuando volvió Embil con Quesada ya tenía Aguilera formuladas por escrito las bases que acababa de manifestar á Embil, pero con la condición precisa, como era natural, de que todo ello fuera solicitado por las mismas personas que habían facilitado el dinero para comprar los elementos de guerra referidos, las cuales componían el círculo "Quesadista."

Presentó Aguilera las referidas bases á Quesada y Embil, los que las leyeron y aprobaron; y como éste último invitase á Aguilera á que las firmase, manifestó éste que no podía hacerlo, pues en ese caso parecería que era él quien hacía la proposición, cuando deseaba que ella partiese del círculo quesadista, que era quien había reunido los elementos. Insistió Embil diciendo que era indiferente que Aguilera firmase antes ó después, apoyándolo Quesada y aún el mismo Ramón Céspepdes; pero Aguilera se mantuvo firme diciendo que había una diferencia inmensa entre que fuese él quien hiciese la proposición ó que la hiciese el círculo quesadista, y la aceptara él. Después de discutir extensamente este punto, se acordó que fuese Aguilera á avistarse con Ramón Martínez Hernández, que era uno de los hombres más caracterizados del Círculo Quesadista, para saber si estaba de acuerdo con el referido proyecto.

Fué Aguilera á ver á Ramón Martínez, exponiéndole las pretensiones de Quesada. Contestó Martínez que de ninguna manera podía aceptar tal proyecto, porque ocupándose en una expedición que había llevar Mechor Agüero en el vapor "Florida", como éste buque debería entrar en la cesión de los elementos de guerra á Quesada, se quedaría sin vapor.

Estas explicaciones de Martínez confirmaron una vez más á Aguilera que todo lo que le había dicho Quesada, de la reunión á que había convocado á su partido, y las aspiraciones de sus parciales, era falso, siendo tan solo intrigas de Quesada para lograr sus fines.

Luego que Aguilera manifestó á Quesada el resultado de su entrevista con Martínez, no se inmutó aquél por la inexactitud en que había sido sorprendido, sino que con su natural intrepidez no dió importancia al asunto.

CAPITULO IV

OCTUBRE 1871

RAMON MARTINEZ Y EL GENERAL AMERICANO F.—RECONOCIMIENTO DE LA BELIGERANCIA POR 30 MILLONES DE PESOS EN BONOS CUBANOS.—SE ACUERDA DEPOSITAR LOS BONOS POR DOS MESES.—R. MARTINEZ SE HACE CARGO DE LA IMPRESION DE ELLOS.—EL GENERAL THOMAS JORDAN.—EMPRESTITO QUE SE PROPONIA LEVANTAR.—RESULTADO DE LAS GESTIONES DE AGUILERA.—LA CAUSA VUELVE A RECUPERAR SU CREDITO.—FAVORABLE ACTITUD DEL CONGRESO AMERICANO.

Solicitó Ramón Martínez hablar á Aguilera en reserva, sobre una negociación de bonos y éste lo citó para su casa aquella misma noche. donde estaría también R. Céspedes. Concurrió Martínez, y como llegasen á la sazón otros individuos, la conferencia no tuvo lugar, aplazándola para la noche siguiente en casa de Martínez. Reunidos los tres, manifestó Martínez que el general americano F., ferviente partiendo de la causa de Cuba, que había trabajado mucho por ella, y hombre de grandísima influencia en las esferas del Gobierno y del Congreso Americano, le había indicado que si los cubanos depositaban cierta cantidad de bonos, unos veinticinco ó treinta millones de pesos, para gratificaciones, era seguro que dentro de sesenta días se proclamase la beligerencia de los cubanos. Discutido el asunto entre los tres, y atendiendo á la actitud favorable que la prensa y el pueblo de los Estados Unidos iban asumiendo respecto á la causa de Cuba, acordaron que Martínez dijera el referido general, que siguiera trabajando en ese sentido, pues los representantes de Cuba estaban dispuestos á depositar los bonos por el término de dos meses, que solicitaba.

Como la Agencia no contase con cantidad tan crecida de bonos, se ofreció Martínez á abonar la impresión de los necesarios para aquella negociación, y caso que ella no tuviera el resultado favorable que esperaban, se retirarían, quedando á favor de Cuba para que la Agencia los emplease como lo creyera conveniente . Se acordó que los bonos que se imprimieran fueran de cinco y diez mil pesos cada uno.

Ramón Martínez Hernández era una de las personas más importantes en la emigración cubana en New York, y uno de los hombres más prominentes del partido quesadista; estaba establecido en New York desde antes de la revolución, como comisionista, poseía una respetable fortuna y gozaba de gran crédito en aquella plaza.

Pocos días después leyó José Antonio Echeverría á Aguilera una carta de un personaje importante de Washington en la que decía que estaba tratando de que el Presidente Grant recibiera extraoficialmente á los representantes cubanos y le pedía varios datos respecto al número de las fuerzas cubanas, extensión de la Isla que ocupaban, últimas acciones que se habían dado, etc. También decía que el Gobierno español estaba derramando mucho oro en Washington, pero él creía que al fin vencería la causa de la justicia. Estas noticias produjeron buen efecto en Aguilera, atribuyéndolas á los trabajos del general F.; y era de tanta mayor significación, cuando que venían por un conducto muy ajeno á dicho general.

Fué el general Jordan á la oficina de la Agencia á solicitar de Aguilera que le facilitara la autorización para levantar empréstitos que tenían él y Ramón Céspedes, con objeto de enseñarla á unos amigos, quienes le habían ofrecido, si la encontraban en regla, hacer un empréstito. No tuvo Aguilera inconveniente en dársela y quedó Jordan en devolverla al día siguiente.

Era este el mismo general Jordan que había ido á Cuba en la expedición del "Perit", distinguiéndose al mando de la división de Oriente y derrotando al general dominicano Puello, al servicio del

Gobierno español, en la acción de "La Mina"; después había regresado á los EstadosUnidos y estaba dispuesto á volver á Cuba otra vez con una buena expedición.

Al día siguiente volvió Jordan á la oficina de la Agencia, y muy entusiasmado dijo á Aguilera que el negocio estaba hecho; la autorización para el empréstito había quedado examinándola un abogado y probablemente sería necesario sacar un testimonio en inglés. Habría ciento cincuenta mil pesos para invertirlos en la expedición que llevaría á Cuba él mismo y otros ciento cincuenta mil para seguir mandando periódicamente pertrechos de guerra, sin perjuicio de otras cantidades que se levantarían.

No fueron infructuosos los trabajos de Aguilera, la causa de Cuba que á su llegada se hallaba en un lastimoso estado de decadencia, debido al descrédito en que había caído, por las disenciones surgidas entre los cubanos y el abandono en que la Agencia se encontraba, luego que llegó Aguilera y se hizo cargo de ella, que la reorganizó se hizo responsable de todas las deudas y las fué solventando gradualmente, el crédito de la Agencia se fué levantando y con él el de la causa de Cuba. La prensa americana volvió á ocuparse de ella en el mejor sentido y esta impresión favorable llegó á reflejarse hasta en las altas esferas del Gobierno americano. En el Congreso de Washington se discutían con calor los intereses de Cuba y ya hemos visto que tanto á los cubanos como á los americanos alentaban la esperanza de que el reconocimiento de la beligerancia era cosa que no se haría esperar mucho tiempo.

CAPITULO V

OCTUBRE 1871

EL GENERAL QUESADA SE PROPONE CAPTURAR UN VAPOR ESPANOL.—PIDE A AGUILERA LA ARTILLERIA DEL HORNET.—AGUILERA QUIERE TIEMPO PARA MEDITAR.—QUESADA QUIERE UNA AUTORIZACION PARA RECOGER DINERO.—AGUILERA REHUSA DARSELA.—ESTE TRATA DE INFORMARSE SOBRE LOS VAPORES QUE DECIA QUESADA.—DESCUBRIO QUE NO LOS HABIA.—SE PERSUADE DE QUE QUESADA TRATA DE ENGAÑARLO OTRA VEZ.—NO DICE NADA DE SU DESCUBRIMIENTO.—TARJETA DE R. MARTINEZ A AGUILERA.—ESTE NECESITA UNA ORDEN FORMAL.—R. MARTINEZ Y LA ARTILLERIA DEL HORNET.—AGUILERA QUIERE HACER LA ENTREGA POR CONDUCTO DE R. MARTINEZ.—QUESADA, COMO MILITAR CUBANO, MEJOR GARANTIA QUE MARTINEZ.—SE ACALORA LA DISCUSION.—AGUILERA DICE A QUESADA QUE ENTRE ELLOS NO HABIA BUENA INTELIGENCIA.—QUESADA SE DA POR OFENDIDO.—AGUILERA DICE NO ES ESE SU ANIMO.—QUESADA SE RETIRA ENFADADO.—LA SRA. DEL PRESIDENTE CESPEDES TRATA DE INTERVENIR.—QUIERE QUE AGUILERA DE SATISFACCION A SU HERMANO.—CARTA DE CARLOS M. DE CESPEDES A AGUILERA.—ESTE SE PROPONE HACER UN EMPRESTITO EN EL PERU.—COMISIONA A A FRANCISCO DE P. BRAVO.—ESTE SALE PARA EL PERU.

Habiendo fracasado Quesada en los proyectos que hemos referido, no se dió por vencido en su propósito de sacar ventaja de Aguilera.

Pronto formó un nuevo plan, para juzgar el cual invitó á Aguilera á una conferencia en el hotel donde vivía, probablemente para darse más importancia.

Aguilera y Ramón Céspedes, representantes de la República de Cuba, como hemos dicho vivían en una modesta casa de huéspedes.—Concurrió Aguilera, y Quesada, á vuelta de sus acostumbrados alardes de suficiencia, le desarrolló el siguiente plan: Dijo que había establecida una magnífica línea de vapores españoles de mil toneladas cada uno entre Filadelfia y Liverpool, con escala en la Habana. Que se proponía capturar uno de esos vapores para armarlo en corso y perseguir al comercio español. Par armar su corsario necesitaba que Aguilera le cediera la artillería del vapor "Hornet" con sus pertrechos, en poder de la Agencia. Esta artillería la embarcaría en una goleta,

llevándola á cierto lugar donde la tomaría el vapor luego que lo hubiese apresado. Discutieron largamente el plan y finalmente Aguilera quedó en estudiarlo para resolver.

Poco después recordó Aguilera que Ramón Martínez le había pedido también la artillería del Hornet y se le había cedido. Lo hizo presente á Quesada y éste le contestó que eso no era dificultad, porque se entendería con Ramón Martínez y el asunto quedaría arreglado.

Manifestó luego Quesada que necesitando algunos fondos para llevar á cabo la empresa y sabiendo que la Agencia no los tenía, quería que Aguilera lo facultase para recoger dinero en la emigración, al pasar por New Orleans. Aguilera, que siempre esquivaba dar esa facultad á Quesada, porque conocía su manejo, para darse buena vida, antes que todo, le contestó que no podía ser, porque entorpecería la organización que por su orden había establecido en ese lugar José María Izaguirre.

Quesada, que perseguía su proyecto con mucho calor, recomendando á Aguilera el mayor sigilo, insistió varias veces sobre la autorización para recoger dinero, más como Aguilera se mantuviera firme en su negativa, lo varió de forma, proponiéndole que le diera doscientos mil pesos en bonos de la República para negociarlos y obtener así los fondos que necesitaba. Creyó Aguilera más hacedero ésto, porque así Quesada tendría que sujetarse á una cantidad limitada, y no queriendo por otra parte matar su iniciativa, accedió á darle los bonos que solicitaba.

Quiso Aguilera informarse respecto á la línea de vapores de que le hablaba Quesada y supo que tal línea no existía. Como ya estuviera acostumbrado á las argucias de Quesada, no le extrañó, comprendiendo que sus miras eran conseguir la autorización para recolectar el dinero que pretendía: sin embargo no se dió por entendido de lo que había averiguado.

Habló Quesada á Ramón Martínez, respecto á la artillería del "Hornet" y obtuvo de aquél una tarjeta para Aguilera, escrita con lápiz que decía lo siguiente: "Súplico al Sr. Aguilera, Agente General, le mande expedir una orden á favor del portador, para entrega de la artillería y municiones del "Hornet." Enterado Aguilera del contenido de la tarjeta, dijo á Quesada que esa era una orden muy informal, y que necesitaba para su resguardo una carta de Ramón Martínez en que manifestara que podía hacerle entrega de ese material de guerra. Quedó Quesada en llevarle la carta solicitada al día siguiente.

Presentóse Manuel Quesada con Ramón Martínez en casa de Aguilera, estando presente Ramón Céspedes. Manifestó Martínez que ya no necesitaba los cañones del "Hornet" que había pedido á Aguilera y por consiguiente, éste podía mandarlos entregar á Quesada directamente. Contestó Aguilera que desearía hacer la entrega por conducto de Martínez, porque de esa manera cubría mejor su responsabilidad. Que siendo tan arriesgada la empresa de Quesada y tan importante el valor de la artillería (las piezas con sus municiones podían valer veinte mil pesos) quería que el traspaso se hiciera con la intervención de Martínez como persona caracterizada y experimentada en esa clase de empresas patrióticas. Preguntó Quesada á Aguilera si no lo consideraba con bastante representación para hacerle la entrega directamente. Contestó Aguilera que indudablemente lo consideraba así, pero que á su juicio dejaba el valorar que, por las grandes responsabilidades de su cargo, había de prestarle más garantías que dos personas respetables intervinieran en ese importante asunto, que no una sola de esas personas. Habiéndose acalorado la discusión, porque Quesada se esforzaba en convencer á Aguilera de que él solo, como militar cubano, era mejor garantía que Martínez, y Aguilera insistía en no prescindir de Martínez; últimamente, Aguilera, algo violento dijo á Quesada que iba á hablarle con entera franqueza; que deseoso de conservar su amistad, quería poner de por medio á Martínez, porque le constaba era su mejor amigo; que había llegado á comprender que entre los dos no había la mejor unidad de acción, y por eso no quería entenderse directamente con él.

Quesada se manifestó ofendido de la franqueza con que se expresó Aguilera, por lo que hubo de replicarle que supuesto que no era él digno de la confianza del Representante del Gobierno, desistía de sus proyectos y devolvería los bonos y la patente de corso que también le había dado Ramón Céspedes.

Contestóle Aguilera que había interpretado mal sus palabras; que una cosa era desconfiar del general Quesada, como equivocadamente suponía, y otra que quedaran más garantidos los intereses de la patria, cabiéndole á el más satisfacción, con que la artillería la recibiese por conducto de una persona tan autorizada como Martínez; y por último, que siendo un buen patriota, si estaba convencido del buen resultado de su proyecto no debía abandonarlo por un mero desacuerdo entre ambos. Por fin se marchó Quesada muy enojado y por la noche devolvió á Aguilera con Martínez los bonos y la patente de corso que le había dado Ramón Céspedes.

Al día siguiente, al regresar Aguilera á su casa por la tarde, le dijeron Ramón Céspedes y Manuel Anastasio que había estado allí la señora Ana de Quesada, esposa del Presidente Céspedes, solicitando y demostrando estar muy resentida por el disgusto que había tenido con su hermano Manuel. El deseo de la señora era que Aguilera fuese á dar una satisfacción á su hermano, porque decía que como aquella cuestión afectaba directamente la causa de Cuba y era su hermano el único hombre que podía salvar á ésta, Aguilera por patriotismo debía estar bien con él.

Discutiendo el caso Aguilera con sus dos compañeros les dijo que seguramente la señora obraba sugestionada por su hermano, que quizás estaba arrepentido de haber devuelto los doscientos mil pesos en bonos. Sin embargo, dijo que el próximo domingo (dos días después) iría á ver á la señora del Presidente, no para satisfacer á su hermano, á quien no creía haber ofendido, sino como galantería hacia una señora que además era la esposa de un compañero.

En efecto, estuvo Aguilera con su primo Manuel Anastasio á visitar á la señora del Presidente. Al llegar le dijeron que no estaba en casa, sino en la de su hermano Manuel, la casa contigua; la esperaron en la sala habiendo entendido que la habían mandado á llamar; pero pasando una hora, se retiraron sin verla, Aguilera muy satisfecho de haber cumplido con un deber de cortesía, evitando el mal rato de explicaciones desagradables.

Algunos días después llegó correo de Cuba Libre y entre la correspondencia recibió Aguilera una carta del Presidente Céspedes, en contestación á la que le había remitido poco después de su llegada á los Estados Unidos. Dice así:

"Núm. 9.
"B"

"Ciudadano Francisco V. Aguilera.

"Mi estimado amigo:

"Tengo á la vista tu deseada de 23 de Agosto último en que anuncias tu llegada á esa ciudad sin ningún contratiempo y que por juzgarlo indispensable asumieron tú y Ramón Céspedes los puestos que desempeñaban los ciudadanos Mestre y Aldama á virtud de sus renuncias.

"Me complace mucho que hayan sido recibidos desde Jamaica hasta esa, con ferviente entusiasmo por todos los patriotas, y que éstos, comprendiendo los verdaderos intereses de la patria, depongan toda animosidad y se consagren unidos á proporcionar á la revolución los elementos de guerra que necesita para echar de Cuba á los españoles en el término más breve posible, economizando así nuevos horrores y sacrificios.

"La carta de Ramón que me indicas en que me ofreces noticias de todo, no ha llegado á mis manos, de modo que lo poco que sé de Vls. y de sus trabajos me lo dicen los españoles en sus periódicos, adulterado ó exagerado como siempre, en términos que no me deja satisfecho. Mientras que yo me persuado de que no habrá ya divisiones entre cubanos y que todo marchará en la mejor armonía, los españoles publican la desunión de ustedes y Quesada y la de éste con los empleados cesantes de la República, así como con los que fueron miembros de la

extinguida Junta. Así es que deseo comunicaciones de Vds. para acabar de confirmar mi juicio en asunto tan interesante para Cuba y su futura suerte.

"Me alegro mucho que nuestro ilustrado compatriota, Bravo, se haya prestado á acompañarlos y á desempeñar la Secretaría, porque con sus luces, buen juicio y simpatías, será muy útil á ustedes y contribuirá muy eficazmente al logro de la unión y concordia de todos los cubanos; unión que nos asegurará el triunfo sobre nuestros encarnizados y feroces enemigos.

"Te agradezco el aviso que me das del alumbramiento feliz de Anita y de la vida de sus mellizos. Ya también lo publicaron los españoles con su acostumbrada jácara.

"De su familia sabemos que la llevaron á Cuba. Suponemos que de allá habrá marchado á ese país y que tendrás el gusto de tenerla á tu lado y de no considerar los sufrimientos de acá pudieran atormentarla por más tiempo.

"Que te conserves bueno para que puedas hacer mucho por nuestra querida patria, son los deseos de tu afectísimo amigo y h.

Carlos Manuel de Céspedes.
Residencia del Ejecutivo, 22 de Octubre de 1871."

Si el lector tiene presente los conceptos amistosos é íntimos de esta carta, que eran los mismos con que siempre se habían tratado Aguilera y Céspedes mutuamente, podrá notar el gran contraste que con ella forma la siguiente que recibió, fecha 8 de Febrero de 1872, que á su tiempo insertaremos también y todas las demás que le escribió Céspedes después, lo que acusa el cambio completo de sus sentimientos para con Aguilera.

También recibió éste una carta de su buen amigo, Francisco Maceo Osorio, un párrafo de la cual hemos dado ya á conocer en la Primera parte y que podrá leerse toda entera en el tomo de Correspondencia.

Convencido Aguilera de lo poco que podía esperarse de la emigración cubana, comprendió que para allegar recursos en cantidad suficiente para aquella gran obra, era necesario ocurrir á las cajas del extranjero por medio de un empréstito. Sabiendo al mismo tiempo las simpatías hacia Cuba que animaban á la República del Perú, simpatías de la que participaba, no sólo el pueblo en general, sino también el Gobierno, y teniendo la mayor confianza en las aptitudes y patriotismo de Francisco de P. Bravo, decidió aprovecharse de las buenas condiciones de su amigo; y como concurriese la circunstancia favorable de encontrarse vacante el cargo de Ministro en el Perú, por renuncia que había hecho el Ciudadano Ambrosio Valiente, habiendo allí tan sólo un encargado de Negocios, nombrado por la administracción de Aldama, que lo era el C. Francisco Javier Cisneros, resolvió cubrir con Bravo dicho cargo, proveyéndolo de todas las facultades necesarias y dándole las instrucciones convenientes para la negociación de un empréstito. Bravo, que estaba siempre dispuesto á servir á Cuba, aceptó el encargo de Aguilera y partió para el Perú, animado de las más halagadoras esperanzas.

CAPITULO VI

NOVIEMBRE 1871

JOSE MARIA MAYORGA.—SU NOBLE PROCEDER.—ES EL SALVADOR DE AGUILERA. —SE HACE CARGO DEL VAPOR HORNET.—VA A WASHINGTON.—CONFERENCIA CON EL SECRETARIO DE MARINA.—ESTE LE OFRECE PROTECCION PARA SU BARCO.—MANDARA UN VAPOR DE GUERRA A SACAR EL HORNET.—MAYORGA LE PIDE APLACE SU OFRECIMIENTO.—VUELVE A NEW YORK.—LETRA DE $3.500 PROTESTADA POR AGUILERA.—MAYORGA TRATA DE CONSEGUIR DINERO PARA PAGARLA.—NINGUN CUBANO RICO SE PRESTA A AYUDARLO.—MAYORGA HIPOTECA SU CASA POR $5.000.—VUELVE A WASHINGTON.—EL VAPOR DE GUERRA AMERICANO "CONGRESS" SALE PARA PORT AU PRINCE.—TIENE ENCARGO DE SACAR DE ALLI A TODO TRANCE EL VAPOR HORNET.—MAYORGA CONTRATA, CAPITAN, MAQUINISTA ETC.—LOS EMBARCA PARA PORT AU PRINCE.

Volvamos la vista hacia atrás para dar á conocer á nuestros lectores un cubano que, por su patriotismo y generosidad, así como por los inapreciables servicios que prestó á Aguilera, bien merece ocupar un lugar preferente en esta narración.

Mientras tenían lugar los sucesos que acabamos de referir, se encontraba Aguilera atravesando una de las crisis más espantosas por que pasó en su vida. En aquella ciudad extranjera, solo, sin dinero, asediado por los innumerables acreedores de la Agencia, parecía que su fracaso era inevitable. Fué entonces que un cubano generoso, compadecido sin duda de los crueles tormentos que sufría aquel hombre honrado y bueno, se acercó á él, y puesto á su lado compartió aquella horrible situación, por más que al hacerlo corriese el riesgo de hundirse con él. Fué este cubano José María Mayorga.

Y no era Mayorga uno de esos emigrados ricos que salieron de Cuba acosados por el tiránico gobierno y que por lo tanto debiera llevar en su pecho toda la saña que le inspirara los odiosos procedimientos del despotismo. No. Era un cubano que hacía muchos años se encontraba avecindado en New York con su familia, que había tomado carta de ciudadanía americana, estaba establecido en el comercio, como comisionista, y aunque no rico, con el modesto capital que había acumulado y el crédito que logró adquirir, gozaba de bienestar bastante para él y su familia. No era un hombre instruído, pero sí de claras luces y acostumbrado á la sociedad. Su carácter era franco y generoso y poseía un noble corazón.

Reuniendo tan hermosas cualidades, no pudo menos que compadecer á Aguilera, viéndolo luchar en aquel dédalo de dificultades, rodeado de tantos paisanos indiferentes que con facilidad hubieran podido sacarlo adelante, si todos se hubieran reunido en torno suyo, haciendo un pequeño esfuerzo; mas viendo á Aguilera condenado á sucumbir, se propuso salvarlo echando á sus débiles espaldas solamente, la carga que debía pesar sobre la de todos los cubanos.

Habiéndose desembarazado Aguilera de los vapores "Virginius" y "Florida" que devolvió al círculo quesadista, pues estos vapores en el estado de deterioro en que estaban, y hallándose bloqueados en diferentes puertos extranjeros, no sólo no era posible que los utilizara, sino que al contrario, eran una pesada carga por los gastos diarios que se hacían en ellos; quedábale el "Hornet" en Port au Prince Haití, bloqueado por dos cruceros españoles, debiendo una respetable cantidad, por víveres, sueldos, etc., con un pleito pendiente é item más, amenazado de otro y en la necesidad de hacer gastos diarios para pagar á los encargados de su atención y custodia.

Por aquellos días fué presentada á Aguilera una letra de tres mil quinientos pesos del Agente cubano de Port au Prince, por gastos del referido vapor "Hornet", y como no tuviera ni un solo centavo en caja, ni esperanzas de encon-

trar quien se lo facilitara, se vió en el duro caso de protestarla, sometiéndose á las resultas de aquella forzada determinación.

En estas aflictivas circunstancias, no sabiendo qué hacer ya, y mirando cómo los intereses de Cuba bajo su custodia marchaban al desastre, resolvió poner en planta la idea que varias veces le ocurriera, aplazándola siempre por desalentadora para sus compañeros combatientes. Era ésta dejar un sustituto encargado de la Agencia y marchar á Cuba á dar cuenta al Gobierno de la verdadera situación en el extranjero; y como este sustituto deseaba que fuese Mayorga, para solicitar su aquiescencia le expuso su propósito. Mayorga lo desaprobó; le hizo ver los perjuicios que irrogaría á la causa su retirada, y lo alentó con la esperanza de mejores tiempos. Mas como la situación de Aguilera fuese desesperada, suplicó á Mayorga que lo ayudase, haciéndose cargo del vapor "Hornet", valiosa propiedad, que sería sacada á pública almoneda en Port au Prince y vendida por una miseria, que seguramente no alcanzaría para pagar sus deudas, perdiéndose así para la causa.

El noble corazón de Mayorga fué tocado por las súplicas de Aguilera; y prometiéndole que haría cuanto estuviera en su mano por salvar el vapor y la honra de la causa de Cuba, desde aquel instante se hizo cargo del buque, tomando sobre sí todos sus compromisos, á reserva de resarcirse de los gastos, así que el vapor fuera vendido. Y no fué vana la promesa de Mayorga, pues ya veremos como después de cumplirla, á pesar de haber resultado más arduo el empeño de lo que pudo suponer, fué aún más allá.

Determinó ir á Washington á conferenciar con el Secretario de Marina, habiéndose hecho traspasar antes la propiedad del vapor. En Washington se presentó á dicho Secretario y con su carácter de ciudadano de los Estados Unidos le pidió protección para su barco que se encontraba en Haití bloqueado por varios cruceros españoles. El Secretario acogió de buen grado la reclamación de Mayorga, le hizo algunas preguntas sobre la propiedad del vapor, las que contestadas satisfactoriamente, dijo que mandaría á Haití un vapor de guerra para que escoltara al "Hornet" á su salida.

Mayorga no se atrevió á aceptar de momento el ofrecimiento, porque como Aguilera había protestado la letra de tres mil quinientos pesos por gastos del mismo barco, podía ésto ser obstáculo á la salida del vapor, exponiéndose á perder el favor del Gobierno americano.

Sin embargo, no juzgando discreto enterar de estos detalles al Secretario, le dió una escusa aplazando su ofrecimiento, é inmediatamente volvió á New York para arreglar el asunto de la letra protestada.

En New York informó á Aguilera del buen resultado de su diligencia y le dijo que era necesario pagar la letra para que, libre el vapor de ese compromiso, pudiese aceptar el ofrecimiento del Secretario.

Trataron Mayorga y Aguilera de reunir entre varios cubanos los tres mil quinientos pesos, pero fué vano el intento y como necesitaban de esa cantidad con la mayor urgencia para aprovechar la buena disposición del Gobierno, no teniendo Mayorga ningún efectivo disponible, hipotecó la única casa que poseía, donde vivía su familia, por cinco mil pesos al siete por ciento anual, para abonar el giro protestado y pagar al Capitán y tripulación que debían ir á Port au Prince á sacar el vapor.

Este solo hecho basta para juzgar á Mayorga. No solamente abandonaba sus negocios para atender los de Cuba, sino que por ella daba en prenda la única propiedad que tenía: el albergue de sus hijos. ¡Qué contraste entre Mayorga y otros cubanos emigrados cien veces más ricos que él!

Volvió á Washington y acordó con el Secretario de Marina la salida de un vapor de guerra para sacar al "Hornet" bajo escolta; ese vapor de guerra estaría en Port au Prince dentro de veintiún días, debiendo esperar allí tres; y si el "Hornet" no estuviera listo en ese tiempo, entonces el de guerra americano le pondría capitán, maquinista, la tripulación suficiente y lo sacaría del puerto para dejarlo en seguridad.

Regresó Mayorga á New York, dió cuenta á Aguilera de lo que había hecho, contrató al Capitán americano Mr. Brown para que fuera á Port au Prince á hacerse cargo del "Hornet", con un sueldo de doscientos pesos mensuales y dándole mil pesos para el viaje, y contrató varios marineros, que embarcó en una goleta y mandó para el mismo lugar.

CAPITULO VII

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE 1871

CONCIERTO PATRIOTICO A FAVOR DE LAS DESVALIDAS FAMILIAS CUBANAS.—CONDUCTA DE LOS EMIGRADOS RICOS.—LA FUNCION UN FRACASO.—APENAMIENTO DE AGUILERA.—PARRAFOS DE SU DIARIO.—CARTAS DE AGUILERA A C. M. DE CESPEDES Y F. MACEO.

Como estuviese ya adelantado el mes de noviembre y hubiera muchas familias cubanas en un estado miserable, completamente desprovistas de medios de protegerse contra el frío que se hacía sentir con toda la crudeza acostumbrada en aquella ciudad, la señora de Mayorga, atendiendo á las indicaciones de su noble esposo, se propuso organizar un concierto para con el producto aliviar aquellas desventuradas familias. Aseguró al efecto el concurso de los más distinguidos aficionados cubanos, así como de algunos artistas americanos que generosamente se prestaron á dar mayor lucimiento á aquella obra benéfica.

Listo todo y señalado el día para la función, la señora de Mayorga distribuyó las localidades entre los cubanos pudientes, remitiéndolas á su domicilio acompañadas de una atenta esquela en la que encarecía el benéfico fin de la fiesta. Como Aguilera apoyase con calor aquella obra buena, ya próxima á tener efecto, preguntó á la señora que tal había correspondido el resultado. Ella le contestó con tristeza que precisamente aquellas personas de quienes más esperaba eran las que menos habían correspondido, pues los señores Bromosio, Delmonte y Alfonso le habían devuelto las cinco papeletas que les había enviado, sin mandarle siquiera una excusa, llegando Aldama hasta devolver también las suyas, sin haber abierto el sobre siquiera.

Efectuóse al fin el concierto y para dar una idea de su resultado, vamos á copiar lo que dice Aguilera en su diario á este respecto:

"Acabo de llegar del concierto dado por las señoras para socorrer las familias cubanas necesitadas, bajo la impresión más triste. La parte artística quedó regular, pero la concurrencia ha sido tan pobre que no sé cómo los artistas han tenido valor para ejecutar sus partes. Con seguridad de que la empresa no ha sacado ni para los gastos, á pesar de haber trabajado de balde los artistas. La impresión de los concurrentes ha sido muy desagradable y la mía mucho más, por el descrédito que recae sobre el patriotismo y sentimientos humanitarios de los cubanos. ¡Cómo comentarán este caso mañana nuestros enemigos, Dios mío!"

Como recibiera Aguilera aviso de que había una oportunidad para escribir al campo de la insurrección, quiso aprovecharla para comunicarse con sus amigos en Cuba, y entre otras cartas escribió á Carlos M. de Céspedes la siguiente:

"New York, 28 de Noviembre, 1871.

"Ciudadano Carlos Manuel de Céspedes.

"Mi estimado Carlos:

"Ahora que serán las siete de la noche ha recibido Ramón una esquela de Anita en que le dice que su hermano Manuel pensaba mandar un correo á Cuba y le avisaba por si queríamos escribir al Gobierno, pero que debíamos hacerlo antes de las diez de la noche.

"La premura del tiempo, pues, no me permite otra cosa que hacerte estas cuatro letras, y manifestarte al mismo tiempo que si bien hemos pasado los dos primeros meses en continuos trabajos infructuosos, ya hoy se presenta el horizonte más despejado, y creemos que muy pronto lo demostraremos de una manera positiva. La incertidumbre de que ésta pueda llegar á tus manos, no me permite ser más explícito, pero dentro de breve tiempo lo verificaré.

"Tu Anita, aunque se queja de reumatismo, creo que es más aprensión que otra cosa; tus niños están bien, lo mismo que toda la familia. Dale mis expresiones á los amigos, y hasta que tenga el gusto de escribirte más despacio te dice adiós tu afectísimo amigo y h:.

F. V. Aguilera."

También escribió á su amigo Francisco Maceo la siguiente carta:

"New York, 28 de Noviembre de 1871.

Ciudadano Francisco Maceo.

Mi querido Pancho:

Hace varios días que te escribí por conducto de T. y el amigo C. G.... Dudaba que llegase á tus manos, y poco más ó menos me resulta lo mismo con la presente, por cuyo motivo tampoco seré explícito, reservándolo para la primera oportunidad segura, que probablemente no estará muy lejos. Esta, pues, se reduce á manifestarte que estoy vivo y que no descanso un momento en llenar mi cometido con toda la solicitud y eficacia que me impone el deber de patriota.

No es difícil que hasta ese Gobierno lleguen algunas quejas de personas con quienes no haya podido contemporizar como hubiera deseado, pero tú me conoces y sabes lo intransigente que soy en todo aquello que pueda afectar los intereses de nuestra querida Cuba, sin pecar por eso de ligereza. En fin el tiempo y la historia nos juzgará á unos y otros, y acepto y me someto gustoso á su inexorable fallo.

No me extiendo más porque el tiempo para que ésta llegue á su destino es muy corto, pero pronto te escribirá tu muy afectísimo amigo y h:.

F. V. Aguilera."

No se equivocaba Aguilera al pensar que á Cuba libre pudieran llegar noticias depresivas respecto á él, conociendo los hombres con quienes trataba y habiéndose visto en la necesidad de oponerse á sus miras.

CAPITULO VIII

ENERO 1872

CALOR CON QUE SE AGITABA LA CUESTION DE CUBA EN LOS E. U.—LOS ESPECULADORES ASEDIAN A LOS REPRESENTANTES DE CUBA.—PROPOSICION DE M. MACIAS.—AGUILERA LA REHUSA.—ALDAMA LE HACE LA CONTRA.—DICE QUE ES LA MISMA DE MR. SICKLES Y OTROS ESPECULADORES.—TAMBIEN CONTRARIA LA DE JORDAN.—MIGUEL ALDAMA.—SUS RASGOS CARACTERISTICOS.—EL MISMO SE DECLARA FRACASADO.—SU ORGULLO NO CONSIENTE QUE OTRO TRIUNFE EN LA MISMA EMPRESA.—FUE ESTA LA PRIMERA CAUSA DE SU OPOSICION A AGUILERA.—M. MACIAS INSISTE EN SU PROPOSICION.—AGUILERA Y R. CESPEDES LA REHUSAN.—M. MACIAS DISGUSTADO.—NEGOCIACION DE BONOS DE JORDAN.—HOSTILIDAD DE LA PRENSA HACIA EL GOBIERNO ESPANOL.—EL GENERAL BERNABE VARONA (A) BEMBETA.—SU PROYECTADA EMPRESA EN MEXICO.—PIDE DINERO A AGUILERA.—ESTE ES EL VERDADERO OBJETO DE SU PROYECTO.—AGUILERA APRUEBA EL PROYECTO PERO LE DICE QUE NO TIENE DINERO.—INSISTE VARONA EN QUE AGUILERA LO BUSQUE.—ACALORADO DEBATE QUE SOSTIENEN.—AUDACES PALABRAS DE VARONA.—POR LIBRARSE DE EL AGUILERA LE DA BONOS.—SEIS HORAS DE ACCIDENTADOS DEBATES.—AGUILERA Y R. CESPEDES ATURDIDOS, BAJAN A ALMORZAR A LAS DOS DE LA TARDE.—CARACTER DE BERNABE VARONA.—R. MARTINEZ APREMIA POR LOS BONOS.—EL GENERAL RYAN PROPONE OTRA NEGOCIACION DE BONOS POR LA BELIGERANCIA.—JORDAN PERSIGUE SU PROYECTO.—CONFERENCIA CON JOSE L. LAMADRIZ Y EL DR. ARANGO.—AUTORIZACION A JORDAN PARA COLOCAR BONOS.—VIOLENTO LENGUAJE DE JORDAN.

Había llegado el mes de enero de 1872 y como en esta época se agitara con calor la cuestión de la beligerancia de Cuba, entre el pueblo, la prensa y el Congreso de los Estados Unidos, los especuladores, que vislumbraban un pingüe negocio, se movían con pasmosa actividad en su afán por conseguir la negociación de esa beligerancia que veían como segura, á cambio de algunos millones de pesos en bonos cubanos.

Entre otras proposiciones á Aguilera con ese objeto, fué una la de M. Macías, quien dijo estar en relación con personas muy influyentes en los círculos oficiales de Washington, las que ofrecían conseguir la declaración de la beligerancia de los cubanos, si éstos depositaban en un banco un número de bonos señalado, que pasarían á ser propiedad de esas personas cuando Cuba fuera reconocida beligerante por el Gobierno de los Estados Unidos.

Como Aguilera había aceptado la misma proposición del General F., por mediación de Ramón Martínez, trató de excusar la de Macías, y como no podía revelar el verdadero motivo, le dió una escusa. Macías insistió, proponiendo someter el caso al criterio de algunos cubanos competentes. No pudiendo evadirse Aguilera, previas las gestiones de Macías, al día siguiente se reunieron en su habitación, Aldama, Delmonte, Hilario Cisneros, Ramón Céspedes y el mismo Aguilera. Comenzó Aldama diciendo que el año anterior se había formado allí un "ring" ó sociedad, compuesto de Mr. Sikles, ministro americano en Madrid y varios otros especuladores, que se proponían comprar la Isla de Cuba por ciento ó ciento cincuenta millones de pesos, á cuyo efecto se había mandado á Mr. Sikles de Ministro á España. Este negocio vino á tierra con la muerte del general Prim, después de haber gastado los especuladores unos sesenta mil pesos. Añadió Aldama que ahora querían los mismos volver á reanudar la negociación bajo otra faz, con los representantes de Cuba, después de haber hecho á ésta una guerra tan cruda en época anterior; que la proposición de Macías era con poca variación la misma á que se había referido y de ninguna manera debía aceptarse.

Como Macías se encontrase en una habitación contigua aguardando, dijo Aldama que podía decírsele que entrara; así se hizo y una vez reunido con los de-

más, volvió á tomar la palabra Aldama para decirle que su proposición no era aceptable, pues nada que ellos hiciesen podía influir en lo que el Gobierno de Washington tuviese resuelto. Después de una corta discusión en la que Aldama mantuvo firme su parecer, se retiró Macías muy disgustado.

Tratando sobre el mismo asunto de la beligerancia los que quedaron, manifestó Aldama que era conveniente decirle á Jordán que suspendiera su negociación de bonos por entonces, pues luego se podría obtener otra mucho mejor.

Se notará la tendencia de Aldama á detener los trabajos que pudieran dar á la revolución los elementos que necesitaba y con este motivo vamos á decir algunas palabras respecto á este personaje que tanto figuró en aquella emigración y que tan fatal influencia tuvo en la suerte de Aguilera.

Era el ciudadano Miguel de Aldama, indudablemente la figura que más se destacaba en la emigración cubana de New York. Disponía de una gran fortuna, que aunque muy quebrantada con la revolución, pues el Gobierno español le había embargado los cuantiosos intereses que poseía en Cuba, sin embargo, se dejaba comprender por lo que él mismo decía que había sacado á la emigración más de un millón de pesos en oro. Fué educado en Inglaterra y Alemania; su carácter era orgulloso, soberbio y vano; siempre había manifestado ideas liberales, tomando parte en varias conspiraciones que tuvieron lugar en la Habana, como la de Pintó y otras. Era patriota, mientras el patriotismo no lastimase sus intereses.

Hemos visto que había desempeñado el cargo de Agente General hasta poco antes de llegar Aguilera á New York y que arbitrariamente entregó la Agencia á la sociedad "La Auxiliadora." Como por este acto impremeditado hubiese él mismo declarado su impotencia, su exagerado orgullo no podía consentir que otro hombre lograse éxito donde él fracasara. De ahí que desde que Aguilera se hizo cargo de la Agencia dirigió todas sus miras á que obtuviera igual resultado que tuvo él.

El lector verá más adelante la manera firme con que Aldama persiguió este propósito y los diferentes medios que empleó.

Al día siguiente fué M. Macías al escritorio de la Agencia. Estaban presentes además de Aguilera, H. Cisneros, Mayorga, M. J. Izaguirre y Ramón Céspedes. Manifestó Macías en los términos más vehementes que la salvación de Cuba estaba en manos de Aguilera y Ramón Céspedes, pues con algunos millones de pesos en bonos, ofrecidos á las influyentes personas que hacían la proposición, era indudable que aquélla conseguiría la beligerancia y el triunfo estonces estaría asegurado, porque sobraría dinero y cuantos recursos de guerra se pudieran necesitar. Le contestaron Aguilera y Ramón Céspedes que reconocían toda la fuerza de sus razones, sin embargo, había un obstáculo insuperable que les impedía aceptarlo. Mucho se esforzó Macías en hacerles comprender que no debía dejarse perder aquella ocasión, pero ellos, á trueque de parecer tercos, puesto que no podían revelarle que ya habían emprendido el negocio por otro conducto, se sostuvieron en su resolución. Retiróse Macías muy disgustado, diciendo á unas personas que encontró á su salida, que la causa de Cuba se perdía por culpa de sus representantes.

Mientras tanto Ramón Martínez había agenciado con toda premura la impresión de los bonos y ya había mandado algunos á Aguilera para que éste y Ramón Céspedes los firmaran y les pusieran los sellos correspondientes.

Llegó Jordán á la oficina y dijo que tenía en trato con un fuerte banquero una negociación por ocho ó nueve millones de pesos en oro, en virtud de que los banqueros se habían enterado de que Aguilera y Ramón Céspedes estaban autorizados para la emisión de cincuenta millones. Le contestaron que no podían disponer más que de diez millones. Dijo Jordán que era una cantidad muy pequeña y creía que los banqueros no harían la negociación por tan corta suma. Largo discutieron este asunto y al fin encargaron á Jordán que viera si se conforma-

ban con esa cantidad y les dijese el resultado al día siguiente.

Aquel día (6 de Enero) los periódicos americanos confirmaron la noticia de los relevos del general Valmaceda y de López Robert, capitán general de Cuba el primero y ministro español en Washington el segundo, siendo sustituídos por el general Concha y Polo de Bernabé, respectivamente. El periódico "The New York Herald" publicó un artículo furibundo contra el Gobierno español diciendo que era necesario que los Estados Unidos le declarasen la guerra, por la larga serie de agravios que enumeraba. Toda la prensa americana en general se expresaba en igual sentido.

Recién llegado el general Bernabé Varona (a) Bembeta de París, fué á visitar á Aguilera á su habitación, ocho a. m., con objeto de hablarle de cierto asunto. Como era la costumbre de Aguilera, dar participación á su compañero en comisión Ramón Céspedes en todos los asuntos de Cuba, lo hizo llamar.

Comenzó Varona diciendo que J. Susini, en París, le había regalado una deuda contra el Gobierno de México de setenta y tres mil pesos, una mitad para que remediara á su familia y la otra para que socorriera las familias cubanas, é hizo á Aguilera y Céspedes la proposición siguiente: El marcharía á México con carácter privado, se establecería en una industria cualquiera, Aguilera le iría mandando á los cubanos que no tenían medios de subsistencia, él los recibiría y organizaría, para después que tuviese tres ó cuatrocientos hombres, en una noche se lanzaría á Cuba llevándose también á los nativos de México que pudiese arrastrar. Dijo que el transporte de los cubanos de los Estados Unidos á México, lo haría por medio de una goleta que mandaría periódicamente, y este gasto, como los de alimentación, alojamiento, etc., los abonaría de las cantidades parciales que fuese cobrando del crédito contra el Gobierno de México. Solicitó de Aguilera una autorización para entenderse con los gobernadores de los Estados y dijo que estaba resuelto á irse á México admitieran ó no Aguilera y Ramón Céspedes, su proyecto. Finalmente, concluyó diciéndoles que para realizar su viaje necesitaba que Aguilera le abonase sus pensiones de los cuatro últimos meses, que ascendían á ochocientos veinte pesos (una de las pensiones puestas por Aldama), y además le diese ciento ochenta para abonar su pasaje; en resumen que necesitaba mil pesos. Era esto último en esencia lo que pretendía Bernabé Varona y su proyecto de México no tenía otro objeto que apoyar su pretensión.

Contestó Aguilera que aprobaba su viaje á México y los proyectos que intentaba, pero no podía darle la autorización que solicitaba, porque tenía allí su Agente y con éste debía entenderse. Con respecto á abonarle sus pensiones vencidas, le dijo que no tenía dinero y por consiguiente no podía hacerlo. Protestó Bernabé Varona contra esa manifestación, suscitándose una serie de debates más ó menos acalorados pues pretendía que Aguilera buscase el dinero de cualquier manera que fuese, llegando hasta decir á Aguilera y Ramón Céspedes que eran unos egoistas, pues vivían y querían privarlo á él del mismo beneficio. Después de una borrascosa discusión de varias horas, por último aceptó Bernabé Varona la proposición de Aguilera de abonarle en bonos cubanos sus pensiones atrasadas, volviendo á reanudarse de nuevo el debate porque quiso Bernabé Varona que se fijase á los bonos el tipo de diez centavos por peso, lo que al fin consiguió, entregándole Aguilera diez mil pesos en dichos bonos.

Era Bernabé Varona un joven simpático, de apuesta figura y corteses modales, que predisponía en su favor. Al llegar á New York del campo de la insurrección, fué muy bien acogido, y hasta Aldama, hombre esquivo y orgulloso, lo distinguió llevándolo á vivir á su casa y asignándole después la muy buena pensión á que hemos aludido; distinciones á que Varona correspondió muy mal. Este atractivo exterior estaba acompañado de un carácter audaz y atrevido, de pasiones violentas, á las que no ponía freno; y para conseguir dinero á fin de sostener su vida disipada, no se paraba en medios, pues el sentimiento de la moralidad tenía en él poca fuerza.

El día de su conferencia con Aguilera y Ramón Céspedes que dejamos referida, bajaron éstos á almorzar á las dos de la tarde, desfallecidos y mareados, pues desde las ocho de la mañana que llegó Varona hasta aquella hora duró la lucha que emprendió para arrancar á Aguilera los mil pesos que solicitaba, empleando para ello un lenguaje violento y atrevido, luego que se convenció que con buenas maneras nada conseguía.

Mandó buscar Ramón Martínez á Aguilera. Le dijo que era indispensable que al día siguiente hubiera algunos bonos depositados, porque iba á ver al General F. á quien había dicho que tenía ya en su poder algunos, y no quería que lo cogiera en descubierto. Ofrecióle Aguilera que los tendría aunque tuviese que pasar aquella noche sin dormir. Efectivamente, por la noche estuvo trabajando hasta muy tarde y al día siguiente mandó á Martínez nueve millones de pesos en bonos firmados y con sus correspondientes sellos, contraseñas, etc.

También el general W. Ryan (1) había propuesto á Aguilera una negociación para el reconocimiento de la beligerancia de los cubanos mediante una cantidad de bonos, la que éste se había escusado de aceptar. Insistió Ryan, yendo á ver á Aguilera acompañado de Mr. G., ex-gobernador de un Estado de la Unión. Expuso éste que venía en representación de muy altas personas en Washington, entre ellas un Secretario del Gabinete que nombró, y manifestó que los cubanos no debían perder aquella oportunidad para obtener el reconocimiento de la beligerancia.

Aguilera, sofocado con tantas proposiciones que no podía aceptar, por que tenía que depositar treinta millones y su autorización para emitir bonos era sólo de cincuenta millones, de los cuales Morales Lemus había emitido seis, como pretexto aprovechó la ocasión de que Ramón Céspedes había ido á Washigton, para decir á Mr. G. que no podía resolver porque Ramón Céspedes estaba ausente. Y finalmente, á instancias de Mr. G. le dió una carta para Ramón Céspedes, saliendo aquél muy satisfecho y lleno de esperanzas.

Volvió después Ryan á ver á Aguilera y le encareció que era necesario darle algunos millones de "papel mojado"—así llamaba él á los bonos cubanos—á Mr. G. y otros para obtener la beligerancia.

Como Jordan perseguía con no menos empeño que los otros su proyecto de colocar bonos, sabiendo que el C. José L. Ramírez era muy amigo de Aguilera, fué á ver á aquél para que influyera con éste á fin de que accediera á sus deseos. Después de haber tenido Aguilera algunas conferencias con J. L. Ramírez y el Dr. Arango, reuniéronse los tres en casa de éste para formular las bases de la autorización que debía dar Aguilera á Jordan para negociar diez millones de pesos en bonos, haciéndose un borrador que se llevó Aguilera para estudiarlo. Habiéndolo enseñado á Mayorga, no pareció bien á éste, poniéndole algunos reparos.

Fué después Jordan á ver á Aguilera y encontrándose allí Mayorga le dijo éste, refiriéndose á la negociación, que no le parecía bien que la palabra "control" que se usaba en el documento, fuese tan lata que dejase á Aguilera con las manos atadas; además le dijo que no creía prudente que Aguilera firmara un documento en el que se hablaba de reconocimiento de beligerancia y de bonos cubanos, pues esto podía comprometerlo hasta el punto de que pudieran ponerlo en la cárcel. La discusión fué acalorándose cada vez más hasta el término de decir Jordan á Mayorga que era mejor consejero que él y todos los cubanos juntos, y que quien se opusiera á aquella negociación era un mal cubano. Como este altercado pasó en inglés, Aguilera no se enteró hasta después que se fué Jordan.

En otra conferencia que tuvo Aguilera con J. L. Ramírez y Jordan en casa del Dr. Arango también, se modificó el pá-

(1) Este Willian H. Ryan era el mismo que había ido á Cuba en una expedición, peleando en el campo con arrojo. Era de nacionalidad irlandesa, valiente, y decidido partidario de la causa cubana. Fué uno de los fusilados en Santiago de Cuba cuando el apresamiento del vapor "Virginius".

rrafo que había dado lugar á la cuestión, redactándolo en el sentido de que la causa en que se fundaba la consecución de la beligerancia era la realización del empréstito. Allí mismo se redactó la autorización, llevándola á su casa Aguilera para ponerle los sellos y entregarla á Jordan, como lo efectuó.

CAPITULO IX

ENERO 1872

CARLOS GARCIA.—PEQUENA EXPEDICION A VUELTA ABAJO.—EXPEDICION DE MELCHOR AGUERO.—EXPEDICION DE JULIO PERALTA.—COMISION DE PEDRO CESPEDES A LOS ESTADOS UNIDOS.—COMUNICACION DEL GOBIERNO A R. CESPEDES.—AGUILERA ES LLAMADO A CUBA.—CARTA DEL PRESIDENTE CESPEDES A AGUILERA.—ESTILO SECO Y CEREMONIOSO EN QUE ESTA ESCRITA.—AGUILERA COMPRENDE LAS CAUSAS.—CESPEDES INFLUENCIADO POR LA FAMILIA QUESADA.

No por ocuparse Aguilera en estos trabajos tan importantes para la causa de Cuba, descuidaba dar impulso á la guerra, tratando de enviarle recursos para que no decayera.

Encontrándose en New York el C. Carlos García, hombre muy conocedor de la provincia de Pinar del Río y habiéndose manifestado dispuesto á ir con un corto número de hombres, á revolucionar aquella parte de la Isla, Aguilera acogió bien sus pretensiones y ofreció ponerlo en Cuba con los hombres de su confianza que eligiese para aquella importante y arriesgada empresa.

Habló Aguilera con Hilario Cisneros, y aceptó éste el encargo de solicitar un buque que, acercándose á aquella parte de la costa de Cuba, desembarcase en un bote á Carlos García y sus compañeros con el armamento y municiones que debían llevar.

Siendo Ramón Martínez el encargado de despachar la expedición de Melchor Agüero, Aguilera trataba de estimularlo para la pronta salida de aquélla. Cierto día, estando presente Agüero, manifestó Martínez que, para enviar más pronto recursos de guerra á Cuba, podían fusionarse las expediciones de Agüero y de Peralta. Preguntó Aguilera á Agüero si estaba de acuerdo con lo propuesto por Martínez y contestó aquél que se comprometía á poner en Cuba á Peralta, con su expedición, pero sin expedicionarios, por la suma de quince mil pesos, que emplearía en comprar un vapor y despacharlo. Dijo que Peralta no necesitaba llevar expedicionarios, pues en virtud de las combinaciones que él—Agüero—tenía con Cuba libre, al llegar allí le sobraría gente.

Así que vió á Peralta le manifestó Aguilera la proposición de Agüero, y contestó aquél que con quince mil pesos él también compraba un vapor y llevaba su expedición.

Apremiándole Aguilera para que activara su salida, le contestó Peralta que estaba pendiente de encontrar un vapor á propósito; que Aldama era el encargado de buscarlo y aun no había encontrado uno que le conviniera. Dijo que él no confiaba tan sólo en Aldama, sino que por su parte hacía todas las diligencias posibles por conseguir el referido vapor, como también por aumentar los fondos para su expedición.

Llegó á New York el Teniente Coronel Pío Rosado de Cuba libre—Enero 14—en comisión con Pedro Céspedes, gobernador del Estado de Oriente, y hermano del Presidente de la República. Traían una misión importante que había confiado el Gobierno al C. Pedro Céspedes, y consistía, principalmente en el envío de cuatro expediciones que debían desembarcar por Oriente, las Tunas, Camagüey y Occidente, respectivamente. El jefe de la comisión, Pedro Céspedes, había quedado en Jamaica por estar delicado de salud y para que no sufriera demora su encargo mandó á New York á Pío Rosado con el despacho. Este puede verse en

el libro de Correspondencia y otros documentos.

En la conferencia que tuvo Aguilera con Pío Rosado, después de haberlo informado éste de su comisión, le manifestó Aguilera que tenía un empréstito en proyecto; que si se realizaba, mandaría entonces al general Jordan por Occidente con una expedición, cuyo costo no bajaría de doscientos mil pesos. Mientras tanto había tres expediciones en proyecto: la de Carlos García, muy modesta, por Occidente, la de Peralta y la de Agüero; informólo al mismo tiempo del estado en que se encontraba cada una de ellas.

Enseñó Ramón Martínez á Aguilera un telegrama de Washington, en cifra, dirigido á él, que decía que el asunto de Cuba se había diferido hasta el lunes próximo. Opinaba Martínez que el aplazamiento era debido á no estar los bonos en su poder é instó á Aguilera para que el jueves ya se los hubiera entregado.

Habiendo sido portadora la comisión de Pero Céspedes de correspondencia de Cuba libre, llegaron entre ésta, dos comunicaciones del Gobierno, una para Ramón Céspedes y otra para Aguilera. La primera estaba concebida en los términos siguientes:

Número 51.

C. Ramón Céspedes.

''New York.

''Residencia del Ejecutivo, 5 de Enero de 1872.

''Estimado amigo y compadre:

''Con notable atraso que alcanzó hasta los últimos del mes pasado, ha venido á mis manos su anhelada carta de 22 de Agosto último. El buen recibimiento que Vd. y Aguilera tuvieron nos causó la alegría que Vd. debe suponer, tanto por lo que en beneficio de la patria pudieran redundar esas manifestaciones de cariño, cuanto porque se hacían en personas de nuestra predilección. Desgraciadamente parece desprenderse del contesto de la carta de Vd., de la que antes recibiera del amigo Aguilera y de la que me remitió Bravo, al salir para su destino, que no se ha logrado aunar todas las voluntades, y que á pesar de haber Vd. y Aguilera asumido la representación de la República en ese país, no han terminado completamente al menos, las disidencias. La índole é importancia de los altos puestos que Vds. ocupan en este Gobierno hacen de todo punto imposible que continúen en el exterior; sobre todo Aguilera en su calidad de Vicepresidente no es dable se halle mucho tiempo fuera de la patria; Vd. no ignora, querido amigo, que si á mí me acontece una desgracia, ausente él, no se sabría quién habría de reemplazarme. Y en cuanto Vd., que si así lo decidiera nos colmaría de satisfacción, le aguarda su Secretaría, á no ser que prefiera representarnos en algunos de los países en que hemos sido reconocidos. De cualquier modo creo que no deben Vds. continuar en las funciones que hoy desempeñan en esa. Desconociendo la mayoría de los cubanos que están aquí las miles é insuperables dificultades con que habrán tenido Vds. que tropezar, y jugando sólo por resultados, deducen no han logrado reunir en esfuerzo común los elementos de la emigración, cuando sin embargo del tiempo transcurrido no nos han enviado ningún auxilio; esta deducción adquirió mayor fuerza al saber que se trataba de realizar un empréstito en el Perú, prueba evidente para ellos de que no se obtenían por Vds. recursos en ésa. Vino, por fin á dar mayor valor á sus presunciones el conocimiento de que Aldama y sus amigos enviaban recursos por su cuenta.

''Dada una autorización para un empréstito, primero de 20 millones, que se amplió luego á cincuenta, sin que ni en uno ni en otro caso, se obtuviera resultado ninguno, ha parecido aquí anómalo hacerlo extensivo hasta la cantidad que Vd. se sirve indicar. Mal efecto produjo la autorización que Vds. pedían sobre la que, así como la transferencia de poder que indican ha de recaer un acuerdo.

Excusado creo añadir á Vd. que sabe cuanto le aprecio, lo mismo que Aguilera, que todas las indicaciones que en ésta hago son dictadas con verdadero afecto, pero como producto de la justicia, de lo que reclaman los acontecimientos, y de lo que fué acordado; según se dispuso y cumpliendo con lo pactado deben Vds. nombrar los que han de reemplazarles y

dar cuenta al Gobierno del resultado de sus gestiones.

"Mi hermano Pedro que llevaba una misión para ésa, tuvo que quedarse en Jamaica por el mal estado de su salud. Mucho me ha contrariado esto, sin embargo de que espero que la persona por él autorizada para verse con Vds., cumplirá con sus deberes de buen patriota, y en tal caso será ayudado de todo lo que, deba serlo. No olviden Vds. la situación en que quedamos y el tiempo que ha transcurrido. Por lo que á Vd. escribe el Secretario de Relaciones Eteriores se pondrá al corriente de las operaciones del enemigo y de nuestras ideas y propósitos sobre política del exterior.

"Mucho le he agradecido la noticia que se sirve darme acerca de Anita, y orgulloso acepto las felicitaciones que me envía por su feliz alumbramiento. Envanecido me hallo con los dos nuevos servidores de la patria que me ha dado; ellos hasta cierto punto vienen á cubrir mis bajas, lo que agradecería aconteciera á los demás cubanos.

"Di los recursos á los amigos que Vd. me indica, no pudiendo hacerlo con Pérez Avila por haberse separado á causa de una llaga, cuando salimos de las Tunas.

"Recomiendo á Vd. mucho siga dispensando á Anita, así como á toda mi familia, su valiosa protección y siga siendo el fiel intérprete de mis pensamientos.

"Reciba Vd. las seguridades del verdadero afecto de su afectísimo amigo

Carlòs M. de Céspedes.

La carta para Aguilera decía así:

"Ciudadano Francisco V. Aguilera, Vice-Presidente de la República de Cuba.

New York.

"Residencia del Ejecutivo, Febrero 8 de 1872.

"Estimado amigo:

"Razones extensamente indicadas en la carta que dirijo al amigo Ramón Céspedes (y de la que suplico á Vd. se entere) y otras que á su penetración de Vd. han de ocurrir forzosamente, hacen completamente necesaria la vuelta de Vd. á ésta.

"Recordará todo lo que aquí acordamos á su salida con respecto á la conducta que en ésa debían Vds. observar, y obrando consecuentemente, ya es tiempo de que venga con su presencia á dar término á problemas de difícil, complicada y peligrosa resolución, estando Vd. ausente.

"Todos aquí esperan que aprovechando la primera oportunidad, ó creando Vds. ésta, vengan á ocupar sus puestos.

"Con afectuosos recuerdos á su apreciable familia, me repito de Vd. afectísimo amigo, q. b. s. m.

Carlos M. de Céspedes.

P. D.—Sírvase Vd., si de ello no está enterado, informarse con el compadre Céspedes lo que haya relativo al escrito que dirigí á Mr. Sumner.

El tenor de estas dos cartas dió mucho en qué pensar á Aguilera. No le tomaron de sorpresa, pues ya hemos visto que en su carta á Francisco Maceo fecha 28 de Noviembre de 1871, se anticipaba á prevenirlo contra "algunas quejas de personas con quienes no hubiera podido contemporizar", pero sí le extrañó el cambio tan brusco que se había operado en Céspedes para con él. La carta de éste para R. Céspedes no podía ser más afectuosa, estaba escrita en el mismo estilo que ellos, incluso Aguilera, acostumbraban corresponderse; pero en cambio, la que le dirigía á él, no podía ser más seca. Amigos de la infancia, se habían dado siempre el tratamiento de "tú" y se habrá observado que éste era el que le daba Aguilera en las dos cartas que hemos dado á conocer y el mismo con que á él se había dirigido Céspedes en su carta de 22 de octubre que atrás insertamos, Compárese esta carta con la de referencia y no podrá menos de convenirse en que el estado de ánimo de Céspedes al esciribirlas había sido bien distinto. Algo muy grave debió haber ocurrido en el tiempo que mediaba entre una y otra carta. Finalmente se llamaba á Aguilera con urgencia para que regresara al territorio de la República, dando así por terminada su misión en el extranjero. En cuanto á R. Céspedes se le dejaba en libertod de volver á Cuba ó asumir la represen-

tación de ésta en alguna de las Repúblicas de Sur América.

No se ocultaba á Aguilera la causa del cambio que se había operado en Carlos M. de Céspedes. Desde el momento que se propuso resistir las pretensiones del general Quesada, comprendió que estaba en camino de indisponerse con Céspedes; pero Aguilera no podía doblegarse á las exigencias de Quesada; pretendía éste que delegase en él facultades que lo anularían, pues su aspiración era ser virtualmente el Agente General de la República; para conseguir ese fin empleaba todas las argucias y sutilezas que le sugería su fértil imaginación, no retrocediendo ante el engaño más vulgar. Aguilera, á quien repugnaban esos manejos, viéndose acosado por la pertinaz insistencia de Quesada, prefirió romper con él de una vez para verse libre de las asechanzas de hombre tan peligroso. Por este hecho se indispuso con toda la familia Quesada, y como ésta tuviera una gran influencia con Céspedes, de ahí el proceder del último con Aguilera.

La más cara aspiración de Manuel de Quesada en el extranjero era verse investido con la representación del Gobierno de Cuba, para satisfacer sus deseos de figurar y de mando y tener el manejo de los caudales de la patria, una buena parte de los cuales aplicaría á vivir con la ostentación y desenfreno propio de su carácter. Aguilera no quiso concederle esa investidura, aunque fuera de segunda mano; Quesada trataría de arrancársela, y más brillante aun, pues la obtendría de primera. ¿Por ventura el mismo que había colocado á Aguilera en el ambicionado puesto, no podía hacerlo descender para colocar á Quesada?

Esto lo comprendía Quesada, y con la intrepidez propia de su carácter comenzó á trabajar, ayudado por todos los suyos para derrocar á Aguilera y sustituirse en el puesto de éste. Fácil le fué la tarea con la influencia que él y su familia tenían sobre Céspedes y prueba de ello era aquella carta seca y fría de Céspedes que acababa de recibir Aguilera. En los sucesos que siguieron, veremos la confirmación más completa de lo que decimos.

CAPITULO X

ENERO 1872

FAVORABLE ASPECTO DE LA CUESTION DE CUBA EN LOS E. U.—R. CESPEDES MARCHA A WASHINGTON.—MISION DE F. P. BRAVO AL PERU.—NEGOCIACION DE BONOS DE JORDAN.—GRATAS ESPERANZAS DE AGUILERA.—CRUEL DECEPCION QUE SUFRE.—PARRAFOS DE SU DIARIO CON ESTE MOTIVO.—INFORME DEL SENADOR MR. BANKS A R. CESPEDES.—FRACASO DE LA NEGOCIACION DEL PERU.—IGUAL FRACASO DE LA DE JORDAN.—ESTE PROPONE UN NUEVO PLAN.—ES REFORMADO.—CONFERENCIA DE RYAN CON AGUILERA.—MR. G., EL SENADOR.—LA BELIGERANCIA Y LOS BONOS CUBANOS.—BONOS DE QUE PODIA DISPONER AGUILERA.—SU IMPOSIBILIDAD PARA ACEPTAR TAN NUMEROSAS NEGOCIACIONES.—MARTINEZ APREMIA POR EL DEPOSITO DE LOS BONOS.—JORDAN Y EL CORSARIO CUBANO.—RECONOCIMIENTO DE LA BELIGERANCIA POR BONOS CUBANOS.—PROPOSICION DE AGUILERA.—EL GENERAL F. URGE POR EL DEPOSITO DE LOS BONOS.—NO NECESITA AUXILIO DE NADIE.

Presentaba la cuestión de Cuba un aspecto muy favorable, y según el parecer de todos el reconocimiento de la beligerancia no se haría esperar, pues contaba con muchos partidarios en el Congreso de los Estados Unidos. Tratando Aguilera y Ramón Céspedes sobre este trascendental asunto con varios hombres prominentes de la emigración, acordaron que Ramón Céspedes fuera á Washington á avistarse con algunos hombres influyentes en la palítica americana, con el fin de agitar la referida beligerancia, procurando convertirla brevemente en un hecho.

Resolvióse así mismo que Ramón Céspedes fuese acompañado de José Antonio Echeverría, que por haber ejercido

antes el mismo cargo que Ramón Céspedes, estaba relacionado con las personas más importantes de aquella capital.

Participaba Aguilera de las mismas halagadoras esperanzas que todos los emigrados, pueblo y prensa americana y lleno de ansiedad seguía el curso de tan interesante asunto, que había de traer aparejado el triunfo de la revolución.

No sólo en la beligerancia tenía Aguilera fija su atención; también tenía grandes y fundadas esperanzas en el empréstito que había ido á negociar Francisco de P. Bravo al Perú. Sabía Aguilera que en esa República tenía la causa de Cuba muchos y muy poderosos partidarios, no sólo por el sentimiento de solidaridad americana, sino por el odio á la nación española que animaba á importantes personajes peruanos desde que la escuadra española llevó á cabo el bombardeo del puerto de Callao, cuya aventura costó al Perú varios millones de pesos. Penetrado de estas favorables circunstancias, determinó mandar á Bravo á tan importante comisión.

Otro asunto también le servia de fundamento para muy gratas esperanzas y era la autorización que había dado á Jordan para negociar un empréstito de ciento cincuenta mil pesos en dinero de los Estados Unidos, que podía ampliarse á otros ciento cincuenta mil pesos. Como Jordan le había afirmado que la negociación era segura y podía darse como hecha, pues los banqueros con quienes trataba eran hombres formales y deseaban hacer un negocio en grande con los bonos cubanos, Aguilera compartió el entusiasmo de Jordan en vista del aspecto favorable de la causa de Cuba.

Complacíase en la consideración de tan gratas esperanzas pensando que cualquiera de esos asuntos que se realizase, haría variar por completo la situación de la causa, pues le proporcionaría dinero en cantidad más ó menos considerable y con dinero lo tendría todo, pudiendo realizar su deseo más ardiente, que era en breve tiempo mandar una expedición de armas y pertrechos á sus hermanos que luchaban con el valor de héroes á pesar de encontrarse en las duras circunstancias que nadie mejor que él podía apreciar.

Alentado por tan belles ilusiones pasaban los días, cuando herido por la más cruel decepción, escribió en su diario los párrafos siguientes.

"Enero 19.—Escribo bajo la impresión más desconsoladora. Es rara coincidencia que en un mismo día vea desvanecida mis tres ilusiones más acariciadoras. Llegó Ramón (Céspedes) de Washington esta mañana y me informó de que había sido muy bien recibido por los ministros de las Repúblicas sudamericanas y el Secretario del Interior de estos Estados. Fué á visitar los Secretarios de Guerra y de Marina y no encontrándolos en ssu casas, les dejó su tarjeta. Mandó anunciar su visita al Secretario de Estado Mr. Fish, y éste le contestó que lo recibiría como particular, pero no con carácter oficial; fué á visitarlo y no lo encontró; le dejó su tarjeta y Mr. Fish le correspondió con la suya. No fué á visitar al Presidente Mr. Grant, porque Echeverría, que lo acompañaba á estas visitas, no lo juzgó conveniente. La cuestión palpitante allí es la de Cuba, pero Mr. Banks, á quien también visitó, le dijo con franqueza que no se reconocería la beligerancia de ésta, porque el partido democrático había tomado ese asunto como arma contra el republicano, habiendo sido propuesto por el demócrata Mr. Cox; pero que supiera que él simpatizaba con Cuba y en otra ocasión haría por ella lo que le fuera posible. Este Mr. Banks es el Presidente del Comité de Relaciones Exteriores, el mismo que habló en nuestro favor el año pasado y que hoy tan sólo nos da una esperanza para salir del paso. Esta es la primera desilución; va la segunda: me ha enseñado Ramón dos cartas y un oficio que nos dirige, Bravo, del Perú, en que da la negociación del empréstito por perdida. Según sus indicaciones, Javier Cisneros es el culpable. Dice se puso á hacer la oposición á un Mr. Gibetts, rico banquero, que está ligado con el Gobierno en una empresa de ferrocarril. Fué este motivo suficiente, para que los que apoyaban nuestro empréstito se retrajeran ó lo engañaran. Según se trasluce por las

cartas de Bravo, Cisneros se ocupaba allí más del asunto del ferrocarril que de la negociación financiera de Cuba. Sea lo que fuere, parece tener poco fundamento Cisneros, pues hace ya varios días que está aquí y aún no se ha presentado á hablarme sobre esos particulares. Vamos á la tercera ilusión perdida: Fuimos citados (Ramón Céspedes y Aguilera) por Arango para casa de Pepe Ramírez y aquél nos tradujo un escrito de Jordan en que dice que la negociación se ha malogrado por el demasiado retardo que tuvo, es decir, por culpa nuestra, y tratando él de quedar bien. Ahora nos propone con urgencia otro proyecto para que nos arrojemos á él á ciegas y sin meditación. Es éste que depositemos cierto número de millones de pesos en bonos, por treinta días, para ver si se reconoce la beligerancia en ese tiempo, quedándose los especuladores con los bonos. Ellos por su parte, nada se comprometen ni mucho menos aflojan un centavo. Discutido el asunto acordamos contestarle que se le darían cinco millones de pesos en bonos cubanos por $500,000 en dinero de los Estados Unidos y al mismo tiempo depositaríamos diez millones en bonos para que los hicieran suyos, caso de ser reconocida la beligerancia dentro de un mes, que es el tiempo que fijan. Como está visto que el objeto de los especuladores es cogernos los bonos sin darnos nada en cambio, no tengo esperanzas de que acepten la proposición en la forma que la hacemos."

Fué Ryan al escritorio de la Agencia y estuvo hablando mucho tiempo con Aguilera sobre su negociación por la beligerancia . Dijo que Mr. G. lo había informado que Echeverría, que fué quien lo interpretó con Ramón Céspedes en Washington, no lo había hecho correctamente, traduciendo lo que dijo. Que Echeverría era un hombre desleal, y lo había acreditado el año anterior en un asunto que citó. Añadió que el Senador X, en una conferencia con Echeverría, había recomendado á éste que dijera á Ramón Céspedes que si depositaba ocho ó diez millones de pesos en bonos, en una persona de confianza, respondía del reconocimiento de la beligerancia; Echeverría no lo había hecho así, diciendo á Ramón Céspedes otra cosa diferente. Ciertamente, Aguilera estaba informado de que Echeverría había conferenciado con el senador X, y que éste era persona de mucha influencia; lo que Echeverría dijo á Ramón Céspedes fué que aunque el referido senador le mostró mucho desinterés y caballerosidad, sin embargo le indicó que Mr. G. era una persona en quien podía confiar para llevar á buen término el asunto.

Disertó Ryan largamente sobre la conveniencia de la negociación, etc., hasta que últimamente ofreció Aguilera darle la razón definitiva tres días después, contando con poder ofrecerle los bonos de la negociación de Jordan, caso que no la realizase con éste.

Para que se comprenda la dificultad en que se encontraba Aguilera de aceptar todas aquellas proposiciones y entrar en negociaciones por tan crecida cantidad de millones de bonos, diremos que la autorización que él y Ramón Céspedes tenían para emitir éstos, era la que obtuvieron Morales Lemus y José Manuel Mestre del Gobierno en 1868, que Mestre había traspasado á ellos. El límite de esta autorización era cincuenta millones de pesos; de éstos, los agentes anteriores á Aguilera habían dispuesto de seis, Aguilera y Ramón Céspedes habían comprometido treinta en la negociación con Martínez y el general F., y por tanto quedaban sólo disponibles catorce millones que eran los que habían ofrecido á Jordan, y si éste los aceptaba no podían disponer de más bonos.

Como la negociación de los treinta millones con Martínez era un asunto tan reservado, no podían decir que habían dispuesto de esa cantidad, y los otros especuladores, que creían que tenían á su disposición casi cincuenta millones, los vituperaban porque no estaban dispuestos á depositar ocho ó diez para obtener cosa tan importante como el reconocimiento de la beligerancia, que por el crédito que daría á la causa, facilitaría todo el dinero que necesitaban y haría seguro y rápido el triunfo de la revolución.

Habiendo ido Ramón Martínez á vi-

sitar á Aguilera para encarecerle la necesidad de activar la remisión de los bonos, le manifestó éste desconfianza de que se reconociera la beligerancia, fundado en las razones que Mr. Banks había dado á Ramón Céspedes. Al mismo tiempo le indicó que había un senador que ofrecía la beligerancia por ocho ó diez millones; dijo le llamaba la atención como patriota, para si le parecía conveniente, hacer que dicho senador se asociara á los trabajos del general F. Contestóle Martínez que lo consultaría con dicho general, y al mismo tiempo trató de animar á Aguilera diciéndole que las personas que estaban en relación con el General F. eran muy influyentes y allegadas á la Administración. Añadió que aunque la proposición de Mr. Cox no pasara al Comité de Relaciones Exteriores, luego presentarían otra los republicanos, en diferente forma, pero virtualmente la misma, la que pasaría entonces.

Estuvieron en la oficina de la Agencia Jordan y el Dr. Arango. Manifestó aquél á Aguilera, interpretado por el doctor, que había recibido una carta del capitán Taynor que decía estaba listo para salir á la mar con su corsario, y sólo esperaba un telegrama de Jordan en que le manifestase que estaban ya depositados los doscientos mil pesos en bonos cubanos, los que haría suyos tan luego como se recibiera noticia oficial de que había echado á pique un buque de guerra español de igual porte que el suyo, según contrato que había celebrado con Aldama.

Como Aguilera no tenía conocimiento del contrato, pues era muy deficiente el archivo de la Agencia, dijo á Jordan que trataría de informarse del asunto con el mismo Aldama y procuraría facilitar todo lo posible la realización del proyecto.

También manifestó que el rico banquero Mr. Shelly, que estaba relacionado con los más opulentos capitalistas del país, ofrecía el reconocimiento de la beligerancia de los cubanos, siempre que se depositasen siete y medio millones de pesos en bonos, por el término de treinta días. Era muy probable también, aunque no lo ofrecía formalmente, que en ese tiempo pudiese facilitar á la Agencia cincuenta mil pesos U. S. Cy., á cambio de bonos. Mucho se discutió sobre la influencia de ese personaje, hasta que finalmente dijo Aguilera que depositaría los siete y medio millones en bonos siempre que el banquero le tomase bonos cubanos al tipo corriente, por valor de cincuenta mil pesos U. S. Cy.

Al día siguiente volvió Ramón Martínez á ver á Aguilera y le dijo que el general F. se había molestado por la proposición que le mandó á hacer. Dijo que no necesitaba ayuda de nadie y si cualquier persona trataba de intervenir en el asunto lo consideraría fracasado y por consiguiente se separaría de antemano; que Mr. Cox no sabía nada absolutamente de la negociación; que había presentado su "bill" por inspiración propia, que probablemente sería desechado y entonces presentarían los republicanos el suyo, que pasaría indudablemente. Manifestó que lo que convenía era que los bonos se acabasen de firmar, sellar, etc., hasta depositar toda la cantidad, para que empezara á corer el plazo de los sesenta días.

El trabajo de dejar formalizada tan gran cantidad de bonos, era una ardua tarea, porque después de ponerles muchos miles de firmas Aguilera y Ramón Céspedes, habían de ser sellados, contramarcados, etc.; y como Aguilera tenía un cúmulo tan grande de asuntos que atender, de ahí que la operación necesariamente se demorase.

CAPITULO XI

ENERO 1872

JOSE MARIA CESPEDES Y LA INTRIGA QUESADISTA.—TRATAN DE PUBLICAR EL LLAMAMIENTO A CUBA DE AGUILERA.—EXTRAÑEZA DE AGUILERA POR LA DIVULGACION DE LA NOTICIA.—SOSPECHAS DEL BANDO QUESADISTA.—IDEA MANIFIESTA DE DESAUTORIZARLO Y DE DESACREDITARLO.—LA COLOCACION QUE ACEPTO EL CORONEL CODINA.—MALA INTENCION DE LOS ENEMIGOS DE AGUILERA.—ESTE MANIFIESTA A J. M. CESPEDES LA TENDENCIA AVIESA DE AQUELLA INTRIGA.—EL CORSARIO CUBANO.—CONFERENCIA DE LA SRA. DEL PRESIDENTE CON MAYORGA.—AQUELLA DESEA QUE AGUILERA SALGA INMEDIATAMENTE PARA CUBA.—QUIERE QUE MAYORGA SE QUEDE CON LA AGENCIA.—CONTESTACION DE MAYORGA.—ACONSEJARIA A AGUILERA TODO LO CONTRARIO.—LA PRESENCIA DE ESTE EN EL EXTRANJERO ERA MUY NECESARIA.—TAMPOCO SE HARIA CARGO DE LA AGENCIA.—JUICIO DE AGUILERA SOBRE ESTE ASUNTO.—PROPOSICION DE RYAN.—LOS REGIMIENTOS AMERICANOS.—PEDIRLES SUS ARMAS DE DESECHO PARA CUBA.—AGUILERA NO LO CREE PRUDENTE.—JULIO PERALTA Y EL GENERAL QUESADA.—CONFIDENCIAS DE ESTE.—LA DICTADURA EN CUBA.—TRATA DE ATRAERSE A PERALTA.—R. CESPEDES OBEDIENTE SERVIDOR DE LA FAMILIA QUESADA.

Fué el ciudadano José María Céspedes á visitar á Aguilera y enseñarle dos "comunicados" que le habían llevado para insertar en su periódico "el Pueblo", los que por considerar inconvenientes, iba á consultarle si convendría que los publicara ó no. El primero de dichos comunicados decía así:

"Importante. Ha llegado á nuestro conocimiento por conducto fidedigno que el ciudadano Francisco V. Aguilera, vicepresidente de la República de Cuba, que se hallaba desempeñando interinamente en los Estados Unidos el cargo de agente general, ha recibido la orden del Gobierno, de volver inmediatamente á la isla á desempeñar su alto puesto. Parece que el Gobierno ha tenido en cuenta dos razones principales para este llamamiento. La primera el no hallarse previsto por la Constitución la muerte del Presidente en caso de ausencia del vicepresidente, y la segunda haber desempeñado ya el ciudadano Aguilera la comisión interina que se le había confiado, cumpliendo con los altos deberes que le imponían aquélla y su acendrado patriotismo. No sabemos si ha recibido orden análoga el ciudadano Ramón Céspedes, ministro de Relaciones Exteriores de la República y comisionado de la misma (también interino) en los Estados Unidos."

Muy extraño pareció á Aguilera que un asunto, del que no debían tener conocimiento más que Ramón Céspedes y él, fuese tan pronto conocido de otras personas y éstas tuvieran tanto interés en darle publicidad que acudieran á los periódicos. No había hablado de ese particular más que á Mayorga, porque se vió obligado, para explorar su voluntad respecto á si estaría dispuesto á hacerse cargo de la Agencia, caso que determinara marcharse en breve para Cuba. Mayorga no sólo no aceptó, sino que le suplicó que abandonase el puesto en aquellas circunstancias, porque vendrían al suelo todos los trabajos que tenían emprendidos y el desquiciamiento sería completo. Tenía Aguilera toda seguridad de que Mayorga ni Ramón Céspedes habían revelado el asunto que convinieron mantener en secreto por la desastrosa influencia que podría tener, sobre las importantes empresas en que se ocupaban.

Veía Aguilera clara la mala intención que llevaba aquel suelto y la tendencia á desprestigiarlo y ridiculizarlo, cuando decía que una de las razones que tenía el Gobierno de Cuba para llamarlo era "haber desempeñado ya la comisión que se le había confiado". Era público que esta comisión consistía en hacer desaparecer las disidencias entre los emigrados y mandar recursos á Cuba; todos veían que Aguilera no había logrado ni

una cosa ni la otra, y por consiguiente era un sarcasmo y un ridículo decir que ya había desempeñado su comisión.

Como conociese bastante aquella emigración entre la que había ya seis meses que estaba, sospechó que el tiro le venía de los quesadistas, habiéndose éstos informado de su llamada á Cuba por la Sra. del Presidente, á quien se lo comunicaría su esposo, que no tenía secretos para ella; y una vez divulgado este particular, no era extraño que quisieran darle toda la publicidad posible, para favorecer los intereses de su partido, contrarios á Aguilera.

La otra comunicación decía así:

"Buen ejemplo: Hemos sabido que el coronel Manuel Codina, del Ejército de Cuba, que se hallaba aquí en comisión del servicio, á las órdenes del Ciudadano Agente General, ha sido empleado por una casa de comercio cuyos principales socios son Miguel Aldama y Leonardo Delmonte.—El señor Codina salió el diez y ocho del presente en el vapor de Colón, representando los intereses de dicha casa. Su sueldo fijo son $3,200 anuales. Seguro es, que al salir dicho coronel del servicio, habrá recibido la competente licencia del Agente General, sin cuyo requisito tampoco es creible que los señores Aldama y Delmonte lo hubieran empleado en asunto de interés particular, apartándolo del cumplimiento de sus deberes patrióticos."

En este suelto trataba de ponerse en evidencia á Aguilera, como agente general, porque había dado licencia á un oficial del ejército cubano, relevándolo de su deber de servir á Cuba. Cierto era que Aldama había contratado á Manuel Codina como agente viajero por las Repúblicas de Sur América, para la casa de Comisiones y Banco, que había abierto en sociedad con su yerno el Sr. Delmonte. Codina solicitó de Aguilera permiso para aceptar la colocación, y éste se lo acordó, pues no le era allí indispensable, ni podía mandarlo á Cuba, por carecer de medios para ello, ni lo podía mantener porque no tenía fondos, aún para otras cosas más perentorias: así es que no considerándose con derecho para exigirle que se quedase allí atenido á sus recursos, le otorgó autorización para que fuera á ganar la subsistencia para él su familia; pero á condición de que se le presentase inmediatamente que le avisará que la Agencia lo necesitaba para el servicio de Cuba.

El hecho es que la publicación de aquellos dos sueltos era mal intencionada, pues con ello, no sólo se trataba de desprestigiar á Aguilera como agente, sino se pretendía crearle obstáculos para estorbarle la realización de sus trabajos, pues era natural que las personas con quienes tenía emprendidos éstos, se retrajeran porque sabían que pronto sería relevado y esperasen continuarlos con su sucesor.

Por otro lado, la publicación de su llamamiento "con urgencia" de Cuba libre, era natural que lo obligara á obedecer más pronto la orden del Gobierno, dejando el campo libre á aquellos á quienes estorbaba.

Estaba Aguilera muy seguro de que la trama procedía del partido quesadista, que después de haber intrigado en Cuba libre para que lo llamaran al territorio de la República, seguía intrigando para obligarlo á salir, y pronto dejarle el terreno expedito. No se equivocó, como veremos más adelante.

Manifestó á José María Céspedes la tendencia aviesa de esos dos sueltos, y contestó éste que pondría aviso en su periódico llamando al individuo que los había llevado para que fuese á recoger los dos pesos que dejó, con objeto de que le reservaran veinte números del periódico donde se publicaran. Dijo que ese individuo le había dicho llamarse Agustín Bruceta, que seguramente era nombre supuesto.

El día anterior, había manifestado Mayorga á Aguilera que al salir de la Iglesia encontró á la Sra. del Presidente, quien le pidió con mucha reserva una conferencia, recomendándole que no lo supiesen Aguilera ni Ramón Céspedes.

Fué Aguilera á ver á Aldama para informarse sobre el corsario de que le habló Jordan. Aldama sacó el contrato que tenía guardado en su caja, y se lo tradujo á Aguilera No había tal condición de depositar los doscientos mil pe-

sos en bonos, pero sí la obligación de abonarle cierta cantidad en bonos, según una escala que se establecía, de vapor á goleta echado á pique ó capturado. También decía que la Agencia se comprometía á poner trescientas toneladas de carbón en los puntos que el Capitán indicara, reembolsando éste á la Agencia las dos terceras partes de su valor. Quedó Aldama en mandar á Aguilera el contrato traducido.

Manifestó Mayorga á Aguilera, que, correspondiendo á la invitación de la señora del Presidente Céspedes para una conferencia, había ido á su casa. Ella lo recibió muy amable en la sala diciéndole que tenía dos empeños con él. Era el primero, que había recibido carta de su esposo en que decía haber dado orden á Aguilera para que regresase inmediatamente al territorio de la República por las razones que ya sabemos; que estaba persuadida de que un patriota de las condiciones de él, obedecería inmediatamente y se embarcaría para Cuba como hubiera lugar, pues de no hacerlo, la emigración le negaría la obediencia y su hermano Manuel haría lo mismo; atendiendo á esas razones le suplicaba estimulase á Aguilera para que inmediatamente cumpliera con el ineludible deber en que se encontraba. El segundo era que considerando ella, á Mayorga un excelente patriota, le suplicaba que tomara á su cargo la Agencia.

Mayorga contestó que Aguilera había estado antes, por dos veces, á punto de marcharse á Cuba (y era verdad), desesperado por la indiferencia de la emigración, y él se había opuesto, logrando que desistiese. Después el mismo Aguilera había tenido ocasión de alegrarse de no haberlo hecho, al ver lo perjudicial que hubiera sido para la causa, tan violenta determinación. Que al presente era todavía mucho más indispensable la presencia de Aguilera allí, por los muchos y muy importantes asuntos que estaban á punto de resolverse y aún después de resueltos, continuaría la misma necesidad. Por lo tanto, muy lejos de aconsejar á Aguilera que marchara á Cuba, le aconsejaría que explicase al Gobierno la situación, diciendo los motivos por que era improcedente que tomara esa resolución desacertada.

Con respecto á quedarse él con la Agencia, dijo que también Aguilera se lo había propuesto y él se había negado; tanto porque carecía de la influencia necesaria en la emigración, cuanto porque no contaba con caudal suficiente para llevar adelante los trabajos en pro de la causa de Cuba, si llegase el caso probable de que la emigración lo abandonase.

En este punto cambió la conversación, hablando la señora de las grandezas y poder de su hermano Manuel y otras generalidades.

Comentando Aguilera este hecho, dice con respecto á la segunda proposición que la señora probablemente había sido aleccionada para ese paso, cuyo objeto no podía ser otro que descubrir el ánimo de Mayorga; si aceptaba, tenerlo obligado moralmente, en virtud de haberle ella ofrecido la Agencia y después haberla conseguido para él; y si no aceptaba, ir pensando quién convendría á los intereses de su partido, que fuera el Agente, para por medio de la influencia que ejercía con su esposo, pedir el cargo para él. Este hecho le confirmó sus sospechas respecto al origen de los comunicados.

Estuvo Ryan en la oficina de la Agencia á proponer á Aguilera que firmase una solicitud que llevaba escrita, pidiendo á los regimientos de varios Estados le cediesen las armas y municiones que tenían de desecho para la causa de Cuba. Dijo que ese material en su mayor parte estaba bueno, y de esa manera podían conseguir gratis, buenas armas y municiones. Contestó Aguilera que estaba penetrado de la buena disposición que lo animaba, por lo que le agradecía su proposición; pero que no le parecía decoroso que estando discutiéndose en el Congreso si se concedería á Cuba los derechos de beligerante, diera ese paso, que le parecía inconveniente de muchas maneras. Sin embargo, en otra oportunidad que no existiera el motivo que le había expuesto, si se encontraba sin armas ni municiones por haber mandado á Cuba las que tenía, entonces no tendría inconveniente en ocurrir á ese medio.

Quedó Ryan satisfecho con esta explicación; pero habiéndo vuelto á la carga respecto á lo conveniente de su proposición sobre bonos, como Aguilera no accediera, salió muy molesto increpándolo por su terquedad.

Hablando después Aguilera con Mayorga, enseñó á éste una copia que le dejó José María Céspedes de los comunicados que le habían llevado para que publicara. Después de leerlos dijo Mayorga que estaba patente que para eje de aquella trama se había tomado á la señora del Presidente.

Habiendo ido Julio Peralta á hablar á Aguilera sobre su expedición, como éste le expresara sus deseos de verlo salir para Cuba, dijo Peralta que muchos más tenía él, no sólo por llevar los elementos de guerra á sus hermanos, sino para desvanecer la confabulación que se tramaba contra Aguilera. Mostróse éste sorprendido y agregó Peralta que en esa confabulación estaban personas muy allegadas á él (Aguilera), que vivían en su misma casa. Pidióle Aguilera que se explicara y Peralta lo hizo así:

Poco después de haber llegado Aguilera á New York, tratando Peralta de reunir dinero para su expedición, fué á visitar al general Quesada y pedirle que lo auxiliara. Quesada lo recibió muy bien, haciéndole muchos ofrecimientos y brindándole su valiosa protección. Viéndole en tan buen ánimo, tratató Peralta de sondearlo por mera curiosidad, y halagando su amor propio unas veces, y haciéndole preguntas intencionadas otras, finalmente vino á manifestarle Quesada que para ir á Cuba necesitaba llevar dos mil hombres, no tanto para hacer frente á los españoles, sino para imponerse á los cubanos. Le dijo que la revolución no triunfaría hasta que en Cuba no hubiese un gobierno fuerte y este gobierno lo implantaría él, bajo su sola autoridad; sabía que esa idea tenía en Cuba muchos opositores, pero como de su triunfo dependía la salvación de la patria, estaba dispuesto á hacerla triunfar, pesara á quien pesara. Continuó diciendo Quesada que sabía que él tenía mucha influencia en Holguín y contaba con ella; á lo cual contestó Peralta que lo tenía á su disposición. Quesada le prometió despacharlo para Cuba con su expedición, lo mismo que á Melchor Agüero tan pronto como Aguilera lo nombrara director militar, organizador de las expediciones, entregándole todos los materiales de guerra que tenía la Agencia. Ya contaba, dijo, con fondos suficientes para esas expediciones: á Peralta y Agüero los despacharría con veinte mil pesos y con treinta mil que le quedarían iría mandando en lo sucesivo otras expediciones. Estas combinaciones las daba Quesada como seguras diciendo que para ellas contaba con el apoyo de Ramón Céspedes.

Como Peralta hubiese dado á comprender que el enemigo que tenía Aguilera tan cerca era Ramón Céspedes, le preguntó Aguilera en qué fundaba ese juicio. Contestó Peralta que habiendo visitado una vez á la señora del Presidente y hablando ésta de los relevantes méritos de su hermano Manuel y de lo esquivo que con él se mostraba Aguilera, queriendo Peralta descubrir terreno, la interrumpió diciendo que con quien debía tener mucho cuidado era con Ramón Céspedes; la señora le contestó que con éste no tenía ninguno, porque era "todo suyo". De aquí deducía Peralta que Aguilera no debía confiar mucho en Ramón Céspedes en los asuntos que tuviesen relación con la familia Quesada, pues era su más obediente servidor.

Esto lo confió Peralta á Aguilera bajo la reserva más absoluta, pues dijo que la familia Quesada lo tenía por furibundo quesadista.

CAPITULO XII

ENERO 1872

EL GOBIERNO AMERICANO ARMA SUS PUERTOS DEL SUR.—EL CORONEL JUAN MANUEL MACIAS.—SUS CONFERENCIAS CON IMPORTANTES HOMBRES DE WASHINGTON.—TRATA DE ESTIMULARLOS CON EL GOBIERNO INGLES.—RISUEÑO ASPECTO DE LOS ASUNTOS DE CUBA EN LOS E. U.—GRATAS ILUSIONES DE AGUILERA.

Mr. Charles Ravello, repórter del periódico americano "The Sun", y entusiasta amigo de la causa de Cuba, habiendo ido á ver á Aguilera en la oficina de la Agencia ,le dijo que tenía casi la seguridad de que su gobierno reconocería en breve la beligencia de los cubanos, fundándose entre otras causas en la extraordinaria actividad que se observaba en los arsenales de la nación y el movimiento del material de guerra. Para los pueblos del Sur habían salido dosciendos cañones de grueso calibre, etc., y en su concepto, el Gobierno de los Estados Unidos se preparaba para imponer á España el cumplimiento de los tratados; pero le advirtió que todo se echaría á perder si se intentaba que en el asunto jugasen bonos cubanos.

Hacía poco tiempo había llegado á New York el coronel Juan Manuel Macías, procedente de Londres, donde desempeñó el cargo de agente cubano. Era Macías hombre de larga historia revolucionaria, compañero de Narciso López, después desempeñó el cargo de presidente de la Junta Revolucionaria de Cuba y Puerto Rico en New York, puesto que llenó hasta el comienzo de la revolución en 1868. Esta lo sorprendió en Buenos Aires, é inmediatamente volvió á New York donde encontró al frente de los asuntos de la revolución á la Junta Cubana, á la que noblemente ofreció sus servicios; ésta lo nombró para agente en Londres. Era hombre de buenas formas sociales, inteligente, patriota y fiel amigo y admirador de Aguilera.

Habiendo estado en Washington, de regreso en New York, fué á visitar á Aguilera y en la larga conversación que tuvieron manifestó Macías que en Washington había conferenciado con Mr. Banks y los senadores Wilson y Sumner, saliendo muy bien impresionado. Había tratado de estimularlos diciéndoles que el Gobierno inglés esperaba que el de los Estados Unidos hiciese cualquier demostración en favor de Cuba, para secundarlo y apoyarlo enérgicamente. Los tres le pidieron informes respecto á la opinión en Inglaterra sobre los asuntos cubanos y él les dió varios periódicos ingleses que trataban de la materia muy favorablemente. Dijo que en su concepto los Estados Unidos estaban haciendo tan extraordinarios aprestos de guerra para exigir á Espeña, apoyados por Inglaterra, el cumplimiento del tratado para la abolición de la esclavitud, y en su concepto ése sería el ultimatum que acabaría de arrojar el poder español de América.

Pocos días después volvió Ravello á decir á Aguilera que los trabajos de forticafición que se estaban practicando en todos los puertos de los Estados Unidos eran formidables; creía que algo muy grande debía suceder pronto; Mr. Sikles, el ministro americano en España estaba por todo, hasta por la guerra, pues decía que los españoles se habían burlado de los Estados Unidos miserablemente.

Por aquellos días, la discusión de los asuntos de Cuba, entre el pueblo, la prensa y las Cámaras Americanas, y los preparativos de guerra que hacía el Gobierno de los Estados Unidos, hacían creer á todos que la causa de Cuba estaba en vísperas de sufrir un cambio muy favorable. Aguilera también participaba de esta opinión y se regocijaba con la idea de pronto disponer de recursos suficientes para mandar cuantiosos auxilios á sus compañeros en el campo, con los que

en breve ganarían la ansiada independencia.

Aquel día lo pasó su sobrino Miguel Luis Aguilera, sellando y contramarcando bonos para la negociación de Ramón Martínez, y él hasta muy tarde en la noche estuvo poniéndoles la firma, con el fin de que pronto pudiesen ser depositados y no sufriera interrupción por ese motivo el deseado reconocimiento de la beligerancia.

¡Cuán gratas ilusiones se formó Aguilera en esos días! Por más desconfianza que tantas decepciones, le hiciesen abrigar, al ver que todos esperaban un cambio favorable para los asuntos de Cuba, y viendo él mismo que esa esperanza tenía tan razonables fundamentos, no podía menos que participar de ella también. Y si tanto bien se realizara al fin, y pudiera disponer de dinero suficiente para mandar expediciones á Cuba, una tras otra, hasta arrojar de ella el tiránico gobierno que la oprimía: ¡qué realidad más hermosa para él! Por contemplarla, por ver á su idolatrada Cuba libre é independiente, al poderoso esfuerzo de su voluntad, ¡con cuánto placer bajaría al sepulcro al siguiente día!

CAPITULO XIII

ENERO 1872

LLEGADA DEL "HORNET" A BALTIMORE.—LA JUNTA DE SEÑORAS CUBANAS.—PRESENTE QUE HACE A AGUILERA DE UN RELOJ DE ORO.—EL CAPITAN DEL "HORNET" MR. BROWN.—REFIERE EL DESPILFARRO DE LA ADMINISTRACION DEL BARCO.—CARTA DEL AGENTE PORT AU PRINCE.—EL CAPITAN BROWN TUVO QUE GIRAR $3.500 CONTRA MAYORGA.—EXIGENCIAS DEL CONSIGNATARIO.—DEUDAS DE LA ADMINISTRACION DE ALDAMA.—CONFUSION DE MAYORGA ANTE TANTAS EXIGENCIAS.—GASTOS DEL "HORNET".—EN SEIS MESES $15.000.—MAYORGA ENVUELTO EN LA FATALIDAD DE AGUILERA.—CORSARIO.—EXIGENCIAS DEL EMPRESARIO.—DESILUCION DE AGUILERA.—GIRO DE $500 CONTRA AGUILERA. NO TIENE DINERO CON QUE PAGARLO.—OTRO GIRO DE $400.—SUPLICA ESPERA A LOS TENEDORES.—ENTREVISTA DE MAYORGA CON EL SECRETARIO DE MARINA—EL VAPOR "HORNET" A DISPOSICION DE MR. FISH—MALA IMPRESION QUE LE CAUSO A MAYORGA.—INFRUCTUOSAS GESTIONES DE ESTE POR LOS $3.500.—DERROTA DE LA BELIGERANCIA EN EL CONGRESO AMERICANO.—ANOTACIONES EN EL DIARIO DE AGUILERA

Se informó Aguilera por los periódicos de la mañana de que el vapor "Hornet" había llegado al puerto de Baltimore. Después le dijo Mayorga que su capitán, Mr. Brown, le había escrito de Baltimore diciéndole que había salido de Port au Prince escoltado por el vapor de guerra americano "Congress", sin novedad; una vez en alta mar lo dejó solo, ordenándole se dirigiera al puerto de Baltimore, porque ésas eran las instrucciones que tenía de su gobierno. El capitán lo ofreció así y entró en ese puerto.

Contrarió bastante á Mayorga y Aguilera que el vapor hubiese tomado puerto en Baltimore, pues habían instruído al capitán que fuera á New York, donde podían atender mejor al buque; pero al haberle ordenado el comandante del "Congress" que fuera á New York, sospecharon que el Gobierno queria embargarlo por la causa que tenía pendiente.

Aquel día hizo llamar á Aguilera la Sra. de Trujillo, Presidente de la "Junta Patriótica de Señoras"; fué, y la señora le hizo el presente de un magnífico reloj de oro con una inscripción en el interior de la tapa que decía "La Junta Patriótica de Señoras" de New York, al Mayor General Vice-Presidente de la República de Cuba, Francisco V. Aguilera.—Enero 1872"

Mucho agradeció Aguilera esa prueba de simpatía de la mencionada Junta de señoras; lo manifestó así á la Sra. Presidente y al mismo tiempo ofreció enviarle una comunicación expresando lo mismo para que constase en el archivo de la Sociedad.

Al día siguiente fué Aguilera á casa

de Mayorga, que lo había invitado á comer; al sentarse á la mesa llegó el capitán Brown. Refirió éste que al llegar á Port au Prince encontró que el despilfarro de la administración del "Hornet" había sido extraordinario; últimamente, había tenido él mismo que arreglar las cuentas y los papeles pues le encargado ni el cónsul americano pudieron entender tal enredo. Se hizo despachar para New York según ellos le habían instruído, pero tuvo que cumplir la orden del comandante del "Congress" de ir á Baltimore. Dicho comandante le puso á bordo un oficial de Marina y le dijo que su objeto no era intervenir en el manejo del buque, sino para caso de que fuera detenido éste por algún vapor de guerra español, que opusiera las protestas correspondientes. Se vió obligado á hacerlo así, porque el "Hornet" sólo tenía carbón para cuatro días y tuvo que navegar á la vela.

Entregó Brown á Mayorga una carta del Sr. Manuel Fernández, agente en Port au Prince. En dicha carta decía que el Capitán Brown se había visto precisado á girar contra él mismo una letra por tres mil quinientos pesos á 30 días vista, para hacer posible la salida del buque; se quejaba al mismo tiempo de que el consignatario Sr. Riviere, no sólo cobraba el cinco por ciento de comisión, sino que pedía dos mil pesos por la consignación del vapor. Le encargaba igualmente Fernández que no dejara de pagar los mil treinta pesos á que ascendían los gastos del "Hornet", del mes de julio, durante la administración de Aldama, quien no quiso abonarlos.

Anonadado quedó Mayorga ante aquella serie de exigencias que le venían encima; la Agencia no tenía ni un centavo en caja, y consideraba que era él quien debía hacer frente á aquellas obligaciones, en virtud de su compromiso con Aguilera, por más que tampoco contaba con fondos para ello.

Haciendo un cálculo á la ligera contaron que los gastos del "Hornet" en los seis meses que había estado hecho cargo de él Aguilera ascendían á más de quince mil pesos.

No podía ser de otra manera dado el estado en que los asuntos de la Agencia vinieron á sus manos. Recién llegado á aquel país extranjero, sin conocer el estado de los asuntos de que se hacía cargo, sin libros y sin cuentas, asediado de cobros por todos lados, sin un centavo, negándole los cubanos emigrados pudientes sus auxilios, el vapor "Hornet" en un lejano puerto extranjero con el que había escasas comunicaciones, bloqueado por varios buques de guerra españoles, envuelto en deudas que impedían su salida, ¿cuál podría ser el resultado de tan desesperante situación? Como parecía decretado que el camino de Aguilera estuviera sembrado de espinas, al acercarse Mayorga á él debía sentir también su punzante efecto; así, la noche á que nos referimos, quedó tan impresionado con la lectura de aquella carta, que al despedirse Aguilera dijo á éste que no iba á poder dormir.

Recibió Aguilera una carta del empresario del vapor corsario en que decía que ya éste había salido para el Pacífico, llevando el nombre de "Tornado". Le insinuaba al mismo tiempo que, habiendo tenido muchos gastos y estando escaso de dinero, deseaba le adelantara $10,000 y algunos cientos de miles en bonos cubanos.

Le contestó Aguilera que con respecto á los bonos no tenía dificultad, pero no podía adelantarle dinero porque ese no era el contrato, ni tampoco estaba muy abundante para de momento hacer ese desembolso. El contenido de la carta entristeció á Aguilera, porque habiendo concebido una grata esperanza con esa empresa, vislumbró que el tal empresario era un farsante como tantos otros que lo que pretendían era explotar la causa de Cuba.

Tenía Aguilera que pagar el día siguiente una letra de quinientos pesos girada por el Agente de Jamaica, y no tenía ni uno en caja ni quien se lo diera ó prestara. Esta situación no era nueva para él, por haberse encontrado en otras idénticas, mas como no podía acostumbrarse á ellas, se llenaba de desazón y de angustia cada vez que se presentaban.

Temía Aguilera que si no pagaba le letra, el Agente renunciaría disgustado,

aquel puesto, que tan importante era, porque por allí se comunicaba con Cuba libre, y la emigración cubana era bastante numerosa. El día anterior le habían cobrado otra letra de cuatrocientos pesos girada contra él por el Agente de Nassau, no pudiendo pagarla tampoco, sin embargo de ser Nassau también otro lugar importante por tener allí depositadas muchas armas y municiones que deseaba mandar á Cuba y no tenía dinero para hacerlo. Le presentaron la letra de quinientos pesos y tuvo que suplicar lo esperasen algunos días,.

Estando á la sazón el Secretario de Marina en New York, quiso aprovechar Mayorga la oportunidad para hablarle sobre el vapor "Hornet". Fué á verlo al hotel de la "Quinta Avenida", y el Secretario lo recibió muy bien, diciéndole que ya estaría contento porque tenía su vapor allí, libre de riesgo. Mayorga le contestó que estaba contento y le dió las gracias; pero como le demostrase estrañeza porque lo había mandado á Baltimore, cuando á él le convenía tenerlo en New York, contestó el Secretario que por su parte había llenado su misión y cualquier reclamación que tuviera que hacer el Gobierno, era de la competencia del Secretario de Estado. Como este Secretario era Mr. Fish, quien de mil maneras había demostrado su hostilidad á la causa de Cuba, para Mayorga fué lo mismo que si le dijera que estaba á merced del Ministro Español.

Agotados por Aguilera todos los medios para conseguir los quinientos pesos para abonar la letra de Jamaica sin haber podido lograrlo, al fin decidió ocurrir á Mayorga como último recurso, pues aunque conocía su buena voluntad para servirlo, como ya lo había ocupado muchas otras ocasiones con buen resultado, no quería abusar de su condescendencia. Esperaba que llegase á la oficina para pedirle prestada la cantidad, de los fondos de la sociedad "La Auxiliadora", en calidad de reintegro, cuando entró Mayorga diciendo que estaba desesperado. No sabía cómo conseguir dinero para la letra de tres mil quinientos pesos del "Hornet" que se vencía en breve, y sin embargo, era necesario pagarla, porque de lo contrario embargarían el vapor y sería una nueva dificultad. Al ver su estado de ánimo, Aguilera no creyó discreto manifestarle su pretensión.

Continuaron hablando sobre el "Hornet", y dijo Mayorga que indudablemente lo encausaría el Gobierno por informalidades ocurridas en tiempo de Aldama; que el vapor tenía más enredos que lo que él valía.

Estando bajo tan triste impresión llegó el C. José Casanova y les preguntó si se habían enterado del telegrama que acababa de llegar sobre la causa de Cuba. Le contestaron que no y entonces les tradujo de un periódico americano el telegrama siguiente:

"Washington Enero 29.—Mr. Worhees de Indiana introdujo una resolución, en la Cámara reconociendo la beligerancia. La Cámara rehusó pasar la resolución sobre la beligerancia de Cuba introducida por Mr. Woorhees por "sí" 73, "no" 109.

Inmediatamente después de esta anotación, escribe Aguilera en su "diario".

"Este último golpe me ha dejado completamente desconcertado, calculando que la ruina de mi pobre patria es inminente, á menos que Dios haga un milagro. Nuestro crédito se hundirá, no sólo entre los extraños, sino entre los mismos cubanos pudientes, los que á pesar de la esperanza de la beligerancia se muestran tan reacios.—Y mientras tanto, nuestros pobres hermanos en Cuba, abandonados del mundo entero, sin un tiro con que defender sus vidas, á merced de nuestros implacables enemigos, no tendrían más remedio que sucumbir; los fuertes en la pelea y los débiles entregándose á la saña de la cruel opresión, que no los dejará con vida mucho tiempo. ¡Oh! Este día es el más atroz que he pasado aquí, y tal vez el más fatal de toda mi vida."

CAPITULO XIV

FEBRERO 1872

AGUILERA TRATA DE REORGANIZAR LA AGENCIA DE PARIS.—SU CARTA A VALDES FAULI.—CONTINUA LA TRAMA QUESADISTA.—LA SRA. DEL PRESIDENTE RECIBE ABIERTA LA CARTA DE SU ESPOSO.—CRISIS DE LOS ASUNTOS CUBANOS EN WASHINGTON.—R. CESPEDES Y OTROS PARTEN PARA LA CAPITAL AMERICANA.—AGUILERA PAGA SU GIRO DE $500.—PREOCUPACION DE MAYORGA.—ABRUMADO POR LOS COMPROMISOS DEL "HORNET".—TEMORES DE AGUILERA DE QUE MAYORGA LO ABANDONE.—¿QUE HARA ENTONCES?.—CON ANIMO SERENO MARCHA ADELANTE.—EL "HORNET" EN PELIGRO DE SER CONFISCADO.—ANGUSTIAS DE MAYORGA.—EL "HORNET" EMBARGADO POR UNOS MARINEROS.—RECLAMAN $4.000.—CONSECUENCIAS DE LA ADMINISTRACION DE ALDAMA.—EL CAPITAN PIDE MIL PESOS MAS.—MAYORGA ABATIDO.—PIDE A AGUILERA QUE LO SALVE.—SU FAMILIA VA A QUEDAR EN LA MISERIA.—AGUILERA TRATA DE ALENTARLO.—VA CON MAYORGA A VER AL ABOGADO DEFENSOR.—HISTORIA DEL PLEITO DE LOS MARINEROS.—FIANZA DE $4.000 PARA EL "HORNET".—PEREGRINACION DE MAYORGA Y AGUILERA PARA CONSEGUIRLA.—DECEPCIONES QUE RECIBEN DE LOS RICOS.—EL MAS POBRE LA PRESTA.

En sus ansias por reunir recursos con que atender á los innumerables compromisos que sobre él pesaban, desengañado de los emigrados pudientes de New York y sabiendo que la emigración de Europa era rica, decidió nombrar un agente en París, autorizado para gestionar entre aquellos cubanos que contribuyeran con su óbolo, á la liberación de la patria. A este fin escribió á su antiguo amigo, señor José Valdés Fauli, exitando su patriotismo y suplicándole aceptara el cargo de agente, al mismo tiempo que le incluía otra carta para el C. Carlos de Varona, anterior agente en París, en la que, para evitar susceptibilidades, le anunciaba el nombramiento de V. Fauli.

La carta á éste decía así:

"New York, 29 Enero de 1872.

"Sr. José Valdés Fauli.
39 Rue Moscou
París.

"Muy señor mío y amigo:

"El Gobierno de la República me ha confiado el difícil cargo de esta Agencia General en el Exterior, y en consecuencia es mi deber y mi propósito aunar los elementos favorables á Cuba que haya, por más desparramados que se encuentren. Antes de tocar al punto objetivo que me proporciona el honor de escribir á Vd., quiero entrar en algunas reflexiones que son como las premisas de que es consecuencia aquel objetivo.

"La cuestión de Cuba ha llegado ya á una altura, en que si se quiere, para regularizar la conducta de la emigración cubana en sentido de un éxito completo para los patriotas, basta consultar la conveniencia de esa misma emigración, omitiendo las razones de alto patriotismo. La emigración por interés propio está ligada al triunfo próximo de los patriotas.

"Ninguno que conozca un poco las condiciones de la revolución, que haya seguido paso por paso su marcha por espacio de tres años, que conozca sus recursos, sus circunstancias especiales, el patriotismo y valor de sus defensores, el abismo de sangre que separa á ambos partidos y el propósito indomable de los patriotas, puede dudar un momento de que nuestro triunfo es cuestión de tiempo. Por otra parte, España exhausta de recursos, dividida, seriamente agitada, con grandes problemas interiores que resolver y que amenazan trocarse en cataclismo, sin dinero, sin crédito, sin simpatías y abocada á grandes complicaciones por la cuestión de Cuba, facilita á los cubanos el camino de su independencia.

"En las guerras de independencia no hay neutrales. Son dos principios separados por un abismo y el que se sitúa en él se hunde; no hay neutrales, nosotros los despreciamos y los españoles los asesinan; no puede haber neutrales porque

fuera de los dos círculos que se combaten no hay esfera posible y los que tal pensaran sufrirán, en lo físico la muerte, la confiscación, el destierro, en lo moral el desprecio y la conciencia de su cobardía. La neutralidad en esta cuestión es imposible, como no hay neutralidad entre la luz y las tinieblas, el bien y el mal, el honor y la infamia.

"Prueba de lo antes dicho, son la multitud de fusilamientos, deportaciones individuales y en masa y confiscaciones en masa é individuales también, con que los españoles aspiran al exterminio del elemento indígena. Echemos, amigo mío, una mirada sobre nuestra ensangrentada patria, y no encontraremos, de aquel elemento, donde posar al mirada. El hacha española ha tronchado cuanto allí sobresalía, si oportunamente no se puso en salvo. Y como si la saña de esa gente no tuviese fin, los persiguen allí donde quiera que están, incautándose sus bienes por más españoles que aparenten ser. Bien que ellos comprendan que en el fondo y por naturaleza no puede haber cubano que sea español. Y de este principio bueno que ellos aceptan, deducen maldades horribles que realizan con indignación del mundo y con su crueldad histórica.

"No puede haber neutralidad, y pues los españoles no la aceptan, porque no pueden aceptar á los naturales entre los suyos, por naturaleza, por necesidad y por conciencia, los cubanos todos deben cubrirse con su bandera: la independencia.

"Marchemos á ella.

"Jamás pueblo alguno como el cubano, ha dado tantas pruebas de abnegación, de valor y de cordura. Inerme se lanzó á una lucha titánica, casi inerme la ha continuado repeliendo por más de tres años un ejército formidable, ayudado de una gran escuadra, y los españoles ven caer día á día sus soldados, y los reponen, y vuelven á morir infructuosamente hasta el día en que se agoten sus recursos, ó en que los cubanos, aumentando los suyos, den el golpe de gracia á la dominación española. En medio de una revolución terrible, social y política, en una sociedad compuesta de elementos heterogéneos, con principios, educación y aspiraciones distintas, y en medio de una guerra salvaje y sin tregua, el pueblo cubano ha mostrado morigeración digna del mayor encomio, ha creado un poder democrático que ha defendido y obedecido fielmente sin excepción, cuando ese gobierno no cuenta con otra fuerza que la moral sobre los ciudadanos. ¿No es ésta una página de gloria para Cuba? ¿No es un feliz augurio que nos anuncia días serenos y felices para nuestra patria? Y ese valor indomable sugerido por la libertad, y esa infinidad de sacrificios de todas clases, y esas penalidades sin cuento que constituyen la abnegación, ¿no son una garantía para nuestras futuras libertades y nuestro futuro bienestar?

"La revolución está hoy más pujante que nunca. Estos tres años de guerra nos han hecho soldados. Los bisoños se han trocado en aguerridos, los que antes huían, ahora avanzan y nuestros jefes han surgido en el campo de batalla. Tenemos una organización en todos los ramos, especialmente en el militar, todo obedece á un centro común de acción, los triunfos se suceden, el enemigo mengua sus recursos, y sobre todo tenemos fe del triunfo y la conciencia de nuestra fe.

"Cuba seré irremisiblemente libre.

"Pero libre en más ó menos tiempo, con más ó menos efusión de sangre, con pérdidas de propiedades más ó menos grandes. Esto depende de la conducta de la emigración. Si ésta, comprendiendo sus intereses, se decide á hacer un sacrificio con que impulsar á los patriotas, el triunfo será fácil y rápido; si por el contrario se niega á hacerla por una obcecación criminal, la obra será más lenta, los perjuicios mayores, más la sangre vertida, la emigración más larga.

"Y á este fin, concurriendo en Vd., amigo mío, todas las circunstancias que deseo para este importante encargo, he resuelto confiar á Vd. mis poderes por una autorización formal que acompaño, para que ejerza sus buenos oficios en favor de Cuba, acerca de la emigración en Europa. Su vasta inteligencia, su patriotismo, su influencia, en fin, le son á Cuba y á mí de una garantía para el

éxito de este importante asunto. Vd. puede darle á este negocio la forma que juzgue más conveniente para obtener el fin que nos proponemos, asegurando que con un auxilio oportuno y vigoroso á los patriotas, el triunfo es inmediato, sin necesidad de destruir valiosas propiedades, salvando riquezas de la mitad de la Isla.

"Puede Vd. garantir á los contribuyentes que lo deseen, que sus nombres serán guardados en el más profundo secreto, á cuyo fin puede Vd. otorgarle recibos al portador.

"Asimismo, y si lo desean los contribuyentes, pondrá en su poder los bonos de la República correspondientes á las cantidades que entreguen, lo cual les garantiza el reintegro con intereses en no lejano día.

"Y en fin, queda Vd. autorizado para que en el sensible caso que no pueda Vd. aceptar el cargo que le confío, lo traspase á otra persona que reuna las condiciones importantes y delicadas que exige esta misión patriótica.

"Yo confío, amigo mío, que en sus manos el asunto, tendremos un éxito completo. Acaricio esta esperanza, y feliz Cuba y felices nosotros si tal sucede, pues con la ayuda de esa emigración, yo pondré en Cuba todos los elementos para lanzar los españoles, y volvernos á reunir en nuestra patria libres, á trabajar por su futura grandeza y felicidad.

"Esperando su respuesta, reciba Vd. la seguridad de mi más distinguida consideración, y quedo á sus órdenes como su atento amigo y seguro servidor:

F. V. Aguilera.

P. D.—Adjunto á Vd. una carta para el C. Carlos de Varona. Al hacerme cargo de la Agencia General, encontré en el personal de los agentes al C. Varona en Francia. Creo conveniente darle aviso para evitar susceptibilidades heridas. Aunque no lo nombro, puede Vd. reclamar ó no sus auxilios.

Vale."

Refirió Ramón Céspedes á Aguilera que había estado la señora del Presidente á visitar á la suya y él le preguntó si había enseñado á alguien la carta que recibiera de su esposo, refiriéndole la ocurrencia de los comunicados que habían querido publicar respecto á Aguilera. La señora se manifestó muy sorprendida y dijo que la carta de su esposo se la llevó abierta Manuel Anastasio Aguilera, diciéndole que en ese estado se la había entregado Pío Rosado, quien la trajo de Cuba libre. Estos hechos eran ciertos, según los comprobó Aguilera después, quedando entonces en duda sobre quién habría revelado la noticia.

Como el asunto del reconocimiento de la beligerancia de los cubanos estuviera pasando por un gran crisis en Washington, reuniéronse Ramón Céspedes, Aguilera, Aldama y Echeverría para discutir lo que debía hacerse. Acordaron que sin pérdida de tiempo fuese á Washington Ramón Céspedes, comisionado diplomático, acompañado de Aldama y Echeverría para mover la opinión en favor de los cuabnos, á fin de que el Gobierno americano reconociera la beligerancia de Cuba. En la noche siguiente partieron para Washington, además de los tres individuos mencionados, José Manuel Mestre y Juan Manuel Macías.

Por último pudo Aguilera abonar la letra de quinientos pesos de Jamaica. Aprovechando un momento favorable, propuso á Mayorga hacerse cargo él (Aguilera) de mil pesos que tenía destinados la sociedad "La Auxiliadora" para la expedición de Peralta y esa cantidad dividirla entre los dos para aplicarla á sus compromisos. Mayorga lo encontró bien y así lo hicieron.

Por aquellos días notaba Aguilera á Mayorga cabizbajo y preocupado por los compromisos que le acarreaba el vapor "Hornet". No eran ya sólo los tres mil quinientos pesos que había girado contra él el capitán Brown los que tenía que pagar, sino también mil treinta pesos que anteriormente había protestado Aguilera, y además le anunciaba el Capitán que necesitaba algún dinero si quería que el vapor fuera á New York; además, había que cubrir los gastos que diariamente hacía el vapor. Aguilera, que veía á Mayorga disgustado, temía le dijese que no podía seguir con el "Hornet" y lo abandonara también como habían hecho los demás. Encontraríase entonces con el va-

por lleno de deudas, amenazado de varios pleitos, sin conocer las costumbres del país, sin saber el idioma, sin ningún paisano que quisiera ayudarlo, abandonado de todos, sin dinero, y con una inmensa responsabilidad. ¿Qué haría? El mismo no lo sabía, pero preveía que aquello iba á hundirse y él sería arrastrado en la catástrofe. Sin embargo, semejante al que por delgada cuerda tiene que salvar un abismo inmenso, marchaba con ánimo sereno por aquel inseguro sostén, con la vista fija en su propósito sin cuidarse del peligro.

Mayorga le manifestó que había sabido que el "Hornet" estaba detenido en Baltimore por orden del Secretario de Hacienda y probablemente lo encausarían; si llegaba á perderse esa cuestión se perdería también el vapor y todo el dinero que él había adelantado.

Dos días después llegó Mayorga muy abatido á la oficina de la Agencia; llamó á Aguilera aparte, y le dijo que la noche anterior no había podido dormir. Recibió un telegrama del Capitán Brown diciéndole que el vapor había sido embargado por unos marineros que habían servido en él, en tiempo de Aldama; estos marineros reclamaban cuatro mil pesos de sueldos no pagados, daños y perjuicios. Además decía Brown que había girado mil pesos más contra él á fin de estar listo para llevar el barco á New York. Mayorga se hallaba grandemente impresionado al extremo de decir á Aguilera, lleno de emoción, que hiciera un esfuerzo para sacarlo de aquel apuro; su crédito, única cosa que le quedaba ya, estaba en peligro de perderlo; se arruinaba y su familia quedaría en la miseria. Suplicó á Aguilera que lo salvara, ya que por servirlo se encontraba en tan terrible trance. Aguilera trató de alentarlo prometiéndole que no descansaría hasta conseguir que saliera de aquellos compromisos; y su promesa era sincera, pues se consideraba obligado á ello por deber, por gratitud y por patriotismo.

Inmediatamente fueron los dos á ver al abogado que en tiempo de Aldama había entendido en el caso del vapor. Les dijo el abogado que era cierto que Delmonte le había hablado para que defendiera al vapor en un pleito que le habían puesto unos marineros; él había tomado el asunto á su cargo, pero no había vuelto á ver á Delmonte hacía más de seis meses. Que el Sr. M. Macías, dueño que aparecía ser del vapor, se había empeñado para que le devolvieran seiscientos pesos que tenía embargados y así que lo consiguió le dijo que ya le importaba poco que el pleito se perdiera.

Por la relación que les hizo el abogado, dedujo Aguilera que los cien pesos que en una ocasión le habían pedido, para que no se perdiera el pleito del "Hornet" y que á costa de tanto trabajo consiguió reunir, no habían servido para otra cosa que desembargar á M. Macías sus seiscientos pesos.

La historia de esta cuestión de los marineros del "Hornet" es como sigue. Cuando llegó el "Hornet" á Port au Prince, Haití, arregló sus cuentas á los marineros en cuestión, les pagó y despidió. Estos esperaron allí una oportunidad para volver á New York, donde los había tomado el "Hornet" y al llegar á este puerto se presentaron á Aldama, cobrándole sus salarios desde que fueron despedidos hasta su llegada allí. Aldama no quiso pagarles y ellos pusieron pleito al barco. Delmonte buscó al Abogado de referencia para que defendiera al vapor y depositó en nombre de Macías, que aparecía como dueño del "Hornet", seiscientos pesos que le exigieron. Gestionaron después Delmonte, Aldama y Macías la devolución de la fianza, y los $100 que les costaron las gestiones, los pidieron á Aguilera, diciéndole que eran para abonar los honorarios al abogado, de lo contrario, se perdía el pleito. Aguilera, con mil apuros logró conseguirlos y se los entregó. Con ese dinero recobraron la fianza de Macías, diciendo éste que ya no le importaba se perdiera el pleito, sin volver á ocuparse más del asunto. Al llegar el "Hornet" á Baltimore, los mismos marineros lo embargaron, no ya por la friolera que se les debía, sino también por sus sueldos ya pagados, y como los asuntos de la Agencia habían estado tan abandonados, no parecían los recibos que dieron los marineros, justificantes del pago.

Dijo el abogado que lo importante era traer el vapor á New York, para lo que tenían que buscar un fiador por los $4,000, pues Mayorga como dueño, no podía serlo.

Tratando de conseguir el consabido fiador, determinaron hablar al Ciudadano Antonio Fernández Bramosio, uno de los cubanos acaudalados de la emigración. Lo encontraron en casa de Joaquín Angarica, lo llamaron aparte y le propusieron hiciera ese servicio á la patria y á ellos. Bramosio contestó que desde muy joven seguía como principio no fiar á nadie, prefiriendo antes dar el dinero. Dijo que si se optaba por reunir la cantidad, él contribuiría con alguna cosa, pero no podía ser fiador. Continuaron la conversación, extendiéndose Bramosio en la explicación de los muchos miles de pesos que había dado ya para la causa de Cuba, lo cansado que estaba de ver que no produjeron resultados los sacrificios que él y otros patriotas habían hecho, etc. Finalmente se retiraron Aguilera y Mayorga, muy contristados. Aquella fué una noche de insomnio para Mayorga y Aguilera.

Al día siguiente experimentaron Aguilera y Mayorga gran contento al saber que M. J. Izaguirre había encontrado los recibos de los marineros reclamantes, por los que constaba que se les habían abonado sus haberes hasta el día de su salida de Port au Prince. Muy satisfecho Mayorga llevó los recibos al abogado y éste le dijo que con esos documentos era imposible perder el pleito.

Informó Mayorga á Aguilera que ya no era una fianza de cuatro mil pesos la que se necesitaba, sino dos de dos mil setecientos pesos cada una. Mandaron á buscar al Ciudadano Manuel Casanova, otro acaudalado cubano, para ver si se prestaba á dar las fianzas. Acudió éste, le explicaron el objeto, exponiéndole la urgencia del caso y demostrándole que no había ningún temor de que la fianza se hiciese efectiva, tanto por los recibos que tenían de las partes reclamantes, que probaban lo infundado de su reclamación, cuanto porque trataban de vender el barco inmediatamente y así que se efectuara la venta se depositaría en un banco la cantidad que él fiaba, para responder á cualquiera emergencia.

Contestó Casanova negativamente, indicando que quizás su hermano José podría hacerlo, y aunque éste estaba á la sazón en Filadelfia, esperaba regresara al día siguiente.

Como el asunto era tan urgente, se valió Aguilera de Toscano, empleado de la casa de L. Delmonte y C.ª para que hablara á Delmonte á ver si podía servirlo; hízolo Toscano y contestó Delmonte que un artículo del contrato social que acababa de formar con su suegro Aldama, le prohibía terminantemente prestar fianzas; pero que creía que su concuñado, Ciudadano Cristóbal Alfonso, podría hacerlo.

En tan grande aprieto, Manuel J. Izaguirre, allí presente, expresó la idea de que el C. Antonio Abad Martínez, socio de Alfonso, que era un patriota decidido y desinteresado, quizás podría sacarlos de la dificultad.

Inmediatamente fueron á casa de Abad, Aguilera y Mayorga y lo encontraron. Abad los recibió cariñosamente y cuando fué informado del objeto de su visita, se manifestó desde luego dispuesto á prestar la finza que solicitaban.

Pasaron en seguida Aguilera y Mayorga á casa de Alfonso y con el asiático que les abrió la puerta, se informaron de que estaba sentado á la mesa, comiendo; mandó Aguilera su tarjeta y volvió el mismo criado diciendo que acababa de salir.

Este caso dió la medida á Aguilera de lo que podía esperar de las personas que no habían querido hacer aquel pequeño servicio á la causa, viniendo á hacerlo precisamente el que menos fortuna tenía y á quien Aguilera veía por primera vez.

Muy satisfechos por haber salvado la dificultad, se retiraron á sus casas Aguilera y Mayorga, más alentados para acometer las otras que les quedaban por vencer.

CAPITULO XV

FEBRERO 1872

REGRESO DE LA COMISION A WASHINGTON.—FRACASO QUE EXPERIMENTO.—R. MARTINEZ Y LOS BONOS.—APLAZA LA FORMALIZACION DEL DOCUMENTO.—SE ESPERA UN PROXIMO ROMPIMIENTO CON ESPAÑA.—EL "HORNET" DETENIDO POR FRAUDE.—PIO ROSADO COMISIONADO POR PEDRO CESPEDES.—PROPONE IR A MEXICO A BUSCAR RECURSOS.—AGUILERA LO APRUEBA.—CONFERENCIA DE ECHEVERRIA CON EL SENADOR MR. BUTTLER.—RAZONES PORQUE LOS ESTADOS UNIDOS NO RECONOCERIAN LA BELIGERANCIA DE LOS CUBANOS.—MR. BUTTLER DESILUSIONA A ECHEVERRIA SOBRE LA BELIGERANCIA.—ANTECEDENTES DE ECHEVERRIA.—CONFERENCIA DEL CAPITAN BROWN CON MR. FISH.—ESTE MUESTRA SU ENEMISTAD POR LA CAUSA DE CUBA.—BUTTLER SE INTERESA POR LA CAUSA DE LOS CUBANOS.—CARLOS GARCIA PARTE PARA VUELTA ABAJO.—PROYECTO DE LA "CUOTA UNICA" ENTRE LOS EMIGRADOS.—ALDAMA SE NIEGA A SUSCRIBIRSE.—FUTIL PRETEXTO QUE OPONE.—QUIEREN QUE AGUILERA LES SIRVA DE INSTRUMENTO.—PENSIONES ATRASADAS.—AGUILERA ACUDE A MAYORGA.—ESTE DICE SU SITUACION ES PEOR QUE LA DE NINGUNO.—SU CREDITO VA A RODAR POR EL SUELO.

Regresó la Comisión de Washington, después del fracaso más completo. Aldama fué á visitar al Senador Mr. Sumner y éste le contestó que no podía recibirlo porque estaba muy ocupado. En el viaje anterior Ramón Céspedes pasó una esquela muy atenta á este mismo Senador pidiéndole audiencia y al mismo tiempo incluyéndole una carta del Presidente Carlos M. de Céspedes, con su traducción en inglés. Mr. Sumner no le contestó. Ramón Céspedes y Echeverría fueron á visitar al Secretario de Estado Mr. Fish y éste les mandó recado de que no podía recibirlos. Visitaron al Senador Mr. Buttler; les manifestó éste que aunque era amigo de la causa de Cuba, ellos no se ocuparían por entonces de la beligerancia. Los comisionados se volvieron á New York desalentados.

Como Aguilera hubiese remitido ya á Ramón Martínez los treinta millones de pesos en bonos cubanos, debidamente legalizados, para que los depositara y comenzara á correr el término de dos meses fijado para que fuese reconocida la beligerancia, tan pronto como volvió Ramón Céspedes de su comisión á Washington, le pidió lo acompañara á ver á R. Martínez, para formalizar el asunto y que se extendiera el documento correspondiente. Accedió Céspedes y fueron á ver á Martínez.

Les manifestó éste que hablaría con el General F. para convenir la forma que había de tener el documento. Hablando respecto á las probabilidades de que se reconociera la beligerancia, dijo Martínez que el Gobierno de los Estados Unidos se preparaba á dar un gran golpe, porque no solamente estaba fortificando con gran prisa á Cayo Hueso, sino que se preparaba para poner en Pansacola el cuartel general de las fuerzas americanas, por ser el punto donde convergían los caminos de hierro del Sur y se encontraba casi frente á la Habana. Era la creencia general que el gobierno de los Estados Unidos prevenía el caso próximo de cualquier complicación con España, respecto á Cuba y también que dicho Gobierno no daría paso alguna hasta estar suficientemente preparado.

Recibió Mayorga un telegrama del capitán Brown en que le decía que el "Hornet" estaba detenido por orden del Secretario de Estado en virtud de la denuncia de un fraude que había tenido lugar entre el Comodoro del buque, Mr. Hibb y su dueño legal, M. Macías, en tiempo de la administración de Aldama. También le daba la buena noticia de que en Washington habían ofrecido veinticinco mil pesos por el vapor. Como el deseo de todos era vender ese barco que tan malos ratos les daba, contestó Mayorga inmediatamente con otro telegrama aceptando la proposición y diciendo que salía aquella noche para Washington.

Varias fueron las conferencias que tu-

vo Aguilera con Pío Rosado, delegado de Pedro Céspedes, para dar cumplimiento á la misión que éste llevó de Cuba libre. Aguilera le manifestó francamente la imposibilidad de llevar cuatro expediciones de hombres y de armas por Tunas, Camagüey, las Villas y Occidente, respectivamente, por la carencia de medios. Mucho hablaron y discutieron sobre la precaria situación de la Agencia hasta que concluyó Pío Rosado proponiendo ir á Veracruz, Campeche y Mérida á excitar el patriotismo de las emigraciones de esos lugares y reunir algunos recursos. Manifestó Aguilera que aunque en cada uno de esos puntos tenía un Agente, sin embargo, no le parecía mal que fuese, siempre que Rosado obrase en todo de acuerdo con dichos Agentes. Convino Rosado, y Aguilera ofreció proveerlo de recursos para el viaje tan pronto los tuviera disponibles. Rosado salió para Méjico algún tiempo después.

Estuvo Echeverría en la oficina de la Agencia á leer á Aguilera y Ramón Céspedes un extracto que había hecho de su conferencia en Washington con el Senador, General Buttler. De la referida conferencia se deducía que los motivos porque el Gobierno de los Estados Unidos no reconocían la beligerancia á los cubanos eran los siguientes:

1.° Porque el Gobnerno de los Estados Unidos estaba persuadido de que en ese caso España le declararía inmediatamente la guerra, según la opinión de Mr. Sikles, Ministro en Madrid; traería su Marina hasta muy cerca de Sandy Hook y arruinaría el comercio de los Estados Unidos sin poder éstos evitarlo por las pocas fuerzas navales de que disponían.

2.° Porque reconocida la beligerancia de los cubanos, España tendría el derecho de visitar los buques americanos en alta mar, cosa que de ninguna manera podían consentir los Estados Unidos.

3.° Porque no tenían preparados los depósitos de carbón suficientes para proveer á su marina de guerra. A este efecto recordó Mr. Buttler que cuando la guerra con los Confederados, Inglaterra influyó con Dinamarca para que ésta no consintiese que la Marina Federal se proveyese de carbón en San Thomas.

4.° Que era cierto que la beligerancia daría gran crédito á los cubanos, y extraordinario impulso á la revolución; pero ese crédito se basaría precisamente en aquello que los Estados Unidos querían evitar y era la guerra con España.

Por último el General Buttler manifestó con franqueza que no se esperara beligerancia hasta después de un año, cuando las cosas hubiesen cambiado en el Gobierno.

Desempeñando Echeverría una parte importante en esta narración, vamos á dar algunos antecedentes sobre él á nuestros lectores, para su mejor inteligencia.

José Antonio Echeverría nació en Venezuela. Su padre fué empleado español en Caracas por lo que, cuando el desastre del Gobierno español en aquella República, la familia Echeverría emigró á la Habana, siendo José Antonio un adolescente.

Desde muy temprano demostró un talento extraordinario. Cuando Isabel II fué proclamada Reina de España, se celebró en la Habana un concurso para premiar la mejor composición poética que se presentase en loor de la nueva Soberana; la oda que compuso Echeverría obtuvo el primer premio. Por esa época, probablemente, el joven Echeverría no había fijado aun sus ideales políticos; sin embargo, más tarde, durante el período revolucionario, cuando las pasiones agitaban los partidos en la emigración, se le echaba en cara haber cantado á la Reina de España.

Era indudablemente escritor de mérito: su lenguaje, castizo, elegante, pulcro y atildado; y si bien inapreciable para una revista mensual ó quincenal, para el periodismo diario no era apropósito, pues acostumbraba pasar horas y días enteros puliendo y acicalando sus escritos; á veces el uso de una sola palabra era objeto para él de larga y profunda meditación. Como resultado de esto, sus escritos salían intachables.

Estuvo siempre empleado en la casa de Aldama, primero con D. Domingo y después con el hijo de éste, D. Miguel, de quien fué consejeroy buen amigo hasta que murió. Era hombre de gran sensatez y si Aldama se hubiese dejado guiar por

sus consejos otro lugar muy distinto le cabría hoy en la historia. Sus ideas eran liberales; pero habiendo sido uno de los que formaron el partido reformista de la Habana, aunque al estallar la revolución del 68 abrazó los ideales de la última, sus contrarios decían no tener confianza en su conversión. En la emigración ocupó por dos veces el cargo de Representante Diplomático de la República de Cuba.

Aguilera al principio buscaba siempre su consejo en los arduos problemas que se le presentaban, quedando satisfecho de la seguridad de su juicio; pero habiendo llegado á adquirir después la convicción de que más que un consejero leal para él, era el partidario acérrimo de su patrocinador Aldama, fué teniéndole menos confianza, hasta que últimamente se la negó por completo.

Regresó Mayorga de Baltimore, y refirió á Aguilera la conferencia que tuvo con el Capitán Brown. Este fué á Washington entrevistándose varias veces con algunos hombres prominentes del Gobierno. Había visitado á Mr. Fish, quien lo recibió muy bien. Lo saludó al entrar, diciéndole: "¡Hombre! ¿conque todavía defiende Vd. la mala causa de los cubanos?" El Capitán le contestó que la defendía porque la creía justa y estaba persuadido de que á pesar de ser él su poderoso enemigo, triunfaría.

Al hablarle del "Hornet" el Capitán, contestó Mr. Fish que no estaba detenido por infracción de las leyes de neutralidad, sino por falta de algunos requisitos en su Registro, por cuyo motivo había pasado la causa al Departamento Judicial.

El Capitán le dijo sonriendo que deseaba lo pusiesen pronto en libertad, porque tenía que llevar en él algunos pertrechos á Cuba; á lo que Mr. Fish contestó de la misma manera que tuviera cuidado porque lo mandaría vigilar como otras ocasiones.

Tuvo el Capitán Brown otra conferencia con el General Buttler. Le dijo éste que él no podía ser enemigo de los cubanos y estaba dispuesto á servirlos en todo menos en lo de la beligerancia porque la creía inconveniente para su país.

Respecto al "Hornet" el General Buttler había conferenciado con Mr. Fish y algunos miembros de la Cámara y les había dicho que ellos no podían entredichar legalmente el buque, puesto que no había infringido las leyes de neutralidad, de consiguiente no tenían más que dos caminos para verse libre de él y eran: decir que lo entredichaban porque así les venía en ganas, en cuyo caso el dueño del buque protestaría y el Gobierno tendría que abonar treinta ó cuarenta mil pesos por indemnización, ó comprar el barco, que quizás podría conseguirse en menos de lo que tendrían que pagar por perjuicios, y así se verían libres de él.

Mayorga manifestó á Brown que daría el vapor por veinticinco mil pesos y que lo más que pudiese sacar, sería la mitad para la causa y la otra para él. (Brown)

Estando ya arreglado el viaje de Carlos García y sus compañeros para Vuelta Abajo, Cuba, los hizo llamar Aguilera para darles sus instrucciones. Les dijo que todos iban bajo las órdenes de Carlos García á quien confería el grado de Comandante de Caballería y á su segundo, Castillo, el de Capitán; su misión era formar varias partidas en Vuelta Abajo, capitaneando cada uno la suya con objeto de entretener allí las ferzas españolas y que no marchasen todas para Oriente. Después de darles otras instrucciones se despidieron, deseándoles Aguilera el favor de la Providencia en su arriesgada empresa.

Recibió Aguilera una comunicación de varios cubanos en que le proponían convocar para una reunión á todos los emigrados, á fin de proponer que cada uno se suscribiera con una cantidad fija mensual para la patria, considerándose ésta como cantidad única con que contribuiría evitando así las frecuentes erogaciones que se hacían á la emigración para diferentes proyectos. Parecióle buena la idea y la aprobó. Llevóse á efecto el "meeting" que estuvo muy concurrido presidiéndolo Aguilera. Los iniciadores desarrollaron el plan que fué bien acogido, acordándose que se hicieran imprimir las resoluciones que se tomaron y se mandaran á todos los emigrados para que se suscribiesen con la cuota mensual única,

que cada uno se asignara. Impresas las circulares, recomendó Aguilera á M. J. Izaguirre que llevase la de Aldama y le recomendase que contribuyera con la mayor cantidad posible. Izaguirre fué al escritorio de Aldama y no encontrándolo, sino á su yerno, Sr. Delmonte, le entregó la circular que también llevaba para él, encareciéndole la conveniencia de que todos los patriotas se suscribiesen con lo más que sus medios le permitieran; al mismo tiempo le dejó la de Aldama, suplicándole que se la entregase con la misma recomendación. Delmonte ofreció hacerlo. Al día siguiente vió Izaguirre á Aldama y le preguntó sobre la circular. Aldama contestó que no podía suscribirse con nada, porque Aguilera estaba entregando á Ramón Martínez.

Este hecho puede dar una idea del estado de ánimo de aquellos hombres. Para ellos nada significaba la patria, ante sus pasiones y sus odios. Cada cual quería que Aguilera se divorciase del contrario y se le entregase en cuerpo y alma, prestándose á servir de instrumento para saciar sus pasiones y venganzas; mas como Aguilera no podía descender á tan mezquino y antipatriótico oficio, sino que miraba á todos los cubanos por igual, no mezclándose en sus celos y ruines rencillas, sino exigiendo de todos el cumplimiento de sus deberes patrióticos, aquellos cubanos cegados por la pasión creían hallar una escusa plausible y justa para cerrar su bolsa y negar á la patria los auxilios que imploraba, diciendo que quien los pedía no era de los suyos, no tenía inoculado en el pecho el veneno fatal con que quisieran deestruir á sus hermanos. ¿Qué les importaba que Aguilera fuese el patriota honrado que les llevase la voz de la patria suplicante, si no era el partidario sañudo, repleto de rencores que se pusiera á su lado para combatir á muerte á los que no estaban con ellos?

Manifestó Ramón Céspedes á Aguilera que la señora del Presidente lo había mandado llamar para decirle que tenía la niña enferma y era necesario le mandase su mesada de aquel mes. (Era 7 de Febrero). Al mismo tiempo aprovechó Ramón Céspedes la oportunidad para decir á Aguilera que á él tampoco le había abonado el mes anterior y no tenía dinero. Como medio de conseguir éste le indicó Ramón Céspedes que viera si Mayorga podía hacer un esfuerzo para abonar la mesada de la señora del Presidente y la suya. Le contestó Aguilera que él estaba en el mismo caso, debiendo ya varias semanas de hospedaje; y con respecto á Mayorga dijo que no se atrevía á ocuparlo, porque sabía estaba muy preocupado tratando de conseguir los tres mil quinientos pesos del giro del Capitán Brown que debía vencerse pronto.

Fué Aguilera al escritorio de Ramón Martínez y encontró á éste y Melchor Agüero. Preguntóles como iba el asunto de la expedición y contestó Martínez que creía Agüero saldría pronto porque Félix Govín y él estaban trabajando con asiduidad para ello. Llamó Aguilera aparte á Ramón Martínez y le preguntó cuando formalizarían el asunto de los bonos; Martínez contestóle que el General F. había estado enfermo por lo cual estaba ese asunto en suspenso; pero que dentro de dos ó tres días esperaba la solución.

Sin embargo de lo que Aguilera dijo á Ramón Céspedes, teniendo en cuenta el recado de la señora del Presidente, decidió probar si Mayorga podría facilitarle dinero para abonar aquellas mensualidades. Aprovechó la primera oportunidad para pedírselo, y Mayorga le contestó que dijera á esos señores que tuvieran un poco de paciencia, que nadie estaba más necesitado de dinero que él, porque á los giros del "Hornet", desgraciadamente se habían unido otros compromisos suyos que le eran indispensable satisfacer, y no tenía dinero ni sabía como conseguirlo. Añadió que su crédito, que le había costado veinte años de trabajo, lo veía en peligro, y esto lo atormentaba y lo tenía sin sosiego.

CAPITULO XVI

FEBRERO 1872

CONFERENCIA DE JUAN M. MACIAS CON SUMNER.—TRATA DE ESTIMULARLO EN FAVOR DE CUBA.—MACIAS LE ENTREGA UNAS RESOLUCIONES QUE LLEVA PREPARADAS.—QUEDA EN VOLVER A VERLO.—LA CUESTION DEL ALABAMA LO IMPIDE.—AGUILERA PIDE INFORMES DE LA EMIGRACION CUBANA EN PARIS.—MACIAS DICE LA DE ESPAÑA ES MEJOR.—SE NECESITABA UN COMISIONADO APARENTE.—AGUILERA SE OFRECIO IR EL.—PIDIO A MACIAS LO ACOMPAÑARA.—ESTE ACCEDIO GUSTOSO.—J. SUSINI.—HOMBRE DE VASTOS PLANES.—MACIAS SE HACE CARGO DE NEGOCIAR UN EMPRESTITO.—INTRIGA QUESADISTA LLEVADA AL HERALD DE NEW YORK.—EL ASUNTO DEL "HORNET".—JORDAN Y LOS BONOS.—INCIDENTE CON LA SRA. DEL PRESIDENTE.—CONSEJO DE ESTA A R. CESPEDES Y AGUILERA.—ESTE CONOCE SUS TENDENCIAS.—PARRAFO DE SU "DIARIO" SOBRE ESTE PARTICULAR.—INTRIGA QUESADISTA.—EL JOVEN DE LOS "SUELTOS."—MISION RESERVADA QUE DICE TENER.—Y. ALFARO Y LA INTRIGA QUESADISTA.—AGUILERA LO INTERROGA.—DURA LECCION DE AGUILERA.—LA SRA. DEL PRESIDENTE TRATA DE DESIMPRESIONAR A AGUILERA.—ELLA NO ES SU ENEMIGA.—DEBILIDADES DE LOS HOMBRES DEL GOBIERNO PARA CON SUS ESPOSAS.

Hablando Juan M. Macías con Aguilera y Ramón Céspedes y comentando los apuros que pasaba la Agencia por falta de dinero, les dijo creía que en Inglaterra podía alcanzarse un empréstito, ofreciendo á ese Gobierno un buen tratado de comercio, aunque hubiese que modificar la Constitución de Cuba que decía que su comercio sería libre con todas las naciones.

Les manifestó también que había tenido una larga conferencia con el Senador Mr. Sumner y tratado de estimularlo diciéndole que era muy extraño que habiendo sido él el primero y más poderoso defensor de la causa de los negros, no tomara ahora también la defensa de los blancos, que tan inhumanamente eran degollados en Cuba. Procuró exictar su vanidad por todos los medios, diciéndole que los cubanos tenían la convicción de que el día que él se penetrase de la justicia de su causa, alzaría su voz elocuente en pro de ellos y arrastraría tras sí á todos sus compañeros en el Senado.

Mr. Sumner le contestó que no estaba muy al corriente de las cosas de Cuba y le agradaría tener una oportunidad de informarse formalmente, para proceder con acierto.

Díjole Macías que lo que pretendían los cubanos era muy poca cosa y sacó del bolsillo y le entregó un papel con unas resoluciones en debida forma, que llevaba preparadas. Se concretaban éstas á pedir que la Cámara invitase al Ejecutivo para que éste ofreciese á España su mediación amistosa, para regularizar la guerra en Cuba, lo que podía hacer el Gobierno de los Estados Unidos, de acuerdo con Inglaterra. Mr. Sumner leyó el papel y le parecieron buenas las resoluciones, quedándose con ellas. Macías quedó dentro de tres ó cuatro días en volver á verlo para hablar nuevamente sobre el particular.

Desgraciadamente, dijo Macías, sobrevino la crisis del "Alabama" en la que las relaciones de los Estados Unidos con Inglaterra se pusieron tan tirantes que parecía inminente un rompimiento y no creyó discreto en aquellas circunstancias, volver á tocar la cuestión de Cuba á Mr. Sumner; pero dijo esperaba que esa situación se despejara, lo que no podía menos de suceder dentro de tres ó cuatro semanas, para tratarle de nuevo el asunto.

Manifestó Macías, que su objeto fué pedir una cosa sencilla y asequible para que los asuntos de Cuba lograran una vez mayoría en las Cámaras americanas; conseguida la mayoría en ésta, sería más fácil conseguirla en otras materias de más importancia. Además, esa intervención pacífica estaba en camino de traer, de hecho, la deseada beligerancia.

Habló Aguilera respecto á la emigra-

ción cubana en Francia y le contestó Macías que no conceptuaba pudiese sacarse mucho de ella, á lo sumo diez ó quince mil pesos. Mas respecto á la emigración en España, dijo que de ésta si podía sacarse mucho provecho, de veinticinco á treinta mil pesos, ó sea un total entre las dos emigraciones, de cuarenta á cincuenta mil pesos. Sin embargo, añadió, que para lograr ese resultado era indispensable que se comisionaran hombres de representación, talento y probidad, que supieran entusiasmar é infundir confianza á los emigrados. Indicó como apropósito para esa comisión á José Manuel Mestre y dijo que si se consiguiera que éste fuera, él lo acompañaría. Dijo Ramón Céspedes que tenía la seguridad de que no iría, lo mismo que José Antonio Echeverría. Aguilera que oía con mucho interés á Macías y al mismo tiempo revolvía en su mente mil planes para salir de aquella angustiosa situación, le dijo le tomaba la palabra de acompañar al Comisionado, pues caso de persuadirse de que estaban agotadas todas las fuentes allí, sino encontraba un comisionado apropósito, propablemente iría él mismo, y quizás el caso llegaría pronto porque la situación no podía ser más desastrosa. Contestó Macías que tendría mucho gusto en acompañarlo, pero que si el asunto era de resolverse en tan breve tiempo, le daría la contestación definitiva después.

Olvidamos decir que al hablar Macías de la emigración cubana en París, dijo que J. Susini era hombre de vastísimos planes, pero muy veleidoso; tenía en proyecto uno, y era plantar en los Estados Unidos un nuevo aparato para fabricar cigarros, que calculaba le produciría millones de pesos. Dijo que á su juicio Susini no era cubano, ni español ni turco ni nada, sino hombre que solo miraba su negocio; aunque por naturaleza era generoso y espléndido.

Continuando la conversación les propuso Macías intentar un empréstito de un millón de pesos en bonos, en aquella ciudad y ellos naturalmente lo aceptaron. Preguntó Macías qué tipo podía aceptar y le contestaron que fijara él á los bonos el valor que creyera más conveniente. Salió Macías muy complacido, dispuesto á trabajar por conseguir un empréstito.

Al despedirse preguntó á Aguilera si había leido el "Herald" de aquel día, y como le contestara que no, dijo Macías que trataba de él. Preguntóle Aguilera que en qué sentido y repuso Macías que anunciaba que Aguilera iba á Cuba, llamado por el Gobierno y también hablaba de un Coronel Codina que había ido á la América del Sur, empleado por una casa de comercio, abandonando la causa de Cuba. Dijo Aguilera que esas eran caricias de sus buenos amigos, que se desvivían por ponerle toda clase de obstáculos. Tenía razón Aguilera. Ya que no habían logrado sus enemigos el propósito de que José M. Céspedes publicara en su periódico los dos artículos que para el efecto llevaron, ocurrieron al periódico americano "The New York Herald", á fin de darle una publicidad aun más grande que la que hubiera podido alcanzar en el periódico cubano, y que cubanos y americanos, todos se informasen de que había sido llamado de Cuba y se retrajesen de emprender con él negociaciones que no podrían terminar, embarazándolo así en sus gestiones patrióticas.

Escribió el Capitán Brown de Baltimore á Mayorga diciendo que como el vapor "Hornet" estaba detenido por orden del "Attorney General" de los Estados Unidos, había ido á hablar con este Magistrado. Por lo que pudo deducir, no encontraba al vapor culpable de haber violado las leyes de neutralidad del país. Dicho Magistrado le ofreció que para el lunes próximo resolvería si debía procesarse al vapor.

Comentando Aguilera con M. J. Izaguirre sobre los sueltos publicados en el "Herald", manifestó Izaguirre que le había dicho Aldama que sabía por Echeverría que los tales sueltos procedían de I. Alfaro y los Casanova, todos furibundos quesadistas. Como esos señores fueran al mismo tiempo muy amigos de la señora del Presidente, quedó Aguilera siempre en la duda de quién habría facilitado los datos,

Estuvo Jordan en la oficina de la Agencia con pretexto de hablar á Aguilera sobre el corsario, del que dijo lo con-

sideraba ya en la mar; pero en realidad fué para volver á tratarle de la negociación de bonos por la beligerancia. Estuvo machacando nuevamente por más de dos horas sobre este asunto, y como Aguilera resistiera depositar cantidad alguna si antes los especuladores no le daban cincuenta mil pesos que le serían canjeados por bonos cubanos con el descuento corriente, concluyó Jordan diciendo que dentro de un mes no habría ya quien se acordase de la causa de Cuba y se retiró muy disgustado.

Hablando después Mayorga con Aguilera dijo aquél, que Jordan se había desconceptuado mucho para con él, pues tratando sobre el mismo asunto de los bonos, en uno de los arranques geniales que le eran propios, le había dicho que si él supiera que Aguilera y Ramón Céspedes desconfiaban de él, publicaría en todos los periódicos de Nueva York lo ocurrido entre ellos sobre el particular.

Una mañana, al salir Aguilera de su habitación, llegó á la de Ramón Céspedes á saludar á la esposa de éste. Al entrar notó una señora, que de espaldas á él hablaba con aquél; se aproximó y vió que era la señora del Presidente. La saludó y dijo Ramón Céspedes que estaba leyendo á la señora una comunicación que acababa de hacer para el Gobierno. Manifestó entonces ella que había ido allí con objeto de decirles que debían informar á su esposo de la verdadera situación; que la emigración estaba negada á facilitar recursos para Cuba y no había que esperar nada de ella; de esa manera allá determinarían lo que creyeran más conveniente. Comprendiendo Aguilera las tendencias del consejo, escribe así en su diario: "Tuve intenciones de contestarle "que le agradecía por mi parte su buen consejo, pero que nosotros sabíamos lo que debíamos informar al Gobierno, y sobre ese particular no podíamos obedecer á otras inspiraciones que las nuestras propias. Y que era una debilidad de parte del compañero informar á ella ni á nadie de nuestra correspondencia con el Gobierno, que debía ser cosa reservada. Pero me contuve por evitar un disgusto con la esposa de un compañero y por no herir directamente á Ramón (Céspedes) con quien debo estar en buenos términos para bien de la causa."

Aquel mismo día fué José M. Céspedes á la oficina, y como hiciera ya tiempo que no lo veía Aguilera,—desde los comunicados—le preguntó en qué había quedado el asunto. Contestó Céspedes que por la noche del día que se publicó su periódico, el joven que le había llevado los comunicados le mandó un recado diciéndole que esperaba abajo los números que le había tomado y que no subía porque estaba malo de un pie. Bajó J. M. Céspedes y le dijo que no había publicado los sueltos; preguntó el joven que por qué motivo y le contestó que por dos razones: la primera porque la noticia no era exacta, según aparecía escrita y la segunda porque hería algunas susceptibilidades sin necesidad. Contestó el joven muy disgustado que él era un Comisionado especial del Gobierno para vigilar los asuntos de Cuba en el exterior; que juzgaba necesaria esa publicación y si J. M. Céspedes no quería hacerla, ocurriría á "El Cronista" (el periódico español) y allí la publicaría. Contestóle Céspedes que hiciera lo que gustara y que estaba seguro de que "El Cronista" le pagaría á buen precio aquellos escritos, por lo que podía juzgar la cantidad de patriotismo que habría en su publicación. Continuaron la discusión por breve tiempo, tomando el joven los dos pesos que le devolvió Céspedes y marchándose. Como este incidente hacía algunos días que había pasado, seguramente los autores de los sueltos determinaron publicarlos en "Herald" donde los leyó Macías.

Llegó á la oficina Ignacio Alfaro á hablar á Aguilera sobre bonos. Habiéndose indicado á éste que se sospechaba fuera Alfaro uno de los autores de los mencionados sueltos, quiso explorar terreno y le preguntó si había visto lo publicado en el "Herald", hacía pocos días, sobre él y Codina; al mismo tiempo fijó en él la mirada para ver el efecto que producía la pregunta. Parecióle notar que Alfaro se había sorprendido; sin embargo contestó que lo había leído; que con respecto á él (Aguilera) no decía nada que pudie-

se mortificarlo, pero que con respecto á Codina, si era muy extraño que ese jefe cubano hubiese abandonado la causa, para ir á buscar fortuna, sirviendo á Aldama, lo cual no era muy patriótico. Contestó á Aguilera que él—Alfaro—no estaba bien informado del asunto y refiriéndole en pocas palabras lo que había pasado, le dijo que Codina se había comprometido á volver inmediatamente que se le llamase para servir á la patria y concluyó diciendo con marcada intención que el Coronel Codina había dado pruebas de ser más patriota que los autores de aquellos sueltos. Alfaro abrió muchos los ojos y dando otro giro á la conversación se retiró precipitadamente.

Dos días después, hablando con Ramón Céspedes en su habitación, refirió éste la conversación que había tenido con la señora del Presidente. Le recomendó ella que tratase de desvanecer cualquier idea que pudiese tener Aguilera de que fuese su enemiga; y preguntada sobre como se había sabido tan pronto el llamamiento de Aguilera por el Gobierno, contestó ella que á la Sra. Ana Betancourt también se lo había escrito su esposo, el C. Ignacio Mora, Secretario de Estado de Cuba libre. Mala impresión hizo á Aguilera ver como los actos del Gobierno, que debían ser secretos por su trascendencia, se diafanizaban en el extranjero por las debilidades con sus esposas de los hombres del Gobierno.

CAPITULO XVII

FEBRERO 1872

CUATRO MIL PESOS DE FIANZA DEL "HORNET".—NUEVAS DIFICULTADES.—AGUILERA Y MAYORGA OCURREN A ANGARICA Y BRAMOSIO.—NO OBTIENEN RESULTADO ALGUNO.—RECIBE AGUILERA $1.076.—SU DISTRIBUCION.—MAYORGA Y AGUILERA OCURREN A ALDAMA.—ESTE TAMBIEN SE EXCUSA.—SE DIRIGEN A MARTINEZ CON EL MISMO RESULTADO.—APREMIANTE SITUACION.—OCUPAN A RAMON RIVAS.—LA MESADA DE LA SRA. DEL PRESIDENTE.—J. M. IZAGUIRRE SE EXCUSA DE LLEVARLA.—EL PRESIDENTE CESPEDES SE QUEJA DE NO RECIBIR CARTAS DE SU ESPOSA.—AGUILERA LO CREE UNA ESTRATAGEMA.—R. MARTINEZ SOLICITA LOS FONDOS DE PERALTA PARA LA EXPEDICION DE AGÜERO.—PERALTA PROPONE LA FUSION DE LAS EXPEDICIONES.—R. MARTINEZ LE PIDE $10,000.——PERALTA SOLICITA DE ALDAMA $5,000.—CARTA DE MANUEL CODINA A M. J. IZAGUIRRE.—QUESADA CONSPIRA PARA QUITAR SU CARGO A AGUILERA.—PARRAFOS DEL DIARIO DE AGUILERA.—RIVAS CONSIGUE EL DINERO.—ALDAMA SE NIEGA A DAR LOS $5.000 A PERALTA.—NO QUIERE FAVORECER LA EXPEDICION DE MARTINEZ.—CAPITAL DE ALDAMA CONFESADO POR EL MISMO.—FIANZA DE $40.000 PARA EL "HORNET".—NUEVO CREDITO CONTRA EL MISMO VAPOR.—FRANCISCO J. CISNEROS RESENTIDO CON R. CESPEDES Y AGUILERA.—CONDUCTA IRREGULAR DE F. J. CISNEROS.—AGUILERA DIVIDE EL MATERIAL DE GUERRA ENTRE AGÜERO Y PERALTA.—LA SRA. DEL PRESIDENTE HACE ENSEÑAR A AGUILERA UNA CARTA DE SU ESPOSO.—EFECTO CONTRARIO QUE PRODUCE ESTA CARTA.

Recibió Mayorga un telegrama del capitán Brown que decía que había girado á su cargo una letra de doscientos pesos por víveres tomados al vapor "Congress". Además supo Mayorga que el referido Capitán había girado contra sí mismo, desde Port au Prince, novecientos pesos de lo que nada le había dicho. Como se recordará que al salir el Capitán Brown de New York para Port au Prince, le había dado Mayorga mil pesos para su viaje, le extrañaba esa serie de giros, y aunque con frecuencia lo había mandado llamar para arreglar cuentas, por un motivo ú otro no había ido. Todas estas contrariedades tenían de mal humor á Mayorga, viendo que los compromisos que le traía el "Hornet" cada día eran mayores, y él, que no era hombre rico, no sabía cómo hacerles frente.

Acercándose el vencimiento de la letra de tres mil quinientos pesos, y no teniendo Mayorga dinero para pagarla, después de tratar del asunto con Aguile-

ra, resolvieron ver á Angarica y Bramosio, revelarles la situación y tratar de conseguir que cada uno prestase mil quinientos pesos, dándoles en garantía la hipoteca del vapor y además la firma de Mayorga. Se dirigieron á casa de Angarica donde sabían tenía por costumbre ir Bramosio, y efectivamente estaba allí. Bramosio los llamó aparte y les dijo muy contento que había contribuido con tres mil pesos para la expedición de Agüero y éste debía salir muy pronto, siendo seguida en breve por otra expedición que mandaría Quesada para la que ya estaba acumulando material de guerra. Comprendieron Aguilera y Mayorga, que Bramosio, adivinando su intención, se había puesto en guardia: sin embargo, siguieron adelante exponiéndole el objeto de su visita. Contestó Bramosio que lo sentía mucho, pero no tenía dinero; tan escaso estaba que solo había podido dar á Martínez dos mil pesos en efectivo para la expedición Agüero y por los otros mil, un pagaré á seis meses plazo. Dijo que se equivocaban los que creían que él estaba muy rico; todo su capital lo tenía puesto en la Compañía de Gas de esa ciudad y hacía como ocho meses que no recibía dividendo alguno porque se estaba amortizando una gran deuda de la Compañía, etc. Añadió que más trabajo le contaba dar esos tres mil pesos, que los veintidós mil pesos que había dado el año anterior, etc. Habiéndoseles reunido Angarica, empezó éste refiriendo que tenía veinte y dos individuos de familia que sostener, que le habían embargado sus bienes, no solamente á él sino á la mayor parte de sus hijos; refirió que tenía pendientes reclamaciones, como ciudadano americano, por valor de tres y medio millones de pesos, les hizo la historia de sus ingenios, sus casas, sus esclavos, etc. Viendo ellos que Angarica había acudido á la parada, antes de que hubiese tenido lugar el ataque, comprendieron que era infructuoso decirle nada sobre el asunto que los llevaba allí, después de un rato más de conversación se retiraron á sus casas á las diez de la noche, bajo un aguacero, sin haber obtenido resultado alguno.

Recibió Aguilera un giro de la Asociación Cubana del Sur, de Cayo Hueso, por mil cuarenta y dos pesos y otro de sesenta de la Asociación Juvenil de la misma ciudad, los que distribuyó en la forma siguiente: Dió treinta y cuatro pesos á Ramón Céspedes á cuenta de dos mensualidades que se le debían; treinta y cuatro pesos más para que llevara á la señora del Presidente, á cuenta de la suya de aquel mes, y treinta y cuatro pesos tomó él mismo, para darlos á su patrona á cuenta de siete semanas de alojamiento que debía. El resto de mil pesos lo entregó á Mayorga para que ayudara al pago del giro que estaba para vencer.

Mayorga se manifestó muy complacido con este oportuno auxilio y dijo á Aguilera que para conseguir el resto iba á practicar una operación que otras veces había hecho en beneficio de otros; era ésta hacer una nota á cargo de él mismo y presentarla á un banco para que la descontara con interés. Dijo que la presentaría al Banco de Aldama para que le pusiese el interés que quisiese, á sesenta días, ofreciéndole además, si lo creía necesario, la hipoteca del "Hornet."

Para llevar á cabo esta operación se valieron de M. J. Izaguirre, que era muy amigo de Aldama, encargándolo de la presentación de la nota. Izaguirre que siempre estaba dispuesto á servir la causa, aceptó la comisión, y al día siguiente se presentó en la oficina de la Agencia, muy contristado diciendo que Aldama no había querido hacer el negocio, excusándose con que se lo prohibía una cláusula de su contrato social. Comprendió Aguilera que éste era un vano pretexto para no servirlo, pues además de ser un mero comanditario en aquella sociedad, podía muy bien disponer de la parte libre de su capital, sobre todo cuando éste era tan cuantioso.

Mayorga, que se encontraba en la mayor ansiedad, pues en esos días se le vencían otros compromisos particulares, había recomendado también á Félix Fuentes que hiciese la misma proposición á Angarica, por si acaso fallaba Aldama. Al día siguiente recibió una carta de Fuentes en que le manifestaba que Angarica sentía mucho no servirlo, pero que tenía mucha familia, sus bienes estaban

embargados en la Habana, no tenía dinero, etc. Después de este nuevo desengaño, como el asunto apuraba, resolvieron hablar á Ramón Martínez y decidieron que para este efecto fuera Aguilera personalmente. Fué éste á hablar á Martínez, le hizo una relación de lo que pasaba y concluyó manifestándole que solo necesitaba de su firma, pues contando con la de Mayorga, con las dos podrían conseguir los dos mil pesos en un banco; Mayorga le respondía á él y además podía hipotecarse á su favor el "Hornet."

Contestó Martínez que le era absolutamente imposible servirlo, porque se estaba ocupando en despachar á Melchor Agüero y creería se vería en el mismo caso que Mayorga.

Discurriendo Aguilera con Mayorga y M. J. Izaguirre sobre la apurada situación en que estaban, sin hallar entre tantos cubanos ricos, uno que tuviese voluntad para salvar la causa de Cuba, sin otro sacrificio que poner su firma al lado de la de Mayorga en la nota de dos mil pesos á cargo de éste, dándole además de la garantía de Mayorga, la hipoteca del vapor "Hornet", lo que indudablemente sería salvar la causa de Cuba en el extranjero, porque hundido Mayorga se hundía también Aguilera y con él el crédito de la causa que representaba. En esta desesperada situación se le ocurrió á Aguilera ocurrir al ciudadano Ramón Rivas, persona de quien tenía noticias que en otro tiempo había sido espléndido en sus donatvos para la causa por conducto de Aldama. Recién llegado Aguilera á New York fué á visitar á este señor en el hotel donde vivía, por dos veces y ambas le contestaron que estaba ausente. Después supo que no había querido recibirlo porque vivían allí dos españoles, amigos suyos y le temía mucho á la confiscación.

Sabiendo Aguilera que Félix Fuentes era muy amigo de Rivas, le pareció buen conducto para abordar á éste y lo mandó llamar. Informado Fuentes de lo que se trataba, se prestó con la mayor voluntad á servirlo. Hizo Aguilera una carta muy atenta para Rivas, encareciéndole lo crítico de la situación y pidiéndole en nombre de la patria que pusiese su firma al lado de la de Mayorga para salvar la causa de Cuba del descrédto que la amenazaba si Mayorga no cubría el giro á su vencimiento, que tan próximo estaba. Al mismo tiempo suplicó á Fuentes tratase de conseguir de Rivas que prestase ese servicio á la causa y á él personalmente. Salió Fuentes muy dispuesto á complacer á Aguilera, y quedó éste presa de la mayor zozobra, pues si Rivas se excusaba también, ya no sabía á quién más podría acudir.

Habiendo llegado correspondencia de Cuba libre, recibió R. Céspedes una comunicación del Secretario de Relaciones Exteriores, C. Ignacio Mora dirigida á él y Aguilera, que decía esperaba que ya hubiesen nombrado sucesores en sus destinos respectivos. Ramón Céspedes se sintió mortificado porque esta vez lo llamaban á él también y dijo que pensaba contestar lo mismo que Aguilera; es decir, que esperaba que nombrara el Gobierno su sucesor, pues él no encontraba allí un hombre apropósito para ese cargo, que estuviera dispuesto á aceptarlo, y no quería cargar con la responsabilidad en caso de una mala elección entre los que se decidiesen á aceptarlo.

Como R. Céspedes no hubiera podido llevar á la señora del Presidente los $34 que Aguilera le había entregado para ella al día anterior, quiso éste aprovechar la oportunidad de estar allí M. J. Izaguirre para mandarlos con él. Lo propuso á Izaguirre, pero éste se excusó diciendo que estando ya casi á la mitad de aquel mes y no siendo la mesada completa, temía recibir un desaire de la señora. Pensó Aguilera mandarlos con Eduardo Codina, pero luego, pesando las razones de Izaguirre, temió se los devolviera. En vista de la dificultad suplicó á R. Céspedes que los llevase él en persona y le explicase que si aquel mes se le retrasaba tanto la mesada era por la situación aflictiva de la Agencia.

Ofreció Ramón Céspedes hacerlo y al día siguiente dijo á Aguilera que la señora había recibido el dinero sin dificultad. Le había dicho al mismo tiempo que si la Agencia se encontraba en esos apuros, ¿por qué no llamaba Aguilera cuatro cubanos y le proponía le pasaran su me-

sada puntualmente? Contestóle Aguilera que la señora vivía engañada, pues en toda la emigración no se encontrarían cuatro cubanos que se comprometiesen y cumpliesen el encargo de abonarle de su bolsillo la mesada, por un tiempo indefinido, ni limitado que fuera.

Añadió Ramón Céspedes que la señora le había enseñado una carta de su espoposo en que se quejaba de no recibir cartas suyas, y que Ignacio Mora también se lamentaba de que le pasaba lo mismo con su esposa. Contestóle Aguilera que recordara que desde que estaban en New York, la señora del Presidente les había pedido por dos ocasiones, correspondencia para mandarla á Cuba libre, además de otras que mandaría sin avisarle á ellos. Que desde su llegada á New York, Manuel Quesada no había cesado de conspirar contra ellos para que el Presidente Céspedes le diera las facultades omnímodas que tanto deseaba y que la carta que la señora le había enseñado era una estratagema.

Fué Aguilera á la oficina de Ramón Martínez. Le manifestó éste que había tenido una larga conferencia con Peralta con objeto de que éste cediera los fondos que tenía, á la expedición de Agüero, para que saliese pronto, ya que no podían salir los dos simultáneamente por falta de dinero. Peralta había quedado en darle la razón definitiva aquel día y recomendó á Aguilera que lo estimulara para que resolviese pronto el asunto.

Siguió Aguilera á la oficina y encontró allí á Peralta, conferenciando con Mayorga. Les manifestó lo que acaba de decirle Martínez y contestó Peralta que había resuelto decir á Martínez que pondría á su disposición los fondos que tenía recolectados y los demás que pudiera recolectar, con la condición de que Agüero lo llevara con su expedición, puesto que cabía en el vapor perfectamente.

Lo aprobó Aguilera y dijo fuera á decirlo inmediatamente á Martínez. Peralta salió en seguida con ese objeto.

Volvió después de haber hablado con Martínez y preguntó á Aguilera con cuánto podía contribuir la Agencia para su expedición. Contestó éste que le extrañaba la pregunta cuando sabía que la Agencia no tenía ni una peseta y sí muchos compromisos. Dijo Peralta que Martínez y Agüero estaban conformes con que él fuera en la expedición, llevando diez hombres, siempre que contribuyera con diez mil pesos. Aconsejóle Aguilera que puesto que él tenía cinco mil pesos, viera si Aldama le daba los otros cinco mil pesos, lo que no consideraba difícil, pues así Aldama quedaría relevado de su compromiso de comprar el vapor y despacharlo, lo que le costaría mucho más. Salió en seguida Peralta muy animado á hablar con Aldama.

Enseñó Manuel J. Izaguirre á Aguilera una carta de Manuel Codina fechada en Colón el 30 de Enero en que se leía el siguiente párrafo:

"A bordo vinieron 31 jóvenes para Quesada al mando del viejo Arnao. Quesada está en Curazao; el "Virginius" se está componiendo al mando de Aguirre y no estará listo hasta Marzo; lo vigila el Pizarro. Según Aguirre, los quesadistas están divididos y he comprendido que piden á Cuba otros representantes y al efecto parece que Aguirre va en comisión al Gobierno para traerlos ó pedir poder para Quesada. !Pobre Cuba!"

A esto pone Aguilera el siguiente comentario en su "diario": "Resulta pues "que desde New York hasta Colón, tra- "bajan los quesadistas contra nuestras "pobres personalidades."

Dos días después de haber escrito Aguilera á Rivas, anota en su diario lo siguiente:

"Febrero 17.—La inspiración que tuve de ocurrir al Ciudadano Rivas como última esperanza, ha salvado la situación. Mayorga está ya más contento y yo más tranquilo. Fuentes le entregó mi carta y Rivas le dijo que no podía poner su firma al lado de la de Mayorga, para que fuese descontada la nota, porque esto se sabría con mucha facilidad y sufriría las consecuencias de la confiscación, que es el terror de todos los cubanos pudientes; que tampoco podía hacerla efectiva porque no tenía dinero. Después de reflexionar, dijo á Fuentes que tenía un amigo, que si podía, estaba

seguro nos serviría y que él llevaría la razón á Mayorga.''

''Efectivamente, á las dos ó tres horas se presentó á Mayorga y habiendo allí varias personas, lo llamó aparte y le dijo que el amigo de quien había hablado á Fuentes nos servía negociando la nota y que se la mandara, aquella misma tarde para remitir el dinero. Nos hemos salvado esta vez del naufragio que nos amenazaba, aunque tendremos que recoger la nota dentro de 60 días; pero siquiera son 60 días de respiro para cuya época contamos tener vendido el ''Hornet.'' Poco antes de este suceso, no creyendo Mayorga que diese buen resultado Rivas y aguijoneado por lo crítico de la situación, ocurrió á un judío, amigo suyo, y éste le contestó que para él no le faltaban dos ó tres mil pesos. Por supuesto con el crecido interés consiguiente.''

Habló Peralta con Aldama para que le facilitara los cinco mil pesos consabidos, y Aldama contestó que de ninguna manera le daría ni un centavo, si había de contribuir de ese modo á la expedición de Agüero. Le dijo Peralta que estaba bien, pero en ese caso que lo despechase él. Replicó Aldama que no podía hacerlo solo; lo más que podía era reunirle cinco mil pesos entre sus amigos, caso de que no fuera con Agüero. Instóle Peralta que concretase á cuanto ascendedería su donativo particular y contestó que todavía no lo sabía.

Aldama, que acababa de formar una sociedad en comandita con su yerno el señor Delmonte, poniendo por su parte cien mil pesos de capital; que en una ocasión había referido á Aguilera que iba á establecer una refinería de azúcar por cuyo solar solo, le pedían ciento veinte y cinco mil pesos y él había ofrecido cien mil pesos; que había hecho un cálculo por el cual necesitaba tener en caja setecientos mil pesos para comprar al contado los azúcares necesarios para el trabajo de un mes; no podía destinar cinco mil pesos para prestar á la causa un servicio tan importante como mandar á Cuba una expedición, con el frívolo pretexto de que no daría ni un centavo para la expedición de Agüero; máxime cuando se había comprometido á despachar á Peralta.

Manifestó el Capitán Brown á Mayorga que el ''Attorney General'' decía que para salir el ''Hornet'' de Baltimore necesitaba prestar una fianza de cuarenta mil pesos. Además se presentó un antiguo piloto del mismo vapor, Mr. Ch. Henken, cobrando doscientos ochenta pesos y pico por sueldos atrasados, de los que allí ninguno tenía conocimiento ni medios de comprobar. Esto volvió á disgustar á Mayorga, cuando ya se encontraba un poco animado, lo mismo que á Aguilera, que con cada uno de estos golpes temía que Mayorga lo abandonara.

Manifestó Peralta á Aguilera que caso que no pudiera arreglarse con Agüero para ir juntos, con sus expediciones, quería saber si tenía inconveniente en autorizarlo para ir á Filadelfia, New Orleans y Cayo Hueso á recolectar fondos; también quería le dijese si podría llevar con él á Francisco Javier Cisneros como intérprete, pues aunque Cisneros afirmaba estar muy resentido con Aguilera y Ramón Céspedes, porque decía lo habían depuesto, sin embargo, mostrábase siempre dispuesto á servir la causa de Cuba.

Contestó Aguilera que ellos eran los que debían estar resentidos con Javier Cisneros porque al regresar de su misión al Perú, los había tratado, no como á Representantes de su Gobierno, sino como entidades de ningún valor y representación con el hecho de no llegarse á darles cuenta de su comisión. Que respecto á su deposición, no eran más que suceptibilidades suyas, pues ellos no habían hecho otra cosa que llenar la vacante de Ministro es el Perú, puesto que estaba sin ocupar desde que lo había renunciado Ambrosio Valiente. Sin embargo, no tenía reparo en que fuera á los lugares que indicaba á tratar de aumentar los fondos para su expedición, acompañado de Javier Cisneros pues en los asuntos de Cuba no tenía más empeño que llevar adelante la revolución.

Habiendo preguntado Peralta á Aguilera, si Agüero fuese á salir con su expedición antes que él, y le pidiese las

armas y municioses que él debía llevar, si Aguilera se las estregaría á Agüero. Contestó Aguilera que considerando su deber, hacer llegar á Cuba ese material de guerra, lo más prontamente posible, se lo entregaría al primero que saliese. Manifestóse muy contrariado Peralta diciendo que no era justo, porque así lo imposibilitaría para llevar su expedición. Aguilera, para no desalentarlo, le dijo que daría á Agüero solo las cápsulas y á él los rifles, dividiendo así los efectos por mitad.

La señora del Presidente, visitando á la señora de Ramón Céspedes en su habitación, contigua á la de Aguilera, mandó á éste con Céspedes la carta de su esposo en que se lamentaba de no tener letras de ellas, seguramente para que Aguilera se convenciese de la certeza de su dicho. La carta tenía fecha 20 de Enero. Este empeño de la señora del Presidente en persuadirlo de que no se comunicaba con su esposo hacía mucho tiempo, lo reafirmó más en su creencia de que la referida señora era uno de los resortes de que se valían los quesadistas para influir con C. M. de Céspedes á fin de que llamara á Aguilera y nombrara á Quesada en su lugar para la Agencia, y que la carta á que ella daba tanta importancia había sido escrita á propósito para desvanecer cualquier sospecha de Aguilera.

CAPITULO XVIII

FEBRERO 1872

AGÜERO DICE VA A EXCITAR EL PATRIOTISMO DE AGUILERA.—QUIERE, ESTE QUITE SU DINERO A PERALTA Y SE LO DE A EL.—R. CESPEDES LO REBATE.—SE SUSCITA UN ALTERCADO.—AGUILERA QUIERE SABER CUANDO PUEDE HABLAR. TOMA LA PALABRA AGUILERA.—MOTIVOS DEL DESCREDITO DE LA AGENCIA.—LOS PARTIDOS QUIEREN TOMAR A AGUILERA COMO INSTRUMENTO.—ESTE SOLO SIRVE A LA REVOLUCION.—DEBILIDAD DE AGUILERA.—PATRIOTISMO Y CAPACIDAD DE JULIO PERALTA.—AGUILERA EXHORTA A AGÜERO A LA FUSION CON PERALTA.—AGÜERO DICE PERALTA NO QUIERE IR A CUBA.—DEJARA QUE PERALTA PONGA LAS CONDICIONES.—AGÜERO PIDE SE FORME UN ACTA.—ELEMENTOS QUE COMPONIAN LA EXPEDICION DE PERALTA.—NUEVOS ALTERCADOS.—REPRIMENDA DE R. CESPEDES.—AGÜERO Y PERALTA SE EXALTAN.—AGUILERA PROMEDIA.—AGÜERO LA EMPRENDE CONTRA AGUILERA.—CONTESTACION DE ESTE.—NO QUIERE ENTENDERSE CON AGÜERO.—ESTE CONTINUA SUS BALANDRONADAS.—AGUILERA SE IMPACIENTA.—HABLA DURAMENTE A AGÜERO.—ESTAN A PUNTO DE TENER UN LANCE.—R. CESPEDES Y PERALTA PROMEDIAN.—AMBOS SE SERENAN.—AGÜERO SE DIRIGE AMIGABLEMENTE A AGUILERA.—PROPOSICION DE AGÜERO A PERALTA.—ESTE LA ACEPTA.—NOTA DIPLOMATICA DE WASHINGTON.—JOSE MANUEL MESTRE Y EL CAPITAN GENERAL LERSUNDI.—ANTECEDENTE DE JOSE MANUEL MESTRE.—ECHEVERRIA NO APRUEBA LA NEGOCIACION DE PERALTA CON AGÜERO.—DICE, PERALTA SERA ENGAÑADO.—AGÜERO PRESENTA SU PROPOSICION POR ESCRITO.—ESTA DIFIERE DE LA HECHA ANTERIORMENTE.—NUEVA REUNION CON AGÜERO.—NUEVAS DISCUSIONES.—AL FIN SE AVIENEN OTRA VEZ.—AGUILERA NECESITA CONSULTAR A LOS DONANTES.—CONFERENCIA CON ECHEVERRIA.—ESTE LE REFIERE DOS FALTAS DE CUMPLIMIENTO DE MARTINEZ.—ACUERDAN NO ACEPTAR LA PROPOSICION DE AGÜERO.

Fué Agüero á ver á Aguilera en su habitación y le dijo que iba con el propósito de excitar su patriotismo, pues consideraba necesario salvar á Cuba y la única manera de conseguirlo era mandando recursos inmediatamente; esos recursos no podía llevarlos nadie más que él, y por consiguiente necesario se hacía que Aguilera se armase de energía y entregase á Ramón Martínez los cinco mil pesos de Peralta, para con esos fondos salir él inmediatamente con su expedición. Como Aguilera conocía á Agüero, comprendió que la discusión iba á ser grave, y queriendo hubiese algún testigo, llamó á Ramón Céspedes en la habitación contigua.

Reunidos los tres, repitió Agüero, lo que había manifestado á Aguilera.—Contestó Ramón Céspedes que no era

posible lo que pretendía porque volviendo la cuestión en sentido inverso, es decir, si pensara Aguilera que Julio Peralta, General cubano, era quien debía llevar la expedición, ¿creía él que Ramón Martínez, entregaría para Peralta, los fondos que tenía dedicados á él. (Agüero)?.

Contestó Agüero que era una cosa muy distinta, porque Peralta no podía compararse á él en cuanto á garantías para llevar una expedición á salvamento. El, por sus antecedentes, por las combinaciones que tenía en Cuba libre y por sus relaciones con los principales jefes de la revolución, era el único hombre capaz de desembarcar felizmente una expedición en Cuba etc. Tuvo lugar un altercado sobre este punto entre Ramón Céspedes y M. Agüero y continuó este diciendo que Julio Peralta no era capaz de llevar una expedición á Cuba, por los pocos conocimientos que tenía, por su poca acción, por su falta de combinaciones, porque no sabía lo que costaba una expedición, ni tenía plan, ni dinero y últimamente, porque desconfiaba de él por los malos antecedentes con que había salido de Cuba.

En medio de tantas baladronadas, Aguilera, que se había mantenido silencioso, le interrumpió para decirle que le avisase cuando concluyera de hablar porque él también tenía algo que decir.

Por fin concluyó Agüero y tomó la palabra Aguilera. Comenzó diciendo que la razón principal porque la emigración se retraia de contribuir para la causa, era el descrédito en que él había recibido la Agencia, debido á las recolecciones de dinero para las expediciones de Jordan, de Bembeta, Peralta, Izaguirre y otros, sin que ninguna de esas expediciones hubiera salido. Convencido de esa verdad, había formado el firme propósito de rehabilitar el crédito de la Agencia, porque sin crédito, la revolución se hundía. Había dado una autorización á Peralta para solicitar donativos, en la que expresaba que caso que la expedición de Peralta no se realizase, esos donativos volverían á manos de los donantes; y habiéndose reunido los cinco mil pesos que él solicitaba en virtud de la aludida autorización, no podía ejercitar esa energía que demandaba, quitando á Peralta, el dinero que había reunido, para dárselo á él, porque es tal caso quedaría él (Aguilera) tan desacreditado como el Agente anterior.

Continuó diciéndole que sabía que algunos individuos decían que él era tan bueno que no servía, por falta de energía, y estaba persuadido de que él mismo, (Agüero) participaba de esa opinión, por cuyo motivo quería hacerle algunas explicaciones. Los enemigos de Aldama, querían que él estrechase á éste exigiéndole una gruesa suma para la causa y si no la daba lo declarara mal patriota y aún traidor; y él no podía acceder á tal pretensión, porque sería dañosa para la revolución misma. Estaba persuadido de que Aldama, por lo pronto, no daría nada para Cuba, y que con su soberbia había hecho tanto mal á la causa, como Quesada con su mal proceder; pero era verdad también que para el prestigio de la causa había que mantener alzado al "figurón" de Aldama, por su mucha influencia con los cubanos ricos é ilustrados de la emigración, los que si hasta entonces habían contribuido bien poco para el sostenimiento de la guerra, lo harían en la primer circunstancia favorable á la causa que se ofreciera. Si él pusiera á Aldama en la alternativa que querían sus enemigos, este se retraería, y aún se separaría de la causa, dando como pretexto las exigencias y aún animosidad suya; y como él no se prestaba á servir de instrumento á los que querían vengarse de Aldama, porque solo miraba el interés de la revolución y despreciaba sus rencillas mezquinas, por eso decían que le faltaba energía y no servía.

Refiriéndose al General Julio Peralta continuó diciendo Aguilera que lo consideraba perfectamente capaz para llevar una expedición á Cuba y animado del mejor deseo, pues por ir á Cuba no dudaba deponer su categoría de General, sometiéndose á todas las condiciones que le impusiera él (Agüero), que era solo Coronel. Por consiguiente, para que su expedición saliese brevemente, prestando el auxilio salvador, que con razón había dicho, á la causa de Cuba, era nece-

sario que tuviera una avenencia con Peralta á fin de llevar á cabo la fusión de las dos expediciones.

Ramón Céspedes apoyó á Aguilera en todos sus razonamientos y entre los dos redujeron á Agüero á tener una reunión con Peralta y ellos dos, al día siguiente en la oficina de la Agencia.

Dicho día llegó Agüero al lugar de la cita antes de la hora convenida y encontrando á Aguilera con Ramón Céspedes, habló mucho sobre el mismo tema de su expedición y su capacidad exclusiva para llevarla á salvamento. Finalmente dijo que para probarles que Peralta no quería ir á Cuba, le iba á decir que lo llevaría en su vapor en los términos que quisiese, que pusiese todas las condiciones que deseaba, y así ellos se convencerían de que ni Peralta quería ir, ni los aldamistas darían el dinero que tenían recolectado para Peralta.

A las dos de la tarde llegó Peralta. Comenzó Aguilera exhortándoles á que lograran un medio de funsionar las dos expediciones, pues solo de esa manera sería posible que los elementos que tenían dispuestos, llegaran pronto á manos de los patriotas. Manifestaron ambos su aquiescencia y dijo luego Agüero que quería se formase un acta de lo que allí pasase, llevárase á efecto la fusión ó no; todos asintieron.

Comenzose por hacer una nota de los efectos que llevaría Peralta; eran estos: quinientos rifles, cien mil cápsulas, una y media tonelada de pólvora, medicinas etc., á lo que se calculó un peso de doce toneladas. Manifestó Peralta que entregaría á Martínez sus cinco mil pesos, señaláronse algunas otras condiciones que fueron aceptadas por Agüero; pero al expresar Peralta que llevaría veinte expedicionarios, protestó Agüero y se formó otro altercado entre él y Peralta que tomó tan grave sesgo que Aguilera pensó no iba á ser posible seguir adelante; sin embargo entre Ramón Céspedes y él lograros aplacarlos. Sosegados algún tanto pidió Agüero que Peralta hiciera sus proposiciones por escrito; él haría de la misma manera las suyas. Peralta escribió las siguientes:

1.° Entregaría á Martínez sus cinco mil pesos. 2.° Agüero llevaría el mando de la expedición en el mar, haciendo que los expedicionarios dieran á Peralta las consideraciones de General. 3.° Caso de presentarse el enemigo durante el desembarco, Peralta asumiría el mando de los expedicionarios para defender el convoy. Comenzó Agüero á redactar sus proposiciones pero habiéndose hecho tarde, suspendieron la sesión y acordaron volver á reunirse á las nueve de aquella misma noche en la habitación de Aguilera.

Reuniéronse según habían acordado y se reanudó la accidentada discusión que durante una gran parte del día habían tenido. Como no fuera posible que Agüero y Peralta se avinieran, Ramón Céspedes, á pesar de ser un hombre pacífico y conciliador, llegó á impacientarse á tal grado que les dijo no concebía que hombres que blasonaban de patriotas como ellos, se dejasen llevar por tales quisquillas y terquedades sin reparar el daño que hacían á la patria, cuya suerte en equellas momentos estaba en manos de ellos. A estas palabras alborotáronse Agüero y Peralta, haciéndose unos á otros recriminaciones inconvenientes, y como Aguilera tratase de promediar, Agüero, con el acaloramiento que le era natural, la emprendió contra él también, llegando á decirle que desde que el Agente,—Aguilera,—había llegado allí, la había dado ya varios "bofetones," prefiriendo á otros que no tenían los méritos que él, procediendo así con sobrada injusticia. Ante ataque tan directo, trató Aguilera de revestirse de calma y contestó que le extrañaba mucho que por tanto tiempo hubiese tenido ese "embuchado" sin habérselo manifestado antes; que él siempre lo había tratado con la mejor buena fe, sin haberle pasado jamás por la imaginación que pudiera guardarle encono alguno; pero que siendo así, en adelante no se mezclaría en ningún asunto que tuviera él intervención.

Manifestó Ramón Céspedes que Aguilera no podía hacer eso por que como Agente General, debía intervenir en aquella expedición lo mismo que en cualquier otra.

Aguilera replicó reiterando su propósito y diciendo que podía entenderse directamente con Martínez, ó bien delegar sus facultades en él, Ramón Céspedes.

Continuó Agüero sus fanfarronadas, hablando con el énfasis que acostumbraba, hasta que habiéndose dirigido á Aguilera de modo agresivo, levantando la voz, este que ya se encostraba violento, le dijo que moderase su manera de expresarse y no creyera que con "ahuecarle" la voz lograría imponérsele; que ya lo tenía aburrido con su impertinencias. Dijo Agüero que esa era su entonación natural, y no le contestaba á lo demás como debiera, porque estaba en su casa. Aguilera de carácter exaltado, sin poder dominarse más, se levantó de su asiento y dirigiéndose á Agüero le dijo que lo que le decía allí se lo repetiría donde quisiera. Iba á contestar Agüero cuando se levantaron Ramón Céspedes y Peralta y acercándose á Aguilera y Agüero, lograron calmarlos. Aguilera hizo un esfuerzo sobre sí y logró serenarse pronto. Haremos justicia á Agüero, diciendo que hizo lo mismo.

Prosiguieron las discusiones en tono más templado, pero sin encontrar medios hábiles para entenderse Agüero y Peralta, hasta que aquel se acercó á Aguilera que se había apartado, leyendo algo, y le dijo que iba á hacer la última proposición á Peralta, la que creía aceptaría. Dirigiéndose entonces á éste y Ramón Céspedes les dijo que su vapor había costado treinta mil pesos y reunía todas las condiciones necesarias para llevar á salvo una expedición. Si Peralta le daba sus cinco mil pesos se comprometía á su regreso de Cuba, que sería dentro de un mes, contando desde el día de su salida, llevarlo con toda su expedición, desembarcándolo por el punto que designase. Además, si cuando regresase, dentro del mes, no estaba Peralta listo para salir, le devolvería sus cinco mil pesos quedando entonces redimido del compromiso de llevarlo. Aproximóse otra vez á Aguilera, que estaba cerca de una ventana y le dijo "soto voce" que le eran indispensables los cinco mil pesos de Peralta para salir inmediatamente; que no quería que Peralta llevase expedicionarios porque se diafanizaba la salida de la expedición; que tenía hecha una combinación con Ignacio Agramonte cerca de Puerto Príncipe, donde le aguardaban fuerzas suficientes; pero que esa combinación no se la revelaría á Peralta ni á nadie y le suplicaba que guardase el más estricto secreto. Volvieron á reunirse los cuatro y después de una corta discusión quedó aceptada la proposición de Agüero, garantizando este que Ramón Martínez la aprobaría también.

Estuvo el C. José Manuel Mestre á visitar á Aguilera en su habitación é indicó á Ramón Céspedes, allí presente, que debía pasar una nota al Secretario de Estado Mr. Fish, dándole á conocer el indulto y la suspensión de represalias publicadas por el Gobierno cubano, pues aunque esto no tendría ningún resultado inmediato, sería bueno que constase en el archivo del Gobierno de Washigton. Contestó Ramón Céspedes que ya había hablado con Echevarría sobre el particular y se habían puesto de acuerdo para hacerlo.

En la conversación que siguió les refirió Mestre lo acontecido en una conferencia á que convocó el Capitán General Lersundi, en la Habana, á un número de personas influyentes, entre las que se encontraba él. El Capitán General se produjo en términos muy descorteses y antipolíticos para los cubanos, con motivo de haber manifestado Mestre que los deseos del país eran que regiesen allí los mismos principios proclamados en España por la revolución de Septiembre. El Coronel Modet, que lo apoyó, fué duramente censurado por el General y al día siguiente expidió una orden para que fuera conducido á España bajo partida de registro. Mestre escapó prodigiosamente.

Como era Mestre una de los personas más importantes de la emigración cubana de New York y á quien varias ocasiones tendremos que citar, vamos á decir algunas palabras respecto á él.

Era hijo de un honrado español; fundador de la antigua y acreditada chocolatería "La Dominica", que aún subsiste en la Habana.

Fué á la escuela como tantos otros hijos del pueblo; pero dando muestras de las más relevantes dotes intelectuales, su padre lo hizo ingresar en la Universidad donde obtuvo con aprovechamiento el grado de Doctor en Leyes. Abrió su bufete y fué considerado uno de los abogados más notables de la Habana.

Entró al servicio de la casa de Aldama, cuyo jefe D. Domingo, era el protector de casi todos los jóvenes de mérito que se distinguían por sus ideas liberales.

Casó con una hija de D. Ricardo Alfonso, heredera de una gran fortuna. Por esa época era ya Mestre un joven de porvenir, que con su talento y su propio esfuerzo se había lobrado una brillante posición.

Según acababa de referir, fué uno de los que asistieron á la Junta de "notables" que convocó Lersundi en los primeros días de la revolución y fué quien avanzó más, con notable entereza, abogando por las libertades cubanas.

Pronto emigró á New York y abrazando la causa de la revolución, fué nombrado con José Antonio Echeverría, Representante Diplomático de la República de Cuba en el Exterior.

De aquel grupo de reformistas de la Habana, era José Manuel Mestre quizás el más puro, el más honrado y que más sinceramente había abrazado la causa de la revolución.

Al día siguiente fué Agüero á la oficina y entregó á Peralta un pliego con las condiciones para la fusión de sus expediciones; habiendo allí otras personas se retiró. Como fuere una de estas, Echeverría, y siendo este también el depositario de los cinco mil pesos de Peralta, creyó Aguilera oportuno hablarle de la negociación que aquel había hecho con Agüero para que lo llevase con la expedición en su vapor, y así lo hizo.

Contestó Echeverría que el negocio le parecía malo, porque en su concepto serían engañados por Agüero, y Ramón Martínez, como antes habían engañado á Aldama en una negociación semejante. Habiendo otras personas, quedó interrumpida la conversación.

Se enteró Aguilera de las proposiciones escritas que había dejado Agüero y vió que variaban bastante de las que habían acordado. En ellas no decía nada Agüero del ofrecimiento de devolver los cinco mil pesos á Peralta, caso de no estar este listo para salir con su expedición cuando Agüero regresase de llevar la suya. Le ponía como condición que el vapor debía salir en lastre y sin pasajeros para tomar las armas y expedicionarios en alta mar, lo cual implicaba un gasto extraordinario. Exigía que Peralta tuviese en su poder ocho mil pesos para las gratificaciones del Capitán, tripulación etc. De todo esto dedujo Aguilera que el asunto que creía ya arreglado estaba tan distante de estarlo como antes de tener aquel acuerdo. Se lo dijo así á Peralta y resolvieron tener una nueva reunión con Agüero al día siguiente.

Reunidos en la oficina de la Agencia Agüero, Peralta, Ramón Céspedes y Aguilera, manifestó éste al primero, que sus proposiciones por escrito á Peralta no estaban conformes con lo que habían acordado anteriormente. Alegó Agüero que estaban fundadas en las mismas bases que habían convenido y engolfose con Peralta en una serie de discusiones tan largas y reñidas como las anteriores. Finalmente, propuso Agüero que para facilitar la reunión de los ocho mil pesos que exigía tuviera disponibles Peralta, pondría él cuatro mil pesos y de esa manera Peralta, por una exigua cantidad, se vería transportado á Cuba con todas garantías en su manígfico vapor etc. Aceptó Peralta y habiendo éste instado á Aguilera para que diese su aprobación, manifestó éste que por su parte la tenía, pero que habiendo sido recogidos los cinco mil pesos de Peralta, en virtud de una autorización suya que decía que ese dinero era para la expedición de Peralta y se devolvería á los donantes, caso de no llevarse á cabo dicha expedición, él, por lo menos tenía que ponerse de acuerdo con aquellos para que le permitiesen dar á la cantidad distinta aplicación.

Dijo que desde que se había hecho cargo de la Agencia, su empeño principal era levantar el crédito de esta, que

había encontrado por los suelos y por consiguiente quería que todos sus actos llevasen impresos el sello de la formalidad, para evitar que su administración cayese en el desprestigio de las anteriores. Los presentes aprobaron la conducta de Aguilera, si bien Agüero instó para que tomase una resolución rápida.

Además del motivo que expresó Aguilera para no aprobar desde luego aquel convenio, tenía otro, y era haberle hecho fuerza las palabras de Evhevarría, desaprobando dicho convenio, las que no había podido explicar.

Invitó Aguilera á Ramón Céspedes para ir inmediatamente á ver á Echeverría, depositario del dinero de Peralta. No habiéndolo encontrado le dejaron recado para que fuera á verlos aquella noche en la habitación de Aguilera.

A las cinco de la tarde llegó Echeverría, acompañado de Peralta, con quien se había encontrado en la calle. Inmediatamente llamó Aguilera á Ramón Céspedes y entraron en sesión los cuatro. Expuso Aguilera á Echevarría el proyecto de Agüero y contestó aquel que nada podía resolver por ser extraño á aquella cuestión. Insistió Aguilera manifestándole quería le diera su opinión franca y lealmente, como cumplía á hombres animados por el mismo deseo de servir á la patria. Manifestó entonces Echeverría que el proyecto ofrecía grandes dificultades para la expedición de Peralta, porque si bien no dudaba del buen deseo de ambas partes de cumplir fielmente su compromiso, podrían presentarse mil contingencias por las que no fuese posible hacerlo, como la de tener que recalar el vapor en otro puerto distante, como ya había sucedido otra vez, por falta de carbón ó mal tiempo; y si después los españoles lo bloqueaban en ese puerto, ya se encontraría impedido de salir de allí.

Conociendo Aguilera que Echevarría se encontraba cohibido, lo llamó aparte y le instó para que le diese francamente su opinión. Díjole Echeverría que lo haría, pero bajo la promesa de la más absoluta reserva. Comenzó diciendo que Ramón Martínez y Agüero no cumplirían su oferta y Peralta se quedaría en tierra y sin sus cinco mil pesos lo que dificultaría aún más la salida de su expedición. Fundaba su parecer, tanto en que Ramón Martínez no quería firmar documento alguno, como porque ya en otras ocasiones semejantes había quedado mal con Aldama. Fué la primera cuando la compra del vapor "Hornet". Se comprometió Martínez con otros á contribuir con veinticinco mil pesos y luego se negó, pretestando que Aldama no había puesto el Capitán que él deseaba. La otra vez fué cuando el vapor "Florida". Dijo Martínez que el mencionado vapor estaba listo para salir á la mar y solo le faltaban diez mil pesos para llevar una expedición á Cuba; en tal virtud le dió esa cantidad Aldama, después de haberse comprometido formalmente Martínez á que el vapor saldría con la expedición dentro de cuatro días; el resultado fué que el dinero sirvió para mandar á componer el vapor que estaba inútil para navegar y no para mandar expedición alguna. Con estos antecedentes, agregó Echevarría, ¿cómo quiere Vd. que tenga confianza en esos hombres, sobre todo cuando rehusan estampar su firma en el compromiso que hacen?

Volviendo Aguilera y Echeverría á reunirse con los demás, continuaron discurriendo algún medio hábil para que Peralta pudiese salir pronto con su expedición, deplorando que la acrimonia de las pasiones impidiese llevar adelante ninguna empresa en provecho de Cuba; acordaron al fin que Peralta dijese á Agüero aquella misma noche que no podía realizar la fusión. Peralta ofreció hacerlo así y salió en busca de Agüero.

CAPITULO XIX

FEBRERO 1872

EL PILOTO DEL "HORNET" RECLAMA SU SUELDO.—LA SRA. DEL PRESIDENTE.—R. MARTINEZ OFRECE ABONARLE SU PENSION.—R. CESPEDES NO ACEPTA.—JUAN BELLIDO DE LUNA.—MOVIMIENTO DE MATANZAS.—GRANDE ENTUSIASMO.—JOSE MANUEL MESTRE.—CONTRA ORDEN DE LA JUNTA DE LA HABANA.—PROCEDEN EN NOMBRE DE CESPEDES.—EL MOVIMIENTO SE DESORGANIZA.—DISGUSTO DE LUNA.—SU PRISION.—"EL SIGLO" DE LA HABANA.—LA JUNTA DE LA HABANA REFORMISTA.—MISION A LAS REPUBLICAS SUR AMERICANAS.—H. CISNEROS SE OFRECE PARA ELLA.—EXPONE SU PROYECTO.—AGUILERA Y R. CESPEDES LO ACEPTAN.—H. CISNEROS SE ENCARGA DE CONSEGUIR EL DINERO.—PERALTA REANUDA SUS NEGOCIACIONES CON AGÜERO.—NO PUEDE CUMPLIRLE LO QUE LE OFRECE.—MAL HUMOR DE R. MARTINEZ Y AGÜERO.—AGUILERA ES MAL RECIBIDO POR ESTOS.—LE HACEN CARGOS INJUSTOS.—AGUILERA SE LLENA DE PRUDENCIA.—SALUDA Y SE VA.—ANTECEDENTES DE R. MARTINEZ.—CORREDOR DE AZUCAR EN MATANZAS.—HIZO UNA FORTUNA EN NEW YORK.—MAS COMERCIANTE QUE PATRIOTA.—SU DESACUERDO CON ALDAMA.—TOMA PUESTO EN EL PARTIDO QUESADISTA.—ORGANIZA EXPEDICIONES.—PONE A CONTRIBUCION A SUS AMIGOS.—EL DINERO DE ESTOS APARECE DADO POR EL.

Presentóse á Aguilera el piloto del vapor "Hornet" á quien se había arreglado su cuenta y pagado en Port au Prince, reclamando su sueldo desde aquella fecha. Como Mayorga estuviese ausente en Baltimore y Washington por el mismo asunto del "Hornet", le dijo Aguilera que esperara su vuelta.

Manifestó Ramón Céspedes á Aguilera haberle dicho la señora del Presidente, que sabiendo Ramón Martínez las estrecheces que pasaba, por la irregularidad con que recibía sus pensiones, le había ofrecido, entre tres ó cuatro amigos, abonar puntualmente su mesada, ya que la Agencia se encontraba en situación tan precaria que no podía hacerlo. Ella rehusó aceptar de momento, queriendo consultar antes á Aguilera, no fuera á resentirse porque ella obrara sin su autorización. Ramón Céspedes le dijo había contestado aprobando su consulta, pero le dijo también que creía que la Agencia no había llegado al extremo de no poder pagarle sus mensualidades; sin embargo, si alguna vez llegara ese caso, se le avisaría para que aceptara el ofrecimiento de Ramón Martínez.

Hablando Aguilera con el C. Juan Bellido de Luna, manifestó éste que poco después del levantamiento de Yara, cuando la efervecencia revolucionaria había invadido toda la Isla, hasta su parte más Occidental, se encontraba él en Matanzas. Intentando los cubanos de esa provincia secundar el movimiento de sus compatriotas orientales, lo nombraron Jefe del movimiento. Comenzó á organizarlo con el mejor éxito, pues el entusiasmo era inmenso y cuando ya faltaba poco para que todo estuviese listo, se le presentó José Manuel Mestre, diciéndole que iba comisionado por la Junta Revolucionaria de la Habana á decirle que dicha Junta había recibido órdenes del Capitán General Céspedes al efecto de que aquel departamento se mantuviera tranquilo con objeto de que los ingenios pudiesen hacer la zafra, y con el producto dar un poderoso impulso á la revolución. Era contraorden lo contrarió mucho, pues ya lo tenía todo preparado para que el golpe fuera formidable; sin embargo, en vista de que se invocaba el nombre de Carlos Manuel de Céspedes, creyó que no le cabía otro recurso que obedecer. Desde ese momento empezó á dar contraórdenes, sus compañeros se desalentaron, sus trabajos vinieron á tierra, á él lo prendieron poco días después y todo concluyó.

Dijo Luna que nunca llegó á saber si la orden fué dada por Carlos Manuel de Céspedes ó no, pero le causó muy mal

efecto, pues se había dedicado con fé á su obra. Creía debían aprovecharse aquellos momentos primeros que, por el entusiasmo de que se hallaban peseídos los cubanos y el estupor del Gobierno español, eran los más propios para extender la revolución por toda la Isla. Pensaba que el tardío apoyo que hubiera dado á la revolución el producto de las zafras, no compensaría el desastroso efecto moral de verla estacionada en la parte menos importante de la Isla, exponiéndola quizás á decaer; sin contar que todo ese tiempo lo aprovecharía el enemigo para, vuelto de sorpresa prepararse á la lucha. Sin embargo, obedeció, y los sucesos que se desarrollaron después, vinieron á confirmar sus temores.

Lamentábase Aguilera de las dificultades que encontraba para realizar el más insignificante plan, y Luna, por vía de ilustración de lo que podía esperarse de los hombres de aquella situación, le hizo una relación de ciertos hechos de Aldama en la Habana, cuando formaba parte de la empresa que publicaba el periódico ''El Siglo'', relación que pasamos por alto por no sobrecargar con negras tintas la conducta de la referida personalidad, cuando tanto desfavorable nos veremos precisados á decir de ella, al poner en claro su conducta con Aguilera.

Como Aguilera hubiese hablado á varias personas sobre la conveniencia de la propaganda en las repúblicas Sur Americanas en favor de la causa de Cuba, llamando la atención sobre la comunidad de intereses entre esas repúblicas y Cuba, por lo que debían apoyar la causa de esta como su propia causa; y se lamentase de que la falta de apoyo de sus paisanos le impedía poner en acción tan beneficiosa medida, inspirado en estas ideas le pasó Hilario Cisneros una comunicación pidiéndole una conferencia á Ramón Céspedes y á él, para llevar á la práctica tan benecioso plan. Lo citó Aguilera para su habitación, y reunidos con Ramón Céspedes, discutieron los tres, favorablemente el proyecto. Escollando, como siempre, en la falta de recursos, dijo Cisneros que había un individuo que probablemente no sólo contribuiría con fondos para llevar á efecto el plan, sino que influiría con sus amigos para que hiciesen lo mismo, pudiéndose reunir así los tres ó cuatro mil pesos que consideraba suficiente para el desempeño de la misión.

Alentaron Aguilera y Ramón Céspedes á Cisneros para que hablara al individuo y tratase de que tuviera efecto un asunto del que se prometían tan buen resultado. Entrando en detalles, propusieron que el comisionado fuera, bien José Manuel Mestre, Echeverría ó el mismo Hilario Cisneros. Manifestóse éste muy entusiasmado con el proyecto y salió dispuesto á ponerlo en planta sin pérdida de tiempo.

Hemos visto como Peralta, después de la última reunión con Aguilera, Ramón Céspedes y Echeverría, había salido á buscar á Agüero para decirle que quedaban rotas sus negociaciones. Encontró á este en casa de Ramón Martínez y reunidos los tres, Martínez y Agüero lograron persuadir á Peralta de que solo unido á ellos lograría ir pronto á Cuba, haciéndole nuevas proposiciones que aceptó. Fué luego Peralta á decir á Aguilera que había hecho con Martínez y Agüero el compromiso siguiente. Entregarles los cinco mil pesos y que Agüero lo llevase con su expedisión. Aguilera, que deseaba mucho que Peralta saliese para Cuba, y por otra parte quería dejarlo en completa libertad, ya que la expedición era formada con recursos agenciados por él, para que no pudiese echarle la responsabilidad de algún entorpecimiento, le dijo que si el arreglo era de su agrado, podía efectuarlo.

Dos días después volvió Peralta á ver á Aguilera y le dijo que Agüero estaba resentido con él porque había ofrecido entregarle los cinco mil pesos y no había podido hacerlo porque Echeverría, que los tenía, estaba en Washington. Al mismo tiempo le instó para que fuese á ver á Agüero y tratara de calmarlo, no fuera á interrumpirse la negociación.

Fué Aguilera á la oficina de Martínez y encontró también á Agüero. Martínez recibió de muy mal humor á Aguilera diciéndole que aquello parecía juego de niños. Que primero, Peralta había ofrecido á Agüero diez mil pesos para que lo

llevara á Cuba con su expedición; luego, con la intervención de Aguilera le había ofrecido cinco mil pesos; dos noches antes había quedado en entregar á Agüero el dinero el día anterior; después había resultado que el día era feriado y lo había dejado para aquel día y ahora sucedía que Echeverría estaba en Washington y no podía dar el dinero. Agüero con sus modales bruscos de costumbre decía poco más ó menos lo mismo, añadiendo que ya él no aguardaba más y se desentendería de Peralta; si Martínez quería coger el dinero que lo hiciera: Aguilera sorprendido por la manera descompuesta con que se le recibía, se quedó en pie esperando que uno y otro se calmaran, y les preguntó entonces contra quien se dirigían aquellos cargos. Contestóle Agüero con su mala manera habitual que en la última reunión que habían tenido, Peralta había aceptado su proposición y Aguilera había sancionado el acuerdo, y "salirle" ahora con tales pretextos no era cosa formal etc. Como Martínez por su parte, siguiera murmurando con su hosco semblante, Aguilera, que ya se iba impacientando, pensó que no sería digno entrar en un altercado con aquellos dos hombres de tan poca educación mostraban; por lo tanto, pasando por alto la ofensa que para él envolvían sus ademanes y palabras, les volvió la espalda diciéndoles "quedan Vds. con Dios."

Este incidente causó bastante disgusto á Aguilera, tanto más cuanto que por ocuparse Martínez en varios asuntos relacionados con la causa de Cuba, tenía necesariamente que estar en contacto con él. En esta ocasión como en tantas otras, haciendo caso omiso de su amor propio y pasando por alto hasta ofensas personales, todo lo soportó por amor á Cuba.

Varias veces hemos hecho referencia á Ramón Martínez, y como desempeña una parte bastante interesante en esta historia, diremos algunas breves palabras sobre él.

Era Ramón Martínez Hernández hijo de una familia rica de Matanzas. Por el año 1863 estaba de corredor de azúcar en esa ciudad y luego se trasladó á New York, donde se estableció con un hermano suyo, ocupándose en la venta de azúcares que le enviaban sus amigos y parientes de Matanzas. Al estallar la revolución de 1868 se le calculaba una fortuna de quinientos mil pesos y gran crédito en aquella plaza.

Fué Ramón Martínez unos de los patriotas que más figuraron en la emigración cubana de New York: pero como más que patriota era comerciante, su patriotismo estaba sometido al cálculo por lo que más de una vez, en las negociaciones en que intervenía, sufria aquel el descuento de un tanto por ciento.

Muy pronto estuvo en desacuerdo con Aldama por cuestiones de números y de pesos, así fué que cuando llegó el general Quesada á New York y se puso frente á Aldama, Ramón Martínez tomo un puesto importante en el bando quesadista.

Siendo hombre de acción y conocedor del país, tomó á su cargo la organización de varias expediciones que su partido despachó para Cuba. A fin de allegar recursos para esas empresas patrióticas, estimulaba á sus amigos residentes en Cuba y en Europa, para que contribuyesen con dinero. Como estos amigos en su mayor parte ponían como condición "sine qua non" que se guardase la más estricta reserva de sus nombres, por temor á la confiscación de sus bienes por el Gobierno español, Martínez cumplía fielmente la condición, y el dinero con que contribuían sus amigos aparecía dado por él. De esta manera fácilmente logró adquirir la fama de generoso patriota.

CAPITULO XX

FEBRERO 1872

MAYORGA DISGUSTADO CON EL CAPITAN BROWN.—ESTE TRATABA DE APROVECHARSE DEL BARCO.—DISGUSTOS QUE EL "HORNET" PROPORCIONA A MAYORGA. —FERNANDEZ CRIADO.—PROPOSICION DE ARTEAGA, BOZA Y A. AGUILERA.—MODO DE EQUIPAR 500 HOMBRES PARA CUBA.—AGUILERA ACEPTA EL PROYECTO PERO LO APLAZA.—CARTA DE PERALTA A R. MARTINEZ.—ESTE SOLICITA LOS MATERIALES DE LA EXPEDICION DE PERALTA.—DIJO QUE LA EXPEDICION DE PERALTA NO SALDRIA.—ARMAS DONADAS POR LA SRA. MOLINER.—MAYORGA QUIERE ENVIAR UNA TONELADA DE POLVORA.—SALE CON AGUILERA A SOLICITAR DINERO PARA LA POLVORA.—VISITAN A VARIOS CUBANOS.—NO OBTIENEN NINGUN RESULTADO.—SE RETIRAN DESALENTADOS.—FERNANDEZ CRIADO SALVA LA SITUACION.—LES LLEVA $400.—REGOCIGO DE AGUILERA Y MAYORGA.—EXTRAVIO DE LA ORDEN PARA LAS ARMAS DE LA SRA. MOLINER.—ALFARO SE NIEGA A DAR UN DUPLICADO.—COMUNICACION DE AGUILERA AL SECRETARIO DE R. EXTERIORES.—CARTA DE AGUILERA A SU ESPOSA.—PONE EN EVIDENCIA LA GRANDEZA DE SU CARACTER.

Llegó Mayorga de su viaje á Baltimore muy disgustado porque el Capitán Brown no había pagado siquiera al práctico que lo condujo á puerto ni á ninguno de los empleados de abordo y éstos amenazaban con embargar el barco. El "Master" ó "Veedor" le dijo que por miramiento á la causa de los cubanos, con la que simpatizaba, no había causado grave perjuicio al vapor, cumpliendo con su deber, pues una noche sorprendió un marinero que sacaba doce botellas de brandy del barco para llevarlas al Capitán á su hotel.

Brown se había llevado el cronómetro diciendo que era suyo; había dejado un cesto amarrado con orden de que lo mandasen con el expreso á su casa, el "Master" lo abrió y encontró en él el sextante del buque y varios objetos envueltos en sábanas y tohallas del mismo. Todo esto hacía que Mayorga estuviese muy disgustado con el Capitán, porque aún cuando se encontraba muy bien dispuesto á servir la causa, procuraba sacar toda la ventaja posible.

Por otra parte el abogado le había asegurado que el pleito de los marineros estaba muy mal parado para el barco, porque la ley consideraba á los marineros como menores y las pruebas que había contra ellos no eran suficientes. Aconsejó á Mayorga que tuviera un arreglo y así saldría mejor.

Agréguese á ésto que se había presentado el tenedor de la letra de mil treinta pesos protestada por Aldama, y amenazaba establecer su demanda si no se le pagaba sin más demora; que existían unas cuantas más, por las que constantemente estaban asediando á Aguilera y á Mayorga, y estos no habían podido conseguir la fianza de cuarenta mil pesos que exigía el Gobierno para permitir le salida del "Hornet" para New York. Esto último era causa de que Mayorga tuviera que estar constantemente dando viajes á Baltimore y á Washington, con el trastorno consiguiente para sus negocios, abandonados para atender al "Hornet". Todo esto dará una ligera idea de los disgustos y contrariedades que proporcionó el "Hornet" á Mayorga y Aguilera.

El ciudadano Ramón Fednández Criado, en una larga conversación que tuvo con Aguilera, le aconsejó que viviera prevenido porque le estaban formando "barricadas" por todos lados, sin querer entrar en detalles. También le refirió que había oido decir á una señora muy principal que la revolución estaba perdida y Dios los librara de que vencieran los cubanos, porque para verse sometidos al yugo de Quesada, era mejor estar bajo los españoles. J. M. Mestre había dicho muy satisfecho en una tertulia, que el vapor "Hornet" se encontraba envuelto en tales enredos, que no saldría de ellos ni en diez años. De Aldama di-

jo que le tenía un miedo cerval á Quesada por cuyo motivo aunque de ideas liberales, prefería la anexión ó la autonomía á la independencia. Dijo lo mismo de Echeverría, y de H. Cisneros que era un gran anexionista. Si anotamos estas manifestaciones de Fernández Criado es para que el lector se haga cargo de las ideas que prevalecían en aquella época entre los emigrados cubanos.

Estuvieron á visitar á Aguilera los ciudadanos Antonio Aguilera, Francisco Arteaga y "Cheno" Boza, haciéndole la siguiente proposición. Dijeron que en una emigración tan numerosa y en la que abundan tantos hombres acomodados y ricos como en la de New York ¿cómo era posible que no pudieran reunirse cincuenta cubanos que se comprometiesen á buscar y equipar diez hombres que salieran inmediatamente para Cuba? Dijeron que cada uno de ellos se comprometía no solo á buscar y equipar esos diez hombres sino que irían ellos mismos, por cuyo motivo ya no se necesitaba buscar más que 47.

Contestóles Aguilera que si ellos tuvieran la suerte de ver realizado su proyecto, él los acompañaría también, y desembarcarían todos juntos en la proximidad de Colón; que este era su sueño dorado, porque estaba persuadido de que la revolución no triunfaría hasta que los cubanos no fuesen dueños de Occidente; pero que su proyecto era muy dificultoso. Dijo que él les daría con mucho gusto la autorización que le pedían, tan luego como saliera para Cuba una de las expediciones que se estaban organizando, porque si la diera antes, correría peligro de entorpecer la formación de dichas dos expediciones. Esteba persuadido de que en New York había, no ya 50, sino más de cien cubanos en aptitud de hacer ese servicio á la causa, pero se conformaría con que solo se hallasen veinte, porque no era cuestión de facultad, sino de voluntad, y esta era la que faltaba. Agregó 200 hombres necesitaban de cuarenta á cincuenta mil pesos para llevarlos á Cuba, entre el costo del vapor, que debía ser bueno, armamento superior, abundantes municiones, etc.; sin embargo, no debían desmayar, porque si bien al presente la situación de la Agencia era bien estrecha, de un momento á otro podía cambiar y entonces tendrían recursos en abundancia. De todas maneras, así que saliera de una de aquellas expediciones, se acercasen á él, y entonces combinarían la manera de poner en planta su plan.

Supo Aguilera por Félix Fuentes que Jordan los desacreditaba á él y Ramón Céspedes, diciendo que la revolución estaba perdida porque ellos no hacían nada en provecho de ella y se oponían á los proyectos que pudieran darle tanto fruto, como los suyos. Contestó Aguilera que era curioso que un americano pretendiera darles lecciones de patriotismo, cuando Jordan lo que sentía era perder la buena comisión que se habría prometido al realizar su negocio. Supo también que Melchor Agüero los denostaba, y decía que estaban influenciados por Echeverría, que era un traidor; que habían estado jugando con él, etc.

Al llegar Aguilera á la oficina le enseñó Peralta una carta muy atenta, que había dirigido á Ramón Martínez diciéndole que como Agüero manifestaba que ya no llevaba la expedición; se ofrecía él—Peralta—para conducirla si quería Martínez aceptar sus servicios. No pareció bien á Aguilera aquella carta, porque conociendo el terreno que pisaba y las pasiones que animaban á aquellas personas, temió que pudiesen creer que era una intriga suya con objeto de imponerles á Peralta. Sin embargo, no queriendo que este pudiera figurarse que se oponía á su iniciativa, no se opuso tampoco al envío de la carta.

Al día siguiente estuvo Ramón Martínez en la oficina de la Agencia y dijo á Aguilera que iba á contestar de palabra una carta que había recibido de Peralta, porque todavía no había puesto su firma en ningún documento relacionado con la causa de Cuba. Recomendó á Aguilera que dijese á Peralta que, perteneciendo la expedición Agüero á una sociedad, él por sí solo no podía tomar ninguna determinación respecto á ella. Al mismo tiempo dijo que iba á sorprenderlo. Contestó Aguilera que á él nada lo sorprendía y agregó Martínez que agradable-

mente, pues iba á pedirle los materiales de guerra que le había ofrecido para la expedición de Agüero y desearía le diese la orden inmediatamente.

Contestó Aguilera que los seiscientos y pico de fusiles que le había dicho llevaba Agüero, le parecían suficientes, para esa expedición y necesitándose en Cuba municiones más que nada, vería todas las que le podía dar.

Quiso Martínez que Aguilera le diese la orden inmediatamente y éste le contestó que no le era posible porque Manuel J. Izaguirre era quien tenía el inventario y en aquel momento no estaba allí; que tan luego como llegase se la mandaría. Insistió Martínez en que Aguilera mandase con Agüero todo lo más que pudiera y le contestó aquel que no le quedaban más que los materiales de guerra para la expedición de Peralta. Sonrióse Martínez irónicamente y dijo que le aseguraba que Peralta no iría á Cuba porque Aldama no lo despacharía y le harían cargo á Aguilera por no haber aprovechado la ocasión de mandar con la expedición de Agüero todos los materiales de guerra que tenía.

Contestó Aguilera que Julio Peralta era un general del Ejército cubano que había salido con autorización del Gobierno para llevar una expedición; al efecto había traido tres ó cuatro mil pesos suyos y había trabajado mucho para acrecentar sus fondos; por todo eso no le parecía justo quitarle los elementos que había reunido para dárselos á Agüero, cuando todavía no se había despojado la incognita de si Aldama lo despacharía ó no.

Retiróse Martínez nada satisfecho y poco después llegó M. J. Izaguirre. Preguntóle Aguilera sobre las cápsulas que había y le contestó Izaguirre que podía disponer de once mil y pico de cápsulas Remigton, regaladas á la causa por la señora Francisca Moliner viuda de Ayesterán. Estaban depositadas en la casa del armero Hartley; pero creía que si no se abonaban á éste doscientos y pico de pesos que se le debían, por las armas que llevó Carlos García, no las dejaría sacar. Hiciéronle fuerza á Aguilera las razones de Izaguirre y consultando á Ramón Céspedes y Mayorga, presentes, convinieron en que tenía razón Izaguirre. Manifestó Mayorga que quizás podrían mandar también una tonelada de pólvora con Agüero, proponiendo para el pago, que Aguilera y él saliesen á ver algunos cubanos que otras veces habían ofrecido dar algo para la causa y pedirles contribuyeran en esa ocasión. Si lograban reunir una cantidad suficiente, abonarían las armas tomadas para Carlos García y el resto lo darían á cuenta de la tonelada de pólvora. Parecióle bueno el plan á Aguilera, pero de éxito dudoso; sin embargo, por no desanimar á Mayorga, se manifestó dispuesto á secundarlo. Invitado por Mayorga, salió Aguilera poco después con él, á dar principio á su comisión. Se dirigieron al hotel donde vivía R. Fernández Criado, lo encontraron en su habitación, le expusieron el objeto de su visita y les manifestó F. Criado que de momento no podía contribuir porque no tenía dinero, pero que iría á ver á Niñigan y otros amigos suyos y trataría de que estos contribuyesen. Como se había hecho tarde, se retiraron para casa de Mayorga, donde comió Aguilera.

A las nueve de la mañana siguiente fué Mayorga á buscar á Aguilera para seguir su peregrinación. Se dirigieron á casa del C. Fernando Escobar; al tocar la campanilla creyeron oir su voz y poco después abrió la puerta su hermano y les dijo que no estaba allí. Este señor, en Noviembre del año anterior, había ofrecido á Aguilera contribuir para la causa cuando le llegase una cantidad que esperaba de la Habana á fines de año. Aguilera había estado después tres ocasiones más en su casa, dando la casualidad de que nunca lo hubiera encontrado. Fueron á casa del C. Lansys y no lo encontraron; fueron á su expendio de tabacos en Broadway y tampoco, diciéndoles el dependiente que á las seis de la tarde lo hallarían en su casa seguramente.

Fueron al establecimiento del C. Mesa y éste los hizo aguardar cerca de una hora, porque estaba ocupado con otros individuos. Les tocó á ellos el turno y le habló Aguilera encareciéndole la

necesidad de mandar una tonelada de pólvora á Cuba, mientras pudiesen salir las expediciones que tenían en proyecto, diciéndole que su donativo lo recibiría en dinero ó en pólvora. Contestó Mesa que había sufrido mucho en sus intereses, que estaba muy mal, que vería la cantidad con que podría contribuir y la llevaría á Mayorga.

Se encaminaron á la tabaquería del C. Mora. Enterado éste de lo que solicitaban, sacó su cartera y les entregó quince pesos que era todo lo que en ella tenía. Dijo que no podía dar más, porque los negocios estaban mal y él contribuía con cinco pesos mensuales para la sociedad "La Auxiliadora", etc. Todo lo que pareció seco y frío el C. Mesa á Aguilera, le pareció franco, Mora.

Fueron á ver al C. José Díaz Hernández, que en otra ocasión ofreció á Aguilera llevarle algo. Les dijo su dependiente que había ido á tomar el "lunch" y pronto volvería; lo estuvieron aguardando como hora y media hasta que aburridos se retiraron.

Como se hubiera hecho tarde, resolvieron Aguilera y Mayorga ir á la oficina, pues se encontraban cansados y descorazonados de haber andado todo el día con tan poco fruto. Iban haciendo comentarios sobre la triste realidad que acababan de tocar, pensando que tendrían que renunciar á mandar la tonelada de pólvora y el aprieto en que se encontrarían si el armero Hartley se negaba á entregarles las cápsulas que tenía en depósito por no haberle pagado los doscientos pesos que le debían. Bajo esta triste impresión llegaron á la oficina cuando fueron sorprendidos agradablemente con la presencia de Fernández Criado, que les traía cuatrocientos pesos que había podido conseguirles. Dijo que habló á don Juan Niñigan y éste le manifestó que no le era posible contribuir. Finalmente le suplicó F. Criado que le prestase cuatrocientos pesos, que se los devolvería del primer dinero que cogiese. Así fué como pudo conseguir aquella cantidad. Aguilera y Mayorga pasáron del extremo desaliento, al júbilo dando efusivamente las gracias á F. Criado por el gran servicio que acababa de prestar á los heroicos patriotas, allá en Cuba. El regocijo de Mayorga y Aguilera aumentó más aún, cuan llegó el C. Benjamín Pérez, Tesorero del Club Laborantes y les dijo que les traía ciento diez y nueve pesos procedentes de dicho Club. Lleno de gozo Aguilera fué al escritorio de Ramón Martínez á decirle que contara con once mil y pico de cápsulas Remington y una tonelada de pólvora. Ramón Martínez contestó con su acostumbrada frialdad que era muy poco. Repuso Aguilera que no podía darle más y mandara por la orden á la oficina de la Agencia. Seguidamente se volvió á ella y lo recibió Manuel J. Izaguirre diciéndole que se había vuelto loco buscando la orden para Hartley que le había dado Alfaro, para los Remingtons donados por la señora Moliner sin haberla encontrado. Poco después llegó el hijo de Agüero de parte de Ramón Martínez á buscar la orden que acababa de ofrecerle Aguilera; éste le mandó decir que se le había ofrecido una pequeña dificultad y al día siguiente se la mandaría.

Manuel J Izaguirre mandó un recado á Ignacio Alfaro, cuyo escritorio estaba en el mismo edificio, diciéndole de parte de Aguilera que se había traspapelado la orden á Hartley para que le entregaran las armas donadas por la señora Moliner y le hiciera el favor de mandarle un duplicado. Contestó Alfaro que no podía, y que eso era muy informal. Se lo dijo Izaguirre á Aguilera y éste entonces le escribió una atenta esquela pidiendo le mandara el duplicado solicitado.

Fué Izaguirre á casa de Hartley, le abonó los doscientos cuarenta pesos que se le debían por las armas de Carlos García, trató una tonelada de pólvora envasada en latas, por el precio de quinientos pesos de los cuales le entregó doscientos cincuenta pesos de contado á abonar el resto en el plazo que convinieron; de allí se retiró á su casa. Aguilera también fué á la suya no sin cierta intranquilidad por no haber recibido contestación de Alfaro.

Por la noche estuvo Izaguirre en casa de Aguilera á buscar una comunicación

que mandaba éste al Secretario de Relaciones Exteriores, y llegó dándole las albricias por haber encontrado al fin la orden de Alfaro para Harley. Insertaremos aquí la comunicación á que nos referimos, la que si bien no tiene nada de particular, sirve para anunciar otra muy importante que daremos á conocer después. Dice así:

"New York, Febrero 28 de 1872.

Señor Secretario de Estado de la República de Cuba.

Conciudadano:

Tengo hecha la comunicación oficial que pensaba enviar á Vd. en unión de la del Ciudadano Ramón Céspedes; pero á última hora he temido exponerla á la vía peligrosa por que van éstas, tanto más porque es voluminosa, pues encierra muchos particulares importantes que por su número y extensión se hace difícil ponerlos todos en clave. Por la nota del Ciudadano Ramón Céspedes se enterara Vd. de algunos particulares, mientras tanto va la la mía dentro de breves días por conducto de la expedición Agüero que arribará á esa por el lugar consabido.

Soy de Vd., Ciudadano Secretario, con toda consideración su atento servidor.

F. V. Aguilera.

Por aquel mismo correo escribió Aguilera á su esposa, y vamos á insertar esa carta porque en ella está reflejada su alma tierna, severa, honrada y patriota.

New York, Febrero 20 de 1872.

Mi queridísima Anita:

He recibido tu grata carta de 7 del corriente, y tomo la pluma para contestarte con la premura de siempre, pues no tengo un momento de descanso.

Me ha entristecido mucho la noticia que me das de que hacía tres meses que no recibías la mesada de tu padre, y las escaseces que estaban pasando, sobre todo cuando no pudo mandarte nada, porque nada tengo. Si hubieras hecho un esfuerzo, y me hubieras mandado á Juan, ó los dos, con encargo de abonar aquí el pasaje, hubiera ocupado á algunos amigos, lo habría conseguido, y hubiera alcanzado con ellos mismos ponerlos en un colegio y pagarles una anualidad adelantada; pero no habiendo venido, no me trevo á hacerlo, porque temo crean que es un medio para sacarles dinero, y no quiero poner mi delicadeza á esa prueba. Además, por algunas intriguillas, el Gobierno nos dice que ya debemos resignar nuestros empleos en las personas convenientes, y volver á Cuba. Yo estoy persuadido que al abandonar la Agencia, esto se hunde, por la sencilla razón, de que los que la podrían desempeñarla, quizás mejor que yo, no la aceptan, é iría á pasar á manos de especuladores que de lo último que se ocupan es de la patria, y sí mucho de sus intereses. Nosotros hemos contestado esto mismo, manifestando al gobierno que nombre los individuos en quienes debemos resignar, pues nosotros no queremos cargar con responsabilidad. Como es cuestión de intringuillas, estoy seguro de que nos lo mandarán y de consiguiente estoy con un pie en el estribo, por cuyo motivo ya pasó la hora de poder colocar aquí á los muchachos como podía haber hecho á mi llegada.

Ya he tenido tres interrupciones desde que empecé á escribirte, de modo que he perdido el hilo de las ideas, y me están esperando. Por el vapor pasado te escribí directamente; dime si has recibido la carta. Mucho sigilo con lo que te digo.

A mis hijas que no les escribo porque no sé si podré acabar ésta. Este es un trabajo superior á mis fuerzas.

Adios...... abraza á nuestros hijos.

Aguilera.

P. D. Después de cerrar esto, la he abierto de nuevo, porque no vayas á estar disgustada por lo brusco le su conclusión, pues es una fatalidad que en no siendo de noche no te puedo escribir con descanso.

Como ignoro, según te iba diciendo, el tiempo que permaneceré aquí, pues no puedo prever los acontecimientos, no es conveniente que vengan ya los muchachos, pues podría acontecer que llegaran y ya yo me hubiese marchado: ¿á donde? No lo puedo decir tampoco, pues podría

ser á Cuba por Jamaica ó por cualquiera otra vía, á la América del Sur, á Europa, en fin donde me lo aconsejen mi delicadeza y patriotismo que serán siempre mis únicos guias. En el alma siento que pierdan nuestros hijos tiempo tan precioso, pues hoy más que nunca puedo apreciar lo que vale en el mundo una esmerada educación; pero el destino ó la suerte así lo quiere y es necesario someternos resignados.

¡Quién sabe si los más pequeños recogerán el fruto de mis desvelos! Yo así lo espero, pues lo contrario sería dudar de la justicia divina.

Estamos corriendo una crisis grave. Dentro de dos meses, ó tres á más tardar, debe disiparse la nube que obscurece nuestro horizonte. Un acontecimiento favorable cualquiera, el simple reconocimiento de la beligerancia por estos Estados, levantaría nuestro crédito, y con ello tendríamos el dinero suficiente para acabar la guerra dentro de muy poco tiempo. Yo así lo espero, pues tengo una fe ciega en los destinos de nuestra patria; ya me parece que me veo rodeado de toda mi familia, en Bayamo, viviendo en nuestro solar, donde fabricaremos un gran ranchón de guano, cultivando la tierra de Santa Isabel para mantener nuestros hijos y, educar á los más pequeños. ¡Qué felices seremos entonces con la conciencia de haber contribuído con todos nuestros esfuerzos á hacer nuestra patria libre! Estos desahogos, alma mía, no deben ser leídos sino por la amante esposa á quien van dirigidos, de consiguiente rompe mis cartas, porque un niño puede aprovechar un descuido, extraviarlas, y pasar por ridiculo para la mayoría de los hombres que tienen el corazón seco por el egoismo.

Te adjunto una para Juan Luis (Pacheco), y dile que me conteste, porque lo que le pregunto me interesa mucho.

Adiós otra vez, dale las gracias á Mayner, por la cura de los muchachos, en mi nombre; que en el correo próximo le escribiré, y hasta entonces soy siempre tu

Aguilera.

En esta carta, escrita en la intimidad, para su esposa, en la que abría de par en par su corazón, tan rico en ternura, en generosidad, en nobleza; en la confianza de que ningunos ojos humanos que no fueran los de ella y sus amados hijos recorrerían esas líneas emanadas del alma, aquí es donde puede estudiarse y conocerse bien los sentimientos de Aguilera.

Temiendo una indiscreción por la que pudieran conocerse aquellos íntimos desahogos, que él mismo creería debilidades, aconseja á su esposa que rompa esa carta. ¡Qué confusión se hubiera apoderado de él si hubiera podido vislumbrar que esa carta, que con tanto empeño guardaba de miradas profanas, había de darse á la publicidad!

Esa carta en la que creía poner de manifiesto sus debilidades, es un dechado de virtudes que todos los hombres deberían imitar. Pero así es la realidad: la virtud más meritoria es le que se practica sin saberlo.

CAPITULO XXI

FEBRERO 1872

CONTRAORDEN DE ALFARO PARA QUE NO ENTREGUEN LAS ARMAS A AGUILERA. —R. CESPEDES Y PERALTA VAN A VER A ALFARO.—EXPLICACIONES DE ESTE.—PERALTA INCREPA CON DUREZA A ALFARO.—ESTE NO CONTESTA.—AGUILERA REFIERE LO PASADO A MARTINEZ.—VUELVE ESTE A REQUERIRLO POR LAS ARMAS DE PERALTA.—AGUILERA LE OFRECE LAS QUE TIENE EN HAITI.—MARTINEZ RECIBE MAL A AGUILERA POR SEGUNDA VEZ.—LE TIRA SOBRE LA MESA CON DESDEN SU ORDEN.—INJUSTAS RECONVENCIONES.—AGUILERA LO SUFRE PACIENTE.—DEBIA APURAR TODAS LAS AMARGURAS.—TODO LE ERA PERMITIDO A MARTINEZ.—ESTE SE CONVENCE DE SU SIN RAZON.—VUELVE A RECOGER LA ORDEN QUE TIRO.

Al día siguiente de haber hablado con Izaguirre, fué Aguilera á la Agencia y encontrando al mismo Izaguirre le dijo éste que había visto una orden de Ignacio Alfaro anulando la que había dado á Hartley para que le entregaran las armas de la señora Molier. El primer impulso de Aguilera fué ir donde Alfaro á preguntarle cómo había dado esa contraorden; pero considerando que podría dar origen á una disputa y quizás un escándalo, determinó no poner á prueba su paciencia y consultar antes con Mayorga y Ramón Céspedes lo que debía hacer.

Enterados estos, resolvieron que Ramón Céspedes y Aguilera se avistaran con la señora Moliner para enterarla de lo que pasaba y tratar de que las armas volviesen á disposición de Aguilera. Habiendo llegado Peralta, é informado del asunto, dijo que las armas las había comprado aquella señora con objeto de que las llevara él y para eso se las entregó á Aldama. Se modificó la primera resolución acordando que Ramón Céspedes y Peralta fuesen á ver á Alfaro, porque Peralta dijo quería preguntarle porqué motivo le había retirado las armas. Invitaron á Aguilera para que los acompañase, pero éste se excusó diciendo que como conocía que el tiro iba dirigido á él, para privarlo de aquellos recursos, no se quería exponer á que le faltase la paciencia y se promoviera un lance desagradable con perjuicio para la causa.

Fueron Ramón Céspedes y Peralta á ver á Alfaro y pedirle les explicara lo que había con respecto á aquel asunto. Dijo Alfaro que Agüero había pedido á la señora Moliner las armas que ella había comprado, para llevarlas á Cuba en la expedición que pronto sacaría; la señora se había admirado de que todavía estuviesen allí, después de más de un año de haberlas comprado y entregado á Aldama; y como Agüero le aseguró que muy pronto debía salir, ella se las cedió, y á su instancia había tenido que suspender la orden á Hartley para que las entregara á Aldama, en virtud de la cual las reclamaba Aguilera. Manifestóle Ramón Céspedes que Aguilera estaba muy quejoso de él porque no había tenido la consideración de avisarle el compromiso en que se veía. Alfaro se excusó dando un pretexto. Peralta que estaba muy molesto por la merma que sufría su expedición, habló muy fuerte á Alfaro diciéndole que eran intrigas de todos ellos para dar más importancia á la expedición de Agüero con perjuicio de la suya. Alfaro oyó á Peralta con mucha calma, sin contestarle una palabra.

Muy contrariado Aguilera, fué al escritorio de Ramón Martínez á manifestarle lo que había pasado con Alfaro, por lo cual ya no podía contar con las once mil cápsulas.

Al mismo tiempo le entregó una orden para que recogiera en casa de Hartley la tonelada de pólvora; le ofreció al mismo tiempo varios bultos de ropa que tenía en la oficina y dijo que en Haití tenía una cantidad de amas y pertrechos, los que ponía á su disposición. Martínez no aceptó estos porque dijo que la expedi-

ción debía salir de aquel puerto directamente para Cuba sin tocar en ninguna otra parte. Al mismo tiempo insistió en que Aguilera le entregara el material de guerra que debía llevar Peralta, para que lo condujera Agüero, diciendo que éste no llevaría más que seiscientos fusiles, doscientos cincuenta mil cápsulas y la tonelada de pólvora que le había dado Aguilera.

Contestó este que había oído decir á Agüero que volvería inmediatamente á Cuba con otra expedición, y podía combinar las cosas de modo que después de desembarcar la que llevaba, fuese á Haití por la otra, y de esa manera serían dos expediciones en vez de una. Pidió entonces Martínez un inventario de los efectos que tenía en Haití y Aguilera quedó en dárselo.

Al día siguiente volvió Aguilera al escritorio de Martínez á tratarle sobre la expedición y éste lo recibió de muy mala manera. Le tiró sobre la mesa la orden que le había dado el día anterior, diciéndolo más ó menos. "Ahí tiene Vd. su orden; de nada sirve tampoco; Hartley no la acepta si Vd. no paga doscientos pesos que le debe. Nada de lo que Vd. ha prometido ha podido cumplirlo y por eso Agüero lleva muy poca cosa. Contábamos con las armas que tiene la Agencia y Vd. no quiere dárnoslas; nos ofreció once mil cápsulas y no nos la ha dado; nos ofreció también una tonelada de pólvora y tampoco nos la quieren entregar." Estas palabras dichas en tono desdeñoso y ademán provocativo, hirieron á Aguilera en la más íntimo de sus sentimientos y tuvo que echar mano á toda la prudencia que se había propuesto tener para no rechazar la ofensa como merecía.

Se recordará que no era ésta la primer vez que Martínez tratara á Aguilera con sobrada desconsideración. Parecía haber en él una animosidad marcada contra Aguilera, sin que este pudiera atinar la causa, pues jamás le había dado motivo para ello; mas parece que Aguilera estaba condenado á sufrir todas las amarguras por crueles que fuesen. No obstante que hubiese sacrificado su familia, su fortuna, su bienestar, su sosiego, su gloria. Era necesario que sacrificase también su dignidad de hombre, su altivez, en lo que fundaba todo orgullo y que se viera vejado por un hombre vulgar que puesto á su lado no llegaba á la altura de su bota; y en vez de repeler el ultraje como su carácter demandaba, y su dignidad exigía, se viera obligado á sellar sus labios y contener su brazo nervioso, pareciendo indiferente, impasible, convirtiéndose también el mismo en atormentador de sí propio.

Aquel hombre soberbio y presumido, que parecía complacerse en humillarlo, tenía en sus manos una expedición que había de llevar á sus compañeros en Cuba los elemenos de guerra que tanto necesitaban. Por este solo hecho ese hombre gozaba de completa inmunidad para Aguilera. A ese hombre le eran permitidos todos los abusos para con él, seguro de que Aguilera solo pensaría en Cuba y en el beneficio que ella iba á recibir, para soportarlo todo, con estoica resignación. Así es que haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, para conservar su calma y como si no hubiera notado la manera agresiva y forma ruda con que se le trataba, contestó á Martínez que ya le había advertido á tiempo las causas poderosas, que nadie lamentaba más que él, porque no había podido cumplir lo ofrecido; y con respecto á la tonelada de pólvora mandó llamar á Izaguirre. Vino éste, é informando de la negativa de Hartley se admiró, y salió enseguida á avistarse con él. Pocos momentos despues volvió diciendo que Hartley le había dicho que no sabía que hubiesen ido á buscar la pólvora y que podía disponer de ella cuando quisiera. Llamó Ramón Martínez á su vez á Plutarco González y éste dijo que la razón no se la dió Hartley, sino un socio de la casa. Aclarado el asunto, Ramón Martínez volvió á recoger la orden que tan despreciativamente había arrojado á Aguilera.

CAPITULO XXII

MARZO 1872

REVELO, REPORTER DEL PERIODICO "THE SUN".—CONFERENCIA CON ALDAMA.—ESTE IBA A HACER LA INDEPENDENCIA DE CUBA.—MUSICA CELESTIAL DE ALDAMA.—CONTRATO DE VENTA DE LA ISLA DE CUBA.—EL CAPITAN MORTON.—EL CORSARIO "TORNADO".—R. MARTINEZ Y LOS TREINTA MILLONES DE BONOS CUBANOS.—QUIERE VER LOS PODERES DE AGUILERA Y R. CESPEDES.—MESADA DE LA SENORA DEL PRESIDENTE.—MARTINEZ NO PUEDE HACERSE CARGO DE ELLA.—FERNANDEZ CRIADO Y LAS ARMAS DE LA SEÑORA MOLINER.—EL CAPITAN NORTON Y LA EXPEDICION DE PERALTA.—DIEZ MIL PESOS POR LLEVAR A PERALTA A CUBA.—DOCE MIL PESOS CON QUE CONTABA PERALTA.—D. CIRILO VILLAVERDE.—NEGOCIACION DE LA BELIGERANCIA POR BONOS CUBANOS.—ES ACEPTADA LA NEGOCIACION.—MISION DE H. CISNEROS A LAS REPUBLICAS SUR AMERICANAS.—GALVEZ Y FUENTES COMISIONADOS PARA HABLAR A ANGARICA.—FRANCISCO J. CISNEROS.—DA CUENTA DE SU MISION AL PERU.—EL GOBIERNO DEL PERU Y MR. GIBETT.—FRACASO DE LA NEGOCIACION.—EL SR. JUAN FRANCISCO, HERMANO DEL PRESIDENTE DEL PERU.—EL PARTIDO CLERICAL EN EL PERU.—SU GRAN INFLUENCIA EN EL GOBIERNO.—LOS ESPAÑOLES ACOGIDOS A ELLA.—EL PRESIDENTE GARCIA MORENO DEL ECUADOR.—FUSILAMIENTO DE UN LETRADO.—NOTA DE AGUILERA.—CONFERENCIA CON EL CAPITAN NORTON.—SU PATRIOTICA ACTITUD.—LE CEDEN $125,000 EN BONOS CUBANOS.—AGUILERA SE SIENTE ENFERMO.—SE RETIRA A SU CASA.—EL DR. LE RECETA.—CONFERENCIA CON GALVEZ, FUENTES Y CISNEROS.—GALVEZ Y FUENTES DISPUESTOS A HABLAR A ANGARICA.—LA SUSCRIPCION DE $4,000.

Era Ravello, como hemos dicho, un "reporter" del periódico americano "The Sun", muy entusiasta por la causa de Cuba; con frecuencia iba á la oficina de la Agencia á buscar noticias para su periódico y siempre estaba dispuesto á prestar cualquier servicio á los cubanos. Como los individuos relacionados con la Agencia lo tratasen con bastante confianza y estuviese enterado de algunas interioridades, un día que fué á la oficina, llamó aparte á Aguilera y le dijo bajo el más profundo secreto, quería manifestarle que tenía que rectificar completamente su juicio respecto de Aldama. Había tenido una larga conferencia con él, en que le manifestó que el próximo verano iba á Europa; pero antes, había determinado dejar asegurada la independencia de Cuba, y á ese efecto estaba trabajando activamente. Iba á despachar al general Julio Peralta con una expedición que llevaría quinientos rifles de precisión y parque suficiente para un año. Le enseñó el plano de un vapor que tenía en trato para la expedición de Peralta y otras expediciones más, que sin interrupción mandaría, pues estaba dispuesto á enviar á Cuba expedición tras expedición hasta conseguir su objeto. El entusiasta Ravello se manifestó muy contento y decía que no dudaba que un hombre de las condiciones de Aldama, si se decidía á robustecer la revolución de la manera que le había manifestado, la causa de Cuba triunfaría muy pronto. No le contradijo Aguilera, sin embargo de que pensó que aquello era "música celestial" pues iba conociendo á Aldama.

Continuó Ravelo diciendo que le constaba que allí en New York existía un proyecto de contrato de venta de la Isla de Cuba á los cubanos, firmado por un comisionado especial que fué de España, en tiempo de Serrano, á tratar con J. M. Mestre y J. A. Echeverría. El negocio había fracasado por la caida del Gobierno de Serrano en España y ya él lo habría publicado todo en "The Sun" á no ser porque Echeverría le dijo que no lo hiciera pues podría estorbar la reanudación del negocio, caso que volviera á subir Serrano.

Al volver Aguilera á su casa le dió su sobrino Miguel Luis la noticia de que había estado allí el Capitán Norton, quien decía que el corsario "Tornado" estaba en el mar hacía cuatro semanas. El Capitán dejó el vapor en las Antillas y había ido allí á buscar unas armas que

le fué imposible embarcar en Glassgow por motivo de que el Gobierno Inglés quiso detenerlo. El logró burlar su vigilancia.

Volvieron Aguilera y Ramón Céspedes á hablar á Martínez sobre el asunto de los bonos que aún no se había formalizado. Manifestó Martínez que necesitaba el poder en virtud del cual habían firmado los bonos. Aguilera ofreció mandárselo al día siguiente.

Aprovechó Ramón Céspedes la oportunidad para hablar á Ramón Martínez respecto á lo que la señora del Presidente le había dicho de que él se había ofrecido para pasarle su pensión, caso que la Agencia no pudiera hacerlo con la puntualidad que ella deseaba.

Contestó Ramón Martínez que una vez, quejándose la referida señora de la irregularidad con que recibía la pensión de la Agencia, le había propuesto que reuniese varios amigos entre los cuales le dieran el dinero con puntualidad; él le manifestó que no podía comprometerse, porque ya, para los ciento sesenta pesos que entre él y otros amigos pasaban á su señora madre y hermana, él solo,—Martínez,—había tenido que hacerse cargo de abonar la mitad, pues algunos de los comprometidos á contribuir, se negaron después á continuar; por consiguiente, no podía echarse encima esa otra pensión también. Le había aconsejado que hablara con Bramosio que quizás podría complacerla.

Hablando Fernández Criado con Aguilera le dijo que había visto á Ignacio Alfaro y le hizo comprender su mal comportamiento para con él. Alfaro le ofreció ir á dar una satisfacción á Aguilera. Propuso también á Aguilera conseguir de la señora Moliner que consintiese en partir las armas y pertrechos que había comprado para Cuba, por mitad, dando una Agüero y la otra á Peralta. Aguilera rehusó diciendo que valía más que Agüero lo llevase todo, puesto que debía salir para Cuba antes que Peralta; así los patriotas recibirían más pronto esos recursos. Por otra parte, de esa manera quedaría más complacida esa señora, siendo su sistema dejar contentos á los donantes.

Fué el Capitán Norton á la oficina á conferenciar con Aguilera y Ramón Céspedes; prestó el servicio de interprete, Miguel Luis. Dijo el Capitán que había ido á buscar auxilios del Agente de Cuba; necesitaba de momento un cañón de á 24, y otro de 100 después, cuando el vapor hubiera hecho una excursión por la bahía de Vizcaya.

No habiendo conseguido Peralta vapor para su expedición, propuso Aguilera á Norton llevar esa expedición á Cuba en su vapor. Contestó el Capitán que no tenía dificultad. Después de tratar ese y otros proyectos citaron á Norton para el día siguiente á fin de, reunidos con Peralta, ver si podía haber un arreglo por el que Norton llevara la expedición.

Fué Peralta á ver á Aguilera y le dijo que le ofrecían lo siguiente:

Llevarlo á Cuba en un buen vapor, con 50 ó 100 hombres y su material de guerra, á todo esto, por doce mil pesos que se entregarían al rendir el viaje. Al efecto el Capitán traería un comprobante firmado por él, de haber desembarcado felizmente en Cuba. Los doce mil pesos deberían depositarse en un banco hasta el regreso del vapor. A Aguilera pareció buena la proposición, pero teniendo pendiente la de Norton, resolvieron efectuar la conferencia con él.

Llegado Norton comenzó la sesión con éste, Peralta, Ramón Céspedes y Aguilera, actuando como intérprete M. J. Izaguirre. Informado Peralta de la negociación con Norton, se llenó de entusiasmo y después de discutido el plan se acordó que daría diez mil pesos á Norton por el transporte de la expedición; sin embargo como no tenían los diez mil pesos, quedaron en avisar á Norton tres días después, si habían podido reunir el dinero.

Después que se marchó Norton, se habló de las garantías que este prestaba, y no pareciendo suficientes á Peralta, se convino romper las negociaciones con él, dándole como pretexto no haber podido reunir la cantidad.

Volvieron á tratar de la otra proposición que habían hecho á Peralta de llevarlo á Cuba por doce mil pesos é hicie-

ron la cuenta para el completo de la suma del modo siguiente: seis mil pesos en poder de Echevarría, más tres mil pesos que habían ofrecido á Peralta, más tres mil ofrecidos por Mayorga, los que tomaría este prestados al Judio, abonándole el interés correspondiente, total, doce mil pesos. Contaban también con lo que diera Aldama, dejando esta cantidad para improvistos.

Como el C. Cirilo Villaverde hubiese solicitado de Aguilera y Ramón Céspedes una entrevista para hablarles de un asunto muy importante, lo citaron para la habitación del primero. Reunidos los tres expuso Villaverde que le había escrito un Senador de Washington, con mucho misterio, diciendo que si le aseguban ocho millones de pesos en bonos cubanos, se reconocería la beligerancia de Cuba. Contestó Ramón Céspedes que ellos habían tenido otras proposiciones iguales y no las habían aceptado por no alarmar la suceptibilidad de los Senadores que no tomaban parte en la negociación. Dijo Aguilera que estaba seguro que el año anterior se había malogrado el tan deseado reconocimiento, porque ese asunto se había diafanizado, lo mismo que podía suceder ahora, lo que era de un efecto funesto, porque los Senadores honrados, para acreditar su probidad, votaban en contra.

Contestó Villaverde que era cierto que el año anterior habían intervenido en esas negociaciones muchas personas, y hasta un espía español, mientras que la que proponía no debía salir de entre los tres. El Senador le había escrito que se conformaba con la palabra que le dieran Aguilera y Ramón Céspedes de entregarle los ocho millones de pesos en bonos en su tiempo oportuno y que solo fijaba un plazo de ocho días.

Volvió á tomar la palabra Ramón Céspedes para desengañarlo según había convenido con Aguilera, pero éste pidió permiso á Villaverde para hablar á Ramón Céspedes reservadamene y pasó con él á la habitación inmediata. Manifestó Aguilera á su compañero que las bases que proponía Villaverde no podían ser más favorables, puesto que solo tendrían que empeñar su palabra, sin hacer depósito alguno y dentro de ocho días sabrían el resultado; que si á tan poca costa lograban conseguir la beligerancia tan ansiada, nada eran ocho millones más ó menos. Con estas y otras razones logró convencer a Ramón Céspedes y volviendo á reunirse con Villaverde hicieron ratificar á éste las proposiciones que les había hecho, las aceptaron y empeñaron su palabra al cumplimiento de lo acordado, ampliando el plazo á quince días.

Como en otras conferencias de Aguilera con Hilario Cisneros, habían acordado que fuera este el Comisionado á las Repúblicas Sur americanas, volviendo á reunirse, dijo Cisneros que había pensado hacer primero una excursión por México, donde tenía otro proyecto, y seguir de allí á Colombia; pero que habiendo recibido una carta del Sr. Valenzuela, gran amigo suyo, en la que decía había sido elegido Senador de la República, pensaba ir directamente á reunirse con él y sentar sus reales en Colombia.

Con respecto á los fondos para el viaje, dijo que como era cosa propia, le disgustaba hablar á Angarica para que le reuniese la cantidad que necesitaba y creía más conveniente que fuese Aguilera quien le hablase.

Contestó éste que no tenía inconveniente y como Mayorga presenciase la conversación, dijo que mejor que Aguilera sería el doctor Federico Galvez, que era persona á quien Angarica quería como á un hijo. Quedó resuelto finalmente que Aguilera llamase á Galvez y lo hiciera cargo de la comisión. Hilario Cisneros se mostró muy entusiasmado, diciendo que lo había consultado con el mismo Galvez, Pedro Martín Rivero y Félix Fuentes y todos habían aprobado el proyecto.

Ya hemos dicho que hacía algún tiempo que Francisco Javier Cisneros había llegado á New York, procedente de Lima, Perú, donde desempeñó el cargo de Agente especial, hasta la llegada de Francisco de Paula Bravo, nombrado Ministro Cubano en aquella República.

Como al llegar á New York Cisneros, no se hubiese presentado á los represen-

tantes de Cuba, Ramón Céspedes y Aguilera, éstos miraban con extrañeza su conducta hasta que finalmente Cisneros les pasó una comunicación solicitando una entrevista para darles cuenta de su misión. Le contestaron citándolo para la habitación de Aguilera.

Concurrió Cisneros y manifestó que así que llegó Francisco de P. Bravo al Perú, habiéndolo informado de su carácter deplomático y de la misión que llevaba de levantar un empréstito, lo había presentado á todas las personas de influencia con quienes estaba en relación, y particularmente al diputado Sr. J. M. Echenique, persona de mucho valimiento. Este señor era el alma de una negociación de bonos cubanos que tenía concertada, valiéndose de una tercera persona, Mr. Gibert, banquero que tenía á su vez hecha una negociación con el Gobierno, mediante la cual entregaba á éste importantes mensualidades. Sucedió que el Gobierno se encontró en ciertos apuros y quiso que el banquero le hiciera algunos anticipos dando lugar esto á una controversia entre el Gobierno y el Banco, que tuvo por resultado que la negociación de los bonos cubanos fracasara.

Dijo F. J. Cisneros que después de ese fracaso se puso á trabajar otra negociación en pequeño, de unos cien mil pesos con el Sr. Juan Francisco, hermano del Presidente de la República. Esta negociación también había estado muy adelantada, pero á consecuencia de un disgusto que tuvo lugar entre el Sr. Juan Francisco y su hermano el Presidente, por razón de que el primero proponía para Presidente de la República á Pardo mientras que el Presidente quería que fuera Arenas, el señor Juan Francisco se retiró al campo, la negociación quedó interrumpida y al fin fracasó también.

Manifestó F. J. Cisneros que el partido clerical tenía en el Perú una influencia extraordinaria y los españoles estaban acogidos á él, motivo por el cual era necesario trabajar con mucha sutileza para no despertar los recelos del enemigo. Dijo que el cura XX era confesor de la señora madre del Presidente y tenía gran influencia sobre ella, y ella á su vez sobre el Presidente. El Perú era la única de esas Repúblicas en la que el Gobierno contaba con fondos suficientes para una negociación como la que perseguían.

Entre las varias cosas de que habló F. J. Cisneros, relató el hecho siguiente: Habiendo sabido el Presidente de la República de Ecuador, García Moreno, que un abogado de fama había criticado alguno de los actos de su Gobierno, mandó llamarlo y le dijo que pusiera en orden sus negocios inmediatamente porque dentro de cuatro horas lo iba mandar á fusilar. El abogado, que fué conducido á su casa vigilado, midiendo la gravedad del caso, hizo llamar al hermano del Presidente, que era su cliente y le dijo lo que le pasaba. Fué éste inmediatamente á ver á su hermano y le instó para que no cometiera tal atrocidad pues si fusilaba al letrado lo arruinaba, porque todos sus negocios los tenía en manos de él. El Presidente fué inflexible: á las cuatro horas el abogado fué sacado de su casa y fusilado.

A esto pone Aguilera el siguiente comentario: "Consigno este hecho por dos razones: Primera para que no se olvide el nombre de esa fiera; y segunda para que después que Cuba sea libre, pongamos gran cuidado en que nuestra naciente república no caiga en manos de monstruos semejantes, dirigiendo nuestra más solícita atención á la educación del pueblo para que sepa elegir buenos "magistrados y no tiranos."

Habiendo decidido dar una contestación negativa al Capitán Norton con respecto á conducir la expedición de Peralta en su buque, porque dicho capitán no les prestaba garantías para entregarle los diez mil pesos que pedía por adelantado, el día designado volvieron á reunirse otro vez Norton, Peralta Ramón Céspedes, Aguilera y M. J. Izaquirre; este último como intérprete.

Tomó la palabra Peralta y dijo que se le había presentado una negociación, mediante la cual le ofrecían ponerlo en Cuba inmediatamente por un precio muy módico, y no pudiendo Norton llevarlo antes de un mes había decidido aceptar la primera negociación, pues era urgente que las municiones y armas que lle-

vaba llegasen cuando antes á manos de los patriotas.

Cuando todos esperaban que Norton mostraría desagrado porque no se le diera la expedición, oyeron con sorpresa que no solamente no profería queja alguna, sino que les daba la razón diciendo que desde que había abrazado la causa de Cuba sentía y pensaba como cubano y hacían bien en mandar sin demora aquellos efectos de guerra á Cuba para sostener potente la revolución. Siguió diciendo que si bien consideraba conveniente que no se perdiese tiempo en mandar recursos, también creía justo que los cubanos la auxiliasen de alguna manera, ya que iba á arriesgar su poca fortuna y su vida en servicio de la causa de Cuba; y puesto que la Agencia no podía auxiliarlo con dinero, deseaba saber si tendría dificutad en entregarle ciento veinticinco mil pesos en bonos que tenía Casanova, para tratar de levantar fondos. Habiendo quedado todos bien impresionados con el corto discurso del Capitán, contestó Aguilera que no tenía dificutad, y le dió una orden en inglés, que redactó Izaguirre, dirigida á los ciudadanos Manuel y José Casanova, suplicándoles entregasen á Norton los referidos bonos.

Dijo Norton que marcharía á Filadelfia aquella noche á tratar de conseguir algunos fondos para con ellos despachar una goleta á las Antillas, con armas y otros efectos para su vapor. Si hubieran podido auxiliarlo, saldría inmediatamente con aquellos efectos; pero no siendo posible lo verificaría más tarde.

Hacía días que Aguilera se encontraba indispuesto; pero no teniendo reposo, ocupado en tan importantes y variados asuntos, no podía quedarse en su habitación y seguía yendo á la oficina. Un día en conferencia con un ciudadano de apellido Capote, se sintió tan mal que tuvo que suplicarle suspendieran la sesión, y después de reponerse, se dirigió á su casa y se acostó.

Atacado por la fiebre, hizo llamar á su amigo, el Dr. Juan Cisneros, quien inmediatamente acudió y le recetó. La fiebre le duró toda la noche, siendo ya poca en la mañana, desapareció después.

Como para aquel día tuviese una cita en la oficina con los ciudadanos Federico Gálvez, Félix Fuentes é Hilario Cisneros, para tratar del proyectado viaje del último á las Repúblicas Sur americanas, viéndose en la imposibilidad de salir, les mandó recado citándolos para la misma noche en su cuarto.

Concurrieron puntualmente Gálvez y Fuentes y poco después llegó Hilario Cisneros; llamó Aguilera á Ramón Céspedes y comenzaron los cinco la conferencia. Expúsoles Aguilera en breves palabras la conveniencia para la causa. de la misión de Hilario Cisneros cerca de los Gobiernos Sur americanos y la necesidad en que se encontraban de reunir los fondos necesarios para llevarla á efecto. Habló después Hilario Cisneros ampliando lo dicho por Aguilera é indicando al C. Joaquín Angarica como la persona más apropósito para tomar la iniciativa de la comisión; con ese objeto suplicó finalmente á Gálvez y á Fuentes, que en nombre de Aguilera hablasen á Angarica y usasen de su influencia, á fin de que aceptase la comisión. Gálvez y Fuentes aprobaron el proyecto y ofrecieron hablar á Angarica en el sentido que se les pedía.

Tratando después sobre la cantidad necesaria, manifestó Hilario Cisneros que Martín Rivero, con quien había consultado el particular, había dicho que se necesitarían seis mil pesos, pero él creía que cuatro mil pesos eran suficientes. Debía tomarse en consideración los viajes que tendría que hacer, el prestigio con que debía presentarse y los compromisos que podrían sobrevenir, los cuales debía llenar con decencia. Quedó acordado que la cantidad fuera cuatro mil pesos y que Fuentes y Gálvez hablarían á Angarica para que se hiciese cargo de la suscripción.

CAPITULO XXIII

MARZO 1872

LA SEÑORA DEL PRESIDENTE Y SU PENSION.—MARTINEZ TRATA DE PONER EN EVIDENCIA A AGUILERA.—ACUERDO SOBRE LAS PENSIONES.—REPARTIRIAN EL DINERO COMO HERMANOS.—R. CESPEDES COMISIONADO PARA NOTIFICAR A LA SEÑORA DEL PRESIDENTE.—PARRAFOS DEL DIARIO DE AGUILERA.—R. MARTINEZ QUIERE SUMIRLO EN EL DESPRESTIGIO.—AGUILERA TIENE QUE SOBRELLEVARLO. —LA DISTINGUIDA SRA. DEL PRESIDENTE MODELO DE MADRE, ESPOSA, HERMANA Y PATRIOTA.—CAUSA INCONSCIENTE DE MUCHOS DISGUSTOS PARA AGUILERA.—ES TOMADA COMO INSTRUMENTO PARA HOSTILIZARLO.—SU ALUSION EN ESTA OBRA ES INDISPENSABLE.—VALDES FAULI NO ACEPTA LA AGENCIA DE PARIS.—ECHEVERRIA CONTRARIO A MANDAR UN COMISIONADO A EUROPA.—JUAN BELLIDO DE LUNA.—PROYECTO DE COMISIONARLO A ESPAÑA.—LA SRA. DEL PRESIDENTE RECIBE MAL A R. CESPEDES.—VA A SUSPENDER LAS AMAS DE CRIA A LOS NINOS.—¿QUE RESPONDERAN ELLOS A CARLOS MANUEL?.—LO POCO DECOROSO PARA R. CESPEDES Y AGUILERA.—ESTE PIDE DINERO PRESTADO PARA ABONAR SU MESADA A LA SRA. DEL PRESIDENTE.—TRABAJOS PARA DESACREDITAR A AGUILERA.—EL CAPITAN WARK REHUSA UN PAGARE DE $200 DE AGUILERA.—AGUERO Y LOS $5.000 DE PERALTA.—DICE QUE AGUILERA Y R. CESPEDES LOS HAN TOMADO YA PARA SUS FAMILIAS.

Al día siguiente tampoco salió Aguilera de su habitación, siguiendo las prescripciones del Doctor. Por la noche fueron á visitarlo Plutarco González, Ramón Martínez, José F. Lamadríz, José M. Mayorga y Ramón Céspedes. La conversación versó sobre varios asuntos relacionados con la causa de Cuba. Lamadríz pidió permiso para hablar privadamente á Ramón Céspedes y salieron seguidos del Ramón Martínez á la habitación del segundo. Volvieron á la de Aguilera después de media hora, y se despidieron Martínez, Lamadríz y también González. Habiendo quedado solos Aguilera, Mayorga y Ramón Céspedes manifestó el último que hacía pocos días le dijo la señora del Presidente que Ramón Martínez y Lamadríz se habían ofrecido á ella para convocar á varios amigos y también á Aguilera, con objeto de que entre aquellos le abonaran su pensión con puntualidad, sometiendo el acuerdo á la sanción de Aguilera. Que por otra parte Ramón Martínez y Lamadríz acababan de decirle que convenía que Aguilera convocara á cierto número de amigos, entre los que se contarían ellos, y les propusiera que tomaran á su cargo la pensión de la señora del Presidente, en virtud de ser tan precaria la situación de la Agencia. Dijo Ramón Céspedes que entre lo que le había dicho la señora y lo que acababan de proponerle esos señores, había una diferencia muy grande.

Manifestó Aguilera que efectivamente, era muy distinto, y estaba seguro de que si accedía á la pretensión de Martínez y Lamadríz, serían ellos los primeros que dirían que él no tenía dinero para abonar la pensión á la señora del Presidente, pero si para abonársela á sí mismo.

Discutido el asunto, quedó convenido entre los tres que fuera Ramón Céspedes á visitar á la señora, le dijera lo que habían manifestado Ramón Martínez y Lamadríz, y que Aguilera no se atrevía á tomar la iniciativa en ese delicado asunto. Que estando los tres, ella, Ramón Céspedes y él, en el mismo caso, repartirían el dinero á ese objeto, como buenos hermanos, pero sin comprometerse Aguilera á observar una puntualidad que no le era posible.

Extendiéndose Aguilera en su diario sobre este particular, escribe así: "Repitió Mayorga lo que ya me ha dicho otras veces, y que cada día desgraciadamente veo que se confirma más: Que tan culpable es Aldama al tratar de que se hunda la Agencia para justificarse él, Como Ramón Martíuez y sus compañe-

ros quesadistas que pretenden lo mismo, con objeto de que yo me desespere, me aburra y les deje franco el campo. Lamadriz y Casanova que muy bien podrían haber renunciado el primero la Secretaría y el segundo la Tesorería de la Agencia no lo hicieron, para darse el gusto de hacerme el desaire, el primero sin motivo y sin decirme una palabra y el segundo de no haber venido nunca por la oficina. Que Martínez, en los dos ó tres grandes apuros que he tenido y me he llegado á él, no solamente no me ha servido, sino que ni siquiera me ha dado un buen consejo. Que el haberme quitado las armas de la señora Moliner, ha sido obra de él, haciéndolo de un modo que me desprestigiara, para devolverme de aquella manera grosera la orden que le había dado para que le entregara Hartley la tonelada de pólvora. Y últimamente que ahora está haciendo un trabajo de zapa con la señora del Presidente, haciéndola ver que se interesa mucho por ella y que soy yo quien me opongo á que reciba sus mesadas puntuales; al mismo tiempo que pretende de mí que siga un camino que me conduzca al desprestigio que es donde quisiera llevarme. Esta conducta doble y tortuosa del señor Martínez para conmigo, hace ya tiempo la vengo observando y sin embargo, me aguanto, trago sangre y le pongo buena cara pues considero este sacrificio necesario, porque estoy persuadido que él y su círculo son los únicos de quienes puede esperarse por ahora que manden algún auxilio á nuestros heroicos hermanos que luchan en el campo. Pero si la Providencia, en la que confío, me pone en aptitud de obrar con libertad algún día, ya les arrancaré la máscara á esos patriotas de lengua, que todos su patriotismo lo cifran en su interés particular.''

Por mucha pena que nos cause que nuestras palabras no sean siempre de loa y de encomio, para persona tan digna y tan respetable como la señora del Presidente Céspedes, nuestro inexorable deber de fieles narradores de hechos, que por un lado tenemos á la vista en los documentos que nos sirven de guia para trazar estas líneas, y por otro, están fijos en nuestra memoria como testigos presenciales de aquellos acontecimientos, nos obligan, muy apesar nuestro, á decir que tan ilustre señora fué causa, aunque inconsciente, seguros estamos de ello, de muchos disgustos para Aguilera. Modelo acabado de hermana, de esposa, de madre y de patriota, estas excelsas virtudes la llevaron algunas veces más allá de sus justos límites. quizás instigada por personas interesadas, haciéndole sospechar de la lealtad y patriotismo de Aguilera y obrando para con él en consecuencia, á esas instigaciones. Mas debemos decir que Aguilera sabía apreciar aquella situación, como lo prueban los párrafos de su diario que acabamos de transcribir. En ellos se ve de manera patente que las exigencias de la referida señora las atribuía á intrigas de Ramón Martínez y sus amigos para crearle obstáculos y que se ''aburiera'' obedeciera al llamamiento que de Cuba le hacían, por efecto de las mismas intrigas quesadistas, y les dejase libre el campo de la Agencia, que por efecto del crédito que Aguilera había sabido procurarle, se esperaba que de un momento á otro, de pobre y angustiada que estaba, se tornara en fuente de abundantísimos recursos, así que se reconociera la beligerancia que á todos parecía estar ya al alcance de la mano.

Por otra parte, como la referida dignísima señora, á fuer de ejemplar hermana y patriota, tenía el más alto concepto de su hermano el general Manuel de Quesada, hasta el extremo de considerarlo el único hombre capaz de, con su espada y sus relevantes dotes, hacer la independencia de Cuba: ¿qué de extraño que quisiera verlo elevado á una posición desde la que pudiera realizar tan hermoso resultado, y que trabajara con toda fe, perseverancia y entusiasmo para conseguirlo?

Protestamos en este lugar solemnemente, que en cuanto hemos dicho y en adelante digamos referente á la aludida dignísima señora no nos guía otro empeño que dar á conocer la historia real de aquellos sucesos, viéndonos obligados á traer aquí su personalidad importantísima, porque si la suprimiéramos la historia no sería completa y si la modifica-

ramos los hechos no serían un reflejo de la verdad.

Llevó Echeverría á Aguilera una carta de París que para él había recibido de Valdés Fauli, contestando la que le envió remitiéndole un nombramiento de Agente en aquella ciudad. Valdés Fauli se escusaba de aceptar dicho nombramiento, lo que hizo mal efecto en Aguilera, atribuyendo á tibieza las excusas que le daba. En el libro de Correspondencia y otros documentos se encontrará esta carta.

Hablando sobre los emigrados cubanos en París y la conveniencia de tener allí un Agente, volvió Echeverría á reiterar á Aguilera su opinión de que no debía mandarse ningún comisionado á esa capital porque inmediatamente se dispersarían los emigrados y no se obtendría resultado alguno.

Fué el C. Juan Bellido de Luna á visitar á Aguilera. Le manifestó que siendo muy amigo de J. M. Macías, este le había revelado su proyecto con Aguilera de ir á Europa en busca de recursos para la causa. Lo aprobó y dijo que de España también podía esperarse mucho, siempre que fuera allí un hombre que conociera á los cubanos y no temiera abordarles de frente. Que cuando él regresó de la Península pensó proponer á Aldama que lo nombrase comisionado para ese lugar, pero que por delicadeza no lo hizo. Preguntóle Aguilera si aun estaba dispuesto á prestar ese servicio á la causa y contestó Luna que siempre estaba pronto á servir á Cuba. Siguieron hablando sobre el particular y quedaron en tener otra entrevista á la que asistiera Macías.

Llegó R. Céspedes á la habitación de Aguilera, y le dijo muy ofuscado que venía de casa de la señora del Presidente y salió con tanta precipitación que el "sobretodo" había acabado de ponérselo en la esquina de la cuarta Avenida. La señora lo recibió muy mal. Al manifestarle lo que Ramón Martínez le dijo y el acuerdo con Aguilera, sobre abonarle las mesadas según pudieran, la señora se había molestado y le dijo que iba á suspender las "crianderas" á los niños, les iba á dar á comer carne, y si se morían, vieran lo que responderían á Carlos Manuel. Con respecto á que no pareciera á ellos decoroso desentenderse de abonarle sus mesadas y solicitar que otros lo hicieran, manifestó que lo no decoroso era que la dejaran morir de hambre á ella y sus hijos etc. Dijo que Ramón Martínez estaba muy enfadado con ellos por su terquedad. Trató Ramón Céspdes de apaciguarla haciéndole ver el estado aflictivo en que se encontraba la Agencia, que no tenía fondos, estaba agobiada de deudas y compromisos, que Aguilera debía más de doscientos pesos de hospedaje á su patrona, que su familia le escribía de Jamaica diciéndole que hacía tres meses no recibían la mesada de su suegro, que estaba pasando miserias y él no podía socorrerla ni con un centavo, porque no lo tenían ni para él, etc.

A esto repuso la señora, que Aguilera no tenía ningún hijo pequeño como ella, que tenía dos; no tenía con que alimentarlos y tuvieran presente que esos eran los hijos de Carlos Manuel de Céspedes.

Sobre este particular dijo Aguilera que se conocía que la señora estaba mal informada porque su hija Caridad tenía un niño en la lactancia, que criaba ella misma, porque no podía pagarle "criandera"; además tenía otro de poco más de un año, y él mismo tenía tres hijos el mayor apenas de siete años.

Estas exigencias de la señora lo mortificaban bastante, porque se condolía de las angustias de una madre y las privaciones de las tiernas criaturas; pero la disculpaba, y echaba la responsabilidad sobre los que la hacían ver que estaban dispuestos á socorrerla y él se oponía, quizás presentándolo á sus ojos tan perverso que se gozara en mortificarla.

Sin embargo, como á pesar de la natural vehemencia de su carácter, había aprendido á ser paciente y tolerante, dijo á Ramón Céspedes que se vería obligado á hacer un nuevo sacrificio, y como no podía salir, por estar enfermo, escribiría á Mayorga pidiéndole ciento dieciséis pesos prestados para completar la mensualidad de la señora. Este paso, dijo, le era tanto más penoso cuanto que ya lo había ocupado muchas ocasiones y sabía los compromisos que tenía. Escri-

bió una esquela á Mayorga, diciéndole el caso en que se encontraba y éste le contestó que por la noche iría á verlo en su habitación.

Aquel día estuvo á visitarlo el Dr. Juan Cisneros y le recetó de nuevo. Por la noche fué Mayorga y le dijo que tenía que hacer varios pagos del "Hornet" y no sabía como conseguir dinero; sin embargo, que trataría de buscar los ciento dieciséis pesos, aunque creía que la necesidad de la señora, no era tan grande, porque caso que no tuviera dinero, podían esperarla, como lo esperaban á él. —Aguilera.

Manifestó también Mayorga que el día anterior había estado en la oficina el Capitán Wark, que lo había sido del "Hornet", diciéndole que el piloto le debía ciento cincuenta pesos y le había presentado en pago una obligación de Aguilera por doscientos pesos. El no había querido admitirla, porque la obligación era á treinta días plazo y sabía "de buena tinta", dijo, que ya el relevo de Aguilera y Ramón Céspedes venía andando.

Contestóle Mayorga que había hecho mal en no tomar la obligación, en primer lugar, porque todavía Aguilera no había dejado de cumplimentar debidamente ningún documento en que hubiera puesto su firma, y en segundo porque nadie podía tener seguridad de su relevo, puesto que no habían tenido comunicación con Cuba libre en aquellos días.

Reunidos Ramón Céspedes, Peralta y Aguilera, dijo el primero al segundo que Agüero había dicho que él no tenía intenciones de ir á Cuba porque se encontraba incapaz para llevar una expedición. Esto, naturalmente, mortificó á Peralta quien dijo que cuando estaba en negociaciones con Agüero, para que lo llevara á Cuba por la cantidad de cinco mil pesos, los que no pudo entregar porque Echevería, estaba en Washington, al manifestarlo á Agüero, le contestó éste que no contara con ese dinero, porque ya Aguilera y Ramón Céspedes lo habían tomado para sus familiares. Aguilera á su vez se sintió también mortificado y dijo que ese ultraje, bien merecía un severo castigo; pero en el caso en que estaban no podían hacer otra cosa que sufrirlo por Cuba.

CAPITULO XXIV

MARZO 1873

HILARIO CISNEROS Y EL MINISTRO DEL PERU.—ESTE APRUEBA EL PLAN DE AQUEL.—AGUILERA ABONA A LA SRA. DEL PRESIDENTE EL RESTO DE SU MESADA.—ESTA NO QUERIA QUE AGUILERA CREYERA QUE LO APURABA.—MIGUEL EMBIL Y LA SRA. DEL PRESIDENTE.—DICE ESTA ESTABA EN LA MISERIA.—AGÜERO SOLICITA DE AGUILERA LO QUE ESTE QUISIERA MANDAR A CUBA.—DOS MALETAS DE ROPA PARA MODESTO DIAZ Y F. MACEO.—AGUILERA ENCARGA A M. J. IZAGUIRRE DE LA COMPRA Y DE BUSCAR EL DINERO.—SATISFACCION DE AGUILERA POR LA SALIDA DE LA EXPEDICION.

Fué Hilario Cisneros á Washington y á su regreso dijo á Aguilera que había tenido una entrevista con el Ministro del Perú. Le había expuesto en parte su plan, el Ministro lo aprobó y le dijo que aunque en Lima no conseguiría ayuda material en el terreno oficial, por el armisticio celebrado con España, en el privado podía conseguir mucho, porque el espíritu público estaba fuertemente á favor de los cubanos. Hablando respecto á la comisión encargada á Gálvez y Fuentes para con Angarica, como aquellos no hubiesen dado ninguna razón á Aguilera después de varios días, acordaron que éste los mandase llamar para saber el resultado.

Llevó Mayorga á Aguilera los ciento dieciséis pesos que le había pedido tres días antes y como Ramón Céspedes se hubiese ofrecido á llevarlos á la señora del Presidente, Aguilera admiró la mansedumbre de su compañero, pues él no hubiera aceptado esa comisión des-

pués de la escena que el mismo Céspedes le describió. Al regreso de su nueva y más grata misión dijo á Aguilera que la señora lo había recibido muy bien, pero le había tenido á mal que lo hubiese informado de lo ocurrido en la ocasión anterior, pues no quería que creyese que ella trataba de apurarlo.

Al día siguiente, hablando Aguilera con Hilario Cisneros, le dijo éste que le había manifestado M. Embil que la señora del Presidente estaba en la mayor miseria, debiendo ya ocho semanas de alojamiento. Cisneros le contestó que lo extrañaba mucho, teniendo allí tantos amigos ricos su marido y su hermano Manuel; y que siendo él uno de ellos, ¿cómo no trataba de socorrerla? Contestó Embil que no lo hacía porque esa era cuenta de Ramón Martínez y se desató en improperios contra éste. Díjole Cisneros que eso no impedía que tomase él la iniciativa y tratase de socorrer á la pobre señora dándo así una lección al mismo Ramón Martínez. Embil se hizo el desentendido, y cambió la conversación. Añadió Cisneros que ellos, Embil, Martínez y otros, estaban moralmente comprometidos á sostener á esa señora porque Aldama había ofrecido hacerlo y lo había cumplido hasta que ella se indispuso con él, por instigaciones de ellos, separándose desde entonces Aldama de su compromiso.

Fué Melchor Agüero por la noche á la habitación de Aguilera y le dijo que quería hablarle reservadamente. Aguilera, según acostumbraba cuando se trataba de algún asunto importante, llamó á su compañero Ramón Céspedes y entraron los tres en conferencia. Dijo Agüero que había ido á avisarles que para el día siguiente á las siete de la noche, necesitaba que tuvieran lista la correspondencia y lo que deseaban mandar al Gobierno de Cuba. Contestó Ramón Céspedes que sentía se lo hubiese manifestado tan tarde porque no le daba tiempo á hacer un duplicado de su correspondencia. Aguilera se manifestó en los mismos términos diciendo que aunque tenía lista la suya no le permitía mandar algunos efectos que le pedían del Gobierno y unas maletas con ropa para el General Modesto Díaz y Francisco Maceo. Sin embargo, reflexionando después, dijo que siempre mandaría las maletas. Convinieron finalmente con Agüero en que al día siguiente á las siete de la tarde mandara buscar lo que debían enviar á Cuba.

Así que se marchó Agüero, hizo llamar Aguilera á Manuel J. Izaguirre que á la sazón estaba en la habitación de Ramón Céspedes y se presentó aquel acompañado de José L. Ramírez. Puesto que los momentos eran apremiantes y tenía Aguilera completa confianza en la seriedad y discreción de Ramírez, no creyó conveniente darle á comprender que se reservaba de él; así, habló con franqueza y recomendó á Izaguirre que en todo el día siguiente, desde por la mañana, se ocupase en buscarle dos mudas de ropa completas para Modesto Díaz y Francisco Maceo, dos estuches con navajas, peines, etc., dos pipas, dos pares de zapatos, pañuelos etc., y también buscara el dinero para comprar los efectos, pues él no tenía ni una peseta y el asunto era urgentísimo. Izaguirre aceptó la comisión dando á comprender que para el dinero contaba con Ramírez. Al retirarse, los requirió Aguilera diciéndoles que el asunto no debía salir de los tres, pues de su secreto dependía el éxito de la expedición.

Por más que Aguilera continuaba enfermo, aquella noche la pasó plácidamente pensando que al fin salía una expedición para Cuba llevando á sus compañeros, junto con el auxilio material, el moral de ver que no estaban olvidados y había quienes trabajaban por ayudarlos en su magna empresa.

En la conversación con Agüero, les dijo éste que la expedición costaba unos cincuenta mil pesos, que era muy completa; el vapor que la llevaba, magnífico, debía estar de vuelta dentro de quince días y regresaría enseguida con otra expedición si Aguilera le tenía reunidos doce mil pesos. También pidió treintidos mil pesos en bonos para preparar la otra expedición y Aguilera quedó en mandarlos al día siguiente á Martínez.

CAPITULO XXV

AGUILERA RECIBE UNA CUENTA DE SU PATRONA.—DEBE $200 Y LE PIDE $75 CON URGENCIA.—CONFLICTO DE AGUILERA.—DECIDE OCURRIR A MAYORGA NUEVAMENTE.—CARTA A MAYORGA.—MANUEL A. AGUILERA Y SU HIJO MIGUEL LUIS.—AGUILERA PARTE CON ELLOS SU PENSION.—SU TRISTE SITUACION.—POBRE, ENFERMO, SIN AMIGOS, EN PAIS EXTRANJERO.—NO MANDA LA RECETA A LA BOTICA POR FALTA DE DINERO.—RESUELVE DISMINUIR SUS GASTOS.—VIVIR CON CINCO PESOS SEMANALES.—NOTICIAS SATISFACTORIAS DE CARLOS GARCIA.—PERALTA TRATA DE DESORIENTAR AL CONSUL ESPAÑOL.—FINGE UNA CARTA DE CARLOS GARCIA.—M. J. IZAGUIRRE TRAE A AGUILERA SU ENCARGO.—DOS BONITAS MALETAS Y DOS PORTAPLIEGOS.—LA SEÑORA DEL PRESIDENTE COSIENDO PARA COMER.—INTRIGAS PARA EL RELEVO DE AGUILERA.—PERALTA REANUDA SUS TRATOS CON AGÜERO.—ACEVEDO, EX-EMPLEADO DEL "HORNET", RECLAMA SU PENSION.—AGUILERA LE REFIERE SUS NECESIDADES.—RECOMIENDA NO LAS REVELE A NADIE.—AGUILERA ADVIERTE A PERALTA EL PROCEDER DE AGÜERO—EL CAPITAN NORTON COMPRA UNA GOLETA—LA OFRECE A LA CAUSA DE CUBA—PLANES DEL CAPITAN NORTON—R. MARTINEZ Y LOS TREINTA MILLONES.—NUEVAS EXCUSAS.—AGÜERO RECHAZA LA INTERVENCION DE AGUILERA.—ESTRATAGEMA DE AGÜERO—DA UNA CARTA A PERALTA PARA QUE ESTE LE DE OTRA IGUAL—PERALTA EXIGE A AGUILERA Y R. CESPEDES UNA CERTIFICACION.—ELLOS SE LA DARAN CON LA INTERVENCION DE AGÜERO.—ALDAMA OFRECE NUEVAMENTE UNA EXPEDICION A PERALTA.—EL CAPITAN NORTON Y PERALTA.

Al día siguiente, después de haber mandado los bonos á Martínez, recibió Aguilera de su patrona una cuenta de doscientos pesos, después de deducidos cien pesos que le había abonado dos días antes. En dicha carta le suplicaba le diera setenticinco pesos á cuenta, pues los necesitaba con la mayor urgencia para llenar un compromiso, diciendo que por el resto lo aguardaría. Grande fué el conflicto de Aguilera ante la justa demanda de su patrona. Como en todas sus angustias y perplejidades no tenía otro paño de lágrimas que el buen Mayorga, por más que pocos días antes lo hubiera ocupado para la mesada de la señora del Presidente, después de meditarlo mucho, al fin se resolvió á enviarle una carta, exponiéndole con franqueza su situación, aunque desconfiando de que pudiese servirlo. La carta estaba concebida en estos términos.

C. José Mayorga.

"Querido amigo: Madme Shields me exige hay con urgencia $75, de 200 y pico que le debo de "boarding". Cmo Vd. sabe, el estado rentístico de la Agencia es completamente nulo, y aún á riesgo de ser importuno y pesado, ocurro á Vd. por si puede favorecerme con esa suma á reserva de la indemnización correspondiente. Espero, pues su contestación con la mayor franqueza esta noche, persuadido de que sea cual fuere, le quedará siempre reconocido su afectísimo amigo.

Aguilera.

Su Casa 15 de Marzo de 1872".

Para que se conozca mejor la situación de Aguilera debemos decir que desde fines del año anterior habían llegado á New York, su primo Manuel Anastasio, y Miguel Luis Aguilera, padre é hijo. Se recordará que estos fueron los dos Ayudantes que pidió Aguilera al Presidente Céspedes, que le permitiera llevar el extranjero para que lo auxiliaran en la expedición que debía formar, para regresar con ella á Cuba. Como no contaban con recursos uno ni otro, Aguilera hubiese suprimido la mayor parte de las pensiones y no era cosa de crear otras nuevas para ellos, porque la equidad y su delicadeza lo rechazaba, determinó hacerse cargo del sostenimiento de sus dos familiares con su propia pensión. Esto dió lugar á que, como la pensión la cobraba con harto atraso, por más que todos se hubieran montado sobre el más estricto pie de economía, no solo Aguilera nunca tuviera un centavo, sino que siempre estaba empeñado con su patrona.

Por demás agobiado, bajo el peso de su

situación estaba Aguilera en aquellos días. No tan solo no podía atender á las necesidades de la patria, sino que ni aún á las modestísimas suyas. Al echar una mirada atrás, jamás creyó verse en situación tan dolorosa. El, que cegado por su amor á Cuba había sacrificado cuanto poseía, quedándose unicamente con su honradez y su patriotismo, veía que estos atributos no tenían valor alguno, que Cuba se hundía y él no podía hacer nada para sarvarla, porque un hombre pobre no pueda nada. El, que siempre había sido el consuelo de los desgraciados, se encontraba en la situación de aquellos infelices, á quienes de tan buena voluntad siempre había tendido su mano protectora. ¿Quién se la tendería á él en aquellos instantes de prueba? Sus paisanos se mostraban sordos á sus súplicas en nombre de la patria. Solo había uno á quien podía acudir con la confianza de ser oido, pero éste estaba casi tan sin recursos como él, porque al haberse puesto generosamente á su lado, lo había arrastrado también, envolviéndolo en su desgracia. ¡Qué desengaños más dolorosos angustiaron el pecho de Aguilera!

Como su enfermedad no cedía, porque las causas que la motivaban, lejos de atenuarse, iban cada vez en aumento, su amigo el Dr. Juan Cisneros continuaba asistiéndolo. Aquel día le dejó una receta, la que fué causa de nueva perplejidad; como la desgracia hace tímidos y desconfiados á los hombres, temió mandarla á la botica del esposo de su patrona, porque ya debía allí mismo varias otras, y debiendo también á la esposa, temió que aquel la rechazara.

Pobre, enfermo, abandonado de sus paisanos, sin saber á quien acudir, con sus deudas en aumento cada día, pensó Aguilera que era llegado el momento de poner un remedio á aquel estado de cosas y de llevar á la práctica el plan que ya otras veces había meditado. Este era mandar á Jamaica á Manuel Anastasio y Miguel Luis, mudarse á un cuarto que le costara dos pesos y medio semanales y tomar sus comidas en casa de una familia que le había ofrecido dárselas por otros dos pesos y medio semanales también. Reducidos así sus gastos á esta mínima expresión, pensó que bien podrían retrasarse sus mesadas, que no volvería á verse en una posición como la que lo afligía en aquellos momentos.

Habiéndole mandado su carta á Mayorga, fué éste á verlo aquella noche y le dijo que no le traía la cantidad, porque no había podido conseguirla, pero que haría todos los esfuerzos posibles por traersela al día siguiente.

Hablando Peralta con Aguilera dijo que estaba en tratos con el Dr. Arango para conseguir un vapor. También le manifestó que se habían recibido noticias de la Habana de que Carlos García había desembarcado por la Vuelta Abajo con veinte hombres. Aquella zona estaba muy alarmada, andaban varias columnas de fuerzas españolas persiguiendo á García y se había redoblado la vigilancia por la costa, en prevensión de que fuera á desembarcar por allí otra expedición. Mucho agradó á Aguilera la noticia, pues no se había propuesto otra cosa que llamar la atención del Gobierno español hacia aquel lugar para que dividiera sus fuerzas y no pesaran todas sobre la parte oriental de la Isla.

Dijo también Peralta que iba á fingir una carta de Carlos García á él, que dijera que ya estaba listo, esperando por cualquiera de los puntos convenidos. De esa manera se proponía reafirmar más la creencia del Gobierno español de que iba á desembarcar por aquella parte, para que redoblara allí su atención, pudiendo con más facilidad desembarcar por Oriente. Para dar curso á la carta se valdría por trasmano de Carbonell, para que la pusiera en manos del Cónsul Español y éste avisara al Capitán General en la Habana.

Carbonell era un cubano, falso espía del Cónsul español de New York, y al servicio de la Agencia, por medio de quien esta trataba de desorientar al referido Cónsul.

A las cinco de la tarde llegó Manuel J. Izaguirre á la habitación de Aguilera llevándole dos bonitas maletas de cuero y dos porta pliegos de lo mismo, conteniendo las primeras los equipos que le había encargado para sus buenos ami-

gos Francisco Maceo y Modesto Díaz. Con este pequeño recuerdo quería hacerles patente que no los olvidaba como no olvidaba tampoco á sus abnegados hermanos que se sacrificaban en aras de la idea hermosa que llenaba su pensamiento. Poco después mandó Agüero á su hijo por aquellos efectos y Aguilera los entregó, lo mismo que una comunicación para el Gobierno. Esta comunicación que llevaba fecha de 14 de Marzo es muy extensa é interesante pues contiene una historia detallada de todos los pasos de Aguilera, desde que llegó á aquel país, y puede verse en el Libro de Correspondencia etc.

Manifestó Ramón Céspedes á Aguilera que su entenada la señora Eugenia Tellez había ido á visitar á la señora Ana Betancourt, esposa del C. Ignacio Mora, Secretario de Estado del Gobierno de Cuba y esta señora le había manifestado con mucha pena que la señora del Presidente estaba cosiendo á pago para poder comer, tal era el estado de pobreza en que se encontraba. También le dijo que la misma señora del Presidente le había mandado recado—á la de Betancourt—diciendo que muy pronto celebrarían un gran acontecimiento con unas cuantas botellas de cerveza. Convinieron Aguilera y Ramón Céspedes en que el "gran acontecimiento" no era otro que su relevo, sustituyéndolos con el general Manuel de Quesada ó alguno de sus partidarios, pues sabían que de eso se trataba y se trabajaba con mucho empeño, para conseguirlo del Presidente Céspedes.

Estuvo Peralta á ver á Aguilera y le dijo que aún no había podido hablar con el Dr. Arango sobre el vapor para su expedición; dijo también que había tenido otra proposición muy ventajosa, la que le diría bajo el más profundo secreto. La noche anterior, al llegar á su casa, le habían entregado una carta del C. Manuel Casanova, que enseñó á Aguilera, en la que le daba una cita para aquel día á las 9 de la mañana en "Clinton Place, número 91", casa de Melchor Agüero. Encontró allí á Agüero que lo esperaba. Quiso este reanudar la última negociación, ofreciendo llevarlo con 30 hombres siempre que le entregara el dinero que tenía para su expedición. Añadió que había encontrado á Agüero muy razonable y últimamente hablaron sobre los puntos de desembarco. Peralta quedó en darle razón al día siguiente á las 5 de la tarde, para tener lugar de hablar con Arango.

Según opinión de Peralta, todavía no se había comprado el vapor que debía llevar á Agüero, porque les faltaba dinero.

Quiso Aguilera llamar á Ramón Céspedes para que se enterara, pero se lo impidió Peralta diciendo que era reservadísimo y sólo á él se lo hubiese confiado. No quiso Aguilera revelar á Peralta que ya Ramón Céspedes y él habían despachado á Agüero con lo que mandaban á Cuba.

Así que se marchó Peralta, reflexionando Aguilera sobre lo que acababa de decirle, llegó á la conclusión de que Agüero trataba de engañar á alguien: á Peralta ó á ellos. Si á Peralta, podría hacerle un grave perjuicio á la causa, si éste, fiando en la negociación con Agüero, rompía la de Arango. Y si á ellos quizás podría haberlo hecho con objeto de tomarle los treintidos mil pesos en bonos para negociarlos á cualquier precio y levantar dinero. En vista de estas circunstancias, resolvió hablar con Peralta al día siguiente para ponerlo en guardia.

Estuvo á ver á Aguilera el C. Acevedo, recién llegado de Nassau y ex-empleado del vapor "Hornet". Se lamentó de que Aguilera hubiese suspendido la pensión que pasaba la Agencia á su esposa en Nassau en tiempo de Aldama. Contestó Aguilera que se había visto en el caso de suspender todas las pensiones por la razón forzoza de que no tenía dinero con que pagarlas. Insistió Acevedo manifestando que no era justo y encareció todos los servicios que había prestado á la causa. Contestó Aguilera que no dudaba de que fuera un excelente patriota, pero la realidad era que no había dinero para pagar pensiones ni aun para otras cosas más urgentes y continuó diciendo que empezando por él, estaba debiendo más de doscientos pesos de su manutención y no podía pagarlos; probablemente

tendría que mudarse á otra casa de huéspedes más barata. Añadió que él también tenía familia, compuesta de su esposa nueve hijos y dos nietecitos, los que lo pasaban muy mal, porque hacía más de tres meses que no recibían la mesada de Cuba que les mandaba su suegro, y él no podía socorrerlos, porque nada tenía, ni aún para sí mismo. Que eso se lo manifestaba para su consuelo y satisfacción, pero que esperaba no lo comunicase á nadie, porque eran interioridades que los patriotas debían sufrir con paciencia y en silencio, pues divulgarlas redundaba en perjuicio de la causa.

Sin embargo, le dijo que vería si podía hacer algo en su obsequio antes de que saliera el vapor para Nasssu, donde se proponía volver; pero advirtiéndole que era necesario que fuera pensando en otra manera de mantener su familia. Contestó Acevedo que su deseo era conseguir el pasaje para trasladar su familia á New York, donde él podría encontrar trabajo.

Citado Peralta por Aguilera, concurrió á la mañana siguiente de su última entrevista con él. Después de haber informado el último á Ramón Céspedes de la entrevista de Peralta con Agüero, se reunieron los tres. Comenzó diciendo Aguilera que era evidente que Agüero trataba de engañarlos á ellos ó á Peralta y era necesario se pusieran de acuerdo para neutralizar el mal efecto que pudieran tener sus planes. Después de discutir largamente las intenciones de Agüero al proceder con aquella doblez, dijo Peralta que en su concepto sus miras eran "atraparle" el dinero para sacar su expedición y decir después que lo había hecho en virtud de que Peralta no podía sacar la suya y necesitaba esa cantidad para salir inmediatamente; que había sido un golpe estratégico en favor de la causa, quedándose él chasqueado sin dinero y sin medios de formar su expedición. Conociendo á Agüero convinieron Ramón Céspedes y Aguilera en que Peralta no estaba lejos de la verdad y manifestó Aguilera que ya le había advertido, como era su deber, para que obrara con la cautela necesaria.

Como Peralta había quedado en ver á Agüero aquella misma tarde á las cinco, dijo que antes iría á hablar con Arango y con Aldama y les daría cuenta del resultado de sus entrevistas.

Aquella noche estuvo el Capitán Norton á ver á Aguilera y le manifestó que había comprado al Gobierno de los Estados Unidos una goleta muy velera y á propósito para armarla en corso, á cuyo uso la destinaba en beneficio de la causa de Cuba. Había dado por ella quince mil pesos y quería ver si Aguilera podía auxiliarlo con tres mil pesos para comprar el armamento. Dijo que el buque estaba á disposición de la causa y que si Peralta no había hallado todavía modo de ir á Cuba, él podía llevarlo con los hombres y armas que quisiese.

Contestó Aguilera que para tratar ese asunto era necesario ver á Peralta pues él era quien podía disponer de su dinero. Quedaron en que á las ocho de la noche siguiente se reunirían allí mismo con Peralta.

El proyecto del Capitán Norton, según manifestó á Aguilera, era ir á Cuba ó á alguna de las posesiones españolas en la costa de Africa, exigir á los pueblos de la costa, mal defendidos, cantidades de dinero por su rescate, bajo amenaza de bombardearlos; y con los fondos así adquiridos y las presas que pudiese hacer, ir á Liverpool, acabar de armar su vapor y salir á emprender operaciones en mayor escala.

Impacientes Aguilera y Ramón Céspedes porque después de más de un mes transcurrido, todavía no se hubiese formalizado el asunto de los treinta millones de pesos en bonos entregados á Martínez, sin tener ellos ni siquiera un recibo de esa cantidad, fueron á ver á Ramón Martínez sobre el particular. Les contestó éste que al general F. le había parecido bueno el poder de Aguilera y Ramón Céspedes, lo había pasado á su abogado para que lo examinase y dentro de dos ó tres días iría á verlo para acabar de arreglar el asunto. Manifestó Aguilera que mientras tanto podía darles Martínez un recibo de esa cantidad. Contestó éste que había informado á su hermano del lugar donde estaban depositodos los bonos, para que caso de una

muerte repentina suya, aquel los devolviese. Por otra parte, ese asunto debía terminarse pronto en debida forma y no había necesidad del recibo que quería Aguilera. Ni á éste ni á Ramón Céspedes dejaron satisfechos las razones de Martínez; sin embargo, se conformaron por no mostrarle desconfianza y disgustarlo cuando precisamente estaba ocupado en despachar una expedición para Cuba.

Habiéndole hablado Aguilera de la próxima salida de Agüero, manifestó Martínez que debía haber salido ya, y solo estaba detenido porque una pequeña dificultad, de las que tan frecuentes eran, se lo había impedido.

En las varias veces que vió Mayorga á Aguilera, después de recibir la carta de éste pidiéndole prestados los setenticinco pesos para su patrona, se excusó siempre por no haberle podido conseguir el dinero; finalmente á los cinco días le llevó cien pesos para que saliera de su compromiso. Aguilera los hizo entregar á su patrona inmediatamente.

A la hora convenida fué Peralta á dar razón á Aguilera de sus diferentes entrevistas sobre su expedición. Llamado Ramón Céspedes se reunieron los tres. Comenzó Peralta diciendo que había hablado con Arango y no había quedado en nada definitivo. Fué á ver á Melchor Agüero y le dijo que por su parte aceptaba su proposición, pero quería que todo se hiciera con la aprobación de Aguilera. Agüero se opuso fuertemente, y trató de convencerlo de que debían pactar los dos solos sin la intervención de nadie.

Dijo Peralta que había puesto esa condición porque sabía que Agüero no la aceptaría. El plan que le proponía Agüero era llevarlo á Cuba por nueve mil pesos que debía entregarle, dándole Agüero el correspondiente recibo. A Peralta no le gustaba la proposición, porque Agüero no tenía responsabilidad.

Finalmente, después de mucho discutir, dijo Agüero que lo llevaría á Cuba con su expedición sin que le costase nada, haciéndose él cargo de todos los gastos. Peralta contestó que admitiría su proposición como último recurso; que él también contaba salir muy pronto para Cuba y llegado el caso, lo llevaría de la misma manera.

Hizo Agüero mil protestas de que su mayor deseo era ir los dos juntos á Cuba y como prueba le dió una carta firmada por él, en que lo expresaba así en los términos más afectivos para Peralta, terminando por decir que se habían considerado como hermanos; esta carta la dió á leer Peralta á Aguilera y Ramón Céspedes. Quiso Agüero que Peralta le diese otra carta igual, y contestó Peralta que le daría una en que expusiese la verdad; y tomando papel escribió una historia sucinta de todo lo sucedido respecto á la fusión de sus expediciones, y se la dió sin firmar.

Convinieron los tres en que Agüero había querido arrancar á Peralta una carta igual á la suya para ponerse á cubierto con el Gobierno, caso que Aguilera y Ramón Céspedes informaran á aquél de lo ocurrido con el proyecto de fusión.

Dijo Peralta que iba á pedir á Aguilera y Ramón Céspedes una certificación de sus conferencias con Agüero sobre la fusión de sus expediciones. Contestó Ramón Céspedes que lo encontraba inconveniente, porque podría decir Agüero que ellos habían dado ese informe á espaldas suyas; sin embargo, no tenía dificultad en dárselo siempre que fuese con el conocimiento de Agüero.

Por otra parte, añadió que creía inútil esa certificación, porque no siendo obligatoria la fusión, ellos estaban en libertad de hacerla ó no.

Replicó Peralta que la consideraba muy necesaria para cubrir su responsabilidad y creía que ellos estaban en el deber de contestarle si eran ciertos ó no los hechos á que se referiría. Por último, dijo que pasaría una nota al Agente General en ese sentido para que se la contestara. Le dijo Aguilera que pasaría su nota á su asesor, Ramón Céspedes, y éste probablemente pediría la citación de la otra parte, Agüero; y si Peralta insistía en su propósito lo que lograría era un altercado completamente innecesario.

Pareció desistir Peralta y continuó su

relación comenzada. Dijo que de casa de Agüero se dirigió á la de Echeverría y manifestó á éste que estaba desesperado y se iría de cualquier manera para Cuba; por lo tanto quería que asistiese á una conferencia que iba á tener con Aldama para saber con cuanto pensaba contribuir para su expedición. Echeverría accedió y quedaron citados para reunirse en casa de Aldama á las diez de la mañana siguiente ó sea aquel mismo día.

Fué Peralta á casa de Aldama y poco después llegó Echeverría. Entrando en materia se esforzó mucho Echeverría en hacer comprender á Aldama el deber en que se encontraba de despachar á Peralta para Cuba con su expedición, después de habérselo ofrecido tantas veces, y de tanto tiempo transcurrido sin que lo efectuara.

Manifestó Peralta que no tenía más que ocho ó nueve mil pesos y que para salir con su expedición necesitaba de diez y ocho á veinte mil pesos. Finalmente después de mucho discutir dijo Aldama que iba á despachar á Peralta y que al día siguiente se verían en su oficina. Se despidieron Peralta y Echeverría muy satisfechos por haber conseguido al fin decidir á Aldama á despachar al primero con su expedición.

La conferencia entre Peralta, el capitán Norton y Aguilera, tuvo lugar, asistiendo también Ramón Céspedes. El Capitán hizo sus proposiciones que Peralta aceptó, quedando en darle razón al día siguiente. Después dijo Peralta que no le gustaba la proposición de Norton porque tenía que adelantarle ocho mil pesos, y éste no tenía garantías. Contestó Ramón Céspedes que ellos no tenían ningún interés en que fuera con Norton, interesándoles solamente no disgustarlo para que llevara á cabo al asunto del corsario, por lo que encontraban mal que lo estuviera molestando con tantas idas y venidas que no habían de tener ningún resultado.

CAPITULO XXVI

MARZO 1872

ECHEVERRIA Y ALDAMA.—MANIFIESTA EL CARACTER IRRESOLUTO DE ESTE.—EL SR. PADRE DE ALDAMA.—SU LLEGADA A CUBA.—HACE FORTUNA.—QUIEBRA SU CASA.—SALVADO POR UNA GRAN FACTURA.—SU MATRIMONIO.—MANDA A SU HIJO MIGUEL A EUROPA.—APROVECHAMIENTO DEL JOVEN.—LO PONE AL FRENTE DE SUS INGENIOS.—ACRECIENTA LA FORTUNA DE SU PADRE.—HILARIO CISNEROS Y SU PROYECTO.—RECLAMACION DE LOS $1.030 DEL "HORNET".—EUGENIO ODUARDO, HIJO POLITICO DE AGUILERA.—SU CAPTURA POR LAS TROPAS ESPAÑOLAS.—LE OFRECEN LA VIDA SI JURA LA BANDERA ESPAÑOLA.—EL PREFIERE LA MUERTE.—ES FUSILADO.—AGUILERA COMUNICA A AGÜERO Y R. MARTINEZ LA NOTICIA DE JESUS PEREZ.—NUEVAS EXCUSAS DE R. MARTINEZ SOBRE EL ARREGLO DE LOS TREINTA MILLONES.—AGUILERA Y R. CESCESPEDES VAN A VISITAR A ANGARICA.—ACEPTA EL PLAN QUE LE PROPONEN.—SE HACE CARGO DE LA SUSCRIPCION.—BRAMOSIO FALTO DE FIRMEZA.—GRAN GANANCIA QUE HACE MIGUEL EMBIL.—CUENTA QUE EL ARMERO HARTLEY COBRA A AGUILERA.—CASI TODOS CREDITOS DE LA ADMINISTRACION DE ALDAMA.—MAYORGA Y EL PLEITO DEL "HORNET".—MANUEL J. IZAGUIRRE QUIERE RENUNCIAR SU CARGO EN LA AGENCIA.—GRAN TRASTORNO QUE ESTO CAUSA A AGUILERA.—PRESUME QUE ALDAMA LE PREPARABA ESE GOLPE.—IZAGUIRRE HOMBRE INDISPENSABLE PARA AGUILERA—BRAMOSIO VA A VISITAR A AGUILERA.—ACEPTARIA EL PUESTO DE MINISTRO EN PERU O CHILE.—PARA EL MES DE JULIO ESTARIA DISPUESTO A IR.—PIDE CONSTANCIA DE LOS BONOS QUE SE LE DEBEN.—NEGOCIACION QUE TENIA CON MR. MORRIS.

Habiendo ido R. Céspedes y Aguilera á saludar á Echeverría en sus días, les manifestó éste que ahora sí creía que Aldama iba á despachar á Peralta, según lo que había pasado en su última conferencia con él, Aldama y Peralta. Dijo que sentía encontrarse tan acatarrado, pues hubiera querido volver á hablar á Aldama aquel día sobre el particular si fuera posible llevarlo á ver el vapor que le ofrecían, para acabarlo de entusiasmar, pues conocía su carácter irre-

soluto, hasta el punto de ser necesario á veces arrastrarlo.

Hablando sobre las semblanzas que publicaba en el periódico "La España" Márquez Sterling, refirió á grandes rasgos la historia de Aldama. Dijo que su pobre, D. Domingo, llegó de España á Cuba como llegaban los más de los españoles y se colocó en un establecimiento de tejidos, donde según le había oido referir varias ocasiones, durmió la primer noche sobre el mostrador con una pieza de ropa por almohada. En este comercio adquirió un capitalito, con el que se estableció, por su cuenta. Como determinara hacer un viaje á Europa para traer una factura, en aquella época en que nó había buques de vapor ni cables submarinos, se encontró á su regreso á la Habana con que su "tienda" era un desastre, habiendo quebrado. Trató inmediatamente de enmendar el daño y tuvo la suerte de que había en el comercio de la Habana tal escasez de los géneros que traía, que los vendió á magníficos precios y no solo se resarció de la pérdida de la "tienda", sino que realizó una ganancia de más de cincuenta mil pesos. Cuando casó con la señorita Alfonso, que era muy rica, ya él tenía capital también.

A su hijo Miguel lo mandó educar á Alemania é Inglaterra y cuando volvió á la Habana lo dedicó á fomentar sus ingenios, obra en que desplegó tal ardor y acierto, que contribuyó en gran parte á acrecentar la fortuna de su padre.

Tuvo efecto la nueva reunión de Peralta con el Capitán Norton, con asistencia de Ramón Céspedes, en la que Peralta desengañó al Capitán diciéndole que había aceptado la otra proposición, de que le había hablado, lo que el Capitán tomó con su calma acostumbrada.

Estuvo Hilario Cisneros á ver á Aguilera y le dijo que había hablado con Gálvez y Fuentes y no habían podido decirle nada en concreto respecto á su misión con Angarica; en tal virtud dijo que sería conveniente que Aguilera y Ramón Céspedes vieran á Angarica, le explicaran el plan, le hicieran comprender su utilidad y le dijeran que esperaban convocase á sus amigos, encabezara la suscripción y tratara de que ellos también se suscribiesen.

Contestóle Aguilera que hablaría del asunto con R. Céspedes y trataría de ver pronto á Angarica.

Estuvo á ver á Aguilera un representante de la casa de Riviere, de Haití, con una carta para él, reclamándole con urgencia los mil treinta pesos procedentes del "Hornet," que protestó Aldama durante su administración; concluía la carta diciendo que haría responsable á Aguilera de los daños y perjuicios, caso de no hacer el pago inmediatamente. No sabiendo que contestar, pues no tenía un centavo en caja, dijo que al día siguiente le daría respuesta.

Por el correo de Jamaica recibió Aguilera cartas de su familia. Estaba afligidísima por la cruel noticia de haber sido hecho prisionero y fusilado en Cuba Eugenio Odoardo, hijo político de Aguilera. Esta noticia lo hirió cruelmente, pues además del cariño que tenía al digno joven, consideraba la desolación de su hija, con la pérdida de su amante esposo. La manera como tuvo lugar el hecho, á la vez que aumentaba su dolor, lo llenaba de orgullo, admirando la dignidad con que supo afrontar la muerte aquel que había llamado su hijo. Para ser imparciales debemos decir que por más que fuera Aguilera el hombre que más daño hubiera hecho al Gobierno Español en Cuba, pues fué quien dió principio y fomentó aquella revolución, y era irreconciliable enemigo del Gobierno, sin embargo, las autoridades españolas que con tanta saña combatían á los insurrectos cubanos, al tratarse de Aguilera modificaban su rencor y se sentían inclinados á la benevolencia; tal es el ascendiente que tiene un caracter noble, elevado y generoso hasta con los mismos enemigos. Como por una parte, aquel distinguido joven se sabía que era hijo político de Aguilera, y por otra, no estuviera muy significado en la revolución, parece que los jefes españoles trataron de salvarlo y le impusieron como precio de su vida, que jurara la bandera de España. Pero se equivocaron al juzgar el temple del alma del animoso joven. Este obedeciendo al impulso de sus

sentimientos de patriota y quizás recordando también el nombre de la familia á que estaba enlazado, contestó que había jurado la bandera de Cuba, y sería cobarde é indigno jurar después la de su opresora. Todas las reflexiones de sus enemigos fueron en vano y el heroico joven presentó su pecho á las armas homicidas y cayó desplomado, alentado por el sentimiento de que cumplía con su deber, y su nombre pasaría limpio á sus hijos que sabrían honrarlo.

Al mismo tiempo que las cartas de su familia, recibió una de Rafael Quesada, (hermano de Manuel) muy fina y obsequiosa, en que le decía que Jesús Pérez, jefe insurrecto, que operaba por la Sierra Maestra, en la parte oriental de la Isla, le escribía diciendo que no llevara su expedición por la costa del Sur, entre Santa Cruz y Santiago de Cuba porque además de la extremada vigilancia que tenía el enemigo por mar, habían puesto cuatro campamentos en la costa.

Habiendo indicado Aguilera á Ramón Céspedes los deseos de H. Cisneros de que fuesen ellos á hablar con Angarica, sobre la suscripción para su viaje á las Repúblicas Sur americanas, accedió aquél y salieron á visitar á Angarica.

Al llegar á su casa y solicitarlo, primero le dijo una de sus hermanas que estaba allí y al hacerlo llamar con su hijo,volvió éste diciendo que había salido. Aguilera y Ramón Céspedes recibieron la impresión de que no había querido recibirlos.

Fueron al escritorio de Ramón Martínez y encontrando á varias personas, llamó Aguilera aparte á Martínez y le comuncó la noticia de Jesús Pérez sobre lo guardada que estaba la costa Sur de Cuba, por si Agüero pensaba desembarcar su expedición por allí. Martínez dijo que diría á Agüero que fuera á verlo para que le hiciera mejor la explicación.

Volvió á hablarle á Aguilera, sobre el asunto de los bonos y contestó Martínez que había visto varias ocasiones al General F. pero no le había dicho nada sobre el particular, porque no lo consideraba urgente. Muy mal efecto le hizo esta contestación, pero como había otras personas presentes, creyó prudente no decirle nada porque su contestación hubiera podido dar lugar á un debate acalorado. Como Ramón Céspedes hubiera estado presente y escuchado la conversación con Martínez, convino con Aguilera en que el asunto iba á proporcionarles algunos malos ratos y sería necesario hablar con energía á Martínez para que de una vez se despejara la situación.

Sabiendo que la mejor hora de encontrar á Angarica en su casa era de noche, volvieron aquella misma, Aguilera y Ramón Céspedes; le encontraron, en efecto, jugando al dominó con Bramosio, Barbarrosa y Cruset. Así que concluyeron la partida se sentaron en tertulia. Dijo Bramosio que estaba seguro de que Manuel de Quesada y Agüero llevarían á Cuba las expediciones que estaban formando, pero que Peralta no llevaría la suya porque Aldama no lo despacharía. Barbarrosa y Aguilera sostuvieron que Peralta saldría también para Cuba con su expedición.

Así que se retiró Bramosio, llamó Cruset aparte á Ramón Céspedes y estuvo hablando con él algún tiempo. Después dijo Ramón Céspedes á Aguilera que Cruset le había propuesto el plan de que él y Aguilera reuniesen la mayor parte de la emigración cubana y se dirigiesen todos en masa á casa de Aldama á pedirle que salvase á Cuba, tomando una iniciativa vigorosa, pues en sus manos tenía el triunfo de la revolución. Creía Cruset que halagando de esta manera la vanidad de Aldama, se conseguiría que hiciese algo en beneficio de la causa. Contestóle Ramón Céspedes exponiendo las dificultades prácticas que tendría ese plan, por el estado de ánimo en que se encontraban los emigrados.

Así que se marcharon también Cruset y Barbarrosa, entraron en materia con Angarica, Ramón Céspedes y Aguilera. Expusiéronle el plan de mandar un comisionado á las Repúblicas Sur americanas para moverlas en favor de Cuba. Angarica lo acogió con beneplácito, y al manifestarle ellos que deseaban que tomara la iniciativa para la reunión de los fondos necesarios, indicándole que él y

sus amigos podían elegir libremente la persona que creyesen más adecuada para la comisión, contestóles que aceptaba el encargo. Tratando sobre quien sería el comisionado, manifestó Angarica que ninguna persona podía desempeñar más cumplidamente esa comisión que Bramosio, pues le acompañaban las circunstancias favorables de patriotismo, ilustración, roce social, pudiendo presentarse en aquellas capitales con toda decencia y boato, si fuera necesario, para alternar con los altos personajes en esas repúblicas. Sin embargo, dijo que tenía una cualidad que anulaba todas las otras y lo inhabilitaba para aquella comisión: era ésta ser muy variable; tan pronto se entusiasmaba, creyendo la revolución invencible, como se desanimaba por cualquier revés y lo daba todo por perdido. Dijo que para ese cargo se necesitaba escoger un hombre de convicciones firmes, como Hilario Cisneros, á quien Aguilera le había indicado; éste era quizás el único hombre capaz de reemplazar á Bramosio, no siendo conveniente separar de allí á Echeverría, porque era bueno reservarlo para cualquier emergencia en Washigton.

Convinieron en definitiva que Angarica hablase á Bramosio al día siguiente, diciéndole que Aguilera y Ramón Céspedes tenían empeño en que fuese él (Bramosio) quien desempeñase esa comisión y habían ido á empeñarse con Angarica para que lograse que la aceptara; si se excusaba Bramosio, entonces le preguntase con cuanto se suscribía para mandar otro comisionado. Angarica manifestó que estaba seguro de obtener que la comisión recayese en Hilario Cisneros.

Refirióles después Angarica que Miguel Embil acababa de hacer una gran ganancia, pues había negociado veinticinco mil pesos en acciones de la compañía "El Iris" y que á I. Alfaro, solamente por su corretaje, le habían correspondido tres mil y pico de pesos.

Recibió Aguilera una carta del armero Hartley en que le incluía una cuenta de cinco mil ochocientos cincuenta y ocho pesos por las armas que Aldama había separado para la expedición de Peralta, que el mismo Aldama se había comprometido despachar, y otra cuenta más de mil doscientos seis pesos ochenta y cinco centavos á que ascendían varias cantidades parciales que debían Leonardo Delmonte, Francisco Fesser, Duggan, M. Macías y el mismo Aguilera. Debemos advertir que estas sumas, exceptuando doscientos diez y seis pesos, importe de la media tonelada de pólvora que aún debía Aguilera, eran deudas contraídas por la administración de Aldama, que Aguilera debía pagar en las condiciones en que se encontraba. Por otra parte, Aldama, que había tomado á su cargo despachar á Peralta con su expedición, con el dinero que recogiera entre sus amigos y pusiera él de su peculio, como lo hacía Ramón Martínez con la expedición de Melchor Aguero, había tomado á Hartley aquellas armas con cargo á Aguilera.

Encontrábanse Mayorga por aquellos días muy afamado, porque debiéndose juzgar la semana siguiente la causa de los marineros en Baltimore, necesitaba reunir todos los testigos y tenerlos listos para que lo acompañaran á esa ciudad á dar las correspondientes declaraciones. El éxito de ese pleito lo preocupaba mucho, pues ya tenía adelantados diez y ocho mil pesos, la reclamación de los marineros era de cuatro mil pesos y si perdía, tendría que pagar éstos con costas, subiendo entonces su crédito contra el "Hornet" á una cantidad quizás mayor que el precio que por él pudieran obtener.

Indicó M. J. Izaguirre á Aguilera que pronto debía concluir los libros de cuentas de Aldama que arreglaba, y que sería conveniente se ocupara en buscarle sustituto para llevar los libros de la Agencia, porque su sueldo no le alcanzaba para el sostenimiento de su familia, y por otra parte sabía que la Agencia no podía aumentárselo. Dijo que el C. Cristóbal Alfonso le había propuesto interesarlo en su establecimiento en la parte baja de la ciudad y creía no deber desperdiciar esa oportunidad de mejorar de situación; sin que por ello se entendiera que se eximía de servir á la causa y á Aguilera en todo lo que pudiera ser útil.

Muy justas parecieron á Aguilera las razones de Izaguirre. Sin embargo, separarse éste de la Agencia le causaba un gran trastorno, pues era Izaguirre la única luz que lo guiaba en aquel caos de confusión; sin archivo, sin libros, y fiado todo á la memoria, apuntes y documentos regados aquí y allá. Izaguirre conocía perfectamente todo, pues hacía varios años que estaba colocado allí y tenía conocimiento de todos los asuntos de la administración de Aldama.

Por otra parte, como quien proporcionaba el empleo á Izaguirre, era el Señor Alfonso, yerno de Aldama, pensó Aguilera sino habría puesto el mismo Aldama la mano en el asunto, con objeto de quitarle á Izaguirre, que tan útil, mejor dicho, tan indispensable le era, para que sin piloto, no tuviera alternativa sino estrellarse y naufragar. Todo esto lo creía Aguilera muy posible de Aldama, dado su caracter y la política que observaba con él desde su llegada, manteniéndose apartado de la Agencia, esquivando prestarle el menor servicio y propendiendo á que tropezara con toda clase de dificultades.

Al segundo dia de la conferencia de Ramón Céspedes y Aguilera con Angarica, fué Bramosio por la mañana á visitar á Aguilera; le dijo que Angarica le había hablado del asunto de la América del Sur, pero no lo había comprendido bien, y por lo tanto deseaba que Aguilera se lo explicara. Como éste tuviera á mano una carta de H. Cisneros donde desarrollaba el plan, la leyó á Bramosio. Enterado éste contestó que no podía aceptar la comisión porque en el plan entraba la compra de armas municiones, vapores etc. y eso era más de la incumbencia de un Agente que de un Ministro. Dijo que el puesto que aceptaría gustoso era el de Ministro en Perú ó Chile, pero en la actualidad no podía, sino de Julio en adelante, cuando tendría fondos suficientes para ello. Añadió que estaba persuadido de que le serían necesarios de ocho á diez mil pesos por año para poder alternar con las personas aristocráticas que componían esos gobiernos. Que habría de montarse no solo con decencia, sino con lujo, hacer un regalo á tiempo á la esposa, hija ó favorita de un magnate, pues en muchas ocasiones valía mucho más un obsequio á tiempo que centenares de miles de pesos. Sabía él muy bien eso, porque cuando fué á Madrid á la Junta de información, en 1866 se manejó así con excelente resultado, siendo su casa una de las más frecuentadas por la buena sociedad de esa capital. Que á un banquete era necesario corresponder con otro banquete, á un paseo de campo á que se fuera invitado, había que presentarse con toda la dignidad correspondiente, etc.

Contestó Aguilera que con respecto al cargo de Ministro en el Perú, lo ocupaba Bravo, pero estaba persuadido de que tendría que retirarse pronto porque ya le escaseaban los recursos, constándole que los diez mil y pico de pesos que pudo salvar en Cuba, casi todos los había invertido en la causa, y la Agencia, por lo precario de la situación, no podía sostenerlo allí tampoco; que le tomaba la palabra, pues, para cuando Bravo dejara el puesto. Contestó Bramosio que desde el mes de Julio en adelante estaba á su disposición.

Manifestó también Bramosio que en tiempo en que Echeverría y Mestre eran Agentes Diplomáticos de Cuba, quisieron mandarlo de Ministro al Perú y él no aceptó por dos razones: primera, porque Mestre le dijo que estaría bajo sus órdenes; y segunda porque le dijo también, que los caudales que obtuviese debía mandárselos á Aldama; estas condiciones habían lastimado su amor propio y no quiso aceptar.

Al mismo tiempo dijo que no se le habían entregado los bonos por las cantidades que había dado para la causa y deseaba que Aguilera le diese una constancia para lo futuro, de que se le debían. Contestó este que no tenía dificultad y que le hiciera la cuenta. Continuó diciendo Bramosio con la mayor reserva, que necesitaba esos bonos, porque tenía celebrado un contrato con Mr. Loris, individuo de muchísima influencia, en Washington, por el cual debía darle cincuenta mil pesos en efectivo si dentro de un año reconocía el gobierno de los Estados Unidos la beli-

gerancia de Cuba ó declaraba la guerra á España.

Volviendo á tratar de la comisión á las repúblicas del Sur America, le indicó Aguilera á H. Cisneros para llenar esa misión y Bramosio lo aprobó; pero al decirle que quería contribuyese á la suscripción para reunir los fondos necesarios, contestó Bramosio que su pequeño círculo tenía que hacer un gran esfuerzo para despachar la expedición de Agüero y por consiguiente al presente no podía hacer nada. Insistió Aguilera pero nada pudo conseguir á ese respecto.

CAPITULO XXVII

MARZO 1872

JUAN MANUEL MACIAS Y JUAN BELLIDO DE LUNA.—INJUSTA IMPUTACION QUE SE HACIA A ESTE.—J. M. MACIAS OFRECE ADELANTAR LOS FONDOS PARA EL VIAJE A EUROPA.—AGUILERA LE DESCUBRE SU SITUACION.—MACIAS LE OFRECE UNA CANTIDAD PARA SUS GASTOS PERSONALES.—AGUILERA LA REHUSA.—HACE CARGO A MACIAS DE LA DIRECCION DEL VIAJE.—ESTE DICE CONVIENE ESPERAR UNA CIRCUNSTANCIA FAVORABLE.—LA CUESTION DEL ALABAMA.—LOS ESTADOS UNIDOS TEMEN COMPLICACIONES.—AGUILERA DICE A AGÜERO LA SITUACION DE LOS NUEVOS CAMPAMENTOS.—R. MARTINEZ Y LOS TREINTA MILLONES EN BONOS.—AGUILERA QUIERE CUBRIR SU RESPONSABILIDAD.—DICE MARTINEZ QUE NO SE HA FIJADO TIEMPO.—AGUILERA LO REBATE.—SE ENCUENTRA DISGUSTADO.—NOTA FLOJO A SU COMPAÑERO.—PERALTA DESENGAÑADO DE ALDAMA.—VARIOS PROYECTOS DE PERALTA.—TRATA DE IRSE EN LA GOLETA DEL CAPITAN NORTON.—VISTA DEL PLEITO DEL "HORNET".—MAYORGA LLEVA LOS TESTIGOS A BALTIMORE.—SE PIERDE EL PLEITO.—SOSPECHAS DE MAYORGA. —APELA DEL FALLO.—NECESITA DEPOSITAR $4.000.—SALIDA DE LA EXPEDICION DE AGUERO.—MANUEL J. IZAGUIRRE DEJA SU COLOCACION EN LA AGENCIA.—OFRECE A AGUILERA LLEVAR LOS LIBROS Y LA CORRESPONDENCIA.—AGUILERA CREE NO ES POSIBLE.—CONFLICTO DE AGUILERA.—ECHEVERRIA DISGUSTADO CON ALDAMA.—SE PROPONE NO HABLARLE MAS DE POLITICA.—TENACIDAD DE ALDAMA.—JORDAN OFRECE UN VAPOR.—SUS VENTAJOSAS CONDICIONES.—FALTAN $3.000.—PERALTA VA A PEDIRLOS A ALDAMA.—ESTE SE NIEGA A DARLE NADA.—LO MANDA CON LOS "OMNIPOTENTES".—ECHEVERRIA SE NIEGA IR A VER A ALDAMA.—CONDICIONES DEL VAPOR QUE PROPONE JORDAN.—AGRADAN MUCHO A TODOS.—NUEVO PLAN DE NEGOCIACIONES DE BONOS DE JORDAN.—JOSE M. IZAGUIRRE SE HACE CARGO DE LOS LIBROS DE LA AGENCIA.

Así que se despidió Bramocio, fué Aguilera á ver á J. M. Macías para tratarle de la entrevista que había tenido con Bellido de Luna. Al hablarle de éste, le manifestó Macías alguna duda sobre si debían valerse de él. Hizo gran elogio de Luna, dijo que era uno de los pocos hombres que había en Cuba que reuniese todas las cualidades de revolucionario; pero estaba persuadido de que su ida á España sería tomada por algunos como pretexto para no dar nada; lo acusaban de que cuando el Gobierno Español lo desterró á Fernando Poo, recogió treinta mil pesos en Matanzas y nunca dió cuenta de ellos.

Añadió Macías que eso era falso y que á su regreso á los Estados Unidos, Luna lo desmentió por la prensa, acusando de calumniadores á quienes tal especie habían propalado, sin que nadie le contestara. Pero dijo que en Inglaterra estaba el ciudadano Juan Mendive, persona de una reputación intachable, que gozaba de las simpatías de los aldamistas y quizás podría conseguir que acompañara á Bellido de Luna á España, aunque estaba muy lejos de reunir las favorables condiciones de éste.

Tocóle Aguilera la cuestión de recursos para realizar el viaje y contestó que él había quedado casi arruinado, tanto por sus excesivos gastos en Inglaterra, durante el tiempo que permaneció allí al servicio de la causa, cuanto porque no había podido dedicarse á sus negocios. Consideraba que con mil pesos tendrían lo suficiente para los tres y él adelantaría esa cantidad en calidad de reintegro, porque su posición no le permitía do-

narla á la causa; pero si por cualquier circunstancia su viaje no diera resultado y no se obtuviera en Europa una cantidad suficiente para reembolsárselos, desde luego los cedería. Dióle Aguilera las gracias y le dijo que así estaba resuelta la mayor dificultad para el proyecto, porque los fondos de la Agencia eran tan escasos que hasta estaba debiendo el alojamiento á su patrona. Al oir esto contestó Macías que no tenía necesidad de continuar en esa situación, porque él podría facilitarle dos ó trescientos pesos para que atendiera á esas necesidades. Rehusó Aguilera dándole las gracias, volviendo Macías á ofrecérselos con mayor insistencia. Desde luego Aguilera no los aceptó y Macías le recomendó dijese á Ramón Céspedes que siempre tenía dos ó trescientos pesos á la disposición de ambos.

Le dijo Aguilera que quería llevara él la dirección del proyecto, puesto que conocía mejor las cosas y los hombres de Europa. Contestó Macías que le parecía venveniente aguardar alguna circunstancia favorable, que el asunto del "Alabama" tenía muy preocupado al Gabinete Americano, por cuyo motivo no quería disgustarse con España, porque Inglaterra podía aliarse con aquella en caso de un rompimiento con los Estados Unidos; que Mr. Glastone tampoco había querido tomar una actitud enérgica contra España cuando se le presentó una comisión de su pueblo, pidiéndole exigiese á esta Nación el cumplimiento de los tratados sobre esclavitud, por tener pendiente el mismo asunto del "Alabama" (1) y teme complicaciones; pero que estaba seguro de que la cuestión del "Alabama" quedaría arreglada favorablemente dentro de pocas semanas porque ambas naciones lo deseaban así y entonces los Estados Unidos, libres del temor de Inglaterra, probablemente tomarían una actitud enérgica con España, momento que deberían ellos aprovechar. Parecieron á Aguilera juiciosas las apreciaciones de Macías, y determinó dejarse guiar por sus consejos sobre ese particular. Finalmente, convinieron en aceptar el ofrecimiento de Luna, ya que no tenían seguridad de poder contar con Mendive.

Habiendo encontrado Aguilera á Agüero en casa de Martínez, manifestó el segundo que había pensado ir á hablar con él para que lo informase de los nuevos campamentos de los españoles en la costa sur de la Isla; preguntó el conducto por donde tenía la noticia. Contestó Aguilera que se lo había escrito Rafael Quesada, por referencias de Jesús Pérez; los puntos eran: Turquino, la Plata, Bayamito y Aserradero. Oyó Agüero con atención á Aguilera y contestó que el tenía combinaciones por Cienfuegos, Sancti Spíritus y Nuevitas. Repuso Aguilera que él no deseaba saber sus combinaciones y sólo le hacía esa advertencia para que lo tuviera en cuenta.

Volvieron al otro día Aguilera y Ramón Céspedes á ver á Ramón Martínez en su escritorio para hablarle de los bonos. Habiéndolo encontrado con Lamadriz, le manifestó Ramón Céspedes que si el arreglo presentaba alguna dificultad, ellos se conformaban con que les diera un recibo.

Respondió Martínez que todavía no había hablado al General F. sobre el particular, pero que lo haría, y la semana próxima les daría respuesta.

Manifestó Aguilera que el tiempo iba pasando y ellos estaban en una posición muy violenta, porque habían entregado esos fondos de la patria, muy considerables por cierto, y no tenían ni un simple recibo para su resguardo en cualquier eventualidad. Que el día primero del mes próximo—era 28 de Marzo—se cumplirían los dos meses convenidos, que todo ese tiempo habían estado instándole para la formalización del asunt, la que por un motivo ó por otro no se había efectuado; que estaban dispuestos á prorrogarle la negociación por dos meses más, época en que se cerraría el Congreso, pero era indispensable que todo se arreglase con las formalidades

(1) Fué este asunto del "Alabama" una enojosa cuestión por varios años pendiente entre los Estados Unidos é Inglaterra. Fué el motivo de la controversia, que de un puerto de esta nación salió equipado el corsario confederado "Alabama", que hizo grandes depredaciones en las costas de los Estados Unidos durante la guerra de secesión de este país. La cuestión, rnalmente, se sometió á arbitraje, pagando Inglatefira una Indemnización.

debidas para tener cubierta su responsabilidad.

Contestó Martínez que no se había fijado tiempo, para la negociación ni tampoco podía fijarse, pues ya quisieran todos ellos que se consiguiera el objeto en tiempo más ó menos largo.

Repuso Aguilera que recordara bien su compromiso, que había sido por sesenta días y no podía ser de otra manera, porque ¿cómo era posible que pudieran ellos haber entrado en una negociación semejante sin fijarle tiempo? Que cerrado el Congreso tenía el Ejecutivo facultad para reconocer la beligerancia cuando lo creyera oportuno y muy bien podía suceder que por u n evento completamente ajeno á la negociación creyese el Ejecutivo conveniente reconocer la beligerancia y en ese caso la patria sería gravada con aquella importante suma indebidamente, cosa que ellos, sus Representantes, estaban en el deber de evitar.

Contestó Martínez con algunas evasivas y quedaron en aguardar la semana próxima para dar tiempo á que Martínez hablara con el General F.

Muy disgustados salieron de la entrevista, sobre todo Aguilera, que al mismo tiempo que veía como Martínez negaba el compromiso formal que había hecho, valiéndose de la buena fe con que ellos procedieron, observaba á su compañero, Ramón Céspedes, algo flojo en aquel asunto en que necesitaban proceder con toda energía para hacer desistir á Martínez de su reprobado propósito.

Como Peralta se encontrase ya desesperado por acabar de sacar su expedición, después de un año de trabajo para formarla, viendo la poca confianza que podía poner en los ofrecimientos de Aldama, habiéndose desvanecido el último que le había hecho en presencia de Echeverría, como se desvanecieron los demás, se dió él mismo á agenciar la manera de irse, y en aquella ocasión tenía varios proyectos, persiguiéndolos todos á un tiempo para optar por el primero que pudiera realizar.

Uno era el del doctor Arango, que le había ofrecido un vapor cuyo capitán, por la cantidad de diez mil pesos se comprometía á ponerlo en Cuba con su expedición y cincuenta hombres. Otro el de ir con Melchor Agüero, que le ofreció llevarlo con su expedición, mediante una módica cantidad. Otro proyecto era marcharse en la goleta del capitán Norton, para lo cual se había puesto de acuerdo con éste á fin de que lo llevase á ver la referida goleta y si le gustaba, se iría en ella. También estaba en tratos con H. Cisneros, proponiéndose éste conseguir del armero Hartley que le dejara llevar las armas que Aldama había separado y no pagado, mediante unos pagarés de Aguilera por el valor de dichas armas. En todos estos proyectos se ve que Peralta, desengañado ya, no contaba con Aldama, que era quien estaba en el deber de despacharlo por habérselo ofrecido varias ocasiones.

Volvió Peralta de su excursión á la goleta del capitán Norton, muy entusiasmado, diciendo que era un buque muy fino, debía de ser muy velero y estaba dispuesto á ir en él á Cuba; le había dicho al capitán que formulara sus condiciones para contestarlas.

Como Echeverría no aprobaba que se aventurara en una goleta, contestó Peralta que en sus manos estaba que se fuera en un vapor; que trabajara á Aldama para que le consiguiera uno. Echeverría prometió hacer todo lo posible por conseguirlo.

Después de haber reunido Mayorga los testigos que pudo conseguir, incluso al capitán Washman, que lo había sido del "Hornet", en el tiempo que se arreglaron las cuentas á los marineros reclamantes y se pagaron; también al mismo Cónsul Americano de Port au Prince en aquella época, casualmente en la ciudad, que ayudó á arreglar las referidas cuentas y presenció el pago; el Sobrecargo y varios otros marinos, se trasladó á Baltimore con todos ellos para presentarse en el juicio que debía tener lugar el día siguiente.

Dos días después volvió el capitán Washman á New York y dijo á Aguilera que Mayorga vendría el día siguiente; ya él había prestado declaración y los marinos habían llevado tres abogados, los que trataban de envolver al de Ma-

yorga, llamando la atención del Tribunal sobre que el vapor había tratado de romper el bloqueo de Cuba, llevando pertrechos de guerra á los insurrectos, seguramente con objeto de hacer más grave el pleito.

Como el capitán no sabía el resultado del juicio, quedó Aguilera en la ignorancia de cual pudiera ser, temiendo que un fallo desfavorable los pusiera en peor situación, cargando una deuda sobre el buque que éste no pudiera pagar con su valor en venta, y en ese caso Mayorga sería el sacrificado por la fuerte cantidad que había adelantado.

Por fin llegó Mayorga y dijo á Aguilera que el pleito se había perdido. El juez primero pareció estar inclinado á su favor, pero uno de los abogados contrarios estuvo hablando más de una hora hasta que se suspendió el acto para el día siguiente; en éste volvió á hablar otra hora y consideraba Mayorga que en aquella noche intermedia, hicieron variar de criterio al juez. Dijo que el Cónsul, el Capitán y todos los empleados y marineros que llevó dieron las más satisfactorias declaraciones en su favor, probando plenamente que á los marineros se les habían pagado sus sueldos antes de despedirlos, presentando, además, los recibos de los mismos marineros. Opinaba que el juez había sido influenciado quizás por altos funcionarios del Gobierno á quienes convenía que el "Hornet" no quedase en libertad para evitarle disgustos á las autoridades, que tendrían que vigilarlo,

Era el Secretario de Estado Mr. Fish, uno de los que más interés tenían en que el vapor lo perdiesen los cubanos, tanto por evitarse responsabilidades, como por su conocida enemiga por la causa de Cuba.

Mayorga apeló del fallo del Tribunal, pero como en el término de diez días tenía que depositar los cuatro mil pesos, importe de la reclamación, y ni él ni la Agencia tuviesen un peso, iba á ver cómo conseguir esa cantidad, empresa harto ardua, como comprenderá el lector, dado el grado de apatía, ó de mala intención que dominaba á la emigración.

Salió por fin Agüero con su expedición por los últimos días de Marzo, con gran contento de Aguilera por los auxilios y aliento que proporcionaría á sus hermanos combatientes.

Manifestó Manuel J. Izaguirre á Aguilera que había cerrado trato con Alfonso, y de consiguiente tratase de ver quien lo reemplazaba. Al mismo tiempo manifestó que estaba dispuesto á servir la causa y á Aguilera, sin interés alguno; si Aguilera consentía, se llevaría los libros al establecimiento donde iba á trabajar y llevaría la contabilidad de la Agencia; los días de correo iría á la habitación de Aguilera á despachar la correspondencia. Mucho agradeció Aguilera á Izaguirre la buena disposición que demostraba en servirlo, pero al mismo tiempo comprendía que su buen deseo lo engañaba, pues no era posible pudiera atender bien los dos empleos. Por otra parte consideraba que la retirada de Izaguirre iba á ser un cataclismo para él, pues estaba enterado de todos los negocios de la Agencia desde su fundación y dada la carencia de libros y estado incompleto del archivo, Izaguirre sustituía aquellos y éste. Pero estando Aguilera acostumbrado á sufrir contrariedades, se resignó á aquella también, y como sospechaba que Aldama tenía mucha participación en ella, por ser su yerno quien había empleado á Izaguirre y por la patente mala voluntad que tenía á la Agencia, hizo votos por el aumento de la salud y prosperidad de su gratuito opositor.

Hablando con Echeverría le dijo éste que había tenido una larga conferencia con Aldama, quedando muy disgustado. En su concepto, Aldama no daría nada á Peralta y había hecho el propósito de no volverle á hablar más de Peralta ni de política siquiera.

No sabemos lo que pasó en la conferencia aludida; pero por lo que manifestó Echeverría debió ser grave, negándose al fin Aldama á contribuir para la expedición de Peralta á quien se había comprometido despachar. Era Echeverría uno de los mejores amigos de Aldama, y quizás el hombre en quien éste tenía más confianza; pero Aldama, cuan-

do se trataba de su amor propio, no tenía amigos ni cedía á razones.

Echeverría no tenía á bien que Peralta saliese para Cuba en una goleta, por los riesgos que correría su expedición, sobre todo en aquellos momentos en que el Gobierno español había redoblado la vigilancia en las costas de Cuba, por la salida de la expedición de Agüero. Decía que aunque demorase dos ó tres meses más, debía tratar de recoger dinero suficiente para ir en un vapor, en mejores condiciones.

Reuniéronse en casa de Mayorga éste, Peralta, Ramón Céspedes y Aguilera para tratar de la expedición de Peralta. Dijo Mayorga que Jordán le había hablado de un vapor cuyo dueño estaba dispuesto de llevar á Cuba la referida expedición. El vapor era excelente, andaba doce millas por hora y por doce mil pesos pondría á Peralta en Cuba con armas, municiones y cincuenta hombres, haciéndose cargo de poner abordo la expedición.

Los doce mil pesos se depositarían en un banco y no se le entregarían al dueño del vapor hasta que éste estuviese de vuelta con la constancia de haber desembarcado en Cuba la expedición felizmente. A todos pareció muy buena la proposición y después de discutir mucho la manera de reunir los $12,000 formaron el siguiente plan: Necesitaban para el despacho de la expedición $16,000 y los fondos con que contaban eran: Efectivo en caja $7,000, Peralta contaba con $3,000 que le habían ofrecido y Mayorga se comprometió también á dar otros $3,000. Faltaban $3,000 y para conseguir estos resolvieron que fuera Peralta á hablar á Aldama y le dijera que ya había conseguido vapor y todo lo tenía listo para salir, faltándole sólo tres mil pesos; que se los facilitase, bien dándolos él ó reuniéndolos entre sus amigos, como otras veces le había ofrecido. Creyeron que Aldama accedería, pues de esa manera quedaría relevado de su compromiso de despacharlo para Cuba. Había la circunstancia favorable para Aldama, de que esos tres mil pesos no tendría que darlos inmediatamente, sino después de estar de regreso el vapor, con el comprobante que le daría Peralta, de haberlo dejado en Cuba salvo. Salió Peralta á avistarse con Aldama para hacerle la referida proposición.

De vuelta al día siguiente, dijo á Aguilera que había hablado con Aldama, le manifestó el plan y le dijo que para realizarlo sólo necesitaba que se comprometiese á dar los tres mil pesos que faltaban así que volviese el vapor con el comprobante de haberlo desembarcado en Cuba con felicidad. Aldama le contestó con las evasivas de siempre, sin comprometerse á nada, y como se negara á decirle categóricamente con cuanto contribuiría para su expedición, últimamente rompieron con palabras bastantes desagradables, diciéndole Aldama que fuera con los "omnipotentes" para que lo despacharan. No creyó Aguilera que la palabra omnipotente la aplicara á su humilde personalidad, creyendo más bien que aludiera á Ramón Martínez que acababa de despachar la expedición de Agüero. Olvidamos decir que antes de ir Peralta á hablar con Aldama, quiso lo acompañara Echeverría, pero éste se acusó diciendo que había hecho propósito de no volver á hablar más á Aldama de su expedición.

En esta conversación estaban cuando llegaron Mayorga y Jordán. Informó Peralta á Mayorga en breves palabras de su última conferencia con Aldama y á petición de los presentes los informó á su vez Jordan, interpretado por Mayorga, de las condiciones del vapor que proponía. Dijo que andaba doce millas por hora y actualmente estaba empleado en una de las líneas que partían de esa ciudad. Los doce mil pesos de flete se abonarían al regreso del vapor; llevaría hasta sesenta hombres que recogería en el punto que le indicasen, lo mismo que las armas y pertrechos; de su cuenta serían los víveres, carbón, pago del capitán, tripulación, etc. Haría el desembarco en Cuba como se lo pidiesen, bien desembarcando una mitad de la expedición en un lugar y otra en otro, ó dos ó tres hombres que dieran aviso á los insurrec-

tos, para volver después á realizar el desembarco, etc.

A todos agradaron las proposiciones, pero tropezando con la dificultad de no tener el dinero completo, después de proponer muchos planes y de mucho discutir, dijo por fin Mayorga que llevado por su deseo de que la expedición de Peralta llegase pronto á Cuba, él se hacía cargo de poner la cantidad que Aldama había rehusado, dando por lo tanto un pagaré de seis mil pesos en lugar del de los tres mil que había ofrecido, siempre que el dueño del vapor se conformase con su firma.

Contestó Jordan que estaba persuadido de que el dueño tomaría el pagaré muy gustoso, pero Mayorga insistió en que se lo manifestase al mismo dueño y obtuviese su aquiescencia, para andar más sobre seguro.

Así que se retiró Peralta manifestó Jordan que había en la ciudad un banquero que giraba con millones de pesos, quien se proponía hacer una negociación de bonos cubanos en Inglaterra para lo cual necesitaba una autorización de Aguilera y Ramón Céspedes para contratar hasta veinte millones de pesos escalonadamente; es decir, los primeros bonos los tomaría á razón de cinco centavos el peso, los segundos á siete y medio centavos, los terceros á diez centavos y así sucesivamente. Tanto el dinero como los bonos se entregarían y recibirían en New York, y él cobraría su correspondiente comisión. A Aguilera y Ramón Céspedes gustaron los términos en que planteó Jordan el negocio, y le dijeron que les llevase el proyecto formulado por escrito para estudiarlo y resolver sobre la marcha. Jordan convino en hacerlo así.

Como Manuel J. Izaguirre tuvo que atender su nuevo destino, Aguilera hizo cargo de los libros de la Agencia á José María Izaguirre hermano de Manuel, asignándole el mismo sueldo de sesenta pesos mensuales. Tenía la ventaja este arreglo, que Manuel podía dirigir á su hermano en cualquier dificultad que tuviera.

Vió Aguilera á Jordan al día siguiente de su última entrevista y manifestó éste que el dueño del vapor aceptaba la nota de Mayorga por seis mil pesos; pero estaba arreglando un compromiso que tenía con el Gobierno, para estar expedito á fines de aquel mes. Respecto al banquero de la negociación, dijo que no había podido verlo.

CAPITULO XXVIII

ABRIL 1872

LA FIANZA DE $4.000 DEL "HORNET."—NINGUN CUBANO SE PRESTA A DARLA.—OFRECEN $25.000 POR EL VAPOR.—MAYORGA PIDE $30.000.—PROPONE TOMAR $4.000 DEL DINERO DE PERALTA.—CONSULTAN A ECHEVERRIA.—VIAJE DE AGUILERA A EUROPA.—MACIAS Y ALDAMA.—ESTE MANDA A AQUEL A INGLATERRA PARA QUE FRACASE.—BUEN RESULTADO DEL TRABAJO DE MACIAS.—OBSTACULOS QUE ALDAMA OPONE A AGUILERA.—TAMBIEN A MACIAS TRATARON DE DESVIARLO DE AGUILERA.—AQUEL CONTESTA QUE SIEMPRE APOYA A LOS REPRESENTANTES DEL GOBIERNO.—ECHEVERRIA QUIERE SE TOMEN LOS $4.000 DE PERALTA.—AGUILERA DUDA HACERLO.—POCA CONFIANZA QUE MERECEN LAS PROPOSICIONES A PERALTA.—R. MARTINEZ DA NUEVAS ESCUSAS SOBRE LOS TREINTA MILLONES.—ANGARICA NO PUEDE REUNIR LOS FONDOS PARA LA COMISION DE H. CISNEROS.—PROPOSICION QUE HACE A PERALTA EL DUEÑO DEL VAPOR.—VUELVE A TRATARSE DE LOS $4.000 DE PERALTA.—MAYORGA OFRECE UN PAGARE POR ELLOS.—COMPROMISOS QUE APREMIABAN A AGUILERA. LOS AGRAVA UNA CARTA DE LA SRA. DEL PRESIDENTE.—PREGUNTA ESTA SI PUEDE LA AGENCIA SOSTENER LOS HIJOS DE CARLOS MANUEL.—CONTESTACION DE AGUILERA.—LE MANDA UN RECADO CON R. CESPEDES.—ESTA DISPUESTO A HACERLE UNA SUSCRIPCION.—PIDE SENALE ELLA LAS PERSONAS A QUIENES DEBE OCURRIR.—NO HARIA ESE SACRIFICIO POR SU ESPOSA NI POR SUS HIJOS.—QUIERE MOSTRARLE ASI SU CONSIDERACION.

Mientras esto sucedía, Mayorga y Aguilera no se habían dado punto de reposo buscando la manera de arbitrar los cuatro mil pesos que depositar para la apelación del pleito del "Hornet", sin que les hubiese sido posible encontrar un cubano dispuesto á prestar ese servicio á la causa, no obstante que su dinero no correría riesgo alguno porque se le ofrecía la hipoteca del vapor, puesto en venta, y se le devolvería el dinero tan pronto como ésta se efectuase.

Mayorga había recibido una oferta de veinte mil pesos por el barco y otra de veinticinco mil pesos á plazos; pedía treinta mil pesos y había salido para Baltimore á ver un comprador que parecía estar dispuesto á dar esta última cantidad. Como por otro lado Mr. Chandler, el abogado del vapor, apremiaba á Mayorga porque depositase la fianza para hacer efectiva la apelación, se encontraban Aguilera y Mayorga en el mayor conflicto.

Después de muchas diligencias consiguió Mayorga que un amigo se prestara á dar la fianza siempre que el mismo Mayorga depositara una cantidad igual en bonos de los Estados Unidos; pero como para esto era necesario comprar los bonos, de poca ventaja era el ofrecimiento.

Como Mayorga estaba persuadido de que así que hicieran en firmarlo apelación, los marineros habían de querer transigir el pleito, por no aguardar los seis meses ó más que había que durar aquella; al mismo tiempo que desembarazado por este lado el vapor, podrían obtener cuatro ó cinco mil pesos más en su venta, pues los compradores no los considerarían tan apremiados para realizarla, estas consideraciones hicieron que propusiera á Aguilera en presencia de Peralta, que puesto que el asunto era tan urgente, tomarían los cuatro mil pesos del dinero para la expedición de Peralta, que estaba inactivo, para reponerlo inmediatamente que se realizase la venta del "Hornet."

Tanto Aguilera como Peralta, penetrados de la urgencia del caso, comprendieron la necesidad de ceder, mas temiendo Aguilera que pudiera dificultar la salida de la expedición, en que tenía tal empeño, propuso que se le expusiese el caso á Echeverría, como hombre de buen consejo, para oir su dictamen. Tanto Peralta como Mayorga aceptaron, y apremiando el caso, resolvieron que Mayorga y Aguilera fuesen á ver á Echeverría inmediatamente.

Salieron y lo encontraron en su casa. Convino Echeverría en la utilidad

del proyecto, pero manifestó temor de que el vapor estuviera encausado por el Gobierno de los Estados Unidos, por lo que no se le permitiera salir á navegar, dificultando la venta. Quedó Echeverría en informarse y avisarles al día siguiente.

Fué Aguilera á casa de Juan M. Macías á hablarle de su proyectado viaje á Europa y encontró allí también á J. Bellido de Luna. Manifestó Aguilera á Luna la conveniencia de que su viaje á España fuese un mes antes que el de Macías y él á Francia. Contestó Luna que para eso hacían falta dos cosas: primero, recursos con que emprenderlo y segundo, un acontecimiento favorable que lo precediese. Poco después se marchó Luna y quedaron solos Macías y Aguilera.

Manifestó aquél que no le parecía conveniente que los precediera Luna en su viaje, sino lo contrario. Ellos deberían salir primero, y ya en Francia consultarían á Pozos Dulces, Ibarra, Valdés Fauli y otros, y tratarían de que éstos escribiesen á sus amigos de España, de manera que cuando fuese Luna encontrara preparado el terreno. Le parecieron á Aguilera juiciosas las razones de Macías y convino en ellas.

Hablando Aguilera sobre el mal comportamiento de Aldama con Peralta, que después de haberlo estado entreteniendo por más de un año, ofreciendo despacharlo entre él y sus amigos, se negaba últimamente á contribuir con nada, contestó Macías que eso no era extraño, porque Aldama era un hombre muy vanidoso y muy terco. Dijo que á su llegada de Buenos Aires, por más que en varias ocasiones le hubiese propuesto negociaciones muy convenientes para Cuba, no les había prestado atención, y después como parecía le molestaba, lo había mandado de Agente á Inglaterra, seguramente con objeto de que fracasara y decir que lo había encargado de una misión muy importante y no había dado resultado. Pero afortunadamente no sucedió así, pues muy patentes estaban sus trabajos en Inglaterra, donde había levantado el espíritu público á favor de los cubanos y logrado que se llevara hasta el Parlamento la cuestión de Cuba.

Manifestóle Aguilera la guerra solapada que le hacía Aldama, creando á la Agencia todos los estorbos posibles, negándose á prestarle el menor servicio y tratándolo á él personalmente con el más completo desvío. Contestó Macías que tan cierto era, que hasta con él mismo habían tratado de influir para que no se acercara á Aguilera, ni á Ramón Céspedes, que los dejara solos, para que, á decir de ellos, pusieran en evidencia su ineptitud. Pero él contestó que siempre había prestado su concurso á los representantes de su Gobierno, así lo había hecho con Aldama, por más que éste nunca quiso aceptarlo, y haría lo mismo con los Representantes actuales.

Fueron Aguilera y Ramón Céspedes al escritorio de Martínez con objeto de hablarle sobre el asunto de los bonos y lo encontraron en compañía de Lamadriz, Plutarco González y J. de Armas y Céspedes. Estuvieron hablando sobre diferentes asuntos y como la visita se prolongase y Aguilera tuviese una cita importante, se despidió para asistir á ella y quedó Ramón Céspedes.

Llegó Aguilera á la Oficina de la Agencia, encontró allí á Echeverría y Peralta y mandó buscar á Mayorga. Reunidos los cuatro discutieron largamente sobre la conveniencia de tomar los cuatro mil pesos del dinero destinado á la expedición de Peralta, para la apelación del pleito perdido del ''Hornet''. Finalmente convino Echeverría en que era conveniente que se tomaran.

Como á Aguilera, á pesar de la opinión de Echeverría y las razones de Mayorga, se le hacía muy duro tocar el dinero de Peralta, porque temía que ésto dificultara la salida de la expedición, cosa á que daba la mayor importancia, habiendo á la sazón llegado Ramón Céspedes, manifestó á los presentes que aprovechaba la oportunidad de estar todos reunidos para exponerles la situación, que consideraba difícil. Dijo que Peralta estaba á punto de cerrar trato con Jordan, para salir con su expedición; que al día siguiente debía darle razón el doctor Arango sobre otro

vapor que también ofrecía para llevarlo; con Juan M. Macías también tenía pendiente otra negociación por la que debía salir para Cuba pronto; manifestó que sometía al juicio de los presentes si con todas esas probabilidades de necesitar Peralta su dinero en término brevísimo, sería conveniente descompletar la cantidad, imposibilitando quizás la expedición.

Contestó Echeverría que á la proposición de Macías le pasase raya, pues no daría resultado alguno; que á Jordan manifestase Peralta que no habiendo ido á verlo cuando convino, había tratado con otro; y al doctor Arango que no tenía todo el dinero reunido y cuando lo tuviera le avisaría.

Debemos advertir que según los antecedentes que tenían, habían convenido en que la proposición de Jordan y la de Arango era la misma y Mayorga les había dicho poco antes, que sabía por el capitán Brown que estaban tratando con un individuo que era un "tunante"; iba á comprar un vapor á plazos y probablemente después de cogerles el dinero el dueño del vapor, si llegaba á saber la empresa para que lo dedicaba, no querría entregarlo, y Peralta perdería su dinero. Dijo que el tal individuo se llamaba Campell y preguntando Perata, dijo que efectivamente creía haber oído pronunciar ese nombre á Arango en relación con el vapor.

Ramón Céspedes se opuso fuertemente á que se dispusiera del dinero de Peralta para la apelación, porque podría necesitarse y encontrrase sin él; Mayorga y Echeverría expusieron que la expedición de Peralta era imposible de momento porque éste aún no había podido conseguir los tres mil pesos con que contaba, y porque además, necesitaba llevar dos mil pesos en efectivo para hacer frente á cualquiera emergencia en el mar, por la que tuviera que arribar á algún puerto. Ramón Céspedes dijo muy exaltado que para ser revolucionario se necesitaba arriesgar el todo por el todo y que las eventualidades no podían medirse con un compás. Le contestó Echeverría que por haber hecho mal los presupuestos anteriores, se habían perdido tantas expediciones, etc. Finalmente se acordó que al día siguiente entregaría Echeverría á Mayorga los cuatro mil pesos del dinero de Peralta para la apelación del pleito del "Hornet".

Concluída la sesión, dijo Ramón Céspedes á Aguilera privadamente, que había hablado con Martínez y dijo éste que todavía no había podido hablar con el general F.; que el negocio era muy delicado y tenía que verse como se arreglaba lo del recibo. Añadió que ellos habían confiado siempre en él y no sabía por qué ahora lo requerían con tanta urgencia, etc. Convinieron Aguilera y Ramón Céspedes en que Martínez no obraba de buena fe y era necesario que muy pronto lo volvieran á ver y le hablaran con energía.

Fueron Aguilera y Ramón Céspedes á ver á Angarica en su casa por lo noche, pues era la hora más seguro de encontrarlo. Estaba en tertulia con Cruset, Fuentes y Gálvez. Eran éstos amigos íntimos con quienes acostumbraba pasar la velada. Quizás comprendiendo ellos que Aguilera y Ramón Céspedes querían hablar á Angarica de algún asunto privado, fuéronse retirando discretamente; así que se marcharon todos, les manifestaron que habían ido á saber el resultado de su comisión.

Dijo Angarica con pena, que no había dado ninguno, porque los amigos á quienes habló, unos se excusaron porque eran pobres y los pudientes se hicieron los desentendidos. Por más que ellos insistieran, Angarica no les dió esperanzas ninguna, así es que se retiraron con la impresión de que nada debían de esperar de él.

Habiéndose confirmado que el vapor que ofrecía Jordan y el del doctor Arango era uno mismo, fué Peralta á hablar con el dueño del referido vapor Mr. Campbell, para acordar definitivamente los términos del contrato. La proposición de éste, fué la siguiente: Peralta le entregaría cuatro mil pesos al firmar el contrato, dos mil pesos el día que se hiciera á la mar la expedición y por los seis mil pesos restantes aceptaría el pagaré de Mayorga.

Se recordará que según la proposición hecho por conducto de Jordan, los doce mil pesos no se entregarían hasta el regreso del vapor después de desembarcada la expedición felizmente. Peralta logró que le hiciese una rebaja de quinientos pesos y quedó en contestarle. Mr. Campell estaba garantizado por el doctor Arango.

Reunidos Peralta, Mayorga y Aguilera, dió cuenta el primero de la proposición que le había hecho Mr. Campell; ésto dió lugar á una nueva y larga discusión sobre la conveniencia de tomar los cuatro mil pesos del dinero de Peralta para la apelación del "Hornet"; finalmente convinieron otra vez en que se tomaran los referidos cuatro mil pesos y dado caso que se necesitaran, daría Mayorga un pagaré para que se negociase, siendo de cuenta de la Agencia el descuento.

Para despejar la incógnita de los individuos que habían prometido á Peralta darle algunas cantidades para su expedición, se convino también en que fuera éste á pedírselas, diciendo que se iba la semana próxima.

Muy apenado Aguilera porque en aquellos días se le vencían algunos pequeños pagarés, como el de doscientos pesos al piloto del "Hornet", que lo había negociado al capitán "Washman y otros pequeños créditos, sin tener ni un centavo en caja, le enseñó Ramón Céspedes una carta de la señora del Presidente en que le preguntaba si la Agencia podía sostener los hijos de Carlos Manuel. Comprendiendo la justicia con que la señora se quejaba, le contestó Aguilera por escrito manifestándole el aflictivo estado de la Agencia y ofreciéndole hacer todos los esfuerzos posibles por remitirle su mesada.

Dos días después, hablando Aguilera con Ramón Céspedes sobre el mismo asunto y diciendo éste que ya debía muchas semanas á su patrona, le propuso que puesto que estaba inactivo el dinero de Peralta, pidiese Aguilera prestados á aquél quinientos pesos para abonar su mesada á la señora del Presidente y descargarse ellos en parte de lo que debían á su patrona. Muy mal dispuesto se encontraba Aguilera á tomar esta determinación, por temor de entorpecer más la expedición de Peralta, sin embargo, le contestó que si las cosas no cambiaban iba á verse obligado á ello.

Discutiendo sobre estos particulares y en vista de que los recursos iban á menos, dijo á Ramón Céspedes que fuera á hablar á la señora del Presidente y le manifestara que estaba dispuesto á complacerla encomendando á varios amigos de ella el abono de su pensión puntualmente, suplicándole al mismo tiempo indicase ella misma las personas que por motivo de afecto particular pudiesen estar mejor dispuestas á servirla, evitándo así tocar con individuos que le dieran una respuesta negativa, lo que obraría en desprestigio de ellos y de la causa. Que para facilitar más su objeto, se diría á esas personas que las cantidades que supliesen se considerarían un anticipo, que la Agencia quedaba obligada á reemborsarles. Al mismo tiempo repitió á Ramón Céspedes que ese sacrificio no lo haría por su esposa ni por sus hijos, por mucha que fuera la necesidad en que estuvieran y lo hacía por ella, tanto por sosegarla, cuanto porque no creyese que trataba de mortificarlo, en virtud de su desacuerdo con su hermano Manuel.

CAPITULO XXIX

ABRIL 1872

EL ABOGADO DE LOS MARINEROS QUIERE TRANSAR EL PLEITO. — MAYORGA ACCEDE.—SE TRANSAN POR $2.100.—ACALORADA ENTREVISTA ENTRE PERALTA Y ALDAMA.—ESTE SE NIEGA A DARLE NADA PARA SU EXPEDICION.—PERALTA LE DICE QUE SE VERA EN EL CASO DE COBRARLE—QUE LO HA ENGAÑADO MISERABLEMENTE.—ALDAMA LO OYE IMPASIBLE.—HISTORIA DE LOS $3.000 QUE PERALTA SACO DE CUBA PARA SU EXPEDICION—ALDAMA SE QUEDA CON ELLOS. —DICE LOS EMPLEO EN ATENCIONES DE LA AGENCIA—EL CAPITAN NORTON SALE CON SU GOLETA PARA JAMAICA.—PERSONAS QUE NOMBRA LA SRA. DEL PRESIDENTE.—LLEGA A AGUILERA UNA LETRA DE ESPAÑA.—DISTRIBUCION QUE HACE DE ELLA.—EL "HORNET" LIBRE DE PLEITOS.—ENCARGA DE SU VENTA A UN CORREDOR.—EL "HORNET" EMBARGADO OTRA VEZ.—CONFLICTO DE MAYORGA.—NUEVA RECLAMACION CONTRA EL "HORNET".—DESESPERACION DE MAYORGA Y AGUILERA.—LA SRA. FRANCISCA MOLINER AUXILIA AL CAPITAN NORTON.—PRECAUCIONES QUE TOMA ALFARO.—MAYORGA TOMA A SU CARGO LA EXPEDICION DE PERALTA.—RUMORES DEL NOMBRAMIENTO DE QUESADA PARA AGENTE.—LLEGADA DE PEDRO CESPEDES A NEW YORK.—PIDE A AGUILERA LE PAGUE SUS GASTOS DE VIAJE.—SE QUEJA DEL AGENTE DE JAMAICA.—LA SRA. DEL PRESIDENTE.—LLEVA LA CORRESPONDENCIA OFICIAL A R. CESPEDES. —QUIERE SABER SI TIENE CARTA DE SU ESPOSO.—QUEDA MUY DISGUSTADA AL SABER QUE NO TIENE.—AGUILERA SE ENCUENTRA CON LA SEÑORA.—HACE QUE SU HIJO LA ACOMPAÑE A SU CASA.—AGUILERA RECIBE UN DUPLICADO DE LA COMUNICACION DE CESPEDES.—PENOSOS COMENTARIOS.—SE CONVENCE DE LA TRAMA QUE CONTRA EL SE FRAGUA.—R. CESPEDES LEE A LA SRA. DEL PRESIDENTE Y OTROS UNA COMUNICACION OFICIAL.—DISGUSTO DE AGUILERA.—RECONVIENE A R. CESPEDES.—ESTE TRATA DE DISCULPARSE.—AGUILERA ENSEÑA A MAYORGA LA COMUNICACION DEL GOBIERNO.—OPINION DE MAYORGA. —AGUILERA DEBE ESPERAR RESPUESTA A SU COMUNICACION ANTERIOR.—DEBE MARCHAR A EUROPA MIENTRAS TANTO.

Había recibido Mayorga los cuatro mil pesos que le entregó Peralta para que hiciera efectiva la apelación del pleito del "Hornet" y se preparaba á ir á Baltimore y depositar la cantidad, cuando se presentó en su casa el abogado de los marineros, proponiéndole la transacción del pleito. Contestó Mayorga que le era indiferente, siempre que la parte contraria redujera en buena parte sus pretensiones. Por su parte, se estaba alistando para ir á Baltimore á depositar la cantidad objeto del litigio y que siguiera su curso la apelación, pues estaba seguro de ganarla. En resumen, después de una larga discusión convinieron Mayorga y el abogado en que transigirían por dos mil cien pesos. Este resultado, relativamente feliz en comparación del descalabro que habían sufrido, y que podía ser ratificado por el Tribunal Superior, fué motivo de gran complacencia para todos los interesados. Libre el "Hornet" del pleito, se dedicó Mayorga á buscarle comprador para salir de una vez del vapor malhadado.

Manifestó Peralta á Aguilera y Ramón Céspedes, que había tenido una conversación muy seria con Aldama. Comenzó diciéndole que para acabar de arreglar su expedición y marcharse á Cuba le faltaban solo mil quinientos pesos, y quería se los facilitase. Se excusó Aldama y le dijo Peralta que en aquella ocasión no mirase en él sino al amigo, que le pedía un servicio particular. Contestó Aldama que como amigo tendría mucho gusto en servirlo siempre que lo necesitase: pero que no le daría nada para su expedición. Por último, Peralta le rebajó la suma hasta mil pesos, repitiéndole que no ya por Cuba, ni por humanidad siquiera, sino por él, á quien había llamado su amigo, la facilitara. Como Aldama se negase también, Peralta se indignó y le dijo que si por su incalificable proceder no podía salir con su expedición, se vería en el caso no ya

de suplicarle, sino de cobrarle y exigirle la cantidad que de tanta buena fe había puesto en sus manos para la misma expedición, cuando lo alentaba ofreciéndole despacharlo para Cuba entre él y sus amigos. Que lo había engañado, se había burlado de él miserablemente y no quería calificar más su proceder. Añadió Peralta que Aldama había oido impávido todo lo que en su estado de excitación le había venido á la boca, y solo contestó que hiciera lo que quisiera, pero que desde que se separó de la Agencia había hecho el propósito de no dar nada para la causa de Cuba.

Para que sean más inteligibles al lector las frases de Peralta, diremos que cuando éste llegó de Cuba libre, trajo tres mil pesos para, con algo más que pudiera conseguir entre los emigrados, formar una expedición que llevar él mismo á Cuba. Como Aldama lo hubiese tomado bajo su protección y le ofreciese entre él y sus amigos ayudarlo, Peralta, para estimularlo con una prueba de confianza, le entregó los tres mil pesos para que los aplicase al mismo objeto. Continuaba Peralta trabajando para acrecentar sus recursos, y las cantidades que conseguía las ponía asimismo en manos de Aldama. De esta manera llegó á entregarle más de cuatro mil pesos. Pero como transcurriera el tiempo y viera Peralta que Aldama no hacía nada práctico y que á pesar de sus numerosas conferencias y sus mucho proyectos, su expedición no adelantaba, un día haciendo cuenta de los recursos con que contaba, mencionó los cuatro mil pesos en efectivo que había entregado á Aldama. Con gran sorpresa y desaliento suyo contestó éste que ya él había dispuesto de ella para otras atenciones de la Agencia.

Puede calcularse el desengaño de Peralta al ver que después de tanto tiempo y tantos afanes por su parte, su expedición era aún más imposible que al principio, porque ya no contaba con recurso alguno. Como es consiguiente, desde entonces empezó á desconfiar de Aldama y no volvió á entregarle más dinero, haciendo su depositario á Echeverría. Sin embargo, como Aldama siguió con sus ofrecimientos y para alentarlo más dió orden al Capitán Brown de que solicitara un vapor á propósito para la expedición de Peralta, y éste mismo se ocupaba en buscar el vapor, siguió esperando que Aldama al fin lo despacharía ó cuando menos, lo auxiliaría con alguna cantidad, cuando sufrió el otro desengaño que acabamos de ver.

Fué el Capitán Norton á la oficina y dijo á Aguilera que salía para Kingston, Jamaica, en su goleta cargada de mercancías y que probablemente llevaría unos cañones que le habían ofrecido. Pidió una carta de recomendación para el Agente en Kingston con objeto de que le proporcionase algunos hombres que pudiera necesitar y también alguna pequeña cantidad para los gastos de puerto, le diese los informes que necesitase, etc. Aguilera accedió á todas las peticiones del Capitán.

Fué Ramón Céspedes á ver á la señora del Presidente é informada del recado de Aguilera para que le indicase las personas á quienes podía ocurrir para que le abonasen puntualmente sus mesadas, en calidad de reintegro por parte de la Agencia. Contestó ella que se dirigiese á Bramosio, Govín, Angarica, y todas aquellas otras personas á quienes creyera conveniente hacerlo.

Fué Leandro Rodríguez á ver á Aguilera y le llevó una carta orden girada por el C. Isidoro Hernández, de Barcelona, contra Manuel Martínez Hernández, hermano de Ramón, por quinientos dos pesos cincuenta centavos que varios patriotas habían dedicado á la causa. Este socorro llegó en la mejor oportunidad, pues Aguilera se encontraba sin un centavo y apremiado por varias obligaciones. Le refirió Leandro Rodríguez que entre los buenos patriotas que había en España, uno era D. Miguel Cantos, que residía en Cádiz, y otro el Sr. Joaquín García Cáceres, en Sevilla. Dijo Aguilera que se alegraba tener noticias de esos dos buenos ciudadanos y trató de que Rodríguez le indicase una manera discreta de ponerse en comunicación con ellos. Rodríguez le dió los seudónimos con que debía dirigirles sus cartas, con-

viniendo en que Aguilera se firmaría "Francisco Palomares."

Mandó Aguilera cobrar la letra contra Manuel Martínez Hernández y éste la pagó, aunque siendo en oro, lo hizo en papel-moneda, sin el correspondiente premio de quince por ciento diciendo que lo hacía así porque aún no había recibido la crata de aviso para el pago.

Inmediatamente que recibió el dinero, hizo Aguilera distribución de él, de la manera siguiente: doscientos pesos para recoger su pagaré al piloto del "Hornet" y los trescientos pesos restantes los dividió entre la señora del Presidente, Ramón Céspedes y él, á cuenta de sus pensiones.

Una vez que Mayorga transigió con el abogado de los marineros, salió para Baltimore á arreglar todos los asuntos concernientes al vapor. Volvió á New York muy satisfecho y dijo á Aguilera que ya el vapor estaba libre. Con los cuatro mil pesos que llevó había pagado los dos mil pesos á los marineros, quinientos al abogado, las costas del pleito, muellaje, pensiones á los expedicionarios de Peralta alojados en el mismo vapor etc., invirtiendo en todos estos gastos tres mil novecientos sesenta y seis pesos. También había encargado á un corredor la venta del buque por el precio de treinta mil pesos. Muy descansado se encontraba Mayorga creyendo haber solucionado todas las dificultades del vapor cuando recibió carta del Capitán Brown diciendo que le habían notificado que el "Hornet" estaba embargado otra vez por el tenedor de la letra de novecientos pesos que había girado Brown en Port-au-Prince contra sí mismo para abonar unas cuentas pendientes del vapor y que le permitiesen la salida. Como ese giro no se hubiera pagado, el tenedor, cansado de esperar, se había determinado á poner un embargo sobre el buque. Comprendió Mayorga que lo primero que debía hacer era buscar los novecientos pesos é inmediatamente puso mano á tan ímproba tarea.

No había aún podido conseguir la cantidad, cuando recibió otra carta de los abogados de los mismos marineros con quienes había transigido, diciendo que se le habían presentado otro marinero y tres viudas de otros tantos más, instándole para que se hiciera cargo de la reclamación de tres meses de sueldo que les debía el "Hornet."

Puesta á prueba la paciencia de Mayorga, que debía hacer frente á estas dificultades, y de Aguilera, sobre quien pesaba la responsabilidad, no sabían que hacer y temían que fuera interminable aquella cadena de reclamaciones. Con objeto de sortear la dificultad, fué Mayorga á Baltimore á ponerse al habla con el abogado y tenedor de la letra.

Como el ciudadano Chabeau hubiese ido á ver la goleta, del Capitán Norton, quedó tan prendado de su fino corte y aspecto, que fué á ver á Aguilera y le dijo que había resuelto embarcarse en ella y tomar parte en las operaciones que como corsario debía practicar. Aguilera lo aprobó puesto que era su voluntad.

Supo después Aguilera que Chabeau se había presentado á la señora Francisca Moliner, logrando que le diera mil quinientos pesos para el armamento en corso de la goleta. La señora le había dado una orden para que Ignacio Alfaro le entregase la cantidad.

Al presentar á Alfaro la orden, éste pareció desconfiar del Capitán, y dió un pretexto para no abonarla de momento y consultar á Aguilera. Pidió un conferencia á éste, le manifestó el caso, y le preguntó si tenía alguna garantía del Capitán. Contestó Aguilera que todo lo que tenía eran muy buenas referencias de comerciantes respetables de Filadelfia. Por último dijo Alfaro que sabiendo que había quien diera á Norton dos mil pesos con la hipoteca del barco, iba á proponerle que tomara los dos mil pesos y él le entregaría un documento comprometiéndose á abonar esa cantidad el día que tuviese noticia segura de que había hecho una presa. De esta manera Norton se vería obligado á llevar á cabo su proyecto, para levantar la hipoteca á su buque.

Vuelto Mayorga de Baltimore, después de haber logrado una espera de los nuevos reclamantes del "Hornet", tuvo una reunión con Ramón Céspedes y Aguilera sobre la expedición de Peralta. Manifestó

Ramón Céspedes que puesto que Aldama se había separado de la expedición, no queriendo hacer nada por ella, y Mayorga se había hecho cargo de despacharla, era muy justo que se le diese á Mayorga todo el crédito de su despacho; convino Aguilera en la justa observación de Ramón Céspedes y la apoyó. Mayorga, aunque se mostró indiferente, al fin convino en aceptar la responsabilidad.

Manifestó Peralta á Aguilera reservadamente que corrían rumores de que el General Manuel de Quesada iba á ser nombrado Agente General de Cuba en el extranjero, añadiendo que si tal cosa llegase á suceder, se separaría de la causa de Cuba. Contestó Aguilera que no daba crédito á tal noticia, pues aunque su cuñado el Presidente Céspedes se sintiese inclinado á complacer á Quesada, en su gabinete estaba Francisco Maceo, quien se opondría á una medida que todos sabían había de ser tan perjudicial para la causa de Cuba. Dijo también que no creía que él, Peralta, se propusiera cumplir lo que decía, porque no era ese motivo justificado para abandonar la causa sagrada.

Llegó á New York Pedro Céspedes, hermano del Presidente Carlos Manuel que, como hemos dicho, había salido de Cuba con una importante comisión del Gobierno y se había demorado en Jamaica por el mal estado de su salud. Fué á visitar á Aguilera y le dijo que esperaba le abonase sus gastos de viaje hasta New York, que todavía no sabía á cuanto ascenderían. Dióle á conocer Aguilera con toda franqueza el embarazoso estado de la Agencia y replicó P. Céspedes que lo sabía, insistiendo en la necesidad del pago. Por último dijo Aguilera que presentase la cuenta y trataría de irla pagando poco á poco según pudiera.

Pocos días después, enseñóle P. Céspedes una comunicación que había escrito para el Gobierno de Cuba, quejándose del mal recibimiento que le hizo el Agente de Jamaica. Decía que éste se había negado á abonarle los referidos gastos, cuando tuvo dinero para pagar los pasajes á Colón de los expedicionarios que debía llevar Quesada. Llamóle la atención Aguilera sobre ese particular diciendo que si el Agente de Jamaica había mandado esos expedicionarios era en virtud de orden expresa que tenía de él (Aguilera) para dar auxilio á costa de todo sacrificio á cualquier expedición que tratase de salir para Cuba, quienquiera que la llevara. En la referida comunicación también daba P. Céspedes un zurriagazo á Aguilera, diciendo que había manifestado al Agente General la conducta del de Kingston, sin obtener contestación.

Fué la señora del Presidente á la habitación de Ramón Céspedes y su esposa á llevar á aquél la correspondencia oficial de Cuba, recibida por el Agente de Kingston. La referida señora instó á Ramón Céspedes á que abriese las comunicaciones del gobierno para saber si dentro había alguna carta para ella de su esposo, pues no había recibido ninguna. Hízolo así Ramón Céspedes y como tampoco encontrase nada para ella, se retiró muy disgustada. Al bajar la escalera encontró á Aguilera que subía, éste la saludó respetuosamente y como era de noche, hizo que su hijo la acompañara á su casa.

Entregó Ramón Céspedes á Aguilera la correspondencia oficial recibida, y entre ella una comunicación del Presidente dirigida á él. Al enterarse vió que era un duplicado de la que ya había recibido con fecha 8 de febrero, en que de una manera seca y apremiante le exigía su retorno á Cuba. Al observar Aguilera que su amigo, su compañero C. M. de Céspedes, no tenía nuevas impresiones que comunicarle y se concretaba á mandarle duplicado de aquel documento rígido y lacónico en que de manera urgente lo llamaba á Cuba, vió ratificada la certeza de la trama que contra él se fraguaba para colocar á Quesada en su puesto. No hacía muchos días que el hijo mayor de Mayorga, José, le había dicho que en "El Cronista," periódico español, había un suelto diciendo que Aguilera volvía á Cuba porque lo mandaban á buscar, y en su lugar sería nombrado para la Agencia, el General Manuel de Quesada.

Informóse después Aguilera de que al abrir Ramón Céspedes la corresondencia de Cuba libre, había leído en alta

voz, en presencia de la señora del Presidente y de otras personas allí presentes, la carta del Presidente Céspedes en que le recomendaba dijese á Aguilera, que su presencia era indispensable en Cuba y que partiese sin demora á ocupar su puesto de Vice-Presidente.

Mucho contrarió á Aguilera este proceder de su compañero, tanto más cuanto no era la primer vez que tenía esas debilidades con aquella señora. Tan pronto vió á Ramón Céspedes, le manifestó con franqueza su desagrado, diciéndole que la correspondencia oficial era cosa muy reservada y no debía enterarse nadie de ella, tanto más cuanto se trataba de un delicado asunto como era su llamada á Cuba en aquellas circunstancias; orden que no podía obedecer inmediatamente. Mucho trató de disculparse Ramón Céspedes, diciendo que obedeció á las vivas instancias de la señora para saber noticias de su esposo; por fin dijo que la llamada de Aguilera no era cosa nueva para ella porque ya su esposo se lo había escrito de Cuba libre. Contestó Aguilera que había mucha diferencia entre lo que su esposo le escribiese, que había de ser bajo la más estricta reserva, y lo que le oyese á él en presencia de otras personas; por ese hecho se encontraría ya desligada de toda reserva, y podría repetir sin reparo lo que sabía por el mismo Ministro.

Debemos decir que Aguilera no daba crédito á que la Sra. del Presidente no recibiera cartas de su esposo; y su afán porque así apareciera, pensaba tenía por objeto que se creyera que no comunicándose con Céspedes, mal podía influir en el golpe que intentaban. Por otra parte, al regresar el hijo de Aguilera, de acompañar á la señora á su casa, manifestó á su padre que en la conversación le dió ella á entender que había recibido carta de su esposo.

Dió á leer Aguilera á Mayorga la comunicación en duplicado recibida del Gobierno en que le reiteraba la orden de que marchase á Cuba; le dijo al mismo tiempo que tratase de activar la venta del "Hornet," porque era uno de los motivos que le impedían dar cumplimiento á la orden del Gobierno inmediatamente, pues no quería dejarlo envuelto en cuentas con el nuevo Agente que le sucediese, que quizás no tendría en cuenta sus grandes sacrificios.

Mayorga, después de leer la comunicación y de oir con atención lo que le dijo Aguilera, preguntó á éste si le permitía darle un consejo. Accedió Aguilera, y continuó diciendo Mayorga que esa carta no era una respuesta á la comunicación que Ramón Céspedes y él habían pasado al Gobierno, haciéndole observar lo inconveniente de su separación en aquellos momentos, de los asuntos del exterior, y diciéndole al mismo tiempo que nombrase las personas que habían de sucederles; por consiguiente, Aguilera debía esperar la respuesta á su comunicación antes de resolver.

Dijo que lo que él haría en su lugar era acabar de despachar la expedición de Peralta y decir al Gobierno que mientras recibía respuesta á su aludida comunicación, salía para Europa, donde tenía muchas probabilidades de conseguir una suma respetable; si la obtenía, volvería inmediatamente y llevaría él mismo una buena expedición, caso de que el Gobierno insistiera en su ida á Cuba, ó la mandaría con un Jefe entendido, si determinara el mismo Gobierno que siguiese prestando sus servicios en el exterior. Contestóle Aguilera que el asunto era muy serio y lo meditaría maduramente.

CAPITULO XXX

ABRIL 1872

AGUILERA RECIBE CARTA DE R. QUESADA.—GIRO DE $6.000 CONTRA MARTINEZ.—SU ACEPTACION NECESARIA PARA SALIDA DE SU EXPEDICION.—AGUILERA TRATA DE REUNIR LA CANTIDAD.—JOSE DE ARMAS Y CESPEDES Y SU PLAN.—EL NEGRO FEDERICO DUGLAS.—PLAN DE PONER A CONTRIBUCION LA RAZA DE COLOR EN LOS ESTADOS UNIDOS.—PLUTARCO GONZALEZ.—DILIGENCIAS DE AGUILERA PARA CONSEGUIR DINERO.—MIGUEL EMBIL SOBRE RAMON MARTINEZ.—LA SRA. DE EMBIL SOBRE MANUEL DE QUESADA.—LA MEJOR ESPERANZA DE CUBA.—GESTIONES DE AGUILERA PARA REUNIR EL DINERO.—NO CONSIGUE NADA.—REANUDA SUS GESTIONES AL DIA SIGUIENTE.—"AGUILERAS DE LA MONTAÑA."—LA SRA. DEL PRESIDENTE CONSIGUE $3.000.—TRABAJO QUE LE DA EL RESTO.—CARLOS MANUEL NO LO CREERIA.—CONTESTACION DE AGUILERA.—NI SAN CARLOS MANUEL ES CAPAZ DE MOVER LOS EMIGRADOS RICOS.

Estando Aguilera en la oficina recibió una carta de Rafael Quesada, fechada en Colón, el 3 de Abril de 1872 en la que manifestaba que tenía una expedición completamente lista para llevar á Cuba en el vapor "Virginius" y solo aguardaba para hacerse á la mar, recibir allí un cablegrama diciendo que Ramón Martínez aceptaba la letra de seis mil pesos que su hermano Manuel había girado contra él. Que hiciera todos los esfuerzos posibles porque Martínez aceptara dicha letra, pues de otra manera fracasaría irremediablemente la expedición.

Aguilera, que no ansiaba otra cosa sino que llegaran á Cuba elementos de guerra, se propuso primero á ver todos los hombres del partido quesadista y después hablar con Martínez.

Llegó José de Armas y Céspedes, se dirigió á Aguilera y le dijo que iba á proponerle el plan siguiente. Había en los Estados Unidos un negro rico, influyente y gran orador, Federico Douglas, quien en la actualidad estaba en New Orleans. Propuso Armas que Aguilera dirigiese una carta á Douglas, que redactaría él en inglés, manifestándole que los cubanos estaban peleando por la libertad, incluyendo más de cuatrocientos mil esclavos de la raza de color que había en Cuba; por lo tanto esperaba que alzase su autorizada voz en favor de los cubanos é hiciera que cada uno de los individuos de color de los Estados Unidos contribuyera con cinco centavos en auxilio de la obra que había de redimir de aquel oprobioso estado á tan considerable número de sus hermanos cubanos. Añadió Armas que si lograban interesar á Mr. Douglas, habiendo en los Estados Unidos más de cuatro millones de negros, podrían prometerse la reunión de muchos miles de pesos.

Aguilera, desde luego, aprobó el proyecto de Armas, y quedó éste en llevarle la carta escrita para que Aguilera la firmara, encargándose él de darle dirección.

Aprovechó Aguilera la oportunidad para enseñar á Armas la carta de R. Quesada y le pidió le indicase las personas á quienes en su concepto sería oportuno acudir para la reunión de la cantidad, diciéndole al mismo tiempo que había pensado en Bramosio, Govín, Embil, los hermanos Casanova y algunos otros más; indicóle Armas á Marcos del Pino, Niñiguez, Rivas y D. Carlos del Castillo.

Contestó Aguilera que á del Pino había estado á verlos tres veces, sin poder lograrlo, Niñiguez sabía que se escondía de los cubanos, Rivas hacía poco le había pedido prestada una cantidad, lo había servido y aún no se la había devuelto y D. Carlos del Castillo era un "palo ensebado" imposible de subir. Con todo, suplicó á Armas que hiciera las diligencias posibles para ayudarlo á reunir la cantidad, no fuera á malograrse la expedición. Armas se lo ofreció.

Llegó después Plutarco González, y sabiendo Aguilera que era muy amigo de Ramón Martínez, lo llamó aparte y le habló reservadamente de la carta que acababa de recibir de R. Quesada.

Contestó González que ya Martínez

tenía conocimiento de la letra y que al día siguiente á las once de la mañana debía estar aceptada ó protestada, teniendo encargo el tenedor de avisar por cable el resultado. Hizo Aguilera á González la misma recomendación que á Armas y le dijo que desde aquel momento hasta las once de la mañana siguiente no descansaría para lograr que la letra fuese aceptada.

Como fueran las cuatro de la tarde, salió Aguilera de la oficina con dirección á la casa de Félix Govín, en la calle 47. Cuando llegó estaba nevando; llamó, le abrió una criada americana que le habló en inglés y no pudo entender, pero le pareció que decía que mister Govín no estaba en casa. Fué á la de Embil, ya al obscurecer, á pesar de la abundante nieve que caía. Supo allí que éste tampoco estaba en casa, pero que llegaría pronto. Se esperó hasta que llegó, ya casi de noche. Poco después bajó su esposa la señora Angela de Quesada, lo invitaron á comer y como no lo había hecho y tenía que aprovechar el tiempo, aceptó.

En la comida manifestó Aguilera el objeto de su visita. Tomó la palabra Embil y dijo que Martínez estaba obligado á pagar la letra porque tenía recibidos de Quesada muchos valores de los que no había dado cuenta. Sin ir más lejos, ahí estaba el vayor "Florida" que se podía vender ó hipotecar por mucho más de los seis mil pesos, repitiendo una porción de historias sobre Martínez que ya Aguilera tenía sabidas.

Al objetarle éste que no todos pensaban como él respecto á Ramón Martínez, pues muchos lo reputaban como un gran patriota, contestó Embil que si Martínez había despachado algunas expediciones, no había sido con dinero suyo por cierto, pues era hombre incapaz de dar un centavo para la causa, y la prueba era que no le había dado dinero á nadie; que á él le gustaba dirigir y manejar las expediciones, para después dar las cuentas del Gran Capitán; y esto cuando se resolvía á darlas.

La señora de Embil manifestó que había visto á "Anita"—la señora del Presidente Céspedes,—muy afanada tratando de conseguir los seis mil pesos para su hermano Manuel. Martínez le había ofrecido contribuir con mil pesos; á insinuaciones suyas había mandado buscar á Bramosio y éste le había ofrecido otros mil pesos y dijo á Aguilera que tratara de ver inmediatamente á Govín, al que podía encontrar en su casa porque estaba lloviendo y procurase se suscribiera con lo más posible: eso sí, no le dijera que era para Quesada, porque le tenía gran aversión. Añadió que la señora del Presidente iba á hablar á Casanova y á D. Carlos del Castillo; ella era la única persona que tenía influencia sobre este hombre. En la conversación manifestó también la Señora, que Quesada era el hombre en quien todos los cubanos tenían fundadas sus esperanzas; que ya había mandado á Cuba la expedición de Vanguardia, ahora iba la de Bolívar y que muy pronto iría la de Retaguardia, que sería en la que se embarcaría él mismo, y estaba persuadida de que entonces no quedaría un cubano en la emigración que no fuera con él á pelear á Cuba. Instó mucho á Aguilera para que viera á Govín aquella misma noche.

Se despidió Aguilera, salió lloviendo, y volvió á casa de Govín. Llamó, salió la criada y con mucho trabajo pudo comprender que Govín estaba en Florida, y que en el número 64 de la misma calle vivía otro Govín. Se dirigió allí Aguilera, llamó y salió otra criada. Como no pudieran entenderse en inglés, la noche estaba obscura y lluviosa y era tarde, la criada al parecer tuvo miedo y con un "Excuse me" (dispense usted), le cerró la puerta. Aguilera se dirigió á su casa, llegando después de las diez de la noche, calado de agua, y lo peor, sin haber conseguido nada.

A las ocho de la mañana siguiente salió de su casa para continuar su empresa. A fin de que no le sucedieran los percances de la noche anterior, llevó á Miguel Luis de intérprete. Fué al escritorio de José Casanova, le enseñó la carta de Rafael Quesada, lo estimuló á que lo ayudara y le preguntó con cuanto se suscribía por su parte. Contestó Casanova que ya le había hablado la señora

del Presidente y había ofrecido verse con Martínez sobre el asunto. Se despidió Aguilera y en la escalera encontró á Plutarco González y un hermano de Martínez, los que le dijeron que iban á hablar con el tenedor de la letra á ver si conseguían que tardase dos ó tres días en presentarla.

Fué Aguilera á la oficina de Martínez, encontró allí á varios cubanos y habiéndoles manifestado que acababa de hablar con Casanova, le preguntó Martínez, qué había dicho éste; díjóselo y contestó Martínez que todos decían lo mismo, y á la hora precisa no había quien diera nada.

Llegaron Plutarco González y el hermano de Martínez diciendo que el tenedor de la letra no podía esperar más que hasta las tres de la tarde, porque á esa hora debía poner el cablegrama al remitente, diciéndole si la letra había sido aceptada ó no. Dijeron que parte del dinero estaba conseguido y no se había podido reunir todo, porque algunos de los que podían contribuir estaban ausentes de la ciudad y no volverían hasta dos ó tres días después. Ultimamente lograron que el tenedor conviniera en que le entregasen la mitad ó una tercera parte de la cantidad, diciendo que lo avisaría así por cable.

Como era ya la una y media, los que habían ofrecido cantidades no las habían hecho efectivas y el dinero debía ser entregado antes de las tres, González y su compañero resolvieron ver al tenedor de la letra para pedirle que los esperase hasta el día siguiente, que se le entregaría la mitad ó la tercera parte de la cantidad. Después de otras diligencias sobre éste y otros asuntos, se retiró Aguilera á su casa.

Al día siguiente, temprano, volvió al escritorio de Martínez, encontró allí á José de Armas y Céspedes, José Lamadriz y Cairo.

Al entrar Aguilera le dijo Lamadriz: "Siéntese el buen Aguilera", añadiendo después con cierta sorna: "Aguileras de la montaña",—palabras de una antigua comedia,—por si fuera una sátira la alusión de Lamadriz, contestó Aguilera: "Eso prueba que los Aguileras todos, tanto los antiguos como los modernos, venimos de la montaña, donde los hombres son más puros y sin doblez."

Poco después llegó la señora del Presidente. Todos se levantaron á saludarla, y al hacerlo Aguilera le dijo ella: "¡Ah Aguilera! Si Carlos Manuel me viera con estas fatigas, ¡cuánto sentimiento le causaría!" A lo que contestó él: "No lo crea usted, Anita, Carlos Manuel se llenaría de satisfacción y aprobaría á usted su noble empeño, porque á la patria lo debemos todo, y nunca haremos bastante por ella." La señora añadió: "Ya he logrado conseguir tres mil pesos; y, ¿quién habría de creer que los otros tres mil costaran tanto trabajo? Si á los patriotas de Cuba y á Carlos Manuel se lo dijeran, no lo creerían. He conseguido de los tenedores de la letra que aguarden hasta las diez de la noche; ya sólo exigen que haya un cubano de responsabilidad que garantice el pago, para avisar por cable que salga la expedición."

Aguilera miró á Martínez que estaba imperturbable y dijo: "Nada Anita, desengáñese, usted sola ha hecho más que todos nosotros juntos; pero Carlos Manuel ni San Carlos Manuel que viniese, sería capaz de mover la generosidad de los emigrados pudientes. Ellos saben, sí, blasonar de patriotas, pero cuando se les toca el bolsillo, dicen... "nones".

Aguilera sintió después haber estado tan duro en presencia de Martínez, que como capitalista podía darse por directamente aludido. Otro hombre se habría alegrado de la oportunidad para tomar la revancha, humillando al que tan injusto y cruel había sido con él en varias ocasiones; pero no era Aguilera de esos hombres. En su alma noble no cabía la venganza; sólo se encontraba abundante la generosidad.

CAPITULO XXXI

ABRIL 1872

LA SRA. DEL PRESIDENTE Y SU CUNADO P. CESPEDES.—TRATAN DE HACER ENTRAR A ESTE EN LAS INTRIGAS DE LOS QUESADISTAS.—MAYORGA Y LA SRA. DEL PRESIDENTE.—ESTA UNA EXCELENTE SRA. PERO MAL ACONSEJADA.—GENEROSO COMPORTAMIENTO DE ALDAMA CON ELLA.—LA SRA. LE CORRESPONDE MAL.—SUS CONSEJEROS LA CAUSA DE LAS NECESIDADES QUE PASABA.—SE CONFORMABAN CON UNA ESTERIL COMPASION.—LA TOMAN COMO ARMA CONTRA AGUILERA.—PEDRO CESPEDES Y EL AGENTE DE JAMAICA.—PIDE A AGUILERA QUE LO DESTITUYA.—P. CESPEDES NECESITA CON URGENCIA $150.—SU HONOR COMPROMETIDO.—AGUILERA NO TIENE DINERO.—LE PROPONE EXPONER SU CASO A VARIOS EMIGRADOS.—ESTOS LOS UNICOS QUE PODIAN SACARLO DE SU COMPROMISO.—P. CESPEDES NO ACEPTA.—PERCANCE DE LA EXPEDICION DE AGÜERO.—LOS $6.000 DE LA LETRA.—LA SRA. DEL PRESIDENTE PERSISTE EN REUNIRLOS.—MARCOS DEL PINO Y RAFAEL GOVIN OFRECEN UNA INSIGNIFICANTE CANTIDAD.—M. J. IZAGUIRRE CONCLUYE DE ARREGLARLE LOS LIBROS A ALDAMA.—LOS ENTREGA A AGUILERA.—UN MARINERO DEL "HORNET" RECLAMA $600.—TODOS DICEN QUE SE LE ABONARON YA.—NO PARECE EL COMPROBANTE.—P. CESPEDES NECESITA CINCO PESOS.—AGUILERA NO LOS TIENE Y LOS PIDE PRESTADOS PARA EL.—CELO PATRIOTICO DE LA SRA. DEL PRESIDENTE.—LA CAUSA TUVO EN ELLA UNO DE SUS MAS FIRMES SOSTENEDORES.—ESTERILIDAD PATRIOTICA DE LA EMIGRACION.—IMPACIENCIA DE AGUILERA POR TENER NOTICIAS DE LA EXPEDICION DE AGÜERO.—PROPONE A MARTINEZ PONER UN CABLEGRAMA.—PARECE EL RECIBO DEL MARINERO.

Después de una larga conferencia privada entre la señora del Presidente con su cuñado el C. Pedro Céspedes, en una pieza accesoria de la habitación de Ramón Céspedes, salieron y entraron en la principal donde estaban Ramón Céspedes, su esposa y Manuel Anastasio Aguilera. Se generalizó la conversación y hablando de la mala situación de los asuntos de Cuba allí, dijo la señora del Presidente y su cuñado que: "por eso ella le había escrito que viniera, para que personalmente se cerciorara de lo que pasaba." Habiendo referido Manuel Anastasio estas frases de la señora, á Aguilera, contestó éste que eso corroboraba sus sospechas de que á Pedro Céspedes lo estaban haciendo entrar en la sigilosa cábala de los quesadistas contra ellos, pues la referida señora les había asegurado á Ramón Céspedes y á él, que escribió á su cuñado que no fuera á New York, porque la Agencia no tenía con que sostenerlo.

También manifestó Manuel Anastasio, que había dicho Pedro Céspedes que iba á poner á Aguilera, en el caso de destituir al Agente de Jamaica ó separarse él (Pedro Céspedes). Todo esto hizo comprender á Aguilera que el temporal que tenía encima tenía trazas de arreciar y debía prepararse para correrlo como mejor pudiera.

En una conversación de Mayorga con Aguilera, manifestó aquél que la señora del Presidente era una excelente señora; pero la perjudicaban mucho sus malos consejeros. Cuando llegó á New York, Aldama se había portado muy bien con ella, pues á pesar de ser ya declarados enemigos, su hermano el general Quesada y él, entregó á ella quinientos pesos para su instalación, y después le asignó una mesada de ciento cincuenta pesos, la que le estuvo pasando hasta que ella se declaró su encarnizada enemiga. Además, le había abierto una cuenta en la casa de su yerno, señor Alfonso, para que se surtiese de los víveres que necesitase, lo que ella hacía con profusión, no faltando nunca en su casa magnífico champagne con que obsequiaba á sus amigos quesadistas que la visitaban. Mas, como algunos de esos amigos hubieran hecho que ella tomara parte en la contienda á muerte, que libraban su hermano el general Quesada y Aldama, éste, viéndose tan mal correspondido por ella, le había suspendido todos los auxilios, dejándola reducida sólo á la pensión de

ochenta pesos mensuales que se hizo cargo de pasarle la Sociedad "La Auxiliadora".

"Y esos mismos amigos,—continuó Mayorga—que tanto daño le habían hecho y le hacían, y que eran los responsables de las necesidades que pasaba, se conformaban con demostrarle una compasión estéril y azuzarla contra Aguilera para que aumentara las tribulaciones de éste y conseguir ellos el fin que se proponían: que aburrido y desesperado, se volviese á Cuba, dejándoles franco el terreno que se prometían explotar.

Estuvo Pedro Céspedes á ver á Aguilera, y muy indignado, le expuso su queja contra el agente de Jamaica, manifestándole la necesidad de que tomara una enérgica determinación contra ese funcionario, porque era grande el descontento que había contra él en la emigración. Aguilera le manifestó su aprobación; pero dijo era necesario que formulase su acusación por escrito, para formar expediente á dicho Agente y proceder conforme á lo que resultara.

Dijo Pedro Céspedes que era necesario le facilitase ciento cincuenta pesos para pagar una cuenta, pues aunque también debía otras, esa cantidad la necesitaba con la mayor urgencia porque su honor estaba comprometido en ello. Como Aguilera le manifestara la situación, insistió él, encareciendo lo premioso de su compromiso, y diciendo al fin que se encontraba en caso tal, que si no podía conseguir el dinero, se levantaría la tapa de los sesos.

Contestó Aguilera que mucho sentía que su caso fuera tan desesperado, tanto más cuanto que no podía sacarlo de tan grave dificultad. Que á él le constaba que él (Aguilera) había salido de Cuba sin una peseta, los fondos que manejaba eran de los emigrados, que se los confiaban para auxilio de la revolución; esos fondos eran tan exiguos que no alcanzaban para las más urgentes necesidades, y actualmente no tenía ni un solo centavo en caja y sí muchos compromisos, esperando que hubiera dinero para satisfacerlos. Por lo tanto, le era de todo punto imposible entregarle esa cantidad inmediatamente como le pedía y todo lo que podía hacer era írsela dando poco á poco, según la Agencia pudiera. Sin embargo, si su caso era tan especial y su compromiso tan grave que su honor estuviera comprometido hasta el extremo que había manifestado, podía reunir un número de emigrados, manifestarles su duro trance é instarles á que lo sacasen de él, ellos, que eran los únicos que podían hacerlo. Contestó Pedro Céspedes que no podía aceptar ese medio porque no quería poner de manifiesto su debilidad. Despidióse Pedro Céspedes poco satisfecho.

Por la mañana temprano (18 de Abril) fué Hilario Cisneros á la habitación de Aguilera y le preguntó si había visto la noticia que publicaba el "Herald". Contestó Aguilera que no, mandó buscar el periódico y leyó Cisneros la infortunada nueva de que el vapor "Edgar Stuart", que llevaba la expedición de Agüero, había sido detenido en Kingston, Jamaica, por llevar armas y municiones abordo y no tener sus papeles en regla.

Desconsoladora fué esa noticia para él que ya había comenzado á alentar esperanzas de que Agüero hubiera desembarcado en Cuba la expedición puesto que el Gobierno español, en los quince días ó más de su salida, no había dado noticia de ella. Salió en seguida y se dirigió á la parte baja de la ciudad, al escritorio de Martínez. Lo encontró con la señora del Presidente, Plutarco González y Lamadrid. Al llegar preguntó qué había de cierto sobre la noticia que publicaba el "Herald"; le contestaron que no sabían nada de positivo porque Agüero no les había cablegrafiado. Dijo Martínez que quizás habría tocado en Jamaica después de haber hecho el alijo en Cuba, como sucedió con la expedición que llevó el vapor "Mambí". Esta opinión de Martínez tranquilizó algún tanto á Aguilera. Después de hacer extensos comentarios sobre que Agüero no debía haber tocado en Jamaica con su vapor cargado de materiales de guerra, porque sabía lo desfavorable que eran las autoridades de aquella Isla para esa clase de empresas, y más, estando tan cerca de Haití, donde hubiera podido hacerlo sin

mayor riesgo, recayó la conversación sobre el giro de seis mil pesos de Manuel de Quesada.

Manifestó la señora del Presidente que el tenedor de la letra se había portado muy caballerosamente con ella, aguardándola más tiempo del que estaba autorizado; pero que desgraciadamente, á pesar de todos sus esfuerzos, nada había podido conseguir. Marcos del Pino, un rico cubano, sólo había ofrecido cien pesos; Rafael Govín, otro cubano rico, ofreció quinientos primero y luego los rebajó á cien también. Dijo la señora que iba á recoger una nota que había ofrecido darle Bramosio de mil pesos, á ver si lograba negociarla y que todavía le quedaba por ver al C. Fernando Escobar. Poco esperaba Aguilera de la generosidad de este señor, por la experiencia que tenía de ella; sin embargo, nada quiso decir.

Aquel mismo día llevó Manuel J. Izaguirre á Aguilera los libros de la Agencia durante el período que la tuvo Aldama. Todo aquel tiempo estuvo ocupado en su arreglo: un lapso de ocho meses. Ofreció Izaguirre que Aldama iría á entregárselos en debida forma dentro de dos ó tres días.

Uno de los nuevos reclamantes del vapor "Hornet", era un segundo oficial, que lo hacía por más de seiscientos pesos. En la cuenta que pasó aquel mes el sobrecargo Muñoz, aparecía abonada esa cantidad al referido individuo; Acebedo aseguraba que el recibo se había mandado á la Agencia, y Manuel J. Izaguirre, por más que lo buscara entre los comprobantes de aquella época, no había podido encontrarlo, ni en los libros aparecía nada. Muy disgustado se encontraba Mayorga, porque entre ese y los marineros iba á tener que pagar mil quinientos pesos que probablemente no se debían ni él tenía dinero, ni quien se lo proporcionase.

Estuvo Pedro Céspedes por la mañana en la habitación de Aguilera á decirle que debía diez pesos á un individuo que aquel mismo día se ausentaba de la ciudad; tenía cinco y quería le hiciera el favor de prestarle otros cinco para cubrir el compromiso. Sacó Aguilera su cartera y no encontrando más que algunos centavos, la enseñó á P. Céspedes, diciéndole que eso era todo lo que tenía; sin embargo, lo invitó á que fuera con él al escritorio de Mayorga, diciéndole que allí pediría á éste prestados los cinco pesos para él. Aceptó P. Céspedes de momento, pero después le dijo que podía pedirlos en su nombre á Ramón Céspedes en la habitación inmediata y de esa manera ahorraría el viaje á la parte baja de la ciudad, al escritorio de Mayorga. Accedió Aguilera y así lo hizo P. Céspedes.

Fué Aguilera al escritorio de Martínez donde supo que todavía no habían recibido noticias de Agüero. Le dijeron que el vapor había salido despachado para Cayo Hueso, las Antillas y Repúblicas Sur Americanas, y por consiguiente, creían no tenían que temer por sus papeles.

Sobre la letra de los seis mil pesos, supo que aunque no la había aceptado Martínez, sin embargo, se había puesto un cablegrama á Colón, diciendo que estaba pagada la mitad y esperaba reunirse dinero para la otra mitad.

Indudablemente que las gestiones que practicó la señora del Presidente en aquella ocasión, para conseguir los seis mil pesos girados por su hermano, fueron meritorias y dignas del mejor éxito. Y no fué esa sola vez que la referida señora mostrara tanto celo, actividad é inteligencia en servicio de la causa; puede decirse que en ella tenía ésta uno de sus más decididos sostenedores, sobre todo, cuando se trataba de realzar el prestigio de su hermano ó de su esposo. Eran estos para ellos los seres más grandes en la tierra. Seguramente su hermano le habría recomendado aquel asunto tan importante para Cuba y para su partido, y ella correspondió como sabía hacerlo; pero en vano. Era aquel un terreno estéril, que como dijo Aguilera, y dijo bien: "ni San Carlos Manuel" podía hacerle producir patriotismo.

Impaciente Aguilera porque pasaban días y no se sabía si Agüero había desembarcado su expedición, fué á ver á Martínez y encontrándolo en la misma incertidumbre le propuso poner un cablegrama á Kingston pidiendo informes para lo que le ofreció su clave.

Contestó Martínez que era imposible que Agüero no le hubiese puesto uno ó dos partes de los convenidos; por lo tanto, ó la noticia era falsa, ó habrían interceptado dichos partes á su paso por Santiago de Cuba. Dijo que en ese caso era tirar el dinero poner un cablegrama, porque tenía la seguridad de que en Santiago de Cuba lo interceptarían también.

Insistió Aguilera, sin embargo, encareciéndole la cruel incertidumbre en que estaban y le dijo que si la objeción era el costo, él abonaría la mitad. Convino Martínez, y salió Aguilera á poner el cablegrama. Este no obtuvo contestación y al fin tuvo Aguilera que abonar todo su importe.

Respecto al recibo extraviado del oficial que reclamaba seiscientos pesos de sueldos atrasados, diremos que al fin pareció, en poder del capitán Brown. Esto puede dar una idea del estado del archivo de la Agencia y de las consecuencias para Aguilera de aquel abandono.

CAPITULO XXXII

ABRIL 1872

EL VAPOR "FANNIE".—COMISION DE LOS C. MILA Y BETANCOURT.—NUEVA SOCIEDAD QUE EMPLEARA SUS FONDOS EN POLVORA Y BALAS.—AGUILERA LA DESAPRUEBA.—LA SALUD DE AGUILERA SIGUE DELICADA.—CARTA DE LA SRA. DEL PRESIDENTE.—CONTESTCION.—CUENTA DEL VAPOR "HORNET".—TREINTA MIL PESOS DE GASTOS.—NUEVA PROPOSICION DE PERALTA A ALDAMA.—NO LA ACEPTA ESTE PORQUE PODRIA SALIR PERJUDICADO.—TRATAN DE COMPRAR EL VAPOR "FANNIE".—COMBINACION DE MAYORGA.—NEGOCIACION DE ABAL, MARTINEZ Y DELMONTE POR UNA CAJA DE HIERRO.—ACUSACION QUE SE HACE A AGUILERA.—DECIAN NO TENIA PLAN NI ORGANIZACION EN LA AGENCIA.—QUE DEBIA HABER RECOBRADO $6.000 PERTENECIENTES A LA AGENCIA.—DEBIA HABER VENDIDO UNA PEQUEÑA MAQUINA DE VAPOR.—DEFENSA DE MAYORGA.—UNO DE LOS AMIGOS DE MAS CONFIANZA DE AGUILERA SU ACUSADOR.—A AGUILERA NO LE FALTABAN PLANES SINO DINERO.—ORGANIZACION QUE HIZO DE LA AGENCIA.—ORGANIZACION DE LOS RICOS.—CONTESTACION DE ALDAMA.—RELEVANTES DOTES DE H. CISNEROS.—PERO ERA AL FIN PARTIDARIO DE ALDAMA.—SE ACUSABA A AGUILERA DE LA CULPA DE ALDAMA.

Como Aguilera y Mayorga hubieran tenido por conveniente romper la negociación con Mr. Campbell, porque las garantías que prestaba dicho señor para el adelanto del dinero no le parecieron suficientes, se fijaron en otro vapor que le propusieron: el "Fannie", por el que pedían quince mil pesos. Acordaron hacer al dueño la proposición siguiente: Comprarle la mitad del vapor y enviarlo á Cuba con la expedición, abonándole el flete que convinieron por la otra mitad.

Necesitando contratar un capitán para el vapor, Brown les pidió mil pesos por llevar á Peralta á Cuba con su expedición. Acordaron decirle que se los darían siempre que después de dejar á Peralta en Cuba, fuese á Haití, tomase otra expedición allí preparada y la desembarcase en Cuba también.

Por la noche fueron á visitar á Aguilera los ciudadanos Milá y Betancourt, en comisión; el primero, un mulato bien educado y de corteses modales. Manifestó éste que había sido fundador de una de las primeras sociedades de Cayo Hueso y luego de otra en New York, que después de varias transformaciones, vino á ser por último la "Sociedad de Laborantes"; en la presente ocasión, inspirado por el mismo patriotismo, trataba de formar otra nueva sociedad, halagando á sus miembros con la idea de emplear sus fondos en pólvora y balas que serían remitidas á Cuba en la primera expedición. Además, sus comitentes, reunidos la noche anterior, los habían comisionado á su compañero y á él para que invitaran á Aguilera á que convocase á un mitin general de cubanos en el que el C. José de Armas y Céspedes desarro-

llaría un proyecto muy importante para Cuba.

Contestó Aguilera que la sociedad que se proponía fundar le parecía inconveniente, porque si otras sociedades, usando del mismo derecho que ellos, acordaban invertir sus fondos en pólvora y balas, se encontrarían con que tendrían más ó menos cantidad de estos materiales de guerra, careciendo de dinero para enviarlos á Cuba. Que las expediciones eran empresas muy costosas y necesitaban fuertes sumas de dinero para ponerlas en movimiento.

Con respecto al mitin les dijo que tampoco lo creía oportuno, porque el anterior de 3 de Enero, á pesar del gran entusiasmo y de lo mucho que de él se prometieron, no había dado resultado alguno, y con el que le proponían sucedería lo mismo; para convencerlos les leyó el acta del referido mitin de 3 de Enero, que tenía un objeto semejante al que ellos se proponían. Dijo que un mitin sería oportuno cuando estuviera apoyado en un hecho importante que lo justificase, por ejemplo, el reconocimiento de la beligerancia por los Estados Unidos, haber tomado los patriotas en Cuba una plaza de consideración ú otro hecho análogo; pero mientras no tuviese por base un motivo semejante, daría un resultado igual al del 3 de Enero. Siguióse á esto una larga discusión, retirándose al fin los comisionados, sino del todo, medios convencidos.

La salud de Aguilera había continuado delicada, y su médico, el doctor Juan Cisneros, le recetó un emético. Resolvió Aguilera dedicar un día para tomarlo, el que pasó con la desazón consiguiente. Á las nueve de la noche recibió la siguiente carta de la señora del Presidente:

"C. Agente Francisco Aguilera.

Muy Sr. mío:

Me acaba de decir la señora de la casa que le desocupe las habitaciones, que ya las tiene alquiladas y que no me compra más la leche para mis hijos porque no puede. Como quien representa á Carlos Manuel es usted, se lo manifiesto para que de la manera que haya lugar, me proporcione doscientos pesos vencidos, ó me mudo al abrigo y responsabilidad de usted pasado mañana.

Contésteme usted decisivamente.

Su segura servidora,

Ana Q. de Céspedes.

Puede juzgarse el efecto que causaría á Aguilera la lectura de esta carta; sin embargo, como á pesar de su carácter naturalmente excitable, este se había modificado tanto, que la paciencia se había hecho en él un hábito, contestó á la señora, con el mismo portador, lo siguiente:

"New York, abril 29 de 1872.

Ciudadana Ana Quesada de Céspedes.

Muy señora mía:

Estoy de vomitivo, por cuyo motivo no puedo salir esta noche á la calle; pero mañana muy temprano haré todas las diligencias para ver si puedo complacerla como es mi deseo.

Sin otro particular soy de usted s. s. q. b. s. p.,

F. V. Aguilera."

Felizmente para él, al día siguiente recibió una letra de Cayo Hueso, por mil y pico de pesos y no tuvo ya que dar pasos, pidiendo prestados los doscientos pesos que le reclamaba la señora. Al mismo tiempo tomó á cuenta de sus mesadas atrasadas cien pesos y dió otros cien á Ramón Céspedes á cuenta de las suyas; lo restante lo entregó á Mayorga para la expedición de Peralta.

Hablando Peralta con Mayorga y Aguilera, trataba de inducir á éstos á que abonasen el hospedaje al expedicionario Miguel que iba á Cuba con él. Mayorga contestó sacando del bolsillo la libreta donde estaba la cuenta del "Hornet" que arrojaba unos treinta mil pesos á favor de Mayorga y siete mil pesos en su contra, resultando, por lo tanto, un balance á favor de Mayorga de veintitres mil pesos. Como la mayor oferta por el "Hornet" era de veinte mil pesos, corría riesgo Mayorga de que no alcanzara el valor del vapor para reintegrarse de los gastos que había hecho.

Continuaba Mayorga su proyecto de mandar la expedición en el vapor "Fannie" comprando la mitad de este buque; Peralta por su parte decía que si no conseguía vapor se iría en un barco de vela, pues ya deseaba estar en Cuba.

Refirió Mayorga á Aguilera reservadamente lo siguiente: Le había dicho Peralta, que cuando Aldama lo engañaba, ofreciéndole mandarlo á Cuba, el capitán Brown había encontrado un vapor que reunía todas las condiciones necesarias, por el que pedían quince mil pesos. Aldama ofreció diez mil pesos para mandar en él la expedición y después quedarse con el vapor y dedicarlo á sus negocios particulares; el vendedor no aceptó el precio. Peralta propuso nuevamente á Aldama comprar el referido vapor, poniendo Aldama diez mil pesos y Peralta los cinco mil pesos restantes, quedando el vapor en favor de Aldama, así que hubiera desembarcado á Peralta en Cuba. Quedó Aldama en contestarle aquella mañana y cuando fué Peralta á buscar la respuesta, dijo Aldama que no le convenía el negocio, porque el vapor podía perderse y salir él perjudicado. Peralta recomendó á Mayorga que no enterase del incidente á Aguilera y por esto aquél le pidió que no se diera por entendido con Peralta.

No aceptando el dueño del "Fannie" la proposición de Mayorga, porque quería venderlo, y pareciendo á éste que el vapor llenaba las condiciones necesarias para llevar la expedición, trataba de conseguirlo á toda costa. Por medio del capitán Brown se dirigió á varias casas de seguros marítimos y logró que dos de ellas asegurasen el buque por una cuarta parte de su valor las dos, sabiendo el riesgo que iba á correr. Le exigieron la prima de 18 por ciento.

Informó á Aguilera de la negociación y le dijo que si cerraba trato con las referidas compañías, iría á Baltimore á ofrecer al dueño del "Fannie" la mitad del precio, ó sea siete mil quinientos pesos de contado y la otra mitad á cuatro ó seis meses de plazo. Si lo couseguía, saldría Peralta en el "Fannie" con su ex pedición y al regreso del vapor lo vendería por el precio de costo y pagaría el plazo pendiente. Si se perdía el vapor, cobraría el seguro y lo aplicaría á pagar el referido plazo. Aguilera aprobó la combinación.

Propuso José María Izaguirre á Aguilera lo siguiente: El C. Abal Martínez tenía una caja de hierro que pertenecía á la Agencia por la que L. Delmonte daba trescientos pesos, diciendo era ese su valor. Debiendo la Agencia al referido Abal Martínez ochocientos pesos, desde el tiempo de Aldama, quería saber si tendría inconveniente Aguilera en vender la caja á Delmonte tomando el dinero A. Martínez á cuenta de lo que le debía la Agencia.

Contestó Aguilera que si la Agencia fuera á pagar á los patriotas todas las deudas adquiridas en tiempo de la administración de Aldama, todo lo que recaudaba no sería suficiente para verificarlo; por consiguiente, el ciudadano Abal Martínez debía esperar como lo hacían los demás patriotas. Por otra parte, manifestó privadamente á Izaguirre, que desconfiaba cuanto viniese de Aldama ó sus familiares, porque como de aquél no había recibido más que perjuicios, temía una celada.

Refirió Mayorga á Aguilera que en una reunión de la Directiva, de la sociedad "La Auxiliadora", á que asistió, había tenido que defender á Peralta y á él, de los ataques infundados de que habían sido objeto. A Aguilera se le había increpado diciendo que no tenía plan ni organización en la Agencia, y de Peralta ha bían dicho que estaban cansados de verlo allí después de haber recogido dinero dos ó tres veces para marchar á Cuba. Tomó Mayorga la defensa de uno y de otro, diciendo respecto á Aguilera que no era posible tener plan ni organización cuando no había dinero para hacer ninguna combinación, ni para los gastos más indispensables; pero supuesto que el censor debía tener algún plan, haría bien en revelarlo, seguro de que después de bien meditado, se pondría en práctica si se consideraba beneficioso. Contestó aquél que no tenía plan preconcebido ninguno.

Dijo otro que Aguilera debía haber cobrado ya los seis mil pesos, que se le habían dado á un fabricante para una ba-

tería que al fin no había construído; y también había una maquinita de vapor que perteneció á la lancha del "Hornet", con la que podía haberse hecho dinero.

Contestó Mayorga á lo primero que siendo ese un lío muy antiguo, como que era del tiempo de la administración de Aldama, y de tan difícil solución, Aguilera había encargado de él al abogado Fesser, que lo tenía en sus manos.

Varias veces había hablado Aguilera á Fesser para que activara el cobro, pero éste decía que era necesario obrar con mucha prudencia, porque el fabricante era copartícipe del periódico "The Tribune", que siempre había escrito á favor de los cubanos, y si se le apuraba podía influir para que ese periódico se volviese contrario, y como era tan importante y de tanta circulación, hiciese daño á la causa.

Con respecto á la máquina, manifestó que M. Macías había ofrecido trescientos pesos por ella, y sabiendo Aguilera que había costado dos mil, no quería darla por menos de quinientos pesos. El impugnador de la batería dijo que él se comprometía, sin ofender á "The Tribune", por medio de una negociación con el mismo fabricante, conseguir tres mil pesos por los seis mil.

Defendió Mayorga á Peralta diciendo que ninguno más que éste lamentaba no estar ya en Cuba; y si estaba aún allí era, en primer lugar, porque Aldama lo había estado engañando mucho tiempo, prometiéndole despacharlo con su expedición y al fin no había hecho nada. Después estuvo en tratos con un individuo por mediación del doctor Arango, y como ese individuo no pudo darle las garantías suficientes y resultó luego ser el mismo que engañó á la Junta, cuando la expedición de "Mary Lowel", rompieron las negociaciones con él. Dijo que ahora era él quien se había comprometido á despachar á Peralta y al efecto se veía obligado á suplir una cantidad muy superior á sus fuerzas, porque ninguno de los patriotas emigrados, acaudalados, quería ayudarlo.

Primero Mayorga no quiso decir á Aguilera quienes habían sido los que lo atacaron en la Junta de la Auxiliadora," pero al fin, á instancias de Aguilera, le dijo que quien lo acusaba de no tener plan era Hilario Cisneros y el de la batería Félix Fuentes.

Mucho extrañó Aguilera ese comportamiento, sobre todo, de Hilario Cisneros, un antiguo amigo suyo, y de quien, por su carácter leal y franco, no hubiera creído tal proceder. Muy injusto fué Cisneros con su amigo cuando lo motejó por falta de plan. Plan, ó mejor dicho, planes, no faltaban á Aguilera; lo que le faltaban eran medios de ponerlos en acción y hacerlos fructificar. Nadie mejor testigo que el mismo Cisneros, pues él y Aguilera hasta hacía poco habían estado trabajando juntos para que Cisneros fuera á una misión á las repúblicas Sur americanas, empresas que habían fracasado en ciernes, por lo mismo que fracasaban todos los otros planes, porque no había encontrado apoyo entre los cubanos ricos, á pesar de las risueñas esperanzas de Cisneros, cuando se ofreció á Aguilera para aquella misión.

El primer plan que se propuso Aguilera al hacerse cargo de la Agencia, fué restablecer su crédito, que estaba por los suelos, y éste lo llevó adelante con inquebrantable perseverancia. Otro de sus planes fué mandar elementos de guerra á Cuba, y á este fin, como no tenía ni un centavo y sí infinidad de deudas de la administración anterior, proyectándose dos expediciones por los dos distintos bandos en que estaba dividida la emigración, autorizó á los individuos encargados de organizarlas para que entre sus parciales allegaran los recursos necesarios, á fin de facilitarles aquellas empresas y aún estimularlos con la emulación, ofreciendo á unos y á otros auxiliarlos con cuanto pudiera. ¿Qué planes podía acometer Aguilera en la desesperante situación, que lo habían puesto sus paisanos, dejándolo solo, negándole su apoyo, sin dinero y con mil obligaciones que satisfacer?

Acusaba Cisneros á Aguilera de falta de organización en la Agencia. Hemos visto que al hacerse cargo de ésta, Aguilera trató de atraer á los hombres de los dos partindos, nombrando á Lamadriz y Casanova, secretario y tesorero,

respectivamente y á Manuel J. Izaguirre, contador, pertenecientes los dos primeros al partido quesadista y el último al aldamista. Los primeros abandonaron sus cargos sin siquiera hacer la renuncia de ellos, después de haberlos aceptado, dejando reducido á Aguilera á los auxilios de Manuel J. Izaguirre, muy valiosos indudablemente, pues con insuprable pericia asumió los cargos de Secretario y Contador. El de Tesorero era inútil, pues no había tesoro que guardar.

Inmediatamente después emprendió Aguilera la organización de toda la emigración cubana en los Estados Unidos, tratando de refundir las numerosas sociedades en una sola para cada localidad, y á ese efecto comisionó á José María Izaguirre para que se trasladase á los Estados del Sur á cumplir el encargo. El éxito conseguido se calculará al decir que esas sociedades, á pesar de estar constituídas con la clase más pobre de la emigración, eran la única fuente de recursos segura con que contaba la Agencia. Quiso después organizar la parte acomodada de la emigración, haciendo que cada uno de sus individuos se impusiese, él mismo, una cuota contributiva, que sería única, y abonaría periódicamente, evitando así las suscripciones á que con frecuencia tenía que concurrir. En esto fracasó Aguilera, y el motivo se comprenderá si se tiene presente la contestación de Aldama al presentarle la circular para que señalase él mismo su cuota contributiva, que para asegurar mejor el resultado quiso Aguilera la llevara Manuel J. Izaguirre, persona grata á aquél. "Yo no puedo dar nada á Aguilera, porque está echado en brazos de Martínez"—dijo Aldama. Es decir, que los ricos de la emigración no estaban dispuestos á auxiliar sino á sus parciales, y Aguilera no era partidario de ningún grupo, sino de la causa de Cuba. Pero ni aún eso era verdad, lo cierto era que los ricos no estaban dispuestos á abrir su bolsa para la causa de Cuba y sólo buscaban un protexto para mantenerla cerrada. Parecía que el patriotismo estaba en razón inversa con la posición de los emigrados.

Extraño era en verdad que Hilario Cisneros se hubiese expresado en términos tan injustos para con su amigo Aguilera. Era H. Cisneros un hombre leal, honrado, ilustrado; pero era al mismo tiempo partidario de Aldama; respiraba la atmósfera que éste hacía alrededor de los suyos; para éstos, Aguilera era el hombre inepto, débil, incapaz, que debía fracasar. Hilario Cisneros tenía un carácter bondadoso, que no podía sustraerse á la influencia de sus jefes y compañeros.

Increpábase á Aguilera porque no hubiese recobrado seis mil pesos de la causa de Cuba, que en tiempos ya lejanos Aldama había entregado á un fabricante; y nada se decía de Aldama que puso en tal peligro cantidad tan considerable, y la abandonó después, no recobrándola en su oportunidad. Tal era la justicia con que aquellos hombres procedían.

CAPITULO XXXIII

MAYO 1872

LOS TREINTA MILLONES EN PODER DE MARTINEZ.—MAYORGA DICE EL ASUNTO ES GRAVE.—R. CESPEDES TRATA DE ECHAR LA RESPONSABILIDAD SOBRE AGUILERA.—ESTE VUELVE SOBRE R. CESPEDES SUS CARGOS.—LE HA NOTADO FLOJEDAD DE LA RECLAMACION.—FELIX PUENTES Y MAYORGA ENCARGADOS DE EXAMINAR LAS CUENTAS DE ALDAMA.—AGUILERA Y R. CESPEDES VAN A RECLAMAR LOS BONOS A R. MARTINEZ.—ESTE SE NIEGA A DAR RECIBOS Y A DEVOLVER LOS BONOS.—AGUILERA ROMPE CON R. MARTINEZ.—DESPACHADA LA EXPEDICION DE AGÜERO YA NADA TEMIA DE EL.—MARTINEZ UN ENEMIGO TEMIBLE.—AGUILERA FUERTE CON SU CONCIENCIA.—LA EXPEDICION DE AGÜERO —ESTE AMARRA AL CAPITAN DEL VAPOR Y ENTRA EN EL PUERTO DE KINGSTON. —EL BUQUE DETENIDO Y LAS ARMAS ENTREDICHADAS.—AGÜERO EN PRISION.— EL CAPITAN DEL VAPOR SE HACE ENEMIGO.—DELATA LA EXPEDICION.

Reunidos Ramón Céspedes, Aguilera y Mayorga y tratando de los treinta millones de pesos en poder de Ramón Martínez, dijo Mayorga que el asunto era muy grave y debían darle pronta solución, porque ya habían cursado tres meses en vez de los dos del compromiso. Como R. Céspedes tratase de echar la culpa sobre Aguilera, por haber entregado los bonos sin recibo, contestó éste que las primeras partidas mandadas á Martínez, que con tanta premura los pedía, Ramón Céspedes mismo había presenciado la entrega y nada había dicho para exigir recibo; la última partida, cierto es que él (Ramón Céspedes) no había estado presente cuando se envió, porque se hallaba en Washigton, pero no habiendo pedido recibo de las primeras, tampoco lo pidió de la última, porque entonces necesitaba un recibo general, y siendo un asunto tan importante, quiso que Ramón Céspedes, como letrado, fuese quien lo redactase; por eso tan pronto volvió éste de Washington, donde estuvo pocos días, fueron los dos á arreglar el asunto con Martínez, lo que no pudieron conseguir. A su vez dijo Aguilera que había notado á Ramón Céspedes algo flojo en la reclamación, no apoyándolo con la energía que debiera, y la última vez que fueron á hablar á Martínez sobre el particular, cuando al subir las escaleras dijo Aguilera que era necesario "apretar" á Martínez, contestó Ramón Céspedes que no era conveniente romper con él ahora que acababa de despachar una expedición, porque "esa gente" podía acusarlos hasta de traidores.

Manifestó Mayorga que ya era tiempo de que ese negocio se arreglara definitivamente, y si Martínez se resistía á dar un recibo siquiera, iba á ser necesario anular los bonos por medio de los periódicos, para evitar que la República pudiese ser defraudada en tan considerable suma. Dijo Aguilera que ese caso no llegaría porque estaba dispuesto á arrancar los bonos á Martínez aunque fuera con la boca de un revolver. Finalmente, convinieron en que Aguilera y Ramón Céspedes fueran á ver á R. Martínez, dispuestos á arreglar el asunto definitivamente.

Como hubieran pasado varios días y Aldama no fuera á hacer la entrega de los libros á Aguilera, según le había ofrecido Manuel J. Izaguirre, comprendiendo aquél que no iría, pues no era hombre que se molestase por pequeñeces, queriendo saber si los libros estaban en orden, resolvió darlos á un perito que los examinara. Este examen era cosa delicada, pues debía encomendarse á persona imparcial, porque si se encargaba á un desafecto á Aldama, era seguro que encontrara muchos reparos á las cuentas, por no estar hechas como era debido, según se sucedían las operaciones, sino después de mucho tiempo de realizadas, conformándose con los datos que pudiesen venir á la mano. Por este motivo, y deseando Aguilera que las referidas cuentas no fueran á ser causa de

disgusto, entre las varias personas que le propusieron para el encargo eligió á Félix Fuentes, quien además de haberle sido recomendado como un hábil "tenedor de libros" era buen amigo de Aldama y no podía tener interés en crearle dificultades. Informado Fuentes de los deseos de Aguilera, aceptó la comisión y llevó los libros para casa para verlos con comodidad. A Fuentes fué agregado después Mayorga, como hombre de la confianza de Aguilera, conocedor de los asuntos de la Agencia.

Al día siguiente de la conversación de Aguilera y R. Céspedes con Mayorga, fueron los dos primeros á ver á R. Martínez, dispuestos á saber su última resolución para proceder en consecuencia. Llegaron á las doce del día al escritorio de Martínez y encontraron á éste con José Francisco Lamadríz, uno de sus íntimos amigos.

Comenzó Ramón Céspedes diciendo á Martínez que, en virtud de haber cursado ya noventa días en vez de los sesenta convenidos, y de no poder darles un recibo de los treinta millones de pesos en bonos que le había entregado, iban dispuestos á dar por terminada la negociación y retirar los bonos, cubriendo así su responsabilidad.

Contestó Martínez que era cierto que les había ofrecido un documento para su resguardo, pero había hablado con el General F. y éste le dijo que era absolutamente imposible darles ese documento, porque podría comprometer la reputación de muchas personas en caso de extravío, y aun arriesgar el éxito de la negociación. Con respecto al plazo de sesenta días, dijo que no recordaba se hubiese fijado tiempo; de todas maneras, era ese demasiado corto para un negocio de tamaña importancia.

Dijo Aguilera que no le quedase duda de que se había fijado el plazo de sesenta días, pues además de recordarlo muy bien Ramón Céspedes y él, así lo tenía consignado en el libro de notas diarias que llevaba de todos los asuntos concernientes á la revolución. Por otra parte, no era ese tiempo de ver si el plazo era corto ó no, sino de cumplir lo pactado.

Repuso Martínez que el General F. le había dicho que devolvería los bonos el último día de Junio—era el 3 de Mayo—si no se había reconocido la beligerancia, y que durante esos dos meses no podía darles comprobante ninguno.

Contestó Aguilera que si cuando les propuso la negociación, hubiera dicho que había de ser en esas condiciones, seguramente no la habrían aceptado, pues no podían consentir en dejar sin garantías los intereses de la patria. Que confiados en su buena fe le habían dejado llevar los bonos sin exigirle recibo; y si por dos ocasiones les había faltado á lo convenido, no dándoles recibo primero y repudiando el plazo de dos meses después, ¿qué garantía tendrían de que no les faltase por tercera vez, cuando se venciera el nuevo plazo que pedía? Continuó diciendo Aguilera que dado el estado á que había llegado el asunto, ellos no podían consentir en otra cosa que no fuera dar por terminada la negociación y recoger los bonos.

En este estado la discusión, se había hecho ya un tanto acalorada, contestando Martínez que él no podía "salirle" al General F. con que ya se había terminado la negociación, por consiguiente no podía entregar los bonos, y con respecto al recibo, tampoco podía darlo.

Indignado Aguilera ante la actitud de Martínez de buena gana hubiera empleado con él los calificativos que merecía; pero recordando el carácter que representaba (Aguilera) y lo perjudicial que sería para la causa promover un escándalo, se contentó con decirle: "Si esa es la resolución de Vd., tomaremos nosotros la nuestra." Y tomando su sombrero, invitó á Ramón Céspedes á que lo siguiera; pero éste parecía estar clavado en su asiento y no se movió. Al salir Aguilera, Martínez lo llamó para "explicarle"; pero él contestó que no necesitaba más explicaciones y se marchó.

Estaba convencido Aguilera de que Martínez, de buen grado, no les daría el recibo ni les entregaría los bonos; y que su objeto no era otro que seguirlos entreteniendo mientras pasaba el tiempo, dando lugar á que él y su amigo el General, por un azar cualquiera, se quedaran con los bonos. La idea de que tan

inicuamente lo engañaran y estuviera sirviendo de juguete, sublevaba su espíritu y acababa su paciencia. Por otra parte, ya no tenía por qué soportar á Martínez las impertinencias que otras veces; ya éste había despachado la expedición que Aguilera quería á toda costa no entorpecer y nada tenía que temer de su enojo. Contrastaba en esto grandemente su modo de pensar con el de su compañero Ramón Céspedes: mientras éste, según manifestó á Aguilera en la escalera del escritorio de Ramón Martínez, parecía temer á éste más que nunca, por el auge que le daba el despacho de la expedición, Aguira, por el mismo motivo le temía menos, pues ya Martínez había dado á Cuba todo el fruto que esperaba; y con respecto al daño que personalmente pudiera hacerle, le tenía sin cuidado. Cierto que Martínez era un enemigo temible por su influencia, su soberbia y su dinero; por mucho menos había declarado guerra á muerte á Aldama; y si con su saña pretendía hundir á este coloso, ¿qué no haría con el humilde Aguilera? Pero á éste no le atemorizaban las iras de Martínez ni las de ningún hombre: tenía limpia su conciencia y ella le daba fuerza suficiente para nada temer.

El motivo del disgusto entre Ramón Martínez y Aldama, según refirió Echeverría á Aguilera, fué que una vez Aldama preguntó á Martínez por medio de una carta muy atenta si era cierto que había recibido algunas sumas de dinero de la Habana, para la revolución, según le habían escrito de aquella ciudad. No necesitó más Martínez para sentirse herido en su amor propio.

De la oficina de Martínez dirigióse Aguilera á la de la Agencia y como media hora después llegó Ramón Céspedes. Dijo que luego de haber salido Aguilera, llegó Ramón Aguirre, procedente de Colón, con la noticia de que Agüero había amarrado al capitán del vapor y entrado en esta disposición en el puerto de Kingston, por haberse inutilizado una caldera. Agüero había sido puesto en prisión por las autoridades inglesas y las armas y municiones confiscadas, siendo el mayor enemigo, el referido Capitán, que todo lo había delatado. Dijo Ramón Céspedes que Ramón Martínez dudaba que Agüero hubiese cometido tal "barbaridad." Sin embargo, ese acto imprudente era muy propio del carácter violento y presuntuoso de Agüero.

Reunidos Aguilera, Ramón Céspedes y Mayorga, informaron los dos primeros al último lo sucedido con Ramón Martínez. Todos convinieron en que el caso era muy grave y acordaron consultar á personas caracterizadas de la emigración sobre la determinación que deberían tomar.

CAPITULO XXXIV

MAYO 1872

RAFAEL QUESADA CONFERENCIA CON AGUILERA.—MAGNIFICA EXPEDICION QUE TRATA DE COMPLETAR.—VA A PEDIR AUXILIO A AGUILERA.—ESTE LE DA A CONOCER LA SITUACION.—LE PROPONE SU FUSION CON PERALTA.—R. QUESADA LA ACOGE CON JUBILO.—MAYORGA SE OPONE A LA FUSION.—NO HAY NEGOCIO BUENO CON HOMBRE MALO.—H. CISNEROS Y LAS INTRIGAS QUESADISTAS.—CONFERENCIA CON PERALTA Y R. QUESADA.—PROPOSICION DE ESTE.—PERALTA LE CONTESTARA AL DIA SIGUIENTE.

Habiendo fracasado la expedición que Rafael Quesada trataba de sacar de Colón, por no haber aceptado Ramón Martínez la letra de seis mil pesos que el General Manuel de Quesada había girado contra él, resolvió el primero trasladarse á New-York y llegado á esta ciudad se presentó á Aguilera.

En conferencia con éste manifestó R. Quesada que para completar una magnífica expedición que preparaba y llevarla á Cuba, necesitaba 500 armas de precisión y quince mil pesos, debiendo ser conducida dicha expedición en el vapor "Virginius" que acababa de carenarse y estaba en las mejores condiciones.

Dijo que su hermano Manuel había llevado de New-York 2.000 fusiles Enfield comprados á plazos á razón de $4.50 uno por ser usados y trataba de venderlos á Guzmán Blanco, Presidente de Venezuela á razón de diez ó doce pesos. Con ese dinero pagaría los diez y ocho mil pesos que había costado la carena del Virginius. Que había ido á manifestar todo eso á Aguilera, como Agente General, y á solicitar su ayuda, para que haciendo un gran esfuerzo lo auxiliase.

Dióle Aguilera á conocer el triste estado de la Agencia; pero reflexionando que la expedición de Peralta estaba demorada por falta de vapor y Quesada tenía el "Virginius" en el buen estado que decía, le preguntó si tendría dificultad en fusionar su expedición con la de Peralta.

Acogió R. Quesada la idea con el mayor agrado y contestó que no solo no tenía dificultad, sino creía que las dos juntas tenían más probabilidades de éxito. Dijo que con quince mil pesos se comprometía en el término de dos meses á poner á Peralta en Cuba, en el lugar que le indicase, con 200 hombres aguerridos que tomaría en Venezuela; de esa manera podría al mismo tiempo realizar su plan que era, después de poner en tierra de Cuba á Peralta con su expedición y sus hombres, seguir en el vapor para atacar á los buques mercantes españoles, sembrando así el pánico en el comercio español.

Dijo Aguilera que eso era solo una idea que se le había ocurrido y tenía que consultarla con Peralta y Mayorga á ver lo que les parecía. Convinieron tener una reunión los cuatro.

Informó Aguilera á Mayorga de su conferencia con Rafael Quesada y contestó el segundo lo mismo que le había dicho en otras casiones, que "no había negocio bueno con hombre malo" y aunque conviniera con Aguilera en que Rafael Quesada era diferente á su hermano Manuel, sin embargo estaba persuadido de que los quince mil pesos irían á parar á manos de Manuel, quien los disiparía, como tenía de costumbre, y la expedición de Peralta se vería burlada. Sin embargo, acordaron tener una conferencia con Rafael Quesada.

Hablando Aguilera con Hilario Cisneros sobre la llegada de Rafael Quesada y el proyecto de fusión de la expedición de éste con la de Peralta, repitió Hilario Cisneros con las mismas palabras de Mayorga: "no hay negocio bueno con hombre malo" refiriéndome á Manuel de Quesada y añadió que sabía que Melchor Agüero había llevado cartas de la señora del Presidente, de la señora Ana Betancourt y otras personas, ponderando la inutilidad de los actuales Representantes de Cuba en el extranjero y pidiendo invistieran de ese cargo á Manuel Quesada. Añadió Cisneros que si los solicitantes llegaban á conseguir sus deseos, lo que no dudaba, porque Carlos Manuel de Céspedes oía mucho á su esposa, se hundiría la causa de Cuba en el extranjero.

Reunidos en la oficina de la Agencia Ramón Céspedes, Mayorga, Rafael Quesada, Peralta y Aguilera par tratar de la proyectada fusión de las expediciones de Rafael Quesada y Peralta, dijo Mayorga que ese era un asunto que incumbía más bien á Peralta y R. Quesada y no á ellos, lo que aprobado por Aguilera, comenzaron aquellos á tratar la materia. Después de repetir Rafael Quesada las conveniencias del proyecto, dijo que Peralta lo acompañaría á Colón, mantendría el dinero en su poder y se entendería en hacer todos los pagos, pero con la condición de que fueran quince mil posos los que llevara y nada menos, porque había que hacer varios gastos indispensables que enumeró y eran de mucha consideración. Durante toda la discusión, Mayorga, Aguilera y Ramón Céspedes no dieron opinión para dejarlos en completa libertad. Peralta quedó en pensar las proposiciones de R. Quesada hasta el día siguiente.

CAPITULO XXXV

MAYO 1872

CAMPAÑA PRESIDENCIAL EN LOS ESTADOS UNIDOS.—EL GENERAL GRANT Y EL DR. ORACE GREELEY LOS CANDIDATOS.—MR. GREELEY, DEMOCRATA AMIGO DE LOS CUBANOS.—ESTOS PARTIDARIOS DE SU CANDIDATURA.—AGUILERA QUIERE FELICITAR A MR. GREELEY POR SU TRIUNFO EN LA CONVENCION.—SU IDEA ES APROBADA.—RAVELLO LE INDICA VISITEN TAMBIEN A MR. DANA.—ACUERDAN LA VISITA PARA DOS DIAS DESPUES.—ECHEVERRIA CONTRARIO A LA FUSION DE PERALTA CON QUESADA.—INDICA QUE DEBEN FELICITAR A MR. GREELEY.—AGUILERA LE DICE TIENE ACORDADA LA VISITA CON RAVELLO.—ECHEVERRIA PROPONE A ALDAMA COMO PERSONA MAS CARACTERIZADA.—SE OFRECE DEJAR SATISFECHO A RAVELLO.—AGUILERA Y R. CESPEDES ACEPTAN A ALDAMA.—ESTE RECLAMA A AGUILERA CIERTAS CANTIDADES EN BONOS.—AGUILERA NO TIENE MANERA DE COMPROBAR ESA DEUDA.—SE EXCUSA DE DAR EL CERTIFICADO.—OCURRE A F. FUENTES PARA QUE LE HAGA LA CARTA DENEGATORIA.—P. CESPEDES SE QUEJA DE QUE AGUILERA Y R. CESPEDES LO MIREN CON INDIFERENCIA.—P. CESPEDES ENCARGADO DE FISCALIZAR LOS ACTOS DE AGUILERA Y R. CESPEDES.—P. CESPEDES EN LA SOCIEDAD DE LABORANTES.—ESTUPENDAS DECLARACIONES QUE HACE.—LOS CUBANOS ANTROPOFAGOS.—AGUILERA SE PROPONE REPRENDERLO

Agitábase en esa época la campaña electoral para la Presidencia de los Estados Unidos. Eran los candidatos, por el partido Demócrata, el Dr. Horace Greeley, director y propietario del periódico, "The New York Tribune," hombre popular, de costumbres sencillas y amigo de los cubanos. Por el republicano, que estaba en poder, se proponía la reelección del General Ulises S. Grant, actual Presidente. Como la administración del Presidente Grant había resultado tan contraria á la causa cubana, debido en gran parte á la animadversión de su Secretario de Estado, Mr. Hamilton Fish, los cubanos deseaban que se efectuara un cambio, y con ese motivo querían el triunfo del candidato demácrata, Mr. Greeley, del que esperaban mucho favorable para Cuba.

Habiéndose reunido por aquellos días la Convención del Partido Democrático en la ciudad de Cincinati, en la que triunfó la candidatura de mister Greeley, pensó Aguilera que sería un acto político manifestar al candidato demócrata sus simpatías desde temprano, para caso que fuera elegido Presidente, como se esperaba, tener ese mérito que alegar en favor de su causa. En cuanto al candidato contrario, General Grant, no temía que pudiera tomarlo á mal, pues nada esperaba de él favorable para Cuba.

Como hubiese hablado Aguilera á Ramón Céspedes y otras personas del asunto, y todos lo hubiesen aprobado, quiso consultar también á Ravello, que como americano, estaba más al corriente de las costumbres del país. Al preguntarle Aguilera si le parecía conveniente que Ramón Céspedes y él, como representantes de la República de Cuba, fuesen á visitar á mister Greeley por su triunfo en Cincinati, contestó Ravello que indudablemente era muy conveniente, pues la candidatura de Greeley era la que más probabilidades tenía de triunfar. Agregó que no sólo debían visitar á mister Greeley sino también á mister Charles A. Dana, director y propietario del periódico "The Sun", que tan buenos servicios prestaba á la revolución con su periódico y tan entusiasta era por la causa de los cubanos. Manifestóse Aguilera dispuesto á ello y habiéndoseles reunido Ramón Céspedes é informado del asunto, acordaron con Ravello que dos días después, á las doce, los aguardaría éste en la oficina de "The Sum" para que los acompañase á la visita de Mr. Dana, sirviéndoles de introductor é intérprete. Después irían á visitar á Mr. Greeley.

Poco después fué Echeverría á la oficina y hablando de la llegada de Rafael Quesada y del proyecto de fusión de las expediciones de Peralta y Quesada, se mostró contrario á ella por no prestarle garantías Quesada.

Manifestó después Echeverría á Aguilera y Ramón Céspedes que sería muy conveniente que fuesen como Representantes de Cuba á felicitar al doctor Greeley. Contestó Aguilera que hacía poco había hablado con Ravello del asunto y habían convenido que la visita se efectuase dos días después, siendo el introductor é intérprete el mismo Ravello. Dijo Echeverría que Ravello era una persona de muy buenas circunstancias y amante de la causa de Cuba; pero que no lo creía bastante caracterizado para acompañarlos en una misión de esa clase. Que él había hablado con Aldama sobre el particular, y éste le dijo que no tenía inconveniente en acompañar á Ramón Céspedes y Aguilera á la visita y servirles de intérprete. Contestaron que no tenían otra dificultad para aceptar á Aldama, que el compromiso que habían hecho con Ravello. Dijo Echeverría que éste no tendría á mal que lo sustituyera Aldama, y que si lo autorizaban, hablaría con Ravelo y arreglaría el asunto, dejándolo satisfecho. Accedieron y quedó Echeverría en hablar con Ravello y con Aldama, dejar arreglada la visita á Greeley, y que la de Dana la hiciesen acompañados de Ravello.

A pesar de que Aldama se mostraba tan esquivo, aceptaron su ofrecimiento, en primer lugar para no dar motivo á que dijera que se retraía de la causa de Cuba, por el desvío con que lo trataban Aguilera y Ramón Céspedes, y segundo, porque creyeron que así haría mejor efecto la visita, patentizando la buena armonía que había entre los Representantes entrantes y el saliente.

Como Aldama reclamase á Aguilera siete mil novecientos pesos en bonos que arrojaban los libros á su favor y además, cerca de cien mil pesos en bonos también, que decía había suplido en varias partidas para las expediciones de Quesada. Aguilera, que no tenía conocimiento de esas operaciones, ni dónde ocurrir por datos y por otro lado, no quería dar motivo de disgusto á Aldama, resolvió mandarle un certificado por los siete mil novecientos pesos, basándose en lo que decían los libros, y con respecto á los cien mil pesos, dirigirle una carta muy atenta diciéndole que no podía darle certificado de esa cantidad porque no tenía ningún dato en que fundarlo.

Temiendo que esta negativa de su parte, pudiera servir para darse por ofendido Aldama, encargó Aguilera la redacción de la carta á Félix Fuentes, muy amigo de Aldama, recomendándole que fuese lo más satisfactoria posible y que no tuviera ningún concepto que pudiera disgustar á don Miguel (Aldama). Se proponía Aguilera con esta conducta, que si Aldama se quejaba de los términos de la carta, podría decirle que no era obra suya, sino de uno de sus mejores amigos. Por estos hechos podrá juzgarse de la delicadeza y precauciones con que tenía que obrar Aguilera para no lastimar la suceptibilidad de aquel hombre, tanto más exquisita cuanto que era estudiada, pues lo que deseaba era un pretexto en qué fundar la actitud retraída que había tomado respecto á la causa de Cuba.

Refirió Ramón Céspedes á Aguilera que aquella mañana había estado Pedro Céspedes en su habitación, manifestándose muy enojado, porque él y Aguilera no lo habían presentado á las personas notables de la emigración, mirándolo con la mayor indiferencia. Se excusó Ramón Céspedes con las muchas atenciones de Aguilera y de él y le dijo además que él, (Pedro Céspedes) por sus antecedentes, no necesitaba de presentación para ocupar un lugar distinguido entre los emigrados.

Ya antes había manifestado Manuel Anastasio lo mismo á Aguilera, diciéndole que Pedro Céspedes, en medio de su resentimiento, le había dicho que Aguilera y Ramón Céspedes hacían mal en observar esa conducta, pues ambos estaban sujetos á los informes que él diera de ellos y de sus operaciones.

También le manifestó Miguel Luis, que Pedro Céspedes había asistido á una

sesión de la "Sociedad de Laborantes" y hablando del estado de la insurrección, seguramente con objeto de patentizar que era invencible y que los cubanos no podían flaquear por falta de recursos, había tenido la estupenda idea de decir que los insurrectos no podían carecer nunca de alimentos, porque en último caso se comerían á los españoles, como ya lo había hecho un soldado del ejército cubano. Manifestó Miguel Luís el espanto de los que tal cosa oyeron y dijo Aguilera que tenía que decir á Pedro Céspedes que se dejara de propalar semejantes absurdos, pues los periódicos españoles no tendrían más que publicar tales aberraciones para desacreditar á los cubanos por todo el mundo civilizado.

CAPITULO XXXVI

MAYO 1872

AGUILERA Y R. CESPEDES REUNEN A VARIOS CUBANOS PROMINENTES.—LES EXPONEN LA CONDUCTA DE R. MARTINEZ.—OPINION DE ECHEVERRIA.—TODOS ESTAN DE ACUERDO CON ELLA.-SOLO MAYORGA DISIENTE.-SE ACUERA VALERSE DE FELIX GOVIN.—CONFERENCIA DE PERALTA CON R. QUESADA.—FRACASA LA FUSION.—J. M. MACIAS Y EL VIAJE A EUROPA.—DICE ES UNA IMPRUDENCIA SEPARARSE DE NEW YORK.—LOS ENEMIGOS DE AGUILERA TRABAJAN POR DERRIBARLO.—ESTE NO LES TEME.—SU PLAN ES SERVIR A CUBA.—IRA A EUROPA.—REUNIRA ELEMENTOS PARA UNA BUENA EXPEDICION.—LA SRA. DEL PRESIDENTE.—ACUSA A R. CESPEDES Y AGUILERA DE ESTAR DE ACUERDO CON LOS TRAIDORES.—R. CESPEDES SE INDIGNA.—NI CARLOS MANUEL DE CESPEDES MAS PATRIOTA QUE ELLOS.—CONFERENCIA CON F. GOVIN.—LE EXPONEN EL ASUNTO DE LOS BONOS CON MARTINEZ.—SE ADMIRA DE LA RESERVA DE ESTE.—LES OFRECE ARREGLAR EL ASUNTO.—.—AGUILERA Y R. CESPEDES VAN A VISITAR A MR. DANA.—ESTE ESTA AUSENTE.—RAVELO SE EXPRESA RESPECTO A ALDAMA EN TERMINOS DEFAVORABLES.—AGUILERA Y R. CESPEDES DECIDEN QUE MR. DANA LOS PRESENTE A MR. GREELEY.—COMUNICACION DE ALDAMA REMITIENDO LOS LIBROS A AGUILERA.—CANTIDADES CON QUE CONTRIBUYO ALDAMA AL PRINCIPIO DE LA REVOLUCION.—FUE SU SEÑOR PADRE QUIEN LAS DIO.—MUERTO ESTE ALDAMA HACE UN NUDO A SU BOLSA.—AGUILERA RECIBE MIL PESOS DE CAYO HUESO.—DISTRIBUCION QUE HACE.—PENSIONES QUE PAGABA AGUILERA.—RESPUESTA A LA ACUSACION QUE SE HACIA A ESTE.—DILAPIDO EN PENSIONES LOS DINEROS DE LA CAUSA.

Después de convenir Aguilera, Ramón Céspedes y Mayorga, en los cubanos de buen consejo á quienes consultarían el procedimiento más adecuado para extraer de poder de Ramón Martínez los treinta millones de pesos en bonos cubanos que se negaba á devolverles; siendo éstos José A. Echeverría, José Manuel Mestre é Hilario Cisneros, los citaron para una reunión en la habitación de Aguilera á las doce del día. Concurrieron ellos y principió la sesión. Comenzó Ramón Céspedes haciendo historia de la negociació de bonos con Martínez y amplió Aguilera ciertos puntos importantes, concluyendo por decir el peligro que corrían, de que en tan largo tiempo fuese á ser reconocida la beligerancia por cualquier otro motivo ajeno á la negociación, y entonces Ramón Martínez y su asociado se apoderarían de los treinta millones con grave perjuicio para la patria.

Larga fué la discusión que siguió, hasta que expresó su opinión Echeverría en los términos siguientes: No era conveniente anular los bonos, porque eso no eximía á Aguilera y Ramón Céspedes de responsabilidad, caso de que apareciese que se habían negociado algunos. Debían agotar todos los medios pacíficos y conciliatorios. Se valdrían de Félix Govín, que era muy amigo de Martínez, yendo acompañado de aquél á pedir á éste, primero la entrega de los bonos: si Martínez no accedía se le daría el plazo de dos meses más que solicitaba, previo recibo de los bonos; y si tampoco accedía, entonces se le otorgaría el plazo hasta el treinta de Junio sin re-

cibo. Vencido éste, le reclamarían otra vez la entrega, pero ya con la autoridad del testigo que había intervenido en el asunto, que era Félix Govín, íntimo amigo de Martínez y á quien éste no podía recusar. Si vencido el mes de Junio, Martínez se negaba otra vez á dar los bonos, entonces verían el partido que debía adoptarse.

Con respecto al recibo, dijo Echeverría que podían hacer dos documentos: uno que expresase que los depositarios eran Aguilera y Ramón Céspedes y los bonos pasarían á ser propiedad de Martínez, siempre que para el día 30 de Junio se hubiese reconocido la beligerancia de los cubanos. Se depositaría este documento junto con los bonos en un banco, como valores, en un paquete sellado. En otro documento se obligarían á retirar el paquete de valores, en un plazo señalado, ateniéndose á las condiciones expresadas en el documento depositado con el mismo paquete. Este segundo documento se haría por duplicado, guardando el suyo cada parte.

Dijo Echeverría que así se había hecho en tiempo de Morales Lemus, en una negociación semejante, sin peligro de ninguna clase y creía que ese medio tranquilizaría á Martínez, porque el primer documento, que era el importante, era imposible que sufriera extravío.

Mestre apoyó la opinión de Echeverría, diciendo además que si Ramón Céspedes y Aguilera hacían la declaratoria de nulidad de los bonos por los periódicos Martínez podría hacerlos responsables ante la emigración de haber fracasado el reconocimiento de la beligerancia por la violencia con que habían procedido.

Agregó Hilario Cisneros que tanto él como Morales Lemus, Echeverría y Mestre habían sido juzgados ya de esa manera es un caso semejante.

Mayorga opinó que el compromiso con Martínez estaba más que vencido, por haber cursado tres meses en vez de los dos del convenio, y por consiguiente, debía exigírsele la devolución de los bonos, y si se negaba debían anularse éstos por los periódicos.

Aguilera que abrigó esta idea al principio y que pensando llevarla á efecto rompió con Martínez, después, en virtud de las razones expuestas por Echeverría, Mestre y Cisneros, comprendió que el proceder que ellos aconsejaban era más cuerdo, y resolvió adherirse á él. Ramón Céspedes fué de esta misma opinión y resolvieron ir á hablar á Govín aquella noche.

Poco después de concluída esta reunión llegó Peralta y dijo á Aguilera que había tenido lugar su conferencia con Rafael Quesada. Este se había presentado en su casa acompañado de don Carlos del Castillo, quien para animarlo á que cerrara trato con Quesada, le dijo que Aguilera y Mayorga lo estaban engañando, que nunca llegarían á despacharlo para Cuba, y finalmente, que si él no conocía á Mayorga. La fusión no se había efectuado porque Quesada no quiso ó no pudo hacer un presupuesto aproximado de los gastos que tendrían que hacer para sacar la expedición, y Peralta no quiso lanzarse á ciegas.

Así que se marchó Peralta, por la tarde, llegó Juan M. Macías y dijo á Aguilera que había visto á la señora del Presidente hablando con Ramón Céspedes en la sala. Preguntó á Aguilera qué había de su proyectado viaje á Europa y éste contestó que solo esperaba despachar á Peralta para emprenderlo. Dijo Macías que si no consideraba imprudente su ausencia de esa ciudad, cuando tenía entendido que se trabajaba por quitarle la Agencia y dársela á Quesada. Contestó Aguilera que hacía tiempo se trabajaba en ese sentido; pero él se había trazado un plan de conducta que seguiría y era: servir la causa de la revolución y hacer todo lo que creyera beneficioso á ella. El Gobierno le mandaba llamar con prematura y él había contestado que antes iría á Europa, donde contaba reunir recursos de consideración para formar una buena expedición y con ella ir en auxilio de sus hermanos.

Dijo Macías que consideraría la causa de Cuba perdida si se le daba la dirección de los negocios á Quesada, y mucho temía que eso sucediera porque lo habían informado de la gran influen-

cia que tenían ciertas personas con el Presidente Céspedes.

Después de Macías, estuvo Fernández Criado en la habitación de Aguilera, y ya de noche llegó Ramón Céspedes á buscarlo para ir á hablar á Félix Govín, según habían convenido aquel mismo día.

Por la calle preguntó Aguilera á Ramón Céspedes para qué asunto había estado á verlo la señora del Presidente. Contestó aquél que se le había presentado diciendo sabía que él y Aguilera habían tenido una reunión con Echeverría, Mestre, Hilario Cisneros y Mayorga, (la reunión para los bonos con Martínez) la que, indudablemente, tenía por objeto desbaratar el proyecto de fusión de las expediciones de su hermano Rafael y Peralta; y que tuviera entendido que corría la voz de que ellos estaban trabajando de acuerdo con "los traidores" para implantar la "autonomía" en Cuba.

A pesar de su calma característica, Céspedes se indignó ante tan brusco é infundado ataque y contestó á la señora que ni su marido podía ser más patriota que ellos. Que estaba muy mal informada, porque si era cierto que aquel día habían tenido una reunión con los individuos nombrados, el motivo fué muy ajeno á su hermano Rafael, y lo probaba, que mientras ellos estaban en la referida reunión en la habitación de Aguilera, su hermano Rafael estaba con Peralta, en casa de este último, discutiendo con toda libertad su proyecto de fusión. Que tan distante estaba Aguilera de hacerle la oposición al referido proyecto, que el mismo Aguilera fué quien lo propuso á Rafael Quesada el primer día que habló con él, y luego lo propuso también á Peralta. Le dijo que el motivo que hacía imposible la fusión, era que su hermano Rafael no tenía tal expedición, puesto que decía le faltaban quinientos rifles y quince mil pesos, cuando antes había dicho que sólo necesitaba seis mil pesos para salir inmediatamente para Cuba. Como, por otra parte, Peralta sí tenía ya su expedición lista, por este motivo ellos estaban dispuesto á despachar á Peralta solo.

Por todo comentario á este incidente pone Aguilera así en su diario: "¡Qué buenos espías nos tienen puestos los quesadistas, cuando antes de dos horas ya estaba aquí la señora, sabiendo de la junta que habíamos tenido!"

Llegaron Aguilera y Ramón Céspedes á casa de Félix Govín. Después de haberle explicado el asunto que los llevaba, se mostró admirado Govín de que siendo Martínez tan amigo suyo, no le hubiera hablado nunca de esa negociación. Convino en que tenían razón y les ofreció que trataría de hacer entrar por buen camino á Martínez. Dijo se valdría de astucia, se daría por sentido de que hubiese guardado con él tal reserva, diciéndole que hacía mucho tiempo que lo sabía. No le diría que ellos se habían visto con él.

Manifestó que de esa manera lograría que Martínez se lo revelase todo, y entonces le haría ver la razón que tenían Ramón Céspedes y Aguilera en exigirle un comprobante de haber depositado en su poder esa importante cantidad de fondos de la patria. Haría ver á Martínez que debía dárselo tanto más cuanto ellos, (Ramón Céspedes, Aguilera y Martínez) debían marchar siempre de acuerdo, porque así convenía á los intereses de Cuba.

Dijo que adoptaba ese sistema porque conocía á Martínez y sabía que era muy susceptible y caprichoso; pero que con respecto á su honradez y buena fe, él las garantizaba bajo todos conceptos; últimamente dijo que dejaran ese asunto en sus manos, que se encargaba de arreglarlo satisfactoriamente para todos. Al despedirse lo hizo Govín con la mayor finura, repitiendo varias veces que dieran el asunto por terminado favorablemente.

Al día siguiente, al dirigirse á la oficina Aguilera y Ramón Céspedes, encontraron en el tranvía á Aldama. Le dijeron que iban á visitar á mister Charles A. Dana, y así que concluyeran lo irían á buscar á su oficina para que los acompañase á la de mister Greely, según lo convenido con Echeverría. Frente al parque del Ayuntamiento se separaron, yendo ellos á la redacción de

"The Sun". Encontraron á Ravello en su oficina, lo instruyeron de lo que habían acordado con Echeverría, y les manifestó aquél que no había visto á éste y por consiguiente, nada sabía de la nueva determinación.

Dijo Ravello que había hablado con mister Dana y le manifestó que ellos querían ser presentados á mister Greeley, y no considerándose él (Ravello, con bastante representación para ese acto, ellos le habían pedido que indagase con él (mister Dana), si tenía la bondad de encargarse de la presentación, servicio del que le quedarían muy reconocidos. Mister Dana contestó que tendría mucho gusto en complacerlos.

Mucho les encareció Ravello la influencia que aquel acto podía tener para la causa de Cuba en tiempo quizás no remoto, porque si mister Greely era elegido Presidente, lo cual era muy probable, era fácil que hiciera cargo á mister Dana de la Secretaría de Estado.

La presentación no pudo tener efecto ese día, porque mister Dana no fué á su oficina; así les manifestó Ravello y les dijo que les avisaría cuando pudiera ser.

Con respecto á Aldama, les habló Ravello en los términos más desfavorables. Les dijo que estaba muy desacreditado hasta con los americanos, por la actitud mezquina que había adoptado respecto á la causa de su país; muchos pensaban que estaba en inteligencia con el Gobierno español para que le devolviera sus bienes embargados en Cuba. Dijo que á ellos no les haría ningún favor ir acompañados de Aldama á visitar á mister Greeley, tal era el desprestigio en que había caído por las razones expuestas.

Se recordará que el mismo Ravello manifestó una vez á Aguilera, con mucho misterio, después de una larga conferencia con Aldama, que tenía que ractificar su opinión respecto á éste. Aldama le había dicho que iba á hacer la independencia de Cuba antes de ir á Europa, despachando la expedición de Peralta y otras más, etc. El engaño es arma de dos filos que con frecuencia hiere á quien la maneja. Esta pasaba á Aldama con Ravello.

No dejaron de hacer fuerza en Aguilera y Ramón Céspedes las razones de Ravelo, por lo tanto, decidieron excusarse con Aldama y que fuera mister Dana su intructor.

Se dirigieron á la oficina de Aldama según habían convenido con éste; no lo encontraron allí, ni tampoco les dejó ninguna excusa, lo que no extrañó á Aguilera, pues Aldama nunca había pecado de formal con ellos.

Fueron á la oficina de la Agencia y encontró Aguilera una comunicación de Aldama, anunciándole el envío de los libros de cuentas de la Agencia. Como estos libros se los hubiese entregado ya Manuel J. Izaguirre desde 17 de Abril y estuviesen á ocho de Mayo, le pareció divertido á Aguilera la exactitud y formalidad con que procedía Aldama en los asuntos relativos á la causa. En la comunicación pedía Aldama que se nombrase una comisión para que examinara los referidos libros y le diese Aguilera un certificado del dictamen de dicha comisión.

Mucho se alegró Aguilera de haberse anticipado á los deseos de Aldama, pues ya los libros desde muchos días antes estaban en poder de Félix Fuentes y Mayorga para su examen.

Tenía Aguilera curiosidad de saber el resultado de ese examen, porque habiéndole dicho Manuel J. Izaguirre que por los libros constaba que Aldama había dado doscientos mil pesos para la causa de Cuba, se le hacía duro creer que un hombre que se mostraba tan mezquino, hubiese podido tener ese desprendimiento. Por otra parte, algunas personas habían asegurado á Aguilera que las cantidades con que aparecía haber contribuído Aldama al principio de la revolución, realmente no habían sido dadas por él, sino por su señor padre don Domingo, que era hombre de otra clase; amando la tierra de su esposa y de su hijo, había querido que éste contribuyese cual debía á la regeneración de su patria. Después de muerto su señor padre en New York, en Abril de 1870, Aldama había echado un nudo á su bolsa y se había negado á dar más dinero para la causa de Cuba.

Vieron después Aguilera y Ramón Céspedes á Echeverría, le dijeron lo pasado con Aldama y que por medio de Ravello habían conseguido que su introductor á mister Greely fuera mister Dana, por lo que ya no tenían que molestar á Aldama. Le recomendaron al mismo tiempo que dijera á éste lo ocurrido. Echeverría ofreció hacerlo así y les dijo que no podían haber encontrado mejor introductor que mister Dana.

Recibió Aguilera mil pesos del Agente de Cayo Hueso, y antes de pasar adelante vamos á decir algunas palabras respecto al resultado de la reorganización establecida por él en la emigración de ese y otros lugares.

Era la emigración de Cayo Hueso la que mayores auxilios pecunarios proporcionaba á la Agencia. Existían allí varias sociedades patrióticas, compuestas de obreros pobres, dedicados á la elaboración del tabaco, que libraban por ese medio su subsistencia y cumplían con sus deberes de patriotismo, por más que para ello hubieran de sacrificar el bienestar de sus familias.

Entre las sociedades allí existentes era la más importante, la "Asociación Cubana del Sur", que enviaba á la Agencia unos setecientos pesos mensuales. Otra sociedad también importante era la de "Obreros de la Libertad", que producía unos doscientos cincuenta pesos, existiendo otras sociedades, que no por ser menor el agregado de las cuotas contributivas de sus asociados, era menos el patriotismo y la abnegación de éstos. La emigración de Cayo Hueso enviaban á la Agencia más de mil pesos mensuales, producto de sus diferentes sociedades y era esta la entrada más fija y considerable que tenía la misma Agencia.

Le seguía en importancia la de New York, donde existían sociedades como "La Auxiliadora", que contribuía con unos cuatrocientos pesos mensuales, la de "Laborantes", con ciento cincuenta pesos; "Las Hijas de la Liga", "Sociedad Patriótica de Señoras", etc., produciendo todas juntas más de seiscientos pesos mensuales. En Nueva Orleans estaba la "Sociedad del Tabaco", que recolectaba cerca de cien pesos mensuales. Existían, además, sociedades patrióticas en Filadelfia, Baltimore, Campeche, etc., cuyas cuotas contributivas eran de menor importancia, en razón de ser menos numerosa la emigración. Puede calcularse que en la época á que nos referimos, las entradas de la Agencia, por el concepto de todas estas sociedades, eran cerca de dos mil pesos, única suma fija que tenía Aguilera para hacer frente á los gastos corrientes de la Agencia y sacar á esta de los compromisos con que vino á sus manos.

Dijimos que había recibido Aguilera mil pesos del Agente de Cayo Hueso, y recordando las mil angustias que pasó el mes anterior, por haber entregado á Mayorga, íntegra la mensualidad de ese lugar, para auxiliarlo en uno de sus conflictos por el "Hornet", decidió que esa vez no le pasara lo mismo, y á ese efecto distribuyó la cantidad recibida de la manera siguiente:

Entregó á Ramón Céspedes ciento cincuenta pesos para la señora del Presidente, que hacía ya varios días le había mandado su recibo de aquel mes, diciendo que le urgía el dinero; le dió también ciento cincuenta pesos para su mesada de él, tomó otros ciento cincuenta pesos por la suya, dió sesenta pesos á José María Izaguirre, que hemos dicho había sucedido á su hermano Manuel en la contaduría de la Agencia; sesenta pesos á Pedro Céspedes á cuenta de lo que había ofrecido darle; cien pesos á Néstor Ponce de León por una cuenta atrasada, y veinticinco pesos de subvención al periódico "La Revolución"; total, seiscientos noventa y cinco pesos. El resto de trescientos cinco pesos lo entregó á Mayorga para que lo abonara á la cuenta del "Hornet".

Hemos querido consignar este detalle de las pensiones que pagaba Aguilera, que abraza todas las que mensualmente satisfacía, para contestar uno de los cargos que se le hacían entonces y aún quizás haya hoy quien los crea bien fundados, de que Aguilera, en pagar pensiones y mantener parásitos había dilapidado las cuantiosas sumas que vi-

nieron á sus manos. Si descontamos los cien pesos abonados á Ponce de León y los sesenta pesos á Pedro Céspedes, por ser extraordinarios, esas pensiones quedan reducidas á quinientos treinta y cinco pesos.

En cambio, cuando llegó á New York, el importe de las pensiones que abonaba Aldama, ascendía á unos dos mil quinientos pesos, y no hemos oído á nadie hacer á Aldama la acusación que se hace á Aguilera.

CAPITULO XXXVII

MAYO 1872

VISITA A MR. DANA.—FRACASO DE LA FUSION DE QUESADA Y PERALTA.—NUEVA SOCIEDAD.—AGUILERA LA APRUEBA.—MEMORIA QUE ESCRIBIA PEDRO CESPEDES.—AGUILERA Y R. CESPEDES DE MAS EN SUS PUESTOS.—AGUILERA DISCULPA A P. CESPEDES.—JOSE I. RODRIGUEZ Y EL COMERCIANTE DEL OESTE.—JOSE RAMON AGUIRRE.—SU INSULTANTE ACTITUD PARA CON AGUILERA.—ESTE LO DESPIDE DE LA OFICINA.—AGUIRRE SE NIEGA A SALIR.—AGUILERA LO INVITA A QUE SALGA CON EL.—AGUIRRE SE APRUDENTA.—DA SUS EXCUSAS A AGUILERA.—LE EXTIENDE SU MANO.—JUAN M. MACIAS Y EL EMPRESTITO.—SE PROPONE REUNIR CIEN MIL PESOS ENTRE LOS EMIGRADOS.—QUINIENTAS MIL LIBRAS ENTRE LOS CAPITALISTAS INGLESES.—AGUIRRE VA A VER A MAYORGA Y PERALTA.—PRESUPUESTO DE AGUIRRE.—MAYORGA Y EL VAPOR "FANNIE".—PIDEN A PEDRO FERNANDEZ CRIADO $7.000.—R. QUESADA SE SINCERA CON AGUILERA.—LE PIDE AUXILIO DE DINERO Y BONOS.—PREPARATIVOS PARA LA SEGUNDA EXPEDICION DEL "FANNIE".—VENTA DEL VAPOR "HORNET."

Por la noche fué Ravello á la habitación de Aguilera á decirle que mister Dana sintió mucho no haber ido aquel día á su oficina para haber tenido el gusto de recibirlo á él y Ramón Céspedes, pero que al día siguiente los esperaba á las doce.

No faltaron Aguilera y Ramón Céspedes á la hora convenida. Ravello los llevó á la oficina de mister Dana, que los esperaba. El recibimiento fué muy cordial y atento. Mister Dana hablaba bastante regular el español, por lo tanto, pudieron entenderse directamente en este idioma. Mostraba mister Dana tanto interés en conocer todos los asuntos concernientes á Cuba, hasta en sus menores detalles, que ellos se vieron precisados á alargar su visita más de lo que requería la etiqueta, así es que duró ésta cerca de una hora. Se despidieron muy afectuosamente, mister Dana les dijo que tendría mucho gusto en presentarlos á mister Greeley; que le anunciaría su visita y les avisaría por medio de Ravello el día que debiera efectuarse.

Tuvo Rafael Quesada una conferencia con Aguilera y Ramón Céspedes con objeto de informarles del fracaso de sus negociaciones para la fusión con Peralta. Como Quesada se lamentara de que Peralta no estuviera dispuesto á entenderse con él, le contestaron que en ese asunto podían hacer bien poco; Peralta y él, que eran las partes directamente interesadas, eran quienes tenían que resolver.

Le dijeron, por otra parte, que la expedición de Peralta estaba muy adelantada, tanto así, que Mayorga había ido á Baltimore con objeto de contratar el vapor que debía llevarla; y su expedición (de Quesada), presentaba muchas dificultades y demoras, pues habría que llevar de Newk York á Colón las armas y los hombres, y no sabían los tropiezos que encontrarían en la operación. Además, el mismo les había dicho que debían estar preparados, porque probablemente tendría que girar de Colón por seis mil pesos más contra ellos. Por todos estos motivos y en vista de la necesidad de mandar á Cuba inmediatamente materiales de guerra, habían determinado despachar solo á Peralta. Quesada, al fin, quedó convencido con estas y otras razones que le expusieron.

Por la noche se presentó á Aguilera

una comisión de obreros á decirle que pensaban formar una sociedad en la que los asociados se impondrían una cuota semanal que entregarían mensualmente al Agente. Estaban muy disgustados con la sociedad de "Laborantes" porque decían que allí no se hacía más que pronunciar bonitos discursos, sin llegar á nada práctico.

El presidente de la nueva sociedad sería el C. Vicente Bueno. Dijeron que hacía poco había tratado de formarse otra Sociedad, pero ellos no estaban tampoco de acuerdo con ella, porque su objeto principal era publicar otro periódico y creían que no hacían falta más periódicos, porque con "La Revolución" tenían bastante.

Aprobó Aguilera el proyecto y les encareció la necesidad de estirpar entre los cubanos todo germen de discordia. Dijo que uno de los empeños de los españoles para vencer la revolución era establecer la división entre los cubanos; que desgraciadamente lo habían conseguido en el extranjero, aunque no habían podido lograrlo entre los que militaban en el campo; por lo tanto, era indispensable que tratasen por todos los medios posibles de que no hubiera desavenencias entre ellos para que, trabajando todos unidos, consiguieran fácilmente el objeto que se proponían.

Dijo Manuel Anastasio á Aguilera que había visto una especie de memoria que estaba escribiendo Pedro Céspedes, en la que trataba de probar á Aguilera y Ramón Céspedes, que tanto ellos dos como él mismo (Pedro Céspedes), estaban de más allí, y por lo tanto Aguilera debía resignar su cargo en cualquiera de las sociedades de esa ciudad, Ramón Céspedes el suyo en otra persona, y marcharse los dos con él á Cuba libre. Agregó Manuel Anastasio que Pedro Céspedes estaba muy enojado porque Aguilera ni Ramón Céspedes le habían dado participación en los negocios en que se ocupaban y decía que traía el encargo de informar al Gobierno de los operaciones que ellos practicaran.

Aguilera, que no tomaba en serio tales cosas, por más que comprendiera la mala intención que llevaban, no hacía responsable de ellas á Pedro Céspedes, á quien consideraba un patriota sencillo y de buena fe, que llegaba ciego á aquel hervidero de pasiones y de miserias. A quienes hacía responsables era, á los que, valiéndose de sus relaciones de familia, lo tomaban como instrumento inconsciente para llevar adelante sus fines egoístas.

Mayorga, que había ido á Baltimore, como hemos dicho, á su regreso á New York dijo á Aguilera que casi había cerrado trato por el vapor "Fannie", comprometiéndose abonar quince mil pesos, dando ocho mil al contado, y siete mil á cuatro meses plazo.

Mayorga esperaba un telegrama del dueño del barco, diciéndole si admitía ó no la garantía que le había propuesto. Si admitía, debía volver á Baltimore á probar el vapor y ver si andaba las nueve millas del convenio. Para no despertar sospechas, la venta se mantendría secreta hasta después de salir el vapor con la expedición.

Recibió Ramón Céspedes una carta de José Ignacio Rodríguez, de Washington, en que refería la conferencia que tuvo con un distinguido comerciante de los Estados del Oeste. Decía Rodríguez que los comerciantes del Oeste de los Estados Unidos eran los más interesados en el comercio de Cuba, y, por lo tanto, debía trabajarse, no sólo para que influyeran en el reconocimiento de la beligerancia, sino para que auxiliaran á la causa con recursos materiales. En su concepto debía nombrarse un comisionado entendido, provisto de los datos estadísticos necesarios, que se situase en San Luis y se pusiese en contacto con los referidos comerciantes. Opinaba Rodríguez que esos Estados tenían mucho peso en la balanza política del país, que el Presidente Grant estaba haciendo grandes esfuerzos por atraérselos, y que si los cubanos obraban con prontitud y acierto, quizás sería ese el medio para hacer cambiar de rumbo al Presidente respecto á los asuntos de Cuba, con el fin de obtener su reelección. Decía que era muy importante que Aguilera y Ramón Céspedes fueran á Baltimore donde también iría el comerciante de referen-

cia, para que tuvieran allí una conferencia á ver si acordaban algo beneficioso para Cuba. Como Aguilera y Ramón Céspedes tuviesen el mejor concepto respecto al buen juicio de Rodríguez, decidieron que le contestara Ramón Céspedes que esperaban su aviso para trasladarse á Baltimore.

Estando Aguilera en la oficina de la Agencia con Juan M. Macías, llegó José Ramón Aguirre, furibundo quesadista, y después de saludar con marcado desenfado, se dirigió á Aguilera diciéndole que iba á saber cuál era el motivo porque se oponía á la fusión de las expediciones de Rafael Quesada y Peralta.

Contestó Aguilera que muy lejos de oponerse, él había sido el primero en proponerla á Quesada.

Dijo Aguirre que Peralta le había dicho que si Aguilera le ordenaba la fusión, la haría, y era necesario que la fusión se llevase á efecto. Contestó Aguilera que también le había dicho Peralta que haría la fusión si se lo ordenaba; pero en obediencia á la representación del Gobierno y bajo protesta. Además, después habían encontrado que la fusión iba á ser perjudicial, porque Peralta tenía su expedición casi lista para salir y la de Quesada estaba muy atrasada, faltándole mucho dinero y materiales de guerra.

Replicó Aguirre que le iba á pasar una comunicación para que le contestase por escrito las razones en que fundaba su oposición. Preguntó Aguilera que con qué carácter le dirigiría esa comunicación. Contestó Aguirre que con la de un patriota que había hecho mil sacrificios por Cuba.

Dijo Aguilera que ese era un asunto que correspondía á Rafael Quesada ventilarlo con él, ya éste, en la última conferencia que tuvieron, había quedado convencido de las razones que le había expuesto, y no sabía por qué motivo lo tomaba como "vocabulario" para traerle ese mensaje.

Al oir la última expresión, Aguirre se alborotó y vertió varias frases inconvenientes. Aguilera que también estaba molesto ya al ver la presunción y el arrojo de Aguirre, le dijo que si no había de estar allí con la compostura debida, se marchase de la oficina. Contestó Aguirre que no se iría porque la oficina se pagaba con dinero de la patria y el deber del Agente era atender á todos los asuntos que le llevasen los patriotas, etc. Como Aguilera hubiese perdido ya la paciencia, para sacar de allí al impertinente y hacerlo callar, tomó el sombrero, le dijo que lo siguiera, salió de la oficina y bajó las escaleras. Aguirre obedeció siguiéndolo. Una vez en la calle, Aguilera deteniéndose y poniéndose frente á él, le dijo: "Bien, ya no estamos en la oficina. Aquí repito á usted lo que en ella le dije: Rafael Quesada y yo no necesitamos de su "vocabulario" para entendernos". Aguirre, que parecía haberse calmado ya, contestó á Aguilera que su objeto no había sido molestarlo. Había ido allí tan solo con el deseo de ver si la fusión podía llevarse á efecto, por lo conveniente que sería para la patria que las dos expediciones llegasen juntas á Cuba en breve tiempo, etc. Contestó Aguilera que esa fusión era imposible porque ade más de las razones que le había dado anteriormente, los individuos que contribuían para la expedición de Peralta, no la creían conveniente tampoco. A esto repuso Aguirre con jactancia que ese inconveniente pronto lo salvaría él hablando con esos individuos. Repuso Aguilera que empezara por Mayorga, cuyo escritorio estaba cerca de allí. Aguirre dijo que iría inmediatamente, y al separarse de Aguilera le extendió la mano. Aguilera, que ya se había calmado también, viendo que Aguirre parecía arrepentido de su manera agresiva anterior, cediendo á un impulso de su carácter generoso, no quiso hacerlo pasar por la humillación de un desaire y le abandonó su mano, que Aguirre estrechó.

Pensó Aguilera que aquel lance había sido fraguado por los secuaces de Quesada, valiéndose de un hombre irreflexivo y apasionado como Aguirre, con objeto de violentarlo y que se promoviese un escándalo que tomarían como base para desacreditarlo ante los cubanos y americanos.

Poco después de este incidente llegó Manuel J. Izaguirre á la oficina, sabiendo ya el disgusto de Aguilera. Dijo Izaguirre que eso no era extraño en Aguirre, porque ya una vez había querido irse á las manos con Aldama y después con Hilario Cisneros y aún con él mismo, había estado á punto de tener un choque serio.

Juan Manuel Macías, que había presenciado la escena, llamó aparte á Aguilera y Ramón Céspedes que también llegó después, y les dijo que era necesario que la Agencia se emancipase de una situación que la ponía en peligro de casos semejantes; al efecto, les traía el medio de conseguirlo, que era un empréstito. Su plan, dijo, era el siguiente: Entre los cubanos ricos de Nueva York podían reunirse cuarenta mil pesos, no para invertirlos inmediatamente, sino para ponerlos en depósito. Contando con esta base se mandaría un comisionado á París para reunir allí, de la misma manera, sesenta mil pesos que se depositarían también en un banco. Macías pasaría entonces á Inglaterra donde estaba relacionado con los primeros banqueros. Allí haría una activa propaganda, haciendo ver el estado floreciente de la revolución, lo seguro que era su triunfo y al mismo tiempo promovería un empréstito cubano por quinientas mil libras. Era natural que los banqueros ingleses le dijeran que, habiendo tantos cubanos emigrados ricos en París y en Nueva York, ocurriese á ellos por dinero y esos cubanos no contribuyeran también al empréstito. Macías les contestaría que los cubanos estaban dispuestos á tomar parte en la operación, no sólo como un acto patriótico, sino como una especulación provechosa y pediría á los banqueros solamente quince días de termino para gestionar entre sus paisanos una suscripción. Entonces Macías pasaría á París y luego á Nueva York, y antes de los quince días cablegrafiaría á Londres diciendo que ya tenía reunidos, entre unos cuantos capitalistas cubanos, unos cien mil pesos. Este golpe de efecto no podía menos que hacer buena impresión entre los banqueros ingleses, quienes calcularían que si en tan corto tiempo se había podido reunir esa considerable suma entre los capitalistas cubanos, eso probaba que tenían fe en el triunfo de la revolución y que la causa de Cuba estaba muy potente. Pasaría entonces Macías á Londres donde estaba seguro de que, manejándose de la manera que él se proponía, conseguiría un empréstito de un millon de pesos ó más, con aquellos banqueros que eran todos sus amigos.

Dijo Macías que le había explanado su proyecto á Manuel Casanova y éste lo había acogido con mucho entusiasmo. Para aquella tarde á las tres había citado á Bramosio para hacer lo mismo, y si lograba la cooperación de estos dos, comenzarían inmediatamente sus gestiones para reunir los cuarenta mil pesos de Nueva York.

A Aguilera y Ramón Céspedes les pareció muy bueno el plan de Macías y trataron de alentarlo para que lo pusiera en práctica, ofreciéndole todas las facilidades que por su parte pudieran proporcionarle.

Así que se despidó Macías llegaron á la oficina Mayorga y Peralta diciendo que Aguirre había estado en el escritorio del primero manifestando que acababa de tener un disgusto con Aguilera é iba á verlos á ellos para tratar de arreglar la fusión de las expediciones de Rafael Quesada y Peralta.

Contestó éste que Mayorga ni Aguilera tenían intervención en ese asunto, el que habían dejado á él; y aunque había dicho que si Aguilera se lo ordenaba, haría la fusión, sería protestando, pues no podía prestarse de buen grado á hacerla mientras no le diesen garantías por las cantidades que debía facilitar,

Aguirre trató de convencer á Peralta de las ventajas que le reportaría su unión con Quesada y le hizo el presupuesto siguiente: $5,500 para el enganche de cien hombres, $3,000 para carbón, $1,500 para víveres, $5,000 para imprevistos, total unos $15,000 que eran los mismos que había pedido Rafael Quesada. Por último, para quitarse de encima á Aguirre habían convenido en tener otra reunión.

Recibió Mayorga el parte telegráfico

que esperaba de Baltimore, pero en vez de aceptar el plazo por la mitad del precio del vapor le exigían todo el dinero de contado. Pidió Mayorga dos días para decidirse y le contestaron que solo lo esperaban hasta las cinco de la tarde. Mayorga que tenía vivos deseos de despachar la expedición, y que comprendía que si no aseguraba aquel vapor, mucho tiempo había de pasar para encontrar otro que reuniera tan buenas condiciones, resolvióse á jugar el todo por el todo, y aún sin tener la cantidad que le pedían por el vapor, contestó diciendo que aceptaba y que al día siguiente iría á probar el andar del buque.

Estuvo Ravello en la oficina á llevar á Aguilera y Ramón Céspedes recado de mister Dana. Decía éste que el día siguiente á las tres y media de la tarde los aguardaba en su oficina para tener el gusto de presentarlos á mister Greeley.

Fué Macías á la oficina acompañado de Bramosio á conferenciar con Aguilera y Ramón Céspedes sobre el consabido empréstito. Bramosio llevaba escrito un proyecto que en nada difería del explicado por Macías. Quedó acordado que Ramón Céspedes, Aguilera y Macías hablarían á los cubanos ricos para que se suscribieran, y obtenidos que fueran los cuarenta mil pesos, marcharían como comisionados Bramosio á París y Macías á Londres.

Habiendo aceptado Mayorga el compromiso de comprar el vapor "Fannie" y faltándole siete mil pesos para completar su importe, se reunieron Mayorga, Aguilera, Ramón Céspedes y Peralta para acordar lo que harían. Resolvieron que Aguilera y Julio Peralta fueran á hablar á Pedro Fernández Criado, solicitando de él la cantidad.

Salieron á desempeñar su comisión, y después de haber expuesto Aguilera á F. Criado con toda franqueza la situación crítica en que estaban, comprometidos á comprar de contado un vapor cuando solo podían disponer de la mitad de su costo, y los motivos que los habían obligado á aceptar el compromiso, le suplicaron que los sacara de aquel aprieto facilitándoles los siete mil pesos que faltaban. Al efecto le ofrecieron escriturar á su favor el vapor, ó á favor de cualquier otra persona que eligiese, y así que regresara de la expedición, lo venderían por el mismo precio de costo, reembolsándose los siete mil pesos que supliera. Aunque el vapor se vendiese en mucho menos del costo, tendría derecho á cobrar íntegros sus siete mil pesos. En el evento fatal de que el vapor se perdiese, no perdería los siete mil pesos sino sólo una mitad, por haber logrado Mayorga que una Compañía le asegurase la cuarta parte del valor del buque.

Contestó Criado que sentía mucho no tener disponible la cantidad, para inmediatamente ponerla á disposición de la patria y le refirió las diferentes ocasiones que muy gustoso había contribuído para la causa. Dijo Aguilera que si á él solo no le era posible facilitar la suma, podía asociarse con otro y entre los dos hacer aquel servicio á la patria, pues no les convenía ir tocando con muchas personas para que no fuera á diafanizarse la salida de la expedición. Aceptó Criado buscar un compañero para ver si entre los dos podían reunir la cantidad, y propuso hablarle á Joaquín Delgado. Pareció bien á Aguilera y quedó Criado en hacerlo, y darle aviso del resultado.

Dieron cuenta Mayorga y Peralta á Aguilera de la conferencia que habían tenido con Ramón Aguirre y Casanova, sobre la unión de las expediciones de Quesada y Peralta. Manifestó Mayorga lo adelantada que se encontraba la expedición de Peralta y lo atrasada que estaba la de Quesada, por lo cual no creía conveniente unir ambas.

Dijo Peralta que siendo los fondos de que disponía debidos á varios patriotas que se los habían dado para que los aplicaran á su expedición, no podía darles una inversión diferente á aquella para que los había recibido, sin contar por lo menos con garantías de que le serían devueltos caso de no realizarse su expedición. Discutieron largamente sobre estos temas y al fin Casanova y Aguirre convinieron en que Mayorga y Peralta tenían razón.

Fué Rafael Quesada á ver á Aguilera

con objeto de sincerarse del incidente ocurrido con Aguirre. Aseguró Rafael Quesada que él no había tenido participación directa ninguna en aquel asunto, y que realmente sentía, aunque indirectamente, haber sido causa del desagrado. Le contestó Aguilera diciéndole el concepto que le merecía Aguirre y que no había dado importancia al incidente.

Le indicó Rafael Quesada que ya que no podía realizarse la fusión con Peralta, quería que Aguilera le ayudara á conseguir mil pesos para unos torpedos y las cápsulas de una ametralladora que iba á llevar. Ofreció Aguilera hacerlo así y añadió Rafael Quesada que necesitando levantar fondos para su expedición, quería saber si podía facilitarle doscientos mil pesos en bonos. Contestó Aguilera que no sabía la cantidad de bonos de que podía disponer; que lo consultaría con Ramón Céspedes, y si no era posible darle toda la cantidad, le daría la que pudiera.

En una reunión tenida entre Aguilera, Mayorga y Julio Peralta, se acordó que Aguilera escribiera al Agente de Jamaica diciéndole que inmediatamente mandara á Port-au-Prince, Haití, diez ó doce hombres con la carta, que le incluiría, dirigida á Manuel Fernández, Agente de Cuba en aquella República. En esta carta daría instrucciones Aguilera á Fernández para que sin pérdida de tiempo procediera á reunir todos los elementos de guerra disponibles, para que los tomara el vapor que debía tocar allí en el término de un mes, en el que iría una persona que le daría una orden escrita de Aguilera para dicha entrega.

El proyecto era que cuando el vapor "Fannie" desembarcara la expedición de Peralta en Cuba, siguiera á Port-au-Prince, tomara la otra expedición que ya tendría preparada Manuel Fernández y la desembarcara también en Cuba. Como Miguel Luis Aguilera debía acompañar á Peralta, quedándose en el vapor, para llevar la otra expedición de Haití, antes de separarse de Peralta, se pondrían de acuerdo sobre el punto por donde desembarcaría esta segunda expedición.

Por fin, llegó Mayorga á realizar la venta del "Hornet" en veinticinco mil pesos. El vapor realmente valía más, pero por una parte, se encontraban él y Aguilera tan apremiados por dinero, y por otra, temían tanto las nuevas complicaciones que pudieran presentarse, pues parecía ser ese vapor una fuente inagotable de reclamaciones, enredos y dificultades de toda naturaleza; por estas razones lo dieron en ese precio, pues ya no deseaban otra cosa que salir de él, porque mientras estuviera en su poder estarían temiendo ver presentarse nuevos acreedores amenazando embargo.

CAPITULO XXXVIII

MAYO 1872

PEDRO CESPEDES Y SU MEMORIA ESCRITA.—CONSEJO DE J. M. CESPEDES.—PROYECTO DE CORSARIO.—VISITA A MR. GREELEY.—CONFERENCIA CON GOVIN.—LOS 30 MILLONES EN PODER DE MARTINEZ.—INEXACTITUDES DE ESTE.—ESTA DISPUESTO A QUEMAR LOS BONOS.—AGUILERA REBATE LOS ERRORES DE MARTINEZ.—LA SRA. DE VILLAVERDE CITA A AGUILERA Y R. CESPEDES.—ESTOS SE EXCUSAN DE ASISTIR.—QUIEREN LA CONFERENCIA EN SU HABITACION.—PROYECTO DE CORSARIO.—LA SRA. FRANCESA.—LA SRA. DE VILLAVERDE.—OMNIMODAS FACULTADES QUE ESTE BRINDA A LA SRA. DEL PRESIDENTE.—ECHEVERRIA OPINA POR LA QUEMA DE LOS BONOS.—HILARIO CISNEROS Y PEDRO CESPEDES.—AQUEL ADVIERTE A ESTE QUE LO TOMAN COMO INSTRUMENTO.—ERRORES DE C. M. CESPEDES.—EL PERIODICO ESPAÑOL "EL CRONISTA".—PUBLICA EL DISGUSTO DE AGUILERA CON R. AGUIRRE.—CONFERENCIA CON F. GOVIN.—AGUILERA Y R. CESPEDES ACEPTAN LA QUEMA DE LOS BONOS.—PIDEN TAMBIEN LA DESTRUCCION DE LAS PLANCHAS.—F. GOVIN SE EXALTA.—DICE QUE ES UN INSULTO A MARTINEZ.—PRETEXTOS DE MARTINEZ PARA NO ENTREGAR LOS BONOS.

Estuvo el Dr. José María Céspedes en la habitación de Aguilera y le dijo que se le había presentado Pedro Céspedes con un pliego de papel escrito por las cuatro caras para que se lo corrigiera. Lo leyó y vió que era una especia de memoria en la que se proponía á Aguilera y Ramón Céspedes que dejaran sus destinos, se marcharan para Cuba, y quedasen los intereses de la República encargados á la "iniciativa individual." Era la misma memoria de que habían hablado á Aguilera, M. Anastasio y Miguel Luis.

Dijo José M. Céspedes que no habiendo encontrado pies ni cabeza al escrito, dijo á Pedro Céspedes que no podía corregirlo, y lo mejor era que dejara eso de la mano y no le enseñara á nadie, porque eran asuntos que ellos no estaban preparados á tratar.

Al día siguiente fué Pedro Céspedes á ver á Aguilera y Ramón Céspedes diciéndoles que tenía un asunto muy importante que comunicarles. Aguilera lo llevó á su habitación, y reunidos los tres manifestó el primero que había una persona que proponía sacar á la mar un corsario cubano si ellos la autorizaban. El podía ponerlos en relación con esa persona. Contestaron que no tenían dificultad en oirla, y si el asunto les parecía conveniente, lo aceptarían. Sin embargo, supiera que esa era cosa muy delicada y si no se manejaba con la prudencia y la discrección necesarias, podría refluir en grave perjuicio para la causa. P. Céspedes ofreció ponerlos en relación con la persona aludida. Parece que le aprovechó el consejo de José María Céspedes, pues nada dijo de su proyectada memoria.

Como Aguilera y Ramón Céspedes hubieran recibido contraorden respecto á la visita de mister Greeley, quedando mister Dana en avisarle cuando pudiera ser, se presentó Ravello en la oficina diciéndoles de parte de mister Dana que para aquel día á las cuatro de la tarde los había citado mister Greeley y que se sirvieran llegar á su oficina veinte minutos antes para unirse á ellos é ir juntos á la visita.

Manifestándoles Ravello que era conveniente que al presentarse á mister Greeley llevaran escrita una nota con las aspiraciones de los cubanos, (platform) pues era natural que hablaran á mister Greeley de ellas, le suplicó Aguilera, puesto que él sabía cuáles eran aquéllas, las redactase en inglés. Ravello sentándose á una mesa tomó una pluma y muy pronto desempeñó el encargo. Tradujo á Aguilera lo escrito y á éste parecieron demasiado fuertes algunas apreciaciones respecto á la parcialidad del Gobierno americano en favor del español. Habiendo llegado, mientras tanto Echeverría,

quiso consultarle Aguilera. Leyó Echeverría el documento y fué de la misma opinión. Se envolvieron Echeverría y Ravello en una ligera discusión y finalmente convinieron en que se atenuara el párrafo origen de la cuestión. Se encargó Echeverría en poner en limpio el escrito.

Como fueran ya las tres y media, salieron de la oficina Ramón Céspedes y Aguilera, acompañados de Ravello y se dirigieron á la de mister Dana. Este los recibió con la finura acostumbrada y se encaminaron los cuatro á la redacción del periódico "The Tribune," donde los esperaba mister Greeley.

Mister Dana hizo la presentación de Ramón Céspedes y Aguilera como Comisionado Diplomático y Agente General de la República de Cuba en el Extranjero, respectivamente, y á éstos la del probable futuro presidente de los Estados Unidos doctor Horace Greeley. Después de una corta conversación, se excusó mister Dana, diciendo que en otra parte lo aguardaban y dejaba allí á Ravello como intérprete.

Dice Aguilera que era mister Greeley un señor de poco más de sesenta años, aunque representaba lo menos setenta. Su fisonomía era extremadamente bondadosa y sus movimientos tardíos, como de un hombre que está cansado. Para discurrir cerraba los ojos, como reconcentrándose en sí mismo é inmediatamente después hacía la pregunta. La conferencia duró tres cuartos de hora, haciéndoles mister Greeley muchas preguntas concernientes á Cuba. Ellos le expresaron sus deseos de formar una república tomando por modelo la de los Estados Unidos. Dijo mister Greeley que desde antes de la revolución, ya sentía simpatías por Cuba y los cubanos. Aguilera le entregó el papel que llevaba preparado y se despidieron, deseándole un completo triunfo para bien de su nación y de la desolada Cuba.

Así que salieron de la oficina de mister Greeley, Aguilera propuso á Ramón Céspedes ver á Félix Govín, que había ofrecido verlos al día siguiente de su última conferencia y no lo había hecho.

Llegaron á casa de Govín. Este los recibió cortesmente y les manifestó que no había ido á llevarles la razón que les ofreció porque había considerado que la oficina de la Agencia no era lugar á propósito para tratar de un asunto tan delicado. Entrando en materia les dijo Govín que había hablado con Martínez, según el plan ya manifestado, y éste le había revelado toda la negociación. Martínez le informó de una cosa que ellos seguramente por inadvertencia habían pasado por alto, la cual le había hecho variar de su primera opinión; era esta que esos bonos no tenían validez alguna sino hasta después de reconocida la beligerancia. No había temor ninguno, por lo tanto, de que Martínez continuase con ellos en su poder hasta el vencimiento del plazo que últimamente les había fijado de 31 de Junio, sin mediar documento. Martínez le aseguró que no se había fijado tal plazo de sesenta días que por otra parte, era muy angustioso; que los bonos se le habían acabado de entregar á mediados del mes de Febrero y que tampoco les había ofrecido recibo ni comprobante ninguno. Sin embargo, le había dicho Martínez que si Aguilera y Ramón Céspedes seguían con sus injustificadas exigencias, él estaba dispuesto á que los bonos fueran quemados todos y uno á uno en presencia de ellos, para que quedaran tranquilos.

Por estas manifestaciones de Govín pudo Aguilera observar el cambio que se había operado en el ánimo de aquél desde la última conferencia que con ellos había tenido. Seguramente era esto debido á la influencia que Martínez tenía sobre él. Por otra parte, pudo observar todas las inexactitudes de Martínez, lo que no le extrañó, pues algunas de las mismas las había sostenido á ellos también. Contestó, por lo tanto, á Govín, respecto al primer particular, que era cierto que los bonos no podrían entrar en circulación hasta después de reconocida la beligerancia; pero durante ese plazo indefinido que pretendía Martínez, era muy posible que la beligerancia se reconociese por cualquier evento completamente ajeno á las gestiones de Martínez y sus asociados y en este caso se apoderarían de los treinta millones indebida-

mente, con grave perjuicio para la patria. Con respecto á que no se hubiese fijado plazo á la negociación, le dijo que Martínez debía recordar también como Ramón Céspedes y él, que al proponer la negociación, el mismo Martínez había fijado sesenta días de plazo, para que fuera reconocida la beligerancia. Si ahora venía á ver que el plazo era corto, debería reconocer su error y no sostener lo que era incierto, y, por otra parte, evidentemente imposible, porque ninguna persona con el juicio sano podía convenir en hacer una negociación bajo tales bases, entregando una suma tan importante por un tiempo indefinido y sin percibir un simple recibo siquiera. Referente á que los bonos se le hubieran entregado á mediados de Febrero, dijo que era otro error de Martínez. El podía dar á Govín, no la fecha vaga que señalaba Martínez, sino la precisa en que él mismo había llevado á Martínez los mil bonos primeros de cinco mil pesos cada uno, total cinco millones de pesos, y las fechas en que se le entregaron los demás, porque sus operaciones no las fiaba á la memoria, sino que las anotaba diariamente en un registro que llevaba al efecto, el que podía enseñar á Govín y á Martínez. En él verían que con fecha primero de Febrero estaba registrada la última partida de cinco millones entregada á Martínez para completar los treinta. Con respecto á que no se hubiese comprometido á dar recibo, dijo que se alegraría oir sostener á Martínez esa nueva inexactitud, pues en los últimos tres meses, habían ido Ramón Céspedes y él á hablar infinidad de veces á Martínez para formalizar el documento que habían de hacer con el general F primero, y después, viendo que esto ofrecía tantas dificultades, á que Martínez les diera un simple recibo de los bonos, cosa que Martínez convino primero en darles, pero les dijo que necesitaba consultar la fórmula con el General F., hasta que, finalmente, en la última entrevista, se negó á darles ese recibo también.

Ramón Céspedes adujo otras razones en apoyo de lo dicho por Aguilera y tratando de encontrar el medio de solucionar la cuestión, dijo Aguilera que, sin embargo de ser otro de los compromisos que había hecho con ellos Martínez, que si la negociación no daba resultado, quedasen los bonos á beneficio de la causa; en vista de la resistencia de Martínez á devolver los bonos, estando más bien dispuesto á quemarlos para que nadie los utilazase, él también estaba decidido á que se quemaran, con tal de concluir aquel enojoso asunto que tan graves perjuicios podría traer á la República.

Dijo entonces Ramón Céspedes que referente á que los bonos fueran quemados, era cosa que debía meditarse para acordar lo que fuera más beneficioso para la causa.

No quiso Aguilera contradecir á su compañero; así, acordaron que meditarían sobre el particular, y dentro de uno ó dos días dirían á Govín su determinación.

Cuando se hubieron retirado, dijo Ramón Céspedes á Aguilera que no había querido aceptar desde luego la quema de los bonos para consultar con Echeverría.

Al llegar á su casa, encontraron una carta urgente de la señora Emilia Casanova de Villaverde en la que los citaba para las ocho de la noche en su casa con el fin de tratar del asunto que les había hablado Pedro Céspedes. Como se recordará, era un proyecto de corsario. Manifestó Ramón Céspedes que el asunto era muy delicado, debía tratarse con la mayor reserva y no le parecía el lugar para que lo citaban, el más á propósito. Contestó á la señora de Villaverde con una carta muy atenta, diciéndole que Aguilera había llegado de la calle con el pie enfermo muy dolorido, no podía salir y por ese motivo le era imposible acudir á la cita. Sin embargo, que allí los tenía en su casa á su disposición para tratar del asunto á que se refería ó cualquiera otra cosa que ella deseara.

Una hora después recibió Aguilera otra carta de la misma señora en la que decía á Ramón Céspedes y á él, que le era imposible suspender la reunión, y que, por lo tanto, mandaría un coche en el que podría trasladarse Aguilera, si lo tenía por conveniente.

Pasó Aguilera á la habitación de Ra-

món Céspedes á informar á éste de la nueva carta y encontró allí á la señora del Presidente. Después de saludarla, llamó á Ramón Céspedes, lo llevó á su habitación y le dió á leer la carta que acababa de recibir. Luego que se informó de ella, dijo Ramón Céspedes que con lo que acababa de oir á la señora del Presidente, se afirmaba más en la creencia de que de ninguna manera debían asistir á aquella cita. Tomó la pluma y contestó á la señora de Villaverde, que no podían ir, no sólo por la indisposición de Aguilera, sino porque siendo tan delicado el asunto, no podía resolverse en una sola sesión y necesitaba analizarlo despacio y con mucha reserva en su propia habitación. Esta respuesta fué firmada por los dos, lo mismo que la anterior. Aguilera que conocía el temperamento nervioso de la señora de Villaverde, dijo que ese incidente iba á dar lugar á que dicha señora se molestase y los juzgara con injusticia.

Preguntó Aguilera á Ramón Céspedes qué había oído á la señora del Presidente. Contestó que había referido que la señora de Villaverde se había presentado en su casa, acompañada de una señora francesa que decía tener mucha influencia en los círculos oficiales de Francia y de Inglaterra, y traía el proyecto de lanzar á la mar algunos corsarios cubanos. La señora francesa, apoyada por la de Villaverde, habían ido á solicitar de la señora del Presidente que diera á la primera una autorización para recolectar dinero, con el fin de aplicarlo á los referidos corsarios. La señora del Presidente, con muy buen juicio, contestó que no tenía facultad para tal cosa, á lo que repuso la señora de Villaverde que ella tenía toda clase de facultades, puesto que era la esposa de Carlos Manuel de Céspedes, el Presidente de la República de Cuba. Por tal concepto estaba autorizada, no sólo para levantar fondos en servicio de la causa, sino para deponer á cualquier funcionario que juzgase no convenía al buen servicio de la República. Al oir tan peregrinas doctrinas no pudo por menos que sonreirse con tristeza Aguilera y decir que con tales consejeros y tales consejos iban á trastonar el juicio á la buena señora del Presidente. Como era de esperar, esta señora no aceptó las omnímodas facultades que le brindaba su amiga.

Consultado Echeverría por Ramón Céspedes sobre el asunto de los bonos en poder de Martínez, opinó lo mismo que Aguilera, que debía habérsele tomado la palabra inmediatamente á Martínez, y no sólo destruir los bonos sino también las planchas con que se habían tirado.

Refirió Manuel Anastasio á Aguilera una conferencia tenida por él con Hilario Cisneros, en la que éste le refirió una conversación muy seria que tuvo con Pedro Céspedes. Dijo á éste que estaba sirviendo de instrumento á algunas personas para llevar á cabo sus reprobados planes. Que su cuñada, la señora del Presidente, inconscientemente le estaba enajenando simpatías á su esposo por ciertos pasos inconvenientes que daba, instigada por malos consejeros. Que Carlos Manuel, su hermano, por su parte también había cometido algunos errores que obraban en su desprestigio y no tenía embarazo en que privadamente se lo dijera así. Finalmente, sabía que don Carlos del Castillo hacía alarde de tener una carta del Presidente Céspedes en la que éste le comunicaba que se veía en el caso de llamar á Aguilera á Cuba por los errores que estaba cometiendo. Continuó diciéndole Hilario Cisneros que si era cierto que Carlos Manuel había escrito esa carta, ella no podía menos que obrar en desprestigio de él mismo, pues Aguilera allí se había ganado la consideración general por la conducta ejemplar que observaba. Pidió Aguilera á Manuel Anastasio que le precisara más lo de la referida carta; contestó éste que no estaba seguro si Hilario Cisneros le había dicho que la carta la tenía don Carlos del Castillo ó Ramón Martínez.

Hablando Aguilera con Juan Manuel Macías sobre el proyectado empréstito, dijo el primero que tratase de ver á Bramosio y Casanova, para ponerse de acuerdo con ellos respecto al día en que debían comenzar los trabajos para reu-

nir el dinero; Ramón Céspedes y él estaban listos para cualquier momento que se les necesitase. Macías quedó en hacerlo así y contestarle.

Manifestó Félix Fuentes á Aguilera que "El Cronista", periódico español de la ciudad, publicaba la cuestión que había tenido con Ramón Aguirre. Aguilera contestó con disgusto que ya estarían satisfechos sus contrarios, que lo que buscaban era el escándalo para su desprestigio, por más que de rechazo cayese éste también sobre la causa de Cuba.

Fueron Ramón Céspedes y Aguilera á casa de Govín á decirle que estaban dispuestos á que se quemaran los bonos. Tomó Ramón Céspedes la palabra, explicó los motivos por qué admitía que se quemaran los bonos, y concluyó diciendo que también debían destruirse las planchas. Al oir esto último se exaltó Govín diciendo que no podía proponer tal cosa á Martínez, porque envolvía un insulto. Contestó Ramón Céspedes que no lo consideraba así, pues era lo que se acostumbraba en casos análogos. Dijo Aguilera que eran ellos los que debían darse por ofendidos con Martínez, pues parecía que no los juzgaba con seriedad suficiente para confiarles un simple recibo de la cantidad considerable que habían puesto en sus manos; y prefería que los bonos se destruyeran, cuando antes había convenido en que los guardase la Agencia si no daba resultado la negociación.

Contestó Govín que Martínez no desconfiaba de ellos, pero sabía que estaban bajo la influencia de sus enemigos y á éstos era á quienes temía. Contestóle Aguilera que su argumento quedaba en pie, y reforzado por la nueva gratuita suposición de Martínez, al temer que ellos pudiesen dejarse manejar de sus enemigos. Dijo Govín que Aguilera podía dejar de un momento á otro la Agencia y caer ésta en manos de personas que no tuviesen la moralidad que ellos. Replicó Aguilera que eso nada probaba, porque ¿qué perjuicio podría irrogarse á Martínez con que esos bonos apareciesen en la Agencia cuando no había constancia de que fuese Martínez quien los había mandado tirar, y aún suponiendo que la hubiese, si no estaban autorizados con otras firmas que la suya y Ramón Céspedes?

Este se dió por ofendido con la suposición de Govín de que ellos pudiesen ceder á las sugestiones de los enemigos de Martínez.

Finalmente acordaron que volverían á ver á Govín dos días después para saber cuándo debían quemarse los bonos.

Al retirarse dijo Aguilera á Ramón Céspedes que temía que Martínez se arrepintiera de quemar los bonos.

Aguilera sacó la impresión de que Govín, lejos de mantenerse imparcial, se inclinaba cada vez más del lado de Martínez y poco podían esperar de él. Entre aquellos hombres el espíritu de partido estaba por encima de la justicia y el patriotismo.

CAPITULO XXXIX

MAYO 1872

CARTA DE J. I. RODRIGUEZ A AGUILERA Y CESPEDES.—LOS LLAMA A UNA CONFERENCIA EN WASHINGTON.—R. MARTINEZ SE NIEGA A QUEMAR LOS BONOS. GOVIN HACE CARGOS A AGUILERA Y CESPEDES.—TORTUOSO PROCEDER DE MARTINEZ.—CONSEJO DE F. GOVIN.—MAYORGA COMPRA EL VAPOR "FANNIE".—LE FALTAN $7.000 PARA COMPLETAR SU IMPORTE.—PEDRO FERNANDEZ CRIADO NO TIENE DINERO.—EXPEDICION DE AGUERO.—NO PUEDE DESEMBARCAR LA EXPEDICION.—LOS QUESADISTAS PIDEN PARA AGENTE UNO DE LOS SUYOS.—AGUILERA CITA PARA UNA REUNION.—NINGUNO DE LOS CITADOS CONCURREN A ELLA.—NI SIQUIERA MANDAN UNA EXCUSA.—PRESUPUESTO PARA LA EXPEDICION DE PERALTA.—DEFICIT DE $14.000.—DESESPERANTE SITUACION.—PROPOSICION QUE HACE PERALTA.—MAYORGA DEBE CUBRIR TODO EL DEFICIT.—ESTE IMPLORA FAVOR.—AGUILERA SE MANTIENE SILENCIOSO.—SE DUELE DE LA SITUACION DE MAYORGA.—BRAVO REFUERZA LOS RAZONAMIENTOS DE PERALTA. DICE QUE MAYORGA DEBE SACRIFICRSE.—ESTE SE DECIDE AL SACRIFICIO.—AGUILERA LE DA LAS GRACIAS EN NOMBRE DE CUBA.

Enseñó Ramón Céspedes á Aguilera una carta de José I. Rodríguez, de Washington, en que decía que el señor de quien le había escrito no podía ir á Baltimore por sus muchas ocupaciones; y que siendo muy importante que conferenciasen con él, debían ir á Washington del viernes al sábado próximo para una entrevista. Como hemos dicho, Aguilera y Ramón Céspedes tenían en muy buen concepto á Rodríguez, y por eso decidieron atender su indicación, por más que tuvieran asuntos de mucha importancia que reclamaran su presencia en New York. Contestaron que saldrían el sábado para estar en Washington el domingo, cosa de perder menos días hábiles para el trabajo.

Fueron Aguilera y Ramón Céspedes á casa de Govín á saber cuándo debían proceder á la quema de los bonos. Les manifestó éste que Martínez le dijo que los bonos se quemarían, pero no podía fijar tiempo para ello. Esos bonos estaban en poder de personas de muy alta categoría, los que estimarían como un juego de niños que se los pidiesen para quemarlos.

Continuó Govín encomiando la probidad de Martínez, convino en que ellos tenían razón para estar inquietos, por no tener comprobante con que acreditar la entrega de los bonos y con mucha finura les indicó que habían obrado mal al entregar tan importante suma sin percibir un recibo siquiera.

Contestó Aguilera que tenía mucha razón, reconocía que habían sido hasta criminales al confiar de la buena fe de una persona que no había sabido corresponder á su confianza, y por eso no descansarían hasta enmendar su yerro.

La conversación que tuvieron fué muy dilatada. Govín les aconsejó que hablasen á Lamadriz para que éste interpusiese su influencia con Martínez, y luego fueran á hablar con éste, á ver si podía dársele un sesgo amistoso al asunto. Contestó Aguilera que él no era á propósito para intentar ese medio, porque no podía responder de lo que hiciera si Martínez volvía á negarle faz á faz los compromisos que con ellos había contraído.

Volvió Mayorga de Baltimore donde fué á probar y comprar el vapor "Fannie." Dijo que en la prueba anduvo más de nueve millas. Lo compró y dió dos mil pesos en garantía. Le faltaban siete mil pesos para completar el precio convenido, y debiendo entregar el dinero dentro de seis días, necesitaban trabajar mucho para conseguir el completo.

Al día siguiente dijo Mayorga á Aguilera que había ido con Peralta á ver si Pedro Fernández Criado había logrado reunir entre sus amigos los siete mil pesos de que le habló Aguilera, y en caso de que no lo hubiese conseguido, ofrecer-

se él mismo para poner la mitad de la cantidad y que él (Fernández Criado) facilitase la otra mitad. Criado le contestó que le era imposible y que sus amigos le habían dicho que estaban en el mismo caso que él.

Siendo tan urgente la situación, porque ya sólo faltaban cuatro días para vencer el plazo de los seis que había dado á Mayorga al dueño del vapor, y debiendo Aguilera tomar al día siguiente el tren de Washington para la cita con J. I. Rodríguez, propuso Mayorga que suspendiese su viaje para que concurriera á la reunión de cubanos acaudalados que habían acordado para reunir entre ellos los siete mil pesos que con tanta urgencia necesitaban.

Contestó Aguilera que era imposible, porque habían avisado al señor americano que los esperara en Washington el domingo y querían ser exactos. Propuso que más bien adelantara la reunión, citando para las doce del día siguiente en vez de la noche y así podrían tener la reunión y salir para Washington después. Quedó acordado así, é inmediatamente procedieron á hacer las esquelas de invitación para los individuos á quienes acordaron citar.

Aquel día llegó á New York, Francisco de P. Bravo, procedente del Perú, donde había sido enviado por Aguilera y Ramón Céspedes, con el cargo de Ministro é instrucciones para negociar un empréstito. Dió cuenta del resultado de su misión, que fué negativa, y también los informó de la expedición de Agüero. Dijo que éste se había acercado á las costas de Cuba y desembarcado diez hombres como correo; después no había podido volver á desembarcar la expedición, arribando á Jamaica, donde fué detenido el vapor por las autoridades. Finalmente, había logrado que lo pusieran en libertad.

Bravo sabía que Agüero llevaba comunicaciones de Ramón Martínez y los Quesada, proponiendo para Agente á José F. Lamadriz, íntimo amigo de Martínez; estas comunicaciones debían estar ya en poder del Gobierno, llevadas por los hombres que desembarcó en Cuba.

Pensó Aguilera que quizás esta aspiración de Martínez, á que fuera nombrado para Agente una persona que era como él mismo, pues estaba completamente bajo su influencia, podía tener relación con la fuerza que hacía para retener los bonos, pues era seguro que si Lamadriz llegaba á ser Agente, no sería tan exigente en ese asunto como Aguilera y Ramón Céspedes.

A las doce, hora para que citaron á los cubanos ricos el día anterior, á fin de tratar del despacho de la expedición de Peralta, se reunieron en la habitación de Aguilera, éste, Ramón Céspedes, Bravo, Mayorga y Peralta. Aguardaron hasta la una; y como no llegara ninguno de los cubanos adinerados, con quienes contaban para que los ayudasen á sacar la expedición, se convencieron de que habían presumido el objeto de la reunión y no estaban dispuestos á prestarles su concurso. Las personas citadas fueron: José Antonio Bramosio, José y Félix Govín, Joaquín Angarica, Miguel Embil y Ramón Esteves. A cada uno en particular le pasó Aguilera una atenta esquela, citándolo para aquel día y hora, y aunque todos la recibieron, menos Esteves, por no haber podido averiguarse su morada, no sólo no concurrió ninguno, sino que ni siquiera mandaron una simple excusa á Aguilera, cumpliendo así un deber de cortesía.

Tristes fueron los comentarios que hicieron. En aquella crítica situación se veían abandonados de todos los que podían y debían, por sus compromisos revolucionarios, prestarles decidido apoyo. ¿Qué hacer? ¿Cómo salir de aquella angustiosa situación? Desengañados y resignados á la soledad en que se les dejaba, comenzaron los presentes la sesión.

Tomó la palabra Mayorga y dijo que la situación no podía ser más desesperada. Habiéndose presentado la oportunidad de comprar un vapor á propósito para el objeto que lo necesitaban, tanto por sus condiciones marineras, cuanto que, por estar listo para navegar inmediatamente, podían mandar en él las dos expediciones preparadas, se había resuelto á jugar el todo por el todo, y sin contar con dinero suficiente lo había comprado, dando en garantía de compra dos mil pesos. Estos se perderían si la com-

pra no se efectuaba. Para salvar la difícil situación, se había convocado para aquella junta á varios *patriotas* adinerados, y éstos, según estaba á la vista, se hacían sordos al llamamiento de la patria. Mas como en aquella situación no era posible retroceder, rogaba á los allí reunidos para que con sus luces y su patriotismo, lo ayudaran á salir adelante.

Después de discutir el caso largamente, se hizo el presupuesto siguiente:

Costo del vapor "Fannie". . .	$15.000
Gastos de la habilitación para la erpedición.	5.000
Total.	$20.000

En este presupuesto no está incluido el costo del material de guerra que debía conducir la expedición, y que constituía ésta, por tenerlo ya conseguido.

Para cubrir el presupuesto contaban con las siguientes cantidades:

Entregado á cuenta.	$ 2,000
Efectivo en caja.	4,000
Déficit.	14,000
	$20,000

Si tenemos en cuenta el enorme déficit de este presupuesto y la disposición de los emigrados adinerados para auxiliar la causa, comprenderemos lo imposible que parecía que aquella expedición pudiera llevarse á cabo y el peligro que corrían de ver aún más mermados los fondos, porque de no entregarse al dueño del vapor los trece mil pesos que aún le restaban, en el término de tres días, se quedaría con los dos mil pesos dados como garantía, quedando los fondos para la expedición reducidos sólo á cuatro mil pesos.

Después de formar mil planes para cubrir tan monstruoso déficit, Peralta dijo así poco más ó menos: "Ya el ciudadano Mayorga en otra ocasión se comprometió á dar una nota de seis mil pesos para mi expedición, cuando se trataba de que fuese en un vapor fletado, y supongo que todavía sostendrá su compromiso." Después de una ligera discusión dijo Mayorga que lo sostenía. "El ciudadano Mayorga,—continuó Peralta—ha dicho que hay una Compañía de Seguros que toma un riesgo de cuatro mil pesos en el vapor "Fannie". Mayorga contestó afirmativamente. Y siguió diciendo Peralta: "Pues con estos cuatro mil pesos, los seis mil de la nota de Mayorga y cuatro mil más que adelante este mismo ciudadano, tenemos ya cubierto los 14,000 pesos de déficit; y aún en el caso más desgraciado que es que se pierda el vapor, el C. Mayorga sólo perderá estos últimos cuatro mil pesos, pues los seis mil pesos primeros ya propuso darlos en el fletamento."

Contestó Mayorga que si bien en caso de un siniestro, estaba dispuesto á hacer el sacrificio de los seis mil pesos ofrecidos, no era lo mismo si éste se extendía á 14,000, pues los cuatro mil del seguro no los cobraría sino en caso de que se perdiera el vapor, y por de pronto, tenía que desemborsarlos también. Dijo que él era un hombre pobre, cargado de familia y de aceptar ese compromiso se arruinaría en caso de un siniestro. Que necesitaba conservarse, no sólo para su familia, sino para su patria, pues en el sólo hombre que estaba al lado de su Representante allí, y hundido el, le faltaría al Agente su débil apoyo, que era el único con que contaba. Además, debía tenerse en cuenta que el riesgo que iba á correr el vapor era doble, pues debía desembarcar en Cuba dos expediciones: la que sacaría de allí y la que inmediatamente después tomaría en Haití.

Mucho se esforzó Mayorga en hacer ver á sus compañeros que el peso que querían echar sobre él era superior á sus fuerzas. Aguilera se encontraba en una situación difícil, pues por un lado deseaba que la expedición se realizara y por otro comprendía las angustias de aquel hombre generoso que se encontraba solicitado á la vez por dos opuestos sentimientos: el de la patria y la familia. Comparaba el egoísmo de aquellos que mucho más ricos que Mayorga, cerraban sus oídos á la voz de la patria, y por eso Mayorga debía tomar sobre sí solo,

grave peligro de un desastre, la carga que repartida entre todos, fácilmente podrían llevar. Aguilera apreciaba á Mayorga en todo cuanto valía. Mayorga le había dado pruebas de ser un patriota, de ser su amigo, y le causaba dolor su sacrificio. Aguilera, que tenía un alma sencilla y buena, no podía menos que dolerse al ver que el premio que iba á tener la adhesión y el apoyo que aquel hombre generosamente le había prestado, iba á ser su hundimiento y ruina.

Mientras que Aguilera en silencio hacía estas consideraciones, Bravo que en diferente posición que él, sólo atendía á hacer posible la expedición y que saliera, tomó la palabra, y reforzando los razonamientos de Peralta, dijo á Mayorga que la patria tenía muy pocos servidores, por lo cual éstos debían esforzarse en sus servicios; que él (Mayorga) había probado ser uno de ellos y para no desmentir sus hechos anteriores, no debía vacilar sino hacer ese nuevo sacrificio aún á riesgo de su fortuna.

El bueno de Mayorga, en quien se notaba la lucha que sostenía, por fin, haciendo un esfuerzo supremo, se levantó de su asiento y dijo: "No hay que hablar más. Estoy decidido á todo."

Todos se levantaron también. Aguilera, hablando aparte á Mayorga, le apretó la mano, le dió las gracias en nombre de la patria y le ofreció que al regreso del vapor, se vendería y se le resarciría de la cantidad que iba á facilitar, y caso que el buque se perdiese, le iría reembolsando la cantidad, según la Agencia fuera estando en condiciones de hacerlo.

Fué Rafael Quesada á ver á Aguilera. Este le dijo que dentro de cuatro días debía de estar de regreso de Washington y entonces le daría los doscientos mil pesos en bonos. Dijo Rafael Quesada que necesitaba mil quinientos pesos en efectivo para unas cápsulas y su viaje á Colón y le pidió una autorización para recogerlos entre sus amigos. Contestó Aguilera que no necesitaba autorización para tan corta cantidad, que viera entre aquellos, quienes estaban dispuestos á auxiliarlo y con qué cantidad y él, (Aguilera) le daría un recibo firmado para cada uno.

CAPITULO LX

MAYO 1872

LLEGADA DE R. CESPEDES Y AGUILERA A WASHINGTON.—J. I. RODRIGUEZ LOS ESPERA EN EL PARADERO.—MR. BRYSSON LES ES PRESENTADO.—SU CONFERENCIA CON EL.—IMPORTANCIA DEL VALLE DEL MISSISIPI.—EL GENERAL GRANT DESEA LOS VOTOS DE ESA REGION.—LOS CUBANOS DEBERIAN ATRAERSELA.—OBLIGARIAN ASI AL GENERAL A RECONOCER LA BELIGERANCIA.—PROPONE EL ARRENDAMIENTO DE UN PUERTO EN SANTO DOMINGO.—MR. BRYSSON LES BRINDA SU CASA EN SAN LUIS.—SE DESPIDEN AFECTUOSAMENTE.—CONSIDERACIONES DE AGUILERA.—LA BELIGERANCIA DE CUBA.—CARTA DE MR. FISH A MORALES LEMUS.—LA ABRE ALFARO.—SE DIVULGA SU CONTENIDO.—MR. FISH SE VUELVE ACERRIMO ENEMIGO DE LOS CUBANOS.—RUIZ NO TUVO CULPA ALGUNA.

Aquella misma noche tomaron el tren para Washington, Aguilera y Ramón Céspedes, llegando á esa capital al amanecer del día siguiente. En el paradero los esperaba José I. Rodríguez. Ya de antemano les había escrito éste que era conveniente no fueran á ningún hotel, sino se alojaran en una casa de huéspedes para que nadie se apercibiese de su presencia allí, por consiguiente, les tenía preparado alojamiento en la casa número 1,000 calle F, donde se instalaron.

A las doce del día volvió Rodríguez acompañado del caballero americano, mister Brysson, persona muy fina y miembro de un comité de la Convención Mercantil de uno de los Estados del Oeste. Mister Brysson había ido á la capital á gestionar con el Gobierno una autorización para instalar un arsenal particular en su Estado. Después de las corres-

pondientes presentaciones entraron en materia, interpretándolos Rodríguez.

Expuso mister Brysson que el Presidente Grant, para asegurar su reelección, necesitaba contar con los numerosos votos de los habitantes del valle del Missisipi, donde había un sinnúmero de ciudades con muchos miles de habitantes. El estaba seguro de que Cuba conseguiría cualquier cosa que quisiera del Presidente Grant, si lograba captarse las simpatías de las ciudades de esa gran región, lo que podría conseguir fácilmente excitando el interés de su comercio, con las ventajas que pudiera brindarle. El modo de conseguir este objeto era mandar un comisionado inteligente y activo que recorriese esa parte del país, formando la opinión.

Preguntaron ellos que si él, con el conocimiento práctico que tenía del país, tendría inconveniente en auxiliar con sus consejos al comisionado que mandasen. Mister Brysson contestó que lo haría con mucho gusto.

Propuso mister Brysson el plan siguiente: Dijo que cada Estado tenía su Junta ó Convención de Comercio, las que nombraban sus Comités Ejecutivos. De estos Comités salían los delegados que debían reunirse en Baltimore, en el mes de Noviembre próximo, para discutir los intereses generales del comercio del Oeste y del Sur. El número total de estos delegados eran unos seiscientos.

El trabajo del comisionado cubano debía empezar por convencer á los Comités Ejecutivos de la importancia mercantil que tendría para ellos el comercio con Cuba libre, exento de las trabas que en el día lo abrumaban, pudiendo entonces exportar para Cuba muchas decenas de miles de barriles de harina y otros productos é importar del mismo modo azúcares, etc. Para esto el comisionado debería estar provisto de datos estadísticos aproximados.

Una vez convencidos los delegados de la conveniencia que le reportaría á sus estados el comercio con Cuba libre, al reunirse en Baltimore en Noviembre, formularían una resolución pidiendo al Presidente Grant que reconociera la beligerancia de los cubanos y aún la misma indepndencia, caso que lograra convencérseles de la conveniencia que para ellos tenía esa medida,

Si los delegados se empeñaban en ello, el Presidente Grant no tendría más remedio que acceder á sus deseos, como medio de captarse las simpatías de ese inmenso territorio y asegurar tan gran número de votos, con los que aún no contaba y necesitaba para su reelección.

Pidieron Aguilera y Ramón Céspedes que les formulase un plan concreto para estudiar el asunto bajo todas sus fases y les contestó mister Brysson que no le era posible haberlo de momento porque para ello necesitaba recorrer antes aquellos Estados y tener un conocimiento exacto de la opinión.

Pidieron á Rodríguez que preguntara con finura á mister Brysson el costo que para ellos tendría esa campaña. Lo hizo así, y mister Brysson contestó que no tendría ninguno, salvo algún artículo de periódico que fuera necesario insertar. Dijo que él, por su parte, haría todo lo que pudiera con la mejor voluntad para que Cuba lograra su independencia, seguro como estaba de que esta había de ser muy provechosa para todo el valle del Missisipi.

Preguntóles mister Brysson si con objeto de no atacar las leyes de neutralidad de los Estados Unidos, les sería fácil conseguir el arrendamiento de un puerto en la república de Santo Domingo, donde Cuba pudiera enarbolar su bandera y armar expediciones. Contestó Aguilera que con respecto á Santo Domingo no era posible, porque su Presidente, Baez, era hostil á la causa cubana; pero en Haití podrían conseguir cualquier cosa que necesitaran.

Les recomendó mister Brysson que no abandonaran ese proyecto y que no lo revelaran hasta haber conseguido y fortificado el puerto, pues lo españoles lo atacarían y sería un motivo de complicación con el Gobierno concesionario.

Aguilera, por deferencia, dijo que prestarían la debida atención al proyecto, aunque pensó que era irrealizable para ellos por el estado de pobreza en que se encontraban. Bien se conocía que mister Brysson no estaba al cabo del gra-

do de esplendidez de los *patriotas* cubanos ricos, que eran los llamados á sostener la revolución.

Al final de la conferencia convinieron todos en comunicarse recíprocamente por medio de Rodríguez, lo que adelantaran en sus proyectos. Se retiró mister Brysson quedando todos muy satisfechos y conviniendo en reunirse á las diez del día siguiente, por si había que ampliar alguno de los asuntos que trataron.

Rodríguez se quedó aquel día á comer con Ramón Céspedes y Aguilera, y después de la comida salieron á visitar algunas de las partes más notables de la ciudad.

Al día siguiente á las diez llegaron Rodríguez y mister Brysson á la habitación de Ramón Céspedes y Aguilera y volvieron á reanudar su conferencia del día anterior. Dijo mister Brysson que estaba persuadido de que el general Grant tenía fija la vista en el valle del Missisipi, pues éste había de ser quien decidiera la campaña electoral y lo que los votantes de este territorio pidieran, Grant lo concedería.

Dijo también que era posible los llamase á aquel territorio para presentarlos á algunos de los comités del Oeste, con objeto de que los oyeran y se entendieran directamente con ellos, pues no convenía que él apareciese como comisionado cubano, porque entonces debilitaría el carácter de imparcialidad que debía mantener. En ese caso, los invitaba para San Louis, donde tenía su casa y la ponía á su disposición para que fueran á parar en ella, y allí tendría el gusto de presentarlos á su familia y amigos. Aguilera y Ramón Céspedes admitieron muy gustosos y le dieron las gracias más cordiales por su amabilidad.

Se retiró mister Brysson diciéndoles que pensaba asistir al Congreso, donde debía tocarse, la cuestión del "Alabama" y que á las siete de la tarde volvería á verlos para informarlos de lo que se hubiese tratado.

Aguilera y Ramón Céspedes salieron otra vez á visitar la ciudad, acompañados de su amable *cicerone*, Rodríguez, quien después de llevarlos á visitar otros edificios notables, los condujo al Capitolio, deteniéndose algún tiempo en la sala del Senado y la Cámara, en las que á la sazón se celebraba sesión.

Dice Aguilera que aquello era un barullo, porque se trataba de llevar á efecto una votación y no podían conseguirlo por el desorden que reinaba, y añade: "Recordé nuestra Cámara de la manigua y, ciertamente, allí se procedía con más método y formalidad."

Según había ofrecido mister Brysson, volvió á las siete y les dijo que el Congreso había acordado concluir sus sesiones el 29 del corriente, y que de la cuestión del 'Alabama" no se había hablado nada; pero que podían estar seguros de que si se aprobaba la última proposición de Inglaterra, mister Fish no tendría otro remedio que salir del Gabinete. Mister Brysson volvió á reiterarles el ofrecimiento de su casa en San Louis y se despidieron con la mayor cordialidad, ofreciendo comunicarse con frecuencia por medio de Rodríguez.

Muy importantes parecieron á Aguilera las conferencias con aquel distinguido caballero americano. No dudaba de la influencia que tenía en la política americana aquella inmensa y rica región conocida con el nombre de valle del Missisipi, ni de la conveniencia para el general Grant de asegurar los votos de dicha región. Le pareció muy acertado el plan propuesto por mister Brysson, y sólo tuvo dudas respecto á la posibilidad de ponerlo en planta, pues como para ello se necesitaban hacer gastos, temió que viniera á faltar ese importante proyecto por lo mismo que fallaban todos los demás y era por falta de dinero. Sin dinero no se podía dar ni un solo paso, y eran inútiles todos los planes y proyectos por acertados y bien meditados que estuvieran.

Sin embargo, no se desalentó, pensó recomendar el asunto á Rodríguez, para que le avisase cuándo y cómo debían ellos obrar; como comisionado para la activa y hábil propaganda que había de hacerse en el Oeste, pensó encomendar esta importante misión á Félix Fuentes y caso que éste no pudiera, á Juan Manuel Macías.

Así que se hubo marchado mister Brisson, les refirió Rodríguez que el reconocimiento de la beligerancia de Cuba había llegado á estar escrito. El Secretario de Estado Americano, Mr. Fish, había dirigido una carta sobre el particular á Morales Lemus, á la sazón Ministro Cubano; Ignacio Alfaro, miembro de la Junta, abrió y enseñó la carta á otros miembros de la misma Junta, cosa que reprobó R. Fernández Criado. Luego sucedió que la beligerancia no se proclamó cuando la esperaban y entonces Francisco Fesser (Frasquito) indignado, para poner en evidencia á Mr. Fish, hizo público el contenido de la carta, insertándola en el periódico "The Tribune". Estos actos impremeditados de algunos miembros de la Junta, tuvieron por consecuencia que Mr. Fish se volviera acérrimo enemigo de la causa cubana y á Morales Lemus, se decía le había costado la vida ese sinsabor.

Dijo Rodríguez que Ruiz no había tenido nada que hacer en aquel asunto, y que si se le echó la culpa fué para evadir la responsabilidad otras personas más caracterizadas que fueron las verdaderas culpables, por la diafanidad con que se trataban en la Junta los asuntos más reservados.

A las nueve y media de la noche acompañó Rodríguez á sus huéspedes al tren, y despidiéndose afectuosamente, salieron éstos para New York donde llegaron á las siete de la mañana siguiente.

CAPITULO XLI

MAYO 1872

CARTA DE CARLOS VARONA.—ESTADO AFLICTIVO DE ESPAÑA.—J. M. MACIAS Y EL EMPRESTITO.—PROPONE DARLE PARTICIPACION A ALDAMA.—ALDAMA HOMBRE MUERTO.—REUNION SOBRE EL EMPRESTITO.—DISCUSION SOBRE EL PODER.—AGUILERA PIDE SE PROCEDA A LA REUNION DE LOS $40.000.—LOS BONOS EN PODER DE MARTINEZ.—TRATAN DE ANULARLOS.—SE ACUERADA QUE FUESE R. CESPEDES SOLO A VER A MARTINEZ.—VARIAS PROPOSICIONES QUE DEBIA HACERLE.—MARTINEZ NO ACEPTA NINGUNA.—VICENTE MESTRE AMABILE.—ALDAMA SE EMPEÑA EN HACERLO SU CORREDOR.—V. MESTRE LE PIDE PRESTADOS $30.—ALDAMA LE COBRA 20 CENTAVOS DE INTERES.—V. MESTRE SE ESCANDALIZA.—DUDA QUE ALDAMA HAYA DADO $200.000 PARA LA CAUSA.—ALDAMA TIENE UN MILLON DE PESOS DE CAPITAL.—AGUILERA PIENSA IRSE A CUBA CON PERALTA.—ESTE LO DESANIMA.

Vueltos á New York, enseñó Ramón Céspedes á Aguilera una carta que acababa de recibir de Carlos de Varona, de París, en que le pintaba la crítica situación de España en aquellos momentos. Por una parte se cumplia en Junio un plazo de su deuda exterior sin haber conseguido levantar el empréstito en Inglaterra ni en Francia; por otra la insurrección carlista, la guerra de Cuba, el Banco Español de la Habana amenazando ruina, varias complicaciones abocadas con el extranjero por motivo de los vapores expedicionarios cubanos, etc. Indicaba Carlos de Varona que, aprovechando la aflictiva situación de España, sería conveniente que fueran á Europa Echeverría y Mestre, pues quizás sería ese un momento oportuno para tratar con España bajo la base de independendencia, mediante una indemnización que vendría muy bien á su exhustado tesoro.

Sin embargo de que no creía facil Aguilera que España, á pesar de tantas calamidades, se encontrara dispuesta á tratar sobre las bases que proponía Carlos de Varona, pensó buscar el consejo de algunos patriotas á ver el partido que podría sacar de aquella situación.

Estuvo Juan M. Macías á hablarle del empréstito proyectado. Dijo que había tenido una larga conferencia con Aldama y no le parecía difícil lograr que tomase participación en él. Habiéndole manifestado Aldama que pensaba ir á Europa, podría halagársele dándole la dirección del asunto, aunque no sabía si

Bramosio llevaría á mal que se le despojase de ella.

Contestó Aguilera que para él, Aldama era hombre muerto, peor que eso, estaba persuadido de que más bien entorpecería cualquier asunto que se le confiase. Sin embargo, no quería se dijese que él había rechazado nunca el apoyo de ningún patriota, sobre todo si este tenía las condiciones de Aldama y por eso no presentaría inconveniente á que se hiciese cargo de la dirección del empréstito; pero con la condición de que Macías fuera á Europa con él, para si Aldama no obraba con la prontitud y acierto debido, se le manifestase. Convinieron en tener una reunión con Bramosio al día siguiente.

Fué Rafael Quesada á buscar los doscientos mil pesos en bonos que le había ofrecido Aguilera. Este se los entregó, así como también dos recibos: uno de $200 que debía darle al C. Corcho y otro de $25 para entregar á otro patriota.

A las nueve de la mañana llegaron á la habitación de Aguilera, Macías y Bramosio para tratar del empréstito. Aguilera llamó á R. Céspedes y Bravo. Se quejó Bramosio de que el Agente Aldama no le hubiese dado un certificado de los bonos que había entregado para las expediciones de Quesada. Aguilera le contestó que él tampoco podía dárselo porque no tenía base en que apoyarlo, por no aparecer nada en los libros. Dijo que le llevara una constancia de Quesada, de haber recibido los bonos, y no tendría dificultad en darle el certificado que solicitaba.

Pidió Bramosio á Aguilera que le enseñase el poder que tenían él y Ramón Céspedes para levantar el empréstito. Trajo éste Céspedes, y después de haberlo examinado Bramosio dijo que el poder no era bastante porque unos sustitutos no podían sustituir su poder á una tercera persona. El poder estaba extendido á favor de José Manuel Mestre, éste lo había sustituído á Aguilera y Ramón Céspedes y éstos en su calidad de sustitutos no podían transferirlo á Bramosio ni Macías. Que si Mestre moría, quedaba anulado el poder que tenían R. Céspedes y Aguilera. Suscitóse una porfiada discusión sobre este particular en la que Bravo y Ramón Céspedes contradijeron á Bramosio, hasta que finalmente dijo Aguilera que se dejára de mano la discusión, porque en todo caso podría conseguirse que Mestre firmase la sustitución con ellos; que lo importante era que se procediese á tomar providencia para reunir los cuarenta mil pesos, que era lo más difícil de la cuestión.

Todos asintieron á lo manifestado por Aguilera, y poniendo en lista á Félix Govín, Miguel Embil, Manuel Casanova, R. Rivas, J. Delgado, la señora F. Ayesterán y otros, repartieron entre ellos la comisión de hablarles. Bramosio ofreció suscribirse con diez mil pesos.

Reuniéronse en la habitación de Aguilerà éste, Echeverría, R. Céspedes y Bravo para deliberar sobre lo que debía hacerse con respecto á los bonos que tenía Martínez. Informó Ramón Céspedes el resultado negativo que habían dado las gestiones de Govín. Manifestó Echeverría que por último, iban á verse en el caso de tener que anular los bonos por cualquier pretexto, por ejemplo, haber descubierto que no eran suficientes los poderes de los Representantes para la emisión.

Aguilera y R. Céspedes no aceptaron el medio, diciendo que les era muy duro hacer tal declaración, pues daría muy pobre idea de su capacidad. Que debía buscarse otro.

Convinieron todos en que el caso era grave y después de mucho discutir, no habiéndose prestado Aguilera á volver á hablar á Ramón Martínez, por las razones ya expresadas, se acordó que fuese Ramón Céspedes solo, é hiciese á Martínez proposiciones sobre las bases siguientes: primero, que entregase los bonos; segundo, que se quemasen; tercero, que los depositase en poder de una persona á satisfacción de Ramón Céspedes y Aguilera; cuarto, que diese recibo de los bonos, dejándoselos en ese caso hasta el 31 de Junio. Finalmente, se instruyó á Céspedes que tratase por todos los medios amistosos, de ver como se daba una solución á ese asunto, de

manera que quedasen garantidos los intereses de la patria.

Al día siguiente fué Ramón Céspedes á desempeñar su comisión y volvió diciendo que había hecho todos los esfuerzos posibles por recabar de Martínez que aceptara cualquiera de las proposiciones acordadas y todo había sido en vano; Martínez se había encerrado en que retendría los bonos hasta el 31 de Junio sin dar comprobante de que existían en su poder, ni de su compromiso para con ellos. Al mismo tiempo se había mostrado muy resentido porque decía que desconfiaban de él.

Fué Vicente Mestre y Amabile á la oficina de la Agencia. Dijo que estaba desesperado al ver el comportamiento que con él observaban hombres que llamándose sus patrocinadores, no eran otra cosa que seres mezquinos que no sabían corresponder y sus servicios.

Dijo que Aldama lo había "embullado" para que fuese su corredor, ofreciéndole que el primer año ganaría lo menos veinte mil pesos; al fin se decidió y le pidió trescientos pesos á cuenta de sus futuros corretajes para montar su oficina. Aldama ofreció dárselos y á la hora de hacerlos efectivos no le dió nada.

Después, en un apuro, se llegó á él á pedirle prestados treinta pesos. Se los dió, pero le exigió recibo y le cargó *veinte centavos de interés.*

Añadió Vicente Mestre que nadie le haría creer que un hombre que le había cobrado *veinte centavos* de interés á él, que tanto lo había servido, y servía, pudiera haber dado doscientos mil pesos para la causa de Cuba como decían aparecía en los libros de la Agencia. Aldama en su concepto tenía allí mucho más de un millón de pesos, pues solo el solar de su refinería le había costado $95.000, el presupuesto de la fábrica había ascendido á $600.000, y tenía invertido en azúcares más de $200.000.

Fué á ver Aguilera á José M. Izaguirre, que estaba enfermo. Este lo invitó á comer y concluído que hubieron llegó Peralta. En la conversación dijo á éste Aguilera que había estado acariciando la idea de decirle al tiempo de su partida que contara un soldado más, pues pensaba embarcarse con él para Cuba. Quizás sería lo más acertado, pues temía tenerlo que hacer después en un bote, si el Gobierno se lo mandaba, como no lo dudaba, dada la influencia de sus contrarios en Cuba Libre.

Contestó Peralta que haría muy mal, pues si se separaba de la Agencia en aquellos momentos, se hundiría la revolución. La Agencia iría á caer en manos de gente "non santa", que además de estar tan desacreditada no tenía más patria que la especulación.

José M. Izaguirre y su hermano Manuel J., que llegó, agregaron que en ningún caso debía Aguilera ir á Cuba en un bote porque sería sacrificarse inútilmente. Estaban persuadidos de que al decir Aguilera que iba á llevar una expedición, le sobrarían elementos para formar una formidable.

Contestó Aguilera que su triste experiencia no le permitía acariciar tan halagüeñas esperanzas y terminó Julio Peralta diciendo que lo esperase, que él pensaba volver al extranjero á llevar extra expedición, si salía bien con aquella, y entonces entre los dos formarían una expedición magnífica, pues á él le habían hecho ofertas en ese sentido. (Aldama).

CAPITULO XLII

MAYO 1872

MAYORGA ALISTA LA EXPEDICION.—CASANOVA Y EL EMPRESTITO.—AGUILERA Y MAYORGA SALEN A RECOGER RECURSOS.—NO DARAN EL DINERO SINO DESPUES DE LA SALIDA DE PERALTA.—NINGUN RESULTADO DE SU EXCURSION.—MACIAS Y EL EMPRESTITO.—ALDAMA DICE SE HA SEPARADO DE LA CAUSA DE CUBA.—MACIAS LE DICE NO PUEDE HACERLO—VOLUBILIDAD DE BRAMOSIO—LA CUENTA DE LAS GRATIFICACIONES DE ALDAMA.—ASCIENDEN ESTAS A $99.000.—EXTRAÑEZA DE FUENTES Y AGUILERA.—BRAMOSIO Y EL EMPRESTITO.—DICE QUE CONTRIBUIRA CON ALGO PARA LA EXPEDICION.—BRAMOSIO OBSEQUIOSO CON AGUILERA.—PERALTA MURMURA DE MAYORGA.—AGUILERA DEFIENDE A ESTE.—SERVICIOS DE MAYORGA A LA CAUSA.—ABANDONO EN QUE TENIA SUS NEGOCIOS.—R. MARTINEZ Y MAYORGA.—ACUERDO PARA LA SALIDA DE LA EXPEDICION.—DIFERENTES DETALLES EN QUE SE CONVIENE.—EL GENERAL BERNABE VARONA.—INCIDENTE A SU PASO POR EL PUERTO DE LA HABANA.—LAS AUTORIDADES ESPAÑOLAS QUIEREN SACARLO DEL VAPOR.—EL CONSUL Y EL CAPITAN LO PROTEGEN.

Llegó Mayorga á la oficina muy satisfecho y dijo á Aguilera que ya todo lo tenía listo. Había comprado el vapor ''Fannie'' en quince mil pesos aunque no se había registrado la compra en la Aduana para no despertar las sospechas de los espías españoles; había hecho un documento en el que el nombre del comprador estaba en blanco. Compró también 250 toneladas de carbón bueno, suficiente para más de un mes, pues el vapor solo consumía ocho toneladas diarias. Compró víveres abundantes para más de cien hombres en el mar y cuatro ó más días en tierra; éstos le habían costado más de mil pesos.

Dijo que la venta del ''Hornet'' estaba también realizada en $25.000 de los que había que rebajar el costo de llevar el vapor á New York y la comisión del Capitán Brown, que hizo la venta. Había recibido $24.000 con los que pagó el ''Fannie'' y el resto lo aplicaría á la expedición de Peralta, dejando su crédito contra el ''Hornet'' para cobrarlo cuando hubiera lugar; este crédito ascendía á unos $20.000.

Habló Aguilera á Manuel Casanova con respecto al empréstito proyectado por Macías; le dijo aquél que le parecía muy bueno el proyecto, pero dudaba pudiera realizarse porque no podrían reunirse los cuarenta mil pesos que necesitaban; Govín y Martínez decían que no podían contribuir porque con el percance de la expedición de Agüero, tenían que gastar unos cuantos miles de pesos más de lo presupuestado. El, por su parte, no podría suscribirse con más de dos mil pesos.

Como se ha visto, Mayorga solo, hacía todos los gastos para despachar la expedición de Peralta, pues ninguno de los patriotas ricos habían querido ayudarlo. Estando ya casi lista la expedición y dispuesta á salir, en una reunión de Mayorga, Aguilera y Peralta acordaron ir en comisión á visitar algunos de los patriotas adinerados, en solicitud de que los ayudaran con alguna cantidad, en el concepto de que no deberían hacerla efectiva hasta después de pasados algunos días de habér salido la expedición. Creyeron de esta manera prestar más garantías á los contribuyentes, pues no podrían repetir lo que decían, que estaban cansados de dar dinero para la expedición de Peralta y ésta no salía nunca.

En cumplimiento de lo acordado, salieron Aguilera Mayorga y Peralta á visitar á los cubanos. Llegaron á casa de Govín, le expusieron su misión, diciéndole que la cantidad no la entregaría hasta veinte días después de haber salido Peralta. Les contestó que no le era posible contribuir porque su hijo Manuel había tenido que dar su firma en el trastorno de la expedición de Aguero en Jamaica. Ultimamente, instado por ellos; les dijo que vería si luego podía darles alguna cosa, aunque sería muy poco.

Pasaron á casa de su hermano Félix y éste les dijo poco más ó menos, lo mismo.

Siguieron á casa de Angarica. Este les refirió las historias viejas de todo lo que había dado para la causa y otras nuevas además y les dió alguna esperanza para después.

Fueron á casa de Bramosio y no lo encontraron; siguieron á casa de Joaquín Delgado, tampoco estaba allí y últimamente á casa de la señora Francisca Ayesterán, donde les dijeron que no estaba, aunque ellos sospecharon que la señora no había querido recibirlos.

Siendo ya tarde se retiraron y á la mañana siguiente volvieron á salir Aguilera y Peralta solamente, á continuar su peregrinación, pues Mayorga tenía que atender á otros asuntos. Volvieron á casa de Bramosio y tampoco lo encontraron. Aguilera le dejó una tarjeta suplicándole que lo esperara en su casa á las 5 de la tarde. Fueron de nuevo á casa de la señora Ayesterán, y otra vez le dijeron que estaba ausente, creyendo ellos que la señora se había excusado por segunda vez. Como Aguilera tenía otras ocupaciones, y por otra parte, comprendiera lo infructuoso de la empresa, se dirigió á la oficina donde lo esperaba J. M. Macías para hablarle del empréstito.

Dijo Macías que había vuelto á ver á Aldama y aunque éste le manifestó que estaba separado de la causa de Cuba, contándole la interminable historia de sus sacrificios, Macías le contestó que no podía separarse, porque al abrazarla había arrastrado á muchos individuos los que le echarían en cara su volubilidad, haciéndole cargos muy severos. Dijo que aún tenía esperanzas de que los ayudara y aquella tarde volvería á verlo.

Con respecto á Bramosio, dijo que lo habían informado de que era muy veleidoso y que deseando ir á Francia, quería hacerlo con caracter oficial, con objeto de retirarse de una manera decente, aunque tuviera que abandonar después el negocio. Añadió Macías que si era así, no debían darle los poderes para el empréstito; y dado caso que no pudieran realizar aquel proyecto, ya tenía otro.

Hablando Félix Fuentes con Aguilera le dijo que en los libros de Aldama había una cuenta de gratificaciones que ascendía á $99,000 de los que suponía no había comprobantes.

No extrañó Aguilera menos que á Fuentes, que Aldama, que siempre se había mostrado tan mezquino, en esa ocasión hubiese llegado su esplendidez hasta el extremo de distribuir en gratificaciones *casi cien mil pesos*. Este era un fenómeno que Aguilera no acertaba á comprender. Con respecto á los comprobantes de que hablaba Fuentes, si eran tan deficientes los que había de las cantidades pagadas, ¿cómo era posible que los hubiera de las gratificaciones?

A las cinco de la tarde concurrió Aguilera, acompañado de Peralta, á la cita que había dado á Bramosio en su casa. Le encontraron allí y Bramosio los recibió muy complacido. Preguntóle Aguilera que cuando salían á desempeñar su misión para reunir los cuarenta mil pesos del empréstito y contestó que trabajaba en ese asunto y aquella noche esperaba á Félix Fuentes para ponerse de acuerdo con él respecto á la visita á Rivas; que luego le daría razón.

Manifestó entonces Aguilera que á Peralta le faltaba todavía un pico para completar su expedición, y quería le dijera con cuanto contribuiría él, en el concepto de que no haría efectiva la cantidad hasta quince ó veinte días después de haber salido la expedición. Contestó Bramosio que no dejaría de contribuir con algo para entonces; y aunque Aguilera le instó para que fijara la cantidad, no lo consiguió.

Estuvo tan amable Bramosio que habiendo celebrado Aguilera un precioso tablero de ajedrez de cristal muy fino, le dijo que mandara por él. Aguilera rehusó dándole las gracias y él instó diciéndole que se lo mandaría á su casa. Aguilera por último dijo que lo aceptaría, pero cuando se embarcara (Bramosio) para Europa á realizar el empréstito.

En el trayecto de la casa de Bramosio á la de Aguilera, manifestó á éste Peralta que era cierto que Mayorga estaba prestando muy buenos servicios á la causa de Cuba, pero que ninguno estaba tan

seguro como él. Contestó Aguilera que no lo creía así y si no fuera porque mediaba la causa de Cuba, atendiendo solo al amigo, le hubiera aconsejado que no se arriesgara tanto. Dijo Peralta que en los vapores tenía él su garantía. Repuso Aguilera que ya el "Hornet" estaba vendido y apenas quedaba algo después de pagar su deuda; respecto al "Fannie", casi toda su expedición la costeaba Mayorga sin más garantía que la venta del buque, si volvía salvo; y como éste, después de conducir su expedición debía llevar otra, se doblaba el riesgo que corría. Además, estaba seguro de que si el "Fannie" desembarcaba con facilidad las dos expediciones y ellos podían organizar otra, Mayorga volvería á prestar el buque para que la llevara, corriendo nuevos riesgos.

Dijo Aguilera que en su opinión no sabía cómo Mayorga iba á desenvolverse en la situación en que se encontraba.

Excepcionales fueron las dotes de celo, inteligencia actividad y patriotismo que desplegó Mayorga en aquella ocasión. Abandonado de sus paisanos, él solo tomó sobre sí el empeño de realizar aquella expedición; el dinero con que debieran contribuir un número de patriotas, lo puso él solo, y al mismo tiempo se movía de New York á Baltimore, donde estaban el "Fannie" y el "Hornet" y no se daba punto de reposo para atender á los múltiples detalles que requería una empresa de esa clase.

Y tengamos en cuenta que Mayorga no era uno de tantos emigrados que hubiera ido á los Estados Unidos para desde allí, con más seguridad, hostilizar al Gobierno español, y que no tuviera por consiguiente, otra ocupación á que dedicarse en el país. No, era un hombre de negocios establecido allí que necesitaba todo su tiempo para dedicarlo á esos negocios; y como este tiempo lo empleara en la causa de Cuba, de aquí que aquellos estuviesen abandonados con perjuicio notable de sus intereses. Verdad que siempre mantuvo abierta su oficina y su hijo José, joven de unos veinte años, estaba al cuidado de ella; pero este joven no podía representar en la oficina lo que su padre, haciendo lo mismo que él.

Podrá decírsenos que sin contar á Aldama, también Ramón Martínez era un hombre de negocios establecido allí que despachó varias expediciones para Cuba; pero contestaremos en primer lugar, que nunca tuvo Ramón Martínez en sus manos un problema tan árduo como el del vapor "Hornet", capaz de agotar la paciencia de un santo; en segundo, Ramón Martínez era hombre rico, cuya fortuna subía á varios cientos de miles de pesos y quizás manejaba otros tantos más de sus amigos, que habiendo sacado sus caudales de Cuba los habían confiado á él. Mayorga era un pobre comparado á Martínez: su capital lo constituía principalmente su trabajo y su crédito con lo que había podido reunir con una corta fortuna, la que había comprometido para servir á Aguilera y la causa cubana.

Ramón Martínez tenía varios amigos que lo ayudaran y las expediciones que despachó fueron debidas al esfuerzo de estos amigos principalmente. A Mayorga hemos visto como lo dejaron solo; como á la última reunión de patriotas acaudalados á que convocó Aguilera, ninguno de aquéllos asistió y ni siquiera se escusaron por su ausencia. Mayorga solo, repetimos, tuvo que hacer frente á aquella empresa, si bien modesta en sí, formidable para un hombre pobre como él.

Teniendo Mayorga ya lista la expedición, tuvieron una reunión él, Peralta, el capitán Brown y Aguilera para acordar la manera como aquélla debía salir. Después de discutir diferentes detalles, acordaron lo siguiente:

Los anteriores dueños del "Fannie" despacharían el barco en la Aduana para no infundir sospechas, y que las autoridades no pusieran dificultad. El capitán Brown debía serlo del vapor. Mayorga mandaría un cheque de dos mil quinientos pesos á los anteriores dueños, para pagar el carbón y víveres y embarcarlos. El vapor se despacharía para la Isla de Tortuga, sobre la costa de Haití. Brown iría al día siguiente á Baltimore á ver si los papeles estaban en buen orden para no tener tropiezo después. El capitán Brown telegrafiaría su salida de Baltimore con el vapor. Saldría entonces de Nueva York una goleta

cargada con las armas, municiones y equipajes; por la noche otra goleta iría recogiendo á los expediciones que deberían estar en los puntos convenidos, en grupos de diez hombres; éstos irían colocados dentro de la bodega del buque para no ser vistos, y no saldrían hasta estar mar afuera. Ambas goletas irían á reunirse al vapor en un punto convenido, á varias millas de la costa. Como faltaron los expedicionarios que se mandaron buscar á Cayo Hueso, por no haber llegado á tiempo, acordaron enganchar á treinta ó cuarenta fenianos (irlandeses) lo que aumentó el presupuesto en ochocientos pesos.

Habiendo dispuesto el Gobierno que todos los jefes y oficiales que estaban en el extranjero volviesen al territorio de la República, bajo pena de perder sus grados, Aguilera pasó una circular á estos jefes y oficiales, para que aprovechando la oportunidad de la expedición de Peralta, diesen cumplimiento á la orden superior.

Uno de los jefes á quienes pasó Aguilera la circular fué al general Bernabé Varona (a) "Bembeta", que estaba en Méjico. Este inmediatamente fué á Nueva York, y se puso á la disposición de Aguilera para marchar á Cuba. Como el viaje lo hubiera hecho Bernabé Varona por vía de la Habana y ésto hubiera dado lugar á cierto incidente con las autoridades españolas de ese puerto, le pidió Aguilera le refiriese lo sucedido.

Dijo Bernabé Varona que al recibir la circular de Aguilera, tomó el primer vapor que salió de Veracruz para Nueva York no sin antes haberse asegurado con el capitán de que no había peligro para él, en su tránsito por el puerto de la Habana, por estar allí varios buques de guerra americanos. En ese concepto se embarcó. y al llegar á aquel puerto, se encontró que no había ningún barco de guerra, americano ni extranjero que pudiera protegerlo. Entraron en el puerto de la Habana por la tarde. A las diez de la noche se presentó el Sub-comisario de policía y pidió al capitán que hiciese ir á Varona á su presencia. Recibió Varona el recado y contestó que no reconocía á ninguna autoridad española, y si el Comisario quería hablarle, fuera donde él estaba. El Capitán llevó á Varona á su camarote y allí habló con el Comisario. Este cortésmente le suplicó que no fuese á tierra, porque no podría responder de su seguridad. Varona contestó que no pensaba desembarcar en la Habana y sólo estaba allí de tránsito para New York.

Mientras tanto, las autoridades españolas habían incomunicado al vapor con tierra y varios policías subieron abordo.

Poco después llegó el Jefe de policía acompañado de un Ayudante del Capitán General interino, Ceballos, con una orden para el Capitán del vapor, intimándole que entregase inmediatamente á Varona . El Capitán contestó que no cumpliría la orden á menos que viniera por conducto de su Cónsul.

El Ayudante fué á tierra á llevar la contestación del Capitán. El General puso entonces una orden, aún más apremiante que la primera, dirigida al Capitán del vapor, y la mandó al Cónsul de los Estados Unidos para que la refrendara. Este se negó, diciendo que el pasajero estaba bajo la protección de la bandera de su nación y de ninguna manera lo entregaría. Inmediatamente fué el Cónsul á bordo, ordenó al Capitán que no entregase al pasajero y se quedó allí esperando lo que viniera.

Durante este tiempo, el vapor estaba materialmente sitiado, por botes con soldados de línea. El capitán, en vista de la actitud alarmante del asunto, redujo á Varona á que se escondiera, no fuera á ser asaltado el vapor de improviso y se lo llevaran por la fuerza.

Dijo Varona que durante las diez y seis horas que estuvo en aquella especie de capilla, se habían cruzado catorce cablegramas de la Habana á Washington y á Madrid, de ida y vuelta, y tanto el Ministro español en Washington, Polo de Bernabé, como el Ministro de Ultramar en España, dijeron al Capitán General Ceballos que no tenía derecho á sacar á un pasajero de á bordo de un buque extranjero. El Capitán General pareció calmarse con aquellas razones, pues tuvo ó bien desistir de su propósito.

CAPITULO XLIII

JUNIO 1872

MAYORGA DISGUSTADO POR LAS IMPRUDENCIAS DE LOS EXPEDICIONARIOS.—PIERDE LA PACIENCIA.—PROPOSICIONES DE MAYORGA SOBRE EL VAPOR "FANNIE."—LO TOMA POR SU CUENTA Y LO FLETA POR $5.000.—AGUILERA Y R. CESPEDES ACEPTAN LA PROPOSICION.—INVITACION DE MAYORGA PARA IR A LA IGLESIA.—CONSTANCIA DEL PATRIOTA PIEDRA.—AGUILERA LO RECOMIENDA A PERALTA.—AGUILERA ASISTE AL SERVICIO RELIGIOSO.—LUIS CRUZ Y ALDAMA.—AQUEL PIDE UN BUEN ARMA A ESTE.—ALDAMA LO MANDA CON PERALTA.—DIJO HABIA DADO A ESTE TODO LO QUE PODIA.—LA SRA. DE EMBIL Y LA EXPEDICION DE PERALTA.—ESTE ESPERA TODAVIA DE ALDAMA.—OPINION DE AGUILERA.—OPINION DE MAYORGA SOBRE ALDAMA.—ESTE DESEARIA QUE SUS PAISANOS LO DECLARAN TRAIDOR.

Llegó Mayorga muy disgustado á la oficina diciendo que hacía días no veía á Peralta; además, sabía que algunos de los expedicionarios andaban propalando que se iban para Cuba; también que estaba Peralta recogiendo pequeñas cantidades de dinero entre sus amigos, todo lo que diafanizaba la expedición y la exponía á fracasar.

Contestó Aguilera que había oído decir á Peralta que necesitaba reunir novecientos ó mil pesos para enganchar cuarenta expedicionarios extranjeros, á fin de reponer los de Cayo Hueso que no habían llegado, insinuándole que Mayorga se encontraba remiso en hacer ese gasto cuando él lo consideraba tan importante.

Poco después llegó Peralta, y conferenciando con Mayorga y Aguilera, se acordó que Peralta no siguiera recolectando dinero y Mayorga supliera los mil pesos necesarios para el enganche de los cuarenta hombres.

Estuvo Bessot á pedir á Aguilera doscientos cuarenta pesos para unos torpedos que debía llevar; Aguilera le dijo que fuera con Mayorga. Quedó éste en darle doscientos pesos porque tenía poco dinero. Estuvo también Figueroa á buscar sesenta pesos para una patente de una invención que iba á dejar en beneficio de la causa; Aguilera lo mandó con Mayorga también. Se presentó Luis Cruz con la cuenta de una semana de alojamiento de varios expedicionarios, ascendente á noventa y nueve pesos; lo mismo que los otros, Aguilera lo mandó con Mayorga. Este, que ya se encontraba sofocado con tan constantes erogaciones, siendo muy corta la cantidad de dinero de que disponía, se molestó al ver el importe de la última cuenta. Dijo que la primera semana había sido de cuarenta pesos, la segunda de cincuenta y cinco y aquella de noventa y nueve; que á seguir así las cuentas de los expedicionarios subirían á doscientos pesos y más. Agregó que no podía pagar esa cuenta porque no tenía dinero. Como Mayorga se sostuvieron en lo dicho, tomó parte Aguilera y dijo que sería necesario pagarla, pero para lo sucesivo dijera Luis Cruz á los expedicionarios que no podía dárseles más que cincuenta centavos diarios para su manutención porque no había dinero. Mayorga aceptó la proposición de Aguilera y pagó la cuenta.

Invitó Mayorga á Aguilera, Ramón Céspedes y Peralta para ir al día siguiente, domingo, á la iglesia del padre Palma á rogar por el buen éxito de la expedición, y después, ir á su casa á comer con él, como último domingo que pasaría allí Peralta.

Al día siguiente fué á visitar á Aguilera el patriota Piedra, como de costumbre. Este patriota, desde poco después de haber llegado Aguilera á Nueva York, acostumbraba ir todos los domingos por la mañana á verlo y preguntarle cuándo se podría embarcar para Cuba en una expedición. Al presentársele esa mañana, le dijo Aguilera que lo tuviera todo preparado porque pronto debían avisarle el embarque; pero que guardase la más absoluta reserva. Piedra dió muestras del mayor regocijo y

salió lleno de entusiasmo. Aguilera lo recomendó á Peralta como un buen patriota, diciéndole lo nombraba su ayudante.

Fué Mayorga á buscar Aguilera y Ramón Céspedes y juntos se dirigieron á la iglesia del padre Palma. Allí encontraron á Peralta y asistieron al servicio religioso. La iglesia del padre Palma era episcopal, una de las ramas de la protestante, y á ella asistían la mayor parte de los cubanos, pues el padre Palma, que lo era también, hacía los servicios en español. Aguilera, aunque católico creía que el hombre podía elevar su alma al Supremo Creador desde cualquier lugar en que se encontrase.

Al salir de la iglesia se les unió Luis Cruz. Les refirió éste que á título de paisano le había escrito una carta á Aldama pidiéndole un arma buena para llevar á Cuba. Aldama le contestó que fuese á hablar con él; fué, y le dijo que ya había dado á Peralta todo lo que podía, y por consiguiente, pidiese á éste un arma buena.

Dijo Aguilera que era falso; Aldama no había dado á Peralta ni un medio, ni tampoco efecto alguno para su expedición. Cruz quedó admirado diciendo que le asombraba el *descaro* del paisano.

Juan Aguirre refirió á Ramón Céspedes que su hermano Martín había ido á casa del señor Embil á pedirle un rifle para llevar á Cuba. La señora de éste, allí presente, le dijo que su esposo no podía dárselo, porque Peralta, jefe de la expedición, iba á Cuba á conspirar contra Carlos Manuel de Céspedes, mandado por los traidores de Nueva York.

Asistieron Peralta, Ramón Céspedes y Aguilera á la comida de Mayorga. En el curso de la conversación se ofreció hablar de Aldama, y como las opiniones no le fuesen nada favorables, manifestó Peralta que no convenía hablar de Aldama porque todavía tenía esperanzas de que hiciese bastante por Cuba. A todos sorprendió lo dicho por Peralta, á quien precisamente Aldama había estado engañando tanto tiempo. Dijo entonces Aguilera que, efectivamente, no estaba bien que hablasen de Aldama en aquella situación, en que debía haber el mejor acuerdo entre todos los cubanos para hacer frente al enemigo común. Además, también creía que podía llegar un día en que Aldama se manifestase dispuesto á auxiliar la revolución y este día sería cuando la representación del Gobierno hubiese logrado un empréstito ó cosa anóloga, y viera seguro el triunfo de la causa. Es decir, cuando ya su auxilio no fuera necesario y entonces querría él (Aguilera), ser agente de Cuba para decir á Aldama que se guardase sus caudales, que ya Cuba no necesitaba de ellos ni de él.

Continuando la conversación sobre Aldama dijo Mayorga que en su concepto aquél se alegraría de que sus paisanos lo declarasen traidor por los periódicos, para verse libre de compromisos con la revolución y sincerarse con los españoles á fin de que le devolviesen sus bienes embargados.

CAPITULO XLIV

JUNIO 1872

EMBARQUE EN UNA GOLETA DEL ARMAMENTO PARA LA EXPEDICION.—CARTA DE AGUILERA A FRANCISCO MACEO.—ESPERANZAS DE UN PRONTO CAMBIO DE SITUACION.—MOTIVOS POR QUE AGUILERA NO OBEDECIA AL LLAMAMIENTO DEL GOBIERNO.—CARTA A MAXIMO GOMEZ.—CARTA A RAFAEL MORALES.—AGUILERA Y C. M. DE CESPEDES.—AQUEL INFLUENCIADO CONTRA ESTE.—AGUILERA PASA POR ALTO LA CONDUCTA DE CESPEDES.—NO VE EN EL SINO AL COMPAÑERO Y AL PATRIOTA.—LE ESCRIBE UNA CARTA AMISTOSA.—LE ENVIA UNA MALETA CON ROPA Y OTROS EFECTOS.—CARTA OFICIAL DE AGUILERA A C. M. DE CESPEDES.—CARTA PARTICULAR AL MISMO.—COMUNICACION AL SECRETARIO DE ESTADO.—CARBONELL EL FALSO ESPIA DEL CONSULADO ESPAÑOL.—INSTRUCCIONES QUE RECIBIO DE ESTE.—AGUILERA Y MAYORGA ABSUELVEN LAS PREGUNTAS.—MARTIN AGUIRRE Y LA SRA. DE EMBIL.—LA MISION DE PERALTA A CUBA SEMEJANTE A LA DE ZENEA.—VA A DERROCAR AL PRESIDENTE CESPEDEDES.—AGUILERA DILAPILADOR DE LOS CAUDALES DE CUBA.—HABIA MANDADO $700 A SU FAMILIA.—ATMOSFERA QUE RODEABA A LOS EMIGRADOS.—LAS REPUTACIONES NADA VALIAN.—LAS PASIONES Y LA AMBICION LO DOMINABAN TODO.—SITUACION CONTRA LA QUE TUVO QUE LUCHAR AGUILERA.

El día tres de Junio se embarcó José María Izaguirre en una goleta que conducía trescientas cajas con armas, pertrechos y ropas para trasbordarlas al vapor "Fannie" en alta mar. Mayorga tuvo que hacer varios gastos imprevistos para la expedición, entre ellos mil doscientos pesos que importaron las composiciones á la maquinaria del vapor.

Aguilera preparaba su correspondencia para Cuba libre, queriendo aprovechar el conducto de confianza que se le ofrecía con Peralta. Entre las varias cartas que hizo, una fué para su amigo Francisco Maceo, la que copiamos á continuación, porque de ninguna manera más auténtica podríamos dar á conocer la situación en el exterior en aquel tiempo, sobre todo si se tiene en cuenta que se dirigía Aguilera á un amigo suyo muy querido.

Dice así:

"New York, Mayo 31 de 1872.

Ciudadano Francisco Maceo.

"Querido amigo. Aprovechando la oportunidad del general Peralta para hacerte la presente, porque aunque como por la comunicación oficial te enteras de todo lo más interesante, quiero platicar contigo un rato, por escrito que sea, mientras viene el fausto día en que lo hagamos "tete á tete."

"Principiaré diciendo que tu encargo por tu misiva en clave, fué cumplido en las comunicaciones oficiales que envié por el C. Melchor Agüero, y que supongo habrán llegado á ese Gobierno.

"El C. Melchor Agüero, que salió de aquí en los últimos días de marzo, ha tenido serios inconvenientes para llegar á esa, y á no ser los buenos servicios y desprendimiento de algunos patriotas en Kingston, se hubiera perdido la expedición. Por fin, de allí salió este mes con rumbo á esa, y según correspondencia de la Habana, ha llegado con felicidad. Quiera Dios que así sea, aunque desde su salida de Kingston no tenemos noticias directa de la expedición.

"Peralta te informará de muchas cosas que no deben confiarse al indiscreto papel, y seguramente te referirá algunas vidas y milagros de algunos hijos de Dios que pupulan por estos mundos; y puedes creer que si regularmente la hipérbole figura en las hazañas de ciertos héroes, en las de algunos de nuestros paisanos no cabe la hipérbole, porque le falta lugar. Esto solo, amigo mío, podrá darte una idea de las tales hazañas y por ella la de los males de Cuba en sus negocios de aquende.

"En efecto, encontrarás aquí más ambiciosos que patriotas, hablo de los gordos, y las tales banderías, entre los pliegos de sus enseñas ocultan la obscu-

ridad de sus miras, variadas en la forma, pero convergentes al mismo punto: al timón del barco. Y tanto más quieren ese punto, porque como ven que los frutos de nuestros trabajos anuncian pronto un feliz resultado: como ven flotar, rumbo de Washington el ansiado reconocimiento, como suponen muy bien que la Agencia, hoy pobre, tendrá cuantiosos capitales, con los que una administración inteligente puede salvar á Cuba y hacer ricos á los administradores; como la Agencia hasta ahora empeñada por obligaciones, sólo ha podido atender á desempeñarse: sin crédito ha tenido que crearlo, sin fondos ha tenido que buscarlos, batida, ha tenido que defenderse; y como ocupada en todo esto, no ha podido hasta ahora desenvolver su acción bienhechora sobre Cuba, y crearse elementos para los servicios que debe prestar y prestará en lo adelante; tratan de que el timón y las llaves caigan en buenas manos. Y como cosa igual tiene necesidad de amigos que le ayuden, apoyen, proclamen y defiendan, resulta el mayor mal, de tener la pobre patria que enriquecer á muchos, que nada fuera á uno solo. Los que hemos hecho la revolución solo por el bien del país, sacrificando una fortuna respetable, una familia, delicia de nuestra vida, y una parte de ésta; que vivimos miserablemente para no ser gravosos á la patria, que no consentiremos nunca que nadie la defraude, que no tenemos delitos para buscar encubridores, ni necesitamos más partidarios, que la tranquilidad de nuestra conciencia; los que hemos hecho todo eso, amigo mío, sólo recogemos decepciones amargas, y se necesita todo nuestro amor á Cuba para seguir nuestro camino, y cerrar nuestros oídos, no al canto de las sirenas como Ulises, sino á la estrepitosa algarabía de los sátiros. De ahí, amigo mío, que aún me conserve en este puesto, banco de la paciencia, blanco de todos los desalmados, purgatorio de cualquier hombre honrado. Aquí me mantengo porque vería con dolor de mi corazón, después de tantos sacrificios realizados, de tantos disgustos y trabajos, que fuera el fruto á manos.... que manos.....!

"Pero dejemos esto y vamos á otra cosa. Nuestros negocios mejoran notablemente. La Agencia está desempeñada y despacha á Peralta, quedando en actitud desahogada y expeditiva. Nuestros negocios en el exterior marchan bien. La cuestión de Cuba se resolverá favorablemente en Washington muy en breve y entonces es cosa concluída. Nunca como hoy ha presentado la política tan buen aspesto. Ya te enterarás de la protección que la marina de guerra americana ha dispensado al "Virginuis", "Hornet", y "Edgar Stuart". Esto tiene á los españoles en candela, y se aumentará su cólera cuando empiecen á surtir sus efectos los "animales marinos" de que hablo al Gobierno y que no tardarán en empezar á hacer de las suyas. Algunos de sus periódicos (españoles) piden que se declare la guerra á los Estados Unidos.

"Concluída felizmente la cuestión del "Alabama" sentado por Inglaterra el principio internacional de que una nación pueda reconocer la beligerancia de otra, cuando lo juzgue oportuno, y dado el fiasco de la actual administración en el tratado para la reclamación de los daños indirectos del "Alabama", que ha hundido á mister Grant, sólo tiene éste como medio para captarse la popularidad y ganar su reeleccióu, un cambio de política respecto á Cuba, causa tan popular aquí, lisonjeando así la ambición de este país. El candidato de más proporciones para la próxima presidencia es mister Horace Greeley, hombre eminente, decidido partidario de Cuba, á quien hemos visitado ya. Es indudable que uno de los primeros actos de mister Greeley sería nuestro reconocimiento. Sobre esto te informarás oficialmente.

"Te incluyo un duplicado de la renuncia que hago de vicepresidente, para que la presentes, caso que se extravíe la que mando al Gobierno, y se me reemplace allí para no hacer tan imprescindible falta.

"Sin otro particular, y remitiéndome á la comunicación oficial y á los informes que te dará Peralta, me repito siempre tu afectísimo.

F. V. Aguilera."

Por la carta que antecede verá el lector gráficamente descrita la situación de la causa de Cuba en el extranjero por aquel tiempo; las esperanzas que todos alimentaban de un pronto cambio en la política americana, iniciada con el reconocimiento de la beligerancia de los cubanos, la que traería tras sí una plétora de dinero en las cajas de la Agencia y con ésta el triunfo de la revolución. Fué la esperanza de ver realizado tanto bien, lo que retuvo á Aguilera en el extranjero, á pesar del reiterado llamamiento que se le hacía de Cuba Libre. Sabía que si se le llamaba con tanta urgencia, era debido á intrigas de los que querían á todo trance apoderarse del manejo de los asuntos de Cuba en el exterior, poniéndolos en manos de Manuel de Quesada ó alguno de sus partidarios, cosa que al tener lugar ese cambio, que todos miraban como próximo y seguro, ser ellos los que manejaran los cuantiosos caudales, disfrutando de la honra y del provecho de tan ventajosa situación.

Por otra parte, como Aguilera, lo mismo que todos, esperaba también este cambio, no quería que la cosa pública cayera en manos de los que no harían buen uso de ella; y como los hombres que hubieran podido manejarla con tanta honradez y aún con más acierto quizás que él, no querían hacerse cargo de ella, de ahí su resolución de mantenerse en aquel puesto, haciendo frente á la guerra sorda é implacable que se le hacía y contrarrestando los deseos manifiestos del gobierno, esperando el advenimiento de era venturosa para la causa, no para ganar honra y provecho para él, pues consideraba tener bastante de la primera y menospreciaba el segundo, sino para servir á Cuba, con el honrado y solícito manejo de sus caudales.

Insertamos á continuación otra carta que dirigió al general Máximo Gómez en la que ratificaba lo que decía á Maceo.

Hela aquí:

"New York, Mayo 31 de 1872.

"C. General Máximo Gómez.

"Distinguido amigo:

"Sin ninguna suya á que tener el gusto de hacer referencia, aprovecho la oportunidad del general Peralta para enviarle estas líneas. Me complace noticiarle que por mis constantes indagaciones, he sabido que su familia se encuentra en la Habana en la actualidad, y cabalmente estoy haciendo modo de comunicarme con ella, pero por conducto completamente seguro, á fin de no exponerla á la brutalidad incansable de los movilizados y voluntarios, para darle noticias de usted y aconsejarle que salga de allí. Tan pronto como consiga hacerlo, lo participaré á usted y viva descuidado, que haré siempre lo que pueda para atender á su digna familia.

"El general Peralta que verá á usted, según se promete, lleva el encargo de ponerlo al corriente de muchas cosas de por acá, que me privo de escribirle por temor á un extravío. El lo enterará de la situación, de los hombres, y de todo lo demás que es bueno que sepa un patriota tan digno como usted. Por mi parte me limitaré á decirle que nuestra situación es plácida. Nunca como hoy la política presentó un aspecto tan favorable, y no dudo asegurar á usted que nos aproximamos al desenlace de este sangriento drama. La Agencia, hasta hoy agobiada con deudas y compromisos atrasados, vuelve en acción bienhechora sobre Cuba enviando á Peralta, y otras expediciones le seguirán, pues queda sin obligaciones que se lo impidan. Nuestro crédito está ya á cubierto, y á medida que vayan recursos á Cuba, seguirá la progresión de nuestros triunfos, á los cuales va unido con frecuencia el nombre de usted.

"Supongo que el Gobierno informará á usted del estado de nuestros trabajos políticos, trabajos que, puedo asegurarle, no tardarán en dar un próximo resultado. Es indudable que nuestro reconocimiento de beligerantes por los Estados Unidos tendrá lugar dentro de algunas semanas. Excuso decir á usted todos los bienes que esto nos traerá, y acaso ese simple hecho resolverá á los españoles á evacuar á Cuba. Pero si así no fuese, contaremos nuestros fondos por millones, merced á nuestro crédito; y soldados y buques y todo lo necesario será puesto en Cuba inmediatamente para lanzarlos á sangre y fuego lo cual será aún más

glorioso para nuestros bravos. Arreglada ya la cuestión del "Alabama" entre los Estados Unidos é Ignlaterra; sentado por ésta al principio de derecho internacional, de que una nación puede reconocer la beligerancia de otra cuando lo juzgue oportuno; dado el descrédito de Grant con el fiasco del tratado de Washington, (cuestión de reclamos indirectos del "Alabama") que hará rodar á mister Fish; todo esto obliga á la política de Grant, que quiere ser reelecto, á buscar la popularidad debida en la cuestión cubana, tan simpática en este país. Esto no es una ilusión, ni noticia vaga, sino un hecho que no tardará en realizarse en concepto de los políticos, y que está en la conciencia de todos. Y aunque así no fuese, próximo á salir Grant, si es vencido en las urnas como se cree, será Presidente el eminente Horace Greeley, decidido partidario de nuestra causa, y rodeado de hombres decididos hasta la manía, por nuestra querida Cuba. De modo que por ambos lados estamos seguros de nuestro éxito.

"La perspectiva de nuestra prosperidad hace que me detenga aquí, no sólo por los trabajos muchos y diversos que tenemos, sino porque, próximo el fruto de algunos de ellos, siento que con nuestra ausencia caiga el manejo de nuestros caudales, que serán cuantiosos, en manos aviesas. Crea usted, amigo mío, que esta idea me tortura; que después de tantos sacrificios como hemos hecho allí, vengan algunos á enriquecerse á costa de la patria por malos medios.

"La empresa que va á cargo de Peralta es de consideración, como verá usted, y les pondrá en aptitud de emprender lo que juzguen más acertado por ahora. Es seguro que en lo sucesivo no les faltarán armas ni parque. Sobre otros proyectos, Peralta y el Gobierno le enterarán á usted.

"En la presente expedición va un bulto marcado M. G. que le envía al C. Izaguirre, cuya factura va por separado.

Sin otro particular, y deseando á usted salud y buena fortuna, me repito su afectísimo amigo.

F. V. Aguilera."

Creemos deber insertar aquí también la carta que remitió Aguilera al diputado á la Cámara, C. Rafael Morales, pues en ella expresa con toda sinceridad y franqueza sus sentimientos.

Era Rafael Morales joven de verdadero mérito. A su claro talento, vasta instrucción y admirable elocuencia, unía una indomable energía, intachable honradez y acendrado patriotismo, todo lo que hacía que Aguilera lo distinguiera con su amistad más sincera.

He aquí la carta:

"New York, Junio 4 1872.

C. Rafael Morales.

"Querido amigo:

"Sin ninguna de sus gratas á que tener el gusto de referirme, aprovecho la oportunidad del general Peralta para hacerle estas líneas.

"El general Peralta lleva una expedición á la cual seguirán otras inmediatamente, pues ya nos hemos desembarazado de algunos de los obstáculos que nos impedían obrar.

"No pretendo, amigo mío, y fuera empeño vano, tratar de encerrar en los límites de una carta escrita de prisa, todo lo que hay y quisiera decirle, pues tal empresa exigiría copiarle mi libro de memorias ó enviárselo íntegro; advirtiéndole que es algo voluminoso. Sólo me concretaré á decirle que quisiera no haber salido de Cuba, y acaso conservaría aún algunas ilusiones respecto de unos, y hubiera conocido menos la maldad de otros; todo lo cual reunido, si no ha herido mi fe invunearble, ha llenado de amargura mi corazón. Yo renuncio á describir la maldad de algunos monstruos de ambición personal, y me remito á cuando nos veamos, y si esto no sucede, á la imparcial historia.

"Mi patriotismo y mi carácter no me permitían, al venir á New York, ser el instrumento de tal ó cual camarilla. Yo no soy hombre de partido, sino hombre de Cuba. Aquí hay varios partidos: yo no me afilié á ninguno, sino que pretendí fusionarlos. Era imposible y pronto me convencí de ello. Todos quieren ser Agente, excepto cierto número de hombres dignos, porque aunque en la actualidad poco podrían utilizar, se sabe que

la cosa ha de cambiar de un momento á otro, cuando nuestras arcas estarán repletas. Para entonces querrían una administración amañada, que llevando recursos á Cuba, enriqueciera á sus administradores. Como es natural, y lo peor del caso, los partidos no se componen de un hombre, sino de muchos, entre los cuales los hay de buena fe, pero siempre un número considerable que irá *in partibus* con el poder. Saben perfectamente que yo no me presto á torcidos manejos ni á mi sombra lo permitiría á nadie, y de ahí que algunos pretendientes gestionen por esos mundos mi sustitución.

"El Gobierno, temiendo un descubierto con la muerte de nuestro digno actual Presidente, me ha llamado para estar allí en el caso desgraciado de que aquello ocurra. Yo no he creído oportuno abandonar esto á ciertas manos, y en aras del bien patrio ha sacrificado mi nombramiento de Vicepresidente de la República, para que nombre otro, y no quede vacío el puesto. Sin embargo, espero verlo á usted pronto, pero quiero al ir, dejar esto bien arreglado y llevar una expedición que nos garantice allí los recursos. Peralta informará á usted de muchas cosas. Respecto de la política, puedo asegurar á usted que nunca se ha mostrado tan propicia á nosotros y que en mi concepto, muy en breve estará resuelto el problema á nuestro favor. Estas no son vanas palabras de aliento, que entre hombres como nosotros no son necesarias. Creo que muy pronto veremos coronados los esfuerzos que hemos venido haciendo. Supongo que usted se enterará de todo con alguno de los del Gobierno.

Tengo el gusto de remitirle una maleta con ropa, de la que supongo no estará muy abundante.

Sin otro particular ,amigo mío, deseo que si se le proporciona, haga mis afectuosos recuerdos á Ignacio Agramonte, Zambrana y demás amigos, y usted cuente con el afecto de su amigo,

F. V. Aguilera."

Como después de la amistosa carta que Aguilera recibiera de Carlos Manuel de Céspedes de fecha 22 de Octubre de 1871, sólo había tenido de él, por duplicado, la seca comunicación oficial de 8 de Febrero de 1872, en la que le urgía su pronta vuelta al territorio de la República, dando por terminada su misión en el extranjero, en este súbito cambio veía Aguilera la confirmación de la trama que se urdía para que dejara el puesto de Agente, comprendiendo al mismo tiempo que habían logrado que Carlos Manuel de Céspedes, diera oído á las absurdas calumnias que allí se propalaban contra él. Aún el empeño mismo demostrado por la señora del Presidente de que Aguilera estuviera persuadido de que no se comunicaba con su esposo, lo apreció Aguilera como prueba de que era ella el medio de que se valían sus contraios para formar contra él aquella perniciosa atmósfera en el campo de la patria. Sin embargo, manteniéndose á la altura que siempre estuvo, creyó su deber, haciendo caso omiso de mezquindades, aprovechar la ocasión de la ida de Peralta para probar á Carlos Manuel de Céspedes que era siempre el mismo, dispuesto á pasar por alto las pequeñeces de los hombres. A este efecto le escribió dos comunicaciones, una oficial diciéndole los motivos porque no daba cumplimiento inmediato á la orden del Gobierno que exigía se trasladase á Cuba, acompañando al mismo tiempo su renuncia de Vicepresidente, y la otra particular, dirigida al amigo, muy atenta y afectuosa dándole noticias de su familia y avisándole que le enviaba una maleta con ropa y otros efectos para su uso personal. No podía Aguilera prescindir de su modo de ser; á pesar de todo lo pasado con Céspedes, no veía en él otra cosa que el compañero que allá en los azarosos campos de la patria, luchaba por la redención de ésta, entre vicisitudes sin cuento; y con su conducta, además de satisfacer su conciencia, quería probarle que en él no encontraría otra cosa que un buen y leal compañero.

He aquí la carta particular:

"New York, Junio 4 de 1872.

"C. Carlos Manuel de Céspedes.

"Mi estimado amigo:

"Sin ninguna de las suyas á que tener el gusto de referirme, tengo el pla-

cer de dirigirle estas líneas por conducto del general Peralta, que va conduciendo la presente expedición. Por las cartas de su familia sabrá usted el buen estado de salud de su apreciable señora y de los niños, y también por los informes verbales del general Peralta.

"Por mi parte, tengo el gusto de remitirle una maleta con ropa, limitándome á poca cosa porque sé lo difícil de la conducción de esos efectos. Respecto de nuestros asuntos políticos, me refiero en todo á la comunicación oficial; usted verá en la parte diplomática, que nuestra causa marcha con rápidos pasos á una solución brillante. El aspecto político, en conjunto y en detalles, nos es muy favorable. El general Peralta, seguramente, enterará á usted de muchos detalles de nuestros negocios. Sin más por hoy, se despide su afectísimo, amigo y compañero,

F. V. Aguilera."

La carta oficial dice así:

"New York, Junio 6 de 1872.

"Ciudadano Carlos Manuel de Céspedes, Presidente de la República.

"Ciudadano Presidente.

"En el mes de Junio del año próximo pasado, fuí comisionado por nuestro Gobierno para que en unión del Secretario de Relaciones Exteriores, ciudadano Ramón Céspedes, pasara á esta República á resolver las importantes cuestiones que en aquellos momentos estaban pendientes, con motivo de las renuncias que de sus empleos, habían hecho las personas que desempeñaban la Comisión Diplomática y la Agencia General en esta República. A nuestra llegada á esta ciudad nos impusimos de las causas que impulsaron á dichas renuncias, y suplicamos á los señores que desempeñaban esos cargos, continuasen en ellos, á lo que no se prestaron porque creían que en tales circunstancias era un acto de verdadero patriotismo, separarse de sus respectivos cargos. No encontrando entre los cubanos residentes en este país ninguno que tuviera la influencia suficiente para calmar las pasiones, y unir los diferentes grupos en que estaba dividida la emigración, atendiendo á los consejos de muchos de los emigrados, y cumpliendo las instrucciones que para este caso se nos dieron por el Gobierno, el comisionado Céspedes se hizo cargo de la Comisión Diplomática y yo de la Agencia General.

"Muchos y muy grandes han sido los disgustos que he sufrido en los diez meses transcurridos, y algunos más creo que me esperan. Hace mucho tiempo que habría podido evitarlos si no estuvieran por medio los intereses de la patria, que debemos anteponer á todo, y aún hoy mismo aprovecharía para libertarme de tan dura carga, el llamamiento que el Gobierno hace á todos los empleados que están fuera del territorio de la República; pero considerando que en las circunstancias que atraviesa nuestra causa en el exterior, es de suma importancia mi permanencia al frente de la Agencia General, he creído no tener derecho para abandonar este cargo hasta que aquellas varíen, ó el Gobierno nombre otra persona con más aptitud que yo, para que se haga cargo de su desempeño. En este concepto, creyendo que existe alguna incompatibilidad entre mi permanencia aquí y el alto cargo de Vice-Presidente de la República conque me honró la Cámara de Representantes, creo de mi deber hacer renuncia de él y suplicar á usted, ciudadano Presidente, se sirva manifestarlo así á la Cámara, á fin de que esta designe otra persona que pueda sustituir á usted en una desgraciada emergencia ó adopte la solución que considere más procedente. Antes de concluir esta comunicación, debo añadir que en el momento que varíen las circunstancia de esta Agencia general saldré para los campos de la patria á ponerme á las órdenes de usted para, en calidad de soldado, compartir con mis hermanos las fatigas de la guerra que sostenemos, con el mismo entusiasmo que lo hice desde el memorable 10 de Octubre en 1868, en que empezó nuestra gloriosa revolución.

"Saludo á usted con mi más alta consideración,

Patria y Libertad.

F. V. Aguilera."

Remitió también una comunicación

al Secretario de Estado, parte en cifra, que decía así:

"New York, Junio 4 de 1872.

Ciudadano Secretario de Estado en el Departamento del Exterior.

"Distinguido Ciudadano.

"Tengo el honor de adjuntarle á usted un duplicado de mi comunicación anterior, cuyo original fué el cargo del C. Melchor Agüero. Refiriéndome á los particulares que aquélla contenía, debo instruir á usted nuevamente acerca de los siguientes: La negociación de bonos de esta ciudad no ha tenido lugar.

"El C. José Valdés Fauli no admitió el cargo que le conferí, pues según dice, esa autorización permanente extrañaría á muchos de allí; pero juzgo que aquel patriota tiene motivos personales para no querer desafiar la cólera de los voluntarios de la Habana. En consecuencia, y según aviso de nuestro Agente de Francia, debe ir allí una persona de consideración, y autorizada á recoger dinero. No pudiendo ir dos distinguidos patriotas que fueron designados, he resuelto ir yo.

Se ha efectuado la venta del "Hornet" en veinticinco mil pesos aunque la venta fué simulada en cuarenta mil pesos, porque lo exigió así el corredor que hizo la compra.

"El pleito que pusieron al "Hornet" se perdió con costas; este pleito lo pusieron los marineros de la degraciada expedición Agüero. Una parte de la venta del "Hornet" se dedicó á cubrir los anticipos que el C. Mayorga había hecho por él, y el resto á la expedición que conduce el general Peralta.

"Hace como mes y medio que salió para las Antillas á armarse uno de los corsarios. El otro de que hablaba, no he recibido noticias de su salida.

"J. Cisneros vino del Perú, y por la cuestión latente allí actualmente, del cambio de administración, que ha excitado fuertemente los ánimos y afectado el curso de los negocios, no ha podido realizar un empréstito. Queda allí todo arreglado para que, tan pronto como se efectúen las elecciones, se realice la negociación con nosotros, cualquiera que sea el presidente electo.

"El benemérito C. J. M. Mayorga ha estado siendo hasta ahora el apoyo efectivo de esta Agencia; pero los últimos esfuerzos hechos para la presente expedición, han agotado sus fuerzas, y nos ha manifestado su impotencia por ahora, para proseguir con toda la carga él solo, y la necesidad que tiene esta Agencia de una base efectiva para continuar sus trabajos. Esta base, ó sean fondos disponibles, voy á buscarlos á Francia, como ya anuncié á usted; con el resultado, que me prometo sea bueno, enviaré inmediatamente otra expedición, ó iré personalmente á llevarla si el Gobierno persiste en mi llamamiento.

"Tengo el honor de presentar á usted mi renuncia de Vice-presidente de la República, á fin de que mi ausencia no sea un conflicto para ese Gobierno, en el desgraciado evento de que sea necesario un sucesor al actual digno Presidente.

"Esta expedición, excepto unos ocho mil cuatrocientos pesos, ha sido despachada con recursos allegados por el benemérito J. M. Mayorga.

"El C. Aldama en nada ha contribuído para ella, y en mi concepto este ciudadano continuará en su retraimiento hasta que nuestro triunfo sea palpable. Según estoy informado, el ciudadano Aldama manifiesta que desde que se separó de la Agencia fué su resolución no dar más dinero para la causa.

"Se han pasado las circulares á los generales, jefes y oficiales ausentes de Cuba y residentes aquí, cuya nómina adjunto con su contestación.

"Seguida á esta irá otra expedición, cuyo plan y detalles no quiero confiar al papel, y de que informará verbalmente á ese Gobierno el general Peralta.

Reciba usted las seguridades de mi más distinguida consideración.

F. V. Aguilera."

También escribió á los generales Vicente García y Modesto Díaz, así como al Secretario de Estado Ignacio Mora, y otros, cuyas cartas no difieren mucho en los puntos principales de las que hemos insertado.

Presentóse á Aguilera el ciudadano

Gálvez en solicitud de Mayorga para darle un recado de Carbonell, el falso espía del Consulado español al servicio de los cubanos. Aguilera llevó á Gálvez donde estaba Mayorga, y reunidos los tres, les presentó aquél una copia de las instrucciones que Carbonell había recibido del Cónsul español; eran estas las siguientes:

Primera.—Averiguar si el vapor "Fannie" tenía las armas abordo.

Segunda.—Averiguar el material de guerra que debía llevar.

Tercera.—Cuándo saldría la expedición.

Cuarta.—Número de expedicionarios, dónde debían embarcarse y quiénes eran.

Recomendó Mayorga á Gálvez, dijese á Carbonell que absolviese esas preguntas diciendo que Peralta saldría al día siguiente en la noche para Filadelfia; que allí estaban las armas; no había podido averiguar su número; la gente que llevaba era mucha.

Carbonell debía salir aquella noche para Baltimore con objeto de vigilar al "Fannie" é indagar lo que pudiera.

Mayorga se encontraba muy contrariado porque tenía que abonar un giro de setecientos pesos por varios gastos del "Fannie" y no sabía cómo conseguir esa cantidad. Dijo que los extraordinarios para la expedición, conque no había contado, subían á más de cinco mil pesos.

Fué Martín Aguirre á ver á Aguilera y habiéndole preguntado éste sobre el incidente entre él y la señora Embil, refirió lo siguiente: Una vez, pasando por Broadway, vió en la vidriera de un establecimiento un rifle Winchester, de doce tiros, muy ligero y bueno y solicitando un patriota que se lo regalase para llevarlo á Cuba, le indicaron que podría lograrlo de la señora de Embil, que era una entusiasta patriota. Fué á ver á la señora referida, y habiéndole expuesto su deseo, manifestándole que iba á Cuba con Peralta, le contestó ella que hacía dos años que Peralta se estaba yendo, y estuviera persuadido de que nunca iría á ninguna parte. Insistiendo Aguirre, dijo ella que cuando supiese que estaba próximo á salir, fuera á verla.

Hacía tres días que Aguirre había estado á ver á la mencionada señora, y al decirle que estaba muy próxima su marcha, le instó ella á que le dijera el día fijo. Aguirre contestó que le era imposible, porque eso no lo sabían más que las personas que tenían la dirección de la empresa; pero que le constaba que no pasarían muchos días antes de que saliese la expedición.

Contestó la señora que no le daba el armas que solicitaba, porque sabía que Peralta iba á Cuba con una misión igual á la de Zenea. Que iba mandado por Aldama, Mestre y Echeverría y autorizado por Aguilera y Ramón Céspedes, y uno de los extremos de su misión era echar abajo á Carlos Manuel y poner otro Presidente elegido allí en New York.

Añadió que la Agencia General allí era completamente inútil, debiendo dejarse los asuntos de la República encomendados á "la iniciativa particular"; que así iba encargado el ciudadano Pedro Céspedes de instruir al Gobierno; y caso de que se quiesiese sostener la Agencia, ¿qué mejores Agentes podrían nombrarse que la señora del Presidente, la señora de Villaverde y ella?

Dijo que Aguilera dilapidaba los dineros de la patria, que estaba manteniendo diez y ocho individuos y había mandado á su familia setecientos pesos de tres mil que lo había recibido para la causa, de los patriotas de Cayo Hueso. Que ella estaba muy bien informada de los actos de los representantes de Cuba, porque le tenían puestos muy buenos espías.

Dijo Aguirre que cuando salió, llevaba la cabeza mareada de tantas cosas extraordinarias como había oído, y se despidió como pudo, sin acordarse siquiera del rifle Winchester que había ido á buscar.

Y no se crea que fuese esta la opinión aislada de una persona en aquella emigración. No; si hemos citado este caso particular, es para dar á conocer la atmósfera que se respiraba por aquella época entre los emigrados. Allí las reputaciones nada significaban y se complacían en cubrirlas de lodo para ponerlas bajo un rasero común. Aquella señora no era de ninguna manera responsable de

los conceptos que había vertido; y si ella y otras señoras,—la del Presidente entre ellas,—se experesaban en términos tan duros y calumniosos contra Aguilera y Ramón Céspedes, no era porque fueran las que mayor inquina sintieran contra esos dos hombres honrados, sino porque con la irreflexión común de su sexo, dejaban escapar á los labios lo que llegaba á sus oídos. Los verdaderos responsables eran los ambiciosos que no perdonaban medio, por reprobado que fuera, para desacreditar á Aguilera y Ramón Céspedes, sobre todo al primero, para que dejara el puesto de que deseaban apoderarse. Ellas, que tales abominaciones oían respecto á esos funcionarios, sin parar mientes en las conveniencias del momento, repetían lo que estaban habituadas á oir. ¿Y qué de extraño tenía, que cuando un hombre que estaba bajo el peso de tan graves acusaciones, llegase á la puerta de un patriota á pedirle su óbolo para Cuba, éste se lo negase? Esa fué la situación contra la cual tuvo que luchar Aguilera.

Con respecto á los cargos concretos de la señora de Embil, sólo diremos que los diez y ocho individuos que mantenía Aguilera, eran los prácticos de mar y tierra y algunos expedicionarios que debía llevar la expedición de Peralta, los que, habiéndose hecho venir da Jamaica y otros puntos, hubo que mantenerlos poco tiempo, mientras salía la expedición. Referente á los tres mil pesos recibidos de Cayo Hueso y los setecientos pesos que decía haber mandado Aguilera á su familia, era una imputación completamente falsa, levantada con la mira sola de desprestigiarlo.

CAPITULO XLV

JUNIO 1872

SALIDA DE LA EXPEDICION DE PERALTA.—ALDAMA VA A DESPEDIRLO.—CUENTA NUEVAMENTE A AGUILERA LA VIEJA HISTORIA DE SUS SACRIFICIOS.—AGREGA LA DE D. VICENTE CASANOVA.—SE VA.—SE EMBARCA EN UN REMOLCADOR.—ABORDAN LA GOLETA CON LOS EXPEDICIONARIOS.—VAN HASTA SANDY HOOK.—VUELVEN AL MUELLE 20.—MISION DE LOS HERMANOS FUENTES A CUBA LIBRE.—CONTRATIEMPO SUFRIDO POR LA GOLETA CON LAS ARMAS.—MAYORGA SALE INMEDIATAMENTE A REMEDIARLO.—VUELVE HABIENDOLO CONSEGUIDO.—MAYORGA ASISTE AL SERVICIO RELIGIOSO DEL DOMINGO.—SERMON ALUSIVO DEL PADRE PALMA.—LOS AMIGOS DE MAYORGA LO FELICITAN.—PREGUNTAN POR AGUILERA.—LA SRA. DEL PRESIDENTE LE NIEGA EL SALUDO.—AGUILERA ESTA LISTO PARA SU VIAJE.—MACIAS QUIERE ARREGLAR EL EMPRESTITO.—POCA FE DE AGUILERA.—DESCONFIA DE ALDAMA.—INCIDENTE CON EL FONDISTA PROSPERO.—ESPIRITU JUSTICIERO DE AGUILERA.—RESENTIMIENTO DE ALDAMA CON AGUILERA Y R. CESPEDES.—VANO PRETEXTO DE ALDAMA.

Llegado el día señalado para la salida de la expedición de Peralta, (6 de Junio), fué Aguilera á comer en casa de Mayorga y á las doce de la noche salieron para el muelle 20, Rio del Este, donde se reunieron con Peralta. Mucho sorprendió á Aguilera encontrar allí á Aldama que había ido también á despedir á aquél.

Estuvieron paseándose por el muelle como media hora. Durante este tiempo le repitió Aldama una vez más la historia de sus sacrificios por la causa.

Aldama se despidió de Peralta, pero no de Aguilera, que en aquel momento no se hallaba presente.

A las diez y media llegó el remolcador y se embarcaron Peralta, Mayorga, Aguilera y Miguel Luis. Fueron río arriba á buscar los expedicionarios extranjeros enganchados, los que al fin no hallaron. Navegaron río abajo y se trasbordaron á la goleta donde encontraron sesenta expedicionarios cubanos. Esta fué llevada por el remolcador hasta Sandy Hook, á la salida del puerto de Nueva York, donde llegaron á la una y media de la madrugada. Allí se despidieron de

Peralta y Miguel Luis, quedándose éstos en la goleta y volviendo Aguilera y Mayorga en el mismo remolcador para Nueva York. Llegaron al muelle 20, de donde salieron, á las tres y media de la madrugada. Aguilera pasó el resto de la noche en casa de Mayorga porque el cochero no quiso seguir adelante por tener los caballos cansados. Empezaba á amanecer cuando se acostó.

Después de pocas horas de descanso se levantó y almorzó con Mayorga y su familia. Aquel día lo pasaron en la mayor ansiedad temiendo algún accidente en el trasbordo de las goletas al vapor.

Al llegar á su casa Aguilera, le dijo Ramón Céspedes que había estado allí Juan M. Macías y habían acordado que Ramón Céspedes pidiese al Gobierno autorización para el empréstito que trataba de llevar á efecto. Ramón Céspedes escribió al Gobierno en ese sentido y había entregado la comunicación á Miguel Luis.

También dijo Macías que le constaba que con Agüero habían ido dos hermanos, de apellido Fuentes, encargados de entregar al Gobierno ciertas comunicaciones reservadas, en las que se solicitaba el nombramiento de Manuel de Quesada para Agente de Cuba en el exterior.

Al día siguiente, al entrar Aguilera en la oficina, le dijo José M. Izaguirre que había estado allí De Jene Fe, oficial que había ido en la goleta que conducía las armas para el "Fannie", habló con Mayorga y dijo que había pasado un fuerte temporal mar afuera, que los había arrojado sobre la costa, El abrió el pliego cerrado que le dió el capitán Brown y se informó de que se le prevenía que fuera á unirse al vapor á treinta millas de la costa, lo que encontró muy lejos. Dijo que el capitán se había negado á practicar la operación, porque el capitán Brown lo contrató para ir á Norfolk y no para hacer el trasbordo de las armas en alta mar. Que, además, hacía muy mal tiempo y el trasbordo en esas condiciones ponía en peligro su goleta. Dijo Izaguirre que Mayorga había salido inmediatamente con el oficial á arreglar el asunto.

Esa noticia llenó de disgusto á Aguilera. Hubiera querido ir con Mayorga y el oficial, pero no sabiendo el rumbo que habían tomado, comprendió que era inútil que lo intentara; por lo tanto, tomó el partido de esperar pacientemente, calculando que Mayorga volvería á la oficina así que estuviese de regreso.

Dos largas horas de angustias tuvo que esperar hasta que al fin llegó Mayorga jadeante de fatiga y dijo que todo lo dejaba arreglado. Le había dado un documento al capitán respondiéndole á todas las averías que pudiese sufrir su goleta en el trasbordo de las armas; además le había ofrecido una gratificación de cien pesos y mandarle un remolcador que llevase su goleta donde creyese más conveniente; también ofreció otros cien pesos al corredor que le había ayudado á conseguir del capitán que accediese á esas maniobras.

Continuaba Mayorga acuartelando algunos expedicionarios que habían quedado en tierra, aparentando querer mandarlos á Filadelfia para que tomaran el vapor con objeto de despistar á los espías españoles. Trataba de hacerlos crer que la expedición aún no había salido, mientras se hacía el trasbordo de las armas y expedicionarios en alta mar.

Tres días después de haber salido la expedición, fué Aguilera á comer con Mayorga en su casa, y como fuera domingo, le dijo aquél que por la mañana había estado en la iglesia del padre Palma. Este pronunció un sermón muy oportuno, alusivo á las circunstancias, tomando como texto las palabras del Evangelio: "Bien aventurados los que padecen persecución de la justicia." También exhortó á los fieles á que "orasen por los hermanos que se encontraban en el mar". Muchos amigos lo habían felicitado por "la realización de la empresa" y le preguntaron por Aguilera.

Dijo también, había extrañado bastante, que la señora del Presidente, que tan atenta era con él, pasara tres veces por su lado sin saludarlo. Después, estando en la calle, parado en la esquina con su señora y algunos amigos, pasó otra vez muy seria por delante de ellos sin saludarlo tampoco. Dijo que no sabía á que atribuir ese cambio, pues nada

había pasado entre ellos, á no ser que estuviera resentida porque Peralta había salido para Cuba con su expedición y la de su hermano Manuel, después de todos los proyectos para la fusión no lo había logrado.

A la mañana siguiente estuvo Juan M. Macías á ver á Aguilera en su habitación. Le dijo éste que se fuera preparando para el viaje á Europa, porque creía que muy pronto estaría listo para emprenderlo. Contestó Macías que antes de realizarlo era necesario arreglar el asunto del empréstito. Repuso Aguilera que debían abreviar este porque no le convenía permanecer inactivo en Nueva York.

Acordaron al fin, que Aguilera iría á hablar con Bramosio sobre el empréstito y Juan M. Macías con Aldama, pues todavía esperaba conquistarlo. No es extraño que Macías tuviera aún esas esperanzas, pues la táctica de Aldama fué siempre dar esperanzas á los que iban á proporнerle alguna empresa patriótica y sostenerlas todo el tiempo que le fuese posible; las esperanzas duraban tanto como la paciencia del proponente. Ejemplo entre otros fué Peralta y después el mismo Aguilera.

Así que se despidió Macías, fué Aguilera á la oficina ansioso de saber algo de la expedición.

Encontró á Mayorga que lo recibió muy placentero, enseñándole una carta de Peralta fechada el día anterior, 9 de Junio, en alta mar, en la que le comunicaba que estaba acabando de efectuar el trasbordo de las armas con toda felicidad y tan pronto concluyese seguiría á su destino.

Pronto Aguilera se encontró tan lleno de satisfacción como Mayorga, pues hacían á Peralta y sus compañeros navegando rumbo á Cuba, habiendo ellos llenado su parte con la mayor fortuna. De allí en adelante esperaban que la Providencia guiara á Peralta con su piadosa mano.

Por la tarde fué Aguilera á ver á Bramosio y no lo encontró en su casa. Sabiendo donde con seguridad lo encontraría y urgiéndole verse con él, fué por la noche á casa de Angarica. Efectivamente, Bramosio estaba allí, y hablándole Aguilera del proyectado empréstito, dijo Bramosio que no se había dado mucha prisa porque lo veía muy ocupado con la expedición de Peralta; que al día siguiente iría á ver á Rivas con Fuentes y de ahí proseguiría.

Fué Aguilera á dar cuenta á Macías de su entrevista con Bramosio y encontró á aquél firme en su propósito de que debían antes atender al empréstito, que ocuparse del viaje á Europa. Comprendía Aguilera que Macías hasta cierto punto tenía razón; pero conociendo lo que podían dar de sí los cubanos ricos de Nueva York, no tenía confianza en que se reunieran los cuarenta mil pesos necesarios, y por eso quería activar el asunto para despejar la incógnita.

Quedaron en volver á reunirse aquella misma noche en la habitación de Aguilera con Bramosio. Quiso Macías que asistiera también Aldama, pero Aguilera se negó terminantemente, diciendo que no quería que Aldama supiese su viaje á Europa, porque estaba persuadido de que influiría poderosamente para que no le diese resultado.

Fué Aguiera á la oficina de Mayorga y encontró á éste muy excitado porque dijo había estado allí Gaspar Betancourt y el dueño de la fonda donde se alojaron los expedicionarios, cobrándole sesenta y seis pesos de la última semana. El había dado dinero á Peralta para pagar esa semana, tenía recibo de éste, se lo había manifestado así, y ellos lo habían insultado diciéndole que ahora se excusaba con Peralta, que ya se había ido para Cuba.

Estando Aguilera en la oficina de la Agencia se presentó el negro Próspero, dueño de la fonda donde estuvieron alojados los expedicionarios, y Betancourt. Enteraron á Aguilera de lo que pasaba al primero con Mayorga, y quisieron fuera el juez que fallase la cuestión. Contestó Aguilera que no podía ser juez y parte, y si ellos se conformaban nombraría jueces á Fuentes y Toscano que estaban presentes casualmente. Aceptaron, y Próspero expuso su demanda. Mayorga, que también se encontraba allí, dijo podía enseñarles el recibo que tenía de Peralta.

Como no hubiese avenimiento, propuso Fuentes partir la diferencia y abonar á Próspero la mitad de lo que reclamaba; Toscano aprobó la decisión. Aguilera manifestó que no le parecía justa; que debía averiguarse si efectivamente se debía esa cantidad ó no para pagarla íntegra ó no pagar nada. Como no fuera posible hacer la averiguación, puesto que lo único que podía hacer fe en aquella circunstancia era el recibo de Próspero y no el de Peralta, Influyó Aguilera con Mayorga para que abonara íntegra la cantidad que reclamaba el fondista, con tanto más motivo, cuanto que éste era un infeliz cubano. Mayorga abonó á Próspero los sesenta y seis pesos que reclamaba. Hasta en esta insignificante cuestión puede notarse el espíritu justiciero de Aguilera.

Estuvo Juan Manuel Macías en la oficina de la Agencia y manifestó á Aguilera que había visto á Aldama. Este lo recibió muy bien, pero al hablar de traspasarle el poder para el empréstito dijo Aldama que no le admitiría, porque Aguilera y Ramón Céspedes le habían quitado ese poder con una carta muy inconveniente, que había herido su amor propio. Ofreció enseñarle la carta. Dijo que sólo admitiría el poder, caso que emanase de la Cámara, directamente para él. (Se trataba del poder para emitir cincuenta millones de pesos en bonos á que nos hemos referido anteriormente).

Contestó Aguilera que ese era un vano pretexto de Aldama y refirió que como tres meses después de su legada á New York, fué que volvieron ellos asumir ese poder, después de haber hecho todos los esfuerzos imaginables para atraer á Aldama á que hiciera algo en favor de la causa, y cuando se convencieron de que no podían sacarlo de su retraimiento. Para hacerlo, estuvieron 48 horas Ramón Céspedes y él redactando la carta en que debían pedírselo, para que ésta no tuviera palabra alguna que pudiese herir su suceptibilidad; y puesto que Aldama había ofrecido enseñársela, se alegraría que la leyese con cuidado y le preguntase á él mismo en que concepto fundaba su queja.

Manifestóle Macías que iba en aquel momento á tener otra conferencia con Aldama, para la que lo había citado, y salió precipitamente de la Agencia. Hora y media después volvió á la oficina diciendo que había estado aguardando á Aldama y éste no había aparecido por su escritorio, según convinieron, lo que se conocía le había sentado mal.

CAPITULO XLVI

JUNIO 1872

MAYORGA Y AGUILERA SALEN A SOLICITAR DONATIVOS.—RESULTADO NULO QUE OBTUVIERON.—ALDAMA Y EL EMPRESTITO.—SE RESISTE A CONTRIBUIR PARA EL.—ECHEVERRIA PARECIA OPUESTO AL EMPRESTITO.—AGUILERA MUDA DE HABITACION.—TOMA UNA MAS ECONOMICA.—TENIA ORGULLO SU POBREZA.—J. DE ARMAS Y CESPEDES Y LA EXPEDICION DE PERALTA.—GRAN SORPRESA QUE CAUSO SU SALIDA.—FUNDADAS CAUSAS DE ESA SORPRESA.—BRAMOSIO Y LA EXPEDICION DE PERALTA.—APLAZA SU CONTRIBUCION.—DIFICULTAD DEL EMPRESTITO.—APRUEBA EL VIAJE DE AGUILERA A EUROPA.—OBSEQUIOSIDAD DE BRAMOSIO.—EL GENERAL IRLANDES MILLER.—OFRECE A AGUILERA TODOS LOS HOMBRES QUE QUIERA.—QUIERE LUCHAR POR LA INDEPENDENCIA DE CUBA.—ESTA LE AYUDARA A OBTENER LA DE SU PATRIA.—CELOS DE ECHEVERRIA.—CONTRADICCION DE BRAMOSIO.—EXPEDICION DEL "EDGAR STUART".—AGÜERO NO HABIA PODIDO DESEMBARCARLA AUN.—SE ESPERA EL RELEVO DE AGUILERA.

Vencíase á Mayorga dentro de tres días la nota que había dado á Perata por cuatro mil pesos para la apelación del "Hornet", y no teniendo dinero con que recogerla propuso á Aguilera que, puesto que ya hacía ocho días que Peralta había salido para Cuba y probablemente ya habría desembarcado, debían ver algunas de las personas que ofrecieron contribuir después que Peralta hubiese

salido, para ayudarse de esa manera á salir de su compromiso. Accedió Aguilera y á las nueve de la mañana siguiente fueron á casa de José Govín. Dijeron á éste el compromiso en que se veía Mayorga, y que habiendo él prometido darles algo, luego que Peralta saliese, iban á ver con lo que contribuía, puesto que ya debía haber desembarcado en Cuba.

Mucho se sorprendieron cuando les manifestó Govín que él había ofrecido contribuir, cuando supiera que la expedición de Peralta había desembarcado en Cuba con felicidad. Como no pudieran sacar nada más de él, fueron á casa de Angarica con la misma misión. Este contestó que sólo tenía allí cien pesos que pudiera darles y que quizás luego contribuiría con más. Mayorga no quiso aceptar los cien pesos y dijo que esperaría á que pudiera aumentarlos.

Como tuviera Aguilera que hacer en la oficina, y por otra parte, el principio, había sido tan desalentador, resolvieron ir cada cual á sus respectivos asuntos.

Poco después de estar Aguilera en la Agencia llegó Juan Manuel Macías y le dijo que la noche anterior había estado Aldama en su casa á disculparse, y le había dado una nueva cita para aquel día á las diez en su refinería; concurrió, y tuvo con él una conferencia de más de dos horas. Macías trató de desimpresionar á Aldama respecto á que Aguilera y Ramón Céspedes hubieran tenido intención de mortificarlo al pedirle el poder, y al fin Aldama convino en aceptarlo, previa consulta con Echeverría y siempre que José M. Mestre se prestase á reasumirlo también. Macías se manifestó satisfecho con ese primer triunfo, pues dijo que si un hombre del prestigio de Aldama se ponía al frente de la negociación, el éxito era indudable. Así lo consideraba también Aguilera, aunque desconfiaba de que Aldama obrase de buena fe.

Dijo Macías que lo que no le había gustado era que, según se expresó Aldama, parecía estar dispuesto á obrar con completa independencia de todos; también le manifestó categóricamente que no contribuiría ni con un sólo peso para el empréstito. A pesar de los esfuerzos que hizo Macías para convencerlo de que el empréstito, como negocio, era muy bueno, pues una vez realizado, podían dar por asegurada la independencia de Cuba, y él, además de caberle la gloria de haber libertado á su patria, haría tan buen negocio como cualesquiera de los capitalistas ingleses que tomaran parte en la negociación, Aldama se plantó de que no daba ni un peso y no hubo forma de hacerlo variar.

En seguida que se despidió Macías de Aldama fué á ver á Echeverría para recomendarle que lo ayudase á reducir á aquél. Echeverría contestó que no podía hacerlo porque creía que el poder que tenían Aguilera y Ramón Céspedes no era suficiente, y, por lo tanto, no podían transferido. Mas, como después, en el curso de la conversación, manifestó que Aldama podía hacer el empréstito por si solo, sin necesidad de poder, esta contradicción hizo comprender á Macías que Echeverría no estaba dispuesto á ayudarlo. Al despedirse Macías de Aguilera, quedó en volver á verlo aquella misma noche en su habitación.

Fué Macías y dijo á Aguilera y Ramón Céspedes que ya tenía pocas esperanzas con Aldama, y que dos días después iba á tener con él su última entrevista, para decirle que si no quería tomar la iniciativa en el empréstito la tomaría él, (Macías) y se iría á Londres esperando que allí lo ayudase.

Decidido Aguilera á dejar la casa de huéspedes en que vivía, donde pagaba veinte pesos semanales, por otra más modesta, á fin de no verse expuesto á apuros por no poder abonar con puntualidad su pensión, tan pronto se puso al corriente con su patrona, buscó otra habitación y se mudó en la casa número 220, de la calle Décima, pagando diez pesos semanales con comida.

Su compañero Ramón Céspedes no le tuvo á bien el cambio, pues decía que los representantes de Cuba debían rodearse de cierto prestigio para reflejar éste sobre la causa que representaban; pero Aguilera pensaba de otra manera. Creía que estando tan pobre la causa de Cuba, sus representantes debían estar igualmente pobres y vivir con toda la modestia compatible con la decencia. Agui-

lera, lejos de avergonzarse de su pobreza, cifraba en ella su orgullo, y creía una mengua para un representante de Cuba, verse nadando en la opulencia, mientras la causa santa de su patria, confiada á sus cuidados, se hundía por falta de los elementos que él podía proporcionarle.

Debemos decir también que si Aguilera pensaba y obraba de esa manera, jamás pretendió imponer sus ideas á nadie, ni á nadie motejó porque no pensara é hiciera lo mismo que él. Comprendía la libertad de su recto sentido, y de la misma manera que la quería para sí, la dejaba íntegra á los demás, para que procedieran según su conciencia. Ramón Céspedes quedó viviendo en la calle 23 número 204 al Oeste.

Fué á ver á Ramón Céspedes en su habitación y poco después llegó José de Armas y Céspedes. Le preguntó Aguilera si había tenido contestación de mister Douglas y contestó Armas que supo que no estaba en New Orleans.

Habló Armas del gran efecto que había causado la salida de la expedición de Peralta, pues nadie creía se llevara á cabo por falta de fondos. Dijo que la sorpresa de todos había sido extraordinaria, tanto de los cubanos como de los españoles y había sido la empresa mejor realizada en toda la revolución.

Tenía razón Armas. Era la opinión general y varias personas lo habían manifestado así repetidamente á Aguilera, que la expedición de Peralta no se realizaría, fundándose en que Aldama, á cargo de quien estaba, no la despacharía, y Aguilera, demasiado tenía que hacer con desenvolver la Agencia de los líos en que fué á sus manos. Y la opinión pública no se equivocaba, porque ni Aguilera ni Aldama la hubieran despachado por motivos bien distintos; pero nadie contaba con Mayorga ni podía contar tampoco, porque éste era relativamente pobre y habiéndose negado todos los ricos de la emigración á ayudarlo, no parecía posible que él solo, con toda la carga de la Agencia, encima, pudiera llevar á cabo aquella empresa también. Pero lo realizado por Mayorga es una prueba de lo que la voluntad podía hacer en ese, como en todos los casos.

El opulento Aldama, que contaba con tantos amigos ricos, y además, cuatro mil pesos que le entregó Peralta, en más de un año que estuvo encargado de despachar la expedición, no pudo hacer otra cosa que gastar el dinero de Peralta, imposibilitando aun más su salida; y el pobre de Mayorga, sin que nadie lo auxiliara, en poco más de dos meses, la organizó, con su bolsillo y su crédito proporcionó los recursos necesarios y despachó la expedición. En aquel ambiente de egoísmo y de ruindad, nadie podía sospechar que existiera un hombre alentado de tanta generosidad y patriotismo; de ahí el asombro general por la salida de la expedición de Peralta.

Y sin embargo, aquella misma devoción de Mayorga por la causa de Cuba y por Aguilera, le valió la inquina y malquerencia de los contrarios de éste. Como su política era aislar á Aguilera para que solo, en aquel oceano de confusión, no pudiera menos que naufragar, no podían ver con buenos ojos que se pusiera á su lado un hombre que, auxiliándolo con su bolsillo, su crédito y sus consejos, anulase sus planes y sacase adelante á Aguilera.

Comprendiendo desde luego que la guerra encubierta que hacían á éste, debían extenderla á Mayorga también, no vacilaron en su intento, y al punto pusieron en práctica su propósito, emprendiendo una campaña de difamación contra Mayorga, á igual que la hacían con Aguilera, no limitándose á la emigración, sino llevándola hasta el Gobierno de Cuba libre, poniendo en el caso al Presidente Céspedes de dirigir una lacónica carta á Aguilera, con objeto de prevenirlo contra Mayorga. La carta á que nos referimos dice así:

"Residencia del Ejecutivo, Julio 23 de 1872.

"Ciudadano Francisco V. Aguilera.
Estimado amigo:

"Recibí el duplicado de su carta el 21 de abril sin adición de ninguna clase. Confidencialmente han llegado hasta mí informes muy desventajosos acer-

ca de los antecedentes del ciudadano Mayorga, y con el mismo carácter lo pongo á usted sobre aviso para que averigüe la certeza y proceda en consecuencia.

"Por las comunicaciones oficiales sabrá usted lo que aquí pasa, y como nada tengo que añadir, concluiré esta carta encargándole mis recuerdos á su familia y amigos y repitiéndome afectísimo paisano y h.,

C. M. de Céspedes."

Nada extrañó á Aguiera esta comunicación y sólo sirvió para confirmarle una vez más el empeño de sus contrarios en separarlo de Mayorga para obtener sobre él una fácil victoria.

Fué Bramosio á visitar á Aguilera á su nueva habitación, y dijo que habiendo sábido que estuvo en su casa y no lo había encontrado, iba á ponerse á sus órdenes. Le dió Aguilera las gracias y dijo que como había salido ya Peralta para Cuba, y estaba muy próxima á vencerse una nota de cuatro mil pesos contra Mayorga dada á favor de Peralta, le agradecería le hiciese efectiva la cantidad con que iba á contribuir para la expedición de éste, á fin de saldar los créditos contra ella.

Contestó Bramosio que ya le había dicho que hasta el mes de Julio no tendría dinero, tanto que á Angarica le debía mil pesos que le prestó para la expedición del Melchor Agüero y hasta entonces no se los pagaría; para entonces contara con lo que pudiese dar.

Le habló Aguilera sobre el empréstito y contestó que allí presentaba mucha dificultad reunir una cantidad tan crecida, porque habían pocos que estuvieran dispuestos á contribuir para él; lo mismo había sucedido en ocasiones anteriores.

Hablando del viaje de Aguilera á Francia, Bramosio lo aprobó y al mismo tiempo le ofreció cuatro cartas de recomendación, para Pozos Dulces, Valdés Fauli, Julio Ibarra y Narciso Fojá, respectivamente, asegurándole que con esas cuatro cartas solamente tenía lo suficiente para ponerse en relación con los círculos cubanos de más valer de París.

Desarrolló Aguilera su plan y le dijo que con quince ó veinte mil pesos que obtuviera en Europa, ya tenía la base para otra expedición en el mes de octubre, pues esperaba que los cubanos ricos de Nueva York se animasen con tan buen principio. Dijo Bramosio que en París conseguiría mucho más.

Aconsejó Bramosio á Aguilera respecto al incógnito que debía guardar y le ofreció con mucha instancia la casa de sus hermanas en París, para que fuese á comer con ellas siempre que gustase.

Así que se despidió Bramosio fué Aguilera á visitar al general F. F. Miller, con quien tenía una cita para tratar sobre la nueva expedición que pensaba mandar á Cuba. Dijo el General que podía disponer de todos los hombres que quisiese, armados y equipados; sólo necesitaba que Aguilera les facilitase el medio de transportarse á Cuba. En recompensa de sus servicios quería solamente que Aguilera le prometiese, para después de conseguida la independencia de Cuba, indemnizarle con la cantidad correspondiente, para ayudarlo á conquistar la independencia de su patria.

El general Miller era irlandés, jefe de los fenianos, que trataban de sacudir la dominación inglesa; y pareciéndole á Aguilera delicado el asunto, se propuso tratarlo con toda la reserva necesaria. Contestó al General que no necesitaba más que doscientos hombres extranjeros para, unidos á cien cubanos, mandar á Cuba una expedición en el próximo mes de Octubre, época muy á propósito para la aclimatación de los extranjeros. Pensaba que todos los expedicionarios fueran armados de rifles Winchester; sin embargo, sus hombres podían llevar las armas que tenían, las que se les cambiarían, sirviendo las que llevasen para armar otros hombres en Cuba.

Dijo que desde esa fecha hasta Septiembre, pensaba recoger los fondos necesarios para la expedición. Que le hiciera un presupuesto de lo que tendría que abonar á doscientos hombres armados, después de conseguida la independencia de Cuba; lo estudiaría y creía que podían llegar á un acuerdo.

Manifestó sus deseos el General de

mandar personalmente sus hombres y Aguilera le dijo que no había inconveniente. El General se mostró muy obsequioso con Aguilera é hizo que se quedara á comer con él y su esposa. Se despidieron afectuosamente después de la comida, quedando el General en formular el pliego de condiciones y llevarlo á Aguilera.

Hablando con Juan Manuel Macías, dijo éste que según le había manifestado Ramón Céspedes, Echeverría interpretaba sus gestiones con Aldama para el empréstito, como si él (Macías) hubiese sido mandado por Aguilera y Ramón Céspedes con idea de poner en evidencia á Aldama. Agregó Macías que esos eran celos de Echeverría, temiendo que Aldama hiciera algo bueno á su lado, por lo que mermaría su prestigio para con Aldama. Preguntó que tal de viaje y contestó Aguilera que estaba ya casi listo. Macías quedó pensativo. Luego se despidió quedando en volver á reunirse aquella noche con él Mayorga y Ramón Céspedes en la habitación de éste.

Se reunieron según habían acordado los cuatro, y después de discutir largamente sobre el empréstito, trataron del viaje de Aguilera á Europa.

Manifestaron Macías y Ramón Céspedes que Bramosio les había dicho que si Aguilera iba á Francia no iría él, pues la ida de aquél sería de muy mal efecto, porque inmediatamente serían confiscados por el Gobierno español todos los emigrados que estaban allí y también perjudicaría al empréstito. Manifestó Aguilera su extrañeza pues el día anterior había hablado con Macías y éste aprobó el viaje.

En este punto la conferencia llegó Manuel Anastasio diciendo que había hablado con el segundo maquinista del vapor ''Edgar Stuart'', Agustín Chávez que acababa de llegar de Colón. Este lo había informado de que luego que Agüero salió con la expedición de Kingston, había pretendido desembarcar á cinco millas del Morro de Cuba, y echó á Juan Luis Pacheco y cinco hombres en un bote para hacer un reconocimiento Momentos después se vió rodeado el ''Stuart'' por tres vapores de guerra españoles, que le hicieron fuego. Pacheco llegó á tierra y el ''Stuart'' escapó milagrosamente. Fué de arribada á Aspinwall, donde se encontraba embargado por las autoridades americanas, sin haber podido desembarcar aún la expedición.

Añadió M. Anastasio que el comisionado Fuentes que había sido mandado con correspondencia por los quesadistas, había vuelto y traía correspondencia del Gobierno para Aguilera y Ramón Céspedes.

Esta noticia dió motivo á una discusión sobre si entre esa correspondencia vendría ó no el relevo de Aguilera y Ramón Céspedes. Suspendieron la sesión á las once y media de la noche, quedando en reanudarla otra vez, con asistencia de Bramosio, luego que se hubiesen enterado Aguilera y Ramón Céspedes de la correspondencia de Cuba libre, para saber si continuaban ó no en sus cargos oficiales.

Al día siguiente recibió Aguilera la correspondencia, mas no había ninguna comunicación oficial, para él. Ramón Céspedes recibió una, pero como estaba en cifra hubieron de esperar á que fuera descifrada.

CAPITULO XLVII

JUNIO 1872

DISCUSION SOBRE NARCISO LOPEZ.—ECHEVERRIA LO CRITICA COMO GENERAL.—MACIAS DEFIENDE A LOPEZ.—EL CAPITAN NORTON.—EXIGENCIAS QUE HACIA.—ECHEVERRIA Y MESTRE CREEN TIENE DERECHO A ELLO.—ES UN BUQUE DE GUERRA CUBANO.—RESUELVEN AUXILIARLO.—DISCUSION SOBRE LOS PODERES PARA EL EMPRESTITO.—NO PUEDE LLEVARSE A CABO.—AGUILERA QUIERE SER FRANCO CON MACIAS.—SE RESUELVE DARLE UNA EXCUSA.—NORTON Y LA EXPEDICION DEL "EDGAR STUART".—R. MARTINEZ QUIERE CONFIARSELA.—BROMOSIO APRUEBA EL VIAJE DE AGUILERA A EUROPA.—EL GENERAL QUESADA EN PARIS.—OSTENTACION CON QUE VIVIA.—CONSEJO DE MACIAS SOBRE LA AGENCIA.—CARBONELL, FALSO ESPIA ESPAÑOL.—LE DAN UN BORRADOR SIMULADO PARA EL CONSUL.—ESTADO DE POBREZA DE AGUILERA.—FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.—MANUEL QUESADA Y GUZMAN BLANCO.—AMBOS TRATAN DE MANDAR UNA EXPEDICION A CUBA.—M. QUESADA Y LA DICTADURA.—AGUILERA COMBATE ESTA.—LOS CUBANOS COMBATEN POR INSTITUCIONES LIBRES.—NO SOPORTARIAN COMO DICTADOR NI AL MISMO JESUCRISTO.—QUESADA TENIA MAS AMBICION QUE PATRIOTISMO.—ENVIO DE $900 PARA EL CAPITAN NORTON.—AGUILERA PREPARA SU VIAJE.—SE EMBARCA PARA LIVERPOOL.

Reunidos en la Agencia, Aguilera, Macías, Echeverría y Ramón Céspedes, se suscitó una discusión acalorada por parte de Macías, probablemente porque estaba prevenido contra Echeverría, por motivo de que creía que éste le hacía la contra al empréstito. Hablando de Narciso López, dijo Echeverría que no había demostrado ser un general entendido en su desembarco en Cárdenas, aduciendo como razón, el haber pasado veinticuatro horas en inacción, sin siquiera haber cortado el ferrocarril; no se había apoderado de las máquinas, ni había temado medida alguna que lo acreditara como general hábil y experto.

Tomó Macías la defensa de López con mucho calor y dijo que él había estado en aquella expedición como Ayudante de Campo de Narciso López, por lo cual podía apreciar los actos de éste mejor que él. Expuso el contratiempo que tuvo López en el muelle, por el que los seiscientos hombres que llevaba tuvo que desembarcarlos uno á uno, lo que le hizo perder mucho tiempo. Dijo que por motivo de haberse declarado el cólera en Cárdenas unos días antes, el Gobernador de la plaza había sacado parte de la tropa del cuartel, alojándola en una casa particular, por cuyo motivo no había podido coparla inmediatamente, como era su proyecto. De esta manera siguió describiendo minuciosamente los actos de López, defendiéndolos al mismo tiempo.

Echeverría contestó con mucha calma, diciendo que él estaba en inmediata correspondencia con Narciso, y así como le reconocía mucho mérito en las operaciones que práticó en su desembarco por Las Pozas, en Cárdenas no había visto ninguna que lo acreditara como buen militar. La polémica estuvo bastante acalorada por parte de Macías, pero terminó bien, sin embargo, de que parecieron haber quedado resentidos ambos contrincantes.

A las diez de aquella noche llegó Cheveau con una carta del Capitán Norton. A la mañana siguiente fué Aguilera á buscar á Ramón Céspedes á su habitación y los dos se dirigieron á casa de Echeverría, donde estaban citados para una reunión á la que debía asistir José Manuel Mestre también.

Reunidos los cuatro dió Aguilera á Echeverría la comunicación de Norton, para que la tradujera. En dicha comunicación daba cuenta Norton de su viaje por la costa de Cuba, sin haber encontrado buque con bandera española que atacar y pedía auxilios á Aguilera para abonar sus salarios á los marineros; también le pedía que aumentara su tripulación y le mandara algunos efectos

que necesitaba. Calcularon que todo lo que pedía Norton podía importar unos tres ó cuatro mil pesos.

Como Norton manifestase cierta exigencia al hacer este pedido, refirió Aguilera la negociación que con él habían tenido Ramón Céspedes y él, habiéndole dicho con toda franqueza que no contase con auxilio de ellos, porque no tenían dinero. Mucho se discutió sobre el particular, siendo la opinión de Mestre y Echeverría que ellos estaban obligados á sufragar los costos del buque, en virtud de haberle dado autorización para armar en guerra los barcos que cogiese, por lo cual no era ya un corsario sino un marino de guerra de una nación que se levantaba.

Finalmente acordaron tratar de recoger algún dinero para que Norton pagara los marineros, que era lo más urgente y al mismo tiempo que Aguilera y Ramón Céspedes le mandasen una comunicación diciéndole que no contara con más auxilio de parte de ellos y se atuviera á las presas que hiciera. Quedaron Echeverría y mestre en ver si entre sus amigos podían reunirle una cantidad é indicaron á Aguilera que hablase á Javier Cisneros para que los ayudase.

En seguida empezaron á tratar del asunto que los había reunido, y era la discusión de los poderes de Ramón Céspedes y Aguilera para realizar el empréstito. Echeverría sostuvo que los poderes no eran suficientes y Mestre y Ramón Céspedes lo contrario. Mestre y Echeverría convinieron en que el poder no podía transferirse á Aldama ni á nadie porque ya habían hecho uso de él, emitiendo los treinta millones de pesos depositados en poder de Martínez, en lo cual convinieron todos. Como debían desengañar á Juan Manuel Macías de que no podían disponer de bonos para el empréstito, sin revelarle que el motivo era haber emitido los treinta millones en poder de Martínez, opinó Aguilera que siendo Macías un buen patriota y hombre serio debía revelársele el verdadero motivo, que era la negociación con Martínez, de la misma manera que las circunstancias los habían obligado á revelarlo á otras personas, y de esa manera no correrían peligro de que Macías se resintiese, si lo sabía por otro conducto, perdiendo ellos la confianza de un hombre que podía ser útil á la causa. No opinaron así los otros, que creyeron debía dársele una excusa cualquiera y como Ramón Céspedes tomó sobre sí el cargo de dar la excusa á Macías, que lo dejara satisfecho, Aguilera no insistió más.

Fué á la oficina y encontró á Chaveau muy contento, diciendo que Ramón Martínez le había ofrecido dar una autorización al Capitán Norton para que pasase á Aspinwall, se hiciese cargo del vapor "Edgar Stuart", llevase á Cuba la expedición, y una vez desembarcada ésta, siguiera hecho cargo del vapor empleándolo en servicio de la República. No pareció á Aguilera que la proposición era tan buena, pues el vapor y su cargamento estaban embargados en Aspinwall y á punto de perderse.

Mayorga desconfiaba del Capitán Norton porque le parecía imposible que habiendo estado sobre las costas de Cuba, no encontrase buques españoles que atacar, después de haber tomado doscientos cincuenta pesos al Agente de Kingston, y cuatrocientos pesos al de Port au Prince, además de los recursos que sacó de Nueva York.

Descifróse la comunicación que recibió Ramón Céspedes del Gobierno, la que se limitaba á pedirles auxilios de guerra y no se refería en nada al relevo de ellos.

Reuniéronse en casa de Macías, éste, Bramosio, R. Céspdes y Aguilera para reanudar la conferencia que dejaron en suspenso dos días antes. Mayorga no asistió porque estaba indispuesto.

Manifestó Aguilera que quería saber si Bramosio tenía algún inconveniente en que efectuara su proyectado viaje á Europa según le había manifestado Macías. Contestó Bramosio que si había hablado en ese sentido á Macías era porque creía que Aguilera iba á ocuparse en el empréstito, y en ese caso juzgaba su viaje innecesario; pero que habiendo sabido después que el objeto era recolectar fondos para una nueva expedición, no tenía ninguna dificultad en ir: todo lo contrario, dijo que juzga-

ba el viaje de Aguilera muy oportuno y le había ofrecido cartas para varios amigos. El permanecería en New York el tiempo que Aguilera estuviese en Europa, y á su regreso se pondría en camino para ocuparse en el empréstito de acuerdo con Macías que estaría en Londres. Se discutió este plan y fué aceptado por todos. Recomendó mucho Bramosio á Aguilera que al emprender su viaje guardara el más riguroso incógnito y se decidiese á permanecer en algún pueblecito de los alrededores de París para no excitar el temor de los emigrados. Le dijo que no hiciese lo que Manuel de Quesada, que habiéndole dicho el Conde de Fernandina que si se mantenía reservado, se comprometía á reunirle doscientos mil pesos en el término de un mes, en vez de hacerlo así Quesada fué á vivir al "Grand Hotel," paseaba en coches tirados por doble pareja de caballos, se dejaba ver acompañado de damas de dudosa reputación, y por último se presentó en una gran parada queriendo figurar como General cubano. Contestó Aguilera que si le ofrecía solo la mitad de esa cantidad, se comprometía estar siete estados bajo tierra el tiempo que fuere necesario.

Quedó acordado que Macías solicitara los pasajes en el primer vapor que saliese para Francia ó Inglaterra; que sacase para Aguilera un pasaporte como ciudadano venezolano, pasando como primo de Macías, llamado Juan del mismo apellido.

Así que se marchó Bramosio, propuso Macías á Aguilera que consultara con Aldama, Govín y Lamadrid, sobre quien convendría dejar encargado de la Agencia interinamente. Dijo que estaba seguro de que ellos le contestarían que no podían aconsejarlo sobre ese particular y de esa manera tendría la ventaja de, si después le hacían cargos por haber dejado la Agencia á Mayorga, poder contestar que había consultado el particular á individuos de los opuestos bandos y le habían negado su consejo.

Contestó Aguilera que ya había ofrecido la Agencia á Mayorga y habiéndola aceptado, solo por complacerlo, no le parecía prudente dar aquel paso, porque Mayorga podría resentirse, exponiéndose en este caso á quedarse sin ninguno que quisiese aceptar el puesto. Preguntó Macías si lo autorizaba para hablar á Mayorga, y conseguir que el mismo Mayorga se lo propusiese. Contestó Aguilera que no tenía dificultad, siendo así.

Manifestó Toscano á Aguilera que el Cónsul Español estaba muy interesado en saber el número de su apartado en el correo. Informado Juan Manuel Macías, propuso que Ramón Céspedes redactara el borrador de una comunicación simulada al Gobierno, diciendo, entre otras coasas, que estaban organizando una expedición de dos mil hombres que desembarcaría en Vuelta Abajo, en la que estaban interesados algunos banqueros de la Ciudad. Así se hizo y Ramón Céspedes dió el borrador á Aguilera para que por medio de Toscano lo entregara á Carbonell y éste al Cónsul Español á quien diría que había podido extraerlo del libro copiador de cartas y que necesitaba reponerlo allí en seguida.

Al día siguiente fué Gálvez á ver á Aguilera y le manifestó que había entregado el borrador á Carbonell y éste le dijo que lo entregaría con mucho misterio al Cónsul Español, diciéndole que lo copiara en el acto y se lo devolviera, porque temía se descubriera la falta.

También dijo Gálvez que Carbonell quería le expidiera un certificado de "policía secreta" para poder acreditar en todo tiempo sus servicios á la causa, pidiendo ese documento como única recompensa. Como el asunto fuera delicado, quiso Aguilera consultarlo antes con Ramón Céspedes y Mayorga, y habiéndole parecido bien á éstos, Aguilera le dió el certificado firmado por él y Ramón Céspedes.

La anotación del día siguiente en el "diario" de Aguilera dice así:—"Junio 21.—Hoy he amanecido tan pobre que no he tenido cinco centavos para pagar el tranvía é ir á la oficina. Por la noche me dió Eladio treinta y cinco centavos para ir á ver á Prieto en la cale 81, etc."

Al día siguiente fué Aguilera á casa de Mayorga donde encontró á éste con R. Céspedes y Francisco Javier Balma-

seda. Este señor acababa de llegar de Venezuela en el vapor de Jamaica; fué á visitar á Ramón Céspedes y Aguilera, y no encontrando á éste, R. Céspedes se brindó para llevarlo á casa de Mayorga, donde sabía debía ir Aguilera.

Después de presentados ambos, continuó Balmaseda su interrumpida conversación. Dijo que Guzmán Blanco había vencido completamente la revolución; Manuel de Quesada tenía mucha influencia con él y en su concepto aquél pensaba mandar una fuerte expedición á Cuba, pues estaba en su interés deshacerse de infinidad de jefes y oficiales que volverían á conspirar si no los sacaba de allí con un pretexto honroso.

Que para aprovechar mejor la buena disposición de Guzmán Blanco, sería conveniente mandar á Venezuela un comisionado que tratase diplomáticamente el asunto, pues no consideraba suficiente á M. de Quesada. Este estaba dispuesto á tomar el mando de la expedición, si bien persistía en creer necesario el establecimiento de la dictadura en Cuba.

Manifestó Aguilera que esa era una gran dificultad, pues estando Quesada apoderado allí de la situación, no solamente no favorecería al comisionado que ellos mandasen sino que le haría la oposición. Añadió que no sabía como Quesada todavía soñaba con la dictadura, pues debía conocer por experiencia que los cubanos la abominaban. Que el pensamiento unánime de todos, era la conquista de instituciones libres y detestaban la dictadura como hermana gemela de las instituciones aborrecidas que luchaban por derrocar. Que Cuba no soportaría ningún dictador aunque este fuese el mismo Jesucristo.

Dijo Ramón Céspedes que no había dificultad en que M. Quesada fuese á Cuba con su gente, si con ella lograba arrojar al Gobierno español, pues ya se convencería después, de que la dictadura era imposible.

Replicó Aguilera que la ida de Quesada en esas condiciones sería funesta para Cuba, pues con la fuerza que llevara querría imponerse, como ya se lo había dicho á ellos mismos en una ocasión. El pueblo le haría resistencia y se establecería la guerra civil con gran contentamiento de los españoes, que entonces con pocos esfuerzos vencerían la revolución. Convino Aguilera en la excelente oportunidad que se presentaba con la buena disposición de Guzmán Blanco y lamentó que Quesada que debía ser el alma de la negociación, tuviese más ambición que patriotismo.

En este estado la discusión los invitó Mayorga á pasar á otro salón más fresco. Se dirigieron á él y como hubiesen algunas personas extrañas, quedó cortada la discusión.

Aguilera no pudo formar opinión del Sr. Balmaseda aunque había oido encomiar su patriotismo; pero por lo que le oyó decir le pareció que tenía el proyecto de que se le nombrase para la comisión por que abogaba, pensando obrar de acuerdo con Quesada y creyendo, de buena fe sin duda, salvar á Cuba de esa manera.

Recibió Aguilera novecientos pesos de Javier Cisneros, recogidos entre varios cubanos para el Capitán Norton. También Chaveau por su parte había recogido alguna cantidad. De esta suma remitió Aguilera cien pesos á la señora de Norton que vivía en Filadelfia y le había escrito pidiéndole auxilio y el resto lo envió á Norton con un hermano del mismo, y una comunicación diciéndole que para lo sucesivo se atuviera á los recursos que pudiera proporcionarse del enemigo porque ellos no podían auxiliarlo.

Hacía Aguilera sus preparativos de viaje para Europa con el mayor sigilo, á fin de no alarmar á aquellos emigrados. Muy pocas eran las personas en New York que sabían su viaje. Habiendo ido á la oficina Echeverría dos días antes de su marcha, Aguilera creyó conveniente comunicársela y así lo hizo. Contestó Echeverría que creía debía dar ese paso porque ya aquellas fuentes estaban secas, pero que en su concepto sería infructuoso porque tan pronto se supiese estaba en París, saldrían de allí los emigrados ricos para no comprometerse.

El 28 de Junio se dispidió Aguilera en el escritorio de la Agencia de Echeverría, Izaguirre y Aldama. Este último

fué á ofrecerle sus servicios en Europa, para donde muy pronto pensaba ir también. Aquel día comió con Mayorga, se despidió de la familia de éste y fué á dormir en casa de Macías.

A las ocho de la mañana siguiente, —29 de Junio—salió de casa de Macías acompañado de Mayorga para tomar el vapor "Calabria" en que debía embarcarse. Macías, que había salido por otro rumbo en igual dirección, llegó casi al mismo tiempo que él al vapor.

Entró Aguilera en su camarote y no salió hasta después de haber echado á andar el barco, á las doce del día.

El viaje fué feliz.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE

FRANCISCO V. AGUILERA

Y LA

REVOLUCION DE CUBA DE 1868

TERCERA PARTE

COMPRENDE TODO EL TIEMPO QUE ESTUVO AGUILERA EN EUROPA, DESDE EL 9 DE JULIO DE 1872 QUE LLEGÓ Á LIVERPOOL HASTA EL 15 DE MARZO DE 1873 QUE SE EMBARCÓ EN BREST PARA NEW YORK.

CAPITULO I

JULIO 1872

LLEGADA DE AGUILERA Y MACIAS A LIVERPOOL Y LONDRES.—VISITAN A LOS BANQUEROS.—CONFERENCIA CON MENDIVE Y SUAREZ.—DECIDEN QUE AGUILERA QUEDARA EN LONDRES Y MACIAS FUERA A PARIS.—AGUILERA ES LLAMADO A PARIS.

A las doce del día 9 de Julio de 1872 fondeó el vapor "Calabria" en el puerto de Liverpool, desembarcando Aguilera y su compañero el Coronel Juan M. Macías. A las cuatro de la tarde tomaron el tren para Londres. A las nueve y media de la noche llegaron á esta ciudad y se alojaron en "Morley's Hotel."

A las diez de la mañana del día siguiente, el 10, fueron á ver á los banqueros Msrs. Bowles Brothers Co. quienes recibieron á Macías afectuosamente, como antiguo amigo. Después de la presentación de Aguilera, hablaron sobre asuntos generales, aplazando tener una conferencia para el día siguiente á las ocho de la mañana.

Habían convenido Aguilera y Macías en que el primero guardara un riguroso incógnito, adoptando el nombre de Francisco Hernández.

Volvieron al hotel á esperar al C. Juan Mendive, á quien Macías pasó aviso. Llegó éste, le expusieron su plan, le pidieron su parecer y Mendive les contestó desanimado, que le parecía inútil el viaje á París, pues no conseguirían nada. Al saber los emigrados la llegada de Aguilera, añadió Mendive, se desbandarían por diferentes rumbos, pues el terror que tenían á la confiscación era cerval, y ya habían empezado á moverse solo porque oían decir que Aldama iba á París.

Conferenciaron largamente, y al fin convinieron en que Aguilera quedase en Londres y partiera para París Macías solo, á conferenciar con Valdés Fauli, Pozos Dulces, Ibarra y otros influyentes cubanos, que serían quienes habrían de decidir la conveniencia de que Aguilera fuera después. Pensaron de esta manera quitar á los emigrados todo pretexto de negarse á contribuir para la

revolución, diciendo que Aguilera había ido á comprometerlos, presentándose de improviso.

Consultó Macías con Mendive si creía que los cubanos tomarían parte en el empréstito, probándoles que no iban á arriesgar nada, sino á hacer una especulación, de la que sacarían provecho y beneficiarían á Cuba. Contestó Mendive que ni aún eso esperaba que los movería, porque el terror de que estaban sobrecogidos era muy grande.

En la conversación manifestó Mendive que había estado allí un español (catalán) proponiendo á los cubanos que tenían sus bienes embargados en Cuba y no hubieran tomado parte activa en la Revolución, gestionar el desembargo de dichos bienes, cobrando una comisión sobre el capital de 15 por ciento. Dijo que él había admitido, pero con la condición de que en el memorial que hiciera al Ministro de Ultramar había de ceñirse lisa y llanamente al asunto, sin hacer protestas de españolismo. El español le manifestó que ese requisito era indispensable, razón por la que fracasó el negocio. Como es de suponer, los informes de Mendive dejaron á Aguilera y á Macías bastante desanimados.

Dos días después fué á visitarlos el C. Francisco de P. Suárez. Expusiéronle el asunto que los llevaba á Europa y á Suárez no le pareció mal el plan, aunque no confiaba mucho en el resultado. Por su parte, dijo que él contribuiría con cinco mil francos para el empréstito. Habló sobre varios empréstitos que las repúblicas Sur-americanas habían colocado en Londres y les dijo que su proyecto, aunque difícil, no era impracticable pues sobraba dinero para todo, y aquellos judíos lo estaban empleando entonces con tanto furor como sucedió en la Habana por el año 57, cuando la fiebre por las acciones.

La conversación con este patriota les infundió algún aliento, neutralizando el mal efecto que les produjeron los informes de Mendive.

Al día siguiente fué Macías con Aguilera á visitar á los banqueros Mesrs Erlanger Co., para quienes traía el primero una carta de recomendación que le dió un Coronel, amigo suyo, que hacía poco tiempo había conseguido allí un empréstito de quince millones de pesos para un ferrocarril en Costa Rica. Eran estos mismos banqueros quienes habían hecho las gestiones para el referido empréstito. Fueron recibidos muy cortesmente; pero al manifestar Macías el objeto de su viaje, por la actitud que demostró el banquero, pareció más bien ser hostil al proyecto, probablemente por estar interesado en la deuda española, según pudieron comprender. Díjoles el banquero, que el único modo de colocar el empréstito que solicitaban, era hacer un arreglo con España, para cuyo efecto les ofreció sus buenos servicios, pues era íntimo amigo de Moret, á la sazón, Embajador de España en Londres.

Contestaron que entre Cuba y España no cabía otro arreglo que el que ésta reconociera la independencia de aquélla y que al día siguiente, pensaban marchar á Francia y de allí á Amberes, indicándole así que estaban decididos á conseguir el empréstito de todas maneras.

Despidiéronse cortésmente, prometiéndole volver á verlo, y recomendándole que estudiara el asunto. Esta conferencia, aunque de resultado negativo, hizo concebir algunas esperanzas á Macías, pues pensó que la noticia de que ellos se proponían conseguir un empréstito podría alarmar á Moret, y predisponerlo á un arreglo, lo mismo que al banquero, para tener así mejor asegurados sus fondos.

En una segunda conferencia con los banqueros Bowles Brothers, no llegaron á acordar nada definitivo.

Estando el traje de Aguilera bastante estropeado, no teniendo otro y necesitando presentarse con la decencia que sus altos cargos exigían, le indicó Macías que debía mandarse hacer uno nuevo para presentarse en París, y así lo efectuó.

El día 14 de Julio tomó Macías el tren para París, acompañado de Suárez, quedando Aguilera en Londres, según habían convenido.

Fué á visitarlo el C. Mendive. Reca-

yó la conversación sobre José Antonio Saco, y Mendive manifestó que la posición de este ilustre cubano era tristísima. El, en unión de varios cubanos, le habían formado una suscripción para que pudiera vivir un año; al presente lo mantenían José Alfonso, y algunos otros amigos de éste, por cuyo motivo el pobre desterrado había tenido que enmudecer, colocado entre su conciencia y sus deberes de gratitud. Sin embargo, Saco no aprobaba la revolución armada, porque la consideraba prematura.

Varias fueron las cartas que se cruzaron entre Aguilera y Macías. Para dar una idea de su sentido, copiaremos el párrafo de una de Macías que dice así:

"Julio 8.—"Yo le he escrito á usted todos los días después de mi llegada á ésta. Sí, estoy contento porque tengo buenas esperanzas de que consigamos algo para la patria. Yo trabajo, y procuro la ayuda personal de otros, que espero conseguir. Ayer hice poco, porque llovió todo el día pero ya he visto seis compatriotas de veintipico que tengo en lista y todos me han recibido con atenciones de simpatías y patriotismo y cada uno me ha ofrecido hacer por su parte lo que sea posible. Hoy veré otros y daré cuenta á Vd. Todavía no he visto á ninguno de los acaudalados que hay aquí, pero estoy preparando el terreno para verlos sin darles motivo de queja. Los compatriotas á quienes he visto creen que algo conseguiremos de la emigración aquí, pero yo trato de hacer subir ese algo á más de $20,000. Veremos".

Esta carta la contestó Aguilera con la que sigue:

Londres, 22 de Julio de 1872.
C. Coronel Juan Manuel Macías:
París.

"Mi estimado amigo: Contesto sus dos favorecidas 18 y 19 del corriente, con el gusto de siempre."

"Las noticias que me comunica del buen espíritu que reina en los emigrados, para contribuir eficazmente á la gradiosa obra de la redención de la patria, no pueden ser más lisonjeras, y puede Vd. asegurarles que si ese contingente pasa de veinte mil pesos, podemos hacer algo de provecho, aunque no todo lo que demanda la situación, para darle al enemigo golpes contundentes en Occidente, que es la fuente de sus riquezas. Mis sueños dorados han sido siempre desembarcar en ese departamento, donde cuento con alguna simpatías en los campos, según me informaron C. G. y sus compañeros; y si estos llenan su misión, como no lo dudo, deben estar preparando el terreno convenientemente. Es menester, pues, no perder tan buena oportunidad, pero para ello es necesario también que los patriotas hagan el último esfuerzo. Vd. sabe mejor que yo calcular lo que costaría la organización de cuatrocientos ó quinientos hombres con armas de precisión, municiones, artillería, cuadro de jefes y oficiales etc., por cuyo motivo omito entrar en esos detalles. ¿No podrían los cubanos emigrados que están en España, contribuir con su óbolo, que no sería pequeño por cierto?

"¿Ha hablado Vd. con esos señores sobre el particular, y faltará un hombre de integridad y valor, que se preste á desempeñar tan importante comisión? Contésteme pues, sobre este importante particular.

"Mucho desearía ponerme en camino, para tener el gusto de compartir con Vd. sus trabajos, pero no me parece aún oportuno, hasta tanto que no se despeje un poco el horizonte, y salga de las mismas partes interesadas. Este es terreno muy espinoso y por lo tanto, es necesario que la iniciativa venga de ellos con entera libertad.

"Le incluyo las tres cartas de Bramosio para que Vd. se sirva entregarlas en manos propias de esos señores, pues no quiero demorarlas por más tiempo, para que cuando le escriban puedan referirse á ellas.

"Mendive ha estado dos veces más á verme, y me encarga siempre de á usted sus expresiones afectuosas.

"Hoy debe llegar el vapor de New York y traer correspondencia, por cuyo motivo tal vez mañana podré noticiar á Vd. algo importante.

"Adios, amigo mío, hasta entonces, se despide su siempre afectísimo,

F. V. Aguilera."

El día 23 regresó Suárez de París y dijo á Aguilera que iba á buscarlo por encargo de Macías. Leyóle Aguilera algunos párrafos de la carta arriba transcrita y le dijo que esperaba la contestación de Macías. Encontrándose presente Mendive se suscitó una disputa entre éste y Suárez, que tuvo trazas de terminar en un serio disgusto. Suárez, con su franqueza habitual, dijo que Echeverría no era, ni había podido nunca ser republicano, pues respiraba aristocracia hasta por los poros; que había sido reformista, era verdad, pero aún eso fué por deseos de figurar, etc. Mendive tomó la defensa de Echeverría con bastante calor, y á no haber sido porque Aguilera consiguió darle otro giro á la conversación, hubiera terminado desagradablemente. Poco después se retiró Mendive, al parecer algo desagradado. Suárez, tan placentero como de costumbre, instó á Aguilera para que fuera á almorzar con el á su hotel al siguiente día.

A las doce fué Aguilera á almorzar con Suárez. Lo encontró alojado con esplendidez en una magnífica habitación elegantemente amueblada. A la sazón Suárez disputaba con dos joyeros que se empeñaban en que les pagara por unos pendientes de brillantes, cien libras esterlinas, cuando apenas valían la mitad. Tuvo al fin que abonarles la suma, porque los había mandado hacer sin ajustar el precio. Poco después llegó otro joyero y le trajo una leontina de gran valor, que compró también. Luego llegó un talabartero á quien había mandado llamar para que hiciera la cubierta á una magnífica maleta de cuero, que llamó la atención de Aguilera por su gran tamaño, nueva forma y elegancia. Les sirvieron un espléndido almuerzo con vino del Rhin etc. Después del almuerzo subieron á su habitación donde conversaron largamente. Dijo Suárez que si Aguilera llevaba la expedición á Occidente, él se suscribía con el costo de diez hombres armados y equipados, además de lo que tenía ofrecido. Estaba Aguilera escaso de dinero pues aunque Macías le había dejado lo suficiente para su permanecía allí unos días, como á fuer de extranjero, todo le costaba muy caro de aquí su penosa situación financiera. Apenas insinuó á Suárez la necesidad de diez libras en que se encontraba, en calidad de devolución, éste sacando su cartera se las entregó. Suárez lo invitó á comer al dia siguiente también.

Despidióse Aguilera y fuese haciendo los más tristes comentarios al ver como los cubanos derrochaban su fortuna en el extranjero, sin acordarse de los desventurados patriotas que en el campo sufrían hambre y desnudez y daban su sangre y su vida por hacerles patria.

Sin embargo, diremos en justicia que si bien las reflexiones de Aguilera podían ser merecidas aplicadas á otros cubanos, no lo eran respecto á Suárez, cuyos antecedentes no conocía. Suárez, además de su carácter excepcional, en realidad era solo cubano de nacimiento, sin ningún interés ni afecto en el país. Jamás volvió á Cuba desde los ocho años de edad. Los otros si eran culpables.

Recibió Aguilera correspondencia de New York. Mayorga le daba noticias del resultado de la expedición del "Fannie", diciéndole que el capitán Brown había llegado á Nassau. Las probabilidades eran que se hubiese salvado la expedición con Peralta, aunque tuvieron que quemar el vapor por haber embarrancado, y no poderlo sacar; mas, como las noticias que tenían por conducto español eran contradictorias, aún no sabían á que atenerse.

Recibió Aguilera una esquela de Suárez en que se excusaba por no poder esperarlo á comer aquel día, según había convenido; un asunto urgente se lo impedía y no podrían verse sino en París.

También recibió carta de Macías en que le decía así:

"Contesto á su muy apreciable del 22 que he leído á nuestros amigos aquí, y me han dicho todos ellos, menos el señor Ibarra, á quien hace días que no veo porque reside en el campo, que ya es tiempo de que usted venga para acá, pues el terreno ya está bien preparado y la semilla regada. Venga usted, pues, sin titubear".

Contestóle Aguilera que saldría el 29 de aquel mes, pues tenía que despachar alguna correspondencia y estaba malo de la vista.

El referido día 29, después de comer con su amigo Mendive, lo acompañó éste al tren, yendo con él hasta Douvre, donde se embarcó Aguilera en el vapor para Calais, llegando á París á las siete de la mañana del día 30.

CAPITULO II

AGOSTO 1872

PRIMERAS IMPRESIONES DE AGUILERA EN PARIS—LO VISITAN CUBANOS PROMINENTES—INMEDIATAMENTE SE CONSTITUYEN EN SESION—SALE AGUILERA CON MACIAS A RECOLECTAR FONDOS.—NO OBTIENEN RESULTADO.—PASA UNA CIRCULAR A LOS EMIGRADOS.—ALMAGRO Y VALDES FAULY OFRECEN SUS AUXILIOS. —AGUILERA VISITA A SACO.—INCIDENTE EN CASA DE ALMAGRO CON CALDERON Y KESSEL.—SACO REFIERE A AGUILERA SUS EXPERIENCIAS CON ALDAMA.—CALIXTO BERNAL.—LLEGADA DE ALDAMA A PARIS.—FLORENCIO GIMENEZ Y LOPEZ VILA.—TEODORO IZNAGA.—TRISTES CONSIDERACIONES DE AGUILERA RESPECTO A LOS EMIGRADOS DE PARIS.—NO TIENE DINERO CON QUE PAGAR LA CUENTA DE SU HOTEL.—AMARGURAS DE AGUILERA.

La impresión que recibió Aguilera al llegar á la capital de Francia, fué por demás, triste. Encontrábalo todo desanimado y falto de vida; todo le parecía pálido y descolorido, siendo este fenómeno efecto, seguramente, del estado de su ánimo.

Iba allí á realizar una acariada ilusión ó á recibir un amargo desengaño. Tantas veces había visto destrozados sus ensueños más queridos, que desconfiaba de todo; ya no se atrevía á esperar más que tropiezos y descalabros, y aunque su ánimo se mantenía siempre entero y dispuesto para la lucha, ¡es tan triste luchar sin esperanza.....!

Tomó un carruaje y se dirigió al hotel Westminster, según la indicación de Macías. Poco momentos después llegó éste, que había ido á buscarlo á la estación y no lo encontró.

Por la tarde fueron á visitarlo los ciudadanos José Valdés Fauli, Francisco de P. Bravo y Carlos de Varona.

Inmediatamente entraron en sesión. Les manifestó Aguilera que había ido dispuesto á trabajar sin descanso para en el más breve tiempo posible, llevar los auxilios que tanto necesitaban sus hermanos. Que tenía conocimiento de la riqueza y patriotismo de las emigraciones de París y de España y estaba persuadido de que, en brevísimo tiempo, contando con el auxilio que ellos le prestaran, podría reunir fondos suficientes para conducir en persona á Cuba una gran expedición. Contestaron sus amigos manifestándose dispuestos á secundarlo con todas sus facultades. Habiendo insinuado Aguilera que debía contarse también con la emigración de España, acordaron nombrar para agente al ciudadano Calixto Bernal, residente en Madrid, quedando encargado Varona de escribirle.

También acordaron que Aguilera guardase el más estricto incógnito, conservando el nombre de Francisco Hernández, y no revelando su llegada á París, más que á aquellas personas que hubiese necesidad de hacerlo, para que los emigrados que estaban fuera, de temporada, no se alarmasen, volvieran confiados y todo se hiciese con el mayor sigilo.

Pidió Aguilera una entrevista privada á Valdés Fauli y quedó éste en verlo al día siguiente á las cuatro de la tarde.

Concluída la junta, fueron á comer á un restaurant, Bravo, Macías y Aguilera. Después de la comida lo invitaron á ver las diversiones y atractivos de aquella bulliciosa ciudad. Aunque el ánimo de Aguilera no estaba dispuesto para nada alegre, sin embargo, por complacer á sus amigos, accedió, y se encaminaron á los Campos Elíseos, entrando en un café cantante. La im-

presión que recibió allí fué lastimosa por demás. Aquella alegría llevada hasta el delirio, le contristó el espíritu; aquellas fiestas desenfrenadas le hacían sentir frío en el corazón y congoja en el alma; aquellos cuadros y bailes le hacían ver cómo la sociedad parisiense se corrompía en la disolución y los placeres. Todo lo que veía y los informes que había recogido, le hacían presentir que la emigración cubana no estaba preparada para la obra seria que allí pensaba realizar, pues los más estaban entregados á los placeres que brindaba aquella seductora ciudad y en lo que menos pensaban era en sus hermanos que en Cuba se sacrificaban pereciendo de miseria.

Al siguiente día de su llegada (Julio 31) dió principio á su campaña activa en la ciudad. Salió por la mañana con Macías á visitar á varios emigrados para estimular su patriotismo en favor de la causa. Fueron á casa del ciudadano Julio Ibarra, al que no encontraron y siguieron á la del ciudadano Miguel Almagro. Lo hallaron, estuvo muy obsequioso y ofreció á Aguilera presentarlo á las señoritas Peñalver, las que aunque decían que no daban para la guerra, sí, estaban dispuestas á contribuir con ropas y medicinas en favor de los desvalidos cubanos. Fueron á ver al joven ciudadano Nicolás de Cárdenas, antiguo expedicionario del "Lilian", quien les dijo que su tía la señora Susana Benítez, tenía en New York diez mil pesos para la causa de Cuba, indicándole la persona que tenía la clave del negocio. Estuvieron en casa del ciudadano Juan Montalvo: éste les manifestó que contribuiría para ropas y medicinas. Llegaron á casa del ciudadano José Manuel Ponce, antiguo revolucionario que fué deportado á Fernando Poo: dijo que estaba muy pobre, pero que debiendo salir pronto para Bordeaux, estimularía allí á la emigración. Fueron á ver al ciudadano Teodoro Iznaga, antiguo revolucionario, quien los recibió muy frío. Les dijo con franqueza que los emigrados allí se portaban muy mal, derrochaban su dinero en diversiones y placeres, no se acordaban de Cuba, que eran unos ingratos y él uno de ellos. El sabía bien que nada bueno podían esperar los cubanos del Gobierno español, pero no obstante, nada daría para la causa de Cuba. Este señor estaba muy bien de intereses. Al fin, se retiraron á su hotel, comentando los estériles resultados de la primera excursión.

Aquel mismo día fué el joven Cárdenas á devolver la visita á Aguilera y decirle que, mejor informado respecto á lo que le dijo tocante á su tía, la señora Susana Benítez, podía añadirle que esa señora había puesto en poder del banquero Moses Taylor de New York, la suma de veinte mil pesos, con orden de entregarla á la Junta Cubana de New York. Moses Taylor había entregado tan solo diez mil pesos y escribió á la señora que los otros diez mil los tendría reservados para otra ocasión. Dijo Cardenas que eso lo sabía por su esposa, que era el amanuence de la referida señora, é indicó á Aguilera que Almagro tenía relaciones de amistad con ella y podía comisionarlo para que fuese á Sevilla, España, donde estaba doña Susana, á buscar la orden para que entregaran á Aguilera la referida cantidad, pues si iba él, se lo negaría todo. Quedó en volver después á darle más detalles.

Cuando Aguilera volvió á ver á Almagro le habló sobre el particular y éste contestó que, efectivamente, tenía amistad con doña Susana, pero que hacer un viaje á Sevilla sería cosa que le tomaría unos quince días, y era necesario pensarlo. Dijo que ya vería cómo se arreglaba ese asunto de manera que diera buen resultado.

Determinó Aguilera pasar una circular á los emigrados que estuvieran en aptitud de auxiliar la causa, estimulando su patriotismo. Trataría de que les fuera entregada sigilosamente por personas que no les infundiesen alarma y más bien los inclinasen á una respuesta favorable. Encargó de su redacción al ciudadano José Valdés Fauli. Se encontrará esta circular en el "Libro de Correspondencia etc."

Al mismo tiempo escribió á varios amigos residentes en Europa, fuera de

París, anunciándoles su llegada, pidiéndoles informes de las localidades en que vivían y recabando su ayuda para en breve término realizar con feliz éxito la misión que hasta allí lo había llevado. En una palabra, no descansó un instante hasta agotar todos los medios de que podía echar mano, dada la circunspección con que tenía que proceder para no alarmar á aquellos asustadizos patriotas. Las referidas cartas podrán verse en el citado "Libro de Correspondencia etc."

Recibió Aguilera la visita del Conde de Pozos Dulces, de quien le agradaron las finas maneras y la modestia. Le manifestó que esperaba mucho de él y lo citó para el siguiente día en su casa.

Concurrió Valdés Fauli á la cita de Aguilera y cuando se preparaba éste á entrar en materia, fueron interrumpidos por Francisco P. Bravo y Carlos de Varona. Al despedirse Valdés Fauli le suplicó Aguilera que lo esperase el día siguiente á las doce con Pozos Dulces en casa de éste.

Fué Aguilera á la entrevista que había pedido á Valdés Fauli y Pozos Dulces en casa del segundo. Comenzó manifestándoles el brillante estado de la revolución, tanto en el campo, donde los patriotas daban rudos golpes á las fuerzas del despotismo, como en el exterior, donde tan favorable á los cubanos se mostraba la opinión general, teniendo en prospecto algunas negociaciones de bonos, que de llegar á realizarse cualquiera de ellas, el triunfo de la causa no se haría esperar. Siguió después manifestándoles las halagueñas esperanzas que le había hecho concebir al ciudadano Antonio F. Bramosio, quien le había asegurado que yendo á Europa y poniéndose á disposición de ellos, era seguro que conseguiría de cuarenta á cincuenta mil pesos en pocos días. Por último, expresóles su opinión de que si ellos tomaban bajo su protección la empresa que allí lo llevaba, y lo auxiliaban con su influencia y su prestigio, el éxito no era dudoso y Cuba les sería deudora del gran beneficio que indudablemente recibiría.

Contestó el Conde que él estaba retraído de la sociedad cubana, porque su situación era muy precaria, por cuyo motivo no tenía influencia ninguna.

Valdés Fauli dijo que lo principal de la emigración cubana estaba fuera de París; fué nombrando después á varios cubanos prominentes uno á uno y diciendo los motivos porque no podían contribuir para la causa; refirió, por último, que cuando el general Bernabé Varona había ido á solicitr del conde de Fernandina que le diese algo para Cuba, "éste le dió una coz que lo dejó mudo."

Contrariado, aunque no desanimado Aguilera, ante el resultado negativo obtenido, precisamente de las personas de quienes más se prometía, volvió á la carga haciéndoles todas las reflexiones que le sugirió su ardiente deseo de sacar adelante la empresa, única que podía proporcionarle los recursos que necesitaba para auxiliar á sus hermanos.

Después de mediar algunas explicaciones, le manifestó Valdés Fauli que iba á hablarle con franqueza. Que en su sentir había elegido mal compañero en Macías para visitar á los emigrados, pues no gozaba de simpatías entre aquella emigración. Perplejo quedó Aguilera, pues precisamente Macías le había dicho lo mismo de Francisco de P. Bravo. Contestó que sentía mucho no estar al cabo de esas cosas, y como con Macías había ido de América y aún no estaba relacionado con los cubanos allí, había tenido que valerse de él para ese efecto; pero que en adelante tendría en cuenta su observación, la que agradecía. Repuso Valdés Fauli que cuando Aguilera quisiera verlo á él fuera solo, y lo mismo debía hacer con los otros cubanos. Dijo que informado de lo que le había pasado con el señor Teodoro Iznaga, creía que, si lo veía solo, podría sacar de él algo para Cuba. Ultimamente se ofreció Valdés Fauli para acompañarlo á ver á los señores Silvio Moliner, Corral, Eddman, Copinger, etc. Aguilera aceptó y le dió las gracias muy complacido. Al despedirse, Valdés Fauli le regaló una caja de excelentes tabacos habanos.

Recibió Aguilera carta de Ramón

Céspedes de New York, que decía sobre el asunto de Martínez y los bonos, que éste había pedido nueva prórroga, hasta fines de Agosto. El se había negado, como también á tener una conferencia con el general F.

Al siguiente día fué Valdés Fauli á buscar á Aguilera para acompañarlo á las visitas mencionadas. Fueron á casa de los señores Corral y Ambrosio de Cárdenas y no los encontraron. Llegaron á casa de las señoritas Fernández, las que prometieron contribuir con algo. Por el trayecto pudo notar que Valdés Fauli iba receloso con su compañía, pues llevaba coridas las cortinillas del coche y le confesó que temía que los españoles confiscaran también los bienes de sus hijos. Dijo así mismo, que Silvio Moliner le había ofrecido dos mil pesos en New York.

Encontró Aguilera en casa de Bravo al ciudadano Pedro Ferrer, de Santiago de Cuba. Por más que Ferrer estuviera riquísimo no quiso decirle nada respecto á su misión, porque ya desde Nueva York tenía experiencia de lo que de él podía esperarse. Cada vez que se le pedía algo para Cuba alegaba que ya una vez había dado quinientos pesos.

Aguilera, que sentía gran admiración por José Antonio Saco, tan pronto como sus múltiples atenciones le dejaron algún tiempo desocupado, se dispuso á visitarlo, haciéndose acompañar por Bravo y Varona. Lo encontraron solo en su casa. Al serle presentado Aguilera recordó al padre de éste, y el espléndido recibimiento que le hicieron en Bayamo á su llegada de España. Habló de su destierro de la Habana por Tacón, atribuyéndolo á Pinillos, por influencia de su secretario La Sagra, á quien él había contradicho en la "Revista Bimestral Cubana," etc. Sólo tocaron la cuestión cubana incidentalmente. Aguilera lo encontró muy viejo, nervioso, medio ciego y muy pobre, de tal manera que nunca sintió más, estar tan pobre él también, para socorrerlo cual sus méritos demandaban. Propúsose Aguilera verlo otra vez para abordarle de frente respecto á la cuestión de Cuba.

Debiendo Aguilera bastantes atenciones al señor Miguel de Almagro, fué á visitarlo en su casa á las nueve de la noche. Se hizo anunciar y lo invitaron á que pasase al comedor. Estaban en los postres. Además de Almagro y su señora, estaban allí Nicolás de Cárdenas y la suya, Pozos Dulces y Valdés Fauli. Fué recibido con las mayores muestras de franqueza y de cariño. La señora de Almagro dijo que precisamente acababan de brindar por Céspedes y por él, y quería tener el placer de que los acompañara á brindar por él mismo otra vez. Llenaron las copas del Champagne y ofrecieron una á Aguilera; éste brindó porque los concurrentes á tan amable y selecta reunión, volvieran á encontrarse reunidos muy pronto en la Habana, capital de la República Cubana. La señora de Almagro añadió que al mismo tiempo estuviese él alojado en el Palacio del Capitán general. Dijo Aguilera que no era necesario estar tan alto; se daría por muy satisfecho con haber tenido el gusto de despedir en el muelle á los *íntegros bizarros*. Esta frase fué muy bien acogida por los concurrentes. La conversación fué muy animada, hablándose mucho de Cuba. Díjole Almagro que acababa de llegar á París un amigo suyo—de Aguilera—el señor Francisco Calderón y Kessel, Conde de Casa Calderón y Coronel de uno de los regimientos de voluntarios de la Habana. A poco llegó el señor Silvio Moliner. Cuando más engolfados estaban en sus expansiones patrióticas, anunció el criado... á Calderón y Kessel! El efecto fué maravilloso. Todos quedaron sobrecogidos de estupor. También Aguilera quedó sorprendido de observar tan brusco cambio. Parecían niños sorprendidos en una travesura. Ya algo respuestos, acordaron que se recibiera al señor Calderón en la sala, y fueran saliendo los que allí estaban unos antes y otros después, porque no era conveniente hacerlo entrar en el comedor, no fuera á creer que aquello era un plan preconcebido. Observaba Aguilera tales precauciones con curiosidad, comprendiendo que era él la causa del conflicto. Lo de que Calderón pudiese creer que el encuentro fuese un plan preconce-

bido, era un pretexto frívolo, pues no había sido invitado allí. Era la verdadera causa que, acabando de llegar Calderón de la Habana y debiendo regresar pronto á ella, temían los allí presentes que viese tal cordialidad entre ellos y Aguilera, lo dijese en la Habana y viniera la confiscación, fantasma que los aterraba. Según se habían propuesto fueron saliendo para la sala uno después de otro, hasta que, por último, se despidió Aguilera á las once de la noche, de Almagro, que había quedado con él en el comedor.

Hablando Ibarra con Aguilera le encareció éste mucho la conveniencia de un empréstito. Dijo Ibarra que Aldama había querido comisionarlo para ese negocio, pero como en sus proposiciones observaba tal *retrechería* y le fijara un tipo tan alto, no había querido aceptar el encargo. Llegó también Valdés Fauli y una vez solo con Aguilera, le entregó el borrador de la circular, cuya redacción le había encargado, pero con la condición de que fuera Aguilera mismo quien la copiara y le devolviera el boborrador, sin que fuera visto por nadie. Le dijo que estaba trabajando á Francisco Calderón á ver si daba algo para la causa y le aconsejó que no fuera mucho por el boulevard porque allí se reunían Rus, Vallín, Bravo, Varona y otros, que eran muy *diáfanos* y podían enterarse los españoles de lo que trataban.

No tardó mucho Saco en devolver la visita á Aguilera. Dos días después de haber estado éste á verlo, fué Saco á visitarlo en su hotel. Llegó á la una y se marchó á las cinco de la tarde. Hizo referir á Aguilera desde el principio, cómo se había formado la revolución, y convino en que llegadas las cosas al estado en que estaban, no había más remedio que seguir adelante hasta conseguir el triunfo. Luego le habló reservadamente de Miguel de Aldama, en los términos más desfavorables. Dijo que no le había cogido de sorpresa su defección, pues él lo conocía mucho. Cuando estaba en la Habana se había proyectado en casa de *Pepe* O'Farrill, eminente patricio, una suscripción para establecer un periódico en Madrid, que sostuviera los derechos de Cuba; le propusieron la dirección y él la aceptó. Aldama se hizo cargo de la suscripción y la víspera de salir para Europa, le dijo que cuando llegase á París encontraría la primera remesa de diez ó doce mil pesos. La suscripción promovida era de treinta mil pesos. Salió Saco, llegó á Nueva York y en seguida escribió á Aldama, como era regular que lo hiciera; á su salida de Nueva York para Europa, volvió á escribirle; á su llegada á París volvió á hacerlo. No teniendo contestación alguna, volvió á escribirle unos veinte días después. Todo en vano, Aldama no contestó ninguna de sus cartas, ni siquiera para darle una explicación sobre el asunto que tan formalmente habían pactado, ni mucho menos le remitió cantidad alguna, ni había vuelto á hablarle de la empresa para la que fueron á buscarlo.

Refirió también Saco que cuando el suceso de Pintó en la Habana, Aldama estaba comprometido como el que más. Trató de hacerse una suscripción para salvar la vida á Pintó y pidieron á Aldama los seis ú ocho mil pesos que le correspondieron. Aldama se fué á uno de sus ingenios más lejanos y no dió nada, no volviendo á la Habana hasta mucho después que los españoles agarrotaron al infeliz Pintó.

Se despidió Saco quedando ambos muy satisfechos, prometiéndose Aguilera volverlo á ver pronto, pues creyó poder sacar algún provecho para Cuba de su talento é influencias.

Manifestó Carlos de Varona á Aguilera que Calixto Bernal le había contestado la carta que por encargo suyo le escribió.

Decía que no podía hacerse cargo de la comisión que Aguilera le confiara, de recoger dinero entre los emigrados de Madrid, para auxiliar la revolución, porque él tenía poca influencia entre dichos emigrados; que allí poco se ocupaban de la guerra de Cuba. Además, estaba enfermo, añadiendo otras excusas por el estilo. Preguntóle Aguilera si Bernal tenía propiedades en Cuba que pudieran confiscarle y contestó Varona que no lo sabía, pero podía atribuirse su negativa á que, teniendo muy buenas

amistades entre la gente del Gobierno, tal vez no quería ponerlas en peligro.

Encargóle Aguilera que volviera á escribirle otra vez, insistiendo.

Conversando Aguilera con el señor José Posse, díjole éste que Carlos de Varona no era bien mirado por los cubanos de buen juicio, porque estaba colocado con Susini, quien, además de no tener opinión fija en política, tenía la casa siempre llena de españoles.

Era Carlos de Varona de mucha utilidad para Aguilera; además de reunir condiciones de inteligencia y patriotismo, concurría en él la circunstancia muy especial de no temer la "confiscación" cosa que inutilizaba á otros cubanos que pudiera haber de más representación que él.

Varona hacía tiempo que desempeñaba en París el cargo de Agente cubano, que pocos estaban dispuestos á aceptar y llenaba su misión con celo y patriotismo. Cierto que estaba colocado con Susini; pero este era un hombre especial, para quien lo mismo eran los españoles que los cubanos, y que sabiendo los compromisos patrióticos de Varona, jamás se mezcló en ellos y lo dejaba en entera libertad respecto á sus opiniones políticas.

Como á las cuatro de la tarde estuvo á visitar á Aguilera el ciudadano Miguel de Aldama, llegado de Nueva York aquel mismo día. Se mostró muy entusiasta por la causa de Cuba y obsequioso con Aguilera. Manifestó á éste que había ido á ayudarlo en su empresa. Agrególe que acababa de visitar á José Antonio Saco, á quien había ido á ver inmediatamente que llegó á París, porque lo consideraba como un miembro muy querido de su familia. Lo había convidado á comer con él al día siguiente en el Grand Hotel, donde paraba, y al mismo tiempo le hizo mil elogios de Saco. Le dijo también, que en su concepto, la expedición del "Fannie" se había salvado toda, por las circunstancias que le refirió. Allí pensaba observar la conducta de esperar á que fuesen á visitarlo los acaudalados de la Habana, que eran todos sus amigos y algunos le debían muchos favores; entonces les abordaría y les diría que había llegado el momento de hacer un esfuerzo supremo á fin de impulsar la revolución y obtener su pronto triunfo. Dijo que Ricardo Alfonso le debía su fortuna, por circunstancias que refirió; que sentía mucho no estuviera allí el conde de Fernandina, y la señora doña Susana Benítez; esta señora le había dado una vez diez mil pesos é iba á escribirle diciéndole que tenía los bonos á su disposición, que dispusiese á quien se los debía entregar. Al mismo tiempo le indicaría que era necesario que volviese á contribuir largamente, porque se trataba de dar el último golpe á los españoles y volver pronto todos á reunirse en su tierra libre. Refirióle, también, que le habían dicho que Macías había cometido una imprudencia, hablando á N. Zayas para que contribuyera para la causa, delante de otra persona á quien nombró, y esto había disgustado mucho á Zayas. Por último, que había ido á ponerse á disposición de Aguilera; que estaba dispuesto á ayudarlo en cuanto pudiera y no tenía más que mandar.

Contestóle Aguilera dándole las gracias y manifestándole que estaba dispuesto á seguir sus indicaciones, como conocedor de aquel terreno y aquellas personas, y bien penetrado de su patriotismo. Quedó, además, Aguilera en irlo á ver á su hotel, para hablar más despacio de diferentes particulares.

Sin embargo de la buena disposición con que se presentó Aldama, Aguilera no confió en ella, pues recordaba su conducta reservada y fría en New York, con la que la presente formaba fuerte contraste. La anotación en su *diario* referente á este particular, concluye diciendo que: poco confianza podían poner en el individuo que considerando á un hombre de los merecimientos de Saco, como miembro tan distinguido de su familia, según él mismo acababa de manifestarle, lo dejaba casi morir de hambre y de miseria, como por sus propios ojos habría visto, mientras él estaba nadando en la opulencia. Sin embargo, se conformó con que Aldama no le hiciera daño, según expresó en la misma nota,

ya que no pudiera sacar de él otra cosa.

A las tres de la tarde del siguiente día, fué Aguilera con el ciudadano Varona á visitar á Aldama en el Grand Hotel. Lo encontraron en conversación con Saco y Pozos Dulces, que también lo visitaban. Aldama les refería las cosas de Nueva York; contaba anécdotas de don Cirilo Villaverde y su señora doña Emilia. Dijo que Villaverde había pedido á Morales Lemus la embajada de Londres con seis mil pesos de sueldo, y habiéndose negado Manuel Lemus, fué este el origen de su enemistad y disgustos posteriores. También refirió anécdotas de M. Embil que, porque atañen á la vida privada de la familia, pasamos por alto.

Habló largo de sus relaciones con Quesada. Dijo que Ignacio Alfaro, cuando fué nombrado Secretario de la Guerra, en la Junta Cubana de New York, cobraba el diez por ciento de las operaciones que hacía, pues á su yerno Leonardo Delmonte. lo había manifestado así como cosa corriente, cuando éste se hizo cargo de la administración. Refirió historietas de don Carlos Castillo, y otros. En fin, en una visita de más de dos horas que le hicieron, Aldama sólo habló de asuntos de esta especie. Como ya Pozos Dulces se hubiera marchado y Saco también se levantara con el mismo propósito Aldama se opuso á su marcha diciendo que quería tener el gusto de que comiera con él, omitiendo hacer la misma invitación, siquiera por cortesía á Varona y á Aguilera allí presentes. Al despedirse el último díjole Aldama que al día siguiente lo vería.

Recomendó Aguilera á Carlos de Varona que volviera á escribir al ciudadano Bernal, diciéndole que era imprescindiblemente necesario que se hiciera cargo de la comisión que para España le había dado, asociando al ciudadano José Ramón Betancourt, pues no contaba con otras personas que pudieran hacerse cargo de la referida comisión y esperaba que no se negase á prestar tan señalado servicio á Cuba.

Llegado á su hotel, recibió Aguilera la visita del ciudadano José Possé, acompañado de los ciudadanos Florentino Jiménez y Juan López Villa. El primero presentó á los otros dos. Fué muy conveniente á Aguilera el conocimiento de estos dos cubanos, pues además de ser ambos excelentes patriotas, Jiménez le ofreció hacerse cargo de recoger fondos en Cádiz y Sevilla, siempre que lo autorizase por medio de una carta. Aguilera accedió con mucho gusto. Llamó aparte Possé á Aguilera y le encomió mucho el patriotismo de Jiménez; le dijo que fué este patriota quien por conducto de Leandro Rodríguez de New York, le mandó quinientos pesos recolectados en Sevilla. Luego llamó Jiménez aparte á Aguilera y le dijo que estaba autorizado por Teodoro Iznaga para decirle que había sentido mucho el caso en que se vió de negarse á contribuir para la revolución cuando se presentó con Macías. Que como ya éste en otra ocasión había solicitado lo mismo y él le dijo que no le daría nada, porque le era antipático, se había visto en el caso de sostener lo que antes dijo; sin embargo, supiera que estaba dispuesto á contribuir para la causa con lo que pudiera, siempre que Macías, Varona, ni nadie lo supiera.

Con respecto á Varona, le dijo Jiménez que Iznaga lo consideraba instrumento de Susini, para malear á los cubanos que llegaban allí, llevándolos á vivir á su casa,—de Susini—con objeto de congratular á los españoles.

Contestóle Aguilera que se alegraba de la rectificación de Iznaga, y le dijera que él particularmente deseaba tener el gusto de tratarlo, si no lo consideraba peligroso para sus intereses, porque sabía que era un patriota y un caballero. Que estuviese persuadido de que lo que él ó cualquier otra persona le diese para Cuba, no lo sabrían Macías, Varona, Bravo, ni nadie. Que tenía necesidad de reunirse con esos señores, porque se encontraba solo en esa gran ciudad, sin conocer los hombres, las calles, ni aún el idioma; que allí los cubanos esquivaban su compañía y, por lo tanto, tenía que valerse de los pocos que estaban dispuestos á acompañarlo y auxiliarlo con sus conocimientos de la localidad. Reiteróle que podía descansar en la re-

ligiosidad de su silencio, para cualquiera demostración que hiciera en beneficio de la causa.

Continuó diciendo Jiménez que Macías era antipático allí por sus ideas autonomistas, habiendo publicado un folleto en ese sentido. No estaba al corriente Aguilera de la mayor ó menor veracidad que hubiera con respecto á la publicación del referido folleto, por más que dudara de que un hombre de los antecedentes de Macías abrigara tales ideas. Extraño le pareció también que aquellos señores, que con tanta repugnancia rechazaban la autonomía, no quisiesen auxiliar la revolución, deduciendo de esto, que no estaban por lo uno ni por lo otro, y como consecuencia lógica que en el fondo estaban muy bien hallados con que triunfase España, asegurando así una tregua para seguir explotando la esclavitud de los negros.

Preocupado quedó con estas ideas, por lo que afectaban á su empresa. ¡Funesta influencia la de los intereses materiales, sobre los sentimientos más nobles del hombre! ¡Qué desengaño más triste para él, por haberse sustraído á esa ley egoísta que parece regir la humanidad! Después de haberlo sacrificado todo por la dignificación de su patria; de verse reducido á aquel estado, impotente para seguir siendo útil á Cuba, para socorrer á su desamparada familia, para llenar sus propias necesidades, ver que sus compatriotas lo dejaban solo, que huían de él como de un apestado, que se negaban acompañarlo á hacer el esfuerzo viril de los hombres dignos para conquistar su libertad, que no consideraban á ésta merecedora de dedicarle un puñado del oro que á manos llenas despilfarraban en vanidades y placeres, que todo su afán estaba en congraciarse con España, que preferían sufrir el baldón de la ignominia, la verguenza de la tiranía, la degradación del despotismo, con tal de seguir sacando con el látigo, de las espaldas del negro, lo que necesitaban para sostener la vida lujosa y disipada que llevaban.

Mandóle el dueño del hotel su cuenta por la primer semana de hospedaje, ascendente á diez y ocho pesos por habitación, asistencia y almuerzo. Al pasar un rápido balance por su cartera, encontró que no tenía dinero suficiente para abonar la cuenta. Esta contrariedad lo predispuso mal, pues aunque pareciera que ya debía estar acostumbrado á ello, por la frecuencia con que en Nueva York le había pasado otro tanto, á la persona pundonorosa se hacen muy duras esas dificultades, cada vez que tiene que afrontarlas.

Doce días hacía de su llegada á París y todavía ningún resultado positivo había obtenido de su viaje. El terreno que pisaba era tan resbaladizo que no se atrevía á moverse. No podía ir directamente á ninguno de los emigrados acaudalados, porque tal paso hubiera sido contraproducente, tan grande era el horror que le profesaban, por temor á la confiscación de sus bienes en Cuba. Para abordarles tenía que valerse de una tercera persona. Afortunadamente, había encontrado allí dos buenos patriotas que desde los primeros momentos se prestaron á servirlo en esa delicada misión. Fueron estos los señores José Valdés Fauli y Miguel de Almagro. El primero le había dicho que estaba "trabajando" á algunos emigrados adinerados, pero este trabajo necesitaba tiempo para producir el efecto deseado, y el tiempo costaba dinero porque había que vivir mientras tanto. ¿Qué hacer en aquel conflicto? ¿Hasta cuándo duraría aquella difícil situación? ¿Que le tendría reservado el porvenir? ¿Cuál sería el resultado de ese viaje á Europa en el que tantas esperanzas había fundado? ¿Tendría que pedirle á algún amigo el pasaje de retorno á Nueva York donde llegaría con las manos vacías? Y una vez en Nueva York ¿tendría que coger un bote volverse á Cuba y presentarse á sus hermanos ansiosos, con las manos vacías también, pero con el corazón repleto y rebosante de amargura y desengaños para decirles que no había esperanza? Estas ideas que en alguna noche calenturienta asomaron á su ofuscada mente, las rechazó lejos de sí con horror, temiendo, no que quebrantaran su firme voluntad, pero sí que extraviaran su razón.

CAPITULO III

AGOSTO 1872

PROTESTA CONTRA EL EMPRESTITO DEL GOBIERNO ESPAÑOL.—PROTESTA DE LOS DIPUTADOS A CORTES CUBANOS EL AÑO 1836.—PRIMER DONATIVO QUE RECIBIO AGUILERA.—CARTA DE AGUILERA A SU ESPOSA.—CONCLUSION DEL NEGOCIO DE LOS BONOS CON R. MARTINEZ DE NEW YORK.—ENTREVISTA CON EL SR. LEANDRO JUNCO.—LA GOLETA "PIONEER"

Habiendo expedido el Rey de España, Amadeo I, un real decreto relativo á la contratación de un empréstito de sesenta millones de pesos, por cuenta de la Isla de Cuba, pensó Aguilera que sería conveniente establecer una protesta contra tal medida, tanto como medio de entorpecer la operación de crédito, cuanto para que, si llegaba á efectuarse, tuviera Cuba en su día cubierta su responsabilidad.

Consultado el asunto con sus amigos, fué aprobado. Para darle más fuerza y eficacia al documento, acordaron que se mandasen copias á los ministros de la República de Cuba, acreditados cerca de los Gobiernos que la habían reconocido, encargándoles la notificación diplomática correspondiente. También al Presidente del Consejo de Ministros de España á quien se le enviaría por correo, certificada; á los Ministros de Relaciones Exteriores de las naciones que no habían reconocido la República, suplicándoles que tomaran nota de ella y adoptaran las medidas que estimasen del caso; igualmente á los Síndicos de los Colegios de Corredores de las Bolsas de París, Londres, Madrid y Habana, etc.; á los directores de los principales periódicos de Europa y América, suplicándoles se sirvieran publicarla en sus columnas; en fin, que se le diese la mayor publicidad posible en el mundo entero.

Deseando Aguilera que la referida protesta fuera un documento que estuviera á la altura que debía, quiso fuese escrita por José A. Saco y á este fin fué á verlo, para decirle su opinión respecto al mencionado empréstito y tratar de inducirlo y que escribiera la protesta. No lo encontró en su casa y tuvo que aplazar el asunto para el día siguiente. Hablando luego con Bravo, le dijo éste que Aldama quería que la protesta la escribiera Ibarra. Aguilera contestó que pensaba la hiciera Saco, y al efecto había estado ya á verlo y como no lo encontró pensaba volver, pues creía que nadie mejor que él podía hacerlo. Parecióle á Bravo bien pensado y aprobó la determinación de Aguilera.

Volvió Aguilera á casa de Saco y encontrándolo, le manifestó el objeto de su visista; le dijo al mismo tiempo que aunque Aldama le había propuesto á Ibarra, él no quería sino que le escribiera Saco.

Aprobó éste la propuesta, pero dijo que ya que Aldama había tomado la iniciativa, y quería que fuera Ibarra quien la redactase, no le parecía conveniente desairarlo. Que conocía mucho á Miguel (Aldama) y que tanto éste como Ibarra se resentirían no sólo con Aguilera sino también con él.

Como insistiera Aguilera en que fuera hecha por Saco, dándole sus razones para ello, al fin propuso éste, para conciliar los extremos, hacer una cosa parecida á lo que hizo cuando la protesta de los Diputados cubanos á la corte de Madrid en 1836, que luego referiremos, y aconsejó á Aguilera que admitiese la redacción de Ibarra, pero con la advertencia de que, siendo aquel quien la había de firmar, la modificaría ó adicionaría en lo que juzgara conveniente. Hecha esa salvedad se la llevase, y él la arreglaría de manera que Aguilera quedase satisfecho é Ibarra no se resintiese.

Pesóle á Aguilera haber sido tan sincero con Saco, respecto á la ingerencia de Aldama, pero ya no tenía remedio y tuvo que conformarse con lo propuesto por aquél.

Respecto á la protesta de los Diputados á Cortes, refirió Saco que en el año 1836, cuando en las Cortes Españolas se negaron á que tomaran asiento los Diputados Cubanos, se reunieron en Madrid, Montalvo, representante por la Habana, Francisco de Armas, por Puerto Príncipe, y él (Saco) por Oriente, para resolver lo que harían en aquellas circunstancias, acordando protestar en nombre de la Isla de Cuba. Propuso Montalvo que la protesta la redactara Francisco de Armas, como abogado de nota, y fué aprobado. Pocos días después le mandó Armas la protesta, que más bien parecía un alegato por lo larga. El la leyó, nada dijo y la remitió á Montalvo. Cuando vió á éste le preguntó qué le parecía la protesta; Montalvo le contestó que no llenaba el objeto y le preguntó por qué no lo hacía él. Saco le contestó que porque no se le había encomendado. Díjole Montalvo que la hiciera y entonces fué á su casa y escribió el documento que todos conocemos.

Dijo que sabiendo que Armas nada tenía de republicano, y temiendo que echase á perder lo escrito por él, suprimiendo algunos párrafos importantes, le intercaló dos sumamente fuertes é inconexos con lo principal. La mandó á Armas con Ayo, persona á propósito para el caso, poniéndolo al corriente de lo que se trataba y encargándole dijese á Armas, que Saco la había escrito por insinuación de Montalvo y la sometía á su juicio, de la misma manera que Saco examinaría la suya. Armas se mordió los labios al recibir el mensaje, leyó detenidamente la protesta y señaló los dos párrafos como sumamente fuertes, mandándole decir que los modificase porque él tenía que volver á Cuba, y eso lo imposibilitaría para hacerlo. Entonces Saco le pasó raya á los párrafos inconvenientes, y volvió á mandársela; esta vez contestó Armas que así no tenía inconveniente en firmarla. De este ardid,—añadió Saco,—se valió para que la protesta quedase completa, en su concepto. La que se mandó á las Cortes, fué escrita de puño y letra de José Francisco Lamadriz que entonces estaba allí y tenía muy buena letra.

Acordaron proceder, pues, según lo propuesto por Saco, y Aguilera avisó á Bravo lo convenido.

Hemos visto como al llegar Aguilera á París encontró á Francisco de P. Bravo, su antiguo amigo, á quien cariñosamente llamaba por el nombre de Secundino. Necesitando de hombres de buen consejo con quien consultar los delicados asuntos que tenía que resolver, y teniendo puesta gran confianza en Bravo, por su talento, su experiencia y patriotismo, se alegró de las circunstancias que los reunían otra vez.

Como se recordará que Bravo había desempeñado el cargo de Secretario de la Comisión que Aguilera y Ramón Céspedes sacaron al Extranjero, cargo que dejó por haber sido comisionado para ir al Perú, instóle Aguilera para que reasumiera su antiguo cargo de Secretario de la Comisión; Bravo, que siempre estaba dispuesto de servir la causa de Cuba, accedió á ello y desde entonces fungió como Secretario durante todo el tiempo que Aguilera estuvo en Europa, prestándole valiosos servicios.

Llegó Jiménez á la habitación de Aguilera, á llevarle mil francos que le enviaba el C. López Vila. Fué ésta la primer cantidad que recibió de los emigrados de París, el 13 de Agosto. Dióle las gracias, expidió el correspondiente recibo y le dió una autorización para recoger fondos en Cádiz y Sevilla. Habiéndose informado Aguilera de que López Vila, primo de los hermanos Abreu, que estaban muy ricos, era quizás la única persona que tenía influencia con ellos para hacerlos contribuir á la causa, recomendó á Jiménez que después de dar las gracias á López Vila le dijese que deseaba fuese á verlo al día siguiente.

Como su amigo Bravo se estuviese preparando para retornar á Kingston, Jamaica, donde tenía su familia, y residía también la de Aguilera, éste que aún no había podido escribir á su esposa con toda la extensión y libertad que deseara, por temor de que la carta se extraviara, aprovechó la oportunidad segura del viaje de Bravo, para enviar

una extensa carta á aquella, podemos decir que vaciando su alma, en todo lo que no pudiera comprometer su empresa. Para dar una idea más exacta de las impresiones de Aguilera por aquella época transcribiremos aquí algunos párrafos de la referida carta; dicen así:

París, 26 de Agosto de 1872.

Sra. Ana Kindelán:

"Mi queridísima esposa: De Londres te he escrito dos cartas certificadas, y aún estoy en la incertidumbre de si las habrás recibido, pues como ignoro tu dirección, por haberte mudado últimamente, no pude ponérselas. Por este motivo no he sido más frecuente y esplícito en mis letras; pero ahora que va Secundino, que es conducto seguro, te escribiré con más latitud, aunque privado de la esperanza de recibir contestación, porque yo mismo ignoro el tiempo que permaneceré aquí.

"Es una debilidad inperdonable confiar á la pluma los secretos del corazón, sobre todo en tiempos de revueltas como los presentes, pero yo lo haré contigo sin embargo, primero, porque tú eres yo mismo, y segundo porque necesito de este desahogo, para seguir navegando en este mar de tribulaciones. ¿Qué otro puerto más seguro y tranquilo que el corazón de una tiernísima esposa?

"Desde que llegué á París, centro de mis operaciones, donde me habían hecho concebir tan halagüeñas esperanzas, estoy trabajando sin descanso para conseguir los recursos que necesitan nuestros hermanos. Hubo un momento en que creí lograrlo y marcharme con Secundino en el próximo vapor; pero ¡ah! mis esperanzas se desvanecieron muy pronto, pues estas gentes no tienen la dignidad de hombres. Educados por el Gobierno español para ser esclavos, viven contentos y felices, con la idea de que no les embarguen unos, con la esperanza de que les desembarguen otros, y los más con el deseo, mientras tanto, de proseguir, despilfarrando sus rentas, en medio de los placeres que proporciona esta seductora ciudad. En Europa tienes lo más grande y poderoso de Cuba, que salieron espantados, de sus hogares, por temor á las garras del tirano; y sin embargo, á estas gentes, no es capaz de moverlos ni la misma palanca de Arquímides.

"En Europa tienes emigrados los primeros Condes y Marqueses de la Habana. Los Jorrines, los Iznagas, los Abreus, los Vaillanes, los capitalistas de Guantánamo, y todo lo que representa en nuestra tierra ilustración y riqueza. Si unieran sus esfuerzos serían capaces no sólo de conquistar nuestra independencia en breves meses, sino de conquistar la misma España si fuera necesario. Pero ¡ah! nosotros hemos heredado todos los vicios de los españoles, y no hemos heredado su única virtud, que es la unión en los momentos supremos. Todos, con muy raras excepciones, nos dicen que son cubanos, que ansían el momento de volver á Cuba libre independiente, que comprenden que los españoles nos exterminarían si llegaran á vencernos, que no hay salvación, en fin para el cubano, sino en el triunfo de su causa santa. Pero cuando llega el momento de la ejecución: cuando es preciso hacer efectivas esas buenas disposiciones, alargando un poco del oro que á manos llenas tiran á la calle, entonces son los temores, entonces se les presenta el fantasma de la confiscación, aún á aquellos mismos que están confiscados y sentenciados á muerte. ¡Esto es incomprensible, inexplicable!

"Pero lo que más me ha llenado el corazón de amargura, es la defección de Z. Fuí al Grand Hotel en solicitud de Aldama que acababa de llegar de New York, y se me presentó un señor á quien pregunté por él. Me contestó que no sabía, y cambiamos otras palabras insignificantes. Era Z. á quien no reconocí hasta después de un rato pues le encontré muy avejentado. No pude menos que abrazarlo con toda la ternura de mi corazón. Me dijo que había venido con X, que estaba vistiéndose, y pensaban ir á tomar baños no se á que parte. (En Europa los baños son la panacea universal para todos los ricos). Lo noté embarazado é inquieto; presumí que sería porque yo llevaba un compañero, aunque éste estuvo á distancia suficiente para no oir lo que hablábamos. Le dije que volvería dentro de una hora á verlos, y me

confestó que ya habrían salido, y no sabía cuando volverían. Ya, algo picado, le dije que entonces lo vería al siguiente día, y me despedí. Inquieto por el frío recibimiento que me había hecho, y no queriendo que en ningún tiempo diga que lo comprometí, fuí á casa de Secundino á suplicarle que lo viera, y lo tranquilizara, asegurándole que yo no lo visitaría y que lo único que deseaba era que escribiese á tu padre diciéndole que si pensaba educar á mi hijo Juan en España, me lo avisase, que yo lo llevaría á los Estados Unidos y le daría la educación que pudiera. Secundino fué cuatro ó cinco veces para poderlo encontrar. Dice, que lo recibió muy bien, diciéndole que yo estaba muy equivocado con respecto al juicio que había formado de él; pero lo cierto del caso es, que se fueron á los dos ó tres días sin haberme visto, á pesar de que sabía que mi hotel estaba muy cerca del suyo. Según se explicó con Secundino, parece que tu padre mandará á Juan á una escuela de agricultura en Bélgica, recomendado á Pancho Sorzano.

....

"De exprofeso he dejado para lo último la noticia más halagueña. Ella solo es capaz de dulcificar el acíbar que haya derramado con mis anteriores. Tenemos en proyecto un empréstito, con fundadas esperanzas de éxito. Si se logra, Cuba está salvada en poco tiempo y sus enemigos confundidos. No puedo decirte más, sino que le pidas á Dios con toda la efusión de tu bella alma, que se realicen mis desos, y entonces viviremos felices, sin separarnos más en la tierra, educando nuestros queridísimos hijos, en el seno de nuestra patria libre é independiente. Abrázalos á todos, dile á las mayores que no les escribo, porque quisiera hacerlo particularmente á cada una, y no tengo tiempo para eso. Que no les mando ningún cariño, porque lo que tengo no es mío, y ustedes saben que soy severo en el cumplimiento de mis deberes.

"Mil cariños á nuestros hijos y hasta otra oportunidad te dice adiós tu amantísimo esposo,

Aguilera."

Mandaba decir Aguilera á sus hijas, al final de esta carta: "no les mando "ningún cariño porque lo que tengo no "es mío, y ustedes saben que soy severo "en el cumplimiento de mis deberes." Nada como estas frases dejan comprender el carácter de Aguilera. El bienestar de sus hijos, todo entero, pudo sacrificarlo por la patria; pero una migaja de esa patria no podía tomarla para sus hijos......

Bravo no llegó á realizar su viaje á Jamaica, quedándose en París y haciendo después un viaje por varias ciudades de Europa y esta carta fué enviada á su destino por manos de otra persona, también de la confianza de Aguilera.

Recibió Aguilera carta de Ramón Céspedes en que decía, que dada la resistencia del ciudadano Ramón Martínez á entregar los bonos, una vez vencido el segundo plazo, Céspedes había tenido una conferencia con los mismos individuos con quienes se había aconsejado otras veces y habían resuelto que Céspedes mandara una comunicación á Martínez con el carácter de Comisionado Diplomático, intimándole que hiciese entrega de esos fondos de la República, y diciéndole, al mismo tiempo, que por la primera oportunidad daría cuenta á su Gobierno de lo ocurrido. Tardó Martínez algunos días en contestar la comunicación hasta que, por último, mandó decir á Céspedes que estaba dispuesto á que los bonos fuesen quemados en presencia de ambos. Convino Céspedes y fijaron un día para el acto. Llegado éste, se reunieron Ramón Céspedes, José M. Mayorga, José F. Lamadriz y Ramón Martínez, y una vez contados los bonos, fueron reducidos á cenizas. Así terminó el enojoso asunto de los bonos con el señor Ramón Martínez, que tantas ansiedades y disgustos porporcionó á Aguilera.

Concurrió López Vila al llamamiento de Aguilera. Lo informó de que había llegado á París el señor Leandro del Junco de las Villas. Este señor tenía un hijo en la insurrección, al día siguiente se iba para Londres, volvería pronto y podría contribuir con algo para la causa. Comisionó Aguilera al mismo

López Vila para que indagara si estaría dispuesto á tener una entrevista con él antes de marcharse. Volvió por la tarde López Vila á decir á Aguilera que Junco no tenía inconveniente en verse con él, citándolo para las nueve de la noche en el café "La Paix"; él llegaría en un coche al que subiría también Aguilera. A la hora convenida estaba allí Aguilera. Llegó el coche, bajó López Vila é invitó á Aguilera para que subiera con él; fueron á otro café donde bajó López Vila y subió Junco, partiendo ambos para los Campos Elíseos, donde bajaron. Estuvieron conversando como una hora, dándole cuenta Aguilera del estado de la revolución. El señor Junco tenía tres hijos: uno en Cuba Libre, á los órdenes de Federico Cavada, el que decían había muerto, aunque Aguilera se lo ocultó, otro expedicionario del "Upton", que murió del cólera á poco de desembarcar en Cuba, y una hija.

Dijo Junco que en aquel momento podría darle poca cosa é hizo ademán de entrar la mano en el bolsillo, pero que á su regreso de Londres, dentro de seis ú ocho días, le daría más. Como juzgó Aguilera que era muy poco lo que iba á darle, le dijo que prefería esperar su regreso de Londres y lo daría todo junto. Se despidieron muy satisfechos.

Manifestó Valdés Fauli á Aguilera que Aldama pensaba salir al día siguiente para Lyon á visitar á su cuñada. Debía estar ausente unos seis días y le había encargado lo disculpara por no haberse despedido de él; también recomendó le dijera que le tenía conseguido ya cuatro mil pesos. Necesitando Aguilera ver á Aldama para hablarle de la protesta y sabiendo que en aquel momento comía en el restaurant del Grand Hotel, se dirigió allí, y efectivamente, lo encontró á la mesa con sus dos hijas y Saco. Después de saludarlos tomó una silla y la aproximó á la de Aldama. Este le dijo que se ausentaba por dos ó tres semanas y él debía hacer lo mismo para dejar establecer la calma entre los emigrados. Que le tenía conseguido cuatro mil pesos de Silvio Moliner, cuando fuese á Nueva York, pues debía darlos allí su hermana Francisca. Contestó Aguilera que esa cantidad ya se la había ofrecido Silvio de la misma manera. Sobre la protesta le dijo Aldama que se la mandaría Ibarra. Contestó Aguilera que desearía fuese pronto, él la leería y corregiría si creyese fuera menester. (Esto fué lo convenido con Saco).

Por cartas recibidas de Nueva York supo Aguilera que la goleta "Pioneer", por otro nombre "Resolute", del capitán Norton, había sido embargada por el Departamento de Estado de los Estados Unidos y acusada de filibustera. El capitán Norton, con su intrepidez habitual, fué á ver al Secretario de Estado mister Fish, presentándose á éste de uniforme de marino cubano. Mister Fish le dijo que lo recibiría como un caballero particular, sin concederle ningún carácter oficial y, después de una larga conferencia, obtuvo el capitán, que no le hiciera arriar á su buque la bandera cubana que tenía enarbolada, lo que prácticamente implicaba el reconocimiento de dicha bandera.

Como el capitán Norton había gravado su barco con una hipoteca de dos mil pesos para aprestarse á salir á la mar, presentóse luego el hipotecario y mandó prender al Capitán por diferentes cargos que le hizo. Finalmente, el buque fué confiscado por el Gobierno Americano y el capitán Norton reclamó daños y perjuicios á la Agencia, habiendo tenido lugar, últimamente, una transacción.

CAPITULO IV

AGOSTO 1872

CAMBIO DE HOTEL.—IMPACIENCIA DE AGUILERA.—GABRIEL MILLER, DIPUTADO A LAS CORTES ESPAÑOLAS.—ENTREVISTA CON VICENTE ABREU.—V. FAULY TRATA DE RETRAERSE.—VILLA URRITIA.—ENTREVISTA DE AGUILERA CON CALDERON Y KESSEL.—GENERAL BERNABE VARONA.—SACO.—FRANCISCO SEMMANAT.—EL CAPITAN GENERAL ESPAÑOL VIVES.—J. SUSINI.—DISGUSTO DE B. VARONA CON VALLIN.—RAMON AGUIRRE.—AGUILERA Y EL CONSUL ESPAÑOL DE RUSIA.—ENTREVISTA DE AGUILERA CON GABRIEL MILLER.—EL GOBIERNO DE PRUSIA Y CUBA.—VUELTA DE B. VARONA A NEW YORK.—GABRIEL MILLER Y BENIGNO GENER.—DONATIVO DE L. JUNCO.—MIGUEL FIGUEROA.—EL MINISTRO AMERICANO GENERAL SICKLES.—VALDES FAULI, CALDERON Y KESSEL.—ALMAGRO LLEVA DONATIVO A AGUILERA.—ENTREVISTA DE ALMAGRO Y COELLO SOBRE ASUNTOS DE CUBA.—INDIFERENCIA DE LOS EMIGRADOS Y SUS CAUSAS.

Al llegar Aguilera á París se había alojado en el hotel Westminster, como hemos dicho; más, habiéndole indicado Valdés Fauli que ya el Cónsul español sabía que paraba allí, y era conveniente se mudara para desorientarlo, quiso complacerlo á fin de que no tuviera pretexto alguno contra él. En tal virtud, recomendó á su escribiente el ciudadano M. A. Gramatges que le buscara habitación en otro hotel. Tomóle este en el "Hotel Rivoli", calle de Rivolí, dos piezas contiguas: una grande donde recibir las visitas y otra pequeña para el escribiente. Seguía Aguilera guardando el incógnito, siendo conocido por el señor don Francisco Hernández.

Desesperado por la inacción á que se veía condenado, cuando tanto había que hacer y tan urgente era dars e prisa; viendo como los días pasaban y los individuos que habían tomado á su cargo auxiliarlo, no hacían otra cosa que repetirle que esperara, que fuera prudente, dándole unas esperanzas que no veía realizar; volvió á tomar la lista de los cubanos allí residentes, que tantas veces había repasado, y dándola á su escribiente Gramatges le dijo que él, como conocedor de esas personas, le indicara por cuál de ellas debía empezar las visitas que estaba decidido á hacer. Tomó Gramatges nuevamente la lista y empezó á leer, descartando á unos porque estaban fuera de París, otros porque habían quedado en darle la razón, otros porque le había recomendado que no les hablase, otros porque los estaban preparando, otros porque eran pobres, etc., en fin, el resultado fué que tampoco encontró Aguilera esta vez por donde empezar.

Convencido de que no tenía otro remedio que esperar, fué á ver á su amigo Valdés Fauli para saber lo que había adelante en sus trabajos. Le manifestó éste que el hombre en quien tenía más confianza, Gabriel Millet, que estaba en Ems, donde pensaba ir á verlo, se lo había encontrado en París; y al saber que Aguilera se hallaba allí también, había quedado aterrado, haciendo mil inculpaciones á Aguilera, por haber ido en persona, diciendo que eso era comprometerlos á todos, y añadiendo que debía haber mandado un comisionado, en vez de presentarse él mismo, etc. Contestóle Valdés Fauli que Aguilera no podía arreglar su conducta al más ó menos miedo que tuvieran los emigrados; que lo había comisionado á él (Valdés Fauli) y no había aceptado; que la causa de Cuba se estaba ventilando en el campo, donde se derramaba mucha sangre y no era posible andar con esas contemplaciones. Que Aguilera estaba en el caso de agotar todos los medios imaginables y no podía haber obrado con más dicreción, puesto que se había quedado en Inglaterra, y si se presentó en París fué porque ellos mismos le dijeron que fuera. Dijo Fauli que él se encargaría de traer á Millet á buen terreno, para entonces hablarle de su contribución.

Al mismo tiempo le informó de que ya tenía preparado á Calderón y Kessel y era ocasión de que le mandara una carta al hotel "Laffite" donde vivía ,pidiéndole una entrevista. Era conveniente que el mismo Aguilera le dejase la carta en la oficina del hotel, con encargo de que se la entregasen.

Habiendo encontrado á los señores Florentino Jiménez y López Vila, éstos le dijeron que tenían que hablarle reservadamente. Aguilera los citó para su habitación. Concurrieron momentos después y díjole Jiménez que dentro de dos días saldría para Sevilla con el señor Francisco Abreu; que convenía que cuatro ó cinco días después de haberse marchado él, le dirigiese una carta á Teodoro Iznaga á quien había estado preparando. Refirió que en una discusión bastante acalorada, que tuvo con varios cubanos, entre ellos Iznaga, les había dicho que lo que el Gobierno cubano debía hacer era publicar una circular diciendo que á todo cubano, que pudiendo no ayudase á la revolución, se le embargarían los bienes después de la victoria.

Acordó también con Aguilera el modo como había de comunicarse con él en Sevilla.

López Vila, por su parte, manifestó á Aguilera que debía tratar de ver á su cuñado, el señor Vicente Abreu, pues tenía dinero y debía contribuir. Dijo que comía á las cinco de la tarde y la mejor hora para encontrarlo en su casa era las cuatro y tres cuartos. Le propuso el modo de abordarle de la manera siguiente: El se adelantaría y estaría en la sala para despejarle el campo: pero Aguilera debía hacerse completamente desconocido para con él, no debiendo saludarlo siquiera, para que no pareciera que había alguna inteligencia entre ellos. Prometió Aguilera que así lo haría.

A la hora convenida llamó Aguilera á la puerta de las habitaciones del señor Abreu; lo introdujeron en una gran sala lujosamente amueblada, donde habían tres señoras y estaba también López Vila. Saludó Aguilera en general y preguntó por el señor Abreu. López Vila lo invitó á sentarse y salió á llamarlo. Vino aquél inmediatamente y manifestóle Aguilera que deseaba tener una entrevista privada con él. Llevólo á una pequeña galería donde se sentaron. No pudo Abreu disimular su sorpresa al saber el nombre de Aguilera; trató éste de tranquilizarlo y en pocas palabras le expuso el objeto de su visita. Contestó Abreu que hacía tres años tenía en Nueva York una persona encargada de contribuir por él para la causa, y á instancias de Aguilera le comunicó con mucha reserva que esa persona era el señor don Juan Cova. Dijo Aguilera que hacía trece meses que estaba hecho cargo de la Agencia y ese señor no le había entregado cantidad alguna. Pareció Abreu resentirse por la observación, pero Aguilera inmediatamente lo satisfizo diciéndole que no quería decir que dudara ni por un momento de la certeza de sus palabras.

Preguntóle Aguilera si lo autorizaba para cuando fuera á Nueva York hablar á ese individuo sobre el particular. Abreu le contestó que podía hacerlo; más luego dijo que sería mejor que él le escribiese que se viera con Aguilera, pues de otra manera podría sorprenderse y hasta negar que tuviera tal encargo. Indicóle Aguilera si podía allí darle algo, como extraordirnario. Contestó que no podía ser, porque tenía en Nueva York dedicados los intereses de ciertas sumas, para cumplir con ese deber. Después de hablar un rato más sobre lo conveniente de que la guerra tuviera un pronto terminó, la perversidad de los españoles, la manera como los cubanos pudientes derrochaban el dinero en Madrid y París, sin hacer nada por la causa, para darse luego por arruinados con la guerra. Como Abreu se manifestara algo inquieto porque podía oirlo su cuñado, que era español, y vivía en la pieza inmediata, dispidióse Aguilera después de un cuarto de hora de conversación. Al pasar por la sala, saludó á las señoras con una inclinación de cabeza, haciéndose desconocido para López Vila. El señor Abreu, muy turbado, lo acompañó hasta el primer piso.

Escribió Aguilera una carta al señor Calderón y Kessel, según le había

indicado Valdés Fauli, pidiéndole una entrevista.

Volvió á ver á Valdés Fauli para saber como adelantaban sus trabajos. Encontró allí á Pozos Dulces y aprovechó la ocasión para decirle que sabía las buenas relaciones que tenía él con el señor Manuel de Armas, y le suplicaba lo fuese preparando á ver si conseguían que contribuyese con algo para la causa. Contestó Pozos Dulces que no tenía mayores relaciones con Armas, y que hasta en la Junta de Información habían sido contrarios. Manifestó entonces Valdés Fauli que Aguilera era quien debía verlos á todos, pues con su carácter en la revolución le daría más fuerza al pedido. Contestó Aguilera que hasta cierto punto tenía razón y estaba dispuesto á ver y hablar él solo á todos los cubanos; pero que para obtener mejores resultados era muy conveniente que personas del carácter de ellos y amigas de aquellos á quienes debía hablar, le preparasen de antemano el terreno y aún le pidiesen una entrevista en nombre de él, pues de lo contrario se esponía á que esas personas excusaran verlo cuando se hiciese anunciar en sus casas, ó ser mal recibido, fracasando en su propósito.

Después de discutido este asunto, al fin, consiguió Aguilera que Valdés Fauli hablase á Armas y le pidiese una entrevista en su nombre. Mal impresionado quedó Aguilera de esta conversación, pues veía que más bien atrasaba terreno, porque aquellos que al principio le habían ofrecido ayudarlo, ya trataban de excusarse, queriendo que él solo lo hiciese todo, por miedo á comprometerse.

Encontró Aguilera al señor Wenceslao Villa-Urrutia, recién llegado de la Habana, en el café "La Paix", y habiéndole dicho Villa-Urrutia que deseaba hablarle reservado, Aguilera lo citó para el día siguiente en su habitación. Acudió Villa-Urrutia y comenzó diciendo que era miembro de la Junta Revolucionaria de la Habana, compuesta además de él de los señores Gaspar Artega y Carlos Valor. Que á su paso por Nueva York había entregado á Ramón Céspedes una comunicación de dicha Junta para Aguilera. Hacía tiempo había recomendado al señor José María Mora, que instruyese á Aguilera de la manera de comunicarse directamente con la mencionada Junta, y luego supo que no lo había hecho, escribiendo Mora al mismo tiempo diciéndoles, que ellos (Aguilera y Ramón Céespedes) no hacían nada, dando á comprender que eran ineptos. Que ahora se había desengañado de quien era el señor Mora, y lo sentía, porque su compañero, Arteaga, no veía sino por los ojos de él, con quien estaba en constante correspondencia. De muchas cosas más informó Villa-Urrutia á Aguilera en la larga conversación que tuvieron, y últimamente se despidieron prometiéndole Villa-Urrutia verlo con frecuencia.

Estuvo Valdés Fauli á ver á Aguilera y le dijo que había solicitado del señor Francisco de Armas una entrevista con él y don Manuel, su padre, para Aguilera. Aquél había quedado en avisarle cuando podía ser. Dijo también que había hablado con Calderón y éste estaba dispuesto á tener una conferencia con Aguilera en su casa (de Valdés Fauli). Manifestóle Aguilera la tardanza de Ibarra en escribir la protesta y contestó Valdés Fauli que Ibarra estaba muy preocupado con la enfermedad de un hijo, y á eso, seguramente, sería debida la tardanza.

Pocos días después volvió Valdés Fauli á ver á Aguilera y le manifestó que Calderón lo esperaba en su casa (de Fauli), á las dos de la tarde del día siguiente. Díjole Aguilera que casi estaba decidido á no esperar la protesta de Ibarra y hacerla escribir por otro. Valdés Fauli contestó que le parecía bien que así lo hiciera y quedó en hablarle también á Millet y Manuel de Armas sobre Aguilera.

Concurrió éste á la cita con Calderón y Kessel en casa de Valdés Fauli. Al encontrarse se abrasaron como dos viejos amigos, pues se habían conocido en otro tiempo en la Habana. Entraron en seguida en materia. Entre la infinidad de cosas que refirió Calderón, dijo que él había salvado la vida á los presos de la Isla de Pinos y sus familias. Después del fusilamiento de los estudiantes, los voluntarios querían hacer venir á los

referidos presos, juzgarlos en un consejo de guerra y fusilarlos en Batabanó. Habiendo llegado esto á noticias de Crespo, Capitán General interino, le suplicó prestase servicio aquel día, sin corresponderle, pues le tocaba al quinto batallón; Calderón convino en ello. Describió minuciosamente los pasos que dió, las medidas que tomó y los ardides de que se valió, primero para que el pueblo despejara la Plaza de Armas de que estaba apoderado, y después para que se dispersara del Campo de Marte donde se había ido á reunir. Dijo que al llegar Valmaseda á la Habana y saber sus trabajos le dió las gracias, diciéndole que había salvado á innumerables familias de la desgracia y á él de la ignominia de que bajo su mando se hubiera perpetrado semejante catástrofe. Valmaseda informó lo ocurrido al Gobierno Supremo y de allí mandaron inmediatamente á Calderón la "Gran Cruz", etc. Así que concluyó, le manifestó Aguilera que lo felicitaba por tanto bueno, pero que Cuba tenía derecho á esperar de él algo más. Que por su posición, su riqueza, sus relaciones y su patriotismo, era necesario que tratase de organizar algo de provecho positivo para la patria. Ya que no podía promover un movimiento armado en el interior de la Isla, podía auxiliarlo á él (Aguilera) para fomentarlo desde el exterior, para l o que sólo tenía que recolectar fondos y mandárselos por una tercera persona. Contestó Calderón que eso era muy difícil, pues los "catalanes" estaban muy pendientes de quienes mandaban dinero á los Estados Unidos. Dijo Aguilera que no era necesario que fuera él mismo quien girase las cantidades, sino otra persona de su confianza y los fondos podrían ser remitidos á Londres ó París. Quedó Calderón en estudiar el proyecto y contestarle en otra entrevista. Ya antes dijo que al salir de la Habana había balanceado sus gastos y le salían por unos quinientos pesos mensuales y que no era mucho lo que podría dar esa vez á Aguilera.

Al fin, despidióse Calderón muy afectuoso, pero sin que Aguilera hubiese logrado que le ofreciera nada concreto. Después que se marchó, dijo Valdés Fauli que todo lo que había dicho Calderón había que ponerlo en cuarentena, pues en la Habana tenía fama de *poeta*, y estaba seguro de que si prometía algo no haría nada.

Tuvo noticia Aguilera de que acababan de llegar á París, procedentes de Nueva York, el general Bernabé Varona (á) "Bembeta" y el señor José de Armas y Céspedes. Muy mal efecto le produjo esta nueva, pues previó que la llegada del primero, que no se distinguía por su prudencia y que carecía allí de simpatías, reviviría la alarma entre los emigrados, que ya se había calmado, y lo colocaría en peor situación para salir adelante en sus trabajos. Resolvió ver la manera cómo podría alejarlo de allí, mientras él estuviese. Pronto se encontró con él y Armas en un café. Le manifestó "Bembeta" con mucho reserva, que sabiendo en Nueva York que Aguilera había ido á Europa á sacar una gran expedición, iba á ponerse á sus órdenes. Armas había ido á sus asuntos particulares. Refirió "Bembeta" el gran recibimiento que le habían hecho en México, el banquete dado en su obsequio, etc. Contestó Aguilera que donde lo necesitaba era en Nueva York, pues para allí debía salir pronto, y que tratase de estar tranquilo mientras estuviese en París, para no alarmar á los emigrados.

Fué á ver á Saco para hablarle de la protesta consabida. Por algún incidente hubo de hablarse de Francisco Semmanat. Dijo Saco que habían sido íntimos amigos y refirió toda su historia. Dijo que Semmanat había tenido infinidad de desafíos, refiriendo algunos; que le había confesado que no era fuerte en ningún arma, pero así que se paraba frente á su adversario y lo veía palidecer, ya lo consideraba vencido. Entonces se mantenía á la defensiva y cuando se descubría, le iba á fondo y era seguro que lo tocara. Para la pistola contaba sólo con su fortuna, refiriéndole varios casos en que hubo de probarla. Dijo que había conocido á la esposa, que era de una de las principales familias de Nueva Orleans, habiéndose casado contra la voluntad de los suegros y cuñados,

Por último, refirió su desastrosa muerte en las costas de México, para donde llevaba treinta ó cuarenta trabajadores americanos contratados para un ingenio que allí tenía. Algún enemigo lo denunció como que llevaba una expedición invasora, los naturales lo asaltaron al desembarcar, lo fusilaron, le cortaron la cabeza, la frieron con aceite y clavaron en el camino, según acostumbraban hacer con los malhechores.

Habló después Saco del Capitán General Vives en muy buenos términos. Dijo que lo había conocido en Madrid. En una ocasión lo llamó el Ministro de Ultramar para proponerle volver á la Isla de Cuba. Contestó que sólo aceptaría por obedecer al Gobierno, pero con dos condiciones: primera, que daría una amnistía general para que pudiesen volver á la Isla todos los desterrados políticos sin excepción de personas, y segunda: que haría quemar todas las causas pendientes contra los mismos, para evitar que luego pudiera hacerlas vivir algún enemigo. Al Ministro no agradaron esas condiciones, y Vives no fué á Cuba.

Por fin, hablóle Aguilera de la protesta, y le contestó lo que otras veces, que temía fueran á resentirse Ibara y Aldama. Dijo que no tuviese cuidado, que no había prisa todavía, porque el empréstito no podía ponerse en el mercado sin la aprobación de las Cortes y éstas no empezarían á funcionar hasta Octubre, pues sólo en la aprobación de las actas tardarían dos ó tres semanas. Aconsejó á Aguilera que escribiera á Ibarra á ver lo que decía. No pudiendo conseguir más de él, se despidió.

Encontróse con J. Susini en el café "La Paix" que Aguilera acostumbraba frecuentar. Aquél lo saludó muy afectuoso y se quejó de que no hubiera querido ir á ver sus máquinas para hacer cigarros. Refirió Susini que acababa de hacer un contrato con el comisionado de una compañía rusa, que le produciría doscientos cincuenta y cuatro millones de francos en diez años, y que desde luego contara Aguilera con los cincuenta y cuatro millones de pico para el alivio de los infelices en Cuba. Este le dió las gracias. Desarrolló Susini su plan con sorprendente soltura y dice Aguilera que se le figuraba estar oyendo discurrir y echar millones á "Llul" un célebre tipo de Bayamo. Empeñóse Susini en que aquella misma noche fuesen Aguilera y Bravo, que lo acompañaba, á ver el referido contrato y que Aguilera fuera el día siguiente á ver funcionar sus máquinas.

Fueron á la oficina de Susini por complacerlo, leyeron el contrato y á su regreso manifestó Bravo que Susini era un excelente calculista, sus trabajos eran muy buenos, pero que á veces él mismo se perjudicaba, porque todo lo hablaba, y despilfarraba el dinero que daba lástima.

Dijo que en París había formado una compañía para la fabricación de las tales máquinas, con un capital de más de un millón de pesos; apenas había gastado en ellas unos cien mil pesos y los novecientos mil restantes los había despilfarrado sin saber él mismo cómo. Le había dado á Carlos de Varona, por haber intervenido en el negocio, cien mil francos, á Márquez, el ministro cubano en el Perú, cuarenta mil, y á otro por algunas diligencias, otros cuarenta mil, y así consumía su fortuna. Preguntóle Aguilera si no podría hacerse que diera algo á cuenta de los cincuenta y cuatro millones que le había ofrecido. Contestó Bravo que era muy difícil porque nunca había querido dar nada para la guerra de Cuba.

Comunicó Carlos de Varona á Aguilera el disgusto que habían tenido "Bembeta" (General Bernabé Varona) y Vallín, á consecuencia del cual tenían concertado un duelo. Agregó que era la causa cierta cantidad de dinero que Vallín había confiado á "Bembeta" y éste decía haberle devuelto en parte; habiendo vertido Vallín palabras duras respecto á "Bembeta", éste le había pedido una explicación, la que aquél le negó; se habían insultado, y de ahí el reto.

Vió Aguilera confirmado su juicio á la llegada de "Bebeta" á París; comprendió que era necesario evitar que llevaran adelante aquel asunto, pues sería bochornoso que los periódicos se ocupa-

sen del desafío de un general cubano con otro cubano también. Dirigió dos cartas, una á "Bembeta" y otra á Vallín, suplicando como amigo, ú ordenándole como Jefe á uno, y como representante de Cuba al otro, que desistieran del duelo; y si algún agravio tenían, que comisionasen á dos amigos suyos para que se reunieran con él y entre los tres buscarían una solución que dejara satisfecha la honra de ambos.

Gramatges, escribiente de Aguilera, que también lo era de Calderón, comunicó á aquél que éste había recibido dos anónimos en que le decían, en uno que no diera dinero á "Bembeta", porque era un "truhán", y el otro que tampoco le diera nada á Aguilera porque había ido á París á pasear, y gastaría el dinero infructuosamente. Dijo Gramatges que presumía quien pudiera ser el autor de los anónimos, aunque no se lo decía porque no tenía ningún dato positivo en que fundar sus sospechas. Estrechado por Aguilera díjole al fin que sospechaba de Aguirre que estaba allí, sabía que era íntimo del general Manuel de Quesada, y buscaba dinero para él.

El incidente que tuvo Aguilera con este mismo Ramón Aguirre en Nueva York, cuando se pretendía la fusión de la expedición de Quesada con la de Peralta, el haberle dicho el mismo Gramatges que hacía cuatro ó cinco días, que allí había otro que recogía dinero para la causa de Cuba, pues Calderón le había dictado una carta muy seca negándose á dar nada, suprimiendo el nombre de la persona á quien la dirigía, y el haberle manifestado Carlos de Varona también que se le había presentado Aguirre con la misión de recoger dinero para Quesada y le había dicho que ni lo pensara, porque allí estaba Aguilera con la misma misión y nadie le daría un centavo; todo esto hizo pensar á Aguilera que era bien fundada la presunción de Gramatges.

Concurrió Aguilera á la cita de Susini en su escritorio, para ver las máquinas. Encontró allí á Bravo, al comisionado de Rusia, y dos personas más, todas las que habían sido invitadas con el mismo objeto. Entraron en un coche, y á poco de andar se rió Susini, y dijo que la casualidad había reunido allí al Vicepresidente de la República de Cuba y al Cónsul general de España en San Petersburgo. (señor Baxeres). Dijo Aguilera que ninguna extrañeza le causaba y para él era igual que si fuera el mismo don Amadeo, pues las opiniones políticas de los hombres no estaban reñidas con los deberes sociales. Contestó el Cónsul en igual sentido y dijo además, que sus ideas habían sido siempre liberales. Refirió entonces que cuando la inauguración del "Casino Español de la Habana," el que pretendieron primero que se llamara "Casino Peninsular", estaba él allí y vió con dolor, que aquella reunión se componía de los hombres más ignorantes de la Habana. Quisieron que hablara y tuvo que complacerlos. En su discurso dijo que ante todo debían ser justos y abogar porque el Gobierno diera á los cubanos las libertades á que tenían derecho, citando el ejemplo de las colonias inglesas y concluyó por pedir la autonomía para Cuba. Su discurso produjo tal explosión de ira, que no sabe como pudo salir de allí con vida, y al día siguiente le mandó un recado el Capitán General Caballero de Rodas, con quien lo ligaban relaciones de interés, diciéndole que inmediatamente se fuera para el Morro ó la Cabaña si quería que respondiera de su vida. Lo hizo así en seguida, de lo que pronto se alegró, porque supo que en su casa habían estado á buscarlo algunos grupos de voluntarios, que suponía no llevaban las mejores intenciones. Del Morro se embarcó para España en el primer vapor que zarpó con ese destino.

Visitaron la espléndida fábrica de cigarrillos y el Cónsul, que era el Agente ruso que había hecho el negocio con Susini, quedó muy satisfecho.

Al regreso, el Cónsul, como español al fin, quiso sondear á Aguilera en política y le dijo que eran de lamentar los sacrificios de vidas é intereses que hacían los cubanos, cuando no era posible que triunfaran. Eran escasos en número y no podían reponer sus bajas, los auxilios del extranjero se reducían á vanas simpatías, carecían de fronteras donde refugiarse y por donde proveerse de lo

necesario para la guerra; que los recursos gradualmente les irían faltando, mientras los que poseía España no podrían agotarse nunca. Dijo que España haría toda clase de sacrificios y mandaría todos los hombres que fueran necesarios para sostener la guerra en Cuba, pues conocía bien la tenacidad del carácter español, sobre todo en una cuestión como la de Cuba, que había hecho ya cuestión de honra.

Contestó Aguilera que en virtud de las pocas necesidades de los cubanos, éstos podían prolongar la lucha años tras años, hasta que el Tesoro Español se declarase en bancarrota; los cubanos contaban como reserva con todos los hijos del país, aún con aquellos mismos que actualmente estaban con el Gobierno español, pues se pasarían al lado de sus hermanos tan pronto se presentara una ocasión favorable, porque él comprendería bien que ningún cubano podía decir de corazón ''Muera Cuba y viva España.'' Y, últimamente, caso que la suerte fuera tan adversa para la desgraciada Cuba, que viera perecer á todos sus hijos sin lograr su intento, ahí quedaba la reserva que era inmensa y se componía de los hijos de los patriotas que habían acompañado á sus padres durante tantos años de cruel lucha, que habían nutrido su espíritu con aquellas ideas regeneradoras, y en cuyas impresionables imaginaciones quedarían estampadas de manera imborrable, las escenas de horror y de sangre que habían presenciado.

''Desengáñese usted, caballero,—concluyó diciendo Aguilera,—Cuba no puede continuar siendo la sumisa colonia de su mal dirigida Metrópoli. En Cuba no puede haber ya paz entre los cubanos y sus dominadores. Cuba está irremediablemente perdida para España.''

Iban engolfándose en la conversación, cuando llegaron al escritorio de Susini, cortándose esta necesariamente.

Era el Cónsul persona muy fina y correcta. Al despedirse alargó su mano á Aguilera, y al estrecharla le hizo un signo masónico que fué correspondido por éste.

Tanto ''Bembeta'' como Vallín accedieron á los deseos de Aguilera y nombraron para que los representaran, el primero al señor José de Armas y Céspedes, y el segundo á Ruz. Reuniénronse éstos con Aguilera y levantaron un acta en la que constaba que por consideraciones de patriotismo, aplazaban su querella hasta que pudieran ventilarla sin causar perjuicios á la Patria.

Pocos días después vió ''Bembeta'' á Aguilera y le propuso que lo comisionase para ''abordar'' al señor Gonzalo Jorrín y otros cubanos ricos, á quienes estaba seguro de ''sacarles dinero''. Contestó Aguilera, que sus trabajos, aunque demorados, debían dar un resultado más provechoso y no creía prudente infundir la alarma en esos cubanos, recién llegados á París, porque entonces los otros que aún estaban fuera, se retraerían de volver. Que pensaba regresar pronto á Nueva York y convenía que fuera él por delante y lo esperase, pues lo necesitaba allá. Supo después Aguilera que ''Bembeta'' se había lamentado con Bravo de que Aguilera no quisiese utilizar sus servicios.

Recibió recado Aguilera de Valdés Fauli, por su escribiente Gramatges, para que á las dos de ese día fuera á su casa. Efectuólo así y encontró allí al señor Gabriel Millet, Diputado á las Cortes Españolas. Hablaron mucho sobre Cuba. Dijo Millet que en la próxima legislatura pensaban trabajar mucho; probablemente renacería el Jurado; se uniría á Calixto Bernal para trabajar con él á favor de la causa; no consideraba á Bernal á propósito para Agente. Añadió que al ir á Madrid pasaría por Barcelona, para tratar de conseguir allí á Aguilera una persona á propósito para la Agencia de esa localidad. Ultimamente dió á Aguilera dos mil francos para la causa, quedando éste en remitirle el recibo al día siguiente. Se despidieron afectuosamente, después de más de dos horas de conferencia.

Refirió Villa Urrutia á Aguilera que el año anterior había mandado el Ministro inglés Lord Clarendon al Vicecónsul inglés de la Habana, un pliego conteniendo preguntas muy minuciosas respecto al estado de la guera de Cuba. Pedía se le informara del número de tropas espa-

ñolas en la Isla, y de las cubanas, las batallas que se habían dado y sus resultados, número de muertos, heridos, etc. Por último, preguntaba qué clase de acogida tendría entre los cubanos la idea de la cesión de la Isla á los Prusianos. Dijo Villa Urrutia que por casualidad le tocó á él resolver estas preguntas, y para contestar lo referente al estado de la guerra en Oriente y Camaguey, se valió de dos cubanos residentes en esos lugares. Respecto á la última pregunta contestó que la idea era tan nueva, que nadie había pensado en ella; pero que estaba persuadido de que entre los cubanos sería mal acogida, pues ellos luchaban por su independencia y no admitirían otra solución. Dijo que después se había hecho la misma gestión por medio de un agente especial, mister Morris, quien había tratado de informarse de esos particulares con el señor Manuel de Armas y éste para contestar se había valido del mismo Villa Urrutia.

También en New York habló Ignacio Alfaro á Aguilera de un Agente que el Conde Bismark, Primer Ministro del Rey Guillermo de Prusia, había mandado á la Habana, á estudiar la cuestión cubana. Todos estos antecedentes reunidos, hicieron pensar á Aguilera si tal vez habría algún acuerdo entre Inglaterra, Prusia y España, para tratar de la cesión de Cuba á la segunda por la tercera. No se preocupó por ello, pues comprendía que sería un sueño imposible de realizarse por muchos motivos. Sin embargo, lo juzgó buen síntoma, pues le daba á comprender que España ya se iba cansando y trataba de dar una solución á la cuestión de Cuba, por descabellada que fuera. Puede que haya sido éste uno de los enignas de la diplomacia europea que quizás alguna vez se ponga en claro.

Siguiendo la conversación con Villa Urrutia, manifestó el último que había oido á Calderón referir las prezas que hizo para salvar los presos de la Isla de Pinos y podía asegurar que todo era incierto, porque Calderón no salió de su casa en aquellos días.

Después, hablando con Valdés Fauli, le refirió su conversación con el Cónsul Español de San Petersburgo, y le dijo aquél que efectivamente había sido cierto el escándalo en el Casino Español de la Habana, que por poco hubiera costado la vida á su promovedor, que tuvo que embarcarse precipitadamente para España.

Varias fueron las entrevistas que tuvo Aguilera con Bernabé Varona. Pretendía éste que Aguilera utilizara sus servicios comisionándolo para recolectar dinero entre varios compatriotas; pero Aguilera conociéndolo, siempre se escusaba. Hablando después "Bembeta" con Varona, le manifestó éste con franqueza que tal vez la poca disposición de Aguilera, á utilizar sus servicios fuera debido á que él—Bembeta"—no era bien mirado entre aquella emigración, lo cual era obra de sus enemigos. Contestó "Bembeta" que quería rehabilitarse yendo á Cuba y al efecto suplicó á Varona que viera á Aguilera y se empeñara con él para que lo despachara en una expedición.

Habló Varona á Aguilera sobre el particular y contestó éste que estando la emigración tan reacia á contribuir para su expedición ¿como era posible que pretendiera despachar también á "Bembeta" con otra? Finalmente, sabiendo Aguilera que era Varona el único hombre que quizás, que tuviera influencia sobre "Bembeta" trató de convencerlo de que lo mejor que haría "Bembeta" era irse á New York á esperar sus órdenes. De esa manera, alejado de allí, cesaría la alarma que nabía infundido entre los emigrados con su carácter intranquilo y atrevido. Prometió Varona hacerlo así, y por último, algunos días después fué "Bembeta" á buscar la orden de Aguilera para marchar á New York. Al mismo tiempo le pidió cincuenta francos para completar su pasaje. Aguilera se los dió. Pensaba embarcarse el 12 de Septiembre.

Dijo Varona á Aguilera que había recibido contestación de Calixto Bernal en Madrid, diciéndole que, cediendo á las instancias de Aguilera, admitía el cargo de Agente de Cuba en aquella ciudad. Aguilera le remitió con el mismo Varona el correspondiente nombramiento.

No tenía Aguilera Agente en Barcelona y como esta ciudad fuera un centro de emigrados cubanos pudientes, que podían prestar valiosos auxilios á la revolución, se ocupaba en buscar una persona á propósito para desempeñar el cargo. Sabiendo que el Sr. José Hernández Abreu, residente en dicha ciudad era un buen patrita, persona muy entusiasta y á propósito para un buen Agente, resolvió escribirle, nombrándole desde luego para ese cargo y suplicándole en nombre de Cuba que lo aceptara. Como concurría la circunstancia de estar en París el Sr. Gabriel Millet que también dispuesto se había mostrado en favor de Cuba y le ofreció á su regreso á Madrid, pasar por Barcelona con el mismo objeto de conseguir un buen Agente, decidió confiar á Millet la carta para Hernández Abreu, recomendándole la entregara en sus propias manos y tratara de vencer cualquier dilcultad que opusiera.

Leandro Junco que había ofrecido á Aguilera contribuir para la causa, á su regreso de Londres, cuando volvió, entregó á Aguilera dos mil francos. Otros patriotas le habían entregado cantidades más pequeñas, con las que había atendido algunos pedidos de dinero que le hiciera Juan M. Macías, de Londres, de los que luego hablaremos.

Fué el General Bernabé Varona á invitar á Aguilera en nombre del joven señor Miguel Figueroa, á comer aquella noche con ellos. Figueroa había sido presentado á Aguilera con anterioridad. A las reiteradas instancias de Varona, viose Aguilera obligado á aceptar. A la hora convenida, siete de la tarde, fué Varona á buscarlo en un coche y se dirigieron á "Maisson Dorée." Encontraron allí reunidos al anfitrión, José de Armas y Céspedes, Ruz y Copinger, nieto éste último de un antiguo gobernador español de Bayamo. Dice Aguilera que era Figueroa un joven de unos 21 años de edad, se había recibido de abogado en Madrid de 19 años, muy fino, bien educado y talentoso, según el acierto con que se expresó en todas las cuestiones que tocaron durante la comida. A los postres improvisó un brindis muy oportuno, alusivo el gusto que le proporcionaba aquella reunión en que se encontraba Aguilera, á quien tantos deseos había tenido de conocer. Diole Aguilera las gracias y al mismo tiempo suplicó al C. José de Armas que correspondiese en su nombre al obsequioso brindis de Figueroa, explicando su agradecimiento y su placer al estrechar amistad con tan ilustrado patriota. Hízolo así Armas, y brindó también Ruz. Después de la comida dijo Figueroa á Aguilera que dentro de unos días iba á Madrid á tomar el grado de doctor y desde luego se ponía á su disposición, como cubano, para cuanto quisiera ordenarle, debiendo estar de regreso después de veinte días. Dióle Aguilera las gracias y le suplicó que lo viera dos días después, por si podía utilizar sus servicios. Aguilera quedó prendado del joven Figueroa.

Fué éste á verlo según convinieron y en la extensa conversación que tuvieron, entre otras cosas, manifestó Figueroa que los españoles habían logrado envolver al Ministro Americano en España, General Sickles con su sutil diplomacia. Dijo que cuando la famosa nota del Secretario de Estado Americano, Mr. Hamilton Fish, en que exigía al Gobierno Español la regularización de la guerra de exterminio que hacía á los cubanos, la abolición de la esclavitud, y aun proponía la independencia de Cuba mediante una suma que los Estados Unidos garantizarían, cada vez que el Ministro Americano intentaba presentar la nota causaba una crisis ministerial en el Gobierno. Finalmente, no sabiendo como conjurar el conflicto, el Ministro español Martos se valió de la estratagema de hacer que el Ministro Sickles se encontrara con frecuencia con una bella y virtuosa señorita de quien estaba prendado, y después fué su esposa. De esa manera paró el Gabinete de Madrid, el rudo golpe con que le amenazaba el Americano. Mr. Sickles se casó al fin con la bella española y la nota quedó relegada al olvido, habiéndose marchado Sickles después á los Estados Unidos dejando la legación confiada á su Secretario sin facultades suficientes.

Por último, dijo Figueroa que dentro

de cuatro días salía para España y estaba dispuesto á ir á Barcelona ó donde Aguilera quisiese mandarlo; manifestó que creía que la emigración de España podría organizarse con el pretexto de una asociación benéfica, y por lo menos podía producir mil pesos mensuales para la causa. Añadió que podía hacerse mucho en la Prensa; él contaba con el periódico "La X X X" que estaba á su disposición. Contestó Aguilera que precisamente en España era donde necesitaba más de Agentes activos y patriotas que promoviesen los intereses de la causa, logrando un resultado positivo en la forma de donativos patrióticos. Quedaron en verse después, para que Aguilera lo proveyera de las correspondientes credenciales y le diese las instrucciones necesarias.

Como Aguilera hubiese escrito á Ibarra, que se encontraba en el campo, diciéndole que necesitaba de la "protesta," fué Ibarra á decir á Aguilera que ésta estaba lista, y le había sorprendido su carta porque estaba en la inteligencia de que debía entregarla á Aldama, por ser él quien se la había encomendado. Díjole Aguilera que podía escribirle participándoselo, pues no quería que Aldama fuese á darse por ofendido. Contestó Ibarra que ya lo había hecho y puesto que el asunto urgía y Aldama andaba en viajes y podría no recibir su carta, no tenía inconveniente en señalar un día para reunirse, leerla y hacerle las correcciones que se creyeran oportunas. Señalaron el lunes próximo á las tres y media de la tarde. Propuso Aguilera que asistiera Francisco de P. Bravo á la lectura, lo que Ibarra no solo admitió, sino dijo que también llevaría á otro amigo. A Aguilera agradó esta proposición, creyendo que llevaría á Valdés Fauli ó Pozos Dulces.

Daba Ibarra gran importancia á la protesta, diciendo que no solo desbarataría el empréstito á los españoles, sino que favorecería á los cubanos para el suyo y pondría á España en el caso de abandonar la Isla mediante la indemnización que se le ofrecía. Dijo á Aguilera que no debía moverse de Europa hasta saber el resultado de la protesta.

Hablando Valdés Fauli con Aguilera dijo que por poco hubiera tenido un disgusto con Calderón, al tratar de exigirle que precisase la cantidad con que contribuiría para la causa de Cuba. Calderón le sacó infinidad de historias viejas, refiriéndole todas las pensiones que pagaba etc.: dijo eran "mentiras" y que no quiso estrecharlo más porque irremediablemente hubieran tenido un rompimiento. Aconsejó á Aguilera que le escribiese pidiéndole una cita en un parque. Este quedó en hacerlo así, aunque sin fe en el resultado.

Llegó el C. Miguel Almagro á entregar á Aguilera dos mil francos que le había dado un individuo, tan reservadamente, que ni quería recibo por ellos. Contestó Aguilera que le diera las gracias en nombre de Cuba, y conservase la cantidad que su poder para unirla á otras que pudiera conseguir á fin de mandar á Mayorga, en New York, cuatro ó cinco mil pesos, para que fuera enviando pequeñas expediciones de pólvora y pertrechos, prestando así auxilio á los patriotas y que no se creyeran abandonados. Accedió Almagro y dijo á Aguilera que estaba seguro de que allí sacaría para formar una buena expedición.

Pocos días antes había estado el mismo Almagro á hablarle de un asunto muy reservado. Dijo á Aguilera que era muy amigo del Sr. Coello, director del periódico "La Epoca" de Madrid, persona muy seria, fina, y de gran significación política, pues había desempeñado dos ó tres embajadas. El Sr. Coello le dijo que aconsejara al Conde de Fernandina y sus demás amigos, que fuesen vendiendo todas las propiedades que poseían en Cuba, pues la Isla la perdería España irremediablemente en el término de un año. Manifestóle que había el siguiente plan. Viendo el General Grant dudosa su reelección para la presidencia de los Estados Unidos había determinado dar un golpe para captarse las simpatías que había perdido en su país. A ese efecto, mandó á su cuñado, con un crédito ilimitado á Inglaterra; éste allí había hablado con el Ministro Español, Moret, y había seguido para España. La misión de este Comisionado era proponer á Espa-

ña que reconociera la independencia de Cuba, mediante el reconocimiento de una parte de la deuda de ésta, cuya ascendencia convendrían después, saliendo garante los Estados Unidos.

Cuba se arreglaría previamente con los acreedores, se suspenderían las hostilidades y habría un plebiscito, para que el pueblo, con toda libertad, eligiese la forma de Gobierno que fuese de su agrado. Dijo que el referido plan había sido bien acogido en Londres, y posteriormente en Franfort, puntos donde residían los banqueros principales acreedores de España, razón por la cual ambas naciones favorecerían el proyecto.

Comentando Aguilera y Almagro estos particulares dijeron que los "dollars americanos" no dejarían de tener bastante influencia para expeditar el camino entre los prohombres españoles pero también que la dificultad estaba en quien *le ponía el cascabel al gato,* verdad que el pobre rey Amadeo, era el único medio que tenía para salir de la crítica situación monetaria porque atravesaba la desgraciada nación, pero de seguro que no sería él quien se atreviera á arrostrar la impopularidad que habría de sobrevenirle, costándole la corona y quizás la vida.

Dijo Almagro, que como el trono de Amadeo tambaleaba y la república asomaba, lo probable era que la república, como irresponsable, solucionara el plan de la independencia de Cuba. Los políticos españoles sabían muy bien que su nación distaba mucho para estar preparada para la República, pues carecía completamente de las condiciones indispensables para esa forma de gobierno; pero contaban, así que la república se hubiera desacreditado y solucionado el problema cubano, hacer otra revolución, para sentar en el trono á D. Alfonso, que comenzaría á gobernar libre ya de esos dos fantasmas: la guerra de Cuba y la república. Una ratificación de esos juicios se traslucía por los artículos publicados aquellos días en "La Epoca" de Madrid y por otros conductos.

-Mucho halagaban á Aguilera tan alentadoras esperanzas. Pensaba que era esa la hora de hacer un esfuerzo supremo, aunando los cubanos sus recursos para auxiliar la revolución de manera que ésta se mostrara potente, diera golpes decisivos á sus enemigos y precipitara los acontecimientos en sentido favorable á la causa; más desesperábase al ver la inercia y apatía de sus compatriotas, que mostrándose muy satisfechos del curso de los sucesos no hacían esfuerzo alguno para ayudar con su auxilio el lisonjero advenimiento que se vislumbraba; en consecuencia de ello, esforzábase él solo en realizar el trabajo que debían hacer todos juntos, afanándose por estimularlos al cumplimiento de su patriótico deber.

Propicios, por demás, se mostraban entonces los acontecimientos en favor de la revolución; un ligero impulso dado, hubiera bastado para decidir la cuestión á favor de los cubanos.

Un puñado de oro del que á manos llenas derrochaban los emigrados en ostentación y fausto, hubiera colocado la causa en posición de triunfar brevemente, tanto por el auxilio material que prestara á los patriotas combatientes, cuanto por el moral, que hubiera ejercido gran influencia, lo mismo en el enemigo que en el extranjero. Pero no sucedió así; los emigrados se mostraban satisfechos con sus *platónicos* deseos de que la causa de su patria triunfara, de que el Gobierno español fuese arrojado de Cuba. España, al ver esa indiferencia en los que indudablemente eran de sus más temibles enemigos, porque en sus manos estaba el engrandecimiento ó la decadencia de la revolución, cobraba aliento para sostenerse, comprendiendo que los patriotas que luchaban en el campo, abandonados á sí mismos, no triunfarían, y ella al fin podría dominarlos. Los extranjeros, mirando que los cubanos pudientes nada hacían en favor de sus hermanos, desconfiaban de que la revolución tuviese hondas raíces, y pensaban con fundamento, que puesto que los cubanos eran pocos relativamente, si todos no estaban unidos por un deseo común, ni dispuestos á hacer un esfuerzo poderoso para realizar la árdua empresa en que estaban empeñados, no logra-

rían su propósito y España vencería al fin á la pequeña fracción que se le oponía.

No se crea por lo que decimos que pretendamos echar toda la responsabilidad sobre los emigrados que pudiendo, no auxiliaban como debían la revolución. Ni aquellos emigrados ni ningún hombre puede sustraerse á las leyes que regulan la condición humana. Tan natural es que en los primeros pasos de una empresa que nos seduce y que comienza con éxito, nos llenemos de entusiasmo, como que al ver que esa misma empresa se dirije torpemente y sufre los quebrantos naturales á la torpeza, perdamos aquel entusiasmo, muera nuestra fe y se enfríe nuestro ánimo. Esto era precisamente lo que pasaba con los emigrados.

Las causas de su indiferencia venían muy de atrás. Arrancaban del principio de la revolución. Es indudable que en ese tiempo se cometieran muchos errores, disculpables, si se quiere, dado lo noveles que eran los cubanos en tal clase de empeños; pero errores y torpezas al fin, que no podían menos que producir los consiguientes resultados. Aquellos primeros momentos de entusiasmo, de locura patriótica, por decirlo así, se perdieron inútilmente, y la ocasión perdida no vuelve más.

Si la revolución no hubiera comenzado tan pobre de dinero y desprovista de elementos de guerra; si no se le hubiera cortado el vuelo que empezó á tomar, impidiendo que se extendiese por Matanzas y las Villas; si no se hubiese entablado la fatal controversia entre Oriente y Camagüey, sobre si el Gobierno que se establecería sería una dictadura ó un gobierno democrático, dando lugar á que Balmaseda realizase su marcha triunfal de Nuevitas á Bayamo; si en New York no se hubiese formado la Junta ó Areópago que se estableció, para dirigir los intereses de la revolución, compuesta de personas, aunque ilustradas, poco competentes para ese encargo, dando por resultado pasar el tiempo en tejer y destejer, y que el dinero que los acaudalados patriotas, llenos de entusiasmo, aportaron, se disipara en empresas tan desgraciadas como las del "Mary Lowel" el "Catharine," el "Lilian," el "Hornet," etc. fracasadas una después de otra en muy poco tiempo; si el general Quesada no hubiera ido á los Estados Unidos con la desdichada misión que llevó, la que acabó de dividir, y sembró el odio más profundo entre los cubanos; si estas causas, suficientes cada una por si sola para entorpecer la revolución, no hubieran tenido lugar todas juntas, en momentos tan críticos como aquellos primeros tiempos, entonces la revolución, que con tanto entusiasmo fué acogida por todos los cubanos, no sólo no habría decaído, sino que hubiera adquirido más robustez con los éxitos que indudablemente alcanzara. Entonces los emigrados acaudalados no le habrían negado su apoyo en ningún tiempo, sino que lo hubieran seguido prestando con el mismo entusiasmo y el mismo patriotismo que al principio. Y si con todos éstos contratiempos la revolución llegó á alcanzar la importancia que acabamos de ver, ocupándose ya las naciones extranjeras en buscar una solución favorable á las aspiraciones cubanas, y aún la misma España pensaba seriamente en el evento de perder á Cuba, ¿qué no habría sucedido si aquellos desgraciados hechos no hubiesen pasado y los emigrados cubanos hubieran mantenido en sus pechos el mismo entusiasmo de los primeros días, continuando sus auxilios á la causa con su dinero, con su influencia y con cuanto ellos valían? Es indudable que la revolución no hubiera durado tanto tiempo, y que el resultado hubiera sido su triunfo.

Pero había que aceptar los hechos tal cual eran y Aguilera tenía que luchar con lo incontrastable. Tenía que devolver la fe que se había perdido, que infundir de nuevo el entusiasmo que se había acabado, que convencer á todos de que el triunfo era seguro, cuando se veía en realidad eventual, pues dependía de que los pariotas del extranjero ayudadasen á los que luchaban en el campo, sin lo cual éstos no podrían triunfar. Tenía en contra aún el mismo medio en que se movía, pues aquella gran ciudad, con todas sus seducciones, distría á sus moradores, los que no se ocupaban más que en los pláceres que proporcio-

naba, el lujo que era necesario ostentar y de que no mermasen los medios con que contaban para dar pábulo á sus pasiones, convertidas ya en necesidades.

Todas estas dificultades que veía y tocaba Aguilera, aunque con frecuencia anulaban sus esfuerzos, no disminuían su constancia, ni hacían vacilar su fe y su espíritu. Muy lejos de ello, las mismas contrariedades parecían robustecer su ánimo, y después de sufrir un desengaño doloroso, veíasele alzar más firme y decidido, como armado de nuevas energías para proseguir imperturbable la misión que se había impuesto: después de todos sus inmensos sacrificios y de encontrase pobre y solo en el extranjero, mendigar de sus compatriotas un poco de oro con que salvar á Cuba!

CAPITULO V

AGOSTO Y SEPTIEMBRE 1872

LECTURA DE LA PROTESTA POR IBARRA.—SACO ESTA TAN POBRE QUE VENDE SUS LIBROS.—CONSIDERACIONES DE AGUILERA.—SACO Y LA PROTESTA.—CARTA DE R. CESPEDES QUE DESAUTORIZA A AGUILERA.—REUNION DE AGUILERA CON VARIOS, SOBRE LA PROTESTA—AGUILERA VE A SACO—POZOS DULCES Y LA PROTESTA.—LOPEZ VILA, ESTEBAN DE ESTRADA Y CARLOS MANUEL DE CESPEDES.

Acudió Aguilera acompañado de Bravo, á la cita con Ibarra para leer la protesta contra el empréstito español. Después de llegar á su casa, aguardaron un rato hasta que llegó el señor Agustín Díaz Albertini, que era la persona que debía asistir á la lectura, por parte de Ibarra. No quedó satisfecho Aguilera con esta elección, porque aunque el señor Albertini era un abogado, no le pareció que estuviera á la altura de un trabajo tan delicado y trascendental. Leyóse la protesta, que estaba hecha en forma de "considerandos" y se encontrará en el "Libro de Correspondencia etc."

Era muy extensa, se le hicieron algunas pequeñas modificaciones á instancias de Bravo, y se convino en que Ibarra diese una copia á Aguilera, para tener lugar de estudiarla con calma. Tanto Aguilera como Bravo, no quedaron satisfechos de la protesta, encontrándola algo tibia, sin la energía que debía desplegar, basada en los cuatro años de lucha que habían sostenido los cubanos y su propósito inquebrantable de ser libres.

Pensó Aguilera llevar la protesta á Saco, para oir su parecer, por más que pensaba que Saco le hiciera otra. Así lo hizo, y habiendo manifestado á Saco su propósito, éste lo llevó á su pequeño gabinete y allí la leyeron. Dijo Saco, que en el fondo le parecía buena, porque abrazaba todos los puntos importantes, aunque en la forma la encontraba un poco larga, por más que conocía que era necesario darle extensión para tocar, aunque fuese ligeramente, ciertos puntos que eran desconocidos á los extranjeros é importante que estuvieran instruídos de ellos. Dijo que para tocar la protesta, era necesario darle otra forma, y de consiguiente hacerla nueva. En fin, recibió Aguilera la impresión de que Saco no quería mezclarse en el asunto, seguramente por no disgustar á Aldama. Le propuso tener otra reunión con Bravo, y Saco aceptó. Acordaron que fuera al día siguiente á las dos de la tarde.

Reunidos otra vez los mismos y Bravo, los llevó Saco á su estudio, que era bien reducido por cierto. Habiendo observado Aguilera que tenía parte de sus libros en un estante, y otros apilados en el suelo, le llamó la atención sobre que podrían echarse á perder. Saco contestó con tristeza que...quizás tendría pronto que venderlos... Estas palabras de Saco impresionaron á Aguilera. Tenía un alma sensible y apreciaba en toda su extensión el sacrificio que para un hombre como Saco había de ser el desprenderse de aquellos viejos y fieles amigos; y al grado que tenía que llegar su necesidad y su miseria, para imponerle tan penoso sacrificio. ¡Cuánto placer y cuánta honra habría sentido, á ser su posición la de otros tiempos, socorriendo

á aquel hombre digno é infortunado, una de las glorias meritísimas de su adorada Cuba! Con frecuencia en aquellos tiempos, que ya él mismo olvidara, había extendido su mano generosa y protectora á todo el que juzgaba merecerlo. ¿Cómo no hacer otro tanto con José Antonio Saco, por quien sentía tanta admiración, y quien tan digno de ella era? Al hacer estas consideraciones con la rapidez que sólo la imaginación puede realizar, presentóse á su mente don Miguel de Aldama: el hombre que decía considerar, querer y admirar tanto á Saco, que lo primero que hizo al llegar á París fué visitarlo, porque decía tenerlo como uno de los miembros más queridos de su familia; que al día siguiente lo invitó á comer en el "Grand Hotel" donde paraba, y quería que todos los días lo acompañase á su mesa, mientras estuviese en París; que veía en Saco al amigo de su familia, al íntimo de su padre, y de don Domingo Delmonte, que puede decirse acabó de dar la educación á Leonardo, hijo de éste y yerno de Aldama... ¿Y era posible que este hombre, ligado á Saco por todos esos lazos, estando en la opulencia, no le asignase una modesta pensión que llenase sus cortas necesidades, y viera indiferente cómo se moría de hambre y de miseria? ¡Ah! Pero Aguilera juzgaba todas las almas por la suya; y ¡qué distancia más inmensa separaba los sentimientos de Aldama y de Aguilera!

Dijimos que estaban reunidos Saco, Bravo y Aguilera, á instancias de este último para resolver sobre la protesta escrita por Ibarra. Manifestó Bravo que la protesta le parecía deficiente porque en vez de elevarse á la posición que ocupaban los cubanos, después de cuatro años de guerra, tan sólo se contraía al empréstito y eso en lenguaje poco enérgico, pareciendo más bien una súplica lastimosa, que un documento histórico en el que debía reflejarse la dignidad del pueblo cubano. Para subsanar esta deficiencia propuso Bravo que escribiese Saco otra protesta en la forma que creyera más conveniente, añadiendo que él se encargaría de hablar con Ibarra, diciéndole de parte de Aguilera, que habiendo dejado Ibarra á éste en libertad de consultar á quien quisiera, Aguilera había llevado la protesta á Saco sin decirle quién fuera el autor, y le había encargado al mismo tiempo que hiciese él otra, que llevaría al mismo Ibarra, para elegir entre las dos la que pareciese mejor. Estaba seguro de que Ibarra no se resentiría, porque tanto él como todos los cubanos consideraban á Saco como el "Maestro" de juicio inapelable. Contestó Saco que efectivamente, notaba alguna deficiencia en ese particular; pero que si accedía á lo que deseaba Bravo, estaba seguro de que tanto Ibarra, como Aldama lo harían caso de honor y no le perdonarían á él ni á Aguilera el haberlos descartado de la protesta. Propuso al mismo tiempo como transacción, que formulase Bravo todas las adiciones, que considerara necesarias, las llevase á Ibarra en consulta y le dijese que Aguilera deseaba que se pusiese de acuerdo con Saco; entonces Ibarra mismo se las llevaría y ya reunidos los dos, darían la última mano á la protesta. Fué acordado así, aunque Aguilera ni Bravo quedaron satisfechos.

Por aquellos días recibió Aguilera el periódico cubano "La Revolución" de New York en que venía insertada una carta de Ramón Céspedes, protestando de lo que decía el periódico español "El Cronista" de esa misma ciudad, referente que á Aguilera, Juan M. Macías y Miguel de Aldama habían ido á París á trabajar por conseguir del Gobierno español la Autonomía para Cuba. En la carta había un párrafo que llamó la atención de Aguilera dejándolo nada satisfecho. El referido párrafo decía así:

"Mas á pesar de las limitaciones que debo imponer á esta carta, vuelvo á advertir que he pasado de mi propósito, que no es otro sino declarar simplemente como Representante de la República de Cuba, que el General Aguilera y mucho menos los demás cubanos que dice "El Cronista", han ido á España á solicitar la autonomía, careciendo de poderes, para una evolución de esta naturaleza, ni serían tampoco capaces de emprenderla violando el decreto de mi Gobierno, que califica de traición el hecho de propagar la doctrina de la Autonomía con sujeción á España y de obrar en el mismo sentido: aparte de que estos patriotas han da-

do muchas pruebas de que la reprochan por sus propias convicciones."

Como en esta carta Ramón Céspedes se decía Representante de Cuba él solo y Aguilera había pensado firmar la protesta como Representante de Cuba también, en esto veía una contradicción que anularía el importante documento que trataba de publicar. Era la intención de Aguilera firmar en su nombre y en le de Ramón Céspedes; además Francisco de P. Bravo la firmaría también como Secretario General de la comisión con que habían salido al extranjero, lo que pensaban daría más fuerza al documento. Consultó su opinión á Bravo y otros amigos y todos convinieron en que la carta publicada por Ramón Céspedes en New York hacía imposible la protesta en la forma en que tenían pensado hacerla. Haciéndose cada vez más urgente que el mencionado documento viera la luz pronto, para que estuviera en circulación antes de que los capitalistas extranjeros hiciesen compromiso alguno con el Gobierno español, para evitar el nuevo obstáculo que había salido al paso con la carta de Ramón Céspedes, resolvió Aguilera firmar la protesta como Vice-Presidente de la República, como Mayor General y como Agente General, y que á su firma se unieran la de Carlos de Varona, como Agente en París y de Juan Manuel Macías como Agente en Londres.

Este contratiempo imprevisto allanó el camino á Aguilera para abordar á Ibarra á fin de que modificase su protesta, apoyándose en que, teniéndola que firmar con otro carácter, había que variar la forma. Consultado el asunto con Bravo y mereciendo la aprobación de éste, fueron los dos á ver á Ibarra.

Comenzó diciendo Bravo que Aguilera había enseñado su protesta á varios cubanos competentes y todos la habían encontrado muy buena; pero que habiéndose presentado el incidente de Ramón Céspedes, que le explicó, era necesario variarle la forma. Enseñóle entonces Aguilera la carta de Ramón Céspedes á que se hacía referencia, haciéndole presente la contrariedad que experimentaba, pues siendo urgente que el documento estuviera ya listo, ese incidente implicaba nueva demora.

Ibarra, que parecía hallarse disgustado, quizás porque hacía ocho días que había entregado el documento á Aguilera, sin que éste le hubiera dicho que lo aceptaba, contestó que la forma de "considerandos" á que Bravo había aludido, la adoptó después de meditado bien, pues había querido revestirla de esas fórmulas españolas, al parecer pesadas y machaconas, para hacerla resaltar más, pues conocía al pueblo francés y al inglés y sabía que se llevaban mucho de ellas. No era de parecer que Aguilera firmase la protesta sólo con el carácter de Vice-Presidente y de Agente General, sino con el de Representante de Cuba, de manera que cualquier cosa que se ofreciese con los otros gobiernos y aun con la misma España, á consecuencia de la protesta, pudieran entenderse con Aguilera directamente; todo lo que había que hacer era escribir á Ramón Céspedes en New York, que mandase su poder á Aguilera, y éste le mandaría el de él; así Cuba estaría legalmente representada en Europa y en América. Dijo que la protesta la había corregido y simplificado, y tenía tanta fe en ella que casi estaba persuadido de que quizás les proporcionaría un empréstito y aun la independencia de Cuba. Manifestó que toda la prensa inglesa se estaba ocupando de Cuba en sentido favorable á su independencia, y aunque sabía que Macías estaba trabajando mucho allí en ese sentido, sin embargo, había que convenir en que los ingleses eran hombres muy prácticos y estaban convencidos de que la independencia de Cuba con la garantía de los Estados Unidos era el único medio que tenían para cobrar lo que España les debía. Aconsejó á Aguilera que ya era tiempo de que dejara el incógnito que usaba. Debía hacer imprimir cien tarjetas con su nombre y apellido, cargos de Vice-Presidente, etc., mudando de hotel.

Larga fué la discusión que sostuvieron sobre estos particulares y al fin acordaron tener otra reunión al siguiente día, á la que asistieran Pozos Dulces y Valdés Fauli.

Concurrieron Aguilera y Bravo á la hora convenida á casa de Ibarra y ya encontraron allí á Valdés Fauli, Pozos Dul-

ces y Díaz Albertini. Comenzada la sesión se discutió sobre el encabezamiento de la protesta, acordándose comenzase con el de Francisco V. Aguilera, Vice-Presidente, etc. Volvióse á hablar de la forma de "considerandos" repitiendo Ibarra los argumentos que ya había expresado otra vez y últimamente manifestando que él no podría hacerlo en otra forma, porque no le quedaría bien. Variáronle algunas palabras y párrafos, pero quedando subsistentes la mayor parte de las objeciones que para ellos tenía. Aguilera varias ocasiones hizo reparos y propuso algunas modificaciones, pero Ibarra defendió lo hecho con calor y los otros no se atrevieron á apoyar á Aguilera, seguramente por no malquistarse con Ibarra. Ultimamente se le agregó una conclusión furibunda contra España, la que discordaba con lo mesurado de toda la protesta. El resultado fué que quedó mucho peor de como estaba. Dijo Ibarra que haría sacar una copia con todas las modificaciones que se le habían hecho, y Aguilera asintió, pero con el propósito de no hacer uso del documento, como había quedado, y buscar otra solución á aquel desagradable asunto. Separáronse de la reunión todos disgustados. Vino á la mente de Aguilera la coincidencia fatal de que Aldama no había de poner la mano en asunto alguno que no entorpeciera; y sin embargo, sin nadie solicitarlo, había de intervenir en todo. A no haberse anticipado á hablar á Ibarra para que redactara la protesta, Aguilera la hubiera encomendado á Saco, como fué su intención desde el principio y se hubiera evitado aquel cúmulo de dificultades y disgustos. Pero ya el mal estaba hecho y tenía que ver la manera de salir adelante.

Al día siguiente fué Valdés Fauli á la habitación de Aguilera y le dijo que no firmara aquel "esperpento" porque lo ridiculizarían los escritores de "La Epoca" de Madrid, que los tenía muy buenos, y lo peor que podía pasar á una causa era que sus representantes cayeran en el ridículo. Contestó Aguilera que estaba resuelto á no firmarlo y al mismo tiempo le pidió que le indicase un medio de salir de la dificultad. Dijo Valdés Fauli que podía decir á Ibarra que necesitaba consultar á Ramón Céspedes, y escribir á éste para que encargase á Echeverría que la hiciese; estaba seguro de que la haría mucho mejor.

Meditando Aguilera sobre la manera de salir de aquel embrollo, decidió ir á ver á Saco otra vez y decirle que decididamente estaba resuelto á prescindir de la protesta hecha por Ibarra, refiriéndole todo lo acontecido; que quería que la escribiera él como había sido su intención desde un principio, y le indicase la manera de vencer sus escrúpulos.

Al día siguiente, con efecto, fué Aguilera á ver á Saco quien lo recibió con la complacencia acostumbrada, como viejo amigo, hijo del mismo pueblo. Inmediatamente aprovechó la primera oportunidad para hacerle una de aquellas historias viejas en que tanto se complacía. Le relató su polémica con La Sagra. Dijo que el incidente fué á consecuencia de una crítica que éste hizo de unos versos de Del Monte ó de Heredia, de quien era muy amigo, mezclando después al Padre Varela y aun al mismo Saco. Refirió que conociendo lo bondadoso que era el Padre Varela, le dijo que iba á contestar á La Sagra, pero no le enseñaría la contestación hasta después de impresa, para que no tuviese lugar de quitarle nada, etc. ¡Pobre Saco! ¡Era hombre que vivía de sus recuerdos de mejores tiempos!

Entraron después en materia. Refirió Aguilera todo lo ocurrido con Ibarra y su protesta, manifestando al fin su deseo de que fuera él quien la escribiera. Contestó Saco que no era posible que él la hiciera, porque forzosamente se había de saber y sería cosa que no le perdonarían Ibarra ni Aldama. Que los razonamientos de Ibarra eran muy buenos y sólo la forma no era conveniente. Ultimamente, buscando una transacción convinieron en que Bravo, como Secretario de Aguilera, hiciera la protesta en la forma más propia y luego la llevase á él; allí entre los dos la concluirían, agregándole Saco alguna cosa que pudiera haber pasado por alto Bravo. Esto fué todo lo que pudo conseguir Aguilera, después de una visita de cerca de dos horas.

Refiriendo Aguilera á Bravo el resulta-

do de su visita á Saco, manifestó éste que Saco no quería poner mano en nada que tuviera relación con la revolución, para si esta fracasaba, decir que en nada se había mezclado en ella.

Aguilera, á quien era duro pensar mal de los otros hombres, que apreciaba y admiraba á Saco, que no le pareció nada patriótica la apreciación de Bravo, y que había visto siempre á Saco á la altura de buen cubano en sus sentimientos, le contestó que no creía que fuese esa la causa, sino que raelmente no quería darle que sentir á aquellos hombres que siempre había tenido como íntimos amigos, guardando así los fueros debidos á una antigua y estrecha amistad; por otra parte, se encontraba viejo, enfermo, malo de la vista, y no quería echarse encima un trabajo delicado que podría empeorarlo.

Refiriéndose á la protesta dijo Bravo que Aguilera podía hablar á Pozos Dulces, según había indicado Valdés Fauli, á ver si conseguía que la hiciera. Lo aprobó Aguilera y al día siguiente fué á ver á Pozos Dulces.

Le manifestó desde luego el objeto de su visita y que esperaba que por Cuba, en primer lugar, y por la distinción con que siempre lo había honrado, en segundo, se hiciera cargo del trabajo, que ya veía las contingencias con que había tropezado y lo muy importante que era para la causa. Al mismo tiempo le aseguró que nadie sabría que él había sido el autor, y pasaría como hecha por Bravo, si lo deseaba así. Contestó Pozos Dulces que tanto por la causa que había invocado, que era la suya, cuanto por servirlo á él, se haría cargo del trabajo, aunque no sabía si quedaría bien. Dijo que para ello era necesario le buscara el Real Decreto, que no conocía, y también la protesta de Ibarra, que tenía en el fondo muy buenos argumentos. Quedó Aguilera en proporcionárselo todo, y le dió las gracias.

Habiendo regresado el C. López Vila de la Península Española, fué á ver á Aguilera para darle cuenta del estado de la emigración de Cádiz. Dijo que era poco numerosa y de escasa fortuna, sin embargo de que había algunos buenos patriotas que siempre estaban dispuestos á auxiliar la causa, en la medida de sus fuerzas.

Entre las muchas cosas que le refirió, fué una de ellas que había conocido al C. Esteban Estrada, persona ilustrada y patriota. Habían hablado mucho de los principios de la revolución y Estrada se había expresado en términos muy desfavorables respecto á Carlos Manuel de Céspedes, diciendo que era hombre ambicioso, había comprometido la revolución, pronunciándose antes de tiempo y faltando á lo pactado con él mismo, y contra la expresa orden de sus superiores. Añadió que desde que ingresó en la conspiración, había formado ya el propósito de lanzarse, el primero, á la lucha, para llevarse la gloria y apoderarse del mando, aprovechándose del trabajo que otros habían hecho y en el que no había tomado parte alguna. Atribuía á las condiciones de carácter de Céspedes todas las desgracias que Cuba experimentaba. Manifestó López Vila que lo mismo había pasado en Villa Clara, donde á una ambición igual, por parte de Gerónimo Gutiérrez y otros individuos que nombró, se debió el mal resultado del movimiento. El plan era apoderarse de la ciudad en los primeros momentos, y por el ansia de figurar como jefes, impidieron que tomaran el mando de las fuerzas los hombres que había aptos para su organización y dirección.

CAPITULO VI

SEPTIEMBRE 1872

GESTIONES DE MAYORGA EN NEW YORK.—LA MISION DE AGUILERA EMPIEZA A DAR RESULTADO.—CONTRIBUCION DE MALPICA Y DE ALMAGRO.—EXPEDICION DEL "EDGAR STUART."—OPINION DE AMBROSIO VALIENTE SOBRE MORALES LEMUS.—GESTIONES DE AMBROSIO VALIENTE EN EL PERU.—CAÑONERAS ESPAÑOLAS DETENIDAS EN NEW YORK.—OPINIONES SOBRE ANTONIO ZAMBRANA Y EL GENERAL QUESADA.—MIGUEL FIGUEROA PIDE A AGUILERA IR A CUBA CON EL.—ARTICULO DEL "DIARIO DE LA MARINA" PIDIENDO EMBARGOS.—FINAL DE DE LA PROTESTA.—OBSTACULOS CON QUE LUCHABA AGUILERA.

No por encontrarse Aguilera en Europa haciendo gestiones por conseguir dinero con que fomentar la revolución, ya bajo la forma de un empréstito, ya por contribuciones de los emigrados, descuidaba el envío de recursos á sus hermanos combatientes. Sabía bien el efecto alentador que estos recursos producían en el campo de la lucha, tanto por el auxilio material que prestaran, cuanto por el moral, pues aquellos héroes verían que no estaban abandonados y que en el extranjero había quien en ellos pensara, y tratara de auxiliarlos.

Hemos dicho que en New York había dejado como Agente interino al C. José M. Mayorga, y ya nuestros lectores tienen conocimiento de este benemérito cubano. Identificado con las aspiraciones y deseos de Aguilera, trataba de convertirlos en realidad, y ya que no podía organizar expediciones en grande escala, por carencia de medios, emprendió la tarea de mandar auxilios de guerra á Cuba en pequeñas cantidades, cosa que le era más fácil, y al mismo tiempo indicaba á los patriotas que no estaban olvidados.

En carta fechada en New Nork el 23 de Agosto de 1872, decía Mayorga á Aguilera lo siguiente:

"Por conducto de Del Monte voy á mandar á Puerto Plata, Santo Domingo, á la consignación del C. Martín Castillo, 298 cajas, conteniendo lo siguiente: 5 cajas con 50 Remigtons, 90 cajas con 45.000 cápsulas, 200 cajas con 100.000 cartuchos, 1 caja con 100.000 fulminantes, 1 caja con 40,000 fulminantes para cápsulas, una caja con lo necesario para rellenar las cápsulas y diez machetes, todo lo que me ha prometido Castillo que mandará á Cuba con cincuenta hombres. He mandado al Coronel Pío Rosado á otro punto de donde saldrá para Cuba con una y media tonelada de pólvora, 500 libras de plomo 42 cajas con 21.000 cápsulas, una caja con 100.000 fulminantes, otra caja con 30 mil fulminantes para cápsulas y otra caja con avíos para rellenar las cápsulas. Voy á despachar también de aquí al C. Miguel L. Aguilera con ocho ó diez hombres, cada uno con su "Remington" y 140 cajas con 70,000 cartuchos, 40 cajas con 20.000 cápsulas, una caja con 100.000 fulminantes, otra con 30.000 fulminantes para cápsulas y otra con avíos para rellenar las cápsulas. Si Dios nos ayuda espero que estos envíos llegarán á su destino para fines de Septiembre y así los buenos cubanos que están en el campo, recibirán lo que tanta falta les hace, que son "municiones."

Con fecha 31 de Diciembre el mismo Mayorga decía á Aguilera lo siguiente:

"La expedición que mandé por la vía de Puerto Plata tuvo un pequeño entorpecimiento por falta de dinero suficiente con que acabarla de despachar: pero informado de ello despaché para Puerto Plata en el primer vapor al C. José M. Izaguirre con las instrucciones oportunas y las facultades necesarias, como así mismo con crédito abierto en una de las mejores casas de allí para que tome el dinero necesario, á fin de que sin pérdida de tiempo despache la expedición.

"La primera que salió de Puerto Plata, mandada por el C. Lorenzo Castillo, llegó con felicidad á manos de Ignacio Agramonte, y según las órdenes que tengo dadas y los informes que he recibido, debe salir una expedición pequeña de

Jamaica, mandada por el Capitán Morey.

Muy satisfecho estaba Aguilera con la gestión de Mayorga en la Agencia de New York, seguro de que á ningún hombre hubiera podido dejar en ese importante puesto que hubiera secundado mejor sus planes; así, las cantidades que recolectaba de los emigrados, se las enviaba para que no le faltaran recursos con que alimentar la guerra.

Ya para fines de Octubre, la incesante labor de Aguilera comenzó á dar algún resultado. A los emigrados íbaseles pasando el susto que recibieran con su llegada, y viendo la prudencia y tacto con que obraba, el comportamiento observado por el, tan distinto del de otros cubanos que habían ido allí con la misma misión: en una palabra, viendo que el Aguilera, que estaba entre ellos en nada desmerecía del Aguilera serio, honrado, patriota y caballero que se iamginaran, empezaron á cobrar confianza y á decidirse por su medio prestar auxilios á la revolución, seguros de no ser descubiertos, ni de que les sobreviniera ningún perjuicio.

En esos días fué el C. Almagro á visitar á Aguilera y le dijo que había conseguido del C. Felipe Malpica el ofrecimiento de veinte ó veinticinco mil francos para la causa, queriendo que se le entregara en bonos el equivalente, al tipo corriente de 25 centavos por peso. Dijo Aguilera que no tenía inconveniente en dárselos. Añadió Almagro que para la semana entrante podía contar con unos treinta mil francos en la forma siguiente: veinticinco mil de Malpica, dos mil que le había dejado á guardar y el resto con que contribuía él. Dióle Aguilera las gracias en nombre de Cuba y dijo que tratase de que Malpica le entregase pronto esa suma, para mandarla inmediatamente á Mayorga en New York, á fin de dar impulso á los envíos de armas á Cuba, en que se estaba ocupando. Añadió Almagro que el joven Nicolás de Cárdenas debía salir pronto para Sevilla, su esposa era sobrina de toda confianza de doña Susana Benítez, y él había procurado interesarla á que tratase de conseguir una buena suma de su señora tía, para la causa de Cuba; él sabía que la objeción que había de poner la señora era que temía que se supiese, y para tranquilizarla había convenido con la sobrina en que él —Almagro—por medio de una carta le pediría prestada la suma que ella estuviera dispuesta á dar; ella le pondría á la carta el "páguese" la cobraría Almagro y la entregaría á Aguilera. Asi solo quedaría en descubierto Almagro; pero dijo que estaba seguro de que al rendirle el Mayordomo las cuentas á la señora ésta le devolvería su carta que él rompería. Quedó así concertado el plan, despidiéndose muy complacidos Almagro y Aguilera.

Hablando Aguilera con el C. Ramón de Armas, manifestó éste que el C. Domingo Cartaya le había pedido que lo presentara á él pues tenía deseos de conocerlo. Lo informó al mismo tiempo de que Cartaya era yerno del C. Isidoro Hernández, patriota que había dado á Ramón Martínez de New York cinco mil pesos para la expedición de Agüero en el "Elgar Stuart", y después había dado otros cinco mil pesos para pagar los gastos de los descalabros de la misma expedición. Calculaba Armas que la expedición del "Edgar Stuart" contaba ya unos ochenta mil pesos, sin que hasta la fecha hubiera podido desembarcar en Cuba.

Se recordará fué ésta la expedición que sacó Melchor Agüero de New York, poco antes de salir la de Julio Peralta, y que tantos disgustos causó á Aguilera con Agüero y con R. Martínez, por pretender ambos que los elementos de guerra que había de llevar Peralta, se dieran á Agüero, porque Peralta no saldría y Agüero era el único hombre apto para desembarcar expediciones en Cuba, según el mismo proclamaba.

Encontró Aguilera al C. Ambrosio Valiente, en casa de la señora Caridad Villar á quien visitaban. Habló Valiente en términos nada favorables de Morales Lemus. Refirió que estando él de Ministro Cubano en el Perú, M. Lemus, á la sazón presidente de la Junta Cubana en New York, no se ocupaba de comunicarle nada referente á la revolución, por lo tanto, siempre estaba á obscuras respecto á la cuestión de Cuba, y si algo sabía era

por los periódicos y extraoficialmente, no pudiendo responder nada concreto cuando el Ministro Peruano le hacía alguna pregunta. Dijo que M. Lemus no pasaba de ser un buen abogado, y eso en la Habana, por el conocimiento que tenía allí del foro.

Añadió que cuando Morales Lemus desempeñaba el cargo de Ministro de la República de Cuba en los Estados Unidos, estando su puesto en Washington, para aprovechar aquellos primeros momentos tan favorables á la causa, contrabalanceando la influencia del Ministro español y aprovechando la menor oportunidad favorable, abandonó el campo al referido Ministro español y fué á vivir á Brooklyn, acreditándose así de pésimo diplomático. Que él había permanecido más de un año en Lima, y á pesar del olvido en que lo tenía la Junta, gracias á las buenas relaciones que consiguió, logró varias cosas del Gobierno peruano, entre ellas que el referido Gobierno hubiera dado orden á su Ministro en Washington, á pesar de que éste era hostil á la causa de Cuba, para que de una manera enérgica pidiera en su nombre el embargo de las "cañoneras" españolas. El Ministro lo hizo así bajo el frívolo protexto de que esos buques iban á las aguas de Cuba, para que España pudiera disponer de los mayores que allí tenía y mandarlos al Perú, con quien todavía no había hecho una paz definitiva; cosa que todo el mundo sabía era ilusoria, y se hacía tan sólo para favorecer á los cubanos.

Estando Aguilera con Carlos de Varona y Francisco de P. Bravo, comiendo en el restaurant "Palais Royal", donde de ordinario lo hacía, llegaron Vallín y Ruz, y tomaron asiento en una mesa próxima á la de ellos, entrando todos en conversación. Se habló del C. Antonio Zambrana, miembro de la Cámara de Representantes de Cuba. Ruz y Varona no le concedían que tuviese gran elocuencia, y Vallín y Aguilera sostenían que sí la tenía. Dijo Varona que Ignacio Agramonte era mucho más instruído y profundo, y agregó Ruz que conoció á "Zambranita" en la Habana, y no tenía instrucción ninguna. Se habló luego del general Manuel de Quesada y opinó Ruz que por más que fuese un malvado, era un hombre grande y espléndido en todas sus manifestaciones. Dijo Varona, que aunque era indudable que había hecho mucho daño á la causa de Cuba, podía quizás utilizársele si variaban las circunstancias, por ejemplo mandándolo á Cuba con una expedición de dos mil hombres. Manifestó Bravo, que Quesada, además de otros defectos, tenía el de ser un hombre ingobernable, sobre quien nadie tenía influencia y que no sabía contener sus pasiones. Aguilera no quiso decir nada, porque á haberlo hecho, hubiera tenido que decir mucho malo de Quesada, y estando presente su concuñado, (Varona) no creyó oportuno hacerlo.

Asistiendo Aguilera al entierro de un hijo de Susini, encontró á C. Miguel Figueroa, que también concurrió. Cuando se retiraron invitó Figueroa á Aguilera á que almorzase con él, con la insistencia y franqueza que acostumbraba, de manera que Aguilera no pudo menos que aceptar. Concluído el almuerzo, quiso que lo acompañara al Bosque de Boulonge á ver las carreras de caballos y Aguilera tuvo que complacerlo también. Durante el tránsito le manifestó Figueroa sus deseos de dicarse á trabajar por la independencia de Cuba. Dijo que fué uno de los primeros que se presentó á Morales Lemus para que lo mandara á Cuba, y éste no quiso admitirlo entonces porque no tenía más que diez y siete años. Añadió que ahora estaba resuelto á hacerlo, tan pronto como concluyese su carrera, tomando el grado de doctor. No serviría para la vida activa del soldado, porque era delicado y su salud se resentía, pero en Cuba podría ser utilizado en cualquier cosa que fuera compatible con sus fuerzas y su inteligencia. Agradó mucho á Aguilera oir expresar á aquel joven de mérito de manera tan patriótica; manifestóle el placer que sentía al oirlo, y le dijo que si lograba reunir allí los cincuenta mil pesos que algunos amigos le habían ofrecido, con alguna cantidad más que esperaba conseguir en los Estados Unidos, pensaba formar una buena expedición, que condujera quinientos ó seiscientos hombres y llevaría el mismo en persona, para desembarcar en las Villas, lugar al que juzgaba indispensable llevar la güe-

rra para secar esa fuente á los españoles, de donde sacaban los recursos para prolongar la lucha. En ese caso, cuando lo tuviera todo listo, le escribiría á Madrid para que fuese á reunirse con él en los Estados Unidos. Indicóle al mismo tiempo que procurase llevar tres ó cuatro cubanos más, de inteligencia, y buen juicio, pues esos hombres hacían mucha falta en Cuba para ocupar ciertos puestos. Contestó Figueroa que aceptaba el ofrecimiento con todo su corazón; él no deseaba otro puesto que el de secretario de Aguilera y estaba seguro que con él se irían varios jóvenes más, de las circircunstancias que Aguilera apetecía. Replicóle Aguilera que iría de secretario suyo hasta llegar á Cuba libre, pero una vez allí, estaba seguro de que ocuparía un puesto donde podía servir mejor á la patria y el que merecía por su inteligencia y su patriotismo: es decir, una Diputación ó una Cartera. Aguilera en su "diario" refiriéndose á este particular dice así: "He hablado á este joven con toda sinceridad, pues estoy persuadido, que si no se malogra, será una de las esperanzas de Cuba".

En el hipódromo encontró Figueroa dos amigos suyos: López, hijo del Dictador del Paraguay, que fué asesinado y Carrillo, empleado en la embajada del Perú; los cuatro pasaron reunidos toda la tarde.

Como la constante labor de Aguilera comenzase á dar un resultado favorable á la causa, parecieron alarmarse los españoles, lo que dió lugar á que apareciera en el "Diario de la Marina" de la Habana un artículo furibundo, en que el señor Ariza, su director, abogaba porque fueran embargados los bienes de todos los cubanos que en París tuvieran cualquier relación con Aguilera. Como el referido "Diario de la Marina" era un periódico tan influyente entre los españoles de la Isla, y aquel Gobierno estaba acostumbrado á cometer las mayores arbitrariedades, temió Aguilera que el tal artículo fuera y dificultarle aun más su penosa tarea, pues si no existiendo esa expresa amenaza, se le dificultaba tanto acercarse á los cubanos de dinero, ¿qué no sería estando ella vigente?

Vamos á ocuparnos del resultado de la protesta contra el empréstito, después de haberse hecho cargo el Conde de Pozos Dulces de su redacción. Como Ibarra había quedado con Aguilera en hacer las traducciones y mandárselas, para que no se tomara ese trabajo que había de ser inútil Aguilera le mandó una atenta carta en que le manifestaba que, habiéndole escrito su compañero Ramón Céspedes de New York, diciéndole que pronto le mandaría una protesta que estaba redactando, para que la firmaran los dos, lo ponía en su conocimiento por si le parecía conveniente suspender los trabajos en la suya, hasta que llegara la de Céspedes, que no podía tardar.

Parece que esto no sentó bien á Ibarra, pues inmediatamente le contestó con otra diciéndole que le rogaba, si había sacado copia de su protesta, le enviara dicha copia, y si algún otro individuo había sacado copia también, le dijera que se la entregara á él (Ibarra); y que confiaba en la lealtad de Aguilera para que no hiciera uso alguno, de toda ni de parte de la referida protesta que él había escrito.

Estas dos cartas se encontrarán también en el "Libro de Correspondencia etc."

La lectura de esta carta llenó de desconsuelo á Aguilera, pues le demostraba como los hombres de valer, aquellos de quienes Cuba más necesitaba para realizar la gigantesca obra que había emprendido, posponían la causa sagrada de la patria, á su vano amor propio El señor Ibarra, sintiéndose lastimado porque no se aprobaba su escrito, no reparaba en hacerle un gran perjuicio á la causa de Cuba, impidiendo que se usaran algunos de los buenos argumentos que aquel contenía.

Enseñó Aguilera la carta de Ibarra á Bravo y á Valdés Fauli y reunidos los tres con Pozos Dulces, para deliberar sobre el caso, opinaron estos dos últimos que en vista de la carta de Ibarra, que apelaba hasta á la lealtad de Aguilera para que no se hiciese uso de su escrito, lo mejor era no hacer la protsta allí, pues eso originaría un disgusto entre Ibarra, Aldama y ellos, dando comienzo la división y los bandos. Que debía escribírsele á Ramón Céspedes informándole de lo

ocurido, para que la protesta viniera de New York hecha por Echeverría. Objetó Aguilera que eso iba á dar nuevo motivo de disgusto pues Ramón Céspedes se resentiría porque se encomendaba el trabajo á Echeverría y no á él. Se convino en la fuerza de la objeción de Aguilera pero también se pensó que si la redactaba Ramón Céspedes, que estaba poco al corriente de esos trabajos, no aventajaría á la de Ibarra. Finalmente, después de deplorar la fatalidad de que en la causa de Cuba hubiera que atender primero á los celos y susceptibilidades, de los cubanos que á las necesidades y al bien de la patria, se convino en que Aguilera escribiría á Ramón Céspedes en tales términos que dejase cubierta su susceptibilidad y la protesta fuese escrita por Echeverría.

Hízolo así Aguilera, dejando satisfecho á Céspedes, mas la protesta no pudo ser redactada por Echeverría, por estar en vísperas de viaje para el Perú, encomendando R. Céspedes el trabajo al C. José Manuel Mestre.

En definitiva, la asendereada protesta no llegó á presentarse, porque habiendo encontrado el proyectado empréstito del Gobierno español, gran oposición en las Cortes del Reino, no fué aprobado, y se suspendió. Este enojoso asunto puede dar una idea de las dificultades con que se tropezaba allí, debido á las susceptibilidades, exagerado amor propio, vanidades y ¿por qué on decirlo? falta de patriotismo de los cubanos de la emigración. Hubiera sido más independiente la posición de Aguilera, habría sabido trazarse un camino y seguirlo rectamente; pero no podía ser así. Como se ha visto, el amor propio de aquellos cubanos era por demás susceptible; por otro lado, ninguno de ellos necesitaba de Aguilera y más bien se hubieran alegrado de que éste se separase de ellos, para así estar libres de compromisos; y Aguilera necesitaba de todos ellos, nada podía sin ellos. Y si no se hubiera mostrado dócil á los caprichos de aquellos que todo lo podían, y hubiera comenzado provocando el disgusto de unos y de otros, muy pronto, aprovechando ese pretexto, todos se habrían separado de él, muy gustosos, y Aguilera se hubiera quedado solo en París: tan solo, como en New York.

Esa era la triste situación en que se encontraba. Sin embargo, su rostro severo y apacible no dejaba entrever las congojas que sufría su alma. Estas las ahogaba en el fondo de su pecho para conservar la entereza que necesitaba manifestar. Mas en algunas ocasiones, en sus solitarias noches de insomnio, cuando venían á su mente los recuerdos tan dulces de su vida pasada; cuando se transportaba á su querido Bayamo y se veía rodeado de su esposa, de sus hijos, siendo el ídolo de todos; cuando recordaba los tiempos en que tantos necesitaban de él, y él de nadie necesitaba, porque todo le sobraba; ¿qué no hubiera él pedido entonces á sus amigos que ellos no le hubiesen concedido en el instante? Pero: ya no tenía familia, porque ésta estaba muy lejos, no tenía fortuna, no tenía amigos, estaba solo, estaba convertido en un mendigo, pidiendo por amor de Cuba, una limosna para su redención. Y si algún despiadado, no considerando que aquel hombre, antes de convertirse en pordiosero, había ofrendado, el primero, su inmensa fortuna á aquella virgen casta y pura que debía ser la adoración de todos los cubanos; y junto con su fortuna, las afecciones más íntimas del alma, estando dispuesto á darle por último la vida; y si, sin consideración á todo esto, le decía: "perdone", lo miraba con desdén lo empujaba para que lo dejase pasar: él debía sufrirlo con humildad. ¿No era un pordiosero? Debía apartarse y seguir su peregrinación. Y si alguna vez, entristecido al ver la miseria de aquellos que al parecer no querían ser redimidos, estando contentos con su condición de parias, se preguntaba si no sería mejor dejar que el déspota les pisotease su dignidad... ¡Ah! entonces, al alzar los ojos, veía á Cuba suplicante, pidiéndole que los perdonara: que la salvara á ella de sus inhumanos opresores. Al punto haciendo un supremo esfuerzo por serenar su espíritu, cobraba nuevo aliento, continuaba su ruta, no pensaba en otra cosa sino en que Cuba debía ser y sería redimida.

CAPITULO VII

OCTUBRE 1872

DIEZ DE OCTUBRE DE 1872.—WASHINGTON Y BOLIVAR.—CALIXTO BERNAL SE NIEGA A SERVIR DE AGENTE CUBANO.—ALMAGRO LLEVA A AGUILERA LAS CANTIDADES OFRECIDAS.—JOSE SILVERIO JORRIN ALARMADO NO QUIERE VER A AGUILERA.—ALMAGRO LLEVA SU MEDICO A AGUILERA.—OPINION DE VALDES FAULI SOBRE MORALES LEMUS.—V. FAULI CONSIQUE 20.000 FRANCOS A AGUILERA.—UN EMIGRADO PIDE GARANTIA DE QUE SU DINERO SE EMPLEARA EN ARMAS Y PERTRECHOS.—V. FAULI DA ORDEN PARA COMPRAR UN TRAJE A AGUILERA.—DESAGRADABLE INCIDENTE ENTRE JORRIN Y AGUILERA.—ESTE REFIERE SUS RELACIONES CON SU ANTIGUO MAESTRO JORRIN.

El día 10 de Octubre de 1872 fueron varios amigos á felicitar á Aguilera, por la solemnidad del día. Entre ellos se encontraban José Valdés Fauli, Agustín Díaz Albertini, Ramón de Armas, Domingo Cartaya, Pozos Dulces, Miguel de Almagro, José Posse y otros.

Carlos de Varona lo invitó á una comida que daba en su casa á varios amigos. Concurrió Aguilera y encontró allí, además del anfitrión y su esposa á Bravo, Ruz y su señora y Ramón Aguirre. La comida fué excelente y bien servida. Llegados los postres y al servir el champagne, brindó Aguilera, porque los trabajos allí emprendidos con el auxilio de sus amigos, tuviesen el resultado más beneficioso para la patria, obteniendo base suficiente para sacar una gran expedición, la que fuera decisiva en la suerte de la guerra, y les permitiera, el próximo diez de Octubre, celebrarlo llenos de regocijo en la patria, libre é independiente. Brindaron después Carlos de Varona y todos los demás.

Concluída la comida, pasaron los caballeros al salón de fumar. Se habló de discursos y propuso Varona que pronunciara uno Bravo, dándole por tema "Carlos Manuel de Céspedes" y pidiéndole que hiciera su apología. Excusóse Bravo diciendo que no le era posibe improvisar el discurso. Hablóse luego de la superioridad de Jorge Washington y dijo Aguirre que Bolivar había sido tan grande ó más que él. Nególo Bravo, y apoyó su opinión de Aguirre. Tomó entonces la palabra Bravo y pronunció un elocuente discurso haciendo un paralelo entre Washington y Bolívar, muy desfavorable á éste. Contestó Ruz con otro discurso soberbio, analizando los hechos de uno y otro como militares, como políticos, y como hombres, habiendo tenido momentos felicísimos y probando la superioridad de Bolívar, por los innumerables obstáculos con que había tenido que luchar. Replicó Bravo muy bien, rebatiendo algunos de los asertos de Ruz, y volvió éste á sostenerlos con la historia de ambos personajes. La opinión quedó dividida, estando Bravo y Carlos de Varona por Washington, y Ruz, Albertini Aguirre y Aguilera por Bolívar. Disolvióse la reunión á las doce de la noche.

Supo Aguilera que Varona había recibido una carta de Calixto Bernal de Madrid, en la que le decía que se había equivocado en la interpretación dada á su carta anterior, pues él no podía hacerse cargo de la comisión que Aguilera le confiaba de recoger fondos para Cuba. Nueva decepción para Aguilera, que no esperba tal conducta de aquel antiguo patriota que había salido desterrado de Cuba desde su primera juventud.

Almagro hizo bueno su ofrecimiento á Aguilera, llevándole veinte mil francos de los ofrecidos por Malpica, y diciéndole que había quedado en entregarle luego los cinco mil restantes; al mismo tiempo le trajo también los tres mil ofrecidos por él. Estas cantidades, con los dos mil francos que tenía Almagro en depósito, los destinó Aguilera para Mayorga encargando al mismo Almagro de sacar la letra por la casa de Rothchild Freres. Enseñole también unas cartas que había recibido de Mayorga en que hablaba

de los pequeños envíos de armas para Cuba en que se ocupaba; Almagro quedó satisfecho. Dióle los bonos correspondientes á razón de veinticinco centavos por peso.

También Valdés Fauly llevó á Aguilera cuatro mil francos que había conseguido de dos patriotas, los que de la misma manera fueron remitidos á Mayorga.

Habiendo sabido Aguilera la llegada á París del señor Silverio Jorrín, persona de quien tenía gratísimos recuerdos por haber sido su profesor y á quien desde los tiempos de su juventud no veía, averiguó donde se alojaba y no pudiendo resistir los deseos de estrechar su mano, verlo y comunicarse con él, resolvió ir á visitarlo, pensando que la sorpresa de él había de ser tan grata como la suya. Llegó al hotel donde se alojaba y como no lo encontrara, muy contrariado le dejó su tarjeta.

Al otro dia fué á visitarlo Villa Urrutia y le dijo que había ido á ver á Jorrín; éste lo recibió diciéndole: "¿Habrá visto Vd. como ya nadie está seguro aquí tampoco.? Vea Vd., esa tarjeta que recibí ayer" y le alargó la que Aguilera le dejó. Preguntó Jorrín á Villa Urrutia si Aguilera no había solicitado verlo á él también. Al devolverle la tarjeta instó tanto á Villa Urrutia para que la rompiera, que éste al fin lo hizo así. En la conversación Villa Urrutia trató de inclinarlo á favor de la causa, y como Jorrín fuera cediendo gradualmente, al fin Villa Urrutia le comunicó bajo profundo secreto, que él en la Habana se ocupaba en trabajar á favor de la causa y era necesario que todos los cubanos hicieran un esfuerzo para que Cuba acabara de triunfar. Finalmente, Jorrín le contestó que tenía razón, añadiendo "es preciso acercarnos á ese hombre y ayudarlo" refiriéndose á Aguilera.

Perplejo quedó éste ante la relación de Villa Urrutia. Aquel Jorrín de que le hablaba era muy diferente del que se había imaginado. Lo hacía un hombre de convicciones firmes y patrióticas. Creía que aquel amor por la libertad y los derechos del hombre, lo tenía arraigado en el pecho cuando en otros tiempos le daba tan bella expresión; y que los años transcurridos y los acontecimientos pasados habrían servido para hacerle adquirir más desarrollo aún, respondiendo al unísono con sus propios sentimientos.

Tan confiado estaba en esto, que hizo una excepción de su querido, antiguo maestro y fué á verlo antes de prepararlo debidamente, cosa que no había hecho con ninguno de los emigrados adinerados. Alegrose entonces de no haberlo encontrado, porque ¿qué recibimiento le habría hecho?

Viendo por la relación de Villa Urrutia que al fin había logrado hacerlo entrar por buen camino, le recomendó que volviera á verlo y le pidiera una entrevista en su nombre, siempre que lo creyera oportuno. Quedó Villa Urrutia en visitarlo aquella misma noche y llevarle la razón al café "La Paix," donde estaría Aguilera.

Hízolo así Villa Urrutia y manifestó á Aguilera que no había podido tratar del asunto á Jorrín, porque su esposa y su hija se hallaban presentes y no pudo hablarle en privado. Dijo que dentro de pocos dias volvería á verlo.

Al dia siguiente le dijo Almagro que había visto á Jorrín. Contestó Aguilera que él deseaba mucho verlo también, por que había sido su maestro, lo apreciaba cordialmente y le recomendó le pidiera una entrevista en su nombre.

Volvió Almagro á ver Aguilera y le entregó dos mil quinientos francos más de un anónimo. Dijo que había visto á Jorrín, le manifestó que Aguilera deseaba tener una conferencia privada con él, á lo que contestó Jorrín muy alarmado que ni lo pensara, que no podía ser de ninguna manera. Le recomendó que dijera á Aguilera que no intentara verlo, que él era muy cubano, que todas sus simpatías estaban con la causa de de Cuba, pero que convenía mucho que apareciera muy español, para que el Gobierno no lo inutilizara. Almagro varias veces intentó llevarlo á terreno práctico, preguntándole con cuanto se suscribía para la causa, pero Jorrín siempre evadió la respuesta con aquella finura que le era peculiar.

Díjole Aguilera que mucho temía que el señor Jorrín, á quien en tan diferente concepto había tenido, fuese una segunda parte del señor Calderón, empleando muchas protestas de cubanismo y muy bonitas frases pero nada más.

Recomendóle que volviese á la carga, manifestándole que había hablado con él (Aguilera) y decía que el único modo de desistir de verlo, era que contribuyese cual correspondía para la causa, pues él tenía que dar cuenta de su comisión.

Como Almagro notase á Aguilera con el rostro quebrantado, le oyese toser con frecuencia y supiese que el día anterior no pudo salir de su cuarto porque había estado con fiebre, le preguntó por qué no llamaba un médico y se curaba. Contestó Aguilera que por dos motivos: primero, porque no tenía tiempo ni reposo para ello, y segundo, porque temía á los médicos franceses, pues había oído decir que eran muy caros. Repuso Almagro que eso no obstaba, que al día siguiente á las tres de la tarde vendría con su médico, que era uno de los mejores de París para que le hiciera un reconocimiento minucioso y le prescribiera.

El día y hora indicados se presentó Almagro con su médico, el doctor Maillard, en la habitación de Aguilera. El doctor reconoció á éste el pecho auscultándolo y dándole lijeros golpes con los dedos; tomó diferentes informes respecto al origen y duración del catarro, y por último dijo que sólo había una ligera irritación en los pulmones, pero debía cuidarse. Le recetó unas fricciones en la espalda todas las noches con un ungüento con tintura de iodo, una tisana "goudron" sirope de codeina, etc. Fué Almagro personalmente á la botica á buscar las medicinas, y ofreció á Aguilera mandarle su criado todas las noches á darle las fricciones en la espalda, quedando en volver con el doctor cuantas veces fuera necesario.

Aguilera, aunque desconfiaba de la posibilidad de seguir el complicado plan prescripto por el doctor, por falta material de tiempo, sin embargo, poco acostumbrando, desde que se había separado de su familia y estaba en pobreza, á aquellas atenciones y delicadezas, sintió su alma vivamente impresionada, al ver aquel hombre, que por su posición social, su carácter y sus relaciones era un aristócrata, con tanta solicitud y delicadeza prodigarle aquellas bondades, obrando con él como un cariñoso hermano. El alma de Aguilera, siempre dispuesta á responder á todo sentimiento delicado y generoso, tanto por esta bondadosa acción, como por el comportamiento que con la patria y él observó en todo tiempo el caballero á quien aludimos, guardóle siempre un recuerdo grato, como patriota y como amigo.

Conversando Valdés Fauli con Aguilera en su habitación, refiriéndose á Morales Lemus, dijo Valdés Fauli que había sido un buen abogado, muy inteligente en el foro de la Habana y en la dirección de los bancos, muy buen patriota, pero en la dirección de la naciente diplomacia cubana, había demostrado ser completamente inepto, y á su poco tacto atribuía que Cuba no hubiera sacado el provecho que debiera, en los favorables tiempos en que la representó en los Estados Unidos. Refirió el caso de que estando en New York, un amigo quiso tener una conferencia con Morales Lemus, y éste lo citó para su casa. Concurrió el amigo y le manifestó que había un grupo de personas muy influyentes en el Gobierno de los Estados Unidos, dispuestos á cooperar para que Cuba ganara pronto su independencia. Entraron en detalles, discutiéndolos largamente, y parecieron tan favorables á Morales Lemus, que por último se levantó de su asiento y dijo al amigo: "Déjeme usted darle un abrazo, pues usted salva á Cuba," Acordaron día y hora para ser presentado Morales Lemus á los caballeros americanos: llegado el momento concurrieron éstos puntualmente, estuvieron aguardando largo tiempo y Morales Lemus no fué, ni siquiera mandó un recado excusándose. A instancia del amigo se acordó otra cita; concurrieron los señores y Morales Lemus volvió á faltar. Fué el resultado que los personajes, hombres serios, se disgustaron y no volvieron á ocuparse más de Morales Lemus ni de Cuba tampoco.

Refirió también la entrevista que tuvo Morales Lemus con Mr. Fish, en la casa de campo de éste. Morales Lemus se

presentó con su hermano; iba este con el traje descompuesto y sin afeitar por lo que hubo que andar por el vecindario buscando de carrera unas navajas con que afeitar al hermano del Ministro cubano. Así que concluyó la conferencia, pasaron al salón donde estaba la esposa de Mr. Fish, distinguida dama, con otras señoras de la alta aristocracia y algunos prominentes funcionarios del Gobierno. El Ministro Cubano fué presentado á las señoras y caballeros. Invitados los concurrentes á tomar un poco de vino, según es costumbre en la alta sociedad americana, la señora de Mr. Fish tuvo la atenta delicadeza de ofrecer con sus manos una copita de vino al Ministro cubano. Este, como no sabía inglés, empezó á hacer señales para explicar á la señora que no podía tomar vino, porque padecía del hígado. Dice que la escena fué tristemente ridícula y que Morales Lemus no era el hombre de sociedad ni mucho menos el diplomático que Cuba necesitaba en aquellos momentos. De Aldama dijo que era muy lijero en todas sus cosas.

Así que se marchó Valdés Fauli, escribió Aguilera otra carta á Calderón, pues sabía que regresaba pronto á la Habana, pidiéndole que contribuyese con algo para Cuba.

Al día siguiente volvió Valdés Fauli y entregó á Aguilera veinte mil francos con que contribuía para la causa el C. Silvio Moliner; dióle Aguilera las gracias y su correspondiente recibo. Iba Valdés Fauli muy contrariado por un incidente que acababa de ocurrirle con otro cubano rico. Habiendo solicitado de éste que diese algo para la causa, había contestado que no contribuiría mientras no le diesen garantías de que su dinero había de llegar á Cuba convertido en armas y municiones, pues no quería que sirviese para que otros vivieran á expensas de él. Valdés Fauli le preguntó qué clase de garantías quería, para darle todas las que deseara y el sujeto no supo decirle cuáles. Añadió que lo que tenía de sobra eran pocas ganas de contribuir, como ya lo había demostrado en otras ocasiones.

También le refirió que antes de llegar dónde Aguilera, había enseñado á Calderón los veinte mil francos y le había dicho: "Mire usted el resultado de las discusiones en las Cámaras españolas. Un pobre manda á Aguilera esta cantidad y dice que dentro de pocos días mandará diez mil francos más". Calderón quedó asombrado y á las reiteradas instancias de Valdés Fauli para que contribuyera él también,, contestó que ya él lo hacía, por conducto del señor Francisco Izquierdo en New York que tenía su poder para cobrar los alquileres de una casa, y hacía cuatro años que éstos se invertían en la causa de Cuba. Díjole Aguilera que era la primer vez que oía tal nombre, por lo que debía ser alguna "improvisación" de Calderón, pues según decían sus amigos, no se le podía creer una palabra. Recomendóle Aguilera que le siguiera "matraqueando" á ver si al fin conseguía algo.

Habiendo sabido Valdés Fauli que Aguilera no tenía otro traje que el que llevaba puesto, se lo tuvo muy á mal, y recomendó á su escribiente, Gramatges, que lo llevase á una sastrería á su cuenta para que le hicieran un buen traje de invierno y le comprase toda la ropa interior de abrigo que necesitase, pues la poca que tenía Aguilera era muy ligera. Retiróse Valdés Fauli muy animado, prometiendo no descansar hasta traerle varias otras cantidades grandes.

Al día siguiente encargó Aguilera á su escribiente Gramatges que le sacara una letra sobre New York por los veinte mil francos que le había traído Valdés Fauli y tres mil más que tenía él. Lo hizo así trayéndole una letra por $4.315,60 habiendo pagado el descuento de cinco y un tercio por ciento; letra que endosó á favor de Mayorga para remitírsela en la primer oportunidad.

Fué luego á visitar al señor Almagro y lo hicieron entrar en su cuarto por estar enfermo. Encontró allí al señor Silverio Jorrin, su antiguo maestro, que lo visitaba también. Apenas entró Aguilera, después de los correspondientes saludos, le dijo Jorrín que se alegraba de aquel encuentro casual para desvanecer cualquier idea equivocada que pudiera Almagro haberle hecho concebir respecto á él. Díjole que él era español, que no estaba con la revolución, que

ni podía ni quería dar nada para su sostenimiento; que no tenía ningún embarazo en decirlo á él, y se alegraba de que hubiese un testigo presente para que así constase. Ante aquella súbita acometida, tan brusca como inesperada, Aguilera sintió agolpársele la sangre á las sienes, nublarse su vista y estuvo á punto de tapar la boca y apretar la garganta á aquel hombre para hacerle callar; pero en un instante se repuso, considerando el lugar donde estaba, las atenciones que debía al dueño de la casa que se encontraba enfermo, y el mal efecto que el escándalo produciría en la emigración. Contestóle por lo tanto después de una corta pausa, con mucha mesura, que precisamente era eso lo que deseaba saber. Que las opiniones políticas no se imponían y él estaba muy distante de pretender arrogarse esa facultad. Que por su parte también se alegraba de que hubiese un testigo que pudiese aseverar en su día lo que entre los dos había pasado, pues tenía que rendir cuenta á su Gobierno de su comisión, para la cual necesitaba forzosamente ver á todos los cubanos, aunque ellos no quisiesen verlo á él y estuviera seguro de recoger una decepción como la que acababa de recibir.

Contestóle Jorrin más calmado que lo que le había dicho era en el terreno político, pero en el particular no podía olvidar la amistad que lo había unido con su hermano Antonio y que á él siempre lo había estimado. Contestóle Aguilera que también él tenía recuerdos de ''otros tiempos'' y le sucedía lo mismo. Inmediatamente, como si temiera que resbalase la conversación á un terreno á que no quería llegar, se levantó Jorrin de su asiento diciendo que sentía mucho haberle proporcionado ese mal rato á su amigo el señor Almagro y que iba á retirarse para que, quedando solos, pudiesen hablar con entera libertad y se retiró. Esta nueva y dura decepción causó un profundo desconcierto en el ánimo de Aguilera, de tal manera que después de la relación de lo que procede, añadió en su ''diario,'' los siguientes párrafos:

''Como llevo este minucioso ''diario'' de las operaciones de mi vida durante la revolución, para que mis hijos puedan algún día, si pierdo la vida, defender mi memoria de las calumnias con que pretendan herirme, no me parece fuera de propósito consignar aquí algunos datos sobre los Jorrines.

''Los Jorrines, esos opulentos Jorrines de hoy, nacieron pobres y fueron pobres. Por los años 1832 ó 33, llevó mi padre á mi hermano Antonio á estudiar á la Habana y lo puso en el ''Colegio de Carraguao.'' Allí estaban los Jorrines, y no quisiera mentir, pero creo que recibieron su educación gratis, porque el Colegio la daba á cierto número de alumnos pobres. Bernardo Figueredo es el único condiscípulo que queda de aquel tiempo, que pueda informar sobre este particular. Mi hermano estrechó amistad con ambos y sobre todo con José Silverio por su carácter dulce y amable. Concluyeron su educación simultáneamente y ya fué preciso pensar en la carrera. Gonzalo Jorrin vino á Francia á seguir la medicina. Mi hermano debía estudiar derecho en el ''Colegio de San Carlos'', distante casi una legua de Carraguao; mi podre no quiso que se trasladara á vivir fuera de este lugar, por temor, decía, á que las malas compañías lo fuesen á pervertir en la Habana. Le compró un ''quitrín'' con una pareja de caballos y le mandó para ''calesero'' al esclavo Juan Chiquito, y de esta manera Antonio vivía en Carraguao é iba á clases dos veces al día á ''San Carlos.'' Mi hermano, que quería á Silverio como si fuese su propio hermano, le franqueó un asiento en su carruaje y de este modo iban y venían juntos hasta que se hicieron Bachilleres. Conseguido esto, y habiendo muerto mi padre en el año 1834, fué mi hermano á Bayamo á ver á mi madre en el 35, y en el 36, volvió á la Habana á hacer la ''pasantía'' y me llevó á mí. Mi madre tampoco quiso que fuéramos á vivir á la Habana sino á Carraguao y le montó á mi hermano un carruaje con todo lujo. José Silverio estaba en el mismo Colegio y daba una lección de gramática y de otra asignatura y creo le daban seis onzas de sueldo, como profesor. Entonces iba y venía á la Habana para su ''pasantía'' en una volanta que tenía el Colegio para llevar y traer los profesores. Yo fuí, pues, su discípulo, de gramática, y como estaba en la clase prepa-

ratoria para entrar en la de retórica y poética, él es tan instruído, y se empeñaba tanto en que sus discípulos se luciesen en los exámenes, nos daba una tintura de otras materias. Recuerdo haberle oído explicar las formas de Gobierno que tenían las naciones, desde el despótico absoluto, hasta el republicano democrático con sus correspondientes comentarios, de una manera brillante; y recuerdo positivamente que sus explicaciones fueron las que hicieron fijar mi atención en que los cubanos arrastrábamos una cadena oprobiosa, y que había una salvación en la República. ¡Quién me había de decir que el mismo hombre que con tanta sutileza infiltrara en mi alma aquellas santas doctrinas, treinta y tres años después se produciría conmigo mismo en los términos que lo ha hecho esta tarde! No. Don José Silverio Jorrin no tiene perdón de Dios ni de los hombres. Lo han hecho salir los voluntarios de la Habana de una manera oprobiosa; sin formación de causa .Ha subido al patíbulo como un héroe el patriota Ayesterán, su sobrino, el que iba á ser su hijo. Los españoles han llenado de desolación su hogar doméstico, pues todavía no se enjugan las lágrimas de su deventurada hija. Y sin embargo, ese hombre tiene aún el cinismo de decirme cara á cara, que no está con la Revolución; es decir, que no quiere que Cuba sea libre, sino que siga siempre humillada por el español. ¡Miseria humana! ¡A cuánto obligan los intereses mezquinos á las almas pequeñas!"

Como se ve, duro fué este golpe para Aguilera. Siempre había conservado para su maestro los más gratos recuerdos, como que estaban ligados con las primeras impresiones de su juventud. Y la primera vez que se encontró con él, después de tan largos años, cuando ya aquella semilla, tal vez al acaso lanzada, había fructificado y alcanzado tan grandioso desarrollo, ver que cara á cara con él, renegaba de su obra. Aquel encuentro desgraciado preocupó á Aguilera hondamente, siendo uno de los golpes más duros que recibió en su vida.

CAPITULO VIII

OCTUBRE Y NOVIEMBRE 1872

ALDAMA VUELVE DE SU PASEO POR ITALIA.—SUS APRECIACIONES SOBRE LA POLITICA ESPAÑOLA—CALDERON Y KESSEL PONE PRETEXTOS PARA NO CONTRIBUIR.—ALDAMA MUY ANIMADO SE DISPONE AUXILIAR A AGUILERA.—REHABILITACION DE JORRIN.—GRATA IMPRESION RECIBIDA POR AGUILERA.—EN SU ENTUSIASMO CONCIBE EL PROYECTO DE UNA GRAN EXPEDICION A OCCIDENTE—RECIBE REGALO DE MEDIA DOCENA DE CAMISAS, CUELLOS Y PUÑOS.—JUICIO DE AGUILERA SOBRE CALIXTO BERNAL.—AGUILERA COMUNICA SU PROYECTO DE EXPEDICION A ALMAGRO.—ESTE LE OFRECE SU AUXILIO.—REGOCIJO DE AGUILERA.—TEME QUE ALDAMA LE ESTORBE.—ALDAMA DICE IRA A CUBA CON AGUILERA.—ENTUSIASMO DE ALMAGRO.—MALPICA MUESTRA SER UN PATRIOTA GENEROSO—EL CONDE DE FERNANDINA—AGUILERA ESCRIBE UNA MEMORIA SOBRE SU EXPEDICION.—JOSE MARIA COSTAS, VICE-PRESIDENTE DEL PERU.—AGUILERA SE IMPACIENTA POR NO TENER RAZON DE ALMAGRO.—RELATO DE ALDAMA REFERENTE A BENIGNO GENER Y RAMON MARTINEZ.—GASPAR ARTEAGA Y JOSE M. MORA.—MIGUEL FIGUEROA Y SU BRINDIS EN UN BANQUETE.

Fué Aguilera á visitar á Saco y encontró allí á Aldama, que estaba de vuelta de su paseo. Refirió sus viajes por Italia y después de contar las grandezas que había admirado, dijo á Aguilera que venía á ayudarlo. Habló de la situación de España. Dijo que la causa de Cuba era la que estaba sujetando el levantamiento de aquélla, en sentido republicano; que los partidos españoles temían que con la promulgación de la república, los voluntarios de la Habana se separasen de la Metrópoli, y aunque el gobierno retirase el ejército y la marina, no por eso se aplacaría la guerra, sino que se escendería entonces de una manera asoladora. Añadió que aunque el gobierno español se encontraba muy afligido, no por eso

dejarían de ir los catorce mil hombres que se proponían mandar, porque esos los pagaba don Manuel Calvo y el partido español de la Habana. Le pidió Aguilera una entrevista para hablar de sus asuntos y le señaló Aldama las doce del día siguiente en el "Grand Hôtel" donde paraba.

Asistió Aguilera, y Aldama, con la verbosidad y viveza que acostumbraba en sus momentos de expansión, le refirió que á pesar de haberle mandado decir á sus amigos que no los iba á ver para no comprometerlos, todos habían estado á visitarlo excepto el Conde de Fernandina, porque estaba enfermo. La noche anterior había estado Silverio Jorrin hasta muy tarde y desde el día siguiente empezaría á pagar las visitas. Dijo que no tuviera cuidado, que les hablaría á todos y esperaba conseguirle una buena suma. Hablóle Aguilera sobre la protesta de Ibarra, y contestó que la había leído, y aunque tenía cosas muy buenas le había parecido mal la forma. Cuando iban á entrar en otras explicaciones fueron interrumpidos y después se separaron quedando en verse con frecuencia.

Calderón al fin se fué para la Habana. Antes de marcharse recomendó á Valdés Fauli que lo disculpase con Aguilera por no haberle contestado su última carta, y dijo con respecto al donativo de que le hablaba en ella, que hacía cuatro años que el C. Francisco Izquierdo de New York, que cobraba los alquileres de cierta casa, tenía orden de destinar su importe á la causa de Cuba; que al llegar á la Habana se informaría por qué esos alquileres no iban á manos de Aguilera. Valdés Fauli le contestó: "Vaya, amigo don Pancho, eso se me parece á aquella tonadilla cubana que dice: "en el circo me verás, pero me cojerás... ¡Cuando!"

Marchóse para la Habana el señor Marqués ó Conde de Casa Calderón sin dar un franco para Cuba, ni siquiera haber querido ver á Aguilera después de tantas protestas de cubanismo, y de haber quedado en avistarse con él para resolver sobre el plan de los trabajos á favor de la causa, que pudiese realizar en la Habana.

Pidió Aldama á Aguilera una lista de los cubanos que no hubiesen contribuído para la causa, con objeto de hablarles él, y comprometerlos á que cumpliesen con ese deber de patriotismo. Aguilera se la dió. Le dijo también que así que concluyera ese trabajo, iría á Londres á tratar de conseguir un empréstito, para lo cual traía muy buenas cartas de recomendación para los dos principales banqueros de la ciudad. Temiendo que la ida de Aldama á Londres pudiese dar lugar á algún entorpecimiento, pues Macías estaba trabajando allí sobre el mismo empréstito, se ofreció acompañarlo, á fin de conferenciar con Macías, y estar al cabo de lo que sucediese. Aldama aceptó con mucho gusto la compañía de Aguilera, pero le indicó que no trataba de mezclarse en los trabajos que estuviese haciendo Macías.

Hablóle Aguilera otra vez de la protesta y contestó que la había leído y más bien le parecía un "alegato" que un documento de la naturaleza que se necesitaba. Dijo Aguilera que se la había encomendado á Echeverría para que la hiciera en New York; contestó Aldama que no podría hacerla porque estaba preparando su viaje para el Perú.

Aguilera encontró muy animado á Aldama y bien dispuesto á trabajar por la causa; díjole éste que era necesario dar un golpe bien duro en el corazón á los españoles, quemándoles todos los ingenios de Vuelta Abajo. Hizo votos Aguilera por no verse engañado esa vez, y que Aldama se pusiera resueltamente al lado de la causa, dispuesto á auxiliarla con todo lo que valía y podía. Al despedirse invitó á Aguilera á que fuese á comer con él, cosa que por primer vez en su vida hacía. Aguilera dió las gracias y se excusó.

Llegó Almagro á visitar á Aguilera y dijo que le traía cinco mil francos; que dos días después le traería otra suma igual. Suplicóle Aguilera que los retuviera en su poder y cuando consiguiera la otra cantidad que le anunciaba, le trajese una letra sobre New York por ambas partidas juntas, para remitirla á Mayorga. Almagro accedió. Hablaron sobre otros particulares, y por fin, al marcharse, en la escalera, le reveló Almagro que tanto la cantidad que le traía, como

la anterior de dos mil quinientos francos que le dijo era de un anónimo, procedían de José Silverio Jorrín, quien le había ofrecido también la otra suma que acababa de anunciarle. Refirióle que lo que había pasado en su casa entre Jorrin y él, había sido una farsa, hija del miedo que tenía Jorrin de que se supiese que él ayudaba la revolución. Cuando llegó Aguilera á su casa, acababa de entregarle los bonos cubanos que él le había dado por la cantidad anterior, los cuales tenía ya Jorrín en el bolsillo. Dijo Almagro tuvo que presenciar impasible aquella desagradable escena, porque había ofrecido á Jorrín no decir nada; pero esa vez, al llevarle los cinco mil francos que acababa de entregarle, le había dicho que él no podía seguir representando esa comedia con Aguilera, porque conocía que lo ofendía. Que si quería que le llevase esa cantidad era necesario que lo autorizase para revelárselo todo, pues tenía entera confiianza en su discreción y prudencia. Jorrín al fin asintió.

Esta revelación de Almagro hizo tan grata impresión en el ánimo de Aguilera, como desconsoladora fué la que experimentó con su última escena con Jorrin. Por una parte le complacía tener esa prueba de la lealtad de Almagro, persona que en tan alto concepto tenía. Tan acostumbrado estaba á los desengaños, que ya dudaba de todo. Por otra parte,, como la decepción que había experimentado con Jorrin, le había herido en lo más profundo del alma, pues desde su juventud siempre había guardado el más grato recuerdo de su antiguo profesor, juzgándolo identificado con él, en sus sentimientos, entonces, llegado el momento de su rehabilitación, sintió ensancharse su alma; vióse libre del peso abrumador que oprimía su cerebro, pues consideraba que si aquel hombre de distinción, á quien siempre había conceptuado como buen cubano, reprobaba en tan alto grado la revolución, que no había tenido reparo en expresarse con él, á pesar de los antecedentes de amistad que los unía, en términos tan duros, debía haber muchos otros cubanos que pensaran como él. Y si la revolución no era aceptada por todos los cubanos, si había muchos que como Jorrín, preferían ser españoles, que no querían que Cuba fuese libre. ¡Oh Dios! ¡Que tormento más horrible le producían estos pensamientos! Hubiera querido verse hundido en lo más profundo de la tierra!

Pero todas estas ideas atormentadoras las vió desvanecer en un momento. Veía, tocaba entonces, por el contrario, que los hijos de Cuba, aun aquellos que parecían más españoles, en el fondo de su conciencia no eran otra cosa que cubanos; y que los cubanos todos querían ver á su patria libre é independiente, se agrupaban á su lado llevándole su óbolo, para ayudarlo á barrer de ella la tiranía y plantar la libertad.

Fué completa la reacción que se obró en su ánimo; parecióle entonces más seguro que nunca el triunfo de la revolución; pero un triunfo rápido y breve. Como prueba de lo que decimos, vamos á transcribir aquí un párrafo de su "diario", fecha de 22 de Octubre de 1872:

"Ha sido tal el aliento que me ha in fundido la conducta de Jorrin, que anoche la alegría me robó el sueño y la pasé toda formando "castillos en el aire" y mil planes diferentes hasta que al fin me he fijado en el siguiente: Pedir á Almagro, que le está sirviendo á la causa con tan infatigable celo, y es una de las personas de más influencia aquí entre los cubanos, que reuna en su casa á cinco ó seis de los más acaudalados y les diga en mi nombre que ha llegado el momento supremo de hacer el último esfuerzo. Que si ponen en New York cien mil pesos, cosa que pueden hacer muy fácilmente, pues hay aquí más de veinte cubanos que pueden dar de diez á veinte mil pecada uno, me comprometo á acabar la guerra en seis meses, con el menor perjuicio posible. Desde luego ofrezco respetar sus propiedades y defenderlas de la rapacidad española. Mi expedición constará de ochocientos á mil hombres, bien armados y pertrechados y desembarcaré por Occidente, donde tengo seguridad de que se me unirá todo el país. Marcharé sobre la Habana, pues para el efecto llevaré también tres ó cuatro mil armas de precisión para armar á los que se me unan. Estoy muy cierto de que los "ínclitos" voluntarios, tan luego que sepan que marcho sobre ellos, serán los primeros en gritar "Viva Cuba libre,"

lo mismo que hicieron al principio en todos los puntos en que la revolución se presentó potente. Al ejército no le temo; el gobierno no puede presentarme tres mil hombres en ninguna parte, porque no puede abandonar sus posiciones, á grandísima distancia unas de otras. Y en último caso, organizaría quince ó veinte mil negros que con una carga al machete, bien dirigida, decidiría la cuestión favorablemente en una sola batalla. Le diré que empeño mi fe y me comprometo en nombre de la república de Cuba á indemnizar á los individuos que ahora contribuyan con valores, no solamente éstos, sino el valor de sus esclavos, que por nuestra Constitución son libres y cualquier otro perjuicio que pueda originárseles. Por último, que el plan de campaña que pienso adoptar es el mismo que tenía el general Narciso López, de imperecedero recuerdo para todo cubano, y que estoy dispuesto á discutirlo en una junta de tres individuos peritos en la materia, con otros detalles que se darán en una memoria que pienso presentarles''.

Por ese párrafo podrá juzgarse el entusiasmo de que Aguilera estaba poseído, y de la arrojada empresa que intentaba.

Al día siguiente recibió una caja de cartón conteniendo seis camisas blancas y una docena de cuellos, dirigida á ''Mr. Hernández, rue Rivoli, Hotel Rivoli número 202''. F. Hernández era el hombre por el cual todavía era conocido Aguilera. Preguntóle á su escribiente, Gramatges, si sabía algo de aquello, y en el modo de contestarle conoció que se encontraba en el secreto. Requerido con insistencia por él, contestó al fin Gramatges que el presente era para él y provenía de un cubano pobre, que quería hacerle ese obsequio, y cuyo nombre había prometido callar. Ese cubano había consultado con él, lo más útil que pudiera regalarle, y como veía que sus camisas no estaban en buen estado, le aconsejó que fuera ese el presente que le hiciera. Agradeció Aguilera esa prueba de simpatía y de consideración hacia él, y la manera delicada con que se le hacía, no queriendo que supiera el nombre del donante, y mucho más proviniendo de un cubano pobre, pensando que siempre los pobres son los que se muestran más generosos. Aceptó el presente con mucho gusto y recomendó á Gramatges que diese á ese cubano las gracias de su parte de la manera más expresiva.

Manifestóle Carlos de Varona que había recibido carta del C. Calixto Bernal, de Madrid, y que ni una palabra le decía de haber recibido la carta de Aguilera.

''¡Pobre humanidad!—escribe en su ''diario''.—El día que venza la revolución se presentará ese señor alegando sus méritos y servicios, que se reducirán á varios artículos de periódicos, por supuesto, sin su firma, para que no produzcan efecto alguno. Su patriotismo parece estar á la altura del de mi paisano Pepe Fornaris''.

Llegó Almagro el día ofrecido, trayendo á Aguilera una letra sobre New York de $1.875,48, importe de los diez mil francos con el descuento correspondiente. Dióle Aguilera los bonos y guardó la letra para remitirla á Mayorga, endosada. Enseguida le dijo Aguilera que quería hablar detenidamente con él, para un asunto importante; inmediatamente entró en materia refiriéndole el proyecto que tenía para desembarcar él en persona una expedición por la Vuelta Abajo, según explica el párrafo que anteriormente hemos transcrito de su ''diario''. Almagro después de oir á Aguilera atentamente, aprobó el plan en todas sus partes, pareciéndole magnífico. Muy entusiasmado le dijo que iba á poner manos á la obra y á trabajar inmediatamente. Se proponía hablar á Malpica, quien pensaba irse el día siguiente para España, con objeto de que demorase su viaje y fuese uno de los que asistiesen á la Junta, pues contaba con él de todas maneras. Con quien temía encontrar dificultad era con Jorrin, aunque creía que al fin lo convencería, pues nadie estaba más agraviado de los españoles que él, habiéndole difamado y aun herido en la honra de su familia. Ofreció á Aguilera hacer todos los esfuerzos imaginables, diciéndole que estaba dispuesto en la junta que tuviesen á decirle á sus amigos, que él, que era un pobre entre ellos, ofrecía suscribirse para la empresa con veinte mil pesos. No aceptó por su parte el ofrecimiento que hacía Aguilera, en nombre de la república, de indemnizar á los contribuyentes

del valor de sus esclavos y dijo que creía que los otros tampoco aceptarían.

Habiéndole dicho Aguilera que ellos podían nombrar un individuo de su confianza que fuese el depositario y quien manejase los fondos, se opuso Almagro y dijo que ellos todos tenían una fe ciega en su honradez y la buena dirección que daría á la empresa.

Hablóle Almagro de Aldama, y contestó Aguilera que no lo tocara, que se lo dejase á él; pues conociendo á Aldama, por bien dispuesto que se hubiese manifestado últimamente, temió que al tocarle el bolsillo, hiciese lo que acostumbraba, enfriando á los demás. Despidióse Almagro lleno de entusiasmo y quedó Aguilera acariciado por las más halagüeñas esperanzas.

Mucho tiempo hacía que no experimentaba un regocijo como el que sintió aquellos días; cuando se reunió con Bravo, su amigo y secretario á quien casi á diario veía, le refirió todo su plan, y la conversación que había tenido con Almagro. Bravo también se sintió entusiasmado; dijo que en tal virtud, ya no iría al Perú, y esperaría á ver el resultado, ayudándolo en cuanto pudiera.

Encontró Aguilera en el patio del "Grand Hotel" á Aldama sentado en compañía de Ruz y de Valentín. Acercóse á ellos, los saludó y Aldama lo recibió muy festivo diciendo que allí estaban hablando de su viaje (de Aldama) á Cuba libre. Dijo que ese viaje pensaba hacerlo con Aguilera. Contestó éste que le tomaba la palabra, y supiera que de todos modos él pensaba irse bien pronto. Contestó Aldama que estaba corriente pero que Aguilera debía llevar una buena expedición, que decidiera la suerte de la guerra; de otra manera sería arriesgar su vida inútilmente y exponer el resultado de la revolución, pues si los españoles lo cogían y fusilaban, sería grande el desaliento de los cubanos, porque además de la falta que hacía su presencia, se creería que no era posible que llegaran expediciones con felicidad á Cuba. Reiteróle Aguilera que él había dicho á sus amigos que iría á Cuba de la manera que ellos lo mandaran y aprobó á Aldama su resolución de ir, diciendo que su presencia en Cuba libre equivaldría al desembarco de una expedición de dos mil hombrs, por la influencia moral y la significación que había de tener ese paso dado por él.

Habiendo llegado Almagro y Pozos Dulces, aprovechó Aguilera una oportunidad para decir al primero que necesitaba hablar con él aquella misma noche. Almagro lo citó para su casa.

Concurrió Aguilera á la cita con Almagro encontrando varias visitas. Así que se despidieron, á las diez de la noche, quedando solos Almagro y él comenzó Aguilera diciéndole que quería oir su parecer sobre cierto particular. Manifestóle que había observado muy animado á Aldama para auxiliarlo, habiéndole hecho muchos ofrecimientos; sin embargo, aun no le había dicho nada respecto á su proyecto de expedición, y temía que si lo sabía por otro conducto, se resintiera por la reserva que usaba con él. Por otro lado, temía también decírselo, porque no tenía confianza en su reserva y si le tocaban el bolsillo sería un elemento de desanimación. Contestó Almagro que para obviar esas dificultades, podía decírselo, pero no de momento ,sino cuando saliese con él para Inglaterra, que debía ser dentro de tres días. Añadió que era necesario que lo de la junta se tuviese en el mayor silencio, porque si se sabía antes de efectuarse, daría por resultado que nadie concurriría á ella. Refirióle Almagro su plan diciendo que la piedra angular era Jorrín y la gran obra que tenía que realizar era convencerlo de que había llegado el momento de hacer un esfuerzo supremo. Después de varios argumentos que le tenía preparados, iba á concluir diciéndole:

"Don Pepe, yo sin saber por qué, he llegado á merecer de usted la confianza que sé no dispensa á sus mejores amigos. El año 68, á principios de la revolución, me confió usted que le había entregado á "Fransquito" Fesser, cincuenta mil pesos para ella. Ya han pasado cuatro años de guerra; usted ve el tesón y la pujanza con que se sostienen los patriotas en el campo, ve la resolución firme que han formado de pelar hasta el último trance, ¿por qué no hemos de hacer ahora un esfuerzo para concluir tan san-

grienta lucha? ¡Cuántas nobles víctimas pudiéramos salvar! Y después de todo, no se nos exige ni una mitad de la suma de que usted generosamente se desprendió en circunstancias en que el resultado se veía aventual.'' Dijo Almagro que si lograba reducir á Jorrín, el éxito era completo. Le propondría que invitase á almorzar en su casa, con cualquier pretexto, á Ricardo y Silvio Alfonso y á Emilio Céspedes, á mediados del almuerzo se presentaría él, como por casualidad. Allí se hablaría de la guerra de Cuba, y él traería la conversación al terreno de su terminación, y colocando el asunto en situación oportuna, propondría el proyecto. Dijo que hablaría por sí y por Malpica que le había ofrecido contribuir como el que más diera. Estaba seguro de que si Jorrin hablaba favorablemente del proyecto, arrastraría á los otros tres, pues tenían una confianza ciega en él sobre ese particular. Sabía que Fernandina no iría de modo alguno á ninguna invitación, porque estaba retraído de toda sociedad con los cubanos por el terror que tenía á la confiscación; pero que no desesperaba de sacarle alguna cantidad. Malpica era el reverso de la medalla; dijo tenía muchísimos deseos de conocer á Aguilera, por lo que había convenido con él en que se vieran en su casa dos días después, á la una del día. Manifestó Almagro que si Aguilera lograba entusiasmarlo suficientemente, no dudaba que sacaría de él la mayor parte de la suma. Le había dicho Malpica que si hubiera sabido que Aguilera iba á París, habría hecho que le libraran de la Habana doscientos mil pesos que tenía allí y no los había sacado por no perder en el cambio. Entonces, él solo hubiera dado los cien mil pesos á Aguilera; sin embargo, añadió Almagro, si lograba entusiasmarlo, creía que le daría la mayor parte de la cantidad que necesitaba.

Esta bella perspectiva se desvaneció bien pronto, porque habiéndoseles reunido la señora de Almagro, les dijo que había estado allí la de Malpica, á despedirse para España, para donde pensaban salir al día siguiente. Comentando este contratiempo, pensaron que aún había la esperanza de que Malpica retardase el viaje, aunque convinieron en que la esperanza era débil si la señora se empeñaba en salir, porque él acostumbraba complacerla siempre en todo. Despidióse Aguilera después de las once de la noche con la impresión de que si había malos cubanos, como algunos que él por desgracia conocía, también los había buenos, como Almagro y Malpica.

Vió á Almagro después, y le dijo éste que al fin Malpica había partido para Barcelona, por lo cual no podía tener la entrevista con Aguilera; pero antes de marcharse le había encargado que lo representara en la Junta que debía tener lugar y dijera que el contribuiría con tanto como el que más contribuyese. Dijo también Almagro que á las tres de la tarde del día siguiente esperaba en su casa al Conde de Fernandina, al que pensaba hablarle del proyecto.

No esperaba gran cosa del Conde, porque dijo era muy apegado á su ''grandeza'' española y él ya en otra ocasión le había dicho que más le convenía estar á la cabeza de sus paisanos, en su tierra, que á la cola de los ''grandes'' españoles, por los que siempre sería desdeñado, por que consideraban su ''grandeza'' como de ''cajas de azúcar''. Preguntóle Aguilera ¿cómo teniendo ese modo de ser el Conde, había dado dinero á Quesada. Contestó Almagro que por verse libre de él, le había dado veinte mil francos, sabiendo que no iba á Cuba, porque veía como gastaba el dinero en París. Sin embargo, Almagro contaba con que siempre contribuiría con algo.

Manifestó Aguilera que al día siguiente pensaba salir para Londres con Aldama, y quedó en mandarle una ''memoria'' que había escrito sobre su proyecto de expedición, la que podía leer en la junta de cubanos que proyectaba para que facilitasen los fondos. Aprobó Almagro la ''memoria'', pero sobre la diligencia que lo llevaba á Londres, que era el empréstito, dijo pensaba que sería inútil, pues los banqueros no arriesgarían su dinero en un negocio de esa naturaleza. En cambio propuso otra negociación que creía de resultados más positivos. Había conocido en Madrid, hacía varios años, á don José María Costas, actual Vice-Presidente del Perú. Fueron

íntimos amigos, pues varias veces vivieron juntos mucho tiempo. Como sabía que Echeverría iba al Perú, le mandaría una carta de recomendación espléndida, y con la ayuda de esa persona tan importante, estaba seguro de que podría conseguirse un empréstito privado, de dos ó tres millones de pesos. Dijo que ese señor era anti-español rabioso. Cuando estuvo en España, antes de partir, se despidió deseándole cincuenta años seguidos de guera civil, porque no podía perdonarle la guerra que tuvo con el Perú y el combate del Callao, que les costó muchos millones de pesos. Envió Aguilera la "memoria" á Almagro, la que puede verse en el "Libro de Correspondencia etc."

Supo después Aguilera por Valdés Fauli, que el conde de Fernandina había decidido marcharse inmediatamente para España saliendo al día siguiente. Le dijo así mismo que Almagro le había referido la entrevista que tuvo con el expresado Conde, que fué muy borrascosa. Se había mostrado refractario á prestar ningún auxilio á la revolución, diciendo que cuando Quesada lo comprometió á que le diese dinero para la causa, por mucho que le recomendó el mayor secreto, llegó á saberse y por un milagro no le confiscaron sus bienes en Cuba. En resumidas cuentas, el referido Conde se había alarmado tanto con la última conferencia con Almagro, que decidió repentinamente irse á vivir á Madrid para evitar disgustos y que pudieran volverlo á comprometer. Tales perjuicios causaba la flojedad de lengua de muchos cubanos, tan sólo por el pueril deseo de darse importancia.

Refirióle también Valdés Fauli, que Jorrín había confiado á Aldama el secreto de que había dado á Aguilera una fuerte cantidad para la causa. Mucho extrañó Aguilera esta debilidad de Jorrín, á quien conceptuaba hombre serio, y que tan temeroso se mostraba de que se supiese que él contribuía para la revolución. Le contrarió bastante esta noticia, pues veía cómo se iba extendiendo la cadena, estando ya en el secreto Aldama y Valdés Fauli, que ninguna necesidad había de que lo supieran; temió fuera á repetirse la misma situación de Fernandina con Quesada, esta vez por culpa del mismo Jorrín. ¡Oh vanidad, á cuántos pierdes!

Bastante preocupado quedó Aguilera con lo que le dijo Valdés Fauli de Fernandina y Almagro. Por otra parte, ya hacía cuatro días desde su última conferencia con éste, y no haber vuelto á verlo le hacía sospechar que las cosas no iban bien. De buena gana hubiera ido á ver á Almagro, para salir de sus dudas crueles, pero temía ir con mucha frecuencia á su casa, no fuese á alarmarse también y se retrajera de ayudarlo, cuando era uno de los pocos que lo auxiliaban y en quien había puesto tanta esperanza. Resolvió esperar un tiempo más. A tal condición se veía reducido. Su presencia infundía temor en aquellos á quienes él más necesitaba, y sólo podía acercarse á ellos por la mediación de una dos ó más personas.

Habiéndole manifestado Villa Urrutia que pronto debía volver á la Habana, y que lo haría por la vía de España, le dijo Aguilera que antes de irse deseaba tener una conferencia á la que asistieran otros patriotas. Quería tratar sobre la Agencia de Cádiz, á ver si convendría nombrar para ella al C. Benigno Gener, con quien estaba en correspondencia y se manifestaba dispuesto á aceptarla. Se proponía aprovechar la marcha de Villa Urrutia para dejar resuelto ese importante asunto.

Acordada la reunión, concurrieron á ella en la habitación de Aguilera, éste, Villa Urrutia, Valdés Fauli, Aldama y Bravo. Habiendo manifestado Aguilera su objeto, dijo Aldama que Benigno Gener era su íntimo amigo, y una persona que poseía todos los méritos que pueden hacer á un hombre estimable; pero á él le constaba que tenía compromisos muy sagrados con Ramón Martínez de New York y que á éste era á quien enviaba todos los fondos que allí recolectaba. Hizo entonces Aldama la siguiente historia. Dijo que Gener y Martínez eran socios en un ingenio. Gener había sido al mismo tiempo Sub-Director de la "Caja de Ahorros" de Matanzas, siendo Director de ella don Carlos del Castillo, en la Habana. Recomendaron á Gener un joven, hijo de un boticario, que admitió co-

mo dependiente; éste fué ascendiendo en categoría hasta que lo hizo cajero. Un día fué Gener á su ingenio y á su regreso encontró que el joven cajero se había alzado con todo el dinero que tenía la caja que ascendía á más de cien mil pesos, yéndose á los Estados Unidos. Gener no tuvo otro remedio sino pagar, y al efecto hizo un arreglo con la dirección de "La Caja" por el cual había de abonar veinticinco mil pesos todos los años hasta extinguir la cantidad. Martínez proporcinó á Gener la primer anualidad.

Dos años después vino la guerra, los españoles hicieron salir de Cuba á Gener, y Martínez puso á su disposición las zafras del ingenio, diciéndole que se arreglarían de cuentas cuando mejorase de fortuna. Dijo que desde entonces estaba Gener cogiendo íntegras las zafras del ingenio y era con lo que se sostenía en Cádiz. En esta razón se fundaba Aldama para creer que Gener no mandaría los fondos que recolectase á otra persona que Ramón Martínez. Todos convinieron en que tenía razón. Después de discutido el asunto se convino en que Villa Urrutia llevase el nombramiento de Agente con el nombre de la persona para quien era en blanco; hablaría con Gener, y si éste se manifestaba dispuesto á mandar los fondos á la Agencia de New York, llenaría el nombramiento con su nombre, y si decía que tenía compromiso de mandarlos á Ramón Martínez, entonces daría el nombramiento á otra persona, la que le pareciese más idónea, llenándolo con el nombre de esta persona.

Tratóse también de la Agencia de la Habana y dijo Aldama que el hombre que actualmente estaba al frente de ella no convenía bajo ningún concepto porque todos los fondos que recaudaba los mandaba al C. José María Mora de New York. Durante el tiempo que él había sido Agente, nunca le había mandado nada, y creía que lo mismo le habría pasado á Aguilera. Dijo éste que efectivamente, tampoco él había recibido cosa alguna y las veces que le había escrito, siempre le contestó dándole algún pretexto; y como las comunicaciones no podían ser frecuentes y había que obrar con prudencia, nada había podido conseguir de él. Villa Urrutia defendió al mencionado Agente, que era el C. Gaspar Arteaga, diciendo que desde que lo conoció, lo había visto, pobre, sí, pero muy constante en sus trabajos revolucionarios, exponiéndose á cada paso. Por último, había despedido á todos los criados de su casa, quedándose solo con el cocinero para evitar una denuncia, y su esposa era quien desempeñaba los quehaceres domésticos. Acordóse al fin que Villa Urrutia llevase otro nombramiento en blanco, para llenarlo con el nombre de Arteaga, si éste se comprometía á mandar lo que recolectase á la Agencia de New York, ó con el de otra persona á propósito, si ponía alguna dificultad.

Habiendo encontrado Aguilera al joven Miguel Figueroa, se disculpó éste de no haber ido á verlo en los últimos días, protestando estar siempre á su disposición, y de ser necesario, estaba dispuesto á acompañarlo en su próximo viaje á Londres. Contestóle Aguilera que donde lo necesitaba era en España como Agente, para que le recolectara fondos, hasta que él le avisara desde New York que tenía su expedición lista; entonces iría á reunirse con él, y juntos marcharían á Cuba. Repuso Figueroa que estaba incondicionalmente á las órdenes de Aguilera y quedó en ir al día siguiente á su habitación para recibir instrucciones.

Concurrió Figueroa y hablaron largamente sobre su comisión. Dijo Aguilera que convenía que permaneciese en París hasta que él regresase de Londres y entonces le daría una autorización para que fuera á Madrid á recolectar fondos. El estaba haciendo todos los esfuerzos posibles á fin de reunir elementos para formar una gran expedición y desembarcar con ella en Occidente. Caso que lo consiguiese, le escribiría entonces á Madrid para que fuese á reunirse con él en New York, en unión de algunos jóvenes más, de las condiciones que le había dicho, que quisieran acompañarlo. Si por el contrario, sus esperanzas quedaban defraudadas y tenía que salir para Cuba en un bote, ú otra manera semejante, en ese caso lo relevaba de su compromiso, pues no quería exponerlo á los aza-

res de tal expedición. Contestó Figueroa muy entusiasmado que no retiraba su palabra: que al ponerse á disposición de Aguilera para servirle á la causa de Cuba, su patria, era incondicionalmente, decidido á ir con él, corriendo su misma suerte. Mucho agradó á Aguilera la patriótica y digna decisión del joven Figueroa, y en su "diario" volvió á expresar que si no se malograba, llegaría á ser uno de los prohombres de la república de Cuba.

En su larga conversación, refirió Figueroa detalladamente el incidente de los brindis que tuvieron lugar en un banquete que dió él en el mes de Diciembre de año anterior, con motivo de haber sido hecho socio de mérito de una Academia, creemos que la de Jurisprudencia. Para este acto invitó á dos miembros de cada partido político y entre ellos estaban dos redactores de periódicos: el de "La Iberia" y el del "Sufragio". El banquete fué presidido por Don Segismundo Moret. Los aludidos periodistas brindaron por la unión de Cuba con España: El no quería decir nada respecto á este particular; pero habiéndole instado con insistencia todos los convidados, incluso el mismo Moret, no pudo evadirse; y puesto que sus sentimientos eran más ó menos conocidos por los allí reunidos, resolvió no ocultarlos. Empezó manifestando que sentía mucho no estar de acuerdo con sus amigos, los caballeros que acababan de usar de la palabra; y después de un lijero preámbulo, continuando su discurso dijo: que desde el instante mismo en que Cristóbal Colón descubrió la isla de Cuba, había tendido una cadena entre España y esta isla y esa cadena había tenido aprisionada á Cuba sufriendo por cerca de cuatro siglos, todas las desdichas consiguientes á su estado de humilde colonia, las mismas porque habían pasado todas las colonias del mundo. Felizmente había llegado el día en que se rompiera un eslabón de la cadena, en el fondo del océano Atlántico, y preguntó ¿Dónde está ese Cristóbal Colón que emprenda la obra de buscarlo, y volverlo á unir otra vez? Dijo que la empresa era loca, materialmente imposible. Y si esto no era posible, continuó diciendo, ¿por qué España, nación noble y generosa, que blasona de haber sido siempre una madre cariñosa para Cuba, viendo que ésta ya había alcanzado su mayor edad, que no cabía en los estrechos moldes en que se la quería sujetar, no obraba como en semejantes casos se obra en la familia, concediendo su emancipación al hijo que ha alcanzado su mayoría? Añadió que á pesar del fondo que encerraban sus palabras, fueron aprobadas por todos los que con la mayor atención las escuchaban. Al día siguiente todos los periódicos de Madrid dieron cuenta del banquete y los de la Habana pusieron de oro y azul á Moret, á Figueroa y á todos los que asistieron á él.

CAPITULO IX

NOVIEMBRE 1872

AGUILERA RESUELVE IR A VER A ALMAGRO.—DECEPCIONADO SE RETIRA A SU CUARTO.—PIDE DINERO PRESTADO PARA PAGAR LA CUENTA DE SU HOTEL.—VILLA URRUTIA DESAPRUEBA QUE AGUILERA DESEMBARQUE POR OCCIDENTE.—APRUEBA EL ATREVIDO PLAN DE AGUILERA Y OFRECE SECUNDARLO.—V. FAULI OBTIENE DONATIVOS PARA AGUILERA.—LAS INDISCRECIONES DE ALDAMA ECHAN A PERDER LOS TRABAJOS DE ALMAGRO—EL CONDE DE FERNANDINA SE NIEGA A CONTRIBUIR PARA LA CAUSA.—DECIDE PRECIPITADAMENTE SU VIAJE PARA ESPAÑA.—LA MARQUESA DE CASTELL FLORIT CONTRIBUYE PARA LA CAUSA.—ALMAGRO Y LA SRA. BENITEZ.—ALDAMA PARTE PARA LONDRES DEJANDO A AGUILERA.—CONFLICTO EN QUE PONE A ESTE.—LOS EMIGRADOS DISPONEN DE GRANDES CANTIDADES PARA OTRAS EMPRESAS.

Por fin, Aguilera no pudo resistir más la ansiedad que lo consumía por saber el resultado que Almagro lograra en la misión de que se había hecho cargo. Hacía seis días que no le veía y á las siete de la noche fué á su casa á que lo sacara de la duda que lo atormentaba. Lo encontró comiendo con su esposa. Habló Almagro en muy malos términos de Aldama, atribuyéndole la responsabilidad de que la guerra hubiese durado tanto tiempo. Dijo que desde el momento que aceptó la revolución y tomó puesto en ella como uno de sus principales corifeos, debía haber hecho como los hombres de Oriente; ponerse al frente de los suyos á sostener como patriota sus ideas; si así lo hubiera hecho, todos sus compañeros y amigos lo hubieran imitado, y la revolución estaría ya concluída. Y si no se sentía capaz de tomar esa actitud viril, debía haber auxiliado la revolución con una parte de su fortuna, como todavía podía hacerlo, y entonces también se vería cómo la revolución triunfaba muy pronto. Que ese era el proceder digno que correspondía á un hombre como Aldama, que había adquirido tales compromisos revolucionarios y ocupaba tal posición.

Así que hubo concluído, Aguilera, que ardía en impaciencia, por saber el estado de la empresa que debía fijar el resultado de su misión, y aun el de la revolución, le preguntó al fin lo que había adelantado. Contestó Almagro que muy poco. Había pasado horas enteras tratando de persuadir á Jorrín; éste le dijo que la junta era imposible, porque los emigrados todos se temían unos á otros; que era necesario trabajarlos en detalle ó separadamente. Con respecto á Ricardo Alfonso, que era uno de los idividuos con quienes contaba, dijo que le parecía muy difícil conquistarlo, porque según se había expresado, se traslucía que quería hacerse grande de España. A los demás no les había hablado. Comprendiendo el mal efecto que sus palabras producían en Aguilera, le dijo que tuviera paciencia, que él no podía infundir á los otros los deseos que tenía Aguilera de que lo ayudasen en su empresa. Añadió que Jorrín le había manifestado que sentía mucho que Aldama hablase á Ricardo Alfonso, porque le dificultaría más el camino; con respecto á él mismo, dijo que también sentía que Aldama le hablase á la señora doña Susana Benítez, porque si lo hacía, ésta le daría una insignificancia, cuando él podía conseguir mucho más.

Estando en esta conversación llegó Silvio Moliner acompañando á la señora de Jorrin y su niña, que iban á buscar á la señora de Almagro para ir al teatro. Los recibieron en la sala é invitaron á Aguilera á que pasara también á ella para presentarlo á la señora de Jorrin. Fué Aguilera y quedó hablando con las señoras mientras Almagro se retiró á su cuarto á cambiarse de traje. Dice Aguilera que la de Jorrin era una señora de buena presencia, muy fina y patriota. Estuvo informándose con mucho interés, respecto al estado de la revolución. Poco después volvió á entrar Almagro y Aguilera discretamente se retiró.

Fuése entonces directamente á su hotel y se encerró en su cuarto, con el pecho lleno de amarguras, al considerar los contrastes humanos; mientras unos se dirigían al teatro á gozar, él iba á esconderse allí, y devorar en silencio las amarguras que oprimían su corazón.

Habiendo recibido la cuenta del hotel y no teniendo con qué abonarla, porque la pequeña cantidad que había dejado para sus gastos estaba casi agotada, y las otras las había girado á Mayorga en New York, ocurrió á su amigo Carlos de Varona, á quien pidió prestados quinientos francos, para hacer también su viaje á Londres, que estaba próximo y se había demorado por algunas dificultades de Aldama, que debía acompañarlo. Varona enseguida le facilitó la cantidad.

Fué Villa Urrutia á despedirse para la Habana; estando presentes otras personas, le dijo Aguilera que volviese otra vez, porque sería tener con él una larga conferencia sobre ciertos informes que necesitaba le mandase de la Habana; se referían éstos á los puntos más convenientes en las Villas para desembarcar su expedición. Contestó Villa Urrutia que no aprobaba que Aguilera desembarcara por las Villas á menos que llevase dos ó tres mil hombres para dar el golpe final; de no ser así, se exponía á un fracaso tanto más perjudicial cuanto que la muerte de Aguilera alentaría á los españoles y desanimaría á los emigrados, que eran los llamados á prestar los recursos para la revolución. Añadió Villa Urrutia que su puesto estaba en el extranjero, entre los emigrados, al frente de la Agencia, porque así evitaba que se encarnizaran más los partidos existentes y se formaran otros nuevos. Su nombre era una garantía de la probidad con que habían de invertirse los fondos con que contribuyesen los emigrados para la revolución, y éstos se encontrarían más animados á prestarle su apoyo, porque podían hacerlo con esa confianza.

Llamóle la atención á Aguilera que mientras los quesadistas de New York clamaban porque se fuera para Cuba, les dejase el campo libre y Quesada fuese nombrado Agente, otros opinaban todo lo contrario, que él era quien debía estar al frente de los asuntos de Cuba en el extranjero para inspirar confianza á los contribuyentes respecto al manejo de los fondos. No le extrañó esto sin embargo, porque unos y otros tenían razón, según se considerase el asunto bajo el punto de vista del interés particular ó el de la patria.

Al día siguiente volvió Villa Urrutia á ver á Aguilera, según éste le había pedido. Entrando en materia le manifestó Aguilera que siendo él el único en la Habana con quien quería entenderse para sus futuros planes, se veía en el caso forzoso de revelárselos, para que desde allí pudiera secundarlos; pero que lo perdonara si antes de hacerlo le pedía la garantía de su palabra de honor de que directa ni indirectamente, ni por ninguna causa, revelaría á nadie lo que iba á comunicarle. Villa Urrutia le dió su palabra y procedió Aguilera á desallorlarle su plan. Dijo que como antes le había manifestado, su intención era desembarcar con su expedición en las Villas; pero que había de dar, desde el primer momento, un golpe tan atrevido, que el mismo atrevimiento fuese garantía de su éxito, pues los españoles no podrían soñar tal cosa, y cogiéndolos desprevenidos no tendrían lugar á prepararse para la defensa. Pensaba comenzar por apoderarse de Cienfuegos, al que debería asaltar con sus expedicionarios á media noche, tomando el castillo de Jagua. Extendióse explicándole mil minuciosos detalles, que no expresó en su "diario", porque no era prudente confiarlos á la pluma. Pidió á Villa Urrutia detalles concernientes á esa ciudad, así como también respecto de las de Trinidad y Tunas de Sancti Spíritus por si, por cual accidente, no podía llegar con su expedición al puerto primero citado.

Villa Urrutia, que según hemos visto, había desaprobado el plan de Aguilera de desembarcar por las Villas cuando se lo había anunciado la primera vez; ahora que lo informaba de que ese plan era mil veces más atrevido y riesgoso de lo que hubiera podido pensar, un plan loco, podemos decir, después de oirle explicar la manera como pensaba llevarlo á cabo, las circunstancias que lo favorecían los informes que había reunido de la localidad y su vecindad, etc. No pudo menos que

sentirse contagiado con el entusiasmo de Aguilera. Lo aprobó en todas sus partes y se manifestó admirado de que hubiera podido prever tantas contingencias y pensar en tan minuciosos detalles. Quedó en coadyuvar á él con la mayor eficacia y actividad cuando llegase á la Habana, haciendo todas esas diligencias personalmente, para que nadie pudiera sospechar siquiera de lo que se trataba. Todos los informes se los remitiría á New York á la mayor brevedad, con el Sobrecargo de uno de los vapores para que los pusiese en sus manos personalmente. Aun no habían concluído la conferencia cuando fueron interumpidos, por cuyo motivo convinieron continuarla el día siguiente á las doce.

Indudablemente parecía una locura el plan de Aguilera. Y sin embargo, teniendo en cuenta el hombre que lo proponía y estaba dispuesto á realizarlo, debemos creer que por muy arriesgado que fuera, había de tener probabilidades de éxito. ¿Quién no hubiera pensado una locura, que un hombre desconocido, hijo del olvidado Bayamo, en el abrupto Oriente, emprendiese la obra de libertar á Cuba, lanzando de su suelo al tirano que la oprimía? Verdad es que ya otros lo habían intentado antes que él, pero el desastre que habían alcanzado, hacía que pareciera más loca la empresa. La historia nos enseña como el general Páez de Colombia, con un pelotón de caballería apresó una escuadra española; y como el pirata Lolonois con solo dos canoas se apoderó de un navío de guerra español que había ido á perseguirlo, degollando á todos sus tripulantes. ¿Acaso tenía Aguilera menos corazón que Páez y que Lolonois. Bien había probado ya el temple de su espíritu.

Aguilera, naturalmente, de carácter dulce y apacible, al tratarse de Cuba se transformaba en fiero león, para el cual ninguna obra parecía demasiado grande, ningún obstáculo imposible de salvar. De la misma manera que había logrado levantar la hoguera inmensa que ardía en Cuba en la que se consumía la tiranía y de la que nacería la libertad, así mismo habría conseguido, ayudado por sus amigos, que de tan buena voluntad lo secundaban en Europa, reunir los elementos necesarios para realizar esa gran expedición que era su dorado sueño, si la perfidia no se hubiera atravesado en su camino. Y con esos grandes elementos de guerra se habría lanzado á dar al enemigo el golpe atrevido que meditaba, pues no era hombre que hablara en vano. Cualquiera que hubiera sido el resultado de esa temeraria empresa, sería una dicha para él. Si el éxito la coronaba, el triunfo de Cuba estaba asegurado, y lleno de noble satisfacción, volvería á abrazar á sus hermanos y seguiría combatiendo á su lado hasta que llegara el ansiado día de libertad para todos los cubanos. Si su intento era un desastre, tendría el placer de sucumbir en la lucha, regando con su sangre generosa la tierra de Occidente en su adorada Cuba.

Volvió Villa Urrutia á ver á Aguilera ocupándose en varios otros detalles del proyecto de que trataban. Díjole que había llegado á París el señor Julio Sagebien, al que habían obligado á salir de la Habana los voluntarios; indicóle que éste podía darle muy buenos informes de Cienfuegos, porque había estado emplea do en el ferrocarril y le parecía muy buen patriota. Preguntóle si había visto á Calderón y si le había dado algo. Refirióle Aguilera todo lo que le había pasado con ese señor y díjole Villa Urrutia que se alegraba, pues así podía hablarle en nombre de Aguilera, cuando llegase á la Habana y pedirle, no sólo que contribuyese para la causa, sino que lo presentase á sus amigos, pues tenía muy buenas relaciones. A fin de que no pudiera excusarse, le hablaría delante del Conde de Cañongo, que era muy buen cubano y con quien ambos tenían mucha confianza. Cañongo no había figurado nunca entre los españoles sino en esos casos en que lo exigían con "bayoneta calada"; una ocasión en que fué Zulueta á pedirle que contribuyera para el armamento de los voluntarios, Cañongo contestó que no podía, porque esas armas iban á ser usadas contra sus hermanos.

Llegó Valdés Fauli á visitar á Aguilera y le llevó cinco mil francos. Dióle este las gracias, el correspondiente recibo y el equivalente en bonos. De esta canti-

dad pagó los quinientos francos á Varona y reservó el resto para la causa.

Llegó el joven Nicolás de Cárdenas (Colin) muy ofuscado preguntando á Aguilera si había visto á Aldama. Contestóle que no, y añadió Cárdenas que todo lo había echado á perder. La señora doña Susana Benítez acababa de llegar de Sevilla; él fué á ver á Aldama y le dijo que no dijese una palabra á la referida señora sobre donativos para Cuba, hasta que Almagro no le hubiese preparado el terreno convenientemente. A pesar de esa advertencia, Aldama se presentó de improviso á la señora, le pidió que contribuyera para Cuba y ella se negó rotundamente. El joven patriota estaba poco menos que desesperado, pues dijo que ya tenían arreglado el asunto entre Almagro y él, de manera que la señora no podía menos que contribuir con una gruesa suma. Añadió que ella oía á Almagro como un oráculo: más, lo consideraba español, porque hacía dos años que no se veían y efectivamente, Almagro, en aquel tiempo, era de los que creían que la revolución no podía triunfar.

Estaba seguro, por lo tanto, de que cuando Almagro se le fuera insinuando poco á poco y con tacto, con el talento que tenía, hasta que al fin le manifestase el estado en que se encontraba la revolución y que no había otro remedio que auxiliarla con una gruesa suma para que acabase de triunfar pronto y fueran menos los perjuicios que sufriera el país y los cubanos, estaba seguro de que la convencería y haría que contribuyera con una buena cantidad.

Pensó Aguilera en la fatalidad de que Aldama fuese tan desgraciado en todos los asuntos de Cuba que tocaba, por mejores que fueran sus intenciones, y dijo á Cárdenas que no por eso debían desanimarse; que el buen soldado cuando no podía lograr el asalto á la primera carga, volvía con la segunda y la tercera y continuaba mientras tuviera aliento; era necesario, en ese caso, que trabajaran con mayor empeño aún, para enmendar la plana á Aldama; que era de hombres débiles desalentarse al primer tropiezo y dijera á Aldama que pusiese en juego todos los medios que le sugiriese su patriotismo para conseguir el objeto que se proponían. Retiróse el joven Cárdenas más animado y dispuesto á seguir adelante.

Visitando Almagro á Aguilera le refirió su entrevista con el Conde de Fernandina. Dijo que éste se había negado resueltamente, diciéndole que él estaba con los españoles, pues no creía que los cubanos llegasen nunca donde él tenía su ingenio "La Aguica". Almagro le habló muy fuertemente, haciéndole ver la triste situación en que se encontraría el día que triunfasen los cubanos, y otras mil oportunas reflexiones, pero todo fué en vano. Al fin se despidieron fríamente.

Revelóle á Aguilera, bajo el más absoluto secreto, que los cinco mil francos que le había llevado Valdés Fauli pocos días antes, eran de la señora Marquesa de Castell Florit. Esta señora, aunque muy rica, no había que esperar que contribuyera con más.

Refirióle asimismo la "derrumbada" que les había causado Aldama con sus indiscreciones, "apareciéndose" á pedirle dinero para Cuba á la señora Susana Benítez, sin antes haberla preparado convenientemente. Sin embargo, dijo que aunque ahora le costaría más trabajo convencerla, no desesperaba conseguirlo, pues tenía una clave muy sensible para ella. Iba á decirle que ella, que á la memoria de su hijo perdido, había dotado con esplendidez un Colegio en la Habana donde recibieran educación y fueran sostenidos de todo treinta niños pobres hasta salir educados y con su carrera, recordara que luego que esos jóvenes salieran al mundo educados por ella, les sucedería lo que á todos los cubanos de mérito: que el Gobierno español, ó lo que es lo mismo, los voluntarios de la Habana, los arrojarían de su tierra despatriados, por el delito de ser ilustrados. Ultimamente, que si su hijo viviera, ó estaría en el campo de la insurrección como joven noble y digno que era, ó se vería expatriado con ella, sólo por el delito de ser cubano. Todavía se prometía Almagro convencer á la mencionada señora y Aguilera lo animo á que no desmayara y probara á Aldama lo torpe que había andado.

Hablando de Aldama, dijo Almagro que cuando tuviera oportunidad iba á

cogerlo á solas y á demostrarle la necesidad y compromiso en que se encontraba, como revolucionario y como patriota, de seguir auxiliando la causa; pero auxiliándola cual correspondía á una persona de su posición, pues él había arastrado á muchos á la revolución, y no le era decoroso cejar; de lo contrario, la historia sería muy severa con él. Dijo que el motivo de todas las desdichas y fracasos que había sufrido Aldama era haber hecho las cosas á medias, con lo que le había irrogado graves perjuicios á la causa de Cuba. Despidióse Almagro diciendo á Aguilera que á pesar de todos los obstáculos que encontraba, seguiría trabajando. Contestóle Aguilera que lo esperaba así, porque ya que Cuba tenía la desgracia de contar allí tan pocos hijos buenos, éstos necesitaban afanarse más y ser más perseverantes para salvarla.

Fué Aguilera á ver á Aldama para preguntarle cuándo saldrían para Londres, definitivamente. Aldama lo recibió diciéndole que le había conseguido tres mil pesos de un recalcitrante, y que Domingo Cartaya y su suegro, don Isidoro Hernández, estaban allí recogiendo dinero para Ramón Martínez de New York; Hernández y Martínez eran primos hermanos, y había escrito Martínez á aquel diciéndole que su reputación estaba comprometida en mandar á Cuba la expedición del "Edgar Stuart" con Melchor Agüero y si no le mandaba recursos, lo haría con los suyos solos, aunque se arruinara: por este motivo Hernández estaba haciendo los mayores esfuerzos por conseguir dinero para Martínez. Hablóle Aguilera del viaje á Londres y quedó fijado para dos días después.

Habiendo manifestado Figueroa á Aguilera que le era urgente ir á España por aquellos días, éste le dió la autorización ofrecida para recoger allí fondos para auxilio de la causa.

Había quedado Aguilera en reunirse con Aldama al día siguiente á las seis y media de la mañana en el "Grand Hotel" y juntos ir á tomar el tren para Londres. Aquella noche la pasó muy penosa por su catarro, que no había cedido, y el desvelo producido por su próximo viaje y tantos otros asuntos que lo preocupaban. Al fin quedóse dormido por la madrugada, despertando al sentir tocar á la puerta de su cuarto. Miró su reloj y vió que eran las siete menos diez minutos. Había dado orden al criado para que lo llamara á las seis, pero éste indudablemente se había distraído. Se vistió á escape y fué al "Gran Hotel"; solicitó á Aldama y un criado le dijo que había salido de viaje. Como Aguilera no hablaba francés, trató de averiguar como pudo si Aldama le había dejado algún recado ó papel, obteniendo respuesta negativa. A aquella hora no era posible que pudiera encontrar un intérprete que lo llevara á la estación del ferrocarril, ni sabía él dónde estaba. Se resignó al fin á quedarse hasta el día siguiente. No pudo menos que sentir mucho que Aldama, á quien había estado esperando por varios días para hacer el viaje juntos, al ver que no se le reunía á la hora convenida, no hiciera diligencia alguna por verlo, ni siquiera le hubiese dejado un recado en un papel ó de palabra; que se hubiera marchado dejándolo, cuando sabía que no conocía á París ni Londres, ni sabía francés ni inglés. Dolióle esta falta de consideración; sin embargo, no lo extrañó, pues Aldama jamás había pecado de considerado para con él. Si hubiera sido su falderillo el que se quedaba, lo habría buscado; pero Aguilera no merecía tanto. Aldama era un gran señor, de mucho valer. Aguilera ya nada valía: menos que eso, era una plaga...

Dada esta prueba de desconsideración y chocándole el carácter vano y presuntuoso de Aldama, de muy buena gana no hubiera vuelto á ocuparse más de él. Pero Aldama había ido á Londres á gestionar un empréstito para Cuba y le había dicho que estaba provisto de buenas cartas de recomendación á ese efecto. Aldama le había ofrecido trabajar para Cuba y ayudarlo á conseguir los elementos que necesitaba; podía conseguir grandes cosas para la patria. Por eso Aguilera veía en Aldama, no al hombre lleno de debilidades, sino al que podía ser el salvador de Cuba. Prescindía pues de los reparos de su amor propio herido, como tantas veces lo había hecho desde el principio de la revolución y como si nada notara, como si fuera insensible á heridas que le llegaban al alma, seguía en

pos de Aldama, lo acogía con agrado, lo alentaba con sus distinciones, á fin de no darle el pretexto que ansiaba, para retraerse de servir y auxiliar la causa.

Comprendiendo que lo que buscaba Aldama era un pretexto para no dar ni el valor de un centavo para Cuba, Aguilera ponía mucho cuidado en no dárselo, para que no tuviera disculpa y sufriera todo el peso de su propia pequeñez.

Pasó aquel día Aguilera sumamente mortificado. Como había dicho que marchaba á Londres, ningún amigo fué por su habitación; sin embargo, necesitaba al día siguiente una persona que lo llevara á la estación del ferrocarril y lo pusiera en el tren que lo condujera á Calais para Londres, de otra manera se exponía á tomar otro tren distinto que podía llevarlo á Italia, Alemania, etc. No se atrevía solicitar á ninguno de sus amigos, personas de respeto, para exponerle su conflicto, porque le daba pena hacerlo. Su escribiente Gramatges hubiera podido auxiliarlo en ese caso, más se le había extraviado su dirección. Fué al boulevard á ver si veía alguna persona conocida, pero no la encontró. Al fin determinó ver á su amigo Carlos de Varona, manifestarle lo que le pasaba y pedirle que al día siguiente lo llevase á la estación y lo pusiese en el carro que partía para Calais. Así lo hizo y Varona se prestó con mucho gusto, invitándole á comer.

En la conversación de sobremesa, le manifestó Varona que si los emigrados de París quisieran, entre cinco ó seis de ellos solamente podían hacer el empréstito para Cuba, aunque no fuera más que de dos millones de pesos. Refirióle que había llegado allí un joven de apellido Forcade, de la Habana, serio y emprendedor, con la empresa de poner una refinería de azúcar en el Havre. Necesitaba cuatro cientos mil pesos y muy pronto los reunió entre seis ú ocho cubanos, habiéndose suscrito los Pedrosos, que eran refractarios á la causa, con veinticinco mil pesos cada uno. Contestó Aguilera que la refinería del Havre podía producir muchos miles de francos de utilidad, y la causa de Cuba no producía más que pesadumbres y sacrificios.

Al día siguiente fué á buscar á Varona; juntos se dirigieron á la estación y lo acompañó hasta instalarlo en el coche que debía llevarlo á Calais. A las doce del día tomó el vapor. El tiempo era horroroso; los golpes de mar barrían de popa á proa la cubierta del buque. Aguilera los recibió todos, pues estaba muy mareado, y permanecía asido á la borda para avanzar. Además, estaba expuesto á la lluvia que caía incesantemente. A las dos de la tarde desembarcó en Doubre. Tomó el tren para Londres á donde llegó á las siete de la noche el 13 de Noviembre, calado de agua y aterido de frío. Entró en un coche que lo llevó á "Royal Hotel", donde le dieron un cuarto sin estufa ni chimenea en un cuarto piso, porque no había otro. Toda la noche la pasó tiritando de frío y tosiendo, pues la humedad le bía penetrado hasta los huesos. Al día siguiente se encontró enfermo. Sin embargo se levantó y salió á avisar á Macías su llegada. No lo encontró en su casa, le dejó una tarjeta con su dirección y volvió á su cuarto.

CAPITULO X

NOVIEMBRE 1872

OBJETO DEL VIAJE DE AGUILERA A LONDRES.—SE REUNE A MACIAS Y ALDAMA.—EXCUSAS DE ESTE.—PLAN DE MACIAS Y RESOLUCION DE ALDAMA.—DESGRACIADAS GESTIONES DE ALDAMA PARA EL EMPRESTITO.—SE DECIDE EL VIAJE A WASHINGTON DE MACIAS.—ALDAMA REFIERE LA HISTORIA DE SU PADRE.—REFIERE TAMBIEN SUCESOS DE LA PRIMERA JUNTA CUBANA Y MORALES LEMUS.—MACIAS REFIERE EPISODIOS REVOLUCIONARIOS DEL TIEMPO DE NARCISO LOPEZ.—TAMBIEN REFIERE SUS EXPERIENCIAS CON LA JUNTA CUBANA DE NEW YORK.

El viaje de Aguilera á Londres tenía tres objetos; ver que resultado daban á Aldama sus gestiones para el empréstito, con las cartas favorables que decía traer para dos de los banqueros, más importantes de aquella plaza, ver los trabajos que había realizado Macías, tanto respecto al empréstito como los de propaganda en favor de Cuba; y hacer comprender á este que aunque su estancia en Londres era muy conveniente, por la agitación que mantenía en favor de la causa, no podía sostenerlo allí más tiempo, porque los fondos eran muy escasos, siendo, por lo tanto, necesario que retornara á Nueva York donde podría trabajar para sí, y al mismo tiempo auxiliar á Cuba con sus conocimientos é influencia.

Ya en este último particular había avanzado mucho terreno, por medio de la correspondencia, tanto que Macías mismo le había propuesto volverse á Nueva York en más de una ocasión.

A las dos de la tarde fué Macías á ver á Aguilera en el hotel, y seguidamente trataron de los asuntos en que se ocupaban. Con respecto á la activa propaganda que hacía Macías por medio de la prensa, propuso éste la conveniencia de publicar en inglés los magníficos discursos que habían pronunciado en las Cortes españolas, Díaz Quintero, Benot, Salmerón, Labra y otros, para presentarlos ante el público inglés como la opinión de los hombres avanzados de España, con respecto á Cuba; además publicar otro folleto en el cual estuviesen recopilados la mayor parte de los artículos publicados por la prensa europea favorables á la causa. Esto sería de un efecto provechoso, sobre todo en los Estados Unidos, pues así, tanto el gobierno como el pueblo americano, se persuadirían de que cualquier resolución favorable á Cuba que tomase esa república, había de ser bien recibida por las demás naciones europeas.

Acogió Aguilera la proposición de Macías con el mayor beneplácito; pero le objetó la escasez de recursos, calculando que las impresiones costarían de ochocientos á mil pesos. Discutiendo la manera de obviar la dificultad, propuso Aguilera exponerle el plan á Aldama y ver si se hacía cargo de costear la impresión de los referidos folletos. Lo aprobó Macías y dijo que precisamente estaba convidado á comer con él aquella tarde. Aguilera, aprovechando la oportunidad, dijo que lo acompañaría y entre ambos le expondrían el proyecto.

Tratando sobre la escasez de recursos, se habló del regreso de Macías á los Estados Unidos. Manifestó éste que precisamente su presencia allí sería muy útil, porque se aproximaba la apertura del Congreso en Washington, esperándose que el presidente Grant propusiera á las Cámaras un proyecto para dar solución á la cuestión cubana.

Salieron Aguilera y Macías, se dirigieron al hotel "Charin Cross" y encontraron allí á Aldama. Aguilera, recor-

dando el mal rato que le hizo pasar, le preguntó como fué que lo dejó en París. Contestó Aldama que no lo había dejado, que lo esperó hasta última hora, y teniendo compromiso de estar en Londres aquel día, había ido á la estación creyendo encontrarlo allí; sintió mucho que se hubiera quedado. Aguilera admitió la excusa como buena. Comieron los tres reunidos y después subieron al cuarto de Aldama.

Expuso Macías el mismo proyecto que había expuesto á Aguilera, el que pareció magnífico á Aldama. Manifestó entonces Aguilera la dificultad con que tocaban para su realización esto es, la carencia de fondos; y cuando esperaban que Aldama dijera que los quinientos pesos que había dicho Macías se necesitarían, correrían de su cuenta, contestó que él tenía conseguido para Aguilera tres mil pesos de un *recalcitrante* y de ahí podrían tomarse los quinientos pesos aludidos. Aguilera hubo de acceder pues no había manera de negarse.

Preguntado por Aguilera si había adelantado algo en el asunto del empréstito, contestó Aldama que había hablado á uno de los banqueros para quienes llevaba cartas de recomendación, y le contestó que mientras los Estados Unidos no tomaran la iniciativa en la cuestión de Cuba, nada podría hacerse en el mercado de Londres. Por otra parte, aquella plaza estaba entonces muy escasa de dinero, pagándose al siete por ciento, cosa nunca vista en Inglaterra. Era la causa de esta gran alza, que todo el oro se lo llevaban los franceses para pagar su deuda á los prusianos; por esas razones eran aquellos los momentos más inoportunos, é inútil dar paso alguno en asunto que se sabía no podía dar ningún resultado. Largo tiempo estuvieron tratando de este y otros particulares. Quedaron en reunirse al día siguiente á las once en casa de Macías.

Concurrió Aguilera y encontró á Macías solo. Comunicó el primero sus esperanzas en los asuntos que tenía emprendidos en París, sin concretar éstos, indicó la conveniencia de que él se quedase y Macías marchase á los Estados Unidos para que fuese á Washington lo más pronto posible, á fin de que, cuando se abriera el Congreso, ya tuviera bien preparado el terreno. Contestó Macías que la casa de Bowles Brothers le había cogido en su quiebra el poco dinero con que contaba; que allí tenía algunas pequeñas deudas, y además había gastado de su bolsillo, en los trabajos realizados más de mil pesos. Si Aguilera no le facilitaba esa cantidad, no podría irse y tendría que quedarse allí haciendo gastos. En vista de estas razones, de que ya Macías sabía que Aldama debía entregarle tres mil pesos y que lo consideraba útil en Washigton por sus buenas relaciones allí, y la actividad que lo caracterizaba, ofreció mandarle de París los mil pesos, cuando Aldama le entregase los tres mil.

Llegó Aldama, comieron juntos y hablaron de cosas de poco interés.

Al día siguiente fué Aguilera á ver á Aldama para saber lo que había adelantado en el empréstito. Manifestóle éste que había visto al otro banquero habiéndole dicho poco más ó menos, lo mismo que el primero. Lo invitó Aldama á comer y concluída la comida subieron á su cuarto, pues llovía, como de costumbre en Londres. Después de hablar de Quesada, del porvenir de Cuba, de su reconstrucción, etc., refirió Aldama la historia de su padre.

Dijo que existía en México la familia de los Aldama, que era muy rica. Esta mandó buscar á su padre á Espaañ, siendo muy joven. Como por aquella época estuviesen en guera Inglaterra y España, los ingleses cogieron prisionero al buque en que iba el joven Aldama, lo llevaron á Jamaica y pusieron los prisioneros en un pontón, donde permanecieron por varios meses. Allí estuvo su padre hasta que logró fugarse con otros, y embarcándose en una pequeña goleta, se dirigieron á Cuba, desembarcando por el río Cauto. Anduvieron perdidos algún tiempo, pasaron muchos trabajos, hasta que su padre emprendió la marcha á pie hasta la Habana. Llegado allí se colocó, ganando media onza de oro al mes. A los pocos años, á fuerza de economías y de trabajos, llegó á reunir

ochenta mil pesos. Entonces se casó con su madre, que era más rica que él, y unido el capital de ambos, ensanchó la esfera de sus negocios, que condujo con el mayor acierto. Su padre por naturaleza, era muy liberal, y unido en la Habana con los Alfonso, en roce siempre con los habaneros más distinguidos, fué asimilándose sus ideas y costumbres, hasta el grado de haber tomado parte de algunas conspiraciones con ellos. Cuando los sucesos de Pintó, él (Miguel Aldama) tenía dos ó trescientos fusiles escondidos en su ingenio, y sabiendo que iban á hacerle un registro se lo comunicó á su padre. Este le dijo que descuidara; á media noche salieron los dos, fueron cargando los fusiles hasta un pozo abandonado que había en la finca, y allí los echaron hasta que desapareció el último.

Al otro día fué Aguilera á casa de Macías y encontró allí á Aldama. Manifestó éste que había hablado con otro banquero que con poca diferencia le había dicho lo mismo que el primero. Dijo Macías que el había tenido en planta varios proyectos, los que no le dieron resultado al fin, porque los hombres de dinero tenían la vista fija en los Estados Unidos, y no se moverían hasta que esa nación no lo hiciera primero. Que en su concepto donde tenían que trabajar era en Washington; si se lograba que la nación americana tomara alguna medida favorable á Cuba, entonces les sobraría dinero en todas partes. Repuso Aguilera que Macías marcharía inmediatamente á Washington; allí estimularía los hombres del gobierno á ver si conseguía algo beneficioso para Cuba.

En la conversación después, hablando de sucesos pasados respecto á la revolución, refirió Aldama que Morales Lemus había ido á Nueva York en virtud de un mandato expreso de la "Junta Central Revolucionaria de Cuba y Puerto Rico. Después llegaron los demás miembros de la referida Junta y entonces se formó en Nueva York la "Junta Central Revolucionaria de Cuba y Puerto Rico". Se compuso de diez y siete miembros; los hombres más escogidos de la emigración. En las sesiones de la Junta se discutía bastante, se hablaba mucho más, y nada se resolvía, diafanizándose rápidamente cuantos asuntos se trataban. En virtud de aquella anarquía, resolvieron los mismos individuos de la Junta refundir esta en seis miembros de su seno que se elegirían á mayoría de votos. Morales Lemus sería presidente de ella. Funcinando esta Junta, indicó á Morales Lemus el Secretario de Estado americano, mister Fish, que era incompatible su cargo de Representante Diplomático de la República de Cuba, con el de Agente General de la misma, pues este cargo desprestigiaría á aquel si por cualquier gestión del Ministro español había que perseguir al Agente. En vista del caso Morales Lemus se empeñó con Aldama para que se hiciese cargo de la Agencia General y él la aceptó porque estaba dispuesto á prestarle todo su concurso á la revolución; pero con la condición de que se le permitiese nombrar tres individuos escogidos por él mismo, que lo auxiliasen en sus trabajos. Para acallar las ambiciones personales y los celos que se habían despertado, nombró al ciudadano José María Mora y dos más, cuyos nombres citó, reservándose Aldama el derecho de comprar las armas y pertrechos. Muy pronto Mora se manifestó descontento porque no quiso conformarse con la sola comisión de recaudador de fondos. Quería intervenir también en las compras que se hiciesen, y dijo que si nó se accedía á su deseo renunciaría su cargo, como al fin lo hizo.

Por aquellos tiempos tenía la junta unos ochenta mil pesos de deudas, sin haber en caja ni un centavo. Solamente al abogado se debía doce mil pesos de costas, de un pleito que había originado Ignacio Alfaro. Comisionó Aldama al ciudadano *Frasquito* Fesser para que tuviera un arreglo con dicho abogado el que no pudo conseguir, diciendo el abogado que quería entenderse directamente con Aldama. Accedió éste, hizo presente al abogado la angustiosa situación de la Agencia y al fin se transó por dos mil pesos, que le pagó de su bolsillo. Dos ó tres días después de haber dimitido José M. Mora, comenzó éste á formar la desgraciada expedición de "Lilian" que

costó doscientos sesenta mil pesos y dió tan triste resultado. Todo se perdio. Dijo que en el archivo de la Agencia constaba todo eso, en la causa que mandó formar Morales Lemus y no se concluyó por ser todo aquello un *caos.*

Concluída la comida y después de un corto paseo, pues dice Aguilera que en Londres no se podía pasear, porque siempre estaba lloviendo, se retiraron Macías y Aguilera á la habitación del primero á pasar la velada. Durante ella, hablando de Narciso López, refirió Macías los siguientes curiosos episodios:

En el año 1847 se encontraban en Nueva York *el inclito Pepe Alfonso.* Perico Agüero y Gaspar Betancourt Najaza. En una reunión concibieron el proyecto de fundar un periódico que se consagrase á hacer propaganda para la independencia de Cuba; á ese efecto determinaron acercarse á don Aniceto Iznaga para hablarle con el fin de que cuadyuvase á la empresa, como hombre de iniciativa y de recursos. Don Aniceto estaba reputado como hombre de malos antecedentes en su juventud, por cuyo motivo hacía muchos años que estaba alejado de Cuba por acusársele de la comisión de graves delitos. Sin embargo, se encontraba ya regenerado, purificados sus aviesos instintos, con la llama del más acendrado patriotismo. Najaza fué el encargado de hablarle, y don Aniceto, poco más ó menos, le contestó así: "Hace muchos años que no veo á Cuba y ardo en deseos de volver á mi desgraciado suelo y abrazar á mi familia. Estoy viejo, enfermo, sin fuerzas y ya me preparaba para hacer tan deseado viaje; pero si ustedes creen que mi patria me necesita aquí y que puedo ayudarles en algo con mis escasas fuerzas, me quedo, y aquí permaneceré todo el tiempo que sea necesario. Vamos á trabajar".

Quedó don Aniceto hecho cargo del presupuesto del periódico, pues para ello contaba con los conocimientos de un amigo periodista, y de otros asuntos más. Muy pocos días después, *Pepe* Alfonso se arrepintió de la empresa en ciernes, por temor á comprometerse, y sus temores pronto encontraron eco en su otro compañero *Perico* Aguero; éstos manifestaron sus recelos á Najaza, y como uno de los rasgos distintivos del *Lugareño* era la debilidad de carácter, se dejó llevar por sus dos compañeros y convinieron en decir á don Aniceto que no había nada de lo tratado. Hiciéronlo así, y don Aniceto, que por el contrario tenía un carácter firme y decidido, los oyó de mal humor y les contestó que no era un niño para pensar todos los días de diferente manera; que se había convenido en que el periódico saliera, y saldría, aunque tuviera él solo que costearlo, escribirlo y repartirlo. Y el periódico salió, llamándose *La Verdad.* Vió la luz el primer número el primero de enero de 1848, y duró por espacio de siete ú ocho años.

En el mes de Diciembre de 1847, se encontró Najaza en Fildelfia con Macías, joven de 19 á 20 años. Le habló del periódico y le instó para que se trasladase á Nueva York, á fin de que los ayudase en los trabajos referentes á él. Macías accedió muy gustoso. Por aquella época miraba Macías á Najaza como un oráculo.

A fines de 1848 llegó Narciso López á Nueva York, después de las ocurrencias de Trinidad. Fué muy bien recibido por la emigración cubana, pero muy pronto comenzaron á despertarse celos contra él, siendo Gaspar Betancourt Najaza uno de los principales motores, por temor de que le arrebatara su popularidad, pues era considerado como el cacique de la emigración cubana. Temían que si Narciso López llevaba una expedición á Cuba, con la pericia que le reconocían como militar, quedarían ellos obscurecidos. Se separaron de López, haciéndole la guerra, y entonces López trató de formar una *Junta,* compuesta de nueve miembros; de éstos aceptaron sólo cuatro, que fueron Sánchez Iznaga, Villaverde, Ambrosio José González y Macías.

Constituída la nueva Junta, se dió al hecho publicidad en los periódicos y fueron á trabajar á Washington. Todos estaban muy pobres; alquilaron una pequeña habitación y vivían con la mayor economía.

Narciso López recibió una letra de la Habana de quinientos pesos, valor en venta de su caballo, un par de pistolas y otros efectos personales, y esta cantidad íntegra la dió á un capitán americano, amigo suyo, para que fuera al Estado de Ohio á levantar una compañía de expedicionarios para ir á Cuba. Este hecho y la activa propaganda que hacían en Washington, dió lugar á que la prensa americana comenzara á hablar de la causa de Cuba.

Estando en Washington se presentó á Narciso López un general del Sur, cuyo nombre no recordaba Aguilera; tuvo una larga conferencia con él, interpretándole Macías. Le instó mucho López para que inmediatamente se trasladara á Nueva Orleans y lo esperase allí; el general le puso varios pretextos, siendo en realidad el único, no tener dinero. Sin embargo, le ofreció ir tan pronto como las circunstancias se lo permitiesen. Al retirarse el americano, exclamó López: "Este es el hombre que necesitamos." Macías vendió al señor Agustín de Armas un magnífico reloj de oro que tenía, y con el dinero se habilitó y fué para Nueva Orleans, ofreciendo mandar por sus compañeros tan pronto como consiguiera fondos.

A su llegada á Nueva Orlenas lo fué á recibir un caballero americano, cuyo nombre dijo, quien lo llevó á su casa. Este hombre generoso más tarde, invirtió toda su fortuna, unos ochenta mil pesos en las expediciones que llevó López á Cuba, habiendo vendido por último la propiedad del periódico *El Delta* que estaba muy acreditado y tenía gran circulación. Dijo Macías que la familia de este hombre entusiasta y desprendido, que había hecho por Cuba lo que pocos cubanos estaban dispuestos á hacer, se encontraba entonces en la miseria, y que la patria, si había de ser justa, debía recompensarla en su día.

Al día siguiente (18) volvió Aguilera á casa de Macías á ver si ocurría algo de particular. Díjole éste que esperaba un periodista á quien deseaba presentarle y lo había citado para allí. Mientras lo aguardaban refirió Macías lo siguiente:

La revolución de 1868 lo sorprendió en Buenos Aires, donde había ido con objeto de estudiar el terreno y hacer propaganda revolucionaria en favor de Cuba. Sabiendo que en Nueva York se había constituído una Junta Cubana, compuesta de los hombres más eminentes de la Habana, se dirigió allá inmediatamente, aspirando á que dicha Junta le proporcionase los medios de marchar á Cuba al frente de tres ó cuatrocientos hombres para luchar por la independencia. Como estaba muy bien relacionado en Buenos Aires y gozaba de las mayores simpatías, el presidente Sarmiento y todos sus ministros fueron á acompañarlo al vapor en que se embarcaba, siendo conducido él, en la falúa del Gobierno. Una vez en el vapor, Sarmiento pidió que le sirvieran un refresco, y tomando una copa brindó "por lo que Macías sabía, eran sus deseos: "es decir, por la independencia de Cuba. El general Gutiérrez ,persona de muy alta posición social, le había ofrecido muchas veces que el día que Cuba tomara las armas, iría al frente de ochocientos hombres, costeados por él, á ayudar á los cubanos á hacerse independientes. Desgraciadamente, tenía noticias de que ese entusiasta amigo suyo, había muerto ya. En una palabra, su despedida de buenos Aires fué lo más satisfactoria, y enseñó y leyó á Aguilera el artículo de un periódico, publicado en aquella capital, en el cual elogiaban al coronel José Manuel Macías de la manera más expresiva y delicada.

A su llegada á Nueva York se presentó á la Junta Cubana, rebosando entusiasmo; le manifestó los trabajos que tenía hechos en Buenos Aires y los que podía hacer en los Estados Unidos, por conocer bien el país y tener allí muchos amigos de valer. Concluyó por decirle que sus más ardientes deseos eran conducir á su patria un cuerpo de hombres armados, con los que pudiera luchar por la independencia. Mucho le extrañó ver que aquella corporación compuesta de tan respetables personas, acogía con gran frialdad, y al parecer desconfianza, sus espontáneos y calurosos ofrecimientos. Como él tratara de acercarse á ellos manifestándoles desea-

ba lo mandaran á Cuba con una expedición y ellos lo esquivasen, llegó á pensar si tendrían celos de él. Sin embargo, en sus deseos de servir á Cuba valiéndose de sus buenas relaciones en Nueva York, logró que unos amigos suyos se prestaran á dos negociaciones muy beneficiosas para Cuba con las cuales podría armarse al ejército cubano con buenas armas de precisión. Fué á proponerlas á Aldama, entonces Agente General, y éste las acogió con desdén, diciendo que en Cuba no se necesitaban armas tan buenas, sino fusiles de dos y medio á tres pesos, de los que se cargaban por la boca. Ni siquiera quiso que le presentara los comerciantes que estaban dispuestos á hacer la negociación.

Desesperado al ver que allí nada podía hacer porque todos sus esfuerzos se estrellaban contra la apatía é inercia de aquellos hombres, pensó volver á Buenos Aires, donde había dejado amigos, que sin ser cubanos, eran entusiasta por la causa de la libertad de Cuba. Seguramente allí tendría más fortuna que entre los suyos.

Como debía hacer su viaje por vía de Inglaterra, donde había de permanecer algún tiempo, la Junta ofreció darle un nombramiento de Ministro Cubano en esta nación, pues parecía ser su intención descartarse de él, alejándolo de los Estados Unidos.

Llegó á Inglatera, comenzó á trabajar con el entusiasmo que nunca lo había abandonado; dió á conocer la cuestión de Cuba en esa nación, movió la prensa en favor de ella, y aún por medio de sus amigos, influyó en el mismo Parlamento para tener allí partidarios que se interesasen por Cuba y estuviesen dispuestos á favorecerla como era patente sucedía.

Lamentóse Macías de que después de cuatro años de lucha, aún no hubiese podido realizar su propósito de ir á Cuba, y haber perdido sus amistades en Buenos Aires, pues seguramente sus amigos ya lo considerarían muerto, porque ni siquiera les había escrito una carta en todo ese tiempo. No lo había hecho porque no quería mentirles diciéndoles lo que no era, ni tampoco decirles la dura verdad, porque redundaría en perjuicio de la causa de Cuba.

CAPITULO XI

NOVIEMBRE 1872

TRABAJOS DE MACIAS EN INGLATERRA.—EN LA PRENSA.—EN EL EMPRESTITO.—CON LA SOCIEDAD ABOLICIONISTA DE LONDRES.—CARTA DE UN CORRESPONSAL EN LONDRES DE "LA PRENSA", DE MADRID.—LAS SOCIEDADES ABOLICIONISTAS DE MADRID RESPONDEN A LAS EXCITACIONES DE LA DE LONDRES—LA CAUSA DE ABOLICION EN LAS CORTES ESPAÑOLAS.—MANIFESTACIONES DE SALMERON, DIAZ QUINTERO Y OTROS.—PARRAFOS DE CARTAS DE MACIAS SOBRE SUS TRABAJOS.—SU DESALIENTO POR LA INDIFERENCIA DE SUS PAISANOS.—PARRAFOS DE UNA CARTA DE AGUILERA ALENTANDOLO.—ACIERTO DE AGUILERA PARA ELEGIR LOS HOMBRES QUE DEBIAN AYUDARLO.

Importante fué la labor que prácticó Macías en aquellos escasos cuatro meses que estuvo en Londres. Era Macías un verdadero revolucionario; activo, entusiasta y ferviente patriota. Juzgábalo así Aguilera, y como á esas cualidades unía las de ser un hombre serio y de buena sociedad, desde sus primeras conversaciones con él en Nueva York, comprendió que podría serle muy útil en sus trabajos, á los que trató de asociarlo.

Hemos visto que el mismo Aguilera le propuso hacer con él el viaje á Europa. En Londres pudo notar que eran ciertas las relaciones que allí decía tener. En París vió que no gozaba de las simpatías generales de la emigración, quizás por su misma seriedad y la manera decidida como entendía el patriotismo. El mismo Macías lo comprendía así, pues decía con frecuencia que tenía más suerte entre los extranjeros que con sus paisanos. Sin embargo, por su medio logró Aguilera lo que necesitaba, que era encontrarse entre la emigración de París. Comprendiendo que el puesto de Macías estaba en Londres, muy pronto lo envió á ocupar ese lugar.

Tan luego como estableció su cuartel general en Londres, empezó Macías con la actividad que lo distinguía, una incansable propaganda, primeramente por medio de la prensa, pues comprendía que era esa la gran palanca para llamar la atención universal hacia Cuba y fijar la opinión. La prensa de Londres, que ejercía una influencia tan poderosa en el mundo entero, necesitaba tenerla á su favor para lograr su fines, y esa labor no le costaría ya mucho esfuerzo, porque tenía bastante terreno adelantado con los trabajos hechos la vez anterior que allí había estado; por consiguiente, sólo tuvo que reanudar esos trabajos. Prueba del éxito que logró, fueron los artículos favorables á Cuba, que vieron la luz en periódicos tan serios y de tanta influencia en toda Europa como el *London Times, The Anglo American Times, The Foreign Times,, Cosmopolitan* etc. Esto dió por resultado que la cuestión de Cuba se discutiera en los términos más favorables, tanto que los altos círculos políticos y financieros de Inglaterra, como entre el pueblo en general. Esta popularidad se extendió al mundo entero, hasta invadir la Francia, república, que por extraño que parezca, se mantenía refractoria á los ideales de los cubanos, tal vez porque después de su gran derrota en 1870, su política era no mezclarse en los asuntos extranjeros sino ocuparse tan sólo en los interiores del país.

Sin embargo, la misma prensa francesa no pudo sustraerse al movimiento general de la opinión, pues Aguilera consiguió, valiéndose de sus amigos, como veremos más adelante, que en los periódicos de París, *Le Temps, Le Rappel, La Republic* y otros, se publicaran muy buenos artículos originales, favorables á Cuba y se reprodujeran, traducidos al francés, algunos de los que publicaba la prensa de Londres, añadiéndole oportunos comentarios.

Simultáneamente se ocupaba Macías en la realización del empréstito cubano, proyecto que acariciaba desde Nueva York, pero que habiendo fracasado la reunión de la cantidad que debía servir de base, que infundiera confianza á los extranjeros, ya recibió por esa causa un golpe que lo dejó muy debilitado. Unido á esto, lo inoportuno de aquellos momentos, por la escasez de dinero en plaza, debido á las causas que hemos visto, y la reserva de los banqueros ingleses, de efectuar ninguna operación antes de que los Estados Unidos hicieran alguna demostración favorable á la causa de Cuba; todas estas circunstancias reunidas dieron por resultado que las gestiones de Macías por constantes, laboriosas y bien dirigidas que fuesen, no dieran el resultado apetecido.

Otro de los asuntos á que dirigió su atención como muy importante para crear obstáculos al gobierno español, fué la propaganda antiesclavista. En esta estuvo más afortunado, pues tocando la cuestión bajo el punto de vista filantrópico por una parte y el político por otra, fundándose en el poco respeto que España demostraba por los tratados internacionales, puesto que no había tomado medidas eficaces para concluir con la trata de esclavos, según lo pactado con Inglaterra, consiguió así que la Sociedad Abolicionista de Londres se moviera con actividad, y nombrara una comisión que visitara las ciudades más importantes del Reino, pronunciando discursos antiesclavistas.

Entre otras ciudades en que tuvieron lugar estos mitins, estaban las de Manchester, Leeds, Newcastle, York etc. Como resultado, se tomaran resoluciones al efecto de pedir respetuosamente al Gobierno de su majestad británica, que protestase en los términos más enérgicos contra el Gobinerno español, por la continuación de la esclavitud en Cuba, no solamente por razones de humanidad, sino por el interés que todas las naciones tenían en la abolición de la trata de esclavos y de la esclavitud. Decíase que casi todos, sino todos, los esclavos existentes en Cuba, permanecían en esa triste condición á consecuencia de la violación, por parte de España, de sus tratados con la Gran Bretaña. Un caballero de Manchester, mister Young, probó prácticamente su simpatía por la causa de la abolición, suscribiéndose con diez mil pesos para activar la propaganda, y otros muchos, de diferentes lugares, siguieron tan generoso ejemplo.

Como prueba de la eficacia de los trabajos de Macías, en su propaganda abolicionista, vamos á copiar algunos párrafos de una correspondencia de Londres que vió la luz en el periódico madrileño *La Prensa* en el número de 29 de Septiembre de 1872. Dicen así:

"Sr. Leopoldo Alva Salcedo......

....

"Espero que estas palabras sirvan de aviso á ciertos empleados de nuestro gobierno, á quienes hemos visto conferenciando con el traidor Macías (¿Se referirá al Ministro español en Londres señor Moret?) y entregarle un papel en cierto lugar que por ahora no debo mencionar. No doy el nombre de este empleado, por que no conviene todavía, pero si esas conferencias se repitieren, lo daré en cumplimiento de mi deber como buen español... No hay que hacernos ilusiones, amigo mío, estamos corriendo una crisis terrible en la cuestión de Cuba y por todas partes se ve el efecto de los trabajos y las intrigas diabólicas del laborantismo cubano. En Cuba, en los Estados Unidos, aquí, y aun en la misma España, !vive Dios! trabajan con admirable actividad é infernal determinación de perjudicarnos en todas partes. Aquí hoy nuestros enemigos hacen por menoscabar nuestro crédito nacional con el infame propósito de impedir que España levante fondos para concluir con la insurrección de Cuba..... A estos pérfidos ingleses y á sus hijos los bandidos de América, es necesario hacerles comprender que estamos decididos á perecer todos antes de consentir su intervención en nuestras posesiones de Ultramar; y digo esto porque he sabido que la Sociedad Abolicionista inglesa va á dirigir una nota á mister Carlos Sumner, que ha venido de los Estados Unidos hace pocos días, el cual es hombre de mucha influencia en aquel país, y los miembros de la mencionada sociedad desean que les ayude, ejerciéndola sobre su pueblo. Afortunadamente nada conseguirán, porque mister Sumner es enemigo personal del Presidente Grant y lo que diga ó haga mister Sumner á favor de los filibusteros cubanos, solamente serviría para aumentar las simpatías que indudablemente ha manifestado en más de una ocasión el general Grant por la noble nación española, constándome además que tiene muy buenos amigos entre algunos voluntarios de la Habana, lo cual debemos confesar, dando al "César lo que es del César,"..... Incluyo á usted una carta que el traidor Macías ha hecho publicar en varios periódicos de esta ciudad, la cual servirá ahí como prueba incontestable del odio que nos tienen estos desnaturalizados é infames, no diré hermanos, porque no lo son, aunque desciendan de españoles. Con ese documento delante yo quisiera ver al español que se atreva á defender á estos escorpiones tropicales!!"

Toda esta agitación producida en Inglaterra, trascendía á otras naciones de Europa, y aún á España misma, pues la "Sociedad Abolicionista de Madrid" presentó una instancia á las Cortes del Reino, pidiendo se inplantara en Cuba la ley Moret, para la extinción de la esclavitud.

Si la causa antiesclavista se agitaba como hemos visto, no era menor la actividad de la causa de la insurrección en la misma España. En el Senado, hombres como Benot declararon que "los derechos inalienables de los cubanos se les habían arrancado por leyes injustas, tiránicas é inquisitoriales, y que ellos tenían el derecho de protestar como lo hacían. Que la sangre de los esclavos, transformada en lingotes de oro, se enviaban allí desde la Colonia para pervertir la opinión pública y obscurecer la verdad".

Díaz Quintero, hablando de los voluntarios de la Habana decía que "reconocía los valiosos servicios que habían prestado á la causa de España en Cuba, con los asesinatos cometidos en el *Café del Louvre* y otras partes, reembarcando para España el general Dulce, así como reconocía también la ignominia que se amontonaba sobre el gobierno español al permitir que se ultrajara así su dignidad".

Salmerón, en la Cámara de los Diputados dijo que "se maravillaba de que un ministro de España, que tenía el deber de sostener muy alto el honor y la dignidad del nombre español, pudiera consen-

tir sin erojecerse su rostro de verguenza, que la primera autoridad de la Isla, el Representante de la Nación se le hubiese devuelto como se había hecho con el general Dulce''.

Y concluyó diciendo: ''Diré á vosotros, ministros del gobierno, que los que sirven los sórdidos intereses del momento y sacrifican el futuro de la humanidad á los intereses de la presente generación, son y serán siempre indignos del gran nombre de hombres de Estado, el que merecen sólo aquellos que inspirándose en los grandes principios, llevan á los pueblos por las vías del progreso, preparan la unidad de las naciones y dejan un rayo de luz en la historia. Y, ¿qué dejaréis vosotros sino un rastro de sangre con la insurrección y una horrible mancha con la esclavitud.''

Otros diputados y senadores españoles se expresaron en plenas Cortes en términos análogos.

A poco de emprender Macías sus trabajos en Londres, pareció alarmarse el gobierno español, como se verá en los párrafos de una carta del mismo Macías á Aguilera, fecha del 13 de agosto de 1872; dicen así:

''Alarmados parece que están los españoles, seguramente por las gestiones iniciadas por el empréstito de Cuba. Ayer nos han enviado un parte telegráfico que dice así: ''El Imparcial de hoy (fecha 5) dice que desde que empezó la campaña de Cuba habían muerto trece mil seiscientos insurgentes, un gran número habían caído prisioneros y 69,460 se habían sometido al gobierno; y hoy nos *empinan* otro informando al mundo (¡¡¡) que el Consejo de Ministros había mandado al rey para que los firmara, los documentos ó reglamentos para hacer cumplir la ley de abolición de la esclavitud; y agregan en otra parte á continuación, que el Tesoro manda á Londres siete millones de pesetas para el pago de los dividendos de la deuda española. Nuestros amigos aquí creen que todo esto se publica para afectar nuestra marcha con relación al empréstito de Cuba; por lo pronto les hacemos gastar, en publicar mentiras que pronto les saldrán contraproducentes. Yo trabajo con toda la actividad que puedo para promover los intereses de nuestra causa y no estoy disgustado, aunque mucho temo tener que abandonar este terreno para volver á América á trabajar por la vida.''

Con fecha 2 de octubre decía el mismo Macías á Aguilera lo siguiente:

''Sigo moviendo la prensa, aunque poco más de lo que ha dicho ésta á favor de Cuba, puede decirse. Repito que me faltan los recursos pecunarios y sin ellos poco más podré hacer aquí, y para no adelantar vale más levantar anclas y mandarse á mudar, como dicen por la América del Sur. Aquí nadie me ayuda, lo cual me hace creer que nadie cree que lo que se ha hecho puede tener importancia en los mejores resultados de nuestros trabajos. Los periódicos de Madrid ''La Discusión'', ''La Cooperación'' y otros escriben buenos artículos á nuestro favor; y si yo tuviera algún dinero no dudo que consiguiría que ''La.....'' (confidencial) variaría su política, lo cual nos valdría mucho. Pero no hay que pensar en esto por ahora.''

Su carta fecha 31 de octubre decía:

''Ayer he visto una carta del general Sickles, ministro de los Estados Unidos en Madrid, en que asegura confidencialmente que la administración del general Grant tendrá que cambiar su política con relación á Cuba. Parte de esta carta la verá usted en el ''Cosmopolitan'' de hoy, que la publica á instancias mías. ''La Sociedad Abolicionista'' ha nombrado una comisión de su seno para que salga por las provincias del reino á promover la causa de la abolición de la esclavitud, con la mira de influir directamente en la próxima sesión del Parlamento. Pronunciarán discursos en las principales ciudades de Inglaterra y yo puedo hacer que los oradores intercalen en sus discursos lo que queramos, con relación á Cuba, siempre que esté de acuerdo con las miras de la sociedad.

''Bueno sería que nuestros amigos ahí redactaran en estilo oratorio y con todo el laconismo posible lo que ellos crean conveniente, ya sea en español, ya sea en inglés. Si lo hicieran, que deben hacerlo, que lo hagan pronto y me lo remitan sin pérdida de tiempo. El mo-

vimiento favorable á Cuba que hoy se nota en España, en gran parte lo debemos á los trabajos é influencia de esta Sociedad, y debemos ayudarle en cuanto podamos; esto es muy importante y creo que debe usted alentarla antes de venir á ésta. Una reunión de amigos inteligentes. ahí, convendría mucho; usted, Bravo, el Conde, V. Fauli y el señor Ibarra, podrían discutir y redactar algo bueno. Yo apenas tengo tiempo para atender mis trabajos aquí, y además, estoy solo y vivo en una constante excitación.''

Con fecha 28 de Agosto, decía: ''Si todos los cubanos comprendieran lo que á nuestra causa importa el artículo editorial del ''Times'' de 24 del presente mes, yo estoy seguro de que nos facilitarían los recursos necesarios para continuar nuestra obra; pero hay pocos, muy pocos que lo comprendan y yo creo que lo más prudente será recoger velas y estarse á la capa con la proa á los Estados Unidos, sin contraer compromisos con nadie.''

Como se ve, Macías, hombre acostumbrado á luchar con la adversidad, á sufrir desengaños y probado patriota, en más de una ocasión se manifestó desalentado al ver la indiferencia con que se miraban sus trabajos y la poca disposición á auxiliarlo que mostraban sus compatriotas. Verdad es que se necesitaba de toda la fe, toda la voluntad y toda la perseverancia de Aguilera para no desmayar nunca, jamás exhalar una queja, siempre mantenerse firme, creyendo, á pesar del cúmulo de adversidades que sufría, en el triunfo final de la revolución.

Con fecha 30 de Agosto de 1872 escribía Aguilera á Macías los siguientes párrafos: ''Obra en mi poder su apreciable, fecha 28 del corriente, y con sentimiento veo que principia usted á desanimarse. No es posible, en las presentes críticas circunstancias que estamos atravesando, llevar las cosas á punta de lanza. Paciencia y mucha se necesita para encaminar la grande obra á que estamos consagrados, á su feliz terminación. Yo se muy bien, y tengo muy fundadas pruebas para ello, que á usted le sobran abnegación y patriotismo, y así, creo excusado emprender la ímproba tarea de demostrarle cuan necesario es trabajar asiduamente, sin desmayar un instante, seguro de que el éxito de nuestros comunes esfuerzos no puede ser dudoso para nadie.

''Importantísimos son sin duda los trabajos realizados que han visto la luz en los periódicos de esa ciudad y el envío de ellos á España y á esta capital. Esté usted seguro de que ellos contribuirán en una gran parte al logro apetecible de nuestra empresa.

''¿Presume usted que nuestros compatriotas no comprenden las tendencias de esta nueva campaña y sus buenos resultados? Y bien, todos saben apreciarlos y yo temo que usted se exaspera sin tener en cuenta las dificultades con que se tropiezan y que es forzoso á todo trance superar, á fuer de hombres severos y perseverantes. Ruégole, pues, que no se desaliente y continúe sus trabajos en tanto las circunstancias lo permitan. Tal es nuestro deber, tal nuestra consigna, y de ello dependerá en día no lejano, el coronamiento de nuestra grande obra: la Revolución.

''Yo espero con fundamento recibir dentro de poco algún dinero, y cuente usted que el primero que venga á mis manos pasará á las suyas.''

En estos párrafos se ve la convicción de Aguilera respecto al seguro y pronto triunfo de la revolución; convicción que no lo abandonó un instante y que trataba de comunicar á aquellos que, á pesar de ser fuertes, desfallecían. Sólo á él nunca se le vió desfallecer.

Tal era la labor en que estaba empeñado. Tenía que infundir ánimo á los demás, que comunicarles su convicción, que alentar su patriotismo, que estimular su generosidad, que combatir los egoismos, que acallar las pasiones, que despertar los nobles sentimientos. El solo tenía que afrontar esta obra gigantesca, abrumadora; á nadie tenía á su lado, porque si alguno se le acercaba para prestarle una ayuda momentánea, á este tenía también que sostenerlo en sus momentos de desfallecimiento. Y ¿quién prestaba fuerzas á Aguilera para

que no se viera aplastado por esa titánica obra? ¡Ah! También él tenía quien lo sostuviera. Su voluntad, firme é inquebrantable de servir á Cuba. Su fe ciega en el triunfo de su causa santa.

Ninguno como Macías hubiera realizado los importantes trabajos que en esa época se hicieron en el extranjero, causando una agitación tan beneficiosa á los intereses de la revolución. Sólo faltó que se le auxiliara con los elementos que necesitaba para que esos trabajos hubieran alcanzado todo el desarrollo que debieran tener. Y que después hubieran sido secundados con el apoyo material de los cubanos capitalistas aprontando las sumas necesarias para auxiliar debidamente la revolución. Faltó esto y aquellos trabajos se desvanecieron.

Siempre dió muestras Aguilera de un tacto acertado para escoger los hombres que debieran auxiliarlo. Desde su juventud tuvo cerca de sí á su familiar Manuel Anastasio Aguilera, y éste por todo el resto de su vida lo acompañó siempre, prestándole con la mayor lealtal, adhesión y afecto los más señalados servicios, hasta el momento de su muerte. Cuando estuvo resuelto á emprender sus trabajos revolucionarios, llamó á su lado á Francisco Agüero y Arteaga, que fué para él un auxiliar poderoso, amigo fiel y decidido patriota, hasta dar su sangre por la revolución. Para dar comienzo á sus trabajos, á los primeros á quienes habló fué á sus amigos Fracisco Maceo Osorio y Pedro Figueredo, y estos esclarecidos patricios jamás desmintieron la confianza y alto concepto que Aguilera tenía de ellos, coadyuvando admirablemente á su obra, hasta que al fin, por ella dieron su vida. En Nueva York se asoció al patriota José María Mayorga, y este noble ciudadano después de dedicarse en cuerpo y espíritu al servicio de la causa, al lado de Aguilera, expuso por ella su modesta fortuna, el bienestar de su familia.

En cambio, á pesar de las obsequiosidades de Aldama, de su alta posición social y financiera y de sus protestas de ayudarlo á salir adelante de sus empresas, jamás le inspiró confianza, y si en los últimos tiempos de su vida tuvo que echarse en sus brazos, fué la fatalidad quien lo obligó, muy á pesar suyo. Carlos Manuel de Céspedes era su íntimo amigo, se tuteaban, sabía Aguilera que era revolucionario y hombre de capacidad y representación social, y sin embargo, nada le dijo cuando comenzó á conspirar, y fué su familiar Pedro Figueredo quien lo inició en la revolución. Parece que presentía Aguilera lo que pasaría con Céspedes.

No teniendo ya nada que hacer en Londres, resolvieron Aguilera y sus compañeros suspender el asunto del empréstito hasta mejor oportunidad; que Macías fuese á los Estados Unidos dirigiéndose á Washington antes que se abriese el Congreso Americano; para esto le remitiría Aguilera de París los mil pesos que decía haber gastado en Londres, y que Aguilera y Aldama salieran al día siguiente para París.

El 20 de noviembre á las siete de la mañana tomaron el tren Aguilera y Aldama para Doubre, donde se embarcaron con un tiempo hermoso; llegaron á París á las siete de la tarde.

CAPITULO XII

NOVIEMBRE 1872

REGRESO DE AGUILERA A PARIS.—DESANIMADORAS NOTICIAS DE ALMAGRO.—SACO Y SU LIBRO "HISTORIA DE LA ESCLAVITUD".—ALMAGRO PARECE RETRAERSE.—DESALIENTO DE VALDES FAULI Y POZOS DULCES.—ENTUSIASMO DE ALDAMA—SACO Y JOSE DE LA LUZ CABALLERO—ANTONIO FERNANDEZ BRAMOSIO—CONSECUNENCIA DE LA QUEMA DE LOS BONOS POR R. MARTINEZ.—AGUILERA TRATA DE ALENTAR A ALMAGRO.

De regreso Aguilera en París, fueron á visitarlo Valdés Fauli, Almagro y otros emigrados. Hablaron de asuntos generales y Almagro lo invitó á que fuera á comer con él en su casa para hablar con más libertad.

Concurrió Aguilera y antes de sentarse á la mesa enseñó á Almagro una carta de Mayorga donde le hablaba de sus trabajos en New York, con objeto de animarlo. Almagro se mostró satisfecho. Durante la comida hablaron largamente de sus asuntos. Preguntóle Aguilera lo que había adelantado Silverio Jorrín en sus trabajos con Ricardo Alfonso. Contestó Almagro que algo le había dicho á la esposa de Alfonso, pero la había encontrado renuente, motivo por que no se había atrevido á abordar á su marido. En resumen, dióle á entender Almagro que era imposible llevar á cabo el proyecto que se había propuesto. Instóle Aguilera para que no lo dejara de manos, puesto que ya tenía algún terreno adelantado; aunque encontraban más dificultades de las que habían pensado, no era motivo para creerlo irrealizable. Fueron interrumpidos en este punto y después se despidió Aguilera.

Fué aquella una noche de insomnio para él. Veía el acariciado proyecto de su expedición, rodando por el suelo y en vano apuraba en su mente mil maneras de reanudarlo. Unas veces cobraba esperanzas de conseguirlo, otras desesperaba; sin embargo, comprendía que era forzoso no desmayar y decidió perseverar, tratar de infundir ánimo en Almagro para que á pesar de tantos obstáculos siguiera adelante.

Al día siguiente fué á casa de Valdés Fauli (Noviembre 25) á ver si en lo que este le dijera podía traslucir algún rayo de esperanza; no lo encontró.

Hablando con Possé, le manifestó éste que aquella noche pensaba ir á Burdeaux; recordando Aguilera que en esa ciudad estaba Francisco Lemur, del que pensaba obtener algo para la causa, solicitó de Possé aplazara su viaje para dos ó tres días después, á fin de ir con él. Sabía que la única manera de que Lemur diera alguna cosa, era yendo él á solicitarlo en persona. Además, tenía esperanzas de que Gonzalo Villar, que también residía allí, lo auxiliara para conseguir algo. Quedó Possé en darle la razón después, la que fué negativa.

Tratábase en aquellos días, entre los amigos de Saco, de la publicación de la obra de éste "Historia de la Esclavitud", habiendo ido á visitarlo Aguilera le habló del particular. Encontrólo muy desconfiado de que al fin se realizara, pues le dijo que sabía por experiencia que las cosas que dependían de suscripciones eran muy eventuales. Además, dijo que su obra era muy fatal. La tuvo abandonada mucho tiempo, dudando de poder publicarla y entonces le escribió

su amigo Domingo del Monte diciéndole que la concluyera, que él se la publicaría. Siguió trabajando año y medio con constancia, y cuando la tenía muy adelantada recibió la noticia de la muerte de del Monte. La abandonó de nuevo hasta el año 1867, en que había estado á verlo "Pepe" Alfonso, y le dijo que la concluyese, que al siguiente año volvía á París, y se la publicaría. En ese año,—1868,—estalló la revolución de Cuba y "Pepe" Alfonso no volvió á París, por lo que había vuelto á interrumpirla. Entonces se había presentado Aldama con la misma oferta de publicarla, pero como que para ello había que hacer una suscripción, no tenía esperanza de que llegaran á reunirse los fondos necesarios. Toda esta relación la hacía Saco con la amargura de quien desconfía salvar á un hijo querido, presa de grave enfermedad. Refirióle algunas anécdotas de los que siempre tenía en cartera.

Como fuera Almagro á visitar á Aguilera al día siguiente de su última entrevista, tocóle éste el punto de su expedición, diciéndole las esperanzas que había llegado á concebir y lo preciosos que eran los momentos, pues tenía comunicaciones de Cienfuegos diciéndole que allí el Cuerpo de bomberos quería levantarse por su cuenta, y esperaba que ya Carlos García y sus compañeros le tuvieran preparada la gente del campo etc. Contestó Almagro que estaba convencido de que era imposible reunir allí en junta á todos los individuos con quienes podía contarse; Jorrín no se atrevía y él no tenía relaciones de amistad con Ricardo Alfonso para invitar lo á almozar ó comer en su casa. Respecto á Adolfo Moliner, Aldama estaba hecho cargo de él, y era también el único que podía abordarle, por el parentezco que tenían; á Emilio Céspedes nadie era capaz de sacarle una peseta, y la señora doña Susana Benitez, él prepararía el terreno para que cuando volviese Aldama á verla la encontrara algo más favorable. Tuvo intenciones Aguilera de manifestarle las esperanzas que había despertado en él al decirle que él, siendo el más pobre, se suscribía con veinte mil pesos y que Malpica al marcharse para España le había dicho que daría como el que más diera. Se contuvo, sin embargo, considerando que Almagro lo sabía tan bien como él y ningún provecho sacaría recordándoselo; por el contrario podría traerle un desagrado que le enajenara la voluntad del hombre de acción que allí lo ayudaba, y el que confiaba todavía le prestase algunos servicios.

En esas conferencias con Almagro, parecióle á Aguilera encontrar algo extraño en él, de manera que no le parecía el mismo hombre que había dejado á su salida para Londres. Pensó si sería que en vez de conquistar él á Jorrín, éste lo hubiese conquistado á él, ó se habría arrepentido de haber ofrecido los veinte mil pesos, ó si habría tratado alguien de indisponerlo con él. Aguilera se perdía en conjeturas, y la única realidad que percibía era que sus caras ilusiones se evaporaban. Echando una ojeada á su situación veía que el único que le daba alguna esperanza era Aldama. Precario le parecía el auxilio que éste pudiera prestarle, pues de antiguo lo conocía; pero la situación de Aguilera era tal, que necesitando creer en algo, para sostener su espíritu, pensó que quizás mudaría de conducta y por su medio podría conseguir algunos auxilios.

Poco después de retirase Almagro llegaron Valdés Fauli y Pozos Dulces. Trajo Aguilera la conversación al tema que lo preocupaba. Dijo con desaliento Valdés Fauli que Aguilera había conseguido más de lo que él hubiera creído posible al principio. Valdés Fauli parecía sentir la pena de Aguilera, pero carecía de facultades para hacer más de lo que hacía. Lo mismo le pasaba á Pozos Dulces, con la diferencia que no siendo éste tan nervioso como aquél, tomaba las cosas con más calma.

Al otro día fué Aldama á la habitación de Aguilera y le dijo que ya tenía en su poder los tres mil pesos de que le había hablado. Preguntóle Aguilera si podía saber quien era el donante. Contestó Aldama que no, pues ese señor ni aún quería coger el recibo en sus manos, tal era el terror que tenía, y le había recomendado que se lo guardase.

Manifestó Aguilera las dificultades con que tropezaba y díjole Aldama que al día siguiente iba á ver á la marquesa de Castell Florit y á doña Susana Benítez; también vería á Adolfo Moliner, que era muy duro, y á Emilio Céspedes que era *jiquí*. Animóse un poco Aguilera viendo la buena disposición de Aldama y pensando que por entonces, era el hombre de todas sus esperanzas.

En otra conversación que tuvo con Aldama y Silvio Moliner, habló el primero de mister Sickles; manifestó la creencia de que seguiría trabajando por la independencia de Cuba, pero temía que la diplomacia española, con su fuerza de inercia, desvaneciera sus trabajos y lo cansara de la misma manera que había cansado á los ingleses en la cuestión de la esclavitud.

Silvio Moliner dijo que el general Serrano, después de la Regencia española, deseoso de que el gobierno le ragalara una famosa casa, alegaba entre sus méritos que él se había opuesto, cuando el general Prim quiso vender la Isla de Cuba.

Pocos días después presentóse Aldama en la habitación de Aguilera, llevándole cinco mil francos de un incógnito. Aguilera le dió las gracias. Refirió Aldama que había dado una carga muy fuerte á Adolfo Moliner, y había quedado en darle algo para la causa. Estuvo á ver á la Marquesa de Castell Florit, le había dicho la conserje que estaba en casa, subió y le dijeron que había salido. Dijo que estaba riquísima pues tenía dos ingenios en la Habana, de su primer marido, tres del segundo y el montepío del tercero. Había ido á ver á doña Susana Benítez, no la había encontrado, y en aquel momento iba á ver á otro individuo. Animólo Aguilera diciéndole que estaba seguro que como él se propusiese había de conseguir por su mediación una fuerte suma; salió Aldama muy dispuesto á trabajar para ello.

Fué Rafael Merchán á visitar á Aguilera. Después de tratar de varios particulares, salieron á reunirse con Aldama, Valdés Fauli y Silvio Alfonso, con quienes estaban citados para ir á casa de Saco á hacer el presupuesto del costo de la impresión de su obra. Encontraron á Saco en su casa, que los esperaba. Le presentaron á Merchán, como el perito que debía hacer el presupuesto y éste quedó en volver el próximo domingo para examinar los manuscritos. Dijo Saco que la obra podía dividirse en tres partes, ó hacerla una sola si parecía más conveniente. Le entregaron una de las circulares para la suscripción; estas debían repartirse unas en París, firmadas por Aldama y Valdés Fauli, y otras en la Habana por otras personas. En el curso de casi tres horas que duró la visita, refirió Saco varias anécdotas, entre ellas la siguiente:

Por los años de 1842, más ó menos, fué á París don José de la Luz Caballero, con objeto de restaurar su salud, bastante quebrantada. Vivieron juntos, ocupando la misma alcoba. Durante todo el tiempo que estuvo allí don José, no hizo otra cosa que pensar en su esposa, á quien constantemente escribía. Las cartas las llevaba numeradas, y en un año que estuvo poco más ó menos le escribió unas cincuenta y cinco cartas sin que tuviera contestación á ninguna de ellas. En la penúltima que le hizo, y enseñó á Saco, le decía en resumen:

"Mi querida Mariana: te llevo escritas cincuenta y tantas cartas y no he recibido contestación á ninguna. Me resigno y estoy satisfecho porque esa es tu voluntad y yo no tengo otra que la tuya, etc". Dijo Saco que por último, tuvo que aconsejarle que se marchara á la Habana, porque si pasaba más tiempo sin verla, se moría sin remedio.

Valdés Fauli refirió que lo había visitado todos los días en su última enfermedad. Murió en su biblioteca, rodeado de sus libros. El entierro fué magnífico. El fué su segundo albacea, y cuando volvió al día siguiente de su muerte á hacerse cargo de la biblioteca, ya J. M. Z. había cargado con lo mejor, llevándose los manuscritos y todo lo útil que tenía.

Como Aldama había quedado en ver á algunos emigrados para tratar de hacerlos contribuir para la causa, y era entonces en quien Aguilera tenía cifradas

sus mayores esperanzas, fué á verlo al "Grand Hotel" para saber lo que había conseguido. Lo encontró arreglando su equipaje y le dijo que se iba para Nueva York dentro de pocos días. Hablóle Aguilera del asunto que allí lo llevaba y le manifestó Aldama que los cinco mil francos que le había dado poco antes, eran de Emilio Céspedes, el que al mismo tiempo había quedado en mandarle otra cantidad más, para el mes de febrero. Le había dicho que él siempre contribuía para la causa de Cuba, haciéndolo por conducto de la señora Francisca Moliner de Nueva York. Tomóle esto de nuevo á Aguilera, pues habiendo sabido que también su hermano de ella, Silvio, contribuía por su conducto, sacó en claro que el dinero que esa señora daba en Nueva York, no era suyo, sino de estos señores y quizás de otros más.

Díjole también Aldama que había estado á ver tres veces á la marquesa de Castell Florit y no lo había querido recibir. Le mandó á decir con un amigo de ella que él creía tener derecho á ser recibido y esperaba le concediera una conferencia. Seguramente á consecuencia de ese recado, la tarde anterior había ido á hacer una visita á sus niñas de él, la que no tuvo efecto porque equivocadamente el conserje le dijo que habían salido. Sin embargo, ella había quedado en recibirlo aquella tarde á las cinco.

Habiéndole preguntado Aguilera respecto á los demás, contestó que estuvo á ver á Ricardo Alfonso y no lo había encontrado, siendo recibido por su esposa Julia. Había hablado á ésta diciéndole que era preciso hicieran algo por la causa, porque la revolución triunfaba forzosamente y sentiría mucho que fuesen á ser perseguidos como malos cubanos, por no haberle prestado algún auxilio. Prometióle la señora que su marido iría á verlo. Dijo también que iba á ver á Gonzalo; se prometía sacar algo á Adolfo Moliner. Le dió la noticia de que Antonio Fernández Bramosio había llegado de Nueva York. Alegróse Aguilera de la nueva, pues esperaba que Bramosio lo ayudara también por su parte, con las relaciones que allí tenía. Despidióse de Aldama abrigando esperanzas, si no de conseguir todo lo que deseaba, al menos, obtener algo.

Como se ha visto, todos los cubanos esperaban que el presidente de los Estados Unidos, general Grant, con miras de asegurar su reelección, para un segundo término en la presidencia de la nación, variaría de política respecto á Cuba, emprendiendo otra más favorable á la causa de esta. Sin embargo, esas esperanzas se vieron desfraudadas en parte, al leer su mensaje á las Cámaras Americanas, en el que apenas dedicaba algunas pocas palabras sin importancia á la guerra de Cuba. Fué este un desengaño mas, tanto para Aguilera como para todos los emigrados.

Fué informado Aguilera por Mayorga, de que Ramón Céspedes y él habían hecho un contrato con unos banqueros de Nueva York, mediante el cual depositarían en un banco la cantidad de diez y ocho millones de pesos en bonos cubanos, los que serían vendidos, según ciertas condiciones, á veinte centavos el peso, en el término de ciento veinte días; como no tuvieran bonos para cubrir esa cantidad tenían que mandarlos á grabar é imprimir, y manifestaban á Aguilera que para firmarlos, bien fuera él á Nueva York, ó mandara su poder á una persona que lo hiciese por él. Como á Aguilera le fuera imposible hacer ese repentino viaje, dejando paralizados allí los importantes trabajos que tenía pendientes, optó por sustituir su poder á Mayorga para que firmara dichos bonos. Al tratar de hacerlo encontró que su poder, dado por el Gobierno de la República, no tenía cláusula de sustitución y, por consiguiente, no podía transferirlo á otra persona. Dado este conflicto, y después de consultar con varios notarios de la ciudad y el cónsul de los Estados Unidos, los que le dijeron que no era posible traspasar su poder á ninguna persona, consultando el caso con Valdés Fauli, Bravo, Varona y otros amigos, éstos le aconsejaron que para salvar la dificultad extendiera allí un poder ante tres cubanos respetables, lo legalizase Varona como Agente de la República en París, y se expresara en una cláusula del mismo poder, que no iba legalizado por nin-

gún notario, pero no haber sido reconocida la República de Cuba por el gobierno francés. Así se hizo inmediatamente pues el asunto no admitía espera. Sin embargo, mientras se grabaron é imprimieron los bonos en los Estados Unidos, se cruzaron cablegramas entre Mayorga y Aguilera para arreglar la dificultad del poder, llegaba éste á Nueva York y se firmaron los bonos, pasaron más de dos meses, por mucho que se procuró despachar el asunto con la mayor brevedad. Ya en este tiempo las cosas habían cambiado, los banqueros desistieron de la negociación, se quedaron hechos los bonos, la impresión de los cuales costó más de diez mil pesos y la causa de Cuba perdió esa oportunidad para haberse hecho de fondos considerables con los que indudablemente se hubiera dado un gran impulso á la revolución.

Fué esta la consecuencia de la soberbia de Ramón Martínez al exigir que se quemaran los treinta millones de pesos en bonos que se habían impreso para la negociación suya, con objeto de que Aguilera ni Céspedes los pudiesen utilizar en otra. Deseando mortificar á éstos, no tuvo en cuenta que á quien hacía directamente daño era á la causa de Cuba. A haber contado la Agencia con esos bonos, se hubieran depositado inmediatamente y quizás algunos se habrían vendido; ó por lo menos esos diez mil ochocientos pesos que se emplearon en el grabado é impresión de los veinticinco millones de pesos de los nuevos bonos, se hubieran invertido en armas y municiones de que tan necesitados estaban los patriotas. Más, parecía que la desdichada Cuba estaba destinada á ver como sus hijos posponían sus más vitales intereses á sus propias pasiones.

Fué Aguilera á ver á Bramosio, que acababa de llegar de Nueva York. Este lo recibió muy amablemente y quiso que se quedara á almorzar con él y sus hermanas. Concluído el almuerzo pasaron á la sala á conferenciar. Hablando del mensaje del presidente de los Estados Unidos, dijo Bramosio que decía poco, pero bueno; si bien decía que los cubanos no habían ganado terreno durante el último año, también consignaba que los españoles tampoco habían adelantado nada, dando á comprender su impotencia para dominar la revolución, etc. Informólo de varios asuntos de Nueva York, teniendo una larga conferencia. Accedió á las instancias de Aguilera para que influyera entre sus amistades al logro de sus propósitos.

Habiendo ido Almagro á ver á Aguilera con objeto de invitarlo á comer con él, trató éste de estimularlo á que no dejara de mano su proyecto. Para entusiasmarlo y moverlo más, le confió bajo el más riguroso secreto, su plan de desembarcar por Cienfuegos y entrar en la ciudad á sangre y fuego con los españoles. Quiso ver si instruído de la magnitud de la obra, se disponía á hacer un esfuerzo igualmente grande.

Acogió Almagro con calor el plan y dijo que no dudaba de la influencia que había de ejercer sobre los españoles verlo desembarcar al quinto año de guerra, con mil hombres por Cienfuegos. Estaba seguro de que ese hecho atrevido influiría grandemente en el reconocimiento de la beligerancia por los Estados Unidos y descorazonaría á los españoles, que en tal estado de desconcierto se encontraban ya en la Península y tan escasos de dinero estaban. Contestóle Aguilera que ese golpe sería tan decisivo y de tan buen efecto como desalentador para sus compañeros si se le presentaba él, después de dos años de ausencia y de continua lucha, solo y con las manos vacías, pues de todos modos estaba decidido á ir pronto á Cuba. Contestó Almagro impresionado que de ninguna manera debía hacerlo así, pues no sólo sería de muy mal efecto para los patriotas, sino que corría riesgo de que los españoles lo apresasen y fusilaran. Sería ese un golpe muy rudo para la insurrección, pues los enemigos darían la guerra por terminada, con la desaparición de uno de sus principales sostenedores. Despidióse Almagro prometiendo á Aguilera continuar trabajando en la empresa.

CAPITULO XIII

NOVIEMBRE 1872

EL BOLETIN DE LA REVOLUCION CUBANA.—LOS QUESADISTAS TRATAN DE DESPRESTIGIAR LA REPRESENTACION DEL GOBIERNO.—"ENSALADILLAS" Y FOLLETO PUBLICADO A ESE EFECTO.—POCO EXITO DE ALDAMA EN SUS TRABAJOS EN FAVOR DE AGUILERA.

Publicábase en París una hoja periódica en francés, llamada "Bulletin de la Revolución Cubaine", en la cual se insertaban extractos de los artículos más notables de la prensa extranjera, así como las noticias de la guerra de Cuba. Este periódico tenía por objeto ilustrar á la prensa francesa del estado de los asuntos cubanos, para que al tratarlos lo hiciese con propiedad, haciendo por ese medio, propaganda entre el pueblo francés.

Como se comprenderá, era muy útil la publicación, y si n embargo, arrastraba una vida bien dificultosa. Su director, el ciudadano Ramón de Armas y Céspedes, distinguido patriota, se esforzaba en presentar con el mayor auge su periódico, pero se estrellaba en lo mismo con que tropezaba toda obra patriótica: la indiferencia de los emigrados y la pobreza de recursos. Sin embargo, el periódico seguía viendo la luz, llevando una vida lánguida.

Fué una vez el ciudadano Ramón de Armas á buscar noticias para su "Boletín" con Aguilera. Le dió éste las que había, y en conversación refirió Armas que le habían enviado de Nueva York unas "ensaladillas" bien repugnantes, en las que ponían "de vuelta y media" á Mayorga, Ramón Céspedes y otros, ridiculizándolos, tocándole su parte al mismo Aguilera.

Como dos meses antes había recibido éste un folleto, publicado también en Nueva York, y firmado por un tal "Esteban", que tenía el poco patriótico fin de desprestigiar la representación del Gobierno de Cuba en el extranjero, acusando á sus hombres de ineptos é ignorantes. Contestó Aguilera que probablemente las "ensaladillas" serían obra de la misma pluma que había escrito el folleto "Esteban", y lamentó la miseria y la ruindad de aquellos que, para satisfacer sus pasiones, y lograr sus torpes ambiciones, no titubeaban en dañar á Cuba, dando pábulo á los periódicos enemigos para que hicieran los más vergonzosos comentarios de nuestras miserias, como había hecho ya el "Diario de la Marina" de la Habana con motivo del folleto "Esteban".

Esa antipatriótica propaganda era apoyada por los hombres del partido quesadista, que no cejaban en su empeño de hacer cruda guerra á la representación del Gobierno de Cuba, desacreditándola por cuantos medios estaban á su alcance, á fin de llegar á la meta de su ambición: que el manejo de los asuntos de Cuba en el extranjero pasase á manos de Manuel de Quesada.

Impaciente Aguilera por saber si Aldama había conseguido algo de los personas á quienes quedó en hablar, fué á verlo. Estaban con él varios amigos y Aguilera esperó que se fueran todos para hablarle. Una vez solos, abordó la cuestión y Aldama le contestó que había visto á la señora Benítez, le trató del asunto y le contestó que le escribiría á Moses Taylor de Nueva York Pregun-

tándole si tenía fondos suyos en su poder, y entonces le daría la razón definitiva. Sobre Ricardo Alfonso dijo fué á verlo aquel día y no lo encontró, que volvería al siguiente; respecto á la marquesa de Castell Florit, esta señora le manifestó que acababa de gastar un capital en amueblar su casa y se había quedado sin dinero; que cuando empezaran las zafras sus ingenios en Cuba, por el mes de febrero, le mandaría algo; además, ella hacía poco había dado cinco mil francos para la causa. A Adolfo Moliner le había mandado un recado con su hermano Silvio, diciéndole que se iba el lunes y esperaba que no lo hiciera quedar mal.

Vió así Aguilera que esta vez como tantas otras, se nublaban sus esperanzas, las que, según todas las probalidades, vería desvanecer como el humo. Y entonces, fracasado Aldama y fracasado Almagro ¿qué hacer ya? El mismo no lo sabía.

CAPITULO XIV

DICIEMBRE 1872

AGUILERA FUE A COMER CON ALMAGRO.—NUEVO PROYECTO PARA LA EXPEDICION DE AGUILERA.—VALDES FAULI PRESTA SU CONCURSO.—SIMON CAMACHO O PETER HICK.—BRAMOSIO ACEPTA EL PROYECTO.—ALDAMA PROPONE UNA MODIFICACION.—AGUILERA INSTA A ALMAGRO PARA QUE VEA A ALDAMA.—ESTE PONE DIFICULTAD.—CONFERENCIA GENERAL.—ALDAMA NO QUIERE PROMETER NADA.—BRAMOSIO MORTIFICADO TOMA LA INICIATIVA.—COMPROMISO FORMAL PARA LA EXPEDICION DE AGUILERA.—COMIDA DE V. FAULI A AGUILERA.—BRAMOSIO HACE CARGOS A AGUILERA Y COMPAÑEROS DE REVOLUCION.—AGUILERA NO SE DEFIENDE POR NO INCULPAR A CESPEDES.—BRAMOSIO HACE CARGOS A ALDAMA.—NEGOCIACIONES EMPRENDIDAS POR EL GENERAL PRIM Y JORRO.

Concurrió Aguilera á la cita que tenía con Almagro para comer con él. El tema de la conversación fué la expedición y las dificultades con que tropezaba para salir adelante. Ya muy adelantada la comida dijo Almagro que esperaba á Valdés Fauli, á quien había invitado á tomar el café. Su objeto era hacerle, delante de Aguilera para que lo apoyase, la proposición siguiente:

Sabía que había llegado á París, Bramosio, que estaba muy entusiasmado con la causa, y le constaba que era muy rico. Estaba allí también Aldama, á quien había oido decir que si Aguilera lograba llevar á Cuba la expedición que intentaba, dentro de un año estarían todos en Cuba independiente; este se iba el lunes próximo para New York. Sabía que Valdés Fauli gozaba de gran influencia con uno y otro, é iba á proponerle que viera á los dos y tratase de conseguir que fijaran la cantidad con que estaban dispuestos á contribuir para la proyectada expedición de Aguilera. Teniendo esa base sólida de que partir, ver con Malpica, doña Susana y otros, lo que podía reunir.

Viendo que pasaba la hora del café, dijo Almagro á su señora que pusiese una esquela á Valdés Fauli, diciéndole que esperaban por él. Esta así lo hizo, enviaron la esquela y volvió el criado diciendo que Valdés Fauli no estaba en casa.

No habiendo conseguido que Valdés Fauli se les reuniese aquel día, y no teniendo tiempo que perder, invitó Almagro á Aguilera á almorzar con él al día siguiente, diciéndole que también invitaría á Valéds Fauli. Aunque Aguilera tenía otras atenciones para aquel día y hora, sin embargo, prescindió de todo y aceptó, pues el asunto merecía para él preferencia á cualquier otro.

Continuó hablando Almagro y dijo que si entre Aldama y Bramosio llegaban á reunir treinta ó cuarenta mil pesos, cosa que fácilmente podían hacer ellos, si realmente querían ayudar la revolución, Malpica daría como el que más y él trabajaría con la mayor eficacia para que doña

Susana diera otro tanto. Si todo eso se lograba, el éxito estaba asegurado y Aguilera podría salir con su expedición. Dijo que Aldama no había conseguido nada de doña Susana, porque se había conducido con mucha torpeza. Encontrándose ya algo animada, había preguntado á Aldama si era cierto que los Estados Unidos iban á reconocer la beligerancia de los cubanos. Aldama en vez de contestarle afirmativamente, le dijo que no pensara en eso, que ya la beligerancia vendría después. Esta contestación había vuelto á enfriar á la señora, haciéndola dar una excusa en vez de contribuir.

Siguió diciendo que él apenas había querido ver á esa señora después de su vuelta de Sevilla, para no gastarse; aquel día estuvo ella á visitar á su esposa y se había quejado de que no lo veía á él, pues con estudio, no le había hecho más que una visita. Dijo que pensaba ir á verla al día siguiente y le hablaría en términos generales del favorable estado de la revolución diciéndole que: "guerra de independencia que llegaba á sostenerse cinco años en el estado en que se encontraba la de Cuba, no podía perderse". Después volvería á verla, y trataría de avanzar más, y la tercera vez que la hablase, se le declararía, y creéa que no dejaría de lograr su objeto.

Ultimamente, para acallar los temores que pudiese tener, de que llegara á saberse que había dado dinero para la causa, le diría que él se comprometía á hacerle una escritura por la cantidad con que ella quisiese contribuir, para que apareciese que esa cantidad era un préstamo que le hacía él. De esa manera no podría despertar la menor sospecha. A él no podía decirle lo que á Aldama, que no tenía dinero disponible, porque el año 70 le confesó que había sacado al extranjero un millón trescientos mil pesos y desde entonces estaba capitalizando los intereses.

Puede calcularse el efecto que esta conversación obraría en el ánimo de Aguilera; del triste desencanto pasó á las más halagadoras ilusiones. Retiróse á las diez de la noche, fué á su cuarto y no pudo conciliar el sueño, revolviendo en su mente negras dudas con las más risueñas esperanzas.

Puntualmente fué Aguilera á casa de Almagro, á la hora para que lo había citado. A poco llegó Valdés Fauli, y desde luego, entraron en conferencia. Informado Valdés Fauli de lo que se trataba, le pareció muy buena la idea, y desde luego, ofreció su concurso para convertirla en realidad. Dijo que aquella misma tarde iría á hablar á Bramosio, y con lo que le dijera iría con Aldama, á ver si lograba estimularlos, el uno con el otro, á fin de que fijasen cada uno la cantidad con que estaban dispuestos á contribuir para la expedición de Aguilera. Manifestó desconfianza de Aldama, diciendo que lo conocía y temía que le jugara la cabeza, pues sabía que su sistema era reservarse siempre para el último en ofrecer.

Habló Almagro despechado de los ricos cubanos emigrados. Dijo que en su mayoría no eran otra cosa que mercaderes, que todo lo sujetaban á los números y á la ganancia; y como estaban educados por los españoles, bajo el servilismo más afrentoso, no pensaban en otra cosa que en hacer dinero, para con éste ganar consideraciones. Casi todos los títulos de nobleza de la Habana, dijo, habían sido conseguidos con el servilismo y la adulación á los capitanes generales y demás autoridades, y algunos de ellos con la mayor bajeza. Retiráronse al fin todos muy esperanzados en el resultado del nuevo plan.

Referiremos aquí el incidente ocurrido con un noble venezolano, porque nos complace consignar un acto generoso cualquiera, por más que nos veamos obligados á reseñar tantas miserias.

Vivía en París el señor Simón Camacho, venezolano, muy conocido en la Habana como corresponsal del "Diario de la Marina." cuyas correspondencias firmaba con el pseudónimo de "Peter Hick." Cuando estalló la revolución de 1868 hizo renuncia de su cargo porque dijo que no podía escribir contra los cubanos, porque éstos sustentaban con las armas los mismos ideales que los venezolanos habían hecho triunfar. Francisco de P. Bravo y él tuvieron una discusión literaria, apostando cien francos y una caja de tabacos para la revolución cubana,

que aprontaría el perdidoso. La ganó Bravo y aunque no pensaba exigir á Camacho que hiciera efectiva la apuesta, sin embargo, éste se empeñó en ello y entregó á Bravo lo apostado. Este dió los cien francos á Aguilera, para la causa, refiriéndole el origen, y la caja de tabacos la reservó para él, quedando en abonar á Aguilera los cien francos que valía.

Solicitó Aguilera á Valdés Fauli al día siguiente de su última conferencia, pero no pudo encontrarlo. Por la tarde vió á Aldama y éste le dijo que había estado á verlo Valdés Fauli y Bramosio, para saber con cuánto se suscribía para su expedición. Este último dijo que daría diez mil pesos y él les había hecho la siguiente proposición: Bramosio y él se comprometían á reunir en Nueva York cincuenta mil pesos, siempre que en París se reuniesen otros cincuenta mil. La suma de París se entregaría á Valdés Fauli para que éste la librase á Aguilera en Nueva York. Con esos cien mil pesos, y el ofrecimiento de la conducción de mil hombres que se le había hecho, que valía cincuenta mil pesos más, ya podía formarse la expedición grande de Aguilera, en la que iría el general Jordan.

Bramosio había aceptado y dijo que si el asunto se formalizaba, tomaría el vapor que salía para Nueva York el día 2 de enero, á fin de dar comienzo á su trabajo.

Como Aguilera conocía, tanto á Aldama como á Bramosio, no se entusiasmó mucho con la proposición de aquél, juzgando más bien que no era otra cosa que un "quite" para manejar los fondos, comprometer á otros para que contribuyeran y no dar nada él. Por otro lado veía que las condiciones no eran nada lisonjeras para él, pues le quitaba todo derecho á intervenir á la formación de la expedición; pero esto, como cuestión de amor propio, no le hacía mucha fuerza. También la ida de Jordan con él era una contrariedad, pues aunque lo reconocía como jefe entendido y valiente, pero conocía su carácter tenaz é intransigente y previó que habría de causarle algunos disgustos. Sin embargo, pensó que esta dificultad podría desvanacerse, pues así que Jordan supiese por el lugar donde debían desembarcar, quizás no aceptaría.

Fué Aguilera á ver á Almagro, suponiendo que ya estaría instruído del asunto. Viendo que en efecto estaba al corriente de lo sucedido, le manifestó que quería se avistara con Aldama é hiciera que se comprometiera formalmente con él al cumplimiento de lo pactado. Contestó Almagro que ya le había mandado un recado con Valdés Fauli diciendo que cuando llegara á Nueva York se olvidara hasta de que lo había conocido; que ni siquiera pronunciara su nombre, para evitar que lo confiscaran en Cuba; Aldama le contestó que no se iría sin despedirse de él y de consiguiente, esperaba verlo.

Dijo Almagro que la condición que ponía era que si la expedición de Aguilera no salía por cualquier circunstancia, se devolvieran los cincuenta mil pesos de París. Citó á Aguilera para una conferencia con Valdés Fauli y Bramosio en la que diría á éste que el compromiso era solidario, respondiendo el uno por el otro; lo mismo diría á Aldama. También les diría que ellos debían recoger el dinero entre los emigrados de Nueva York, sin contar con los de París, y allí se recogería sin contar con los de Nueva York.

Contestó Aguilera que quizás esa condición presentaría dificultad, pues había oído decir á Aldama que contaba con lo que le había ofrecido para febrero la marquesa de Castell Florit, Emilio Céspedes y otros. También desconfiaba de que se obligaran solidariamente, pues ellos desconfiaban uno de otro.

Dijo Almagro que había convenido con Valdés Fauli en que al día siguiente fueran á comer á casa de éste, Bramosio, Aguilera y él, para fijar los términos del compromiso; le encargó que asistiera.

Fué al otro día Almagro á ver á Aguilera y á decirle que la conferencia que había proyectado en la comida con Valdés Fauli no podía tener lugar, porque su señora le advirtió que había en la casa de Valdés Fauli una criada española, y no era prudente que se enterase de lo que trataban. Contestóle Aguilera que sería necesario que se reunieran en

otra parte para dejar el asunto formalizado. Dijo Almagro que para él el negocio estaba concluído, porque le había dicho Valdés Fauli que entre Aldama y Bramosio se comprometían á reunir los cincuenta mil pesos en Nueva York. Repuso Aguilera que eso no era suficiente, porque sospechaba que el ofrecimiento de Aldama no era más que un ardid para jugarles la cabeza é irse á Nueva York sin haber ofrecido nada concreto. Para que el asunto revistiera toda la formalidad necesaria, era preciso que Almagro y Valdés Fauli tuvieran una conferencia con Bramosio y Aldama, en la que fijaran y acordaran los términos del negocio y se comprometieran formalmente á su cumplimiento; y finalmente, que para efectuar esa conferencia no tenían tiempo que perder, tanto porque Aldama debía marcharse al día siguiente para Nueva York, cuanto porque no debía darse tiempo á que se enfriara el entusiasmo de Bramosio.

Volvió á insistir Aguilera en que era indispensable que Almagro viera á Aldama antes de su partida, para comprometerlo á que hiciera con el primero el mismo compromiso que había hecho con Valdés Fauli, pues como Aldama no tenía con Almagro la mismo confianza q ue con Valdés Fauli y con él, se le haría más forzoso cumplirlo.

En vista de estas razones y de la insistencia de Aguilera, Almagro le ofreció su carruaje para ir con él inmediatamente á ver á Aldama. Llegaron al "Grand Hotel" y tuvieron la suerte de encontrarlo con Valdés Fauli. Jugaban al tresillo con las niñas de Aldama y otros caballeros.

Así que concluyeron, indicó Almagro á Aldama que Aguilera y él deseaban hablarle. Aldama los invitó pasar á su habitación. Llamó Almagro también á Valdés Fauli, y los cuatro pasaron á la habitación de Aldama.

Comenzó Almagro diciendo que al volver Aguilera para Nueva York, había solicitado dejarle sus poderes para que siguiera trabajando en pró de la causa; el le había contestado que ya estaba gastado en ese asunto, y sólo accedería á sus deseos si Aldama y Bramosio se suscribían para su expedición con una cantidad fija, pues entonces tendría una base sólida de que partir para emprender sus trabajos de nuevo. Le había comunicado el plan á Valdés Fauli, como amigo de ambos, y éste luego les dijo á Aguilera y á él que se había avistado con los dos, y le aseguraban poder conseguir en Nueva York cincuenta mil pesos, pues para el efecto Bramosio se suscribiría con diez mil pesos. En esa virtud, quería saber si era esa una cosa decidida, y si Aldama estaba dispuesto á adquirir el compromiso de responder por esa cantidad, puesto que contaba con la seguridad de reunirla en Nueva York.

Contestó Aldama que no podía tomar sobre sí esa responsabilidad, aunque tenía la seguridad de que en Nueva York podía reunirse esa suma, pues cuando la expedición del "Upton" varios individuos se habían comprometido á ayudarlo, y después que despachó la expedición, ninguno quiso cumplir lo que le había ofrecido, y él solo tuvo que abonar cuarenta y siete mil pesos por los gastos que había hecho; no quería, por lo tanto, que esa vez le pasara lo mismo. Dijo que él había dado para la revolución trescientos mil pesos y quería irse conservando, pues no sabía el tiempo que podía durar, y deseaba estar en aptitud para contribuir siempre.

Repuso Almagro que á él mismo le había oído decir que si Aguilera llevaba á Cuba su proyectada expedición, la guerra se concluía dentro de un año, y por consiguiente, lo que había de dar en dos ó tres años más que duraría la guerra, sino iba la expedición, lo diese entonces para que terminase en un año. Lo interrumpió Aldama diciendo que no estaba de acuerdo, porque la expedición podía perderse, y quedar él incapacitado para seguir contribuyendo.

Continuó diciendo Almagro que con respecto á los trescientos mil pesos que decía haber dado para la causa, había hecho muy bien y se lo aprobaba; pero que eso no lo eximía de seguir contribuyendo mientras tuviese con que hacerlo. Que allí delante tenía (señalando á Aguilera) á quien había sacrificado toda su

fortuna, su familia, su persona, y estaba dispuesto á volver á Cuba á "jugar su pescuezo". Que él estaba tan comprometido como Aguilera, pues si este y sus compeñeros habían iniciado la revolución, él y los suyos la habían aceptado con todas sus consecuencias, que era lo mismo.

Contestóle Aldama con algunas evasivas, refiriendo sus sacrificios, sus desengaños, etc. Almagro lo fué batiendo en todas sus posiciones pero sin lograr que fijara la cantidad con que contribuiría, ni mucho menos que se hiciera responsable de los cincuenta mil pesos que decía podían reunirse en Nueva York.

Finalmente se acordó tener otra reunión á las diez de aquella misma noche, á la que asistiría también Bramosio, para lo cual Aldama le escribió una esquela citándolo. Aguilera se comprometió á que llegara á sus manos en tiempo oportuno.

Fué Aguilera personalmente á casa de Bramosio y lo encontró comiendo con su familia. Se manifestó muy expansivo y contento, é instó á Aguilera con mucha cordialidad á que los acompañara á la mesa. Este aceptó. Le entregó la esquela de Aldama, le dijo cuál era su objeto y quedó Bramosio en asistir á la cita.

Concluída la comida pasaron los dos á la sala, y Bramosio, lleno de animación, dijo á Aguilera que había revuelto y entusiasmado "la gente" allí. Había ofrecido diez mil pesos para la causa de Cuba, cuando realmente no los tenía, porque aún no había cobrado los dividendos de la Compañía del Gas. Le hacía esa advertencia muy reservadamente para que no se los exigiera de momento en Nueva York; sin embargo, él se los iría entregando poco á poco. Dijo que había sido muy conveniente su llegada á París. porque lo había puesto en movimiento todo. Silverio Jorrín y otros amigos se habían llenado de entusiasmo al oirlo hablar, y si el asunto de la expedición de Aguilera quedaba acordado aquella noche, marcharía para Nueva York en el vapor del 2 del próximo mes de enero, á trabajar. En Nueva York podía disponer de toda la expedición del "Edgar Stuart" que estaba todavía detenida en Colón por no haber tenido Martínez medios con que sacarla y estaba seguro de que se la cedería.

Refirióle también las dificultades con que tropezaban en New York para pasarle la mesada á la señora del Presidente Céspedes; tanto, que la señora pensaba trasladarse á Cayo Hueso. Dijo que Ramón Céspedes había querido que entre él y otros cubanos le abonasen la referida mesada, pero él no quiso hacerlo, por el mal que esta señora había hecho, tratando de dividir la emigración. Que Ramón Martínez sostenía á su señora madre y otros idividuos de la familia, porque creía que el día que la revolución triunfase, Carlos Manuel de Céspedes iba á otorgarle gracias y privilegios, como si fuera un rey; pero estaba muy equivocado porque ese día Céspedes estaría sujeto por las leyes y la constitución y tendría que atenerse á ellas. Con respecto á él, dijo que estaba decidido á meterse en un rincón y no pretender nada, porque no tenía aspiraciones.

No quiso Aguilera poner ninguna objeción á lo dicho por Bramosio por no desanimarlo, y lograr que se llevara á cabo el compromiso.

A las diez de la noche tuvo lugar la junta acordada, asistiendo á ella Aldama, Almagro, Bramosio y Aguilera. Comenzó el segundo diciendo que tenía necesidad de que uno de los dos ó los dos juntos—Aldama y Bramosio—garantizasen la reunión en Nueva York de los cincuenta mil pesos, pues sólo así podría estimular á ciertos individuos con quienes contaba para el asunto.

Dijo que tenía un amigo que le había ofrecido que si se reunían las tres cuartas partes de la cantidad que necesitaban, él pondría la cuarta parte restante; si se reunían las dos terceras, pondría la tercera, y si la mitad, pondría la otra mitad; pero que encontrándose ausente y teniendo él sus podres, por una delicadeza fácil de comprender, trataba de no gravarlo más de lo necesario.

Contestó Aldama que estaba seguro de que entre Bramosio y él podían reunir en Nueva York más de los cincuenta mil pesos de que se trataba, trabajando cada uno en su círculo; pero que ni uno

ni otro podían garantizarlo, porque cuando se supiese en Nueva York, todos se echarían atrás y quedarían ellos responsables, como le había sucedido cuando el vapor "Hornet" que tuvo que pagar cuarenta y seis mil pesos de su bolsillo.

Dijo Bramosio que él había ofrecido contribuir para la expedición de Aguilera con diez mil pesos, y además, si podía disponer del vapor "Edgar Stuart" subiría hasta quince mil pesos, contando con el valor de las armas y las municiones que tenía á bordo.

Manifestó Aguilera, que aunque estaba dispuesto á tomar las armas de la expedición del "Edgar Stuart", sin embargo, quería que la gente que él llevara fuera con armas de precisión, siendo cuando menos fusiles de remigton, pues pensaba desembarcar por occidente, y necesitaba estar en las mejores condiciones. Las armas del "Edgar Stuart" podían ser útiles para la gente del campo.

Requerido Aldama para que hiciera un ofrecimiento concreto, como lo hacía Bramosio, dijo que á todo lo que podía comprometerse era ir á Nueva York, tratar de reunir la expresada cantidad, y avisar inmediatamente por cable el resultado. Pidiéndole que precisara la cantidad con que estaba dispuesto á contribuir, se negó á hacerlo, diciendo como acostumbraba, que "daría como el que más."

Largo rato estuvieron batallando con Aldama para que se comprometiese á alguna cosa concreta y él se encerró en el círculo que se había trazado, sin que nadie pudiera hacerlo salir de él. Finalmente, después de agotados todos los razonamientos imaginables para convencer á Aldama de que debía salir de sus vaguedades y ofrecer algo positivo, Bramosio, en un arranque de impaciencia, preguntó á Aguilera si se conformaba con su promesa de despacharlo para Cuba con su expedición. Contestóle Aguilera afirmativamente y dijo Bramosio que él garantizaba hacerlo. El compromiso quedó hecho y aceptado por todos los presentes. Bramosio dió esta vez una buena lección á Aldama, probando que si no era más generoso y patriota que él, era más hábil.

Dijo entonces Bramosio, que dado caso que el buque que había ofrecido Aldama para la conducción de mil hombres faltase, se entendería roto su compromiso; así quedó acordado. Añadió Almagro que en ese caso se devolverían los cincuenta mil pesos de París, aunque Aguilera fuese á Cuba de cualquier otro modo. Después de acordar otros detalles, se despidieron á la una de la noche, habiendo empleado la mayor parte del tiempo en tratar de levantar á Aldama á la altura que debía estar. Salió Aguilera con Almagro y manifestó éste que tenía que hacer un viaje á Barcelona para hablar con Malpica, después de hablar allí con doña Susana Benítez, Jorrín y la marquesa de Castell Florit.

Como Aguilera conocía á Aldama y también á Bramosio, no miraba su empresa muy segura, temiendo que flaquease Aldama, para que quedara mal Bramosio, puesto que había querido lucirse en aquella reunión á expensa suya.

Pensando Aguilera regresar á los Estados Unidos en aquellos días, quiso Valdés Fauli despedirlo con una comida, y al efecto lo invitó á él y varios amigos. Tomaron parte en ella, la señora de Valdés Fauli, su niña y otra señora, Bramosio, Pozos Dulces, A. Díaz Albertini, Valdés Fauli, su hijo Guillermo y su primo Felipe. El menú fué espléndido y el servicio exquisito. La conversación, como de costumbre, recayó sobre Cuba. Concluída la comida pasaron los caballeros al salón de fumar. A las diez y media ya se habían retirado todos los concurrentes, excepto Bramosio y Aguilera que quedaron con Valdés Fauli. En la conversación hizo el primero cargos muy fuertes á Aguilera y sus compañeros de la revolución, por haberse lanzado al campo sin tener nada preparado, ni siquiera dinero en el extranjero, cuando era cosa tan sabida que el dinero era el alma de la guerra. Dijo que cuando Pedro Figueredo fué á la Habana, en el año 1867 á desempeñar la comisión de la Junta Revolucionaria de Bayamo, con el primero que habló fué con él, y al saber que los revolucionarios de Oriente no

tenían ningún dinero en el extranjero le dijo que era una locura esa revolución y que no lo intentaran hasta contar con recursos suficientes. Conocía Aguilera que los cargos que le hacía Bramosio, por fuertes que fueran, eran fundados, pues él siempre había pensado lo mismo, y trató de evitar esa falta cuando en la Junta del "Ranchón", el día 3 de Octubre de 1868 y otras veces antes, había propuesto á sus compañeros levantar dinero á todo trance, vendiendo cuanto poseían para auxiliar la revolución, y así se había acordado. Sin embargo, en fuerza de la situación y de las exigencias del patriotismo, tuvo que sellar sus labios esa vez como otras varias, para no revelar las flaquezas de la revolución. Se necesitaba que Céspedes apareciese rodeado del mayor prestigio; que los hombres de la revolución fueran tenidos como patriotas impecables, para que inspiraran á la emigración veneración y respeto y decidiera á los hombres de ésta á honrarse ellos mismos prestando á aquellos su apoyo.

Sin tratar de defenderse Aguilera de tan injustas inculpaciones, en lo que á él se referían, se contentó con decir que era ese un punto que no convenía tocar en aquellos momentos; pero que llegaría tiempo en que las cosas se pondrían en claro y las responsabilidades caerían sobre quienes correspondieran.

No podía haber más nobleza y patriotismo en semejante proceder. Después de haber sido despojado de su gloria y del primer puesto en la revolución, por el acto violento de Céspedes; después de haber previsto él y tratado de remediar aquello mismo que se le echaba en cara; tener que soportar los reproches que se le hacían como si los mereciera; sufrir en silencio aquellas duras y justas inculpasiones que sólo Céspedes merecía; escudar con su cuerpo á Céspedes para que ninguna de ellas le tocaran y cayesen todas sobre él. ¿Cómo no hacerlo así si en el extranejro los nombres de Céspedes y de Cuba estaban identificados? Para salvar á Cuba había que salvar á Céspedes. ¿Qué importaba que se condenara á Aguilera?

Continuó Bramosio hablando muy mal de Aldama, del daño que le había hecho á la causa y lo mezquino que se mostraba siempre, á pesar de los trescientos mil pesos que decía haber dado para la revolución, lo que él no creía fuera cierto. Finalmente, habló de los tres mil pesos que había pedido á Angarica y de muchos miles de pesos más que había obtenido de Rivas y de otros cubanos, después de haber hecho renuncia de la Agencia (entrarían allí los cuatro mil pesos del general Peralta?) y que aplicó, según dijo Bramosio á resarcirse de lo que tenía adelantado para la expedición del "Hornet" que tanto "cacareaba." Dijo que todas las pensiones que decía pagaba de su peculio á varias personas y la comida que dió al general Jordan en Delmonico cuando éste llegó de Cuba Libre, apostaba á que estaban cargados á Cuba en los libros de la Agencia.

La salida de Aguilera se aplazó hasta que Almagro concluyese de reunir los cincuenta mil pesos.

Reunido Aguilera con Almagro, manifestó el primero que conociendo los hombres y las cosas, desearía que aclarara con Bramosio quién iba á ser el jefe que mandaría su expedición: si el general Jordan ó él. Contestó Almagro que se alegraba le hiciera esa indicación, porque llamaría á Bramosio delante de Aguilera, y le diría que siendo éste ante ellos el responsable de la expedición, debía ser quien la mandara. Manifestó Aguilera que era muy importante deslindar ese punto, para que luego no fuera á presentarse algún conflicto en empresa como la que se proponían, en que de la unidad de acción dependía el éxito. Por lo demás, él se sometía gustoso á lo que ellos resolvieran, yendo ya de Jefe, de segundo, de tercero ó de simple soldado. En una conferencia que tuvieron después se aclaró este punto, acordándose que fuera Aguilera quien mandara la expedición.

Aldama salió para Nueva York en la noche del doce de diciembre. Al ir Aguilera á despedirlo, lo llamó Aldama aparte y le dijo que lo habían informado de que Miguel Figueroa era un joven de mala conducta y de peores antecedentes; que estuvo empleado con Morales Le-

mus y después había ido á España y aceptado la agregación á una embajada, etc. Contestó Aguilera que él le había dado una comisión para Madrid, porque le pareció un joven formal y de mérito. Que tropezando con la dificultad de no encontrar quien se prestara á hacerse cargo de ella, y habiéndose ofrecido él para desempeñarla, se la confió muy gustoso; también Valdés Fauli lo había presentado á Saco como un joven distinguido. Sin embargo, se alegraba de su advertencia para estar en sobre aviso en lo adelante.

Invitado Aguilera por Carlos de Varona, á comer con él y su señora, le hizo Varona de sobremesa la historia del proyecto de negociación del general español don Juan Prim, por medio de su agente Jorro, para concluir la insurrección de Cuba, en los términos siguientes:

Era Jorro director del periódico "El Sufragio Universal" favorable á la causa de los cubanos, y al que éstos habían conseguido una numerosa suscripción. Escribían en este periódico Varona y varios amigos suyos, artículos furibundos, los que prohijaba Jorro. Viendo el general Prim la propiedad con que en ese periódico se trataban los asuntos de Cuba, pensó que era su director, Jorro, el hombre más adecuado para poner en planta sus proyectos, creyéndolo en relación directa con los jefes insurrectos. Mandólo llamar, le expuso su plan, y Jorro se manifestó dispuesto á secundarlo. Al comenzar su misión escribió á Varona, solicitando que le obtuviese una autorización del gobierno de Cuba para tratar con España, bajo las bases que explicó. Varona contestó que el gobierno cubano tenía sus legítimos representantes en Nueva York, y con éstos debía entenderse; en tal virtud, el gobierno español dió á Jorro una autorización para que pasase á Nueva York á tratar con dichos representantes cubanos.

Antes de partir Jorro, quiso Varona tener una conferencia con él, y se avistaron en Bayona. Allí pudo leer el programa de arreglo que era el siguiente: El general Prim partiría para la Habana acompañado de tantos coroneles, como cuerpos de voluntarios había en la Isla; al llegar, sustituiría con estos coroneles, los que entonces mandaban dichos cuerpos; reuniría en la Habana fuerza veterana suficiente y desarmaría á los voluntarios de esa ciudad, haciendo lo mismo con los demás de la Isla. Llamaría á un arreglo al gobierno insurrecto, bajo las bases de una autonomía radical, sin otra condición que la de que siguiese ondeando en Cuba el pobellón español. Si los cubanos creían necesaria alguna fuerza de mar ó de tierra para guardar la Isla, la pedirían á España y pagarían su sostenimiento. Si no la consideraban necesaria, España retiraría su ejército dejando solos á los cubanos. Cuba se gobernaría por sí propia, eligiendo su gobernantes. La cuestión de la esclavitud la resolverían como creyesen más conveniente los cubanos. Finalmente, si aún todo eso les parecía poco y deseaban su completa independencia, España daría la independencia á Cuba, con la sola condición de que esta reconociera su deuda, abonara las propiedades del Estado y pagara una indemnización que convendrían.

Hubo de llegar á conocimiento del Casino Español de la Habana el plan referido y acordó la muerte de Prim antes de que llegara á realizarse. Prim fué muerto en las calles de Madrid, estando Jorro aún en Nueva York ocupado en la expresadas negociaciones. Con la muerte de Prim todo el plan vino al suelo. Los ministros españoles que secundaban á Prim fueron Moret, Martos y Rivero.

Respecto á este y otros asuntos importantes, publicó un interesante artículo el periódico "La Patria", de Lima, Perú, en su número de 22 de Noviembre de 1872, que vamos á dar á conocer á nuestros lectores. Dice así:

"CUBA"

"Algo más tenemos que aducir en apoyo á nuestra primera indicación de favor para la causa cubana.

"España misma ha confesado por el órgano de muchos de sus hombres de estado más importantes, que la independencia de la grande Antilla es un hecho inevitable.

"Consta, en efecto, de las publicaciones hechas por el Gobierno de Washington y sometidas al juicio del Senado norteamericano, que desde el 12 de agosto de 1869, confesó Prim al general Sickles, en entrevista formal sobre la cuestión de Cuba, que ésta se decidiría, en fin, en favor de la absoluta independencia. "Por mi parte, dijo el general y ministro español, si yo solo hubiese de decidir el caso, diría á los cubanos: idos si queréis, pagadnos lo que nos costáis y dejadnos sacar el ejército y la escuadra, para consolidar la libertad y los recursos de la península." (Documentos de las Cámaras, 1869.)

"Días después y en el transcurso de la malhadada negociación interventora encomendada al general Sickles, (personaje que parece haber nacido para ser engañado por todo el mundo), profería el mismo Prim, alma, corazón y brazo de la regencia que entonces gobernaba á España, estas palabras no menos explícitas que las anteriores: "Veo con satisfacción crecer en España un sentimiento decidido en favor de la emancipación de Cuba. Salvado el honor nacional, no habrá serio inconveniente para realizar en seguida la independencia de la Isla. Llegará pronto el tiempo en que los buenos oficios de los Estados Unidos serán, no sólo útiles, sino indispensables para un acuerdo final entre Cuba y España. Ya veremos cómo, y desde ahora contamos con su auxilio." (Despacho del ministro Sickles—25 de Septiembre).

"De tales confesiones hechas por el jefe del ministerio español, eran partícipes sus colegas Martos, Silvela y Becerra, en término que en 13 de Noviembre del 69, en una comida en casa del señor Rivero, presidente de las Cortes, á que asistió al ya nombrado agente diplomático de Washington, digéronle á una, Martos y Rivero, "respetamos las mayorías; y como los insulares son en Cuba más numerosos que los peninsulares, apoyaremos á lo que aquéllos pidan por medio de sus representaciones.

"Días después, ese mismo señor Martos, tribuno del liberalismo español, que es un liberalismo *sui generis,* cuando quiera que se trata de las cuestiones de América, convenía con el embajador inglés, mister Layard, en lo inevitable de la independencia de Cuba; pero agregaba con admirable franqueza: "sin embargo, nada podemos conceder á Cuba, porque nos enagenamos al partido español en la isla."

"Existe, pues, la convicción entre los hombres de la política española, de que las relaciones coloniales entre Cuba y su antigua metrópoli, están cortadas para siempre; de que la Autonomía de la Antilla es un hecho de advenimiento más ó menos tardío, pero á todas luces inevitable. Y siendo esto así ¿cómo explicar la horrible insistencia de sus agresiones contra los patriotas de la Isla? ¿Qué justificación pueden alcanzar los torrentes de sangre y el sudor de oro que esa insensata lucha está ocasionando va ya para más de cuatro años? ¿Qué clase de moralidad es la de esos sombríos personajes, como Prim y Martos, que después de reconocer lo inevitable de un hecho, pretenden sin embargo detenerlo con el oleaje de la sangre de sus propios conciudadanos, impíamente suscitados?

"Estaba reservado á la España, afrentar la civilización de nuestra época con el espectáculo de tan horrible contradicción. Nación caballeresca, pero obstinada y cruel, endurecida en doce siglos de combates; ejército voluntario de todas las guerras de religión, fanatizada por la inquisición con el tormento y las hogueras; ella sola, sobre quien reinó con gloria aquel rey de llamas que se nombró Felipe II, es capaz de anegar en sangre inocente, un derecho por ella misma confesado, y cuyo triunfo reconoce con carácter de infalible.

"Y el mundo y sobre todo la América, presenciarán impasibles semejante monstruosidad!

"Otra observación importante.

"Chile primero, inmediatamente después nuestro país, en seguida Bolivia, y luego las dos repúblicas del Norte y la Confederación Argentina hacia el Sur, reconocieron á las patriotas cubanos como "beligerantes" en toda la

significación legal é internacional de esta palabra. Más, declaraciones de tan grave naturaleza, no se hacen en vano: bien por el contrario, ellas, al consumarse, tienen en miras objetos importantes que se contraen á fijar y esclarecer las relaciones de los pueblos entre sí y respecto de los que soportan los males de la guerra, y á prohijar aquellos principios de civilización atenuantes de esos mismos males. Entre esos objetos, figuran como de los primeros, la sujeción de los bandos contendientes á las reglas del derecho de gentes moderno, hasta donde ella está al alcance de las naciones autoras de la respectiva declaración. Desde que seis repúblicas americanas dijeron en alta voz y de una manera solemne: son beligerantes los cubanos armados en su isla contra el poder nacional de España, dijeron también, implícitamente, no con menos formalidad: "España no tiene derecho para matar cubanos que caen en manos de sus soldados, ni para incendiar y talar su propiedades." Y no sólo dijeron eso tácitamente, sino que contrajeron por el simple hecho de su declaración, compromiso formal de hacer valederas en algún sentido tan nobles salvedades.

"Hasta aquí el apoyo eficaz que podemos y debemos dar á la regularización de esa guerra, tan atroz hoy como ayer, y mañana seguramente tanto como hoy.

"Es evidente que la causa de Cuba se salva, con sólo que no falte á sus soldados la virtud de la constancia. En preseverar aún á despecho de sus más desastrosas derrotas, está la salud del patriotismo cubano. Para trasformar á Céspedes de rebelde y de bandido, en caudillo con derecho al título de Excelencia por parte de los españoles, sólo se necesita que su mano no deje de empuñar, por un sólo instante la bandera desplegada en Yara. Por ese mismo proceso de admirable perseverancia, fué que Bolívar, con su cabeza puesta á precio en 1816, se convirtió cuatro años después en el jefe de Colombia, reconocido y aclamado por los expedicionarios españoles en los campos de Santa Ana.

"Dos reflexiones nos quedan aún por hacer.

"Es la primera referente á la simpatía que siempre se espera y que jamás surge ó se muestra, del Gobierno de Washington. Las repúblicas latino-americanas deben prescindir de tan infundadas esperanzas. En nuestra propia historia debemos aprender que jamás ha sido interés de la política yankee, un interés sur-americano. Cuando levantamos el edificio de nuestra indepndencia, los Estados Unidos fueron los últimos en reconocer y saludar nuestra victoria. Gracias á la celosa mezquindad de su política, el gran ejército vencedor de Ayacucho, no siguió á Cuba á completar allí su obra de redención. Sabido es que el gobernante de Washington hizo imposible, con sus protestas, esa final empresa de nuestros grandes capitanes. El martirio de Cuba corre desde 1826, á cargo, no de España que lo ejerce, sino de la política yankee que lo adoptó como interés suyo En los últimos tiempos, coincidió con la tolerada burla de su amigable mediación en Madrid, el permiso á su gobierno por el cual treinta cañoneras de construcción americana zarparon en sus costas para ir á encerrar dentro de un círculo de fuego á los heroicos cubanos.

"Con tales antecedentes, no es posible esperar nada de semejante gobierno, mucho más desde que ha de seguir á su cabeza, según las últimas noticias, no Greeley el filósofo que cree en la libertad y ama á los pueblos que la buscan, sino Grant, el soldado sin conciencia y sin pensamiento alguno de verdadera política americana.

"Prescíndase de los Estados Unidos, ó nada haremos en favor de nuestros hermanos de Cuba.

"Nuestra segunda reflexión versa sobre la verguenza del abandono en que hasta hoy hemos dejado á esos mártires de nuestro propio ejemplo.

"Nosotros que fuímos más, y más poderosos que ellos, jamás nos vimos tan abandonados. Entramos á litigar nuestra causa, cuando España había perdido todos ó casi todos los elementos de su poder material. Fué menester que la

segunda potencia marítima del mundo antes de Trafalgar, comprase á Rusia unos buques viejos para que sus expediciones á América viniesen regularmente convoyadas. No obstante, que el promedio de nuestro período de lucha coincidió con la creación de la Santa Alianza destinada á extirpar todo foco de libertad é independencia en el mundo, hallamos una monarquía que bien por consejo de interés, ó por magnánima inspiración liberal, nos abrió las cajas de sus bancos y sus fábricas de fusiles y municiones, y permitió además, que millares de aventureros ilustres, hijos suyos, principiando por Cochrane y terminando por Mac-Gregor, viniesen á nuestros campos de guerra á pelear, rodilla en tierra, por el triunfo de nuestra independencia.

En defensa de esa misma causa se oyeron en la tribuna de Chatam de Shendom, los más varoniles acentos de la elocuencia; y por último hubo un Canning que impuso á la Europa, retrogada y hóstil, el deber de respetar nuestro heroismo y el de suscribir á todas sus conquistas.

"Para Cuba nada de esto ha habido. El progreso mismo de nuestra época, que hasta á España ha alcanzado, milita formidablemente en su contra. La palpitación del telégrafo, la rapidez del vapor, el alcance de los nuevos fusiles, el poder de los nuevos cañones; todo le es adverso. En presencia de los poderosos elementos del poder militar moderno ella solo tiene la augusta debilidad de su derecho. Como Pedro á Cristo, el resto de la América la ha negado al primer canto del gallo. ¿La dejaremos perecer definitivamente? Esta pregunta va dirigida á todos los nobles corazones de América: con especialidad á los del pueblo del 2 de Mayo."

CAPITULO XV

Diciembre 1872

LA PRINCESA DE BONAPARTE.—EL SR. ECHENIQUE.—LA PRINCESA SE INTERESA POR LA CAUSA DE CUBA.—UN AGENTE CUBANO EN LA CORTE DE ITALIA.—BONOS CUBANOS EN ROMA.—BANQUETE PARA LA PRESENTACION DE LOS CUBANOS A LOS PERIODISTAS FRANCESES.—VARONA Y ECHENIQUE SON PRESENTADOS A MR. F. HUGO.—EL EMBAJADOR ESPAÑOL OLOZAGA Y LA PRINCESA.—VALLEJO MIRANDA Y LA PRINCESA.

Acababa de regresar á París Francisco de P. Bravo de un viaje por Alemania, Austria é Italia, y hablando con Aguilera le refirió que en Roma les habían dado una carta de introducción á Echenique y á él para la princesa de Bonaparte, prima y agente de Luis Napoleón en París y esposa de Ratazzi, caballero de alta distinción en la corte de Italia, quien se esperaba fuese nombrado ministro del rey Víctor Manuel.

Era la princesa señora de gran tono, literata, ilustrada y persona de mucha influencia con el rey Amadeo de España. Dijo Bravo le habían informado de que era muy demócrata; y si lograban interesarla en favor de la causa de Cuba, halagando su vanidad de mujer, quizás podrían conseguir que predispusiera al rey Amadeo á hacer un arreglo mediante á una suma que Cuba pagaría á España como indemnización; y aún en el caso que no consiguieran tanto, podrían nombrarla agente en París, lo cual siempre daría prestigio á la causa.

Aprobó Aguilera el plan, y como Bravo preparaba su viaje á Jamaica, vía de Londres, instóle para que lo demorase hasta ver si el asunto se formalizaba y lo dejaba en marcha. Resolvió Bravo diferir su viaje. Pocos días después dijo á Aguilera que Echenique y él se habían presentado en casa de la princesa que los recibió con la mayor amabilidad. La visita se había prolongado más de lo que la etiqueta exigía, de las cuatro á las seis de la

tarde, pues le hablaron de Cuba y de América y la señora se había mostrado tan interesada y les hacía tantas preguntas, que ellos se vieron obligados á prolongar aquélla hasta dejarla satisfecha. Se había manifestado simpatizadora con la causa de los cubanos, les había ofrecido hacer lo que estuviera en sus manos, en favor de ella, y como dijo que pronto debía ir á Roma, quiso que volvieran en breve para que la instruyeran bien del asunto y ellos mismos le indicaran la manera de favorecer tan noble y simpática causa.

Como el señor Echenique, á quien nos hemos referido, tendrá una parte muy principal en los asuntos que trataremos en adelante, diremos algunas palabras respecto á él. Era el señor J. M. Echenique persona muy distinguida é importante en su país, el Perú, y diputado á la Cámara de esa república. Fué á Europa á negociaciones de minas, y persiguiendo éstas, emprendió con Bravo el viaje por las naciones de Europa á que nos hemos referido anteriormente. Simpatizaba con la causa de Cuba, y Bravo, que gozaba de su amistad, trató de aprovechar su influencia y buena disposición en favor de aquella.

Al día siguiente de su conversación con Bravo, fué Aguilera á la habitación de éste y lo encontró buscando unos folletos sobre la cuestión de Cuba para presentarlos á la señora. Dijo Bravo que le parecía conveniente nombrar un agente confidencial en Roma, que obrara bajo las instrucciones de la señora, pues parecía probable que su marido fuera nombrado ministro de Víctor Manuel; y siendo éste quien aconsejaba al Gabinete de Madrid, quizás pudiera lograr que le inspirase la idea de admitir la proposición del de Washington, respecto á la venta de Cuba á los cubanos por cien millones de pesos garantizados por los Estados Unidos.

Aprobó Aguilera el pensamiento, pero tropezaron con la dificultad de encontrar al agente, que había de reunir condiciones muy especiales, pues además de ser persona de capacidad y de buenas formas sociales, debía contar con recursos propios para sostener con prestigio su posición. Después de discurrir sobre quien podría ser esa persona, propuso Aguilera á Bramosio, quien fué aceptado por Bravo como persona competente. Al mismo tiempo propuso éste á Echenique, caso que Bramosio no aceptara, pues aunque no era cubano, sin embargo, siempre que se prestara, ocuparía con lucimiento para Cuba aquel puesto.

A la hora convenida fué Echenique solo á ver á la señora, pues Bravo se enfermó. Llevaba instrucciones de éste para tratar los dos puntos siguientes: Primero: el nombramiento de agente oficioso en Italia, para informar á ese gobierno del estado de la guerra de Cuba, los medios de que disponían los cubanos, sus aspiraciones, etcétera. Segundo: indicar á la señora que si bien la causa de Cuba no tenía dinero, poseía bonos, que podían convertirse en tal, si se lograba en Roma una negociación con un banquero, cosa que no era difícil siendo la operación patrocionada por ella.

Fué Echenique á su conferencia y dió cuenta de su encargo como sigue: Para instruir mejor á la señora llevó consigo los folletos sobre Cuba que Bravo le dió. Fué amablemente recibido por ella. Muy pronto puso en sus manos los referidos folletos, diciendo que se los dejaría para que los examinase detenidamente. No quiso ella esperar tanto, sino que los tomó y leyó algunos trozos con mucho interés. Hablaron largo rato sobre la guerra de Cuba, del sistema de tiranía y opresión implantado allí por España para envilecer y dominar á los cubanos, la desesperación que impulsó á éstos á lanzarse á la lucha desigual que sostenían, con la sola esperanza de que el mundo les hiciese justicia, movido por algunas almas nobles y generosas, que abrazasen su causa tan justa, de sus sufrimientos en los cuatro años de guerra que llevaban, etcétera. La señora oyó la relación con el mayor interés dando inequívocas pruebas de simpatía.

Le habló sobre el nombramiento de un agente confidencial ú oficioso en la corte de Roma y ella le dijo que dentro de ocho días debía resolverse si su esposo sería nombrado ministro ó no; si lo nombraban ella influiría á fin de que

el representante cubano fuera admitido por el Gobierno. No quiso Echenique tocarle el asunto de los bonos, porque era necesario proceder con prudencia.

Dijo Bravo á Aguilera que había leído una carta de España, de la señora de Olañeta, ayudante éste del general Córdoba, en la que la referida señora se quejaba de que mister Sickles estaba ejerciendo fuerte presión sobre el gabinete español, en la cuestión de la esclavitud. Decía también la carta que el general Córdoba, no se decidiría aceptar la capitanía general de Cuba, mientras no se diera solución á cuestión tan importante.

Fué Bravo muy entusiasmado á ver á Aguilera, diciéndole que le traía muy buenas nuevas. La señora había recibido una carta del R. V. M. (rey Víctor Manuel) en la que le pedía prestados cien mil francos, para dotar á una hija natural que iba á casarse. Esa carta la había enseñado á Echenique, y aprovechando tan excelente oportunidad iba á tratar de que contestara ella diciendo que tan sólo tenía ''bonos cubanos'', los cuales con facilidad podría colocar entre los banqueros de allí, con el descuento correspondiente. Dijo Bravo que si lo conseguía, se podría negociar un millón de pesos en bonos, obteniendo cien ó doscientos mil pesos y además, la gran ventaja de estar interesadas en el negocio personas de tan gran importancia. Pidió á Aguilera un bono para enseñarlo á la señora y éste le dió dos, uno de quinientos pesos y otro de mil.

Como Bramosio se excusara de admitir el cargo de representante cubano en Italia, dijo Bravo que caso que el esposo de la señora fuera nombrado ministro, le propondría dicho cargo á Echenique.

En otra visita de Bravo y Echenique á la señora le hicieron la proposición de los bonos, que acogió gustosa. Retuvo los que le llevó Bravo para mandarlos á Italia como muestra y al mismo tiempo quiso que le escribieran una memoria sobre los asuntos de Cuba, para ilustrar la opinión en su país. Hízose cargo de este trabajo Bravo, llamando la atención en la referida memoria á la corta deuda que tenía la república de Cuba, ascendente á unos veinte millones de pesos en bonos, y la gran ganancia que podría hacerse con la diferencia entre la cotización actual y la que se obtendría dentro de dos años, término que le daba á la guerra, para ganar la independencia.

Bravo tenía muchas esperanzas en que el asunto diese el mejor resultado, fundado en la calidad de las personas que intervenían y en el entusiasmo que la señora manifestaba. Aguilera, acostumbrado á los desengaños, no se ilusionaba tan fácilmente; sin embargo, propendía en cuanto estuviese en su mano, á que el negocio marcharse adelante. Dijo á Bravo que podía manifestar á los señores que gestionaban la negociación, que la Agencia cubana se conformaba con doscientos mil pesos por un millón en bonos, y todo lo más que consiguiesen quedaría á beneficio de los negociadores.

Fué Bravo á decir á Aguilera que era indispensable se mandara hacer con toda prisa un traje completo de frac, para que asistiera al banquete que la señora princesa daba á la prensa francesa, al que debían asistir los directores de los principales periódicos de París. Tenía por objeto la fiesta poner en relación los representantes cubanos con los señores de la Prensa, para que éstos ayudaran á la señora en la empresa que con tanto calor había tomado.

Como se comprenderá, era la princesa de un temperamento ardiente y apasionado; Bravo y Echenique habían logrado interesarla en la causa de Cuba, y la había abrazado con un calor extraordinario. Mucho se prometían ellos de tan valiosa adquisición, tanto por ella, que habiendo nacido princesa de Bonaparte, era una de las damas más distinguidas de Europa, como por su esposo, persona de gran talla política en la Corte de Italia y de elevada posición social. Esta señora acostumbraba dar ''soires'' en su hotel de la Avenida de la Emperatriz, á las que concurrían las personas más distinguidas de París. Allí se ejecutaba música clásica, la más escogida y á perfección interpretada, se rendía pleito homenaje á la poesía y en un pe-

queño teatro, preparado al efecto, se admiraban los talentos de distinguidos artistas del género dramático, y se gozaba de cuanto estuviera en relación con el arte más exquisisto, pues la dueña de la casa además de ser una gran señora, era una artista y una escritora de mérito.

Mucho satisfizo á Aguilera lo manifestado por Bravo, pues comprendía las ventajas que reportaba á la causa, ser presentada á la prensa por tan augusta patrona; sin embargo, no estuvo de acuerdo en presentarse él en aquella distinguida reunión, entre otras razones, por el gasto que tendría que hacer en el traje de etiqueta. Manifestólo así á Bravo, indicándole que como pronto debía volver á los Estados Unidos, quedando allí Carlos de Varona en calidad de Agente, sería más conveniente que desde luego se diese á conocer á éste como Agente cubano allí, representate los intereses de la República.

Bravo no quedó satisfecho con el razonamiento de Aguilera insistiendo en que debía asistir él mismo en persona para dar más prestigio al acto. Antes de retirarse dijo Bravo que en aquella semana se esperaba la noticia de haber sido nombrado ministro, el esposo de la señora.

En otra ocasión, tratando del mismo asunto, volvió á insistir Aguilera en que fuera Carlos de Varona quien asistiera al banquete, fundándose en que éste sería quien habría de entenderse con los periodistas, como Agente cubano que era, al marcharse él para Nueva York. Además, Varona poseía el inglés y el francés perfectamente, y estaba al corriente de todas las exigencias de la etiqueta francesa. Finalmente cedió Bravo y acordaron tener una reunión con Varona y Echenique para acordar respecto á las manifestaciones y peticiones que habrían de hacer á los periodistas.

Fué Aguilera á la habitación de Bravo, en el mismo hotel donde vivía Echenique. Lo recibió aquél muy contrariado, diciéndole que la señora había recibido un parte telegráfico de Roma, anunciándole que el rey Víctor Manuel estaba gravemente enfermo. Lamentaron este infausto suceso, que quizás echaría por tierra sus esperanzas, ó por lo menos las entorpecería, doliéndose de la fatalidad de la desdichada Cuba, que en los momentos críticos de obtener un bien, siempre había de interponerse una circunstancia imprevista que lo estorbara.

Una vez reunidos Bravo, Varona, Aguilera y Echenique en la habitación de este último, manifestó Echenique que el banquete se había diferido para dos días después, entre otros motivos porque se quería que asistiera Labouleye, persona que teñía gran influencia en el periodismo, habiendo sido vicepresidente de la Sociedad Abolicionista de París. Tratándose de las manifestaciones que habían de hacerse á los periodistas dijo Aguilera que debía llamárseles la atención al hecho de que después de cuatro años de guerra, la revolución se encontraba más pujante que nunca y el Gobierno español en el estado de decadencia que era patente á todos. Dijo Echenique que por su parte trataría de arraigar en el ánimo de esos señores que Cuba estaba perdida para España en plazo más ó menos corto. En apoyo de su tesis, aduciría la pérdida de todas las Américas y la muy reciente de Santo Domingo. La misma Francia, en mejores tiempos no había podido impedir la pérdida de Haití, y no estaba muy distante la lección que México había dado á las naciones europeas. Les diría que era necesario que escribiesen en ese sentido para que el pueblo español se fuese acostumbrando á la idea de que tenían que perder á Cuba irremediablemente, y eran inútiles todos los sacrificios que hiciesen, los que no tendrían otro resultado que hundir más á su nación. Que aceptando una cantidad alzada, como precio de venta de la Isla, ese dinero les serviría para amortizar su deuda y salir de algunos compromisos.

Manifestó Bravo que podía decirseles también que el presidente Thiers, en la cuestión de Cuba, no tenía otra opinión que la de España, cuando en la guerra de Cuba estaban comprometidos los intereses de muchos ciudadanos franceses en Santiago de Cuba, y apenaba ver como la poderosa Francia, acostumbrada á intervenir en todos los asuntos inter-

nacionales importantes, estaba al presente en tal retraimiento, sin atreverse á seguir el derrotero que Inglaterra, Alemania é Italia le señalaban. Mucho se habló sobre estos particulares, y Aguilera sugirió la idea de invitar á Bramosio para el banquete, ya que no asistiría él.

Hablando después Aguilera con Bramosio sobre el referido banquete, dijo éste que Bravo lo había invitado ya, habiendo quedado en presentarlo antes, porque era de rigurosa etiqueta no asistir á ninguna comida ó "soirée", sin haber sido presentado con anterioridad. Contestóle Aguilera que hablaría á Bravo sobre el particular, porque era muy importante su asistencia; hízolo así y Bravo á su vez le dijo que en la tarde, á las seis, iría á buscar á Bromosio para presentarlo á la señora.

Al día siguiente de efectuado el banquete, fueron Bravo y Carlos de Varona á dar cuenta de él á Aguilera. Dijeron que habían sido obsequiados espléndidamente por la señora. Asistieron además de ellos cuatro, un director y seis redactores de los principales periódicos de París. Labouleye y Varela no asistieron. Se habló mucho de Cuba antes y después de sentarse á la mesa. Los periodistas manifestaron unánimemente que Francia no podía intervenir por entonces en las cuestiones exteriores, porque estaba muy ocupada en arreglar las interiores, que tanto la preocupaban; además, no estaba dispuesta á que esa intervención redundara en favor de los Estados Unidos, suponiendo que esa nación era la promovedora de la guerra de Cuba, con objeto de apropiarse luego la Isla. Mucho trabajo costó á los cubanos allí presentes hacerles comprender su error, diciéndoles que los patriotas cubanos se habían alzado en armas espontáneamente, con objeto de sacudir al oprobioso yugo español, y los Estados Unidos, muy lejos de apoyar á Cuba, más bien auxiliaban á España, pues ésta había sacado de allí treinta cañoneros de guerra para guardar las costas de la Isla y que los cubanos no pudieran desembarcar sus expediciones. Además, España se proveía en los Estados Unidos de todo el material de guerra que necesitaba y los cubanos no podían hacer otro tanto. En esta conversación los periodistas franceses demostraron el desconocimiento más completo de las cosas de América.

La señora estuvo muy obsequiosa con todos los concurrentes, tomando parte en las discusiones, con un acierto y oportunidad admirables y defendiendo la causa de los cubanos con tal calor y entusiasmo, que uno de los periodistas le dijo en tono de broma: "Señora, ¿cómo es que usted se nos ha vuelto republicana?" Ella sin titubear contestó con viveza: "Porque esa es la causa justa en América, y yo no puedo menos de ser justa en todas partes." Esta oportuna y elocuente contestación podrá dar una idea del talento y discreción de su autora. Uno de los periodistas aseguró á Varona que si la señora tomaba por su cuenta la causa de Cuba, conseguirían los cubanos cuanto quisieran, pues tenía mucha influencia, tanto en Francia como en Italia, y era incansable en sus trabajos.

Finalmente, los periodistas pusieron á disposición de los cubanos las columnas de sus respectivos periódicos, y quedaron en estudiar con detenimiento la cuestión de Cuba, para ir ilustrando la opinión, tanto en Francia como en España. El director de un periódico allí presente, ofreció á Bravo una carta de introducción para Mr. Labouleye. Los cubanos volvieron á ser invitados para dos días después á una comedia de aficionados que daría la señora en su hotel, y después una cena, á la que concurrirían también los periodistas.

Recibió la señora carta de su esposo en la que decía que dentro de pocos días le diría si podía ir á Roma el agente confidencial cubano.

Hablando Aguilera con Pozos Dulces, dijo á éste que era necesario escribiera algunos artículos referentes á Cuba, para publicarlos en la prensa francesa, pues había muy buena oportunidad de hacerlo. Contestó Pozos Dulces que ya otras ocasiones lo había hecho y no le habían querido publicar nada. Repuso Aguilera que ensayara nuevamente, porque la ocasión entonces les era propicia y sus escritos serían bien acogidos. Di-

jo Pozos Dulces que escribiría, pero con tal desanimación que dudó Aguilera que lo hiciera.

La comedia y la cena en casa de la princesa se llevó á efecto. Asistieron Echenique, Bramosio y Carlos de Varona; Bravo no fué por encontrarse enfermo. Estuvo tan concurrida la reunión que apenas se cabía. Quedó muy lucida. El Director de "Le Rapell" quedó en presentar á Varona á Mr. Francisco Hugo, hijo de Víctor Hugo y propietario de ese periódico.

Así lo efectuó al día siguiente y habiendo llevado Varona á Echenique, fueron presentados los dos. En la conversación preguntó Hugo á Echenique si Perú era república ó monarquía, y le hizo otras preguntas sobre América por el estilo. Esto les confirmó la idea que ya antes habían formado del estado de ignorancia en que aún los hombres ilustrados de Francia estaban con respecto á América. Parecía que para ellos Francia era el mundo entero, y ni siquiera se habían ocupado en echar una ojeada á su geografía.

Supo Aguilera por Bravo que había llegado un personaje de Italia, con una carta del rey Víctor Manuel para la señora y ésta no pudo recibirlo por estar indispuesta. El había seguido viaje á Bruselas, sin entregar dicha carta, que parecía ser muy importante, y habérsele encargado ponerla en las propias manos de la señora.

Dijo Echenique á Aguilera que necesitaba un bono de cien pesos para enseñarlo á un banquero con quien era probable que entrara en negocio. Contestó Aguilera que le daría uno de quinientos pesos, pues de cien no tenía; quedó en mandárselo aquel día y lo efectuó.

Bravo le manifestó que necesitaba su tarjeta para unirla á otra de él y juntas mandarlas á la señora, con un lindo ramillete de flores que había mandado hacer para ella, como felicitación de Año Nuevo.

Habiendo ido Bravo y Ehenique á visitar á la señora princesa, les refirió ésta que había estado á verla el señor Olózaga, embajador español en París, con la pretensión de que desmintiese lo que había publicado el periódico "La Epoca" de Madrid, en una correspondencia de París. Decía dicha correspondencia, que en casa de la señora tenían lugar reuniones de filibusteros cubanos, y agregó el embajador que la noticia había llamado mucho la atención en todas partes, por ser el esposo de la señora, íntimo amigo del rey Víctor Manuel de Italia y de su hijo Amadeo, rey de España.

Contestóle la señora que se alegraba de que le hubiera hecho esa indicación, para que el corresponsal de ese periódico, que á tanto se había atrevido, desmintiera inmediatamente esa falsa noticia. Era cierto que recibía en su casa á varios caballeros cubanos, personas todas muy distinguidas y bien educadas, y como allí no se trataba de política, no sabía si podría aplicárseles el calificativo de filibusteros, ni estaba enterada del significado de esa palabra, ni tampoco le importaba. Que lo que sabía, y le bastaba, era que esas personas eran muy decentes y por lo tanto no podía negarse á seguir admitiéndolas en sus salones, de la misma manera que admitiría á cualesquiera otras, de iguales condiciones, sin cuidarse de sus opiniones políticas.

La señora aprovechó la oportunidad para invitar al señor Embajador á una reunión que tenía aquella misma noche en su casa, rogándole que asistiese, para tener el gusto de presentarle esos caballeros cubanos y se satisficiera de la clase de personas que eran.

El señor Olózaga se excusó poniendo algún pretexto, é indicó á la señora que acababa de llegar de España un caballero, recomendado á él, y tendría mucho gusto en presentárselo, si ella lo permitía. Contestó la señora que tendría gran placer en recibir al caballero.

Comentando este incidente Bravo y Aguilera, pensaron que el señor Olózaga no quedaría muy satisfecho con las razones de la señora, ni sería de su agrado la presentación ofrecida de sus amigos cubanos. Al mismo tiempo calificaron al caballero español que á su vez había ofrecido presentarle, como un espía, para observar sus actos. Sin embargo, pensaron que teniendo el favor de ella, nada tenían que temer.

La reunión anunciada para aquella noche, 31 de Diciembre, tenía por objeto esperar el Año Nuevo. Fué muy amena; concurrieron muchas damas y caballeros de la nobleza; también estaba allí el señor Vallejo Miranda (español) quien con el seudónimo de "Pico de la Mirandola" escribía correspondencias á "La Epoca" de Madrid. Era este señor el mismo que había dicho en su correspondencia á ese periódico que en casa de la señora había reuniones de filibusteros cubanos. La señora lo llamó, tuvo una explicación con él, dando por resultado que Vallejo le prometió rectificar lo que había escrito, en la primera correspondencia que enviase á "La Epoca".

Comenzada la fiesta pusieron en escena tres comedias, en dos de las cuales tomó parte la señora como aficionada; las otras partes fueron desempeñadas por damas del teatro de "Palais Royal." La representación se concluyó á las dos de la madrugada. A esa hora comenzó la cena; la señora hizo sentar á su derecha á Bravo y á su izquierda á Varona, y viendo que Vallejo Miranda andaba perdido entre la multitud, lleno de despecho al ver la distinción de que eran objeto los cubanos, lo llamó la señora diciéndole: "Señor Vallejo: venga usted acá. Tenga la bondad de sentarse al lado de aquella señora"; la indicada señora era una de las actrices de "Palais Royal," llamadas allí para trabajar, á quien se decía que Vallejo galanteaba, y á la que no se hubiera acercado nunca en una reunión como aquella. De buena ó mala gana Vallejo tuvo que obedecer el mandato de la señora, vengándose ésta como buena italiana. La cena estuvo muy animada y la reunión se terminó á las cinco de la mañana.

Manifestó Bravo á Aguilera que Echenique tenía muchas probabilidades de levantar de dos ó tres cientos mil pesos con bonos cubanos, por medio de un banquero amigo suyo. También que el mensajero que fué á Bruselas aun no había vuelto y la señora lo esperaba con impaciencia.

CAPITULO XVI

Diciembre 1872

HECTOR VARELA Y EL "AMERICANO."—MANIFESTACION DE AGUILERA AL PUEBLO DE CHILE.—EL CONDE FERNANDINA.—ALDAMA SE LLEVA DINERO RECOLECTADO EN PARIS PARA AGUILERA.

Habiendo leído Aguilera en las columnas de "El Americano" periódico que se publicaba en París, la descripción de una fiesta celebrada en Santiago de Chile en conmemoración del cuarto aniversario de la independencia de Cuba, creyó oportuno no pasar en silencio aquella expresión de simpatía de parte de una de las repúblicas que ya antes la había probado de una manera práctica, reconociendo la existencia legal del Gobierno de Cuba.

A ese efecto dirigió una carta al señor Hector Varela, director de "El Americano" dándole las gracias por los servicios que con su periódico había prestado á la causa, y al mismo tiempo suplicándole insertara en el mismo, el escrito que le incluía, que era una manifestación de gratitud al pueblo de Santiago de Chile, en nombre del Gobierno y del pueblo de Cuba y del suyo propio, por la generosa manifestación que había realizado el día del último aniversario de la independencia de Cuba. Tanto la carta á Varela como la manifestación pueden verse en el "Libro de Correspondencia etc."

Publicóse en "La Epoca" de Madrid de 11 de Diciembre una exposición. "Al pueblo español" furibunda, firmada por todos los Centros Hispano Ultramarinos, protestando contra la idea de llevar á Puerto Rico algunas reformas políticas; y como entre las firmas figurara la del Conde de Fernandina, como vocal de la Junta Directiva del Centro de Madrid, dió esto lugar á una explosión de indignación entre los emigrados, contra el proceder de dicho Conde.

En "La Epoca" del 13 del mismo mes de Diciembre, se publicó un discurso de Villergas defendiendo á los voluntarios cubanos y diciendo entre otras cosas que los verdaderos esclavistas eran Aldama, Céspedes, Aguilera, Bramosio, etc.; también una protesta de veinte y siete directores de periódicos, contra las reformas de Puerto Rico. Como la protesta del Centro de Madrid declaraba que ninguno de los firmantes había sido "negrero" y fuese Manzanedo el Presidente de este Centro, refirió José I. Fernández lo siguiente. Por los años 40 ó 45, un español nombrado Abrisqueta, en sociedad con este mismo Manzanedo, tenían en las costas de Africa á un portugués, factor, quien apenas sabía firmar. Después de haber despechado varias expediciones de negros, fué á la Habana el portugués á arreglarse de cuentas; sus patronos lo engañaron, dándole sólo veinticinco mil pesos por su parte. El portugués, convencido del engaño, se presentó al Tribunal de Comercio contra ellos; la cuestión se sometió á arbitraje y éste dicidió que se aumentara la parte del portugués hasta cien mil pesos. Era éste el mismo Manzanedo que afirmaba jamás haber tenido participación en el comercio de esclavos y á quien se atribuye la famosa frase de haber hecho en Cuba su capital "vendiendo negros y comprando blancos."

Debiendo realizar Almagro en aquellos días su viaje á Barcelona en solicitud de fondos para llenar los $50.000 que se había comprometido reunir para la expedición de Aguilera, fué éste á verlo, y encontró allí á Valdés Fauli, Pozos Dulces, José I. Fernández y Miguel Ferrer. Almagro los invitó á que comieran con él. Se habló mucho de la próxima marcha de Almagro, de los peligros que corrían los viajeros por tierra, exponiéndose á ser asaltados por los carlistas, de lo molesto del viaje por mar, pues entre Marsella y Barcelona los vapores que había eran de carga, sin día fijo de salida. La señora de Almagro se manifestó muy alarmada con el viaje.

De sobremesa habló Valdés Fauli de lo ocurrente que había estado Ramón de Armas en su "Boletín" dando por muerto al Conde de Fernandina é invitando para sus exequias, que tendrían lugar el día después de concluída la guerra de Cuba.

Así que se despidieron los otros convidados, manifestó Almagro á Aguilera que además de Malpica contaba también con un tío de José I. Fernández, muy rico, al que pediría cinco mil pesos. Tenía preparados á doña Susana Benítez y á José Silverio Jorrin, y las cosas marchaban muy bien para su empresa.

Estuvo Almagro en la habitación de Aguilera á preguntarle con mucho interés si Aldama le había dado alguna cantidad de dinero poco antes de salir para New York. Contestó Aguilera que sólo había recibido de él tres mil pesos primero y mil pesos después, y eso, mucho antes de su marcha. Dijo Almagro que una persona de toda confianza le había asegurado que Ricardo Alfonso le había dado tres mil pesos y Silvio Alfonso otros tantos, total seis mil pesos. Añadió que no lo dudaba, porque conocía á Aldama, que siempre había sido mezquino, y si era cierto que se había llevado esos seis mil pesos, sin duda los aplicaría á completar los diez mil que por su parte debía dar, según compromiso con Bramosio. Sabía su sistema de contribuir con los dineros de otros, echándola así de patriota y de generoso, cuando estaba muy lejos de ser lo uno ni lo otro. Agregó que iba á averiguar la verdad, y si era cierto, era necesario que Aguilera le cobrase esa cantidad en New York, pues no debía entrar de ninguna manera en lo que se recaudase allí, por ser procedente de París y haberse recaudado en virtud de autorización anterior.

Contestó Aguilera que le haría la reclamación, pero estaba seguro que sería infructuosa, pues quien había tomado á Peralta cuatro mil pesos que le dió para su expedición, y le dió luego por cuentas que los había gastado en el vapor "Hornet", no era posible que devolviera seis mil pesos cuando tenía que apontar diez mil de su peculio.

CAPITULO XVII

ENERO 1873

ENERO 1 DE 1873.—AGUILERA VISITA A SUS AMIGOS.—SACO Y LA AUTONOMIA.—INFORMES SOBRE FIGUEROA.—POZOS DULCES DESANIMADO SE EXCUSA DE ESCRIBIR SOBRE CUBA EN LOS PERIODICOS.—EL DR. BETANCES.—SACO Y LA EXPOSICION A LAS SOCIEDADES ABOLICIONISTAS.—LA CONDESA DE VAN DE VIEVER.

El día 1 de Enero de 1873 lo dedicó Aguilera, como era costumbre en París, á visitar á sus amistades. A uno de los que visitó fué á Saco, quien lo recibió con su afabilidad acostumbrada. Esta vez, como siempre, no dejó de referirle alguna anécdota interesante. Dijo que cuando la Junta de Información, Manuel de Armas había sido elegido por el partido español en unión de otros, y tomaba asiento con los españoles; era el orador de más importancia entre éstos y solamente en la última votación estuvo con los cubanos.

Que él (Saco) había consignado su voto particular, separándose de todos los demás; éstos pedían Diputados á Cortes por Cuba y Puerto Rico, y él quería una legislatura provincial para cada Isla. Con esta legislatura provincial, añadió se hubieran ido los pueblos acostumbrando á gobernarse por sí propios independientes de la Metrópoli, mientras que con los Diputados, siempre habrían estado sujetos á las Cortes españolas, y en una exigua minoría que no les habría permitido nunca conseguir nada en beneficio de los pueblos que representaban.

Teniendo en cuenta la época en que este eminente cubano hacía tales manifestaciones, es de admirar su *clarividencia* en todos los asuntos que se relacionan con el porvenir de Cuba. Ya de antemano había dicho lo funesto que sería para Cuba lanzarse á una revolución que irremediablemente había de convertirla en un montón de escombros y cenizas, para no lograr sus ideales, pues cuando mejor librada saliera, los Estados Unidos serían los aprovechados. La triste experiencia ha venido á confirmar esta verdad. Acabamos de ver cómo en la Junta de Información, en voto particular y contra el parecer de sus compañeros, sostuvo que lo que convenía á Cuba era, no mandar representantes á las Cortes españolas, sino establecer una Legislatura Provincial en cada Isla, para que aprendieran los cubanos á gobernarse á sí mismos, á fin de que llegado el día venturoso de su independencia, contara con hombres de Gobierno experimentados. Son estos los principios "autonomistas" con que otras colonias han alcanzado tanto provecho como honra y única solución que hubiera puesto á Cuba en el camino de su felicidad.

Ha sido José Antonio Saco, acaso la inteligencia más grande que haya producido Cuba. ¡Lástima que no se tuvieran en cuenta sus enseñanzas! (a)

Hablando Aguilera con el joven Nicolás de Cárdenas, sabiendo que éste era amigo de Figueroa y recordando la observación que sobre él le había hecho Aldama, pidió á aquél le diera algunos informes respecto á los antecedentes patrióticos del referido Figueroa. Contestó Cárdenas que era un joven muy instruído, y lo consideraba patriota; varias veces le había dicho que deseaba ir á Cu-

(a) Lo que antecede que fué escrito en el año 1904. ¡Cuan tristemente confirmado lo vemos al presente!

ba á pelear por su independencia. Sin embargo, dijo que tenía un defecto y una debilidad: era ésta ser muy vanidoso, por cuya causa había admitido la agregación á la Embajada de Italia con los españoles, tan sólo por el deseo de figurar; y el efecto, que no podía dársele crédito, por ser sumamente exagerado. Pareció á Aguilera imparcial el informe.

Había llegado á París la señora Condedesa de Van de Viever, dueña del "The Cosmopolitan", periódico de Londres, que demostraba muchas simpatías por la causa de Cuba. Fué á visitarla Bravo, y la señora, después de recibirlo con amabilidad se mostró muy quejosa de los cubanos porque dijo que había hecho un viaje á New York, tan sólo para ver la manera cómo podía ser útil á la causa de Cuba, y allí los cubanos la habían tomado por espía del Gobierno español. Enseñó á Bravo una autorización de "La Liga de las Hijas de Cuba" para recolectar fondos firmada por la señora Emilia Casanova como Secretaria y por la señora del Presidente Céspedes. Dijo que había conocido al hermano del Presidente de la República de Cuba (Pedro Céspedes). Pensó Aguilera si sería esta la señora extranjera que estuvo en New York, y para quien la señora Casanova de Villaverde solicitó de él y de Ramón Céspedes una entrevista con objeto de tratar de "corsarios" y ellos no juzgaron prudente ocuparse en asunto tan delicado en otro lugar que aquel en que pudiesen hacerlo con toda reserva.

En una segunda visita que hizo Bravo á esta señora manifestó ella muchos deseos de conocer á Aguilera. Dijo que podía colocar cien mil pesos en bonos cubanos; Bravo se los cotizó al 50 por 100. Díjole Aguilera que se conformaría con que los vendiese al 25 por 100 valor.

Accediendo á los deseos de la señora Condesa, fué Aguilera á visitarla con Bravo. Dice Aguilera que era una señora alta, como de 40 años de edad y de aspecto varonil. Bravo los interpretaba, pues ella hablaba francés. Les propuso un cañón que había inventado el Príncipe Napoleón y era muy á propósito para tomar la Habana. Contestóle Aguilera aceptándolo para su tiempo oportuno. Refirió su viaje á New York, sus relaciones con la señora Casanova de Villaverde, cubana de alta representación, los repitió que la habían tomado por espía, lo mismo que á un General que la acompañaba é iba á ser su esposo; el General estaba dispuesto á ir á Cuba. Dijo que podía vender algunos bonos cubanos y porción de cosas más. Se despidieron ofreciéndole verla otra vez.

Como la señora Condesa de Van de Viever estuviese próxima á marchar á Inglaterra, fueron Bravo y Aguilera á despedirla. Pidió ella una autorización á éste para trabajar en Inglaterra en pro de la causa. Aguilera, viendo lo entusiasmada que se mostraba por la causa de Cuba, que había estado en New York, según decía, sólo por servir á la revolución, que tanto abogaba en su periódico "The Cosmopolitan" en favor de dicha causa, y que era una mujer que quizás podía hacer mucho bien ó mucho daño, ofreció mandarle la autorización aquella misma tarde por el correo, pues ella debía salir al día siguiente para Londres. Así lo efectuó.

Encontrándose reunidos en la habitación de Aguilera éste, Bravo, Valdés Fauli y Pozos Dulces, preguntó el primero al último respecto al encargo que le había hecho de escribir algo sobre Cuba para publicarlo en la prensa de la ciudad. Contestó Pozos Dulces que todavía no había tenido tiempo de ello. Díjole Bravo que ahora se presentaba buena oportunidad pues podía escribir comentando el telegrama de la "Agencia Hava" publicado por "Le Temps" que decía que Mr. Fish encargaba á Mr. Sikles que reclamase á España con energía la abolición de la esclavitud en los dominios españoles, pues ya el pueblo y el Gobierno de los Estados Unidos no podían sufrir por más tiempo la farsa de la ley Moret, etc. Contestó Pozos Dulces lo mismo que había dicho á Aguilera, que había escrito otras veces y no le habían publicado sus artículos. Repuso Aguilera, que en esa ocasión las circunstancias variaban, pues los periodistas habían ofrecido de antemano publicar los escritos referentes á Cuba que les llevasen. Añadió Bravo que sería de la mayor importancia que esos escritos viesen la luz, porque tal vez darían lugar á una polémica

que contribuiría á la popularidad de la causa de Cuba. Contestó Pozos Dulces que estaba bien, que escribiría. Preguntóle Aguilera si podría contar con el artículo para dos días después. Contestó que de ninguna manera, porque estaba esperando cartas de la Habana que probablemente le traerían malas noticias y necesitaba contestarlas primero y pasar después la impresión que dichas cartas le produjeran. Vista la poca disposición de Pozos Dulces á prestar, con sus excelentes dotes, aquel servicio á la causa, tuvieron que desistir por entonces, lamentando no poder aprovechar la buena disposición en que estaba la prensa francesa. Como para este servicio no sólo se necesitaba de una persona acostumbrada á escribir para el público, sino que había de poseer bien el idioma francés, Pozos Dulces llenaba estas dos circunstancias, que difícilmente podían encontrarse reunidas en otro. Reconocida la necesidad de aprovechar la oportunidad de comentar el telegrama aludido, que tanto campo ofrecía, se encargó Bravo de buscar quien escribiera el referido artículo. Hízose después cargo del trabajo Carlos de Varona.

Sabiendo Aguilera que se encontraba en París el Doctor Betances, persona ilustrada y amigo de Bravo, indicó á éste que tratara de conseguir que escribiera para los periódicos algo referente á Cuba. Hízolo Bravo y Betances aceptó el encargo, añadiendo que ya había escrito un resumen de la revolución de Cuba, en virtud de una entrevista que tuvo con Gambetta y á petición de éste. Cuando lo llevó no encontró á Gambetta sino á su Secretario. Este leyó el escrito, se quedó con él y dijo que tal vez no podría publicarse por un motivo que no tenía presente. Encargóle Bravo que recogiese el escrito para tratar de que se publicase esa vez; Betances quedó en hacerlo.

Dos días después de la entrevista de Aguilera con Pozos Dulces, al regresar á su casa, encontró un artículo que éste le había dejado para la prensa. Enseguida lo mandó á Bravo para que lo hiciera publicar.

Fué Aguilera á visitar á Betances, que le había sido presentado pocos días antes. Estuvieron largo rato departiendo sobre la revolución. Dijo Betances que lo habían hecho salir de Thomas y de Santo Domingo, á instancias del Gobierno español y había resuelto establecerse en París, donde ejercería su profesión de médico. Allí se había criado, había estudiado y tenía muy buenas relaciones. Añadió que esa resolución la había tomado después de convencerse de que en Puerto Rico no era posible intentar nada referente á revolución por el presente, pues las esperanzas de las reformas habían matado el espíritu revolucionario. Así se lo habían escrito todos sus amigos; sin embargo, dijo que estaba á la disposición de Aguilera para todo aquello en que lo creyera útil. Le habló de la insurrección de Lares, y su fracaso. Dijo que el desastre fué debido principalmente á que teniendo ellos la milicia á su favor, fué por allí de paso un empleado del Gobierno, la arengó, y toda se les volvió contraria. Que en toda la Isla no había más que doce mil españoles y quinientos mil criollos. Manifestóse Aguilera asombrado y le preguntó que cómo no echaban á aquéllos á empujones. Contestó Betances que el pueblo era humilde, el Gobierno español había procurado siempre tenerlo sumido en la ignorancia, y cualquier funcionario, por inferior que fuese, el pueblo estaba acostumbrado á respetarlo cual si fuera un semi-dios, como lo acreditaba lo ocurrido en la insurrección de Lares.

Habiendo leído Aguilera en el "Diario de la Marina" de la Habana de 2 de Diciembre del año anterior, en la revista de las provincias, un suelto que decía que el Comandante Militar de Sancti Spíritus había adquirido diez "perros de busca" para persiguir á los negros en las lomas de Banao, encontró tan escandaloso el hecho de que se atrevieran á publicar en un periódico cosa tan sepugnante, que pensó aplicarle el debido correctivo. Fué á casa de Saco, le leyó el párrafo citado y le consultó si le parecía bien que con su carácter de Agente General de la República de Cuba, denunciase el caso á las Sociedades Abolicionistas de Londres, París y New York. Desmentiría así los asertos de los periódicos españoles y de algunos de los Diputados negreros, al efecto de que la esclavitud

de Cuba no era tal esclavitud, sino más bien una "servidumbre patriarcal." Lo aprobó Saco, y habiéndole preguntado Aguilera si tenía embarazo de redactársela, le contestó que no, pero con la condición de que no había de saberlo nadie absolutamente. Dijo que la exposición debía ser muy sencilla, concretándose tan sólo al hecho, que por si era bastante elocuente. Para más reserva quedó Aguilera en volver al día siguiente para que la dictase Saco, escribiéndola el mismo Aguilera.

Fué éste y comenzaron la tarea que en poco tiempo estuvo terminada. Por más que Aguilera conviniera con Saco, en que esos escritos debían de ser sencillos, sin bargo, lo dictado por él le pareció tan pálido y en cierta parte tan inconveniente, que no pudo menos que llamarle la atención. Insistió Saco en lo recomendable de la sencillez, añadiendo que Aguilera podría obrar con entera libertad, supliendo las deficiencias que encontrara y aun sustituyendo todo el escrito con otro, pues en esos asuntos no tenía amor propio, distando mucho de parecerse á don Julio Ibarra.

De ninguna manera quedó Aguilera satisfecho con el escrito de Saco á pesar de la franqueza que éste le brindaba; pero comprendiendo que nada más sacaría de él, no insistió y guardó el papel en el bolsillo, dispuesto á no hacer uso de él.

Cuando vió á Bravo le enseñó el escrito, refiriéndole lo pasado con Saco. Díjole aquél que se conocía la mala gana con que lo había hecho éste, quizás con el intento de que Aguilera no volviera á ocuparlo otra vez. Nada pudo replicar Aguilera ante tan evidente verdad, entristecido con este nuevo desengaño.

El escrito en cuestión decía así:

"EXPOSICION

"Señor Presidente de la Sociedad Abolicionista de Londres.

"Investido del carácter de Agente General por el Gobierno de la República de Cuba, y hallándome de paso en Europa, tengo la honra de dirigirme á la Sociedad Abolicionista de Londres, por el órgano de su digno Presidente. No cansaré su atención reproduciendo aquí los repetidísimos argumentos morales, políticos y religiosos que tan victoriosamente han combatido la esclavitud. Pasó ya el tiempo de entrar en tales discusiones, pues el siglo XIX ha pronunciado su irrevocable sentencia condenando tan fatal institución. Aun los mismos que hasta ahora la han defendido, ya no se atreven á sostenerla en principio, y lo único que hacen es pedir treguas para retardar su muerte á la sombra de los intereses materiales.

"Otro, pues, es el objeto de esta breve y sencilla exposición. Hase dicho en la Tribuna y en las Cortes españolas, y repítenlo muchas bocas y alguos periódicos de Madrid, que la esclavitud en Cuba no merece tal nombre, pues por su blandura tiene un carácter patriarcal. Para desmentir tan falsa aseveración invocaré el testimonio del "Diario de la Marina" de la Habana publicado el 3 de Diciembre de 1872, que es cabalmente el periódico más acreditado y de más circulación en Cuba. Dice así:

"Sancti Spíritus. "El Eco" del 26 anuncia haber visto diez perros de *busca* que con destino á la persecución de los negros que se hallan apalencados en las lomas del Banao, ha hecho adquirir el Excmo. señor Comandante General, y no dudo de que con ese auxilio y la activa persecución que lleva á cabo la columna Baza, muy pronto se verá restablecida del todo la tranquilidad en aquella casi pacificada jurisdición, pues los negros que existan en aquellas lomas no podrán menos que caer en las garras de sus perseguidores, renaciendo entonces de un todo la confianza que los más temerosos aun conservan".

"Para la mejor inteligencia del párrafo anterior, importa saber que hay en Cuba diversas castas de perros, y que una de ellas se llama *negrera,* porque está destinada á perseguir en los bosques y montañas los negros fugitivos. Esos perros tienen un alto precio: se venden de cien á trescientos pesos. Acometen su presa, embistiendo, unos á las piernos, otros á ciertas partes del cuerpo que la decencia me prohibe mencionar y otros se tiran al pescuezo. Estos últimos son los más temibles, y por lo mismo, los mejores pagados.

"Absténgome de hacer comentarios sobre la naturaleza de estos hechos, por temor de ofender la ilustración de tan respetable Sociedad; pero tengo la firme confianza de que ella sabrá apreciarlo en su justo valor y que oportunamente los empleará en defensa de la raza infeliz por cuya libertad ha trabajado siempre con tanto celo y constancia.

"París, Enero 17 de 1873."

Parecía estar condenado Aguilera á no hallar quien lo secundara. Aquellos hombres que por sus aptitudes podían hacerlo, cuando él los necesitaba se hacían atrás, y con su desencanto y frialdad, hubieran sido capaces de helar las mismas piedras. Se veía obligado á empujarlos para que fueran adelante, pero la obra realizada en tan precarias condiciones, resultaba pálida como la muerte.

Cierto es que Saco no estaba con la revolución ni lo estuvo nunca; pero convino con Aguilera en que una vez emprendida y dado el estado á que había llegado, no había más remedio que seguir adelante. Saco era cubano. Aguilera lo admiraba, tenía fé ciega en sus nobles sentimientos como patriota y como hombre. Entre Cuba y España siempre estuvo seguro de encontrarlo estrechamente unido á la primera; por eso, á pesar de que le eran conocidas sus convicciones, consultaba con él los asuntos de su competencia, y aun á veces impetraba su auxilio. Como lo estimaba tanto, juzgaba el alma y los sentimientos de él por los suyos propios; pero ¡ah!... ¡qué pocas almas había como la de Aguilera!

CAPITULO XVIII

LA PRINCESA DE BONAPARTE.—ECHENIQUE Y EL SR. Z.—EMPRESTITO POR DOSCIENTOS MIL PESOS.—AGUILERA OFRECE SUS PROPIEDADES EN GARANTIA.—LA PRINCESA ROTHCHILD Y CUBA.—EL PRESIDENTE THIERS Y EL REY AMADEO.

Volvamos á ocuparnos de la Princesa de Bonaparte.

Llegó Bravo á la habitación de Aguilera á decirle que le traía muy buenas noticias. La noche anterior había concurrido Echenique á una "soirée" en el hotel de la señora. La reunión fué de lo más escogido. Fué presentado al señor Z., persona de alta representación política, y habló con él detenidamente sobre los asuntos de Cuba. Lo impuso del estado de la revolución, de las aspiraciones de los cubanos y los términos en que estarían dispuestos á hacer la paz. Después de haber discutido largamente estos particulares, por fin recomendó el señor Z. á Echenique que fijase las bases bajo las cuales los cubanos estarían dispuestos á un arreglo; mejor dicho, el número de millones de pesos que daría Cuba por su independencia, los plazos, garantías que pudiese dar y exigiese de España, etc. Dijo que no tenía inconveniente en ir á Madrid, hablar con el rey y preparar la negociación ; que siendo las proposiciones de Cuba aceptables, no dudaba que serían apoyadas por el Presidente Mr. Thiers.

Mucho agradó á Aguilera la seriedad que tomaba el asunto y dijo á Bravo que Cuba podía pagar hasta ciento cincuenta millones de pesos, y como garantía podía ofrecer la de los Estados Unidos.

Contestó Bravo que mejor sería ofrecer 125 millones de pesos y 25 millones de francos para los que manipularan el negocio. Convino Aguilera y dijo Bravo que puesto que el asunto iba tomando carácter formal, bueno sería que se viera á Varona que era el Agente en París, para obrar todos de acuerdo. Salieron los dos y se dirigieron al escritorio de Carlos de Varona, pero no lo encontraron. Siguieron á los Campos Elíseos y en el trayecto dijo Bravo que Echenique tenía esperanzas de colocar algunos miles de pesos en bonos, y deseaba ver los poderes que tenían Aguilera y Céspedes para su emisión. Aquel ofreció dárselos para que se los enseñara.

En los Campos Elíseos encontraron á Echenique, quien los invitó á subir á su

coche; se dirigieron los tres al "Bosque de Bologne". Ratificó Echenique á Aguilera lo dicho por Bravo: dijo que estaba dispuesto á ir á España si era necesario, pues se interesaba por la causa de Cuba como por la de su propio país, y que la señora de Rattazzi estaban tan entusiasmada que no hablaba de otra cosa con los hombres que creía pudieran tener alguna influencia para secundarla. Que Coello, el director de "La Epoca" de Madrid andaba buscando quien lo presentara á ella, pero que descuidara, que, Bravo y él, estaban sobre aviso.

Al día siguiente, no habiendo podido encontrar tampoco á Varona y urgiendo entregar á Echenique las bases de la negociación, acordaron formular las siguientes:

1° Ofrecer á España seiscientos millones de francos ($120.000.000).

2° Esta deuda sería garantizada por los Estados Unidos y abonada en cortos plazos.

3° Para comisiones y demás gastos, cincuenta millones de francos ($10 millones) que se abonarían también en breve tiempo.

Estas bases las anotaron en un papel.

Se dirigieron á la habitación de Echenique, y Bravo entregó á éste los poderes y la nota con las bases. Examinó aquél el poder y objetó que tenía muchas sustituciones, lo que podría originar dificultaaes; pero como al final viera que las sustituciones habían sido aprobadas por el Gobierno, dijo que teniendo copia certificada, se salvaba el inconveniente. Las proposiciones le parecieron buenas. Manifestó que era muy fácil que pronto fuera el comisionado á España y quizás Mr. Thiers aconsejaría al rey Amadeo que las aceptase, como medio de salvar á la nación de la bancarrota que la amenazaba y resolver al mismo tiempo el problema de Cuba.

Sin embargo de tan razonables fundamentos, pocas esperanzas abrigaba Aguilera de que fueran aceptadas dichas bases, conociendo el carácter terco de los españoles y viendo lo que pasaba con las simples reformas que intentaban llevarse á Puerto Rico. No obstante, creía conveniente que el asunto se agitara en ese sentido, por el prestigio que daba á la causa el hecho de que las naciones de Europa se ocuparan también de dar solución favorable á las aspiraciones de los cubanos.

Dijo Echenique que tenía esperanzas de colocar un millón de pesos en bonos cubanos por un millón de francos, y quizás la negociación sería de mayor cantidad, pues para estimular el apetito al banquero le dijo que todo lo demás que pudiera conseguir de franco por peso, quedaría á su beneficio; aquél abrió mucho los ojos. Tan bellas esperanzas infundían bastante aliento á Aguilera; sin embargo, las había visto desvanecer tantas veces, que desconfiaba de que fueran realizadas.

Al día siguiente estuvo Bravo á verlo y le dijo que la señora había tenido contestación de Italia. Decía Víctor Manuel que por su parte no tenía inconveniente en recibir al Agente cubano; pero que antes debía ella ponerse de acuerdo con el Ministro L.

Discutieron sobre la conveniencia de mandar á Italia el Agente confidencial y acordaron dejar pendiente el asunto hasta ver si subía al poder el esposo de la señora; y caso que Aguilera hubiese de marchar á New York antes, lo dejaría arreglado de manera que no sufriera demora el nombramiento.

Acordaron también que el Agente fuera Echenique, pues éste, además de ser persona de distinción y de capacidad, tenía medios de presentarse y sostenerse en aquella Corte con toda la decencia, y aún fausto, que su cargo demandaba, cosa que no podía hacer Bravo.

Sobre la colocación de bonos cubanos en Roma, contestaron de esta ciudad á la señora que no era posible por entonces; pero que al regreso de ella quizás podría hacerse algo.

A la mañana siguiente fué Aguilera á la habitación de Bravo y lo encontró haciendo una nota de las naciones que habían reconocido á Cuba como independiente ó beligerante. Díjole que esa nota se la había pedido Echenique con mucha urgencia, pues aquel día, á la una, debía ir el banquero á tratar de los bonos con él. Añadió que la negociación tenía muchas probabilidades de éxito y quizás

tendrían Aguilera y él que visitar á Mr. Thiers, Presidente de la República francesa. Informólo también de que el señor Z., con quien estaban en relación para un arreglo de Cuba con España, era el mismo señor que había ido á París, comisionado por el rey Amadeo para consultar á Mr. Thiers sobre la crisis política que atravesaba España. Este señor había ofrecido á su regreso á España, comunicar al rey Amadeo las proposiciones de los cubanos é interesarse porque fueran aceptadas.

Como se habrá observado, la posición de Aguilera en aquella ciudad era bien especial. Como hemos dicho, le estaba vedado entenderse directamente con las personas con quienes más necesitaba estar en contacto; por lo general, todos evitaban su presencia, juzgando peligrosas cualesquiera relaciones con él, hasta el extremo de estar dispuestos á dejar la ciudad por evitarlas; aunque Echenique no tenía que temer la confiscación de los españoles, como los emigrados cubanos, sin embargo, al intervenir en esos asuntos, lo hacía con cierta reserva, porque no convenía á los intereses que lo habían llevado allí, que se divulgaran sus relaciones con los insurrectos cubanos. Aguilera se había hecho cargo de su situación y trataba de no dar el más ligero motivo de disgusto á las personas que comprendía recelaban de su compañía, para que sin temor continuaran favoreciendo la causa con sus trabajos.

Volvió por la tarde á ver á Bravo, que por lo regular era el mediador entre Echenique y él. Le manifestó aquél que el banquero había concurrido á la cita, y ofrecía cien mil pesos por un millón de pesos en bonos, pero abonando la mitad en armas en New York y la otra mitad en efectivo, siempre que se le diesen garantías de que las armas y el dinero se emplearían en provecho de la causa de Cuba. Indicóle al mismo tiempo que podía aceptarse la cuarta parte en armas y las tres cuartas en efectivo. Aprobólo Aguilera, y tratando de las garantías que deseaba el banquero, manifestó que aunque sus propiedades habían sido destruídas en Cuba, le quedaba la tierra, miles de caballerías, que por muy bajo que se valuasen, siempre subiría su importe á una suma mucho más crecida que la que aprontaba el banquero; dijo que estas tierras podían ofrecérsele como garantía.

El día después fué Aguilera á casa de Bravo á saber la razón de las proposiciones. Dijo éste que Echenique se había avistado con el Agente del banquero, que era con quien se entendía; le hizo la proposición y le pareció buena. Contestó que la trasmitiría á la casa de Franckfort y dentro de pocos días le daría lo contestación definitiva. Comunicóle Bravo que el banquero con quien trataban era nada menos que uno de Rothchilds. Le refirió también que hacía pocos días, paseando la señora por el Bosque de Boulogne encontró á uno de los hermanos Rothchilds; éste se acercó á saludarla y le dijo: "Señora: he sabido que en su casa de usted se reunen los "filibusteros" cubanos; éstos nos han propuesto una negociación financiera; ¿qué le parece á usted?" Ella contestó con presteza: "Creo que hoy es el mejor negocio que puede hacerse, por lo seguro y provechoso".

Díjole también que Echenique había tenido una conversación con un caballero francés, ligado con el señor Z. en asuntos financieros. El caballero le refirió que el el señor Z. había hablado á Mr. Thiers sobre las condiciones que estaban dispuestos á aceptar los cubanos:—los seiscientos millones de francos por el rescate de la Isla.—A Mr. Thiers había parecido buena la proposición y dijo que esa solución era la que siempre había creído más práctica.

Dijo también Bravo que Echenique le había hablado respecto á los gastos que tendría que hacer si se quedaba en Francia ó iba á Italia de Agente oficioso, preguntándole quién los abonaría. Contestó Aguilera que se cubrirían con lo que produjeran las primeras negociaciones de bonos; y hablando de la señora, dijo que el Gobierno de la República la recompensaría espléndidamente, tan pronto Cuba alcanzase su independencia.

Pocos días después supo Aguilera por Bravo que la negociación de los bonos marchaba por muy buen camino, pero que los intermediarios pedían dos comisiones, una de diecisieis por ciento y la otra no sabía de cuánto; además, á la se-

ñora era también necesario darle la suya, aunque ésta debía ser tan secreta que no la supiera nadie absolutamente. Dijo Aguilera que el negocio era muy pequeño para tantas comisiones; sin embargo, después de discutido el asunto convinieron en manifestar á Echenique que no podían dar más que la cuarta parte de la cantidad negociada, para comisiones y gratificaciones por todos conceptos; dos partes en efectivo y una parte en armas. Respecto á la garantía dijo Bravo que también la exigían de él, para el caso de que la Isla se anexase á los Estados Unidos. Acordaron contestarle que ambos estaban conformes en prestar su garantía; sin embargo que no tenía fundamento la aventualidad que temían, porque dado caso que el pueblo obtase por la anexión, era natural y justo que el Gobierno de los Estados Unidos se hiciese cargo de la deuda que hubiese contraído la República de Cuba para conseguir su independencia. La contestación de Frankfort no había llegado aún.

Tres días después volvió Aguilera á la habitación de Bravo. Hablaron de la favorable actitud que tomaba de la prensa francesa con respecto á Cuba, debido al estímulo que se aplicaba á los periódicos. Tocando Aguilera el asunto referente á los bonos dijo Bravo que el Agente había conferenciado con Echenique y le dijo que Rotchild no quería figurar absolutamente en la negociación y al efecto había comisionado á otro banquero para que se entendiese con él. Este propuso dar toda la cantidad en fusiles de Remington puestos en New York y Bravo había dicho á Echenique que así no les convenía porque los cubanos podían conseguir en los Estados Unidos todas las armas que quisieran y lo que les hacía falta era dinero para comprar vapores, pagar la tripulación, enganchar gente, etc. y dar salida á esas armas para Cuba. Después de considerar detenidamente el asunto, acordaron proponer que tomarían una mitad de la cantidad en armas, en los Estados Unidos y la otra en efectivo, estando dispuestos á prestar la fianza para el caso de que la Isla se anexase á los Estados Unidos, ó triunfase España.

Impaciente Aguilera porque acabara de resolverse el asunto de los bonos, fué con Bravo á la habitación de Echenique. Interpelado éste por Aguilera, dijo que tenía acordada una conferencia con el banquero comisionado por Rothchild para que se entendiese con él, y que probablemente en esa conferencia quedaría ultimado el negocio. Al mismo tiempo le manifestó que sería conveniente que asistiera á dicha conferencia y quedó en avisarle.

En conversación manifestó Aguilera á Echenique que puesto que ya estaban en relación con algunos periodistas franceses, sería conveniente extender esas relaciones á otras esferas de la sociedad francesa, ampliando así el círculo en que se movían á fin de interesar algunas personas relacionadas con la política y que trataran de mover el Gobierno en sentido favorable á los intereses de Cuba. Contestóle Echenique que le parecía bien y para ello podían valerse de los mismos periodistas que les eran conocidos, entre quienes había personas importantes, que estaban en relación con todos los círculos y categorías de aquella sociedad.

CAPITULO XIX

ENERO 1873

TRABAJOS DE AGUILERA EN FRANCIA.—EL PRESIDENTE THIERS Y LA CAUSA DE CUBA.—ORDENA UNA MEMORIA SOBRE ESTA A SU SECRETARIO PARTICULAR.—TRATA DE ENVIARLA A LOS HOMBRES DEL GOBIERNO DE ESPAÑA.—EXITO DE AGUILERA EN SUS GESTIONES EN EUROPA.—TIENE ALLI A SU LADO HOMBRES DE BUENA FE.—OBSTACULOS CON QUE TROPEZO EN LOS EE. UU.—FALTA DE SINCERIDAD DE LOS HOMBRES QUE LE BRINDARON APOYO.—ALEXANDRE SAINT IBES.—HENRY SALLES.—GERMAIN CASSE.—EMPRESTITO DE VEINTE MILLONES DE PESOS.—AGUILERA Y LA FEDERACION ANTILLANA.—VISITA A LEON GAMBETTA.—EL GENERAL CREMER.

Favorable por demás fué el estado á que se vió elevada la causa de Cuba en Francia por aquella época. El trabajo asíduo y constante de Aguilera estaba dando el resultado deseado. Su conducta seria, circunspecta y honrada, no podía menos que atraer la confianza de los asustadizos emigrados cubanos y la simpatía de los extranjeros. Francisco de Paula Bravo, su amigo, le prestó también muy buenos servicios, logrando interesar en la causa de Cuba á personas tan importantes como J. M. Echenique y la Princesa de Bonaparte. Por medio de estos agentes, logró emprender aquellas negociaciones de bonos cubanos, que debieron traer á la causa de Cuba el elemento que le faltaba para triunfar: el dinero. Negociaciones, que si no llegó á realizar ninguna, fué por eventualidades desgraciadas que parecían estar destinadas á salir siempre al paso á Aguilera y á Cuba, para no dejarlos triunfar en sus trabajos más asíduos.

Además de mover la prensa francesa en favor de la revolución cubana, logró también que el mismo Gobierno francés, tan refractario en aquella época á ocuparse en otra cosa que en los asuntos interiores del país, llegara á sentir la influencia de la política cubana, movido de una parte por la agitación de la prensa europea en favor de Cuba, y de otra por el estímulo directo que se le aplicara, dando por resultado que el Presidente Thiers se sintiera inclinado á una mediación amistosa en aquel problema cubano de que ya se ocupaba el mundo entero y que tanta gravedad revestía para la Nación española.

Por medio de los resortes que hemos visto puso en juego Echenique para con el Presidente Thiers, logró que éste ordenara á su Secretario privado, la redacción de una memoria ó folleto, tratando la cuestión cubana, según los datos que había recibido, y dándole una solución de acuerdo con las aspiraciones de los cubanos.

Este folleto fué escrito y una vez concluído, se hizo llegar á manos de Bravo para que lo leyese, le hiciese las correcciones oportunas, á fin de que mereciese la aprobación de los cubanos y lo devolviese, para presentarlo al Presidente Thiers. Este entonces, si lo encontraba razonable, lo enviaría con su recomendación al rey Amadeo y sus Ministros en Madrid, dándole después publicidad en España y Francia, para inclinar la opinión de estos pueblos hacia la solución que favorecía.

Así que Bravo recibió el folleto aludido, lo llevó á Aguilera para que se enterara de él y le diese su opinión. Como á la sazón se encontrase allí Rafael Merchán, y el folleto estuviese escrito en francés, suplicó Aguilera á aquél que

se lo tradujese y así lo hizo Merchán. Encontró Aguilera el escrito excelente, estando la cuestión cubana muy bien planteada y resuleta, probando por conclusión, con la historia y los números, la ventaja que reportaría al Gobierno español de tratar con los cubanos sobre la base de la independencia, mediante una indemnización que Cuba pagaría á España. Devolvió Aguilera el folleto á Bravo con su aprobación, y éste á su elevada procedencia, por el mismo conducto que lo había recibido.

Como se ve, excelentes fueron los resultados que obtuvo Aguilera en Europa, á pesar de tratarse de naciones que no tenían un interés directo en los asuntos cubanos. Pero allí pudo desarrollar su acción libremente; y aunque la mayoría de la emigración cubana, con la que debía contar, se manifestaba indiferente y tan medrosa que apenas podía acercarse á sus paisanos más importantes, sin embargo, hubo allí patriotas que lo ayudaran, que secundaran sus empeños y de buena fe estuvieron á su lado. Y si todo eso consiguió Aguilera en naciones que como hemos dicho, no tenían un interés directo en las cuestiones de Cuba, y á pesar de las desventajas con que obraba, ¿qué no hubiera conseguido en los Estados Unidos, nación á la que los destinos de Cuba afectaban tan directamente, si hubiera contado con auxiliares que se hubieran prestado á ayudarlo de buena fe también, por más que tuviera que luchar, lo mismo que en Europa, con la indiferencia de los emigrados adinerados? Pero ¡ah!, eso fué lo que faltó á Aguilera en los Estados Unidos: hombres que de buena fe se pusieran á su lado, pues los que se le acercaron, muy lejos de ser sinceros al brindarle su apoyo, el que le ofrecieron fué un lazo para inutilizar sus esfuerzos, extenuar sus energías, para que se agitara en el vacío, acechando el instante en que debían consumar su destrucción. El lector imparcial que siga el curso de esta historia, juzgará por los acontecimientos que irán desarrollándose, la verdad de nuestro aserto.

Invitó Echenique á Aguilera y Bravo para que fueran á almorzar con él, con el fin de ponerse de acuerdo sobre el empréstito, pues á las dos de aquella tarde debía ir allí el banquero á tratar del asunto.

Concurrieron Aguilera y Bravo, discutieron laragamente la negociación y al final de la conferencia llegó Mr. Alexandre Saint-Ives, periodista y poeta muy conocido. Iba á tomar informes sobre la cuestión de Cuba para dedicarle algún espacio en las columnas de "Le Temps'. Dice Aguilera que era Saint-Ives un joven fino, simpático y de maneras distinguidas. Poco después llegó Mr. Henry Salles y dijo que había citado para las tres de la tarde, en su casa, á Mr. Germain Cassé, amigo íntimo de León Gambetta con objeto de que concurriesen también Aguilera, Echenique y Bravo. Allí los presentaría á Cassé y acordarían el día que debían ser presentados por éste á Gambeta. Contestó Echenique que les era imposible concurrir, porque precisamente á las dos tenían una cita muy importante y no sabían á qué hora estarían ilbres. Buscando la manera de conciliar la dificultad, acordaron por fin que fuese Aguilera, solo, á la conferencia, y Echenique y Bravo esperaran al banquero. Aguilera sería presentado á Cassé y se pondría de acuerdo con él para otra entrevista á que concurrirían los tres.

No descuidó Echenique la indicación de Aguilera, procurando, como vemos, ponerlo en relación con algunos hombres de valer de aquella nación. En esa, como en muchas otras ocasiones, deploró Aguilera no conocer otro idioma que el español, pues á haber hablado el francés y el inglés, no hubiera necesitado de intermediarios con los extranjeros, é impulsado por el espíritu que lo animaba, habría agenciado con el calor propio de su temperamento, aquellos asuntos de la patria que absorbían todo su interés.

Así que se despidieron Saint-Ives y Salles, llegó el banquero, agente de Rothchild y otro individuo que parecía ser corredor por el mucho interés que demostraba en que el negocio se efectuase. Este defendía con calor los razona-

mientos de Echenique y Bravo, probablemente para asegurar su comisión.

Expuso el corredor el objeto de la reunión y los diferentes pasos que había dado hasta llegar al estado en que se encontraba la negociación, habiendo conseguido la aquiescencia de Aguilera y de Bravo, para obligar sus bienes como garantía del empréstito. Habló el banquero y empezó á enumerar las dificultades para extender las escrituras. Estas, dijo, en caso de que la revolución no triunfanse, vendrían á ser ilusorias, porque el Gobierno español no reconocería tal obligación, por razón de haber estado esos bienes confiscados cuando se hizo la referida escritura. Contestó Echenique que ese caso no llegaría porque habiendo sido interpelado el Ministro de Estado español Ruíz Zorrilla ,en las Cámaras de su Nación, para que explicase cómo era que se llevaban á cabo esas confiscaciones en Cuba, cuando la ley fundamental española las prohibía, contestó dicho Ministro que no eran tales confiscaciones las que allí se practicaban, sino sólo un embargo de bienes á los promovedores y sostenedores de la revolución, con objeto de quitarles el uso de esos elementos con que combatirían al Gobierno. Que esos individuos conservaban el dominio directo de sus propiedades, que les serían devueltas una vez pacificada la Isla. Este punto fué discutido largamente siendo apoyados Bravo y Echenique por el corredor. Como se acercaran las tres de la tarde, salió Aguilera para la cita.

Tomó un coche y se dirigió á casa de Mr. Sallés. Lo encontró esperándolo, y como hablaba muy bien el español, pronto entablaron conversación. Refirióle Sallés que era francés, pero se había educado en el Colegio de Carraguao, en la Habana, donde mismo había estado Aguilera, siendo Director del Colegio don Rafael Navarro; por ese motivo quería tanto á Cuba como á Francia. Cuando estalló la revolución del 68 se encontraba en la Habana; era uno de los que debían haber acompañado á Zambrana, Morales y Betancourt á la insurrección, pero éstos se marcharon repentinamente sin avisarle y cuando lo supo, le fué imposible unirse á ellos. Desde entonces había oído mucho el nombre de "Pancho" Aguilera y tenía grandes deseos de conocerlo, no pudiendo explicarle el placer que experimentaba aquel día al ver realizado lo que tanto había ansiado. Dijo que había ido á París, hizo la campaña con Garibaldi y estaba dispuesto á acompañar á Aguilera á Cuba si lo creía conveniente, ó quedarse en Francia para lo que tuviera á bien ordenarle, pues sus más ardientes deseos eran ayudar de alguna manera la causa de la Independencia para volver á Cuba otra vez y gritar: "¡Viva Cuba libre!" como lo había hecho en Villanueva cuando el asalto de los voluntarios, etc.

En esta conversación estaban cuando llegó Mr. Germain Cassé, Diputado á la Cámara francesa por la isla de Guadalupe. Sallés los presentó uno á otro, mencionando sus cargos respectivos. Dice Aguilera que era Cassé un hombre como de treinta años de edad, robusto, impetuoso, de mirada centelleante, demostrando en todo la energía de su carácter. Era natural de la isla de Guadalupe. Pronto entraron en conversación, sirviéndoles de intérprete Sallés, de una manera admirable.

Expuso Mr. Cassé que la causa de Cuba era simpática al mundo entero, como no podía menos de serlo, al ver un pueblo heróico que luchaba por sacudir la tiranía y conquistar su libertad. Dijo que sin embargo, Francia no podía tomar parte activa en esa cuestión, en primer lugar por sus recientes desgracias y en segundo, porque Cuba tendría que ser Norte-Americana y esto lo miraba Francia con disgusto, porque tendía á aumentar la influencia de la raza sajona sobre la latina.

Contestóle Aguilera que cuando los cubanos se alzaron en armas contra España había sido con objeto de conquistar su libertad y su independencia; y de ninguna manera para confundir sus destinos con los de ninguna otra nación. Cuba aspiraba á organizar un Gobierno justo y ordenado que poco á poco fuera extendiendo su influencia á las demás islas vecinas, hasta con el andar del tiempo, llegar á formar la Confederación Antillana.

Así que se viera como Cuba, gozando

de paz, con buenas leyes que fomentaran la inmigración, que prestarán garantías á los hombres que trajeran á ella sus capitales, y tendieran al desarrollo de las naturales riquezas de país, alcanzaba un alto grado de prosperidad y de cultura, entonces Santo Domingo y Haití, cansadas de sus eternas luchas, contemplando su atraso y su pobreza, al fin despertarían y acogerían con efusión la mano cariñosa que les extendiera su hermana Cuba, próspera y feliz, acogiéndose al pacto federal que les brindara, para bajo la egida de la libertad y el orden gozar ellas también en poco tiempo de la misma dicha y prosperidad.

Continuando al través de los tiempos, el desenvolvimiento de estas evoluciones, la joven Federación se iría entendiendo con las naciones de Europa que mantenían colonias en las Antillas, para por medio de pactos comerciales y políticos, favorables á unas y otras, hacer que estas naciones se prestasen al ingreso de sus colonias en la Federación. Estas pequeñas islas, hoy de poca importancia relativa, se irían acercando en prosperidad al nivel de su poderosa protectora, estrechando al mismo tiempo sus relaciones de comercio y de amistad con sus antiguas metrópolis.

Así, esa Gran Federación Antillana, de raza latina, llegaría á obtener un grado tal de civilización, de riqueza, de cultura y de poder, que á la previsión humana no era dable determinar en aquellos instantes.

Dijo Aguilera que esa era, no tan sólo la aspiración más cara de su alma, sino la de todos los hombres pensadores de su país. Que al haber emprendido su realización, veía que tropezaba con grandes obstáculos, pues las repúblicas Sur americanas que tan interesados debieran estar en su realización, por lo general se mostraban indiferentes á los esfuerzos titánicos que hacía Cuba para arrancarse de los brazos de su cruel opresor, no pudiendo ó no queriendo ayudarla en obra tan beneficiosa para todos. Por eso había ido á Francia, nación que estaba á la vanguardia de las libertades en Europa, república latina, lo mismo que Cuba, á tocar á sus puertas, á pedirle su ayuda, á demandarle que salvara á un pueblo de su raza que quería vivir, que no quería extinguirse en la absorción de otra raza, que lo librara de la dura necesidad de echarse en brazos de la nación Norte americana, porque eso sí, los cubanos preferían ser cafres antes que volver á doblegarse bajo la dominación española.

Este discurso dicho con la viveza y el fuego que se poseía de Aguilera cuando se entusiasmaba hablando de Cuba, y vertido fielmente al francés por Sallés, fué acogido con demostraciones de aprobación por parte de Mr. Cassé, quien ofreció á Aguilera emplear toda su influencia con Gambetta y sus amigos para que llevara adelante y realizara sus planes. Sin embargo, le advirtió que no convenía por el momento desenvolverlos todos, porque los pueblos, lo mismo que los individuos, eran egoistas; y como Francia tenía varias colonias en las Antillas, y la república no estaba aun bien cimentada, podría alarmarse ante la idea de perder sus posesiones algún día. Díjole que se concretara por el presente á la indpendencia de Cuba, y lo demás vendría después por la misma fuerza de las cosas. Debemos decir que Aguilera fué tan franco con él, porque sabía que era hijo de la isla de Guadalupe, en las pequeñas Antillas y comprendía que había de serle grato que su Isla dejase de ser colonia para convertirse en Estado de la república insular latino-americana.

Pudiera pensarse que en esta aspiración de Aguilera, la imaginación lo llevara más allá de donde podía alcanzar la realidad. Tal vez se crea que su entrañable amor á Cuba diera sobre este punto, demasiado vuelo á su exaltada fantasía; pero se nos ocurre una observación . El gran Imperio Romano, dueño de casi todo el mundo conocido en aquella época, contaba entre sus colonias la Bretaña, doblegada bajo el yugo de su Metrópoli poderosa. Mas como ninguna obra del hombre es eterna, Roma cayó, sus colonias se erigieron en naciones independientes y aquella Bretaña, humillada por Julio Cesar, la vemos en nuestros días transformada en la poderosa Inglaterra, nación que por su fuerza, su

influencia política y comercial, su potencia productora y por todo lo que puede hacer grande á un pueblo, está á la vanguardia de las primeras potencias del mundo. Aquello sucedió en los albores de la historia de Europa. Hoy las naciones de América dan los primeros pasos en la vida de los pueblos civilizados. ¿Quién es capaz de predecir las evoluciones que en los Estados ha de producir el transcurso del tiempo?

Dijo Mr. Cassé que sentía mucho que Víctor Hugo no estuviera en París, para tener el gusto de presentarle á Aguilera; estaba seguro de que tendría mucho placr en oirlo, se haría muy amigo suyo y probablemente la causa de Cuba le daría pie para publicar alguna serie de escritos, los que al mismo tiempo que la diesen á conocer en toda su grandeza, haciéndola más popular, ejercerían presión sobre los gobiernos pues tenían más autoridad cuatro líneas que escribiera Víctor Hugo, que veinte artículos de los periódicos más acreditados.

Como Aguilera pensaba salir dentro de breves días para los Estados Unidos, estuvieron combinando la manera de que pudiera ser presentado á Víctor Hugo. Finalmente lo convinaron de manera que tuviera efecto la presentación dos días después y que Mr. Sallés acompañaría á Aguilera. Convinieron también volver á reunirse por la noche del mismo día en que Aguilera visitara á Víctor Hugo, pues como Mr. Cassé estuviera empleado en el Ministerio, tenía que ir todos los días á Versalles y no volvía á París hasta las seis de la tarde.

La visita duró dos horas y habiendo salido Mr. Sallés á acompañar á Mr. Cassé hasta la escalera, cuando volvió dijo á Aguilera que había logrado hacer la mejor impresión en Mr. Cassé, pues al despedirse le había dicho: "Ese hombre me despierta el mayor interés. ¡Qué grandes ideas las suyas!"

Empeñóse Mr. Sallés en presentar á Aguilera en su lógica masónica, y convinieron en que lo llevaria un día de la próxima semana. Al despedirse Aguilera, quiso Mr. Sallés acompañarlo, por más que estuviese lloviendo y marcharon juntos en un carruaje hasta el Sena, donde se despidieron.

Fué Aguilera á ver á Echenique para saber el resultado de la conferencia con el banquero. Lo encontró hablando con un periodista "legitimista" que había ido á verlo para tomar datos con objeto de escribir un artículo en favor de la causa. Este periodista estaba tan á obscuras respecto á América, como sus otros compañeros, y fué necesario informarlo de las cosas más sabidas. Parecía que en París no se estudiaba otra geografía que la de Francia y Europa.

A las preguntas de Aguilera contestó Echenique que todavía no se había podido acordar nada definitivo, habiendo aplazado el asunto para otra entrevista. Dijo que se había puesto en relación con otro banquero, para una negociación mucho más en grande, que no era difícil se llegase á realizar. Consistía ésta en levantar hasta veinte millones de pesos ,según se fueran necesitando; el banquero que ofrecía el dinero decía que realizaría la operación siempre que tres repúblicas Sur americanas saliesen garantes en la negociación. El le había pedido cien mil pesos como prenda, á cuenta del empréstito, dándole los correspondientes bonos. Manifestó que si se realizaba esa negociación, inmediatamente irían Bravo y él á solicitar de los Gobiernos de Perú, Colombia y Venezuela, la garantía para el banquero.

Como Víctor Hugo, que estaba ausente, no había vuelto á París, no pudo Aguilera visitarlo, por lo tanto la noche del día destinado á la visita se reunieron en la habitación de Echenique éste Aguilera y Bravo y poco después llegaron Mesrs. Sallés y Cassé. La conversación versó poco más ó menos sobre los mismos puntos que había tocado Aguilera en la anterior. Dijo Mr. Cassé que Mr. Gambetta estaba dispuesto á recibirlos el día siguiente á las doce. Manifestó Echenique que no podía asistir porque precisamente para entonces tenía acordada otra cita. Se convino en que fuera Aguilera acompañado de Cassé y Sallés, á cuyo efecto éstos irían á su hotel á las once y media.

A la hora convenida estuvieron ellos en un coche á buscar á Aguilera: llegaron al despacho del Secretario de Gambetta y fué éste á anunciarlos. Volvió con

un recado de Gambetta diciendo que para hablar con ellos despacio, le hicieran el favor de volver á las dos de la tarde. Salieron y Mr. Cassé se despidió porque tenía que ir al Ministerio. Quedó en ver á Aguilera la noche siguiente.

Volvieron á las dos y esta vez los recibió la señora tía de Gambetta, como de sesenta años. Mientras fueron á anunciarlos, les refirió la señora que quería á Gambetta como á su propio hijo; no se había separado de él desde pequeñuelo; actualmente estaba sufriendo de un gran constipado que tomó al salir del salón donde había pronunciado su último discurso. Se había entusiasmado, estaba transpirando, y al salir al aire frío tomó el constipado. Llegó el Secretario y los condujo á un pequeño gabinete donde estaba el gran tribuno.

Dice Aguilera que era éste un hombre de mediana estatura, de 32 á 35 años, de fisonomía simpática, barba negra corrida, ojos negros, muy grueso, sobre todo las piernas y muslos que apenas podían ser contenidos en los pantalones. Efectivamente, estaba muy acatarrado, pues apenas se le entendía lo que hablaba.

Después de la presentación de Aguilera por Sallés, comenzó la conversación. Aguilera le manifestó su misión en Francia, que era solicitar el concurso de los pueblos libres para ayudar á otro pueblo de su raza á ser libre también. Pidióle Gambetta que le dijese algo sobre la revolución de Cuba y Aguilera le refirió el estado próspero en que se encontraba. Hablaron largamente sobre la esclavirtud. Preguntóle Aguilera cuál era su opinión sobre las aspiraciones de los cubanos y las esperanzas que debían abrigar. Contestó Gambetta, que el pueblo que de veras quería ser libre, lo conseguía y que la abolición de la esclavitud era un hecho consumado; España no podía sustraerse á la influencia de los tiempos. Pidióle Aguilera que prestase su concurso á la causa de la desamparada de Cuba, que luchaba sola con un enemigo tan fuerte como despiadado. Gambetta contestó que tan pronto se pusiera bueno, se dedicaría á estudiar con atención la cuestión cubana, y le ofreció ocuparse de ella en su periódico. La visita duró una hora. interpretándolos Sallés, con su acostumbraba habilidad.

Fué Aguilera á ver á Echenique para informarse de la marcha de los negocios. Le contestó éste que la negociación se habría entorpecido por la amenaza de quiebra de los tres ó cuatro bancos más fuertes de París y que el Director de uno de ellos se había fugado al ser acusado. El banquero del empréstito grande había pedido el plazo de una semana para dar tiempo á que llegase su Agente de Londres.

Tres días después informó Echenique á Aguilera que el corredor de la negociación del millón de pesos en bonos, le había dicho que el banquero de las armas estaba muy empeñado en salir de ellas; había consultado un abogado sobre la garantía que le ofrecía Aguilera de sus bienes en Cuba constituyendo una hipoteca sobre ellos. El abogado contestó que no era legal, porque Aguilera en aquellos momentos no podía disponer de ellos. Sin embargo, dijo que si el dueño de esas propiedades en Cuba era una persona honrada, con un sólo documento privado que hiciese era suficiente.

Fueron á visitar á Aguilera, Mesrs. Cassé y Sallés, Lo invitó el primero, para que fuera con Bravo á comer con él en su casa el domingo próximo. Aguilera se lo prometió. Díjole también que quería le diera su retrato antes de irse y á su vez le daría el suyo; como Aguilera le dijese que no tenía allí ninguno, le contestó Cassé, que le daría una carta de recomendación para un fotógrafo muy bueno, amigo suyo y republicano, que había retratado á Gambetta y á todos los republicanos de distinción ; le recomendaría á Aguilera para que le acabara los retratos pronto, y se esmerase en ellos. Efectivamente, se sentó al escritorio y escribió una esquela para el fotógrafo, haciendo los mayores encomios de Aguilera. Salieron los tres poco después, fueron á un café á refrescar y se despidieron de Aguilera.

Deseando éste complacer á su nuevo amigo, Mr. Cassé, fué á ver al fotógrafo y le presentó la esquela. Este lo colmó de atenciones, no lo hizo espı ar, y en un mo-

mento le tiró tres planchas en distintas posiciones. Encontrándose casualmente en el salón de la galería el General Cremer, lo llamó y lo presentó á Aguilera. El General hablaba español por haber hecho la campaña en Méjico, cuatro años, con Maximiliano. Manifestó á Aguilera sus deseos de ir á Cuba con su cuadro de oficiales, muy buenos, según decía, que habían servido con él. Aguilera por no desairarlo le dijo que le escribiría desde Nueva York cuando estuviese próximo á salir para Cuba. El General le dió su retrato y se despidieron muy amigos.

CAPITULO XX

ENERO, FEBRERO 1873

ALMAGRO VUELVE DE ESPAÑA.—EXITO DE SU VIAJE.—DESASTROSO ESTADO DE LA PENINSULA ESPAÑOLA.—MODET, CUÑADO DE ALMAGRO.—SUS INFORMES SOBRE CIENFUEGOS Y LAS VILLAS.—EL GENERAL ESPAÑOL MILANS DE BOSCH.—OPINION EN ESPAÑA RESPECTO A CUBA.—ALMAGRO TIENE YA CASI REUNIDOS LOS $50.000.—POZOS DULCES Y NARCISO LOPEZ.—GÜEL Y RENTE.—MILANS DEL BOSCH Y AGUILERA—GÜEL Y RENTE Y CARLOS M. DE CESPEDES—JULIO SAGEBUENA DISPOSICION DEL GENERAL DULCE.—MORALES LEMUS Y EL GENERAL BIEN LLEVA UN PLANO A AGUILERA.—MIGUEL FERRER Y D. MANUEL CALVO.—DULCE.

Se recordará que Almagro, que tanto empeño tomaba en auxiliar á Aguilera, decidió hacer un viaje á España, tan penoso en aquella época por el estado de inseguridad de los caminos, para avistarse con Malpica y otros cubanos á fin de comprometerlos con su presencia para que de una manera espléndida lo ayudasen en su empresa.

Varia veces había ido Aguilera á visitar á la señora de Almagro para saber noticias de su esposo, encontrándola llena de sobresalto y de zozobras por la larga ausencia de aquél. Cuando se disponía á ir á verla nuevamente, se presentó Almagro en su habitación, lleno de júbilo diciéndole que había conseguido en su viaje más de veinte y dos mil pesos que traía en letras, y con esa base contaba reunir en París el resto que le faltaba, para su compromiso. Como por la electricidad, comunicóse á Aguilera el contento de Almagro, y se sentaron á departir sobre los sucesos ocurridos durante el viaje.

Habló horrores Almagro del estado en que había encontrado á la desventurada Península española. Dijo que aquello no era nación constituída, sino la disolución completa: se asesinaba en las calles, se robaba en las iglesias, los ferrocarriles eran asaltados, unas veces por carlistas, otras por republicanos, las comunicaciones estaban cortadas, y últimamente, no sabía cómo se encontraba allí con vida.

Dió á Aguilera expresiones muy cariñosas de Modet, su cuñado, que dijo lo había conocido en Manzanillo, cuando estuvo en Cuba el General Lersundi. Le habló mucho de Aguilera y dijo Almagro que aunque nacido en España era más cubano que muchos hijos de Cuba; su esposa era de allí, sus hijos allí nacieron, su fortuna la había hecho allí también y ansiaba el momento de volver á Cuba independiente porque esos eran los deseos de su sposa y de sus hijos. Estaba dispuesto á auxiliar de cualquier manera la causa de Cuba libre, excepto yendo á luchar al lado de los cubanos en el campo, porque como Coronel de Ingenieros español, creía no debía hacerlo.

Refirió Almagro que teniendo la más completa confianza en él, no dudó preguntarle, si estuviera en lugar de Aguilera y hubiese de llevar una expedición por la costa Sur del territorio de las Villas, ¿por dónde la desembarcaría? Contestó Modet después de meditarlo, que por Cienfuegos. Dijo que no haría caso del Castillo que guardaba la entrada del puerto porque estaba inútil. Que sólo había un batallón de tropa de guarnición, él conocía á todos los jefes y sólo Trillo ó Trigo era valiente y se repondría de la

sorpresa. Le manifestó al mismo tiempo, que caso de no ser por el puerto de Cienfuegos, desembarcaría entre la Ensenada de Cochinos y un pequeño puerto próximo á ésta; á tres ó cuatro horas de marcha podía estar frente á Cienfuegos. Dijo que el jefe de una expedición debía tener muy en cuenta que el desembarco fatigaba mucho la tropa, motivo por él cual, á no ser para un golpe de mano, debía procurar no encontrarse con el enemigo hasta después de dos ó tres días, para que la fuerza estuviera descansada y no se desbandara al primer encuentro, lo cual sería funesto.

Ya antes le había preguntado qué lugar de la costa del Norte sería más conveniente para efectuar un desembarco y contestó Modet que entre Cárdenas y Sagua; marcharía inmediatamente á posesionarse de Santo Domingo, confluencia de todos los ferrocarriles de aquella parte de la Isla, y tomando este punto, quedaban sin acción todos los demás. Dió Almagro muchos otros detalles á Aguilera, quedando en explicárselos mejor cuando tuvieran un mapa á la vista. Mucho agradeció Aguilera la oficiosidad de Almagro, que le probaba el interés que tomaba en su empresa, pensando tener en cuenta sus indicaciones al fijar definitivamente los detalles de su plan.

Llegó á París el General español Milans del Bosch, antiguo ayudante del General Prim, á asuntos particulares. Como fuera muy amigo de Susini, lo visitaba con frecuencia y allí lo vió varias veces Aguilera, sin haber sido presentados. Era el referido General de un carácter atolondrado y tenía fama de muy liberal. Hablando Aguilera con Varona respecto á él, le manifestó éste qué decía del Bosch que si lo hicieran Capitán General de Cuba, arreglaría muy pronto los asuntos en la Isla. Llevaría de España tantos Coroneles, como batallones de voluntarios hubiera en ella y á su llegada cambiaría los coroneles de estos, por los que llevaba; ocuparía con tropas veteranas las posiciones convenientes, llevaría también con él al General de Marina Malcampo y lo haría cargo de la escuadra, bloquearía la Habana por mar y por tierra y obligaría á los voluntarios á deponer las armas. Conseguido ésto emprendería una vigorosa campaña contra los insurrectos, y convencido de que ésta era infructuosa no tendría inconveniente en tenderse con ellos y concluir la guerra de cualquier manera que fuera posible, porque estaba persuadido de que la prolongación de la lucha era la ruina de España. Como se ve era éste el mismo plan de su jefe el General Prim.

Fué Aguilera á visitar á Almagro dos días después de su llegada. Le dijo éste que aquel día había conseguido cinco mil pesos; si hubiera podido permanecer cuatro ó cinco días más en España, habría sacado de allí treinta mil pesos. Malpica le había dado quince mil pesos, además de los cinco mil que le dió en París; por lo tanto, dijo á Aguilera que podía exigir á Aldama otros quince mil pesos, pues que se había comprometido á dar como el que más diese. Reiteró á Aguilera que Silvio Alfonso había dado tres mil pesos á Aldama, y esa suma debía agregarse á lo recolectado en París; además, el mismo Silvio Alfonso estaba dispuesto á darle á él todo lo más que pudiera.

Habiéndole preguntado Aguilera cuál era la opinión que prevalecía en España respecto á Cuba, contestó que allí todos los hombres sensatos conocían que Cuba estaba perdida para España; sin embargo, se presistía en la guerra porque á los políticos y á ciertos altos círculos mercantiles se les hacía muy duro perder aquel fecundo campo de explotación. Que según los últimos datos oficiales, las pérdidas del ejército español en Cuba ascendían á más de dos mil trescientos jefes y oficiales, y más de cincuenta y siete mil soldados sólo en la tropa de línea.

Pocos días después volvió á verlo otra vez y le dijo Almagro que pronto tendría completa la cantidad; Adolfo Moliner, después de haber tenido dos entrevistas con él, al fin le había dicho que no le daba nada para la expedición; que era lástima que tuviera su ingenio en sociedad con Silvio, que era tan buen patriota.

Conversando Aguilera con Pozos Dulces, le refirió éste la entrevista que tuvo con Narciso López la noche que pasó el último en capilla. Se quejaba López de que tan sólo un cubano se le hubiera unido. Dijo que había ido á "Playitas" engañado, pues su proyecto era desembar-

car en Nuevitas; que había sufrido un funesto desengaño, pues creyó que el ejército español se hubiera pasado á sus filas; por eso cuando le atacó la caballería española en Aguacate, mandó hacer fuego á los caballos, los que todos cayeron en tierra, y los soldados se escaparon á pie.

Refirió también Pozos Dulces la denuncia que de él había hecho González, quien produjo como testigo á Rodríguez, el que también lo acusó por una rara coincidencia, sin embargo de ser falsos todos los cargos que se le hacían. Lo tuvieron preso nueve meses y dijo no sabía cómo escapó con vida.

Estando Aguilera y Bravo almorzando en un restaurant frente á la iglesia de La Magdalena, llegaron Milans del Boch y Güell y Renté y se sentaron á una mesa inmediata. Notó Aguilera que G. y Renté lo miraba, hasta que por fin se levantó, á saludar y Bravo y en seguida se dirigió á Aguilera, le dió la mano de una manera expresiva y le dijo que tenía muchos deseos de conocerlo; que era muy amigo de Carlos Manuel de Céspedes, y Aguilera podía contar con él en cuanto valiera. Dióle Aguilera las gracias, ofreciéndose de la misma manera y retiróse Güel á su asiento. Como Aguilera y Bravo, concluyeran primero de almorzar, al salir fueron á despedirse de Güell, quien se mostró igualmente afectuoso. Pidió su dirección á Aguilera para hacerle una visita y le presentó al General Milans del Bosch. Este estrechó la mano de Aguilera y le dijo que si él fuera á Cuba, desembarcaría por la manigua para avistarse con Céspedes, á ver si se planteaba en Cuba una Autonomía como la de Canadá. Contestó Aguilera que una vez desembarcado en Cuba libre, ya tratarían de que hubiera arreglo. Todo esto fué sumamente rápido.

Como Aguilera deseaba ponerse en relación con Julio Sagebien para obtener los informes que Villa Urrutia le dijo podía conseguir por su conducto, hizo el encargo á Valdés Fauli y éste llevó á aquél á la habitación de Aguilera. Estuvieron conversando largo tiempo. Refirió Sagebien que había estado preso en la Habana, y escapó simulando que era ciudadano francés. Habiéndole pedido informes Aguilera sobre varios puertos de la costa del Norte y del Sur de la Isla en el territorio de las Villas, quedó en buscarle un plano de esas costas y llevárselo al día siguiente.

El día indicado llevóle Sagebien el plano referido, en que estaban marcados los puertos con sus sondas, etc.; marcó allí también todas las líneas de ferrocarriles en explotación, y diferentes otras noticias respecto á este vasto territorio. Propúsole Aguilera que lo acompañara á Cuba, y contestó que en eso no podía complacerlo, porque no se encontraba con fuerzas para emprender tan ruda campaña. Considerando Aguilera que podía serle muy útil en Cuba, por sus conocimientos de la región de las Villas, y pareciéndole al mismo tiempo buena persona, se prometió insistir después en que lo acompañara. En conversación con Sagebien, llegó el joven Diego Tamayo á visitarlo, como bayamés. Iba mandado por su señora madre á estudiar medicina á Barcelona para donde partía al día siguiente.

Fué Güel y Renté á visitar á Aguilera, según le había ofrecido. Le refirió que había vivido con Carlos Manuel de Céspedes mucho tiempo y se querían como hermanos. Poco antes de estallar la revolución le escribió Céspedes dándole á comprender embozamente lo que intentaba. Le refirió asimismo que fué él (Güel y Renté) quien sugirió la idea al general Prim, de que se entendiese con los cubanos, pues desde el principio consideró la Isla perdida para España. Antes de eso, en una conferencia que tuvo con Morales Lemus, le manifestó que el general Prim necesitaba cuatro cientos mil pesos para hacer la revolución en España, ofreciéndole que si los cubanos le facilitaban esa cantidad, Prim les daría todas las reformas compatibles con el nuevo sistema de gobierno que se estableciera en la Península. Morales Lemus quedó en mandarle la razón desde la Habana y él estuvo aguardando la contestación sin que nunca llegara á sus manos. Posteriormente supo que en la Habana se había opuesto Echeverría, porque dijo que Prim podía quedarse con el dinero, siendo ellos burlados.

Dijo á Aguilera que él tan sólo contaba con una mesada de setecientos francos, la que desde luego ponía á su disposición

para sí, como emigrado, se veía en algún apuro. Tenía dos hijos hombres, que aunque nacidos en España eran cubanos de corazón, porque él desde pequeños les había infundido esas ideas; deseaba ardientemente ver á Cuba independiente, porque quería morir en la Habana donde había nacido. Era amigo de la ex-reina Isabel II, quien lo apreciaba mucho y había logrado convencerla de que Cuba estaba perdida para España.

Fué invitado Aguilera por Almagro á comer con él en su casa; concurrió y asistieron á la comida además, Pozos Dulces, Valdés Fauli y Miguel Ferrer. En la animada conversación que sostuvieron durante y después de ella, dijo Ferrer que don Manuel Calvo era uno de los españoles menos malos que había en la Habana, pues le había oído decir que ellos transigirían con todo lo que los cubanos quisieran, menos con la abolición de la esclavitud. Suscitóse una discusión con Valdés Fauli sobre este particular. Dijo también Ferrer que el general Dulce, la última vez que fué á Cuba, estaba en el mejor sentido respecto á los cubanos. Cuando lo sacaron á él de la prisión y se presentó al general Dulce, estaba presente Longoria, de Holguín, el mismo que fué prisionero de los cubanos y se escapó. El general Dulce en un arranque, le dijo, alargándole un papel: "lea usted". Leyó, y era un oficio del general Valmaseda, jefe de operaciones, en que pedía al Capitán General dos mil hombres para salir de la difícil situación en que se encontraba.

El general Dulce, después, llamó á Morales Lemus y le dijo que extendiera el decreto de la obilición de la esclavitud, pues estaba dispuesto á ahogar la revolución en un exceso de libertad. Quería dar todo á los cubanos para que no tuvieran nada más que pedir. Morales Lemus no sólo no se atrevió á extender el decreto que se le pedía, sino que disuadió al General de que lo hiciera, diciéndole que no era conveniente para Cuba. Dijo finalmente que, si la Junta de la Habana se hubiera puesto al lado del general Dulce, haciendo que los cubanos le prestaran su apoyo, los voluntarios no se hubieran enseñoreado de la situación, y Cuba habría conseguido del general Dulce cuanto hubiera deseado.

A los postres se brindó por el feliz arribo de Aguilera y manifestó Ferrer con entusiasmo que si no fuera por el delicado estado en que se encontraba su señora, lo acompañaría á Cuba, pues ya estaba viejo y quería morir en brazos de su hijo, que estaba en la insurrección.

Al despedirse Aguilera le dijo Almagro que había recibido la última letra de Malpica; si la cobraba antes del sábado, pues estaba á ocho días vista, podría llevar treinta mil pesos, á su regreso á Nueva York.

Debemos decir que desde el mes de Enero, Aguilera constantemente había estado á punto de emprender su viaje para Nueva York, teniendo siempre que aplazarlo porque así lo demandaban los asuntos importantes que allí retenían.

CAPITULO XXI

FEBRERO 1873

NEGOCIACION DE UN MILLON DE PESOS EN BONOS.—ESTAFADORES FRANCESES. —COMISION AL REY AMADEO.—LA CONDESA DE VAN DE VIEVER RECOMIENDA A MARTINEZ PARA UN EMPRESTITO.—EL GENERAL CREMER.—AGUILERA Y GAMBETTA—EMPRESTITO DE VEINTE MILLONES DE PESOS CON LA GARANTIA DE TRES REPUBLICAS SUR-AMERICANAS.—MARTINEZ.

Como la negociación del millón de pesos en bonos, á pagarlos, la mitad en efectivo y la otra mitad en armas en New York, pareciese á Aguilera algo dudosa, quiso consultarla con Almagro, conocedor del país. Contestóle Almagro que era necesario andar con mucha prudencia para no ser engañados. Refirió que cuando la guerra franco-prusiana, muchos se dieron á negociar armas que estaban en los Estados Unidos, y luego resultaban malas. Una vez, el mismo Cónsul francés en New York, se encontró complicado en ese negocio de mala ley y se le siguió una

causa muy ruidosa. Dijo que era muy fácil que el corredor, por coger su comisión en efectivo, y los otros por apoderarse de los bonos con gran descuento, tratasen de engañarlos, no pareciesen después las armas y ellos ni siquiera podrían reclamar, por estar proscritos. Aconsejó á Aguilera que de ninguna manera pusiese su firma en ningún papel hasta tener el convencimiento de que existían las armas y eran buenas. Dióle Aguilera las gracias por su sano consejo y se propuso poner sobre aviso á Echenique y Bravo.

Habló á Bravo sobre la opinión de Almagro respecto á la negociación de bonos y queriendo que Bravo y Almagro se pusieran de acuerdo, llevó á Bravo para tener una conferencia los tres. Manifestó Bravo que por más que comprendía debían estar muy avisados, no creía que en aquel caso corriesen ese peligro, por la respetabilidad de las personas con quienes trataban, siendo recomendadas por los banqueros Rothchild Freres. Convino Almagro, y se ofreció para quedar hecho cargo de los bonos, é intervenir en la negociación, caso que Aguilera y Bravo tuviesen que dejar á París en el breve término que pensaban hacerlo.

Mainfestó Echenique á Aguilera que dentro de cinco ó seis días saldría para Madrid el comisionado que hablaría al rey y los ministros sobre la cuestión de Cuba. Si éstos se mostraban bien dispuestos, era necesario mover la prensa allí en sentido favorable, para lo cual se necesitaría algún dinero. Contestó Aguilera que lo que tenía eran bonos, los que él mismo estaba tratando de convertir en dinero; cuando ésto se consiguiese, podía contar con el que necesitara.

Recibió Bravo una carta de Londres, de la condesa Van de Viever, recomendándole un señor Martínez, quien podía conseguir un empréstito. No agradó á Aguilera este sujeto, por ser de nacionalidad española; sin embargo, dejó en libertad á Bravo para que se entendiese con él.

Fué el general Cremer á visitar á Aguilera y le entregó una carta de Mr. León Gambetta en la que le recomendaba á dicho general. Hízole Aguilera los ofrecimientos de cortesía y encargó luego á Cassé que le hiciese el borrador de su contestación á Gambetta, como conocedor del idioma francés. Otra ocasión tuvo Aguilera de dirigirse á Mr. Gambetta por escrito, al enviarle uno folletos sobre Cuba, que le pidió el insigne tribuno.

Fueron á visitar á Aguilera Cassé y Sallés. El primero le dió su retrato y le pidió con mucha insistencia el suyo. Manifestó gran empeño en que Aguilera no se fuera á América sin antes haber visitado á Víctor Hugo, quien á la sazón se encontraba en una pequeña isla entre Francia é Inglaterra. Le ofreció acompañarlo él mismo y presentarlo al célebre novelista; y caso que no le fuera posible ir, le daría una carta de recomendación, acompañándolo Mr. Sallés. Dióle Aguilera las gracias, le dijo que también tenía deseos de conocer á hombre tan notable y le ofreció hacer todo lo posible porque se realizara tan grato placer; quedaron en ponerse de acuerdo sobre el particular. Dijeron que Castelar estaba en París, y que era muy amigo de Gambetta.

Recibió Echenique el proyecto de empréstito por veinte millones de pesos redactado por los banqueros, y citó á Aguilera y Bravo para discutirlo. Leído el proyecto, encontraron aceptables los diez y seis artículos de que constaba. Sólo uno, en que exigían la garantía de las Repúblicas de Perú, Chile y la Argentina, creyeron podría presentar dificultad respecto á Chile. Acordaron en la contestación hacer las siguientes alteraciones.

Primera. Sustituir á Chile con Colombia, y que ésta segunda república fuera la que hiciese el empréstito, con la garantía del Perú y la Argentina. De esta manera se obviaba el peligro para esas repúblicas de una complicación con España por garantizar á Cuba.

Segunda. Pedir que los banqueros adelantaran quinientos mil francos por los que les darían bonos al tipo que estipularan, y la garantía de las propiedades de Aguilera en Cuba. Esta cantidad serviría para los gastos de los agentes que irían á las Repúblicas referidas á

gestionar su aquiescencia. El sobrante contaba Aguilera con aplicarlo á aumentar su expedición.

Fué Bravo acompañado de Martínez, el recomendado de la Condesa de Van de Viever á visitar á Aguilera, para tratar del empréstito que lo había llevado allí. Era este señor, andaluz, bajo de cuerpo y sumamente grueso. Habló de sus relaciones con un banquero de estaba dispuesto á negociar un empréstito con la República de Cuba, y quedó en presentar á Bravo al referido banquero. Tan luego estuvieran en relación, se volvería él á Londres donde tenía su familia, dejándolos, para que se entendieran directamente. Dijo que las cosas de España iban mal, y no tenía esperanzas de que mejorasen, pues los partidos políticos jamás se entenderían. Había resuelto domiciliarse en América, con un hermano, ingeniro de minas que allí tenía; que al efecto, á todos los países prefería la Isla de Cuba, después de alcanzar su independencia.

CAPITULO XXII

FEBRERO 1873

PROCLAMACION DE LA REPUBLICA EN ESPAÑA.—VALDES FAULI URGE A AGUILERA PORQUE VAYA A NEW YORK.—BRAVO, VARONA Y ECHENIQUE OPINAN QUE NO DEBE IRSE.—GESTIONES PARA PONERSE AL HABLA CON LOS MINISTROS ESPAÑOLES.—SOLICITAN CONFERENCIA CON GAMBETTA.—CASSE OFRECE SERVIRLOS.—PLANES PARA TRATAR CON LOS HOMBRES DE GOBIERNO DE ESPAÑA.—EL DR. BETANCES PIDE CONSEJO A AGUILERA SOBRE SU IDA A PUERTO RICO.—AGUILERA RECIBE CARTAS DESFAVORABLES DE NEW YORK.—QUIERE MARCHARSE PARA ALLA INMEDIATAMENTE.—SE ACUERDA SU VIAJE.—ECHENIQUE SE OPONE.—AGUILERA QUIERE OIR EN JUNTA A LOS CUBANOS INFLUYENTES.—CONSEJO DE AMBROSIO VALIENTE A AGUILERA.

Llegó Rafael Merchán por la mañana á la habitación de Aguilera y le dió la noticia de que la noche anterior se había recibido un telegrama de España que daba cuenta de la abdicación del rey Amadeo y que las Cortes aun no habían resuelto si se le admitiría ó no. No dió crédito Aguilera de pronto, á la noticia, acostumbrado como estaba á las inexactitudes del telégrafo; sin embargo, la juzgó favorable, pues de ser cierta, se abocaba la república y creyó con ésta más fácil un arreglo que terminara la guerra. Era el 11 de Febrero.

Vino Valdés Fauli y le dijo: "Amigo mío: la república está declarada en España, y es necesario que usted se vaya, aunque sea á nado". Contestó Aguilera que tenía preparado su viaje para el próximo sábado, y si era necesario lo adelantaría, pero que era preciso antes meditar bien lo que convenía hacer. Poco después llegó Bravo y repitió Valdés Fauli lo que acababa de decir á Aguilera. Bravo le contestó en inglés que no era de su opinión. Luego llegaron Almagro y otros, llenándose la habitación de Aguilera. Volvió á tratar Valdés Fauli de la urgencia del viaje de aquél. Almagro no dijo nada sobre el particular y preguntó á Aguilera si tenía allí su nombramiento de Agente General. Aguilera le explicó entonces la comisión que Ramón Céspedes y él habían traído de Cuba libre, y que en vista de las circunstancias habían acordado hacerse cargo Ramón Céspedes de la Comisión Diplomática y él de la Agencia General. Largo rato discutieron diferentes puntos relacionados con las importantes noticias recibidas, hasta que fué disolviéndose la reunión. Al despedirse Almagro invitó á Aguilera á comer con él el día siguiente.

Habiendo quedado solos Bravo y Aguilera, manifestó aquél que los acontecimientos ocurridos en España eran muy graves; que si se proclamaba la república no era conveniente fuese Aguilera á Nueva York, porque eran esos precisamente los momentos más oportunos para trabajar allí en pro de sus comunes ideales, y si en esas circunstancias se

marchaba Aguilera, podrían hacerle cargos muy fundados por haberse alejado del teatro de los acontecimientos poniéndose á mil leguas de distancia.

Propúsole Bravo ver á Gambetta, para que éste escribiese á su amigo Castelar, diciéndole que Aguilera estaba en París con poderes suficientes para reanudar las proposiciones del tiempo del General Prim. Si Castelar estaba dispuesto á ello, que mandara un salvo conducto para que fuera á España una persona á tratar con el Gobierno español. Díjole Bravo que él estaba dispuesto á ir con salvo-conducto ó sin él, aunque se expusiera á que le cogieran y fusilaran. Aguilera se situaría en Bordeaux ó Bayona para comunicarse con él, y caso de que el asunto tomase un carácter serio, se avisaría á Ramón Céspedes por el cable para que viniese inmediatamente.

Contestó Aguilera que veía las cosas bajo el mismo punto de vista, y estaba completamente de acuerdo con él; pero que él mismo había oído cuán diferente era la opinión de Valdés Fauli y otros, que pensaban que debía salir inmediatamente para Nueva York. Dijo que no sabía á qué atribuir el deseo de que se marchara, aunque creía que obraban con la mejor intención, queriendo que saliera para Cuba lo más pronto posible. Sin embargo, no tenían en cuenta que su expedición estaba subordinada á que ellos acabaran de reunir el dinero, no siendo lo que faltaba una bicoca, pues eran veinte mil pesos. Además tenían que reunir los cincuenta mil pesos de Nueva York, y mientras tanto nada de provecho haría en esa ciudad. Agregó que era necesario que todos se pusieran de acuerdo sobre el particular, pues no quería que fuera á creerse que "se hacía el remolón" y no quería abadonar á París.

Esperaba Aguilera á Mr. Germain Cassé que le había ofrecido ir á verlo aquella tarde; estando con él Bravo, convinieron en llevarlo á casa de Varona para tener una conferencia los cuatro, y acordar con Cassé la visita que debían hacer á Gambetta. Salió Bravo para casa de Varona y quedó Aguilera esperando á Cassé.

Después de aguardar largo rato, viendo al fin que no iba, fué á casa de Varona solo, donde estaban éste y Bravo esperándolo. Entrando en materia, fué Varona de la opinión de Bravo y de Aguilera, y convinieron en que sería un error que Aguilera se alejase de allí en aquellos momentos. Trataron de la conveniencia de mandar inmediatamente un comisionado á Madrid para que se pusiera al habla con los individuos de aquel Gobierno. Después de descartar varios, se fijaron en el Dr. Betances, á quien hasta ser portorriqueño le favorecía. Bravo y Varona se ofrecieron para ir cualquiera de ellos, caso de que el Dr. Betances no aceptara la comisión. Acordaron también que Aguilera pusiera un cablegrama á Ramón Céspedes diciéndole que demoraba su viaje.

Como Aguilera necesitaba ver á Cassé, para por medio de él obetener una entrevista con Gambetta, fué á su casa, acompañado de Gramatges como intérprete. Mr. Cassé le recibió en compañía de su esposa, manifestándose ambos tan amables y obsequiosos como de costumbre. Todos se mostraron con esperanzas de que el advenimiento de la república en España fuera un hecho favorable para la causa de Cuba. Dijo Mr. Cassé que de ninguna manera debía partir Aguilera para América en aquellas circunstancias; quizás podría llegar el caso de que tuviese que ir á Madrid á tratar con el Gobierno. Indicóle Aguilera su deseo de conseguir para Bravo y él una entrevista con Gambetta. Cassé se manifestó muy gustoso en servirlo, y le dijo que aquella noche le llevaría á su casa al razón de cuando pudiera ser.

Fué también Aguilera á la habitación de Echenique á saber las novedades que había respecto al empréstito. Lo encontró conversando con Bravo. Comentando los asuntos del día, dijo Echenique que de ninguna manera debía Aguilera abandonar á Francia en aquellas circunstancias, pues eran las más favorables, bien para conseguir del Gobierno español la independencia de Cuba, ó para lograr un empréstito. Echando cálculos sobre el partido que podrían sacar de la situación, dijeron que de los nueve Ministros españoles, tenían cuatro favorables á Cuba, y cinco adversos. A Castelar lo pusieron como contrario, y lan-

zándose al campo de las conjeturas hicieron la cuenta siguiente: A cada Ministro un millón de pesos, eran nueve millones; seis millones para el emjambre de empleados en Cuba que pudieran hacer oposición al proyecto, indemnizándolos así de lo que podrían ganar en negocios de mala ley en dos años: quince millones; más cien millones que podrían ofrecerse al Gobierno español por la Isla. Total ciento quince millones; pudiéndose extender á ciento veinte millones si fuera necesario. Resolvieron dejar que se despejase la situación para reunirse otra vez.

Había dado Cassé á Aguilera una carta de introducción para Mr. Proust, persona muy importante. Dijo que éste le había manifestado que tenía muchos deseos de conocer á Aguilera, al mismo tiempo que solicitaba información sobre los asuntos de Cuba para tratarlos en su periódico "La República Francesa". Invitó Aguilera á Bravo á que lo acompañara á la oficina del referido Mr. Proust. Fueron, pero no lo encontraron.

Cassé y Sallés estuvieron á ver á Aguilera. Le dijo el primero que aún no había podido ver á Gambetta para hablarle de su visita con Bravo. Preguntó á Aguilera si había visto ya á Mr. Proust, y como le contestara que no lo había encontrado en su oficina, le recomendó que volviera al día siguiente. Dijo que él lo vería antes y le suplicaría que pidiese á Gambeta la entrevista que solicitaba Aguilera. Añadió que Mr. Proust era persona que valía mucho y á quien Gambetta estimaba muy de veras.

Cassé ofreció á Aguilera presentarlo á Mr. Louis Blank. Solicitarían de éste que escribiese á Figueras en España, sobre el arreglo de la cuestión de Cuba. Blank y Figueras eran muy amigos. Hablaron sobre el porvenir de Cuba, Francia y España hasta que se despidieron.

Fué el Dr. Betances á visitar á Aguilera y le dijo tenía que hacerle una consulta. Le manifestó que la república en España no podía ser sino transitoria, y era necesario aprovechar los momentos. El espíritu de independencia en Puerto Rico estaba casi muerto por las reformas y los reformistas, y en ese concepto, era necesario trabajar por revivirlo. Allí no había quien fuera capaz de acometer tal empresa, porque sus dos compañeros, La Croix y Bassora estaban fuera de la Isla, desterrados y condenados á muerte como él. En ese concepto la consulta que quería hacerle era la siguiente. Si le parecía bien se aprovechase cualquier circunstancia favorable para volver á Puerto Rico con objeto de trabajar la opinión para alzarse en armas en el momento de la caída de la República en España, la que consideraba inmediata. Añadió que había hablado sobre el mismo asunto á Bassora, quien lo había desaprobado diciendo que en cuanto pusiese los piés en Puerto Rico lo ahorcaban. Sin embargo, estaba dispuesto á arrostrar todos los peligros para lograr la independencia de su patria, y volvería á ella, ya fuese con salvoconducto del Gobierno español ó sin él.

Contestó Aguilera que era muy honrosa su decisión de servir á su patria, aun á costa de su vida; pero que al mismo tiempo debía procurar que el sacrificio no fuera estéril, como lo sería en el caso que le había puesto, pues creía como Bassora que el Gobierno español no tardaría mucho en detenerlo si no iba bien precabido. Que á la causa de la libertad de su país no le convenía que hombres de su temple, de los que por desgracia había pocos, se sacrificasen inútilmente. Dijo que sus amigos y él iban á trabajar en el sentido de volver á reanudar negociaciones con España para la independencia de Cuba, y si tenían éxito, trataría de conseguirle un permiso del Gobierno español para que se retirase á su casa en Puerto Rico, en cuyo caso, ya con esta garantía, podía volver á la isla y realizar su plan. No quiso decirle nada sobre la comisión á España que habían pensado darle, porque no era todavía cosa definitivamente acordada.

Tan ocupado se encontraba Aguilera, que no le fué posible concurrir á la invitación de Almagro para comer en su casa; fué luego á excusarse personalmente con él, no lo encontró y le dejó recado.

Recibió cartas de Ramón Céspedes y de Mayorga de New York. El primero le decía que el Gobierno de Cuba lo re-

convenía á él (Ramón Céspedes) por encontrarse todavía la Agencia en situación interina, cuando el Gobierno había nombrado para ese puesto, en primer lugar á Mayorga, en segundo á Ramón Martínez y en tercero á Govin, y pedía á Aguilera que le contestara inmediatamente sobre el particular, pues él tenía que hacerlo al Gobierno de Cuba.

Efectivamente era así, pues habiendo solicitado ellos que fuese el mismo Gobierno el que nombrase el Agente General de la República que debía sustituir á Aguilera, al marchar éste para Cuba, había indicado dicho Gobierno á los tres señores arriba expresados. Esta medida del Gobierno se había comunicado á Mayorga, quien aceptó la Agencia, y sin embargo, no se le dió publicidad, ni se notificó su aceptación al Gobierno, porque encontrándose Aguilera en Europa, desempeñando la importante misión que conocemos, no se había querido mermarle en lo más mínimo la autoridad de que estaba revestido.

Mayorga en su carta hacía cargos á Aguilera, diciendo que "se había olvidado del amigo comprometido," y pedía con la mayor urgencia que le girara por cable dos mil quinientos pesos que le eran de suma necesidad para compromisos que le refería. Aguilera tan sólo tenía en su poder ocho mil francos para su permanencia allí y gastos de viaje hasta New York, sin esperanzas de recibir de la emigración un centavo más, puesto que los donativos en adelante habían de ser aplicados á su expedición.

Todo esto lo contrarió mucho, así es que reuniendo á Bravo y Varona, les manifestó su situación. Díjoles que apremiado por las cartas de Ramón Céspedes y de Mayorga para solucionar las dificultades que se presentaban en New York, y precisado por los emigrados que allí lo auxiliaban, para que se marchase á América, había resuelto salir para New York en la primera oportunidad. Mucho discutieron estos particulares, pero insistiendo Aguilera, quedó resuelto al fin que saliese de París tres días después, para tomar el primer vapor que zarpase de Liverpool para Nueva York.

Habiendo sabido Echenique que el viaje de Aguilera á Nueva York estaba tan próximo, se manifestó muy contrariado y recomendó á Bravo que le enseñara dos cartas que había recibido, de dos banqueros, uno ruso y otro francés, en las que cada uno se hacía cargo de tomar, la cuarta parte de un empréstito de cien mil pesos oro, y lo autorizaban para que diese sus nombres, con objeto de que otros banqueros tomaran la mitad restante. Expuso Bravo á Aguilera que era de muy mal efecto que abandonara á París en aquellas circunstancias, cuando ya tenía la mitad de la dificultad vencida. Dijo que con los cincuenta mil pesos que tenían ya seguros, poco podían hacer, porque entre comisiones, gratificaciones y otros gastos se iría casi todo. En vista de estas razones resolvió Aguilera aplazar su viaje por tres días más; y á fin de acallar las quejas de Mayorga, de los ocho mil francos que tenía, dió orden por cable para que le entregaran cinco mil francos, quedándose tan sólo con tres mil por todo capital, para sus gastos en París, viaje, etc.

Refirió Bravo á Aguilera, que reunido Valdés Fauli con otros cubanos le había dicho: "Amigo, ahora es cuando necesitan un tacto muy fino los cubanos que manejan las cosas de Cuba." Bravo le contestó que si cuando estaban á la cabeza de los asuntos de Cuba, hombres tan eminentes como Echeverría y Mestre, no habían éstos acertado ¿cómo iban á acertar ellos que no tenían las dotes necesarias, y si llenaban esos puestos era porque hombres más autorizados no querían ocuparlo? Valdés Fauli dijo que siempre había ayudado con su consejo cuando se le había pedido. Contestó Aguilera á Bravo que para que en ningún tiempo pudieran hacérseles cargos de que en aquellas circunstancias, las cosas hubieran salido mejor si se les hubiese consultado á ellos, creía conveniente una junta á la que asistiese Valdés Fauli y otros cubanos de los que allí se ocupaban en la causa, para pedirles su parecer respecto á los sucesos que ocurrían. Convino Bravo y acordaron citar á todos aquellos cubanos que pudieran ilustrarlos con su consejo.

Fué Ambrosio Valiente á ver á Agui-

lera y le dijo que quería tener una conferencia con él en virtud de los favorables acontecimientos que sucedían en España. Manifestó que creía que los españoles estaban dispuestos á conceder reformas muy radicales á Cuba y siendo así, era necesario admitirlas, de lo contrario perderían las simpatías de las naciones extranjeras, y los Estados Unidos retirarían su apoyo moral á los cubanos y aun impedirían eficazmente que desde allí siguiese auxiliándose la revolución.

Contestó Aguilera que ellos, antes de la revolución, hubieran admitido las reformas en sentido liberal que España hubiera querido establecer en la Isla; pero después de cuatro años de una guerra inícua como la que se les hacía, y de los torrentes de sangre cubana derramada, no podían admitir otra transacción con España que la independencia absoluta de la Isa. Preguntó ¿cuál era el apoyo que les habían prestado las naciones extranjeras y que pudieran retirarles cuando éste no había pasado de una estéril simpatía?

Por otro lado ¿qué garantía podría darles España de que consolidaría el gobierno republicano que acababa de establecer, cuando éste estaba combatido por tres pretendientes monárquicos? Dijo que sería una candidez incalificable la de los cubanos si se dejaran seducir por tan vanas promesas.

Dando un giro diferente á la conversación refirió Valiente que hablando una vez en el Perú acerca de la esclavitud con un amigo suyo, persona influyente allí, dijo éste que era justo que mediase una indemnización; á lo que preguntó Valiente que "¿á quién?" El amigo le contestó que naturalmente, al dueño del esclavo. "¿Y por qué no al esclavo, por el tiempo que se le tuvo en servidumbre?", replicó Valiente. El amigo le dijo: "Caramba, qué radical es usted: dígame, ¿todos los cubanos piensan como usted? "No, señor, contestó él, yo, entre mis paisanos, soy tenido por rotrógrado". Dijo que á ese señor le había hecho tanta gracia la respuesta, que á ello debió haber conseguido después más de cuatro cosas.

La Princesa de Bonaparte había marchado á Roma con su esposo y de allí cruzó varias cartas con Bravo y Echenique, en las que demostraba que no decaía su entusiasmo por la causa de Cuba; sin embargo á nada práctico llegaron, habiendo venido la abdicación de Amadeo, del trono de España y la retirada de Francia, de Bravo y de Aguilera á poner fin á este curioso episodio de la revolución cubana.

CAPITULO XXIII

FEBRERO 1872

ALMAGRO DECLARA QUE NO PUEDE CUMPLIR SU COMPROMISO.—DESESPERACION DE AGUILERA.—ALMAGRO SE MANIFIESTA FEDERALISTA.—TRATA DE ARRASTRAR A AGUILERA.—ESTE SE NIEGA.—TRISTE SITUACION DE AGUILERA.—REUNION DE EMIGRADOS NOTABLES.—ESTOS SE DECLARAN FEDERALISTAS.—AGUILERA SE MANTIENE INDEPENDIENTE.—ALMAGRO VISITA A AGUILERA.—ESTE TRATA DE QUE NO LE RETIREN LOS RECURSOS YA REUNIDOS.—ALMAGRO PONE CONDICIONES.—EL TENIENTE CORONEL FRANCISCO AGUILERA, ESCLAVO LIBERTO DE AGUILERA.—SU MUERTE.—SENTIMIENTO DE AGUILERA.—LOS EMIGRADOS FEDERALISTAS DESACREDITAN EL EMPRESTITO.—PROYECTO DE AGUILERA CON D. MANUEL CALVO.

Invitado nuevamente Aguilera por Almagro á comer con él, se dirigió á su casa. Encontró allí, además de éste y su esposa, á Reinoso, Valdés Fauli y Miguel Ferrer. Después de la comida pasaron al salón de recibo á jugar al tresillo ,quedando en el salón de comer Almagro y Aguilera.

Manifestó este último su determinación de irse brevemente á New York porque había sentido mucho que Valdés Fauli le dijera la última vez que se vieron, que "debía irse aunque fuera á nado", tomando esa expresión como un reproche. Dijo, también, que, en virtud de la gravedad de los acontecimientos y de

la precipitación con que se sucedían, deseaba tener una reunión con varios cubanos amigos para cambiar impresiones. A esa reunión, esperaba concurrieran él, Valdés Fauli, Pozos Dulces, Miguel Ferrer, Bravo y Varona.

Contestó Almagro que quizás lo que le dijo Valdés Fauli fuera porque creía que ya él tendría reunido el dinero, como él también se había hecho la ilusión de pensarlo, pues contaba con su influencia para con ciertas personas; pero después de verlas había quedado tan impresionado, que el mismo Valdés Fauli lo había notado en su semblante. Habló con doña S. Benítez y ésta le dijo primero, que no le daba nada, y estrechada por él le dijo que lo consultaría con su confesor; lo que le hacía creer que era una evasiva. La Marquesa de Castell Florit prometió darle algo, pero no sabía cuándo, porque dependía de que le mandasen dinero de la Habana y no sabía si le mandarían azúcares. Ricardo Alfonso, á quien había hablado un amigo por él, contestó que daría algo porque no fuera Aguilera con su expedición, porque tenía dos ingenios en Sancti Spíritus que peligrarían en caso de que fuese. Manuel de Armas, que era otro con quien contaba, lo vió en España y le dijo que no podía contribuir con nada. Silvio Moliner, que tan buen patriota se había mostrado, dijo que le daría doce ó quince mil francos si encontraba quien se los prestase; y por último, J. Silverio Jorrín, en quien tenía tanta confianza le había contestado que las lluvias en Cuba no dejaban hacer las moliendas: que el azúcar número doce se vendía dos reales menos que el año anterior; que los cambios estaban tan altos que no se podía girar dinero á Europa, etc. En esa virtud, manifestó á Aguilera que por muchos esfuerzos que hiciese, la recolección no podría llegar ni á treinta mil pesos, incluyendo lo que él debía poner por su parte. Estando las cosas en tal estado, consideraba á Bramosio desligado del compromiso que había contraído, por la imposibilidad de reunir en París la cantidad acordada. Por otra parte, habiendo él reiterado á Malpica varias ocasiones, que la cantidad con que contribuía, (mucho más de la mitad de la suma reunida,) no se completaría sino en completar la expedición de Aguilera, no consideraba decoroso aplicarla al objeto que no podía llevarse á cabo en las condiciones ofrecidas.

Según hablaba Almagro, iba sintiendo Aguilera un frío en todo su ser que le penetraba hasta el alma; tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo para no dejarse arrebatar por la desesperación. La empresa que ya había considerado asegurada; los labios mismos que le habían ido avisando día por día sus progresos, sembrando en su alma las ilusiones más queridas; oir de ellos que todo se había desvanecido como el humo; que nada quedaba, que sus trabajos de ocho largos meses eran estériles, y el tiempo que en ellos empleara, perdido... ¿Cómo se presentaría en New York, después de tal desastre? ¿Qué diría á Mayorga á quien por varias ocasiones había manifestado que ya tenía treinta mil pesos reunidos, porque Almagro así se lo había asegurado? ¿Qué ataques más crueles no le dirigirían sus enemigos? ¿Cómo llegaría á Cuba? ¿Qué diría allí á sus compañeros? ¿Dónde en el mundo? ¿Cómo? ¿De qué manera conseguir un puñado de oro, ya que no para salvar á Cuba, para sarvalse él mismo del ridículo que lo amenazaba? ¡Para salvar su decoro, su dignidad, de los envenenados tiros que le dirigirían sus crueles enemigos?

Quedóse Aguilera absorto por un rato, midiendo la profundidad del abismo en que se veía sepultado. Al fin dijo con voz que quiso hacer aparecer serena y tranquila: "Está bien... Entonces habré de volver á Cuba en un bote, como salí".

Almagro, comprendiendo la situación de aquel hombre, quizás por vía de consuelo, le dijo que los cubanos de la emigración no eran dignos de que él llevase su sacrificio hasta el martirio; que iba á hablarle con la franqueza que le era característica. Díjole que entre todos los cubanos que había tratado conocía dos, á quienes conceptuaba los más dignos: uno era Porfirio Valiente y el otro Aguilera. Que éste por su patria había sacrificado su fortuna, su familia y cuanto más caro hay para el hombre en la tierra. Había estado tres años luchando con las armas

en la mano. Salió después comisionado, á buscar auxilios para sus hermanos. En el desempeño de su misión, había estado ocupado exclusivamente por diez y seis meses. Había recorrido las emigraciones de los Estados Unidos y de Europa; y por fruto de tantos afanes y de tantos sacrificios no había conseguido otra cosa que el cruel desengaño de que los cubanos que pudieran salvar á Cuba, tenían podrido el corazón, y no pensaban en otra cosa que en los mezquinos placeres y los goces materiales. ¿Qué más podría humanamente exigirse á Aguilera?

Díjole que ya había hecho por su patria todo lo que un hombre podía hacer, y sufrido todos los desengaños que podía sufrir. Que ahora debía acordarse de que era padre de una numerosa familia que también tenía derecho á sus cuidados; que volviera á ella los ojos y pensara que su querida familia quedaría desemparada en el mundo si él se prestaba á sacrificarse estérilmente. Que estuviera persuadido de que después de muerto él, nadie se ocuparía de ella, ni se acordaría de él tampoco. En su concepto, lo que á Aguilera correspondía hacer era dar cuenta al Gobierno de su desgraciada peregrinación, en la que por tanto tiempo había andado rodando por el mundo con la mano extendida pidiendo á unos hermanos una limosna para socorrer á otros hermanos que luchaban por hacerles patria para que luego volvieran á ella á vivir todos juntos, contentos y felices, con honra y sin vilipendio. Y esos hermanos egoistas y desnaturalizados se habían hecho sordos para no oirlo, ciegos para no verlo, habían huído de él, como se huye de la peste. Y una vez informado así el Gobierno, debía retirarsea á su casa, á cuidar de su familia, á subvenir á sus necesidades, educar sus hijos, á alimentar en los pechos de éstos el mismo fervor patriótico que á él lo animaba. Quizás ellos vivirían mejores tiempos; sus contemporáneos serían más generosos y menos egoistas y lograrían lo que á él no le había sido dado alcanzar.

"¡Imposible!" "¡Imposible!" exclamó Aguilera á tan extraño razonamiento. Su discurso de usted tiene frases tan verdaderas que me conmueven el alma, pero tiene otras que me es imposible aceptar. Eso sería retroceder, y en la pendiente en que me he puesto, retroceder es imposible. Para mí no hay otro camino que el que tengo al frente y por él habré de seguir, sea cual fuere el fin á que me lleve. Yo tengo contraídos compromisos muy sagrados y éstos para mi pesan más que cuantas consideraciones puedan haber. Yo puedo soportarlo todo, nada me arredra en el mundo, excepto que alguien pueda tener derecho á echarme en cara que he desertado de mis filas, que he huído de mi puesto, dejando á aquellos á quienes arrastré con mis sugestiones, que parezcan en la miseria y el abandono, mientras yo me salvo. No: yo no puedo hacer eso. Viendo ya que nada tengo que esperar de los hombres que pudieran y debieran salvar á su patria, me iré solo, á Cuba; diré á mis compañeros que solamente en la Providencia divina debemos esperar; y allí al lado de ellos, tranquilo y resignado aguardaré mi suerte.

Repuso Almagro que él lo había estimulado á que fuera á Cuba, cuando creía que podría hacerlo en condiciones favorables para salvar la revolución; pero que solo, y sin recursos, ni aun su mayor enemigo podría aconsejarle que lo hiciera, porque sería una iniquidad. Todo lo contrario, añadió, era preciso que Aguilera se quedase allí, pues tan pronto como se expeditasen las comunicaciones en España, estaba persuadido de que de allí habían de venir insinuaciones para tratar de un arreglo con Aguilera sobre la cuestión de Cuba, sobre la base de la "federación", pues había tenido en sus manos el proyecto de Gobierno para Cuba que se intentó en tiempo de Becerra sobre la base de la "Autonomía"; y si en aquella época estaban esos hombres dispuestos á tal concesión, ¿con cuánta más razón no lo estarían entonces á aceptar una solución semejante para quitarse de encima el arduo problema de Cuba, que era su pesadilla?

Contestó Aguilera que para tal solución no hacía él ninguna falta, pues no tenía poderes para tratar sobre esas bases.

Insistió Almagro en que si él no tenía poderes para tratar sobre esas bases,

tampoco los tenía para rechazarlas; que sólo el gobierno de Cuba podía resolver en asunto de tal trascendencia y de tan vital interés para el presente y porvenir de la patria. Que por más que Aguilera no pudiese resolver nada sobre tan delicado asunto, sí podía ser el mediador entre España y Cuba, y en ese caso se le rodearía de toda seguridad, aleccionados por lo ocurrido con Zenea; y para que los españoles de Cuba no pudieran cometer otro atentado semejante, se estipularía que Aguilera fuese conducido en un buque de guerra, desembarcando por Nuevitas y acompañado de una escolta, en el campo insurrecto, hasta llenar su misión cerca del Gobierno. Dijo que á Zenea lo habían ejecutado en Cuba, por debilidad de Azcárate, pues si él hubiera publicado antes el artículo que dió á luz después, no se hubieran atrevido en la Habana á darle garrote.

Siguió diciendo que estaba persuadido de que Modet, su cuñado tan luego fué proclamada la república, se había avistado con los Ministros y les había dicho que Aguilera estaba en París, próximo á regresar á New York para sacar de allí una gran expedición, y de consiguiente era necesario que se apresurasen á ponerse en comunicación con él antes de que se alejase. Creía que ya debía haberse dado en Madrid algún paso en ese sentido, y si aun no se sabía nada en París, era por motivo de lo irregular de las comunicaciones, estando la carta detenida.

Agregó que hablando con Pozos Dulces sobre estos particulares le había preguntado si estaría dispuesto á ir á España á tantear el terreno, y le contestó que iría en el instante que se le mandase. Encareció mucho Almagro las condiciones excepcionales de hombre como Pozos Dulces para tan importante comisión, las relaciones que tenía con varios Ministros, muy especialmente con Castelar, que había sido su corresponsal retribuído, cuando publicaba "El Siglo", etc.

Contestó simplemente Aguilera que sentía decirle que necesitaba buscar otro comisionado para la misión al Gobierno de Cuba, porque no estando él de acuerdo con los fines que se propnía, mal podía propender á que se efectuara. Con respecto á Pozos Dulces dijo que reconocía sus relevantes méritos, pero que ya él tenía acordado mandar otra persona, quien también á su juicio, llenaría cumplidamente su cometido.

Preguntado por Almagro, quién era esa persona, contestó que el Dr. Betances, quien además de reunir las mejores condiciones personales, le favorecía la de ser portorriqueño, para llamar menos la atención.

Llamó Almagro á Valdés Fauli, y le dijo el sentimiento que tenía Aguilera con él por lo que le había dicho en días pasados. Contestó Valdés Fauli que había estado muy lejos de su ánimo dirigir el más ligero reproche á Aguilera, y si le dijo que era necesario que se marchara, aunque fuera á nado, fué porque creía que ya todo el dinero estaba reunido, y temía que se perdiera, un tiempo que juzgaba preciso, pues había deseado que coincidiera la llegada de la expedición con el alboroto que se armaría en la Habana al tener noticias del panteamiento de la república en España. Siguieron discutiendo sobre algunos de los puntos que ya hemos referido. Citó Aguilera también á Valdés Fauli para la reunión que proyectaba y se acordó que ésta tuviese lugar en la habitación de Aguilera á las dos de la tarde del día siguiente. Asimismo invitó á Miguel Ferrer para dicha reunión.

Retiróse Aguilera á su cuarto muy preocupado por lo que acababa de oir. Veía sus planes completamente desbaratados. Ya no tenía expedición, ya no podía contar con dinero ninguno, todo aquel tiempo y todo el trabajo hecho, lo había perdido en un instante, encontrábase sin brújula, sin timón y sin saber qué hacer. No le quedaba otra cosa que la amargura le rebosaba en su alma, la sensación dolorosa de un tornillo de hierro que comprimía el cerebro. Se acostó y no pudo conciliar el sueño. Haciendo desfilar en su mente todos los incidentes de su reciente conversación con Almagro y coordinando sus recuerdos, comenzó á sospechar si sería un plan preconcebido para obligarlo á aceptar los proyectos de aquél. Aquellos elementos acumulados para su expedición que se desvanecían en un instante, co-

locándolo en posición crítica: aquellas esperanzas de un pronto arreglo con España sobre las bases de un "pacto federal"; aquellas proposiciones de que el mismo Aguilera fuera portador de la "buena nueva" al campo de la insurrección; la misma oportunidad que tuvo Almagro para desenvolver el plan en toda su extensión, habiéndose ido los demás al salón de recibo, dejándolos solos en el comedor toda la noche... Empezó Aguilera á ver claro que todo no era más que una trama para llevar ellos adelante sus proyectos. Pero esto, en nada mejoraba su posición, pues como él no estaba dispuesto á aceder á sus intentos, el resultado era que siempre se quedaría solo y sin recursos. Trabajo le costaba creer que Almagro, en quien tanta confianza tenía, á quien conceptuaba tan caballero y tan patriota, se prestase á tal comedia; que quizás hubiese sido el autor, ó uno de ellos. Pero había sufrido tantos desengaños que ya nada creía y de todo dudaba en el mundo. No tuvo más remedio que resignarse y esperar que al desenvolverse los acontecimientos, quizás se abriera un camino por donde salir de aquel laberinto de fatalidades.

Al día siguiente fué á ver á Bravo y le refirió su conversación con Almagro. No pudo menos aquel de convenir en que las sospechas de Aguilera eran fundadas. Dijo que seguramente trataban de sitiarlo, quitándole todos los recursos. Que esos hombres, que antes habían sido "reformistas" ahora se convertían en "federalistas" con tal de que concluyese la guerra sin destruir sus propiedades en el departamento Occidental. Que debían desconfiar de ellos y no darles conocimiento de sus trabajos.

A las dos de la tarde estaba Aguilera en su habitación esperando á los individuos á quienes había citado para tener la conferencia aludida. Llegó Bravo y le dijo que Ambrosio Valiente no asistiría, porque no había podido citarlo, habiendo recibido muy tarde la esquela en que Aguilera le decía que lo hiciera. Llegaron Almagro y Miguel Ferrer y dijeron que el gobierno republicano de España había mandado abrir las puertas á todos los deportados políticos. Había decretado una amnistía general, la suspensión de las hostilidades en Cuba y porción de noticias halagadoras. Dijo Almagro que eso mismo le escribían de España, y leyó los párrafos de una carta que había recibido. Ferrer manifestó que algo igual estaba publicado en "El Diario de los Debates". Aguilera, incrédulo, dijo á Varona, que acababa de llegar, que á él, como más joven ,le correspondía ir á comprar dicho "Diario". Salió Varona y á poco volvió con él. Vieron que sólo daba la noticia de la amnistía de los deportados, pero de una manera tan vaga, que se convino en que se concretaba tan sólo á los de la Península, como otras veces había sucedido.

Llamó Almagro á parte á Aguilera y le dijo que Pozos Dulces estaba listo para marchar á España, pero era necesario que Aguilera le costease el viaje, porque había comprendido que no tenía dinero. Observando que Almagro le hablaba de una manera tan decidida, como si fuera cosa convenida, creyó que debía hacer lo mismo. Contestó que le iba á hablar con entera franqueza, pero bajo reserva. Nadie mejor que él apreciaba las dotes que distinguían á Pozos Dulces, de inteligencia, probidad, patriotismo y buenas relaciones con hombres de valer en España. Aun sin conocerlo personalmente, tan sólo juzgándolo por sus escritos, lo había admirado siempre y aun defendido varias veces en la revolución de los graves cargos que le hacían, habiendo llegado una vez hasta tener una cuestión personal con ese motivo. Sin embargo, por esta misma razón de que su conducta era discutida, creía no ser el hombre que debía emplear para desempeñar una misión tan grave y delicada, pues un día sus enemigos podrían calificarlo hasta de traidor, por haberlo escogido, entre tantos cubanos como había allí que estaban dispuestos á prestar el mismo servicio á la patria.

Díjole que recordara que Pozos Dulces había sido miembro de la "Junta de Bienes Embargados" á los cubanos, cargo que pesaba sobre él, mientras no se vindicara diciendo los motivos que lo habían obligado á aceptar semejante puesto. Y finalmente, que él había elegido para ese encargo, descartado á Be-

tances, á Carlos de Varona, joven que además de ser inteligente á estar bien relacionado también en España, desempeñaba en París el cargo de Agente de la República.

Esforzóse Almagro en probar á Aguilera los motivos porque Pozos Dulces se había quedado en la Habana después de estallar la revolución, que fueron la falta de recursos; y también el compromiso en que se vió de aceptar ese puesto en la "Junta de Bienes Embargados". Encomióle mucho su inteligencia, su discreción, sus relaciones con Castelar y otros notables españoles, etc. Aguilera, reconociendo todos estos méritos, se mantuvo firme y no lo aceptó.

Almagro pareció quedar disgustado, pues era hombre orgulloso y seguramente nunca habría creído que Aguilera, á quien siempre había encontrado tan complaciente, en aquella ocasión se le hubiera opuesto con tanta firmeza. Pero las cosas habían variado por completo: antes miraba Aguilera en Almagro un poderoso auxiliar; al salvador de Cuba. Ahora veía en él al hombre que procuraba reducirlo á la impotencia para logar sus fines; que trataba de matar la revolución, sosteniendo la cadena que mantenía unida á Cuba con España.

A las tres menos cuarto llegaron Valdés Fauli y Pozos Dulces y comenzó la sesión. Manifestó Aguilera que el objeto de aquella reunión era cambiar impresiones con los emigrados allí residentes, en virtud de los extraordinarios sucesos que ocuríran en España á fin de sacar el mayor provecho para Cuba, de tan excepcionales circunstancias. Expuso Valdés Fauli que en su concepto, era llegado el momento de trabajar en España con mucha prudencia, tino y fino tacto, para desentrañar de los ministros españoles, cuáles eran sus pensamientos respecto á Cuba y á los cubanos; pero que ese trabajo había de ser extra-oficial y sin que constase nada escrito.

Dijo Pozos Dulces que tanto por la contestación de Castelar á Hector Varela, cuanto por los discursos de casi todos los diputados que concluían siempre con la "coletilla" de la "integridad nacional" creía que los españoles no estaban todavía dispuestos á hacer á los cubanos las concesiones que se le debían.

Manifestó Miguel Ferrer que aún se estaba completamente á obscuras respecto á lo que sucedía, y debían considerar que en las difíciles circunstancias en que se encontraban los ministros españoles, no podían menos que usar la palabra "integridad", que era el arma que con más ardor habían esgrimido para combatir al gobierno anterior.

Expuso Almagro que en la hipótesis de que el gobierno español se comprometiese á desarmar á los voluntarios, dar una amnistía á Céspedes abajo, entregar los bienes embargados á sus dueños, que se nombrasen en Cuba representates á las Cortes españolas por medio del sufragio restringido, pues no debían tomar parte en él los cuatrocientos mil negros libertos que no sabían ni leer ni escribir; por último que diese á Cuba una completa autonomía, era su opinión que esas bases debían aceptarse, pues ni Céspedes ni los insurrectos tendrían ya razón para continuar en armas, y si lo hicieran no podrían sostenerse mucho tiempo, privados de la ayuda material que les proporcionaban sus paisanos emigrados y de la moral que le retirarían las naciones extranjeras. Que él estaba persuadido de que Céspedes y los insurrectos admitirían esas proposiciones muy gustosos, tanto más, si el comisionado que las llevase fuera Aguilera, quien al mismo tiempo podría informarlos de los increíbles esfuerzos que habían hecho para con seguir los exiguos recursos que había alcanzado. En tal caso, podría estipularse con el gobierno español que Aguilera fuese conducido por un buque de guerra y debidamente escoltado hasta donde estuviese Céspedes, á la ida y á la vuelta.

Preguntó Bravo si les parecía conveniente dirigirse semioficialmente al gobierno de Madrid manifestándole que ellos estaban allí, dispuestos á tratar. Almagro y sus amigos le respondieron que ni siquiera les contestarían. Preguntó también que si en la conferencia que tuvieran con los representantes españoles podrían sentar como base la in-

dependencia. Contestaron que sentada esa base no los oirían.

Aguilera dijo que sus aspiraciones en aquellas circunstancias, como siempre, eran las mismas que las de Céspedes y sus compañeros el 10 de Octubre del 68, y creía que Bravo y Varona, que con él tenían la representación del Gobierno, eran de la misma opinión. Los aludidos aprobaron lo dicho por Aguilera.

La sesión duró tres horas. Desde este momento los campos quedaron deslindados. Aguilera, Bravo y Varona, independientes; los demás federalistas. Se separaron disgustados.

Por la noche se constituyeron, en la habitación de Aguilera, en sesión permanente, éste, Bravo y Varona. Por largo tiempo discutieron la grave crisis porque pasaba la revolución, debido á la división fatal que se había producido entre los cubanos. Consideraron peligroso que el gobierno de Madrid llegara á penetrarse de que la emigración cubana estaba dispuesta á abandonar sus ideales de independencia, acogiéndose á una precaria federación, que de ninguna manera resolvería el problema cubano, y no tendría otro efecto que aplazar su solución, después de tantos sacrificios y tanta sangre. Para evitar este peligro, determinaron anticiparse, entrando en tratos con el gobierno de Madrid, á fin de hacer comprender é éste que los hombres de la revolución no cederían nada en sus aspiraciones. Para llevar á cabo este plan resolvieron que Bravo y Varona fueran á España á avistarse con los ministros españoles. Le propondrían la transacción del problema cubano mediante un número de millones de pesos que Cuba abonaría á España por su independencia. Mientras tanto, Aguilera se situaría en Bordeaux para montenerse en constante comunicación con ellos y si llegara á necesitarse, iría también á Madrid.

Se discutió mucho el órgano por medio del cual se dirigirían al gobierno español y los términos en que lo harían. Se habló de Gambetta, de Varela de Moret, de escribirle á algún cubano residente en Madrid; pero no encontrando ninguno que les pareciera dispuesto á secundarlos, por fin, propuso Varona al general Milán del Bosch. Lo discutieron y por último lo aceptaron, pensando que era quien con más probabilidades podría conseguirles, con pestreza, una entrevista con el gobierno de Madrid. Quedó Varona en hablarle al día siguiente, pidiéndole que escribiese á Figueras, de quien era muy amigo, diciéndole que los cubanos Bravo y Varona deseaban tener una entrevisto con él sobre la custión de Cuba, y suplicándole se sirviese dar orden por telégrafo al Ministro Español en Francia para que les despachara sus pasaportes, á fin de ponerse en camino inmediatamente.

Fué Almagro á la habitación de Aguilera al día siguiente de la última conferencia. Este se sorprendió al verlo, pues ciertamente no lo esperaba después de la desagradable sesión del día anterior. Lo juzgó buen diplomático. Le preguntó Almagro si había recibido un paquetito conteniendo un libro de táctica militar que Aguilera le había encargado. Este le contestó negativamente. Poco después llegó Bravo. Hablaron de las cosas de España en tesis general sin referirse á los sucesos del día anterior. Se despidió Amagro, Aguilera lo acompañó hasta la escalera y allí le dijo que pensaba marcharse para Nueva York dentro de quince ó veinte días, tan pronto como viera el resultado de los asuntos que tenía entre manos. De Nueva York marcharía á Cuba de la manera que pudiese, aunque fuera en un bote; á ese efecto le suplicaba que escribiera á Malpica y demás donantes, para ver si, por más que no pudiese realizar su expedición grande, le dejaban disponer de las cantidades con que habían contribuído. Con esa base, trataría de reunir otras en Nueva York, y así podría llevar á Cuba una expedición más pequeña, de ochenta ó cien hombres, con algunas armas y pertrechos para sus compañeros, evitando de esa manera el mal efecto de presentarse solo, y sin recursos.

Contestóle Almagro que no tenía inconveniente en escribir á Malpica en ese

sentido, y le hablaría también á Valdés Fauli para que escribiese á Barcelona á otros amigos que habían contribuído por su conducto. Despidióse Almagro en los mejores términos con Aguilera, como si nada extraordinario hubiese pasado entre ellos. Aguilera se alegró mucho de encontrarlo tan bien dispuesto, pues le convenía estar en buenas relaciones con él. Además, había llegado á apreciarlo, lo juzgaba un completo caballero, y hubiera sentido recibir de él una nueva decepción.

En estas circunstancias recibió Aguilera una carta de su esposa que lo afectó en sumo grado. Dábale la noticia de la muerte de su ex-esclavo Francisco. Había éste nacido en poder de Aguilera; desde pequeño lo puso al servicio de su familia, se había criado con sus hijos, lo vió crecer al par de éstos. Como según se hacía hombre, iba descubriendo en él las más bellas cualidades de adhesión, honradez, inteligencia y respeto; resolvió tomarlo á su servicio personal, y ya no se separó nunca de él, tratándolo como un compañero. Dábale los encargos más difíciles y delicados y Francisco los ldesempeñaba siempre aún excediendo en habilidad á lo que Aguilera esperaba. Como tenía de él ilimitada confianza, cuando se lanzó á la revolución lo nombró jefe de su escolta. A todas sus buenas cualidades reunía la de ser valiente hasta la temeridad. Por las diferentes acciones de guerra que realizó, alcanzó el grado de teniente coronel con el que murió, mandando la fuerza de "Cabaniguán", la misma, que como se recordará, organizó Aguilera cuando se alzó en armas. Por su valor é intrepidez parecía esta fuerza formada no de hombres, sino de leones, y el mulato Francisco era su jefe. Murió de tisis violenta, ocasionada por un fuerte golpe que recibió en el pecho en acción de guerra.

Fué éste un día de triste duelo, no sólo para su tropa, sino para todos los jefes y oficiales, sus amigos y compañeros. Su modesto féretro fué conducido en hombros por varios funcionarios del gobierno y jefes del ejército; le hicieron la "descarga" correspondiente á su grado; le formaron una rústica tumba con estacas de madera, le pusieron una cruz y se volvieron á sus campamentos todos silenciosos, lamentando la pérdida que habían hecho la patria y sus amigos.

Aguilera no pudo menos que conmoverse al recibir tan triste nueva, sirviéndole de consuelo la última prueba de estimación y de cariño que habían dado á Francisco sus compañeros; señales inequívocas de que supieron apreciar los relevantes méritos del amigo y del patriota.

Manifestó Bravo á Aguilera que Echenique había oído decir á algunos cubanos de distinción, que con la república en España ya la guerra había concluído, y si aún se persistía en levantar un empréstito era porque los manipulantes pensaban quedarse con el dinero. Indignado Bravo, había dicho á Echenique que no se ocupara más del empréstito; que era injurioso que sobre ellos hiciesen recaer tales sospechas. Aconsejóle Aguilera que tuviese calma, cuando los ánimos se serenaran, se vería lo poco que podía esperarse de la república de España. Que ellos debían seguir imperturables su trabajo.

También dijo Bravo que Milans del Bosch había escrito ya á Figueras pidiéndole proporcionase un salvo-conducto á Varona y á él para marchar á Madrid á hablar con él.

Fué Echenique á ver á Aguilera y le refirió el entorpecimiento que había sufrido el empréstito de los veinte millones; los banqueros, al saber la instauración de la república en España, se habían desanimado, creyendo que habría un arreglo amistoso y la guerra no seguiría.

Díjole Aguilera que tratase de sostener la negociación, pues esperaba que según las cosas fueran adquiriendo normalidad se vería cuan infundadas eran esas esperanzas.

Dijo también Echenique que el otro banquero, del millón en bonos, aún no le había dicho nada del movimiento en España y con éste seguía las negociaciones.

Así que se marchó Echenique, llegó Bravo y volvieron á discurrir sobre el

proyectado viaje á España de Bravo y de Varona. Hablando de don Manuel Calvo, de la Habana, renombrado "integrista", hombre que podía considerarse como una potencia, no sólo en Cuba sino también en España, y refiriéndose á su llegada á Madrid, dijo Aguilera que no le parecía difícil llegar á entenderse con él, respecto á la cuestión de Cuba. Si pudiera tener una detenida conferencia con Calvo, á quien juzgaba hombre de buen juicio, según los informes que tenía, creía probable, por medio de razonamientos indiscutibles, llegar á convencerlo de que Cuba libre convenía más á los españoles residentes en la Isla, que Cuba española. Le probaría que Cuba española continuaría siendo siempre una fuente de odios y descontentos, que lejos de calmarse con el tiempo, se recrudecerían cada vez más, hasta culminar al fin en nueva guerra. Mientras que Cuba independiente, por medio de un pacto entre cubanos y españoles, aseguraría una paz completa, no sólo material, sino también moral, pues ya no habría germen de discordia. Todo lo contrario, cubanos y españoles, como hombres del mismo origen, tendrían por conveniencia mutua que unirse, y mantenerse fusionados, para contrabalancear la influencia de los americanos del Norte y poner coto á sus aspiraciones anexionistas; y unidos así unos y otros, no habría ya temor á nuevas discordias, sino que podrían dedicarse á desarrollar las riquezas del país, prosperando todos al par que éste enriqueciera.

Respecto á la cuestión de la esclavitud, que parecía tener tanto peso en él, con razonamientos tan fuertes como los anteriores, podría llevarse á su ánimo el convencimiento de que con Cuba libre ó Cuba española, la institución de la esclavitud estaba llamada á desaparecer en poco tiempo, pues no era posible desentenderse ya de la opinión pública en todas las naciones civilizadas, que la condenaban y la combatían como odioso vestigio de los tiempos bárbaros.

Bravo fué de la misma opinión que Aguilera y adujo otras razones en apoyo de la tesis expresada por éste, conviniendo ambos en que cuando efectuara Bravo su viaje á Madrid, trataría de avistarse con Calvo para saber en que sentido se encontraba.

CAPITULO XXIV

FEBRERO 1873

FIGUEROA SE ENTERA DE LOS MALOS INFORMES DADOS DE EL.—RENUNCIA LA COMISION QUE LE DIO AGUILERA.—SE MUESTRA SIEMPRE PATRIOTA.—INCERTIDUMBRE DE AGUILERA.—VA A HABLAR A ALMAGRO.—QUEDA AUN MAS DESCONSOLADO.—RECHAZA CON ENERGIA LAS PROPOSICIONES DE ALMAGRO.—DESAPRUEBA ESTE LA COMISION DE BRAVO Y VARONA.—ALMAGRO RECOGE LA CARTA ORDEN DADA A AGUILERA.—LA CONVERSACION CON BRAVO LO DEJA AUN MAS CONTRISTADO.—ENTREVISTA DE BRAVO CON ALMAGRO.—ESTE INVITA A COMER A AGUILERA.—DESAIRE DE JULIO IBARRA EN CASA DE ALMAGRO.—AGUILERA SE LO DEVUELVE.—FRIALDAD DE LOS AMIGOS DE AGUILERA.—LUJOSOS BAILES DADOS POR LOS EMIGRADOS.—CONTESTACION DE FIGUERAS A MILANS DEL BOSCH.

Después de algún tiempo de no saber de Figueroa, se presentó éste á Aguilera, excusándose por no haberlo visto y diciéndole que aún no había ido á España porque estaba muy preocupado con la enfermedad de una hermana suya en la Habana. Díjole que sabía que algunos señores de más edad y representación que él, habían tenido á mal á Aguilera que lo hubiese nombrado su agente en Madrid. Que consideraba á Aguilera como un padre y, por lo tanto, no consentiría que pasase la más leve incomodidad por su causa, razón por la cual estaba dispuesto á renunciar el cargo de agente que le había dado, pretextando que debía acompañarlo á Cuba, como expedicionario, pues estaba dispuesto á

cumplirle la palabra dada, embarcándose para Cuba con él, ya fuese en una expedición grande, ya en un pequeño bote, de simple soldado, de secretario ó como quisiera llevarlo.

Contestó Aguilera que admitía su renuncia, fundada en el motivo que había expresado y aprobó sus patrióticos sentimientos.

Parecía que este joven tenía una influencia especial para con Aguilera; cada vez que lo oía hablar quedaba encantado de él, lo consideraba de talento, y le era simpático en toda la extensión de la palabra. Esta vez sintió verdaderamente la sospecha que Aldama había hecho nacer en él, y por más que lo observó no pudo notar el más leve signo de traición. Conversaron mucho sobre España y Figueroa le aseguró que de los españoles no debían esperar nada; con respecto á Cuba, lo mismo pensaba el carlista más fanático, que el republicano Castelar. Despidióse Figueroa quedando en volver pronto á ver á Aguilera.

Terrible era la incertidumbre en que éste se encontraba respecto á cuál fuera su verdadera posición. Por sus conversaciones con Almagro podía congeturar que era muy mala; sin embargo, como la esperanza es el último sentimiento que abandona á aquel que se ve por demás atribulado, todavía Aguilera conservaba un rayo de ella; con objeto de saber de una vez á lo que debía atenerse, resolvió ver á Almagro y pedirle le dijera con toda franqueza lo que debía esperar. A este efecto, á las seis y media de la tarde tomó un coche, pues hacía un frío extraordinario, sentía su cuerpo quebrantado y la tos pertinaz se le había recrudecido, y fué á comer con Almagro.

Encontró á éste sentado á la mesa sólo con su esposa. Lo invitaron á que los acompañara con la amabilidad y cariño que acostumbraban y Aguilera aceptó, diciéndoles con franqueza que había ido con ese objeto.

Después de la comida quedaron Almagro y él solos en el comedor. Preguntóle Aguilera si había escrito á Malpica. Contestó Almagro afirmativamente, y agregó que también había dicho á Valdés Fauli que escribiese por su parte á los otros donantes. Preguntó Aguilera que cuál era la contestación que cría le daría Malpica, que era el principal contribuyente. Contestó Almagro que estaba persuadido le diría que obrara como creyera más conveniente para la causa.

Para despejar la incógnita y acabar de una vez con sus dudas le dijo Aguilera que le hiciera el favor de decirle con toda franqueza si en caso tal podría él contar con la cantidad de Malpica lo mismo que con las de los otros que le diesen igual contestación. Contestó Almagro que todavía él no había devuelto ningún dinero y estaba persuadido de que todos contestarían lo mismo que Malpica; pero que por la misma razón que esos amigos ponían toda su confianza en él, se encontraba más obligado á obrar con la mayor prudencia, para no dar lugar á que un día le echaran en cara que por falta de discreción, aquellas sumas se habían empleado en daño de la patria.

Dijo que había esrito á su cuñado Modet, diciendo que se avistase con los ministros é indagase cuál era el modo de pensar de cada uno de ellos respecto á la cuestión de Cuba. Que también él pensaba ir á España dentro de algunos días, precediéndole Miguel Ferrer; sólo esperaba que se expeditasen las vías para ponerse en camino. Probablemente iría también Valdés Fauli porque lo veía "embullado" y si Pozos Dulces no iba era porque no tenía medios para hacerlo. Se proponía hablar con toda franqueza á los ministros; les diría: "Señores, vamos á hablar claro sobre la cuestión de Cuba: ¿Qué es lo que ustedes ofrecen á los cubanos? Pero han de ofrecerles una cosa tangible, para no salir después con subterfugios, convirtiéndose todo en una farsa, como ha sucedido otras ocasiones." Aseguró á Aguilera que si los vaticinios de éste eran ciertos, y veía que era una realidad el convencimiento que Aguilera tantas veces le había expresado de que nada favorable á Cuba podían esperar de ningún gobierno español, entonces no tendría dificultad ninguna en poner todo el dinero que tenía á disposición de Aguilera, y todo lo demás

que pudiera reunir, pues á ese efecto seguría trabajando. Pero si se le demostraba patentemente que el gobierno republicano de España estaba dispuesto á dar una amnistía general, de Céspedes abajo, á desarmar los voluntarios, devolver los bienes embargados, que se convocara una asamblea en la Habana, en una palabra, que la Isla de Cuba se convirtiese en un estado federal de la República española, en ese caso ya no tenía razón de ser la guerra, porque nada significaría ese débil lazo de unión con España que fácilmente podría romperse, teniendo Cuba su milicia nacional, compuesta en su mayor parte de hijos del país, el día que España volviese á ser monarquía y pretendiese, faltando á la fe de los tratados, atacar las libertades de los cubanos. Dijo que en ese caso era un deber suyo, de conciencia, no auxiliar ninguna expedición, para evitar el sacrificio estéril de los que á sabiendas quisieran inmolarse.

Contestó Aguilera que de sus razonamientos deducía que debía perder toda esperanza de que le entregase la referida cantidad, pues estaba persuadido de que los españoles no serían mezquinos en ofrecimientos, sobre todo en aquellos momentos en que la cuestión de Cuba era para ellos una brasa encendida, que no sabían por dónde coger. Que ofreciéndoles él mismo la solución de tan difícil problema, ellos aceptarían todo para salvar la situación de momento, y después, cuando llegara la hora de cumplir, echarían mano á una de las mil argucias en que tan hábiles eran, para hacer nulos sus ofrecimientos é ilusorias las esperanzas de los cubanos.

Repuso Almagro que á él no le engañarían tan fácilmente, porque ya los conocía y llevaría su franqueza hasta decirles que Aguilera estaba en frontera y él tenía en su poder una gruesa suma para armar una gran expedición, con la que desembarcaría en Cuba y con los cuantiosos elementos que llevaba, encendería la guerra como nunca lo había estado. Que los cubanos necesitaban garantías y no se conformaban con simples promesas. Que allí cerca estaba Aguilela, que fuesen á hablar con él, y si lograban un arreglo bajo las bases convenidas y obraban de buena fé, le facilitasen un buque de guerra para ir y volver de su comisión, sin peligro de que le sucediese lo que á Zenea.....

Exasperado Aguilera por la insistencia con que Almagro le repetía esa proposición, odiosa para él, no pudo reprimirse más y le interrumpió diciendo en un aranque de indignación: "No me diga usted eso más. ¿Qué haría entonces de mi dignidad? ¿Dónde habría de echarla? ¿Cree usted que me sería tan fácil desprenderme de ella? No; juro á usted que jamás volveré á cobijarme con el pabellón español; y si por desgracia, quisiese la mala suerte que éste siguiera ondeando en Cuba, cuente usted como seguro que moriré emigrado".

Trató Almagro de calmarlo preguntándole á su vez si creía que fuese él capaz de proponerle una cosa que menoscavase su dignidad. De ninguna manera, dijo. Creía que su dignidad, muy lejos de sufrir en lo más mínimo, más bien se realzaría á los ojos de los hombres pensadores y del mundo civilizado. Además, agregó, que él podría manifestar á sus compañeros en Cuba libre, su opinión contraria á la realización del proyecto, sin que por esto dejase de cumplir con las leyes del partiota y del caballero. Sin embargo, en adelante, no volvió Almagro á tocarle más ese punto.

Preguntó á Aguilera qué había resuelto sobre el envío del comisionado á España para sondear la opinión de los ministros .Comprendiendo Aguilera que para que Almagro no le retirara la franqueza con que hasta entonces le había hablado, y de la que necesitaba, debía ser igualmente franco con él; y por otro lado, que había de saber los individuos que compusieran la comisión, inmediatamente que faltasen de allí, creyó debía decirle la verdad y le contestó que pensaba mandar á Bravo y á Varona.

Desaprobólo Almagro altamente, diciendo que irían á echarlo á perder todo. Dijo que Varona era un joven muy honrado y laborioso, pero no tenía la talla suficiente para que lo oyeran los ministros; además, le desfavorecía el estar colocado con Susini, á quien todos cono-

cían en España. Con respecto á Bravo, dijo que no lo conocía, pero que allí sus amigos le habían dado muy malos informes de él y estaba persuadido de que tenía muchas ganas de ir á España.

Contestó Aguilera que Bravo era su amigo desde la infancia y jamás había dado un paso que redundara en desdoro de su prestigio; prueba de ello era la consideración y respeto que se había granjeado en su provincia por su probidad y su talento. Sabía que tenía enemigos, pero éstos sólo procedían por espíritu de rivalidad.

Prosiguió diciendo Almagro que para que fueran ellos valía más que no mandara á nadie. Contestó Aguilera que no tenía otros, porque no había allí otros revolucionarios con quienes sustituirlos.

Dijo Almagro que inmediatamente que se supiera en Madrid que habían llegado allí, empezaría la prensa á ocuparse de ellos y no dejarían de conjeturar que eran mandados por Aguilera; eso lo echaría á perder todo. Que como por la expresión de "revolucionarios" que había usado Aguilera, comprendía que pretendían negociar bajo la base de la "independencia", le aconsejaba que sobre esa base no intentasen dar el menor paso, porque no serían oídos.

Contestó Aguilera que quizás él tendría algún fundamento ó probabilidad de éxito para tratar sobre esa base. Repuso Almagro que esas eran ilusiones.

Dijo Aguilera que tanta fe tenía en ello que creía que si lograba avistarse con un individuo que estaba en Madrid, el negocio estaba concluído. (Se refería al proyecto de su entrevista con don Manuel Calvo). Contestó Almagro que si tanta seguridad tenía, por qué no iba á Madrid, pues bien merecía arriesgar el peligro que podía correr para obtener tan magnífico resultado.

Contestó Aguilera que de buena gana lo habría hecho ya, y sólo lo había detenido la consideración de que apenas llegara á Madrid, comenzaría á moverse la prensa y le echaría á perder su proyecto; por ese motivo pensaba quedarse en Bordeaux y que Bravo y Varona fueran á Madrid para practicar las diligencias necesarias á fin de que él pudiese avistarse con esa persona en Bordeaux, donde podrían hacerlo sin llamar la atención. Repuso Almagro que no atinaba lo que fuera, y que no podían ser más que ilusiones.

Persistió Almagro en decir á Aguilera que seguía un camino errado y le manifestó que al día siguiente iba á escribir á Modet diciéndole que suspendiera sus conferencias con los ministros porque Aguilera iba á mandar dos comisionados. Suplicóle éste que no le diera ese motivo. Contestó Almagro que alguno le había de dar al mandarle la contraorden. Repuso Aguilera le dijera que suspendiera sus trabajos hasta nuevo aviso.

Por último, desesperanzado Aguilera de que Almagro le entregara los fondos que para él había recogido, porque estaba persuadido de que el gobierno de Madrid trataría de seducirlo con mentidas esperanzas, resignóse á todo y dijo que dos días después debía salir para Bordeaux, á esperar el resultado de sus gestiones. Dióle ese breve plazo para evitar nuevas conferencias con él, Valdés Fauli ó Pozos Dulces, las que al mismo tiempo que serían infructuosas para el plan que seguía, lo exponían á tener un rompimiento completo con cualquiera de ellos, cuando ya sus relaciones habían quedado bastante frías desde la última junta que tuvieron en su habitación.

Desde ese día no había vuelto á ver á ninguno de los otros que asistieron á dicha junta y le pareció que Valdés Fauli era el que había quedado más resentido.

Olvidamos decir que para librarse de la insistencia con que Almagro pretendía que aceptara á Pozos Dulces como comisionado para ir á Madrid, vióse Aguilera, en el caso, últimamente, de decirle con reserva otro de los motivos en que se fundaba para no aceptarla, y era que los cubanos lo consideraban muy tibio, y los españoles desafecto á ellos. Pensó Aguilera que si Pozos Dulces llegaba á saber que le merecía tal concepto, sería para él un enemigo más y muy formidable, pues todos los cubanos de aquel círculo lo oían como un oráculo.

También le dijo Almagro que puesto que se iba tan pronto, al día siguiente á las tres de la tarde le llevaría dos recibos que tenía en su poder y los bonos que le había dado por cierta cantidad que no había entregado á Aguilera, y al mismo tiempo recogería una carta-orden sobre Nueva York por dos mil pesos de Hernández Abreu, que le había entregado.

Vióse privado Aguilera aún de esa cantidad, con la que había contado llegar á Nueva York, de manera que, probablemente, desembarcaría allí sin un centavo. Convencióse por esto de que el plan de Almagro era sitiarlo por falta de recursos.

Retiróse de casa de Almagro á las once y media de la noche, con la cabeza ardiendo, el corazón oprimido y el cuerpo desfallecido por las violentas impresiones que había experimentado en aquella larga conferencia y la ruda lucha sostenida. Sin embargo, su espíritu se mantenía entero, su ánimo de ningún modo se encontraba abatido, así es que de allí se encaminó á casa de Bravo á quien encontró en su cuarto.

Refirióle su larga conversación con Almagro, callando sólo aquello que concernía á Bravo y le manifestó su resolución de ir pronto á Bordeaux para librarse de los graves compromisos á que estaba abocado, los que no podrían menos que empeorar la crítica situación en que se encontraba. Contestó Bravo que en su concepto, quien manejaba todo aquel "cotarro" era Ambrosio Valiente, que estaba interesado en que lo nombraran comisionado para ir á España y arreglar la cosa á su modo, de manera que no hubiera "independencia" y no se removiera cierto asunto que no le convenía.

Dijo que había estado buscando á Aguilera para que Cassé lo presentara con él y Echenique en un club, y no lo encontró; en tal virtud, fueron ellos y los presentó á Louis Blanc y otros republicanos de importancia. Habían hablado mucho de la cuestión de Cuba y Louis Blanc les ofreció cartas para Castelar, Figueras y otros ministros. Sin embargo, opinaba que aún no debían ir á España, esperando que las cosas se serenaran. Dijo que Milán del Boch todavía no había recibido contestación de Madrid, y estaba persuadido de que la carta de Almagro á su cuñado les descompondría el asunto, pues en cuanto los vieran allí, los mismos cubanos comenzarían á hablar, pues todos eran autonomistas y le dificultarían el camino. Que casi se alegraría de que la contestación que esperaban de Madrid fuera negativa, para ahorrarse el sinsabor que recibirían con una repulsa.

Todo esto contristó más el ánimo de Aguilera que veía como el horizonte se cerraba cada vez más, así es que á las doce y media se retiró á su cuarto, lleno de inquietudes y pesadumbre.

A las tres de la tarde del día siguiente fué Almagro á la habitación de Aguilera, según le había ofrecido. Poco antes había llegado Bravo, quien sabiendo que Aguilera esperaba á aquél, dijo que tenía ganas de hablarle para desimpresionarlo. Entregó Almagro á Aguilera los recibos y los bonos consabidos y recogió la carta-orden por los dos mil pesos de Hernández Abreu.

Manifestó Bravo á Almagro que deseaba tener una entrevista con él para aclarar algunos puntos de mucho interés para la causa de Cuba. Contestó Almagro que sentía que no pudiera ser en aquellos momentos, porque lo aguardaban; sin embargo, podía concederle hasta un cuarto de hora.

Comenzó Bravo con mucha dulzura exponiéndole que la revolución estaba corriendo una crisis muy grave y, por lo tanto, era necesario que los cubanos estuvieran todos fuertemente unidos para atravesarla con facilidad y sacar de ella el mayor provecho posible. Le había oído deplorar á Aguilera que ya no podía contar con cantidad alguna para su expedición, lo que daría por resultado que tuviese que marchar para Cuba en un bote; y además, de los peligros que correría, exponiéndose á un sacrificio estéril y perjudicial, si lo apresaban los españoles, los negocios de Cuba quedarían abandonados en manos de Quesada y sus adláteres, que no tenían otro patriotismo que su lucro personal.

Manifestóle que para obtener concesiones ventajosas de parte de los españo-

les, era necesario que la revolución estuviese potente, para lo que era preciso que él, que tanto había trabajado en la consecución de esos fondos, no abandonase á Aguilera, é hiciera todos los esfuerzos posibles para que los donantes no lo privaran de ellos. Que sentía mucho que algunos cubanos creyesen que él tenía ganas de ir á España á entenderse con el gobierno, cuando si había accedido á ello, por insinuaciones de Aguilera, era porque tenía allí muy buenos amigos con quienes sabía que podía contar; además, sabía que corría el peligro de ser asesinado en el primer motín que se armase, por mandato de su enemigos.

Almagro oyó en silencio la larga peroración de Bravo, y cuando hubo concluído contestó que Aguilera no tenía ningún motivo fundado para creer que él quisiese abandonarlo; que había sido muy explícito con Aguilera sobre ese par ticular, y le había asegurado que si se convencía de que el gobierno de Madrid trataba de poner en planta otra farsa como las anteriores, no tan sólo le entregaría las cantidades que le tenía reunidas, sino todas las más que pudiese conseguirle. Estaba dispuesto á ir á Madrid tan luego las vías de comunicación estuviesen expeditas, á "curiosear" y creía que muy pronto se enteraría de lo que había en el fondo de las cosas. Hasta el presente creía que el ministerio estaba de buena fe con los cubanos, porque no podía ser de otra manera, dada la necesidad en que se encontraban de dar una solución favorable á la cuestión de Cuba, que para ellos era la peor pesadilla. Creía que el mejor emisario que Aguilera pudiera mandar para explorar la opinión de los ministros era el conde de Pozos Dulces, tanto por sus antecedentes, cuanto por sus relaciones y la confianza que inspiraría á dichos ministros.

Dijo á Bravo que si se presentaban en Madrid él y Varona, proponiendo á los hombres del gobierno la independencia de Cuba, éstos ni siquiera los oirían, porque no podrían hacerlo, por no ponerse en contradicción con la opinión pública de que tanto necesitaban en aquellos momentos. Que de no mandar á Pozos Dulces había aconsejado á Aguilera que no mandase á nadie y esperase allí los acontecimientos.

Manifestó Bravo que se alegraría mucho de que fuese él lo más ponto posible y que casi estaba pesuadido de que sería mejor que no fuese comisionado ninguno.

La conferencia duró casi una hora, á pesar de haber dicho Almagro que lo esperaban, y no podía conceder á Bravo más que un cuarto, lo que prueba que fué éste un pretexto, y lo predispuesto que estaba contra él. Durante ella se mantuvieron de pié á cierta distancia de Aguilera, por lo que comprendió éste que Almagro no quería que tomase parte en la conversación. Al salir Almagro invitó á Aguilera á que fuese á comer con él al día siguiente.

Pocos deseos tenía Aguilera de concurrir á la invitación de Almagro; estaba cansado ya de sostener estériles luchas, que temía acaso pudieran tener un desenlace que pusiese aún en peor estado las cosas. Sin embargo, por la misma razón de que era tan delicada su situación con Almagro, no quiso faltar, y efectivamente esta vez tuvo lugar un incidente bien desagradable por cierto, aunque por un motivo harto inesperado como veremos más adelante.

Al llegar Aguilera á casa de Almagro, encontró allí á Miguel Ferrer, Valdés Fauli y Pozos Dulces, además de los dueños de la casa. Pronto se sentaron á la mesa, que era redonda. El puesto de Aguilera estaba entre Almagro y Miguel Ferrer. La conversación giró sobre las cosas de España y Cuba. Creyó Aguilera notar en Valdés Fauli alguna tibieza. A media comida sonó la campanilla, y poco después se presentó don Julio Ibarra, con sus acostumbrados aires de importancia. Todos se pusieron de pie para saludarlo; dirigióse Ibarra á Almagro y lo saludó dándole la mano; siguió dando la mano en sentido opuesto á Aguilera, á todos los presentes; después de saludar en la misma forma á M. Ferrer, se dirigió á hablar á la señora de Almagro y no saludó á Aguilera. Este comprendió el desaire y se mortificó bastante; sin embargo, se tranquilizó pen-

sando tomar pronto la revancha. Efectivamente, después del café y antes de que nadie se levantara de la mesa, se puso de pie Aguilera, se excusó con Almagro y los presentes por su premiosa retirada, y se despidió saludando y dando la mano á todos menos á Ibarra, á quien ni siquiera miró.

Salió Almagro á acompañar á Aguilera, y en el gabinete de los abrigos le dijo éste que se retiraba tan pronto porque había querido pagar el desaire del señor Ibarra en la misma moneda. Manifestó Almagro su disgusto porque en su casa hubiese pasado un incidente tan desagradable, pero reconoció la razón de Aguilera en lo que acababa de hacer.

Salió Aguilera muy disgustado, admirando la miseria de los hombres, que de tal manera se dejaban cegar por el orgullo y la vanidad. ¿Qué ofensa había hecho á ese señor para que en público hiciese ostentación de tal desaire? Tan sólo que no había aceptado como intachable la protesta que escribió, sin embargo de haber llevado Aguilera su consideración hasta el punto de no publicar otra en su lugar.

Lamentó la enemistad gratuita que el señor Ibarra le manifestaba, precisamente en las circunstancias en que todos los cubanos debían estar unidos; y más, por ser una persona de su calidad, de indiscutible valer é influencia entre la emigración; y lo lamentaba tan sólo por el daño que podía hacer á Cuba, que por lo que tocaba á él personalmente, lo tenía sin cuidado, descansado tranquilo en el testimonio de su conciencia.

Al día siguiente esperaba Aguilera que alguno de los concurrentes á la comida de Almagro hubiese ido á verlo para decirle algo sobre el incidente con Ibarra, pues no era posible que hubiesen dejado de notarlo; pero ninguno fué, en lo que comprendió Aguilera los grados que había bajado en la estimación de aquellos emigrados desde que resistió á dejarse guiar por el peligroso camino por donde querían llevarlo, manteniéndose firme en no aceptar otra solución para Cuba que la independencia.

Fué á ver á Varona para saber si Milans del Bosch había recibido contestación de España. Encontró allí á Vallín quien hablaba del espléndido baile que la noche anterior había dado el señor marqués de Valero de Urría. Este cubano, que parecía estar muy satisfecho con su marquesado de nueva creación, no había querido dar nada para la causa de Cuba.

Habiendo preguntado á Varona qué noticias había de España, contestó éste que Milan del Bosch había recibido aquel día un telegrama de Figueras que decía: "Por no telegrama, nó, por correo contestaré". Calcularon el tiempo que debía tomar la contestación para llegar, y dijeron podía estar allí dos días después, ó sea el 26 de Febrero por la noche, caso que no fuera demorado el correo por los carlistas.

Para dar mejor idea del estado de Aguilera, en aquellos azarosos días, vamos á transcribir dos cartas que escribió, una á José María Mayorga y otra á su compañero Ramón Céspedes, en las que, gráficamente les describe la situación, tanto de la causa de Cuba, como la suya propia.

"París, 18 de febrero de 1873.

"C. José María Mayorga.

"Mi estimado amigo: contesto su favorecida 29 del pasado, bajo la impresión más desagradable del mundo. La república en España nos ha enfermado, nos ha hechado abajo en un momento, todos los planes políticos y financieros tan laboriosamente levantados. Un gran empréstito que estábamos á punto de realizar, ha fracasado, porque los banqueros dicen que la independencia no tiene razón de ser, en virtud de que la república española concederá á Cuba la abolición de la esclavitud, y todas las libertades que pueda apetecer. La emigración cubana ha retrocedido de una manera espantosa, y ya hay quien asegura que ha salido el decreto de amnistía general de Céspedes abajo, devolución de los bienes embargados, suspensión de las hostilidades, y asimilación completa de Cuba, como estado federal á la república española. ¡Ilusos! ¡No comprenden que España para Cuba no tendrá

nunca más que expoliación, cadenas y cadalsos!

"Para el lleno de los cincuenta mil pesos consabidos, se debían recoger aquí en este mes, veinte y tantos mil pesos que faltaban, y todos se han excusado con el recaudador, con pretextos más ó menos frívolos. Este me na dicho que no pudiendo cumplir por su parte el compromiso, no lo hará tampoco Bramosio por la suya, por cuyo motivo, no pudiendo ir mi expedición en las condiciones que habíamos convenido, tiene que devolver á sus dueños las cantidades recaudadas, por haberlas pedido casi todas, con aquella precisa condición. Pienso suplicarle de nuevo que me entregue las que no están en este caso, pero creo que serán muy pocas, y no sé si lo conseguiré. Las principales cantidades han venido de España, á donde le rogaré que escriba.

"En medio de estas amarguras, tengo que contestarle aquel parrafito en que me dice, que "parece que me he olvidado de sus compromisos y del amigo". ¿Y qué podré contestar á usted sobre tan injustas frases...? Nada. Absolutamente nada. Cuando las personas más íntimas y queridas dudan de la lealtad de uno, el hombre debe callar, mantenerse firme, y dejar que el cielo se desplome sobre su cabeza. La adversidad me encontrará siempre en mi puesto, mudo, impertérrito y firme para recibir sus embates.

"Pero me estoy desviando demasiado del objeto de esta carta, y voy á concretarme á algunos particulares que debo comunicarle. El poder ha ido desde el 10 de Enero, y no era cosa tan sencilla como echar la firma, que usted dice. Fué necesario dar infinidad de pasos, consultar con notarios, con el cónsul americano, etcétera y, por último, variar la fórmula de la redacción. Si á esto se agrega el estado delicado de mi salud, aunque no me quejo ni lo digo á nadie, el movimiento contínuo en que he estado para abarcar las distintas cosas que conspiran al mismo fin, el deseo de marcharme en el próximo vapor, los desengaños de hoy, las esperanzas de mañana, las desilusiones del siguiente día..... ¡ah! si todo esto se sumara, estoy persuadido de que usted no me juzgaría tan negligente.

"Los bonos los tengo íntegros y ellos entraban en la combinación frustrada. Al siguiente día de recibir su último telegrama le mandé cinco mil francos, que debió recibir el mismo día, pues la orden debió haber ido por el cable. Pertenecían á ocho mil que me había reservado, para dar impulso á alguna expedicioncita á mi paso por Jamaica, y de los que he estado gastando, tanto en mi persona, cuanto en los diversos gastos que originan las negociaciones. Creo que lo que queda me alcanzará para esto último, hasta mi llegada á Nueva York, pues ya he desistido de mi viaje á Jamaica, en virtud de la urgencia que me indica el compadre Ramón.

"A pesar de todo, no es difícil que permanezca aquí quince ó veinte días más, con objeto de ver si lo mismo que nos ha desbaratado nuestros planes, presenta alguna faz que nos devuelva con creces los sinsabores sufridos: ¡Siempre la esperanza halagadora!

"Es muy fácil que Antoñico, mi hijo, llegue á Nueva York sin estar yo allí, pues he escrito á Anita que lo mande en el primer vapor. Si así fuere, le estimaré que me lo atienda.

"Adiós amigo mío; son las doce de la noche y tengo la cabeza atormentada. Mis afectuosas expresiones á Magdalena y toda la familia, y hasta otro rato se despide su amigo y h.,

F. V. Aguilera".

La carta para Céspedes decía así:

"París, 19 de febrero de 1873.

"C. Ramós Céspedes.

"Mi querido amigo y compadre:

"Aunque la carta que escribo al amigo Mayorga impondrá á usted de la situación en que se encuentran mis gestiones, quiero, á pesar de mis males, escribir directamente á usted contestando su apreciable de 30 de enero último.

"No hablaré ya de la protesta sobre el proyecto del empréstito que presentó y retiró al gobierno español, porque según

me dice, ya usted habrá remitido copia del documento al periódico la "Independencia;" y estimando bien adoptado este temperamento allá, que se abre nueva negociación para otra operación del gobierno de la Isla de Cuba, creo bien apurado y cumplido nuestro deber en este punto.

"Respecto á las prescripciones de nuestro gobierno para que vuelva á Cuba, nada tengo que indicar, resuelto como estoy á cumplirlas en la primera oportunidad que se presente. Hubiera querido, es verdad, volver á los campamentos con recursos útiles para nuestros hermanos, y á eso se dirigían todos mis esfuerzos, y eso pensaba haber logrado con el auxilio de algunos cubanos que querían favorecerme; pero creo que al realizar mi propósito de volver á Cuba, tendré que ir tal vez en un bote, como verificamos nuestra salida.

"En efecto, amigo mío, todo ha variado, todo ha caído al suelo después de la malhadada proclamación de la república en España. De los cincuenta mil pesos que me facilitaban varios cubanos, había ya en poder del depositario más de veinte mil pesos, pero no deben ya ser contados como nuestros. Sin que se haya explicado el motivo, sin pretexto plausible, los que se habían prestado á esta suscripción retiraran su palabra; y no reunida la suma convenida, el depositario de los fondos recaudados se cree en el deber de devolver á los donantes, lo que ellos entregaron con la condición de unirlo á otros donativos que habían de formar la cantidad señalada. La resolución de los que no han cumplido su palabra es firme é irrevocable, y mucho temo que los que la cumplieron entregando sus cuotas, no se presten á mis ruegos de dejarme siquiera esa parte de los fondos para llevar conmigo algunos hombres y municiones.

"Por otra parte, el proyecto de empréstito con ciertos banqueros respetables que nos habían demostrado sinceridad en sus promesas, ha fracasado, por la opinión que ellos tienen de que sólo algunos ilusos desesperados dejarán de acoger como conveniente el que ellos llaman *sincero* propósito de España de asimilarnos á su constitución republicana. Era esta negociación sumamente provechosa. Nos tomaban el millón de bonos por doscientos mil pesos, con una escritura obligatoria por mi parte de darles en tierras mías esta última suma, y sus intereses al cinco por ciento si en diez años no se había conseguido la independencia de Cuba. Era esa base sólida para ulteriores negociaciones, y así lo entendían los banqueros, que exigían un artículo especial en el convenio para tratar con ellos primero que con nadie sobre cualquier otro proyecto de empréstito.

"Así como es clara la causa de este último fracaso, porque la expresaron sin ambigüedades los prestamistas, así lo es también para mí, aunque han tratado de disimularlo, la que ha hecho que los cubanos falten vergonzosamente. En una reunión, no de los sucritores para la expedición, sino de los hombres más salientes entre los cubanos de aquí (ya conocido por mí el siniestro de mi expedición) les pedí su opinión sobre lo que podía hacerse con el partido republicano en España, que tanto prometía antes de llegar al poder. Bravo, Varona y yo, teníamos ya ajustado nuestro modo de obrar, que en el fondo no podía discrepar ni un ápice de las instrucciones del ejecutivo; y por eso sólo, á título de ilustración oíamos á los que habían deseado reunirse y dar su opinión, y forzar el movimiento de los sucesos, sin que por nuestra parte nos propusiésemos ni discutir ni contradecir á nadie, ni revelar tampoco nuestra manera de comenzar la acción. Pues bien, en esa reunión con cuatro individuos de los más señalados entre los simpatizadores de nuestra Revolución, no hubo una sola palabra para animarnos á tratar sobre la independencia, sino largos discursos para persuadirnos de la necesidad en que nos encontrábamos de aceptar la federación si nos la proponía España.

"Pena profunda me causa escribir á usted esto, pero es la verdad; y con el carácter confidencial de esta carta, debo expresársela para hallar el motivo que ha impulsado á los cubanos á desbara-

tar el plan en que habían convenido, y es que son autonomistas hoy los cubanos de acá. En eso no hay duda, no son revolucionarios, y quizás temen más que á los españoles al plan de independencia. Por eso creo que si dura en España el acuerdo, y la república se consolida, hemos de sentir grandes inconvenientes en nuestra marcha revolucionaria.

"Sin duda que usted conoce todos los actos del nuevo gobierno español, y no tengo que hacer á ellos referencia. Nuestro plan hasta ahora es que puedan llegar á Madrid Bravo y Varona, que sean oídos, ó que vengan á Bayona ó Burdeos emisarios españoles. Ya se ha escrito por medio de persona muy respetable (un general español) al presidente Figueras y dentro de dos ó tres días sabremos, si quieren siquiera discutir la cuestión de Cuba con los revolucionarios. Yo me retiraré calladamente á Burdeos para estar más cerca en inteligencia con ellos. Creo inútil decirle que al presentarse la más pequeña probalidad de acuerdo, ó de discusión formal, le avisaremos inmediatamente por cable, para que se ponga en camino.

"Se me olvidaba decirle que el otro proyecto de empréstito, más favorable que el que le he explicado, no está aún deshecho. Es muy largo de explicar, muy apetitoso para los banqueros pero difícil en su ejecución. Está, sin embargo, en discusión todavía, y no se ha renunciado á él por los prestamistas á pesar de los sucesos de España.

"Bravo aún permanece aquí. Como usted comprenderá es el alma de todas las negociaciones y trabajos. Necesitaba yo de un individuo que me aconsejase, é imprimiese la dirección conveniente á los negocios; desde luego, le supliqué que se quedase y accedio gustoso. Su capacidad, su pericia en asuntos financieros, su acrisolado patriotismo, la circonstancia de poseer dos idiomas indispensables en estas regiones, y la confianza, por último, que tengo en él, me aconsejaron obrar así, y los resultados hubieran correspondido á nuestras esperanzas, si nó hubiera sido por la malhadada república en España. Le leí el párrafo de su carta y me dijo que le había contestado y le volvería á escribir. Con respecto al nombramiento de Márquez, lo aprobó con la mayor sinceridad, pues dice que estamos en momentos críticos, en que es necesario aprovechar el tiempo, y las oportunidades que se presenten en todas partes.

"Esta larga carta he tenido que hacerla en dos días, con la de Mayorga, pues como había de tratarles de asuntos tan importantes, no he querido que nadie se entere de ellos.

"Al catarro que traje de Cuba, que se me ha agravado aquí con las humedades, y me produce fiebres algunas noches, se ha agregado una fuerte irritación en los intestinos, que no me permite estar sentado mucho tiempo.

"Al compadre Lico y demás amigos mil recuerdos de mi parte, y hasta que tenga el gusto de comunicarle algo nuevo se despide su afectísimo amigo y compadre,

F. V. Aguilera".

CAPITULO XXV

FEBRERO 1873

INCIDENTE DE AGUILERA CON IBARRA.—V. FAULI QUIERE QUE LA REVOLUCION SIGA ADELANTE.—LA EMIGRACION DE NEW YORK Y LA REPUBLICA EN ESPAÑA. —BROMOSIO ESCRIBE BUENAS NOTICIAS DE NEW YORK.—ENTUSIASMO DE V. FAULI.—CONTENTO DE AGUILERA.—CARTA DE FIGUERAS APLAZANDO RESOLUCION DE LA CAUSA DE CUBA.—MILANS DEL BOSCH CONTRARIO A LA INDEPENDENCIA.—AGUILERA LE COMUNICA SU PLAN CON CALVO.—ALMAGRO LO ACEPTA Y OFRECE SU AUXILIO.—BRAVO EXPONE LOS PELIGROS DE DICHO PLAN.—PROPONE DESCARTAR AQUELLA EMIGRACION DEL MISMO.—AGUILERA MANIFIESTA EL PELIGRO DE DESCARTAR A ALMAGRO.—SE DECIDE COMISIONAR A ALMAGRO PARA IR A ESPAÑA.—FIGUEROA CENSURA LAS FIESTAS QUE DAN LOS EMIGRADOS —ALOJAMIENTO DE FIGUEROA.—OSORIO Y SUS EXPERIENCIAS EN CUBA LIBRE. —OBSEQUIOS DE FIGUEROA.—ALMAGRO NO PUEDE ACEPTAR LA COMISION CON CALVO.—PROPONE A J. S. JORRIN.—ESTE ES RECHAZADO POR AGUILERA.—DECIDEN DEJAR DE MANO EL PLAN.—EL BOLETIN DE ARMAS.—SU CRITICA A LOS EMIGRADOS.—VALLIN EXPLORA EL PARECER DE AGUILERA.—DURA CENSURA DE ESTE.

Fué Bravo á la habitación de Aguilera y le refirió éste lo ocurrida con Ibarra dos noches antes. Quédose admirado de tan necio orgullo y aprobó á Aguilera que le hubiera devuelto el desaire.

Manifestó Aguilera que había sentido mucho la ocurrencia, sobre todo, en las circunstancias en que estaba; parecía que los demás habían desaprobado lo hecho por él, pues el día anterior ni aquel había ido ninguno á verlo, ni siquiera por curiosidad.

Estando en esta conversación llegó Valdés Fauli. Siguiendo el mismo tema, manifestó éste que él se había retirado poco después que Aguilera, y al salir le dijo Almagro que había sentido muchísimo, que ese ''malcriado'' hubiese escogido su casa para usar de tal ''grosería''; que le parecía que el acto había sido premeditado, pues Ibarra sabía muy bien que Aguilera comía en su casa casi todos los domingos.

Añadió Valdés Fauli que esas cosas lo entristecían, pues nunca hubiera pensado que una persona como don Julio Ibarra, á quien había tenido siempre por hombre de talento, y de mundo, tuviera al mismo tiempo un orgullo tan ''babilónico'' que lo empequeñeciera hasta ese extremo.

Manifestó Aguilera que con respecto á la protesta contra el empréstito español, que juzgaba sería la causa de su encono, había hecho todo lo posible porque no se ofendiera su amor propio, hasta el término de no haber querido publicar ninguna, cosa que Ramón Céspedes extrañó y había publicado él otra por su cuenta en Nueva York, quizás con idea de reparar la falta.

Hablando sobre las cosas de España, dijo Valdés Fauli que era necesario ''seguir adelante'' pues estaba convencido de que los españoles no podrían dar nada á los cubanos aunque quisieran, por el estado de disolución en que se encontraba España, debido á la insensatez de sus partidos políticos.

Dijo Bravo que pocos días antes había dicho él lo mismo á Almagro; que para conseguir cualquier cosa de España era necesario vigorizar la revolución, mandando á Aguilera con los elementos de guerra que se había convenido.

Contestó Valdés Fauli que conocía

muy bien á Almagro, y éste tenía á Aguilera en una estimación tal, que ni el mismo Aguilera era capaz de imaginarlo; siempre que hablaba de él, le parecían pocos todos los elogios que pudiera hacer, y por la misma razón era necesario que Aguilera no se desviara de él en esas circunstancias, estando persuadido de que no sólo conseguiría todas las cantidades que le tenía recolectadas, sino algunas más que podría obtener; por su parte, el también seguiría trabajando. Refirió que pocos días antes, encontrando á un amigo, le preguntó qué pensaba su círculo respecto á las cosas de España con Cuba; el amigo le contestó "adelante". Dijo que pensaba volver á verlo para decirle la urgencia de acabar de despachar á Aguilera.

Continuó Valdés Fauli hablando en el mismo sentido, hasta que se retiró. Esta entrevista hizo penetrar en el pecho de Aguilera un rayo de esperanza. Después de los amargos días pasados, desde que se proclamó la república en España, volvía á vislumbrar una risueña aurora de bonanza; parecíale que aquella atmósfera iba serenándose, que á los emigrados, cegados en los primeros momentos por las ilusiones de sus deseos, iba cayéndoseles la venda que no los dejaba ver, é iban mirando que los hombres de España eran siempre los mismos y nada bueno podía esperarse de ellos para Cuba.

Al otro día fué al escritorio de Varona á saber noticias de Milans de Bosch y encontró allí á Valdés Fauli que estaba leyendo una carta que acababa de recibir de Bramosio de Nueva York. Decía Bramosio que había gran entusiasmo allí entre los cubanos con los sucesos de España. Que nadie creía en la república española, ni en que ésta pudiese traer nada bueno para Cuba. Daba la noticia de que Rafael Quesada había desembarcado con una expedición en Cuba, por Vertientes, con quinientos hombres, según el parte quedaban los mismos españoles, y había derrotado una fuerza de doscientos hombres que le había salido al encuentro. Decía que era necesario que hicieran un esfuerzo para acabar de despachar á Aguilera, pues él por su parte estaba trabajando allí en el mismo sentido.

Manifestaba que sabía de positivo que el gobierno americano no cejaría en tres exigencias que hacía á España. La primera, la abolición inmediata de la esclavitud, en Cuba y Puerto Rico. La segunda, la devolución de los bienes embargados á los ciudadanos de los Estados Unidos, con indemnización de los perjuicios causados (los que sumaban unos cuantos millones.) Y la tercera, la asimilación de Cuba como estado federal á la república española.

Decía que la raza de color en los Estados Unidos, en varios mitins había pedido en sus "resoluciones" que el presidente Grant influyese de una manera eficaz en la libertad de los esclavos de Cuba y el reconocimiento de la beligerancia de los cubanos.

La lectura de esta carta llenó de entusiasmo á Valdés Fauli, quien volvió á repetir con más calor aún que la vez anterior, que iba á continuar trabajando á fin de reunir los fondos para que Aguilera pronto llevase su expedición á Cuba.

Así que se marchó Valdés Fauli, preguntó Aguilera á Varona, si había llegado la contestación de España. Contestó Varona que Milans del Bosch había recibido la carta anunciada del presidente Figueras en la que le decía que: "La cuestión de Cuba era el asunto más grave y que más lo preocupaba en aquellos momentos y que quizás sería el único que no resolverían; el tocarlo entonces sería la muerte de la República, por razón del estado en que se encontraba la opinión del país. Que iba á consultar ese asunto con sus compañeros y le diría el resultado; pero le anticipaba su juicio, que en su concepto sería también el de los demás, y era que no debían tocar la cuestión de Cuba hasta tanto pudiesen consolidar la república, pues de otra manera no podría sostenerse ésta."

Mucho se alegró Aguilera de tener esta categórica declaración; con ella se desengañarían los emigrados que pretendían lograr ventajas para Cuba del gobierno republicano de España; se convencerían de que Cuba no podía fundar

esperanzas sino en el apoyo que se diera á su revolución. Pensó ver á Almagro para decirle la noticia semioficial que tenían, pues Figueras era presidente del Consejo de Ministros.

Continuó diciendo Varona que Milans del Bosch se había manifestado muy disgustado con tal contestación y le había dicho que el sábado se iba para España, y estaba dispuesto á desempeñar cualquier comisión que le recomendaran. Dióle Varona las gracias y le dijo que esa respuesta ya la esperaban, y si habían procurado ponerse en contacto con Figueras por su conducto, era para que en ningún tiempo pudiera decirse que los republicanos cubanos no habían procurado tender su mano á los republicanos españoles para poner término á sus diferencias. Díjole que la entrevista que solicitaban con Figueras era para demostrar al gobierno de España la conveniencia para él de reconocer la independencia de Cuba. Contestó Milans del Bosch que él, como español hubiera sentido que ellos lograran ese fin, por lo que tenía de poco decoroso para su nación.

Aquella tarde fué á ver Figueroa á Aguilera, llevándole la renuncia ofrecida. Reiteróle sus vehementes deseos de ir á Cuba con él, y lo convidó á comer, dos días después. Al observarlo tan decidido patriota, tan ilustrado y simpático, Aguilera se resistió otra vez á creer que pudiese ser un espía español como le dijo Aldama.

A las seis y media de la tarde del día siguiente, fué Aguilera á comer á casa de Almagro donde no había vuelto desde el incidente con Ibarra. Le pareció que Almagro lo había recibido algo frío; en la comida dijo que Valdés Fauli estaba indispuesto y le propuso ir á verlo después de comer. Concluída la comida salieron á pie para la casa de Valdés Fauli. Por la calle le dijo Aguilera que no se había equivocado, y le manifestó la respuesta del mismo Figueras, presidente del ministerio, que ya hemos referido. Continuó Aguilera diciendo que ya que se veían desahuciados por tan alta autoridad, no quedaba otro recurso sino que tratara de reunirle la mayor cantidad de dinero posible para ir á Cuba y procurar desde allí hacer entrar en razón á los españoles. Contestó Almagro que no veía, efectivamente, otra solución; había que desengañarse, que en Cuba eran los "voluntarios" los que mandaban. Viendo que ya volvía al buen terreno, quiso Aguilera ser franco con él y le contestó que tanto lo creía así, que la noche, cuando le dijo que si él lograba verse con un individuo de Bordeuax creía casi seguro conseguir la independencia de Cuba, el individuo á quien se refería era don Manuel Calvo de la Habana, representante de los voluntarios en Madrid. Trataría de hacer comprender á éste la imposibilidad en que se encontraba España, entonces más que nunca, de mandarles auxilios. Que siendo sus miras prolongar la esclavitud todo el mayor tiempo posible, para poder resolver favorablemente la cuestión del trabajo libre, aún en ese terreno podrían entenderse, pues uniéndose ellos á los cubanos para conseguir la independencia, podría aplazarse la cuestión para cuando se convocase la asamblea constituyente, á fin de dejar que fuera ésta la que resolviera tan grave problema con la madurez y prudencia que correspondía. Respecto á las ventajas que á unos y á otros traería Cuba independiente, sobre Cuba oprimida, manifestó las razones que hemos referido anteriormente.

Oyó Almagro con atención á Aguilera y le dijo que ese proyecto no debía abandonarse, que para su prosecución podían contar con Miguel Ferrer, que era íntimo amigo de Calvo, y estaba persuadido de que si le escribía que fuera á París, iría en el acto. Como hubieran llegado á casa de Valdés Fauli, le dijo Aguilera que al día siguiente seguirían la conversación y subieron las escaleras.

Al otro día fué Aguilera á ver á Bravo, que estaba indispuesto, y le refirió la conversación que la noche anterior había tenido con Almagro. Dijo Bravo que el asunto era muy grave y convenía que lo discutieran con Varona. Como Bravo no pudiera salir, fué Aguilera á buscar á Varona y se reunieron los tres. Explanó Aguilera el asunto que ya conocemos y expuso Varona que en

vista de la negativa casi oficial de Figueras y no pudiendo ir ninguno de los dos á Madrid para entenderse con Calvo, no veía otro medio de llevar el asunto adelante que aceptar el ofrecimiento de Almagro. Si Miguel Ferrer tenía ese influjo con Calvo, debería escribirle que fuera á Francia, pero sin contraerse á nada en concreto; la reunión debía tenerse fuera de París para no llamar la atención.

Manifestó Bravo que no era de esa opinión. Dijo que la posición de Aguilera era muy delicada, y si bien era cierto que si llegaba á conseguir la independencia de Cuba, por medio de un arreglo con Calvo, se colmaría de gloria, también era no menos cierto que si no conseguía su objeto, daría lugar á que sus enemigos, que no eran pocos ni muy escrupulosos, lo acusasen de que había querido transigir con los españoles, traicionando á los cubanos, como ya habían acusado de lo mismo á Echeverría y Mestre, que todo lo que hicieron fué oir las proposiciones de Jorro para trasmitirlas al gobierno. Eso sería darle base á dichos enemigos para que calumniaran y anulasen á Aguilera que era lo que pretendían.

Además, llamó la atención Bravo sobre que Miguel Ferrer era familiar é íntimo amigo de Julio Ibarra, é indudablemente lo pondría al corriente de todo. Dijo que Ibarra era un hombre muy peligroso para enemigo por su talento y buenas y extensas relaciones; que por la muestra que había dado, era de suponer que, resentido como estaba de Aguilera, trataría de que el asunto se divulgase, escribiéndolo á todas partes é introduciendo la alarma entre cubanos y españoles, lo que indudablemente traería el fracaso del plan, haciendo aparecer á Aguilera como traidor.

Añadió Bravo que en su concepto, conociendo como conocían la opinión de todos los cubanos de aquella emigración, creía lo más acertado no dar participación á ninguno de ellos en el negocio, y así evitarían, en primer lugar, que se diafanizase, y en segundo, que luego les hicieran cargos, si fracasaban las negociaciones porque ellos sostuvieran la base de la independencia. Además, se librarían de la presión que los emigrados de allí tratarían de ejercer sobre ellos para que aceptaran condiciones que no pudieran admitir.

Manifestó Aguilera que conocía lo delicado del asunto y los peligros que correría si no conseguía su objeto; sin embargo, debía tenerse en cuenta que también era peligrosa la exclusión de los hombres de aquella emigración, porque esos hombres les eran necesarios. Que en poder de Almagro obraban los recursos que había recolectado para su expedición que montaban poco más ó menos, á veinte mil pesos, y siendo él, árbitro para disponer de ellos, debía pensarse mucho en separarlo del asunto, pues como no era tonto, y le había parecido observarlo algo esquivo, un paso desacertado podría enajenarle por completo de su voluntad, se perderían esos recursos para la causa y aún se convertería en un encarnizado enemigo si sospechase que se desconfiaba de él.

Pusiéronse á discurrir sobre la manera de hacer ir á Francia á Calvo, impulsado por alguno. Fué desechado como peligroso el proyecto de que Aguilera le escribiese; igualmente fué desechado el de comisionar á José Ramón Betancourt ó Calixto Bernal, porque sería un compromiso que no aceptarían; también el de valerse de Milans del Bosch, porque no aceptaría tampoco tratándose de la independencia; igualmente el de que fuesen á Madrid Bravo y Varona, porque como se trataba de una conspiración contra el gobierno español, podrían ser denunciados, corriendo peligro sus vidas; lo mismo el de mandar á ninguno de los emigrados de allí que pudiera entrar en España, porque ninguno les inspiraba confianza. Por último, no encontrando un medio conveniente, y reconociendo la necesidad que tenía Aguilera de irse á Nueva York brevemente, fueron á parar al punto de partida, que fué valerse de Almagro, encareciéndole lo reservado del asunto é instándole para que fuese él mismo el comisionado, pero sin revelarle el motivo de su viaje á Valdés Fauli, Pozos Dulces, ni mucho menos á Miguel Ferrer ni á Ibarra. Que

una vez en España y de acuerdo con Calvo, le escribiría á Aguilera, la ciudad de Francia donde deberían verse, dejando ésta á la elección de ellos; bien podía ser Niza, como ciudad de baños, Marsella, Mompeller, Bordeaux, etc.

Habiendo decidido que Aguilera solicitase la aquiescencia de Almagro para el proyecto que se proponían, manifestó aquél que quizás Almagro pondría algún pretexto, y haría indicación de recomendar el asunto á su cuñado Modet. Se discutió este punto y se observó primero que era español y después se pensó que quizás no estaría en buenas relaciones con Calvo, porque los españoles perdonaban antes á un cubano insurrecto que á un español reformista. Dijo Varona que así como la necesidad los había obligado á valerse de un español y general, para explorar las ideas de Figueras, la misma necesidad podía colocarlos en el caso de valerse de otro español, militar también, para entenderse con Calvo. Quedó acordado que en defecto de Almagro, fuese Modet el encargado de la comisión.

El día y hora convenidos fué Figueroa á buscar á Aguilera para que fuera á comer con él. Durante el tránsito censuró mucho la conducta que observaban los cubanos emigrados, que con frecuencia daban bailes y saraos en los que gastaban muchos miles de francos sin acordarse de las miserias y privaciones porque pasaban, hacía más de cuatro años, sus hermanos combatientes en Cuba.

Dijo que en la actualidad se estaba preparando un baile por Silvio Alfonso, Conde de Canímar, que le costaría más de cuarenta mil francos (ocho mil pesos) y ¡cuántos fusiles, y qué cantidad de municiones no podrían comprarse con esa cantidad!

Llegaron á su casa, que era un pequeño departamento amueblado con buen gusto. Tenía un criado que le cocinaba muy bien, á juzgar por la exquisita mesa que les sirvió. Propuso Figueroa á Aguilera que se mudara allí, que le cedería su departamento y se retiraría á un cuarto del tercer piso que estaba vacante. Aguilera no aceptó.

Los acompañó á la mesa el joven Osorio que llegó poco después. Hizo éste una reseña de su historia patriótica. Dijo que era sobrino de la marquesa de Castell Florit; fué expedicionario del Perit, sirvió en Holguín 14 meses á las órdenes de Julio Peralta y después de Máximo Gómez; asistió al desastre de "La Cuaba", y finalmente, se presentó á los españoles en Holguín, acosado por los "aradores" que dijo lo habían afligido tanto, que creyó se lo comerían vivo. Los españoles lo trataron muy mal, por mucho tiempo lo tuvieron incomunicado y al fin, lo sentenciaron á cuatro años de presidio. El jefe Obregón era el que más se complacía en mortificarlo y, finalmente, por influencias de su familia, le consiguieron un pasaporte para el extranjero. Desde entonces estaba muy delicado de salud, lo que lamentaba, pues de otra manera se iría con Aguilera á Cuba, porque no podía soportar la idea de haberse presentado á los españoles.

Concluída la comida los llevó Figueroa al teatro, usando de las mayores distinciones con Aguilera, según acostumbraba siempre. Despidiéronse, al fin, muy complacidos.

Fué Aguilera á desempeñar su comisión con Almagro. Le preguntó su opinión respecto á lo que había conversado con él en noches anteriores. Contestó Almagro que no le parecía mal el proyecto, pues creía que era la solución final que había de tener la causa de Cuba. Haciendo consideraciones sobre el asunto, díjole Aguilera que dadas las circunstancias, ninguno le parecía más á propósito que él para que hablase á Calvo y consiguiese que fuera á Francia para la entrevista que debían tener. Contestó Almagro que no podía ser, porque él no conocía á Calvo ni aún de vista. Dijo Aguilera que no podía aceptar á Miguel Ferrer porque además de ser familiar de Ibarra, era su íntimo amigo, y lo impondría de todo; Ibarra, dado su carácter rencoroso, por perjudicarlo, lo divulgaría, echando á perder el asunto.

Propuso Almagro hablarle á Silverio Jorrín, que era muy amigo de Calvo también. Dijo que Jorrín le había manifestado que en una conversación con

Calvo le hizo unas reflexiones semejantes. Calvo había convenido en todo, hasta el término de saltarle las lágrimas y le contestó que sin embargo de estar de acuerdo con él, no podía pensar siquiera en proponerlo, porque conocía la intransigencia de sus paisanos y se anularía desde el momento que tal cosa les indicase.

Aguilera, desconfiando de Silverio Jorrín, manifestó que no le gustaba el conducto, y caso que no pudiera ser él, preferiría á su cuñado Modet, pues allí, entre aquella emigración, no encontraba otra persona en quien poner su confianza, que él, ó su cuñado, si él lo garantizaba.

Contestóle Almagro que su cuñado estaba reñido con Calvo, desde la célebre Junta en la Habana, en tiempo de Lersundi, en la que después de José Manuel Mestre, fué el único que tomó la palabra en defensa de Cuba, pidiendo reformas. Era entonces ministro de Ultramar, Ayala, amigo de Modet; éste le escribía pidiendo reformas para Cuba y Calvo también le escribía para que no las diese, venciendo, por fin, Calvo. El resultado de las expresiones que Modet virtió con franqueza en el Palacio del Gobierno, fué que al día siguiente lo mandara Lersundi para España, bajo partida de registro, y desde entonces no había vuelto á ver á Calvo.

Dijo Aguilera que no pudiendo ser ninguno de los dos, más bien optaba por dejar de mano el asunto por entonces y marcharse lo más pronto posible para Nueva York. Contestó Almagro que también le parecía lo mejor, pues si le había dicho que esa había de ser la solución final de la causa de Cuba, creía que la solicitarían los españoles en último extremo, y todavía ellos se consideraban muy fuertes para pensar en eso. Dijo que lo que importaba era vigorizar la revolución, á cuyo efecto seguía trabajando á ver lo más que podía conseguir para acabarlo de despachar. Aprobólo Aguilera y se despidió.

Al leer el "Boletín de la Revolución", periódico que hemos dicho publicaba allí en francés Ramón de Armas, se fijó Aguilera en que todo él se ocupaba en encomiar, con amarga ironía, los bailes y saraos que daban en esa fastuosa capital los potentados cubanos, y los más que proyectaban dar. Decía el "Boletín" que indudablemente esas ostentosas fiestas las darían aquellos patriotas en celebración de las últimas victorias alcanzadas por las armas cubanas en el campo de la revolución; añadiendo que sus nombres los conservaría las posteridad como el de los primeros héroes que habían desafiado desde el extranjero el poder de España. Que hacían bien en convidar al cónsul español, para que resultara el contraste de un español entre tantos "mambises," etc. Bien merecida tenían la dura reconvención aquellos ricos cubanos, pues apenaba el alma ver como derrochaban el dinero sin acordarse de las miserias que sufrían sus hermanos que luchaban en Cuba por darles patria y dignidad.

Paseando Aguilera y Bravo por el boulevard, encontraron á Vallín y Castillo, que hacían lo mismo; se les unieron éstos y en conversación dijo Vallín á Aguilera que lo había estado defendiendo, lo mismo que á Bravo y á Varona. No había faltado quien dijera que lo publicado en el "Boletín" de Armas, sobre los bailes que daban los cubanos, debía haber sido inspirado por ellos; él había sostenido que eso era falso é indigno de ninguno de los tres.

Contestó Aguilera que la primer noticia que tuvo del asunto fué al leerlo en el "Boletín," esa mañana. Como Vallín, insistiera, diciendo que ellos no eran capaces de haberlo aconsejado ni aprobado siquiera, repuso Aguilera que él era un hombre muy tolerante, que jamás había pretendido imponer á nadie el patriotismo, pues sabía que este sentimiento era espontáneo, y no podía forzarse en quien no lo sentía; pero que si había de hablarle con franqueza, le dolía oir hablar de aquellas "soirees" y bailes tan ruidosos, que más por ostentación y vanidad que por otra cosa, daban allí algunos cubanos; fiestas que regularmente eran presididas por el cónsul español. Esa conducta, si bien ponía á los que la empleaban á cubierto de que les confiscaran sus bienes los españoles, perjudicaba notablemente la causa de Cuba,

pues los extranjeros, que veían á los cubanos de más representación entregados á tan fastuosas diversiones, y al mismo tiempo oían decir que los insurrectos en el campo pasaban mil miserias, que carecían de todo, hasta de elementos para pelear, deducían como era natural, que los que luchaban en el campo eran unos desalmados miserables, que no contaban con el apoyo de los hombres de importancia de Cuba. Sin embargo, dijo que si Armas le hubiese consultado, le habría aconsejado que no publicara el artículo, porque, como antes había dicho, creía que el patriotismo no se imponía; pero que después de haberlo publicado, le manifestaba francamente que no se lo tenía á mal, pues quizás sería un medio de que cesase ese furor por costosísimos bailes que obraban el descrédito de la causa de Cuba en el extranjero. Parece que á Vallín no sentaron bien las razones de Aguilera, sin embargo no dijo nada. Poco después se separaron. Bravo tuvo á mal á Aguilera que hubiese hablado con tanta franqueza, pues dijo que Vallín lo referiría á los agraviados y se echaría á éstos de enemigos. Contestó Aguilera que de cualquier manera, lo dicho, dicho estaba y bien merecido lo tenían.

CAPITULO XXVI

MARZO 1873

AGUILERA ENFERMA.—MANUEL DE ARMAS.—ALMAGRO PIDE SUS PODERES A AGUILERA PARA NUEVO EMPRESTITO.—CABLEGRAMA DE MAYORGA ANUNCIANDO LA SUPRESION DE LA AGENCIA GENERAL.—EL GENERAL M. QUESADA Y D. CARLOS DEL CASTILLO, NOMBRADOS AGENTES CONFIDENCIALES.—ASOMBRO Y DISGUSTO DE AGUILERA.—SUS VATICINIOS POR TAN FUNESTA MEDIDA.—RESUELVE CALLAR LA NOTICIA.—BRAVO LE MANIFIESTA EL BUEN ESTADO DEL EMPRESTITO.—RESUELVEN CORTAR LAS NEGOCIACIONES CON LOS BANQUEROS. —ALMAGRO DISGUSTADO POR TENER QUE INTERRUMPIR SUS NEGOCIACIONES.—EXPEDICION DE MELCHOR AGUERO.—REUNION EN NEW YORK PARA CELEBRAR EL FAUSTO SUCESO.—J. F. LAMADRIZ HACE LA APOLOGIA DE AGUERO.—ALDAMA LLENA DE DICTERIOS A AGUERO Y A QUESADA.—R. CESPEDES PRUEBA LA FALSEDAD DE AGUERO.—MANUEL DE QUESADA Y ALMAGRO.—COPINGER Y QUESADA.—DISPENSIOSA Y DESORDENADA VIDA DE QUESADA.—AGUILERA SIGUE ENFERMO.—JULIO SAGEBIEN LE LLEVA LOS PLANOS.—ALMAGRO Y V. FAULI SIGUEN TRABAJANDO PARA CONSEGUIR DINERO A AGUILERA.—ALMAGRO OFRECE SU MEDICO A AGUILERA.—EL DR. BETANCES Y PUERTO RICO.—MANUEL CALVO EN PARIS.—AGUILERA SIN FACULTADES DESISTE DE SU ENTREVISTA.—LOS AMIGOS DE AGUILERA TRATAN DE DISUADIRLO DE QUE SE EMBARQUE.—AGUILERA INSISTE.—NOTICIAS DE DESACUERDOS ENTRE ALDAMA Y BROMOSIO EN NEW YORK.—LOS BANQUEROS TIENEN YA LISTOS CINCUENTA MIL PESOS PARA EL EMPRESTITO.—SE ROMPEN LAS NEGOCIACIONES.—BRAVO ACONSEJA QUE SE DEJE EN SUSPENSO LA ORDEN DEL GOBIERNO Y SE LE CONSULTE.—EL EMPRESTITO DE VEINTE MILLONES DE PESOS.—ECHENIQUE.—RESULTADO DE SUS TRABAJOS.—LOS EMIGRADOS RICOS DE PARIS.—CONTRASTE ENTRE EL PERUANO ECHENIQUE Y EL CUBANO M. ALDAMA.—BRAVO PARTE PARA JAMAICA.

El desapacible clima de aquella ciudad, húmedo y frío la pertinaz afección al pecho que sufría Aguilera, y más que todo esto junto, los sinsabores y violentas conmociones que había sufrido su espíritu, no pudieron menos de quebrantar su salud. En la noche del dos de marzo, sintiendo más malestar que de costumbre, se retiró á su cuarto temprano y fué acometido por la fiebre.

Al día siguiente mandó buscar á su amigo el doctor Francisco Navarro, quien de ordinario lo asistía. Dijo éste que se había recrudecido la afección crónica del pecho que padecía, le recetó algunas tisanas, jarabes, etc., y en adelante siguió visitándolo diariamente. Dejó la cama tan pronto se lo permitió su estado, pero se mantuvo en el cuarto.

Estuvo á verlo Valdés Fauli. Entre otras cosas le refirió la "rareza" de Manuel de Armas, que en la Habana la

echaba de muy patriota, en París hacía lo mismo y cuando le pedían para la causa decía que no daba nada, sin otra excusa que porque no quería. Armas estaba riquísimo. Le dijo también reservadamente que aquel día vendría Almagro á pedirle su poder para contratar empréstitos; su objeto era enseñarlo á Miguel Ferrer é Ibarra que decían tener grandes probabilidades de conseguir uno. Efectivamente, Almagro estuvo poco después, le pidió el referido poder y Aguilera se lo dió. Tratando de las cosas de España, habló de la gastada salud de Figueras, de las cabriolas que estaría haciendo Castelar y se marchó recomendando á Aguilera que se acostase.

Poco después estuvo Figueroa manifestando la mayor solicitud por Aguilera, é instándole que se mudase con él, para cuidarlo como un hijo, etc. Hablaron sobre las cosas de España y se marchó.

Pasó la noche mal, y el día cuatro se sintió muy débil; sin embargo, se levantó á despachar algunos asuntos. Trájole Varona un telegrama dirigido á él, que decía así: "Comisión Diplomática y Agencia suprimidas. Quesada y Carlos Castillo nombrados Agentes Confidenciales. La salvación de nuestra patria pide que Aguilera venga inmediatamente."

Esta inesperada noticia dejó atónito á Aguilera, agolpándose á su mente las funestas consecuencias que habría de traer para la patria. Pensó que Carlos Manuel de Céspedes se había vuelto loco, pues sólo así era concebible que nombrara para puesto tan delicado á Manuel de Quesada, hombre de tan desfavorables antecedentes, á quien la Cámara había depuesto de manera vilipendiosa, y que en el extranjero despilfarraba los exiguos caudales de Cuba; lo mismo que á don Carlos del Castillo, hombre antipático para la generalidad de la emigración.

Pensó que esta medida había de ser fatal, porque atizaría las pasiones que de ninguna manera se habían calmado, y funesta para el mismo Carlos Manuel de Céspedes, pues si la vez anterior, cuando nombró á Quesada para una misión especial en el extranjero, había causado ese acto tal digusto en la Cámara que trató de deponerlo de la presidencia, y lo hubiera hecho así, á no haber mediado las circunstancias que lo impidieron, esta vez, que el atentado era mucho más grave, pues se le daba la representación oficial del gobierno, tal reincidencia de parte del Presidente no podía menos que colocarlo en peligrosa situación para conservar su prestigio, su autoridad y aún su mismo puesto.

Carlos de Varona, allí presente, familiar de Quesada, pues era su concuñado, y uno de sus decididos partidarios, sin poder desconocer la razón, dijo que era un cataclismo para Cuba en aquellos momentos precisos, pues estaba persuadido de que en cuanto se divulgara la noticia, la emigración de allí la de España y aún una buena parte de la de los Estados Unidos, se mostraría dispuesta á entrar en arreglos con España, disgustadas por la impopularidad de aquellos hombres.

Llegó Bravo, y se manifestó no menos sorprendido al saber la noticia. Acordaron contestar el cablegrama con otro diciendo: "Estoy enfermo. Saldré lo antes posible."

Cambiando la conversación, dijo Bravo que Martínez, el de Londres, urgía porque le mandasen copia del poder para el empréstito: dijo también que acababa de llevar á Almagro otros documentos para el otro empréstito que se proponía Ibarra. Después de discutir estos asuntos, acordaron romper ambas negociaciones, avisando á Almagro y á Martínez que suspendieran sus gestiones pues Aguilera debía marchar inmediatamente para Nueva York. Acordaron también reservar la noticia del cambio de representantes, no fuera á influir en que algunos de los donantes de cantidades se retrajeran. Aquel día volvió á acometer la fiebre á Aguilera y desde las dos de la tarde tuvo que recogerse en el lecho.

A la mañana siguiente amaneció más despejado. Llegó Figueroa á saber cómo seguía y le levó unos artículos sobre Cuba que pensaba publicar. Aguilera le indicó que lo hiciera en forma de folleto, y Figueroa aprobó la idea. Dijo

que por la tarde le traería su criado una "comidita criolla" que le había mandado preparar, y se despidió.

Fué Almagro y dijo que le había sorprendido su carta en que le decía que suspendiera sus trabajos; en virtud, de ella había ido á casa del banquero á recober el poder. Este lo había examinado, encontrándolo bueno y se lo había devuelto. Dijo que el disgusto que manifestó el banquero al saber que no podía seguir la negociación, le hacía comprender que era probable se hubiera llevado á un término feliz. Le había propuesto los bonos á un cincuenta por ciento con objeto de no despreciarlos y tener lugar á la rebaja.

Preguntóle Almagro, qué le decían en el cablegrama que había recibido. Aguilera contestó que lo mandaban buscar con urgencia. Añadió Almagro que ya él presumía la causa, y le refiirió reservadamente lo siguiente: Había visto dos cartas, una de Luis Zayas á Valdés Fauli, de origen aldamista, y la otra de Plutarco González á don Isidoro Hernández, de procedencia quesadista. Ambas referían estos hechos en sustancia.

Habiendo llegado Melchor Agüero á Nueva York en el vapor "Edgar Stuart" de regreso de su expedición á Cuba, se procuró por los quesadistas celebrar el acontecimiento, dándole el mayor "bombo". Al efecto, los hombres del mismo partido quesadista convocaron para una junta de cubanos acaudalados invitando también á los aldamistas. Una vez reunidos, tomó la palabra José Francisco Lamadriz (quesadista) y pronunció un discurso encareciendo los servicios del coronel Melchor Agüero, ponderando su actividad, su inteligencia, su valor, su patriotismo, etc., y concluyó diciendo que ya el patriota Agüero acababa de llevar á tan feliz término su expedición, era necesario que los aldamistas se convencieran de su pericia y valor y se unieran á ellos para en breve tiempo despacharlo con otra.

Seguidamente se levantó de su asiento Aldama y, más ó menos se expresó en los términos siguientes: "Señores: debo manifestar á ustedes que estoy dispuesto á servir á Cuba, pero no á dar mi dinero para que lo derrochen "p....." como Agüero y Quesada en el juego, en la orgía y con mujeres de mala ley. Voy á hacer á ustedes la proposición siguiente: Me comprometo á dar una cantidad igual á la que se reuna aquí en Nueva York, sin contar con otra que vendrá de Europa, para formar una gran expedición que llevara á Cuba el general Aguilera, persona tan digna y sin tacha, que de seguro en toda la emigración no hay uno que se atreva á dudar de él. Estoy dispuesto á servir á Cuba, pero á no á ser juguete de "p......" y de "farsantes" como Agüero y Quesada."

A tal descarga, desconcertado Lamadriz, balbuceó algunas frases diciendo que si esa era la opinión del señor Aldama, muy distinta era la del gobierno de Cuba, pues éste había otorgado á Agüero documentos muy honrosos por su última expedición. Contestó Aldama preguntando que dónde estaban esos documentos; por qué no se presentaban; á lo que contestó Lamadriz que no los tenía allí.

Dijo Aldama que esa era una prueba de que no existían, pues si existieran, el señor Lamadriz habría empezado por leerlos antes de comenzar su discurso.

Tomó la palabra Ramón Céspedes y dijo poco más ó menos así:

"Señores: Yo siento mucho que el señor Aldama haya usado expresiones antiparlamentarias, si se quiere, en esta discusión; pero debemos atribuirlo al interés que toma en la buena inversión de los caudales de Cuba. Con respecto al coronel Melchor Agüero, yo, como representante del gobierno de Cuba, tengo seguridades irrecusables de que el coronel Agüero, de dos mil armas y muchas municiones que sacó de aquí para Cuba, sólo desembarcó allí trescientas armas y muy pocas municiones, habiendo vendido casi todo el cargamento en Colón y dos puertos más." Y nombró éstos.

Esta esplícita declaración del representante de Cuba, dejó mudos á los quesadistas y Aldama aprovechó la ocasión para repetir que reproducía su proposición. Que se unieran allí todos los cubanos para ver la mayor suma que pudiera levantar; él pondría otro tanto

para formar una expedición á Aguilera que era el hombre que merecía entera confianza á todos.

Censuró Almagro la audacia de Agüero y sus partidarios, que después de emplear diez meses, contados desde la salida de la expedición de Nueva York hasta el desembarco en Cuba del pequeño resto que le quedaba, se hubiesen presentado en Nueva York celebrando como feliz suceso, lo que no había sido más que un desastre, para hacer de ello caudal político y ver los incautos que podían atrapar, para nuevas empresas con iguales resultados.

Hablóle Almagro después de Manuel Quesada, del mal que hizo á Cuba cuando estuvo allí, por el "descaro" con que abordaba á todo el mundo. Dijo que á él se le había presentado en su casa, inopinadamente, diciéndole quien era; lo invitó á sentarse. Expuso Quesada su misión, y contestó él que sentía no poder complacerlo, por los quebrantos que había sufrido su fortuna. Insistió mucho Quesada, Almagro se defendió con los malos negocios, hasta que al fin, mortificado Quesada por su persistente negativa, le dijo que aunque pedía para la causa de Cuba, tenía allí en el banco doscientos mil francos que ponía á la disposición de Almagro. Este le dió las gracias y le dijo que no le era posible aceptar esa clase de favores de persona á quien no conocía. Salió Quesada muy molesto de su casa.

Preguntó Almagro á Aguilera que á quien se le había ocurrido dar un puesto tan elevado como el de General en Jefe á un hombre condenado por el gobierno español á cuatro años de presidio por delitos comunes, mucho antes de la revolución; que eso causó muy mal efecto entre los emigrados serios y honrados y había hecho retraer á muchos de la revolución. Contestó Aguilera que sus mismos paisanos habían influído mucho, en virtud de la carencia en que se encontraban de jefes entendidos, creyendo, tal vez, que el alto cargo con que se le investía, influiría para que rectificara su conducta y variara de procederes. Dijo Almagro que fué una funesta equivocación que había hecho mucho daño á Cuba.

Mientras Almagro hablaba así, Aguilera, apenado, hacía consideraciones sobre lo que pensarían aquel y todos los hombres serios y desapasionados cuando supiesen que los destinos de Cuba en el extranjero estaban entregados á ese mismo hombre de quien tal opinión tenían.

Aquella tarde llegó el criado de Figueroa llevando á Aguilera una bandeja con la "comidita criolla" que aquél le había ofrecido. Aguilera agradeció esa prueba de cariño á aquel joven, que se había ganado de antemano sus simpatías por su talento y muestras de patriotismo.

Al día siguiente fué Figueroa á ver á Aguilera, acompañado del joven Copinger que deseaba conocer á aquél. Después de presentado el joven, habiéndose hecho referencia al general Quesada, pidió Figueroa á Aguilera le dijese algo respecto á la clase de hombre que era el referido general. Aguilera, que tan remiso se mostraba siempre en dar malos informes de los hombres de la revolución, por no desprestigiar á ésta, le contestó con algunas evasivas. Entonces Copinger tomó la palabra y dijo que él creía conocer algo al general Quesada porque había sido su ayudante en Nueva York por algunos meses.

Refirió que Quesada se había alojado en uno de los mejores hoteles, en el que vivía suntuosamente; tenía un apartamento con sala, antesala, gabinete, alcoba, etc., tenía un secretario y sostenía á varios ayudantes, habiendo en una ocasión llegado á contar en su comitiva, ocho individuos, todos sostenidos por él. En la secretaría se escribía todo el día y tenía constantemente un ayudante de guardia. Refirió la impresión desagradable que le producía cuando iban á visitar al general algunas damas y tenía que introducirlas en su gabinete, cerrar la puerta y quedarse fuera, como ayudante de guardia. Dijo que todo eso lo disgustó y renunció su cargo. Después llevó Quesada á su hermano (de Copinger) á Venezuela, diciéndole que lo acompañaría á Cuba, y lo

dejó abandonado, no pudiendo salir de allí por falta de recursos.

Manifestó Figueroa que á todos los que había oído hablar de Quesada lo hacían de la manera más desfavorable.

Continuaba Aguilera enfermo con la fiebre; sin embargo, no por eso desatendía sus habituales tareas. Fué á verlo Bravo y le dijo que Martínez le había escrito dándole muchas esperanzas con respecto al empréstito y Echenique también le había dicho que era casi seguro que se realizara el de los cien mil pesos.

Discutida la crítica situación en que estaban, acordaron romper ambas negociaciones con el menor desprestigio para la causa, pues no les era posible seguirlas por haber fenecido los poderes de Aguilera para realizar empréstitos.

Llegó Varona y los tres se pusieron á hacer comentarios sobre los amplios poderes conque se investía á Quesada y los perjuicios que sufriría la revolución, pues nadie querría contribuir con su dinero para que lo dilapidase Quesada, dándose una vida de Príncipe.

Fué Julio Sagebien á llevar á Aguilera los planos de los ferrocarriles de la parte occidental de Cuba; era un trabajo muy bien ejecutado, que había concluído con la mayor prontitud y esmero, para que lo llevara Aguilera á Cuba y lo utilizara en su desembarco por las Villas. Dióle Aguilera las gracias y le recomendó que rogara porque le fuese muy útil.

Estuvo Valdés Fauli á verlo y sabiendo que había resuelto partir muy en breve, le tuvo á mal que se embarcara en ese estado. Contestó Aguilera que le era forzoso partir, porque lo llamaban de Nueva York con urgencia. Dijo Valdés Fauli que no había ido á verlo antes porque estaba "viendo la gente" á fin de reunirle lo más que pudiera. Añadió que Bramosio había escrito también y creía que no estaba muy de acuerdo con Aldama, pues éste parecía querer pasar allí, como el representante de la emigración europea. Contestó Aguilera que no le extrañaba, porque la vanidad era una de las debilidades de Aldama.

Estuvo Almagro y le dijo que desde que no lo veía había estado ocupado en solicitar recursos para que llevara. Desaprobó que se fuera tan pronto, enfermo como estaba, porque se exponía á empeorar en el mar. Había alcanzado cinco mil francos de Adolfo Moliner; abordó á Ricardo Alfonso, aunque no lo conocía, y le ofreció contribuir cuando recibiese dinero de la Habana, pues actualmente no tenía. La marquesa de Castell Florit le había dicho lo mismo, y doña Susana Benitez, que se excusaba con decir que tenía sus fondos en poder de españoles, y no podía sacar esa cantidad sin infundir sospechas, le dijo. que él haría una carta pidiéndole prestada la cantidad con que quisiera contribuir, ella le pondría el "páguese" á continuación y así nadie sospecharía. Cogida de esa manera le había contestado que lo pensaría.

Dijo Almagro que la resistencia de doña Susana era debida á la indiscreción conque le abordó Aldama primero, y la que usó después, cuan merced al cuadro halagador que le presentaba Almagro, se iba entusiasmando; preguntó á Aldama si creía que los cubanos serían reconocidos pronto como beligerantes por los Estados Unidos y Aldama le contestó que no había que pensar en eso por ahora, que la beligerancia vendría después; eso desanimó tanto á la señora, que había matado su fe en la revolución.

Como le dijese Almagro que aún no había recibido contestación de Malpica ni de Hernández Abreu, que estaban en España, esto intranquilizó bastante á Aguilera, pues si nó llevaba esas cantidades, no podría recibirlas en Nueva York, porque tendría que traspasar todas sus facultades á Quesada, y estaba seguro de que Almagro no las entregaría á éste. Sin embargo, nada dijo.

Llevóle Varona un telegrama de Mayorga, dirigido al primero, que decía: "Diga en qué vapor salió Aguilera." Esto le hizo comprender la impaciencia con que se le esperaba. Discutiendo sobre el particular con Varona, manifestó éste que á pesar de todo, era necesario consultar el estado de su salud antes de emprender un viaje tan largo.

Que el banco de Terranova era muy peligroso en esos tiempos por las grandes masas de hielo que pasaban flotando, y la frialdad que despedían le sería muy perjudicial, exponiéndolo á tomar una pulmonía. Discutieron sobre varios vapores que salían de Liverpool y de Brest.

Estuvo Valdés Fauli y leyó una carta de Bramosio en que le daba muy buenas noticias del estado de los asuntos de Cuba, hablándole al mismo tiempo de una junta de cubanos capitalistas á que había convocado Aldama, sin decir nada á él, ni siquiera citarlo para que asistiera. En esa junta se había arrogado Aldama la representación de la emigración cubana de París, y dijo estaba dispuesto á dar, peso por peso otro tanto de lo que se reuniese en Nueva York, para formar una expedición de mil hombres que desembarcara en Cuba y diera un golpe formidable á los españoles, etcétera. Como Aguilera conocía bien á esos hombres, comprendió que ya preparaban un pretexto á fin de escapar de su compromiso.

Preocupado por no poder llevar consigo todas las cantidades recolectadas, pues estaba persuadido de que las que no llevara se perderían para Cuba, comunicó á Valdés Fauli el temor que tenía de que Almagro no le entregase las cantidades de España por no haber recibido contestación de sus donantes. Reiteróle Valdés Fauli que por qué esa prisa de marcharse, que aguardase una semana más, en ese tiempo restauraría algo su salud y podría llevarse toda la cantidad. Aguilera, para darle alguna explicación é inducirlo á que influyera con Almagro para que le entregara el dinero, le comunicó muy reservadamente que había recibido un cablegrama de Nueva York en que le decían que saliese inmediatamente, que era urgentísima su presencia allí.

Llegó Almagro y viendo el estado en que se encontraba Aguilera, febril y casi afónico, y su insistencia en embarcarse inmediatamente, manifestó que iba á llevarle otra vez su médico, el doctor Maillard, y que debía atenerse al consejo que le diera. Dióle Aguilera las gracias y dijo que le era imprescindiblemente necesario salir para Nueva York en la primer oportunidad; por lo demás, tenía confianza en su naturaleza y en la providencia divina. No quiso decirle nada sobre las cantidades de España para dar tiempo á que le hablase Valdés Fauli.

El día once estuvo el doctor Betances á visitar á Aguilera. Quiso llevárselo á su casa para curarlo allí. Le aconsejó que no se embarcase en el estado en que estaba; le dijo que contara con él para todo lo que pudiera ser beneficioso á Cuba, etc.

Fué Almagro á verlo y le dijo que don Manuel Calvo estaba en París; pensaba que Coello, socio de "La Epoca", lo presentara á él y en la entrevista que tuvieran le diría que ya que le había hecho tanto daño á Cuba, cuando se empeñó con el ministro Ayala para que no quitasen á Lersundi de capitán general, tratara de reparar el mal, entendiéndose con Aguilera y con Ramón Céspedes, para dar á la cuestión de Cuba un corte conveniente á todos. Aguilera oyó en silencio la relación de Almagro.

Ya las cosas habían variado; los poderes que tenía para contratar en nombre de Cuba, eran nulos, pues el gobierno los había traspasado á Quesada y á don Carlos del Castillo; tampoco podía manifestar esto á Almagro por evitar el desconcierto general que tal noticia produciría en aquellos momentos críticos, en que debía recoger el fruto de tantos afanes. Sin embargo, dejó obrar á Almagro, en primer lugar, porque cuando sucediese, ya él no estaría allí, y en segundo porque no podía estorbar la iniciativa á ningún patriota para que en la esfera privada tuviese una conferencia con cualquier otro individuo.

Le habló también Almagro de cuatro ofrecimientos más que tenía de dinero, los que creía podía ver realizados dentro de un mes. La contestación de España aún no había llegado.

En la mañana del doce tomó un emético por prescripción del doctor Navarro; le operó satisfactoriamente; su voz estaba ronca y dificultosa.

Había acordado Aguilera con Bravo y Varona, que el primero saliera por la vía de Brest, por más cómoda, evitando así ir á Inglaterra, y tomar allí un vapor para Nueva York. Convinieron en que Aguilera saliera de París el catorce para tomar el día 15 en Brest el vapor "San Lorenzo" que zarpaba ese día.

Encontrándose muy débil, comprendiendo lo mucho que habría de sufrir en la larga navegación, con el mareo que siempre le acometía, sin hablar francés para entenderse con los de abordo y pedir lo que necesitase, determinó llevar un criado que lo atendiese durante el viaje. Comunicólo á su médico el doctor Navarro y éste lo aprobó.

Rogóle al mismo doctor que le hiciese la diligencia de conseguirle el referido criado, indicándole uno del mismo hotel que le servía muy bien, y aunque no hablaba español se entendían perfectamente. Fué llamado el criado quien aceptó las proposiciones hechas, quedando convenido en que Aguilera le pagaría el pasaje de ida y vuelta, mas, doscientos francos de gratificación. Hicieron un contrato por escrito.

Ofrecióle el doctor prepararle un pequeño botiquín con las medicinas que pudiese necesitar durante el viaje, darle por escrito el régimen que debía seguir abordo y la manera de usar las medicinas. Todo esto lo cumplió con exquisita solicitud.

Llevóle Ramón de Armas el último número del periódico "La Independencia", de Nueva York, que traía el acta de la reunión que se había celebrado en casa de Mayorga para allegar fondos á la expedición de Aguilera. Llegando Valdés Fauli se habló del desacuerdo que existía entre el partido de Ramón Martínez y Aldama, y dijo que eran miserias que debían avergonzar á los cubanos.

Cuando se marcharon Armas y otras personas llegaron á ver á Aguilera, leyó Valdés Fauli dos cartas, una de Bramosio y otra de Aldama. En la primera se quejaba aquél de que Aldama decía á sus amigos que él era el representante allí de lo convenido en París, y en la segunda se quejaba Aldama de que Bramosio no había querido asistir á la junta en que debieron obrar de común acuerdo. Por estas noticias comprendió Aguilera lo mal parada que estaba su empresa. Dijo Valdés Fauli que estaba persuadido de que Bramosio era quien tenía la culpa, conociendo bien su carácter díscolo, presuntuoso y conversador, pues no era capaz de guardar un secreto dos horas seguidas. Al retirarse, le recomendó Aguilera que volviese al día siguiente con Almagro para arreglarse de cuentas, pues él debía emprender viaje dos días después.

A las once de la noche estuvo Bravo á despedirse de Aguilera, pues el primero debía salir al día siguiente para Inglaterra y allí tomar un vapor para Kinsgton, Jamaica. Recomendó mucho á Aguilera que tan pronto llegase á Nueva York le escribiese detalladamente lo que ocurría. Dijo que se alegraba mucho de que en esas circunstancias Echeverría acabase de llegar á Nueva York del Perú, pues era hombre de buen consejo. Era fácil que allí Ramón Céspedes y Mayorga, oyendo el consejo de cubanos autorizados, optasen por no dar cumplimiento á la orden de Carlos Manuel de Céspedes, de entregar la dirección de los destinos de Cuba en el extranjero, á dos hombres tan perjudiciales como Quesada y don Carlos del Castillo, cada uno por su estilo, y resolvieran mantener en suspenso esa orden, mientras tanto consultaban el gobierno, manifestándole sin ambajes que el cumplimiento de la disposición implicaba la muerte de la revolución en el extranjero, reforzando esa afirmación con las razones que estaban al alcance de todas las personas que conocían á aquellos individuos. Dijo á Aguilera que no dudara manifestar en Nueva York que esa era su opinión particular, pues no tenía embarazo en que se conociera, cuando se trataba nada menos que de la salvación de la patria.

Aconsejó á Aguilera privadamente que se guardara mucho de ir á Cuba en expedición en que tuviera que ver algo Manuel de Quesada, pues no dudaba que fuera capaz de denunciarlo, para quitarlo del medio.

Llevóle Bravo una copia del contrato del empréstito y dos cartas de dos banqueros á Echenique; en ellas decían que ya tenían reunidos en París cincuenta mil pesos, é iban á Londres á reunir los otros cincuenta mil, para completar los cien mil que debían darle como prenda para el empréstito grande. Este empréstito, como hemos dicho, se entorpeció por la proclamación de la república en España, pero pronto había vuelto á reanudarse otra vez y ya estaba muy adelantado.

Echenique estaba dispuesto á ir á las repúblicas de Chile, Perú y Venezuela, á solicitar la garantía de las dos primeras y proponer á la tercera que hiciera el empréstito, cediéndole Cuba cuatro ó cinco millones de pesos para la construcción de cierto ferrocarril que era su sueño dorado. Contaba Echenique con la plena seguridad de llevar á feliz término la negociación sobre las bases expresadas; y como era hombre de gran influencia en las altas esferas de esas repúblicas, y le acompañaban las dotes de gran tacto, habilidad, inteligencia y actividad, nada de extraño tendría que lo hubiese conseguido.

Ya hemos visto los importantes trabajos en pró de Cuba, que realizó Echenique en sólo tres meses de asidua labor; cómo por medio de su mediación se movió la prensa de París, tan refractaria á todo lo que no fuera Francia; cómo la causa de Cuba se elevó á los círculos más altos de Francia misma, de Italia y aun de España. Y si estos importantes trabajos pudo realizarlos en tan poco tiempo un hombre solo, que no era cubano, ni estaba apoyado por los cubanos de valimiento allí, contando tan sólo con su voluntad, su inteligencia, su energía, su fe, y el apoyo moral que podía proporcionarle Aguilera con el carácter que representaba: ¿qué no hubieran podido alcanzar todos los cubanos juntos de aquella emigración, tan distinguidos por su inteligencia, sus riquezas y su influencia? Si el peruano Echenique en sólo tres meses pudo realizar todo lo que hizo en favor de un país que no era el suyo: ¿qué no habría podido hacer por su propio país el cubano Miguel de Aldama, verbo de la revolución, entre los emigrados, trabajando con fé y patriotismo, rodeado de tanto prestigio, contando con las riquezas que poseía, con la influencia que tenía sobre los hombres más ricos, más distinguidos y más grandes de Cuba, en diez largos años, mientras duró la revolución? Es indudable, es evidente que si no hubiera muerto el patriotismo de los emigrados cubanos de valer, la revolución de 1868 hubiera triunfado en poco tiempo.

Lamentáronse Bravo y Aguilera de tener que interrumpir y abandonar aquel trabajo que tantos beneficios prometía para la causa de Cuba; pero como en virtud del cambio de representación nacional, ya Aguilera tenía que dar como fenecidos sus poderes para contraer empréstitos, y no mereciéndole confianza los individuos que debían sustituirlo, al mismo tiempo que necesitando salir precipitadamente para New York en virtud de la urgencia con que se le llamaba, se vió forzado á cortar la negociación y deplorar la triste suerte de la desventurada Cuba, que en los momentos precisos de alcanzar el triunfo, la mano de la fatalidad venía siempre á arancárselo. Despidióse Bravo recomendado nuevamente á Aguilera que le diese todas las noticias de New York, y éste á aquél que se informase del estado de la costa Sur de Cuba, por mar y por tierra, y se lo comunicase.

La razón más poderosa que obligó á Aguilera, con gran dolor de su alma, á romper las negociaciones para conseguir dinero para Cuba, con el que indudablemente se hubiera hecho triunfar la revolución en breve tiempo, dado el estado de disolución en que se encontraba la Metrópoli, fué la seguridad que tenía de que Echenique, Bravo, ni Almagro, que eran los que tenían en sus manos la dirección de esas negociaciones, se hubieran prestado nunca á seguir trabajando bajo la tutela de Quesada. Por lo que hemos dicho se habrá comprendido el concepto que merecía el general Manuel de Quesada á la generalidad de las personas sensatas de la emigración; lastimoso concepto del que participaban, no sólo sus adversarios políticos, sino aque-

llos que no pertenecían á ningún partido y aun cierto número de sus mismos partidarios, que aunque pensaban que Quesada era hombre que podía utilizarse en provecho de Cuba, pues podía prestar á ésta muy buenos servicios, sin embargo, no desconocían los graves defectos de que adolecía.

Cuando Echenique, que con tanto entusiasmo proseguía su obra, que lleno de júbilo veía cómo se acercaba el feliz momento del éxito más completo y preparaba su viaje á las repúblicas Sur americanas para obtener su consentimiento en la negociación, supo por Bravo que ésta debía abandonarse, fué grande su sorpresa y su dolor. Al principio increpó á Aguilera por resolución tan arbitraria y funesta, pero Bravo, que estaba bien instruído de las causas que obligaban á tal determinación, disculpó á Aguilera diciendo que no era posible obrar de otra manera dados los motivos que había. Echenique aun sin alcanzar cuáles pudieran ser éstos, como tenía entera confianza en el buen juicio de Bravo, se resignó á abandonar la obra que con tanto amor proseguía, cuando la veía casi asegurada.

Dado caso que no hubiera sido necesario guardar en secreto el hecho infausto, causa de tantos trastornos, por evitar males mayores, y se hubiera comunicado á Echenique el cambio en la representación de Cuba en el exterior, diciéndole que en adelante debía entenderse con el general Manuel de Quesada, es seguro que él también hubiera optado por romper antes las negociaciones, pues aunque no conocía á Quesada personalmente, sabía quién era, por los desfavorables informes que hasta él habían llegado, y de ninguna manera habría accedido, á trabajar bajo su autoridad, ni á poner en sus manos el fruto de sus afanes, para que se dilapidara en perjuicio de Cuba.

De Bravo y de Almagro, que conocían bien á Quesada, nada decimos, pues ya hemos visto cómo se habían expresado respecto á él en diferentes ocasiones, siendo ésta la opinión más generalizada entre la emigración con respecto al referido Quesada.

Si Echenique, moviéndose en un medio tan desfavorable para él, como era la nación extranjera donde emprendió sus trabajos en favor de Cuba, en tan poco tiempo realizó con tanto éxito la primera parte de su empresa, ¿qué extraño sería, si al trasladarse á su propio país, y á las repúblicas Sur Americanas que le eran afines, hubiera realizado con igual éxito y brevedad la segunda parte también? Si pensamos que esa primera parte que era la más difícil, pues consistía en conseguir los capitalistas que estuviesen dispuestos á facilitar el dinero, la tenía conseguida ya, no es mucho conceder que de la misma manera hubiera conseguido la segunda, que era más fácil, pues se reducía á hallar quién quisiera recibir el dinero. Unos millones de pesos regados en esas tres repúblicas, hubieran expeditado admirablemente el camino. Con los veinte millones del empréstito, había para todos, y con una pequeña parte de esa cantidad, bien manejada, Cuba tenía lo bastante para alcanzar en breve su independencia.

Por otra parte, á juzgar por las muestras que de su habilidad había dado, no cabía dudar de que un hombre de las condiciones de Echenique, habiendo recorrido ya la mitad del camino, no anduviera aun con más facilidad, la otra mitad, por ser más llana.

Es indudable que el encumbramiento de Quesada en aquellas circunstancias fué para todos el acontecimiento más funesto que podía haber ocurrido; y al decir para todos, vamos á enumerarlos individualmente uno á uno. Fué funesto para Cuba porque la privó de aquellos fondos que tantas probabilidades había de conseguir, cuando ya de los cien mil pesos que habían de dar los banqueros en prenda, se habían obtenido cincuenta mil. Fué funesto para Aguilera porque lo privó de la gloria de haber conseguido tan valiosos elementos con los que hubiera armado una formidable expedición que llevara el aliento á sus compañeros y el espanto á los enemigos, dejando asegurado el envío de otra y otras expediciones más. Fué funesto para Quesada, porque como aun no se había realizado la negociación, las cajas de la Agencia estaban exhaustas y tuvo que hacerse cargo de ellas en esa disposición, habiéndose evaporado para él los pingües teso-

ros que probablemente habría encontrado á haberse demorado su nombramiento algún tiempo más. Y fué funesto para Carlos M. de Céspedes, puesto que esta medida tan ciegas tomada, y tan desacertada, contra la voluntad de los hombres del Gobierno, y contra la de la mayoría de las personas sensatas de la emigración, ejerció indudablemente un influjo decisivo en Cuba misma para precipitar los acontecimientos que acabaron de manera tan desastrosa para él.

CAPITULO XXVII

MARZO 1873

EL DR. BETANCES SE QUEJA DE LA JUNTA CUBANA.—AGUILERA LO SATISFACE. —CONFEDERACION ANTILLANA.—FRANCISCO LEMUR.—POSSE Y EL GENERAL QUESADA.—CONDENADO POR LOS TRIBUNALES ESPAÑOLES.—ALMAGRO CENSURA AL GOBIERNO DE CUBA.—AGUILERA LO DISCULPA.—POR PATRIOTISMO CALLA LA VERDAD.—ESCANDALOS POR LA PRENSA CUBANA DE NEW YORK.—MIGUEL FERRER HACE HISTORIA DEL PARTIDO QUESADÍSTA.—AGUERO Y QUESADA SUS INSTRUMENTOS.—SUS FINES, EL MANEJO DE LOS ASUNTOS DE CUBA.—AGUILERA APRUEBA EL JUICIO DE FERRER.—QUESADA AUXILIAR PODEROSO DE SU PARTIDO.—SU INFLUENCIA POR PARENTEZCO CON C. M. CESPEDES.—INFLUENCIA DE LA ESPOSA DE CESPEDES SOBRE ESTE.—TRIUNFO DE LOS QUESADISTAS.—VARONA CREE IMPRUDENTE EL EMBARQUE DE AGUILERA—NOCHE DE INSOMNIO. ALUCINACIONES.—VARONA PIDE SU OPINION AL DR. NAVARRO.—ESTE DICE QUE EL ESTADO DE AGUILERA ES DELICADO.—INSISTE EN EMBARCARSE.—LLEVA UN CRIADO QUE LO ASISTA A BORDO.—EL DR. LO PROVEE CON UN BOTIQUIN.—LE SENALA UN REGIMEN Y SE LO DA ESCRITO.—ALMAGRO Y V. FAULI VAN A HACER LA LIQUIDACION CON AGUILERA.—DOMINGO CARTAYA LOS INTERRUMPE.—LEE EN "LA REVOLUCION" DE NEW YORK EL ESCRITO DE MELCHOR AGUERO.—ESTE ES UN LIBELO DIFAMATORIO CONTRA LA REPRESENTACION DEL GOBIERNO. —LEE NOTICIAS DE LOS NUEVOS NOMBRAMIENTOS DE QUESADA Y CASTILLO.—VALDES FAULI Y ALMAGRO SE ESCANDALIZAN.—CONCLUYEN LA LIQUIDACION.—AGUILERA RECIBE LOS VALORES.—V. FAULI Y ALMAGRO INSTAN A AGUILERA QUE TOME DE ELLOS LO QUE NECESITE.—DICE ALMAGRO NO ADMITIRIA PODERES DE QUESADA PARA EMPRESTITO.—AFECTUOSA DESPEDIDA DE ALMAGRO Y V. FAULI.—AGUILERA TOMA EL TREN PARA BREST.—SE EMBARCA EN EL VAPOR "SAN LORENZO" CON SU CRIADO.—SUFRE TRES FIEBRES MAS.—EL REPOSO Y LAS MEDICINAS LO RESTABLECEN.—AL QUINTO DIA SALE DE SU CAMAROTE.—AL ONCENO LLEGA A NEW YORK MUY MEJORADO.

La noche del 12 de Marzo la pasó Aguilera bien. En la madrugada del 13 tomó un catártico, prescrito por el Doctor. Le operó poco. Todo el día sintió el cuerpo quebrantado. La voz estaba más clara.

Fué el Dr. Betances á despedirse de él. Le dijo que debía permanecer allí dos meses más para ver cómo declinaban las cosas de España. Habló de la independencia de Puerto Rico. Dijo que los intereses de ésta y los de Cuba eran los mismos y de consiguiente, que en sus gestiones no olvidaran los cubanos á Puerto Rico. Se manifestó resentido con aquéllos porque dijo que desde que salió de Bassora de la Junta, ésta había cesado de llamarse "Junta Republicana de Cuba y Puerto Rico," tomando el nombre de "Junta Cubana" solamente.

Trató Aguilera de tranquilizarlo. Le dijo que en la revolución, entre cubanos y portorriqueños no había diferencia ninguna, todos se consideraban hermanos, y que incuestionablemente la "Confederación Antillana" había de empezar con Cuba y Puerto Rico unidas. Se despidió Betances, quedando en escribirle cualquier cosa de importancia que supiese.

Llegaron Possé y Almagro. Refirió el primero que en Bordeaux, residía Francisco Lemour, y cuando querían "auyentarlo" de una reunión de cubanos, no tenían más que decir que de un momento á otro se esperaba á Aguilera; era esto bastante para que se marchase, y no volviesen á verlo en varios días. Dijo que allí se aseguraba que tenía lo menos seis-

cientos mil pesos en el banco de Londres.

Recayó la conversación sobre varios individuos y refirió Possé la mala impresión que le había hecho la primer visita que recibió de Quesada en New York, que concluyó de una manera bien desagradable. Preguntóle Almagro si no le había ofrecido dinero, como se lo ofreció á él, y contestó Possé que no había llegado á tanto su audacia.

Hablando de Quesada repitió Almagro que se admiraba de que el Gobierno de Cuba le hubiese dado el primer puesto en el Ejército á un hombre que había sido juzgado por los tribunales españoles antes de la guerra, y sentenciado á presidio como "cuatrero", habiendo escapado de su infamante condena con la fuga. Dijo que eso era afrentoso, y como cubano se avergonzaba de que sus correligionarios hubiesen tenido tan indigno jefe

Todas estas censuras las sufría Aguilera con resignación, pues hubiera sido antipatriótico que hubiese referido las flaquezas de algunos hombres de la revolución, que dieron por resultado esas y otras calamidades. Al mismo tiempo se contristaba al pensar que si Almagro se indignaba al pensar que un hombre como Quesada hubiese estado al frente del ejército, en el campo de la revolución, ¿qué no sería cuando supiese que el Gobierno de Cuba había nombrado á ese mismo hombre para que lo representara en el extranjero, y que él, si se preciaba de cubano, tendría que rendirle homenaje por ser la representación legal del Gobierno de Cuba? Y lo peor es que no era Almagro solo el que pensaba así, sino la gran mayoría de los cubanos dignos y de de representación en el extranjero.

Continuó diciéndole Almagro que al fin había recibido contestación de Malpica de España. Le decía que supuesto que no se había llenado el cupo, diese á Aguilera solamente cinco mil pesos, y retuviese lo restante para sí por fin, se llegaba á llenar. Añadió que en tal virtud, Aguilera sólo llevaría veinte mil pesos; pero que esperaba reunirle toda la cantidad dentro de un mes, pues sólo le faltaban quince mil pesos y tenía ya en cartera varios ofrecimientos de personas todas acaudaladas. Que al día siguiente iría á arreglar cuentas.

Llegaron Valdés Fauli, Miguel Ferrer, Ramón de Armas y poco después Figueroa. Lamentóse Valdés Fauli de que la protesta publicada por Ramón Céspedes y Mayorga en el periódico "La Independencia" de New York, hubiese dado pié á Melchor Agüero para contestar en la "Revolución," sacando á relucir miserias, que por patriotismo debían callarse. Dijo que "la ropa sucia debía lavarse en casa" y que esas polémicas sólo servían para regocijo de los españoles y desprestigio de la revolución.

Contestó Miguel Ferrer haciendo una historia del partido quesadista, cuyas tendencias, dijo, eran tan sólo apoderarse del manejo de la cosa pública. Era tan insubordinado y arbitraio dicho partido, que la nueva bandera que había levantado con Agüero, era sólo la continuación de sus antiguos procedimientos, pues Agüero y Quesada no eran otra cosa que instrumentos en manos de sus directores para logro de sus fines. Que tales habrían sido las agresiones de esos hombres contra Ramón Céspedes y Mayorga, que éstos se verían obligados á la publicación de ese escrito. Ya no se trataba de los esfuerzos que hiciese tal ó cual agrupación por auxiliar á Cuba, lo que se pretendía era una colecta general entre los individuos de uno y otro partido, para anular la representación del Gobierno privándola de recursos.

No pudo Aguilera menos que aprobar la tesis que con tanto acierto como conocimiento de causa desarrolló Miguel Ferrer. La ambición de aquellos hombres era apoderarse del manejo de los asuntos de Cuba en el extranjero para llevar á cabo sus fines particulares, y á ese efecto era su táctica hacer la guerra á los poderes de la República, constituídos en el extranjero, entorpeciendo sus trabajos é hiriéndolos con el descrédito, al mismo tiempo que trataban de ganarse el favor del Gobierno de Cuba libre.

Para lograr esos fines, el general Manuel de Quesada fué para ellos un hombre llovido del cielo. Con su carácter turbulento, lograron que revolucionara toda la emigración, y con la protección que le dispensaba el Presidente Céspedes, ayuda-

do por su hermana la señora de dicho Presidente, que ejercía gran influencia sobre éste, consiguieron para dicha y contento de sus patronos, traer la situación que en aquellos momentos prevalecía: el general Manuel de Quesada y D. Carlos del Castillo, Representantes del Gobierno de Cuba en el extranjero.

Indicó Valdés Fauli á Aguilera que sería conveniente dejase allí un poder para caso que pudiera ofrecerse cualquier negociación de bonos; creía que Almagro aceptaría dicho poder. Esto puso en conflicto á Aguilera, pues por una parte, ya no tenía poder ninguno, porque este iba á pasar á las manos de los nuevos representantes del gobierno, y por otra no podía manifestar con franqueza su situación, por el desconcierto que traería en los momentos críticos de su salida para Neuva York, pudiendo tal vez privarle de los recursos que ya estaban reunidos para él. Puso Aguilera algunos pretextos, indicando el escaso tiempo que quedaba, su duda de si el poder debería traducirse al francés, si sería más conveniente que lo mandara de Nueva York, etc. Acordaron al fin que el caso se resolvería al día siguiente.

Estuvieron Varona y el Dr. Navarro en la habitación de Aguilera. Preguntó el primero al segundo si encontraba prudente que Aguilera emprendiese el viaje que se proponía. Contestó el Doctor que aunque lo hallaba mejor, sin embargo, estaba delicado, y sólo en caso de una urgencia tan grande como la que Aguilera decía tener, podía permitirse su salida. Dijo Varona que al día siguiente estaría allí á la misma hora que el Doctor, para en vista de su estado, y según hubiera pasado la noche, resolver. Contestó Aguilera que les agredecía sus cuidados, pero él era un "mambí viejo", acostumbrado á las durezas del tiempo y de las circunstancias; que si todas las penalidades que había sufrido en el campo y las persecuciones de los enemigos, no habían sido bastante para acabar con él, ¿cómo podría sufrir ningún percance yendo en un barco, bien prevenido, por su querido Doctor, contra cualquiera eventualidad?

Salles y Cassé también estuvieron á verlo aquel día. Aguilera regaló á éste como "souvenir" una linda tabaquera que le habían dado.

Por la noche se acostó Aguilera temprano, pues se hallaba fatigado. La pasó muy intranquila. Los variados asuntos que con diferentes personas había tratado aquel día, se revolvían en su mente y no le dejaban conciliar el sueño. Pensaba que sería aquella su última noche en París, en los diferentes asuntos por arreglar al día siguiente antes de su partida, en el inconveniente de su inoportuna enfermedad. Pensaba en los sucesos de Nueva York, cómo encontraría aquella emigración, en los largos días de navegación, en el precario estado en que se encontraba. Y como la fiebre le acometiera nuevamente, exaltando su imaginación, comenzó ésta á vagar produciéndole las más extrañas alucinaciones. Vió á su hermano Antonio, tendido en una litera de un barco, retorciéndose en las ansias de la agonía. Su rostro estaba demacrado, su mirada fija y suplicante. Parecía pensar en su familia y que sufría de verse allí, solo, y próximo á espirar. Su hermano hacía treinta años se había embarcado, enfermo también, en la Habana para un viaje á Europa y murió en la travesía. Su cuerpo fué arrojado al agua. Su madre nunca supo la triste muerte de aquel hijo. Se le dijo que había recibido cristiana sepultura en tierra española. Sucedió esto en el año 1843. Treinta años después él también se embarcaba enfermo para un viaje de Europa á América. ¿Le cabría igual suerte que á su hermano? ¿Estaría decretado que ambos hubiesen de hallar la misma sepultura, lanzados al agua, más ó menos en el mismo lugar del océano?

Su febril imaginación comenzó á recorrer diferentes acontecimientos desgraciados en su familia. Recordó que su madre había muerto en el año de 1873. Su padre contrajo la enfermedad que lo llevó al sepulcro en 1833. Su abuelo falleció en el mismo año de 1833. Su tío en 1823. Como su hermano había muerto en 1843, ¿qué de extraño que muriera él en 1873, en circunstancias iguales á su hermano? Por lo visto, las coincidencias habían comenzado á reproducir-

se, y los años que terminaban en la cifra 3, eran fatales para su familia.

No le arredraba á Aguilera la idea de la muerte, sobre todo, en la precaria situación en que se encontraba. Comprendía que ya su espíritu necesitaba descanso, pues en el año y medio cursado desde que llegó al extranjero, no había tenido un momento de reposo ni sosiego. ¡Qué bienestar más inefable, qué dicha más grata la de cerrar los ojos para no abrirlos más, olvidándose de las cosas de la tierra, y despojándose de las punzantes espinas que atormentaban su pensamiento! Entregarse á un sueño que durase siempre, y le proporcionase el descanso reparador que necesitaba su espíritu tan combatido!

Dos pensamientos tan solo le amargaban la idea de este piadoso instante: ¡Su familia! Si él faltase, ¿quién se cuidaría de ella? Había perdido la fe en los amigos... ¡Cuba! ¿Cómo podría dejar sin término su obra? ¿Cómo privarla de su esfuerzo solícito y constante cuando tanto necesitaba ella de sus buenos hijos.....?

Los claros del nuevo día fueron devolviendo al ánimo de Aguilera su acostumbrada serenidad. Sólo sentía la fatiga del insomnio de la noche anterior. A las doce llegaron Varona y el doctor Navarro. Le preguntó aquél cómo había pasado la noche y contestó Aguilera que perfectamente; dijo que había descansado muy bien. Preguntó Varona al doctor cómo encontraba al enfermo y el doctor contestó, poco más ó menos, lo que el día anterior, añadiendo que le había dado una nota con instrucciones del régimen que debía seguir durante el viaje. Dijo Aguilera que se sentía fuerte y bien, que el descanso de que disfrutaría á bordo le haría mucho provecho y pronto acabaría de reponerse. Quedó acordado que tomaría el tren para Brest aquella tarde y Varona sacaría los pasajes para él y el criado que debía acompañarlo.

Llegaron Vallín, Figueroa, Ramón de Armas y Nicolás dé Cárdenas. Armas pidió á Aguilera el retrato que le había ofrecido y los demás hicieron lo mismo. Este lo dió á cada uno de los cuatro con su correspondiente dedicatoria. Vallín manifestaba ardientes deseos de ir á Cuba, pero Aguilera pensó que donde iría pronto sería á la sepultura porque estaba muy enfermo. Figueroa se despidió diciendo que volvería á las seis. Ramón de Armas dijo que estaba listo para cuando Aguilera lo llamara, acompañarlo á Cuba, y reservadamente le enseñó una carta que había recibido de Nueva York en la que le daban cuenta de las inconveniencias de Agüero y del nombramiento de los nuevos Agentes Confidenciales. Recomendóle Aguilera que reservase la última noticia todo el mayor tiempo posible.

Estuvieron Gramatges y Possé; éste último escribió una carta á Francisco Javier Cisneros, recomendándole muy cariñosamente á Aguilera y regaló á éste una caja de magníficos tabacos para el viaje.

Fueron Valdés Fauli y Almagro, é inmediatamente comenzaron la tarea de la liquidación, rápidamente, pues eran las tres y media de la tarde y Aguilera debía partir á las siete. Apenas principiada aquella, llegó Domingo Cartaya. Dejó Aguilera á su escribiente Gramatges que continuase la liquidación y llevó á Cartaya á la pieza inmediata para que no se enterara, pues era un gran quesadista lo mismo que su suegro don Isidoro Hernández.

Apenas estuvieron solos, sacó Cartaya con mucha satisfacción, el último número recibido del periódico "La Revolución", de Nueva York, y leyó el escrito de Melchor Agüero, que podía considerarse un libelo infamante contra Ramón Céspedes y Mayorga. En él se acusaba á éstos hasta de traidores, pues decía que habían querido obligar á Agüero á revelar el punto por donde había desembarcado la expedición, con el objeto de delatar al capitán Rodríguez, á quien había dejado con una comisión. Leyóle igualmente un suelto que, bajo el epígrafe de "Importante", daba cuenta de haberse recibido del gobierno de Cuba, comunicaciones suprimiendo la Agencia General y Comisión Diplomática y nombrando en su lugar á los nuevos Agentes Confidenciales. Así que concluyó su lectura dijo Cartaya que era muy

probable que cesaran ya las banderías entre los emigrados. Contestó Aguilera que lo que le parecía probable era que se hundiera la revolución en el extranjero, por lo inconvenientes que eran los nuevos Agentes. Al despedirse Cartaya, entró Valdés Fauli en la habitación y aquel se detuvo para leerle los mismos artículos que á Aguilera, marchándose luego.

Entraron Aguilera y Valdés Fauli en la habitación donde hacían la liquidación Almagro y Gramatges. Dijo Valdés Fauli á Aguilera que le parecía un hombre de piedra, porque no se había inmutado con la noticia que acababa de saber. Contestó Aguilera que ya hacía días la sabía por el cable, y se equivocaba al suponerlo de piedra, porque ella había contribuído á agravar más sus males, pues comprendía el daño que haría á Cuba. Almagro y Gramatges que oyeron la conversación, al enterarse de lo que pasaba, se mostraron escandalizados de semejantes nombramientos.

Prosiguió la liquidación. Valdés Fauli dió una carta-orden á Aguilera contra Ramón Rivas por diez mil (10,000) francos. Almagro le entregó tres letras á la vista, de la casa de Rothchild por catorce mil sesenta y tres pesos ($14,063) oro en conjunto, y la carta-orden de Hernández Abreu por dos mil quinientos pesos ($2,500) currency. Dióles Aguilera á ambos los recibos y bonos correspondientes.

Entrególe también Valdés Fauli una carta abierta para Bramosio, la cual le leyó; en ella le exponía su compromiso y le exigía su cumplimiento; asimismo otra para Aldama en el mismo sentido y otra para José Manuel Mestre, pidiéndole cuadyuvase á la empresa de Aguilera.

Tanto Valdés Fauli como Almagro instaron á Aguilera con el mayor afecto que les dijera el dinero que necesitaba para su viaje. Contestó éste que no necesitaba de ninguno, pues contaba con lo suficiente para llegar á Nueva York. Entonces le recomendaron encarecidamente que de las cantidades que le habían entregado tomase lo necesario para vivir en Nueva York con la comodidad y decencia correspondiente, mientras alistaba su expedición; y caso que la dicha expedición no pudiera realizarse y tuviera que devolver las cantidades, rebajara de ellas lo que hubiera invertido en sus gastos particulares, pues estaban persuadidos de que ninguno de los donantes pondría el menor reparo.

Dióles Aguilera las gracias y les dijo que á su llegada á Nueva York depositaría las cantidades en un banco, y caso que tuviera que devolverlas, sería íntegras, pues no le faltaría en Nueva York algún amigo con quién vivir mientras se preparaba para ir á Cuba. Ellos no aprobaron esta determinación y persistieron con mucho interés en que tomara del dinero lo que necesitara para vivir con decencia.

Dijo Almagro que con su marcha se le dificultaría más reunir lo que necesitaba para completar los cincuenta mil pesos, pues él allí era una protesta viva; sin embargo, seguiría trabajando con todo empeño para conseguirlo. Dijo también que así como de él hubiera aceptado con mucho gusto el poder para el empréstito, no lo aceptaría de Quesada por ningún motivo.

Despidiéronse finalmente Almagro y Valdés Fauli de Aguilera muy afectuosos, deseándole un viaje feliz y que pronto realizarse su deseos de desembarcar en Cuba con una buena expedición. Contestóles Aguilera que pronto esperaba tener el gusto de volver á estrechar sus manos en la patria libre.

Estuvo nuevamente Figueroa á despedirse y dijo á Aguilera que si su madre le exigía que fuera á la Habana, inmediatamente se embarcaría para Nueva York á ponerse á sus órdenes.

A las siete de la tarde, como se sintiese bastante débil, tomó Aguilera un coche, acompañado por José Possé, Carlos de Varona y Gramatges y se dirigieron á la estación del ferrocarril. Allí lo esperaba el doctor Navarro, Ramón de Armas y Osorio. Despidiéronse y tomó Aguilera el tren que salió á las ocho de la noche. Pasó ésta muy mal, sin dormir, por el ruido y el movimiento del tren. La fiebre le acometió nuevamente.

Al siguiente día, 15, llegó á Brest á las doce y media. Inmediatamente fué al vapor francés "San Lorenzo" con su criado, y se instaló en su camarote. El vapor se hizo á la mar á las cuatro de la tarde. También tuvo fiebre aquella noche.

El día 16 amaneció en alta mar. Lo pasó recogido en su camarote, mareado y tomando la quinina y otras medicinas prescritas por el doctor Navarro. Su criado desempeñó con toda solicitud sus deberes de enfermero. Aquella noche la pasó mejor, siendo menos la fiebre.

Los cuatro primeros días estuvo mareado; pero como durante ellos, seguía estrictamente el plan recomendado por el doctor, tomando á su debido tiempo las medicinas, cosa que no podía hacer en París, el resultado fué que en aquellos días de completo reposo, la fiebre desapareció, su voz se hizo más clara, cesó la tos y el dolor del pecho se disipó. Al quinto día pudo salir de su camarote y del sexto en adelante se paseó por la cubierta del buque cuando el tiempo era bueno.

Once días duró la navegación, con un tiempo hermoso. El 26 á las cinco de la tarde fondeó el vapor en el puerto de Nueva York.

FIN DE LA TERCERA PARTE

FRANCISCO V. AGUILERA

Y LA

REVOLUCION DE CUBA DE 1868

CUARTA PARTE

COMPRENDE DESDE LA VUELTA DE AGUILERA DE EUROPA Á NEW YORK EL 26 DE MARZO DE 1873, HASTA SU ROMPIMIENTO CON EL AGENTE GENERAL, SEÑOR MIGUEL DE ALDAMA, Á FINES DE ABRIL DE 1875.

CAPITULO I

MARZO 1873

LLEGA AGUILERA DE PARIS A NEW YORK.—CONFERENCIA CON SUS AMIGOS.—ACTITUD DE MAYORGA Y R. CESPEDES CON RESPECTO A LA ENTREGA DE SUS CARGOS A LOS NUEVOS AGENTES.—EXCITACION ENTRE LOS EMIGRADOS.—ACTITUD DEL DIPUTADO ANTONIO ZAMBRANA.—BRAMOSIO Y ALDAMA.—BRAMOSIO Y EL COMPROMISO DE PARIS.—DESFAVORABLE IMPRESION QUE HIZO EL NOMBRAMIENTO DE QUESADA ENTRE LOS EMIGRADOS.—ALDAMA CENSURA A CARLOS M. DE CESPEDES.—ALDAMA ALIENTA A AGUILERA PARA SU EXPEDICION.—PROYECTO DE PEQUEÑA EXPEDICION PARA CONDUCIR PLIEGOS AL GOBIERNO Y LA CAMARA.—BRAMOSIO OFRECE A AGUILERA EL AUXILIO DE LOS QUESADISTAS.—CESPEDES Y QUESADA Y SUS ASPIRACIONES.

A las cinco de la tarde del día 26 de Marzo de 1873 fondeó el vapor francés "San Lorenzo" en el puerto de New York. Inmediatamente llegaron á bordo, José M. Mayorga, Miguel Luis Aguilera y Pío Rosado, que fueron á recibir á Aguilera. Saltaron á tierra y se dirigieron á casa de Mayorga, donde encontraron á Manuel Anastasio, é inmediatamente se constituyó Aguilera en sesión con los cuatro, procediendo éstos á informarlo de las graves novedades ocurridas.

Refiriéronle que al recibir Mayorga y Ramón Céspedes las comunicaciones del Gobierno de Cuba, en las que se les notificaba la supresión de sus cargos y la creación de la nueva Agencia Confidencial, para servir la cual se nombraba al general Manuel de Quesada y á los señores Carlos del Castillo y Félix Govín, en vista de tan grave medida, resolvieron consultar el caso con varios patriotas de buen criterio. De esta consulta resultó que unos les aconsejaron que debían hacer inmediata entrega de sus cargos á los nuevos Agentes Confidenciales y otros que debían dejar en suspenso la entrega y consultar, mientras tanto á los poderes constituídos de Cuba, haciéndoles saber la mala acogida que había tenido entre la emigración esa medida. Fué el resultalo que Ramón Céspedes optó por hacer inmediata entrega á los nuevos Agentes, y Mayorga por adoptar el opuesto temperamento, aplazando di-

cha entrega, mientras consultaba con el Gobierno de la República.

Apenas se extendió por New York la noticia de que Quesada había sido nombrado por el Gobierno, Agente Confidencial de la República, con poderes para levantar fondos en nombre de ésta y manejarlos, se alzó un clamoreo de indignación entre los emigrados, dirigiéndose éstos á los Representantes cesantes é instándoles para que no hicieran entrega de sus cargos. Los Clubs y Sociedades patrióticas tomaron acuerdos á ese mismo efecto, los que fueron comunicados también á los cesantes. Como éstos habían determinado tomar una actitud diferente uno de otro, Ramón Céspedes publicó un manifiesto exponiendo los motivos de su decisión y Mayorga publicó otro expresando la causa porqué aplazaba la entrega; era esta haber decidido consultar al gobierno de Cuba, puesto que entre las varias dudas que se le ofrecían era una, que sospechaba de la autenticidad de los nuevos nombramientos y otra que, habiendo sido nombrado tres individuos para desempeñar la Agencia Confidencial, y de éstos uno, Félix Govín, no había querido aceptar el cargo, y otro se encontraba ausente (el general Quesada), dudaba si legalmente podría hacer entrega al único Agente que se hallaba allí y estaba dispuesto á hacerse cargo de la Agencia, Don Carlos del Castillo. La emigración en general aprobó la conducta de Mayorga y desaprobó la de Ramón Céspedes, tachándola de débil.

Había sido el portador de los pliegos de Cuba libre, conteniendo los nuevos nombramientos, el Diputado á la Cámara Cubana, C. Antonio Zambrana, quien decía traer al mismo tiempo una comisión especial del general Ignacio Agramonte, para llevarle una pequeña expedición. La sesión duró hasta las doce de la noche.

Al día siguiente muy temprano, fué Bramosio á visitar á Aguilera y le manifestó que Aldama había tenido una junta de patriotas en casa de Mayorga, sin ponerse antes de acuerdo con él, como era regular que lo hiciera, para que hubiera la debida unidad de acción, con tanto más motivo cuanto que él (Bramosio) era quien había asumido la responsabilidad en el asunto que allí se debía tratar. Sin embargo de que lo invitó como á uno de tantos, para la expresada junta, él no quiso asistir, por los motivos referidos. Dijo que en esa junta había hecho Aldama ofrecimientos que lo incapacitaban para reunir la suma acordada con Valdés Fauli y Almagro en París. Mas sin embargo, deseoso de que por ese motivo no fracasara tan importante empresa, había reunido á Ramón Martínez, Félix Govín y otros quesadistas, les había manifestado su compromiso, preguntándoles si podría contar con ellos para reunir los cuarenta mil pesos que le faltaban, puesto que él contribuiría con diez mil pesos para la expedición de Aguilera. Los allí reunidos contestaron que se comprometían á aprontar los cuarenta mil pesos que les pedía, y además facilitarían el vapor "Edgar Stuart" para el transporte de la expedición; pero que había de ser con la condición precisa de que Aldama no tuviese intervención ninguna en el asunto, ni se contase con él para nada.

Propuso Bramosio á Aguilera que hablase con Aldama, sin decirle nada de lo que acababa de manifestarle y le preguntase si estaba dispuesto á sostener lo que había prometido en la junta referida, de dar cincuenta mil pesos para unirlos á los cincuenta mil que debían llegar de Europa y realizar la expedición. Dijo que si contestaba que sí, él se consideraría desligado de su compromiso, y los diez mil pesos que debía dar para la expedición de Aguilera, los agregaría á los cuarenta mil de los quesadistas, ó mejor dicho, del partido de Martínez, pues éste había venido á convertirse en una rama del antiguo partido quesadista, que algunas veces obraba con independencia de éste; y con esos cincuenta mil pesos mandaría dicho partido otra expedición por su cuenta. Si Aldama contestaba que no, entonces podía contar Aguilera con los cincuenta mil pesos que ofrecían los del partido de Martínez para su expedición.

A esa sazón llegaron á casa de Mayorga, donde paraba Aguilera, Ramón Céspedes, José Manuel Mestre é Hilario Cisneros, que iban á saludarlo y la con-

versación se hizo general. Suscitóse una acalorada discusión en la que Bramosio sostuvo que Mayorga no debía entregar la Agencia, porque la orden no preveía el caso de que uno de los nuevos Agentes no aceptara el cargo, como sucedía con Félix Govín; y Mestre y Ramón Céspedes sostuvieron que no había lugar á consulta por parte de Mayorga, porque era incuestionable que le Agencia General y la Comisión Diplomática habían cesado desde el momento que se recibió el mandato para su supresión.

Por la tarde, estando reunidos Aguilera y Mayorga, pidióle éste su parecer respecto á la actitud que había tomado referente á la entrega de la Agencia; Aguilera le manifestó con franqueza que creía que la orden del Gobierno debía cumplirse, por más que luego se hiciesen las gestiones oportunas para que fuese anulada por el mismo Gobierno.

Llegaron Echeverría y Francisco Javier Cisneros á saludar á Aguilera y comenzó á discutirse la cuestión del día. Reiteró Echeverría á Mayorga que en su concepto no tenía excusa ninguna para no cumplimentar la orden del Gobierno, según lo había manifestado ya la primer vez que le pidió su parecer sobre el asunto.

Cisneros hizo los más calurosos ofrecimientos á Aguilera para ayudarlo en la organización de su expedición. Todos comentaron de la manera más desfavorable los nuevos nombramientos, y Aguilera, por más que también los deploraba, se mantuvo reservado sobre el particular.

Después de comer estuvieron á ver á Aguilera Ramón Céspedes y Manuel Anastasio Aguilera, y luego, sucesivamente llegaron Leandro Rodríguez, José Joaquín Govantes, Jesús del Sol, Antonio Zambrana, Juan Manuel Macías y varias personas más, y por último Aldama. Manifestó Ramón Céspedes que acababa de recibir dos decretos de Carlos Manuel de Céspedes; uno suprimiendo la Agencia y la Comisión Diplomática y nombrando á Quesada, Castillo y Govin de "mancomun et in solidum" para Agentes Confidenciales; y el otro revocando el poder que Aguilera y él mismo (Ramón Céspedes) tenían para contratar empréstitos y confiriéndolo á los tres Agentes Confidenciales mancomunadamente. Ramón Céspedes produjo los decretos que fueron leídos, acordándose su publicación en los periódicos cubanos. Mucho se habló sobre tan excitantes asuntos, comentándose el estilo en que estaban redactados los decretos y diciendo Aldama que le recordaba los promulgados por Santana,cuando gobernaba á Méjico con la punta del pie. Se habló en los términos más desfavorables de Carlos Manuel de Céspedes, diciendo que parecía querer convertir á Cuba en patrimonio de su familia, siendo Quesada su cuñado, Castillo su compadre, etc. Aguilera procuraba decir lo menos posible, apenado por aquella explosión de indignación, y sus consecuencias, todo lo que no podía menos que redundar en grave perjuicio para la causa.

Finalmente, manifestó Mayorga que puesto que los documentos leídos despejaban lo suficiente la situación, determinaba hacer entrega inmediata al único Agente que estaba en New York, pero en ese caso, no mandaría á Cuba los comisionados que pensaba, supliendo los gastos con su propio peculio, para que informasen de la situación. Dijo que el viaje de los comisionados costaría de mil doscientos á mil cuatrocientos pesos y si se deseaba que fuesen, él contribuiría como uno de tantos, pero no podía hacer todo el gasto él solo.

Dijo Aldama que los comisionados debían ir, porque era indispensable que se informara al Gobierno y á la Cámara de los perjuicios que traerían á Cuba los nuevos nombramientos, si no se revocaban inmediatamente y que los gastos para el viaje debían salir de los fondos de la Agencia.

Debemos decir que Antonio Zambrana, que fué con Bernabé Varona (Bembeta) á saludar á Aguilera, permaneció allí muy poco tiempo y no tomó parte en la murmuración general. Zambrana abrazó á Aguilera afectuosamente, quedando en reunirse pronto con él otra vez para conversar largo sobre diferentes asuntos, retirándose en unión le su compañero Barnabé Varona.

Al despedirse Aldama dijo á Aguilera que se verían pronto, porque era necesario trabajar mucho en el despacho de su expedición. La reunión se disolvió á las diez y media de la noche.

Al día siguiente (28) muy temprano, fué Francisco Javier Cisneros acompañado del general Juan G. Díaz de Villegas, á visitar á Aguilera. El último hacía poco que había llegado de Cuba libre.

Expuso Cisneros que, decididos los "buenos" á reunirse para contrarrestar la influencia quesadista, que desgraciadamente había llegado á dominar en la esfera del Gobierno, era necesario que se hicieran grandes esfuerzos por mandar pequeñas expediciones de pertrechos á Cuba, mientras podía organizarse la expedición grande de Aguilera. En tal concepto, no le parecía conveniente que los comisionados que fuesen á Cuba, llevasen las manos vacías, pues se desacreditarían y les costaría más trabajo hacerse oir. Dijo que harían mejor impresión llevando algunos elementos de guerra, que cargados sólo de papeles, después de haber permanecido tanto tiempo fuera. Reforzó su razonamiento con varios argumentos que parecieron muy atendibles á Aguilera. Este invitó á todos á ir á la oficina de la Agencia, en la parte baja de la ciudad, para conferenciar con Mayorga y los comisionados, que habían de ser los más inmediatos responsables de la empresa.

Una vez en la oficina, se llamó á los comisionados, que eran Miguel Luis Aguilera y Pío Rosado. Expuso su pensamiento Cisneros y contestó Miguel Luis que aunque le halagaba la idea de llevar consigo algunos recursos, le parecía sin embargo, peligroso el proyecto, pues todo lo favorable que sería en caso de que se salvasen esos recursos, sería desfavorable si se perdían por uno de los innumerables accidentes á que estaban expuestas las expediciones. Mucho se discutió el asunto, hasta que al fin se acordó llevar los elementos de guerra, asumiendo Pío Rosado la responsabilidad de ellos si se perdían, á fin de que Miguel Luis quedase expedito para desempeñar su comisión, y caso de que se salvaran aparecerían ambos como los portadores, para que á los dos alcanzase la buena influencia y prestigio.

Acordóse también que los fondos saldrían de tres mil pesos que el general Villegas había recolectado para la expedición de Aguilera y lo que faltase quedó Cisneros encargado de arbitrarlo. También quedó hecho cargo el mismo Cisneros de fletar la goleta, buscar los prácticos, etc., para realizar pronto la pequeña expedición.

Habiendo ido también Nestor Ponce de León á saludar á Aguilera, le recomendó éste que escribiese á Villa Urrutia en la Habana diciéndole que acababa de llegar á New York y esperaba las noticias que le había pedido.

Encontrando Aguilera á Aldama en casa de Manuel J. Izaguirre, y tratándose de los celos de Bramosio, explicó Aldama su conducta en los términos siguientes. Dijo que al recibir un carta de Valdés Fauli que decía que Mayorga estaba de acuerdo con Aguilera, respecto á todos sus trabajos, indicó á Mayorga y á Ramón Céspedes que invitaran á los cubanos pudientes, que les designó, para una junta en casa del primero, recomendándoles que citasen también á Bramosio. Verificada la junta, y no habiendo concurrido Bramosio, á pesar de haber sido citado, ignoraba si éste llevaría á bien que tomara su nombre en aquella ocasión, después de haberse visto en el caso de ofrecer cincuenta mil pesos por la emigración de París, si en New York se reunían otros cincuenta mil para llevar á cabo la expedición de Aguilera. Hizo una larga historia del acuerdo de París. Finalmente, le preguntó Aguilera si tendría dificultad en asistir á una conferencia con Bramosio y él, para quitar á Bramosio cualquier "celillo" que pudiese tener, y aunar el esfuerzo de los tres á fin de sacar adelante el proyecto. Contestó Aldama que no tenía inconveniente y dejaba á ellos la elección de sitio, día y hora.

Comió aquel día Aguilera en casa de Mayorga, y así que concluyeron, invitó á éste para que lo acompañara á ver á Bramosio que sabía comería aquel día en casa de Félix Fuentes. Se dirigieron allí y los encontraron á la mesa. Cuan-

do hubieron concluído, dijo Aguilera á Bramosio que deseaba tener una entrevista con él y obtenida la venia de los dueños de la casa subieron á la sala.

Entregó Aguilera á Bramosio la carta que Valdés Fauli le diera para él; aquél la leyó y dijo que era la historia del acuerdo de París. Entrando Aguilera en materia, trató de quitarle toda prevención contra Aldama, diciéndole que si éste no lo había nombrado en la junta en casa de Mayorga, fué porque no sabía si lo habría llevado á bien. Le manifestó la sinceridad de Aldama y su buen deseo para auxiliarlo en cuanto pudiese, á fin de que llevase á cabo su empresa y concluyó pidiéndole su consentimiento para tener una reunión los tres con objeto de reanudar sus trabajos.

Contestó Bramosio que no tenía inconveniente en que se efectuase la referida conferencia; pero que para él la cuestión era bien sencilla: Reconocía su compromiso contraído en la conferencia de París según el cual estaba obligado á reunir cincuenta mil pesos en New York para la expedición de Aguilera. Ya había dicho que el partido quesadista le ofrecía cuarenta mil pesos y por lo tanto, su compromiso estaba lleno. Si Aldama se comprometía á reunir cuarenta mil pesos, él por su parte contribuiría con los diez mil que había ofrecido y por ese lado también estaría lleno su compromiso. Añadió que lo que él necesitaba era que el asunto se decidiese pronto, porque ya los quesadistas lo habían requerido para su resolución.

Contestó Aguilera que tenía gran interés en que fuesen él y Aldama los que realizasen la empresa, porque sentiría mucho que el partido quesadista la llevara á cabo. Esto daría prestigio á Quesada y sus secuaces, lo que podía ser muy perjudicial un día para la patria.

Repuso Bramosio que en manos de Aldama estaba impedirlo, pues no tenía que hacer otra cosa que buscar los cuarenta mil pesos.

Díjole Aguilera que para conseguir que Aldama reuniera esa cantidad creía necesario revelarle el ofrecimiento de los quesadistas para estimular así su amor propio; de otra manera, ignoraría los perjuicios que su negativa podría irrogar á la patria, y las armas que daría á sus irreconciliables enemigos.

Contestó Bramosio que podía hacerlo si lo juzgaba necesario, pero estaba persuadido de que Aldama lo publicaría inmediatamente: el asunto llegaría á oídos de los quesadistas y éstos le retirarían su oferta, indignados contra él, caso en el cual, se consideraría relevado del compromiso de París.

Dijo Aguilera que el asunto era muy grave y pidió algún tiempo para meditarlo, quedando en darle razón al día siguiente. Despidióse Aguilera de Bramosio y la familia Fuentes, y salió con Mayorga.

Este, que estaba enterado del asunto que perseguía Aguilera, fué informado del resultado de la conferencia con Bramosio. Manifestó Mayorga que consideraba casi seguro que Aldama se comprometería á reunir los cuarenta mil pesos. Aguilera contestó que lo dudaba mucho, y si le revelaba el ofrecimiento de los quesadistas y lo divulgaba, como era probable lo hiciera, Bramosio se consideraría desligado de su compromiso y todo el plan fracasaría. Convinieron en que el caso era difícil y después de mucho meditar, propuso Aguilera ir á ver á Echeverría, revelarle la situación bajo el más estricto secreto y suplicarle que interpusiera su influencia con Aldama para que aceptase el compromiso de reunir los cuarenta mil pesos sin decirle nada del ofrecimiento de los quesadistas. Aprobó Mayorga el plan, como única tabla de salvación, y quedaron en ir á la mañana siguiente, bien temprano, á hablar con Echeverría.

Hemos visto la repugnancia de Aguilera á proporcionar al partido quesadista medio de que se robusteciera en la conciencia pública. Como ya el lector habrá empezado á conocer el carácter de Aguilera, pensamos que no le hará la injusticia de creer que el móvil que lo animaba fuera un mezquino espíritu de partido. Muy lejos de eso, si Aguilera no era quesadista, tampoco podía ser cordialmente aldamista, pues conocía las deficiencias de Aldama y si se acercaba

á éste era porque en la precaria situación en que se encontraba, entre dos males se decidía por el menor.

Era lo cierto que Aguilera miraba con horror á Quesada y su partido, porque estaba persuadido de que si llegaban á predominar, habían de traer muchos días de luto á la patria. Desde el campo de la insurrección, conocía bien á Quesada y sabía de cuánto era capaz su carácter audaz y aventurero, su refinada astucia, su poca escrupulosidad en valerse de todos los medios de que pudiera echar mano para conseguir los fines que se proponía y su propensión á la vida lujosa y desordenada. Sabía que su sueño dorado era establecer la dictadura en Cuba, y regir con dura y despiadada mano los destinos de la patria. A este fin, proyectaba formar una fuerte expedición, desembarcando al frente de mil ó dos mil hombres, bien provistos de todos los elementos de guerra necesarios y que esta fuerza le sirviese de núcleo para reunir á su rededor sus partidarios y amigos en Cuba. Con su astucia conquistaría muchos jefes y tropa, y una vez que se considerase bastante fuerte, daría entonces el golpe de mano que intentó en el Horcón de Najasa en Diciembre de 1870, el que esta vez no fracasaría porque, aprovechando la lección recibida anteriormente, tendría bien tomadas sus medidas.

Además de lo peligroso que por sí era un hombre como Quesada, lo hacía infinitamente más, el apoyo que le prestaba el Primer Magistrado de la Nación, á quien rodeaba un aureola tan esplendorosa de gloria y de prestigio. Hemos visto que era una la aspiración de Céspedes y Quesada. Sabemos que el más marcado militarismo señaló los primeros actos de Céspedes al lanzarse á la revolución, y hemos referido la ruda lucha que sostuvo con el Comité Revolucionario del Camagüey por empeñarse en que prevaleciera el Gobierno unipersonal; lucha que tan funesta fué para los intereses de Cuba. Y si en aquella ocasión, la fuerza irresistible de la opinión de sus conciudadanos lo hizo transigir, obligándolo á despojarse de las absolutas facultades de que él mismo se había investido, no por eso abandonó sus pretensiones. La historia de su Presidencia es la de una constante lucha con el poder legislativo que mermaba las facultades á que aspiraba. Probó, además, su simpatía por Quesada, cuando fracasó éste en sus pretensiones dictoriales y fué depuesto del cargo de General en Jefe por la Cámara; y de igual manera, la puso de manifiesto en la protección que siguió dispensándole después.

Aguilera se daba perfecta cuenta de situación tan peligrosa; comprendía el grave riesgo que corría la implantación de la democracia en su país, y temía que, hombre de las condiciones de Quesada lograse conquistar algún ascendiente sobre sus compatriotas, porque indudablemente se aprovecharía de él, y amparado por Céspedes, cuyas ideas engranaban también con las suyas, pondrían en peligro las instituciones libres de su patria.

Era éste el motivo porque Aguilera trataba de contrarrestar la influencia quesadista y para mejor conseguir este saludable fin, hacía todo lo posible porque se robusteciera el mortal enemigo de Quesada y sus secuaces, que era el partido aldamista.

CAPITULO II

MARZO, ABRIL 1873

AGUILERA CONSULTA A ECHEVERRIA.—INFORMES DEL GENERAL VILLEGAS SOBRE AGUERO.—INFORMES DE JOSE VALIENTE SOBRE EL GENERAL M. QUESADA EN CUBA Y EN MEXICO.—AGUILERA CONFIA A MAYORGA LOS CAUDALES QUE TRAJO DE PARIS.—CONFERENCIA DE ZAMBRANA CON AGUILERA.—DIJO ZAMBRANA QUE TODOS EN CUBA IGNORABAN EL NOMBRAMIENTO DE QUESADA. —SE MANIFIESTA OPUESTO A QUESADA.—CONFERENCIA AGUILERA CON BRAMOSIO Y LOS QUESADISTAS.—ESTOS TRATAN DE IMPONER A AGUILERA CONDICIONES INADMISIBLES.—AGUILERA LAS RECHAZA.—QUEDA ROTO EL COMPROMISO HECHO POR BRAMOSIO EN PARIS.—AGUILERA VUELVE A VER A ECHEVERRIA PARA DECIRLE EL RESULTADO.—ECHEVERRIA ACONSEJA A AGUILERA QUE NO VAYA A CUBA SINO CON UNA FUERTE EXPEDICION.—EXPRESA SU TEMOR DE QUE LO AHORQUEN SUS PAISANOS ENEMIGOS.—DICE QUE EN EL EXTRANJERO PUEDE PRESTAR AGUILERA MEJOR SERVICIO QUE EN SU PATRIA.

Según habían convenido, fueron á la mañana siguiente Aguilera y Mayorga á casa de Echeverría, á solicitar su consejo en la dificultad en que se encontraba el primero. Aun no había aquél dejado el lecho, cuando al saber que Aguilera lo solicitaba, inmediatamente lo recibió en su cuarto con su compañero. Refirióle Aguilera el objeto que allí lo llevaba, haciéndole una detallada historia de lo ocurrido con Bramosio y del ofrecimiento de los quesadistas.

Manifestó Echeverría que el ofrecimiento de Bramosio de los cuarenta mil pesos, recabados de los quesadistas, era una farsa, para librarse del compromiso que había contraído en París. Con respecto á Aldama manifestó que estaba persuadido de que no se haría cargo de reunir los cuarenta mil pesos aludidos. Dijo á Aguilera que lo que debía hacer era aceptar el ofrecimiento de Bramosio, pues en todo caso, poco le importaba á Cuba que el dinero fuese de uno ú otro con tal que le llegasen recursos de guerra. Si lo hacía así, añadió, muy pronto vería surgir uno ó más pretextos de parte de los quesadistas para no cumplir su compromiso, pues el objeto de Bramosio era salvar los diez mil pesos que estaba obligado á dar, y quedar bien. Dijo que probablemente uno de los pretextos sería exigir la administración de los fondos, ó querrían imponerle á Melchor Agüero, y aconsejó á Aguilera que no accediese á ninguna de estas dos proposiciones, porque aun dado caso de que no envolviesen una celada, todo se divulgaría y los españoles se enterarían. Díjole también que pusiese como condición precisa, que él (Aguilera) manejaría los fondos, según lo habían exigido los emigrados de París.

Respecto á la junta con Aldama y Bramosio, opinó Echeverría que no debía intentarse hasta saber el resultado de la proposición de Bramosio, y añadió que una larga experiencia le había enseñado que toda junta que tuviera por objeto aunar las voluntades de esos dos individuos, irremediablemente fracasaría y no se obtendría nada concreto de uno ni de otro. Se despidieron ofreciendo Aguilera informar á Echeverría del resultado de su entrevista con Bramosio, á quien vería, siguiendo su consejo.

Salió Aguilera con Mayorga y se dirigieron á casa de éste, á almorzar. Después del almuerzo, llegó al general Villegas. En la conversación dijo Villegas que había conocido á Melchor Agüero en las Villas, donde observaba la conducta más deplorable, y refirió varios hechos que no anotamos por afectar la vida privada de Agüero.

Fué Aguilera á ver á Bramosio aquel mismo día, y no lo encontró; pero viviendo en la misma casa el padre Palma, ministro protestante cubano, entró á visitarlo. Palma le presentó á su señora. Hablaron de los asuntos del día, y Palma lo hizo de la manera más desfavorable respecto á los nuevos nombramientos hechos por el Gobierno de Cuba. Estando en esa conversación, llegó José Valiente á visitar al padre Palma; siguiendo el mismo tema, refirió Valiente que Manuel de Quesada, no sólo había si-

do juzgado y sentenciado en Cuba como "cuatrero" antes de la revolución, por los tribunales españoles, sino que también en Méjico había sido sentenciado por los tribunales por un hecho que refirió. Añadió Valiente que estaba enterado de ese asunto, porque se lo había referido uno de los jueces instructores de la causa; éste quedó en mandarle una copia de la sentencia. Pensó Aguilera si sería ese el motivo porque Quesada no iba á Méjico, donde según él, tenía tan buenos amigos, y prefería para base de operaciones á Venezuela y Colombia, donde era desconocido.

Al llegar Aguilera de París había dado las letras de cambio que trajo á Mayorga, para su cobro; éste le dijo que la letra de catorce mil pesos la había cambiado al diecisiete y un cuarto por ciento en papel, y por consiguiente los fondos que había traído subían á veinte y un mil ciento noventa y ocho pesos, cincuenta y un centavos ($21.198,51) papel de los Estados Unidos, cuya cantidad había depositado en un banco según instrucciones de Aguilera, y estaba allí á la disposición de éste.

Aquella misma noche, sabiendo Aguilera que Bramosio acostumbraba pasar la velada en casa de Angarica, fué allí después de la comida, con objeto de verlo. Efectivamente, lo encontró en unión de varias personas; después de hablar de cosas generales llamó Bramosio á Aguilera aparte á la sala y comenzaron allí su conferencia. Manifestóle Aguilera que la noche anterior había meditado mucho sobre la última conversación que habían tenido y que se había decidido á aceptar la oferta de los quesadistas por ser una cosa concreta, cuando lo de Aldama lo encontraba más dudoso. Dijo Bramosio que estaba bien, y al día siguiente lo participaría á los quesadistas, que ya lo precisaban por una contestación definitiva, pues no querían tener tanto tiempo inactivo ese dinero, cuando tanta falta hacían materiales de guerra en Cuba. Añadió que ya habían aguardado dos meses y creía que no podrían esperar más de ocho ó diez días, la llegada del resto de los fondos de París. Que al día siguiente hablaría con ellos para acordar lo mejor, y que así como los emigrados de París habían depositado su confianza en Aguilera para el manejo de los fondos, de la misma manera los quesadistas la habían depositado en él, porque sabían la buena inteligencia que existía entre ambos.

No pasó inadvertida para Aguilera esta indicación, contraria al espíritu de lo pactado en París; sin embargo, aun contra la advertencia de Echeverría, tuvo por conveniente no decir nada, para no comenzar tan pronto á señalar obstáculos. Con respecto á que el completo de la cantidad estuviese en New York dentro de ocho días, si, dijo que el plazo era muy angustioso porque la emigración de París esperaba para enviar los fondos que faltaban, que llegasen letras que aguardaban de la Habana, y además, que á ellos no se les había fijado plazo para remitir el dinero.

Con respecto á la junta de los quesadistas, á que quería Bramosio que asistiese Aguilera, dijo éste que estaba dispuesto á pasar por lo que ellos acordasen, pues creía que su presencia en esa junta había de ser inconveniente por razón de la enemistad que con él tenía Ramón Martínez que era el principal de su grupo.

Contestóle Bramosio que no lo creyera así, pues según el mismo Martínez, ya había pasado su resentimiento con Aguilera en virtud de que lo consideraba un buen patriota. Asintió Aguilera á concurrir á la junta y acordaron que Bramosio vería á los quesadistas y avisaría á Aguilera cuando debería efectuarse.

Al día siguiente (1° de Abril) estuvo Antonio Zambrana á visitar á Aguilera. Por esta fecha ya se había mudado éste á una casa de huéspedes en la avenida Lexington frente á la casa de Mayorga. Hablóle Zambrana de los asuntos de Cuba libre. Le manifestó su completa ignorancia del contenido de los pliegos que había traído del campo insurrecto, no pudiendo imaginar siquiera que fuera el nombramiento del general Quesada para Agente de Cuba en el extranjero. Dijo que en Cuba todos ignoraban que el Presidente hubiese tomado tal medida y estaba seguro que haría muy mal efecto cuando se supiera. Refirióle que sabía

por su amigo Bernabé Varona que todos los días le preguntaba la señora del Presidente qué pensaba él (Zambrana) de las cosas de la emigración. Añadió que sólo había visitado una vez á esa señora.

Le habló también del empréstito que Quesada estaba autorizando á levantar, y manifestó que como Quesada se propusiera vender los bonos á cinco centavos el peso ó cosa así, harían una protesta con toda la publicidad posible para impedirlo. Dijo que en la Cámara había "quorum" que ya debían estar hechas las nuevas elecciones y que si él hubiera estado en la Cámara cuando Carlos Manuel de Céspedes pidió la autorización para emitir los cien millones de pesos en bonos, hubiera cuidado de que dicha autorización hubiese sido personal, como la que se hizo para la de cincuenta millones, señalando á Aguilera y á Ramón Céspedes para que autorizaran dichos bonos, y entonces no hubiera podido recaer tal facultad en el general Quesada.

Preguntó Zambrana á Aguilera sobre su empresa y éste le contestó que su proyecto era llevar una buena expedición por las Villas, con ochocientos ó mil hombres, para cuyo efecto trataba de ponerse de acuerdo con Ignacio Agramonte. Había traído parte del dinero de París, contaba con otra parte que se estaba reuniendo en New York y temía que la noticia del advenimiento al poder de Quesada, desalentara á los contribuyentes de París, con quienes contaba.

Añadió Aguilera que la noticia de esos nombramientos desgraciados, le habían hecho romper una negociación de un millón de pesos en bonos y un empréstito por muchos millones más; finalmente, que en aquellos días críticos, llegó á París Don Manuel Calvo, representante de los voluntarios de la Habana, con quien tenía proyectada una conferencia, para proponerle que los voluntarios de Cuba se uniesen á los cubanos en pedir la independencia de la Isla. Tenía buenas razones para esperar el éxito; pero como le faltaban los poderes del Gobierno, por haber sido traspasados á Quesada, se vió obligado á desistir de su propósito.

Contestó Zambrana que cuando supo su marcha á Europa supuso que llevaría algún proyecto semejante; que debía haberlo intentado, aunque no hubiese tenido ya los poderes, puesto que nada habría podido, y quizás se hubiera logrado ganar la independencia.

Habló Zambrana con el mayor encomio de Ignacio Agramonte, diciendo que á éste se debía la salvación de la revolución; y que á él (Zambrana) se debía en gran manera que Carlos Manuel de Céspedes lo hubiera vuelto á nombrar Mayor General del distrito de Camagüey, medida que salvó á ese territorio y salvó también á Oriente, pues de otra manera Camagüey se habría hundido, todas las tropas españolas hubieran caído sobre Oriente y allí hubieran acabado con el ejército cubano. Despidióse al fin Zambrana, recomendando á Aguilera que no dejase de asistir al "mitin" que tenía proyectado.

Por la noche fué Aguilera á casa de Angarica á ver á Bramosio. Lo encontró, y pasaron á la sala á conferenciar. Manifestó Bramosio que había hablado con Martínez y éste dijo que le avisaría cuando debía ser la reunión. Le manifestó también Martinez que convendría que Aguilera viese á Aldama y le dijese que Bramosio estaba dispuesto á cumplir su compromiso, reuniendo la cantidad convenida y le preguntase si, en su oportunidad, podrían contar también con los diez mil pesos que le correspondería dar. Manifestóse Aguilera extrañado del deseo de Martínez de que Aldama contribuyese á la expedición y contestó Bramosio que Martínez quería que Aldama también se "rascase el bolsillo" como lo hacían ellos; á lo que se oponía era á que interviniera en el manejo de los fondos.

Habiendo avisado después Bramosio á Aguilera que la conferencia debía ser por la noche del día siguiente á su última entrevista, concurrió Aguilera á ella. Encontró á Bramosio jugando al ajedrez con Govín, y á Martínez de espectador. Saludólos Aguilera, dándoles la mano por su turno, á lo que correspondieron Bramosio y Govín afectuosamente y Martínez con tibieza. Era la primera vez que Aguilera se encontraba con Martínez después de la escena que tuvie-

ron en el escritorio del mismo Martínez un año antes, sobre los treinta millones de pesos en bonos que éste indebidamente retenía, por lo que Aguilera tuvo que hablarle con entereza.

Concluída la partida de ajedrez, entraron en materia. Refirió Bramosio á grandes rasgos el compromiso de París y el disgusto que le había causado la junta provocada por Aldama en casa de Mayorga, en que había obrado como si fuese el único representante de los emigrados de París. Dijo que ese acto lo imposibilitaba para cumplir lo pactado. Sin embargo, queriendo agotar todos los medios, había convocado á Martínez y á Govín, les había manifestado su compromiso y ellos se mostraron dispuestos á ayudarlo, poniéndose de acuerdo con Agüilera tan pronto llegase el último á New York.

Habló entonces Aguilera para ampliar algunos de los conceptos emitidos por Bramosio y manifestó que tenía depositado en un banco, parte de la cantidad comprometida en París, que había traído consigo, é indicó que en otro banco se depositarían los cuarenta mil pesos que ellos aprontaran para invertirlos de acuerdo con el representante que eligiesen, á fin de cumplir las condiciones que los de París le habían impuesto ó sea que sus fondos los manejara Aguilera.

Opuso Bramosio alguna objeción diciendo que los fondos todos debían unirse para irlos gastando los dos representantes, puestos de acuerdo.

Interrumpióle Govín manifestando que tenía que poner en conocimiento de Aguilera que ellos habían acordado que fuera Melchor Agüero encargado del vapor "Edgar Stuart," pues era este el vapor que debía llevar la expedición, con el capitán y la tripulación que ellos le pusieran, aunque todos estarían bajo las órdenes de Aguilera.

Contestó éste que sentía decirles que á esa condición no podía acceder, porque no estando él en buena armonía con Agüero, su presencia en el barco podría originar algún disgusto fatal para la empresa. Que siendo él responsable de la expedición, no quería llevar ningún elemento ocasionado á originar un descalabro, pues en esa empresa iba empeñado su buen nombre, única cosa que le quedaba ya, y la sola herencia que podía dejar á sus hijos.

Continuó diciendo Aguilera que cuando la expedición del "Liliam", su jefe Goicouría, su Secretario Zenea y su Segundo del Cristo, salieron en muy buen acuerdo y apenas se hicieron á la mar, prendió la discordia entre ellos y eso ocasionó la catástrofe fatal que siempre lloraría Cuba; y preguntó que si tal cosa pasó entre hombres que al salir estaban en perfecta armonía, ¿qué no sucedería si él se prestase á llevar un jefe que le era desafecto, y que no tendría empeño en secundar sus planes?

Contestó Bramosio que ese no era motivo bastante para que Aguilera desechase la proposición, y si tal hacía, él se consideraba desligado de su compromiso y así lo escribiría á París.

Dijo Martínez que Aguilera tenía razón, pues era cosa muy natural que el que acometía una empresa como la de que trataban, quisiera que lo acompañasen hombres en quienes tuviese plena confianza.

Repuso Aguilera que supuesto que Agüero era quien ocasionaba la dificultad y la misión de éste era ir encargado del vapor "Edgar Stuart" para llevarlo y traerlo, él renunciaba á ese vapor y así la dificultad estaba salvada.

Contestó Govín que ellos tenían empeñada su palabra con Agüero para despacharlo brevemente á Cuba con una expedición, y no teniendo dinero más que para una, no podían aplicarlo á la de Aguilera, quedándose Agüero y el barco, é imposibilitados ellos para cumplirle su palabra.

Preguntó Aguilera á Bramosio, que puesto que se consideraba desligado de su compromiso de París, caso que él lograse llevar á cabo su expedición, si podría contar con los diez mil pesos que había ofrecido.

Contestó Bramosio que podía contar con ellos, siempre que fuese pronto, pues no era cosa de esperar la eventualidad de que Aguilera pudiese ó no formar su

expedición, cuando Cuba estaba tan necesitada de auxilios.

No pudo menos Aguilera que felicitar á Bramosio por haber, á tan poca costa, llenado á su satisfacción su compromiso; contestó Bramosio que la culpa no era suya, si la expedición no se efectuaba, pues él tenía reunida la cantidad ofrecida, y Aguilera no la aceptaba. Dijo Aguilera que en París no se le habían puesto condiciones y allí se le exigían algunas para él inaceptables; repuso Bramosio que eran meros detalles de los que no era posible prescindir.

A continuación de la reseña de estos hechos dice Aguilera en su "diario": "De este modo evadió Bramosio no tan sólo su compromiso de reunir los cincuenta mil pesos, sino también el de dar los diez mil que por su parte había ofrecido. Tristeza me da ver la pequeñez de este hombre, que está llamado por su posición social á llenar uno de los primeros puestos en nuestra patria infeliz. Si estos hombres, tan raquíticos unos, tan egoistas otros y algunos tan malvados, son los que mañana han de regir los destinos de nuestro infortunado suelo, que Dios ampare á la desdichada Cuba!!"

Y más adelante dice: "No me queda duda de que los tres se habían puesto de acuerdo para amontonar condiciones que sabían yo no podía admitir, con objeto de salvar á Bramosio de su compromiso. Esta fué desde el principio la opinión de Echeverría que desgraciadamente he visto confirmada".

Convencido ya de que nada tenía que esperar de Bramosio y que el acariciado proyecto de su grande expedición había fracasado, Aguilera, con el ánimo contristado fué á ver á Echeverría para manifestarle lo ocurrido y pedirle parecer respecto á su situación.

Para dar una idea de la conferencia que tuvo con ese hombre ilustrado, de buen juicio y conocedor de los hombres, especialmente de los de la emigración cubana, siendo quizás aquél en quien Aguilera tenía mayor confianza, y creía podía darle mejor consejo, vamos á transcribir lo que dice su "diario" á este respecto, con fecha 3 de Abril.

"Le referí (á Echeverría) cuanto dejé consignado ayer respecto á la reunión con Bramosio y colegas, y me contestó que eso lo esperaba él, pues conocía á los sujetos. Que ahora lo que importaba era que no me desesperase y continuara con calma trabajando para la causa de Cuba, lo que probablemente haría con buen éxito. Dijo que si lo que solicitaba era su consejo, me lo daría con toda la lealtad que acostumbraba siempre. Le contesté afirmativamente y continuó: Pensar que usted pueda formar ahora una buena expedición para Cuba, expedición salvadora, como usted la llama, es poco menos que una ilusión, visto lo exhausto de las fuentes de donde habrían de salir los elementos, que es la emigración. Ir usted á Cuba de otra manera sería una locura, porque á usted lo "cuelgan" en cuanto llegue, si no lleva un núcleo de fuerza suficiente para hacerse respetar de sus enemigos. ¿Qué hacer pues? Lo siguiente. Usted, con su carácter de Vice-Presidente de la República puede permanecer aquí hasta que la Cámara lo llame. Usted goza de las simpatías y confianza generales, y me persuado de que la mayoría de los cubanos no le negarán su concurso. Cuba lo que necesita perentoriamente son armas y municiones; que no le falten éstas sobre todo. Usted tiene en su poder una cantidad respetable. Pues bien, yo lo que haría era, con su carácter de Vice-Presidente, y además con la iniciativa individual, que no puede hoy negarse á nadie, ir reuniendo los fondos que pudiese recoger, y mandando pequeñas expediciones á Cuba, de armas y municiones, mientras las cosas no variaran. No decir una palabra contra Céspedes, Bramosio, Carlos del Castillo, Quesada ni nadie, para que nunca puedan inculparle á usted que ha tratado de introducir el cisma entre los cubanos. Manifestarse en esto con mucha reserva, dando el ejemplo de que acata la ley venga de donde viniere. Con esta conducta los cubanos buenos lo rodearán, y usted podrá mandar recursos muy oportunos á los insurrectos. Con respecto á la cantidad de París en su poder, que tiene que devolver, no lo haga, que yo escribiré allá y

estoy persuadido que lo facultarán para que disponga de ella".

En el mismo ":diario" con fecha del día anterior, se lee lo siguiente:

"Me aconsejó mucho, muchísimo Echeverría que tuviera calma en mis determinaciones, y no me exasperara por más dificultades que se me presentaran, pues ellos,—los quesadistas— lo que pretendían era hacerme "saltar las trancas". para poder quedar dueños de la situación. Que él creía que yo podría prestar muy buenos servicios á la patria, aunque no fuera á Cuba ahora, porque no pudiera organizar una expedición. Que en su concepto, no debía ir sino con una muy buena, pues con poca cosa, me exponía á una desgracia estéril para la patria, vista la actitud que habían tomado algunos hombres de allí. Que él no se refería al peligro de los españoles, que ese era fácil de prever, sino á otra clase de peligros. Le contesté que efectivamente, conociendo al "hombre" desde la infancia, si no llegaba allí con una fuerza respetable, no era difícil que me hiciera fusilar con cualquier pretexto, estimándolo como un golpe de Estado. Añadió Echeverría que Bolívar, á pesar de su grandeza, había hecho otro tanto con un General al frente de la división que mandaba, aunque con razón."

No eran exajerados los temores de Echeverría y de Aguilera. Se recordará que una vez la señora del Presidente lanzó bien á las claras á Ramón Céspedes la acusación de que él y Aguilera traicionaban á la patria, teniendo reuniones en las que se trataba de "autonomía", acusación que rechazó Ramón Céspedes lleno de indignación, á pesar de su carácter apacible. Según veremos más adelante, esta misma versión trataba de propagarse con insistencia en Cuba libre, no tan sólo respecto á Aguilera y Ramón Céspedes, sino también á otros miembros prominentes de la emigración; y como esta propaganda se proponía alcanzar fines tan aviesos como bien calculados, nada de extraño tendría que si uno de esos supuestos traidores cayese en manos de una banda de patriotas fanatizados, éstos, creyendo obrar con estricta justicia, le dieran el castigo que en su concepto merecía.

Enseñó Aguilera á Echeverría tres cartas que acababa de recibir; una de New Orleans, de Joaquín Zayas, otra de Santisteban de Filadelfiia y otra de José González, Agentes los dos primeros de sus respectivas localidades, en las que lo felicitaban por su feliz llegada, le pedían que fuera á visitarlos para tranquilizar á esas emigraciones y le pedía también Zayas una autorización para recolectar fondos para su expedición. Todas estas cartas estaban escritas en términos muy lisonjeros para Aguilera . Después de leerlas Echeverría dijo que ellas confirmaban sus asertos y que era necesario aprovechar la buena disposición en que se encontraban esos patriotas, para que no fuesen á extraviarlos "la otra gente".

CAPITULO III

ABRIL 1873

CARTA DE D. CARLOS DEL CASTILLO PIDIENDO A AGUILERA LOS FONDOS QUE LLEVO DE PARIS.—CARTA INSIDIOSA DE BRAMOSIO A AGUILERA.—MARTIN RIVERO HABLA SOBRE BRAMOSIO Y ALDAMA.—ALDAMA NO CESA DE ALENTAR A AGUILERA OFRECIENDOLE SU APOYO.—ZAMBRANA Y EL GENERAL QUESADA.—R. CESPEDES CREE QUE LA PRESENCIA DE AGUILERA EN EL EXTRANJERO ES NECESARIA.—MAYORGA OPINA QUE AGUILERA DEBE IR A CUBA PERO CON UNA GRAN EXPEDICION.—MEETING DE ANTONIO ZAMBRANA EN "IRVING HALL." —SU BRILLANTE DISCURSO.—ESQUIVA PRONUNCIAR EL NOMBRE DE CARLOS M. DE CESPEDES.—AGUILERA RECIBE COMUNICACIONES DE CUBA LIBRE.—LE DICEN QUE EL EJECUTIVO HA NOMBRADO AL PRESIDENTE DE LA CAMARA PARA QUE SUSTITUYA AL VICE-PRESIDENTE.—TRISTES CONSIDERACIONES PARA EL PORVENIR DE LA PATRIA.

Mandó don Carlos del Castillo una carta abierta á Aguilera con don Cirilo Villaverde y al entregársela este señor le dijo que, sin perjuicio de que la contestara por escrito, la leyese, y le anticipase de palabra algo de lo que había de decir en la contestación. Leyó Aguilera la carta, en que decía Castillo que se había sorprendido mucho cuando al ir á recibir la Agencia de Mayorga, le había dicho éste que no tenía dinero que entregarle; siendo así que la voz pública, cartas particulares y aun el mismo periódico "The New York Herald" decían que Aguilera había traído una gruesa suma de Europa. Transcribía además el párrafo de la comunicación del Presidente Carlos Manuel de Céspedes en que prevenía al Agente General que entregara los fondos que hubiera, al Confidencial, mediante recibo, etc.

Contestó Aguilera á Villaverde que efectivamente había traído de Europa una gruesa suma, pero ésta estaba sujeta á ciertas condiciones, que si no se llenaban, tendría que devolver peso por peso y centavo por centavo: dijo que así se lo manifestaría por escrito á Castillo.

Dos días después, al bajar Aguilera de su cuarto para ir á ver á Aldama, encontró en la sala al señor Pedro Martín Rivero que le llevaba una carta de Bramosio. La carta contenía una relación amañada de los hechos que habían tenido lugar entre ellos, por los que había fracasado el proyecto de expedición, y pedía Bramosio que le contestase á continuación de la misma si tales hechos eran ciertos.

Suplicó Aguilera á Rivero que dijese á Bramosio que lo disimulase si no contestaba su carta, tan pronto como quisiera, porque en aquellos momentos estaba muy ocupado.

No había tenido antes oportunidad de tratar á Rivero, y pareciéndole hombre serio y sensato, le habló del asunto de Bramosio. Dijo Rivero que conocía mucho á éste; había sido la pesadilla de Morales Lemus, quien temblaba cada vez que lo veía entrar en su despacho, habiéndole causado muchas desazones. Refirió asimismo, que cuando la Junta de Información de 1866, tuvieron una reunión en casa del mismo Bramosio en la Habana, en la que convinieron trabajar todos por las reformas, sin perjuicio de avanzar después. En virtud de ese acuerdo fué Rivero á Cárdenas á trabajar la candidatura de Bramosio, la que sacó triunfante. Se admiraba de que á pesar de estos hechos, hubiese tenido Bramosio el valor de decir delante de él, que nunca había sido reformista. Dijo que no pudo menos que contestarle que en su presencia no dijera tal cosa, porque todos se conocían y en una época todos lo fueron. Refirió también que cuando llegaron á Madrid, el único que no había asistido á las conferencias fué Bramosio, porque se volvió muy pronto á la Habana, á causa de que tuvo miedo por las voces que corrían de que á todos los de la Junta los iban á mandar desterrados á Filipinas.

Como Aguilera lo enterara del contenido de la carta de que acababa de ser portador, le dijo Rivero que pensara bien lo que iba á contestar, pues ese era un decumento histórico, y según lo que la

carta arrojaba, toda la responsabilidad de la ruptura del compromiso recaía sobre Aguilera.

Hablaron sobre Aldama y dijo Rivero que éste era un hombre muy original, ó mejor dicho "de hora"; había algunas en que negaría diez pesos y otras en que daría diez mil. Añadió que Bramosio siempre había tenido celos de Aldama, porque creía que éste era el hombre llamado á figurar cuando Cuba fuera libre. Sin embargo, estaba muy equivocado; Aldama no ocuparía nunca ningún destino público, por serle imposible sufrir contrariedades. Ofreció hablar á Aldama para inclinarlo á que auxiliase la expedición de Aguilera cual le correspondía, y se dispidieron afectuosamente.

Fué Aguilera á ver á Aldama y le refirió lo ocurrido con Bramosio. Aldama se mostró muy animado; dijo á Aguilera que escribiera á París manifestando la conducta de Bramosio y que dijera también que él, Echeverría, Mestre, Hilario y Francisco de J. Cisneros y "toda la gente decente" de New York, estaban con Aguilera y trabajarían para organizar su expedición.

Poco después llegaron Echeverría, Francisco J. Cisneros, Martín Rivero, Hilario Cisneros y Antonio Zambrana. Este último dijo sabía que corrían voces de que él estaba unido á Quesada, lo que no era cierto. Nadie mejor que Aguilera, añadió, podía saberlo. Nunca podría unirse á un hombre tan desmoralizado como Quesada; estaba dispuesto, dijo, á escribir lo que pasaba á los miembros de la Cámara en Cuba, y era seguro que ésta pronto pondría remedio al mal. Invitó á todos para que concurriesen al "mitin" que proyectaba, y se acordó tener una reunión el próximo martes en casa de Aldama con objeto de llevar á cabo un plan general que salvara la situación.

Al día siguienute, en conversación con Echeverría, dijo éste á Aguilera que Aldama lo había invitado para una junta que pensaba tener el martes en su casa. Le había dicho que tenía acordado con Aguilera y Zambrana que el primero cediese al segundo el dinero que para él recolectaba Villegas, con objeto de que Zambrana mandase á Ignacio Agramonte las armas y municiones que había salido á buscar para él.

Contestó Aguilera que era la primer noticia que tenía de ese asunto, pues aunque también lo había invitado Aldama, para esa reunión, le dijo que su objeto era acordar la línea de conducta que debían seguir en el presente estado de cosas.

Dijo Echeverría que él había reprobado esa junta por ser ocasionada á provocar enemistades entre Aguilera y Zambrana, si el primero se negaba á ceder esa cantidad al segundo, por necesitarla para la pequeña expedición que proyectaba. Pensó Aguilera si sería ese un embrollo que Aldama quizás sin darse cuenta estaba armando.

Invitados Aguilera y Ramón Céspedes por Mayorga á comer en su casa, concluída la comida, discutiendo los temas de actualidad ó sean el puesto oficial del general Quesada, y la expedición de Aguilera, emitió Ramón Céspedes la misma opinión que antes había expresado Echeverría, diciendo que tal vez la permanencia de Aguilera en el extranjero sería lo más conveniente á la causa de Cuba, porque agrupadas las emigraciones á su rededor le proporcionarían medios para mandar pequeñas expediciones, dado lo bien dispuestas que se encontraban esas emigraciones á favor de Aguilera, como lo demostraban las satisfactorias comunicaciones que estaba recibiendo de varios Clubs, los que por otro lado se mostraban tan opuestos á don Carlos del Castillo.

Dijo Mayorga que Aguilera debía ir á Cuba, pero con una expedición de más de quinientos hombres de desembarco, é inmediatamente se puso á formar el presupuesto para tal expedición.

Asistió Aguilera al "mitin" que dió Zambrana el día 7 de Abril en "Irving Hall' á las siete y media de la noche. Estuvo bastante concurrido. Zambrana pronunció uno de sus más elocuentes discursos. Hizo mucha historia; describió las penalidades, indomable valor y heroismo del pueblo cubano. Dijo que había llegado á los Estados Unidos lleno de ilusiones, dispuesto á arrastrar con su palabra á la emigración, á hacer que

cada patriota contribuyera con su óbolo al fin de mandar pronto auxilios á la patria, y le habían dicho que no lo conseguiría porque la emigración estaba muy dividida. Manifestó que esas divisiones habían surgido siempre en todos los pueblos, por la diversidad de opiniones, y que aun él mismo, no podía adherirse á la de algunos. Presentó un cuadro desgarrador del sufrimiento de los patriotas, habiendo llegado éste al extremo de que algunas almas débiles, invadidas por el pesimismo, se habían presentado al enemigo; pero el "Hombre de Yara", dijo se había mantenido impertérrito, como una roca de granito y el héroe Ignacio Agramonte había salvado al Camagüey. Estimuló á los emigrados para que no olvidasen á sus hermanos de Cuba y los exhortó á que obedeciesen la ley, al mismo tiempo que tenían el derecho de elevar su voz al Gobierno cuando lo creyeran conveniente. El discurso fué brillantísimo, pero pareció no dejar muy profunda impresión, por lo espinoso de varios puntos. Aguilera felicitó allí mismo á Zambrana.

A la salida del "mitin" dijo Aldama á Aguilera que no dejase de concurrir á la reunión que tenía en su casa á las siete y media de la noche del martes, á la que asistirían Zambrana y otros varios. Añadió que el objeto era ver si "se ganaban á Zambranita" dándole tres ó cuatro mil pesos para que mandase municiones á Ignacio Agramonte; podrían mandar al mismo Zambrana á que recorriera las emigraciones de Filadelfia, Baltimore, New Orleans, Cayo Hueso, hasta Méjico, donde tenía su familia y podría traer mucho más dinero del que se habría invertido en su expedición.

Contestó Aguilera que concurriría á la cita, pero desde luego le advertía que la pequeña expedición que preparaba saldría pronto y no podía cambiar de rumbo, pues era urgente que llegara á Cuba la correspondencia que mandaba.

Recibió Aguilera comunicaciones del Gobierno de Cuba libre entre las que había una del Secretario de Estado interino Miguel Bravo y Senties, en la que apremiaba á Aguilera para su pronta vuelta, diciéndole que su presencia allí era muy conveniente en aquellos momentos en que se estaba operando una reacción entre los voluntarios españoles, que se pasaban á las filas cubanas. Al mismo tiempo le manifestaba que en virtud de su larga ausencia, el Gobierno había acordado que en caso de faltar el Presidente, y estar ausente el Vice-Presidente, supliese á éste el Presidente de la Cámara. Le decía también que su renuncia de la Vice-Presidencia no había sido aceptada por el Gobierno.

No se ocultaba á Aguilera el verdadero móvil del empeño con que se le llamaba á los campos de la patria. Sabía que estorbaba en el extranjero á aquellos que aspiraban á hacer de Cuba su patrimonio, para dar satisfacción á sus ruines pasiones y sus egoistas intereses. Sabía la extraordinaria influencia que estos hombres tenían con el Ejecutivo en Cuba y de aquí que éste no descansara en sus esfuerzos porque Aguilera abandonase el campo en el extranjero que tanto ansiaban sus protegidos, y se marchase á Cuba donde nada podría hacer en beneficio de la patria, porque ésta lo que necesitaba para triunfar eran elementos de guerra. Encerrado en Cuba, no podía proporcionárselos Aguilera, como podía hacerlo en el extranjero.

Con la íntima convicción del cúmulo de miserias de que se veía rodeado, y con el corazón entristecido al ver cómo una obra tan grande y meritoria, no se tuviera reparo en entorpecerla con las ruindades y bajezas que se arrojaban en su camino, resolvió obrar á impulsos de su conciencia, y fija la vista en el bien de la patria, arrostrarlo todo y seguir recta la vía que pudiera conducirlo á la salvación de Cuba.

CAPITULO IV

ABRIL 1873

ECHEVERRIA SE BRINDA A AGUILERA PARA CONTESTAR LA CARTA DE BRAMOSIO.—REUNION DE ALDAMA, ZAMBRANA, AGUILERA Y OTROS.—ALDAMA DEFINE LOS PARTIDOS.—DICE QUE TIENE LISTA UNA EXPEDICION PORTADORA DE PLIEGOS.—PIDE QUE AGUILERA FACILITE MIL O DOS MIL PESOS DEL DINERO DE PARIS PARA QUE PUEDA SALIR INMEDIATAMENTE.—AGUILERA SE NIEGA.—ALDAMA LE OFRECE SU GARANTIA PARA EL OPORTUNO REINTEGRO.—P. MARTIN RIVERO LEE LA REPRESENTACION AL GOBIERNO.—ZAMBRANA LA CALIFICA DE "LIBELO."—LA REPRESENTACION SE ENMIENDA.—OPINION DE ALDAMA RESPECTO A CARLOS M. DE CESPEDES.—ZAMBRANA PROPONE UNA COMISION A LAS REPUBLICAS SUR AMERICANAS.—SE OFRECE PARA ESA COMISION.—SE APRUEBA SU IDEA.—ALDAMA ENSEÑA A SUS HUESPEDES LAS MAGNIFICAS PINTURAS DE SU SALON.—ECHEVERRIA CENSURA A AGUILERA POR TOCAR EL DINERO DE PARIS.— AGUILERA EXPONE SUS RAZONES.— LA SRA. DEL PRESIDENTE SE MANIFIESTA INDIGNADA CONTRA ZAMBRANA.—DIJO QUE ALDAMA NO TENIA MERITOS PARA DISPUTARLE LA PRESIDENCIA A SU MARIDO.—LA SRA. ENSEÑA A MANUEL ANASTASIO UNA CARTA DE SU ESPOSO.—TAMBIEN SE REFIERE EN ELLA AL EX-MARQUES DE SANTA LUCIA.— LA SRA. INVITA A MANUEL ANASTASIO A QUE SAQUE COPIA Y LA ENSEÑE A LOS CUBANOS.—BRAMOSIO Y "PANCHO" MARTY.—REGALOS DEL ULTIMO.

Se recordará la capciosa carta que dirigió Bramosio á Aguilera en la que sutilmente trataba de echar sobre éste la responsabilidad del no cumplimiento del compromiso de París. Comprendiendo Aguilera lo grave del caso, pensó, antes de contestarla, enseñar la carta á alguna persona de criterio para tomar su parecer; y teniendo confianza en Echeverría, por lo bien dispuesto á servirlo que en otras ocasiones se había manifestado, fué á consultarle el particular. Echeverría, lo mismo que Aguilera, encontró que el caso era delicado y dijo que le dejara la carta para meditar lo más conveniente.

Volvió Aguilera al otro día y Echeverría le dijo que cada vez que leía la carta, le parecía más grave el asunto, pues lo que pretendía Bramosio era encontrar alguna prenda, en la contestación de Aguilera, que le sirviera para sincerarse; y si tal cosa lograba, no sería extraño que se viera publicada la carta en el periódico "La Revolución", dando lugar á impugnaciones y disgustos.

Finalmente, después de discutir largo el caso, resolvieron que en la contestación se concretaría Aguilera á decirle que con mucho gusto aprovecharía la oportunidad que le presentaba para fijar los hechos tal cual habían ocurrido, pero que no se atrevía á hacerlo por temor de comprometer á ciertos cubanos (los de París) que habían confiado en su reserva. Mas que si Bramosio asumía la responsabilidad de lo que pudiera suceder, al satisfacer Aguilera su deseo, éste no tendría ningún inconveniente en complacerlo.

Hizo Echeverría un borrador, Aguilera mandó la carta y Bramosio contestó inmediatamente manifestándose ofendido por ciertas expresiones insignificantes que contenía la carta de Aguilera y diciendo que si este se excusaba de acceder á su justa solicitud, se vería precisado á ocurrir á los otros dos caballeros presentes al acto, pues necesitaba que esos hechos quedaran consignados para cubrir su responsabilidad.

Enseñó Aguilera esta segunda carta á Echeverría y éste le pidió los antecedentes necesarios para hacerle otro borrador en el que haría una historia de los hechos de tal manera, que Bramosio lejos de desear darle publicidad á la carta, no la enseñaría á nadie.

Hízolo así Echeverría, escribiendo una extensa comunicación con la suficiente claridad para que no se pudiesen tergiversar ninguno de los conceptos. Estas cartas pueden leerse en el volumen de Correspondencia, etc.

A las siete y media de la noche convenida, asistió Aguilera á la reunión para que lo había invitado Aldama. Encontró allí á Pedro Martín Rivero y al general

Villegas; poco después llegó Zambrana. Excusóse éste de su demora, diciendo que cuando salió de su casa encontró en la escalera á Jacinto Valdés que iba á solicitar su concurso para un "mitin" que pensaban dar los "sostenedores del Gobierno" en el que se exortaría á la emigración á que acatara las últimas disposiciones de éste. Deseaba Valdés saber si podía contar con Zambrana para que hablara en el expresado "mitin."

Dijo Zambrana que no le pareció político negarse á tal invitación, pues él, por su representación, estaba más obligado que cualquier otro á influir para que se respetaran las leyes. Por consiguiente, había aceptado la invitación; pero al mismo tiempo, añadió, aprovecharía la oportunidad para decir en su discurso, que la emigración estaba en el deber de atacar la ley, teniendo al mismo tiempo el derecho de los pueblos libres para reunirse y representar ante el Gobierno con el fin de derogar cualquier disposición que no juzgase conveniente. Todos aprobaron los razonamientos de Zambrana. Constituídos en sesión, tomó la palabra Aldama y dijo que la emigración estaba dividida en tres partidos: El de Quesada, que lo representaban cinco ó seis individuos. El de Ramón Martínez, con Melchor Agüero, que era más numeroso. Y el suyo, que se tomaba la libertad de llamar "la parte sana", compuesta de la mayoría de la emigración. Dijo que los allí reunidos estarían de acuerdo con él, por lo menos, en dos cosas: primero, en que era necesario mandar recursos á Cuba lo más pronto posible y segundo, que se debía procurar que la representación de Cuba en el extranjero estuviera en manos de hombres decentes y honrados, que pudieran llevar la frente muy alta, por sus buenos antecedentes, y no por hombres desacreditados como Quesada y Don Carlos del Castillo. Añadió que tenía ya lista para salir una expedición con armas y municiones, y habiendo interpelado á Villegas dijo éste que saldría en toda la semana. Continuó diciendo Aldama que tenía entendido que para el efecto tan sólo faltaban mil ó dos mil pesos, y en obsequio de la brevedad, proponía que se tomaran del dinero que Aguilera había llevado de Europa, los que se repondrían con los primeros fondos que recolectase Villegas.

Contestó Aguilera que sentía manifestar que no podía disponer del dinero de Europa, porque nadie mejor que Aldama sabía la condición con que había ido á sus manos; por lo tanto, temía al hacer uso de él que se le pidiera en un momento dado, y no le fuera posible su reintegro.

Replicó Aldama que sabía muy bien el compromiso con que Aguilera había aceptado ese dinero, y era incapaz de proponerle un caso en que pudiera verse expuesto á faltar á él.

Si indicaba que podía tomarse de esos fondos la pequeña cantidad, era urgido por las apremiantes circunstancias del momento, para que no sufriera demora la remisión de esos pocos elementos de guerra, y por la importante correspondencia que debía conducir la expedición. Dijo finalmente, que él garantizaba á Aguilera que esa cantidad que iba á tomarse, se le reintegraría inmediatamente que pudiese necesitarla.

Repuso Aguilera que si Aldama le daba esa seguridad, podía tomarla, pero que se entendiera que sólo la confianza que le inspiraba la palabra de Aldama podía inducirlo á tocar esos fondos.

Continuó diciendo Aldama que había comisionado á Pedro M. Rivero para que redactase la comunicación que había de llevar á Cuba libre el comisionado que mandaba con la referida expedición, la que estaba persuadido de que había de hacer gran impresión en el campo insurrecto.

Manifestó Zambrana que él también escribiría á Santa Lucía, Trujillo y otros miembros de la Cámara y estaba persuadido de que tan pronto leyesen sus cartas, se reunirían y mandarían una comisión al Presidente, exigiéndole que revocase los nombramientos que había hecho de Castillo y de Quesada y nombrara á otras personas que no fueran tan antipáticas á la emigración.

Continuó hablando Aldama, y entre otras cosas dijo que en su concepto Carlos M. de Céspedes no era republicano, pues se veían sus tendencias á sustituir

el despotismo español con el suyo propio, que era aun mucho peor que aquél.

Procedió entonces Pedro Martín Rivero á leer la representación que había de mandarse á Cuba libre, y después del exordio en que manifestaba lo inconveniente de la supresión de la Agencia General y Comisión Diplomática, cuando más necesidad había de esta última, expresaba el mal efecto que había causado la instalación de la Agencia Confidencial, sobre todo por las personas en quienes habían recaído los nombramientos para ese cargo. Hacía una historia de don Carlos del Castillo desde su juventud, en que se dedicó al comercio, hasta la fecha, entrando en detalles tan repugnantes, que suprimimos, con el fin de evitar al lector el disgusto que su lectura había de causarle.

Seguía después con Quesada, desde la sentencia q ue pronunciaron contra él los tribunales españoles, su permanencia en Méjico, su ida á New Orleans á pie por cierta fechoría, su vida dispendiosa después, los bonos de Cuba que negoció antes de la revolución, su salida para la insurrección, su ignominiosa deposición, su aparición en los Estados Unidos, etc.

Así que concluyó de leer lo que llevaba escrito, dijo Rivero que aun no estaba concluído el documento, y que de todo lo que decía tenía comprobantes.

Zambrana, tal vez por cortesía, le dió su semi aprobación, pero dijo que eso más bien parecía un libelo. Preguntó que quién lo firmaría y contestó Rivero que muchos emigrados. Dijo que éstos le habían llevado todos los comprobantes recomendándole que pusiese muchas cosas más que á él no le habían parecido bien. Manifestó que por complacerlos, había escrito eso, pero que, verdaderamente, le repugnaba descender á ese terreno.

Contestó Zambrana que él estaba escribiendo un folleto sobre la revolución de Cuba, en el que también tenía que hablar del general Quesada y del tiempo de su mando; y que sin hacer uso de ningún concepto denigrante, lo refería todo, incluso lo del "Horcón de Najasa" y estaba persuadido de que lo escrito por él hundiría á Quesada para siempre.

Convino entonces Rivero en despojar la "representación" de los hechos más repugnantes.

Concluído tan desgraciado asunto, manifestó Zambrana que deseaba hacer á los presentes una consulta. Dijo que en su concepto Cuba no tenía nada que esperar de los Estados Unidos mientras Mr. Fish fuera Secretario de Estado, y que podía esperarse mucho de Méjico y demás repúblicas de Sur América, pues si se lograba unirlas á todas en una acción común, podían influir con la misma España para que reconociera la independencia de Cuba.

Lo interrumpió Aldama diciendo que él sí esperaba mucho de los Estados Unidos y que en su concepto no pasaría un año sin que esa nación tomase una actitud favorable á Cuba. Que la culpa de su pasividad la tenían los mismos cubanos, que habían provocado la indignación del gobierno americano.

Continuó Zambrana diciendo que creía que en las repúblicas latinas á que se había referido hacia falta un comisionado que las recorriese, con objeto de hacer atmósfera á fin de que todas reunidas tomasen la iniciativa para una acción común, bien invitando á los Estados Unidos para que se les uniera, bien dirigiéndose á la misma España, la cual se vería precisada á ceder ante la imponente actitud de la coalición de todas ellas.

Manifestó Aguilera que á él le constaba que Ramón Céspedes, como Comisionado Diplomático, tenía representación en las más importantes, en unas oficial y en otras extra-oficial, según hubieran reconocido ó no á Cuba.

Dijo Zambrana que el objeto principal de esos comisionados había sido recolectar dinero ó levantar empréstitos, pero que su proyecto no era tocar esa cuestión, para la que él, por su parte, no era apropósito. Dijo que él aceptaría la comisión de ir á esos países á hacer propaganda con objeto de que sus Gobiernos se aunasen para con su influencia colectiva dar una solución favorable á la cuestión de Cuba. Añadió que sabía que don Carlos del Castillo tenía nombramientos en blanco, firmados por el Pre-

sidente y estaba persuadido de que no le negaría uno á él. Manifestó que consultaba el caso á los allí presentes, para si juzgaban conveniente que emprendiera esa cruzada.

Contestó Aldama que le parecía muy aceptable la idea, porque podría producir muy buenos resultados; los demás opinaron lo mismo, quedando Zambrana en procurarse uno de los nombramientos que tenía don Carlos del Castillo.

Hablóse después del pequeño vapor "Salvador" y dijo Aldama que había ofrecido tres mil pesos por él. Manifestó Villegas que había dicho al capitán Brown que fuera á reconocerlo. Repuso Aldama que Brown no le inspiraba confianza porque con la pérdida del vapor "Fannie" había probado que era traidor ó inepto, pues debió haber ido con la sonda en la mano al acercarse á la costa para evitar el percance que sucedió.

Concluída la sesión, invitó Aldama á los concurrentes á que pasasen al salón de recibo para enseñarles los magníficos cuadros al óleo que había comprado en alto precio, y se despidieron á las once de la noche.

Al día siguiente vió Echeverría á Aguilera y le preguntó por el resultado de la junta la noche anterior. Refirióle Aguilera lo que en ella había ocurrido y le dijo Echeverría que él se había opuesto mucho á esa junta, pero que Aldama era tenaz y tenía el defecto de que no sabía madurar sus planes, lanzándose sin reflexionar para desmayar después á las primeras dificultades. Dijo que sentía mucho que Aldama lo hubiera puesto en el caso de tocar el depósito del dinero de París; que lo natural era que él hubiese facilitado los mil ó dos mil pesos que faltaban, puesto que era quien había provocado la junta, y ese era el motivo porque él no quería asistir á ninguna, porque por lo mismo que le quería, le daba pena verlo tan pequeño, poniéndose muchas veces en ridículo, con su costumbre de decir siempre que se reservaba para el último, no dando nada al fin.

Contestóle Aguilera que por más que había accedido con repugnancia á que se tocara el depósito de París, varios motivos lo decidieron á hacerlo. En primer lugar deseaba tener grato á Aldama, que tan buena disposición mostraba en ayudarlo, para formar su expedición; y habiéndole ofrecido su garantía personal para responder el dinero, caso que lo necesitara de momento, había considerado ofensivo no aceptarla, desairándolo en presencia de otras personas. Por otra parte, sabía que Villegas y Zambrana debían salir pronto á una excursión á Filadelfia y otras ciudades del Sur, de las que traerían una cantidad mayor que la que él iba á facilitar; al mismo tiempo deseaba que esa pequeña expedición de armas y pertrechos, no sufriera demora y llegara pronto á manos de los patriotas.

Dijo Echeverría que en su concepto Aldama no pensaba dar más dinero para la causa y que Bramosio, en ese particular era lo mismo que Aldama.

Habiendo ido Manuel Anastasio Aguilera á la casa de huéspedes que ocupó Aguilera en la calle 23, encontró allí á la señora del Presidente que buscaba nueva habitación donde mudarse. Habiéndola saludado y entrado en conversación, se manifestó ella muy resentida con Zambrana. Dijo que en el "mitin" que había dado, sólo se había ocupado de Carlos Manuel por compromiso, y ni siquiera había pronunciado su nombre, como había hecho con el de otros patriotas. Que Zambrana era un desleal porque por espacio de dos años había estado humillándose ante Céspedes á fin de que le diese una comisión para salir al extranjero á arbitrar recursos para Cuba, hasta que lo había conseguido, y al llegar á New York se había unido á los enemigos de Céspedes, trabajando con ellos para echarlo por tierra. Pero que no tuviera cuidado, que la comisión no habría de servirle de nada porque don Carlos del Castillo no le pondría el "visto bueno".

Preguntóle la señora si Aguilera había llevado allí mucho dinero de Europa, y contestó Manuel Anastasio que presumía que de cincuenta á sesenta mil pesos, y creía que en New York conseguiría otro tanto más, para llevar á cabo su expedición. Manuel Anastasio, que sabía los apetitos que tenía don Carlos del Cas-

tillo, exageró de esa manera, para que llegase á sus oídos.

Continuó diciendo la señora que Aldama, sin méritos ningunos, aspiraba á que lo hicieran Presidente, tan luego como Cuba hubiese alcanzado su independencia, y que eso jamás llegaría á ser. Aceptaba que Aguilera disputase la Presidencia á Céspedes, porque Aguilera también había hecho muchos sacrificios por Cuba, pero nunca que la pretendiese Aldama, porque entonces, ¡pobres de los cubanos! No colocaría en los puestos del Gobierno más que á los hombres de su "camarilla" y dejaría sin destinos á todos los camagüeyanos y orientales.

La señora, llena de enojo contra Zambrana, instó á Manuel Anastasio para que al día siguiente fuera á su casa, á fin de tener el gusto de enseñarle la carta de su esposo, en que le hablaba de Zambrana, y supiera bien quién era éste.

Concurrió Manuel Anastasio á la hora convenida, que fué á medio día y encontró á la señora tan indignada como el día anterior. Le enseñó la carta aludida de su esposo y le dijo que en ella vería la "traición" de Zambrana; después que la leyó Manuel Anastasio le instó la señora para que sacase copia de los párrafos más sustanciosos y los enseñase á todos los emigrados, á fin de que conociesen á Zambrana.

Refirióle la señora que ella sabía los más mínimos pasos que daba Zambrana. El día anterior había tenido una conferencia con Melchor Agüero á quien trataba de conquistar para que llevase á Ignacio Agramonte la expedicioncita que estaba formando, ofreciéndole contribuir con algún dinero para ella; pero estaba muy equivocado, dijo, porque Martínez y Govín enviarían á Carlos Manuel (su esposo) esas y otras expediciones más que despacharían. Aseguró que Carlos Manuel estaba entonces muy "bien sentado" en Cuba y Don Carlos del Castillo esperaba á su hermano Manuel (General Quesada) de un momento á otro para empezar á trabajar en firme.

A continuación vamos á consignar los párrafos de la carta de Carlos Manuel de Céspedes á su esposa, copiados por Manuel Anastasio á instancias de la misma señora. Dicen así:

"Zambrana está conmigo. Se presenta muy arrepentido de lo pasado. Disiente de sus antiguos correligionarios y lo mismo asegura de Agramonte. Quiere pasar al extranjero y unirse á Manuel, de quien habla con todos en buen sentido. Nosotros lo hemos acogido bien y vamos á mandarlo para allá, porque si obra de buena fe, vencido por el peso de las circunstancias, es la mejor prueba de nuestra buena situación en el interior y de la armonía que he logrado establecer; y si va de mala fe, allá lo descubriréis vosotros y quedará definitivamente desconceptuado como el hombre que hace traición al mismo Gobierno de quien ha solicitado una misión. Espero que sabréis aprovecharos de esta coyuntura para sacar de ella el mejor partido empleando la política. Basta decir que ha venido enteramente á tierra el partido que ha hecho tanto daño á la República. el hombre del "Diario" va á acabar de "comerse las narices", porque en ellas se le reirá todo el mundo si habla siquiera de volver á las andadas".

Preguntada la señora por Manuel Anastasio quién era ese hombre que iba á "comerse las narices", contestó que se refería al ex-Marqués de Santa Lucía.

Hablando Aguilera con Pedro Martín Rivero, íntimo amigo de Bramosio, le dijo que había visto á éste la noche anterior en casa de Angarica y le dijo que Aguilera le había escrito una carta llena de recriminaciones, la que no le enseñaba porque era muy larga. Dijo también Rivero que le había dado á leer la carta de Valdés Fauli que le había llevado Aguilera en que lo "rascaba" mucho; y que él (Rivero) había dicho á Bramosio que Aguilera tuvo razón en no haber aceptado á Agüero porque era natural que no quisiera llevar desafectos en su expedición. Contestóle Aguilera que dijese á Bramosio que le enseñara su carta y se persuadiría de cuánta razón tenía para haber obrado como lo hizo.

Continuaron hablando sobre el mismo asunto y refirió Martín Rivero que en otro tiempo, era él quien regularmente quedaba de apoderado de Francisco Mar-

ty, uno de los capitalistas de la Habana, cuando Bramosio, que ejercía este cargo en propiedad, iba á dar sus paseos á Europa, lo que acostumbraba hacer todos los años; por este motivo conocía íntimamente á uno y otro. Dijo que Pancho Marty trataba de hacerse aparecer más obtuso de lo que realmente era. Nunca se resolvía á aceptar ó rechazar ningún negocio de alguna importancia hasta uno ó dos días después de habérsele propuesto. Quería entrañablemente á Bramosio, y además de abonarle sus honorarios, le había regalado por junto unos $175.0000 en diferentes ocasiones. Añadió que era espléndido en sus regalos; que á su muerte había visto sus libros de contabilidad, en los que constaba que ascendía á una suma mucho mayor el valor de los regalos que había hecho á los Capitanes Generales, Alcaldes Mayores y otras autoridades españolas, que el capital que dejó, que pasaba de un millón de pesos.

CAPITULO V

ABRIL 1873

PEQUEÑA EXPEDICION DE AGUILERA.—JESUS PEREZ Y LA CORRESPONDENCIA. —SOCIEDAD "AMIGOS DE CUBA."—PROYECTO DE FUSION ENTRE ESTA Y AGUILERA.—INCIDENTE DE BERNABE VARONA CON AGUILERA.—B. VARONA LO INSULTA Y OFENDE DE OBRA.—AGUILERA SE DEFIENDE.—AGUILERA PIDE CONSEJO A ECHEVERRIA.—JUNTA DE ZAMBRANA.—ESTE EXPLANA SU PROYECTO.—ALDAMA LO COMBATE.—AGUILERA Y OTROS LO APOYAN.—EXPEDICION DE MIGUEL LUIS.—UNION DE AGUILERA CON LA SOCIEDAD "AMIGOS DE CUBA."—MAYORGA LA REPRUEBA.—AGUILERA MANIFIESTA LAS PATRIOTICAS RAZONES DE ESA UNION.—CARACTER DE AGUILERA.

Viendo Aguilera que la pequeña expedición que trataba de mandar á Cuba no salía, y estando hecho cargo de los trabajos para ella el general Villegas, citó á éste y á Miguel Luis y Pío Rosado, que debían ser los conductores, para una conferencia.

Reunidos los cuatro y habiendo preguntado Aguilera el estado del asunto, contestó Miguel Luis que la dificultad con que tropezaban era encontrar un buque que se comprometiera á dejar la lancha que debía concluir la expedición á tierra, á menos de diez ó doce millas de la costa; ellos querían que fuese á cinco millas, para tener lugar de desembarcar el mismo día.

Dijo Aguilera que iba á hacerse cargo, él mismo, del despacho de la expedición y preguntó á Villegas la ascendencia de los fondos que había recolectados para ella. Contestó éste que cuatro mil pesos, los que ponía á disposición de Aguilera.

Entre los diferentes asuntos de que trataron, se refirió Villegas á las precauciones que debía tomar Miguel Luis, para que los pliegos que llevaba, pudiera ponerlos él mismo en manos de las personas á quienes iban dirigidos, pues dijo que Jesús Pérez, jefe de la zona por donde debían desembarcar, tenía la consigna de recoger toda la correspondencia que llegase del extranjero y remitirla al Presidente. La advertencia de Villegas pareció oportuna á los allí reunidos y dió que pensar á Aguilera si sería esa la causa porque sus amigos todos se quejaban de no recibir cartas suyas, siendo así que él aprovechaba todas las oportunidades para escribirles.

Recibió Aguilera un recado de Hilario Cisneros diciéndole que lo aguardaba en el escritorio de su hermano Francisco Javier, para un asunto de importancia. Concurrió Aguilera y encontró allí además de Hilario Cisneros, á Echeverría, Villegas y Francisco Arteaga, miembros todos, menos el segundo, de la Directiva de la sociedad "Los Amigos de Cuba". Comenzó la sesión y dijo Echeverría que el objeto de ella era establecer bajo bases sólidas las relaciones que en adelante debían existir entre la sociedad "Los Amigos de Cuba" y Aguilera. Que él se encontraba en aquella reunión sin carácter ninguno, y su deseo tan sólo

era que Aguilera y la nueva sociedad marchasen en la mayor armonía sin que nunca surgiese entre ellos la discordia. Después de manifestarle los otros concurrentes cuánto apreciaban sus sanos consejos, dijo Echeverría que traía hecho el borrador de un proyecto de unión entre Aguilera y la sociedad que iba á someter á la deliberación de todos. Leyóse éste, que se reducía á proponer que se nombrase á Aguilera Presidente Honorario de la sociedad, con entrada á sus sesiones y voto en sus deliberaciones. Manifestó Hilario Cisneros que estaba de acuerdo con lo propuesto por Echeverría, había dicho á Aguilera desde que se constituyó la sociedad, que el objeto de ésta era trabajar de acuerdo con él, estando persuadido de que jamás habría la menor dificultad entre ellos, por estar todos animados del mejor deseo. Los congregados, todos, se manifestaron poco más ó menos en el mismo sentido. Instó entonces Echeverría á Aguilera y que diera su parecer, y éste lo hizo en los términos siguientes:

Dijo que la principal garantía para el éxito de las expediciones era el secreto con que se procediera. Que las expediciones que había organizado Ramón Martínez, habían logrado salir de allí sin tropiezo, porque Martínez recogía el dinero de un pequeño Círculo, y él sólo se entendía en el despacho de aquellas, dando cuenta después á los contribuyentes de la intervención de sus fondos. La directiva de la sociedad "Los amigos de Cuba" se componía de siete individuos y cada uno de ellos tendría su amigo íntimo á quien comunicar su secreto, siendo así que aun antes de dar paso alguno, ya serían sabidos los proyectos que intentasen; esto no podía menos que dar un pésimo resultado.

Contestó Hilario Cisneros que ese caso estaba previsto habiendo dado la Directiva facultades al Presidente de la sociedad, general Villegas, para que él la representase, interviniendo solo, de acuerdo con Aguilera, en el despacho de las expediciones.

Manifestó Aguilera que además de lo expuesto, quería presentar á la consideración de los presentes un escrúpulo que tenía y era el siguiente: Al aceptar el nombramiento de Presidente honorario de la sociedad, pudiera dar lugar á que se pensara que se proponía hacer oposición á la representación legal del Gobierno allí, lo que no parecía correcto, en virtud de su carácter de Vice-Presidente de la República, cargo que lo obligaba á ser el más celoso sostenedor del Gobierno.

Dijo Echeverría que efectivamente podía haber ese peligro; los demás opinaron de la misma manera y resolvieron entonces desistir de dicho nombramiento. Se acordó por último, que el pacto se formara entre Aguilera y Villegas, como representante este último de la expresada sociedad. Convínose que entre Echeverría y Villegas redactasen un nuevo contrato que sería leído en la próxima reunión.

Digamos algunas palabras con respecto á la sociedad "Los amigos de Cuba" con la que Aguilera estuvo unido por aquellos tiempos. Tan pronto como se hizo público entre las emigraciones el nombramiento del general Manuel de Quesada y sus compañeros para representar en el extranjero los intereses de Cuba, hemos visto que fué general el descontento de los cubanos. Los "aldamistas" indignados por el duro golpe que recibían, se revelaron contra tal disposición é hicieron el firme propósito de combatirla por cuantos medios les viniesen á manos. La resolución del Gobierno de dejar encomendados á la "iniciativa individual" los auxilios que debieran enviarse á los patriotas, vino como anillo al dedo á los airados aldamistas para separarse de la representación del Gobierno y obrar en completa independencia. Idearon formar una sociedad única en toda la emigración, con el nombre de "Los Amigos de Cuba" con sucursales en los diferentes centros de aquélla, haciendo que los fondos de estas sucursales ingresaran en la Central de New York. De esta manera trataron de que esta potente sociedad se pusiera frente á la representación del Gobierno, menguando en gran manera los auxilios que debiera recibir dicha representación. El proyecto tuvo éxito sólo en parte, pues

la sociedad no llegó á extenderse tanto como se propusieron sus iniciadores.

Como la iniciación de esta sociedad coincidió con la llegada de Aguilera de París á New York, y fuese cosa sabida que Aguilera no podía estar de acuerdo con Quesada y sus partidarios, los directores de "Los Amigos de Cuba" se apresuraron á brindar sus auxilios á Aguilera, y á ponerse á su disposición para ayudarlo en sus empresas patrióticas. El Presidente de esta sociedad, general Díaz de Villegas, inició una colecta de fondos entre los emigrados, para aplicarlos á la expedición que Aguilera proyectaba, y el resultado de ella fueron los cuatro mil pesos que Villegas había puesto á disposición de Aguilera para la pequeña expedición en que éste se ocupaba y que debía llevar á Cuba Miguel Luis Aguilera y Pío Rosado.

Ninguna intervención tuvo Aguilera en la formación de la sociedad "Los Amigos de Cuba"; fué esta obra exclusiva de Aldama y sus consejeros. Sin embargo, dado el peligro que los intereses de la Patria corrían con los nombramientos últimamente hechos por el Gobierno, Aguilera vió con agrado la formación de esa sociedad, que parecía iba á dar nueva vida á la revolución, y la que se afanaría por probar, con los recursos que mandara á Cuba, que los emigrados estaban dispuestos á auxiliar la causa de ésta, pero no estaban de acuerdo con los Representantes que había nombrado el Gobierno, por lo que se habían separado de ellos.

Hasta entonces el acuerdo que había existido entre la sociedad "Los Amigos de Cuba" y Aguilera, había sido meramente tásito; pero parecía que los directores de la sociedad aspiraban á que ese acuerdo fuese más efectivo, y de ahí la proposición de Echeverría de que se formasen pactos entre Aguilera y la sociedad. Por más que Echeverría ni Aldama formasen parte de la directiva de la sociedad, y sólo figurasen en ella como simples asociados, en realidad eran su alma y los que la manejaban á su antojo.

Teniendo en cuenta estos antecedentes, no pareció propio á Aguilera figurar como Presidente honorario de esa sociedad. El carácter oficial que representaba, le vedaba esa actitud frente al Gobierno. Por el contrario, en todos sus actos pocuraba asumir una actitud pasiva, dejando que la iniciativa la tomasen otros.

Tuvo efecto la otra reunión á que concurrieron las mismas personas que á la anterior. Se leyó el nuevo plan de Echeverría que fué aprobado por parte de los representantes de la sociedad, y se entregó á Aguilera para que lo estudiase. Este plan ó contrato fué aprobado después por Aguilera, y puede verse en el libro de Correspondencia, Documentos, etc.

El día 18 de Abril á las cuatro y media de la tarde, fué el general Bernabé Varona á casa de Aguilera. Este lo recibió en su habitación. Comenzó la conversación Varona preguntando á Aguilera en qué estado se encontraba su expedición grande, y cuáles eran sus proyectos futuros. Contestó Aguilera que no podría realizarse por entonces la expedición, aunque él seguiría trabajando para ello en la medida que pudiese. Habló Bernabé Varona del general Quesada y preguntó á Aguilera si no estaría dispuesto á unirse con él en caso que le ofreciese despacharlo con su expedición, que ya consideraba fracasada. Contestó Aguilera que lo consideraba imposible, porque lo tenía por enemigo personal suyo. Dijo Varona que era fácil que Quesada renunciase su puesto en la Agencia Confidencial, y que si tal hacía se cubriría de gloria, dando una prueba de su desinterés. Contestó Aguilera que eso era lo que debía hacer, por deber y patriotismo, vista la actitud que había tomado toda la emigración en contra suya.

Preguntó B. Varona si no habría medio de que Aguilera se reconciliase con el General Quesada. Contestó Aguilera que estaba equivocado al considerarlo enemigo personal de Quesada; no había tal enemistad por su parte; él sólo consideraba á Quesada perjudicial á la causa de Cuba, y por eso no podía estar de acuerdo con él. Dijo que tampoco le haría oposición; no por él, sino por la

representación con que el Gobierno lo había investido, lo que no era obstáculo para que trabajara á fin de que el mismo Gobierno le retirase esa representación.

Trató entonces B. Varona de que Aguilera lo despachase para Cuba con una expedición; contestóle éste que por de pronto no podía ser, por la escasez de los fondos de que podía disponer.

Dijo B. Varona que varios jefes habían salido de Cuba con la nota de traidores, y entre ellos él mismo,—Varona—por injusta que fuese. Añadió que aun el mismo Aguilera no estaba exento de ella, según la opinión de algunos, pues se le tachaba de autonomista y el mismo Gobierno lo creía así. Contestó Aguilera que no era extraño, porque esas voces habían salido del mismo Gobierno, inspiradas por Quesada y sus secuaces, con objeto de desacreditarlo y hacer que lo llamaran del extranjero, donde les estorbaba. Le refirió que un día había tenido una junta en su casa, con objeto de tratar de una negociación de bonos (los treinta millones de Ramón Martínez) y se presentó la señora del Presidente á Ramón Céspedes, dos horas después de la junta, diciéndole que sabía que Aguilera, él y otros más, habían tenido una reunión con objeto de traicionar á Carlos M. de Céspedes, pues en ella trataban de autonomía, etc. Que eso había sucedido antes de su viaje á Europa, por lo tanto sabía que hacía mucho tiempo que los quesadistas trabajaban en su descrédito para quitarlo de su camino.

Finalmente dijo B. Varona que necesitaba que Aguilera le diese algún dinero, porque se encontraba es muy mala situación, sin recursos para él y su familia. Añadió que así como en cierta ocasión había él entregado á Aguilera una cantidad que llevó de Europa, cuando Aguilera era Agente, la cual había servido para sostener por algún tiempo á la gente de la expedición de Agüero, creía muy justo que ahora lo socorriera Aguilera, cuando él estaba tan necesitado. Además, dijo que cuando Aguilera le había dicho en París que se volviera á Nueva York, él lo había obedecido inmediatamente y por eso no pudo recolectar el dinero que se proponía, para llevar una pequeña expedición á Cuba.

Contestóle Aguilera, que cuando él regresó la primera vez de Europa, á donde fué mandado por Quesada, efectivamente le había entregado, como Agente General que era entonces, una pequeña cantidad, que había servido para mantener por dos ó tres semanas á los "prácticos" de la expedición de Agüero que en aquella época estaba próxima á salir. El había recibido lo que B. Varona le entregó ,sin tomarle cuenta alguna, y por cierto recordaba que había rebajado mil y pico de pesos que dijo le habían prestado en Nueva York para el viaje. Que no tenía otro dinero que el que había traído de París, el que estaba sujeto á ciertas condiciones y de no cumplirse éstas, tendría que devolverlo. Por consiguiente, no podía complacerlo socorriéndolo en la necesidad en que se encontraba.

Dijo B .Varona que nunca hubiera creído que Aguilera hiciera por él menos que Mayorga, quien se había mostrado más generoso, las veces que se había visto en la necesidad de impetrar su auxilio. Y que con respecto á que no podía disponer de la cantidad que había llevado de Europa, él hubiera podido decir lo mismo á Aguilera de la que llevó él, excusándose así de habérsela entregado; pero no lo hizo porque no lo creyó decoroso . Que esperaba que Aguilera hubiera procedido con él de igual manera, y no que le correspondiera con semejante indignidad.

Díjole Aguilera que explicase sus palabras y contestó B. Varona que el proceder de Aguilera era no solamente indigno sino también muy "cochino" y muy "puerco". Levantóse Aguilera de su asiento y señalándole la puerta le dijo que era un insolente y que inmediatamente saliese de allí. Levantóse con ímpetu B. Varona y diciendo que quería acabar con ese "viejo pícaro" partió sobre Aguilera descargándole algunos golpes con los puños de los que éste se defendió.

Abrazólo Aguilera por la mitad del cuerpo, y después de una corta lucha cayeron los dos sobre el lecho de éste. Dabatiéronse allí por algunos momentos

hasta que B. Varona agarró á Aguilera por la barba diciendo que quería arrancársela y Aguilera le clavó los dedos en la garganta, oprimiéndolo con fuerza. En esta situación estuvieron por algún rato, cuando Varona fué aflojando la presión que hacía en la barba de Aguilera y éste hizo lo mismo, hasta que al fin quedaron libres. Esta lucha duró pocos minutos, durante los cuales los contendientes permanecieron silenciosos, percibiéndose sólo en rumor de pasos precipitados y golpes, pues ambos combatientes procuraban hacer el menor ruido posible.

B. Varona, además de ser joven, en todo el vigor de su edad, era un atleta y gozaba de la reputación de ser, cuando menos, uno de los hombres más fuertes de Camagüey. Aguilera aunque era un anciano debilitado por la edad y los sufrimientos, la defensa de su dignidad le prestó fuerzas para resistir á su robusto agresor.

Pusiéronse de pié, y Aguilera abriendo la puerta de su habitación dijo á B. Varona que saliera inmediatamente. Este, arreglando con premura su traje, se marchó, no sin decir antes á Aguilera que era un "pícaro" un "ladrón" que quería "robarse" el dinero de París.

No queremos hacer comentarios respecto al hecho que acabamos de relatar, porque consideramos no necesitarlo: dejamos al lector que los haga por sí (a).

Como ya era hora de comer, trató de reponerse Aguilera y fué á casa de Mayorga, que lo había invitado. Manifestóse allí como si nada extraordinario hubiese pasado, no diciendo ni una palabra de lo que le acababa de ocurrir.

Dijo Mayorga á Aguilera que Jesús del Sol había ido á verlo y le recomendó que le hablase á fin de que le pasara una mesada para su manutención, como lo hacía con otros patriotas. Contestó Aguilera que del Sol probablemente se refería á Miguel Luis Aguilera, Pío Rosado y algunos prácticos á quienes sostenía; que le dijera que si á éstos pagaba sus gastos de hospedaje, era porque necesitaba tenerlos listos para llevar la pequeña expedición que de un momento á otro debía despachar, pero que los caudales de Cuba no eran suficientes para mantener á todos los patriotas que llegaran del campo de la insurrección. Pensó Aguilera si pronto no tendría que sostener con del Sol otro lance como el que había tenido con B. Varona, dadas las pretensiones que se habían apoderado de los patriotas, de que él los mantuviera con el dinero que le habían confiado para auxiliar á Cuba.

Preguntó Aguilera á Mayorga, qué cantidades eran las que Bernabé Varona decía que él le había facilitado durante su ausencia en Europa. Mayorga le refirió que una vez se le había presentado Bernabé Varona acompañado de Ramón Céspedes, á quien llevaba como "padrino" diciéndole que estaba desesperado, pues se veía comprometido en un lance de honor y para salir de él le era indispensable cierta cantidad de dinero. Viendo Mayorga que aquel hombre parecía estar medio loco, dice que le dió trescientos pesos. Después volvió á presentárse con un pretexto parecido y por quitárselo de encima le dió ciento cincuenta pesos más. Comprendió entonces Aguilera la exigencia de Varona, pues parecía haber tomado gusto á la manera fácil conque otras veces había conseguido dinero, motivo por el cual se había indignado al ver que en aquella ocasión Aguilera se resistía cuando en otras lo había obtenido. No pudo menos que compadecer á Cuba al pensar que entre los que figuraban de manera tan prominente en la revolución había hombres como Bernabé Varona, Manuel de Quesada, Melchor Agüero y otros más.

Manifestó Mayorga á Aguilera que Francisco J. Cisneros le había dicho que tenía conseguido el capitán de un barco que se comprometía á dejar la lancha con la expedición á cinco millas de la costa de Cuba; y como Miguel Luis hubiese dicho á Cisneros que Aguilera tenía el asunto ya casi realizado, Cisneros se había disgustado. Vió Aguilera por ese lado una nueva dificultad que tendría que desvanecer.

Fué citado á una reunión para la no-

(a) No paró en esto el asunto; más para guardar el orden cronológico, lo dejamos en suspenso para continuar en su tiempo oportuno. *N. del A.*

che siguiente, promovida por Zambrana, para tratar de un asunto muy importante. Conociendo los hombres, y el estado de las cosas, sospechó Aguilera que la reunión fuera á rozarse en algo con los fondos de París, pues los tiros de todos se dirigían á esa suma, pareciendo haberse propuesto algunos vivir de ella. Previó que esa junta podría proporcionarle un nuevo conflicto.

Cuando se retiró á su cuarto por la noche, repasando en su mente los asuntos ocurridos aquel día y previendo las complicaciones que se le abocaban, pensó ir al día siguiente á ver á su amigo Echeverría, para explicarle con toda franqueza su situación, y como hombre de experiencia y de entendimiento claro, pedirle que lo auxiliara con sus buenos consejos para salir de aquel cúmulo de dificultades.

Hízolo así, y al referirle el suceso con Bernabé Varona, quedó asombrado Echeverría de tal audacia. Dijo que siempre había temido que sucediese otro tanto con Aldama, porque éste era algunas veces imprudente. Desde que había visto á Varona la primer vez, aunque le pareció simpático, había notado en él un aire de desfachatez, acreditado después con sus hechos.

Habiéndole dicho Aguilera su parecer respecto á la junta provocada por Zambrana, dijo Echeverría que en su concepto se relacionaría con algún nuevo plan de Bramosio para quedar bien con los emigrados de París, y que probablemente el tiro no era sólo á Aguilera, sino también á Aldama.

Aconsejó á Aguilera que viviese precavido, pues estorbaba allí á algunos y los enemigos que tenía eran bajos y capaces de cualquier infamia.

Le instó Aguilera para que no dejase de asistir á la Junta provocada por Zambrana, puesto que también él había sido citado, para tener allí quien lo apoyara, caso de que le fuera necesario defenderse. Echeverría le ofreció ir.

Refirió Aguilera á Ramón Céspedes y á Manuel Anastasio el suceso con Bernabé Varona, y quedaron escandalizados del arrojo de éste. Dijo Ramón Céspedes que la situación de Aguilera era bien difícil y opinó Manuel Anastasio que Aguilera debía aprovechar esa coyuntura para ir á ver á su familia en Kingston, dando así tiempo á que llegase la contestación de París respecto á si debía devolver el dinero que de allí había llevado ó si podría retenerlo para invertirlo en otras empresas patrióticas, dando lugar á que se despejara un tanto la situación. Recomendó Aguilera á ambos lo mismo que había encargado á Echeverría, el más estricto secreto respecto al incidente con Bernabé Varona, pues tan escandaloso hecho haría mucho daño al crédito de la causa de Cuba.

Concurrió Aguilera á la Junta promovida por Zambrana, en casa de Mayorga á las ocho y media de la noche. Se reunieron, además de Zambrana, Villegas, Aldama, Delmonte, Echeverría, Hilario Cisneros y su hermano Francisco Javier, Pedro Martín Rivero y Mayorga. Expuso Zambrana la urgencia de mandar recursos á Cuba; dijo que no convenían expediciones muy grandes por varias razones que adujo, ni muy pequeñas por ser insuficientes; lo que convenía eran las medianas y á él le habían hecho una proposición que le parecía muy aceptable y era la siguiente. Que previo el depósito de cincuenta mil pesos que se hiciera en un banco, había quien se comprometía á llevar á Cuba armas, municiones y elementos de guerra, por valor de la referida cantidad de cincuenta mil pesos, y así que se trajera de Cuba libre, recibo firmado por Céspedes ó cualquier otro jefe caracterizado de la revolución, á satisfacción de los depositantes, ó cualquier otra constancia que éstos prefiriesen, de haber llegado á manos del Ejército Libertador esos elementos de guerra, entonces los cincuenta mil pesos depositados irían á poder de los que habían mandado la expedición. Si ésta se perdía, los depositantes retirarían su depósito íntegro. Dijo que los que proponían este negocio estaban dispuestos á dar toda clase de garantías que se les pidiese.

Preguntó Mayorga á Zambrana si Melchor Agüero tenía alguna participación en el negocio y contestó Zambrana que poco importaba quien llevase las armas

si nó quedaba duda de que ellas estaban en poder de los patriotas.

Tomó entonces la palabra Aldama y dijo dirigiéndose á Zambrana, que ya sabía ''por dónde venía el agua al molino''; que la proposición era de Bramosio, cuyos tiros se dirigían á él y al dinero que Aguilera había llevado de París. Historió la conferencia que tuvo en esa ciudad con varios patriotas, en su habitación en el ''Grand Hotel'', y, por cierto, no fué exacto en la narración, pues dijo que la conferencia había sido promovida por él, para estimular á Bramosio, cuando quien la promovió fué Almagro instigado por Aguilera y dijo también que los emigrados de París habían ofrecido dar cincuenta mil pesos por cada cantidad igual que se reuniese en New York, cuando sólo se habló de cincuenta mil pesos por cada parte, para la expedición de Aguilera.

Lo interrumpió Zambrana diciendo que sentía que el señor Aldama llevase esa cuestión al terreno de las personalidades y de las pasiones, hablando de ''aguas al molino'' y de tiros á él y otras personas, cuando él, que era quien proponía el negocio, estaba muy distante de merecer tales apreciaciones.

Replicó Aldama que no se refería á Zambrana y siguió la historia comenzada procurando atraer á Aguilera á algunas explicaciones, pero éste, disgustado al ver la actitud antipatriótica de Aldama, evadía sus alusiones.

Entonces Echeverría, que estaba violento por el mismo motivo que Aguilera, lo interrumpió diciendo que ¿á qué venía historiar hechos pasados que sólo servían para exacerbar más las pasiones? En su concepto la cuestión era bien sencilla, pues se reducía á saber si se podrían reunir los cincuenta mil pesos del depósito. El, por su parte, creía que no se reunirían.

Contestó Zambrana que disentía de la opinión de Echeverría, pues en su concepto lo primero que debía discutirse era si la proposición era buena, y si se acordaba que lo era, eso facilitaría la reunión del dinero.

Se sometió á discusión este punto y todos estuvieron de acuerdo en que la proposición era buena si se daban las garantías necesarias de que se cumplirían fielmente los ofrecimientos, pues había la ventaja de que en caso de siniestro de cualquier clase que fuera, los depositantes retirarían su depósito y nada perderían.

Aldama, sin embargo, se mantuvo firme en su negativa, diciendo que su padre le había enseñado que ''no había negocio bueno con hombre malo'', etc.

En este estado la cuestión, preguntó Zambrana á Aguilera si vistas las dificultades con que tropezaba el proyecto de su expedición, estaba dispuesto á ceder la cantidad que había llevado de París para la realización del que él proponía.

Contestó Aguilera que á él se le había entregado esa suma condicionalmente. Que había escrito á París diciendo que, farcasado su proyecto, estaba dispuesto á devolver la cantidad que se le había confiado, según su compromiso; pero al mismo tiempo suplicaba á los donantes que no se la retirasen, pues habiéndose puesto en relaciones con otras personas, podía utilizarla en beneficio de la patria. Dijo, sin embargo, que si recibía una contestación favorable, como estaba casi seguro de obtenerla, podía Zambrana contar con la cantidad encomendada á su cuidado, siempre que se le diesen todas las garantías necesarias para el fiel cumplimiento del contrato.

Todos los presentes, menos Aldama, se manifestaron dispuestos á ayudar á Zambrana en la recolección de fondos para el depósito, así que Aguilera recibiese la autorización para disponer libremente de los que tenía.

Aldama sostuvo sus declaraciones anteriores y no ofreció nada en pro del proyecto. Se levantó un acta de la reunión, copia de la cual puede verse en el libro de Correspondencia, Documentos, etc.

Desde que reasumió Aguilera la empresa de despachar la pequeña expedición de Miguel Luis y Pío Rosado, resolvió darle más importancia y mandarla en un pequeño vapor con más abundantes materiales de guerra. A este efecto tenía varios comisionados buscando el re-

ferido vapor. Fueron un día Miguel Luis, Pío Rosado y el capitán Brown á hablarle de un pequeño vapor que podía convenirles, por el que pedían siete mil pesos. Hízoles Aguilera un presupuesto del costo del vapor, el dinero de contado que debían dar por el material de guerra y gastos del capitán, tripulación, etc., y subió el costo á diez mil quinientos pesos. No pudiendo contar sino con seis mil quinientos, entre los fondos que Villegas le había entregado y otras cantidades de dinero recolectadas á nombre de Aguilera, resultaba un déficit de cuatro mil pesos. Como llegara á la sazón Mayorga y tomara parte en la discusión, le preguntó Pío Rosado con cuánto contribuiría él por su parte para la empresa que proyectaban. Contestó Mayorga que estaba dispuesto á ayudar como otro cubano cualquiera, pero que no podía hacer sacrificio alguno porque ya había hecho muchos, y había cesado de ser Agente General. Al fin convino Mayorga en que prestaría una fianza de dos mil pesos para conseguir las armas que necesitaban.

Mayorga, que siempre había combatido á Aguilera la idea de su unión con la sociedad "Los Amigos de Cuba" porque decía que en esa unión quien salía ventajosa era la referida sociedad, porque ella se llevaría la gloria que correspondía á Aguilera ,le reiteró esta vez lo que otras muchas le había dicho y era lo siguiente:

Decía Mayorga que Aguilera estaba en aptitud de obrar libremente, porque todos los fondos que había estaban recolectados en su nombre, y por consiguiente le pertenecían, no contando con ninguno la sociedad "Los Amigos de Cuba". Decía que si esta sociedad tenía tanto empeño en unirse á él, era porque veía en ese acto un medio de acrecentar sus fondos, ganar importancia y llevarse la gloria de despachar expediciones, quedando obscurecido Aguilera, que era quien con su nombre proporcionaba los medios de realizar esos importantes trabajos, figurando la sociedad como si todo fuera debido á ella.

Contestaba Aguilera que todo eso lo vió él desde el primer momento, y á pesar de ello no había vacilado en unirse á la referida sociedad. A ello lo habían inducido varias razones á las que no era posible dejar de atender. En primer lugar, sería muy impropio en él, como Vice-Presidente de la República, emprender la organización de expediciones en completa independencia y hasta en oposición á la legítima representación del Gobierno. Eso equivaldría á levantar un nuevo partido que dividiría aun más la emigración cubana, con grave perjuicio de la causa, cosa que jamás podía aceptar, pues no quería afrontar la responsabilidad que entonces le cabría ante la historia, que lo juzgaría como á uno de tantos ambiciosos vulgares, más celosos de satisfacer su vanidad, que del bien de la patria. Decía que á no estar investido con el cargo oficial que llevaba, hubiera seguido el consejo de Mayorga, obrando con independencia de la sociedad y de la representación del Gobierno; pero como Vice-Presidente de la República, tenía que ser muy cáuto en todos sus actos.

Por otra parte, ¿qué le importaba que apareciese que esas expediciones fuesen mandadas por él ó por la sociedad "Los Amigos de Cuba"? El mero nombre de quién las mandara, no tenía importancia ninguna para él; lo que sí la tenía, y mucha, era que las expediciones salieran y llegaran á manos de los patriotas. Por el contrario, prefería que toda la gloria fuera para la sociedad, pues esto la serviría de saludable estímulo para trabajar con ardor por esclarecer su nombre y cubrirse de laureles, redundando todo ello en beneficio de la patria.

Mandó entonces Aguilera traer el contrato que hacía poco había firmado con la referida sociedad; hizo leerlo á los allí presentes y Miguel Luis dijo que Aguilera tenía razón, pues no debía hacer acto alguno por el que pudiera creerse que hacía oposición al Gobierno. No opinó así Pío Rosado, quien dijo que había casos en la vida en que era preciso arrostrar por todo y combatir lo malo, poniendo la vista en el bien de la patria. Acordóse por último que Aguilera se avistase con Villegas á fin de buscar el

medio de salvar el déficit que había para la expedición.

En esta manera de proceder, se ve á Aguilera retratado de cuerpo entero. Hombre que tenía clara idea de sus deberes y que no vacilaba en cumplirlos; su única mira, el punto á que dirigía todos sus esfuerzos era el bien de Cuba y el triunfo de la causa; todo lo subordinaba á esas caras aspiraciones de su alma. Personalmente no se contaba para nada, se conformaba con ser el escondido motor que pusiese en acción la grandiosa máquina de la revolución, para que todos la admirasen, para que venciera, al fin, llevándose ella la gloria de su triunfo. ¿Qué le importaba que nadie supiese quién había suplido la fuerza capaz de realizar tan portentosa obra?

Es raro encontrar en la historia un carácter como el de Aguilera. Para los hombres más grandes, para aquellos que han realizado las obras más admirables, ha sido la gloria uno de los aguijones que más los ha estimulado en sus fatigas y en sus sacrificios; y muchos, de esta gloria han sido tan celosos, como de su obra misma. Nada de eso sucedía á Aguilera. Su gloria la tenía en nada, y se la regalaba al primero que quisiese tomarla. Nada ambicionaba para sí; ni honores, ni distinciones ,ni lucro. No parecía tener pasiones, ó que las simpatías ni antipatías tan comunes en todos los hombres, tuviesen en él fuerza alguna. Si alguna vez se le vió opuesto á otro hombre, fué por razones de alta consideración y nunca por ruínes motivos. Si combatió á Quesada, á pesar de ser un hombre que trabajaba por la revolución, fué porque lo creía perjudicial para Cuba, á quien trataría de convertir en feudo suyo tan pronto como tuviese oportunidad para ello. Si se puso al lado de Aldama, por más que conocía las deficiencias de su carácter, fué porque éste daba prestigio á la causa de Cuba y aun podía serle de gran provecho desde el momento que quisiera. Todas las ambiciones, todas las pasiones, todas las virtudes, todos los afectos que mueven al corazón humano, parecían haberse concentrado en Aguilera en un solo sentimiento, en una sola aspiración: su amor á Cuba, y su propósito firme de hacerla independiente.

CAPITULO VI

ABRIL 1873

EXPEDICION DE AGUILERA—ALDAMA SE MUESTRA RESENTIDO.—ANTECEDENTES DE ALDAMA.—AGUILERA, POR PATRIOTISMO NO LO DESCUBRE.—ECHEVERRIA ACONSEJA A AGUILERA QUE NO DISGUSTE A ALDAMA.—DISGUSTO DE ZAMBRANA CON BRAMOSIO—DON FRANCISCO AGRAMONTE—SUS CONTIENDAS CON MORALES LEMUS.—DAÑOS QUE ESTAS HICIERON A LA CAUSA DE CUBA.—EXPLICACION SATISFACTORIA QUE HACE AGUILERA A ALDAMA.—NUEVO PLAN DE EXPEDICION DE ALDAMA.—AGUILERA LO COMBATE.—VILLEGAS TIENE A MAL QUE CONTRADIGA A ALDAMA.—COMUNICACION DE AGUILERA AL GOBIERNO DE CUBA.—EXPLICA RAZONES EN QUE SE FUNDA PARA NO MARCHAR INMEDIATAMENTE.

Fué Aguilera á hablar con Villegas respecto al asunto de la expedición. Le manifestó éste que en los cuatro mil pesos que le había entregado, había mil pesos que Don Juan Jove le había dado á él diciéndole que quería los emplease en la causa de Cuba, según lo creyese más conveniente. Dijo que sería bueno que estos mil pesos figurasen como puestos por la sociedad "Los Amigos de Cuba" á fin de dar prestigio á la misma, viéndose que en tan pocos días como tenía de existencia, ya tenía fondos propios de alguna consideración.

Contestó Aguilera que no había inconveniente para ello, y refiriéndose entonces al díficit de cuatro mil pesos, dijo Villegas que iría á hablar con Aldama y trataría de ver si así vencía la dificultad. Añadió que pensaba decirle: "Compadre usted me prometió favorecerme con su influjo y su dinero. Yo necesito cuatro mil pesos para realizar un proyecto y es necesario que me los ruena entre

sus amigos". Villegas se mostró confiado en conseguirlos, y Aguilera, por más que no tenía ninguna fe en el medio, no quiso desanimarlo.

Había introducido Villegas una alteración en el proyecto de Aguilera, contando como otro vapor mejor, que dijo podía conseguir por ocho mil pesos, aumentando así la importancia de la expedición.

Al día siguiente fué Villegas á ver á Aguilera y le dijo que la conferencia con Aldama no había dado ningún resultado, porque al exponerle el plan de la expedición proyectada con Aguilera, y decirle necesitaba que entre sus amigos le reuniera cuatro ó cinco mil pesos para realizarla, le contestó Aldama que no podía favorecer la expedición, porque ya Aguilera se había separado de él, pareciendo no querer contar con su auxilio. Sorprendióse Aguilera con tal noticia, aunque pensó q ue no sería más que uno de los mil pretextos de que echaba mano Aldama, á fin de no dar dinero para Cuba. Sin embargo, no queriendo que lo tomase como excusa para no contribuir, dijo á Villegas que iría á verlo para saber qué nuevo lío era ese.

Contestóle Villegas que estaba persuadido de que no era más que un pretexto de Aldama. Dijo que él conocía á Aldama desde muy niño; se habían criado en el mismo barrio, lo habían mimado mucho, siempre había hecho su voluntad y por eso tenía un carácter tan tenaz; pero no desesperaba de sacar partido de él. Julio Peralta, añadió, se condujo con Aldama, admirablemente, tuvo una paciencia extraordinaria hasta el último momento, y poco antes de marcharse le dió Aldama una carta-orden para la armería de Hartley, autorizándolo para que tomase allí lo que necesitase en armas y municiones. Peralta no cogió más que por valor de setecientos pesos y pico, y añadió Villegas que estaba persuadido de que si Peralta hubiera vuelto, Aldama lo hubiera despachado con una buena expedición, pues así se lo había ofrecido.

A continuación del párrafo donde se refiere este particular, pone Aguilera, en su "diario", entre paréntesis lo siguiente:

"Esta "guayaba", por la cuenta, se la ha hecho tragar Aldama á Villegas. Sin embargo , no quise desilusionarlo".

Se observará en ésta, como en otras ocasiones análogas, que Aguilera siempre evitaba decir nada que pudiera desprestigiar á los hombres que figuraban en la revolución. Por el contrario, quería que estos hombres aparecieran impecables, por el crédito que de esta manera reflejarían sobre la causa que sustentaban. Convencido de las debilidades de Aldama y abrigando tan poca fe en que hiciese nada efectivo por la causa de Cuba, esta convicción la guardaba para sí, y si había alguien que esperaba verlo dejar el camino de las pasiones y entrar por la senda del patriotismo, muy lejos de desengañarlo, más bien lo alentaba á que se acercase á él y lo estimulara. Tenía la convicción de que si algo fuera posible obtener de Aldama, había que ser por ese medio; de otro modo, sólo se conseguiría el desprestigio estéril de un hombre de quien Cuba necesitaba.

Manifestó Villegas que aquella noche tendría una junta la Directiva de la sociedad, en la que iba á proponer á ésta tomar á crédito en la casa de Hartley, no solamente los dos mil pesos de las armas y las municiones, sino otros dos mil pesos más para mandar cien mil cápsulas y algunas armas más, contando para el efecto con la fianza que Mayorga había ofrecido á Aguilera. La expedición calculaba que costaría de catorce á quince mil pesos, en la forma siguiente:

$8.000 el vapor.
$4.000 las armas y municiones.
$1.000 sueldo del capitán.
$1.500 tripulación, víveres, carbón é imprevistos.

$14.500 Total.

Dijo Villegas que el capitán Summer era el hombre más á propósito para la empresa en que se ocupaban. Este capitán le había dicho que Ramón Martínez le ofrecía tomarlo á su servicio, abonándole cien pesos mensuales cuando es-

tuviera parado y doscientos pesos cuando se ocupara en el arreglo de alguna expedición, sin perjuicio de pagarle el viaje á Cuba con la expedición por separado; pero dijo que prefería trabajar con Villegas si lo necesitaba. Este le contestó que le avisaría, pudiendo mientras tanto ocuparse con Martínez, pues todo era servir á Cuba.

Como Aguilera puso siempre el mayor empeño en que Aldama no tuviese motivo de disgusto con él, á fin de que no lo tomara como pretexto para retraerse de auxiliar la causa, fué al escritorio de éste para ver qué resentimiento era el suyo. No encontró á Aldama, pero sí á Echeverría, y hablando con éste le manifestó el objeto que lo llevaba allí.

Contestóle Echeverría que Miguel (Aldama) era así; que estaba enojado porque Aguilera había dicho en la junta de Zambrana que su expedición había fracasado, sin haberse puesto antes de acuerdo con él.

Manifestó Aguilera que si lo dijo fué porque así era, en vista de la explícita manifestación de Bramosio, y de la "retrechería" de Aldama, que estaba seguro que no daría ni los diez mil pesos ofrecidos.

Contestó Echeverría que para no lastimar la susceptibilidad de Aldama, convenía le dijese que si había dicho que su expedición había fracasado era porque realmente estaba fracasada, pero que había escrito á París diciendo que no por eso desistía de ella, contando para el efecto con Aldama. Dijo que así quedaría satisfecho éste, sin entrar en enojosas explicaciones.

Escribe Aguilera en su "diario", á propósito de este asunto: "¡Fuerte cosa tener que estar contemplando á un hombre que ni yo, ni sus más íntimos amigos tenemos esperanza de que dé nada para la revolución por ahora, y yo creo que por siempre, tan sólo para que sirva de "figurón" en la causa de Cuba".

Como hubiese esperado bastante tiempo Aguilera á Aldama, sin que éste fuera á su escritorio, se retiró aplazando verlo para el día siguiente.

Fué Villegas á informar á Aguilera de la junta que había tenido con la directiva de la sociedad, y comenzó preguntándole si había sabido el disgusto de Zambrana con Bramosio. Como Aguilera le contestase que nó, refirióle Villegas lo siguiente: Habiendo ido Zambrana á informar á Ramón Martínez del resultado de la junta que había tenido en casa de Mayorga, le contestó Martínez que él no podía aguardar á que llegase la contestación de París, que esperaba Aguilera, porque tenía la expedición lista para mandarla y ese era un plazo indefinido. En vista de esta dificultad, fué Zambrana á casa de Bramosio á pedirle los diez mil pesos que le había ofrecido, para con otros elementos que contaba, tratar de mandar algunos recursos á Cuba. Bramosio le contestó que Agüero había estado el día anterior con el mismo objeto y le había contestado que no podía resolver hasta ponerse de acuerdo con Martínez. Insistió Zambrana diciendo que no tenía nada que ver con Agüero ni con su acuerdo con Martínez, sino que iba á pedirle lo que él le había ofrecido para su expedición. Bramosio le contestó con aspereza, diciendo que no consentía que se hiciese presión sobre él y por lo tanto, ya no le daría nada á Agüero ni á él. Desconcertado Zambrana con tan inesperada respuesta, le contestó: "Basta, hemos concluído", tomó su sombrero y se marchó á pesar de que Bramosio quiso entrar después en explicaciones.

Añadió Villegas que Zambrana se había anulado, porque no podía esperar nada de Martínez, por considerarlo éste aldamista, y su disgusto, con Bramosio, amigo de Martínez, lo ponía en peor condición; ni tampoco podía esperar nada de Aldama, por las inclinaciones que había mostrado hacia Martínez y Quesada.

Dijo que Carlos Manuel de Céspedes había mandado á Zambrana al extranjero, para que se desconceptuara, y á la verdad, lo había conseguido en menos tiempo del que podría esperar.

Este incidente podrá dar una idea al lector del tino y exquisito tacto con que tenía que proceder cualquier hombre que tomara á su cargo la magna empresa de recabar de aquella emigración, tan desmoralizada, recursos con que auxiliar la revolución. Aquellos hombres que tan

celosos se mostraban por figurar en primera línea y tan prontos estaban para poner estorbos á los trabajos patrióticos que intentaran sus contrarios, cuando se les pedía el óbolo que acreditase sus pretensiones á llamarse patriotas, y afirmasen los derechos que pretendían tener á figurar sobre los demás, daban excusas y pretextos y de buena gana rompían con quien les exigiese el cumplimiento de los deberes que se habían impuesto al ponerse en las primeras filas de la revolución. Cierto es que se necesitaba ser otro Job ú otro Aguilera para no impacientarse, para tener toda la prudencia y discreción necesarias, para mimar y contemplar aquellos cadáveres políticos, que en vez de fe y patriotismo sólo abrigaban en sus pechos egoismo y soberbia.

Respecto al resultado de la junta, dijo Villegas que habían acordado proponer á Hartley tomar á crédito las armas y pertrechos, á pagar en plazos mensuales de quinientos pesos. Habiendo manifestado dudas Aguilera de que el armero aceptara, dijo Villegas que se le podría afrecer seis ó siete por ciento de interés.

Siguiendo la discusión de éste y otros puntos, dijo Aguilera que lo principal era tener vapor; que las armas podían conseguirse siempre de una manera ó de otra, y si demoraba mucho la salida de la expedición tendría que mandar los comisionados por la vía de Jamaica, porque urgía que su contestación á las últimas comunicaciones del Gobierno llegasen sin más demora. Hablando de Aldama, convinieron en que Villegas aguardaría á Aguilera en el escritorio de la antigua Agencia á la una del día para ir á verlo.

Después de extinguida la Agencia General, que tenía su oficina en el número 50 de Exchange Place, convinieron Aguilera, Aldama y Villegas, continuar ocupando esa oficina para tener un lugar donde reunirse y tratar de los trabajos patrióticos en que se ocupaban, abonando su renta la sociedad "Los Amigos de Cuba."

Fué Aguilera á la oficina de la sociedad y encontró allí entre otras personas á Martín Rivero. Llamólo éste aparte y refirióle el suceso de Zambrana con Bramosio, en iguales términos que lo había hecho Villegas, pero añadiendo que Zambrana había estado algo imprudente; se presentó con Bernabé Varona, cuya estrecha amistad lo perjudicaba mucho. Dijo también que con demasiada arrogancia le había exigido los diez mil pesos.

Poco después llegó el señor Francisco Agramonte y dijo Rivero que ese hombre había hecho mucho daño á la causa de Cuba en su principio. Cuando Morales Lemus estaba en tan buen acuerdo con Mr. Fish, Secretario de Estado americano, y los asuntos de Cuba marchaban muy bien en los Estados Unidos, Francisco Agramonte tenía numerosas reuniones en su casa, con el único objeto de desacreditar á Morales Lemus. Una vez había celebrado una especie de mitin en el que pronunció un discurso, subido sobre una mesa, denigratorio para Morales Lemus. Ultimamente, dijo que viendo que sus trabajos no daban el resultado que apetecía, hizo una exposición, dirigida al Presidente Grant, al Secretario Fish y al Congreso americano, la que hizo firmar á varios cubanos, protestando contra los actos que llevase á cabo Morales Lemus y diciendo, por conclusión, que era un impostor, pues se titulaba representate de Cuba libre, y no era tal, pues no tenía poderes ningunos del Gobierno de Cuba. Eso, según Rivero, fué el principio de las disensiones entre los cubanos, y del desconcepto de Morales Lemus para con Mr. Fish, el mismo que después se extendió á toda la causa de Cuba.

Bajó Aguilera al escritorio de Aldama, en el mismo edificio que el de la sociedad. Encontró allí á Delmonte, yerno de Aldama, quien le dijo que iba á mandar por éste para que no lo aguardase tanto tiempo como el día anterior. Sin embargo del buen propósito de Delmonte, Aldama no llegó hasta una hora después. Simultáneamente llegó Villegas y se sentaron los tres. Aguilera, con objeto de suavizar cualquier aspereza de parte de Aldama, comenzó diciendo que había escrito á París manifestando que aunque su expedición había fracasado por de pronto, sin embargo, no por eso desistía de su proyecto,

el cual podía realizarse todavía, y en esa virtud esperaba que no le retiraran los fondos que le habían entregado, sino que por el contrario, más bien trataran de completarlos, pues, en último caso, de no poder realizar su expedición, siempre utilizaría Cuba dichos fondos empleándolos en mandarle los recursos de que tanto necesitaba. Además, había dicho que trabajaba de acuerdo con la sociedad "Los Amigos de Cuba" con ambos fines, y contaba con los auxilios de Aldama y sus amigos.

Contestóle Aldama que se alegraba mucho de la declaración que le hacía, porque él había escrito á París en el mismo sentido y había extrañado mucho que cuando interpelado en la junta de Zambrana por éste, dijera que la expedición había fracasado, sin añadir por ahora, ó por el presente; pero que también era cierto, dijo, que Zambrana había seguido hablando y no le había dado tiempo para ello. Continuó diciendo que por ese motivo había creído que Aguilera lo había desligado de su compromiso de ayudarlo para la expedición; pero que si no era así, seguiría trabajando con muchísimo gusto para que Aguilera saliese adelante en su empresa.

Villegas, muy satisfecho, manifestó, dirigiéndose á Aldama, que se alegraba mucho verlo colocado en ese terreno, y que era necesario que trabajara con todo ahinco, y viera la mayor cantidad que pudiera reunir con Rivas, la señora madre de Ponce de León y otras personas acaudaladas, amigas suyas, á fin de realizar pronto la expedición en que se ocupaba con Aguilera, y á grandes rasgos formó en presupuesto de la misma.

Dijo Aldama que el proyecto podía realizarse con más economía, de la manera siguiente: Mandar el armamento á Nassau, en uno de los vapores de esa línea, como mercancía, y allí dos ó tres comisionados fletarían otras tantas goletas con las que pondrían el armamento en las costas de Cuba sin apercibirlo nadie. Dijo que ese era el único medio de que Ignacio Agramonte recibiese el armamento, porque si se mandaba por Oriente, no llegaría á su poder.

Contestó Aguilera que ese proyecto tenía varios inconvenientes y eran: Primero. Que la costa Norte desde Camagüey hasta Maisí era la más vigilada por los cruceros españoles y las goletas corrían mucho peligro de ser descubiertas y apresadas. Segundo: que como el desembarco no podía efectuarse en la costa frente á Cayo Romano, había de hacerse por la jurisdicción de Holguín, muy distante de Camagüey, para que Agramonte pudiera recibir la expedición. Tercero. Que necesitaba mandar pliegos muy importantes para el Gobierno, los que en el largo trayecto de Camagüey á Oriente podían extraviarse. Cuarto. Que lo que habría que pagar por flete á las goletas podía invertirse en comprar un vapor que se utilizaría para llevar otras expediciones más, etc.

Villegas nada dijo.

Así que se despidieron dijo Villegas á Aguilera que á Miguel (Aldama) había que conocerlo; era necesario no contradecirlo, y siguiendo este sistema el día menos pensado iban á sacarle dinero, aun sin apercibirse él mismo.

Parecióle divertido á Aguilera el peculiar concepto que tenía Villegas, de su íntimo amigo Aldama y le contestó que nadie era capaz de tratar con más miramiento á ese señor que él; pero creía que distaba mucho de merecer que se le tuviera por otro Padre Santo para no poder objetarle en aquello que estuviera errado.

La comunicación que deseaba Aguilera llegara á Cuba era la siguiente:

"Ciudadano Miguel Bravo y Senties,

"Secretario de la Guerra, encargado de la Secretaría de Estado de la República de Cuba.

"New York, Abril 25 de 1873.

Ciudadano:

"Hace pocos días recibí en esta ciudad el despacho de esa Secretaría de Estado, fecha primero de Febrero último, en que me participa usted que el Gobierno no ha tenido á bien aceptar mi renuncia de la Vice-Presidencia de la República, formulada en mi comunicación de 15 de igual mes del año próximo anterior, y me ins-

28

truye que "para subsanar lo relativo al desempeño de aquel cargo , se ha dispuesto que á falta del Presidente de la República, y ausente el Vice-Presidente, ejerza este cargo el Presidente de la Cámara de Representantes". Y por último reitera usted la necesidad para el bien de la patria, de que yo regrese lo más pronto posible al territorio de la República.

"El contenido del citado despacho ha sido para mí, objeto de graves meditaciones, que al cabo me han hecho decidir retirar mi renuncia, y continuar ejerciendo el cargo de la Vice-Presidencia, conforme á los deseos del Goberno, mientras la Cámara no disponga otra cosa, ó no me obliguen á retirarme definitivamente las circunstancias. Estas me inducen hoy á considerar como un acto de patriotismo permanecer en el puesto con que me honró la elección del pueblo, á pesar de las espinas que lo rodean; y las mismas me aconsejan diferir algún tanto mi regreso al territorio de la República, en la persuación de que para el bien de la patria, que usted me recuerda y es mi constante anhelo, puede ser más útil mi acción en el exterior, que mi presencia en Cuba, subasanada ya como se halla, con acierto por el Gobierno, la dificultad á que pudiera dar lugar la falta, por cualquier causa, del ciudadano Presidente.

"El Gobierno no ignora que el objeto de mi reciente viaje á Europa no fué otro que acopiar recursos para llevar una respetable expedición; adelantada ya la colecta, y asegurada la promesa de cooperación por parte de cubanos ricos de esta ciudad, fuí llamado por telégrafo, á virtud de las variaciones en la representación oficial dispuesta por el gobierno, y tuve que venir precipitadamente á esta ciudad, dejando interrumpida mi obra. Por la misma causa he tropezado aquí con dificultades para el cumplimiento de las ofertas; pero tantos obstáculos no han bastado para hacerme desistir de la empresa. Aunque condicionalmente, tengo á manos elementos pecuniarios no despreciables; espero recoger otros, que se desparramarían tan pronto como yo abandonase el proyecto, para el cual se me exige por todos mi dirección personal; y en tal estado no me parece que sería cuerdo precipitarme á volver á Cuba, donde mi presencia no es necesaria, puesto que en cualquier aventualidad desgraciada, como lo sería siempre la falta del ciudadano Presidente, ocuparía dignamente su lugar el de la Cámara de Representantes.

"Por otra parte, permítame el Gobierno manifestarle que la supresión de la representación oficial de la República y, su reemplazo por la Agencia Confidencial, han conmovido hondamente la emigración cubana, alarmando á unos, exagerando en otros la importancia de su iniciativa individual, descontentando á mayor número por los motivos en que se ha fundado alteración tan trascendental, y excitando en la generalidad nuevas y profundas divisiones que ya principiaban á calmarse.

"Debo aquí protestar enfáticamente que no critico ni aprecio la determinación del Gobierno, cuyas atribuciones é independencia respeto; pero he juzgado también de mi deber, indicarle siquiera los efectos de sus últimas medidas. Uno de ellos ha sido la de que organizándose muchos de los emigrados en agrupaciones más ó menos numerosas, se propongan remitir por su cuenta á Cuba, armas y municiones, en la confianza que merecerán del Gobierno el mismo aplauso que ha concedido á los que antes de ahora han hecho otro tanto, aun cuando han procedido á ocultas ó en hostilidad de la representación oficial de la República. Es indudable el espíritu patriótico que anima á esas agrupaciones, de las cuales puede sacarse buen partido para la patria. Algunas de ellas, sabedoras de mi proyectada expedición, se manifiestan dispuestas á cooperar conmigo á su realización. Dado estas circunstancias, he creído que mi carácter de Vice-Presidente de la República, podría servir para dar buena dirección y conservar reunidos un número respetable de cubanos de buena fe, deseosos de coadyuvar á la acción del Gobierno, pero que, aun cuando no sean contrarios á la Agencia Confidencial prefieren, sin embargo, hacer uso de su propia iniciativa. Los recursos que esos cu-

banos ó las asociaciones á que estén afiliados, proporcionen, unidos á los que yo consiga por otro lado, pueden permitir que se organice una expedición salvadora, y si para esto no alcanzan, alcanzarán, de todos modos, para enviar una ó más expediciones en menor escala.

"La influencia que podría tener mi presencia en Cuba para aumentar las deserciones de los voluntarios cubanos al servicio de España, no compensa en mi concepto, el desaliento que mi retirada produciría entre los emigrados.

"La reacción que usted indica, ha tenido lugar, sin estar yo presente, débese á la energía y triunfos de los patriotas; á medida que éstos sean más decisivos, serán también más numerosas las deserciones; y no cabe ponerse en duda, que influirán mucho más, para que lleguen á ser en masa, la frecuente introducción de armas y pertrechos, ó mi desembarco al frente de una fuerte expedición, que mi regreso individual y solo, al territorio de la República.

"En resolución, ciudadano Secretario, ruego á usted se sirva comunicar al Gobierno, que retirando mi renuncia de la Vice-Presidencia de la República, me propongo acelerar cuanto esté á mi alcance mi vuelta á la Isla, con una expedición capaz de dar impulso decisivo á la revolución; y si esto no fuere realizable, enviar otras en menor escala, tan á menudo como sea posible. Yo espero que el Gobierno, en gracia del patriotismo que me anima, no negará su aprobación á mi conducta.

"Soy de usted con la mayor consideración atento y s. s. y conciudadano,

Patria y Libertad,

F. V. Aguilera."

CAPITULO VII

ABRIL 1873

DURA CONTESTACION QUE DA DELMONTE A ZAMBRANA RESPECTO A AGUERO.—RAFAEL LANZA Y ECHEVERRIA.—R. LANZA Y JOSE MARIA MORA.—FRACASO DE LA EXPEDICION DE R. LANZA.—AGUILERA Y VILLEGAS RECONOCEN UN VAPOR SIN RESULTADO.—HISTORIA DE VILLEGAS SOBRE INCLAN, GONZALEZ Y PAYAN.—FRANCISCO J. CISNEROS PROPONE DESEMBARCAR LA EXPEDICION EN UNA LANCHA DE VAPOR.—EL MAQUINISTA AGUIAR DESAPRUEBA EL PLAN.—ZAMBRANA Y SU FOLLETO SOBRE LA REVOLUCION DE CUBA.—DICE QUE ESTE NO SERA DEL AGRADO DE CARLOS M. DE CESPEDES NI DEL GENERAL QUESADA.—CAUSA INMEDIATA DE LA RENUNCIA DE AGUILERA DE LA SECRETARIA DE LA GUERRA EN 1870.—DECRETO DE ABOLICION DE LA ESCLAVITUD POR CARLOS M. DE CESPEDES.

Refirió Villegas á Aguilera que había ido Zambrana al escritorio de Aldama, y no habiendo encontrado á éste, se dirigió á Delmonte instándole para que se suscribiera con una cantidad para la expedición de Ramón Martínez. Delmonte le preguntó que quién debía llevar la expedición y contestó Zambrana que Melchor Agüero. Delmonte se expresó en términos muy duros con respecto á Agüero, y habiéndole preguntado Zambrana que si también era él de los que creían en la poca honradez de Agüero y sus sostenedores, le contestó Delmonte que sí. Dijo que él estaba afiliado á una agrupación en la que tenía completa confianza respecto al honrado manejo de los intereses de la patria.

Visitando Rafael Lanza á Aguilera entre otras cosas le refirió que cuando había sido sentenciado á cadena pérpetua en la Habana, lo mandaron los españoles á Ceuta, y en el mismo vapor que lo conducía iban también despatriados José Antonio Echeverría y Rafael Mendive. Dijo que el primero se había portado muy mal con él durante el viaje, porque tenía mucho miedo. A su llegada á Santander, ciudad natal del padre de Lanza, encontró éste algunos familiares que lo favorecieron, y el Gobernador de la ciudad se hizo muy amigo suyo. Deseando Echeverría que lo mandaran á Madrid, se empeñó con Lanza para que lo consiguiera. Este valiéndose de sus relaciones, al fin lo obtuvo y mandaron á Eche-

verría y Mendive á Madrid. Poco después, fué él á la Corte y allí se ganó al jefe de policía y á un periodista que lo sirvió mucho y lo auxilió en su fuga. Salió de España y fué á París. Allí, con veinticinco mil francos que le recolectaron algunos cubanos, fundó un periódico sustentando los principios de la revolución. Poco después Echeverría, que también logró fugarse, llegó á París. Por ese tiempo hacía él de Secretario de Porfirio Valiente, que desempeñaba el cargo de Representante cubano en Francia. Al resolver Valiente ir á Jamaica, consultó con él, á quien dejaría su puesto en París; él le indicó á Miguel Embil, que estaba allí también y tenía muy buenas relaciones. Valiente le dijo que le parecía mejor Echeverría; él le contestó que no lo creía á propósito porque no tenía fe en el triunfo de la revolución, según él mismo se lo había manifestado varias ocasiones. Por fin Valiente nombró á Echeverría para que lo sustituyera en el cargo que dejaba, habiendo escrito él mismo el nombramiento. Siete días después de haber salido Porfirio Valiente y él para Jamaica, se embarcó Echeverría para New York, dejando abandonado el cargo que había aceptado.

Fué Lanza á New York después. Quiso Porfirio Valiente en un mitin de cubanos que se diese un voto de gracia á Echeverría por sus servicios en la representación de Cuba París, y Lanza se opuso á ello; terció José Manuel Mestre en la discusión, apoyando á Valiente y entonces hizo Lanza una relación de todo lo pasado con Echeverría.

Refirió también que por el año de 1870 se le presentó el señor José María Mora preguntándole si estaba dispuesto á ir á Cuba libre; él le contestó que sí. Díjole Mora que se alistara para embarcarse dentro de dos horas conduciendo una expedición que tenía lista para salir, en una goleta. La expedición debían llevarla los hermanos Castillo, pero éstos, á última hora, se habían excusado diciendo que no podían ir. Los individuos que la costeaban eran, Mora, Félix Govín y otros, é iba destinada á Carlos García, debiendo desembarcar por el punto que le indicarían.

Embarcóse Lanza en la goleta, con ochenta y cinco pesos que le dieron para gastos imprevistos. A los cuatro días de viaje, ya en las Bahamas, fué á ver las armas que iban dentro de dos bocoyes de miel, sobre cubierta. Las encontró oxidadas y echadas á perder; los cartuchos estaban mojados. Desde ese momento se puso á reparar el mal estado en que iba su cargamento y pagó veinticinco pesos á los marinos para que le ayudasen á quitar el orin á los fusiles, secar los cartuchos, etc.

Al fin, llegó el momento de desembarcar. Echaron al mar el bote que llevaba al efecto pero éste empezó á hacer agua por todas partes y resultó inservible de viejo y averiado que estaba. En tal conflicto consiguió del capitán que le cediese el bote que tenía el barco y los cuatro marineros que lo tripulaban para que remasen y lo pusiesen en tierra, gratificándolo por el trabajo. Al desembarcar, el único compañero que llevaba, llamado Ortega, que debía servirle de práctico le dijo que no lo era ni conocía aquel lugar. Sin otra manera de salvar la dificultad, resolvieron volver otra vez á la goleta de donde habían salido. Al virar, fueron azotados por el viento y como el bote era pequeño é iba muy cargado, varias veces estuvieron á punto de zozobrar. Por fin llegaron á la goleta y fueron á New Orlenas. Desde allí telegrafió y escribió á Mora, el fracaso y éste le contestó que tratara de aumentar la expedición (ésta se componía de cincuenta fusiles sistema "Sharp") con donativos de los patriotas y la llevara á Cuba, pero advirtiéndole que ya ellos desconfiaban de Carlos García.

Se avistó con Joaquín de Zayas, este le ofreció auxiliarlo y celebró un convenio con él y José M. Izaguierre. Zayas empezó á trabajar con entusiasmo pero luego se retrajo. Instado para que le dijese la causa, le manifestó al fin que no podía auxiliarlo porque de New York le habían escrito diciéndole que él (Lanza) era "quesadista", y en prueba de ello le enseñó la carta en que Echeverría le daba la noticia. No le extrañó esto, porque

dijo conocía á Echevrería. Finalmente, después de mil tristes peripecias, tuvo que abandonar la empresa.

Fué Aguilera á ver á Villegas y le preguntó cómo marchaba el asunto de la expedición. Contestó Villegas que había ido á la oficina del Capitán Summer y no lo había encontrado; estaba tratando de verlo y entonces le diría lo que hubiera sobre el vapor. Díjole Aguilera que si las gestiones de Summer no daban resultado, él tenía un vapor por el que pedían siete mil pesos. No necesitaba más que aparejo y velas, para salir á la mar; andaba diez millas por hora y era más grande que el vapor "Anna." Propuso á Villegas ir á verlo y le manifestó por último que como el capitán Brown fué quien lo consiguió, era justo que si se decidían por él, fuera Brown quien lo mandara.

Contestó Villegas que todo le parecía muy bien, menos que lo mandara el capitán Brown, porque Aldama era muy contrario á él, diciendo que había perdido al vapor "Fannie".

Contestóle Aguilera que mientras anduvieran consultando con Aldama, con Javier Cisneros y otros, se hablaría mucho, se darían muchos pasos y no se haría nada, como estaba sucediendo. Que el tiempo era precioso y ellos dos solos debían resolver y poner en ejecución lo que acordaran.

Continuó diciendo que Brown estaba muy interesado en rehabilitarse y por eso había puesto tanto empeño en encontrar el vapor; por último, para más garantía, podía celebrarse un contrato con él, expresando que no le darían ni un peso hasta después de regresar el vapor y haber dejado la expedición en el punto que le señalase; y si sufría cualquier accidente la expedición ó el vapor, no se le abonaría nada.

Parece que esta última proposición agradó á Villegas porque contestó que iría á verlo á su casa para llvarle la razón de si Summer había encontrado vapor ó nó.

Fué Villegas, según habían convenido, á ver á Aguilera y le dijo que no había podido hallar á Summer; que probablemente había ido á Baltimore á examinar un vapor. Propúsole Aguilera ver el que le proponía Brown; aceptó Villegas y acordaron reunirse á las tres de la tarde con Brown, Miguel Luis, Pío Rosado y un carpintero de ribera.

Así lo efectuaron. Se embarcaron en una lancha, tomaron luego un tren de ferrocarril y llegaron donde estaba el vapor. Era éste bastante grande, pero á Aguilera le pareció muy viejo y deteriorado, á pesar de que decían que no tenía más que ocho años de construido. Pidió su parecer á Villegas y éste opinó lo mismo que él. Dijo Aguilera que un barco viejo era un abismo donde echar dinero para que nunca sirviera para nada; lo sabía por experiencia, pues había tenido alguno. Que necesitaban un vapor, no para un viaje, sino para todos los que fueran menester y era preferible pagar un poco más por un barco bueno.

Convino en ello Villegas y dijo que había pensado hablar aquel día claro á Aldama para que le dijese si estaba dispuesto á contribuir con algo, si nó, que lo desengañase. Como no podría ser ya ese día, lo haría al siguiente.

Volvieron á New York y fueron á comer á un restaurant italiano. Durante la comida, habló Villegas sobre los sucesos del campo de la insurrección; refirió que Inclán, González y Payán habían sido sentenciados á muerte en virtud de un Consejo de Guerra que se les formó por el delito de traición, á causa de una denuncia falsa de Pedro Martínez y Cardet. Dijo que Carlos Manuel de Céspedes no había querido aprobar la sentencia, y nombró un consejo de revisión, por el cual fueron absueltos. Que él también (Villegas) se había visto complicado en el mismo asunto.

Al día siguiente fué Villegas á ver á Aguilera y le manifestó que le había dicho Javier Cisneros que la expedición podía hacerse de una manera muy económica, si en vez de comprar un vapor que, siendo bueno, no costaría menos de quince ó veinte mil pesos, se compraba una pequeña lancha de vapor, la que sería conducida por un buque de vapor hasta las costas de Cuba; allí se echaría al agua, se pondría en ella la expedición y después de descargar ésta en tierra podía volver la lancha y tomarla á bordo el buque otra vez.

Aunque Aguilera veía algunas dificultades á este medio, sin embargo convino en tener una reunión con Javier Cisneros y Villegas para discutirlo los tres.

Reunidos según habían acordado, expuso Cisneros su plan y manifestó Aguilera que esas lanchas tenían dos grandes inconvenientes. Primero que habían de ser llevadas por un buque muy grande, que tuviera arboladura suficiente para poder descargarlas y cargarlas otra vez, y segundo que todas eran de alta presión, y hacían un ruido extraordinario que se percibía á gran distancia, lo que era incompatible con el sigilo que la operación requería.

Dijo Cisneros que con respecto á la primera dificultad le había dicho el capitán Summer que aunque el buque no fuera tan grande, podía armarse una cabria con la que se efectuara la operación sin dificultad; y tocante á la segunda, que últimamente se construían unas lanchas que no hacían ruido alguno.

Propuso Javier Cisneros ver sobre este particular al maquinista cubano Joaquín Aguiar que actualmente estaba hecho cargo del vapor "Edgar Stuart" en Baltimore y así lo acordaron.

Fueron á Baltimore Javier Cisneros y Aguilera; se avistaron con Aguiar, le consultaron el proyecto, y dijo éste que en la práctica ofrecía grandes dificultades, aunque pudiera conseguirse una de las lanchas de nueva patente que no hacían ruido. Le era muy difícil á un buque de vela mantenerse á la capa sobre las costas en que había de hacer el desembarco, en las que por lo regular había tanta mar, mientras practicaba la laboriosa operación de la descarga y carga, y mientras la lancha iba y volvía. Dijo que era mejor plan comprar un vapor bueno, por unos veinte mil pesos. Por el "Edgar Stuart" habían ofrecido veinticinco mil, y en la actualidad estaba en muy mal estado, pues le habían quemado las pailas, tenía rota la tapa del cilindro y toda la máquina en un estado deplorable. El presupuesto para su composición ascendía á doce mil pesos y aunque se tratara de hacerle una muy ligera, á fin de habilitarlo para un viaje, no bajaría de ocho mil pesos.

Hablando en Baltimore con el señor Francisco Ramos, les manifestó éste que en ninguna parte podían conseguirse fletamentos de vapores tan baratos como allí; uno como el "Edgar Stuart" podía conseguirse por cien pesos diarios, respondiendo los fletadores á los riesgos que pudiera correr el buque. Recomendáronle que solicitase uno y avisase á Javier Cisneros cuando lo encontrase. Se despidieron y tomaron el tren para New York.

El mismo día, de su llegada á New York, fué Antonio Zambrana á ver á Aguilera á fin de que le diera unos datos, que con anticipación le había pedido, sobre los comienzos de la revolución, para que figuraran en el folleto que estaba escribiendo con el título de Historia de la Revolución y siguieron conversando sobre el referido folleto.

Dijo Zambrana que estaba persuadido de que su obra había de llamar bastante la atención por la imparcialidad con que procuraba escribirla. A cada hombre de los que habían figurado en la revolución lo había puesto en su lugar, y estaba seguro de que á Carlos M. de Céspedes y á Manuel de Quesada no les había de gustar nada. Narrando los acontecimientos, había de llegar á la junta de San Diego de Najasa donde Carlos M. de Céspedes había pretendido disolver la Cámara, á cuyo efecto dirigió una circular á los jefes militares, excitándolos subrepticiamente á la rebelión.

Preguntó á Aguilera si había sido esa la causa de su renuncia de la Secretaría de la Guerra y si podría consignarlo así en su folleto. Contestó Aguilera que indudablemente ese había sido uno de los motivos más poderosos que había tenido para ese acto, pues aunque el Presidente nunca expresó con claridad sus ideas, sin embargo, bien se dejaban traslucir cuáles eran por su comportamiento; que realmente, habiendo hecho en él tanta fuerza ese motivo, no tenía inconveniente en que lo consignara así en su folleto. Añadió que Eduardo Agramonte, Secretario de lo Interior, también había renunciado este puesto por la misma causa, no habiéndolo hecho inmediatamente, porque deseaba concluir cierto trabajo

y por eso aplazó su renuncia para pocos días.

Manifestó Zambrana que daría uno de los dedos de su mano por encontrar el decreto de Emancipación que expidió Carlos M. de Céspedes, para que las cosas quedaran puestas en su lugar, p ues sabía que ese decreto no comprendía más que á los esclavos que ingresasen en las filas de los patriotas, y de ningún modo había sido un decreto de abolición inmediata é incondicional; que esa era una gloria que trataba de atribuírsele á Céspedes cuando en realidad no le correspondía.

Hablando de Quesada, dijo Zambrana que no creía lo que había publicado "La Independencia" respecto á que hubiese recolectado en Bogotá ciento cincuenta mil pesos para la causa de Cuba, los que llevaría á New York. Tal vez serían unos treinta ó cuarenta mil pesos. Se estaba esperando que Quesada llegara allí de un momento á otro.

Respecto á este último particular, la señora del Presidente había tenido una conversación con Manuel Anastasio en la que le dijo que los colombianos habían dado á su hermano Manuel (Quesada) ciento veinticinco mil pesos para que los empleara en una gran expedición para Cuba, la que debía haber salido á esas horas; y que á ella la habían mandado buscar para que fuera allá, ofreciéndole casa y doscientos pesos mensuales.

Días después, persiguiendo Zambrana los datos que deseaba sobre el primer decreto de abolición de la esclavitud, se avistó con Ramón Céspedes y éste lo informó de que el primer decreto de abolición de Carlos M. de Céspedes se limitaba á esclavos prófugos en los "palenques" y los que ingresasen en las filas cubanas; pues respecto á los demás, Carlos M. de Céspedes se prometía sacar gruesas sumas de dinero á sus dueños. Luego, siendo él—Ramón Céspedes—Presidente del Ayuntamiento de Bayamo, se dió mayor amplitud al decreto, en virtud de una solicitud que hizo el mismo Ayuntamiento á ese fin. Siguiendo la conversación con Ramón Céspedes, manifestó Zambrana que en su folleto trataba de que resplandeciera la verdad y esperaba que en él quedaría probado que Carlos M. de Céspedes no había sido, ni era ni podía ser republicano nunca; y con respecto á Manuel de Quesada, del examen de los hechos no quedaría tampoco nada bien parado.

CAPITULO VIII

MAYO 1873

PEQUEÑA EXPEDICION DE AGUILERA.—GRAN DEFICIT QUE RESULTABA.—REDUCESE EL PRESUPUESTO.—VILLEGAS PRETENDE QUE ALDAMA SUPLA EL DEFICIT DE $7.750 QUE RESULTA—ALDAMA PROPONE QUE AGUILERA PONGA $3.000 DEL DINERO DE PARIS.—AGUILERA ACEPTA.—ALDAMA PROPONE SALIR CON VILLEGAS A RECOGER DINERO ENTRE LOS EMIGRADOS.—BELLIDO DE LUNA PROPONE A AGUILERA DESENMASCARAR EN SU PERIODICO A ALDAMA Y BRAMOSIO.—SUS RAZONES.—COMUNICACION DE DON CARLOS DEL CASTILLO A AGUILERA.—HISTORIA DE LA CONTROVERSIA CASTILLO, QUESADA Y AGUILERA, SOBRE LA ENTREGA DE LA AGENCIA.

Reunidos en el escritorio de Javier Cisneros, éste, Aguilera, Villegas y Echeverría para tratar de la expedición proyectada, expuso Cisneros el resultado de la consulta con Aguiar en Baltimore, que había sido contraria al proyecto de la pequeña lancha de vapor. Después de discutir otros medios de realizarla, que estuvieran en relación con los recursos que contaban. trató Echeverría de precisar la cuestión, preguntando cuánto dinero había en efectivo. Contestó Villegas que ocho mil pesos, que mermaban constantemente, con las pensiones semanales que se abonaban á los prácticos y comisionados. Preguntó de cuanto era el prosupuesto y contestó Villegas que de veintidos mil pesos. Se discutió lo que harían para llenar el enorme déficit y se acordó que Aguilera hi-

ciese una excursión por Nueva Orleans y Cayo Hueso, y Villegas siguiese trabajando en Nueva York, é hiciese también una excursión por Filadelfia.

Días después enseñó Javier Cisneros á Aguilera una carta de Francisco Guillén, escrita en Baltimore, la que decía que en aquella ciudad había pocos cubanos y éstos pobres; además, estaban divididos, siendo quesadistas una tercera parte, por lo cual creía no diese resultado ninguna comisión que fuese allí á recolectar fondos para Cuba; y caso de que fuera, no contaran con él.

Le leyó también una carta de Francisco Ramos, diciendo había hallado un vapor acabado de salir del astillero, de 103 pies de largo, doscientas y pico de toneladas, un andar de nueve á diez millas, máquina, velas y todo nuevo; su dueño pedía por él trece mil quinientos pesos, la mitad de contado y la otra á un año plazo.

Fué Aguilera á ver á Villegas para informarlo sobre el particular y propuso éste último ir á hablar á Aldama, á ver el auxilio que podía prestarles.

Hízolo así Villegas, llevando la carta de Ramos para enseñarla á Aldama. Entrando en materia, le formó el siguiente presupuesto.

$	6,750	Mitad al contado por el vapor,
„	5,000	Sueldo del capitán, tripulación carbón etc.
„	5,000	Armas y municiones.
$	16,750	Total.

Se contaba con

$	6,000	En caja.
„	3,000	Ofrecidos por Aguilera.
„	7,750	Déficit.
$	16,750	Total.

Pidió Villegas á Aldama que cubriese el deficit de siete mil setecientos cincuenta pesos y diese la fianza de seis mil setecientos cincuenta, que se quedarían restando del costo del vapor. Contestó Aldama que hablaría con Aguilera, y si éste estaba dispuesto á poner tres mil pesos de la cantidad de París, que tenía depositada, creía el negocio realizable. En tal virtud, creyó Villegas que Aldama estaba dispuesto á suplir los cuatro mil setecientos cincuenta pesos y fué á suplicar á Aguilera que accediese á dar los tres mil pesos del dinero de París. Caso que hubiera de volverse la cantidad, él se empeñaría con Aldama para que pusiese lo que faltaba.

Tal era el deseo de Aguilera, de que la expedición se efectuase, que no viendo medio de que pudiese ser de otra manera, resolvió faltar á su compromiso y correr el riesgo de que le pidiesen la devolución de la cantidad y tuviera que pedir espera por los tres mil pesos en cuestión; pues respecto á la intercesión de Villegas con Aldama, no tenía fe en el resultado. Accedió resueltamente y dijo á Villegas que ahora se vería si Aldama estaba dispuesto á dar dinero ó hacer algo en provecho de Cuba.

Muy complacido Villegas, manifestó que enseguida iba á ver á Aldama para decirle que podían contar con los tres mil pesos del depósito de Aguilera, porque no era conveniente perder tiempo; tan pronto hablase con Aldama, diría á Aguilera en qué habían quedado.

Al día siguiente, como Villegas no hubiese vuelto á darle razón del resultado de su conferencia con Aldama, fué Aguilera al escritorio de la sociedad á verlo para que lo informara de lo sucedido. Díjole Villegas que había estado solicitando á Aldama en su escritorio y en varias partes donde acostumbraba ir, y aún no había podido encontrarlo. Que aquella tarde esperaba verlo y llevaría la razón á Aguilera en su casa.

Como no hubiese ido Villegas, según le ofreció, fué otra vez Aguilera á verlo al día siguiente. Se excusó Villegas y dijo que había hablado á Aldama, diciéndole que podían contar con los tres mil pesos de Aguilera, y le contestó que era muy probable que la cantidad que faltaba pudiera recolectarse entre varios patriotas, á cuyo efecto se ofreció á acompañar á Villegas para ver á esos patriotas. Habían acordado salir los dos aquel día á las dos de la tarde.

Al siguiente día volvió Aguilera á ver á Villegas y dijo éste que el día an-

terior no habían podido hacer nada porque los individuos á quienes debían ver estaban en el entierro de una niña de Ramón Martínez; aquel día tampoco podrían salir porque los mismos individuos irían al entierro del general Paez, colombiano. Iba á decir á Aldama que al día siguiente, domingo, sin falta lo esperase en su casa para salir en la comisión, pues como domingo que era, esperaba encontrarían á todos los cubanos en sus casas. Estaba resuelto, sea cual fuere el resultado, á pedir á Aldama que le dijese con franqueza si estaba dispuesto á contribuir ó nó.

Dos días después, lunes, volvió Aguilera á ver á Villegas. Este le manifestó que esa vez había quedado por él, pues no había podido asistir á la cita con Aldama, por motivos que explicó.

Como en tantas idas y vueltas ya Ramos había vuelto á escribir apremiando para que contestasen, y temía Aguilera que se perdiera la oportunidad de hacerse de un buen barco; desconfiando por otra parte del éxito de la recolección de fondos que Aldama proponía, conociendo que era solo uno de los expedientes á que ocurría amenudo para ganar tiempo, (ó perderlo) aparentando que hacía algo y no haciendo nada, dió á Villegas un papel en el que de antemano había escrito cuatro proposiciones que debía hacer á Aldama, caso que la colecta no diese resultado. Las proposiciones eran las siguientes: Primera. Si Aldama estaba dispuesto á prestar la garantía por seis mil y pico de pesos para la compra del vapor. Segunda. Si no estaba dispuesto á prestar toda la garantía, que parte de ella daría, y con cuánto contribuiría en efectivo. Tercera. Si daría su garantía al dueño del vapor, respondiendo á Aldama seis individuos por mil y pico de pesos cada uno, otorgándoles sus correspondientes pagarés. Cuarta. Si admitiría la hipoteca del vapor por los seis mil y pico de pesos que garantizaría. Quedó Villegas en hacer estas proposiciones á Aldama, si como presentía Aguilera, no daba resultado la suscripción propuesta.

Fué Juan Bellido de Luna, director del periódico "Independencia", á consultar á Aguilera si le parecía bien que dijese algo sobre la falta de cumplimiento de Aldama y de Bramosio al compromiso hecho en París para su expedición. Contestó Aguilera que no lo creía conveniente; por el contrario, tan perjudicial le parecía, que hasta particularmente siempre había excusado hablar del asunto, pues no podía menos que hacer daño á la causa de Cuba. Como no había con quienes sustituir á esos hombres, y aún no se había perdido la esperanza de que hicieran algo por la causa, ya con su influencia, ya con su dinero, no era bueno ponerlos en evidencia facilitándoles ese pretexto para retraerse completamente. Por otro lado, siendo esos dos hombres los más prominentes de la emigración, desprestigiarlos, sería desprestigiar á todos los cubanos, pues los extranjeros considerarían que si esos hombres, que eran de los más sobresalientes entre sus paisanos, se portaban de manera tan ruin y mezquina con la causa de su patria, habría que convenir en que los cubanos eran una manada de seres serviles que, para ser manejados, necesitaban el látigo del tirano.

Recibió Aguilera una comunicación de don Carlos del Castillo en la que manifestaba no estar conforme con que fuese Mayorga quien le hiciese entrega de la Agencia, sino que debía ser Aguilera, porque así lo había ordenado el gobierno. Además, decía que Aguilera no podía sustituir á Mayorga el poder que tenía para firmar los bonos, porque dicho poder no tenía cláusula de sustitución; y también que Mayorga no había debido firmar todos los bonos, con antelación al empréstito.

Como este asunto diera lugar á una contraversia bastante seria entre Castillo, Quesada, Aguilera y el Gobierno de Cuba, vamos á poner al lector en antecedentes de ella para que más fácilmente pueda formar juicio.

Ya hemos dicho que el Gobierno de Cuba había nombrado para sustituir á Aguilera en la Agencia, en primer lugar, á Mayorga, en segundo al ciudadano Ramón Martínez, y en tercero, al ciudadano Félix Govín. Cuando llegó esta disposición, se encontraba Aguilera

en París, y Mayorga desempeñaba en calidad de interino la Agencia General en Nueva York. Con objeto de no mermar á Aguilera los títulos que representaba en Europa, se convino entre Mayorga, Ramón Céspedes y Aguilera, en que Mayorga aceptara el nombramiento de Agente en propiedad que le hacía el gobierno, pero que de momento no se diera publicidad al hecho. Pero habiendo requerido el gobierno á Ramón Céspedes para que cesara la interinatura en que se encontraba la Agencia, nombrando para que la desempeñara uno de los agentes que él había indicado, entonces se lo expidió á Mayorga el nombramiento en propiedad, y se dió cuenta al gobierno de de dicho nombramiento.

Muy poco después de estos sucesos, llegó á Nueva York la orden de la supresión de la Agencia General, sustituyéndola por la Confidencial, y entonces don Carlos del Castillo, con su carácter de Agente Confidencial, se dirigió á Mayorga para que le hiciera entrega de la Agencia General. Mayorga encontró los inconvenientes que dijimos á su tiempo, por lo que se negó á hacerlo. En este estado las cosas, llegó Aguilera á Nueva York, é informado de lo que pasaba trató de inclinar á Mayorga á que hiciese la entrega que solicitaba Castillo. Mayorga informó entonces á Castillo que estaba dispuesto á hacerle entrega de la referida Agencia. Fué Castillo á recibirla, pero diciendo no estar conforme con la forma en que la entregaba Mayorga, no se hizo cargo de ella y entonces ocurrió Castillo á Aguilera, diciéndole que á él era á quien correspondía hacer la entrega y no á Mayorga que sólo era su sustituto. Aguilera le contestó que Mayorga no actuaba como sustituto, sino que era el Agente propietario por haber sido nombrado por el gobierno para ese punto. Insistió Castillo y ésto dió lugar á una enojosa correspondencia entre Castillo y Quesada con Aguilera en la que terció también el Gobierno de Cuba, la que podrá verse coleccionada en el Libro de Corespondencia etc.

Con respecto á que Aguilera no podía haber sustituído su poder para empréstito á Mayorga, por carecer dicho poder de la cláusula de sustitución, tenía razón Castillo, y si Aguilera tomó esa determinación fué obligado por las circunstancias, porque en primer lugar no quería dejar pasar la oportunidad que le manifestaba Mayorga de hacer una negociación de bonos muy provechosa para Cuba, y en segundo, no podía él trasladarse inmediatamente á Nueva York para firmar los bonos por no serle posible abandonar asuntos muy importantes que á la sazón lo ocupaban en París. Arrostró por todo Aguilera mandando aquel poder á Mayorga, que él mismo consideraba ilegal, para en caso de que la negociación se efectuara, bien firmar él también los bonos, bien hacer que el Gobierno de Cuba los reconociera como buenos ó adoptar cualquier otro medio que les diera validez, pues no era hombre Aguilera que permitiera quedaran burlados los que confiaran en su buena fe; y en ese caso, como en todos los de su vida, lo que se propuso fué servir á Cuba.

Contestó Aguilera á Castillo lo mismo que le había dicho anteriormente: que se entendiera con Mayorga que había sido el último Agente General.

CAPITULO IX

MAYO 1873

ECHEVERRIA Y J. CISNEROS PROPONEN A AGUILERA UN PROYECTO DE JORDAN PARA VENDER BONOS CUBANOS.—AGUILERA NO ACEPTA POR SER ILEGAL.—ECHEVERRIA ECHA EN CARA A AGUILERA HABER SEGUIDO SU CONSEJO.—TRISTE DECEPCION DE AGUILERA.—ESTE ACEPTA LA PROPOSICION DE ECHEVERRIA EN DISTINTA FORMA.—CARACTER ILUSO Y VIOLENTO DE JORDAN.—ECHEVERRIA TRABAJA EN FAVOR DE ALDAMA.—TODOS QUEDAN DISGUSTADOS.—DECEPCION DE AGUILERA RESPECTO A ECHEVERRIA.—NUEVA REUNION PARA LA NEGOCIACION DE JORDAN.—AGUILERA HACE UNA CONTRA-PROPOSICION A JORDAN.—ASUME EL SOLO LA RESPONSABILIDAD.—MEMORIA DE JORDAN SOBRE SU PROYECTO.—AGUILERA CONSULTA CON ZAMBRANA LA PROPOSICION DE JORDAN.—AQUEL APRUEBA LA ACTITUD DE AGUILERA.—NUEVA REUNION SOBRE EL PROYECTO DE JORDAN.—AGUILERA SOSTIENE SU ACTITUD.—JORDAN HACE SEVEROS CARGOS A AGUILERA.—ESTE MEJORA PARA JORDAN LA CONTRAPROPOSICION.—JORDAN NO ACEPTA.—JOSE L. RAMIREZ TRATA A AGUILERA DEL PROYECTO DE BONOS DE JORDAN.—RAMIREZ APRUEBA LA CONDUCTA DE AGUILERA.—ESTE ESTA DISPUESTO A SACRIFICAR HASTA SU BUEN NOMBRE POR CUBA.

Habiendo sido avisado Aguilera por la criada de la casa de que dos caballeros lo aguardaban en la sala, bajó y encontró á Echeverría y Francisco Javier Cisneros. Manifestáronle éstos que habían ido á tratar de un proyecto de empréstito que les había propuesto el general Jordan, y le explicaron de la manera siguiente: Estaba Jordan en relación con un anciano caballero americano, gran simpatizador con la causa de Cuba, habiendo probado esta simpatía con mil pesos que había dado al principio de la revolución para dicha causa. Este caballero ofreció á Jordan colocar bonos cubanos de cien pesos cada uno, á razón de diez centavos el peso, para lo cual abriría una oficina, á su costo, á reserva de indemnizarse después. Los fondos que se adquiriesen se invertirían en la expedición de Aguilera. Manifestó Echeverría que al enterarse del proyecto había considerado que la negociación sólo podría hacerse con los bonos viejos, pues los nuevos, firmados por Mayorga, no les consideraba validez por no tener ninguna fuerza el poder que había autorizado á éste para firmarlos. Preguntó al mismo tiempo á Aguilera si creía que Carlos de Varona, de París, tendría inconveniente en entregarle el millón de pesos en bonos que tenía en su poder y si Aguilera estaría dispuesto á invertirlos en la negociación propuesta por Jordan.

Contestó Aguilera que había escrito á Carlos de Varona diciéndole que conservase esos bonos en su poder hasta que dispusiese que fueran entregados á don Carlos del Castillo é ignoraba si Varona querría entregárselos á él (Aguilera) puesto que Varona era concuñado de Quesada y natural que tuviesen en la mayor armonía. Con respecto á que le diese la inversión propuesta, lo consideraba un asunto muy grave y espinoso, porque no siendo ya Agente General, carecía de facultades para disponer de los bonos. Dijo que hacía tiempo se habían extinguido los tres meses fijados por el decreto de Céspedes para terminar cualquier negociación pendiente, y además, Carlos de Varona, que era el depositario de los bonos, sabía que antes de salir de París había roto todas las negociaciones que entonces tenía.

Añadió que la negociación que se le proponía era tan solo de la incumbencia del Agente Confidencial, don Carlos del Castillo, y que aprovecharse él de la circunstancia de no haberse entregado á éste esos bonos, para apoderarse de ellos y hacer por su cuenta la negociación, era una usurpación de facultades, que le traería una inmensa responsabilidad.

Contestó Echeverría que no creía que Aguilera estuviese dispuesto á morir de un "empacho de legalidad"; y refirió que una vez hicieron observar al general O'Donell que una disposición que había dado era contraria á las leyes, y había contestado con las referidas palabras.

Continuó diciendo que así como Aguilera había contestado al Gobierno que no iría á Cuba, cuando éste lo mandaba buscar con insistencia, en esta ocasión podía hacer lo mismo, obrando contra lo dispuesto por el Gobierno.

Sintió Aguilera encendérsele el rostro de indignación al oir semejante reproche, precisamente de boca del hombre á quien tanto consideraba. Estuvo á punto de contestarle que ese consejo se lo había dado él, y que no era leal echarle en cara, delante de un testigo, haber seguido el consejo dado por el mismo. Pero comprendiendo que á seguir adelante esa cuestión habría terminado en un rompimiento, refrenó su primer impulso y se contentó con decirle que el consejo se lo había dado él mismo y lo había seguido por considerarlo beneficioso para Cuba; pero que la desobediencia de esa vez no implicaba que debiera desobedecer siempre.

Se recordará que después que Bramosio rompió su compromiso de reunir cincuenta mil pesos en Nueva York para la expedición de Aguilera, lo que tuvo por consecuencia el fracaso de ésta, en una conferencia de Aguilera con Echeverría, el último, espontáneamente, aconsejó á Aguilera que no fuera á Cuba, donde lo llamaba el gobierno, con pocos recursos, porque corría riesgo de que sus mismos paisanos enemigos lo "ahorcasen" y que en el extranjero podía prestar mejores servicios que en el campo de la guerra. Finalmente, á su juicio, sólo debía volver á Cuba llevando una grande expedición.

Contestó Echeverría á las razones de Aguilera que eso también era beneficioso para Cuba porque la cantidad que se alcanzase se dedicaría exclusivamente á realizar su expedición.

Repuso Aguilera que disentía de su parecer, porque conocía mucho á Jordan, por haber estado otras veces en tratos con él para otros empréstitos, y después de muchas idas y vueltas, consultas y discusiones, todo había resultado en nada, y lo peor era que había concluído por echar la culpa sobre él y Ramón Céspedes, diciendo que se había malogrado el proyecto sólo porque ellos se habían demorado uno ó dos días en reflexionar.

Dijo Echeverría que quizas habría tenido razón Jordan, pues esos negocios eran de horas.

Manifestó Aguilera que conocía al hombre, que era un iluso, y quería imponerle sus ilusiones á los demás. No había que hacerle reflexiones, sino quería que se hiciera ciegamente lo que proponía, ó de lo contrario era insultante y audaz. Refirió que una ocasión, porque Ramón Céspedes y él no accedieron á uno de sus muchos ilusorios proyectos, dijo que los cubanos debían cogerlos á ellos dos y ahogarlos en el río.

Propuso Javier Cisneros salir con Aguilera á recoger de los emigrados bonos de los antiguos, á ver si podía reunir una cantidad respetable para el proyecto.

Contestó Aguilera que tenía muchas atenciones por el momento y ningún tiempo que dedicar á ese trabajo.

Dijo Cisneros que ellos se harían cargo del mismo, pero deseaban saber, caso que Aguilera lograra que Carlos de Varona le entregase el millón de pesos en bonos que tenía, si podían contar con él para el proyecto.

Después de reflexionar un poco, contestó Aguilera que podían contar con los bonos siempre que se le asegurase una cantidad respetable en poco tiempo, pues no estaba dispuesto á seguir el curso lento de la negociación de pequeñas cantidades.

Al despedirse protestaron de nuevo que no tenían otro interés que tentar ese medio para ver si obtenía un resultado favorable y podía al fin llevarse á cabo la expedición de Aguilera.

Dijo éste á Echeverría que lo aguardase un momento mientras subía á su cuarto y le traía unos documentos que le había pedido de antemano. Al volver con los papeles le dijo Echeverría que durante su ausencia había pensado preguntarle si estaría dispuesto á entregar á Aldama los bonos que le correspondían por sus donativos, caso de que consiguiera los que tenía Varona. Extrañóle á Aguilera esta pretensión ocurrida á Echeverría de manera tan repentina y

contestó que habiendo cesado de ser Agente hacía ya algunos meses, y siendo Mayorga el último en ejercer esas funciones, más bien podría dárselos Mayorga que él, que no tenía allí ningún carácter oficial.

Replicó Echeverría que no había hablado á Aldama, sobre ese particular, que le había ocurrido de momento, y no lo haría hasta haber visto á Mayorga para saber si estaría dispuesto á dar los bonos. Despidiéronse tan disgustados, al parecer, de Aguilera como éste de ellos.

Desconsoladora por demás fué la impresión que dejó esta entrevista en el ánimo de Aguilera. Tenía formado de Echeverría el más alto concepto. Además de reconocer sus dotes de ilustración, y recto juicio, le parecía un hombre leal y aún había llegado á creer que era su amigo. En este concepto, los asuntos más delicados, aquellos en que era muy importante que obrara con todo acierto, siempre los sometía á su consejo. Echeverría acogía á Aguilera con benevolencia, respondiendo á sus consultas con agrado, y Aguilera regularmente seguía sus consejos, persuadido de que eran los más sanos y leales.

¿Cómo se explicaban las extrañas pretenciones de Echeverría en aquella ocasión? ¿Sería posible que no viera éste, que lo que proponía á Aguilera era un acto reprochable y que al ejecutarlo, sumiríalo en el más grande descrédito, poniéndolo en abierta oposición al gobierno? ¿Cómo era concebible que Aguilera pidiese á Varona unos bonos de los que no podía disponer, y los entregase á Aldama para asegurar á éste cantidades que Aguilera no había recibido? ¿Cómo echaría sobre sí una responsabilidad tan enorme sólo por servir á un hombre que obraba de la manera que Aldama lo hacía?

¿Cómo había de pedir en adelante, consejo á Echeverría, temiendo le echase en cara otra vez el error de haber seguido el que le diera? Imposible parecía á Aguilera que Echeverría hubiese podido cometer indignidad semejante. Sin embargo, nada más cierto que lo que sus ojos acababan de ver y sus oídos de oir.

Fué el general Jordan á ver á Aguilera y le manifestó que iba sobre el mismo asunto de que le habían hablado Echeverría y Francisco Javier Cisneros. Dijo que la negociación podía hacerse por dos millones de pesos, contando con los bonos que tenía Carlos Varona y los firmados por Mayorga, que aún estaban en poder de éste por no haberlos entregado al Agente Confidencial don Carlos del Castillo. Se fijaría el precio de los bonos en cinco centavos por peso. Contestóle Aguilera que si se trataba también de los que tenía Mayorga, era necesario conocer la opinión de éste. Convinieron en reunirse al día siguiente en casa de Mayorga.

Asistieron á la reunión Mayorga, Aguilera, Jordan y Félix Fuentes, como intérprete éste último. Manifestó Jordan por medio de Fuentes su proyecto detallado. Opinó Mayorga que el negocio era muy grave, por el escándalo que había de originarse. Dijo que no se atrevía á asumir él solo la responsabilidad. Manifestó Aguilera que efectivamente era así, y por lo tanto, convenía consultar con Ramón Céspedes. Repuso Mayorga ya que lo había hecho, contestándole Céspedes que él sólo tuvo funciones de Comisionado Diplomático sin intervención de los asuntos financieros de la República.

Manifestó entonces Aguilera su convencimiento de que el acto que le proponían era ilegal, y al aceptarlo ellos, se echaban encima una gran responsabilidad. Sin embargo, puesto que se creía que del hecho de pedir él los bonos á Varona, venderlos por su cuenta y manejar el dinero, dependía el éxito del negocio, accedía á ello y tomaba él solo toda la responsabilidad; pues tratándose de servir á Cuba nunca la eludía. Pero eso sí, —añadió,—había de asegurársele el éxito de la negociación. El solo entregaría los dos millones de pesos en bonos recibiendo cien mil pesos en dinero de los Estados Unidos. Con esa suma, en poco tiempo organizaría su expedición, inmediatamente se iría con ella para Cuba, y el fin justificaría los medios.

Interpretó Fuentes á Jordan la proposición de Aguilera y al contestar el segundo estuvo hablando mucho tiempo.

Preguntó Fuentes á Aguilera si nó sería mejor que Jordan concretase su proyecto en una exposición que escribiera, y Aguilera lo aprobó. Jordan quedó en hacerlo así y se despidió muy satisfecho.

Tenía informes Aguilera de que Jordan estaba muy mal de recursos y pensó que tal vez aspirando á la comisión que pudiera ganar, no sè cuidaba de la responsabilidad que echara sobre ellos.

Al día siguiente mandó Jordan á Aguilera las proposiciones en inglés, con su correspondiente traducción. Le parecieron inaceptables. En resumidas cuen tas, echaba sobre Aguilera una responsabilidad inmensa sin asegurar ningún beneficio para la causa. Estas proposiciones pueden verse en el libro de ''Correspondencia, Documentos'', etc.

Pensó Aguilera explorar el parecer de Zambrana, sobre este particular, pues con su cargo de diputado de la Cámara, su opinión era de tenerse en cuenta. Además, recordó que en una ocasión le había dicho que si Quesada pretendía vender los bonos de Cuba á cinco centavos el peso, opondría su protesta.

Al día siguiente fué Zambrana á ver á Aguilera en virtud de un recado de éste. Aguilera le dió á leer la traducción del proyecto de Jordan por los dos millones de pesos, sin decirle quien era el autor.

Después de leerla dijo Zambrana que eso era una ''farándula'' con objeto de entrar en manejo de los fondos de Cuba. Opinó que nadie menos que Aguilera debía aceptar tal proyecto, que lo pondría en pugna con la representación del gobierno, la que tenía el deber de apoyar.

Contestó Aguilera que también lo consideraba así. Sin embargo, por no desantender ninguna ocasión en que pudiera prestar un servicio á la causa, había contestado que admitía la negociación de los dos millones de pesos en bonos, á cinco centavos por peso, siempre que se le entregase el importe de contado. Con esos cien mil pesos organizaría su expedición inmediatamente y se marcharía á Cuba. Sólo así estaría dispuesto á arrostrar esa responsabilidad, porque el bien que resultaría á la patria con los elementos de guerra que entonces podría llevarle, compensaría con creces el daño que le ocasionaría la usurpación de facultades que aquel acto envolvía; y si alguien lo censuraba ó el gobierno estimaba que mereciera castigo, estaba dispuesto á arrostrar uno y otro, satisfecho con el testimonio de su conciencia.

Aprobó Zambrana la resolución de Aguilera, y con respecto al tipo de cinco centavos, dijo que en su concepto era el más alto á que podrían colocarse, en una cantidad mayor como esa. Dijo, sin embargo, que no creía pudiera realizarse la negociación.

Preguntó Zambrana á Aguilera en que había parado su expedicioncita. Contestó éste que estaba esperando la contestación de París. A su vez le preguntó Aguilera por su proyecto de expedición y contestó él que estaba pendiente de lo mismo.

Dijo Zambrana que le habían propuesto la dirección de los dos periódicos cubanos en aquella ciudad y probablemente la admitiría con objeto de fusionarlos, pues de otra manera, Quesada tomaría el de Arnao (''La Revolución'') como órgano suyo, lo que perturbaría á la emigración; mientras que estando él al frente de los dos, no serían más que órganos de los intereses de Cuba.

Asistió Aguilera á otra junta en casa de Mayorga á la que concurrieron, éste, Jordan y Félix Fuentes, sobre la consabida negociación de bonos. Preguntó Fuentes á Aguilera si había recibido una carta de Aldama y aquel le contestó que nó. Dijo Fuentes que Jordán había hablado con Aldama; á éste le pareció bueno el proyecto ofreciendo hablar ó escribir á Aguilera, para que le diese una solución favorable. Casualmente llegó allí Ramón Céspedes y tomó parte en la sesión.

Hizo uso de la palabra Fuentes y se esforzó en persuadir á Aguilera de que no le cabía responsabilidad ninguna con que se abriese una oficina donde se vendiesen bonos cubanos. Habló de la buena fe de Mr. Smith, que era el americano que llevaría adelante el negocio,y de los gastos que tendría que hacer éste y otros compañeros, sus aso-

ciados; finalmente dijo que nada se perdía con hacer la prueba.

Contestó Aguilera que desde el primer momento que se le había propuesto ese negocio, su conciencia le había dictado que de aceptarlo, su honor, su reputación y su prestigio, quedaban para siempre sepultados, y sujeto á él á grandes responsabilidades; haciendo aún más grandes esas responsabilidades la circunstancia de ser Vice-Presidente de la república. Dijo que él estaba dispuesto á sacrificarlo todo por la patria, su vida inclusive, pero cuando en compensación, la patria reportase un beneficio positivo, lo cual estaba muy distante de suceder con la proposición incierta é indefinida que se le hacía. Aún á pesar de tener esa convicción firme, al presentársele el proyecto, no había dado una respuesta negativa, porque se había invocado el nombre de Cuba, que tan sagrado era para él, y había querido consultar el caso con personas competentes, para contrastar el juicio de éstas con el suyo. El resultado era que esas personas opinaban como él. En la forma que se le presentaba la proposición, era inaceptable. Sin embargo, se entendiera bien, dijo, que él rechazaba sólo la forma, y que sustituída ésta por la que él proponía, aceptaba el proyecto. Estaba dispuesto á dar los dos millones de pesos en bonos, siempre que inmediatamente pusiesen en sus manos cien mil pesos en moneda americana.

Fuentes interpretó á Jordan las palabras de Aguilera y aquel contestó con un largo discurso, que traducido por Fuentes envolvía severos cargos contra Aguilera por su obcecación en no admitir la venta en los bonos en la forma que él proponía, añadiendo que su actos, en el porvenir, serían severamente juzgados por la historia.

Contestó Aguilera que prefería esa responsabilidad á la que ellos querían hacerle cargar, poniéndolo en oposición al gobierno. No siendo él Agente de Cuba, no podía tener esos millones de pesos para negociarlos, como en efecto no los tenía. Dijo que fueran á hablar á don Carlos del Castillo, que era el representante de Cuba, á quien Mayorga entregaría muy pronto los bonos que tenía con el carácter de ex-Agente General, y Castillo, como representante del gobierno, podía hacer con ellos, legalmente, la misma negociación que á él le proponían, si la creía conveniente para la causa.

Sin embargo, continuó Aguilera, para probarles que en su presencia jamás se invocaba en vano el nombre de la patria, iba á hacerles otra proposición, mejorando aún para ellos la primera. Contando con la aquiescencia y buena amistad de Mayorga, que era el depositario de los bonos, en vez de cinco centavos por peso, que ellos le ofrecían, se los daría á razón de tres centavos el peso; pero habían de tomar cinco millones en bonos y abonarle su importe de ciento cincuenta mil pesos de contado. Con parte de esta suma, dijo él, saldría muy pronto con una buena expedición, y con la otra parte se mandarían otras más. Como de esa manera sí estaba persuadido de que le haría un gran beneficio á Cuba, no vacilaba en tomar sobre sí toda la responsabilidad que pudiese caberle en la negociación. No aceptó Jordan la proposición y después de dos horas de incesante discutir, se retiraron Jordán y Fuentes muy disgustados.

Al día siguiente mandó Jordan á pedir á Aguilera la memoria de su proyecto para enseñarla á Aldama y otros cubanos. Aguilera se la mandó.

Dos días después citó José L. Ramírez á Aguilera para una conferencia sobre un asunto muy importante. Desde luego supuso Aguilera que era para el asunto de los bonos con Jordan. Concurrió á la cita. Comenzó Ramírez con un preámbulo antes de entrar en materia, é interrumpiéndolo Aguilera le dijo que ya sabía de lo que se trataba. Invitólo Ramírez á que lo adivinara y manifestó Aguilera que era una negociación de bonos de Thomas Jordan. Ramírez se sorprendió de que hubiese acertado. Refirióle Aguilera todo lo que había pasado; su primera oferta de dar dos millones de pesos en bonos á cinco centavos por peso, al contado, y finalmente su última proposición, mejorando la que ellos le hacían, de darle cinco millones á tres centavos por peso, al contado también.

Aprobó Ramírez la conducta de Aguilera, diciendo que en lo único que difería de él era en lo de los tres centavos. Contestó Aguilera que con esto había querido probarles lo aventurado de la proposición, pues aún dándoselos á un precio más bajo del que ellos le ofrecían, no se atrevían á arriesgarse.

Como quizás pudiera encontrarse contradicción entre la extrañeza que causó á Aguilera que un hombre tan serio como Echeverría le propusiera un asunto tan ilegal y escandaloso, y la buena disposición que después mostró por realizar ese mismo negocio, haremos notar que aunque éste en el fondo era el mismo, en el resultado para la causa, según se adoptara la forma en que lo propuso Echeverría, ó la que proponía Aguilera, hubiera sido completamente contrario. Autorizar Aguilera la apertura de una oficina para en ella cotizar y vender públicamente bonos cubanos, cosa que sólo el Agente Confidencial, que era el representante legal del gobierno, podía hacer, era una usurpación y un escándalo, tanto más grave cuanto más alto era el puesto oficial que ocupaba Aguilera. Y si á esto se añadía el probable resultado de que los bonos no se vendieran, ó si se vendían fuera en cantidades pequeñas y con tal lentitud que ningún beneficio reportara á la causa, tendríamos entonces que la reputación de Aguilera se hubiera hundido, con acto tan insensato como reprochable, y Cuba, muy lejos de obtener favor alguno, hubiera visto manchada y destruída una de las figuras de que más podía enorgullecerse.

Mas si según proponía Aguilera, éste, abusando de las circunstancias que lo favorecieran, vendía cinco millones de pesos en moneda americana, de contado, hubiera podido entonces formar inmediatamente una expedición para Cuba, dejando dispuesto que saliesen otras más; en este caso, ó la fortuna había de serle muy adversa, ó podía esto decidir favorablemente la suerte de la revolución. Aguilera hubiera cometido un acto ilegal, pero quizás por él Cuba se habría salvado.

Echeverría proponía á Aguilera que pusiera en la pendiente de un abismo su reputación, para que Cuba llorara la deshonra de unos de sus hijos más esclarecidos. Aguilera aceptaba el sacrificio, estaba pronto á hundirse en ese abismo y que pereciera allí su honra también, pero que Cuba se salvara, y viera, al fin brillar el glorioso día de su independencia.

Tanto este como otros actos de Aguilera, nosotros ni lo aplaudimos ni lo censuramos, dejamos el fallo para el inteligente lector, para el hombre pensador y severo, para el corazón justo. No hacemos otra cosa que presentar á Aguilera tal cual fué. Y no podía ser de otra manera. El hombre que tan inmensos sacrificios había hecho y continuaba haciendo por una idea fija que dominaba todo su ser, no era posible que se detuviera ante fórmulas ni tecnicismos, cuando se trataba de asegurar el triunfo de esa idea. Muy bien lo había juzgado Echeverría cuando dijo que "no creía que estuviese dispuesto á morir de un empacho de legalidad." Aguilera estaba dispuesto á todo, con tal de asegurar el bien que ambicionaba para su adorada patria.

CAPITULO X

MAYO 1873

FRANCISCO IRAOLA.—HECHOS DE QUESADA EN LA REVOLUCION.—CORNELIO PORRO CONFIA EN EL AUXILIO DE LOS HABANEROS.—LA SRA. DEL PRESIDENTE Y SU CUÑADO PEDRO CESPEDES.—AMENAZA A LOS AGENTES CONFIDENCIALES.—DICE LOS DENUNCIARA COMO DENUNCIO A R. CESPEDES Y AGUILERA—V. URRUTIA ENVIA UN MAGNIFICO PLANO DE LA JURISDICCION DE LA HABANA.—CONFERENCIA DEL ARTESANO COMUNSA CON AGUILERA.—APRIETO EN QUE PONE A ESTE.—AGUILERA OPTA POR DECIRLE LA VERDAD, ESTIMULANDO SU PATRIOTISMO.—LOS ARTESANOS SOLO HABIAN SOSTENIDO LOS GASTOS DE LA CAUSA DURANTE SU ADMINISTRACION.—COMISION VENIDA DE CAYO HUESO A PEDIRLE CUENTAS A AGUERO.—DOLOROSA CARTA DE CELEDONIO RODRIGUEZ EN LA INSURRECCION.—PIDE QUININA PARA LOS PATRIOTAS ENFERMOS.—PIDE UNA CAJA DE CIRUGIA PARA OPERAR A LOS HERIDOS.—CARTA DE MARQUEZ, AGENTE EN EL PERU.—PROYECTO DE GRAN EXPEDICION.—PIDE NOMBRAMIENTOS EN BLANCO PARA JEFES Y OFICIALES.—VENTAJOSA SITUACION EN QUE LOS AGENTES CONFIDENCIALES SE HICIERON CARGO DE LOS ASUNTOS DE CUBA.—AGUILERA Y MAYORGA LES ALLANARON EL CAMINO.

Hablando Aguilera con Francisco Iraola, le manifestó éste que su cuñado Fernando, aunque español, era de sentimientos cubanos. Díjole que su referido cuñado se había disgustado mucho porque el general Quesada, después que lo cogió prisionero, le hizo firmar un pagaré por diez mil pesos, lo mismo que había hecho con Faustino Caballero, y otros, y sin embargo, le quemó su finca.

Refirióle también la entrevista que tuvo su padre en los primeros días de la revolución con Cornelio Porro y otros. Les propuso Iraola reunir dos ó trescientos mil pesos para comprar armas y pertrechos con que lanzarse á la revolución y Porro contestó que no era necesario porque ya los habaneros los proveerían de armas.

Visitando Manuel Anastasio á la señora del Presidente, le manifestó ella estar muy contrariada con su cuñado Pedro Céspedes. Este exigía que se le proveyera de fondos, no solamente á él sino también á su familia, pues así lo había dispuesto su hermano el Presidente por haber salido él al extranjero con una comisión muy importante. La señora contestaba que no era posible, porque no había dinero y replicaba él que debía haberlo, pues á ese efecto estaban autorizados los Confidenciales para contratar empréstitos.

Decía Pedro Céspedes que si los Agentes Confidenciales no daban el resultado que era de esperarse, se vería en el caso de informarlo así al gobierno para que los destituyera de la misma manera que lo había hecho con Aguilera y Ramón Céspedes. Que don Carlos del Castillo debía hacer lo que no hicieron Aguilera y Ramón Céspedes, y era dar cumplimiento á la orden del gobierno, mandándolo con una fuerte expedición por Vuelta Abajo.

Otras cosas más dijo la señora, que se manifestó muy disgustada con las exigencias de su cuñado. Cuando concluyó Manuel Anastasio su relato, contestó Aguilera que si eso pasaba á ella ¿qué no pasaría á él, cuando era Agente y lo tuvo tan cerca que vivían en la misma casa?

Fué Aguilera citado por Nestor Ponce de León á casa de éste, con el fin de hacerle entrega de ciertas comunicaciones enviadas por Villa Urrutia, de la Habana. Ponce de León le entregó un plano de la jurisdicción de la Habana muy detallado y completo, con todos los ferrocarriles, ingenios, poblaciones, etcétera, en dos grandes pliegos de papel, con referencias muy curiosas. Dijo Ponce de León que Villa Urrutia le encargaba lo pusiese en sus propias manos y con la mayor reserva, recomendándole encarecidamente que no lo supiese Ramón Céspedes. Como el plano estaba dibujado en papel grueso y algo estropeado, propuso Néstor Ponce que se lo dejara para sacar una copia en papel tela. Aguilera accedió.

Encargóle Aguilera que diera las gracias á Villa Urrutia y le dijera le

mandase todas las noticias que pudiese, pues aunque su expedición estaba interrumpida por el presente, no había desistido de ella.

Fué á visitar á Aguilera un miembro de la sociedad "Los Amigos de Cuba", de apellido Conunsa, con objeto de preguntarle qué había de cierto respecto á la expedición que él debía llevar á Cuba. Dijo que el día de la junta general de la sociedad había interpelado á la mesa, á fin de que lo informara de si los emigrados pudientes, que habían hecho diversas promesas de auxilio á Cuba, hasta la de dar cincuenta mil pesos por cada cincuenta mil que se reuniesen en París, estaban dispuestos á cumplir sus ofrecimientos. Hilario Cisneros contestó que nadie se había retraído, y, por lo tanto, como ellos tenían confianza en Aguilera, porque sabía que no los había de engañar, quería les dijese él mismo la verdad, pues no era justo que los pobres artesanos fueran los que sostuvieran la guerra solos, y los pudientes no hiciesen nada; ni siquiera cumplieran lo que ofrecían. Deseaba saber lo que había de verdad en esos particulares para manifestarlo á sus compañeros y tomar una determinación.

En grave aprieto pusieron á Aguilera los fundados razonamientos de aquel artesano. No quería por un lado faltar á la verdad, y por el otro, si le manifestaba esta en toda su desconsoladora desnudez, corría peligro de que los artesanos también se retrajesen, cuando eran ellos solos los que con su pobres dádivas, á costa del pan de su hijos, iban sosteniendo la situación.

Resolvióse á acometer la cuestión de frente, manifestándole, brevemente, con franqueza, la causa del fracaso de su expedición, y encareciéndole al mismo tiempo que no era conveniente arrancar la careta, como él decía, á los emigrados pudientes, porque ese hecho obraría en descrédito de la causa que todos tenían el deber de sostener. Manifestóle, con sinceridad, que los artesanos eran los que habían sostenido la revolución allí durante todo el tiempo de su administración; pues á excepción de cuatro pudientes, que habían dado, uno mil doscientos pesos, dos, mil y uno, quinientos pesos, todo lo demás había salido de las pequeñas cuotas con que contribuían los artesanos. Dijo que á no haber sido por éstos, la revolución se habría hundido en el extranjero; que así lo había manifestado ya al gobierno, y se lo decía á esos mismos pudientes, tanto de allí como de Francia, lanzándoles al rostro su indiferencia y falta de patriotismo. Exortólo al mismo tiempo á que no desmayasen en la honrosa y digna senda por donde marchaban; que la patria todo lo debería á ellos y en su día le asignaría á cada cual el lote que le correspondiese, según sus obras.

Ramón Céspedes, que también se hallaba presente, no sólo apoyó á Aguilera, sino que reforzó sus argumentos en el mismo sentido.

Informó también Conunsa á Aguilera y Ramón Céspedes, que había llegado á Nueva York una comisión compuesta de los ciudadanos Benito de Armas, José María Reyes y Prudencio Valdés, con objeto de reclamar á Melchor Aguero una considerable suma que les había llevado y "ainda mais" la espada guarnecida de oro que las señoras cubanas emigradas regalaron á Carlos Manuel de Céspedes y éste había devuelto para sortearla en un bazar en Cayo Hueso.

Aquel mismo día recibió Aguilera una carta de Cuba libre, de José Caledonio Rodríguez, barbero que ejercía en el campo como médico y cirujano, (véase en el libro de Correspondencia) pidiendo le mandase un poco de quinina para los enfermos y una bolsa de cirugía para los heridos. La lectura de esta carta produjo gran tristeza á Aguilera al comparar el valor, la abnegación y patriotismo de los que luchaban en el campo, con la miseria y le egoísmo de los cubanos ricos de la emigración.

Refirió Mayorga á Aguilera que en los últimos tiempos que fué Agente, recibió una carta del señor Manuel Márquez Sterling, Agente del Perú, en que le manifestaba que había allí gran entusiasmo en favor de Cuba y se intentaba organizar una expedición de dos mil hombres que irían á los órdenes de un general peruano que nombraba. Para

ese efecto necesitaba tres millones de pesos en bonos de Cuba y los nombramientos de un general y jefes subalternos para el cuerpo expedicionario, urgiéndole, al mismo tiempo, la mayor brevedad, en el envío de esos documentos para aprovechar el estado favorable de la opinión.

Dijo Mayorga que aceptando como bueno el proyecto, había remitido á correo seguido dos millones y medio de pesos en bonos, que con quinientos mil pesos más que tenía Márquez hacían los tres millones, y también los nombramientos pedidos, firmados por Ramón Céspedes. Habiendo recomendado así mismo á Márquez que le avisara oportunamente para mandar dos jefes cubanos, Miguel Luis Aguilera y Pío Rosado, para que en calidad de agregados en el Estado Mayor, fuesen como prácticos é introductores, por el gran conocimiento que ambos tenían del terreno de Cuba y sus relaciones con los jefes revolucionarios. Añadió Mayorga que era posible que la organización de esa expedición estuviese bastante adelantada.

Comentando este particular, se extendieron en consideraciones respecto al ventajoso estado en que los nuevos Agentes Confidenciales se habaín hecho cargo de los asuntos de Cuba en el extranjero. Si esa expedición lograba realizarse, de ellos sería la gloria, pues durante su administración se habría recogido el fruto. Además, la Agencia se encontraba desembarazada de deudas, á diferencia del estado en que la encontró Aguilera, que poco les faltó á Mayorga y á él para volverse locos cuando se veían asediados por todas partes con los créditos contra la Agencia, con pleitos, reclamaciones etcétera. Quesada y Castillo encontraron ese camino expedito y fácil porque Aguilera y Mayorga se lo habían trillado. Contaban hasta con veinticuatro millones de pesos en bonos, cuya impresión había costado á Aguilera cerca de once mil pesos. En una palabra, los nuevos Agentes Confidenciales empezaban recogiendo el fruto de lo que los dos anteriores Agentes, con tantas labores y fatigas, habían sembrado. La Agencia navegaba por una mar tranquila y solo esperaba al experto piloto que le diera dirección para colmar de honra y de lauro á los nuevos Agentes.

CAPITULO XI

MAYO 1873

ALDAMA Y VILLEGAS SALEN A RECOLECTAR DINERO ENTRE LOS EMIGRADOS.—CURIOSA MANERA COMO ALDAMA DESEMPEÑO ESTA COMISION.—DESALIENTO DE VILLEGAS A ALDAMA.—ESTE PROMETE PRESTAR LA FIANZA QUE SE NECESI-VILLEGAS.—ALDAMA Y SUS ADMIRADORES.—CONMOVEDORA APELACION DE TABA.—PUERTA DE ESCAPE DEJADA POR ALDAMA.—AGUILERA TOMA A SU CARGO LA CONSECUCION DEL VAPOR.—DON CARLOS DEL CASTILLO VUELVE A EXIGIR A AGUILERA LA ENTREGA DE LA AGENCIA.—LO AMENAZA CON SU PROTESTA.— AGUILERA RECHAZA TODA RESPONSABILIDAD.— COMUNICACION DE MARQUEZ, AGENTE EN EL PERU.—MALA FAMA DE QUESADA EN VENEZUELA.—VILLEGAS ACUSA AL GENERAL CAVADA DE INEPTO.—CARTA DE DON CARLOS DEL CASTILLO PIDIENDO SEA AGUILERA QUIEN LE ENTREGUE LA AGENCIA.

Se recordará que Aldama había ofrecido á Villegas salir con él á hablar á algunos cubanos con el fin de ver si reunían los fondos suficientes para cubrir los siete mil setecientos cincuenta pesos que había de déficit para la expedición que proyectaban. Habiendo ido Aguilera á ver á Villegas para que le dijera el resultado de la comisión, le manifestó éste, con desaliento, que Aldama lo había llevado al escritorio de Félix Govín (quesadista) lo había presentado á éste, recomendándole el asunto que lo llevaba, y se había marchado á sus negocios particulares diciendo que volvería. Volvió, en efecto, lo llevó entonces al escritorio de Esteva (quesadista también) hizo allí lo mismo, se fué, y no había vuelto á verlo más.

No extrañó á Aguilera esta curiosa

manera de desempeñar Aldama la comisión que él mismo había propuesto. Poniendo á un lado el hecho de dejar solo á su compañero para que se entendiese con la persona que ambos, con su respectiva influencia, debieran convencer, no era concebible, dado el estado de animosidad de los partidos, llevar á Villegas á que pidiera para la expedición de Aguilera, á los contrarios políticos de éste y de él mismo. Pero ya Aguilera estaba acostumbrado á las maniobras de Aldama, que tanto desdecían de la seriedad de un hombre de su carácter. Pensaba Aldama que todo le era permitido, y lo que hacía él, bien hecho estaba, sólo por ser él quien lo hiciera. Y no era esto lo peor, sino que sus amigos, ó mejor dicho, sus admiradores, se lo soportaban y lo acogían como cosa muy natural y correcta. Y como estos admiradores no veían sino por los ojos de Aldama, ni pensaban sino con la cabeza de Aldama, Aguilera se veía en la alternativa de quedarse solo, ó soportar las excentricidades de Aldama, ya que no le era posible unirse á los quesadistas.

Se recordará que Aldama primero mandó proponer á Aguilera con Villegas, que para cubrir el déficit de que se trataba, facilitara tres mil pesos del dinero de París. Constándole que Aguilera no podía tocar ese dinero, probablemente creyó que se negaría, y entonces tomaría esta negativa como pretexto para negarse él también á contribuir. Pero no había contado con que fuera tanto el deseo de Aguilera de que la expedición se realizara, que arrostrara la responsabilidad de tomar esa cantidad del depósito sagrado. Y como Aguilera accediera á ello, se vió entonces obligado á variar el plan, formando otro que lo llevara al mismo punto, que era no dar nada, y seguir gozando de la fama de patriota. Propuso entonces á Villegas salir á recoger con él dinero entre los emigrados, y esta misión la desempeñó de la manera que hemos visto. Mas, no podía ser de otro modo. ¿Cómo podría presentarse el millonario Aldama ante otros emigrados que tenían mucho menos capital que él, y extenderle la mano para que dieran á Cuba la limosna que él le negaba? Esto hubiera sido estupendo. Aldama, que era hombre rico en recursos de esa especie, se dicidió por el expediente que hemos visto. Su amigo Villegas, aunque quedó algo mohino, aceptó lo hecho por Aldama, y siguió rindiendo culto á su ídolo. Y no era Villegas solo quien tan complaciente se le mostraba. Todos los demás admiradores de Aldama, cual más cual menos, éranle igualmente sumisos. Era Miguel de Aldama el Júpiter Tonante de aquel Olimpo, en que ejercía su autoridad con omnímoda soberbia.

Refiriendo Villegas á Aguilera el resultado de sus respectivas entrevistas con Govín y Esteva, dijo que los dos habían manifestado que ellos contribuían por medio de Ramón Martínez, por cuyo motivo no podían hacer nada por la expedición que proyectaba Aguilera. Añadió que Govín se había lamentado de que Aguilera y él no se unieran á Martínez para enviar recursos á Cuba, cuando hasta el presente Martínez era el que trabajaba con provecho positivo para la causa, pues estaba unido con Melchor Agüero que tan afortunado era para conducir expediciones. Le instó para que influyese con Aguilera en sentido de que se uniera á ellos, y dijo que si era verdad que Agüero había vendido parte de la última expedición que sacó para Cuba, seguramente lo habría hecho con consentimiento de Martínez, toda vez que éste continuaba empleándolo.

Puesto que tan ineficaz fué el auxilio que Aldama prestó á Villegas, manifestó éste á Aguilera, que iba á verlo otra vez para que acabara de decirle, definitivamente, si pensaba ó no auxiliarlos.

Bajó Villegas á la oficina de Aldama y Aguilera quedó esperándolo en la de la sociedad. Después de dos horas de espera, subió Villegas muy satisfecho, diciendo: "Señores, más da el duro que el desnudo.". Admiróse Aguilera creyendo que Aldama había dado alguna cantidad y preguntó qué sucedía. Contestó Villegas que había logrado que Aldama garantizara los seis mil pesos y pico del vapor. Dijo que había estado luchando con él hasta aquel momento porque estaba negado á todo, hasta que al fin, desalentado al ver que nada podía

conseguir, le dijo: "Pues bien, Miguel, ya que tu no quieres ayudarme y veo que nada puedo hacer por Cuba, mañana mismo renuncio la presidencia de la sociedad "Los Amigos de Cuba" en que tú me has metido y me retiraré en un rincón del mundo, donde nadie sepa de mí." Pareció, dijo, que esas palabras suyas lo impresionaron, y al fin accedió á garantizar los seis mil setecientos cincuenta pesos del plazo del vapor. Trató Aguilera de informarse de las condiciones en que prestaba la garantía y dijo Villegas que quería se hipotecase el vapor á su favor y además tres pagarés, uno de él, otro de Hilario Cisneros y el tercero de Francisco Arteaga, por dos mil y pico de pesos cada uno.

Conociendo Aguilera bien á Villegas y á Aldama no se dejó entusiasmar por la alegría que mostraba aquél. Pensó que Aldama guardaría alguna segunda idea, que al llegar el momento de hacer efectivo el ofrecimiento habría de descubrir. No tardó en ver confirmado su juicio, pues luego, en la conversación, dijo Villegas que Aldama no quería figurar en el asunto y tenía que buscar un individuo que prestara la fianza por él. Vió en esto Aguilera la puerta de escape que había dejado abierta Aldama, para llegado el momento, escurrirse por ella.

Por otra parte, la inconsciente amenaza de Villegas, de retirarse de la presidencia de la sociedad "Los Amigos de Cuba", no podía ser más grave. De llevarla á cabo, hubiera producido un gran trastorno en las miras políticas de Aldama. Hemos visto que había sido este el autor de esa sociedad, formada para hacer la oposición de los Agentes Confidenciales. Villegas, como ciego admirador de Aldama, era un presidente insustituíble para ella. Aldama lo necesitaba en ese puesto, y la amenaza de Villegas de abandonarlo, era muy seria para él. Sin embargo, no necesitaba alarmarse; su bien surtida trastienda tenía mil medios para conjurar el peligro. Comprendió que de momento debía ceder, y mostrándose "impresionado", según dijo Villegas, por las palabras de éste, accedió á lo que le pedía, pero como hábil general, dejando su retirada bien preparada, para escapar en el instante que fuese necesario hacer efectivo el compromiso. La historia toda de Aldama está cuajada de hechos análogos al que referimos, sin que en todo el tiempo que duraron sus relaciones con Aguilera llegase jamás á realizar servicio efectivo á la patria, de los muchos que ofreció hacer.

Muy satisfecho Villegas, Hilario y Javier Cisneros, que también estaban allí, pusieron un parte telegráfico á Baltimore para ver si podían contar con el vapor.

Contestaron de Baltimore al día siguiente que el vapor estaba disponible.

Fué á verlo Javier Cisneros y volvió diciendo que lo había reconocido con el maquinista Aguiar.

Tenía la cámara arriba, por lo que presentaba mucho volumen y además calaba demasiado; estas circunstancias lo hacían inservible para el objeto que se proponían. Al mismo tiempo habían visto otro vapor que reunía todas las condiciones favorables, pero pedían por él veinte mil pesos.

Parecióles el precio muy por encima del que ellos podían pagar, é impacientado Aguilera al ver que no salían del círculo fatal en que estaban encerrados, se propuso tomar entre manos la laboriosa tarea de conseguir el vapor, dedicando á ello todo su empeño. Lo propuso así á Villegas, diciéndole que se entendiese él con lo demás de la expedición, y éste aceptó. Manifestó Aguilera que haría una excursión por los puertos principales de la Unión Americana, en busca de un buque que llenase las condiciones que necesitaban. Se proponía no volver á New York hasta haberlo encontrado, y al efecto, dijo á Villegas que pusiese al capitán Summer á su disposición para que lo acompañase.

Debemos decir que ya de antemano habían contratado al capitán Summer quien ganaba cien pesos mensuales, el tiempo en que no lo ocuparan, doscientos cuando lo ocuparan y mil pesos por conducir la expedición.

Recibió Aguilera otra carta de don Carlos del Castillo, fecha 17 de Mayo, en que de nuevo le exigía que fuese él quien le entregase la Agencia, pues no

tenía para qué entenderse con Mayorga; añadiendo que, caso de verse obligado á ello, lo haría bajo protesta, haciendo á Aguilera responsable de los perjuicios que sobreviniesen y dando cuenta al gobierno. Al mismo tiempo sabía Aguilera que había escrito á Ramón Céspedes, diciéndole que no podía recibir el archivo de la Comisión Diplomática por encontrarse enfermo.

Contestóle Aguilera diciendo que por su parte rechazaba la responsabilidad que quería echarle encima y que actualmente se ocupaba de formar un expediente de lo ocurrido sobre ese particular, con objeto de enviarlo al Gobierno y á la Cámara, á fin de que ambos poderes estuvieran instruídos de lo que pasaba.

Como Castillo amenazaba á Aguilera con elevarse en queja al Gobierno, ó sea á Carlos Manuel de Céspedes, que era su buen amigo y compadre, pues le había bautizado dos niños, Aguilera quizo hacerle presente que él se dirigiría al mismo Gobierno y á la Cámara también, pensando que no sería de su agrado que esta última se informase de las perturbaciones que habían causado en el extranjero las últimas disposiciones de su compadre.

Recibió Ramón Céspedes una comunicación de Márquez Sterling, Agente en el Perú, en que manifestaba que los asuntos de Cuba allí marchaban muy bien y si se enviaba una persona de respetabilidad y honradez con la debida autorización, podría conseguirse todo lo que se desease. Al mismo tiempo advertía que debía cuidarse que no fuese Manuel de Quesada, pues entonces todo se echaría á perder, porque había allí un grupo de venezolanos distinguidos que habían conocido á Quesada en Venezuela y hablaban muy mal de él.

Invitó Villegas á Aguilera para que fuera á su casa á comer con él; así lo hizo éste y lo presentó á su familia. Después de la comida pasaron á la sala y le refirió Villegas varios sucesos concernientes á Adolfo Cavada y su hermano, á los cuales atribuía el mal éxito del pronunciamiento de las Villas. Dijo que Adolfo Cavada había salido de Cienfuegos con quinientos hombres bien armados y municionados, pues la armas más inferiores que llevaban eran escopetas del sistema Lefaucheaux. Villegas, que iba con él, le propuso dirigirse á la Ciénaga de Zapata y Cavada se negó, tomando otro rumbo. A los ocho días de su salida, aquella brillante fuerza no existía, habiendo sido desbaratada, más por las privaciones y fatigas y por lo inadecuado del terreno en que se movía, que por la persecución que le hiciera el enemigo. A él (Villegas) se le fueron incorporando, dos á dos y cuatro á cuatro, muchos de los dispersos, y así pudo reunir una pequeña fuerza. Dijo que los Cavadas habían probado no ser buenos jefes.

CAPITULO XII

MAYO 1873

FOLLETO DE ZAMBRANA.—DICE QUIERE PASAR LIGERAMENTE SOBRE LA CONDUCTA DE C. M. DE CESPEDES.—ESTE SE MUESTRA PARTIDARIO DE LA UNION DE LA IGLESIA Y EL ESTADO.—AGUILERA ESCUCHA EN SILENCIO.—ZAMBRANA NIEGA TALENTO A CESPEDES.—MUERTE DE IGNACIO AGRAMONTE.—PRUEBA DE LA TORPEZA DE CESPEDES.—SU FE EN EL TRIUNFO DE LA REVOLUCION.—CESPEDES UN AMBICIOSO.—TEMIA LA SOMBRA DE AGRAMONTE.—AGUILERA SELLA SUS LABIOS.—OPINION DE AGUILERA SOBRE IGNACIO AGRAMONTE.—LAMENTA SU MUERTE.—CREIA A AGRAMONTE EL MEJOR CORRECTIVO PARA LOS EXCESOS DE CESPEDES.

Como hubiera sido invitado Aguilera por Antonio Zambrana para oir la lectura del folleto que éste escribía, que debía efectuarse en casa de Aldama, ante varios patriotas respetables, concurrió á la cita y encontró allí, además de Zambrana y Aldama, á José Antonio Echeverría, José Manuel Mestre y Leonardo Delmonte.

Era el aludido folleto una reseña

histórica de las causas que produjeron en Cuba el descontento general contra la dominación española, que culminó en la revolución, hecha á grandes rasgos, y los principales acontecimientos de ésta, escritos con bastante exactitud é imparcialidad. Estaba inconcluso, no llegando más que al año 1869. Pareció gustar á todos, y así lo manifestaron al autor.

Después de concluída la lectura, interpeló Echeverría á Zambrana diciéndole que, teniendo todo escrito un fin determinado, deseaba saber cuál era el que se había propuesto con lo suyo. Contestó Zambrana que el de consignar los principales hechos de la revolución de Cuba, á fin de que sirviesen como apuntes para la historia más extensa que después debía escribirse.

Replicó Echeverría que parecía contener algunos ataques, aunque indirectos, contra Carlos Manuel de Céspedes.

Contestó Zambrana que había procurado pasar como por sobre ascuas al referir algunos hechos de Carlos Manuel de Céspedes, por no ser el tiempo oportuno de revelarlos en toda su gravedad; pero que sin embargo, creía haber debido tocarlos, aunque muy á la ligera, tal como la unión de la Iglesia y el Estado, sin entrar en pormenores, por más que le constaba que había pretendido hacerse consagrar por aquella.

Pensó Aguilera en la certeza de lo que decía Zambrana, pues á él también le constaba la ceremonia carnavalesca de haberse hecho conducir Céspedes bajo "palio" en Bayamo, y recordaba la indirecta reconvención que le había dirigido porque no se habían repicado las campanas de las iglesias cuando regresó de Jiguaní á la misma ciudad. Sin embargo, Aguilera nada dijo, ni tomó parte en la discusión sobre Céspedes, pues desde que comenzó la revolución había formado el propósito de no decir una palabra que pudiese hacerlo desmerecer del alto concepto en que lo tenían los cubanos y el mundo entero. Puesto que la realidad era que se había querido identificar á Céspedes con la revolución, para Aguilera era inviolable el primero á fin de conservar todo su prestigio á la segunda.

Otra razón, también, influía en Aguilera para guardar esta reserva respecto á Céspedes, y era que por lo mismo que se sentía tan íntimamente ofendido por él, á causa de la soberana desconsideración con que lo había tratado, suplantándolo de una manera desleal en la jefatura de la revolución, no quería que fuera á pensarse que obraba por despecho, ó se atribuyera á algún otro mezquino sentimiento, cualquier palabra que dijese contraria á Céspedes. Quizás para algunas personas sea incomprensible esta exagerada delicadeza de Aguilera; pero así era su carácter. Dotado de los sentimientos más delicados y de la más exquisita susceptibilidad, el agravio que Céspedes le infiriera llegó á lo más profundo de su alma; y sintiéndolo así, allí batalló con él y lo ahogó, para que jamás nadie en el mundo pudiese conocer que había existido. Y si algún indiscreto, faltando al respeto debido á su silencio, pusiese el dedo sobre la dolorosa herida, preguntándole sobre aquellos sucesos, Aguilera, aparentando indiferencia, contestaba con alguna evasiva, excusando así abordar asunto tan lastimoso para él.

Continuó diciendo Zambrana que no sabía cómo Carlos Manuel de Céspedes había logrado conquistar esa reputación de hombre de talento, cuando él le había visto hacer cosas propias sólo del hombre más torpe y vulgar.

Haciendo pocos días que había llegado á los Estados Unidos la infausta noticia de la muerte de Ignacio Agramonte, preguntó Delmonte á Zambrana si creía que Céspedes habría sentido mucho la desaparición del insigne caudillo, por la falta inmensa que indudablemente había de hacer á la revolución.

Contestó Zambrana que Carlos Manuel de Céspedes sentía la fe más grande en el triunfo de la revolución; y aunque así no fuese, había otra cosa que él quería más que la revolución de Cuba, y era su engrandecimiento personal. Céspedes, dando prueba de la torpeza que antes había señalado, creía fácil la reposición de Agramonte como jefe militar; y al mismo tiempo temía mucho la influencia moral que se había conquistado, no sólo en Camagüey sino en Oriente y

en todas partes. Por ese motivo, y temiendo de la sombra que algún día pudiese proyectar sobre él, juzgaba que no había sentido su muerte.

Aguilera, que tanto podía haber ilustrado aquella espinosa cuestión, apoyando á persona tan autorizada como el miembro de la Cámara Antonio Zambrana, como ya hemos dicho, selló sus labios y no dijo una palabra.

A propósito de esta conferencia, que tuvo efecto el 22 de mayo, vamos á copiar lo que el día 15 del mismo mes consigna Aguilera en su "diario" respecto de la muerte de Ignacio Agramonte. Dice así:

"El "New York Herald" de hoy confirma la muerte del general Ignacio Agramonte en Gimaguayú y desmiente la de Julio Sanguily. Este acontecimiento es de grandísima trascendencia para la causa, sobre todo, en las críticas circunstancias en que se desarrolla una crisis tan grave en el campo de la insurrección.

"Agramonte no sólo era contrario á la política del presidente, sino una valla á sus exageradas pretenciones y se le miraba como el más eficaz correctivo de sus excesos."

CAPITULO XIII

MAYO 1873

AGUILERA SE PROPONE CONSEGUIR UN VAPOR.—PRETENSION DE B. VARONA Y ZAMBRANA.—SOLICITAN QUE VAYA EL PRIMERO EN LA EXPEDICION DESPACHADA POR AGUILERA.—EXTRAÑO INTERROGATORIO A QUE TRATAN DE SOMETER A ESTE.—RESPUESTA QUE DA AGUILERA AL INTERROGATORIO.—AGUILERA VA A BALTIMORE A VER UN VAPOR.—DIFERENCIA ENTRE EL CAPITAN Y EL MAQUINISTA QUE RECONOCIERON A ESTE.—AGUILERA SE DECIDE POR EL INFORME DEL CAPITAN.—FRANCISCO RAMOS ANIMA A AGUILERA A QUE LLEVE SU FAMILIA A BALTIMORE.—GESTION DE AGUILERA EN FILADELFIA.—VUELVE A NEW YORK.—MAYORGA SOSPECHA DEL CAPITAN SUMMER.—PEDRO PRIETO.—AVENTURAS DE MANUEL DE QUESADA.—ZAMBRANA CONVOCA UN MITIN EN HONOR DE AGRAMONTE.—SE HACE UNA SUSCRIPCION PARA VENGAR LA MUERTE DE ESTE.—AGUILERA URGE A SUMMER PORQUE CONSIGA EL VAPOR.—TRABAJO DE JACINTO VALDES CONTRA LA PROYECTADA EXPEDICION DE AGRAMONTE.—HECHOS DE AGÜERO EN CAYO HUESO.—INDIGNACION DE LOS EMIGRADOS.—VAPOR "OCTAVIA."—DESFALCO EN LA CUENTA DE LOS BONOS DE AGUILERA.—CONTRARIEDAD DE ESTE.—ESTA DISPUESTO A RESPONDER CON SUS BIENES A ESE DESFALCO.—SE ENCUENTRA CASI TODA LA CANTIDAD QUE FALTABA.—AGUILERA QUIERE PONGAN A SU CUENTA EL PEQUEÑO RESTO.—GERRIT SMITH, SIMPATIZADOR DE CUBA.—TRISTE SITUACION DE JORDAN.—AGUILERA LO AUXILIA.—ARDIENTES DESEOS DE AGUILERA POR VER A SU FAMILIA.—MAYORGA LE PROPONE EL AUXILIO DE ALGUNOS AMIGOS.—AGUILERA ACEPTA.—CANTIDAD QUE AGUILERA TRAJO DE PARIS.—LA PUSO A DISPOSICION DE LOS DONANTES.—AL MISMO TIEMPO LES SUPLICA QUE NO LA RETIREN.—PIENSA CON ELLA AUXILIAR LA REVOLUCION—NO RECIBE RESPUESTA CATEGORICA—PROPONE INVERTIRLA EN LA COMPRA DE UN VAPOR—AGUILERA NO REPARA EN ESCRUPULOS CUANDO DEL BIEN DE CUBA SE TRATA.

Dispuesto Aguilera á hacer personalmente las diligencias de conseguir un vapor para despachar la expedición en que se venía ocupando, citó al capitán Summer y á Javier Cisneros para ponerse de acuerdo.

Propuso Javier Cisneros ver el vapor de Baltimore por el que pedían veinte mil pesos. Objetó Aguilera que era muy caro y manifestó Summer que por menos dinero no podía conseguirse nada servible.

Dijo Cisneros que el buque podía conseguirse dando siete mil pesos al contado y el resto á tres y seis meses plazo. Además, era un vapor de carga que fácilmente podría venderse y tenía esa ventaja sobre los yates que eran de difícil venta, pues sólo servían para paseo.

Decidió Aguilera arrostrar por todo é ir á Baltimore á ver el vapor, acordando salir los tres para ese puerto dos días después.

Fué Aguilera al escritorio de la so-

ciedad y encontró conferenciando aparte á Hilario Cisneros con Antonio Zambrana y Bernabé Varona. Saludó á los dos primeros, mas no al tercero.

Al día siguiente le manifestó Villegas que el objeto de la larga conferencia que tuvieron Zambrana y Bernabé Varona con Cisneros era que, tratando Zambrana de despachar á Varona para Puerto Príncipe con cien hombres, había ido á pedir á Villegas que lo llevase en la expedición que debía despachar con Aguilera; lo único que le faltaba era un vapor que lo condujera. No habiendo encontrado á Villegas en el escritorio, habían hablado con Hilario Cisneros, recomendándole expusiese el caso á Villegas, y dejándole al mismo tiempo un papel con las siguientes preguntas para que las contestara.

El papel decía así:

Primero.—¿Cuáles son las condiciones del buque en que ha de ir el general Varona con su gente?

Segundo.—¿Qué elementos han de ir en el buque además de los del general Varona?

Tercero.—¿Para qué fecha estarán listos el buque y los elementos?

Cuarto.—¿Qué persona va encargada del buque?

Mucho extrañó á Aguilera aquella proposición hecha con tales preámbulos y mucho más las referidas preguntas, que más le parecieron una inquisición para averiguar el estado de sus trabajos, que el deseo de que fuesen á Cuba Bernabé Varona y su gente.

Dijo Aguilera que podía contestar á la primera pregunta, que todavía no sabían que buque debía llevar la expedición. A la segunda, que aún no sabían los elementos de guerra que mandarían. A la tercera, que ignoraban cuando podría salir, y á la cuarta, que no sabían aún qué persona iría encargada de ella. Por último, que no tenían dificultad en llevar al general Varona y su gente en la expedición, pero que éstos deberían estar listos para cuando se les avisase, pues de no ser así tendría que aguardar el regreso del vapor, porque la expedición, una vez lista para salir, no podía demorarse.

Añadió Aguilera, que sabía, por varios conductos, que la señora del presidente estaba muy interesada en conocer todos los pasos que él daba, y como Bernabé Varona era íntimo amigo de ella, no era extraño que se hubiese valido de él para averiguarlo, tomando á Zambrana como inocente instrumento de sus miras.

Dijo Villegas que Zambrana había dicho que todos los hombres estaban ya listos para salir; creía que el dinero lo facilitaba Bramosio. Contestó Aguilera que no dudaba que Bramosio lo hubiese ofrecido así, para rehabilitarse de la mala partida que le había jugado á él, pero que "al freir sería el reir", pues Bramosio era tan "duro" como Aldama.

A última hora, Javier Cisneros no pudo acompañar á Aguilera á Baltimore y con este motivo llevó éste á su sobrino Miguel Luis, para que le sirviera de intérprete. En Baltimore fué á ver al capitán Summer, al que había mandado anticipadamente; éste se manifestó disgustado con el vapor; dijo que era pesado, no tenía modo de acomodar á los pasajeros; etc. Ramos, á quien vieron también, manifestó que tenía los mejores informes del barco. Mandó Aguilera á Aguiar á examinar la máquina y éste dijo que estaba en muy buen estado; que para dar un informe definitivo sólo necesitaba verla funcionar en un viaje de prueba.

Después de mil diligencias y peripecias, en la que Summer ponía defectos al vapor y se oponía á su compra, y Aguiar y Ramos decían que el barco era muy á propósito para lo que se deseaba, porque era muy raso, presentando poco volumen fuera del agua, era fuerte, estaba en buen estado, andaba nueve millas por hora, calaba ocho pies, medía 201 toneladas, tenía dos botes, aparejo de goleta, etc., dijo Ramos á Aguilera que había hablado con el dueño del "Gary", nombre del vapor, quien le dijo que Summer le exigía el dos por ciento de comisión, y él se había negado, porque creía que la venta se hacía sin intervención de corredor. De otro modo, habría subido el precio del barco para sacar la comisión. Supusieron Ramos y Aguile-

ra que este era el motivo de la oposición de Summer á la compra del vapor.

Por último, concertaron con el dueño del "Gary" la prueba del buque. Reuniéronse á bordo el capitán Summer, Aguilera, Aguiar, otro maquinista cubano llamado Sabatés, Ramos, el dueño del vapor y Miguel Luis. Salieron del muelle á la una y cuarto y regresaron poco después de la siete de la tarde, habiendo recorrido treinta y nueve millas. Durante todo el viaje la máquina funcionó muy bien y en ciertos trayectos anduvo el vapor hasta nueve millas por hora. Summer seguía mostrándose disgustado y Aguiar satisfecho. Al día siguiente estos dos, capitán y maquinista respectivamente, que debían ser del vapor, presentaron á Aguilera su informe del viaje de prueba, muy adverso el del primero y satisfactorio el del segundo. En vista de esto, Aguilera no quiso tomar sobre sí la responsabilidad de obrar contra el parecer del que iba á ser capitán, y desistió de la compra.

Durante el tiempo que estuvo Aguilera en Baltimore, Ramos lo animaba á que trajese á su familia de Jamaica y la instalase en aquella ciudad, donde la vida era muy económica; decía que con la mesada de doscientos pesos que pasaba el suegro de Aguilera á la esposa de éste, podía vivir la familia perfectamente bien.

Dijo Ramos que tenía noticias de un vapor en Nueva Orleans muy bueno; su dueño garantizaba un andar de nueve millas, tenía 240 toneladas, en buen estado, podía conseguirse por doce ó trece mil pesos y lo daban tan barato porque la compañía dueña de él, lo había comprado para que no le hiciese competencia, y no necesitándolo, quería deshacerse del vapor. Recomendó Aguilera á Ramos que tomase todos los informes que pudiera y se los mandase á Nueva York.

No encontrando en Baltimore vapor que le conviniera, resolvió Aguilera volver á Nueva York á esperar el aviso de Ramos, y de paso pro Filadelfia ver si podía conseguir alguno en ese puerto.

Llegado á esta ciudad se dirigió al cubano Santisteban, presidente de la "Sociedad Cubana," para que lo auxiliase en su empresa. Informólo Santisteban de que hacía pocas semanas vendían allí un vapor de hierro de dos pailas, que podía andar hasta diez millas y lo daban por diez y ocho mil pesos. Dijo que el vapor no estaba allí entonces, pero que él se informaría y avisaría á Aguilera.

Con este resultado, creyó Aguilera más conveniente volver á Nueva York para seguir haciendo diligencias desde allí, mientras recibía los informes de Ramos y de Santisteban.

Vuelto á Nueva York y reunido con Mayorga manifestó á éste el resultado de su excursión. Dijo Mayorga que pudiera ser que el capitán Summer estuviese de acuerdo con Aguero para no encontrar vapor que le conviniera, á fin de que ellos le estuviesen pagando un sueldo mientras se componía el "Edgar Stuart", del que era capitán; y así que el vapor estuviese compuesto, entonces volver á hacerse cargo de él, no habiendo dejado de ganar su sueldo en todo ese tiempo. Aguilera que no era dado á pensar mal de los hombres mientras estos no le dieran motivo para ello, parecióle que era adelantar mucho la malicia, y así lo manifestó á Mayorga; éste insistió diciendo que no lo dudaba.

Fué invitado Aguilera á un mitin de los artesanos en honor de Ignacio Agramonte, en el que Zambrana haría el panegírico de éste. Al llegar al lugar de la cita, lo vió Zambrana y lo llamó, haciéndolo tomar la presidencia. La concurrencia fué muy escasa; Zambrana pronunció un discurso elocuentísimo, encomiando los méritos indisputables del finado y concluyó proponiendo que se abriese una suscripción para comprar armas y municiones que se mandarían á Camaguey para vengar su muerte. La idea fué aceptada con entusiasmo; se formó la comisión, eligiendo para presidirla á Aguilera, y allí mismo se dió comienzo á la recolección de fondos, suscribiéndose Aguilera con diez pesos, Zambrana y otros más con igual cantidad y algunos con cantidades menores. Acordaron sa-

lir en comisión á recoger fondos entre todos los emigrados.

Habiendo llegado Aguilera á la oficina de la sociedad, lo invitaron Villegas y Francisco Arteaga, miembro éste último de la directiva, para ponerse de acuerdo respecto á un vapor en Boston del que les había hablado el capitán Summer.

Contestóles Aguilera que según sus informes, ese vapor no convenía y era perder tiempo y dinero, ir á verlo. Calaba trece pies y, por lo tanto, tendría que fondear á cinco ó seis millas de la costa, cosa que dificultaba el alijo de la expedición. En su concepto no debían admitir vapor que calara más de ocho ó nueve pies.

Llegó Summer, y le hizo Arteaga las observaciones de Aguilera respecto al vapor de Boston. Contestó que quizás no yendo muy cargado no calaría más de nueve pies; dijo que le gustaba, porque tenía muy buen cilindro y podía caminar mucho. Estas hipótesis satisficieron poco á los presentes.

Viendo que nada se determinaba, dijo Aguilera á Summer, interpretándolo Arteaga que fuese á cualquier salón de lectura donde hubiera periódicos de todo el país y recorriera los anuncios de los vapores en venta, pues no era posible que en todos los Estados Unidos no hubiera uno que les conviniese. Ese era un medio, pero á él (Summer) como conocedor del país y marino de profesión, indudablemente se le ocurrirían otros más eficaces. Enterado Summer, quedó en hacer todas las diligencias posibles, informándoles al día siguiente.

Aguardaba Aguilera á los individuos de la comisión para recolectar dinero con que mandar recursos de guerra al Camagüey; llegaron B. de Armas, Benito Cerquera, Manuel Montero, Juan Alvarado y J. Díaz, que la componían.

Manifestó uno de ellos que tenía pocas esperanzas en el éxito; Jacinto Valdés, que pertenecía al club quesadista "Hijos del Pueblo", había ido por todos los talleres, desanimando á los obreros; algunos de estos que se habían suscrito con diez pesos, decían que no darían nada para esa empresa y en cambio darían veinte pesos para la sociedad.

Uno de estos individuos, Benito Cerquera, compañero de uno de los comisionados que habían ido de Cayo Hueso á pedir á Agüero cuenta de los fondos que recogió en aquella población, se expresó en términos muy desfavorables para Agüero. Dijo que se había presentado en Cayo Hueso diciendo que acababa de desembarcar una gran expedición en Cuba, é iba á buscar recursos entre aquellos patriotas para inmediatamente llevar otra. A este anuncio, la emigración cubana se llenó de entusiasmo, los donativos llovieron de todas partes, él mismo había rifado unas pequeñas propiedades suyas entregando el producto á Agüero para la causa. Puede decirse que los emigrados se quedaron sólo con la ropa puesta, pues además de dar todo el dinero que tenían, hombres y mujeres dieron sus vestidos, sus calados y cuanto poseían. Mantuvieron la tripulación del vapor de Agüero por varios días y por último le regalaron la espada de Carlos Manuel de Céspedes. Esta fué la espada regalada á Céspedes por las señoras cubanas y que éste devolvió para que se rifara en un bazar. Dijo Cerquera que Agüero inmediatamente se ciñó la espada. En una palabra, Agüero fué el hombre del día, y por insinuaciones de él mismo, algunos emigrados trataron de nombrarlo general; pero no faltó entre ellos quien se opusiera á semejante disparate.

Algún tiempo después supieron que la tal expedición fué un desastre, pues habiendo sacado gran cantidad de armas y pertrechos de Nueva York, estuvo vagando por los puertos de las Antillas y del Centro y Sur América, donde vendió casi todo el cargamento y como un año después de salir de los Estados Unidos desembarcó en Cuba el pequeño resto que le quedaba, regresando con el vapor destrozado, al que había que hacer una costosa reparación.

Al convencerse los emigrados de Cayo Hueso del engaño de Agüero, se indignaron y enviaron la comisión para que le pidiese cuenta de los considerables caudales que le habían confiado y les de-

volviera la espada de Carlos Manuel de Céspedes.

En vista de los anteriores informes y de la desanimación de los comisionados para llenar su cometido, resolvieron apla zar su misión para mejor oportunidad.

Fué Aguilera á la oficina de la Sociedad á ver los informes que había llevado Summer. Arteaga le dijo que estuvo allí, dejándole recado de que en ninguno de los periódicos que había leído encontró un vapor que pudiera convenirles. Villegas también le manifestó que Aldama le había hablado de que estaba de venta el "Octavia" que era de más andar que el "Hornet" y lo daban por veinte mil pesos. Fueron Aguilera y Arteaga á ver al dueño del vapor, pero no lo encontraron.

Volvieron al día siguiente, lo hallaron, y les dijo que en su clase era el mejor vapor que había en los Estados Unidos; andaba en la mar de diez á doce millas, y si lo forzaban hasta diez y seis millas; como había sido construído para correr el bloqueo era muy fuerte y podían colocarse en él cañones; se le había hecho una completa reparación y dentro de cinco días estaría en el puerto de Nueva York para ponerle las pailas nuevas, única cosa que le faltaba. Dijo que el vapor había costado trescientos mil pesos y no podía darlo por menos de sesenta mil. Sin embargo, les dió la dirección del individuo que lo tenía á su cargo y les dijo que se entendieran con él.

Vieron á Summer y éste les dijo que había en puerto un vapor que podía convenirles. Les dió la dirección, fueron á verlo Aguilera y Arteaga, y aunque era nuevo, de 188 toneladas, y decían andaba diez millas, no les gustó porque tenía una forma poco apropiada, siendo demasiado ancho para su largo. Dijo Summer después que por el vapor que acababan de ver pedían treinta y cinco mil pesos; pero él había escrito á Boston por informes de otro, y esperaba contestación.

Por aquellos días hallábase Aguilera muy contrariado. Estando Manuel J. Izaguirre arreglando la cuenta de los bonos de Mayorga para hacer la entrega á don Carlos del Castillo, encontraba que faltaban más de doscientos mil pesos en bonos y se hacía responsable á Aguilera del desfalco. Esos bonos ni habían estado en su poder, ni se habían contado cuando él salió para Europa, y Mayorga se hizo cargo de la Agencia; no atinaba, pues, como pudiera asegurarse que el referido desfalco hubiera tenido lugar durante su administración y no en la de Mayorga; y sin embargo, después de más de un año de haber dejado la Agencia, venía á decírsele que él era responsable de la falta. Con este motivo escribe así en su "diario": "Después de tantos sacrificios y tantas amarguras, pasar, cuando menos, por dilapidador de una suma que ni siquiera he tocado.... Esto es demasiado cruel para mí....."

Fué Aguilera á casa de Mayorga á ver que sacaba en claro respecto al asunto de los bonos. Lo encontró comiendo con su familia; lo invitaron, pero no aceptó, porque no tenía el ánimo dispuesto para ello. Cuando hubieron concluído llamó á Mayorga aparte, le explicó lo que había sobre los bonos, le enseñó la nota que le había mandado Manuel J. Izaguirre en que figuraban á su cargo $9.435,000 con un descargo de $9.194,000, de manera que resultaban en su contra $241,000 sin poder atinar por qué había esa diferencia, á pesar de hacer varios días que estaba examinando todas sus cuentas y apuntes y torturando su memoria. Dijo que en la cuenta de Izaguirre solo había notado la falta de una cantidad en bonos, entregada á Rafael Quesada, pero que ésta creía no ascendía á gran cosa y siempre la diferencia resultaría bien grande.

Finalmente, manifestó Aguilera que puesto que todos decían que él era responsable, estaba en el deber de salvar su crédito. Al efecto, al día siguiente vería otra vez á Manuel J. Izaguirre y en caso de que no hubiera encontrado la cantidad, iría al notario José González para otorgar á favor de la República de Cuba una escritura por esa suma, la que abonaría tan luego se reconociese su independencia, á razón de 25 centavos por peso, tipo el más alto á que se habían vendido los bonos entre los cubanos. Esa escritura la entregaría á don Car-

los del Castillo, como Agente Confidencial, para que la guardase en su archivo y se hiciese efectiva en su oportunidad.

Volviendo á hablar sobre el recibo que había otorgado Rafael Quesada al entregarle los bonos Aguilera, dijo éste á Mayorga que debía estar entre los papeles de la Agencia que le había dejado y le suplicó lo buscara.

Al día siguiente por la mañana fué Aguilera á casa de Mayorga y encontró á éste examinando los papeles de la administración de Aguilera; púsose él á hacer lo mismo, estando ocupados en esa operación hasta las diez y media de la mañana, sin encontrar el recibo que buscaban. A esa hora fueron á casa de Izaguirre, sobre el mismo asunto.

Dijo Aguilera á Izaguirre que en la cuenta que le había presentado, sólo notaba la falta de una cantidad de bonos que había dado á Rafael Quesada; se había cansado de buscar el recibo de éste, y no había logrado encontrarlo. Contestó Izaguirre que no era posible lo encontrara, porque el recibo lo tenía él y era de doscientos mil pesos.

Pasmado quedó Aguilera y aún todavía dudando, quiso que Izaguirre le enseñara el recibo, lo que éste efectuó. Convencióse Aguilera que eran doscientos mil pesos los dados por él á Rafael Quesada hacía más de un año siendo Agente, para que sacara la segunda expedición de Venezuela, la cual todavía no había salido para Cuba ni se sabía cuando saldría.

Le preguntó Aguilera como no había incluído esa partida en la nota que le mandó, haciéndole pasar tantos malos ratos. Contestó Izaguirre que no sabía como se pasó ponerla al escribiente, y él no lo había notado.

Siguierön hablando sobre los 41,000 pesos que aún faltaban y dijo Izaguirre que varios otros de los que habían manejado bonos, tenía, á su cargo gruesas sumas, lo que consistía en que siendo tan grande la depreciación de ese papel, era fácil omitir algunas pequeñas cantidades. Dijo que Morales Lemus tuvo un desfalco de cincuenta mil y pico de pesos y resolvieron cargarlo á la cuenta de "Gratificaciones". José M. Mestre había tenido otro de setenta mil pesos que todavía estaban á su cargo y propuso á Aguilera pasar esos 41,000 pesos también á la cuenta de "Gratificaciones."

Era este un medio expedito para que Aguilera saliese de la dificultad, saldando bonitamente su cuenta hasta el último centavo, y más sabiendo que no habría sido el primer agente que lo hubiera adoptado, pues además de los citados por Izaguirre, en las cuentas de Aldama figuraban noventa y nueve mil pesos pagados por "Gratificaciones" durante su administración y no en bonos cubanos, sino en dinero de los Estados Unidos. Sin embargo, su modo de ser rechazaba tal expediente, así, contestó á Izaguirre que él prefería que pusiese esa cantidad á su cargo y siguiera buscando; esa suma debía parecer como habían parecido los doscientos mil pesos y caso que no pareciera la dejara á su cargo, que él respondería de ella á su debido tiempo.

Encontró Aguilera en la oficina de Mayorga á Jordan. Dijo éste que Smith iba á dar mil setecientos pesos más para la causa de Cuba. Había desistido de un mitin que proyectaba en favor de Cuba, porque veía la indiferencia de los americanos. En su lugar daría una conferencia privada para la que invitaría á Aldama, mister Dana y otros amigos más y á él (Jordan). Manifestó éste que desearía asistir, pero no tenía más traje que el que llevaba puesto, que estaba muy estropeado.

Contestóle Aguilera por medio de Mayorga que se comprase uno, que él lo pagaría; y dijo al mismo tiempo á Mayorga que le abonase la cuenta así que se la presentase. Cuando se marchó Jordan, Mayorga dijo á Aguilera que á él también lo había "cortado", pues le había pedido veinticinco pesos prestados y dudaba que se los pagara. Compadeció Aguilera la situación de Jordan pues había mostrado sus simpatías por la causa de Cuba, yendo á derramar su sangre por ella, y lo veía en una angustiosa situación, teniendo además de su familia, otras obligaciones y no parecía que se ocupara en nada.

Siguiendo la conversación sobre este particular, deploró Aguilera que hiciera ya como dos años que estaba separado de su familia, y todavía no tuviera idea de cuando le fuese posible volver á verla. Propúsole Mayorga que la trasladase á los Estados Unidos, donde el trabajo de la mujer valía; y como tenía varias hijas, que deseaban trabajar, con lo que ellas ganasen, y algún auxilio que les prestase su familia de Cuba, podían pasarlo bien. Contestó Aguilera que su suegro, que estaba en Santiago de Cuba, le pasaba una mensualidad de doscientos pesos; se había informado de que en Baltimore la vida era muy barata y toda la dificultad estaba en los recursos necesarios para los gastos de viaje de familia tan numerosa y su instalación allí. Mayorga, que era verdadero amigo de Aguilera, y hombre de corazón, impresionado, tal vez, al oir el triste discurso de éste, y admirando la exquisita delicadeza y abnegación de quien tan dispuesto se encontraba siempre á socorrer las desgracias ajenas, y tan severo y inflexible se mostraba con las suyas propias, propuso á Aguilera que lo autorizara para hablarle á varios cubanos en su nombre á fin de que le proporcionasen los medios de hacer los gastos de traslación de su familia á los Estados Unidos, que podían fijarse en mil pesos. Dijo que estaba casi seguro de poder reunirle la cantidad. Manifestó Aguilera desconfianza de que lo consiguiera, pero habiendo insistido Mayorga, accedió al fin, agradeciéndole el interés que demostraba en que viera colmado aquel vivo deseo de su corazón.

Ya hemos visto que las cantidades que llevó Aguilera á Nueva York de París, le fueron entregadas por los patriotas de esta última ciudad, condicionalmente, para que las emplease en la expedición que habían acordado y que conduciría el mismo Aguilera. Tan pronto como fracasó este proyecto de expedición, escribió á Valdés Fauli y á Almagro dándoles cuenta del triste resultado, y poniendo á su disposición el dinero que le habían entregado, según el compromiso con ellos contraído; pero al mismo tiempo les suplicó que no se las retirasen, pues no desistía de sacar de allí una fuerte expedición que conduciría él mismo, sin interrumpir sus trabajos para mandar otras de menor importancia mientras tanto, para lo que serían de gran utilidad esos recursos, A esta súplica de Aguilera nunca contestaron categóricamente Almagro ni Valdés Fauli. Le dijeron que ellos apreciaban lo patriótico de sus intentos, pero que procediendo esas cantidades de patriotas que estaban fuera de París, tenían que exponerles el caso para que resolvieran, aunque creían que lo harían de acuerdo con los deseos de Aguilera.

Como pasara tiempo y no recibiera contestación más explícita sobre el particular, á pesar de las varias cartas que con ellos se cruzara, escribioles al fin diciéndoles que, puesto que esos caudales se encontraban allí inactivos, cuando la patria estaba tan necesitada de que se la ayudara, esperaba que no le tendrían á mal que invirtiese la suma toda, ó gran parte de ella, en la compra de un vapor para mandar á Cuba los materiales de guerra que tenía reunidos; y acaso que los dueños de esas cantidades optasen porque se les devolvieran, vendería el vapor y les reintegraría el dinero.

En este, como en otros actos de Aguilera, ya hemos visto que cuando se trataba del bien de la patria, no acostumbraba pararse en escrúpulos. Para él la patria estaba sobre todas las cosas. El, el primero, cuando nadaba en la opulencia, le había sacrificado todo lo más caro que puede haber para el hombre sobre la tierra, estando pronto á darle también su vida.

En sus ardientes deseos de mandar recursos á sus hermanos que luchaban en el campo, no se detuvo á considerar la responsabilidad que podía echar sobre sí, arriesgando aquella suma. Por servir á Cuba aceptaba todas las responsabilidades y todos los peligros, con tal que contribuyesen á dar empuje á la revolución.

CAPITULO XIV

JUNIO 1873

AGUILERA EN FILADELFIA.—EL CAPITAN MAC KAY.—EL VAPOR "BEAUFORT."—AGUILERA EN BALTIMORE.—ENTREVISTA CON RAMOS Y AGUIAR.—SE DECIDE QUE ESTE VAYA A NEW ORLEANS A RECONOCER EL VAPOR "BEAUFORT."—MELCHOR AGÜERO PROPONE A RAMOS LA VENTA DE SUS RETRATOS.—PROPONE LA RIFA DE UN CUADRO DE LOS VAPORES EXPEDICIONARIOS.—RAMOS REHUSA.—DISPENDIOSA ADMINISTRACION DE AGÜERO EN EL "EDGAR STUART."—ESCANDALO DE AGÜERO CON EL MAQUINISTA ACOSTA—ACOSTA VA A VER A AGUILERA.—LE ENSEÑA UNA ORDEN DE PRISION QUE TIENE CONTRA AGÜERO.—AGUILERA LO DISUADE DE QUE SIGA EL ESCANDALO.—CASTIGOS INQUISITORIALES QUE IMPONIA AGÜERO A SUS SUBORDINADOS.—ACOSTA OFRECE SUS SERVICIOS Y LOS DE SUS COMPAÑEROS A AGUILERA.—BURGOS SE QUEJA DEL MAL TRATO DE AGÜERO.—EL Y LOS PRACTICOS OFRECEN SUS SERVICIOS A AGUILERA.—VUELTA DE AGUIAR DE NEW ORLEANS.—EL VAPOR QUE FUE A VER NO SIRVIO.—RELACION QUE HACE AGUIAR DE SU VIAJE.

Como por aquellos días recibiera Aguilera noticias favorables de Ramos, respecto al vapor de New Orleans, resolvió ir á Baltimore y avistarse con él, llevando á Miguel Luis Aguilera como intérprete. A su paso por Filadelfia habló con el capitán Mc. Kay que conocía al vapor de que se trataba, y también á los dueños de éste, y, por consiguiente, podía darle alguos informes.

Dijo Mc. Kay que el vapor se llamaba "Beaufort", medía doscientas cincuenta toneladas, tenía un andar de once millas, etcétera., y lo creía muy á propósito para el objeto que lo necesitaba. El buque no estaba en buen estado, su composición costaría cinco mil pesos y podría comprarse por otros cinco mil. Ofreció y dió á Aguilera una carta de introducción para la Compañía dueña del "Beaufort".

También le habló Mc. Kay de un vapor en Washington llamado "Davis Rieves" de doscientas toneladas, de un andar de doce millas y el que podría conseguir por doce mil pesos. Tomó nota Aguilera del nombre de este barco y la dirección de su dueño, por lo que pudiera importar.

Continuó su viaje á Baltimore, se avistó con Francisco Ramos y dijo á éste que mandara buscar á Aguiar, que estaba colocado de maquinista del "Edgar Stuart," porque debían necesitarlo para que reconociese al vapor.

Reunidos en conferencia Aguilera, Ramos, Miguel Luis y Aguiar, resolvieron que, puesto que los pasajes á Nueva Orleans por el tren eran muy caros, fuese sólo á esa ciudad Aguiar, quien debía reconocer al vapor, á cuyo informe se atendrían, y desde allí avisara por telégrafo el resultado, para ellos resolver. Salió Aguiar á desempeñar su comisión y Aguilera quedó aguardando en Baltimore.

Habiendo ido Aguilera á la tabaquería de Ramos encontró allí á otro cubano que hablaba con éste. Así que se marchó, informó Ramos á Aguilera que el cubano era Burgos, segundo de Agüero en el "Edgar Stuart" y había ido á verlo de parte de Agüero para que le permitiese poner de venta, en su tienda una veintena de retratos de éste, que traía consigo y otros tantos de su hijo Filiberto, así como también las papeletas de rifa de un cuadro con los vapores en que Melchor Agüero había llevado sus expediciones á Cuba.

Ramos le contestó que no creía que pudiera vender los retratos ni el cuadro, y, por consiguiente, era inoficioso que los dejara.

Refirió Ramos los crecidos gastos que hacía Agüero en el "Edgar Stuart,"

asegurando que sólo en provisiones para la gente de abordo, gastaba unos seiscientos pesos mensuales, pues se daban muy buena vida y de nada carecían. Dijo que antes había estado hecho cargo del barco Pitou, sobrino de Ramón Martínez que era hombre ordenado y las cosas entonces marchaban bien; al llegar Agüero con su mal manejo, Pitou se había disgustado, dejó el barco y se fué á Nueva York.

Hablaron después del vapor "David Reeves" que se vendía en Washington y Aguilera encargó á Ramos que buscara un mecánico cubano inteligente para que fuera á reconocerlo, caso de ser necesario; al mismo tiempo puso un parte telegráfico á Washington preguntando si estaba allí el referido vapor. Al día siguiente recibieron contestación diciendo que el "David Reeves" había salido del puerto hacía pocos días.

Recibió Aguilera el parte telegráfico de Aguiar diciendo: "Espere por mí. Importante". Este telegrama le hizo concebir algunas esperanzas, pues lo convenido con Aguiar fué que pusiera un parte diciendo "Conviene" ó "No conviene" y al ponerle otro diferente, pensó que quizas aquel vapor no convenía, pero habría contratado otro que conviniera.

Dos días después fué Ramos á visitar á Aguilera y le refirió la reyerta que había habido á bordo del vapor "Edgar Stuart" entre Agüero y el maquinista. Aquél había querido intervenir en la maquinaria del vapor, á lo que el maquinista se opuso, diciendo que él era el responsable; Agüero lo insultó, lo amenazó con un revólver y se formó un gran escándalo. El maquinista, de prisión contra Agüero, acusándolo Gonzalo Acosta, había sacado una orden de asalto á mano armada con intención de matar. El mismo maquinista, sabiendo que Aguilera estaba en la ciudad, solicitaba verlo.

Dijo Aguilera que no querría ver á ese individuo hasta que terminara su disgusto con Agüero, porque conocía á éste y temía que pudiera decir que Acosta obraba instigado por él. Manifestó Ramos que había dicho á Acosta que no sabía donde paraba Aguilera, y creía que ya se había marchado de la ciudad.

Aquella misma tarde, sentado Aguilera en el salón del hotel, se le presentaron tres cubanos: Gonzalo Acosta, Ayuela y otro. Aguilera no conocía á ninguno de los tres. Ellos mismos se presentaron y Aguilera los invitó á sentarse. Acosta le refirió su disgusto con Agüero y le enseñó la orden de prisión que había sacado contra éste, la que inmediatamente iba á hacer efectiva. Aguilera le hizo varias reflexiones sobre lo perjudicial que era para la causa esos escándalos entre cubanos de un país extranjero, y al fin, logró apaciguarlo y hacerlo desistir de llevar adelante tan desgraciado asunto.

Habló Acosta del carácter despótico y brutal de Agüero, del mal trato que daba á la gente abordo, las penas crueles que imponía, colgando á un pobre muchacho por los pulgares, porque decía no servía bien en la cámara, etcétera. Dijo que todos los *prácticos* querían abandonar el barco y le habían recomendado dijese á Aguilera que deseaban irse con él. Refiriéndose á los dos individuos que lo acompañaban dijo que uno era el ayudante de máquina; á ambos los había echado Agüero, porque trabajaban con él, y los tres querían que Aguilera los emplease en servicio de la causa.

Contestó Aguilera que por el presente se mantuvieran alojados donde estaban, y así que volviera Aguiar, que sería pronto, todo se arreglaría. Despidiéronse ellos muy satisfechos.

Por la noche fué Aguilera á visitar á Ramos en su tienda. Le dijo éste que había estado allí Burgos, segundo de Agüero, esperándolo por más de dos horas. Fué á ofrecer sus servicios á Aguilera, porque ya no podía soportar más á Agüero.

Contestó Aguilera que en ese asunto tenía que obrar con mucha prudencia, porque podía ser muy bien que Burgos fuese un "echado" por Agüero, para ver lo que él hacía y decir después que había ido allí á seducirle su gente. Añadió que esperaría á que volviera Aguiar quien conocía bien á unos y otros.

A la noche siguiente, estando en la

tienda de Ramos, se presentó á Aguilera, Burgos, solicitando hablar con él. En la conversación se dió á conocer como el hijo de su antiguo "boyero" del mismo apellido que tuvo colocado Aguilera en sus ingenios "Santa Isabel" y "Jucaibama". Estuvieron largo tiempo hablando de cosas pasadas; le hizo Burgos relación de toda su historia, bien accidentada por cierto. Se expresó con respecto á Agüero en los mismos términos que lo habían hecho los demás y finalmente dijo á Aguilera que él y los "prácticos" estaban á su disposición. Contestó Aguilera lo mismo que había dicho á Acosta: que le avisaría cuando los necesitase.

A las diez y media de aquella noche llegó Aguiar de su larga excursión á Nueva Orleans. Dijo que llegado allí, fué á ver el vapor que estaba fondeado cinco millas río abajo. La máquina era buena, pero la paila muy chica. A consecuencia de haberle quitado la cubierta para rebajarlo, el barco se había quebrado por la mitad y sería muy costoso remediarle ese defecto. Expuso otros inconvenientes más que tenía el vapor, por lo que fué á ver á los dueños para decirles que su barco no convenía. Hablando con ellos, lo informaron de otro vapor de quinientas toneladas que también vendía la compañía. Este, aunque era de dos ruedas, desarrollaba una potencia inmensa, andando hasta diez y seis millas por hora y acababa de salir del dique. Pedían veinte mil pesos por él. Fué á verlo, dijo y quedó encantado. El vapor reunía todas las condiciones deseables y estaba listo para hacerse á la mar. Inmediatamente fué á hablar con los dueños y les dijo que el vapor quedaba por él.

Habiendo éstos mostrado extrañeza de que tomase una resolución tan pronta un comisionado que había ido á reconocer un vapor que sólo valía cinco mil pesos, les dijo Aguiar que les daría la garantía que quisiesen. Los dueños dijeron que la aceptarían así que volviese el Superintendente de la Compañía que había salido á venderlo. Puso entonces Aguiar el telegrama á Aguilera que éste recibió y fué á ver á Joaquín de Zayas, cubano que estaba muy bien relacionado allí, para quien llevaba una carta de recomendación de Aguilera. Le habló del caso, y dejó arreglado con Zayas la garantía que debían dar para la compra. Volvió á ver á los dueños, encontró de vuelta al Superintendente, quien dijo que había vendido ya el vapor. Grande fué la contrariedad de Aguiar. Como llegase poco después el comprador del barco, Aguiar, convencido de que no podían encontrar otro vapor tan á propósito para llevar expediciones á Cuba, trató de comprárselo dándole á ganar algo, pero no quiso aceptar, el nuevo dueño, diciendo que lo había comprado porque lo necesitaba. Regresó inmediatamente á Baltimore Aguiar á dar cuenta á Aguilera.

Invitó el maquinista Gonzalo Acosta á Aguilera para que lo honrase, dijo, acompañándolo á comer en su casa con su familia. Como fuera éste un cubano pobre y le hiciera el ofrecimiento con tan buena voluntad, Aguilera aceptó, y á la hora señalada fué á la casa de Acosta.

Estando en la comida llegaron un chino y un "pardito" camareros del "Edgar Stuart", muy excitados ambos, diciendo que Melchor Agüero había amarrado al último dandole unos cuantos azotes por no atender á la mesa como era debido. El muchacho iba á quejarse á la policía y ambos dijeron que no volverían más al vapor.

Cuando se despidió de Acosta y su familia fué Aguilera al puesto de tabacos de Echemendia. Llegó allí un cubano de apellido Rodríguez, que estaba también en el "Edgar Sutrat" y dijo á Aguilera que quería le diera algún empleo, porque estaba resuelto á dejar el vapor, pues observando el trato que daba Agüero á los empleados del barco, no quería llegase el caso de que quisiese amarrarlo á él también, porque entonces sí que iban "á andar mal".

Contestó Aguilera que por de pronto no tenía nada en qué emplearlo, pero le avisaría cuando hubiese una oportunidad de ir á Cuba, que era lo que Rodríguez solicitaba.

Después de haber visto el vapor "Ella Night" que le propusieron en venta, y resultó no convenir por su mucho volumen y poco camino, recibió Aguilera un telegrama de Nueva York, de Pío Rosado, en que le decía que tenía visto allí un vapor que le parecía bueno para lo que deseaban.

En vista de no haber dado resultado aquella excursión, resolvió Aguilera volver á Nueva York y ver el vapor de que Rosado le informaba. Llegado á Nueva York tuvo conocimiento del encuentro que había tenido su hijo Eladio con el general Bernabé Varona, que referiremos en el capítulo siguiente.

CAPITULO XV

JUNIO 1873

UN HIJO DE AGUILERA.—INSULTO DE BERNABE VARONA A AGUILERA.—SU HIJO SE ENTERA.—FIRME RESOLUCION DE DESAGRAVIAR A SU PADRE.—MEDITA UN CASTIGO DIGNO DE LA OFENSA.—SE DECIDE ESCUPIR EL ROSTRO DEL AGRESOR.—SUS DILIGENCIAS POR ENCONTRARLO.—VISITA DE AGUILERA Y SU HIJO A LA FAMILIA MAYORGA.—LA SEÑORA PREGUNTA A AGUILERA POR LA OFENSA DE VARONA.—VERGUENZA Y CONFUSION DEL JOVEN.—AL FIN EL JOVEN AGUILERA LOGRA ENCONTRARSE CON B. VARONA.—LE ESCUPE EL ROSTRO.—LUCHA QUE SE ENTABLA ENTRE AMBOS.—NUMEROSO PUBLICO RODEA LOS COMBATIENTES.—INTERVIENE LA POLICIA.—EL JOVEN ESTA CIEGO DE FUROR.—ANTE EL NUMEROSO PUBLICO ACUSA A B. VARONA DE SU HECHO.—B. VARONA NO DICE UNA PALABRA.—SON CONDUCIDOS A LA ESTACION DE POLICIA.—SON ENCERRADOS EN DOS CALABOZOS.—B. VARONA PIDE A SU AMIGO A. ZAMBRANA UN REVOLVER PARA LEVANTARSE LA TAPA DE LOS SESOS.—SON CONDUCIDOS A LA CORTE CORRECCIONAL.—EL JOVEN VUELVE A ACUSAR PUBLICAMENTE A SU CONTRARIO.—B. VARONA NIEGA.—SON ABSUELTOS.—B. VARONA MANDA SUS PADRINOS AL JOVEN AGUILERA.—MANUEL ANASTASIO TRATA DE ESTORBAR EL LANCE.—PRETEXTA QUE EL JOVEN ES MENOR DE EDAD.—IMPACIENCIA DEL JOVEN.—ESCRIBE UNA CARTA A MANUEL ANASTASIO.—CONTESTACION DE ESTE.—EL JOVEN NOMBRA SUS PADRINOS.—CONFERENCIA ENTRE LOS PADRINOS DE UNA Y OTRA PARTE.—HAY DESACUERDO—SEGUNDA CONFERENCIA.—VARONA PRETENDE QUE EL JOVEN LE DE UNA SATISFACCION ANTES DE BATIRSE.—EL JOVEN SE NIEGA.—POR TODA SATISFACCION LE PRESENTA SUS ARMAS.—VARONA NO ACEPTA.—SE LEVANTA UN ACTA.—ESTA RESULTA DEPRESIVA PARA EL JOVEN. — NO ESTA CONFORME.—SU PADRE LE PROHIBE QUE SIGA ADELANTE.—CARTA DE ARMAS Y CESPEDES PARA REANUDAR EL ASUNTO.—J. L. RAMIREZ ACONSEJA AL JOVEN QUE NO SIGA ADELANTE.

En otro lugar dijimos que dejábamos en supenso el atentado de Bernabé Varona contra Aguilera para seguirlo á su tiempo oportuno, y llegado éste, continuaremos nuestro relato.

Vivía con Aguilera, en una pequeña habitación, contingua á la suya, su hijo Eladio, joven de 24 años, en quien Aguilera tenía entera confianza, haciendo las veces de su secretario privado, por lo cual tenía libre acceso á todos sus papeles y libros. El joven estaba empleado en la oficina de un corredor, en la parte baja de la ciudad, señor Ramón Balcazar, peruano, y con el sueldo que percibía libraba su subsistencia, ayudaba á su padre en sus trabajos patrióticos y aún le prestaba pequeños auxilios pecuniarios para sus atenciones personales, cuando de estos necesitaba.

Se recordará la acción bochornosa del general Bernabé Varona para con Aguilera. Este, como tenía costumbre hacer con todos los asuntos del día, aquella misma noche virtió en su "diario" tan desgraciado suceso con todos sus detalles. Como el joven Aguilera, al examinar el referido "diario", se informase de la injuria hecha á su anciano padre, se llenó de indignación y formó el

propósito firme de que tan indigna ofensa no quedara impune, y su vil perpetrador sufiera el merecido castigo.

Al meditar sobre la ofensa que á su padre se había hecho, comprendió que en nada afectaba á su honor, ni su dignidad, pues no sufren estos atributos del hombre honrado, cuando un bandido lo asalta y por fuerza trata de arrancarle la bolsa codiciada. En el presente caso el hombre honrado se había defendido con entereza, rechazando la fuerza con la fuerza y el desgraciado criminal quedó burlado. Sin embargo, la idea de que á su padre se hubiese hecho tal violencia; de que hubiese habido alguien tan osado que se atreviera á alzar su mano contra el venerable anciano, sublevaba el espíritu del joven, persuadido de que á nadie más que á él, su hijo, joven y pujante, correspondía castigar tal vileza.

Dada la clase de injuría que á su padre se había hecho, creyó del todo fuera de lugar provocar á duelo á su ofensor. ¿Sería correcto, por ventura, que aquél que se ve asaltado por un malhechor, mandara luego á éste un reto de caballero para satisfacción del agravio que recibiera? No. El desgraciado criminal, merecía solo ser entregado á la justicia ó que se le impusiese un castigo adecuado á su villanía. Además, un reto, según todas las probabalidades, hubiera concluído en un arreglo que dejara impune al hechor. El joven Aguilera pensó que mal podría llamar al terreno del honor á aquel que había probado desconocerlo; y que la acción cometida con su padre sólo merecía el castigo más denigrante que pudiera hacerse á un hombre, cual era escupirle la cara.

Todas estas reflexiones y muchas otras se agolparon en un instante á la mente del joven, así es que, pocos momentos después de informado de la injuria que su padre recibiera, ya había formado la firme resolución de tratar de encontrarse con Bernabé Varona, y al lograrlo, por sagrado que fuera el lugar donde estuviera, lo haría salir y le daría el castigo que merecía.

Sin embargo, el joven guardó en lo más profundo de su pecho su resolución, para que nadie pudiera vislumbrar el propósito que meditaba.

Al día siguiente del hecho, interpeló sobre él á su padre. Este le refirió algunos detalles y ambos manifestaron su asombro é indignación ante caso tan inconcebible. Aguilera recomendó á su hijo encarecidamente que no dijara ni una palabra sobre lo que había pasado, por el daño que había de hacer á la causa de Cuba.

Fiel á su propósito, diariamente pasaba el joven Aguilera, por frente á la casa de Bernabé Varona, en la calle 14 entre las avenidas Tercera y Lexington, dos veces al día, una por la mañana, cuando iba á la oficina donde trabajaba, y otra cuando volvía de ella, con la esperanza de encontrarlo. Además, iba por todos los lugares donde pudieran reunirse cubanos y por bastante tiempo no pudo lograr el ansiado encuentro.

Una vez, visitando Aguilera y su hijo á la familia de Mayorga, interpeló la señora al primero respecto á ciertas voces que habían llegado hasta ella referente al suceso de Varona con él. No pudo Aguilera negarle la verdad y al mismo tiempo manifestó su extrañeza de que tal cosa se supiese, pues él, por su parte, á muy pocas personas lo había referido y eran éstas todas muy respetables, á quienes había rogado la más rigurosa reserva. Estaba persuadido de que ellas á nadie lo habían comunicado. Por los informes de la señora, pudieron deducir que el hecho había salido á luz por el mismo Bernabé Varona. Admiráronse los presentes de tal monstruosidad, pues á nadie más que á Bernabé Varona interesaba que se mantuviera oculto acto tan deshonroso para él. Sin embargo, conociendo la debilidad humana, pensaron que quizás Varona pensara que el hecho no fuera tan grave y pudiera entrar en la categoría de aventuras de la juventud, digna de referirse entre amigos.

Durante esta conversación el joven Aguilera sentía el rostro encendido de vergüenza; tenía la mirada fija en el suelo y no profirió ni una palabra. Veía ya que era pública la ofensa inferida á su padre. Como había pasado algún

tiempo sin ser castigada, quizás pudiera creerse que su padre no tenía quien tomase su defensa, sin embargo de tener á su lado un hijo hombre, que conocía la indignidad que con él se había cometido. Las palabras que allí se virtieron las estimó con el más duro reproche dirigido contra él, pudiendo juzgársele como uno de esos seres desgraciados, que nacen degradados y cobardes; pues quien no sabe resentir la injuría hecha á su anciano padre, no tiene dignidad. Sin embargo, consolóse con la idea de que no tadaría en llegar el momento en que se hiciese cumplida justicia á su padre y á él.

Cursaron algunos días más; el joven Aguilera continuaba pasando dos veces diarias por la casa de Bernabé Varona y por la noche y días festivos iba por los lugares donde imaginaba que pudiera encontrarlo. Por fin, el día nueve de junio, como á las cinco y media de la tarde, al regresar de su trabajo subía por la Avenida Tercera y al doblar la esquina de la calle 14 á la derecha, vió á cierta distancia dos individuos que venían por la misma acera en dirección opuesta á él. Reconoció en uno de ellos á Antonio Zambrana y el otro le pareció Bernabé Varona. Aunque apenas conocía á éste, por haberlo visto solo una vez, como iba con Zambrana, de quien sabía era muy amigo, y su casa estaba á poca distancia, supuso que era Bernabé Varona. Pensó el joven llegado el momento que tanto había ansiado, y continuó avanzando con paso natural. Al enfrentarse con los que venían, para estar bien seguro de que no se equivocaba, preguntó al que creyó ser quien buscaba: "¿Es usted Bernabé Varona?" Este contestó: "Sí, señor". Entonces el joven, desgarrando ligeramente, estampó con fuerza su saliva en el rostro de Varona. Este, ante tan inesperada agresión, arremetió impetuoso contra el joven, quien se defendió. Aquel lo estrechó entre sus brazos y sacudiéndolo vigorosamente, dió con él en tierra, rodando los dos por el suelo. Como hemos dicho, Bernabé Varona era un atleta de hercúleas fuerzas y el joven Aguilera distaba mucho de igualarle en pujanza.

Varona, que probablemente había reconocido en el joven al hijo de Aguilera, y por consiguiente debió sospechar el motivo de la agresión, portándose en aquel instante con nobleza, lo dejó alzar del suelo sin hacerle daño. Tan pronto se vió el joven de pie y libre otra vez, se lanzó con fiereza sobre su contrario, golpeándole con los puños. Este se defendió, acometiéndole al mismo tiempo, hasta que echándose sobre él, lo dobló por la mitad del cuerpo volviendo á rodar los dos de nuevo por el suelo.

También esta vez dejó Varona libre al joven para que se levantase. No bien se alzó éste, partió como un rayo sobre su adversario, estableciéndose un corto pugilato como la vez anterior. Nuevamente abrazó Varona al joven y después de unos momentos de lucha, lo arrojó al suelo, cayendo sobre él, lo mismo que las veces anteriores. El joven, fuera de sí y ciego de rabia, se debatía en el suelo como serpiente enfurecida y asiéndose fuertemente del cuerpo de su adversario, luchó con él con todas las fuerzas que le prestó su furor, hasta que al fin logró sobreponerse á él. Cuando lo tuvo tendido en el suelo, le aplicó una rodilla sobre el pecho y tratando de clavarle los dedos en el cuello, le dijo con salvaje satisfacción: "Ya llegó tu vez... Canalla vil...Acuérdate de Aguilera."

Por más que el lugar de la calle catorce donde se efectuó la escena descrita, no fuera muy concurrido relativamente, sin embargo, en los pocos minutos que duró, hubo tiempo para que se reuniera multitud de gente, y acudieran algunos policías. Uno de éstos se acercó al joven Aguilera que como hemos dicho, con una rodilla sobre su contrario lo tenía asido del cuello, lo cogió por un brazo obligándole á levantarse. Otro policía hizo lo mismo con Varona. Cuando el joven vió á éste de pie otra vez, enloquecido de furor quiso lanzarse sobre él de nuevo; pero el policía que tenía á su lado lo sujetó del brazo y enseñándole el "club", como elocuente advertencia, hizo volver en sí al joven, y comprender lo loco de su intento.

Entonces, no pudiendo ya ofenderlo de hecho, y sintiendo el pecho rebozante de una indignación tan largo tiempo comprimida, ciego de pasión lo llenó de insultos. Gritóle bandido, díjole que había asaltado á su anciano padre en la soledad de su cuarto para robarle el dinero. Que había cometido la vileza de alzar su mano cobarde para golpear á un anciano. Estas frases las repitió varias veces, á voz en cuello, en inglés y en español, para que todos las entendieran.

Bernabé Varona no pronunció una palabra. Su amigo Antonio Zambrana, parecía desconcertado ante aquella tragedia que no comprendía. Cuando los dos adversarios se debatían con tanta fiereza no tuvo lugar de acercarse á ninguno de ellos.

Así que el joven hubo desahogado su furor, y su excitación se calmara algún tanto, emprendieron los dos, acompañado cada uno de un policía, su marcha para la estación. Varona iba delante; de un lado llevaba al agente de la autoridad y del otro á su amigo Antonio Zambrana. Este instruía á aquel sobre la declaración que debía prestar; le decía que había sido asaltado sin provacación alguna, que podía citarlo como testigo etc. Varona nada contestaba, guardando el más absoluto silencio. El joven Aguilera, que marchaba detrás, acompañado solo por el policía, oía las instrucciones de Zambrana á su amigo y guardaba silencio también.

Por fin, llegaron al obscurecer á la estación de policía de la calle de Mercer. Allí el oficial de guardia pidió su nombre y generales á Varona; éste se las dió. Así que hubo concluído, ordenó al policía que lo llevase á su celda. Zambrana, que lo había acompañado hasta allí, quiso seguir con él, pero el oficial se lo impidió. Tocóle su vez al joven Aguilera el que también dió su nombre y generales que, como los de Varona, fueron anotados en un libro. Fué asimismo enviado á su correspondiente celda. Eran éstas, calabozos como de una yarda de ancho por tres de largo, sin otro ajuar que un grueso tablón á un lado empotrado, en la pared, para que sirviera de asiento y de lecho á la vez. Daba entrada al calabozo una puerta reja que abría á la galería en que estaban en hilera.

A poco de haber sido encerrado el joven Aguilera, llegó á su reja, Antonio Zambrana, lo llamó por su nombre y le dijo que hasta hacía pocos momentos no sabía quien era, y por este motivo quizás había dado lugar á que lo juzgara su contrario; mas, no era así, sino que estaba dispuesto á servirlo. Le manifestó que si necesitaba alguna cosa se la pidiera. pues se ponía á su disposición Dióle las gracias el joven, añadiendo que nada necesitaba.

Pasó entonces Zambrana á la celda inmediata, que ocupaba Varona, y preguntó á éste de la misma manera si necesitaba alguna cosa. Varona que desde el comienzo de este desgraciado incidente se había mostrado tan parco en palabras, contestó: "Sí... Tráeme un revólver para levantarme la tapa de los sesos..."

Poco después recibió el joven Aguilera una esquela que decía así: "Eladio: He sabido la ocurrencia de usted. He venido con Mayorga, pero no nos han dejado entrar. Por la mañana iré á la Corte con Fesser para ver como se arregla esa cuestión. Dime con el portador lo que necesites,

Hilario Cisneros".

Contestó el joven de palabra, dando las gracias á Cisneros y diciéndole que de nada necesitaba.

De noche ya, recibió el joven una colcha y una almohada que para pasar la noche le mandó la familia Mayorga.

Como á las seis de la mañana siguiente fué conducido el joven á la Corte de Justicia. Allí lo introdujeron en una galería ocupada por gente de baja estofa, que por desórdenes en la noche anterior debían ser juzgados en la mañana. Como no viera allí á Varona, pensó que se habría querido evitarle el sonrojo á que él se veía sometido, y que Varona estaría entre sus amigos esperando su turno para ser juzgado. Este pensamiento volvió á encender la indignación del joven. Poco después recibió unas líneas escritas con lápiz en una tira de

papel cortado del márgen de un periódico, que decían así:

"Es necesario concluir ésto sin escándalo; y así es mi opinión y la de Mayorga, que tú digas que todo ha sido motivado por una equivocación y que no pides nada contra Varona, como él no pedirá contra tí.—*Hilario Cisneros.*"

El joven, bajo el influjo de la indignación causada por la sospecha de que á Varona se le hubiese querido evitar la verguenza por que él pasaba, entre aquella gente baja, pensó que de acceder á la petición de Cisneros, Varona aparecería sin culpa, haciendo alarde de generosidad al no pedir nada en contra suya, pasando él por un loco ó un perdido, que insultaba á las personas sin conciencia de lo que hacía.

Obcecado por la idea de hacer sentir á Varona todo el peso de su indignidad, resolvió desatender el conciliador consejo de Cisneros y decir toda la verdad cuando lo llamaran á declarar.

Poco tuvo que aguardar. Debido, sin duda, á la influencia de los amigos, fué su caso, tal vez, el primero que se llamó para ser juzgado.

Sentáronse en el banco Varona y el joven Aguilera. A indicación del juez, produjo el policía sus cargos contra ellos. Como fuera el joven el agresor, se dirigió el juez primero á él, preguntándole los motivos que había tenido para agredir á su contrario. El joven, que no podía tocar ese asunto sin que la sangre le hirviera en sus venas, contestó con acento apasionado que ese individuo había insultado á su padre, había querido arrancarle dinero por la fuerza, había levantado su mano contra él y para castigarlo había resuelto escupirle la cara la primera vez que lo encontrara. La tarde anterior lo encontró y cumplió su propósito.

Preguntado á su vez Varona por el juez lo que tenía que decir, contestó que no conocía al joven, que nada sabía del asunto á que se refería, que paseando por la calle con un amigo, se le había acercado ese individuo, le había preguntado su nombre, y sin provocación alguna, le escupió en el rostro, lo que dió lugar á la reyerta.

Después de ratificar uno y otro sus declaraciones, como ninguno de los dos pidiera nada contra su adversario fué despedido el caso sin aplicarles pena alguna.

Dos días después, por la tarde, llegaron dos caballeros á casa del joven Aguilera en la Avenida Lexington número 172. El joven estaba en frente, en casa de Mayorga; y como hubiera advertido que si alguien lo silicitaba se le pasase aviso, el criado lo hizo así. Como estuviera allí á la sazón Manuel Anastasio, al oir éste que dos caballeros solicitaban al joven en su casa, presumió quienes pudieran ser, y decidió acompañarlo. Al llegar á la casa vieron que los caballeros eran los doctores Francisco Argilagos y Adolfo Varona. Invitados éstos por Manuel Anastasio á entrar en la sala y tomar asiento, así lo hicieron sentándose los cuatro. Comenzó el doctor Argilagos diciendo que su compañero y él eran portadores de una comisión para con el joven Aguilera. Tomó entonces la palabra Manuel Anastasio y le contestó que presumiendo cual la comisión pudiera ser, y tratándose de un joven menor de edad, esperaba le permitiesen se tomase la libertad de representar allí al padre del joven, y no tuvieron inconveniente en exponer delante de él su comisión. Manifestaron ellos no tener dificultad, y uno leyó una carta que había dirigido á los dos el señor Bernabé Varona, en la que decía que, habiendo sido injuriado gravemente por el señor Eladio Aguilera, les suplicaba pasasen á la morada de este señor y le exigiesen la debida satisfacción. Contestó Manuel Anastasio que, siendo el joven Aguilera, como antes había manifestado menor de edad, y encontrándose su padre ausente de la ciudad, les suplicaba aguardasen hasta su vuelta, que sería muy en breve, y entonces se le daría la correspondiente satisfacción al señor Bernabé Varona. Convinieron Argilagos y Varona, y prometiéndoles Manuel Anastasio avisarles el regreso del padre del joven, se despidieron aquellos cortesmente.

El joven Aguilera, que muy contrariado, había sido mudo testigo de aquella escena, tan pronto se despidieron Argilagos y Varona preguntó á Manuel Anastasio lo que aquello significaba. Contestóle éste con acento solemne, que no entendía de esas cosas, que lo dejase obrar, que él sabría encaminar el caso por donde debiera marchar. Poco satisfecho dejó esta explicación al joven, y aunque procuró rebatirla, volvió á insistir Manuel Anastasio en que el joven no debía tomar determinación alguna sin la anuencia de su padre. Como era Manuel Anastasio persona á quien el joven consideraba y respetaba mucho, por la alta estimación en que su padre lo tenía, aceptó por el momento aquella penosa solución, pero bien resuelto á que la situación indecisa, en que consideraba en tortura su dignidad, no se prolongase mucho tiempo.

Como Manuel Anastasio dijera al joven que su padre estaba para llegar de un momento á otro, esperó, lleno de impaciencia, uno, dos, y tres días. Ya al cuarto, no pudiendo soportar aquella violenta situación, resolvió poner á Manuel Anastasio la siguiente esquela:

"Nueva York, junio 17 de 1873.

"Querido Lico:

Hace ya cuatro días desde la entrevista de aquellos señores. No tenemos seguridad de cuando vendrá mi padre y yo creo que un asunto de esta naturaleza no debe demorarse así, indefinidamente.

"Yo desearía que esta cuestión se arreglase todo lo más pronto posible, pues no quisiera que mi contraio pudiera imaginar siquiera que yo pueda hacerme atrás después de lo pasado.

"Creo más: Creo que este asunto debería estar arreglado antes de que viniera mi padre, para ahorrarle ese disgusto.

"Espero que usted hará todo lo posible por complacerme, abreviando esto cuanto pueda, y quedo siempre su afectísimo primo,

Eladio."

Esta carta fué contestada por Manuel Anastasio el mismo día, con la siguiente:

"Nueva York, junio 17 de 1873.

"Mi querido Eladio:

"Consecuente á tu carta de hoy, te digo que todo su sentido te honra mucho, pero no por eso deja de ser fuera de lugar lo que en ella deseas.

"Es menester que te convenzas que hay quien vela por tu honor y buen nombre tanto como tú mismo y con mayor eficacia y acierto porque guían las cosas por el camino que deben ir.

"El amigo dador de esta carta va encargado de contestarte de palabra los diferentes extremos de tu apreciable, y yo espero que si has dado pruebas de ser un hombre, no declines por falta de prudencia de la altura en que estás colocado.

"Yo no puedo salir porque estoy imposibilitado de un pie. Cuando me mejore hablaremos.

"Tu afectísimo primo,

Lico."

Esta carta la recibió el joven Aguilera por la tarde del siguiente día—18—de manos de Pío Rosado, quien lo informó de que á última hora, en vista de una carta que había recibido Manuel nuel Anatasio de su hijo Miguel Luis, de Baltimore, habían acordado Rosado y Manuel Anastasio que el asunto siguiera adelante hasta su terminación, para que cuando Aguilera volviera á Nueva York, todo estuviera concluído.

Mucho se alegró el joven de esta determinación, que venía á poner fin á la falsa posición en que se veía colocado; por lo tanto, habiéndose ofrecido Rosado para representarlo en el arreglo con los representantes de Bernabé Varona, el joven aceptó gustoso su espontáneo ofrecimiento y discurriendo quién sería el otro amigo que acompañara á Rosado, propuso éste que fuese Vicente Mestre, á quien él hablaría y creía no tendría inconveniente en prestar ese servicio. Accedió el joven y dió entonces sus instrucciones á Rosado al efecto de que sostenía con todas sus con-

secuencias la actitud que había asumido, y si en sentir de ellos era necesario un duelo, no lo esquivasen, pues lo aceptaba y dejaba tanto á él como á su compañero, en entera libertad para obrar de la manera que creyeran más honrosa para él. Indicóle Rosado que sería conveniente que los proveyese de una carta en que constase que estaban debidamente autorizados por él. El joven escribió la que va á continuación:

"Nueva York, 19 de junio de 1873.

"Sres. Pío Rosado y Vicente Mestre.

"Muy señores mío:

"Habiéndose presentado los señores Adolfo Varona y Francisco Argilagos, á leerme una carta en que el señor Bernabé Varona los nombra sus representantes para el arreglo conmigo de una cuestión de honor, suplico á ustedes tengan la bondad de aceptar la representación mía y avistarse con los señores arriba citados para el arreglo de la referida cuestión, de la manera que ustedes crean más honrosa y conveniente.

"Anticipándoles las gracias por lo que puedan hacer en favor mío, tengo el gusto de suscribirme su atento servidor,

Eladio Aguilera."

Aquel mismo día recibió el joven Aguilera la siguiente carta:

"Baltimore, 17 de juio de 1873.

"Mi estimado amigo Eladio:

"Le escribí á Lico para que te dijese que en caso de que "Bembeta" (Bernabé Varona) quisiera desagraviarse y fuera necesario, contaras conmigo. Ahora te añadiré que inmediatamente le escribí á Pío Rosado para que desempeñe el "padrinazgo" pues es entenido en la materia. Lico me dice que está dispuesto.

"Ahora sólo me resta decirte que no excuses el lance, ni lo demores, ni hagas nada que pueda perjudicar tu dignidad. Si te desafían, envía los padrinos contrarios con Pío, conferencia con éste, y procura manifestar firmeza y resolución. Yo no creo que "Bembeta" se bata, él no quiere otra cosa que cubrir las apariencias, pero tú, dado ya el paso, debes demostrar superabundancia de energía y deseo. En cuanto á valor, creo que no te falta y "Bembeta" es un buen blanco. *Sobre todo no mezcles en modo alguno al general en esta cuestión* pues su posición es muy delicada en esta materia.

"Cuenta con tu afectísimo amigo.

Miguel Luis Aguilera."

Esta carta la contestó el joven Aguilera con la siguiente:

"Nueva York, 19 de junio de 1873.

"Querido Miguel Luis:

"Recibí anoche tu muy grata del 17 del corriente.

"Te doy las gracias por el interés que te tomas en el caso mío y si fuera necesario haré uso de tus ofrecimientos. Sé que el amigo Pío Rosado es muy á propósito para ésto, y él mismo se ha brindado para servirme.

"Sobre tus consejos de que "no excuse el lance", que "manifieste resolución y energía", etc., te los agradezco también porque sé van bien encaminados; pero te diré que no me son necesarios, porque al resolverme á dar el paso dado, calculé perfectamente sus consecuencias. Todo lo que sucede hoy lo tenía previsto, así es que nada me toma por sorpresa y aguardo con calma el resultado.

"Respecto á Varona, yo si creo que se bata, pues sería necesario que hubiese llegado hasta el último extremo de la degradación para que rehuyera el lance. Yo también me batiré, y no por deber, sino por condescendencia; pues el agravio que nos ha hecho, no es el que un caballero hace á otro caballero, que deba ventilarse en el campo del honor, sino el que un bandido hace á una persona honrada, el que sólo merece que se le entregue á la justicia para que pague su vileza entre criminales de su estofa. Sin embargo, me batiré para probarle que no le temo.

Con respecto á mi padre, pierde cuidado, que en nada se veré mezclado en este asunto.

"Sin más, cuenta siempre con tu afectísimo amigo,

Eladio."

Avistóse Pío Rosado con Vicente Mestre y le dijo la misión para que había sido nombrado; éste aceptó al principio, pero después se excusó, siendo sustituído por Miguel Luis Aguilera que regresó á Nueva York.

Avisados los señores Adolfo Varona y Francisco Argilagos, concertaron con Miguel Luis y Rosado su primera entrevista. Reunidos los cuatro expusieron el caso Varona y Argilagos, inquiriendo de Rosado y Miguel Luis la reparación que estuviera dispuesto á dar su representado. Contestaron que éste estimaba muy justas las causas que lo habían impulsado á ofender á Bernabé Varona, y por consiguiente, no ofrecía á ese señor otra reparación que la que pudiese obtener por medio de las armas.

Siguióse aquí una discusión en la que los mismos señores Adolfo Varona y Francisco Argilagos, representantes de Bernabé Varona, no estuvieron de acuerdo uno con otro, pues pretendía Adolfo Varona que el joven Aguilera, en virtud de la "vil" ofensa que había hecho á su contrario, debía una satisfacción á éste, para reparar su "vileza" y sólo entonces podría colocarse en el terreno del honor; y opinaba Argilagos que no era necesario esa previa satisfacción, sino que Bernabé Varona, podía batirse con Eladio Aguilera aún prescindiendo de ella.

Como es de inferirse, Pío Rosado y Miguel Luis se negaron á dar otra clase de satisfacción que no fuera la de los armas. No hubo acuerdo, y aplazaron la definitiva resolución del asunto para dos días después.

Volvieron á reunirse el día 24 de junio en la morada del señor Adolfo Varona, en Brookyn, éste, Pío Rosado y Miguel Luis Aguilera. No asistió Argilagos por haberse apartado del asunto, asumiendo Adolfo Varona, solo, la representación de Bernabé Varona. Volvió á suscitarse la misma discusión que en la sesión anterior, pretendiendo Adolfo Varona que Eladio Aguilera "diese al señor Varona una satisfacción cumplida, por medio de un documento en el que expresara cuanto le pesaba la vil é injustificable acción que había cometido", y que sólo en ese caso se prestaría Bernabé Varona á medir sus armas con Eladio Aguilera.

Por supuesto, que los representantes de este último rechazaron tan peregrina pretensión, diciendo que su representado había escogido precisamente el insulto más grande que podía hacerse á un hombre, para inferirlo al señor Varona, con la esperanza de que ésto despertaría tal indignación en él, que no estaría dispuesto á otra cosa que no fuera lavarlo con sangre. Que su representado sentía tanto más la resolución del señor Varona, cuanto que de persistir en ella tendría que verse privado de batirse con él, satisfacción que creía tener asegurada por la misma magnitud y naturaleza del insulto. Pero que la condición que se le exigía para colmar sus deseos era tan dura y tan imposible, que antes que acceder á ella prefería renunciar á la satisfacción que tanto ansiaba.

No habiendo podido haber acuerdo entre las partes se dió por terminada la cuestión, extendiéndose y firmándose un acta que insertamos á continuación:

"En la ciudad de Nueva York, á los veinticuatro días de junio, del año mil ochocientos setenta y tres, se reunieron el señor doctor Adolfo Varona y los señores Pío Rosado y Miguel Luis Aguilera, el primero competentemente autorizado por el señor Bernabé Varona y los segundos representando de la misma manera al señor Eladio Aguilera, para tratar de una cuestión de honor.

"Expuso el señor Adolfo Varona, que sentado en su opinión el hecho de que el señor Eladio Aguilera, sin conocer apenas al señor Bernabé Varona, sin haber tenido con él disgusto personal de ninguna especie, llevado sólo del deseo de ofenderle, se le había acercado en medio de la calle, en lugar en que tanto los policías como los traseuntes abundan, y á

sangre fría y sin que procediese acaloramiento alguno, le ha escupido el rostro, siendo este un insulto de la forma más grosera y suponiendo que ha sido inferido á guisa de provocación, desea saber qué reparación ofrece el señor Eladio Aguilera al señor Bernabé Varona por tamaña ofensa.

"Los señores Rosado y Aguilera contestaron que tienen instrucciones del señor Eladio Aguilera para no ofrecer otra reparación que la que el señor Bernabé Varona pueda obtener por medio de las armas.

"El señor Adolfo Varona expuso que, decidido como se halla por el Código del Honor que " no es buen caballero ni debe ser tenido por tal quien una vileza cometa" y en otro lugar del mismo Código que "el acto de escupir á un contrario es una vileza" y en otra cláusula del mismo que "á ningún villano le es dable medir sus armas con las de un caballero."

"Es mi opinión que el señor Eladio Aguilera se ha colocado fuera del terreno del honor y que, por lo tanto, no sólo ha perdido el derecho de que se le permita, justificar con las armas su conducta, sino que, si el señor Varona, cegado por su justa indignación, consintiese en medirse con él, bajo las actales circunstancias, arrojaría sobre sí mismo un borrón que no le imprime á ninguna persona decente el que á un loco ó á un mal caballero se le antoje echarle encima una saliva que sólo debe enjugar en el más absoluto desprecio.

"Esto no obstante, como no es el ánimo del señor Varona ponerse fuera del alcance de los que deseen alcanzarle, propongo á ustedes un medio de que se nivelen las dos fuerzas que hoy se hallan tan desniveladas, para que de esta manera puedan encontrarse con honra para la una y sin mengua para la otra. Es éste, y no dudo que ustedes lo acepten, pues se halla muy en armonía con los sentimientos de nobleza é hidalguía que á ustedes distinguen, que el señor Eladio Aguilera tenga á bien lavar la tacha de villano que se ha echado encima, ofreciendo al señor Bernabé Varona satisfacción cumplida por medio de un documento en que exprese cuanto le pesa la vil é injustificable acción que ha cometido; con lo cual se considerará restablecida su caballerosidad y muy honrado el señor Bernabé Varona en aceptar como acepta desde luego las armas que ustedes se sirvan elegir para donde y cuando ustedes gusten fijar.

"Los señores Rosado y Aguilera, después de dar las gracias al señor Adolfo Varona por los delicados conceptos en que se ha expresado respecto de ellos, expusieron que: siguiendo las instrucciones del señor Eladio Aguilera hacen constar que este señor, sin haber leído el Código del Honor, comprendía perfectamente que escupir el rostro á un hombre era sin duda el mayor insulto que podía inferírsele; siendo esta circunstancia la que le inspiró la resolución de hacer uso de él, tratándose del señor Varona.

"Que él conviene en que aparentemente no hay causas que motiven su conducta en la faz pública de la cuestión, que á poder hacerlas patentes, no sólo hubiera sido él el primero en rehusar siempre un lance con el señor Bernabé Varona, sino que entonces ni siquiera le hubiera escupido la cara.

"Que su proceder le ha sido dictado por su conciencia, sin ocuparse de lo que pudiera decir un Código cuya letra desconoce, y que no pudiendo oponerse á la resolución adoptada por el señor Bernabé Varona, la siente sólo porque se ve privado de batirse con él cosa que ni siquiera sospechaba, pues él creía que por el contrario, el señor Bernabé Varona sentiría un vehemente deseo de lavar el insulto con sangre.

"Y que, por consecuencia, se niega absolutamente á satisfacer cualquiera aspiración del señor Bernabé Varona que no sea la de, como antes he dicho, ofrecer sus armas.

"Por lo cual, y no habiendo podido las partes acordarse de otra manera, dieron por terminada la cuestión y firmaron.

"Nota: Que en el párrafo octavo, línea sexta donde dice "siguiendo las

instrucciones" debe decir "siguiendo siempre las instrucciones".

P. Rosado.
A. Varona.
M. L. Aguilera."

Como es fácil comprender, muy disgustado quedó el joven Aguilera con esta acta; y como el recibo de ella coincidió con la llegada de su padre á Nueva York, al ver éste el mal efecto que le causara, y quizás previendo nuevas complicaciones, habló privadamente á su hijo y le dijo que ya aquel desgraciado asunto, bastante se había debatido, para mengua de la causa que defendían. Y puesto que todo había terminado, esperaba que su hijo dejara las cosas como estaban y no diera un paso más adelante. Añadió que si bien era verdad que la forma del acta dejaba que desear, sin embargo, se veía en el fondo que el hombre que estaba dispuesto á arriesgar su vida por sostener sus actos, era digno; y aquel que sufría un insulto infamemente y se valía de argucias para quedarse con él, en vez de rechazarlo como hombre, era un miserable, á quien la vergüenza de su falta hacía cobarde. Concluyó Aguilera diciendo á su hijo que esperaba no le diera el disgusto de verse desobedecido.

El día 27 recibió Pío Rosado una carta de Bernabé Varona, en la que parecía no estar tampoco satisfecho del acta que su representante había firmado por él y pretendía volver á reanudar la cuestión. Consultó Rosado el asunto con Aguilera y manifestó éste que le contestara que ese era un asunto terminado; y que si Cuba merecía de él alguna consideración, por el prestigio de ella no debía tocarlo más.

Pasaron varios días, y cuando todos creían que el asunto Aguilera-Varona estaba terminado, recibió el joven Aguilera la esquela siguiente:

"Sr. Eladio Aguilera.

"Muy señor mío:

"Comisionado por el general Bernabé Varona para celebrar una entrevista con usted en su nombre, espero se sirva usted decirme dónde puedo realizarla; bien entendido que en esta su casa, calle 29 número 47, al Oeste, tiene usted á sus órdenes á su atento s. s. q. b. s. m.,

José de Armas y Céspedes.

Julio 8 de 1873."

Esta esquela dió bastante que pensar al joven Aguilera, pues no desconocía que el objeto de la conferencia á que lo invitaba José de Armas y Céspedes, era reanudar su cuestión con Bernabé Varona para llevarla adelante. Esta emergencia no le desagradaba, pues su primer lance con Varona sólo había servido para estimular más su deseo de volver á encontrarlo; pero recordaba la prescripción de su padre, conocía el empeño que tenía éste en que el asunto se diera por terminado, por lo desprestigioso que era para la causa de Cuba; su padre le había dicho que esperaba no le diera el disgusto de verse desobedecido por él, y esta frase, para el joven, tenía toda la fuerza del más imperioso mandato. Además, su padre estaba ausente, pues hacía días se había embarcado para Jamaica y ésto le hacía aún más fuerza, apreciando que sería doblemente irrespetuoso desobedecerlo en la ausencia.

En tan difícil dilema, no sabiendo qué resolver y desconfiando de su propio criterio pensó exponer el caso á alguna persona respetable y de buen juicio, capaz de darle un buen consejo. Entre los amigos suyos y de su apdre eligió al señor José L. Ramírez, persona muy competente y de toda su confianza que como procedente del mismo pueblo, estaba ligado con su padre y con él por antigua y cordial amistad.

Dirigióse en efecto á Ramírez y exponiéndole el caso, enseñóle el acta y la esquela que acababa de recibir de J. de Armas y Céspedes. Manifestóle Ramírez que desde el momento que ambos contendientes habían puesto la cuestión en manos de personas de toda su confianza para que le dieran una solución, estos contendientes estaban obligados á pasar por lo que esas personas resolvieran. Que por más que en el acta se expresaran conceptos depresivos para el joven, sin embargo, patente estaba en ella, lo mismo que en la conciencia pública, lo co-

rrecto de su proceder, dispuesto como estaba á sostener sus actos en todos los terrenos; no así su adversario que á vuelta de una vana palabrería evidenciaba su falta de deseo de batirse, único medio que tenía para lavar el insulto que en público recibiera. Añadió que estos hechos, que del acta se desprendían, habrían hecho recapacitar á Bernabé Varona sobre de lo mal parada de su dignidad, y quería volver sobre sus pasos para colocarse en mejor terreno. Dijo al joven que de ninguna manera debía acceder á esto; que la cuestión había sido ya debidamente juzgada y concluída y que si Bernabé Varona quería mejorar su situación, no debía él prestarse á ello, sino dejarlo que sufriera todo el peso de su mala acción. Por último, aconsejóle Ramírez que contestara á José de Armas y Céspedes, que no teniendo ya asunto ninguno pendiente con Bernabé Varona, juzgaba innecesaria la entrevista á que lo invitaba. Esta contestación, además de ser la que correspondía, dado el estado en que el asunto se encontraba, estaba en completa armonía con los deseos de su padre, los que por ser muy justos y patrióticos, debía, inexcusablemente, atender.

Aceptó el joven como bueno el consejo de J. L. Ramírez, y contestó á José de Armas y Céspedes con la esquela siguiente:

"Nueva York, julio 9 de 1873.

"Señor José de Armas y Céspedes.

"Muy señor mío:

"Acabo de recibir su atenta, fecha de ayer, y le diré en contestación que no teniendo pendiente con el señor á que usted se refiere, asunto alguno, creo del todo innecesaria cualquier entrevista que tuviéramos referente á dicho señor.

Para cualquier otro particular, tiene usted á sus órdenes á su atento s. s. q. b. s. m.,

Eladio Aguilera."

Dos cartas más se cruzaron Armas y el joven, sin resultado alguno, quedando así terminada esta malhadada cuestión.

El joven Aguilera se dió por muy satisfecho, pues si á su padre se le había injuriado en la soledad de su cuarto, él había castigado á su insultador en público, con la afrenta más grande que pudo imaginar. Si el noble anciano se vió tendido en su lecho, agarrotado por su robusto ofensor, él logró al fin agarrotar á éste también, sobre el pavimento de la calle ante numeroso público; y allí mismo, puesta una rodilla sobre su pecho, y oprimiendo entre los dedos su garganta, recordarle al noble anciano que tan vilmente había ultrajado. ¿Qué importaba al joven que en un acta desgraciada se quisiese hacer aparecer lo blanco negro y lo negro blanco? Allí estaban consignados los hechos que eran mil veces más elocuentes que las palabras. Además, no fué la consecución de un acta lucida lo que él se había propuesto, sino castigar cual merecía al ofensor de su padre, y conseguido esto, estaba satisfecho.

CAPITULO XVI

JUNIO 1873

CONTINUA AGUILERA SUS GESTIONES POR CONSEGUIR UN VAPOR.—ROSADO LO INFORMA DE DOS BUENOS VAPORES DE VENTA—MAYORGA INFORMA A AGUILERA DEL BUEN EXITO DE SU MISION.—NOVECIENTOS PESOS PARA TRAER SU FAMILIA A LOS EE. UU.—REGOCIJO DE AGUILERA.—AGUIAR ES COMISIONADO PARA ELEGIR ENTRE LOS DOS VAPORES.—AGUILERA DISPONE LA MARCHA DE LAS OPERACIONES DURANTE SU AUSENCIA.—SALE PARA KINGSTON EN BUSCA DE SU FAMILIA.

Dijimos que había regresado Aguilera á Nueva York después de su excursión por Baltimore y Filadelfia, que tuvo por objeto buscar un vapor á propósito para la expedición que proyectaba. A su llegada le manifestó Rosado que en aquel puerto había dos vapores que podían servir, pidiendo sus dueños, por uno, diez y ocho mil pesos, y por el otro, veintidos mil.

Hablando Aguilera con Aguiar, dijo éste que uno de los vapores era una verdadera "ganga", y podría fácilmente venderse por el mismo dinero, así que regresase de llevar la expedición á Cuba. Era de seiscientas toneladas y el único inconveniente que tenía era el de consumir mucho carbón y necesitar numerosa tripulación, puesto que era grande. El otro era de más de seiscientas toneladas, y aunque costaba casi tanto como el mayor, pues pedían diez y ocho mil pesos por él, tenía la ventaja de ser muy económico, pues requería pocos tripulantes y consumía poco carbón. En andar eran iguales.

En conversación Mayorga con Aguilera, dijo aquél, muy satisfecho que la comisión para que se había brindado había producido el mejor resultado. Entre tres cubanos había reunido novecientos pesos para que Aguilera pudiese trasladar su familia á los Estados Unidos. Poco acostumbrado Aguilera á recibir tan materiales pruebas de consideración y aprecio de sus paisanos, no pudo menos que sentirse conmovido. Aquella acción le afectó doblemente. En primer lugar, porque era una prueba de que había entre sus compatriotas quienes supiesen apreciar sus sacrificios, y estuvieran dispuestos, no con palabras vanas, sino con hechos elocuentes á proporcionarle algún consuelo que le hiciera más llevadera su triste situación. En segundo lugar, porque pronto podría volver á abrazar á su idolatrada familia, de la que hacía cerca de dos años se despidió en Cuba libre, en situación tan precaria que ignoraba si volvería á verla. Esta idea llenó de tal júbilo su sensible corazón, que casi no acertaba á comprender como fuera posible tanta dicha. Quiso conocer el nombre de los patriotas generosos á quienes debería tan inmensa satisfacción y manifestóle Mayorga que uno era Néstor Ponce de León, otro Félix Govín y el tercero le había recomendado mucho que no dijese su nombre. Contestóle Aguilera que á todos diera las más cordiales gracias en su nombre, á reserva de dárselas él mismo personalmente; y comprendiendo que aquel que se empeñaba en guardar el incógnito debía ser el mismo Mayorga, le dijo que con respecto al patriota amigo, que reservaba su nombre, como necesitaba poner su gratitud sobre alguien, la pondría sobre él, como el autor de la buena obra. Protestó Mayorga diciendo que no podía aceptar que se le atribuyesen méritos ajenos y contestóle Aguilera que si Mayorga tenía derecho para reservar el nombre, él también lo tenía para hacer sus suposiciones.

Reuniéronse F. Artega, Aguiar y Aguilera para tratar de la compra de uno de los vapores que se le ofrecían en aquel puerto, y después de discutidos los méritos y conveniencias de cada uno de ellos, acordaron que, aprovechando la ocasión de que por la noche debía hacer un corto viaje uno de los propuestos, fuese en él Aguiar para que observase el funcionamiento de la máquina y después de examinar igualmente al otro, decidie-

se como perito, cual de los dos era el que convenía.

Nada hay más tentador que la posibilidad de hacer la cosa que se desea. Mientras Aguilera miraba casi como imposible volver á reunirse con su cara familia, pudo soportar con paciencia tan dura privación; pero desde el momento que tuvo en sus manos el medio de realizar esa aspiración vehemente de su alma, y resuelto á llevarla á cabo pronto, los instantes le parecían siglos y no podía dominar la impaciencia porque acabara de llegar tan ansiado día.

Como estuviese próximo á salir un vapor para Jamaica, y el siguiente no saldría sino un mes después, decidió embarcarse en el vapor primero, para estar de retorno en Nueva York á la vuelta del mismo. Cierto que tenía muy importantes asuntos entre manos que reclamaban su personal atención, pero ¿cuándo dejaba de tenerlos? Desde que puso los pies en el extranjero, su vida fué una cadena interminable de trabajos, empresas, proyectos, etc., que no le dieron tregua ni le permitieron un momento de reposo. Esperar este para realizar aquella ansia de su alma, hubiera sido renunciar á ella. Verdad que pudiera haber comisionado á alguien para que la trajese, pero un hombre no es una máquina que pueda resignarse á un trabajo constante, sin tener una satisfacción en su vida. El espíritu de Aguilera estaba harto necesitado de descanso.

Pensó Aguilera que era llegado el día de hacer alguna concesión á sus sentimientos; de dar expansión á esos afectos tiernos por tan largo tiempo ahogados en el alma; de permitir á su corazón palpitar cual en otros tiempos, movido por el amor más puro, en el seno de su idolatrada familia.

Decidido á tomar el próximo vapor que salía para Jamaica, se ocupó en dejar arreglados todos los asuntos en que se ocupaba, de manera que no tuviesen interrupción dentro de los pocos días de su ausencia. Ya estaba autorizado Aguiar, para después de escrupuloso examen, decidir cuál de los dos vapores era el que convenía mejor á la empresa. Miguel Luis Aguilera era quien debía entenderse en la compra. Á Mayorga, depositario de los fondos, le dió orden de que entregase á Miguel Luis la cantidad que pidiese para el pago del vapor. Como la escritura de éste hubiera de extenderse á favor de un ciudadano de los Estados Unidos, por exigirlo así las leyes del país, Aguilera se había puesto de acuerdo con Delgado, cuñado de Mayorga, que llenaba ese requisito, para que aceptase la referida escritura. En todas estas personas tenía Aguilera la más implícita confianza por su honradez, inteligencia y patriotismo, así es, que contaba con la seguridad de que aquella operación se practicaría de la misma manera que si él estuviese presente.

Con respecto á las armas y municiones que debían mandarse, estaba esa parte á cargo del general Villegas, contándose ya con la expedición completa; y como Miguel Luis y Pio Rosado eran los jefes que debían llevarla, éstos se pondrían de acuerdo con el mismo Villegas.

Sin embargo, como Aguilera solo debía estar ausente pocos días, contaba que cuando volviese, no habría salido aún la expedición. Finalmente, el 30 de Junio se embarcó en el vapor "Clarivel" con rumbo á Kingston, Jamaica, donde estaba su familia.

CAPITULO XVII

JULIO 1873

GOZO DE AGUILERA AL ACERCARSE A SU FAMILIA.—DESGRACIA QUE LO ACECHABA.—MAYORGA EL DEPOSITARIO DE LOS FONDOS DE AGUILERA.—MUERTE DE MAYORGA.—AGUILERA SE EMBARCA CON SU FAMILIA PARA NEW YORK.—FALSA NOTICIA DE LA DEPOSICION DEL PRESIDENTE CESPEDES.—EFECTO QUE CAUSO EN RAFAEL QUESADA.

Mientras Aguilera, con el corazón henchido de gozo, veía acercarse, día por día, el momento ansiado de volver á abrazar á su familia, después de tan larga ausencia, y de tan terribles pruebas, muy lejos estaba de pensar que esos días, que juzgaba tan dichosos, habían de ser en realidad de los más desgraciados de su vida, puesto que durante ellos se desarrollaron en Nueva York acontecimientos que habían de tener una influencia fatal en el curso ulterior de sus trabajos patrióticos. Mas, tal es la triste condición humana. El hombre, en su inconsciencia, no es extraño que ría cuando debiera llorar y vierta lágrimas cuando debiera reir.

Hemos dicho que Aguilera, al llegar de París, entregó las letras de cambio que constituían el crédito que á él se había confiado, á José María Mayorga, para que éste las cobrase y depositara su importe en un banco. Tenía Aguilera una confianza ilimitada en Mayorga; juzgábalo tan honrado como patriota, y creía ese dinero aún más seguro en manos de Mayorga que en las suyas propias. El tiempo que lo conocía, los actos que le vió realizar, el estudio que había hecho de su carácter, y su comportamiento siempre correcto y leal en las innumerables difíciles situaciones en que por servirlo á él y á Cuba se había visto colocado, eran la base segura en que Aguilera fundaba la gran confianza en su amigo. Era ésta tal, que ni siquiera le había pedido un simple recibo de esa cantidad. Para él, el nombre de Mayorga era garantía suficiente. Cierto es que los hombres no deben ser tan confiados, sobre todo cuando se trata de intereses ajenos; pero el carácter noble de Aguilera se resistía á abrigar la más ligera duda al tratarse de un hombre á quien tan experimentado tenía en su honradez y nobleza.

A los pocos días de la salida de Aguilera para Jamaica, Mayorga se sintió indispuesto, se recogió en su casa, y ocho días después expiraba víctima de una fiebre tifoidea. La noticia de este desgraciado acontecimiento se le comunicó á Aguilera por cable, pero no la recibió.

Tan pronto llegó Aguilera á Kingston, después de abrazar á su familia y recibir la bienvenida de su amigos, comenzó á hacer los preparativos para el viaje de aquélla. Conociendo sus amigos, por la economía que practicaba, la escasez de sus recursos, se pusieron de acuerdo para auxiliarlo, reuniéndole unos doscientos pesos.

Finalmente, el día 18 de julio, á las dos de la tarde, zarpó Aguilera de Kingston con su familia en el mismo vapor "Clarivel", que lo había llevado. Entre los pasajeros iban Manuel Govín, Rafael Quesada, Calixto Reyes y otros más.

Al séptimo día de navegación encontró Reyes un número del "Herald", de Nueva York, y llamando á Aguilera, Quesada y Govín, les leyó en dicho periódico la noticia de la deposición de Carlos Manuel de Céspedes de la Presidencia de la República de Cuba, habiendo sido sustituído, decía, por el presidente de la Cámara, ex-marqués de Santa Lucía.

No pudo disimular Rafael Quesada, la grande impresión que le causó la noticia; todos convinieron, sin embargo, en que no tenía visos de verdad y que probablemente era falsa.

Poco después llamó Rfaael Quesada aparte á Aguilera y le pidió le dijera con franqueza lo que pensaba sobre la

noticia que les acababa de leer Reyes. Contestó Aguilera reiterándole lo que había dicho anteriormente, que no le merecía ningún crédito; contestó Quesada que esa era también su opinión. Añadió que aunque reconocía la insignificancia de Carlos Manuel de Céspedes en la "manigua", porque como militar nada valía, y como político, había dado varias "pifias", todo lo cual obraba en su descrédito, sin embargo, consideraba que su deposición sería funesta para la causa de Cuba, por el nombre que había llegado á crearse.

Oyó Aguilera el discurso de Quesada sin contestar palabra, pues comprendió que lo que deseaba era alentarlo á que hablara para saber su opinión.

Durante el resto de la navegación, Rafael Quesada se esforzaba con mucha sutileza en encarecer la unión entre todos los cubanos, cuando hablaba con Aguilera y Govín.

La noticia, efectivamente, resultó falsa.

CAPITULO XVIII

JULIO 1873

LLEGADA A NEW YORK.—LA NOTICIA DE LA MUERTE DE MAYORGA ANONADA A AGUILERA.—LA PERDIDA DE MAYORGA IRREPARABLE PARA EL.—AGUILERA CONDENADO A SUCUMBIR.

El 27 de julio á las nueve de la mañana, atracó el vapor "Clarivel" al muelle, en el puerto de Nueva York. Pocos momentos después se presentó á Aguilera, abordo, su hijo Eladio, quien le preguntó si había recibido el cablegrama que le puso á Kingston. Contestóle Aguilera negativamente, y entonces su hijo, después de una ligera preparación, anunciándole que había sucedido una gran desgracia, le comunicó la muerte de Mayorga. Un rayo que hubiera estallado á sus pies, no hubiera causado mayor impresión á Aguilera. Agolpáronse de súbito á su mente, la pérdida del amigo, la desolación de su familia, los trastornos de su proyectada expedición, el dinero de París que estaba en su poder la desaparición del patriota y el hombre de su confianza. En fin, por algunos instantes quedó abismado, sin darse cuenta de lo que pasaba. Aún no había vuelto de su estupor, cuando su hijo, comprendiendo la situación y por vía de consuelo, le dijo que no temiera por el dinero de París en poder de Mayorga, pues estaba seguro. Entrando en detalles sobre el particular le manifestó su hijo que, viendo á Mayorga en tan grave peligro, se había dirigido á su hijo mayor, José, que estaba al corriente de los negocios de su padre, indicándole la conveniencia de hablar á éste del dinero, antes de que empeorase su salud, no fuera á ocurrir después alguna dificultad. Contestóle José que no podía ocurrir ninguna respecto á esa cantidad, puesto que constaba como un depósito en los libros de su padre; era, por lo tanto, inútil intranquilizar á éste en su estado hablándole de negocios. Díjole asimismo su hijo, que aunque la familia de Mayorga no había querido entregar el dinero á Manuel Anastasio, al haberlo éste reclamado, estaba dispuesta á entregarlo á Aguilera tan pronto como llegase á Nueva York. Esta noticia tranquilizó algo á Aguilera, y habiéndole indicado su hijo que la familia de Mayorga le tenía preparado alojamiento en su casa, dirigióse con toda su familia á la casa de la viuda de Mayorga.

El encuentro de las dos familias fué tan triste como puede suponerse. A ese efecto escribe Aguilera así en su "diario".

"Julio 27..... ¡¡Triste condición humana!! ¡Yo que pensaba que el día que me viese reunido con mi familia en Nueva York, sería uno de los más felices de mi vida, hoy que lo veo realizado, ha

venido á acibarlo de la manera más cruel, la terrible desgracia ocurrida, pues calculo todas las consecuencias que puede traer á la causa y á mí, pérdida tan irreparable!''

Y no se equivocaba Aguilera. Muy lejos de eso: por grande que creyera la pérdida, esta superaba en mucho á sus cálculos. Era Mayorga el único amigo con quien podía contar en todos los casos entre los emigrados; el único que había probado estar dispuesto á ir por él al sacrificio.

Mayorga era allí un hombre indispensable para Aguilera, porque después de su jamás desmentida lealtad, era conocedor del país, poseía el inglés, conocía á fondo los emigrados, estaba bien relacionado con el comercio de esa plaza, en la que gozaba de un excelente crédito, y estaba siempre dispuesto á auxiliar á Aguilera con su consejos, con sus servicios personales, con su dinero y con cuanto él podía y valía. Era Mayorga el único hombre con quien Aguilera podía contar en todo tiempo, en todas las circunstancias y para todas las cosas. ¡Ah! ¡Si en las angustiosas situaciones en que Aguilera había de encontrarse muy pronto, hubiera tenido á Mayorga cerca de sí! Pero, en primer lugar, esas situaciones no habrían llegado entonces para él, pues con Mayorga hubiera podido seguir otros rumbos; y en segundo, en cualquier situación difícil, hubiera podido contar también con un hombre leal, que lo hubiera sostenido en vez de empujarlo al abismo. Muerto Mayorga, Aguilera quedó solo; y si alrededor de él parecían quedarle algunos otros puntos de apoyo, eran éstos mentidos, que en apariencia podría creérseles dispuestos á sostenerlo, pero al echar mano de ellos se doblarían haciendo irremediable su hundimiento.

Muerto Mayorga, quedaba Aguilera cual náufrago desventurado, sumergido en aquel mar de miserias, sosteniendo lucha estéril con las olas embravecidas, estando condenado de antemano á no alcanzar la orilla.

Y no era nuevo el terrible anatema pronunciado contra él; muy al contrario, el anatema fatal se pronunció apenas pisó Aguilera el suelo extranjero, cuando salió de Cuba libre. Pero entonces se alzó Mayorga, le extendió la mano, luchó junto á él, veces hubo en que estuvieron á punto de hundirse los dos; pero prestándose mutuo auxilio, uno con su dinero, con su crédito, con sus relaciones, con su conocimiento práctico del país, y el otro con su nombre limpio y honrado, luchando ambos con vigor y denuedo, lograron mantenerse á flote é ir encauzando por buen camino los asuntos de la patria.

Muerto Mayorga, perdió Aguilera su único sostén. Un nombre limpio y honrado, por sí solo nada vale, sobre todo si lo acechan la traición y la perfidia. En lo adelante, Aguilera estaba condenado á ser juguete de las pasiones despiadadas. Ya no había salvación para él. El fatal anatema habría de cumplirse. ¡Desdichado Aguilera! ¡Verte así inmolado por los mismos á quienes quisiste honrar dándoles patria!

CAPITULO XIX

JULIO 1873

PABLO BATLLE.—DIFICULTADES QUE PONE ESTE PARA ENTREGAR EL DINERO.—DELGADO.—JOSE MAYORGA.—CONSULTA CON LOS ABOGADOS.

A poco de haber llegado Aguilera con su familia á casa de la viuda de Mayorga, llegó también Pablo Batlle y llamó á aquél aparte para hablarle. Era este señor Batlle, el prometido de la hija menor del difunto Mayorga. Hombre interesado, había visto en todo este desgraciado asunto, un grueso filón que explotar y entró de lleno en su tarea, comenzando por ganarse la confianza de la viuda, que iba á ser nombrada albacea de la testamentaría. De esta manera

sería él quien, apoderándose de la dirección, lo manejaría todo.

Explicó Batlle á Aguilera los motivos porque la viuda no había entregado el dinero del depósito á Manuel Anastasio cuando éste lo solicitó, y era por carecer dicho Manuel Anastasio de representación legal; pero dijo que los herederos estaban dispuestos á entregarlo á él, que era quien había hecho el depósito, lo más pronto posible.

Poco después llegaron Manuel Anastasio, su hijo Miguel Luis y Pio Rosado á saludar á Aguilera y su familia. Llamó Aguilera aparte á los dos últimos para que le refirieran lo ocurrido. Manifestóle Miguel Luis que, habiendo decidido el vapor que debían comprar, convinieron con el dueño en darle quinientos pesos como garantía de que se efectuaría la compra, mientras se realizaba ésta. Pidieron esta cantidad á Mayorga, que estaba muy enfermo ya, y éste dió orden para que les fuese entregada. Los quinientos pesos se entregaron al dueño del vapor por Delgado, cuñado de Mayorga, que era quien figuraba comprador. Viendo que Mayorga se agravaba de día en día, quisieron ellos sacar toda la cantidad, mas la familia les suplicó que no hablaran al enfermo de negocios por el delicado estado en que se encontraba; todos les prometieron que tan pronto necesitasen el dinero, les sería entregado. Ellos, confiando en esa promesa, no tocaron más el asunto. Después de muerto Mayorga, necesitando la cantidad, la pidieron á la familia y ésta se negó á entregarla, poniéndole varios pretextos, que había disgustado á todos incluso al mismo Delgado.

Díjoles Aguilera, que puesto que la familia se manifestaba dispuesta á entregarle la cantidad á él, disimulasen su resentimiento y se mostrasen afables con ella, para que no fuera á haber ningún entorpecimiento. Ellos así lo hicieron, pasando á la habitación donde se encontraba la familia.

Al día siguiente manifestó Batlle á Aguilera, que deseosa la viuda de entregarle la cantidad, lo más pronto posible, había consultado á su abogado mister Couder, y éste le había dicho que no era posible violentar los trámites y lo único que podía hacerse en obsequio de la brevedad, era que se presentasen por los herederos dos fiadores con bienes raíces que respondiesen de la cantidad que quería entregarse, caso de haber algún reclamo. Como el conseguir esos fiadores era cosa difícil, dijo Aguilera que, estando todos los herederos de acuerdo, creía que holgaban los fiadores y propuso ir á ver al abogado, lo que aceptó Batlle.

Ratificó el abogado lo dicho por Batlle, y buscando un medio rápido y asequible de recuperar Aguilera la cantidad, preguntó el abogado si José Mayorga hijo, llevaba la firma de su padre en calidad de socio, ó de apoderado. Dijo que si era socio podía hacer la entrega, pero si era apoderado solamente nó, porque el poder fenecía con el poderdante. No sabiendo Aguilera el carácter conque José Mayorga llevaba la firma de su padre, salió inmediatamente á averiguarlo. Por desgracia, el joven era sólo apoderado.

Hablando Villegas con Aguilera dijo á éste que desconfiara de Batlle, pues tenía malos antecedentes; había sabido que allí en Nueva York estuvo mezclado en un negocio de brillantes que nada le favorecía.

Encontró Aguilera á Delgado y hablando sobre el mismo asunto, dijo éste que estaba muy disgustado con la familia de Mayorga porque se habían portado muy mal con él, en lo del depósito. Añadió que había hablado á José Mayorga muy fuerte sobre el particular y que por más promesas que hicieran á Aguilera, creía que le habría de dar gran trabajo la extracción del dinero. Le aconsejó que preparase su abogado y le dijo que los hijos del difunto, José y Justo, estaban de muy buena fe, pero la viuda oía á Batlle como un oráculo, pues iba á ser su yerno, y éste era un hombre de malas intenciones.

Contestó Aguilera que sentiría mucho verse en el caso de emprender una reclamación judicial, porque Mayorga fué su buen amigo, y le sería muy sensible, después de muerto él, tener que proceder contra su familia. Ese ex-

tremo lo emplearía sólo en último caso, por consiguiente, estimaría á Delgado que hablase á José Mayorga y tratase de hacerle comprender el deber en que su familia estaba de entregarle esos fondos, sin oir las sugestiones de Batlle. Prometió Delgado hacerlo así.

En una entrevista que tuvo Aguilera con José Mayorga, hijo del difunto, manifestó el primero que tenía el deber de defender esa cantidad, pues era responsable de ella ante la emigración de París, y así lo haría. Que un abogado le había ofrecido sacarle el dinero á todo trance, pues siendo un depósito no tenía nada que ver con la testamentaría, pero él no había querido aceptar aún los servicios de ese abogado, por consideración á la memoria de su padre y por el mismo motivo trataba de que el asunto se arreglara privadamente. Añadió que toda la emigración está enterada de lo que pasaba y tenía la vista fija en él (José Mayorga) y cualquier mal paso que diese hundiría su crédito, cuando necesitaba de éste, entonces más que nunca, por ser un joven que empezaba á trabajar. Que la probidad y el pundonor fueron siempre los distintivos de su padre y por eso llegó á acumular una fortuna y ganar el aprecio y la estimación de todos, y esperaba que él siguiese las mismas huellas.

El joven Mayorga hizo á Aguilera las más vehementes protestas de lealtad y buena fe, y ofreció hacer cuanto estuviese en su mano para que la cantidad le fuera entregada cuanto antes posible.

Habiendo llegado á la sazón Villegas, manifestó éste que iba á una cita con el abogado, sobre el mismo asunto, é invitó á Aguilera y José Mayorga para que lo acompañasen.

Reunidos los tres con el abogado, dijo éste que no había términos hábiles para extraer la cantidad porque no había impartido el juez la aprobación del testamento ni hecho el nombramiento de albacea. Este acto se había fijado para el 18 de agosto (era el 29 de julio), por haber un heredero ausente, y llegada esa fecha se verificaría, estuviera presente dicho heredero ó no. Dijo que aprobado el testamento y nombrado el albacea, ya entonces podía éste con carácter legal proceder á la extracción del dinero para entregarlo á Aguilera, siempre que no hubiese oposición de parte de algún heredero, según aseguraba José Mayorga. Este, sin duda para que Aguilera quedase más satisfecho, preguntó al abogado si no había algún medio por el cual pudiese apresurarse la entrega del dinero. El abogado contestó que no había ninguno que simplificase esos trámites. Salieron de allí los tres convencidos y resignados á esperar que venciera el plazo fijado: 18 de agosto.

CAPITULO XX

JULIO 1873

EL GENERAL QUESADA OFRECE EL VAPOR "VIRGINIUS" PARA LA EXPEDICION DE LA SOCIEDAD.—DESCONTENTO EN CUBA LIBRE POR LAS DISPOSICIONES DEL PRESIDENTE.—OPINION DE ALDAMA RESPECTO A LA SITUACION.—LA SRA. DEL PRESIDENTE CESPEDES.—MR. DANA Y ALDAMA.—OPINION DE AGUILERA RESPECTO A LA AGENCIA.—CARTA DE SALVADOR CISNEROS A AGUILERA.—OPINION DE SALVADOR CISNEROS SOBRE EL PRESIDENTE CESPEDES.—LA CARTA DE CISNEROS HACE MEDITAR A AGUILERA.—DETERMINA NO IR A CUBA MIENTRAS NO SE RESOLVIERA LA SITUACION.—PARRAFOS DE LA CARTA CONTESTACION DE AGUILERA A SALVADOR CISNEROS.

Al día siguiente de haber llegado Aguilera á Nueva York le manifestó Villegas que el general Manuel de Quesada, que hacía poco había llegado de Colombia, á hacerse cargo de su nuevo empleo de Agente Confidencial, le había mandado proponer con Ramón Boza, el vapor "Virginius" para mandar á Cuba la expedición que proyectaban. Dijo Villegas que, desconfiando de Quesada, contestó á Boza que le hiciese la proposición por escrito.

Habiendo ido Aguilera al escritorio de la sociedad, encontró allí á Aldama, Govín, Martín Rivero, Vicente Mestre, Francisco Artega y otros, y á invitación de Govín se constituyeron todos en sesión.

Expuso Govín que había recibido una carta de Jesús Pérez, en que le significaba el descontento que había producido en Cuba libre la noticia de las medidas tomadas por el presidente Céspedes respecto á la representación de la República en el exterior. Al mismo tiempo le preguntaba qué funcionarios le parecían más convenientes que se nombrasen en el extranjero, caso que se revocasen los nombramientos de Castillo y Quesada.

Expresóse Aldama en los términos que siempre acostumbraba respecto á ese particular, y eran que la situación en el extranjero era imposible que mejorase, mientras estuviessen allí Manuel de Quesada y la señora del Presidente. Refirió que esta señora, en compañía de la de Embil, se habían presentado á Mister Dana, director y propietario del periódico "The Sun", para pedirle los dos mil pesos que había dado para Cuba mister Smith. Mister Dana les contestó que esa cantidad la había entregado ya al patriota Aldama, para que uniéndola á otras la invirtiese en auxilio de la revolución. La señora del Presidente le dijo que era una lástima, porque Aldama era un traidor, agregando otras frases de esa especie.

Finalmente, concluyó Aldama diciendo que en su concepto Cuba no necesitaba en el extranejro más que un representante diplomático entendido, para caso que los Estados Unidos quisiesen tratar con los cubanos; lo demás debía dejarse á la iniciativa individual.

Expuso Martín Rivero que era su parecer que se necesitaba siempre de un Agente General que asumiese la dirección económica de las expediciones y propuso que se contestase indicando para ese cargo en primer lugar á Aldama, en segundo á Aguilera y en tercero á Villegas. Aldama combatió lo expuesto por Martín Rivero, tratando de eximirse del cargo propuesto.

Dijo Aguilera que con respecto á él, no había que pensarlo por muchos motivos. En primer lugar, se le llamaba de Cuba libre, y aunque hasta el presente no sabía cuándo podría ir en las condiciones que creía deber hacerlo, estas condiciones podrían presentarse en cualquier momento, teniendo entonces que partir. Dijo, además, que había adquirido la experiencia de que un Agente General, sin caja propia, era lo mismo que un cuerpo sin alma, pues á cada paso se encontraba entorpecido en sus trabajos por falta de la más insignificante cantidad, teniendo que fracasar; por ese motivo era su opinión que Villegas tampoco servía para el cargo. Con respecto á Aldama, dijo creía que, lo mismo que él (Aguilera), estaba ya gastado, necesitándose hombres nuevos, de quien el público esperase también novedades. Sin embargo, acordaron por mayoría sostener la candidatura propuesta por Martín Rivero.

Como por esos días se hubiese recibido correspondencia de Cuba libre, entregó Villegas á Aguilera una carta del ex-marqués de Santa Lucía, que dió lugar en él á graves meditaciones. Para que el lector pueda tener una idea exacta de los importantes asuntos de que trataba, pondremos la indicada carta á continuación:

"C. Francisco V. Aguilera, Vice-Presidente de la República de Cuba.

Mayo 10 de 1873.

"Muy señor mío y amigo:

"Van con esta dos veces que le escribo sin haber tenido el gusto de que me conteste. Hoy lo hago por tercera vez porque Cuba, por quien nos estamos sacrificando, lo exije así.

"El país, ciudadano, está corriendo una crisis espantosa; necesita de hombres que, como usted, se sacrificaron y fueron los iniciadores del movimiento revolucionario para derrocar el gobierno español y que están dispuestos á derramar la última gota de su sangre por la consecución del objeto que nos propusimos.

"No dudo que hoy, más que nunca,

estará usted animado de esos mismos sentimientos, y que así, si la patria lo llama, no se hará esperar mucho tiempo. Los que estamos en el campo insurrecto sufrimos con resignación los abusos que se cometen por nuestro actual gobierno; pero este sufrimiento ya ha llegado á su colmo, por lo mucho que se ha abusado, sin duda por creerse necesario. Es preciso pues, que usted venga á la Isla, á ocupar el puesto que el pueblo, por medio de la Cámara de Representantes le señaló, para que si es necesario ocupe la presidencia, lo haga, y cuando no, sirva de freno, al que olvidándose de sus sagrados deberes, comete abusos tales como el nombrar al ciudadano Manuel Quesada, Agente de Cuba en los Estados Unidos, sin conocimiento de los que con las armas en las manos estamos defendiendo la independencia de Cuba y en contra de la opinión de la mayoría de esa emigración, que se está quitando el pan de la boca y de la de sus hijos para allegar recursos. Esto, como usted conocerá, es un grave mal en las críticas circunstancias porque atraviesa nuestra revolución; por lo que espero que usted, con la abnegación que le es característica, sabrá sobreponerse á todo y correrá al llamamiento de sus conciudadanos, dando esta vez más una prueba de su acendrado patriotismo.

"No creo que usted se hará esperar, y mucho menos que se haga sordo á este llamamiento y con ello añadirá ese servicio más á los muchos que tiene prestados á la causa, y se hará acrerdor al reconocimiento de su afectísimo amigo,

Salvador Cisneros Betancourt.

Además, enseñóle Villegas otra carta extensa del mismo ex-marqués, la que decía más ó menos lo mismo que la de Aguilera, extendiéndose igualmente en numerosas consideraciones. Se quejaba de la conducta de Zambrana, y de la política que seguía Carlos Manuel de Céspedes, haciendo desaparecer por diferentes caminos á todos los que se oponían á que hiciera de Cuba el patrimonio de su familia, etc.

Como Aguilera conocía á los hombres, sabía de la manera como se hacían las cosas en Cuba libre, y se daba cuenta del estado de disgusto en que se hallaban aquellos patriotas, por la doble lucha que sostenían con el enemigo y con sus discordias interiores, pensó seriamente en la conducta que le correspondía seguir.

Sus amigos en Nueva York le aconsejaban que no pretendiese desembarcar en Cuba solo, ni con poca fuerza, porque siendo él un poderoso obstáculo para la ambición de algunos, no sería improbable que trataran de hacerlo desaparecer. Por otra parte, siendo tal el disgusto que en el campo insurrecto había contra el Presidente, que se pensaba en deponerlo, si Aguilera iba á Cuba y poco después resultaba la deposición, ocupando Aguilera el lugar de Céspedes, el hecho podría dar pábulo á interpretaciones todas desfavorables para él, pensando unos que su vuelta había obedecido al ambicioso intento de ocupar la primera magistratura después de derribar á Céspedes; y aquellos que por conocerlo mejor no pudieran creer en él un móvil ambicioso, podrían pensar que se había prestado á ser dócil instrumento de los enemigos de Céspedes. Pensó que aquella carta del ex-marqués era debida á escrúpulos infundados, pues siendo él, como Presidente de la Cámara, quien debiera presidir la sesión que depusiera al Presidente, y quien asimismo, como Presidente de la Cámara, también debía sustituirlo interinamente, un sentimiento de exagerada delicadeza hacía que tratara de evitar ese caso. Por todas estas y otras consideraciones, juzgó Aguilera que no le convenía ni era necesario para el bien de la patria, precipitar su viaje y presentarse en Cuba solo. Pensó que, dada la grave crisis que se operaba en el campo de la insurrección, era más conveniente dejar que siguiera su curso y se resolviera. Si los patriotas veían que el Presidente abusaba de sus facultades, y conducía la República por senderos peligrosos, le pusieran el debido correctivo, pues facultades bastante tenía la Cámara, estando autorizada, en último extremo, hasta para deponer al Presidente.

Consecuente con estas ideas, en su contestación se leían los siguientes párrafos.

"Nueva York, 6 de agosto de 1873.

"Señor Salvador Cisneross.

"Distinguido amigo:

"Con gran satisfacción he leído su carta de 10 de mayo, que es la primera que llega á mis manos. Por mi parte he escrito á usted cuatro veces, dos por vía de Jamaica, una con Peralta y otra con la expedición de Agüero. A ninguna de ellas se refiere usted, lo que me prueba que se han extraviado. Esta circunstancia me obligará á ser un tanto reservado y enigmático en esta carta, para si por casualidad cayese en manos de alguno de los muchos enemigos que tiene Cuba, no le sea conocido del todo el estado de nuestros asuntos.

.. ..

"Ustedes, que son los dueños de la situación allí, deben proceder con la entereza de los hombres que se han sacrificado por la patria, y desechando puerilidades que no tendrían disculpa, obrar impulsados por su conciencia, fija la vista en el porvenir de Cuba.

"Mucho le agradezco, amigo mío, sus benévolas frases. Todo lo que puedo responder á usted en ese concepto es que estoy hoy dispuesto como antes á derramar mi sangre por nuestra patria y á ir allí tan pronto como sea necesario. Me detengo aquí ahora porque creo que así conviene á Cuba, pues tengo un negocio grande entre manos que si se realiza lo llevaré yo mismo y daremos un golpe quizás decisivo á nuestros enemigos."

CAPITULO XXI

AGOSTO 1873

DIFERENCIAS SOBRE LA EXPEDICION ENTRE VILLEGAS Y AGUILERA.—H. CISNEROS APOYA A AGUILERA.—ESTE ES COMPROMETIDO POR SUS AMIGOS A DISPONER DE LOS FONDOS DE PARIS.—EXPONE SU TRISTE SITUACION ANTE SUS AMIGOS.—SUGESTION DE M. RIVERO Y RESPUESTA DE AGUILERA.—NINGUN AMIGO LE OFRECE AYUDA.—PROBABLES MIRAS DE ALDAMA.—SUMISA OBEDIENCIA DE SUS AMIGOS.—SOBERBIA DE ALDAMA.—SACRIFICIO DE AGUILERA.

Conversando Aguilera con Villegas trataba éste de convencerlo de la conveniencia de, caso que consiguieran el vapor "Virginius" que les había ofrecido Quesada, invertir todos los fondos de París, en armas y municiones para mandar una buena expedición á Cuba, en vez de comprar un vapor, como se proponía Aguilera. Parece que esta idea la había sugerido Aldama á Villegas, y éste, obediente servidor de Aldama, se empeñaba en dejarlo satisfecho haciendo aceptarla á Aguilera. Contestó éste que no pensaba así, por varias razones. En primer lugar, porque al regreso del "Virginius" se encontrarían sin vapor y sin dinero, y, por consiguiente, anulados; mientras que si compraba un vapor y mandaba la expedición, aunque no fuese tan grande, les quedaría el vapor siempre, que era un elemnto tan poderoso, y el que daba tanta fuerza á los quesadistas. En el vapor luego podrían mandar otras expediciones. Además, hízole presente que había ofrecido á sus amigos de París, emplear la cantidad facilitada por ellos en la compra de un vapor, el que podría venderse para reintegrar á los contribuyentes las cantidades desembolsadas, caso de que quisieran retirarlas. Sin embargo, deseando Aguilera que no se atribuyese su actitud á obstinación, invitó á Villegas á tener una conferencia con Hilario Cisneros y oir su parecer. Efectuóse esta conferencia al día siguiente é Hilario Cisneros convino en que eran justas las razones de Aguilera.

Como estuviesen citados para una junta aquel mismo día en la oficina de la

sociedad, se dirigieron allí los tres, encontrando á Aldama, Pedro Martín Rivero y Francisco Arteaga. Reunidos los seis, comenzaron desde luego la sesión.

Empezó Villegas diciendo que, dado el ofrecimiento de Quesada de entregarles incondicionalmente el vapor "Virginius," debían admitirlo, y en vez de mandar á Cuba una pequeña expedición, mandarían una que diese gran impulso á la revolución. Dijo que dado el estado en que se encontraban las cosas en España, la llegada de esa expedición á Cuba necesariamente había de influir mucho en la terminación de la guerra, de una manera favorable para los cubanos; y aunque hubiera que devolver á Quesada el vapor á su regreso, el crédito que les habría conquistado aquella salvadora expedición, haría que con facilidad pudiesen reunir recursos para mandar otras.

Contestó Aguilera repitiendo los argumentos que ya antes había expuesto á Villegas é Hilario Cisneros, añadiendo que aunque conocía el patriotismo de los contribuyentes de París y estaba seguro de que no le desaprobarían el acto, éste, sin embargo, acusaba en él poca formalidad, lo que haría que en lo adelante aquellos patriotas perdiesen la confianza que en él habían puesto, cegándole así una fuente á la que quizás otra vez podría verse obligado á ocurrir.

Por otra parte, dijo que todas las emigraciones y aún los mismos patriotas bien informados de Cuba libre, sabían que el vapor "Virginius" era de los quesadistas; y al desembarcar este vapor una expedición, se creería que era mandada por Quesada, siendo imposible ir informando uno á uno á todos los patriotas de la verdad de las cosas. Esta creencia sería más general entre los patriotas del campo, tratando el presidente Céspedes de que arraigara tal creencia, por cuanto justificaría su impopular nombramiento de Quesada para Agente.

Añadió que en cualquier otro caso, poco le importaría que se atribuyese á unos ú otros el envío de recursos de guerra á Cuba, con tal que los patriotas fuesen auxiliados; pero en el presente, creía muy importante que ellos, con sus actos, no propendiesen al robustecimiento de un grupo que tan funestas consecuencias podía tener en lo futuro para Cuba.

Tomó la palabra Aldama y dijo que con respecto á que pudiera creerse que la expedición la mandaba Quesada, ellos tomarían las medidas para que tanto en el exterior como en Cuba libre, todos se pusiesen al corriente de la verdad de los hechos. Tocante á la mala impresión que podría hacer entre los contribuyentes de Europa que Aguilera diese á sus fondos una inversión distinta á la que les había manifestado, dijo que él escribiría y aseguraba que á vuelta de correo tendría la aprobación del acto de Aguilera de los mismos que le entregaron el dinero.

Añadió que los instantes eran supremos, que podían disponer de un vapor, tenían también fondos suficientes para comprar gran cantidad de armas y municiones de todas clases, y podían mandar una expedición salvadora para Cuba, dadas las críticas circunstancias en que se encontraba el gobierno de España. Que á la realización de este gran bien para la patria, sólo se oponían los escrúpulos de Aguilera; y dirigiéndose á éste le preguntó si sería posible que él, que tanto había sacrificado á la revolución, en aquel supremo instante en que quizás iba á decidirse la suerte de ella, se negara á hacerle un pequeño sacrificio, el sacrificio de un mero escrúpulo, cambiando así la suerte de la misma revolución.

Como Aguilera guardase silencio, continuó diciendo Aldama que para obviar la dificultad que presentaba Aguilera, podía redactarse un acta en la que constase la urgencia del caso y la buena oportunidad que se ofrecía. En esa acta se haría constar cómo Aguilera había resistido hasta el último extremo, por razón de los compromisos que tenía con sus amigos de París; mas como todos los presentes le urgiesen para que depusiese sus escrúpulos y prestase tan importante servicio á la patria, Aguilera se había visto obligado á ceder ante la presión de sus compañeros y el bien de la causa de Cuba.

Como las demás personas presentes

apoyasen á Aldama, sirviendo Aguilera solo, de blanco á todos; y por otra parte, haciéndole gran fuerza el argumento del bien que reportaría á la revolución el desembarco en Cuba de una gran expedición, Aguilera, que se encontraba en aquellos momentos en una triste disposición de ánimo, por pesar sobre él problemas abrumadores, que en breve daremos á conocer, contestó que aceptaba el acta propuesta, si había de ser para el bien de la patria; pero que estaba persuadido de que aquel acto lastimaría su crédito para con sus amigos de Europa. Añadió que sólo ese sacrificio le faltaba para que su situación, desesperada ya, llegase al último extremo. Que en aquellos instantes tenía enfrente un problema aterrador, agobiado bajo el peso de una numerosa familia, llegada allí en circunstancias desgraciadas, sin recursos siquiera para llevarla á otro lugar donde le fuese posible atender á su subsistencia.

Contestóle Martín Rivero que podía tomar de la cantidad de París lo que necesitara su familia. Repuso Aguilera con viveza, que su orgullo se lo prohibía y no lo haría entonces como no lo había hecho nunca.

Oyó Aldama indiferente aquel lamento de desesperación de un patriota honrado. ¡A cuan poca costa hubiera podido remediar su afligida situación! Pero no era hombre dado á esa clase de satisfacciones. Conociéndolo, no es aventurado suponer que fué aquel un lazo que tendió á Aguilera para despojarlo del dinero, reducirlo á la impotencia y desacreditarlo con sus amigos.

Se recordará la entrevista de Villegas aquel mismo día con Aguilera, en la que trató de convencerlo para que emplease el dinero de París en armas y municiones y la negativa de Aguilera. Se recordará que consultado el caso con Hilario Cisneros, éste había aprobado las razones expuestas por Aguilera.

En la reunión que acabamos de describir, Villegas, obedeciendo la consigna que recibiera de su jefe Aldama, volvió á la carga á Aguilera. Como éste se defendiera juzgó necesario Aldama apoyar á su amigo y estrechar á Aguilera. Hilario Cisneros que estaba presente, por más que antes lo hubiera apoyado, entonces, vista la actitud de Aldama, no se atrevió á contradecir á su jefe. Aldama era allí el señor y dueño de todos aquellos hombres. Aguilera había caido en sus redes y estaba solo. Ellos eran una legión. Aguilera necesitaba de ellos, ellos no tenían otra voluntad ni otro criterio que el de Aldama. Aldama había jurado la perdición de Aguilera. No podía soportar que éste le hiciera sombra; no podía permitir que en aquella emigración hubiese otro ídolo que él. El debía brillar como el patriota excelso, y aunque nada hiciese por la patria, ésta había de debérselo todo. Cristo caía otra vez en manos de los judíos. Si alguien creyese que pudiera haber exageración en lo que decimos, los hechos que siguen habrán de convencerlo de la triste realidad.

CAPITULO XXII

AGOSTO 1873

ANGUSTIOSA SITUACION DE AGUILERA.—CON UNA NUMEROSA FAMILIA Y SIN RECURSOS.—SUS AMIGOS SE NIEGAN A SOCORRERLO.—CUMULO DE IMPORTANTES ATENCIONES Y DE GRANDES CONTRARIEDADES QUE LO ABRUMAN.—TRISTE ANOTACION COPIADA DE SU DIARIO.

Vamos á explicar cuáles eran las angustiosas circunstancias privadas en que se encontraba Aguilera. Se recordará que Mayorga le había reunido entre varios amigos novecientos pesos para trasladar su familia de Kingston á Baltimore. Al salir Aguilera para el primero de estos lugares, pidió á Mayorga quinientos pesos para gastos del viaje, dejándole el resto para invertirlos á su regreso en llevar su familia á Baltimore y establecerla allí. Sabemos que

cuando regresó de Kingston con su familia, la primer noticia que tuvo fué la muerte de Mayorga. No pudiendo reclamar á nadie los cuatrocientos pesos que debía á la generosidad de su amigo, se encontró en Nueva York con una familia compuesta de trece personas, todas mujeres y niños, y sin recursos para atender á sus más perentorias necesidades. En tan crítica situación ocurrió á su amigo Félix Fuentes para que hablase de su parte á Rivas, le expusiese su situación y viese si podía facilitarle doscientos pesos para remediarse de momento. Pocos días después le manifestó Fuentes que Rivas había ido á pasar la estación calurosa á Saratoga y no había podido hablar con él. Indicóle Aguilera que viera á Angarica con el mismo objeto y al día siguiente le dió Fuentes por respuesta que Angarica decía que había comprado una casa á su hijo que le costó veinte mil pesos, debía entregarle á su sobrino otra cantidad, tenía una numerosa familia y no podía servir á Aguilera. Dolorosa fué esta decepción para él; Angarica le había hecho espontáneos brindis de dinero para él en particular y Aguilera había creído en su sinceridad. Encargó á Fuentes que viera á José Govín. Fuentes le ofreció hacerlo, pero al volver Aguilera á hablarle del asunto, notó en él cierto disgusto que le hizo comprender que se había cansado de servirlo. No volvió á insistir más.

Tal era la situación en que se encontraba Aguilera el 2 de Agosto, día en que tuvo lugar la última reunión á que nos hemos referido. En los seis días transcurridos desde su llegada de Kingston, habían sucedido todos los hechos que hemos dado á conocer y otros muchos más, que por ser de menor importancia pasamos por alto. No le extrañaba ese cúmulo de atenciones, pues ya estaba acostumbrado á ello desde su llegada de Cuba libre. Verdad es que no fueron siempre tan importantes y variados los asuntos que á un mismo tiempo ocuparon su atención. El lector juzgará si cada uno por sí solo, no era capaz de preocupar al hombre de mayor entereza, y todos juntos fueran suficientes á abrumar á otro que no hubiera sido Aguilera.

En primer lugar la noticia de la muerte de Mayorga, que lo hirió como un rayo. Después el peligro que corrían los fondos que se le confiaron en París. La actitud sospechosa de Batlle. La perspectiva de un pleito para recobrar el dinero. La desorganización de la expedición que había dejado preparada. Haberle faltado los cuatrocientos pesos que dejó á Mayorga, único recurso con que contaba para su familia. Encontrarse en Nueva York con esta numerosa familia, sin recursos para su subsistencia. Los desengaños que sufriera de sus amigos. La presión que sobre él se ejerciera hasta hacerlo faltar á sus compromisos. El descrédito de que se cubriría para con sus únicos amigos, con los cuales ya no podría contar más...

Y después de estos graves asuntos, infinidad de otras atenciones que embargaban su tiempo y abrumaban su espíritu; todo esto se presentó á Aguilera en el corto período de aquellos seis días. No se crea, sin embargo, que fuera esta una situación única para él, había pasado ya por otras semejantes y el destino le tenía reservadas muchas más en las que pusiera á prueba el temple de su gran alma.

En su "diario", al final de la anotación del día 4 de Agosto, se leen estas líneas:

"..¡Qué posición más crítica la mía, Dios mío! En que circunstancias he traído á mi familia. Contaba con la cantidad que me tenía Mayorga, y la primer noticia que tuve al desembarcar fué la de su muerte. Anoche no dormí, pensando en mi triste situación. Anita y mis hijas han notado mi tristeza por más que trato de ocultarla. ¿Cuál será la suerte de mi esposa y de mis hijas...? Pero no pensemos en estas cosas, que la Providencia es grande y no me abandonará."

CAPITULO XXIII

AGOSTO 1873

A. ZAMBRANA COMBATE A QUESADA.—PIDE SE PROPONGA A CUBA LIBRE A ALDAMA COMO AGENTE.—ESTE SE HACE DE ROGAR.—ALDAMA ACCEDE CON APARENTE DISGUSTO.—RAZONES POR QUE AGUILERA APOYA LA PROPUESTA DE ALDAMA.—ESTE ES EL UNICO AGENTE POSIBLE.—VENTAJAS Y DEFICIENCIAS DE ALDAMA.—LA LIGA CUBANA.—MACIAS PROPONE A AGUILERA PRESENTARLO A LA LIGA.—QUESADA OFRECE EL VAPOR "VIRGINIUS."—CONVIENEN EN QUE QUESADA MANDE SU EXPEDICION PRIMERO.

Concurrió Aguilera á la reunión para que había sido citado en la oficina de la sociedad (5 de agosto) y se congregaron allí Aldama, Manuel Govín, Arteaga, Vicente Mestre y Zambrana. Comenzada la sesión expuso Zambrana la necesidad que tenían los buenos patriotas de oponerse á Quesada, no sólo por los males que de momento infería á la patria, sino por los muchos mayores que podía ocasionarle en el porvenir. En tal concepto propuso, como medio de combatirlo, escribir cada uno á sus amigos de Cuba libre, á fin de que influyesen con la Cámara para que destituyese á Quesada, y nombrase á Aldama, Agente General, pues éste era el único hombre que por su posición y sus antecedentes estaba llamado á salvar la situación en que se encontraban.

Contestó Aldama oponiendo futiles pretextos, como para dar lugar á que sus amigos le rebatieran y le rogasen admitiera el cargo. Efectivamente, sus amigos se esforzaron en hacerle comprender que él era el hombre llamado á prestar con ventaja aquel señalado servicio á la patria, etc. Aldama, aunque en apariencias opuesto, dejaba traslucir la satisfacción que lo animaba. Después de muchas argumentaciones y de excitar grandemente su patriotismo, Aguilera impaciente al ver tan tonta comedia, dijo al fin que aquello le parecía inoportuno, pues no hacía muchos días que habían acordado en otra reunión, que Aldama fuese propuesto en primer término para Agente General; en vista de esto, era innecesario que se volviera sobre lo que ya estaba acordado.

Dijo Martín Rivero que efectivamente había sido así; que ya eso era cosa convenida. Después de una ligera discusión, Aldama accedió, aunque al parecer con disgusto, y quedó acordado que los allí presentes escribieran á Cuba libre proponiendo á Aldama para Agente General y á José Antonio Echeverría y José Manuel Mestre para Comisionados Diplomáticos.

Podrá parecer extraño que conociendo Aguilera las deficiencias de Aldama, conviniera en recomendarlo para Agente General; más así fué, y para explicar este caso hay que tener en cuenta aquella situación. En primer lugar, era necesario que Quesada dejase de representar allí el gobierno de Cuba, por el desprestigio que sobre éste reflejaba. En segundo, triste es decirlo, no había en la emigración otro hombre que pudiera sustituir á Aldama. Este, con todos sus defectos, era el único allí llamado á representar el Gobierno de Cuba. Dividida como estaba la emigración en dos partidos, este representante habría de elegirse bien entre los quesadistas ó entre los aldamistas. Elegirlo entre los quesadistas era dar púbulo á quienes auguraban días muy sombríos para la patria. Ya hemos visto lo bien que se avenían las aspiraciones de Carlos Manuel de Céspedes y de Manuel de Quesada; hemos podido observar la unidad de miras que existía entre uno y otro y el carácter agresivo de los dos; y si estos hombres hubiesen llegado á dominar en Cuba, la patria se hubiera cubierto de luto. Si por el contrario, el representante de Cuba se elegía entre los aldamistas, cualquier otro hombre que se hubiese escogido que no fuese Aldama, adolecería de los mismos inconvenientes de éste, sin tener ninguna de sus ventajas. Aldama tenía un dominio absoluto sobre todos sus partidarios. Era un oráculo para éstos; el Júpiter Tonante que disponía á voluntad de todas aquellas divinidades

de segundo orden. Cualquiera de sus amigos que hubiera ocupado la Agencia General de Cuba, el verdadero Agente habría sido Aldama y éste el que hubiera ejercido toda la autoridad sin responsabilidad alguna.

Aldama había conquistado un gran nombre entre los patriotas cubanos; se veía rodeado de todo el prestigio que da la riqueza, estaba relacionado con los hombres más notables de Cuba, tenía una bella historia revolucionaria. ¿Quién podría reflejar tanto brillo como él, sobre la representación de Cuba en el extranjero? ¡Lástima que hombre nacido y educado en tan elevada posición social hubiese abrigado un alma tan pequeña! ¡Lástima que tan alto hubiese rayado en él el orgullo, la presunción y la vanidad, y tan bajo el patriotismo!

Fué Juan Manuel Macías á visitar á Aguilera y le dijo que varios antiguos amigos americanos trataban de revivir la antigua "Liga Cubana," asociación americana que se había disuelto por la indiferencia con que la habían tratado Aldama y los suyos. Que esos amigos le pidieron que los presentase al general Quesada, quien sabían era el actual Agente del Gobierno de Cuba, pues querían ponerse de acuerdo con él, siempre que Macías les asegurase que era un caballero con quien podían entenderse. Macías les contestó que no tenía inconveniente en ponerlos en relación con Quesada, aunque no tenía amistad con él y por lo tanto no podía responder de su comportamiento. Estos señores americanos estrecharon tanto á Macías, que al fin este tuvo que decirles una parte de la verdad, con respecto á Quesada, tratando de emplear la mayor sutileza al hacerlo, para no descubrir las miserias de los cubanos.

Añadió Macías que había propuesto á esos señores presentarles, en cambio á Aguilera, que aunque actualmente no tenía representación oficial alguna, sí la tenía política, pues era Vice-Presidente de la República y podía responder de él como de sí mismo. También les ofreció presentarles algunos otros cubanos prominentes y consultó á Aguilera á quienes más podría llevarlos. Contestóle Aguilera que de momento no se le ocurrían otros que Aldama, Mestre y Echeverría. Replicóle Macías que nada quería con esas gentes, pues ya en otra ocasión les había propuesto lo mismo y como todos ellos no tenían otra opinión que la de Aldama, y éste era tan vanidoso que despreciaba cuanto no fuera obra suya, estaba persuadido de que harían fracasar la idea. Consultóle Macías respecto á Villegas, á quien no conocía de cerca, y contestó Aguilera que adolecía del mismo mal que los demás. Por fin, convinieron en que volverían á reunirse al día siguiente en la oficina de la sociedad, para ser presentado Aguilera, á esos señores por Macías.

Como Quesada hubiese hecho por escrito la oferta á Villegas de facilitarle incondicionalmente el "Virginius" para llevar á Cuba la expedición que "Los Amigos de Cuba" estaban formando, de acuerdo con Aguilera, fueron comisionados Manuel Govín y Pedro Martín Rivero para avistarse con Quesada á fin de que efectuase la entrega del vapor. Habiendo tenido lugar la entrevista, se reunieron en la oficina de la sociedad, Villegas, Aldama, Manuel Govín, Francisco Arteaga, Vicente Mestre, Hilario Cisneros y Aguilera para saber el resultado. Expuso Govín que á las tres y media de la tarde anterior habían estado Pedro Martín Rivero y él, en el hotel donde vivía Quesada. Este los había recibido de la manera más afable y cortés, diciéndoles que no esperaba menos de su patriotismo que la aceptación del vapor que les ofrecía, para mandar á Cuba la expedición que de tanto beneficio había de serle. Agregó que por su parte estaba dispuesto á entregarles el vapor sin ponerles condiciones. Aceptaron Govín y Rivero el ofrecimiento y les preguntó Quesada si tenían ya lista la expedición. Contestáronle que estaría listo dentro de dos ó tres semanas, á lo que repuso Quesada que él tenía ya lista la suya para salir inmediatamente, pero no obstante, les entregaría el vapor y aguardaría para mandar la suya á que el buque regresara. Sorprendiéronse los comisionados, pues no sabían nada de la expedición de que les hablaba Quesada, y le preguntaron

que cuantos días necesitaría el buque para estar de vuelta, después de desembarcar dicha expedición. Contestó Quesada que dentro de quince días podía estar de vuelta en el puerto que se le indicase.

Manifestó Govín á los concurrentes que en virtud de esas circunstancias, ellos no se habían determinado á resolver y convinieron con Quesada en que le contestarían después de consultar á sus compañeros.

Discutido el caso, se acordó decir á Quesada que, puesto que el vapor "Virginius" podía estar de regreso dentro de quince días, y ellos necesitaban unos veinte para alistar su expedición, podía aquél hacer uso del buque primero y á su regreso lo utilizarían ellos, con tal que la demora no pasase de treinta días. Para esta resolución tuvieron cuenta que no podían disponer del dinero de Aguilera hasta después de doce días, ó sea el 18 de aquel mes, en que se aprobaría la testamentaría de Mayorga por el juez, y se nombraría albacea.

Según lo convenido con Macías, fué éste á buscar á Aguilera para presentarlo á sus amigos americanos. Fueron primero á visitar á mister Walker, banquero, persona muy fina que los recibió con exquisita cortesía y los invitó para que fueran el próximo domingo á comer con su familia. Se excusó Aguilera diciendo que en breve saldría con la suya para Baltimore y se aplazó la invitación para el regreso de Aguilera. Mister Walker ofreció á éste una carta de recomendación para un amigo de aquella ciudad. Fueron después á visitar al general Mac Mahon y á mister Graham, personas muy distinguidas que los recibieron con la mayor amabilidad, hablando mucho de Cuba y de lo que podría hacerse entre los simpatizadores americanos para impulsar su revolución.

CAPITULO XXIV

AGOSTO 1873

AGUILERA PIDE DINERO PRESTADO PARA LLEVAR SU FAMILIA A BALTIMORE.—LLEGADA A ESA CIUDAD DE SU FAMILIA.—NECESITA PEDIR DINERO PRESTADO OTRA VEZ.—JOAQUIN POLO SE LO OFRECE ESPONTANEAMENTE.—AFLICTIVA SITUACION DE AGUILERA.—QUIERE TOMAR DINERO A UN USURERO.—ARREGLO FINAL CON RAMOS.—AGUILERA SE DISPONE A VOLVER A NEW YORK.—PASA BALANCE A SU CARTERA.

Se recordará la situación en que se encontraba Aguilera, con una numerosa familia, en país extranjero y sin recursos. Como buscando economía, no la llevase á ningún hotel y la hubiese instalado provisionalmente en una casa de huéspedes en la Avenida Lexington, aún teniendo así muchos gastos, trató de acelerar su marcha á Baltimore. Después de haber conseguido en aquella ciudad una modesta casa, habiéndole faltado otros amigos con quienes contaba, se dirigió al joven José Mayorga, le manifestó su situación y le suplicó le prestara ciento cincuenta pesos para abonar los gastos que había hecho su familia en la ciudad y trasladarla á la de Baltimore, donde podría vivir con más economía, ofreciendo reintegrarle esa suma, bien con la mesada que su esposa recibía de su padre de Santiago de Cuba ó con cualquier otra cantidad de que pudiese disponer. El joven Mayorga, que había heredado los sentimientos nobles y generosos de su padre, desde luego puso á disposición de Aguilera la cantidad que le pedía diciéndole que se la devolviera cuando con comodidad pudiera hacerlo.

Vencida esta grave dificutad, salió Aguilera con su familia para Baltimore, á las ocho de la noche del día siete de agosto. Tomó el tren en Jersey City y llegó á aquella ciudad á las cinco de la mañana, dirigiéndose á la casa que tenía preparada en la calle de Walsh número doscientos diez.

A su llegada presentarónle diferentes cuentas pequeñas por reparaciones

que se habían hecho á la casa; y como casi se hubiese agotado la cantidad que le prestara el joven Mayorga, pensó era necesario ocurrir allí á algún paisano, por más que apenas tuviese amistad con ninguno, para que lo sacasen de la dificultad. Por experiencia sabía lo penoso que era ese paso, pero ante la imperiosa necesidad que lo apremiaba, fuéle preciso resolverse á ello. Se dispuso á ocurrir primero á Antonio Martínez, dueño de una fábrica de tabacos que parecía estar en posición desahogada. Pensó pedirle cien pesos prestados para devólverselos cuando su esposa recibiera dinero de Cuba. Fué con el ánimo lleno de dudas á la tienda de Martínez. Encontró allí á Joaquín Polo, cubano que vivía en la casa contigua á la que había tomado él y se le había mostrado muy obsequioso. Entraron en conversación, y fuese que Polo le notase la angustia en su semblante ó que lo hiciese por mera cortesía, el caso es que espontáneamente ofreció á Aguilera el dinero que pudiese necesitar para la instalación de su familia, asegurándole que tendría mucho placer en servirlo. Vió Aguilera el cielo abierto ante tan generoso ofrecimiento, y no pudo menos que referir á Polo con toda franqueza su situación, diciéndole que necesitaba cien pesos, los que habría de devolver en la primer oportunidad. Cumplió Polo su ofrecimiento llevando el dinero á Aguilera á su casa poco después.

Polo y su familia fueron una providencia para Aguilera y la suya, durante el tiempo que esta residió en Baltimore; pues estando sus respectivas casas una contigua á la otra, colmaron á la familia de Aguilera de toda clase de atenciones, echando así los cimientos de una franca y sincera amistad con la que en adelante estuvieron siempre unidas.

Se recordará que fué Francisco Ramos quien animó á Aguilera á que estableciese su familia en aquella ciudad, donde la vida era tan económica. Aguilera le encomendó la compra de un mobiliario modesto para su casa, cosa de que al llegar, encontrase esa comodidad. Hízolo así Ramos y al día siguiente de su llegada fué á verlo Aguilera para suplicarle que lo aguardase unos días por el importe de los muebles, que era doscientos cincuenta pesos.

Sorprendióse Aguilera cuando le contestó Ramos que le era de todo punto imposible esperarlo, porque el dinero era de su hermano, éste había girado ya á su cargo, él había aceptado el giro, y éste se vencía dentro de cuatro días. Contestó Aguilera que si tan grande era su compromiso, él, como conocedor de la localidad, le hieciera el favor de ver quien podía proporcionar la cantidad á premio por veinte días. Contestó Ramos que el único que podría servirlo era Camacho; pero éste era tan usurero, que temía le impusiese condiciones muy duras para el préstamo. Díjile Aguilera que, sin embargo, lo viese; que estaba dispuesto á pasar por todo.

Refiriendo Aguilera á su amigo Polo su incidente con Ramos, dijo Polo que no se preocupara, que esas eran invenciones de Ramos, porque no era posible que su hermano hubiera girado tan pronto por la cantidad, pues no estaba tan pobre. Además, dijo que los muebles se los cargaban á muy buen precio; y si le hubiera hecho á él el encargo, habría conseguido otros iguales, por el mismo precio y á pagar por mensualidades, lo que hubiera sido más cómodo. Reiteróle Polo que probablemente no había tal letra aceptada ni nada de lo que decía Ramos. Contestó Aguilera que de todas maneras, él debía esa cantidad y tenía que abonarla cuanto antes. Manifestóle deseos de ver á Camacho y dijo Polo que Camacho había ido á Nueva York á un asunto de Govín.

Volvió Aguilera á ver á Ramos, y le manifestó la crítica situación en que se encontraba; con una larga familia en aquella ciudad extraña, sin dinero y sin amigos. Como medio de salir del compromiso, le propuso que se hiciera cargo de los muebles, perdiendo él cincuenta pesos. Díjole que quería pagarle, pero no tenía recursos para hacerlo de momento, y que bien considerado el caso su familia no necesitaba de los muebles, porque en el tiempo que estuvo en la insurrección había aprendido á pasarse sin ello. Para colmo de la fatalidad, hasta Camacho, que según él, era el único que

podía facilitarle la cantidad, no estaba allí sino en Nueva York, según había sabido. Contestó Ramos que ya Camacho había vuelto. Propúsole Aguilera ir á verlo los dos, para que se satisficiera de que estaba dispuesto á no omitir sacrificio para pagarle. Díjole que después de abonarle el interés que pidiera, hipotecaría á su favor los mismos muebles, y parte de una vajilla de plata que su esposa había salvado de la insurrección. Hasta la ropa de su familia la daría en garantía si fuera preciso.

La aflictiva situación de Aguilera pareció ablandar al fin el corazón de Ramos. Contestó que no era necesario que fuera á ver á Camacho. El haría diligencias por otro lado.

Aquel mismo día fué Ramos á ver á Aguilera en su casa y le dijo que había conseguido el dinero sin premio. Lo facilitaba el cajero de su regimiento; pero con la condición de que lo devolviera para el 19, (era el 10 de Agosto) pues el 20 tenía que pasar revista de caja. Contestó Aguilera que ese era un plazo muy angustioso y él no sabía si tendría dinero para esa fecha. Volvieron á hablar de Camacho y quedaron en ir á verlo á su tienda de tabacos el día siguiente á las diez.

A las nueve de la mañana fué Aguilera á la tienda de Ramos para ir con él á ver á Camacho. Mucho se sorprendió cuado le oyó decir que había pensado mejor y consideraba el viaje infructuoso; estaba seguro de que Camacho no les serviría y Aguilera recibiría un desaire. Contestó éste que sin embargo iría, porque lo que deseaba era satisfacerlo de que no omitía sacrificio por pagarle. Llamó Ramos á Echemendía, y convinieron en que éste fuera á tantear á Camacho para ver si estaría dispuesto á facilitar la cantidad á Aguilera. Llegó casualmente Polo, y Ramos y Echemenodía lo llamaron aparte y le expusieron el caso con Aguilera. Polo, con su franqueza habitual, les dijo que tuviesen consideración de un hombre digno, que si se encontraba en tal situación era por hacerles patria. Que los muebles estaban demasiado bien vendidos, y arreglaran el asunto sin más molestias para él; que era un hombre honrado y su dinero estaba seguro.

Retiróse Aguilera quedando Ramos en avisarle el resultado de la misión de Echemendía. Finalmente, no siendo posible que Aguilera abonase á Ramos la cantidad de momento, convino, al fin, en arreglarse con el tenedor de la letra de su hermano y que Aguilera le enviase el dinero de Nueva York tan pronto como le fuese posible.

Arreglada esta enojosa cuestión, que proporcionó ratos bien amargos á Aguilera, dedicóse éste á acomodar su familia lo mejor posible en aquel país. Acercándose el plazo en que debía aprobrase la testamentaría de Mayorga y nombrase albacea, se dispuso ir á Nueva York á ocuparse de ese y otros asuntos.

El 19 de Agosto, pasando balance á su cartera, separó el importe de su pasaje á Nueva York, reservó 20 centavos para llegar á aquella ciudad y ocho pesos que le restaban los dejó á su familia para que vivieran, mientras que la Providencia les deparaba otra cosa. A las diez menos cuarto de la mañana tomó el tren, llegando á Nueva York á las seis menos cuarto del mismo día.

CAPITULO XXV

AGOSTO 1873

AGUILERA VISITA A LA VIUDA DE MAYORGA.—CONFERENCIA CON ESTA Y SU ENTENADO.—CONFERENCIA CON EL ABOGADO DE LA VIUDA.—ESTA TRATA DE PONER OBSTACULOS.—LA VIUDA SUGESTIONADA POR BATLLE.—OTRA CONFERENCIA CON EL ABOGADO.—BATLLE PONE A AGUILERA MAS OBSTACULOS.—VILLEGAS PROPONE A AGUILERA GRATIFICAR A BATLLE.—AGUILERA APRUEBA.—RESUELVE IR A BALTIMORE A VER A SU FAMILIA.—PIDE PRESTADO DINERO A SU AMIGO VILLEGAS.

Al día siguiente de su llegada fué á casa de la familia Mayorga para saber en que estado se encontraba su asunto. Fué introducido en la sala y encontró allí al notario Antonio González, que explicaba á la viuda que tenía que hacer un inventario de los muebles, y no de los inmuebles, porque éstos no podían desaparecer. Preguntó José Mayorga al notario si la albacea podía abonar su crédito á algún acreedor. Contestó aquel que no podía, hasta tanto se convocase á todos los acreedores para saber si los bienes alcanzaban para abonar todas las deudas ó era necesario prorratear. La viuda y José Mayorga dijeron que no habían acreedores y el notario replicó, que sin embargo, ese era un trámite de que no podía prescindirse. Aguilera se mantuvo en silencio durante esta conversación para no provocar una discusión antes de haber explorado el campo.

Así que se marchó el notario invitó la viuda á almorzar á Aguilera y éste aceptó para ir tanteando el terreno.

Cuando hubo concluído el almuerzo, llamó Aguilera aparte á José Mayorga y le preguntó en qué estado estaba el asunto. Contestó éste que el notario acababa de traer á la viuda el nombramiento de albacea y le había extrañado haber oído decir al mismo notario que la albacea no podía pagar á ninguno de los acreedores mientras no se hiciera una convocatoria á todos éstos. Contestó Aguilera que el notario se había referido á los acreedores, pero él no podía entrar en ese número, pues su cantidad era un mero depósito que nada tenía que hacer con los acreedores del finado. Propuso José Mayorga llamar á la viuda para que asistiera también á la conferencia; accedió Aguilera y se reunieron los tres en el salón de recibo.

Expuso Aguilera la consulta que anteriormente habían tenido José Mayorga y él con el abogado de ellos, en la que éste les había dicho que, tan pronto la viuda fuese nombrada albacea, podía entregarle la cantidad que había depositado en poder de su difunto esposo. Que ya había llegado ese caso y por consiguiente, quería saber si estaba dispuesta á hacerle la referida entrega. Contestó la viuda que ella no tenía inconveniente, siempre que no se echase encima responsabilidad ninguna y por lo tanto quería ella misma consultarlo con su abogado. Díjole Aguilera que le agradecería fuera lo más pronto posible, pues la emigración cubana tenía fija la vista en él, y no quería pudiese acusársele, cuando menos, de negligencia en los intereses de la patria. Añadió que quería adoptar todos los medios de conciliación, recordando la amistad que lo había unido á su difunto esposo, á quien siempre consideró como hermano. Si esa cantidad fuera suya, él le diría que la abonase cuando y como quisiese; pero en las circunstancias en que estaba colocado, se veía obligado á defenderla á todo trance, tanto porque no era suya, como porque estaba destinada al auxilio de sus hermanos que luchaban en el campo.

Contestó la viuda que iría á la mañana siguiente á consultar á su abogado, y no iba aquel mismo día, porque estaba lluvioso y no se sentía bien. Propúsole José Mayorga ir él y la viuda le contestó de mal humor, que no fuera, que ella quería ir personalmente.

Debemos decir para mejor inteligencia del lector, que José María Mayorga, el finado, había sido casado dos

veces: del primer matrimonio tuvo á José y dos hijas casadas con Delgado y con Sotolongo, respectivamente; y del segundo á Justo y Magdalena, prometida esta última de Batlle. José era un joven de sentimientos nobles y honrados, como de 24 años de edad, quien ayudaba á su padre en los negocios, estaba al corriente de ellos, y su padre le había autorizado por poder para usar su firma.

Salió Aguilera de casa de la viuda de Mayorga, fué á ver á Villegas y le refirió la entrevista que había tenido con la referida viuda. Propúsole Villegas ver al abogado de ella y los dos se dirigieron al despacho de éste. Informado del objeto de su visita les manifestó el abogado, mister Couder, que reproducía lo que anteriomente había dicho: si los herederos estaban conformes en que existía tal depósito y no había acreedores, la albacea podía proceder inmediatamente á la entrega de la cantidad. Que era cierto, según las leyes del país, que la albacea podía demorar la entrega hasta año y medio, sin que se la pudiera compeler á efectuarla antes; pero él no le aconsejaría semejante proceder á su cliente, porque estaba persuadido de que esa era una deuda sagrada, que debía pagarse inmediatamente. Añadió mister Couder, que si como decía Aguilera la albacea iba á consultarle sobre el particular en la mañana siguiente, fuera con ella, y vería como le aconsejaba lo mismo que acababa de decirle. Con estas razones, se despidieron del abogado, Villegas muy satisfecho y contento, pero Aguilera bastante receloso, pues le infundió temores oir que la albacea podía demorar un año y medio la entrega de los fondos.

Aquella misma tarde fué Aguilera á casa de la viuda de Mayorga á decirle el resultado de su entrevista con el abogado de ella. Encontró sentada á la mesa la familia, cosa que no esperaba, pues no acostumbraban comer tan temprano. Lo invitaron, y aunque con poco deseo, aceptó para demostrarles franqueza. Concluída la comida, llamó Aguilera á José Mayorga, le refirió la conferencia con su abogado y le dijo que éste esperaba á su madre política y á él (Aguilera) al día siguiente por la mañana. Indicóle Aguilera que llamase á la viuda para tener una conferencia los tres y el joven así lo hizo. Repitió Aguilera lo que acababa de decir á José Mayorga, y contestó la viuda que le extrañaba mucho que fuera esa la opinión de su abogado. Díjole Aguilera que por eso mismo quería ir con ella á ver á su abogado y deseaba también que á la conferencia asistiese el joven Mayorga. Objetóle la viuda que si el día estaba lluvioso no podría salir, y por último, que allí estaba el marido de su entenada, la señora Francisca, que era español, y no sabía cual era su opinión.

Manifestó Aguilera que se alegraría fuese él también para que oyese lo que decía el abogado. Replicó ella que todavía él no estaba enterado del asunto. Repuso Aguilera que ninguna ocasión mejor que la presente, para llamarlo é informarlo de lo que se trataba. Contestó la viuda que le parecía mejor que ella hablase á su entenada y su esposo aquella noche y á la mañana siguiente le contestaría.

Llamó Aguilera la atención de la viuda á la actitud amigable y conciliadora que tomaba él, en consideración á la memoria del hombre honrado y noble que había sido su amigo, á quien tanto había apreciado; y añadió que si esos medios no daban el resultado que esperaba y deseaba, y algún heredero pretendía poner obstáculos para que el asunto no marcharse por la vía justa y honrada que debía seguir, él, con energía, dirigiría su acción legal contra ese heredero, sin pararse en los perjuicios que pudiera acarrearle.

El joven Mayorga manifestó que no solamente estaba dispuesto á que se entregara á Aguilera la cantidad, porque tanto á él como á su madrastra les constaba que era un depósito que su padre había recibido en calidad de tal, sino que deseaba que esa entrega se hiciese lo más pronto posible.

Esta ingénua manifestación del joven le valió una repulsa de la madrastra, quien le increpó porque ella todavía no había visto los libros, ni sabía como estaba ese asunto. Contestó el joven que

ella guardaba las llaves del escritorio donde estaban dichos libros, y si no los había visto era porque no había querido. Repuso ella que las llaves se las había dado á él, emprendiendo una pueril discusión con el joven, lo que hizo comprender á Aguilera las dificultades que había de esperar por parte de ella.

Aguilera aprovechó esta ocasión para predicarles sobre la moralidad y honradez, virtudes que habían sido el distintivo del carácter del finado, y en tono agri-dulce les dió á comprender que estaba dispuesto á que se perdiese todo, antes de que ellos se quedasen con el dinero.

La viuda estaba evidentemente sugestionada por su presunto yerno Pablo Batlle. El joven Mayorga, que era honrado como su padre, quería se procediese como era de justicia. Hablando éste con la sinceridad que le era habitual, confesó á Aguilera que los débitos de su padre, todos juntos, ascendían á unos cuatrocientos pesos, dato que Aguilera consideró muy útil, para combatir la responsabilidad que la viuda con tanta frecuencia sacaba á relucir. Despidióse por fin Aguilera quedando en volver al día siguiente.

Volvió según había convenido, encontró la familia almorzando y aunque lo invitaron, aceptó sólo una taza de café. Preguntó á la viuda que tal le parecía el día; (lloviznaba) ella contestó que malo, pero para concluir el asunto había suplicado á Batlle que fuera por ella.

Este, que se encontraba presente, manifestó que no sabía como el abogado opinaba de diferente manera á lo que había manifestado antes, y se engolfó en una serie de pormenores sobre testamentarías. Aguilera no le contradijo, porque estando presente toda la familia no quiso agriar los ánimos.

Finalmente, manifestando Aguilera las relaciones que lo ligaban con Villegas, convinieron en que á las once de la mañana se reunirían en la oficina de la sociedad para ir los tres á ver al abogado. Despidióse Aguilera y como al salir encontrase al joven Mayorga, le dijo que quería que él también presenciase la entrevista con el abogado, é hizo que el joven lo acompañara.

A la hora convenida llegó Batlle á la oficina de la sociedad, acompañado de Justo Mayorga, hijo de la viuda, joven de unos 20 años á quien parecía haberse ganado. Se dirigieron á la oficina de mister Couder. Reunidos los cinco, mas el abogado, comenzó Aguilera manifestando el motivo por qué no había asistido la señora viuda, quien había nombrado para que la representara á Batlle. Seguidamente preguntó al abogado, si estando ya nombrada la albacea y de acuerdo todos los herederos, podía aquella proceder á la entrega del depósito. El abogado repitió lo que había dicho el día anterior á Aguilera y Villegas. Tomó la palabra Batlle y dijo que los herederos no estaban todos de acuerdo y la albacea mucho menos, porque todavía no había examinado los libros para juzgar sobre la ascendencia del pasivo, el que calculaba subía á unos cuarenta mil pesos. Que á la muerte de Mayorga, su hijo José allí presente, había cogido las llaves del escritorio y no las había entregado á la viuda hasta hacía pocos días.

Interpelado el joven dijo que él llevaba los libros de su padre y que exceptuando el crédito de Aguilera, sus deudas no eran más que unos cuatrocientos pesos; y con respecto á las llaves, hacía más de dos semanas las había entregado á su madrastra y si ella no había examinado los libros sería porque no quiso.

Habló entonces Batlle sobre el año y medio que tenía la albacea para concluir la testamentaría, y dijo que aunque la viuda no pensaba tomar todo ese tiempo, quería se le diera el suficiente para examinar los libros, enterarse de las cuentas y ver si había herencia. Dijo también que el depósito de Aguilera no podía considerarse como tal, porque estaba en cuenta corriente, y por consiguiente, debía considerarse como cualquier otro acreedor.

Manifestó el abogado que habiendo divergencia entre los herederos, y fundándose ésta en la no vista de los libros, había que dar tiempo á la albacea para que examinase aquellos y formulase su cuenta. Dijo Aguilera que los libros podían examinarse en dos ó tres horas y contestó Batlle que era imposible. Pre-

guntóle Aguilera qué tiempo creía necesario, y contestó él que dos ó tres semanas. Dijo el abogado que creía Aguilera no tendría dificultad en concederle hasta el día 15 del próximo mes,—era el 21 de Agosto.—Contestó Aguilera que esperaría hasta el 15 de septiembre y si para esa fecha no estaba resuelta la cuestión se vería obligado á poner el asunto en manos de un abogado, para que procediera legalmente. El tenía una gran responsabilidad y no quería que pudiera tildársele de negligente. Despidiéronse todos con aparente afabilidad, y en la calle dijo Villegas á Aguilera que el asunto había que llevarlo con pies de plomo. Le consultó si le parecía bien que viera á Batlle y tratara de suavizarlo ofreciéndole una gratificación, pues mucho temía que hicieran uso del año y medio. Aguilera lo aprobó.

Como durante esta tregua, nada pudiese hacer Aguilera en Nueva York, porque en la imposibilidad de usar los fondos en poder de la familia Mayorga, tampoco podía emprender trabajo alguno, decidió pasar unos días con su familia en Baltimore.

Durante estas peripecias, ni un instante se apartó de la imaginación de Aguilera, el precario estado en que dejara á su familia, idea que constantemente lo mortificaba. Aguijoneado por ella y dispuesto á volver donde su familia, resolvióse á ser franco con su amigo y compañero Villegas, exponiéndole su situación y suplicándole que tratara de proporcionarle algún dinero. Le puso de manifiesto su compromiso con Ramos por los doscientos cincuenta pesos y como ya Villegas le hubiese facilitado veinte cuando llegó á Nueva York, rogóle le completara cien pesos, dándole ochenta más para llevar á su familia; total por todo trescientos cincuenta pesos en calidad de devolución. Villegas no tuvo dificultad en prestar á Aguilera tan oportuno servicio.

Para mayor claridad diremos que cuando Aguilera llegó á Nueva York, se asignó para sus gastos personales una mesada de ciento cincuenta pesos, que tomaba del dinero de París; y como después llevó su familia á Nueva York y pudo vivir con más economía, ésto le permitió devolver á los amigos que lo habían favorecido, las cantidades que les pidiera.

CAPITULO XXVI

SEPTIEMBRE 1873

LLEGADA A BALTIMORE.—COLEGIO GRATUITO PARA LOS HIJOS DE AGUILERA.—CONSIGUE COSTURAS DE UN SASTRE PARA SUS HIJAS.—CONTENTO DE ESTAS.—PROPORCIONA MEDICO A UN CUBANO ENFERMO.—COMISION DE IGNACIO ALFARO.—MANDA A SU HIJO QUE VELE POR LA NOCHE AL CUBANO ENFERMO.—RECOMIENDA OTROS ASUNTOS A SU AMIGO POLO.—PARTE CON I. ALFARO PARA NEW YORK.

Llegado á Baltimore, Aguilera, deseando asegurar la educación de sus hijos, solicitó de su amigo José Manuel Macías, que lo presentase al padre Justiniani, bondadoso sacerdote, para que éste á su vez lo hiciese al señor arzobispo, con el fin de tratar de que admitieran á su hija María como interna en el colegio de "Notre Dame". Hízolo así Macías, y habiéndole expuesto Aguilera sus deseos, le preguntó el sacerdote qué edad tenía la niña. Contestóle que nueve años, y dijo Justiniani que era muy joven para ser admitida allí, pues en ese colegio no admitían niñas sino de doce años en adelante. Propúsole que su hija ingresase en el colegio "La Purísima Concepción" que estaba divido en dos secciones, una para niñas pobres y otra para las pensionistas. Dijo que trataría de que fuese admitida en la sección de las pensionistas, donde los profesores y la asistencia eran mejores. Añadió que el colegio tenía otro departamento para va-

rones, y ofreció á Aguilera procurar que fuesen admitidos sus dos hijos, de siete y ocho años respectivamente.

Después de abonar á Ramos la cantidad que le debía, como este cubano fuera muy conocedor de aquella ciudad, trató de conseguir por medio de él algún trabajo para su hijas. Ramos llevó á Aguilera á su sastre, dijo á éste lo que Aguilera solicitaba, y el sastre, ofreció mandar á las jóvenes un pantalón y un chaleco cortado, para que los cosieran; dijo que si lo hacían bien, les mandaría sus costuras y hablaría á otros sastres, sus amigos, para que hicieran lo mismo. La hechura de cada una de estas piezas la pagaba á peso y medio. Cuando Aguilera dijo á sus hijas lo que les había conseguido, se pusieron muy gozosas y dijeron que se esmerarían en hacerlo bien, para acreditarse y tener siempre trabajo.

Fué Aguilera á visitar al maquinista Gonzalo Acosta. Encontró á la esposa de éste muy atribulada con su marido sufriendo de un fuerte cólico, y sin saber que hacer. Inmediatamente fué Aguilera á ver á su amigo el doctor José López, á quien suplicó fuese inmediatamente á visitar á el paisano. El doctor López, hombre caritativo, accedió sólicito á los deseos de Aguilera.

Al regresar á su casa encontró que lo esperaba Ignacio Alfaro, acabado de llegar de Nueva York con una carta del general Quesada. Iba comisionado por éste y don Carlos del Castillo, á solicitar de Aguilera una orden para que Pablo Batlle les entregase el archivo, la Agencia General y los bonos que estaban en poder de la sucesión de Mayorga, cobrándose los tres mil quinientos pesos que decía dicha sucesión era en deberle la Agencia, del depósito que la misma sucesión tenía de Aguilera.

Esforzóse Alfaro en convencer á Aguilera de lo ventajosa para él de la proposición de Quesada y Castillo; porque sabiendo éstos que la sucesión de Mayorga presentaba dificultades para de volverle la cantidad que le tenía, si accedía á cobrarse los tres mil quinientos pesos, que según ella le debía la Agencia, del depósito de Aguilera, por este hecho reconocía implícitamente que le era deudora del referido depósito y no tendría otro remedio que devolvérselo.

Comprendiendo Aguilera las verdaderas miras de tan amañada proposición, que no eran otras sino que fuese él quien pagase lo que la sucesión reclamaba, á fin de que entregasen los bonos á Quesada y Castillo, contestó á Alfaro que ese era un asunto delicado y propuso trasladarse ambos á Nueva York inmediatamente, para resolver sobre el terreno.

Recomendó Aguilera á su vecino y buen amigo Polo, que fuese con el padre Justiniani, á saber la razón del colegio para sus hijos y llevase á éstos, caso de estar todo corriente. Le recomendó, también, que acompañase á sus hijas á casa del sastre, para las costuras. Dijo á su hijo Antonio que fuese á velar por la noche á casa de Gonzalo Acosta, que aún se encontraba enfermo y aquella misma noche tomó el tren con Alfaro para Nueva York, llegando á las seis de la mañana siguiente.

CAPITULO XXVII

SEPTIEMBRE 1873

CONFERENCIA DE AGUILERA CON VILLEGAS Y MARTIN RIVERO.—PARECER Y CONSEJO DE ESTE ULTIMO.—AGUILERA SE NIEGA A SEGUIRLO.—SE CONVIENE CONSULTAR CON OTROS PATRIOTAS.—GESTIONES DEL GENERAL QUESADA SOBRE BONOS.—PARRAFOS DEL DIARIO DE AGUILERA.—VILLEGAS HABILMENTE SE ENTIENDE CON BATLLE.—CONFERENCIA DE AGUILERA CON MACIAS.—ZAMBRANA DESALENTADO.—REFIERE INCIDENTE ALDAMA MARTIN RIVERO.—LO QUE RAFAEL QUESADA DESEMBARCO EN CUBA.—BATLLE SE INTERESA EN LA NEGOCIACION.—TRATO CON VILLEGAS.—ALFARO Y QUESADA QUEDAN BURLADOS.—CONFERENCIA DE QUESADA CON H. CISNEROS.—COMUNICACION DEL GOBIERNO A AGUILERA.—INSISTE EN QUE ESTE ENTREGUE LOS FONDOS A QUESADA Y CASTILLO.—AGUILERA SE ATIENE A LO YA MANIFESTADO.—OFERTAS DE QUESADA A AGUILERA PARA SELLAR SU AMISTAD.

Una vez en Nueva York, despidióse Aguilera de Alfaro en el parque de "City Hall", quedando citados para reunirse otra vez aquella misma tarde á las siete en casa de Villegas.

Fué Aguilera inmediatamente á ver á Villegas, lo informó de su conferencia con Alfaro en Baltimore, la que había causado su precipitado viaje, y convino Villegas en que el asunto era grave. Quesada estaba desesperado por conseguir los bonos para hacer dinero. Convinieron en ver á Hilario Cisneros para saber su opinión. Fueron, y como éste aún no hubiese vuelto de Sharon Springs, donde estaba de temporada, se dirigieron á casa de Pedro Martín Rivero. Lo encontraron, informarónlo del asunto y Rivero manifestó su opinión, más ó menos en los términos siguientes:

Dijo que era indudable que los quesadistas estaban desesperados, porque no tenían una peseta. Quizás tendrían en proyecto alguna combinación ruinosa para Cuba y por lo tanto era necesario oponerse á ella á todo trance. Dijo que los bonos firmados por Mayorga eran completamente nulos, porque Aguilera no podía autorizar á Mayorga para firmarlos, por la razón de que un sustituto no podía trasmitir su facultad á otra persona. Manifestó que los bonos, aunque de hecho estaban en poder de Mayorga, de derecho debían de estar en el de Aguilera, no como Agente General que había sido, sino como comisionado especial para emitirlos y guardarlos. Respecto á Batlle dijo que era un tunante, y para desbaratar los proyectos de Quesada, podía proponerse á aquél entregarle los tres mil y pico de pesos, que afirmaba debía la Agencia á la sucesión de Mayorga, y que entregara en cambio los bonos á Aguilera, con los cuales podrían hacerse negociaciones provechosas á la causa de Cuba. Esta solución tenía tres ventajas: Primero el provecho que recibiría la causa con la venta de los bonos y el buen manejo de los fondos que proporcionaran. Segundo, que así se evitaría que Quesada los dilapidase, creando, sin provecho, una deuda ruinosa para Cuba. Y tercero, impedir la elevación que Quesada podía adquirir, con sólo dedicar á la causa una parte del producto de los bonos.

Manifestó Villegas, y convinieron todos, en que no debían hablar por entonces de la invalidez de los bonos, porque eso estorbaría cualquier negociación. Reforzó Martín Rivero su anteriores razones diciendo que el empréstito no lo constituía el papel timbrado, sino el cambio de este papel por oro, y por lo tanto, que Aguilera tenía perfecto derecho en mantener esos bonos en su poder, supuesto que había sido el autorizado para emitirlos. Además de eso, de los tres individuos nombrados colectivamente por el gobierno para sustituirlo, uno no había aceptado, haciendo su renuncia.

Aguilera que oyó atentamente los razonamientos de Rivero y de Villegas, contestó que de ninguna manera se haría cargo de los bonos, que estaban en poder de la sucesión de Mayorga, por haber sido éste quien los hizo y mantuvo. Que si aceptaba los bonos se vería también en el caso de aceptar la Agencia, porque quien acepta una parte debe aceptar el

todo, y conociendo la mala fe de Batlle, ignoraba si éste habría sustraído algunos documentos y después sería él responsable de sustracción. Además, realizar ese acto era oponerse ostensiblemente al Gobierno, desobedeciendo sus órdenes; y si desgraciadamente fracasaba la revolución por falta de recursos, ya tendrían buen cuidado los actuales representantes del Gobierno allí, de hacerlo único responsable de la catástrofe, alegando que contraviniendo órdenes terminantes del Gobierno, se había apoderado de los bonos, único medio que dichos representantes tenían para levantar fondos y sostener la revolución; que de ninguna manera asumiría semejantes responsabilidades.

Habiéndosele manifestado con anterioridad que la "Liga Cubana" estaba dispuesta á encargarse de la negociación de los bonos, dijo que si dicha Liga se comprometía á negociar cinco millones de pesos en bonos por ciento cincuenta mil pesos en efectivo, sólo en ese caso haría lo que se le pedía, por ser un ngocio positivo cuyos beneficios se tocarían inmediatamente; pero de ninguna manera arrostraría tan graves responsabilidades en asunto de tan dudosos resultados.

Mucho discutieron sobre el particular, apoyando Villegas á Rivero, hasta que al fin propusieron éstos á Aguilera oir el parecer de Hilario Cisneros, José Manuel Mestre y otros patriotas ilustrados. Propuso Aguilera que también se oyera á Antonio Zambrana, lo que contrarió á Rivero, pues no lo miraba bien desde que le combatió la representación contra Quesada. Quedó aceptado así por todos; sin embargo, Aguilera tenía hecha la resolución firme de no entrar por el escabroso sendero que querían llevarlo sus compañeros.

Recibió Aguilera un recado de la señora viuda de Mayorga para que fuera á su casa. Fué, y le dijo la señora que había estado á visitarla el general Quesada é Ignacio Alfaro, con el fin de proponerle que les entregara el archivo de la Agencia General, cosa que había estado dispuesto á hacer su difunto esposo, y no lo había efectuado por su inesperado fallecimiento. Les contestó que no tenía inconveniente, con tal que se le entregase, los tres mil y pico de pesos que dicha Agencia había quedado á deber al finado, según cuenta corriente. Propúsole Quesada que descontara esa cantidad de los fondos de Aguilera que tenía la sucesión, puesto que esos fondos pertenecían á la causa de Cuba. Repuso ella que los fondos á que se refería los había entregado Aguilera á su difunto esposo y, por lo tanto, ella estaba en el deber de devolverlos á Aguilera íntegros. Replicó Quesada que Aguilera tenía que entregar esa suma á la Agencia Confidencial, según estaba mandado por el Gobierno, puesto que había dado por ella bonos de la República. Manifestó ella que no estaba enterada de esos particulares; sólo sabía que Aguilera había entregado esa cantidad á su esposo y no se entendería sobre el asunto con nadie más que con Aguilera. La señora de Mayorga quería que Aguilera estuviese enterado no fueran á sorprenderle, refiriéndole la entrevista de otra manera.

Según había convenido, á las siete de la tarde, llegó Ignacio Alfaro á casa de Villegas, donde ya lo esperaba éste con Aguilera. Después de la correspondiente presentación de Alfaro, á Villegas, pues no se conocían, comenzaron á hablar Villegas y Alfaro acerca de los sucesos de la revolución, hasta cerca de las nueve de la noche. Aprovechó Aguilera una conyutura para decir á Alfaro que había enterado á Villegas del asunto y le contestaría. Manifestó Villegas que no le parecía mala la proposición, puesto que indirectamente redundaría en beneficio de Cuba; pero aunque tenía voto de confianza de la sociedad que presidía, no quería hacer uso de él en asunto tan grave. Dijo que al día siguiente reuniría el comité directivo para exponerle el caso y creía que dicho comité no tendría inconveniente en aprobar la proposición. Esforzóse Alfaro en exponer todas las ventajas del proyecto y concluyó diciendo que sería ese un medio de desvanecer las cavilosidades de don Carlos del Castillo; éste no deseaba otra cosa que ver restablecida la armonía entre todos los cubanos. Contestóle Villegas que la armonía que trataba de establecer

don Carlos era muy especial, en vista del hecho de haber mandado publicar en el periódico "El Republicano", de Cayo Hueso, un libelo infamatorio contra él y otros, cuando vió que no pudo conseguir que lo publicara Arnao, en su periódico "La Revolución." Alfaro no se atrevió á defender á su comitente, y se limitó á decir que no sabía nada sobre el particular. Despidiéronse al fin en la mejor armonía, quedando en reunirse la noche siguiente en el mismo lugar, después de haber consultado Villegas al comité de la sociedad.

Tomamos del diario de Aguilera esta anotación, del día siguiente á los sucesos relatados, para que el lector pueda juzgar del estado de su ánimo:

"Septiembre 1.—Amanecí enfermo de cuerpo y espíritu. Fuí á la oficina de la sociedad y me dijo Villegas que había convocado á Aldama y Zambrana para las dos de la tarde. Le dije que difiriese la reunión para mañana á la misma hora, pues me encuentro enfermo. Hilario no ha regresado de Sharon. Al salir de mi casa y tomar el tranvía, dí una caída, recibiendo un fuerte golpe en la cadera. La dueña de la casa me ha pasado una cuenta de cincuenta pesos que quedé debiendo por el alojamiento de mi familia. Como pienso dejar el cuarto que tengo en la casa, para no hacer costos aquí, mudando mi equipaje á Baltimore, podí prestado á Pepe (José Mayorga) sesenta pesos para pagar la cuenta á la señora y el flete de mi equipaje. Pepe me dijo que los pediría á Magdalena, (su madrastra), y después me dió razón de que decía ésta que no tenía dinero. No podré sacar mi equipaje, teniendo que dejarlo á la señora de la casa en fianza, mientras pueda abonarle los cincuenta pesos. Mi familia en Baltimore no tiene dinero. Tengo embargado mi equipaje también, por falta de dinero. Ni siquiera lo tengo para mi sostenimiento. No puedo moverme de aquí por el enredo de Quesada. Macías me espera para presentarme á los señores de "La Liga" y no puedo ir porque no tengo ropa decente para ello. Macías creerá si no voy que es por desidia mía, pues me ha dado pena confesarle mi situación. De mis paisanos nada puedo esperar, pues ya he sufrido bastantes decepciones. No tengo esperanza más que en Dios. El querrá favorecer á mi desventurada familia, haciendo que las costuras de mis hijas sean aceptables y así puedan procurarse el sustento.

"Y, sin embargo, me ha dicho Villegas que mis enemigos han propalado que yo tengo mucho dinero. Que he traido á mi familia y la estoy manteniendo con el dinero de París. Y no falta quien diga que mi cuestión con la familia Mayorga no es más que una comedia, para la que nos hemos puesto de acuerdo esa familia y yo. ¡Cuántas miserias, Dios mío! Hoy debo contestar á Quesada su hipócrita carta en el mismo sentido, pues no quiero que mi demora vaya á tomarla como nuevo pretexto contra mí."

Al día siguiente fué Aguilera á la oficina de la sociedad y encontró á Villegas. Este lo informó de que había visto á Batlle en casa de la familia Mayorga, teniendo una conferencia privada con él. Dijo Batlle que ya había revisado los libros y la familia Mayorga casi quedaría sin bienes de fortuna, lo que obligaría á la viuda á hacer uso del derecho que la ley le franquea de tomar año y medio para arreglar la testamentaría. Combatióle Villegas la idea sin resultado, en virtud de lo cual le manifestó que deseaba arreglar el negocio de la mejor manera posible sin estrépito judicial y con la mayor premura. Díjole que estaba autorizado por Aguilera para oir proposiciones; le protestó que todo se haría con la mayor reserva y lo invitó á que le propusiera una manera de tener un rápido arreglo. Contestó Batlle que no veía otro medio sino que se negociara el crédito con algún especulador. Puesto Batlle en el terreno, contestó Villegas que la solución le parecía magnífica, pero objetó que siendo tanto él como Aguilera, extranjeros allí, sin relaciones y hasta sin conocer el idioma, iba á serles muy difícil encontrar quien estuviera dispuesto á hacer la negociación. Contestó Batlle que tenía un amigo que poseía más de cien mil pesos, y hacía esas negociaciones. Si Villegas quería, podía hablarle y

aún ponerlo en relación con él, para que entre los dos arreglaran el negocio. Díjole Villegas que, deseando que todo se hiciera con el mayor sigilo, lo comisionaba á él mismo para que arreglara el asunto con su amigo, en la inteligencia de que sólo quería saber la ascendencia del crédito de Aguilera, para juzgar del descuento, y llegado el caso, recibir la cantidad y entregar el recibo. Aceptó Batlle quedando en hacer las diligencias al día siguiente y contestarle el día después.

Dijo Villegas que Batlle se había manifestado muy resentido con el general Quesada por haberle enviado tres cartas, exigiéndole de una manera imperativa que se presentase á él. Por fin, fué á ver lo que quería, más por curiosidad que por otra cosa. Quesada lo recibió con mucha arrogancia "echándoselas" de autoridad. Batlle le hizo observar que estaba en los Estados Unidos y no en Cuba libre entre insurrectos. El objeto de Quesada era que le entregase los bonos que tenía la viuda.

También dijo Villegas, que según comprendió, decía Batlle que Quesada intentaba entredichar la cantidad que tenía la viuda, fundándose en que pertenecía á Cuba; pero, añadió, no tuviera cuidado, pues si tal cosa sucedía, él (Batlle) diría que había entregado la cantidad con ocho días de anterioridad, para lo cual se extendería el correspondiente recibo. Lo principal era impedir que el dinero fuera á manos de un hombre como Quesada. Dijo Villegas que se habían despedido muy amigos, quedando en volver á reunirse dos días después.

Como Zambrana hubiese mandado una esquela á Villegas, diciéndole que se encontraba enfermo, por este motivo y la negociación de Batlle,no tuvo efecto la reunión del comité de la sociedad aquel día. Resolvieron que Villegas no dijese nada á Alfaro, para así ganar tiempo.

Por la noche fué Aguilera á visitar á Juan Manuel Macías. Le dijo con respecto á la "La Liga", que lo presentaría á ella y quizás ésta haría el empréstito; pero era necesario decirle la verdad, no ocultándole la invalidez de los bonos, sino ofreciéndole más bien que varios cubanos de posición influirían en la Cámara con todo su valer para que reconociese el empréstito, en virtud de que todo se invertiría en dar impulso á la revolución.

Manifestóse Aguilera conforme con las apreciaciones de Macías y dijo que varios cubanos podrían responder á los pretamistas hipotecando á favor de su crédito las propiedades que tenían en Cuba; que él, por su parte, tenía más de diez mil caballerías de tierra que los españoles no podían llevarse, y al precio equitativo de cien pesos por caballería, subía su valor á un millón de pesos. Contestó Macías que serían pocos los que tuvieran tanto desprendimiento. Se despidió Aguilera quedando en volver á verlo pronto.

Comprendiendo Aguilera que le convenía mantenerse en buenas relaciones con la familia Mayorga, para que no extrañasen su ausencia fué á visitarla. Acababan de almorzar y la encontró reunida en el salón de costura, incluso Batlle. Después de los saludos de costumbre dijo éste á Aguilera que Alfaro lo tenía sofocado exigiéndole la entrega del archivo de la Agencia y de los bonos, y al efecto lo había citado allí para las once. Efectivamente, poco después avisaron á Batlle que un caballero en la sala lo solicitaba. Batlle bajó á encontrarlo.

Una hora después subió y dijo que hasta entonces había durado su conferencia con Alfaro. Este le había manifestado que dentro de dos ó tres días estaría dispuesto á recibir el archivo de la Agencia, abonando la cantidad que exigía Batlle. Preguntóle Alfaro si se conformaba con una orden de Aguilera para cobrar los tres mil y pico de pesos que decía deber la Agencia á la sucesión de Mayorga, del depósito de Aguilera. Contestó Batlle que no tenía dificultad.

Aguilera estuvo reservado, por no contradecir impensadamente cualquier cosa que hubiese dicho Villegas. Además, estaba violento de ver la mala fe de los contrarios y se despidió poco después disgustado de la doblez con que lo trataba la familia del hombre que tanto había apreciado.

Fué Aguilera á visitar á Macías.

Después de referirle éste su cuitas á causa de haberle faltado algunas cantidades de la Habana, y Aguilera las suyas para su consuelo, acordaron ir al día siguiente á comer con el caballero americano de "La Liga Cubana", que se recordará hacía tiempo los había invitado.

Habiendo cursado los dos días de plazo dados por Batlle á Villegas para conseguir quien negociase el crédito de Aguilera, fué éste á la oficina á saber el resultado. Encontró allí á Zambrana, y entrando en conversación los tres, discutieron largamente la situación.

Mostróse Zambrana no ya desalentado, sino amilanado, con los pocos golpes que había recibido. Habló de Aldama, juzgándolo tal cual era, y poniéndolo en su lugar. Entre otros cosas dijo que hacía pocos días había tenido necesidad de ir á su escritorio, é incidentalmente le preguntó por Pedro Martín Rivero. Aldama le contestó con desdén, que probablemente no iría por allí, porque "se estaría muriendo de hambre". Dijo Zambrana que estas frases lo llenaron de amargura, porque si Aldama era capaz de expresarse en términos tan inhumanos, respecto á un hombre que le era tan adicto y á quien tantos servicios debía, ¿qué podría esperar Cuba de alma tan raquítica?

Lamentóse igualmente de que la pobre madre del benemerito general Ignacio Agramonte estuviese pasando las miserias más duras y que allí entre tantos cubanos ricos, no pudiese formarse una suscripción para ocurrir á las necesidades de la desventurada anciana, que unido al dolor de la irreparable pérdida suya y de la patria, con la muerte de su hijo, sufría también las angustias del desamparo, la miseria y los desengaños.

Enseñó Zambrana á Aguilera y Villegas una carta del general Calixto García, describiendo los efectos que había entregado en Cuba Rafael Quesada, llevados en su última expedición. Fueron 54,000 cápsulas, 200 rifles y algunos otros artículos. En el periódico "La Revolución" se había publicado que la expedición era de 400,000 cápsulas, 500 rifles, etc., etc. Dijo Zambrana que había querido publicar un artículo, demostrando que la causa de Cuba no necesitaba de falsedades para medrar, é insertando la nota de lo verdaderamente desembarcado por la expedición de Quesada, y Arnao, director de dicho periódico, no había querido publicarla. Lamentóse de la falta de un periódico serio y verdaderamente cubano y deploró la miseria de Aldama y otros cubanos ricos que con quinientos ó seiscientos pesos podían establecerlo y no lo hacían.

Así que se retiró Zambrana preguntó Aguilera á Villegas el resultado del asunto con Batlle, y contestó aquél que la noche anterior había estado aguardando á éste hasta las nueve en su casa. Al fin llegó y le dijo que venía de casa del banquero; éste pedía un descuento de uno y cuarto mensual. Objetóle Villegas que el descuento ordinario era siete por ciento anual, mas como Batlle siguió hablando en el concepto de que serían sólo seis meses los que cobraría y no diez y ocho como podía exigir según la ley, no insistió Villegas, y acordaron al fin que llevaría al banquero, y quedaría concluído el negocio.

Como durante ese tiempo Alfaro hubiese estando apurando á Villegas exigiéndole la decisión de sí Aguilera daría la orden á Batlle de entregar el archivo y bonos á Quesada, tomando de su depósito los tres mil y pico de pesos á que hemos aludido, manifestóselo así Villegas á Batlle y contestó éste que cuando volviese Alfaro otra vez, le contestase que ya el negocio estaba concluído, habiéndole sido entregado el dinero á Aguilera.

Estando en la oficina de la sociedad Aguilera y Villegas, llegó Alfaro á saber lo que tenían que decirle, entrando en conferencia los tres. Comenzó Villegas diciendo á Alfaro, que podían considerarse todos los plácemes, pues siendo una de las principales miras del general Quesada que el depósito de Aguilera en poder de la sucesión de Mayorga no se perdiera, tenía la satisfacción de decirle, que ya la cantidad estaba asegurada, habiendo tenido un arreglo con Batlle y en aquellos momentos se ocupaban en preparar la expedición para que inmediatamente saliera para Cuba. Conocieron en el sem-

blante de Alfaro la mala impresión que la noticia le produjo, sin embargo, no pudo menos que decir se alegraba que hubieran recobrado la cantidad, y Villegas, volviendo á tomar inmediatamente la palabra, fué insensiblemente dando otro giro á la conversación, hablando de la insurrección, del general Garrido y otros venezolanos, etc., para no volver á ocuparse más del asunto de Quesada. Al fin despidióse Alfaro, llegó á la oficina Hilario Cisneros, y dijo á Aguilera que tenía un asunto importante para tratar con él. Encontrándose allí Juan Manuel Macías, Pedro Martín Rivero y Francisco Arteaga, se reunieron los cinco en conferencia. Expuso Cisneros que á consecuencia de una carta del general Que sada, en la que solicitaba hablarle, había ido á verlo, de lo que regresaba en aquel momento. Quesada le entregó dos cartas para Aguilera; una del Secretario de la Guerra, fecha 24 de Junio, y la otra del mismo general Quesada y don Carlos del Castillo. En la primera ordenaba el Gobierno á Aguilera, qu e entregase la agencia á los Agentes Confidenciales, así como también, los fondos que había traído de París. En la segunda carta le trasmitían los Agentes Confidenciales esa misma orden que por su parte habían recibido del propio Gobierno para que le diera cumplimiento.

Manifestó Hilario Cisneros que el general Quesada le había encargado hiciese presente á Aguilera que siempre había sentido por él el mayor respeto y veneración, por haber sido uno de los iniciadores de la revolución, y esto mismo hacía más sensible para él el desvío con que Aguilera lo trataba. Que él deseaba sacar á Aguilera de su situación falsa, bien fuera mandándolo á Cuba de la manera que debía ir, esto es, con una buena expedición, ó si Aguilera nececesitaba permanecer en los Estados Unidos algún tiempo más, para dejar establecida su familia, conseguirle una licencia especial por todo el tiempo que quisiera. Dijo Cisneros que le encareció mucho lo necesario que era la unión de todos los cubanos; que desaparecieran los enconos y banderías y se efectuase una cordial reconciliación entre los patriotas. También le recomendó Quesada que tratase de influir con Aguilera, para si no les entregaba la cantidad que había sacado de Europa, al menos permitiera se tomase de ella tres mil y pico de pesos que reclamaba la sucesión de Mayorga, para que ésta les entregase el archivo de la Agencia, los bonos, etc.

Manifestó Aguilera que tanto al Gobierno como á Quesada, no podía contestarles otra cosa que lo que ya había dicho á don Carlos del Castillo en varias ocasiones. Esto fué aprobado por todos los presentes.

También dijo Cisneros haber recibido una extensa carta del Presidente Céspedes en que exhortaba á todos los emigrados á que acatasen las últimas disposiciones del Gobierno y prestasen al general Quesada su incondicional apoyo, para por este medio obtener el pronto triunfo de la causa.

Fué Villegas á ver á Batlle para concluir el asunto del depósito de Aguilera, y Batlle, muy contrariado, le enseñó una carta del negociante, que residía en un pueblo inmediato, en la que se mostraba disgustado con la negociación y le decía que sólo la haría si Batlle entraba en ella también con seis mil pesos. Manifestó Batlle que él nunca había pensado interesarse en ese negocio, y consultó á Vilegas lo que á su juicio debía hacer. Contestóle éste que ese era un negocio como otro cualquiera y que propendiendo Batlle á que se realizara, prestaba un servicio á la patria.

Finalmente, á instancias de Batlle, se aumentó el descuento á uno y medio por ciento y quedó aquél en avisarle cuando deberían reunirse otra vez.

Aquel mismo día por la tarde fué á ver Batlle á Villegas para decirle que el negociante no tenía más que ocho mil pesos y exigía que Batlle le acompañara en el negocio; éste tenía sólo seis mil pesos, total catorce mil pesos entre los dos; y como el crédito de Aguilera era de 17,000 pesos y pico, y el descuento ascendía á unos mil seiscientos, quedarían restando dos mil y pico de pesos, para abonar los cuales, propuso Batlle darle un pagaré, bien fir-

mado por él á un mes de plazo, ó por la viuda á seis meses. Contestóle Villegas que tenía que consultar el caso, y fué inmediatamente á ponerlo en conocimiento de Aguilera.

Informado éste, dijo á Villegas que se hiciese cargo de los catorce mil pesos en efectivo y admitiese el pagaré de la viuda; que el mal negocio, cuanto antes saliesen de él tanto mejor.

CAPITULO XXVIII

Septiembre 1873

PROYECTO DE BONOS DE JORDAN.—VILLEGAS APOYA A JORDAN.—AGUILERA RESISTE.—MACIAS Y EL VICE-PRESIDENTE DE LA LIGA.—AGUILERA SOSTIENE SU ACTITUD DE SIEMPRE.—CLASE DE CONSEJEROS QUE TENIA AGUILERA.—SU DESESPERADA SITUACION.

Aún no había desistido Jordan de su antiguo proyecto de que Aguilera se hiciese cargo de un número de bonos para negociarlos él, é invertir su producto en auxiliar la causa de Cuba. Varias veces trató de reanudarlo bajo diferentes formas, encontrando á Aguilera siempre opuesto á hacerlo de la manera eventual que le proponía, aunque dispuesto á realizarlo si le ofrecía algo de provecho positivo para la causa.

Fué nuevamente á tratarle del asunto en la oficina. Como estuviese presente Villegas, llamó Aguilera á éste, sirviéndoles de intérprete Miguel Luis Aguilera. Habiendo manifestado Jordan que "La Liga Cubana" estaba dispuesta á hacerse cargo de la venta de los bonos, manifestó Aguilera que no era ya Mayorga el mantenedor de los bonos, sino Batlle, como representante de la albacea de la testamentaría de aquél, y Quesada debía sacar de poder del mismo Batlle esos bonos, de un momento á otro. Apoyó Villegas á Jordan diciendo que todavía podían ganarse á Batlle, haciendo que les entregara los bonos que necesitasen. Aguilera se negó, aduciendo las razones ya sabidas y agregando que era conveniente desilucionar á Jordan respecto á la validez de los mismos bonos. Contestó Villegas que no debían echarse encima esa responsabilidad, sin consultar antes á personas autorizadas.

Habiéndose retirado Jordan y llegado Juan Manuel Macías, volvieron á reunirse los mismos para discutir el propio asunto. Expuso Macías, que mister Walker, vicepresidente de la "Liga Cubana", le había dicho que Jordan lo traía "suspendido" con el asunto del empréstito y quería que Macías le averiguarse lo que había de cierto respecto á la validez de los bonos, puesto que Jordan continuaba asegurándole que eran perfectos. Discutióse largamente sobre la legalidad de los bonos y se convino en que era muy dudosa por lo menos. Manifestó Aguilera que debían decirlo así á Jordan, y se acordó hacerlo. Siguióse discutiendo el mismo asunto, y se convino en que los bonos eran malos. Macías desenvolvió el proyecto de revelar lo cierto al vicepresidente de la Liga para que éste hiciera lo mismo con los demás miembros, tratando de conseguir de ellos que se hiciera el empréstito, en virtud de otras garantías que se les daría. Hilario Cisneros apoyó el proyecto. También lo apoyó Aguilera, pero á condición de que los negociantes abonaran al contado el valor de los bonos, pues de ninguna manera se prestaría al procedimiento de venderlos por su cuenta, lo que no daría otro resultado que descrédito para él y ningún beneficio para la causa. Villegas desaprobó que se advirtiese á los de la "La Liga" la ilegalidad de los bonos, porque dijo, que esto imposibilitaría el empréstito. Convínose al fin en que Macías hablase con franqueza á mister Walker, concertando con él la manera de salvar la dificultad, y que Aguilera hiciese otro tanto con Jordan.

Este asunto puede dar la medida de la clase de consejeros y amigos de que estaba rodeado Aguilera. Todos opinaban y trataban de empujarlo á que se apoderara de tres millones de pesos en bonos de los firmados por Mayorga, en poder de la sucesión de éste, y aún del millón de pesos de los antiguos y buenos que tenía en depósito Carlos de Varona en París; los pusiese en venta, públicamente, declarándose por este hecho en abierta oposición á los representantes del gobierno allí, usurpándoles sus derechos, declarándose rebelde aún contra el mismo Gobierno de Cuba, que le había ordenado entregar aquellos bonos á sus representantes. Y como probablemente, después de cometer acto tan temerario, los bonos no se hubieran vendido, ó si se vendían hubiera sido en cantidades pequeñas y con tal lentitud que ningún provecho hubiera derivado la causa, ¿dónde habría ido á parar el prestigio de Aguilera? Y teniendo en cuenta su carácter de vicepresidente de la República de Cuba, cargo que le obligaba á ser más respetuoso, fiel y obediente observador de las leyes, podemos decir que el escandaloso acto lo hubiera hundido para siempre en el concepto de todo hombre honrado. A este punto, quizás inconscientemente, querían conducir á Aguilera sus amigos. Cegados por sus pasiones y por su odio á Quesada, con tal de crear dificultades á éste, quizás no se apercibían, de que por hacerle daño sacrificaban á un hombre noble y puro. Y como entre los amigos y consejeros de Aguilera, los habían de vasta ilustración y claro talento á quienes no era posible se ocultara el abismo en que querían precipitarlo, fuerza es convenir que no vacilaban en sacrificar al noble Aguilera con tal que triunfaran sus pasiones. Quizás para alguno, el hundimiento de Aguilera era un triunfo. Y para otros, el holocausto de Aguilera era un mérito más que adquirirían á los ojos de su omnipotente señor, don Miguel de Aldama. ¡Pobre Aguilera! Cristo otra vez en manos de los fariseos.

Pero era tan evidente aquella atrocidad, que Aguilera la vió desde que por primer vez se la propuso Echeverría; y á pesar de los sofismas que éste empleara y siguieran empleando los otros para convencerlo, rechazó el proyecto con energía y siguió siempre oponiéndose á él con firmeza, en la absurda forma que se lo proponían; pero si en este asunto, por ser tan claro, no necesitaba Aguilera de otro consejo que el de su propia conciencia, había otros en que por su mayor complexidad, sí necesitaba del consejo de personas ilustradas y amigas, que lo ayudaran con su luces, para resolverlos conforme al deber, á la justicia ó al patriotismo. Y llegado este caso, ¿á quién ocurriría para que le diera un sano consejo? ¿Se dejaría llevar del dictamen de los que aquella vez, y quizás otras más, habían querido sumirlo en el abismo del descrédito? ¿Quién le garantizaba que siempre no fuese lo mismo, y que, tomándolo de la mano, sus despiadados consejeros lo llevasen á su perdición? ¡Que situación más desesperada la suya! Solo, en aquel mar de pasiones y de miserias, sin un amigo en quien confiar, sin más guía que su conciencia, sin una mano bienhechora que tuviese compasión de él. ¿Cómo podría resolver con acierto aquel cúmulo de complicados asuntos capaz de abrumar al cerebro mejor organizado? Más, no había remedio, el destino así lo quería. El fruto de su grandes sacrificios, no había de ser otro que verse hundir con sus más caras ilusiones.

CAPITULO XXIX

Septiembre 1873

AGUILERA PIDE $25 PRESTADOS A SU SOBRINO.—BATLLE QUIERE DESHACER SU COMPROMISO.—AGUILERA GASTA SUS ULTIMOS DIEZ CENTAVOS Y SE QUEDA SIN ALMORZAR.—QUESADA QUIERE REANUDAR LA FUSION DE SU EXPEDICION.—MR. WALKER, VICE-PRESIDENTE DE LA LIGA.—SU PRESENTACION A LOS CUBANOS PROMINENTES—BATLLE ENTREGA EL DINERO A AGUILERA—SE QUEDA CON $105.—AGUILERA DEPOSITA EL DINERO EN UN BANCO.—SE RESERVA CUATRO MENSUALIDADES.—SU INVERSION.—ALDAMA LEE A AGUILERA UNA CARTA QUE HABIA ESCRITO AL PRESIDENTE CESPEDES.—HACE NEGRA PINTURA DE LA VIDA DE QUESADA.—ENCOMIA SU PATRIOTISMO—DICE MUCHAS INEXACTITUDES—NO TIENE EMBARAZO EN LEERLAS A AGUILERA.—BOCHORNOSA CONDUCTA DE ALDAMA.

Recibió Aguilera una carta de su familia que le decía hacer dos meses que no recibía la mesada de Cuba; y por más que sus hijas le dijesen que estaban contentas y las estrecheces las tomaban con corazón ligero, la misma conformidad que le mostraban aumentaba su dolor, porque al verlas tan buenas y resignadas, las consideraba más dignas de mejor suerte.

Encontrándose poco más ó menos tan pobre como su familia y desengañado de los amigos, no sabía cómo aliviarla. Por fin, como su sobrino Miguel Luis le dijese que iba á abonar á su patrona veinticinco pesos por su alojamiento, Aguilera se los pidió prestados, revelándole el triste estado de su familia y ofreciendo devolvérselos en la primer oportunidad. Miguel Luis le entregó los veinticinco pesos y él los giró y su familia aquel mismo día, tranquilizando así su espíritu algún tanto.

Fué Villegas muy alarmado á manifestar á Aguilera que se le había presentado Batlle ofreciendo darle doscientos pesos por rescindir la negociación, pues había averiguado que la cantidad no podía sacarla de poder de la viuda hasta cursado los diez y ocho meses que le concedía la ley, y en este caso era un mal negocio para ellos. Villegas contestó negándose. Díjole Aguilera que de ningún modo accediera, pues lo que importaba era recibir el dinero y concluir tan desgraciado asunto.

Al día siguiente fué Aguilera á la oficina de la sociedad donde encontró á Villegas. Poco después llegó Batlle, muy sofocado, habló algunas palabras con Villegas y se marchó. Díjo Villegas á Aguilera que Batlle le había enseñado varios paquetes de billetes de banco que ascendían á doce mil pesos y un cheque por dos mil pesos que no había podido cobrar por haberlo recibido tarde; por consiguiente, dijo que la operación no podía efectuarse hasta el lunes. Era sábado por la tarde).

Para tomar todas las precauciones posibles, habían acordado Villegas y Aguilera decir á Batlle que al efectuar la transacción, Batlle entregaría la cantidad de billetes de banco, precisamente, y entonces firmaría Aguilera la escritura de traspaso del crédito ante un notario que debía estar presente.

Tuvo á mal Aguilera á Villegas que no hubiese tomado el dinero y el cheque, pues dijo que desconfiaba mucho de Batlle, y quería asegurar la cantidad cuanto antes posible. Hilario Cisneros, allí presente, opinó lo mismo y contestó Villegas que no lo había hecho, tanto por no demostrarle desconfianza, cuanto porque le dijo que con el cheque había cierta dificultad.

Al día siguiente, temprano, domingo, Aguilera, agobiado de pesadumbres, fué solo al "Parque Central" para distraer su ánimo. Después de discurrir algún tiempo por las calles de ese bello lugar, sin poner su atención en nada de lo que le rodeaba, y ensimismado en sus tristes pensamientos, salió de allí. En el viaje de ida y vuelta gastó los únicos diez centavos que tenía y aquel día se quedó sin almorzar.

Vuelto á su casa encontró una carta de Villegas en que le daba cita para reunirse con él en casa de Pedro Martín Rivero. Motivaba aquella cita que la

noche anterior había recibido Villegas una carta del general Quesada en que decía ser necesario, para el bien de Cuba, fusionar la expedición de la sociedad con la suya y necesitaban acordar lo que se le contestaría. Salió inmediatamente para casa de Rivero, y antes de llegar á ella encontró en la calle á Villegas, que le enseñó la carta de Quesada.

Reunidos con Rivero y discutido el caso, convinieron en que no habiendo podido Quesada apoderarse de todo el dinero en poder de Aguilera, ni de una parte de él, en una ú otra forma, pretendía otra vez apoderarse del todo, pues fusionando su pequeña expedición con la muy considerable que podía formarse con los recursos de Aguilera, al llegar esta expedición á Cuba libre, reclamaría para sí todo el crédito de ella, contando con el apoyo de su cuñado el Presidente.

Con el fin de oponerse á ello acordaron que Villegas contestara á Quesada, que no podía resolver el asunto cor la urgencia que reclamaba, porque tenía que reunir el comité, darle cuenta y que fuera él mismo el que resolviera. Sin embargo le diría que al día siguiente ya podría darle una respuesta definitiva.

Al día siguiente fué Aguilera á la oficina de la sociedad. Poco después llegó Juan Manuel Macías, acompañado de mister Walker, vicepresidente de "La Liga", á quien había llevado allí para ponerlo en relación con los más prominentes cubanos. Le presentó á Villegas, Hilario Cisneros, Francisco Arteaga y Aguilera, y conversaron sobre asuntos distintos referentes á la revolución. Así que se despidió mister Walker, llegó Batlle acompañado del notario Antonio González, á buscar á Aguilera y á Villegas para reunirse en la oficina del mismo notario y llevar á cabo la negociación. Llegados á ella quedáronse allí Batlle y Villegas, y Aguilera salió con González á hacer efectivo un cheque certificado por 13, 516 pesos 50 centavos que con 378 pesos 50 centavos en efectivo que tenía allí Batlle, hacían 13,895 pesos. Faltaban 105 pesos para completar los catorce mil convenidos, pero Batlle alegó que nos los tenía, de manera que hasta última hora estuvo sacando ventaja.

Finalmente, quedó terminada la operación, otorgado Aguilera á Batlle la escritura pública en que le traspasaba su depósito de 15,500 pesos, reservándose cobrar á la viuda los 2,275 pesos 70 centavos; á eso se habían reducido los 21,000 pesos que confió Aguilera á Mayorga para depositarlos en un banco. El resto se había gastado en viajes en solicitud de vapores, garantía de quinientos pesos para la compra de un vapor, el descuento de Batlle mantenimiento de prácticos y jefes que había de llevar la expedición etc.

Recogió Aguilera el dinero, del que reservó seiscientos pesos, importe de cuatro mensualidades atrasadas, y el resto lo puso en un banco, donde ganaba un interés de cinco por ciento. De los seiscientos pesos que tomó, envió cien pesos á su familia y el resto lo empleó en pagar pequeñas cantidades que debía, como los veinticinco pesos á su sobrino, cincuenta á la señora de la casa de huéspedes, algo que dió á Villegas á cuenta, quedándose con diez pesos para sus gastos.

Estando Aguilera en la oficina de la sociedad, llegó Aldama, y llamando aparte á Villegas y á él, les leyó una carta que había escrito en contestación á otra del Presidente Céspedes. En ella hacía á grandes rasgos una descripción de la vida del general Quesada en el extranjero, lo que indudablemente debía mortificar mucho á Céspedes. Al mismo tiempo hacía el mayor encomio de su propio patriotismo, hasta el término de decir que había ido á Europa á instancias de Aguilera, que le había pedido prestara ese servicio á la patria y que por sus influencias se había conseguido el proyecto de París para la gran expedición de Aguilera.

No tuvo embarazo Aldama en leer esa carta al mismo Aguilera, que en silencio admiraba el desenfado del hombre que pretendía pasar por serio. ¡Decir que había ido á Europa á instancias de Aguilera, cuando éste, muy lejos de instarle á que fuera, había guardado el más riguroso sigilo respecto á su viaje, para

que Aldama no anticipase el suyo y le entorpeciese sus trabajos! ¡Decir que había ido á ayudarlo, cuando sólo fué á estorbarle, echando á perder entre otros trabajos el de doña Susana Benítez, que conocen ustedes lectores!

Decir que debido á él había recibido Aguilera cuantiosos auxilios para la causa, cuando después de tantos ofrecimientos y protestas de ayudarlo, sólo le entregó tres mil pesos de dos individuos, pues los otros tres mil pesos de su familiar Silvio Alfonso, se quedó con ellos! ¡Decir que debido á él se consiguió el proyecto de París para la expedición de Aguilera, cuando si es cierto que él inició la idea, fué un mero subterfugio para salir del compromiso en que lo pusieran Valdés Fauli y Bramosio, que lo apremiaban para que fijase la cantidad con que se suscribiría á esa expedición!

Sin embargo, tuvo Aldama despejo suficiente para leer al mismo Aguilera, la carta que había escrito para el Presidente de la República, llena de inesactitudes que eran su propia censura, pues en esa carta trazaba el camino de patriota que le correspondía seguir y del que tanto se apartaba. Conformábase Aldama con lucir ese falso oropel, destinado á hacer efecto entre los patriotas de Cuba libre, aún cuando ante Aguilera se mostrase tal cual era: sepulcro blanqueado.

CAPITULO XXX

SEPTIEMBRE 1873

EL GENERAL JORDAN Y SU PROYECTO DE EMPRESTITO.—ENTUSIASMO DE JORDAN Y DEMAS PRESENTES.—ZOZOBRAS DE AGUILERA.—JUNTA CONSULTIVA.—AGUILERA PIDE QUE ASISTAN PERSONAS DE SU CONFIANZA.—ZAMBRANA ES RECHAZADO.—AGUILERA LO DEFIENDE.—JORDAN RESULTA ILUSIONADO.—CELOS CONTRA MACIAS.—DISCUSION ENTRE V. MESTRE Y J. M. MACIAS.—ENTREVISTA DE AGUILERA CON EL BANQUERO.—AGUILERA OBRA CON SU ACOSTUMBRADA HONRADEZ.—MACIAS Y EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA ARGENTINA.—NUEVA DISCUSION SOBRE LA VALIDEZ DE LOS BONOS.—DECLARACION DE AGUILERA.—ARROSTRARIA EL PRESIDIO POR EL TRIUNFO DE LA CAUSA.—AGUILERA CONSULTA CON J. M. MESTRE.—J. M. MACIAS SE RETIRA DE LA NEGOCIACION.—NO QUIERE SER COMPLICE EN LA DESHONRA DE AGUILERA.—SUS AMIGOS TRATAN DE HUNDIRLO.—AGUILERA RESISTE.—QUIERE CONSULTAR CON J. M. MESTRE.—NO ADMITE LECCIONES DE PATRIOTISMO.—AGUILERA ESTRECHADO POR TODOS LOS PRESENTES.—AL FIN UNA VOZ SE ALZA EN SU APOYO.—APLAZASE LA DECISION.—CONFERENCIA CON JOSE MANUEL MESTRE.—ESTE ACONSEJA UN PLAN ACERTADO.—TODOS SE ADHIEREN A EL.—ACIERTO DE AGUILERA AL ELEGIR CONSEJEROS.

Fué Hilario Cisneros á casa de Aguilera á decirle que Jordan estuvo en la oficina de la sociedad y le recomendó le dijera que á las doce del día siguiente lo esperaba allí mismo para una junta. Añadió Cisneros que Jordan parecía muy contento.

Desde luego supuso Aguilera que se trataba de los bonos, asunto tan espinoso en el que querían hacerlo entrar y por lo que tendría que sostener nuevos debates.

Concurrió Aguilera á la cita y encontró allí á Jordan, Hilario Cisneros, Pedro Martín Rivero, Arteaga y Villegas. Manifestó Jordan que la negociación de cinco millones de pesos en bonos cubanos por ciento cincuenta mil pesos moneda americana que Aguilera quería, estaba realizada, pues mister Walker, vicepresidente de "La Liga Cubana" estaba dispuesto á hacerla, dando inmediatamente cinco mil pesos como garantía. Dijo que el referido mister Walker estaba informado por Juan Manuel Macías del temor de que los bonos fueran ilegales y Quesada pudiera anularlos por medio de los periódicos; y no obstante, estaba dispuesto á la negociación. Finalmente añadió, que era

necesario que Arteaga, Aguilera y él, fueran inmediatamente á hablar con mister Walker.

Todos los presentes se entusiasmaron grandemente con la manifestación de Jordán, más no así Aguilera que lo conocía bien y sabía por experiencia lo fácilmente que se ilusionaba cuando deseaba las cosas. En medio de la alegría general, preveía muy malos ratos para él.

Tomó la palabra Martín Rivero é insistió en lo que había dicho otras ocasiones y era que los bonos debían estar en poder de Aguilera que era á quien legalmente le correspondía mantenerlos, y por lo tanto debía percibirlos de Batlle, mediante un arreglo que con éste hiciera. Una vez los bonos en su poder, debería hacer la negociación de los cinco millones, y el resto, bien inutizarlo ó reservarlo para cualquier otra operación.

Contestó Aguilera como otras veces, diciendo que no se haría cargo de esa responsabilidad, por razón de que si por cualquier evento, fracasaba la revolución, se le echaría la culpa por haber privado á la representación legal del gobierno del único medio que tenía para levantar fondos.

Dijo Hilario Cisneros que para vencer los escrúpulos de Aguilera, él en particular, y estaba seguro de que todos los presentes también, estaban dispuestos á compartir la responsabilidad de que Aguilera hablaba; á ese efecto, se convocaría una junta de los patriotas más caracterizados, la que no debería ser muy numerosa, para evitar la diafanidad, en que todos aconsejarían á Aguilera que se hiciera cargo de los bonos, compartiendo la responsabilidad con él, haciéndolo constar en el acta que firmaran.

Poco satisfacía á Aguilera la junta y acta propuesta porque sabía de antemano quienes iban á constituir aquélla, y la manera como había de redactarse ésta; por lo tanto, rebatió también esa proposición. Finalmente, después de sostener una reñida lucha él solo, contra todos los presentes, al fin convino en que tuviera efecto una junta consultiva á condición de que además de otras personas que ellos eligiesen debían asistir también Juan Manuel Macías, Miguel de Aldama, José Manuel Mestre y Antonio Zambrana.

Convinieron en que asistieran los tres primeros, pero se opusieron fuertemente á que se le diera participación á Zambrana, porque dijeron que era ligero y pretencioso y por darse importancia divulgaría el hecho é inmediatamente lo sabría todo el mundo. Fueron de esta opinión Pedro Martín Rivero, Francisco Arteaga y aún Hilario Cisneros, manteniéndose reservado Villegas.

Insistió Aguilera en llamar á Zambrana, manifestando que era un diputado á la Cámara de la República y su voto pesaría mucho en lo futuro. Dijo además, que era un joven de talento y buen juicio, y aunque fuera ambicioso, esta circunstancia abonaba en su favor, pues por lo mismo procuraría acertar.

Siguióse una empeñada discusión, hasta que al fin, Aguilera, combatido por todas partes, porque no se creyese que trataba de poner obstáculos ó se le tildase de terquedad, no insistió más sobre Zambrana.

Convínose en que á las tres de la tarde iría Aguilera con Jordán á hablar al banquero mister Walker, llevando á Francisco Arteaga como intérprete.

Habiendo llegado á la oficina Juan Manuel Macías poco después, le impusieron de lo que se trataba, por ser uno de los que había pedido Aguilera que asistiera á la junta. Manifestose sorprendido Macías de que mister Walker, que era su amigo, no le hubiera dicho nada respecto á asunto tan importante, y quiso ir á verlo inmediatamente, acompañado de Francisco Arteaga.

Fueron, y regresaron poco después, manifestando que habían encontrado á mister Walker en la calle y éste había hablado á Macías inmediatamente del asunto; sin embargo, de la conversación se deducía que el negocio estaba sujeto á varias eventualidades, relacionándose hasta con el reconocimiento de la beligerancia, y de ninguna manera era cosa inmediata, como decía Jordán. Como Arteaga hubiese presenciado la conver-

sación de Macías con el banquero, púsolo aquél como testigo, asintiendo Arteaga.

Durante la ausencia de Macías y Arteaga, entró en la oficina Vicente Mestre, miembro también del comité, y enterado del asunto, dijo que Macías iba á echarlo á perder porque quería eliminar á Jordan, para llevarse él solo la gloria de haber hecho el negocio. Añadió que aunque Macías era un buen patriota, tenía el prurito de querer siempre figurar en primera línea. Pedro Martín observó que los juicios no podían aventurarse ligeramente, debiendo dejarse que fueran acreditados por los hechos.

Así que regresaron Macías y Arteaga, sostuvo Vicente Mestre una acalorada discusión con el primero, queriendo probarle que si los beneficios del empréstito dependían del reconocimiento de la beligerancia, era una malísima negociación la que se pretendía, pues entonces los bonos podrían colocarse á un precio mucho más elevado.

Macías planteó la cuestión de la manera siguiente: Preguntó á los presentes si era cierto que en años anteriores se habían ofrecido muchos millones de pesos solo por el reconocimiento de la beligerancia, y fué contestado afirmativamente. Expuso entonces que naturalmente los individuos de la "Liga Cubana" no iban á hacer la negociación por la "linda cara" de los cubanos, porque eran norteamericanos y por consiguiente hombres prácticos é interesados. Dijo que todos ellos eran riquísimos y de mucha influencia en la administración de Washington, y viendo que el negocio era lucrativo, harían esfuerzos supremos para obtener la referida beligerancia en el próximo congreso, siendo probable que lo consiguieran. Finalmente, añadió que el lucro que ellos obtuvieran en la negociación de aquellos cinco millones era muy inferior al crecido número de millones que antes se había ofrecido por la beligerancia solamente.

A las tres de la tarde volvió Jordan á la oficina á buscar á Aguilera y Arteaga para ir á hablar al banquero mister Walker. Reunidos los cuatro, preguntó mister Walker á Aguilera respecto á la naturaleza de los bonos que trataba de negociar. Contestó Aguilera que en aquel asunto, como en todos los de su vida, quería obrar con la mejor buena fe y honradez. Sobre la naturaleza de los bonos él mismo no había llegado á formar idea clara, pues parecía ser que su valor legal era dudoso. Sin embargo, deseando fijar punto tan importante, pensaba consultar un abogado americano, á quien haría una detallada relación de todas las circunstancias, y del resultado de la consulta le daría cuenta dentro de dos ó tres días.

Mister Walker pidió á Aguilera le facilitase uno de los bonos para consultar por su parte respecto á la legalidad, y Aguilera quedó en enviárselo.

Regresó Aguilera de la oficina y dió cuenta del resultado de su conferencia con mister Walker, manifestando su opinión de que este señor estaba muy lejos de querer entrar en la negociación á todo trance, según les había manifestado Jordan.

Al día siguiente manifestó Macias á Aguilera, haber recibido una carta de míster Walker solicitando verlo. Fué en seguida y este señor se expresó en términos duros contra los cubanos, diciendo que no les comprendía, toda vez que, por un lado le decían, por su conducto, que los bonos eran malos y por otro, le decían, por conducto de Jordán, que eran buenos. En esa virtud, había dicho á Jordán, por verse libre de él, que si los bonos eran buenos él tenía listos los ciento cincuenta mil pesos y le había hecho esa proposición con objeto de alzar el crédito de la causa de Cuba, dando algún valor á su papel en el mercado que hasta entonces no tenía ninguno.

Variando de conversación le manifestó Macías, que estaba esperando le giraran cinco mil pesos de la Habana, y que de ellos separaría mil para ir á Buenos Aires con objeto de ver qué podía hacer por Cuba. Manifestó que era íntimo amigo del Presidente Sarmiento, por haber redactado en Nueva York un periódico con él; que era un entusiasta defensor de Cuba, y por lo tan-

to esperaba mucho de su auxilio. Añadió que Sarmiento se hallaba en la mejor posición para favorecer á los cubanos, porque sólo le faltaba un año para concluir su período presidencial, y lo que los presidentes no podían hacer al principio de sus administraciones, lo podían al acercarse el fin, porque nadie pensaba en revoluciones contra un presidente que tan pronto dejaría de serlo.

Reunidos en la oficina de la sociedad, Arteaga, Hilario Cisneros, Pedro Martín Rivero, Macías, Villegas, Jordan y Aguilera, trataron respecto de la validez de los bonos existentes en poder de la sucesión de Mayorga. Por espacio de tres horas seguidas, discutióse sobre el poder primitivo para el empréstito, si tenía ó no claúsula de sustitución, validez del segundo poder, reducido á una simple carta, por no haberse recibido dicho segundo poder del gobierno, quién tenía esta carta, quién el poder primitivo, si todos los bonos estaban firmados ó uno, qué fecha se pondría en caso de no estar firmados, quién podría anularlos, é infinidad de otras cuestiones, relacionadas con los bonos, qué hacían de este asunto una madeja que nadie era capaz de desenredar.

El asunto en pocas palabras, puede concretarse como sigue: Por el año 1870 la Cámara cubana confirió á Morales Lemus, Miguel Aldama y José Manuel Mestre, sucesivamente en el orden enumerado, poder para contratar un empréstito de cincuenta millones de pesos. Este poder en 1872 fué traspasado por José Manuel Mestre á Francisco Vicente Aguilera y Ramón Céspedes. En el mismo año 1872, pidieron Aguilera y Ramón Céspedes al gobierno de Cuba ampliación de ese poder hasta cien millones de pesos, y la Cámara por medio de una comunicación, anunció conceder esa ampliación á Aguilera y Céspedes; sin embargo, los poderes no llegaron á sus manos. Estando Aguilera en Europa autorizó á Mayorga á firmar por él veinticinco millones de pesos en bonos que hizo imprimir Mayorga. Estos eran los que estaban en poder de la sucesión de Mayorga, y los que se tachaban de ilegales, porque la autorización de Aguilera á Mayorga para firmarlos, no era suficiente ni podía ser válida, por los motivos que á su tiempo explicaremos. No se sabía, además, si los bonos emitidos por Mayorga lo habían sido en virtud del primer poder ó del segundo, del que no había más constancia que la carta oficial en que decía el gobierno que se había concedido dicho poder. No se sabía tampoco quien tenía la carta oficial, anunciando el segundo poder ni donde se encontraba el primero. Tal era, á grandes rasgos, la situación de tan complicado asunto.

Durante aquella larga discusión, en un moento en que se manifestaba la conveniencia de aquel negocio para Cuba, y que no debían parase en escrúpulos sino llegar al objeto deseado, manifestó Aguilera que si los patriotas honrados y de buena fe estimaban que era necesario su sacrificio, él estaba dispuesto á hacerlo, pues si la revolución había de salvarse no le importaba á él ir á un presidio.

Contestó Pedro Martín Rivero que mucho le regocijaba verlo colocado en ese terreno, y que todos los presentes compartirían con él cualquier responsabilidad que le cupiera.

Dijo Villegas que estaba dispuesto á sacrificarlo todo entonces, como antes lo había hecho por la causa de Cuba. Preguntóle Macías si su honra también, y contestó Villegas que también su honra; y finalmente, si la cuestión era de responsabilidad, estaba dispuesto á admitir un poder que le otorgase Aguilera, por el cual la asumiría él toda.

Al día siguiente, estando en la oficina de la sociedad Pedro Martín Rivero, Hilario Cisneros y Macías, llegó Jordan. Dirigióse á éste Macías, pidiéndole manifestara delante de aquellos señores si creía que le hubiese entorpecido en lo más mínimo la negociación de los bonos. Contestó Jordan que no, pero estaba persuadido de que Macías había sido el primero que hizo la indicación de que los bonos no eran buenos, motivo por el cual podía fracasar el negocio. Repuso Macías que eso, lejos de desfavorecerlo más bien lo lisonjeaba, porque indicaba que

había sido el primero en ver el defecto de una cosa que hubiera hundido el crédito de Cuba, en primer lugar, y el de ellos muy particularmente. Contestó Jordan con su mal humor habitual cuando lo contradecían y envolviéronse los dos en una animada discusión en inglés que Aguilera no pudo entender.

Algo calmada esta, y aún bajo su influencia, manifestó Macías á los allí presentes que puesto que Jordan tenía la seguridad de que los poderes y los bonos eran buenos, el negocio estaba ya hecho con mister Walker, según Jordan, y por consiguiente él se separaba del asunto y no volvería á hablar una sola palabra á mister Walker sobre el particular.

Contestó Aguilera que de ninguna manera podía admitir que se separara, pues en ese caso y en cualquier otro que pudiera presentarse necesitaba de su auxilio y de su influencia para con mister Walker y "La Liga". Accedió al fin Macías aunque objetando que su posición era muy difícil por los antecedentes sentados.

Queriendo Aguilera instruirse sobre el obscuro asunto de aquellos bonos, fué á ver á José Manuel Mestre, cubano ilustrado, que estaba bien al corriente del origen de los diferentes poderes en virtud de los cuales se habían emitido. Fué acompañado de Hilario Cisneros.

Mestre manifestó que el negocio era muy delicado y parecía deducirse de la lectura de los bonos emitidos por Mayorga, que la emisión había sido hecha en virtud del segundo poder. Dijo que era muy importante saber en virtud de cual de los poderes se habían emitido los bonos, porque, según sus informes, el segundo poder, aunque se anunció, no había llegado, por lo tanto, era necesario estudiar el caso, no fuera á quedar en berlina el negociante ó el firmante, lo que podría originar una causa muy fea en aquel país, pues no sólo Quesada podría formular una denuncia, sino el mismo negociante, que por más seguridades que al presente les diera de que no lo haría, luego podría arrepentirse si viera que el negocio le salía mal.

Convinieron en que á las doce del día siguiente se volverían á reunir en la sociedad y para entonces Hilario Cisneros habría conseguido con el grabador de los bonos una de las pruebas, para saber en virtud de cual de los poderes fueron emitidos.

Vuelto á su casa Aguilera fué informado por Manuel Anastasio de que Macías había estado aguardándolo allí hasta las diez de la noche y viendo que no regresaba le había recomendado le diera el siguiente recado: Que en virtud de su resolución de retirarse de las sesiones que tuvieran por objeto el asunto del empréstito, y de que Aguilera le había instado para que no dejara de prestarle sus auxilios, quería decirle que el habérselo ofrecido así, fué porque estaban presentes otras personas y no quiso desairarlo; pero que estaba resuelto á separase de las referidas sesiones y de cuanto hubiera de relacionarse con el empréstito, porque veía claramente que todas las tendencias eran precipitar á Aguilera á compromisos, que habían de traerle responsabilidades y deshonra, y no quería aparecer cómplice en hecho que iba á dar por resultado tan fatales consecuencias.

Al día siguiente se reunieron en la mencionada oficina Jordan, Villegas, Pedro Martín Rivero, Vicente Mestre, Hilario Cisneros y Aguilera. Aguardaban á José Manuel Mestre. Cisneros había conseguido con el grabador la "prueba" de los bonos, cuya redacción fué objeto de larga discusión. Cisneros estaba muy regocijado porque decía que se comprendía que la emisión había sido en virtud del primer poder otorgado á favor de Morales Lemus, Aldama y José Manuel Mestre. Todos estaban impacientes porque Mestre no llegaba. Jordan apremiaba para que Aguilera le dijese que los bonos eran buenos, á fin de concluir la negociación con mister Walker y lanzarse á dos negociaciones más que decía tenía concertadas. Vicente Mestre Rivero y Arteaga apoyaban á Jordan. Todos apremiaban á Aguilera para que se decidiese. Este decía que necesitaba saber la opinión de José Manuel Mestre antes de resolver. Aguilera se encon-

traba estrechado por todas partes. Tenía que sostener él solo una lccha titánica contra todos los allí reunidos. Estaba loco, sin saber como salir de aquella angustiosa situación. Villegas desde el bufete donde estaba sentado reprodujo su proposición del día anterior, de que Aguilera le confiriese poder para declarar los bonos buenos y cargar con toda la responsabilidad. Aguilera, lastimado en lo más vivo por aquella proposición, le dirigió, lleno de dignidad, esta pregunta, que al mismo tiempo envolvía un reproche: ''Compañero: ¿es esa una lección de patriotismo?'' ''De ordinario se daban el tratamiento de ''Compañero''). Contestóle Villegas prontamente que de ninguna manera, pues su indicación obedecía sólo á sus deseos de servir á Cuba. Dijo Aguilera que no se trataba de responsabilidades, sino del buen nombre de la República, por el que ellos, á fuer de patriotas honrados, estaban en el deber de velar.

Al fin, alzóse una voz en opoyo de Aguilera y dijo Hilario Cisneros que no era necesario proceder con tal precipitación en asunto tan delicado. Podía aguardase á que Aguilera tuviera la oportunidad de oir la opinión de José Manuel Mestre. Mandó Hilario Cisneros un recado á Mestre diciéndole que esperaban por él; á poco llegó el mensajero diciendo había contestado que le era absolutamente imposible ir en aquellos instantes por encontrarse muy ocupado. A Cisneros sentó mal la contestación de Mestre lo mismo que á los demás.

Como Aguilera insitiera en oir á Mestre antes de resolver, convínose en que no se le daría á Jordan la razón definitiva hasta el día siguiente á las doce, pues aquella misma noche se enseñaría á Mestre el bono, para que por su redacción pudiese deducir lo que deseaba.

Fueron Aguilera y Villegas á la oficina de ''El Nuevo Mundo'', semanario que escribía José Manuel Mestre y encontraron á éste. Excusóse Mestre diciendo que cuando llegó á la oficina encontró á los cajistas sin trabajo y tuvo que sentarse á escribir, razón porque no le había sido posible concurrir á la cita. Acordaron que aquella noche á las ocho se reunirían en casa de Villegas.

Ninguno faltó. Reuniéronse además de Villegas, Hilario Cisneros, Francisco Arteaga, José Manuel Mestre y Aguilera. Se dió á leer á Mestre el bono para saber lo que deducía de su redacción. Mestre lo leyó y dijo que entendía que el referido bono había sido redactado en virtud de los segundos poderes. Con este motivo sostuvo una discusión con Hilario Cisneros que creía haberse hecho la redacción en virtud de los primeros. Dijo Mestre que cuando él transfirió el primer poder á Ramón Céspedes y Aguilera, había tenido particular cuidado en ceñirse á la letra y no había usado la palabra ''sustitución'' porque entendía que no podía sustituirlo, y por ese motivo se había valido del medio de conferirlo á ellos en calidad de subagentes suyos, usando esta palabra.

Preguntado Mestre por Aguilera si habría algún medio de utilizar aquellos bonos, haciendo el empréstito que le proponían, de una manera legal, sin que resultasen perjuicios ni responsabilidades para nadie, contestó que Aguilera podía firmar los bonos no suscritos por Mayorga, con la ante firma de sub-agente; sin embargo, se presentaba la dificultad de que Ramón Céspedes no había usado la referida ante-firma, y estaba ausente en Centro-América.

Finalmente, después de haber discutido varios otros medios, manifestó Mestre que Aguilera podía firmar los bonos simplemente, sin ante-firma alguna, y estos bonos se presentarían al banquero que fuese á hacer la negociación, acompañados de los padres primitivos, y sus sustituciones, para que los consultase con las personas peritas que tuviese por conveniente y manifestase si estaba conforme. Si el banquero lo consideraba todo correcto, entonces debía hacerse un doble certificado de los referidos poderes, los que se harían firmar por ambos contratantes, debiendo conservar el suyo cada parte, con objeto de que si algún día el banquero se arrepentía de la negociación, no pudiera nunca acusar á Aguilera criminalmente por estafa, porque éste podía probar por

la copia certificada y firmada por el banquero, que le habían presentado los poderes en virtud de los cuales se había hecho el empréstito, el banquero los había consultado con personas peritas, las que los habían aceptado como buenos. Aconsejó Mestre á Aguilera que sólo en esos términos entrase en la negociación.

Objetando Aguilera no saber en poder de quien estaba el primer poder y su sustitución, por haber sido Ramón Céspedes quien guardaba esos documentos y éste se encontra ausente, contestó Mestre que él debía tener en su poder una copia certificada del poder y de la sustitución y ofreció buscarla y facilitarla á Aguilera.

Preguntóle Aguilera si creía que Quesada podría anular los bonos ó perseguirle criminalmente, y contestó Mestre que ni una cosa ni otra, pero que no dudaba que pretendiera exigirle el dinero de la negociación, en virtud de haber sido adquirido con bonos de la República de la que él era representante.

Llamándole la atención Aguilera respecto á la contradicción que se observaría al poner él su firma en Nueva York cuando en aquella época estaba en París. Dijo Mestre que subsanaría esa dificultad diciendo que él había firmado en París unos cuantos millones que se le mandaron con ese objeto. Añadió Mestre que los bonos firmados por Mayorga eran completamente nulos y una temeridad pretender atribuirles valor alguno.

Otra dificultad se ofreció á Aguilera, y fué que en su correspondencia con don Carlos del Castillo y Quesada les había dicho que no tenía bonos ningunos y todos estaban en poder de Mayorga. Contestó Mestre que para obviarla podía hacerse aparecer que la negociación había sido hecha por otra persona, con anterioridad, sin haber tenido Aguilera otra intervención que la firma de los bonos; de esa manera no se notaría contradicción alguna. Brindóse Villegas para aparecer él como la persona que con anterioridad había hecho la negociación.

Finalmente, se convino que al día siguiente entregarían á Jordan los poderes que ofreció dar Mestre, y la redacción del bono para que Jordan viese con los banqueros, si después de estudiado el asunto, estaban dispuestos á hacer la negociación. En caso afirmativo, firmaría Aguilera los bonos por valor de cinco millones nada más, y los restantes quedarían en poder de Batlle y á disposición de Quesada. Estos bonos realmente eran nulos, unos por tener la firma de Mayorga y otros por no tener ninguna.

Convinieron todos en que de esa manera se lograba el objeto de que Quesada no dilapidase esos fondos de la República y se cumplían los deseos del ex-marqués de Santa Lucía y de la Cámara, que no querían que se entregasen esos fondos á Quesada, según carta que tenía Villegas del ex-marqués.

La opinión de Mestre lo mismo que la de Aguilera y demás personas allí presentes era que la negociación no se haría. Ninguno confiaba en las ilusorias esperanzas de Jordan, que tantas veces había visto defraudadas.

Por lo relatado con respecto á esta accidentada cuestión, podrá juzgarse del conocimiento que tenía Aguilera de aquellos hombres y de lo fundado del concepto que cada uno le merecía. Cuando en una reunión anterior resistió á declarar buenos los bonos, y le propusieron convocar una junta de notables cubanos que le aconsejaran y compartieran con él la responsabilidad, de antemano conocía quienes habrían de ser esos notables cubanos y por lo mismo expresó sus deseos de que entre ellos estuviesen José Manuel Mestre, Juan Manuel Macías, Antonio Zambrana y Miguel de Aldama. Tenía Aguilera confianza con el recto juicio é independencia de los tres primeros y estaba persuadido de que entre ellos encontraría el apoyo y buen consejo que necesitaba para sortear aquella delicada y ardua cuestión. Con respecto á Aldama, sabía que nada bueno podía esperar, pero quería que también estuviera presente para que cargara con la parte de responsabilidad que debía tocarle, pues era el inspirador y brazo que dirigía á los allí presentes.

Acabamos de ver el sano consejo

que le dió José Manuel Mestre; indudablemente el más acertado en aquel embrollando asunto. Consejo hábil que contrastaba con las perentorias exigencias de sus otros compañeros, porque Aguilera declarara buenos unos bonos que en realidad no tenían valor legal alguno.

Con respecto á Macías, hemos visto su actitud. Tan pronto como se penetró de la gravedad del asunto, se separó de él, no queriendo sancionar con su presencia un hecho que necesariamente habría de traer el hundimiento de un hombre honrado y el descrédito de la causa de Cuba. La conducta de Macías era bien fácil de definir: dejar el escabroso camino que seguían sus compañeros y tomar el recto y franco de la honradez. No podía Aguilera hacer lo mismo, era él el eje sobre que giraban todos los asuntos de Cuba. Su misión era facilitar aquellos que consideraba beneficiosos para la causa y resistir los que juzgaba perjudiciales; y esta resistencia á veces tenía que ser formidable, porque estaba solo y mal preparado para aquellas arduas cuestiones, muchas de las cuales exigían conocimientos especiales, y porque sus opositores eran una muchedumbre y entre ellos había hombres ilustrados, contra los que era difícil contender.

Hemos visto la leal advertencia de Macías. Demasiado lo comprendía Aguilera y de ahí su titánica resistencia. Ya que no podía desentenderse de aquellos hombres, porque eran los únicos que lo ayudaban, no tenía más remedio que afrontar la tomenta y luchar contra ella hasta vencer.

También propuso oir el consejo de Antonio Zambrana, lo que no fué admitido por sus compañeros, fundándose en las razones que ya dijimos. Es indudable que el consejo de Zambrana no hubiera sido menos sano que el de los otros dos patriotas escogidos por Aguilera. Como había dicho muy bien éste, era Zambrana joven de talento y patriota, y á los mezquinos intereses de bandería, hubiera contrapuesto los sagrados de la patria.

Respecto á Aldama nada tenemos que decir pues ya hemos manifestado el móvil que lo impulsó á nombrarlo. Lo juzgaba hombre poseído de la pasión, la soberbia y la vanidad, de quien sólo el nombre podía utilizarse en favor de Cuba.

He aquí una prueba más del acierto que tenía Aguilera en escoger los hombres, cuando se encuentra en libertad para ello. Verdad que en esta época precisamente, y en la que vino después, se vió rodeado de los que habían de conducirlo al Golgota y á la Cruz; pero ésta no fué una elección hecha libremente por él, sino que le fué impuesta por las circunstancias.

CAPITULO XXXI

SEPTIEMBRE 1873

EL GENERAL QUESADA Y SU OFRECIMIENTO DEL VAPOR "VIRGINIUS".—PROYECTO DE COMPRA DEL VAPOR "EDGAR STUAR"—AGUILERA VA A BALTIMORE.—ENCARGA A MR. READ LA COMPRA DEL VAPOR.—JOSE M. MACIAS INFORMA SOBRE EL GENERAL QUESADA.—LA ESPOSA DE AGUILERA RECIBE UN GIRO DE SU PADRE.—AGUILERA LO COBRA.—DISTRIBUCION QUE LE DA.—COPIA DE LA COMUNICACION QUE DEL GOBIERNO RECIBE AGUILERA.—OTRA DE QUESADA Y CASTILLO.—SE EXIGE A AGUILERA LA ENTREGA DEL DINERO DE PARIS.—AGUILERA DECIDE MANTENERSE FIRME.—VUELTA A NEW YORK.

Dijimos en otra parte que el general Quesada había escrito al general Villegas proponiendo unir la expedición suya con la de la sociedad para enviarlas juntas á Cuba. Esta proposición no fué aceptada por los motivos que ya expresamos, y al mismo tiempo Villegas instó á Quesada á que según el acuerdo que habían tenido, le dijese si terminados los treinta días convenidos, estaría dispuesto

á entregarle el vapor "Virginius" para mandar la expedición de la sociedad. A esto contestó Quesada que no sabía para que fecha estaría de vuelta de Cuba el "Virginius" ni á que puerto iría á recalar. Por esta contestación comprendieron Villegas y Aguilera que Quesada no estaba dispuesto á cumplir el ofrecimiento que había hecho á Villegas de facilitar incondicionalmente el "Virginius," y que por lo tanto necesitaban comenzar de nuevo á buscar un vapor.

Manifestó Arteaga que no podían contar con más que veinte mil pesos incluyendo la cantidad de Aguilera, y que esa suma era muy exigua. Dijo que tetenía noticias de que por el vapor "Edgar Stuart" habían ofrecido á Quesada diez mil pesos, siempre que lo entregase listo para navegar, y que si ellos pudieran conseguir el buque por esa cantidad, ó poco más que fuera, les sería muy conveniente, para esas y otras expediciones.

Trataron de buscar una persona que hablase con Quesada y Ramón Martínez, para la compra del vapor, sin que estos señores supiesen quien lo compraba, y como el "Edgar Stuart" estaba en Baltimore, preguntaron á Aguilera si tenía en esa ciudad algún individuo de su confianza para la gestión. Contestó Aguilera que tenía allí un amigo que creía á propósito para el caso, y era mister Read, caballero muy adictado á la causa de Cuba.

Comisionaron á Aguilera para que fuera á Baltimore y gestionase el asunto, dándoles cuenta del resultado.

Al día siguiente tomó Aguilera el tren para Baltimore. Al llegar á su casa encontró su familia muy apesarada por la muerte de una señora amiga que habían llevado de Cuba, á quien consideraban como miembro de la familia. Recibió Aguilera varios telegramas en Nueva York acerca de la gravedad de la señora, mas, con el cúmulo de asuntos que embargaban su atención, no había podido hacer otra cosa que deplorar la nueva desgracia y aplazar para cuanto tuviese oportunidad ir á consolar á su familia.

Inmediatamente que llegó á Baltimore fué á ver á mister Read, persona que le demostraba la más cordial amistad. No habiéndolo encontrado en su oficina ni en su casa, por la noche fué á verlo en el club que frecuentaba y lo encontró. Manifestóle Aguilera el encargo que llevaba; mister Read le dijo que estaba incondicionalmente á su disposición y convinieron en que á la mañana siguente iría á casa de Aguilera para acordar el plan que debía seguir, cosa que los dueños del "Edgar Stuart" no se apercibiesen del objeto para que querían el vapor.

Fué mister Read, é instruído de las precauciones con que debía obrar, quedó en comenzar sus gestiones aquel mismo día. Se dirigió al vapor, pero como el encargado de éste, Pitou, estuviera ausente, habló con un joven que conocía mal el inglés. Mister Read, por más que hablara bastante regular el español, no quiso entenderse con el joven en este idioma, por no despertar sospechas. Le hizo comprender en inglés su deseo de que le dijese al encargado del vapor que lo esperase allí á las nueve de la mañana del siguiente.

Esa vez encontró mister Read al encargado Pitou, y éste le enseñó todo el buque que pareció muy bueno á aquél. Al preguntarle por el precio, dijo Pitou que tenía orden de los dueños de pedir veintitres mil pesos, pero creía que podía conseguirse en veinte mil. Añadió que hasta entonces sólo había tenido una oferta de diez mil pesos, lo cual no habían querido admitir los dueños por ser muy baja. Díjole mister Read que él daría hasta doce mil pesos. Contestó Pitou que comunicaría su ofrecimiento inmediatamente á Nueva York, y le avisaría tan pronto tuviese contestación. Dió mister Read cuenta á Aguilera, quedando en informarlo del resultado.

Habiendo ido Aguilera dos días después al club donde acostumbraba ver á mister Read, le dijeron se encontraba en el piso superior del edificio. Le mandó su tarjeta y á poco volvió el criado con el recado de que mister Read decía que lo excusara, que estaba muy ocupado en aquellos momentos. Mortificó bastante á Aguilera el recado é hizo la resolución

de no volver á molestarlo otra vez. Supuso que jugaba.

Como hubiera recibido carta de Villegas diciéndole que tenía allí dos vapores de trato, contestóle Aguilera que como habían pasado tres días sin tener contestación sobre el "Edgar Stuart," suponía que los dueños consideraban baja la oferta de doce mil pesos, y por consiguiente, podía tratar alguno de los vapores á que se refería.

Fué Aguilera á visitar á José Manuel Macías, residente en aquella ciudad, familiar de Juan Manuel Macías de Nueva York. La conversación versó, como siempre entre cubanos, sobre las cosas y los hombres de Cuba. Manifestóse Macías asombrado de la "pifia" que había dado el Gobierno al nombrar agente de Cuba á Manuel de Quesada. Dijo que él estaba empleado en la Comisión de Reclamaciones Mexicanas en Washington, y por lo tanto había tenido lugar de informarse de varias reclamaciones del Gobierno de los Estados Unidos contra el de México por depredaciones hechas por Manuel Quesada contra ciudadanos de los Estados Unidos. Entre otras, refirió Macías un hecho perpetrado por Quesada, en compañía de un español y de otro individuo camagueyano llamado Porro, en un lugar cercano de la frontera de México. Dijo que como en aquel congreso era probable tratara de hacerse algo en favor de Cuba, el secretario de Estado mister Fish había de quedar muy sorprendido al ver que el representante cubano era el mismo individuo que había cometido tamaños delitos contra sus conciudadanos en la frontera de la República. Añadió que esta sola circunstancia podía influir para que el Gobierno de los Estados Unidos desistiera de sus buenos deseos de proteger á los cubanos.

Como por aquellos días recibiera la esposa de Aguilera un giro de su padre, por dos mensualidades ascendentes á cuatrocientos veintiún pesos, fué á cobrar esta suma al "Merchant's National Bank". De ella abonó Aguilera á Polo los cien pesos que le había prestado para la familia y el resto lo dedicó á ropa de abrigo, para esta, pues el invierno se acercaba, y pagar lo tomado en el establecimiento donde se surtía de provisiones. Este establecimiento abrió crédito á Agui lera mediante la garantía de Joaquín Polo, su buen amigo.

Recibió Aguilera por conducto del Agente de Jamaica una comunicación del Secretario de la Guerra, ciudadano Bravo y Sentíes, que á la letra dice:

"Secretaría de Estado.

"C. Mayor General F. V. Aguilera, Vice-Presidente de la República de Cuba.

"Residencia del Ejecutivo.

Agosto, 8 de 1873.

"Distinguido ciudadano:

"Tiene noticia el Ejecutivo Nacional de que hasta el 31 de Julio último el ciudadano Carlos del Castillo no estaba en posesión de los documentos, intereses, etc., que aún conserva en su poder la extinguida Agencia General en el exterior. Para que se llevase á efecto la referida entrega con la prontitud que demandan las circunstancias, esta Secretaria tuvo la honra de dirigirse á usted en 24 de Julio pasado y vuelve á hacerlo ahora con igual objeto en el convencimiento que habrá de tomar solícito interés en que el asunto en que me ocupo sea resuelto de la manera más satisfactoria, pues toda divergencia es indudable que será explotada hábilmente por los enemigos de la patria en desdoro de nuestra santa causa y de su leales servidores. Por si se hubiese extraviado la nota para usted, arriba citada, me ha parecido conveniente adjuntarla en copia á la presente.

"En conclusión, me permito manifestarle que en esta misma fecha, se autoriza á la Agencia Confidencial para que en la hipótesis de prolongarse el retardo tan perjudicial á la causa de la libertad, repudie los bonos de esas emisiones en cuanto á las operaciones en que hayan tomado parte usted y los ciudadanos J. M. Mayorga y Ramón Céspedes, declarando á nombre del Gobiern ode la República, nulos y de ningún valor todos los contratos y negociaciones que sobre ellos hayan celebrado. Harto sensible será

para el Presidente y para el que suscribe, que llegue la ocasión á la Agencia de hacer uso de esta reserva, así por la honra de la Repúblca como principalmente por la honra de sus Agentes en el exterior, á quienes atañe más de cerca; á la vez que recibirá con infinito placer la noticia plausible de que sin dar lugar á la extrema, han desaparecido por completo los obstáculos. Usted, que se ha consagrado á la patria con ejemplar é inimitable asiduidad, no debe economizar ahora un momento para servirla con no menos importancia, dedicándose á armonizar todos los elementos que forman las glorias del presente y las esperanzas del porvenir.

"Sírvase usted aceptar las protestas del particular aprecio con que tengo la honra de suscribirme atento y obsequioso servidor.

"Patria y Libertad!

El Secretario de Estado,

Miguel Bravo Sentíes."

Al mismo tiempo recibió otra carta de los Agentes Confidenciales, Quesada y Castillo, en que le transcribían la ya citada del Secretario de la Guerra y Exterior, y al mismo tiempo volvían á exigirle, la entrega del dinero que trajo de París.

Como Aguilera se hubiera trazado ya la línea de conducta que irrevocablemente había de seguir en ese enojoso asunto, pensó en sus contestaciones no separarse ni un ápice de ella.

Pocos días después salió para Nueva York, á reanudar los trabajos con sus compañeros.

CAPITULO XXXII

OCTUBRE 1873

VILLA URRUTIA—BUENOS INFORMES DE LAS VILLAS Y DE CIENFUEGOS—AGUILERA LEE A SUS AMIGOS LAS COMUNICACIONES DEL GOBIERNO.—COMUNICACION DE VILLEGAS A CUBA LIBRE.—PIDE QUE CESPEDES SEA SEPARADO DEL GOBIERNO.—COMUNICACIONES DE VARIOS JEFES DE LA REVOLUCION.—CESPEDES SERA DEPUESTO ANTES DEL 10 DE OCTUBRE.—RECONOCIMIENTO DE LA BELIGERANCIA POR BONOS.—NO QUIEREN TRATAR CON QUESADA SINO CON ALDAMA.—DIEZ DE OCTUBRE DE 1873.—TE-DEUM.—MEETING.—AUSENCIA DE LOS REPRESENTANTES DEL GOBIERNO.—BELLO DISCURSO DE ZAMBRANA.—AGUILERA COBRA SU MENSUALIDAD.—VILLEGAS MANEJA LA CAJA.—REPARTO DE LA MENSUALIDAD DE AGUILERA.—NECESITA UN SOBRETODO.—NO LE QUEDA CONQUE COMPRARLO.

Llegado Aguilera á Nueva York, le manifestó Manuel Anastasio que un señor que acababa de llegar de la Habana, y paraba en casa de Néstor Ponce de León, deseaba verlo. Comisionó Aguilera al mismo Manuel Anastasio para que fuese á casa de Ponce de León á acordar una entrevista con el sujeto de referencia. Se acordó esta para aquella noche á las nueve. Concurrió Aguilera y encontró al señor Wenceslao Villa Urrutia, su agente en la Habana. Después de un cordial saludo manifestó Villa Urrutia, que desde que llegó de París á la Habana, se enfermó, por cuyo motivo no había adelantado en sus trabajos patrióticos, lo que hubiera deseado. Dijo que se había puesto en comunicación con algunos individuos de las Villas, los que le informaron que en todas ellas el espíritu revolucionario era inmenso, por estar sus habitantes desesperados á causa de la opresión en que los tenía la mano de hierro del general español Portillo, lo mismo que por los trabajos de los republicanos españoles, que sin pensarlo, estaban ayudando á la revolución. Informó á Aguilera de que la gente estaba impaciente esperándolo, especialmente el cuerpo de bomberos; estos eran los más decididos y entusiastas. Aseguró Villa Urrutia que si llegaba á realizar su plan, desembarcando por las Villas, con ochocientos ó mil hombres, antes de un mes habría levantado un ejército formidable, compuesto de los hijos del país armados, que estaban con los españoles, y que inmediatamente se le unirían.

Habiéndole preguntado Aguilera lo que había hecho respecto á la recaudación de fondos, contestó Villa Urrutia que así que su salud mejoró, comenzó á preparar el terreno para acometer la empresa; pero llegó la noticia de haber sido nombrado el general Quesada agente del Gobierno en el exterior, lo que produjo un efecto desastroso, infundiendo el desaliento entre los cubanos, razón por la cual creyó más acertado suspender su propósito hasta ver si las cosas variaban. Despidiéronse finalmente muy afectuosos ofreciendo verse con frecuencia, durante la permanencia de Villa Urrutia en la ciudad.

Al día siguiente fué Aguilera á la oficina de la sociedad. Encontró á Villegas, Artega, Vicente Mestre y poco después llegó Aldama. Enseñóles las comunicaciones que había recibido del secretario del Gobierno y de los Agentes Confidenciales. Todos convinieron en que las miras de estos no eran otras que apoderarse de los fondos que Aguilera había llevado de París, y deploraron que el Gobierno, que tan severo se mostraba con un hombre de las condiciones de Aguilera, fuese tan complaciente y benévolo con Quesada.

Fué Aguilera á almorzar con Villegas. Le manifestó éste que en sus últimas comunicaciones á Cuba libre, había dicho á sus amigos que era necesario que Carlos Manuel de Céspedes no continuase por más tiempo al frente del gobierno, porque irremediablemente se hundiría Cuba. Que las revoluciones se aceptaban con todas sus consecuencias y era necesario obraran con la mayor energía, pues no era justo que por un hombre se sacrificase un pueblo entero. Añadió que algunos de la emigración habían ido más lejos que él, pues habían escrito diciendo que era necesario no sólo despojarlo del poder, sino también impedir que saliese á la emigración, pues con su carácter intrigante y ambicioso, irrogaría infinitos males á Cuba en el extranjero. Añadió Villegas que había visto las comunicaciones de algunos jefes de Cuba libre en las que aseguraban que para el próximo diez de Octubre, ya Céspedes no sería Presidente de la República.

Debemos decir sobre este particular que aunque Aguilera también escribió á sus amigos de Cuba libre, entre ellos á Salvador Cisneros Betancourt, Francisco Maceo, Jesús Pérez, Modesto Díaz, y otros sobre el mal efecto que habían producido en el extranjero los nombramientos de los nuevos Agentes Confidenciales, los trastornos causados, la necesidad de que se revocasen dichos nombramientos y que la representación de Cuba recayese en personas de prestigio y honradez, indicando para estos puestos á Aldama, Mestre y Echeverría, según había acordado en diferentes juntas con sus compañeros, llevado de un sentimiento de la más exquisita delicadeza, se guardó de hacer propaganda para la destitución de Céspedes, por más que creyera que esta medida se imponía, para el bien de la patria. Dejaba que otros la hiciesen, pero no la hizo él por no considerarlo decoroso, por su posición y sus antecedentes. Lo que decimos está comprobado por la correspondencia que dirigió á sus amigos en esa época, que puede verse en el "Libro de Correspondencia etc."

Le refirió Villegas también que había llegado de Washigton un amigo de mister Fish, Secretario de Estado, y muy secretamente se había avistado con Aldama, preguntándole qué cantidad de bonos estaban dispuestos á dar los cubanos para conseguir el reconocimiento de la beligerancia. Aldama le contestó que esa era la misma "música" de todos los años. Repuso el Agente que esa vez era muy distinto, porque ya los cubanos llevaban cinco años de guerra en los que se veía la impotencia de España para dominar la revolución. Contestó Aldama que no podía hacer nada, porque no tenía carácter oficial; que los representantes del gobierno de Cuba allí eran el general Quesada y don Carlos del Castillo y á ellos debía dirigirse. Manifestó el agente que no quería entenderse con esos señores porque no le merecían confianza; que deseaba tratar con Aldama, ó con otra persona que éste le indicase. Finalmente, por vía de transación, convinieron en que Aldama pi-

diera una autorización á Quesada y Castillo para entenderse con dicho agente.

Propuso Aldama á Villegas que fuese á hablar con Quesada para pedirle la referida autorización; pero dijo Villegas que había rehusado, por la repugnancia que le inspiraba Quesada; al mismo tiempo había indicado á Hilario Cisneros como hombre á propósito para esa comisión. Mandó á buscar Aldama á éste, quien aceptó el encargo.

De vuelta de su conferencia con Quesada, manifestó Hilario Cisneros que lo había recibido muy bien. Enterado de lo que deseaba, dijo que no tenía dificultad en dar á Aldama la autorización que solicitaba, pero que teniendo él negociaciones semejantes, era necesario que le dijese de parte de quien hacía aquella, para evitar que los dos estuviesen tratando con una misma persona. Dijo Villegas que aquello había sido una "guachinangada" á la cual no accedió Aldama, tanto por el secreto que había prometido guardar al individuo, como porque conocía muy bien á Quesada.

Preguntóle Aguilera qué había respecto á vapores y contestó Villegas que tenía en trato dos. Díjole Aguilera lo que había pasado con mister Read en Baltimore respecto al "Edgar Stuart". Le contestó Villegas que trataría de reanudar el negocio y quizás conseguiría el vapor por los doce mil pesos ofrecidos por Aguilera, pues sabía que Ramón Martínez estaba muy apurado por dinero.

Contestó Aguilera al general Manuel de Quesada la comunicación que de él recibió en Baltimore y como le hiciese relación exacta de los antecedentes de la enojosa cuestión de la entrega del archivo de la Agencia, para que nuestros lectores tengan una idea clara de dicha cuestión, vamos á reproducir aquí la carta:

"Nueva York, octubre 13 de 1873.

"CC. General Manuel de Quesada y Carlos del Castillo, Agentes Confidenciales de la República de Cuba en el exterior, etc.

Señores:

"En la ciudad de Baltimore recibí su comunicación fecha dos del corriente en la que se sirven ustedes, transcribirme otra del ciudadano Miguel Bravo y Sentíes, Secretario de Relaciones Exteriores de la República de Cuba, en que se me previene que efectúe la entrega de la Agencia General á ustedes como Agentes Confidenciales.

"Al contestar á ustedes, sin perjuicio de la contestación que dirijo al Secretario del Exterior, me permitirán ustedes que les manifieste la extrañeza que me causa la insistencia del ciudadano Secretario en suponer que yo haya sido el último Agente General, y en este concepto, el que debe entregar á ustedes dicha Agencia.

"Sin duda que el ciudadano Secretario del Exterior ha olvidado que al ausentarme de esta ciudad, entregué al ciudadano José M. Mayorga, á quien dejaba interino, todas las propiedades de la Agencia General, lo que se comunicó al Gobierno; que en su calidad de Secretario del Exterior y con fecha 15 de Mayo del año pasado, dirigió una comunicación al ciudadano Ramón Céspedes, Comisionado Diplomático de la República de Cuba, en la que le decía: "En Consejo de Gabinete celebrado al recibir sus comunicaciones, en el campamento del Gobierno (primero de Abril) se resolvió continuara usted por ahora é interinamente, desempeñando el cargo de Comisionado Diplomático en esa República, pero que era absolutamente indispensable que el ciudadano Mayor General Francisco Vicente Agcilera retornara inmediatamente á Cuba, porque su carácter de Vicepresidente de la República de Cuba, así lo exige, é imperiosamente lo reclama en las actuales circunstancias. Para reemplazarlo en el puesto de Agente General, deberá usted elegir al que juzgue más á propósito, y dado caso de que no se resuelva á su elección, y salvo atendibles razones en contrario, el Gobierno cree puede escoger entre los C. C. Mayorga, Martínez y Govín. Esta medida en nada puede afectar la aprobación que el Gobierno se complace en dar á los trabajos del ciudadano general Aguilera, fundándose solo en las razones que se dejan consignadas."

"El C. Comisionado Diplomático, en comunicación de Julio del año pasado, dijo al C. José María Mayorga, lo siguiente:

"Distinguido conciudadano: El C. Presidente de la República de Cuba, usando las facultades que le concede la Constitución, y de las demás que le ha ampliado la Cámara de Representantes, en Consejo de Gabinete se ha servido disponer que el general Francisco V. Aguilera, en virtud de su alta investidura de Vicepresidente de la misma República, y para que entren en el ejercicio de sus atribuciones en los casos que está llamado y pueden ocurrir, durante y por consecuencia de la guerra que sostienen allí los patriotas contra la dominación española, vuelva á la Isla de Cuba el citado Vicepresidente, quedando con la Agencia General, que desempeñaba en los Estados Unidos de América, y en su lugar, usted, mediante el nombramiento que se ha servido hacerle el Ejecutivo de la República, atendiendo á su acreditado patriotismo, amor á la causa de la independencia y virtudes morales que le adornan; todo lo cual se me ha comunicado con especial encargo de su pronto y exacto cumplimiento en despacho del Secretario de Relaciones Exteriores de la República á 15 de mayo último. Y como el general Aguilera se halla ausente en Europa en servicio de la causa, con el carácter de Comisionado general, en el exterior, para cuya comisión, solidariamente fuímos nombrados ambos, y por su ausencia quedó á cargo de usted la Agencia General, que desde entonces ejerce con el más acendrado patriotismo, cúmpleme solamente poner en su conocimiento lo dispuesto por el C. Presidente de la República, á fin de que usted, desde la presente fecha haga, tenga y ejerza el carácter de Agente General en los Estados Unidos en propiedad, y con todas las facultades amplias y especiales atribuciones que han tenido y desempeñado sus antecesores."

"El mismo Comisionado con fecha 10 de Diciembre dijo al C. Carlos Manuel de Céspedes, en el párrafo quinto de su carta, lo que copio: "Habiendo ido Aguilera á Europa á asuntos importantes de que ya había dado cuenta, cuando con posterioridad vino el nombramiento en propiedad á favor del señor Mayorga, éste y yo convenimos en reservarlo del público hasta su retorno, á fin de que no quedase desautorizado para aquellas gestiones, pero sin haber dejado de cumplir la orden de mi gobierno, comunicando en forma al señor Mayorga, su nombramiento en propiedad, como hecho por el Ejecutivo."

"De estos antecedentes se evidencia que cuando llegó el nombramiento de ustedes, no era yo el Agente General sino el C. José M. Mayorga, y que él era el que tenía todos los valores, libros y documentos pertenecientes á la Agencia, como así lo dijo al C. Carlos del Castillo, en diferentes comunicaciones, y así lo han comprendido ustedes, puesto que han reclamado esos valores, libros y documentos á la familia del C. Mayorga, después de su fallecimiento, y ésta los ha entregado á ustedes.

"Lo único que aún tengo perteneciente á la República son unos bonos que el C. José M. Mayorga me remitió á Europa, para levantar fondos conque llevar á cabo la gran empresa que se había proyectado.

"Estos bonos los puse en manos del C. Carlos de Varona, nuestro representante en Francia; y concuñado del general Quesada, y estos bonos no los devolví al señor Mayorga, ni he dado cuenta á ustedes porque en mi comunicación de 25 de abril último, manifesté al gobierno que continuaba el trabajo que había iniciado, por considerar que de otro modo no era muy fácil allegar de momento esos recursos, que tanto necesitaba nuestra revolución; pero como veo que esta carta no se me contesta y que el C. Secretario del Exterior, y el Ejecutivo de la República demuestran en su comunicaciones gran hostilidad contra mí, incluyo á ustedes una orden para que el ciudadano Carlos de Varona les entregue todos los bonos que existen en su poder, por cerca de un millón de pesos. De los demás bonos que haya yo recibido, así como de todos los de que he dipuesto, doy cuenta

al gobierno con todos los antecedentes que existen en mi poder.

"De las cantidades que he recaudado, entregué al señor Mayorga unos doce mil pesos, de los cuales sé que invirtió una parte en atenciones de la Agencia y lo demás en el grabado de los bonos que se necesitaban para las negociaciones que teníamos en proyecto, y cuyos bonos, según se me ha informado, están en poder de ustedes.

"Las demás cantidades, no puedo entregarlas á ustedes porque como dije en mi comunicación dirigida al C. Castillo, con fecha 14 de abril, las he recibido bajo condiciones que tengo que cumplir y que estoy ya cumpliendo, por considerarme obligado como patriota y como Vicepresidente de la República, á aprovechar esos recursos, no á perderlos, con daño de la causa, como de otra manera sucedería, devolviéndolas; además, como hombre privado, que sabe respetar sus compromisos, no podría faltar á los que contraje con los patriotas que me las entregaron, entre los que está la condición precisa de que yo personalmente debía emplear en el auxilio del Ejército Libertador, y nunca, bajo ningún concepto, pasar á otras manos.

"Siento mucho la amenaza que se me hace en la comunicación del Secretario del Exterior, de declarar nulos y de ningún valor los contratos que yo haya celebrado, y lo siento por el buen nombre de nuestro Gobierno, pues ustedes comprenderán que semejante disposición no está arreglada á ningún principio de justicia, porque de todos mis actos, mientras tenía la representación del Gobierno, si bien es verdad que yo soy responsable para el Gobierno, no tiene éste derecho á reclamar ni perjudicar á los terceros que conmigo contrataron; y creo que el Gobierno sabe que tengo una considerable fortuna con que responder á todos mis actos en el tiempo que ha durado el desempeño de la Agencia que se me confiara.

"No teniendo el Gobierno derecho de anular mis actos, sólo debo interpretar que de lo que se trata es de desprestigiar mi personalidad por medio de un escándalo, haciéndomelo comprender más las injuriosas palabras que se hallan al final de la comunicación de ustedes, en las que, como si yo fuera capaz de faltar á la verdad, ó de abusar de la confianza que en mí se depositara ó de apropiarme de los caudales de la patria, dicen ustedes: "que en la Agencia hay constancia de la emisión, serie y número de los bonos que yo he entregado.

"Debo advertir á ustedes que no tengo miedo alguno al escándalo, porque el mundo entero sabe que yo no soy un aventurero, que he entrado en la revolución de Cuba para buscarme un porvenir, ó para encontrar medios de satisfacer mis necesidades, sino que por el contrario, disfrutando de riquezas y de la posición social que ellas me proporcionaban, he iniciado la Revolución de Cuba, por ser consecuente con mis principios liberales y humanitarios, y por conseguir la felicidad de mi patria. Todos saben que á pesar de estar acostumbrado á grandes comodidades, desde que vine en comisión del Gobierno, no he hecho otros gastos en mi persona que los muy indispensables para sotener la vida, y que en la historia de la mía, antes y después de la revolución, no existe ninguna mancha que pueda avergonzarme.

Quedo á las órdenes de ustedes con toda consideración,

P.yL.,

F. V. Aguilera."

Había llegado el día 10 de Octubre de 1873. Fué este día Aguilera á la iglesia del padre Palma, donde se celebraba un "Te Deum", en acción de gracias por el Quinto aniversario de la declaración de la independencia de Cuba. La concurrencia fué poca y el padre Palma pronunció un discurso breve, pero elocuente y oportuno.

A las seis de la tarde asistió á una comida familiar á que lo invitó la señora Carlota Aguilera, hermana de Manuel Anastasio, en su casa. Entre los convidados estaban Pío Rosado, Miguel Luis, Manuel Anastasio, un joven León y otros; reinó la mayor cordialidad y se hicieron entusiastas brindis. Por la noche fué á un mitin que se daba en "Cooper Institute" en celebración del

día. Entre otros, habló Zambrana, que pronunció un bello discurso, exortando á los cubanos á la unión y fraternidad. Dijo que con los cubanos, unidos todos en un empeño único, y aportando á él, los ricos su oro y los pobres su sangre, el próximo 10 de Octubre lo celebrarían todos en la patria redimida.

Dos cosas llamaron generalmente la atención en esta reunión: la primera, la escasa concurrencia, que contrastaba con la muy numerosa de años anteriores, y la segunda la ausencia completa de los Agentes Confidenciales y de sus familiares, que parecía natural no hubieran faltado á aquella patriótica fiesta. Varios comentarios se hicieron respecto á esta circunstancia, siendo el más general, que Quesada habría temido que algún orador le dirigiera alusiones ó palabras ofensivas dada la aversión general con que lo miraba la emigración.

Hablando Aguilera con Villegas respecto á la proyectada expedición, manifestó éste que presumiendo Ramón Martínez que eran ellos quienes querían comprar el vapor "Edgar Stuart", se había plantado en 17.000 pesos, á pagar 15,000 de contado y dos mil en seis meses plazo, por lo que tendrían que renunciar á ese vapor, pues necesitando siete ú ocho mil pesos más para habilitar la expedición, ascendería ésta á unos veinticinco mil pesos con los que no contaban.

Pidió Aguilera á Villegas ciento cincuenta pesos por la mensualidad del próximo mes de noviembre y éste se los entregó. Con esta cantidad abonó á Hilario Cisneros sesenta, que hacía algunos días le había pedido prestado, pagó á la señora de la casa cuarenta que le debía por su alojamiento y los cincuenta restantes los giró á su familia, la que sabía pasaba mil estrecheces porque las costuras eran pocas y la mesada de su suegro la recibía su esposa con mucho atraso.

Estaba para finalizar el mes de Octubre; la temperatura había bajado bastante y Aguilera sentía la necesidad de un "sobretodo" especiamente en aquellas crudas noches de otoño; mas, como hubiese liquidado sus cuentas y poco le quedara para sus pequeños gastos corrientes, resignóse á pasarlos como pudiera hasta que la Providencia le deparara manera de remediar su necesidad.

Debemos decir que cediendo Aguilera á su natural repugnancia á manejar por sí fondos de la patria, había otorgado poder á Villegas, para que éste pudiera extraer las cantidades que juzgara oportuno, de la suma que Aguilera tenía depositada en el banco. Para esto se había valido del pretexto de que necesitando con alguna frecuencia ir á Baltimore para atender á su familia, no quería que por su ausencia de Nueva York pudiese sufrir entorpecimiento cualquier asunto que se presentase. El resultado de esa operación fué que Villegas tenía el manejo absoluto de los fondos, y cualquier cantidad que Aguilera necesitaba, en vez de sacarla él mismo del banco, prefería pedirla á Villegas, como dijimos hizo con la mensualidad de Noviembre.

CAPITULO XXXIII

OCTUBRE 1873

PROPOSICIONES DE AGÜERO PARA SU EXPEDICION.—CONFERENCIA CON R. MARTINEZ.—EL CIUDADANO ESCOBAR.—CONFERENCIA CON MARTINEZ.—LA OPINION SE DIVIDE.—NO QUIEREN TRATOS CON MARTINEZ.—AGUILERA DICE QUE LO PRIMERO ES MANDAR LA EXPEDICION.—SOLO OBJETA A LA IDA DE AGÜERO.—V. MESTRE PROPONE ECHARLO AL AGUA.—SE OFRECE PARA AVISTARSE CON MARTINEZ.—ALDAMA PONE CONDICIONES INADMISIBLES.—DESACUERDO ENTRE LOS MIEMBROS DE LA DIRECTIVA.—DISGUSTO DE AGUILERA.—PARTIDO QUESADISTA DIVIDIDO.—V. MESTRE DESEMPEÑA SU COMISION.—ZAMBRANA TOMA PARTE EN LA NEGOCIACION.—ESTIMULA EL PATRIOTISMO DE LA SOCIEDAD.—REVELANTES CUALIDADES DE MELCHOR AGÜERO.—PATRIOTICA ACTITUD DE AGUILERA.—ACCEDE A LA REUNION DE SUS RECURSOS CON LOS DE R. MARTINEZ.

Reunidos en la oficina de la sociedad, Villegas, Arteaga y Aguilera, leyó el primero una carta de Melchor Agüero dirigida á Zambrana, que este le pasó original. En dicha carta se lamentaba Agüero de la forzada inacción á que se veía obligado, diciendo que tenía lista una expedición de 500 remingtons, 500,000 cápsulas, una tonelada de pólvora y dos cañones de montaña con 300 tiros; además, contaba con el vapor "Edgar Stuart" para llevarla. Proponía que se le entregaran doce mil pesos, que serían depositados en poder del esclarecido patriota Ramón Martínez, para emplearlos en algunas reparaciones al vapor y habilitar la expedición, que saldría para Cuba en breve plazo. Preguntó Villegas á Aguilera qué le parecía la proposición.

Contestó éste que no era otra cosa que la continuación de la farsa de Agüero, en la que tal vez tomaría parte también Quesada. Dijo que 500 remigtons y 500,000 capsulas costaban un capital, y dado el conocimiento que tenía de Agüero y de Ramón Martínez se atrevía á decir que no tenían una cosa ni otra. No dudaba tuvieran reunidos unos pocos elementos de guerra; pero estaba persuadido de que esos doce mil pesos los invertiría Martínez, una parte en hacer una ligera reparación al vapor y la otra la aplicaría á asuntos agenos á la expedición, pues se decía que sus negocios marchaban mal. Con esa habil maniobra, saldría de algunos compromisos, se llevaría la gloria de haber despachado una expedición, y ellos quedarían anulados y sin dinero.

Convinieron todos en que Aguilera tenía razón y después de discutir el medio de poner al descubierto las intenciones de Agüero y de Martínez, acordaron el plan siguiente. Contestar al primero que desde luego podía contar con los doce mil pesos en la forma siguiente: Interesándose ellos en que las reparaciones del "Edgar Stuart" se llevasen á término en debida forma, Villegas se haría cargo de hacerlas, invirtiendo los seis ú ocho mil pesos que decía Agüero costarían, y una vez listo el vapor lo utilizarían ellos para mandar su expedición. A su regreso llevaría Agüero la suya, para lo cual le facilitarían ellos los tres ó cuatro mil pesos restantes, comprometiéndose Martínez á devolverles esta última cantidad cuando fueran á mandar otra expedición. De esta manera se auxiliarían mútuamente, como debían hacer los buenos patriotas y la revolución gozaría del beneficio de dos expediciones con muy corto intervalo.

Instruído Ramón Martínez, de acuerdo de la sociedad, pidió que fuera una persona de la directiva á entenderse con él. Se comisionó al mismo Villegas, y habiendo ido éste á avistarse con Martínez, después de larga discusión, convinieron al fin, previa aprobación de la sociedad que se fusionaran las dos expediciones, nombrándose un individuo por cada parte para que se entendieran en su despacho, siendo los gastos de por mitad.

Reunido Villegas en la oficina con Martín Rivero, Francisco Arteaga, Vicente Mestre é Hilario Cisneros, dió cuenta de su conferencia con Martínez. Rivero y Arteaga se opusieron fuerte-

mente á que se llevara á cabo la fusión, diciendo que Martínez no obraba de buena fe, que era un lazo el que se les tendía y debía desecharse la proposición. Otros dijeron que teniendo pendiente la proposición del vapor "Artisan", debían esperar hasta decidirse sobre este vapor para contestar á Martínez. Rivero y Arteaga hicieron algunas alusiones desfavorables á Zambrana, que fué el mediador en la proposición Agüero-Martínez y Villegas defendió á Zambrana.

Decidieron que se reuniera la directiva de la sociedad al día siguiente para deliberar sobre el asunto.

Al día siguiente fué Aguilera á la oficina y encontró al comité ya constituído en sesión.

Estaban presentes Pedro Martín Rivero, Aldama, Hilario Cisneros, Vicente Mestre, Villegas y Arteaga. Aguilera tomó también parte en la sesión. Manifestó Vicente Mestre que en cumplimiento de su comisión había reconocido el vapor "Artisan", y no servía por ser un vapor de río muy débil. Expuso Villegas que sólo podían contar con diez y ocho mil pesos, cantidad muy exigua para comprar un vapor, armas y municiones; y que estando pendiente la proposición de Ramón Martínez debía acordarse lo que se contestaría. Opinó Aldama que ocuparse de la proposición de Martínez era perder el tiempo, porque Martínez querría imponer á Melchor Agüero y éste era un individuo con quien no debían transigir. Martín Rivero apoyó á Aldama, añadiendo que si se aceptaba la proposición, serían aquellos los que se llevarían la gloria de haber mandado la expedición.

Manifestó Aguilera que para él la cuestión era bien sencilla, pues se reducía á averiguar si contaban con fondos suficientes para comprar un vapor por pequeño que fuese y los elementos de guerra que habían de constituir la expedición. Que no siendo suficiente la cantidad de que podían disponer, según acababa de manifestar Villegas, creía deber aceptarse la proposición de Ramón Martínez tomando todas las precauciones para no ser burlados. Dijo que hacía más de seis meses que estaban haciendo esfuerzos extraordinarios para mandar una expedición á Cuba y era esa la fecha en que nada habían adelantado.

Que vistas las dificultades con que tropezaban no debían pararse á escoger los medios para realizar su objeto, sino aprovechar cualquiera que se les presentase, con tal de obtener el resultado apetecido: que los patriotas de Cuba recibiesen los elementos de guerra que tanto necesitaban. Añadió que el tiempo que perdían era funesto por todos conceptos: funesto porque no mandaban auxilios á la revolución, funesto por el descrédito que sobre ellos recaía con la nulidad de sus trabajos y funesto también, porque los pocos recursos que tenían se iban consumiendo día por día, lo que los imposibilitaba cada vez más para el logro de su propósito.

Manifestó Aldama que se suprimiesen esos gastos y no mermarían los recursos. Contestó Aguilera que era imposible, porque necesitaban hacer gestiones activas para conseguir el buque, y allí cada paso costaba dinero. Además, había que sostener algunos individuos como los comisionados, maquinistas, prácticos, etc., los que era preciso tener á la mano, porque si se dispersaban, sería muy difícil ó imposible reunirlos cuando se necesitasen. Añadió Aguilera que el único inconveniente que veía á la proposición de Martínez era que querría imponer á Agüero; y si era así, cualquiera que fuese el comisionado que mandasen con la expedición, auguraba un mal resultado.

Contestó Vicente Mestre que nada importaba que fuera Agüero, pues si el comisionado que ellos mandaban era un hombre enérgico, ya sabría ponerlo en cintura. Preguntóle Aldama si se atrevería él á llevar la expedición. Contestó Vicente Mestre que sin duda se atrevía, y si Agüero quería imponérsele, ya sabría obligarlo á no salirse de su lugar, por la fuerza. Al efecto llevaría diez ó doce hombres de su entera confianza, y llegado el caso, no vacilaría en echarlo al agua si fuera necesario.

Vicente Mestre y Amabile, cubano, había sido oficial en la marina española. Tan pronto como estalló la revolución de 1868 dejó aquel puesto y se unió á sus

paisanos, trabajando desde entonces con entusiasmo en favor de la causa de su patria.

Insistió Villegas en que era preciso acordar la contestación á Ramón Martínez y elegir el que había de llevar ésta. Hilario Cisneros, que hasta entonces había permanecido silencioso, por encontrarse enfermo, dijo que él no podía hacerse cargo de la comisión á Martínez porque éste podría creer que había sido elegido para romper la negociación, pues había tenido cierto disgusto con él. Villegas expuso que tenía motivos particulares para no ir. Arteaga acercándose á Aguilera le dijo que él iría, pero en el concepto de concluir muy pronto el negocio negativamente. Por último, dijo Vicente Mestre que estaba dispuesto á hacerse cargo de la comisión, y la desempeñaría con calma, pues creía que podían orillarse todas las dificultades. Quedó nombrado unánimente Vicente Mestre para llevar la contestación á Ramón Martínez. Martín Rivero, como secretario del comité, extendió el nombramiento de comisionado á favor de Vicente Mestre el que fué firmado por Villegas como Presidente.

Procedieron entonces á discutir las instrucciones que había de llevar el comisionado. Martín Rivero las iba poniendo en forma por escrito. La segunda era la fecha en que debía devolverse el vapor á Ramón Martínez. Propuso alguno que fuera en el término de cuarenta días. Esto produjo una negativa general, seguida de viva discusión. Aldama manifestó que Mestre podía proponer á Martínez, que siendo el valor del vapor doce mil pesos, porque nadie había ofrecido más por él, y contribuyendo ellos con ocho mil pesos, para su reparación, que Martínez les reconociese la propiedad de la tercera parte del vapor. Manifestó Villegas que esa proposición sería desechada por injusta, pues había que considerar que Martínez iba á arriesgar el capital, corriendo el bloqueo y los ocho mil pesos que ellos daban podían considerarse como flete, para una empresa tan peligrosa. Varias otras proposiciones se hicieron y en definitiva no pudo acordarse nada. Convínose por último en dejar las condiciones del arreglo con Martínez al criterio del comisionado Vicente Mestre, instruyéndole de que cualquier condición que pusiese Martínez, que le pareciese grave, pidiese tiempo para reflexionar y la comunicase á ellos á fin de resolver. Inmediatamente salieron Villegas y Vicente Mestre para el escritorio de Martínez á fin de que el primero presentara al segundo; no habiéndolo encontrado, quedaron en volver al día siguiente.

Muy disgustado estaba Aguilera por lo que pasaba. Veía que desgraciadamente estaba ocurriendo lo mismo que había previsto y dicho á Hilario Cisneros y á Echeverría cuando trataron de que se uniera á la sociedad "Los Amigos de Cuba". Donde muchos hombres entendieran en un mismo asunto, forzosamente habría diversidad de opiniones y ésta traería el desconcierto donde debía reinar la unidad de miras y la rapidez de acción. Y si tenemos en cuenta las pasiones que animaban á esos hombres, el defecto característico de los cubanos de no poder ponerse de acuerdo jamás, y su intransigencia, el mal tomaba proporciones inmensas.

¿Qué haría en aquella deplorable situación?

Puesto que la mayor parte, si no toda la cantidad con que contaban, pertenecía á él mismo, ¿rompería su compromiso con la sociedad "Los Amigos de Cuba", retiraría su dinero y obraría con independencia, auxiliando la expedición de Martínez para que los patriotas en Cuba recibiesen prontos auxilios? Tal acción de su parte le traería el rompimiento con el partido aldamista, y como tampoco podía estar de acuerdo con Ramón Martínez, porque parecía ser recíproca la aversión que se profesaban, Aguilera quedaría aislado ó incapacitado para hacer nada por la revolución. De buena gana hubiera aprovechado aquella oportunidad para marchar á Cuba, poniendo término á tan angustiosa situación, pero ya hemos dicho las poderosas razones que le impedían seguir ese camino.

Todas estas consideraciones las hacía Aguilera durante aquellos tristes días de crisis, tomando por toda determinación

la de esperar que los acontecimientos fueran desenvolviéndose, sorteando mien tras tanto las dificultades, hasta que llegara el día de prestar algún valioso servicio á Cuba.

Al día siguiente fué Aguilera á la oficina. Encontró allí á Hilario Cisneros y éste le encomió mucho la idea de la fusión con Ramón Martínez, siempre que fuese posible, pues de esa manera se unirían todas las personas que allí se tenían por "decentes" poniéndose frente al enemigo común, que era Quesada.

Para que el lector pueda hacerse cargo más claramente de la situación de los partidos ó bandos en que estaban divididos los emigrados en aquella época, diremos que el antiguo partido quesadista, gradualmente se había ido dividiendo en dos grupos: el de los primitivos quesadistas, cuyo verbo era Quesada y Don Carlos del Castillo y entre sus sostenedores estaba Miguel Embil y varios más, y el grupo de Ramón Martínez apoyado por Bramosio, Angarica, Félix Govín, José Francisco Lamadriz y otros.

Poco después de estar Aguilera en la oficina, llegó Vicente Mestre, que volvía de su conferencia con Ramón Martínez. Refirió aquél á Villegas y Aguilera, que Martínez le había reiterado que tenía listos 500 remingtons, 500.000 cápsulas, un millón de fulminantes, una tonelada de pólvora, mucha ropa y tan solo necesitaba $20.000 para mandarlo todo á Cuba. Habiéndole preguntado Vicente Mestre quién sería el jefe que llevaría la expedición, contestó Martínez que Melchor Agüero, quien la dejaría en la playa, para que la condujese al Gobierno el jefe que la sociedad eligiese. Preguntó Villegas á Mestre quién se atribuiría la gloria de la expedición y contestó éste que no se había tocado ese punto, pero que naturalmente sería Ramón Martínez, por haber puesto las armas y el buque. Manifestó Mestre que la conferencia la había presenciado Antonio Zambrana quien apoyó en todo á Martínez, y que muy pronto vendría aquél á hablar con ellos.

Efectivamente, á los pocos momentos llegó Zambrana y pasaron los cuatro á un pequeño salón reservado. Comenzó Zambrana encomiando la valiosa expedición que tenía preparada Martínez, á la que podía calculársele un valor de ochenta mil pesos, y lo beneficioso que sería para la causa el arribo á las playas de Cuba de tan magnífico cargamento. Esa empresa, indudablemente, salvaría la revolución, pues las armas servirían para armar un ejército que invadiría las Villas. Concluyó con las palabras más elocuentes excitando á los presentes á que no desperdiciaran la oportunidad de salvar á Cuba, echando á un lado las pasiones y oyendo sólo la voz del patriotismo.

Contestó Vicente Mestre que no había tales ochenta mil pesos, porque las armas á quince pesos una y las cápsulas á treinta y nueve pesos el millar, hacían unos veintisiete mil pesos y doce mil que era lo más que habían ofrecido por el "Edgar Stuart," ascendía todo á unos cuarenta mil pesos.

Manifestó Villegas que era muy duro para ellos desprenderse de todo el dinero que tenían, quedándose inutilizados para servir á la patria, y que Martínez sólo se llevase la gloria.

Dijo Zambrana que no eran esas las intenciones de Ramón Martínez, sino que la expedición apareciese en el extranjero y en Cuba libre como mandada por Martínez y por la sociedad.

Preguntó Aguilera quién eligiría el punto de desembarco, si Agüero ó el comisionado que ellos mandasen, y de quién sería la responsabilidad de la expedición después de puesta en tierra.

Contestó Zambrana que la responsabilidad sería del comisionado de la sociedad, si mandara alguno, ó de Agüero si fuese éste quien la condujese en tierra. Con respecto al punto de desembarco añadió que nadie mejor que Agüero sabía cuál era el mejor, pues estaba en comunicación constante con todos los jefes de Cuba libre.

Objetó Mestre el mal concepto que merecía Agüero á toda la emigración. Contestó Zambrana que eso era una solemne injusticia, pues sabía que Agüero tenía defectos como todo hombre y él mismo había tenido lugar de observarlos, como en cierta ocasión en que se comparó á Bolívar; pero también era

cierto que tenía cualidades relevantes que era necesario aprovechar en bien de la patria. Dijo que era Agüero quien más expediciones había llevado con éxito á Cuba, que tenía un conocimiento exacto de las costas de la Isla, que estaba en constante correspondencia con Calixto García, Jesús Pérez, Titá Calvar, Vicente García etc., era muy buen "práctico", soñaba con la causa de Cuba y su mayor pasión era servirla. Que era honrado, vivía modestamente á expensas de Ramón Martínez, y finalmente que en su concepto era el único hombre capaz de llevar con éxito una expedición á Cuba, pues para ese efecto lo consideraba muy superior á Rafael Quesada. Zambrana, con su elocuencia persuasiva, continuó estimulando á los allí reunidos para que no dejasen pasar esa oportunidad de prestar tan valioso servicio á la patria.

Contestó Aguilera que no era él hombre que se dejase llevar por pasiones y pequeñeces, cuando estaban de por medio los intereses de Cuba. Que le halagaba sobre manera que una expedición tan valiosa llegase pronto, cualquiera que fuese quien la mandase, pues para él, sobre los partidos, sobre la gloria vana y sobre lo más grande de la tierra estaba el bien de la patria. Que con franqueza diría que tanto como le agradaba la idea del pronto arribo de ese poderoso auxilio á sus hermanos, le disgustaban los hombres que habían de llevar á cabo la empresa; sin embargo, hacía abstracción de esa repugnancia, obrando en consecuencia con lo que antes había manifestado y por su parte no había dificultad en que se llevase á cabo la negociación con Martínez, dejando á sus compañeros en libertad de obrar según lo creyesen más conveniente. Por conclusión, se convino en que Villegas reuniría al día siguiente el comité para oir su parecer y resolver en consecuencia.

CAPITULO XXXIV

OCTUBRE 1873

REUNION DE PATRIOTAS.—SE ACUERDA PEDIR A ALDAMA $13.000 PRESTADOS.—SE LE DAN COMO GARANTIA $30.000.—ALDAMA ACEPTA PERO PIDE TIEMPO.—ESTAN HACIENDO EL PAPEL DE "CARNEROS."—M. RIVERO DICE QUE EL PASTOR SERIA ALDAMA.— INDIGNACION DE CISNEROS.—ACALORADA POLEMICA.— AGUILERA CONTEMPLA TODO CON TRISTEZA.—QUIERE SE ACEPTE LA PROPOSICION MARTINEZ.—SE APLAZA LA RESOLUCION.—ALDAMA NO PUEDE FACILITAR LOS $13.000.—MACIAS SOBRE EL GENERAL QUESADA.—INFORMES HORRIBLES QUE DA.—PORRO Y TRES ESPAÑOLES SUS COMPAÑEROS.—D. FELIPE LARRAZABAL Y M. QUESADA.—PEDRO SANTA CILIA Y M. QUESADA.—NEGROS INFORMES DEL CONSUL MEXICANO SOBRE QUESADA.—EL DR. X. X., REFIERE UN HECHO DE QUESADA.

El comité no pudo reunirse hasta dos días después. Tuvo lugar esta reunión en la oficina de la sociedad. A poco de estar Aguilera, fueron llegando Villegas, Pedro Martín Rivero, Hilario Cisneros, Vicente Mestre, Francisco Arteaga y dos individuos más, miembros del comité directivo del "Club de Manufactureros de Tabaco". Comenzada la sesión, manifestó Villegas que era conveniente no se llamase aún á Aldama, que estaba en su oficina, en el piso inferior del edificio, porque quería proponer un plan, sin que aquél estuviera presente. Dijo que pensaba hacer á Aldama la siguiente proposición: Que faltándoles trece mil pesos para comprar el vapor "Octavia", por el que pedían veinticinco mil pesos, y además ponerle la paila, única cosa que le faltaba para navegar, lo que costaría ocho mil pesos, les facilitase los referidos trece mil pesos y él le daría en garantía treinta mil pesos en pagarés de muy buenas firmas de la Habana, cuyos pagarés, además, haría que su esposa los garantizase con su firma, obligando á su pago todos los bienes que tenía en Cuba cuyo valor subía á mucho mayor cantidad y no estaban embargados. Exigió Villegas al mismo tiempo el mayor sigilo respecto á este asunto, pues si llegaba á traslu-

cirse la negociación, inmediatamente el Gobierno de la Habana embargaría los bienes á su esposa, imposibilitándolo á él para seguir sirviendo á la causa.

El proyecto fué acogido por todos con el mayor entusiasmo y añadió Arteaga que si parecían pocas esas garantías á Aldama, podía también hipotecarse el vapor á su favor por los referidos trece mil pesos. Aprobóse esta idea y todos, muy entusiasmados convinieron en que se mandara inmediatamente un comisionado á explorar la voluntad de Aldama, eligiéndose á este efecto á Pedro Martín Rivero. Salió éste y los demás quedaron discutiendo la proposición Martínez mientras regresaba el comisionado.

Aguilera, que de ninguna manera se dejaba llevar del entusiasmo que demostraban los demás, pues conocía muy bien á Aldama, sabía que nada se sacaría de él en el sentido que se proponían sus amigos, no pronunció una palabra en contra y más bien trató de alentarlos para ver si á fuerza de desengaños llegaban á conocer al hombre.

Discutida la proposición Martínez, convinieron todos en las pocas garantías que prestaban Melchor Agüero y Ramón Martínez, por sus antecedentes desleales, refiriendo cada uno una historieta de uno ó de otro, que corroboraban la poca fe que les merecían ambos. Al fin convinieron en que sólo en último caso deberían aceptar sus proposiciones, pues llevarían un noventa por ciento de probabilidades de ser engañados.

Volvió Martín Rivero de su comisión. Dijo que á Aldama había parecido el proyecto magnífico, y manifestó que un mes antes lo hubiera aceptado al instante, pero que en aquellos momentos tenía que pedirles dos ó tres días para tratar de reunir el dinero.

Añadió Rivero que Aldama era muy opuesto á la negociación con Martínez y le había dicho que si la llevaban á cabo, retiraría los seis mil pesos que le habían dado para la causa de Cuba y había ofrecido á Villegas. Pensó Aguilera si esos seis mil pesos se compondrían de los tres mil que en París le había entregado su familiar Silvio Alfonso para el mismo Aguilera, que Almagro le urgía para que se los reclamase, y los tres mil que también á Aldama había entregado el caballero americano Gerrit Smith.

Manifestó Vicente Mestre que él esperaba que Aldama de momento se hubiera comprometido á hacer la negociación, aunque hubiera pedido algunos días para entregar el dinero. Villegas sin dejar concluir á Mestre, salió inmediatamente en defensa de Aldama, diciendo que sabía por su hermano José María, que era tenedor de libros de Aldama, que éste de pronto no tenía dinero, porque había empleado un millón y doscientos mil pesos en la empresa de la refinería.

Continuó diciendo Villegas que dado caso que hubiera que aceptar la proposición de Martínez y éste les impusiese á Melchor Agüero, él estaba dispuesto á conducir la expedición en tierra, hasta entregarla al gobierno.

Manifestó Hilario Cisneros que ellos estaban en el deber de oir las proposiciones de Martínez, aunque tuviesen la seguridad de que serían inadmisibles, para evitar que luego les echasen en cara que por dar pábulo á sus pasiones habían desechado una oportunidad de mandar á Cuba los recursos que ésta tanto necesitaba.

Contestó Martín Rivero que si había la seguridad de que no podían ser admisibles dichas proposiciones, no debían oirse para no perder el tiempo inútilmente.

Replicó Hilario Cisneros que hasta entonces no habían hecho otra cosa que perder el tiempo, y por consiguiente, ese temor no debía impedirles oir á todo el mundo. Que la verdad era que habían estado haciendo el papel de "carneros" y eso era lo que los tenía en aquella fatal inacción.

Contestóle Martín Rivero que no estaba de acuerdo; y que comprendía bien que las palabras de Cisneros aludían directamente á Aldama, á quien Cisneros juzgaría el pastor y ellos las ovejas.

Indignóse Cisneros al oir tal suposición y dijo que lo que había querido expresar era que con su inacción estaban

levantando un pedestal al partido quesadista. Persistió Rivero en lo de que Aldama fuera el pastor, y con este motivo tuvieron una acalorada discusión Rivero y Cisneros, en la que los allí presentes terciaron más ó menos, hasta que al fin, se calmó la tempestad.

Aguilera contemplaba silenciosamente aquel episodio, convencido como estaba de que Hilario Cisneros, en un momento de ingenuidad había dicho la verdad, por más que después se asustara de su franqueza. En pocas palabras Cisneros había descrito gráficamente aquella bochornosa situación; y lo más triste para Aguilera era ver que él también se encontraba sometido al indigno pastor. ¡Qué amarga situación para un hombre pundonoroso y digno! Verse obligado á ser juguete de otro hombre de tan poco valer. En esta situación como en tantas otras, en que Aguilera sentía flaquear sus fuerzas y mirando á su rededor se encontraba solo, pensaba en Cuba, pensaba en la obra sublime en que estaba empeñado, y que esa obra exigía de sus apóstoles sacrificios tan grandes como ella misma.

Vuelto á discutirse la proposición de Martínez, manifestó Aguilera que siendo sus deseos que los patriotas recibiesen aquellos considerables auxilios cuanto antes, opinaba que si no había medio de que pudiesen mandar inmediatamente la expedición, se aceptase la proposición de Martínez, tomando todas las precauciones conducentes á que saliese sin más demora que la indispensable.

Después de interminables y acaloradas discusiones, urgiendo Vicente Mestre porque se resolviera la contestación que debía dar á Martínez, se acordó que se le dijese que la sociedad le contestaría definitivamente dentro de dos ó tres días. Y caso de realizarse la fusión, Villegas iría de jefe de la expedición y las atribuciones de Agüero serían alegir el lugar de desembarco y el cuidado del vapor.

Al despedirse, era la opinión unánime de que no habría necesidad de hacer uso de la proposición de Martínez, porque Aldama aceptaría definitivamente el negocio que le habían propuesto, en virtud de encontrarse perfectamente garantido con las seguridades que le daban; podría entonces comprarse el vapor "Octavia" y mandar en él la sociedad, por su cuenta, una buena expedición.

De esta esperanza, que tan alborozados tenía á todos, no participaba Aguilera, porque desde el primer momento vió que el aplazamiento de Aldama no era más que un subterfugio para hacerse atrás después. Sin embargo, calló su parecer para que no lo tuvieran como "agua fiestas" ó creyeran que tenía animosidad contra Aldama.

Dos días después, al preguntar Aguilera á Villegas el resultado de su proposición á Aldama y sobre la compra del "Octavia", contestó Villegas con desaliento que había conferenciado con Aldama y éste le había manifestado que el estado de la plaza era muy desfavorable; que varios compromisos se lo vencían en aquellos días y por estos motivos no podía hacer nada en el asunto que le habían propuesto; sin embargo, le prometió ocuparse en él, para realizarlo cuando pudiera. Propuso Aguilera ver si Aldama estaría dispuesto á prestar su garantía al dueño del "Octavia" por los referidos trece mil pesos, que se le abonarían en cuatro ó seis meses plazo. Contestó Villegas que era inútil, porque conocía bien á Miguel (Aldama). Manifestóle Aguilera que era necesario tomar una determinación inmediata para mandar recursos á Cuba, bien por conducto de Martínez ó por cualquier otro medio. Repuso Villegas que iba á reunir el comité para tomar una determinación.

Al día siguiente manifestó Villegas á Aguilera que la reunión del comité se había aplazado con objeto de que Martín Rivero hablase á Aldama para tratar de reducirlo á que prestase su firma para la compra del "Octavia".

El domingo próximo salió Aguilera de su casa y fué á visitar á su amigo Juan Manuel Macías. Después de hablar de diferentes particulares, recayó la conversación en el general Manuel de Quesada. Dijo Macías que este hombre

no solamente había sido condenado en Cuba como "cuatrero" sino que en México tenía una fama de la peor especie. Refirió algunos hechos practicados por Quesada en Brownsville, población frente á Matamoros y del otro lado del Río Grande, en la frontera de México y los Estados Unidos; hechos tales que nuestra pluma se resiste á estampar en este lugar y preferimos echar sobre ellos un velo piadoso.

Refirió además Macías que, en el año 1866, cuando redactaba un periódico revolucionario cubano, llegó á Nueva York Manuel de Quesada, procedente de México. Quesada trató varias veces de ser presentado á él, pero siempre se excusó Macías, pues no quería tener contacto con hombre de tan pésimos antecedentes. Don Felipe Larrazabal, venezolano y autor de la historia de Simón Bolívar, varias veces quiso presentárselo sin poder lograrlo tampoco. Macías entonces consideraba á Larrazabal como un hombre bueno, pero después averiguó que era lo mismo que Qesada.

Refirió también que una vez, queriendo tener informes auténticos de Manuel de Quesada, fué al Consulado Mexicano á solicitarlos. Era entonces cónsul el señor Navarro y encontrándose allí á la sazón Pedro Santacilia y varios generales y cónsules mexicanos, de tránsito, Macías llamó aparte á Santacilia, de quien era amigo, y le pidió los informes que deseaba en calidad de confidenciales. Santacilia se sonrió y dijo que le daría los informes que deseaba, pero no con carácter confidencial porque las hazañas de Manuel de Quesada eran públicas y notorias; y dirigiéndose á los otros señores en la habitación los informó de los deseos de Macías. Tomó la palabra el señor Navarro y dijo que ese informe le correspondía darlo á él y tenía mucho gusto en hacerlo delante de aquellas personas que también conocían á Quesada.

Efectivamente, Navarro dió á Macías los informes que deseaba; pero son éstos de naturaleza tal, que no queremos manchar estas páginas al transcribirlos en ellas, evitando así al lector el disgusto de pasar la vista sobre hechos tan repugnantes.

Añadió Macías que después se había unido á Quesada don Felipe Larrazabal y de acuerdo los dos, habían tirado unos bonos cubanos, firmándolos Quesada como jefe superior de la República de Cuba y Larrazabal como secretario general de la misma. Abrieron pomposamente una oficina en Nueva York, engañaron á unos cuantos incautos y después desaparecieron cada uno por su lado.

Lamentóse Macías de que habiendo tenido Aldama uno de aquellos bonos en sus manos, hubiera sido tan mezquino que no lo hubiera recogido, pues se lo habrían vendido por cualquier cosa y se contentó tan sólo con sacar copia de él.

Durante esta conversación llegó el doctor XX y tomando parte en ella les refirió lo ocurrido á la llegada del general Quesada á Nueva York en aquella época. Dijo que dió á los cubanos un almuerzo, en el que les presentó su proyecto de independencia para Cuba, diciéndoles que para realizarlo se necesitaba de dinero, naturalmente. Después de bien discutido el brillante proyecto, mientras se almorzaba bien y se bebía mejor, al final de los calurosos y entusiastas brindis, sacó Quesada papel, tinta y pluma que de antemano tenía preparados, haciendo que cada uno de los comensales suscribiese la cuota conque debían contribuir para la independencia de Cuba. La suscripción subió á varios miles de pesos, de los cuales sólo pudo recolectar una parte y con ese dinero abrió una oficina para agenciar contribuciones, hasta que finalmente, desapareció Quesada y el dinero, quedando cerrada la oficina.

Todos los informes que recibía Aguilera de los que conocían la vida pasada de Manuel de Quesada, venían á corroborar lo que acababa de oir. Esto llenaba su ánimo de tristeza y alarma. De tristeza, al ver lo bajo que había descendido la representación de la República de Cuba en el extranjero, y de alarma porque calculaba los peligros que corría la misma República, si el día que triunfase la revolución, ocupaba en ella puesto prominente un hombre de las condiciones de Manuel de Quesada.

CAPITULO XXXV

NOVIEMBRE 1873

MIGUEL ALDAMA Y SU EMPLEADO JOSE MARIA VILLEGAS.—COMPORTAMIENTO DEL PRIMERO CON EL SEGUNDO.—ALDAMA INSISTE EN QUE NO PUEDE PRESTAR LOS $13.000.—PROPONE ACUDIR A ALGUNOS PATRIOTAS.—AGUILERA ACEPTA LLEVAR LA EXPEDICION.—DICE QUE NO DESEMBARCARA EN CUBA.—MOTIVOS EN QUE SE FUNDA.—ES APOYADO POR LOS ALLI PRESENTES.—PROPOSICION DE AGUILERA.—ALDAMA SE ENCARGA DE RECOLECTAR $5.000.—EXCUSA QUE DA PARA NO CUMPLIR.

Acostumbraba Aguilera ir con frecuencia á almorzar con Villegas á instancias de éste, para allí hablar con despacio de los asuntos en que se ocupaban. Aunque era Villegas uno de los más ciegos idólatras de Aldama, no por esto dejaba de censurarlo cuando hablaba en intimidad con Aguilera. Refirióle los servicios que su hermano José María había prestado á Aldama, de quien fué tenedor de libros y administrador, lo mismo que al señor padre de aquél, don Domingo por más de diez y ocho años; servicios tan valiosos como mal correspondidos por el hijo, cuya relación no trasladamos aquí, porque no queremos traspasar los límites de los asuntos particulares de Aldama.

El día designado para la reunión del comité fué Aguilera á la oficina de la sociedad para asistir á ella. Poco después llegaron Vicente Mestre, Hilario Cisneros y Arteaga. Dijo Vicente Mestre que había citado á Aldama á la reunión para decidir, pues demasiado tiempo habían estado inactivos, alentados por esperanzas que nunca veían realizar. Era de parecer que si ellos nada podían hacer de provecho, se entregasen los fondos á cualquiera que estuviese en actitud de hacer más.

Manifestó Aguilera que era del mismo parecer; que lo importante era mandar auxilios á la revolución, cualquiera que los llevara. Dijo Arteaga que no pensaba así, pues creía que de ninguna manera debían transigir con ciertos hombres, entregándoles los fondos de la patria. Hilario Cisneros y Villegas fueron de la opinión de Artega.

A las tres de la tarde llegó Aldama; poco antes había llegado Martín Rivero, y todos se constituyeron en sesión. Tomó la palabra Vicente Mestre, encomió las bondades del vapor "Octavia" y las ventajas que obtendrían con su adquisición, al cómodo precio de veinticinco mil pesos. Dijo que tan sólo necesitaban trece mil para ver realizado su bello ideal y concluyó apelando de la manera más delicada á los nobles y patrióticos sentimientos de Aldama para que los sacase de aquella difícil situación y salvara á Cuba. Dijo que sus intereses no podían sufrir en lo más mínimo, tanto por la superabundante garantía que le ofrecía Villegas, cuanto porque el buque se inscribiera á nombre de él. Dijo, además, que le ofrecía bajo su palabra de honor, mandar él mismo el buque, colocarse en uno de los cruceros de los barcos españoles, y con el primer vapor mercante que apresase. indemnizarlo de la cantidad que tan encarecidamente le pedían.

Contestó Aldama que no podía aceptar la garantía de Villegas, por no verse precisado á hacerla efectiva si llegara el caso, siendo tan amigos. Que en aquella ocasión estaba dispuesto á contribuir como el que más, pero que él no podía hacer solo la independencia de Cuba. Manifestó que la expedición del vapor "Upton", que fué la más grande que arribó á Cuba, la despachó él, con cuarenta mil pesos suyos, porque los otros individuos que se habían comprometido á contribuir, luego que la expedición salió, faltando á su palabra, no quisieron abonar sus cuotas. Que ya á él le costaba la causa de Cuba doscientos cuarenta mil pesos, según constaba en los libros de la Agencia General (a) y por lo tanto, no

---

(a) En los libros de la Agencia General aparecía que Aldama había contribuido con unos doscientos mil pesos para la causa de Cuba; y en los mismos libros la cuenta de "Gratificaciones" durante el tiempo que Aldama había sido Agente ascendía á noventa y nueve mil pesos.

podía acceder á lo que se le pedía. Continuó diciendo que puesto que al "Octavia" no le faltaban más que las calderas que costarían ocho mil pesos, él trataría de conseguir que el pago se hiciera á plazos cómodos; y con respecto á los cinco mil pesos restantes, hablaría á Rivas y á Angarica para ver si lograba que los facilitasen. Añadió que para lograr esto era conveniente que se dijese que Aguilera mismo llevaría la expedición, pues de esa manera se animarían todos los cubanos y se prestarían á hacer un gran esfuerzo, en virtud de las generales simpatías de que gozaba.

Contestó Aguilera que no tenía inconveniente; por el contrario, le proporcionaría gran satisfacción ser el portador de una buena expedición; pero creía su deber hacer una aclaración; dado el crítico estado en que estaban las cosas de Cuba, según las noticias que tenían, mientras Carlos Manuel de Céspedes estuviese hecho cargo de la administración de la República, él no desembarcaría en la Isla, tanto porque no quería se creyese que iba á derrocarlo del poder, cuanto por otras causas que se reservaba.

Unánimemente manifestaron todos que de ninguna manera creían conveniente que Aguilera desembarcase en Cuba, y sólo deseaban que fuese el conductor de la expedición, para animar á los contribuyentes.

Añadió Aguilera que á su regreso tocaría con el vapor en Jamaica, Cayo Hueso y Nueva Orlenas con objeto de levantar el entusiasmo de los emigrados y recolectar algún dinero. Recorrería después otras ciudades del interior y con los fondos que reuniese, contando ya con la base del vapor, podría llevar poco después una segunda expedición. Todos aprobaron la proposición de Aguilera.

Acordóse que al siguiente día escribiría Aldama á Rivas, siendo portador de la carta el mismo Vicente Mestre, y también hablaría á Angarica á ver si entre los dos reunían los cinco mil pesos que necesitaban. Trató Villegas de que Aldama fijase la cantidad con que contribuiría por su parte para la empresa, pero no pudo lograrlo.

No necesitamos llamar la atención del lector sobre la fuerza que harían los razonamientos de Aldama á Rivas y á Angarica, para que facilitasen la cantidad solicitada al logro de una empresa para la que el que los invitaba no daba nada. Quedaron en reunirse dos días después para saber el resultado.

Fué Aguilera al día convenido á la oficina. Asistieron tan solo Martín Rivero, Vicente Mestre y él. Después le dijo Villegas que Aldama le había manifestado que, pensando fuera mejor ir él mismo á hablar á Rivas, había estado á verlo cinco veces sin encontrarlo. Comprendió Aguilera que era esa una vana excusa, pues Rivas, un señor ya anciano, apenas sabía del hotel donde vivía. Por otra parte, sabía también que ningún resultado había de dar su entrevista con él, por los motivos que hemos expuesto. Con respecto á Angarica, dijo Aldama que se había excusado

Como las negociaciones con Martínez se rompieron por no aceptar Agüero el lugar secundario á que se le reducía, y teniendo Aguilera poca fe en que pudiera conseguirse el vapor "Octavia" por la mediación de Aldama, hacía diligencias para conseguir otro vapor. Hablando con el maquinista Aguiar sobre el mal informe que del vapor "Artisan" había dado Vicente Mestre, le manifestó Aguiar que, aunque cierto que era un vapor de río, podía reforzársele y hacerlo servir para la navegación en alta mar; dijo que también el "Edgar Stuart" era un vapor de río, y arreglando el "Artisan" podía quedar mejor que el "Edgar Stuart".

Queriendo Aguilera saber la opinión del capitán Summer, que debía mandar el buque; lo hizo llamar y le consultó sobre el particular. Summer le dijo lo mismo que Aguiar; pero le advirtió que, en caso de que se comprara, las reparaciones que se le hicieran habían de ser dirigidas por él, puesto que él debía mandar el barco. Lo comisionó Aguilera para que viera al dueño, sobre el precio y otras condiciones y cumplido el encargo, volvió diciendo Summer que

el dueño bajaba el precio á dieciseis mil pesos, pero habían de darle la razón antes de las tres de la tarde, porque á esa hora debía cerrar un contrato de fletamiento por seis meses. Informó Summer á Aguilera que también en Filadelfia estaba el vapor "América", de mejores condiciones aún que el "Artisan". Como Aguilera debía obrar en todo de acuerdo con la sociedad, le dijo que nada podía determinar hasta el siguiente día que se reuniese la junta directiva.

CAPITULO XXXVI

NOVIEMBRE 1873

CAPTURA DEL VAPOR "VIRGINIUS".—GRAN EXCITACION EN LOS EE. UU.—VILLEGAS EXITA EL PATRIOTISMO DE ALDAMA.—ESTE SE MUESTRA INDIFERENTE.—VILLEGAS PROPONE LA UNION DE LOS TRES PARTIDOS.—SE PRESENTAN VARIOS PLANES PARA UNA EXPEDICION.—NO CUENTAN CON RECURSOS PARA ELLOS.—AGUILERA DICE QUE LOS HAY.—EXPONE SU PLAN.—MANDAR CARNEROS AL MATADERO.—CONTESTACION DE AGUILERA.—APRIETO DE ALDAMA.—MANUEL GOVIN.—BALBONA DE KINGSTON OFRECE $10.000.—ALDAMA REHUSA ENCABEZAR LA SUSCRIPCION.—JOSE M. MESTRE.—CONFERENCIA DE ESTE CON EL GENERAL QUESADA.—PROYECTO DE FUSION DE LOS TRES PARTIDOS.—VISITA AL GENERAL QUESADA.—ESTE CON MAÑA QUIERE SE LE ENTREGUE EL DINERO.—RAMON MARTINEZ VENDE EL "EDGAR STUART."—CUANTIOSOS RECURSOS CON QUE LLEGAN A CONTAR.—ALDAMA REHUYE RATIFICAR SU COMPROMISO.—RUMORES DE LA DEPOSICION DEL PRESIDENTE CESPEDES.—V. MESTRE Y EL "OCTAVIA."—AGUILERA DICE SE COMPROMETE A SALIR EN EL.

El 6 de Noviembre fué Aguilera á la oficina y encontró gran excitación entre las numerosas personas que allí había, las que comentaban las noticias llegadas la tarde anterior sobre la catástrofe del vapor "Virginius". Había salido este vapor de Kingston Jamaica, conduciendo para Cuba una expedición mandada por el General Manuel de Quesada y á las inmediatas órdenes del General Bernabé Varona; fué apresado en alta mar por un crucero español, llevado á Santiago de Cuba con la expedición, disponiéndose las autoridades españolas á pasar por las armas á los expedicionarios en número de unos ciento veinte hombres.

La noticia causó gran excitación, no sólo en los círculos cubanos, sino en todo el país, extendiéndose hasta el Gobierno americano, por llevar el vapor "Virginius" la bandera de los Estados Unidos y conducir algunos ciudadanos americanos. En anticipación á la horrorosa hecatombe que se preparaba en Santiago de Cuba, el pueblo americano que tantas simpatías manifestaba por la causa de los cubanos, se sintió conmovido y trató de estimular á su gobierno á que tomase enérgicas medidas contra el español.

Llamó Aguilera aparte á Villegas para manifestarle que aquellos eran los momentos más favorables para sacar la expedición inmediatamente. Contestó Villegas con amargura que acababa de hablar con Aldama en el mismo sentido y éste le había contestado que buscase nueve cubanos que diesen diez mil pesos cada uno; él pondría otros diez mil y entonces podrían formar una buena expedición. Villegas le objetó con disgusto, que bien sabía él que pedía un imposible: que lo que se quería era que hiciera algo por su parte. Podían contar con veinte mil pesos y necesitaban dijese con cuánto contribuiría él. Trató de estimularlo, dicéndole que debían aprovechar aquellos momentos de indignación general para hacer un supremo esfuerzo; que al alborozo que mostraban los españoles por aquella aparente victoria, debían contestar ellos con un golpe contundente que los dejase anonadados. Si él encabezaba en una lista de suscripción, cual le correspondía hacerlo, sus amigos todos lo seguirían y podría reunirse una fuerte cantidad. Por el contrario, si se retraía, sus amigos se desalentarían, perdiéndose la oportunidad que se les ofrecía de devolver golpe por golpe.

Aldama, continuó Villegas, por toda respuesta le dijo que era su propósito fir-

me no encabezar suscripción alguna; y en cuanto á la cantidad con que estuviera dispuesto á contribuir, repitió lo que otras veces: daría como el que más.

Finalmente, el 7 de Noviembre celebróse la reunión que debió haber tenido lugar el 29 de Octubre. Asistieron á ella Pedro Martín Rivero, Villegas, Arteaga, Hilario Cisneros, Vicente Mestre, Aldama y Aguilera. Comenzó Villegas exponiendo en breves palabras la situación; habló respecto á la reciente catástrofe del vapor "Virginius", cuyos expedicionarios se esperaba fueran fusilados en Santiago de Cuba; del clamoreo de algunos de los cubanos pudientes, vana alharaca, pues se resistían á probar su patriotismo de una manera efectiva, y finalmente de la imperiosa necesidad en que se encontraban de hacer alguna cosa. Manifestó que con la pequeña cantidad que contaban, no podían hacer nada beneficioso para Cuba y concluyó proponiendo tener una reunión con los directores de los dos partidos, quesadista y martinista, para estimularlos á reunir sus recursos con los de ellos y mandar colectivamente una fuerte expedición, que al mismo tiempo que diera gran impulso á la revolución, descorazonara á los españoles al ver que los cubanos, lejos de arredrarse, después de un fracaso como el que acababan de sufrir, se levantaban más pujantes y decididos á obtener su independencia.

Aprobó Aldama la proposición de Villegas, añadiendo que debía convocarse á un "mitin" donde se reuniesen todos los cubanos.

Contradijo Vicente Mestre la proposición, manifestando que sería echarse en brazos de las personas que hasta entonces habían juzgado indignas, y que debían ser consecuentes con sus convicciones.

Propuso Martín Rivero que fuesen á Nueva Orleans Villegas y Aguilera; y si era verdad que Rafael Quesada se había separado de su hermano Manuel y tenía algunos fondos recogidos por su cuenta, se unieran á él para mandar una expedición.

Manifestó Cisneros que lo que tendría reunido Rafael Quesada sería muy poca cosa, y que visto lo crítico de la situación y que allí nada podían hacer de provecho, más bien era de parecer que Aguilera y Villegas fueran al Perú donde podían conseguirse abundantes recursos en poco tiempo.

Fué desechada esta proposición por dilatoria. Se presentaron y discutieron otras más, no siendo aprobada ninguna, hasta que al fin Hilario Cisneros, tratando de fijar la cuestión, preguntó si podrían ellos con los fondos que contaban, mandar una expedición á Cuba, que fuera eficaz. Todos contestaron que no.

Como Aguilera se hubiese mantenido silencioso desde que comenzó la discusión, apenado de ver tanta diversidad de pareceres, tantas oposiciones de una y otra parte, tanto discutir y tampoco práctico para el auxilio de Cuba, hiciéronle la misma pregunta de Hilario Cisneros, y contestó que sí.

Preguntáronle que haría él, y contestó que el vapor "Anna" podía conseguirse por ocho ó diez mil pesos y con los diez ó doce mil restantes y otro tanto que se tomara á crédito, podía mandarse una expedición muy buena á Cuba, que probaría á los patriotas que no estaban olvidados y á los españoles que el golpe que acababan de recibir, lejos de desalentarlos, los afirmaba más en su empeño de hacer á Cuba independiente.

Dijo Vicente Mestre que eso sería mandar carneros al matadero, visto el fracaso que acababa de sufrir el "Virginius" y que él no votaría por semejante proposición.

Contestó Aguilera que todas las guerras estaban sujetas á tener sus descalabros. Que en prueba de que no consideraba desesperado su proyecto, él se comprometía á ir mandando la expedición, compartiendo así la suerte con sus compañeros. Añadió que era necesario hacer algo, que bastante tiempo habían perdido en vanas discusiones, que los cortos recursos con que contaban iban aminorando de día en día y debían tomar una resolución rápida y eficaz. Si resultaba riesgosa, esos riesgos los habían aceptado al emprender la revolución.

Preguntó Aldama por qué habían abandonado el proyecto del "Octavia". Sonrióse Aguilera y con forzada calma le contestó que les faltaban trece mil pe-

sos, dificultad que él— Aldama— había ofrecido obviar.

Interpeló entonces Vicente Mestre á Aldama, con la mayor dulzura, diciéndole: "Vamos á ver, Miguel, si nos saca usted del duro trance en que estamos, prestándonos los cinco mil pesos que nos faltan para los trece mil. Yo prometo á usted ir mandando el vapor, y antes de un mes devolverle esa cantidad en relojes y leontinas de las presas que he de hacer. Además, el vapor se le hipotecará por la referida suma..." Aldama movió la cabeza negativamente... Todos los allí presentes se mantuvieron mudos. Hasta el mismo Martín Rivero, tan decidido admirador de Aldama, parecía anonadado. Aquel silencio abrumador hacía la situación insostenible... Al fin, rompiólo Aldama con la vivacidad que le era propia, y preguntó si no darían el vapor "Octavia" en menos de veinticinco mil pesos. Contestóle Vicente Mestre que había hecho todas las diligencias imaginables y no lo daban ni un peso menos. Púsose de pie Aldama é invitó á Mestre á ir con él á hablar al corredor, pues dijo estaba persuadido de que lo rebajaría. Logró hacer que Mestre lo acompañara, y salieron los dos de la oficina. Todos quedaron persuadidos de que aquello había sido un recurso de Aldama para salir de la penosa situación en que se encontraba.

Continuaron los demás la sesión y finalmente convinieron en volver á reunirse al día siguiente muy temprano para saber lo que habían logrado Mestre y Aldama respecto al "Octavia". En la próxima reunión continuarían la discusión de la proyectada fusión de los tres partidos, propuesta por Villegas, y también discutirían el proyecto de Aguilera de llevar la expedición en el vapor "Anna", caso de que no hubiese otro medio mejor de sacarla, corriendo el riesgo que nadie podía desconocer, por ser este vapor pequeño y de poco andar.

Concluída la sesión, reunido Aguilera con Martín Rivero y Villegas, como se tratase de tener otra reunión para la que se citarían á los cubanos ricos, manifestó Aguilera que no le parecía práctico el medio, porque esos cubanos no concurrirían y creía más conveniente que fueran Villegas y él á visitarlos al domicilio de cada uno, manifestándoles que tenían veinte mil pesos y necesitaban cinco mil más para llevar á cabo una buena expedición. Aprobaron la proposición M. Rivero y Villegas y resolvieron proponerlo así en la junta que debían tener al día siguiente.

Fué Aguilera muy temprano ese día á la oficina, á saber el resultado de los asuntos del anterior. Fueron llegando Pedro Martín Rivero, Francisco Arteaga, Vicente Mestre, Hilario Cisneros, Antonio Zambrana y Villegas sucesivamente. Aldama no fué. Procedieron á la reunión en la que hicieron tomar parte á Zambrana. Informaron á éste de lo ocurrido en la sesión del día anterior, así como también de lo propuesto por Aguilera á Villegas y Rivero. A Zambrana le pareció la idea magnífica; propuso que llevasen una libreta en la que cada cual se inscribiese con la cantidad que estuviese dispuesto á dar, ó expusiese los motivos por qué no podía contribuir. Inmediatamente hizo traer una libreta y escribió en ella un bello preámbulo, como encabezamiento. Se procedió á hacer una lista de los cubanos acaudalados, en la que se asentaron quince nombres siendo el primero el de Aldama. Se acordó que al día siguiente fuese Aguilera á almorzar con Villegas y saliesen á desempeñar la comisión inmediatamente después.

Dijo Zambrana que no debían pedir su cooperación á Quesada, porque parecería un sarcasmo, puesto que debía suponerse que no le había quedado una peseta, y quizás le habrían fusilado su hijo en el "Virginius". Añadió que á pesar de su repugnancia iría á visitarlo aquella noche. Dijo lo mismo Hilario Cisneros y manifestó Villegas que igualmente iría á verlo al día siguiente. Aconsejó Zambrana á Aguilera que también lo hiciese, por más disgusto que le causara.

Preguntó Aguilera á Vicente Mestre por el resultado de su comisión con Aldama y contestó que habían estado en la oficina del corredor, y no lo encontraron; tomaron un coche, fueron á su casa, y tampoco estaba. Aldama quedó en volver á verlo al siguiente día y llevarle la

respuesta. En todo el día no pareció Aldama.

Fué Aguilera á almorzar con Villegas según había convenido. En casa de éste encontró á Manuel Govín que había llegado de Kingston, Jamaica.

Refirióles Govín la salida del "Virginius" del puerto de Kingston. Dijo que el dinero para el despacho de la expedición lo había dado el ciudadano José C. Balbona. Habló muy bien de la generosidad de este patriota. Dijo que al preguntarle cómo se desprendía de una cantidad tan considerable para la empresa de Quesada, cuando había ofrecido auxiliar la de "Los Amigos de Cuba", contestó que para esta sociedad tenía una cantidad aun más crecida.

Añadió que como miembro de la Directiva de "Los Amigos de Cuba" de Kingston, quería demostrar á todos que la sociedad estaba dispuesta á auxiliar cualquier expedición que saliese para Cuba aunque fuese la de Quesada. Bernabé Varona, en un discurso que dirigió á los expedicionarios al salir, había reconocido que la salida de la expedición se debía á la sociedad "Los amigos de Cuba". Al mismo tiempo manifestó Govín, que Balbona lo había autorizado para que les ofreciera diez mil pesos por su parte para la expedición que proyectaba la sociedad. Esta manifestación fué acogida por Aguilera y Villegas con el regocijo que puede suponerse.

Dijo también Govín que la víspera de la salida del "Virginius" de Kingston habían tenido un baile á bordo; varios cubanos é ingleses fueron acompañando al vapor por algunas millas fuera del puerto en un remolcador. Finalmente, al regresar había caído el—Govín—al mar y lo salvó el General Ryan, que se arrojó al agua inmediatamente.

Concluído el almuerzo se despidió Govín, y salieron Villegas y Aguilera á desempeñar su comisión. Fueron á casa de Aldama. Le refirió Villegas el objeto de la visita, y Aldama contestó lo de siempre: que había hecho juramento de no encabezar ninguna lista de suscripción y se reservaba para el último. No fué posible sacarlo de ese círculo. Ofrecióse, sin embargo, para acompañarlos á casa de Angarica.

Llegaron á casa de este señor, é informado de la comisión, se excusó por motivo de mil contratiempos que había tenido en sus intereses, los que refirió, ofreciéndoles que tan pronto recibiese dinero, contribuiría muy gustoso para lo que le pedían. Despidiólos Angarica afectuosamente y continuaron los tres á casa de José Manuel Mestre.

Después de hacerle la misma manifestación, refirióles Mestre que el día anterior lo había mandado llamar el General Quesada. Dudó en ir, pero al fin fué. Le dijo Quesada que lo había llamado porque quería pedirle su consejo. Le manifestó que se encontraba aislado, no sabía qué hacer, y comprendía que el rudo golpe que la causa de Cuba acababa de sufrir era necesario repararlo, haciendo alguna cosa digna de los cubanos. Que deseaba le indicase el medio mejor para reunirlos á todos. Mestre contestó que abundaba en las mismas ideas, pero como no estaba preparado para darle un consejo bueno, de tal trascendencia, le suplicaba le diese tiempo para meditarlo y hablar con alguno de sus amigos; que muy pronto le contestaría.

Continuó Mestre diciendo que creía debía aprovecharse esta buena disposición del general Quesada para tratar de hacer algo beneficioso para Cuba. Las circunstancias eran tanto más favorables cuanto que la iniciativa partía de él; quizás tendría algunos recursos que podrían aprovecharse para la expedición que proyectaban. Si se conseguía que Martínez, que había sido tan amigo de Quesada, facilitase el vapor "Edgar Stuart" entonces, reunidos los elementos de los tres, podría enviarse á Cuba una buena expedición que diese un fuerte golpe á los españoles. Insistió mucho Mestre en que todos debían deponer sus prevenciones particulares ante el peligro que corría la patria é indicó que la expedición podía llevarla bien Aguilera ó Rafael Quesada, pues éste era un buen jefe que había desembarcado y conducido en tierra con felicidad, varias otras.

Villegas y Aldama acogieron favorablemente el proyecto, y manifestó Agui-

lera que también él vería con sumo agrado que se realizara; pero que si él había de conducir la expedición no admitiría que el General Quesada tuviese intervención alguna en su despacho, porque conocía la animosidad que tenía contra él y desconfiaba de que tratase de hacerlo fracasar. Con respecto á Rafael Quesada, dijo que no podía menos que reconocer su pericia en esas empresas y no tenía inconveniente en que, caso de hacerse la fusión, fuera Rafael Quesada el conductor de la expedición. Tomáronle la palabra á Aguilera, y resolvieron que Mestre, Aguilera y Villegas fuesen á ver aquel mismo día al general Quesada para saber si contaba con algunos elementos.

Realmente tuvo Aguilera que hacer un gran esfuerzo para ir á ver al general Quesada, después de todo lo que entre ellos había pasado; pero como se trataba del bien de la patria, á la que nada podía negar, siguió á sus compañeros.

Despidióse Aldama y salieron Mestre, Villegas y Aguilera para casa de Quesada. Lo encontraron. José Manuel Mestre le expuso con la finura y elocuencia que le era característica que había hablado á sus compañeros del asunto que trató con él el día anterior y los había encontrado dispuestos á secundarlo. Encomió los incalculables beneficios que recibiría Cuba si se reunían las tres agrupaciones para juntas hacer un supremo esfuerzo que reparara inmediatamente el fatal golpe que acababan de recibir, pues sólo la agrupación que ellos representaban podía contar con trescientos hombres y treinta y cinco mil pesos.

Contestó Quesada con mucha calma, que esa unión era su más ardiente deseo; pero estaba persuadido que de Ramón Martínez nada podría conseguirse porque le había oído decir varias veces que no cedería el "Edgar Stuart", á menos que fuese mandado por Melchor Agüero, y de no ser así, preferiría vender el barco y repartir el importe entre sus dueños que eran dos, Félix Govín y Ramón Martínez. Sin embargo, dijo que él también tenía cinco mil pesos en ese vapor, y si le dieran alguna cantidad, podría proponer á Martínez su compra, aunque se le quedase á deber la mitad ó más.

Comprendieron todos al vuelo lo insidioso de la proposición, que no tenía otro objeto que el que ellos le ayudasen á comprar otro barco con que reponer al "Virginius". Manifestóle Mestre que no le parecía mal, pero creía conveniente hablar él,—Mestre,—antes con Ramón Martínez para ver si podía conseguir el vapor sin hacer ese sacrificio. No pudo oponerse Quesada á la proposición de Mestre y accedió.

Despidiéronse todos muy corteses, quedando Mestre en volver para decir á Quesada el resultado de su conferencia con Ramón Martínez. Durante la conversación, á pesar del tono conciliador que empleaba Quesada, notó Aguilera que se dirigía á los otros que lo acompañaban y poco se fijaba en él.

Al día siguiente, estando Aguilera en la oficina con varios más, llegó José Manuel Mestre á informar á Villegas y á él de la contestación de Ramón Martínez. Expuso que le había dicho Martínez que tenía en trato al "Edgar Stuart" por dieciocho mil pesos, debiendo contestarle dentro de dos ó tres días. Todo lo que podía hacer era darlo á ellos por la misma cantidad, caso de que la respuesta que esperaba fuese negativa. Discutida la proposición se acordó no aceptarla, rompiendo las negociaciones con Quesada de una manera cortés.

En conferencia en la oficina, Villegas, José Manuel Mestre, Aguilera, Aldama, Arteaga, Manuel Govín y Pedro Martín Rivero para tratar del pronto despacho de la expedición que tanto tiempo hacía proyectaban, después de mucho discutir, manifestó Govín que iba á fijar la cuestión é hizo la cuenta siguiente de los recursos con que contaban: $20.000 que tenían en caja, $10.000 que ofrecía Balbona por mediación de Govín, otros $10.000 que daría Aldama puesto que repetidas veces había dicho que "daría como el que más". Además, unos materiales de guerra que había en Kingston, Jamaica y 200 rifles y 30.000 cápsulas que había contratado Govín por $5.000. Manifestó Govín que con esos cuantiosos elementos tenían ya lo suficiente para com-

prar el vapor "Octavia" y mandar en él á Cuba una magnífica expedición. Además, dijo que tenía en Puerto Plata doscientos hombres listos para ir á Cuba y cien más en Jamaica.

Dirigióse Villegas á Aldama preguntándole si aceptaba el compromiso de dar los diez mil pesos, puesto que había un patriota que daba esa cantidad. Estuvo Aldama titubeando por algunos momentos, tratando de evadir una respuesta categórica, pero precisado por Villegas, al fin levantándose con ímpetu de su asiento dijo á Govín: "Vamos á comprar el "Octavia". Levantóse también Govín y salieron los dos. Todos quedaron perplejos ante aquella escena y dijo Villegas que al fin había logrado que Aldama contribuyese cual le correspondía. Manifestó Aguilera desconfianza porque la cuestión ni había quedado bien definida. Contestó Villegas que Aguilera pensaba así porque no había oído la conversación que anteriormente había tenido él con Aldama.

Otra vez más escapaba Aldama del compromiso en que lo pusieron sus amigos. Ya habrá observado el lector que en los momentos supremos siempre tenía una salida para quedar bien sin comprometerse. Cuando se le pedía que fijase la cantidad con que contribuiría para una empresa patriótica, decía siempre que daría "como el que más", reservándose para 'el último". Como esta vez hubiera quien diera diez mil pesos y parecía que esta dádiva iba á hacerse efectiva en breve tiempo, aun repetir esas frases sacramentales esquivaba, pues parecía ser su propósito, si llegara el caso, dejarlas incumplidas. No le faltaría para ello algún expediente.

Continuaron la sesión los que quedaron y acordaron sobre el asunto de Quesada que fuesen J. M. Mestre y Villegas á decir á aquél que la negativa de Martínez de facilitarles el vapor, había echado por tierra su patriótica idea de fusionar todos los partidos, y por lo tanto se veían en el caso de continuar los trabajos, prometiendo avisarle cuando tuviesen lista la expedición para que, si lo tenía á bien, mandase en ella los recursos que tuviese dispuestos.

Al día siguiente fué Aguilera á la oficina á saber el resultado de los asuntos del día anterior. Encontró allí á Zambrana quien dijo había visto varias cartas de Cuba libre que decían que la deposición del Presidente Céspedes era inevitable; la Cámara iba á reunirse con ese objeto. Le objetaron que López Queralta acababa de llegar del campo insurrecto y no sabía nada del particular, á lo que repuso Zambrana que Queralta se había demorado mucho, después que se despidió del Gobierno, teniendo las cartas que había visto fechas posteriores.

Poco después llegó Vicente Mestre y dijo que había examinado el vapor "Octavia". Aunque sus máquinas eran de gran potencia la construcción del buque no era adecuada para andar mucho: según los informes que había adquirido su marcha no pasaba de diez millas por hora, velocidad insuficiente para escapar del vapor español "Tornado" que había apresado al "Virginius" y andaba doce millas.

Contestó Aguilera que si el andar diez millas solamente, era la única objeción que se ponía al "Octavia", estaba dispuesto á pasar sobre ella, siempre que inmediatamente no tuviesen otro vapor que anduviese más, pues en aquellas circunstancias la prontitud era una de las condiciones más importantes. Estaba dispuesto á llevar la expedición en el "Octavia" porque diez millas le parecía andar suficiente, sobre todo si el vapor era bastante fuerte para colocarle una coliza á popa, con que defenderse en caso necesario.

A ese tiempo llegaron Villegas y José Manuel Mestre, y se constituyeron todos en sesión. Comenzó Mestre dando cuenta de la entrevista que Villegas y él había tenido con el general Quesada. Dijo que éste había recibido con su frialdad acostumbrada la noticia de que no era posible la fusión; lo mismo la de que ellos habían conseguido un vapor para mandar su expedición, y le avisarían la salida de ésta, por si quería remitir á Cuba algunos recursos. Contestó Quesada que los materiales de guerra que tenía estaban diseminados por Jamaica y Colón y al fin se despidieron muy corteses.

Expuso Vicente Mestre lo que antes hemos expresado sobre el "Octavia", añadiendo que pensaba ver al constructor de la caldera para saber si se comprometía á construir ésta de manera que pudiese andar el vapor catorce millas, según le habían informado; si no se conseguía esto, era de opinión que se buscase otro buque de más andar.

Repitió Aguilera lo que antes había dicho, encareciendo la necesidad de asestar un golpe rápido y fuerte á los españoles para probarles que el fracaso del "Virginius" sólo había servido para afirmarlos más en su propósito de ver á Cuba independiente.

Apoyó Villegas las razones de Aguilera y añadió que no podía admitirse la dilación que proponía Vicente Mestre, porque entonces Miguel (Aldama) se "enfriaría" y encontraría una ocasión favorable para librarse de su compromiso.

Acordaron reunirse al día siguiente para oir el informe del contratista de la paila, y tener otra reunión con Aldama y Govín para resolver en definitiva.

CAPITULO XXXVII

NOVIEMBRE 1873

FUSILAMIENTO DE LOS EXPEDICIONARIOS DEL VAPOR "VIRGINIUS"—EXCITACION DE LOS EMIGRADOS CUBANOS Y PUEBLO AMERICANO.—ALDAMA HACE RECONOCER EL "OCTAVIA" POR PERITOS.—ESTOS INFORMAN MAL.—CONDUCTA GENEROSA DE QUESADA CON LA LIGA CUBANA.—CONDUCTA MEZQUINA DE ALDAMA CON LA MISMA.—SE DESECHA LA COMPRA DEL "OCTAVIA."—GRAN MEETING AMERICANO.—GOVIN Y EL VAPOR "COLUMBIA."—GRAN MEETING DE LA LIGA CUBANA.—PRESTIGIOSOS ORADORES.—CONCURRENCIA INMENSA.— ELOCUENTES DISCURSOS—SATISFACCION AL GOBIERNO AMERICANO—MULTITUD DE PERSONAS LLENAN LA OFICINA.—NO PUEDEN REUNIRSE PARA DELIBERAR.—ACUERDAN NOMBRAR UNA COMISION.—LA MISION DE ESTA DESPACHAR LA EXPEDICION.— ARREGLO DE LA CUESTION DEL "VIRGINIUS."—AGUILERA VA A BALTIMORE.— LAMENTABLE ESTADO DE POBREZA DE SU FAMILIA.

El día 12 de Noviembre fué Aguilera á la oficina, persiguiendo el asunto del "Octavia" al que daba la mayor importancia. La encontró llena de personas á consecuencia de la excitación que reinaba por la noticia del fusilamiento del capitán y tripulación del "Virginius" y doce cubanos expedicionarios, en Santiago de Cuba. Esta horrible carnicería conmovió hondamente al pueblo americano. Algunos periódicos pedían que fuese lanzado inmediatamente el poder español de la isla de Cuba. Varios proyectos surgían entre los cubanos allí reunidos para mover al Gobierno de Washington á hacer algo en pro de la causa; pero éstos se desvanecían pronto, porque se estrellaban en lo mismo que todo lo que pensaban beneficioso á la revolución; en la falta de dinero. En el estado de excitación en que se encontraban los ánimos, no podía tratarse de otra cosa que de los sucesos del "Virginius". Preguntó Aguilera á Villegas lo que había sobre el vapor "Octavia", y dijo aquél que Aldama había mandado reconocerlo por dos peritos de su confianza, y esperaban el informe. Tratando de sacar todo el partido posible de aquellos desgraciados acontecimientos, acordaron Aguilera y Villegas salir al día siguiente á visitar á la señora madre de Néstor Ponce de León y la señora de Ayesterán, á ver si conseguían de ella algún auxilio para reparar un tanto la desgracia sufrida.

Fué Aguilera á la oficina al otro día en busca de Villegas para visitar á las señoras referidas; la encontró llena de gente, como el día anterior. Solicitados ambos por las diferentes personas que allí habían concurrido, no tuvieron tiempo para salir á llenar su comisión. Muchos americanos iban á hablar á Aguilera para que los llevara á Cuba en su expedición, y éste para ganar tiempo, les decía que fueran á entenderse con el general Jordan.

Preguntó Aguilera á Villegas al día

siguiente lo que sabía sobre el "Octavia" y contestó que los peritos de Aldama habían informado mal, pues decían que el vapor no tenía capacidad suficiente para el carbón y era muy pequeño, pareciendo tener sólo doscientas toneladas.

Hablando Juan Manuel Macías con Aguilera le manifestó que el general Quesada había logrado introducirse en "La Liga Cubana" de una manera muy sutil. Se había hecho presentar al Vice-Presidente, y le había manifestado que él, como Representante del Gobierno de Cuba, estaba dispuesto á contribuir con la cantidad que se le designase, para los trabajos de la asociación.

Dijo Macías que la Liga proyectaba dar un gran mitin en favor de Cuba, para promover el entusiasmo de los americanos, lo cual le acarrearía algunos gastos. Con objeto de que no decayese el buen espíritu que mostraban sus miembros, había hablado á Aldama para ver si como cubano, que debía estar más interesado que los americanos en que se llevase adelante el proyecto, contribuía con alguna cantidad para el expresado mitin. Aldama le contestó que como simple miembro de "La Liga" contribuiría con cinco ó diez pesos que pudieran corresponderle, pero no estaba dispuesto á hacer más. Lamentóse Macías de que Aldama, con su pequeñez, cooperara á la entrada de Quesada en "La Liga", porque éste, persiguiendo sus miras, se manifestaría espléndido. Para conjurar tal peligro, solicitó Macías que hablara Aguilera á la sociedad "Los Amigos de Cuba" á fin de que contribuyera para el mitin con alguna cantidad, pues no estaba bien que los americanos, que tan espontáneamente se prestaban á servir á los cubanos, fueran á cargar con todos los gastos. Quedaron en reunirse al día siguiente en la oficina, donde Macías explanaría su demanda, y Aguilera lo apoyaría.

Fué Aguilera á la oficina al otro día. La concurrencia era grande, como los anteriores. Para reunirse y tratar de los asuntos pendientes tuvieron que ir á la de Aldama, en el piso inferior. Reuniéronse Aldama, Villegas, Aguilera, Vicente Mestre, Arteaga y Pedro Martín Rivero.

Manifestó Aldama el informe desfavorable que había tenido respecto al "Octavia." Dijo V. Mestre que además de un vapor que tenía visto en aquel puerto, que podía convenirles, tenía proposiciones de tres más, uno en Quebec, otro en el Lago Michigán y otro en Boston. Todos le encarecieron que tratase de decidirse pronto por el que le pareciese mejor. Se discutió la proposición de salir diferentes comisiones por el país á recolectar dinero, y se acordó que Hilario Cisneros y Francisco Arteaga fueran á New Orleans y Cayo Hueso, Vicente Mestre y Aldama á Filadelfia y Baltimore, y Villegas, Govín y Aguilera permanecieran en Nueva York, con el mismo objeto de acrecentar los fondos.

Al día siguiente fué Aguilera á la oficina y la encontró con la misma concurrencia. No pudieron reunirse porque faltó Villegas, ocupado en otros asuntos. Sabiendo Aguilera que en el parque de la casa del Ayuntamiento daban los americanos un gran mitin con motivo de los sucesos del "Virginius," dirigióse allí. Llegó á la una y media y ya los oradores americanos estaban pronunciando entusiastas discursos desde una plataforma. La concurrencia era en extremo numerosa. En la calle tenían un bote grande, aparejado de vapor y ostentando la bandera americana desgarrada. Había unos diez ó doce hombres-anuncios con grandes carteles é inscripciones alusivas á las peripecias de la captura, y carnicería en Santiago de Cuba.

Vuelto Aguilera á la oficina, hablando con Manuel Govín le preguntó que cuál de los vapores que tenían en perspectiva le parecía mejor. Contestó que el "Columbia" porque además de estar listo para navegar, era de más de mil toneladas y andaba de diez á once millas por hora. Dijo que á Vicente Mestre no le gustaba, porque quería un vapor que anduviera de catorce á diez y seis millas, pues tenía pretensiones de armarlo en corso, mandándolo él mismo, pero que eso no era posible por la penuria en que estaban.

Contestó Aguilera que era indispensa-

ble que la expedición saliese inmediatamente y estaría satisfecho con llevarla en un buen vapor de diez millas de andar. Preguntóle si el vapor resistiría una coliza en la popa y contestó Govín que cuantas quisiese ponerle, porque además de ser un barco fuerte, se podía reforzar con puntales y curvas esa parte.

Todavía el 17 duraba la excitación por los acontecimientos del "Virginius." La oficina de la sociedad estaba llena de gente y no podían reunirse á deliberar con calma.

Por la noche fué el mitin de "La Liga Cubana" que tuvo lugar en "Tammany Hall." Aguilera había hablado á Villegas para que "Los Amigos de Cuba" contribuyesen á los gastos del mitin y Villegas convino en entenderse con Macías sobre la cantidad que aprontaría la sociedad.

A pesar de la lluvia, la concurrencia fué inmensa. Aquel vasto salón no podía contener tanta gente y ésta se agolpaba en la calle frente al edificio interrumpiendo el tránsito de aquélla. Fué necesario poner otros oradores en la calle, para satisfacer á la concurrencia que no había podido penetrar en el salón.

Entre los oradores figuraban hombres muy distinguidos, como Mr. Evans, que había sido nombrado árbitro de los Estados Unidos en las conferencias de Ginebra, para arreglar con Inglaterra la cuestión del vapor confederado "Alabama." Mr. Evans presidió el mitin y su discurso fué elocuente y enérgico, manifestando que la tolerancia que el gobierno de los Estados Unidos había usado con el español, había sido la causa de aquel ultraje. A Mr. Evans sucedió Mr. Cox, hombre público muy distinguido, que pronunció otro discurso no menos notable. A éste sucedió otro y otro más, hasta que por último subió á la tribuna un orador de blonda cabellera cuyo entusiasta discurso fué muy aplaudido y concluyó diciendo: "Cuba must be free any how" (a). Leyéronse en el acto telegramas de varios distinguidos hombres públicos del país, que manifestaban adherirse al mitin.

Aguilera asistió al acto entre el público, habiendo sufrido bastante por la apretura entre aquella compacta masa de gente.

Al día siguiente publicaron los periódicos un cablegrama de España diciendo que Castelar, Presidente de la República española, ofrecía al Gobierno de los Estados Unidos toda clase de satisfacciones por los ultrajes que había sufrido la bandera americana en Santiago de Cuba. Esto calmó algún tanto el espíritu belicoso del pueblo americano.

Fué Aguilera á la oficina, más por motivo de la aglomeración de gente, no pudo tratarse de ningún asunto con calma. Por último, reuniéronse por un momento Villegas, Hilario Cisneros, Manuel Govín, Francisco Arteaga, Vicente Mestre y Aguilera, y acordaron, que en vista de la dificultad de reunirse el comité, se nombrara una comisión de dos ó tres individuos con facultades discrecionales que se entendiese en la compra del vapor y del despacho de la expedición. Para esta comisión fueron elegidos Manuel Govín, Miguel de Aldama y el General Villegas.

Publicaron los periódicos la noticia de que Castelar había propuesto al Gobierno de los Estados Unidos someter la cuestión del vapor "Virginius" á un tribunal de arbitraje. Los cubanos, que hasta entonces habían tenido esperanza de que los Estados Unidos y España se viesen envueltos en una guerra, de la que resultase la independencia de Cuba, empezaron á ver frustrada su esperanza.

Vino pocos días después la noticia de que el Ministro americano en Madrid, Mr. Sickles, había estado en peligro de ser asesinado por segunda vez, y que el gobierno español tenía su residencia bajo la custodia de fuerzas del ejército. La excitación del pueblo volvió entonces á subir de punto.

Dos días después se publicó la caída del gobierno de Castelar y de haberse restablecido la monarquía, subiendo al trono Don Alfonso, bajo la regencia del General Serrano.

El 29 de Noviembre se supo que la accidentada cuestión del "Virginius" se había arreglado ya en Washington entre

(a) Cuba será libre de cualquier manera

el Secretario Mr. Fish y el Ministro español Polo de Bernabé, bajo las bases de que el vapor y pasajeros supervivientes, fuesen entregados á los Estados Unidos, y España saludaría la bandera americana. Así terminó una cuestión que tuvo en constante agitación los ánimos en los Estados Unidos por unos diez y siete días, estando á punto de causar un rompimiento entre las dos naciones.

Por aquellos días logró Aguilera tener un arreglo con Pablo Batlle, en virtud del cual éste le entregó los dos mil doscientos sesenta pesos que aun le tenía la viuda de Mayorga; Batlle se reservó ciento setenta pesos por su comisión.

Puesto que con motivo de la comisión que se había nombrado para la compra del vapor y el arreglo y despacho de la expedición, Aguilera no tenía que tomar parte activa en el asunto, y por otra parte, juzgando que se acercaba el momento de salir con la referida expedición, para volver, no sabía cuándo, quizás nunca más, decidió ir á Baltimore á pasar unos días con su familia, antes de partir.

Llegado á Baltimore encontró á su familia en un lamentable estado de pobreza, pues las mesadas de su suegro se retrasaron y estaba debiendo en varios establecimientos lo que había tomado para su subsistencia. Por fortuna en aquellos días, llegó un giro de su suegro por trescientos pesos y con esta cantidad abonó la familia una parte de lo que debía, obteniendo así crédito que le permitiese seguir tomando lo que necesitaba para vivir modestamente.

CAPITULO XXXVIII

DICIEMRRE 1873

DEPOSICION DEL PRESIDENTE CESPEDES.—POCA EXTRAÑEZA DE AGUILERA.—JUZGA EL ACTO UNA DOLOROSA NECESIDAD.—CESPEDES HOMBRE PELIGROSO PARA LAS LIBERTADES CUBANAS.—SU CARACTER AUTORITARIO Y OPUESTO A LA DEMOCRACIA.—QUIERE SER DICTADOR.—GRAVES PERJUICIOS QUE ACARREA A LA REVOLUCION.—AMBICION DE CESPEDES.—SU AVERSION A LA CAMARA.—ESTA SE RESERVA UN ARMA PODEROSA.—INTREPIDEZ DE CESPEDES.—SUS MANEJOS PARA EJERCER LA AUTORIDAD SUPREMA.—CUATRO AÑOS DE ENCARNIZADA LUCHA INTESTINA.—ANTAGONISMO ENTRE CESPEDES Y EL PUEBLO CUBANO.—GLORIA INMORTAL DE CESPEDES.—ESTA INDUCE A LA CAMARA A SUFRIR PACIENTE.—LAS EXITACIONES DE LA EMIGRACION AYUDAN A SOSTENERLO.—CESPEDES SE CREE INVULNERABLE.—PERSISTE EN SUS ABUSOS.—LA PACIENCIA SE AGOTA.—LA EMIGRACION UNE SUS QUEJAS A LA DE LOS PATRIOTAS.—CESPEDES CAE.—EFECTO DE LA CAIDA DE CESPEDES.—ESTADO DE LA REVOLUCION DURANTE SU MANDO.—PACIFICACION DE LAS VILLAS.—DESORGANIZACION DE CAMAGÜEY.—MISERABLE ESTADO DE ORIENTE.—DESASTRES SUFRIDOS.—VICTORIAS POCAS.—ACONTECIMIENTOS DESPUES DE SU DESTITUCION.—NUMEROSAS Y ESPLENDIDAS VICTORIAS.—PASO DE LA TROCHA.—INVASION DE LAS VILLAS.—LAS LAGUNAS DE VARONA.—BRILLANTE ESTADO DE LA REVOLUCION AL PRINCIPIO DE 1876—INDISCIPLINA DE LOS JEFES VILLAREÑOS—REBELDIA DE VICENTE GARCIA.—DESASTRE DE LA REVOLUCION.—LEGALIDAD DE LA DEPOSICION DEL PRESIDENTE CESPEDES.

Estando el Baltimore Aguilera recibió la noticia de la deposición de Carlos Manuel de Céspedes de la Presidencia de la República, que le comunicó por carta su amigo Hilario Cisneros. No le causó sorpresa, pues en realidad la esperaba, dado el disgusto que había en Cuba con los actos del Presidente, y las excitaciones que del extranjero se habían hecho á personas de Cuba libre, para que pusieran un remedio eficaz á los males que las últimas disposiciones del mismo Presidente habían causado.

Como bien podrá comprenderse, no era Aguilera amigo de Carlos Manuel de Céspedes. Por mucha que fuera la generosidad de aquél, entre ellos habían pasado cosas que no podían menos de dejar una profunda impresión en el espíritu de Aguilera; y aunque éste se manifestara indiferente, esta indiferncia era tan sólo aparente, influyendo en su conducta un

sentimiento de patriotismo, de dignidad y de generosidad.

Juzgó aquel grave acontecimiento, como una dolorosa necesidad, dolorosa, por cuanto había de perjudicar á la causa de Cuba, acto que ponía en tela de juicio á los hombres más caracterizados del gobierno, como lo eran Céspedes y los miembros de la Cámara; y necesaria, porque Aguilera había ido considerando á Céspedes cada vez más como un hombre peligroso para las libertades y la tranquilidad de la República.

Ya hemos visto cómo con el tacto especial, y la previsión de Aguilera para escoger los hombres que necesitaba, desde que intentó poner mano á la gigantesca obra de la independencia de su país, había esquivado á Carlos M. de Céspedes, á pesar de ser su íntimo amigo, y de conocer sus ideas liberales. Es que Aguilera había penetrado el carácter de Céspedes y visto que á la vez que atrevido y amante entusiasta de las libertades de su patria, era autoritario é incompatible con las ideas democráticas que á él tanto seducían y que formaban la más viva aspiración del pueblo cubano.

Esta impresión del carácter de Céspedes la fué viendo confirmada más y más por los acontecimientos que sucedieron á raíz del levantamiento, y en todo el período que siguió á éste. Quiso Céspedes ser dictador y el solo árbitro de los destinos de su patria; y como el pueblo cubano, demócrata por naturaleza y por convicción no podía someterse á su deseo, estableciose una lucha entre éste y aquél que fué fatal á los intereses de la revolución. Por poderosa que fuese su voluntad y grandes los esfuerzos que hiciese Céspedes, no era posible que un hombre solo, pudiese contrarrestar la voluntad de un pueblo, en el declive de una revolución. Céspedes tuvo que ceder y aceptar la democracia. Sin embargo, no era hombre que se declarase vencido fácilmente. Si aceptó aquella situación que se le imponía, fué sólo para que le sirviese de base á fin de emprender nueva lucha y conquistar el terreno que había perdido volviendo á ser Capitán General y Dictador, no ya del puñado de patriotas con que se alzó en "La Demajagua", ó de las legiones de la región Oriental, sino de toda la República de Cuba. A este fin luchó desde el instante en que fué nombrado Presidente por convenio con la Asamblea de Camagüey. Como por este convenio tuvo que compartir con una Cámara el poder que ambicionaba para sí solo, miró aquella Cámara como enemiga, y á incapacitarla y estorbarla y destruirla, dirigió todas sus miras. Por otro lado, la Cámara, que había podido apreciar bien la clase de hombre que tenía en frente, trató desde el primer momento de tomar precauciones, robusteciéndose y reservando un arma con la que de un solo golpe echaría abajo el poder de hombre tan temible por su carácter y por la aureola de gloria que le rodeaba. Fué esta arma la facultad de que estaba investida la misma Cámara por la Constitución, para deponer al Presidente de la República, cuando á su juicio lo creyese conveniente á los intereses de la patria. Este precepto tan duro, que creemos no exista en la constitución de ningún otro país, fué adoptado especialmente para, llegado el caso, poner coto á las ambiciones de Céspedes.

No obstante tan terrible amenaza, Céspedes no vaciló en ponerse en lucha abierta con contrario tan poderoso que en un instante podía destruir todo su poder. Esto sólo puede dar idea de la arrogancia y arrojo del ilustre caudillo. En vista de las dificultades que encontraba la Cámara para celebrar sus sesiones, había facultado al Presidente para que resolviera por sí solo los asuntos urgentes que se presentaran, á reserva de dar cuenta á ella en la primera reunión. Esto cuadraba perfectamente las aspiraciones del Presidente, y por tanto ponía todos los obstáculos en su mano á fin de estorbar que la Cámara se reuniese para de esa manera ejercer solo la autoridad suprema que tanto ansiaba.

Durante uno de esos períodos de omnímodas facultades, tomó Céspedes disposiciones ofensivas para la Cámara, cual fué la de nombrar secretamente á su cuñado, el general Manuel de Quesada, para la comisión oficial con que salió al extranjero, y que tan funesta fué para los intereses de la causa, precisamen-

te á raíz de haber sido depuesto con vilipendio de su puesto de General en Jefe del Ejército de la República, por la Cámara.

Por más de cuatro años duró esta encarnizada lucha entre Céspedes y la Cámara y en ese período, por varias veces estuvo á punto ésta de hacer uso de su temible facultad; pero el ángel bueno de Céspedes vino á interponerse y el fatal anatema quedó en suspenso. Sin embargo, la lucha era insostenible y al fin tenía que terminar de la manera que acabó.

Un hombre solo no era posible que pudiera sostenerse por siempre contra un pueblo. Este pueblo era eminentemente demócrata, estaba ávido de libertad, quería ser dueño de sus destinos, odiaba la tiranía y el despotismo á que había estado sujeto por cuatro siglos, quería instituciones nuevas que se armonizaran con sus vehementes aspiraciones de libertad y democracia. El hombre que regía este pueblo estaba apegado á las instituciones antiguas, aspiraba á conservarlas, y que el cambio se efectuase tan sólo en las personas, siendo él quien tuviese en sus manos el mando supremo. Consideraba la democracia peligrosa y creía que ese pueblo necesitaba de una mano fuerte que lo sujetara. ¿Puede darse mayor antagonismo entre tal jefe y tal pueblo? ¿Y un pueblo regido por jefe análogo, podía estar satisfecho? ¿Era posible que pudiera marchar en armonía ese pueblo con su jefe? Por eso hemos dicho que sucedió lo que tenía que suceder. La representación legal de su pueblo, que era la Cámara, usando de sus facultades echó á un lado al jefe que era contrario á las aspiraciones de la revolución.

Nadie podrá quitar á Carlos Manuel de Céspedes la gloria de haber sido el arrojado caudillo que en la noche oscura de la tiranía y del vejamen del pueblo cubano, al frente de un puñado de valientes y entusiastas patriotas, lanzara el guante al rostro del despotismo. Este acto audaz lo ha colmado de gloria y su nombre ilustre pertenece á la historia. Esta radiante aurora que rodeaba y rodea á Carlos Manuel de Céspedes fué lo que tanta fuerza le dió para sostenerse por más de cuatro años en abierta oposición con la representación de su pueblo. Como ya hemos indicado, varias veces quiso la Cámara deponerlo ante los flagrantes atentados que cometía contra la manifiesta voluntad de aquélla. Pero se refrenó al considerar los malos efectos que había de producir en el exterior acto tan trascendental. El nombre de Céspedes estaba íntimamente enlazado con la revolución, y esta misma revolución, derribar á Céspedes, era una señal evidente de que la anarquía se había apoderado de ella, y que la República de Cuba, aun en tan temprana edad, tomaba ya los rumbos de sus desgraciadas hermanas de Sur América. Este parecer de la Cámara se veía robustecido por las excitaciones que en aquellos momentos supremos recibían los patriotas en Cuba de los que estaban en el exterior, para que conservaran á Céspedes en su puesto, porque así convenía al prestigio de la causa.

Como Céspedes tuviera conciencia de lo que pasaba, pareció creerse invulnerable y que podía impunemente dar rienda suelta á su carácter autoritario y atrevido. Mas como todo es suceptible de gastarse, se gastó también el prestigio de Céspedes. Ya la Cámara y los hombres influyentes de la revolución se sintieron cansados de aquella lucha intestina, que parecía no tener término. Por otro lado, las excitaciones que recibieron del extranjero, lejos de ser favorables al sostenimiento de Céspedes en el poder, cosa que en otras ocasiones les había servido de freno, esta vez fueron contrarias, pues los emigrados, sintiendo también el efecto de los desaciertos de Céspedes y temiendo las consecuencias funestas que podían tener para la causa, pensaron que para el bien de la patria debía adoptarse una medida radical prescindiendo de Céspedes, aún á trueque del mal efecto que tal medida pudiese producir entre los extranjeros.

No era Céspedes hombre que fácilmente dejara imponerse la agena voluntad. Poco después de la separación de Máximo Gómez del mando de sus tropas, en 1872, trató de tener de su parte á los jefes militares. Procurando atraer á Calixto García, llamó á un íntimo de éste

con objeto de indagar, caso que él ascendiera á general aquel jefe,—Calixto García era solo brigadier,—y le diera el mando que había quitado á Gómez, si podría confiar en García como un jefe adicto á su persona. Su amigo rehusó darle una respuesta categórica en tan delicado asunto; más Calixto García fué ascendiendo después á general, y nombrado jefe del cuerpo de ejército de Oriente.

Cuando era ya inminente su deposición, quiso Céspedes saber la opinión del ejército, y para averiguarla se dirigió á algunos jefes militares los que hubieron de decirle que el ejército no estaba conforme con su separación.

Alentado quizás por estos informes, retuvo Céspedes la renuncia de su puesto que tenía lista para presentar; y á última hora publicó un manifiesto en que se leían estos párrafos:

"Yo podría ahora, cual he acostumbrado cuando no se invocaba el nombre del pueblo, único soberano que reconozco, hacerme sordo á las especies que en contra mía se propalaban. Pero no me es posible esa actitud reservada, serena y fría, cuando del pueblo se habla, si quiera se usurpe, quizás, esa autorización por un puñado de ambiciosos, de hombres mal avenidos, tal vez, con que Cuba sea independiente, con individuos para quienes romper enteramente con España, no satisface ni sus primitivas miras, ni sus ulteriores esperanzas y que verían en este gobierno el primer obstáculo para realizar sus criminales intentos".

Aquí alude Céspedes claramente á las voces que hacía tiempo se propalaban, no sólo en el campo de la revolución, sino también en el extranjero, de que había un partido de cubanos menguados, que deseaban pactar con el gobierno español, bajo la base de que continuara la soberanía española en Cuba, y este partido tenebroso comprendiendo que el gobierno de Céspedes era una formidable barrera para llevar á efecto sus reprobados fines, se proponía derrocar á Céspedes para expeditar el camino que lo conduciría á la traición.

Ninguna propaganda más eficaz para que los amantes de la independencia, que eran todos los cubanos, juzgaran traidores á aquellos que intentaran derribar á Céspedes.

Continuaba diciendo el manifiesto:

"No trato de prevenir los ánimos, ni acuso á nadie, ni intento ganar adeptos, ni aspiro á ganar partido, ni á adquirir satélites que me sostengan en un cargo al que no tengo amor, para el que me reconozco sin aptitudes. Concibo, empero, que hay ocasiones en que el silencio trae responsabilidad, en que puede ser criminal; esa idea me impulsa hoy á romperlo y á excitar á mis compatriotas para que tampoco ellos lo guarden, que cuan do del bien de la patria se trata, la libre emisión del pensamiento, la publicidad es un deber."

Decía ser el objeto de aquel manifiesto, saber si era cierto, como se decía, que el pueblo y el ejército no querían continuar por más tiempo bajo su mando, para ceder á "vuestra decisión, decía, gustoso en este caso, como impelido me hallo á no ceder al capricho de nadie".

Esta frase pone de manifiesto el carácter altivo y enérgico de Céspedes, que no admitía imposiciones. Mandó un ejemplar del manifiesto á su amigo Francisco Sánchez Betancourt, con una carta con objeto de esclarecer el punto de si ni el ejército ni el pueblo querían que continuase él á la cabeza del gobierno.

Mandó otro también al general Calixto García, con otra carta y el mismo objeto, si bien la contestación de este jefe debió ser algo mortificante para Céspedes, porque después de decirle que había recibido su manifiesto al mismo tiempo que Salvador Cisneros le comunicaba haberse encargado interinamente de la presidencia de la República, escribía:

"No me permitiré en estos instantes hacer á usted observación alguna, sobre este acuerdo, limitándome á acatarlo, y á hacerlo obedecer como cumple al militar que ha jurado obediencia á los poderes constituidos que funcionan dentro de la esfera de la legalidad, y al patriota que odia toda perturbación, que anhela ardientemente el orden y la unión como garantías indispensables para conquistar y afianzar nuestras libertades.

"Fija, por otra parte, mi atención en

las necesidades de la campaña, y alejado completamente de esa política palpitante que permite sondear y esclarecer las cuestiones, penetrar las causas, apreciar los efectos y llegar, en fin, hasta sondear la conciencia para apoderarse de la intención, no podía examinar ni juzgar este hecho al presente con los datos y detenimiento que su importancia exige.

"Contestando ahora á su atenta carta referente á hacer publicar el manifiesto y documentos que me acompaña, con objeto de instruir al pueblo y al ejército de la verdad, para que ellos manifiesten si quieren que usted continúe ejerciendo el cargo de Presidente, y á fin de presentar, en caso contrario, su dimisión, voy á manifestarle mi opinión con la misma franqueza que he usado siempre. Creo que no hay motivo para que Carlos Manuel de Céspedes deje de considerarme su amigo y procedo en consecuencia".

Manifestaba Calixto García que le parecía innecesaria su solicitud para conocer la opinión del pueblo y del ejército sobre el particular, siendo así que ya éstos la habían manifestado por conducto de sus legítimos representantes, y continuaba:

"Lejos de mí la idea de que pudiera ese manifiesto encerrar otros propósitos; y creo firmemente que si usted hubiera tenido conocimiento del último acuerdo de la Cámara en tiempo oportuno, lo habría acatado, y guardando los precitados documentos, esperaría una situación normal y tranquila para presentarse ante el pueblo á exponerle todos los actos de su administración y á descargarse de las acusaciones que por ellos pudiera haberle dirigido la representación nacional. Nada más natural, pues, que yo devuelva á usted esos documentos sin darles la publicidad que me indica".

Por estos resultados debió comprender Céspedes que no podía contar con muchos partidarios y que lo más cuerdo para él y para la causa, era ceder á las circunstancias y resignarse á su suerte. No se crea por esto que Céspedes dejara de tener partidarios decididos. El mismo día de su deposición, el coronel Jesús Pérez le ofreció apoyarlo con las armas, contando con la brigada de Cambute; pero Céspedes tenía demasiada cordura y patriotismo para emprender una contienda en la que todas las desventajas estaban de su parte.

Con frecuencia oímos decir que la deposición de Céspedes fué el principio de la decadencia de la revolución y no sabemos qué fundamento pueda haber para tal aserto. Los primeros tiempos de la revolución y los cinco años que duró el mando de Céspedes, fué el período en que mayor entusiasmo se notó entre todos los cubanos, lo mismo del campo de la insurrección, que los de las poblaciones en poder del gobierno español y los emigrados. Durante este período recibieron los patriotas varias expediciones de armas municiones y hombres, como la del vapor "Salvador", la del "Perit", la del "Upton", dos expediciones en el vapor "Anna" la primera del "Virginius", el "Edgar Stuart" y otras. Todas estas expediciones, era natural tuvieran el efecto de levantar el espíritu de los patriotas, al verse secundados por sus hermanos del exterior, además del auxilio material que les prestaban con los elementos de guerra que conducían. ¿Y qué ventajas obtuvo la revolución durante este largo y favorable período? La fatal contienda entre Céspedes y la Asamblea del Camagüey privó á la revolución de un magnífico triunfo sobre las tropas de Valmaseda, y convirtió éste en la fatal derrota del "Saladillo", el incendio de Bayamo y el enseñoreamiento del enemigo de toda la región oriental. El territorio de las Villas, lleno del más fervoroso entusiasmo patriótico, se pronunció en Febrero de 1868, y en 1871 tuvo que ser abandonado al enemigo, emigrando las fuerzas patriotas que lo ocupaban á los territorios de Camagüey y Oriente. Fué ésta una desastrosa peregrinación en la que perecieron infinidad de patriotas al rigor de las privaciones y las fatigas, muriendo los generales Salomé Hernández y Adolfo Cavada y habiendo caído en poder del enemigo, y sido fusilados el Mayor General Federico Cavada, Juan B. Osorio, dos hermanos Arango y muchos otros cubanos.

Las únicas acciones de importancia que en este período tuvieron lugar fueron las dadas por el general americano

Thomas Jordan, con los elementos de guerra que condujo á Cuba en el vapor "Perit", mandando Jordan la bien disciplinada división del General Agramonte.

Fueron estas acciones la de "La Mina," en que Jordan derrotó al general dominicano Puello, y la del "Clueco".

Pronto, con motivo de la falta de elementos é indisciplina de los cubanos, dejó Jordan el mando de las tropas, asumiendo Agramonte la jefatura del Camagüey: más por un lamentable rompimiento con el Presidente Céspedes, presentó Agramonte su renuncia, la que le fué aceptada y desde ese momento la revolución decayó en Camagüey de tal manera que aquella brillante legión camagüeyana levantada por Ignacio Agramonte y que tan gloriosos triunfos había alcanzado al mando de Jordan, se vió casi disuelta. En vista de tan lastimoso resultado vióse obligado Céspedes á volver á nombrar á Agramonte para el mando de Camagüey y desde ese momento comenzó á revivir el espíritu público en esa región.

Fué el año de 1871 el período más triste que tuvo la revolución. Parecía que estaba á punto de extinguirse. Las Villas estaban pacificadas, el Camagüey en completa desorganización, en Oriente vagaban por los bosques las bandas de cubanos hambrientos é inermes, huyendo de la persecución de sus implacables enemigos. Durante los años de 1872 y 1873 mejoró el estado de la revolución, pero no tuvieron lugar hechos de armas ni de otra clase de notable trascendencia. Tal es descrita á grandes rasgos el curso de la revolución durante el tiempo que estuvo al frente de ella Carlos Manuel de Céspedes.

Es cierto que cuando éste dejó la Presidencia el estado de la revolución había mejorado bastante; pero no fué de ninguna manera debido á las acertadas disposiciones de Céspedes, sino á la iniciativa de los mismos jefes militares. Veamos lo que pasó después de su destitución.

Ausente el Vice-Presidente, Francisco V. Aguilera, se hizo cargo de la Presidencia de la República, el Presidente de la Cámara, Salvador Cisneros Betancourt. Desde el primer momento el nuevo Presidente, renovó el personal de su gobierno y se ocupó, con la Cámara, en reconsiderar varias leyes, modificando, entre otras la de organización del ejército y sus ordenanzas, medida cuya necesidad se hacía sentir para que fuera aquel un verdadero ejército, sujeto á la debida disciplina. En seguida, de acuerdo con el general Gómez, comenzó los preparativos para pasar la "Trocha", é invadir el territorio de las Villas, á cuyo efecto recorrió el departamento de Oriente, activando la organización del primer contingente que debía marchar á Camagüey, en camino para Occidente. La opinión y el espíritu de los revolucionarios no podía ser mejor en aquella época: y aunque de entonces en adelante no recibieron los insurrectos recursos ningunos del extranjero por no haberles llegado ninguna expedición, esta adversa circunstancia, lejos de causarles desaliento, más bien pareció estimularlos á mayores heroismos, pues comprendiendo que nada tenían que esperar de nadie, sino que debían proporcionarse ellos mismos lo que necesitaban, se lanzaron al enemigo á arrancarle las armas de las manos para combatirlos con ellas.

Máximo Gómez, al principar este período inició una serie de combates y batallas, los más gloriosos de la revolución de Yara, en los que se cubrió de gloria el bravo dominicano, dando el mayor lustre á las armas cubanas. El 7 de Noviembre de 1873 derrotó en la "Sacra" la columna del Brigadier Báscones. El 2 de Diciembre, en "Palo Seco", destrozó á los españoles mandados por el coronel Vilches que cayó en el campo con cuatrocientos de los suyos bajo el filo de los machetes de la caballería camagüeyana. El 10 de Febrero de 1874 derrotó más de 2.000 españoles mandados por Báscones y Armiñán los que se retiraron perseguidos por las fuerzas cubanas, siendo batidos nuevamente al día siguiente en Moja Casabe.

En los días del 15 al 19 de Mayo del mismo año tuvo lugar la batalla de las "Guásimas", la más importante que se libró en aquella revolución, en la que Máximo Gómez al frente de 1,300 hombres de infantería y 300 de caballería

atacó á Armiñán que mandaba 3,000 españoles. Después de haber causado á éste enormes pérdidas en diferentes combates, indudablemente lo hubiera aniquilado, á no haber venido en su auxilio el día 18, Báscones con 2.000 hombres más, emprendiendo ambos jefes españoles la retirada con cerca de mil bajas.

Pero el más ardiente deseo de Cisneros, lo mismo que de Máximo Gómez, era el paso de la Trocha de Júcaro á Morón. Comprendían que para que la revolución triunfase en breve plazo era necesario invadir las ricas comarcas de las Villas, Matanzas y más allá, que eran las fuentes que proporcionaban al gobierno español los recursos con que hacía la guerra á los cubanos. A este fin trabajaron con el mayor ahinco hasta que en los primeros días de Enero de 1875 atravesó Máximo Gómez la famosa Trocha al frente de unos mil hombres. Después de una serie de gloriosos combates en que fué arrollado el enemigo, ocupó Gómez el territorio de las Villas hasta su término más occidental.

Tal era el brillante estado en que se encontraba la revolución cuando la hidra de la discordia y de la insubordinación comenzó á levantar su espantosa cabeza, dando en tierra con aquella gloriosa obra levantada á costa de tan grandes heroismos y sacrificios.

El general Vicente García, dejándose llevar por un amor propio exajerado primero, y mal aconsejado por hombres díscolos y ambiciosos después, dió lugar al fatal acontecimiento de las Lagunas de Varona en Abril de 1875 que echó por tierra el respeto á la ley y á las autoridades constituídas de la República. Y sin embargo, nada más halagüeño, que el estado de la revolución en Enero de 1876, en que ésta se extendía desde la punta de Maisí hasta la provincia de Matanzas. Máximo Gómez se aprestaba á recibir dignamente al general Martínez Campos y al numeroso ejército que traía de España prometiéndose terminar definitivamente la contienda en las llanuras de Colón.

Sobrevinieron entonces los actos de desobediencia é indisciplina de los villareños que no quisieron admitir otros jefes que sus paisanos . Acaeció poco después la desobediencia del general Vicente García por segunda vez, que se negó á acatar la orden del Gobierno de pasar á las Villas. Todos estos actos de indisciplina y desacato á las autoridades condujeron la revolución al desastre, haciendo necesario el convenio del Zanjón.

Por lo expuesto, que se sujeta á los más rigurosos datos históricos, se verá que lejos de ser cierto que desde la deposición del Presidente Céspedes, comenzó el decaimiento de la revolución puede decirse con verdad que la revolución de 1868, que durante el mando de Carlos Manuel de Céspedes se mantuvo lánguida y débil, después de la deposición de éste se levantó fuerte y poderosa, y á no haber sido por la actitud del general Vicente García y los jefes villareños, el general Máximo Gómez la habría hecho triunfar en los fértiles campos de Colón según él se prometía.

Y no se diga que este final desastroso fué consecuencia del derribamiento del primer jefe de la República que abriera camino á los actos atentatorios que vinieron después; porque la deposición de Céspedes fué un acto perfectamente legal que efectuó la Cámara en uso de las facultades que la Constitución le concedía y los atentados del General Vicente García y los jefes de las Villas fueron hechos punibles con los que se pasó por encima de las leyes y se conmovieron los mismos cimientos de la República.

CAPITULO XXXIX

GOBIERNO CIVIL DE LA REVOLUCION.—LA CAMARA RUEDA INUTIL.—NECESIDAD DEL GOBIERNO MILITAR.—FINALIDAD DE LA REVOLUCION.—ESTABLECIMIENTO DE LA REPUBLICA.—LOS CUBANOS ANSIOSOS DE LIBERTAD.—LOS PROGENITORES DE LOS PUEBLOS DE AMERICA.—EL GOBIERNO CIVIL COMPATIBLE CON LA ENERGIA MILITAR.—BOLIVAR EN COLOMBIA.—WASHINGTON EN LOS ESTADOS UNIDOS.—GOBIERNOS CIVILES QUE AUTORIZAN LA DICTADURA.—GOBIERNO DE CUBA.—EL GENERAL EN JEFE Y SUS PODERES.—EL "HORCON DE NAJASA."—LA CAMARA DELEGA SUS FACULTADES EN EL EJECUTIVO.—MAXIMO GOMEZ EN CINCO VILLAS, EN 1875.—BOLIVAR INVADE A NUEVA GRANADA EN 1819.—MACEO EN PINAR DEL RIO.—GOMEZ EN LA PROVINCIA DE LA HABANA Y SIGUANEA.—AUTORIDAD SUPREMA QUE EJERCIERON.—CESPEDES CONTRARIO A LA CONSTITUCION.—MANDO DICTATORIAL DE CESPEDES LOS SEIS PRIMEROS MESES.—NINGUN RESULTADO QUE DIO.—RETRASA LA TOMA DE BAYAMO.—DISGUSTO QUE PRODUCE EL MANDO DE CESPEDES.—DONATO MARMOL EN TACAJO.—CESPEDES NO PODIA SER DICTADOR.—TAMPOCO EL GENERAL QUESADA.—IGNACIO AGRAMONTE PUDO SERLO.—DISGUSTO DE LOS INSURRECTOS CON SU GOBIERNO.—DISGUSTO DE LOS COLOMBIANOS CON EL GOBIERNO DE BOLIVAR.—¡BOLIVAR TIRANO!—EL HOMBRE MAS GRANDE DE AMERICA.—UN DICTADOR CUBANO.—BOLIVAR ABORRECE LA DICTADURA.—DA SIEMPRE A LOS PUEBLOS UN GOBIERNO CIVIL.—CITAS QUE SE HACEN.—LEYES QUE HIZO LA CAMARA CUBANA.—OBJETO QUE TUVIERON.—PATRIOTISMO DE LA CAMARA.—COMPARACION CON EL CONGRESO AMERICANO.—CUBA SIGUIO EL EJEMPLO DE LOS ESTADOS UNIDOS Y DE COLOMBIA.

Se ha censurado por algunos, que se diera á la revolución un Gobierno Civil, encomendando sus asuntos á una Cámara de Representantes, llegando hasta el extremo de tener á ésta por rueda inútil, que sólo servía para embarazar la marcha de aquélla. Dícese que en el estado de insurrección en que se encontraba la Isla, y teniendo un enemigo poderoso al frente, que era forzoso combatir con vigor, los cubanos no debieron haber constituído otro poder que el militar, con facultades suficientes para obrar con entera independencia, poniendo así á dicho elemento armado, en condiciones de llenar mejor su difícil misión que no era otra sino luchar con las armas en la mano.

De esta opinión participaríamos también, si juzgásemos que aquella revolución hubiera sólo tenido por objeto y fin, derrocar el poder español; pero como opinamos que la revolución aspiraba á fines más levantados que el aniquilamiento de ese poder, se imponía, en nuestro concepto, dar ese paso previo, para lograr esos altos fines después, de manera cumplida. Eran esos fines educar al pueblo, señalándole los peligros que cercan á las repúblicas; que el carácter distintivo de las monarquías es la imposición de la fuerza, en tanto que el de las repúblicas debe ser la paz, para conseguir con la paz la riqueza, y con la riqueza el mayor bienestar de la nación, encomendado al artesano ó al agricultor y no al soldado.

Creado el poder militar para los más altos fines de la patria, y bajo la acción de los severos artículos de la ordenanza, tiene por deber sagrado obedecer al gobierno constituído; y siendo éste arbitrario ó despótico, no es fenómeno raro el darse de manos á boca, en esas Repúblicas creadas con elementos que gimieron bajo el yugo de la esclavitud, con tiranuelos que creen no ser posible dirigir los destinos de un pueblo republicano, sin el látigo y el cepo. Siempre será el militarismo una amenaza para los derechos del pueblo, cuando apartándose de su misión, tienda á consolidar la tiranía ó á constituirse en poder; pues representando la fuerza, con ella y por ella obrará siempre, que no por la razón; he ahí el motivo porque no podemos estar de acuerdo con los partidarios del gobierno militar. Pero hay además otras razones que refuerzan nuestra manera de pensar.

El pueblo cubano, como colono americano en su orígen, estaba ansioso por disfrutar de los beneficios de una libertad bien entendida. A ello se oponía el gobierno español, pues eso era la muerte de su poder en América, y en vista de la oposición, acudió á la fuerza, para una

vez vencido, establecer en el país aquellas libertades que lo seducían, fundando una República democrática, sin castas, clases ni otros privilegios que los que dan el propio valer de la inteligencia y la rectitud del proceder. Tal fué el verdadero fin que se propuso conseguir y animó la revolución.

Desde el momento en que los cubanos sacudieron el yugo que los sujetaba y consiguieron los derechos que perseguían, es natural suponer que se mostrasen celosos de los mismos, y se hallasen dispuestos á hacer toda clase de sacrificios para conservarlos. Si así no fuera, ¿qué entusiasmo hubiera despertado en ese pueblo, ávido de libertad é independencia, lanzarse á una desesperada lucha para librarse de un dominio, cuando inmediatamente tendría que caer en otro mil veces peor que el que combatió por más de medio siglo? ¿Qué rebajamiento moral no sería el del pueblo cubano á no pensar y obrar así? ¿No sería ello confirmación evidente del desconocimiento de toda la grandeza que envuelve el concepto de la patria, cuando por el desconcierto que produciría el nuevo dominio, traería al extranjero que con la influencia del número, la grandeza del poder y la superioridad de la civilización, acabaría con cuanto contribuye á formarla?

No. Para que aquella revolución fuera la expresión de un pueblo; para que fuese aceptada por una abrumadora mayoría de cubanos, era necesario que éstos contaran con la seguridad de que al lanzarse á ella y triunfar, serían hombres libres, que entrarían á gozar plenamente de los derechos políticos y sociales que acompañan la libertad, y no para caer en manos de un poder militar ni extranjero, ambos más duros seguramente, que aquel que no habían podido soportar.

Por otra parte. El grito con que se lanzaron á la guerra, ¿no fué el de "Viva Cuba libre?" ¿No eran sus aspiraciones hacer de Cuba una República democrática? ¿Por qué al romper el dominio español que significaba opresión, no habían de gozar del bien ansiado, envueltos en los pliegues de la bandera que tremolaban, que era el de la libertad y no licencia? Si el gobierno republicano era su ideal, ¿por qué no constituirlo inmediatamente? ¿Por qué no ensayarse en el gobierno propio que en adelante debían ejercer? A esos mismos jefes que tenían por encargo conducirlos á la pelea, ¿por qué no mostrarles desde temprano que su poder no sería permanente ni absoluto, sino que sobre él había otro mayor, que en las repúblicas democráticas bien dirigidas constituye la autoridad suprema; la voluntad del pueblo? ¿Por qué dar lugar á que esos jefes militares le tomasen afición al mando omnímodo, corriendo peligro de que luego no quisiesen desprenderse de él, ejerciéndolo siempre, bajo una ú otra forma? ¿No habría manera de conciliar las dificultades con que tropezaba la implantación del poder civil ó el militar puro, para obtener sus grandes beneficios? ¿No podría hacerse que el civil se implantara con la preponderancia que le correspondía, dejando al militar las facultades que le son inherentes para que desenvolviese su acción con toda energía y libertad; pero grabando al mismo tiempo, en la conciencia de los jefes la idea de que había un poder superior al suyo?

Los pueblos de América, que parecen haber sido formados por una selección de los elementos europeos más varoniles, más amantes de la libertad é independencia; y que al arraigarse en estas vírgenes y despobladas tierras como conquistadores de los derechos que les negaban las viejas sociedades de donde procedían, teniendo amplio campo de acción donde desenvolver sus energías, que cual simiente provechosa para el progreso humano, ha pasado de generación en generación, han constituído diversas agrupaciones, que no es fácil someter hoy á un poder que no esté suficientemente autorizado por ellos para gobernarlos. De ahí nace la dificultad de levantar tronos sobre la democracia americana; porque el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, es la más ferviente aspiración del mundo de Colón.

Que no había incompatibilidad entre la organización civil que se dió á Cuba insurreccionada y el vigor con que debían efectuarse las operaciones militares, lo prueba el hecho de que en las dos grandes guerras de independencia que tuvieron lugar en este continente, antes de la

cubana: la de los Estados Unidos y de Sur América, estos países, desde que se alzaron en armas, contra sus metrópolis, se constituyeron civilmente, siendo éste el poder predominante, sin perjuicio de otorgar al militar todas las facultades que pudiera necesitar para el desarrollo de sus empresas; pero reconociendo siempre la supremacía del poder civil.

El mando de Bolívar en Venezuela, Colombia y Perú, fué una dictadura, pero le fué conferida por los respectivos Congresos de esos Estados, los que conservaron la facultad de retirársela cuando lo creyeran conveniente, y como alguna vez se la retiraron.

Más aún, los primeros Congresos de Venezuela, Nueva Granada y Perú, estaban tan celosos de su autoridad, que el poder Ejecutivo no quisieron confiarlo á ningún hombre solo, sino á un triunvirato; y no fué sino después de verse apremiado por las circunstancias, que este poder pasó á ser unipersonal.

También Washington estuvo investido de facultades extraordinarias por el Congreso de las trece colonias alzadas contra el poder de la Gran Bretaña, aunque no con tanta extensión como Bolívar. Constituído el Congreso Americano y nombrado Washington General en Jefe de los Ejércitos de la Nación, pronto encontró que las disposiciones de aquella soberana corporación con respecto el Ejército, estaban muy lejos de llenar las necesidades de éste. En tal virtud, con fecha 20 de Diciembre de 1776 envió una enérgica comunicación al Congreso, manifestando lo deficiente del servicio de la milicia, que enganchada para servir por corto tiempo, imponía la necesidad de organizar un ejército regular, que fuera más numeroso que el existente, etc. El Congreso, con plena confianza en su general, inmediatamente asintió á lo que pedía é hizo más aún; por una ley invistió al general Washington de poderes tan amplios, que virtualmente lo hizo dictador.

Veamos lo que pasó en Cuba. La nueva República se constituyó bajo la dirección de una Cámara de Diputados como poder soberano. La Ley de Organización Militar, en el artículo 18 decía así: "El General en Jefe, cuando las necesidades de la guerra lo exijan, puede, de momento, adoptar las medidas que estime convenientes, aunque modifiquen la presente Ley, dando cuenta inmediatamente al Ejecutivo." Después se autorizó á los jefes militares para cuando no pudieran conseguir por medio de los funcionarios civiles ó de los particulares, los recursos que le fueran necesarios, los tomaran por sí mismo donde los hallaren.

A pesar de estas facultades el General en Jefe, Quesada, deseaba aún más, y á fin de obtenerlas, convocó en "El Horcón de Najasa" una junta de jefes y oficiales del ejército y elevados funcionarios civiles, en la que abiertamente manifestó al fin que deseaba se suspendiera la observancia de las leyes y se estableciera el régimen militar: la Dictadura. Al día siguiente la Cámara de Diputados acordó por unanimidad la destitución del general Quesada.

Como á pesar de haberse declarado la Cámara en sesión permanente mientras durara la guerra, le fuera difícil mantenerse reunida, dispuso, con objeto de que no sufrieran interrupción los asuntos del Estado, que mientras durasen sus recesos, el Ejecutivo resolviera por sí todos los asuntos que ocurrieran, ya fueran civiles ó militares, á reserva de dar cuenta á la Cámara. Esta disposición erigió á Céspedes de hecho en dictador, y de ella pudo aprovecharse bien, puesto que durante su administración, debido al estado de abatimiento de la revolución, por una parte, y por otro á la mala voluntad de Céspedes para con la Cámara, ésta estuvo la mayor parte del tiempo en receso, y Céspedes, mientras tanto, reunía en sus manos todos los poderes.

Si comparamos estos antecedentes, encontraremos que no existe diferencia entre la constitución que se dió á aquellas Repúblicas y la que tuvo Cuba al acometer sus empresas de redención. Los primeros pasos de todas, fueron constituirse civilmente; mas como el problema principal que urgía resolver era el militar dieron á este ramo toda la amplitud necesaria para llegar á ese resultado: Colombia, Perú y los Estados Unidos, otorgando á sus Presidentes facultades dictatoriales, y Cuba, donde el poder militar y á su Primer Magistrado las más amplias facultades. En esto, todas

al igual no hicieron otra cosa que llenar una necesidad del momento, poniendo frente á la fuerza de resistencia del poder de la colonia, la acción de los hijos de la libertad.

Y si esto es así, ¿por qué censurar la organización civil que se dió á la República de Cuba, cuando lo que hizo fué seguir el ejemplo de sus predecesoras? Pero hay más. En la República Norte Americana y las de Sur América, era mucho más necesario que en Cuba un poder militar libre de toda traba. La gran extensión de esas regiones hacía que sus ejércitos necesitaran obrar con entera libertad y sus jefes tuvieran todas las facultades necesarias para no verse entorpecidos en sus operaciones, pues no era posible esperar comunicarse brevemente con un centro de Gobierno á centenares de leguas de distancia. Esto no sucedía en Cuba. La poca extensión relativa de la Isla, permitía que los jefes militares comunicaran fácilmente con el Gobierno central, allanando así las dificultades que se presentaran durante la contienda.

Cuando Máximo Gómez pasó la Trocha de Morón en 1875, llevó á cabo este importante movimiento sin conocimiento de la Cámara. Sin embargo, ésta no lo tuvo á mal, todo lo contrario, lo aprobó y auxilió en cuanto pudo, internándose Gómez por el territorio de las Villas hasta Colón, sin dificultad de ninguna especie de parte de su gobierno, provisto, por los poderes superiores de todas las facultades necesarias para llevar adelante su difícil empeño. Ningún dictador tuvo más facultades que él.

En cambio, cuando Bolívar, en 1819, dictador ya, emprendió la gloriosa campaña de Nueva Granada, de una importancia inapreciable para aquella revolución, siendo la "trocha" que debía salvar, no una zanja, guardada por cercas de alambres y reductos enemigos, sino la cima helada de los Andes, el invierno en llanuras anegadizas, los climas más opuestos, entrando y saliendo de ellos á paso de conquistadores, con un triple ejército aguerrido que combatir, en posesión de las localidades más militares de la América Meridional, libertando en menos de tres meses doce provincias de var se cubría así de gloria y á costa de aquella vasta región. Y mientras Bolívar penalidades sin cuento, prestaba tan señalado servicio á su patria, en el Congreso de Venezuela no faltaron Representantes de la Nación que propusieran se le juzgara como "desertor" por haber emprendido la campaña de Nueva Granada sin conocimiento ni previa autorización del Congreso. Y hemos dicho que Bolívar ya era dictador.

Durante la guerra de independencia cubana de 1895, también se estableció por los revolucionarios el gobierno civil. Sin embargo, Máximo Gómez y Antonio Maceo llevaron á cabo la invasión de Occidente precipitándose cual avalancha arrolladora, barriendo cuanto á su paso encontraron y sembrando el terror entre sus enemigos, hasta llegar al cabo de San Antonio. ¿Qué trabas les puso en esta brillante operación el gobierno civil á que obedecían? Cuando el General Maceo se cubría de gloria en Pinar del Río, contando los días por combates, teniendo en suspenso al mundo con sus hazañas; y cuando el no menos glorioso Máximo Gómez se burlaba á su sabor de sus desconcertados enemigos en la provincia de la Habana y en la Siguanea, ¿acaso ninguno de los dos echaron de menos facultades para moverse con más libertad que lo hicieron?

No fué por cierto la Constitución civil lo que entorpeció la revolución de 1868. Otras fueron las causas que estorbaron su curso. No fué la falta de autoridad de sus jefes militares. Fué, más que todo, la falta de elementos de guerra. Puede asegurarse que si esa revolución hubiera contado con el armamento y pertrechos necesarios, hubiera durado menos tiempo y terminado con el triunfo, no obstante su organización civil. Estos elementos de guerra no hubieran podido proporcionarlos la dictadura, tenían que venir del extranjero y ser suministrados por el patriotismo de los emigrados ricos, patriotismo que juzgado con imparcialidad, puede asegurarse que no estuvo á la altura de las necesidades de la revolución.

Cierto que Céspedes muchas veces clamaba contra las trabas que le imponía la Constitución, expresando que ellas le

tenían maniatado. Pero Céspedes mismo gobernó, sin trabas y sin Constitución los seis primeros meses de la revolución; tuvo entonces el poder más amplio, militar y civil, siendo un verdadero dictador. Y ¿qué hizo para el mayor prestigio de la revolución en todo aquel tiempo y con tan ilimitadas facultades? El único hecho de importancia fué la toma de Bayamo, y ésta antes que apresusarla contribuyó á retardarla, con peligro del movimiento, negándose á emprenderla sobre la marcha como le aconsejaba Marcano.

Pero no fué en Cuba solamente donde se clamó contra el gobierno civil; lo mismo sucedió en la América del Sur durante su revolución emancipadora, sin embargo de estar el país sometido á la dictadura. El general Páez, hablando de la situación con Guzmán, en 1825, decía que era necesario establecer otro orden de cosas que restara consideraciones á los "tramoyistas" (éstos eran los intendentes y gobernadores políticos) y las aumentara á los que las merecían y tenían más derecho á gozar de ellas.

Cuando el general Córdova, en 1829, trataba de seducir al general Mosquera para que lo acompañara en la rebelión que intentaba, preguntó el segundo al primero: "¿Y dónde y cuándo reunirá usted la representación nacional?" A lo que contestó Córdova: "¡Qué representación! ¡Nada de representación! Esas son necedades. Es preciso exterminar á los abogados. Nuestra República debe ser militar. El espíritu militar la ha formado; y después que existe por nuestro valor, están mandándola las togas y los leguleyos..." Eran estas las mismas ideas sustentadas en Cuba por aquellos subordinados del general Quesada que cuando la Cámara depuso á éste, pidieron permiso á su jefe para colgar de los árboles á los "muñecos" (los Diputados) que se les oponían.

Y ¿quién había de ser dictador en Cuba? Céspedes no podía serlo. No tenía la confianza de los revolucionarios, como se vió por el disgusto con que éstos estuvieron sometidos á él los referidos seis meses primeros; disgusto que culminó en la amenazadora rebelión de Marmol, felizmente conjurada en Tacajó.

El general Quesada mucho menos hubiera podido ser dictador, porque por sus antecedentes y su carácter personal era rechazado por la mayoría de sus compatriotas.

Agramonte indudablemente hubiera podido serlo, porque le acompañaban muchas circunstancias favorables. Pero ¿hubiera hecho más Agramonte, investido de ese poder soberano, que con el que tuvo Céspedes antes y después de ser elegido Presidente? Céspedes, con las facultades que delegó en él la Cámara, y que ejerció por casi todo el período de su Presidencia, podía considerarse un dictador. El mal estuvo en que no supo hacer uso acertado de esas amplias facultades.

Es verdad que entre los revolucionarios cubanos y el gobierno que los regía hubo gran desacuerdo. Pero ¿hubiera habido menos, ejerciendo éste una dictadura? Aflictiva por demás era la situación porque pasaban los patriotas, con tantos años de sufrimientos y de miseria á la vez que abandonados de todo el mundo; y aun cuando sabido es, por otra parte, nuestra propensión á echar sobre el gobierno la culpa de nuestros males, esta vez era excusable el descontento del pueblo, porque difícilmente otro habría recorrido aquella vía crucis que anduvieron los cubanos para obtener su independencia.

Mas, por ventura, ¿estuvieron más satisfechos de su gobierno otros pueblos sometidos á la dictadura? Bolívar, que infinidad de veces mandó su renuncia de Presidente á los Congresos de Venezuela y Colombia, en una de ellas, decía así en la de primero de Abril de 1821:

"Nombrado por el Congreso de Venezuela, Presidente interino del Estado, y siendo vuestra representación la de Colombia, no soy yo el Presidente de esta República; porque no he sido nombrado por ella; porque no tengo los talentos que ella exige para la adquisición de su gloria y bienestar; porque mi oficio de soldado es incompatible con el de Magistrado; porque "estoy cansado de oir llamarme tirano" por mis enemigos y porque mi carácter y mis sentimientos me oponen una repugnancia insuperable".

¡Llamar tirano á Bolívar! El hombre más modesto, más puro, más noble, más

patriota. Aquel que por estas excelsas virtudes y por su talento, su palabra, su pluma, su espada puede llamarse el hombre más grande que ha producido la América. Aquel que tuvo que comenzar por convertir en ciudadanos á los siervos de las envilecidas colonias,—siervos que tenían horror á la libertad,—para con ellos hacer la independencia de aquella parte del continente, destrozando en mil combates la tiranía. El hombre que encarnaba en sí la libertad Sur Americana. ¡Llamarle tirano. Denostar contra él. Rechazar su gobierno! Y si esto sucedió á Simón Bolívar, ¿qué sucedería al dictador cubano?

Se ha dicho que lo que faltó á Céspedes para servir bien á su patria, fué estar en posesión de todo el poder que en aquellas circunstancias necesitaba. Creemos que no es así. Lo que faltó á Céspedes más que todo, fué moderación suficiente para inspirar confianza á sus conciudadanos. Una prueba de ello es, que retirado Céspedes, cesaron las enconadas luchas entre los dos primeros poderes del Estado.

Si tenemose presente las facultades que la Cámara delegó en el Ejecutivo durante el tiempo que aquélla se veía forzada á mantenerse en receso, siendo tan cortos los períodos que podía mantenerse reunida y tan largos los intervalos entre esos períodos, puede decirse que Céspedes durante su administración, se encontró investido de tantas facultades como las que usó Bolívar. Como éste, celoso de los derechos del ciudadano, no usó del inmenso poder que tuvo en sus manos, sino con suma moderación, y como Céspedes gozaba de las extensas facultades delegadas por la Cámara, de ahí que casi vinieran á equipararse las facultades de éste y las del héroe venezolano.

Nadie más opuesto á la dictadura que Bolívar; este poder le horrorizaba y si lo admitió fué, por una parte, porque las circunstancias eran tan apremiantes que sólo así hubiera podido salvar la patria, y por otra, porque tenía confianza en sí mismo y sabía que no abusaría de él; mas comprendía, al mismo tiempo, que era muy peligroso confiarla á otro hombre. No perdía oportunidad de manifestarlo así, en público y en privado; y no era ésta vana declamación, pues lo confirmaba con sus actos.

Cuando á fines de 1813 entró triunfante en Caracas, lo primero en que se ocupó fué la convocación de la Asamblea de Representantes, nombrada por los pueblos; y en la asamblea popular que reunió el primero de Enero de 1814, para dar cuenta de sus actos, como sus conciudadanos insistieran en que siguiera encargado del poder supremo, dijo así.

"No usurparé una autoridad que no me toca. ¡Pueblos! ninguno puede poseer vuestra soberanía, sino violenta é ilegítimamente! Huid del país donde uno solo ejerza todos los poderes: es un país de esclavos. Vosotros me tituláis el Libertador de la República, yo nunca seré el opresor. Mis sentimientos han estado en la más terrible lucha con mi autoridad. ¡Compatriotas! creedme ,este sacrificio me es más doloroso que la pérdida de la vida".

Después de andar Bolívar fugitivo por Jamaica y Haití, cuando invadió á Venezuela, desembarcando por la isla Margarita el 3 de Mayo de 1816, el 7 reunió una asamblea compuesta de las autoridades, funcionarios y pueblo de la Isla, la cual le nombró Jefe Supremo de la República. Al día siguiente publicó una proclama anunciando el tercer período de la República y autorizando á los pueblos para nombrar sus diputados al Congreso, que tendrían las mismas facultades soberanas que en la primera época de la República.

Fugitivo otra vez en Haití, y llamado por los mismos, precisamente, que con sus ambiciones lo habían obligado á abandonar el suelo patrio, al desembarcar nuevamente en Margarita, Diciembre 29 de 1816, dirigiéndose á sus compatriotas les dijo: "Ciudadanos: "Vengo á serviros: no á mandaros". Y en la proclama que publicó el mismo día, decía:

"Vosotros habéis sido convocados por mí desde el mes de Mayo, para constituir el Cuerpo Legislativo, sin prescribiros restricción alguna, autorizándoos para escojer la época y el lugar. No lo habéis hecho: los sucesos de la guerra os lo han impedido, pero ahora debéis apre-

suraros á ejecutarlo como las circunstancias lo dicten. La patria ha estado y estaría frecuentemente en orfandad, en tanto que el magistrado sea un soldado. Las vicisitudes de la guera son tan varias y terribles que apenas pueden preverse, mucho menos evitarse: las transacciones del Gobierno exigen un establecimiento más constante. Un mismo hombre no puede moverse y estar en reposo. Vosotros, pues, debéis dividir las funcines del servicio público, entre muchos de los ciudadanos que poseen las virtudes y el talento que se requieren para el ejercicio del poder".

El 10 de Noviembre de 1817 formó en Angostura el Consejo de Estado, para compartir con este cuerpo la pesada carga que sobre él gravitaba, y en el discurso con que abrió la primera sesión, entre otras cosas dijo:

"El tercer período de Venezuela no había presentado hasta aquí un momento tan favorable, en que pudiera colocarse al abrigo de las tempestades el arca de nuestra constitución. Yo he anhelado, y podría decir, que he vivido desesperado, en tanto que he visto á mi patria sin constitución, sin leyes ,sin tribunales, regida por el solo arbitrio de los mandatarios, sin más guías que sus banderas, sin más principios que la destrucción de los tiranos, y sin más sistema que el de independencia y de la libertad. Yo me he apresurado, salvando todas las dificultades, á dar á mi patria el benefiico de un Gobierno moderado, justo y legal. Si no lo es, V. E. va á decidirlo: mi ánimo ha sido establecerlo".

Convocó Bolívar para el segundo Congreso de Venezuela que se reunió el primero de Enero de 1819 en Angostura, y en el Manifiesto ó Convocatoria decía:

"Nuestras armas han destruído los obstáculos que oponía la tiranía á vuestra emancipación. Y yo, á nombre del ejército libertador, os pongo en posesión del goce de vuestros imprescindibles derechos. Nuestros soldados han combatido por salvar á sus hermanos, esposas, padres é hijos; mas no han combatido para sujetarlos. El ejército de Venezuela sólo os impone la condición de que conservéis intacto el depósito sagrado de la libertad: yo os impongo otra cosa no menos justa y necesaria al cumplimiento de esta preciosa condición; elegid por magistrados á los más virtuosos de vuestros conciudadanos, y olvidad si podéis, en vuestras elecciones, á los que os han libertado. Por mi parte, yo renuncio para siempre la autoridad que me habéis conferido y no admitiré jamás ninguna que no sea la simple militar, mientras dure la infausta guerra de Venezuela. El primer día de la paz será el último de mi mando".

En la sesión inaugural del mismo Congreso, pronunció un magnífico discurso, en que dijo:

"Solamente una necesidad forzosa unida á la voluntad imperiosa del pueblo, me habría sometido al terrible y peligroso encargo de Dictador, Jefe Supremo de la República. Pero ya respiro, devolviéndoos esta autoridad que con tanto riesgo, dificultad y pena he logrado mantener en medio de las tribulaciones más horrorosas que pueden afligir á un cuerpo social".

Y más adelante, instando porque se aceptara su renuncia del mando supremo, dijo:

"La continuación de la autoridad en un mismo individuo, frecuentemente ha sido el término de los gobiernos democráticos. Las repetidas elecciones son esenciales en los sistemas populares, porque nada es tan peligroso como dejar permanecer largo tiempo en un mismo ciudadano el poder. El pueblo se acostumbra á obedecerle y él se acostumbra á mandarle: de donde se origina la usurpación y la tiranía. Un justo celo es la garantía de la libertad republicana, y nuestros ciudadanos deben tener con sobrada justicia, que el mismo magistrado que los ha mandado mucho tiempo, los mande siempre".

La gloriosa jornada de Ayacucho, que aseguró la independencia del Perú, tuvo lugar el día 9 de Diciembre de 1824. Inmediatamente después convocó Bolívar para el Congreso Constituyente, y el 25 del mismo mes y año dió una proclama á los peruanos en que decía:

"Es tiempo de que os cumpla yo la palabra que os dí, de arrojar la palma de la

Dictadura el día mismo en que la victoria decidiese vuestro destino. El Congreso del Perú, será, pues, reunido el 10 de Febrero próximo, aniversario del decreto en que se me confió esta suprema autoridad, que devolveré al cuerpo legislativo que me honró con su confianza.

"Esta no ha sido burlada.

. . . .

"Peruanos: El día que se reuna vuestro Congreso será el día de mi gloria: el día en que se colmarán los más vehementes deseos de mi ambición. ¡No mandar más!".

Al detenernos en estas citas nos hemos propuesto un doble objeto. Primero, hacer patente la aversión de Bolívar á la dictadura, y segundo, el alto concepto que le merecería el gobierno civil: y por cierto que ninguna autoridad mejor podía haber en el asunto, pues había ejercido aquélla por quince años. En esto se diferenciaba grandemente de Céspedes y de Quesada, tan admiradores de la dictadura como enemigos del gobierno civil. ¡Qué contraste tan notable entre éstos y aquel hombre! Bolívar, por lo mismo que temía tanto la dictadura, sus conciudadanos pudieron confiársela sin peligro, y en sus manos, igual que en las de Washington, dió el más benéfico resultado. Céspedes y Quesada, por ambicionarla, no era prudente se les concediera, porque con el carácter de esos hombres, podía preverse el funesto resultado que traería para la patria.

Jamás el pueblo de Cuba hubiera consentido investir con la dictadura á Céspedes ni á Quesada, que eran los dos hombres que aspiraban á ella y que parecían los indicados para ese cargo. Se desconfiaba de los dos. Había en ellos demasiada ambición, demasiado egoismo, demasiada ansia de mando y de dominación; exteriorizándose en ambos el material de que se forman los tiranos.

El recelo de la Cámara para con Céspedes no era gratuito, sino sobradamente fundado. Los primeros pasos de Céspedes pusieron en evidencia su carácter y sus tendencias. Se nombró á sí mismo Capitán General, arrogándose las facultades omnímodas de esos gobernantes españoles. Se apoderó del mando superior de la revolución, que no le correspondía, apoyándose en una minoría facciosa. Emitió su opinión en nombre del pueblo de Cuba sin estar autorizado para ello, muy pronto viéndose desautorizado. Desde el primer momento quiso erigirse en dictador y lo fué, habiendo desistido de su empeño sólo por la fuerza de las circunstancias. Al constituirse el gobierno de Guáymaro bregó por obtener todas las ventajas para ver satisfechos sus ideales de dominación, pretendiendo que los Representantes de la Convención Nacional fueran elegidos con arreglo á la población, cosa que Oriente tuviera asegurada la mayoría; lo que no pudo lograr, porque se opusieron las otras provincias. Se empeñó después en que los diez individuos que formaban la especie de Consejo de que se había rodeado, ingresasen todos en la Cámara como Diputados, á lo que se opusieron también las otras provincias, pues á elegir cada una de éstas igual número, la Cámara se compondría de 40 diputados, lo que haría muy difícil integrar el "quorum" para funcionar legalmente. Dada la tendencia de Céspedes á erigirse en poder único, y la enemiga á la Cámara que manifestó después, no es aventurado pensar que fuera ésta su intención. No hubo modo de hacerlo ceder en este particular, logrando que sus diez consejeros tomasen asiento en la Cámara como Diputados por Oriente. Dió esto lugar á la extraña anomalía de que sin embargo, estuviesen representadas las otras provincias por solo cinco Diputados, y para equiparar las fuerzas al llegar las votaciones, los votos de estas provincias tuvieran doble valor.

Todos estos antecedentes hicieron que la Cámara cubana, aún antes de formarse, sus miembros recelasen de Céspedes. De ahí los artículos séptimo y noveno de la Constitución que formaron, que dicen así: "Artículo séptimo. La Cámara de Representantes nombrará al Presidente. encargado del Ejecutivo, el General en Jefe, el Presidente de sesiones y demás empleados suyos... Artículo noveno. La Cámara de Representantes puede deponer libremente á los funcionarios cuyos nombramientos le corresponden."

La Cámara quiso tener en sus manos esta arma terrible con que podía destruir el poder de aquel con consideraba peligoso para las instituciones del país y pronto hubo de hacer uso de ella.

Que la desconfianza de la Cámara era personal para con Céspedes y de ningún modo para con los altos funcionarios de la República, está probado con el hecho de que una vez ocupada por Salvador Cisneros la Presidencia, la Cámara obró siempre de perfecto acuerdo con él; dejó en amplia libertad á los jefes militares, cesaron las encarnizadas luchas entre el poder Legislativo y el Ejecutivo y la Cámara pudo mantenerse reunida, cosa punto menos que imposible, bajo la administración de Céspedes.

Washington y Bolívar pudieron ser dictadores; sus pueblos tenían plena confianza en ellos; eran hombres desinteresados; nada había que temer de ellos; ningún hecho en su vida podía dar lugar á sospechar que hicieran mal uso de aquel formidable poder. Eran muy grandes. ¿Por ventura estaban en iguales condiciones Céspedes y Quesada?

Se censura á la Cámara por el lujo que desplegó en el ejercicio de sus funciones, haciendo una ley sobre organización judicial, otra sobre administración, legislando sobre instrucción pública, matrimonio, etc. Mas debe tenerse en cuenta que aunque buena parte de esas leyes no pudieran depurarse y ponerse en vigor, con ellas se desmentían las voces propaladas por el gobierno español, de que la revolución cubana se componía sólo de bandidos, sin ningún fin político que la alentara; y sobre todo, se demostraba al gobierno de los Estados Unidos que la República de Cuba tendía á ser un estado legalmente constituído y por lo tanto, merecía que se le reconocieran los derechos de beligerante.

Los cubanos parecieron recordar lo que al Parlamento Inglés contestó el Congreso de Philadelphia en 4 de Julio de 1776 con la memorable "Declaración de los Representantes de los Estados Unidos de América, reunidos en Congreso general" y las razones que imponían la declaración de independencia, inspiradas únicamente en el deseo de no pasar ya por rebeldes y sí por beligerantes, sin lo que no gozarían de los derechos internacionales de potencia independiente, por mar y tierra, no entrarían en relaciones diplomáticas con las otras potencias, ni podrían celebrar alianza con ellas.

La referida "Declaración" al principio decía con tono sacerdotal y solemne: "Cuando en el curso de los sucesos humanos llega un pueblo á experimentar la necesidad de romper los lazos políticos que lo unen á otro, y de ocupar entre las potencias puesto independiente é igual, á que tiene derecho según las leyes naturales y divinas, el respeto que se debe á la opinión pública exige que explique los motivos que le impulsan á la separación. Las verdades siguientes nos parecen evidentes. Todos los hombres han nacido iguales; el Creador los ha dotado de derechos inenajenables, como la vida, la libertad y el deseo de ser felices. Para asegurar estos derechos se han establecido los gobiernos, que reciben su poder de la voluntad de los gobernados; y en cualquiera parte donde la forma de gobierno resulte perjudicial al objeto indicado, tiene el pueblo el derecho de cambiarlo ó de abolirlo, y establecer un nuevo gobierno cimentado sobre aquellos principios y dividido de manera que pueda garantizar mejor su seguridad y bienestar." Y esto mismo, que sirvió de base á la independencia de los Estados Unidos, era lo que los cubanos solicitaban de ellos para su emancipación, cosa que nunca pudieron conseguir, con todo y creer que esas formalidades llenadas por la Cámara, facilitarían el triunfo de la ansiada emancipación, por la que vertía su sangre un pueblo oprimido en estas tierras del Continente Americano, alumbrado por el sol de la libertad.

Cualesquiera que sean los cargos que se hagan á la Cámara cubana, no podrá menos de reconocerse su patriotismo y celo en el desempeño de sus funciones. No puede decirse lo mismo de otras Cámaras ó Congresos. En la Historia de los Estados Unidos por J. A. Spencer, se lamenta á veces el autor de que los hombres elegidos por los Estados para representarlos en el Congreso, además de no ser los más distinguidos por sus lu-

ces, no se tomaron interés en el desempeño de su alto cargo, y perdieran el tiempo en rencillas y disputas por pequeñeces indignas de su elevada misión.

En resumen. Habiendo sido la práctica de los pueblos de América, al tratar de conquistar su independencia, comenzar por constituir un gobierno civil, á fin de que éste diera al ramo de la guerra toda la amplitud que juzgara conveniente para llenar su importante misión, y habiendo sido esto mismo lo que hicieron los insurrectos cubanos, no vemos razón para censurarlos, ni para decir lo que hemos visto publicado en alguna parte que: "al formularse el Código fundamental de Guáymaro, se dió vida al germen que había de matar la revolución".

CAPITULO XL

DICIEMBRE 1873

VUELVE AGUILERA A NEW YORK.—ENCUENTRA ATRASADOS LOS TRABAJOS PARA SU EXPEDICION.—DISGUSTO DE AGUILERA.—CONFERENCIA CON H. CISNEROS.—PROYECTO DE IR A PERU Y CHILE.—H. CISNEROS LO APRUEBA.—LE HACE ALGUNAS OBSERVACIONES.—ENTUSIASMO DE H. CISNEROS.—AMIGOS CON QUIENES CONTABA EN PERU.—EXPEDICION LISTA EN CHILE.—NOTICIA DE LA MUERTE DE MACEO OSORIO.—VIVA IMPRESION QUE CAUSO A AGUILERA.—CORRESPONDENCIA DE CUBA LIBRE.—DOS COMUNICACIONES DE LA SECRETARIA DE R. E.—CARTA DE FRANCISCO MACEO.—DOS CARTAS DE SALVADOR CISNEROS B.—JESUS RODRIGUEZ EX-PARTIDARIO DE CESPEDES.—GRAVES ACUSACIONES CONTRA CESPEDES.—ENTORPECIMIENTO QUE PONIA A LA CAMARA.—CALUMNIAS PROPALADAS EN EL CAMPO REVOLUCIONARIO.—AGUILERA, R. CESPEDES Y OTROS, TRAIDORES A LA PATRIA.—C. M. DE CESPEDES EL BALUARTE DE LA INDEPENDENCIA.—AQUELLOS TRAIDORES TRATABAN DE DERRIBAR A CESPEDES. —CIRCULACION DE IMPRESOS VENIDOS DE LOS EE. UU.—ESTOS ACUSABAN A LOS TRAIDORES.—TRABAJOS PARA MALEAR AL EJERCITO.—LA CAMARA DE ACUERDO CON LOS TRAIDORES—DEPUESTO EL PRESIDENTE CESPEDES CONSUMARIAN SU TRAICION—CESPEDES DISPUESTO A ACUDIR AL VEREDICTO DEL PUEBLO. —PELIGRO QUE CORRIA AGUILERA EN CUBA LIBRE.—BUEN CONSEJO DE ECHEVERRIA.—LA CAMARA NO CITO A JUICIO A CESPEDES.—PELIGROS QUE ENVOLVIA ESTE ACTO.—CORDURA DE LA CAMARA.—CARTA DEL DIPUTADO JESUS RODRIGUEZ.—VERSOS CALUMNIOSOS CIRCULADOS.—NOMBRE QUE APARECE BORRADO.—CENSURAS DEL PATRIOTA FERNANDO FORNARIS.—ELLAS PARECEN ALCANZAR A AGUILERA.—HEROISMO DE LOS PATRIOTAS.—CARTA DE FERNANDO FORNARIS.—CONTESTACIONES DE AGUILERA AL SECRETARIO DE R. E. A SALVADOR CISNEROS B., A JESUS RODRIGUEZ, A FERNANDO FORNARIS Y AL GENERAL MODESTO DIAZ.—ANHELO DE AGUILERA POR DESEMBARCAR EN LAS VILLAS.

Volvió Aguilera á New York á informarse del estado de su expedición. Grande fué su descontento cuando supo por Pío Rosado y Miguel Luis, lo poco ó nada que ésta había adelantado. Lo informaron de que los comisionados trataban de comprar un vapor que costaba ochenta mil pesos, con objeto de mandar una gran expedición de quinientos hombres en la que iría el general Jordan. Habían oído decir á Francisco Arteaga, que los insurrectos no necesitaban ya de armas y municiones, porque sabían quitarlas al enemigo; que lo que necesitaban eran expediciones de quinientos hombres en adelante que desembarcaran en territorio de las Villas y llevaran la guerra á esa región. Estas noticias hicieron mal efecto en Aguilera, haciéndole pensar que en aquella situación no podía prolongarse por más tiempo. Retiróse á su cuarto á descansar, lo que no pudo conseguir, pues una gran parte de la noche la pasó preocupado, formando planes en su mente.

Al día siguiente, temprano, fué á ver á Hilario Cisneros. Manifestóle su decepción. Creía haber encontrado el vapor comprado y la expedición en vísperas de salir y veía que nada se había hecho. Dijo que el proyecto de los comisionados, de mandar una expedición grande, era muy bueno en cuanto al efecto que haría; pero muy malo por lo even-

tual del éxito y el tiempo que necesitaría para su realización. Por último, añadió que había tomado una determinación. Tenía dos planes y quería saber si podía contar con él para desenvolverlos. Cisneros se puso á su disposición. Dijo Aguilera que puesto que podían contar con seteticinco mil pesos, hablaría á Villegas á fin de activar la salida de la expedición, limitando su costo á esa cantidad; para este proyecto sería necesario que fuese Cisneros á Santo Domingo á tenerle listos dos cientos hombres que llevaría en la expedición.

De no ser posible realizar este plan, pensaba entonces ir al Perú, y con su carácter de Presidente electo, gestionar cerca del gobierno de esa República y el de Chile, la consecución de recursos para llevar á Cuba una expedición de mil hombres bien armados con pertrechos suficientes. Si lograba su objeto, estaba seguro de que con el efecto moral que la empresa produciría en cubanos y enemigos, y la ayuda material que prestaría á la revolución, ésta no tardaría en llegar á un término feliz. Preguntó á Cisneros, caso que pusiera en práctica este último proyecto, si estaría dispuesto á acompañarlo á la América del Sur.

Contestó Cisneros que el plan le parecía muy bueno y desde luego contara con él; pero al mismo tiempo quería hacerle algunas observaciones. Dijo que antes de darle principio, era necesario esperar que llegara el vapor de Jamaica, en el que debían venir los nombramientos de los nuevos Agentes, que sustituirían á los que había. Que ignoraba los los términos en que vendrían esos nombramientos, y si no traían en blanco los nombres de las personas designadas, podrían ofrecer grandes dificultades, pues José Manuel Mestre le había manifestado que de ninguna manera aceptaría el cargo de Comisionado Diplomático, Aldama también le había dicho que no admitiría la Agencia, y en ese caso tendrían que estar actuando los Agentes Confidenciales Quesada y Castillo. Añadió que era muy probable que la Cámara llamase á Aguilera inmediatamente para que ocupara la Presidencia, en cuyo caso era necesario ver como se arreglaban para conseguir el tiempo necesario si hubiera de realizarse el segundo proyecto, Significóle que por lo demás, estaba conforme con él en todas sus partes, pues tenía la persuación de que sería el único medio de conseguir en breve tiempo la terminación de la guerra, por ser los países de la América del Sur la sola fuente de donde podrían obtener recursos suficientes para ese objeto.

Muy entusiasmado Cisneros con el proyecto de Aguilera continuó diciendo que en el Perú podía levantarse un empréstito por mediación del Ministro de Venezuela, que lo era el señor Valenzuela, muy amigo suyo y de los cubanos, quien estaba allí muy bien relacionado con personas de valer.

Además, su hemano Javier le había escrito diciendo que en Chile le proponían una expedición por valor de doscientos mil pesos, compuesta de dos mil Remingtons, un buen vapor, un buque de vela para transporte, etc., pidiéndole de contado tan sólo cincuenta mil pesos. Si llegasen á ir, contando con representación suficiente, podrían admitir esa proposición ú otras, pues estaba persuadido de que sólo con donativos particulares de chilenos y peruanos podían levantar fondos suficientes. Quedaron en reunirse otra ocasión, después de recibir las noticias que esperaban por vía de Jamaica.

De casa de Cisneros fué Aguilera á la oficina. No encontró á Villegas, pero supo que el vapor de Jamaica había llegado. Dióle Eduardo Codina la noticia de la muerte de Francisco Maceo Osorio, y esta infausta nueva causó tan profunda impresión en Aguilera, que inmediatamente se retiró á su casa y no volvió á salir en todo el día. Era Maceo un amigo en quien Aguilera había puesto el mayor afecto. Más que amigo, lo consideraba un hermano y la noticia inesperada lo impresionó vivamente.

Al día siguiente entregó Villegas á Aguilera la correspondencia que para él había venido de Cuba libre. Consistía en cartas de Modesto Díaz, Salvador Cisneros, Fernando Fornaris y otros. Poco después llegó á la Agencia el Secretario de Don Carlos del Castillo y le entregó

dos comunicaciones del nuevo Gobierno de Cuba y una carta de su buen amigo Francisco Maceo, del que poco antes había sabido la muerte. Este mismo Secretario de Castillo le llevó poco después dos cartas, una de Jesús Rodríguez, y otra de Fernando Fornaris; las dos tenían señales de haber sido abiertas.

Leyó Villegas á Aguilera una carta de Jesús Rodríguez en que hacía la historia de la deposición de Céspedes y sus causas, la cual por su extensión parecía un folleto. Contenía una porción de datos útiles para la historia.

Las dos comunicaciones de la Secretaría de Relaciones Exteriores se reducían á darle cuenta del cambio en el Gobierno y dicen así:

"República de Cuba.

"Secretaría de Relaciones Exteriores.

"Al Mayor General Vice-Presidente de la República de Cuba C. Francisco Vicente Aguilera.

"Conciudadano:

"Tengo el honor de transcribir á usted las siguientes comunicaciones que este Gobierno ha acordado hacer llegar á su conocimiento:

"República de Cuba. —Cámara de Representantes.—Al C. Salvador Cisneros, Presidente de la República.

"En sesión celebrada el día de hoy, acordó la Cámara que se comunique al ex-Presidente C. Carlos M. de Céspedes haber sido designado el C. Salvador Cisneros, para que se encargue interinamente del Poder Ejecutivo; y que en tal virtud deberá entregar á éste los archivos y demás dependencias del Gobierno. Lo que comunico á usted para los fines consiguientes. —P. y L. Bijagual, Octubre 27 de 1872. —El Presidente interino, Tomás Estrada, El Secretario, Eduardo Machado.

"En sesión celebrada el día de hoy la Cámara ha acordado: que conforme al acuerdo de 13 de Abril de 1872, el C. Salvador Cisneros, actual Presidente de esta Corporación, se encargue interinamente del Poder Ejecutivo, cesando desde luego en la Representación nacional, conforme al artículo quinto de la Constitución. Lo que se participa á usted para los fines consiguientes. —P. y L.—Bijagual, Octubre 27, 1873. —El Presidente interino, Tomás Estrada. — El Secretario, Eduardo Machado.

"Lo que participa á usted en cumplimiento de lo dispuesto y á los fines correspondientes.

P. y L.

Bijagual, Octubre 27 de 1872.

"El Secretario de Relaciones Exteriores.

Francisco Maceo".

"República de Cuba.

"Secretaría de Relaciones Exteriores.

"Al Vice-Pesidente de la República, Mayor General Francisco V. Aguilera.

Cambute, Octubre 28 de 1872

"Conciudadano:

"La Cámara de R. R. en legítimo uso de las facultades que le confiere el articulo noveno del Código Fundamental de 10 de Abril de 1869, ha tenido por conveniente en sesión de 27 del presente, deponer al C. Carlos M. de Céspedes del cargo de Presidente de la República, nombrando en conformidad el acuerdo de 13 de Abril de 1872, al Presidente de la Cámara C. Salvador Cisneros Betancourt para ocupar inmediatamente aquel puesto.

"Constituído el nuevo Gabinete con el Mayor General C. Vicente García en el departamento de Guerra y el que suscribe en el de Relaciones Exteriores, sirviendo interinamente aquel cargo el C. Félix Figueredo, su primer acuerdo ha sido el de llamar á usted como Vice-Presidente de la República, para que acuda á tomar posesión de la Primera Magistratura de la Nación, según las leyes.

Al Agente General interino de la República en New York, C. Carlos del Castillo, se le comunican en este propio correo las órdenes conducentes, á fin de que facilite á usted los medios necesarios para su traslación al territorio insurrecto.

"Aprovecho esta ocasión para ofrecer á usted la expresión de mis respetos.

P. y L.

El Secretario de Relaciones Exteriores,

Francisco Maceo".

Es de notar que estas comunicaciones estaban firmadas por Francisco Maceo, Secretario de R. E. difunto ya al tiempo de recibirlas Aguilera. La carta particular de Francisco Maceo dice así:

"C. Francisco V. Aguilera.

Cuba, Octubre 31 de 1873.

"Mi querido amigo:

"Ya puedo volver á establecer correspondencia con los amigos míos, porque la situación ha variado.

"El 27 de Octubre (mes de equinocios y huracanes en Cuba), celebró la Cámara una gran sesión en Bijagual (Baire). El campamento contenía como dos mil hombres armados. La acusación fué de cada un Diputado por ramos; violación por violación; atentado por atentado. ¡Qué pueblo el de Cuba! Oía sin respirar. Después de cuatro horas de discusión estalló el rayo: Carlos Manuel fué depuesto. Tres vivas á la República, Cámara y al nuevo Presidente, cerraron el debate. En seguida revista de toda la fuerza por Calixto, Calvar, etc., alocuciones al Ejército y pueblo, correspondida con estentóreos vítores. Por la noche serenata al Presidente entrante y presentación de los jefes, oficialidad y corporaciones al elegido de la Ley. Música por las calles del campamento.

"Carlos Manuel, desde Cambute, quiso decir algo pero era tarde.

"Fué constituído el Gabinete con Vicente García (Guerra) y Maceo, Relaciones Exteriores (interino de guerra, Félix Figueredo).

"El más perfecto orden y la legalidad más estricta reinaron en los hechos relatados. Hoy, la tranquilidad general, como prueba de la aceptación pública del nuevo poder, es una cosa que demuestra la sensatez de los cubanos.

"Decir á usted que lo espero, parece inútil. Venga, venga, venga prontísimo. Ya tengo los brazos abiertos para estrecharlo. Adiós, hasta nuestra vista.

Pancho Maceo".

Las cartas de Salvador Cisneros Betancourt fueron dos: una fecha primero de Noviembre en la que daba cuenta de los cambios habidos en el Gobierno y le instaba para que volviera á Cuba cuanto antes y la otra fecha 2 del mismo mes de Noviembre en contestación á una carta de Aguilera fecha 6 de Agosto del mismo año. Dicen así:

"Noviembre 1° de 1873.

"C. Francisco V. Aguilera,

"Estimado amigo:

"Interinamente ocupo su puesto. La Cámara creyó conveniente deponer á Carlos Manuel y elegirme para relevarlo según previene el acuerdo de 13 de Abril del año pasado, de suerte que al hallarme investido con tan elevado cargo, no puedo menos que al participárselo á usted rogarle al mismo tiempo que vuelva á Cuba lo más pronto que pueda, donde encontrará un pueblo digno y celoso de sus derechos.

"Como amigo, como compañero y como jefe del país, le ruego que retorne, no sólo porque se lo exige su deber, sino porque hoy su presencia aquí imprimiría una idea en el espíritu público que influiría á no dudarlo muy favorablemente en la reacción que principia á notarse entre los cubanos que están aun con el enemigo. Y no crea que una falsa modestia me inspira estos renglones: no, amigo mío; es la convicción profunda que tengo de las ventajas que reportará al país ver que vuelve á él un hombre que no ha escatimado sacrificios para conseguir la libertad de su patria. Por otra parte, el conocimiento que ha adquirido usted de los hombres y de los negocios en el Exterior, lo colocan en mejor posición que yo para utilizar los servicios de esos cubanos, unirlos en sus trabajos y aspiraciones y hacer desaparecer esa malhadada separación que influencias políticas y personales han mantenido y mantienen aun, en perjuicio de la sagrada causa que todos defendemos.

"Usted que conoce íntimamente á los de allí, está, repito, en mejor situación de administrar la República; venga pues, y salvemos todos la revolución.

"La brevedad en su vuelta, es un triunfo, es una victoria.

"Según informes, tiene usted fondos y los ha destinado á una expedición. Mucho me alegraría que los informes fueran exactos y no tengo inconveniente en manifestarle que con toda preferencia nos envíe, mejor nos traiga, unos cañones con sus pertrechos correspondientes, como también buenos artilleros que los manejen con seguridad y buen acierto. Así mismo debe venir gran cantidad de cápsulas de Remington, grueso y fino calibre, Spencer y Peabody, pólvora y plomo en abundancia. Si quiere traer armas, que no sean de cartuchos sino de precisión, pues las primeras se dejan almacenadas en la costa donde yacen por inútiles. Ningún jefe militar las quiere y al soldado que se le dan, recibe el donativo como un insulto. ¡Cuánto dinero gastado inútilmente! No incurra usted, amigo mío, en ese error. Nuestros soldados, que han aprendido á tomar de las manos del enemigo buenos rifles de Remington no pueden aceptar un Tower.

"Esperando que muy pronto tendré noticias de usted, con sentimientos de la mayor consideración, soy su afectísimo amigo.

Salvador Cisneros Betancourt".

"Número 15.

"La Toronja de Guisa, Noviembre 22 de 1873.

"C. Francisco V. Aguilera, Presidente de la República.

"Muy estimado amigo:

"A la vista su atenta carta de fecha 6 de Agosto, no puedo menos al contestarla, que manifestarle, antes de todo, el placer que me ha causado ver que al fin, no me tiene usted completamente olvidado. Muchas le había escrito yo á usted ya, y nunca había tenido contestación.

"Mucho he sentido no haber recibido su carta seis días antes, pues hubiéramos tomado las medidas que A. Zambrana, Villegas y otros buenos patriotas nos aconsejan, que estaban en la mente de todos nosotros, y que sin embargo, no nos atrevimos á tomar antes de recibir los informes que á ustedes hemos pedido en el correo anterior, sobre la verdad de los hechos en la emigración, y sobre los hombres que allí se le podían encomendar la Agencia General y Diplomática.

"Amigo mío, hemos estado hasta ahora completamente incomunicados con el Exterior, porque parece que así convenía á ciertas individualidades; pero la Providencia, que siempre vela por el bien de Cuba, ha dirigido nuestros pasos, tanto en el interior como en el exterior; y creo firmemente que el sesgo que han tomado nuestros asuntos, satisfará por completo á todos los que trabajan por la libertad y engrandecimiento de la patria.

"Usted verá que aquí todos hemos cumplido nuestro deber, haciendo toda clase de sacrificios y obrado con la entereza que exigían las circunstancias, y sin detenernos en pueriles temores.

"Ahora toca á ustedes cumplir el suyo. Por de pronto venga usted al lado de nosotros á ocupar el puesto que el pueblo le ha señalado. No desmaye por las contrariedades sufridas en sus primeros trabajos, reanúdelos con más brío, ahora que no tiene estorbos en su camino; procure atraerse la emigración cubana de Europa, que se halla en disposición de prestarnos eminentes servicios morales y materiales y lleve á efecto el empréstito fracasado con el auxilio que el crédito y el patriotismo del nuevo Agente le proporcionará.

"Tráiganos parque en abundancia, principalmente pólvora, plomo y cápsulas de Remington de fino calibre y algo de Spencer y Peabady. No se olvide de dos ó tres cañones de montaña, y los artilleros correspondientes para manejarlos, y de un par de imprenticas manuables de campaña. Esto es todo lo que necesitamos, pues lo demás sabemos quitarlo al enemigo.

"Supongo á usted informado de los últimos hechos de armas que han tenido lugar, como Nuevitas, Santa Cruz y Manzanillo en que hemos hecho al enemigo un daño inmenso y de donde se ha extraído una gran cantidad de armas y parque.

"Ultimamente hemos sabido, aunque no oficialmente, la ocupación de los campamentos españoles Zanja y Guamo, verificada por el general V. García, en el primero de los cuales fué tanto el parque que tuvo que extraer, que pidió

auxilio al mayor general Máximo Gómez, jefe de las fuerzas del Camagüey. En este estado han suprimido últimamente cinco campamentos los españoles, y creo que muy pronto, según vamos, los arrollaremos á los pueblos del litoral.

"Mis antiguos compañeros de la Cámara de R. R. agradecen mucho sus recuerdos, y unen al mío sus deseos de verlo pronto entre nosotros, para ayudarle á llevar la carga que han puesto sobre sus hombros.

"Mientras tanto, reciba usted las protestas de todo mi afecto y consideración.

Salvador Cisneros y B."

La carta del diputado Jesús Rodríguez encerraba acusaciones de suma gravedad contra el Presidente Céspedes. Y téngase en cuenta que era aquel patriota uno de los buenos amigos de Céspedes, y el que siempre había estado dispuesto á defenderlo en la Cámara contra los ataques de sus adversarios. No puede, por lo tanto, suponerse que fueran motivos de enemistad personal los que movieran al diputado Rodríguez contra Céspedes al escribir su carta. Es más lógico suponer que en su animosidad contra la Cámara, Céspedes dañara los intereses de ésta, y Rodríguez, como uno de los miembros de ella, al fin tendría que hacer causa común con sus compañeros.

Uno de los párrafos de la citada carta dice así:

"Los miembros de la Cámara, desde que principiaron sus abusos y desaciertos (del Presidente Céspedes) procuramos reunirnos, pero sólo conseguimos hacerlo en número insuficiente, y él no sólo persistió en ellos sino que se propuso destruir la Cámara: para ello protegió al que quiso marchar de la Isla, adoptó cuantas medidas le sugirió la imaginación para que no se expeditaran las elecciones de Diputados, que tuvieron efecto muy tarde, y por último, hasta apeló al recurso de ofrecerles elevados puestos militares y administrativos que fueron rechazados con indignación."

Lo transcrito corrobora lo que antes hemos dicho respecto á que Céspedes trataba de estorbar el funcionamiento de la Cámara, para con la facultad que ésta le concedía, de resolver todos los asuntos del gobierno, durante el tiempo que estuviese en receso, ser así el jefe supremo de la revolución.

Más adelante indicaba los medios que pusieron en juego Céspedes y sus compañeros para contener la ola que se les venía encima, como consecuencia de sus abusos. Fueron éstos calumniar á Aguilera, Ramón Céspedes, Echeverría y otros patriotas de la emigración, propalando entre los revolucionarios en el campo, que aquellos los traicionaban, queriendo deponer á Céspedes, el baluarte de la independencia, para poder ellos tratar con los españoles en sentido de la autonomía: amenazando al mismo tiempo á sus oponentes con la guerra civil que estallaría en el país.

En corroboración de este aserto hicieron circular en el campo insurrecto un papel impreso en los Estados Unidos, con unos versos bajo los cuales aparecían las firmas de los hombres más importantes de la emigración de New York. En estos versos los firmantes manifestaban que no les convenía "pastelear" más, porque los cubanos los ahorcarían, etc.

Así mismo refiere la carta mencionada que hasta al éjército se había procurado malearlo, propalando entre los jefes y soldados la impostura de que la Cámara estaba de acuerdo con Aguilera, por medio de la correspondencia entre Salvador Cisneros B., y el Presidente de la sociedad "Los Amigos de Cuba", el traidor, según ellos, General Juan G. Díaz de Villegas y otros; el fin que se proponían era destituir al Presidente Céspedes para traicionar la revolución. Dice además que el Presidente Céspedes, en una comunicación había manifestado estar dispuesto á, si la Cámara trataba de deponerlo, acudir al veredicto del pueblo.

Por lo arriba expresado se comprenderá que no fué desacertado el consejo que dió Echeverría á Aguilera de que no se aventurase á desembarcar en Cuba con poca gente que lo custudiase, pues sus paisanos podrían cojerlo y ahorcarlo. Era Echeverría hombre de talento, que estaba perfectamente al corriente de la situación y conocía á los hombres. ¿Qué de extraño que, hombres rudos, cegados

por un fanatismo patriótico, á quienes se hubiese llegado á persuadir de que era Aguilera uno de los que se proponían traicionarlos y acababa de desembarcar en Cuba con ese propósito, alentados quizás por una palabra imprudente y calculada, se apoderasen de él y le diesen el castigo de los traidores? Es la ambición pasión terrible que no retrocede ni aun ante el crimen: y el camino de éste es un plano inclinado en el que un crimen trae otro.

Muchos han censurado á la Cámara porque en la especie de juicio que formó para deponer á Céspedes no se hubiese dado audiencia á él, para oir sus descargos. Si tenemos en cuenta las circunstancias en que se efectuó aquel acto, los trabajos que bajo cuerda se habían hecho en el ejército y en el pueblo, tratando de conmover el espíritu público, haciéndole ver que era una negra traición lo que se quería consumar, se comprenderá que la Cámara obró con cordura, no provocando en aquel acto una discusión con la que se hubieran excitado aún más los ánimos pudiendo proporcionar un conflicto que á todo trance debía evitar.

Por otro lado, la Cámara, según la Constitución, para deponer al Presidente no tenía necesidad de llamarlo á juicio. Bastábale su voluntad y si allí se le hicieron algunos cargos, fué sólo para que los patriotas se satisficieran de la justicia con que procedían y que aquel acto tan grave tenía por base, no la arbitrariedad, sino motivos justificados que estaban en la conciencia de la mayor parte de los allí reunidos.

La carta del Diputado Jesús Rodríguez á que nos hemos referido, dice así:

"C. Mayor General Francisco V. Aguilera.

La Somanta de Jiguaní, Octubre 22 de 1873.

"Muy señor mío y amigo:

"Aunque no tengo la satisfacción de ser íntimo amigo suyo, como he recibido pruebas de afecto y consideración de su parte y sobre todo porque creo conveniente enterar á usted de lo que pasa en el territorio de la insurrección, me decido á molestarle y robarle algún tiempo del que necesita para atender á sus ocupaciones.

"La Cámara de Representantes se vió en la necesidad de recesarse y confirió algunas de sus facultades legislativas al Presidente Céspedes; éste abusó de ellas y cometió además desaciertos en su administración.

"Contra la opinión pública, y hasta contra la de los diputados que le habíamos estado sosteniendo, nombró de Agente Confidencial en Nueva York á Manuel de Quesada, lo que lo despopularizó completamente: hizo algunos nombramientos de jefes militares sin atender al mérito y á la justicia, sino á su política personalísima: violó varios artículos de la Constitución: revocó sentencias ejecutorias de los tribunales, por sí, y por sí impuso penas y perdonó luego al que le pareció, cual si hubiera sido un soberano: y por último, en una ley que dictó se arrogó la facultad que concede la jurisdicción extraordinaria de guerra, es decir se erigió en dictador: prefirió al honroso título de libertador, que pudo haber conquistado, el de opresor del país en que nació.

"Los miembros de la Cámara, desde que principiaron sus abusos y desaciertos, procuramos reunirnos; pero sólo conseguimos hacerlo en número insuficiente, y él no sólo persistió en ellos sino que se propuso destruir la Cámara; para ello protegió al que quiso marchar de la isla, adoptó cuantas medidas le sugirió su imaginación para que no se expeditaran las elecciones de Diputados, que tuvieron efecto muy tarde, y por último hasta apeló al recurso de ofrecerles elevados puestos militares y administrativos, que fueron rechazados con indignación.

"No se perdonó medio ninguno, pues pretendió aterrarnos con la idea de rebeliones, y de que estallaría la guerra civil; y por último, en cartas dirigidas á mí y por otros medios, procuró llevar á nuestros ánimos el convencimiento de que usted, Ramón Céspedes, Aldama, Mestre, Echeverría y otros hombres importantes de la emigración, nos traicionaban, pues pretendían se depusiera á Carlos Manuel para poder tratar con el Gobierno espa-

ñol en sentido autonomista. Vea usted la invitación de los firmantes que se me remitió con ánimo de que circulara y que yo desprecié, como despreciamos todos tan calumniosa invitación.

"Reunida la Cámara se constituyó en el Bijagual, donde había más de dos mil hombres con varios generales, y nos encontramos con que también se había querido extraviar la opinión en el ejército con aquella impostura, completando el cuadro con decir que la Cámara estaba de acuerdo con usted por medio de la correspondencia que llevaba el Presidente de la Corporación con el traidor general Villegas: y que por eso sin duda depondríamos muy pronto al Presidente Céspedes. Este, además, en una comunicación, emitió el pensamiento de que acudiría al veredicto del pueblo.

Nada nos intimidó, y dispuestos á verter nuestra sangre si era preciso antes de deshonrarnos haciéndonos cómplices del que pretendía arrojar de Cuba la tiranía española para establecer la suya, concurrimos á la sesión pública del 27 del actual y cada diputado hizo uso de la palabra en presencia del pueblo, que después de bien enterado de los motivos, aplaudió la deposición que en aquel acto se hizo del Presidente Carlos Manuel de Céspedes, y dió estrepitosos vivas á la Cámara y á la Constitución, manifestando su firme deseo de que á cuantos piensen siquiera violarla se castigue del mismo modo.

"En cumplimiento de una ley dictada con mucha anterioridad, por consecuencia de estar usted ausente y ser el Vice-Presidente, se encargó del poder Ejecutivo el Presidente de la Cámara, C. Salvador Cisneros, con calidad de interino; tiene por Secretario á Maceo y Félix Figueredo, el último también con la calidad de interino.

"La época de la conspiración en Cuba se hizo con la confianza de que usted figuraría á la cabeza del movimiento. Su solo nombre fué bastante para que las personas más influyentes de Camagüey y sobre todo de Oriente, conspiraran con fe, y bajo la garantía que su nombre ofrecía se alzaron los pueblos en armas contra la dominación española: usted pues está comprometido moralmente con esos pueblos, circunstancia que unida á su acrisolado patriotismo harán que usted, como hombre de honor, no desmaye ni un momento en trabajar para beneficio de su patria, y como sé, cuenta con gran influencia é inmensos recursos, me prometo que pronto, muy pronto, le veré desembarcar en las playas de Cuba, con cuantos elementos se requieren para destruir de una vez la dominación española en ella.

"Póngame á los pies q. b. de su señora y niñas, y usted disponga como guste de su afectísimo amigo y h:,

Jesús Rodríguez".

El papel de los versos impresos en los Estados Unidos, dice así:

"INVITACION DE LOS FIRMANTES

"No comamos más pastel
Vamos á comer jutía
Pues del Mambís llega el día
Y no nos darán cuartel.
Y desgraciado de aquél
Que no esté bien confesado
Después de haber pasteleado
Con gorriones y cubanos.
Por nuestros mismos hermanos
Hemos de morir ahorcados.

No más pasteles, señores,
Que está aquí el cólera morbo
Y está con el señó torbo
Contra los traidores.
Pronto los libertadores
Nos pueden cuentas tomar,
Vamos á Cuba á pelear
O aflójenos los monises
Porque si nó los mambises
A todos nos van á ahorcar.

"Miguel Aldama.

(Pedazo arrancado en que figuran seis nombres más).

"Leonardo Monte.
Nestor Ponce de León.
Pedro Ferrer y Landa.
José Antonio Echeverría.

José Govín.
N. Barbarosa.
Juan Jova.
Cubanos desertores del Ejército''.

Entre los nombres de los firmantes había uno borrado, y en parte arrancado, y al pie de él con letra de pluma, aparecía escrito lo siguiente:

''El nombre que aparece borrado por un interesado, es el de Miguel Embil. El Presidente sabrá quién lo borró.''

Además, al papel se le había arrancado un pedazo en el que estaban los nombres de seis firmantes más. El firmante borrado, Miguel Embil, era casado con una señora familiar cercana del general Manuel de Quesada.

Vamos á trasladar aquí la carta del patriota Fernando Fornaris. Se notara las amargasc eensuras que contenía para los cubanos emigrados, censuras en las que parecía estar también comprendido el mismo Aguilera. Ya juzgará el lector cuán injustas eran éstas, si á él también fueran dirigidas. Sin embargo, Aguilera recibió la mencionada carta con toda la benevolencia que le merecían las quejas de los abnegados patriotas que generosamente se sacrificaban por el ideal anhelado de la independencia de la patria. Ellos tenían derecho á las quejas, á las inculpaciones y á todo, porque la horrenda situación en que se veían colocados no era para soportarla hombres, sino titanes.

En la contestación de Aguilera á esta carta se verá cómo le decía que ''le agradecía le hablara el lenguaje de la verdad'' apreciando más la franqueza del amigo leal, que la reserva del solapado enemigo. He aquí la carta:

''Residencia de la Cámara, Julio 5 de 1873

C. Francisco V. Aguilera.

Mi estimado amigo:

''Desde que usted salió de esta Isla no he tenido el gusto de recibir una letra de usted, cuando la amistad sólida que siempre nos ha unido era suficiente motivo para que usted me escribiese. Vivo pues en la creencia de que usted ha olvidado á alguno de sus buenos amigos de por acá; el patriota es el que le dirige estas líneas.

''Creo que nuestros inmensos sacrificios exigen ya que alcemos nuestra voz desde el seno de estos montes para que se atienda á nuestra situación y se nos ayude ''positivamente'' en nuestra empresa dolorosa. Las ofertas suenan muy mal en nuestros oídos, porque en cinco años de lucha no han podido hacerse efectivas, sirviendo únicamente para cubrir la indiferencia con que se ha venido mirando nuestros dolores. ¡Pues qué, amigo mío! ¿Somos acaso nosotros unos titanes, que no sucumben nunca, para que luchemos sin recursos algunos contra un enemigo bárbaro y poderoso? Nadie mejor que usted puede comprender lo que hemos sufrido y sufrimos aun, y si hoy vivimos, y le damos mucho que hacer á los españoles, débese solamente á nuestros solos esfuerzos y al heroismo que la práctica de la guerra nos hace desplegar. Pero en vano será que saquemos fuerzas de flaqueza si nuestros hermanos del exterior continúan viviendo la vida de las ciudades, sin dar siquiera algunas gotas del sudor de su frente para auxiliarnos. Nosotros daremos la última de nuestra sangre, porque á eso estamos dispuestos; pero al fin y al cabo será estéril nuestro martirio y la lucha se hará interminable.

''Por otro lado, el país demanda el concurso de algunos hombres inteligentes para continuar siendo bien gobernado. Los que antes figuraban en el poder, ó han sucumbido ó han salido en comisión al extranjero. La administración actual tiene al Ejército muy disgustado y Dios sabe cómo hemos podido sostener el equilibrio entre el Gobierno, la Cámara y el pueblo en armas, en los años de revolución que han pasado. Actualmente me encuentro en este punto con mis compañeros de Cuerpo, dispuesto á entrar en la resolución de asuntos que pueden excitar los ánimos aquí más de lo que están ya excitados con las medidas desarcertadas del Presidente . Si pudiera todo confiarse al papel yo le diría á usted cosas que le harían comprender que este pueblo no se deja dominar por ningún hombre.

"Ha llegado pues la hora de nuestro llamamiento á los verdaderos patriotas; y usted es uno que nunca ha perdido entre nosotros ese glorioso dictado. Sabemos que usted ha trabajado y trabaja y que es, si se quiere, uno de los poquísimos que han salido que volverá á morir con nosotros, si es necesario.

"Venga usted pues, y se llenará de gloria, trayendo á todos los cubanos inteligentes, que quieran desafiar la muerte por su honor y su dignidad. Mucho parque, mucho parque y el triunfo es seguro, porque nuestros soldados son leones que no se fatigan nunca y saben morir como los antiguos héroes.

"Es doloroso ver como se detienen nuestros generales en llevar á cabo magníficas operaciones por la falta de parque. ¿Qué se ha hecho toda aquella vocinglería patriótica de los cubanos emigrados? Divisiones, partidos, escándalos públicos; he aquí el resultado de sus mitins, de sus periódicos, de sus clubs y de toda esa alharaca con que han atronado al universo, mientras que los pobres insurrectos han empapado palmo á palmo con sangre y lágrimas este suelo desdichado.

"Confío en que pronto tendremos el gusto de abrazarle y darle la bien venida con sus compañeros.

"Mientras tanto continúa queriéndolo como antes su afectísimo amigo y h:,

F. Fornaris."

Vamos á poner á continuación la contestación de Aguilera á las cartas que hemos copiado:

"New York, Diciembre 26 de 1873.

C. Subsecretario de R. Exteriores de la República de Cuba.

"Distinguido conciudadano:

"En la tarde del 24 del corriente, el C. Carlos del Castillo, Agente General interino de la República, me ha trasmitido dos comunicaciones del C. Francisco Maceo, Secretario de Relaciones Exteriores, con fecha 27 y 28 de Octubre último en las que se me hace saber que la Cámara de Representantes, haciendo uso de las facultades que le concede la constitución, había tenido por conveniente deponer al C. Carlos Manuel de Céspedes del cargo de Presidente de la República, y nombrado para ocupar ese puesto interinamente al C. Salvador Cisneros, Presidente de la Cámara, y que el primer acuerdo del nuevo Gabinete había sido el de llamarme para que en calidad de Vice-Presidente de la República, acuda á tomar posesión de la primera magistratura de la Nación.

"Sin mediar estas circunstancias, hace mucho tiempo que he pensado regresar á Cuba para ingresar en el Ejército Libertador; pero habiendo comprendido que podía hacerlo, llevando auxilios de importancia para nuestros hermanos, me dediqué á solicitarlos y cuando había recogido algunos, y estaba en vías de obtener otros de bastante consideración, mi obra fué interrumpida por los nombramientos de los CC. Carlos del Castillo y Manuel de Quesada, para desempeñar la Agencia Confidencial de la República y con la negativa del Ejecutivo de que yo continuara los trabajos iniciados. A pesar de esto, no desmayé en mi empresa; los recursos colectados los uní á los de la sociedad "Los Amigos de Cuba" y estábamos á punto de enviarlos á Cuba, cuando ocurrió la catástrofe del vapor "Virginius" que por varias razones y entre ellas la de habérsenos ofrecido otros recursos, consideramos que debíamos hacer la expedición en mayor escala, y en ello estábamos ocupados al llegar el nombramiento del C. Aldama para Agente General de la República.

"De acuerdo con éste llevaremos á cabo el plan en el menor tiempo posible, y pasaré á ponerme á las órdenes de nuestro Gobierno.

"En los últimos tiempos de la anterior Administración, he recibido dos comunicaciones en las que se me hace aparecer como un rebelde á las órdenes del Ejecutivo; oportunamente las contesté; pero como no sé si consta mi contestación en el archivo del Gobierno, envío á usted un duplicado de ella, la cual explica mi comportamiento en el exterior.

"No adjunto los documentos que en

ella se citan, por no abultar el pliego; pero los enviaré en otra ocasión.

Aprovecho esta oportunidad para saludar á usted con mi más alta consideración.

F. V. Aguilera."

"New York, Diciembre 27 de 1873.

"C. Salvador Cisneros Betancourt.

"Mi estimado amigo:

"Hace tres días tuve el placer de recibir sus muy gratas de primero y 22 del pasado. El corto tiempo que media entre la llegada del vapor y su salida para Kingston, no nos ha permitido reunirnos para acordar lo que haya de hacerse en varios asuntos, y aunque he dejado su carta para última hora, tengo la pena de no poderle decir nada en concreto.

"Ocupándome de sus favorecidas, me place manifestarle que la patriótica medida que la Cámara ha adoptado, ha sido recibida por la emigración como un gran bien, exceptuando el estrecho círculo de los caídos.

"La Cámara se ha elevado á una gran altura en el concepto de los emigrados y es elogiada por su energía, sin que ninguna voz se haya alzado para acusarla de mal inspirada; tanto estaba grabado en la conciencia de todos, la justicia con que la Cámara ha procedido.

"En ambas cartas me insta usted para que vaya á compartir con ustedes la pesada carga del Gobierno. Puedo asegurar á usted que no me consideraré satisfecho hasta que no me encuentre otra vez entre mis hermanos, y á eso tiendo en todos mis actos, y por ello suspiro desde los primeros días de mi ausencia.

"Antes de ahora me propuse llevar conmigo á Cuba una expedición de garantía, en una palabra, elementos para futuras operaciones. Estábamos ya en vísperas de despachar esta importante expedición que será la más grande que haya ido á Cuba, protegida por un cuerpo de desembarco, cuando hace tres días llegan las comunicaciones de ustedes anunciando los cambios efectuados.

"Como dije á usted antes, desde la llegada de las comunicaciones, todos hemos estado tan ocupados, que no nos hemos puesto de acuerdo, respecto á nuestra acción inmediata. No puedo decir á usted aun si iré á llevar esta expedición, quedándome con ustedes ó si iré al Perú á crear la gran expedición que debe ser el golpe de gracia para la dominación española.

"Tiempo es ya de que procuremos terminar esta lucha que tanta sangre nos cuesta. Es preciso tocar todos los resortes, usar de todos los medios, imponernos todos los sacrificios para llevar á Cuba la columna que ha de destruir el poder colonial, cuya vida está en las llanuras azucareras de Cárdenas y Colón.

"Oriente y Camagüey, cuna y garantía de la revolución, son la base de nuestras operaciones: pero el triunfo está en Occidente.

"Nuestro triunfo comenzará cuando los españoles terminen ó concluyan de recibir azúcares.

"Nosotros podemos matar soldados en Oriente y Camagüey, pero la manera de concluir de una vez, es secar la fuente de donde brotan. Ya sabemos dónde está esa fuente.

"Cualquiera que sea la acción que adopte, ya marche en esta expedición, ya permanezca aquí, será con ese solo fin salvador, con la resolución inquebrantable de realizar eso que está en la conciencia de todos nosotros y que ya es tiempo de que se decida. Es preciso acabar. Usted que ocupa hoy el primer puesto en el Gobierno, y estoy seguro que participa de mi opinión, no debe dudar, en mi humilde concepto, en dirigir su acción hacia ese rumbo, y concretar hacia ese fin todo el empeño de su política.

"Por lo demás, si se determinase que conviene mi presencia en el exterior con dicho fin, tengo la convicción de que no haré falta allí, pues nadie con más justicia que usted inspira al pueblo de Cuba obediencia y profundo respeto. Usted está bien en ese puesto; yendo yo, le haría á usted el favor personal de descargarlo del peso de ese destino, pero la administración no reportaría ventajas por ello; tal es la confianza que usted inspira.

"En la próxima expedición, cuyos elementos nos han costado muchas fatigas, irá todo lo que ustedes puedan necesitar para Oriente y Camagüey. Una enorme cantidad de parque (cápsulas, pólvora y plomo) armamento de Remington, artillería de grueso y pequeño calibre con su parque, revólvers, machetes, medicinas, todo apoyado por un cuerpo de desembarco. Esta expedición saldrá en breve. Vuelvo á lamentar que el vapor que sale dentro de dos horas, no permita anunciarle en este correo, nuestro acuerdo, pero lo haré en el próximo, y mientras tanto le ruego me tenga al corriente de lo que ocurra.

"En cuanto á España, sigue destrozada por la guerra civil.

"Castelar, reina en Madrid con el título de Presidente, cuyo título le disputa victoriosamente don Carlos en el Norte, y se niegan á reconocerlo los intransigentes en el Sur, concentrados en Cartagena. De España no puede venir auxilio para Cuba, cuyos españoles están abandonados á sus propios recursos.

"La América del Sur está dispuesta del modo más favorable hacia nosotros, situación de la que puede esperarse todo lo bueno con un poco de tacto y actividad.

"Pero concluyo.

"Espero con impaciencia su próxima y mientras tanto cuente con el afecto de su amigo y h:,

F. V. Aguilera."

"New York, Diciembre 26 de 1873.

C. Jesús Rodríguez.

"Muy señor mío y estimado amigo:

"Su muy grata de 30 de Octubre último, ha llegado á mis manos hace dos días, con la correspondencia del campo, portadora de las trascendentales nuevas de los hechos que allí han tenido lugar.

"Le estoy á usted obligado por su feliz inspiración de escribirme, porque merced á su narración, puedo apreciar la actitud y energía de la Cámara, cumpliendo fielmente su misión de guardadora de las libertades políticas y de la garantía constitucional.

"La Cámara ha hecho uso no sólo de un derecho, sino que ha cumplido con un deber. Nosotros que conocemos los hombres y las cosas de nuestro reducido círculo político, que estamos familiarizados, tanto con los antecedentes como con las tendencias de los ahora caídos acá y allá, que comprendíamos que esos antecedentes eran una amenaza constante sobre Cuba; nosotros en fin, que tantos compromisos tenemos con la patria, y por cuya suerte futura nos cabe tanta responsabilidad, hubiéramos sido cómplices de los criminales, si la negligencia, debilidad ó ignorancia hubiéra dirigido nuestros pasos.

"Los destinos de Cuba aparecen despejados, la amenaza ha desaparecido, y á usted y los Representantes son á quienes debemos en primer término este bien.

"En el exterior las cosas cambiarán de aspecto.

"El solo hecho de hacer desaparecer á Quesada de la escena política, es un bien inmenso, porque fácil le es considerar cuántos males traía aparejados para Cuba, la representación de su causa en un hombre tan conocido por sus funestos antecedentes.

"Llamados otros hombres á figurar, cualquiera que sea su habilidad ó sus facultades, pueden los de allá estar seguros de que no habrá malos manejos en los intereses del presente, ni que esté el porvenir de Cuba comprometido.

"Hablemos ahora algo respecto de mí. Mi más ardiente deseo es marchar á Cuba. A no haber sido por el nombramiento de los ahora caídos, hace mucho que yo me encontraría entre ustedes y tengo la convicción de que conmigo hubiera llevado elementos para la última campaña de nuestra independencia, merced al empréstito que tenía organizado en París, con garantías de las Repúblicas del Sur, empréstito que no tuvo lugar por aquel lamentable suceso.

"Como decía al principio del párrafo anterior, mi más ardiente deseo es estar ente ustedes, los constantes y sufridos trabajadores de nuestro edificio social. La vida del exterior me cansa, y sólo por el bien de Cuba me resignaría á no partir mañana mismo. Hace meses venimos

trabajando para mandar á Cuba una buena expedición. Se ha demorado porque desautorizados, se nos hacía más difícil reunir la gruesa suma que se necesita, pues queríamos mandar una expedición, como no había ido otra, y que llevase un cuerpo de desembarco suficiente para su protección en caso de ser atacada. Hoy tengo el gusto de anunciarle que contamos con casi todos los recursos, y que muy en breve estará allí la expedición.

"Yo lamento que el vapor salga mañana, antes de que hayamos acordado lo que debemos hacer en vista de los sucesos que ratifican sus comunicaciones en la correspondencia recibida hace dos días. Por esa razón no puedo asegurar á usted si saldré á llevar esa expedición y quedarme con ustedes, ó si iré á organizar al Perú ó á París el empréstito para la gran expedición que ha de ser el golpe de gracia.

"Amigo mío, ya la lucha se ha prolongado por más de cinco años y no debemos abusar ni de nuestras fuerzas, ni de la debilidad de los contrarios. Tiempo es ya de que concluyamos y que nos resolvamos á llevar la guerra á Occidente y á decidir la contienda en las llanuras de Colón. No debemos dispensar medio alguno para llegar á un término feliz y próximo, porque ese término lo hacen necesario muchos motivos que á todos nos son familiares.

"Yo, por mi parte, estoy completamente decidido á hacer lo que me toque, cualquier cosa que sea, sin que pese nada en mi ánimo ni el peligro, ni el sacrificio de mi vida. Partiendo de este principio voy á obrar con actividad incansable, é inquebrantable resolución. Yo espero que usted y todos, inspirándose en la misma idea, tiendan en todas ocasiones á ese fin.

"En cuanto á los españoles, continúan destrozándose en la Península. Castelar en Madrid, con los carlistas victoriosos en el Norte y los intransigentes fuertes en Cartagena, están completamente inhabilitados para enviar á Cuba refuerzos, como que no tienen para atender á las necesidades de la Metrópoli. Están, pues, los españoles de aquende, abandonados á sus propios recursos, que sabemos están ya bastante agotados; pero sin que esto les inspire la convicción de que deben desprenderse de Cuba.

"En este país, el sentimiento público es cada día más favorable, á lo que ha contribuído mucho el reciente escándalo del "Virginus"; en un momento se llegó á creer que la guerra era inminente. Desgraciadamente, la política conservadora de la Administración, no vacila ante una solución pacífica, aunque con ella no quede muy á cubierto el honor nacional. El "Virginius" y los 102 que sobrevivieron á la carnicería en Santiago, han sido devueltos á los Estados Unidos y llegarán aquí hoy ó mañana. El suceso del "Virginius" ha producido una explosión en Sur América en contra de los españoles, y es una feliz oportunidad para realizar allí los grandes proyectos que me ocupan, y que una vez en el terreno de los hechos, serán el término de nuestra laboriosa guerra de independencia.

"Concluyo—Siento que la vía de que disponemos no me permita ser más extenso. Siempre, mientras esté fuera, lo tendré al corriente de todo. Expresiones á todos los amigos, y usted cuente con el afecto de su amigo y h:

F. V. Aguilera."

"New York, Diciembre 6 de 1873.

C. Fernando Fornaris.

"Muy estimado amigo:

"Con grandísimo placer he recibido tu carta del 5 de Julio hace dos días, lo que me hace creer que ha sido detenida en su curso. Aunque anterior á los sucesos que últimamente han tenido lugar en esa, me place su lectura, porque me hablas el lenguaje de la verdad, y dejando á un lado el sistema de alardes infructuosos, si no contraproducentes, cuando no se habla á las masas, clamas por prontos y posibles auxilios, como indispensablemente necesarios para el triunfo de la revolución.

"Tú sabes sin duda que cuando llegó á New York la orden del presidente Céspedes nombrando á Quesada y demás pa-

ra Agentes en el Exterior, yo me encontraba en Europa. Había comprendido perfectamente que era tiempo de poner término á esa prolongada lucha, y me resolví á crear los fondos, ya que no podíamos obtenerlos de fuentes cubanas. Fuí pues á París y trabajé mucho y sin descanso. Al fin me hallaba próximo á realizar mi ideal: un empréstito. Unos banqueros de allí se prestaron á la negociación mediante la garantía de dos de las repúblicas Sur Americanas. Teníamos ya aseguradas esas garantías, y como hecho por la fatalidad, llegó la nueva del nombramiento de Quesada y compañía. Todo se frustró, y cuando me lisonjeaba de llevar á Cuba elementos para las últimas batallas, y me parecía entrever el bosquejo de nuestro triunfo, ví surgir aquel orden de cosas preñado de males para el presente y el porvenir.

"Pero ya todo pasó. Aún no es tarde. Mí círculo y yo no hemos permanecido un instante ociosos, y nos hemos venido ocupando de la creación de fondos para formar una expedición mejor que todas las que han ido hasta la fecha, y ya tenemos los recursos. Dentro de días la expedición irá bien protegida por un cuerpo de desembarco que garantice su éxito, y llevará todos los recursos que necesitan Oriente y Camagüey.

"Pero, amigo mío, hay que convencerse de que mientras la guerra se circunscriba á Oriente y Camagüey, la guerra no se acaba. Es preciso pues avanzar, es necesario ir á Occidente, es indispensable matar la vida de nuestros enemigos que no se encuentra en sus soldados, sino en las planicies de Cárdenas y Colón.

"Vamos pues allá. Para eso sólo se necesita actividad inquebrantable: ir á buscar el dinero donde lo haya. Pero á buscarlo y encontrarlo y yo estoy resuelto por mi parte á hacer cuantó sea posible.

Hace dos días que recibimos con la correspondencia, noticias del nuevo orden de cosas, aunque no hemos tenido tiempo de ponernos de acuerdo en lo que debemos hacer; si yo debo ir á llevar esta expedición para quedarme allí, ó debo ir á otra parte para ocuparme de la final.

"Siento mucho que el vapor salga mañana, porque quisiera informarte del acuerdo, aunque mi deseo es ir cuanto antes y permanecer entre ustedes; pero por otro lado, si me fuera dado llevar conmigo los elementos del triunfo inmediato, me sería más grato, por lo conveniente á Cuba. De todos modos, puedes estar convencido de que la expedición inmediata irá en breves días y probablemente la llevaré, pero si no fuese yo, será porque así se ha acordado que nos conviene más. De cualquier cosa que se resuelva te tendré al corriente, compensándote así de un pasado silencio, no sólo como patriota, sino como amigo bueno y fidedigno.

"Situación general.

"La emigración vuelve á la vida, desahogada del peso que la abrumaba. España continúa dividida; Castelar en Madrid, batido en el Norte por los carlistas y resistido al medio día por los intransigentes, fuertes en Cartagena. Su erario en bancarrota. No tiene recursos suficientes para afrontar la situación en la Península y completamente incapacitada de enviar auxilios á los españoles de Cuba, que están abandonados á sus propios recursos En este. país (Estados Unidos) el sentimiento público cada día nos es más favorable, si bien la Administración conservadora del partido dominante no está dispuesta á dar forma tangible é inmediata á las simpatías populares, si bien es cada día más probable que sea forzosa una intervención, por las crecientes dificultades con España. En las Repúblicas de Sur América la animosidad contra España ha hecho explosión con motivo de las atrocidades del "Virginius", y es el momento oportuno de hacer brotar allí los medios decisivos de darnos el triunfo.

"Pero concluyo. Aldama ha tomado posesión de su puesto de Agente General. Mestre ha declinado la aceptación del suyo. Echeverría está en París. Ramón ya sabrás que está en Costa Rica. Como por el sentido de tu carta, veo que estamos de acuerdo, espero que inspirándote en la necesidad de un triunfo inmediato, procedas en todas ocasiones hacia ese fin.

"Mis afectuosos recuerdos á los amigos y tú recibe la seguridad del afecto de tu amigo y h:

F. V. Aguilera."

"New York, Diciembre 26 de 1873.

C. Mayor General Modesto Díaz.

"Querido y estimado compañero:

"Por fin he experimentado el placer de recibir su muy grata 13 de Noviembre pasado lo que como debe usted suponer, me ha proporcionado un grandísimo placer.

"Indudablemente, compañero, que ha habido alguna mano atrevida que se interesaba en interceptar nuestra correspondencia, pues sólo así se concibe que no haya recibido usted ninguna de mis cartas, ni los efectos que distintas veces le he enviado, ya por la vía ordinaria, ya por las expediciones. Espero que ya no se extravíen mis cartas.

"Pasemos á otra cosa.

"Usted me ha hecho justicia creyendo que volveré á Cuba, á compartir la carga con mis hermanos, y ese ha sido mi más ferviente deseo. Si no lo he hecho ha sido porque me he propuesto ser el conductor de los recursos que necesitamos para llevar la guerra á otro terreno y en otra forma, porque ya se ha prolongado demasiado y es preciso terminar esta lucha que tanta sangre nos cuesta. Dentro de breves días saldrá una expedición, la mayor que ha ido á Cuba, producto de muchos meses de trabajo, pues no queríamos mandar una cosa que no llevase garantías de éxito, que fuese á merced de la fortuna que tan adversa nos ha sido en materia de expediciones. Esta expedición llevará un crecido material de guerra apoyado por un cuerpo de desembarco.

"Es probable que yo lleve otra; por lo menos este es mi deseo, para quedarme con ustedes; pero todavía no nos hemos puesto de acuerdo sobre el particular. Hace dos días que recibimos la correspondencia de esa, comunicándonos los cambios verificados y eso trae consigo una nueva marcha para los negocios.

"Es posible que yo me quede para ir al Perú y á otras Repúblicas del Sur, á crear los fondos con que organizar la gran expedición que ha de dar el golpe de gracia á la dominación española.

"Es preciso, compañero, acabar la guerra, y ésta no se acaba mientres estemos en Oriente y Camagüey. Esta expedición que va á salir, llevará recursos bastantes para ambos Estados, pero la decisión de la lucha está en Occidente. Allí es donde tenemos que vencer y dictar las condiciones y eso es menester que sea pronto, porque no debemos abusar de nuestra fuerza ni de la debilidad del enemigo. Yo, por mi parte, estoy resuelto á marchar á ese fin. Si me quedo es para ir en breve á dar el último golpe, sin evitar trabajos ni sacrificios.

"Siento que el vapor que sale mañana no pueda llevarle el resultado de lo que se acuerde respecto á mi ida, pero ya sabe á qué atenerse y en el próximo vapor lo informaré de lo que resolvamos hacer.

"Veo que aun no está usted colocado, lo cual siento profundamente, porque yo puedo apreciar la utilidad de sus servicios; pero quién sabe, compañero, si eso es un bien. Es probable que usted esté llamado á figurar entre los bravos que han de cantar la victoria en Occidente. Cuídese mucho, que uno de los mejores placeres que me prometo al llegar á Cuba, es dar un abrazo á mi compañero.

"En cuanto á los españoles, están destrozándose en España en tres partidos y no pueden mandar á Cuba ni un hombre.

La victoria es nuestra, pero debemos hacer porque sea pronto, que no continúe derramándose más sangre y arruinándose el país por más tiempo. A este fin trabajo y trabajaré sin descanso, ya sea aquí ó allá.

Espero que me escriba mensualmente por si acaso permanezco aquí algún tiempo, ahora que no hay quien intercepte nuestras cartas. Por mi parte le prometo hacerlo en todas las oportunidades.

Tengo mucha correspondencia que contestar, lo cual me obliga á terminar por ahora. Déle expresiones á todos los los amigos, y usted, compañero, reciba el afecto y un abrazo de su compañero. Mis cariñosos recuerdos á Ignacio.

F. V. Aguilera."

En todas estas cartas se ve lo arraigada que estaba en Aguilera la idea de que no estaba el triunfo de la causa en los soldados que se pusieran fuera de combate en las provincias de Oriente y Camagüey, sino en destruir las ricas fuentes de donde el Gobierno español sacaba los recursos para sostener la guerra; en el territorio de las Villas y Occidente. El mayor anhelo de Aguilera era formar una expedición grande para desembarcar en las Villas, hiriendo así la cabeza del monstruo de la tiranía en Cuba. Era esta una empresa arriesgada como podrá comprenderse, pero Aguilera la juzgaba necesaria é indudablemente la hubiera realizado, á no haberse interpuesto las malas artes de un hombre que se titulaba patriota.

CAPITULO XLI

DICIEMBRE 1873

ALDAMA NO QUIERE ACEPTAR LA AGENCIA.—SUPLICA Y HALAGO DE SUS AMIGOS.—AGUILERA DISGUSTADO—APARATO DE ALDAMA PARA ACEPTAR.—ALDAMA Y LOS GASTOS DE LA CORRESPONDENCIA.—REGRESO DE LOS SUPERVIVIENTES DEL "VIRGINIUS."—VISITA DE AGUILERA A DOMINGUEZ COWAN.—ESTE LE REGALA UN "WINCHESTER"—ALZAMIENTO DE GOVIN.—TRASTORNOS QUE CAUSA.—EL GENERAL QUESADA Y DON CARLOS DEL CASTILLO DESAPARECEN DE NEW YORK.—SE LLEVAN LOS BONOS DE LA REPUBLICA.—DETALLES DE LA EXPEDICION DEL "VIRGINIUS."—MAL ESTADO DEL BUQUE.—PROYECTO DE AGUILERA PARA CUBA LIBRE.—DEJARIA EN LA PRESIDENCIA A SALVADOR CISNEROS.—OPERARIA COMO JEFE MILITAR.—RIVERO LE COMBATE LA IDEA.—DON CARLOS DEL CASTILLO TRATA DE SACAR DE CUBA AL EXPRESIDENTE CESPEDES.—PRETENDEN SERVIRSE DE JUAN LUIS PACHECO.—ESTE LE PIDE DEPOSITEN $10.000 PARA CUBA.—AGUILERA PREGUNTA A ALDAMA LOS RECURSOS QUE CUENTA PARA SU EXPEDICION.—SE RESUELVE EL VIAJE DE AGUILERA A CAYO HUESO Y ORLEANS.—QUESADA PAGA ESPLENDIDAMENTE UN HOTEL CON BONOS DE CUBA.—PLANES DE AGUILERA AL DESEMBARCAR EN CUBA.—LOS SUBORDINA AL BIEN DE LA CAUSA.

Habiendo sido citado Aguilera con Villegas para una junta en casa de Aldama, con objeto de resolver definitivamente sobre la expedición en que se ocupaban, fué á almorzar con aquel para juntos asistir á la mencionada junta.

Insinuóle Villegas la conveniencia de que volviese á París para tratar de reunir algunos fondos. Contestó Aguilera que no le parecía oportuno el viaje; que allí estaba Echeverría, quien podía ocuparse en ese asunto. Agregó que más bien creía conveniente ir al Perú, donde se prometía conseguir abundantes auxilios, ayudado por Javier Cisneros, Manuel Márquez, Valenzuela, Bravo, Echenique y otros amigos que allí tenía.

Después de almorzar se dirigieron los dos á casa de Aldama, donde llegaron á las doce. Encontraron allí á José Manuel Mestre, Hilario Cisneros, Leonardo del Monte y Francisco Arteaga. Poco después llegaron Vicente Mestre y Pedro Martín Rivero. Llegó luego también Antonio Zambrana, casualmente, y reunidos todos, comenzaron la sesión. Apenas empezó la discusión, vió Aguilera con disgusto que de lo que se trataba era de catequizar á Aldama para que aceptara el nombramiento de Agente General, cuando se le había dicho que el objeto era tratar de la expedición.

Después de esforzar sus razanomientos Pedro Martín Rivero é Hilario Cisneros y de manifestar Aldama su desdén por el expresado cargo, dijo Aguilera que no veía que ese punto admitiera discusión pues ya en reuniones anteriores

se había discutido lo suficiente y Aldama había aceptado el cargo. Negó rotundamente Aldama, que se hubiese comprometido á nada y Aguilera, dirigiéndose á los demás, dijo que si por acaso él se hubiera equivocado, presentes estaban allí algunos de los señores que habían asistido á esas juntas. Contestaron Arteaga y Villegas que ellos habían comprendido lo mismo que Aguilera, y en ese concepto escribieron á Cuba libre proponiendo á Aldama para Agente. Ultimamente tomó la palabra J. M. Mestre y dijo que, siendo la Comisión Diplomática una cosa menos urgente por el momento, y teniendo él razones muy graves para no aceptar ese cargo, escribiría á Echeverría que estaba en Europa, y venía nombrado en segundo lugar, para que lo aceptara, persuadido de que lo haría. Añadió que con respecto á Aldama, no concurriendo en él ninguna circunstancia que lo imposibilitara, creía un deber patriótico que aceptara el cargo de Agente General, evitando así los serios perjuicios que se irrogarían á la patria de no hacerlo. Por último, levantóse Aldama y rogó á Mestre le oyera reservadamente lo que tenía que decirle. Pasaron á una habitación inmediata y cinco minutos después volvieron al salón, diciendo Aldama que aceptaba. Tres horas malgastó aquel grupo de hombres serios en tan pueril asunto, sólo por satisfacer la vanidad de Aldama que quiso darse la satisfacción de hacerse rogar de sus amigos.

Poco después de las tres de la tarde concluyó la reunión. Al salir Aguilera se reunió casualmente con J. M. Mestre y éste lo invitó á comer con su amabilidad acostumbrada y con tanta insistencia que Aguilera tuvo que acceder. En su casa lo presentó á su esposa y después de la comida le dió un catálogo de armas de Remington para que Aguilera le señalase las que creyera más convenientes para Cuba, pues había recibido una cantidad de dinero de París, con objeto de que le diese esa inversión. Tomó el catálogo Aguilera diciendo que al día siguiente se lo devolvería con la indicación de las armas y pertrechos que creyera más necesarias.

Estando Aguilera en la oficina de Hilario Cisneros, llegaron Aldama, Villegas y Pedro M. Rivero. Manifestó Cisneros haber recibido carta de Tomás Acosta, el encargado en Kingston de la correspondencia para Cuba libre, en que le decía estar debiendo ciento cincuenta pesos á los conductores y le pedía le mandase alguna cantidad más para tener con que ocurrir á cualquier necesidad del mismo servicio. Contestó Aldama que no era de su incumbencia ese gasto de la correspondencia, ni tampoco tenía fondos con que hacerlo. Se acordó que se librase á Tomás Acosta trescientos pesos de los fondos de la sociedad" Los Amigos de Cuba" para que no se perdiese esa vía de comunicación tan necesaria con Cuba libre, ya que el flamante Representante se mostraba tan indiferente por su conservación.

Presentó Villegas á Aguilera una lista de suscripción para los supervivientes del vapor "Virginius" que debían llegar al día siguiente y se encontrarían sin recursos y sin abrigo. Aguilera se suscribió con veinticinco pesos, y dijo á Hilario Cisneros, allí presente, que los abonase de cierta cantidad que tenía que entregarle. Convino con Villegas en ir al día siguiente á recibir á los desgraciados del "Virginius".

Acercándose el día de año nuevo, quiso Aguilera pasarlo con su familia y fué á Baltimore estando diez días.

A su regreso á New York tocó en Filadelfia donde había ofrecido visitar á su amigo Nicolás Domínguez Cowan, cubano que hacía las mayores demostraciones de aprecio á Aguilera. No lo dejó Domínguez continuar su viaje y lo retuvo en su casa dos días, colmándolo de atenciones. Lo presentó á todos los cubanos de la localidad y habiendo oído decir á Aguilera que pensaba llevar un buen rifle á Cuba, lo llevó á la mejor armería de la ciudad y lo invitó á que escogiera el que más le agradase. Tomó Aguilera un bonito "Winchester" corto, y Domínguez pagó cuarenta pesos por él.

De regreso en New York fué informado por Villegas del gran cataclismo que habían sufrido sus proyectos de expedición. Manuel Govín, en quien tanta confianza tenían todos había desaparecido de New York, llevándose fuertes can-

tidades de dinero que trastornaban por completo sus proyectos. Asombrado Aguilera de lo que oía dijo á Villegas que era necesario que convocase inmediatamente el Comité.

Habiendo llegado á la oficina Pedro Martín Rivero, refirió á Aguilera que el general Quesada estuvo en New York, tomó treinta mil pesos á un comerciante en virtud de una negociación hecha en Aspinwall, sobre los cincuenta mil pesos que había ofrecido el Gobierno de Colombia para la causa de Cuba, y había desaparecido con don Carlos del Castillo sin saberse dónde estaban, llevando consigo los bonos de la República.

Por la noche recibió Aguilera la visita de Leopoldo Riso, hijo de un abogado de la Habana y expedicionario superviviente del vapor "Virginius". Refirió Riso detalladamente las peripecias del viaje. Dijo que de Kingston se dirigieron á Haití y al acercarse á las costas de esta República, asaltaron á una goleta haitiana para conseguir un práctico que los llevara á puerto.

Tocaron en Port au Prince para recoger al expedicionario Santa Rosa, las armas y pertrechos. Viendo el mal estado del vapor, varios expedicionarios se dirigieron en comisión al general Bernabé Varona, jefe de la expedición, para manifestarle que el maquinista decía que el barco estaba haciendo agua y si no se le reparaba sería imposible escapar á cualquier buque enemigo que los persiguiese. Varona los recibió muy mal, los trató como amotinados y amenazó fusilar al primero que dijese una palabra, añadiendo que él iría á Cuba aunque fuese en una tabla. Ellos callaron y obedecieron porque no fuera á creérseles cobardes. Desde que salieron de El Caimito, último puerto que tocaron en Haití, el agua que tomaba el barco aumentó de una manera extraordinaria y había que hacer funcionar las bombas incesantemente. Avistaron las costas de Cuba y navegaron tan cerca de ellas que distinguían los árboles perfectamente. Como á las tres de la tarde avistaron el vapor español 'Tornado'' que también iba recorriendo las costas. Trataron de escapar, pero al forzar el andar del vapor, las vías de agua se hicieron mayores por cuyo motivo su marcha fué cada vez más lenta. Después de estar las hornillas bien provistas de carbón, les echaron jamones para hacer más vapor; las chimeneas estaban rojas de calor.

Ya, bajo el fuego del "Tornado" Alfaro y otros jefes les suplicaban que continuasen dando á las bombas; ellos les contestaban de que eran inútiles sus esfuerzos. A cada cañonazo que el buque enemigo les disparaba, contestaban ellos con un grito de "Viva Cuba" atronador. Refirió que si se hubiera seguido el consejo de Beltrán, ex-sargento español que iba con ellos y se portó admirablemente en todas las circunstancias, se habrían salvado todos los expedicionarios. El consejo era, embarcarse en los seis grandes botes que llevaban, y á favor de la noche ganar la costa, mientras los españoles apresaban el vapor; caso de ser perseguidos hubieran vendido caras sus vidas.

Conversando Aguilera con Martín Rivero respecto á su próximo viaje á Cuba, manifestó el primero que deseaba llevar unos trescientos hombres para operar en la vecindad de alguna de las poblaciones de la Isla, en la persuación de que muy pronto vería aumentada su fuerza. Con respecto á la Presidencia, dijo que el plan que tenía era, después que se hubiera hecho cargo de ella, dejar en su lugar en ese puesto á Salvador Cisneros, persuadido de que no podía estar en mejores manos, y él operaría en el campo como jefe, posición en que creía prestar mejores servicios á Cuba . Añadió que su naturaleza no se avenía á la vida sedentaria del campamento del Gobierno, prefiriendo la activa del soldado. Rivero le combatió la idea diciendo que debía ocupar su puesto en la Presidencia para que se cumpliese la voluntad de la Cámara y el pueblo de Cuba, dentro y fuera de ella.

Salió Aguilera Con Martín Rivero á hablar á Aldama sobre la expedición. Encontraron á éste en su escritorio. Díjole Aguilera el propósito que le llevaba.. Contestó Aldama que ese era asunto que debían tratar despacio y en presencia de los demás miembros del comité. Convinieron en que al día siguiente

tendrían una reunión en casa de Aldama en la que extensamente tratarían el particular.

Llegó á la oficina el Coronel Juan Luis Pacheco que acababa de desembarcar en el vapor llegado de Jamaica. Dió la noticia de que D. Carlos del Castillo estaba en Kingston. Después de llegado allí, le mandó hablar con mucho misterio, para saber si estaría dispuesto á ir á Cuba libre á desempeñar una comisión muy riesgosa é importante. Por su conversación con el comisionado, comprendió Pacheco que se trataba de ir á buscar al ex-Presidente Céspedes en Cuba libre y desembarcarlo en Jamaica. Pacheco contestó á Castillo por el mismo conducto, que se comprometía á traer allí á Carlos M. de Céspedes con toda seguridad, siempre que Castillo depositara diez mil pesos á toda su satisfacción, para emplearlos en la causa de Cuba. Castillo nada contestó á la proposición. Dijo Pacheco que sin duda le pareció muy elevado el precio de la bandera que pensaba enarbolar para volver á levantar su partido.

Fué Aguilera acompañado de Villegas á la cita en casa de Aldama, para tratar de su expedición. Llegaron á las doce del día y poco después lo hicieron Hilario Cisneros y Martín Rivero. Comenzada la sesión manifestó Aguilera que deseaba saber del Agente General el estado en que se encontraba su expedición, los recursos con que contaban y si había probabilidades de realizar su viaje pronto.

Contestó Aldama que la "tratada" de Govín los había hecho retroceder de una manera espantosa, pues los privaba de los diez mil pesos que por su conducto ofreció Balbona, á quien decían había arruinado, y de los diez mil pesos con que debía contribuir él; por lo tanto, apenas si contaban con veinte mil pesos, suma que por sí sola, era insuficiente para hacer nada de provecho. Dijo que había estado pensando mucho sobre el particular y lo que creía más hacedero era mandar á Máximo Gómez los quinientos Remigtons y quinientas mil cápsulas que pedía para invadir las Villas. Esta operación podía hacerse de dos maneras. Bien por un barco de vela, en cuyo caso no aconsejaba á Aguilera que se embarcase, ó en vapor, lo que demoraría algo la salida de la expedición y entonces sí podría llevarla Aguilera. Arguyó Arteaga lo peligroso que eran las expediciones en barcos de vela, sobre todo después del fracaso del "Virginius" y Aldama contestó que había indicado ese medio como más económico.

Dijo Aguilera que optaba por la segunda proposición, esperando que todos pondrían de su parte lo posible para que no se demorase realizarla. Que quería llevar dos ó trescientos hombres en la expedición para defenderla en tierra y propuso hacer un presupuesto de lo que costaría, teniendo en cuenta que Aldama había ofrecido un vapor muy bueno por veinte mil pesos. Hízose el presupuesto de lo que costarían los Remingstons, las cápsulas, una tonelada de pólvora, media de plomo, etc., y se convino en que repartido lo que tenían que hacer y trabajando cada uno por su parte, podía realizarse pronto la expedición.

Acordóse que fuera Aguilera á Cayo Hueso y Nueva Orlenas, con Hilario Cisneros como Secretario y Juan Luis Pacheco como ayudante á recoger dinero entre los patriotas, prometiéndose que esa excursión había de dar muy buen resultado, y Francisco Arteaga saliese para Port au Prince, Haití, á tener allí listos los hombres que debía llevar Aguilera. Poco agradó á éste el arreglo, pues echaba por tierra sus planes.

Suspendida la sesión y hablando de que Quesada había abandonado la ciudad, llevándose los bonos de Cuba que tenía en su poder, dijo Villegas sabía que había estado pagando el hotel en que vivía con los referidos bonos á razón de quinientos pesos diarios, al tipo de dos centavos por peso.

Habiendo ido Hilario Cisneros á visitar á Aguilera en su casa, comentando el resultado de la sesión del día anterior, manifestó Aguilera que el acuerdo tomado había contrariado su propósito al desembarcar en Cuba; era éste, después de dar un asalto al puerto de Gibara, seguir operando con las fuerzas

que llevara. Según el acuerdo del día anterior, debería entregar el armamento y la gente á Máximo Gómez, no pudiendo realizar sus deseos. No había querido oponerse á lo hecho, en primer lugar, por no desanimar al Agente poniéndole dificultades, y en segundo porque juzgaba que lo esencial era que llegaran recursos á Cuba de cualquier manera que fuese. Aprobó Cisneros el proceder de Agui-

CAPITULO XLII

ENERO 1874

REGRESO DE ECHEVERRIA A NEW YORK.—LOS AMIGOS DE AGUILERA SENTIDOS CON ESTE.—DESCARGO DE AGUILERA.—EL GENERAL QUESADA EN PARIS.—ECHEVERRIA EXCUSA LA ACEPTACION DE LA COMISION DIPLOMATICA.—TRATOS DE ALDAMA CON EL GOBIERNO DE WASHINGTON.—ECHEVERRIA ACEPTA LA COMISION.—EXPERIENCIAS DE BESSOT CON RAFAEL QUESADA.—PRIMERA EXPEDICION DEL "VIRGINIUS."—CANTIDAD DEL ARMAMENTO.—AGUILERA NO TIENE DINERO.—JUAN LUIS PACHECO POR FUERZA LE HACE ACEPTAR UN BILLETE DE DIEZ PESOS.

Habiendo llegado á New York Echeverría de regreso de su viaje por Sur América y Europa, fué Aguilera á visitarlo. Pidió le diese razón de los amigos de París y contestó Echeverría que estaban muy sentidos con él porque no les escribía sobre el estado de los negocios. Dijo Aguilera que á su llegada á New York les había escrito á todos y no había recibido contestación de la mayor parte, por cuyo motivo les suspendió sus letras, creyendo que no querrían comprometerse. Sin embargo, siempre había continuado su correspondencia con Valdés Fauli, que era el órgano principal de los patriotas emigrados allí, comunicándole el estado de los asuntos. Si últimamente no lo había hecho con tanta frecuencia, era porque esperaba la definitiva realización de su proyecto de expedición la que se había ido aplazando de día en día.

Dijo Echeverría que en París no se podía hacer nada de provecho; aunque á él le habían propuesto algunos mandarle fondos para una expedición, les había dicho que estaban muy equivocados si creían que con veinte ó treinta mil pesos se podía mandar una expedición de armas y municiones á Cuba; que esa cantidad era casi insuficiente sólo para comprar el vapor que había de conducirla. Para la referida expedición se necesitaban de cincuenta mil pesos en adelante.

Refirió que pocos días antes de salir de París, llegó el general Manuel de Quesada. Supo que se había presentado de improviso á la marquesa de Castell Florit, y tuvo una conferencia con ella, en la que le pidió diez mil pesos para la causa de Cuba. La marquesa le contestó con evasivas y él salió tan disgustado que ni aun había saludado á otras señoras que estaban visitando á la Marquesa.

Dijo que Manuel de Quesada propalaba en París, que la destitución de Carlos M. de Céspedes era una falsedad, y que nunca había estado tan fuerte la opinión en su favor como entonces.

Invitóle Echeverría á tomar "lunch" con él en su casa y Aguilera aceptó. Después salieron para ir á casa de José Manuel Mestre donde estaban citados para las dos de la tarde.

Poco después de llegar á casa de Mestre, llegaron Aldama y H. Cisneros y comenzó la sesión. En breves palabras explicó Aldama el objeto de la reunión que era participar á Echeverría su nombramiento por el Gobierno de Cuba para Comisionado Diplomático de la República. Manifestó Echeverría no poder aceptarlo, primero porque estaba persuadido

de que en Washington no haría nada ningún cubano, por motivo de que el Gobierno americano seguiría su política de "no intervención" en los asuntos de Cuba, y segundo porque carecía de medios para sostener su familia y estaba resuelto á ocuparse aunque fuera "detrás de un mostrador" para atender á necesidad tan imperiosa, resuelto como estaba á no admitir pensión alguna por desempeñar el cargo que se le proponía, pues quería servir siempre á Cuba desinteresadamente.

Contestó Cisneros que se había pensado en eso, pues era muy natural que á los patriotas que habían perdido sus intereses por servir á la causa, se les facilitasen los medios de subsistencia, si se creía conveniente que continuasen prestando sus servicios y estaba persuadido de que nadie lo llevaría á mal.

Dijo Aldama que no estaba conforme con la primera apreciación de Echeverría, sobre que no fuera probable una alteración en la política del gobierno de Washington. Que á consecuencia de los cambios de la representación de Cuba en el extranjero, había mandado al Secretario de Estado americano, Mr. Fish, una carta, mitad particular, mitad "nota" en que le comunicaba los referidos cambios. Mr. Fish había contestado enviándole un comisionado especial de Washington quien había tenido una larga conferencia con él. Dicho comisionado marchó á Washington y volvió poco después con nuevas instrucciones, no pudiendo él revelar lo que trataron por lo delicado del asunto. Sin embargo, dijo que le había preguntado si creía conveniente que fuera él—Aldama—á Washington á hablar con Mr. Fish y Mr. Caleb Cushing. El Comisionado contestó que todavía no era tiempo, pero que se le avisaría cuando fuera oportuno.

En este hecho se fundó Aldama para decir que creía que de un momento á otro podría necesitar Cuba de un Representante en Washington y propuso, como medio conciliatorio, que aceptara Echeverría de momento y comunicase al Gobierno de Cuba que lo había hecho en agradecimiento á la distinción que se le hacía; pero que no podía continuar en el desempeño del cargo, por los motivos que indicase, pidiendo su relevo inmediato.

José Manuel Mestre, Cisneros y Aguilera apoyaron la proposición de Aldama, y Echeverría accedió. Después de tratar de otros particulares de menor importancia se concluyó la sesión.

Fué á visitar á Aguilera, Bessot, cuñado de Jesús Pérez, recientemente llegado de Cuba libre. Bessot fué un expedicionario del "Virginius" en el primer desembarco que hizo en Cuba este vapor en 1871, habiendo ido en calidad de práctico. Refirió las peripecias de la expedición, desfavorables á Rafael Quesada, jefe de ella. Dijo que llevaron sólo cinco hombres para hacer el desembarco. Llegados al punto elegido á la una de la noche, echaron un bote al agua, se dirigieron á la costa, encontraron un piquete de ocho hombres que tenía apostados Jesús Pérez, en espera de la expedición. Como á su vuelta al vapor, la noche estuviese muy avanzada, el día se acercara y tenían tan poca gente para trabajar, propuso Bessot alejarse de la costa y volver á la noche siguiente temprano para hacer el alijo. Rafael Quesada se opuso, mandando efectuar la descarga inmediatamente, por lo cual apenas pudo descargarse una mitad de la expedición. Fueron á tierra doscientos Remingtons y cuarenta mil cápsulas, de lo cual entregó recibo Jesús Pérez.

En la larga conferencia que tuvieron, manifestó extrañeza Aguilera por la repentina muerte de Francisco Maceo, cuando sabía que estaba tan bueno y robusto. Contestó Bessot que en el campo á todos había extrañado también, y se hacían comentarios respecto á F., que era su acérrimo enemigo en el Gobierno. Hizo Bessot una brillante relación del estado de las tropas insurrectas y de los muchos campamentos que habían retirado los españoles, por cuyo motivo se podía transitar por el campo con entera libertad.

Fué Aguilera á la oficina, donde arregló con Hilario Cisneros su viaje á New Orleans y Cayo Hueso para dos días después. Estando allí Francisco Arteaga, le dió algunas instrucciones respecto

de los hombres que debía reclutar en Puerto Plata, misión que dió á éste, en vez de Hilario Cisneros. Al tomar el tranvía para regresar á su casa acompañado de Juan Luis Pacheco, supo éste que Aguilera no tenía dinero para abonar su pasaje, y sacando un billete de diez pesos, casi de por fuerza se lo hizo aceptar. Era Juan Luis un hombre pobre. Mas siempre son los pobres los más desprendidos.

Dos días después salió Aguilera para New Orleans acompañado de Hilario Cisneros y Juan Luis Pacheco.

CAPITULO XLIII

FEBRERO-ABRIL 1874

EXCURSION DE AGUILERA POR CAYO HUESO Y NEW ORLEANS.—BRILLANTE EXITO QUE OBTUVO.—LAS OTRAS COMISIONES FRACASAN.—AGUILERA EN PELIGRO DE SER ASESINADO.—SEGUNDO VIAJE DE AGUILERA A CAYO HUESO.—ZANJA LAS DIFICULTADES OCURRIDAS.—RECOGE NUEVOS RECURSOS PARA LA PATRIA.

Esta excursión de Aguilera por las ciudades del Sur de los Estados Unidos fué un éxito completo. En cambio, las de las otras comisiones no produjeron resultado alguno apreciable. Los entusiastas emigrados de Cayo Hueso y New Orleans acogieron á sus distinguidos huéspedes con las señales más inequívocas de consideración. Manifestóles Aguilera que estando próxima su salida para los campos de la patria, había querido antes visitarlos para conocerlos personalmente y hablar de ellos y de su acendrado patriotismo á sus heróicos hermanos que regaban con su sangre los campos de la querida Cuba; al mismo tiempo para con los recursos que le proporcionaran, acrecentar los elementos de guerra de que iba á ser portador.

No fueron sordos á su voz los probados patriotas emigrados en esos lugares, sino que, tan generosos como siempre, abrieron sus manos dejando escapar los pequeños ahorros que con la más asidua labor y economía habían reunido para sus familias; ofrendando á la patria lo que para aquéllas habían reservado.

Parece ser ley natural que los más pobres sean los más generosos. Podría decirse que las riquezas endurecen el alma y matan los sentimientos más nobles del hombre. Por lo menos, esto, con pocas excepciones, pudo observarse en la emigración cubana durante la revolución de 1868. Si las emigraciones de New York y de París hubieran sido tan desprendidas y patriotas como las de Cayo Hueso y New Orleans, puede asegurarse que en la mitad del tiempo que duró aquella guerra hubiera concluído con su triunfo.

La excursión de Aguilera y sus compañeros por las dos ciudades referidas dió el resultado de más de siete mil pesos para la patria, cantidad que Aguilera puso en manos del Agente General Miguel de Aldama para que fuera empleada en su expedición.

Sin embargo, una nota discordante vino á turbar el concierto de satisfacción de aquellos nobles patriotas; el efecto de la cual, á haber llegado á realizarse, hubiera cubierto á la patria de luto y de baldón. Desde que Aguilera y sus compañeros salieron de New York pudieron notar que eran seguidos por individuos que les infundieron sospechas. Estos, solapadamente siguieron sus huellas hasta reunirse con ellos en New Orleans. Allí, gracias á una feliz circunstancia, pudieron apoderarse de uno, que para librarse del merecido castigo, tuvo que confesar de plano su criminal propósito, que no era otro que el asesinato de Aguilera

Tan villano intento no pudo menos que preocupar á Aguilera, no por el riesgo que personalmente pudiera correr, sino al considerar al punto que las pasiones pueden conducir á los hombres. ¿Qué había hecho él para merecer semejante suerte á manos de sus paisanos? ¿Por ventura amar á la patria, sacrificarse

por ella, no ofender ni aun á sus enemigos, eran crímenes que merecieran tan horrendo castigo?

No queremos dar detalles sobre tan bochornoso hecho y en comprobación de lo que decimos preferimos transcribir los párrafos de una carta del ciudadano Joaquín de Zayas que desde su residencia en New Orleans escribió á Aguilera después de su regreso á New York, con fecha 30 de Mayo. Dicen así:

"Después del plan diabólico aquí proyectado, no las tuve todas conmigo mientras permaneció usted en el Cayo, y como de las averiguaciones verificadas era usted el más señalado para ser asesinado, comprenderá usted cuántos eran mis temores sabiendo que en la localidad (Cayo Hueso) hay quien sea capaz de todo. Afortunadamente ha sucedido todo lo contrario y ha sido usted objeto de las ovaciones más merecidas, las que al comunicárseme me han causado el júbilo más completo, y hasta cierto grado, servido para satisfacer las faltas cometidas por algunos de esta emigración para con usted y que yo tanto he lamentado.

"...Nada que se me diga de Rafael Quesada me sorprenderá ya. Es un... temible á quien conviene desenmascarar por completo porque aun va á hacernos mucho mal. Usted sabe que él no escoge los medios, que todos le son lícitos y que la astucia y el puñal son armas que maneja con destreza y habilidad. Por fortuna lo hemos conocido á tiempo y usted no debe olvidar lo ocurrido últimamente para informar en Cuba y obtener su completa separación del ejército. Después de haberle yo dicho que no se presentara á Aldama, porque sería mal recibido, sólo él era capaz de presentarse de la manera que usted me refiere y afrontar la repulsa merecida que obtuvo. Por supuesto que los fondos recolectados no los ha entregado, y ¿cómo había de hacerlo si en un mes de fonda aquí ha pagado novecientos pesos?

"...Mucho se habló y dijo respecto á los que se propuso llevar Rafael Quesada con él: cierto fué que intentó llevar á Orduño y Rives, y aun creo por avisos que tuve, que el primero accedió; pero después se negó por la negativa de Rives á trasladarse á aquella ciudad (New York) donde parece que la policía cumple mejor su misión.

"Sólo está allí Beltrán, y hay un tal Huerta que dicen es el peor. Cuidado con ellos y sobre todo con Beltrán, que no por arrepentimiento sino por temor á ser descubierto nos reveló el proyecto".

Pocos meses antes, á raíz de los últimos cambios de la representación de la República en el Extranjero, recibió Aguilera la siguiente carta de Rafael Quesada:

"Señor General Francisco V. Aguilera.—New York.

New Orleans, 21 de Enero de 1874.

"Distinguido compatriota y amigo:

Sabedor de los últimos acontecimientos de Cuba, ignoro completamente cuál será la acción que siga usted y los nuevos Agentes de la República; pero he creído de mi deber, como un militar que tiene sólo la defensa de la patria en el corazón, ofrecer mis servicios al señor Aldama.

En cuanto á usted, querido amigo, nada tengo que decirle, porque usted sabe cuánto le estimo y que debe contar siempre conmigo.

Escríbame pues y dígame lo que haya de hacerse.

He reunido algunos recursos, aunque pocos y espero que usted me escriba pronto.

Recuerdos á todos los de la familia y usted mande á su afectísimo compatriota y amigo,

Rafael Quesada."

Poco después de llegar Aguilera á New York, y de su fructífera excursión por Cayo Hueso y New Orleans, recibió una comunicación de los emigrados de la primera de estas ciudades, en la que le urgían volviese á presentarse en aquella localidad á establecer la normalidad interrumpida por un lamentable incidente allí ocurrido.

He aquí la comunicación:

"C. Francisco V. Aguilera,

Presidente de la República de Cuba

New York.

Key West, Junio 5 de 1874.

Distinguido compatriota:

"Unidos fraternalmente para trabajar con incesante afán por nuestra santa causa, y decididos á conquistar, si necesario fuese, el glorioso nombre de víctimas de nuestra Libertad é Independencia, nos vemos obligados fatalmente á dirigirnos á usted como primer Magistrado de nuestra joven República, exponiéndole hechos que, á no ser de funestas consecuencias para el porvenir de nuestra Patria, jamás hubiéramos elevado á la consideración de quien como usted, todo lo sacrificó en holocausto de la idea; pero hoy el silencio imprimiría una mancha indeleble en nuestra conciencia, y queremos que ésta se halle ilesa en la hora del triunfo.

"En una nota pasada por la directiva de la "Asociación del Sur" al C. Agente General Miguel de Aldama, se hizo presente la necesidad de que aquel Centro enviase á este Cayo una persona de carácter influyente como los C. C. José Manuel Mestre, Hilario Cisneros, Enrique Piñeyro, ó cualquier otro que, por sus conocimientos y demás circunstancias especiales, destruyera rápidamente el principio disolvente que empieza á germinar en esta emigración, á consecuencia del más vulgar de los acontecimientos: del desfalco cometido por un hombre dotado de alma débil y falto de la fé de donde brota el verdadero patriotismo.

Una fatal coincidencia, la de desempeñar el Tesorero de la "Caja de Embarque", igual cargo en la "Asociación del Sur", ha sido causa de la terrible desconfianza que, entibiando los ánimos, hará muy pronto estériles todos los esfuerzos de los que siempre conservamos viva la llama del amor patrio. El entusiasmo decae día por día: las dos escuelas públicas están próximas á cerrarse, la "Sociedad de Beneficencia" en víspera de suspender sus dietas á las familias de los patriotas, y aun la Asociación del Sur se estremece también sobre sus bases de granito: una fatal biografía que trae el periódico "El Americano", produce ya sordos rumores que, escandalizando nuestros oídos, podrán introducir divisiones sumamente perjudiciales, á estas horas en que deben centralizarse los recursos en la Agencia General; y últimamente: la emigración ha aumentado considerablemente en los dos últimos meses con crecido número de patriotas tibios cobijados hasta ahora bajo la odiosa bandera contra la cual se habían levantado sus hermanos.

El tiempo de que podemos disponer no nos permite seguir bosquejando nuestra triste situación; pero basta lo expuesto para que usted no desconozca los graves síntomas de nuestro mal. Así, no titubeamos en decir al venerable Francisco Vicente Aguilera: "un sacrificio más en nombre de Cuba". Se hace necesaria vuestra presencia en Cayo Hueso, acompañado del C. Pacheco ó de los C. Mestre y Cisneros, á fin de que vuelva á su ser la perdida confianza y se vivifique el abatido entusiasmo que nosotros, conocedores de nuestro pueblo, garantizamos al Primer Magistrado de la República, que á su vuelta podrá decir al C. Agente General, como César después de la batalla de Accio: "veni, vide, vinci".

"Mientras un telegrama nos anuncia el éxito que esperamos, quedan de usted con la mayor consideración, verdaderos amigos y compatriotas atentos s. s.,

"Antonio Ríos, Juan de Dios la Guardia, Juan María Reyes, Martín Herrera, Manuel M. Moreno, F. Buitrán, José García Toledo."

Leída la comunicación de estos sencillos patriotas, pensó Aguilera que era necesario alentarlos para que no cundiese la desanimación en aquel centro, precisamente una de las principales fuentes de recursos para la causa. En tal virtud, poniéndose de acuerdo con sus compañeros de Nueva York, decidieron que

saliese otra vez para Cayo Hueso Aguilera, acompañado de Hilario Cisneros, con el fin de encauzar por buen camino la marcha de aquella benemérita emigración.

No fué menor el éxito conseguido por Aguilera en este segundo viaje á Cayo Hueso, pues los entusiastas y excelentes patriotas allí reunidos, que lo veneraban, cediendo á los sanos consejos de él y su distinguido compañero, volvieron á reanudar sus patrióticas tareas con la misma fe y entuiasmo que siempre los distinguiera, contribuyendo nuevamente con su óbolo para la patria el que asimismo fué entregado al Agente Aldama.

CAPITULO XLIV

MAYO-JUNIO 1874

MUERTE DE CARLOS MANUEL DE CESPEDES—CONMOCION QUE CAUSO EN EL ESPIRITU DE TODOS LOS CUBANOS—CRUELDAD DE LA MEDIDA DE NO PERMITIRLE SALIR AL EXTRANJERO.—NECESIDAD DE ESA MEDIDA.—CARACTER INCONTRASTABLE DE CESPEDES.—SU PREDILECCION POR EL GENERAL QUESADA.—FATALES CONSECUENCIAS PARA LA REVOLUCION.—TERRIBLE ESCENA DE SAN LORENZO.—A ELLA DEBIO CESPEDES LA CONSAGRACION DE SU GLORIA.

Fué durante este período que llegó á Nueva York la infausta nueva de la muerte del ex-presidente de la República de Cuba, C. Carlos Manuel de Céspedes, acaecida en San Lorenzo, lugar de la Sierra Maestra, en el departamento Oriental. Una pequeña fuerza española que casualmente desembarcó por la costa Sur de dicha Sierra, sorprendió al eximio patriota en momentos de estar solo, pues sus pocos acompañantes, en aquellos instantes estaban dispersos por el lugar. El se defendió con su revólver, pero comprendiendo que era inútil la lucha y no queriendo caer vivo en manos de sus crueles perseguidores, se precipitó por un barranco ,en el fondo del cual fué muerto á tiros por los enemigos.

Este desgraciado acontecimiento conmovió vivamente el espíritu de todos los cubanos. Cualesquiera que fueran los defectos que Céspedes, como hombre al fin, pudiera tener, y cualquiera que fuese la prevención que contra él hubiera por sus desaciertos; ante aquella trágica muerte todo se borró y sólo se presentó á la mente de sus compatriotas el hombre de robusto espíritu que desde su finca "La Demajagua", rodeado de un corto número de valientes, desafiara al poder de la injusta Metrópoli, emprendiendo la lucha que continuara hasta sellar con su sangre el juramento que hiciera de ser libre ó morir. Duras fueron las contrariedades que sufrió en los últimos días de su vida, amargas las pruebas porque pasó, terrible y heróico su fin; más todo esto, indudablemente, á contribuído á que el nombre de Carlos Manuel de Céspedes ocupe un lugar tan eminente en el corazón de los cubanos.

Después de su destitución, solicitó Céspedes por varias ocasiones que se le permitiese salir para el extranjero, solicitud que le fué negada por el Gobierno. Parecerá ese acto una crueldad de parte de éste. Parecerá que el Gobierno debiera haber sido más benévolo con un hombre de la significación de Céspedes; y sin embargo, dando por sentado que debe ser preferido siempre el bien general al particular, y que no debemos reparar en el sacrificio de un hombre si con ello ha de salvarse la sociedad entera, debemos admitir que esa medida política seguida con Céspedes, fué necesaria para la revolución.

Céspedes en el extranjero, por su carácter, por sus antecedentes, por sus relaciones de familia, por su prestigio, hubiera sido un hombre funesto para la causa de Cuba. Hemos tratado de darlo á conocer moralmente. Hombre de pasiones violentas, hondamente herido por el acto que lo hizo descender de la gran altura á que se había colocado; contando en el extranjero con el general Quesada, hombre astuto, sagaz y de nada limpia historia, jefe de un partido que le era adicto, al llegar Céspedes al extranjero indudablemente se hubiera unido á su cuñado el

general Quesada, para obrar de común acuerdo ambos. El partido de Quesada se hubiera robustecido con el apoyo que le prestara hombre tan atildado y enérgico como Céspedes. Las luchas entre los emigrados se hubieran recrudecido, llegando á su grado máximo. El desaliento que estas discordias produjeran entre los cubanos acaudalados y sensatos hubiera sido inmenso, lo que indudablemente habría dado por resultado el fracaso irremediable de la revolución.

Y no se diga que Céspedes hubiera obrado con la debida prudencia y cordura patriótica para no dar lugar á semejantes males. Ya conocemos la conducta que observó durante el tiempo que estuvo al frente del gobierno de la República. Entonces, por el elevado puesto que ocupaba, debió haber desplegado una y otra en su más alto grado y hemos visto los desaciertos que cometió. Y si tal fué su proceder cuando pesaba sobre él tanta responsabilidad ¿qué no sería después de haber recobrado su carácter de simple ciudadano, cuando podía obrar con entera libertad y se encontraba agriado por las contrariedades que había sufrido? Céspedes no podía prescindir de su modo de ser, así lo dió á conocer siempre, tenía una voluntad incontrastable, no conocía obstáculos para sus deseos y se lanzaba en pos de ellos sin calcular las dificultades ni las consecuencias, y estas condiciones de su carácter fueron el orígen de todas sus desgracias.

Algunos de los emigrados pensadores, en previsión de los males que amenazaban á la patria, escribieron á sus amigos de Cuba libre manifestándoles y recomendándoles que ejercieran toda su influencia para que Carlos M. de Céspedes no saliera al extranjero.

Terrible fué la escena de San Lorenzo, en la que á Céspedes tocó el papel de mártir. Y sin embargo podemos decir que á ese terrible drama debe Céspedes la esplendente corona de gloria que hoy lo circunda. Si para él no hubiera habido un San Lorenzo y, como era su deseo, lograra salir á la emigración, su prestigio, que ya comenzaba á decaer dentro y fuera de la Isla, hubiera ido decreciendo más y más, al unirse á hombre de las condiciones del general Quesada; y con los actos que, dados los antecedentes de uno y de otro, hubieran después realizado, el prestigio de Céspedes habría menguado mucho, y aunque siempre habría sido el hombre del diez de Octubre, sus admiradores hubieran estado divididos, mirando en él, unos, al héroe intachable, símbolo de la revolución y otros al preclaro patriota en quien había de deplorarse que no reuniera todas las condiciones necesarias para la empresa grande y noble que acometiera. Pero el sacrificio de San Lorenzo le ahorró esta última desgracia. Desde esa terrible escena ya nadie vió en Céspedes más que el mártir, que de manera tan trágica había dado su sangre en aras de su patria, y unos y otros, todos los cubanos lo proclamaron patriota mártir, Padre de la Patria.

CAPITULO XLV

JULIO 1874

VUELTA DE AGUILERA DE CAYO HUESO.—REUNION CON ALDAMA Y MIEMBROS DEL COMITE.—LOS GENERALES CAMINERO Y LUPERON DE SANTO DOMINGO.—EL PRESIDENTE GONZALEZ DE ID.—NUEVO PROYECTO DE EXPEDICION DE ALDAMA. —SALDRA ESTA DE SANTO DOMINGO EN EL VAPOR DE DELMONTE.—NO ESTA CONFORME AGUILERA.—ALDAMA DIJO FALTABA DINERO.—EXTRAÑEZA DE AGUILERA.—EXPLICACION DE ALDAMA—LLEGADA DE CARLOS MANUEL DE CESPEDES Y CESPEDES A NEW YORK.—ALDAMA PROPONE MERMAR LOS FONDOS DE LA EXPEDICION DE AGUILERA.—ESTE SE OPONE.—ZALDIVAR POSPONE SU PROYECTO.—ALDAMA LO MODIFICA.—CARLOS GARCIA EN VUELTA ABAJO.—CONFERENCIA DE ALDAMA CON CARLOS MANUEL DE CESPEDES Y CESPEDES.

El 18 de Julio de 1874 volvió Aguilera de su segundo viaje á Cayo Hueso, acompañado de Hilario Cisneros. Fué á ver á Aldama para tratarle de su expedición y quedaron en reunirse aquella misma noche en casa de Cisneros.

A la hora convenida concurrieron Villegas, Arteaga, Echeverría, Aldama y Aguilera. Después de tratar de varios asuntos, leyó Aldama una carta del General Caminero de Santo Domingo en que se ofrecía para trabajar por la independencia de Cuba. Manifestó Aldama que allí podían conseguir doscientos cincuenta hombres que fuesen á las órdenes del referido general Caminero ó del general Luperon, que también le había ofrecido sus servicios. Dijo que el Presidente González le había ofrecido asimismo, por conducto del Agente privado de Cuba, Manuel Codina, armar esos doscientos cincuenta hombres con rifles y su correspondiente pertrecho, y caso que no lo cumpliese, tenían en Jamaica un armamento mayor, procedente de la goleta que Govín había hipotecado te mil pesos.

Manifestó Echeverría que no debían empezar por organizar la expedición, sino por comprar el vapor. Contestó Aldama que el dinero que había era muy poco, y con respecto á vapor, tenía un proyecto que deseaba consultar con Echeverría y Aguilera solos, pues no quería que por cualquier casualidad se fuese á diafanizar. Diéronse los demás presentes por satisfechos y pasaron los tres á una habitación inmediata.

Dijo Aldama que su proyecto era el siguiente. Su yerno, Delmonte, tenía arrendado un vapor que daba viajes mensuales á Puerto Plata, Samaná y Santo Domingo, subvencionado por el Gobierno dominicano para llevar la correspondencia. En Azua se podían reunir los doscientos cincuenta hombres con el jefe que fuese y en una noche se pondrían en la costa Sur de Cuba, haciendo el desembarco y continuando el vapor su ruta acostumbrada. Preguntó Echeverría si los dueños del vapor y el capitán estarían de acuerdo con la operación y contestó Aldama que al primero se le podía dar una fianza para caso de siniestro y al segundo una gratificación.

Manifestó Aguilera que le parecía mejor la compra ó flete de un vapor, á lo que contestó Aldama que ambas cosas podían hacerse si se tuviera dinero suficiente, pero no en la disposición que se encontraban que no tenían mas que veinte mil pesos.

Extrañaron á Aguilera estas palabras de Aldama, pues en una reunión antes de su viaje á Cayo Hueso dijo Aldama que si Aguilera traía diez mil pesos de su excursión, é Hilario Cisneros conseguía los cinco mil pesos, valor de las armas embargadas por el asunto de Govín, la expedición podía salir inmediatamente; y habiendo conseguido Aguilera cerca de diez mil pesos en sus dos viajes á Cayo Hueso, y recuperadas las armas embargadas, no se explicaba por qué esa insuficiencia de fondos. Manifestólo así á Aldama y éste le contestó que su dicho fué basado en los datos dados por Villegas; pero que viendo después que éstos no eran exactos y habiéndose hecho desde esa fecha otros gastos, era ese el motivo porque apenas podían contar con veinte mil pesos.

Después de hacerle algunas preguntas

más Aguilera sobre otros detalles á lo que contestó Aldama con respuestas poco satisfactorias, le preguntó Echeverría con mucha finura si la falta de dinero embarazaría la realización del proyecto. Contestó Aldama que no dejaría de realizarse por tres ó cuatro mil pesos.

Al volver á reunirse con los demás en la sala dijo Echeverría á Aguilera en voz baja y acercándose á sus oídos: "ya hemos conseguido que diga lo que piensa dar".

Reuniéronse á los otros y quedó definitivamente acordado que saliese Francisco Arteaga para Puerto Plata á reunir los doscientos cincuenta hombres y que Juan Luis Pacheco fuera á Jamaica con obeto de llevar una correspondencia á Cuba libre . Muy disgustado quedó Aguilera con esa combinación: sin embargo, no quiso contradecir á Aldama porque ya no deseaba otra cosa sino que éste lo acabase de despachar para Cuba en cualquier forma que fuese.

Debemos decir que para este tiempo, observando Aguilera lo inconveniente que le era tener su familia en Baltimore y pasar él la mayor parte del tiempo en New York, viéndose obligado á hacer gastos en uno y otro lugar, y comprendiendo además que en New York sería más facil á sus hijas encontrar trabajo lucrativo, resolvió trasladar su familia á esta ciudad, y lo efectuó así.

Yendo á la oficina de Hilario Cisneros, encontró á Carlos Manuel de Céspedes y Céspedes, hijo del insigne caudillo de "La Demajagua", que acababa de llegar del campo de la insurrección, y á Carlos de Varona, que el día anterior había llegado también de París. Saludó á ambos, y después de conversar de cosas generales, acordó con Carlos Manuel de Céspedes tener una conferencia con él al día siguiente. Varona lo invitó para que el día siguiente también fuese á comer con él en el "Metropolitan Hotel", donde se había alojado, con objeto de hablarle de asuntos importantes. Aguilera le ofreció hacerlo así.

Al llegar á su casa, recibió una carta atrasada de su amigo Germain Casse, de París, en contestación á otra suya. Es una hermosa carta que lo llenó de satisfacción, pues pudo apreciar por ella el interés y la simpatía que despertaba su patria en el corazón de aquel extranjero á quien de veras apreciaba. He aquí su traducción.

"Asemblee
"Nationale
"París 12 de Abril de 1874
40 rue de la Voñte du Cours
cuartier du Bel air.

"Mi querido señor Aguilera:

"El señor Echenique es el encargado de entregaros esta carta. He tenido buen cuidado de no dejar escapar tan buena oportunidad para enviaros las expresiones de mi más grato recuerdo. En verdad que he pensado mucho en vos, en vuestra peregrinación dolorosa por el mundo, en vuestro valor y vuestra inquebrantable firmeza! Sinceramente me aflige ver á Europa impasible ante la lucha que sostiene Cuba en nombre de la humanidad ultrajada. ¡Ah! vuestra patria ha emprendido esa obra en un momento poco propicio, tanto para el viejo como para el nuevo mundo. Lo que vos os proponéis hacer valer no está bien establecido entre nosotros. No maldigáis la Francia porque no os preste fuerte apoyo. ¿Qué queréis? Ella no es más dichosa que vosotros después de la invasión prusiana. Ella se ve acosada por una banda de monárquicos que le causa horror. Ella lucha bajo la presión de sus formidables enemigos. Ella no puede desasirse de sus crueles garras. Vos debéis comprender que ella no está en libertad de hacer respetar los derechos de la patria y la libertad en el mundo.

"Vosotros estáis solos: sí, bien solos: sin embargo, vosotros triunfaréis por más que la lucha sea larga, reñida y dolorosa; pero triunfaréis. Vosotros sabréis aquilatar mejor el valor de vuestra independencia y de la justicia, puesto que con vuestro esfuerzo solo y con vuestros sacrificios la habréis ganado. Sí, vosotros triunfaréis puesto que vuestra causa es justa y la justicia, á pesar de los obstáculos momentáneos que encuentre, triunfará al fin en todas partes. Vosotros tendréis república como la te-

nemos nosotros. Vosotros os desembarazaréis de los españoles como nosotros nos desembarazaremos de ese bando monárquico y clerical que nos agobia.

"Por amor á la humanidad, no olvidéis jamás que la instrucción y el trabajo son la base del bienestar de todo pueblo democrático republicano. Cuidáos de proteger al débil. Guardáos de hacer una república de privilegios ó de monopólios para unos y de perpétuas privaciones para otros. Desconfiad del Clero, que es el enemigo de la instrucción. Haced que arraigue por todas partes la semilla de la instrucción. Haced una república igualitaria que sirva de ejemplo á la vieja Europa. Todas las leyes que no tienen por base la justicia, la libertad y la igualdad, son malas. Guardad como un tesoro estos tres ideales. Inspiráos en las ideas que ellos despiertan. Luchad por ponerlos en constante práctica.

"He sabido la muerte de Céspedes que concluyó heróica y noblemente su vida; y como compensación supe ayer que los cubanos habían obtenido una importante victoria sobre los españoles. Vosotros tenéis en verdad mis mejores deseos y mis más ardientes simpatías. Combatid vuestro enemigo sin descanso. El, como el Catolicismo, no ha querido abolir la esclavitud y mostrar al mundo que es partidario del progreso y del bien de la humanidad. Conquistad con el hierro vuestro derecho, para hacer desaparecer para siempre esa vergüenza y esa humillación. Es por la libertad que el hombre se hace digno y respetable ante los demás hombres.

"Enviadme algunas noticias vuestras. Ponedme al corriente de vuestras esperanzas, que yo tomo grande participación en ellas. Dadme una dirección donde yo pueda escribiros con la certeza de que recibiréis mis cartas, después que os hayais puesto en marcha y no olvidéis que me habéis ofrecido hospitalidad alguna vez, para cuando triunfantes hayáis proclamado á Cuba Independiente y Repúblicana. Yo acaricio la idea de iros á visitar en vuestra patria libre, mi querido amigo, y me suscribo siempre vuestro más devoto.

Germain Casse.
Diputado por la Guadalupe".

Tuvo Aguilera la conferencia aludida con Céspedes y Céspedes en la oficina de Hilario Cisneros y de allí fueron en unión de éste á la de Aldama, para donde de antemano habían sido citados.

Aldama los invitó á pasar á la oficina de la sociedad; se dirigieron á ella, encontrando á Villegas, Arteaga y Zaldívar. Se reunieron en sesión todos menos Céspedes y Céspedes que quedó en la oficina exterior. Aldama comenzó presentando á Zaldívar que dijo era el segundo de Secundino Bermúdez, siendo ambos jefes los que intentaron el movimiento de la Vuelta Abajo. Que habiendo sido denunciados al Gobierno español, tuvieron que escapar por distintos rumbos, yendo Bermúdez á Cayo Hueso y Zaldívar á Nueva York. Zaldívar estaba dispuesto á volver á Cuba, acompañado de Rocabruna, y le había pedido un pequeño armamento, por valor de unos tres mil pesos. Encareció mucho Aldama la conveniencia del pronunciamiento de la Vuelta Abajo y concluyó pidiendo que se extrajeran esos tres mil pesos de los fondos destinados á la expedición de Aguilera, único dinero que tenían en caja.

Todos reconocieron la importancia de llevar la revolución á la Vuelta Abajo. Aguilera, conviniendo en ella, se opuso como era natural, diciendo que esos fondos eran insuficientes para su expedición y si se mermaban así, los alejaría de su propósito que por ese camino nunca llegaría á verse realizado.

Propuso que siendo poco el armamento que necesitaba Zaldívar, se tomara á crédito ,y añadió que á fin de que el proyecto de Zaldívar surtiera todo el efecto que debía, era conveniente que fueran simultáneas las operaciones: es decir, que al mismo tiempo que desembarcara él por Oriente, insurreccionara Zaldívar la Vuelta Abajo.

Contestaron á Aguilera que no podía hacerse uso del crédito, porque tendrían que ocurrir a él para una parte del armamento que debía llevar el mismo Aguilera, lo cual podía comprometer en su particular al Agente si no se pagaba esa deuda oportunamente.

Dijo Zaldívar que él no pretendía entorpecer la expedición de Aguilera, y para allegar fondos propuso el siguiente

plan. Salir para Cayo Hueso, tomar allí la goleta de Lazo de la Vega, que le habían ofrecido para ir á la Habana; entrar por la noche en esa ciudad disfrazado de marinero, para lo cual tenía todos los documentos de policía necesarios y también donde esconderse. Desde su escondite escribiría una carta á Partagás, exigiéndole que pusiese en New York cinco mil pesos ó de lo contrario le quemaría sus vegas de Vuelta Abajo. Haría otro tanto con dos ó tres dueños de ingenios y estaba persuadido que de esa manera, dentro de un mes tendría el Agente cuarenta ó cincuenta mil pesos.

Contestó Aldama que no debía amenazar con cartas, porque eso era deshonroso para la causa, sino quemar realmente las propiedades y entonces, ya lo buscarían los hacendados para entrar en transacción con él.

Despidióse Zaldívar y fué llamado Céspedes y Céspedes. Preguntó á éste Aldama si estaba dispuesto á volver á Cuba con Aguilera. Contestó Céspedes que el objeto de su viaje al extranjero era desempeñar una comisión de Calixto García, llevándole dos cañones. Repuso Aldama que tenía dispuestos seis cañones para mandar á Cuba, con su correspondiente pertrecho, y no pudiendo emplearse un vapor para llevar dos cañones solamente, le parecía conveniente que se uniera á Aguilera, llevando con la expedición de éste los dos cañones que había salido á buscar. Contestó Céspedes que no tenía dificultad y quedó acordado que fuese á Cayo Hueso en el próximo vapor á ver su familia y aguardase allí la orden de embarcar que le comunicaría Aldama.

Todas estas fluctuaciones de Aldama tenían muy disgustado á Aguilera. Por ellas comprendía el poco interés de aquél en que saliera su expedición, cuando tanto le urgía llegar á Cuba. Por otra parte, conociendo la poca disposición de los cubanos ricos para auxiliar la revolución, no atinaba la manera de acrecentar los recursos con que contaba. Su viaje al Perú, aunque lo seducía, pero implicaba una demora indefinida que no se avenía con la urgencia del caso.

En vista de estas dificultades, pensó que si quería ir pronto á Cuba, necesitaba tomar una radical resolución; y si con aquellos elementos no podía comprarse un vapor, se compraría una goleta, y por mucho que fuera el riesgo que corriera, era necesario arrostrarlo, pues de otra manera no iría á Cuba y tendría que estar sufriendo los apremios de sus compañeros en el campo, y el sonrojo de que pudiera creerse que no se daba prisa por compartir con sus hermanos las fatigas de la guerra.

FIN DE LA CUARTA PARTE

INDICE DEL PRIMER TOMO

PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

Pág.

TERCERA PARTE

CUARTA PARTE

Pág.

FIN DEL TOMO PRIMERO

v

Ti
in
e
ic
an

Francisco V. Aguilera

y la

Revolucion de Cuba

de 1868

por

ELADIO AGUILERA ROJAS



TOMO SEGUNDO



HABANA

Librería é Imp. LA MODERNA POESIA

CALLE OBISPO, Nos. 129 al 135

1909

FRANCISCO V. AGUILERA

Y LA

REVOLUCION DE CUBA DE 1868

QUINTA PARTE

COMPRENDE DESDE LA LLEGADA DE CARLOS DE VARONA A NEW YORK EL 21 DE JULIO DE 1874 HASTA EL ROMPIMIENTO DE AGUILERA CON EL C. AGENTE GENERAL, SEÑOR MIGUEL DE ALDAMA EN ABRIL DE 1875

CAPITULO I

JULIO 1874

LLEGADA DE CARLOS VARONA A NEW YORK—INVITA A AGUILERA A COMER CON EL.—IMPORTANTE CONFERENCIA.—TRABAJOS DE QUESADA EN PARIS.—VARONA OFRECE A AGUILERA EN NOMBRE DE QUESADA $21,000 PARA SU EXPEDICION. —AGUILERA LOS ACEPTA GUSTOSO.—PARTICIPA A SUS AMIGOS LA BUENA NOTICIA.—VILLEGAS Y CISNEROS MUY ALBOROZADOS.—ALDAMA TAMBIEN DECIDE ACEPTAR LOS $21,000 DE VARONA.—CONCURRE AGUILERA Y ECHEVERRIA A UNA CONFERENCIA.—EN ELLA TAMBIEN ACEPTA LA CANTIDAD.—POR PRIMERA VEZ ALDAMA CONVIDA A COMER A AGUILERA, EN NEW YORK.—DESAFIO DE BELLIDO DE LUNA CON FERRER DE COUTO.—ALDAMA OFRECE PAGAR LOS GASTOS LUEGO SE ARREPIENTE.—AGUILERA CONTRIBUYE CON $3,000.—INCITA A LOS AMIGOS DE ALDAMA A ESTIMULAR A ESTE.—PRECAUCIONES DE AGUILERA PARA CON ALDAMA.—DIFERENCIA DE SUS CARACTERES.

De gran trascendencia son los sucesos que de ahora en adelante vamos á referir, puesto que el acontecimiento que dió lugar á ellos puso de manifiesto de una manera indudable las tendencias de los hombres que hasta entonces ayudaban ó pretendían ayudar á Aguilera en la empresa en que hacía tiempo se ocupaba. Este acontecimiento, en su regular desarrollo, vino á descorrer el velo de la realidad y á hacer patente el lazo que á su buena fe se tendía; lazo que decidió romper y rompió Aguilera, aunque al hacerlo hubiera de ver desbaratados sus planes, eclipsadas sus más bellas esperanzas y agotada su existencia.

El día 21 de Julio llegó Carlos de Varona á Nueva York procedente de París. Al día siguiente, como hemos dicho, encontró á Aguilera en la oficina de Hilario Cisneros y lo citó para que al otro fuera á comer con él en el hotel "Metropolitan", pues tenía que hablarle de cosas importantes. Concurrió Aguilera á la cita y encontró á Varona en su cuarto, donde fué servida la comida. Durante ésta refirió que Quesada había conseguido en París doce mil pesos de los emigrados; que Ricardo Alfonso, cuando Quesada lo visitó, le dijo que había sido siempre contrario á la causa de Cuba, por cuyo motivo nunca quiso dar á nadie dinero para ella, ni en lo ade-

lante tampoco daría; pero que con Quesada quería hacer una excepción. Había simpatizado con él,—añadió Alfonso —porque todos se lo habían pintado como un bandido, y veía que era un perfecto caballero. Le dió cinco mil pesos inclusos en los doce mil antes citados.

Refirió también Varona que dos caballeros peruanos que nombró, le habían comprado cincuenta mil pesos en bonos y estaban dispuestos á negociarle más, cuando llegó la noticia de la anulación de sus poderes. Estos caballeros aconsejaron á Quesada que fuera al Perú, donde ellos iban, y allí lo ayudarían á levantar una respetable suma entre particulares.

Dijo que él se había hecho cargo de los fondos con la condición de que se invirtieran exclusivamente en la causa de Cuba, sin más merma que la indispensable para los gastos de Quesada y su familia. En París tenían comprados mil fusiles Remington y doscientas cincuenta mil cápsulas, habiéndole costado los primeros á razón de once pesos uno. Estuvieron Varona y Quesada dos meses en Inglaterra solicitando un vapor para mandar de allí una buena expedición. Por el más barato le pidieron sesenticinco mil pesos, por cuyo motivo no pudieron realizar su propósito.

Decidió Quesada ir al Perú, y antes de salir, le pidió Varona que lo autorizara para poner á la disposición del Agente General veintidos mil pesos que tenía en su poder, igualmente que los remingtons y las cápsulas, con objeto de que lo llevase todo Aguilera á Cuba, pues la demora de salir la expedición de éste, le hacía comprender que era por falta de medios. Quesada lo autorizó.

Dijo Varona que había querido hablar á Aguilera primero que á Aldama, para orientarse, porque como conocía á Aldama y entre ellos había mediado correspondencia un tanto desagradable, temía que no fuera bien acogido su espontáneo ofrecimiento.

Le habló así mismo de Zambrana y dijo que éste creyó hacer un gran papel en París, y nadie se ocupó de él. Entonces pidió á Aldama un nombramiento de Agente y ni por eso logró llamar la atención. Después de haberse unido á Quesada convocó para una junta á Pozos Dulces, Barbarrosa y Valdés Fauli. Les dijo que había llegado á Nueva York con la esperanza de poder trabajar allí en beneficio de Cuba, pero se convenció de que de aquella emigración poco ó nada se podía esperar. Que llegó á París con las mismas esperanzas, mas, por lo visto, no podía prometerse de esa emigración más que de la de Nueva York. En tal virtud, les consultaba si les parecía bien que se uniese á Quesada para seguirlo en su excursión al Perú. Contestóle Pozos Dulces que esas cosas no se consultaban, sino se seguían los dictados de la propia conciencia. Barbarrosa avanzó más, pues le dijo que no faltaría quien lo calificara de faccioso. El resultado fué que al día siguiente emprendieron viaje para el Perú; Antonio Zambrana y el general Quesada.

Manifestó Aguilera que aceptaba por su parte con mucho gusto el ofrecimiento que le hacía en nombre de Quesada, del dinero y material de guerra, siempre que no envolviese alguna condición que lo hiciera inaceptable y en tal concepto vería á algunos de los amigos de Aldama, para unidos todos, hablar á éste sobre el particular, estando seguro de que lo aceptaría también. Concluída la comida se despidieron á las nueve de la noche.

A esa hora se dirigió Aguilera á casa de Villegas queriendo aprovechar el tiempo, pues sabía que Aldama pensaba ir al día siguiente á veranear á Saratoga. Encontró á Villegas en su casa con Juan Luis Pacheco. Les refirió su entrevista con Carlos de Varona y ellos acogieron con el mayor júblilo la proposición de éste, aunque sospechando pudiese envolver alguna celada.

Quedó Villegas en ir al día siguiente muy temprano á ver á Aldama é informarlo de todo, y Aguilera en ver á Hilario Cisneros, para todos juntos mover á Aldama á una pronta y favorable resolución .

Al día siguiente muy temprano fué Aguilera á casa de Hilario Cisneros. Encontró á éste con Carlos Manuel de Céspedes: les expuso el ofrecimiento hecho por Carlos de Varona, de parte de

Quesada, lo que los llenó de entusiasmo, esperando que así la expedición de Aguilera, no sólo saldría inmediatamente, sino que acrecería en gran manera. Almorzaron juntos y después que se despidió Céspedes, Aguilera é Hilario Cisneros, salieron para la oficina de Aldama. Pensaron luego llegar de paso á casa de Echeverría para oir su opinión y buscar su apoyo. Informado Echeverría acogió el caso favorablemente, aunque dudando de que el ofrecimiento fuese sincero. Quedó en reunirse con ellos á las doce y media en la oficina de la sociedad.

Llegaron á la oficina de Aldama y encontraron que ya Villegas había impuesto á aquel de lo que se trataba. Se citaron para reunirse una hora después en la oficina de la sociedad. A la hora indicada concurrieron á la cita Aldama, Hilario Cisneros, Aguilera, Villegas, Francisco Arteaga, Pedro Martín Rivero y Echeverría.

Expuso Aguilera la conferencia que había tenido con Carlos de Varona referente al ofrecimiento de Quesada, á lo que siguió la discusión del asunto de la manera más favorable. A exitaciones de sus amigos suspendió Aldama el viaje á Saratoga que tenía proyectado aquel día, aplazándolo para el siguiente. Se acordó poner un telegrama á Carlos de Varona, para que los aguardase en su hotel á las cuatro de la tarde. Decidieron que á la conferencia con Varona asistieran Aldama, Aguilera y Echeverría.

Ninguno faltó á la cita. A la hora convenida reuniéronse todos en la habitación de Carlos de Varona en el "Metropolitan Hotel." Reprodujo Varona el ofrecimiento hecho á Aguilera con la sola condición de que la expedición saliera lo más pronto posible, pues en otro caso, podría Quesada reunir nuevos elementos en el Perú y estar en condiciones de llevar á Cuba esas armas.

Contestó Aldama que la expedición de Aguilera tardaría solamente el tiempo necesario para hacer la organización de doscientos hombres, ya comenzada. Después de discutido el asunto lo bastante se acordó lo siguiente:

Primero.—Que Aldama solicitara inmediatamente un vapor de cuarenta mil pesos para proceder á su compra, contando con los veintiún mil pesos que facilitaría Varona.

Segundo.—Que teniendo ya listas Aldama las armas y municiones que debía llevar la expedición, no haría uso de las que ofrecía Quesada.

Tercero.—Si verificada la expedición de Aguilera, Quesada no había mandado á Cuba las armas y pertrechos ofrecidos, haría uso de ellos Aldama, mandándolos en una ó más expediciones.

Quedó así acordada la aceptación del ofrecimiento de Varona, separándose todos muy amigos. Quedó Varona en entregar en Nueva York la cantidad tan pronto como la necesitase Aldama para la compra del vapor.

Al salir del hotel, despidióse Echeverría, y Aldama invitó á Aguilera á comer con él, por primera vez desde que estaban en Nueva York. Parecía que Aldama, en previción de las dificultades que había de tener que sortear para seguir entreteniendo á Aguilera, en virtud de la intromisión de Varona con su ofrecimiento, quiso acercarle más, brindándole confianza, para así dominarlo mejor y seguir triunfando en sus propósitos. Si tenemos en cuenta lo acontecido en París, podemos decir que siempre fueron funestos á Aguilera los halagos de Aldama. Sin embargo, como Aguilera nada sospechaba, creyó más bien de buen agüero aquella finura de Aldama y aceptó la invitación.

Fueron á casa de Aldama, donde éste se cambió de traje y después se dirigieron á un lujoso restaurant, frente al parque de Madison en la Quinta Avenida, diciendo Aldama que acostumbraba comer allí desde que tenía la familia en el campo.

Al salir del restaurant encontraron en el parque á José Valdés Mendoza, Govantes y otros más. Despidióse Aldama, y Govantes refirió á Aguilera la historia del desafío de Bellido de Luna con Ferrer de Couto. Dijo que Aldama había quedado en pagar los gastos; pero habiendo sabido que el desafío iba á tener efecto en Bélgica, se arrepintió,

estando solo dispuesto á contribuir con doscientos pesos. Presupuestado el viaje en ochocientos pesos no sabía quien supliría los seiscientos restantes. Dijo que Luna saldría de Nueva York acompañado de Pío Rosado, y en Londres se les uniría Juan Manuel Macías, actuando estos últimos como padrinos.

Al día siguiente Luna y Villegas hablaron á Aguilera del mismo asunto, diciendo que Aldama contribuiría para el viaje con doscientos pesos y la sociedad "Amigos de Cuba" con trescientos. Instó Luna á Aguilera para que contribuyera él con los trescientos restantes para cubrir los ochocientos pesos; Aguilera accedió en virtud de ser un compromiso patriótico.

Muy temprano, por la mañana, recibió un recado Aguilera de Villegas, invitándolo á almorzar. Fué, y le preguntó Villegas por el resultado de la entrevista con Varona. Refiriósela Aguilera diciendo que todo había quedado arreglado; Villegas muy regocijado dijo que iba en seguida á ver á Aldama para decirle que no era aquella la ocasión de ir á refrescar á Saratoga sino de trabajar con empeño para acabar de despachar la expedición, ya que la suerte les había deparado los medios de hacerlo con brevedad. Aprobólo Aguilera y encareció á Villegas la necesidad de estimular á Aldama para el pronto despacho. A Hilario Cisneros y otros amigos de Aldama, habló Aguilera el mismo día en igual sentido.

Se habrá notado que Aguilera esquivaba siempre entenderse directamente con Aldama. Obraba así porque conociendo el carácter de éste, estaba convencido de que para conservar la armonía que los intereses de la causa exigía, era necesario que tuviese con él el menor contacto posible. Por otra parte, podrá comprenderse que temperamentos tan opuestos como los de Aldama y Aguilera no podían avenirse bien; repugnaba á Aguilera el carácter mezquino, orgulloso y vano de Aldama, por más que procuraba disimular su disgusto y mostrarse afable con él. Y como por otra parte, Aguilera tenía demasiado amor propio para bajarse ante Aldama, como se bajaban sus admiradores, sólo con este estudiado sistema hubiera logrado que en tanto tiempo no se turbara el acuerdo que entre los dos debía reinar.

CAPITULO II

AGOSTO 1874

DESAFIO DE LUNA Y FERRER DE COUTO.—PIO ROSADO TOMA EL PUESTO DEL PRIMERO.—SE NECESITAN MAS FONDOS.—NEGATIVA DE ALDAMA A APRONTARLOS.—AGUILERA CONTRIBUYE CON $250 MAS.—ALDAMA ABANDONA LAS NEGOCIACIONES CON VARONA.—SE VA A VERANEAR A SARATOGA.—INDIGNACION DE AGUILERA Y LOS AMIGOS DE ALDAMA—LAS CARTAS DE VILLEGAS SON INUTILES PARA HACERLO VOLVER.—UNA CARTA FUERTE DE ECHEVERRIA LO HACE VENIR.—ALDAMA DICE RENUNCIARA LA AGENCIA.—ALARMA DE ECHEVERRIA.—INDIGNACION DE LA EMIGRACION ANTE EL ABANDONO DE ALDAMA.—VILLEGAS SE PROPONE ADOPTAR UNA ACTITUD RESUELTA.—INCALIFICABLE CONDUCTA DE ALDAMA. — CONTEMPLACIONES DE ECHEVERRIA.—AGUILERA OFRECE LA AGENCIA A H. CISNEROS.—SIGUEN LAS CONTEMPLACIONES DE ECHEVERRIA.—VALDES FAULI RECLAMA SUS BIENES EMBARGADOS.

Manifestó Hilario Cisneros á Aguilera que en virtud de haber entredichado la policía el viaje á Bellido de Luna, que se dirigía á Bélgica á efectuar su desafío con Ferrer de Couto, era necesario que fuera otro padrino, pues Pío Rosado tomaría el puesto de Luna. José Joaquín Govantes se prestaba á ese servicio, pero careciendo de fondos para el viaje, debían tener una reunión por la tarde para obviar la dificultad, á cuya reunión invitaba á Aguilera.

Reuniéronse aquella misma tarde con el objeto expresado, en la oficina de la sociedad, Echeverría, Hilario Cisneros, José Joaquín Govantes y Aguilera.

Expusieron Echeverría y Govantes el motivo, diciendo que á Luna se le habían entregado doscientos pesos con los que ya no podían contar, y Pío Rosado, que esperaba en el Canadá, se había llevado cien pesos más; por lo tanto, quedaba reducida la cantidad á quinientos pesos; y como había manifestado Aldama que no daba un peso más, pidieron á Aguilera, que del dinero destinado para su expedición, les permitiese extraer doscientos cincuenta pesos á fin de que Govantes pudiera salir aquella misma noche á reunirse con Pío Rosado, y juntos seguir viaje á Europa.

En vista de lo premioso del caso y la necesidad de que el honor de los cubanos quedase bien puesto, accedió Aguilera.

Dos días después de la reunión con Carlos de Varona á que nos hemos referido, supo Aguilera por Hilario Cisneros que Aldama, inflexible á las instancias de sus amigos, se había marchado á Saratoga, dejando interrumpidas las gestiones para el despacho de la expedición. Lamentóse Cisneros de la actitud incalificable de Aldama. Aguilera manifestó que ante el peligro de que Varona retirara su ofrecimiento, disgustado por el poco interés que manifestaba Aldama, era necesario tomar una pronta determinación.

En los días que siguieron no cesó Aguilera de instar á los amigos de Aldama á que escribieran á éste, haciéndole ver los riesgos que corrían. No quiso escribirle directamente, por los motivos que hemos expuesto.

Estando Aguilera en la oficina le manifestó Aguiar que tenía visto un excelente vapor para la expedición por el que pedían treinta mil pesos. Instó Aguilera á Hilario Cisneros y Villegas, allí presentes, á que lo escribiesen así á Aldama. Villegas se lamentó de la indolencia de su amigo "Miguel", á pesar de las cartas que le había dirigido. Dijo que en volviendo, le iba á hablar muy fuerte respecto á su conducta y creía que con esto procedería en adelante con más actividad.

En la tarde del dos de agosto fueron á visitar á Aguilera, Hilario Cisneros y Echeverría. Manifestó el último que á consecuencia de una carta muy fuerte que había dirigido á Aldama, haciéndole patente lo crítico de su situación, por los compromisos que había contraído con el gobierno de Cuba en primer lugar y en segundo con Carlos de Varona aceptando los veintiún mil pesos para la expedición de Aguilera, y diciéndole que era necesario que volviese á Nueva York inmediatamente, pues el tiempo pasaba y Carlos de Varona podía volverse atrás en vista del despego manifestado por él, máxime cuando creían que Varona no obraba de buena fe, Aldama le había contestado que vendría al día siguiente, pero resuelto á hacer la renuncia de la Agencia, ya que sus amigos no tenían confianza en él, etc. Manifestó Echeverría que quería enterar del incidente á Aguilera, porque si Aldama persistía en su actitud, podría traer graves trastornos. Le aconsejó que no lo viese á su llegada, que no se diese por entendido de nada, y si Aldama le ofrecía la Agencia le dijese que no podía aceptarla porque se marchaba para Cuba.

Contestó Aguilera que el trastorno más grave que veía era el que ocasionaba Aldama con su ausencia, en los momentos en que debían obrar con más actividad. Estaba dispuesto á arrostrarlo todo, hasta su renuncia, con tal de que no se malograra la oportunidad de salir con su expedición.

Repuso Echeverría que en aquellos momentos sería de muy mal efecto que Aldama abandonara la Agencia. Para evitarlo, al llegar, iría á verlo y si le hablaba de la renuncia le diría que no prosiguiera, que ese era asunto muy grave y debía tratarse con toda calma, en lugar donde no pudieran ser interrumpidos. De ese modo pararía el primer golpe y después procuraría convencerlo de los perjuicios que con su inmotivado acto causaría á Cuba.

Añadió que no iría á ver á Aldama á su refinería, porque conociéndolo, se manifestaría más obstinado en su renuncia, creyendo que iba á buscarlo para suplicarle. Cuanto más le suplicaban más tenaz se mostraba.

Hablando Aguilera con Miguel Luis, Manuel Martínez y otros cubanos, le refirieron la indignación contra Aldama que

había entre los emigrados, al ver la indiferencia que mostraba en los asuntos de Cuba, abandonándolos en momentos que tanto bien podía hacer á la patria. Contestóles Aguilera que quizás aquel mismo día se definiría la situación.

Fué á ver á Villegas sobre el asunto Aldama y aquél le manifestó que iba á hablar muy claro á éste y decirle que renunciara la Agencia si no quería hacer nada por Cuba, pero que supiera que en ese caso todos sus amigos lo abandonarían.

Por lo dicho se comprenderá el mal efecto que la inexplicable conducta de Aldama causó en toda la emigración; y no podía ser de otra manera. Después de los obstáculos con que habían luchado para el despacho de aquella expedición, por tanto tiempo demorada; cuando la suerte les deparaba un auxilio tan valioso, con el que fácilmente podían realizar la empresa, objeto de todos sus anhelos, ver la indiferencia que mostraba el hombre á cuyo cargo estaba, el representante allí de la causa, aquel que más diligencia y celo debía mostrar porque era su deber. Ver que ese hombre abandonaba así los vitales intereses de la patria para ir á veranear á Saratoga, como si ese solaz tuviera para él más importancia que toda la sangre que se derramaba en Cuba, que todas las miserias que sufrían sus hermanos. Pero no es eso todo.

Fué Echeverría á ver á Aguilera en la oficina y le dijo que Aldama había llegado (día 3) pero que antes de verlo, había querido tener una entrevista con Carlos de Varona para sondearlo; lo efectuó y estaba satisfecho de la buena fe con que obraba. En tal virtud citó á Aldama para la tarde, en la que trataría de hacerle comprender sus deberes y compromisos, aunque con dulzura. Por lo tanto, dijo á Aguilera que no tratase de ver á Aldama, y al día siguiente á la una, se reuniría otra vez con él, para comunicarle el resultado de su conferencia.

Muy disgustado Aguilera con aquellos manejos y resuelto á tomar una determinación que pusiera fin á situación tan embarazosa, llamó á Hilario Cisneros aparte, en la oficina, y le dijo que estaba dispuesto á aceptar la renuncia que Aldama hiciera de la Agencia, y en ese caso la traspasaría á él para que funcionase como Agente, ayudándolo á formar su expedición. Contestó Cisneros que sería conveniente consultar el caso con Echeverría; por su parte estaba dispuesto entonces, como siempre, á trabajar en obsequio de la patria. Añadió que caso de realizarse lo propuesto por Aguilera, Aldama no había de tener intervención ninguna en el despacho de la expedición.

Al día siguiente, á las tres de la tarde fué Aguilera á la oficina de Aldama. No lo encontró, pero sí á Echeverría quien le dijo que aún no había podido hablarle. La tarde anterior fué á comer con él en un pueblecito próximo, donde estaba la familia de Delmonte, pero después de la comida se retiró Aldama á su cuarto diciendo que iba á acostarse porque estaba estropeado. Aquella mañana se había levantado muy temprano con el mismo objeto y tampoco lo consiguió por un pretexto que le puso; pero lo había citado para la tarde en su escritorio y estaba esperándolo. Según el conocimiento que tenía del carácter de Aldama, dijo esa demora era conveniente porque le hacía esperar que no persistiría en la renuncia. Que sería bueno que Aguilera difiriera su entrevista con Aldama hasta el día siguiente.

Por más que Aguilera estuviese dispuesto á aceptar á Aldama la renuncia de la Agencia, como Echeverría se empeñaba en que esa renuncia, en aquellas circunstancias, haría mucho daño á la causa, Aguilera no quería disgustarlo; podría necesitar después de su auxilio para el despacho de la misma expedición, y por lo tanto, trataba de no contrariarlo y de dejarlo obrar, pero sin importarle la renuncia, que estaba dispuesto á aceptar.

Manifestó también Echeverría que había recibido carta de Valdés Fauli, en que le decía que le iban á devolver sus bienes embargados en la Habana, y de consiguiente, suplicaba á Aguilera que inutilizara sus cartas, lo mismo que otros documentos que tuviera de él, que pudieran comprometerlo, pues como Aguilera iba á Cuba, podían caer en manos de los españoles.

Contestó Aguilera que no tenía inconveniente de entregarle las referidas cartas para que se las mandara, y él mismo las rompiese. Con respecto á los otros documentos, recibos talonarios, etc., recordara que se habían borrado los nombres en presencia de él, antes de salir Aguilera de París.

Aprovechando la oportunidad, preguntó Echeverría con cierta intención á Aguilera, si llevaría á Cuba sus apuntaciones, manifestándole que en ese caso correrían riesgo de caer en manos de los españoles, perdiéndose así unos documentos que podían servir para la historia. Contestó Aguilera que esas apuntaciones las dejaría bajo la custodia de su esposa, en cuyo buen juicio confiaba y las creía bien seguras.

Estando Aguilera almorzando en su casa, recibió un telegrama de Aldama, citándolo para las doce en el hotel "Metropolitan" donde paraba Varona. Mucho le complació que al fin Aldama se hubiera decidido á hacer algo en aquel importante asunto. Trece días habían pasado (era el cinco de agosto) desde la última conferencia con Varona, y en vez de emplear ese tiempo en buscar vapor y preparar la expedición, como ofreció, se fué á tomar fresco al aristocrático balneario.

CAPITULO III

AGOSTO 1874

SEGUNDA ENTREVISTA CON VARONA.—ALDAMA SE RESISTE A ADMITIR PLAZO.—MURMURACIONES DE SUS AMIGOS.—CONVIENEN EN QUE ALDAMA DEBIA DEJAR LA AGENCIA.—TERCERA CONFERENCIA CON VARONA.—PRETEXTOS DE ALDAMA.—OFRECE ENTREGAR LOS FONDOS DE LA AGENCIA.—AGUILERA SE DISPONE A ACEPTARLOS.—TODOS DISGUSTADOS.—ACTA DE LA CONFERENCIA—ECHEVERRIA DISCULPA A ALDAMA—PERPLEJIDAD DE ECHEVERRIA—PROPONE NUEVO PLAN—AGUILERA LES EXPONE SU DESESPERADA SITUACION.—SE MANIFIESTA INCLINADO A UNIRSE CON QUESADA.—ECHEVERRIA LE COMBATE LA IDEA.—AGUILERA REBATE DURAMENTE A ECHEVERRIA.—ESTE DISCULPA A ALDAMA.—FARSA DE ALDAMA CON IZAGUIRRE.—NEGOCIACION DEL PERU.

Concurrió Aguilera á la cita. Llegó á la habitacón de Varona, encontró allí á éste con Echeverría, y poco después llegó Aldama. Este expuso lo convenido en la reunión anterior, á lo que asintió Varona. Trató Echeverría de fijar un término para el despacho de la expedición. Manifestó Aguilera que aún cuando él estaba dispuesto á embarcarse en cualquier tiempo, sin embargo, como la experiencia enseñaba que de mediados de septiembre á mediados de octubre era época peligrosa para navegar, por motivo del equinoccio, creía que con objeto de evitar este peligro debía tratarse de salir antes de esa fecha.

Manifestó Aldama que él, por su carácter de Agente de la República, no podía admitir se le pusiese condición alguna, y por consiguiente, rehusaba fijar plazo para despachar la expedición. Contestó Varona que si Quesada ofrecía esos recursos al Agente para la expedición de Aguilera, era porque creía que ésta estaba próxima á salir, y sólo la demoraba la falta de pequeña cosa; pero que de no ser así, Quesada contaba con estar pronto en aptitud de mandar á Cuba esa y otras expediciones. Convínose, por fin, en que, puesto que Varona esperaba para el once de aquel mes recibir cartas de Quesada, de Colón, en que le diría el estado de sus trabajos, volverían á reunirse el doce, para tomar una determinación definitiva.

Hablando después Aguilera con Echeverría, le manifestó éste que había tenido una conferencia con Aldama, en la que desentendiéndose del asunto de la renuncia de la Agencia, se había esforzado en hacerle comprender, no sólo el deber en que estaba de despachar la expedición de Aguilera, sino que no debía dejar escapar el ofrecimiento de Varona.

Debido á esto fué que inmediatamente convinieron en tener la reunión del cinco, en el hotel "Metropolitan". Recomendó Aguilera á Echeverría que continuase hablando á Aldama en ese sentido, y tratase de mantener viva en él la idea de la compra del vapor, que era el paso más importante para su expedición.

Hablando Aguilera con Villegas respecto á la poca disposición de Aldama para aceptar la oferta de Varona, manifestó el primero su opinión de que debía aceptarse la renuncia, quedando así expeditos para tratar con Varona y comenzar á ocuparse de seguida del arreglo de la expedición. Fué Villegas de la misma opinión, y ofreció á Aguilera ayudarlo en su empresa, caso de que se hiciera cargo de despachar él mismo su expedición.

Queriendo Aguilera que Carlos de Varona repitiese ante otras personas el ofrecimiento que había hecho á Aldama en su presencia y la de Echeverría, lo llevó á la oficina de Hilario Cisneros donde también se encontraba Villegas. Reprodujo Varona cuanto anteriormente dijo, añadiendo que no había podido conseguir que Aldama fijase un plazo para el despacho de la expedición.

Manifestó Villegas que estaba decidido á decir á Aldama que si no podía ocuparse de la expedición, renunciase la Agencia para que se hiciera cargo de ella otro que cumpliera mejor con su deber. Contestó Hilario Cisneros que ya que Aldama había entrado por buen camino, no debía herírsele de esa manera; que se le sobrellevase y ellos se ocuparían de los trabajos.

Hablando otro día Aguilera con Villegas, Echeverría é Hilario Cisneros en la oficina de este último sobre el mismo asunto, manifestó Villegas que en vista de la inercia de Aldama, creía que al fin tendría que aconsejarle que renunciase la Agencia para que se hiciese cargo de ella Aguilera. Contestó éste que él no podía, porque creía que debía salir despachado de allí por el Agente General, quien quiera que fuese. En ese caso, bien Echeverría ó Hilario Cisneros eran los que debían hacerse cargo de ella. Manifestó Echeverría que él no podía, tanto por su carácter de comisionado diplomático cuanto porque no tenía simpatías en la emigración; y con respecto á Hilario Cisneros, no se lo aconsejaría porque era una carga muy pesada. Insistió Aguilera, y como Cisneros se hubiese separado un poco, fuese hacia él Aguilera y le dijo que contaba con él para que se hiciese cargo de la Agencia si Aldama la renunciaba. Contestó Cisneros que siempre estaba á disposición de la patria. Convinieron en ir al día siguiente al escritorio de Aldama para acordar con éste la hora en que habían de reunirse dos días después (el 12) con Varona, para saber si había tenido carta de Quesada.

Fueron los tres á la oficina de Aldama, según convenido. Aldama no fué, por cuya virtud Echeverría le escribió una esquela y otra á Varona, citándolos para el día siguiente á las doce en el hotel "Metropolitan".

A las doce en punto llegaron Aguilera y Villegas al lugar de la cita y poco después Aldama y Echeverría, reuniéndose los cuatro con Varona en el salón del hotel. Expuso Varona que no había recibido carta de Quesada y esto lo dejaba en libertad para fijar un plazo más largo. Estando á mediados de Agosto podía fijarse para mediados de Octubre (dos meses) bien entendido, que quince días más ó menos no influirían en el asunto.

Contestó Aldama que precisamente había ido hablando con Echeverría del particular y estaban en completo desacuerdo. Creía él, que por su carácter de Agente, no podía admitir ninguna oferta de dinero que no fuera incondicional. La experiencia le había enseñado que el despacho de una expedición estaba sujeta á mil contrariedades no fáciles de prever, y, por lo tanto, podría finalizar el plazo sin haberla despachado.

Repuso Varona que en tesis general, tenía mucha razón Aldama, pero este era un caso especialísimo del que debía hacerse una excepción. El señor Barbarrosa en París había asegurado que la expedición de Aguilera estaba casi lista para salir, y la detenía tan so-

lo la falta de un poco de dinero, y en esa virtud Quesada y él habían convenido en ofrecer éste al Agente ó á Aguilera para que la expedición saliese inmediatamente; pero sería un crimen, dijo, tener por tiempo indefinido amortizada esa cantidad, cuando poniéndola en acción podía hacerse tanto bien á la causa. Añadió que el general Quesada tenía elementos cuantiosos en París, de armas y municiones y había salido al Perú á tratar de reunir fondos para mandar á Cuba esos elementos, y por lo tanto era necesario fijar un término al donativo para si no podía mandar á Cuba esos recursos el Agente, los mandase el general Quesada.

Tomó la palabra Echeverría tratando de convencer á Aldama de que podía fijarse un plazo y estrechado Aldama por todos lados dijo que una expedición de armas y municiones era muy fácil de organizar y mandar, pero que si además había de llevar hombres se hacía muy difícil, porque la organización de éstos tenía que hacerse en lugar distante, quizás en Santo Domingo ó algunas de las repúblicas del Sur América, y esto era costoso y presentaba dificultades por las pocas comunicaciones con esos países.

Preguntó Echeverría si se exigía que la expedición llevase cierto número de hombres ó armas. Contestó Varona que no, esos eran detalles que correspondían al Agente; á él, lo que le importaba era saber que la cantidad se había invertido en recursos para Cuba y que éstos iban á salir pronto.

Manifestó Aguilera que estaba dispuesto á llevar la expedición con hombres ó sin ellos y de la manera que creyese más conveniente el Agente, con tal de que fuese pronto.

Batido Aldama en sus últimos atrincheramientos, manifestó que no se atrevía á aceptar la cantidad con plazo, aunque fuera en seis meses. Por último, dijo que si Aguilera y Villegas estaban dispuestos á tomar sobre sí la responsabilidad del plazo, no tendría inconveniente en entregarles las cantidades que tenía la Agencia para que llevaran á efecto la expedición, pero sin responsabilidades por su parte de ninguna clase.

Mucho se alegró Aguilera de este categórico ofrecimiento, y estando dispuesto á aceptarlo por su parte, quiso explorar la voluntad de su compañero, así, con la venia de los presentes, llamó aparte á Villegas para ponerse de acuerdo con él y tomar la palabra á Aldama. Explicóle brevemente su opinión, añadiendo que al hacerse cargo de la empresa, asociarían á Hilario Cisneros en sus trabajos. Contestó Villegas que estaba de acuerdo, pero no era bueno aceptarlo en aquel momento delante de Varona porque esto heriría la susceptibilidad de Aldama al que no era conveniente ofender tan directamente todavía. No quiso Aguilera contrariar á aquel con quien contaba para que lo ayudara así es que aceptó el aplazamiento.

Volvieron á tomar asiento con los demás y por fin se acordó que se redactase un acta de lo ocurrido, la que firmarían después. Finalmente se despidieron todos disgustados y al dar la mano Aguilera á Varona le hizo una señal, á la que correspondió Varona con mucha fuerza, lo que indicó á Aguilera que quería hablar después particularmente con él. Marcharónse juntos Aldama, Villegas, Echeverría y Aguilera, y por el silencio que reinó durante el largo trayecto que anduvieron, se comprendía la violenta situación en que se encontraban.

Al fin despidióse Aguilera de sus compañeros y fué á la oficina de Hilario Cisneros. Encontró á éste y le refirió el mal éxito de la conferencia. Cisneros quedó tan disgustado como los demás.

Fué Aguilera á la oficina de la sociedad y se reunió con Echeverría y Villegas. Manifestó Echeverría que esperaba ese resultado por el conocimiento que tenía del carácter de Aldama. Añadió que el defecto capital de éste era la indecisión, por lo cual siempre hacía las cosas tarde y mal; eso estaba en su modo de ser y no lo podía remediar aunque tuviera el mejor deseo.

Preguntado por Villegas qué debían hacer en aquella situación, contestó Echeverría que no lo sabía. Si ellos se ha-

cían cargo del dinero de Varona con el plazo consabido, estaban expuestos á no poder realizar la expedición y que el dinero fuera mermando día por día. Había oído decir á Delmonte que tenía el proyecto de comprar un vapor para ponerlo en la carrera de Santo Domingo y les fletaría el referido vapor para llevar la expedición; quizás ese era también el proyecto de Aldama y aconsejó á todos que no resolvieran nada hasta el día siguiente para darle tiempo á inquirir de Delmonte si ya había comprado el vapor y al mismo tiempo volver á conferenciar con Varona.

Manifestó Aguilera que cualquier resolución que hubieran de tomar había de ser pronta, porque su situación era muy violenta y no podía prolongarse por más tiempo. Dijo que veía cuatro caminos y pronto habría de decidirse por algunos de ellos. El primero era dejar correr las cosas como iban, y desde luego, no lo tomaría. El segundo ceder á los impulsos de su desesperación, abandonándolo todo y embarcándose en un bote para Cuba. El tercero admitir la oferta de Varona y acomodando su empresa á los medios con que contaba, comprar una goleta, embarcar las armas que pudiera y salir para Cuba inmediatamente. Y el cuarto, unirse á Quesada para que lo despachara, pues estaba visto que éste era el único hombre que trabajaba por la revolución. Añadió que cualquiera de estos caminos habían de ser funestos para él. Tomar el primero sería hundir su reputación. El segundo, exponerse á que lo ahorcaran los españoles sin provecho para Cuba, dando lugar á que sus enemigos dijeran que se había lanzado de aquella manera loca para ocupar la presidencia. El tercero, probablemente, tendría el mismo resultado que el segundo y además se perderían las armas y municiones que llevara. Y si tomaba el cuarto y se unía á Quesada, tal hecho produciría un escándalo, siendo tachado de inconsecuente, de veleidoso, de falto de principios, etc. Por otra parte, si se mantenía distanciado de Quesada, se le echaría en cara que, por dar pábulo á sus pasiones, no había aceptado el auxilio que éste le brindaba y que tan beneficioso podía ser para Cuba. Tanto Echeverría como Villegas convinieron en que la situación de Aguilera era muy crítica y le aconsejaron aguardar hasta el día siguiente.

Despidióse Echeverría, y Villegas y Aguilera salieron juntos para sus respectivas casas. Apenas si hablaron algunas palabras, absorvidos ambos en profundas meditaciones. Finalmente dijo Aguilera á Villegas que si optaba por irse á Cuba en un bote, la víspera de su salida tendría una conferencia privada con Aldama y le diría verdades tan duras como no las habría oído en toda su vida.

Volvieron á reunirse Echeverría, Aguilera y Villegas dos días después. Comenzó diciendo el primero que había hablado con Delmonte y éste sostuvo su ofrecimiento de mandar la expedición en el vapor que iba á poner en la carrera de Santo Domingo; tenía ya en trato el referido vapor. También había hablado con Varona y éste se manifestó dispuesto á entregarle á él (Echeverría) los consabidos veintiun mil pesos con el plazo expresado, siempre que se comprometiese á mandar la expedición dentro de él. Añadió que pronto volvería á hablar á Delmonte para saber si ya había comprado el vapor.

Manifestó Aguilera que se encontraba desesperado porque no veía á aquella situación una solución pronta y satisfactoria. Necesitaba ir á Cuba en el más breve tiempo posible y ya tan solo vacilaba entre dos caminos y eran: embarcarse en un bote acompañado tan solo de dos ayudantes ó ponerse en relación con Quesada para que lo despachase con una buena expedición. Muy bien podía hacerlo contando con los elementos de guerra que tenía en París, los veintiun mil pesos en poder de Varona y treinta ó cuarenta mil más que pudiera conseguir en el Perú. Agregó que optaría por irse á Cuba en un bote si no fuera por la mala impresión que allí había de causar verlo llegar de esa manera y oir las verdades que necesariamente tendría que decir. Por lo tanto, estaba inclinado á

aceptar los auxilios de Quesada porque consideraba que ese era su deber para con la patria.

Continuó diciendo que los patriotas clamaban por recursos con que sostener y dar impulso á la guerra y entre dos grandes peligros, el uno próximo y el otro remoto, se decidía por salvar el primero y aceptar el segundo. Lo primero era salvar la revolución, y después de conseguido su triunfo, ya se aprestarían á vencer el segundo, combatiendo la perniciosa influencia de Quesada.

Contestó Echeverría que él nunca se decidiría por unirse á Quesada, pues siendo tan conocidas sus intenciones, y habiendo sido depuesto primero como general en jefe y después como Agente Confidencial, se exponía Aguilera á que en Cuba admitiesen de muy buen grado los auxilios que llevara, pero que, considerándolo "paniagudo" de Quesada, le diesen las gracias y lo despidiesen cortesmente.

Contestóle Aguilera que eso para él no envolvía ningún peligro, pues quedaría con su conciencia muy satisfecha y tranquila, persuadido de que había prestado un gran servicio á Cuba, salvando la revolución.

Repuso Echeverría que no estaba de acuerdo con Aguilera, volviendo á alegar los peligros que resultarían para Cuba si Quesada llegaba á rehabilitarse. Contestó Aguilera que si tal cosa llegaba á suceder, los responsables serían los cubanos pudientes de la emigración, que por su mezquindad y falta de patriotismo habían dado lugar á que se encumbrara un hombre tan peligroso como Quesada.

Manifestó Echeverría que aunque él había estimulado á Aldama de la manera que ellos habían visto, era necesario ser justo, pues no era razonable pretender que Aldama solo, hiciera la independencia de Cuba. Si no quería empeñar su crédito, era porque ya lo había hecho anteriormente, cuando el "Hornet", ocasión en que tuvo que pagar treinta ó cuarenta mil pesos de su bolsillo. Convinieron, al fin, en reunirse al día siguiente para saber el resultado del vapor de Delmonte.

Encontró Aguilera en la oficina de Aldama á Manuel J. Izaguirre. Le preguntó éste qué había respecto á la renuncia de Aldama. Contestóle Aguilera que nada sabía, pero al irse franqueando con él y sabiendo que Izaguirre era un buen patriota y estaba en los secretos de la casa de Aldama, le dijo al fin que Aldama estaba "jugando la cabeza" para no dar dinero y éste era el origen de la noticia.

Separóse Izaguirre de Aguilera y poco después volvió á unírsele y le dijo que había hablado á Aldama, le preguntó sobre su renuncia, y si era posible que dejara á Aguilera abandonado, sin despacharlo con su expedición. Contestó que efectivamente no podía seguir desempeñando la Agencia porque estaba enfermo, y con respecto á Aguilera, no tuviera cuidado que él lo despacharía para Cuba y no en bote sino con una buena expedición.

Dijole Aguilera que eso era "música celestial", pues ya tenía experiencia de lo que podía esperar de Aldama, desde el tiempo de Peralta, á quien siempre ofreció todo y nunca cumplió nada. Convino Izaguirre en que no había que esperar nada de Aldama.

Al día siguiente volvió Aguilera á la oficina de Aldama en solicitud de Echeverría; encontró á aquél quien lo llamó, lo hizo sentar cerca de sí y comenzó á hablarle de su próxima expedición y lo importante que debía ser. Dijo después que iba á darle una buena noticia y era una expedición que le proponían del Perú, la que se componía de un vapor, un transporte, tres mil fusiles y un millón de cápsulas.

Era esta la misma expedición que en otro tiempo ofrecieron á Ramón Céspedes y á la que en otra parte hemos hecho referencia. Fracasó entonces porque exigían cincuenta mil pesos de contado, y no pudieron colocarse los bonos que mandó Céspedes para levantar esos fondos. Habiendo sido interrumpidos, suspendieron la conversación.

Por la tarde retiróse Aguilera á su

casa sin haber tomado en todo el día más que una taza de café. Se encontraba enfermo, sufriendo un gran desbordamiento de bilis, á consecuencia de tantos sinsabores y disgustos. Por la noche, como tantas otras veces, no pudo conciliar el sueño, revolviendo en su mente mil proyectos, teniendo que desecharlos porque tropezaban todos con la falta de un puñado de oro; de aquel oro que tan codiciosamente guardaban en sus cajas unos cubanos y otros derrochaban á manos llenas en la ostentación y el lujo, cosas que para ellos parecían más importantes que tener patria.

CAPITULO IV

AGOSTO 1874

MANUEL J. IZAGUIRRE TRATA DE ESTIMULAR A ALDAMA.—CUARTA CONFERENCIA CON VARONA.—ALDAMA SE RESISTE A ACEPTAR PLAZO.—OFRECE A AGUILERA LOS FONDOS DE LA AGENCIA.—ESTE LOS ACEPTA.—DIGNA ACTITUD DE AGUILERA.—MEZQUINA RESOLUCION DE ALDAMA.—SIGUE ECHEVERRIA EN SUS CONTEMPLACIONES CON ALDAMA.—TODOS SE SEPARAN DISGUSTADOS.—PROYECTO DE ECHEVERRIA PARA SALVAR A ALDAMA.—AGUILERA LO RECHAZA.—PROPONE UNA TRANSACCION.—AGUILERA PROPONE IRSE A CUBA EN UNA GOLETA.—ECHEVERRIA RESPETA ESTA DECISION.—CENSURA CONTRA ALDAMA DE SUS AMIGOS.—ECHEVERRIA TRATA DE EXCUSARLO.—VARONA NO QUIERE QUE AGUILERA SE AVENTURE EN UNA GOLETA.—TERRIBLE SITUACION DE AGUILERA.—BORRASCOSA CONFERENCIA ENTRE ECHEVERRIA Y ALDAMA.—ECHEVERRIA LEAL E INTELIGENTE CONSEJERO DE ALDAMA.—ENERGICA Y PATRIOTICA ACTITUD DE AGUILERA.—NUEVAS COMPONENDAS DE ECHEVERRIA.—AGUILERA LAS RECHAZA.—FIRME ACTITUD DE AGUILERA.—ECHEVERRIA DISGUSTADO.—DICE QUE AGUILERA PIDA POR ESCRITO LOS FONDOS DE LA AGENCIA.—AGUILERA OFRECE HACERLO.—H. CISNEROS SE BRINDA PARA HACERLE LA CARTA—SOBERBIA Y PRESUNCION DE ALDAMA—FIDELIDAD DE ECHEVERRIA.

Al día siguiente, domingo, no salió Aguilera de su casa. Entre las varias personas que fueron á visitarlo, estuvo Manuel J. Izaguirre, que habló largamente sobre la causa de Cuba y la defección de Aldama. Dijo Izaguirre que al día siguiente muy temprano iba á enviar á aquél una carta muy meditada, estimulándolo á que hiciera algo, y manifestándole era necesario que despachara á Aguilera para Cuba en una buena expedición, sino quería dar fundados motivos á duras inculpaciones y ataques de Quesada. Iba á mandarle esa carta á la refinería para que la recibiera temprano y surtiera sus efectos en la entrevista que debían tener con Varona aquel día.

A las doce del siguiente, lunes, llegaron Aguilera y Villegas al hotel "Metropolitan", encontrando allí á Varona. Poco después llegaron Aldama y Echeverría, dirigiéndose los cinco á la habitación de Varona.

Mucho tiempo emplearon en tratar de convencer á Aldama de lo importante que era que saliese la expedición, y que muy bien podía intentarlo sin arriesgar nada, con sólo aceptar el plazo hasta el 31 de Octubre; y caso de no poder realizar la expedición, devolver á Quesada los veintiún mil pesos que recibiera. Sin embargo, mantúvose Aldama firme en su propósito de no admitir condición alguna, diciendo que no era decoroso para la representación del gobierno entrar en tratos con un rebelde como Quesada. Finalmente, viéndose Aldama acosado por todos lados, dirigiéndose á Aguilera le dijo que si á él le parecía el negocio bueno, lo aceptase bajo su responsabilidad; á ese efecto le entregaría también los fondos de la Agencia para que realizara la expedición.

Aguilera, que sufría horriblemente al ver como aquel hombre se atravesaba en el camino de la revolución, para no

dejarla avanzar, no pudiendo echarlo á un lado, porque sus amigos lo consideraban como un Dios; al escuchar la oferta le contestó resueltamente que la aceptaba, pues creía ser ese su deber de patriota, entendiendo que sobre meros escrúpulos de responsabilidades estaba el interés de la revolución.

Preguntado Aldama si la entrega de esos fondos á Aguilera no sería obstáculo para que continuara con la Agencia, contestó que inmediatamente renunciaría la Agencia en Aguilera ó en cualquier otro, que quisiera aceptarla, porque no iba á quedarse anulado.

Recordóle Echeverría que él había admitido la Agencia interinamente, diciendo al gobierno que esperaría su relevo y de consiguiente sólo podría entregarla al sucesor que el Gobierno nombrase; además, el nombramiento no le concedía la facultad de sustitución. Los razonamientos de Echeverría fueron reforzados por todos los presentes, y viendo Aguilera el interés en que Aldama no renunciase la Agencia, al concluir la sesión no quiso tratar de que la cuestión quedase completamente definida, por no parecer exigente é indisponerse con aquellos individuos á quienes necesitaba. Al separarse, lo hicieron tan disgustados como la vez anterior; se dirigieron á la parte baja de la ciudad, yendo Echeverría y Aldama delante y quedándose retrasados Aguilera y Villegas.

Hora y media después reuniéronse en la oficina de la sociedad, Aguilera, Villegas y Echeverría; poco después llegó Hilario Cisneros. Manifestó Echeverría que por la calle le iba diciendo Aldama que hiciese á Aguilera la proposición siguiente: Que viera si Varona le facilitaba cuatrocientos remingtons de los mil ofrecidos por Quesada, y ciento cincuenta mil cápsulas de las doscientas cincuenta mil. El (Aldama) se haría cargo de mandar á Cuba esos elementos de guerra en un vapor que compraría parte á plazo, parte de contado, pero sin fijar de ningún modo tiempo determinado para la operación. Instó Echeverría á Aguilera que le contestase si aceptaba esa proposición para en ese caso ir á hacerla á Varona. Contestó Aguilera que no podía aceptarla porque estaba persuadido de que el vapor nunca se compraría y nada habrían adelantado. Villegas é Hilario Cisneros fueron del mismo parecer de Aguilera y los tres opinaron que era un subterfugio de Aldama para que pasara el tiempo sin hacer nada.

Mucho se habló, encareciendo el desprestigio que sufriría la causa de Cuba si Aldama renunciaba la Agencia en aquellos momentos, como había declarado esplícitamente que lo haría, caso de entregar los fondos de la Agencia á Aguilera. Instado éste por Echeverría para que le diese la respuesta para Aldama, contestó que desde luego no aceptaba la proposición. Y puesto que era la opinión de todos que Aldama no debía renunciar la Agencia, él no quería ir contra el deseo general. Para que se viera lo dispuesto que estaba á orillar dificultades, dijo á Echeverría que podía manifestar á Aldama que aceptaría los fondos de la Agencia, sólo en caso de que no renunciase ésta. En cuanto á los veintiún mil pesos de Varona dijo que estaba dispuesto á aceptarlos de todas maneras, pues con ellos contaba poder ir pronto á Cuba.

Preguntóle Echeverría qué iba á hacer con los veintiún mil pesos de Varona solos, cuando antes, con mayor cantidad, no había podido mandar una expedición. Contestó Aguilera que antes se trataba de una expedición grande, conducida en un vapor; ahora se proponía comprar una goleta en cinco ó seis mil pesos, el resto invertirlo en armas y pertrechos y embarcarse para Cuba á todo riesgo. Añadió que su deber y sus deseos eran salir para Cuba cuanto antes, y á fin de realizarlos no se pararía á considerar los peligros que corriera.

Replicóle Echeverría que no le aconsejaría tal cosa por no gravar su conciencia en caso de ser cogido y ahorcado por los españoles; pero tampoco le aconsejaría lo contrario, porque nadie era mejor juez de sus acciones que uno mismo. Si lograba desembarcar con felicidad, sería un acto heroico que todos celebrarían; pero que si perecía, todos lo juzgarían de locura.

Contestó Aguilera que aún dado este último caso desgraciado, tal vez no le harían mucha injusticia al juzgarlo así, pues el mismo, muchas veces, dudaba de su razón, tal era la situación en que se veía colocado.

Durante esta conferencia, Villegas é Hilario Cisneros se manifestaron indignados de la conducta de Aldama. Echeverría también la censuraba, pero le disgustaba cuando sus compañeros se expresaban en términos muy duros contra él, y trataba de disculparlo.

Salió Aguilera y se dirigió al hotel "Metropolitan" para ver á Varona y ratificarle su aceptación de los veintiún mil pesos; mas, no lo encontró. Le dejó una tarjeta citándolo para el día siguiente á las diez.

A la hora indicada estaba Aguilera en el hotel "Metropolitan", donde lo esperaba Varona. Manifestóle Aguilera que quería verlo para ratificarle la aceptación de la cantidad, que había hecho en la junta anterior. Contestóle Varona que estaba bien, y le preguntó si Aldama estaba también dispuesto á entregarle los fondos de la Agencia, según había ofrecido en la referida junta. No pudo Aguilera menos que manifestarle lealmente la proposición que había mandado hacerle con Echeverría. Enterado, dijo Varona que contase con los veintiún mil pesos si Aldama le entregaba los fondos de la Agencia, que siempre serían otros tantos poco más ó menos, y esas dos cantidades reunidas ya formaban una suma con la que podía hacerse una mediana expedición. Pero si no contaba con los fondos de la Agencia, no le entregaría tampoco los suyos, porque no quería exponerlo á que con tan pocos elementos se lanzara en una goleta, donde lo cogerían los españoles y lo ahorcarían. Que además de prohibírselo razones de amistad y de humanidad, también existían razones políticas, por el mal efecto que haría un sacrificio tan estéril y vergonzoso para los emigrados.

Vióse obligado Aguilera á ceder á las reflexiones de Varona, ya que no tenía fuerza para contrarrestarlas. Cierto es que á llevar á cabo su proyecto era lo más probable que fuera víctima de su loco intento; pero ¿no estaba siendo ya la víctima más triste de la situación que le crearan aquellos hombres, unos por llevar á cabo sus fines mezquinos y egoístas y otros por su empeño en hacer un semidios de un ídolo de barro? Cualquiera que fuese la suerte de Aguilera al caer en manos de los españoles, hubiera sido más benigna que aquella porque pasaba. Es indudable que los mismos sicarios del gobierno aborrecido que combatía, hubieran sido más clementes con él que sus propios paisanos.

Fué Aguilera al escritorio de Hilario Cisneros. A la una de la tarde comisionó á éste para que fuera al escritorio de Aldama y preguntara á Echeverría la determinación de aquél. Poco después mandó Hilario Cisneros buscar á Aguilera; fué éste al escritorio de Aldama y encontró á Hilario Cisneros y Echeverría. Díjole éste que todavía no había podido hablar con Aldama porque habían estado muchas personas á verlo, pero que iba á hacerlo inmediatamente; y se dirigió á la oficina privada de Aldama. Por consejo de Cisneros fué Aguilera á la oficina de la sociedad, en el piso de arriba, á esperar el resultado. Como una hora después llegaron Hilario Cisneros y Echeverría, llevando éste marcado en el semblante la excitación que aún lo embargaba, efecto del largo y fuerte debate tenido con Aldama. Manifestó Echeverría que había expuesto á Aldama la situación desesperada en que tenía colocado á Aguilera, por su morosidad anterior á la tenacidad presente. Que estaba en el deber, puesto que no quería aceptar la oferta de Quesada, de entrgear á Aguilera los fondos de la Agencia, para que unidos á los de Varona, pudiera aquél organizar su expedición y marchar á Cuba. Habiendo insistido Aldama en la renuncia de la Agencia, le había combatido fuertemente esta idea, pues ni podía hacerla, ni le convenía, por las grandes responsabilidades que se echaba encima. Como manifestase Aldama que Aguilera le había dado un "bofetón", aceptando los fondos de la Agencia y los de Varona, también le combatió esa idea, diciéndole que él espontáneamente se los había ofrecido; y teniendo Aguilera precisa-

mente que aceptarlos ó rechazarlos, había preferido lo primero, por ser lo más patriótico. Díjole que estaba en el deber de entregar á Aguilera los fondos de la Agencia porque era necesario que se hiciera uso de ese dinero, ya que él en tanto tiempo no lo había hecho.

Aldama manifestó que entregaría á Aguilera los fondos de la Agencia, pero le exigiría un acta en que tomara sobre sí toda la responsabilidad de la expedición. Echeverría le contestó que Aguilera le firmaría doscientas actas si quería, porque el hombre que estaba resuelto á ir á Cuba en una goleta, con todas las probabilidades de ser apresado y ahorcado por los españoles, no se pararía en firmar actas asumiendo responsabilidades que si algún efecto tendrían era el de honrarlo.

Todavía, al referir Echeverría su borrascoso debate con Aldama, se notaban en sus ademanes y semblante las violentas emociones que había experimentado. Es de notar que era Echeverría de carácter reposado, nada dado á vehemencias inmotivadas, y por otro lado uno de los parciales más decididos de Aldama. Y si los hechos por aquellos días ocurridos y que acabamos de relatar eran tan extraordinarios que fueron capaces de conmover á un hombre de las condiciones de Echeverría, hasta ponerlo frente á su íntimo amigo, frente al hombre que tanta influencia ejercía sobre él, para abogar por un indiferente, por uno que entre ellos nada valía, porque sus méritos no los sabían apreciar: ¿qué efecto no producirían en Aguilera que era la parte directamente interesada?

Debemos manifestar que entre todos los satélites de Aldama, era Echeverría, al mismo tiempo que el más apasionado por él, el que más entereza demostraba. En circunstancias dadas, no rehuía decir la verdad á Aldama, aunque envuelta en la finura que hombre de tanto tacto ó ilustración sabía hacer. Cierto que Aldama necesitaba de Echeverría y por esto tenía que disimularle ciertas libertades. Era Echeverría el consejero de más confianza de Aldama; no había asunto arduo y delicado que no consultara con él, y aún en estos casos actuaba como secretario, redactando los documentos que debían figurar en dichos asuntos. Puede decirse que fué Echeverría un leal y buen amigo de Aldama, aunque éste no le correspondiera debidamente, como tampoco correspondió á ninguno de sus servidores y amigos. De haber seguido Aldama los sanos y leales consejos de Echeverría, otro lugar le hubiera cabido en la historia de su patria. Otro desenlace hubiera tenido la revolución de 1868. Otras hubieran sido las condiciones financieras de Aldama al terminar dicha revolución. Pero Aldama, por más que reconocía el superior talento de Echeverría, y buscaba sus consejos, rechazaba aquellos que envolvían un pequeño sacrificio, ya para sus pasiones, ya para su bolsillo, rehusando así alzarse á la altura que por su posición debía ocupar.

En más de una ocasión, con motivo de las campañas emprendidas por Echeverría para levantar á Aldama al nivel que le correspondía, lamentándose aquél con Aguilera al ver la inutilidad de sus esfuerzos, le confesaba, en el seno de la amistad, que quería cordialmente á Aldama y por eso le dolía verlo tan pequeño.

Grandes fueron las amarguras que apuró Aguilera por aquella época, encerrado en un círculo de hierro que no le era dado romper, alentado por unas esperanzas hoy, decepcionado al día siguiente por crueles desengaños; y sin embargo, nada era esto en comparación de las duras pruebas que el destino le tenía aún reservadas.

Después de haber hecho Echeverría la relación de su debate con Aldama, le refirió Aguilera su entrevista con Varona y le preguntó si podría contar con los fondos de la Agencia, pues aquella misma tarde debía dar á Varona una contestación definitiva. Contestó Echeverría que Aldama había dicho que le entregaría los fondos, pero también la Agencia, y eso era lo que trataba de quitarle de la cabeza.

Contestó Aguilera que puesta la mano sobre su conciencia y la vista fija en sus hermanos que clamaban por auxilios y parecían abandonados, estaba dispuesto á arrostrar por todo y hacerse cargo

de los veintiún mil pesos de Varona de los fondos de la Agencia, y de la misma Agencia si Aldama persistía en renunciarla, asumiendo todas las responsabilidades. Que si grande sería el mal efecto que á su decir produciría la renuncia de Aldama, mucho peor sería, si ellos, que hasta el presente habían disculpado su inacción con la falta de recursos, ahora que se le ofrecían éstos en cantidad tan considerable, los rechazaban, fundados en pretextos frívolos para seguir sumidos en la inacción, mientras la pobre Cuba se desangraba día por día y sus heroicos hijos perecían en la miseria y el abandono. Añadió que al hacerse cargo de la Agencia, funcionaría como Agente, mientras organizaba su expedición, dejando, al salir, un Agente interino hasta que, dando cuenta al Gobierno, éste determinase lo que tuviera por convceniente. Esa era su última determinación, y que arreglado á ella procediese con Aldama.

Nada tuvo Echeverría que replicar á la enérgica y patriótica actitud de Aguilera; y por más que se comprendiese el pesar que le causaba, se despidió, ideando tal vez la manera de conjurar el conflicto y salvar á su ídolo.

A las seis de la tarde fué Aguilera al hotel ''Metropolitan'' á ver á Varona, según le había ofrecido. Lo encontró y le dijo que contaba con los fondos de Aldama. Contestóle Varona que los suyos estaban á su disposición también. Invitó Varona con mucha insistencia á Aguilera á que comiera con él, y éste aceptó. Durante la comida le preguntó Aguilera si tendría dificultad en cederle doscientos remingtons y cien mil cápsulas de las que tenía en París, pues con ese refuerzo daría más importancia á su expedición. Varona contestó que sí, siempre que Quesada no hubiese dispuesto de ellos.

A las dos y media del día siguiente se reunieron en la oficina de la sociedad, Villegas, Hilario Cisneros, Aguilera y Echeverría. Este último iba á darles cuenta de su comisión cerca de Aldama. Manifestó que en la tarde anterior volvió á hablarle sobre el consabido asunto. Aldama se manifestó resuelto á renunciar la Agencia en caso de que Aguilera le exigiese los fondos. El no quiso decirle que Aguilera estaba dispuesto á admitir también la Agencia para no agriarlo más; habiendo sido interrumpidos, volvióle después á la carga, y por conclusión le contestó Aldama que propusiese á Varona entregarle cuatrocientos remingtons y ciento cincuenta mil cápsulas, las que le devolvería, caso de que para el 31 de Octubre no hubiese logrado despachar la expedición.

Contestó Aguilera que ya había hablado á Varona, y aceptado el dinero en el concepto de que Aldama le entregaría los fondos con ó sin la Agencia, y no le era posible retroceder. Ya Varona había quedado en darle doscientos remigtons y cien mil cápsulas para su expedición. Con respecto á la otra vacilante proporción que hacía Aldama, no le merecía ninguna confianza, porque demasiada experiencia tenía de la lentitud con que atendía los negocios de Cuba y estaba persuadido de que aceptándola, no haría más que perder tiempo. Villegas é Hilario Cisneros convinieron con el juicio de Aguilera y Echeverría se abstuvo de dar su opinión.

Después de discutir por largo tiempo estos particulares, preguntó Echeverría qué respuesta daría á Aldama. Contestó Aguilera que si se comprometía á despacharlo para Cuba, del último de octubre al 15 de noviembre, aunque fuera en una goleta, él aceptaría gustoso.

Díjole Echeverría que no podía llevar ese recado porque sería inoficioso; Aldama ni quería cargar con la responsabilidad de mandarlo en una goleta ni tampoco fijar un término para despachar la expedición.

Contestó Aguilera que entonces no había otra alternativa que hacerse él cargo de los fondos, para despacharse él mismo, si Aldama no quería hacerlo. A esto manifestó Echeverría que Aldama le había dicho que si quería los fondos de la Agencia se los pidiese por escrito. Repuso Aguilera que lo haría así. Despidióse Echeverría al parecer disgustado por la impaciencia que Aguilera demos-

traba por ir á Cuba. Aunque Echeverría convenía en que la situación de Aguilera era crítica, dolíale, sin embargo, que tomase esa actitud que ponía en tan triste evidencia á su amigo Aldama.

Cuando se hubo marchado Echeverría manifestaron Hilario Cisneros y Villegas que en la posición de Aguilera habrían obrado lo mismo. Cisneros aconsejó á Aguilera que al dirigirse oficialmente á Aldama, pidiéndole los fondos le escribiese también una carta particular, exponiéndole las razones que tenía para ello. Aguilera que no tenía interés en ofender á Aldama ni malquistarse con sus amigos, y deseando más bien complacer á éstos, pues con ellos contaba para que lo auxiliaran, accedió, y el mismo Cisneros se ofreció para redactar la carta y el oficio. Quedó convenido que á la mañana siguiente irían á almorzar Villegas y Aguilera con Cisneros en su casa y allí les leería el borrador de los documentos que iba á hacer.

CAPITULO V

AGOSTO 1874

BORRADOR DE H. CISNEROS PARA LAS COMUNICACIONES A ALDAMA.—TAMBIEN ECHEVERRIA CONTRA ALDAMA.—ECHEVERRIA INTERCEPTA LA CARTA DE AGUILERA.—NUEVAS COMPONENDAS CON ALDAMA.—HABILIDADES DE ECHEVERRIA.—QUINTA CONFERENCIA CON VARONA.—QUEDA TODO ARREGLADO SATISFACTORIAMENTE.—ACTA DE LA CONFERENCIA ANTERIOR—SEXTA REUNION CON VARONA.—DESACUERDO QUE SURGE.—FRACASO DE LAS NEGOCIACIONES CON ALDAMA.—AGUILERA LAS REANUDA CON VARONA.—ESPERANZAS DE AGUILERA.—NO SOSPECHA LA TRAICION QUE LE ACECHA—DILATADA CONFERENCIA ENTRE ALDAMA, MESTRE Y ECHEVERRIA.—LABORIOSA CONTESTACION A LA CARTA DE AGUILERA.—LA EMIGRACION INDIGNADA.— AL FIN CONTESTA ALDAMA.—AGUILERA NO QUEDA SATISFECHO.—SUS AMIGOS LE DICEN DEBE ESTARLO.—SIGUE LA TRAICION.—AGUILERA QUIERE DESCARTAR A ALDAMA.—PIDE SU COOPERACION A H. CISNEROS.—ESTE ACCEDE.—AGUILERA VA A VER A ALDAMA.—ESTE DESPECHADO TRATA DE MORTIFICARLO.—AGUILERA ES INDULGENTE.—ALDAMA, CON MAÑA, SIGUE SU PLAN DE ENGAÑO.—TRISTE CONDICION DE AGUILERA—ALDAMA SE ENCARGA DE BUSCAR EL VAPOR.

Dura y tenaz fué la campaña de Echeverría porque Aldama no renunciase la Agencia al hacer la entrega de los fondos. Para que sus compañeros y Aguilera lo secundasen en ella, los había persuadido con su habilidad natural de que la causa de Cuba recibiría un perjuicio grave con ese acto, pues se abocaban ciertas cuestiones en Washington y aún con Alemania, en las que el gran prestigio de Aldama era muy necesario para llevarlas á un término feliz. Pero lo cierto era que esta actitud de Aldama, á quien perjudicaba más gravemente era á Aldama mismo porque ¿qué posición más desairada la de éste si Aguilera, ú otro cualquiera, aceptando el dinero ofrecido por Varona, los fondos de la Agencia que subían á una cantidad casi igual, el material de guerra que tenía la Agencia y esta misma, y en el plazo fijado de tres meses hubiera despachado para Cuba la expedición, como indudablemente habría podido hacerlo? Esta hubiera sido la más palmaria prueba de que Aldama, como Agente no servía, era un hombre inepto y debido á su ineptitud era que la causa no había recibido auxilios en tanto tiempo. Era ese acto una locura de Aldama; éste, cegado por sus pasiones y egoísmo, parecía no verlo, pero la clara perspicacia de Echeverría, que tan vigilante estaba de cuanto concerniese á Aldama, lo vió al punto y trato de poner remedio con el empeño que hemos visto.

Quizás hemos dicho mal; es probable que Aldama también lo viera, pues lo sobraba inteligencia para no comprenderlo; y además, no dejaría Echeverría de llamarle la atención; pero él se creía omnipotente; en aquella emigración se figuraba un Sultán á un Czar; su orgullo y

su vanidad no conocían límites. Contaba además, con sus "ministros", aquellos fieles servidores que tan atentos estaban á su persona y á su honra. Ellos arreglarían todas las monstruosidades que á él se le antojasen, y él tan sólo tenía que cuidarse de satisfacer su caprichos. Y no se equivocaba; servidores mas fieles y adictos no los tuvo jamás ningún hombre. ¿Y era éste quien aspiraba á ocupar uno de los principales puestos, quizás el primero, en una república democrática? ¡¡Pobre Cuba!!

Fueron Aguilera y Villegas, según habían ofrecido á casa de Cisneros. Les leyó éste el borrador de las comunicaciones; hizo Aguilera algunas rectificaciones en la carta particular, que era muy extensa, y bajaron al comedor á almorzar. Aguilera tan sólo tomó un huevo y un poco de arroz, pues se sentía indispuesto, sufría un acceso bilioso. Refirió Cisneros que la noche anterior le había hecho Echeverría una visita desde el obscurecer hasta las diez de la noche, lamentándose de que Miguel estuviera tan obcecado que persistiera en hundirse para siempre, á pesar de los esfuerzos de sus amigos por salvarlo.

Después de ocuparse otra vez en la carta para Aldama, resolvieron que Aguilera la pusiese en limpio y se la mandase á la mayor brevedad.

El documento oficial y carta particular, decían así:

"Nueva York, 20 de Agosto de 1874.

"Ciudadano Miguel de Aldama, Agente general de la República de Cuba, en el Exterior.

"Distinguido ciudadano:

"Las circunstancias difíciles porque atraviesa hoy nuestra República, con motivo de la falta de armas y pertrechos, y las complicaciones políticas que se están presentando, que todas parecen que tienden á entorpecer la consecución de nuestra independencia, me han compelido á aceptar la cantidad de veintiún mil pesos que el ciudadano Carlos Varona me ha ofrecido de nuevo para auxilio de mi proyectada expedición; y á aceptar igualmene el ofrecimiento de los fondos de la Agencia General, que me ha hecho usted en las diferentes reuniones que hemos tenido en la morada del ciudadano Carlos de Varona.

"Quedo á las órdenes de usted, su servidor y conciudadano,

P. y L.

Francisco V. Aguilera.

"New York, 20 de Agosto de 1874.

"C. Miguel de Aldama.

"Mi estimado amigo:

"La carta que le incluyo adjunta es para el Agente General de la República de Cuba; ésta es para el amigo, y á éste suplico tenga la bondad de leer con detenimiento, y meditar las breves indicaciones que me tomo la libertad de hacerle.

"Dirijo á usted una carta oficial, porque el señor Echeverría me ha indicado que usted quería que así se le hiciese cualquier pedido, y porque no puede perderse tiempo, puesto que el señor Carlos de Varona sale pasado mañana para Europa, y es indispensable que hoy quede resuelto definitivamente este asunto; á no ser por estas causas me habría dirigido á usted en otra forma.

"Se me ha indicado que usted cree que al aceptar yo los fondos del señor Varona lo hago con la idea de mortificar á usted, de ponerlo en evidencia ante la emigración y el público en general. Esto no es exacto; usted recordará que cuando se me hizo por el señor Varona el ofrecimiento de ese dinero y de una cantidad de armas y de pertrechos, no lo acepté, sino que ofrecí ponerlo en conocimiento de usted, que así lo hice y que dejé á usted la resolución del negocio, y usted en definitiva no ha aceptado porque se le exije la fijación de un plazo para el despacho de la expedición, con lo cual quedó terminado este asunto.

"Ahora se me ofrecen de nuevo esos recursos, y yo he creído no deber rehusarlos por ser de mucha importancia para nuestra revolución, y especialmente

en la situación que atravesamos, y porque con ellos y los demás recursos con que se cuenta podemos enviar una regular expedición, salvar las circunstancias del momento, y tal vez salvar la reputacóin de usted, salvándome yo también de la posición tan difícil en que me encuentro. Voy á explicarme.

"Usted comprendió perfectamente que con el dinero ofrecido por Varona podía completarse la expedición, y con gusto lo aceptó, y aún lo aceptaría hoy si se le entregase sin exigirle la fijación de un plazo para el despacho de la expedición; pero como esto no se ha conseguido, el resultado es que ese dinero se pierde por ahora para Cuba, que la expedición no se puede llevar á cabo, que la revolución decaerá por falta de armas, y con especialidad de pertrechos, que yo tengo que optar entre dejar de existir ó irme á Cuba en un bote sin elementos de ninguna clase, lo que será un argumento muy elocuente de lo que pasa en el exterior, que usted quedará completamente desacreditado con los cubanos de allá y con los de acá y que tendrá que estar usted oyendo y leyendo cosas que habrán de destrozar su corazón y amargar para siempre su existencia.

"¿De qué modo podrían evitarse todos estos males y salvarse otros inconvenientes? De una manera muy sencilla: Yo en mi particular acepto el compromiso del tiempo con Varona y traigo á la revolución para que ésta se aproveche de ella los veintiún mil pesos, usted contribuye con los fondos de la Agencia y la expedición se lleva á cabo. Si se salva, de usted es la gloria como Agente; si se pierde, la responsabilidad es mía y todos dirán que se debe á mi ineptitud ó mi locura ó á cualquier otra cosa. Si la expedición se lleva á cabo, se habrá prestado un gran servicio á la patria y si no se lleva, yo soy el único responsable con Varona, puesto que el contrato sólo lo hace conmigo.

"¿Qué perjuicio causo con esto á la revolución de Cuba? ¿Qué ofensa causo á usted como agente y como hombre? Aseguro á usted que ninguno, que lo único que hago con ello es prestar un servicio importante á la causa de nuestra patria, y otro más importante á mi amigo Miguel de Aldama, evitando que contra él se lance el anatema general de los cubanos que pelean en los campos de Cuba y de los cubanos del exterior; y evitando que la misma prensa americana lo culpe y desacredite.

"Mediando, pues estas explicaciones, ¿qué objeto tiene la renuncia que piensa usted hacer de la Agencia General en estas tan críticas como difíciles circunstancias? Con ella causará usted un daño moral á nuestra causa, porque el pueblo americano y aún el mundo entero que ahora tiene que ocuparse de la cuestión de Cuba, verá que el cubano más rico vuelve la espalda á la revolución; se lo causará usted también porque priva á la patria de su representación en el exterior, puesto que no se ha nombrado á usted un sustituto; pero además, le hará un grandísimo daño á su representación política, á su representación de hombre particular y aún á sus propios intereses.

"El aceptar esos fondos aunque sea bajo cualquiera condición no nos obliga ni á usted ni á mí, á nada con el general Quesada. El, individualmente, los ha recolectado con bonos que él no ha tenido derecho á usar. Si entrega hoy esos fondos que no son suyos, sino de la patria, debemos cogerlos para salvar á ésta y para emplearlos en su provecho y al hacerlo así, ni quedo ligado á él, ni sujeto á compromiso alguno.

"La posibilidad de arreglar la exdición de aquí á Noviembre no debe de arredrarnos; usted sabe que puede arreglarse, y si por algún accidente no se realizara, se verá al menos, que hemos hecho todo cuanto ha estado á nuestro alcance, que ni hemos desperdiciado valiosos auxilios, ni hemos estado inactivos, y nadie con justicia nos tachará.

"Si á pesar de estas observaciones, usted creyera que no debe aceptar los recursos que ofrece el ciudadano Carlos de Varona, porque usted está en aptitud de despacharme con una expedición, yo también renuncio á ellos, pero bajo la condición de que usted se obligue á despacharme en el plazo que convengamos, ya sea con una expedición grande ó chica, en

vapor ó buque de vela ó en la forma que haya lugar; pero que he de ser despachado sin falta alguna.

"Espero que no me hará el poco favor de crer que mis fervientes deseos de ir á Cuba procedan de la ambición de ir á ocupar la silla presidencial, porque usted sabe que el puesto no es en manera alguna envidiable, y que esa silla está formada de punzantes espinas. Mi ambición es sólo la de cumplir con un deber sagrado. Fuí uno de los iniciadores de la revolución, he lanzado á ella casi todos los hombres que pelan en Oriente y á muchos del Camagüey, salí á cumplir una comisión del gobierno que ha terminado ya, y mi deber no es otro que volver á Cuba á compartir con el ejército los sinsabores y privaciones de la guerra, ó morir para llevar á cabo esta resolución. No se me oculta que mi pretensión es hoy muy arriesgada; pero ningún peligro me intimida ante el cumplimiento de tan sagrada obligación. Si soy apresado antes de llegar á las playas de Cuba, subiré al cadalso con la satisfacción de haber estado cumpliendo con mi deber, y esto me causará más placer que estar llevando una vida de deshonra, que por momentos me arrastra al borde de un precipicio.

"Tal vez crea usted que no debe despacharme sino con una buena expedición, y que de no hacerlo así contraería usted una responsabilidad; estoy dispuesto á salvar ésta y aún cualquier escrúpulo más que pueda usted tener, le daré á usted constancias de mis exigencias bien por carta, ó con un acta en la forma que usted crea más conveniente.

"Creo que cuanto digo en esta carta bastará para satifacerle de que lejos de haber tratado de perjudicar á usted, mi ánimo ha sido conciliar la salvación de los intereses de la patria, salvando también la reputación de usted, y si está usted dispuesto á que procedamos en la forma que le indico, podemos levantar un acta en la que consten todos los particulares en que convengamos; pero ha de ser hoy mismo, porque Varona sale de aquí pasado mañana; y si, desgraciadamente, cosa que no espero, usted no quiere acceder á esto, sírvase contestarme en el día de hoy á la carta oficial que le incluyo.

"Su servidor y amigo.

Francisco V. Aguilera."

Después de almorzar salieron los tres para la oficina. Encontraron allí á Echeverría, éste les enseñó el borrador de una carta muy fuerte que había escrito á Aldama cuando estaba en Saratoga, después de aceptar los veintiún mil pesos de Varona. Decíale que estaba comprometido á ir á Nueva York inmediatamente á trabajar sin descanso en el despacho de la expedición sino quería dejarse hundir por Quesada, etc., etc. Dijo que le contestó que iría inmediatamente á hacer renuncia de la Agencia.

Quiso Cisneros que viese el borrador de la carta que Aguilera debía mandar á Aldama, y Echeverría rehusó diciendo que quería conservar su libertad de acción para cuando Aldama se la enseñara, decirle: "ya lo ve usted, pues Aguilera podría decirle esto y eso otro más, etcétera."

Hizo Aguilera poner en limpio la carta y el oficio para Aldama y en seguida los mandó bajo un sobre al escritorio de este con recomendación de que si no estaba allí Aldama entregasen el pliego á su yerno señor Delmonte, recomendándole se lo diese tan pronto como llegara.

Dos horas después iban Aguilera y Villegas á la oficina de Aldama para saber el resultado, cuando encontraron en el pasillo á Echeverría, que les dijo había interceptado las cartas y las traía en el bolsillo; no quiso que fueran entregadas en virtud de que había tenido otra conferencia con "Miguel" y creía que el negocio estaba ya arreglado.

Dijo había conseguido que Aldama aceptase los veintiún mil pesos de Varona si éste alargaba el plazo hasta todo el mes de Noviembre; (era el 20 de agosto) había vencido todas las dificultades de Aldama para la organización de los hombres, y convenido en que fueran él (Echeverría) y Aguilera á ver á Varona para lograr su aquiescencia. Durante esta conversación se les había reunido Hilario Cisneros, que también iba al es-

critorio de Aldama. Villegas y Cisneros se mostraron muy regocijados con el éxito de Echeverría; Cisneros los invitó á tomar un refresco en celebración del fausto suceso. Aguilera se sintió contrariado y dijo que aquel regocijo le parecía extemporáneo, pues á él le prestaban muy pocas garantías los ofrecimientos de don Miguel. Sin embargo, accedió con tal que el asunto se resolviese en seguida. Pasaron todos al café "Delmónico" y tomaron un refresco, menos Aguilera que pidió una taza de café.

A insinuación de Aguilera se dirigieron Echeverría, Villegas y él á casa de Varona. Encontráronlo, y le expuso Echevería lo que había convenido con Aldama. Varona se mostró poco dispuesto á un plazo tan largo, y al hablar de la devolución de la cantidad, caso que Aldama no hubiese podido mandar la expedición en el tiempo fijado, se manifestó Echeverría sorprendido porque dijo que no era eso lo convenido; era cierto que él lo propuso, pero no se había acordado y Aldama estaba enterado; por consiguiente, dijo, había que suspender la conferencia hasta ponerse de acuerdo con Aldama.

Mucho extrañaron á Aguilera y Villegas la sorpresa de Echeverría, pues ellos habían comprendido, lo mismo que Varona, que Aldama devolvería la cantidad, caso de que no pudiese mandar la expedición en el tiempo fijado.

Buscando los medios de vencer la dificultad, preguntó Echeverría á Varona si le cedería cuatrocientos remingtons y ciento cincuenta mil cápsulas, lo que le sería devuelto después del 30 de noviembre, caso que Aldama no lo hubiese podido mandar con la expedición, á esa fecha. Contestó Varona que el plazo era muy largo; al fin, se convino que en el compromiso se fijaría para el 31 de octubre y él haría una carta privada á Aldama, prorrogándole el plazo para el 30 de noviembre, pues quería evitar la mala impresión que había de hacer en la emigración un plazo tan largo, cuando tantas veces se había repetido que la expedición de Aguilera estaba para salir.

No habiéndose aún firmado el acta á que hemos hecho referencia, se convino en que al día siguiente, á las doce, se reunirían todos para firmarla, y como Aldama también había de concurrir, allí se resolvería definitivamente la cuestión, pues Varona se embarcaba dos días después.

Mucho contrariaron á Aguilera estas peripecias en momentos tan críticos, pues Varona estaba á punto de volverse para Europa y pocas horas le quedaban ya disponibles. Cuando creía tener el asunto arreglado, vino á interponerse Echeverría con sus deseos de salvar á su ídolo del descrédito en que estaba empeñado en sumirse.

Sospechó Aguilera si todo aquello sería un plan preconcebido por Echeverría quizás de acuedo con Aldama, al efecto de que pasara el tiempo en proposiciones y contraproposiciones hasta que llegara el momento de embarcarse Varona sin haber logrado venir á un arreglo, ni haberse puesto Aguilera de ocuerdo con Aldama para aceptar la cantidad de Varona. Con esta sospecha en la mente, se propuso tomar sus precauciones para que no llegara á realizarse.

Era Aldama el peor enemigo de sí mismo, y sin embargo, aquellos hombres lo adoraban y se arrastraban á sus pies. En cambio, Aguilera no tenía quien se compadeciera de él. Todo lo contrario, los hombres que lo rodeaban y se llamaban sus amigos, aspiraban sólo á sacrificarlo, para que se salvase Aldama. Pero la humanidad ha sido siempre igual. Refieren las escrituras, que convencido Pilato de la inocencia de Jesús, quiso salvarlo, y dirigiéndose al pueblo le preguntó á quién perdonaba, si á Jesús ó á Barrabás. El pueblo exclamó unánime: ¡Muera Jesús...! Pero Jesús tuvo á alguien que se compadeciera de él... Aguilera ni siquiera tuvo un Pilato...!

A las doce llegó Aguilera con Villegas al hotel "Metropolitan", encontrando allí á Varona. Preguntó á éste, delante de Villegas, si sostenía su ofrecimiento de entregarle sus fondos, previo la entrega que le hiciese Aldama de los suyos. Varona le contestó que podía contar con ellos. Poco después llegaron Aldama y Echeverría. Leyerónse y co-

tejáronse las actas y encontrándolas conformes, las firmaron. En seguida procedió Echeverría á manifestar á Varona los esfuerzos que había hecho para que Aldama aceptase algún medio que le proporcionase la forma de mandar pronto recursos á Cuba, y dijo finalmente que Aldama aceptaría los veintiún mil pesos si se le alargaba el plazo hasta el 30 de noviembre, y caso de no haber podido realizar la expedición para esa fecha, devolvería la cantidad á Varona.

Contestó Varona que estaba persuadido de que si Aldama se proponía realizar la expedición, no habría obstáculo alguno que lo impidiese; y aunque opuso alguna dificultad para extender el plazo hasta noviembre, al fin, accedió.

Preguntóle Aldama si podía contar con cuatrocientos remingtons y doscientas mil cápsulas de las que Quesada tenía en Europa. Contestó Varona que contara, siempre que Quesada no hubiese dispuesto de ellas.

Preguntóle Aldama, si compraba ó fletaba un vapor y mandaba la expedición dentro del plazo fijado, si podía contar con las otras municiones que Quesada tenía en Europa para mandarlas también á Cuba. Varona contestó afirmativamente, siempre que Quesada no hubiese dispuesto de ellas, mandándolas antes.

Volvió á preguntar Aldama, caso de fletar un vapor, si quedaría obligado á algo con Quesada. Varona contestó que no quedaría obligado á nada absolutamente, añadiendo que caso de comprar Aldama un vapor, quedaría obligado á prestarlo á Quesada por una sola vez para que llevase una expedición. Dijo, además, que lo mejor era que se comprase un vapor, pues no era lógico que se invirtiesen esos fondos en armas y pertrechos cuando á Quesada sobraban éstos en Europa.

Contestó Aldama, que él tenía allí á la casa de Hartley que le daría á crédito cuantas armas y municiones le pidiese con un plazo, aunque fuera de veinte años. (Tómese nota de esta declaración de Aldama para más adelante.)

Estando arreglado todo satisfactoriamente, se convino en que Echeverría fuese á la oficina de Aldama, para redactar un acta de lo sucedido, y que á las tres de la tarde volverían á reunirse todos los allí presentes en la referida oficina para dar lectura al acta y firmarla, pues Varona debía embarcarse al siguiente día.

He aquí el acta de las sesiones anteriores que firmaron.

"Reunidos en esta fecha y en el hotel "Metropolitan" los infrascritos F. V. Aguilera, vicepresidente de la República de Cuba, Miguel de Aldama, Agente General y José Antonio Echeverría, comisionado diplomático de la misma: Juan G. Díaz de Villegas y Carlos Varona, dijo este último que conforme á lo convenido en una primera entrevista participaba no haber recibido por el correo llegado el día anterior de Aspinwall, la carta que esperaba el general Quesada, porque como según noticias de Panamá, publicadas en los periódicos de esta ciudad, el general había seguido viaje al Perú, se consideraba facultado por las instrucciones del general á ofrecer de nuevo los recursos obtenidos por aquél en Europa, y en tal concepto deseaba que los señores Aguilera y Aldama le manifestasen en definitiva si los aceptaban en los términos de que ya estaban instruídos, por hallarse él en vísperas de regresar á Francia.

"Para inteligencia de lo ocurrido en el presente acto, es necesario dejar consignados otros dos que tuvieron lugar en los días 23 de julio próximo anterior y 5 del actual en el mismo sitio á invitación del señor Varona y á los cuales no asistió el general Villegas. En el primero dijo el señor Varona que según había comunicado individualmente al señor Aguilera, el general Quesada había logrado reunir en París, con el objeto de enviar auxilios materiales á la revolución de Cuba, sesenta y dos mil pesos; doce mil pesos de ellos por contribución desinteresada de varios cubanos y los cincuenta mil restantes por medio de una operación de bonos de la República; que había tratado de organizar una expedición, adquiriendo entre otros pertrechos

mil rifles remington y trescientas mil cápsulas; que convencido de que la cantidad mencionada no era suficiente para su plan, por no alcanzar para la compra de un barco de vapor á propósito, había resuelto dirigirse á la América del Sur en solicitud de mayores elementos; pero que considerando que eso absorvería algún tiempo y que en el intermedio podría, tal vez, auxiliarse á Cuba con los ya reunidos, lo había autorizado plenamente á él, ciudadano Varona, para que en el caso de que cualquiera persona ó personas estuvieren preparando una expedición y pudiese despacharla dentro de un breve plazo, es decir, antes que el mismo Quesada pudiese enviar á Cuba la de que él se ocupa, les ofreciese los mil remingtons y veintiún mil pesos en efectivo; y por último, que en virtud de dicha autorización, había puesto ambas cosas á disposición del señor Aguilera para su expedición, que según noticias, tenía ya adelantada; y que habiendo éste manifestado que no podía contestarle sin ponerse de acuerdo con el Agente General, y hallándose éste presente en aquel acto, reiteraba su ofrecimiento.

"Terminada la exposición de Varona dijo Echeverría que en su concepto lo primero que debía esclarecerse era para qué tiempo contaba el general Quesada despachar su expedición, y con qué condiciones hacía el señor Varona su ofrecimiento. El señor Varona respondió en cuanto á lo primero, que el señor Quesada no podía hacer nada antes del próximo septiembre, por cuyo motivo se había obligado con él á no disponer de los recursos ofrecidos durante dicho mes; y con respecto á lo segundo, que las únicas condiciones, si tal nombre quería dárseles, era que la expedición se despachase dentro del término indicado, esto es, en todo el mes de agosto, y que hiciese saber al gobierno de la República la cooperación que para ella había prestado el general Quesada.

"Tomando entonces la palabra el señor de Aldama, manifestó que en términos generales se consideraría siempre obligado á aceptar todo auxilio que se le ofreciese para Cuba, y que no viniese acompañado de condiciones inadmisibles para el Agente General; que si se trataba de mandar solamente una remesa de armas y pertrechos sería fácil despacharla en un breve plazo, pues con el recurso de los veintiún mil pesos aportados á nombre del general Quesada se allanaría la principal dificultad con que tanto ahora se había tropezado, que era la adquisición de un vapor; pudiendo decir, desde luego, que tenía hecha proposición para comprar uno en treinta y cinco mil pesos; pero que si la expedición había de ir protegida por hombres de desembarco, el plazo indicado la hacía imposible, pues si bien contaba con algún armamento y pertrecho, y tenía oferta de gente en punto acomodado y no distante de Cuba, su organización exigía un tiempo mucho más largo, que no era posible fijar de antemano.

"Esto ocasionó dilatadas explicaciones por parte de los tres concurrentes, los cuales dieron á conocer que no serían indispensables los remingtons y tiros depositados en Europa, por poder el Agente General proporcionarse aquí por su propio crédito las armas y pertrechos necesarios para el completo de la expedición. Reconocieron, pues, en abstracto, la conveniencia de utilizar los veintiún mil pesos, pero considerando que no se podía tomar una resolución sin haber estudiado el caso bajo todas sus fases y sin saber por lo mismo si era posible adquirir el vapor de que hablaba el señor Aldama, se convino en diferirla por breves días.

"En la segunda reunión expuso el señor Aldama que había sostenido su oferta por el vapor sin que se hubiese aceptado todavía, pero que debía, desde luego, advertir que el plazo indicado por el señor Varona era excesivamente corto para organizar y despachar la expedición por la Agencia, que debía llevar á Cuba el general Aguilera; y habiendo manifestado entonces el señor Varona que para el once del corriente esperaba recibir carta del señor Quesada en la cual le comunicaría probablemente el estado de sus proyectos y le pondría en actitud de conceder un plazo más extenso,

se acordó dejar para el doce la determinación final acerca de su ofrecimiento.

"Hasta aquí lo relativo á las conferencias preliminares. Presentada la de esta fecha por el señor Varona en los términos asentados al principio de esta acta, el señor Aldama dijo: que después de haber meditado sobre todas las circunstancias del caso, se veía obligado á declarar que á pesar de su vivos deseos de enviar cuanto antes auxilios á la patria, no podía como Agente aceptar bajo ninguna condición elementos recogidos por el general Quesada á nombre de Cuba y en su mayor parte con bonos de Cuba retenidos por él indebidamente. Que, además, la condición de haber de obligarse á despachar la expedición en un plazo determinado, era para él personalmente inadmisible, pues si por cualquiera de las muchas é imprevistas dificultades que acompañan siempre á esta clase de empresas, no pudiese salir la expedición dentro del plazo impuesto, se le acusaría de haber procedido de mala fe con el General Quesada, quitándole los medios con que hubiera podido auxiliar á Cuba por su cuenta, según se proponía á hacerlo. Que si los recursos de que se trata se los ofreciesen sin reserva, los aceptaría gustoso porque su deber era hacerlo, así como todo lo que se le diese para Cuba cualquiera que fuese su procedencia en cuyo caso cumpliría con la patria, despachando la expedición con la mayor premura posible; pero que la limitación de tiempo era para él un obstáculo insuperable por las razones ya expuestas.

"El señor Varona dijo entonces que los temores del señor Aldama le parecían infundados; que el silencio del general Quesada lo autoriza, según el espíritu de sus instrucciones para dar al plazo mucha mayor latitud que la que en la primera reunión había indicado y que en tal virtud lo extendería al fin de octubre próximo siguiente, dentro del cual no contaría el general Quesada con los veintiún mil pesos para sus propios proyectos.

"El señor Aldama insistió en que no le era posible contraer compromiso alguno respecto á plazo; añadió que él había despachado á Cuba diversas expediciones y sabía cuantos y cuan inesperados accidentes las habían demorado semanas y meses enteros, á pesar de toda la previsión y diligencia empleadas para evitarlas ó superarlas; que el mismo general Quesada tenía experiencia propia de todo esto; que en prueba del fundamento de sus temores y para que se viese cuan pronto había encontrado obstáculo que consideraba vencido, aprovechaba la oportunidad de decir que el vapor para cuya compra había hecho proposición, se había vendido el mismo día de la reunión anterior; y que posteriormente á ella había recibido cartas de Jamaica participándole que el depositario de las armas y municiones allí existentes y con las cuales contaba la Agencia, se niega á entregarlas reteniéndolas como prendas personales á su favor, del cubano que se las confió en depósito; y, por último, que debiendo oraganizarse la expedición de que se trataba fuera de los Estados Unidos, en puntos con los cuales son poco frecuentes las comunicaciones, había de estar muy expuesto á inconvenientes dilatorios, como sucedió con la del "Hornet", organizada en Colombia.

"El señor Echeverría dijo: que siendo la organización de la fuerza necesaria para proteger el desembarco lo que exigía mayor tiempo, y lo que principalmente podía ser causa de que se realizaran los temores del Agente, estos se reducirían, reduciendo la expedición á las armas y municiones, puesto que el mismo señor Aldama había manifestado en la primera reunión, la posibilidad de despachar una de esta clase dentro de un breve término; pero que si bien es cierto, que de ese modo se correría mayor riesgo de que los enemigos se apoderasen de los pertrechos, la escasez de ellos exigía en Cuba imperiosamente que á todo trance y cuanto antes posible se procurase hacerlos llegar al ejército.

"A esto dijo el señor Varona que por su parte no había ningún inconveniente para que así se hiciese, pues el objeto de la oferta hecha por su conducto

era acelerar la llegada á Cuba de una expedición de cualquier clase, sin intervenir en los pormenores de su organización, ni en si había de llevar hombres ó no; é interrumpiéndole el señor Aguilera expuso que él llevaría la expedición de cualquier modo aún en una goleta, y á todo riesgo de caer en manos de los españoles, porque no debía ni podía continuar arrostrando los cargos que le hacían sus compatriotas por su ausencia de Cuba sin estar al cabo de las dificultades invencibles que lo han compelido á prolongarla.

"El señor Aldama reprodujo y amplificó sus razones para no aceptar el donativo de los veintiún mil pesos, sujeto á ninguna limitación de tiempo.

"El señor Echeverría dijo que en aquel momento se le ocurría un medio que á su juicio suprimía la dificultad de la condición de tiempo, y que en tal concepto iba á ofrecerlo á los señores Varona y Aldama, á saber: Que el Agente General aceptase los veintiún mil pesos ofrecidos por Varona con la precisa inteligencia de que el señor Quesada no podía de ningún modo alegar derecho ni intervención ninguna respecto de dicha suma antes del 31 de octubre del próximo siguiente; pero que si llegaba ese día sin que á la Agencia General le hubiese sido posible despachar para Cuba la expedición, y manifestase el general Quesada que él por su parte estaba en disposición de despachar la suya y necesitaba auxilio, el Agente General en ese caso le devolvería la cantidad expresada ó los elementos de cualquier género que con ellos se hubiesen adquirido para la expedición proyectada por él. De esta manera, añadió, la Agencia no rechaza unos recursos que se le ofrecen para Cuba, mejora sus planes poniéndolos en aptitud de acelerar su ejecución; no se somete á la condición de tiempo, puesto que no contrae compromiso de hacer la expedición dentro de ningún plazo, y no se expone á inculpaciones de mala fe con el general Quesada, desde el momento que este es el que por medio de su representante el señor Varona se obliga á no disponer de sus recursos antes del treinta y uno de octubre, y aún llegada esta fecha sólo podrá reclamarlos en la forma que entonces convengan, en el caso de que la Agencia General no haya podido despachar ninguna expedición y de que él mismo estuviese preparando una; y concluyó el señor Echeverría expresando que si ni aún de este modo era posible allanar las dificultades que se ofrecían para hacer llegar á Cuba pertrechos de guerra antes de la próxima campaña de invierno, sería lo más leal declarar nuestra impotencia al Gobierno para que supiese á que atenerse.

"El señor Varona se manifestó anuente á la forma propuesta por el señor Echeverría; pero el señor Aldama opinó en sentido contrario, porque dijo que no quería incurrir en la responsabilidad de ligar su proceder como Agente de Cuba con la actitud asumida por el general Quesada, con respecto al gobierno de la República; pero que si alguno de los presentes ó algún otro cubano se hallaba dispuesto á afrontarlas, él estaba pronto á delegarle la Agencia, á entregarle los recursos que ésta posee en la actualidad y auxiliarlo individualmente con el mayor celo, para que, aprovechando la oferta del señor Varona, despache la expedición si fuese posible en el plazo que se estipule.

"Continuó todavía largo tiempo la discusión en que tomaron parte todos los presentes, renovando y reforzando las razones en pro y en contra; mas, no siendo posible conciliar la resolución del señor Aldama, con el ofrecimiento del señor Varona, en los términos que lo había autorizado el general Quesada, se dió por terminada la conferencia, acordando que el señor Echeverría redactase el presente memorandum, del cual se han firmado cuatro copias idénticas: una para el señor Varona, como representante del general Quesada, otra para el señor Aguilera, la tercera para el señor Aldama y la cuarta para el redactor del documento.

"Nueva York, Agosto 12 de 1874.

F. V. Aguilera.—Miguel de Aldama.—J. Díaz de Villegas.—Carlos Varona.—J. A. Echeverría."

A las tres y media de la tarde volvieron á reunirse los mismos en la oficina de Aldama y comenzó Echeverría á leer el borrador del acta que había de poner á Aldama en posesión de los veintiún mil pesos de Varona; mas, al llegar á la claúsula que decía que Aldama devolvería á Quesada los referidos veintiún mil pesos en efectivo, ó en cualquier otra forma en que estuviesen, caso de no haber podido mandar la expedición para el treinta de noviembre, hizo suspender la lectura Varona, diciendo que era necesario suprimir las palabras "ó en cualquier forma que estuviesen", porque al general Quesada ni á Cuba mucho menos podía convenirle que se le devolviese la referida cantidad en armas y municiones, por ejemplo, para encontrarse entonces con una exorbitante cantidad de éstas en Europa y los Estados Unidos y sin medios para llevarlas á Cuba.

Alegó Aldama que la expedición, calculaba costaría sesenta mil pesos; que él tenía veinte mil pesos y con los veintiún mil formarían cuarenta y un mil pesos, habiendo un déficit por llenar, de otros veinte mil. Dijo que tendría que invertir una buena parte de los fondos de Quesada, ó quizás todos en varias atenciones de la misma expedición y no era justo que para el mes de noviembre tuviese que devolver la cantidad en efectivo cuando quizás ya la habría gastado.

Manifestó Aguilera que la expedición podía reducirse todo lo que fuese necesario y que obrando con prudencia era casi imposible que pudiera llegar el caso de tener que devolver la cantidad, porque contando con abundante armamento, cuarenta y un mil pesos en efectivo y más de tres meses de tiempo, no era posible que, con todos esos elementos, dejase de realizarse la expedición.

Opusiéronse Aldama y sus compañeros á que la expedición se redujera en lo más mínimo, aunque Echeverría convino con Aguilera en que era muy remoto el caso de que hubiera que hacer devolución del dinero.

Finalmente, después de haber pasado más de media hora en tratar de convencerse unos á otros sin lograrlo, se disolvió la reunión. Salieron de allí Echeverría con Aldama, y Aguilera, Varona y Villegas salieron después. Preguntó Aguilera á Varona si dada la ruptura de las negociaciones con Aldama, estaba dispuesto á sostener su ofrecimiento á él. Contestó Varona que lo estaba, siempre que Aldama le facilitase los fondes de la Agencia. Repuso Aguilera que en ese concepto le hablaba; y habiendo visto Villegas que Aldama se separaba de Echeverría (estaban ya en la calle) preguntó á Aguilera si traía la carta para Aldama, le contestó aquél que sí, é indicó Villegas la oportunidad para que Echeverría se la entregase, pues sabía que debían comer juntos. Despidiéronse apresuradamente de Varona, no sin antes haberlo citado Aguilera, para que lo esperase á las ocho de la mañana siguiente en su cuarto. Alcanzaron á Echeverría y le recomendaron entregase la carta á Aldama.

Al día siguiente á las ocho de la mañana estaba Aguilera en la habitación de Varona que lo esperaba. Le manifestó que estaba decidido á llevar á cabo su propósito de hacerse cargo del dinero en las condiciones qu e habían estipulado y si le parecía bien, podía redactarse un acta en que constase.

Contestó Varona que no veía la necesidad de más actas cuando el negocio era tan sencillo, pues se reducía á entregarle él allí los veintiún mil pesos tan pronto como supiese que Aldama le había entregado los fondos de la Agencia General.

Díjole Aguilera que no solamente por el ofrecimiento que delante de ellos le había hecho Aldama de los referidos fondos, sino por lo que le había dicho Echeverría, creía que se los entregaría inmediatamente.

Replicóle Varona con sonrisa maliciosa que estaba muy equivocado, pues conocía mucho á "don Miguel" y le aseguraba que ni dentro de un mes tendría los fondos, porque iría creando obstáculos y dificultades para demorar la entrega. Añadió que se embarcaría dentro de pocas horas, y tan pronto tuviera en su poder el dinero, le pusiera un cable-

grama anunciándoselo y daría orden para que inmediatamente le entregaran los veintiún mil pesos; al efecto dejaba allí veinte mil que había recibido de la Habana para Susini, los que repondría con los que tenía en París. Además le remitiría alguna otra cantidad que pudiera conseguir, y los doscientos remingtons y ciento cincuenta mil cápsulas que anteriomente le había pedido, siempre que Quesada no hubiese dispuesto de ellos. Despidióse Aguilera prometiéndole ir abordo á despedirlo.

A las doce y media fué Aguilera al vapor. Encontró allí á Hilario Cisneros y Echeverría que habían ido también á despedir á Varona. A la una salió el vapor, y antes de separarse, Echeverría dijo á Aguilera que la noche anterior le había entregado su carta á Aldama; éste se la puso en el bolsillo sin leerla. Le ofreció Echeverría estimular á Aldama para que le entregase los fondos y con mucha sutileza le insinuó la dificultad caso que Aldama se obstinase en renunciar la Agencia General. Contestó Aguilera que en ese caso estaba resuelto á admitirla, actuar como Agente mientras estuviese allí y dejar uno interino cuando se marchase á Cuba; allí daría cuenta al Gobierno para que resolviese. Retiróse Aguilera á su casa lleno de dudas y descorazonado, al considerar la nueva campaña que tenía que emprender con Aldama.

Pensaba Aguilera haber resuelto ya el problema. Creyó lo que le dijo Echeverría de que Aldama le entregaría los fondos, y aunque le entregara también la Agencia, estaba dispuesto á recibirla preocupándole poco los perjuicios que decía Echeverría que esta medida ocasionara á la causa; perjuicios que por otra parte no veía, sino para el mismo Aldama. Creyó con ese paso haber desbaratado las maquinaciones de Echeverría y Aldama con el fin de entretenerlos á Varona y á él, con vanas esperanzas de que Aldama se hiciese cargo del compromiso, para que á última hora fracasara éste y Varona y Aguilera no tuvieran tiempo de acordar nada. Creyó que al fin esas cantidades y elementos de guerra, vendrían á sus manos, y él vería coronado sus deseos de salir para Cuba en breve plazo con una buena expedición. Pero ¡cuán equivocado estaba! Su corazón noble y leal no podía sospechar la perfidia que le acechaba. ¡Cuán lejos se encontraba de pensar que era ya prisionero infeliz entre las redes de una trama horrible!

Embarcóse Varona el sábado. El domingo lo pasó Aguilera sin salir de su casa, revolviendo mil planes y formando mil conjeturas. El lunes fué á almorzar con Villegas y juntos se dirigieron á la parte baja de la ciudad. Aguilera fué á la oficina de Hilario Cisneros y Villegas á la de Aldama á saber noticias. Manifestó Cisneros que no sabía lo que habría resuelto Aldama y se marchó al escritorio de éste á hablar con Echeverría. Poco después llegó Juan Luis Pacheco y dijo que Aldama, Mestre y Echeverría hacía más de una hora que estaban en el gabinete privado de la oficina de la sociedad, conferenciando. Como dos horas después llegaron Villegas y Cisneros; el primero dijo que había hablado con Aldama y éste le había encargado que dijera á Aguilera que había hecho tres cartas en contestación á la suya y ninguna le había gustado, por lo cual le mandaría la contestación al día siguiente.

Según manifestó Cisneros, la carta de Aguilera había causado mucha impresión en Aldama, tanto por las verdades que contenía, cuanto porque Aldama nunca creyó que Aguilera estuviese resuelto á todo, hasta recibirle la Agencia. Lo informó también de que Mestre y Echeverría le habían combatido mucho la entrega de la Agencia, sobre todo, en aquellas circunstancias en que se abocaban varios problemas y por la gran responsabilidad que se echaría encima, dado lo impolítico del acto. Dijo que al fin lo habían persuadido y al día siguiente le contestaría su carta, siendo Mestre el encargado de hacerla. Quedó Aguilera más tranquilo con estas noticias y rogó al cielo que Aldama entrara en juicio, le entregase los fondos y no persistiese en la renuncia que tanto aterraba á sus amigos.

Supo Aguilera por varios conductos

que lo pasado entre Aldama, Varona y él había trascendido al dominio público, causando gran excitación entre los emigrados que estaban indignados con la conducta de Aldama. Se preparaban á publicar un periódico por varios días, con el exclusivo objeto de decir á Aldama todas las verdades, de la manera más dura. Aguilera deploraba esos escándalos, por lo perjudiciales que eran para la causa de Cuba; pero se tranquilizó con la idea de que Aldama no daría lugar á que tal cosa sucediera.

Al otro día por la mañana bajó á la ciudad con Villegas. Fué éste á la oficina de Aldama á indagar sobre la contestación de la carta de Aguilera, y éste último á la de Hilario Cisneros. Poco después fué Cisneros á la oficina de Aldama á saber noticias. Cansóse Aguilera de esperar y la anunciada contestación no venía.

Finalmente á las cuatro de la tarde llegaron Villegas y Cisneros á la oficina de éste, donde esperaba Aguilera. Le dijeron que Aldama, Mestre y Echeverría habían estado hasta esa hora haciendo la contestación á su carta; la habían concluído ya, pero hasta el día siguiente no llegaría á sus manos porque tenían que ponerla en limpio. Manifestóles Aguilera que le extrañaba fuese esa una obra tan laboriosa, cuando él la consideraba muy sencilla, pues la única respuesta que tenía era decir si le entregaría los fondos ó no. Añadió que eso le hacía sopechar que entraría en alegaciones desfavorables para él, y en ese caso estaba dispuesto á replicar claro y duro á Aldama.

Contestó Cisneros que no había tal, pues aunque no había visto la contestación ni podido hablar con Mestre ni Echeverría, lo había hecho con Delmonte, y éste le había manifestado que Aguilera tenía mucha razón en no querer aguardar más y marcharse á todo trance para Cuba.

Como aquel día hubiese estado Aguiar á ver á Aguilera. para instarle que comprase el vapor "Octavia", pues no encontraría ningún barco mejor, le dijo Aguilera que fuese á verlo al día siguiente. A este efecto escribió así en su "diario": "¡Veinticuatro horas más de incertidumbre, que para mí son veinticuatro siglos. Pero aguardemos con resignación, ya que lo hemos hecho tanto tiempo!"

Después de almorzar con Villegas al día siguiente, bajaron juntos á la ciudad; como de costumbre, fué Villegas á la oficina de Aldama y Aguilera quedó esperando en la de Hilario Cisneros. Llegó Aguiar á buscar la razón sobre el vapor "Octavia" y le dijo Aguilera que no podía resolver nada hasta el día siguiente.

Por fin, después de aguardar impaciente hasta las tres y media de la tarde, llegó Villegas con la esperada contestación. Consistía esta en dos cartas también. Leyólas Aguilera, y aunque ambas estaban concebidas en los términos más corteses, ofreciéndole Aldama los fondos de la Agencia, su cooperación en los trabajos para la expedición, y además, interesándose mucho en que no arriesgara su vida en un buque de vela, etc., etc., sin embargo, de ningún modo lo dejaron satisfecho, porque no estaban lo suficientemente explícitas en el asunto principal, que era la entrega de los fondos. Comunicó Aguilera á Villegas y Cisneros su impresión respecto á esta deficiencia, y éstos, después de leer las cartas dijeron que no podían ser más satisfactorias.

Para que el lector pueda juzgar por sí, vamos á transcribirlas:

"New York, 25 de Agosto de 1874.

"C.° General Francisco V. Aguilera.

"Estimado Amigo:

Acompaño á esta, mi respuesta á la comunicación oficial que usted me dirige con fecha 20 de este, pidiéndome que ponga á su disposición los recursos con que cuenta la Agencia, en virtud de haber fracasado mis negociaciones con el señor Carlos de Varona, la cual á mi juicio contesta amplia, y espero que también satisfactoriamente su carta privada de igual fecha. Solo á un punto importante, he dejado de referirme en ella, reservándome hacerlo en ésta, y es al rela-

tivo al deseo manifestado por mí de apartarme de la Agencia. Ese deseo, como usted sabe no es nuevo en mí, puesto que al admitir la Agencia lo hice sólo temporalmente; pero fué vivamente estimulado por la situación en que me colocaba el pacto celebrado por usted y el ciudadano Varona, cuya responsabilidad yo creo deber rehusar. Asumiéndola usted como la asume, tanto respecto al general Quesada, como á los riesgos que la persona de usted y la expedición han de correr hasta llegar á Cuba, el deber y la amistad me colocan al lado de usted para contribuir á que salga usted airoso de su empresa, asegurándole que soy el primero en admirar su entusiasmo y heroismo; que por lo mismo no quisiera verlos sacrificados en una empresa, que no tenga probabilidad de un buen éxito.

"Asegurándole que estoy pronto á cooperar á sus deseos, me repito de usted siempre su afectísimo amigo,

Miguel de Aldama."

"New York, agosto 25 de 1874.

"Ciudadano Francisco V. Aguilera.

Vicepresidente de la República de Cuba.

"Distinguido conciudadano:

"La comunicación oficial de fecha 20 llegó á mis manos con demasiado retraso para ser contestada con la brevedad que necesita; pero mi respuesta á ella ha de ser tal, que su tardanza no ocasionará inconveniente alguno. Usted me manifiesta haber aceptado los veintiún mil pesos ofrecidos por el ciudadano Carlos Varona en auxilio de su proyectada expedición, y me pide que coopere por mi parte á esta con los fondos de la Agencia General, que interinamente desempeño; y yo me considero en el deber de obsequiar ese deseo, procurando coadyuvar al fin que usted se propone con todos mis esfuerzos y de la mejor manera que me sea posible.

Si encontré dificultades para aceptar la oferta del señor Varona cuando se hacía en conexión con la Agencia General, fué por las razones que constan en el documento de que posee usted copia autorizada, y teniendo en consideración antecedentes y circunstancias que me conciernen exclusivamente. Imposible me era admitir la de un plazo, ni contraer compromiso alguno, que no estuviese á mi arbitrio cumplir, tratándose de un donante como el que el señor Varona representa en la oferta á que nos contraemos y usted que sabe cuanto ha pasado comprenderá el fundamento de mis objeciones. Mas, desde el momento en que el donativo se hace sin intervención mía y sin envolver á la Agencia en obligación alguna derivada de él, la cuestión varía de aspecto, y para mí se reduce á prestar mis servicios al Vice-presidente de nuestra República en la organización de una expedición de auxilio que él mismo se propone llevar á los patriotas combatientes.

"En este supuesto, excusado parece que yo haga presente al general Agüilera que puede contar con los recursos de que dispone la Agencia para la realización de sus planes, y á los cuales subordino desde luego todos mis trabajos y atenciones. En realidad ningún objeto más preferente que el de proporcionar los medios, para que cuanto antes, el primer magistrado electo de nuestra patria, vaya á ocupar el alto puesto á que tan justamente lo ha llamado la confianza y el amor de sus conciudadanos. Puedo asegurarle, general, que ni un instante he perdido de vista y que haré en consecuencia cuanto quepa en mis facultades para que la ayuda que usted solicita de la Agencia de mi cargo sea eficaz y provechosa.

"Pero al hacer á usted estas protestas me será permitido decirle que en la dirección de los preparativos, en que ha de entender usted no debe en mi dictamen prescindirse de la significación política y personal de usted en el servicio de la patria. Como funcionario de ésta, como patriota y como amigo, me creo en el indeclinable deber de suplicar á usted que su abnegación y entusiasmo no lo lleven á ponerse al frente de una expedición que no reuna condiciones de buen éxito; la falta de medios para obtenerlo ha sido la rémora constante con que has-

ta ahora la Agencia ha tropezado; usted se debe á la patria, y de ningún modo encontraría disculpa ante sus hijos que tanto esperan de usted, si al disponerse á acudir donde lo llaman altos é importantes destinos, no procediese con las necesarias y propias condiciones. Por más que en la empresa que va á acometer la responsabilidad sea suya, no puedo creerme en manera alguna ajeno á la obligación de llamar vivamente la atención de usted acerca de este particular.

"Pronto, pues, á conferenciar con usted, para los arreglos que sea del caso hacer, quedo con las seguridades de la mayor consideración y aprecio muy á sus órdenes, atento y s. s.,

Miguel de Aldama."

A. G.

No es de extrañar que no quedara Aguilera satisfecho después de la lectura de las referidas cartas por los términos ambiguos en que estaban concebidas; y aunque sus amigos, (más bien los amigos de Aldama) se esforzaban en hacerle ver que eran claras y precisas, sin embargo, él quedó siempre con sus dudas.

No en vano los talentosos y fieles servidores del despechado y soberbio Aldama, habían ocupado tres días en hilvanar las dos elaboradas cartas que habían de dejar satisfecho á su señor. Aquellas, á vueltas de estudiada palabrería, parecían decir mucho, pero en realidad á nada concreto comprometían al firmante; y para completar la obra, ahí estaba la cuadrilla de auxiliadores de Aldama, que se decían amigos de Aguilera, que harían ver á éste que las cartas donde no decían nada decían mucho, y eran todo lo explícitas que Aguilera pudiera desear.

Era esta la segunda estación del plan diabólico que perdería á Aguilera. Ya Aldama no tendría necesidad de entregar la Agencia ni el dinero tampoco. Ya podría hacer libremente su capricho sin que le amenazase el vituperio general y la impopularidad; y ellos, satisfechos de su obra, podrían darse el placer de seguir quemando incienso ante aquel ídolo, que no tenía otra grandeza que el oro de su caja.

Fueron aquellas dos cartas arteras la continuación de un drama de engaño y de traición que había de culminar en el asesinato moral de un hombre honrado, de un hombre noble, de un hombre de alma tan grande y tan bella que al compararla con la de sus inmoladores parecían éstas, deformes caricaturas.

De aquí en adelante ya no hubo misericordia para Aguilera; había caído en las redes que le tendieran los que se llamaban sus amigos, puestos al servicio de su señor. Y cuando ya el engaño y la traición fueran patentes y á viva fuerza hubiera de romper esas redes, sería tarde; la impostura lo habría anulado, se encontraría solo, calumniado, y no le quedaría otro recurso que la desesperación y el sacrificio. Pero no adelantemos los acontecimientos y continuemos nuestro relato doloroso.

Hemos dicho que tanto Hilario Cisneros como Villegas encontraron muy satisfactorias las dos cartas de Aldama, por más que á Aguilera no le parecieran así. Sin embargo, resolvió aceptarlas como buenas y ver cómo se desenvolvían los acontecimientos.

Hablando privadamente con Cisneros, le comunicó su proyecto de comprar el vapor "Octavia" que tan bueno parecía á Aguiar, pero con la condición de que no tuviese intervención ninguna Aldama, que todo lo entorpecía con sus vacilaciones y egoísmos. Le propuso asimismo asociarlo á sus trabajos de organización de la expedición. Contestó Cisneros que no tenía dificultad en prestarle todos los auxilios que necesitara; que quizás podría conseguirse que el dueño del "Octavia" rebajase el precio.

Como Aldama en su carta invitaba á Aguilera á tener una conferencia para el arreglo del asunto pendiente, fué Aguilera al día siguiente al escritorio de aquél. Encontró á Aldama escribiendo; se acercó y se sentó á su lado. No pareció notarlo Aldama hasta al cabo de un rato que lo saludó y le preguntó: "¿Qué tenemos de nuevo?" Contestóle Agui-

lera que, en virtud de su carta, del día anterior, iba allí á hablarle.

Díjole Aldama que la aguardara un momento, pues iba á escribir á Martín Rivero que permaneciera más tiempo en Saratoga porque ya quería regresar, y como iba tan bien, el doctor Landeta opinaba que estuviese allí lo más posible, etc.; y diciendo así, se puso á escribir otra vez. Aguilera permaneció sentado algún rato haciendo comentarios para sí, no ocultándosele que lo que deseaba Aldama era mortificarlo. Pero teniendo en cuenta que obraba impulsado por la rabia y el despecho de que se hallaba poseído, en virtud de la actitud que no había esperado de él, se armó de indulgencia y al fin dijo: "Usted me avisará cuando concluya," y levantándose del asiento salió para la oficina exterior.

Como una hora después salió Aldama y dijo á Aguilera que estaba á su disposición. Entraron en la oficina primera y se sentaron. Sin dar tiempo á que Aguilera dijese una palabra comenzó diciendo Aldama que debían principiar por la compra del vapor; había tenido proposiciones de dos, en Filadelfia, mandó al capitán Summer para que los reconociera y acababa de recibir un telegrama de éste, diciéndole que no podía volver hasta el día siguiente. Caso que Aguilera tuviera que irse en un buque de vela, habría que buscar otro capitán, porque el compromiso de Summer era ir en un vapor, y se extendió en consideraciones sobre este y otros asuntos.

Habiendo logrado desviar así de su plan á Aguilera, por más que desagradase á éste la ingerencia de Aldama, le contestó que no había dificultad en esperar hasta el día siguiente para saber la razón de Summer, por más que no debían poner mucha confianza en lo que éste dijera, pues era fácil que optara por el vapor que más comisión le reportara. En todo caso tenía informes de otro vapor y podía elegirse entre los dos. Con respecto á irse en un barco de vela dijo que aunque no creía probable que llegara ese caso, si llegaba, él se ocuparía en buscar un capitán de su confianza. Y pasando inmediatamente al asunto principal le preguntó si podía precisarle la cantidad con que contaba la Agencia, para arreglar los gastos á los recursos que hubiese.

Contestó Aldama que por todo, incluyendo el dinero de Aguliera, había de diez y siete á diez y ocho mil pesos. Manifestóse sorprendido Aguilera de lo exiguo de la cantidad, diciéndole que además de los fondos que había traído de París y los de la Sociedad Amigos de Cuba, habían ingresado en caja los nueve mil pesos de Cayo Hueso y Nueva Orleans y varias cantidades de importancia que Aldama mismo le había dicho recibiera de la Habana.

Repuso Aldama que después de los gastos de personal y otros que había estado haciendo Villegas con los fondos á su cargo, también la Agencia había tenido que hacer algunos, como constaba por las cuentas que Aguilera podía examinar.

No quiso éste seguir adelante tan delicada cuestión, por no creerlo oportuno, dado el estado de ánimo en que se encontraba Aldama. Luego se informaría del estado de esas cuentas. Después de hablar de otros particulares, despidióse quedando en volver para enterarse de lo que decía el capitán Summer.

En esta conferencia dió Aldama el último golpe que debió anonadar á Aguilera. Con la habilidad de la serpiente que se arrastra y sutilmente acomete con su venenosa mordedura á la víctima infeliz que viene acechando, se apoderó de la empresa de Aguilera para hacerla fracasar, para justificar su actitud al no haber querido hacerse cargo del compromiso que Varona le exigía, para que Aguilera no fuera á Cuba, para que se hundiera en el desprestigio, para que no le hiciera sombra.

Muy disgustado salió Aguilera de la conferencia que acabamos de referir. Aldama trataba de ingerirse en el asunto de su expedición cuando sus deseos eran obrar independiente de él. Fué en seguida á la oficina de Hilario Cisneros que era el amigo en quien entonces más confianza tenía, á buscar consejo. Encontrándolo, le refirió su entrevista con Aldama y le dijo que con el proceder de

éste temía graves peligros para su empresa. El primero, que con la ingerencia de Aldama en la dirección de su expedición, además de su abandono habitual había que temer su mala intención en hacerlo quedar mal con Varona para justificarse él. Segundo, que no sabía qué gastos eran esos que había hecho la Agencia que tanto disminuían el capital, pues hata entonces siempre había dicho que la Agencia tenía veinte mil pesos. Tercero, que según se comprendía por la manera como se expresaba, no pensaba dar ni un centavo para la expedición. Cuarto, que Varona le había ofrecido los veintiún mil pesos, en caso do que Aldama pusiese á su disposición los fondos de la Agencia sin intervención alguna en la expedición; mas, al saber que Aldama intervenía, era probable que se negara á entregarle la cantidad. Y, quinto, ¿qué haría Aguilera en caso de que sus temores se realizasen?

Contestó Cisneros que no había otro remedio que hablar con Echeverría para que les descifrase el espíritu de las cartas, pues estaba convencido, lo mismo que Aguilera, de que si Aldama no entregaba á éste los fondos y quería tener intervención en la expedición, Varona le negaría la cantidad y entonces quedarían en peor condición que antes.

Suplicóle Aguilera que fuese él quien hablase con Echeverría, pues como se encontraba tan violentado y Echeverría era muy susceptible, podía verter alguna frase que fuese á empeorar más el estado de las cosas. Quedó Cisneros en hablar al día siguiente á Echeverría.

Comprendió entonces Aguilera la razón de Varona para decir que Aldama no le entregaría los fondos ni en un mes, porque no le faltarían dificultades que oponer. Al final de la anotación de ese día en su diario, escribió así: "Porfin me retiré á casa con el corazón más desgarrado que nunca, pues me parece imposible vencer las dificultades que ese hombre funesto amontona diariamente ante los que se consagran al servicio de nuestra adorada Cuba."

Al día siguiente, al preguntar á Cisneros si había hablado á Echeverría, notó en él tanto desaliento al contestarle negativamente, que no le habló más del particular. Por otra parte, poca esperanza había puesto en la consulta. Siendo Echeverría uno de los autores de las cartas, ¿qué podría decir sino que eran muy satisfactorias y que Aldama obraba conforme á ellas?

Comenzó entonces Aguilera á hacerse cargo de su verdadera situación. Entre aquellos hombres estaba él solo, pues los que más amistad le demostraban sólo le brindaban una compasión estéril y estaban prontos á la menor insinuación de su jefe á dar una vuelta más al dogal que lo oprimía.

¿Qué hacer en tan desesperado trance? ¿Trataría de obligar á Aldama á que le entregase los fondos de la Agencia según le había ofrecido, y que se abstuviera de toda intervención en su expedición? Imprudencia grande hubiera sido intentarlo. Ya sabemos las argucias de que se valía Aldama para lograr sus propósitos. Por otra parte, estaba rodeado de fieles servidores, todos ellos hombres de talento y representación. Lo que escapaba á la astucia de Aldama le ocurría á alguno de ellos. De seguro que no faltaría expediente para que Aldama hubiera hecho nula su oferta, Varona en este caso tampoco le habría entregado sus fondos, su plan hubiera fracasado, y lo peor, si cabe, toda la culpa caería sobre Aguilera. ¡Qué situación más horrible! ¡Cristo otra vez en manos de los judíos!

Por más que desde entonces empezó á comprender Aguilera lo desventajoso de su situación, nunca pensó que fuera tan atroz el plan que contra él se meditara. Mucho lo contrarió la intervención que tan sutilmente se había arrogado Aldama en la organización de su expedición. Ya sabemos que eran sus intenciones descartarlo completamente del asunto y asociarse á Hilario Cisneros para que le ayudara; pero no le extrañó esta conducta de Aldama, porque conocía su carácter presuntuoso, y sabía que le agradaba figurar en todo, y darse la importancia de gran patriota, pero poniendo siempre á salvo su bolsillo. Pensó que

en la desventajosa situación en que estaba, lo mejor era, ya que necesitaban un vapor, y Aldama, de por sí, había tomado á su cargo conseguirlo, dejarlo obrar y que lo pagara con los fondos de la Agencia. De esa manera cesaba de tener importancia que Aldama entregara esos fondos á Aguilera ó al dueño del vapor. Con respecto á los fondos que recibiera de Varona, esos los manejaría Aguilera, viendo bien en lo que se empleaban. Pensó que de esta manera Aldama quedaría satisfecho, estarían complacidos sus amigos y quizás el mismo Aldama teniendo á su disposición tan abundantes recursos, se interesaría en dar la mayor importancia á aquella expedición para llevarse la gloria de haber sido quien la organizase y la despachara para Cuba. Conocía Aguilera que era la vanidad una de las debilidades de Aldama, y pensó que quizás esta misma flaqueza podría en este caso utilizarse en favor de la patria.

Con este plan á la mira, fué al día siguiente á la oficina de Hilario Cisneros é invitó á éste á que lo acompañase á la de Aldama. Manifestó éste que acababa de llegar el capitán Summer de Filadelfia y no le había gustado ninguno de los dos vapores que vió; pero había encontrado otro en aquel mismo puerto, muy bueno: estaba listo para navegar, y se llamaba "América", pidiendo treinta mil pesos por él; además, dió del vapor otros informes favorables. Añadió Aldama que iba á escribir á Emilio Cavada en Filadelfia, para que viera al "América", le solicitara allí algún otro vapor, y le avisara.

Manifestó Aguilera que no le parecía Cavada hombre á propósito para esa comisión, porque lo había notado siempre tibio respecto á la causa de Cuba; y queriendo intervenir directamente en la compra del vapor, dijo á Aldama que él iría personalmente y se valdría para el caso de algunos amigos que allí tenía.

Contestó Aldama que él era el menos á propósito para ese encargo porque al momento llamaría la atención. Propuso Cisneros ir él á visitarse con Cavada, para que lo pusiese en relación con algún americano bueno para el caso y fuese éste quien hiciese la indagación. Quedó acordado así, conviniéndose en que Cisneros saldría para Filadelfia en la noche siguiente.

Hablóse también del parte que Aguilera debía poner á Varona y de la carta que había de dirigirle, conviniendo en diferir ambas cosas para cuando Varona llegase á París que sería dentro de tres días.

Después que se despidieron y salieron de la oficina, manifestó Aguilera á Cisneros que sería conveniente que llevara consigo á Aguiar, que era hombre inteligente y de toda su confianza. Accedió Cisneros, pero habiéndoseles unido Echeverría, y enterado de lo que se trataba, dijo que no debía ir Aguiar sin antes decirlo á "Miguel", pues como éste era tan susceptible, podía tomarlo por mal camino y creer que desconfiaban de él y de su comisionado Summer. Por supuesto que prevaleció la opinión de Echeverría, por cargante que fuera á Aguilera ver como la susceptibilidad de Aldama siempre había de atravesarse para entorpecer todos los asuntos.

CAPITULO VI

SEPTEIMBRE 1874

MARTIN RIVERO, VILLEGAS Y ALDAMA.—CISNEROS Y EL VAPOR "AMERICA".—CABLEGRAMA Y CARTA DE AGUILERA A VARONA.—EL JOVEN CERQUERA.—MANIFIESTA LA INUTILIDAD DE ALDAMA.—OFRECE A AGUILERA EL AUXILIO DE LA "SOCIEDAD DE ARTESANOS".—CONTESTA ESTE QUE EL PLAN ES DEMORADO.—TARDANZA DEL CABLEGRAMA DE VARONA.—AGUILERA DESESPERADO.—LLEGADA DEL CABLEGRAMA SATISFACTORIO.—ECHEVERRIA QUIERE FLETAMENTO.—AGUILERA QUIERE LA COMPRA.—VILLEGAS REFIERE ANECDOTA SOBRE ALDAMA.—AGUILERA QUIERE ARMAR SU VAPOR.—NEGOCIACION DEL PERU.—DESAFIO DE PIO ROSADO Y FERRER DE COUTO.—CARTA DE VARONA.—ESTE TRATA DE PONER CONDICIONES A AGUILERA.—ESTE LAS RECHAZA.—QUIERE CONSERVAR SU LIBERTAD DE ACCION EN EL GOBIERNO.—CONFERENCIA DE AGUILERA CON GOVANTES Y ROSADO.—ACUERDAN ENTREGAR A AGUILERA LOS FONDOS DE VARONA.

Almorzando Aguilera en casa de Villegas le manifestó éste que había presenciado una conversación entre Pedro Martín Rivero y Aldama, en la que aquél habló muy fuerte á éste, haciéndole patente la obligación en que estaba, como Agente y como patriota, de despachar á Aguilera inmediatamente con una buena expedición, para la cual debía contribuir por su parte, cuando menos, con treinta ó cuarenta mil pesos. Creía Villegas que las razones de Rivero habían hecho mucha fuerza á Aldama; Aguilera, por toda contestación, le dijo que creía á Aldama "invulnerable".

De vuelta Cisneros de su ,excursión manifestó á Aguilera que había visto el vapor "América"; era magnífico, de unas cuatrocientas toneladas, once millas de andar, muy fuerte, etc.; pero le habían informado que no lo darían menos de treinta y cinco mil pesos. Resolvieron ofrecer treinta mil. A Aguiar, que por fin había acompañado á Cisneros le gustó también.

Con noticias de que el vapor en que salió Varona había llegado á Brest, resolvieron Aguilera y Villegas poner un cablegrama á Varona diciéndole tener el primero á su disposición los fondos de la Agencia, y pidiéndole los veintiún mil pesos ofrecidos. Ya de antemano había solicitado Aguilera de Cisneros que le hiciera el borrador de la carta á Varona en que le diera cuenta de lo ocurrido, y lo dejara satisfecho. Hízolo así Cisneros, pero Aguilera lo encontró tan deficiente que resolvió hacer por sí mismo la carta. Una vez puesto el cablegrama, puso también en el correo la expresada carta que decía así:

"New York, 2 de septiembre de 1874.

"C. Carlos de Varona.

"Mi querido amigo:

"La noche anterior á tu salida de esta ciudad, dirigí una carta al ciudadano Miguel de Aldama, para que en su calidad de Agente General de la República de Cuba, me facilitase los fondos de la Agencia, á fin de que unidos á los veintiún mil pesos ofrecidos, llevar á cabo prontamente la expedición.

"El 25 del pasado recibí la contestación en los términos más satisfactorios, pues Aldama no sólo pone á mi disposición todos los recursos que tiene hoy la Agencia General, sino que aún ofrece ayudarme con todo lo que esté á su alcance.

"En este concepto, me propongo ponerte el parte consabido tan pronto como sepa por la casa consignataria la llegada del "Pereira" á Brest, para que dés la orden de que se me entreguen los referidos veintiún mil pesos para proceder inmediatamente, pues ya tengo un vapor en trato que llena todas las condiciones.

"No te olvides igualmente del envío de los 250 rifles, y 150,000 cápsulas, pues llegarán perfectamente, para aumentar la importancia de la expedición.

"Nada más hoy; mis expresiones á etc. etc. y hasta otro rato te dice adiós tu afectísimo,

Aguilera."

Muy inquieto se encontraba Aguilera referente á los veintiún mil pesos de Varona, pues algunos pesimistas dudaban de que el ofrecimiento hubiese sido leal, y más le hacía temer, las condiciones en que se encontraba por la solopada conducta de Aldama.

Como Cisneros hubiese informado á Aldama respecto al reconocimiento del vapor "América" y que había acordado con Aguilera ofrecer treinta mil pesos por él, dijo Aldama que era mucho dinero y no debía ofrecer más de veinticinco mil pesos; Cisneros lo hizo así. Al saberlo Aguilera dijo que Aldama no podía desmentir su esplendidez.

Estando Aguilera en la oficina de Cisneros, llegó á verlo un joven habanero, de apellido Cerquera. Manifestóle el joven que estaba comisionado por la "Sociedad de Artesanos" para que le hiciese una consulta y era la siguiente: Vista la inutilidad de Aldama para mandar recursos á Cuba y deseando la sociedad sacar á Aguilera de la difícil situación en que estaba, por la ruda lucha que tenía que sostener con Aldama y otros ricos que no querían auxiliar la revolución, pensaba dirigirse á otras análogas del país para tratar entre todas reunidas de proporcionarle los recursos que necesitaba para formar su expedición.

Contestó Aguilera que en la actualidad esperaba cierta cantidad de dinero, que había de decidir su viaje á Cuba, ora llevando una buena expedición si recibía la aludida cantidad, ora muy á la ligera si no la recibía. El estaba resuelto á ir á Cuba muy pronto, de cualquier manera que fuese, y la medida que le proponía la consideraba dilatoria, por las largas distancias y las dificultades que siempre presentaban las recaudaciones. Además, una expedición era cosa muy costosa y esas emigraciones eran ricas en patriotismo, pero muy pobres en recursos materiales. Las de Filadelfia, Baltimore, Charleston y Jacksonville, eran casi nulas; las de Nueva Orleans y Cayo Hueso, que eran las mejores, de la primera había sacado ya sobre quinientos pesos, y de la segunda, que era la única que podía llamarse buena, de ocho á nueve mil pesos. Sin embargo, felicitó á la sociedad que representaba y á él, por el acto patriótico que realizaba, agradeciendo igualmente el buen deseo que manifestaban por sacralo de la difícil posición en que estaba realmente. Le dijo que volviese dos días después, que ya sabría si podía contar ó no con la cantidad que esperaba y habría tomado alguna determinación.

Estando en la oficina de Hilario Cisneros, Nicolás Domínguez Cowan, leyendo el periódico cubano "El Correo de Nueva York", de José de Armas y Céspedes, alargólo á Aguilera haciendo una señal de disgusto. Tomó éste el periódico, leyó el artículo que tan mala impresión había causado á Domíguez, y vió que se contraía á Aldama. Aconsejaba á éste con muy buenas razones que renunciara la Agencia, que sus negocios no le permitían consagrarse á ella, que Cuba necesitaba para ese puesto un hombre revolucionario, que no pensara más que en la revolución y no un conservador que sólo se ocupaba en sus asuntos particulares. En la conversación que tuvo con su amigo Domínguez, le expuso en parte su situación. Le dijo que estaba resuelto á marcharse á Cuba inmediatamente, aunque fuera en un bote, si Varona le negaba los veintiún mil pesos.

Dos días habían cursado ya desde que puso Aguilera su cablegrama á Varona, y todavía no había tenido contestación. Propuso Hilario Cisneros ponerle otro, y objetó Villegas que esos partes costaban muy caros y sería conveniente aguardar al siguiente día.

Reunidos al otro día y no habiendo recibido tampoco contestación de Varona, se dirigieron Villegas y Aguilera á la oficina del cable, y pusieron este parte: "Urge contestación." El mensaje costó trece pesos treinta centavos. Aguilera se retiró á su casa más desconsolado que nunca, pues el silencio de Varona le con-

firmaba sus temores de que no enviaría la cantidad ofrecida.

Cinco días hacía ya que se había puesto el primer parte á Varona, sin que contestara. Aguilera estaba desesperado; veía sus ilusiones desvanecidas, Varona no le mandaría el dinero y tendría que embarcarse dentro de breves días para Cuba, solo, en bote, pues estaba resuelto á no esperar más la parsimonia de Aldama. Aquel día se quedó en casa hasta las dos de la tarde por no sufrir la ansiedad de los anteriores en la oficina de Hilario Cisneros; calculaba que hasta esa hora no llegaría la contestación del parte. Llegó á la oficina á las tres y cuarto y encontró allí á Evaristo Lamar. Le dijo éste que acababa de llegar el parte que esperaban; Villegas lo abrió y después de leerlo dijo "all right", saliendo muy contento en dirección á la oficina de Aldama. No bien oyó Aguilera esta breve relación, salió precipitadamente en la misma dirección que Villegas, y llegando á la oficina de Aldama encontró allí reunidos á éste, Delmonte, Villegas y Echeverría, que animadamente comentaban el suceso. Pidió Aguilera el parte, y al leerlo, vió que decía así: "Dispuestos los fondos solamente; va la orden."

Tenía Echeverría la palabra y trataba de convencer á Aldama de que la compra de un vapor era un disparate, por los crecidos gastos que originaba su estancia en puerto. Decía que en su concepto debía solicitarse un vapor á flete, aunque éste costase caro porque á la larga siempre salía más barato. No pudo Aguilera contenerse, excitado como estaba, é interrumpió á Echeverría, diciéndole que su opinión era completamente contraría pues creía que debían comenzar por comprar un vapor.

Contestó Echeverría que esa era la dificultad, según le decía Aldama, pues no había vapor ni dinero suficiente.

Repuso Aguilera que él tenía vapor, el mismo porque Aldama había ofrecido veinticinco mil pesos y por el que muy bien podían darse treinta mil y aún más pues llenaba todas las condiciones, estando listo para salir á la mar. Añadió que con respecto á las armas y municiones se comprarían á crédito, según había manifestado Aldama. En cuanto al fletamento no había que pensar en ello, pues además de que todo dueño había de querer que el vapor fuese con capitán y tripulación puesto por él, también pedirían por flete una cantidad igual al valor del vapor, como otras veces había sucedido.

A Echeverría parecieron no gustarle las observaciones de Aguilera, quizás por haberlas hecho éste con alguna vehemencia. Poco después se despidieron Echeverría y Aldama hasta el día siguiente.

Retiraronse luego Aguilera y Villegas habiendo invitado el primero al segundo á comer un "beef-steack" en "Delmónico", en celebración de lo favorable del parte. Así lo hicieron y al entrar después en un ómnibus para retirarse á sus casas, refirió Villegas á Aguilera una anécdota de Aldama en sus tiempos de prosperidad. Lo referido por Villegas da la medida de la consideración que en sus buenos tiempos tenía Aldama con sus amigos, y no lo trasladamos aquí por referirse á los negocios particulares de Aldama.

Concluyó Aguilera la anotación de ese día en su "diario" con las frases siguientes: "Esta noche, al fin, dormiré tranquilo en brazos de nuevas esperanzas." Y empezó las del día siguiente así:

"Ocho de Septiembre, día de la Caridad, vigésimo sexto aniversario de mi feliz matrimonio. El vigésimo séptimo ¿dónde lo pasaré? Probablemente en la eternidad, dado los peligros que debo arrostrar. Pero no importa, bien empleado será si logramos el objeto de nuestros afanes."

Fué Aguilera á ver á Hilario Cisneros en su casa y lo instruyó de la entrevista que el día anterior había tenido con Aldama, Villegas y Echeverría, del proyecto del fletamento de este último, y de la resuelta oposición que él había manifestado. Dijo á Cisneros que cuando se ofreciera el caso, era necesario que lo apoyase en la compra del vapor "América", aunque tuviesen que pagar treinta ó treinta y cinco mil pesos, por reunir este vapor tantas condiciones favorables, en-

tre ellas, la muy importante de estar listo para navegar, cosa que le permitiría salir inmediatamente con su expedición. Informólo igualmente de su proyecto de armar el vapor con una coliza, no sólo para defenderse en caso de ser atacado por algún barco de guerra español, sino para proteger el desembarco de la expedición si fuera atacada en tierra.

Contestó Cisneros que Hartley tenía una coliza muy buena del "Hornet". Opinaba lo mismo que Aguilera, que lo primero era comprar el vapor. Quedó también en hablar á Echeverría para que desistiera de su proyecto de fletamento y dijo que trataría de desvanecer cualquier prevención que pudiera tener contra Aguilera, en virtud de la oposición que había hecho á su referido proyecto.

Almorzó Aguilera con Cisneros y su familia y cuando hubieron concluído dijo el segundo que iba á ver á Márquez para saber si había recibido orden de Varona para entregar los fondos. Despidiéronse y fué Aguilera á su casa á pasar el resto del día con su hija Caridad, pensando que quizás sería el último que estarían reunidos.

Al siguiente fué á la oficina de Hilario Cisneros á saber la razón de Márquez. Este dijo á Cisneros que no había recibido orden de Varona. Le recomendó el favor de no nombrarlo respecto á ese asunto.

Dirigióse Aguilera á la oficina de Aldama para saber si había recibido noticia del vapor. Dijo Aldama que al día siguiente esperaba contestación del corredor de Filadelfia y creía sería favorable; es decir, que darían el vapor "América" en los veinticinco mil pesos ofrecidos. Manifestó Aguilera que creía podían extenderse hasta treinta mil ó más. Replicó Aldama que no podían, porque necesitaban lo menos diez mil pesos para la habilitación de carbón, víveres, tripulación, etc. Dijo Aguilera que le parecían esos gastos exagerados. Repuso Aldama que á Delmonte le costaban los gastos de su vapor á Santo Domingo siete mil pesos y no tenía que pagar, como ellos, grandes gratificaciones á la tripulación.

Continuó diciendo Aldama que también le habían propuesto otro vapor tan bueno como el "América" aunque más chico, por el que pedían veintisiete mil pesos y creía lo rebajarían. Dijo también que iba á dar una buena noticia á Aguilera y era que estaba hecha la negociación del Perú, la que los pondría en posesión de tres mil rifles y setecientas mil cápsulas, una batería completa de artillería y otros muchos efectos; también un vapor y un transporte. El Gobierno del Perú les daría doscientos mil pesos á cambio de bonos cubanos, de cuya cantidad se cobraría el general Prado ochenta mil pesos por los dos buques referidos y ellos podrían disponer de los ciento veinte mil restantes para expediciones sucesivas. No se entusiasmó Aguilera por estas buenas noticias, porque sabía que Aldama era bastante dado á "improvisar" y además por la distancia á que estaban esos elementos y la tardanza con que llegarían allí, pues tendrían que dar la vuelta al Cabo de Hornos. También lo desanimó la especie que le oyó á Aldama de que traer el vapor allí costaría cuarenta mil pesos y que éste no era de lo mejor, por ser de ruedas y consumir veinticuatro toneladas de carbón diarias.

Estando Aguilera en la oficina de Hilario Cisneros llegó Francisco Valdés Mendoza y les leyó una carta de Govantes, con respecto al desafío de Rosado con Ferrer de Couto. Verificóse éste en la frontera Belga. Ambos contendientes se habían portado con valor. Fué el desafío á pistola, á treinta pasos de distancia, pudiendo avanzar á discreción hasta quince pasos. Dada la señal Ferrer de Couto avanzó hasta su línea y Rosado se quedó firme en la suya, desde donde hizo fuego é hirió á Ferrer de Couto en el costado derecho, sin saberse todavía si la bala había penetrado en la cavidad toráxica. Sin embargo, la herida se calificó de grave desde luego y Rosado quedó dueño del campo. Govantes fué el primer padrino y Francisco J. Cisneros el segundo, habiendo concurrido también Juan M. Macías, quien los

acompañó desde Londres. Decía Govantes que Macías se había portado muy bien con ellos.

Habiendo vuelto á preguntar otra vez á Márquez, depositario de los veinte mil pesos de Varona, si había recibido orden de éste para entregarlos á Aguilera y contestado negativamente, supusieron Cisneros y Aguilera que Varona daría la orden por correo para evitarse el costo del cablegrama.

Efectivamente, algunos días después recibió Aguilera una carta de Varona fecha 11 de septiembre en la que transcribía los partes que le había mandado Agui lera y también el que le había puesto; pero éste en vez de decir "Cuente fondos solamente, va la orden," decía "Cuente fondos solamente, van instrucciones", lo que hacía variar completamente el sentido de su contestación. Decía también la carta que saliendo proximamente para Nueva York, Pío Rosado y José Joaquín Govantes, había dado sus instrucciones á estos señores para que arreglaran el asunto con Aguilera; y con respecto á las armas y municiones que le había pedido, no contara con ellas, porque el general Quesada había dispuesto otra cosa. Sin embargo, creía podía proporcionar igual número de ambas cosas para una segunda expedición que tal vez llevaría Pío Rosado. Nada gustó á Aguilera el contenido de la carta, pues previó nuevas dificultades para lo adelante.

Al día siguiente llegó Miguel Luis Aguilera á la oficina de la sociedad y dijo á Aguilera que quería hablar con él reservado. Pasaron á la oficina privada y allí le manifestó Miguel Luis que Rosado y Govantes habían llegado á Nueva York y estaban ocultos por razón del duelo que acababan de efectuar con Ferrer de Couto. Había tenido una conferencia con Rosado y éste le manifestó que Aldama y sus partidarios estaban muy mal mirados en París por su indolencia respecto á la causa de Cuba. Que Carlos de Varona era un quesadista furioso y por lo tanto quería que Aldama dejase la Agencia General para obtenerla él luego, pues pensaba trasladarse á vivir en Nueva York. Que Govantes también estaba interesado en alcanzar la referida Agencia; á éste no le habían hecho ningún caso en París, hasta el término de quererse embarcar, solo, para Nueva York, por cuyo motivo Rosado había hablado á sus amigos para que lo atendiesen también á él, invitándolo á los obsequios que hacían á Rosado; así lo hicieron y Govantes estuvo más satisfecho.

Dijo que Varona había querido nombrar á Rosado su representante en Nueva York para que se entendiese con Aguilera referente á la expedición en que habían de emplear los veintiún mil pesos de Quesada, y á instancias del mismo Rosado, le había asociado á Govantes nombrando á los dos.

Que los cubanos de París se habían mostrado muy entusiasmados con Rosado; habían ofrecido formarle una valiosa expedición siempre que fuera autorizado por el Gobierno. Esto se lo habían asegurado bajo su palabra de honor, Narciso Foxa, Valdés Fauli y Carlos de Varona. Rosado estaba en el mejor sentido con respecto á Aguilera, deseando que se hiciera cargo del dinero. Además, Varona había ofrecido doscientos cincuenta rifles y doscientas cincuenta mil cápsulas á Rosado y también las ofrecía á Aguilera para que las llevase en su expedición, poniéndole tan solo dos condiciones, y eran: Primera, que Aguilera ofreciese á Rosado nombrar otro Agente General tan pronto como estuviese en Cuba hecho cargo de la Presidencia. Con esto haría un gran favor á la causa en el extranjero por las ningunas simpatías que tenía Aldama en todas partes. Segundo, que ofreciese también á Rosado mandarlo en comisión á París para formarle la expedición ofrecida, tan pronto Aguilera se encontrase al frente del Gobierno.

Contrariado Aguilera por lo que juzgó imposiciones de Varona, contestó á su sobrino Miguel Luis que Varona, no solamente no le había cumplido lo ofrecido, sino que según veía, también lo quería someter á la doble fiscalización de Rosado y de Govantes. No había tenido reparo tampoco en cambiar palabras de

la contestación á su cablegrama, poniendo en la carta "van instrucciones", cuando decía en el cablegrama "va la orden", siendo esta, por otra parte, la única respuesta que cabía, después del compromiso que había hecho con él. Además, Varona le negaba las armas y municiones que le había ofrecido, al mismo tiempo que las cedía á Rosado. Por último, quería someterlo á otras condiciones más, cuando su compromiso fué mandar la orden para la entrega del dinero tan pronto Aguilera le avisase por cable que los fondos de la Agencia estaban á su disposición. Así lo había hecho el 2 del corriente, contestando por carta fecha 11 del mismo lo que no acreditaba de parte de Varona mucha actividad ni deseos de que los recursos llegaran pronto á Cuba.

Añadió que convenía en que Aldama no era el hombre á propósito para desempeñar el difícil cargo de Agente General, por sus pocas simpatías entre los emigrados y porque no tomaba el interés debido en los asuntos de Cuba, siendo conveniente, por lo tanto, que fuera sustituído por otro que tuviera mejor voluntad. Tampoco tendría dificultad en darle una autorización á Rosado, cuando estuviera en el Gobierno, para que fuera á levantar fondos á París y formar la susodicha expedición, pues conocía á Rosado, sabía que era honrado, valiente é inteligente y reunía las condiciones necesarias para esa empresa. Pero que de hacer todo esto por actos espontáneos de su voluntad, á hacerlo como condiciones precisas para que se le entregara el dinero, había una distancia inmensa, pues en primer término se oponía su delicadeza, y después, él pensaba, si llegaba algún día á ocupar la presidencia, conservar su libertad de acción para obrar en todas circunstancias según sus propias inspiraciones y no por las de nadie.

Dijo Miguel Luis que Rosado no le exigía condiciones sino que se conformaba con una simple oferta que le hiciera. Contestó Aguilera que podía manifestarle, como cosa de él para Rosado, que Aguilera estaba dispuesto á todo ello, pero sin que se obligan directa ni indirectamente con Rosado ni con él á llevar á cabo perentoriamente los asuntos de que habían tratado. Quedó Miguel Luis de hablar con Rosado y preparar con él una reunión para aquella misma tarde.

Volvió Miguel Luis á avisar á Aguilera que Rosado y Govantes lo esperaban por la noche en casa del primero. Fué Aguilera y encontró solamente á Rosado pues Govantes no pudo concurrir. La entrevista de Aguilera con Rosado fué larga y un tanto acalorada por parte de aquél, pues se encontraba mortificado por la falta de cumplimiento de Varona y las condiciones que pretendía imponerle.

Dijo que la proposición de Varona era un arma de dos filos con la que intentaba en primer lugar anular á Aldama y después á él mismo (Aguilera) por cuyo motivo quería que todo lo que se tratase se consignara en un acta. No quiso oir á Rosado solo, porque dijo que siendo dos los comisionados no trataría formalmente del asunto hasta que los dos estuviesen reunidos. Por fin, convinieron en que la sesión tuviera lugar el día siguiente en casa de Govantes, y que Aguilera iría acompañado de Hilario Cisneros.

Reunidos al día siguiente en casa de Govantes, éste, Rosado, Aguilera é Hilario Cisneros y comenzada la sesión, principió Aguilera haciendo relación de su convenio con Varona antes de marcharse éste á París; reducíase á que tan luego como pusiese un cablegrama á Varona diciendo que tenía á su disposición los fondos de la Agencia General, Varona le remitiría los veintiún mil pesos. Dijo que parecía que el asunto había tenido algunas modificaciones y rogaba á los representantes del ciudadano Varona le manifestasen cuáles eran.

Contestaron Rosado y Govantes entregándole una carta de Varona en la que decían estaban consignadas las condiciones. Leyó Aguilera la carta, vió que decía á los comisionados que podían entregarle los fondos en poder de Mola, si se había hecho cargo de la Agencia General en virtud de la renuncia de Aldama. También decía que Aguilera se comprometía á llevar á cabo la expedición en todo el mes de noviembre; y caso de no

serle posible, por algún accidente imprevisto, entregaría el vapor que hubiese comprado con los referidos fondos al general Quesada ó á cualquier otra persona que tuviese auxilios de guerra para mandar á Cuba.

Por su parte Aguilera enseñó á los comisionados los cablegramas que había puesto á Varona, la contestación por cable de éste, la carta oficial que Aguilera había dirigido á Aldama pidiéndole los fondos y la contestación de éste. Informados unos y otros de los enunciados documentos, se manifestaron satisfechos los comisionados de que los fondos de la Agencia estaban á disposición de Aguilera, y manifestó Govantes que aunque la condición primera de sus instrucciones era que se entregasen los fondos á Aguilera si estaba en posesión de la Agencia General, y no lo estaba; sin embargo, tanto por el espíritu de la misma condición como por lo que ellos habían hablado con Varona, estaban persuadidos de que el deseo de éste era que Aguilera pudiese disponer de los fondos de la Agencia libremente, independiente de Aldama, lo que desde luego estaba reconocido así, tanto por la aserción de Aguilera como por la carta de Aldama que tenían á la vista. Finalmente, quedó concluído el negocio, quedando los comisionados en entregar á Aguilera la orden para recibir el dinero y darles éste el correspondiente recibo. Fué encargado Hilario Cisneros de redactar el acta del acuerdo, y mandar á los comisionados el borrador, por si tenían que hacerle alguna observación. Despidiéronse muy satisfechos, y más que todos Aguilera, porque al fin veía se iba convirtiendo en realidad lo que tanto había deseado.

Al día siguiente muy temprano fué Aguilera á casa de Hilario Cisneros. Le enseñó éste el borrador del acta, que Aguilera encontró bueno; sin embargo, manifestó Cisneros que sería conveniente que lo enseñasen antes á Echeverría para saber su opinión. Convino Aguilera, lo llevaron á Echeverría, éste lo leyó y lo encontró bueno también aunque le añadió algunos conceptos. Lleváronlo entonces á Rosado y Govantes, los que lo encontraron bien y convinieron en que se pusiese en limpio por triplicado para mandar un ejemplar á Varona, y que Aguilera y ellos tomasen los otros dos. Manifestó Rosado que no habiendo en poder de Mola más que quince mil pesos, sería conveniente que Aguilera se hiciese cargo de ellos inmediatamente, no fuera que por cualquier incidente Varona se arrepintiese y diese contra orden para la entrega. Los seis mil pesos restantes, ellos los pedirían al mismo Varona por cable. He aquí el acta:

"En la ciudad, condado y estado de Nueva York, el 29 de septiembre de 1874, en la morada del ciudadano José Joaquín Govantes, se reunieron los ciudadanos Francisco V. Aguilera, Mayor General del Ejército Libertador de Cuba, coronel Pío Rosado y J. J. Govantes en representación del ciudadano Carlos Varona, y el ciudadano Hilario Cisneros, invitado por el ciudadano Aguilera, con el objeto de evacuar los ciudadanos Rosado y Govantes una comisión que les encargaba el ciudadano Varona. El general Aguilera manifestó á los ciudadanos Rosado y Govantes que el sábado anterior, 26 del corriente, había recibido por conducto del ciudadano Hilario Cisneros una carta del ciudadano Varona con fecha 11 del corriente, en la que, entre otras cosas, le dice: "Que ellos venían comisionados por él para hacer la entrega de la cantidad de veintiún mil pesos que á nombre del general Quesada le había ofrecido", la cual carta estaba concebida en los términos siguientes:

"París, septiembre 11 de 1874.—Sr. General Francisco V. Aguilera.—Nueva York.—Estimado amigo: He recibido los dos telegramas de usted, diciendo el primero: "Todos los fondos en mi poder. Espero los suyos. Magnífico vapor en trato." Y el segundo: "Espero con urgencia contestación." Al primero de dichos despachos contesté á Hilario Cisneros por haber olvidado la dirección de usted, lo siguiente: "Cuenten con fondos solamente. Envío instrucciones." Después de expedido este

despacho recibí noticias de Nueva York en sentido contradictorio á lo convenido entre usted y yo, y lo anunciado en su primer telegrama citado; sin embargo, doy más crédito á las afirmaciones de usted, á pesar de que nada me dice respecto de la Agencia, lo que no ha dejado de extrañarme. En esta virtud y para evitar cargos y conflictos más tarde, autorizo á los ciudadanos Rosado y Govantes que salen para esa el trece ó catorce, para que en representación mía, cumplan lo que, en nombre del general Manuel Quesada, ofrecí yo á la Agencia General, y cuando ésta lo hubo rechazado á usted. La elección que he hecho de los mencionados ciudadanos será, sin duda alguna, aprobada por usted, de quien ellos, lo mismo que yo, son sinceros amigos y admiradores. Los fondos que yo dejé en Nueva York serán puestos á la disposición de usted á la llegada de mis comisionados, sí, como no lo dudo está usted en disposición y aptitud de llenar las condiciones estipuladas. No extrañe ni sienta usted que yo proceda con estas precauciones, porque más lo hago en beneficio de usted mismo que en el de mi representado. De las armas no me es posible disponer de momento para la empresa, porque he encontrado aquí instrucciones de Quesada que lo estorban. Es posible que más tarde pueda disponer de una pequeña parte de ellas en beneficio de una segunda expedición y así lo he ofrecido á Rosado para quien quedamos aquí trabajando. Será, pues, mejor que usted no espere más de por acá y no pierda un tiempo que es preciosísimo. Recordará usted que cuando Aldama rechazó definitivamente lo que antes había aceptado. le dije á usted que había autorizado á Quesada á disponer de cinco mil pesos de que se me habló en Nueva York; pues bien, á mi regreso aquí he encontrado un despacho de una casa de Lima en el que se me ordena depositar los cinco mil pesos en cuestión. A pesar de esta contrariedad, pienso entregar á usted por completo los veintiún mil pesos ofrecidos para la expedición. Recibí sus líneas del 24 del pasado y entregué á Rosado la que para él venía inclusa. Hoy estoy de prisa y refiriéndome para más pormenores á los señores Rosado y Govantes, me repito su afectísimo amigo.—*Carlos de Varona.*

Los C. C. Rosado y Govantes contestaron que las instrucciones que les habían dado para el cumplimiento de su comisión están consignadas en una carta que se leyó y que á continuación se copia:

"París, septiembre 13 de 1874.—C. C. Pío Rosado y J. J. Govantes.—Presentes.—Muy estimables compatriotas.—Vengo á confirmar por la presente las instrucciones verbales que he tenido el gusto de darles, para el mejor desempeño de la misión patriótica que á mis ruegos se han servido aceptar. Habiendo el señor Agente General de la República de Cuba rechazado los elementos que en nombre del mayor general Manuel de Quesada le ofrecí yo, para hacer posible el inmediato envío á Cuba de una expedición, según consta de un acta extendida y firmada en la ciudad de Nueva York, el 12 de Agosto del pasado, acordamos el general Francisco V. Aguilera y yo, lo siguiente: Que el general Aguilera, aceptando la indicación hecha por el agente general, recibiera de éste la Agencia, con todos los elementos de que ella disponía, ascendentes á veinticinco mil pesos en efectivo; que yo, una vez verificado esto, pusiera á disposición del general Aguilera los veintiún mil pesos ofrecidos á su antecesor, bajo las condiciones mismas impuestas á aquél, á saber: Primero.—El General Aguilera con los elementos de la Agencia y los veintiún mil pesos de Quesada se obliga á organizar y á conducir á Cuba una expedición de pertrechos de guerra. Segundo.—La expedición deberá habilitarse para salir en el término más breve posible, sin que en ningún caso dicho plazo pueda extenderse, más allá del 30 de noviembre próximo. Si á la espiración del plazo indicado y sin que lo hubiese estorbado caso de fuerza mayor, el general Aguilera no hubiera podido realizar su empresa expedicionaria, queda entendido y convencido que deberá devolver la suma que tendrá percibida, á no ser que la hubiere invertido en la com-

pra de un vapor para el servicio de nuestra República, en cuyo caso, el vapor así obtenido podrá ser utilizado por el general Quesada ó por cualquier otro cubano que justifique tener elementos que llevar ó enviar á Cuba.

"Si el general ratifica este convenio, como no lo dudo, y está en posesión de la Agencia y de sus elementos, ponen ustedes á su disposición la suma de quince mil pesos que percibirán del señor Aurelio Mola en virtud de la orden adjunta. Por los seis mil restantes les enviaré una libranza á la vista al primer aviso de ustedes de que todo está conforme. El recibo ó recibos que deberán ustedes tomar del señor Aguilera, se extenderá en la forma siguiente: "He recibido del señor Carlos de Varona, por intermedio del coronel Pío Rosado y J. J. Govantes y cuenta del general Manuel de Quesada, la suma de......pesos, para ser aplicados á la realización de la expedición que me he obligado á organizar y conducir á Cuba libre antes de que espire el mes de noviembre próximo." Excusado me parece hacer á dos patriotas tan probados é inteligentes como ustedes, otras recomendaciones. Lo que desea el general Quesada es que nuestros hermanos reciban pronto auxilios. Eso mismo deseo yo, eso mismo desea el dignísimo patriota Aguilera y eso mismo desean ustedes. Unamos, pues, todos nuestros esfuerzos, para que sin más demoras que las necesarias, reciban aquellos héroes las armas que tanto necesitan. De ustedes, afectísimo amigo y compatriota.—*Carlos de Varona.*

"El ciudadano Aguilera, impuesto de este último documento, dijo: Que el ciudadano Varona no había impuesto por condición que el ciudadano Aldama había de renunciar á la Agencia General, ni él se consideraba facultado para exigirle la renuncia; que el único que habló de este particular fué el mismo Aldama en una de las conferencias que tuvo lugar con el ciudadano Varona, en la morada de éste; que la sola condición impuesta por el ciudadano Varona para la entrega de los fondos del mismo á Aguilera, cuya condición se ha llenado, según lo comunicó al ciudadano Varona en telegrama del 2 del corriente y carta de la misma fecha y lo confirma la carta que escribe á los comisionados, y la que con fecha 25 del mes pasado le dirige el ciudadano Aldama en cuyo párrafo segundo se leen estas palabras: "en este concepto, excusado parece que yo haga presente al general Aguilera que puede contar con los recursos de que dispone la Agencia para la realización de su planes, á los cuales subordino desde luego todos mis trabajos y atenciones." En virtud de lo cual; dijo el ciudadano Aguilera, acepta las condiciones nombradas primera, segunda y tercera, que el ciudadano Varona establece en la carta de condiciones á sus comisionados, haciendo, sin embargo, presente á estos que el ciudadano Varona ha demorado veinticinco días la remisión de los fondos, y de momento la entrega de seis mil pesos menos de los ofrecidos, los cuales le harán falta en los planes que tenía ya arreglados. Los comisionados Rosado y Govantes, teniendo presente: primero, que aunque en el primero y séptimo párrafo de la carta de instrucciones del ciudadano Varona parece expresarse que era una condición la renuncia de la Agencia por parte de Aldama, y que estuviese hecho cargo el ciudadano Aguilera de ella; del tenor de toda la carta se desprende que era el objeto del ciudadano Varona procurar que el ciudadano Aguilera estuviese en posesión de todos los fondos de la Agencia, para que reunidos con los que él le facilitaba pudiese organizar una regular expedición, cuyos deseos quedan cumplidos con el hecho de haberse puesto á disposición del ciudadano Aguilera todos los fondos de la Agencia y de expresar terminantemente el ciudadano Aldama que subordina todos sus trabajos y atenciones á la realización de los planes del ciudadano Aguilera; lo cual equivale virtualmente á una renuncia para el objeto de que se trata; y segundo, que es indudable que la mente del ciudadano Varona no ha sido otra que proporcionar los medios para que en breve plazo se envíen eficaces auxilios al Ejército Libertador,

pues en el último párrafo de la carta de instrucciones se expresa en los términos que se trancriben: "Excusado me parece hacer á patriotas como ustedes otras recomendaciones. Lo que desea el general Quesada es que nuestros hermanos reciban pronto auxilios. Eso mismo deseo yo, eso mismo desea el dignísimo patriota Aguilera, y eso mismo desean ustedes. Unamos, pues, todos nuestros esfuerzos para que, sin más demoras que las necesarias, reciban aquellos héroes las armas que tanto necesitan." Acordaron hacer desde luego entrega al ciudadano Aguilera de los quince mil pesos entregados por el ciudadano Varona y pedir á éste por telegrama los seis mil pesos restantes, á cuyo efecto comisionan al ciudadano Hilario Cisneros para que á nombre de éstos ponga al ciudadano Varona un telegrama que diga: "Conforme, esperando libranza. Rosado-Govantes."

El ciudadano Aguilera expresó que se congratulaba del resultado de esta conferencia, pues con esos recursos podría llevar una buena cantidad de materiales de guerra á sus hermanos que pelean en el campo de la patria. Que á virtud de este acuerdo está dispuesto á otorgar á los C. C. Comisionados un recibo en la siguiente forma: "He recibido del señor Carlos Varona por intermedio de los señores coronel Pío Rosado y J. J. Govantes y cuenta del mayor general Manuel Quesada la suma de quince mil pesos, para ser aplicada á la realización de la expedición que me he obligado á organizar y conducir á Cuba libre, antes que espire el mes de noviembre próximo." Conforme con esto los Comisionados, se acordó levantar esta acta, y hacer firmar tres ejemplares de ella, uno para el ciudadano Aguilera y los otros dos para los Comisionados.—*F. V. Aguilera.*—*P. Rosado.* —*Hilario Cisneros.*—*J. J. Govantes.*"

Finalmente recibió Aguilera los quince mil pesos de manos de Aurelio Mola por orden de Varona, cuya cantidad depositó en el banco "Manhattan" que era uno de los principales de la ciudad.

Hablando después Aguilera con Echeverría, manifestó este que ya que había conseguido el dinero de Varona, no tratara de sofocar á Aldama. El lo cogería friamente y le diría que había ofrecido auxiliar la expedición de Aguilera y era necesario que lo hiciese, aprontando todo lo que faltase, so pena de quitarse la careta y volverse "sinvergüenza": palabras textuales. Mucho esperaba entonces Aguilera de los buenos oficios de Echeverría, sin embargo, nunca se ilusionó hasta el extremo de creer que la influencia de éste llegase hasta el punto de conseguir de Aldama ese desprendimiento.

CAPITULO VII

SEPTIEMBRE Y OCTUBRE 1874

CRECIDO PRESUPUESTO QUE HACE ALDAMA PARA LA EXPEDICION.—AGUILERA DICE QUE DEBEN LIMITARSE A LOS RECURSOS CON QUE CUENTAN.—CONFERENCIA DE N. TORRES CON AGUILERA.—ESTA DESENGANADO DE ALDAMA.—PROPONE FORMAR UNA NUEVA SOCIEDAD.—AGUILERA LE DICE ESPERE SU MARCHA A CUBA.—PRESUPUESTO DE H. CISNEROS.—ALDAMA DICE "SE RESERVA PARA EL ULTIMO".—AGUILERA REBATE LA PROPOSICION DE ALDAMA.—ALDAMA OFRECE SALIR A RECOGER FONDOS—REPULSA QUE RECIBE ALDAMA.—AGUILERA REITERA SU PROYECTO.—ECHEVERRIA INSISTE EN EL FLETAMENTO.—AGUILERA REBATE LAS RAZONES DE ECHEVERRIA.—DICE QUE QUIERE ARMAR SU VAPOR.—FUERTE OPOSICION POR ALDAMA Y ECHEVERRIA.—SE TRATA DE UN VAPOR DEL YERNO DE ALDAMA. — REFLEXIONES DE ECHEVERRIA.— CONTESTACION DE AGUILERA.—DIEZ DE OCTUBRE.

Fueron Aguilera é Hilario Cisneros á ver á Aldama para ponerse de acuerdo con respecto á la expedición, reuniéndose los tres en la oficina de la Agencia. Empezó Aldama haciendo por escrito un presupuesto de los efectos necesarios para aquella, poniendo valores muy subidos, ascendiendo todo á veinticinco mil pesos. Añadió que suponiendo que pudiesen conseguir el vapor "América" por treinta mil pesos, reservándose dos mil más para imprevistos, la expedición ascendería á unos cincuenta y siete mil pesos. Pasando á los fondos que había, dijo que eran éstos quince mil pesos de Varona, diez y siete mil pesos de la Agencia y dos mil de la sociedad "Amigos de Cuba", total treinta y cuatro mil pesos. Tenían, por lo tanto, un déficit de veintitres mil pesos. Para llenar este, propuso buscar seis cubanos ricos que se hiciesen cargo de garantizar los quince mil setecientos pesos de los materiales de guerra y él entraría en el número de esos cubanos.

Hilario Cisneros que oía á Aldama con mucha atención, cuando concluyó le dijo que iba á tomar nota del presupuesto y al día siguiente le presentaría otro suyo más bajo. Villegas, que entre tanto se les había unido, aprobó lo propuesto por Cisneros.

Aguilera, violento porque penetraba la intención de Aldama, de hacer imposible su expedición, contestó que si esta dependía de que hubiese en Nueva York seis cubanos que garantizasen los veinte mil pesos que faltaban, estaba persuadido de que no la realizaría nunca, porque los conocía á todos. Dijo que el medio propuesto por Aldama no le parecía aceptable, y su parecer era que se comprase inmediatamente el vapor y el Agente lo despachase en el acto con las cien mil cápsulas que ya tenían adquiridas, la batería de artillería compuesta de seis cañones con cuatrocientos tiros cada uno, las medicinas y otros elementos que ya tenían también. Que aunque esos elementos pudiesen parecer pocos, al regreso del vapor sería más fácil conseguir dinero suficiente para mandar otra buena expedición, porque todas las emigraciones contribuirán gustosas al ver el resultado positivo de la primera. De no hacerlo así, pasarían el tiempo como hasta entonces, no harían nada é irían mermando los fondos en su poder.

Manifestó Aldama que esos eran muy pocos recursos para una expedición. Que el vapor no debía comprarse hasta última hora por los muchos gastos que originaba.

Repuso Aguilera que si esos recursos eran pocos, menos serían si no se mandaban ningunos. Que visto el gran déficit del presupuesto hecho por Aldama, se ratificaba en que debían limitar sus aspiraciones á los medios con que contaban; mucho más en el caso presente cuando tan importante era que la expedición saliese inmediatamente, para cumplir lo pactado con Varona y llegar él á Cuba sin más demora, como lo exigía su deber.

Contestó Aldama que no había el peligro que temía Aguilera de que la expe-

dición no pudiese salir. El estaba seguro de que poniendo cada uno algo de su parte, Aguilera podía llevar á Cuba una buena expedición. Villegas se adhirió á la opinión de Aldama. Cisneros apoyó á Aguilera manifestando que debía comenzarse por la compra inmediata del vapor y despachar la expedición para Cuba con los elementos que hubiese.

Convinieron en reunirse al día siguiente para examinar el presupuesto que presentaría Cisneros.

Estando por la noche Aguilera en su casa, llegó solicitándolo el joven N. Torres para tener una entrevista. Condújolo Aguilera á la sala y comenzó el joven diciendo que era representante de un grupo de emigrados que lo habían comisionado para que le consultase las bases de una nueva sociedad que pensaban establecer, con objeto de centralizar todas las emigraciones y mandar recursos á Cuba, ya que el Agente General no se ocupaba en cumplir ese deber. Después de mucho discutir dijo Aguilera que por motivo del cargo oficial de que estaba investido, no podía darle libremente su opinión sobre el asunto que le consultaba. El no dudaba la patriótica intención que los movía; pero la formación de esa nueva sociedad en los momentos porque él atravesaba podía entorpecer su viaje á Cuba, que estaba resuelto á verificar en todo el mes de noviembre, aunque fuese en una tabla. Por último, le agradecería que no tocase ese particular hasta después de su marcha para evitar cualquier entorpecimiento. Quedó el joven Torres en manifestarlo así á sus comitentes.

A las doce y media del día siguiente concurrió Aguilera á la cita en la oficina de la siciedad. Reuniéronse además de él, Aldama, Villegas, Echeverría, Hilario Cisneros y Martín Rivero. Invitó Aldama á Cisneros á que expusiese su proyecto. Manifestó éste que era muy sencillo, pues consistía en que limitasen la expedición á los recursos que tenían. Si no podían comprar un vapor de treinta mil pesos lo compraran de doce ó quince mil y de esa manera fueran reduciendo los demás gastos hasta equilibrar el presupuesto con el capital.

Contestó Aldama que era absolutamente imposible rebajar el presupuesto, pues se había fijado el mínimum. Quiso saber Echeverría cuál era el capital y el presupuesto. Contestó Aldama que el capital era treinta y cuatro mil pesos y el presupuesto cincuenta y siete mil, explicando los detalles de uno y otro.

Preguntó Echeverría á Aldama que con cuánto pensaba contribuir él, para agregarlo. Contestó éste según tenía de costumbre, que se reservaba para el último. Manifestóle Echeverría que eso era lo mismo que decir que no contribuía con nada, porque no definiendo la suma no se podía contar con ella para formar la base de ningún cálculo. Manifestó Aldama lo de siempre respecto á su reserva y no fué posible que Echeverría, á pesar de sus enérgicos razonamientos, pudiera conseguir otra respuesta de Aldama, que la de que "se reservaba para el último."

Manifestó Aguilera que sentía mucho diferir de la opinión de todos los allí reunidos, porque aunque convenía con Cisneros en que la expedición debía ajustarse á los recursos con que contaban, difería respecto á lo del vapor, pues creía debía comprarse el "América" aunque costara treinta mil pesos. Dijo que no juzgaba difícil conseguir cuatro ó cinco mil pesos más de la emigración para unirlos á los cuatro mil restantes; y además, no debía echarse en olvido que aún faltaban seis mil pesos de la cantidad ofrecida por Varona. Añadió que ya tenían adquiridas cien mil cápsulas, seis cañones con dos mil cuatrocientos tiros y algunos revolvers, machetes, medicina y ropa, y todo esto formaba una regular expedición, y tan era así, que ninguna de las de Quesada y Aguero habían llevado á Cuba tanto material de guerra. Además, manifestó que el indicado vapor no podía llevar más de ochenta ó cien hombres de desembarco; que no tenían ninguna combinación hecha en las costas de Cuba para que los aguardase fuerza alguna, que las cien mil cápsulas solamente necesitaban más de cincuenta

hombres para que las cargasen y los cañones y municiones de éstos, necesitaban mucha más gente, sin la que se invertiría en llevar los demás efectos. Por este motivo indicaba que aún cuando hubiese más material de guerra no podría ir en ese viaje, pues sería exponerlo á que se perdiera por falta de gente que lo cargara en tierra.

Insistió Aldama en que con un poco de diligencia, Aguilera podría llevar á Cuba, en las mejores condiciones, una expedición mucho más importante. Dijo que él estaba dispuesto á trabajar para ello y finalmente se acordó que al día siguiente (domingo) saliese Aldama á visitar á Bramosio, Angarica, Rivas y José Govín, para saber con lo que estos patriotas estaban dispuestos á contribuir, y el lunes volverían á tener otra reunión en el mismo lugar á fin de saber el resultado y decidir definitivamente.

Al salir á la calle Echeverría y Cisneros, manifestaron á Aguilera que estaban persuadidos de que si la expedición había de salir pronto, no tenían otro camino que el propuesto por él. Sin embargo, ninguno de ellos durante la sesión dijo una palabra en apoyo de Aguilera; todos se sometieron al proyecto imposible de Aldama. También manifestaron no tener ninguna esperanza en que el proyecto de Aldama diese resultado favorable.

A las doce del día indicado se reunieron en la oficina de la sociedad, Echeverría, Villegas, Pedro Martín Rivero, Hilario Cisneros, Aldama y Aguilera. Manifestó Aldama que el día anterior había estado á visitar á uno de los cuatro individuos que se proponía, cuyo nombre reservaba. Lo había recibido muy mal, negándose terminantemente á contribuir para Cuba bien fuese dando ó prestando dinero ó sirviendo de fiador. Dijo que había salido tan desconcertado, que no tuvo aliento para seguir viendo á los demás, pues si el más rico se negaba de una manera tan rotunda ¿qué podría esperar de los otros?

Solamente Aldama se hubiera expuesto á un resultado igual. Sabido era ya de todos los emigrados que él estaba negado á dar nada para Cuba; y para disimular su antipatriótica resolución, en todas las suscripciones se negaba á precisar con cuanto contribuiría, diciendo que "se reservaba para el último", enfriando de esta manera el entusiasmo de los demás. Natural era que si el potentado Aldama, el hombre más prominente de la revolución en el exterior, el representante del gobierno de Cuba Libre, se mostraba con tanta tibieza para con la causa que tenía á su cargo ¿qué entusiasmo podría despertar en los otros menos obligados que él, para inducirlos á que hicieran lo que él no estaba dispuesto á hacer? Esta conducta antipatriótica tenía predipuestos contra él á todos los emigrados adinerados, que no querían ser ellos los sacrificados y Aldama quien se llevase la gloria de realizar patrióticas empresas, sin sacrificio alguno de su parte. Por eso cuando se acercaba á ellos para alguna suscripción, ó bien se encontraba con una dura repulsa, como la que él mismo acababa de referir, ó simplemente con alguna negativa.

Obtenido este nuevo desengaño, que ya Aguilera había previsto, se procedió á ver lo que se resolvía.

Manifestó Aguilera que persistía en su proyecto del sábado anterior y era comprar el vapor "América" dando por él treinta mil pesos; y con los cuatro mil restantes y otros cuatro mil que podrían reunir entre los centros de tabaqueros, otros emigrados pobres y algunos ricos, tendrían para la habilitación de carbón, víveres, tripulación, etc. Además tenían de reserva los seis mil pesos pendientes de Varona. Con respecto á los materiales de guerra dijo que había reunidos los que él podría llevar por razón de que con los ochenta ó cien expedicionarios que lo acompañarían, y que eran todos los que cabrían en el vapor, no había suficiente para cargar cien mil cápsulas, seis cañones con dos mil cuatrocientos tiros y demás efecto de medicina, ropa, etc., que llevaría.

Contestó Echeverría que él había opinado de la misma manera; pero que le habían propuesto después el fletamento de un vapor bueno que resultaría más económico y podría entonces mandarse

el número de armas y municiones que deseaba Aldama, porque podría también aumentarse el número de expedicionarios á ciento cincuenta ó doscientos hombres.

Rebatió Aguilera lo propuesto por Echeverría, manifestando los inconvenientes que tenían los fletamentos, pues además de exigir los dueños que se les abonase casi lo que valía el vapor, por la clase de empresa en que iba á comprometerse, era necesario al mismo tiempo ir sometidos á la voluntad del capitán y tripulación, quienes al primer obstáculo para el desembarco, por el encuentro de algún buque de guerra, etc., ya se hacía más difícil volver á hacerlos acercar otra vez á la costa. Encareció igualmente el corto tiempo de que disponían, sobretodo cuando á Echeverría no le habían fijado término para darle la razón del vapor que proponía.

Contestó Echeverría que la proposición de fletamento se admitiría, tan solo si era económica, en cuyo caso tratarían de salvar todas las otras dificultades que Aguilera acababa de manifestar; finalmente, que podría fijarse un corto término para tener razón del vapor. Interpeló entonces á Aguilera diciéndole que lo que importaba saber era si á él le gustaba la proposición.

Manifestó Aguilera que, con franqueza, no le gustaba porque contrariaba completamente sus proyectos. El deseaba comprar el vapor "América" porque era un buque fuerte y veloz y tenía intenciones de montar una pieza de artillería para defender la expedición en alta mar, caso de ser atacado por algún buque de guerra español; con el fletamento no podría realizar su propósito.

Contestaron Aldama y Echeverría que ese proyecto era absolutamente de imposible realización por muchos motivos; porque los buques españoles llevaban cañones de mucho más calibre que el suyo; porque sería detenido en cualquier puerto de los Estados Unidos en que tratase de montar el cañón; porque sería declarado pirata por todas las naciones del mundo; porque los cañones del "Hornet", de que podían disponer, estaban comprometidos con el armero Hartley, porque Summer se resistiría á mandar el vapor y tampoco encontraría tripulación que quisiese ir, y, finalmente, por otras razones más especiosas que sólidas.

A estos argumentos contestó Aguilera. Primero: que con respecto á los inconvenientes de montar un cañón en el vapor, aunque fuera cierto lo que manifestaban Aldama y Echeverría, él arrostraría esos inconvenientes pues no era su objeto tan solo sacar de allí la expedición, sino desembarcarla á salvo en Cuba; y era incuestionable que ésto se lograría más fácilmente teniendo elementos con que defenderla en el mar que no presentándose inerme ante el enemigo, como pasó al "Virginius". Si éste hubiera llevado un cañón no hubiera sido apresado, ó por lo menos, todos los expedicionarios hubieran muerto con gloria, peleando en la mar en vez de ser conducidos y fusilados en Santiago de Cuba. Segundo, él no se proponía montar el cañón en ningún puerto de los Estados Unidos sino que llevaría abordo preparadas las curvas para fortalecer la popa ó proa del buque, conduciendo en una goleta todo lo necesario para armarlo en alta mar por medio de tornillos. Tercero, al aceptar combate con un buque español, lo haría izando la bandera cubana para no comprometer á los Estados Unidos ni ninguna otra nación. Cuarto, no podría ser declarado pirata, por no haber hecho presa alguna y aunque así fuera sufrirían las consecuencias si las circunstancias lo exigían. Quinto, no necesitaba de los cañones del "Hornet" porque tenía conseguida una coliza rayada de á 16 de un alcance extraordinario. Sexto, no necesitaba del capitán Summer ni de su tripulación, caso que aquél no quisiese correr el riesgo, pues contaba con cubanos que muy contentos afrontarían esos peligros al par que él. Fué así rebatiendo todas las demás razones opuestas por Aldama y Echeverría.

Así que concluyó de hablar Aguilera, le reiteró Echeverría que diese la repuesta sobre la admisión ó no del plan de fletamento y sobre el tiempo que debía fi-

jarse al fletador para precisar su proposición.

Teniendo Aguilera á todos los demás en contra, sin que ninguno lo apoyase, no quiso que pudiese tachársele de temerario, sobre todo cuando decía Echeverría que el fletamento podía conseguirse barato y señalarse un plazo corto; por consiguiente, dijo que el viernes próximo iba á salir Juan Luis Pacheco para Jamaica con objeto de pasar á Cuba libre á llevar una correspondencia importante de Aldama, y al mismo tiempo dejar establecida una combinación á fin de que hubieran algunas fuerzas en las costas de Cuba esperando su expedición. Por consiguiente, era necesario que para el jueves próximo tuviese Echeverría la proposición definitiva del fletador, cosa de poder reunirse á las doce para resolver. Quedó así acordado y terminada la sesión.

Cuando hubieron salido de la oficina se acercó Echeverría á Aguilera y trató de probarle que todo su plan era irrealizable, pues le dijo que el buque de guerra español podía lanzar á la mar cuatro ó cinco botes con cien hombres cada uno, para apresar el vapor, cosa que conseguiría por ser triplicado el número de hombres comparado con el que él llevaría. Contestó Aguilera que ni los buques españoles tenían botes en que cupieran cien hombres á cada uno, ni podrían alcanzar al vapor por poco que éste anduviese.

Como Aldama hubiera citado á Aguilera para que fuera á su escritorio á las tres de la tarde, encaminóse este allí á dicha hora. Aldama le enseñó una carta de Márquez, Agente cubano en el Perú, en la que decía que por ahora no podía conseguirse del gobierno más que los doscientos mil soles ofrecidos en bonos del Estado. Hablaba también de la conducción de las armas, y municiones en el buque de vela y decía que sería conveniente que el vapor fuera á Venezuela para que allí dispusiera de él ó lo vendiera, pues el general Prado no quería que el referido vapor fuera vendido en Chile. Según le manifestó esta vez Aldama, el vapor era magnífico y muy parecido al "Hornet".

Le dijo igualmente que los doscientos mil soles se invertirían en abonarle al general Prado ochenta mil pesos, quedando tan solo un resto de cuarenta mil pesos, los cuales se emplearían en llevar el vapor del Perú á Venezuela y las armas y demás efectos á Colón. Manifestando Aguilera extrañeza de que sólo quedasen cuarenta mil pesos después de pagarle los ochenta mil al general Prado, dijo Aldama que el "sol" valía mucho menos de un peso, y además se pagaban en bonos del Estado que también tenían descuento.

Fué Juan Luis Pacheco á despedirse de Aguilera para Cuba. Este le entregó la correspondencia que consistía en cartas para Salvador Cisneros, Modesto Díaz y otros amigos en Cuba libre. Se puso de acuerdo con él para que le mandase de Kingston algunos prácticos de la costa Norte y Sur de la Isla y le dió instrucciones para que se estableciesen vigías en la costa Sur de Cuba, de noviembre en adelante. Le recomendó que averigüara en Kingston donde estaban situados los campamentos españoles para no tener encuentro con ellos, remitiéndole la noticia con los mismos prácticos.

Habiendo recibido Aguilera una carta de Echeverría diciéndole que fuera á verlo para darle la razón del fletamento, fué á su casa. Le manifestó Echeverría que el fletamento estaba conseguido; pedían diez y nueve mil pesos, pudiendo Aguilera poner al capitán Summer y tripulación á su gusto, quedando los sueldos del capitán y tripulación inclusos en la referida cantidad, lo mismo que el costo de la goleta para conducir las armas y expedicionarios.

Preguntóle Aguilera cuál era el nombre del vapor, las millas qué andaba los expedicionarios que podía llevar, etc.

Contestó Echeverría que el vapor era el "Tahivi", podía llevar hasta cien hombres y su marcha era de ocho á nueve millas por hora. Después de discutir algún tiempo el pro y el contra del proyecto, reveló Echeverría á Aguilera que el referido vapor lo compraba Delmonte, yerno de Aldama, quien espera-

ba la contestación de Aguilera para cerrar el trato si el fletamento se llevaba á cabo. Por último, pidió Echeverría que le dijera con toda franqueza, cuál era su opinión respecto á aquella operación, pues él, sólo se proponía servir la causa de Cuba prescindiendo de toda especulación particular.

Contestó Aguilera que estaba persuadido de que tendría un noventa por ciento de probabilidades de un encuentro en las costas de Cuba con un buque de guerra español, por las razones siguientes: Primero, porque el gobierno español sabía que los cubanos no tenían más que dos cuerpos de ejército: el de Camaguey y el de Oriente. Segundo, porque dicho gobierno comprendía con fundadísima razón que ni él ni nadie se lanzaría por Camaguey con una pequeña expedición, sin medios de defensa, porque sería una gran locura. Tercero porque comprendiendo asimismo que la expedición no podía desembarcar por otro lugar que Oriente, sabía igualmente que la costa que presentaba más acceso para un desembarco era la del Sur, entre Santiago de Cuba y Cabo-Cruz; en la del Norte sabía que los cubanos no tenían ninguna fuerza que pudiera recibirla. Esta deducción se veía corroborada por los desembarcos en esas costas de las expediciones de Aguero y de Quesada y porque en ella fué capturado el "Virginius", lo mismo que por las comunicaciones que tenían con Cuba libre las que efectuaban por allí también.

Manifestó Aguilera que con estos antecedentes era incuestionable que el gobierno español habría de redoblar su vigilancia por esa costa desde el momento que supiera que él había salido para Cuba, lo que sabría inmediatamente por los innumerables espías que lo rodeaban.

Sentadas estas premisas dijo que la expedición no podía salvarse más que de dos maneras: bien yendo en un vapor de mucho andar, siquiera de diez á once millas por hora, para que no pudiera ser alcanzado por el de guerra español mientras llegara la noche, ó yendo con medios de defensa con que mantener á raya al enemigo. Según sus informes el vapor "Tahivi" era de una construcción parecida á la del "Perit", que había llevado la expedición de Javier Cisneros, y hubo días que á penas anduvo seis millas por hora. De consiguiente manifestó que al vapor "Tahivi" faltaban las dos circuntancias indispensables para salvar la expedición, pues ni podía llevar una pieza de artillería, por ser fletado, ni su andar pasaría de ocho millas, cuando cualquier vapor español de los que estaban vigilando la costa andaba mucho más. Por todas estas razones manifestó que no estaba por el fletamento del "Tahivi" y sí por la compra del "América" que reunía ambas circunstancias, es decir, andaba diez ú once millas, y al mismo tiempo podía montarse en él un cañón para su defensa.

Contestó Echeverría que quizás el capitán Summer no querría embarcarse en el vapor caso de que llevase el cañón, y probablemente Aguilera no encontraría otro capitán. Contestó Aguilera que extrañaría en él esa conducta, pues dada la seguridad de que si los españoles los apresaban en el mar, no escaparían ni las ratas, no comprendía como Summer prefiriera que lo matasen indefenso, á morir peleando lleno de gloria, sobre la cubierta de su buque. Por fin, dijo Aguilera que si Summer no quería ir, no sería eso inconveniente, pues él tenía otros capitanes extranjeros y criollos que irían gustosos. Preguntó Aguilera si no creía que Aldama contribuyera con algún efectivo para su expedición. Contestó Echeverría que le parecía que no. Despidióse Aguilera diciendo Echeverría que iría á llevar á Delmonte la contestación negativa sobre el fletamento del vapor.

Pasó de allí Aguilera á casa de Hilario Cisneros, quien estaba enfermo. Le refirió su conferencia con Echeverría y dijo Cisneros que dentro de dos días contaba poder ir á su oficina; entonces daría modo de comprar el vapor "América" y que se hiciera la expedición. Manifestóle Aguilera sus temores de que Aldama siguiera amontonando dificultades, entonces con mayor razón, pues al interés que podía tener en hacerlo quedar mal con Varona, se uniría su disgusto por la no aceptación del pro-

yecto de fletamento del vapor de su yerno. Contestó Cisneros que aunque fuera así, para eso estaban ellos dispuestos todos á trabajar.

Concluye Aguilera la anotación de este día en su "diario" de esta manera: "Hoy, 10 de Octubre. ¡Cuántos recuerdos desde el día 6 de Octubre de 1868 que salí de Santa Gertrudis para Cabaniguán! ¡Cuánta experiencia adquirida en estos seis años! ¡Quiera el cielo que el séptimo aniversario lo pasemos en nuestra patria redimida, tranquilos y felices al calor del radiante sol de la libertad....!

A la mañana siguiente fué Aguilera con su familia á la iglesia del padre Palma que daba una fiesta en conmemoración del día anterior (10 de octubre). La función fué magnífica, cantó brillantemente la señora Amalia Simoni, la concurrencia fué muy numerosa, no faltando en ella Aldama, Angarica, Echeverría y otros muchos hombres prominentes de la emigración. Antes de entrar en el templo se acercaron á Aguilera Aldama y Echeverría. El primero le dijo que había mandado á examinar un famoso yatch que le habían propuesto, que acababa de llegar de Europa, haciendo el viaje casi en el mismo tiempo que cualesquiera de los vapores de las primeras líneas; podían darlo muy barato porque ya no lo necesitaban. Poco agradó esta noticia á Aguilera, porque la consideró como otro proyecto dilatorio de Aldama.

CAPITULO VIII

OCTUBRE 1874

COMPRA DEL VAPOR "OCTAVIA".—LA EMIGRACION DESCONFIA DE ALDAMA.—FERNANDO LOPEZ QUERALTA Y LOS ARTILLEROS.—RECIBE AGUILERA EL RESTO DEL DINERO DE VARONA.—EL PATRIOTA MIGUEL CANTOS.—CONTRIBUYE CON $5,000 PARA LA EXPEDICION.—CANTIDAD QUE CANTOS HABIA DADO A ALDAMA.—CAVILOSIDADES DE AGUILERA.—SU PRUDENCIA.—SOLO CON ELLA HUBIERA PODIDO SOSTENER AQUELLA SITUACION.—FRACASO DE ZAMBRANA.—PRETEXTO QUE DESEABA ALDAMA.—QUERIA EXCUSAR TODO DESEMBOLSO MONETARIO.—DESESPERADA SITUACION DE AGUILERA.

Recibió Aguilera una carta de Aldama en que lo citaba á su oficina para el día siguiente, pues tenía que comunicarle un asunto de importancia. Concurrió Aguilera llevando consigo á Aguiar por si acaso le era necesario. Reunido con Aldama le preguntó éste qué le parecía la compra del vapor "Octavia". Aguilera, que esperaba le hablase del nuevo yatch de dos días antes, quedó sorprendido. Continuó diciendo Aldama que el dueño del "Octavia" estaba para quebrar, y en la actualidad podría conseguirse el vapor por menos de veinticinco mil pesos. Dijo que era mucho mejor que el "América" pues Summer y Aguiar le habían informado así. Comprando ese vapor tendrían economías; pero era necesario que Aguilera se dicidiera pronto, pues tenía que dar la razón definitiva aquel mismo día. Notando que estaba allí Aguiar dijo que podrían llamarlo para oir su opinión, á lo que convino Aguilera. Llamaron á Aguiar, é informado manifestó que indudablemente era el "Octavia" el mejor buque que podrían adquirir con tan poco dinero Refirió todas las ventajas que tenía sobre los otros que había visto, tanto por lo fuerte de su construcción cuanto por su potente máquina, mucho andar, poco calado, etc.

Objetó Aguilera que sabía que el "Octavia no tenía calderas y el ponérselas era cuestión de tiempo pues podía tardar cuarenta ó más días según le habían informado.

Manifestó Aldama que las calderas podían estar listas antes de un mes, pues él las encargaría al dueño del taller que estaba trabajando en las máquinas de su refinería, trabajo que importaba más de ciento cincuenta mil pesos y estaba seguro de que no solamente las despacharía en el más corto tiempo posible, sino que

las haría tan solo por el costo, en consideración á las razones dichas.

Viendo Aguilera tan animado á Aldama y descansando en los buenos informes de Aguiar, contestó que admitía desde luego la compra del vapor "Octavia", pero era necesario que aquel mismo día se cerrase el trato para empezar á trabajar en las pailas desde el día siguiente si era posible. Quedó Aldama en ver al dueño del vapor y comprarlo inmediatamente.

Fué de allí Aguilera á ver á Hilario Cisneros y manifestarle lo pasado con Aldama. Cisneros celebró mucho la compra del "Octavia". Volvió al día siguiente Aguilera al escritorio de Aldama á saber lo que había de nuevo. Manifestóle éste que había ofrecido veinte mil pesos en efectivo y cinco mil en bonos de Cuba á razón de cinco centavos el peso, y estaba aguardando la contestación. Como Aldama salió para Wall Street diciendo á Aguilera que volviera á las tres, estuvo éste allí á la indicada hora, y viéndolo Aldama preguntó á su dependiente si había estado allí el corredor mister Brown. Contestó aquél que sí y había hablado con Delmonte; más, como este se había marchado para su casa, dijo Aldama que ya no podría saberse la razón hasta el día siguiente; dijo á Aguilera que descuidase, que él haría todas las diligencias para que la compra se realizase de seguida. Díjole también que ya tenía ajustadas las calderas en cuatro mil pesos las dos. Marchóse Aguilera, considerando la razón que tenían los que pensaban que la revolución de Cuba ganaría mucho si Aldama no tuviera las refinerías.

Habiendo sido citado Aguilera por el patriota Barnés, para la oficina de la sociedad, fué allí, y encontró á éste con Aguiar y Vicente Mestre. Reunidos los cuatro manifestó Barnés que quería tener aquella entrevista con él para saber lo que debía hacer. Que la emigración desconfiaba de Aldama. Se sabía que habían llegado cartas de Cuba libre diciendo que la situación allí era desesperada, por lo cual era necesario tomar pronto una resolución definitiva. Que estaba decidido á irse á Cuba en una goleta con Vicente Mestre y treinta ó cuarenta jóvenes más, si el plan merecía la aprobación de Aguilera. Añadió que la emigración sólo confiaba en Aguilera por cuyo motivo impetraba su beneplácito para la empresa.

Contestó Aguilera que á ellos les constaba los esfuerzos que hacía para obviar las dificultades que se le presentaban. El mismo Aguiar, allí presente, sabía la negociación que en aquellos momentos tenía entre manos, la cual le podía proporcionar medios de llevar una regular expedición á Cuba con toda seguridad. Que él estaba más desesperado que ellos por acabar de irse, pues en hacerlo estaba interesado no sólo su patriotismo, sino su amor propio también. Por último, cuanto podía manifestarle era que él sadría para Cuba á fines de noviembre, bien fuera en un vapor, en una goleta en un bote, en una tabla, á nado ó como hubiera lugar, pues podían estar seguros que su desesperación era muy grande. Sin embargo, creía que debía aguardar todo aquel mes, á fin de ver si lograba arreglar su expedición antes de lanzarse á la desesperada, á un fracaso seguro. Con estas razones quedaron ellos más tranquilos y se despidieron.

Recibió Aguilera una carta de Eugenio Hostos, quien debía acompañarlo á Cuba, preguntándole para cuándo era el viaje. Le contestó que se preparara para fines de noviembre; que indudablemente estarían listos entonces.

Fué á ver á Aguilera por la noche Fernando López Queralta. Preguntó el primero si podría contar con los artilleros que necesitaba y con la "coliza" ofrecida. Contestó Queralta que con respecto á ésta sólo tenían que pagar cien pesos que debía y que los artilleros estaban listos. Dijo que la "coliza" era del sistema "Parrot" calibre 12, bala cónica, acerada en la punta, que explotaba al hacer blanco.

Encontrándose enfermo Aguilera, no fué aquel día á la oficina; por la noche lo visitó Villegas. Le dijo que Aurelio Arango le manifestó que había recibido orden de Carlos de Varona para entregarle el resto del dinero que faltaba. Celebraron mucho la noticia Aguilera y

Villegas; dijo el primero que al día siguiente bajaría á la ciudad para hacer que se efectuara la entrega. Efectivamente, al día siguiente, no repuesto aún, fué á ver á Aurelio Mola. Este le entregó un cheque de cinco mil pesos por orden de Carlos de Varona, dándole Aguilera el correspondiente recibo.

Después de depositar en el banco "Manhattan" esta cantidad con la anterior, que hacía un total de veinte mil pesos, fué á la oficina de Aldama, y no encontrándolo le dijo Delmonte que Aldama le había recomendado le dijera que ya había comprado el vapor "Octavia", pero le encargaba que no hablase á nadie de este particular más que á Echeverría. También le dijo que ya tenía una caldera contratada. Recomendó Aguilera á Delmonte que dijese á Aldama que le agradecía su diligencia; y con respecto á la caldera, era conveniente que Aguiar, que iba á ser el maquinista, le diera la plantilla para su construcción, con objeto de evitar que luego dijera que por defecto de la caldera no andaba el barco lo que debía.

Sabiendo Aguilera que Hilario Cisneros se encontraba muy enfermo, fué á su casa á verlo. Lo invitaron á entrar en la habitación y lo encontró muy mal, atacado de pulmonía. Lo primero que le preguntó Cisneros fué si Aldama había comprado el vapor. Contestóle Aguilera que sí, y añadió que Varona le había mandado cinco mil pesos de los seis mil que le restaba. Estas noticias reanimaron á Cisneros pues realmente se interesaba en que Aguilera saliese pronto con su expedición. No quiso Aguilera darle mucha conversación por el estado en que se encontraba y se marchó animándolo que se restableciese pronto para que lo ayudase.

Fué á la oficina de Aldama, al otro día á hablar á éste del vapor. Le manifestó Aldama que había comprado el "Octavia" habiendo dado veintidos mil quinientos pesos, por no haber querido su dueño recibir bonos. La compra era magnífica, pues el vapor estaba completamente habilitado, faltándole solamente las calderas. Dijo que tenía dos piezas de artillería de bronce, de á seis, y que ya le daban quinientos pesos por cada una; tenía un velamen completamente nuevo, otro de medio uso y una porción de conveniencias más. Que mister Diller, encargado de la maquinaria de su refinería, le había ofrecido fabricar una caldera en tres semanas y al costo; además le habían ofrecido otra caldera muy buena y barata.

Manifestóle Aguilera lo que con respecto á las calderas había dicho á Delmonte, y estando allí Aguiar lo llamó hablándole de las referidas calderas. Aguiar les presentó un croquis con la forma que debían tener. Conferenciaron algnuos momentos sobre este particular y finalmente citó Aldama á Aguiar para que fuera á su refinería al día siguiente á las diez, para acordar con su contratista respecto al asunto. Manifestó Aguilera que él también concurriría para obviar cualquier dificultad.

Concurrió Aguilera á la refinería de Aldama para asistir á la conferencia de Aguiar con el contratista de las pailas. Reuniéronse los citados y después de entrar en explicaciones Aguiar con el referido contratista, fuéronse al vapor á tomar las dimensiones de las pailas, etc. Aconsejaron á Aguilera que no fuese él, para no despertar sospechas á los españoles. El vapor estaba atracado á un muelle de Brooklyn de la nueva refinería de Aldama.

En una de las veces que habló Aguilera con Aguiar, le preguntó si conocía algún marino que pudiera suplir al capitán Summer, caso que éste no quisiese llevar el vapor que había de conducir su expedición. Contestó Aguiar que el piloto que había llevado la expedición del "Fannie" era un hombre excelente, mucho mejor que Summer; él solicitaría donde se encontraba.

Como recibiera Aguilera un telegrama de Aldama citándolo para su oficina, fué á verlo. Le manifestó Aldama que ya el vapor estaba comprado y extendida la escritura aunque con el nombre del comprador en blanco, porque éste tenía que ser ciudadano de los Estados Unidos y él iba á ver si un amigo suyo de confianza

le prestaba el servicio de figurar como comprador. Le manifestó también que era necesario le diese diez y seis mil pesos para acabar de pagar el vapor y las calderas; éstas estarían listas dentro de tres semanas.

Entrególe Aguilera el cheque por los diez y seis mil pesos y habiendo llegado Aguiar lo llamó para entre los tres definir bien la situación del vapor. Manifestó Aguilera que era conveniente que Aguiar se hiciese cargo del departamento de maquinaria, para que inmediatamente procediese á hacer todos los trabajos necesarios en ese departamento. Aldama le dió por escrito la orden correspondiente. Dijo Aguiar que había visto la "coliza" que le enseñó Queralta y era magnífica; quedó en arreglarle una plataforma portatil para armarla en alta mar y colocarle el cañón.

Recibió Aguilera una carta de Carlos de Varona por manos de José Joaquín Govantes fecha siete de aquel mes, en la que Varona se lamentaba de que Aldama continuase en la Agencia porque desconfiaba de que hiciera nada en beneficio de Cuba y concluía deseando á Aguilera un viaje feliz. Govantes enseñó á Aguilera la carta que para él y Rosado había mandado Varona, diciendo que había dado orden para que entregasen á Aguilera los seis mil pesos, complemento de los veintiun mil, y que confiaba que lo tendrían al corrientede lo que ocurriera. Como Aguilera no hubiese recibido más que cinco mil pesos, solicitó de Govantes la referida carta para enseñarla á Mola, á ver si podía conseguir los mil pesos que faltaban. Govantes no tuvo inconveniente.

Como el periódico "El Correo de New York", publicación que se inspiraba en el partido "quesadista", hubiese publicado un artículo en el que suponía que Aguilera podía disponer de la cantidad de noventa y cinco mil pesos para su expedición, pensó éste si sería conveniente desmentir tan falso acerto. Lo consultó con Govantes y después de bien meditado el asunto le aconsejó éste que no contestara, porque lo que querían los autores del mencionado artículo era arrastrarlo á una polémica periodística para desatarse después en denuestos y formar el escándalo que otras veces habían producido. Dijo que la mejor contestación que podía darles era la pronta salida con su expedición.

Fué Aguilera á ver á Aurelio Mola y le enseñó la carta de Varona á Govantes y Rosado en que les decía que había dado orden para que se le entregasen los seis mil pesos para el completo de los veintiún mil. Mola le contestó que no había recibido orden de entregarle más que cinco mil pesos como lo había efectuado. Añadió que sólo por ser cosa en que estaba interesada la causa de Cu ba lo había hecho, pues esas órdenes no acostumbraban mandarse por cable sino por correo.

Fué Aguilera á la oficina de Aldama y habiendo llegado también Aguiar á pedir á aquél unos carpinteros para empezar los trabajos del vapor, se reunieron los tres á fin de acordar respecto á algunos particulares. Quedó sentado que Aguiar tendría facultades para arreglar el vapor de la manera que le pareciese más conveniente. Habiendo manifestado Aldama que quería que Aguiar hiciese un plano de la distribución del buque y le dejase capacidad como para cincuenta toneladas de carga lo menos, dijo Aguilera que le parecía mucho espacio para la carga lo que redundaría en perjuicio del número de los expedicionarios que podría llevar, debiendo éstos estar en relación con la carga, para poderla salvar. Dijo que cincuenta toneladas representaban mil quintales y como un quintal era carga para dos hombres en marcha, no pudiendo llevar él más de cien hombres, había una gran diferencia entre la carga y los hombres.

A Aldama no hicieron fuerza las razones de Aguilera y éste no quiso persistir por no embarazar los trabajos.

Estando Aguilera aquella noche en su casa recibió una satisfacción tan grande como no la había experimentado desde que estaba en Nueva York. Fué á visitarlo don Miguel Cantos, cubano que hacía poco había llegado de Santo Domingo, y después de manifestarle sus ardien-

tes deseos del pronto triunfo de la causa y que Aguilera en breve saliese con su expedición, acabó por ofrecerle cinco mil pesos para que ésta pudiera realizarse más pronto. A este efecto escribe así Aguilera en su "diario" con fecha 27 de octubre:

"Este espontáneo ofrecimiento en los tiempos que corren, en que ningún potentado ha querido favorecerme para mi expedición, me dejó absorto y no pude menos que manifestar á Cantos mi gratitud, diciéndole que salvaba la situación, pues necesitando diez mil pesos para despachar la expedición y teniendo sólo cuatro mil, no sabía cómo reuniría los restantes. Que merced á su generoso ofrecimiento dormiré tranquilo esta noche, persuadido de que dentro de pocos días veré realizados mis más vehementes deseos que son marchar pronto á Cuba."

Fué Aguilera al otro día á la oficina de Aldama, le informó del donativo de cinco mil pesos del patriota Cantos, añadiendo que había formado la resolución de no invertirlos en otra cosa que en la habilitación y despacho de su expedición junto con los cuatro mil pesos que le habían quedado del dinero de Varona, y mil más que buscaría.

Al dar Aguilera su recibo á don Miguel Cantos por los cinco mil pesos, en el cual puso la claúsula de que le serían cangeados por bonos cubanos cuando se imprimiesen, le enseñó Cantos un recibo de Aldama por tres mil quinientos pesos en bonos de los Estados Unidos de cinco veinte, fechado en Enero de aquel mismo año y le preguntó si tendría dificultad Aldama en añadir que esa cantidad sería también cangeable por bonos cubanos. Contestó Aguilera que no creía que tuviera ninguna, pues así estaba mandado por el gobierno cubano.

No tenía Aguilera conocimiento de esa cantidad que había entrado en la Agencia, y esto aumentó su cavilosidad respecto á la disminución que le había dicho Aldama, habían sufrido los fondos. Sin embargo, no creyó discreto por entonces llamarle la atención sobre este delicado asunto, no fuera ello á ser causa que le creara alguna dificultad.

En esta, como en otras ocasiones análogas, obró Aguilera con su acostumbrada prudencia. Quizás alguien crea ver en este proceder, falta de energía; pero sería injusto calificarlo así. Ya en otras ocasiones había probado Aguilera tener energía suficiente para oponerse á lo que juzgaba dañoso á la patria. Prueba de lo que decimos es su conducta con Ramón Martínez, el general Quesada, Melchor Agüero y otros. Lo prueba también su conducta con el mismo Aldama después, cuando lo consideró perjudicial á la causa; pero en aquellas circunstancias, Aguilera no podía obrar de otra manera. Así como Céspedes era considerado como el verbo de la revolución, y Aguilera por lo tanto trató de que no decayera su prestigio, consintiendo á veces en cargar culpas que sólo á Céspedes eran imputables, de la misma manera, siendo tan provechoso á la revolución el prestigio que sobre ella reflejaba Aldama, y por otra parte, esperando que éste, al fin, hiciese algo en beneficio de ella, por eso también lo sobrellevaba.

Pruebas bastantes tenía Aguilera de la exquisita, ó más bien estudiada, susceptibilidad de Aldama. Se recordará que en una ocasión, sólo por haber manifestado Aguilera que la expedición proyectada en París había fracasado, lo tomó á ofensa Aldama, y al ir Villegas á pedirle su auxilio para un proyecto de Aguilera le contestó Aldama que no podía darselo, porque Aguilera se había separado de él. No buscaba Aldama otra cosa que un pretexto para justificar su resolución de no prestar ningún auxilio pecunario á la causa de Cuba, y Aguilera cuidadosamente procuraba no dárselo. De ahí las extremadas consideraciones de Aguilera para con Aldama.

Aguilera, de temperamento vehemente, estaba también dotado de gran dosis de prudencia, y esta última calidad le valió mucho para dominar la primera. Sólo la gran prudencia de Aguilera le hubiera permitido sortear el sin número de dificultades con que tuvo que luchar en su vida. Cualquier otro hombre, con menos

prudencia, y menos dominio de sí propio, se hubiera estrellado bien pronto. Mucho después de haber salido Aguilera al extranjero, llegó á Nueva York el diputado á la Cámara Cubana, ciudadano Antonio Zambrana, persona de notable inteligencia é instrucción y probado patriotismo. Llegó allí Zambrana animado por las más bellas ilusiones. Al igual que Aguilera, pensó Zambrana que al influjo de su palabra y de su voluntad, la emigración se uniría á él, recogiendo los más hermosos frutos que se convertirían en armas y pertrechos para sus heroicos hermanos. Comenzó Zambrana sus trabajos lleno de entusiasmo y de fe, pero muy pronto, lo mismo que Aguilera, comenzó á ver que la empresa era mucho más ardua de lo que había imaginado, y según avanzaba, más obstáculos y más dificultades encontraba. Acometióles Zambrana con valor y luchó con ellos brazo á brazo; pero sería injusto culparlo porque no hubiera tenido la prudencia y demás dotes que poseía Aguilera, pues hombres como Aguilera han venido pocos á la tierra. Zambrana, fuerte con la conciencia de su razón y llevado de sus naturales energías, quiso hacer ver á aquellas momias patrióticas el deber en que se encontraban de hacer algo positivo por la patria; de ayudar á sus hermanos que derramaban su sangre en medio de las mayores miserias y sufrimientos por crear una patria para todos; y las momias le miraron con ceño torbo. rechazaron su osadía, se lo negaron todo y al fin, el entristecido patriota se vió solo é impotente para hacer nada por su patria yendo á llorar su dolor al ostracismo. Menos de dos años de lucha fueron suficientes para que el ferviente patriota Antonio Zambrana se declarara vencido. Aguilera, gracias al tacto y prudencia empleados por él, no fué vencido nunca y exhaló su último aliento luchando contra indecibles penalidades, siempre en servicio de su Cuba.

En la posición en que se encontraba Aguilera, no era energía lo que le convenía ejercitar; esto lo hubiera llevado á un fracaso tan seguro é inmediato como el que sufrió Zambrana por haber querido apelar á ese medio. Por eso vemos en todo este relato que la actitud de Agui lera fué más bien pasiva, porque no podía ni debía adoptar otra. Nada podía exigir forzosamente á aquellos hombres; todo lo que de ellos quisiera, debía recabarlo moviendo su voluntad y siguiendo este plan de conducta, con la paciencia de Job, obtuvo lo poco que pudo conseguir, que á no haberse interpuesto las malas artes, de algún auxilio hubiera servido á sus hermanos.

Según Echeverría, la causa primera de la odiosidad de Ramón Martínez para con Aldama, fué que éste le pidió cuenta de una cantidad que le diijeron de la Habana habían remitido á Martínez. Temió Aguilera que si reclamaba á Aldama tanto los tres mil quinientos pesos que le entregó Cantos, como los tres mil que le dió su familiar Silvio Alfonso para él, y hubiese tratado de examinarle las cuentas, la exquisita susceptibilidad de Aldama se hubiera manifestado ofendida, porque Aguilera desconfiaba de su honradez y hubiera tomado esto como fundado motivo para no contribuir pecuniariamente á su expedición, pretexto que Aldama ansiaba. Pocos hombres se han visto colocados en situación tan difícil y angustiosa como la de Aguilera en el extranjero.

CAPITULO IX

NOVIEMBRE 1874

JUNTA PARA LA ORGANIZACION DE LA EXPEDICION.—AGUILERA SE PROPONE ARMAR SU BUQUE.—SE DISPONE A LUCHAR EN EL MAR.—GRANDE OPOSICION DE PARTE DE ALDAMA.—AGUILERA EXPONE SU PROYECTO.—POR FIN LOGRA QUE SEA APROBADO.—CONFERENCIA CON LOPEZ QUERALTA SOBRE LA ARTILLERIA—CAÑONEO DE LA HABANA.—CONSULTA CON AGUIAR.

Como deseaba Aguilera ponerse de acuerdo con Aldama con respecto á algunos detalles de su expedición, pidió á éste una entrevista con ese objeto. Lo invitó Aldama para las once y media de la mañana siguiente en su casa, donde dijo también concurriría Echeverría. Fué Aguilera, llevando á Aguilar; encontró allí á Aldama y Echeverría; la sesión duró hasta las cuatro de la tarde. Comenzó Aguiar dando cuenta del progreso de las obras del "Octavia" y después tomó la palabra Aguilera para explicar su proyecto sobre la organización general de la expedición. Dijo que días antes de estar listos los trabajos del vapor, su supuesto dueño debía ponerlo en venta, oyendo las proposiciones que se le hiciesen y no admitiendo ninguna. Después debía despacharse para cualquier puerto de las Antillas con el mismo objeto de venderlo, á cuyo efecto se daría poder suficiente á alguna persona de abordo, aunque fuera al mismo capitán Summer, para que pudiese efectuar la venta. Los expedicionarios saldrían en una goleta, para á cierta altura unirse al vapor; las armas y municiones debían ir también en una goleta, de manera que el vapor pudiese salir en lastre con el objeto ostensible de venderse. Después de tomar las armas, municiones y expedicionarios, se efectuaría la venta del vapor á Aguilera, suponiéndola hecha en Puerto Padre (Cuba). Si el vapor no encontraba ninguna dificultad en su viaje y desembarcaba felizmente la expedición volvería á cualquier puerto de los Estados Unidos sin hacer mérito de la referida venta; pero si desgraciadamente encontraba á algún crucero español y éste le perseguía de manera que no pudiese escapar, entonces debería pelear hasta hundirse antes que dejarse apresar, pues con el resultado del "Virginius" ya sabían la suerte que en ese caso les esperaba. Para ese efecto era preciso llevar una pieza de artillería la cual sería montada en alta mar; todo lo necesario saldría preparado de allí en piezas, en la goleta que llevaría las armas, de manera que no hubiese motivo para sospechar del vapor á su salida. Si el resultado de la pelea les era desfavorable, se hundirían todos en el mar, con gloria para Cuba, y para ellos mismos. Si salían victoriosos ¿quién sería capaz de calcular los beneficios que ese hecho traería á la causa de la independencia? Quedaría entonces el "Octavia" convertido en vapor de guerra cubano, con el nombre de "Independencia" pues entonces se haría valer la compra hecha por Aguilera en Puerto Padre. Aunque no tuvieran puertos extranjeros donde guarecerse, se mantendrían cerca de las aguas de Cuba con el carbón y los víveres que se les supliría por medio de goletas, procurando hacer presa sobre el comercio español. Cuando ya no pudieran sostenerse más tiempo, echarían el buque á pique y se hundiría con más gloria que si hubiera sido apresado por los cruceros españoles. Dijo Aguilera que ese proyecto podría parecer atrevido y quizás ilusorio, pero que en las circunstancias actuales la revolución necesitaba de algún hecho que le comunicase nuevo vigor y vida y él estaba dispuesto á realizarlo.

Como es de suponerse, Aldama se mostró contrario al proyecto, diciendo que eso costaría mucho dinero y no había fondos; que serían perseguidos por la marina inglesa y americana si persistían en llevar un cañón y hacer uso de él asaltando á un buque aunque fuera espa-

ñol; que si éste era de guerra llevaría cañones de mucha más potencia, y que lo único que podían hacer era irle al abordaje, para ver si con el choque lo echaban á pique, etc.

Manifestó Echeverría que comprendía que Aguilera tenía razón en desear llevar medios navales de defensa, para el caso probable que había supuesto; pero se extendió enumerando las diferentes dificultades que presentaba su plan con respecto á las leyes de neutralidad, etc. Finalmente como Aguilera se sostuviera en su propósito de llevar en el buque los medios posibles de defensa, arrostrando por todos los peligros y dificultades, quedó resuelto. Primero, que Aguilera, bajo su responsabilidad, llevaría los cañones del vapor "Hornet" de 36, y Aguiar prepararía los montajes necesarios para colocarlos en alta mar. Segundo; las armas municiones cañones y accesorios saldrían de allí despachados en una goleta grande para las islas Bahamas. Tercero: un vaporcito remolcador llevaría los expedicionarios para trasladarlos á la goleta. Cuarto, el vapor saldría en lastre. Quinto, Aldama hablaría á Queralta para que éste consiguiera dos oficiales y veinticuatro artilleros, ó en otro caso, los solicitaría Aguilera. Salió éste muy satisfecho de la reunión, porque al fin había logrado que le dejaran llevar medios de defensa para su expedición en el mar.

Pocos días después fué Aguilera á ver á Aldama para saber como marchaban los trabajos en el vapor. Dijo éste que las pailas estarían concluídas en la última semana de aquel mes (noviembre). Mister Diller decía que como eran tan chicas no le era posible poner mucha gente en ellas, por lo que no podía abreviar más el trabajo.

Era Fernando López Queralta uno de los que auxiliaban á Aguilera en la organización de su expedición y con este motivo tuvo una conferencia con él. Que quedó convenido que Queralta escribiese á Cayo Hueso manifestando al encargado de los expedicionarios que saldrían de allí, que él les avisaría cuando debían ir á Nueva York para embarcarse. Manifestó Queralta que ya lo tenía todo listo, incluso el precio de los pasajes á esa, que era de veintidos pesos cada uno; Aguilera no tenía que ocuparse de esos gastos porque corrían de su cuenta.

Le refirió Aguilera la conversación que tuvo con Aldama en la que éste le ofreció la "coliza" de 36 del vapor "Hornet". Queralta se mostró muy contento, aunque objetó que un cañón de 36 le parecía muy grande. Ofreció hacer diligencias para conseguir con Mosses Taylor uno que tenía de 24. Contestó Aguilera que se alegraría, porque duplicaría el cañón de 12 que le había ofrecido primero y no sería tan pesado como el de 36.

Fernando López Queralta había servido como oficial de artillería con las tropas federales en la guerra de secesión de los Estados Unidos.

Deseando Aguilera conocer la opinión de otras personas sobre sus proyectos, manifestó á Queralta bajo la más extricta reserva, el plan que tenía concebido para el desembarco de su expedición. Era este desembarcar cien mil cápsulas de las que llevaba de envases de plomo, por la costa Norte, las que dejaría dentro del agua á la orilla y llevaría después el resto de la expedición para desembarcarlo en la costa del Sur. Queralta aprobó el plan, manifestando que el puerto de Malagueta era el más á propósito para el primer desembarco.

Prosiguió diciendo Aguilera que sus deseos más ardientes eran acercarse de noche al puerto de la Habana, disparar algunos cañonazos á los habaneros en su capital y doblar por el cabo de San Antonio para desembarcar por la costa del Sur. No sabía si al fin las circunstancias le permitirían llevarlo á cabo. Queralta aplaudió con entusiasmo el proyecto. Al fin retiróse Queralta regocijado, ofreciendo á Aguilera guardar el más profundo secreto, y hacer diligencias por conseguir con Moses Taylor la "coliza" de veinticuatro.

Poco después llegó Aguiar y manifestó á Aguilera que el día anterior, (sábado, día de pago) había mandado á la oficina de Aldama la cuenta de la semana para que éste la abonase; el individuo estuvo esperando hasta las seis de la tarde y no hubo quien lo despachara porque Al-

dama no estaba ni dejó disposición para ello. Mucho se quejó Aguiar de esa informalidad, pues dijo que los operarios americanos se disgustaban y "chillaban" muy alto cuando no se les pagaba puntualmente el sábado al vencerse la semana, lo que podía despertar las sospechas de los españoles.

Contestó Aguilera que fuese al día siguiente de doce á una á la oficina de Aldama; él estaría allí y quedaría arreglado ese asunto para lo futuro.

Teniendo Aguilera mucha confianza en Aguiar, por sus condiciones de patriotismo é inteligencia, y siendo el maquinista que debía llevar en el vapor, le consultó bajo la más extricta reserva su plan de cañonear de noche la ciudad de la Habana después que hubiese desembarcado en la costa Norte las cien mil cápsulas que llevaría. Contestó Aguiar que no era posible porque no tendrían carbón suficiente para tanto camino. Podría, sin embargo, llamar la atención de los españoles por la costa del Norte, cañoneando ó destruyendo el faro de Lucrecia, y aún el de Baracoa y después marchar á hacer el resto del desembarco por la costa Sur.

Así fué Aguilera. Sus ideas siempre grandes, apartándose de lo ordinario. Para nada contaba el peligro. Sólo tenía en cuenta que el resultado fuera de provecho positivo para la causa que con tanta abnegación había abrazado. Cuidaba de que la empresa fuese asequible, para lo que consultaba á las personas que pudiesen darle buen consejo. Con un espíritu reflexivo al par que atrevido, concebía un proyecto, lo maduraba, y una vez convencido de que era realizable, se lanzaba á él sin importarle los riesgos que corriera. Lástima que en su vida siempre encontrara la rémora que le oponían los mismos que debieran auxiliarlo. A haber contado con los elementos necesarios y el patriótico apoyo de sus compañeros, hubiera llevado á cabo los actos de arrojo más temerarios, levantando con ellos á la altura que se proponía la causa que con tanto fervor abrazara, ó pareciendo en su empeño contento y satisfecho.

CAPITULO X

NOVIEMBRE 1874

AMARGURAS DE AGUILERA.—MESADA DE SU FAMILIA.—SU DELICADEZA.—SUS HIJAS SE CONVIERTEN EN OBRERAS.—CON SU JORNAL AYUDAN A LA FAMILIA.—PENALIDADES QUE SUFREN.

Al mismo tiempo que Aguilera se ocupaba en los trabajos referidos y que sufría las penalidades y disgustos que por aquella época lo agobiaron, con una fortaleza de alma difícil de igualar, llevaba clavada en su espíritu una espina que le causaba la más dolorosa sensación en todos los momentos: ya de día, cuando la brega incesante en que se agitaba le dejaba un momento de tregua, ya de noche, cuando su cuerpo caía rendido, buscando en el sueño descanso reparador.

Esta espina que laceraba su alma, era el pensamiento de su numerosa familia, á quien iba á abandonar en país extranjero, sin recursos. Esa familia, para él, después de la patria, su ídolo más querido, iba á dejarla para quizás no volver á verla más, sumida en la miseria, sin otro amparo que la Providencia Divina, pues de los sentimientos patrióticos y humanitarios de sus paisanos emigrados, triste experiencia tenía con lo que pasaba con la familia de Agramonte, Peralta y otros patriotas que habían dado su sangre por la patria.

Hemos dicho que la familia de Aguilera se sostenía de una mesada que el padre de su esposa pasaba á ésta para ella y sus hijas. Al principio esta mesada fué bastante regular aunque no llegara con mucha puntualidad; pero según la revolución fué empobreciendo á los habitantes de la Isla, esta regularidad fué disminuyendo hasta que después, la esposa de Aguilera sólo recibía de su padre

algunas cantidades que de vez en cuando le enviaba.

Cierto que Aguilera manejaba fondos respetables que tenía en su poder; pero estos fondos no eran suyos, sino que se le habían confiado para la patria. Y como Aguilera no sólo estaba dotado de gran patriotismo, sino también del más alto grado de delicadeza y honradez, no era hombre que pensara en aplicar el dinero de la patria á sostener su familia.

Por otra parte, ésta, que había heredado de él los mismos sentimientos de delicadeza y abnegación, en vista de su dura situación, en vez de afligirlo con estériles lamentos, pensó más bien en ayudarlo, y con su trabajo personal hacer frente á sus necesidades A este efecto, las cuatro hijas mayores de Aguilera, valiéndose de sus relaciones con sus mismos paisanos, lograron ingresar en un taller americano donde se confeccionaban ramos de flores artificiales para adornar sombreros de señoras. Allí pronto aprendieron ese arte y pudieron ganar un jornal que era el colmo de sus aspiraciones. También las ayudó bastante en su penosa tarea su buen amigo Manuel J. Izaguirre, quien estando asociado á una casa, la que entre otros negocios se ocupaba en preparar, coser y rizar plumas, también para sombreros de señoras, les facilitó ingreso en esa casa y después de instruídas en ese otro arte, pudieron ayudar á su familia con el jornal que ganaban.

Era de ver aquellas delicadas niñas, que en su vida habían conocido otra cosa que las comodidades, el lujo, las atenciones y obsequios de que siempre se vieron rodeadas en su país natal, como en los crudos días del invierno, abandonaban el lecho cuando aún no había amanecido, se dirigían á la cocina y ellas mismas preparaban su frugal almuerzo, saliendo en seguida á la calle, apenas alumbrada por la incierta claridad de la aurora. Tiritando de frío, tomaban el tranvía, confundiéndose con otras obreras y hombres rudos que también iban á sus faenas, empleando en el trayecto hasta su taller cerca de una hora, pues por economía vivían en el lejano barrio de Harlen.

En el taller trabajaban todo el día, afanosas por hacer jornal, pues les pagaban por obra. A veces tenían que sufrir las desconsideraciones y aún ofensas de compañeras díscolas, hebreas en su mayor parte, ó las exigencias de una encargada poco benévola.

Llegada la hora reglamentaria de dejar el trabajo, salían del taller á tomar otra vez el tranvía. Sucedía á veces que el tiempo estaba borrascoso y una tempestad de nieve envolvía la ciudad. Entonces se interrumpía el tránsito; los tranvías, tirados por caballos, apenas si podían avanzar sobre los rieles cubiertos de nieve. Los carros estaban atestados de gente, ansiosa de llegar á sus casas. No había asientos desocupados y ellas se mantenían de pie, sujetas de una mano á las correas pendientes del techo. La apretura era insoportable. Al echar á andar ó parar el carro, eran lanzadas á uno ú otro lado, entre aquella masa informe de obreros su mayor parte. Sus pies estaban helados. La atmósfera era irrespirable. En aquella angustiosa situación, rendidas de cansancio, cambiando su mano suspendida, con la que trataban de sostener el equilibrio, así pasaban tres ó cuatro horas mortales. Al fin llegaban á su casa á las diez de la noche muchas veces, desfallecidas, ateridas de frío, doloridos los pies por el frío y las pisadas, con hambre, pues desde su frugal desayuno sólo habían tomado un ligero "lunch" que llevaban preparado al taller. Comían, se echaban en el lecho á descansar y al día siguiente, antes de romper el alba, estaban en pie, listas para comenzar de nuevo aquella dura tarea.

Así pasaron varios años las hijas de Aguilera. Aquellas niñas, que educadas sólo para recibir los halagos, las atenciones, las cortesías de sus admiradores, y para no ocuparse sino en sus trajes magníficos, en su tocado y todo aquello tan atractivo para jóvenes de su edad, de lo que gozaron á su placer mientras estuvieron en su patria; ahora, que para el rescate de esa misma patria era necesa-

rio que lo sacrificaran todo, no se espantaron ante el sacrificio, sino que, emigradas, pobres, sin vacilar, se convirtieron en obreras, arrostrando las penalidades de su nueva vida, para con la labor de sus manos, atender á las necesidades de su familia, aliviando así de algún modo esa preocupación de su buen padre. Para en algo tranquilizar su espíritu, y que pudiera dedicarse con más libertad á sus arduas labores patrióticas.

Y no fué sólo la familia de Aguilera la que arrostró esas durezas. Las familias distinguidas de otros patriotas también libraron su subsistencia como pobres obreras, trabajando en los talleres Nueva York; dando así un ejemplo admirable de la honradez, el patriotismo y la virtud de las hijas de este suelo.

Todo esto pasaba á la vista de Aguilera y podrá juzgarse del dolor de su alma. Sus hijas queridas, tan delicadas, sometidas á tan duras pruebas... La razón misma de que ellas nunca se quejaron, de que tomaban con el corazón ligero aquella vida azarosa y siempre parecían contentas y risueñas ante su padre, hacía que más las compadeciese, pues por ser tan buenas eran más dignas de mejor suerte.

Ahora iba á alejarse de ellas y de su buena esposa. A dejarlas tal vez para siempre. ¿Qué porvenir les esperaría? ¿No llegaría á faltarles trabajo? ¿Seguirían recibiendo socorro de Cuba? El, que también las ayudaba con la mesada que percibía, ya no podría hacerlo una vez que saliera para Cuba, porque esa pensión ya no tendría razón de ser. Todos estos entristecedores problemas revolvía Aguilera en su mente, junto con los otros de la patria, tan arduos de resolver, porque estaban sujetos á la voluntad negativa de otros hombres; y, sin embargo, le cabía en ellos muy grandes responsabilidades, estando comprometidos su nombre y su reputación. Todo este cúmulo de cosas hacía de la cabeza de Aguilera un volcán, y más que un volcán un infierno, á cuyas torturas pocos hombres se han visto sometidos en la vida.

CAPITULO X

NOVIEMBRE 1874

RAMON MARTINEZ.—CONFERENCIA CON AGUILERA.—EMPRESTITO EN LONDRES. —D. CARLOS DEL CASTILLO.—ALDAMA PROMETE A AGUILERA QUE PARA PRINCIPIOS DE DICIEMBRE PODRA SALIR CON SU EXPEDICION.—LOS CASTILLOS LLAMAN A AGUILERA A LONDRES.—DICEN QUE EL PRESIDENTE NO NECESITA DE PODERES PARA EL EMPRESTITO.—PROPOSICION DE AGUILERA.—CONDUCTA DE JOSE CASTILLO.—ECHEVERRIA Y EL PROYECTO DE EMPRESTITO.—FALACIA DE LOS CASTILLOS.—PLAN PROPUESTO POR ECHEVERRIA.—JUNTA DE AGUILERA CON ALDAMA Y OTROS.—SE OPONEN A QUE EL VAPOR VAYA ARMADO.—AGUILERA DA A LEER SU MEMORIA.—ESTA ES MAL ACOGIDA.—AGUILERA LA SOSTIENE SOLO.—CEDE AL FIN A NO ARMAR SU VAPOR.—DECLINA LA RESPONSABILIDAD.—ECHEVERRIA APOYA A AGUILERA.—ESTE VENCE AL FIN.—CABLEGRAMA A DON CARLOS DEL CASTILLO.

Fué Aguilera á la oficina de Aldama según había ofrecido á Aguiar. Encontró á éste esperándolo. Manifestó á Aldama lo ocurrido el sábado anterior. Contestó Aldama que si Aguiar hubiese mandado á su refinería lo hubiera encontrado allí y cobrado el dinero. Dijo Aguiar que no sabía tal cosa, por eso había mandado á su oficina y allí mismo hubieran podido indicar á su empleado lo que debía hacer. Finalmente, quedaron en que todos los sábados mandara Aguiar á la refinería de Aldama por el dinero para abonar á los jornaleros.

Llegó Plutarco González, en solicitud de Aguilera, á la oficina. Lo llamó aparte y le manifestó que Ramón Martínez deseaba hablar con él; tenía un asunto muy reservado que comunicarle. Contestó Aguilera que si era sobre algo concerniente á Cuba no tenía ninguna dificultad en oirlo. Dijo González que

así era efectivamente, y urgía mucho que se viera con Martínez. Convinieron en que Aguilera fuera á casa de Martínez aquel mismo día á las cuatro de la tarde.

Quedó Aguilera algo preocupado, pues Martínez no trataba de ocultar su disgusto para con él, no saludándolo y esquivando toda ocasión de encontrarlo. Por este motivo siempre temía alguna celada de su parte, después del asunto de los bonos y de la confabulación con Bramosio para salvar á éste de su compromiso en París.

A las cuatro de la tarde estaba Aguilera en casa de Ramón Martínez. Recibiólo éste con la sonrisa equívoca que acostumbraba. Lo llevó á la sala y le preguntó si estaba enterado del empréstito proyectado en Londres.

Contestó Aguilera secamente que no; añadiendo que ni Aldama le comunicaba esas cosas, ni él tampoco las preguntaba, porque siendo los empréstitos asuntos de carácter reservado, no quería tener la responsabilidad de saberlos.

Manifestóle Martínez que entre José Castillo y su tío don Carlos del mismo apellido, habían tenido casi arreglado uno en Londres, por medio millón de pesos, pagaderos con cinco mil rifles, tres millones quinientas mil cápsulas, abundante artillería de toda clase, un magnífico vapor, todo valuado en ochenta y seis mil libras y catorce mil libras más que entregarían en efectivo. Ellos habían escrito á Echeverría pidiéndole poderes para arreglar el negocio y éste les había contestado que muy pronto saldrían para Londres Aldama y él con ese objeto.

Leyó entonces Martínez una parte de la correspondencia que había mediado entre José Castillo y Echeverría, pues el primero había mandado á Martínez copia de algunos párrafos de Echeverría. En la última carta de José Castillo á Martínez se mostraba aquél indignado porque Echeverría y Aldama hubiesen desconfiado de ellos. También daba un zurriagazo á Juan M. Macías, pues decía que éste, con su deseo de figurar, no había dejado de entorpecer la negociación. Al final de la expresada carta, escrita por José Castillo en nombre de su tío don Carlos que se encontraba enfermo, se quejaba éste amargamente de que los cubanos no hubieran sabido apreciar sus sacrificios, por cuyo motivo, ya desengañado, decía estaba resuelto á separarse de la causa de Cuba. Sin embargo, antes de hacerlo quería que Martínez se avistase con Aguilera y le propusiese la negociación, con el mayor sigilo. Decía que si Aguilera aceptaba se lo avisase por cable para ver si podía reanudar el contrato que se había roto por la tardanza en ir Echeverría y Aldama. Si conseguía reanudar el referido contrato, pondría un cablegrama á Martínez diciéndole que fuera Aguilera. Este debía marchar inmediatamente y solo, sin ningún ayudante. Debería salir oculto, con nombre supuesto, y al llegar á Liverpool ir á un hotel inscribiéndose con nombre supuesto también y avisando su llegada por telégrafo á José Castillo. Este iría sobre la marcha á avistarse con Aguilera. Si no conseguía la reanudación del contrato, también lo avisaría por cable á Ramón Martínez para que Aguilera no fuese.

Manifestó Aguilera que él estaba en vísperas de salir para Cuba con una expedición relativamente pequeña, y aún cuando esto no sería obstáculo, porque podía confiar la expedición á un jefe de su confianza, tropezaba con la dificultad de que no tenía poderes del Gobierno para contratar empréstito. Quien tenía estos poderes era Aldama, y si lo relevaba del secreto que le había exigido, podría hablar á éste inmediatamente y estaba persuadido de que conseguiría que se prestara á salir en seguida con él para Londres en el primer vapor.

Manifestó Martínez que, efectivamente, la falta de poderes de Aguilera era un obstáculo insuperable, pero él no se atrevía á relevarlo del secreto. Lo que haría era poner un cablegrama á José Castillo diciendo: "Aguilera no tiene poderes". En su concepto esto los obligaría á volverse á entender con Echeverría. Quedó, sin embargo, Martínez en tener al corriente á Aguilera de cualquier cosa que ocurriera sobre el particular y se despidieron finalmente con la fría cor-

tesía que se habían tratado durante toda la conferencia.

Conociendo las intrigas tan corrientes, sobre todo en los hombres de aquel grupo, pensó Aguilera que don Carlos del Castillo y su sobrino querían hacer ellos el empréstito, á cuyo fin pidieron los poderes á Echeverría y Aldama; éstos no los mandaron, sino contestaron que Aldama y Echeverría irían allá. Tal respuesta los llenaría de indignación y entonces le habrían propuesto la negociación á él (Aguilera) con objeto de si la aceptaba vengarse así de Echeverría y Aldama, sus enemigos irreconciliables y si no aceptaba, desacreditarlo, propalando que por no ir á Cuba había desechado los medios que ellos le ofrecían de realizarlo con inmenso provecho para la revolución.

Fué Aguilera á la oficina de Aldama á saber cómo marchaban los trabajos. Le dijo éste que Mr. Diller le había asegurado que en la primera semana de Diciembre—era 18 de Noviembre—estarían concluídas, no sólo las calderas sino también las otras piezas que le había mandado reparar Aguiar. Manifestóle también que las armas, municiones y otros efectos para su expedición estaban listos y volviera el sábado á su oficina para ver si el domingo podían reunirse con Echeverría y seguir tratando sobre la organización. Manifestó Aguilera que saliendo al día siguiente el vapor para Puerto Plata quería que Aldama escribiese al subagente de ese lugar diciéndole que al regreso del mismo vapor mandase todos los prácticos de mar y tierra de los departamentos Oriental y Central que hubiese en esa ciudad. Aldama le ofreció hacerlo.

Encontrándose Hilario Cisneros muy mejorado de su grave enfermedad, durante la cual Aguilera fué todos los días á informarse de su estado, pues de veras lo apreciaba, teniéndolo como buen patriota y leal amigo, fué á su casa y le enseñó Cisneros una nota de los informes que le dió Vicente Mestre, relativos al orden con que tenían colocados los españoles sus buques y sus fuerzas en las costas de Cuba. Decía Mestre que esas noticias las había obtenido con mucha sagacidad de un capitán de la marina española, amigo suyo de la infancia, con quien casualmente se había encontrado allí, el que fué á reparar la lancha cañonera que mandaba.

Habló Aguilera mucho tiempo sobre la bandera que llevaría el vapor y del proyecto que ya sabemos, de simular una venta, en un puerto de Cuba, para que pudiera seguir como buque de guerra cubano, caso de verse atacado por un vapor de guerra español. Cisneros aprobó el proyecto.

Habiendo manifestado Aguilera la oposición que encontraba de parte de Aldama y Echeverría para que montase en su vapor una pieza de artillería con que defender la expedición, y que ellos trataban de dar una interpretación torcida á su proyecto, dijo Cisneros que sería conveniente que escribiese una memoria sobre ese asunto, para que en ella pudiese fijar bien su propósito. Instóle Aguilera, para que, puesto que ya sabía cuál era éste, le redactase la referida memoria, y Cisneros quedó en hacerlo. Días después le leyó Cisneros la aludida memoria. Aguilera la encontró bien, siendo puesta en limpio para presentarla á Aldama y Echeverría en la junta que debían tener para tratar de la expedición.

Hablando Aguilera con Aldama en su oficina, repitió éste que todos los trabajos de la maquinaria y de las pailas estarían listos para la primera semana de Diciembre, y que Aguilera podría salir para Cuba del 15 al 20 de dicho mes.

Por la noche recibió una carta de Ramón Martínez pidiéndole otra entrevista. Le contestó Aguilera con el portador, que á las diez del día siguiente estaría en su casa.

Concurrió Aguilera. Martínez lo hizo pasar á la sala y le enseñó copia de una carta muy extensa que José del Castillo, de Londres, había mandado á Echeverría refutando las razones que éste alegaba para no remitirle los poderes. La refutación que estaba hábilmente ecrita, contenía muchos sofismas

los que pensó Aguilera que podría Echeverría fácilmente destruir La copia de la carta tenía fecha 3 de Noviembre y la había mandado José Castillo á Martínez para que la enseñase á Aguilera. Igualmente le enseñó un telegrama en inglés de Castillo fecha 23 de aquel mes,—era el 25,— en que poco más ó menos decía lo siguiente: "Si Aguilera es Presidente, no necesita de poderes ni ahora ni luego. La ocasión no debe dejarse perder". Y otro en que sustancialmente le decía así: "Conteste Aguilera pronto si se resuelve ó no".

Manifestó Aguilera que no podía aceptar lo que decía el primer telegrama de Castillo porque se encontraba en el extranjero y aun no se había hecho cargo de la presidencia; y aunque no existieran estos inconvenientes tampoco podría él, de por sí, derogar los poderes que había conferido su antecesor en los efectos que debía haber obrado anteriormente. Dijo también que era muy sensible que por "quisquillas" de José Castillo, se malograra una negociación de la que indudablemente pendía la conclusión de la guera de Cuba. Si se despojara Castillo de esa susceptibilidad, él diría á Echeverría que pidiese los poderes á Aldama, y Echeverría y él partirían inmeditamente para Inglaterra y de acuerdo con Castillo verificarían la negociación sobre la marcha. Si tan beneficioso resultado se lograba, marcharía inmediatamente para Cuba, conduciendo una formidable expedición de hombres y elementos de combate, entraría por uno de los puerto próximos á la Habana, marchando sobre la capital, y estaba persuadido de que la guerra no duraría cuatro meses.

Contestó Martínez que Aguilera tenía razón y desde el principio había notado esos "pelillos" en la conducta de José Castillo, pues cuando Echeverría le contestó que estaba dispuesto á ir inmediatamente con plenos poderes, lo natural era que Castillo hubiera contestado "Venga" y no que lo hizo diciéndole: "Su presencia es innecesaria" lo que claramente revelaba que José Castillo quería obrar con completa independencia.

Convinieron por último en que se reunirían dos días después con asistencia de Lamadriz, que estaba bien instruído del asunto, para resolver lo que habrían de contestar. Depidióse Aguilera, y fué á casa de Echeverría que vivía cerca de allí.

Después de hablar de diferentes particulares referentes á la próxima salida de Aguilera con su expedición, le manifestó Echeverría que antes de marcharse para Cuba tenía que ponerlo al corriente de unas negociaciones para empréstito entabladas por D. Carlos y D. José Castillo con él. Le refirió que José Valiente había sido el conducto por el cual se entendían y le leyó toda la correspondencia que entre ellos había mediado, haciéndole notar á cada paso la falacia y mala fe con que los Castillos procedían, pues dijo que su único objeto era que el Gobierno de Cuba nombrase á D. Carlos, Agente Confidencial, lo que estaba corroborado por el encargo que á Valiente habían hecho de que escribiese á sus amigos en Cuba á ese efecto, y á él mismo le habían encargado que cuando escribiese al Gobierno manifestase las condiciones especiales en que se encontraba D. Carlos Castillo para levantar un empréstito en Londres. Añadió Echeverría que como á ellos no podía ocultárseles que Aldama y él no accederían á su pretensión de mandarles los poderes para realizar el empréstito, sin que siquiera le concretaran la clase de negociación que iban á hacer, su objeto no había sido otro que echarles la culpa después, diciendo que la negociación había fracasado por la obstinación de Echeverría en no prestarle el debido apoyo.

En vista de estas aclaraciones, colocado Aguilera en la crítica situación de guardar el secreto á Martínez, en cuyo caso no podía aclararse el asunto, y temiendo que esta obscuridad pudiera refluir directamente en perjuicio de Cuba, se decidió á revelar francamente á Echeverría sus conferencias con Martínez sobre el particular, y todo cuanto sabía, pues estaba persuadido de la buena fe

y buen deseo con que trabajaba Echeverría por la causa de Cuba. Una vez que concluyó su relato quedó admirado Echeverría de la doblez de los Castillos, que al mismo tiempo que lo alentaban á él para la realización del empréstito, se dirigían á Aguilera por otros conductos con objeto de entorpecer el negocio y conseguir sus reprobados fines.

Manifestó Aguilera que en vista del caso, pensaba en la próxima reunión con Martínez y Lamadriz, decirles que supuesto que ellos no querían que él se comunicase con Aldama y Echeverría, únicos que podían proporcionarles los poderes para el empréstito, no podía hacer nada sobre el particular porque si iba á Londres estaba persuadido de que se escollaría en la falta de los referidos poderes.

Contestó Echeverría que el negocio era muy delicado, y no creyera que se evadiría de la responsabilidad que le echarían encima, con la facilidad que pensaba. Haciendo lo que decía, Castillo propalaría que también á Aguilera había propuesto los medios de salvar á Cuba y éste los había rechazado. Dijo que en su concepto debía herir de frente la dificultad. Pedir á Aldama los poderes. Si éste se los entregaba contestar á Martínez que estaba dispuesto á marchar á Inglaterra inmediatamente. Si conseguía realizar el empréstito, sería éste un hecho magnífico para Cuba. Si no lo conseguía quedaba á cubierto de los cargos que en lo futuro pudieran hacerle.

Mucha fuerza hicieron á Aguilera las razones de Echeverría; por consiguiente, se decidió á hablar á Aldama. Salió con Echeverría y se dirigieron á la oficina de aquél. . Informó Aguilera á Aldama á grandes rasgos sobre el asunto, y quedaron en reunirse los dos con Echeverría á las doce del día siguiente en casa de Aldama para acordar lo más conveniente.

Concurrió Aguilera á la reunión. Encontró á Aldama en su casa y poco después llegó Echeverría acompañado de Hilario Cisneros. Se discutió largamente el asunto, y por último se acordó que pasase Aguilera á casa de Ramón Martínez y le manifestase que Echeverría lo había informado sobre el empréstito de Castillo por razón de creer ya ese negocio fracasado. En tal virtud, había resuelto ponerle un cablegrama á D. Carlos del Castillo diciéndole que por correo le mandase las bases y circunstancias de la negociación, y si las juzgaba convenientes marcharía inmediatamente á Londres á realizar el empréstito con la cooperación del apoderado del gobierno señor Aldama ó su comisionado.

Disuelta la reunión fué Aguilera á casa de Ramón Martínez en cumplimiento del acuerdo.. Enterado éste de la misión de Aguilera, se manifestó muy satisfecho, diciendo que comprendía que la premura del tiempo exigía que Aguilera se entendiese directamente con Don Carlos del Castillo y acordaron que pusiese Aguilera á Castillo el cablegrama de que le había hablado.

Como aquella misma noche estuviese citado para otra reunión en casa de Hilario Cisneros, con el fin de tratar sobre el abanderamiento del vapor y otros particulares concernientes á la expedición, se dirigió allí y además de Hilario Cisneros encontró á Aldama y á Echeverría. Habló Aldama sobre el pro y el contra de las banderas inglesa, americana y peruana, considerando menos favorable esta última y expresando la idea de que con la bandera inglesa sería más respetado el buque por el Gobierno español, (siempre que no fuese armado, pues si llevaba montado un cañón, el vapor sería perdido de todas maneras). Mucho se discutió sobre el particular, insistiendo Aldama en su opinión desfavorable al armamento del buque. Defendió Aguilera el punto, hasta que por último, viendo que con tanta insistencia se le combatía por parte de Aldama y Echeverría, y que Cisneros, que lo había alentado y le había escrito una exposición sobre el particular no decía nada en su apoyo, manifestó que si tanta era la oposición que encontraba su proyecto, se resolvía á abandonarlo, llevando su expedición sin ningún medio de defensa, según ellos manifestaban era conveniente, aunque estaba persuadido de que se perdería

irremediablemente como podía demostrarlo con un informe escrito al efecto que llevaba, el cual no juzgaba ya necesario presentar.

Manifestaron Aldama y Echeverría deseos en ver el informe, y accedió al fin Aguilera á darlo á conocer, aunque diciendo que dado el estado de ánimo de los presentes, estaba persuadido de que lo iban á juzgar una locura.

El informe decía así:

"C. C. Miguel de Aldama y José A. Echeverra, Agente General y Comisionado Diplomático de la República de Cuba.

"Distinguidos conciudadanos:

"Creo de mi deber hacer presente á ustedes como representantes de nuestro Gobierno, las razones en que me fundo para querer armar el buque que debe llevar la próxima expedición á Cuba.

"Saben ustedes bien que el desembarco de una buena expedición en Cuba produciría un favorable efecto moral y material en el ejército libertador y haría decaer el ánimo de los jefes españoles.

"Sabido es que el Gobierno español ha de tratar por todos los medios que estén á su alcance de impedir que la expedición desembarque, de procurar que sea apresada en el mar y al serlo, que los expedicionarios, sean fusilados sin llevarlos á tierra y el buque echado á pique, como medio mejor de evitar complicaciones con Gobiernos extranjeros, y clamores de la prensa en general.

"Si yo pudiera desembarcar en cualquier punto de las costas de toda la isla de Cuba, el bloqueo por la escuadra española sería imposible; pero el Gobierno español, que sabe la situación de sus campamentos y la de los del ejército libertador, no puede menos que sospechar los puntos de la costa del Norte ó del Sur por donde puede hacerse el alijo, y esos puntos los puede bloquear con tanta facilidad que haga difícil el desembarco.

"No debemos confiar en que los españoles por ignorancia no lo hagan, como ha sucedido otras veces, pues se me han comunicado noticias que tengo por fidedignas, de que está ya establecido el bloqueo por mar y tierra en la forma siguiente: En la costa del Sur han situado cañoneros en los puertos de Vicana, en el fondeadero detrás del cabo Cruz, en Portillo, Cayo Damas, el Macho y Rincón de Sevillla; esto es en la costa de sotavento de Santiago de Cuba. En la de barlovento, en Demajayabo, Guantánamo, Puerto Escondido, Baitiquirí é Imías. De un puerto á otro están cruzando buques mayores. En la costa Norte hay en Baracoa uno ó dos buques; y desde el puerto de Sagua de Tánamo hasta el de Guanaja, hay estacionados varios cañoneros y buques mayores que vigilan por fuera.

"Además, se han enviado tropas que están situadas en conexión con los cañoneros, en términos de que á cualquier aviso de éstos puedan reunirse de momento ciento ó ciento cincuenta hombres, y en pocas horas muchos más.

"Esto, que se me ha comunicado, está confirmado por las noticias telegráficas publicadas aquí anteriormente y por las que se han publicado hoy en el "Heraldo", en las que se dice que el vapor "Isla de Cuba" desembarcó en Santiago de Cuba mil marineros.

Mediando estos antecedentes y la comunicación que se nos ha hecho, de que en el puerto de Kingston en Jamaica, hay dos buques de guerra esperando noticias de la salida de la expedición, creo que es muy difícil desembarcar con buen éxito; y para tener alguna esperanza de conseguirlo se necesita armar el buque expedicionario.

"Sé muy bien que mi misión no es exponer la expedición á los azares de un combate; que antes que todo, aprovechando la ligereza del buque debo huir; pero pudiera suceder que me persiguieran varios buques en alta mar ó que me sorprendieran en el momento del desembarco y para estos casos necesito tener medios de defensa para tratar de salvar el buque y evitar que los expedicionarios sean asesinados por el enemigo.

"Mucha fuerza me hace el pensar que armado el buque, es muy posible que no pueda volver á usarse; pero creo que lo que interesa salvar antes que todo es la

expedición; que á esto debe subordinarse todo lo demás. Además, creo que aun sin armar el buque, será muy difícil volver á traerlo á este puerto.

"Si el buque armado se salva después de desembarcar la expedición, y se ve que no hay posibilidad de utilizarlo, se puede vender en cualquiera de las Repúblicas de Centro ó Sur-América y en el caso de no encontrarse comprador se puede simular una venta y salvarlo de toda persecución.

"Ninguna esperanza alimento porque el buque lleve bandera inglesa. Si es apresado, estoy seguro que él, su tripulación y los expedicionarios pereceremos, como sucedió hace algunos años con una goleta inglesa que salió de Nassau. No tengo temor de que yendo armado, las naciones extranjeras lo persigan como pirata, si llevamos arreglados todos los documentos necesarios. Recuerden ustedes lo que sucedió con el vapor de guerra Céspedes.—"Lillian"—en Nassau.

"Si pudiéramos contar con cinco á seis mil pesos más, haría algunas evoluciones antes de desembarcar, que producirían gran efecto, no sólo entre los españoles, sino también en el extranjero.

"Mi plan sería llamar la atención del Gobierno español sobre la costa Norte de la Isla con un hecho ruidoso, é ir inmediatamente después á desembarcar la expedición, calladamente por la costa del Sur. A ese efecto me acercaría á una playa apropósito en la costa del Norte, en el departamento Oriental y allí haría el alijo de las cápsulas, dejándolas en el agua, cerca de la orilla y marcando bien el lugar donde se encontraran.

"Efectuado este alijo, me dirigiría á rellenar las carboneras del vapor con el carbón que me proporcionaría una goleta que esperara mi barco en un punto convenido en las Bahamas. Repuesto de carbón, haría rumbo hacia Occidente, para encontrarme frente al puerto de la Habana por la noche. Me acercaría lo más posible á la ciudad y haría varios disparos de cañón sobre la misma. Efectuado esto, conseguiría hasta doblar el cabo de San Antonio y haría el desembarco de mi expedición sigilosamente por la costa del Sur del mismo departamento Oriental.

"Mi desembarco por este lugar, lo mismo que la condución al interior de la expedición sería cosa bien sencilla, libres de la impedimenta de las municiones que ya habríamos dejado en la costa del Norte. Por otra parte, puede considerarse el escándalo que se produciría en la capital española de la Isla, al oir los disparos, y la explosión de las bombas que amenazaran destruir la ciudad.

"Este plan, me regocijaría infinito llevarlo á cabo y ruego á ustedes que lo tomen bajo su patrocinio.

"No deben ustedes olvidar que la historia nos enseña que las guerras de la clase de la nuestra, más que por el poder de los que las han emprendido, han triunfado por los golpes de audacia, y que sin éstos el triunfo es casi imposible.

New York 26 de Noviembre de 1874.

F. V. Aguilera."

Leyó Echeverría el informe y después de concluído empezaron las impugnaciones de parte de Aldama y de Echeverría. Dijeron que después de echadas las cápsulas al agua ya no se encontraría el lugar donde estaban. . Que Aguilera se proponía meter mucho ruido cuando el desembarco debía hacerse con mucho sigilo. Que el cañón de á 36 no alcanzaría la ciudad, diciendo Aldama casi con burla que Aguilera cuando más, sólo conseguiría cañonear los arrecifes de la Habana, etc. Trató Aguilera de reunir toda su calma para soportar el "chubasco", no sin haber estado á punto de decirles que no extrañaba ya que en la Habana hubiesen sido tan fieros opositores á la revolución, porque en sus pechos, ni en sus cerebros podía caber nada grande, nada que no fuera vulgar. Que ni en aquella ocasión ni en la presente habían sido nunca revolucionarios. Se contuvo, sin embargo, porque comprendió que nada adelantaría con ello y sí se indispondría con unos hombres que por inútiles que fuesen para el fin que los necesitaba, sin embargo tenía que sobrellevarlos porque no había otros.

Al mismo tiempo que refutó Aguilera

todos los inconvenientes que le pusieron, manifestó que su deseo de llevar una pieza montada en su buque no era para provocar combate con los buques de guerra españoles; todo lo contrario, trataría de esquivar el encuentro y sólo haría uso de ella caso de no poder evitarlo, defendiendo la expedición, y estando en aptitud, antes de rendirse á un enemigo implacable, de perecer con gloria, combatiendo hasta el último momento. Con respecto al cañoneo de la Habana, dijo que esto lo haría sólo en caso de poder reponer el combustible de sus carboneras, en algún punto de las Bahamas, con el carbón que llevase una goleta enviada al efecto. De otra manera, llamaría la atención del enemigo en algún puerto de la costa Norte al Oriente de la Isla, y doblando la punta de Maisí iría á desembarcar calladamente en la del Sur. Suscitóse una animada discusión entre Aldama, Echeverría y él, impugnándolo los dos primeros pues Hilario Cisneros apenas terció en ella, hasta que finalmente dijo Aguilera que si tanta oposición encontraba, desistiría de su propósito de llevar armado el vapor, no queriendo poner obstáculo á la salida de la expedición, que era lo que anhelaba; pero que sabía que irremediablemente la expedición iba á perderse y desde ese momento declinaba toda la responsabilidad que pudiera caberle

Echeverría, que hacía rato permanecía callado, escuchando el debate que se sostenía entre Aldama y Aguilera, manifestó entonces que le parecía que ya en otra ocasión se había resuelto que el vapor fuese armado. Creía que Aguilera tenía razón en insistir en esa exigencia, aunque de efectuarse, el vapor se perdiera. Triunfó al fin Aguilera esa vez, y se acordó que Cisneros hablase con su amigo el Cónsul del Perú para ver si podía abanderarse el "Octavia" con la bandera peruana, simulando una venta. Echeverría ofreció ir á Washington á hablar con el embajador peruano si se creía necesario. Acordóse también que al día siguiente volverían á reunirse en la oficina de Aldama para poner el parte á D. Carlos del Castillo.

Según lo convenido el día anterior, fué Aguilera á la oficina de Aldama donde encontró á Echeverría y convinieron en que el referido parte dijera así:

"Carlos del Castillo

7 Park Road Villas

Forest Hill. London S. E.—Escríbame bases y condiciones del negocio que me propone. Si aceptable iré con el Agente ó Subdelegado.--*F. V. Aguilera*".

Encargóse Echeverría de poner el cablegrama.

CAPITULO XII

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE 1874

ATRASO DE LOS TRABAJOS DEL VAPOR.—AGUILERA VA A VER A ALDAMA.—EVASIVA DE ESTE.—NEGOCIACION DEL PERU. — CONSUL PERUANO. — ABANDERAMIENTO DEL VAPOR.—PAGARES DE ALDAMA DADOS POR EL VAPOR "OCTAVIA"—EL HIJO DE VICENTE GARCIA.—AGUILERA LE PAGA UNA ANUALIDAD EN EL COLEGIO.—ALDAMA NIEGA QUE HAYA DADO PAGARES POR EL "OCTAVIA".—ESPECULACIONES DEL CAPITAN SUMMER.—JUAN LUIS PACHECO.—VUELTA DE SU COMISION A CUBA.—VIGILANCIA DE LAS COSTAS POR LOS BARCOS ESPAÑOLES.—DEPLORABLE ESTADO DE INSUBORDINACION ENTRE LOS CUBANOS.—ABANDERAMIENTO DEL VAPOR.—H. CISNEROS QUEDA HECHO CARGO DE EL.—NEGOCIACION DEL PERU.—CONFERENCIA DE AGUILERA CON JUAN L. PACHECO Y H. CISNEROS. —MARINEROS CUBANOS.—SE RESUELVEN MANDAR POR ELLOS A JAMAICA.

Fué Aguilera á la oficina de la sociedad y encontró á Aguiar y Pío Rosado que lo esperaban. Le manifestó Aguiar que había estado á ver las calderas del vapor y encontró que las planchas aun estaban en Filadelfia á donde las había encargado Mr Diller. Estaba persuadido de que tardarían cinco semanas en

construirse; se necesitaban dos semanas más para arreglar las conexiones y preparar la expedición y por lo tanto juzgaba que ésta no podría salir hasta mediados de Enero,—pasaba esto el 27 de Noviembre. — Rosado le manifestó que se podía abreviar trabajando de día y de noche, á cuyo efecto se ofrecía para recorrer algunas emigraciones y conseguir el dinero extraordinario necesario, pues los jornales de noche se pagaban dobles.

Manifestóles Aguilera que varias veces le había asegurado Aldama que las calderas y todo lo concerniente á la maquinaria lo tendría listo Mr. Diller en la primer semana del mes de Diciembre; con respecto á trabajar de noche, que por su parte no había dificultad, pero lo consideraba peligroso, porque á los españoles les llamaría la atención y tomarían el hilo para vigilar el vapor.

Estimó Aguiar oportunas las razones de Aguilera y quedó éste en hablar con Aldama sobre lo que le había dicho Aguiar.

Efectivamente, lo hizo así, y contestó Aldama que él aseguraba que las calderas no harían falta tan pronto como Aguiar tuviese listos sus trabajos para colocarlas.

Volvió Aguilera algunos días después á ver á Aldama para saber cómo marchaban los trabajos del vapor. Le manifestó éste que ya había mandado al capitán Summer para que lo inspeccionara; éste lo había encontrado todo bueno, pero deseaba que el manejo del timón se pusiera á proa y no á popa como lo tenía,—sistema americano,—que él condescendió y lo había citado para que el sábado próximo fuera á hacerse cargo del buque, porque el lunes debían llevarlo al dique para recorrerle los fondos, etc. Dijo que Aguiar no había concluído sus trabajos, pero que podía seguir trabajando al mismo tiempo que fuesen calafateando el casco.

También manifestó Aldama que había preguntado con cautela á Summer cuál era su opinión respecto á si el vapor debía ir armado ó no. Le contestó que no debía armarse. Preguntóle entonces si yendo armado iría él de capitán. Summer contestó que en ese caso no iría. Por lo tanto dijo Aldama que lo ponía en conocimiento de Aguilera para su inteligencia, recomendándole que no contratase otro capitán hasta tanto vieran si podían reducir á Summer.

Informólo también de una carta que había recibido de Márquez, Agente en el Perú, en la que le manifestaba que la Cámara de Diputados de aquella nación había votado que el Gobierno auxiliase á Cuba con trescientos mil soles en bonos de la deuda exterior. El Senado había reducido la cantidad á doscientos mil, con cargo á los gastos secretos de la Secretaría de Relaciones Exteriores. No habiéndose conformado la Cámara con esa disminución ni con la secretividad, se habían reunido las dos Cámaras para deliberar, habían discutido la proposición y habían perdido los cubanos la votación por requerirse las dos terceras partes de los votos á la que no habían llegado. Manifestábale así mismo Márquez que no podía precipitarse la negociación en aquellos momentos, porque la atención del Gobierno se encontraba fija en la revolución que tenían al Sur de la República.

Informó Hilario Cisneros á Aguilera que había hablado con el Cónsul peruano sobre el abanderamiento del vapor. Le dijo el Cónsul que podía hacerse siempre que se reuniesen dos circunstancias: la primera, que había de pasar á manos de un ciudadano peruano y la segunda que había de salir destinado para un puerto del Perú. Ninguna de estas dos condiciones parecieron á Aguilera difíciles de llenar. Como Cisneros sólo había hablado al Cónsul en términos generales, sin atreverse á descubrirle lo que se proponía, quedó con Aguilera en ver de nuevo al referido Cónsul.

Habiendo manifestado Toscano, dependiente de Aldama, á Aguilera, que la casa de Delmonte se encontraba escasa de dinero esa semana para sus pagos, le preguntó si podía prestar dos mil pesos á la referida casa hasta la semana entrante. Contestó Aguilera que no tenía inconveniente siempre que se le devolviesen la semana próxima; ense-

guida extendió un check á favor de la casa de Delmonte y Compañía por dicha cantidad. Bastante llamó la atención á Aguilera lo manifestado por Toscano, pues extrañaba que una casa tan fuerte como la de Delmonte y Compañía que era el mismo Aldama, se viera en tales apuros.

Como le dijese Aguiar que necesitaba tomar las medidas al cañón para hacerle la plataforma, le contestó Aguilera que cuando quisiese fuera á la oficina de Aldama para que le diera una orden á fin de que Harley le dejase ver la pieza.

Habiendo ido Aguilera á visitar á Govantes, lo informó éste de que había oído decir que el corredor Cobas estaba negociando unos pagarés de Aldama á noventa días de plazo y decía que esos pagarés provenían de la compra del vapor "Octavia". Manifestó Govantes que esas voces perjudicaban mucho á la expedición, pues muy pronto llegaría á oídos de los españoles, que se pondrían sobre aviso.

Ya en otra ocasión había dicho Ravello á Aguilera que Aldama no había dado de contado por el "Octavia" más que diez y seis mil pesos; y por lo restante hasta veintidos mil quinientos, valor del vapor, había dado tres pagarés á sesenta y noventa días plazo. Todas estas noticias pusieron en cuidado á Aguilera, porque efectivamente eran diez y seis mil pesos los que Aldama le había pedido para pagar el "Octavia".

Fué Aguilera á visitar á Govantes en su casa y encontró allí al padre Palma. En la conversación refirió éste muy apenado lo que pasaba con los hijos del General Vicente García. Dijo que estando allí el mayor de ellos viviendo en casa de Félix Fuentes, Aldama había dispuesto que se mandara con su madre á Puerto Plata, cuando la pobre señora apenas si contaba con que mantenerse ella misma. Con respecto al menor, dijo que estaba empeñado en la tarea de reunir doscientos y pico de pesos para ponerlo en un colegio, abonándole un año. Hizo comentarios respecto á los patriotas que estaban en Cuba, sacrificándose por hacer patria á los cubanos, mientras sus familias se morían de miseria en el extranjero, donde había tantos cubanos ricos, que las miraban con la mayor indiferencia, sin moverlos la conciencia á darles algún socorro. Volviendo al caso de los hijos de Vicente García, le dijo Aguilera que así que hiciera la recolección, si le faltaba algo, ocurriese á él, que se lo daría pues aunque el poco dinero que tenía era de Cuba se creía autorizado para disponer de una pequeña cantidad en obsequio del hijo de uno de los patriotas más esclarecidos.

Fué Aguilera á la oficina de Aldama y encontró allí á Echeverría. Lo llamó aparte y le manifestó lo que acababa de saber respecto al corredor Cobas sobre los pagarés de Aldama.

Contestó Echeverría que ignoraba los detalles de la compra del vapor "Octavia" y llamando á Aldama informaron á éste de lo que se trataba.

Manifestóse Aldama sorprendido y dijo que iba á enseñarles la escritura de compra para que viesen que él había abonado todo el dinero. Llamó á Toscano, su dependiente, para que trajera la referida escritura; éste fué á buscarla á la caja y no encontrándola dijo que probablemente la tendría Delmonte que estaba ausente.

Manifestó Aldama que él había pagado el dinero y no tenía más notas pendientes en plaza que las que provenían de compras de azúcares. Que habiendo comprado Delmonte el vapor "Tahivi" era fácil que hubiese dado algunas notas en pago, y que efectivamente era Cobas el corredor de que se valía Delmonte. A pesar de todas estas explicaciones, Aguilera siempre quedó en la duda, porque sabía la facilidad que Aldama tenía para salvar las dificultades.

Como le hubiese dicho Aldama que entre el capitán Summer y Aguiar había cierta divergencia con respecto á que el gobierno del timón del vapor estuviese á popa ó á proa, encargándole que arreglase ese asunto, vió Aguilera á Aguiar sobre el particular. Le dijo Aguiar que no convenía hacer la alteración, porque eso dificultaría la maniobra del barco y además tendría que recortarse la vela ma-

yor, quitando andar al buque y otra porción de inconvenientes más. Dijo, finalmente, que el capitán Summer quería hacer esa variación para vender el famoso varandaje de bronce que tenía el timón en la actualidad, como había hecho en el "Hornet" con el polvorín; para vender el plomo que tenía, en cuatrocientos ó quinientos pesos, lo desbarató, teniendo que gastar después tres ó cuatro mil pesos para volverlo á poner en el mismo lugar donde estaba.

Habiendo vuelto Juan Luis Pacheco de su viaje á la costa Sur de Cuba por la vía de Jamaica, fué á visitar á Aguilera. Díjole que el viaje había sido muy penoso. Lo había hecho en ocho días y estuvo cinco con el coronel cubano Durán, habiendo regresado á Jamaica en veinticuatro horas. La vigilancia de los españoles por aquella costa era extremada. Tenían once buques entre vapores y cañoneros, y él había estado á punto de ser descubierto. Manifestó que había formado una combinación para el desembarco de Aguilera, pero era necesario dar la vuelta á la isla de Jamaica. El coronel Durán estaba allí con todas sus fuerzas. Jesús Pérez, á quien habían destituído del mando y maltratado, decía que no obedecía órdenes de nadie hasta que no llegara Aguilera y se hiciera cargo del Gobierno. Jesús Pérez estaba por la vecindad de Santiago de Cuba con cien hombres peleando independiente del Gobierno y esperando á Aguilera. En las fuerzas de Bayamo había habido una sublevación en la que los oficiales habían depuesto á su jefe Leonardo Marmol, acusándolo de cobardía en una acción. Todos anhelaban que Aguilera acabase de llegar, aunque fuera sin expedición, para que apaciguara los ánimos, etc.

En consecuencia de lo que Aguilera había hablado con el Padre Palma, referente al colegio del hijo de Vicente García, le manifestó Palma que nada había podido conseguir con los cubanos ricos, y le pidió facilitara el dinero como gracia á aquel benemérito patriota. Contestó Aguilera que contara con él, y al día siguiente le remitió un check por los doscientos cincuenta pesos

Hablando con Hilario Cisneros sobre el abanderamiento del vapor, le dijo éste que lo podían hacer como antes se había hecho el del "Hornet", pues si aquella vez no dió resultado, fué porque el capitán entregó el vapor.

Opinaba que el buque se arreglara como vapor de guerra cubano porque todas las naciones miraban mal á los corsarios. Finalmente quedó hecho cargo de arreglar este asunto de una manera satisfactoria.

Fué Aguilera á la oficina de Aldama. Manifestó éste que tenía que hablarle sobre el negocio del Perú. Díjole que estaban conseguidos los doscientos mil soles, el vapor, las armas, municiones, etc, y que ésta debería ser la expedición salvadora para Cuba. Dijo también que el vapor "Octavia" estaba en el varadero y pronto se despacharía. Quedó Aguilera satisfecho con tan buenas noticias.

Habiendo citado á Juan Luis Pacheco para la casa de Cisneros con objeto de tratar sobre la expedición, se reunieron los tres. Manifestó Juan Luis que había en Jamaica muchos marineros buenos, algunos de los cuales habían hecho su campaña en buques de guerra españoles y podían utilizarse sus servicios, porque como buenos cubanos, estaban dispuestos á prestarlo sin más costo que su pasaje de Jamaica á New York y alguna pequeña friolera que se les diera para el avío de su viaje. Además, añadió que allí se encontraba también el Dr. Vilaró, persona científica y buen patriota que estaba dispuesto á ir á Cuba. Asimismo lo estaba el Teniente Coronel Castillo, antiguo ayudante de Ignacio Agramonte, quien lo había acompañado á él,—Pacheco—en su último viaje y era hombre de relevantes méritos.

Hilario Cisneros manifestó que estaba de acuerdo con todo lo dicho por Pacheco: que las tripulaciones extranjeras eran muy caras y difíciles de manejar, pues además de exigir una buena cantidad para enganche, apropiado al peligro que iban á correr, era necesario pagarles sus mensualidades con mucha exactitud y aun así no se estaba libre del peligro de que se sublevasen. Ejemplo

de esto lo que sucedió á su hermano Javier en los momentos de salir de Colón con una de sus expediciones; le exigió la tripulación tres ó cuatro mil pesos que hubieron de buscarlos y dárselos enseguida, so pena de que fracasase la empresa. Con respecto al Dr. Vilaró, dijo que lo conocía muy á fondo y sería una adquisición valiosísima para Cuba. De Castillo, dijo que tenía los mejores informes.

Se acordó pues que escribiese Aguilera á Isidro Palacios en Kingston y le remitiese una letra de quinientos pesos para que por la primera vía mandase seis marineros que designó Pacheco, pagase el pasaje á Vilaró y Castillo y el resto lo aplicase á pagar lo que debía Aguilera por pasaje de unos prácticos embarcados anteriormente. Acordóse también que Aguilera escribiese á Manuel Fernández, Agente cubano de Port au Prince, Haití, para que tuviese listas siete toneladas de pólvora que había ofrecido aquel Gobierno y unas carabinas "Minie" para después que Aguilera desembarcara su expedición en Cuba, fuera el vapor á la altura de San Marcos, y cogiera allí, de una goleta que iría al efecto, los referidos materiales de guerra, para desembarcarlos también en Cuba, según la nueva combinación que llevara. Convínose asimismo en que se citara á Aguiar para casa de Hilario Cisneros á fin de que los informara del estado de los trabajos.

CAPITULO XIII

DICIEMBRE 1874

CONFERENCIA DE AGUILERA CON ALDAMA.—INTRIGAS DE ESTE.—SE OPONE A QUE VAYAN LOS MARINEROS CUBANOS.—PRESUPUESTO EQUIVOCADO.—EXCITACION DE ALDAMA.—ECHEVERRIA TRATA DE MEDIAR—DICE ALDAMA QUE ESTIMA MAS SU HONOR QUE LA EXPEDICION.—AGUILERA INDIGNADO.—CONOCE AL FIN QUE ES SU VICTIMA.—QUIERE IRSE A CUBA EN UN BOTE.—H. CISNEROS LO CALMA.—CARTA DE AGUILERA A ALDAMA.—BELIGERANCIA.—AGENTES DE WASHINGTON Y ALDAMA.—ESTE SE NIEGA A CUMPLIR SU CONTRATO.—INTERVIENE H. CISNEROS.—CONTESTACION EVASIVA DE ALDAMA A AGUILERA.—REFLEXIONES DE VILLEGAS.—NUEVA CARTA DE AGUILERA A ALDAMA.—LA BELIGERANCIA.—PRUEBA DEL COMPROMISO DE ALDAMA.—INDIGNACION DE LOS AGENTES AMERICANOS.—ALDAMA RECTIFICA.—JUNTA CON ALDAMA.—AGUILERA DISGUSTADO.—CARTA DE GOVANTES Y ROSADO EXIGIENDO A AGUILERA SU COMPROMISO.

Fué Aguilera á la oficina de Aldama. Apenas lo vió éste lo llamó y con mucho misterio le dijo que tenía que comunicarle una cosa reservadísima. Dijo que quizás antes del 25 de aquel mes—era el 14 de Diciembre— tomaría la administración americana una actitud muy favorable á los cubanos, y quizás sería necesario volver á mandar á Juan Luis Pacheco á Cuba libre otra vez.

Contestó Aguilera que se alegraba mucho; pero en cuanto á mandar otra vez á Pacheco á Cuba libre lo encontraba inútil, porque estando él para salir de un momento á otro con su expedición, él mismo podía ser el portador de tan grata nueva, sin necesidad del nuevo viaje de Pacheco que podría interrumpir las recientes combinaciones que había dejado. Con objeto de abreviar más los preparativos de su viaje dijo iba á escribir á Isidro Palacios para que le mandase, á vuelta de vapor, seis marineros cubanos que había en Jamaica con los que pensaba tripular el vapor que había de llevarlo á Cuba.

Contestó Aldama que eso costaría muy caro, pues los hombres tendrían que venir en cámara de primera á razón de cincuenta y dos pesos y era necesario que Aguilera no distrajera los fondos en su poder en ninguna otra cosa que en pagar los gastos de las calderas, maquinaria, carena, etc., del vapor.

Dijo Aguilera que aun cuando el pasaje costara á razón de cincuenta y dos pesos cada uno, siempre esos hombres serían más baratos que los extranjeros,

explicándole todos los inconvenientes de éstos. Dijo, además, que la suma con que hacía esos gastos la había reservado para la habilitación del vapor, á fin de que no pudiera llegar el caso de encontrarse con barco y expedición, pero sin medios de salir á la mar.

Replicóle Aldama algo excitado que, ante todo, era necesario pagar los compromisos que él había contraído, y tomando un lápiz hizo la cuenta en un papel diciendo que el vapor había costado

do.	$ 22,500
Las pailas y la maquinaria .	8,000
El dique y carena lo calculaba en.	1,200
La carpintería en.	1,000
Total	$ 39,700
Que para cubrir esas cantidades sólo tenían de los fondos de Aguilera. . .	$ 25,000
Fondos en su poder. . . .	10,000
Total. . . .	$ 35,000

Por consiguiente había un déficit de $4,700.

Concluída esta rápida operación bajo la influencia de la misma excitación, invitó á Aguilera, que lo contemplaba admirado, á pasar á la oficina contigua á consultar con Echeverría.

Informado éste, manifestó á Aguilera sus temores de que los marineros no fuesen buenos, porque dijo que aun los "matriculados" salían pocas veces á alta mar en los barcos de guerra. Después de una corta discusión sobre este particular convino al fin Echeverría en que si los marineros cubanos eran buenos, debían tomarse con preferencia á los extranjeros. Interrogó, sin embargo á Aguilera sobre si estaba seguro de que el capitán que él pusiera los admitiría. Contestóle Aguilera que el capitán admitiría todas las condiciones que le pusiese ó no lo llevaría. Por último trató Echeverría de inclinar á Aldama á que dejase mandar por los marineros. Aldama contestó con mucho énfasis que su honor estaba comprometido en la plaza y estimaba á éste en más que la expedición. Añadió que en cuanto las obras estuviesen concluídas, tenía que pagarlas al contado y por consiguiente no debía distraerse ningún dinero hasta que su crédito estuviese á salvo. Después de liquidadas las cuentas y pagadas, se vería lo que faltaba para la habilitación y entonces se recogería entre tres, cuatro ú ocho personas el dinero necesario para que la expedición saliera.

Mucho hubiera podido decir Aguilera á Aldama en respuesta á sus altaneras frases. Entre ello hubiera podido recordarle que su honor, ante todo, estaba en llenar los compromisos contraídos con la patria. Que al haberle quitado de las manos el manejo de la expedición, sin nadie habérselo pedido y contra la voluntad del propio Aguilera, había tomado sobre sí la responsabilidad de despacharlo para Cuba en el tiempo fijado por Varona y con los elementos que tenían, pues de otra manera debía haber dejado la empresa en manos de Aguilera, de quien era la responsabilidad. Los cinco mil pesos que había destinado Aguilera á la habilitación de la expedición, eran fondos extraordinarios con que no contaba, cuando Aldama se hizo cargo de despacharla, y ya le había advertido Aguilera que esos fondos los destinaba á los gastos de habilitación, lo que de todos modos facilitaba la empresa de Aldama.

Sin embargo, Aguilera, observando la excitación de Aldama, y comprendiendo que si decía una palabra en contradicción á sus antipatrióticas manifestaciones esta palabra traería otra y otras, cada una más fuerte, dando por resultado un altercado entre el Representante de la República de Cuba y el Presidente electo de la misma, pensó que era más prudente no decir nada y guardar en su alma aquellas denunciadoras palabras que rebosando de los labios de Aldama, en un momento de excitación, daban á conocer lo que había dentro de su pecho. Tiempo vendría en que, sin daño para Cuba, tomase cuenta de ellas al orgulloso Aldama.

Se observará también que la cuenta que hizo Aldama era errónea, la primera suma no arrojaba $39,700 como dijo él, sino sólo $32,700; por consiguiente en

vez de haber un déficit en contra de la expedición de $4,700 había un saldo á favor de la misma de $2,300. Esto vino á verlo Aguilera cuando ya en su casa, más tranquilo, rehizo la cuenta de Aldama.

También debemos observar que Aldama, que había empezado por proponer á Aguilera el envío á Cuba de Juan Luis Pacheco, lo cual implicaba un gasto de uno á dos mil pesos, cantidad que necesariamente había de salir de los fondos para la expedición de Aguilera, pues Aldama era incapaz de ponerlos de su peculio, se opuso de la manera que hemos visto á que Aguilera emplease una cantidad mucho menor en mandar por los marineros, diciendo que esos fondos no debían tocarse hasta que su honor en la plaza no estuviera cubierto.

Esta escena con Aldama produjo honda impresión en el ánimo de Aguilera. En aquellos momentos se le descubrió aquél, tal cual era; hombre orgulloso, para quien la patria estaba muy por debajo de su soberbia y sus pasiones. Hasta entonces había creído que Aldama, á pesar de sus defectos, podía prestar buenos servicios á Cuba; pero desde entonces empezó á sospechar que Cuba no podía esperar sino males de Aldama. Que si algún día éste hiciese un bien á Cuba, sería para cobrarlo muy en breve, con usura. Comenzó á ver que si había tenido pobre idea de los sentimientos de Aldama, la realidad superaba con mucho esa idea; y al ver que los intereses de la desgraciada Cuba estaban en manos de un hombre como aquel, y él también, todo entero, estaba en manos del mismo hombre, tembló de horror al pensar que ya no habría salvación para Cuba ni para él; que ambos estaban destinados tal vez á rodar al abismo.

Con la cabeza ofuscada por las ideas atormentadoras que acudían á su mente, y el corazón rebosando de amargura, salió de la oficina de Aldama y se encaminó directamente á casa de Hilario Cisneros á referirle lo que acababa de sucederle y saber su consejo sobre la determinación que debía tomar, pues se consideraba engañado y entendía que necesitaba dar nueva dirección á sus trabajos.

Encontró á Cisneros y refiriéndole detalladamente lo que acababa de sucederle en la oficina de Aldama, le dijo que estaba resuelto á no tener más relaciones con él. Que no podía soportar la presencia de ese hombre porque le repugnaba su vista. Que lo estaba engañando. Estaba persuadido de que su expedición no saldría. Su proyecto de recoger entre la emigración ocho ó diez mil pesos para despacharla, se lo hacía ver muy claro, porque sabía por experiencia que nadie daría un centavo á Aldama y él era incapaz de poner ni un peso de su bolsillo. Díjole que ya su determinación estaba tomada. Estaba dispuesto á embarcarse para Jamaica, con Juan Luis Pacheco y Miguel Luis Aguilera, y de allí salir para Cuba en un bote. Al día siguiente muy temprano entregaría á Aldama todos los fondos de Cuba en su poder y aprovecharía el vapor que salía para Jamaica aquel mismo día.

Procuró Cisneros calmar á Aguilera. Le dijo que en las grandes crisis era cuando se necesitaba reflexionar más, antes de tomar una resolución. Le propuso que oyeran á Aguiar, á quien tenían citado para aquella noche y al día siguiente le escribiese una carta á Aldama, manifestándole le dijese categóricamente si después de concluídas las reparaciones del vapor estaba dispuesto á despacharlo inmediatamente para Cuba ó no. Si Aldama le contestaba con una evasiva, entonces la determinación de Aguilera estaba justificada y podía aprovechar un vapor que salía cinco días después para Aspinwall y en ese tiempo tenía lugar de dejar arreglados sus asuntos. Parecieron á Aguilera razonables los consejos de Cisneros y los aceptó.

A las ocho de la noche se reunieron en casa de Cisneros, éste, Aguiar, Villegas y Aguilera, según habían convenido. Preguntado Aguiar, cómo seguían los trabajos del vapor, contestó que en su concepto las pailas no podían estar concluídas antes de quince días, y que después necesitarían dos semanas más para colocarlas y ponerles las conexiones de

vapor, agua, etc.; por lo tanto, el vapor no podría salir antes del 10 de Enero, esto es, si se tenían los elementos de dinero necesarios para los gastos indispensables de habilitación, etc. En vista de estos informes, se discutieron por algún tiempo los asuntos concernientes á la expedición, hasta que á las nueve de la noche se marchó Aguiar. A esa hora, á solicitud de Aguilera, hizo Cisneros el borrador de la carta que debía mandar á Aldama, que decía así:

"New York 15 de Diciembre de 1874.

"C. Miguel de Aldama, Agente General de la República en el Exterior.

"Distinguido conciudadano:

"La situación en que me encuentro colocado por muchos conceptos, y las manifestaciones que usted me hizo ayer en su criterio, me obligan á dirigir á usted esta carta, con el objeto de que tenga la bondad de contestarme, si el día en que esté listo el vapor en que debo llevar la expedición á Cuba, puede usted despacharla inmediatamente ó nó.

"Queda á las órdenes de usted como siempre, su afectísimo amigo y compatriota,

F. V. Aguilera".

Al día siguiente, puesta en limpio y dado curso á la carta anterior, fué el Coronel Fernando L. Queralta á ver á Aguilera é informarlo, según dijo, de un asunto de la mayor importancia.

Manifestóle que la noche anterior le había hablado un individuo de Washington que fué á New York á arreglar el asunto de la beligerancia con Aldama.

Este individuo, estando en tratos con Aldama sobre la referida beligerancia, había ido allí á conferenciar con éste y no lo había querido oir, dando por roto su contrato, aduciendo como motivo, que la revolución estaba muy vigorosa y el Congreso americano no tendría más remedio que reconocer la beligerancia de los cubanos. Dijo Queralta que los señores interesados en ese asunto querían tener una entrevista con Aguilera, para tratar por ese medio de vencer las dificultades que presentaba Aldama.

Contestó Aguilera que por su parte no tenía ningún inconveniente en oir á esos señores, aunque él, por sí, no podría hacer nada si Aldama oponía resistencia.

Instado por Queralta para que lo acompañase á ver los individuos en la parte baja de la ciudad, accedió Aguilera y salieron juntos. A las doce y media entraron Queralta y Aguilera en una oficina de Wall Street y encontraron al corredor Mr. Bronw quien informó á Aguilera por medio de Queralta que sirvió de intérprete, que Aldama había celebrado un contrato firmado con algunos Agentes de Washington, por el cual se obligaba á depositar cierto número de pesos en bonos cubanos, para el caso de que se reconociese la beligerancia en todo el Congreso 43. Los bonos fueron depositados y al concluirse la primera sesión de dicho Congreso los retiró Aldama pretextando que iba á hacer entrega de la Agencia General y debía entregar también los bonos; pero comprometiéndose á que si no verificaba la entrega de la Agencia, volvería á depositar los referidos bonos y seguiría vigente el contrato. Dijo que se encontraba en su segunda sesión el Congreso 43; varios Diputados y Senadores habían seguido trabajando por la beligerancia y ésta debía obtenerse antes del 15 de Enero. Dentro de dos días se reuniría la Comisión para formular el programa de los asuntos en que debía ocuparse el Congreso, al reanudar sus sesiones á principios de año, y por lo tanto sus compañeros exigían que Aldama cumpliese su compromiso depositando los bonos. Que al hablar él á Aldama en ese sentido se había sorprendido mucho al ver que se resistía á una cosa y á otra. Dijo Mister Brown que lo comunicaba á Aguilera con el fin de ver si conseguía persuadir á Aldama y no se malograba tan favorable coyuntura para que los cubanos obtuviesen la beligerancia. Aldama había quedado en darle su "ultimatum" aquel día ó dentro de una semana.

Contestó Aguilera que puesto que Aldama había quedado en decirle su decisión aquel día, sería conveniente que fuera Mr. Brown á hablar con él y lo que

dijese se lo avisase para obrar en consecuencia.

Convinieron al fin en que á las dos y media volverían á reunirse en el mismo lugar para comunicar á Aguilera el "ultimatum" de Aldama.

A la hora indicada volvieron á reunirse los tres y otro caballero americano, Mr. W., que era Senador ó Diputado y que también tenía intervención en el asunto.

Manifestó Mr. Brown que acababa de hablar con Aldama. Este se había negado en términos absolutos á la continuación del contrato, diciendo que el Congreso no tendría otro remedio que reconocer la beligerancia de los cubanos dada la importancia que había adquirido la revolución.

Mr. W. se manifestó indignado de que Aldama rompiese así el compromiso formal que con ellos había hecho, valido de las circunstancias de que no podían obligarlo á hacérselo cumplir.

Dijo que él había hecho gastos en viajes, comidas, etc., para conseguir la realización de lo que se proponía, pero que eso era nada en comparación del bochorno que habría de experimentar cuando se presentase á sus amigos y les dijese que todos sus trabajos eran en vano porque habían sido engañados por Aldama. El podía afirmar que si Aldama persistía en su negativa, la causa de Cuba tendría muchos enemigos en el Congreso.

Trató Aguilera de apaciguarlo y le dijo que hablaría con Aldama aquella misma tarde y le avisaría el resultado con Queralta á las siete, pues á las nueve tenía Mr. W. que tomar el tren para volver á Washington.

Inmediatamente fué Aguilera con Queralta á la oficina de Hilario Cisneros y lo informó del asunto. Contestó Cisneros que era necesario hablar inmediatamente con Aldama.

Como Aguilera tenía pendiente la contestación de la carta que había escrito á Aldama y le disgustaba volver á encontrarse con él, comisionó á Cisneros para que fuera á hablarle y le dijese el resultado.

Después de una hora volvió Cisneros de su comisión, diciendo que había tenido una larga conferencia con Aldama. Informado del asunto, le había contestado que cuando él recibió la Agencia, encontró ese contrato hecho por su antecesor Quesada. Lo había ratificado después, y no habiendo obtenido la beligerancia, retiró los bonos, Esos señores pretendían de él, que hiciera un nuevo contrato y aunque no exigían otra cosa que el depósito de los bonos, para el caso de que se reconociese la beligerancia, después pedirían dinero. Dijo que todos no eran más que una partida de especuladores que querían explotar la causa de Cuba y por lo tanto él había roto con ellos de una vez de acuerdo con Echeverría que era de la misma opinión.

Mohinos quedaron ante tal contestación, pues si por un lado sabían que Aldama no dejaba de tener razón al decir que no eran más que unos especuladores, sin embargo, creían impolítica la ruptura de Aldama con esos señores de un modo tan brusco, pues era incuestionable que podían hacer mucho daño á la causa de Cuba en el Congreso, trabajando, en venganza, para que éste no volviera á ocuparse de la referida causa.

Convinieron en que fuese Queralta á decir á Mr. W. el resultado negativo de las gestiones de Aguilera, y que Cisneros fuese aquella misma noche á hablar con Echeverría para saber lo que había sobre el particular.

Aquel día recibió Aguilera la contestación de Aldama á su carta de la noche anterior.

Decía así:

"New York, Diciembre 16 de 1874.

"C. General Francisco V. Aguilera.

"Distinguido conciudadano y amigo:

"En este momento me ha sido entregada su apreciable carta fecha 15 del corriente en la cual manifiesta usted el deseo de saber si el día que esté listo el vapor que lo llevará á usted á Cuba puedo despacharlo inmediatamente.

"Siento no poder contestar á usted terminantemente esta pregunta, porque el despacho de la expedición depende en gran parte de la forma que á ésta se le

de, forma que aun no hemos acordado definitivamente, pues que en las reuniones que hemos tenido, sólo hemos discutido dos de los puntos principales; pero como á usted y á mí nos inspira el mismo objeto é igual deseo, podemos, para convenir la forma realizable y acordar cuanto convenga, reunirnos el domingo próximo, á las doce en mi morada, número 150 Oeste, calle 46. Yo citaré á Aguiar, Cisneros y Echeverría para que concurran, y si usted desea que alguna otra persona de su amistad y de su confianza asista, puede usted citarla ó llevarla consigo. La expedición de que nos ocupamos tiene tan inmensa importancia, que para no exponerla á riesgos innecesarios, debemos meditar concienzudamente hasta sus más mínimos detalles.

"Suplico á usted me diga si está conforme en que celebremos el domingo próximo la reunión á que me refiero, y entre tanto, como continúan haciéndose al vapor las obras necesarias, ningún tiempo se pierde.

"Acaba de llegar de Puerto de Plata el práctico R. Lazo que envío á usted, ignorando yo donde están alojados los otros. Me dice el Sub-Agente en dicho punto que es el único que ha podido enviar en este viaje.

"Soy de usted con toda consideración, afectísimo amigo y seguro servidor,

Miguel de Aldama".

Considerando esta contestación una evasiva de Aldama, que dejaba sin contestación la pregunta categórica que en su carta le hizo, dándole una nueva cita que á nada favorable podía conducir; cansado ya de tanto ir y volver, á citas y conferencias que no tenían otro resultado que perder tiempo, pensó tomar una determinación decisiva y escribirle otra vez pidiéndole órdenes para Cuba libre, y diciéndole que se marchaba en la primera oportunidad.

Hablando Aguilera sobre este particular con Villegas, le confesó éste que al hacerse cargo Aldama de la dirección de la expedición, todos creyeron que si algún dinero faltaba, lo pondría de su peculio. Sin embargo, no le pareció bien que Aguilera adoptase la resolución de marcharse á Cuba inmediatamente en un bote; y opinó que debía volver á hablar con Aldama para ver si lograba que precisara si contribuía ó nó con algún dinero para su expedición.

Al día siguiente fué Aguilera á la oficina de Hilario Cisneros y no encontrándolo se puso á contestar á Aldama su carta. Cuando ya iba á cerrarla llegó Cisneros. Se la enseñó Aguilera y le pareció bien; sin embargo, le dijo que no encontraba conveniente le dijese que no asistiría á la junta para que lo citaba.

Contestó Aguilera que estando dispuesto á marchar á Cuba en un bote, porque estaba persuadido de que Aldama no realizaría la expedición, puesto que no encontraría quien le diese dinero para ella, ni lo pondría de su bolsillo, creía que su presencia en la junta le serviría de pretexto para proseguir con sus ambigüedades y promesas equívocas que nunca se realizarían. Por otra parte, si se abstenía de ir á la referida junta, diciéndole que estaba dispuesto á ir á Cuba de la manera y forma que lo mandase, lo comprometía á darle por escrito una contestación definitiva. No insistió Cisneros y Aguilera envió la carta. Esta decía así:

"C. Miguel de Aldama, Agente General de la República de Cuba en el Exterior.

"New York, 17 de Diciembre 1874.

"Distinguido conciudadano:

"He recibido su favorecida de ayer, que contesto sobre la marcha, en obsequio de la brevedad.

"Dice usted que no puede contestarme terminantemente mi pregunta "porque el despacho de la expedición depende en gran parte de la forma que á ésta se le dé, forma que aun no hemos acordado definitivamente, etc." y concluye citándome para el domingo próximo, en su casa, donde concurrirán los C. C. Echeverría, Cisneros, Aguiar y cualquier otro que yo quisiese llevar, para acordar cuanto convenga, etc."

"La urgencia con que soy llamado de Cuba libre me hace subordinar la cues-

tión de forma á la de tiempo. Para obviar dificultades dilatorias, estoy dispuesto á ir á Cuba en cualquier forma, es decir; en vapor, en buque de vela, armado, desarmado, con el capitán y la tripulación que se me designe, con municiones ó sin ellas; en fin en cualquier forma que sea posible.

"Por este motivo vuelvo á reiterar á usted mi anterior súplica, de que se sirva contestarme si, listo el vapor, puesto que lo hay, puede usted despacharme inmediatamente ó no. Para ello puede usted contar con los fondos que tengo en mi poder, cuya ascendencia la sabe el C. Toscano, dependiente de usted, por tener en su caja el cuaderno de checks.

"Sentados estos antecedentes, me parece infructuosa mi presencia en la junta del domingo. Aceptando yo, de la mejor voluntad, cualquier forma, sólo me urge mi pronto despacho.

"Sírvase usted contestarme categóricamente lo más pronto posible, para adoptar la resolución que juzgue oportuna.

"En el interín soy de usted con la mayor consideración, afectísimo amigo y compatriota,

F. V. Aguilera".

Llegó Queralta y dió cuenta á Aguilera y Cisneros de su comisión la noche anterior. Díjoles que los señores norteamericanos deseaban conocer á Aguilera, pues querían enseñarle el contrato que tenían celebrado con Aldama. Añadió que sería muy conveniente que tanto Aguilera como Cisneros los fuesen á ver. Accedieron, y los tres se encaminaron al Hotel "Metropolitan" donde paraban los referidos señores. Llegaron á la una y media y Queralta mandó su tarjeta á Mr. G. Este había sido Gobernador de aquel Estado. Fueron introducidos en su habitación y después de los correspondientes saludos y presentaciones, volvió á salir de ella Mr. G. y pocos momentos después entró de nuevo acompañado de Mr. T., caballero que estaba emparentado con un alto personaje del Gobierno. Entraron en materia sirviéndoles de intérprete Queralta. Mr. G. y Mister T. se mostraron muy resentidos con Aldama por lo mal que había correspondido á su confianza, cuando le permitieron retirar los bonos para volverlos á depositar, caso de que no entregase la Agencia. Enseñaron á Aguilera y Cisneros el contrato que tenían, firmado por Aldama y Echeverría, en el cual constaba que el compromiso debía durar por todo el Congreso 43, cuyo Congreso aun no había terminado. Apoyados en esto dijeron que Aldama había faltado al contrato y los había engañado, retirando los bonos. Manifestaron que hacía más de un año estaban trabajando, contando con que Aldama cumpliría su compromiso; á la sazón tenían conseguido mucho más de cien votos, habiéndose reunido los dos partidos Republicano y Demócrata para ese efecto; por lo tanto, la defección de Aldama iba á ser un cataclismo, que á la par que los dejaría á ellos en berlina, había de levantar un sentimiento de indignación contra Cuba entre los engañados.

En el programa debía presentarse la cuestión de si se reconocería la Independencia ó la Beligerancia de Cuba, de modo que, desde luego, por lo menos esta última sería un hecho. Manifestaron igualmente que en ambas Cámaras había un sentimiento muy pronunciado en favor de Cuba, el cual no tenía más contrario que el Secretario de Estado Mister Fish, quien de continuo estaba buscando pretextos para embarazar el reconocimiento de los cubanos.

En vista de aquellas manifestaciones, Aguilera y Cisneros ofrecieron á los señores volver á hablar á Aldama, diciéndoles que Cisneros les llevaría la contestación aquella misma noche á las ocho.

Al día siguiente por la mañana fué Aguilera á almorzar con Hilario Cisneros en su casa y poco después llegó Villegas que también había sido invitado. Concluído el almuerzo se reunieron los tres y expuso Cisneros que la tarde anterior había ido á la oficina de Aldama á hablarle sobre el asunto de Washington. Aldama le dijo que ya lo traían loco con el referido asunto. Sin embargo, al decirle que en el negocio estaba Mister F., familiar de un alto personaje que nombró, se manifestó sorprendido y

dijo que lo sabría muy pronto. Al día siguiente despacharía á Echeverría á Washington á hablar con Mr. C.., muy amigo suyo. Este señor había estado trabajando por la causa de Cuba desinteresadamente hacía mucho tiempo. Si era cierto que necesitaba depositar algunos millones de pesos en bonos para otros individuos, él (Aldama) no tenía dificultad en hacerlo.

También dijo Cisneros que Aldama le había enseñado las dos últimas cartas de Aguilera lo mismo que á Villegas, y les recomendó á los dos que tratasen de inclinarlo,—á Aguilera,—á que asistiese á la junta del domingo para cortar dificultades.

Contestó Aguilera dándoles las mismas razones que el día anterior había dado á Cisneros. Ambos persistieron en que Aguilera asistiera á la sesión, y dijeron que debía levantarse un acta de lo que en ella pasara. Añadió Cisneros que Aguilera podía llevar sus declaraciones condensadas y pedir que constasen en el acta. Por mucho tiempo estuvieron discutiendo sobre este particular hasta que por fin Aguilera, por no parecer temerario, sobre todo con Cisneros, que era con quien se aconsejaba en sus dificultades, accedió á asistir á la junta, quedando Cisneros en llevar la razón á Aldama. Retiróse Aguilera muy disgustado á su casa persuadido de que tal junta más bien había de dejar agriados los ánimos, pues ni Aldama se comprometería á despachar la expedición, ni él cejaría en su propósito de que le contestase categóricamente si después de concluído el arreglo del vapor, Aldama lo despacharía para Cuba.

Pasó Aguilera el resto del día muy disgustado; se puso á escribir unos "considerandos" para presentar en la junta, pensando antes consultarlos con Cisneros y aún con Govantes si lo veía.

A la mañana siguiente muy temprano fueron á ver á Aguilera Miguel Luis y Pío Rosado con objeto de hablarle de su expedición. Manifestó Rosado que Govantes y él pensaban dirigirle una carta requiriéndolo sobre su falta al compromiso con Varona, con objeto de dar una razón á éste.

Refirió Aguilera todo lo pasado y lo que estaba pasando con Aldama. Les enseñó los borradores de las cartas que le había dirigido y su contestación, y por último los "considerandos" que estaba haciendo para llevarlos á la mencionada junta. A ambos le parecieron buenos, pero habiendo puesto algunos reparos Rosado, al que trataba sobre su viaje en un bote, y el compromiso con Varona, acordaron que Rosado llevase á Govantes los referidos "considerandos" para que los estudiase y le diese su opinión.

A las seis de la tarde fué Aguilera á la casa de Govantes y encontró á éste con Pío Rosado que estaba informándolo sobre el asunto de Aguilera. Después de discutir los particulares que los había reunido, acordaron que Govantes y Rosado dirigieran una carta á Aguilera apremiándolo para el cumplimiento de su compromiso; Aguilera los llevaría á la junta con Aldama, como representantes de Varona, y Govantes, aquella noche, pondría en forma los "considerandos" de Aguilera. Acordaron así mismo avisar á Cisneros para que asistiese también á una junta que debían tener á la mañana siguiente á las diez, antes de la de Aldama, para discutir sobre los mismos asuntos.

Retiróse Aguilera á su casa descorazonado como de costumbre, con la perspectiva de tener que abandonar su expedición, por la que tanto había penado, desembarcando en Cuba solo y sin recursos, después de tanto batallar; y en vez de llevar á sus compañeros armas y municiones que los animaran á combatir por la santa causa que habían jurado, llevarles tan sólo desengaños y tristezas, contra las que también deberían luchar.

A las diez de la mañana siguiente estaba Aguilera en casa de Govantes y poco después llegaron Hilario Cisneros y Pío Rosado. Govantes entregó á Aguilera la carta en que Pío Rosado y él lo requerían para el cumplimiento de su compromiso con Varona, así como también los "considerandos" modificados, poniendo á Aldama en la alternativa de despacharlo tan luego como estuvieran concluídos los trabajos del vapor, ó entregarle éste con los fondos de la Agen-

cia, según era su compromiso para despacharse él mismo.. La carta de Govantes y Rosado estaba concebida en estos términos:

"New York 13 de Diciembre de 1874.

"C. General Francisco V. Aguilera.

"Nuestro querido y respetable amigo:

"En la necesidad de enviar al señor Varona una respuesta que amerite la tardanza que ha sufrido la expedición que usted debió conducir á Cuba antes del 30 de Noviembre último, suplicamos á usted se sirva manifestarnos la causa de semejante demora.

"Bien sabemos que cualesquiera que sean estos obstáculos han de estar muy lejos de la voluntad de usted; conocemos su bien templado patriotismo y sus ardientes deseos de volver á la patria para que pudiéramos, ni por un solo momento, atribuir á indiferencia ó abandono por su parte, lo que indudablemente depende de otras causas que usted habrá tratado de evitar, aunque sin fruto. Pero esta convicción por justificada y profunda que sea, no nos exime de la responsabilidad que asumimos al aceptar la comisión de Varona, y por este motivo dirigimos á usted las presentes líneas.

"Una de las condiciones dictadas por el señor Varona y aceptada por usted, según consta en el acta del 29 de Septiembre próximo pasado, es la que exceptuando el caso de fuerza mayor, no había términos hábiles para que dejase de salir la expedición en el plazo fijado.

"En este concepto, nosotros esperamos que usted se sirva manifestarnos si la demora está comprendidá en esa excepción, para hacerlo saber inmediatamente al señor Varona, ó proceder, en caso contrario, con arreglo á lo que se desprende de las instrucciones que tenemos recibidas.

"Sin más, se ofrecen á las órdenes de usted sus seguros y afectísimos amigos,

Pío Rosado.

J. J. Govantes".

Como se aproximara la hora de la cita con Aldama se pusieron en marcha para ella los cuatro; más á poco que hubieron andado, Cisneros se separó de sus compañeros pretextando que tenía que hacer una diligencia, seguramente para que no le vieran llegar al lugar de la cita, reunido con ellos.

CAPITULO XIV

DICIEMBRE 1874

CONFERENCIA ENTRE AGUILERA, ALDAMA, GOVANTES Y OTROS.—ANIMADA DISCUSION.—LAMENTOS DE ALDAMA.—AGUILERA DISPUESTO A EMBARCARSE EN UN BOTE.—SE ACUERDA PEDIR DINERO A LA EMIGRACION.—SE NOMBRAN COMISIONES.—NINGUN RESULTADO DE ESTAS.—ALDAMA HACE GASTOS INNECESARIOS EN EL VAPOR.—AGUIAR DISGUSTADO QUIERE ABANDONAR ESTE.—EXPLICACIONES DE ALDAMA.—QUIERE SALVAR SU RESPONSABILIDAD.—AGUILERA REBATE—CONFERENCIA CON LOPEZ QUERALTA—OFRECIMIENTO DE CASANOVA—LA HELICE DEL VAPOR.—ALDAMA AUMENTA LOS GASTOS.—EXCUSAS DE ALDAMA.—CENSURA DE AGUILERA.—CENA DEL ULTIMO DIA DEL AÑO.—LOPEZ QUERALTA ANEXIONISTA.—ES REBATIDO POR LOS PRESENTES.—DECLARACION DE AGUILERA.—SE MANIFIESTA INDEPENDIENTE.

Llegó Aguilera acompañado de Govantes y Rosado á casa de Aldama. Encontraron á éste con Villegas y Aguiar; poco después llegaron Hilario Cisneros y Echeverría. Cuando se abrió la sesión eran las doce y minutos. Comenzó Aguilera manifestando que había querido que concurrieran los ciudadanos Rosado y Govantes porque estos señores le habían dirigido una carta, que llevaba, requiriéndolo por la causa de la demora de la expedición; y como los representantes de Varona, querían mandar á éste alguna razón con objeto de evitar que

los tachase de omisos y nombrara otros apoderados que quizás no tendrían tan buenos deseos como ellos, para orillar cualquier dificultad. Entregó Aguilera la referida carta á Echeverría, quien la leyó para satisfacción de todos.

Entrando de lleno en la materia, suscitóse una discusión tan viva y tan variada que no es posible seguirla paso á paso y sólo diremos que duró hasta después de las cuatro de la tarde. En resumen pasó lo siguiente.

Comenzó Aldama, como en todas las grandes ocasiones, por hacer una extensa historia de sus sacrificios por la causa, del mucho dinero que había gastado en expediciones anteriores, etc. Con respecto al asunto de que trataban, dijo que después de pagar los gastos del vapor con los fondos de la Agencia y de Aguilera, sobraban unos dos mil pesos. Que supuesto que Aguilera le manifestaba que estaba dispuesto á marchar á Cuba en cualquier forma que fuese, en este caso el despacho de la expedición podía hacerse de una manera muy económica, porque el vapor no iría armado y podría sacar del puerto las armas y los pasajeros, ahorrándose así los miles de pesos que costaría fletar goletas que condujesen hasta alta mar unas y otros. Dijo que había cerca de doscientas mil cápsulas compradas y él, por su parte, había comprado cincuenta mil, que era con lo que pensaba contribuir, haciendo todo un total de doscientas cincuenta mil cápsulas. Había además una batería completa de seis cañones con sus municiones; botiquines y otros efectos, todo lo que estaba pagado. Pensaba tomar á crédito quinientos remingtons para que también fuesen, los cuales tendría que abonar de su peculio si cumplido el plazo, la Agencia no tenía fondos con que satisfacerlos.

Echeverría trabó una extensa discusión con Govantes y Rosado sobre la devolución del vapor, que decía no debería tener lugar á menos que Varona justificase que lo necesitaba para mandar una expedición, según se desprendía de los términos del acta que habían firmado. Además discutieron otros muchos particulares sobre la misma materia.

Manifestó Aguilera que de lo dicho por Aldama se desprendía que, aun á pesar de reducir extraordinariamente la expedición, se necesitaban por lo menos cinco ó seis mil pesos más para habilitarla de carbón, víveres, etc. Además de eso, dijo que el encargado de conducir la expedición debía llevar por lo menos dos mil pesos en efectivo para cualquier emergencia que sobreviniese en el mar, como casi siempre sucedía; en resumen, que para salir la expedición se necesitaban de siete á ocho mil pesos. Dijo que estaba convencido de que esa cantidad no se reuniría entre la emigración, dadas las circunstancias porque atravesaban; por lo tanto, seguro de que la expedición no podía salir en un término breve, y no siéndole posible permanecer más tiempo en el extranjero, dada la urgencia con que se le llamaba de Cuba, si Aldama no se comprometía á despachar su expedición en un tiempo breve y fijo, estaba resuelto á marchar á Cuba inmediatamente, aunque fuera en un bote.

Contestó Aldama que le entregaría el vapor tan pronto como estuviesen concluídas las reparaciones y pagadas con los fondos de la Agencia y de Aguilera; pero en ese caso retiraría los quinientos rifles que había ofrecido tomar con su crédito personal.

Repuso Aguilera que nada haría con el vapor, sin los rifles ó con ellos, si no tenía dinero con que sacar la expedición.

Prorrumpió entonces Aldama en nuevas quejas y lamentos diciendo que él era solo, que ya había hecho innumerables sacrificios por la patria, no tenía quien lo ayudase para conseguir dinero, etc. sin embargo, parecía no tener en cuenta Aldama que todo lo que había para la referida expedición, incluso el vapor mismo, era debido al esfuerzo de muchos y nada al suyo, si exceptuamos las cincuenta mil cápsulas con que había dicho contribuiría, y cuyo valor no llegaba á dos mil pesos. Finalmente se convino en que todos los presentes impartieran su auxilio á Aldama para ayudar-

lo á recaudar entre la emigración la cantidad que necesitaba para el despacho de la expedición. Se acordó que al día siguiente volvieran á reunirse en el escritorio de Hilario Cisneros, para en vista del padrón de los emigrados cubanos, repartir el trabajo, yendo á solicitar el óbolo de cada uno, para saber más pronto el resultado. Ofrecióse Rosado para ir á Filadelfia á recaudar fondos entre los emigrados de esa ciudad y lo aceptó Aldama.

Disuelta la reunión, llamó Echeverría á Aguilera aparte y le enseñó el párrafo de una carta de José Castillo de Londres, en la que le decía que la negociación había fracasado por culpa de Echeverría y Aldama y también de Aguilera. De los dos primeros porque no le habían mandado el poder que les pidió, y de Aguilera porque no había marchado inmediatamente á hacerse cargo de la expedición.

A la salida preguntó Govantes á Aguilera por qué no había presentado los "considerandos" que llevaba. Este contestó que porque no se atrevía á aceptar el vapor que le ofrecía Aldama, sin elementos para su despacho; y también porque estaba resuelto á, si Aldama no lo despachaba inmediatamente, irse á Cuba en un bote.

A las doce del día siguiente estaba Aguilera en la oficina de Cisneros acompañado de Juan Luis Pacheco y Francisco Arteaga á quienes llevó para que ayudasen también á la recolección, con objeto de salir pronto de ese trámite dilatorio que había propuesto Aldama, y en el que Aguilera no tenía ninguna fe.

Faltaron á la cita Aldama, Echeverría, Govantes y Villegas. Dijo Cisneros que no había podido conseguir el directorio de los cubanos porque José M. Mestre, en poder de quien debía estar, según Aldama, le había contestado al pedírselo que Aldama no se lo había entregado; más como dijera Cisneros que él tenía allí un directorio antiguo, convinieron para abreviar, hacer el reparto por dicho directorio: ésto se efectuó así. A Arteaga se le dió la comisión de visitar á seis ó siete emigrados; á Pío Rosado otros tantos, á pesar de que debía salir al día siguiente para Filadelfia con la misma comisión; á Juan Luis Pacheco la de visitar las tabaquerías de la ciudad; Hilario Cisneros tomó á su cargo ver á seis ú ocho emigrados y comisionó á Aguilera para que viera á dos; que fueron José L. Ramírez y Francisco Perea. Al mismo tiempo reservó cuatro para Villegas aunque no estaba presente.

Es de notar que á esta reunión no asistieron Aldama ni su mentor Echeverría, estando el primero más comprometido á hacerlo que ningún otro, puesto que él fué quien pidió que lo ayudasen y propuso á ese efecto que cada uno de los presentes tratase por su parte de allegar recursos de la emigración.

Por otra parte, nadie tenía fe en esas comisiones, empezando por Aldama mismo, por el descrédito en que éste había caído, como lo probaba su ausencia de la reunión en que debían nombrarse las comisiones. Diremos para abreviar que de ellas sólo la de Rosado produjo algo, pues recolectó doscientos cincuenta y tres pesos; las demás fueron de nulo resultado.

El 25 de Diciembre, día de Pascua, no bajó Aguilera á la ciudad. Recibió en su casa una carta de Miguel Luis en que le comunicaba que le había dicho Aguiar que Aldama había ordenado se hicieran varios trabajos é innovaciones en el vapor, que eran completamente inecesarios, y costarían dos ó tres mil pesos. Esta nueva erogación haría más difícil la expedición por falta de fondos. Le decía también que Aldama había puesto en el buque dos inspectores de las casas de seguro, que con las altas dietas que habría de abonárseles, contribuirían á mermar los escasos fondos que tenían. Finalmente, que había quien diera por el vapor "Octavia" cincuenta mil pesos y había otro vapor muy bueno que podía comprarse por cuarenta mil. Este estaba listo para salir á la mar y podía llevar carbón para cuarenta y cinco días.

Esta carta la recibió Aguilera por la noche, y se propuso ir á la mañana siguiente á averiguar lo que había de cierto, pues parecía proponerse Aldama gastar el poco dinero que había para dificultar más su salida para Cuba.

Al día siguiente muy temprano bajó Aguilera á la ciudad y se encaminó á la oficina de Hilario Cisneros. Lo encontró conversando reservadamente con Aguiar. Uniéndose á ellos, les manifestó Aguiar que estaba dispuesto á abandonar toda intervención en los trabajos del vapor, porque Aldama había dispuesto se hicieran en él obras completamente innecesarias, las que no darían otro resultado que gastar dos ó tres mil pesos más. No quería contribuir con su aquiescencia, á incapacitar la salida de la expedición. Dijo que Aldama había introducido en el vapor un inspector del Gobierno para la inspección de las obras; eso proporcionaba gastos extraordinarios, tanto por las dietas que se pagaban á ese inspector, cuanto porque éste ordenaba que se arrancasen tablas de trecho en trecho del fondo del buque, para reconocer el estado del casco. Esas tablas se rompían y había que reponerlas con otras nuevas, etc.

Manifestó Aguilera que para intervenir en ese particular, era necesario que Aguiar le diese un informe por escrito de lo que ocurría. A ese efecto se convino en que él pasase á Aguiar una comunicación preguntándole el motivo de la tardanza en concluir las obras del vapor y Aguiar le daría el referido informe. Cuando estaba Cisneros sentado escribiendo la referida comunicación se presentó Aldama en la oficina tan placentero como de costumbre. Todos quedaron sorprendidos y Aldama llamó á Aguilera aparte para manifestarle que los trabajos del vapor progresaban con actividad como podía informarle el mismo Aguiar que estaba presente.

Llamó entonces Aguilera á Aguiar y también á Cisneros, invitando á todos á sentarse. Manifestó Aguilera que Aguiar acababa de informarle de que en el vapor se estaban haciendo gastos innecesarios por valor de dos ó tres mil pesos, cuyos gastos dificultarían más la salida de la expedición.

Tomó Aldama una actitud grave, é interpeló á Aguiar con mucha calma preguntándole si era cierto que el contrato que tenía celebrado con el carpintero era ventajoso para el vapor. Aguiar contestó que lo era. Preguntó si no era económico el precio de las obras que había contratado con el constructor de maquinaria. Aguiar contestó también que sí. En este orden le fué preguntando por las obras del pintor y de otros operarios. Aguiar fué contestando á todo que los precios eran moderados. Manifestó entonces Aldama que lo único que había ordenado en el vapor que podía estimarse innecesario, eran los inspectores del Gobierno que le había puesto; pero dijo que él juzgaba eso necesarísimo, para cubrir su responsabilidad. Añadió que al despachar el buque, quería hacerlo con la conciencia de que todo estaba bueno y en orden, para cuyo efecto no había querido confiar en la opinión del capitán Summer ni de Aguiar, á pesar de reconocer la competencia de uno y otro; quiso emplear un inspector del Gobierno y de las casas de seguro, á fin de que le certificasen que el vapor reunía todas las condiciones necesarias antes de hacerse á la mar, para resguardar su responsabilidad. Quería que tanto Aguilera como los demás expedicionarios fueran con todas las garantías, y no sucediera lo que al "Virginius", que se había perdido por no haber llevado ninguna.

Manifestóle Aguilera que su escrupulosidad encajaría bien en otras circunstancias, cuando hubiera elementos con que poderla observar, pero no en las presentes, cuando no contaban siquiera con lo necesario para el despacho del buque. Que dada su situación, debían practicar la mayor economía posible, teniendo por suficiente la opinión de dos peritos como Summer y Aguiar.

Contestóle Aldama que estuviese satisfecho de que la expedición no dejaría de salir por falta de recursos, pues ya Pío Rosado había ido á Filadelfia á comprar el carbón, y Juan Luis Pacheco estaba consiguiendo los víveres; que por mil ó dos mil pesos que faltaran, Aguilera no dejaría de ir á Cuba, pero en condiciones tan buenas como él deseaba.

Contestó Aguilera que efectivamente, estaba persuadido de que iría á Cuba muy pronto porque estaba resuelto á hacerlo aunque fuera en una tabla, pues

con respecto al vapor y á la expedición tenía muy pocas esperanzas.

Quedóse algo cortado Aldama con esta contestación; sin embargo, reiteró á Aguilera que iría á Cuba con la expedición y dijo además que ya había quien diera cincuenta mil pesos por el vapor.

Contestó Aguilera que pronto sabrían á qué atenerse, cuando rindiesen cuentas las comisiones que habían salido á recolectar fondos; y se alegraba de que hubiera quien diese esa cantidad por el vapor, porque si se convencía de que la expedición no podía salir, lo vendería inmediatamente, devolvería á Varona los veinte mil pesos que de él había recibido, Aldama, como Agente, se haría cargo de los treinte mil restantes y él se embarcaría para Cuba en un bote.

Contestó Aldama que ese caso no llegaría; y haciéndose la conversación general se marchó poco después.

Comentando esta ocurrencia Aguilera y Cisneros manifestó el último que "no podía negarse que Aldama estaba siendo un hombre funesto para Cuba".

Estuvo López Queralta á visitar á Aguilera, y se manifestó muy indignado con la conducta de Aldama. Habiendo preguntado á Aguilera lo que pensaba hacer dada la situación, le contestó éste que tan luego como los comisionados volviesen y diesen cuenta de su cometido, volvería á exigir á Aldama la contestación categórica de si lo despacharía para Cuba inmediatamente que estuviese listo el vapor. Caso que Aldama le contestara negativamente, le exigiría la entrega del buque y de los elementos de guerra que tuviese, para sin su intervención tratar él mismo de despachar su expedición. Si Aldama se negaba á esto también, le exigiría la venta inmediata del vapor, puesto que había quien diese cincuenta mil pesos por él; de esta cantidad tomaría veinte mil pesos para devolverlos á Varona y los treinte mil restantes los dejaría á Aldama como Agente General de Cuba, y él—Aguilera—se embarcaría inmediatamente en un bote á fin de enterar al Gobierno de lo ocurrido.

Queralta quedó satisfecho con la resolución de Aguilera, y dijo que había hablado á Casanova con objeto de pedirle mil pesos para llevar unos torpedos á Cuba con el fin de volar la línea del ferrocarril de Nuevitas á Puerto Príncipe y Casanova le dijo que le daría mucho más, si era necesario, pero con la condición de que Aldama no tuviera intervención ninguna en el asunto. Que Aldama tenía un interés directo en que no llegaran recursos á Cuba para que la revolución no tomara incremento, pues en este caso invadiría el territorio de las Villas y Matanzas, incendiando los ingenios y causando su ruina, porque todo su capital lo tenía invertido en refinerías de azúcar y la falta de este artículo lo haría quebrar.

Añadió Queralta que Casanova le había manifestado que hablase á Aguilera y le dijese que se hiciese cargo del vapor á todo trance, pues tan luego como Aldama estuviera completamente desligado de la expedición, él y su Círculo se comprometían á despacharlo para Cuba con todos los elementos que quisiese, pues su Círculo era de la misma opinión que él y todos estaban dispuestos á favorecer á Aguilera, pero sin la intervención de Aldama.

Mucho animaron á Aguilera estas noticias, de las que no dudaba, pues sabía perfectamente la mala opinión que gozaba Aldama entre los emigrados, después de los sucesos que acababan de ocurrir. Esta conversación lo tranquilizó algún tanto y lo reafirmó en su resolución de pedir á Aldama el vapor, caso de que no se comprometiera á despacharlo inmediatamente.

Estando Aguilera en la oficina de Hilario Cisneros llegó Aguiar y le dijo que Aldama había mandado al vapor un nuevo inspector para la maquinaria. Este le exigió que desarmara la hélice para certificar el estado en que se encontraba. Contestóle Aguiar que le respondía por la hélice por más de dos años, porque si bien tenía en el eje una ligera oxidación, era defecto de fábrica que no le profundizaba; pero que al desarmarla habría de sufrir mucho, y tendría que ponérsele una hélice nueva. El inspector insistió diciendo que no podía informar si no se desarmaba y ordenó á Aguiar que lo hiciera. Este lo hizo, re-

sultando lo mismo que había previsto: la hélice se había estropeado tanto que era necesario ponerle una nueva, la que no costaría menos de seiscientos pesos.

Inmediatamente fué Aguilera con Aguiar á la oficina de Aldama á informarlo del particular. Encontrólo, y habiéndole manifestado lo que había sabido respecto al nuevo inspector y la hélice, le contestó Aldama que eso no tenía importancia, porque Aguiar le había dicho que la hélice estaba buena y fácilmente podía volver á colocarse en su lugar.

Contestó Aguilera que precisamente acababa de hablar con Aguiar, quien le dijo todo lo contrario; y llamando á Aguiar que se había quedado en la oficina exterior, se presentó, y manifestó á Aldama que la hélice había sufrido tanto en el desarme que habría que poner otra nueva.

Aldama, que para todo tenía una salida, esa vez no supo qué contestar. Díjole Aguilera que cada vez se convencía más de que su expedición no saldría, pero que podía asegurarle que él sí iría pronto á Cuba.

Como aquella noche fuera la del 31 de Diciembre, las hijas de Aguilera habían preparado en su casa una modesta cena para esperar el Año Nuevo. Recomendaron á su padre que invitase algunos amigos. Aguilera no quiso estorbarles aquella inocente satisfacción, pensando que quizás sería la última vez que cenaría en su compañía. Asistieron á la cena Luis Felipe Gutiérrez, Francisco Simoni, Juan Luis Paheco, Augusto Estrada, Fernando López Queralta y la familia de Aguilera.

Durante la cena expuso Queralta su opinión de que la Isla de Cuba necesariamente había de anexarse á los Estados Unidos, porque no era posible que los cubanos pudiesen organizar un Gobierno que no fuera anárquico, semejante al de todas las Repúblicas Suramericanas de origen español. L. F. Gutiérrez impugnó á Queralta, manifestando que era pernicioso que un militar cubano se expresase en aquellos términos; y que si en Cuba libre cualquier oficial se produjera de manera semejante, él optaría porque se le formase consejo de guerra y se le juzgara como traidor. Esto, naturalmente, hirió la susceptibilidad de Queralta, quien se esforzó en sostener su tesis con nuevos razonamientos ó "sofismas", como los calificó Aguilera al redactar este párrafo. Tomó entonces la palabra Augusto Estrada, joven ilustrado y fogoso y apoyó con elocuencia lo manifestado por Gutiérrez. Finalmente, terció en la discusión Aguilera manifestando que opinaba como Gutiérrez y como Estrada, y dijo en resumen que los allí presentes podían estar bien seguros de que si él hubiese sospechado siquiera que la isla de Cuba no era capaz de mantener su propia nacionalidad, no hubiera dado el más ligero paso para la iniciación de la revolución, ni en apoyo de ella.

Esta discusión aunque hubo momentos en que estuvo muy acalorada por parte de todos, afortunadamente acabó bien, animados como estaban del deseo de celebrar la venida del nuevo año, en que esperaban ver realizada su aspiración más ardiente: la independencia de la patria.

CAPITULO XV

ENERO 1875

AÑO DE 1875.—TRISTES AUSPICIOS.—CONDUCTA DE ALDAMA.—DON CARLOS DEL CASTILLO Y EL EMPRESTITO.—EL DR. CASANOVA.—SU CONDUCTA INTERESADA.—F. ARTEAGA Y ALDAMA.—CARTA DE ALDAMA—CONFLICTO EN QUE PONE A AGUILERA.—ESTE TRATA CON SU ENEMIGO R. MARTINEZ.—AMIGOS Y ENEMIGOS DE AGUILERA.—PLUTARCO GONZALEZ INTERMEDIARIO.—MISTERIOSA ENTREVISTA DE CISNEROS CON AGUILERA.—TRAICION DE LOS QUESADISTAS.—CONSEJO DE H. CISNEROS.—AGUILERA LOS ACEPTA.—OPINION DE A. DE LOS RIOS.—CONTESTACION DE AGUILERA.—PROPOSICION DE R. MARTINEZ.—EXCITACIONES DE H. CISNEROS A ALDAMA.—REUNION CON ALDAMA.—PORMENORES PARA LA SALIDA DE LA EXPEDICION.—LENTITUD DE LOS TRABAJOS DEL VAPOR.—CONTESTACION DE ALDAMA.—CONFERENCIA CON JOSE DE ARMAS Y CESPEDES.—AGUILERA LE EXPONE SU PLAN DE CONDUCTA.—EL CIRCULO DE ALDAMA.—DESFAVORABLE OPINION DE JOSE DE ARMAS Y CESPEDES.

Empezó el año de 1875 lleno de dudas y zozobras para Aguilera. Sus más ardientes deseos eran acabar de realizar su viaje á Cuba. Estaba agobiado por aquella dura lucha del espíritu, que todos los días y todos los instantes se veía obligado á sostener. Cuando creía ver ya cercano el término de tan larga angustia, se alejaba éste, como si huyera de él, y veía desvanecerse más y más sus esperanzas de desembarcar en Cuba con una expedición.

La suerte malhadada parecía tenerlo sujeto á la voluntad de un hombre que se complacía en martirizarlo; de un hombre que con habilidad diabólica se había apoderado de todos los resortes de que pudiera valerse para realizar sus deseos. Desengañado al fin de las perversas intenciones de ese hombre, quería romper con él, de una vez para siempre, pero no podía hacerlo con la brevedad que deseara. Las mallas de la red que le tendiera lo aprisionaban de manera que había de romperlas una á una y aprovechar entonces el momento de verse libre, para alejarse de su maléfica influencia. Y en esa empresa difícil ¿quién lo ayudaría? No podía contar con nadie. Aquellos que se llamaban sus amigos, aquellos á quienes pudiera pedir apoyo eran los esclavos de su atormentador; eran sus más fieles servidores. Si Aguilera les pedía consejo, ellos le contestaban: humíllate ante nuestro ídolo, ve á pedirle que tenga compasión de tí. Y Aguilera con el corazón destrozado por la desesperación, veía que para él no había esperanza, pues ese ídolo había jurado su perdición. Volvamos á nuestro relato.

Estando Aguilera en la oficina de Hilario Cisneros, llegó Aguiar y les dijo que por orden de Aldama habían sacado el barco del varadero, por más que el encargado de éste decía que no cobraría durante aquellos días festivos. Como no se había concluído la carena del buque, habría que volverlo á poner en el varadero, y eso costaría una porción de pesos, que se gastarían inútilmente. Cisneros se mostró asombrado de la conducta de Aldama.

Poco después llegó el mecánico Gonzalo Acosta y dijo que Aguiar lo había contratado para trabajar en el vapor á razón de quince pesos por semana. Al cobrar su último jornal le descontaron dos y medio pesos; preguntó la causa y le contestaron que tenían orden de Aldama para descontarle el día de Año Nuevo, que no había trabajado por ser festivo.

Dijo que estaba persuadido de que Aldama había dado un buen regalo de Pascuas al director inglés que tenía colocado en el barco, y á él se lo daba también, pero rebajándole dos y medio pesos de su sueldo porque era cubano, y un pobre padre de familia á quien apenas alcanzaba su trabajo para mantenerla. Cisneros, que también oyó los lamentos de Acosta quedó aun más asombrado; pero Aguilera, á quien no sorprendía ya nada de Aldama, trató de consolar á Acosta diciéndole que esas eran "cosas de Don

Miguel'', y sacando su cartera le dió los dos y medio pesos que tan injustamente le habían quitado.

Recibió Aguilera una esquela de Ramón Martínez, suplicándole fuese á su oficina á verlo. Fué, y Martínez le entregó una carta de Don Carlos del Castillo, dirigida á él—Aguilera.—Estaba fechada en Londres á 16 de Diciembre de 1874. Negaba Castillo hubiese facultado á nadie para que tratase con Aguilera sobre el asunto del empréstito. Enterado Martínez de la carta, dijo que si había hablado á Aguilera del particular fué por indicación de Don José Castillo, sobrino de Don Carlos.

Habiendo enfermado uno de los prácticos llegados de Kingston, dió Aguilera orden á Francisco Simoni, encargado de ellos, para que buscara un médico que lo curase, prefiriéndolo cubano, si era posible, para que se entendiesen mejor y tal vez tuviese alguna consideración al cobrar sus honorarios. Días después le trajo Simoni la siguiente carta:

''New York, Enero 7 de 1875.

Señor D. F. V. Aguilera.

Muy señor mío:

En días pasados vino á esta su casa el señor Simoni y me suplicó en nombre de usted que asistiese como médico á un práctico cubano conocido por Puerto Rico y que cargase á cuenta de usted las visitas que hiciera. He estado á verlo casi todos los días desde entonces y como no he tenido el gusto de encontrarle á usted para hablarle, dirijo á usted estas líneas con el objeto de saber si es usted el que paga los honorarios que devengue.

Suplicándole me conteste enseguida, se pone á sus órdenes su atento y seguro servidor q. b. s. m.,

A... C... M. D.

22 E. 11th Street''.

Extrañóle á Aguilera la referida carta, pues por la exigencia de que le contestase enseguida, comprendía que estaba dispuesto á abandonar al enfermo si su respuesta no era satisfactoria. Contestóle sin embargo, que él respondía de sus honorarios y le mandara la cuenta cuando quisiese.

Cursados algunos días recibió otra carta del mismo Doctor incluyendo una cuenta de treinta pesos por diez visitas al enfermo, y un recado con Simoni, portador de la carta, diciendo que en la cuenta rebajaba veinte pesos por ser paisano, pues acostumbraba cobrar sus visitas á razón de cinco pesos cada una.

Informado Simoni del contenido de la carta, dijo que le sorprendía el proceder del Doctor C... porque lo tenía por buen cubano; blasonaba de muy patriota y decía que estaba dispuesto á ir á Cuba á prestar sus servicios á sus hermanos. Contestó Aguilera que no le extrañaba, pues precisamente los que más alardeaban de patriotismo eran los que menos lo tenían.

En el Dr. C.. concurría la circunstancia favorable, ó desfavorable tal vez, de no tener aun que tomar tranvía para visitar á su cliente, porque éste vivía á dos cuadras de su casa.

Por acostumbrado que estuviera Aguilera á este modo de proceder de algunos de sus paisanos, sin embargo no dejó de darle gran pena el comportamiento del Dr. C... Entregó á Simoni los treinta pesos diciéndole que lo despidiese y buscase otro médico más considerado; pero al manifestarle Simoni que el enfermo estaba amenazado de pulmonía, díjole que le dejara entonces seguir la curación, no fuera á agravarse y pudiera atribuirse al cambio de facultativo.

Apenas dió de alta el Dr. C... á su cliente, envió á Aguilera por conducto del mismo Simoni el resto de la cuenta que ascendía á treinta y tres pesos, por once visitas más, acompañada de una carta que decía así:

''New York, Febrero 15 de 1875.

Señor Don Francisco V. Aguilera.

Muy señor mío:

Incluyo en ésta el resto de mi cuenta por las visitas hechas á Puerto Rico y Moya (a) desde mi primera carta á usted, la que espero que salde cuanto antes

(a) Este tuvo una leve indisposición de la que sanó pronto.

le sea posible, á fin de poder cumplir con mis compromisos.

Mucho siento no poder aguardar algunos días más; pero usted sabe bien que las necesidades tienen que satisfacerse; de otro modo no lo molestaría á usted.

Sin más soy de usted atento y seguro servidor q. b. s. m.,

A... C... M. D.,

402 W. 22d Street".

Asombrado quedó Aguilera ante la exigencia de aquel médico cubano para cobrar sus crecidos honorarios por la curación de un infeliz paisano suyo, que iba á salir en una expedición á jugar su vida por la libertad de la patria de ambos y se veía acometido por enfermedad que lo habría llevado al sepulcro sin su asistencia profesional. Bien que por el tenor de su primera carta ya pudo juzgar que el Dr. C... estaba dispuesto á abandonar su cliente, á pesar de su peligroso estado si no tenía bien asegurados sus honorarios.

Pero debemos hacer justicia á la clase médica y especialmente á los cubanos; creemos que pocos individuos podrán encontrarse como el Dr. C... Abonóle Aguilera el resto de su cuenta, sintiendo tan solo haber tropezado con él, pues así hubiera vivido en la ignorancia de que hubiera cubanos tan faltos de corazón.

De esta manera llegó el 14 de Enero. En esa noche recibió Aguilera una carta de Aldama, fecha del día anterior en que le hacía varias cuentas relativas á la expedición. Según ellas el vapor costaría $35.000 y había existentes en materiales de guerra $25.000, faltando para la habilitación y salida del vapor unos $10.000. El costo total de la expedición sería de $71,140 y manifestaba que sería una de las más importantes que hubieran salido para Cuba. Para conseguir los $10,000 que faltaban, le ofrecía Aldama de nuevo su cooperación más activa y decía que por su parte contaba poder reunir sobre dos quintas partes de la referida suma, ó sea $4.000 y que los amigos de Aguilera recolectasen los $6.000 restantes.

La lectura de esta carta dió mucho en qué pensar á Aguilera. Después de no haber en ella nada concreto en sus ofrecimientos, pues aun los $4.000 que parecía estar dispuesto á facilitar, en realidad no se comprometía á ello, porque decía *que contaba poder recolectar,* y Aguilera sabía que lo probable era que llegado el caso dijera que no había podido colectarlos; además, sabía que los seis mil pesos restantes era imposible conseguirlos de la emigración, mientras los donantes supiesen que Aldama tenía relación alguna con la expedición. Reconoció Aguilera en esta carta la pluma de Echeverría, hombre á quien Aldama llamaba en su auxilio en todas las ocasiones delicadas. Estaba escrita con suma habilidad, bien meditado el alcance de cada palabra, al leerla parecía muy satisfactoria, llena de halagadoras esperanzas y ofrecimientos de parte de Aldama, pero en realidad era la sentencia de muerte para la expedición de Aguilera.

Esta carta le ratificó más su idea de que Aldama no tenía intenciones de despacharlo con su expedición, sino por el contrario, trataría de estorbarlo. Largas horas pasó aquella noche sin dormir, meditando sobre los aviesos intentos de Aldama, y la resolución que debía tomar en tan difícil situación. Decía así la carta:

"New York, Enero 13 de 1875.

"C. General Francisco V. Aguilera.

"Distinguido conciudadano:

"En la última carta de usted que he tenido el gusto de recibir, se sirve usted preguntarme si concluído de habilitar el buque comprado por cuenta de la República, podría yo despacharlo inmediatamente; pregunta que hubiera podido contestar desde luego, limitándome á decir á usted que en el instante en que estuviesen terminadas las alteraciones y reparaciones que están haciéndose en el referido buque, lo pondría en su conocimiento; pues siendo usted el que organiza y despacha la expedición proyectada, según su compromiso con el señor don Carlos de Varona, mi acción, subordinada á la de usted, está circunscrita á cooperar con los recursos de la Agencia General y con lo que personalmente me sea posible

proporcionar. Esto fué lo que ofrecí á usted en mi carta fecha 25 de Agosto, en respuesta á la de usted de 20 del propio mes; y esto es lo que desde entonces estoy cumpliendo.

"No contesté, sin embargo inmediatamente la carta de usted, por no conocer todavía la ascendencia de las reparaciones á que me he referido, ni cuándo estarían concluídas. Tampoco hoy puedo fijar ni una cosa ni otra con absoluta precisión; pero sí con la suficiente para decir á usted que el vapor estará listo dentro de diez días, y para formular con bastante aproximación el presupuesto, que también me ha pedido usted verbalmente, de lo que se necesitará para que pueda salir la expedición por usted proyectada.

"Con este último objeto me parece oportuno examinar los elementos con que para ello se contaba.

"Yo no quise aceptar como Agente General las condiciones con que el C. Carlos de Varona, á nombre del General Quesada ofrecía entregar á cualquier compatriota que pudiese llevar una expedición, dentro de plazo fijo, veinte y un mil pesos de los fondos que había obtenido dicho General, con bonos de la República. Celebró usted entonces un convenio con el señor Varona, en virtud del cual entró usted en posesión de veinte mil pesos, y con ellos, con los fondos de la Agencia General ascendente á unos doce mil pesos, con los de los "Amigos de Cuba", que según el C. Juan Villegas llegaban á ocho mil y con cinco mil que poco después entregó á usted el C. N. N. ó sea con un total de cuarenta mil pesos en efectivo, y los recursos que pudiese proporcionar como particular y como Agente, procedimos á preparar la expedición.

"De acuerdo con usted compré el vapor "X. X." que en concepto de nuestro ingeniero Aguiar y de peritos competentes reune las condiciones de solidez, de velocidad de marcha necesaria para rivalizar con los cruceros españoles, pero al cual ha sido preciso renovar las calderas y hacer alteraciones y reparaciones adecuadas al objeto que se le destina. Algunas de estas obras se han contratado; otras se están haciendo por administración, y de aquí la dificultad de expresar su importe con exactitud. Con estos datos podemos formular la siguiente cuenta:

"Elementos con que se contaba

Entregados por Varona. . . .	$20,000	
Fondos de la Agencia . . .	12,000	
En poder de los "Amigos de Cuba"	8,000	
Entregados por el Sr. N. N. .	5,000	
Total.		$45,000

A deducir

Costo del vapor		$22.500	
Calderas nuevas en.		6,800	
Reparaciones y alteraciones no concluídas aun aproximadamente.		5,700	
Costo total del vapor (aproximado.		$35,000	
140 toneladas de carbón á $6.. .	$ 740		
Provisiones . . .	1,600		
Tripulación . . .	3,400		
Transporte de las armas. . .	1,200		
Idem de los pasajeros.	2,000		
Efectivo para la travesía. . .	2,000	$10,940	45,940
Déficit.			940

"Tenemos pues, que si los elementos con que se contaba hubiesen existido realmente, habría sólo un déficit para despachar la expedición de $940, que sería muy fácil de llenar. Pero es el caso, que de los $8,000 con que figuraban en nuestro cálculo los "Amigos de Cuba",

sólo existen unos ochocientos pesos por haber empleado los demás las personas autorizadas para manejarlos y que se han gastado además sobre $1,500 de los $25,000 en poder de usted de lo cual resulta que habiéndose disminuído en $8,700 los fondos con que se contaba, queda escasamente para pagar la carena y reparación del vapor, ó sea un déficit de nueve mil seiscientos cuarenta pesos, para poder despachar la expedición como es debido.

"Independiente del vapor tenemos disponible para la expedición los siguientes artículos:

Una batería de montaña, de seis cañones, con su correspondiente parque que ha costado.	$	6,000
250,000 tiros Remingtons.	"	9,500
500 Remingtons con mi garantía personal á $15. .	"	7,500
Varias armas menores (revólvers, etc.).	"	1,400
Medicinas, cajas de cirujía y efectos varios.	"	200
Dos imprentas habilitadas; papel para imprimir y efectos de escritorio. .	"	600
Total. . .	$	25,200

"A excepción de cincuenta mil cápsulas comprendidas en la partida de doscientas cincuenta mil mencionadas, con que en mi particular contribuyo á la expedición, y de los quinientos Remingtons que como ya he indicado se adquirirían con mi garantía personal, todo lo demás incluso el vapor, en su mayor parte se deberá al patriotismo de los cubanos, no sólo residentes en los Estados Unidos, sino también en otros puntos de América y Europa.

"De todo lo expuesto se deduce que para despachar dentro de doce ó quince días una expedición que en su totalidad costará setenta y un mil ciento cuarenta pesos, y que si como es de esperarse llega felizmente á su destino, será una de las más importantes que se hayan enviado á Cuba, faltan únicamente diez mil pesos mal contados.

"Previendo que habíamos de tropezar con esta dificultad, hablé de ella en la reunión que celebramos el domingo 20 del próximo anterior, en la cual se convino comisionar á los amigos presentes para excitar el patriotismo de nuestros conciudadanos y hasta ahora no he sabido de otro resultado que el obtenido por el C. Coronel Pío Rosado en Filadelfia reducido á $253,75.

"¿Debemos por esto desalentarnos, después de tener vencidas las dificultades mayores, cuando ya sólo falta un último esfuerzo para coronar la empresa, cuya realización necesita y espera con tanta ansiedad la patria? No temo que tal cosa suceda; por el contrario, estoy persuadido de que si con verdadero calor representamos siquiera á algunos de nuestros paisanos la situación de las cosas, será posible reunir en pocos días mayor cantidad aun que la indispensable indicada.

"Para conseguirlo, ofrezco á usted de nuevo mi cooperación activa; y tan confiado estoy en que nuestras esperanzas no quedarán defraudadas, que por mi parte cuento poder recolectar sobre dos quintos de la referida suma, con lo cual se reducirán las diligencias de los amigos que nos ayuden á reunir los seis mil pesos restantes.

"De todos modos, convendría que tuviésemos una entrevista para acordar el modo de proceder, y fijar definitivamente los pormenores que en el despacho de la expedición han de estar á mi cargo.

"Soy de usted con la mayor consideración.

P. y L.

Miguel de Aldama, A. G."

Como resultado de las cavilosidades de Aguilera de la noche anterior, fué al día siguiente muy temprano á casa de López Queralta con objeto de decirle que fuera á hablar con Casanova á ver si le ratificaba la oferta que le había hecho por su conducto, de que él y su círculo lo despacharían con su expedición caso que Aldama no lo hiciera. Quería dar ese paso de precaución antes de pedir á Aldama el vapor, los efectos y los fondos que tuviese, para habilitar él los

medios de salir con su expedición. Encontró á Queralta enfermo y además estaba allí un amigo visitándolo. Este contratiempo lo contrarió bastante; sin embargo, decidió hallar los medios de llevar á cabo su propósito por otro conducto.

Despidióse de Queralta y fué á la oficina de Hilario Cisneros. Informó á éste de la carta que la noche anterior había recibido de Aldama, dándosela á leer y le manifestó que aquello no era otra cosa que la continuación de la farsa emprendida por Aldama, la que no estaba dispuesto continuara.

Contestó Cisneros que estaba bien que tratara de prevenirse contra las maquinaciones de Aldama, pero debía obrar con mucha prudencia, no dejándose arrastrar á decisiones violentas; y ya que Aldama lo invitaba á tener una nueva reunión, debía asistir, para ver si lograba algún avenimiento.

Dijo Aguilera que iría, pero antes había pensado hacer que algunos amigos hablasen á Ramón Martínez á ver si éste y su Círculo estarían dispuestos á facilitarle los diez mil pesos que necesitaba para salir con su expedición, previa la eliminación de Aldama. Añadió que si el círculo de Martínez le ofrecía esa cantidad, pediría el vapor á Aldama y se despacharía él mismo para Cuba. Cisneros lo aprobó.

Se recordará que era Ramón Martínez enemigo acérrimo de Aguilera. En otra parte hemos referido las humillaciones porque había tratado de hacerlo pasar, y demostrado que esta enemistad que en su principio fué gratuita, pues ninguna causa reconocía, luego tuvo ya motivo fundado cuando quiso Martínez retener indebidamente, sin dar un simple comprobante, los treinta millones de pesos en bonos de la República, y Aguilera se los reclamó con energía, lo que dió lugar á un rompimiento entre los dos.

Puede calcularse lo angustiosa que sería su situación, cuando había optado por ocurrir á este enemigo declarado suyo, para que lo auxiliase en el despacho de su expedición. Pero este proceder era muy propio y natural en él; para Aguilera no habían amigos, ni enemigos, personales; sólo existían amigos y enemigos de Cuba. El amigo de Cuba lo era suyo también; al lado de éste se colocaba y procuraba alentarlo y auxiliarlo en cuanto sus fuerzas alcanzaran. En cambio, el enemigo de Cuba lo era de él, así mismo, y para éste no tuvo odio, porque el corazón de Aguilera jamás abrigó ese innoble sentimiento, ni aun para el despotismo español, que fué lo que más aborreció; solo tuvo desdén y menosprecio.

No sabiendo Aguilera de qué medios valerse para ponerse en comunicación con Ramón Martínez, é inclinar á éste á que fuera en su auxilio, tarea ardua porque ya sabemos la enemistad que había entre ambos, al fin tuvo la inspiración de pensar en Plutarco González, patriota que siempre había estado dispuesto á servir á Cuba, y tenía mucha influencia con Ramón Martínez. Pidió á Hilario Cisneros la dirección de González y fuese directamente á su casa. Al llegar, lo encontró que también acababa de entrar de la calle, lo que le pareció de buen augurio. Una vez que informó á Plutarco González de la difícil situación que se encontraba con Aldama, le suplicó que hablase á Ramón Martínez á fin de que, una vez descartado Aldama y hecho cargo Aguilera del vapor, Martínez hablase con Bramosio, José y Félix Govín y Casanova para ver si entre los cinco podían reunir los diez mil pesos que necesitaba para despachar su expedición; tarea que les sería mucho más fácil realizar si interesaban también á Angarica y algún cubano más.

Acogió González con mucho gusto la proposición de Aguilera y le dijo que el día siguiente lo pasaría todo en compañía de Martínez en el cementerio donde iba á hacer cambiar de lugar, los restos de su esposa y de su niña. Que á su regreso le hablaría de la proposición de Aguilera, y trataría de hacer todo lo posible por conseguir que lo aceptara. El día después, domingo, Martínez vería á Bramosio y los demás, y él — González—daría la razón á Aguilera el lunes próximo á las diez de la mañana en su casa. Salió Aguilera muy alentado con esta entrevista, pero temeroso, al mismo tiempo, por ser esa la única esperanza que le quedaba.

Al regresar á su casa por la noche recibió una carta de Cisneros fechada aquel mismo día en la que decía necesitaba hablar con él en su oficina, de un asunto muy reservado, en el que estaba interesada la reputación política y personal de Aguilera. Esta carta lo alarmó un tanto y se propuso no faltar á la cita de Cisneros.

Al día siguiente concurrió á ella. Cisneros le dijo que tenía que hablar con él muy reservado y lo llevó á la oficina de su hermano Javier, próxima á la suya, en el mismo edificio. Encerrados los dos, manifestó Cisneros que estaban parados sobre un volcán y le refirió lo siguiente:

Hacía pocos días le había dicho Nestor Ponce de León que le escribieron de Jamaica manifestándole que habían visto una carta de la señora Ana de Quesada, viuda del ex-Presidente Céspedes á su hermano Rafael, en que le encargaba muy encarecidamente que procurase, por todos los medios imaginables, entorpecer cualquier trabajo ó combinación que tuviese por objeto la realización de la expedición de Aguilera, agregando que ella haría lo mismo en New York. El objeto era que su hermano el General Quesada, que estaba organizando una gran expedición, la realizase, y con ella se llevase la gloria de haber salvado la revolución.

Dijo Cisneros que no había dado importancia á ese asunto, creyendo que fuese obra de "chismografía" de los cubanos; pero que actualmente le constaba que era positivo que la gran expedición del Perú, con que contaba Aldama, la iba á entregar Márquez al General Manuel de Quesada, quien pensaba llevarla en persona á Cuba para ser él el redentor de la patria é imponerse á los cubanos por medio de la fuerza.

En tal virtud, pensaba Cisneros que la anterior noticia podía no ser "chismografía", sino realidad, y por lo tanto manifestó á Aguilera que era necesario obrase con mucha cordura, para que no fracasase su expedición; para conseguirlo debía tratar á Aldama con mucho tacto, á fin de evitar que encontrase pretexto para evadirse del compromiso en que estaba de despachar la expedición. Le dijo que debía concurrir á la junta que solicitaba Aldama en su carta, aunque no tuviese él, como tampoco tenía Cisneros, esperanzas de que diese resultado alguno. Aguilera debía esperar á que se concluyeran los trabajos del vapor y los pagase Aldama, antes de poner á éste en la alternativa de que lo despachase inmediatamente ó le entregase el vapor con los fondos y efectos de la Agencia, pues si lo hiciera ahora se lo entregaría con mucho gusto pero sin hacer los pagos del referido vapor, lo que pondría á Aguilera en un conflicto y le vendría muy bien á Aldama, pues le serviría de excusa para no despachar la expedición, porque diría que Aguilera le había quitado los medios de hacerlo.

Manifestó también Cisneros que había ido la noche anterior á hablar con Echeverría, con objeto de preguntarle si creía que Aldama despacharía la expedición. Echeverría le contestó que no se atrevía á asegurarlo, pero que estaba trabajando con Aldama á fin de que lo verificase, poniendo en ello el mayor empeño, porque estaba persuadido de que si Aldama no despachaba la expedición, sería un hombre completamente hundido en el concepto de todos los cubanos. Sin embargo, Echeverría que no se atrevía á asegurar que consiguiera su propósito, porque Aldama era un hombre muy testarudo.

Comunicóle también, con la misma reserva, que Echeverría le había enseñado una carta de Márquez en que le anunciaba que estaba en tratos con el General Quesada sobre la expedición grande del Perú, ó sea la de Prado; y otra carta del mismo Márquez en que le decía que ya estaban casi arreglados Quesada y él, pues sólo les faltaba convenir en algunos detalles.

Contestó Aguilera que Aldama, con sus miserias y pequeñeces, era el solo responsable de tales trastornos, que tan graves perjuicios podían causar á Cuba; que en virtud del justo temor que les asistía de que Aldama aprovechase la coyuntura para hacerse atrás, no contribuir con nada y amontonar obstáculos, si lo estrechaba en aquellos momentos, con-

venía en que le dijese que el próximo lunes se pondría de acuerdo con él para asistir á la junta á que lo había citado.

Sobre los temores de Cisneros respecto á la traición de los Quesadistas, Aguilera no creía ni dudaba que fuese cierta. Demasiado conocía á esos hombres y sabía lo poco escrupulosos que eran para lograr sus fines. Sabía que él era un obstáculo poderoso para que ellos pudiesen llevar á cabo sus intentos y por consiguiente nada tenía de particular que deseasen removerlo. Recordó los sucesos de Nueva Orleans, en que habían tratado de atentar á su vida, declarando su agresor que obedecía á instigaciones de Rafael Quesada, y á este mismo Quesada se le había acusado públicamente de hechos criminales espantosos, sin que él obrara como lo hubiera hecho una persona inocente.

También había recibido Aguilera poco tiempo hacía una carta del mismo Rafael Quesada, muy cariñosa, ofreciéndole sus servicios. Al enterarse de ella admiró su cinismo é hipocresía, después de lo ocurrido en Nueva Orleans. Siempre sospechó que esta carta pudiese envolver una traición; y con lo que Cisneros acababa de referirle crecieron sus sospechas.

He aquí la carta:

"Kingston, Noviembre 23 de 1874.

"Señor General Francisco V. Aguilera.

"Mi estimado General y amigo:

"Firme siempre en mi propósito de servir á mi patria en todas las circunstancias en que pueda utilizar mis conocimientos, tengo el gusto de ofrecerme á usted, y como lo he hecho antes, en estos momentos en que creo que usted prepara una gran expedición para auxiliar á nuestros hermanos.

"Siempre he deseado demostrar á usted mi estimación, y nunca mejor que esta oportunidad para que este deseo vehemente pueda realizarse.

"Espero aquí las instrucciones de mi hermano Manuel, quien se ocupa en preparar y organizar una gran expedición; pero creyendo que á ambos puedo prestar mis servicios como conocedor práctico de operaciones de esta naturaleza, no he vacilado un instante en ofrecerme á usted con toda sinceridad, para que colocado yo á sus órdenes pueda contribuir al éxito feliz de esa operación, que arduamente deseo ver llevada á cabo de una manera victoriosa.

"Mis aspiraciones de soldado de la patria se verán colmadas, si después de aceptados mis ofrecimientos tengo el grandísimo orgullo de abrazarlo á usted después del éxito.

"Estimaré que se sirva usted contestarme por el próximo vapor, quedando mientras tanto suyo afectísimo amigo y compatriota,

R. Quesada".

Estuvieron á visitar á Aguilera los CC. Miguel Cantos, Andrés de los Ríos y un sobrino de éste; los dos últimos desterrados á Fernando Poo por insurrectos. Entre las muchas cosas que dijo Ríos á Aguilera se lamentó de los partidos aldamista y quesadista, cuya existencia dijo era un delito de lesa patria en aquellas circunstancias. El no había conocido á Aguilera hasta entonces pero por lo que había oído decir, ambos bandos lo aceptaban como el único capaz de ahogar los referidos partidos y de ponerse al frente de los asuntos de la patria. Aguilera no hacía falta en Cuba libre porque allí estaba el ex-Marqués de Santa Lucía, que á todos merecía el mejor concepto; y por lo tanto el puesto de Aguilera estaba en la emigración y así se atrevía á suplicarle que no fuera á Cuba.

Contestóle Aguilera que estaba de acuerdo con él sobre lo que había dicho de Santa Lucía; pero respecto á los beneficios que reportaría á la causa, el que se pusiese al frente de sus asuntos en el extranjero, estaba completamente equivocado, y al efecto le refirió sus angustias cuando al llegar de Cuba libre tomó á su cargo la Agencia General, debiendo solo á Mayorga, que al fin lograse salvar la nave de la referida Agencia. Manifestó además que según el estado de la emigración cubana en el extranjero, los hombres se gastaban allí á los quince días, y llevando él ya tres años

de emigración, calculase cuán gastado no estaría.

Habiendo llegado durante la conversación Plutarco González, así que se despidieron Ríos y Cantos, quedó Aguilera solo con él. Comenzó González á darle cuenta de su comisión, diciéndole que había hablado con Ramón Martínez y éste acogió el proyecto de Aguilera con mucho gusto; pero dijo que no se atrevía á llamar á junta á los Govines, Bramosio y Angarica porque á uno de ellos habían devuelto los españoles parte de sus bienes y los otros estaban solicitando que se los devolvieran.

No le parecía bien hablarle él á Félix Govin, que era el principal, porque podría pensar que trataba de ejercer presión sobre él; por lo tanto, le parecía mejor que hablase Aguilera con el referido Govin, y le manifestase que él— Martínez—estaba dispuesto á contribuir con lo que le correspondiese.

Insinuó González alguna desconfianza con respecto á que Aldama le entregase el vapor después de pagar todas las reparaciones; y Aguilera, recordando los consejos de Hilario Cisneros, aprovechó la oportunidad para decirle que él también abrigaba los mismos temores, y por lo tanto, sería conveniente demorar seis ú ocho días la entrevista con los individuos del círculo de Martínez, pues para ese tiempo ya el vapor estaría concluído y despejada la incógnita.

Parecióle bien á González, y quedó en manifestarlo así á Martínez, ofreciendo á Aguilera de su parte la cooperación más eficaz para que viera realizado su proyecto.

Por muy desagradable que fuese á Aguilera continuar sus relaciones con Aldama, sin embargo, en fuerza de las circunstancias, se creyó obligado á hacerlo, y siguiendo los consejos de Cisneros, resolvió ir sorteando la situación hasta tanto estuviesen concluídas y pagadas las reparaciones del vapor, para entonces poner á Aldama en la alternativa de despacharlo para Cuba ó entregarle el buque para despacharse él mismo. Con este propósito fué á la oficina de Aldama á ponerse de acuerdo con él para la próximo reunión.

Encontró á Aldama muy animado. Le enseñó dos cartas que había recibido de Cuba libre, una de Máximo Gómez y otra de Salvador Cisneros, en las que le daban muy buenas noticias del estado de la insurrección. Habiendo hecho Aguilera alusión á la entrevista que le había propuesto en su última carta, le manifestó Aldama que al día siguiente á las doce podrían reunirse en la oficina de Hilario Cisneros.

Volvió Aguilera á la oficina de Cisneros y hablando con éste sobre su última entrevista con Aldama, le manifestó sus pocas esperanzas en las promesas que éste le hiciera. Le contestó Cisneros que Aldama no tenía más remedio que despacharlo con su expedición para Cuba, aun contra su voluntad, pues en último caso estaba dispuesto á estrecharlo hasta el término de decirle que adelantase la cantidad que faltaba, que él se comprometía á ir á Cayo Hueso y recoger el importe de esa suma, tan luego como saliese la expedición, para reembolsarla; y si por acaso no llegase á reunirla toda entera, estaba dispuesto á darle en prenda sus dos relojes, su biblioteca, que era la de su padre y tenía libros muy valiosos, y por último, le daría en fianza todo lo que reconociera como suyo.

Esperaba Cisneros que esta proposición serviría de gran estímulo para mover á Aldama á adelantar la cantidad que faltaba para despachar la expedición; pero Aguilera no tenía fe en ella, pues consideraba á Aldama inconmovible respecto á ese particular.

Al día siguiente estuvieran en casa de Aguilera su sobrino Miguel Luis y Rosado. Entregó éste á Aguilera otra carta firmada por él y Govantes, fecha 15 de aquel mes, en la que le exigía una contestación respecto á la expedición, para trasmitirla á Carlos de Varona.

Contestó Aguilera que se alegraba mucho de esa carta, porque precisamente se estaba preparando para concurrir á una junta con Aldama y otros individuos y en ella la haría leer. Después de la referida junta, les contestaría por escrito como pedían . La carta de Govantes y Rosado es la siguiente:

"New York, Enero 15 de 1875.

"C. General Francisco V. Aguilera.
Presente.

"Nuestro muy querido y respetado amigo:

"Los días pasan y cada día se hace más difícil nuestra situación ante la responsabilidad que tenemos contraída con el señor Carlos de Varona en lo que concierne á la expedición, que con auxilios que este señor facilitó á usted por nuestro conducto, y en virtud de condiciones estipuladas, quedó obligado á conducir á Cuba libre antes del día 30 de Noviembre del año próximo pasado.

"A 15 de Enero de 1875, justo nos parece poner al señor Varona en conocimiento de lo que verdaderamente pasa; pero antes de dar fé á las diferentes versiones que circulan, y formular un juicio que pudiera tacharse mañana de ligero con menoscabo de nuestro patriotismo y de nuestro buen nombre, recurrimos nuevamente á usted para que se sirva manifestarnos por escrito la causa que motiva la demora de la referida expedición.

"Bien sabemos como dijimos á usted en nuestra comunicación fecha 13 de Diciembre del año último, que han de estar muy lejos de su voluntad las causas de tal demora; pero esta convicción, como antes le manifestamos, no nos exime de la responsabilidad contraída; por eso volvemos hoy á molestar su atención sobre ese particular. Por otra parte, la actitud pasiva de usted en este asunto nos detiene, más que nada, á dar ningún paso antes de oirle: pues el hombre que como usted ha sabido afrontar tantos peligros y dejar en aras de la patria, con una inmensa riqueza, cuanto le era más caro de la vida, no es el hombre que puede inspirar dudas en ningún sentido; por el contrario, hay que suponer desde luego que motivos poderosos y justificados le han impedido realizar hasta ahora un asunto de tanto interés para nuestra revolución.

"En esta virtud suplicamos á usted se sirva darnos la respuesta que le pedimos, y viva seguro que hoy, mañana y siempre, estarán á su lado para defender los intereses de la patria sus apasionados amigos y compatriotas.

P. Rosado
J. J. Govantes".

Concurrió Aguilera á la cita de Aldama en la oficina de Hilario Cisneros. Asistieron también Aguiar y el capitán Summer. Comenzó Aldama diciendo, que siendo el capitán Summer y Aguiar personas inteligentes en materia de llevar expediciones á Cuba, quería oir su opinión con respecto á la manera cómo debían obrar en la que estaban á punto de realizar. Dijo que los puntos que quería exclarecer eran los siguientes: Primero. Si convendría que el vapor saliese de allí con las armas, municiones y expedicionarios, ó en lastre. Si salía de esta última manera, quería saber dónde convendría que tomara aquéllos, etc. Mucho se discutió sobre estos particulares en las dos horas que duró la sesión hasta que por fin se llegó á los acuerdos siguientes: Primero. Que el vapor saliera en lastre. Segundo. Las armas fueran conducidas en una goleta ó vapor á Port au Prince, Haití, para ser trasladadas de allí al punto que se designase. Tercero. Los expedicionarios de Cayo Hueso saldrían en una goleta, al mando de uno de los ayudantes de Aguilera. Cuarto. Los expedicionarios de New York saldrían en vapor ó goleta al punto que se conviniese, mandados por otro de los ayudantes de Aguilera para ser trasbordados al vapor, lo mismo que los de Cayo Hueso.

Concluída la sesión, se acercó Aguiar á Aguilera y Cisneros y les dijo que las pailas debían haber estado concluídas desde la semana pasada, porque tiempo sobrado tenían; pero Mister Diller no tenía más que dos operarios trabajando en ellas y creía que era debido á que no había dinero, porque aun á los fogoneros que tenía empleados, les oía quejarse de que les pagaban con atraso. Dijo Aguilera que no sabía como podía faltar dinero, cuando él facilitaba á Aldama todo el que le pedía para abonar los trabajos en el vapor. No hacía muchas días que, á petición suya, le había dado un check por cinco mil pesos con ese objeto.

Dirigióse Aguilera á Aldama para inquirir sobre la certeza de lo que acababa de saber por Aguiar. Aldama contestó que Mr. Diller le había dicho que no podía poner más operarios á trabajar en las pailas porque éstas eran pequeñas y no había espacio. Con respecto al pago de los jornales, éste se verificaba con la mayor puntualidad todas las semanas.

Dió Aguilera á leer á Aldama la carta de Govantes y Rosado. Contestó que para acallar las susceptibilidades de esos señores, los invitase á ver el vapor, las calderas y los materiales de guerra que tenían reunidos; que nadie tenía la culpa de que aun no se hubiesen podido concluir las reparaciones del vapor. No quiso argüirle Aguilera con respecto á la culpabilidad de que hablaba Aldama, porque era ese punto muy delicado que no quería tocar hasta tanto no estuviese listo el buque.

Recibió Aguilera un recado de José de Armas y Céspedes, director del periódico "El Correo de New York", diciéndole que necesitaba tener una entrevista muy reservada con él; y que encontrándose enfermo, tuviese la bondad de pasar á su casa. Fué Aguilera. Armas le manifestó que estaban en unas circunstancias muy críticas, y era necesario definir la situación. Que él, como periodista y como patriota, tenía el deber de velar por la causa de Cuba, por cuyo motivo, invocando el acendrado patriotismo de Aguilera, quería que éste le dijese con franqueza si tenía esperanzas de que Aldama lo despachase para Cuba con su expedición en término más ó menos breve.

Contestó Aguilera que tenía un vapor excelente, al que se le estaban haciendo algunas reparaciones, las que estarían concluídas dentro de diez ó doce días. Tenían un material de guerra bastante regular, con una batería completa de artillería. Tenían un cuadro de jefes y oficiales cubanos y extranjeros de las cuatro armas. Contaban con capitán, maquinista y ocho ó diez prácticos de mar y de tierra. Por último, tenían combinaciones hechas con Cuba libre donde ya lo esperaban con su expedición. Contando con todos esos elementos, sólo les faltaba diez ó doce mil pesos para la habilitación; es decir, la compra de carbón, víveres, pago de la tripulación, etc.

Añadió Aguilera que tenía el proyecto siguiente: Tan luego como estuviesen concluídas las reparaciones del vapor, que como dijo, sería dentro de diez ó doce días, exigiría á Aldama una respuesta categórica sobre si estaba dispuesto á despacharlo inmediatamente para Cuba con su expedición. Si le contestaba que sí, trataría de que lo hiciera enseguida; si negativamente, le pediría el vapor con todos los fondos y materiales de guerra que tenía la Agencia para despacharse él mismo. Si conseguía este objeto, todos estarían de enhorabuena; si no lo conseguía, entonces vendería el vapor para devolver á Varona sus veinte mil pesos, el resto lo entregaría al Agente General y él se iría á Cuba en un bote con los jefes y oficiales que quisieran acompañarlo.

Expuso Armas que hacía trece ó catorce años que conocía á Aldama y su camarilla, compuesta de Morales Lemus, Echeverría, Mestre, etc. Morales Lemus había muerto rico y no se sabía lo que se había hecho su capital. Echeverría había estado ganando doce mil pesos por muchos años y ahora aparecía pobre. José Manuel Mestre acababa de recibir setecientos mil pesos y estaba llorando miseria. A Angarica poco más ó menos le sucedía lo mismo y estaba persuadido de que el tal círculo de Aldama no haría nada por la expedición.

El otro círculo—indicando el de Martínez,—sería el que tal vez haría algo, lo mismo que había hecho otras veces. Para esto era necesario que una persona como él—Armas—los cogiese de repente y los estimulase, pero había de ser garantizándoles que Miguel de Aldama no tenía intervención ninguna en la expedición. Además, era necesario hacer creer á Aldama que el vapor iba á venderse y que no había expedición, porque de lo contrario la haría fracasar.

Contestó Aguilera que ese plan en la práctica ofrecía una dificultad, y era que no podía pedir el vapor á Aldama para venderlo, porque siendo éste el Agente General de la República y es-

tando en posesión del vapor, lo natural era que él verificase la venta, supuesto que ya tenía compradores, y entregase á él los veinte mil pesos para devolverlos á Varona, en cuyo caso quedaría fracasada la expedición.

Finalmente, después de mucho discutir, accedió Armas á las instancias de Aguilera para que no siguiera hostilizando á Aldama por doce ó quince días, hasta tanto se hubiesen concluído las reparaciones del vapor; que más bien lo estimulara á que despachase á Aguilera. Este ofreció avisarle en su oportunidad el resultado que obtuviese. Por último, despidióse Aguilera mostrándole Armas la mayor distinción y aprecio.

CAPITULO XVI

ENERO Y FEBRERO 1875

PROYECTO DE CIRCULAR.—AGUILERA SE NIEGA A FIRMARLA.—CONFERENCIA DE AGUILERA CON ECHEVERRIA.—ALDAMA NO PUEDE ADELANTAR $20,000.—AGUILERA REFUTA ESTE CONCEPTO.—AGUILERA PIERDE LA PACIENCIA.—TANTOS OBSTACULOS LO EXALTAN.—ECHEVERRIA TRATA DE CALMARLO.—AGUILERA LE EXPONE SU PROYECTO.—ECHEVERRIA LO DESAPRUEBA.—FALSIA DE ECHEVERRIA—H. CISNEROS Y AGUILERA.—LOS PRIMEROS TIROS DE SU REVOLVER PARA ALDAMA.—DESESPERADA SITUACION DE AGUILERA—SE PROPONE RESISTIR Y LUCHAR.—CONTESTACION DE AGUILERA A LA CARTA DE ROSADO Y GOVANTES—LOS TRABAJOS DEL VAPOR ADELANTAN.—DOCILIDAD DE LOS AMIGOS DE ALDAMA.—SE DEJAN TOMAR COMO INSTRUMENTO.—MANUEL J. IZAGUIRRE NECESITA $500.—ALDAMA SE HACE DESENTENDIDO.—AGUILERA SE LOS PRESTA.—EL VAPOR TIENE YA LAS CALDERAS.

Estando Aguilera en la oficina de Hilario Cisneros le manifestó éste que el día anterior lo habían solicitado Aldama y Echeverría para consultar con él respecto á una circular que él—Aguilera—pasaría á algunos de los emigrados pudientes estimulándolos á contribuir para su expedición. Entrególe Cisneros la referida circular que estaba escrita por Echeverría.

Después de leída, contestó Aguilera que estaba buena, pero echaba abajo sus planes, pues debiendo ser dirigida principalmente á los individuos del círculo de Ramón Martínez, que era en quienes tenía fundadas sus esperanzas, le enagenaría su buena voluntad que ya empezaba á conquistar. Estaba persuadido de que esos individuos para salir del paso, le contestarían mandándole dos ó trescientos pesos cada uno, con lo que reuniría mil ó mil quinientos pesos por todo, cantidad muy exigua para llenar los diez ó doce mil pesos que faltaban, quedando inutilizado para pedirles el completo de la cantidad que necesitaba, tan luego como Aldama declarase explícitamente que no podía despacharlo con su expedición.

Convino Cisneros en las razones expuestas por Aguilera. Fué éste á la oficina de Aldama, pensando en la manera como podría evadirse del compromiso.

Hablóle Aldama del asunto de la circular, y contestó Aguilera que le parecía más conveniente que fuera él— Aldama — quien la firmase y mandase, pues ya él había pedido á esos mismos individuos sin resultado alguno. No quedó Aldama satisfecho con la respuesta y convinieron en que seguirían hablando sobre el particular reunidos con Echeverría.

Salió Aguilera para la oficina de Cisneros y como una hora después llegó Echeverría y dijo que lo buscaba. Como Cisneros comprendiera que el asunto de que iban á tratar era delicado, se apartó, y Echeverría y Aguilera quedaron solos.

Manifestó Echeverría que Aldama había pensado hacer una circular dirigida á varios cubanos pudientes y él le había aconsejado que produciría mejor efecto si fuese Aguilera quien la firmara. Díjole también que la última carta que le mandó Aldama hacía pocos

días, la había adicionado él, poniéndole la conclusión que decía que buscaría las dos quintas partes de la cantidad que hacía falta para despachar la expedición. Hacía tiempo estaba trabajando por traer á Aldama por buen camino, pero éste decía que en la actualidad no podía adelantar veinte mil pesos para el despacho de la expedición, como resultaría si pusiese las cincuenta mil cápsulas y la garantía de los quinientos rifles que vendrían á ser otros diez mil pesos.

No pudo menos que sonreirse Aguilera al ver las galanas cuentas de Echeverría, en su empeño de defender á su amigo Aldama. Le contestó respecto á la circular lo que ya había dicho á H. Cisneros; y tocante á los veinte mil pesos que Aldama no podía adelantar, dijo que estaba bien claro que Aldama no ofrecía dar para su expedición más que los mil novecientos pesos que valían las cincuenta mil cápsulas; pues con respecto á los siete mil quinientos pesos que valían los quinientos rifles, él no daba más que su garantía, es decir, que los tomaría á un largo plazo. (Se recordará que en una de las entrevistas con Carlos de Varona dijo Aldama que él podía conseguir todas las armas y pertrechos que quisiera hasta con *veinte años de plazo*), y los pagaría después con fondos de la misma Agencia, que no habían de ser exiguos cuando la emigración viese que iba una expedición y había vapor para mandar otra. Ultimamente propuso Aguilera hacerse cargo él de conseguir los quinientos rifles en las mismas condiciones que ofrecía hacerlo Aldama y que éste se comprometiese á *adelantar* los diez mil pesos que faltaban, para indemnizárselos después.

Contestó Echeverría que no tenía instrucciones para tratar de ese particular ni sabía si Aldama lo admitiría.

Con respecto á las dos quintas partes de los diez mil pesos que decía Echeverría, Aldama había ofrecido conseguir, dijo Aguilera que el ofrecimiento estaba hecho con mucha habilidad, pues aunque lo parecía, no era tal, porque Aldama sólo decía que "contaba poder recolectar" esa cantidad, frases muy vagas, que nada significaban y mucho menos dichas por Aldama.

Habiéndole indicado Echeverría que lo veía algo excitado, contestó Aguilera que lo dispensase, pues estaba desesperado, viendo que eran inútiles todos sus esfuerzos para llevar á Cuba una expedición, debido á la ruindad de algunos hombres de quienes Cuba tenía derecho á esperar tanto. Esa idea lo preocupaba incesantemente, la tenía clavada en el cerebro y al fin creía lo volvería loco y concluiría por darse un tiro para verse libre de lidiar con tales hombres.

Trató Echeverría de calmar á Aguilera y éste haciendo un esfuerzo se repuso pronto. Dijo Echeverría que hablasen con calma, y le manifestase sus proyectos para darle los consejos que creyera oportunos para salvar la situación.

Contestó Aguilera que tan luego como estuviese listo el vapor, se dirigiría á Aldama preguntándole si lo despachaba ó nó para Cuba con su expedición. Si obtenía una respuesta negativa, le pediría el vapor con todos los elementos de guerra que tuviese la Agencia para tratar de despacharse él mismo sin el auxilio de Aldama. En ese caso ocurriría al círculo de Martínez, tratando le facilitara los fondos necesarios; y si no lo conseguía tampoco, entonces vendería el vapor, le entregaría á Varona sus veinte mil pesos é inmediatamente se embarcaría para Cuba en un bote, lo mismo que había salido.

Dijo Echeverría que no le parecía conveniente que hiciese á Aldama la pregunta de si lo despacharía para Cuba ó no, en esos términos, porque ya lo había hecho anteriormente y sabía su contestación, consignada en la carta que le dirigió. Ofrecióse á Aguilera para llegado el caso hacerle él—Echeverría—la cartita pidiendo á Aldama el vapor y los materiales de guerra, ofreciendo, al mismo tiempo, influir con Aldama para que se los entregase.

Comprendió Aguilera la falsedad de Echeverría, pues pretendía que en aquella campaña que iba á emprender contra Aldama, se echase en sus brazos, para

arreglar las cosas de manera de entregarlo atado de piés y manos á su amigo Aldama. Aparecería entonces que si Aldama no había despachado á Aguilera con su expedición, toda la culpa era de Aguilera.

Continuó Echeverría objetando que era facil que el círculo de Martínez no le facilitase la cantidad, y en ese caso quedaría en peor situación. Con respecto á vender el vapor para devolver su dinero á Varona ó á Quesada, eso podía presentar algunas dificultades, porque quizás Aldama, funcionando como Agente General, no consideraría conveniente para la causa la venta del vapor, porque imposibilitaría la remisión de la expedición. Además debía tenerse en cuenta, que los veinte mil pesos de Varona ó de Quesada no eran de ellos, sino de la causa de Cuba. Preguntóle Echeverría, en ese caso, ¿qué haría?

Contestó Aguilera que protestaría contra Aldama, informaría á Varona de lo que pasaba y se marcharía á Cuba en un bote; pero haciendo constar que era Aldama quien había entorpecido y hecho imposible la expedición, para que en ningún tiempo Quesada ni nadie pudiera hacerle cargos, diciendo que había hecho como el perro del hortelano, que no había llevado expedición, ni dejado á Quesada mandarla tampoco.

Objetó Echeverría que era una resolución muy violenta é inconveniente, y para eso era mejor entregar el vapor y los efectos á Quesada, para que mandara la expedición con sus fondos.

Contestó Aguilera que si la resolución era violenta, Aldama lo ponía en el caso de tomarla, con su incalificable conducta, y que ya cuidaría de que cargase con toda la responsabilidad.

Por último dijo Echeverría que vería á Aldama, le diría que había hablado con él y habían acordado suspender la circular hasta que los trabajos del vapor estuvieran más adelantados.

Así que se marchó Echeverría, Cisneros, que todo el tiempo que duró la entrevista se había mantenido paseándose á un lado en la oficina, preguntó á Aguilera en qué habían quedado.

Refirióle Aguilera toda la conversación, y al llegar al punto en que le había manifestado que estaba tan desesperado que creía que un día se daría un tiro, le dijo Aguilera: "...pero á tí te diré, Hilario, lo que no quise decir á Echeverría; que si "Don Miguel" piensa hundirme, estorbando con su proceder infame, que salga con mi expedición, mi revólver tiene seis tiros, y los primeros que se disparen serán para él, aunque sea en su propio escritorio y en medio de sus amigos. Después irán los míos... Te aseguro que si "Don Miguel" llega á traicionarme no probará los primeros dulces de su nueva refinería. El pobre Hilario quedó admirado al ver mi exaltación y procuró calmarme. Yo hice un esfuerzo y al fin logré parecer tranquilo, pero estoy resuelto á llevar á cabo mi amenaza, si llegara el caso, pues será el mayor bien que pueda hacer á Cuba, quitando del medio al hombre que sólo trata de poner obstáculos á la revolución." La cita que antecede es tomada del diario de Aguilera, fecha 23 de Enero de 1875.

Por lo expuesto se verá el grado de exaltación en que habían puesto á Aguilera aquellos hombres, influyendo cada uno de un modo diferente. Ya se habrá visto que el principal de ellos era Aldama. Era éste la fuerza motora que impulsaba á los otros. Los demás eran como piezas de una máquina que se movían empujadas por esa fuerza. Aguilera, el estorbo que había de ser barrido por aquella máquina de destrucción. En vano era que Aguilera implorara piedad á cualquiera de las piezas: era en vano que ésta se condoliera de él, si cuando la fuerza obraba, la máquina se ponía en movimiento y consumaba su obra infernal. Hilario Cisneros era un excelente patriota, lo ligaba con Aguilera una antigua amistad, y de todo corazón se compadecía de él; estaba convencido de la maléfica influencia que ejercía Aldama en los asuntos de Cuba, pero ¡oh miseria humana! Cisneros cumplía también la consigna de Aldama, y prestaba ayuda al hundimiento de Aguilera.

¿Qué podía hacer éste, solo, luchando contra aquella muchedumbre de hombres, fuertes por su capital, su inteligencia y su posición social? ¿Qué pue-

de hacer el hombre débil, contra la fuerza incontrastable de la naturaleza? A Aguilera sólo le quedaba una alternativa: ó ceder, dejándose arrostrar al abismo donde quería conducirlo la maldad, ó resistir y luchar mientras le quedase un soplo de vida. No era Aguilera hombre que retrocediera ante las contrariedades ni los peligros, así, optó por resistir y luchar, y luchando exhaló su último aliento.

Cuando salió de la oficina de Cisneros era ya tarde y tomando el tranvía se dirigió á la parte alta de la ciudad á casa de Villegas, á quien necesitaba ver para otros asuntos. No encontró á éste en su casa, pero estando la familia sentada á la mesa, lo invitaron con mucha insistencia á que la acompañara á comer y aceptó.

Fué aquel su almuerzo, pues en todo el día no había tomado otra cosa que el ligero desayuno por la mañana al salir de su casa.

Al día siguiente fué á casa de Govantes y encontrando á Pío Rosado le dijo que se alegraba de verlo allí, porque quería consultar con él y Govantes sobre la contestación que iba á dar á su carta última, la que llevaba en borrador. Después de enterarse Rosado y Govantes dijeron á Aguilera que estaba bien, pues su objeto sólo era ponerse á cubierto de cualquier cargo que pudiera hacerles Varona. Siguieron hablando después sobre el tema obligado de Aldama y discurriendo los medios de hacerle entregar el vapor y los materiales de guerra.

La carta á que nos referimos decía así:

"New York Enero 18 de 1875.

"Señores Pío Rosado y José J. Govantes.

"Distinguidos conciudadanos:

"He recibido la carta que con fecha 15 del corriente se han servido dirigirme, y al contestarla no puedo menos que manifestar á ustedes el profundo pesar que tengo por no haber podido hasta ahora llevar á nuestros hermanos de Cuba la expedición que estoy preparando, pero aseguro á ustedes que la demora ha procedido de causas independientes de mi voluntad.

"Cuando puse el primer parte al señor Carlos de Varona, tenía el proyecto de comprar un magnífico buque que se creía apropósito para nuestro asunto; pero cuando recibí por manos de ustedes el dinero, ya no era posible obtenerlo. Necesario fué entonces buscar otro, y á fines de Octubre se me propuso la compra del único que existía en esta República, que pudiera llenar nuestras exigencias, y estuviera al alcance de nuestros recursos.

"No se encontraba ese buque en disposición de salir á la mar; era necesario hacerle varias reparaciones, y entre ellas ponerle las dos calderas nuevas; yo no podía aparecer como comprador, ni contratar las reparaciones, porque esto hubiera sido lo mismo que denunciarlo á las autoridades de esta República, y porque no soy ciudadano del país á que pertenece la bandera del buque; y no conociendo personas que llenasen las condiciones requeridas, me valí del señor Miguel de Aldama, que por sus relaciones comerciales estaba más en aptitud de hacerlo.

Este, por medio de personas de su amistad, hizo la compra, contrató la construcción de las calderas é hizo al C. Joaquín Aguiar y M. R. Summers cargo de las demás reparaciones del buque.

"Al efectuar éstas han aparecido y tenido que hacerse muchas más de las que se presupuestaron, y las calderas aun no están concluídas. Se me ha ofrecido que para fines de este mes estará todo concluído. Este y no otro, es el motivo porque aun no he podido realizar mi proyecto.

"Las explicaciones que dejo hechas creo que son suficientes para que ustedes se persuadan de que, el no tener listo el buque que ha de conducir la expedición, es el motivo porque no se ha realizado ésta, y que en el momento en que se allane esa dificultad, podré cumpilr los deseos de ustedes de todos los cubanos y también los míos.

"Soy de usted con la mayor cinsideración,

F. V. Aguilera."

Hablando Aguilera con Hilario Cisneros en su oficina, le comunicó éste que Aguiar le había dicho que se estaba trabajando con actividad en las calderas, pues tenían empleados en ellas quince ó veinte hombres.

Fué á comer aquel día con Villegas. Le manifestó éste que ahora sí tenía la convicción de que Aldama lo despacharía pronto con su expedición , si Aguilera no cometía alguna imprudencia. Refirióle que él conocía á Aldama desde "chiquito"; lo habían "criado muy voluntarioso" y por eso en todas ocasiones quería "salirse con su gusto". Había tenido una conferencia con él, y por lo que le había dicho estaba convencido de que muy pronto saldría Aguilera para Cuba con su expedición. Si Aldama obraba como lo hacía era con objeto de que Aguilera se convenciese de que si no fuera por los auxilios de Aldama no iría á Cuba, porque la emigración estaba resistida á dar una sola peseta, y por consiguiente, sólo á la generosidad de Aldama debería Aguilera su viaje.

O Villegas creía de buena fe lo que decía á Aguilera, para lo cual necesitaba tener la inocencia de un niño, ó á sabiendas trataba de engañarlo. Villegas había tenido una entrevista con Aldama, según manifestó. Viendo Aldama la actitud resuelta que asumía Aguilera, que su íntimo Echeverría no dejaría de comunicarle; y sabiendo la amistad que había entre Villegas y Aguilera, provocó la consabida entrevista. En ella, haciendo gala de su talento improvisador dijo á Villegas lo que quería llegara á oídos de Aguilera. Villegas lo creyó ó aparentó creerlo, y fiel á la consigna, repitió á Aguilera los conceptos que había oído de Aldama con todo el convencimiento de la verdad. Tal era el modo cómo manejaba Aldama á aquellos hombres.

Continuó Villegas diciendo que Aldama estaba muy contrariado porque sabía que Hilario Cisneros hablaba mal de él, concerniente á la expedición, y Queralta hacía lo mismo. Que Queralta era un ambicioso que deseaba lo hicieran Agente General. Como siguiera Villegas hablando de la generosidad y patriotismo de Aldama y dijera que pondría una mano en el fuego siempre que Aldama no despachara pronto la expedición de Aguilera, según le había ofrecido, éste no pudo menos que decirle: "Vale más que guarde usted su mano y no la exponga á esos riesgos, Compañero. (a). Podría llevar una fuerte quemadura".

Fué Aguilera á visitar á Queralta. La conversación recayó sobre los asuntos del día. Habló Queralta muy mal de Aldama, de los fines que éste se proponía y concluyó manifestando á Aguilera que se atrevía á ofrecerle todo lo que pudiese necesitar si se separaba de Aldama. Contestóle Aguilera que convenía en sus apreciaciones, y tanto, que ya había estado haciendo diligencias por otro lado para el caso esperado de que Aldama le dijese que no podía despacharlo con su expedición. El asunto se resolvería muy pronto y aceptaba su cooperación para cuando llegase el caso.

De allí siguió á visitar á Eugenio Hostos. Hablando sobre los mismos asuntos, manifestóse Hostos indignado con la conducta de Aldama é instó á Aguilera á que acabara de despejar la situación exigiéndole el vapor y los elementos de guerra. Por último, propuso á Aguilera escribir una serie de cartas haciendo una relación de todo lo ocurrido desde el principio de la revolución, para irlas publicando en el periódico el "Correo de New York".

Hízole Aguilera la misma relación de sus propósitos, que había hecho á otros y hemos referido, y díjole que era necesario aguardar á que estuviese concluído el vapor. Con respecto á las cartas, que así que estuviese despejada la situación, entonces volverían á tratar sobre ello y resolverían.

Fué Aguilera á la oficina de Aldama y encontró allí á éste, Manuel J. Izaguirre y Leonardo Delmonte. Como Izaguirre estuviese dedicado á un negocio de flores artificiales, le preguntó Aguilera qué tal iban de flores, si ya había sacado las que tenía en la Aduana. Contestó Izaguirre que había sacado una parte, y para el resto le faltaban qui-

(a) Tratamiento que familiarmente se daban.

nientos pesos de los cuales andaba en solicitud, comprometiéndose á devolverlos á quien se los prestase dentro de tres ó cuatro días. Conoció Aguilera que la indirecta iba dirigida á Aldama, pero éste no se dió por aludido.

Apreciando Aguilera á Izaguirre por sus condiciones de patriotismo y honradez y doliéndole ver la actitud de Aldama para con quien tanto le había servido, como Izaguirre, contestó que tenía un pico en el banco y si la devolución había de ser pronta, no tenía inconveniente en prestarle los quinientos pesos que solicitaba. Aceptó Izaguirre desde luego, asegurándole que no llegarían á hacerle falta, pues dentro de tres ó cuatro días se los devolvería con toda seguridad. Extendió Aguilera un check por la cantidad, á la orden de la casa de Alfonso y Compañía de la cual era socio Izaguirre y lo entregó á éste. Aldama y Delmonte delante de quienes pasó este incidente, se hicieron los distraídos. Izaguirre cumplió según había ofrecido.

Llegó el capitán Summer muy acalorado hablando en inglés á Aldama. Así que se marchó, dijo Aldama que Aguiar había cometido una equivocación, porque había pedido una hélice muy grande para el vapor y se vió el defecto después de colocada. Manifestó Aguilera que era lástima se hubiese quitado la hélice primera, para tocar después con esos inconvenientes.

Fué Aguiar á hablar con Aguilera en la oficina de Cisneros (Febrero 6). Le dijo que las calderas se probarían al día siguiente, después se llevaría el vapor á la Machina á cogerlas y de entonces en adelante el trabajo correría por su cuenta. Recomendáronle Aguilera y Cisneros que pusiese á trabajar el mayor número de operarios, y si Aldama no quisiera pagarlos, les avisase. Dijo también Aguiar que ya se le había colocado la hélice al vapor, y aunque ésta era de un nuevo modelo y no como la pidió, sin embargo creía que daría buen resultado, y en caso contrario, el defecto era fácil de remediar.

CAPITULO XVII

FEBRERO y MARZO 1875

NUEVA SOCIEDAD.—AGUILERA QUIERE MANTENERSE APARTADO DE ELLA.—MEETING.—HABLA GOVANTES.—JOSE DE ARMAS Y CESPEDES.—EUGENIO HOSTOS.—MARTIN RIVERO.—UN OBRERO OFRECE $10,000 PARA QUE SALGA INMEDIATAMENTE LA EXPEDICION.—DELEGACION A CAYO HUESO A RECOLECTAR FONDOS.—PIO ROSADO ES NOMBRADO PARA ELLA.—EL OBRERO FRANCISCO FERNANDEZ.—ALDAMA SE NIEGA A CONTRIBUIR.—JUAN LUIS PACHECO QUIERE IR TAMBIEN A CAYO HUESO.—AGUILERA SE OPONE.—SALEN AL FIN LAS DOS COMISIONES.—AGUILERA QUIERE ESCRIBIR A ALDAMA.—H. CISNEROS SE OFRECE PARA HACERLE EL BORRADOR.—INFORMES DE AGUIAR.—LOS TRABAJOS DEL VAPOR VAN DESPACIO.—DICEN QUE NO CORRE PRISA.—CARTA DE AGUILERA A ALDAMA.—CARTA DE VILLA URRUTIA DE LA HABANA.—CONTESTACION DE AGUILERA.—REPLICA DE ALDAMA.—LO EXHORTA A DEJAR LA CORRESPONDENCIA OFICIAL.—AGUILERA SABE A QUE ATENERSE.— ESTA RESUELTO A NO SER JUGUETE DE ALDAMA.

Siendo ya grande el descontento de la emigración, al observar cómo el Agente General Aldama, después de tanto tiempo sin hacer nada en favor de la causa, cuando le ofrecieron elementos suficientes para despachar una buena expedición, primeramente los rechazó, y luego, gracias á la actitud decidida de Aguilera, se había hecho cargo de ellos; y muy lejos de darse prisa á despachar la expedición, ponía toda clase de obstáculos para impedir su salida, lo que probaba hasta la evidencia la poca voluntad del Agente de Cuba para auxiliar la revolución; algunos patriotas, que miraban con disgusto este estado de cosas, resolvieron convocar á toda la emigración, sin distinción de partidos,

para que, formando una sola agrupación, se dedicase con ahinco á poner los medios para mandar por su cuenta á sus hermanos los recursos que pudieran reunir.

A este efecto reuniéronse los patriotas José J. Govantes, el Dr. Juan Cisneros, Rev. Padre Palma, Francisco Valdés Mendoza, Manuel Anastasio Aguilera, Pío Rosado y varios representantes de los diferentes gremios de tabaqueros de la ciudad, para acordar la convocación á un meeting en el que explanarían sus ideas, y si lo juzgaban oportuno allí mismo quedaría constituíde la sociedad.

Para preparar el terreno, el Rev. Padre Palma pronunciaría un sermón en su iglesia, en el que haría alusión á los beneficios de la asociación para conseguir el hombre los grandes fines que se proponía.

Invitaron los promoventes á Aguilera para que asistiese al sermón y al meeting á fin de que con su presencia prestase mayor autoridad á aquellos actos, ya que se proponían dedicar los fondos que recolectasen á auxiliarlo, para que saliese con su expedición. Aguilera, que tan escruploso era en que la representación del Gobierno conservase todo su prestigio, y en no hacer acto ostensible que obrase en desdoro de ella, se excusó diciendo que no quería que Aldama fuera á tomar su presencia como pretexto para no despachar la expedición, acusándolo tal vez de ser el promovedor de la nueva sociedad y manifestando que puesto que ésta le mermaba los recursos con que debía contar, no podía cumplir los compromisos de la Agencia.

Llegado el día fijado, 14 de Febrero, se celebró el meeting anunciado en "Masonic Hall" siendo presidido por Govantes. Abrió éste la sesión pronunciando un bello discurso, en que hizo resaltar las necesidades de la patria y el deber en que se encontraban los emigrados de unirse en una masa compacta, que no tuviese más pensamiento ni más ideal que la independencia de Cuba. Poco antes de la conclusión de este discurso, entró en el salón José de Armas y Céspedes, quien después de haber concluído Govantes, fué llamado por sus parciales á la tribuna.

Comenzó Armas diciendo que á juzgar por la parte que había escuchado del discurso de Govantes, este le había parecido muy bello y florido; pero más propio para una academia literaria que para una reunión de patriotas, en la que los oradores debían concretar sus esfuerzos á obtener un resultado práctico para la patria.

Dijo que consideraba inútil la sociedad que se proyectaba, por la razón de que daría muy poco resultado pecuniario, como había sucedido con otras sociedades anteriores, y sobre todo con la de "Los Amigos de Cuba" que sólo había recolectado unos mil quinientos pesos. Continuó diciendo que los cubanos debían empezar por reconocer el mérito de hombres como Melchor Agüero, cuyo valor, pericia y honradez eran indiscutibles y había llevado con toda felicidad dos expediciones á Cuba. Igualmente debían reconocer el mérito del Centro de patriotas—de Ramón Martínez—que había costeado estas expediciones, sin pretensiones de ninguna especie, etc., y extendiéndose demasiado en alabanzas á Melchor Agüero y al centro de Martínez, el público que lo oía con disgusto, empezó á levantarse de sus asientos y marcharse en grandes grupos. Observado esto por Pío Rosado que estaba en la plataforma, se levantó, é interrumpiendo al orador, dijo con tono enérgico: "Ciudadanos, aunque á esta reunión han venido algunos señores con el propósito deliberado de hacer fracasar la sociedad en proyecto, espero, en beneficio de Cuba, se servirán ustedes volver á sentarse y aguardar que concluyan de hablar los que quieran, para que puedan ustedes juzgar después de las tendencias y patriotismo de los oradores." A estas palabras de Rosado volvieron á ocupar sus asientos los que ya estaban en vía de marcharse y volvió Armas á proseguir su interrumpida peroración aunque notablemente desconcertado. Al hablar de los jefes aptos para llevar expediciones á Cuba, dijo que tenían los cubanos uno insuperable, y comenzó á hacer la

apología del General Quesada aunque sin nombrarlo. Estando en esta tarea lo interrumpió de nuevo Rosado diciendo que "parecía increíble que pudiera haber hombres que se atreviesen á hacer la defensa de criminales." Nada contestó Armas, y abreviando su discurso, pronto concluyó de hablar.

Tomó la palabra Eugenio Hostos (puertorriqueño) y haciendo uso de una fogosa oratoria, habló en términos vehementísimos, diciendo que no alcanzaba á comprender cómo se dijese que la emigración cubana estaba dividida en partidos políticos, cuando él no conocía entre ella á ningún hombre que tuviese talla suficiente para ser jefe de un partido. Que los que abandonaban los sacrosantos intereses de la patria para servir las pasiones ó las conveniencias de los hombres que allí fungían como tales jefes de partido, con ese acto probaban ser unos "imbéciles". Como el orador fuese á cada paso interrumpido por nutridas salvas de aplausos, dijo que él entusiasmo patriótico que allí mostrano quería aplausos sino obras. Que ese ban, se probaba mejor que con aplausos, tomando el rifle y yendo á Cuba á pelear por la patria.

Después de decir algunas palabras Hilario Cisneros, para una cuestión de orden, habló Pedro Martín Rivero—admirador de Aldama— y dijo que estaba de acuerdo con la formación de la sociedad, y entendía que los recursos que colectase debían entregarse al Agente General para despachar la expedición que tenía ya casi formada... Fué interrumpido en este punto el orador por un obrero que de entre el auditorio, le preguntó que cuanto necesitaba el Agente General para despachar inmediatamente esa expedición. Martín Rivero le contestó que diez mil pesos. Dijo el obrero que él se comprometía á reunir entre los suyos esa cantidad, siempre que se le asegurase que con ella el Agente despacharía inmediatamente la expedición. Y volviéndose á sus amigos entre el auditorio, les preguntó si estaban dispuestos á auxiliarlo. La voz unánime de todos fué ¡¡sí, sí, haremos todos los sacrificios...!! Bellas y generosas palabras de aquellos hijos del trabajo, de aquellos que con la fatigosa labor diaria, apenas si ganaban lo suficiente para cubrir las necesidades de sus esposas y de sus hijos. En cambio, los privilegiados de la fortuna, los que en los bancos americanos guardaban sus tesoros, esos eran sordos á los llamamientos del patriotismo. Para ellos la voz del egoismo era más poderosa que la de la patria.

Volvió á hablar José de Armas y Céspedes y dijo que estaba conforme con la opinión de Martín Rivero, respecto á la conveniencia de que se formara la sociedad. Al oir tal contradicción de Armas, todos quedaron estupefactos.

Pidió la palabra López Queralta para decir que, supuesto que debía tratarse de la formación de la Directiva de la sociedad, se tomaba la libertad de recomendar para Presidente á un patriota residente en la ciudad, esclarecido por sus virtudes, sus sacrificios pecunarios y que había perdido un hijo querido en la insurrección. Este ciudadano era José Francisco Lamadriz.

Procedióse luego á la elección de la Directiva y se dió el fenómeno de que estando los secuaces de José de Armas y Céspedes en gran minoría, fueran los que ganaran la elección, saliendo electo para Presidente José Francisco Lamadriz, para Vice, Miguel Canteros, etc., todos partidarios del grupo de Ramón Martínez.

Los promovedores del meeting querían para Presidente á José Joaquín Govantes. El fracaso de éstos tuvo por orígen lo poco avisados que estuvieron al hacer la votación, pues recogiéndose los votos en sombreros que se hacían circular entre la concurrencia, los partidarios de Martínez depositaban dos, tres y más papeletas en los sombreros, sin que se apercibiesen los encargados de circularlos.

Al día siguiente, al saber el resultado, Aguilera pensó que si la sociedad llegaba á constituirse, poco habría que esperar de ella, porque conociendo el carácter apático de José F. Lamadriz y sabiendo las pocas simpatías de que gozaba entre la emigración, lo considera-

ba uno de los hombres menos apropósito para ese encargo.

El mismo día se acercó á Aguilera Pío Rosado á decirle que habiéndose formado una Comisión de obreros, como resultado del ofrecimiento de diez mil pesos por uno de éstos, en el meeting de la noche anterior, dicha comisión había resuelto mandar á Cayo Hueso, una delegación á recolectar dinero con que cumplimentar su oferta y deseaba dicha comisión que figurase él,—Rosado—entre los delegados. Dijo que había contestado que aceptaba gustoso el encargo, pero antes de comprometerse tenía que ponerlo en conocimiento de Aguilera, bajo cuyas órdenes se encontraba. En ese concepto iba á exponerle el caso para que resolviera lo que creyera más conveniente.

Contestó Aguilera que no tenía dificultad en que fuese á Cayo Hueso con la delegación; por el contrario, se alegraba, porque creía que su ida era una garantía de éxito; pero añadió que habiéndole manifestado hacía pocos días Juan Luis Pacheco, que de Cayo Hueso lo llamaban para reunirle doce ó quince mil pesos con objeto de que llevase á Cuba una pequeña expedición en una goleta, y habiéndole consultado sobre el particular, le había contestado que escribiese á esos patriotas de Cayo Hueso, que le fuesen reuniendo el dinero para ir luego él—Pacheco—á buscarlo; no para llevar una pequeña expedición, sino para la expedición grande de Aguilera en la que iría Pacheco también. En tal concepto dijo que tenía que poner el caso en conocimiento de Pacheco, no fuera éste á creer que le había estorbado su ida al Cayo, para mandar después á Rosado á recoger el dinero.

Le manifestó también que le parecía conveniente que Pacheco se uniese á la delegación, pues le constaba las simpatías que tenía en Cayo Hueso y así sería más fructífero el viaje. No opuso Rosado dificultad alguna y aceptó lo propuesto por Aguilera.

Habiendo encontrado poco después Aguilera á Francisco Fernández, el obrero que en el meeting referido había ofrecido los diez mil pesos, le refirió éste las dificultades con que tropezaba para reunir la cantidad. Había ido á ver á Aldama para que contribuyese con algo, y se había negado á dar nada, á pesar de sus repetidas instancias y haber sido apoyado por Pedro Martín Rivero. Más generoso, dijo, se había portado su yerno señor Delmonte, pues le había dado veinte pesos.

Al día siguiente de su conferencia con Rosado, recibió Aguilera una carta de éste en que le decía que, considerado bien el asunto de que trataron el día anterior había decidido que si iba Juan Luis Pacheco con la comisión á Cayo Hueso, no iría él, fundándose en varias razones.

Poco después llegó Pacheco á quien Aguilera había mandado llamar la noche anterior y lo informó de lo que había acordado con Pío Rosado. Contestó Pacheco que le parecía más conveniente no ir él con la referida comisión, porque si fracasaba, no convenía que los dos (Rosado y él) fracasasen al mismo tiempo. El se quedaría é iría después. Accedió Aguilera gustoso, alegrándose de que el mismo Pacheco le hubiese proporcionado la manera de vencer el conflicto con Rosado. Avisado éste de la determinación de Pacheco, resolvió ir. Parecía que Pacheco y Rosado estaban celosos uno de otro y no se llevaban bien.

A la noche siguiente, fué Pacheco á casa de Aguilera á enseñarle un parte telegráfico que dijo acababa de recibir de Cayo Hueso y decía así:

"Key West 19 Febrero 1875. "Emigración acepta con tal embarque mañana para ésta.—A. J. L. Pacheco" Dijo Pacheco que iba á tomar el parecer de Aguilera respecto á lo que debía hacer.

Manifestóle Aguilera que supuesto que él y Rosado no estaban de acuerdo, no juzgaba conveniente que fueran los dos al mismo tiempo, porque debiendo recaudar ambos para distintos fines, es decir, uno para la expedición de Aguilera y otro para una pequeña expedición de cápsulas que pensaba llevar él mismo, (Pacheco), se ogirinaría un cisma entre los emigrados, lo que haría que

ni uno ni otro obtuvieran el resultado apetecido. Manuel Anastasio, que se hallaba presente, amplió las razones de Aguilera. Contestó Pacheco que estaba persuadido de que la comisión de Rosado recogería muy poca cosa; dijo, además, que aunque la cantidad que le habían ofrecido estaba destinada á una pequeña expedición de municiones, conducida por él mismo, podía recabar de los donantes que lo facultasen para invertirla en la de Aguilera. Por último, dijo que su honor estaba comprometido, porque si no acudía inmediatamente al llamamiento de los emigrados, como les había ofrecido, se desconceptuaría y lo juzgarían lo mismo que á los otros. Manifestóle Aguilera que supuesto que tenía la seguridad de que la otra comisión no había de recoger casi nada, la dejase ir primero, sin perjuicio de contestar inmediatamente el parte diciendo que iría en el próximo vapor. De ese modo, ni perjudicaría la comisión, ni dejaría de conseguir su objeto.

Contestó Pacheco que necesitaba ir inmediatamente porque lo llamaban con urgencia, encerrándose en ese círculo, hasta que por último, le dijo Aguilera que hiciese lo que mejor le pareciera y puesto que de antemano tenía resuelto ir, era inútil que fuera á tomar su consejo. Por fin despidióse Pacheco resultando que las dos comisiones salieran juntas para Cayo Hueso.

Estando Aguilera en la oficina de Hilario Cisneros, indicó aquél la conveniencia de volver á escribir otra vez á Aldama diciéndole que ya habían cursado los quince días fijados por él para tener listo el vapor y preguntándole si estaba éste concluído. Manifestóle Cisneros que quería hacerle el borrador de la carta, pues había de ser muy meditada, y al efecto deseaba que Aguilera le mandase la última carta de Aldama aquella misma tarde.

Llegó Aguiar. Le preguntaron el estado del vapor. Contestó que los trabajos iban muy demorados, primero por los hielos del río y después por la neblina, pues decían que por causa de ésta no podía sacarse al vapor; pero la verdad era que hacía dos días habían sacado una goleta que estaba al lado del vapor, y otros buques más habían salido de diferentes lugares. Que esa operación podía efectuarse fácilmente con un remolcador. Manifestó que él había advertido que las pailas las pusieran en el punto donde había de tomarlas el vapor, para que éste no hiciera más que llegar y cogerlas, no perdiéndose luego dos ó tres días en esa operación. La respuesta que le dieron fué que no corría prisa.

Dijo Aguilera dirigiéndose á Cisneros que esos hechos probaban la exactitud de su juicio, cuando le dijo que Aldama le estaba poniendo obstáculos para que su expedición no saliese hasta el mes de Abril, época en que debían estar ya concluídas las zafras de los ingenios en Cuba. Contestó Cisneros que ahora se resolvería la cuestión poniendo á Aldama en la alternativa de decir si lo despachaba ó no. Dos días después le entregó Cisneros el borrador de la carta que éste puso en limpio y remitió á Aldama.

Decía así:

"New York, Febrero 26 de 1875.

C. Miguel de Aldama.

Agente General de la República de Cuba.

"Distinguido conciudadano:

"Oportunamente recibí su carta de 13 de Enero, la que no había contestado, aguardando que usted me avisara estuviese listo el vapor, para entonces dar á usted las gracias por los pasos que había dado en la compra y arreglos de él, por la adquisición de 500 fusiles de Remington con su garantía personal y por el donativo que usted hace de 50.000 cápsulas del mismo sistema.

"Para el 23 ó 24 de Enero aguardaba que usted me participara estar listo el buque, y como ha transcurrido más de un mes, presumo que ya se habrán concluído las reparaciones. En este concepto, suplico á usted me diga lo que haya acerca del particular, para ocuparme en el arreglo definitivo de la expedición; lo que no puedo hacer, mientras el va-

por no esté completamente listo para hacerse á la mar.

"Quedo á las órdenes de usted con mi más distinguida consideración.

F. V. Aguilera."

Entregó Nestor Ponce de León á Aguilera una carta que para él había recibido de Villa Urrutia de la Habana, firmada "Domingo".

La carta decía así:

"Habana, Febrero 21 de 1875.

"Mi distinguido amigo:

"Una persona de toda mi confianza se me ha acercado á manifestarme que si es cierto como se dice, que usted tiene detenida su salida tan sólo por faltarle seis mil pesos para sus últimos gastos, de aquí se le mandaría inmediatamente esa suma con sólo *asegurarnos usted* que esto es así. Suplícole, pues, me conteste con toda franqueza por conducto del amigo que le entregará ésta y al mismo tiempo suplico igualmente guarde en el más completo secreto este asunto, pues es otra de las condiciones que se me imponen y cuentan con su prudencia y discreción.

"Pronto volveré á escribirle; hoy no tengo tiempo más que para repetirle es siempre suyo afectísimo,

Domingo."

Muy satisfactorio fué para Aguilera el contenido de esta carta, pues precisamente ya se habían mermado mucho los fondos que tenía en su poder con el pago de prácticos, jefes, etc., que semanalmente hacía, y como estuviera en vísperas de pedir el vapor á Aldama, para despacharse él mismo, pues estaba seguro de que Aldama no lo despacharía, esa cantidad venía en momentos muy oportunos.

Contestó á Ponce de León que escribiera sobre la marcha á la Habana, diciendo que mandaran la referida cantidad. El, —P. de León—se haría cargo de ella, depositándola en un banco y quizás para la época en que viniese, ya sabrían el resultado de las comisiones de Rosado y Pacheco á Cayo Hueso. Le recomendó mucho que no dijese nada á Aldama porque éste, con sus pocos deseos de despachar la expedición, cogería el dinero é inventaría nuevos gastos con el fin de hacerla imposible.

Trató Ponce de León de defender á Aldama, diciendo que estaba seguro de que daría una cantidad muy respetable para hacer más importante la expedición. Aguilera no pudo menos que contestarle que no fuera "niño", pues aunque él aseguraba que conocía mucho á Aldama, él,—Aguilera—podía afirmarle que lo conocía mucho mejor.

Recibió Aguilera la contestación de Aldama á su carta fecha 26 de Febrero que decía así:

New York, Marzo 3 de 1875.

"C. General Francisco V. Aguilera.

"Distinguido conciudadano:

"Ausente en esta ciudad en servicio de nuestra causa, no he podido recibir hasta ayer la atenta de usted del 26 último, en contestación á la mía de 13 de Enero próximo anterior.

"Tuvo ésta por objeto presentar á usted á una sola vista los elementos con que entonces se contaba para despachar la expedición que debe usted llevar á Cuba; indicarle la posibilidad de llenar el déficit que resultaba en su presupuesto, é invitarle á que tuviésemos una conferencia "para acordar el modo de proceder y fijar definitivamente los pormenores en el despacho de la expedición que han de estar á mi cargo".

"Prescindiendo usted de los últimos puntos, se limita á preguntarme "lo que haya sobre el particular del vapor, para ocuparse del arreglo definitivo de la expedición, que no puede usted hacer mientras aquél no esté completamente listo para hacerse á la mar". Deduzco de estas palabras que tiene usted ya la seguridad de llenar el déficit á que antes he aludido; felicitando á usted cordialmente por tan satisfactorio resultado, conforme en un todo con las esperanzas que yo abrigaba al escribir á usted mi carta citada, me concretaré á contestar la pregunta que usted se sirve hacerme.

"Con fundamento esperaba usted que el vapor estuviese listo para el 23 ó 24 último; así lo aguardaba yo también; pero la naturaleza y tamaño de las obras emprendidas, la falta de puntualidad en el cumplimiento de los contratos hechos para ellas y por último el excesivo rigor del invierno, se han reunido para dejar defraudados nuestros deseos. Hoy está el vapor recibiendo las calderas y es de presumir que, dentro de un breve plazo queden terminadas todas las reparaciones, sobre cuyo particular debe estar usted mejor instruído que yo, por los informes directos del señor Aguiar, ingeniero encargado de realizarlas. Tan pronto como lo estén, cumpliré con ponerlo en conocimiento de usted.

"Entre tanto permítame usted insinuarle que animados ambos por el amor á Cuba, y nuestros deberes respecto á ella, entiendo que una franca, armoniosa y mútua comunicación, conduciría más directamente á la realización de nuestros patrióticos proyectos, que no una correspondencia oficial, la cual, si bien escrita con el espíritu más recto, suele prestarse á interpretaciones poco gratas y que no deben existir entre compañeros igualmente interesados en el triunfo de una causa tan santa como la de nuestra amada Cuba.

"Soy de usted con la más distinguida consideración atento y seguro servidor y conciudadano,

Miguel de Aldama."

Como se ve, en su carta rehuye Aldama precisar para cuándo debían estar concluídas las reparaciones del vapor, y concluye apelando al patriotismo de Aguilera para entenderse verbalmente como hasta entonces habían hecho, desechando el medio de una correspondencia oficial, que estaba fuera de lugar entre compañeros empeñados en el triunfo de una misma causa.

Indudablemente que esta última parte era la que más interesaba á Aldama. El medio que hasta entonces habían empleado, de juntas y conferencias con sus paniaguados á quienes manejaba á su antojo y siempre estaban á su lado para apoyarlo en lo que propusiera, era muy cómodo para él, y no es extraño ver su empeño en que perdurara. Comprendiéndolo así Aguilera, resolvió poner fin á ese sistema en que Aldama llevaba toda la ventaja y él la peor parte, y formó el propósito de en adelante, no entenderse con él más que por escrito, para que las declaraciones de cada cual, pudiesen hacerse constar en todo tiempo y no se las llevase el viento sin dejar huellas; por más que esta huella siempre quedara, gracias á su prudencia y previsión de estamparlas diariamente en su "diario", con todo el calor del momento. Pero Aldama no estaba al cabo de ese detalle, y si lo estaba, no le daba importancia alguna. De todos modos, le era más cómodo decidir y mandar desde el trono que le habían levantado sus amigos, donde Aguilera no tenía fuerza, porque estaba aislado, y porque si alguna vez alzaba su voz contraria, ahí estaban los cortesanos de Aldama, quienes á una ligera indicación, se volvían contra Aguilera y combatiéndolo todos á la vez, diez contra uno, pronto lo confundían y obligaban á callar. Aguilera estaba resuelto á que esto no sucediese más. Por harto tiempo había estado siendo juguete de aquella camarilla irresponsable. Hombre honrado y de buena fe, había creído que en aquellos hombres había más patriotismo que sumisión á Aldama, y pensó que estimulados por él , al fin conseguirían, reuniendo todos sus esfuerzos atraer á Aldama al cumplimiento de su deber de patriota. Pero dos largos años de rudo batallar, llegaron á convencerlo de que se había engañado, que aquellos hombres en quienes intentaba influir, para que haciendo causa común con él, atrajesen á Aldama á la senda del deber, tenían embotado el sentido moral; educados en el despotismo, no habían podido sustraerse al efecto desmoralizador de éste; necesitaban de un amo á quien obedecer y servir, y en vano era que Aguilera, con los pobres medios que contaba para atraerlos, que eran su modestia, su honradez y su patriotismo, pensase lograr su objeto, cuando frente á él es-

taba Aldama con sus millones, con su soberbia y su vanidad.

Al fin, Aguilera llegó á convencerse de estas tristes verdades y aunque con el corazón desgarrado al considerar la desgracia de la desdichada Cuba, que no podía contar con los hijos de quienes más necesitaba para el triunfo de la obra gigantesca en que se había empeñado; manteniendo inalterable el temple de su alma grande que no se abatía ante los obstáculos, los desengaños y las desgracias que pudieran sobrevenirle, resolvió variar de rumbo, abandonar el campo estéril en que por tanto tiempo había estado laborando, aunque quedase solo. En esta triste soledad, pediría consejos á su conciencia: era éste el único amigo leal que le quedaba, pero también el mejor de todos, de cuya fidelidad no podía dudar. Bien sabía que los consejos que le diera habían de ser duros de seguir, pero qué le importaba; él no se pertenecía ya, se había entregado por entero á Cuba, y seguiría recto el camino que le trazara, sin mirar los obstáculos ni los peligros que debiera arrostrar.

CAPITULO XVIII

MARZO 1875

AGUILERA ENSEÑA A H. CISNEROS LA CARTA DE ALDAMA.—ESTE SE OFRECE A CONTESTARLA. — CARTA DE AGUILERA A ALDAMA. — PRETENDIDA OFENSA A AGUILERA DE LA EMIGRACION DE CAYO HUESO.—AGUILERA SE MUESTRA SATISFECHO.—CONFERENCIA ENTRE AGUILERA, H. CISNEROS Y VILLEGAS.—ESTE DEFIENDE A ALDAMA.—DICE QUE ESTA MAL DE INTERESES.—NO PUEDE CONTRIBUIR CON $20,000.—AGUILERA LO REBATE.—EJEMPLO DE MAYORGA.—VILLEGAS ACCEDE ACOMPAÑAR A AGUILERA A VER A ALDAMA.—PROPOSICIONES QUE VA A HACERLE AGUILERA.—VILLEGAS VACILA EN ACOMPAÑAR A AGUILERA.—LOS FIELES AMIGOS DE ALDAMA.—TRATAN DE DISUADIR A AGUILERA DE SU FIRME RESOLUCION.—PROYECTOS ILUSORIOS DE ALDAMA—MAREA CON ELLOS A SUS AMIGOS.—AGUILERA ACEPTA TERMINOS CONCILIATORIOS.—SE MANTIENE FIRME EN SU PROPOSITO.

Habiendo enseñado Aguilera á Hilario Cisneros la última carta de Aldama, se ofreció á hacer la contestación; Aguilera accedió. Dos días después le llevó Cisneros el borrador que Aguilera puso en limpio. Decía así:

New York 13 de Marzo de 1875.

"C. Miguel de Aldama.

"Muy señor mío:

He recibido su atenta carta de 3 del corriente, en contestación á la mía de 26 del mes próximo pasado.

"En el segundo párrafo de ella se concreta usted á manifestar cuál fué el objeto de la suya 13 de Enero, y en ese terreno agrega que, prescindiendo yo de los últimos puntos de dicha carta, me limito á preguntarle lo que haya sobre el particular del vapor, deduciendo usted de las palabras de la mía que tengo la seguridad de llenar el déficit á que se contrajo su citada del 13 de Enero, y por lo cual me felicita.

"Mucho me alegraría que fuera cierto el motivo porque usted me felicita. Contrayéndome á lo demás que usted me dice en ambos párrafos debo hacer una rectificación: no he prescindido de contestar á los particulares de su carta de 13 de Enero; en ella tuvo usted por objeto, según repite en la que ahora contesto, hacerme conocer los elementos con que se contaba para la expedición, é invitarme á tener una conferencia para tratar de los particulares, en la carta referidos. En lugar de contestar por escrito, pasé á avistarme con usted, me dió usted cita para la oficina del C. Hilario Cisneros, en la que nos reunimos el 20 del mismo mes de Enero. Era pues innecesaria la contestación por escrito.

"En esa conferencia á la que asistie-

ron Mr. R. Summer y el señor Joaquín Aguiar, trató usted del plan de salida de la expedición, y como nada dijo respecto á los recursos que para ello se necesitaban, tuve fundados motivos para alimentar la halagüeña esperanza de que contaba usted con ellos.

"Disipóse esta, tres días después, por haberme presentado el C. Cisneros á nombre de usted, una minuta de carta circular, que le parecía á usted conveniente dirigiera yo á varios cubanos ricos, con objeto de pedirles los recursos que faltaban para la expedición. En ese mismo día supe que las reparaciones del buque distaban mucho de terminarse, y en tal concepto manifesté primero á usted y después al C. Echeverría, que no consideraba conveniente pasar una circular que no había de producir resultado favorable, añadiendo que nada haría en este sentido hasta que el buque no estuviese listo, porque á nadie quería hacer ofertas sobre envío de prontos auxilios á nuestro Gobierno hasta que tuviese la convicción de que pudiese realizarse.

"Si hubiera sabido el estado en que se hallaban las reparaciones del buque, no es probable que hubiera molestado la atención de usted con la pregunta que le hice en mi última carta; pero no sabiéndolo, y siendo usted la persona que se ofreció á hacer la compra y ocuparse en sus reparaciones, me creía con derecho á dirigirme á usted. El C. Aguiar no está obligado á darme cuenta del progreso de los trabajos, ni tal vez pueda hacerlo, porque la persona hoy encargada por usted para realizar las reparaciones del buque es el capitán Summer.

"Hechas estas aclaraciones, para que usted se persuada de que mi carta no fué indiscreta, paso á ocuparme del último párrafo de la de usted, pues comprendo como usted, que "una franca, armoniosa y mútua comunicación, conduciría más directamente á la realización de nuestros patrióticos proyectos que una correspondencia oficial, sujeta siempre á interpretaciones poco gratas". Este ha sido siempre y es mi único deseo, y usted tiene las pruebas de ello en la correspondencia que hemos tenido con motivo de la expedición de que estamos ocupados y en la ilimitada confianza que en este mismo negocio le he demostrado.

"Mi retraimiento en estos últimos días, ha procedido del sentimiento que me ha causado observar que usted no ha desplegado toda la eficacia necesaria para hacer que se terminaran con la brevedad que correspondía las reparaciones del buque, á fin de que pudiera cumplir mis compromisos con el C. Carlos de Varona y con nuestro Gobierno, llevando á éste los auxilios que tanto se necesitan para el progreso de nuestra guerra; cuya indisculpable demora me ha colocado en una posición tan ridícula que soy objeto hasta de graves insultos de mis compatriotas.

"Siento tener que decir á usted esto; pero usted recordará, que, cuando se compró el buque, se me aseguró que en cinco semanas estaría listo para hacerse á la mar, y no sucedió así; que en 20 de Diciembre en una junta que tuvimos en su casa, dijo usted que para el 10 de Enero y en su carta de 13 de dicho mes de Enero me ofreció usted que dentro de diez días estaría arreglado; y hoy 13 de Marzo, aun no están concluídas dichas reparaciones.

"Explicada de esta manera mi conducta, sólo me resta manifestar á usted que el contenido de esta carta, en lo que á su personalidad se refiere, no tiene ni puede tener otra intención que la de demostrar á usted mi modo de ver los hechos, comunicando á usted mis observaciones en sentido sincero y amistoso del cual no debe usted dudar.

"Deseo pues como usted que nos entendamos verbalmente, y en este concepto espero diga usted el día, hora y lugar en que podemos reunirnos para tratar definitivamente de todos los particulares que creamos necesarios, á fin de ver si en brevísimo plazo puede despacharse la expedición que tanta falta hace hoy á nuestro Gobierno para acelerar el triunfo definitivo de nuestra Revolución.

"Quedo á las órdenes de usted con mi más distinguida consideración y como su amigo,

F. V. Aguilera."

Hablando Aguilera con Govantes le manifestó éste que había tenido una dis-

cusión acalorada con H. Cisneros porque este propalaba que la emigración de Cayo Hueso había hecho una ofensa á Aguilera al consignar que quería que los fondos se le entregasen á él—Govantes—y no á Aguilera. Manifestóle Govantes que si la referida emigración había obrado de esa manera fué por indicaciones de Pío Rosado, quien no había tenido otro objeto que librar á Aguilera del compromiso en que se hubiera visto de entregar esos fondos á Aldama cuando éste se los hubiera pedido para invertirlos en la expedición; y como todos desconfiaban de Aldama, habían querido evitar ese compromiso á Aguilera. Dióse este por satisfecho y contestó á Govantes que se alegraba de que hubiese sido así.

Habiendo recibido Aguilera un recado de Villegas diciéndole que deseaba hablar con él, fué á la oficina de la sociedad y encontrando también á Hilario Cisneros pasaron los tres al gabinete reservado de la Agencia para hablar con más libertad.

Comenzó Aguilera diciendo á Villegas que había recibido su recado y él también deseaba verlo. Habiéndole manifestado repetidas veces que estaba seguro de que Aldama lo despacharía para Cuba con su expedición tan pronto como se concluyeran las reparaciones del vapor, y estando ya éstas á punto de finalizar, quería que lo acompañara á ver á Aldama por si éste al fin se decidía á mandar la expedición ó nó; en la inteligencia de que se alegraría mucho que Aldama lo efectuase, á fin de que recuperase, para bien de Cuba, el buen lugar que había perdido á causa de su conducta.

Contestó Villegas aceptando la proposición y continuó diciendo que en la emigración se estaban levantando muchas ambiciones, como la de Queralta y otros. Que Govantes siempre se había conducido como un joven juicioso, pero ahora se había dejado también arrastrar por ellas hasta el término de pretender que Aguilera lo nombrara Agente General de la República en el extranjero, cuando ocupase la Presidencia, según voces que habían llegado á sus oídos. Dijo que al salir de allí los comisionados para Cayo Hueso, Pío Rosado y Fernández, llevaban ya escritas las resoluciones que habían de recaer en el meeting que se proponían celebrar en aquel lugar; y que una de ellas era la de que el dinero que recolectasen no se le entregase á Aldama sino á Govantes, sin echar de ver que con ese proceder á quien injuriaban era á Aguilera, pues destinándose esos fondos para su expedición, lo natural era que se entregasen al mismo Aguilera, ya que no se quería darlos á Aldama.

Añadió que le constaba que Aldama no estaba muy "boyante" de dinero, por cuyo motivo había suspendido los trabajos en la refinería; por lo tanto, que habiendo contribuído ya con cerca de diez mil pesos para la expedición, no creía estuviera en aptitud de contribuir él solo con diez mil pesos más que faltaban.

Contestó Aguilera que esa era una cuenta muy galana que había estado haciendo Aldama pero que no tenía fundamento alguno. El no había ofrecido más que las cincuenta mil cápsulas que costarían mil novecientos pesos, pues por los quinientos rifles sólo ofrecía su garantía, tomándolos á crédito y á largo plazo para abonarlos con los primeros fondos que recaudase la Agencia, los que, por cierto, no habrían de ser pocos, así que saliese la expedición; por tanto, el importe de esos rifles no podía tomarse como un donativo que hiciese Aldama. Dijo que él, sin tener ningún crédito en aquella plaza, estaba dispuesto á tomar ese armamento en las mismas condiciones. Sólo se le exigían á Aldama los diez ó doce mil pesos que faltaban para despachar la expedición y no como un donativo en favor de Cuba, sino sólo como un adelanto para reintegrarse de los primeros fondos que ingresasen en la Agencia, ó de los doscientos mil soles que debía recibir del Perú, según las últimas comunicaciones que el mismo Aldama le había enseñado. Estaba seguro de que este reintegro no tardaría más de dos ó tres meses, pues el mismo Aldama también le había dicho que estaba próximo á recibir algunos fondos de la Habana para aplicarlos á la causa.

Refirióles Aguilera que cuando él era Agente General, el buen Mayorga, que

era un pigmeo en capital, comparado con Aldama, en varias ocasiones había hecho lo mismo que Aldama ahora no quería hacer, y era adelantar sumas de consideración para reintegrarse después; y por último, que cuando la expedición del "Fannie" había donado á Cuba las dos terceras partes de su valor ó sean diez mil pesos, además de varias cantidades que empleó en su habilitación.

Nada pudieron objetar Cisneros ni Villegas á las razones de Aguilera, aunque el último siempre se mostraba inclinado á seguir defendiendo á Aldama.

Siguiendo la conversación les manifestó Aguilera que sus proposiciones á Aldama serían las siguientes: Primero: Que le dijese si estaba dispuesto á despacharlo para Cuba con su expedición tan pronto como estuviese concluído el vapor; en ese caso Aguilera se comprometía á buscar la garantía de los quinientos rifles, relevando así á Aldama de ese compromiso. Segundo: Caso que no quisiera ó no pudiera despachar inmediatamente su expedición, preguntarle si estaba dispuesto á entregarle el vapor y todos los materiales existentes para hacerse cargo él mismo de buscar los fondos que faltaban. Tercero: En caso negativo, proponerle la venta del vapor para entregar á Quesada sus veinte mil pesos, ya que contaban con la circunstancia favorable de que hubiera quien diera cincuenta mil pesos por el buque; dejando á Aldama el sobrante. Y cuarto: Si tampoco aceptaba, protestar contra el proceder de Aldama mandando un testimonio de la protesta á Varona, yéndose él á Cuba en un bote á dar cuenta de todo al Gobierno. Manifestó Aguilera que ésta era su última resolución y la llevaría á cabo tal cual la decía. Finalmente, convinieron en que el domingo próximo iría Aguilera á casa de Villegas para de allí ir juntos á ver á Aldama.

Llegado el domingo, se encontraron Aguilera y Villegas en casa de Arteaga á quien fueron á visitar por estar enfermo. Preguntó Aguilera á Villegas si estaba listo para acompañarlo á ver á Aldama según habían convenido. Contestó Villegas que le parecía más acertado ver antes á Echeverría para que les preparase el terreno. No gustó á Aguilera la proposición, pero hubo de acceder. Volvió á asegurar Villegas que Aldama había dado ya diez mil pesos para la expedición y no le parecía justo que diera también los otros diez mil pesos que faltaban, encareciendo al mismo tiempo á Aguilera la conveniencia de que marchase de acuerdo con Aldama para el bien de Cuba, en lo que fué apoyado fuertemente por Arteaga. Contestó Aguilera que esos eran sus más ardientes deseos, para evitar el peligro de que se levantase Manuel Quesada, que tantos perjuicios podía hacer á la patria; pero dijo que Aldama no le abría ningún partido, que él estaba dispuesto á hacerle las proproposiciones siguientes; y enseguida le refirió las cuatro proposiciones que dimos á conocer cuando las manifestó á Villegas y á Cisneros.

Contestó Villegas con respecto á los doscientos mil soles del Perú, que se invertirían en los gastos de la misma expedición, pues el proyecto de Aldama era que el vapor del Perú trajese todos los materiales de guerra que habían contratado y se situase en cierto punto para que después el vapor "Octavia" que era un buque pequeño, fuese llevando las referidas armas y municiones á Cuba en expediciones sucesivas según las combinaciones que harían, sin tocar en ningún puerto donde pudiera ser detenido. Contestó Aguilera que el proyecto en teoría era excelente pero en la práctica presentaría muchas dificultades.

Por último les leyó Aguilera la contestación que tenía hecha á la carta de Aldama, siendo aprobada por Villegas y Arteaga. El primero se hizo cargo de entregarla á Aldama y de citar á Echeverría para el día siguiente á las doce se reuniera á ellos en el escritorio de Hilario Cisneros, á fin de conferenciar largamente y estimular á Echeverría á que lo hiciese con Aldama.

CAPITULO XIX

MARZO 1875

CARTA DE ALDAMA A AGUILERA. — GRANDES CARGOS QUE EN ELLA HACE A ESTE.—IMPRESION QUE HIZO EN AGUILERA.—NOTA DE SU DIARIO.—ENTREVISTA CON LOS AMIGOS DE ALDAMA.—ARGUMENTACION DE ECHEVERRIA.—AGUILERA LA REBATE.—PLANES DE ALDAMA Y SUS SECUACES.—EQUIVOCACION QUE SUFRIERON CON AGUILERA.—SUBIDO TEMPLE DE SU ALMA.—NO LOGRAN DOBLEGARLO.—PARRAFOS DEL DIARIO DE AGUILERA.—OCURRE A GOVANTES PARA CONTESTAR A ALDAMA.—VA A VER A PLUTARCO GONZALEZ.—ESTE LE ACONSEJA QUE VEA A GOVIN.—TRABAJOS DE ALDAMA EN CUBA LIBRE.—JUAN L. PACHECO ESTORBA LA REUNION DE LOS $10,000.—LOS CUBANOS PUDIENTES NIEGAN SU AUXILIO A AGUILERA.—ULTIMA ESPERANZA PERDIDA.—INTRIGAS DE ALDAMA.—AGUILERA LAS DESATIENDE—SE MANTIENE FIRME EN SU PROPOSITO—BUSCA EL AUXILIO DE GOVANTES.—ACERTADA ELECCION.—SUSPENSION DE PAGOS DE ALDAMA.—NO CAUSO ESTA, SUS SACRIFICIOS POR CUBA.—PERDIO EN MALOS NEGOCIOS LO QUE NO QUISO DAR A SU PATRIA.—CARTA DE AGUILERA A ALDAMA.

Estando Aguilera en el escritorio de Hilario Cisneros llegó Eduardo Codina, su buen amigo y Secretario de la Agencia, llevándole una carta de Aldama. Invitólo á que la leyese solo, indicándole que podían ir á un restaurant. Aguilera accedió.

Como la carta á que nos referimos es de mucha trascendencia, puesto que ella dió origen al definitivo rompimiento de Aguilera con Aldama, vamos á transcribir aquí los comentarios que el primero estampó en su "diario" con motivo de la misma. Dicen así:

Marzo 15.... "La tal carta, fecha 14 del corriente está escrita con mucha sutileza y acrimonia. En ella me participa que el vapor estará listo en toda esta semana, pero que quedan por pagar $5.000 y pico para que los operarios permitan su salida. Me dice también que ha conseguido $2.000 con su garantía y que yo le dé los $2.500 que debo conservar en mi poder, hasta el lleno de los $25.000 que me dieron para la expedición, pues él sólo había recibido de mí $22.500. Que el vapor es una cosa magnífica y él cree que se podrá realizar pronto la expedición, porque supone que tendré el dinero suficiente, en virtud de haber autorizado una Sociedad hostil á la Agencia y haber autorizado igualmente á Pío Rosado y á Juan Luis Pacheco para que fueran á recolectar dinero á Cayo Hueso, sin conocimiento de él, lo cual era desprestigiar al Gobierno, cuando yo debía ser el más solícito en conservar dicho prestigio, por cuyo motivo protesta etc.

"Esta carta me dejó mudo, pues me da á conocer que Aldama trata de echarme encima todas las responsabilidades, para librarse del compromiso de despacharme. El pobre Eduardo, que había puesto en limpio la carta, no pudo menos que comprender el efecto que me había hecho, porque al regresar á la oficina por toda la calle me iba predicando que entre Aldama y yo debía reinar la mejor armonía, como si con Aldama pudiese armonizar nadie que le tocase al bolsillo".

He aquí la carta que tanta impresión hizo á Aguilera:

New York, Marzo 14 de 1875.

"C. General Francisco V. Aguilera.

"Distinguido ciudadano y amigo:

"Con fecha 3 del corriente y 13 de Enero último he tenido el gusto de escribir á usted y hasta el presente me he visto privado de contestación á ellas. Mis referidas cartas han tenido por principal objeto acordar con usted el más pronto despacho de la expedición en que debe ir usted á Cuba, la cual usted se obligó á despachar, conforme á convenio con el señor C. Varona.

"En la última de mis referidas cartas ofrecí á usted anunciarle oportunamente la terminación de las obras del vapor, y hoy me cabe el placer de decirle, que se-

gún informes que me da el capitán, el buque estará listo para hacer su viaje de prueba, en la presente semana, considerándolo él perfecto en todas sus partes, y á propósito para la empresa á que se le destina.

"Para poner el buque en tales condiciones, necesario ha sido emplear tiempo y gran suma de dinero, nada de lo cual he creeído deber economizar, considerando que ninguna precaución es excesiva, cuando se trata de no arriesgar vidas y valores que son precisos á nuestra revolución. A la compra y carena del vapor, he destinado las veinte y dos mil quinientos pesos que usted me ha entregado y todos los fondos de la Agencia, que por lo tanto está exhausta de recursos pecuniarios, agravando la situación la circunstancia de deberse aun más de cinco mil pesos, no sólo por las obras hechas, sino también por los gastos que ocasiona la permanencia del buque en puerto. Yo he dado pasos por conseguir toda ó parte de la cantidad necesaria para cubrir este déficit, y sólo he obtenido que un amigo preste dos mil pesos, ocurriéndoseme que lo demás, tal vez, pueda usted proporcionármelo del resto de los veinte y cinco mil pesos entregados á usted para esta expedición. Así estará completamente pagado y listo para salir á la mar un magnífico buque, el cual podrá hacer grandes servicios á la revolución. No olvide usted que de los fondos de los "Los Amigos de Cuba" con que se contaba, ni un solo centavo ha entrado en mi poder, alegando su Presidente que han sido gastados por orden de usted; y que mientras no se paguen las obras del vapor, los contratistas tienen derecho de oponerse al despacho del buque.

"Terminadas dichas obras y agotados los recursos de la Agencia sin que usted haya aceptado mis invitaciones, para que reunidos tomásemos un acuerdo que facilitase la salida de la expedición, debo presumir que usted considera innecesaria ya mi cooperación en esta empresa. Robustece este concepto la aprobación más ó menos directa que ha dado usted á la formación de una Sociedad hostil á la representación de nuestro Gobierno, y el viaje de los coroneles Rosado y Pacheco á recolectar fondos en Cayo Hueso, con la autorización de usted y sin la de la Agencia General. Yo celebraré por el bien de Cuba que la resolución tomada por usted, — aun con desprestigio del Agente, que nadie está llamado á sostener más que usted mismo,—dé los resultados á que aspira; pero cumple á mi posición protestar contra ese proceder, tanto por la desorganización que se fomenta entre los emigrados, cuanto porque directa ni indirectamente puedo aceptar la responsabilidad de la no salida de una expedición que usted se comprometió á despachar en tiempo fijo, no contando ni con la mitad de los recursos necesarios para ello.

"Pagadas que sean las sumas que se adeudan por composición del buque, estará éste á disposición de usted faltando sólo que acordemos las medidas de seguridad convenientes para que pueda seguir utilizándolo la República en expediciones que, según usted no ignora, será posible despachar dentro de breve tiempo con recursos obtenidos fuera de este país.

"Soy de usted con la mayor consideración,

P. y L.

Miguel de Aldama."

Continuemos copiando del diario de Aguilera:

"Volví á la oficina de Hilario Cisneros. Encontré allí á éste con Echeverría y Villegas y los invité á que tuviésemos una reunión en privado. Accedieron y manifesté á Villegas que ya él conocía mi buena disposición á tener un arreglo con D. Miguel, (Aldama) según la conversación que habíamos tenido ayer en casa de Arteaga, en la que habíamos quedado en ir á ver á Aldama para tener un arreglo definitivo sobre la expedición. Pero que acababa de recibir una carta de don Miguel, la cual no dejaba términos hábiles para que nosotros nos pudiésemos entender. Dí la carta á Villegas para que la leyese y desde luego conocí que ya Aldama lo había hecho antes y que probablemente Echeverría era el autor de ella. Después de

haberla oído leer á Villegas, manifestó Echeverría que le parecía que la carta no tenía nada de particular; que se concretaba únicamente á fijar ciertos hechos que quizás á Aldama le habían parecido conveniente, y que estaba persuadido de que si yo me avistaba con él, quizás las cosas se podrían arreglar.

"Le contesté que esa carta de Aldama tenía el doble objeto de darme á entender que para despachar la expedición se necesitaban $5.000 más sobre los $10.000 que ya antes había dicho que faltaban, y de echar sobre mí todas las responsabilidades si no sale la expedición, poniéndose él á salvo. Y que así como él creía conveniente fijar ciertos hechos, creía yo también por mi parte que lo era destruirlos, refutándolos uno á uno.

"Contestóme Echeverría que eso sería enredarnos en una polémica que no tendría ningún resultado práctico para Cuba, y que además no creía que Aldama hubiera tenido la intención de ofenderme.

"Le contesté que no opinaba como él, porque además de hacerme severos cargos, increpándome por haber autorizado asociaciones y comisiones para hostilizar la Agencia, sabía que esos cargos habían de repercutir en Cuba libre, y quería que cuando ellos llegasen al Gobierno, llegasen también mis descargos para que ambos pudiésemos ser juzgados con conocimiento de causa.

"Preguntóme Echeverría qué pensaba hacer en estas circunstancias y le contesté que simplemente llegarme á los individuos que habían ofrecido facilitarme los $10.000 para el despacho de mi expedición y decirles que ya no eran $10.000 los que se necesitaban sino $15.000 . Si me los daban, entregaría á D. Miguel los $5.000 que ahora dice le faltan para pagar las reparaciones del barco y con los $10.000 restantes lo habilitaría y me marcharía á Cuba. Y si no me podían proporcionar los $15,000 vería si encontraba comprador para el vapor con objeto de devolverle sus $20,000 á Varona. Si Don Miguel se oponía á la referida venta, tendría que ceder á fuerza mayor y marcharme á Cuba de la manera que hubiera lugar, dejando las cosas en el estado en que están hasta que el Gobierno disponga lo que crea oportuno.

"Preguntóme Echeverría si los individuos que me ofrecían los $10.000 no me ponían ninguna condición que fuese inadmisible. Le contesté que sólo exigían de mí que estuviese en posesión del vapor y de los elementos de guerra que al presente hay; y después de esa condición ninguna otra.

"Preguntóme si la expedición no sería siempre despachada por el Agente General y le contesté que era condición precisa que el Agente General no tuviera intervención en ella.

"Díjome Echeverría que eso era anárquico y que sentaría muy mal precedente porque sería desconocer la representación del Gobierno. Contestéle que algo había de eso, pero que cuando la representación del Gobierno no quería ó no podía auxiliar la patria en sus apuros y en los momentos más críticos, y los emigrados se fundaban, con razón ó sin ella, en que el Agente no tenía voluntad de hacerlo, y había de perecer la patria por tal motivo, yo creía de la mejor buena fe que debía aceptar cualquier condición, viniera de donde viniese, siempre que se lograse el objeto apetecido que es llevar recursos á Cuba inmediatamente. En fin, seguimos argumentando mucho tiempo hasta que se concluyó la sesión. Preguntóme Echeverría al final si habíamos acordado algo y yo le contesté que nada. Hilario y Villegas no hablaron casi nada."

Bien preparado tenían su plan Aldama y Echeverría. Tenía por objeto aquella carta hacer responsable á Aguilera de haberse hecho cargo de una empresa imposible, por no contar ni con la mitad de los recursos necesarios para ella y además lo acusaba de propender con sus actos al desprestigio de la Representación del Gobierno en el Exterior, siendo en esto, émulo de Quesada. Era natural que Aguilera se sublevara contra tales injusticias: pero ahí estaban Echeverría, Villegas y demás satélites de Aldama para calmarlo y hacerle ver que lo malo no era tan malo, y convencerlo de que la carta era una simpleza que no tenía importancia. Para persua-

dirlo de que con una conferencia más con Aldama, á la que ellos asistirían, todo quedaría arreglado. Y mientras tanto la carta quedaba en pié y surtiría los efectos deseados en Cuba libre, donde no tardaría en llegar.

Indudablemente que esos hombres no conocían á Aguilera. Viéndolo tan complaciente, cuando esperaba con sus excitaciones verlos alzarse algún día á la altura de sus deberes, atribuían esa complacencia á falta de carácter y energía para tomar una determinación decisiva. Juzgando el carácter de Aguilera por el suyo propio, creían que al fin podrían doblegarlo á que se sometiera sumiso al ídolo de barro que ellos adoraban.

Aldama, por su parte, desvanecido por el mareo de las alturas, como no conocía de Aguilera más que el aspecto modesto con que siempre se presentaba, no sospechaba siquiera el subido temple de su alma. Y habiendo conseguido privarlo de todo recurso, sabiendo las grandes responsabilidades que lo abrumaban, con Varona, con el Gobierno, con la patria, con sus amigos y compañeros de la revolución; habiéndolo reducido al estrecho círculo de sus amigos, —de Aldama—confiaba en que éstos con sus consejos, sus advertencias, sus amenazas, no lo dejasen escapar, lo sujetasen, lo maniatasen, le pusiesen cadenas á los piés y en este estado humilde lo llevasen ante él. Logrado este fin, el pueblo cubano dejaría de ver en Aguilera uno de sus más preclaros compatriotas; su prestigio caería rodando por el suelo; y muerto Céspedes y desprestigiado Aguilera, la arrogante figura del *patriota* Aldama se alzaría refulgente en el horizonte de la patria libre; y seguidamente vendría el séquito de sus leales servidores que con incensarios en las manos completaría la apoteosis.

Pero ¡cuán equivocados estaban! No era Aguilera hombre que se prestase á tan viles manejos. Aguilera, por servir á Cuba podía humillarse y hacer los mayores sacrificios; pero jamás consentiría en bajarse ante hombres que moralmente valían tan poco. Y si los caprichos de la suerte ó las malas artes lo pusieron en manos de tales hombres, sabría arrostrarlo todo, aun la muerte misma, antes de abdicar su honor de manera tan vergonzosa.

Pero sigamos copiando del "diario" de Aguilera. Nada de manera tan exacta nos dará á conocer la actitud tomada por él en aquellos azarosos días, y la entereza con que afrontó la terrible crisis que desvaneció sus ilusiones, mató sus esperanzas y lo puso al borde del abismo en el que después rodó hasta el fondo.

Siguiendo la relación de ese mismo día,—15 de Marzo—dice el "diario":

"Salí con Eladio (su hijo) á hablar á Francisco Fernández para ver si quiere hacerse cargo de suplir á los prácticos las semanas de alojamiento y comida, pues ya no tengo dinero. Me contestó que lo consultaría con sus otros compañeros de comisión y me llevaría la razón mañana á las doce al escritorio de Hilario.

"Fuí á ver á Govantes y lo encontré en su casa. Le dí á leer la carta de Aldama y me dijo que él esperaba eso. Le manifesté que quería me ayudase á contestarla, para lo cual le llevaría al día siguiente una minuta con todos los antecedentes y me contestó que no tenía dificultad.

"Marzo 16.—A las ocho llegué á casa de Plutarco González y lo encontré preparándose para salir. Le manifesté que el objeto de mi visita era suplicarle que hablase con Ramón Martínez para ver si su cículo se compromete de una manera formal á darme los $10.000 que me faltan para realizar la expedición y con qué condiciones lo hace. Me contestó que Martínez estaba enfermo y por lo tanto, lo mejor era que yo me avistase con Félix Govín. Que esto sería de mejor efecto, sobre todo si yo le hacía comprender que ponía en él mi confianza para que me arreglase el negocio; pues hablado ya Martínez, no creería que éste trataba de ejercer presión sobre él. Aprobé la idea y convinimos en reunirnos á las doce y media del día de hoy en Delmónico, para ir á hablar á Govín en su escritorio. Fuí al escritorio de Hilario y no hablamos de mi asunto con Aldama porque me dijo que estaba medio malo. Llegó Francisco Fernández y me

trajo los $48 que le pedí ayer para los prácticos. Salí corriendo para "Delmónico" donde llegué á las doce y media en punto. Encontré allí al hermano de Martínez que me entregó una carta de Plutarco González en que decía que no podía concurrir á la cita porque había recibido un telegrama de Broklyn en que le decían que Lamadriz estaba peor y su señora se encontraba enferma también, por cuyo motivo había tenido que salir para allá inmediatamente.

"Quedé desconcertado con este golpe pues el tiempo urge, quiero contestar la carta de Aldama lo más pronto posible y esto retarda mi propósito. Como pasé la noche sin dormir, hoy me he encontrado mal y me retiré á casa temprano pues nada podía hacer. Le he escrito á Plutarco para ver si mañana podemos ver á Govín.

"Marzo 17.—A las doce y media estaba en "Delmónico" para ver el resultado de mi carta. Efectivamente á poco llegó Plutarco y fuimos á ver á Govín en su escritorio. Recibióme muy afable y cortés como de costumbre y después de instruido del objeto de mi visita me dijo que los negocios iban mal, que además había una desconfianza grande entre los emigrados porque habían contribuído en varias ocasiones dando su dinero á diferentes personas y veían que los recursos no llegaban á Cuba. Sin embargo, supuesto que yo decía que no faltaban más que $10.000 para que saliese mi expedición, que era muy regular, no le parecía difícil reunirlos, sobre todo si le daba algún tiempo y si D. Miguel se comprometía á suplirlos para reembolsárselos tan pronto como hubiese salido la expedición. Contestéle que no había que pensar en que D. Miguel los supliese el motivo de necesitarlos era porque se habían de invertir inmediatamente en la habilitación de la expedición. Plutarco me apoyó y continué manifestándole que en él tenía puesta toda mi confianza para que me sacara del apuro en que estaba interesada principalmente la patria.

"Duró la conferencia largo rato hasta que al fin quedó convenido lo siguiente: Que Govín vería esta noche á Bramosio y á Angarica y mañana á Rivas, Martínez y los demás que pudiese, y pasado mañana, 19 del corriente, le daría la razón á Plutarco, para que éste me la trasmitiese. Es decir si había podido llenar el cupo de los $10.000 y las condiciones que los donantes pusiesen. Plutarco quedó en verse conmigo el 19 en "Delmónico" á la una y media de la tarde. No tengo ninguna esperanza en el resultado. Me reuní con el compadre (Manuel Anastasio) y fuimos á casa de Govantes á quien entregué 15 documentos numerados y la minuta de la contestación á Aldama para que vaya trabajando en ella. Se componen de las cartas de Aldama y mis contestaciones. Le dije sobre la conferencia que acababa de tener con Govín y no le da importancia alguna. Me pidió la contestación que dí á Pío Rosado cuando me comunicó que iba á Cayo Hueso y quedé en llevársela mañana.

"Marzo 18.—Me reuní con el compadre Lico y éste me comunicó la noticia de que en un periódico de ayer tarde se había publicado la quiebra de la refinería de Aldama.

"Fuí con Lico á casa de Govantes y le entregué la copia de mi contestación á Pío Rosado cuando me comunicó que iba con la comisión á Cayo Hueso".

Dice así:

"New York, Febrero 19 de 1875.

"C. Coronel Pío Rosado.

"Estimado amigo:

"Lo que usted me comunica acerca de haber sido nombrado por los miembros de la comisión que los emigrados de esta ciudad envían cerca de los hermanos de Cayo Hueso con objeto de rogarles auxilien con fondos para completar la expedición que estoy acabando de organizar, ya me la habían también instruído algunos de los señores de quienes había partido el noble intento. Por consiguiente, apruebo y me complace que usted una sus buenos oficios á los de sus apreciables compañeros de empresa; y abrigo la confianza de que el resultado será el que se desea, pues nunca ha dejado de corresponder digna y generosamente aquella reunión de eminentes patriotas.

"Encargo á usted que va estar entre aquellos dignos cubanos de Cayo Hueso, los haga un fino recuerdo de mi afecto y consideración.

"Deseo á usted un feliz viaje así como á sus dignos compañeros de comisión á quienes saludará en mi nombre, quedando de usted afectísimo amigo.

F. V. Aguilera."

"Govantes me confirmó la noticia de la suspensión de pagos de la refinería de Aldama por $400.000 según el "Heraldo" de hoy.

"Queda justificada la opinión de la emigración cubana de que los intereses de Aldama están en contraposición con la quema de los ingenios de Cuba, por cuyo motivo se ha demorado la composición del vapor cinco meses cuando podía haberse hecho en cinco semanas.

"Me enseñó Govantes parte de la contestación que debo mandarle á Aldama, la que me ha parecido bien.

"Me dijo Miguel Luis que Echeverría me solicitaba con mucho empeño, sin duda para evitar que yo conteste á Aldama y lo haga cargo á él de la contestación. Pero se equivoca.

"Al llegar á casa encontré á Luis Felipe Gutiérrez—Ayudante— quien me dijo que había visto una carta de Juan Luis Pacheco á su Secretario en la que le decía que tenía un buen vapor para llevar recursos á Cuba; que lo manifestara así á los muchachos, para que acabaran de instruirse en el ejercicio, y que él pasaría por aquí á recogerlos.

"Dice Luis Felipe que la carta se leyó en el salón de instrucción y los muchacho todos dijeron que no irían á Cuba con Juan Luis porque ya lo conocían. Según informes, el vapor es uno que está en Cayo Hueso abandonado hace mucho tiempo y que ha de estar en muy mal estado.

"Marzo 19.—En el escritorio de Hilario encontré al C. Gregorio González que viene de Cayo Hueso. Hablé con él sobre los asuntos del Cayo y me informó que el proyecto de Juan Luis había impedido que Pío reuniera los $10.000. A la una y tres cuartos estaba en "Delmónico" para saber la razón de Plutarco; éste no fué.,

"Fuí á la imprenta de Nestor Ponce y dije á Eladio que fuera al escritorio de Martínez y preguntara á Plutarco qué había del particular. Fué Eladio y de vuelta me dijo que Plutarco le contestó que todavía Félix Govín no le había dado razón ninguna. Que pensaba verlo hoy y mañana iría al mismo lugar y hora á decirme el resultado. Hablé con Hilario y le dije que estaba preparando la contestación á la carta de Aldama.

"Marzo 20—A la una y media en punto estaba en "Delmónico". Llegó Plutarco muy molesto por la informalidad de Govín, á quien todavía no había podido ver, sabiendo que era una cosa tan urgente. Me manifestó que ya hoy no podría saber la razón, porque el día estaba lluvioso y Govín no bajaba esos días. Además, él tenía que salir inmediatamente para Brooklyn porque la señora de Lamadriz estaba muy grave. Le supliqué, sin embargo, fuera al escritorio de Govín á ver, si por casualidad lo encontraba y me trajera la razón. Al fin accedió y regresó á las dos diciéndome que lo había encontrado y le dijo que la primer columna con que contaba era Rivas y éste le había dicho que no podía, porque estaba escaso de fondos. Había visto á Angarica y éste le contestó que ya había prestado dos mil pesos á Aldama para mi expedición. Bramosio le dijo que había dado cien pesos. Dijo Govín que por estos motivos y haberle indicado algunos que ahora desconfiaban más de Aldama por la quiebra que había tenido, no quiso proseguir viendo á otros. Por último, que les era imposible á él y Martínez aprontar los $10,000 que yo decía me faltaban. ¡Ultima esperanza perdida...!

"Fuí á casa de Govantes, lo informé de lo ocurrido y convinimos en poner en la carta á Aldama por conclusión la alternativa de despacharme inmediatamente con mi expedición ó entregarme el vapor con los materiales de guerra. Mañana la pondrá en limpio Eladio.

"Marzo 21.—Muy temprano vino el compadre Lico á decirme que ayer en el escritorio de Aldama había tenido éste

una larga conferencia con Miguel Luis y se había manifestado (Aldama) muy deseoso de despacharme con mi expedición, pero le dijo que su situación era muy crítica, etc., que él me había apreciado siempre mucho y quería tuviésemos una entrevista para ver la manera de despachar la expedición. Música celestial. Nos encerramos Lico, Eladio y yo en el comedor porque hacía mucho frío. Yo les dictaba el borrador de la carta para Aldama, hecho por Govantes y aumentado ó suavizado por nosotros. Lico lo escribía en este libro de borradores, página 106 hasta 118 y Eladio la ponía en limpio. Acordamos ponerle fecha de ayer para que no aparezca tan atrasada. El compadre Lico se encargará de llevarla mañana bien temprano á Pancho Sellen, para que este la entregue á primera hora á Aldama en su casa."

La carta decía así:

"New York 20 de Marzo de 1875.

"C. Miguel de Aldama, Agente General de la República de Cuba.

"Distinguido conciudadano y amigo:

Al contestar su comunicación fecha 14 del corriente, debo advertir á usted que no lo había verificado antes, porque esperaba conseguir los tres mil pesos, para completar los cinco mil, que á más de los diez mil pesos, antes manifestados por usted, eran también necesarios, según su última, para el completo despacho de la expedición, y que pudiera salir á la mar.

"Antes de entrar en materia, cumple á mi deber decir á usted que, llamado por la Cámara y pueblo libre de Cuba, en virtud de mi carácter de Vicepresidente, á ocupar el puesto de Presidente de esa República, no reconozco en usted jurisdicción alguna para juzgar mis actos, ni mucho menos protestar del modo que usted ha creído conveniente hacerlo, olvidando el único camino que tenía para ello, y era ocurrir á nuestro Gobierno, en la forma acostumbrada en esos casos. Olvido, tanto más de tenerse en cuenta, tratándose de un empleado que se muestra sumamente celoso del respeto que se debe á los poderes constituídos, y así como á éstos, al que corresponde el cargo que desempeña.

"Sentados estos precedentes, y no queriendo ni pudiendo guardar silencio acerca de los cargos que de un modo tan gratuito, se ha servido usted dirigirme, paso á ocuparme de cada uno de ellos, más para que conozca usted la injusticia con que ha procedido, que para justificarme ante el que como usted, repito, carece del derecho de juzgarme. Los antecedentes de mi vida política son bien conocidos: como hombre puedo hacer cometido errores en el desempeño de la misión que me trajo al extranjero; pero es al Gobierno de Cuba y no á usted á quien incumbe apreciarlos y asignarle la censura que merezcan".

"El espíritu de la comunicación de usted á que me refiero, es echarme toda la responsabilidad de la demora de la expedición que tengo en proyecto: cuando lo único que hay de verdad en el fondo, es que usted no ha podido ó no ha querido hasta la fecha contribuir para su realización, más que con mil ochocientos pesos, que representan las 50.000 cápsulas ofrecidas; pues lo que se refiere á los 500 Remingtons que bajo su crédito debe usted allegar, esto no es una dádiva: es un adelanto tanto más fácil de ser satisfecho por la Agencia, cuanto que usted sabe mejor que yo hallarse en vísperas de recibir algunos fondos, particularmente del Perú.

"Pero dejo á un lado estas consideraciones, para ocuparme de los particulares de la comunicación indicada.

"Dice usted al comenzar "que sus cartas 3 del corriente y 13 de Enero han tenido por principal objeto acordar conmigo el más pronto despacho de la expedición; y agrega en el párrafo tercero "y agotados los recursos de la Agencia, sin que haya usted aceptado mis invitaciones para que reunidos tomásemos un acuerdo que facilitase la salida de la expedición, debo presumir que usted considera innecesaria ya mi cooperación en esta empresa."

"Permítame usted que le diga que en ambas apreciaciones padece usted un grave error. Yo no he esquivado sus in-

vitaciones, como lo prueban los acuerdos celebrados entre usted y otros señores, con fecha primero de Noviembre y 20 de Diciembre de 1874, y 20 de Enero de 1875. Tampoco he hecho abstracción de su cooperación, porque á ser así no le hubiese visto ni escrito repetidas veces, y habría procedido por mí solo, sin poner, como puse, desde el primer momento, en manos de usted los fondos que usted me ha pedido, y le hice cargo de todo lo concerniente á la expedición, y hasta la fecha ni le he retirado mi confianza ni he dejado de verlo sino en estos últimos días. Lo único cierto que hay acerca de estos puntos, es que usted, sin que yo sepa las causas que lo motiva, ha observado desde el primer momento en este asunto, la conducta más indefinida. Repetidas veces he preguntado á usted si estaba dispuesto á despacharme tan pronto como se hallara listo el vapor, y después de varias evasivas, ha concluído usted por no darme la única respuesta que ameritaba mi pregunta. Es decir, sí ó nó. De aquí mis dudas y mis disgustos; y de aquí también sus equivocaciones y sus censuras, que á veces han asumido la forma del más completo sarcasmo, como aparece en la felicitación que usted me dirige en su carta fecha 3 del corriente, al evadir la contestación á que me he referido. Sarcasmo que con más claridad presenta usted cuando al exponerme con fecha 14 del corriente que faltan cinco mil pesos, para que se entregue el vapor, y que sólo ha conseguido dos mil en calidad de préstamo, agrega refiriéndose á los tres mil que faltan, que: "tal vez pueda yo proporcionarlos del resto de los veinte y cinco mil pesos que se me facilitaron para la expedición," cuando á usted le consta y así lo expresa en su carta fecha 13 de Enero, haberse ya gastado mil quinientos, en aquella fecha, de los veinte y cinco mil pesos que obraban en mi poder, deducidos los veinte y dos mil quinientos pesos que usted declara haber recibido de mis manos, más olvidando usted la continuación de aquellas inversiones, en los mismos precisos gastos que las ocasionaron.

"Dice usted más adelante: "que no ha recibido un sólo centavo de "Los Amigos de Cuba" y que su Presidente alega que han sido gastados "por mi orden", y en esto cometen usted y él un error. Desde que se fusionaron mis fondos con los fondos que tenían "Los Amigos de Cuba" se han empleado, no por orden mía, sino en virtud de acuerdo escrito, con su Presidente, General Villegas, como usted sabe perfectamente; y esto para atender á la alimentación de prácticos, jefes en comisión, capitán, maquinista del vapor y otros gastos consiguientes, cuyos compromisos aceptamos de buen grado, y hemos llenado hasta la fecha, en obsequio de la Agencia, puesto que á ésta, y no á nosotros, correspondía satisfacer estas atenciones. Mucho más, porque ella misma las creó desde el principio de su existencia, como lo comprueban las diferentes pensiones que yo encontré establecidas cuando en el año de 1871, me hice cargo de su desempeño; entre otras varias, la que en justicia y muy merecida se abonaba, de doscientos cincuenta pesos mensuales al digno General Jordán, y usted satisfacía en el período de su administración.

"Seguidamente agrega usted para robustecer la idea de que he hecho caso omiso de su cooperación en mi empresa, que le he prestado mi apoyo á una sociedad hostil á la representación de nuestro Gobierno en el Extranjero, y autorizado además á los Coroneles Pío Rosado y Juan Luis Pacheco para que realicen trabajos en Cayo Hueso con ese mismo objeto; adelantándose usted á enunciar la idea de que mi conducta sobre este particular habría de producir desorganización, dañando el prestigio con que usted está investido, el cual yo más que ningún otro estaba llamado á sustentar; y concluye por último consignando una protesta para esquivar la responsabilidad que pueda gravitar sobre usted, por la no salida de una expedición que yo me comprometía á despachar en tiempo fijo, no contando ni con la mitad de los recursos necesarios para ella."

"Siempre fué mérito inapreciable rendirle culto á los fueros de la verdad; pero en ninguna ocasión ese deber es más solemne que ahora en que discutiéndose altos intereses para Cuba, parece nece-

sario que las posiciones queden completamente definidas; que cada cual afronte sereno la responsabilidad á que se haya hecho acreedor en el desempeño de sus respectivos cargos.

"Dice "que he prestado mi apoyo á una sociedad hostil á la representación del Gobierno"; y yo por más que me he afanado en buscar cuál es la "sociedad hostil" á que usted se refiere, no he podido encontrarla. Quizás ha tomado usted á mala parte la comunicación que le dirigí á los dignos patriotas que concibieron el proyecto de matar las banderías existentes, y unificar los sentimientos y los recursos de la emigración en bien de Cuba; y si esto es estimado por usted como una falta, yo, por el contrario, lo considero como uno de los actos más políticos de mi azarosa vida pública. ¿Pues qué? Puede ser hostil á la representación del Gobierno, el trabajo de los que sabiendo que por motivos que ellos apreciarán tal vez, ni los artesanos, ni los ricos, ni las medianías, aceptaban con agrado los pedidos que se les hacían á nombre de usted, levantan su voz y buscan un medio decoroso para allegar recursos á la patria, haciendo caso omiso de prevenciones que siempre surgen en los periodos revolucionarios? ¿Es hostil el pensamiento que en armonía con el objeto que lo inspiró y acogido por la mayoría de los cubanos, ha dado ya algunos resultados positivos, y abierto nueva vida á la emigración, sin causar desorganización alguna? ¿Puede suponerse por usted ni por ningún otro individuo la pretensión en nuestro Gobierno de arrogarse el derecho de restringir la libertad de acción y matar la iniciativa individual, en proyectos que no reconocen otro objeto que buscar la unión y elementos materiales para la guerra que sostenemos?

"Si hay algo de hostilidad en lo que se refiere al meeting y á su objeto no está en la aprobación "más ó menos directa" que he podido darle, sino en usted que comienza al impugnarlo, oponiéndose al Gobierno de Cuba, á ese Gobierno que conoce, como el más celoso de su porvenir, que una de las bases más poderosas de la Democracia, es la asociación, y lejos de estorbarla, ha contribuído y sabe contribuir á su más completo de sarrollo. El Gobierno, al que dejo apreciar el proceder de usted en este asunto, decidirá de qué parte se encuentra la razón. Entre tanto, yo como cubano y como uno de sus representantes, protesto desde ahora contra tan erróneo juicio.

"Pero lo más particular del cargo es, que usted en Marzo de 1873, al fundarse la Sociedad "Los Amigos de Cuba" envió á ella una calurosa carta que vió la luz en la "Independencia" del 12 de Abril del expresado año, en la que, después de dar las gracias á los cubanos por la distinción con que lo honraban, se expresaba usted de esta manera: "El proyecto de ustedes me parece muy "patriótico"; creo que los resultados que ustedes se proponen, y que todos los cubanos "debemos desear", se verán completamente coronados; pero también creo que para conseguirlo deben ustedes elegir "hombres nuevos", patriotas que no den lugar ni aun siquiera á que vuelvan á despertarse "resentimientos de partido", que tanto daño han hecho á la causa de Cuba".

"Repito á ustedes que quedo muy reconocido á mis compatriotas por la distinción con que me han honrado, y pueden ustedes asegurarles que cuanto "auxilio moral y material" necesiten de mí, estaré siempre pronto á ponerlo á su disposición".

"Pues bien: si ahora lo mismo que en Marzo de 1873, se trata de buscar la unión y elementos para Cuba, y si ninguno de los señores que invitaron para el meeting, pueden inspirar dudas respecto á su "patriotismo", ni mucho menos "despertar resentimientos de partido", claro está que yo procedí en justicia al felicitarlos y apoyarlos. Por otra parte, cuando usted escribió la carta citada, existía si nó la Agencia General, los Agentes Confidenciales nombrados por un Gobierno tan legítimo como el que lo ha nombrado á usted. Comprenda usted ante las razones expuestas, y sobre todo, ante lo que usted publicó bajo su firma, lo injustificable y gratuito del cargo que me dirige.

"En cuanto á que autoricé á los Coro-

neles Pío Rosado y Juan Luis Pacheco para que recolectaran fondos en Cayo Hueso, vuelve usted á estar muy lejos de lo ocurrido. Yo no he autorizado á esos señores para semejante empresa. El Coronel Rosado me dirigió una comunicación, como subalterno que está bajo mis órdenes, preguntándome si podía ausentarse brevemente de esta ciudad, para llenar la comisión que le habían confiado los señores Leandro Rodríguez, J. J. Govantes, Francisco Fernández y Eduardo Gato, nombrados aquí para recolectar los diez mil pesos que según manifestó el señor Pedro Martín Rivero en el meeting del 14 del pasado, se necesitaban para que saliera la expedición. Yo, que no podía oponerme á esto, sin chocar con mis ardientes deseos de verla realizada, manifesté por escrito al Coronel Rosado, que no necesitando sus servicios de momento, y siendo tan noble la causa que lo alejaba de esta ciudad, no sólo lo felicitaba, prometiéndome los más satisfactorios resultados de su misión (en lo que no me equivoqué) sino que á la vez aprobaba su unión á los señores ya expresados, que forman la comisión de recolección para los diez mil pesos. En cuanto al Coronel Pacheco, ni llevó la misma comisión que el señor Rosado, ni yo lo autoricé en manera alguna; antes al contrario, le manifesté mi disgusto, por creer inconveniente su viaje. De esto á haber autorizado á los Coroneles Rosado y Pacheco para recolectar fondos, media un abismo, y por consiguiente, este cargo es tan gratuito como los anteriores.

"Ahora: en cuanto á lo que usted expone de que "no puede aceptar la responsabilidad de la no salida de una expedición que me comprometí á despachar en tiempo fijo, no contando ni con la mitad de los recursos necesarios para ella" diré á usted cuanto cumple á la dignidad de mi palabra honrada, y cuanto me exige lo injustificable de sus apreciaciones.

"Cuando yo me decidí á aceptar el ofrecimiento de veinte mil pesos que hizo á usted el C. Carlos de Varona, en nombre del General Manuel Quesada, y que usted no tuvo á bien admitir, lo hice precisamente fundándome en la principal razón en que dijo usted apoyarse, para renunciarlo, que era la de haberse obtenido esa suma con bonos que pertenecían á la República de Cuba, y que habían sido retenidos por el General Quesada. Pues bien; yo que conocía lo ilegítimo de esa retención, y por otra parte, veía á más de los prontos auxilios que necesitaba imperiosamente nuestra Revolución, que un deudor á Cuba, prometía entregar cierta suma á cuenta de su débito, creí lo más conveniente aceptarla sin pérdida de tiempo, como estoy dispuesto á hacerlo en lo adelante, con todo el que se presente en las mismas condiciones.

"Y es de advertir que antes de proceder á comprometerme con el señor Varona para sacar la expedición en un plazo fijo, tuve buen cuidado de escribir á usted preguntándole si podía contar con los fondos de la Agencia, que según me manifestó el señor Varona de palabra, haberle oído á usted, y luego lo ratificó en la carta de instrucciones que dirigió á los señores Rosado y Govantes, ascendían á veinte y cinco mil pesos. Usted respondió á mi carta de una manera afirmativa y si bien es verdad que no marcó cantidad en ella, ya lo había dicho usted de palabra al señor Varona; y al ser interrogado por el señor Govantes en la junta que tuvimos en su morada el día 20 de Diciembre de 1874, manifestó usted á dicho señor, que eran veinte mil pesos y no veinte y cinco mil, como decía la carta del señor Varona, los fondos que usted creyó poseía la Agencia.

"Dispuesto á aceptar la oferta del señor Varona, en vista de la contestación que usted dió á mi carta, en la suya del 25 de Agosto del año pasado, pasé un telegramo al señor Varona pidiéndole la suma expresada de veinte y un mil pesos; y por conducto de los señores Rosado y Govantes, vinieron á mi poder á fines de Septiembre del ya referido año de 1874.

"Recibidos los veinte mil pesos, y contando como debía contar, con los veinte y cinco mil pesos que debía creer estuvieran en poder de usted y con recoger además ocho ó diez mil pesos, á que ascendían los gastos calculados necesarios para hacerme á la mar, acepté la condición de un plazo fijo, que hubiera podido cumplirse indudablemente á estas horas,

á ser exactos los cálculos de usted, respecto á los fondos de la Agencia. Pero no fué así; usted, según se desprende de su carta 13 de Enero, fué el que procedió ligeramente, ofreciendo una suma, cuya verdadera ascendencia no le constaba, cual fué la de suponer en la caja de "Los Amigos de Cuba" ocho mil pesos, cuando sólo eran ochocientos los que contenía.

"Si esos fondos que usted ofreció se hubieran aprontado cuando fué necesario hacerlos efectivos, la expedición hubiera salido en Enero del corriente año; y esto lo corrobora el estado que usted me presentó en comunicación del mismo mes, y en el que aparece solamente un déficit de novecientos cuarenta pesos que se hubieran salvado sobre la marcha.

"Resumiendo: si con cuarenta y cinco mil pesos, á que ascendían los fondos con que yo debía contar, pudo salir la expedición, y éstos no se hicieron efectivos por un errado cálculo de usted, es precisamente á usted y no á mí á quien toca la responsabilidad de la no salida de la expedición ; y toda la ligereza que se me atribuye viene á pesar indudablemente sobre usted; mucho más cuando yo no vine á tener noticias del verdadero estado de los fondos con que se contaba, hasta que usted se sirvió remitirme en Enero el estado de ingresos y regresos.

"Habiendo respondido ya á todos los particulares de su carta, réstame únicamente manifestar á usted que no he conseguido los tres mil pesos que unidos á los dos mil que usted ha obtenido, formarían los cinco mil que reclaman los contratistas del vapor. En esta virtud, espero se sirva usted manifestarme con la brevedad que exigen las circunstancias, si está dispuesto á llenar los gastos indispensables y á despacharme para Cuba en un corto plazo; ó en su defecto hacerme entrega del vapor y demás materiales de guerra ya acopiados, para proceder yo en la forma que me lo exijan las circunstancias.

"Soy de usted con la mayor consideración,

F. V. Aguilera."

"Marzo 22.— Vino muy temprano el compadre Lico y me dijo que la carta estaba ya en poder de Pancho Sellen el que salía á llevarla á Aldama. Anoche el compadre Lico llevó una carta á Hilario en contestación á otra que éste me mandó, diciéndome que Aldama quería hablar conmigo.

La carta á Cisneros decía así:

New York, Marzo 21 de 1875.

"C. Hilario Cisneros.

"Estimado amigo:

"En este momento que son las ocho de la noche me ha entregado mi hijo Antoñico tu grata de hoy, de cuyo contenido quedo enterado y aprovecho la circunstancia de encontrarse aquí mi compadre Lico para contestarte, y que te la entregue mañana domingo.

"No podré salir mañana porque aun estoy delicado del pie; pero el lunes á medio día iré á la oficina ó por la tarde á tu casa.

"Esta tarde envié por manos de un amigo la contestación de su última carta á Aldama. No obstante, estoy como siempre he estado dispuesto á arreglar las cosas por el camino de la diligencia y buena armonía, en cuanto me sea posible.

Con mis finos recuerdos á la familia, soy siempre tu más afectísimo amigo,

F. V. Aguilera."

"Sigue el día 22.—Fuí á la casa de Hilario á las cinco y comí con él y su familia. Me dijo que á las tres había estado en el escritorio de Aldama, le había enseñado mi carta á él (Hilario) y Aldama le dijo que no había recibido la mía. Fuí á casa de Govantes y encontré al compadre Lico. Poco después llegó Sellen, é interrogado sobre la carta, dijo que no había encontrado á Aldama en su casa; fué á su oficina tres veces hasta que por fin lo encontró como á las tres de la tarde y le entregó la carta delante de Villegas y P. M. Rivero".

"Marzo 23.—Fuí al escritorio de Hilario y encontré al Coronel Grand. Pedí á Hilario que me diese alguna cosa á cuenta de una pequeña cantidad que tenemos pendiente, y me dió quince pesos. Di

al Coronel $10 y le dije que aguardara por algo más hasta que venga Pío de Cayo Hueso. Yo me quedé con los cinco pesos pues en casa no hay ni un centavo.

Aguiar, á quien encontré allí, me dijo que habían probado la segunda caldera, la que resultó magnífica; pero había extrañado que Aldama hubiese dado orden para que desde mañana suspendan los operarios que estaban rematando algunos pequeños trabajos y el vapor quedase solo con un guardián.

"Dije á Aguiar que Aldama me había pedido $5.000 que decía se debían por las reparaciones del vapor. Me contestó que de la maquinaria se debían de tres mil á tres mil quinientos pesos. Con Hilario no pude hablar reservado porque había muchas personas".

. . . .

Se habrá notado que Aguilera no se valió de Hilario Cisneros para contestar su última carta á Aldama. Desengañado de los propósitos de éste y resuelto á romper con él, comprendió que no era Cisneros el hombre que necesitaba para realizar su pensamiento. Se valió de Govantes á quien no ligaba compromiso alguno con Aldama. La elección de Aguilera fué acertada, como las que siempre supo hacer, pues Govantes lo ayudó cuanto pudo en la árdua empresa á que se le obligó á lanzarse, y se mantuvo á su lado hasta sus últimos instantes.

En los párrafos tomados del "diario", se hace mención á la suspensión de pagos de la casa de Aldama. A todos causó sorpresa la noticia. No podía decir Aldama que el percance fuera debido á sus sacrificios por Cuba. Todo lo contrario; podría decirse que su descalabro fué causado por no haber hecho lo que debiera en auxilio de su patria. Si en vez de emplear más de un millón de pesos que sacó de Cuba en refinerías de azúcar, lo hubiera colocado en un banco, con módico interés, empleando todas sus energías en desempeñar cual debiera su cargo de Agente General de la República, auxiliando á ésta con su infleuncia, sus buenas relaciones, su dinero y estimulando á sus amigos con su ejemplo, la causa de Cuba hubiera contado con elementos suficientes para despachar numerosas é importantes expediciones que habrían puesto un pronto y favorable término á la lucha.

Pero sucedió todo lo contrario: Aldama empleó su fuerte capital en dos refinerías de azúcar, establecimientos que para tener vida próspera necesitaban que la revolución de Cuba se mantuviese en decadencia. A estas refinerías dedicó toda su atención; tomó su cargo de Agente General sólo bajo el punto de vista honorífico, desatendió los deberes que este encargo le imponía, en las listas de suscripciones patrióticas, lejos de inscribirse el primero con una considerable suma para alentar y comprometer á los demás, se reservaba para el último y no decía con lo que contribuiría. Esta desalentadora conducta, en quien por su cargo y su capital debía observar la opuesta, mató el patriotismo de los demás, concluyendo por negarse todos á auxiliar la revolución, y ésta se prolongó por años, llevando una vida lánguida.

Finalmente: lo que Aldama negó á su patria en auxilios, quiso el destino que lo perdiera en desgraciadas empresas industriales y sobrevino la quiebra con sú doble desprestigio; como patriota y como hombre de negocios. A haber observado la conducta que le correspondía, su capital hubiera sufrido menos quebranto y su nombre se viera esculpido en letras de oro, como uno de los más preclaros redentores de su patria. Aldama pudo hacer triunfar aquella revolución.

Recibió Aguilera contestación de Aldama á su carta, la que insertamos á continuación:

"New York 25 de Marzo de 1875.

"C. General Francisco V. Aguilera.

"Distinguido conciudadano y amigo:

"La letra y el espíritu de la última comunicación que con fecha 20 del actual se ha servido usted dirigirme, me hacen considerar ya innecesaria una contestación especial á su precedente del 13; por lo cual no extrañe á usted que me limite á acusar, en ésta, su recibo.

"En una de mis anteriores dije á usted cuán preferible sería para la causa de la patria un trato franco, frecuente y amistoso entre nosotros, á una correspondencia oficial, ocasionada á interpretaciones eerróneas é irritantes, y por desgracia estamos tocando la exactitud de mi observación. Leída por usted mi carta del 14 último bajo la influencia de prevenciones siniestras, ha creído hallar cargos dirigidos contra usted y juicios gratuitos de su conducta, donde yo sólo he tratado de poner á salvo mi responsabilidad, en una empresa patriótica entorpecida hasta ahora por causas al parecer diversas, pero que todas reconocen un orígen; la falta de fondos y la exigencia de que yo en mi particular los aprontase. De nada han servido mis sacrificios por la libertad de Cuba, para que siquiera se me creyese al afirmar que no me era dable en la actualidad lo que en más de una ocasión he sabido hacer antes de ahora sin persuaciones extrañas: en vano he insitido en la necesidad de que nuestros compatriotas que se dicen amantes de la independencia de Cuba cooperasen con la Agencia á la realización de lo que yo no podía llevar á cabo por mí solo, si bien manifestándome siempre dispuesto á contribuir hasta donde mis fuerzas me lo permitiesen. Se ha clamoreado hasta ensordecernos sobre la imperiosa urgencia de despachar expediciones para Cuba, pero para despacharlas se necesitaba dinero; y como los que más apremian han sido siempre los que menos lo han dado, y como el que á costa de sacrificios de los contribuyentes ha podido colectarse y que no siempre ha entrado en mi poder, ha sido siempre insuficiente, se me ha exigido lo que á ninguno de los Agentes anteriores, incluso usted mismo, y haciéndome responsable de la esterilidad patriótica de los muchos, para compelerme á sufragar yo solo los desembolsos que á todos corresponden; no de otro modo que si yó fuera el depositario del tesoro inagotable de la patria. Con este objeto no ha habido formas de presión, aun aquellas que al menos conocedor del corazón humano hubieran debido parecer contraproducentes, que no se hayan estimado lícitas; con este objeto se ha negado mi amor á la libertad y mis sacrificios por mi país; con este objeto se ha dado curso á calumnias vergonzosas, inventadas por miserables, estafadores de patriotismo; con este objeto se me ha querido someter á condiciones cautelosas para devolver á la República parte de una cantidad que se le había sustraído; con ese objeto, por último, se ha logrado introducir la desunión entre nosotros, precisamente cuando mayor debía ser nuesnuestra armonía, hasta el extremo de descubrir usted sus dudas, sin pensar tal vez toda la gravedad de sus palabras ¿Es eso justo; es eso generoso; es eso patriótico de parte de usted en las circunstancias presentes?

"Yo dejo la respuesta á la rectitud de usted mismo en horas de mayor serenidad que las actuales; pero no me sorprende que colocado usted en el declive de la desconfianza y de la discordia, haya venido usted á parar en la carta que contesto. En ella se atormentan los hechos, para darle una significación que jamás han tenido, en ella se tuercen mis palabras ó se citan truncas é incompletas, para pervertir su sentido; en ella se me condena por testimonio de un tercero que ha dicho á usted, á mis espaldas, lo que está en contradicción con hechos que á usted le constan: en ella se hace depender mi no aceptación de una cantidad perteneciente á la República, de una razón que no fué la que sirvió de fundamento á mi conducta: en ella se me acusa de ligereza en mis cálculos por haber aceptado como exacto lo que decía en presencia de usted el depositario de fondos que yo no administraba y de que usted mismo estaba disponiendo; en ella, para menospreciar mi participación en la empresa que debe llevarlo á usted á Cuba se me atribuyen miras sobre los auxilios que deben obtenerse en el Perú, siendo así, que para que aquellos auxilios alcancen á la ejecución de los planes en proyecto, autoricé hace meses al C. Comisionado de Cuba, en la citada República, á que gire contra la Agencia General hasta la cantidad de cinco mil pesos: en ella, como si no bastase cerrar de una vez los ojos y los mira-

mientos sociales, para afirmar que lo "único que hay de cierto" es mi conducta indefinida en este asunto, se hace padecer de nuevo la cortesía sosteniendo que lo "único que hay de verdadero en el fondo" es que yo no he podido ó no he querido contribuir á la expedición más que con tanto ó cuanto; en ella se me increpa por la audacia de haber protestado de la responsabilidad que se trató de atribuírseme en el malogro de una empresa para la cual no ha habido los elementos necesarios; en ella, en fin, me recuerda usted la subordinación y respeto, con que debo acercarme al Presidente electo de la República, haciéndome entender que no me reconoce jurisdicción alguna para juzgar sus actos, ni mucho menos para protestar contra ellos; y que sólo por pura dignación se ocupará usted de hacerme conocer la injusticia con que he procedido.

"Siendo esta última expresión que ha creído usted poder permitirse, la que sirve de clave para explicar el tono de toda la carta de usted, séame lícito detenerme en ella un momento para manifestar á usted que sabedor de lo que constituye una verdadera "jurisdicción", en nada puede inquietarme que usted no reconozca la que no me ha pasado por las mientes asumir. Grande y honorífica es sin duda, la elevación del puesto con que ha honrado á usted el pueblo de Cuba libre, y grande también mi respto á las autoridades de la República: pero por grandes que ambas cosas sean, y por mucha que sea la consideración que personalmente me merece usted, nunca me harán aceptar enmudecido la responsabilidad de actos ejecutados por usted, ni mucho menos renunciar á la facultad de juzgarlos según mis principios, y de protestar contra ellos ante la opinión pública, ó ante las leyes, superiores á toda dignidad personal, si fuera necesario. La protesta, con especialidad en asuntos políticos, es una forma respetuosa de oposición ó disentimiento, que aceptan sin ira, aun los Gobiernos autocráticos; que el Supremo Magistrado de la Gran Federación Norte Americana no se atrevía á desdeñar en ningún caso y que en el singular que nos ocupa, no atino á comprender, cómo ha podido provocar el desagrado del Presidente electo de Cuba, la defensa de la responsabilidad que se me impute en una empresa de que no quisé hacerme cargo, previendo y señalando á usted sus dificultades por escasez de elementos.

"Fácil por demás me sería desvanecer las aserciones á que acabo de referirme, diseminadas en la carta de usted, si no tuviese la convicción de que cumple mejor á nuestros deberes de patriotas, emplear el tiempo en fines más altos y provechosos que estériles recriminaciones. Ni habría pensado yo perturbar con ellas la atención de nuestro Gobierno; mas puesto que usted me señala ese camino, y puesto que usted considera un desacato la simple enunciación de una protesta comedida, limitándome en este momento á rechazar la exactitud de sus apreciaciones, enviaré al Ejecutivo copia de nuestra correspondencia y de todos los demás documentos y explicaciones que conduzcan á vindicarme. Y para que no abrigue usted dudas de la lealtad de mi proceder, tan ofensivas y quiméricas, como las que hoy ofuscan su ánimo, si usted se sirve aceptar el encargo, será usted mismo el portador de mi comunicación, para que llegado á Cuba y en aptitud de desplegar toda la autoridad de Presidente, decida usted en causa propia lo que le dicte su conciencia. Lejos allí de una atmósfera de chismes y pequeñeces, ante el espectáculo regenerador de una lucha heróica con nuestros implacables enemigos, y recordando los cuatro años de prueba que ha tenido usted que apurar en el extranjero, como Comisionado Extraordinario, como Agente General y como Presidente electo, dará su verdadero valor á los hombres que ha experimentado en la emigración; y haciendo entonces justicia, siquiera á mis intenciones, aceptará la renuncia de la Agencia General que con tanta insistencia he presentado á nuestro Gobierno.

"Entre tanto, permítame usted hacerle presente, que el puesto de Agente General, según harto sabe usted por experiencia propia, no infunde la gracia

sobrenatural de despachar expediciones sin los elementos necesarios, y recordándole al mismo tiempo que yo no me he comprometido jamás á "despacharlo á usted" en el sentido que parece dar usted á esta palabra, sino á cooperar en el despacho de la expedición proyectada por usted, con todos los recursos de la Agencia General y con los míos particulares, "subordinando mi acción" á la de usted para el logro de la empresa. Esto dije en mi comunicación de 25 de Agosto último; esto repetí en la de 13 de Enero último en términos explícitos y no evasivas como usted asevera; y esto es lo que he hecho y estoy pronto á seguir haciendo hasta verlo llegar á usted felizmente á las costas de Cuba, según mis más fervorosos deseos.

"Por lo mismo he insinuado que debemos emplear nuestra atención en objetos más elevados que una polémica, sin otro resultado que nueva división y un nuevo escándalo para mayor friución de nuestros enemigos. Dispuesto á acallar ante el conflicto de la patria, los sentimientos de mi dignidad personal lastimada, debo esperar la misma generosidad en usted para ahogar, siquiera por corto tiempo, sus quejas infundadas; permítame usted calificarlos de esta manera.

"Contesto á usted pues, categóricamente, que agotados los fondos de la Agencia General no estoy en aptitud de llenar de mi bolsillo los gastos necesarios para despacharlo á usted en un corto plazo; y que mientras no se hayan cubierto los que se adeudan por las reparaciones del vapor, no estaremos en libertad de servirnos de él para ir á Cuba; antes al contrario, corremos el peligro de que se embargue. Tengo la satisfacción de decir á usted que el buque está ya listo para hacerse á la mar y estoy persuadido de que, si lejos de dejarnos arrastrar de sugestiones apasionadas; lejos de consumar un rompimiento injustificado, procedemos en armonía, y con prudencia para aprovechar los elementos que existen, tendrá usted la complacencia de ver coronados sus esfuerzos y de llegar á Cuba en un buque de la República.

"En cuanto á su entrega en los términos absolutos que parece usted exigir, si yo no lo despacho á usted conforme usted desea, debo declarar que me será muy grato ponerlo oportunamente á disposición de usted lo mismo que los demás materiales de guerra ya acopiados, pero siendo ese buque propiedad de la República y estando yo encargado de su custodia, mientras no deje de ser Agente General de la misma, no cumpliría con mis deberes, si me desprendiese de él sin ninguna intervención en su manejo y sin tomar las necesarias garantías de que ha de volver á mi poder para continuar prestando á la República servicios indispensables en empresas ulteriores.

"Termino esta comunicación en la confianza de que usted se servirá interpretar rectamente el espíritu patriótico que la ha inspirado; y si lo que no es de esperar, las prevenciones y resentimientos de usted son superiores á toda conciliación en obsequio de Cuba, ó mi personalidad puede servir de obstáculo para proceder en armonía, tenga usted á bien indicármelo para comisionar á alguna persona de mi confianza con quien deba usted entenderse. La patria en su día hará justicia á quien lo merezca.

"Soy de usted con la mayor consideración,

P. y L.,

Miguel de Aldama."

Se notará que comienza Aldama su carta insinuando "cuán preferible sería para la causa de la patria un trato franco, frecuente y amistoso, á una correspondencia oficial ocasionada á interpretaciones erróneas é irritantes etc."

Indudablemente, si no para la patria, para él mismo si era muy conveniente ese trato franco, frecuente y amistoso, porque le había dado todo el resultado apetecido, y era entretener por dos años á Aguilera con esperanzas de despacharlo pronto para Cuba con una expedición, sin que llegara á realizarlo.

Dice también: "en vano he insistido en la necesidad de que nuestras compatriotas que se dicen amantes de la independencia de Cuba cooperasen con la Agencia á la realización de lo que yo no

podía llevar á cabo por mí solo etc.'' ¿Cómo habían de cooperar los patriotas cuando el opulento Aldama, el Agente del Gobierno, que era quien los invitaba á esa cooperación se negaba á encabezar ninguna lista de suscripción, reservándose siempre para el último, é igualmente á decir con cuanto contribuiría por su parte?

Continúa diciendo:

...''haciéndome responsable de la esterilidad patriótica de los muchos, para compelerme á sufragar yo solo los desembolsos que á todos corresponden; no de otro modo que si yo fuera depositario del tesoro inagotable de la patria''.

La expedición de que se trataba, según el mismo Aldama, costaba $70.000 y para ella Aldama había contribuído con cincuenta mil cápsulas que valían unos mil novecientos pesos y aun esa cantidad seguramente que no la desembolsaría de contado, sino que tomaría esas cápsulas á crédito, pues hemos visto que él mismo había asegurado que podía tomar en New York todo el material de guerra que quisiera, á pagar á muy largo plazo — 20 años, dijo—y por eso no aceptó el que le ofreció Carlos de Varona. De manera que Aldama se llevaría la gloria de haber despachado para Cuba una expedición que importaba setenta mil pesos sin haber desembolsado por su parte ni un centavo.

Lo demás que ponía Aldama era también su crédito para conseguir los quinientos rifles en calidad de reembolso. Aguilera lo relevaba del compromiso de facilitar esos rifles, ofreciendo encontrar otra persona que consiguiera las mismas armas en las mismas condiciones y en cambio le pedía que adelantara los diez mil pesos que faltaban para despachar la expedición, en calidad de reintegro, de los primeros fondos que por varios conceptos debían ingresar dentro de breve tiempo en la Agencia . Se observará la sin razón de Aldama al decir que se pretendía que él sufragara sólo los desembolsos que á todos correspondían, cuando en la expresada expedición que costaba setenta mil pesos sólo se pretendía que adelantara diez mil pesos en calidad de breve reembolso.

Hasta de las cincuenta mil cápsulas hubiera podido prescindirse

Decía Aldama: ...''yo no me he comprometido jamás á ''despacharlo'' á usted en el sentido que parece dar usted á esta palabra, sino á cooperar en el despacho de la expedición proyectada por usted, con todos los recursos de la Agencia General y con los míos particulares, ''subordinando mi acción'' á la de usted para el logro de la empresa.'' Y la manera que tuvo Aldama de ''cooperar'' en el despacho de la expedición ''proyectada por Aguilera'', en la que la ''acción'' de aquél estaba ''subordinada'' á la de éste, fué apoderarse del vapor, disponer libremente por sí y ante sí las reparaciones é innovaciones que habían de hacerse en él, contratar sin conocimiento de Aguilera todos los trabajos, y cuando éste por conducto ageno al de Aldama, sabía que se hacían en el vapor obras innecesarias y costosas que consumirían tiempo y dinero, y Aguilera manifestaba á Aldama su inconformidad, contestaba éste que esos gastos los juzgaba indispensables para cubrir su responsabilidad; que por unos pocos miles de pesos no dejaría de salir la expedición, etc.; y seguía gastando el dinero contra la voluntad manifiesta de Aguilera. Y cuando ya el dinero se agotó y no hubo más, entonces echó sobre Aguilera la responsabilidad de haberse hecho cargo de una empresa para la que no contaba ni con la mitad del dinero suficiente; entonces no era Aldama más que un simple ''cooperador'' entonces era Aguilera el que se había hecho cargo del despacho de su expedición: entonces en esa empresa la ''acción'' de Aldama estaba subordinada á la de Aguilera. Y téngase presente que el compomiso de Aldama fué entregar á Aguilera los fondos de la Agencia de la misma manera que Varona le entregó los suyos; y su compromiso lo cumplió Aldama como vulgarmente se dice: ''alzándose con el Santo y la limosna''...

Pero no continuaremos en la tarea de refutar uno á uno todos los términos de la carta que nos ocupa, dejándola á la contestación de Aguilera que insertaremos en su tiempo oportuno. Esta carta

de Aldama era debida á la habil pluma de Echeverría, quien como en otras ocasiones hemos dicho, actuaba en las difíciles circunstancias como su consejero y secretario.

Llevó Aguilera la carta de Aldama á Govantes para su contestación, poniéndose de acuerdo con él respecto á los particulares que debía tocar, conviniendo en que concluiría diciendo que Aguilera no sería menos generoso que Aldama y estaba asimismo dispuesto á hacer abstracción de su persona y nombrar para que lo representara en la conferencia que debían tener, al C. José Joaquín Govantes.

Al día siguiente entregó Govantes á Aguilera el borrador de la contestación á Aldama. Aquél hizo ponerla en limpio y la remitió á su destino al otro día.

La carta decía así:

"New York, Marzo 27 de 1875.

"C. Miguel Aldama

Agente General de la República de Cuba

"Distinguido conciudadano y amigo:

No colocado en el declive de la desconfianza y de la discordia, como usted asegura en su carta fecha 25 del actual, que paso á contestar, dí respuesta á la suya del 14: no, amigo mío; apoyado en la razón y en la justicia, y á la vista de los graves cargos que usted se sirvió dirigirme, era preciso que yo contestase, como contesté, ciñéndome únicamente á ellos, y "no torciendo palabras, atormentado hechos", ni bajo la influencia de "prevenciones siniestràs"; sino llamándolos por sus propios nombres, y respondiendo como debía responder al que, no sólo protestaba por la responsabilidad que pudiera imputársele en el despacho de la expedición, como asegura ahora haber sido el objeto de su carta, sino al que, después de severísimos cargos, que llegaron hasta el de perturbador de la emigración, apreciaba algunos de mis actos políticos como hostiles á la representación de nuestro Gobierno; atribuyéndome en otros una ligereza y falta de tacto, que no dicen con el proceder honrado de mi vida, ni están en armonía con mis años, ni con la elevación del puesto, que según usted mismo dice, estoy llamado á ocupar, ante la patria.

"Comienza usted su carta, manifestando lo preferible que hubiera sido un trato franco, frecuente y amistoso entre nosotros, á una correspondencia oficial, ocasionada á interpretaciones erróneas. ¿Y quién ha sido la causa de que aquel esté interrumpido? ¿Seré acaso yo, que ni lo he esquivado, ni he tenido durante él, ni una sola frase que pudiera entorpecerlo? Si hay discordia, el único responsable de ella es usted; pues hasta el día 16 del corriente en que llegó á mis manos su carta del 14, estuve dispuesto á la mayor armonía, como lo prueba la cita que tenía para ese mismo día con los señores General Villegas, Comisionado Diplomático J. A. Echeverría é Hilario Cisneros, con el objeto de pasar á la oficina de usted y complacerlo, como siempre lo había hecho; y cuya cita fracasó ante la intempestiva comunicación de usted que me cerraba las puertas de un fácil arreglo. Y si usted al tomar la pluma, y expresarse en la forma que lo hizo, no tuvo en cuenta las deferencias de mi amistad, mis sufrimientos en la emigración y mis sacrificios ante la patria; y trazó con ella rasgos que no están de acuerdo con el disgusto y la importancia que ahora manifiesta por nuestra desunión ¿tendrá derecho de calificar de faltas de "generosidad, de justicia" y de "patriotismo" mis palabras, ni mucho menos para mostrarse sorprendido por mis dudas? Yo dejo "la respuesta á la rectitud de usted mismo, en horas de mayor serenidad que las actuales". No obstante, vuelva usted á leer su carta del 14 y verá que no he cerrado los ojos á los "miramientos sociales" al llamar las cosas por sus nombres; ni he hecho "padecer la cortesía" al rendirle culto á la verdad. El que ha cerrado los ojos ante la carta que escribió, es usted mismo; el que trata de neutralizar la esencia de las frases es el que las ha traducido en la forma que usted lo hace, llegando hasta el punto de asegurar que niego á usted el derecho de la protesta, cuando lo que he atacado es la forma de que se valió para hacerla llegar á mí, olvidando el único

camino legítimo que tenía usted, y era ocurrir á nuestro Gobierno; y haciendo caso omiso de que, como empleado subalterno, dado mi carácter de Presidente electo, estaba muy lejos de poder usar sus derechos de la manera que creyó conveniente hacerlo.

"Así, no extrañe usted mi sopresa ante la forma observada por usted al hacer uso del derecho que no he pretendido negarle, como tampoco que me cause admiración verlo asegurar á usted que me he opuesto á su defensa por la responsabilidad que se le imputa en una empresa de que no quiso hacerse cargo. Lo que yo he pretendido es únicamente dejar las cosas en su lugar; y para no variar de conducta, cumple á mi lealtad decir á usted que si bien es cierto que usted no quiso al principio hacerse cargo de la referida empresa, después asumió usted el carácter de gerente, y con él responsabilidades que no desaparecen porque diga usted y vuelva á repetir, que sólo ha ofrecido su cooperación; pues al creer usted esto último, no diría como dice que no puede hacerme entrega del vapor en la forma absoluta que yo lo pido, por hallarse usted encargado de su custodia. Si de esa empresa, que usted se empeña hacer solo mía en cuanto á responsabilidades, el vapor y los elementos de guerra acopiados forman su base ¿dónde están esos deberes que tocan á usted tan de cerca, si usted mismo, al indicarlos, manifiesta que es sólo un cooperador cuyos actos están subordinados á mi acción? Desengáñese usted, que en el asunto de la expedición, corresponden á usted responsabilidades que como he dicho antes, están muy lejos de ser desvanecidas con palabras. Si es usted un simple cooperador, á mí y solamente á mí tocaría todo lo concerniente á la empresa; pero si es un gerente, como lo creo, y se deduce, en mi concepto, de lo que usted manifiesta acerca de la entrega del vapor, las obligaciones son solidarias, y por consiguiente tienen que estar divididas entre ambos.

"Creyendo contestados ya los principales particulares de su comunicación y pasando por alto aquellos que, si bien de gran importancia para usted, no me parece que deben ocuparnos un tiempo que necesitamos para más "altos fines", concluyo manifestándole que, siendo fácil, según usted cree, aprovechar los elementos existentes á pesar de hallarse agotados los fondos de la Agencia y no poder usted aprontar lo que falta para la expedición, no tengo inconveniente en propender por mi parte á adelantar el anhelado momento de mi marcha, ni á dejar de ser tan generoso como usted, si nó para dejar en el altar de la patria "sugestiones y prevenciones" que no abrigo, para demostrar una vez más, que nunca se invoca en vano en mi presencia el nombre de Cuba, y que estoy ahora, como el primer día, dispuesto á los mayores sacrificios por nuestra independencia.

"Espero para que lleguemos lo más pronto posible á un resultado positivo, que no dilate ese abismo de discordias y de chismes en el que, según usted, estoy sumergido; y no queriendo que en ningún caso pueda darse una interpretación torcida á cualquiera opinión emitida por mí sobre el particular del arreglo, y estando, como estoy, dispuesto á que usted me despache en la forma que lo desee, prescindo de mi personalidad y nombro una persona honrada é imparcial, como lo es el C. José J. Govantes, tanto más adecuado para este objeto, por estar instruido de los preliminares de este asunto, para que acercándose á usted tan pronto como tenga usted á bien indicarme su aceptación, proceda en la mejor armonía á cumplir mis instrucciones, así como los deseos de usted y los míos, y demos término á una empresa que, más que á nosotros, toca á los intereses de la patria, en el menos tiempo posible.

"Soy de usted con la mayor consideración,

P. y L.

F. V. Aguilera."

CAPITULO XX

MARZO 1875

CARTA DE VILLEGAS.—AGUILERA ALMUERZA CON EL.—CARTA DE ECHEVERRIA. —AGUILERA ACEPTA LA CONFERENCIA.—ESTA SE EFECTUA.—ECHEVERRIA PREDICA LA ARMONIA CON ALDAMA.—PROPONE QUE AGUILERA SOLICITE MAS DINERO PARA DARLO A ALDAMA.—CONTRA PROPOSICION DE AGUILERA.—ECHEVERRIA DICE HABLA A AGUILERA COMO COMISIONADO DIPLOMATICO.—AGUILERA CONTESTA QUE LO HAGA POR ESCRITO.—ECHEVERRIA HABLA DE RESPONSABILIDADES.—AGUILERA LO INTERRUMPE.—DICE SER HOMBRE DE RESOLUCIONES FIRMES.—IRA PRONTO A CUBA O LA MUERTE.—ECHEVERRIA FIEL SERVIDOR DE ALDAMA.—TRATA DE SALVARLO.—TRATA DE HUNDIR A AGUILERA.—CONTESTACION DE ALDAMA.—CARTA DE AGUILERA A ALDAMA.

Recibió Aguilera dos cartas con fecha 27 de Marzo; una de Villegas y otra, una comunicación oficial de Echeverría. En la primera decía Villegas extrañar la ausencia de Aguilera y lo invitaba á almorzar para el día siguiente. La de Echeverría se reducía á citarlo á una conferencia en bien de la República. Contestó Aguilera la primera, aceptando la invitación y la segunda diciendo á Echeverría que señalara día, hora y lugar para complacerlo. Al otro día muy temprano recibió Aguilera un telegrama de Echeverría diciendo que la conferencia podía ser en su casa—de Aguilera—á las once de la mañana. Fué Aguilera á casa de Villegas, almorzó con él apresuradamente y antes de las once estuvo de regreso en su casa. Llegó Echeverría á la hora fijada y para ser más fieles en la exposición de la conferencia celebrada entre Aguilera y él, vamos á transcribirla del "diario" del primero:

"Marzo 29. —:.....Empezó Echeverría exponiendo que protestaba de la manera más solemne que esta conferencia la intentaba sin conocimiento de Aldama, pues lo que deseaba ardientemente era evitar un rompimiento entre los dos, por los graves perjuicios que se irrogarían á la causa de Cuba. Me manifestó que tanto Aldama como yo le habíamos puesto oídos á chismes y cuentos, como era lo que me habían dicho de que en las pailas no se trabajaba con actividad, cuando él se había informado con el principal de la fábrica de Aldama y le había dicho éste que no era posible que en el reducido espacio que había, pudiesen ponerse más trabajadores; mientras que Aldama se había resentido al ver el despego con que hacía tiempo que yo lo trataba. Me dijo que había leído la carta que yo dirigí ayer á Aldama y lo que éste más había sentido era que yo le hubiera puesto á Govantes como apoderado mío, cuando éste acababa de escribir un artículo en "La Independencia" que aunque envuelto en la mayor finura, le increpaba por hechos que no habían existido y que no sabía como podría sostener. Que por lo tanto dijo á Aldama que no contestase mi carta hasta que él le avisase. Que en esa virtud me proponía, ya que no quería entenderme con Aldama, si tendría dificultad en entenderme con él. Le contesté que no tenía la menor dificultad en que así fuese, pues al haber nombrado yo á Govantes, fué porque era el único amigo con quien podía contar para ese efecto, no habiéndolo hecho con él ni con Hilario, así como los había ocupado en distintas ocasiones, porque se trataba de Aldama y yo respetaba mucho los fueros de la amistad que con él los ligaba. Entró pues en materia. Me manifestó que el negocio del Perú estaba ya completamente arreglado; que á Márquez se le debía este beneficio, y el General Prado había manifestado que las armas y demás pertrechos de guerra estarían en Panamá en todo el presente mes. Que por lo tanto, lo más importante para la causa de Cuba era ver si se salvaba el vapor que estamos cuestionando, pues en él habrían de ir todos los referidos recursos allí acopiados, y si nuestra desavenencia continuaba se perdería irremediablemente el

vapor. Le manifesté que no sabía cómo podría yo evitar esta calamidad, pues no encontraba términos hábiles de un arreglo con Aldama, porque éste me había dicho que no podía contribuir con sus recursos particulares, que la Agencia no tenía un centavo, que el vapor debía $5.000 y por último que lo embargarían y probablemente lo rematarían si no se pagaban sus créditos á los contratistas. Que todos estábamos persuadidos de que ni á Aldama solo, ni á mí, ni á los dos juntos nos daría un centavo más la emigración, por cuyo motivo no veía cómo pudiera efectuarse un arreglo, porque yo tampoco tenía una peseta. Me manifestó que él tenía un medio, siempre que yo no diese el escándalo de separarme de Aldama y era el siguiente: que Aldama había pagado $2000 y de consiguiente ya no eran $5.000 sino $3.000 los que faltaban. Que yo podía hacer diligencias para que me entregasen los $7.000 aproximadamente que se recogerían entre aquí y Cayo Hueso, con lo cual se acabaría de pagar el vapor salvándolo así; y con lo demás se irían sufragando los gastos que originaran el personal que tenemos que sostener. (Ya anteriormente le había presentado yo la lista nominal de los individuos que sosteníamos cuyos gastos ascendían á $1.200 mensuales, y durante la conversación me había dicho también que los donantes de Cayo Hueso me habían inferido una injuria al exigir que no se me entregasen los fondos si no con tales y cuales condiciones). Contestéle pues, que aceptando yo como una injuria que indirectamente se me hacía, el ponerme tales ó cuales condiciones, sobre ese particular no daría un solo paso aunque viera que mi mujer y mis hijos se morían de hambre y con eso pudiera salvarlos, porque cumplía á mi honor obrar de esa manera. Manifestóme entonces que no era necesario que yo diese pasos en ese sentido, sino que bastaba que la emigración de Cayo Hueso supiese que yo trabajaba de acuerdo con Aldama y que ese dinero era para conservar el vapor, que tan importantes servicios había de prestar, para que desde luego dispusiese voluntariamente aquella emigración que se me entregase esa suma. Repliquéle que acpetaba pero con una condición y era que encontrásemos los $6.000 que faltaban para despacharme pronto, es decir dentro de 15 ó 20 días.

"Contestóme que era absolutamente imposible, pues además de lo angustioso del tiempo, no había aquí ningún rico que hiciese ese sacrificio. Continuó manifestando las grandes responsabilidades que me echaba encima si provocaba un rompimiento con Aldama y por ese motivo tenía que venderse ó rematarse el vapor, perdiéndolo Cuba para las demás expediciones ulteriores; y añadió que esas reflexiones me las hacía como amigo á quien tanto había distinguido y como Comisionado Diplomático al Vicepresidente de la República.

"Le contesté que como amigo le admitía sus reflexiones y consejos con el mismo agrado que los había oído siempre; pero que con respecto á decírmelo como Comisionado Diplomático, esperaba que lo hiciese por escrito, si quería que yo le contestase.

"Puestas las cosas á esta altura, trató de insistir sobre lo de las responsabilidades; é impaciente yo, le interrumpí con alguna viveza, diciéndole que llegado el caso era yo hombre de resoluciones muy firmes y ya la había tomado en aquella ocasión. Que mi determinación era ir á Cuba inmediatamente, de cualquier manera que fuese, para que los amigos á quienes había lanzado á la revolución no pudieran decir nunca que yo los había embarcado y me había quedado en tierra; que por consiguiente, mi resolución era irrevocable, aunque supiera que me esperaba la muerte.

"Sentí haber estado tan vehemente, porque al fin estaba en mi casa y esto mismo podía habérselo dicho con más calma, pero no pude dominarme en aquel momento. Esto aconteció ya de pié despidiéndonos; él me contestó con mucha calma que le parecía que ya habíamos concluído. Le dije que sentía mucho no poderlo complacer en estas circunstancias como lo había hecho en otras. Hablamos un rato con aparente tranquilidad ambos, sobre los retratos de mi suegro y el mío, y se despidió tan

cortés como siempre acompañándolo yo hasta la puerta, con la misma cortesía.

"Lo anteriormente referido es sólo lo más sustancial de la conferencia que tuvimos, pues hablamos de otra infinidad de cosas referentes al mismo asunto, aunque no de tanta importancia".

Por lo referido podrá comprenderse la clase de amigos que tenía Aldama; no podía darse más fidelidad y devoción para con un hombre. Conocía Echeverría todas las faltas de Aldama, conocía también que si Aguilera había cometido alguna, era la de haber sido demasiado paciente para con él. Al talento claro de Echeverría no podía esconderse que Aldama había estado jugando con Aguilera. ¿Cómo habría de escondérsele si él mismo había tomado parte en ese juego desleal, cuando en compañía de José Manuel Mestre habían pasado tres días en la elaboración de aquella carta sutil que pareciendo á primera vista tan satisfactoria, encerraba el germen de una negra trama?—Nos referimos á la carta en que ponía Aldama á disposición de Aguilera los fondos de la Agencia, que delante de Carlos de Varona y otros se había comprometido á entregarle.—Por otro lado, conocía perfectamente la nobleza de Aguilera, sabía que éste había sufrido con la paciencia de Job el vaivén con que por tanto tiempo lo había mecido Aldama. Verdad es que pensó tal vez que este juego podía ser perdurable, pues parece no creyó hubiera en Aguilera la entereza suficiente para resistirse á él; mucho menos cuando todos los amigos de Aldama formaban una fuerte tela, semejante á la que construye la araña artera para aprisionar su víctima. Mas á pesar de su talento, su experiencia y su sagacidad, Echeverría se equivocó esta vez. Aguilera, tan paciente cuando sufría aquellas contrariedades y miserias, alentado por la esperanza de verlas algún día convertidas en bien para Cuba; tan pronto perdió esa esperanza, vió que estaba sirviendo de juguete indigno, y comprendió el daño que se hiciera á su adorada Cuba, se convirtió en otro hombre; y aquella red con que Aldama y los suyos creían tenerlo tan firmemente sujeto se rompió al primer esfuerzo de Aguilera, y una vez libre, no se dejaría ya engañar otra vez por las mentidas argucias de los servidores de la impostura.

¡Qué triunfo más grande para Echeverría y para Aldama si Aguilera, aceptando la proposición del primero, hubiera vuelto á unirse á Aldama para seguir en los antiguos é interminables cabildeos, con él y sus servidores!

¡Y qué desprestigio, qué vergüenza para Aguilera si después de convencido de lo que podía esperar de Aldama se prestara á ser juguete de sus caprichos y aviesas miras! Esto precisamente era lo que buscaba Echeverría. La glorificación de la deidad Aldama. El desprestigio, el hundimiento de Aguilera.

En la misma noche del día en que tuvo Aguilera con Echeverría la conferencia que acabamos de exponer, recibió Aguilera dos cartas: una de Aldama en contestación á la suya última, y otra de Hilario Cisneros en que le incluía la liquidación de una pequeña cuenta que tenía con él, resultando un saldo á favor de Aguilera de quince pesos. Como Aguilera no había pedido á Cisneros esta liquidación, parece que éste creyó propio hacerla, dada la actitud de Aguilera. La carta de Aldama decía así:

"New York, Marzo 28 de 1875.

"C. General Francisco V. Aguilera

"Mi distinguido conciudadano y amigo:

"Ayer de tarde recibí su atenta del mismo día, la cual, permítame usted no contestar en todos sus pormenores porque á mi juicio, es bueno no dar pábulo á una polémica que sólo perjuicios puede producir para Cuba

"Doloroso es en verdad, que guiados ambos por igual patriotismo, no sea posible entendernos: más ya que desgraciadamente así sucede, y que usted rehusa toda comunicación directa con el Agente General de la República, siento manifestar á usted que no me es posible aceptar la intervención del C. J. J. Govantes en esta cuestión, no porque yo ponga en duda su patriotismo, sino por-

que la actitud asumida por dicho señor en la prensa periódica respecto á la Agencia, me autoriza á presumir que no se halla animado de la imparcialidad necesaria en asunto de tan grave importancia oficial. En mi concepto, el ciudadano más caracterizado para intervenir en ella es el Comisionado Diplomático de la República, evitando así la inmistión de terceras personas en la discordia que, á pesar de mis deseos de evitarla, ha surgido entre nosotros. Lo propongo á usted con ese objeto, dejando sin embargo á su decisión lo que estime por su parte más conveniente al servicio de la patria.

"Soy de usted con la mayor consideración su atento conciudadano y amigo,

Miguel de Aldama."

Llevó Aguilera á Govantes esta carta y convinieron en contestarle recusando á Echeverría en virtud de la conferencia que el día anterior había tenido con Aguilera en la que había tratado de echar sobre él responsabilidades que no podía admitir; y proponerle por su parte á Nicolás Domínguez Cowan, para que se entendiese con él.

Concluído el borrador por Govantes, lo hizo poner en limpio Aguilera y enseguida mandó la carta á Aldama, haciendo poner un telegrama á Domínguez Cowan, que vivía en Filadelfia, llamándolo con urgencia.

La carta para Aldama decía así:

"New York, Marzo 30 de 1875.

C. Miguel de Aldama.

"Agente General de la República de Cuba en el Exterior.

"Distinguido conciudadano:

"Tengo á la vista su atenta, fecha del día de ayer, la que paso á contestarle debidamente.

"Lamento como usted que las cosas se encuentren en el estado á que han llegado; pero no puedo aceptar que sea yo la causa de esa situación, ni mucho menos que haya prescindido voluntariamente de la intervención del Agente, como parece usted indicarlo; cuando si hay divergencia, nació precisamente de su carta del 14, como lo expliqué á usted de una manera que no deja lugar á duda, en mi anterior de fecha 27 del actual.

"Díceme usted que no le es posible aceptar la intervención del C. Govantes, porque, si bien no pone en duda su patriotismo, la actitud asumida por él en la prensa periódica, respecto á la Agencia le hace presumir que no esté animado de la imparcialidad necesaria en cuestión tan grave. Yo, sin entrar á hacer la defensa del C. Govantes, en lo que concierne á la duda que usted abriga, y que al reconocerlo usted como patriota cae herida por su base, me limitaré á indicarle, que he leído todos los artículos publicados por él y en ellos no encuentro absolutamente nada que pueda poner en duda la rectitud de sus intenciones, ni que dé motivo para dudar de su imparcialidad. Pues si bien es verdad que en alguno de sus escritos, después de proclamar la necesidad de la unión y buscar elementos materiales para nuestra guerra, ha marcado errores, no se ha concretado de una manera exclusiva á usted, sino que ha hablado en términos generales; evitando, como debe evitar todo escritor de conciencia, la personalidad. Lo hallé el más adecuado para este asunto, porque conociéndolo íntimamente y satisfecho de su honradez y patriotismo, debía esperar el mejor éxito de su cometido.

"Propóneme usted al Comisionado Diplomático de nuestra República para que lo sustituya, y siento manifestar á usted que aunque reconozco en él la inteligencia, la honradez y el patriotismo suficientes para desempeñar ese encargo, entre ese ciudadano y yo ha tenido lugar ayer una entrevista, en la que se sirvió indicarme responsabilidades, que desde luego me hacen creer no me considera con la razón y justicia suficientes para la actitud que he asumido: permítame usted que, por esta circunstancia, prescinda del C. Echeverría, pues no creo que deba proceder de otro modo.

"Excluídos los C. C. Echeverría y Govantes, propongo á usted para que me sustituya al C. Nicolás Domínguez Cowan, el que no ha publicado nada en los

periódicos, ni ha residido en esta ciudad, y por consiguiente se halla exento de toda parcialidad. Este ciudadano me merece la mayor confianza por su honradez y su patriotismo, y espero que por ello sea aceptado por usted.

"No creo deba terminar ésta, sin hacer á usted presente que, dada la situación en que se encuentra el vapor, hasta el punto de poder pesar sobre él un embargo; y por otro lado, la falta completa de recursos por mi parte, para hacer frente á los mil y pico de pesos mensuales á que ascienden las pensiones que tienen que abonarse á los expedicionarios, se hace necesario aprovechar el tiempo, para terminar cuanto antes este asunto y saber á qué debo atenerme.

Soy de usted con la mayor consideración,

P. y L.
F. V. Aguilera."

CAPITULO XXI

MARZO 1875

AGUILERA DECIDIDO A MARCHAR A CUBA A TODO TRANCE.—SU FAMILIA LO PREOCUPA.—INQUIETUD POR SUS HIJOS MAS PEQUEÑOS.—EL REV. P. PALMA LE PROPONE UN ASILO PARA ELLOS.—LO ACEPTA CON TRISTEZA.—AGUILERA LLEVA SUS HIJOS AL ASILO.—CONMOCION QUE RECIBE SU ALMA.—ENTREGADOS A LA CARIDAD DEL EXTRANJERO.—EL REV. P. PALMA LE DICE QUE SOLICITA UN COLEGIO PARA ELLOS.—LA PENSION LA PAGARAN LOS CUBANOS RICOS.—AGUILERA LE DA LAS GRACIAS.—SU TRABAJO SOLO LE PRODUCIRIA DESENGAÑOS.—AGUILERA PAGA UN COLEGIO AL HIJO DE SU COMPAÑERO.—A SUS HIJOS LOS COLOCA EN UN "ASILO DE HUERFANOS".

Decidido como estaba Aguilera á marchar á Cuba de cualquier manera que fuese, le preocupaba mucho su familia, y sobre todo sus hijos más pequeños, que estaban en edad de educarse y no sabía qué suerte les esperaría. Tratando sobre este particular con el Rev. Padre Palma, le sugirió éste la idea de colocarlos en un asilo, donde al mismo tiempo que cuidarían de su educación atenderían también á su subsistencia. Entristeció á Aguilera la idea de dejar sus hijos confiados á la caridad pública, en un país extranjero; sin embargo, tal era su situación que accedió á ello y quedó el Rev. Palma encargado de las diligencias para conseguirlo. Al poner en práctica su intento tropezó el Reverendo con la dificultad de que todos los Asilos eran para niños huérfanos, y como los de Aguilera tenían padre y madre vivos, no podían ser admitidos. Finalmente, tomando el Rev. Padre con empeño el encargo, logró convencer al Superior de uno de los Asilos, de que si bien vivían los padres, de los niños, uno marchaba pronto para Cuba libre, donde sería tan inútil para sus hijos como si no existiera y quizás no tardaría en alcanzar esta suerte, y la madre marchaba para la Isla de Jamaica, buscando le fuera más fácil la subsistencia.

Mirando con tanta simpatía el pueblo americano á los revolucionarios cubanos, el Superior se dió por convencido y se prestó á admitir en su establecimiento los hijos de Aguilera Eran éstos, tres niños, uno de ellos su nieto, que era realmente huérfano, pues su padre, Eugenio Odoardo, hemos visto fué hecho prisionero y fusilado por los españoles en Cuba. Copiaremos del "diario" lo que escribió Aguilera el día que llevó sus hijos al Asilo.

"Marzo 30.—Salí con Caridad y Lico para llevar á Pedrito y los dos Eugenitos al Asilo de la calle diez, donde estuvimos el martes de la semana pasada. El corazón se me oprimió al recorrer aquellos salones ocupados por más de 200 niños pobremente vestidos, aunque muy aseados, con el cabello cortado al rape, como llegan á Cuba los quintos de España, para que mantengan aseada la cabeza. Aquella vista me impresionó has-

ta el extremo de sufrir una conmoción desconocida. Apresuré, pues, la despedida y los dejé entregados á la caridad de los norteamericanos, que es hoy su Providencia. Caridad siguió para casa afligida, porque quizás ella experimentó lo mismo que yo. Me dirigí con el compadre Lico á casa de Govantes donde encontré al Padre Palma. Le dí las gracias por su recomendación, manifestándole que acababa de instalar mis hijos en el Asilo de Beneficencia que él me consiguió. Me contestó que sentía me hubiese apresurado, porque estaba haciendo diligencias para ver si conseguía ponerlos en un colegio donde se aprovecharían más y podían estar mejor asistidos. Me enseñó la contestación del Director del Colegio donde está el hijo de Vicente García, en la que dice le era absolutamente imposible rebajar la pensión de $250 anuales. Me dijo que el mismo Director le había escrito que por los tres míos podía hacerme una rebaja, y añadió que había estado haciendo diligencias con algunos ricos de aquí para ver si se comprometían á abonar la pensión de mis hijos. Le contesté que le daba las gracias más sinceras por su buena voluntad, pero quería relevarlo de ese trabajo que sólo le produciría desengaños. Que él debía conocer también como yo la emigración rica de aquí, y aun dado caso de que se comprometieran á hacer lo que les pedía, lo que juzgaba casi imposible, no cumplirían su compromiso y tendrían mis hijos que salir del colegio al poco tiempo por no pagarse sus pensiones''.

Se recordará no hacía mucho tiempo que estando el Reverendo Palma muy afanado en su empeño de recolectar entre los ricos de New York doscientos cincuenta pesos para pagar una anualidad en el colegio al hijo de Vicente García, Aguilera le dijo que lo que le faltase lo daría él. Como el Reverendo Padre algunos días después le pidió los doscientos cincuenta pesos, es de presumir que fué nula la recolección. Aguilera le dió la cantidad y el hijo de Vicente García ingresó en el Colegio.

Aguilera, que pudo pagar el Colegio al hijo de un compañero, puso á sus propios hijos en un Asilo de Huérfanos. Tal fué en todas ocasiones su proceder.

CAPITULO XXII

MARZO y ABRIL 1875

LOCOS EMPEÑOS DE JUAN LUIS PACHECO.—EL "OCTAVIA" A PUNTO DE IRSE A PIQUE.—COMUNICACION DE ECHEVERRIA A AGUILERA.—HABIL DEFENSA QUE HACE DE SU AMIGO ALDAMA.—CONTESTACION DE AGUILERA.—CARTA DE ALDAMA A AGUILERA.—LLEGADA DE DOMINGUEZ COWAN A NEW YORK.—ALDAMA FALTA A LA CITA.—SE EXCUSA Y CITA A DOMINGUEZ PARA EL DIA SIGUIENTE.—LA CONFERENCIA SE EFECTUA.—COMIENZA A LAS DOCE DEL DIA.—ECHEVERRIA TAMBIEN TOMA PARTE EN ELLA.—OPONE DIFICULTADES AL ACTA.—ESTA NO SE CONCLUYE.—FRACASO DE LA CONFERENCIA.—MALA FE DE ALDAMA Y ECHEVERRIA.—GRANDES VENTAJAS SOBRE SU CONTRARIO.—DOS CONTRA UNO.—ONCE HORAS SEGUIDAS DE CONTINUO DEBATE.—TRATAN DE DESCONCERTAR A DOMINGUEZ.—ATAQUES DOBLES.—ESTE SE DEFIENDE.—SE RETIRA A LAS DOCE DE LA NOCHE.—DICE NO ES POSIBLE AVENENCIA.—SUPLICA LO DEJEN DESCANSAR.—AL DIA SIGUIENTE DARA SU INFORME.—DESLEALTAD DE ALDAMA.—COMUNICACION DE DOMINGUEZ COWAN REFIRIENDO LOS HECHOS—ACTA INCONCLUSA. CARTA DE ALDAMA EN QUE DA CUENTA DE SU CONFERENCIA CON DOMINGUEZ. —CONTESTACION DE AGUILERA.

Queriendo Aguilera que los amigos de Aldama y que él había considerado como suyos también, no tuviesen ninguna queja, ofreció á Villegas ir á comer con él, y fué. Durante el tiempo que estuvieron reunidos, Villegas no habló ni una palabra sobre el asunto de Aldama. Aguilera guardó la misma reserva. Después de la comida llegó el joven Peña, dijo que había recibido una carta de Juan Luis Pacheco y la enseñó.

Decía Pacheco que la emigración del

Cayo había comprado para él, en dos mil pesos un vapor que hacía tiempo estaba allí sin uso y varado en la costa. Lo utilizaría para su expedición. El valor de las reparaciones que necesitaba ascendía á unos tres mil pesos, así es que con un desembolso de cinco mil pesos tendría Cuba un vapor que valdría más de veinticinco mil. Le encargaba que le buscara un maquinista y fogoneros cubanos y dijese á los "muchachos" que estuvieran listos para cuando él les avisase; pero si antes que la suya, saliera otra expedición, los relevaba de su compromiso. Comentando la referida carta manifestó Villegas que Pacheco estaba loco, pues en aquellos momentos tan críticos distraía para una empresa descabellada una suma que tanta falta hacía para más serios empeños.

Fué á ver Aguilera á Gonzalo Acosta, segundo maquinista del vapor. Le manifestó éste que hacía pocos días había estado á punto de irse á pique el "Octavia". Le habían abierto una de las válvulas, tomó mucha agua y no descubrieron el percance hasta al día siguiente, á pesar de pagarle á un "sereno" para que lo vigilase de noche.

Manifestó también que todos los trabajos se habían suspendido en el vapor, á pesar de faltar todavía algunas reparaciones.

Como Aguilera continuó visitando á Hilario Cisneros, fué á su oficina. Le manifestó éste que había recibido una carta de Varona preguntándole por la expedición; dijo que la carta se le había quedado en casa y la enseñaría á Aguilera al día siguiente si iba á su escritorio. Quedó Aguilera en hacerlo así para acordar lo que debía contestarle. No pudieron hablar privadamente porque había otras personas.

Cuando regresó á su casa, á las cuatro de la tarde, encontró una comunicación muy larga de Echeverría, correspondiendo á la insinuación que le hiciera en su última conferencia al efecto de que si tenía alguna cosa que decirle como Comisionado Diplomático, se sirviera hacerlo por escrito.

Transcribiremos aquí la referida comunicación: Dice así.

"New York, Marzo 29 de 1875.

"C. General Francisco V. Aguilera.

"Obsequiando la indicación expresamente manifestada por usted, procedo á hacer constar por escrito el objeto de la conferencia que hemos tenido esta mañana en su casa.

"Movióme á pedir á usted hora para ella, la persuación de que no cumpliría yo con mis deberes de Comisionado, de compatriota y de amigo, sino procurase, por cuantos medios estén á mi alcance, contribuir á que tengan término ó siquiera á que se neutralicen los perniciosos efctos del lamentable desacuerdo que, para mal de Cuba, deslustre de nuestra revolución y desconsuelo de todo cubano bien intencionado, ha surgido entre el Presidente electo y el Agente General en ejercicio de la República.

"He visto nacer ese desacuerdo, de causas al parecer triviales, de pasiones, patrióticas en su orígen, pero que aventadas con soplos impuros ó indiscretos, habían de levantar una llama funesta; y en lo que de mí ha dependido, he tratado de ahogarla, apelando alternativamente, según ha sido necesario, á la generosidad y á la nobleza de carácter de usted y del Agente General. Había tenido siempre la satisfacción de encontrar esa nobleza y esa generosidad á la altura de la causa cuyo triunfo desean tan cordialmente el uno como el otro, y tengo el íntimo convencimiento de que la buena armonía se hubiera restablecido si agencias extrañas no hubiesen venido á aumentar su perturbación y tal vez quebrantarla por completo. Más por desgracia, al mismo tiempo que veía prevalecer los impulsos elevados de usted y del Agente General, he visto brotar y salir á luz una idea, hija sin duda, de las mejores intenciones, pero que antes de ahora, ha dado ya frutos amargos en la emigración, trascendentales á los campos de Cuba libre, y que lógica, fatalmente habrá de producirlos más nocivos aun en las actuales circunstancias. Previéndolo así, lo hice presente al entusiasta generador de la

idea, representándole que su tendencia final era anárquica; que no se dejase alucinar por la pureza de su intención, pues como ha dicho uno de los padres más eminentes de la iglesia católica "el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones"; que siendo la suya conciliar los ánimos de los cubanos emigrados y despertar su entusiasmo para que cooperen con mayor eficacia al envío de auxilios materiales á Cuba, el medio por él propuesto, sólo había de dar por resultado revivir desavenencias un tanto adormecidas entorpecer una empresa ya adelantada, desprestigiar los principales funcionarios de la República, introduciendo entre ellos un fermento de discordia y por último, desautorizar á nuestro Gobierno en la representación de sus Agentes.

"Si mis previsiones eran erróneas, díganlo las consecuencias: un meeting en que la voz que tuvo la mayor resonancia, no fué por cierto la de la fraternidad y la armonía y en que pospuesto el promovedor del pensamiento, obtuvo los sufragios para presidir la sociedad en ciernes el representante (apreciable para mí bajo muchos otros conceptos) de una agrupación esencialmente exclusiva: un periódico en que se han prodigado los más sangrientos y calumniosos ataques al Agente General, á otros ciudadanos respetables y á usted mismo; la emigración de esta ciudad aletargada; la de Cayo Hueso tan entusiasta como siempre pero fluctuando entre usted, el Agente General y nuevos quiméricos proyectos; inclinándose á poner al alcance de usted el producto de sus sacrificios, pero no permitiéndole tocarlos sino bajo la tutela y el crédito del señor Govantes: la expedición que tantos afanes ha costado, en peligro de abortar en la hora inminente de realizarse; y para colmo y remate de confusión, un conflicto al parecer inevitable entre los dos patriotas más preclaros que hoy hacen profesión de servir á Cuba en el Extranjero.... ¿Cómo no ha de derramar la patria amargas lágrimas y cubrirse el rostro para ocultar sus dolores?

"Permanecer yo espectador indiferente de tales sucesos desde mi puesto oficial, cuando tantos otros, sin más títulos que el de ciudadanos de buena intención, han contribuído quizás, con su ingerencia á precipitar el rompimiento, hubiera sido faltar á sabiendas á mi deber de no omitir diligencia alguna que pueda ser provechosa al servicio de la República en el Exterior.

"En este concepto me acerqué primero al C. Agente General, y convencido por sus explícitas manifestaciones y por su última comunicación dirigida á usted, de que cualquiera que haya sido su proceder en estas circunstancias, se hallaba animado de un espíritu conciliador y patriótico, y dispuesto á deponer todo sentimiento personal, solicité de usted la entrevista á que asistí esta mañana, en la confianza de que no habría de encontrar á usted menos generoso; á pesar de que la carta de usted contestando á la citada del Agente General que yo acababa de leer, hubiera podido infundirme dudas respecto al buen éxito de mi misión pacificadora.

"En su desempeño hice presente á usted la escasez de razón que había para el desacuerdo entre usted y el C. Aldama: traté de explicar los hechos que le han servido de fundamento: llamé la atención de usted hacia sus consecuencias funestas: procuré demostrarle que el servicio más precioso tal vez para Cuba en los momentos actuales, era salvar de todo tropiezo al vapor adquirido á tanta costa, para llevar con él á cabo empresas no menos importantes que la por usted proyectada; con este motivo instruí á usted de las empresas realizadas en la América del Sur; indiqué la falta de conformidad que á mi juicio resultaba entre los deseos de conciliación expresados por usted en su última contestación á Aldama, y su repugnancia á entenderse con él, comisionando al efecto al señor J. J. Govantes, que precisamente, y con más ó menos embozo, acaba de publicar artículos que se prestan á interpretaciones depresivas de aquel funcionario: respetando sin embargo, el desabrimiento de usted le insinué mi disposición á servir de intermediario para el arreglo definitivo de la expedición en que tenga que intervenir el Agente; y habiéndome en-

señado usted una nota de las atenciones que pesan sobre usted, las cuales no le permiten prolongar la situación indefinida en que hoy se encuentra, por la carencia de medios para cubrirlas, me tomé la libertad de decirle, que mediante una buena voluntad, era posible hallar solución á las dificultades pendientes; pues reunido lo colectado en esta ciudad por las comisiones diputadas al efecto, con lo que según noticias remiten los de Cayo Hueso, sobraba para pagar lo poco que faltaba de pagar de las composiciones del vapor, y para continuar usted llenando las atenciones referidas; con lo cual se daba tiempo á que la Agencia se hallase en aptitud de completar la expedición preparada por usted, se aseguraba el despacho de las otras, en vía ya de ejecución, y sobre todo, se evitaba un rompimiento del que ninguna honra han de recoger los contrincantes, y sí han de seguirse perjuicios á la patria.

"A esta solución opuso usted resuelta negativa, por razones de delicadeza que respeto; y la dilatada discusión que tuvimos sobre cada uno de los puntos indicados en el párrafo precedente, produjo en mi ánimo la triste certidumbre de que no se hallaba usted dispuesto á ceder en ninguno de ellos; poniendo usted fin á nuestra entrevista con decirme que si mi intención había sido darle un carácter oficial, me dirigiese á usted por escrito.

"Esto es lo que he procurado hacer de un modo sumario en la presente carta. Yo lamento la ineficacia de mis palabras para disuadir á usted de un propósito, que sea dicho con toda la deferencia debida á un patriota tan eminente como usted, me parece deplorable. Heróica es sin duda su resolución de ir solo, si de otro modo no puede hacerlo, á morir al lado de los que lo acompañaron á proclamar la libertad de Cuba, siquiera sea para disipar las dudas que hayan podido inspirarles su larga ausencia; pero séame lícito hacerle á usted presente, que la patria no se satisface con sacrificios infructuosos; que la historia suele tratarlos con crueldad, y que los contemporáneos, más ingratos y crueles todavía, pasado el primer estupor que siempre causa el heroismo sin éxito, acallan su propia responsabilidad calificándolo de locura. Estoy hablando en el concepto que las propias palabras de usted me han hecho formar, de que carece de los elementos necesarios para ir á Cuba con una expedición debidamente provista y organizada; y en ese concepto no lleve usted á mal mi insistencia, en suplicarle que reconsidere una determinación desesperada. Tal vez corra el riesgo de lastimar á usted con mi franqueza, pero la transparencia de mis motivos, me permite esperar que no la equivoque usted con ningún designio tortuoso y que la acepte usted como la leal y desenfadada expresión de la amistad y del patriotismo.

"No he tratado de defender al Agente General, ni sería esta ocasión oportuna para apreciar su conducta; pero cualquiera que haya sido, nunca podrán desconocerse dos hechos significativos: es el primero, que Aldama, no contento con explicar las palabras que han excitado el enojo de usted, lo ha invitado á ahogar todo resentimiento personal, para llevar de consuno á buen término la obra por ambos comenzada: y es el segundo que usted está decidido á no aceptar la conciliación propuesta, como lo deja traslucir el resultado de nuestra entrevista. ¿Quedará usted con esto justificado y exento de toda responsabilidad? ¿No teme usted las interpretaciones á que se pretenda ajustar el proceder de usted en este asunto? Por más patriótico que haya sido; por más amargos los sufrimientos morales de usted, y mayores aun las contrariedades de todo género con que ha tenido usted que luchar desde que vino de Cuba, no enmudecerá la maledicencia de los que hagan contrastar el largo tiempo transcurrido sin que le haya sido á usted posible utilizar los recursos pecuniarios puestos á sus órdenes en cantidad mayor que la que ha podido disponer Aldama como Agente, y el dilema en que ahora lo coloca usted para que escoja entre un escándalo político ó el inmediato despacho de una expedición para la cual, ni cuenta con fondos de la República ni su situación presente le permite aprontarlos de su bolsillo. Ni faltará

probablemente quien atribuya el despecho de usted á su posición especial respecto al señor Varona, y al deseo de salvar sus propias dificultades, creandoselas al Agente General con el general Quesada por el reclamo del vapor, ó de hacerlo pasar por la vergüenza de que se pierda en sus manos para la República, por no tener aquél en los momentos actuales recursos para pagar lo que aun se adeuda por causa de sus reparaciones.

"Menos aun escasearán los que con maligna complacencia, vean sólo en el fondo de tan acalorada controversia, una disputa de autoridad entre el Presidente electo que todavía no ha entrado en funciones, y el Agente que las ejerce, autorizado por el Gobierno legítimo de la República, y en que el primero tan pronto se subordina al segundo para pedirle que lo *despache,* como le exige que se le acerque con el respeto de un empleado subalterno.

"Lleno el ánimo de aciagos presentimientos sobre la suerte de la patria por la discordia de sus hijos más esclarecidos, termino esta dolorosa y necesaria comunicación, invocando una vez más los sentimientos más elevados de su corazón de patriota, y suplicándole de nuevo que la acoja con la serenidad y benevonlencia á que la hace acreedora la consideración con que soy de usted atento amigo y conciudadano.

J. A. Echeverría."

No es posible dejar de reconocer la habilidad con que está escrita la carta que acabamos de transcribir. Cualquier persona imparcial que la leyese, que no estuviese minuciosamente impuesto de lo pasado entre Aldama y Aguilera; de la conducta incalificable del primero, y de la paciencia extremada del segundo, no podría menos que dar la razón completa á Echeverría y á Aldama, condenando á Aguilera por haberse dejado llevar de "sugestiones extrañas" por haber dado oído á "cuentos" y "chismes" por haberse dejado arrastrar por los enemigos de Aldama, convirtiéndose en dócil instrumento entre sus manos. Es esta carta una obra acabada que pone de relieve la hablilidad de Echeverría, y su destreza en hacer aparecer lo blanco negro y lo negro blanco. A no haber tenido Aguilera la previsión de llevar una nota exacta de todos sus actos y los de otros con relación á él, jamás hubiera podido ponerse en claro su conducta y la de los demás; y á juzgar por esta comunicación de Echeverría y las otras de Aldama, obra también del mismo Echeverría, la condenación de Aguilera era inminente. Aldama hubiera resplandecido como el patriota sin tacha, generoso, sufrido, paciente, y Aguilera el réprobo que se había dejado tomar como instrumento para atormentar á Aldama, estorbando sus trabajos en pro de la patria. Pero el lector que haya seguido paciente el hilo de esta larga narración, tan verdadera como la misma verdad, sabrá á qué atenerse; y una vez desaparecidos de su mente los cantos de sirena de las elucubraciones de Echeverría, y recorriendo su memoria, recuerde la larga cadena de hechos que aquí hemos referido y saque la consecuencia lógica de ellos; no podrá menos de confesar que Satanás triunfó una vez más, y que en la larga lista de los mártires de la patria, ocupa Aguilera uno de los lugares más prominentes, por los dolores y amarguras que sufrió, por el valor, resignación y paciencia con que sobrellevó sus tormentos, por lo espontáneo de sus sacrificios, por la inmensa extensión de éstos y por el largo tiempo que duró su tortura.

Llevó Aguilera á Govantes la comunicación de Echeverría para que la contestase y dándole las instrucciones necesarias al efecto, hízolo así Govantes y Aguilera envió á Echeverría la contestatación, que dice así:

"New York, Abril 4 de 1875.

"C. José Antonio Echeverría, Comisionado Diplomático de la República de Cuba en el Exterior.

"Respetado conciudadano:

"Como ofrecí á usted, paso á contestar su comunicación oficial fecha 29 del mes pasado y que no llegó á mis manos hasta el primero del actual.

Comienza usted manifestando que procede á hacer constar por escrito el

objeto de la conferencia que tuvo conmigo en mi morada. Y como esto, expresado así, pudiera prestarse á interpretaciones diversas, cumple á mi deber recordar á usted que si indiqué la comunicación oficial, fué por haber expresado usted de manera terminante que me hablaba como amigo y Comisionado Diplomático á la vez. Y como yo no debía oirlo á usted con este último caracter, en cuestión tan grave, sino por escrito; he aquí por qué le indiqué que así lo hiciera para contestarle en la misma forma.

"Aclarado este particular y no creyendo oportuno en las actuales circunstancias seguir una polémica con usted, que desde luego doy por terminada con la presente, comienzo rechazando la idea emitida por usted de que pueden guiarme agencias extrañas, ni que soplos impuros ó indiscretos hayan avivado una llama que si existe, reconoce causas muy distintas á las que usted supone, y que tanto como usted soy el primero en lamentar.

"Muéstrame usted sus buenos oficios para ahogarla; y haciendo caso omiso, quizás con la mejor intención, de las causas que le han dado vida, amontona usted sobre ella más combustible al tratar de presentarme como el único responsable de la situación presente.

"Si doloroso es en sí el incidente ocurrido, no es menos doloroso por cierto ver que los hechos se olvidan para hacer brotar aquel de causas que están muy lejos de ser las verdaderas. Aglomeranse premisas falsas para deducir las consecuencias que se desean: preténdese y aun se acusa á mi dignidad ofendida, porque trata de arrojar el cieno que la mancharía: califícase con el nombre de anarquía el resultado positivo de la efusión del verdadero patriotismo: indícase que pueden algunos ver una "disputa de autoridad" en lo que no es otra cosa que la protesta de la razón contra la injusticia; insístese en bautizar con el nombre de medios conciliatorios ó de explicación generosa á nuevos cargos y recriminaciones más recalcitrantes y amargas aun, que los que le precedieron; si bien dejando entrever la idea de que lo que se desea es satisfacerme: sostiénese que han venido á mis manos más cantidades en donativos patrióticos que á las del Agente General, como si se quisiera probar con esto que he estado en más aptitud que él para despachar la expedición; cuando la verdad es que cuando pude verificarlo, he sido demorado por un erróneo cálculo del C. Aldama, en lo que respecta á los fondos de la Agencia; y últimamente como si no se quisiera omitir ninguna clave, se me niega criterio propio, cuando tengo á la vista las últimas comunicaciones que han dado origen á este desacuerdo, y con ellas también, la dolorosa historia que por espacio de cuatro años ha venido trazando mi pluma en el libro diario que para explicación de mis actos, he llevado desde el primer día que llegué al extranjero; sin tener en cuenta que bastaría relatar algunos hechos para que cayeran por tierra las apreciaciones infundadas de los que ahora concluyen á falta de razones con que combatir, por negármelo todo, dando con esto la prueba más evidente de lo injusto de la causa que pretenden defender.

"Y después de todo esto se agrega: "no he tratado de defender al Agente General; no sería esta ocasión oportuna para apreciar su conducta, pero cualquiera que haya sido, nunca podrán desconocerse dos hechos significativos: es el primero: que Aldama, no contento con explicar las palabras que han excitado el enojo de usted, le ha invitado á ahogar todo resentimiento personal, para llevar de consuno á buen término la obra por ambos comenzada: y es el segundo, que usted, á vuelta de frases al parecer animadas del mismo espíritu, está decidido á no aceptar la conciliación propuesta, como lo deja traslucir el resultado de nuestra entrevista."

"Copiado para mayor claridad este párrafo, voy á demostrar que los "dos hechos significativos" que en él se expresan, carecen de todo fundamento: lejos el C. Aldama de explicar, no las palabras, como usted dice, sino los cargos y ofensas que me dirigió en su comunicación del 14 del pasado, y que es una de

las causas, si no la principal de nuestro desacuerdo, pasó por alto los contracargos que yo me vi obligado á devolverle, terminando por hacerme otros nuevos, como el que "había olvidado los miramientos sociales' y que procedía bajo la influencia de "chismes y prevenciones siniestras" ¿Es esto explicar sus palabras; y lo que es más aun, invitar para ahogar todo resentimiento personal?

"En cuanto á la conciliación propuesta por usted ¿dónde está? ¿Acaso podrá darse este nombre á la tendencia manifiesta á exigirlo todo de mí, sin prometerme en cambio nada positivo para Cuba? Usted me dijo el día de nuestra entrevista y después de pintarme con los más lúgubres colores, la una y mil responsabilidades que según el modo de apreciar usted las cosas, asumía yo, por defender como defiendo, con mi dignidad el bien de Cuba, que encontraba un medio para llegar á un término feliz si yo pedía á Cayo Hueso y á las Comisiones diputadas aquí, el dinero que se había recolectado: para que entregándolo al C. Agente, se acabara de pagar el vapor y se atendiera á la alimentación de los expedicionarios, no sin haberme advertido que se me había inferido una injuria poniendo esas sumas bajo la tutela y el crédito del señor Govantes.

"Yo contesté á usted que dada la injuria inferida, que dicho sea de paso, no lo creo así, no pediría ese dinero sino en el caso de que el Agente General ó cualquiera otra persona adelantase los diez mil pesos más, que se necesitan para hacerme á la mar. Usted me respondió que esto es imposible, terminando así nuestra entrevista.

"Ahora bien: ¿cuáles fueron los medios conciliatorios ofrecidos por la otra parte? Que las negociaciones del Perú adelantaban, y que usted y el Agente abrigaban esperanzas de un resultado feliz. Recuerde usted lo ocurrido y dígame, si dada la situación actual, puede aplicarse el nombre de verdadera concialiación á lo propuesto por usted.

En cuanto al C. Aldama, lo único que éste me indicó en sentido conciliatorio al dar respuesta á mi carta fecha 20 del pasado fué, que si su personalidad era considerada por mí como un obstáculo, se lo manifestara, para nombrar una persona de su confianza que se entendiera conmigo. A esta manifestación del C. Aldama, y con el fin de no excluirlo, contesté nombrando para que me representara el C. J. J. Govantes, que como usted sabe, fué rechazado por él á pesar de no dudar de su patriotismo. Yo, que á no estar animado de un espíritu verdaderamente conciliador, no hubiera pasado por la separación del señor Govantes, puesto que no hay razón que la justifique, nombré al C. Nicolás Domínguez para que lo sustituyera.

Y si esto es lo ocurrido sobre esos dos hechos significativos que usted marca ¿podrá asegurarse que estoy ciego, ni mucho menos, que soy el único responsable de la ausencia hasta la fecha de un arreglo amistoso? Yo dejo al patriotismo de usted la consideración de lo expuesto.

Dice usted al terminar su comunicación, que yo, el Presidente, tan pronto se subordina al Agente para pedirle que lo despache, como le exije que se le acerque con el respeto de un empleado subalterno; y si esto lo ha citado usted para que se note que he caído en una contradicción, voy á probar que se equivoca usted de una manera lamentable.

El Presidente Legal de la República de Cuba no se ha *subordinado* al Agente General, ni está en sus facultades hacerlo: tampoco ha tratado de dársela de autoridad fuera de tiempo. El General Aguilera, al Agente General que asumió el deber de despacharlo desde el momento que se hizo cargo de todo lo concerniente á la expedición, como estaría cualquier persona obligada con usted á despachar la comisión que usted le hubiera encargado, le ha preguntado, no una, sino muchas veces si está dispuesto á despacharlo. De esto á *subordinarse* el Presidente al Agente General, hay mucha diferencia.

En cuanto á que se me acerque con el respeto debido, así lo he hecho: porque si bien como hombre puedo ser generoso y mostrarme sordo á inculpaciones infundadas que se me dirijan; como Pre-

sidente de la República de Cuba no estoy autorizado para echar por tierra el equilibrio de la máquina gubernamental, permitiendo que se olvide por el empleado, al hacer uso de sus derechos, las vías establecidas, mucho menos las consideraciones anexas al cargo que estoy llamado á desempeñar y que no por hallarme ausente, desaparecen.

''Esta es la verdad de lo ocurrido; y si por ella merezco mal del Agente y de usted, la patria sabrá estimar mi proceder; porque es su dignidad y su prestigio lo que defiendo y no mezquinos fueros y privilegios que están muy lejos de armonizar con el diáfano pasado de mi vida.

''Y ya que de contradicciones se trata, diré á usted que si hay alguno á quien pueda imputárseles, ese no es otro que el C. Aldama; pues tan pronto no es en este asunto más que un simple cooperador, cuyos actos están subordinados á mi acción, como el Agente General, que asume todos los derechos sobre el vapor, y dice que no puede hacerme su entrega en términos absolutos: contradicción tanto más patente, porque según consta en acta que con fecha 12 de Agosto del pasado año redactó usted mismo, el señor Aldama manifestó que estaba dispuesto á delegar la Agencia, no sólo en los que se hallaban presentes en la conferencia á que aludo, sino en cualquiera otro cubano que afrontara las dificultades que surgían de la oferta del C. Varona; así como á entregarle también los recursos con que contaba la referida Agencia, disponiéndose á ayudarlo individualmente para hacer más fácil la salida de la expedición.

''No terminaré esta contestación sin manifestar á usted la extrañeza que me causa verlo atacar hoy aquello mismo que usted aplaudió y promovió no hace mucho tiempo. Refiérome á la anarquía que arroja para usted el meeting celebrado, y la ''sociedad en ciernes'' como usted la llama, cuando usted fué uno de los promovedores de la ''Auxiliadora de Cuba'' y aplaudió la de los ''Amigos de Cuba'' fundada el año 1873, como lo comprueba una carta de usted que vió la luz en ''La Independencia'' del 12 de Abril del expresado año. Idea tanto más extraña para mí, habiéndome usted anunciado en la entrevista efectuada, que la única manera de salvar la situación dependía de la aplicación de los fondos recolectados, por esos mismos, cuyas tendencias y trabajos califica usted de anárquicos.

''En cuanto al deseo manifestado por usted para que reconsidere mi determinación, cúmpleme darle las gracias por la buena intención que lo guía; pero firme con la sinceridad de mis actos, y apoyado en la verdad de todo lo ocurrido, aguardo sereno el resultado, sin que vengan á inquietarme dudas, ni me hagan retroceder temores que no tienen razón de ser.

''Soy de usted con la mayor consideración atento amigo y conciudadano,

F. V. Aguilera''.

Recibió Aguilera la contestación de Aldama aceptando á Domínguez para que lo representara en la conferencia que debía tener con él.

Llegó Domínguez de Filadelfia y Aguilera lo llevó á casa de Govantes donde los dos trataron de informarlo á toda prisa de lo que se deseaba de él y del estado del asunto entre Aguilera y Aldama. Por la tarde lo llevó también á su casa donde le leyó toda la correspondencia que había mediado entre Aldama y él. Como estaba Domínguez sufriendo de una fuerte jaqueca, no quiso comer y á las nueve de la noche se retiró á la habitación preparada para él. Al llegar Domínguez á New York escribió Aguilera á Aldama citándolo para el día siguiente á las doce en su casa,—de Aldama—para que tuviera efecto la conferencia con Domínguez.

Al día siguiente salió Aguilera con Domínguez, ya mejorado, para casa de Govantes. Allí estuvieron instruyéndolo de mil particulares relativos al asunto que debía ventilar con Aldama, y antes de las doce del día se dirigió Domínguez á casa de aquel, llegando á las doce en punto. No estaba en su casa Aldama, Domínguez lo aguardó media hora, y viendo que no llegaba, le dejó una tarjeta manifestán-

dole que había acudido á la cita. Fué Domínguez á casa de Govantes donde estaban éste y Aguilera y allí escribió una carta á Aldama manifestándole su extrañeza de que no hubiese concurrido.

Como á las dos de la tarde recibió Domínguez contestación de Aldama en que le fijaba el día siguiente á las doce en casa de su yerno el señor Delmonte para celebrar la conferencia. Se excusaba también por no haberlo aguardado aquel día en su casa, diciendo que Aguilera debía saber que el sábado era muy ocupado para él, por tener que ir á su oficina, razón por la que no debía haberlo citado para ese día.

Como en la carta que lo citaba Aguilera le manifestaba al mismo tiempo haber sabido que el vapor había estado en peligro de irse á pique, y se lo participaba para que hiciera ejercer más vigilancia en él, le contestó Aldama diciendo ser cierto el hecho, pero disculpando al encargado que había puesto en el vapor y haciendo recaer sospechas en los fogoneros y el maquinista Aguiar.

A las diez de la mañana siguiente estaban ya Aguilera y Domínguez en casa de Govantes, dando instrucciones á Domínguez acerca de los particulares sobre que debía girar la conferencia con Aldama. Antes de las doce salió Domínguez para la casa de Delmonte, y Aguilera y Govantes quedaron en la de este último esperando su vuelta.

Finalmente, después de aguardar todo el día, á las doce de la noche llegó Domínguez muy ofuscado diciendo que hasta esa hora había estado en un continuo debate con sus contendientes.

Manifestó que á las doce en punto había llegado á casa de Delmonte habiendo encontrado á Aldama y á Echeverría. Preguntado por el primero si tendría inconveniente en que el segundo asistiese también á la conferencia, manifestó Domínguez que tendría mucho gusto en oirlo también, pero particularmente, sin derecho á que sus opiniones se consignasen en el acta que debían levantar.

Traía Domínguez la referida acta, inconclusa y sin firmar, diciendo que al manifestar que creía que Aguilera no admitiría el vapor en las condiciones imposibles en que trataban de entregárselo, Echeverría se había resistido á que hiciera uso del verbo creer, sino dijo que Domínguez debía hablar como verdadero representante admitiendo ó rechazando el vapor. Domínguez contestó que su carácter era conciliatorio y por lo tanto no podía echarse encima la responsabilidad de admitir el vapor cuando realmente creía que Aguilera no lo admitiría, ni podía admitirlo en las desventajosas condiciones que se le imponían. Persistió Echeverría, y Domínguez concluyó diciendo que si no se estampaba en el acta lo que él quería expresar, no la firmaría. Por este motivo no había podido concluirse el acta, después de haber empleado once horas en contínuas discusiones, habiéndole costado cada una palabra de las allí escritas, una campaña con Echeverría.

Destácase en este hecho la mala fe con que fué sorprendido Domínguez. Sabían Aldama y Echeverría que aquel patriota vivía en Filadelfia, alejado de las mezquinas luchas de pasiones políticas que se agitaban en New York. Aguilera y Govantes habían procurado informarlo precipitadamente de todo, para que pudiera tener una idea de los particulares que iba á tratar y defendiera de algún modo los intereses de Aguilera. Imperfectamente preparado de esta manera, presentase Domínguez en la arena para encontrar que no era ya sólo con Aldama con quien tendría que contender, por más que éste por sí solo fuera un contrario formidable para él, tanto por ser hombre ilustrado y habil, cuanto porque conocía el asunto en discusión, aun en sus más insignificantes detalles. Pareciendo á Aldama pocas las ventajas de que gozaba, había llamado en su auxilio á su consejero Echeverría, hombre de talento superior que estaba tan empapado como el mismo Aldama en aquel asunto y aun más que él, si cabía, por ser quien llevaba el hilo de la trama.

Pero nada de extraño tiene este proceder si pensamos que eran estas las condiciones en que siempre se había presentado á la lucha, Aldama con Aguilera. Aldama, poderoso por todos conceptos,

podía disponer á su antojo de todas las grandes inteligencias de la emigración para que lo auxiliasen y le prestasen su apoyo. Aguilera sólo podía contar, bien con modestas medianías, ó con los mismos hombres al servicio de Aldama, que en tratándose de este lo pusieran á los piés del ídolo.

Habíase unido Domínguez á Aguilera y tenía que someterse á la misma condición que éste; á luchar contra fuerzas incontrastables. Mal preparado para defender la causa que á su habilidad se confiara, recibía formidables ataques dobles, por parte de Aldama y de Echeverría. Resistía Domínguez y antes de haberse respuesto volvía á recibir nuevos ataques de uno y de otro, que como se relevaban en la ingloriosa tarea, se mantenían vigorosos y enérgicos. Esta batalla imposible la mantuvo Domínguez por más de once horas seguidas, pues sólo interrumpieron la sesión para la comida. Ya por la noche, Domínguez había perdido la cabeza sus sienes palpitaban con violencia sus miembros estaban trémulos, y en esta deplorable situación á las doce volvió á casa de Govantes. Manifestó á éste y Aguilera á grandes rasgos lo que en aquellas horas infernales había pasado y les suplicó aplazasen para el día siguiente darles cuenta detallada de los sucesos, porque en aquellos momentos sus ideas se extraviaban y no obedecían á su voluntad.

La lucha titánica que por once horas había mantenido Domínguez contra Echeverría y Aldama, dejándolo en tan deplorable estado, la sostuvo Aguilera contra Aldama y toda su cohorte por espacio de dos años; y si era bien penosa la situación á que lo redujeron, Aguilera no se desalentó nunca, y tras cada derrota se alzaba con nuevos bríos para combatir juntos, las miserias de sus compatriotas y los tiranos de su patria.

Si Aldama quiso que Echeverría asistiese á la conferencia, cualquiera que hubiesen sido sus fines, lo leal, lo justo era haberlo manifestado de antemano á Domínguez ó Aguilera, para que aquél hubiera llevado también otra persona de su parte, y así al menos en número, si no en calidad, se hubiesen equiparado las fuerzas. Mas Aldama, acostumbrado á luchar con todas las ventajas de su parte, creyó más seguro sorprender á Domínguez en el momento crítico, para que su victoria fuese más completa.

A las diez de la mañana siguiente volvieron Domínguez y Aguilera á casa de Govantes. Aquél les hizo una relación detallada de lo que había pasado el día anterior en su conferencia con Aldama y Echeverría. Acordaron que Domínguez redactara una comunicación en la que manifestara á Aguilera el resultado de la referida conferencia, insertando en ella el acta que no habían podido concluir. Domínguez lo hizo así.

A continuación ponemos la expresada comunicación de Domínguez y el acta sin concluir que dicen así:

"New York, Abril 5 de 1875.

"Señor General F. V. Aguilera.

"Muy señor mío y distinguido amigo:

Cumpliendo con la misión que usted se sirvió conferirme, concurrí el 3 del corriente á las doce del día á la morada del señor Aldama, en la que debía tener lugar la entrevista convenida, según carta fecha 2 del actual que dirigió usted al expresado Aldama, y tuve el disgusto de no encontrarlo. Preguntado por mí en carta del 3 si podría efectuarse aquélla en todo el siguiente día, me respondió afirmativamente, señalándome las doce del mismo para que tuviera lugar la referida entrevista; si bien indicándome que pasara á la morada del ciudadano Leonardo Delmonte para llenar tal objeto.

"Paso pues á dar á usted razón de lo ocurrido: El señor Agente General me manifestó que el señor José A. Echeverría se encontraba allí, y que deseaba saber si yo tenía inconveniente en que dicho señor interviniese en la entrevista que debíamos llevar á cabo, recordándome su calidad de Comisionado Diplomático de la República de Cuba. Contesté al señor Aldama que no estaba autorizado, según mis instrucciones para conferenciar con el ciudadano Comisionado Diplomático; y que si como particular

no me oponía á oir cualquier indicación del señor Echeverría, advertía que ésta para nada se consignaría en el acta que de lo que allí ocurriese tendríamos que levantar. Enseguida pasamos al particular que motivaba mi presencia en aquel sitio. Pongo á continuación copia del acta que empezamos á levantar, y después de once horas de incesante discusión, llegamos a un párrafo que el C. Aldama no quiso admitir, alegando que yo me presentaba como la persona del General Aguilera, y no era lógico dijese que "yo creía" que éste no aceptaría la manera de verificar la entrega del vapor y de los pertrechos existentes, en los términos que el C. Agente General había explicado en párrafos anteriores.

"Convencido íntimammente que el C. Aldama no quería precisar ni la época del despacho de la expedición ni tampoco devolverle á usted el vapor, que por orden y como comisionado de usted compró el C. Aldama, dimos por terminada la entrevista sin llegar á un acuerdo, ni concluir el acta, tanto porque no se me permitía consignar en ella una opinión que abrigaba con respecto á las ideas de usted cuanto porque, como queda dicho anteriormente, once horas de contínuo argumentar, me habían persuadido de la inutilidad de continuar la discusión; mucho más, cuando de lo expuesto se desprende la pequeñez del espíritu conciliatorio de que se hallaba animado el expresado Agente General.

"Siento sobremanera, no poder participar á usted mejor desenlace de la citada conferencia; para conseguirlo hice cuanto estuvo á mi alcance, pero le ruego recuerde que usted no ha sido más feliz en este sentido, y que el C. Aldama en sus contestaciones se limitó á repetir lo que está consignado en muchas de sus comunicaiones á usted y á no llegar en último resultado á nada que pudiera aceptarse.

"He aquí la copia del acta empezada á levantar y á que me he referido anteriormente:

"En la morada del señor Delmonte, número 31 West 47 th St. se reunieron el C. Agente General de la República de Cuba y el C. N. Domínguez, comisionado por el General Francisco V. Aguilera para tratar dentro de los límites de la prudencia, de la concordia, de los buenos y más patrióticos deseos, la manera de activar el envío de la expedición que debe llevar á Cuba el referido General. Dijo el C. Domínguez que el C. Aguilera, animado del mismo espíritu que el Agente General, pero apremiado por compromisos que con la causa de Cuba tiene contraídos, y censurado duramente por algunos de los compatriotas emigrados, que ven su prolongada permanencia en este país, deseaba cuanto antes llenar sus deberes y llevar á Cuba la expedición que día por día y por diferentes causas que sería prolijo enumerar, ha venido demorándose. En tal concepto, preguntó cuáles eran los recursos con que contaba la Agencia, además de los existentes, para llevar á cabo la referida empresa, desde el instante en que el señor Aldama ha declarado anteriormente en comunicación que se conserva, que están agotados los fondos de la Agencia, y que él en su particular, no se halla en aptitud de llenar de su bolsillo los gastos necesarios para despachar al General Aguilera. El señor Aldama dijo: que aunque el General Aguilera no había tenido á bien acojer su invitación para proceder de acuerdo, con objeto de utilizarse los recursos existentes; y que aunque el mismo señor ha limitado últimamente la cuestión á exigirle que lo despache para Cuba ó que le entregue el vapor adquirido para la República, sin embargo, deseoso de llegar á una solución satisfactoria, expone: que en su concepto son recursos de que podría disponerse, los recientemente recogidos por los ciudadanos Coroneles Rosado y Pacheco en Cayo Hueso, F. Fernández en esta ciudad y los que en lo sucesivo se obtengan de la emigración en general, procediendo unidos el Presidente y el Agente General, como ha sucedido en otras ocasiones con más ó menos éxito. A esto expuso Domínguez: que la indicación le parecía infructuosa, tanto porque no se podía contar, con la aplicación de unos medios que dependen de la acción individual de las personas arriba mencionadas, y de los mismos contribuyentes, cuando porque los anteceden-

tes acerca del particular, hacían pensar de diferente manera. Preguntó el C. Domínguez al señor Agente General si podía señalar al General Aguilera fecha fija ó siquiera aproximada para llevar á cabo la expedición de que se trata; á lo cual manifestó el segundo: que no estando en su poder ni en el del señor Aguilera, los fondos á que se ha referido, no es posible designar la fecha que se desea saber; pero que estando listo el vapor, podría salir la expedición tan pronto como se reuna el dinero que el caso exije. El C. Domínguez preguntó al Agente General si estaba dispuesto, como lo había consignado, á hacer entrega del referido vapor al señor Aguilera, así también como los pertrechos acopiados, desde el momento que no podía precisar categóricamente la época de la salida de la expedición; á lo que expuso el señor Aldama que no tenía inconveniente de poner ambas cosas á disposición del señor Aguilera, si se le daban las seguridades necesarias de que el vapor, como propiedad de la República, había de emplearse de manera que ésta no corriera otros riesgos de perderlo que los de guerra, de mar ú otros fortuitos ó de fuerza mayor; que para más claridad explicaba que las seguridades por él exigidas comprenden el pago pendiente de las composiciones, el pago de la tripulación durante la travesía, hasta volver á su poder en esta ciudad, y la garantía de que existen los fondos para atender á las eventualidades del viaje; además expuso: que contando la Agencia con el referido vapor para la realización de otras empresas ya comenzadas en servicio de Cuba, consideraba imprescindible exigir que, si antes de que el señor Aguilera saliese con su expedición para Cuba, necesitara la Agencia del vapor, para llevar inmediatamente á cabo algunas de las empresas indicadas, dicho señor Aguilera se lo entregara sin poner inconvenientes, pudiendo aprovechar la oportunidad de trasladarse en persona á Cuba en el mismo vapor con los elementos que á la sazón tuviese disponibles; debiendo advertir por último, que tanto el Gobierno de la República como el mismo señor Aguilera, tienen noticias, por habérselo él comunicado, de las empresas á que ha aludido; el C. Domínguez manifestó: que no cree que el vapor es propiedad de la República de Cuba, y que el C. Agente General ha actuado en este particular, como un simple cooperador del señor Aguilera, subordinando su acción á la del último". . . . .

Relatados los particulares que anteceden, réstame manifestar nuevamente á usted que cuanto expongo es la verdad de lo ocurrido, escrito con mi propia letra y firmado por mí en presencia de los señores José J. Govantes y Francisco Valdés Mendoza que suscriben; advirtiendo que el presente documento consta de cuatro fojas útiles, quedando el primer pliego rubricado por mí.

Soy de usted con la mayor consideración atento amigo y compatriota,

N. Domínguez Cowan—Francisco Veldés Mendoza.—J. J. Govantes".

Concluída la comunicación de Domínguez, hablaron de las ocurrencias del día anterior hasta las tres de la tarde que Domínguez se despdió de Govantes y salió á tomar el tren de regreso para Filadelfia, acompañándolo Aguilera. Despidiéronse en dicho tren dándole las gracias Aguilera por la actividad, celo y patriotismo con que había desempeñado su comisión.

Dos días después recibió Aguilera una carta de Aldama en que le daba cuenta del resultado de la conferencia de diez horas—fueron once—y en la que decía que Domínguez se había resistido á firmar el acta y hacer otra nueva en que así constase y por último que de todo ello daría cuenta á su Gobierno.

He aquí la carta:

"New York 5 de Abril de 1875.

"C. General F. V. Aguilera.

"Distinguido conciudadano:

"Conforme á lo acordado tuvo lugar ayer la conferencia conmigo del señor Domínguez en representación de usted con objeto de dar una solución satisfactoria, si fuese posible, á los asuntos patrióticos que íbamos á ventilar.

"Para constancia de lo que ocurriese

convinimos en extender un acta, encargándose el C. Domínguez de redactarla, como en efecto lo hizo, á medida que se adelantaba en una dilatada discusión que duró más de diez horas. Al ponerla en limpio y ya en su penúltimo párrafo pretendió el señor Domínguez hacer una alteración en virtud de la cual, anulándose en su carácter de representante de usted quedaba á usted sometido lo ya resuelto, y por consiguiente el acta en que se hacía constar, á la resolución de usted; y pareciéndome que no debía prestarme á semejante exigencia, negóse dicho señor no sólo á continuar la copia del acta ya redactada y por supuesto, á firmarla, sino también á que se extendiese otra refiriendo los fundamentos para su negativa, faltando con esto al compromiso adquirido, á la costumbre establecida en casos análogos y á la conveniencia de poner término al desacuerdo en que nos encontramos, si bien no del modo satisfactorio á que yo he aspirado. El señor Domínguez habrá sin duda enterado á usted con exactitud de todos los pormenores de nuestra conferencia abortiva. Lamentando su resultado, daré cuenta de todo á nuestro Gobierno, para que pueda apreciar mi conducta; y continuaré procurando llenar mis deberes de Agente General de la República, á despecho de las circunstancias que desgraciadamente nos rodean.

"Soy de usted con la mayor consideración,

P. y L.

Miguel de Aldama."

Esta carta no desdice en habilidad á las otras de Aldama y de Echeverría, puesto que todas eran debidas á la pluma de este último. En ella se echan todas las responsabilidades sobre Aguilera, apareciendo Aldama como un ser inmaculado, limpio de toda culpa. También Domínguez toca parte de éstas y ¿cómo no, si se había atrevido á tomar el lado de Aguilera, contra el omnipotente Aldama?

Como de costumbre, llevó Aguilera esta carta á Govantes, y puestos de acuerdo, haciendo el borrador el último, contestó Aguilera lo siguiente:

"New York, Abril 8 de 1875.

"C. Miguel de Aldama,

"Agente General de la República de Cuba.

"Distinguido conciudadano:

"Acuso recibo de su atenta fecha 5 del actual, en la que me manifiesta que, en virtud de una alteración propuesta por el señor Domínguez, en los momentos de estarse arreglando el acta que debía dar cuenta de lo ocurrido en la entrevista que según usted debía llevarnos á una solución satisfactoria, quedó la referida acta comenzada, interrumpida, por no creer usted que debía prestarse á consignar lo expuesto por el señor Domínguez: terminando dicha carta, comunicándome que dará cuenta de todo á nuestro Gobierno, para que pueda apreciar la conducta de usted.

"Es una fatal desgracia que á pesar de los buenos deseos de que usted y yo estamos animados, sea usted siempre el que ponga obstáculos, tanto en los asuntos más graves como en las más pequeñas manifestaciones.

"Un acta no es otra cosa que la relación de los hechos que tienen lugar en una conferencia; y por consiguiente, no tenía usted el derecho de oponerse á ningún particular que el señor Domínguez quisiera consignar, desde el momento que, pudiendo usted haber hecho constar en ella lo que ahora me dice en su carta, á nada se obligaba: así es que yo me permito creer, que esa arrebatada negativa de usted, sería la prueba palmaria, á no existir otras, del poco espíritu de conciliación de que se halla usted animado en el asunto que debatímos.

"El señor Domínguez, y así está consignado bajo su firma, en comunicación que obra en mi poder fecha 5 del actual, no pretendió "alterar" la verdadera índole de la entrevista; lo único á que aspiró fué á hacer constar que "creía" que yo no aceptaría la manera propuesta por usted para entregar el vapor. Y es el caso, que el señor Domínguez hizo bien al querer consignar la referida cláusula porque de esta suerte cubría mi responsabilidad ulterior, y no podría decirse

mañana que yo había admitido, cuando menos, tácitamente esas inaceptables condiciones, en las cuales se atribuye usted derechos que no tiene sobre el vapor, y facultades que absolutamente le niego, si no es la de la fuerza que le da la posesión del buque, obtenido por un rasgo de confianza mío en honor de usted, y al que con su conducta en el asunto, no ha respondido en la forma que era de esperarse.

"¿Por qué esas especiales garantías que usted ahora me exije, bajo la forma del patriotismo, y esas precauciones para recomendarse un celo exquisito, no las empleó con el contratista encargado de las reparaciones del vapor, para que éste hubiese estado listo para principios de Diciembre del pasado año, como manifestó usted que así sería? ¿Cómo no temió usted, si la Agencia estaba exausta de fondos, como ahora con tanta insistencia asegura, poner el vapor cautivo de sus acreedores, haciéndolo tan inútil por esta razón para el servicio de la patria, como si hubiera sido apresado por los españoles? Si usted no formó el presupuesto de gastos, ni lo subordinó ó lo puso en relación con los fondos que contaba y que había manifestado existían; entonces, permítame usted decirle, que se olvidó hasta de la cautela que en negocios particulares observaba el hombre menos precavido.

"Ante lo expuesto se convencerá usted de que el señor Domínguez no sólo procedió en justicia al querer consignar que "creía" que yo no admitiría proposiciones inadmisibles, sino que con su proceder ha probado de una manera terminante el espíritu de concordia y armonía que tanto le recomendé, puesto que si esto no hubiera sido así, él habría desde luego asegurado que yo no aceptaba las condiciones expuestas por usted.

"En cuanto á que usted dará cuenta á nuestro Gobierno, esto, ni me sorprende, ni es la primera vez que usted me lo indica. Yo, por mi parte, estoy dispuesto á lo mismo: no sólo porque á pesar de mis esfuerzos no he logrado que usted de una manera práctica, haya querido auxiliar al Ejército Libertador, en momentos supremos, sino porque ha hecho prenda del vapor, para inutilizar mis afanes; sabiendo usted además, que entregado éste, y sin intervenir usted como es el deseo de la mayoría de los emigrados, no me faltaría la cantidad necesaria para hacerme á la mar en breve plazo.

"La patria, ante la cual haré á usted responsable de los males que se le acarrean con tal proceder, es á quien toca ya, asignar la razón á quien corresponda.

"Soy de usted con la mayor consideración,

P. y L.

F. V. Aguilera."

Razón tenía Aguilera para decir á Aldama que si de aquel lujo de precauciones que con él desplegaba, hubiera tenido tan sólo una pequeña parte en el manejo de la empresa, que expontáneamente había tomado á su cargo, el vapor no se encontraría entonces cautivo de sus acreedores, porque habría ajustado el valor de las innovaciones, á los recursos con que contaba.

Pero como unas eran las miras de Aldama al exigir aquellas garantías á Aguilera, y otras muy diferentes las que se propuso, cuando á manos llenas gastó todo el dinero que había—y el que no había—en las obras del vapor, realmente no había inconsecuencia en su conducta sino por el contrario, había la mayor consistencia, pues sus procedimientos todos perseguían un mismo fin, y era que Aguilera no llenara con Varona el compromiso que él no había querido aceptar, é imposibilitar la salida de Aguilera para Cuba con su expedición.

Pero estas imprevisiones que Aguilera le señalaba, eran nada en comparación á las que Aldama había de cometer más tarde; siendo éstas tan graves, que después de hacer salir el vapor á la mar en mal estado, á pesar de las cuantiosas sumas que en su reforma invirtió, le hizo tomar un cargamento de armas y pertrechos inútiles, siendo el resultado de tantas torpezas la pérdida del vapor y de la expedición.

CAPITULO XXIII

ABRIL 1875

GOVANTES MANIFIESTA ES NECESARIO DEVOLVER EL DINERO.—OFRECE A AGUILERA EL QUE LE LLEVE ROSADO.—COMUNICACION DE ECHEVERRIA—JOSE L. RAMIREZ TRATA DE MEDIAR.—DESEA SE ROMPA LA CORRESPONDENCIA ENTRE ALDAMA Y AGUILERA.—ESTE CONTESTA QUE ESO ES MUY GRAVE.—CONSEJOS DE GOVANTES.—VUELTA DE ROSADO DE CAYO HUESO.—TRAE $5,200 EN LETRAS.—JUAN L. PACHECO ENTORPECE LA MISION DE ROSADO.—NUEVA CONFERENCIA CON JOSE L. RAMIREZ.—ESTE OFRECE VER A ALDAMA.—ESTE CONVENCE A RAMIREZ.—PROPONE A AGUILERA UNA CONFERENCIA CON ALDAMA.—CONTESTACION DE AGUILERA REHUSANDO.—NUEVA CARTA DE ALDAMA.—TIENE FECHA CUATRO DIAS ATRASADA.—AGUILERA LO HACE CONSTAR.—ALDAMA DESEOSO DE AVENENCIA CON AGUILERA.—RAZONES QUE TENIA PARA ELLO.—SE VALE DE JOSE L. RAMIREZ.—AGUILERA NO CEDE.—PERDIO SU FE EN ALDAMA.—CARTA DE ALDAMA A AGUILERA.—OFRECE EL VAPOR A ESTE.—AGUILERA LO ACEPTA.—CARTA DE AGUILERA A ALDAMA.

Se reunieron Aguilera, Govantes y Manuel Anastasio para discutir lo que harían respecto á los prácticos y expedicionarios que sostenía Aguilera y debían acompañarlo en su expedición. Manifestó Govantes que el dinero que se había recogido en New York por la comisión de la nueva sociedad, había sido con la condición de emplearlo exclusivamente en la compra de víveres, carbón, pago de la tripulación del vapor, etc., y habiendo fracasado la expedición, tendría que devolverse á los donantes, porque no podía aplicarse á otro objeto. Con respecto á la cantidad que traía Pío Rosado de Cayo Hueso , como venía consignada á él, dijo que escribiría á los donantes, exponiéndoles la situación y suplicándoles le permitiesen hacer uso de ella en beneficio de Aguilera. Si conseguía su objeto, como no lo dudaba, entonces con ese dinero podría Aguilera pagar el pasaje de regreso á algunos prácticos, quedándose con otros y con el resto de la cantidad habilitaría los medios de marcharse á Cuba con algunas probabilidades de éxito. Fué aprobado lo propuesto por Govantes.

Regresó Aguilera á su casa y encontró una larga comunicación de Echeverría que decía así:

"New York, Abril 8 de 1875.

"C. General Francisco V. Aguilera.
Presidente Electo de la República de Cuba.

"Distinguido conciudadano:

"No abrigue á usted el temor al recibir esta carta, de que yo trate de sostener una polémica; bastárame para no intentarlo, la resolución declarada por usted de poner término con su comunicación fecha 4 del actual, á la que ni por un momento ha sido mi ánimo iniciar con la mía del 29 último: pero estimo demasiado el concepto patriótico que á usted merezca, para que pueda resignarme en silencio á la apreciación equivocada por su parte, de uno de los actos más puramente intencionados de mi vida. Si como usted dice, no he logrado con él más que añadir combustibles á la llama, deberáse, no á la limpieza de mi intención, por mucho que usted la desconozca, sino al fuego reconcentrado en la fragua, que ha convertido en pábulo, lo mismo que á ser menos intenso, hubiera debido servir para apagarla. No se me oculta que mientras subsista ese fuego, en su actual estado, corro peligro de no desimpresionar á usted; pero los incendios más voraces se aplacan con el tiempo; los hura-

canes más impetuosos ceden al equilibrio armonizador de la naturaleza; y así como después de la tempestad que todo lo ha confundido, reaparece la luz serena que permite ver los objetos en su propio lugar y forma, los caracteres nobles y elevados, pasada la perturbación de su espíritu, rectifican los juicios apasionados con que han ofendido tal vez á sus amigos más sinceros, más imparciales por lo menos.

"En la confianza, pues, de que si no de momento, ha de llegar un día en que recapacitando usted las ocurrencias penosas de esta época, haga justicia á mi intervención en ella, permítame usted fijar su carácter ó índole, usando del derecho á nadie negado, de depurar las apreciaciones que de su carácter se hayan hecho.

"Y de lo primero que debo lamentarme es del intento que toda la comunicación de usted trasciende, de hacerme solidario con el C. Agente General en el proceder que haya observado en este asunto, desvirtuándose así el espíritu de la conferencia que pedí á usted y que tuvo á bien concederme. Precisamente cuidé de ella, y he cuidado después en mi carta, de hacer constar que no trato de defender ni de apreciar la conducta del señor Aldama, limitándome á aprovechar sus disposiciones conciliadoras. Me he dirigido á él con el mismo objeto que después lo hice á usted: he empleado con él las mismas observaciones que con usted para alejarlo de un rompimiento: de la misma manera que á usted le he hecho presente las responsabilidades que sobre él pesarían en caso de consumarse por su obstinación; de manera que tanta razón ó mejor dicho, con tan poco fundamento podría él acusarme de parcialidad á favor del General Aguilera, como el General Aguilera me identifica con el Agente Aldama "para negárselo á usted todo, dando con esto la prueba más evidente de lo injusto de la causa que pretenden (quiere decir *pretendemos*) defender.

"Disuelta esta supuesta mancomunidad mía con el señor Aldama, tampoco puedo aceptar el papel de comisionado suyo que usted me atribuye en el acto de acercarme á usted, al preguntarme "cuáles fueron los medios conciliatorios ofrecidos por la otra parte". Yo he pedido á usted una entrevista como Comisionado Diplomático de la República; me he dirigido á usted sin comunicárselo siquiera al C. Aldama, de la misma manera que me había dirigido antes á él sin haberme puesto de acuerdo con usted. Así se lo hice presente á usted repetidas veces, y es en verdad muy doloroso para mí que después de haberse manifestado el señor Aguilera convencido de la expontaneidad de mi acción, y de haber yo quedado persuadido de su convencimiento, deje traslucir en su carta que no la ha considerado sino como la representación de un papel convenido y ensayado de antemano.

"Yo no he podido hacer á usted proposiciones, porque no era representante de nadie para ofrecer á usted nada. Me he limitado á hacer á usted una indicación por cuenta propia; y tengo el sentimiento de hallar ahora, que sin duda hube de expresarla con muy poco acierto; puesto que usted entendió que *debían entregarse al Agente General* los fondos últimamente colectados, mientras lo que yo dije fué que usted podía utilizar esos fondos para pagar lo que aun se adeuda por las composiciones del vapor, y atender á las pensiones de los expedicionarios; dando así tiempo á que perfeccionada la negociación del Perú, estuviese la Agencia en aptitud de completar la expedición proyectada. Usted rechazó como inadmisible la indicación, porque después del bofetón—tal fué el calificativo—que se le había dado, no entregándole directamente las colectas á que yo hacía referencia, no las pediría sino en el caso de que el Agente General suministrase los seis mil pesos más, que se necesitan para hacerse usted á la mar. Parecióme fundado el motivo de su abstención; pero como yo no iba autorizado por nadie para hacer ofertas, como además, la Agencia carece en la actualidad de fondos y no es posible fijar el plazo para el recibo de los del Perú, no pude dar á usted una contestación que dejase satisfechos sus escrúpulos, para mí respetables.

"Menos aun puedo conformarme con

que usted piense que "trato de presentarlo como el único responsable de la situación presente". Yo he tratado de apreciar las causas originarias de la situación actual; no he hecho por ellas cargos ni recriminaciones á usted ó al Agente General; ni menos podrá citarse una sola de mis palabras que tienda á presentarlo á usted como el *único responsable* de lo que pasa. He visto un desacuerdo entre el General Aguilera y el C. Aldama, Presidente electo el uno y el Agente General de la República el otro; y previendo sus consecuencias fatales para Cuba, he creído de mi deber representarlas á uno y á otro, y apelar al patriotismo de ambos, para que tuviesen la mútua generosidad de prescindir de aquellas causas, y no pensasen más que en la causa sagrada de la patria. No he tenido, pues, que olvidar *hechos, ni aglomerar premisas falsas* (¡) mi objeto no ha sido otro que evitar un conflicto, sin remontarme á las fuentes de donde emane; y si al hacerlo me he visto precisado á hablar de responsabilidades, no ha sido, no, lo repito, refiriéndome á lo pasado, sino á las que en mi concepto han de surgir de un rompimiento funesto, las cuales habrán de caer naturalmente, con mayor peso sobre el que mayor empeño haya demostrado en consumarlo. Recuerde usted todas las circunstancias de nuestra entrevista; vuelva usted á leer mi carta sin prevenciones, se lo suplico; y su propia rectitud le hará conocer la ninguna justicia que ha hecho usted á mi propósito. Sólo he hablado hipotéticamente de inculpaciones y responsabilidades que podrán recaer sobre usted—y lo mismo he dicho al Agente General—en el caso de rechazar toda conciliación admisible. Mi deber como comisionado oficial, como compatriota y como amigo, era indicarlas á usted francamente; al arbitrio de usted quedaba el conjurar el peligro ó afrontarlo, sin dar torcido significado á mis intenciones.

"Y esa segunda lectura que encarecidamente le pido á usted, servirá también para rectificar la impresión que le han hecho algunas de mis palabras. No leerá usted ciertamente en mi carta que yo lo haya supuesto *guiado* por agencias extrañas: lo que en ella aparece es mi convencimiento de que dado el caracter generoso y noble del General Aguilera y del Agente Aldama, la buena armonía se hubiera restablecido si agencias extrañas no hubiesen venido á aumentar su perturbación; y tal vez á quebrantarla por completo. Agencias extrañas son, entre otras, los informes bien ó mal intencionados sobre la lentitud con que se procedía en las reparaciones del vapor, haciendo recaer la censura sobre el Agente General; agencias extrañas han sido los ofrecimentos más ó menos directos de despacharlo á usted inmediatamente para Cuba, si el C. Aldama entregaba á usted el vapor y los pertrechos, y usted lo excluía de toda intervención en la empresa; ó lo que es lo mismo, si lo lanzaba usted de la Agencia, después de haberle rogado usted mismo—Abril 20 1874—que permaneciese en ella: agencias extrañas las que han hecho llegar esas noticias al señor Aldama: agencias extrañas las calumnias propaladas en la prensa, pidiendo cuenta de cantidades fabulosas á usted, al General Villegas y á Aldama para introducir la discordia mútua: agencias extrañas en fin, para no prolongar la enumeración, las que desde New York han influido para que la emigración de Cayo Hueso no haya puesto francamente su donativo á disposición del Agente General ni de usted mismo. ¿Puede ponerse en duda la exactitud de estos hechos, independientes todos de la acción de usted y del Agente General? ¿O puede afirmarse con perfecta serenidad de conciencia que no han afectado de una manera siniestra el ánimo de uno ni otro?

"No habiéndome propuesto sostener una polémica que usted ni yo consideramos oportuna, ni habiendo tenido por objeto mi carta anterior defender al Agente General, prescindiré en ésta de los cargos que usted le hace, y de la contradicción que encuentra usted entre su negativa actual á entregar en términos absolutos el vapor que usted y él consideran propiedad de la República, y la disposición manifestada por Aldama de separarse de la Agencia en 12 de Agosto de 1874. Podría muy bien explicar esto último; porque en efecto tengo muy pre-

sente el acta redactada por mí, que usted me cita, y las comunicaciones oficiales y privadas que aquellos días mediaron entre usted y el señor Aldama. Pero de lo que ha de permitirme usted que no prescinda es desvanecer "la extrañeza que á usted le causa verme atacar hoy como inconveniente *aquéllo mismo* que yo aplaudí y promoví no hace mucho tiempo". Si lo de antes y lo de hoy fuesen *una misma cosa,* razón tendría usted para manifestar su extrañeza; pero las cosas—porque son tres—y las circunstancias en que nacieron han sido muy diferentes. La Sociedad "Auxiliadora de Cuba" fué promovida por el C. Miguel de Aldama, en junta pública y numerosa de cubanos á tiempo que meditaba separarse de la Agencia General que entonces por primera vez desempeñaba. Constituída la Sociedad y llevado á efecto el propósito del señor Aldama, consideramos, mi colega en la Comisión Diplomática, el señor J. M. Mestre y yo, que mientras el Gobierno de la República nombraba el sucesor de aquel funcionario, no podríamos encomendar la Agencia General de la República á mejores manos que al Comité directivo de la "Auxiliadora". De esta manera dábamos un testimonio de respeto á la porción considerable de nuestros compatriotas, que habían depositado su confianza en el Comité, propendíamos á conciliar las diversas agrupaciones de la emigración, que estaban todas representadas en la nueva sociedad é identificándola con la Agencia, preveníamos el peligro de una discordia que siempre se corre entre una asociación independiente y la representación oficial de un Gobierno distante, que carece de medios para hacer acatar aquí sus proyectos, y que no cuenta más que con el apoyo voluntario de los emigrados para llenar su misión de enviar auxilios á los patriotas. Por eso aplaudí, por eso contribuí á la formación de la "Auxiliadora": y sin embargo de todos esos elementos favorables, la conciliación apetecida no vino al mundo, y la "Auxiliadora" no pudo hacer nada de importancia á favor de Cuba, tal vez por el corto tiempo que tuvo de existencia.

"Y ¿cuándo nació la sociedad de los "Amigos de Cuba? 'Cuando suprimidas por el Gobierno de Cuba la Comisión Dinplomática y la Agencia General de la República, y creada en lugar de ambas cosas una Agencia Confidencial, parecía desprenderse que el Gobierno ó á lo menos el Ejecutivo, al paso que dejaba á la emigración cubana en libertad de ejercitar su propia actividad en servicio de la patria, le dejaba también la responsabilidad si Cuba no recibía auxilios por causa de los celos, rivalidades y desavenencias que han entorpecido la marcha de la representación oficial: cuando así lo demostraba el apluso dado por el Ejecutivo á las expediciones promovidas y enviadas fuera ó á ocultas y en oposición del Agente General y de la Comisión Diplomática, antes y al mismo tiempo que la suprimía por considerar innecesario y aun indecoroso para la República, conservarlas en este país; dando así á conocer la mayor confianza que ponía en la eficacia de la acción individual". En aquellas circunstancias, descritas con tanta exactitud por el General Aguilera en un documento que lleva su firma, era patriótico, era necesario asociarse con espíritu de fraternidad para servir á la patria, atemperándose á las miras del Gobierno de la República; era bello comprometerse á no dar lugar á disensiones perjudiciales á la causa que todos servíamos: era obligatorio á todo cubano agruparse á los "Amigos de Cuba", y empeñar su fe de patriota y su palabra de hombre honrado al cumplimiento del objeto de la sociedad, dispuesto á realizarlo con entusiasmo, sin admitir influencias extrañas, ni dar cabida á sugestiones que tendiesen á perturbar la concordia. Por eso aplaudí la sociedad de los "Amigos de Cuba"; por eso escribí la carta que usted se sirve recordarme y que yo no he olvidado; y sin embargo los "Amigos de Cuba", á pesar de haber nacido bajo faustos auspicios y de la cooperación importante de usted mismo, que aumentó sus recursos, se ha extinguido sin ningún resultado práctico, material ó políticamente considerado.

"¿Son acaso las mismas las circunstancias en que ha rebullido el pensamiento de una nueva asociación con objeto

análogo al de la finada? La formación de la "Auxiliadora" coincidió con la renuncia de la Agencia General por el señor Aldama; y á la par que llenaba interinamente un vacío en el servicio oficial de la República, estaba en condiciones que la hacían á propósito para calmar disidencias, más que nunca entonces encarnizadas. Los "Amigos de Cuba" se constituyeron para llenar la responsabilidad que el Ejecutivo de la República hacía pesar sobre la emigración, declarando hasta cierto punto perjudiciales á sus representantes oficiales, y reduciéndolos á la categoría de Confidentes. Hoy por el contrario, las discordias se hallaban adormidas: existe una Agencia General, que sean los que fueren sus méritos ó imperfecciones, posee la confianza de nuestro Gobierno: el General Aguilera, Presidente electo, marchaba en armonía con el Agente General, y juntos preparaban una expedición para la cual se había comprado un vapor y acopiado elementos de guerra en cantidad no despreciable: el patriotismo del pueblo había correspondido cada vez que se había llamado á sus puertas; y el Ejecutivo de la República lejos de considerar innecesario su Representante en el Exterior, recomendaba su importancia á los emigrados para centralizar la acción individual y multiplicar sus efectos. Iba ya á cogerse el fruto de tantos afanes; iba por fin á mandarse refuerzos á los patriotas; se necesitaba solo una corta dosis de paciencia y de tolerancia mútua; faltaba sólo un esfuerzo armónico para vencer las últimas dificultades de la empresa.

"En tales momentos iníciase de improviso una propaganda que en son de predicar la unión, como si la discordia estuviese devorándonos, y de despertar el patriotismo adormecido, infiltra la desconfianza de los Agentes del Gobierno, proclama la necesidad de *hombres nuevos* y promueve una nueva sociedad alhagando las imaginaciones del pueblo con el espejismo de sumas deslumbradoras, que sin otra base que la de una estadística fantástica, deben precisamente recogerse para mandar por su cuenta auxilios materiales á nuestros hermanos de Cuba, ya que no han sabido hacerlo los funcionarios oficiales. ¿Podría yo con la experiencia de lo pasado, acalorar el pensamiento? Sin negar su belleza en abstracto, para no lastimar la buena intención de su autor, que siempre he puesto á salvo, traté de demostrarle sus consecuencias; y á juzgar por sus frutos hasta ahora, no tengo motivos para pensar que entonces me equivocaba; usted opina de otro modo,y aun parece llevar á mal que yo haya considerado *en ciernes* á la sociedad, cuando había dado su primer vagido en el meeting de Masonic Hall; subiendo de punto su extrañeza al oirme sugerirle la conveniencia de hacer uso de los fondos recolectados á la sombra de esa misma sociedad cuya creación no he apoyado. Tal vez no se deba la colecta á su influencia, y tal vez hubiera sido mayor sin ella, como lo demuestran las anteriores, cuando no existía la asociación á cuya virtud se achaca: pero siendo el único objeto del donativo auxiliar á la patria, no alcanzo por qué ha de extrañarse que yo indique su aplicación á ese objeto, de un modo que creo acertado, cualquiera que sea el impulso de donde proceda.

"Yo habría preferido dar á usted estas explicaciones de viva voz, para quitarles con la expresión de las palabras, la rigidez que siempre tiene la letra muerta y tratar de convencer á usted del candor con que pienso y hablo en las malhadadas ocurrencias que hoy nos ocupan. Quisiera no *omitir ninguna clave,* no ya con la intención que usted ofensivamente supone, sino en la confianza de que si el instrumento está templado, como lo creo, al diapasón de la patria, no es posible que al cabo deje de resonar con armonía, por más inhábil que sea la mano que lo pulse. Mas ya que usted estima que en estas cuestiones no debe oirme con carácter oficial, sino por escrito, tal vez reporte yo la ventaja de que al explicar usted en su libro diario las ocurrencias de estos días aciagos, pueda usted trasladar mis palabras en su genuina significación. No temo que hasta ahora ninguno de mis actos, con usted relacionados, haya hecho caer ni una sola gota de amargura en las páginas de ese libro doloroso; y si desgraciadamente hubiese llegado á su-

ceder ahora, ruego á usted que lo atribuya al pesar de que me hallo poseído, con los sucesos actuales, y de ninguna manera á otro fin que no sea el del mejor servicio de la patria.

"Soy de usted con la mayor consideración,

J. A. Echeverría."

Habiendo recibido Aguilera recado de su amigo José L. Ramírez, diciéndole que deseaba hablar con él, fué á su casa. Le manifestó Ramírez que estaba instruído de su desavenencia con Aldama y quería saber si admitiría sus buenos oficios para ver el modo de arreglar esa trascendental cuestión, preguntándole al mismo tiempo si pensaba publicar en los periódicos su correspondencia con Aldama, y significándole lo perjudicial que sería á ambos que esos asuntos llegaran á diafanizarse. Le preguntó también, caso que llegara á tener un arreglo con Aldama, si estaría dispuesto á romper la correspondencia que había mediado entre ambos para que no quedase vestigio de ella.

Contestó Aguilera que no había pensado publicar la referida correspondencia porque comprendía los perjuicios que con ello se originarían á la causa; pero que sí pensaba, al salir para Cuba, hacer un manifiesto á la emigración explicando su conducta, en cuyo manifiesto procuraría ser lo más moderado posible.

Con respecto á tener una avenencia con Aldama, manifestó que no consideraba haber términos hábiles para ello, porque Aldama se negaba á los dos únicos posibles, y eran: despacharlo para Cuba con su expedición ó entregarle el vapor. Aldama le había dicho por escrito que la Agencia estaba exhausta de fondos, que él tampoco tenía dinero, que el vapor estaba amenazado de embargo, por falta de pago á algunos operarios y él estaba persuadido de que mientras permaneciese trabajando en unión de Aldama, no conseguiría dinero de la emigración. Respecto á la entrega del vapor, le exigía Aldama cuatro condiciones inaceptables, y por todo lo manifestado estaba persuadido de que era imposible que hubiera un arreglo entre Aldama y él. Manifestó Ramírez que él, por circunstancias especiales, podía hacerse oir de Aldama y creía no aventurar mucho al asegurarle que Aldama le entregaría el vapor si Aguilera pagaba las reparaciones.

Contestóle éste que tenía por escrito el ultimatum de Aldama y estaba persuadido de que nadie podría hacerlo variar de resolución. Estuvieron tratando más de dos horas sobre estos particulares y dijo Ramírez que vería á Aldama al día siguiente para manifestarle el propósito de Aguilera de no publicar la correspondencia que había cruzado entre ambos y que lo tantearía sobre si estaba dispuesto á entregarle ó no el vapor, previo el pago, por parte de Aguilera, de las referidas reparaciones.

Al despedirse Aguilera le preguntó Ramírez si conseguida por él una avenencia con Aldama estaría dispuesto á que se rompiese la correspondencia habida entre ambos.

Contestó Aguilera que el asunto era muy grave y tenía que meditarlo mucho. En la referida correspondencia estaba su defensa y destruída ésta, cualquier día podrían hacerle cargos, y él no tendría medios de defenderse por haber desaparecido la constancia de ciertos particulares que estaban allí consignados. Despidióse Aguilera quedando en volver á almorzar con Ramírez dos días después.

Aquel mismo día fué Aguilera á ver á Govantes y le refirió su entrevista con Ramírez. Le manifestó Govantes que indudablemente por muy amigo suyo que Ramírez fuera, se conocía que estaba impresionado por Aldama y su camarilla. Dijo que Ramírez, con la mejor buena fe y el mejor deseo, podía hacerle dar un paso que le perjudicaría mucho. En el estado actual de las cosas, Aguilera estaba completamente á cubierto de toda responsabilidad, pues si no le entregaba el vapor á Varona al exigírselo, era porque se lo impedía fuerza mayor. Pero desde el momento que Aguilera le hiciese cualquier proposición á Aldama, ya perdería la ventaja de que gozaba, porque tácitamente reconocería que Aldama tenía algún derecho para retener el vapor.

Con respecto á la oferta que quería Ramírez de no publicar en ningún caso la correspondencia con Aldama, manifestó Govantes que ese sería su mayor deseo, pues con la seguridad de la palabra de Aguilera, de guardar silencio, se valdrían de otros para que lo hostilizaran sin poder Aguilera defenderse.

Al día siguiente, al volver Aguilera á casa de Govantes encontró á Pío Rosado, que acababa de llegar de Cayo Hueso. Manifestó Rosado que traía letras por valor de cinco mil doscientos pesos á favor de Govantes. Cuando llegó á Cayo Hueso, para infundir más confianza y prestar más garantías á los contribuyentes que ya estaban cansados de dar su dinero sin ver resultado alguno, les manifestó que sólo se necesitaban diez mil pesos para despachar á Aguilera con su expedición; y conociendo lo mucho que se desconfiaba del Agente General, propuso que cualquier cantidad que se recolectase se le entregaría á Govantes para que éste despachase la expedición con sus propios fondos, á reserva de reintegrarse de ellos. Eso debía verificarse en un término breve, de dos ó tres meses y si en ese tiempo no salía la expedición, el dinero sería devuelto á los donantes para que hicieran de él el uso que quisieran.

Añadió Rosado que aunque Juan Luis Pacheco le dijo que no le haría oposición, se la había hecho clandestinamente, influyendo con sus partidarios, para que le compraran un vapor inservible al que estaban haciendo reparaciones que costaban algunos miles de pesos. Aseguró que á no haber sido por la desgraciada misión de Pacheco, habría obtenido de los buenos patriotas del Cayo de ocho á diez mil pesos.

El día convenido fué Aguilera á almorzar con José L. Ramírez. Fueron al efecto á un restaurant cerca de allí, volviendo después á casa de Ramírez. Leyó Aguilera á éste todas las comunicaciones de Aldama y sus contestaciones. En esta tarea y las discusiones que se suscitaron estuvieron ocupados hasta la una y media de la tarde en que acordaron lo siguente: Ramírez iría inmediatamente á la oficina de Aldama y le diría que Aguilera se comprometía á no publicar nada de lo ocurrido en los periódicos del extranjero, sin perjuicio de hacerlo en el "Boletín de la Guerra de Cuba libre" si lo creía conveniente; teniendo Aldama el mismo deber y el mismo derecho, pues el objeto era no dar lugar á que sin necesidad se ocuparan los periódicos enemigos de las discordias que entre ellos habían ocurrido. Ramírez, como acto puramente oficioso preguntaría á Aldama si no habría medios de zanjar las dificultades que entre ellos habían surgido, para cuyo efecto le dió Aguilera las instrucciones siguientes: Primera: Entrega del vapor, dispuesto Aguilera á pagar las reparaciones pendientes siempre que el valor de éstas no excediese de tres ó cuatro mil pesos; la carta de Echeverría decía que ya Aldama había pagado dos mil. Segunda: Traspaso de la propiedad del vapor á un individuo de la confianza de Aguilera. Tercera: Entrega de los materiales de guerra que tenía la Agencia. Cuarta: Aguilera daría una constancia á Aldama de que asumía toda la responsabilidad para con el Gobierno y con la historia.

Bajaron juntos á la ciudad y acordaron que volverían á reunirse á las tres y media de la tarde en el escritorio de Castellanos para que Ramírez dijese á Aguilera el resultado de sus gestiones.

Asistieron á la hora convenida al lugar de la cita. Refirió Ramírez que Aldama le había enseñado un documento que acababa de recibir del Perú, la lectura del cual lo había convencido de la certeza de que Aldama estaba esperando de un momento á otro grandes recursos de ese país que podían utilizarse inmediatamente enviándolos á Cuba; era ese el motivo porque no quería desprenderse del vapor. Dijo que le manifestó Aldama que á pesar de todo, había escrito á Aguilera, desde el 9 del corriente —era el día 13—poniendo á su disposición el vapor, siempre que le diese la seguridad de que éste volvería á sus manos. Aldama había protestado de la manera más terminante que deseaba la unión con Aguilera para entre ambos encauzar los asuntos de la patria, etc. Manifestóse Ramírez muy interesado en

que Aguilera tuviese una entrevista con Aldama, diciendo estaba seguro de que á efectuarlo se desvanecerían todas las dificultades entre ellos.

Contestóle Aguilera que lo que decía le demostraba lo poco que conocía á Aldama. Que la dolorosa experiencia que había adquirido en dos años de constantes tratos, y abierta lucha con él, le había enseñado la poca fe que debía poner en sus proyectos y cálculos, todos los que salían fallidos; siendo además muy diestro en hallar expedientes para salir de las dificultades que su proceder ambiguo le creara. Ya él—Aguilera—no volvería á caer en sus redes y si tantos deseos tenía de armonía, que aceptase una de sus proposiciones, despachándolo para Cuba en breve plazo con su expedición ó entregándole el vapor. Con respecto á la carta fecha 9 que dijo Aldama le había mandado, ofreciendo entregarle el vapor, no la había recibido.

Invitó Ramírez á Aguilera para que fuese á comer con él en su casa y aceptó. Continuaron hablando sobre el mismo asunto, tratando Ramírez de inclinar á Aguilera á una avenencia, y aquél sosteniendo con firmeza sus dos proposiciones: la de despacharlo con su expedición ó entregarle el vapor. Finalmente, sin llegar á ningún resultado, á las ocho de la noche se despidió Aguilera.

Fué de allí á casa de Govantes. Le refirió su conferencia con Ramírez y seguidamente se dirigió á su casa, donde llegó á las diez y media de la noche rendido de fatiga por la larga discusión y mucho andar, con un tiempo infernal; había estado nevando todo el día. Encontró la familia en el comedor, tomando café. Su esposa le entregó una carta que á medio día habían llevado para él. La abrió Aguilera y viendo que era de Aldama y tenía fecha 9, es decir cuatro días de atraso, se dirigió á Augusto Estrada y Luis F. Gutiérrez que acompañaban la familia en la mesa y enseñándoles la fecha y la firma de la carta, les dijo que quería estuviesen ellos enterados del atraso con que la recibía para lo que pudiese importar.

Es indudable que Aldama hacía esfuerzos extraordinarios por atraerse á Aguilera y que no se consumase el rompimiento entre los dos. Movíalo á ese efecto su propia conveniencia. Sabía que su conducta con Aguilera, la que no había podido menos que trascender á toda la emigración, le había acarreado fuertes censuras de parte de ésta. Hacía ocho meses que Aguilera había recibido el dinero de Varona; que Aldama había tomado en sus manos la empresa de despachar su expedición y á esa fecha no lo había hecho. La conducta anterior de Aldama, la que observó á la llegada de Varona, mostrando primero una morosidad incalificable, y negándose después á recibir los fondos que se le ofrecían y los ocho meses transcurridos sin que hubiese despachado la expedición; todo esto había llenado de descontento á los emigrados, que le hacían graves cargos, alcanzando éstos también á Aguilera por la aparente pasividad con que se prestaba á las dilaciones de Aldama. Dados estos antecedentes es natural que al saber la emigración que Aguilera había roto con Aldama, toda se pusiese á favor del primero y contra el segundo. Aldama que veía como la ola de su impopularidad crecía tanto que amenazaba ahogarlo, trató de contenerla, destruyendo la causa inmediata que la había producido, y era la separación de Aguilera que ponía al descubierto su torcida conducta.

Encontróse Aldama frente á la emigración, pero no era él hombre que cediese sin combatir. Además, tenía confianza en el estado mayor que lo rodeaba, que si no numeroso, era fuerte por su calidad. Echeverría era su brazo derecho y ya hemos visto, al llenar el cargo de secretario de confianza de Aldama, las contundentes comunicaciones que para éste produjo contra Aguilera; hemos visto en el terreno privado los esfuerzos que hizo para atraer al mismo hacia Aldama y también en el oficial los graves cargos con que pretendió atemorizar á Aguilera. Aldama podía estar satisfecho de la lealtad de su servidor.

Como las solícitas gestiones de Echeverría no diesen resultado, Aldama, viendo que el caso era urgente y tenía que apurar todos los medios, sabiendo la íntima amistad que ligaba á J. L. Ramírez

con Aguilera, se propuso utilizar este medio también. Con su habilidad acostumbrada, por medio de sus secuaces logró la ingerencia de Ramírez en la cuestión, y poco trabajo le costó convencer á éste de la razón que le asistía y de la sin razón de Aguilera; y Ramírez de buena fe llenó su cometido de la manera que hemos visto, aunque sin mejor resultado que Echeverría. La fe no se pierde más que una vez; y perdida la fe de Aguilera en Aldama, y convencido de que era éste la más grande rémora con que tenía que luchar la causa de Cuba en el exterior, ya toda la inagotable paciencia con que había soportado los caprichos de Aldama, cuando esperaba que hiciera algo en beneficio de su patria, se había convertido en firme propósito de remover el malhadado obstáculo, tan funesto para el triunfo de la causa, como el mismo Gobierno español.

La última carta de Aldama á que nos hemos referido, decía como sigue:

"New York, Abril 9 de 1875.

"C. General Francisco V. Aguilera.

"Distinguido conciudadano:

"Por la primera vez en todas nuestras relaciones para realizar la expedición que debe llevarlo á usted á Cuba, me comunica usted en su carta de ayer que cuenta con los recursos necesarios para hacerse á la mar tan pronto como se le haya entregado el vapor adquirido para la República.

"Esta circunstancia que yo he ignorado de todo punto, no obstante suponer usted que la sabía, demuestra con cuánta razón he creído que podían levantarse dichos fondos entre nosotros. Yo no he deseado más que ponerme á cubierto de las responsabilidades que pudieran imputárseme respecto de la salida de la expedición y la certeza de que existían los fondos necesarios, para que efectuada la empresa patriótica de usted, siguiese sirviendo el vapor para otras ya principiadas y no menos importantes: si no se ha hecho justicia á mi propósito, atribuyéndose por el contrario al intento de poner obstáculos á la partida de usted, para llevar al Ejército Libertador auxilios, acopiados en no poca parte por mi agencia, deberemos lamentarlo por Cuba, más aun que por el quebrantamiento de las buenas relaciones entre nosotros que tanto he procurado evitar. Mas desde el instante en que el Presidente electo me notifica que tiene los elementos pecuniarios que faltaban para ir á Cuba, y que el único estorbo que se le ofrece es mi intervención en el asunto, mi deber y mi patriotismo me manda prescindir de todo reparo, que por ser puramente personal sería secundario, y facilitar al primer Magistrado de la República los medios que están al alcance de la Agencia para que cuanto antes vaya á ocupar el puesto á que lo ha elegido el pueblo cubano, en la seguridad de que nadie mejor que él tomará las medidas y precauciones oportunas para que no se malogren, por falta del vapor, las otras empresas á que he aludido y de que tiene usted conocimiento.

"Fácil sería justificar mi conducta toda, en estas malhadadas circunstancias: más fácil aun demostrar que habiéndose comprado el vapor con dinero restituído, según usted mismo, á la República, y habiendo invertido la Agencia General en sus composiciones y habilitación, todos sus fondos en cantidad considerable, corresponde á esta última la custodia de esa propiedad legítima y exclusivamente de Cuba: pospuesta, sin embargo, como antes he dicho, toda consideración personal, aplazo mi defensa para momento más oportuno, cuando usted me exija ante la patria, las responsabilidades con que me conmina, seguro de que la patria me hará entonces la justicia que usted me niega bajo la influencia de las actuales circunstancias.

"Pasando pues, la destemplanza de la carta que contesto, me cabe la satisfacción de manifestar á usted que estoy pronto á poner á su disposición el vapor de la República, en la confianza de que no tendrá usted inconveniente en abonar la cantidad que todavía se adeuda por sus composiciones, relativamente de escasa importancia, pero que la Agencia no tiene hoy con que pagar; y en la confianza también de que, sin yo intervenir en

el despacho de la expedición, lo cual nunca he pretendido, nos pondremos de acuerdo para que efectuado el desembarco, vuelva el vapor á la Agencia, á fin de que ésta pueda llevar á cabo las otras que tiene preparadas y de cuyos pormenores instruiré á usted oportunamente, con el objeto de que se tomen en Cuba las medidas que aseguren su salvamento.

Soy de usted con la mayor consideración,

P. y L.

Miguel de Aldama".

Llevó Aguilera esta carta á Govantes y acordaron que la contestase éste en los mismos términos conciliatorios que empleaba Aldama, aceptando el vapor.

Como Carlos de Varona había escrito á Echeverría diciéndole que el General Quesada estaba dispuesto á despachar á Aguilera con su expedición, si sólo faltaban diez mil pesos, acordaron también que Govantes pusiese un cablegrama á Varona preguntándole si podían contar con los diez mil pesos á que se había referido en su carta á Echeverría.

CAPITULO XXIV

ABRIL 1875

PIO ROSADO.—SU CONFERENCIA CON ALDAMA.—ESTE SE VALE DE ROSADO PARA ATRAER A AGUILERA.—LO INFORMA DE LA NEGOCIACION DEL PERU.—COMISION A ROSADO PARA QUE INSTRUYA A AGUILERA—LE DICE HA OFRECIDO ENTREGARLE EL VAPOR.—LE URGE CONTESTACION.—AGUILERA ACEPTA.—COMISIONA AL MISMO ROSADO PARA QUE SE ENTIENDA CON ALDAMA.—LE ENTREGA TAMBIEN LA CONTESTACION A SU CARTA.—AGUILERA VA A VISITAR A SUS HIJOS EN EL ASILO DE HUERFANOS.—TRISTE IMPRESION QUE RECIBE.—AGUILERA SIN DINERO.—LOS PRACTICOS CUBANOS.—UNO AMENAZA ROMPERLE LA CABEZA.—AGUILERA REFIERE A VILLEGAS LOS OFRECIMIENTOS DE ALDAMA.—SATISFACCION DE VILLEGAS.—INVITA A AGUILERA A UNA CONFERENCIA CON ALDAMA.—AGUILERA ACEPTA.—VISITA A H. CISNEROS.—LE REFIERE LO MISMO QUE A VILLEGAS.—COMPLACENCIA DE CISNEROS.—GOVANTES TAMBIEN SE MANIFIESTA SATISFECHO.—OTROS PRACTICOS SOLICITANDO DINERO.—AGUILERA LES BRINDA SU CASA Y SU MESA.—CONFERENCIA DE ROSADO CON ALDAMA.—ESTE HACE NUEVA PROPOSICION.—ROSADO VA A CONSULTAR A AGUILERA.—ESTE ACEPTA.—ROSADO VUELVE A CONFERENCIAR CON ALDAMA.—NOCHE PLACIDA PARA AGUILERA.—SUS HERMOSAS ILUSIONES.—VUELVE ROSADO.—FRACASO DE SU CONFERENCIA.—ALDAMA SE HASE ATRAS.—SE NIEGA A FIRMAR.—DICE SU POSICION ES EXCELENTE.—ROSADO DA A AGUILERA SU INFORME POR ESCRITO.—AGUILERA INFORMA A H. CISNEROS Y OTROS DEL FRACASO.—ESTOS SE NIEGAN A CREERLO.—FUERTE DISCUSION CON AGUILERA.—H. CISNEROS DICE VERA A ECHEVERRIA.—TODO QUEDARA ARREGLADO.—CISNEROS NADA CONSIGUE.

Como á las tres de la tarde del siguiente día en que pasaron los últimos sucesos referidos en el capítulo anterior, fué Pío Rosado á ver á Aguilera. Le manifestó que Aldama lo había citado para su casa la noche anterior con objeto de tener una conferencia con él. Asistió, y en ella le reveló Aldama el plan de la expedición del Perú, y le propuso hacerse cargo de la organización de la expedición en Panamá, donde debían ya estar las armas y municiones. Le enseñó una carta de Márquez en que le decía que quedaban sobrantes setenticinco mil pesos, de los que tenía ya en su poder treinta mil, los que no le libraba por ese mismo correo, porque de momento no había encontrado letras; pero se los giraría por el próximo, que debía llegar á New York el día primero de Mayo. Aldama le había recomendado que instruyera á Aguilera de estos particulares con la mayor reserva y le exigiese la contestación á su última carta, porque deseaba saber si Aguilera quería hacerse cargo del vapor para despacharse por su cuenta; y aun en este caso, si no pudiese salir para Cuba por falta de fondos, le facilitaría éstos tan pronto como recibiese la suma que le anunciaban del

Perú. Aldama le reiteró que le urgía la pronta contestación de Aguilera.

En vista de la importancia del asunto, llevó Aguilera á Rosado á casa de Govantes para que repitiese á éste lo que acababa de decirle. Instruídos todos del particular, desconfió Govantes de la buena fe del ofrecimiento. Aguilera le dijo que no era imposible, porque la negociación del Perú era muy antigua y estaban interesados en ella el General Prado y algunas personas de importancia.

Resolvieron al fin, que teniendo hecha ya la contestación á la última carta de Aldama, agregase en ella Aguilera que comisionaba al mismo Rosado para que se entendiese con él, conforme á las instrucciones que le comunicaba. Eran éstas simplemente que si Aldama fijaba un término para despachar á Aguilera con su expedición, éste renunciaba á la adquisición del vapor; pero si se negaba á fijarle ese término, entonces Aguilera aceptaría el vapor, siempre que llenara las condiciones que expresaba la carta.

Hízose cargo Rosado mismo de llevarla la carta á Aldama, aquella noche á las ocho.

Héla aquí:

"New York, Abril 14 de 1875.

"C. Miguel de Aldama.

"Agente General de la República de Cuba.

"Distinguido conciudadano:

"Anoche llegó á mis manos su atenta fecha 9 del actual en la que dá usted respuesta á la mía del 8.

"Lamento sobremanera que el estilo generoso de esa carta, así como el patriotismo que revela en cada una de sus frases, no se me diera á conocer, como lo esperaba, en la que contestando la mía de 20 de Marzo próximo pasado, se sirvió usted dirigirme con fecha 25 del propio mes. Si esto hubiera sucedido entonces, habríanse ahorrado largas comunicaciones y con ellas más de un momento de vacilación y de disgustos para ambos.

"Sorprendido por su comunicación fecha 14 del pasado en los mismos momentos que trataba de acercarme á usted para arreglar amistosamente todo lo concerniente á la expedición, no estaba en mí silenciar, á no correr riesgo de que pareciera aceptarlas, las apreciaciones que se hacían de mi conducta; así como las que se referían á los derechos que tenía usted sobre el vapor, mucho más, porque para que éstos existieran, ó mejor dicho, para que el vapor sea propiedad exclusiva de la República, se hace necesario, en virtud del acta firmada, llevar á Cuba una expedición en el referido buque, ó devolver los veinte mil pesos recibidos; he aquí por qué he insistido en la entrega del vapor, y los fundamentos en que descanso para no considerarlo todavía propiedad de Cuba, y trabajar porque lo sea, realizando cuanto antes la expedición.

"Separada mi personalidad para evitar interpretaciones erróneas, acerca de cualquiera opinión que yo pudiera emitir, y no queriendo hacer abstracción del Agente, sin motivos verdaderamente justificados, envié á usted un representante; y á pesar de todo, no fué posible llegar á un arreglo; afortunadamente para la patria, prescinde usted hoy de todo reparo 'puramente personal", y accede á poner á mi disposición el vapor, si no hay inconveniente por mi parte en abonar la pequeña cantidad que todavía se adeuda por sus composiciones, y en ponernos de acuerdo para que efectuado el desembarco de la expedición, vuelva el vapor á la Agencia, á fin de que ésta lo utilice en otras empresas ya comenzadas.

"Como mi objeto no ha sido nunca que ese buque se pierda para la República; sino por el contrario, venga á ser propiedad suya por el único camino legítimo que hay, cual es, dar cumplimiento al acta que firmé con fecha 29 de Septiembre del pasado año, no tengo reparo alguno en recibir todas las instrucciones que usted se sirva comunicarme, para hacerlo llegar de nuevo á la Agencia, una vez realizado mi desembarco en Cuba.

"En cuanto al pago de las reparaciones que aun se adeudan, así como á recibir el vapor, necesito, para dar á usted una respuesta definitiva: Primero. Que usted precise las cantidades á que asciendan las reparaciones pendientes de pago.

Segundo. Si está usted dispuesto á poner á mi disposición todos los materiales de guerra que aparecen en el estado que usted me envió con fecha 13 de Enero. Tercero. Si pagadas las reparaciones, está el vapor completamente listo de botes y en aptitud de hacerse á la mar. Cuarto. Si usted puede hacerme el traspaso del buque, ó en su defecto darme las garantías respecto del que aparece como dueño, de modo que no pueda este señor ponerme obstáculos en ningún sentido.

"Escrito lo que antecede, se me ha presentado el C. Coronel Pío Rosado, manifestándome, por habérselo usted inducido, que antes de proceder á un rompimiento, siempre perjudicial á los intereses de la patria, se hallaba animado del mejor deseo para evitarlo. Que en este concepto, y deseando recibir cuanto antes contestación del General Aguilera á su última carta escrita, le hacía presente, que podía dentro de quince ó veinte días, tener los elementos necesarios, para proceder á despacharlo, si entregado el vapor y los materiales de guerra, no podía hacerlo por sí mismo.

"Y como yo estoy animado de los mismos deseos de usted, de realizar cuanto antes la expedición, comisiono desde luego al C. Coronel Pío Rosado para que á la vez que sea portador de la presente, cumpla cerca de usted las instrucciones que acabo de confiarle; y para mayor claridad, levante un acta que dé cuenta del resultado.

"Soy de usted con la mayor consideración,

F. V. Aguilera".

El primer jueves de mes, día reglamentario para que los padres y familiares de los niños asilados pudiesen visitar á éstos, dirigióse Aguilera á la calle décima á ver sus hijos. Encontró á su esposa é hijas que habían ido también con igual objeto.

Triste impresión la de aquel padre al contemplar á sus queridos hijos vestidos con la blusa y calzón corto, de color obscuro, de los asilados. El cabello cortado al rape, como los soldados "quintos" recién llegados de España, que tantas veces había compadecido. Pedazos de su alma, criados con tanto esmero, rodeados de atenciones y cuidados; verlos reducidos á la condición de huérfanos anticipados, entregados á la caridad del extranjero, porque estaba pobre, porque había sacrificado toda su fortuna por hacer patria á los cubanos que tanto lo maltrataban. Los dos más pequeños parecían resignados, pues con su poca reflexión habían hecho ya amistad con otros niños de su edad; pero el mayor, no se separaba del regazo de su madre, la acariciaba y con frecuencia la preguntaba cuándo iban á llevarlo para su casa, cuánto tiempo estarían allí y otras preguntas que desgarraban el alma y hacían derramar lágrimas á su angustiada madre y destrozaban el corazón de aquel padre amantísimo.

Todos los primeros jueves de mes, mientras estuvo allí, fué Aguilera á visitar sus hijos en el asilo, recibiendo las mismas impresiones; regocijándose con la vista de aquellos seres queridos, alejados de él, y al mismo tiempo atormentado de verlos convertidos ya en huérfanos infelices, relegados á la caridad pública.

Ya sabemos que Aguilera había mandado buscar varios prácticos cubanos de mar y tierra á Santo Domingo y á Jamaica para que prestaran sus servicios en la expedición que consideraba próxima á salir. Al llegar estos prácticos á New York, como era natural, se hizo cargo de su sostenimiento mientras llegaba el día de embarque. Pero como sobrevinieran las contingencias que hemos narrado y la salida de la expedición se fué aplazando, llegó un día en que á Aguilera se le agotaron los recursos y no pudo cumplir esa obligación. Unióse á esto que Juan Luis Pacheco también había contratado por su cuenta unos jefes extranjeros, de nacionalidad francesa, para que lo acompañaran en una expedición que debía llevar él; había ido Pacheco á Cayo Hueso, según hemos visto y los referidos jefes ocurrieron á Aguilera por auxilios. Este, porque no sufriera el buen nombre de la República, auxilió á esos jefes con lo que pudo, diciéndoles que cuando viniera Pacheco se entendiesen con él.

Una mañana llegó á casa de Aguilera el Coronel Grand y otro, franceses, jefes ambos de los que había contratado Juan Luis Pacheco, y dejó abandonados en Nueva York. Dijeron á Aguilera que aquel día no tenían para comer y le suplicaban los auxiliase. Les manifestó él la crítica situación en que se encontraba también y por fin pidió á su esposa dos pesos y se los dió para que se remediasen. Poco después llegó un práctico cubano diciéndole que iban á echarlo de la casa porque debía dos semanas de hospedaje, lo ponía en su conocimiento para que le diese los doce pesos que importaban. Manifestóle Aguilera su situación y dijo que lo que podía hacer era, si le echaban de la casa, que fuera á vivir á la suya, que allí le procuraría acomodo. Exaltóse aquel hombre rudo é increpando á Aguilera le dijo que si para eso lo había hecho venir de donde estaba; y si no le daba los doce pesos, le iba á romper la cabeza. Armóse Aguilera de paciencia y contestó que por más que le rompiera la cabeza, de ella no podría sacar los doce pesos que pedía; que se atemperara á las circunstancias y en todo caso ahí tenía su casa donde podía ir á comer y vivir mientras tomaba una determinación. Por fin, marchóse el hombre renegando, y Aguilera quedó tan disgustado como es de suponer.

Estas peripecias le impidieron salir de su casa temprano aquel día para ir á almorzar con Villegas como lo había pensado; sin embargo, fué á verlo á las once y media del día. En esta ocasión se manifestó Villegas más franco; le encareció el interés que tenían todos sus amigos en que su disgusto con Aldama terminase y los esfuerzos que él y Echeverría habían hecho en ese sentido.

Contestó Aguilera que siempre había estado animado del mismo deseo y si sus relaciones con Aldama se habían roto, fué por la carta agresiva de 14 del pasado que éste le había dirigido. Convino Villegas en que Aguilera tenía razón, pero le aseguró que Aldama no había tenido la más ligera intención de ofenderlo.

Díjole Aguilera que ahora tenía el gusto de comunicarle que el horizonte daba señales de aclararse, porque Aldama se había colocado en un punto en que creía podían entenderse. Por su última carta, de 9 del corriente, ofrecía entregarle el vapor que era lo que deseaba para despacharse él mismo, y el día anterior le había mandado decir el propio Aldama con Pío Rosado que le contestase pronto si aceptaba el vapor, y caso que no tuviese dinero para sacar la expedición, él lo despacharía con los setenta y cinco mil pesos que debían llegarle del Perú el día primero de Mayo.

Refirióle Aguilera toda la conversación que había tenido con Pío Rosado y la contestación á la carta de Aldama que le llevó el mismo Rosado, la noche anterior; también le dijo la autorización que había dado á Rosado para que se entendiese con Aldama y éste había citado á aquél para una conferencia al día siguiente. Añadió que esperaba que todo ello daría el mejor resultado siempre que los ofrecimientos de Aldama fuesen sinceros.

Aseguró Villegas que sí lo eran, y concluyó preguntándole por qué no se entendía directamente con Aldama. Contestó Aguilera que no tenía dificultad, y Villegas muy satisfecho quedó en hablar á Aldama para tener una reunión en su casa—la de Villegas—los tres.

Despidióse Aguilera y fué á la oficina de Hilario Cisneros. Lo encontró solo y tuvo una larga conferencia con él diciéndole más ó menos lo mismo que á Villegas. Manifestóse Cisneros muy satisfecho de que Aldama entrase en razón y por último invitó á Aguilera á tomar un "lunch" en el "Delmónico". Aguilera aceptó.

Cuando se despidió fué á casa de Govantes y le refirió sus conferencias con Villegas y Cisneros. Govantes se mostró también muy satisfecho esperando que el resultado correspondiera á los deseos de ambos: y era que Aguilera pudiera salir con su expedición dentro de breves días. Dijo Govantes que Aldama había citado á Pío Rosado para aquella misma noche en su casa con objeto de arreglar el asunto.

Se despidió de Govantes y llegó á su casa á las ocho. Poco después estuvo el práctico Ceballos con un compañero á

pedirle dinero. Les manifestó Aguilera su situación, les dijo que no tenía dinero y les ofreció su casa donde podrían vivir y comer lo que comía su familia. Ceballos se manifestó satisfecho, pero su compañero se quejó amargamente porque lo habían llevado allí y le "salían" con que no podían mantenerlo, cuando él había dejado una buena colocación en Jamaica, etc. Por fin llegóse á impacientar Aguilera y le dijo que los buenos patriotas tenían el deber de sufrir tanto en Cuba libre como en el extranjero; y que habiéndosele concluído el dinero que de limosna había recolectado para sostenerlos no podía salir á hurtarlo. Cuanto podía era brindarle á él y á todos los que se encontraban en su caso, con la mejor voluntad, la casa y los alimentos de su familia para partirlos como entre buenos hermanos; pero ya que él era hombre de tantas comodidades y no estaba acostumbrado á pasar trabajos, lo despacharía para Jamaica, de donde lo había traído, tan pronto como encontrara dinero con que hacerlo. Las reflexiones de Aguilera parecieron hacerle fuerza á aquel infeliz, pues nada dijo y se retiró con su compañero Ceballos. Francisco Simoni que presenció esta escena dijo después que se hubieron ido, que lo que querían era dinero para jugarlo inmediatamente y ganárselo unos á otros.

Al día siguiente fué Pío Rosado muy temprano á casa de Aguilera á decirle el resultado de la conferencia de la noche anterior con Aldama y Echeverría. Dijo que después de discutir largamente sobre los puntos del arreglo, Aldama, como de costumbre se "encastilló" en que no podía dar plazo para despachar la expedición, porque dijo podía sobrevenir algún acontecimiento inesperado que estorbase la llegada de los fondos del Perú que esperaba del primero al 5 del próximo Mayo, y podría quedar mal. Que la circunstancia de exigirle Aguilera con tanta insistencia que fijara un plazo, le hacía comprender que lo apremiaría si llegase el caso. Propuso sin embargo, Aldama, que aguardase Aguilera el referido primero ó 5 de Mayo y si en ese tiempo recibía el dinero, no tendría dificultad en despachar con él la expedición, suspendiendo mientras tanto la entrega del vapor, á menos que no tuviese Aguilera reunido ya todo el dinero y quisiese salir inmediatamente. Manifestó Rosado que había dejado la conferencia suspensa en ese punto con objeto de consultar á Aguilera.

Llevó Aguilera á Rosado á casa de Govantes. Enterado éste del resultado de la conferencia con Aldama, y discutido el particular, convinieron en que dada la resistencia de Aldama á fijar plazo y no teniendo Aguilera el dinero para despachar inmediatamente su expedición, no había otro remedio que ceder á las circunstancias y aceptar lo propuesto por Aldama. Determinaron por fin que fuese Rosado á ver á Aldama y le dijese que en obsequio de la armonía accedía Aguilera á su solicitud de aguardar hasta el 5 de Mayo; pero si en esa fecha no había recibido él los fondos que esperaba del Perú, entregaría el vapor á Aguilera para que éste despachase por su cuenta la expedición. Para más precaución, dieron á Rosado las dos condiciones escritas en un papel, para que así mismo las pusiese en el acta, en previsión de que después, por alguna frase ambigua, pudiese quedar Aguilera sin derecho al vapor.

Bajó Aguilera á la oficina de Hilario Cisneros y le comunicó la buena noticia de que creía ya orilladas todas las dificultades con Aldama. De allí fué á casa de Govantes y al anochecer, sintiéndose estropeado por las fatigas del día, y las noches pasadas sin conciliar el sueño, se retiró á su casa y recogióse temprano, esperando descansar.

Siendo la esperanza bálsamo consolador para aquellos, agobiados por el infortunio, abrióse el pecho de Aguilera á su bienhechor influjo, y por más que siempre hubiera desconfiado de Aldama, esperó en aquella ocasión que se vieran realizados sus ardientes deseos. Esperó que Aldama, pudiendo disponer de la considerable suma que aguardaba del Perú, y no necesitando castigar su bolsillo, por último lo despacharía en breve término para Cuba, ó le entregaría el vapor, según le ofrecía en su carta. Pensó que al fin lograría lo que tan ardiente-

mente deseaba y era salir de allí con una expedición en auxilio de sus hermanos, presentándose á ellos con un mensaje alentador. Era muy posible que tras la expedición que él llevara, fuera otra y otras, pues tenían un magnífico vapor, que si caro había costado en dinero, mucho más alto había sido su precio en disgustos y en angustias para él; y además contaban con un abundante armamento y gran cantidad de pertrechos obtenidos por la negociación con Perú: aquella negociación tan antigua, que habiéndose iniciado cuando Ramón Céspedes y él estaban hecho cargo de la representación de Cuba en el extranjero, por fin había ido á rendir sus frutos á Aldama.

¡Qué prospecto más hermoso para Aguilera! Después de desembarcar en Cuba con su expedición, irían llegando sucesivamente otras más, que infundirían tanto aliento en sus compatriotas y tal desconcierto en los enemigos, que la revolución se extendería por toda la Isla, terminando con el aniquilamiento de sus opresores y el triunfo de los cubanos. Mecido por tan hermosas ilusiones fué nublándose su mente hasta que pasó en brazos de un sueño bienhechor.

A la mañana siguiente estuvieron á visitarlo el Coronel Grand é Iglesias, entusiasta partidario éste del General Quesada. Habló mucho Iglesias de los esfuerzos que hacía dicho General por conseguir fondos con que mandar expediciones á Cuba y de la oposición que le hacía Aldama para que no lo consiguiera. Dijo que Quesada estaba dispuesto á despachar á Aguilera inmediatamente para Cuba, caso de que Aldama no lo hiciese.

El Coronel Grand indicó á Aguilera á su despedida que estaba muy escaso de dinero y procurara conseguirle alguno. Contestóle Aguilera que estaba haciendo diligencias para ello.

Fué Aguilera á casa de Govantes, esperanzado en recibir la buena noticia del arreglo que había recomendado á Rosado con Aldama. Informólo Govantes que la noche anterior había estado allí Rosado, después de su conferencia con Aldama. Dijo que el plan había fracasado por completo. Aldama, no sólo no había querido ratificar su ofrecimiento del día anterior, sino que se negaba á firmar nada que tuviese relación con el asunto. Había estado conferenciando con él y Echeverría desde las dos hasta las cuatro de la tarde en su oficina—de Aldama.—Por último, Echeverría había redactado una pequeña acta en que constaba lo propuesto por Aldama el día anterior. Rosado se había manifestado dispuesto á firmarla, pero Aldama se negó, diciendo no lo haría porque con el asunto del Perú su posición era muy buena y Aguilera no tenía derecho á dudar de él.

Añadió Govantes que había observado que Rosado, á pesar de lo expuesto, parecía estar maleado por Aldama con la oferta que le había hecho de hacerlo director y organizador de las expediciones sucesivas que habían de conducir á Cuba el armamento obtenido en el Perú; por este motivo le aconsejó que obrase con la mayor cautela, para evitar que Rosado revelase á Aldama sus planes. Vinieron abajo las esperanzas de Aguilera una vez más; pero estaba tan acostumbrado á los desengaños, que el nuevo que experimentaba lo acogió con calma.

Salió de casa de Govantes, fué á ver á Rosado y le instó para que le refiriese su conferencia con Aldama. Manifestó Rosado que había empezado diciendo á Aldama y á Echeverría, también presente, que el negocio estaba arreglado; Aguilera aceptaba la proposición de Aldama. Retiraba su exigencia de que éste lo despachara en un plazo fijo y se conformaba con recibir el vapor bajo las condiciones estipuladas, después del 5 de Mayo, si Aldama no recibía los fondos que esperaba del Perú. Aldama hizo algunas objeciones y puso dificultades que fueron rebatidas por Echeverría y él. Finalmente, Echeverría redactó una pequeña acta que contenía la esencia de la proposición de Aldama. Rosado la leyó y aprobó; Aldama, después de enterarse de ella se resistió á firmarla. Dijo Rosado, que considerando que la palabra "acta" sonaba mal á Aldama, le propuso que dirigiese una carta particular á Aguilera en la que se consignasen aquellos hechos, estando seguro de que Aguilera quedaría conforme. Aldama también se negó, diciendo que Aguilera no tenía de-

recho á dudar de él, y mucho menos en aquellas circunstancias en que su posición era tan ventajosa con motivo de los fondos considerables que debía recibir del Perú. Echeverría se había molestado diciendo á Aldama que no era necesario se expresase con tanta crudeza y en términos tan absolutos. Finalmente, concluyó la conferencia sin haberse obtenido ningún resultado.

Preguntó Aguilera á Rosado si estaba dispuesto á darle un informe por escrito de lo que había ocurrido entre él y Aldama respecto al particular. Contestó Rosado que no tenía inconveniente, quedando en hacerle el referido informe aquella noche.

Saliendo de allí, fué inmediatamente á la oficina de Hilario Cisneros á manifestarle el fracaso del proyecto de arreglo que se creía asegurado. Encontróle allí con Arteaga y Nestor Ponce de León. Refirió á los tres lo ocurrido, pues ya estaban informados del presunto arreglo, por Cisneros. Todos se manifestaron muy sorprendidos diciendo que no podían comprender esa resistencia de parte de Aldama y creían que ahí había alguna mala inteligencia. Manifestó Aguilera que no la había, y tampoco le extrañaba el proceder de Aldama porque con frecuencia solía hacer lo mismo. Tuvo Aguilera una acalorada discusión con los tres por este motivo y finalmente, dijo Cisneros que vería aquella misma noche á Echeverría y estaba seguro de que todo quedaría arreglado.

Al día siguiente fué Aguilera á la oficina de Cisneros á ver el resultado de su entrevista con Echeverría. Manifestó Cisneros que había hablado con él, pero no se había resuelto nada porque Aldama fué á Brookling y no volvería hasta la noche. Citó á Aguilera para el día siguiente en su oficina, donde le daría una razón definitiva.

No quiso Aguilera volver al otro día á la oficina de Cisneros para evitarle el desagrado de confesarle su fracaso y decidió esperar á que expontáneamente le dijese algo, persuadido como estaba de que de Aldama no podrían sacar nada.

Fué á ver á Pío Rosado y éste le entregó el informe ofrecido que Aguilera leyó y encontró bueno. Lo llevó á Govantes, quien lo aprobó también.

El informe dice así:

"New York, Abril 19 de 1875.

"C. Francisco V. Aguilera.

"Accediendo á la petición que me fué hecha por usted al darle razón verbal del resultado de las dos conferencias celebradas entre el C. Miguel de Aldama, Agente General de la República de Cuba y el infrascrito, que con el carácter de Representante de usted debía junto con aquél, establecer los términos de un acuerdo para zanjar las dificultades que entre ambos median apropósito de la expedición que se propone usted llevar á Cuba, voy á formular mi informe por escrito procediendo así en armonía con la razón y la justicia.

"En la noche del 15 del corriente tuvo lugar la primera de las dos conferencias aludidas, hallándose presente el C. José Antonio Echeverría, Comisionado Diplomático de nuestra República. Según las instrucciones que me fueron trasmitidas por usted, manifesté al señor Aldama que: siendo así que él esperaba poseer dentro de breves días recursos pecuniarios para despachar la expedición, según me había manifestado en una entrevista previa, celebrada con otro objeto, usted no insistía en reclamar la entrega del vapor, con tal que el consignara en acta, que debía levantarse, lo que me había manifestado verbalmente con respecto á los recursos, fijando además la época en que debía despachar la expedición. A esto respondió el C. Agente que su mayor deseo y deber lo obligaban á despachar la expedición inmediatamente que pudiera disponer de los medios necesarios para ello; pero no fijaba un plazo, porque además de no reconocer en el General Aguilera un derecho para esa exigencia, él no debía comprometerse de una manera absoluta á fijar dicho plazo, por muchas que fueran las probabilidades que tenía de poderlo verificar en una época próxima; que él se prestaría á esa exigencia si el General Aguilera le diera los elementos que aun faltaban para completar la expedición.

"No siendo posible el acuerdo en este punto, como queda demostrado, pasé, según mis instrucciones al otro, referente á la entrega del vapor, y dije al C. Agente que usted estaba dispuesto á aceptarlo si él contestaba de una manera favorable y precisa á las preguntas consignadas en la comunicación del 14 del corriente, de que fuí portador. A esto dijo que contestaba lo mismo que había manifestado al señor Aguilera en su comunicación del 9 del que cursa, es decir, que estaba dispuesto á entregar el vapor si el General Aguilera pagaba lo que aun se debía de reparaciones y si una vez empleado por dicho General, quedaba el buque completamente expedito para utilizarlo él en servicio de la República, enviando, como creía que podría hacer en breve tiempo, otras expediciones; pidiendo al efecto seguridades de parte del General Aguilera, para el cumplimiento de lo que exigía.

"Esperando que con nuevas instrucciones en una segunda entrevista, podría llegar á un acuerdo, suspendimos la sesión, y pedí al C. Agente una nueva conferencia para después de avistarme con usted.

"El 16 del corriente me acerqué de nuevo al C. Aldama, hallándose presente también el señor Echeverría, y expresando fielmente el pensamiento de usted, le dije: que usted accedía á prescindir del plazo que antes exigiera, animado, como se hallaba del más puro espíritu de patriotismo y conciliación, y teniendo presente además que se discutían los sagrados intereses de la patria; pero que deseaba que el C. Agente General manifestase por escrito que si del primero al 5 de Mayo próximo, época en que, según manifestaciones del mismo al que suscribe, debía estar en posesión de los recursos antes expresados, desgraciadamente no llegaban éstos, y el C. Agente General se veía por lo tanto, imposibilitado para despachar la expedición, usted entonces reclamaba el vapor para proceder en los términos que tuviera por conveniente para marchar á Cuba con la citada expedición. A lo cual respondió el señor Aldama, que tampoco reconocía en el General Aguilera, derecho para la nueva petición, que al fin y al cabo no era más que la primera con distintas formas; que él, como Agente General, tenía la senda de conducta que debía seguir, bien marcada, y que no se apartaría de ella ni una línea; que si el General Aguilera tenía los recursos necesarios, él estaba dispuesto á entregar el vapor en los términos que antes había manifestado, pero que si dicho General no los tenía, esperase á que él pudiese despacharlo, cosa que, en su opinión podía verificarse en un plazo muy corto, pues tenía todas las probabilidades para creer que del primero al 5 de Mayo próximo podía contar con sumas suficientes para ello, como ya repetidas veces había manifestado.

"Tanto en esta entrevista como en la primera, nada omití que pudiera llevarme al término que usted tanto deseaba, es decir, la consecución de una perfecta armonía, por creer usted que esto era absolutamente necesario, ya en el orden material, ya en el moral, para obtener completo éxito en todas las empresas que tengan por objeto auxiliar la causa de nuestra independencia.

"Debo manifestar en honor de la verdad, que el C. J. A. Echeverría, al intervenir en nuestras conferencias, asumió una actitud independiente é imparcial; y manifestó que el C. Agente General podía acceder á la última petición del General Aguilera, si bien veía en el fondo de ésta la exigencia de un plazo. Además formuló por escrito el deseo del General Aguilera, tratando en la forma de quitarle todo aquello que pudiera ser causa de una negativa por parte del Agente General; escrito que yo acepté pero que rechazó el señor Aldama.

"Esto es en resumen lo que ha pasado en mis conferencias con dicho señor y lo suscribo para los fines que le convenga.

"Reciba usted el testimonio de mi más alta consideración y respto.

P. y L.

P. Rosado".

CAPITULO XXV

ABRIL 1875

AGUILERA SE APRESTA PARA MARCHAR Á CUBA.—CRUELES DESENGANOS.—ANTIGUO Y MODERNO JUDAS.—TRES DIFERENTES PRESUPUESTOS—RESUMEN DE LA CUESTION "OCTAVIA" Y ALDAMA.—LOS $20,000 DE LA AGENCIA.—INVERSION DE LOS FONDOS DE PARIS.

Desengañado Aguilera de conseguir nada de Aldama, ni de los ricos de aquella emigración, se aprestó á seguir adelante en su resolución de marchar á Cuba solo, en un bote, como salió; con la sola diferencia que si salió alentado por esperanzas de hacer algo, quizás mucho, en bien de su Cuba idolatrada, volvería con el alma destrozada por los más crueles desengaños. En vez de los elementos de combate que tanto se afanó por llevar á sus hermanos, desembarcaría agobiado por el pesado fardo de sus amarguras, tristezas y decepciones.

¡Qué desengaño tan triste al recorrer con su mente aquel largo calvario! Pobre, desdeñado, peregrino por el mundo, pidiendo á sus hermanos una limosna para socorrer á la desdichada Cuba que se desangraba en brazos de su opresor. Y al final de tantos afanes y amarguras, cuando había podido reunir unos modestos auxilios que llevar á sus compañeros: auxilios que á éllos infundieran algún aliento, y á él le evitasen el doloroso trance de presentarse con las manos vacías á referirles la triste historia de su experiencia. Verlo desaparecer todo; todo se le arrebataba de las manos, y se le dejaba impotente, entregado á la desesperación como si se quisiera que pidiendo consejos á ésta se arrojase en sus brazos para hacer más segura su perdición...

Tras la traición de Judas vino el calvario de Jesús; aquél entregó á éste á sus enemigos. Después, Judas, remordido por su conciencia se ahorcó. También Aguilera sufrió su calvario; tuvo también su Judas que lo traicionara preparándole una muerte lenta y angustiosa. Pero este Judas lejos de ahorcarse, se paseó triunfante, gozándose en el martirio de su víctima. ¿Sería que tuviese más conciencia el antiguo que el moderno Judas...?

Para que el lector tenga una idea más clara de la conducta de Aldama con Aguilera, vamos á hacer aquí un breve sumario de los hechos desde la llegada á New York del C. Carlos de Varona: hechos que, diluídos en esta larga historia, podrán quizás aparecer confusos.

Cuando Carlos de Varona llegó á New York á ofrecer al Agente, en nombre del General Quesada, veintiun mil pesos en efectivo y gran cantidad de armas y de pertrechos con objeto de auxiliar la expedición de Aguilera que se decía próxima á salir, hacía ya más de un año que se ocupaba Aldama en el despacho de esta expedición, para la que decía tener veinte mil pesos en efectivo y buena cantidad de elementos de guerra.

No quiso el Agente Aldama aceptar el ófrecimiento de Varona porque dijo no podía admitir plazo alguno para el despacho de la expedición; y como sus amigos y Aguilera lo apremiasen para que no dejara pasar aquella feliz oportunidad, Aldama expontáneamente propuso á Aguilera que se hiciese cargo del negocio, para lo cual él—Aldama—le entregaría los fondos de la Agencia. Aguilera aceptó desde luego, y preguntado Aldama si la entrega de dichos fondos sería obstáculo para que continuase funcionando como Agente, contestó que inmediatamente entregaría también la Agencia, porque no iba á quedarse condenado á la impotencia.

Varona por su parte ofreció entregar á Aguilera los veintiun mil pesos de Quesada, y Aguilera aceptó estos fondos también, así como el compromiso que exigía Varona de que la expedición saliese en todo el mes de Noviembre.

Quiso Aldama que Aguilera se diri-

giese oficialmente á él pidiéndole los fondos de la Agencia, y así lo hizo éste, contestándole Aldama que los referidos fondos estaban á su disposición.

Aunque Aguilera estaba dispuesto á hacerse cargo de los fondos de la Agencia y de ésta también, Aldama varió de parecer, á instancias de sus amigos, y ofreció á Aguilera los fondos quedándose con la Agencia.

Habiendo invitado Aldama á Aguilera para una entrevista en la que arreglarían el asunto, concurrió Aguilera y Aldama con estudiada manera, empezó á hablar el primero, diciendo que debían comenzar por la compra de un vapor, que ya había dado pasos para ello, había mandado al capitán Summer á Filadelfia, etc. En una palabra, sin nadie pedírselo, se asoció á una empresa que era solo de Aguilera, por haber Aldama declinado hacerse cargo de ella.

Aguilera, que no esperaba tal inmisión, se vió muy contrariado. Sin embargo, como la situación en que Aldama y Echeverría lo habían colocado de antemano era muy crítica, se vió obligado á aceptarla por no dar lugar á males mayores.

Hablándole Aguilera de la cantidad de dinero que tenía la Agencia, dijo Aldama que ésta no era más que unos diez y siete mil pesos; y como le objetase Aguilera, contestó que efectivamente había creído que eran veinte mil pesos; pero que habiendo tenido la Agencia algunos gastos, los fondos habían disminuído hasta esa cantidad.

Siguió Aldama muy solícito ocupándose en conseguir un vapor, al par que Aguilera hacía diligencias para lo mismo, hasta que al fin compró Aldama de acuerdo con Aguilera el "Octavia". Muy satisfecho se manifestó aquél de la compra; dijo que el "Octavia" era un magnífico vapor; estaba en el mejor estado, faltándole solo para salir á navegar las dos calderas. Dijo que éstas podía hacerlas el encargado de la maquinaria de su refinería, Mr. Diller, por el costo, que sería unos cinco mil pesos, y dentro de cinco semanas podía estar listo el vapor. Muy satisfecho hubiera estado Aguilera de su asociado, al ver la actividad y economía con que procedía, á no haber sido éste Aldama, de quien tan triste experiencia tenía; y si había aceptado su sociedad fué forzado por las circunstancias. Sin embargo, se congratuló al ver la buena disposición que mostraba. Siempre que Aldama veía á Aguilera le hablaba del progreso de los trabajos pidiéndole cantidades de dinero para abonar éstos, las que Aguilera le entregaba.

Todo marchaba á pedir de boca. A mediados de Octubre dijo Aldama que el vapor estaría listo para fines de Noviembre, en que vencía el compromiso de Aguilera con Varona. Como llegase el mes de Noviembre y aun no estuviesen concluídos los trabajos, el día 12 de este mes ofreció Aldama á Aguilera que estaría listo el vapor en la primer semana de Diciembre.

Aguilera, que mientras tanto había pasado de la esperanza á la duda, fué adquiriendo más y más, el convencimiento de que Aldama siempre había de ser el mismo, pareciendo más bien el genio malo de Cuba, ó un Agente español, que el Agente General de la República, encargado de impulsar la revolución. En vista de la tardanza se decidió Aguilera á pasarle la comunicación de 15 de Diciembre exigiendo le dijese categóricamente si una vez concluídos los trabajos del vapor, estaba dispuesto á despacharlo inmediatamente con su expedición. Contestóle Aldama con evasivas; é instado nuevamente por Aguilera para que le diese una respuesta categórica, le contestó con su carta fecha 13 de Enero en que le decía que el vapor después de arreglado costaría treinta y cinco mil pesos, (cuando se compró dijo que para navegar sólo necesitaba las calderas que costarían unos cinco mil pesos; más veintidós mil quinientos que costó, total, veinte y siete mil quinientos pesos) que dentro de doce ó quince días estarían concluídas las reparaciones, que con el dinero que había, escasamente podrían pagarse las obras hechas en el buque; y finalmente, que los fondos de la Agencia no eran ya ni los veinte mil pesos que había dicho primero, ni los diecisiete mil que dijo después, si-

no que por otro error se habían reducido á doce mil pesos.

Después de esto, tuvo Aguilera repetidas noticias, por el maquinista Aguiar, de que en el vapor se hacían trabajos completamente innecesarios que costarían varios miles de pesos y dificultarían aun más la salida de la expedición. Tratando Aguilera de averiguar la certeza con Aldama, le contestó éste que no quería omitir gasto alguno para que el vapor quedase á su satisfacción y que por unos pocos miles de pesos no dejaría de salir la expedición.

Finalmente, en carta fecha 14 de Marzo decía Aldama á Aguilera que en las reparaciones del vapor se habían empleado todos los fondos recibidos de Aguilera y los de la Agencia, por lo cual ésta estaba exhauta; y en carta del mismo, fecha 23 de Abril, inserta más adelante, le da cuenta de varias partidas que se deben, que agregadas, hacen una suma de cerca de ocho mil seiscientos pesos.

De manera que en la compra y arreglo del vapor se invirtieron los fondos de Varona y la mitad de don Miguel

Cantos ascendentes á. . . .	$ 22.500
Fondos de la Agencia . .	" 12.000
Valor de dos colizas, que el 19 de Octubre dijo Aldama había quien diera mil pesos por ellas.	" 1.000
Cantidad que se debía y había que abonar según carta de 23 de Abril. . .	" 8.596
Más $300 por muellaje que abonaría la Agencia. . .	" 300
Total. .	$ 44.396

Resulta de aquí, que habiendo sido el primer presupuesto de Aldama para el costo del vapor y reparaciones, de. . . .	$ 27.500
Fué el segundo presupuesto de.	" 35.000
Y el tercero de.	" 44.396

Y todavía dijo Aldama que aun había otros gastos menores que hacer, los que, á juzgar por la manera como alargaba sus cuentas, si llega á presentar la cuenta general que anunciaba á Aguilera en su carta citada de 23 de Abril, no sabemos á cuánto más hubiera ascendido el costo del vapor y sus reparaciones. Y téngase en cuenta que estos gastos los hacía Aldama en una empresa que no era suya, de cuya dirección astutamente se había apoderado, sin consultar para nada á Aguilera, que era el responsable y aun contra la voluntad de éste, manifestada á Aldama en varias ocasiones. Y recuérdese también que Aldama sabía que había una cantidad limitada para esa empresa, y podía disponer tan sólo de un tiempo determinado.

Aun ateniéndonos al tercer estado, y haciendo caso omiso del cuarto anunciado, se ve que el vapor, que en magnífico estado y completo de todo, menos las calderas, habían costado veintidós mil quinientos pesos, sus reparaciones después resultaron costar $21.896, ó sea otro tanto casi, que el vapor.

Nada diremos del plazo para concluir las reparaciones, pues todo estaba en relación. El plazo de cinco semanas que le dió primero á Aguilera,— Octubre 19 1874—se prolongó á más de seis meses, sin que el vapor estuviese aun concluído.—Carta de 23 de Abril de 1875.

Sabía Aldama el compromiso de Aguilera con Varona de realizar la expedición en todo el mes de Noviembre. Sabía que no se contaba con otros recursos que los veinte mil pesos de Varona, los fondos de la Agencia en poder de él, y algunos elementos de guerra también en su poder. Sabía lo difícil, si no imposible, que era recoger dinero de la emigración. Sin nadie solicitarlo, y aun contra la voluntad de Aguilera, se hizo cargo del compromiso de éste, valiéndose para ello de la astucia, ofreciéndose á hacer los trabajos con la mayor economía y prontitud. Y esta economía fué gastar en ellos casi otro tanto del costo del vapor; y esta prontitud, que pasados más de seis meses todavía el vapor no estuviese concluído. ¿Fué esto para lo que Aldama, sin solicitarlo nadie, se hizo cargo del compromiso de Aguilera? Y ya que tomó á su cargo este compromiso ¿no era su deber haberle dado cumplimiento en cuanto al tiempo en que de-

bía realizarlo, ajustando también los gastos á los recursos con que contaba? Y si creyó que esos recursos eran insuficientes ¿no cumplía á su deber, haber entregado á Aguilera los fondos de la Agencia, que era á lo que se había comprometido, dejándolo en libertad de obrar para que suya hubiera sido toda la responsabilidad, caso de no poder salir adelante con su empresa? Y si Aldama hubiera cumplido su deber de entregar á Aguilera los fondos de la Agencia, puesto que así lo había ofrecido repetidas veces delante de varias personas, y Aguilera, con esos fondos y los de Varona hubiese comprado el vapor "Octavia" ó cualquier otro, ¿hubiera podido impedirle Aldama que lo usase según su voluntad? ¿Hubiera podido negarle ese vapor ó retenerlo como lo hizo con el "Octavia"? Y si el vapor "Octavia" estaba en poder de Aldama ¿no había sido por la confianza que de él hizo Aguilera? ¿No debía ese vapor de derecho y de hecho estar en poder de Aguilera? ¿Y así correspondía Aldama á la confianza de Aguilera?

Es incuestionable que sin la ingerencia de Aldama, Aguilera en muy breve tiempo hubiera sacado su expedición para Cuba. Se recordará el plan que expuso á Aldama y su círculo en el mes de Septiembre; plan que consistía en comprar el vapor "América" que reunía todas las condiciones deseables para el objeto que se proponía, y estaba listo para navegar, el cual hubiera adquirido por treinta mil pesos; tomar á bordo de este vapor las cien mil cápsulas para Remington, la batería de seis cañones con dos mil cuatrocientos tiros, medicinas, ropas y demás efectos que tenía la Agencia, y con estos elementos de guerra embarcarse inmediatamente para Cuba. A no haber sido por la tenaz oposición de Aldama á este plan, Aguilera lo hubiera llevado á efecto, y en muy breve tiempo hubiera podido salir con su expedición. Obrando con esta rapidez, los agentes del Gobierno español no hubieran tenido tiempo de informarse de sus propósitos, como tampoco de reforzar su vigilancia en las costas de Cuba, todo lo que hubiera hecho más fácil el feliz desembarco de Aguilera.

Es de notar que durante el largo tiempo que decía Aldama que los fondos de la Agencia en su poder ascendían á veinte mil pesos, no hubiesen experimentado alta ni baja, siendo así que la Agencia debía tener gastos y también entradas.

Era un misterio para Aguilera, que esos fondos no subieran de veinte mil pesos. Fundábase en que cuando hizo su excursión por Cayo Hueso y New Orleans en Marzo de 1874, ya contaba Aldama con veinte mil pesos, procedentes en su mayor parte de cantidades que le habían llegado de la Habana y otras partes. De la referida excursión ó excursiones á Cayo Hueso, consiguió Aguilera cerca de diez mil pesos que entregó á Aldama. También recibió éste mismo tres mil pesos del filántropo americano Herrit Smith. Además Aldama en diferentes ocasiones dijo á Aguilera que había recibido de la Habana varias cantidades de importancia. Por estas razones extrañaba Aguilera que no fuese mayor cantidad la que hubiera en poder de Aldama.

En cuanto á disminuir esos fondos, no había razón para ello, pues todos los gastos de la Agencia los hacía Villegas, Presidente de la sociedad "Amigos de Cuba" que tenía también en su poder los fondos que llevó Aguilera de París. Los gastos de envío de la correspondencia á Cuba libre, que á ocasiones eran de bastante consideración, cuando se efectuaba en botes que salían de Jamaica para Cuba, llevando pequeñas expediciones de armas y pertrechos; así como también los sueldos de los jefes y alimentación de los prácticos, gastos de viaje para solicitar vapores, etc., todos los pagó Villegas con la caja de la sociedad, hasta el mes de Abril de 1875 en que se agotó su dinero. Así se consumió toda la cantidad que sacó Aguilera de París y entregó á Villegas en virtud de la fusión de sus fondos con los de los "Amigos de Cuba" y también los fondos que pudo allegar esta Sociedad.

Se habrá observado que Aldama últimamente se manifestó dispuesto á entregar el vapor á Aguilera bajo ciertas con-

diciones, según decía, que le garantizasen que esa propiedad de la República no habría de perderse para ésta, sino que volvería á manos del Agente. Veamos cuáles eran esas condiciones y el lector podrá tener una idea de la astucia con que aquellos hombres, aparentando ceder, en realidad oponían la negativa más absoluta.

Exigía Aldama, que Aguilera pagase lo que aun debía el vapor por los arreglos hechos, que según las cuentas, no completas, que le remitió en su carta de 23 de Abril, que se verá más adelante, ascendían á $8.596,61. Exigía además, que contase con dinero suficiente para la habilitación de la expedición, que comprendía el carbón, víveres, pago del capitán, tripulación, etc., que el mismo Aldama calculaba en más de diez mil pesos; y como tuvo buen cuidado de dejar la puerta abierta para aumentar los gastos, diciendo que las cuentas aun no estaban completas, haciendo un cálculo moderado supondremos que para completarlas se necesitarían, cuando menos, mil ó dos mil pesos más. Total unos $20.000.

Es así que sabiendo Aldama que Aguilera no tenía un centavo y sabiendo también lo que aquella emigración podía dar de sí, le exigía para entregarle el vapor que tuviese en su poder veinte mil pesos en efectivo...! Era eso posible? Decididamente que no. Eso equivalía á negar el vapor á Aguilera. Vease cómo el sí de Aldama, equivalía á un nó rotundo.

Bien calculada estaba la trama. Aldama no negaba el vapor á Aguilera, pero como funcionario celoso, sólo exigía garantías para que esa propiedad de la República no fuera á perderse, sino que volviera á sus manos... ¡¡Cuánto sarcasmo!!

Lástima que en tantas otras ocasiones, no hubiese desplegado igual previsión, tan celoso funcionario.

CAPITULO XXVI

ABRIL 1875

RECAPITULACION DE LAS RELACIONES DE AGUILERA CON ALDAMA Y SU CIRCULO. —MIRAS DE ALDAMA.—MEDIO DE QUE SE VALIO PARA REALIZARLAS.—TRATA PRIMERO DE AISLAR A AGUILERA.—SE ASOCIA A SUS TRABAJOS DESPUES.—SE CONVIERTE EN SU APARENTE AUXILIADOR.—PROYECTO EN PARIS DE LA GRANDE EXPEDICION DE AGUILERA.—RESULTA SER UN ENGAÑO.—MENTIDAS PROMESAS DE AUXILIO.—ECHEVERRIA PODEROSO AUXILIAR DE ALDAMA.—OFRECIMIENTOS DE LOS $21,000 DE VARONA.—DESAGRADO DE ALDAMA.—LAZO QUE SE TIENDE A AGUILERA.

Para explicar la conducta de Aldama, extraña al parecer, y demostrar que era muy natural y lógica, siendo un plan preconcebido desde que Aguilera pisó el suelo extranjero; plan que si alguna vez tuvo que modificar en cuanto á procedimiento, por lo que respecta á su fin, lo siguió con sostenido tesón y constancia digna de mejor causa, vamos á exponer las miras de Aldama, según las acreditó con su comportamiento.

Aldama, en corroboración del juicio que tenía formado de él su íntimo y antiguo amigo y admirador Echeverría, no era un hombre capaz de sufrir contrariedades; así, cuando se presentó Manuel de Quesada y le hizo tan cruda guerra, lleno de furor y desaliento, abandonó el puesto oficial que ocupaba sin estar autorizado para ello por su Gobierno, declinando sus facultades en una sociedad que á ese efecto constituyó, y se llamó "Auxiliadora de Cuba". Por este mero hecho se declaró impotente para seguir al frente de su cargo, haciendo evidente su fracaso.

Llegó Aguilera de Cuba libre al extranjero y encontró que era una anarquía la emigración. En cuanto á la Agencia, era el caos; asediada de deudas, envuelta en varios pleitos, con compromisos corrientes que aumentaba de día en día, no se sabía lo que se debía ni lo que se había pagado, porque el Agente Aldama no llevó libros de contabilidad; todo era

confusión y bancarrota. En esta desastrosa situación se hizo cargo Aguilera de la Agencia y de todos los compromisos que pesaban sobre ella.

Como era natural, pidió á Aldama las cuentas de la Agencia que había desempeñado por cerca de dos años y entonces Aldama comisionó á Manuel J. Izaguirre para que le arreglara la contabilidad; labor ardua, que sólo Izaguirre, que estaba enterado de los más mínimos asuntos de la Agencia podía haber desempeñado. Sin embargo, á pesar de su laboriosidad é inteligencia, tardó ocho meses en arreglar unos libros de cuentas para entregarlos á Aguilera.

Era natural que el carácter orgulloso y vano de Aldama no se aviniera á que donde él había fracasado de manera tan notoria, otro triunfase, por más que éste fuera Aguilera, que rodeado de tanto prestigio había llegado á Nueva York. Por el contrario, cuanto más grande fuera el prestigio de Aguilera, tanto más había de ser su empeño en que fracasara también, para justificarse del acto ilegal que había cometido al abandonar la Agencia. En el estado lamentable en que se encontraba ésta, y la emigración toda, creyó Aldama que no sería posible á Aguilera salir adelante en su obra y para que su fiasco fuera completo, le bastaba aislarlo, abandonándolo á su suerte.

Fué esta la política que observó por aquel tiempo y tan persuadidos estaban Aldama y los suyos de que Aguilera fracasaría, que un día se le oyó decir, con satisfacción á José Manuel Mestre, que ni en diez años lograría desenvolverse Aguilera del embrollo en que estaba.

Por otra parte, como los quesadistas también se habían separado de Aguilera, porque éste no quiso acceder á los deseos de Manuel de Quesada, de dejarle el manejo de los asuntos de Cuba, Aguilera se encontró solo. En tan triste situación, un solo hombre se puso á su lado; hombre de corazón y sentimientos nobles, que tomando como suya la empresa de Aguilera, lo auxilió con su dinero, su crédito y actividad y con cuanto él valía. Este hombre fué José María Mayorga.

Ante la imprudente actitud de Mayorga, volviéronse airados contra él también aquellos que habían condenado á Aguilera; y entonces, la campaña que habían emprendido contra éste, diciendo que era hombre inepto y débil, que se prestaba á ser el juguete de los partidos, etc., se extendió á Mayorga igualmente, hasta el extremo de denunciarlo al Gobierno de Cuba como hombre de malos antecedentes, lo que dió lugar á que el Presidente Céspedes escribiese á Aguilera dándole la voz de alarma con respecto á Mayorga.

En esta obra de difamación se secundaron admirablemente los partidos aldamista y quesadista, siendo una misma sus miras; pues si Aldama y sus amigos querían el fracaso de Aguilera para una satisfacción de amor propio de su ídolo, lo quería también Quesada y los suyos, porque veían en Aguilera un contrario poderoso que no se doblegaba á sus ambiciosos deseos. Por eso le crearon todos los obstáculos posibles y lo desacreditaron, lo mismo que los aldamistas, influyendo con el Presidente Céspedes, sobre quien tanto poder tenían, para que llamase á Aguilera á Cuba libre, y les dejara libre el campo en el extranjero.

Mas como vieran los contrarios de Aguilera que á pesar de la guerra sorda que á él y á Mayorga hacían, iban éstos saliendo adelante en su empresa; que la Agencia se iba desenvolviendo de sus dificultades, que ya podía hacer frente á sus compromisos, y su crédito se iba restableciendo. Y viendo Aldama que no sólo la Agencia había abonado sus deudas y cubría sus atenciones corrientes, sino que Peralta, á quien hacía más de un año estaba entreteniendo con esperanzas de despacharlo, había ido con Aguilera y éste, auxiliado por Mayorga, compró un vapor y lo despachó con una expedición en menos de tres meses; este hecho hizo pensar á Aldama que su política de aislamiento para con Aguilera no le daba resultado y si quería lograr su anulación, necesitaba recurrir á otra más eficaz. Pero cuando su alarma llegó al grado más alto fué cuando supo que Aguilera, considerando estéril el campo de New York, marchaba á Europa á estimular el patriotismo de las ricas emigraciones de

París y de España, al mismo tiempo que perseguía un empréstito en Londres. Comprendió Aldama que si en New York, colocado bajo el cúmulo de dificultades en que se había visto Aguilera, en un tiempo relativamente corto, había logrado desembarazarse de toda clase de obstáculos materiales y morales, y además había despachado una expedición; colocado en París en situación mucho más ventajosa, era indudable que el éxito que obtendría sería muy superior. Que conseguiría dinero, que despacharía expediciones, probando estos hechos que había sabido encontrar recursos donde Aldama no los hallara, y por lo tanto la superioridad de la administración de Aguilera sobre la de Aldama. Esto precisamente era lo que Aldama no podía consentir y lo que era preciso impedir á todo trance. Convencido de que era necesario variar de plan, como para esta clase de expedientes era fertil su imaginación, pronto concibió otro, y más pronto aun lo puso en planta. Si dejar solo á Aguilera no le daba resultado, se lo daría asociárselo. Este, indudablemente, era un plan muy superior, pues así tendría á Aguilera bajo su inmediata vigilancia, se enteraría de sus trabajos, tomaría parte en ellos, Aguilera le dispensaría su confianza, él manejaría á Aguilera, lo conduciría por el camino que quisiera, contando para ello no sólo con su habilidad y su prestigio, que eran muchos, sino con el auxilio poderoso de sus amigos, quienes también eran hábiles y prestigiosos y le estaban completamente sometidos.

Una vez formado este plan, no vaciló un momento en ponerlo en planta, así es que inmediatamente se embarcó para Europa también, en seguimiento de Aguilera. El mismo día que llegó á París fué á verlo, lo saludó con la mayor cordialidad, le dijo que había ido allí á ayudarlo, le hizo mil ofrecimientos, trató de deslumbrarlo diciéndole que todo lo más granado de aquella emigración eran sus amigos, que él los obligaría á contribuir para la patria de una manera digna de ellos y de la patria, en fin lo anonadó con ofrecimientos y manifestaciones de patriotismo.

Aguilera que estaba muy lejos de adivinar los verdaderos intentos de Aldama, quedó admirado de ver un cambio tan repentino. En New York no había encontrado en él otra cosa que frialdad y hasta cierto punto desdén, por eso le llamó la atención verlo en París tan afectuoso y tan patriota. Sin embargo, se congratuló por este cambio, pues sabía las buenas relaciones que Aldama tenía allí y pensó que podría serle muy útil. A los pocos días de estar Aldama en París, emprendió un viaje de recreo por Italia y antes de irse aconsejó á Aguilera que también se retirara de París por algún tiempo, para que los emigrados volvieran de la sorpresa de su llegada;—de Aguilera—que cuando él—Aldama— retornase, entonces comenzarían los dos á trabajar en firme y el éxito no era dudoso. Aguilera, que había comenzado ya sus trabajos con los emigrados, afortunadamente no siguió el consejo de Aldama, sino que continuó en su empeño sin interrupción, pues á haberlo seguido, hubiera perdido dos meses para obtener el resultado nulo que le dió el auxilio de Aldama.

Cuando volvió éste de su excursión, fué con el mismo ardor por ayudar á Aguilera. Le ponderó su influencia con los emigrados más notables, le dijo que esperaba la llegada próxima de tal ó cual, para abordarle y conseguir una fuerte cantidad; que había hablado á éste y otro y también era seguro un buen resultado. Finalmente, hubo un día en que escribió Aguilera en su diario que era Aldama el hombre en quien tenía más esperanzas.

Yendo un día Valdés Fauli y Bramosio á ver á Aldama para que les dijera con cuánto contribuiría para la expedición de Aguilera, Aldama se encerró en su fórmula acostumbrada de decir que daría "como el que más", sin lograr que precisara cantidad. Apremiado por sus amigos que cada vez lo estrechaban más, al fin les propuso Aldama que si en París se reunían cincuenta mil pesos, él con Bramosio se comprometía reunir en New York otros cincuenta mil, suma con la que podía formarse á Aguilera una buena expedición. Esta proposición, que no fué otra cosa que uno de tantos subterfugios de que se valía Aldama,

fué tomada en serio por sus amigos y aceptada. Fué este el origen de la gran expedición de Aguilera, proyectada en París. Después de varias reuniones de Valdés Fauli, Almagro, Bramosio, Aldama y Aguilera para formalizar el compromiso, quedó éste asegurado de una manera solemne. El lector sabe cómo fracasó este proyecto, porque ni Bramosio ni Aldama pensaron de buena fe que se realizara.

Esta vez el triunfo de Aldama fué completo. Con su ilusorio plan, logró que Aguilera y los que lo ayudaban no pensasen en otro, que indudablemente les habría dado un resultado positivo, porque honradamente se hubieran dedicado á él. La ida de Aldama á Europa y su ingerencia en los trabajos de Aguilera, hizo que el viaje de éste á París fuera un fracaso; tanto por el deslumbrante y engañoso proyecto con que logró atraer la atención de todos, impidendo se fijasen en otro de positivo resultado, como porque con sus aparentes indiscreciones hizo retraer á algunos emigrados ricos de contribuir con su óbolo para la causa, por medio de Aguilera, como sucedió con la acaudalada señora doña Susana Benítez, á quien Almagro con tan exquisito tacto y finura preparaba, y también con otros.

Después de tantos ofrecimientos y tanto ponderar á Aguilera su gran influencia entre aquella rica emigración, y decirle que había ido á ayudarlo al éxito de su empresa, todo lo que consiguió para este fueron tres mil pesos; pues aunque también obtuvo de su familiar señor Silvio Alfonso otros tres mil, éstos los guardó para sí, y nunca los entregó á Aguilera, para quien los pidió.

Fracasado el proyecto de la gran expedición de Aguilera, vuelto éste á New York, se recordará cómo siguió alentándolo Aldama, ofreciéndole su apoyo para que realizase siempre su proyecto, no queriendo que Aguilera lo diera por fracasado. Aspiraba á seguirlo entreteniendo, para que durante este tiempo se fuera consumiendo la cantidad que había llevado de Europa en los gastos indispensables que tenían que hacerse, inhabilitándolo de esa manera cada vez más para que hiciera nada de provecho positivo. En este trabajo secundaron á Aldama admirablemente sus amigos. Acababa de organizarse la sociedad "Amigos de Cuba" y el General Villegas, su Presidente, expontáneamente se dedicó á recoger fondos para Aguilera; en poco tiempo llegó á reunir cuatro mil pesos que entregó á éste. Se recordará la sesión á que convocó Echeverría á Villegas, Hilario Cisneros, Arteaga y otros miembros del comité de dicha sociedad y á Aguilera, con objeto de que aquella nombrase á éste su Presidente de Honor, efectuando así una fusión entre los dos.

Dos objetos tenía esta capciosa proposición: la primera intervenir en los trabajos de Aguilera y en el manejo de sus fondos. Era la sociedad "Amigos de Cuba" hechura de Aldama, y su Presidente el General Villegas estaba completamente á disposición del mismo. La intervención de Villegas en los trabajos de Aguilera, era igual que la intervención del mismo Aldama. La segunda fué poner á Aguilera frente á la representación del Gobierno, labrando así su desprestigio; pues siendo esta sociedad hostil á dicha representación, al aceptar Aguilera su Presidencia de honor se hacía solidario del carácter de ella. Afortunadamente Aguilera, con sano criterio, vió al punto el escollo y lo manifestó á Echeverría, que no pudo menos que convenir en la justa observación de Aguilera. Se acordó entonces que se hiciese simplemente una fusión entre la sociedad y Aguilera para mandar ó llevar éste una expedición á Cuba. Si el buen amigo y consejero de Aldama no tuvo éxito en hacer dar á Aguilera un paso en falso que desdijese de su consideración á la representación del Gobierno, consiguió su objeto muy completo con respecto al manejo de los fondos. Hemos dicho ya la aversión que sentía Aguilera por el manejo de los caudales de la patria; esto por una parte, y por otra la calurosa recomendación que hizo Echeverría de las ventajas de la fusión, por la que prestándole Aguilera su prestigio á la sociedad, ésta rápidamente acrecentaría sus fon-

dos, que aplicaría á auxiliar la empresa de Aguilera, hicieron que éste no opusiese ninguna dificultad y se realizase la fusión. Aguilera, que en esa época tenía el más alto concepto de la lealtad y patriotismo de Echeverría, cuyo buen consejo buscaba siempre que le ocurría alguna dificultad, siguiéndolo con el mejor resultado, no dudó que esa vez también su consejo fuera bueno y leal.

Luego aconsejó Echeverría á Aguilera que no obedeciese la orden del Gobierno de Cuba que lo llamaba con urgencia, pues en la emigración podía prestar mejor servicio á la causa por la confianza que le dispensaban los emigrados y porque en Cuba lo "ahorcarían" si no llevaba fuerza suficiente para su resguardo. Aguilera, atendiendo á lo bien fundado de los razonamientos de Echeverría, que creía leales, y pensando que así convenía al mejor servicio de la patria, los siguió también.

Creyendo Echeverría tener subyugado á Aguilera, pretendió en otra ocasión que éste se apoderase de mano poderosa de los bonos cubanos que debían estar en poder de los Agentes Confidenciales y autorizase su venta en una oficina pública que se abriría al efecto. Ante tan monstruosa proposición retrocedió Aguilera, y Echeverría, creyendo hacer uso de un argumento incontrovertible, le arguyó que quien había desobedecido una vez al Gobierno, no acudiendo á su llamamiento, bien podía desobedecerlo otra vez apoderándose de los bonos y poniéndolos á la venta pública.

Doloroso desengaño recibió Aguilera con este proceder de Echeverría. Hasta entonces lo había tenido por hombre de rectos principios y leal; pero vió entonces que no era ni lo uno ni lo otro, puesto que le aconsejaba un acto inmoral, que á nadie aprovecharía, y no tendría otro efecto que sumirlo en el descrédito; al mismo tiempo que le echaba en cara haber seguido un consejo que sin pedírselo, él mismo le diera. Con este hecho perdió Aguilera la confianza que hasta entonces había puesto en Echeverría, doliéndose de no poder contar ya en sus perplegidades con tan ilustrado consultor.

De la manera como Aldama cumplió sus reiterados ofrecimientos á Aguilera de ayudarlo á formar su expedición, ya tiene conocimiento el lector, enterado de las innumerables conferencias que tuvieron con él sus amigos y Aguilera, con el fin de estimularlo á que hiciera algo positivo en pro de la empresa á que los alentaba, sin obtener de él otra cosa que promesas evasivas y desengaños.

Por más que ese largo período pareciese perdido para la causa y para todos, no lo fué sin embargo para Aldama, pues en todo él, día por día, iba ganando su propósito, que era estorbar á Aguilera hacer nada en beneficio de la revolución, minar su prestigio que indudablemente había de sufrir al verlo sumido en la inactividad y halagar su vanidad al verse convertido en el centro común alrededor del cual acudían tan importantes patriotas á buscar auxilios para la patria. Cierto que esa patria se hundía, pero Aldama triunfaba porque brillaba allí como un sol, por más que fuera falso, alrededor del cual se movían planetas de todas magnitudes y porque veía á su temido rival, Aguilera, también sometido á él, esperando á que se moviera su soberana voluntad para proporcionar algún auxilio á la patria que se desangraba y perecía por el olvido de sus hijos, que pudieran salvarla.

Así llegó el día en que arribó Varona á Nueva York á ofrecer al Agente Aldama cuantiosos recursos para que despachara inmediatamente la expedición de Aguilera, por tanto tiempo demorada. Este suceso contrarió en gran manera á Aldama, cuyos planes marchaban tan á su sabor. Desde los primeros momentos dió muestras de su desagrado haciendo cuanto le fué posible por disgustar á Varona y que retirara su ofrecimiento. No pudiendo conseguirlo, tuvo que dar un paso adelante, poniéndose en descubierto y rehusando resueltamente, con motivos especiosos, los auxilios que para Aguilera brindaba Varona. Como vió á Aguilera siempre tan paciente, equivocando esta actitud y atribuyéndola sin duda á flojedad de ánimo, creyó tenerlo dominado y que no se atrevería á ponerse frente

á él, tomando sobre sí la responsabilidad que él había rehusado aceptar. Pero cuán equivocado estaba Aldama al juzgar á Aguilera de la misma condición que los monaguillos que quemaban incienso á sus pies. Aguilera aceptó los veintiún mil pesos que le ofreció Varona, aceptó la condición de tiempo que exigía éste, aceptó los fondos de la Agencia que ofreció entregarle Aldama y estaba dispuesto á aceptar la Agencia misma con cuya renuncia amenazaba Aldama, que cegado por su vanidad y su soberbia no comprendía que esta renuncia no perjudicaba á nadie más que á él mismo.

En este estado las cosas no desesperó Aldama de salir adelante con su propósito. El era poderoso, tenía valiosos auxiliares; Aguilera estaba solo, no tenía otros auxiliares que su honradez y su patriotismo; la victoria no podía ser dudosa.

Auxiliado por Echeverría trató de entretener á Varona con esperanzas de arreglo hasta el momento de embarcarse éste para Europa, cosa de estorbar á Aguilera que se entendiese con él. Aguilera apresuradamente tuvo que ponerse de acuerdo con Varona para concluir su negociación por cable y correspondencia. Quiso Aldama que Aguilera le manifestase por escrito la aceptación de los fondos de la Agencia, que él de palabra le había ofrecido, y Aguilera lo hizo así. Como según el plan entre Aldama y Echeverría concertado, la contestación á ese escrito de Aguilera debía ser la piedra fundamental sobre la cual había de edificarse la destrucción de Aguilera, quiso Aldama llamar en su auxilio á su Estado Mayor; así vinieron José Manuel Mestre y Echeverría, quienes estuvieron encerrados dos días, según confesión del mismo Aldama, confeccionando la contestación que había de darse á Aguilera, poniendo y quitando palabras de doble sentido que dejasen satisfecho á Aguilera y no comprometiesen á Aldama; finalmente al tercer día, terminada la alambicada carta, la mandaron á Aguilera. Al mismo tiempo, dieron la consigna á los Ayudantes Villegas, Hilario Cisneros, etc., para que apoyaran á Aldama en aquel momento decisivo y condujeran á Aguilera al sendero por donde debía marchar.

Al recibir Aguilera la carta funesta, por muy hábilmente que estuviese escrita, comprendió que no decía nada, concretándose á meras vaguedades. Como no faltaron estar á mano los solícitos auxiliares de Aldama, Villegas é Hilario Cisneros, se dirigió á ellos manifestándoles que la carta no le satisfacía, pues nada le concretaba; ellos, fieles á la consigna, le contestaron que la carta estaba muy buena, que daba una clara y satisfactoria contestación á la suya, que no fuera caviloso y vería como todo marcharía bien: tratando así de encaminar á Aguilera por el sendero que de antemano le tenían designado.

Desesperante situación la de Aguilera. Ya Varona se había marchado; dependía que éste le mandase entregar por cable los fondos, de que Aldama le diese los suyos; cualquier inconveniente que pusiese Aldama sería suficiente para que Varona no mandase la cantidad que condicionalmente había ofrecido, perdiéndose aquella magnífica oportunidad de salir pronto para Cuba con una buena expedición. Aldama en su carta ponía los fondos de la Agencia á disposición de Aguilera; además le ofrecía su valiosa cooperación para que saliese airoso en su empresa; los amigos con quienes consultaba le decían que la carta de Aldama era muy satisfactoria. ¿Obtendría algún resultado provechoso estableciendo una controversia con Aldama y todos sus amigos para que aquel pusiese en sus manos los fondos de la Agencia, eliminando á Aldama por completo de la empresa? Aguilera conocía muy bien á aquellos hombres y sabía que todo lo que conseguiría con acto tan imprudente sería que Aldama realizase su propósito de que Varona retirase los fondos ofrecidos y el proyecto fracasase. Así Aguilera se vió obligado á tomar el sendero á que lo empujaban los auxiliares de Aldama.

Después de esto sucedió la conferencia de Aguilera con Aldama, en la que éste, de manera estudiada, se anticipó á darle cuenta de las gestiones que por

cuenta propia había practicado para conseguir un buen vapor en el que realizase su expedición, manifestando la mayor diligencia é ingiriéndose de esta manera en la empresa de que Aguilera se había hecho cargo y que quería realizar por sí propio, puesto que suya era la responsabilidad.

Dada la posición en que se encontraba Aguilera, tuvo que resignarse también á esa intromisión de Aldama, á trueque de quedar en peor situación que antes, pues si le fallaba Aldama entonces Varona no le enviaría el resto de los fondos, le pediría la devolución de los que le había enviado, y disgustado con Aldama y sus amigos se encontraría solo, y quizás sin recursos siquiera para comprar un bote é irse á Cuba á referir á sus compañeros sus dolorosas experiencias en cuatro años de peregrinación entre las diversas emigraciones.

Creyó Aguilera imprudente esta conducta y decidió tomar entre dos males el menor, tratando de alentarse á sí mismo pensando que quizás, si dejaba obrar con libertad á Aldama, éste se daría por satisfecho con la gloria que le cabría por ser él quien despachase la expedición, halagando así su vanidad.

La historia que siguió después, ya la saben nuestros lectores. Aldama al principio se mostraba solícito porque Aguilera, con toda economía y en breve tiempo, realizase su empresa, ofreciéndole que en cinco semanas se le pondrían las pailas al vapor, que era única cosa que le faltaba para navegar; las cuales el contratista de la maquinaria de su refinería las haría por el costo, que serían unos cinco mil pesos. Y el plazo de cinco semanas se prolongó á más de seis meses, y el costo de las reparaciones del vapor, de cinco mil pesos subió á más de veinte mil.

Además del sentimiento de rivalidad que animó á Aldama desde el principio, por el que no quiso que lograse éxito Aguilera donde él había fracasado, y del deseo de sumir en el desprestigio al hombre que le hacía sombra, después se agregó otra causa que redobló su empeño en estorbar á Aguilera su marcha á Cuba, llevando la valiosa expedición que con el auxilio de los fondos de Varona hubiera podido formar. En el tiempo que Aldama trató á Aguilera pudo comprender que el carácter de éste era muy distinto del de los satélites que lo rodeaban; pudo convencerse de que Aguilera no podía ser su amigo ni su admirador. Aldama, valiéndose de las argucias que tan bien sabía manejar, y ayudado por sus amigos, que ponderaban su poder, su grandeza, sus virtudes, su patriotismo y todas las excelsitudes que querían darle, había logrado hacerse en el campo revolucionario una reputación muy alta; esta reputación, con su incuestionable habilidad, supo mantenerla ilesa á pesar de todas sus deficiencias y torpezas, que sus amigos trataban de paliar, ocultar ó desvanecer. Sabía Aldama que si Aguilera lograba desembarcar en Cuba, con su prestigio personal, aumentado por el que le daría ser portador de una buena expedición, y por el alto puesto que iba á ocupar, esa gran reputación en Cuba libre de que Aldama estaba tan celoso, decaería mucho y aun quizás se desvanecería, porque Aguilera lo daría á conocer allí, no como sus amigos lo pintaban, sino tal cual era: un hombre rico, vano, orgulloso y pequeño de quien la causa de Cuba no podía esperar otra cosa sino que le sirviera de figurón para que lo contemplasen extranjeros y cubanos, creyéndolo patriota. Aldama no podía permitir que tal cosa sucediese y antes de consentirlo arrostraría por todo y ocurriría á todos los medios, como ocurrió, para estorbar que Aguilera saliese para Cuba con la expedición que tantas luchas y amarguras le había costado.

Todas estas causas juntas, cada una de por sí muy poderosa en hombre del carácter de Aldama, influyeron para que éste siempre mirase con prevención á Aguilera, le declarase desde que llegó al extranjero una guerra solapada y tenaz, le impidiese llevar á cabo trabajo alguno en bien de Cuba, tratase de hundirlo en el desprestigio, y últimamente, no parándose ya en los miramientos de la prudencia y el bien parecer, pusiese tan á las claras su intento, al apoderarse de la empresa de Aguilera para hacerlo fracasar.

CAPITULO XXVII

ABRIL 1875

PREPARATIVOS DE AGUILERA PARA EMBARCARSE PARA CUBA.—CONSIGUE UN BARCO QUE LO DEJE EN LA COSTA.—MANDA A CUBA LIBRE SU CORRESPONDENCIA HABIDA CON ALDAMA.—APENDICE QUE ACOMPAÑA A ESTA.—APRESURA SUS PREPARATIVOS DE MARCHA.—CARTA QUE RECIBE DE ALDAMA.—LE EXIGE TENGA $20,000 PARA ENTREGARLE EL VAPOR.—LACONICA CONTESTACION DE AGUILERA—ANOTACION EN SU "DIARIO".—CARTAS DE DESPEDIDA A SUS AMIGOS.—ULTIMA ANOTACION EN SU "DIARIO" ANTES DE PARTIR.

Perdidas por Aguilera las esperanzas de salir para Cuba con su expedición, pues ni Aldama se comprometía á despacharlo ni quería entregarle el vapor para agenciar su despacho él mismo, resolvió comenzar inmediatamente los preparativos para irse en un bote, según la resolución que había hecho. Al día siguiente de recibir de Pío Rosado el informe de su última conferencia con Aldama, fué á casa de su sobrino Miguel Luis y tuvo una larga conferencia con él, en la que acordaron lo siguiente. Miguel Luis saldría para Trenton, New Jersey, con el capitán Morey y los seis prácticos mejores, los cuales dejaría allí, bajo la dirección de Morey; el resto de los prácticos quedarían en New York, pagándoles el hospedaje que adeudaban para cuyo efecto hablaría Aguilera á Govantes. Miguel Luis procedería desde el día siguiente á buscar una goleta para fletarla, la que saldría de Wilmington ú otro puerto vecino con Aguilera y los expedicionarios.

Fué Aguilera á casa de Govantes y le dió cuenta del plan que había concertado con Miguel Luis. Govantes lo aprobó y quedó en bajar al día siguiente á la ciudad con objeto de sacar del Banco trescientos pesos para abonar el hospedaje de los prácticos y el viaje de los que debían salir para Trenton.

Debemos decir que Govantes escribió á los donantes del dinero que de Cayo Hueso le llevó Pío Rosado, para la expedición de Aguilera, pidiéndoles autorización para emplearlo en el viaje de Aguilera á Cuba sin expedición, habiendo recibido contestación satisfactoria.

Al día siguiente volvió á casa de Govantes para concluir los últimos detalles de su viaje. Le manifestó Govantes que había entregado á Miguel Luis los trescientos pesos para los prácticos. Miguel Luis le había dicho que tenía en trato su viaje á Cuba, con el capitán de un bergantín. Este se comprometía dejarlo con sus compañeros, á tres millas de la costa, bien fuese la del Sur ó la del Norte, por dos mil quinientos pesos. Serían de cuenta del capitán los víveres, y pondría á disposición de Aguilera un bote salvavidas, de veinticinco piés de largo, con sus correspondientes remos, velas, etc., el cual tendría que comprarle. Era condición precisa, si Aguilera aceptaba, que cerrase trato con el capitán al día siguiente á las dos de la tarde.

Muy satisfecho Aguilera, contestó á Govantes que aceptaba, y dijese á Miguel Luis que inmediatamente cerrase trato con el capitán. Poco después manifesto Govantes que había un inconveniente, y era no haber recibido una letra de Cayo Hueso, la de Morales, por valor de dos mil trescientos pesos, lo que hacía se viera escaso de dinero. Pagado el capitán, quedarían sólo novecientos pesos, y con éstos había que comprar armas y municiones para diez ó doce expedicionarios, víveres para en tierra, hamacas, ropa de hilo, etc., todo lo que costaría quinientos pesos. Además, había que pagar los pasajes por ferrocarril, que ascendían á unos cien pesos. Dijo Govantes, que sin hacer cuenta con los imprevistos, quedaba un sobrante de trescientos pesos papel, que reducido á oro, sería mucho menos y resultaría una cantidad muy exigua para que llevara Aguilera á fin de hacer frente á cualquier emergencia en el viaje. Contestó Aguilera que

se conformaba, con tal de aprovechar la oportunidad y salir inmediatamente.

Al día siguiente le manifestó Govantes que no se había efectuado el trato con el capitán del buque, porque éste había dicho á Miguel Luis que tenía que salir inmediatamente; pero tenía otro bergantín en Boston que podía fletarlo con ese objeto. Miguel Luis salía aquel día para Boston á ver el barco.

Al final de la apuntación de este día—Abril 23 de 1875—se lee en el diario de Aguilera: "No bajé hoy á la ciudad para dedicar este tiempo á estar al lado de mi familia, ya que tan pronto deberé partir. Ella, afortunadamente, no sospecha nada y me destroza el alma cada vez que la contemplo tan inocente de que muy pronto nos separaremos..... quizás para siempre..... Pero Dios es grande, y á su infinita misericordia la dejo encomendada....."

Ya de antemano había hecho Aguilera sacar copia de toda su correspondencia con Aldama, con objeto de reunirla en un cuaderno, del que hizo sacar varios ejemplares, á fin de mandarlos al Gobierno de Cuba, por varios conductos, de manera que llegase con la mayor prontitud y seguridad.

Como Aldama le había dicho en sus comunicaciones que daría cuenta de todo al Gobierno, quiso que éste estuviese también informado por él; y ninguna manera más imparcial de hacerlo que someter á su juicio la correspondencia en que estaba de manifiesto toda su controversia con Aldama, para que el Gobierno juzgase y diera el fallo con conocimiento de causa.

No habiendo creído oportuno contestar á Echeverría su última comunicación, lo que sólo hubiera dado por resultado, alargar una polémica estéril, sin embargo, como el escrito de Echeverría contenía algunos cargos graves contra él, creyó que debía desvanecer éstos ante el Gobierno y á ese efecto decidió adicionar la colección de su correspondencia con un apéndice, que contestara los cargos de Echeverría y diese una idea general del estado de las cosas allí.

Helo aquí:

"APENDICE

I.

"Convencido de lo inoportuno de una correspondencia oficial con el Comisionado Diplomático, en lo que pudiera referirse al desacuerdo ocurrido últimamente entre el Agente General y yo, manifesté al señor Echeverría, al responder á la comunicación que con fecha 29 de Marzo se sirvió dirigirme, que daba término á todo nuevo escrito sobre el particular. No obstante esta indicación, el señor Echeverría me ha contestado: y como además del convencimiento que abrigo, de que habrá enviado esta contestación á ese Gobierno, y ella contiene ideas y conceptos bastante equivocados, creo hallarme en el deber de exponer á la consideración del Gobierno, el siguiente apéndice, á fin de que nada falte para el esclarecimiento de los hechos, y pueda proceder, sin obstáculos, á resolver lo que tenga por conveniente.

"Comienza el C. Echeverría, lamentándose del intento que trasciende mi comunicación de 4 del actual, de hacerlo solidario con el Agente en el proceder que éste haya observado conmigo; y para desvanecer mi error aduce como principal razón, que cuidó mucho, tanto en la entrevista, como en su primera carta, de hacer constar que "no trataba de defender al Agente General: olvidase, sin duda, que á renglón seguido de esa protsta, como podrán observarlo ustedes en su comunicación del 29 de Marzo, y después de mil frases al parecer conciliatorias, agrega: '"nunca podrán desconocerse dos hechos significativos: es el primero, que Aldama no contento con explicar las palabras que han excitado el enojo de usted, le ha invitado á ahogar todo resentimiento personal, para llevar de consuno á buen término la obra por ambos comenzada; y es el segundo, que usted, á vuelta de frases al parecer animadas del mismo espíritu, está decidido á *no aceptar* la conciliación propuesta como lo deja traslucir el resultado de nuestra entrevista".

''Si en la cita de estos ''dos hechos significativos'', no presenta el señor Echeverría la defensa más completa del Agente, no alcanzo á comprender lo que se propuso al estamparlos en su comunicación; y si el Agente, después de explicar sus palabras y de invitarme á ahogar todo resentimiento personal, como dice el señor Echeverría, ha hecho cuanto estaba de su parte para llegar á la conciliación apetecida, claro está que para dicho señor Echeverría, ha cumplido como bueno, y por consiguiente que yo y solo yo, puesto que somos el Agente y yo los que aparecemos en este debate, soy el único responsable de la situación presente, según el modo de apreciar las cosas el señor Echeverría.

''No ha estado más feliz dicho señor, al proponerse desvanecer la idea de toda mancomunidad con el Agente; y cree librarse de esta apreciación manifestando que se ha dirigido al Agente y le ha hecho ver lo mismo que á mí para alejarnos de un rompimiento. Sin tener en cuenta, que con el hecho de haber tomado parte en las tres entrevistas que han tenido mis comisionados Domínguez y Rosado con el señor Aldama, y á pesar de haber yo manifestado á éste que no podía aceptar como intermediario al Comisionado Diplomático, revela más que el puro deseo de conciliar nuestros ánimos, como con tanta insistencia manifiesta, la parte activa y mancomunada asumida por él en favor del Agente General.

''Del mismo modo que creo probadas las equivocaciones del señor Echeverría en lo que llevo expuesto, contestaría á cada uno de los particulares á que se refiere en su última comunicación; pero temeroso por un lado de cansar la atención de ustedes; y convencido por otro de que bastará á ese Gobierno leer una sola vez la comunicación del 29 de Marzo, para que se aprecien de una manera cabal las contradicciones en que incurre el referido señor Echeverría, prescindo de toda explicación detallada.

''Hay un punto, sin embargo, que no puedo pasar por alto y es el que se refiere á la inconsecuencia del señor Echeverría en lo que toca á la nueva Sociedad que con el nombre de ''Independencia de Cuba'' trataron de fundar la mayoría de los emigrados, y que por haberla yo apoyado he merecido el calificativo de hostil al Gobierno, por parte del Agente General. Dice el señor Echeverría que no son una misma cosa la ''Auxiliadora de Cuba'', ''Los Amigos de Cuba'' y la ''Independencia de Cuba'' si no tres cosas distintas y que por eso no debe extrañarme que no aplauda última como aplaudió las anteriores. Vamos á ver las diferencias: ''La Auxiliadora de Cuba'' dice ''fué promovida por el señor Miguel de Aldama, en junta numerosa de cubanos, á tiempo que meditaba separarse de la Agencia que por primera vez desempeñaba; que establecida aquella creyeron conveniente él y el C. J. M. Mestre, su colega en la Comisión Diplomática, poner la Agencia en manos del comité de dicha sociedad, mientras tanto nombraba el Gobierno de Cuba un nuevo funcionario: que de esta manera se daba un testimonio de respeto á los emigrados, se propendía á conciliar las diversas agrupaciones, y se prevenía sobre todo el peligro de una discordia que siempre corre entre una asociación independiente y la representación oficial de un Gobierno distante. Es decir por toda razón: que como fué Aldama el promovedor de la sociedad, y ésto aconteció en los mismos momentos en que meditaba separarse de la Agencia, la sociedad se hizo digna del aplauso de todo buen patriota, y por eso obtuvo el del señor Echeverría. Pero cuánto se equivoca el Comisionado Diplomático; la diferencia, si la hay, está en contra de dicho señor, y voy á probarlo. Verdad es que la ''Independencia de Cuba'' no fué promovida por el señor Aldama; pero lo fué por diez buenos patriotas, y no en junta numerosa, sino numerosísima de cubanos; y no meditando ninguno de los promovedores olvidar el Gobierno de Cuba, como lo olvidó el señor Aldama, al entregar la Agencia sin consentimiento de aquél, no teniendo la facultad de hacerlo. Si el señor Echeverría á pesar de todo, aplaudió aquella Sociedad, no veo motivo para que no hubiera apoyado

igualmente la "Independencia de Cuba", y yo hice bien en apoyarla.

"Los Amigos de Cuba", dice en resumen el señor Echeverría, se constituyeron para llenar la responsabilidad que el Ejecutivo de la República hacía pesar sobre la emigración, declarando hasta cierto punto perjudiciales á sus representantes oficiales, y reduciéndolos á la categoría de "confidentes" y cita como en apoyo de la aprobación que se sirvió dar á dicha Sociedad, unas líneas firmadas por mí en las que recomendaba el pensamiento que le dió vida. Pues bien, si nuestro Gobierno al crear la Agencia Confidencial, puso de manifiesto la responsabilidad que pesa sobre los emigrados si no van recursos á Cuba: y que si al establecer nuevamente la Agencia General y la Comisión Diplomática, no expidió ningún decreto salvando de aquella responsabilidad á los emigrados, es evidente que la emigración ha usado de su derecho para asociarse y que yo he debido aplaudir el pensamiento, como aplaudí el de los "Amigos de Cuba" y que el señor Echeverría comete por lo menos una inconsecuencia al calificar de anarquía lo que está dentro de los límites de las indicaciones de nuestro Gobierno.

"Tratar con insistencia de presentar como halagüeña una situación dolorosísima para la patria es, ó no conocerla, ó cerrar los ojos ante la verdad de los hechos. Dice el señor Echeverría que las discordias estaban adormidas últimamente: que el Presidente electo y el Agente General, trabajando de acuerdo, tenían ya casi terminada una expedición: que sólo faltaba una corta dosis de tolerancia y de paciencia para llevarla á cabo, cuando surge de improviso una propaganda que en son de predicar la unión, infiltra la desconfianza de los Agentes del Gobierno, proclama la necesidad de hombres nuevos, y promueve una nueva Sociedad.

"¡Parece imposible que el señor Echeverría, hallándose enterado de los más insignificantes detalles de estos últimos tiempos, haya bosquejado con tan bello colorido una situación que por lo sombría, hace verter amargas lágrimas á todo corazón verdaderamente patriota! "Estaban adormidas las discordias", y hasta en las columnas de un periódico se lanzaban, como ha dicho bajo su firma el señor Echeverría, insultos y calumnias á cada instante: teníamos paz, cuando á fuerza de desengaños, había sucedido, á la exaltación de los partidos la atonía de la muerte de todo lo provechoso para Cuba.

"¡Trabajábamos el Agente General y yo, para realizar una expedición, y estando en vísperas de ser un hecho, ha sido demorada por faltar una pequeña dosis de tolerancia y de prudencia; cuando el señor Echeverría sabe más que ningún otro por qué no ha salido aquélla, y que si surgió la Sociedad, fué para buscar los elementos que faltaban, por no poder facilitarlos el señor Aldama, y haber confesado públicamente que nadie quería darle recursos! Duda el señor Echeverría de la iniciación de un pensamiento generoso, atribuyéndole que ha salido á la arena pública cubierto con el manto de la unión, para "infiltrar la desconfianza de los Agentes Confidenciales": cuando el promovedor del referido pensamiento no ha tenido una sola frase en los artículos que ha publicado, que acredite semejante aserto, como podrá observarlo el Gobierno, al pasar una rápida ojeada sobre la colección de "La Independencia de Cuba" que acompaño! ¡Y últimamente, es prescindir de todo lo que se toca, indicar que los Agentes Confidenciales no eran empleados tan oficiales como los anteriores, cuando si existió alguna diferencia fué sólo en el nombre, puesto que los Confidenciales estaban investidos de todas las facultades que gozaba el Agente General.

"De todo lo expuesto se deduce: primero lo erróneo de los conceptos consignados por el señor Echeverría en su última comunicación. Segundo: que las sociedades "Auxiliadora de Cuba" y los Amigos de Cuba" han tenido las mismas tendencias y fines que la "Independencia de Cuba" y por consiguiente no *son tres cosas distintas sino una sola.* Tercero: que si el señor Echeverría se declaró opositor de esta última, habrá sido por otras razones, y no por las que expresa; tal vez porque el promovedor del pensa-

miento pidió *hombres nuevos*, para hacer dable la unión deseada, puesto que los hombres que habían figurado hasta la fecha en ese sentido, están hoy rechazados, con razón ó sin ella, por la mayoría de los emigrados.

II.

"Muchas y muy amargas han sido las situaciones que he atravesado durante mis peregrinaciones por el extranjero; pero ninguna más dolorosa que la creada por el Agente General, porque teniendo mi corazón con ustedes, no podía concebir que, el que por razón de su cargo, debía auxiliarnos en los trabajos, fuera la rémora que se me presentara al paso para inutilizar esos afanes, inaugurando un sistema de personalidades que, ni lo honra como empleado público, ni acreditan como hombre social. Ya habrán ustedes leído en los documentos acopiados, la docilidad con que, á pesar de la dureza de su tratamiento me he prestado á celebrar las conferencias ha que he sido invitado, representándome en esos actos indistintamente los C. C. N. Domínguez y Coronel Pío Rosado; y habrán visto también al señor Aldama, negándose á suscribir las actas, despachar la expedición, y fijar un plazo, ó entregarme el vapor para realizarla; pues yo no podía perder de vista que en ningún período de nuestra revolución han sido más urgentes y perentorios los auxilios, que en el actual que atravesamos; no tanto, si se quiere, por su importancia material, sino por la influencia moral que indispensablemente había de pesar en el ánimo de nuestros enemigos, que van comprendiendo ya que la integridad nacional es un mito, y que la salvación de sus intereses consiste única y exclusivamente en reconocer nuestra independencia. Quien tales convicciones abriga, ¿podrá tolerar ese sistema de evasivas empleado por el Agente General? Desengañémonos, el señor Aldama no es capaz de aquilatar el valor de la sangre que se derrama en los campos de batalla, ni la amargura ni las lágrimas de la familia cubana, porque ni ha presenciado aquéllas, ni ha tocado las disoluciones de la segunda. Me atrevo asegurar, apoyado en los hechos y en la especialidad de sus condiciones, que el señor Aldama no ha comprendido toda la extensión de sus deberes y que al través de sus calurosas protestas de patriotismo, sólo se distingue el vano humo de la indiferencia, acórtese ó prolónguese la guerra devastadora que asola nuestros campos, y sumerge en el sepulcro nuestros más esclarecidos compatriotas. Malas consejeras son las pasiones; por eso el señor Aldama es víctima de ellas; á excepción de cuatro ó cinco personas que lo rodean, se ha creado una impopularidad funesta en los gobiernos libres, y mucho más, en los períodos revolucionarios: ni los ricos ni los pobres lo aceptan, así es que arrebatado de aquéllas, ha llegado, según resulta del informe del Coronel Rosado, á negarme, no sólo el derecho de exigirle el cumplimiento de sus deberes, sino hasta el de aceptar lo que él entiende generosas concesiones. La razón se resiste á creer que el Agente General, que tiene la caja repleta de millones de bonos con la garantía de Cuba, se niegue á despachar la expedición, alegando como causa eficiente la carencia de fondos; y la buena fe protesta contra el hecho de haberse apoderado del vapor, abusando de mi posición, puesto que yo no podía hacer trascender al público nuestras desavenencias, ni obligarlo por medio de los tribunales á la devolución del indicado vapor, sin exponerme á una confiscación, por violación de las leyes de neutralidad de este país. Cuanto haya de patriótico y generoso en este proceder, la ilustración de la Cámara sabrá apreciarlo.

"Este cúmulo de circunstancias imprevistas y no proporcionadas por mí, han hecho mi situación anormal y por consiguiente inútil mi continuación en el extranjero; y ya que no puedo por fuerza mayor, traeros el contingente de guerra que había acopiado á vuelta de mil afanes, y que fué el sueño dorado de mis ilusiones, vengo con el corazón transido de dolor, pero rico de esperanzas por el triunfo definitivo de nuestra independencia, á compartir con vosotros, antes

como ahora, las fatigas de la guerra, y comprar con mi moneda de sangre el derecho de dormir el sueño eterno de la muerte, al lado de los valientes que me precedieron en su carrera de martirio.

New York 15 de Abril de 1875.

F. V. Aguilera".

Aceptado por Aguilera el buque que ofreció el capitán, en Boston, trató de acelerar todo lo posible sus preparativos de viaje. Reunido con Govantes y Miguel Luis, acordaron que por la tarde del 23 de Abril, tomara éste el tren para Trenton, donde estaban los prácticos y condujera éstos á Boston. En esta operación emplearía cuatro días, debiendo estar de vuelta el 27; al día siguiente saldría con Aguilera para Boston. Debían todos de hacerse á la mar el jueves 29.

Al regresar á su casa encontró una carta de Aldama, fecha 23 de Abril, á la que hemos hecho referencia en nuestro resumen. En esta carta le incluía algunas cuentas pendientes del vapor, ascendentes á más de ocho mil pesos, y decía que faltaban otras de menos importancia.

He aquí la carta:

"New York, Abril 23 de 1875.

C. General F. V. Aguilera.

Distinguido conciudadano:

Su atenta de usted me fué entregada por el C. Coronel Pío Rosado, al cual comisionaba usted al final de ella para que cumpliera las instrucciones que usted le confió para la entrevista que debía celebrar conmigo. Como el resultado de nuestras conferencias le habrá sido comunicado á usted por el señor Rosado, aplacé contestar por escrito la mencionada carta de usted, hasta que estuviesen en mi poder las cuentas pendientes de pago del vapor para presentar á usted el total de ellas, conforme usted me pide. Según las cuentas originales que á defectun vident, y en calidad de devolución acompaño, sólo la composición de la maquinaria asciende á . . . . $ 10.771,83

Los efectos suplidos al vapor por los señores Pollock & Wagenen. . . . " 1.224,78

Total. . . $ 11,996,61

De éstos hay pagados . . " 4.000,00

Se debe pues. . $ 7.996,61

Nuestro ingeniero Aguiar ha sido el encargado de estas obras y su inteligencia y gran experiencia en esta clase de trabajos son para mí la completa garantía de que no se ha malgastado en ellas ni tiempo ni dinero.

Las obras de carena han sido hechas bajo la inspección del capitán Warren, inspector de buques de las compañías de seguro de esta ciudad: han ascendido á $5.171,82 y están todas pagadas, como igualmente lo están todas las obras de importancia dispuestas por Aguiar y Summer, y conforme á la distribución interior y exterior del buque, acordada en junta celebrada con usted.

Faltan algunas cuentas de menor cuantía que pagar, entre las cuales está la de muellaje, ascendentes á unos trescientos pesos, y la Agencia puede atender á ellas. Mas para que el buque pueda emprender viaje, necesita que se le provea de muebles, batería de cocina, ropa de mesa y cama, todo lo cual puede costar quinientos ó seiscientos pesos.

Pagadas que sean dichas cuentas, presentaré á usted una general para que vea usted cuál es el costo total del vapor, el cual podrá parecer á usted considerable, más no hubiera sido ni prudente ni conveniente hacer las obras á medias, dado el objeto á que se destina el buque.

El señor Rosado habrá informado á usted que sin llegar en nuestra última conferencia á un arreglo definitivo, dijimos en sustancia que en el caso de contar usted con los fondos necesarios para despachar la expedición, podrá usted disponer del vapor según y en los términos que he tenido el honor de decir á usted en mi comunicación fecha 9 del actual. Por el contrario, si la Agen-

cia entra en posesión de los medios para el despacho de la expedición, antes de que usted haya podido hacerlo, la Agencia despachará el vapor dando á usted aviso oportuno, para que si lo estima conveniente, se traslade en él á Cuba, con el armamento acopiado en esta ciudad. De esta manera ni usted interrumpirá el progreso de sus planes, ni la Agencia subordinará á ellos los que piensa poder realizar, enviando á Cuba materiales de guerra en cantidad considerable.

Soy de usted con la mayor consideración,

P. y L.

Miguel de Aldama''.

Por esta carta se ve que el vapor estaba debiendo por reparaciones á la maquinaria, la suma de. . . . . $ 7.996,61

Necesitaba también de muebles, batería de cocina, etc., lo que costaría unos. . . . . '' 600.00

Además, dice la citada carta:... ''dijimos en sustancia que en el caso de contar usted con los fondos necesarios para despachar la expedición, podrá usted disponer del vapor según y en los términos que he tenido el honor de decir á usted en mi comunicación fecha 9 del actual''. Y los términos que expresa en su carta de 9 de Abril, están contenidos en este párrafo que copiamos: ''...Yo no he deseado más que ponerme á cubierto de las responsabilidades que pudieran imputárseme respecto á la salida de la expedición y la certeza de que existían los fondos necesarios para que efectuada la em-

Adelante $8,596.61

Traído $8,596.61

presa patriótica de usted siguiese sirviendo el vapor para otras principiadas y no menos importantes''. Esos ''fondos necesarios'' que en sus dos cartas repite Aldama, con los que Aguilera debía contar ''para poder disponer del vapor'' pueden verse detalladamente expresados en la carta de Aldama de 13 de Enero, que aparece en el lugar correspondiente y ascendían á. . . . . . '' 10.940,00

Total. . . $ 19.536,61

De manera que Aguilera necesitaba entonces tener en su poder el total arriba expresado; mas como decía Aldama que las cuentas no estaban completas y después pasaría una general, dada su propensión á aumentar el importe de estas cuentas, no es exajerado pensar que la general ofrecida hubiera subido, á más de mil pesos. Así es que, para que Aldama entregara el vapor á Aguilera, necesitaba éste disponer de más de veinte mil pesos. Y dado el estado de la emigración, ¿era posible que de momento pudiera reunir Aguilera esa importante suma? Bien sabía Aldama que era imposible. Por eso la hizo subir á tan alta cifra. He aquí cómo Aldama no se negaba á entregar el vapor á Aguilera, y si éste no se hacía cargo de él, no era culpa de Aldama, quien por otra parte, era un funcionario celoso, que tomaba precauciones para no exponer á una eventualidad los intereses de la patria. Así procedían aquellos hombres: con una doblez y astucia consumada. Su talento lo empleaban en cometer las mayores iniquidades, apareciendo ellos como santos, impecables.

Por otra parte, dice Aldama en su misma carta citada de 13 de Enero, que para salir la expedición, incluyendo los gastos de habilitación, necesitaba sólo diez mil pesos; y según la de 23 de Abril, ne-

cesitaba, para el mismo efecto, más de veinte mil pesos. Esto hace evidente, de una parte, la consistencia de Aldama y la poca confianza que podía ponerse en lo que decía y de otra, su empeño en acrecentar los gastos de la expedición, para imposibilitar á Aguilera de llevarla á cabo, satisfaciendo así sus mezquinos propósitos.

Comprendiendo que era inútil toda correspondencia con Aldama, y por otra parte observando que en su carta no contestaba más que uno de los particualres que le trataba en la suya de 14 del mismo mes, y esto para comunicarle que no eran ya tres mil pesos los que le faltaban para pagar las reparaciones del vapor, como anteriormente le dijo, sino cerca de nueve mil pesos, resolvió Aguilera limitarse á acusarle recibo de ella con la lacónica carta que sigue:

"New York, Abril 27 de 1875.

"C. Miguel de Aldama,

"Agente General de la República de Cuba.

"Distinguido ciudadano:

"Por la presente acuso á usted recibo de su atenta fecha 23 del corriente, devolviéndole, como usted se sirve encargarme, las apuntaciones ó estado de gastos del vapor, que se sirvió remitirme para que los viese.

"Soy de usted con la mayor consideración,

F. V. Aguilera".

Fueron estas las últimas cartas que por entonces se cruzaron Aguilera y Aldama. Los días que siguieron los pasó Aguilera en sus preparativos de viaje. Para dar una idea del estado de su ánimo, copiaremos un párrafo de su "diario":

"Abril 25.—Hoy, como domingo, fuí á la Iglesia Católica á oir misa y rogar á Dios misericordioso, que tienda una mirada compasiva sobre mi desolada familia y no la abandone en los amargos trances que la esperan..."

Como no podía despedirse personalmente de sus amigos, por la reserva que debía observar á su salida, y porque su ánimo no estaba dispuesto, no queriendo parecer que se iba disgustado con ellos, decidió escribirles participándoles su resolución y ofreciéndose en Cuba libre. Estas cartas les serían entregadas después que se supiese el resultado de su viaje. No olvidó tampoco á sus amigos residentes en Europa y en otras partes á quienes igualmente escribió despidiéndose. Entre estas cartas copiaremos algunas por las que podrá juzgarse de las demás:

"New York, Abril 28 de 1875.

"C. Hilario Cisneros.

"Muy querido amigo:

"Cuando recibas esta carta, habré pisado el suelo de la patria, ó sido víctima de los azares, á que más que la voluntad de Dios, me lanza la injusticia de los hombres. El amor á la patria, el deber y el honor, me han colocado en este camino, único que puedo seguir.

"Tan luego como llegue á Cuba te participaré mi arribo, aprovechando la primer oportunidad; mientras tanto, y con mis afectuosos saludos á toda la familia me reitero tu más afectísimo é inolvidable amigo,

F. V. Aguilera".

"New York, Abril 28 de 1875.

"C. Francisco Arteaga.

"Estimado amigo:

"Circunstancias sobre manera graves me obligan á emprender mi marcha hacia Cuba en una forma distinta de la que Cuba y varios patriotas que me habían auxiliado, tenían derecho á esperar.

"Pero el hombre debe resignarse á todo menos á olvidar el deber y el honor, y esta ley sagrada es la que me obliga á tomar el camino que me conducirá, si logro salvarme de los azares del tránsito, á seguir compartiendo con nuestros hermanos de Cuba libre, los sacrificios y fatigas, hasta conseguir la redención de la patria ó perecer en el empeño.

"Si llego salvo, allí me tendrá usted

como siempre su amigo. Desde allí le escribiré y espero que usted también me escriba. Mientras tanto con mis afectuosos saludos á toda su famliia, le dice adiós su afectísimo amigo,

F. V. Aguilera".

"New York, Abril 28 de 1875.

"C. Juan Cisneros.

"Muy querido amigo:

"No siempre corresponde el éxito á las esperanzas fundadas en las diligencias empleadas para obtenerlo. Este es mi caso. Yo no he logrado regresar á Cuba en la forma porque tanto he trabajado y sufrido; y al fin me veo obligado á ceder mis aspiraciones ante la fuerza mayor de las circunstancias; optando por el único camino que el deber y el honor me señalan, y es el que se dirige á Cuba.

"Poco importa que me lance en frágil barquichuelo, porque al fin es preferible ser hundido por la violencia de las olas que por el furor de los hombres, cuando en el primer caso se muere sin mancilla.

"Ya sabes que aquí queda mi familia, cuya recomendación sé no necesito hacerte.

"Te escribiré tan luego como se me presente oportunidad desde Cuba, si llego á poner los piés en sus playas. Espero que allí me llegarán también tus apreciables letras.

"Adiós pues, hasta que el destino que hoy nos separa, permita que te dé un abrazo tu afectísimo amigo,

F. V. Aguilera".

"New York, Abril 29 de 1875.

"Ciudadano Manuel J. Izaguirre.

"Mi queridísimo Lico:

"Con esta fecha entro, acompañado de dos amigos, en el barquichuelo que me ha de conducir á Cuba libre, y en una forma por cierto muy diferente de la que mis esfuerzos y sacrifiicos me daban derecho á esperar. Empero, así lo ha querido el destino, y á mí no me quedaba otro recurso que abrazar amorosamente esta nueva cruz que aquél me imponía, cuando no fuese el capricho y la injusticia de los hombres, si no quería abandonar por primera vez el camino del deber y el honor, que he venido hasta ahora trillando en todo el curso de mi vida.

"Pronto será resuelto el problema de mi empresa, llegando hasta donde están nuestros hermanos combatientes, ó naufragando en uno de los diversos escollos que se interponen en el camino.

"Si resulta lo primero, tú sabes que puedes contar siempre con mi entero afecto, así como yo voy satisfecho de tu amistad.

"Cuando le escribas á Pepe y tu familia, les harás un cariñoso recuerdo de mi parte, y tú recibe el adiós de tu amigo,

F. V. Aguilera".

La anotación del día que salió de New York para Boston y Cuba libre, dice así:

"Abril 28.—A las ocho de la mañana estaba en la morada de Antonio González, el Notario, á buscar el poder generalísimo que quiero dejarle á Anita, por si le fuera útil en mi ausencia. Lo firmé y quedó en hacer que lo firmaran dos testigos americanos para entregarlo á Eladio y éste se lo dé á Anita, cuando ya sepa mi viaje á Cuba. No quiso cobrarme nada, pero yo le puse sobre la mesa un billete de diez pesos que al fin aceptó. Las pobres mis hijas se fueron á trabajar á su taller muy temprano como de costumbre, tan inocentes que ni siquiera se despidieron de mí, ignorando que quizás me habrán visto por última vez. Anita está inocente también, porque le he dicho que voy á Filadelfia y vuelvo pronto. Sin embargo, un secreto presentimiento, que ni ella misma atinará á explicarse, la tiene inquieta y entristecida, á pesar de los esfuerzos que hago para infundirle confianza... Pero basta y apresuremos la partida, para salir de esta agonía".

FIN DE LA QUINTA PARTE

FRANCISCO V. AGUILERA

Y LA

REVOLUCION DE CUBA DE 1868

SEXTA PARTE

COMPRENDE DESDE EL ROMPIMIENTO DE AGUILERA CON EL AGENTE GENERAL, SR. MIGUEL DE ALDAMA, EN ABRIL DE 1875, HASTA SU MUERTE 22 DE FEBRERO DE 1877.

CAPITULO I

ABRIL y MAYO 1875

AGUILERA LLEGA A BOSTON.—SE EMBARCA EN EL BERGANTIN "CHARLES MILLER".—TRISTES CONSIDERACIONES DE AGUILERA.—SE DESATA UNA TEMPESTAD.—EL VIEJO BUQUE NO LA PUEDE RESISTIR.—LAS BOMBAS SE ROMPEN.—PELIGRO DE IRSE A PIQUUE.—RESIGNACION DE AGUILERA—EL CAPITAN QUIERE VOLVER ATRAS.—AGUILERA AL FIN CEDE.—ARRIBADA A NEW PORT.—AGUILERA VA A STAMFORD.—PASA AVISO A GOVANTES.—ESTE LE PRESTA AYUDA.—ACTIVIDAD DE ALDAMA PARA DESPACHAR LA EXPEDICION.—POCA FE DE LA EMIGRACION.—CARTA DE ALDAMA A AGUILERA.—ALDAMA LE OFRECE TRASLADO A CUBA.—SOBERBIA DE ALDAMA.—SU INFLUENCIA SOBRE EL GOBIERNO DE CUBA—CARTA DE VILLEGAS A AGUILERA.—INFECUNDO FRUTO DE LA UNION DE AGUILERA Y ALDAMA.—CARTA DE MANUEL J. IZAGUIRRE.—ACONSEJA SUMISION A ALDAMA.— AGUILERA DESOYE SUS CONSEJOS.— SE EMBARCA NUEVAMENTE PARA CUBA.

Al amanecer del día 29 de Abril, llegó Aguilera á Boston, habiendo hecho el viaje en uno de los magníficos vapores que hacían la travesía de New York á ese puerto. Inmediatamente se embarcó en el bergantín "Charles Miller", buque que debía conducirlo á las costas de Cuba. Excusado es decir que desde que salió de New York guardó el más riguroso incógnito, y como estaba todo preparado y sólo se esperaba por él, el mismo día 29 se hizo á la vela el bergantín.

Acompañaban á Aguilera su amigo el Sr. Eugenio Hostos, hombre ilustrado, hijo de Puerto Rico y ferviente partidario de la independencia de su tierra natal y dos ayudantes, su sobrino, Teniente Coronel Miguel Luis Aguilera y Luis Felipe Gutiérrez. Además iba el Capitán Manuel Morey, jefe de los seis prácticos de mar y tierra que llevaba.

¡Cuántos tristes pensamientos cruzaron por la mente de Aguliera al separarse de las playas americanas, donde pensó encontrar elementos que llevar á sus hermanos combatientes! Después de cuatro años de incesante batallar, verse obligado á retornar á su amada Cuba en aquella triste situación, llevando en lugar de armas y pertrechos, el corazón rebosante de amarguras y desengaños!

¿Qué diría á sus hermanos? ¿Les descubriría toda la verdad? ¿Les diría que eran antitéticos los cubanos de Cuba libre, y los acaudalados de la emigración? Que en aquellos todo era grandeza y heroismo, y en estos miseria y egoismo? ¿Era esa desconsoladora convicción lo que había salido á buscar al extranjero? Al hacer estas desgarradoras reflexiones, pensó Aguilera cuán clemente hubiera sido el mar si antes de dejarlo alejar de las costas de su amada patria lo hubiera sepultado en sus abismos! ¡Cuán hondos pesares le habría ahorrado! Hubiera entonces abandonado la existencia lleno de fe, creyendo que el sentimiento más poderoso en todo cubano era el de libertad é independencia para su patria. Ante esta halagadora creencia, se hubiera afirmado más su convicción de que un pueblo cuyos hijos alentados por tan noble aspiración se lanzaban á la lucha, no podía menos que triunfar. ¡Cuán hermosa hubiera sido para él la muerte abrigando ideas tan seductoras!

Al fin, encontrábase frente á la horrible realidad. Estaba ya en camino para dentro de breves horas arribar á las costas de Cuba, solo, en un bote, con el corazón desgarrado por los más crueles desengaños. Recordaba que en momentos supremos, cuando los obstáculos y contrariedades culminaban á su paso, le había asaltado alguna vez la idea aterradora de si tendría que volver á Cuba solo y sin recursos. Había apartado entonces con horror tan terrible pensamiento, temiendo el desquiciamiento de su cerebro y la pérdida de su razón. Pues bien; ya la mera presunción se había convertido en realidad. Ya el momento horrible había llegado para él. Veía cómo se alejaba en el mar, burlado, lanzado á los últimos límites de la desesperación por los que se habían llamado sus amigos; traicionado por los que con mentidas ofertas le habían brindado su poderosa protección. Ante sus ojos tenía el bote que debía llevarlo á las costas de su adorada Cuba, cual náufrago infeliz que después de luchar por largo tiempo, era arrojado extenuado y sin fuezas á las costas ansiadas de la tierra de sus amores. ¿Y era posible que ante una realidad tan temida y tan horrible, pudiese conservar su razón sana, sin estallar su cerebro, roto en mil pedazos? ¿Dónde había encontrado fuerzas para mantenerse firme ante una desgracia que sólo al pensarla le había causado tan tremenda conmoción? El mismo Aguilera no podía dar contestación satisfactoria á estas preguntas.

Y mientras en la soledad de su camarote hacía estas y mil otras consideraciones, á cual más tristes y atormentadoras, el buque avanzaba en el mar, cada hora alejándolo más de aquel infierno en que tanto había sufrido y acercándolo á su amada patria, donde hallaría reposo y consuelo para sus penas.

Dos días después de su salida el cielo amaneció cubierto. Las nubes cada vez fueron haciéndose más densas, hasta que por fin estalló la tempestad; las olas se precipitaron sobre el bajel como si quisieran sumergirlo y el viento lo azotaba con furia espantosa.

¡Apurada situación en la que se encontraron los infortunados navegantes! Era el "Charles Miller" un barco viejo y por consiguiente inadecuado para sufrir aquella horrorosa tempestad, á pesar de los esfuerzos del Capitán y la tripulación que constantemente se mantuvieron sobre la cubierta, casi sin comer ni dormir en los dos días que duró el vendabal.

Como el buque estuviera cargado de hielo, al ponerse éste en contacto con el agua salada, se disolvía, aumentando así el peligro de inundarse. Las bombas trabajaron constantemente durante dos días, pero siendo viejas también y no pudiendo resistir tan rudo trabajo, se rompieron, y tuvieron que proceder entonces á sacar el agua con baldes, labor en que constantemente estuvieron ocupados tripulantes y expedicionarios, pues el buque corría inminente peligro de hundirse.

Durante todo este tiempo, Aguilera, en su camarote, sobrellevaba con una calma estoica aquel desastroso accidente. Sentía sacudir el buque de un lado á

otro; ya se elevaba á las nubes, ya descendía á las profundidades del océano cual si fuera á sepultarse para siempre; oía el viento silvar por entre las desnudas jarcias; cada golpe de mar que bramando de manera espantosa azotaba el costado del buque, quería lanzarlo de la litera.

Su mente, preocupada en alto grado por su situación, no se cuidaba de lo que en el exterior ocurría. Sabía que corría una tempestad, pero por grande que ésta fuese, ¿podría compararse con la que se desataba en su cerebro? Para combatir la que azotaba el buque, estaban su inteligente capitán y los intrépidos marineros; debido á sus esfuerzos y vigilancia probablemente se salvarían. Pero combatir la que dentro de sí llevaba, era imposible. El, barco náufrago, juguete de las olas, con timón roto, la tripulación desertada; sólo quedaba su abnegado capitán, sobre la cubierta, de pie, con los brazos cruzados esperando el momento de hundirse para siempre.

Por otra parte ¿á qué preocuparse por la suerte que corriese el barco? Que desapareciese bajo las olas ¿sería un mal ó un bien para Aguilera?

Distraído estaba en estas consideraciones cuando vino su ayudante Miguel Luis á decirle de parte del capitán que dado el mal tiempo que corrían y las averías que había sufrido el casco y arboladura del barco, no podían seguir viaje, y lo más prudente era volver atrás y arribar á algún puerto de los Estados Unidos.

Ciertamente no había previsto Aguilera este caso. Jamás sospechó que por éste ni por ningún otro motivo se viesen precisados á retroceder; así, el recado del capitán lo cogió de sorpresa, y pensando con horror en la situación que tras sí dejara, contestó con su mismo ayudante que volver atrás le causaría un perjuicio inmenso, que tratase de seguir viaje con el buque. Volvió poco después el mismo ayudante á decirle de parte del capitán que el buque hacía mucha agua y de seguir viaje en esas condiciones donde llegarían pronto era al fondo del mar. Que era indispensable arribar á uno de los puertos de la costa de Nueva Inglaterra que tenían en frente. Como el propio ayudante le hiciese reflexiones sobre lo imprudente de continuar viaje en aquellas condiciones, cuando arribando á los Estados Unidos podrían salir otra vez pronto y llegar á Cuba con todas las seguridades posibles, Aguilera tuvo que ceder.

Cambió el barco de rumbo, y finalmente el día 5 de Mayo á las doce del día, arribaron al puerto de New Port, Rhode Island. Alojóse allí Aguilera con Hostos y Gutiérrez en un hotel, manteniendo el incógnito y Miguel Luis salió para otro lugar con Morey y los prácticos. Dos días permanecieron en esa población, donde supieron los desastres que en la costa había causado el temporal que acababan de pasar.

No queriendo Aguilera volver á New York, necesitando ponerse en relación con sus amigos de esa ciudad para combinar la manera de salir para Cuba otra vez, resolvió situarse en algún pequeño pueblo vecino á la Metrópoli, guardando el incógnito, y desde allí avisar á sus amigos el fracaso ocurrido y estimularlos á facilitarle los medios de volver á embarcarse.

Auxiliado por su ayudante Miguel Luis, conocedor del país, y que hablaba el inglés, escogió Aguilera el pueblo de Stamford Conneticut, á pocas millas de New York y partieron el día 7, él y sus dos compañeros. En Stamford comisionó á Miguel Luis para que fuera á New York á ponerse al habla con Govantes y dar aviso de su permanencia allí á algunos individuos de su familia, recomendando á todos el más absoluto secreto con respecto al lugar donde se encontraba. Como Hostos manifestase también deseos de ir á New York, Aguilera consintió, recomendándole la mayor reserva.

No teniendo otro amigo de confianza en New York que Govantes, comisionó á Miguel Luis para decirle que contaba con él para no quedar abandonado en aquella crítica situación; y puestos de acuerdo los dos tratasen de proporcionarle medio de salir pronto para Cuba otra vez.

Comenzaron á trabajar en New York Miguel Luis y Govantes. Como la base

era conseguir fondos necesarios para la empresa, decidió Govantes dirigirse á la comisión para recoger los diez mil pesos para la expedición de Aguilera á que hemos aludido. Esta comisión había recolectado una cantidad respetable en New York y trató Govantes de conseguir que, en virtud de haber fracasado la expedición, la facilitasen al mismo Aguilera para atender á los gastos de su traslación á Cuba. Avistóse Govantes con el comité, compuesto de los señores Leandro Rodríguez, Eduardo H. Gato y Francisco Fernández. Eran estos señores buenos amigos de Aguilera, y bien penetrados de la injusticia que se le había hecho, no tuvieron inconveniente en poner la cantidad, que era de mil setecientos veinte y nueve pesos á su disposición, previo acuerdo que tuvieron con los donantes.

Por varios conductos supo Aguilera en Stamford que en vista de la actitud tomada por él, Aldama se veía precisado á ejercer más actividad en el despacho de la expedición y á este efecto se daba prisa á tener listo el vapor y decía que dentro de muy pocos días la expedición saldría para Cuba. Mas si embargo de esta diligencia y de las afirmaciones del Agente Aldama, la generalidad de la emigración tenía pocas esperanzas de que la expedición llegase á salir, porque en ocho meses que se estaba preparando el vapor "Octavia" para su empresa filibustera, se había divulgado esta tanto, que se daba por seguro que tan pronto como intentara salir del puerto el vapor, se lo impediría el Gobierno americano á instancias de las autoridades españolas.

Recibió Aguilera una carta de Aldama, que decía así:

"New York 13 de Mayo de 1875.

"C. General Francisco V. Aguilera.

"Distinguido conciudadano:

"Cábeme el gusto de comunicar á usted que la Agencia General se encuentra ya en aptitud de despachar la expedición proyectada, tan pronto como usted comunique si se haya usted dispuesto á trasladarse en ella á Cuba. En caso contrario ruego á usted se sirva decírmelo para poder yo disponer su salida sin pérdida de tiempo.

"Soy de usted con la mayor consideración,

P. y L.

Miguel Aldama

A. G.

Por más que estuviera Aguilera acostumbrado á las genialidades de Aldama, no dejó de sorprenderle desagradablemente esta carta, sobre todo la frase en que le pedía le manifestase si se hallaba dispuesto á *trasladarse* á Cuba en la expedición.

En efecto: una expedición hecha con fondos entregados unos y ofrecidos entregar otros á Aguilera, de la que éste era el único responsable y Aldama un simple cooperador, según le había manifestado en sus cartas, bajo su firma, el mismo Aldama; expedición que Aguilera debía mandar, como jefe indiscutible, era bien ridículo ofrecerle, como un acto de benevolencia "trasladarlo" en ella á Cuba, cual si fuese un fardo que estuviera esperando transporte.

¿Con qué derecho había despojado Aldama á Aguilera de la jefatura de la expedición? Con igual derecho que se apoderó de la expedición misma. Con el propio derecho que, fingiéndose amigo y protector de un hombre honrado y leal, lo engañó y lo despojó de aquello á que tenía derecho. Con el mismo que el Czar ó el Sultán son dueños de los bienes de sus súbditos. ¿Y se consideraba Aldama menos que un Czar ó un Sultán en la pequeña Corte de que se había rodeado? De ninguna manera, Aldama, empinado en su soberbia, se consideraba el autócrata más absoluto; él manejaba las emigraciones, manejaba al mismo Gobierno de Cuba, y una prueba de ello, si se dudara, es que cuando Aldama quiso sostener á Céspedes, durante las tormentas que se cernieron sobre la cabeza de éste en Cuba libre, Aldama, ayudado de los suyos lo sostuvo en su puesto. Cuando Céspedes incurrió en el desagrado de Aldama, nombrando para Agen-

te de la República á su odiado enemigo Quesada, Aldama y sus amigos escribieron á Cuba libre y Céspedes fué depuesto. Incurrió Aguilera también en el desagrado de Aldama, porque no quiso, á semejanza de sus dóciles servidores, cuando conoció que éste lo engañaba á él y mataba la revolución, no quiso seguir unido á él y prefirió quedarse solo relegado á la impotencia y á la desesperación. Entonces también Aldama y sus amigos escribieron á Cuba libre y Aguilera fué depuesto de su cargo de Vicepresidente de la República y del de Mayor General, como veremos más adelante. ¿Qué más podía desear Aldama? Había quien dijera que triunfando la revolución, aspiraba Aldama á ser jefe Supremo de la República con atribuciones dictatoriales. No afirmamos ni negamos el hecho; pero si fuera así, entre Aldama y Quesada... ¡Pobre Cuba!!

Comprendiendo Aguilera que á ningún fin práctico podía conducir aquella oferta de Aldama, pues sabía el valor que tenían sus ofrecimientos, y estando resuelto á fiar en sus solos esfuerzos para llegar pronto á Cuba, resolvió no parar mientes en tal carta y dejarla sin contestación.

Recibió también una carta de Villegas la que decía así:

"New York 12 de Mayo de 1875.

"C. General F. V. Aguilera.

"Mi siempre querido amigo y compañero.

"Me ha entregado Miguel de Aldama una carta que no siéndome posible entregarla á usted personalmente, por ignorar su paradero, la he entregado á Miguel Luis para que él lo haga á usted en sus manos, sin pérdida de tiempo.

"Aunque no he leído dicha carta, sé cual es el objeto y por consiguiente me figuro que las cosas tendrán un feliz término. De todas maneras desearía, compañero, que usted no tomara una resolución violenta en este asunto, pues ante la patria todo resentimiento personal debe posponerse. No quiero que oiga usted á mí solamente, oiga á otros buenos amigos, que á usted le sobran y creo que todos estaremos acordes y de una misma opinión, sin que esto pueda en lo más mínimo afectar su dignidad. Todos como usted ansiamos el bien de la patria y mucho nos duele en circunstancias como estas, en que necesaria nos es la unión de los buenos, que el mundo presencie el desacuerdo de dos hombres que unidos tantos bienes pueden traer á aquella infortunada patria.

"En fin, me lisonjeo con la esperanza de que vamos á concluir por donde debíamos haber empezado.

"Desea verlo y darle un abrazo su siempre amigo y compañero,

J. G. D. de Villegas".

Era evidente que Aldama estaba poniendo otra vez en juego todos los resortes tan conocidos de él, para reducir á Aguilera á la obediencia. Decíale Villegas "ante la patria todo resentimiento personal debe deponerse", como si el alejamiento de Aguilera fuese efecto de algún resentimiento personal con Aldama, y no porque la salud de la patria así lo exigía. Decía Villegas" tan necesaria nos es la unión de los buenos, que el mundo presencie el desacuerdo de dos hombres que unidos tantos bienes pueden traer á aquella infortunada patria". Tenía razón Villegas, y la prueba es, todos los bienes que reportó Cuba del acuerdo que reinó entre ellos, los últimos cuatro años. Durante ese tiempo vinieron á poder de Aguilera más de sesenta mil pesos (a) todos los que puso á disposición de Aldama y éste se dió maña para que se evaporasen y Cuba no recibiese ningún beneficio.

Otra carta recibió también de su amigo Manuel J. Izaguirre que decía así:

"New York, Mayo 18 de 1875.

C. Francisco V. Aguilera.

Mi querido amigo y compatriota:

Aunque usted se ha retraído de mí de *una manera absoluta*, creo que mi deber

(a) Descompónese esta cantidad así: $17,000 que llevó Aguilera de París, $20,000 de Varona, $12,000 de la Agencia que le ofreció Aldama é invirtió en el vapor, $9,000 que recogió Aguilera en Cayo Hueso y Nueva Orleans, $2,500 de Miguel Cantos y otras pequeñas cantidades más. Aunque los $17,000 del dinero de Paris, no los entregó directamente á Aldama, sino á Villegas, Presidente de la sociedad "Amigos de Cuba", era Aldama quien manejaba esa sociedad, lo mismo que á su Presidente y los fondos.

de amigo, de h∴ y de bayamés, me impone el deber de darle un consejo, por más que me exponga á que se me desatienda, ó se me califique de intruso: no deje de ir en la expedición, amigo mío, si no mandándola, como Presidente de Cuba, á quien dicha expedición escolta y conduce: yo comprendo que usted quisiera tomar una parte más activa en una expedición por la que tanto ha trabajado; pero á usted, que tanto ha sacrificado en aras de la patria, mucho antes que la insurrección estallara, á usted que fué el primero que me habló en la actual revolución (en la plaza de Bayamo, á donde me llevó usted de casa de Fayas) á usted cuya honradez de principios conozco tan á fondo, no puedo menos que decirle "si fuera necesario, haga usted un sacrificio más"; *pero no se quede,* de otro modo, la reputación de uno de los mejores y más honrados patriotas vendra por tierra. Usted quizás me diga: "yo no me quedaré, yo me marcharé en una goleta", pero eso sería exponerse á peligros innecesarios ¿no tenemos un magnífico vapor á cuya compra usted contribuyó en gran parte? ¿no mandará la expedición un ayudante de usted, uno que se puede decir, hijo de usted? Déjese de bobadas, amigo mío, no vaya á exponer innecesariamente su preciosa existencia, piense en su numerosísima familia, en nuestra desgraciada patria que aun necesita de sus buenos servicios: yo se lo suplico por nuestro desgraciado Bayamo, por la memoria sagrada de tantos mártires, de cuanto exista más venerado para usted No me diga que no, y con ello me proporcionará usted una gran complacencia, y quizás mañana, cuando su cabeza esté despejada, reconozca que sólo el más decidido afecto y celo por su buen nombre, impulsan á dirigirle la presente, á su afectísimo amigo paisano y h∴

M. J. Izaguirre".

Aconseja Izaguirre á Aguilera que se conforme con su suerte, que si Aldama le ha quitado la jefatura de la expedición se resigne á ello y vaya conducido como Presidente de la República. La verdad es que si el ciudadano Miguel de Aldama con su carácter de Agente General, había quitado sin más razón que porque sí, al Presidente de la República, como titulaba Izaguirre á Aguilera, el mando de aquella expedición, que le correspondía por tantos conceptos, grande debía ser el poder de Aldama ó del Agente, y siendo tan grande, Aguilera debía reconocerlo.

Recordando Izaguirre á Aguilera sus sacrificios por la patria, le dice que haga uno más y acepte el ofrecimiento de Aldama, dejándose transportar á Cuba en la expedición. Indudablemente que Aguilera hubiera hecho ese sacrificio también, pues para él una cuestión de amor propio tenía muy poco valor, comparado con los intereses de la patria. Pero era el caso que el sacrificio hubiera sido contraproducente, pues muy lejos de obrar en bien de Cuba, obraría en daño, pues ya hemos visto que después del Gobierno español, era Aldama el elemento más dañoso para la revolución.

Después de una sentida apelación, en la que Izaguirre invoca los recuerdos más sagrados, dice á Aguilera que "quizás mañana, cuando su cabeza esté despejada, reconozca que sólo el más decidido afecto y celo por su buen nombre lo impulsaban á dirigirle aquella carta". La cabeza de Aguilera estaba bastante despejada para conocer la buena intención y celo que movían á Izaguirre á hacerle aquellas reflexiones. Era Izaguirre una persona á quien Aguilera tenía en gran estima, por la antigua y sincera amistad que los unía, por su reconocido patriotismo, honradez y los servicios que de él mereciera en la emigración. Y sin embargo, por la misma razón que la cabeza de Aguilera estaba despejada, comprendía que Izaguirre, sugestionado por la influencia fatal que Aldama ejercía sobre cuantos lo rodeaban, con la mejor buena fe é intención trataba de ponerlo en el camino de su perdición. ¿Cómo hubiera juzgado aquella emigración á Aguilera? ¿Qué diría hoy la historia de él, si ante aquel humillante ofrecimiento de Aldama, hubiese doblado la cabeza sometiéndose y abandonando la varonil actitud que había tomado? Estaba persuadido de que si aceptaba el ofrecimiento de Aldama,

éste hubiera demorado la salida de la expedición, siquiera por mortificarlo; y además de desbaratarle su propósito de llegar pronto á Cuba, lo hubiera puesto en ridículo, sumiéndolo en el descrédito. No. Ya Aguilera se había trazado una línea de conducta: se embarcaría para Cuba inmediatamente, rompería con aquel hombre que tan funesto era para la revolución.

Por mucha prisa que se dieran Miguel Luis y Govantes para conseguir el dinero necesario, hallar buque que se prestara al negocio arriesgado que intentaban y combinar la expedición, siempre cursaron veinte días. Todo este tiempo lo pasó Aguilera recluído en el pueblo de Stamford, lleno de la mayor ansiedad, temiendo fueran á presentarse obstáculos de tal naturaleza que impidieran su breve salida para Cuba otra vez. ¡Cuán duro le hubiera sido presentarse en New York á esperar indefinidamente el resultado de sus gestiones para volver á la patria!

Durante esos veinte días, para dar algún solaz á su espíritu, hizo que fueran á acompañarlo, sucesivamente sus hijas y su esposa, cada una de ellas unos días. Su familia y Govantes fueron los únicos que supieron su paradero y fueron á visitarlo.

Finalmente, los comisionados de New York lograron vencer todas las dificultades y arreglarle nuevo viaje. Cuando estuvo listo, salió para New York con su ayudante Gutiérrez el día 27 de Mayo, embarcándose á las seis y media de la misma tarde en un remolcador que lo dejó en Staten Island, pequeña isla á la entrada del puerto. Comió allí con sus ayudantes Gutiérrez y Miguel Luis y á las ocho de la noche fué á buscarlos el bote del pailebot "E. B. Warton" que los llevaría á las costas de Cuba. Al llegar á bordo de este buque encontraron á Morey y los prácticos que debían acompañarlos. Hostos no fué, porque un asunto de familia se lo impidió.

CAPITULO II

MAYO y JUNIO 1875

AGUILERA SE EMBARCA EN UN PAILEBOT AMERICANO.—FELIZ NAVEGACION.—AVISTAN UN VAPOR DE GUERRA ESPAÑOL.—VESE PRECISADO A DESEMBARCAR EN CAYO LOBO.—BUENA ACOGIDA.—AGUILERA SE EMBARCA EN UN BOTE PARA CUBA.—SE PIERDEN ENTRE LOS CAYOS DE LA COSTA.—DOS DIAS DE SED Y FATIGAS.—DESALIENTO DE LA GENTE.—CRUCERO ESPAÑOL A LA VISTA.—VUELTA A CAYO LOBO.—LLEGADA A NASSAU.—JOSE SANCHEZ IZNAGA.—JUAN MENDOZA.—OPORTUNOS AUXILIOS QUE AMBOS LE PRESTAN.—CONFISCACION DE LAS ARMAS POR EL GOBIERNO INGLES.—LA SRA. MENDOZA REGALA A LA CAUSA UNA SORTIJA DE BRILLANTES.—SALIDA DE AGUILERA PARA JAMAICA.

Al día siguiente 28, salieron á la mar. El tiempo era excelente, el buque también bueno, de bastante andar y fuerte; los comisionados tuvieron la precaución de hacerlo reconocer por Aguiar, no fuera á suceder lo que con el "Charles Miller", que por lo viejo y deteriorado, poco faltó para que naufragaran. Aguilera se mareó los tres primeros días, después se encontró bien, aunque molesto, porque el buque no tenía comodidades para pasajeros, siendo más pequeño que el "Charles Miller".

El viaje fué bueno, con alternativas de calmas y vientos más ó menos favorables. El día 7 de Junio pasaron por Crooked island y el 8 por la noche fondearon en las Bahamas. Al otro día 9, siguieron navegando y avistaron un vapor de guerra español del que trabajosamente pudieron evadirse. Pasado éste, continuaron la marcha y por la noche, ya en el canal quedaron en calma. La situación era por demás peligrosa; el tiempo que perdían en la inacción les hacía falta para acabar de atravesar el canal; y si el día los sorprendía donde estaban y pasaba otro crucero español, como el que vieron el día anterior, estaban perdidos.

Llamó Aguilera para consejo á sus ayudantes, el capitán Morey y el capitán del pailebot. Acordaron mandar un co-

misionado á Cayo Lobos, cuatro millas á barlovento á inquirir del encargado del faro si les permitía desembarcar, para de allí salir en el bote que llevaban, hacia la costa de Cuba.

Se encargó de la comisión á Miguel Luis, quien inmediatamente salió en el bote conducido por cuatro remeros y un patrón, rumbo á Cayo Lobos. Todos á bordo quedaron en suspenso, aguardando el resultado de la comisión. Por fin al cabo de tres horas volvió Miguel Luis diciendo que el torrero ó encargado del faro, era una bella persona, simpatizaba con los cubanos y estaba dispuesto á servir á éstos en lo que pudiera, siempre que le diesen palabra de que guardarían la más estricta reserva, y no lo comprometerían.

Llenáronse de júbilo los expedicionarios y dió orden Aguilera para que sus compañeros se aprestasen á dejar el pailebot y embarcarse para Cayo Lobos. Trasportaron al bote, que era el mismo que debía llevarlos á las playas de Cuba, todo su ligero equipaje y armas; embarcáronse y remaron hasta llegar al Cayo á las dos de la madrugada.

Antes de dejar el pailebot, al despedirse Aguilera del capitán, le entregó varias cartas que á bordo había escrito para algunos amigos de New York, en las que les daba cuenta de su viaje y les decía que al recibo de ellas estaría en Cuba libre.

El torrero del faro era masón, y después de dársele á conocer á Aguilera como hermano, reinó entre ellos la mayor cordialidad, presentándole su esposa y un hijo pequeño. Pusieron á Aguilera un modesto lecho, acomodaron los demás como hubo lugar y se dispusieron á descansar hasta el día siguiente.

Todo el día 10 lo pasaron en el Cayo. Aquella buena gente procuró obsequiar á sus huéspedes con lo mejor que tenía. Antes de salir dió Aguilera una onza de oro al pequeño hijo del torrero.

A las seis de la tarde del mismo día 10 embarcáronse en el bote Aguilera y sus compañeros, dispuestos á desembarcar en Cuba. ¡Cuántos sentimientos encontrados no se agolparon en aquel instante en la mente de Aguilera! Iba á poner el pie otra vez en su amada patria, Cuba, aquella por la que tantos sacrificios había hecho, que tantos afanes le costaba y por la que tanto había sufrido. ¡Pero de qué triste manera volvía! Todos sus trabajos y fatigas no habían servido sino para adquirir los más amargos desengaños. Volvía á su Cuba solo, sin los recursos que salió á buscar. ¿Qué podría hacer por ella en tan triste situación? Nada. Pero habría cumplido como bueno. Había hecho todos los esfuerzos humanamente posibles por llevar á Cuba los auxilios que necesitaba. No había podido lograrlo. Sus hermanos lo llamaban y acudía á su llamamiento. Juntos todos compartiría con ellos sus fatigas y su gloria; lucharía por su amada Cuba y si la suerte quería que sucumbiera, caería satisfecho por haber cumplido su deber y porque su tierra adorada recogería cariñosa sus inanimados restos.

En tres horas llegaron á Cayo Cruz. Continuaron remontando éste para buscar la entrada, y al fin la encontraron como á la una de la noche. Apenas se internaron una milla entre los cayos cuando se baró el bote; lo sacaron, siguieron remando en otra dirección, pero á pesar de los esfuerzos que hizo el práctico Quesada para orientarse, no pudo conseguirlo; y habiéndose barado el bote varias veces, resolvieron esperar el día para buscar la "pasa" ó "canalizo" de Cayo Romano, que era lo que trataban de encontrar.

Al rayar el día 11 comenzaron de nuevo su fatigosa tarea de poner otra vez la lancha á flote y remar á lo largo de aquella serie de bajos y cayos hasta encontrar un paso entre ellos. Grande era el peligro que corrían, porque estando cerca del canal por donde hacían el crucero los barcos de guerra españoles (Canal de Bahama) si pasaba alguno podía sorprender y apresar el bote y los tripulantes. Era más inminente el peligro, porque sabiendo el Gobierno español que Aguilera había salido para desembarcar en Cuba en un bote, había redoblado su vigilancia y cualquiera de estas embarcaciones que vieran por aquellos lugares, se haría sospechosa.

Siguieron penosamente, unas veces remando y otras arrastrando el bote buscando entre los bajos y cayos un paso para tierra firme. Así pasaron todo el día. Comieron de las provisiones que llevaban, pero como el sol era abrasador y el trabajo muy duro, ya al obscurecer notaron que el agua potable que llevaban casi se había agotado y no tendrían para el día siguiente. La noche la pasaron en un cayo, al que pusieron por nombre "El Descanso" porque todos durmieron bien.

Al día siguiente 12, comenzaron de nuevo su obra. Todo el día estuvieron, ya remando ya arrastrando el bote por entre aquella extensión inmensa de cayos y de bajos. El que decía ser práctico de esos lugares, Quesada, confesó que no los conocía, porque se hallaba confundido. Algunos de sus compañeros se desataron en improperios contra él, llegando hasta amenazarlo con un revólver, pero intervino Aguilera reconviniéndolos y diciéndoles que con amenazas no conseguirían otro cosa que confundir más al desgraciado disminuyendo las probabilidades de que acertara.

Aunque desde temprano, pusieron á ración la poca agua que quedaba, se concluyó ésta, por lo tanto, después de almorzar la sed se hizo insufrible. El ardiente sol que los bañaba hacía que aquélla fuese más apremiante. Los hombres estaban desfallecidos por la sed y la fatiga. Muchas veces Aguilera se echó también al agua y ayudó á empujar el bote para dar ánimo con su ejemplo á los que desfallecían. Pero aquella situación era terrible. Dos días hacía que estaban en esa ruda tarea á la que no veían término y sin embargo, no era posible que durara mucho más porque si la fatiga podía remediarse con el descanso, la sed no tenía espera y ya algunos decían no poder soportarla. Aguilera los alentaba con la esperanza de que pronto llegarían al término de aquel banco. De esa manera pasaron todo el día. Al caer la tarde fué preciso descansar y se dirigieron á un cayo próximo. La gente estaba desalentoda. Se veían perdidos en aquel laberinto de cayos y de bajos que parecía interminable. Aunque quedaban algunas provisiones, carecían de agua potable y sin ésta no podían subsistir, máxime cuando debían estar expuestos á un sol ardiente y ocupados en ejercicio tan fatigoso.

Reunido en aquel cayo el pequeño grupo de expedicionarios, los más flojos de espíritu comenzaron á murmurar diciendo que era locura seguir adelante, pues encontrarían allí su tumba, transidos por la sed. Aguilera los oía comprendiendo con cuanta razón se quejaban, pues un día más en aquella ímproba tarea, probablemente sin mejor resultado que los anteriores, acabaría por extenuar los á todos y quedar sin fuerzas para salir de tan peligrosa situación. En tal virtud, para acallar las quejas dispuso Aguilera como "orden del día" para el siguiente, volver otra vez á Cayo Lobos para allí resolver. Satisfecha la gente con esta determinación, se dispusieron á descansar aunque la sed les impedía el sueño. Antes de amanecer al día siguiente pusiéronse todos en marcha en el bote. Bien adelantada la mañana salieron de los últimos cayos y entraron en el canal. Como tenían viento contrario, se propusieron atravesarlo á remo, pero agotados con la fatiga de los días anteriores y la sed, quisieron probar la vela del bote para adelantar algo mientras los remeros descansaban. Vano intento, el viento y la corriente contraria les hacía perder camino, así es que fué necesario bajar la vela y resolverse á seguir á remo. Los hombres estaban rendidos de fatiga; el calor del sol cada vez se hacía más intenso, lo que aumentaba la sed. Algunos bebieron agua salada, pero esto muy lejos de calmarlos los puso en peor estado. Aunque llevaban víveres, no los comían porque la sed se sobreponía al hambre. Habían llegado al centro del canal, donde la corriente era más fuerte y el viento contrario. Tenían que remar con vigor, de otro modo la corriente y el viento los arrastraba, alejándolos del punto donde ansiaban llegar, para llevarlos quizás á encontrarse con un crucero enemigo; pero el vigor les faltaba, porque estaban rendidos. ¡Qué situación más desesperada Perecer de sed en el bote, ó á manos de los enemigos donde el viento y la

corriente los arrastraba. Aguilera no cesaba de animarlos; varias veces cogió el remo de manos del que veía más agobiado, pero otro se lo quitaba porque no sabía remar. Sus ayudantes también remaban mientras descansaba otro remero. Aguilera los alentaba diciéndoles que cuanto más se alejaban del centro del canal, menos penosa sería la labor, pues la corriente tenía menos velocidad. Decíales que sus trabajos eran bien duros y hacía ya tres días que duraban; pero que recordasen los que pasaban sus hermanos en Cuba hacía ya siete años. Que la libertad de la patria se compraba con sacrificios y no debía escatimarle ninguno, el que se estimaba patriota.

En tan terrible trance, Aguilera parecía sereno y tranquilo. Diríase al observarlo que aquello en nada le concernía; que él ni sentía la sed, ni sufría el hambre, ni experimentaba la fatiga, ni se preocupaba por el resultado de la terrible aventura. En esa difícil situación, como en tantas otras en su vida, sólo atendía á dar aliento á los demás, á sostener al débil que veía desfallecer. No se ocupaba de sí mismo; de nada necesitaba; todo se lo proporcionaba su voluntad firme de salir adelante en su empresa y trataba de infundir en otros su aliento para que fueran tan fuertes como él.

En la tarde percibieron en el horizonte por el Oeste una ligera señal como el humo de un vapor. Desde ese momento todos fijaban constantemente su vista en aquel punto, que cada vez se hacía más distinto y se agrandaba, hasta que por fin ya nadie pudo dudar de que tenían á la vista un vapor. Esto llenó de inquietud á los tripulantes del bote. Aguilera dijo que sería un vapor mercante, más sin embargo convenía atravesar el canal para no despertar sospechas. Ante la inminencia del peligro y refrescados por el aire de la tarde, redoblaron sus esfuerzos los remeros, tratando de dejar el canal, dirigiéndose hacia el Norte. Como la corriente era más débil, podían hacer más camino. El vapor á su vez adelantaban también, pudiendo distinguirse ya los extremos de los mástiles. Todos guardaban un silencio solemne abordo del bote; los remeros sacando fuerzas de flaqueza se esforzaban en hacerlo andar con ligereza; todos tenían concentrada la atención en el andar del bote y el avance del vapor. Estaban casi seguros de que era un cañonero español. Absorvidos se encontraban ya en esta tarea, cuando uno de los tripulantes descubrió una vela por la proa. Todos volvieron la vista hacia el lugar y se persuadieron de la certeza. Dividióse entonces la atención entre la vela y el vapor hasta que pudieron percibir que aquella se les acercaba navegando con mucha rapidez, pues traía el viento casi de popa. Con este suceso inesperado los pechos de los tripulantes del bote se llenaron de aliento; era evidente que ellos se unirían á la embarcación por la proa mucho antes de que los alcanzase el vapor. Si algunos momentos antes se consideraron casi perdidos, entonces se creían casi salvados. Los remeros parecían haberse olvidado de las penas que los abrumaban y remaban sin descanso y con energía. Ya habían salido fuera de la acción de la corriente y las suaves brisas de la tarde refrescaban sus caldeados cuerpos. Se dirigían en línea recta á la embarcación que también navegaba hacia ellos. Pudieron distinguir que era un pequeño barco "raquero" de las Bahamas. Se acercaron más y más hasta que estuvieron á distancia de que el bote pudiera ser distinguido por el "raquero", le hicieron señales y el "raquero" se les acercó hasta ponerse al habla. El patrón pareció alarmado al ver el bote cargado con tantos hombres, pero éstos lo tranquilizaron diciéndole que eran cubanos, extraviados, y ofreciéndole una gratificación porque los llevara á Cayo Lobos.

El patrón no tuvo dificultad y les franqueó su embarcación. Excusado es decir que á lo primero que atendieron fué saciar la sed que los devoraba. Pasados á bordo del barco, que era un pequeño balandro, tomó éste á remolque el bote de los expedicionarios y navegaron rumbo á Cayo Lobos. Al obscurecer vieron pasar por el canal el cañonero español que tanto temor les había infundido y del cual quizás hubieran sido víctimas á no haber mediado el afortunado encuen-

tro con el balandro. Ya de noche llegaron á Cayo Lobos.

El torrero del faro los recibió con la mayor amabilidad. Les dijo que los había creído perdidos porque tuvo noticias de que los españoles los esperaban por ese lugar. Que el día anterior había cruzado por allí un cañonero español además del que había pasado aquella tarde, lo que no era extraño, pues con mucha frecuencia se les veía por ese lugar. Enseguida les prepararon una ligera cena y se acostaron.

Al día siguiente—14—llamó Aguilera á sus ayudantes y demás expedicionarios y al torrero también, reuniéndolos en consejo para resolver lo que harían. Fueron todos de opinión, que dado el fracaso que acababan de experimentar, y no teniendo un práctico de aquella parte de la costa de Cuba, era una locura volver á salir otra vez para desembarcar por ese lugar. Preguntó Aguilera al torrero si sabía de algún hombre que pudiera ponerlos en la costa de Cuba, en terreno firme. Contestó éste que allí todos eran prácticos de las Islas Bahamas, pero nunca navegaban entre los cayos de Cuba. En vista de las circunstancias resolvió Aguilera ir á Nassau, donde había algunos cubanos y recursos, para tratar de organizar otra expedición con probabilidades de buen resultado.

Aquel día vieron cruzar por el canal dos cañoneros españoles con rumbos opuestos, suponiendo con sobrado motivo que andaban en su busca.

Dispuso Aguilera que su ayudante Miguel Luis contratase con el patrón del balandro que los había recogido la tarde anterior, el pasaje de todos á Nassau. Así lo hizo Miguel Luis, por la tarde se embarcaron, después de haber gratificado Aguilera á aquella buena gente por la favorable acogida que les habían dispensado.

Amanecióles el día 15 en el mar, muy molestos porque el barco era chico, y ellos muchos. Llevaban su bote y dos botes más á remolque, y otros dos dentro del balandro. La navegación fué penosísima, porque además de la extraordinaria estrechez, había poca comida y estaban con hambre.

Finalmente á las dos de la tarde del 16 llegaron á Nassau, desembarcando el 17 á las ocho de la mañana. Como llevaban armas, y según las leyes del país no podían desembarcar con ellas, las dejaron depositadas en poder del Gobierno.

Alojóse Aguilera y sus ayudantes en el "Hotel Americano". Para los demás expedicionarios alquilaron una casa. Trató Aguilera de guardar el incógnito, pero á causa de imprudencias cometidas por algunos de los prácticos, divulgóse quienes eran.

La primer diligencia de Aguilera fué averiguar los emigrados cubanos que había. Habiendo sido informado de que el ciudadano José Sánchez Iznaga era uno de los que estaba en mejor posición y era buen patriota, por la noche fué á visitarlo. A grandes resgos le hizo relación de todo lo sucedido con Aldama, le dijo el forzoso caso en que se hallaba de irse á Cuba en un bote, las penalidades que acababa de pasar al intentarlo y su resolución de volver á embarcarse para Cuba nuevamente. Iznaga desaprobó á Aguilera que se lanzara en tan malas condiciones; éste le hizo presente la necesidad en que se hallaba de llegar á Cuba inmediatamente, diciéndole que las buenas ó malas condiciones en que saliese estaban en manos de los patriotas que lo ayudasen. Le dijo que había sido informado de que era un buen cubano, y en vista de la crítica situación en que se encontraba se ponía á su disposición para que lo despachase para Cuba, de cualquier manera que fuese. Contestó Iznaga que por más que tuviese la mejor voluntad para servirlo y servir á Cuba también, de momento no podía decidirse, pidiendo que lo dejase pensar y consultar sus intereses para ver lo que podía hacer. Preguntado Aguilera por lo que podría necesitar para su empresa, contestó que mil pesos como minimum; dijo Iznaga que al día siguiente le contestaría definitivamente si podría contar con ellos. Como le pareciese Iznaga un patriota sincero, retiróse esperanzado en conseguir lo que deseaba, después de una conferencia de más de dos horas.

Las penalidades de aquellos días no pudieron menos de quebrantar la sa-

lud de Aguilera, así, al siguiente hizo llamar al doctor Trujillo, residente en aquella localidad para consultarle. Fué en seguida el mencionado doctor y recetó á Aguilera algunas medicinas. Hablando al doctor Trujilo sobre las diferentes peripecias de su expedición, y habiéndole manifestado éste que era amigo de Iznaga, le recomendó Aguilera que lo viese aquel mismo día y tratase de estimularlo para que lo auxiliara.

El 19 volvió Aguilera á ver á Iznaga para saber lo que había decidido. Manifestó éste que no tenía dinero allí, pero podía darle una letra de mil pesos sobre New York, la que podría negociar. Aceptó Aguilera é Iznaga quedó en mandársela al día siguiente.

Fué á visitar á Rafael Mendive, Agente cubano en aquel lugar, quien por su estado achacoso apenas salía á la calle, desempeñando la Agencia el ciudadano Juan Mendoza, patriota muy entusiasta y diligente.

Como desde el primer día de su llegada á Nassau hubiese conocido al ciudadano Mendoza, con quien llegó á estrechar amistad, quiso éste que fuese á alojarse en su casa donde estaría mejor que en el hotel, pues él y su esposa le proporcionarían todas las comodidades que pudiesen. Excusóse Aguilera al principio, pero habiendo insistido Mendoza y conociendo la buena voluntad con que le hacía el ofrecimiento, aceptó al fin, y el mismo Mendoza le llevó la maleta á su casa, donde lo instaló cómodamente en la mejor habitación.

Como en las situaciones más apremiantes de la vida siempre se encuentra alguna circunstancia favorable que facilite el medio de salir de ellas, encontró Aguilera en Nassau á Mendoza é Iznaga quienes tomaron con empeño su empresa y lo secundaron en sus nuevos proyectos para llegar á Cuba. Mal impresionado Aguilera por el fracaso que experimentó por Cayo Romano, desistió de abordar etra vez la costa por el Norte. En cambio, sabiendo la facilidad que había para alcanzar la costa de Cuba en la parte Sur, por la que se sostenía un frecuente servicio de correos con Cuba libre y, por allí mismo se había embarcado él, cuando salió con su compañero Ramón Céspedes, pensó que por ningún lugar podría desembarcar con más probabilidades de éxito que entre el Cabo Cruz y Santiago de Cuba. Manifestó su propósito á Mendoza y éste le ofreció poner todos los medios á su alcance para que lo realizara. Habiendo obtenido la letra de mil pesos de Iznaga, la dió á Mendoza para que la negociara, lo que éste consiguió con facilidad.

Tratando de combinar la manera de llegar pronto á Cuba, reunido con Mendoza y Miguel Luis, acordaron el plan siguiente. Ofreció Mendoza conseguir una goleta que despacharía para Inagua y Sabanalamar, en Jamaica, embarcándose en ella Morey con los prácticos. Aguilera y sus dos ayudantes tomarían pasaje para Kingston en el vapor americano. Una vez en Jamaica todos, se embarcarían en la goleta y saldrían para Cuba Libre.

Próximos á partir, mandó Aguilera á Miguel Luis á recoger las armas depositadas en la Aduana. Supo Miguel Luis por el mismo Gobernador inglés de la Isla, que las armas habían sido confiscadas por considerarlas contrabando de guerra. En vano fueron todas las diligencias para rescatarlas. El Gobierno inglés en esta ocasión obró como siempre, apoderándose de los buques ó materiales de guerra de los cubanos, que entraban en sus puertos.

El día antes de salir la goleta llamó Aguilera á los prácticos y les dijo que si algunos de ellos no quería seguirlo en la nueva tentativa que iba á emprender, podía quedarse en tierra; el le pagaría su viaje de regreso á New York. Los que quisiesen acompañarlo debían embarcarse en la goleta, que los conduciría á Jamaica y de allí á Cuba. Todos manifestaron que estaban dispuestos á seguirlo hasta dejarlo en Cuba en seguridad.

En tertulia Aguilera con Mendoza y su esposa, quitóse ésta una sortija de brillantes que llevaba puesta y la entregó á Aguilera diciéndole ese era el óbolo con que contribuía en favor de sus hermanos combatientes. Dióle Aguilera las gracias, encomiando el patriotismo de la mujer cubana.

Finalmente, el día 24 de Junio, después de salir la goleta con Morey y los prácticos se despidió Aguilera de Iznaga, Mendoza y otros amigos, dando las gracias á los primeros, en nombre de Cuba y de él, por los oportunos servicios que le habían prestado. Se embarcó con sus dos ayudantes en el vapor americano que pasó con rumbo á Kingston, Jamaica, después de haber permanecido en Nassau siete días.

CAPITULO III

JUNIO 1875

SUCESOS EN NEW YORK.—ACTITUD DE ALDAMA.—MALOS AUGURIOS DE LA EMIGRACION.—DIFICULTADES PARA LA SALIDA DE LA EXPEDICION—EL VAPOR CAMBIA DE NOMBRE Y DE BANDERA.—LA EMIGRACION APLAUDE LA RESOLUCION DE AGUILERA.—CREEN A ESTE YA EN CUBA LIBRE.—CARTA DE MANUEL ANASTASIO AGUILERA.—IMPROPIA ACTITUD DE PIO ROSADO.—OTRA CARTA DE MANUEL ANASTASIO.—CARTA DE HILARIO CISNEROS.—IDEM DE FRANCISCO ARTEAGA.—OPUESTAS TENDENCIAS DE AGUILERA Y DE ALDAMA.—ESTE ES UN MIEMBRO GANGRENADO. — CONDUCTA DESLEAL DE ALDAMA. — ARTEAGA CENSURA A AGUILERA.—EXAMEN DE ESTAS CENSURAS.—ARTEAGA INDICA A H. CISNEROS PARA AGENTE.—JOSE JOAQUIN GOVANTES AGENTE GENERAL.

Mientras Aguilera navega rumbo á Kingston, después de sus dos fracasos al pretender pisar las playas de Cuba, vamos á ocuparnos de lo que pasaba en New York. A su segunda salida, la emigración cubana que supo su embarque, se hallaba en suspenso, esperando el resultado de la nueva tentativa. Muchos, la mayor parte, deseaban con ardor que Aguilera viese colmado el objeto de sus deseos, y entre ellos había personas que contaban día por día el tiempo transcurrido, presas de la mayor ansiedad. Finalmente, el 14 de Junio recibióse en New York un telegrama de Cayo Hueso, diciendo que Aguilera había desembarcado en Cuba felizmente. La noticia se extendió con rapidez, haciéndose eco de ella la prensa cubana y la americana.

Un resultado notable de la noticia fué la actividad que pareció infundir en el círculo oficial cubano, para el pronto despacho de la expedición que se había arrebatado á Aguilera. Mandáronse operarios al vapor para que completaran las obras que se habían suspendido y los comisionados de Aldama se ocupaban en contratar carbón, víveres, etc.; todo anunciaba que la expedición estaba en vísperas de salir.

Algunos maliciosos atribuían la inusitada actividad de Aldama, á su deseo de neutralizar el efecto de la llegada de Aguilera á Cuba y los malos informes que de él daría. Así atajaría el daño que pudiera hacerle en el campo de la revolución, mandando los recursos que el mismo Aguilera había reunido, dándose trazas para que apareciese que la expedición era debida á sus esfuerzos y por consiguiente que suyo era el mérito, contando con la ayuda que le prestara su *plana mayor*. No era de extrañarse esta conducta de Aldama, pues en el curso de esta obra, hemos visto lo diestro que era en atribuirse méritos ajenos. Además, lo que decimos está comprobado por una carta de Francisco Arteaga á Aguilera fecha 7 de Junio que daremos á conocer después; y como habrá podido observarse en lo que llevamos escrito, que era Arteaga uno de los más entusiastas partidarios de Aldama, no podrá decirse que su escrito era debido á apasionamientos ni prevenciones. Creyó Aldama, como hemos dicho, que aquella era la oportunidad para que saliera la expedición de que tan astutamente se había apoderado y se puso á trabajar con ese fin. Sin embargo, muchos de los emigrados pensaban que no iba á serle fácil la empresa, pues ya el buque era muy conocido, se había divulgado tanto la noticia de esa expedición y los agentes españoles estaban tan preparados, que auguraban grandes dificultades para la sa-

lida del vapor. No se engañó la opinión; tan pronto como quiso despacharse, fué denunciado por el Cónsul español como barco filibustero, y detenido. Mas estando abanderado con bandera inglesa, protestó el cónsul británico, pidiendo no se pusiera entorpecimiento á su despacho por la Aduana, cosa que al fin consiguió. Poco después, por desacuerdo entre el cónsul inglés y los armadores del buque, se cambió á éste la bandera, poniéndole la uruguaya, que fué con la que salió al fin, cambiando también el nombre del vapor por el de "Uruguay".

Cuando cesaron los obstáculos legales, se presentaron otros materiales, como fueron varios defectos que se notaron en la maquinaria, después de haber salido el buque á la mar, por lo que tuvo que volver á puerto dos veces. Parecía que la fatalidad se cernía sobre aquella expedición; la emigración ya no tenía fe en ella, creía que un genio malo la perseguía, tales eran las luchas, trastornos y dificultades de todo género que experimentaba, y una y mil veces aplaudían á Aguilera su resuelta determinación.

Recibía Govantes telegramas de todas partes felicitándolo por la participación que había tomado en el viaje de Aguilera, y como ya todos creían á éste en el seno de la patria y la expedición que despachaba Aldama estaba próxima á salir, aprovecharon la oportunidad muchos de sus amigos para escribirle. Vamos á transcribir aquí, de esas cartas las que tienen mayor interés.

Una de Manuel Anastasio Aguilera dice así:

"New York, Junio 23 de 1875.

"Querido compadre:

"Hemos recibido las cartas de usted y de Miguel y ya sabíamos por el telégrafo, el día 14, que ustedes habían desembarcado felizmente y que el viaje fué feliz. ¡Gracias á Dios! ¡Quién es capaz de considerar nuestras amarguras y zozobras hasta el día que llegó la noticia!

"El 14 se recibieron aquí varios telegramas de Cayo Hueso, anunciando la llegada de ustedes el 10. Así lo han publicado los periódicos y los de este país han hablado muy bien de usted. Cuatro días después llegó el telegrama de Miguel, y el 20 recibimos la carta. Inmediatamente fuí yo á llevarle á su señora la de usted que fué recibida con el alborozo consiguiente.

Muchos, muchísimos trabajos nos ha costado hacer llegar estas comunicaciones,—dos paquetitos,— á manos del joven Benítez, porque hace seis días que de súbito embarcaron unos pocos hombres y llevaron á seis millas el barco con la más rigurosa incomunicación y el jefe de la expedición no ha hecho ni á su familia de usted ni á nosotros la más ligera insinuación, para llevar nada. Dios lo ayude. Ni aun porque soy el padre del que titula su amigo. La gente aterrada, pero trabajando. Dicen que Barnés llevó un "mamotreto" en contra de usted y del hijo del Marqués. Pero la gente trabaja á la zapa. Mas hasta la fecha no se han atrevido á presentarse de frente. Ellos saben todo lo que les espera.

"Andan diciendo chismes y uno de ellos es que la gente espera que Máximo Gómez haya hecho una trastada á favor de sus miras y en contra de usted. ¡Qué gente tan malvada! Ellos han de hacer cuanto puedan por introducir en Cuba libre el trastorno para conseguir sus malvados porpósitos de un modo ú otro.

"Batlle anda apostando miles de pesos á logro á que no le dan á usted posesión. ¡T.....!

"Dios quiera que se salve la expedición á pesar de los grandes escándalos producidos por tantas torpezas que esos diablos han cometido.

"Dicen que desde la quiebra de Aldama, éste está con el propósito de ir á Europa; Echeverría también tiene su capital en la refinería.

"La familia recibió la noticia de su ida con la de su feliz llegada, cuya circunstancia atenuó la dolorosa sorpresa. Las muchachitas dicen que ellas maliciaban algo, pero la señora estaba completamente desorientada; pero hablando ayer con ella me dijo que le había llamado la atención el aspecto de usted al despedirse para Filadelfia, más que no cayó en la cuenta. Todos están buenos. Lica está en muy buen estado; rezando siempre.

"Memorias de toda la familia y se despide por hoy su afectísimo compadre,

Lico".

Esta carta hace alusión al jefe de la expedición, Pío Rosado. Efectivamente, Rosado, que desde Cuba libre, era amigo de Miguel Luis Aguilera, hijo del autor de la carta, en los Estados Unidos, estrechó más esta amistad, viviendo siempre juntos, al extremo de parecer y considerarse como hermanos. Siendo Rosado uno de los jefes que debía llevar la expedición que Aguilera pensó mandar á Cuba cuando regresó de París, Aguilera estuvo proveyendo á su sostenimiento por bastante tiempo y Rosado siempre mostró por él la mayor consideración y respeto Mas desde el momento que Aldama le propuso hacerlo cargo de las expediciones que proyectaba mandar á Cuba, contando con la negociación del Perú, se notó un cambio en Rosado y éste cambio fué marcándose tanto que en vísperas de salir para Cuba en aquella expedición, ni siquiera se acercó á la familia de Aguilera para ofrecerse á llevar una carta á éste, á quien todos creían en Cuba libre.

"Ciudadano Mayor General F. V. Aguilera.

"New York, Junio 28 de 1875.

"Mi muy querido compadre:

"El joven ciudadano Santos Benítez es hombre pundonoroso, inteligente de buen juicio y de valor, sujeto digno de confianza en asuntos serios; este ciudadano es el portador de nuestras comunicaciones para usted, y lleva encargo de informar á usted detalladamente de cuanto ha pasado sobre la expedición y pasó hasta su última salida, y luego hasta el arribo á Cuba.

"Govantes y yo le recomendamos con eficacia al joven Benítez, y yo me alegraría que se colocara en un empleo militar, inmediato á la persona de usted porque me inspira confianza.

"'De todos modos, el joven será útil á la patria donde quiera que sirva, y bajo estas cualidades se lo recomienda.

"Su afectísimo compadre,

M. A. Aguilera".

De Hilario Cisneros:

"New York, Junio 17 de 1875.

"C. Francisco V. Aguilera.

Cuba libre.

"Mi querido amigo:

"El día 14 del corriente á las tres de la tarde recibí un telegrama de Key West por Domingo André, en el que me decía estas breves pero consoladoras palabras: "Aguilera salvo". Esto me dió aliento, pues hacía días estaba temeroso de que pudieras tener algún contratiempo, y pensando en ello no podía muchas noches conciliar el sueño; pues tuve noticias de que habían salido varios buques de guera á distintos puntos y consideré que debían ir en tu persecución. Mi familia y yo te damos la enhorabuena por el feliz éxito de tu viaje.

"En el momento en que recibí el parte lo puse en un sobre con una cartita para Anita; pero Antoñico me dijo que ella nada sabía y por eso no se lo mandé ni la fuí á ver; pero en este momento me ha dicho Antoñico que ya lo sabe y esta tarde voy allá.

"Puedo asegurarte que toda la familia está buena porque me lo ha dicho Juan que estuvo anoche en tu casa.

"Antier recibí tu carta que por conducto de Juan me envió Govantes; la he apreciado como debo, pues con ella me has dado una prueba de verdadera amistad.

"Esta carta la lleva Barnés que debe salir para allá en la expedición, dentro de uno ó dos días. Mucho han trabajado y trabajan los españoles por impedir la salida del buque; la Aduana lo detuvo tres días y el cónsul inglés á puesto obstáculos; pero se han podido vencer. Sin embargo no descanso hasta que no la vea fuera.

"Están aquí Manuel Calvo y otros in-

trigando mucho con dinero que han traído de la Habana.

"Expresiones á todos los amigos y cuenta siempre con el que lo es tuyo,

Hilario Cisneros".

De Francisco Arteaga:

"New York, Junio 7 de 1875.

"C. Francisco V. Aguilera.

"Querido amigo:

"Quiero que me permita y acepte usted estas pocas palabras, nacidas de un febril amor á mi país, y dirigidas al amigo que tengo confianza disimulará la parte dura del lenguaje, pudiendo antes asegurarle que no es mi ánimo herirle en lo más mínimo, ni mucho menos provocar un insulto á la persona que para mí es tan respetable.

"En los últimos años, hasta hoy, en que se ha trabajado aquí por la causa de Cuba, he estado al lado de las personas más caracterizadas de esta emigración y he podido estudiar sin ayudarme á ello sino mi muy corta inteligencia á los hombres que aquí como patriotas han intervenido en los negocios de la patria. Usted varias veces me distinguió con su confianza en muchos particulares, y en el principal, que era en el juicio que tenía usted formado del C. Aldama y de algunos de sus consejeros, observaría usted que siempre fuí un oyente atento á sus palabras, pero jamás quise avivar la llama ya para mí encendida en su corazón contra el hombre; porque yo siempre fuí de opinión, de que ese disgusto y desacuerdo entre ustedes, no solamente perjudicaba á los dos hombres que mayor representación tenían en el extranjero, sino que dañaba entrañablemente le causa común, que es la independencia de Cuba y ante ésta no puede haber consideración posible. Usted fué culpable á mi juicio en no haberse colocado á la cabeza del arreglo de la expedición como se lo exigían todos los que le entregaron á usted sus fondos; y el no haber querido cargar usted con la responsabilidad hizo que entregara los fondos al C. Aldama y á nuestro amigo C. Villegas, cuyo proceder (de lo cual le oí yo á usted quejarse varias veces) ha traído tantos males (á consecuencia de los retardos) á la causa de la patria. Usted después de haber cometido un error por su excesiva confianza en los demás hombres, se dejó arrastrar por exceso de amor propio á cometer otro; que fué aceptar el reto á que tan hábilmente y lleno de toda clase de veneno le provocara el C. Aldama, para de ese modo rehabilitarse él, y al mismo tiempo hundir á una persona que por su elevada situación creía un enemigo muy temible. El tenía como se dice la masa en la mano, y, podía como lo hemos visto, jugar (hasta aquí) impunemente con un pueblo; esperando á que la exasperación de usted le hiciera tomar una determinación que lo separara de la expedición, y entonces aprovechar la oportunidad, y mandar recursos que cree él lo reivindicarán y lo elevarán aun á más alto puesto; pero yo que he sido observador callado, aconsejo á todos los cubanos de allí, y á los que pueden enmendar errores, que estudien con detención lo que aquí se ha hecho y que piensen que el hombre que á su personalidad ha sacrificado una vez la patria la sacrificará por segunda y tercera, y que puede ser fatal en cualquiera de estos casos.

"Présteme atención por un momento sobre la interesantísima cuestión de la Presidencia de la República.

"En el corto tiempo que he tenido el gusto de conocer á usted he creído penetrar sus sentimientos patrióticos, y su ambición personal; esta última nunca la he visto exagerada, y de ningún modo he pensado que pospondría el primer sentimiento al segundo: creo también si no me equivoco, haberle oído decir que á Cuba no lo llevaría nunca la ambición de la Presidencia, y sí el compromiso sagrado en que se encontraba con sus compañeros de armas; esto es muy digno de alabanza, y yo, basado en esta consideración como en el bien de la causa, me atrevo á aconsejar á usted que de ningún modo acepte la Presidencia al principio de su llegada á Cuba. Estudie y vea bien cómo está manejada la cosa pública, y si á su juicio está mal dirigida y si la mayoría

de los hombres allí de saber le aconsejan que tome usted las riendas, entonces debe usted cargar esa pesada responsabilidad. No permita usted que un momento de ambición le haga perder el envidiable puesto, que como iniciador de la revolución tiene usted ya conquistado en cualquier lugar que en ella ocupe.

"Creo de su deber, á su llegada, y sin pérdida de tiempo, que trate usted de poner remedio al mal en que quedan sumergidos los negocios acá en el exterior, y discutir si se cree allí conveniente hacer algún cambio en el personal aquí. Usted conoce los hombres de la emigración; sin embargo, permítame darle mi opinión acerca del hombre que á mi juicio merece una prueba, por su popularidad, muestras de patriotismo, inteligencia y honradez; este es el C. Hilario Cisneros; para mí no tiene más que un pequeño defecto, y es, su excesiva bondad que algunas veces toca á debilidad, lo cual tiene remedio.

"Al César lo que es del César", y á más de esa justa máxima lo creo beneficioso para Cuba. Usted como yo hemos presenciado los trabajos últimamente hechos para llevar á debido efecto la expedición. Usted convendrá conmigo en que el individuo que con menos descanso ha trabajado y que mejores resultados ha dado, ha sido el C. Queralta; á su empeño y su buen desempeño debemos las municiones, la artillería y otros efectos de la expedición. Este individuo debe estar aquí para ayudar á la representación del Gobierno en adquirir recursos; conociendo como conoce á la emigración y estando relacionado en el país por los servicios que en él prestó, será como ha sido en esta ocasión, un buen auxiliar.

"Contésteme en lo que estemos de acuerdo sobre las consideraciones que aquí someto á su juicio, y no estándolo en ningún particular, le ruego me haga conocer el error, dándome razones que me prometo estudiar y considerar.

"Que tenga un feliz viaje, si ya no se encuentra en el campo de la insurrección, y se despide de usted su muy gustoso y constante amigo,

Francisco Arteaga y Piña".

Esta carta, aunque contiene algunos errores, se ve que está inspirada por la más franca y leal amistad y Aguilera no pudo menos que apreciarla así.

Era cierto que Arteaga estuvo siempre al lado de las personas más caracterizadas de la emigración, como él las llama. Fué siempre un amigo de Aldama, y figuraba en la Directiva de la Sociedad "Amigos de Cuba".

Como á pesar de ser un entusiasta partidario de Aldama, no tuvo nunca ocasión de conocer á éste tan á fondo como Aguilera, porque no estuvo en tan íntimas relaciones con él, Aguilera, en el seno de la amistad, varias veces le señaló las deficiencias de Aldama y el daño que hacían á la causa. Seguramente estas expansiones, son lo que llama Arteaga "la llama encendida que ardía en Aguilera contra Aldama".

Dice Arteaga con sobrada razón que ese desacuerdo entre los dos hombres de mayor representación en el extranjero, no solamente perjudicaba á los dos, sino que dañaba entrañablemente la causa de la independencia de Cuba. Mas ¿era posible que pudiera haber acuerdo entre dos hombres que seguían rumbos tan completamente contrarios? Trabajaba Aguilera por conseguir todo lo que pudiera propender el incremento de la revolución. Aldama, por otra parte, todas sus tendencias y labores se dirigían á estorbar los trabajos de Aguilera, desbaratar sus planes, inmiscuirse en sus empresas y proyectos, brindándole su valiosa protección y apoyo, para matarlos y que no llegaran á realizarse, haciéndolos fracasar. ¿Podrían ser fructíferos para la patria los trabajos de dos hombres á quienes animaban tan opuestas tendencias? No. Una vez que se hicieron patentes á Aguilera las miras de Aldama, ya no podía haber acuerdo entre los dos, á menos que se prestase á servirle de juguete despreciable en daño de Cuba; y este deshonroso y antipatriótico papel le estaba vedado á Aguilera por su dignidad y su patriotismo. Verdad que al separarse Aldama de la causa de Cuba recibía ésta gran perjuicio, porque Aldama tenía el gran nombre que le habían dado sus millones y gozaba de mucha in-

fluencia y prestigio no sólo entre los cubanos sino entre los extranjeros. Pero era necesario separarlo de toda intervención activa en los asuntos de la revolución y la necesidad es ley suprema en todas las cosas. Cuando es necesario, para conservar la vida del individuo, amputarle un miembro grangrenado el cirujano no vacila en tomar la cuchilla.

Dice Arteaga: "Usted fué culpable á mi juicio en no haberse colocado á la cabeza del arreglo de la expedición como le exigían todos los que le entregaron á usted sus fondos y el no haber querido cargar usted con la responsabilidad hizo que entregara los fondos al C. Aldama y á nuestro amigo C. Villegas, cuyo proceder (de lo cual le oí yo á usted quejarse varias veces) ha traído tantos males (á consecuencia de los retardos) á la causa patria".

Con respecto á este particular, en lo que se refiere á dejar á Aldama el manejo de los veinte mil pesos de la Agencia, que ofreció entregarle y también la organización de la expedición, estaba muy equivocado Arteaga. Como ya hemos visto, Aguilera no dejó espontáneamente á Aldama el manejo de aquellos fondos, ni la habilitación de la expedición. Mañosamente se apoderó de todo ello Aldama, con el propósito deliberado de hacerlo fracasar, en contra de la voluntad de Aguilera que había querido eliminar á Aldama de toda intervención en el asunto. Pero hemos visto que Aldama arteramente se apoderó de los elementos con que Aguilera contaba, y éste, el mismo Aldama y su consejero Echeverría, lo colocaron en situación tal, que se vió en la alternativa de dejar obrar á Aldama ó renunciar á los veinte mil pesos ofrecidos por Varona, que era lo mismo que renunciar á la expedición que por tanto tiempo venía preparando, renunciando á la vez á su salida para Cuba en breve término.

Si Aguilera se hubiese plantado en firme, exigiendo á Aldama los veinte mil pesos de la Agencia, que le había ofrecido delante de Varona y de otros, Aldama hubiera comenzado por poner obstáculos, observando la política dilatoria que tan buen resultado le daba para que sus aviesas miras respecto á la causa de Cuba. Hemos visto cómo los veinte mil pesos se redujeron primero á diecisiete mil y después á doce mil y entre unas cosas y otras hubiese pasado mucho tiempo. Quesada, no queriendo tener inactivo el dinero, hubiera retirado su oferta, que era lo que buscaba Aldama para que no le aprovechase Aguilera. Conociendo á Aldama, todo lo veía claro Aguilera, y por esto, entre dos desfavorables contingencias, eligió la que le pareció menos mala y fué, ya que Aldama lo tenía todo en sus manos, no hacerle oposición y dejarle el manejo de la empresa, pensando que quizás su vanidad se vería satisfecha con ser él quien lo despachara para Cuba con su expedición *sin costarle un centavo,* que era la mira principal en todas las empresas patrióticas de Aldama.

Parece que en este cargo que hace Arteaga á Aguilera también va envuelta la cantidad que llevó éste de París: y á fuer de imparciales diremos que en esto sí tenía razón Arteaga. Aguilera no debió haber confiado esa cantidad á nadie, sino haberla manejado por sí mismo, y no haber sido así, se debió, por una parte, á la repugnancia que sentía Aguilera á manejar fondos ajenos, cosa que le era carecterística, y por otra, á la manera insidiosa con que Aldama y sus satélites procedieron para hacer ver á Aguilera que unidos sus fondos con los de la sociedad "Amigos de Cuba", y trabajando Aguilera de acuerdo con dicha sociedad, esos fondos acrecerían y pronto podrían despachar con ellos una buena expedición. Obedeció esta transacción al mismo plan que había formado Aldama desde que fué á París en seguimiento de Aguilera. Se recordará que al llegar allí le dijo muy amablemente que había ido á *ayudarlo;* y la ayuda fué privarlo de todo recurso, para impedirle hacer nada en favor de Cuba.

Continúa diciendo Arteaga: "Usted, después de cometido un error por su excesiva confianza en los demás hombres, se dejó arrastrar por exceso de amor propio á cometer otro que fué aceptar el reto á que tan hábilmente y lleno de toda clase de veneno le provocara el C. Aldama para de ese modo rehabilitarse él y

al mismo tiempo hundir á una persona que por su elevada posición creía un enemigo muy temible''.

Obsérvese que quien hace estas manifestaciones es un amigo y partidario de Aldama desde el principio de la emigración y que todavía seguía siéndolo, puesto que creía que Aguilera no debía haberse separado de él, sino seguir trabajando á su lado. (¿Contra la revolución?)

Dice Arteaga que Aguilera se había dejado arrastrar por un exceso de amor propio al romper con Aldama. ¡Qué equivocado estaba Arteaga! ¡Cuán poco conocía á Aguilera! Este, respecto á las cosas de Cuba no tenía amor propio; todo lo posponía al interés de la causa que con tanto fervor abrazara, y si rompió con Aldama no fué por cuestión de amor propio, sino de *patriotismo*.

Le indicaba Arteaga que caso de escoger para Agente General de Cuba en el extranjero un hombre de la emigración, eligiese á Hilario Cisneros, por las favorables circunstancias que en él concurrían. En esta indicación ó consejo también estaba muy equivocado Arteaga. Era Hilario Cisneros un excelente patriota, hombre honrado é ilustrado pero al mismo tiempo estaba bajo la influencia de Aldama y poco ó nada hubiera adelantado la revolución con quitar la Agencia á Aldama para darla á Cisneros, su hechura. Al instante se hubiera colocado éste al lado de Echeverría, hombre hábil, astuto, ilustrado y de talento. Echeverría, brindando sus amañados consejos á Cisneros lo habría conducido por donde quisiera; y como eran uno Aldama y Echeverría, de aquí que el verdadero agente hubiera seguido siendo siempre Aldama.

Bien decía Arteaga, que para él Cisneros no tenía más defecto que la excesiva bondad, que algunas veces tocaba en debilidad; aunque no tenía razón al decir ''lo cual tiene remedio''. No: eso no tenía remedio, eso era el mal más grave que podía tener. Hilario Cisneros había caído ya en las redes en que Aldama aprisionaba á sus adeptos y no era Cisneros el que pudiera desasirse de ellas.

Con respecto á quién pudiera sustituir á Aldama en la Agencia, ya tenía Aguilera formado su criterio. No se le ocultaba que era ésta una cuestión muy ardua y trascendental; conocía muy bien á los hombres de la emigración para no echar de ver lo difícil de encontrar uno que llenase todos los requisitos necesarios para ese delicado puesto. Dada la profunda división que existía entre los emigrados, nombrar uno de los hombres prominentes de alguno de sus grupos, era provocar la oposición del contrario y por consiguiente recrudecer la guerra que se hacían. Había que escoger un hombre que no se hubiese significado en ninguno de los bandos.

Aguilera, que últimamente necesitó estrechar relaciones con Govantes, desde que fué éste nombrado por Varona uno de sus representantes para el asunto de su expedición, tuvo lugar de notar su buen juicio, patriotismo é ilustración. Estas circunstancias lo indujeron cuando resolvió romper definitivamente con Aldama, aproximarse á Govantes, solicitando su auxilio. No era extraño que Aguilera, ante paso tan trascendental como el que daba, quisiese consultar á hombres ilustrados, pidiéndoles juicio y consejo. El mismo Aldama, hombre ilustrado, conocedor del país, del idioma y con innumerables ventajas sobre Aguilera, no decidía nada sin consultar á Echeverría, José Manuel Mestre y otras lumbreras cubanas. ¿Por qué á Aguilera, que en tan desventajosas circunstancias se encontraba con respecto á Aldama, no le había de ser permitido consultar también á alguien para tener más probabilidad de acierto en sus decisiones? De todas maneras las ventajas estaban siempre de parte de Aldama; éste contaba con una legión de notabilidades que le eran completamente sumisas. Aguilera sólo contaba con una medianía como Govantes.

Concurría en éste la circunstancia favorable de no haber figurado en ningún partido. Sólo últimamente había fundado un periódico, ''La Voz del Pueblo'' en el que hacía cargos á la representación del Gobierno en el extranjero por su poca diligencia en atender á las necesidades de la patria, lo que estaba pa-

tente, á los ojos de todos. Sin embargo, hacía sus observaciones de manera culta, cual correspondía á un escritor serio, que sabía respetar la comunidad para quien escribía y respetarse á sí mismo.

Conocía Aguilera demasiado el corazón humano para dejar de percibir que Govantes aspiraba á ser nombrado Agente General. El, por su parte, preocupado en la propia tarea de encontrar un sustituto á Aldama, meditando bien, llegó á la conclusión de que no podría encontrar hombre de mejores aptitudes que Govantes para ese puesto, pues no tenía compromisos con ningún partido, era honrado, patriota, ilustrado y si deseaba el puesto de Agente era para distinguirse en él, trabajando de buena fe para allegar recursos con que auxiliar la revolución. No tuvo embarazo Aguilera en comunicar su pensamiento á Govantes ni éste en aceptarlo de la mejor voluntad, así es que cuando se embarcó la primera vez para Cuba, era cosa convenida entre ellos que al cesar Aldama, sería Govantes nombrado Agente General y Juan Manuel Macías Comisionado Diplomático de la República.

Otros puntos más tiene la carta de Arteaga que revisten interés, como el que se refiere á que no aceptase de momento la Prsidencia de la República, etc., pero ya el lector conoce bastante el carácter de Aguilera para hacer por sí los comentarios que nosotros pudiéramos hacer. Para Aguilera en Cuba, la Presidencia era una carga en vez de aliciente. Ya había manifestado su idea de dejar á Cisneros Betancourt á cargo de ella, mientras él salía al campo á batirse con el enemigo como jefe militar.

Nos hemos detenido en comentar esta carta, por razón de que se hacen en ella cargos á Aguilera por una persona honrada, que habla de buena fe, que lo conoció, y también á Aldama; que estaba enterada de muchos de los asuntos de la causa y era amigo de uno y de otro; y como en las mismas condiciones de Arteaga, puede haber otros individuos que hagan los mismos cargos á Aguilera, hemos querido, analizando los de Arteaga, responder al mismo tiempo á los que esas personas le hayan hecho ó puedan hacerle.

CAPITULO IV

JUNIO, JULIO y AGOSTO 1875

LLEGADA DE AGUILERA A KINGSTON.—SE ALOJA EN EL INGENIO DE FELIX TEJADA.—AGUARDA LA LLEGADA DE LA GOLETA.—CARTA DE HILARIO CISNEROS.—TARDANZA DE LA GOLETA.—IMPACIENCIA DE AGUILERA.—REUNE A SUS AMIGOS PARA CONSULTAR.—MR. HART, COMERCIANTE JUDIO.—TEJADA Y BALBONA.—MR. HART CONVIENE EN PRESTAR DINERO A AGUILERA.—SE ADUEÑA DE LA SORTIJA DE BRILLANTES.—AGUILERA SE ENCUENTRA INDISPUESTO.—LLEGADA DE LA GOLETA.—SE DESPIDE DE TEJADA Y SU FAMILIA.

Llegó Aguilera á Kingston el día 27 de Junio por la tarde. Como trataba de guardar riguroso incógnito, mandó á tierra á su ayudante Miguel Luis, para que solicitara entre los cubanos allí residentes, uno que lo admitiera en su casa bajo la más absoluta reserva, mientras llegaba la goleta y se embarcaba para Cuba. Salió á cumplir su encargo Miguel Luis y por la noche volvió á manifestarle que había hablado con el patriota Félix Tejada, quien con mucho gusto le franqueó su ingenio, cerca de la ciudad, para que en él se instalase Aguilera con toda comodidad y reserva, permaneciendo allí todo el tiempo que necesitara; cerca del muelle esperaba el coche que debía conducirlo.

Muy satisfecho Aguilera, bajó á tierra con Gutiérrez y Miguel Luis y entraron en el coche. Gutiérrez y él partieron inmediatamente para el ingenio. Miguel Luis quedó en Kingston para evacuar algunas diligencias de Aguilera.

A las doce de la noche llegaron á "Shelton", nombre del ingenio de Tejada. Encontraron allí á éste, que se había anticipado para prepararles alojamien-

to, y también la esposa y familia de Tejada. Fué recibido Aguilera con las mayores muestras de consideración y agrado por Tejada y su familia, é instalado en una cómoda habitación; á su ayudante le designaron otra más pequeña y contigua.

Pasó allí varios días con Tejada y su familia, siendo objeto de todo género de atenciones y cariño y como su misión era esperar la llegada de la goleta á Sabanalamar, para trasladarse en ella á Cuba, y mientras tanto, nadie debía saber donde se encontraba, pasaron los días sin que nada notable sucediera, salvo su natural impaciencia, que aumentaba con el tiempo y la demora de la goleta.

Llegó así el 19 de Julio, en que se presentaron Miguel Luis y Juan Acosta, mandado llamar éste por Aguilera. Trajeron la noticia de la llegada á Kingston del General Villegas, quien venía sabiendo que Aguilera estaba allí y le traía una carta de Hilario Cisneros, la que entregó á Miguel Luis, y éste lo hizo á Aguilera. La carta de Cisneros decía así:

''New York, Julio 10 de 1875.

''Señor Francisco V. Aguilera.

Kingston.

Mi querido amigo:

''El 14 del mes pasado recibí un parte telegráfico de nuestro amigo Domingo André que decía: ''Aguilera salvo'', esto disipó la zozobra en que estuve desde que supe por la voz pública que habías salido de aquí en una goleta.

''El día 5 de éste mandé buscar un amigo para tomar ciertas noticias referentes á asuntos privados, y al contestarme que no podía venir, me añade: "acabo de saber que Aguilera ha llegado á Nassau''. Inmediatamente dejé lo que estaba haciendo y fuí á su casa en la que me impuse de que eso era una verdad, pero sin saber qué motivos han sido los que ocasionaron tu arribo á esta Isla.

''No puedes imaginar el efecto que esto ha hecho en mi ánimo, pues cuando te consideraba libre de los riesgos del mar y de la entrada de Cuba, te veo hoy en la misma ó peor situación; he perdido el sueño, me he enfermado, y no ceso de pensar en lo que estarás sufriendo, pues conozco tus sentimientos.

''No sé tus planes ni los quiero penetrar, pero mi deber de amigo es suplicarte que no te empeñes en empresas imprudentes, por cubrir tu honra. No es patriótico hacer sacrificios inútiles y estériles; no sigas los impulsos del corazón, pues éste nunca se consulta en política; reflexiona bien y sólo con la cabeza, lo que á la patria conviene y procede entonces.

''Un fracaso en una revolución, no desprestigia; sirve de paso á los tontos y á los murmuradores, pero esto no debe importar nada al hombre de conciencia recta, porque la murmuración no es arma republicana; es el triste recurso de los débiles y cobardes, y aunque hace algún daño es entre los insensatos. Tengo el gusto de decirte que todos sienten aquí tu desgracia, que nadie ataca tu reputación, aunque sí se lamentan las cosas que se han hecho después de tu ida, pues han dado y dan mucho pasto á nuestros enemigos para ridiculizar.

''He estado á ver á tu familia; la última vez fué el domingo. Después no he ido, porque Anita no sabe nada de lo ocurrido, pero he sabido de ella por Antoñico y Juan: están todos bien. Juan ha ido allá ayer con motivo de estar muy grave el hijo de Esteban Estrada. He dicho á Anita que estoy á sus órdenes para cuanto se le ofrezca, y que cualquier cosa que necesite, me lo avise en seguida con franqueza.

''El buque fué detenido por la Aduana á solicitud del Cónsul español. El Cónsul inglés exigió el despacho y lo obtuvo al día siguiente; y en los momentos que salía, y después de haber andado tres millas dió parte Aguiar de que estaba roto el pistón; fué necesario anclar y venir á tierra; era sábado á la una del día. Miguel (Aldama) fué inmediatamente á la fundición, mandó un jefe de maquinaria con los mecánicos necesarios para que se trabajara día y noche; á los tres días quedó concluído todo. Yo fuí abordo, pregunté á Aguiar si todo estaba

ya en buen orden y su respuesta me dejó satisfecho; salió nuevamente á las seis de la tarde y al día siguiente á las doce, cuando todos estábamos más contentos de que hubiera salido, anuncia el telégrafo que el buque estaba señalado. Cuando la supe me quedé absorto; á las tres de la tarde Pío y el capitán vinieron á informar que el arribo procedía de que Aguiar había informado que la bomba no daba bastante agua y que las válvulas no estaban bien. Miguel lo mandó llamar y le dijo que mandara á buscar bomba á su gusto, costara lo que costara y se han empleado algunos días en la composición. A nuestro pobre amigo se le ha ido en este asunto el santo al cielo, pues el buque se compró por sus informes y sólo él ha intervenido en el arreglo de la maquinaria.

"Concluída la composición se fué á despachar de nuevo; la Aduana lo hizo en el acto, pero el Cónsul inglés no ha querido, y se está trabajando en este asunto con bastante empeño.

"Las noticias que el telégrafo nos comunica son del ataque en Sancti Spíritus, Morón y otros puntos de las Villas. En estos últimos días se han quemado cuatro ingenios cerca de Cienfuegos. En Guanajay parece que hubo un pequeño pronunciamiento; esperamos detalles.

"Expresiones á Miguel Luis, y dispón de tu amigo,

Hilario".

Había llegado á su colmo la impaciencia de Aguilera por la tardanza de la goleta "Eufemia"—nombre que tenía— que hacía más de veinticinco días desde su salida de Nassau para Jamaica, y aun no había llegado. Temía que la tardanza fuera debida á un siniestro que hubiese causado la irreparable pérdida de los patriotas embarcados en ella, lo que entorpecería además su salida para Cuba, por tener que buscar otra embarcación. En vista de estas dificultades quiso exponer el caso á la consideración de sus amigos para oir su consejo.

Reunió con este objeto á Juan Acosta, Tejada y Miguel Luis y después de exponerles sus temores, les manifestó que creía inútil esperar más tiempo y los invitó á discutir la manera de realizar su propósito de llegar á Cuba sin demora. Mucho se discutió sobre el asunto, y haciendo un presupuesto del costo para salir inmediatamente, se calculó en ochocientos pesos. Dijo Tejada que debía llegar allí al día siguiente Mr. Hart, comerciante judío de Kingston, á un asunto con él sobre el ingenio, y podía hablársele, solicitando que facilitase los ochocientos pesos en calidad de préstamo, mediante las correspondientes garantías y el premio que conviniesen. Manifestó Aguilera que tenía una hermosa sortija de brillante, que para la causa le había dado una patriota, (la señora de Mendoza) y podía ofrecerla como parte de la garantía. Añadió que también podía ofrecer la garantía de sus tierras y otras propiedades en Cuba. Convínose finalmente en que Aguilera pediría á Mr. Hart los ochocientos pesos referidos, con el premio correspondiente, ofreciéndole como seguridad sus propiedades en Cuba y la sortija; garantizando Tejada y Balbona, á quien también hablarían el compromiso de Aguilera.

Al día siguiente llegó al ingenio el ciudadano José Balbona. Tejada lo presentó á Aguilera. Después de informado Balbona, con la mayor reserva, del asunto que tenía detenido allí á Aguilera, dijo que entonces más que nunca sentía que sus paisanos lo hubiesen arruinado, pues de otra manera se hubiera comprometido á poner á Aguilera en Cuba á la mayor brevedad y en las mejores condiciones; pero en la actualidad no le quedaba otra cosa que el coche viejo y los dos caballos que lo habían traído allí los que ponía á su disposición.

No dudó Aguilera de la sinceridad del buen patriota; aunque era la primer vez que lo veía, lo conocía por su esplendidez, pues fué él quien contribuyó con ocho mil pesos para la desgraciada expedición del "Virginius" y ofreció, por conducto de Manuel Govín, diez mil pesos para la expedición de Aguilera, oferta que no pudo realizar por el suceso de Govín que hemos relatado, el cual ocasionó la ruina de Balbona.

Dióle Aguilera las gracias, y habien-

do sido informado de que se contaba con él para la fianza á Mr. Hart contestó Balbona que aceptaba con mucho gusto.

A las doce de la noche llegó Mr. Hart al ingenio; fué presentado inmediatamente á Aguilera, y poco después se retiraron á descansar.

Al día siguiente, después del almuerzo, pidió Tejada una entrevista á Mr. Hart, en nombre de Aguilera y pasaron los tres á la sala, donde se llamó también á Miguel Luis para que los interpretara.

Informado Mr. Hart del negocio, y de la reserva que debía guardar, sacó Aguilera la sortija para enseñársela. El judío la tomó en las manos y agrandando extraordinariamente los ojos al mirarla, se la colocó en un dedo. Dijo que estaba bien, que tendría mucho gusto en servir á Aguilera, al día siguiente entregaría los ochocientos pesos en su escritorio á la persona que designara; desde luego se hizo dueño de la sortija. Por más que ésta fuese una prenda valiosa, no quiso Aguilera hacer fuerza por ella, para no disgustar á las personas que de tan buena voluntad lo servían. La dejó, para que ellos al arreglar cuentas con Mr. Hart, sacasen el mejor partido.

Dijo también Mr. Hart que con la garantía de Tejada tenía suficiente; y si éste, por motivo de un siniestro, tuviese que abonar la cantidad, no le cargaría interés. Si Aguilera llegaba con felicidad á Cuba y de allí mandaba la orden de pago, que pusiese el interés que quisiera. Quedó arreglado el asunto, haciéndose sin embargo dos recibos de cuatrocientos pesos cada uno, los que firmaron Tejada y Balbona respectivamente. Fué encargado Miguel Luis de recoger el dinero.

Al día siguiente amaneció Aguilera en un estado febril, pasando dos días recogido en su habitación.

El 31 de Julio llegaron al ingenio Miguel Luis y Juan Acosta con la buena nueva de que la goleta ''Eufemia'' había llegado á Sabanalamar con todos los expedicionarios. Inmediatamente entraron en conferencia Aguilera, Juan Acosta y Miguel Luis y acordaron los pormenores para el próximo viaje á Cuba en la goleta. Quedó Aguilera en el ingenio y salieron Miguel Luis y Juan Acosta á ocuparse en el arreglo de la expedición.

El 18 de Agosto volvieron al ingenio Miguel Luis y Juan Acosta á decir á Aguilera que todo estaba listo, y dos días después debían embarcarse.

El día 20 á las cinco de la mañana después de despedirse Aguilera de Félix Tejada y su amable familia y darles las gracias por la bondadosa hospitalidad que le habían dispensado, salió para Spanishtown en un carruaje á reunirse con Miguel Luis y Gutiérrez, para de allí seguir viaje á Sabanalamar.

CAPITULO V

AGOSTO Y SEPTIEMBRE 1875

LLEGADA A SABANALAMAR Y EMBARQUE.—ARRIBADA A NEGRIL, A LUCIA Y DRY HARBOR POR FALTA DE VIENTO.—CONOCIMIENTO CON MR. NASH.—ESTE LE OFRECE SU BALANDRO.—UN PRACTICO ENFERMO.—DESERCION DE TRES PRACTICOS.—AGUILERA ALCANZA A DOS.—LOS INCREPA DURAMENTE.—SE EMBARCAN EN LA GOLETA.—MR. NASH LOSACOMPAÑA.—LA FALTA DE VIENTO LOS DETIENE. —ARRIBAN A BONE-WAIS-BAY.—REGISTRO DE LA GOLETA POR EL COLECTOR DE LA ADUANA.—NO ENCUENTRAN LAS ARMAS.—VUELVEN A EMBARCARSE.—CORREN UNA TEMPESTAD.—REINA LA MAYOR CONFUSION.—ARRIBAN A DRY HARBOR.—AGUILERA QUIERE SALIR OTRA VEZ.—DA ORDENES PARA ALISTAR EL BARCO.—CONFIDENCIAS DEL COLECTOR DE DRY HARBOR.—MANIFIESTA EL PLAN PARA APRESAR A AGUILERA.—DICE ES SIMPATIZADOR DE LOS CUBANOS.—TRATA DE EVITAR UNA CATASTROFE.—AGUILERA DELIBERA CON SUS COMPAÑEROS.—ESTOS OPTAN POR SUSPENDER SU VIAJE.—PLANES QUE PROPONEN A AGUILERA. —ESTE SE VE FORZADO A ACEPTARLOS.—AGUILERA COMUNICA SU DECISION A MR. NASH.—SE SIENTE INDISPUESTO OTRA VEZ.—SE DISPONE A SALIR DE DRY HARBOR.—SU DESPEDIDA DE MR. NASH.—LE REGALA SU MAGNIFICO RELOJ DE ORO.—LLEGADA A SPANISHTOWN Y KINGSTON.—NOTICIA DE LA SUBLEVACION DE V. GARCIA EN LAS LAGUNAS DE VARONA.—ALTAMON DE CORDOVA LO INVITA A COMER.—LLEGADA DEL VAPOR "URUGUAY".—PIO ROSADO DA NOTICIAS DEL DESASTRE DE LA EXPEDICION.—VELEIDADES DE ALDAMA.—MUERTE DE AGUIAR. —LA FATALIDAD QUE PERSIGUE A LA EXPEDICION.

Detúvose Aguilera un día en Spanishtown para proveerse de algunos objetos, y al siguiente, 22, llegó á Sabanalamar. Paró en la casa-quinta del ciudadano Cerveira, donde fué espléndidamente alojado y colmado de las mayores atenciones por el dueño y toda la familia.

Demoraron varios días esperando algunos efectos y llegados éstos se embarcaron el 26 en un bote, á las ocho de la noche para abordar la goleta en que debían hacer el viaje. Como la noche era obscura y la goleta estaba distante de la costa no pudieron encontrarla y volvieron á tierra á las doce de la noche. Tuvo Aguilera que ocurrir de nuevo á la hospitalidad del patriota Cerveira por aquella noche y al día siguiente 27, después de despedirse por segunda vez, se embarcó á las cinco de la mañana en el mismo bote, llegando á la goleta á las seis é inmediatamente se hicieron á la mar. Por la tarde arribaron á Negril por falta de viento.

El 28 por la mañana salieron de Negril y dando la vuelta al extremo Occidental de la Isla pasaron á la costa Norte de la misma; aquella noche, por falta de viento, también, arribaron á Lucía. Como el día siguiente y el otro, 29 y 30, reinase la calma más completa, no pudieron salir, permaneciendo allí hasta el 31 que aprovechando el poco viento que hacía, salieron á la mar á las seis de la mañana. Navegaron todo el día con poco viento, arribando por la noche á ocho millas de Falmouth.

El día siguiente, primero de Septiembre y el 2, fueron también de calma; no pudieron salir hasta el 3 al aclarar. Por la tarde estaban á la vista de Orihava, sin poder entrar en puerto. El capitán fué á tieerra en un bote y temprano al día siguiente volvió diciendo que lo habían informado en el pueblo de que el anterior había estado allí un vapor de guerra español, que volvió á salir al obscurecer. Habiéndose despejado la mañana, mirando al horizonte descubrieron al referido vapor que dijo Morey parecía ser el "Tornado".

Escaseando las provisiones y el agua, entraron en el puerto, que era Dry Harbor, y allí hizo conocimiento Aguilera con Mr. W. J. Nash, hermano masón, que á fuer de tal se interesó mucho por él y lo alojó en su casa. A la mañana siguiente 5, le dijo Mr. Nash que la noche anterior había llegado un comisionado de Saint Ann's Bay con instrucciones de vigilar la goleta "Eufemia", sospechosa de embarcar armas para Cuba. Inmediatamente dispuso Aguilera que todas

las armas y pertrechos se escondieran debajo del forro del barco.

Como ya la goleta "Eufemia" fuese conocida, estuviese vigilada y por otra parte, no prestara seguridad, pues era vieja, le propuso Mr. Nash trasladar las armas á bordo de su propio balandro que era un buen barco y que á la madrugada siguiente saliese Aguilera con sus compañeros en el referido balandro, dejando allí la goleta y burlando á sus perseguidores. Aceptó Aguilera el plan desde luego.

Tantas peripecias, y sobre todo, la vista del barco de guerra español cruzando por aquellas aguas, parecieron desmoralizar algún tanto á los expedicionarios de Aguilera; así, cuando estaba dando las disposiciones para salir bien temprano al día siguiente, supo que el práctico Santisteban había desertado. Ocurrió á Mr. Nash, rogándole tratase de informarse con la gente de allí dónde podría encontrarse. Le avisaron también que el práctico Lazo parecía muy enfermo. Aguilera lo hizo traer á tierra, proporcionándole Mr. Nash lugar donde ponerlo y médico que lo asistiera.

Sin embargo de estas contrariedades, continuaba Aguilera sus preparativos para salir al día siguiente antes de amanecer. Aquella noche apenas pudo dormir, con el cuidado de estar en pie á las tres, pues á las cuatro debían embarcar.

Finalmente á la hora de embarcarse se presentó Morey diciéndole que los prácticos Quesada y Piti acababan de desertar también y si se daban prisa podían atajarles, pues habían tomado el camino real y no debían estar lejos. Desesperado Aguilera por esta nueva dificultad, pues de los seis prácticos que llevaba ya sólo le quedaban dos, se dirigió á su valedor, Mr. Nash, que lo acompañaba preguntándole si podrían detener á los fugitivos según los informes de Morey. Contestó afirmativamente Mr. Nash y procurando caballos montaron inmediatamente Aguilera, Morey y el mismo Mr. Nash y salieron en su persecución.

Los alcanzaron á siete millas del puerto. Aguilera indignado los increpó diciendo á Quesada que después de salvarle la vida, cuando sus compañeros quisieron quitársela en Cayo Romano, y ser la causa de las contrariedades que sufrían, cometía la felonía de desertar, seduciendo al infeliz que lo acompañaba y dejándolo á él solo, en aquella situación que él mismo le había creado con su torpeza, etc. Los desgraciados bajaron la cabeza y no tuvieron que responder. Aguilera les ordenó que volviesen atrás y marchasen; ellos obedecieron. Llegados al puerto, ordenó á Morey los llevase á bordo y tuviese todo listo para salir inmediatamente.

A las tres de la tarde se embarcaron en la goleta, acompañándolos Mr. Nash; debían dirigirse á encontrar el balandro al que trasbordarían los expedicionarios y las armas para seguir con él hasta Cuba. Mr. Nash volvería á tierra en la goleta. Toda la noche reinó la más absoluta calma, por lo que no lograron reunirse al balandro.

Al amanecer del 10 entraron en Bone-Wais-Bay á esperar el balandro. A las siete de la mañana desembarcaron Aguilera, Mr. Nash y Miguel Luis. A las siete y media volvió Mr. Nash á la goleta en el bote. A las ocho llegaron el Colector de Dry Harbor, un empleado del Gobierno y un policía que iban á hacer un registro en la goleta. Aguilera, que había dado orden de sacar al aire las armas y pertrechos, experimentó gran ansiedad por temor de que cogieran desprevenidos á los de á bordo. No tenía bote en que mandarles aviso porque el de la goleta lo había llevado Mr. Nash y la única embarcación menor que había, la tomó el Colector. Este y su comitiva inmediatamente se dirigieron á la goleta, estuvieron allí algún tiempo y volvieron á tierra sin traer armas ni indicio de que hubieran encontrado nada. Mientras tenía lugar esta operación entró en puerto el balandro de Mr. Nash. El Colector y sus acompañantes después de permanecer allí un tiempo, se retiraron y poco después se presentó otro policía que también fué á visitar la goleta y luego se mantuvo en la playa observándola. El balandro volvió á salir.

Después supo Aguilera que los de la goleta, cuando vieron embarcar al Colector y que se dirigía hacia ellos, pusie-

ron las armas y las cápsulas en su escondite, así, que cuando llegaron no encontraron nada. Después, cuando fué el segundo policía, ya habían trasbordado las armas y pertrechos al balandro, que se los llevó; y por eso el policía tampoco encontró cosa alguna, ni observó después ningún movimiento extraordinario.

Al día siguiente, 11, por más que amaneció lluvioso y en calma, Aguilera quiso embarcarse y Mr. Nash accedió. Salieron á la mar, buscaron el balandro para efectuar el trasbordo de Aguilera y sus compañeros y que siguieran á Cuba; lo descubrieron y se dirigieron á él. El viento era contrario y se pusieron á "voltejear". A las cuatro de la tarde se dibujó en el cielo un hermoso arco iris y poco después se desató un chubasco furioso, que estuvo á punto de hacer zozobrar la goleta. Bajaron las velas y se propusieron correrlo á palo seco. Aún así el viento arrastraba al barco como una paja llevada por el aire. El cielo se obscureció y el mar estaba furioso. Morey quiso hacer cierta maniobra y consultó á Piti pero éste se opuso. Mr. Nash y su práctico que también estaban á bordo eran de diferente opinión, reinaba en el barco la mayor confusión. Aguilera, echado en la estrecha cámara, mareado en demasía, apenas daba señales de vida. Las olas de popa á proa recorrían la cubierta; el pequeño barquichuelo, juguete de ellas, parecía á punto de hundirse á cada instnate; el viento arreciaba, los gritos de los que mandaban la maniobra apenas se percibían, todo era desorden y confusión á bordo. Al fin decidieron hacer rumbo á Dry Harbor otra vez, pero la tempestad era muy violenta y la costa tan llena de peligros que no se atrevían á acercarse.

Así pasaron varias horas hasta que el viento fué calmando. Acercáronse entonces á Dry Harbor; la goleta quedó fuera del puerto y Aguilera, sus ayudantes y Mr. Nash tomaron un bote y se dirigieron á tierra. á las doce de la noche llegaron á Dry Harbor todos en el estado más lamentable. Mr. Nash los llevó á su casa y dispuso les pusieran una cena porque no habían comido. A la una cenaron y se acostaron en seguida; todos estaban rendidos de fatiga. Mr. Nash se portó durante la tormenta como animoso y sereno marino.

Al día siguiente, 12, muy temprano se levantó Aguilera. No viendo el balandro en puerto propuso á Mr. Nash embarcarse en la goleta y salir á buscarlo para trasbordarse á él y probar si esa vez serían más afortunados y podrían seguir viaje. Mr. Nash accedió y Aguilera dió orden á Miguel Luis para que el barco se dispusiese á salir y mandara un bote á buscarlos.

Dos horas después se presentó Morey y dijo á Aguilera, que quería hablarle reservadamente. Lo llevó aparte y le dijo Morey que Mr. Nash le había comunicado que aquella misma mañana había ido á ver al Colector para pedirle prestado su "quitrín", con objeto de salir por el camino de la costa á ver si descubría su balandro. El Colector lo llevó á un lugar solo y le dijo con la mayor reserva que él también era simpatizador de la causa de los cubanos, por más que su destino le impusiese ciertos deberes que tenía que cumplir. Que el Gobernador en Kingston estaba enterado de lo que pasaba. Sabía que él era el Presidente Aguilera, Miguel Luis su hijo, y el pardo alto que lo acompañaba se llamaba Morey. Que trataban de ir á Cuba libre para cuyo efecto Mr. Nash les había prestado un balandro pintado de blanco y borrado el nombre con la misma pintura. (Cosa que Aguilera ignoraba). Que eso mismo lo sabía el Cónsul español, el Comandante del vapor de guerra español en el puerto de Kingston y lo sabían también las autoridades de marina de Cuba. El Gobernador había manifestado á éstas que si los buques de guerra españoles apresaban la goleta ó el balandro, fuera de aguas inglesas, el Gobierno Británico no haría reclamación alguna. La goleta era un barco reconocido filibustero y el balandro, con el sólo hecho de borrarle el nombre, había perdido todo derecho á la protección del Gobierno inglés. El Cónsul español había ofrecido un premio al primero que lo informase de su salida y eran muchos los que lo espiaban. Dijo que además del vapor de guerra español que estaba en el puerto de Kings-

ton había otro cruzando el canal, fuera de las aguas inglesas y por donde ellos debían pasar; sobre la costa de Cuba desde Cabo Cruz á Cabo de Maisí había varios cañoneros españoles cruzando también, y por toda la costa, en tierra, en ese trayecto había muchos destacamentos de soldados españoles por los puntos donde pudieran desembarcar. La costa, desde Cienfuegos hasta Cabo Cruz estaba guardada también de una manera semejante. El Gobierno español sabía que Aguilera se proponía desembarcar por esa parte de la Isla y había tomado todas las medidas para que antes cayese en manos de las autoridades.

Todo esto lo había dicho el Colector de Dry Harbor á Mr. Nash bajo el más profundo secreto, para que éste tratase de disuadir á Aguilera de su loco empeño de salir por allí para Cuba, pues irremisiblemente caerían él y sus compañeros en manos de los españoles y serían perdidos. Le manifestó en fin, que como simpatizador de la noble causa porque peleaban los cubanos, les aconsejaba que desistieran de su propósito por entonces, pues le daría mucha pena que llegase á efectuarse la desgracia que los amenazaba.

Esta relación hecha por Morey en el tono más solemne, no dejó de causar bastante impresión en Aguilera. Una parte de ella le constaba que era verdad y la otra comprendía que debía serlo también, porque era lógico que el Gobierno español tomase todas esas precauciones; y si era así, ellos irremediablemente estaban perdidos tan pronto dejasen las costas de Jamaica.

Nada contestó Aguilera; ante tan inesperada contrariedad, no sabiendo que resolver, se paseó por la habitación. Por fin dijo á Morey que fuese á buscar á Miguel Luis y volviera con él. Salió Morey, poco después volvió con Miguel Luis y se reunieron los tres á deliberar.

Miguel Luis, que ya venía informado por Morey, instado por Aguilera para que manifestase su opinión, dijo que el caso era grave; y si era cierto, como parecía serlo, por decirlo el Colector, quien por otra parte, mostraba estar tan bien enterado, era una locura salir para entregarse indefensos en manos de los enemigos.

Dijo Morey que además de esas causas justificadas para suspender por entonces el viaje, había la de los vientos desfavorables de la estación; pues el mejor que pudieran tener que era un Sudeste para atravesar el canal, era precisamente el más peligroso para desembarcar en esa parte de la costa de Cuba, porque los empujaría hasta estrellarlos en las rocas y luego la "resaca" los alejaría de la orilla. Además, si los sorprendía una de las tormentas del equinocio, que ya lo tenían encima, ni la goleta ni el bote los podría salvar, porque aquella era vieja y las velas mucho más y naufragarían con las primeras ráfagas.

Manifestóles Aguilera su crítica situación, no sólo por la necesidad moral que tenía de llegar á Cuba cuanto antes, arrostrando todos los peligros y obstáculos, sino por la material, pues se encontraba sin dinero para sufragar los gastos de la gente si se prolongaba la demora.

Propuso Morey vender la goleta y con el dinero se mantendrían los prácticos dos meses, tiempo que juzgaba suficiente para que las circunstancias variasen, dejándolo todo recomendado á Mr. Nash. Propuso que Aguilera marchase á New York y de allí á Cayo Hueso, donde aseguraba conseguiría tres ó cuatro mil pesos para volver á acometer la empresa con probabilidades de éxito.

Á Miguel Luis le pareció bueno el plan y aseguró que con dos mil pesos conseguiría una buena lancha pequeña de vapor y con mil más el flete de una goleta que la llevase allí, dejándola en un lugar conveniente; se embarcarían todos en la lancha y en pocas horas desembarcarían por Santa Cruz del Sur con toda seguridad. Aprobó la idea Morey diciendo que en Kingston conocía dos prácticos cubanos muy buenos de aquella costa y de tierra y se comprometía conseguirlos.

Discutieron largo tiempo estos proyectos, y también la temeraria imprudencia de salir para Cuba en tan malas condiciones, que no podrían menos que llevarlos á manos de sus encarnizados

enemigos. Aguilera, oyéndolos tan resueltos, comprendiendo la razón que les asistía y no queriendo, caso de tener aquella empresa el fatal desenlace que predecían, cargar sobre su conciencia las desgracias que pudieran sobrevenir, por haberlos arrastrado contra su voluntad, cedió al fin á suspender por entonces su empeño, para volver á reanudarlo pronto, en condiciones razonables que fueran del agrado de los que debían acompañarlo.

Concluída la conferencia hizo llamar á Mr. Nash con Miguel Luis. Preguntó á Mr. Nash, interpretado por Miguel Luis, sobre lo que había dicho á Morey por la mañana. Mr. Nash ratificó en todas sus partes lo dicho por aquél y al mismo tiempo le dió nuevos detalles. Añadió que á su juicio era una locura el intento de continuar empresa tan arriesgada. Contestó Aguilera que puesto que era la opinión de todos que debían desistir del proyecto, accedía, y lo aplazaba para reanudarlo pronto en condiciones más favorables.

Lleno de gozo aquel extranjero, se levantó de su asiento y abrazando á Aguilera dijo á Miguel Luis le manifestase que no podía imaginar su contento, al verlo tomar tan cuerda resolución. Que en virtud de haberlo observado tan obsecado en su idea de salir para Cuba á todo trance, había temido que aun persistiera en ella á pesar de ser patente el funesto resultado que les esperaba. Le causaba profundo dolor ver que un hombre de corazón, empeñado en tan noble causa, iba á sacrificarse inútilmente, y lo congratulaba con toda su alma, pudiendo contar con él para cuanto desease.

Dióle Aguilera las gracias y le dijo que iba á seguir necesitando de sus generosos servicios. Había resuelto ir á New York y dejar pasar algún tiempo á fin de desorientar á sus enemigos y buscar recursos para acometer de nuevo su empresa. Pensaba dejarle la goleta para que se hiciese cargo de su venta, y con lo que produjese atendiera al sostenimiento de los prácticos, mientras Miguel Luis, Morey y él iban y volvían de New York. Con respecto á las armas le suplicó que las guardase hasta su vuelta. Contestó Mr. Nash que con mucho gusto cumpliría el encargo, lo mismo que cualquier otro que quisiera recomendarle. Aguilera le expresó nuevamente su gratitud.

Tantas penalidades tenían quebrantada la salud de Aguilera. Dos días después se sintió enfermo otra vez. Aconsejóle Mr. Nash que tomara allí algunos días de reposo. Como por otro lado, Aguilera no tenía que hacer otra cosa que aguardar la salida del vapor de Kingston para New York, determinó complacer aquel amigo que con tan buena voluntad le ofrecía su hospitalidad.

Hasta el 17 en la noche no entró en Dry Harbor el balandro de Mr. Nash con las armas á bordo. Dijo el patrón que el temporal del día 12 había sido más fuerte que el del 11, que habían corrido la goleta y su barco. El día 12 lo arrojó más allá de Port María, por cuyo motivo no pudo regresar hasta ese día.

Se recordará que ese mismo día 12 había querido salir Aguilera en la goleta á buscar el balandro para trasbordarse y seguir viaje á Cuba; y si no lo hizo, fué por la conversación que tuvo Mr. Nash con el Colector. A haber salido en la goleta, lo probable es que hubieran naufragado, pues si con el temporal del 11 quedó mal parada aquella, al sufrir otro mayor después, no hubiera podido resistirlo, puesto que el balandro, que era un barco nuevo había sufrido algunas averías.

Finalmente, el 20 de Septiembre decidió Aguilera ir á Spanishtown con objeto de pasar allí más reservadamente que en Kingston los días que debía aguardar hasta la salida del vapor americano para New York. Como casi se le había agotado el dinero, hizo uso del ofrecimiento que espontáneamente le había hecho Mr. Nash, de adelantarle la cantidad que necesitase para su viaje, á cuenta de la venta de la goleta. Pidióle treinta libras las que Mr. Nash le dió en seguida.

Al despedirse Aguilera de su generoso y buen amigo, le dijo que nada podía ofrecerle porque nada tenía; porque todo lo había dado á su patria; sólo le quedaba un corazón para agra-

decer los favores hechos á Cuba y á él. Sin embargo, aun conservaba una prenda, para él de mucho valor, por ser regalo de una sociedad de cubanas patriotas, y era el reloj que usaba; esa prenda quería dejársela en prueba de su reconocimiento para que la conservara como recuerdo del hombre que mientras existiera le viviría agradecido. Y quitándose su magnífico reloj de oro, el mismo que la sociedad patriótica "Las Hijas de Cuba" le regaló poco después de su llegada de Cuba libre á New York, con una expresiva dedicatoria en una de las tapas, lo entregó al generoso extranjero, que sin conocerlo, sin unirlos siquiera los lazos de la patria común, hizo por él, de la manera más espontánea y desinteresada, más de lo que muchos de sus amigos y sus paisanos estuvieron dispuestos á hacer.

Es de observar que Mr. Nash, á pesar de la confianza que había de tener con Aguilera, no quiso manifestarle directamente lo que supo por el Colector, sino que se valió de Morey. Probablemente lo movió á este rodeo, el hecho de ver á Aguilera tan obstinado en embarcarse para Cuba á pesar de todos los obstáculos. Temió, sin duda, que si revelaba aquella nueva dificultad á él ó Miguel Luis, Aguilera hubiera exigido á uno y otro que guardasen secreto, y siguiera en su obstinación de salir para Cuba á todo riesgo; mientras que diciéndolo á Morey, este lo comunicaría á los expedicionarios, pues no lo unían á Aguilera los lazos que á Miguel Luis; é informados todos de lo desesperada de la situación y de la casi seguridad de caer en manos de los enemigos, influirían en Aguilera para que abandonara por el momento su temerario intento.

Sin embargo, Mr. Nash se equivocaba; no era Aguilera el hombre terco y aferrado á su dictamen que pudiera creer. Por más que tuviese una firmeza de propósito extraordinaria, siempre estaba su juicio abierto á las reflexiones de la razón; y si lograba demostrársele que lo que pretendía era errado, se hallaba dispuesto á modificar su propósito ó abandonarlo; pues la razón tenía en él más fuerza que el amor propio á la presunción.

A la una del día tomó Aguilera, acompañado de Miguel Luis y de Morey el carruaje que le había preparado Mr. Nash y salieron para Saint Ann's Bay donde llegaron á las tres y media de la tarde. A las cinco de la mañana del día siguiente 21, tomaron el carruaje, llegando á Spanishtown aquel mismo día á las tres de la tarde y alojándose en un hotel. El día 23 fué á "Shelton" otra vez á ver á su amigo Féliz Tejada, siendo recibido por él y su familia con la acostumbrada amabilidad. Permaneció allí hasta el 27 que salió con Tejada para Kingston, alojándose en el hotel de Juan Acosta, mientras llegaba el vapor que había de conducirlo á New York.

Supo allí las noticias que corrían de los sucesos de "Las Lagunas de Varona"; la actitud rebelde de Vicente García que había dado por resultado la deposición de Cisneros Betancourt. Estos sucesos contristaron su ánimo aun más de lo que estaba, pues veía que la discordia había empezado á asomar su fatal cabeza entre los patriotas del campo, y ese hecho, por la trascendental importancia que revestía, no podía menos de dar los más amargos frutos.

Al otro día, 28 lo invitó á comer Altamón de Córdova, y á su ayudante Miguel Luis. Concurrió también Féliz Tejada. En la comida reinó la mayor franqueza y cordialidad. Cuando estaban á los postres recibieron la noticia de que entraba el vapor "Uruguay" antes "Octavia". Todos quedaron sorprendidos no sabiendo si alegrarse ó sentirlo, porque ignoraban si había ó no desembarcado la expedición.

Después de concluída la comida, fueron todos á casa de la señora madre de Pío Rosado, jefe de la expedición del "Uruguay" para saber noticias de lo sucedido. Encontraron allí á Rosado que precisamente acababa de llegar. Les refirió que habían estado tres días sobre las costas de Cuba, sin que pudieran hacer el alijo, porque dichas costas estaban guardadas por fuerzas españolas de infantería que les hicieron fuego siempre que se acercaron. Luego los persiguió

el vapor "San Quintín" del que escaparon por haber sobrevenido la noche. Casi toda la gente la traía enferma con fiebres que habían tomado en Colón. Salió de New York con carbón para ocho días solamente, y habiéndose concluído, tuvo que recalar en Islas Turcas, donde se vió obligado á pagar el carbón á razón de veintisiete pesos la tonelada. Se le concluyeron los víveres, no tenía prácticos, en fin, todo había sido un desastre.

Otro que no hubiese conocido á Aldama, le hubiera extrañado que habiendo sido tan exigente con Aguilera para que el vapor saliese con todas las condiciones de éxito necesarias, lo hubiese despachado después con carbón para ocho días, solamente, siendo imposible que en ese corto tiempo pudiese desembarcar la expedición y volver á los Estados Unidos, aunque hiciera estos viajes directamente, sin contar con la contingencia de verse perseguido por algún crucero español. Pero Aguilera lo conocía y no le extrañó; por una parte, porque estaba acostumbrado á esas veleidades de Aldama y por otra, porque sabía que ese lujo de precauciones que pretendió tomar con él, no tenían otro objeto que estorbarle su salida con la expedición.

El día 29 trajeron á tierra al maquinista del "Uruguay" Joaquín Aguiar, gravemente enfermo. También Aguilera se encontraba enfermo, aunque no se cuidaba de sus males.

El 30 murió uno de los expedicionarios y los cubanos residentes en la ciudad acompañaron, contristados, su entierro. Aguilera asistió también. Aquel mismo día murió Aguiar, lo que causó gran impresión á Aguilera, pues lo apreciaba de veras por sus condiciones de patriotismo, honradez é inteligencia.

Efectivamente: como escribían á Aguilera de New York, parecía que algo fatídico se cernía sobre aquella expedición, causa de tantas infamias y desgracias. Todo el que tenía relación con ella parecía condenado al fracaso y al desastre. Aquella empresa había empezado mal, pues se la había tomado como instrumento de tración, y debía acabar mal, sembrando la desolación en los infelices que en ella tomaron parte; burlaría las justas esperanzas de la patria y la de los heróicos patriotas, perdiéndose al fin el vapor, cargamento, vidas y cuanto constituía aquella expedición que tanto había entusismado á Aguilera cuando al principio se hizo cargo de formularla, y que poco á poco fué mirando cómo se convertía en un lazo artero para lanzarlo á su perdición.

El día primero de Octubre, después de asistir al entierro de su desgraciado amigo Aguiar, se embarcó Aguilera en el vapor "Andes" para New York. Entre otros pasajeros iban el General Uraga, mejicano, el señor Jesús Muñoz Tobar, ingeniero y el señor Rafael Domínguez, abogado; estos dos últimos venezolanos, Aguilera hizo amistad con ellos. El viaje fué bueno. El 8 en la noche entraron en el puerto de New York.

CAPITULO VI

OCTUBRE 1875

LLEGADA DE AGUILERA A NEW YORK.—VA A CASA DE SU FAMILIA.—GOVANTES Y MENDOZA VAN A VISITARLO.—AGUILERA LES DICE QUE CUENTA CON SU AYUDA.—GOVANTES LE HACE ALGUNAS PROPOSICIONES PARA REUNIR FONDOS.—AGUILERA LAS ACEPTA.—VILLEGAS HACE RESPONSABLE A AGUIAR DEL FRACASO DE LA EXPEDICION.—AGUILERA TIENE NOTICIAS CONTRARIAS.—INFORMES QUE DA ESCOBAR DE ALDAMA Y DE VILLEGAS.—REUNION CON R. MARTINEZ.—DICE QUE NO TIENE DINERO.—CARTAS DE ALDAMA Y DE ECHEVERRIA A AGUILERA.—ALDAMA LE EXPONE LA SITUACION DEL "URUGUAY".—LE INSTA QUE SUSPENDA LA RECOLECCION DE FONDOS.—AGUILERA ACCEDE.—SE EXCUSA CON ECHEVERRIA.—CONTESTACION DE AGUILERA A LAS CARTAS DE ECHEVERRIA Y ALDAMA.

A las doce del día 9 de Octubre desembarcó Aguilera en New York. Después de preparar á su familia, que lo creía en Cuba libre, fué á su casa teniendo el gusto de abrazar á su esposa é hijos. Habiendo avisado su llegada á Govantes, fué éste acompañado de Valdés Mendoza á visitarlo. Aguilera les refirió detalladamente sus diferentes descalabros, indicándoles que contaba con su amistad y patriotismo para que le prestasen ayuda á fin de obtener los medios de llevar adelante su empresa, hasta pisar el suelo libre de Cuba. Govantes y Mendoza se pusieron á su disposición.

El día 10 de Octubre, séptimo año de la proclamación de la independencia de Cuba, se celebró una fiesta en la iglesia del Rev. Padre Palma. Aguilera no asistió, porque no salió de su casa en todo el día, tanto para tomar un poco del descanso que necesitaba, como por no excitar la curiosidad de sus paisanos después de los fracasos experimentados.

Al día siguiente fué á casa de Govantes. Le manifestó éste que había conocido un señor americano cuyo nombre cito, quien tenía un hermoso "yatch" y le ofreció fletárselo por cinco mil pesos para poner á Aguilera en Cuba con todos sus ayudantes. Le indicó también que para conseguir esa cantidad podía hablarse con Ramón Martínez y su círculo, estando persuadido de que la facilitarían porque tenían mucho interés en que Aldama dejase de ser Agente General. Añadió Govantes que Ramón Martínez le había dado treinta mil pesos en bonos los que había negociado á dos centavos el peso, sirviéndole de ayuda para abonar una letra de ochocientos pesos que giró Aguilera de Jamaica contra Govantes.

Fué ésta una letra de ochocientos pesos á favor de Altamón de Córdova que giró Aguilera en pago de armas y municiones que compró á ese señor, víveres para el viaje en la goleta y otros gastos.

Refirióle asimismo que Aldama se había acercado á un propietario de ingenio de Cuba. residente en New York, ofreciéndole que si le entregaba una cantidad alzada que le pidió, sería respetado del fuego su ingenio, porque lo escribiría así al Gobierno de la República. El negocio no se había realizado porque el propietario desconfió que Aldama tuviese en Cuba influencia suficiente para evitar que se exceptuase su propiedad de la medida general que quemarlas todas, y añadió que estaba persuadido de que si Aguilera le hacía la mism aproposición, la aceptaría, con más motivo si le aseguraba que esa cantidad tenía por objeto realizar su viaje á Cuba para tomar psoesión de la Presidencia de la República.

Poca esperanza tenía Aguilera en Ramón Martínez, sin embargo, no quiso desanimar á Govantes y dijo que tratara de ver lo que conseguía con él. Con respecto al propietario de ingenio, también se manifestó dispuesto á verlo, porque comprendía que lo importante era levantar fondos, para con ellos ponerse en aptitud de salir pronto para Cuba.

Estuvo Villegas á visitar á Aguilera. Este le refirió á grandes rasgos las peripecias de sus viajes. Al hablarle de la desgracia del "Uruguay" y de la muerte del infortunado Aguiar, manifestó Ville-

gas que éste había sido el culpable de la pérdida de la expedición, porque se había hecho cargo de una máquina que parecía no entender. Dijo que después del viaje de prueba que hizo el vapor, tanto Aguiar como el capitán Summer se manifestaron muy satisfechos de él, diciendo que andaba á razón de quince millas por hora.

Estos informes de Vilegas estaban en contradicción con lo que Aguiar repetidamente manifestó á los expedicionarios durante el viaje. Dijo Aguiar que no se había hecho otro viaje de prueba que unas cuantas vueltas en el mismo puerto de New York, que él (Aguiar) por dos veces manifestó á Aldama la necesidad de probar el andar del vapor por veinticuatro horas en alta mar. Aldama se opuso por considerarlo innecesario, y porque dijo que consumiría mucho carbón.

Al despedirse, manifestó Villegas deseos de que Aguilera fuera á su casa para ver como se arreglaba su asunto con Aldama, en bien de Cuba. Le contestó Aguilera que dentro de dos ó tres días iría y hablarían sobre el particular. Por supuesto que Aguilera no creía posible tal arreglo.

Estuvo en casa de Aguilera, Fernando Escobar. En la larga visita que le hizo, de más de dos horas, dijo que los secuaces de Aldama propalaban la voz de que la expedición del "Uruguay" se había perdido porque Pío Rosado estaba de acuerdo con Aguilera para recoger á éste en Cayo Lobos primero, y después en Jamaica. Que Aldama era un mal hombre y tenía una camarilla que lo secundaba á las mil maravillas. Que Villegas, uno de los principales adeptos de Aldama, en Cienfuegos fué rematador de "diezmos" y tiranizó á los pobres campesinos, hasta el extremo de cobrarles escudos de oro por de plata. Aconsejó á Aguilera que se guardase de Villegas, pues estaba muy interesado en que no fuera á Cuba, porque esperaba que Aldama arreglaría la cuestión con los Estados Unidos para salvar—Villegas—el ingenio de su mujer, única cosa que le quedaba.

Citó Govantes á Martínez para una entrevista con él y Aguilera en casa de Plutarco González. Reunidos los cuatro, manifestó Govantes la necesidad de que Aguilera volviese á salir pronto para Cuba, para que Aldama cesase de ser Agente General, cargo con que tanto daño hacía á la causa. Para ir Aguilera necesitaba siete mil pesos; cinco mil para flete del vapor y dos mil más para los gastos de armas, municiones y dejar algunas cantidades á las familias de los prácticos que habían de acompañarlo. Que conociendo que Martínez y su círculo podían reunir esa cantidad, se dirigían á él para que prestase ese servicio á la causa de Cuba.

Contestó Martínez que estaba muy escaso de dinero; y haciendo una sucinta relación de todos sus sacrificios por la causa, desde que estalló la revolución hasta la fecha, añadió que quien podía prestar ese servicio era Félix Govín, á quien acababan de desembargar sus bienes los españoles y estaba riquísimo. Dijo que si Govín tomaba á su cargo la empresa la "redondearía" en dos horas.

Expuso González que la dificultad estaba en encontrar quien hablara á Govín del asunto, pues tenía un miedo extraordinario á que volvieran á embargarle. Finalmente, después de mucho discutir, se convino en que González pidiese á Govín una entrevista de parte de Aguilera en casa de Ramón Martínez. Despidiéronse á las diez de la noche, Govantes muy lleno de esperanzas, y Aguilera con ningunas, pues conocía á aquellos hombres.

Recibió Aguilera una comunicación oficial de Echeverría pidiéndole cita para tratar de asuntos importantes que se relacionaban con Cuba. Poco después, por diferente conducto, recibió otra de Aldama. Como esta era bastante voluminosa, no quiso abrirla, creyendo que Aldama pretendería envolverlo en una polémica; envió las dos comunicaciones á Govantes diciéndole que por la noche iría á su casa y se ocuparían de ellas.

A las siete de la noche llegó Aguilera á la casa de Govantes y poco después Manuel Anastasio. Abrieron el paquete que había mandado Aldama y hallaron que contenía una carta de éste en que refería la desgracia del "Uruguay", la carencia

de fondos para hacer frente á esa grave dificultad, motivo porque exhortaba á Aguilera á que no hiciera recolección alguna para su viaje. Pedíale que más bien influyese para que tuviera buen éxito la circular que había pasado á los emigrados pudientes, impetrándoles su auxilio en nombre de la patria, de cuya circular le incluía una copia. Además, le enviaba copia de algunos párrafos de la correspondencia oficial del Gobierno de Cuba en los que éste le encarecía la urgencia del envío de armas y municiones para llevar á efecto el plan de campaña de invierno, que ya habían acometido.

Puesto el caso á discusión, opinó Govantes que Aguilera no debía contestar la comunicación y continuar su proyectada recolección á fin de salir para Cuba inmediatamente, pues era conocido que Aldama sólo deseaba entorpecer el viaje de Aguilera.

Manuel Anastasio fué de parecer que Aguilera debía contestar con evasivas que no permitiesen á Aldama penetrar sus intenciones, respecto al viaje y debía proceder con actividad á la recolección de fondos para volver á salir inmediatamente.

Manifestó Aguilera que él no podía desentenderse de contestar esas comunicaciones y en su contestación debía manifestar á Aldama que en vista del crítico estado de los intereses de la patria, suspendería por el momento la recolección de fondos que intentaba para realizar su próximo viaje á Cuba.

Discutieron extensamente la cuestión y al fin convinieron con el parecer de Aguilera, acordando contestar á Aldama que en virtud de lo apremiante de su comunicación, desistía Aguilera de su viaje á Cayo Hueso á donde se preparaba ir á levantar fondos para marchar á Cuba, lo mismo que de toda colecta general entre las emigraciones, sin perjuicio de admitir cualquier cantidad que se le ofreciese por algunos amigos con objeto de que efectuase su mencionado viaje.

Con respecto á la contestación á Echeverría se acordó dijese que por motivo de encontrarse indispuesto, por las penalidades de su viaje, y de tener un niño gravemente enfermo (todo lo que era cierto; el niño, su nieto, murió pocos días después) estaba impedido de salir de su casa; y puesto que era un asunto oficial importante del que se trataba, se dirigiese á él por escrito para que no sufrira demora.

Manifestó Govantes que había visto á Plutarco González y éste le dijo que había cogido á Govín de buen talante y acordó una reunión con ellos para el próximo lunes en casa de Ramón Martínez. También dijo que había hablado con el hacendado de Cuba, señor Mora, que era el mismo de quien antes le hizo mención, y le pidió una entrevista en nombre de Aguilera. Mora había quedado en ir á casa de aquél al día siguiente.

Concurrió Mora á la cita. Govantes se encontraba con Aguilera. Mora tenía un ingenio en Cuba en sociedad con un hermano suyo; los insurrectos habían respetado siempre esta finca porque su hermano les prestaba los auxilios que podía. (Este señor Mora había tenido en New York una gran fábrica de tabacos, la que vendió cuando decayó ese negocio). Manifestó Mora que contribuiría gustoso para el viaje de Aguilera con lo que pudiera y además hablaría á los dueños de fábricas de tabacos para que hicieran una recolecta en sus respectivos talleres. Establecióse con este motivo una controversia entre Aguilera y Govantes, porque sostenía éste que la recolecta podía hacerse sin faltar Aguilera á lo que habían acordado dijese en su carta á Aldama, puesto que aquellos eran amigos que querían auxiliarlo, y decía Aguilera que no debía hacerse esa colecta general, porque no quería dar lugar á que dijese Aldama que había faltado á su compromiso.

Por fin, convinieron en que dejarían pasar un tiempo razonable para que la circular de Aldama hubiese producido todo su efecto, y éste tuviese tiempo de hacer recorrer los talleres en demanda de recursos; entonces Mora realizaría su proyecto. De esa manera Aldama no podría hacer cargos á Aguilera por haberle quitado los elementos con que hubiera podido salvar el "Uruguay".

Hizo Govantes las contestaciones pa-

ra Aldama y Echeverría que fueron enviadas á su destino. Decían así:

"Ciudadano José A. Echeverría.
New York, Octubre 15 de 1875.

Distinguido conciudadano:

Una grave atención de familia, me impide llevar á cabo la entrevista oficial que usted me pide en su atenta comunicación fecha 13 del actual. No obstante: si el asunto que usted se propone tratar es de urgente necesidad para el servicio de la República, espero se sirva usted dirigirse por escrito, para contestarle á la mayor brevedad posible".

Soy de usted con la mayor consideración P. y L. *F. V. Aguilera.*

"New York, Octubre 16 de 1875.
C. Miguel de Aldama

Distinguido conciudadano:

Informado por su comunicación fecha 13 del corriente de la situación apremiante en que se encuentra la Agencia General para despachar ó defender el "Uruguay" y su cargamento ante los tribunales ingleses: de la necesidad del envío inmediato de pertrechos á nuestros hermanos y correspondiendo á la súplica que usted me hace de que prescinda de la recolección que pensaba llevar á cabo en los diferentes centros de la emigración; desisto por ahora, de mi viaje á Cayo Hueso, así como de toda colecta general, sin perjuicio de aceptar los donativos particulares que con el exclusivo objeto de mi traslación á Cuba me ofrezcan mis compatriotas, ni de disuadir, porque no creo tener derecho para eso, á aquellas personas que entre sus amigos procuren ayudarme, para que yo pueda marchar al seno de la patria libre, donde me llama mi deber, como primer magistrado de la República y el deseo de nuestros hermanos combatientes.

Soy de usted con la mayor cansideración,

P. y L.
F. V. Aguilera".

CAPITULO VII

OCTUBRE 1875

BONOS CUBANOS DE M. EMBIL.—LA SRA. ANA DE QUESADA.—EL GENERAL MANUEL QUESADA.—EL MAQUINISTA GONZALO ACOSTA Y EL VAPOR "URUGUAY".—CAUSA DE LOS DESPERFECTOS DE LA MAQUINARIA.—CONFERENCIA CON FELIX GOVIN.—ESTE DUDA DE LA CONVENIENCIA DEL VIAJE DE AGUILERA A CUBA.—FALSOS RUMORES QUE CIRCULAN LOS AMIGOS DE ALDAMA.—AGUILERA HACIENDO CAUSA COMUN CON EL REBELDE VICENTE GARCIA.

En vista de las dificultades que se presentaban para reunir fondos con que pudiese acometer Aguilera su nuevo intento de llegar á Cuba, reunido éste con Govantes y Manuel Anastasio, resolvieron llegar á Miguel Embil, quien sabían tenía cuatrocientos mil pesos en bonos cubanos, pidiéndole doscientos mil de éstos en calidad de reintegro. Pensaron que vendiendo esos bonos á razón de dos ó tres centavos el peso, que era el valor á que se cotizaban, obtendrían una cantidad que les serviría de base para reunir la que necesitaban al expresado objeto. Mucho discutieron la manera como abordarían á Embil para que accediera á lo que solicitaban; por fin ,convinieron en que no podían valerse de mejor resorte que la señora Ana de Quesada, viuda del ex-presidente Céspedes, por la influencia que esta señora tenía con su familiar la señora Angela de Quesada, esposa de Embil. En tal virtud, acordaron que Manuel Anastasio fuera á hablar á la señora viuda de Céspedes, le expusiese sus deseos y tratara de interesarla en el buen éxito del asunto.

Desempeñada por Manuel Anastasio la comisión, fué á dar cuenta á Aguilera. Dijo que la señora Ana de Quesada lo había recibido muy bien. Se anticipó aún á sus deseos, manifestándole que

la causa de la revolución estaba perdida si Aguilera no iba á Cuba inmediatamente y destituía á Aldama. Su hermano Manuel—el General Quesada—tan pronto como supo el primer fracaso de Aguilera, había escrito á ella desde París, diciéndole que pusiera á su disposición todo cuanto tenía él allí, para que volviera á salir inmediatamente para Cuba. Añadía Quesada que si Aguilera deseaba que él lo acompañara personalmente, le pusiera un cablegrama é inmediatamente iría á New York; ó que dispusiera de su hermano Rafael, á quien escribiría para que se pusiera á la disposición de Aguilera, á fin de que lo llevara á Cuba y se quedase con Aguilera, si éste lo juzgaba conveniente, ó volviese á salir al extranjero si lo disponía así. Y últimamente, preguntó la señora á Anastasio qué cantidad necesitaba Aguilera para marchar inmediatamente á Cuba á fin de escribir á su hermano diciéndole la mandara en seguida.

Manuel Anastasio dió las gracias á la señora, en nombre de Aguilera y le manifestó que de momento no necesitaban otra cosa sino que ella usase de su influencia con la señora de Embil, á fin de conseguir que el esposo de esta señora le prestase doscientos mil pesos en bonos cubanos. Contestó la señora sin vacilar que contase con ellos: aquel mismo día hablaría á Angelita.—la señora de Embil.—Dijo á Anastasio que volviese dos días después para darle la razón.

Fué el maquinista Gonzalo Acosta á visitar á Aguilera. Dijo que con motivo de haber trabajado él en la maquinaria del vapor "Uruguay", habían solicitado que diese un certificado al efecto de que la máquina de dicho vapor estaba en buen estado cuando salió del puerto de New York; él se había excusado. Añadió que en su concepto, uno de los graves inconvenientes que tenía la máquina, era la hélice demasiado grande, tanto que Aguiar vaciló en ponerla. Aguiar pidió una hélice corriente, de treinta y dos pulgadas, y la que le llevaron fué de un modelo diferente y de cincuenta y dos pulgadas. Esa hélice no se construyó en ninguna fundición marítima; con las pailas sucedió lo mismo, haciéndolas seis pulgadas más chicas que la medida que dió Aguiar. Dijo que si Aldama hubiera dejado á Aguiar obrar con libertad, éste habría ido á una de las grandes fundiciones de maquinaria marítima; como allí, los encargados de cada uno de los diferentes departamentos son eminencias en su ramo, Aguiar, puesto de acuerdo con ellos, les hubiera ordenado la construcción de las pailas, la hélice y todo lo que necesitaba, haciendo ellos cualquier observación ó corrigiendo algún defecto que Aguiar no hubiese echado de ver. Pero lejos de eso, Aldama, por favorecer á su fundidor, que "nunca las había visto más gordas" en ese ramo, ordenó que fuese éste quien hiciese los trabajos, y en algunas ocasiones tuvo Aguiar mismo que hacer de Director.

Llegado el día de la cita con Félix Govín, en casa de Ramón Martínez, concurrieron á ella, además de los dos arriba citados, Aguilera, Govantes y Plutarco González. Comenzó Aguilera exponiendo en breves palabras los fracasos que había tenido en sus recientes viajes, la necesidad en que estaba de salir para Cuba inmediatamente y la dificultad que se le presentaba por la carencia de dinero, añadiendo que esperaba que Govín y Martínez, usando de su influencia entre sus amigos, le reuniesen los fondos necesarios.

Contestó Govín que la proposición de Aguilera abrazaba dos extremos. El financiero, ó sea la cantidad que necesitaba, y el político, que se refería á la conveniencia ó la inconveniencia de su viaje á Cuba. Dijo que este último punto debía ser discutido primero y él emitiría su opinión con la franqueza que acostumbraba.

Contestó Aguilera que no había comprendido bien la última parte de su proposición y le rogaba la explicase.

Manifestó Govín que había oído decir que Aguilera llevaba con él un tal Bravo, un Barnet y otro que no recordaba, las que eran personas muy inconcenientes para los intereses de Cuba.

Replicó Aguilera que no conocía otro Bravo que Francisco de Paula ó "Secundino", quien se encontraba en el Pe-

rú, consagrado al sostenimiento de su numerosa familia; ni otro Barnet que un oficial que Aldama había mandado á Cuba y no lo juzgaba de ninguna capacidad política.

Dijo Govantes que lo manifestado por el señor Govín era efecto de las voces que hacían circular Aldama y sus secuaces con el fin de amontonar dificultades en el camino de Aguilera para evitar que llegase á Cuba, dijese allí la verdad respecto á Aldama y le arrancase la máscara con que se cubría ante aquellos patriotas.

Menifestóse Govín satisfecho respecto á este particular y pasó al otro preguntando qué cantidad necesitaba Aguilera para realizar su viaje. Manifestó Govantes que cinco mil pesos por razón de que era necesario fletar un vapor para no exponerlo á sufrir los descalabros anteriores, y mandar también algunos elementos de guerra.

Dijo Govín que no estaba en disposición de contribuir con la mitad de esa suma, que le correspondería, ó sea dos mil quinientos pesos. Contestó Aguilera que no era esa su intención, sino que él y Martínez vieran á sus amigos y entre todos reuniesen la cantidad. Objetó Govín que no podía comprometerse, porque los amigos lo eran mientras no se les tocase el bolsillo.

Martínez repitió la proposición que otras veces había hecho, de mandar á Cuba armas y municiones las que se pagarían doble su valor al recibirse un documento á satisfacción del que las abonaba, de haber sido desembarcadas en Cuba y recibidas por un jefe cubano, para lo cual se depositaría en un banco el importe de dichos materiales de guerra. La proposición de Martínez se consideró buena, pero inadecuada para el caso particular de que trataban. Por último, se acordó que Govín hablase con algunos amigos para ver la cantidad que podía reunir.

Cuando salieron á la calle manifestó Aguilera su extrañeza por lo que oyó decir á Govín respecto á su viaje á Cuba. Govantes contestó que no le extrañaba, porque era ese uno de tantos rumores que habían circulado Aldama y su camarilla, para que nadie lo auxiliara. Dijo que otra de las versiones que también había oído era que, encontrándose Aguilera bastante desconceptuado con los hombres del Gobierno, se había puesto de acuerdo con Pío Rosado para desembarcar la expedición del "Uruguay" por Oriente, repartir el material de guerra entre el rebelde Vicente García y Modesto Díaz, marchar hacia donde estaba el Gobierno, disolver la Cámara, destituir á Máximo Gómez y apoderarse él y los ambiciosos que llevaba, del Gobierno, aunque tuviesen que sumir el país en una guerra civil. Añadió que afortunadamente toda la emigración conocía á Aguilera y á Aldama y comparsa, y en lo general, tales calumnias habían sido oídas con el desprecio que merecían.

Con respecto á los bonos de Embil, manifestó Manuel Anastasio que le había dicho aquel señor que los que tenía los había vendido todos. Pensó Aguilera si sería éste uno de aquellos que, según Govín, en tocándoles el bolsillo dejaban de ser amigos.

CAPITULO VIII

OCTUBRE 1875

ANGUSTIOSA SITUACION DE AGUILERA.—TODOS SE NIEGAN A AUXILIARLO.—SUS AMIGOS SE MUESTRAN INDIFERENTES.—GOVANTES SE DESALIENTA.—AGUILERA LE INFUNDE ANIMO.—EL ESPIRITU DE AGUILERA JAMAS DECAE.—EL PEQUEÑO NIETO DE AGUILERA.—SU ENFERMEDAD Y MUERTE.—PRUEBAS DE APRECIO DE SUS AMIGOS.—ALEJAMIENTO DE VILLEGAS.—ALDAMA MANDA UN CORREO A CUBA LIBRE.—NO QUIERE QUE AGUILERA SE ENTERE.—AGUILERA PIDE SU CUENTA A VILLEGAS.—EL SR. TARAFA.—ENTREGA $500 A AGUILERA.—ENTREVISTA DE VILLEGAS Y AGUILERA. — AQUEL AL FIN NO LE DA LAS CUENTAS. — RAFAEL LANZA Y J. A. ECHEVERRIA.—ESTE APARECE REFORMISTA.—LOS REFORMISTAS DE LA HABANA Y LA REVOLUCION.

Angustiosa era la situación de Aguilera. A pesar de sus esfuerzos y los de sus amigos, no podía hallar modo de reunir los fondos necesarios para intentar de nuevo su marcha á Cuba. Hablando con Govantes de este particular, manifestó éste que en su concepto no les quedaba otro recurso que ocurrir á Altamón de Córdova, comerciante de Jamaica, quien manifestaba muchas simpatías por la causa de Cuba y había tenido deferencias con Aguilera cuando éste estuvo en Kingston en su último intento de llegar á Cuba. Propuso Govantes ver si Córdova prestaba á Aguilera cuatro ó cinco mil pesos por tres ó cuatro meses para realizar su viaje, dándole Govantes su garantía. Hablando respecto á Félix Govín y Ramón Martínez, manifestó que Govín le había dicho que no podía dar más que doscientos cincuenta pesos, y se había resistido á hablar á ningún otro. Martínez manifestó que sus negocios estaban mal y no podía contribuir con nada. Mora quedó en ir á su casa—de Govantes,—y no había ido. Añadió Govantes, que si Córdova no facilitaba los tres ó cuatro mil pesos que necesitaban, probablemente Aguilera tendría que renunciar á su viaje por entonces, porque la emigración estaba desmoralizada y nadie quería dar un centavo para la causa de Cuba.

Observando Aguilera el desaliento de Govantes, trató de reanimarlo, y finalmente le dijo que no debían desesperar, pues aun tenían medios de que echar manos. Dentro de pocos días sería tiempo de considerarse desligados de su compromiso con Aldama y entonces podrían ir á Cayo Hueso y acudir á otras emigraciones, lo que no dejaría de darles algún resultado, y si no era todo el apetecido, ocurrirían á otros recursos que nunca faltaban á los que se proponían con empeño conseguir un objeto.

Era Govantes el único hombre que tenía Aguilera á su lado en aquella desesperante situación y veía cómo ya su espíritu comenzaba á decaer ante las pocas contrariedades que había sufrido. Aguilera, acostumbrado á ver flaquear los hombres que parecían más robustos, no desesperaba por ello; á él le sobraba ánimo, y de este ánimo infundiría á Govantes hasta hacerlo tomar aliento otra vez, y que continuara firme hasta el fin.

Efectivamente, lamentable era el estado en que se encontraba la emigración después de los extraordinarios sucesos que acababan de pasar. La conducta de Aldama con los recursos ofrecidos para Cuba por Varona; los largos meses que después pasó aquél en la inacción; el rompimiento de Aguilera con él, y finalmente los repetidos fracasos de Aguilera al pretender llegar á Cuba y el de la expedición del "Uruguay", todo esto había llenado de desaliento á la emigración.

Los emigrados que ya de atrás venían desalentados, con esta continua cadena de desgraciados acontecimientos, acabaron de perder la fe y se negaban á facilitar sus caudales pensando que habían de ser inútiles su sacrificios.

Entre tanto, Aguilera, comprometido por diferentes conceptos á ir á Cuba, no

sabía qué hacer ante aquella desesperante situación. Se encontraba solo y pobre ante aquella muchedumbre de compatriotas ricos. Su deber y su deseo le decían que debía marchar á Cuba inmediatamente, pero ¿cómo hacerlo? Al romper con Aldama bien sabía el aislamiento en que había de quedar, pues todos aquellos que se llamaban sus amigos y le brindaban su amistad, su auxilio y su apoyo lo hacían á condición de que con ellos girase al rededor de su falso sol; pero desde el momento que Aguilera se separase de la órbita que ellos querían obligarlo á seguir, ya no tendrían compasión de él. Ya no serían más sus amigos, todo lo contrario, propenderían á que Aguilera se hundiese y desapareciese esa estrella que con sus bellos fulgores pudiera dejar en la sombra á su mentido sol.

Dijimos que Aguilera había previsto su soledad y no le extrañó lo que pasaba. Se propuso no ser molesto á sus examigos sino dejar que cada cual se colocase á la distancia que quisiese, para acomodarse él á esa distancia. A ninguno de ellos miró con mala voluntad, más bien los compadeció, no viendo en su proceder otra cosa que una prueba de las debilidades humanas.

Si en la generalidad de los hombres las contrariedades y la continua lucha al fin producen el cansacio y el desaliento, no era así con Aguilera; parecía que en él los obstáculos, los fracasos y los desengaños más bien robustecían su espíritu y le prestaban aliento para seguir luchando sin experimentar fatiga. Parecía que al haber acometido aquella obra grandiosa que absorvía todo su espíritu, se había elevado á una altura gigantesca sobre las cosas mundanas; y fija la vista en su ideal tan hermoso y tan bello, marchaba recto hacia él, sin preocuparse de los obstáculos que encontrara en su camino. ¿Qué le importaba que se interpusieran abismos insondables? Moriría contento, llevando fija en su alma la imagen bella de esa Cuba adorada, envuelta en la santa bandera de la libertad.

Dijimos que Aguilera tenía un pequeño nieto—de cinco años—muy enfermo. Cuando llegó de su último viaje de Jamaica lo halló en cama, y á todos los sinsabores de los infaustos sucesos que acababamos de referir, se agregó, para agobiar aun más su amantísimo corazón de padre, el dolor de ver á su nieto queridísimo luchando entre la vida y la muerte; de contemplar á su desolada madre y al resto de la familia, sumida en la aflicción más profunda, cuando al fin el espíritu de aquel ángel voló á la mansión de sus iguales.

Grandes pruebas de aprecio recibieron Aguilera y su familia durante aquellos días de pena. Sus amigos visitaban su casa constantemente de día y de noche, siendo los más asiduos José J. Govantes, José L. Ramírez é Hilario Cisneros. El médico del enfermito, Dr. Juan Cisneros, después de visitarlo varias veces por el día, pasó noches enteras en la casa durante su mayor gravedad. Leandro Rodríguez, buen amigo de Aguilera, ofreció y entregó á éste doscientos pesos en nombre de otro excelente amigo, don Miguel Cantos, para que atendiera á los gastos de enfermedad y entierro del niño. Cantos parecía ser la Providencia para Aguilera. En los mayores apuros de éste con su familia, Cantos venía siempre en su auxilio con una delicadeza y solicitud comparable sólo con la de un excelente hermano. Por eso Aguilera le daba con frecuencia este nombre fraternal.

Una cosa llamó la atención de Aguilera en medio de la satisfacción que le causaba las señales de consideración y aprecio de sus paisanos: su ex-amigo el General Juan G. Díaz de Villegas, que tan fino y obsequioso había sido en otros tiempos con él, dándose mutuamente el cariñoso tratamiento de "Compañero", no fué, como ninguno de su familia, á casa de Aguilera durante aquellos días de dolor. Fijóse Aguilera en esta circunstancia, sin embargo, no se preocupó por ello, porque conocía la poca sinceridad de los hombres en general.

Fué Francisco Simoni á casa de Aguilera. Iba á despedirse, porque dentro de dos ó tres días se embarcaba para Cuba libre, en una goleta que mandaba Aldama con correspondencia. Le dijo que si

quería escribir, lo hiciese, que él llevaría las cartas; pero que le guardase el secreto, porque Aldama le había recomendado que Aguilera ni nadie supiese su viaje. Añadió que Aldama se había portado tan mezquino con él que le pidió un sobretodo viejo, para resguardarse del frío, y le había contestado que no tenía ninguno. Díjole Aguilera que descuidara respecto al secreto, que lo guardaría extrictamente y volviese el día antes de su marcha para entregarle la correspondencia.

Visitando Manuel J. Izaguirre á Aguilera le suplicó éste que viese á Villegas y le dijese de su parte que sabía que iba á Jamaica y antes de efectuar su viaje, le hiciera el favor de mandarle la cuenta del dinero de París que había ingresado en la caja de la sociedad "Amigos de Cuba" de la que era Presidente. Recomendó al mismo tiempo á Izaguirre, caso que Villegas pusiese alguna dificultad, por no tener escribiente etc., se ofreciese él mismo para hacerle la cuenta. Aceptó Izaguirre el encargo, con la buena voluntad de siempre. El mismo día volvió á darle cuenta diciendo que Villegas le había manifestado que iría á despedirse de Aguilera antes de marchar y entonces le llevaría la cuenta que solicitaba.

Fué Leandro Rodríguez á ver á Aguilera. Le manifestó que estaba en Nueva York un señor de apellido Tarafa que deseaba conocerlo y al mismo tiempo contribuir con algo, por medio de él, para la causa. Le había dicho que á las seis y media de la tarde aguardaría en su hotel á Aguilera. Contestó éste que concurriría á la hora fijada.

Fué Francisco Simoni á buscar la correspondecia. Le dió Aguilera un paquete conteniendo una comunicación para el Secretario de Relaciones Exteriores, incluyéndole la correspondencia con Aldama, origen de su rompimiento, copia del acta levantada en Dry Harbor en que se explicaban las causas del fracaso de su intento de llegar á Cuba, una carta particular á Tomás Estrada Palma, otra á Bartolomé Masó y otra á Salvador Cisneros Betancourt refiriéndoles sin embozo la verdadera situación en el extranjero y lo pernicioso que eran allí los actuales representantes de Cuba. También Govantes escribió á su amigo Luis Victoriano Betancourt sobre los asuntos en el extranjero. Estas cartas pueden verse en el "Libro de Correspondencia, etc."

A la hora convenida fué Aguilera á la tabaquería de su amigo Leandro Rodríguez; se unió á éste y juntos se dirigieron al hotel donde paraba el señor Tarafa á quien encontraron esperándolos. Después de la presentación correspondiente, se despidió Rodríguez por motivo de la indisposición de un individuo de su familia y quedaron solos Tarafa y Aguilera. Hizo el señor Tarafa una larga relación de toda su vida revolucionaria, arrancando del tiempo de Narciso López y concluyó manifestando que quiso auxiliar á Aguilera con mil pesos para su próximo viaje á Cuba, pero que habiendo sabido Aldama su propósito, le manifestó el estado crítico en que se encontraba el vapor "Uruguay" en Kingston y la necesidad de fondos para acudir á su socorro y que no se perdiera. Viéndose en este compromiso había resuelto dividir la cantidad por mitad y dar quinientos pesos á Aguilera y los otros quinientos á Aldama.

Informado Aguilera de que el señor Tarafa era muy rico, contestó dándole las gracias por el recuerdo que había hecho de la patria y le manifestó al mismo tiempo la necesidad en que se encontraba de tres ó cuatro mil pesos para realizar inmediatamente su viaje á Cuba, diciéndole que esa cantidad la quería no donada, sino en calidad de préstamo, debiendo ser devuelta dentro de tres ó cuatro meses. Por más que Aguilera trató de esforzar sus razonamientos, haciéndole ver la apremiante necesidad en que estaba de marchar á Cuba, para lo que le era necesaria la cantidad expresada, el señor Tarafa dijo que él por entonces no podía disponer de mayor cantidad. Los quinientos pesos ofrecidos los entregaría al día siguiente á su mútuo amigo Leandro Rodríguez.

Como observase Govantes que Altamón de Córdova estaba en constantes

tratos con Aldama respecto al vapor "Uruguay", lo manifestó á Aguilera y convinieron ambos en que sería infructuoso que se dirigieran á él para conseguir el préstamo, porque necesariamente tendría que hacer algunos desembolsos de consideración para sacar el "Uruguay".

Como Altamón de Córdova se marchase para Jamaica, fué Aguilera al vapor á despedirlo. Córdova estuvo muy afectuoso con él. Encontró también á Villegas que se embarcaba en el mismo vapor. Villegas le preguntó si se había "peleado" con él, porque no le había pagado la visita que le debía. Le contestó Aguilera que el "peleado" parecía él, porque sabiendo la desgracia ocurrida en su familia no había ido á su casa, ni fué á despedirse como le ofreció. Excusóse Villegas diciendo que supo tarde la desgracia del niño y había estado tan ocupado, arreglando su viaje, que no tuvo tiempo para nada. Hablóle Aguilera de las cuentas que ofreció llevarle, y manifestó Villegas que la culpa de que no estuviesen en su poder era de su hijo Eladio, porque había quedado en ir á hacerlas y no fué; pero que no tuviera cuidado, él llevaba á Jamaica los comprobantes y allí las haría y se las mandaría. Añadió precipitadamente, pues ya levantaban la plancha del vapor, que iba á Jamaica representando á Aldama para ver si auxiliado por Altamón de Córdova podían despachar inmediatamente el vapor "Uruguay". También encontró á Simoni quien se embarcaba. Le dijo éste que su correspondencia iba segura.

Cuando llegó Aguilera á su casa refirió á su hijo Eladio lo que le dijo Villegas respecto á las cuentas. Le contestó el joven que eran disculpas de Villegas. Cuando fué á casa de éste, dispuesto á hacerlas, le dijo Villegas que estaba muy ocupado y le avisaría así que pudiera volver. No le había avisado y por eso no volvió. Creyó que Villegas ya las había hecho y mandado.

Visitando Rafael Lanza á Aguilera, le hizo otra vez la historia de sus experiencias con Echeverría cuando ambos fueron deportados á España. Añadió que en Madrid, el Ministro Becerra quiso informarse con él—Lanza—respecto á las aspiraciones de los cubanos. Le manifestó sin embozo que los cubanos no admitirían arreglo alguno que no tuviese por base la independencia de Cuba. Becerra le contestó con énfasis: "Pues no opina de esa manera el señor Echeverría". Antes de fugarse Lanza de Madrid avisó á Echeverría para hacerlo juntos y éste le contestó muy confiado que estaba persuadido de que con él nadie se "metería". Sin embargo, inmediatamente que Lanza se fugó prendieron á Echeverría y á otro compañero.

Refirió también, que al principio de la revolución, estando preso en el Morro de la Habana, logró seducir la guarnición de esta fortaleza y la de la Cabaña para sublevarse y pronunciarse por los cubanos. Todo lo tenían listo. Uno de los jefes de la Cabaña le pidió veinte y cinco mil pesos para asegurar la subsistencia de su familia en el extranjero. Lanza lo comunicó á Aldama y éste le contestó que no podía contribuir para que corriese la sangre por las calles de la Habana. Todo fracasó. Es de advertir que no era Aldama quien debía hacer, solo, ese desembolso. El era Presidente de la Junta Revolucionaria de la Habana y cada uno de los miembros hubiera contribuído á prorata.

Todo esto prueba lo lejos que estaban de ser revolucionarios verdaderos aquellos hombres de la Habana. Quizás les asustaba más la revolución que á los mismos españoles. Solo pensar que el desarrollo de esta podría poner en peligro sus cajas de azúcar y las dotaciones de sus ingenios, los hacía temblar, y se manifestaban decididos á que la revolución no se les acercase, que se mantuviera por el lejano Oriente, mientras ellos realizaban sus zafras, conservaban sus esclavos ó de alguna manera se aprovechaban de aquella degradante situación que les producía montones de oro amasados con la sangre del negro y el baldón del blanco. Y fueron esos mismos hombres quienes al salir al extranjero, acosados por el despotismo, tomaron en sus manos los intereses de una revolución que tanto temían, porque debía destruir lo que sobre

todas las cosas más apreciaban, cual eran sus egoistas intereses. ¿Y puede creerse que esa revolución, en manos de tales directores, pudiera dar un resultado diferente del que dió? Si al frente de la revolución del 68 se hubieran puesto en todas partes hombres verdaderamente revolucionarios, que hubieran colocado los intereses de la patria sobre todas las cosas, que hubieran arrostrado por todo con tal de ver triunfante el ideal apetecido, y al mismo tiempo, otras bastardas ambiciones no hubieran ido á estorbar su marcha arrolladora, ni aquella revolución hubiera durado diez años, ni hubiera terminado con un "Zanjón".

CAPITULO IX

NOVIEMBRE 1875

AGUILERA VISITA A SUS HIJOS EN EL ASILO DE HUERFANOS.—NICOLAS DOMINGUEZ COWAN E HILARIO CISNEROS.—ESTE SE LAMENTA DE QUE LO HAYAN ELIMINADO.—COMISION A CAYO HUESO PARA RECOLECTAR FONDOS.—LOPEZ QUERALTA Y LA EXPEDICION DEL "URUGUAY".—EL MATERIAL DE GUERRA INSERVIBLE.—PROCEDIA DEL PERU.—PROTESTA DEL MAQUINISTA Y DEL CAPITAN DEL VAPOR—MAL ESTADO EN QUE SALIO ESTE DE NEW YORK—PIO ROSADO, JEFE DE LA EXPEDICION, DEMASIADO ARROJADO.—APTITUD DE ALDAMA COMO ORGANIZADOR DE EXPEDICIONES.—EFECTO DE LA INTROMISION DE ALDAMA.

Como en la barahunda de atenciones que abrumaban á Aguilera, aun no hubiese tenido oportunidad de ver sus hijos en el asilo de hurfanos, al llegar el día señalado para admitir visitadores, se dirigió allí y tuvo el gusto de volverlos á abrazar, dicha que dudó haber tenido otra vez. Encontrólos saludables y contentos y esto mitigó su dolor al considerar el duro extremo á que había llegado, teniendo que relegar á sus queridos hijos á la caridad pública del extranjero.

El buen amigo de Aguilera, Nicolás Domínguez Cowan, que vivía en Filadelfia, antes de trasladarse con su familia á Méjico, quiso hacer una visita á aquél en New York. Conversando Domínguez Cowan con Aguilera le dijo que había tenido una larga conferencia con Hilario Cisneros en la que le refirió su fuerte debate con Aldama y Echeverría, cuando fué comisionado por Aguilera para arreglar el asunto del vapor "Octavia". Cisneros le había confesado que Aldama era un hombre funesto para Cuba. (Esta misma confesión la había hecho Cisneros á Aguilera, como hemos dicho en otra parte). Añadió Cisneros que á él, tanto Aldama y sus amigos como Aguilera, lo habían eliminado, así es que no le quedaba otro recurso que deplorar aquella triste situación sin poder hacer nada.

Efectivamente, la simpatía que Hilario Cisneros sentía por Aguilera le había captado la desconfianza de los ardientes partidarios de Aldama. Eran éstos intransigentes en ese particular; con Aldama había de estarse en cuerpo y alma; no admitían término medio: adorar á Aldama ó declararse su enemigo y por consiguiente el enemigo de todo el grupo que lo veneraba. Era Hilario Cisneros, además de hombre ilustrado, un excelente patriota, noble, de carácter conciliador y bondadoso. Conociendo bien á Aldama y á Aguilera y estando enterado de todo lo que entre ellos había mediado, no podía menos que compadecer á Aguilera, dándole la razón. Este estado de ánimo, traslucido por sus compañeros de grupo, no podían soportarlo y de ahí esa "eliminación" de que Cisneros se quejaba. Por otra parte, la resuelta actitud que había tomado Aguilera no admitía término medio tampoco. Había llegado á comprender que Aldama era un hombre pernicioso para la causa de Cuba y se había apartado de él, tratando francamente de quitarlo del lugar donde tanto daño hacía á lo que era la única aspiración de su vida: la indepen-

dencia de Cuba. Aguilera necesitaba á su lado hombres tan resueltos como él. Cisneros estaba muy distante de serlo. Por eso Aguilera, aunque apreciaba á Cisneros en lo mucho que valía, no contaba con él para sus trabajos. De ahí que Cisneros dijera que Aguilera también lo había eliminado.

Reunidos Aguilera y Govantes, considerando el mal resultado de sus gestiones para reunir fondos y pensando la manera de arbitrar medios para conseguirlos, propuso Aguilera mandar á los buenos patriotas de Cayo Hueso una comisión compuesta de Miguel Luis, Morey y Valdés Mendoza. Puesto que ya había pasado más de un mes desde que ofreció á Aldama no hacer ''por ahora'' gestiones que pudiesen estorbar las que él por su parte hacía, creía Aguilera que muy bien podía dar ese paso sin faltar á lo ofrecido. Lo aprobó Govantes, é inmediatamente comenzó á tomar medidas para que la comisión fuese en el vapor que debía salir al día siguiente.

Visitando López Queralta á Aguilera, como hubiera sido aquel uno de los expedicionarios del vapor ''Uruguay'', le hizo una relación de lo ocurrido en esta desgraciada expedición. Entre muchas otras cosas, refirió que el armamento que había tomado, procedente de la negociación del Perú era malísimo; las cápsulas inservibles, tanto por estar deterioradas de viejas, como porque eran de un sistema antiguo que no querían en Cuba. Los rifles eran ''Enfield'', ''Springfield'' y dos sistemas más, reformados, todos oxidados y en malísimo estado. Los correajes, zapatos y artículos de cuero, completamente pasados y perdidos. Los cañones de un sistema antiquísimo, deteriorados por el tiempo y con los oídos compuestos. Faltaba una tercera parte de los efectos, porque lo mejor había desaparecido y sólo dejaron lo inservible.

Fué este material de guerra el obtenido por la negociación del Perú. Estuvo en la bahía de Valparíso mucho tiempo depositado en dos barcos; de este lugar fué trasladado al Callao, de ahí á Panamá y Colón y enseguida á la isla de San Andrés, donde lo tomó el ''Uruguay''. Realmente fué una imprevisión no haber examinado ese material antes de mandarlo á Cuba, pues siendo de tan mala clase y estando en tan pésimo estado, de ninguna utilidad habría sido á los patriotas si hubiera llegado á desembarcar. No era cuerdo emplear los miles de pesos que costó aquella expedición para llevar efectos inservibles á los cubanos.

Con respecto al vapor ''Uruguay'' antes "Octavia'', dijo Queralta que también había resultado malísimo, y no volvería á embarcarse en él. Apenas andaba tres ó cuatro millas por hora. Un día anduvo diez millas porque tenía el viento y la corriente á favor; entonces la máquina más bien le servía de estorbo.

Dijo que traía el cuaderno de bitácora original, en que constaba una protesta del maquinista Aguiar y otra del capitán Summer. El primero consignaba que había querido arribar á Charleston para arreglar la maquinaria, pues ésta desde que salió de New York andaba mal. Lo habían obligado á salir con una hélice que el vapor no podía resistir, pues era demasiado grande. Antes de salir con la expedición había querido hacer un viaje de prueba mar afuera, y ya había tenido las hornallas encendidas con ese objeto, cuando le dieron contra orden y se negaron á que hiciera la prueba en debida forma. Consignaba muchas cosas más. Añadió Queralta que si algún cargo podía hacérsele á Pío Rosado, jefe de la expedición, era el de demasiado arrojado, pues ningún otro hombre hubiera hecho las tentativas que él para desembarcar la expedición en Cuba.

Fué este vapor ''Uruguay'', el mismo ''Octavia'', objeto de la controversia entre Aguilera y Aldama. El magnífico vapor que compró Aldama en veintidos mil pesos, el que á decir de él y de los inteligentes que lo vieron, estaba en el mejor estado, necesitando sólo las pailas para navegar, que según el mismo Aldama, podían ponérsele por cinco mil pesos en cinco semanas de tiempo. ¡Y tomando Aldama á su cargo el arreglo de este vapor, gastó veinte y un mil ochocientos noventa y seis pesos en las alteraciones que le hizo, ó sea casi otro tanto de su

costo para que quedara en el estado que dijo Queralta!

Se recordará que á las objeciones de Aguilera porque se hacían demasiados gastos, que podían considerarse innecesarios, cuando tan escasos de fondos estaban, contestaba Aldama que no quería omitir gasto alguno á fin de que el vapor quedara en las mejores condiciones para salvar su responsabilidad. La verdad es que si Aldama, como administrador de los intereses de la patria, en su puesto de Agente General, dió tan mal resultado, ahora, como organizador de expediciones lo dió mucho peor aun, porque gastó grandes sumas de dinero para echar á perder el barco, sin decir nada de la calidad de los materiales de guerra que en él mandaba á Cuba.

A no haber tenido efecto la intromisión de Aldama: á haber dejado este á Aguilera en libertad para arreglar su expedición, hubiera llevado á cabo su intento, según hemos visto lo manifestó en sus conferencias con Aldama y otros, esto es, poner al vapor las pailas que necesitaba, y era lo único que le faltaba para navegar, pues realmente estaba en perfecto estado cuando se compró; tomar á bordo las cien mil cápsulas y seis cañones con dos mil cuatrocientos tiros que tenía la Agencia, que estaban en muy buen estado también y con el resto del dinero habría comprado más material de guerra y habilitado la expedición para salir. Hubiera sido ésta, indudablemente, la mejor expedición que habría llegado á las playas de Cuba. Y si la suerte incierta hubiera querido que Aguilera también fracasara, este fracaso no habría sido imputable, ciertamente, al cúmulo de desaciertos que sobre tan desgraciada empresa amontonó Aldama.

Por otra parte, forma notable contraste lo excesivamente celoso que se mostró Aldama en exigir garantías á Aguilera para que el vapor no fuera á peligrar, y las pocas precauciones que tomó para averiguar su estado antes de despacharlo para Cuba, no habiendo accedido siquiera á la elemental precaución y perentoria exigencia del maquinista Aguiar, de dejarle hacer un viaje de prueba en alta mar, después de las grandes alteraciones que se habían practicado en todo el buque.

CAPITULO X

NOVIEMBRE 1875

CONFERENCIA CON LOPEZ QUERALTA.—ESTE OFRECE LOS AUXILIOS DEL GENERAL MANUEL QUESADA—AGUILERA LOS ACEPTA CONDICIONALMENTE.—CONFERENCIA DE MANUEL ANASTASIO CON LA SRA. ANA DE QUESADA.—PRETENSIONES DE DICHA SRA.—UNA COMISION DE TABAQUEROS VA A VER A AGUILERA.—LE OFRECEN SUS AUXILIOS.—SOCIEDAD "LA INDEPENDENCIA"—LA COMISION DICE QUE ES ANARQUICA.—AGUILERA Y SUS AMIGOS LE PRUEBAN LO CONTRARIO—ZALDIVAR HACE CARGOS AL AGENTE ALDAMA.—ESTE PROMUEVE UNA REUNION DE DUEÑOS DE TALLERES.—SE PROPONE REUNIR FONDOS PARA SACAR AL "URUGUAY".—ALDAMA ESTIMULA EL PATRIROTISMO DE LOS CONGREGADOS.—PIDEN LA RECONCILIACION ENTRE ALDAMA Y AGUILERA.—ALDAMA DICE NO TIENE INCONVENIENTE.—COMISION PARA PEDIR A AGUILERA QUE SE RESTABLEZCA LA ARMONIA.—ESTA SE LE PRESENTA.—AGUILERA LE EXPONE SUS RAZONES PARA NO ACCEDER.—SE HA SEPARADO DE ALDAMA PORQUE QUIERE IR A CUBA.—EL ARMAMENTO DEL "URUGUAY" NO SERVIA PARA CUBA.—EL VAPOR ESTABA INUTILIZADO.—ERA ANTIPATRIOTICO GASTAR DINERO EN MANDAR AQUELLA EXPEDICION.—SI CREYESE BENEFICIOSA SU UNION CON ALDAMA SERIA EL PRIMERO EN SOLICITARLA.—GOVANTES PROPONE QUE LOS FONDOS SE EMPLEEN EN EL VIAJE DE AGUILERA A CUBA.—LEANDRO RODRIGUEZ DICE SE MANDE EXAMINAR EL ARMAMENTO DEL "URUGUAY".—LA COMISION DISPUESTA A AUXILIAR A AGUILERA.

Fué López Queralta á visitar á Aguilera, y como le dijese que quería hablarle de asuntos importantes, lo invitó á pasar á casa de Govantes. Habiéndoseles reunido Manuel Anastasio comenzaron la sesión los cuatro.

Expuso Queralta que tenía visto un "yacht" de vapor muy bueno. Su dueño se comprometía á llevarlos á Cuba con todos los materiales de guerra que cupiesen, por tres mil quinientos pesos si el desembarco se hacía por la costa del Sur y cuatro mil si por la costa del Norte. Esta cantidad se depositaría en un banco y no se entregaría al fletador mientras no presentara los documentos que acreditasen que había efectuado el desembarco.

Añadió que había hablado con la señora Ana de Quesada y ésta le encargó que ofreciese á Aguilera los auxilios de su hermano Manuel para ir á Cuba y llevar una pequeña expedición. Discutido este último punto, se acordó aceptar los ofrecimientos del General Quesada siempre que fueran incondicionales: es decir, que se aceptase una cantidad en efectivo de cinco á diez mil pesos para trasladarse Aguilera á Cuba, con algunos elementos de guerra, pero de ningún modo que él ó su hermano Rafael lo acompañasen. Esta condición obedecía á que teniendo ellos un gran partido contrario en Cuba libre, ir Aguilera acompañado de cualquiera de ellos le crearía dificultades á su llegada.

Comisionaron á Manuel Anastasio para que se avistase con la señora Ana de Quesada y la instruyese de lo que habían acordado. Salió Anastasio á desempeñar su comisión inmediatamente y los demás quedaron oyendo á Queralta sobre la fracasada expedición del "Uruguay". Retiróse Aguilera poco después á su casa.

Aquella misma tarde fué Manuel Anastasio á dar cuenta á Aguilera de su conferencia con la señora Ana de Quesada. Había sostenido con ella una discusión de más de tres horas. Pretendía la señora que Aguilera escribiese á su hermano el General pidiéndole auxilio. Entonces iría éste de París á New York con recursos de armas y dinero á reunirse con Aguilera y llevarlo á Cuba. Caso que el General Quesada no pudiese ir á New York, iría su hermano Rafael, que estaba en New Orleans, con el mismo objeto.

Contestóle Manuel Anastasio que su hermano el General era quien debía escribir á Aguilera ofreciéndole recursos, para que el acto tuviera más carácter de espontaneidad. Con respecto á que

fuera con Aguilera á Cuba, le dijo que sería un acto impolítico en aquellas circunstancias, pues podría estimarse que Aguilera quería imponerlo. Después de estar Aguilera en Cuba, influiría en que se dictara una orden para que todos los jefes y oficiales volvieran á Cuba á ocupar sus puestos; entonces era la oportunidad de presentarse el General Quesada conduciendo una buena expedición, lo que indudablemente apaciguaría la animosidad de sus enemigos.

Mucho discutieron sobre estos particulares, hasta que finalmente la señora cedió y prometió escribir á su hermano en París inmediatamente, informándolo de lo que pasaba, para que obrase en consecuencia auxiliando á Aguilera.

La misma noche fué Aguilera á casa de Govantes. Reunido con éste y Manuel Anastasio, se presentó una comisión del taller de tabaquería de Marrero, compuesta de Zaldívar, Balmaseda y dos más, solicitando á Aguilera. Este ciudadano Zaldívar, es el mismo patriota que conocimos cuando recién llegado de la Habana trataba de volver á revolucionar la Vuelta Abajo. Expuso que sus compañeros y él iban comisionados por el "Taller Marrero", á ofrecer sus auxilios á Aguilera para su viaje á Cuba. Estaban dispuestos también á invitar á sus compañeros de esa ciudad á que hicieran lo mismo y á poner un parte telegráfico á los obreros de Cayo Hueso con objeto de que se les unieran con igual propósito. Dijo que sólo de esa manera podría recaudarse algo en el Cayo, porque los artesanos estaban muy desalentados con los fracasos que acababan de tener lugar. Aceptó Aguilera desde luego el ofrecimiento de Zaldívar.

Como en la conversación se manifestasen los comisionados en términos desfavorables respecto á la sociedad "La Independencia de Cuba", diciendo que era "anárquica" y contraria al Gobierno, la discusión se hizo un tanto enojosa; sin embargo, fué serenándose, según los comisionados se fueron convenciendo de su error. Comprendiendo el intento de aquella propaganda, trataron Aguilera y sus compañeros de desvanecer tal idea, y al efecto, tomó Govantes á su cargo convencer á Zaldívar, que era quien llevaba la palabra; Manuel Anastasio á otro, que insistía en que los cubanos debían unirse todos como un solo hombre para conseguir la independencia de Cuba; idea bellísima, decía Anastasio, pero impracticable de hecho, mientras hubiera allí cubanos reformistas y anexionistas, que pusiesen sus fines particulares por encima de la revolución.

Tocóle á Aguilera convencer á Balmaseda y otro compañero. A este efecto les manifestó que estaban equivocados si creían que el objeto de la sociedad "La Independencia" era sólo recolectar fondos para auxiliar la revolución. Díjoles que la referida sociedad tenía otro objeto más grande y elevado, puesto que al fin y al cabo los recursos materiales que pudiera reunir serían muy exiguos para la magnitud de los que necesitaba la patria. Que ese objeto era acostumbrar á los cubanos á la asociación, con miras de que fuesen adquiriendo una educación práctica, republicana; en una palabra, formar ciudadanos, para cuando llegara el día, probablemente próximo ya, de reunirse todos en Cuba independiente, que el pueblo conociera cuáles eran sus deberes y sus derechos evitando que fueran conducidos por cualquier audaz que quisiera hacer de ellos escabel para alcanzar sus ambiciosos fines. Díjoles que ese era el verdadero fin de aquella sociedad, mucho más noble y levantado que el modesto resultado pecuniario que pudiera aportar. Balmaseda y su compañero que oían atentamente á Aguilera, dijeron que no era eso lo que les habían hecho comprender, sino que la sociedad era contraria al Gobierno.

Continuó diciéndoles Aguilera que daba pena y vergüenza á la vez, que habiendo en New York cuatro ó cinco mil cubanos no hubiera una sociedad siquiera donde éstos se reunieran á cambiar sus ideas, á fomentar la amistad, cuando hasta los chinos, que eran una raza inferior, tenían allí sus asociaciones. Quería al irse á Cuba, tener el gusto de dejarlos organizados, lo que podía hacerse de dos maneras: bien convocando un meeting con ese objeto, según decían ellos esta-

ban dispuestos á hacer, bien continuando la sociedad "La Independencia". Lo primero era impracticable, porque entre la concurrencia á ese meeting habría un pequeño número de personas interesadas en que no se formara la sociedad, los que pedirían la palabra y se pondrían á divagar, unos para que pasara el tiempo, otros haciendo alusiones personales que serían contestadas y se formaría un escándalo como sucedió con el meeting anterior, sin obtener ningún resultado. Por ese motivo optaba por la continuación de la Sociedad "La Independencia", que estaba formada ya, tenía su Junta Directiva, aunque en receso y tenía su reglamento muy avanzado y aprobado por los socios. Añadió que en una próxima reunión, estaba persuadido de que la Directiva toda renunciaría sus cargos y quedarían ellos en libertad de elegir los individuos que creyesen más convenientes para la dirección de la sociedad.

Balmaseda y su compañero parecieron convencidos. Govantes ofreció á Zaldívar ir al día siguiente á su taller para probar á él y sus compañeros con documentos del mismo Gobierno, que la sociedad muy lejos de ser anárquica, se ajustaba á las disposiciones del mismo Gobierno.

Antes de retirarse la comisión llamó Aguilera aparte á Zaldívar y le manifestó que contaba con él para que lo acompañara en su expedición. Contestó Zaldívar que estaba á su disposición. Dijo que deseaba ardientemente ir á Cuba para explicar al Gobierno la causa del fracaso de su expedición á Vuelta Abajo. Fué éste, que después de trasladarse allí, el Agente Aldama no le prestó el auxilio prometido. Se retiraron finalmente á las once de la noche, todos muy satisfechos.

Grande era el entusiasmo de López Queralta por acompañar á Aguilera á Cuba; no cesaba de trabajar con empeño para llevar algún material de guerra, que formara una pequeña expedición. La última vez que se avistó con Aguilera, le dijo que ya casi tenía conseguidas cien mil cápsulas para Remington y acordaron reunirse en breve para tratar de la expedición.

Fué Aguilera á casa de Govantes. Lo encontró con Manuel Anastasio y López Queralta. Llevaba éste una nota de los precios de los Remingtons, cápsulas, machetes, etc. y eran más bajos que el corriente, según les había manifestado antes. Formaron el presupuesto para una expedición regular que subió á doce mil pesos. Dijo Govantes que probablemente el proyecto de Zaldívar de reunir una cantidad entre los obreros, para que Aguilera fuera á Cuba, no podría realizarse porque Aldama había citado para una reunión aquella noche en su casa á todos los jefes de talleres, con objeto de que éstos hicieran una colecta general entre sus operarios.

Al día siguiente estuvo Govantes en casa de Aguilera y le refirió el resultado de la reunión la noche anterior de los jefes de los talleres con Aldama. Expuso éste la necesidad de salvar el vapor "Uruguay" para que llevara á los patriotas la valiosa expedición de que era portador. Les encareció la urgencia con que le eran pedidos de Cuba libre, recursos para sostener la guerra en las Villas y que Máximo Gómez no fuese arrojado de ellas. Ultimamente les manifestó el estado de penuria de la caja de la Agencia, estimulándolos, para resolver el conflicto á que formasen una comisión que saliese á recolectar fondos entre los operarios de todos los talleres.

Entre las diferentes consideraciones que hicieron respecto á la situación, uno de los concurrentes emitió la idea de que si se efectuara una reconciliación entre Aldama y Aguilera, la situación variaría y con más facilidad podrían allegarse los fondos que necesitaban. Manifestó Aldama que él, en nada había ofendido á Aguilera y por consiguiente no tenía inconveniente en que se efectuase la reconciliación, estando persuadido de que ella refluiría en beneficio de la patria. Acordóse finalmente que todos los obreros allí reunidos se presentasen en comisión á Aguilera á suplicarle, que en bien de la patria, se prestase á una reconciliación con Aldama.

No se hizo esperar la comisión; á las ocho de la noche, estando Aguilera en casa de Govantes con Manuel Anastasio, se presentó solicitándolo. Estaba compues-

ta del Dr. Federico Galves, Dr. Illa, Leandro Rodríguez, Marrero, Bonet, Ramos, Robles, Angulo y otros más.

Tomó la palabra el Dr. Gálvez y expuso que en nombre de todos sus compañeros de comisión, é invocando el bien de la desgraciada Cuba, iba á solicitar de Aguilera la reconciliación del Presidente Electo, con el Agente General de la República. Dijo que á causa de las diferencias entre Aldama y Aguilera, la emigración estaba dividida; que en la junta de la noche anterior en casa del C. Agente, con objeto de arbitrar fondos para salvar la expedición del ''Uruguay'', contestando Aldama á la insinuación de uno de los concurrentes, dijo que en nada había ofendido á Aguilera y que de la mejor voluntad accedería á la solicitada reconciliación, no dudando que de ella se derivaría mucho bien para Cuba.

Extendióse al Dr. Gálvez en otras consideraciones, haciendo una pintura desgarradora del estado de la patria y concluyó preguntando á sus compañeros si había interpretado bien sus sentimientos en las palabras que había pronunciado. Estos hicieron una señal de aprobación.

Después del elocuente y conmovedor discurso del Dr. Gálvez, tomó la palabra Aguilera. Dijo que sus antecedentes todos demostraban que él era hombre de conciliación, y su conducta en los dos años últimos que pacientemente había estado trabajando al lado del ciudadano Aldama, tratando de recabar algún beneficio para la patria sin resultado alguno, corroboraba su aserto. Que si se había separado de Aldama era porque después en los mencionados dos años de continuos trabajos, durante los que Aldama había tenido en su poder cantidades respetables pertenecientes á Cuba, cantidades que en mucha parte le había facilitado él mismo—Aguilera— habiéndole instado y urgido para que lo despachase para Cuba, de cualquier manera que fuese, en vapor, en barco de vela, en bote, con expedición ó sin ella, no lo había logrado. Siendo tan urgente para él su inmediata ida á Cuba, porque así lo exigía su deber y su deseo, con la experiencia que había adquirido en esos dos años, se había persuadido de que si quería ir á Cuba era necesario que se separase de Aldama y procediese por su cuenta. Después de otras consideraciones dijo que, finalmente, ese mismo vapor ''Uruguay'' que se había comprado y reparado con los fondos que Varona le había entregado á él y con los que Aldama también le había ofrecido, Aldama propio se había negado á entregárselo, razón por la que se vió precisado á lanzarse á Cuba en condiciones tan increíbles, que si no había perecido en su intento fué porque la Providencia no lo tenía así dispuesto.

Refiriéndose á la expedición del ''Uruguay'', manifestó que creía con pena que aunque lograra desembarcar en Cuba, de poco beneficio había de ser á los patriotas, porque según informes de las personas que habían visto las armas y municiones que llevaba, todo era inadecuado para la guerra de Cuba, y por consiguiente una lástima gastar tanto dinero en lo que tan poco auxilio había de prestar á la revolución. Hablando del mismo vapor, dijo que después de gastar Aldama en él, sumas muy considerables, estaba en tan mal estado que si al acercarse á las costas de Cuba lo avistaba un crucero español, era muy probable que lo apresase, por la lentitud de su andar.

Siguió Aguilera diciendo que si creyera que de manera alguna pudiera ser provechosa para Cuba una buena armonía entre Aldama y él, no necesitaría de instigaciones extrañas para procurarla él mismo, porque se debía á Cuba y estaba dispuesto á sacrificarlo todo á ella; mas como según los dictados de su conciencia, esa armonía había de ser perjudicial para la patria, porque le interrumpiría los trabajos que tenía emprendidos, los que aunque en escala modesta, esperaba fueran de alguna utilidad positiva: por esos y otros motivos no podía acceder á la reconciliación que se le pedía, sintiendo mucho no complacer á tan buenos patriotas, que estaba seguro procedían animados del mejor deseo.

Habló el Dr. Illas, afirmando lo expresado por el Dr. Gálvez y diciendo que Aldama había manifestado que en nada había ofendido á Aguilera y que deseaba la reconciliación.

Terció entonces Govantes haciendo

una sucinta relación de lo pasado entre Aldama y Aguilera y poniendo de manifiesto el espíritu de concordia de que siempre había estado éste animado.

Dijo que el cargamento del "Uruguay" no era bueno para la guerra de Cuba, porque los fusiles no eran del sistema Remington y tenían poco alcance; las cápsulas también eran de un sistema antiguo, no podían rellenarse y por consiguiente, disparadas una sola vez, tendrían que tirarse, lo mismo que los fusiles, porque éstos no rompían las cápsulas de Remington que eran las que se usaban en Cuba. Que se necesitaba mucho dinero para hacer nuevas reparaciones al vapor y pagar la tripulación, y le parecía que se prestaba mejor servicio á la patria empleando el dinero que se recolectara, en comprar armas y municiones buenas para Cuba enviándolas con el General Aguilera que saldría en breve para allí. De esa manera, añadió, se verían cumplidos mejor los deseos de los emigrados, que eran prestar un auxilio eficaz á los patriotas, al mismo tiempo que harían un servicio al Presidente Aguilera, proporcionándole los medios de ir á ocupar el puesto á que sus sacrificios y sus méritos lo hacían digno.

El Dr. Gálvez dijo que sólo se necesitaban diez mil pesos para que el "Uruguay" saliese á llevar su expedición, mientras que para formar la del General Aguilera se necesitarían cien mil; por eso creía que debía acometerse lo que parecía posible.

Contestó Aguilera que no necesitaba tan grande cantidad para llevar una expedición. Que tenía hecho un presupuesto y con doce mil pesos que le entregasen se comprometía á llevar á Cuba en breve tiempo una expedición que había de ser más útil á los patriotas que la del "Uruguay". Añadió que más que con la conciliación que se le pedía, para malgastar el dinero de la patria, se servía á ésta dando buen empleo á sus caudales.

Pidió la palabra Leandro Rodríguez y dijo creía que ante todo, lo que debía averiguarse era si lo que se mandaba á Cuba era bueno. A ese efecto opinaba que convenía mandar á Kingston un comisionado para que les informase de si era ó no cierto lo que se decía respecto á que las armas y pertrechos que llevaba el "Uruguay" no servían para la guerra de Cuba. Mientras tanto, se recolectase dinero para darle la mejor aplicación que juzgaran.

Hablaron después Marrero y Bonet insistiendo en la conciliación y la necesidad de aunar los elementos de la emigración.

Manifestó Aguilera que cada uno debía obrar según los dictados de su conciencia. Que procedieran ellos á recolectar fondos, y si creían más beneficioso para la patria entregarlos á Aldama para que salvara el "Uruguay", lo hicieran, prescindiendo de él. Contestaron Marrero, Bonet y otros que ellos no podían prescindir de Aguilera y le prestarían todos los auxilios que pudieran para que realizase en breve su marcha á Cuba. Terminó con esto la discusión y poco después se retiraron los comisionados.

CAPITULO XI

NOVIEMBRE 1875

REUNION DE LA SOCIEDAD "LA INDEPENDENCIA".—DISCURSO DE GOVANTES.—QUIERE LA UNION CON TODOS, NO CON LOS MENOS.—PIDEN QUE HABLE QUERALTA.—RELACION DEL VIAJE DEL "URUGUAY".—EL MATERIAL DE GUERRA VIEJO E INSERVIBLE.—EL VAPOR DE POCO ANDAR.—EL C. FERNANDEZ.—SU PROPOSICION A LOS ESCLAVISTAS HABANEROS EN NEW YORK.—PIDE DECLAREN LIBRES A SUS ESCLAVOS.—EXPLOSION DE DESAGRADO QUE CAUSO.—SU PROPOSICION ES RECHAZADA.—JOAQUIN POLO.—RELACION DE LA VIDA DE ALDAMA EN LA HABANA.—PEQUEÑA CORTE DE QUE ESTABA RODEADO.—ALDAMA SE CREE UNA EMINENCIA.—SU DISGUSTO CON D. JUAN POEY.—QUIERE ARRUINAR SU EMPRESA FERROCARRILERA.—RAMAL DE GUINES A MATANZAS.—RUIDOSO PLEITO QUE SE ESTABLECIO.—GRAN BAJA DE LAS ACCIONES DEL FERROCARRIL—ALDAMA ACOMETE LA FORMACION DE LOS ALMACENES DE DEPOSITO.—MAL RESULTADO DE ESTAS EMPRESAS.—CAUSA DE LOS FRACASOS DE ALDAMA.—SU EXCESIVO ORGULLO Y MEZQUINDAD.—PENA CON QUE SE NOTAN LAS DEBILIDADES DE ALDAMA.—LOS DATOS PROPORCIONADOS POR SUS AMIGOS.—AGUILERA NO OYO A NADIE HABLAR BIEN DE ALDAMA.—RAMON PINTO.—"EL SIGLO" DE LA HABANA.—PERIODICO CUBANO EN MADRID DIRIGIDO POR SACO.—DINERO CON QUE CONTRIBUYO ALDAMA PARA LA CAUSA DE LA REVOLUCION.—ALDAMA NO ERA REVOLUCIONARIO.—ASPIRACIONES DE ALDAMA Y SUS COMPAÑEROS.—LAS REFORMAS CON ESPAÑA O LA ANEXION A LOS ESTADOS UNIDOS.—SORPRENDIDOS POR LA REVOLUCION DE YARA.—SE ADHIEREN A ELLA POR NO VERSE ARROLLADOS.—POR MEDIO DE INTRIGAS ESCALAN EL PODER EN EL EXTRANJERO.—ALDAMA ES NOMBRADO AGENTE GENERAL.—SUS INTERESES CONTRARIOS A LOS DE LA REVOLUCION.

Proyectándose una junta general de la sociedad "La Independencia de Cuba", sus contrarios hacían circular los más alarmantes rumores respecto á la mencionada junta. Sin embargo, no se intimidaron sus directores, y la junta se verificó en la noche del 20 de Noviembre.

Abrióse la sesión á las ocho pronunciando Govantes, como Presidente, un bello discurso, demostrando que los emigrados tenían el derecho de reunirse para fines patrióticos; que el decreto del ciudadano Salvador Cisneros en nada se oponía á ese derecho y la Cámara de Representantes facultaba la iniciativa individual para auxiliar la revolución; por lo tanto, que los ciudadanos agrupados en la sociedad "La Independencia", muy lejos de ser mantenedores de ideas disolventes y anárquicas, como maliciosamente se propalaba, ejercitaban un derecho reconocido por las leyes de la República. Dijo que la tendencia de la sociedad era realizar la *unión con todos*, no con los menos, que era la que había de dar preciosos frutos y concluyó invitando á todos sin distinción, para que propendieran á realizar esa unión que tanto deseaban.

Propuso uno de los concurrentes que se pidiese al Coronel López Queralta, allí presente, que dijera la verdad acerca del vapor "Uruguay" y su cargamento, para saber el fundamento de las versiones que circulaban respecto á que el vapor no estaba en condiciones para correr el bloqueo. Habiéndose opuesto uno de los presentes á que se tocase ese particular, se estableció una discusión y finalmente se aprobó que hablase Queralta sobre el asunto referido.

Hizo Queralta una descripción circunstanciada del viaje del vapor "Uruguay" desde su salida del puerto de New York. Dijo que apenas salió, se notó el poco andar del buque, tardando once días en llegar á las Islas Turcas. Allí tuvieron que tomar víveres y carbón, pues resultó que á bordo había mucho menos cantidad de una y otra cosa de la que se les había dicho. De Islas Turcas fueran á San Andrés á tomar el *magnífico* armamento que les dijeron encontrarían allí, y con el que había de rematarse la independencia de Cuba. Fué comisionado el mismo Queralta por el jefe de la expedición, Rosado, para ir á tierra á recibir las armas, pertrechos, etc. Al examinarlos encontró que los fusiles eran "Belgas" reformados, con

llave de Remington, de la primer patente (había seis patentes) y por consiguiente muy atrasados; eran de muy poco alcance é inadecuados para la guerra de Cuba. De los millones de cápsulas que debía haber, según la factura de Márquez, Agente cubano en el Perú, sólo encontró cuatrocientas ochenta mil, todas las que embarcó y estaban á bordo del "Uruguay". Eran estas cápsulas de fuego circular, buenas para aquellos fusiles antiguos, pero que una vez usadas, ya no podían cargárselas de nuevo para servir otra vez, como hacían los patriotas con los casquillos que recogían de los españoles. Daría esto por resultado que habría que botar las cápsulas vacías, por no poderlas rellenar, y los fusiles también por no haber cápsulas que les sirvieran.

Respecto á los numerosos cañones de todos calibres que debía encontrar, sólo halló seis, muy antiguos, cuatro de ellos del año 1838.

Manifestó Queralta que consideraba un crimen mandar una expedición en el vapor "Uruguay", porque sólo por un milagro podría librarse de ser apresada por los españoles. Les habían dicho que el vapor andaba quince millas, y sí las andaba, pero en tres horas. Presentó entonces una carta del maquinista americano que quedó hecho cargo del buque á la muerte de Aguiar. Leída ésta, decía que el andar regular del vapor era de cuatro á seis millas por hora y que para hacerle todos los arreglos necesarios, había que gastar de ocho á diez mil pesos, y aun así no garantizaba que quedara bien.

Concluyó Queralta manifestando que ese buque debía venderse por no servir para el uso á que se le destinaba, lo mismo que el cargamento, que de muy poca utilidad podía ser en Cuba; y el producto invertirse en comprar armas buenas con su correspondiente pertrecho. Añadió que consideraba antipatriótico recoger dinero para mandar á Cuba esa expedición.

Después de Queralta hablaron otros, entre ellos el ciudadano Molina, quien propuso elevar una petición al Gobierno para que destituyese al actual Agente General que hasta la fecha sólo había dado un resultado contraproducente en sus gestiones por la causa. Contestóle el ciudadano Vélez que no tenían conducto para hacer llegar esa petición hasta el Gobierno; y en tal virtud debían tratar de organizar una expedición para que ésta fuera la portadora de la súplica. Así se acordó.

Volvió Govantes á hacer uso de la palabra para presentar su dimisión, suplicando á los concurrentes que asistiesen el domingo próximo á la nueva junta que tendrían, á fin de que libremente nombrasen la Junta Directiva de la sociedad. Aguilera no asistió á la junta que acabamos de reseñar.

Estando Aguilera en casa de Govantes, llegó un señor de apellido Fernández, amigo de los dos. Este señor, hablando de Aldama dijo que lo conocía mucho, y estaba persuadido de que era contrario á la independencia de Cuba. Entre otras cosas, dijo que á principios de la revolución, en un gran meeting en New York, propuso él que todos los dueños de esclavos en Cuba, residentes en aquella ciudad, publicaran un manifiesto, adhiriéndose al artículo 24 de la Constitución cubana, que declaraba libres á los esclavos. Manifestó que esta declaración sería de muy buen efecto, pues destruiría el argumento que con frecuencia usaban algunos prohombres americanos, entre ellos el Senador Mr. Summer, quien decía que los cubanos tenían dos constituciones á escoger: una española, para conservar sus esclavos caso de triunfar España, y otra cubana, por la que darían la libertad á dichos esclavos, si triunfaba la revolución.

Esta proposición causó una explosión de desagrado en todo el círculo Aldamista, que la rebatió de una manera encarnizada. Viéndose Fernández atacado por todos lados con tanta violencia, pidió auxilio á Eugenio Hostos, portorriqueño que se encontraba presente. Habló Hostos con el calor y energía que lo caracterizaban, apoyando en todas sus partes la proposición de Fernández. A pesar de la sostenida defensa que hicieron los dos, no hubo medio de hacer entrar por vía revolucionaria á aquellos

conservadores. Finalmente, hizo el resumen de la discusión Echeverría de una manera magistral, concluyendo por declarar rechazada la proposición de Fernández.

Habiendo ido Joaquín Polo, de Baltimore, con su familia, á visitar la de Aguilera en New York, hablando de Aldama, dijo Polo que nadie conocía á éste mejor que él y refirió lo siguiente. Aldama vivía en la Habana con un boato extraordinario, pudiendo decirse que se había rodeado de una Corte en toda regla. Era el ''Médico de Cámara'' el Dr. X, con un sueldo de trescientos pesos mensuales, por la asistencia de la familia. Además consiguió el Dr. X, por influjo de Aldama, una clientela rica y numerosa en la ciudad. El corredor de todos sus negocios era un hermano del Doctor y su otro hermano el Jockey, encargado de las caballerizas. Varios otros que nombró tenían diferentes empleos. No faltaba ni aun el ''Bufón'', que era Z. Todos estos señores iban casi diariamente á almorzar ó comer con Aldama, á recibir órdenes y de allí salían á propalar lo que Aldama les mandaba. En virtud de la atmósfera de grandeza de que vivía rodeado, llegó á creerse Aldama una eminencia, de una capacidad financiera insuperable. Tuvo una vez una diferencia con Don Juan Poey, y no pudiendo sufrir que nadie se le opusiera, se propuso arruinar al ferrocarril de la Habana ó Matanzas, no recordamos cuál. Con este propósito, emprendió tirar un ramal de Güines á Matanzas, acometiendo esta empresa por sí y ante sí, pasando por encima de un terminante artículo del Reglamento del Ferrocarril que prohibía tirar ramales, á menos que no fuera con la aprobación de los accionistas. Opúsose Don Juan Poey, estableciéndose un pleito que duró quince años, y que aun subsistía, cuyo pleito absorvió muchos cientos de miles de pesos. En una ocasión había estado á punto de transigirse el litigio, siendo el mismo Polo el mediador para con Poey, pero no llegó á efectuarse por las vacilaciones de Aldama. Fué el resultado de esa lucha que las acciones del ferrocarril, que tenían una alta prima, decayeron extraordinariamente hasta el extremo de haberse perdido varios millones de pesos.

En la empresa de dicho ramal de Güines hizo entrar Aldama á la familia de los Alfonso, sus parientes, á los que estuvo á punto de arruinar, hasta el término de que Pepe Alfonso, Marqués de Montelo, que vivía en París con un lujo que podía competir con el mismo Emperador Napoleón, teniendo ochocientos mil pesos de renta anuales, debido á la referida baja de las acciones, tuvo que ''recoger velas'', y volver á la Habana á reponerse de sus quebrantos financieros.

También emprendió Aldama la formación de un ''Banco Agrícola'' en el cual se perdieron igualmente muchos miles de pesos. Acometió asimismo la formación de los ''Almacenes de Depósito de la Habana'' en la que se perdieron otros tantos.

Por último, dijo Polo que, Aldama había sido fatal en cuantos negocios había emprendido, y en los que emprendiera, á causa de que su excesivo orgullo no le permitía oir los consejos mejor fundados de sus más íntimos amigos, y de la mezquindad con que siempre procedía.

Nos apena que en este largo trabajo, siempre que nos hemos ocupado del señor Miguel de Aldama, haya sido en términos tan desfavorables; pero si hemos de ceñirnos á los datos que tenemos á la vista y á nuestra memoria, no podemos proceder de otra manera. Y no se crea que esto obdece á que los datos hayan sido proporcionados por contrarios de Aldama, que cegados por las pasiones, tan exaltadas en aquellos tiempos, sólo hayan dicho lo malo, silenciando lo bueno No. Casi todas estas referencias proceden de partidarios de Aldama, de hombres que estaban á su lado, algunos sus íntimos amigos.

Se recordará que José Antonio Echeverría, en algunas de las campañas que emprendió con Aldama, para hacer que éste se colocara á la altura de su deber, manifestó á Aguilera, que varias veces había predicho al mismo Aldama ''que la historia había de ser muy dura para con él''. El General J. G. Díaz de Villegas, uno de sus más ciegos partida-

rios y servidores, hablando en el seno de la intimidad con Aguilera, murmuraba de las flaquezas de Aldama y de lo poco que de él podían esperar sus amigos, por lo mezquino que era. El mismo Joaquín Polo, narrador de los hechos que acabamos de citar, era un ferviente partidario de Aldama, y con frecuencia sostenía polémicas con Aguilera, en las que manifestaba Polo que era necesario sostener á Aldama con todos sus defectos, para bien de Cuba.

En los seis años que estuvo Aguilera en el extranjero, á nadie oyó hablar de una manera favorable á Aldama, como no fuera á Aldama mismo. Este sí, no desperdiciaba ocasión de relatar hechos que pusieran de relieve su desprendimiento y generosidad, y mil veces repetía á unas mismas personas los grandes sacrificios que había hecho por la causa de la revolución. ¡Qué contraste más notable! Aguilera no contó jamás á nadie los inmensos y dolorosos sacrificios que Cuba le costaba, ni los innumerables beneficios que hiciera cuando poseía una fortuna. Pero Aguilera jamás pensaba en lo que había hecho por la independencia de Cuba; y sólo le preocupaba lo que por ella aun le quedaba por hacer.

No es esto decir que Aldama nunca hubiera practicado un hecho patriótico y loable que mereciera tomársele en cuenta en descargo de sus faltas. Aldama, según hemos visto en este relato, había sido un antiguo conspirador, desde el tiempo de Pintó, y quizás de mucho antes; pero si nos atenemos á lo referido por Juan Bellido de Luna á Aguilera, cuando fué sentenciado á muerte Pintó, se había invitado á Aldama á que contribuyera con cinco mil pesos que le correspondían en una suscripción que se hacía con el fin de salvar la vida á aquél, y Aldama por toda respuesta se había marchado á su ingenio más lejano y no había vuelto á la Habana hasta tiempo después de agarrotado el infeliz Pintó.

Hacía gala Aldama de que la empresa del periódico "El Siglo" de la Habana le había costado más de cincuenta mil pesos; pero según el mismo Luna, hay una historia con el dueño de la fábrica que suministraba el papel para el periódico, que en nada favorece á Aldama.

Se recordará la conversación que tuvo José Antonio Saco con Aguilera en la que le relató la falsa posición en que lo había puesto Aldama, cuando lo comprometió á establecer un periódico en Madrid, que defendiera los intereses de Cuba, según acuerdo tomado en casa del patriota José O'Farrill, comprometiéndose Aldama á girar diez ó doce mil pesos á Saco al llegar éste á París. Emprendió su viaje Saco, escribió varias cartas á Aldama desde New York y París, recordándole y pidiéndole hiciera efectivo su ofrecimiento, y Aldama no contestó ni una sola de estas cartas, siquiera para excusarse de no cumplir su compromiso.

No se cansaba de repetir Aldama lo mucho que le costaba la causa de Cuba y los grandes sacrificios que por ella había hecho, costándole la empresa del "Upton, la del "Hornet" y otras, muchos miles de pesos; y personas bien enteradas y que lo conocían mucho aseguraron á Aguilera, que las cantidades empleadas en esas expediciones no habían sido desembolsadas espontáneamente por Aldama, sino que fueron debidas á la liberalidad de su señor padre, Don Domingo, que las aprontaba á nombre de su hijo, por creer que era á éste á quien correspondía contribuir para que su patria recabara sus derechos y no á él que era español. Esto se ve comprobado con el hecho de que después que murió su señor padre, Aldama se negó resueltamente á dar nada en auxilio de la revolución.

La explicación de esto es, que en aquellos tiempos de opresión y de vejamen para los cubanos, el puesto de éstos estaba frente al Gobierno y al lado de los derechos de su patria. Aldama, que ocupaba un lugar tan prominente en la sociedad habanera y por otra parte tenía un carácter orgulloso y vano, comprendió que á poca costa podría ocupar uno de los más altos puestos entre sus paisanos descontentos, dándose así la importancia de jefe indiscutible; en tal virtud conspiró contra el Gobierno español. Pero como ni él ni sus compañeros de conspiración eran verdaderos revolucio-

narios, pues lo que querían eran reformas con el Gobierno español ó la anexión á los Estados Unidos, de aquí que acogiesen con desvío todo propósito de independencia. Era este su estado de ánimo cuando estalló la revolución de 1868. Esta los sorprendió grandemente; pero viendo que el movimiento se alzaba potente en una gran porción de la Isla, y observando lo bien dispuestos que estaban los ánimos en el resto de ella para secundarla, no se atrevieron á contrarrestarla por temor de verse arrollados, y decidieron entonces aceptarla y acogerse á ella, para de esa manera conservar siempre la preponderancia que habían tenido entre sus compatriotas; y trabajando á este fin, por medio de intrigas consiguieron que el gobierno de Céspedes los nombrara representantes de la nueva República en el extranjero.

Bien se comprenderá que estos revolucionarios forzados y de última hora, no podían ser los hombres más á propósito para acrecer los intereses de la revolución. Fué nombrado Aldama Agente General de la República, encargado de auxiliar la guerra materialmente, pero como nunca fué partidario de la revolución y veía que ésta lo había perjudicado grandemente en sus intereses y aun podía perjudicarlo mucho más, si llegaba á extenderse hacia Occidente donde tenía sus ingenios, de aquí su tibieza y falta de voluntad para auxiliarla.

CAPITULO XII

NOVIEMBRE 1875

CONSTITUCION DEFINITIVA DE LA SOCIEDAD "LA INDEPENDENCIA".—PATRIOTICA PROPOSICION DE C. F. FERNANDEZ.—SE PROPONE LEVANTAR UNA RESPETABLE SUMA ENTRE LOS TABAQUEROS.—ENRIQUE PIÑEIRO Y LA EXPEDICION DEL "URUGUAY".—SU DEFENSA DE ALDAMA.—LE CONTESTA MANUEL ANASTASIO.—ULTIMAS PALABRAS DEL PATRIOTA JOAQUIN AGUIAR.—CARGAMENTO DEL "LAURA PRIDE".—PIO ROSADO Y LA EXPEDICION DEL "URUGUAY".—HACE RESPONSABLE A ALDAMA DEL FRACASO.

Hemos visto que en la última reunión de la sociedad "La Independencia de Cuba" se citó á los asociados para que concurrieran á una nueva reunión ocho días después, con el fin de nombrar en definitiva la Junta Directiva.

Tuvo lugar esta junta general el 28 de Noviembre en "Masonic Hall". Después de la aprobación del acta anterior, se procedió á la elección de la Junta Directiva, siendo elegidos José J. Govantes para Presidente; Enrique Agramonte, para Vicepresidente; Eduardo Gato, para Tesorero, y Vocales, Marrero y otros.

El Ciudadano Fernández hizo la proposición siguiente. Cada oficial tabaquero emplearía la cantidad de cinco pesos en rama de tabaco; trabajando diez noches podía hacer mil tabacos, los que vendería en beneficio de la causa de Cuba. Dijo que si se lograba que mil compañeros aceptasen ese compromiso, en breve tiempo podía reunirse una cantidad muy respetable, treinte ó cuarenta mil pesos quizás, con lo que podría formarse una expedición en auxilio de los héroes que luchaban desnudos, hambrientos y desprovistos de toda clase de recursos por alcanzar la independencia y hacer una patria de la que ellos serían indignos si no contribuyesen con todos sus esfuerzos para alcanzarla. Enrique Agramonte pronunció un patriótico discurso en apoyo de esta proposición. Govantes suplicó á Fernández que se asociara á tres de sus compañeros para que pasaran una comunicación á los Centros de Cayo Hueso y New Orleans, pidiéndoles la secundaran; además, la sociedad se dirigiría también á dichos Centros, con el mismo objeto.

Pidió la palabra el señor Enrique Piñeyro y después de tocar otros puntos de menos importancia, se refirió á las manifestaciones hechas allí en la sesión anterior por el Coronel Fernando López Que-

ralta, referentes al vapor "Uruguay". Dijo que este vapor debió haber llevado á Cuba el valioso cargamento que el Agente General mandó á Haití, y que él no sabía cómo había ido á parar á manos de los españoles, pues se encontraba en esa época muy lejos de New York. Habiéndose perdido ese cargamento, había sido necesario mandar lo que hubiera, aunque fuera malo. Manifestó que no eran justas las inculpaciones hechas por Queralta al Agente General respecto á ese cargamento, pues nada había costado al Gobierno de la República, y según decía un refrán español: "á caballo regalado, etc.". El podía asegurar que el cargamento había sido en regalo hecho á la República de Cuba, por un eminente ciudadano, y por último, que las noticias dadas por Queralta á un "reporter" americano podían servir de mucho al Gobierno español para fundar sus reclamaciones sobre el vapor "Uruguay".

Contestó Manuel Anastasio Aguilera diciendo que tenía motivos para creer que el referido cargamento no había sido un regalo como decía el señor que le había precedido en el uso de la palabra, sino que había costado á la República una crecida cantidad de bonos, los que en su día tendría que hacer efectivos en dinero

Con este motivo se entabló una discusión entre Manuel Anastasio y Enrique Piñeyro, en la que terció Govantes y finalmente Piñeyro se vió obligado á admitir que el cargamento en cuestión había costado á la República unos cuantos millones de pesos en bonos, aunque no sabía su número ni el valor á que se habían cotizado.

Uno de los concurrentes propuso que la sociedad manifestara su sentimiento por la muerte del Vicepresidente de los Estados Unidos, Mr. Wilson, constante defensor de la causa de Cuba, lo que fué aprobado por unanimidad.

Volvió á tomar la palabra Govantes para manifestar que la sociedad debía tributar un recuerdo de gratitud á un mártir que se había sacrificado en servicio de la causa. Hizo un merecido elogio del ciudadano Joaquín Aguiar, primer maquinista del "Uruguay", muerto en Kingston, Jamaica, pocas horas después de la llegada de dicho vapor. Refirió sus últimas palabras al Teniente Coronel Pío Rosado, jefe de la expedición, al parar la máquina en el puerto, al pie de la cual se había mantenido á pesar de encontrarse gravemente enfermo: "Coronel", dijo, "ya está usted en salvo. Ahora... voy á morir..." Treinta horas después era cadáver.

Digamos algunas palabras sobre el "valioso cargamento" de armas y municiones que dijo Piñeyro había mandado Aldama á Haití, y no sabía cómo fué á poder de los españoles. Consistía aquél en una batería de seis piezas de artillería con dos mil cuatrocientos tiros y otros materiales de guerra, conseguido todo por gestiones de López Queralta. Era el mismo cargamento que Aguilera había querido llevar á Cuba en el vapor "América", y hubiera llevado, á no haberse opuesto Aldama y sus secuaces, alegando que eran pocos elementos y que su expedición debía ser mayor.

Quiso Aldama mandar á Cuba esos materiales de combate en el vapor "Uruguay" y al efecto, para que estuvieran más cerca del lugar de su destino, resolvió ponerlos en Haití. Fletó la goleta "Laura Pride", embarcó el material de guerra y lo consignó al mismo Presidente de Haití. Es de advertir que para esta operación, Aldama no se puso de acuerdo con el referido Presidente ni siquiera le comunicó de antemano su propósito. Los agentes del gobierno español que tan vigilantes estaban respecto á los movimientos de los insurrectos cubanos, pronto vinieron en conocimiento de lo que se trataba é inmediatamente dieron aviso al Cónsul de Port au Prince. Este denunció el hecho al Presidente de la República, diciéndole que sabía que los filibusteros cubanos habían consignado á su nombre un cargamento de armas para, valiéndose de su alta autoridad, introducirlo de contrabando en Cuba, violando las leyes de Aduana y las de neutralidad con una nación amiga. El Presidente, sorprendido, tan pronto se cercioró de la exactitud de la denuncia, con la llegada del cargamento, lo puso á dis-

posición del gobierno español. El cargamento fué confiscado y conducido en un barco de guerra español á la Habana.

No es extraño que Aldama procediera con tal ligereza y falta de previsión; casi siempre obraba lo mismo en lo que á Cuba se refería. Sólo cuando se trató de Aguilera, quiso abrumarlo con precauciones, ya para que su expedición fuera magnífica, ya para que el vapor reuniese todas la condiciones apetecibles, ya para poner éste á salvo de una contingencia, etc.; pero estas precauciones sabemos que no tuvieron otro objeto que imposibilitar la expedición de Aguilera.

Fué á visitar Pío Rosado á Aguilera; le refirió las peripecias de su viaje en el vapor "Uruguay". Dijo que traía varios documentos referentes á ese asunto, los que acreditaban sus extraordinarios esfuerzos por desembarcar en Cuba la expedición y los obstáculos que se le opusieron, debido á la mala organización que á todo había dado el Agente General. El carbón se le había acabado á los diez días de viaje. Aldama le había asegurado que tenía carbón para un mes. Le había dicho Aldama que el capitán Summer era el práctico que lo pondría en tierra. Sumer le dijo que no era práctico, á menos que fuese de día y con la sonda en la mano.

Entre los muchos documentos que dijo traía, había uno del capitán Summer en que declaraba que nunca le había dicho á Aldama que fuera "práctico". Otro del General Villegas en que declaraba también que Aldama había dicho á Pío Rosado delante de él, que el capitán Summer era un excelente "práctico" del punto por donde debía desembarcar la expedición. Dijo que el vapor no andaba más de cuatro ó cinco millas por hora, por lo que tardaron diez días en llegar á Islas Turcas, cuando el vapor "Taibi" que era un barco de carga y de poco andar, hacía siempre esa misma travesía en cinco días.

CAPITULO XIII

DICIEMBRE 1875

ENFERMEDAD DE AGUILERA.—NO TIENE TIEMPO PARA CURARSE.—NO PUEDE CONTINUAR UN DISCURSO COMENZADO.—DISCURSO DE PIO ROSADO.—EXPLICA SU CONDUCTA COMO JEFE DE LA EXPEDICION.—LEE VARIOS DOCUMENTOS.—H. CISNEROS HACE LA DEFENSA DE ALDAMA.—ROSADO LE REBATE.—ENRIQUE PIÑEYRO TRATA DE PROMEDIAR.—ROSADO LE REBATE TAMBIEN.—UN REPORTER PREGUNTA A AGUILERA SOBRE EL MENSAJE DEL PESIDENTE GRANT.—CONTESTACION DE AGUILERA.—EL GENERAL QUESADA LLEGA A NEW YORK.—AGUILERA CONFERENCIA CON EL.—COMUNICACION DE QUESADA AL GOBIERNO DE CUBA.—PIDE SE NOMBRE UNA COMISION PARA JUZGARLO.—DICE QUE NO TIENE DINERO PERO SI BONOS.—LOS OFRECE A AGUILERA.—QUIERE EL MISMO LLEVAR A AGUILERA A CUBA.—GOVANTES SE OPONE POR CAUSAS POLITICAS.—QUESADA OFRECE A SU HERMANO RAFAEL.—AGUILERA DICE HA DADO UN PARTE CONTRA EL—CONTESTA QUESADA QUE SU HERMANO DISTINGUE MUCHO A AGUILERA.—ESTE ACEPTA LA COOPERACION DE QUESADA.—ES OBLIGADO A ELLO POR LAS CIRCUNSTANCIAS.—ENTRE DOS MALES ELIGE EL MENOR.—AGUILERA ES SIEMPRE CONSECUENTE CON SUS IDEAS

Tiempo hacía que la salud de Aguilera se encontraba quebrantada, habiendo comenzado á minarla el mal cruel que finalmente lo llevó al sepulcro. Recordaremos que al arribar á Nassau, después del segundo fracaso de su intento de llegar á Cuba, tuvo que ocurrir al Dr. Trujillo á quien consultó sobre sus padecimientos. En el ingenio de Tejada y en Dry Harbor volvióse á sentir mal otra vez. Vuelto á Jamaica ya sintió bastante afectada la garganta y cuando llegó á New York ésta lo mortificaba bastante viéndose obligado á emplear gargarismos y pastillas, que constantemente usaba, sin encontrar alivio permanente. Sin embargo, su estado de ánimo, y la falta de tiempo para someterse á un tratamiento serio, le impedían dar ninguna atención á su mal; sólo se ocupaba en los trabajos que absorvían su

pensamiento, agenciando la manera de allegar recursos para su pronta salida á Cuba.

Habiendo sido invitado con mucho interés para una reunión de la sociedad "La Independencia", accedió á ello. Al comenzar la sesión, siendo su llegada á la plataforma saludada con entusiastas vítores y aplausos, intentó decir algunas palabras, y comenzó un corto discurso; mas debido á la fatiga que experimentaba por haberse precipitado para llegar al lugar, al pretender alzar la voz, su garganta se negó y con voz ahogada tuvo que limitarse á dar las gracias por el cariñoso recibimiento y excusarse por la interrupción de su discurso.

Después de Aguilera, tomó la palabra Pío Rosado, proponiéndose explicar su conducta como jefe de la fracasada expedición del "Uruguay".

Relató su viaje en el referido vapor, leyendo en el acto varios documentos, suscritos por el General Villegas, el Capitán Summer y casi todos los expedicionarios; la correspondencia que había mediado entre el Agente General y él, y finalmente la protesta de Aguiar que manifestaba ser la causa del mal estado en que se encontraba el vapor, la hélice que era demasiado grande. Decía también Aguiar que el Agente General no quiso acceder á sus repetidas instancias para que le permitiera probar el vapor afuera, en el mar, á fin de observar su andar y el funcionamiento de la maquinaria. No hubiera sucedido entonces que al salir el vapor con la expedición se le notaran varios defectos de los que se corrigieron algunos y otros tuvieron que dejarse, dando por resultado el fracaso de la expedición.

Después de la larga peroración de Rosado, tomó la palabra Hilario Cisneros en defensa del Agente General, leyendo dos comunicaciones de Aguiar, antes de su salida de New York, las que parecían estar en contradicción con su protesta; mas como en una de ellas aludiese á una tercera comunicación que no había llevado Cisneros, Rosado hizo notar la falta, y aduciendo nuevos argumentos destruyó la pretendida defensa de Cisneros.

Tomó la palabra Enrique Piñeyro y entre otras cosas dijo que se debía prescindir de que Aguiar podía haber pensado por la mañana una cosa y haber mejorado por la tarde su opinión. Y que no correspondiendo á la sociedad actuar como juez entre el Agente General y el ciudadano Coronel Pio Rosado, creía que el primero había llenado su cometido hasta donde le fué posible, y el segundo se había conducido como jefe de la expedición, con toda la brillantez que podía esperarse; por cuyo motivo no se debía hablar más del particular, sino ocuparse en reunir los elementos necesarios para mandar una nueva expedición.

Replicó Rosado que sentía disentir del parecer del ciudadano Piñeyro, porque en las cuestiones de hechos no se daban cabida á las presunciones. Con respecto a Aguiar, todos los allí presentes lo habían conocido y sabían que no era un loco, ni un sonámbulo, ni dado á la embriaguez, para pensar por la mañana una cosa y por la tarde otra diametralmente contraria. Sobre que el Agente General y él habían llenado perfectamente su cometido, dijo que tampoco estaba de acuerdo, porque el hecho era que una expedición había salido para Cuba libre, que esa expedición no había llegado y de consiguiente las causas debieron ser faltas cometidas por el organizador de la expedición, ó por el jefe encargado de conducirla. El miraba la cuestión desde ese punto de vista y creía no había otro. Los defensores del Agente no quedaron bien parados; la sesión se concluyó á las once y media de la noche.

Recibió Aguilera de manos de Govantes una carta de Carlos de Varona fechada en París, en la que decía que el General Manuel de Quesada salía para New York inmediatamente y se avistase con él. Hablaron largamente Aguilera y Govantes sobre el particular; manifestó éste que le había hablado á Ramón Martínez para que lo presentase al General Quesada tan luego como llegase á New York. Era conveniente que él le hablara antes que Aguilera.

Habiéndose abierto las Cámaras Americanas y leído el mensaje del Presidente Grant, fué un reporter del periódico americano "The Tribune" á visitar á

Aguilera para saber su opinión respecto á lo que el Presidente decía sobre Cuba. Contestóle Aguilera que nunca había esperado del mensaje del Presidente más de lo que decía, porque el Gobierno de los Estados Unidos sólo obraba á impulsos de su propia política y estaba persuadido de que dicho Gobierno no reconocería al de Cuba hasta después que ésta hubiese logrado su independencia. Después de hacerle otras manifestaciones en el mismo sentido, se retiró el "repórter".

Estuvieron á visitar á Aguilera el Teniente Coronel Coligny y Leoncio Prado, hijo este último del General Mariano Ignacio Prado del Perú. Este joven, en unión de sus dos hermanos Grocio y Justo y el referido Teniente Coronel, habían ido á ofrecer sus servicios al Gobierno de Cuba. Aguilera les dió las gracias en nombre de Cuba por tan generosa determinación y como ellos mostraran deseos de acompañarlo en su próximo viaje á Cuba y le suplicaron les dijese si el referido viaje tardaría más ó menos tiempo en efectuarse. Aceptó Aguilera gustoso el ofrecimiento y les manifestó que en breve les diría el tiempo que podría demorar su partida. Debemos decir que estos hermanos Prado, eran tres jóvenes valientes y distinguidos, lo mismo que el Teniente Coronel Coligny. Los cuatro habían tomado parte en la fracasada expedición del vapor "Uruguay".

Habiendo llegado el General Quesada á New York, le fué presentado Govantes por Ramón Martínez. No pudo aquel hablarle de los asuntos que le interesaba, por haber otras personas presentes. Le pidió una cita en nombre de Aguilera. Convinieron en reunirse los tres á la una del día siguiente en casa de Quesada.

El día y hora convenidos llegaron Aguilera y Govantes al lugar de la cita. Quesada los recibió muy afable en un pequeño salón. Después de los saludos correspondientes entraron en materia.

Comenzó Aguilera exponiendo lo crítico para la patria de aquellos momentos, con motivo de hallarse el grueso de las tropas revolucionarias comprometidas en las Villas, luchando con un enemigo tenaz y no haber esperanzas de que el Agente General pudiese hacer nada en su auxilio, estando detenido el vapor "Uruguay" en Kingston y no contando dicho Agente con fondos para sacarlo, ni haber en la emigración quien quisiera facilitárselos. Dijo además, que el Agente acababa de publicar un suelto en los periódicos invalidando los bonos suscritos por Mayorga y Ramón Céspedes, lo que no sólo redundaba en descrédito de la República, sino que lo incapacitaba á él mismo para hacer cualquier clase de negociación. En tal virtud era urgentísimo que realizase su viaje á Cuba, sin pérdida de tiempo, para informar al Gobierno de lo funesto que era para la causa, la permanencia del Agente Aldama al frente de los asuntos de la República. Para realizar su viaje necesitaba ocho ó diez mil pesos, con objeto de llevar al mismo tiempo algunos elementos de guerra. En vista de la situación descrita deseaba saber si Quesada podía facilitarle esa cantidad ú otra más pequeña, aunque en ese caso iría á Cuba con menos recursos.

Contestó Quesada que estaba completamente de acuerdo sobre los dos primeros particulares y con respecto al tercero, hablarían después. Antes de seguir adelante, dijo, quería definirles su situación actual. Sacó entonces un libro copiador de cartas y leyó una extensa comunicación que había dirigido al Presidente Salvador Cisneros por triplicado, y de la que dijo no había recibido aun respuesta. Comprendía una narración de todos los actos de su vida política, desde el comienzo de la revolución hasta la fecha, en que hacía resaltar con vivos colores todos sus servicios prestados y la constante oposición que le había hecho Aldama para que no lograse auxiliar la revolución. Finalmente concluía rogando encarecidamente al Gobierno que: bien mandase un comisionado para que lo sometiese á un juicio allí, donde tenía todos sus comprobantes,. cuyo fallo desde luego acataría, ó bien hiciera una declaratoria manifestando que no necesitaba de sus servicios por considerarlo perjudicial á los intereses de la patria, á cuyo fallo se sometería igualmente con la misma sumisión. Entonces se retiraría á trabajar para su familia

con la conciencia tranquila por haber hecho cuanto humanamente le había sido posible en beneficio de la causa de Cuba.

Dijo que tenía una carta de Aldama en que proponía al Presidente Cisneros la anulación de los bonos firmados por Mayorga y también por él y Don Carlos del Castillo, y otra comunicación del Gobierno en que daba por válidos dichos bonos, pues decía que anularlos redundaría en descrédito de la República. Que ambas comunicaciones se las dió un amigo que las había interceptado; y que conociendo por antigua experiencia la mala fe de Aldama, y presumiendo que había de anular los bonos de Mayorga, se había reservado una gran cantidad de los de Morales Lemus, que no estaban sujetos á ninguna controversia. Manifestó á Aguilera que él no tenía dinero en efectivo con que auxiliarlo para su expedición, pero que podía contar con sus bonos siempre que pudiese negociarlos. Añadió que era indispensable que Aguilera fuera pronto á Cuba, y deseando que no tuviera otro fracaso como los anteriores, deseaba llevarlo él mismo, ó si no él, su hermano Rafael, en quien tenía tanta confianza como en sí mismo.

Objetóle Govantes que no le parecía conveniente, por razones políticas que estaban á su alcance, que fuera él quien llevara á Aguilera á Cuba; y con respecto á su hermano Rafael, estaba muy lejos (en Méjico) y no podían esperar su llegada á New York, pues Aguilera debería salir dentro de dos ó tres semanas para que fuera fructífero su viaje.

Insistió Quesada diciendo que sólo su hermano Rafael podía desembarcar en Cuba á Aguilera, en salvo, con su expedición, por el conocimiento práctico que tenía de las costas y de las precauciones necesarias para no fracasar, etc. Con respecto á la distancia, dijo que podía ponérsele un telegrama para que inmediatamente emprendiera el viaje, y estaba seguro de que estaría allí dentro de veinte días.

Manifestó Aguilera que además de la dificultad dicha por Govantes, para admitir la oferta de su hermano Rafael, había la de que él (Aguilera) había dado un parte contra el mismo Rafael, cuando los sucesos de New Orleans.

Contestó Quesada que alguna noticia tenía de ese asunto, que había coincidido con la polémica sostenida entre su hermano y Lacoste; pero que todo fué obra de los aldamistas que habían acompañado á Aguilera, quienes transfiguraron los hechos; tan era así, que su hermano Rafael jamás había tomado en boca el nombre de Aguilera sino para ensalzarlo y llenarlo de encomio.

Objetó Govantes que Aguilera no podía ir bajo las órdenes de Rafael Quesada por tener el primero mayor graduación militar. Contestó Quesada que era incapaz de proponer tal cosa, pues como militar sabía que eso no era posible. Su hermano Rafael iría completamente subordinado á Aguilera y no tendría otras funciones que la de un auxiliar con quien Aguilera podía contar para oir su consejo en cualquiera de las mil peripecias que pudieran presentarse.

Allanadas de esta manera todas las dificultades por Quesada y apremiados por la situación, no tuvieron otro remedio que aceptar la directa cooperación de Quesada si Aguilera quería ponerse en Cuba.

Volviendo á hablar de los bonos, dijo Govantes que tenía quien los negociara á razón de tres centavos por peso y formó el cálculo de que á ese tipo se necesitarían unos cuatrocientos mil pesos para la pequeña expedición. Contestó Quesada que podía contar con esa cantidad ó con otra mayor si la necesitaba. Respecto al telegrama que debía ponerse á Rafael Quesada, se redactó allí mismo, quedando Govantes en trasmitirlo.

Despidiéronse de Quesada en el mejor acuerdo, yendo Govantes, por indicación de Aguilera, á ver al negociante de los bonos.

En el curso de esta obra hemos visto lo opuesto que siempre fué Aguilera al General Manuel de Quesada y los motivos en que fundaba su oposición. Sin embargo, lo vemos ahora cómo se ligaba á él para que lo ayudase á realizar su empresa. Este solo hecho, practicado por hombre de las condiciones de Aguilera, puede, mejor que nada, dar una

idea de la crítica y angustiosa situación en que se encontraba.

Estaba resuelto á ir á Cuba á todo trance en el más breve tiempo posible; en ese viaje estaba comprometido el interés de la patria y su honor personal, y se encontraba allí impotente para realizarlo por falta de recursos. Cuantas puertas había tocado las encontró cerradas; los ricos de la emigración le habían negado su apoyo, las dádivas de los pobres eran demasiado exiguas para llenar el monto que necesitaba; tenía muy malas noticias de la Comisión que mandaron á Cayo Hueso; necesitaba sostener los prácticos que debía llevar, pues si se dispersaban corría peligro de no encontrarlos cuando los necesitase. En tales momentos sólo Quesada le ofrecía algún apoyo.

Según, con toda sinceridad, había dicho á Quesada, la revolución estaba pasando por una crisis terrible. Una parte muy importante del Ejército libertador se encontraba luchando en las Villas contra un enemigo relativamente poderoso; á ese ejército era necesario auxiliarlo para que no se viese en la alternativa de retirarse ó ser aniquilado: ese auxilio no podía irle de otra parte que del extranjero y el Agente allí, ya hemos visto que era completamente inepto para impartírselo.

Las torpezas cometidas con la expedición del "Uruguay" probaban esa ineptitud, y lo ocurrido con Aguilera probaba que además de ineptitud había falta de voluntad para acudir á las necesidades de la patria.

Primero era tener patria y ésta se perdía en manos de Aldama. Aguilera se echó pues en brazos de Quesada para salvar la patria y una vez asegurada su existencia, entonces combatiría á Quesada, siempre que tratase de arrancar á aquella su libertad. En este acto como en todos los de su azarosa vida, Aguilera no se desvió ni lo más mínimo de la senda que había emprendido: senda llena de sacrificios en la que para nada contó su personalidad ni sus sentimientos particulares.

CAPITULO XIV

DICIEMBRE 1875

MALAS NOTICIAS RESPECTO A LOS BONOS.—SUSCRIPCION DE ALDAMA PARA LOS HIJOS DEL SEÑOR PRADO DEL PERU.—NADIE QUIERE CONTRIBUIR.—H. CISNEROS APESARADO.—CONTESTACION DE AGUILERA—ACTITUD DE H. CISNEROS RESPECTO A AGUILERA Y ALDAMA—EMINENCIAS QUE ESTABAN AL LADO DE ALDAMA.—AGUILERA SOLO CONTABA CON UN HOMBRE QUE LO AUXILIASE—AUN ESTE QUERIAN ARREBATARSELO.—DECIAN QUE AGUILERA ESTABA SUGESTIONADO POR EL.—ALTERCADO ENTRE JUAN LUIS PACHECO Y ALDAMA.—INSULTOS QUE PROFIEREN.—H. CISNEROS PROMEDIA.—VISITA DE FERNANDO ESCOBAR.—SONDEA A AGUILERA RESPECTO A LA "AUTONOMIA" Y LA ANEXION.—CONTESTACION DE AGUILERA CREYENDOLAS IMPOSIBLES.—CUBA RESISTIRIA A TODO TRANCE LA ANEXION.—APELARIA A LAS NACIONES DE EUROPA.—AGUILERA INDEPENDIENTE—SU BELLO IDEAL LA "CONFEDERACION ANTILLANA"—DE EL SACABA ALIENTO PARA COMBATIR TODAS LAS CONTRARIEDADES.

En la noche del mismo día que tuvo Aguilera la conferencia con Quesada á que nos hemos referido, fué Govantes á ver á aquél y le dijo que había hablado al corredor de los bonos, diciéndole éste que debido al Mensaje del Presidente Grant el valor de los mismos bonos había bajado. Sin embargo, dijo Govantes que creía poder colocarlos á razón de dos y medio centavos por peso.

Fué Aguilera á visitar á Vicente Justi. Manifestóle éste que Hilario Cisneros estaba muy apesarado, porque Aldama trataba de hacer una suscripción para el sostenimiento de los hijos del General Prado del Perú y todos se habían negado á contribuir; que eso era inaudito, porque los cubanos debían, no sólo por deber de gratitud, sino por conveniencia, obrar de diferente manera con

los hijos de un hombre que probablemente sería elegido Presidente del Perú, en las próximas elecciones.

Contestó Aguilera que era natural que así pasase á Aldama, pues tenía la costumbre de no encabezar ninguna suscripción, reservándose siempre para el último, cuando era el obligado á ser el primero, por su cargo, su posición y su riqueza. Además, dijo que bien visto, Aldama no tenía necesidad de ocurrir á esa suscripción, pues para unos tres ó cuatrocientos pesos, que sería lo necesario, bien podían suplirlos de su bolsillo él y sus yernos ricos. Sin embargo, manifestó que caso que Aldama no pudiese hacer nada por los hijos del General Prado, él, por más que no estuviese tan rico como Aldama, estaba dispuesto á hacer un esfuerzo para llenar ese deber.

Conversando con su amigo Joaquín Polo, le refirió éste que había oído á Hilario Cisneros lamentarse de la fatal divergencia que había entre él— Aguilera—y Aldama. Decía que había llegado á New York un cubano rico, dispuesto á dar cinco mil pesos para la causa de Cuba y habiendo sabido el disgusto entre Aguilera y Aldama, tan sólo había dado mil, dividiéndolos entre los dos.

Contestó Aguilera que no había tal cosa; él habló al referido cubano—Tarafa—y efectivamente, le había dado quinientos pesos á él y otros tantos á Aldama, asegurándole que no podía contribuir con un peso más, cuando le suplicó le facilitara, en calidad de devolución, cuatro ó cinco mil pesos que necesitaba para salir á Cuba en el término de dos meses.

Dijo también Polo que Hilario Cisneros se había separado completamente de la política cuando empezó la controversia entre él y Aldama, y sólo volvió á ella luego que Aldama lo llamó para que lo auxiliase. Contestó Aguilera que Cisneros había sido su primer consultor y secretario, habiendo redactado las primeras cartas que dieron lugar á su cuestión con Aldama; después, cuando se convenció Cisneros de que nada podía conseguir, en buenos términos, de Aldama, lo había abandonado—á Aguilera—dándole á comprender que, como ambos eran sus amigos, quería apartarse de la cuestión. Entonces fué cuando ocurrió á Govantes, para que llenase el puesto que Cisneros había dejado. Govantes accedió de buena voluntad y desde ese momento tomó su defensa con ardor.

Añadió Aguilera que Govantes era el único hombre con quien contaba para que lo auxiliase en las críticas circunstancias en que Aldama lo había colocado, y no atinaba á comprender que idea de justicia tenían los hombres que querían separarlo de la única persona que tenía á su lado para que quedase completamente solo, cuando Aldama tenía tantas eminencias que lo aconsejasen, lo ayudasen y estuviesen completamente á su disposición; eran éstos los grandes abogados, Echeverría, Mestre, Martín Rivero, Nestor Ponce de León, Hilario Cisneros, etc. Los Doctores Gálvez, Illas y otras muchas capacidades más. De manera que parecía que en el concepto de esos hombres, Aldama estaba facultado para aconsejarse con todas las notabilidades que estaban á su servicio, y él no podía hacerlo con el único que, si no era notabilidad, era la sola persona que se había puesto á su lado.

Fué Aguilera al vapor que salía para Cayo Hueso á despedir al joven Augusto Estrada, hijo de su antiguo y buen amigo y paisano Esteban Estrada, que partía para aquel lugar. Encontró á Juan Luis Pacheco que había llegado del Cayo. Refirióle Pacheco que acababa de tener un serio disgusto con Aldama. A la sazón de encontrarse en el escritorio de Hilario Cisneros y estarlo éste catequizando para que se hiciese cargo del vapor "Uruguay", entró Aldama. Inmediatamente Cisneros, Benito Bermúdez y otros que estaban allí se levantaron dándole la mano; trató él de hacer lo mismo y Aldama se la retiró diciendo que no podía dar su mano al hombre que hablaba mal de él á sus espaldas. Pacheco en medio de su sorpresa trató de satisfacerlo diciendo que él no acostumbraba hablar mal á espaldas de nadie, sino muy de frente y desearía saber quién le había informado tal cosa. Aldama le contestó que registrara su conciencia y ella se lo diría. Entonces Pa-

checo, ya excitado le contestó que si él había dado crédito á semejantes asertos, era "un miserable", porque no se había atrevido á pedirle una explicación como caballero. Aldama contestó que no lo había hecho porque lo consideraba un muchacho, indigno de medirse con él en ningún terreno. Mientras tanto Cisneros, saliendo del estupor producido por el inesperado altercado, trató de promediar calmando á uno y otro. Pacheco volvió á sentarse al escritorio, á concluir una carta comenzada, y Aldama salió amenazando á Pacheco con que "ya se verían".

Por la noche estuvo á visitar á Aguilera Fernando Escobar. Entre otras cosas le dijo que había sabido de "muy buena tinta" que algunos partidarios de Aldama trabajaban por la "Autonomía" para Cuba, con objeto de salvar sus intereses.

Contestó Aguilera que la autonomía había tenido su oportunidad antes de la revolución, pero que ya estaba muerta y sólo podría pensar en ella algún cerebro enfermo. Después de disparado el primer tiro de la revolución, no había alternativa posible sino independencia ó muerte. Seguidamente le preguntó Escobar si los cubanos no admitirían la anexión á los Estados Unidos, pretendida por algunos, como término medio. Dijo que en el departamento Occidental había un gran partido anexionista. Por la manera de hacer estas preguntas, comprendió Aguilera que Escobar quería sondear su opinión, la del Gobierno y del Ejército Libertador. Contestóle que el partido anexionista había sido muy numeroso en Cuba española y aun en Cuba libre al principio, cuando no era conocido el verdadero carácter "yankee" y se creía que el Gobierno de los Estados Unidos reconocería inmediatamente á los cubanos como beligerantes y se acabaría pronto la guerra, salvándose las propiedades. Pero que después de siete años de lucha, cuando las propiedades del Centro y de Oriente se habían destruído, era una quimera pensar en la anexión. Cierto que en el departamento Occidental los dueños de ingenios se avendrían muy bien con esta solución, pero componían un número muy reducido comparado con la masa del pueblo cubano que estaba todo por la independencia absoluta.

Con respecto á Cuba libre, dijo que tanto el Gobierno como el Ejército, rechazaban la anexión; y aun en el caso improbable de que los Estados Unidos quisiesen imponerla por las argucias de la diplomacia ó las bayonetas, siempre quedaba á los cubanos el recurso de protestar enérgicamente contra el despojo y apelar inmediatamente á la protección de Inglaterra, Francia y Alemania que tenían igual interés que la misma Cuba en que ésta no formase parte de la constelación Norte Americana. Añadió que estaba persuadido de que esas naciones coaligadas, harían entrar en razón á los Estados Unidos y los obligarían á renunciar á su empresa. Ellas obrarían así, no por favorecer á los cubanos sino por la conveniencia particular de cada una, para las que sería muy peligroso que los Estados Unidos llegasen á poseer la llave del Golfo de Méjico. Todo esto sin contar los recursos materiales y morales con que podrían favorecer á Cuba las repúblicas Sur Americanas, que estaban tan interesadas como Europa y como Cuba, en que ésta no fuese absorvida por el coloso Norte Americano.

Estas mismas fueron siempre las aspiraciones de Aguilera, respecto á su querida Cuba. Recordaremos que en la noche del 31 de Diciembre del año anterior, en una cena familiar á la que concurrieron algunos de sus amigos con objeto de esperar el Año Nuevo, en una discusión que se suscitó con López Queralta, declaró Aguilera que si él hubiera podido pensar que la suerte de Cuba había de ser la anexión á los Estados Unidos, ni hubiera iniciado aquella revolución ni la habría apoyado, caso que otro la hubiera emprendido. En cambio, se recordará también la conversación que tuvo en París, con el Diputado por la Isla de la Martinica Mr. Germain Cassé, en la que dando expresión á las aspiraciones de su alma, le trazó un cuadro bellísimo de la Confederación Antillana, de la que su adorada Cuba formaría el centro, y como hermana solícita y cariñosa iría atrayendo ha-

cia sí sus hermanas menores, para que gozaran con ella de los beneficios de la libertad; y que al despedirse Aguilera, Mr. Cassé no pudo menos que decir á otro amigo que les servía de intérprete estas palabras: "¡qué ideas más grandiosas, las de este hombre!" Desde entonces Mr. Cassé fué un asiduo amigo y admirador de Aguilera.

En diversas ocasiones hemos preguntado dónde hallaría Aguilera energía suficiente para no desfallecer nunca, á pesar de los innumerables obstáculos que encontró en su camino. Qué poder sobrenatural le comunicaría aquella fe, aquel ardor y perseverancia en cantidad tan prodigiosa que no sólo le bastase para hacer frente á tantas decepciones y contrariedades, sino que le quedase remanente con que infundir aliento á los que á pesar de ser considerados fuertes, veía desfallecer á su lado. Era que al evocar el cuadro grandioso que llevaba gravado en su alma; al ver á la virgen Cuba, el objeto de sus amores, convertida en arrogante matrona, rodeada de sus menores hermanas á quienes ella, después de haberse dignificado por su solo esfuerzo, atraía hacia sí para dignificarlas á su vez, haciéndolas miembros integrantes de una nación grande, libre y feliz; al contemplar ese seductor ideal, comprendía que para realizar obra tan grande, eran necesarios hombres grandes y también grandes secrificios. Por eso todos los obstáculos, todas las amarguras y desengaños á que se vió sometido, al compararlos con el fin grandioso que perseguía, le parecieron pequeños, y se creía en el deber de alzarse sobre todos, para mantenerse á la altura de la obra sublime para la que ponía la primera piedra.

CAPITULO XV

DICIEMBRE 1875

SOCIEDAD "LA INDEPENDENCIA".—INAUGURACION DE SUS CONFERENCIAS.—AGUILERA ASISTE A ELLA CON SU FAMILIA.—BRILLANTE DISCURSO DE ENRIQUE PIÑEIRO.—AGUILERA DISIENTE DE ALGUNOS PARTICULARES.—POESIAS DE DIEGO V. TEJERA Y LUIS BARALT.—FIN EDUCADOR DE LA SOCIEDAD.—ALDAMA ANULA LOS BONOS FIRMADOS POR MAYORGA Y R. CESPEDES.—UN ESPECULADOR PROPONE COMPRARLOS.—QUIERE AGUILERA LE ASEGURE QUE LLEGADO A CUBA LOS RECONOCERA COMO BUENOS.—AGUILERA ACEPTA.—PROYECTADA NEGOCIACION DE UN MILLON EN BONOS.—QUESADA FACILITA SEISCIENTOS MIL.—CONFERENCIA DE QUESADA CON AGUILERA Y GOVANTES—QUESADA EXPONE SU PROYECTO DE EMPRESTITO EN LONDRES.—ESTA RELACIONADO CON EL RECONOCIMIENTO DE INDEPENDENCIA.—UN ACREDITADO BANQUERO AL FRENTE DEL PROYECTO.—OBSEQUIOSIDAD DE QUESADA CON AGUILERA.—CONTRASTE ENTRE QUESADA Y ALDAMA.

Fué López Queralta á ver á Aguilera. Dijo le llevaba una buena noticia; el General Quesada la había encargado le dijese que podía contar con mil Remingtons y quinientas mil cápsulas que tenía en París y ponía á su disposición. Contestó Aguilera que el ofrecimiento era magnífico, pero de momento lo que importaba era que él llegara pronto á Cuba para variar las cosas en el extranjero y que la causa de Cuba fuera debidamente atendida.

Aquella noche llevó Aguilera á sus hijas, acompañadas de la señora Carmen de Miranda y Sofía Pimentel á la inauguración de la sección de literatura de la sociedad "La Independencia de Cuba" en Masonic Hall. Fué el encargado de pronunciar el discurso inaugural el ciudadano Enrique Piñeyro; el tema que se propuso desarrollar: "Causa de la rápida prosperidad de los Estados Unidos". Su discurso fué brillante habiendo hecho algunas descripciones magníficas, pero á Aguilera no le parecieron bien traídos algunos símiles. Hizo un paralelo entre Cristóbal Colón y Jorge Washington, considerando á ambos como

glorias americanas. Tampoco lo conceptuó feliz al comparar la guerra de secesión de los Estados Unidos con la de "Las Cruzadas". Igualmente no lo creyó acertado en asegurar la perpetuidad de la existencia de aquella gran República, cuando tantos notables publicistas sostenían lo contrario.

El joven Diego Vicente Tejera recitó dos bellísimas composiciones suyas que fueron muy aplaudidas: "La Madrugada en Cuba" y "La Estrella Solitaria". El joven Luis Baralt recitó también una poesía, traducción suya del italiano, titulada "La Antigua Gloria de Italia" que gustó mucho también.

A las nueve y media de la noche terminó la conferencia, saliendo muy complacidos los concurrentes.

Estas conferencias obedecían al fin educador y social que indicó Aguilera á la comisión que, inspirada por Aldama y sus secuaces, calificó de "anárquica" á esa sociedad.

Dijo Govantes que había hablado al Corredor de los bonos. Le dijo éste que por motivo del Mensaje del Presidente Grant, sólo querían pagar dos centavos el peso, por los bonos de Morales Lemus; Govantes se había sostenido en dos y medio centavos. Manifestó también que el mismo Corredor le había hecho otra proposición mucho más ventajosa, y era la siguiente. Si le aseguraba que á la llegada de Aguilera á Cuba, hacía que se reconocieran como buenos los bonos de Mayorga y Céspedes, tomaría un millón de dichos bonos por diez mil pesos en dinero. Le reveló que el negociador de dichos bonos era el General B. Le propuso, además, que después que estuviese en fuerza la legalidad de los bonos, el alza que tuviesen se dividiría en cuatro partes correspondiendo una de ellas á la causa de Cuba. (a)

Aguilera, que puede decirse estaba con "el dogal al cuello" queriendo marchar inmediatamente para Cuba, contestó que aceptaba, y una vez en Cuba trataría por todos los medios posibles de cumplir su compromiso. Como ellos no tuvieran bonos, acordaron que Govantes iría la misma noche á ver si Quesada tenía algunos ó si podía conseguirlos.

Al día siguiente dió Govantes cuenta á Aguilera de su comisión. Díjole que á Quesada le había parecido muy buena la negociación pero le manifestó que de los bonos firmados por Mayorga y Céspedes sólo tenía seiscientos mil pesos. Sin embargo dijo haría diligencias por conseguir con sus amigos el resto hasta un millón.

Lo informó también Govantes de que Quesada le había referido que en Inglaterra tenía emprendida la negociación de un empréstito por doscientos millones de pesos. La había tenido muy adelantada y conservaba en su poder todos los documentos referentes á ella. Le dijo que era conveniente que tuvieran una reunión para que trataran del asunto. Convinieron Govantes y Quesada en que el primero avisaría á Aguilera y á la noche siguiente se reunirían los tres en casa de Quesada.

A las siete de la tarde siguiente fueron Aguilera y Govantes á ver á Quesada. Este los recibió con su cortesanía acostumbrada y desde luego entraron en materia. Refirió Quesada que en Londres se había puesto en relación con un banquero americano, el Coronel XX, persona de mucha influencia en los altos círculos financieros de Europa. Este señor le había asegurado que era fácil obtener allí un empréstito de doscientos millones de pesos para la República de Cuba, y más, si necesario fuera; al mismo tiempo que conseguir que España reconociera la independencia de la Isla, siempre que ambos asuntos fueran manejados con habilidad. Manifestó que estaba dispuesto á hacerse cargo del negocio y no necesitaba otra cosa para emprenderlo, que estar debidamente autorizado por el Gobierno de Cuba, en la forma requerida para esos casos.

Quesada acogió con entusiasmo la idea del banquero y le suplicó le dijese algo

---

(a) Debemos decir que esos bonos, firmados por Mayorga y Ramón Céspedes, habían sido anulados por medio de la prensa por Aldama, siendo el objeto que lo movió á ese acto, que Quesada los había retenido, no haciendo entrega de ellos cuando fué relevado de su cargo de Agente Confiidencial. Sabía Aldama que Quesada había negociado y negociaba los bonos por su cuenta, y para entorpecer ese abuso anuló dichos bonos sin pararse en el daño que causaba al crédito de la República. En adelante, cualquiera de los otros bonos que se ofrecieran en el mercado, despertarían el temor de que á su vez fuesen anulados también como lo habían sido los de Mayorga y Ramón Céspedes. Además era injusto que los individuos que de buena é habían comprado bonos á Quesada, perdiesen el dinero que or ellos habían pagado.

respecto á su plan. Este continuó diciendo que tocante al empréstito, estaba en relación con los banqueros de Alemania, París y Londres; en esta última ciudad residían los tenedores de gran parte de la deuda española, los que consideraban en mucho peligro su dinero, y acogerían con beneplácito cualquier medio que se les ofreciese para cobrarse de España. A esta nación se le ofrecerían ciento cincuenta ó doscientos millones de pesos como precio del reconocimiento de la independencia de Cuba, cantidad que abonaría ésta en las condiciones que se estipulasen. A los banqueros de las referidas naciones les sería fácil conseguir que sus Gobiernos apoyasen fuertemente la negociación, dirigiendo á Alfonso XII excitaciones enérgicas, y obtenido esto, se presentaría entonces en Madrid el comisionado especial de Cuba, para agitar el asunto y llevarlo á cabo. Añadió que él estaba dispuesto á ser el comisionado y se atrevía á asegurar que daría un resultado favorable.

Manifestó Quesada que había tomado informes sobre el referido banquero y supo que gozaba la fama de ser uno de los de mayor reputación. Tuvo varias conferencias con él respecto al asunto y finalmente le pidió que redactase las bases de la negociación. Lo hizo el banquero y Quesada ofreció dar á Aguilera dichas bases traducidas al español para que las llevase á Cuba y las presentara al Gobierno.

Siguieron hablando respecto al próximo viaje de Aguilera. Govantes presentó á Quesada el presupuesto de la pequeña expedición que ascendía á doce mil pesos. Quesada lo encontró corto.

Preguntó Aguilera si podría darle los bonos que tenía de Mayorga. Quesada le contestó afirmativamente entregándoselos enseguida. Hizo Aguilera que Govantes se encargara de ellos, recomendándole que viera el Corredor y se los entregara á cuenta, tratando de cerrar trato con él, á reserva de darle el resto dentro de breves días.

Manifestó Quesada que había recibido contestación telegráfica de su hermano Rafael en Méjico, diciendo que se ponía en camino inmediatamente para Nueva Orleans.

Durante la conferencia, Quesada estuvo muy obsequioso con Aguilera, le dijo quería le hiciese el obsequio de admitir su espada, su revólver y media docena de mudas de ropa nueva que se había mandado hacer para usar en Cuba, cuando pensó embarcarse para allí. Aguilera no pudo menos que admitir un obsequio que se le hacía con tanta finura. Asimismo le regaló un par de guantes por haber olvidado Aguilera los suyos en su casa y hacer mucho frío.

Es indudable que era Manuel de Quesada un carácter. Hombre hábil, espléndido y patriota. Lástima para Cuba que sus condiciones morales hubiesen dejado tanto que desear. A no haber sido por esta desgraciada circustancia y su ambición de mando, ¡cuánto bien hubiera podido hacer en el extranjero! ¡Qué contraste entre el espléndido Quesada y el raquítico Aldama!

CAPITULO XVI

DICIEMBRE 1875

FRACASO DE LA NEGOCIACION DE LOS BONOS.—OBSERVACIONES DE QUERALTA A AGUILERA.—CARGOS QUE A ESTE HARIAN EN CUBA.—AGUILERA LOS RECONOCE.—ESTA RESUELTO A EMBARCARSE PARA CUBA DE CUALQUIER MANERA.—GOVANTES APOYA A AGUILERA.—LOS HIJOS DEL GENERAL PRADO.—DEPLORABLE ESTADO EN QUE SE ENCONTRABAN.—CON TRAJE DE VERANO EN EL RIGOR DEL INVIERNO.—AGUILERA SE PROPONE SOCORRERLOS.—VELADAS DE LA SOCIEDAD "LA INDEPENDENCIA".—CONVERSACION DE AGUILERA CON J. POLO.—INFORMES DE MR. DILLER FAVORABLES A ALDAMA.—DESCARGOS DE ALDAMA RESPECTO A LA EXPEDICION DEL "URUGUAY".—POLO LOS APOYA.—AGUILERA LOS REBATE.—EJEMPLOS QUE LE PONE CITANDO VARIOS ESPECIALISTAS.—REGRESO DE MOREY DE CAYO HUESO.—NINGUN RESULTADO DE SU EXCURSION.

Fué López Queralta á visitar á Aguilera . Manifestó que la noche anterior no había podido dormir porque Govantes le dijo que, en virtud de haber fracasado la negociación de bonos, Aguilera tendría que marcharse á Cuba solo, sin expedición. Dijo que lo acompañaría aunque fuera en un bote, si se lo ordenaba, pero que en su concepto sería de muy mal efecto que fuera á Cuba en esas condiciones, cuando con doce ó catorce mil pesos podía llevar una bonita expedición. En Cuba le harían cargos por no haber hecho su viaje antes, cuando en una ocasión llegó á tener hasta veinte mil pesos.

Contestó Aguilera que comprendía la ventaja de presentarse en Cuba con una buena ó regular expedición; y aunque él, refiriendo la historia de los hechos, podía hacer ver las intrigas de que había sido víctima y que últimamente se le despojó de la expedición que á costa de tantos afanes había logrado preparar, sin embargo, estaba persuadido de que aquellos patriotas, que no tenían la más remota idea de lo que era la emigración pudiente en el extranjero, no le harían toda justicia. Sin embargo, añadió que buena ó mala tenía que acomodarse á la realidad, y ésta era que si deseaba llegar pronto á Cuba, tenía que renunciar á llevar una expedición, por modesta que fuese, y lanzarse en un bote con los compañeros que quisiesen compartir su suerte.

Como no supiese Aguilera el resultado definitivo de las gestiones de Govantes para vender los bonos, invitó á Queralta á que lo acompañase á ver á aquél, para resolver.

Reunidos los tres, manifestó Govantes que la reciente publicación en los periódicos, hecha por Aldama, anulando los bonos emitidos por Mayorga y Céspedes, había desacreditado tanto los bonos cubanos todos, que los americanos no hacían diferencia ninguna entre ellos, mirándolos con igual desconfianza, motivo porque no había ya quien quisiera pagar los buenos, de la emisión de Morales Lemus, ni á dos centavos el peso. El Corredor que le había ofrecido tomar los de Mayorga y Ramón Céspedes con la garantía de Aguilera, se había arrepentido. Sin embargo, seguía trabajando para reanudar la negociación.

Habiendo repetido Queralta lo que había dicho á Aguilera respecto á la inoportunidad de presentarse en Cuba sin elementos de guerra, dijo Govantes que Aguilera tenía razón en querer marchar inmediatamente á todo trance, máxime cuando las elecciones para Presidente debían hacerse en el mes de Enero. A Aguilera le convenía estar allí antes de esa fecha, para evitar que otra administración que no tuviera conocimiento de lo que pasaba en el exterior, fuera á prolongar la permanencia de Aldama en la Agencia, lo que hundiría la causa de Cuba irremediablemente.

Fué Pío Rosado á visitar á Aguilera. Dijo que había visto los hijos del General Prado en casa de Hilario Cisneros, todavía con trajes de verano, muy estropeados y sin sobretodo—era el 19 de Diciembre.—Los había reconvenido por no haberle dicho que estaban en esa

condición. (a) Ellos le confesaron que estaban muy mal, pues el Agente sólo les pagaba el cuarto y la comida; estaban allí porque Cisneros los mandó llamar para comprarles ropa de invierno. Dijeron que de todas maneras lo pasarían mal mientras no les llegase el dinero que habían pedido á su padre; no tenían un centavo y en aquella ciudad cada paso costaba dinero. Preguntóles Rosado cuánto necesitarían mientras llegase el dinero de su padre. Le contestaron que eran cinco y calculando necesitar cuarenta pesos cada uno, hacían doscientos pesos. Rosado les contestó que hablaría á sus amigos y trataría de reunírselos. Se lo manifestaba á Aguilera para ver lo que harían.

Contestó Aguilera que su situación era penosísima porque con los exiguos fondos que habían podido reunir tenían que pagar el alojamiento y la comida de los "prácticos", y otras gastos más que era imprescindible hacer; pero que dado lo urgente del caso, pues era un descrédito para los cubanos que los hijos de una persona tan distinguida é influyente en su país, como el General Prado, que habían ido allí á ofrecer su sangre á la causa de Cuba, merecieran tan poca atención, vería con Govantes como estaban de dinero y trataría de hacer todo lo que estuviese á su alcance para llenar tan apremiante necesidad.

Habló Aguilera á Govantes sobre el particular. Este repitió lo que ya sabía Aguilera respecto á los pocos recursos que tenían y los gastos que habían de cubrir, añadiendo que había tenido que dar ciento y pico de pesos á Queralta para que fuese á la Carolina del Sur á probar el vapor en que debían ir á Cuba. Sin embargo, conviniendo con Aguilera en lo urgente del caso, dijo que buscaría cien pesos prestados, los que llevaría á Rosado al día siguiente para que los diese á los jóvenes Prado, diciéndoles que dentro de algunos días les llevaría los otros cien.

Las veladas de la Sociedad "La Independencia" continuaban sin interrupción semanalmente con el mejor éxito. Hablando Luis Baralt con Aguilera sobre lo que habían gustado los "cuadros plásticos" puestos en escena por él, le dijo que iba á repetirlos porque á los americanos también habían agradado mucho. Igualmente, se proponía poner en escena un drama inglés para cuyo efecto hablaría á algunos amigos actores, y Govantes se encargaría de hacer que Enrique Agramonte arreglara la parte musical.

Por estos medios se proponía Govantes, que había sido el fundador y era el Presidente de la sociedad "La Independencia de Cuba", que la sociedad, calificada de anárquica por el Comisionado Diplomático de la República, tan sólo porque su iniciador no era uno de los paniaguados del Agente Aldama, se proponía, decíamos, restablecer la cordialidad entre los cubanos, y mantener vivo en los americanos el interés por la causa de Cuba. Demás está decir que Aguilera trataba de alentarlos á todos para que perseveraran en la realización de tan noble propósito. Fué esta sociedad la primera y única que estableció este sistema de sociabilidad para reunir en su seno á todos los cubanos sin distinción de partidos.

Llegó Miguel Luis de la comisión á Cayo Hueso para recoger fondos. Sólo trajo ciento veinte pesos; dijo que aquella emigración estaba muy mal y que Morey se había quedado para recoger algo más que le habían prometido.

Tuvo Joaquín Polo una dilatada conversación con Aguilera. Le manifestó que había visto el informe de Mr. Diller á Aldama respecto á la maquinaria del vapor "Uruguay" y que no podía ser más satisfactorio para Aldama. (Se recordará que este Mr. Diller era el contratista de la maquinaria de la refinería de Aldama, á quien éste hizo cargo también del arreglo de la maquinaria del "Octavia" después "Uruguay"). En ese informe aseveraba Mr. Diller el rápido andar del barco y la excelencia de la hélice que llevaba, asegurando que el fracaso fué debido á que el maquinista Aguiar no había entendido la maquinaria.

Le dijo también que las declaracio-

(a) Pio Rosado había sido su jefe en la expedición del "Uruguay".

nes de los expedicionarios eran todas contrarias al jefe, Pío Rosado, porque aseguraban que había tenido oportunidad de desembarcar la expedición y no lo había hecho. Aldama y sus amigos hacían cargos á Rosado porque la orden que se le dió fué de desembarcar los exploradores, antes de tomar las armas, y él había hecho lo contrario. También llevaba orden de no tocar en Aspinwall y llegó allí. Tampoco debía haber tocado en Islas Turcas. Dijo que se le designó el punto por donde debía desembarcar, y había cartas de Cuba libre que decían lo había estado esperando allí el General Máximo Gómez con dos mil hombres. Pío Rosado no fué por ese punto sino que se dirigió á otro muy peligroso. Añadió que el vapor, en una distancia dada, había andado á razón de nueve millas por hora; y si estaba en las malas condiciones que decía Rosado ¿por qué no había accedido éste á arribar á Charleston como le propusieron? Que Pío Rosado había dicho una falsedad que puso en ridículo la causa, cuando mandó un cablegrama de Aspinwall diciendo que había desembarcado la primera expedición; y por último que el informe del maquinista mandado por Aldama á Kingston á reconocer al "Uruguay" era muy satisfactorio, pues decía que el vapor podía salir á la mar después de hacerle algunas pequeñas reparaciones.

Contestóle Aguilera respecto al testimonio de Mr Diller, que éste estaba identificado con Aldama, por haberle el último dado á ganar más de cien mil pesos con la maquinaria de su refinería. Como al mismo tiempo Aldama había constituído al propio Mr. Diller, contratista de las reparaciones de la maquinaria del vapor, á éste cabía parte de la responsabilidad de los defectos con que salió dicha maquinaria y de la desproporción de la hélice; por tanto, era peregrino el sistema de juicio que trataba de establecer Aldama, poniendo al reo como testigo en causa propia.

Con respecto á la responsabilidad de Aldama, preguntóle Aguilera que si él desgraciadamente se encontrase atacado por una enfermedad pulmonar y se viese precisado á ocurrir á un médico, entre tantos especialistas como había en aquella ciudad, si ocurriría á un especialista en las enfermedades del cerebro, de la vista, de los dientes ó del pecho. Naturalmente, Polo dijo que al último. Volvióle á preguntar Aguilera que si tratase de establecer una refinería de azúcar, si ocurriría para que le construyese la maquinaria á un constructor de locomotoras ó de máquinas para vapores ó á uno versado en la construcción de maquinaria para refinerías. Contestóle que este último sería el más apropósito. Díjole Aguilera que por qué entonces Aldama, tratándose de reparaciones á la maquinaria de un buque de vapor, que él quería quedara tan perfecto y estaba dispuesto á no omitir gasto alguno, no ocurrió á uno de los muchos talleres que allí se ocupaban exclusivamente en construir maquinaria marítima y fué á encomendar el trabajo á un constructor de máquinas para refinerías, que probablemente sería la primera vez que trabajaba en una maquinaria para buque de vapor? De esta manera, fué impugnando Aguilera todos los razonamientos de Polo hasta que se separaron.

En otra parte hemos referido lo que el mismo Polo dijo á Aguilera respecto á las desgraciadas empresas de Aldama en la Habana, en tiempo de su opulencia; empresas que habían fracasado, debido á su soberbia y su mezquindad; y sin embargo, Polo, que se preciaba de conocer tan bien á Aldama, era uno de sus más acérrimos partidarios y defensores. Así es la humanidad.

Regresó Morey de su misión á Cayo Hueso y fué á dar á Aguilera cuenta de ella. Le hizo la pintura más triste de la situación de los emigrados en aquel Cayo, por la miseria que reinaba, debido á la escasez de trabajo. Había centenares de operarios sin ocupación, no habiendo pedidos á los talleres. Se había quedado esperando recolectar unos seiscientos pesos que le ofrecieron, pero apenas había podido conseguir ciento treinta, los que gastó en su manutención, pasaje, un sobretodo, etc. Por consiguiente, su estancia allí fué nula, pues no había dado ningún resultado.

Se recordará las lisongeras esperanzas que los mismos Miguel Luis y Morey habían formado en Dry Harbor, de los varios miles de pesos que esperaban reunir en Cayo Hueso, con los que Aguilera podría llevar á cabo su intento de llegar á Cuba en mejores condiciones de las que estaban.

CAPITULO XVII

DICIEMBRE 1875

LOS AYUDANTES DE AGUILERA TRATAN DE BUSCAR TRABAJO PARA VIVIR.—AGUILERA LES APRUEBA LA IDEA.—EL HARIA LO MISMO, PERO NO PODIA.—CON CUBA TENIA QUE TRIUNFAR O SUCUMBIR.—PROYECTO DE RAFAEL QUESADA.—UNA LANCHA DE VAPOR PARA DESEMBARCAR A AGUILERA EN CUBA.—SE DESAPRUEBA EL PROYECTO—DESCORTESIA DE ALDAMA CON LOS HIJOS DEL GENERAL PRADO.—ESTE HABIA MANDADO $70,000 EN ORO A ALDAMA.—RESENTIMIENTO DE LOS HIJOS DE PRADO CON ALDAMA.—VELADA DE LA SOCIEDAD "LA INDEPENDENCIA".—CONFERENCIA DEL PADRE PALMA.

Recibió Aguilera por conducto de Luis F. Gutiérrez un recado de Queralta, Rosado y Miguel Luis, pidiéndole una cita para tratar de un asunto importante. Contestó Aguilera que á las siete de la noche los esperaba en su casa. A la hora convenida llegaron Queralta y Miguel Luis. Manuel Anastasio que se encontraba allí se les unió también. Manifestó Queralta que sabía el triste estado pecuniario en que se encontraba Aguilera, y como por otra parte, no quería serle gravoso á la causa, necesitando vivir, deseaba saber si Aguilera lo autorizaba para aceptar una colocación que le ofrecían del Gobierno americano, la que no podría dejar al menos por un año. Manifestó Miguel Luis que él se encontraba en la misma necesidad de vivir que Queralta, y aunque no le ofrecían ninguna colocación, quería saber si Aguilera lo autorizaba para buscar alguna, que ocuparía mientras él no lo necesitase. Añadió que si bien Rosado y Gutiérrez no habían podido concurrir, él sabía se encontraban en el mismo caso.

Manifestóles Aguilera que comprendía lo justo de su pretensión, y por su parte también les hablaría con franqueza. Díjoles que él no tenía ni una peseta, tampoco esperaba nada de la emigración y su única esperanza era la colocación de unos bonos que le había proporcionado Quesada; sin embargo, eso era muy eventual, y él mismo no sabía lo que podría conseguir. Hacían bien en buscar modo de vivir y cuando él lograse conseguir un medio de embarcarse para Cuba, de cualquier manera que fuese, se lo avisaría; y el que estuviera en aptitud de acompañarlo, lo llevaría con mucho gusto.

Contestaron Queralta y Miguel Luis que haría mal si se lanzaba otra vez en una goleta ó en un bote, porque ya debía tener experiencia de las penalidades y los riesgos que se corrían en tales condiciones para al fin no conseguir nada, dado caso que escapara con vida. Juzgaban que debía quedarse allí trabajando por conseguir la manera de ir á Cuba en buenas condiciones y de ninguna manera arriesgarse como lo había hecho otras veces.

Manifestó Aguilera que esperar proporcionarse las buenas condiciones que ellos decían, era lo mismo que renunciar á ir á Cuba, pues estaba desengañado, y sabía que no podría conseguir recursos de ninguna importancia, porque los ricos no querían dar dinero y los pobres no podían. Era natural que ellos pensaran cómo lo hacían, y les decía con tristeza que él mismo, si se encontrara en su posición buscaría un medio de vivir y de trabajar para su familia; quizás encontraría en Jamaica, en Santo Domingo ó en otro lugar, un ingenio que administrar ó un cafetal, potrero ó vega que atender y así, ganando su subsistencia y la de su familia, esperaría que las cosas variaran y

se proporcionase una expedición para Cuba, en la que se alistaría de soldado. Pero él no podía hacer tal cosa, porque en la posición que estaba colocado, su destino estaba íntimamente ligado al de Cuba y con ella tenía que triunfar ó sucumbir.

Manifestó Manuel Anastasio que cuando allí se supo el fracaso de Aguilera, se le presentó Rafael Quesada y le dijo que se comprometía á desembarcarlo en Cuba con toda felicidad, sin más gastos que tres ó cuatro mil pesos. Compraría una lancha de vapor, la llevaría á un puerto de la América del Sur, allí contrataría con el capitán de uno de los vapores que en su carrera pasan cerca de las costas de Cuba, que la echase al agua en un lugar convenido; Aguilera, estaría cerca de allí, tomaría la lancha y desembarcaría. El tenía una combinación con Jesús Pérez en Cuba y podía hacer que éste lo esperase.

Dijo Queralta que con tres ó cuatro mil pesos no había ni para empezar. Que Ramón Martínez le había dicho que los presupuestos de Rafael Quesada eran cortos, y siempre había que gastar tres ó cuatro tantos más.

Miguel Luis apoyó lo dicho por Queralta y añadió que la lencha de vapor no daría resultado, entre otras razones por lo dificultoso de echarla al agua desde el barco. Aguiar le había referido que la que llevaron en la expedición del va por "Upton", después de dar muchísimo trabajo, al fin no pudieron utilizarla, porque cuando llegó al agua estaba rota.

Finalmente, concluyó la conferencia, quedando Miguel Luis en hacer diligencias para colocar algunos bonos.

Fueron á visitar á Aguilera Leoncio Prado y el Coronel Coligny. Le manifestaron confidencialmente que estaban muy resentidos de Aldama, porque no había tenido con ellos las debidas atenciones sociales. No les había correspondido la visita que le hicieron y ni siquiera les hizo los ofrecimientos comunes en la sociedad entre hombres educados. Finalmente los había tratado con la mayor desconsideración. Dijeron que, no por ellos, que nada valían, sino por el General Prado, que los recomendó, debía Aldama haber usado de mayores atenciones. El General Prado era un gran simpatizador con la causa de Cuba y lo había probado prestándole muy importantes servicios. Dijo Coligny que él mismo había ayudado á envasar, por orden del General Prado, setenta mil pesos en oro destinados á la causa de Cuba, además de cien mil pesos en bonos de la República que también el General Prado había obtenido del Congreso para la misma causa. Las armas y municiones que se embarcaron en el "Uruguay", también se obtuvieron por mediación del General Prado. Se manifestaron igualmente resentidos con López Queralta, diciendo que había exagerado el mal estado y condiciones de aquellas armas.

Dió su conferencia semanal la sociedad "Independencia" en la que pronunció un discurso el Rev. Padre Palma hablando de los deberes de los cubanos para con su patria y combatiendo el error de los que creían que la raza latina era menos apta que la sajona para recibir los dones de la civilización. Fué muy aplaudido y seguidamente recitó Diego V. Tejera dos composiciones suyas y luego otra á petición del auditorio, titulada "La Hamaca". También recitó Luis Baralt otra composición de él. Todas fueron muy aplaudidas.

CAPITULO XVIII

ENERO 1876

AÑO DE 1876.—TRISTES AUSPICIOS CON QUE EMPEZO PARA AGUILERA.—SIGUE IMPERTRERRITO EN SU PROPOSITO.—QUESADA QUIERE SEPARAR A GOVANTES DE AGUILERA.—CONFERENCIA DE AGUILERA, GOVANTES Y QUESADA.—AGUILERA SE MUESTRA IMPACIENTE.—HISTORIAS DE QUESADA.—COMO CONSIGUIO DINERO EN PARIS.—OTRA CONFERENCIA DE AGUILERA Y QUESADA.—LOS HIJOS DEL GENERAL PRADO.—M. QUESADA LES OFRECE UNA PENSION DE $200.—QUIERE QUE AGUILERA ELIMINE A GOVANTES.—DICE AGUILERA QUE LA GRATITUD SE LO IMPIDE.—GRANDES PROYECTOS DE QUESADA.—COMBINACION CON EL PRESIDENTE DE MEXICO.—GRAN EXPEDICION DE MIL HOMBRES.—RAFAEL QUESADA.—EXPLICACION DE LOS SUCESOS DE NEW ORLEANS.—ERA CONTRA LACOSTE QUE SE DIRIGIAN SUS PLANES.—DA SATISFACCION A AGUILERA.—RAFAEL QUESADA Y AGUILERA—DIFERENCIA DE LOS TIEMPOS—DOS AÑOS ANTES R. QUESADA ERA PELIGROSO.—AHORA AGUILERA SE PONE EN SUS MANOS.—AGUILERA NO GUARDA RENCOR.—SE PROPONE ESTAR EN GUARDIA.—REFIERE A GOVANTES SU CONVERSACION CON LOS DOS QUESADAS.—GOVANTES DICE QUE DESCONFIE DE ESTOS.—RAMON MARTINEZ.—GRAN CAPITAL QUE MANEJABA.—MANUEL QUESADA Y EL CORREDOR IZQUIERDO.—MANUEL DE QUESADA Y CALEB CUSHING.—CARTA DE DOMINGUEZ COWAN SOBRE QUESADA.—CONTESTACION DE AGUILERA.

Así llegó el primero de Enero de 1876. Si tristes fueron los auspicios con que comenzó para Aguilera el año 1875, cuando ya empezada á experimentar los efectos de los malos manejos de Aldama con la expedición de que él era responsable para con Carlos de Varona, mucho más lo fueron los de 1876 porque ya vió que la realidad era mucho más espantosa que lo peor que pudo imaginar. En el transcurso de ese año fatal para él, parecían haberse ligado en infernal consorcio la maldad de los hombres con los rigores de la suerte para hacerle apurar los tragos más amargos, y dejarlo reducido á una desesperante impotencia. ¿Qué traería para él ese año de 1876 que acababa de comenzar? Aguilera no quiso pensar en ello; había sufrido tantos desengaños que nada bueno se atrevía á esperar. Pero mirando de frente el porvenir, se propuso seguir con firmeza su propósito de llegar á Cuba, consolándose con pensar que si lo lograba, tendría la satisfacción de prestarle un servicio más, y muy grande á la causa, haciendo conocer á los patriotas la verdadera situación en el extranjèro. Si conseguía hacerse oir, habría adelantado un gran paso hacia la salvación de la patria; si no lo escuchaban y las intrigas y la maldad tenían más fuerzas que la sinceridad de sus manifestaciones, trataría de vencer aquéllas en la confianza de que como laboraría en terreno abonado por el patriotismo, la verdad al fin se abriría paso y removería el obstáculo que impedía la marcha triunfante de la gloriosa revolución.

Como el día de Año Nuevo lo hubiese pasado Aguilera con su familia en Elisabeth, N. J., en casa de su amigo Polo, al regresar á New York fué á verlo Queralta. Le dijo que Rafael Quesada había llegado á New York, había hablado con su hermano Manuel y ambos deseaban ver á Aguilera para acordar lo que debían hacer. Como Queralta manifestase urgencia por que viese á los dos hermanos Quesada, sin pérdida de tiempo, ofreciéndose para acompañarlo inmediatamente á donde estaban, le manifestó Aguilera que no podía ir enseguida, porque debiendo revestir importancia la entrevista, tenía que ver antes á Govantes, puesto que éste había tomado participación en todas las reuniones anteriores con Quesada. Hízole Aguilera esta explicación, porque le pareció comprender en la urgencia que manifestaba Queralta por acompañarlo á ver á Quesada, como que trataba de eliminar á Govantes. Pareció Queralta no quedar satisfecho y acordaron que Aguilera iría á casa de Quesada así que viera á Govantes.

Habiéndose marchado Queralta, llegó Manuel Anastasio y refirió á Aguilera

que el día anterior había tenido una larga conferencia con Manuel Quesada. Este dijo que había ido de París á New York con el objeto solo de favorecer á Aguilera, ayudándolo para que llegase á Cuba pronto; pero que Aguilera se le había presentado acompañado de Govantes lo que le había disgustado, porque él quería entenderse con Aguilera solo. Añadió que Govantes no era hombre práctico, como lo había demostrado en los fracasados intentos de desembarco de Aguilera y en la negociación de los bonos. Ultimamente; que si Aguilera quería ir á Cuba se entendiese con él solamente y descartase á Govantes.

Contestó Aguilera que extrañaba esa manifestación de Quesada, después de un mes de estar obrando de acuerdo con los dos. Si era su deseo entenderse solo con él, debería haberlo manifestado al principio con franqueza, cuando le habría sido fácil apartar á Govantes y no después de haberle dado cabida en sus tratos con él. Añadió que además, no le agradaba la eliminación que quería hacer Quesada de Govantes, porque convenía que éste fuera testigo de lo que pasara entre los dos. Sin embargo, dijo que vería á Quesada y le hablaría del particular.

De ninguna manera estaba dispuesto Aguilera á deshacerse de Govantes y entregarse, solo, en brazos de Quesada. Conocía que éste era hombre peligroso en todas circunstancias y si se había unido á él, era por el caso desesperado en que se encontraba; pero comprendía que debía tomar todas las precauciones y necesitaba de un testigo que pudiera dar fe de los actos de uno y otro.

Retiróse Manuel Anastasio y salió Aguilera para ir á casa de Govantes. Al entrar encontró á éste dispuesto para salir. Le dijo Govantes que precisamente iba á su casa á buscarlo para ver á Quesada, quien le había recomendado le dijera que necesitaba hablarle con urgencia. Sorprendióse Aguilera al notar la contradicción, mas como Govantes estaba dispuesto para salir, accedió á ir acompañado de él á ver á Quesada.

Llegaron á casa de éste—las siete de la noche—Quesada los recibió como de costumbre. Manifestó Govantes que había querido verlo aquella misma noche porque al día siguiente iba á hablar al capitán de uno de los vapores que viajaban por las Antillas, del que le habían asegurado podía conseguir que pusiese á Aguilera con quince hombres en un bote cerca de las costas de Cuba, por dos ó tres mil pesos en oro y cien mil en bonos cubanos.

Manifestó Aguilera que le parecía corta la cantidad, para que el capitán se arriesgara á perder su empleo. Quesada fué de la misma opinión y dijo Govantes que aunque él también pensaba así, le había dicho eso un empleado de la misma compañía.

Manifestó Aguilera á Quesada que su situación se iba hacía cada vez más insostenible, pues no sólo no veía nada concreto respecto á su viaje, sino que se le iba concluyendo el poco dinero que tenía en pagar el alojamiento y manutención á los "prácticos" y no sabía lo que haría después.

Contestó Quesada que él se estaba ocupando de ese asunto y preguntó á Govantes si había vendido los bonos. Contestó éste que nó, y continuó diciendo Quesada que ya él los tenía vendidos; encargó á Govantes los llevara á Ramón Martínez.

Preguntó Govantes, si conseguía el fletamento del vapor de las Antillas en las condiciones que había dicho antes si cerraría el trato. Quesada le contestó que lo hiciera.

Dijo Quesada que era necesario buscar dinero y se buscaría. Refirió su viaje á París y el modo cómo consiguió diferentes cantidades: de Ricardo Alfonso, veinte y cinco mil francos; de Doña Susana Benítez, cinco mil; de la señora Marquesa de Castell Florit, un mil, etc., casos todos muy curiosos, que no se refieren por demasiado extensos. La conversación se prolongó hasta las nueve y media de la noche que se retiraron; Govantes muy animado, creyendo ya seguro el negocio y Aguilera desconfiado.

Al día siguiente temprano recibió Aguilera de manos de un joven una carta de Manuel de Quesada en que lo cita-

ba para su casa aquel mismo día. Contestó que iría á las siete de la noche.

Concurrió acompañado de su primo Manuel Anastasio. Este se dirigió hacia donde estaba la familia, en el piso superior y Aguilera entró á la habitación de M. Quesada, en el bajo.

Comenzó Quesada manifestando á Aguilera que había encontrado á los hijos del General Prado en la oficina de Ramón Martínez. Estos le enseñaron una carta de Aldama en la que á vueltas de mil excusas, les manifestaba que no solamente le era imposible seguir abonándoles su cuarto y comida, sino que tampoco podía pagarles el pasaje para el Perú. Dijo Quesada que indignado, no pudo contener uno de los arranques de su carácter, y á pesar de su mala situación les dijo que no morirían de abandono en el extranjero por la ineptitud y mezquindad del Agente General de Cuba; que él les pasaría cien pesos mensuales y Ramón Martínez (que estaba presente) otros cien pesos hasta que se resolviese si irían á Cuba ó regresaban á su patria, en cuyo caso ellos también les pagarían el pasaje. Ramón Martínez asintió y el asunto quedó convenido. Estos hechos ponen de relieve los caracteres de Aldama y de Quesada.

Continuó diciendo Quesada, que los fracasos de Govantes en la negociación de los bonos y de sus expediciones lo habían persuadido de que, á pesar de sus bonísimos deseos y actividad indisputable, no era hombre práctico en esa clase de servicios por cuyo motivo era necesario que prescindieran de él en todo lo que pudieran.

Aguilera, que esperaba esa indicación de Quesada, le contestó que una de sus pocas virtudes era la de ser agradecido; y que habiéndolo servido Govantes tanto y de tan buena voluntad en la preparación de sus fracasadas expediciones, no podía prescindir de él de esa manera.

Replicó Quesada que no lo había comprendido bien: también una de sus escasas virtudes era la lealtad, y jamás ningún amigo podría quejarse de él sobre ese particular; en tal concepto, dejaba á Aguilera en libertad de comunicar á Govantes la parte que creyera conveniente del plan que con él formara.

Entró entonces Quesada en materia y dijo que había hablado á un corredor muy hábil para que le negociara un millón de pesos en bonos de los de Morales Lemus por veinticinco mil pesos "currecy" á seis meses plazo, en cuyo tiempo le devolvería esta cantidad con el siete por ciento premio y de no hacerlo así se quedaría el negociante con los bonos. El corredor le había asegurado que dentro de seis días los tendría colocados. El, además de su correspondiente corretaje, le había ofrecido quinientos pesos de gratificación si lograba hacer el negocio. Añadió que por más que no tuviera mucha confianza en que llegara á realizarse la negociación, si se lograba, ya tendría una buena base para que Aguilera fuese á Cuba, pues con ella, obligaría á Ramón Martínez, Govín y otros, á que contribuyeran con diez mil pesos cada uno. Con la cantidad que reuniera compraría un vapor, haría traer inmediatamente los mil Remingtons, cápsulas y demás efectos que tenía en París y dentro de breve tiempo saldría Aguilera con una magnífica expedición.

Si fracasaba la negociación de los veinticinco mil pesos, entonces haría todos los esfuerzos posibles para que Aguilera saliese para Cuba con diez ó doce hombres, y si aun esto no se podía conseguir, tenía un plan mucho más vasto, pero de infalibles resultados y que al revelárselo comprendería que no podía hacerlo delante de Govantes ni de ninguna otra persona, por lo importante y delicado del asunto.

Dijo que su hermano Rafael, que acababa de llegar de Méjico, además de traerle varias cartas de algunos compañeros de armas en esa República, en las que le instaban para que fuese á formar allí una buena expedición para Cuba, le había dado á conocer un plan que tenía formado con el Presidente Lerdo de Tejada. Según éste, Rafael Quesada sacaría sigilosamente doscientos jefes y oficiales con dos asistentes y dos soldados cada uno, lo que formaría un total de mil hombres; á éstos los armaría y

protegería el mismo Lerdo, hasta su salida del territorio de la República. Cuando Rafael Quesada estaba en estas negociaciones, recibió el cablegrama llamándolo á New York, por cuyo motivo había dejado en suspenso el asunto.

El motivo de ese ofrecimiento, continuó Quesada, no era hacer ningún favor á los cubanos, sino que Lerdo sabía que Méjico estaba abocado á una revolución, á la cabeza de la cual estaba Porfirio Díaz y deseaba quitarse de encima esos doscientos jefes y oficiales que habían de ser otros tantos enemigos suyos tan luego como estallara la revolución, la cual se hacía con objeto de que no saliera reelecto el mismo Lerdo.

Dijo Quesada que yendo él á Méjico, como era amigo de Lerdo, del General Negrete y de casi todos los jefes y oficiales del ejército y además un General de la Nación, pediría á Lerdo que lo diese de alta en el ejército y lo comisionase para organizar un regimiento en un punto conveniente en Yucatán. Hechos los preparativos, Aguilera iría allí de incógnito, se embarcaría con Quesada y sus soldados en uno de los vapores de la República y desembarcarían en las playas de Cuba dentro de cuarenta y ocho horas, pasando Quesada como desertor, que había seducido á la tropa bajo su mando, para evitar una complicación entre los gobiernos de México y España.

Si llegaba después de estallada la revolución, el caso no variaría, porque además de ser íntimo amigo y compañero de armas del general Porfirio Díaz, éste tenía el mismo interés en debilitar las fuerzas de su contrario y lo favorecería igualmente. De uno ú otra manera, dijo que estaba seguro de que el general Negrete, que era allí una figura colosal, los acompañaría á Aguilera y á él.

Al bosquejar este vasto plan, dijo Quesada que no creyera lo pondría en planta con objeto de mandar ó figurar, pues desde luego sometería á la decisión de Aguilera si iría él á Cuba con la expedición ó se quedaría en el extranjero, efectuando esto último si Aguilera lo creía conveniente. Añadió que Aguilera guardaría el más riguroso incógnito el tiempo que estuviese en Méjico y él lo presentaría extraoficialmente á Lerdo, Negrete y demás amigos suyos de valer, como el Presidente de la República de Cuba, para que todo llevase el sello de la más estricta formalidad. Contestó Aguilera que si la necesidad los obligaba á optar por el último plan, él (Quesada) sería quien lo llevaría á efecto hasta el fin, pues así tendría más probabilidades de éxito.

En este estado la conversación, llegó Rafael Quesada y después de saludar afectuosamente á Aguilera, salió discretamente de la habitación su hermano Manuel, dejando solos á Rafael Quesada y Aguilera.

Rafael Quesada desde luego comenzó manifestando su disgusto por los sucesos de New Orleans en el mes de Febrero de 1874. Dijo que sus enemigos habían tratado de valerse de la ocasión de un proyecto que en su obsesión había concebido contra un villano de apellido Lacoste, (a) que no quiso batirse con él como caballero y había querido castigarlo. Sus enemigos tergiversaron el caso é hicieron aparecer que era contra Aguilera que se dirigían sus planes.

Después de dar las más expresivas satisfacciones á Aguilera, refirió Rafael Quesada á su vez el mismo plan que había explicado su hermano Manuel, con más detalles aun. Volvió á entrar Manuel Quesada y la conferencia se prolongó hasta las diez de la noche que se retiró Aguilera quedando en volver dos días después á saber el resultado de la venta de los bonos.

Curioso es ver cómo las circunstancias cambian la manera de sentir y obrar los hombres. Aun no hacía dos años que Aguilera miraba á Rafael Quesada como hombre peligroso para él, pues había atentado á su vida, y desde entonces procuró apartarle; y acabamos de ver cómo el mismo Aguilera departía amigablemente con el propio Rafael Quesada, admitía sus disculpas por la ofensa que dijo no se había dirigido contra él y se ponía en sus manos para una em-

---

(a) Lacoste había publicado en una ciudad del Estado de Luisiana, E. U., un pequeño folleto en que denunciaba hechos escandalosos y punibles que decía cometidos por Rafael Quesada.—N. del A.

presa riesgosa, en la que sólo se confiaba en hombres de probada lealtad y adhesión. Todo esto era obra de las circunstancias, que en el mencionado año de 1874 eran completamente distintas á las de 1876. En la primera época, acababa de ser depuesto el Presidente Céspedes, recibiendo con este hecho un golpe fatal los intereses políticos de la familia Quesada. En virtud de ese mismo hecho sucedía á Céspedes en la Presidencia de la joven República, Aguilera, hombre que los Quesadas sabían les era contrario, por no haber tenido embozo en dejárselo comprender así el mismo Aguilera á Manuel Quesada (Diciembre 14 de 1871) con la lealtad que acostumbraba. Aguilera estaba en buenas relaciones con Aldama. Si aquél llegase á ocupar la Presidencia de la República, Quesada y sus partidarios se encontrarían rudamente combatidos en Cuba libre y en el extranjero, sin esperanzas de recuperar el ascendiente á que aspiraban. Hombres que no reparaban en medios para conseguir sus fines, no es extraño que quisiesen quitar violentamente de su paso á Aguilera, con esperanzas de variar favorablemente su situación.

¿Y cuál era el estado de cosas en 1876? Aguilera, desengañado de Aldama, había roto decididamente con él. Si Aguilera llegaba á desembarcar en Cuba y ocupaba la Presidencia, uno de sus primeros actos sería instruir á sus compañeros del peligro que corría en el exterior la causa de Cuba en manos de un hombre que para nada contaba los intereses de la revolución, tratando de quitarlo del puesto que inmerecidamente ocupaba.

En la angustiosa situación en que, en aquellos momentos se encontraba Aguilera, si por influjo de Quesada lograse lo que tanto ansiaba, que era llegar á Cuba libre, conociendo la nobleza de su carácter, comprendió Quesada que no podía apelar á mejor medio para contrarrestar la oposición de Aguilera. Claro está que en aquellas circunstancias Quesada había de estar interesado en que Aguilera llegase á Cuba libre, para humillar á su odiado rival, y mejorar su situación entre los patriotas.

En cuanto á los sentimientos personales de Aguilera, éstos los conocemos bien: no guardaba rencor á Rafael Quesada aunque éste hubiese atentado contra su vida. Rafael Quesada era un patriota que estaba dispuesto á servir los intereses de la revolución y esto era suficiente para que Aguilera lo mirase como amigo, pues ya hemos dicho que no reconocía otros enemigos que los de Cuba.

La última conferencia con Rafael y Manuel Quesada, dió bastante que pensar á Aguilera. Conocía lo suficiente á estos dos hombres para comprender que tenía que obrar con mucha prudencia, para al mismo tiempo de utilizar sus servicios en provecho de Cuba, no exponerse á verse comprometido por ello. Una vez tomada su resolución, fué á ver á Govantes y no pudiendo hablar privadamente con él por estar presentes algunas personas, lo citó para el día siguiente en su casa. Concurrió Govantes y Aguilera le refirió todo lo pasado con los dos Quesadas, informándolo minuciosamente de los tres proyectos para ir á Cuba propuestos por Manuel, así como también del sigilo que le había recomendado. Preguntóle Govantes si ese sigilo lo comprendía también á él, y Aguilera le dijo que también.

Manifestó Govantes que era necesario proceder con mucha cautela con M. Quesada, porque en su empeño de conseguir su rehabilitación en Cuba libre, trataba de alejarlo de él con objeto de aislarlo, para que no oyese más consejos que los suyos. Dijo que no debía ir con Quesada á Méjico, ni mucho menos llevarlo en la expedición que formara, caso que llegara á realizarse, porque atendiendo al desagrado con que en Cuba se le miraba, no solamente comprometía su situación, echando sobre sí la odiosidad del partido contrario á Quesada, sino que facilitaría á éste la oportunidad de hacerse dueño de la situación allí, sirviéndole Aguilera de instrumento inconsciente para conseguirlo. Manifestóle Aguilera estar completamente de acuerdo con él en sus apreciaciones.

Fué Aguilera á ver á Quesada para saber el resultado de la negociación. Este le dijo que el corredor había quedado

en darle la contestación definitiva dentro de tres días. Repitiendo Quesada que si conseguía los veinticinco mil pesos de la negociación, constreñiría á Ramón Martínez y otros á que contribuyeran de una manera decente, le objetó Aguilera que había oído decir que Martínez no estaba bien de fortuna. Contestó Quesada que todo lo contrario: hacía poco había vendido un ingenio en Cuba en doscientos mil pesos y además, manejaba unos ochocientos mil de tres ó cuatro amigos de quien era apoderado. Estos amigos lo habían autorizado para que contribuyese por parte de ellos para cualquier empresa patriótica que considerase oportuna.

Volvió Aguilera á ver á Quesada dos días después. Le manifestó éste que el corredor americano había ido á colocar aquel mismo día los bonos á dos y medio centavos por peso, y al llevarlos al comprador le dijo éste que había estado allí un cubano llamado Izquierdo á proponérselos á uno y seis octavos.

Al saber esto, Quesada se había echado á buscar al tal Izquierdo hasta que al fin dió con él. Le interrogó que cómo era que proponía los bonos cubanos á tan bajo precio con grave perjuicio de la causa. Izquierdo, muy sorprendido, le contestó que él libraba su subsistencia en esa clase de negocios y un amigo que estaba en mucha necesidad le había dado seis mil pesos en bonos para que se los negociara hasta al uno y seis octavos.

Quesada le preguntó que á cuánto ascendían los referidos seis mil pesos é Izquierdo le contestó que á ciento cinco. Dijo Quesada que sacó su cartera y le entregó la cantidad, que era casi todo lo que llevaba, recogiendo los bonos.

Trató Quesada de estimular su patriotismo de cubano é Izquierdo le correspondió bien. Quesada entonces le manifestó que en adelante iba á ser su corredor, pero fijando el tipo de los bonos en dos y medio centavos. Encareciole que de esa manera, además de hacer un servicio á la patria, él lo gratificaría generosamente, después de ganarse el tanto por ciento de su comisión. Izquierdo había quedado muy satisfecho y le ofreció que dentro de dos ó tres días le diría el resultado de sus gestiones.

Preguntó Quesada á Aguilera á cuál de sus proyectos daba mejor acogida, si ir á Cuba inmediatamente á todo trance ó la expedición de Méjico. Su objeto era dar más calor á aquél que pareciese más conveniente á Aguilera. Contestó éste que por el de ir á Cuba inmediatamente, pues aunque el de Méjico sería más provechoso, era demorado y daría lugar á que en Cuba se uniesen los enemigos suyos con los de él y les hiciesen de mancomún una guerra encarnizada aprovechando la ausencia de ambos.

Siguieron hablando de varios particulares y entre ellos refirió Quesada que habiendo embarcado casualmente en el mismo vapor para Europa, su familia y Mr. Caleb Cushing, Ministro Americano nombrado para Madrid, y siendo el Secretario de éste muy amigo suyo, presentó aquella al Ministro. Al llegar él á Brest á recibir su familia, saludó á Caleb Cushing y éste le pidió una entrevista. Quesada se la concedió gustoso allí mismo. Luego se vieron otra vez en París. Dijo que en su concepto uno de los objetos de Caleb Cushing, que era un caballero muy fino y correcto, era indagar la opinión de los cubanos respecto á si deseaban la independencia absoluta ó si aceptarían la anexión á los Estados Unidos. El, viéndolo venir, se encerró en la reserva más absoluta, manifestando que como soldado del Ejército de la República no tenía más opinión política que la de su Gobierno y se mantuvo dando vueltas en este círculo del que Caleb Cushing no pudo sacarlo.

Después había sabido por un amigo, que conversando con Caleb Cushing, éste le dijo que sabía la opinión de todos los cubanos residentes en París, menos la del General Quesada, con quien necesitaría otra conferencia para podérsela arrancar.

Recibió Aguilera una carta de su amigo Nicolás Domínguez Cowan, en Méjico, fecha 22 de Diciembre del próximo pasa-

do año, de la que transcribimos los párrafos siguientes:

"México, Diciembre 22 de 1875.

. . . .

"Al señor Santacilia no he logrado verlo; le dejé su carta con un recado y me prometo significarle en próxima oportunidad el desagrado que su conducta inspira á todos sus paisanos. El señor Santacilia vive holgadamente y parece preocuparse poco con los acontecimientos de Cuba.

"Al llegar aquí supe que Rafael Quesada andaba recogiendo y gestionando en favor de su hermano. Me aseguraron que en círculos oficiales encontraron buena acogida y promesas de importancia. Convencido de la inutilidad de mis actuales esfuerzos y aplazando para mejor oportunidad la presentación de su carta solicitud, he creído prudente dejar pasar algunos días y enterarme del móvil de su comisión. Me dice un amigo periodista que Rafael Quesada ha sido llamado á esa por su hermano, actualmente en New York, y que usted se ha asociado á él para llevar á Cuba una expedición y anular los trabajos de Aldama. Esto no me parece inverosímil, si bien creo que encierra peligros para el porvenir, que usted naturalmente sabrá conjurar á tiempo. Conociendo usted como conoce mi manera de pensar sobre el particular, y teniendo en cuenta el verdadero afecto que le profeso, seguro estoy que apreciará debidamente la franca advertencia que el párrafo anterior contiene. Lo que sí le ruego es que en primera oportunidad me comunique todo lo que no sea indiscreto conocer, tanto para estar al corriente de lo que en esa pasa, cuanto para hermanar mi propaganda con la norma de conducta que usted crea conveniente seguir. La distancia que nos separa dificulta las frecuentes comunicaciones, pero puede estar usted convencido de que no desperdiciaré ocasión de ayudarle en la patriótica empresa que se ha impuesto. En favor de ese propósito militan razones de gran tamaño: la santidad de la causa que defendemos y los antecedentes de personas que como usted, todo lo han sacrificado en el altar de la patria".

Á estos párrafos contestó Aguilera con los siguientes bajo fecha 8 de Enero de 1876:

"Señor Nicolás Domínguez Cowan.

. . . .

"Para satisfacer su oportuna y discreta demanda en lo referente á Quesada, etc., es indispensable hacerle recordar la *situación general* que presentaba *todo esto* en el momento de su salida, y en la que yo particularmente me encontraba con relación á recursos para organizar la cuarta salida para Cuba, después de los tres sucesivos é inmediatos fracasos. En cuenta estos antecedentes, empiezo á informarlo de lo demás.

"El interés que demuestra el pueblo pobre cubano de esta emigración, que es casi toda ella, en mi regreso á Cuba, promovió espontáneamente en New York una especie de comité de recolección de recursos para mi expedición, haciendo extensivo el movimiento á Cayo Hueso; y tal fué el entusiasmo que desplegaron los iniciadores de la idea, que hubo un instante en que yo creí que el resultado sería bastante, por lo menos para irme á Cuba de cualquier manera.

"Al mismo tiempo, fundada la sociedad "La Independencia" con el objeto de crear fondos para Cuba; y por otro lado, el propósito de atacar, otra comisión que se formó, á los pudientes, todo esto daba lugar á la esperanza, y algunos íntimos amigos contaban de seguro con verme despedir en breves días. Pero amigo... no hubo nada. La propaganda furiosa en contra del proyecto, aquí y en Cayo Hueso, unida á la crisis fatal que atraviesa el país, y más en el Cayo la clase obrera, dieron por resultado un líquido tan insignificante como cero. La sociedad casi nada ha producido y los ricos sellaron el cuadro con su acostumbrado "non possumus'.

"Llegadas las cosas á este punto, le dejo á usted el campo libre para que trace con su exquisito discernimiento, cuánto pasaba en mi espíritu así como en el de nuestros íntimos amigos, no pudiendo

avanzar, ni menos retroceder, en circunstancias tan críticas dentro y fuera de Cuba. Usted que me conoce, así como á algunos de nuestros amigos y colaboradores, podrá mejor que otros, hacerse cargo de la situación con todas sus dificultades y amarguras.

"En esta situación, mientras estaba sobre el tapete la adopción de una resolución suprema, en la que las vidas se cotizaban á bajísimos precios, llegó á esta ciudad el General Manuel Quesada, y desde el momento reiteró el ofrecimiento que meses antes había hecho desde París de auxiliarme en mi viaje á Cuba; ofrecimiento que no se había aceptado por no creerlo indispensable, y por las demás razones que usted aduce.

"Pero Quesada, perspicaz como él es, y conocedor de la situación, esforzó sus ofrecimientos tan calurosamente, y con tales protestas de apartamiento de toda condición y ulteriores pretensiones, que mis amigos me colocaron con sus reflexiones y hasta con sus protestas, en la posición de aceptar el tal auxilio.

"El desenlace de esta última peripecia, es muy reciente, y aun no puedo asegurarle lo que realmente pueda esperarse. No obstante, se han puesto en movimiento individuos en vía de hechos; y según me manifestó Manuel, había hecho venir al hermano para coadyuvar al proyecto con sus conocimientos. ¡Cuánto y cuánto hay que hacer por la patria! Es necesario ofrecerle todos los sacrificios.

"Por lo demás, no olvidaré en toda circunstancia sus saludables reflexiones".

CAPITULO XIX

ENERO Y FEBRERO 1876

AGUILERA ENFERMO.—PROGRESO DE SU MORTAL ENFERMEDAD.—VELADA DE LA SOCIEDAD "LA INDEPENDENCIA".—DISCURSO DE GOVANTES.—EL TEMA "CUBA PUEDE SER INDEPENDIENTE".—DESCORTESIA DE UN ANEXIONISTA.—H. CISNEROS QUIERE QUE JUAN L. PACHECO DE UNA SATISFACCION A ALDAMA.—PACHECO SE NIEGA.—EL GENERAL QUESADA VA A CAYO HUESO.—TRABAJOS DEL GENERAL PRADO EN FAVOR DE CUBA—OBTIENE $200.000 QUE REMITE A ALDAMA—ASOMBRO Y PERPLEJIDAD DE AGUILERA.—NO SE EXPLICA LO QUE HIZO ALDAMA CON TAN CUANTIOSOS CAUDALES.—L. PRADO PIDE A ALDAMA UNO DE LOS VAPORES PARA ARMARLO EN CORSO A SU COSTA—ALDAMA SE LO NIEGA—L. PRADO LE PROPONE OTRO PROYECTO EN FAVOR DE CUBA.—ALDAMA ACCEDE PRIMERO Y SE NIEGA DESPUES.—L. PRADO LE PIDE SU PASAJE PARA VOLVER A SU PAIS.—ALDAMA CONTESTA QUE NO TIENE DINERO.—CONSIDERACIONES SOBRE ESTE COMPORTAMIENTO DE ALDAMA.—APARENTE DESEO DE DISGUSTAR A LOS AMIGOS DE CUBA.—L. PRADO SOLICITA QUE AGUILERA LE FACILITE DINERO PARA SU PASAJE.—ESTE LE DICE TRATARA DE CONSEGUIRLO.—LE PIDE LA AUTORIZACCION QUE LE HA NEGADO ALDAMA.—AGUILERA LE OFRECE UNA CARTA PRIVADA.—APUROS DE AGUILERA PARA CONSEGUIR EL PASAJE A L. PRADO.—M. QUESADA TRAE $900 DE DE CAYO HUESO.—CONSTITUYEN A RAMON MARTINEZ EN CAJERO.

El día 9 de Enero amaneció Aguilera, con la garganta dolorida, por lo que no salió de su casa; á la noche quiso que su familia asistiera á la conferencia de la sociedad "Independencia". Hizo uso de la palabra Govantes pronunciando un discurso brillante que llevaba por tema "Cuba no tiene necesidad de anexarse á ninguna nación extranjera. Cuba puede ser independiente". Durante el discurso de Govantes, que fué muy aplaudido, llamó la atención de la concurrencia un señor literato, persona muy principal en aquella emigración, que con sus movimientos, gestos, señales de impaciencia, bostezos, pretendiendo á veces dormir, etc., trató de distraer al orador haciéndole perder el hilo de su discurso, Govantes, sin embargo, con el mayor aplomo acabó su brillantísima obra, alcan-

zando una completa ovación y el mal intencionado los reproches de la concurrencia.

Imposible parecía que hombres de talento se dejaran arrastrar por las pasiones hasta el extremo de parecer mal educados é incurrir en la reprobación general de todo el público. Probablemente aquel despechado era un acérrimo anexionista á quien sentaba mal el hermoso discurso de Govantes y el entusiasmo con que era acogido. Al concluir Govantes, pidieron algunos que hablara el frustrado interruptor; pero éste, de mal humor, guardó silencio, dejando desairados á sus parciales. Además del hermoso discurso de Govantes, recitó dos bellas composiciones la señora Angelina Agramonte y otra el dulce poeta Diego V. Tejera.

Los días 10 y 11 los pasó Aguilera enfermo en cama con alguna fiebre y dolor en la garganta, de la que arrojaba esputos sanguinolentos. Su esposa, alarmada, quiso llamar al Dr. Juan Cisneros, médico de la familia y amigo de Aguilera, pero éste se opuso diciendo que no era necesario.

El 12 amaneció mejorado. Fué á verlo Miguel Luis y le llevó informe de un vapor que se vendía en veinticinco mil pesos, listo para salir á la mar y lo fletaban en diez mil, á todo riesgo. Dijo que iba á llevar el mismo informe á Quesada y al día siguiente volvería á decirle el resultado.

Al día siguiente estuvo el General Quesada á visitar á Aguilera en su casa, pues supo que estaba enfermo. Le manifestó que había pensado irse aquel día á Cayo Hueso á tratar de reunir tres ó cuatro mil pesos, para con esa base y una cantidad que tenía, exigirle á Ramón Martínez que lo auxiliase también, lo mismo que á Bramosio á quien ya hahabía hablado. Si salía bien de su empresa, Aguilera podría salir para Cuba dentro de tres semanas.

Contestó Aguilera que no creía sacara mucho de Cayo Hueso porque los emigrados allí se encontraban en muy mala situación.

Replicó Quesada que esa era su especialidad, sacar recursos de donde no los había. Su viaje obedecía á una sugestión de Ramón Martínez, á quien había obligado á tomarle bonos por valor de trescientos pesos para pagar la manutención de Miguel Luis, Pío Rosado y los prácticos.

Pidióle Quesada una carta para su Agente en Cayo Hueso. Le dijo que en ella lo informase de que la recolección que iba á hacer era para la expedición de Aguilera, con objeto de que trabajara junto con sus amigos.—de Quesada—Aguilera le contestó que se la daría para C. M. de Céspedes y Céspedes. Quesada la aceptó muy complacido. Aguilera ofreció mandársela aquel mismo día, como lo efectuó.

Fueron á visitar á Aguilera el Coronel Coligny y Leoncio Prado. Le hablaron de la carta que habían recibido de Aldama, manifestándoles que no podía seguirles abonando el cuarto y la manutención, como tampoco pagarles el pasaje de vuelta al Perú; todo esto envuelto en las frases más finas. Refirió Prado que en la contestación á esta carta había propuesto á Aldama que le diera una patente de corso y pusiera á su disposición el vapor que la República de Cuba tenía en el Perú, ofreciendo armarlo y hacerse en él á la mar. Aldama le contestó que no podía entregarle el vapor porque estaba sujeto á responsabilidades; pero que ponía á su disposición el "Uruguay", tan luego como se le hiciesen algunas reparaciones, para lo cual tenía esperanzas de levantar fondos en breve. Añadió que había recibido carta de su padre diciendo que no le remitía los fondos pedidos por él, porque Márquez, el Representante cubano allí, se había opuesto, diciendo que el Agente General de la República de Cuba era quien debía suplir sus gastos.

Hizo Prado una relación de las canti-

dades que Aldama había recibido del Perú en la forma siguiente:

Doscientos mil soles en bonos peruanos que votó la República, los que se cambiaron al 17 por 100 descuento. — Soles peruanos	s 166.000
Las colectas á favor de la causa de Cuba que se hicieron en las ciudades del Sur del Perú produjeron.	" 30.000
Las que se hicieron en las ciudades del Norte. . .	" 10.000
Producto de loterías y conciertos que ascendieron de diez á doce mil soles	" 10.000
Total soles peruanos	s. 216.000

Suma que convertida en "Currency" de los Estados Unidos ascendía á más de cien mil pesos, pues en aquella época el papel de los Estados Unidos tenía como un diez por ciento de descuento con el oro.

Es de advertir que los doscientos mil soles en bonos peruanos, según manifestación de Coligny, se entregaron á Márquez, representante, en Lima del Agente Aldama, en todo el mes de Mayo de 1875.

No acertaba á explicarse Aguilera por qué habiendo recibido Aldama tan gruesas sumas para Cuba, se hallara la Agencia en tal estado de pobreza que no tuviera, no ya con que hacerle al vapor "Uruguay" las reparaciones que necesitaba, pero ni siquiera con que pagar el pasaje de regreso á su patria á los hijos del hombre que con su influencia y gestiones personales había conseguido para Cuba aquellos caudales.

Discurriendo sobre este asunto, pensó que cuando Aldama empezó á recibir las primeras remesas del dinero del Perú, ya estaban reunidos todos los elementos de guerra que llevó á Haití la goleta "Laura Pride", por consiguiente tan sólo había tenido que pagar el flete de ellos que serían unos tres ó cuatrocientos pesos.

Por esa fecha el vapor "Octavia", después "Uruguay" estaba también comprado con la cantidad que aportó Aguilera, de Varona, y los fondos que hacía tiempo tenía la Agencia.

La mayor parte de las reparaciones que se hicieron al referido vapor, estaban también pagadas, según cartas que tenía de Aldama, no debiendo más que unos ocho mil pesos. Todo el armamento que tomó el "Uruguay" fué el obtenido del Perú.

De consiguiente, como todos los gastos que había hecho Aldama, desde que empezó á recibir aquellas importantes sumas, fueron pagar los ocho mil pesos que restaba el "Uruguay" por sus reparaciones y despacharlo para Cuba con la expedición, no atinaba como hubiera podido invertir en eso solo, todos aquellos cuantiosos fondos.

Añadió Coligny que el vapor que tenía la República de Cuba en el Perú, por haber entrado en la negociación con las armas y pertrechos, era responsable á cincuenta mil pesos y creyó que Aldama los había pagado con los doscientos mil soles en bonos del Perú; pero en virtud de que Aldama había manifestado á Prado en su carta, que el vapor estaba sujeto á responsabilidades, creía que ni siquiera había pagado aquella cantidad.

Efectivamente: era un enigma el empleo que Aldama hiciera de esos fondos. Tal vez podamos alzar una punta del velo que cubre este misterio, con lo que referimos en el capítulo siguiente.

Dos días después volvieron Leoncio Prado y Coligny á ver á Aguilera. Manifestaron que habían estado en la oficina de Aldama con objeto de arreglar el asunto del corsario con relación al vapor "Uruguay". Aldama les dijo que en su concepto tardaría cuatro ó seis meses en reunir fondos para hacer al vapor las reparaciones que necesitaba. Leoncio Prado le ofreció reunir esos fondos en mucho más breve tiempo en las Repúblicas de la América del Sur, siempre que le diese la autorización correspondiente. Contestó Aldama que no podía hacerlo, porque quizás pudiera necesitar el vapor para una expedición cuando Prado estuviese en las Repúblicas del Pacífico y le sería difícil comunicarse con él.

Viendo Prado las especiosas dificultades que le ponía Aldama, propuso le diera una autorización para levantar fondos en las referidas repúblicas. Dijo estaba seguro de colectar una suma suficiente para comprar un vapor, armarlo en corso y echarse á la mar en servicio de Cuba. El joven Prado era un oficial de la Marina peruana y por ese motivo quería servir en el ramo á qué se había dedicado. Aldama aprobó el proyecto y quedó en darle la autorización al día siguiente.

Fué Prado á buscar la referida autorización, y Aldama le dijo que volviese luego; estaba muy ocupado despachando la correspondencia. Volvió al día siguiente y le dijo que no podía dársela, porque lo había consultado con sus amigos y éstos le dijeron que no debía hacerlo, porque en el Perú estaba Márquez, con las mismas facultades y se resentiría si Prado se presentaba con la aludida comisión. Añadió que todo lo que podía hacer era darle una carta de introducción para Márquez, á fin de que obrase en todo con su acuerdo. Preguntó Prado si podría facilitarle el pasaje para el Perú. Aldama á vueltas de mil frases aflictivas, le dijo que no tenía ni "una peseta" suya ni de la Agencia.

No queremos comentar esta conducta de Aldama con un joven extranjero, hijo de una persona tan distinguida é importante como el General Mariano Prado en el Perú; era éste candidato para la Presidencia de esa República, puesto que á su tiempo alcanzó. El General Prado era tan entusiasta por la causa de Cuba, que había mandado tres hijos suyos á servirla, y en una comisión manifestó á Aguilera que si no fuera por los compromisos que tenía en su país, él, á su costa, equiparía un cuerpo de ejército y desembarcaría en Cuba á combatir hasta que hubiese alcanzado su independencia. Con su influjo se habían obtenido los cuantiosos caudales que hemos apuntado anteriormente, más un vapor con un cargamento de armas y pertrechos. ¡Y los hijos de ese hombre á quienes su padre mandaba para que hiciesen por Cuba lo que él no podía hacer, luego de presentarse al Agente de esa Cuba, que tanto admiraban, á ofrecerle sus esfuerzos y su sangre; el Agente, después del fracaso que sufren en la expedición del "Uruguay", fracaso debido seguramente á la ineptitud de él mismo, permite que los jóvenes vayan en el rigor del invierno, en aquel país inclemente, vestidos con el traje raído que habían usado durante el verano, expuestos á tomar una enfermedad mortal. Les niega techo para su abrigo, alimentos para su subsistencia, rehusa darles los medios para volver á su país. Y como ellos no se desaniman ante tan negra ingratitud, habiendo formado en sus pechos el firme propósito de servir á esa virgen Cuba que había fascinado su espíritu, proponen al Agente, que se excusa con no tener dinero, medios para conseguir importantes sumas; le ofrecen comprar un vapor y armarlo en corso en beneficio de la República. Y el Agente rehusa sus servicios otra vez, pone todos los obstáculos que están á su alcance para que no vayan adelante; hace lo posible por disgustarlos á ellos y á su padre. ¡Y quien tal hacía era el Agente de la República de Cuba, que tenía la misión de captarle simpatizadores y tomar la iniciativa en cuantos medios pudiese idear para asegurar el triunfo de la revolución! Mas parecía que la misión de tal Agente era hundir la causa que se le confiaba, alejarle las simpatías de los extraños, matar la fe, apagar el entusiasmo, sembrar el disgusto y poner todos los medios posibles para que la revolución no triunfase; para que Cuba no alcanzase su independencia.

Continuando la conversación, Leoncio Prado preguntó á Aguilera si podría facilitarle el pasaje hasta el Perú y darle la autorización que le había negado Aldama. Informado de que dicho pasaje costaba doscientos diez pesos en oro, contestó Aguilera que de momento no tenía dinero, pero dentro de seis ú ocho días habría regresado Quesada de Cayo Hueso y probablemente podría hacerlo. Sobre la autorización, dijo que no tenía facultades legales para hacerlo.

Manifestó Prado que tenía gran interés en embarcarse en el vapor que saldría dentro de cuatro días; con respecto á la autorización dijo que sólo deseaba le diese una carta privada, como Vicepresi-

dente de la República, con objeto de enseñarla particularmente á algunos amigos y que constase que obraba de acuerdo con el que iba á ser Presidente de Cuba.

Convino Aguilera en darle la carta y le prometió hacer todas las diligencias posibles para conseguirle el pasaje.

Para cumplir lo ofrecido á Leoncio Prado, fué Aguilera á ver á Govantes y le refirió el caso. Manifestó Govantes el estado de penuria en que se encontraban; debían tres semanas de pensiones á los prácticos y no sabía cómo pagarlas. Sin embargo dijo que vería á un amigo, agente de una de las líneas de los vapores á Colón y si era la del vapor á que se refería Prado, creía obtener de él el favor de pagarle el pasaje á regreso de viaje.

Al día siguiente le manifestó Govantes que su amigo no era Agente de la línea del vapor que quería tomar Prado y por consiguiente habría que decir á éste que esperase hasta que volviese Quesada. Le pidió Aguilera cuatro papeletas para la función que daba la sociedad "Independencia" con objeto de obsequiar á los tres hermanos Prado y Coligny. Govantes se las dió y él las envió á aquéllos.

En el teatro se acercó Prado á Aguilera á darle las gracias por las papeletas. Le manifestó Aguilera que no había logrado conseguir el pasaje consabido, y tendría que aguardar unos pocos días. Dijo Prado que estaba resuelto á marcharse de todas maneras en el vapor indicado, aunque no pudiese llegar más que á Colón. Objetóle Aguilera que nada adelantaría, porque quizás en Colón tendría que esperar más que allí. Contestó Prado que la causa de su premura era que temía fuera Aldama á escribir á Márquez en el Perú para que pusiese obstáculos á su empresa.

Como le dijese Prado que había pensado que la autorización prometida por él la firmasen también López Queralta, Pío Rosado, Miguel Luis y otros jefes cubanos, le manifestó Aguilera que le suplicaba no lo hiciese, porque Aldama podría acusarlo ante el Gobeirno de Cuba, de que á la cabeza de todos aquellos jefes procedía contra la representación del mismo Gobierno, dando autorizaciones ilegales.

Habiendo llegado Quesada de Cayo Hueso, pasó un recado á Aguilera y éste fué á verlo á su casa.

Manifestó Quesada que había sido bien recibido en el Cayo, pero que "aquello estaba muy malo"; no había podido reunir más que novecientos catorce pesos, los que traía en dos letras. Dijo que para infundir ánimo á la emigración, había querido que las letras se extendiesen á la orden de Aguilera. Le propuso endosarlas á favor de Ramón Martínez, con objeto de constituir á éste en su banquero para que se animase y ver si conseguían que pusiese el resto, luego que le entregasen otras cantidades. No pareció mal el plan á Aguilera y endosó las letras.

Discurriendo sobre lo crítico de la situación, Quesada, probablemente para probar su iniciativa, dijo á Aguilera que al día siguiente iba á buscar un individuo, amigo de una señora, de mucha "expedición," que era Coronel del Noveno Batallón, compuesto todo de jóvenes pudientes, para tratar de interesarla en favor de la causa de Cuba. Si lo conseguía le propondría una subscripción para la que cada una de las plazas del Batallón diese diez ó doce pesos; como eran mil doscientas las plazas, podrían reunirse unos doce mil pesos.

Dijo también que iba á tocar el resorte de las Logias,—era masón.— Añadió que hablaría á Ramón Martínez para darle un "empujón" á ver si conseguía que reuniese sus amigos, y les manifestase que él—Quesada—estaba dispuesto á entregarles en bonos de Morales Lemus á un precio muy bajo, la cantidad que ellos diesen, para de esa manera no lastimar sus intereses.

Habiéndose proporcionado oportunidad para escribir á Cuba libre, la aprovechó Aguilera para remitir á la Cámara de Representantes un duplicado de la que con fecha 9 de Noviembre del pasado año le dirigió, á que nos hemos referido anteriormente, y otro duplicado de su correspondencia con Aldama. También envió á Tomás Estrada Palma, Bartolomé Ma-

só y Salvador Cisneros, duplicado de sus cartas de primero y 2 de Noviembre pasado. Las dos primeras fueron adicionadas con las siguientes posdatas.

La de Estrada Palma decía así:

"New York, Febrero 8 de 1876.

Por este duplicado te instruirás si no lo estás ya, de cuanto me pareció deber informarte y hoy ratifico; añadiendo que después de inauditos esfuerzos, en este terreno sembrado de espinas y dificultades, estoy en vísperas de la consecución de mi inquebrantable propósito de ir á continuar nuestra gloriosa lucha, para triunfar ó morir con ustedes. Tengo hoy la gratísima esperanza de salir en breve con todas las probabilidades de abrazarlos, y llevar elementos de guerra y personas útiles á nuestro bello ideal. Dios auxilie esta cuarta vez mi empresa, Mis cariñosos recuerdos á todos mis amigos, y lo es siempre tuyo muy afectísimo,

F. V. Aguilera".

La de B. Masó decía lo siguiente:

"New York, Febrero 8 de 1876.

A prevención de extravío de mi anterior, le hago el presente duplicado, ratificando en esta fecha su contenido. Mucho, muchísimo he tenido que batallar para alcanzar la posibilidad de decirle que cuento tener pronto completa la expedición con que he de lanzarme por la cuarta vez en busca de las playas de la patria; y que en ésta creo ir asistido de mayores ventajas y garantías de buen éxito en mi empresa. No es capaz usted de figurarse cuánto y cuánto me ha costado y me está costando el cumplimiento de este propósito, en este terreno lleno de diversos géneros de contrariedades; pero ya podrá usted hacerse una idea de ese cúmulo de dificultades cuando tenga la dicha de abrazarlos, y referirles las amarguras que he tenido que saborear, y decepciones que deplorar.

"Mientras tanto mis expresiones á los amigos y lo es siempre suyo su afectísimo,

F. V. Aguilera".

CAPITULO XX

ALDAMA ESTABLECE SU REFINERIA Y CASA COMERCIAL.—ES CONSIDERADO VERBO DE LA REVOLUCION.—LOS EMIGRADOS LE CONFIAN SUS DONATIVOS PARA LA PATRIA.—ALDAMA LOS DEPOSITA JUNTO CON LOS CAUDALES DE SU CASA.—LOS APLICA A LOS NEGOCIOS DE ESTA.—ALDAMA ES NOMBRADO AGENTE DE LA REPUBLICA.—SIGUE EL MISMO SISTEMA CON LOS FONDOS DE ESTA.—ESTOS FONDOS NO AUMENTAN.—INFORMALIDAD DE ALDAMA RESPECTO A INTERESES.—VARIOS HECHOS QUE SE CITAN.—LA AGENCIA NO LLEVABA LIBROS DE CUENTAS.—HECHO REFERIDO POR BRAMOSIO.—ID. ID. POR JOSE ANTONIO SACO—ID. ID. POR BELLIDO DE LUNA.—NUEVOS HECHOS QUE SE CITAN—TRANSPORTE DE LAS ARMAS DEL PERU.—MARQUEZ REMITE A ALDAMA FUERTE SUMA.—GIRA $4,000 SOBRE ALDAMA.—ESTE ACEPTA EL GIRO.—NO LO PAGA A SU VENCIMIENTO.—DICE NO TIENE DINERO.—ALDAMA NOMBRA PARA MINISTRO DE CHILE A E. PIÑEIRO—SE DESTINAN $6,000 PARA SU MISION.—SE LE DA CARTA DE CREDITO SOBRE COMERCIANTES CHILENOS.—ESTOS SE NIEGAN ABONARLA.—NO TIENEN FONDOS DE LA CASA ALDAMA.—NUNCA TUVIERON RELACIONES CON ELLA.—FRACASO DE LA MISION DE E. PIÑEIRO.—PERJUICIO PARA LA CAUSA DE CUBA.—ALDAMA UNICO BENEFICIADO.—SOLVENCIA DE LA CAUSA DE CUBA SUBORDINADA A LA DE LA CASA DE ALDAMA.—IMCOMPRENSIBLE CARACTER DE ALDAMA.

Ofrecimos en el capítulo anterior dar algún indicio que nos condujera á la aclaración del misterio que rodeaba la inversión de los considerables fondos que Aldama recibió del Perú y vamos á hacerlo:

No queriendo Aldama mantener ociosos los considerables caudales que sacó de Cuba al estallar la revolución, y deseando emplear su actividad en alguna empresa lucrativa, resolvió establecerse en algún giro que le permitiese vivir de sus productos, sin que sufriera menoscabo su capital. Fué entonces que estableció una refinería de azúcar, y abrió además su casa de comercio en la que se de-

dicó al negocio de comisiones y de banca. Para esto último se asoció á su yerno, el señor Leonardo Delmonte, girando la casa bajo la razón social de L. Delmonte y Compañía. El capital era de Aldama, quien aunque figuraba como comanditario, era todo en aquella sociedad.

Era Aldama considerado como verbo de la revolución cubana, y con este motivo sus partidarios le confiaban las cantidades que destinaban para auxiliar la revolución, á fin de que él les diese el empleo que juzgase más acertado.

Aldama recibía el dinero y lo ponía en el banco donde depositaba los fondos de su casa, sin separación alguna, y á nombre de L. Delmonte y Compañía.

Fué nombrado Agente General de la República de Cuba por segunda vez, y aunque entonces los fondos de ésta que iban á su poder, fueron de mayor consideración, sin embargo, siguió el mismo sistema, depositando esos fondos en el banco como de la referida sociedad.

Durante este tiempo pocos fueron los gastos que tuvo la Agencia, pues éstos los cubría el General Villegas con los fondos de los "Amigos de Cuba" de que era Presidente, y con los que llevó Aguilera de Europa, que manejaba el mismo Villegas.

Este sistema de frecuente entrada de cantidades en poder de Aldama, y de salida nula, no podía tener otro resultado que el acrecentamiento de fondos. La situación debía ser muy satisfactoria para Aldama, pues estando esos fondos de Cuba á nombre de L. Delmonte y Compañía, podía disponer libremente de ellos en provecho de su sociedad mercantil.

Aguilera, que ignoraba este manejo, no podía menos que admirarse de que los caudales de Cuba en poder de Aldama no acrecieran en manera alguna.

Antes de la excursión de Aguilera á Cayo Hueso y Nueva Orleans, en el mes de Febrero de 1874, manifestó Aldama que la Agencia tenía veinte mil pesos; esta excursión produjo cerca de diez mil pesos que Aguilera entregó á Aldama; después dijo éste mismo á Aguilera en diferentes tiempos, que había recibido varias cantidades de consideración, como cinco mil pesos de la Habana, tres mil pesos del filántropo americano Mr. Herrit Smith y otras donaciones, y sin embargo, á la llegada de Carlos de Varona á New York en Julio de 1874, manifestó que la Agencia sólo tenía veinte mil pesos, luego éstos, por error que dijo el mismo Aldama haber sufrido, se redujeron á diez y siete mil y después, por nuevo error, bajaron á doce mil pesos, según carta de Aldama á Aguilera fecha 13 de Enero de 1875 insertada en el lugar correspondiente. Y téngase presente que esta merma no podía ser efecto de gastos que hubiese tenido la Agencia, pues no hacía ningunos, porque ya hemos dicho que los gastos los cubría Villegas con los fondos de la Sociedad "Amigos de Cuba" y los que Aguilera llevó de Europa.

Cuando Aldama se hizo cargo de despachar la expedición de Aguilera con los fondos que proporcionó Varona y los veinte mil pesos de la Agencia que ofreció, ya los negocios de su casa se encontraban en mal estado, y tanto, que poco después hizo suspensión de pagos. Por este tiempo fué que empezó Aldama á recibir los fondos del Perú, enviados por Márquez, cuya misteriosa inversión no podía Aguilera explicarse.

Aldama, á pesar de su encumbramiento y de su aparatoso prestigio, no se distinguió nunca por su escrupulosidad en cuestiones de intereses. Se recordará lo que aseguró Bramosio á Aguilera, referente á que después de la salida del "Hornet", Aldama aplicaba los fondos que se le daban para la causa de Cuba, á resarcirse de lo que había gastado en la empresa de ese vapor. Se recordará que á la llegada de Aguilera de Cuba libre, Aldama no pudo hacerle entrega de las cuentas de la Agencia que por espacio de cerca de dos años había desempeñado, á pesar de ser cuantiosos los caudales de Cuba que en ese tiempo manejó, y necesitó encargar al patriota Manuel J. Izaguirre que le arreglara unos libros de cuentas que presentar á Aguilera; Izaguirre, á pesar de su inteligencia y laboriosidad, tardó ocho meses en poner en claro las cuentas y formar unos libros, en los que la cuenta de *Gratificaciones* figuraba con un débito de ¡¡No-

venta y nueve mil pesos!! Se recordará también que los quince mil francos que pidió á su familiar señor Silvio Alfonso en París, á nombre de Aguilera, no los entregó á éste ni le dió noticia de ellos. Igualmente se recordará lo referido por José Antonio Saco sobre la grave dificultad en que lo puso cuando lo indujo á ir de la Habana á Europa, no remitiéndole las cantidades que le había ofrecido, sin darle excusa alguna, ni contestar sus cartas siquiera. Algo parecido refirió Bellido de Luna con relación á cuatro mil pesos que Aldama ofreció abonar al dueño de la fábrica de papel que suministraba el necesario para la impresión del periódico "El Siglo", y tampoco lo hizo. También lo de la suscripción que se intentó hacer para salvar la vida al infeliz Pintó... Pero ¿á qué detenernos repitiendo lo que en otra parte dijimos ya? Digamos algo nuevo que al mismo tiempo que ilustre el asunto de que tratamos, pueda agregar un dato más para la historia.

Vamos á referir dos hechos, tomados de buena fuente, que junto al otro hecho, del manejo que hacía Aldama de los caudales cubanos, han venido recientemente á nuestro conocimiento. Helos aquí:

Concluída la negociación con el Perú, llevada á feliz término por el señor Márquez Sterling, éste, al mismo tiempo que despachó las armas para Panamá y Colón, remitió á Aldama los considerables fondos que entraron en esa negociación.

Aunque Márquez envió un Comisionado con las armas, recomendó al Cónsul Americano en Panamá, amigo suyo, que auxiliara á aquél en lo que necesitara; y para cubrir los gastos de la operación, girara sobre el señor Miguel de Aldama en New York. Prestóse el Cónsul á servir á su amigo Márquez, y efectuado el traslado de las armas, giró sobre Aldama una letra por cuatro mil pesos á favor de un amigo suyo en New York. Aldama aceptó la letra á su presentación, pero á su vencimiento no la pagó, suplicando al tenedor, que era amigo suyo también, no la protestara, pues contaba con pagarla dentro de algunos días. El tenedor de la letra avisó inmediatamente al Cónsul y éste á Márquez. Muy sorprendido éste, no comprendiendo cómo acabando de remitir á Aldama sumas considerables para la causa de Cuba, no hubiese abonado aquel pequeño giro, le escribió seguidamente pidiéndole explicación. Contestóle Aldama dando por toda respuesta que al vencimiento del referido giro no tenía dinero.

El otro hecho es el siguiente :

La República de Chile fué la primera en reconocer la independencia de Cuba. Esto se explica teniendo en cuenta que Chile estaba de derecho en guerra con España.

Cuba no tenía Representante en Chile; y habiéndosele indicado á Aldama, creemos que por el mismo señor Manuel Márquez, que si mandaba á esa República un hombre de prestigio y habilidad, investido con autoridad suficiente, podría aprovecharse la buena disposición en que estaba con respecto á Cuba y era probable que se tocaran muy buenos resultados, Aldama recibió bien la indicación y escogió para ese cargo al distinguido literato cubano señor Enrique Piñeyro. Destinó la cantidad de seis mil pesos (creemos que de los mismos fondos del Perú) para que el nuevo Ministro se presentase en la capital de la república con la decencia y prestigio que era menester.

Instruído Piñeyro del honroso cargo que se le confería, lo aceptó. Poco antes de embarcarse se suscitó la duda de si los seis mil pesos destinados para la misión, se le darían en letras, ó si se le autorizaría á girar sobre New York. Ultimamente se convino en que Aldama proveería á Piñeyro de una carta de crédito sobre una casa fuerte de Santiago, para que allí se le entregasen los referidos seis mil pesos. La carta fué firmada por su casa, ó sea L. Delmonte y Compañía á cargo de una de las más fuertes de Santiago ó de Valparaiso.

Salió Piñeyro á su destino y al llegar, presentó la carta de crédito á la casa chilena; mas supo con sorpresa que no era aceptada, porque le dijeron en la casa que no tenían fondos de L. Delmonte y Compañía y ni siquiera habían tenido negocios con esos señores.

Las relaciones de Aldama, ó sea L. Delmonte y Compañía con la mencionada casa chilena, parecen haber sido las siguientes. Al establecer Aldama su casa en New York, mandó un Agente viajero por las repúblicas Sur Americanas con objeto de buscar negocios para ella. Este Agente hizo conocimiento con la fuerte casa chilena referida y ésta le dió una carta de introducción para sus banqueros en Europa, la cual fué enviada por el Agente á sus patrones L. Delmonte y Compañía en New York. La carta de crédito de L. Delmonte y Compañía de la casa chilena, instruía á ésta que podía girar por los seis mil pesos á cargo de los referidos banqueros de Europa. Tampoco tenía fondos L. Delmonte y Compañía en poder de esos banqueros, ni había tenido negocios con ellos.

Excusado es decir que Piñeyro se encontró en una difícil situación. Acudió á Márquez Sterling y éste le prestó auxilio para sacarlo de ella. Piñeyro tuvo á bien dar por terminada su misión aun antes de comenzarla; misión que tal vez hubiera sido fructífera para Cuba, debido al entusiasmo de los chilenos por la causa cubana y también las simpatías de que Piñeyro gozaba allí por haberse dado á conocer muy favorablemente con un juicio crítico que escribió sobre San Martín y algún otro trabajo análogo, dado á luz en New York.

Es natural que al expedir Aldama la carta de crédito, hiciese suyos los seis mil pesos. ¿Y cuál fué el resultado de esa operación? Que la revolución perdió las ventajas de la misión de Piñeyro; que perdió los fondos gastados en trasladarse á aquella República y que Cuba cayó en el más lastimoso ridículo al retirarse su Ministro, apenas llegado, por haber sido repudiado el crédito que llevaba. Sólo Aldama ganó, pues pudo usar de los seis mil pesos de la causa de Cuba en beneficio propio.

De esa manera manejaba Aldama los asuntos de Cuba confiados á su cuidado. Era ese el resultado de la confusión en que mantenía los fondos de Cuba y los de su casa mercantil; confusión que hacía que cuando su casa no tenía fondos, tampoco los tuviera la causa de Cuba; y como últimamente los negocios de Aldama fueron mal, los intereses de Cuba en sus manos sufrían la misma suerte.

Dados estos antecedentes ¿podrá extrañarse que Aldama no pudiera despachar á Aguilera para Cuba con su expedición por falta de dinero? ¿Podrá decirse que fuera un misterio inexplicable el empleo que diera á la considerable suma que recibió del Perú? No daremos solución á esas preguntas; dejamos que sean resueltas por el lector imparcial.

¡Misteriosa condición humana! Es incomprensible cómo en un mismo hombre pudieran existir amalgamados, en fraternal consorcio, tanto orgullo y tanta mezquindad, tanta soberbia y tanta miseria.

CAPITULO XXI

FEBRERO 1876

CONFERENCIA DE H. CISNEROS CON AGUILERA.—PRETENSION DE JOAQUIN ZAYAS.—INTRIGAS DE ALDAMA Y ECHEVERRIA.—TRATAN DE CREAR DIFICULTADES A AGUILERA.—SE VALEN DEL DOCIL INSTRUMENTO DE H. CISNEROS.—ENERGICA REPULSA DE AGUILERA.—PROYECTOS DE QUESADA PARA DESEMBARCAR A AGUILERA EN CUBA.—RAMON MARTINEZ DEPOSITARIO DE $700,000 DE MOREJON.—AGUILERA LE REFIERE A QUESADA LA PRETENSION DE ZAYAS.—QUESADA INVITA A COMER A GUILERA EN EL HOTEL.—ESPLENDIDA COMIDA.—INVITA A AGUILERA A PASAR A SU CUARTO.—INDICA A RAMON MARTINEZ PARA LA AGENCIA.—HABILIDAD DE M. QUESADA.—CARTA DE AGUILERA AL GENERAL PRADO.—AFLICTIVA SITUACION POR FALTA DE DINERO.—QUESADA MANIFIESTA NO PUEDE FACILITARLO.—EL PATRON DE LOS PRACTICOS AMENAZA DEMANDAR A GOVANTES PARA QUE LE PAGUE.—APUROS DE AGUILERA.—LEANDRO RODRIGUEZ LO SACA DE EL.—AGUILERA LLEVA A LOS PRACTICOS A VIVIR A SU CASA.—PARTE CON ELLOS SU TECHO Y SUS ALIMENTOS.

Habiendo estado Hilario Cisneros varias veces en casa de Aguilera, solicitando verlo, le dejó recado para que lo aguardase al día siguiente por la mañana. Lo esperó Aguilera; y para dar mejor idea de la conferencia, vamos á copiarla fielmente de su "diario":

"Febrero 4.—Acabando de almorzar llegó Hilario; lo llevé al "parlor"—la sala—y comenzamos la conferencia. Me dijo que hacía días que había recibido una carta de New Orleans, de Joaquín Zayas en la que le decía me hiciese varias preguntas; me entregó la carta para que la leyese y le dijese lo que debía contestarle. Decía Zayas que por allí corrían rumores muy acentuados de que yo me había unido al Coronel Quesada para que éste me llevase á Cuba y me colocase en la Presidencia; y que habiendo sido él —Zayas—el que había publicado aquí y en New Orleans el proyecto de asesinato que había concebido el Coronel Quesada contra nosotros—Aguilera y Cisneros—se encontraba en la necesidad forzosa de sincerarse ante la emigración y el público en general, publicando todos los antecedentes y protestando contra mi conducta; aunque no se resolvía á creer que yo pudiera obrar de acuerdo con Quesada porque él no era de los que opinaban que los fines justificaban los medios y otras cosas por el estilo.

"Le contesté á Hilario que no era cierto que yo me hubiera unido á Quesada para que me llevase á Cuba y me colocase en la Presidencia; pero que sí era cierto que había aceptado los recursos que los Quesadas me habían ofrecido para ir á Cuba con una expedición; así como los aceptaría del mismo Satanás en forma humana que me los ofreciese con ese objeto. Que lo que sentía y deploraba era, no haberme unido á Quesada mucho antes, cuando me mandó los veinte mil pesos con que se compró el "Octavia", porque si lo hubiera hecho entonces, estoy cierto que ya habría más de ocho meses que hubiera desembarcado en Cuba con una buena expedición. Que poco me importaba que Zayas publicase los antecedentes que quisiese, con todas las protestas que tuviese por conveniente, por más que no lo consideraba con ningún derecho para hacerlo, porque él no había tenido más que una participación muy secundaria en aquel asunto; que los únicos que habíamos hecho un acta sobre ese particular, que debía estar en el Archivo de la Agencia, era él—Hilario—y yo; y de consiguiente ignoraba qué "pitos" tocaba Zayas en ese asunto. (Hilario asintió á lo que yo decía.) Seguí diciéndole que veía claro en el asunto; que eran intrigas de Aldama y de Echeverría con objeto de poner obstáculos en mi camino; pero yo seguiría firme en mi resolución, porque cuando me lancé á la revolución no fué para servirle á ningún hombre sino á la causa

de Cuba. Que aunque en tesis general, según decía Zayas, los fines no justifican los medios, en este caso particular mi opinión era completamente contraria á la de él, pues creía que todos los medios eran buenos para conseguir el glorioso fin de la independencia de Cuba.

"Deduje que á Hilario no le gustaron mis razonamientos porque no me contestó nada y se marchó inmediatamente, aunque no por eso mostró el más ligero indicio de desagrado. Creo se despidió frío pero no ostensiblemente.

"Por la tarde vino Govantes, lo informé de lo ocurrido con Hilario y convinimos en que los secuaces de Aldama no perdían medios de trabajar en obsequio de su señor".

Parecía que todavía aquellos hombres no conocían á Aguilera. Aldama, acostumbrado á no ver ante sí más que siervos, y éstos habituados á doblar la cabeza ante su señor, no concebían que pudiera haber un hombre con entereza suficiente para despreciarlos á uno y otros y mucho menos que este hombre fuera Aguilera; aquel á quien siempre vieron tan paciente y tan modesto. Para explicarse ese cambio incomprensible para ellos y al mismo tiempo llevar adelante su obra de difamación, decían que Aguilera estaba sugestionado por Govantes; y que debido á la debilidad natural de su carácter se prestaba á ser instrumento dócil en manos de los enemigos de Aldama. ¡Insensatos! ¡No eran capaces de comprender la fuerza que tiene una conciencia recta en un hombre digno y honrado!

Fueron Aguilera y Govantes y ver á Manuel de Quesada. Les manifestó éste que tenía tres proyectos: uno el del capitán del vapor de que había hablado á Aguilera anteriormente; otro, fletar un ligero "yatch" por un mes, para viajar por las costas de los Estados Unidos y desembarcar en Cuba á Aguilera, en uno de los viajes, y el otro, que les refirió con la mayor reserva, era el siguiente: Dijo que cuando le prestó sus servicios á Guzmán Blanco en Venezuela, éste le regaló el vapor "Bolívar" que estaba en muy mal estado, por lo que no lo admitió; ahora, el referido vapor estaba en uno de los puertos del Sur de los Estados Unidos completamente reparado y listo á salir para Venezuela; dijo que quizás podría conseguir del capitán que pusiese á Aguilera en la costa de Cuba en su tránsito.

Contestó Aguilera que aceptaba cualquiera de los tres planes, siempre que le asegurase que no lo pondrían á más de diez ó doce millas de la costa, pues tenía experiencia de las dificultades que se presentaban en alta mar cuando había que hacer uso de los remos contra la corriente, etc. (a) Repuso Quesada que cualquiera que fuese el buque en que hiciese el viaje, éste lo dejaría en las mismas playas de Cuba.

Tratando respecto á la dificultad de allegar fondos, dijo Quesada que ya tenía conquistado á Ramón Martínez. Para admitirlo le dijo que sabía que él había dado para Cuba más de treinta mil pesos y eso era suficiente. Pero que puesto que tenía en su poder setecientos mil pesos de Morejón para colocarlos allí, y éste lo había facultado para disponer de cualquier suma en favor de la causa, podía hacerlo contribuir con seis ú ocho mil pesos que serían los que faltarían para realizar cualquiera de los tres proyectos. Martínez había accedido á su proposición. Añadió Quesada que Félix Govín estaba reñido con Martínez, ignorando la causa, por lo que no contaba con él.

Le refirió Aguilera la ocurrencia de Joaquín de Zayas sobre los antecedentes de su hermano Rafael que quería publicar, sin decirle que había sido H. Cisneros el intermediario. Contestó Quesada que su hermano se alegraría mucho de que Zayas ó cualquiera otro hiciera tal publicación, pues así le daría oportunidad para vindicarse, confundiendo á sus enemigos. Pocos días después volvió Aguilera á ver á Quesada. Lo encontró en su pequeña sala particular, acompañado de su hermana la señora Ana, viuda de Céspedes y de Ramón Martínez. Después de saludarlos, manifestó Quesada á Aguilera que estaba trabajando con

(a) Sin duda Aguilera recordaba las angustias que pasó en el Canal de Bahama de regreso á Cabo Lobos.

mucha actividad, y creía que dentro de seis ú ocho días ya estarían en camnio para Cuba, pues para ello contaba con la eficaz protección de Ramón Martínez, allí presente.

Manifestó éste que haría cuanto estuviese de su parte, aunque sus amigos lo habían dejado completamente solo. Bramosio se había negado á dar nada, como de costumbre, y Govín también se le había "virado".

Dijo Quesada que Aldama le había "arrancado" cinco mil pesos á un cubano que acababa de llegar de la Habana; éste le había dicho que también contribuiría para la expedición de Aguilera, siempre que tuviese el convencimiento de que éste iba á Cuba. Invitó á Aguilera á que fuese á comer con él á las seis de la tarde en el Hotel "Winchester" para presentarlo á dicho cubano. Aguilera manifestó que no faltaría á la cita.

Hízose general la conversación refiriendo Quesada y Martínez varios episodios relacionados con Aldama, retirándose después Aguilera.

Al llegar á su casa recibió una carta de Leopoldo Turla, que copiamos á continuación:

"New Orleans, Enero 31 de 1876.

"C. Francisco V. Aguilera.

"Dignísimo patriota: Con fecha 31 del mes pasado escribí una carta al General Manuel de Quesada incluyéndole unos versos míos dedicados á usted; y sospechando que la tal misiva no ha llegado á su poder por hallarse tal vez ausente, y temiendo que caiga en manos *de algún mal intencionado,* lo faculto á usted para que la saque del correo y se entere de su contenido.

"Por la lectura de esos versos, pobres, pero sinceros, se pondrá usted al corriente del *concepto equivocado* que formé de usted por las apariencias, de mi desengaño más tarde y *confesión franca y leal de mi yerro.*

"Es preciso que se ponga usted en mi lugar para comprender lo que sufrí cuando me pareció que *uno de mis ídolos había descendido á ser un maniquí* de Miguel Aldama, el enemigo más encarnizado que tiene la independencia de Cuba. Ese hombre funesto y compartes *retardaban intencionalmente su vuelta á* la patria, y trabajaban sorda y maquiavélicamente *en mancillar su buen nombre y asesinar su honor.*

"*Esto* no lo sabía yo entonces como lo descubrí más tarde; y ni era tampoco adivino para darle el grito de alarma y arrancarlo de aquel círculo fatal. Así pues no extrañe *que en el error en que estaba* y en un rapto de indignación santa derribara yo,—¡sacrilegio!—la noble, inmaculada estatua de Aguilera. ¡Cómo abusaron esos miserables de la buena fe del honrado patriota! ¡Cómo lo hicieron caer inconscientemente en la pérfida red tendida á sus pies! ¡Con qué habilidad mefistofélica le hicieron servir dócilmente á sus planes liberticidas!

"¡Pero brilló la luz... ¡Y vino *el desengaño de usted y de nosotros,* y con él tuvimos *la resurrección del que creíamos ya muerto!*

"¡Bendita sea la luz que nos devuelve *vivo* al Aguilera de 1868, al padre de la patria, al Aguilera que amamos y reverenciamos!

"Si *ayer* esquivando un encuentro con usted, en una de las calles de New Orleans, pude decir viéndole desde lejos: "¡Lástima que esa estatua física no sea moral!": hoy, vuelto de mi error, me complazco en repetir:

"Ambas tallas son gemelas,
La física y la moral'.

"Pasemos á otra cosa.

"Siento decirle que la emigración aquí, de *vergüenza* está muy pobre para ayudarle en su nueva expedición.

"Los malos hijos de Cuba, los lacayos de Aldama, están trabajando para que *el Presidente de la República Cubana no reciba lo poco que pueda reunir.*

"¡Miserables.....!

"Tenga usted la bondad de contestarme lo más pronto posible para saber si ésta ha llegado á sus manos.

"Deseándole un viaje próspero y feliz á Cuba libre, se despide de usted con el más profundo respeto y admiración su idólatra,

Leopoldo Turla",

El autor de la carta que acabamos de transcribir se había dado cuenta exacta de la situación de Aguilera. No puede pintarla de manera gráfica y exacta, con menos palabras. "Pero brilló la luz,—dice Turla—vino el desengaño de usted y de nosotros, y con él tuvimos la resurrección del que creíamos muerto". Sí: Aguilera pudo estar al lado de esos hombres mientras ellos con sus falsas promesas lograron tenerlo engañado; mientras creyó que podría sacar algo beneficioso para Cuba. Pero tan pronto como se convenció de sus tenebrosos propósitos y de su falsía, rompió con ellos con varonil entereza, por más que ese paso le trajera las terribles pruebas porque le hemos visto pasar, y por más que ellos emplearon todos los medios imaginables para volverlo á atraer, ya por medio de halagos y de seductoras promesas, ya con amenazas temibles, ya sembrando de abrojos su camino.

Pero si lograron engañar á Aguilera, éste á su vez también los dejó burlados, pues les enseñó cuán equivocados estaban con respecto á él. Que si alta era la posición que ellos ocupaban por su representación social, mucho más alta era la de él, porque moralmente estaba muy por encima de todos ellos; y porque el triunfo momentáneo que lograran, lo habrían de pagar bien caro, arrancándoles en su día la máscara con que cubrían sus deformes semblantes y presentándoles ante la historia frente á frente á su execrable obra.

He aquí la composición á que aludía Turla:

FIGURAS HISTORICAS

Francisco Vicente Aguilera

Laisse huler sur toi le flot
des clameurs viles.
Víctor Hugo.

La historia de la patria un héroe tiene,
Un héroe inmaculado cuyo nombre
La esencia del civismo en sí contiene:
Mañana si buscáis en esa historia
Las páginas brillantes de su gloria,
En cada ilustre hazaña no os asombre
Hallar al semidiós en vez del hombre.
¿Quién es me preguntáis...? El siervo (mismo
Que ayer en su dolor se retorcía
Bajo el látigo cruel del despotismo,
Ese el nombre os dirá de aquel que pudo
Con sólo un golpe poderoso y rudo
Lanzar de su cervíz en fausto día
El peso vil de la coyunda impía.

En cada noble corazón cubano
Está su nombre sacrosanto escrito:
¿Quién no ama y reverencia al noble (anciano?
Sólo el que es vil no acata, no venera
El nombre esclarecido de Aguilera:
Quien no ama la virtud ama el delito
Y está por Dios como Caín maldito.

Creso era ayer: la próspera fortuna
Con riqueza sin fin le sonreía;
Hoy mísero, no cuenta con ninguna.
Todo inmolado fué, todo en las aras
De la patria infeliz. Pensad cuán raras
Las almas son que tengan su hidalguía
En tiempos de tal vil apostasía.

Tras tanto sacrificio en pro de Cuba
Tras tanta prez con que su afán corona
¿No es justo que su gloria al cielo suba?
El pueblo así á sus héroes recompensa
Y paga en gratitud su deuda inmensa...
No así con él; el pueblo lo abandona.
Del mártir con la cruz le galardona.

¡Oh crímen! ¡oh baldón! ¡Abrir la ruta
De libertad á un pueblo esclavizado
Y darle en pago un vaso de cicuta....!
¡Sembrar la luz en valles y colinas
Y una corona recibir de espinas...!
¡Cubrir de cieno su ínclito pasado
Para que pase al porvenir manchado...!

Su sangre prodigar y sus riquezas
Y merecer por tanto bien tal pago...!
¿Páganse las virtudes con vilezas?
¡Céspedes inmortal! ¡Víctima triste,
Tal negro el premio fué que recibiste...!
También, Bolívar, fué tu signo aciago...
En tu alma de titán ¡cuán hondo estra- (go...!

¡Noble Aguilera... ¡Vanamente quieren
Los malos vulnerar tu tersa fama,
Que á sí mismos los míseros se hieren.
¿Venció á la luz jamás la noche obscura?
¿Mancha el disco del sol la nube impura?
Más pronto se hundirá la negra trama
Que en triunfo la verdad su luz derrama.

Mártir, espera y resignado sufre:
¿Qué importa dí, que del infierno salga
Para empañar tu honor vapor de azufre?
Tú no has quedado en el palenque solo
Para luchar con la traición y el dolo;
Contigo están los buenos, alma hidalga,
Y quieren que ese honor do quier pre-
(valga.

¡Tú con la mano trémula tendida
Pidiendo la limosna postrimera
Con que salvar la patria adolorida...!
¡Mira el grupo perjuro allí ligado...!
Para negarte el óbolo implorado...!
Mas ¿cuándo amor filial tuvo la fiera...?
Dejar la madre que acosada muera...!

Tal es el fanatismo intransigente;
Jamás su falta ni su error confiesa
Y hacia el abismo va como el demente.
Déjale pues que en él se precipite
Y allí no más la desunión agite:
Así podrás dar cima á tu alta empresa
Y del yugo librar la patria opresa.

Tan fausta aurora acelerad, cubanos,
Y el óbolo aprestando generosos
Ante la patria sed: *todos hermanos...!*
No débiles España nos encuentre,
Y mañana en las lides valerosos
Sereis do quier para triunfar colosos...!

Leopoldo Turla.

Aguilera contestó á Turla con la siguiente carta:

"New York, Febrero 12 de 1876.

"C. Leopoldo Turla

"Distinguido compatriota:

"Gran satisfacción me ha producido su favorecida 31 del próximo pasado que con el mayor gusto paso á contestar.

"Oportunamente tuve el de recibir de manos del señor General Manuel Quesada la excelente poesía que por tributo de su patriotismo y afecto se dignó dedicarme; la cual, sin aceptar cuanto tiende á encomiar mi humilde significación, me proporcionó con su repetida lectura grandísimo placer.

"Siento, como profano en el divino arte, no poder explicar y analizar técnicamente todo su mérito literario y todo su efecto. Mi amigo el señor J. J. Govantes á quien la mostré en la misma fecha de su recibo se interesó por el original temporalmente, y luego he sabido que será recitada por una señorita en una de las sesiones literarias de la sociedad "Independencia de Cuba" y subsecuentemente publicada en un periódico cubano". Con el Coronel Rosado, que debía salir para esa, pensé haberle acusado el recibo, como lo hago ahora, en virtud de haber dicho jefe desistido del viaje, dándole á usted mis más sinceras gratitudes, por tan fina y distinguida demostración.

"Pero su carta citada me ha colmado de placer en distintos sentidos. En ella veo completamente justificada la calificación que de usted se hizo en la "Cuba Poética" de Fornaris y Luaces con la frase de "alma grande" en la cual están comprendidas las altas virtudes del espíritu y del corazón; y no es posible añadir cosa alguna á ese calificativo. Y lo veo comprobado, porque como usted lo ha hecho, sólo las almas grandes confiesan sus errores; y usted puede estar muy convencido, que esa confianza me es doblemente satisfactoria, porque me justifica la acertada apreciación de aquellos genios y porque me proporciona la adquisición de una valiosa simpatía y relación, como es la de usted. Quedan ambas, pues aceptadas cordialmente.

"Y no seré menos franco, amigo mío; los hechos públicos, antes que mi confesión, han probado como usted se ha dignado explicarlo, que fuí también presa de un error; error que tan caro me ha costado en moneda de sufrimientos físicos, peligros y pesadumbres y que tan caro ha costado y aun sigue costando á la patria.

"Pero ¡loado sea Dios, amigo mío! que, si permite que caigamos en el error al confiar en ciertos hombres, para humillar

nuestra soberbia y presunción, convenciéndonos de nuestra falibilidad, nos ilumina á tiempo de poder confesar nuestras equivocaciones y enderezar nuestros pasos. En estas circunstancias está usted, yo y otros muchos, y lo que ahora conviene es hacer valer nuestras resurrecciones, obrando con energía y constancia en pro de la buena idea; y en la meritoria aunque espinosa tarea de hacer la luz en las conciencias de aquellos de nuestros hermanos que aun están en las tinieblas.

"Los hombres favorecidos por el cielo como usted, con dotes especiales del espíritu, del corazón y de la palabra, son aquellos predestinados á servir en el apostolado de la verdad; y yo al separarme de este país, á continuar con mi pobre significación la obra de redención, al lado de nuestros hermanos en el terreno patrio, llevo el plan de aumentar con el nombre de usted, para conocimiento de ellos, la lista de los que tienen el pleno derecho de titularse hijos de Cuba.

"No importa, amigo mío, que en la nuestra, como en todas las buenas causas, haya espíritus malignos que la combatan; porque Dios, que las proteje, aunque permita esas contrariedades para su acrisolamiento y gloria, proporciona á los buenos, por caminos casí siempre ajenos á la previsión humana, los resortes del triunfo. Esa convicción nos viene alentando y sosteniendo, y con ella debemos esforzarnos y sobreponernos á las malas artes que tan hábilmente me describe usted.

"Agradezco á usted cuanto debo los conceptos con que me favorece; pero la verdad es, amigo mío, que yo no he hecho más que cumplir, como otros tantos de nuestros hermanos, un deber sagrado, y el sencillo cumplimiento de este deber no nos hace acreedores á tanto favor. Si realmente resulta que hay algún derecho al afecto de mis hermanos en cumplirlo, esté usted cierto de que siempre procederé de acuerdo con esta máxima, que hace tiempo sirve de norma á mis acciones: "mi existencia pertenece á Cuba".

"Las manifestaciones de afecto con que usted tanto me ha favorecido y honrado en su apreciable carta, me abren la puerta para pedir á usted su retrato, cuya tarjeta, si la tuviera hecha, desearía recibirla á vuelta de correo, porque aparte de mi propia satisfacción, tengo el especial interés de que en Cuba libre le conozcan los buenos patriotas.

"Tanto en este país durante mi permanencia en él, que creo corta, como en nuestra querida Cuba, me serán siempre muy gratas sus apreciables letras: y si la voluntad de mis compatriotas me llamase á ocupar un puesto en la administracción de sus intereses, entonces las letras de usted y demás amigos me servirán de un poderoso auxiliar, porque mi gran anhelo será que mis amigos principalmente y mis compatriotas todos, me ayuden con sus observaciones y consejos á guiarme por el mejor camino que conduzca al bien y ventura de mis conciudadanos.

"Mientras tanto, cuénteme usted como su más sincero y agradecido amigo,

F. V. Aguilera".

Concurrió Aguilera á la cita de Manuel Quesada en el Hotel "Winchester". Presentó Quesada á Aguilera á uno de los socios del hotel y éste excusó al jefe principal, General Steward, por haber tenido que salir precipitadamente para Filadelfia. Estaba colocado en el hotel un joven cubano de apellido Giraudy de Santiago de Cuba. Quesada manifestó á Aguilera que la persona á quien había querido presentarlo no le era posible asistir porque un asunto de urgencia se lo impedía. Dijo que el General Steward acababa de comprar ese hotel; era muy amigo suyo y de los cubanos y casi lo había obligado á aceptar allí un cuarto gratis. Les sirvieron una espléndida comida, acompañándolos á la mesa el joven Giraudy. Después invitó Quesada á Aguilera á pasar á su cuarto para hablar confidencialmente. Una vez allí, después de brindar toda franqueza á Aguilera y tratar de establecer la mayor confianza entre ellos, le preguntó si tendría alguna dificutad en decirle lo que pensaba hacer cuando llegase á Cuba libre respecto á la provisión de la Agencia General en el Exterior. Contestó Aguilera que no tenía inconveniente en decirle que pensaba en-

cargar de la Agencia á Govantes, pues dada la situación en el extranjero, no encontraba ningún otro que lo aventajara en inteligencia, buenas relaciones, probidad, patriotismo y buen deseo. Contestó Quesada que era el primero en reconocer todas esas dotes en Govantes; mas sin embargo, había en la emigración una persona que por su influencia podía dar mejores resultados prácticos á la causa de Cuba, porque contaba con recursos propios que no tenía Govantes: esta persona era Ramón Martínez. Repuso Aguilera con franqueza que nunca había pensado en él, porque desde que llegó de Cuba supo que Martínez no había querido nunca figurar ostensiblemente en la causa de Cuba; él mismo se lo había dicho así, jactándose una ocasión de no haber puesto jamás su firma en asunto que se rozara con la revolución.

Contestó Quesada que era cierto, por motivo de que temía la confiscación; mas habiendo vendido ya el ingenio que poseía en Cuba, había cesado la razón que lo impulsaba á obrar de esa manera. Sin embargo, estaba seguro de que Martínez se manifestaría renuente á aceptar la Agencia, pero él conseguiría que cediese, pues sabía la manera de hacerlo. Añadió que estaba seguro de que si Martínez daba su palabra, la cumpliría, y una vez investido con el cargo de Agente, mandaría expediciones á Cuba, aunque fuera á su costa, caso que no lo ayudasen sus amigos.

Contestó Aguilera que delante de él había oído decir á Martínez la noche anterior, que no podía contar ni con Govín ni con Bramosio y no creía que por el mero hecho de ser Agente General, fuesen éstos á ayudarlo; todo lo contrario, se les despertarían celos y le harían oposición. Con respecto á contar tan sólo con la generosidad de Martínez, ya ellos sabían hasta dónde ésta llegaba, cuando él —Quesada—tenía que andar con tantos rodeos, y le estaba costando tanto trabajo que contribuyese con seis ú ocho mil pesos para su expedición—de Aguilera— y no con dinero suyo, sino de su poderdante Morejón.

Finalmente, que además de todos sus desengaños con Martínez había la circunstancia de que él, guiado por el mejor deseo, había recomendado al Gobierno de Cuba para ese puesto á Govantes y sería una inconsecuencia incalificable nombrar cuando estuviese en Cuba á otro, sin motivo justificado. Mucho discutieron sobre el particular, tratando Quesada de inclinar á Aguilera á que sustituyera á Govantes con Martínez encareciendo los grandes esfuerzos que éste haría para impulsar la revolución. Aguilera para concluir le dijo que ese era asunto de gran trascendencia y necesitaba meditarlo.

No se ocultó á Aguilera la habilidad con que Quesada dispuso este primer ataque. Había preparado su espíritu con una espléndida comida, tratando de deslumbrarlo con sus magníficas relaciones y el boato que lo reodeaba, brindándole al mismo tiempo la más fraternal confianza. Era Quesada indudablemente un hombre hábil, pero como Aguilera lo conocía y estaba en guardia, no tenía que temer. Sin embargo, necesitando de él en aquellas circunstancias, comprendió que debía oponer habilidad á habilidad para no disgustarlo; por eso le dió la contestación final que hemos visto.

Recibió Aguilera una comunicación de la Secretaría de Relaciones Exteriores fecha 6 de Enero, en la que le acusaban recibo del octa levantada en Dry Harbor, Jamaica, relativa al fracaso de sus tres primeros intentos de desembarco en Cuba. Le decían también que no había llegado al Gobierno ninguna de las dos copias de su correspondencia con Aldama, con motivo de su desacuerdo con él; pero sí habían recibido copia de la misma correspondencia enviada por Aldama. Vamos á trancribir aquí la expresada comunicación:

"R. de C.

"Mayor General Francisco V. Aguilera, Vicepresidente de la República.

"Secretaría de Relaciones Exteriores
Número 116.

"Ciudadano General:

Con notable atraso llegaron á esta Secretaría la carta de usted fechada en

Kingston el 30 de Septiembre último y el acta extendida en Dry Harbor, Jamaica en presencia de usted, del Teniente Coronel Miguel Aguilera, Capitán Manuel Morey y Ciudadanos Luis Felipe Gutiérrez y Alfredo Blasini.

"Dicha acta contiene la historia de las contrariedades experimentadas por usted desde el 29 de Abril en que salió de Boston, con ánimo de venir á Cuba, hasta principios de Septiembre en que desistió de realizar por entonces su propósito, para llevarlo á cabo más adelante con mejores condiciones.

"No se ha recibido la correspondencia remitida por usted, relativa á las contestaciones entre usted y el Agente General de la República en los Estados Unidos; pero en cambio ha llegado á esta Secretaría copia de la misma correspondencia remitida por el mismo Agente.

"La interrupción de la antigua armonía que por mucho tiempo existió entre usted y el señor Aldama; así como la cadena de incidentes adversos que le impidieron llegar oportunamente á Cuba, han perjudicado en gran manera los intereses de la patria.

"El primero de los sucesos ha sido causa, sin duda, de que no hayamos recibido á tiempo armas y municiones de guerra que hubieran servido para dar mayor impulso á la situación favorable en que nos hemos colocado á fuerza de sacrificios.

"Pero ya que aquellos sucesos no pudieron evitarse, patriótico será que se aplique á los sucesos acaecidos el remedio posible; y en este sentido me atrevo á ser el intérprete de los patriotas de buena fe, expresando por una parte la esperanza de su pronto regreso á Cuba, y por otro, el deseo vivísimo de que se restablezca entre el Vicepresidente de la República y el Agente General de la misma, la armonía tan necesaria á la marcha desembarazada de nuestros asuntos en el Exterior.

"Si ambas cosas se realizan felizmente, creemos con sinceridad que el pueblo de Cuba está de enhorabuena.

"Admita usted el testimonio de mi distinguida consideración,

Patria y Libertad.

Camagüey, Enero 6 de 1876.

Tomás Estrada".

Secretario.

Vemos cómo el Gobierno estaba instruído por la copia de la referida correspondencia que le enviara Aldama, así como también por la comunicación con que éste indudablemente la acompañara de la desavenencia entre Aguilera y Aldama, y por el tenor de la citada comunicación del Gobierno, se veía que aquél atribuía á esa desavenencia el no haber desembarcado en Cuba los materiales de guerra preparados al efecto, diciendo que el desacuerdo había perjudicado grandemente los intereses de la patria. Además estimulaba el Gobierno á Aguilera para que se prestase á una reconciliación con Aldama, en provecho de los intereses de Cuba.

Por esta comunicación comprendió Aguilera que su causa estaba ya juzgada y fallada por el Gobierno, resultando que de parte de Aldama estaba toda la razón, que éste era el ofendido injustamente, el inocente, la víctima y Aguilera, quizás por qué razones, el ofensor, el culpable, el que injustamente martirizaba á Aldama, el que dañaba los intereses de la patria.

Por tristes que fueran estas consideraciones para él, se consolaba con la idea de que pronto llegaría á Cuba y haría la luz para que aquellos patriotas conocieran mejor los asuntos del exterior y pusieran remedio á los males que amenazaban la patria.

Como Aguilera había prometido á Leoncio Prado conseguirle su pasaje para el Perú y Quesada quiso entregar á Ramón Martínez los dos giros que trajo de Cayo Hueso, con el fin de estimularlo á que diese el resto para su expedición; no sabiendo qué hacer para conseguir la cantidad que había ofrecido á Prado, pues Govantes tampoco tenía dinero, pensó dirigirse á su buen amigo Leandro Rodríguez y pedírsela prestada, como un favor particular que á él le

hiciera, Rodríguez le entregó inmediatamente los doscientos pesos pedidos.

Aquella tarde fué Leoncio Prado á casa de Aguilera. Al entregarle éste el dinero para el pasaje, le manifestó aquél que no tomaría más que cien pesos porque había desistido de su viaje en virtud de algunas reflexiones que le había hecho Govantes y explicó. Dijo también que quien iba al Perú era el Coronel Coligny pero éste tenía ya su pasaje.

Comprendiendo Aguilera lo conveniente que era tener propicio á hombre del valer del General Prado, con el fin de neutralizar el incorrecto tratamiento que sus hijos habían recibido del Representante del Gobierno de Cuba, resolvió escribirle una carta, de la que sería portador su mismo hijo; mas como en vez de éste iba el Coronel Coligny, decidió mandarla con él. Decía así.

"Excmo. señor Mariano Prado.

"New York, Febrero 12, de 1876.

"Muy señor mío, de toda mi consideración:

"Uno de esos acontecimientos que pueden llamarse providenciales, me proporciona la ocasión satisfactoria y honrosa de decir á la persona más digna y autorizada de ese país clásico de la libertad, de ese país tan noble como generoso, cuán grande es la gratitud que guarda el pueblo cubano por aquel que, aparte de tan repetidas muestras de simpatía y protección, hizo suyos los hijos de la que hoy lucha entre horrores por su redención y se encuentran dispersos en el mundo. El pueblo cubano bendice hoy á su hermano el Perú y aun en medio de su sangrienta fatiga, eleva al Eterno sus preces por su prosperidad y ventura, y mañana, las más gratas páginas de su historia para todo el que nazca en Cuba, serán aquéllas en que lea que el Perú la consoló, la auxilió cuando el mundo la dejaba luchar sola con la fiera opresora.

"Del mismo modo me cabe particularmente la mayor satisfacción y placer en demostrar á V. E. la gratitud que rebosa mi corazón por los remarcables y generosos esfuerzos que V. E. ha emprendido individualmente en favor de mi patria, con tan grande voluntad y entusiasmo, que llegó hasta el último límite de la abnegación, enviando con sus muy apreciables hijos, tres pedazos de su corazón, á afiliarse en el catálogo de los redentores de Cuba, con lo cual es V. E. legítimamente uno de ellos.

"Bajo ese cúmulo de motivos de gratitud, en mi calidad de cubano, cábeme el gratísimo deber de protestar á V. E., en nombre de mis compatriotas y en el mío, un reconocimiento indeleble y sin tamaño.

"Creo que dentro de breves días marcharé al territorio libre de Cuba á donde me llama mi deber. Allí haré incesantemente conocer á mis conciudadanos cuánto amor y agradecimiento deben á sus hermanos del Perú y á V. E. especialmente; y allí me deberá contar V. E. cómo uno de sus más adictos, obligados y entusiastas admiradores.

"Si por otras distintas sendas, no hubieran venido á mi conocimiento las altas dotes y méritos de V. E., me habría bastado conocer á los tres dignos y apreciables señores sus hijos don Leoncio, Justo y Grocio, para deducir la naturaleza del tronco de tan preciosos vástagos. Efectivamente, V. E. debe considerarse como un padre favorecido por el cielo, con esos jóvenes que tan altamente honran su nombre y patria. Y yo en nombre de la mía y en mi propio nombre, protesto á V. E. que ellos en Cuba serán sus hijos y en cuanto me sea posible serán también los míos.

"El señor Coronel Coligny que es un distinguido y apreciable caballero en todos sentidos, encontrará en Cuba todo el lugar y las consideraciones á que es tan acreedor; mi calidad de transeunte en este país y las circunstancias especiales en que estoy colocado respecto á facultades monetarias y respecto á relaciones con el Agente General de la República, D. Miguel de Aldama, me han hecho saborear la amargura de verme privado de auxiliar como Cuba debiera y al tamaño de mi deseo á esos cuatro héroes que de un mundo de distancia vienen á dar el testimonio de la magnitud de sus corazones y la elevación de sus almas, ofre-

ciendo su preciosa existencia por romper la cadena de sus hermanos. Quizás cuando transcurrido algún tiempo, vuelvan á este país cualesquiera de ellos, tendrán seguramente motivos de recordar con más gusto que hoy su permanencia entre los cubanos.

"El muy apreciable y digno hijo de V. E., señor don Leoncio, que será el entregante de ésta, y que me es deudor de grandísimo aprecio y simpatía, ha resuelto de motu propio volver á ese país con un proyecto que será, si el éxito iguala á su buen deseo, tan glorioso para él como útil para Cuba. Siento grandemente no estar en el puesto, donde con facultades suficientes pudiera yo asistirlo de todas las que lo hicieran allí aparecer como un cubano, revestido de sólitas importantes; empero, espero que más tarde comprenderá él, que no olvidará Cuba sus nobles sacrificios.

"Me congratula la confianza de que V. E. aceptará las protestas de mi más grande aprecio y consideración, y con todo absoluto imperio y franqueza ordenará cuanto sea de su agrado á su atento servidor y amigo.

F. V. Aguilera".

Fué Aguilera por la noche á casa de Govantes y le refirió la conversación que había tenido con Quesada. Dijo Govantes que no le extrañaba el proyecto de Quesada con Martínez, porque su deseo era favorecer á los suyos, para sus proyectos futuros de engrandecimiento.

Manifestó además, que era menester que revelase claramente á Quesada la situación porque atravesaban. Este entregaba á Martínez todos los fondos que recolectaba y no pensaba que los jefes, oficiales y prácticos que estaban esperando el momento de salir, tenían que comer y pagar habitación. El — Govantes— no tenía ni una peseta y estaba debiendo ya unos cuantos pesos. Necesitaban seis ú ochocientos pesos para pagar el hospedaje de Miguel Luis, Pío Rosado y Manuel Morey, que debían unas cuantas semanas; ya los acreedores estaban impacientes y había recibido una carta de Miguel Luis y Pío Rosado, en que le decían que si al día siguiente no entregaban á su patrona cien pesos á cuenta de lo que debían, los echaba de la casa. Era necesario que hablase á Quesada sobre el particular, y si nó tenía dinero le diera cien mil pesos en bonos, que vería modo de colocarlos aunque fuera á razón de un centavo el peso, en calidad de devolución, para salir de aquellos apuros.

Comprendiendo Aguilera la razón de Govantes en sus quejas, fué al día siguiente á ver á Quesada y le manifestó la situación en que se encontraban. Contestó Quesada que no se atrevía á sacar ninguna cantidad de poder de Ramón Martínez, porque éste no "se enfriase" y se negase á poner lo que faltaba para la expedición. Dijo que quien deba abonar esos gastos era Govantes, de los fondos de la sociedad "Independencia". El, para infundir mayor confianza á Martínez, le había entregado un millón y medio de pesos en bonos que tenía, para que los depositase en un banco y por ese motivo no podía entregar á Aguilera los cien mil pesos en bonos.

Contestó Aguilera que ya él había tocado ese resorte con Govantes y éste le manifestó que un artículo de la sociedad "Independencia" decía terminantemente que los fondos de dicha sociedad no se invertirían en otra cosa que en armas y pertrechos, por cuyo motivo no podía tocarlos para ese objeto. Finalmente convinieron en tener una reunión los tres para arreglar el asunto.

Tuvo lugar esta entrevista en la que Quesada ratificó lo antes dicho y por fin quedó en hablar á un amigo á ver si le facilitaba algún dinero. No pudo conseguir éste Quesada y la difícil situación quedó en pie.

Recibió Govantes un telegrama del dueño de la casa donde estaban alojados los prácticos, diciéndole, que si aquel mismo día no pagaba lo que éstos le debían, al siguiente lo llevaría á la Corte de Justicia. Fué á enseñar el referido telegrama á Aguilera y visto el conflicto propuso éste verse con su amigo José Miguel Montejo para que le facilitara cien pesos por ocho días para salir del apuro. Montejo á vueltas de mil excusas, dijo que no tenía dinero. Reunido otra vez con Govantes, no sabiendo qué ha-

cer, pensó Aguilera ocurrir otra vez á su amigo Leandro Rodríguez á ver si lo servía también en aquella ocasión, pero no atreviéndose á ir personalmente, pues ya lo había importunado otras veces con iguales pretensiones, propuso á Govantes fuera él á hablar á Rodríguez en su nombre—de Aguilera—y le pidiese prestados los cien pesos que necesitaban. Volvió Govantes con el dinero, aumentando con esto la gratitud de Aguilera hacia su amigo Leandro Rodríguez. Así se resolvió por el momento aquel conflicto.

Para evitar volver á encontrarse dentro de pocos días en la misma situación, dispuso Aguilera que los prácticos fueran á alojarse en su casa; allí los puso en posesión de la sala, donde por las noches les daba colchones para que durmieran y partía con ellos los alimentos de su familia.

CAPITULO XXII

MARZO 1876

QUESADA POR FIN CONSIGUE EL VAPOR.—CARTA DE UN SASTRE AL GENERAL PRADO.—COBRA LA ROPA QUE ALDAMA LE HABIA ORDENADO PARA LOS HIJOS DEL GENERAL.—MEZQUINDAD E IMPREVISION DE ALDAMA.—PONE EN RIDICULO AL GOBIERNO QUE REPRESENTA.—LOS EMIGRADOS TRATAN DE ENMENDAR EL YERRO DE ALDAMA.—APREMIOS QUE SUFRE AGUILERA POR FALTA DE DINERO—QUIEBRA DEL BANCO EN QUE ESTABA DEPOSITADO EL DINERO PARA LA EXPEDICION.—DESESPERACION DE AGUILERA.—ENTREVISTA CON M. QUESADA.—ESTE LE HABLA DE LA COMPRA DEL VAPOR "ANNA".—AGUILERA LE EXPONE SU CRITICA SITUACION.—M. QUESADA OFRECE TRATAR DE CONSEGUIR DINERO.—PLAN DE AGUILERA SI FRACASABA SU PROYECTO CON M. QUESADA.—APREMIOS CONSTANTES QUE SUFRIA POR DINERO.—QUESADA DICE MANDE CON EL A QUIENES LO APREMIABAN.—ESTOS NO QUIEREN ENTENDERSE CON QUESADA.—SIGUEN LOS APUROS DE AGUILERA.—MOREY VA CON R. QUESADA A RECONOCER EL VAPOR.

Citó Quesada á Aguilera y Govantes para una conferencia en su hotel. Les manifestó que iba á realizar un proyecto mucho mejor de lo que se hubiera atrevido esperar. Dijo que salía inmediatamente á comprar un vapor que llenaba todas las condiciones necesarias y probablemente estaría de vuelta para el día 13—era el primero de Marzo.—Caso de que no pudiera volver á New York, lo avisaría por telégrafo y entonces inmediatamente se pondría en movimiento Aguilera con todos los expedicionarios, para lo que dejaba órdenes á fin de que le entregasen setecientos pesos para que pagase lo atrasado y se habilitaran los expedicionarios. No podía pasar de veinticinco su número; sería de su cuenta los pasajes de ferrocarril, etc., Quesada parecía muy entusiasmado.

En una reunión ordinaria de la sociedad "Independencia", leyó Manuel Anastasio la traducción de una carta en inglés que había remitido un industrial de aquella ciudad al General Mariano Prado del Perú, cuya carta estaba concebida en los términos siguientes:

"New York, Febrero 19 de 1876.

"General Prado.

"General: En Diciembre 17 próximo pasado tuvimos orden del señor Miguel de Aldama para surtir de ropa, etc., á los señores Leoncio Prado, Grocio Prado, Justo Prado, W. G. Coligny y J. Bonilla, según cuenta detallada que lo explica, ascendente á un mil ochenta y seis pesos treinta centavos. Se nos aseguró por dicho señor Aldama que el pago de dicha cuenta se haría en el término de treinta días, de su presentación. El señor Aldama ha repudiado su responsabilidad y ha tratado de hacer responsable á su representante señor Cisneros; quien en su turno niega la deuda y nos refiere otra vez á dicho Aldama. Después de mucho trabajo y molestias nos han entregado á cuenta doscientos pesos y no se nos paga el resto. Sólo hemos

recibido muchas promesas falsas que han sido rotas tan pronto como hechas. Estamos persuadidos de que se nos ha engañado y no tenemos esperanzas de que ellos nos traten en este asunto con honradez y decencia. Pesamos muy bien el sentido de estas palabras. Por los informes que hemos adquirido últimamente, creemos no estar equivocados al considerarnos víctimas de esos señores, y casi no encontramos palabras con qué expresar el sentimiento denigratorio contra dichos individuos en esta transacción. Le hemos explicado este asunto al señor Coligny, y le aseguramos nuestro aprecio por la posición delicada en que él y sus compañeros han sido puestos. Aprovechamos la bondad del Coronel Coligny para que entregue á usted esta carta con la explicación que le hemos hecho a él. Nosotros sentimos las molestias que este asunto ha ocasionado pero creemos que es una gran injusticia que se nos hace pecuniariamente, cuando por cortesía, aun contrariando nuestro sistema de negocios, que es *al contado,* hacemos una pérdida considerable. Con esta explicación recomendamos el asunto á su bondadosa consideración seguros de que si es posible usted lo arreglará favorablemente.

Sus servidores,

Devlin & Co''.

Esta carta era traducción del original, hecha por Leoncio Prado, y certificada con su firma.

Ningún comentario haremos de ella. Parecía increíble que el Representante del Gobierno cubano tuviese tanto interés en desacreditar su país ante una nación como el Perú, una de las pocas que había reconocido el Gobierno de Cuba y ordenado á sus Cónsules y Representantes en el extranjero que extendiesen á los cubanos la misma protección que daban á los ciudadanos peruanos. Al mismo tiempo era incalificable esa conducta con un hombre como el General Prado, que tanta representación tenía en su país, tanta simpatía sentía por la causa de los cubanos y tantos servicios había hecho á esta causa.

Era la casa Devlin & Co. uno de los más acreditados almacenes de ropa y sastrería de la ciudad de New York. A esa casa llevó Hilario Cisneros, por orden de Aldama, á los tres jóvenes Prado y dos individuos más que los acompañaban, para que se surtieran de la ropa que necesitaban. Estas cinco personas estaban completamente destituídas de todo, pues con el fracaso de la expedición del ''Uruguay'', en la que se embarcaron, todo lo habían perdido. En el referido almacén tuvieron que surtirse de cuanto habían menester, desde sobretodo y camisas, hasta guantes y pañuelos; estando en el rigor del invierno, tomaron ropa para la estación, la que es más costosa. De aquí que la cuenta de los señores Devlin & Co. subiese á cantidad tan considerable. Parece que Aldama no había contado con nada de esto y que obrando con la misma imprevisión que en la expedición del ''Uruguay'' y con la que, según los informes de los que lo conocían, obraba generalmente, mandó que vistieron á los jóvenes que estaban pereciendo de frío, y al tocar el resultado de su impremeditada orden, se alarmó viendo que subía á más de mil pesos el costo. Cayó entonces en otra nueva imprevisión, negándose á pagar la cuenta, produciendo así un escándalo en el que tan mal parado quedaba el Gobierno que le había confiado su representación. Parecía que Aldama estampaba el sello de la fatalidad en todos los asuntos que tocaba.

En la misma sesión de la sociedad hizo una moción Manuel Anastasio Aguilera al efecto de que, encontrándose entre ellos tres hijos del ilustre General Mariano Prado del Perú, que habían ido á ofrecer su sangre á la causa de Cuba, siendo tratados con tanta desconsideración por el Representación de la República, proponía se nombrase una comisión del seno de la Sociedad para recolectar doscientos pesos que se invertirían en una prenda que se ofreciera á dichos jóvenes, en señal de la gratitud de los cubanos hacia ellos, su ilustre padre y la generosa nación de la que eran dignos

hijos. La moción fué aprobada por unanimidad, nombrándose en el acto la comisión compuesta del mismo Manuel Anastasio, Leandro Rodríguez y M. Mora.

Fueron Miguel Luis, Pío Rosado y Manuel Morey á ver á Aguilera para manifestarle lo aflictivo de su situación. Dijeron que no habían hallado trabajo por más que lo solicitaran de cualquier clase; su patrona les dijo que no podía esperar más el pago de las pensiones y los había amenazado con llevarlos á la Corte por lo que le debían, y ponerlos en la calle. Contestó Aguiera que su situación era más crítica que la de ellos, porque él sólo, tenía que atender á todos y estaba sin recursos; últimamente para alentarlos los reveló bajo el más estricto secreto que Quesada había salido á comprar un vapor y sólo faltaban dos días para vencerse el plazo señalado para su vuelta; esperaba que saldrían entonces inmediatamente para Cuba. Finalmente, les manifestó que si no sucedía así, estaba resuelto á pedir á Quesada los novecientos pesos que á su nombre había recogido en Cayo Hueso, con ellos pagaría lo que debían por hospedaje, mandaría para Kingston á los prácticos que tenía alojados en su casa y cada cual tomaría por su lado hasta que Dios mejorase sus obras. El seguiría trabajando, y cuando estuviera en condiciones de salir para Cuba de cualquier manera que fuese, marcharía con la gente que pudiera reunir.

Recibió Aguilera una carta del Coronel Coligny, compañero de los jóvenes Prado, en los términos siguientes:

"New York, Marzo 6 de 1876.

"Señor Mayor General F. V. Aguilera.

"Mi respetado General:

Estimaría mucho no se olvide usted de hacerme llegar un ejemplar del alfabeto consabido, sobre todo que no tengo más que dos días antes de salir para Kingston.

"Suplico á usted dispense la libertad que me doy escribiéndole sobre la situación de mis amigos Prados.

"Usted, supongo sabe ya que se les ha cortado todo recurso de parte del señor Cisneros. Que para pagar la semana de "Boarding house" donde están, han tenido que empeñar relojes y cadenas, que ascendían el todo á treinta y cinco pesos y ellos pagan veintisiete semanales.

"No tienen ya nada que empeñar para la otra semana. Siento estar inoportuno con usted porque sé que su voluntad sobrepasa de mucho á su situación, situación que me hace admirar á usted y á su familia por la estoica conformidad con que la sobrellevan; pero no puedo hacer menos que suplicar á usted interponga toda su eficaz influencia cerca de los miembros de la Sociedad "Independencia", para que les socorran hasta que se realice su proyectada expedición ó si esta Sociedad no puede atenderlos pecuniariamente, que algunos miembros más acomodados se los repartan en sus casas, á fin que de este modo puedan estar fuera de miseria hasta el momento de la marcha. Será un favor que se agradecerá mucho á usted.

"Ellos no saben que yo le escribo sobre este particular. Estimaré mucho no comunicarles á fin de no herir la susceptibilidad de ellos.

"Repetidas veces he escrito al General Prado sobre la mala voluntad del Agente General Aldama para cumplir con sus deseos de atendernos reembolsando él lo que debía adelantarnos; pero no hay tiempo suficiente para tener contestación á mis últimas cartas. Doy á usted esta explicación para el caso que alguien se sorprendiera de ver el abandono de estos jóvenes por parte del General Prado.

"Mi dirección es la siguiente:

General W. G. Norgden

room 444. Grand Central Hotel

"Estoy registrado en el libro de los pasajeros como General Paraguayo.

Reciba señor General las expresiones más vivas de mi amistad con la mayor consideración de su atento y s. s.,

Gmo. G. de Coligny".

Contestó Aguilera que aunque su situación era muy difícil en aquellos momentos, por la falta de numerario, pero que sabía que sus amigos se ocupaban en

reunirle una cantidad con la que pudieran remediarse por el momento.

Fué Govantes á ver á Aguilera. Le dijo que Manuel de Quesada había llegado aquel día y le manifestó que traía la escritura del vapor en el bolsillo. Añadió que Quesada ignoraba que dos horas después de su llegada había quebrado el "Banco Nacional del Estado de New York" en el que Martínez tenía depositados todos sus fondos y los que le había entregado Quesada.

La noticia fué un rayo para Aguilera; una vez más veía desbaratados sus planes, precisamente en el momento en que iba á tocar el resultado. Si fracasaba aquel proyecto realizado á costa de tantos trabajos, ¿qué tiempo no necesitarían para madurar otro en aquel terreno estéril? Necesitó Aguilera de toda su poderosa fuerza de voluntad para sobreponerse á aquella nueva é inesperada desgracia.

Como Govantes le dijese que tenía acordada una cita con Quesada para aquella noche á las ocho, concurrieron á ella puntuales Aguilera y Govantes. Manifestóles Quesada que había ido á Nassau por vía de Savannah, y permanecido en aquel lugar sólo diez y siete horas bajo pretexto de buscar una casa con el objeto de llevar á convalecer á su hija por prescripción facultativa. Durante ese tiempo se había avistado con su protector Mr. Hall, quien le hizo todas las diligencias y allanó las dificultades para la compra de vapor "Anna", al que se habían hecho reparaciones importantes y estaba completamente nuevo; además, lo había dejado en el dique para que tuviera los fondos limpios. Este vapor andaba de ocho á diez millas por hora, sin contar con el magnífico velámen que tenía; sólo consumía cuatro toneladas y media de carbón diarias y había dejado compradas sesenta toneladas de carbón inglés superior. El vapor le había costado mil quinientas libras habiendo dado ochocientas libras de contado y las setecientas restantes las pagaría á siete y diez meses plazo. La tripulación y el capitán los dejaba contratados en cuatro mil pesos y calculaba que necesitaría dos mil más para los gastos de habilitación.

Añadió que aquella tarde supo la infausta nueva de la quiebra del Banco donde estaban los fondos de Martínez; y aunque no había visto á éste, sabía que tenía en él de setenta á ochenta mil pesos y su hermano veinte y cuatro mil. Ese inesperado percance lo había desconcertado, por la dificultad de conseguir los seis mil pesos que necesitaba, pero lucharía hasta vencerlo, creyendo lo conseguiría.

Contestó Aguilera que también él lo creía así; pero la cuestión era de tiempo. Ya no podía soportar la situación en que estaba, asediado por las exigencias de dinero, y sin un centavo ni manera de conseguirlo.

Dijo Quesada que vería aquella misma noche á Martínez con objeto de saber lo que podía esperar de él. Al día siguiente vería también un habanero muy rico —Padró— quien esperaba pudiera aliviar en mucho la situación.

Al otro día fueron Miguel Luis y Pío Rosado á saber si Aguilera había visto á Quesada y lo que traía de nuevo. Refirióles Aguilera la quiebra del Banco donde tenían los fondos. Ellos se manifestaron aterrados. Refirióles reservadamente todo lo que juzgó necesario de la conversación que tuvo con Quesada, y por último les dijo que si aquella vez fracasaba también, viendo que tampoco con Quesada podía salir adelante, se diseminarían, yendo Pío Rosado á New Orleans ó Méjico, Miguel Luis á Puerto Plata ó Santo Domingo y él emprendería viaje al Perú, en compañía de Leoncio Prado, á ponerse bajo la protección del General su padre, para que lo ayudase de modo que pudiera salir con algunos recursos para Cuba. Miguel Luis y Rosado aprobaron el plan de Aguilera, diciendo estar convencidos de que era necesario salir á buscar recursos fuera de allí. Se retiraron, quedando en volver otra vez á saber el resultado de la empresa de Quesada.

Volvieron al día siguiente Miguel Luis y Pío Rosado á repetir á Aguilera lo desesperado de su situación; su patrona no podía esperarlos más, etc. Reprodujo Aguilera lo que les había dicho anteriormente, añadiendo que en último caso, de

una cantidad que su esposa acababa de recibir de su padre en Cuba, para auxilio de su familia, tomaría lo necesario conque abonar los pasajes á ellos y Morey, para los lugares donde quisieran ir, y haría lo mismo con los prácticos alojados en su casa.

No bien se retiraron aquellos, recibió una carta de Morey en que le suplicaba que lo pusiese en un lugar donde pudiera trabajar. Luego recibió otra carta de Manuel Anastasio en que le decía que su patrona le iba "á poner los trastos en la calle" si no le pagaba inmediatamente. También llegó Leoncio Prado á decirle que debía dos semanas de hospedaje de él y sus hermanos y le suplicaba tratara de conseguirle dinero con que abonarlas, pues la señora de la casa le había cobrado varias veces.

Desesperado Aguilera, fué á ver á Quesada, le refirió lo que pasaba y le dijo le manifestase con franqueza el tiempo que había de durar aquella situación, pues él no podía sobrellevar más ese estado de cosas. Contestó Quesada que él tampoco tenía ni un centavo; había visto a Padró y no pudo conseguir nada; Ramón Martínez tuvo la fortuna de que le entregaran los ochenta mil pesos que tenía en el Banco y por lo tanto trataría de sacar algo de él. Dijo que estaba pendiente de una razón que debían darle dentro de siete días y si era favorable, saldrían inmediatamente. Añadió que empeñaba su palabra á Aguilera de que iría á Cuba de todos modos: diera dinero Martínez ó no, fuese ó no favorable la razón que esperaba y aunque se le presentasen todos los obstáculos que hubiese en el mundo. Ultimamente, que dijese á los hermanos Prado, Miguel Luis, Rosado, Morey y todos los que dependían de él, que se entendiesen con él—Quesada—que se arreglaría con sus patronas y las dejaría contentas ofreciendo pagarles lo más pronto posible.

Pasóle aviso Aguilera á Pío Rosado de la razón que le había dado Quesada. Poco después llegaron Miguel Luis, Rosado y Morey. Dijéronle éstos que no podían entenderse con Quesada, en primer lugar, por motivos de delicadeza y segundo porque casi tenían la seguridad de que el arreglo con sus patronas consistiría en ofrecerles mucho y no cumplirles nada. Ellas eran unas buenas señoras, los habían considerado mucho, habían hecho confianza de ellos, su honor estaba comprometido en cumplirles y no querían exponerlas á quedar defraudadas. Sabían que ellas á su vez se veían apremiadas por el dueño de la casa, el carnicero, etc., y lo que podían hacer era hablar con estos acreedores, ofreciendo pagarles el dinero con algún interés para que no las molestaran.

Manifestóles Aguilera que hiciesen lo que tuvieran por conveniente, añadiendo que le habían anunciado una pequeña letra de Puerto Plata, y si le llegaba, contasen con que inmediatamente los sacaría del apuro. Se retiraron.

Al día siguiente volvieron los mismos á decir á Aguilera que sólo habían logrado arreglarse con el dueño de la casa, habiendo prestado fianza Felipe Martínez por ciento cincuenta pesos, pagaderos dentro de un mes. Manifestaron que si para entonces tampoco tenían dinero, el caso sería mucho peor, pues se sacrificaría su amigo Martínez. Discurrieron muchos planes, sin que ninguno les pareciera aceptable, hasta que finalmente dijeron á Aguilera que su lavandera les había embargado la ropa limpia porque no tenían con que pagarla. Preguntóles Aguilera cuánto necesitaban, dijeron que cuatro pesos y saliendo Aguilera de la habitación, pidió dinero á su esposa y les dió un billete de cinco pesos.

Recibió Aguilera otra carta de Leopoldo Turla de New Orleans, que decía así:

"New Orleans, Marzo 27 de 1876.

"C. Francisco Vicente Aguilera.

Esclarecido patriota:

"La desaparición misteriosa del General Quesada de New York á principios del corriente, dió margen á que supusiésemos que usted había salido con él para Cuba, y me hizo desistir de la contestación que me disponía á dar á su muy grata fecha del 3 del presente.

"Tan creído estaba en la salida de usted para Cuba libre, que le dirigí una carta al benemérito compatriota Govantes en ese sentido.

"Una carta del General Quesada que recibí con fecha 17 del que cursa echó á rodar todas las dulces ilusiones que había concebido. ¿Hasta cuándo señor...?

"No hemos tenido aun el honor y la satisfacción de ver por acá al valiente Rosado. ¿Acaso habrán desistido de que venga porque *adivinan* el poco fruto que sacarán de su viaje?

"Me dice usted que hay que lamentar el letargo de la mayoría de los cubanos. Usted les hace demasiado favor considerándolos *aletargados.*

"No hay tal aletargamiento sino degradación servil. No están aletargados los miserables, puesto que trabajan constantemente con el objeto de desbaratar todos nuestros planes y hacer que se conserve en el poder una representación *oficial* que nos vende y asesina.

"Ellos comprenden que es cuestión de vida ó muerte, y dicen: Si Aguilera llega á Cuba, convocará á la Cámara y hará saber también al Ejecutivo todo lo que pasa en el exterior. Resultado: la destitución de esos hombres funestos que conspiran contra la independencia de la patria y el nombramiento de los patriotas idóneos, incorruptibles y de reconocida actividad y energía. Ahora que hablo de esto ¿no convendría nombrar á Julio Sanguily para ese cargo? ¿Quién no ama y respeta en la emigración al noble mutilado?

Acaso servirá para *reanudar y estrechar* los rotos lazos de la fraternidad y asegurar la concordia y la armonía entre nosotros. Tenemos también dos patriotas más que se han señalado por su capacidad y patriotismo, que son Carlos del Castillo y J. J. Govantes.

Creo inútil una pregunta que voy á hacerle, pero allá va. ¿Lleva usted para la insurrección todos los documentos importantes que posee don Carlos del Castillo que *justifiquen y corroboren los cargos* que se hagan á nuestros Agentes en el Exterior?

Don Carlos me ha comunicado *en secreto cierta cosa que usted no ignora,* que es lo bastante para que queden esos hombres *decapitados.*

Hablemos de otra cosa;

La elección del excelente patriota Enrique Collado me ha llenado de placer. Patricios buenos habrá pero mejor que Collado es imposible. Cuando se aviste usted con él, dele un abrazo cordial de mi parte. Estoy soñando con la carta de despedida que usted me prometió: ¡si fuese mañana...!

El C. Carrera quisiera saber si usted tiene confianza en Hilario Cisneros. Carrera le escribió preguntándole *por qué había abandonado* á Aldama y hasta hoy ese señor no se ha dignado contestarle. ¿No cree usted que la oposición mande algunos de los suyos que *finjan pasarse á nosotros para enterarse de todo* y fomentar la discordia en nuestro seno? ¡Ojo avizor....! ¡Alerta...!

Las contínuas traiciones me hacen dudar del más puro en apariencia, y desconfío hasta de mi sombra. Se me ha dicho que Rufino Reyes antes de salir estuvo aquí *en conciliábulo* con Joaquín Zayas y Compañía. Prenéz garde...!

Mi caro Presidente, aquí me despido con un abrazo estrechísimo.

Su hermano,

Leopoldo Turla".

Fué Rafael Quesada á ver á Aguilera Le dijo que su hermano había determinado que fuera Morey con él á Nassau á reconocer el vapor que debía llevarlos á Cuba, pues como perito en el asuto, quería saber su opinión; por lo tanto, pidió á Aguilera una orden para que Morey se pusiese á su disposición y lo acompañase.

Contestó Aguilera que no tenía inconveniente; pero como Morey estaba debiendo ciento cincuenta pesos en la casa donde vivía, habría que pagar éstos para que pudiese salir. Puso Quesada algunos inconvenientes, pero como Aguilera se mantuviese firme, pues quería aprovechar la oportunidad de salir siquiera de parte de los compromisos que lo asediaban, al fin accedió Quesada á pagar la cantidad y Aguilera le dió la orden para que Morey lo acompañase.

Al día siguiente fué Morey á despedirse de Aguilera y le ofreció informarlo del vapor que iba á reconocer.

CAPITULO XXIII

MARZO 1876

ESCRITO DEL DR. AGUIRRE A GOVANTES.—MR. CALEB CUSHING VA A LA CORTE DE MADRID.—PLANES DE AUTONOMIA PARA CUBA.—SON APOYADOS POR LOS REPRESENTANTES DE CUBA.—LA EMIGRACION SE IMPONDRIA A LOS INSURRECTOS EN EL CAMPO.—LAS EMIGRACIONES DE MADRID Y PARIS APOYAN DICHOS PLANES.—SE REDACTAN LAS BASES.—SE ELIGE COMISIONADO QUE LAS LLEVE A CUBA.—EL INEXPERTO JOVEN HIJO DEL EX-MARQUES.—EL AGENTE PRONTO LO TRASLADA A CUBA.—FRACASO DEL PLAN.—CONSIDERACIONES.

Nos parece oportuno dar á conocer aquí, por lo que para la historia pueda importar, un hecho de notable trascendencia, del que juzgarán nuestros lectores. Vamos á insertar el escrito recibido por José J. Govantes, de su amigo el Dr. Aguirre, quien seguramente por prudencia, dadas las graves revelaciones que contiene, lo firma con el simbólico nombre de "Hatuey".

Helo aquí:

"París 5 de Febrero de 1876.

"HISTORIA DE LA NUEVA CRUZADA AUTONOMICA.

"El nombramiento de Caleb Cushing como Ministro en Madrid se hizo de acuerdo con nuestros Representantes en los Estados Unidos, *Echeverria y Aldama* que fueron consultados por Mr. Fish, con motivo de *un plan de autonomía concebido según dicen todos ellos* por Cushing, como el medio más seguro é inmediato para poner término á nuestra guerra. Los señores Echeverría y Aldama ni lo rechazaron, ni lo dejaron de aceptar, sólo dijeron que ellos no tenían órdenes de su Gobierno para entrar en negociaciones con semejantes bases; pero que ellos creían á la emigración en el derecho de poder juzgar los destinos de su patria é imponerse á los que combaten en los campos de Cuba libre, en el caso de que la mayoría de los emigrados creyesen dicho *plan autonómico aceptable;* por lo cual aprobaban que fuese el Gobierno americano, por medio de su representante en Madrid, quien tomase la iniciativa y aconsejaban comenzase la propaganda por los centros de emigración que existían en París y Madrid, que hacía tiempo venían trabajando en dicho sentido. Que ellos por su parte pondrían todo su valer é influencia tanto en Cuba libre como en el Exterior, para que la mayoría se inclinase á favor de dicho plan.

"Aceptado por lo que se ve, por nuestros representantes, fué nombrado Ministro Caleb Cushing para tratar la cuestión de Cuba en España y convencer á esta nación de que era necesaria una solución pronta, porque la guerra de Cuba arruinaba los intereses comerciales de los Estados Unidos, así como los de otras naciones.

"Por lo tanto presentaba un *plan de autonomía* que satisfaciendo á españoles y cubanos, garantizaba á la vez la tranquilidad de la Isla y con ella los intereses del comercio que tanto se habían perjudicado.

"Llegado á Madrid Mr. Caleb Cushing, hizo lo mismo que á su paso por París, conferenciar con las *Juntas de cubanos* que en ambos puntos hacía tiempo que existían: con la diferencia de que en París sólo trató de averiguar, si la opinión le era favorable, y que lo apoyasen; mientras que en Madrid se puso en contacto con cubanos que conocían bien el terreno que pisaban en este asunto, pues ya lo habían tratado más de una vez y por lo tanto podían plantear la cuestión con la mayor seguridad posible.

"Después de algunas conferencias, resolvieron que los señores Calixto Bernal, Gabriel Millet y José Ramón Betancourt, redactaran el *plan autonómico,* según las bases que se habían discutido y de modo que fuese aceptable para ambas partes. Mr. Cushing se comprometía, apoyado por su Gobierno, hacerlo acep-

tar por España y esperaba que los cubanos trabajarían para que en Cuba libre no encontrase oposición. Dicho documento se hizo por triplicado; dos presentaría Caleb Cushing, uno á España y otro á su Gobierno y el tercero sería enviado á Cuba.

"De este se hizo cargo el *nuevo Judas* José R. Betancourt, otro Nicolás Azcárate, pero faltaba *Zenea,* él supo encontrarlo en el imberbe hijo de Santa Lucía, XX, que estaba bajo su tutela desde sus más tiernos años y que lo tenía á su lado en Madrid concluyendo su carrera. Fácil le era seducir á un niño y hacerle comprender los inmensos bienes que le reportaría á su patria y la gloria que le cabría á su padre, si, como Presidente que entonces era, salvaba á Cuba de la desolación y el exterminio. Poco tuvo que luchar para decidirlo y ponerlo en camino de New York donde lo aguardaban los Agentes para dirigirlo á Cuba con toda seguridad. Llevaba comunicaciones que sólo él debía poner en manos de su padre, así como instrucciones verbales y orden expresa de no comprometerlas, no teniendo toda seguridad de éxito de llegar hasta el Gobierno.

"C. Cushing aseguró que su Gobierno pasaría notas perentorias al de España obligándola á ceder en el sentido de una autonomía y de lo contrario reconocería la independencia de los cubanos. Todo esto era una farsa, pues se hacía de acuerdo con el Gobierno español y de los representantes del Casino Español de la Habana, Calvo, Zulueta y Sotolongo; el fin era obligar á los intransigentes españoles á ceder, pues de lo contrario se perdería Cuba.

"Ellos contaban como seguro que todo estaría resuelto para Noviembre; pero la renuncia del Marqués de Santa Lucía, así como el no haber podido desembarcar su hijo, por falta de seguridad, los desanimó un tanto en su propaganda, cuando supieron que el General Juan Villegas había salido de New York para Jamaica con la misión de hacer llegar á Cuba, por todos los medios posibles, al Comisionado que según ellos está á estas horas en Cuba cumpliendo su digna misión.

"Por tanto ellos han comenzado la suya, no ya de palabra como hasta aquí, sino por medio del periodismo, como verá usted por los números 29, 30 y 31 de Enero del periódico "El Tiempo", que le adjunto. Cuentan, según sus planes que la guerra de Cuba estará terminada para Marzo y planteada la autonomía; para lo cual ha sido nombrado el General Jovellar, que comenzará de acuerdo con el Comisario Regio á dar las reformas necesarias al país, como prueba de la buena fe con que España acepta la autonomía. Además, dicen contar con una mayoría de los cubanos que combaten:—infamia,—excepto los Generales Vicente García y Máximo Gómez. A esto no doy valor ninguno porque es el medio de arrastrar á los incautos y pobres de espíritu á que los sigan en su *mísera* propaganda. En cuanto á la mayoría de los emigrados, no es creíble que tanta ignominia caiga sobre ellos; si desgraciadamente lo fuese, la revolución les ha probado que puede subsistir y vencer con ayuda de ellos y sin ellos, durante los tres últimos años que no ha recibido ni un fusil, ni un grano de pólvora.

"También dicen que ellos solos han abierto la cuestión á discusión; que otro tanto se hará en New York y demás centros de emigración, para ilustrar las masas y que comprendan que Cuba no debe sacrificarse, porque un puñado de locos quieran su independencia.

"También aseguran que Caleb Cushing trata de probar á Fish que la mayoría de los cubanos, las clases pudientes é ilustradas, no quieren bajo ningún concepto la independencia; que los que la desean, son los bandoleros é incendiarios, chinos, negros y blancos que no tienen nada que perder; por lo cual se ha puesto al frente de la cruzada autonómica. Todas estas son palabras textuales de la Liga Cubana que se ha formado aquí con el resto de la junta de Madrid que tuvo que salir huyendo cuando prendieron y mandaron á Ceuta á su Presidente Calixto Bernal y la Junta que aquí existía.

Todo esto parece una fábula pero le aseguro que hay mucho más de verdad y que si esto no se publica, para que no seamos sorprendios y poder parar el gol-

pe á tiempo, tal vez tengamos que arrepentirnos y entonces no habrá remedio; publíquese, si no todo, algo, y por lo menos se despejará la incógnita, y sabremos con quién podemos contar en el porvenir.

"*Comité de Madrid*

Calixto Bernal.
José Ramón Betancourt.
Gabriel Millet.
Francisco Ramos.
Rafael Labra.

"*Comité de París*

José A. Saco.
Conde de Pozos Dulces.
José Valdés Fauli.
José Silverio Jorrín.
Miguel Ferrer.

"*Nuevo Comité de París patrocinador de los dichos artículos*

José Ramón Betancourt.
José Valdés Fauli.
José Silverio Jorrín.
Gabriel Millet.
Miguel Barbarosa.
Miguel Ferrer.
Miguel Almagro.

"Los señores Saco y Pozos Dulces no han podido asistir á dichas reuniones por encontrarse enfermos, pero han opinado de conformidad.

"Secreto de este Comité. Se formó para hacer un *Proceso á España;* se pidieron datos á todo el que podía darlos, se reunieron y se comenzó el trabajo, siendo Betancourt el Delegado que debía procesar á España; aun más, se consultó á Echeverría por medio de Carlos Varona si se debía concluir con una resolución decisiva sobre lo que deseaban los cubanos, y si en forma de manifiesto se pasaría á todas las potencias para que en vista de los hechos que se le exponían, se decidiesen á obrar de acuerdo con la Nota Americana. Pero amigo, se convirtió en el parto de los montes; después de tantos rugidos, vino á darse un mísero manifiesto, con una muy pequeñísima y mísera aspiración, en que se pintan las míseras inteligencias que lo concibieron. Pero ¡qué desgracia! después del parto, se encuentra ese mísero engendro, sin padre, sin madre y nos preguntamos qué hacer de él? Si no hay entre ellos una alma caritativa que se atreva á cobijarlo, démoselo al mundo, para que el mundo conozca lo que pueden producir tales padres, dignos hijos de la madre España, producto de cuatro siglos de concepción.

"¡Cuánta miseria! ¡Cuánta infamia! Pero al pie del timón, esperamos el día de nuestra gloriosa independencia.

Hatuey".

El asunto del escrito que antecede es de la mayor gravedad. Nada extraño que los emigrados cubanos de Madrid y de París, entraron en esa tenebrosa trama, pues ya hemos tenido lugar de conocer sus opiniones por las relaciones que con ellos tuvo Aguilera en todo el tiempo que permaneció en París. Con respecto á Aldama y Echeverría tampoco nos extraña su actitud, pues hemos visto también que podían ser autonomistas, anexionistas ó cualquier otra cosa antes que independientes.

Ahora, con respecto al Marqués de Santa Lucía, ó cualquier otra persona de importancia de las que en Cuba libre luchaban por la independencia, la cuestión es muy distinta. Estas, estamos seguros de que hubieran rechazado con indignación cualquier insinuación que se les hiciera en ese sentido. Los prohombres de la emigración, que ponían sus intereses particulares por encima de las aspiraciones más nobles de la patria, y que jamás fueron independientes, era lógico y natural que acogiesen con el mayor beneplácito esa oportunidad para resolver la cuestión cubana poniendo á salvo sus intereses: pero los que todo lo habían sacrificado por la patria y estaban en el campo de la lucha, con las armas en la mano, prontos también á verter su sangre, esos no podían transigir con los mercaderes del patriotismo. Bien lo comprendían ellos cuando decían que "creían á la emigración con el derecho de juzgar los destinos de la patria é im-

ponerse á los que combatían en los campos de Cuba libre, etc". ¡¡¡Y en manos de tales hombres estaba la representación del Gobierno de Cuba en el extranjero!!! ¡¡¡Y tales hombres eran los encargados por ese Gobierno para auxiliar la revolución!!!

No era nuevo el propósito de esos prohombres de la emigración de imponerse á los que luchaban en el campo. Se recordará que cuando se estableció la República en España, el caballeroso Miguel de Almagro en París, hizo esta misma manifestación á Aguilera, y aun pretendió que fuera el mismo Aguilera el embajador de la traición, conducido por un buque de guerra español y escoltado por tropas españolas...!!

¡Miserables intereses. Cómo ciegan á los hombres y cómo corrompen los más delicados y nobles sentimientos del espíritu!

Con respecto á que fuera el "imberbe" hijo del ex-Marqués de Santa Lucía el comisionado elegido para ir con las referidas proposiciones al campo de la insurrección, tampoco tienen nada de extraño. Según el mismo escrito á que aludimos, el joven, desde sus tiernos años, estaba bajo la tutela de Betancourt, á quien seguramente miraba como su segundo padre; y al hablarle éste con la solemnidad del caso del "gran servicio que iba á hacer á su patria" y la "gloria que cabría á su padre" no es extraño que el joven inexperto se dejara seducir y tomase parte tan principal en la confabulación, con el mayor entusiasmo, creyendo lo que personas tan autorizadas le decían. El hecho es que el Agente General de Cuba, que no tenía dinero ni habilidad para hacer llegar á manos de los revolucionarios elementos de guerra con que combatir por la independencia, si tuvo ambos para que el hijo del ex-Marqués desembarcase muy pronto en Cuba. Mas como era de esperar, esta diligencia que empleara, de nada sirvió, porque la mala semilla, si se llevó, cayó en terreno estéril, nada produjo, y sus cultivadores, avergonzados de su intento, no se atrevieron á dar la cara y mucho menos á realizar su amenaza, consumando el acto criminal, de ponerse al lado de España para combatir á sus hermanos.

CAPITULO XXIV

ABRIL 1876

EL GENERAL PRADO LLEGA A NEW YORK.—AGUILERA SE DISPONE A SALUDARLO A BORDO DEL VAPOR.—ATENTO RECADO DEL GENERAL A AGUILERA.—VICENTE MESTRE RELATA DIFERENTES SUCESOS. — EL GENERAL PRADO OFRECIO A LA JUNTA REVOLUCIONARIA DE LA HABANA AUXILIAR LA REVOLUCION.—LA JUNTA REHUSO PORQUE DIJO EL PAIS NO ESTABA PREPARADO.—INVITACION DE ALDAMA A AGUILERA PARA UNA COMIDA AL GENERAL PRADO.—AGUILERA ACEPTA LA INVITACION.—EL GENERAL PRADO INVITA A AGUILERA A COMER CON EL.—AFECTUOSO RECIBIMIENTO DE PRADO.—QUIERE SABER SUS DESAVENENCIAS CON ALDAMA.—PIDE A AGUILERA LE HABLE CON FRANQUEZA MILITAR.—ESTE DESCRIBE A GRANDES RASGOS EL CARACTER Y TENDENCIA DE LOS REPRESENTANTES DE CUBA.—DICE ERAN EMINENTEMENTE CONSERVADORES.—TENIAN HORROR A LA INDEPENDENCIA.—ERAN AUTONOMISTAS UNOS Y ANEXIONISTAS OTROS.—TRATABAN DE IMPEDIR LA MARCHA DE LA REVOLUCION.—PRADO OFRECE A AGUILERA AUXILIAR SU EXPEDICION.—AGUILERA LE DICE QUE NADA NECESITA.—RESERVA LOS AUXILIOS DE PRADO PARA MAS GRANDE EMPRESA.—PROYECTOS FRUSTRADOS DEL GENERAL PRADO.—DOS MONITORES DISPUESTOS PARA ATACAR LA HABANA.—20,000 RIFLES PARA LOS PATRIOTAS.—ORIGEN DEL FRACASO—OBSEQUIOS DE PRADO A AGUILERA DURANTE LA COMIDA.—BRINDIS DE PRADO.—AGUILERA LE CORRESPONDE.—VUELVEN AL SALON DESPUES DE LA COMIDA.—LLEGADA DE ALDAMA Y ECHEVERRIA.—ALDAMA ANUNCIA A PRADO LA COMIDA CON QUE QUIEREN OBSEQUIARLO LOS CUBANOS.—PRADO LA ACEPTA CORTESMENTE.—DIFICULTADES POR SER VIERNES SANTO.—PRADO APLAZA EL OBSEQUIO PARA SU VUELTA.—IMPRESIONES DE AGUILERA.—CREE QUE EL BANQUETE A PRADO ES UNA FARSA.—MOTIVOS EN QUE FUNDA SU CREENCIA.—PRADO INVITA A AGUILERA A QUE LO ACOMPAÑE AL TEATRO.—SE ABURREN, GRANDEMENTE.—SE DESPIDEN EN LA PUERTA DEL TEATRO.

Tuvo noticia Aguilera por Leoncio Prado de que muy en breve debería llegar á esa ciudad su señor padre el General Prado. Muy gratamente le sorprendió la noticia, manifestándolo así al joven y diciéndole esperaba le sirviese de bondadoso introductor. El joven aceptó el encargo con la mayor finura. El General Prado hacía poco que había sido elegido Presidente del Perú y llegaba á New York, de paso para Inglaterra, donde se proponía despachar un negocio importante, antes de hacerse cargo del Gobierno de aquella República.

Aproximándose el día de la llegada del general Prado, acordaron Leoncio y Aguilera, que el primero fuese á buscar al segundo, quien lo esperaría reunido con otras personas, para todas juntas dirigirse al vapor y dar la bienvenida al General.

A las ocho de la mañana del día 11 de Abril estaban reunidos en casa de Aguilera éste, Govantes, Francisco V. Mendoza y José M. Montojo, esperando al hijo del General Prado para ir al vapor. Llegó el joven Grocio Prado y les manifestó que su padre había desembarcado á las once de la noche anterior y estaba alojado en el hotel "Clarendon". Inmediatamente se dirigieron allí Aguilera y sus amigos; mas al preguntar por el General, les dijeron que había salido. Aguilera le dejó su tarjeta.

A la mañana siguiente fué Aguilera sorprendido con la llegada de Vicente Mestre, que hacía tiempo se había ausentado de la ciudad. Después de saludarse afectuosamente, manifestó Mestre que iba comisionado por el General Prado á manifestarle el sentimiento que le causó no haber estado en el hotel cuando llegó Aguilera á saludarlo. Que salía inmediatamente para el Niágara y no estaría de regreso hasta el día siguiente, cuando tendría mucho gusto en recibirlo y hablar con él sobre los asuntos de Cuba.

Refirió Mestre toda su historia, desde su llegada á Lima y la buena acogida que tuvo de parte del General Prado. Dijo que lo acompañaba á Londres, en calidad de intérprete, y el General le había

prometido el mando de un buque de la marina cubana.

Refirió igualmente, que el General Prado, en sus conversaciones sobre los asuntos cubanos, le había revelado en confianza, que por el año 1867, sabiendo lo disgustado que estaban los cubanos con su Metrópoli y que en la Isla se conspiraba contra el Gobierno español, se dirigió á la Junta revolucionaria de la Habana, de la que era Presidente Aldama, ofreciéndole una gran expedición de hombres, armas y municiones para ayudar á Cuba á hacer su independencia. La referida Junta no había aceptado el ofrecimiento, fundada en que el país no estaba aun preparado para ella. Despidióse Mestre ofreciendo avisar á Aguilera cuando volviese el General, para que fuese á visitarlo, pues dijo había manifestado deseos de conocerlo.

Por la noche fué Aguilera á ver á Govantes. Sentado en tertulia con la familia, en el comedor de la casa, recibió la señorita Sofía Pimentel una carta de Nasssau de la señorita Julia su hermana. Leyó en alta voz la noticia de que allí se decía que el General Quesada había comprado el vapor "Anna" mitad al contado mitad á plazo, y se aguardaba á Aguilera que debía llegar de un momento á otro de incógnito para salir para Cuba. Se embarcaría por el potrero de Juan Mendoza, en un cayo frente á Nassau. Quedaron Aguilera y Govantes estupefactos al oir la noticia; sin embargo, lograron dominarse y trataron de ridiculizarla. Mucho disgustó á Aguilera ver que entre los cubanos no era posible guardar secreto y pensó poner en conocimiento de Quesada la ocurrencia.

Fué Leoncio Prado al día siguiente á ver á Aguilera. Le dijo que su padre había regresado ya á la ciudad. Habiéndole manifestado Aguilera que desearía le señalase una hora en que estuviera desocupado, para hablar con él, salió el joven y poco después volvió diciendo que su padre lo invitaba á comer con él á las siete y media de la tarde.

Poco después llegó Toscano, dependiente de Aldama, y entregó á Aguilera una papeleta de invitación de Aldama y Echeverría para una comida que daban al día siguiente al General Prado, en el hotel "Delmónico". Siendo un acto oficial para el que se le invitaba, y comprendiendo que no debía dejar trascender á los extraños las diferencias que entre ellos había, contestó Aguilera de palabra aceptando.

A las seis de la tarde, correspondiendo á la invitación del General Prado, estaba Aguilera en el hotel "Clarendon" donde lo aguardaba aquél ya. Fué recibido por el General con la más exquisita cortesía, y haciéndole sentar á su lado en un confidente, encontráronse solos. Parte del séquito estaba al otro extremo de la sala. Manifestó Aguilera su complacencia al hacerse eco del pueblo cubano, expresándole su gratitud á la República Peruana en general y el General Prado en particular, por los beneficios que de aquélla había recibido la causa de Cuba, habiendo sido el General su principal promovedor. Correspondió Prado con las frases más delicadas á las manifestaciones de Aguilera.

Muy pronto en la conversación, manifestó Prado que estando identificado con los intereses de Cuba, no podía menos que deplorar la disidencia que se traslucía entre los dos cubanos más importantes allí, manifestando igualmente deseos de que Aguilera le hablase con toda franqueza, con una franqueza verdaderamente militar, para ver si podía hacer algo en obsequio de la reconciliación.

Contestó Aguilera que lo haría con muchísimo gusto, porque lo que en cualquiera otra circunstancia podría parecer una ligereza de su parte, en razón al poco tiempo que tenía el gusto de tratarlo, en la presente ocasión estaba justificado, pues se trataba de una persona á quien se complacía en considerar un buen cubano, y además era absolutamente necesaria esa franqueza, en razón al corto tiempo que allí había de permanecer, siendo conveniente que estuviese instruído de la situación actual de los asuntos de Cuba en el exterior.

Después de este corto preámbulo entró Aguilera en materia, y con la franqueza por Prado solicitada y la lealtad que acostumbraba, lo informó á gran-

dos rasgos del carácter personal y político de los Representantes de Cuba en el extranjero. Dijo que tenían engañado al Gobierno de Cuba que los creía patriotas, cuando lo que hacían era poner trabas á la marcha de la revolución; que á él le habían estado haciendo una oposición solapada para que no lograse ir á Cuba, temiendo les arrancase la máscara ante aquellos patriotas, mostrándolos cuales eran: hombres eminentemente conservadores, inclinados unos á la autonomía con España y otros á la anexión á los Estados Unidos; que tenían horror á la independencia, pero viendo que esa era la aspiración de todo su pueblo, se habían cubierto con su máscara para engañar á su conciudadanos, esterilizar sus esfuerzos y matar la revolución. Que esos hombres sólo constituían un pequeño grupo, pero como poseían ilustración, riqueza y posición social, con estos poderosos elementos y la representación legal del Gobierno, de la que hábilmente se habían apoderado, constituían un núcleo fuerte que estaba minando por su base el edificio de la independencia.

Añadió, que habiendo sido él, el promovedor de aquella revolución, emprendida para conquistar la independencia absoluta de Cuba, y uno de sus jefes natos, y siendo esa misma la aspiración de todos los patriotas militantes en Cuba libre y la gran mayoría de los de la emigración, no podía transigir de ninguna manera con los fines de los referidos Representantes del Gobierno. Ellos, con refinada astucia y suma habilidad ocultaban cuidadosamente sus propósitos, y á él mismo lo habían estado engañando, como tenían engañado al Gobierno de Cuba y á muchos otros buenos patriotas; pero que habiendo descubierto el engaño, estaba decidido á ir á Cuba inmediatamente, dar allí la voz de alarma, descubrir la inícua farsa, despojar del poder á los que en el extranjero vendían la patria, y poner los destinos de ésta en manos de patriotas verdaderos, creyendo en conciencia que era ese su deber, pues si omitía tal paso, la causa de Cuba estaba perdida.

Estas ingenuas manifestaciones de Aguilera, y la convicción con que fueron expresadas, parecieron convencer á Prado de la verdad que en ellas palpitaba, pues no hizo la más ligera objeción, ni volvió á tratar de la "reconciliación" que al principio había indicado.

Siguieron hablando sobre otros particulares. Refirióle Aguilera el notable impulso que había tomado la guerra en Cuba, á pesar de no haber llegado á los patriotas ningún auxilio del exterior; y al volver á hablar de su próximo viaje á Cuba, lo invitó el General á que le dijera con franqueza si podría hàcer algo práctico en favor de su causa en aquellos momentos, así como estaba dispuesto á hacerlo en grande escala tan luego como lograse realizar en Inglaterra el negocio que lo llevaba.

A pesar de ser tan crticas las circunstancias en que se encontraba Aguilera, como sabe el lector, sin embargo, contestó dando las gracias á Prado y diciéndole que por entonces no necesitaba de nada, pero que reservaba su generoso ofrecimiento para otra ocasión, por ejemplo, cuando él estuviese en Cuba y le escribiese con su hijo Leoncio, quien debía acompañarlo, provisto éste de sus correspondientes despachos, para que ocupara el puesto que merecía en la Armada Cubana.

El motivo por qué Aguilera no quiso hacer uso del ofrecimiento de Prado, á pesar de la penuria en que se veía, fué porque lo tenía reservado como el gran recurso de que echaría mano en circunstancias supremas. Comprendía que podía esperar de él grandes cosas para Cuba y no quería gastar la buena voluntad que demostraba, en pequeñeces que lo cansarían y no se sentiría después con ánimo para acometer otras empresas de verdadera importancia. Por otra parte, ya su pequeña expedición estaba casi arreglada, Quesada había comprado un vapor y embarcarse para Cuba y salir de aquella angustiosa situación era cosa de pocos días. Lo que Prado le hubiera dado en aquella ocasión no podía ser mucho, según la manera como le hizo el ofrecimiento; esa cantidad la hubiera puesto en manos de Quesada y estaba seguro

que no hubiera influído en la importancia de su empresa.

Siguiendo la conversación, le refirió Prado en confianza que á haber podido realizar sus intentos, ya Cuba sería independiente haría mucho tiempo. Dijo que después del combate del Callao, había dispuesto la compra de dos monitores en los Estados Unidos, y de veinte mil fusiles Remington y artillería, con gran abundancia de parque, todo lo que tenía ya listo en ese país. Su proyecto era que las escuadras de Chile y Perú se hubieran presentado de súbito en Montevideo, donde estaban reparándose tres ó cuatro de los más importantes vapores de guerra de la Marina española, bloqueándolos. Esa evolución debía coincidir con la salida de los monitores y el armamento de los Estados Unidos con dirección á la Habana, la que según los informes que tenía se encontraba completamente desprevenida é indefensa, siendo los cañones que guarnecían sus fortalezas antiguos y muy inferiores en alcance á los montados en los monitores; éstos dispararían sobre los fuertes de la ciudad á mansalva al mismo tiempo que desembarcaría los veinte mil Remingtons con todo el pertrecho para ponerlo en manos de los patriotas cubanos. Concluyendo los arreglos de este plan, que llevaba calculado con exactitud matemática, vino á alentarlo más el advenimiento de la revolución cubana. Pero esta magna empresa, que con tanto amor perseguía, vino á fracasar por dos motivos: el primero, no haber obtenido oportunamente la cooperación de Chile, y segundo, porque estalló la revolución en el Perú, teniendo con dolor que dejar de la mano su obra.

Hablóle Aguilera de la importancia del porvenir de Cuba para las repúblicas Sur Americanas; trató de impresionarlo con la idea de que Cuba, por su posición geográfica, podía considerarse el baluarte de la seguridad de esas Repúblicas, por lo que ellas, por conveniencia propia, deberían prestarle el más decidido apoyo para que lograse su independencia, evitando así dos peligros: primero la inmistión de los Estados Unidos, que les facilitaría el camino para la anexión, tan fatal á los intereses de las mencionadas Repúblicas; y segundo que Cuba aún en manos de España, constituía un peligro para esas Repúblicas, como lo probaba la no lejana aventura de España en las costas del Pacífico, tomando como base de operaciones la isla de Cuba.

Convino Prado con estas razones y dijo que siempre había estado dispuesto á favorecer la justa causa de los cubanos.

Manifestó Aguilera que él—Prado—estaba en posición de hacer mucho por esa causa, dirigiéndose á las otras Repúblicas para concertar con ellas la manera de hacer algo concreto, ya por medio de la acción común, ya aisladamente.

Aseguró Prado que miraba la causa de los cubanos como suya propia y que una vez en el puesto á que estaba llamado, estudiaría con todo interés la cuestión, para darle la solución más favorable.

En este estado la conversación, avisaron al General que la comida estaba servida y se dirigieron al comedor. El General sentó á Aguilera á su derecha, obsequiándolo de la manera más delicada. Sentáronse á la mesa las ocho ó diez personas que componían su séquito, más dos ó tres caballeros americanos que hablaban español; uno de ellos pareció á Aguilera el Cónsul del Perú. Al servir el Champagne brindó el General por el feliz éxito de la empresa del General Aguilera. Este le correspondió brindando por la prosperidad de la noble nación peruana y el feliz resultado del viaje del dignísimo General Mariano Prado.

Concluída la comida subieron al salón otra vez y el General volvió á invitar á Aguilera á que se sentara á su lado en el mismo confidente. Hablaban sobre Europa y el próximo viaje del General, cuando fué anunciada la visita de los señores Miguel de Aldama y José Antonio Echeverría. Mandó el General que subieran. Entraron en el salón, primero Enrique Piñeyro después Francisco Javier Cisneros, seguidamente Echeverría y por último Aldama. Todos parecieron

sorprendidos al ver á Aguilera en conversación íntima con el General. Piñeyro y Cisneros saludaron y dieron la mano afectuosamente á Aguilera, después de haberlo hecho al General Prado. Echeverría le hizo una inclinación de cabeza á la que Aguilera correspondió. Aldama se hizo el distraído y no lo saludó, haciendo lo mismo Aguilera.

Piñeyro se sentó al lado de Aguilera, y Aldama en una silla próximo al General. Piñeyro preguntó á Aguilera si había recibido la esquela de invitación para la comida que se daba al General Prado y si pensaba asistir á ella. Aguilera contestó que la había recibido y concurriría porque creía que todos los cubanos estaban en el deber de agruparse para obsequiar al General Prado. Aldama dirigió al General unas breves palabras manifestándole el pequeño obsequio que querían hacerle los cubanos residentes allí, dándole una comida en "Delmónico" al día siguiente á las siete de la noche. Aceptó Prado el obsequio con la mayor finura y hablando de este particular avisaron al General que un caballero quería verlo en la habitación inmediata. Levantóse Prado excusándose, y salió de la sala. Piñeyro dejó su asiento para hablar á Cisneros y vino Echeverría á ocupar el puesto de aquél, al lado de Aguilera. Hizo Echeverría á Aguilera las mismas preguntas de Piñeyro. Aguilera contestó á ambas afirmativamente. Siguió diciendo Echeverría que la comida presentaba dificultades, pues algunos convidados se retraían de asistir porque era Viernes Santo y los americanos eran muy estrictos en materia de religión.

Regresó Prado y dijo que el señor que lo solicitaba había ido á excusarse de no asistir á la comida con que se le iba á obsequiar, porque era el Viernes Santo y acostumbraba guadar el día.

Dijo Aldama que como era un obsequio casi familiar, al que no asistirían más que seis ú ocho cubanos y tres ó cuatro americanos, no creía que hubiera inconveniente en que se llevase á efecto, porque se haría todo lo más calladamente posible sin ofender las costumbres del país. Terció Echeverría y dijo que siendo el General Prado el obsequiado era quien debía decidir la cuestión.

Contestó Prado que supuesto era esa la opinión de ellos, él, por su parte, no quería que su presencia en la ciudad fuera motivo de que se infringieran las costumbres del país; por lo tanto, daba por recibido el obsequio desde luego; y éste se haría efectivo á su regreso de Inglaterra, que sería dentro de un mes y medio. Entonces su estancia en New York sería más larga.

Quedó pospuesta la comida para entonces.

Pensó Aguilera que ya había logrado Aldama quedar bien con el General Prado, sin hacer desembolso alguno. No se explicaba por qué, siendo aquel un obsequio de los cubanos al General, fuera de imprescindible necesidad que asistieran también norteamericanos de los más estrictos observadores de su religión. En los Estados Unidos el Viernes Santo es un día laborable como cualquier otro y sólo se observa la costumbre de no comer carne, lo mismo que en los demás viernes del año. Por otra parte, se concebía que teniendo el General Prado algún inconveniente, se suspendiera el obsequio; pero no porque lo tuvieran algunos de los convidados. Llamó también la atención de Aguilera que se hiciesen imprimir y repartir papeletas invitando para el acto y fijando día y hora, sin ponerse antes de acuerdo con el obsequiado, ni saber si éste podría admitir el obsequio, pues pudiera ser que para ese mismo día y hora tuviese otro compromiso. Parecía que con aquel procedimiento irregular se había pretendido llamar la atención y dar publicidad á un acto "que estaba en contradicción con las costumbres del país" para por este mismo motivo tener oportunidad de suspenderlo. También extrañó á Aguilera que no habiendo tenido Aldama cuatrocientos ó quinientos pesos para mandar al Perú los hijos de Prado, y que no lo molestasen más, los tuviera para dar un banquete á su padre por quien tan poca consideración había mostrado, tal vez por juzgarlo un intruso en los asuntos de Cuba.

Poco después de haberse retirado Al-

dama y su comitiva, invitó el General á Aguilera á que lo acompañara al Teatro de la Quinta Avenida, para donde había sido invitado. Trató de excusarse Aguilera preparándose á retirarse también, pero el General volvió á instarle con tanta insistencia que se vió obligado á admitir.

Fueron al teatro, donde se ponía en escena el drama en inglés "Pike" en cuatro actos. El General se aburrió tanto como Aguilera, pues ninguno de los dos sabía inglés. A las once terminó la función y Prado y Aguilera se despidieron en la puerta del teatro con las más expresivas frases de estimación y aprecio. Prado siguió con su comitiva á tomar el ferrocarril para Filadelfia y Aguilera se retiró á su casa, muy satisfecho por la buena acogida que le había dispensado el General Prado, de quien esperaba obtener mucho bueno para Cuba.

CAPITULO XXV

ABRIL 1876

RAMON MARTINEZ SE NIEGA A PRESTAR UN PEQUEÑO SERVICIO A LA EXPEDICION DE AGUILERA.—GOVANTES SE MOLESTA.—CARTA DE MOREY.—AGUILERA ACOMPANA AL VAPOR AL GENERAL PRADO.—ESQUIVEZ DE ALDAMA Y ECHEVERRIA AL VER LAS DISTINCIONES DE PRADO PARA AGUILERA.—AFECTUOSA DESPEDIDA DE ESTOS.

Al día siguiente fué Aguilera á casa de Govantes. Le manifestó éste que la noche anterior había estado en casa de Quesada á decirle que Mr. Hartley no quería entregarle quince mil cápsulas que tenía pagadas con los fondos de la sociedad "Independencia" si no se le abonaban cinco mil cápsulas que había mandado alistar Queralta y costaban ciento veinticinco pesos. Le dijo que se lo advertía para que facilitase esa cantidad, pues de lo contrario no podían contar con las cápsulas.

Contestó Quesada que no tenía dinero y como se encontrase presente Ramón Martínez, se dirigió á éste Govantes suplicándole que en vista de lo urgente del caso, pues la expedición estaba muy próxima á salir, le prestase los referidos ciento veinticinco pesos, que se los devolvería dentro de un mes, ó bien le garantizase á Mr. Hartley el pago de la cantidad en el referido mes.

Como Martínez se negara á prestar ese servicio en una y otra forma, mortificado Govantes dijo que para cubrir su responsabilidad se iba á ver obligado á publicar en su periódico "La Voz de la Patria" lo que pasaba. Contestó Martínez que no lo creía conveniente; á lo que repuso Govantes que quizás no lo sería para Martínez pero sí para él, pues no quería cargar con la responsabilidad de que no fueran las municiones pagadas con los fondos de la sociedad y que tanta falta hacían á los patriotas.

Terció Quesada diciendo que había ofrecido dar á Aguilera setecientos pesos antes de su salida, para que abonara algunas cuentas atrasadas; le había dado ya ciento cincuenta para pagar la cuenta de Morey y daría también los ciento veinticinco, pero los rebajaría de los setecientos pesos consabidos. Dijo Govantes que aceptaba, en vista de lo apremiante del caso.

Recibió Aguilera una carta de Morey en que le decía haber examinado el vapor y que estaba satisfecho de él. Estas noticias fueron muy halagüeñas para Aguilera, que pensó ver realizados sus ardientes deseos de desembarcar al fin en Cuba.

La carta de Morey decía así:

"Abril 7 de 1876.

"General F. V. Aguilera.

"Mi querido General:

"A mi salida de esa prometí escribirle informándolo del estado y condición del vapor que debe trasladarnos á *Cuba libre* y en cumplimiento de mi promesa debo comunicarle lo que sigue:

"Motivos de gran importancia han im-

pedido que nosotros probemos el vapor; pero fué probado tres ó cuatro días antes de arribar nosotros á este puerto, conduciendo desde gran distancia á remolque un buque de gran porte, y durante esta operación anduvo siete millas por hora; esto prueba de todos modos que el vapor anda, con buen tiempo, de 9 á 10 millas más bien más que menos. El vapor está arreglado en el *mejor orden todo* y puedo asegurar á usted que jamás he ido en ninguna expedición tan contento como iré en esta el día que nos reunamos y nos demos á la mar con rumbo á nuestro destino.

"Las combinaciones de la presente expedición no las ha tenido ninguna otra; yo me alegraría mucho podérselas comunicar, para que estuviera usted tranquilo de un todo. Para que haya un fracaso era menester que Dios le negara la justicia á la santa causa de la *Libertad* y se pusiera de parte de los tiranos.

"Nada más por hoy, despidiéndome de usted su más fiel y sincero amigo,

Manuel Morey".

Como al día siguiente se embarcaba el General Prado para Europa, fué Aguilera al hotel "Clarendon" para acompañarlo á bordo. Lo encontró allí y también á Pío Rosado y Manuel Anastasio. Aguilera, estuvo con el General hasta las diez de la mañana que zarpó el vapor. Como á las nueve y media llegaron primero Aldama y después Echeverría. Aquél se sentó al lado del General y frente á Aguilera, todos muy inmediatos. Poco después se levantó Aldama con pretexto de hablar á un amigo y dejó solo á Aguilera con el General. Vino entonces Echeverría y ocupó el asiento dejado por Aldama y luego se levantó para reunirse á éste. Aguilera todo el tiempo estuvo en compañía del General, en conversación sobre asuntos diferentes. A Aldama y Echeverría parecieron no sentar bien las distinciones que el General hacía á Aguilera. Aquellos se despidieron antes que éste. La despedida entre Prado y Aguilera fué muy afectuosa, usando aquél las frases más finas, á las que Aguilera procuró corresponder.

Una semana después recibió Aguilera aviso de Quesada para embarcarse rumbo á Cuba.

CAPITULO XXVI

ABRIL, MAYO y JUNIO 1876

AGUILERA SALE NUEVAMENTE PARA CUBA.—EXPEDICIONARIOS QUE LO ACOMPAÑAN.—COMBINACION PARA EL VIAJE.—LLEGAN AL PUNTO CONVENIDO.—NO HAY RESPUESTA A LAS SEÑALES.—AGUILERA MANDA UN COMISIONADO A TIERRA.—ESTE TRAE MALAS NOTICIAS—AL VAPOR "ANNA" SE LE HABIA ROTO LA CALDERA.—CONTRARIEDAD DE AGUILERA.—LLAMA A CONSEJO A SUS COMPAÑEROS—OPINION DE CADA UNO DE ESTOS.—RESUELVEN ESPERAR EN EL CAYO.—DIFICULTAD PARA EL ALIJO DE LOS EFECTOS QUE LLEVABAN.—TOMAN POSESION DEL CAYO.—SON SORPRENDIDOS POR UN OFICIAL DE ADUANA INGLES.—ESTE EMBARGA LAS PROVISIONES.—PRETENDE LLEVARLOS A TODOS DETENIDOS A RAGGED ISLAND.—EL OFICIAL ERA HERMANO MASON.—SE MUESTRA BENEVOLO CON LOS EXPEDICIONARIOS—AGUILERA RESUELVE IR A NASSAU.—DEJA ALLI EL RESTO DE LOS EXPEDICIONARIOS.— SATISFACTORIO INFORME DEL OFICIAL DE ADUANA A SU GOBIERNO.—SE PONE DE ACUERDO CON LOS EXPEDICIONARIOS PARA REDACTARLO.—LLEGA AGUILERA A NASSAU.—ENCUENTRA ALLI A R. QUESADA—MR. DARLING, GRAN AMIGO DE LOS CUBANOS—PERSONA MUY PRINCIPAL—COMISION DE LEONCIO PRADO A AGUILERA.—CARTA DE MIGUEL LUIS.—ALGUNOS EXPEDICIONARIOS QUIEREN IR A CUBA EN UNA GOLETA.—CARTA DE LOPEZ QUERALTA.—CONTESTACION DE AGUILERA.—VAPOR DE GUERRA INGLES SE DISPONE A IR A BUSCAR LOS EXPEDICIONARIOS.—AGUILERA VA AL POTRERO DE MENDOZA—PERMANECE ALLI 16 DIAS.—VUELVE A NASSAU.—TIENE NOTICIAS DE QUE HA SIDO DESTITUIDO DE SU CARGO DE PRESIDENTE—DOLOROSAS CONSIDERACIONES DE AGUILERA.—NO LE ENTRISTECE LA PERDIDA DE SUS CARGOS—LE APENA LA INFLUENCIA QUE TIENEN EN EL GOBIERNO, LOS ENEMIGOS DE LA CAUSA.—LE ACONGOJA EL PELIGRO QUE CORRE LA REVOLUCION—PARRAFOS DE AGUILERA A GOVANTES.

El día 22 de Abril á las ocho de la noche embarcóse Aguilera por el muelle 40, río del Este en un remolcador que lo condujo á la barca "Trait d' Unión" fondeada fuera de "Sandy Hook". Lo acompañaron hasta la barca Manuel Quesada, José J. Govantes y varias personas más, que se despidieron á las diez y media de la noche.

El cuerpo expedicionario se componía, además de Aguilera, de los Coroneles Pío Rosado, Miguel Luis Aguilera y Fernando López Queralta; los Capitanes Leoncio Prado, J. Rodríguez y Fernando Socarrás; el Teniente Luis Felipe Gutiérrez y los expedicionarios Rafael Lanza, Antonio María Becali, Justo Prado, Grocio Prado, D. Vélez, J. Bonilla, C. Recuero, L. Palacios, Narciso López, J. López, S. Sánchez, A. Seino, P. Cestero, Cándido López, J. Peña, J. Cerviño, M. Pití, R. Hernández y dos maquinistas, Mr. Miller y otro. Total veintiocho expedicionarios.

En la noche del 23 abrió Aguilera el pliego que le entregó Quesada antes de salir, que contenía las instrucciones para la combinación del viaje. Según ésta, la barca navegaría hasta Racoon Key, en las Bahamas, donde se pondría á la capa é izaría bandera inglesa, señal convenida para que se dirigiera á ella un bote con un práctico, que debía conducirla hasta donde estaba aguardándolos el vapor "Anna" distante unas ocho millas de aquel lugar. También contenía la referida carta un plano pequeño con el derrotero marcado.

Los seis primeros días de navegación tuvieron viento en popa y á un largo, y anduvieron á razón de ocho, nueve y hasta diez millas por hora, por lo que auguraban un viaje rápido y feliz; pero después les sobrevino una calma de siete ú ocho días, en los que apenas pudieron adelantar, llegando por fin al punto acordado el 6 de Mayo, al amanecer.

Hicieron las señales convenidas, poniéndose á la capa é izando la bandera inglesa; se mantuvieron más de dos horas en esa situación, y como nadie fuera de tierra, determinó Aguilera mandar un hombre á inquirir noticias respecto al práctico. Eligió á Rafael Lanza, quien entró en el bote y fué conducido al Cayo.

Dos horas después regresó Lanza diciendo que el Cayo estaba casi desierto, pues no había encontrado más que una

mujer anciana y un niño; los demás que habitualmente residían en él, lo habían abandonado por no tener compradores para la sal que tenían acumulada y que subía á algunos miles de quintales.

Habiendo preguntado Lanza á la anciana si había estado allí algún pasajero, contestó ella que la semana anterior había pasado Mr. Wilson, quien le hizo igual pregunta. La misma mujer le dió noticia de que el vapor "Anna", que iba á venderse á Santo Domingo, había explotado su caldera y no pudo salir de Nassau.

Por muy acostumbrado que estuviese Aguilera á las contrariedades, la noticia de la nueva desgracia le causó la más dolorosa impresión; sin embargo, reponiéndose, para obrar con más acierto, reunió á los jefes y oficiales y también á algunos de los expedicionarios de buen consejo para oirlos sobre la determinación que deberían tomar.

Ya de antemano había explorado Aguilera el parecer del capitán de la barca respecto á su desembarco en Cuba. Este le dijo que se comprometía á ponerlos en tierra en la costa del Norte de la Isla, por la cantidad de tres mil pesos, que se le diesen á su retorno á New York, sin más garantía que la palabra de honor de Aguilera y sus subordinados.

Reuniéronse en consejo con Aguilera, los Coroneles Pío Rosado, Miguel Luis y López Queralta, los Capitanes Leoncio Prado, F. Socarrás y J. Rodríguez, el Teniente L. F. Gutiérrez y los expedicionarios Antonio M. Becali y Rafael Lanza.

Expuesto el caso por Aguilera, tomó la palabra L. Queralta y dijo que puesto que había fallado la combinación, por no haber encontrado el práctico, y teniendo noticia de la catástrofe del vapor, opinaba que debían aceptar la proposición del capitán de la barca y seguir para Cuba.

Dijo Pío Rosado que en su concepto no tenían ninguna condición favorable para proseguir viaje en la barca; que además de no contar con prácticos de mar ni de tierra para la indicada costa, estaban también expuestos á sufrir en el canal otra calma como la que habían experimentado en días anteriores, exponiéndose á ser presa de alguno de los cruceros españoles, que al saber su salida de New York habrían redoblado la vigilancia.

Por otra parte, pesaba mucho en su consideración el caballeroso ofrecimiento del capitán de la barca, que confiaba en la buena fe de ellos, cuando no contaban con medio de cumplir lo que le ofrecieran, porque no tenían contra guien girar en New York, y lo más seguro era que el giro fuera protestado.

Manifestó Leoncio Prado que siendo aquella expedición más bien política que militar, en virtud de ser su objeto dar á conocer al Gobierno el lamentable estado de los intersses de la causa en el extranjero, optaba porque se aceptase la proposición del capitán, diviéndose los expedicionarios en dos secciones, una que se dirigiría á desembarcar en Cuba en la barca y otra tomaría un bote en el que trataría también de alcanzar la costa de la Isla; de esta manera si una de las secciones no llegaba, por cualquier motivo, podría llegar la otra, obteniendo así el resultado deseado.

Con respecto á la carencia de fondos, dijo que él tenía en New York mil quinientos pesos que le había dejado su padre, los que desde luego ponía á la disposición de sus compañeros.

Habló Rafael Lanza y manifestó que en su concepto era muy violenta le determinación que proponían Queralta y Prado, porque además de las razones expuestas por el Coronel Rosado respecto á las ningunas condiciones de éxito con que contaban al lanzarse en el barco, militaban también otras de mucho peso. Dijo que habían salido de New York sujetos á una combinación á la que no debían faltar so pena de ser calificados de ligeros. era cierto que les faltaba el vapor, pero podía ser efecto de cualquier leve dificultad y á las veinticuatro ó cuarenta y ocho horas de haber salido en la barca, podía presentarse el vapor y no los encontraría. Que la noticia dada por la anciana, no era motivo que los autorizase á tomar la violenta determinación de seguir viaje en la barca, rompiendo así la combinación á que estaban sujetos; y si Aguilera optaba por esta resolución él como jefe sería el responsable.

Habiendo manifestado algunos, deseos de conocer la opinión de Aguilera, dijo éste que no había querido darla, porque no influyese en la de los demás. El estaba por lo que acordase la mayoría y en caso de empate, la proposición de seguir viaje á Cuba en la barca, merecería su aprobación.

Discutido ampliamente el pro y el contra de las dos proposiciones, se procedió á la votación, habiendo obtenido la proposición de Queralta tres votos, el suyo, de L. Prado y J. Rodríguez y seis votos la proposición de R. Lanza de quedar en el Cayo aguardando el resultado de la combinación.

Adoptada por fin esta resolución, surgieron dos dificultades: una la de que el capitán de la barca quería marcharse inmediatamente y otra la de trasladar al Cayo, distante más de una milla, el carbón, víveres, armamento, etc., sin otro medio de transporte que un pequeño bote, pues el capitán se negó á prestar los suyos.

Al fin vencieron la primera dificultad consiguiendo del capitán que aguardase veinticuatro horas para llevar á término la operación, y la segunda se encargó de vencerla la Providencia, deparándoles un pequeño balandro con el que contrataron el transporte de todos sus efectos por el ínfimo precio de diez pesos. Aun esa pequeña cantidad les costó mucho trabajo reunirla entre los veintiocho expedicionarios, tal era, de jefe abajo, su estado de pobreza.

Procedieron desde luego al desembarque, trabajando sin tregua los expedicionarios, marineros y la tripulanción del balandro. Todos los expedicionarios emprendieron la obra con el mayor ardor, habiéndose distinguido entre ellos Rafael Lanza, Vélez y otros.

El Coronel López Queralta fué á tierra en el primer bote, sin permiso de Aguilera, y no se le vió en todo el día. Gutiérrez y L. Prado pidieron permiso á Aguilera para ir á tierra también y éste se lo concedió; Gutiérrez quedó con Queralta pero Prado continuó dando viajes en el pequeño bote y transportando efectos adecuados á la resistencia de la embarcación. Los Coroneles Rosado y Miguel Luis quedaron á bordo con Aguilera dirigiendo la descarga. Becali y Rodríguez fueron comisionados para esconder en tierra las armas y municiones, habiéndoseles agregado otros de los expedicionarios para ayudarlos. Todo el día y una parte de la noche y la mañana siguiente trabajaron constantemente en aquella laboriosa obra. Los bocoyes de carbón pesaban una tonelada cada uno y el pequeño balandro no podía cargar más que dos sobre cubierta en cada viaje, teniendo que arrojarlos al agua, cerca de la orilla; desde allí eran rodados trabajosamente hasta la playa. Vélez se distinguió en esta penosísima operación, con algunos expedicionarios que lo ayudaron.

A las nueve de la mañana siguiente el capitán se encontraba muy inquieto por la responsabilidad que tenía si era sorprendido por un oficial de Aduana en el furtivo alijo. Finalmente, levó anclas y se hizo á la mar llevándose una gran parte del carbón que no pudieron desembarcar. Todos los demás efectos fueron puestos en tierra.

Desembarcaron por último Aguilera y sus dos Ayudantes. Tomaron posesión del Cayo, alojándose en tres ó cuatro ranchos que encontraron abandonados. Todo el día lo pasaron haciendo comentarios sobre lo crítico de su situación.

Al siguiente, á las cuatro de la madrugada fué sorprendido Aguilera por el expedicionario Narciso López que le comunicó de parte del Capitán Rodríguez, encargado de la custodia de las provisiones, que acababa de llegar á su rancho un oficial de Aduana; había embargado todo el convoy y pretendía llevarlos detenidos á Ragged Island, donde estaba el centro aduanero.

Fué Aguilera al rancho ocupado por Lanza, Miguel Luis y Gutiérrez. Estos, que ya estaban informados de lo que pasaba le proposieron que se ocultara para que no se viese sujeto á las incomodidades y vejaciones que podían sobrevenirles. Aguilera se negó resueltamente y dijo que se mantendría á su lado y correría la suerte de todos.

Llegó López Queralta y dijo á Aguilera que el oficial era hermano masón, se había dado á conocer y le había ofrecido ha-

cerles cuanto favor pudiese, siempre que no comprometiese su destino.

Vuelto Aguilera á su rancho fué Queralta acompañado del Oficial de Aduana. Aguilera se dió á conocer como hermano también y desde ese momento se entendieron con franqueza, reiterándole por medio de Queralta el mismo ofrecimiento que había hecho á éste. Sin embargo, dijo que tenía que hacerse cargo de todos los efectos desembarcados en el Cayo, hasta que decidieran las autoridades de Nassau.

Este cúmulo de fatalidades tenían agobiado el espíritu de Aguilera. Creyó que aquella expedición, comenzada con tan buenos auspicios, no podía menos que tener el resultado feliz que anhelaba; que desembarcaría finalmente en tierra de Cuba, donde ya cesarían las estériles luchas que por tanto tiempo había sostenido en el extranjero. Pero el hado fatal aun no se había cansado de serle adverso; aun tenía que seguir luchando contra aquel enemigo invisible que no se saciaba de frustrar sus esfuerzos y de amontonar obstáculos en su camino. Sin embargo, por más que tan larga serie de contrariedades apesadumbraran su espíritu, no lograron abatirlo, ni disminuir su aliento; todo lo contrario, cada nuevo fracaso parecía infundirle más ánimo, para seguir adelante.

Mirando el peligro inminente que corría de fracasar otra vez, y no sabiendo con seguridad la clase de entorpecimiento que había sufrido el vapor, resolvió cerciorarse del estado verdadero de las cosas, dirigiéndose á Nassau y de allí donde estuviera Rafael Quesada para informarse de lo sucedido. Comunicó su pensamiento á sus Ayudantes, lo aprobaron éstos y convinieron en que ellos quedarían allí hasta que Aguilera les avisase.

Sabiendo Aguilera que el balandro que había ayudado á desembarcar los efectos de la barca, iba á Nassau á llevar pliegos del oficial de Aduanas á su Superior, resolvió hacer el viaje en el referido balandro.

Según lo ofrecido por el oficial, la comunicación que pasó á su jefe fué lo más satisfactoria para los expedicionarios. Decía que eran pasajeros que se dirigían para Cayo Haitiano; su buque se varó fuertemente frente al Cayo, por lo que tuvo el capitán que echar á tierra algunos víveres y carbón, propiedad de los pasajeros. Como éstos tomaran miedo de seguir viaje, por haber quedado el barco en mal estado, haciendo mucha agua, y se vieran además con parte de su cargamento en tierra, resolvieron quedarse allí. Que según le habían informado, aquel mismo día pensaban mandar un comisionado á Ragged Island á hacer la entrada del carbón, víveres, etc, y pagar los derechos correspondientes, cuando él—el oficial—había llegado, sorprendiéndolos. En la misma comunicación añadía el oficial que en virtud del deplorable estado de los pasajeros, eran acreedores á la protección del Gobierno.

Dejó Aguilera á Pío Rosado encargado de los expedicionarios y á las ocho de la mañana del 8 de Marzo salió de Racoon Key acompañado de los dos maquinistas, que presumió podrían servirle en el vapor, y de Becali, en el pequeño balandro de tres toneladas de arqueo, sin bote y con viento en popa. Dice Aguilera que es necesario haber hecho un viaje en embarcación tan reducida é incómoda y ser propenso al mareo, para formarse una idea de lo que él sufrió en la travesía.

En la noche del 9 llegó á Nassau. Mandó inmediatamente á tierra á Becali y al patrón del balandro para que se informasen respecto al vapor "Anna" y tratasen de saber dónde se encontraba Rafael Quesada; él quedó á bordo del balandro. Como una hora después fué sorprendido agradablemente con la llegada de los comisionados acompañados de Rafael Quesada. Dispuso éste inmediatamente que desembarcaran todos con sus equipajes y los llevó á una casa que tenía tomada. Encontraron allí á Mendoza y después de hacerles Aguilera una breve relación de su viaje, le hizo Quesada otra del vapor.

Dijo que el día primero de Mayo se había alistado para ir al lugar de la combinación, calculando estar en Racoon Key el día 3 y esperar á Aguilera dos ó tres días; pero desgraciadamente al levantar vapor se había roto la caldera del

buque. Inmediatamente hizo repararla con una plancha de hierro, y trató de salir otra vez, pero se rompió nuevamente. En tal virtud se puso de acuerdo con Mr. Darling, persona de mucha influencia allí, para sacar la caldera y remitirla á New York en el vapor americano, á fin de que la compusieran inmediatamente y estuviera de regreso en el vapor del 4 del mes próximo.

Informólo igualmente Quesada de lo bien dispuesto á servirlos que estaba Mr. Derling, quien era muy amigo de su hermano Manuel y de él también. Había conseguido que pagase la composición de la caldera, que valdría dos mil pesos y el día 4 se había embarcado en su yacht con rumbo á Racoon Key, acompañado de Morey, á ponerse de acuerdo con él—Aguilera—sobre el nuevo plan que debían adoptar para llevar á buen término la empresa. Dijo que Mr. Darling llevaba víveres suficientes, prácticos, y más que todo, entusiasmo decidido por sacarlos de aquella situación, aun cuando para ello fuera necesario sacrificar su yacht y comprometer su posición como Representante de la Asamblea en la Isla. Otros informes que recogió Aguilera de distintas personas, vinieron á corroborar lo dicho por Rafael Quesada, al efecto de que era Mr. Darling una de las primeras figuras de aquella Colonia, tanto por su posición social cuanto por sus relaciones de familia, ligado con los principales magistrados de la localidad.

Deploró Aguilera no haber encontrado á aquel distinguido señor, que tales pruebas daba de adhesión á la causa.

Al día siguiente propuso Aguilera mandar á Racoon Key al Capitán del balandro que lo había llevado, con cartas para Mr. Darling y Miguel Luis, manifestando á éste que se pusiera á la disposición de Mr. Darling, que era en aquellos momentos el jefe principal de la empresa. Aprobó Quesada y también Mendoza á quien consultó. El patrón se preparó para su viaje de regreso al Cayo.

Como el patrón no hubiera entregado aun la comunicación que le dió el Oficial de Aduana de Ragged Island para su superior en Nassau, con objeto de no alarmar á las autoridades de la ciudad, lo persuadió Quesada á que no la entregara, volviéndose con ella y diciendo al Oficial que la había dejado olvidada en el bolsillo del pantalón que dejó en el Cayo, y volvía á buscarla. Para que no tuviera dificultad, le dijo que se pusiera antes de acuerdo con Mr. Darling, quien con su influencia lo arreglaría todo con el Oficial y las autoridades de Nassau.

Pasaron algunos días en espera de contestación del Cayo, hasta que el 14 á la una de la madrugada, llamaron á la puerta de la casa donde dormían Aguilera y Quesada; al abrir éste entró Leoncio Prado, que acababa de llegar de Ragged Island. Manifestó Prado que Mr. Darling y Morey estaban en Ragged Island desde el día que Aguilera salió de Racoon Key. Mr. Darling los había tratado muy bien y quería que pasasen á Ragged Island para librarlos de la férula del Oficial Aduanero. Les había ofrecido su yacht de vela para ir á Cuba si Aguilera lo aceptaba y finalmente se encargó de buscar otro escondite para las armas y municiones, de manera que no pudiesen caer en manos de los Aduaneros. En tal virtud, dijo Prado que lo había comisionado Miguel Luis y Queralta para que le entregara las cartas que al mismo tiempo le presentó. Entre estas cartas, las más importantes eran la de Miguel Luis y Queralta. La primera contenía el importante párrafo siguiente:

"Aquí tienen López Queralta, Lanza, Prado y otros el propósito de ir á Cuba en la goleta en que vino Morey con las provisiones y á este efecto le escriben para que venga. Se lo participo para que sepa de qué se trata. Es probable que nos vamos de este Cayo para el otro, con el fin de salir de la férula del inglés de marras, según acuerdo de Mr. Darling, quien se va á hacer cargo de las armas y municiones para ponerlas á salvo. Estaremos aquí hasta recibir sus órdenes. Excusado es decir que si usted decide esperar el vapor ú otra combinación, yo esperaré por usted, pero esta gente—alguna de ella—quiere irse en goleta ó en bote, mas creo que si usted no va, no tendrán recursos. Usted me dirá

lo que debemos hacer. Esta carta es reservada".

La de Queralta decía así:

"Mi estimado General:

Según Miguel Luis, Prado y yo (Pío no está presente) creemos de *importancia y urgencia* que venga usted inmediatamente para tomar una determinación cuyo resultado tiene todas las probabilidades de éxito. Por esta razón va Morey como extraordinario á traerlo sin ninguna demora. No hay necesidad de que vengan los maquinistas, dejándolos en esa para atender al vapor, viniendo en él á la vez, y en caso de quererse trasladar á New York que giren contra Quesada por sus gastos de pasaje según contrato. No permita ninguna demora, pues veo y arriesgo mi existir en obsequio de nuestro viaje tan fácilmente realizable. Expresiones á Mendoza.

Soy de usted afectísimo amigo,

F. López Queralta".

Reunidos los tres en consejo, preguntó Aguilera á Prado qué pasaba en el Cayo, puesto que lo llamaban con tanta urgencia. Contestó que una gran parte de los expedicionarios querían proseguir su viaje á Cuba en una goleta cuyo flete podían conseguir por treinta ó cuarenta pesos.

Manifestó Quesada que eso era absurdo, cuando podían ir á Cuba con todas las garantías necesarias en el vapor. Al día siguiente buscaría una goleta á flete que llevara los expedicionarios á Santo Domingo ó Jamaica, donde se resolvería lo más conveniente para formar la nueva combinación. Escribiría á Mr. Darling para que fuese á Nassau inmediatamente tan luego como dejase en seguridad las armas. Dijo igualmente que era importantísimo que Prado regresase inmediatamente á Ragged Island, pues si se le daba entrada en el puerto á la goleta que lo había traído, la tripulación iría á tierra, referirían lo que pasaba en el Cayo y todo se perdería.

Prado se manifestó dispuesto á regresar sobre la marcha y enseguida se pusieron á escribir Aguilera y Quesada las comunicaciones que llevaría Prado.

La de Aguilera á López Queralta decía así:

"Nassau, Mayo 14 de 1876.

C. Coronel Fernando López Queralta.

"Mi estimado amigo:

"He recibido su favorecida sin fecha, que me ha entregado el Capitán Leoncio Prado en que me dice "que Miguel Luis, Prado y usted creen de *importancia y urgencia* que vaya yo inmediatamente para tomar nueva determinación cuyo resultado tiene todas las probabilidades de éxito". Y concluye diciendo: "no permita ninguna demora pues veo y arriesgo mi existir en obsequio de nuestro viaje tan fácilmente realizable".

"Informado del asunto con el portador Prado, me dice éste: "que una gran parte de los expedicionarios desean continuar su viaje á Cuba en una goleta que les costará treinta ó cuarenta pesos de flete".

"Estoy muy lejos de oponerme al arranque patriótico de los que quieran ir en tan desventajosas condiciones; pero no veo el favorable éxito que usted se promete, máxime cuando podemos verificarlo pronto todos, en circunstancias mucho más propicias.

"La caldera del vapor que se rompió, está en New York y la tendremos aquí de vuelta el día 4 del próximo mes, como nueva. Se han tomado todas las medidas para que el 8 esté colocada en su lugar y desde ese momento estaremos en aptitud para hacernos á la mar en el referido vapor, rumbo á Cuba.

"Estas razones pesan mucho en mi ánimo, porque la demora viene á ser de muy pocos días; sin embargo, le dejo á usted y los que quieran seguirlo en completa libertad para ir en la goleta, si lo juzgaren oportuno; pero bien entendido que en ese caso asumirán ustedes la responsabilidad del hecho.

"La premura con que debe regresar Prado no me permite contestar á Miguel Luis y á Morey, por ese motivo espero que les enseñe usted ésta para que sepan mi opinión.

"Concluye hoy muy de prisa su afectísimo amigo,

F. V. Aguilera".

Al mismo tiempo remitió á Pío Rosado un nombramiento escrito, ratificando el que había hecho verbalmente, para que se hiciera cargo de la jefatura de los expedicionarios. El referido nombramiento decía así:

"Por el presente nombro al Coronel del E. L., C. Pío Rosado, durante mi ausencia, jefe interino de los expedicionarios que han salido conmigo de New York, con destino á Cuba.

"Nassau, Mayo 14 de 1876.

F. V. Aguilera".

Mayor General".

Escribió Rafael Quesada á Mr. Darling en el mismo sentido que Aguilera y salió Prado de regreso para el Cayo á las cuatro y media de la madrugada.

A las diez de la mañana del mismo día fué Mendoza á decir á Aguilera y Quesada que un vapor de guerra inglés acababa de llegar de la Habana. Por la noche volvió muy alarmado á decirles que el referido vapor salía para Racoon Key en busca de unos náufragos y que el Cónsul español andaba muy diligente.

Propuso Aguilera que Mendoza le diera alojamiento por unos días en una finca de campo suya, en un Cayo, distante doce leguas de allí, donde iría de incógnito para que si llegaban los expedicionarios que iba á buscar el vapor inglés, no se produjera tanta alarma. Mendoza al principio puso algunos pretextos pues temía verse comprometido; pero al fin cedió á las razones de Aguilera. Al día siguiente supo éste que el Cónsul español había salido acompañado del Capitán de puerto en una goleta con rumbo á Racoon Key.

Poco antes de embarcarse Aguilera para la finca de Mendoza, llegó Pío Rosado de Ragged Islad, en el yacht de Mr. Darling. Entregó Rosado una carta á Aguilera de Miguel Luis en la que manifestaba que Rosado no podía seguir viaje á Cuba porque se encontraba muy agravado de sus padecimientos y por tanto pensaba quedarse.

Ratificó Rosado lo dicho por Miguel Luis, y refirió la acaecido en el Cayo desde su ausencia, siendo lo más notable el comportamiento de Mr. Darling con los expedicionarios y lo mal que se había portado el "judío Aduanero".

La resolución de Rosado puso en grave conflicto á Aguilera, pues se veía en la necesidad de nombrar nuevo jefe á los expedicionarios, teniendo que elegir entre Miguel Luis y Queralta, jefes de igual graduación. Temía nombrar á éste por sus pocas simpatías entre los expedicionarios, debido á su carácter poco flexible; y si nombraba á Miguel Luis, temía también que Queralta le suscitara dificultades. Finalmente no pudiendo conciliar las cosas de otra manera, nombró jefe sustituto á Queralta.

Antes de salir para el potrero de Mendoza escribió Aguilera á Miguel Luis en los términos siguientes:

"Nassau 16 de Mayo de 1876.

"Mi querido Miguel Luis:

"No te escribí con Leoncio, porque fué necesario que saliera inmediatamente para evitar un contratiempo. A Pío le mandé la jefatura de los expedicionarios, para dejarte más libre y en aptitud de atender á los mútiples pormenores del nuevo viaje.

"Esta noche salgo para el potrero de M...., con el objeto de que cuando ustedes lleguen aquí puedan pasar por náufragos, sin temor de que al descubrirme se eche á perder el negocio. Todavía no hemos resuelto á dónde irán ustedes en la goleta para reunirse con nosotros en el vapor.

"He querido que Rafael te oiga á tí, á Pío y á Queralta para que pueda resolver con más acierto.

"La resolución será de Rafael, pues los gastos de la expedición y la responsabilidad del éxito son de su hermano Manuel. Así lo exigió éste en las instrucciones que me dió al salir, que tú tienes en tu poder.

"Es necesario pensar mucho en la decisión de los tres puntos de reunión; Santo Domingo, Haití y Jamaica, pues todos tienen sus lados favorables. En Puerto Plata hay muchos elementos de

hombres y aun armas, pero está muy distante de nuestro objetivo. Haití está mucho más cerca pero nos faltan aquellos elementos, y aun no sabemos si realmente ha vencido la revolución. Jamaica está mucho más cerca, pero hay más vigilancia, y tienen el cable á mano para Santiago de Cuba. Es menester, pues, pensar con calma antes de emitir opinión.

"Mis expresiones á Pío, Queralta, Morey, Luis Felipe y demás amigos, y hasta que tenga el gusto de verte se despide tu afectísimo amigo,

F. V. Aguilera".

Como se observará, Aguilera atento á su compromiso con Manuel de Quesada, dejaba en libertad al representante de éste allí, que era su hermano Rafael, para que llevara la dirección de la empresa, de manera que si tenían un fracaso, no pudiera imputársele á él responsabilidad alguna, sino á Quesada, que se había comprometido á ponerlo en Cuba y por lo tanto era quien llevaba la dirección.

Muy escrupuloso fué Aguilera en este particular durante todo el viaje, estando siempre dispuesto á seguir las indicaciones de Rafael Quesada; y hemos de ver cómo enfermo y bajo el efecto de las grandes penalidades que sufrieron, siempre estuvo dispuesto á marchar adelante, por más que á veces sintiera agotadas sus fuerzas.

Embarcóse Aguilera con Becali para el potrero de Mendoza. En la navegación se mareó fuertemente. Llegaron á la finca á las ocho de la mañana del día 17 de Mayo. Dice Aguilera que el panorama del potrero y los cayos vecinos era magnífico; el terreno pedregoso y pobre, la pequeña casa que servía de habitación, bonita y aseada; vivían en ella el mayoral, su esposa y una anciana que les servía de cocinera. Aguilera y su acompañante fueron recibidos con mucha amabilidad y los habitantes de la casa les hicieron todo lo más grato posible los días que pasaron allí.

Permanecieron en aquel lugar diez y seis días, y aproximándose el tiempo en que debía llegar la paila compuesta de los Estados Unidos, se embarcaron para Nassau el primero de Junio, llegando al día siguiente.

Encontraron que había fondeado en el puerto el día anterior el cañonero que fué á buscar á la Habana el Cónsul español.

Por los periódicos españoles llevados por el mismo cañonero, supo Aguilera que la Cámara de Representantes cubana había nombrado nuevo Presidente de la República despojándolo al mismo tiempo de la Vicepresidencia; y que en virtud de una disposición de la misma Cámara, al efecto de que los jefes y oficiales en el extranjero que no se presentasen al Gobierno dentro de cuatro meses, perderían sus grados en el Ejército Cubano, se veía amenazado de, si no podía volver á coordinar de nuevo aquella empresa, que estaba á punto de fracasar, perder también su grado militar quedándose reducido á la categoría de simple ciudadano.

Rudo fué el golpe que recibió con esta inesperada noticia; á no haber estado acostumbrado á sufrir tantos desengaños, no le hubiera dado crédito, pues parecíale un cruel castigo, que en la pureza de su conciencia no encontraba merecer; tampoco comprendía cómo sus amigos, sus hermanos, los que íntimamente lo conocían, hubieran podido tratarlo con tanta crueldad é injusticia.

Y no era lo que apenaba á Aguilera la pérdida de sus cargos. Los que hayan seguido el curso de esta historia han de conocer lo suficiente su carácter para comprender que no era hombre que se pagara de honores y pompas vanas. Su dolor provenía de causas más altas y más hondas. En aquella anulación á que se le reducía, veía un castigo y una venganza y sabía la fuente de donde procedía. Veía la mano de Aldama y sus secuaces, que no habían permanecido ociosos, sino en constante comunicación con el Gobierno de Cuba. La dureza del Gobierno hacia él le mostraba claramente la influencia y poder de que gozaba Aldama sobre el mismo Gobierno; veía que éste le estaba completamente sometido; que ya él —Aguilera— no valía nada para sus amigos y compañeros; que la mano incle-

mente de la suerte lo tenía asido y no lo dejaba llegar á Cuba, donde con las palabras de la verdad y del candor habría demostrado á sus compañeros el fatal error en que estaban; les habría hecho ver que prestaban oídos á una sirena despiadada, que con su canto los fascinaba para arrastrarlos á su perdición, á ellos y á la amada causa. Nada de eso podía hacer él, que cual nuevo Tántalo cada vez que extendía su brazo para alcanzar á su adorada Cuba, ésta se alejaba, dejándolo burlado, en el mayor desconsuelo. Había tratado por medio de cartas, de advertir á aquellos patriotas el peligro que corrían; pero las cartas parecían no tener efecto alguno, porque los enemigos de la causa eran muchos, tenían bien urdida la trama y él estaba solo y nunca había cultivado el campo de la intriga.

Vió cómo sobre él triunfaba la iniquidad. Cómo la maldad se abría paso é iba alcanzando sus reprobados fines. Como trataba de anulársele para sumirlo en la impotencia y que no pudiese acudir al socorro de la revolución. Esto era lo que entristecía á Aguilera, esto lo que arancaba amargas lágrimas á su corazón, esto lo que torturaba su espíritu haciéndole sufrir angustias indecibles.

Sin embargo, esta vez, como tantas y tantas otras, no se dejó abatir por la desgracia. Con ánimo sereno resistió aquel nuevo golpe que le asestaban sus contrarios. Ni siquiera tuvo una palabra de reprobación para ellos y viéndose despojado de toda la autoridad de que antes estaba investido, se propuso seguir trabajando con el mismo ahinco por llegar á Cuba y allí servirla como simple ciudadano, con la devoción que la había servido en puestos más altos.

"Antes de embarcarse para Cuba nuevamente escribió á Govantes en New York una carta en la que se leen estos párrafos:

"Ciudadano J. J. Govantes.

"Nassau 12 de Junio de 1876.

"Mi querido amigo:

"Esta noche nos embarcamos en una goleta para seguir nuestro viaje hasta un puerto de Haití, donde tomaremos el vapor, y cojo la pluma para despedirme de usted y de todos los buenos amigos que me han distinguido con su benevolencia.

"Al emprender por quinta vez mi viaje á Cuba libre, la hago con la doble satisfacción de darle un mentís á mis ruínes detractores, que aseguraban que el objeto de mi salida no era otro que ocupar la silla presidencial. Ahora marcho con mi grado militar únicamente, y si como no es imposible, un nuevo contratiempo retrasase mi llegada, decurso ya el perentorio término de los cuatro meses, regresaré entonces á la tierra patria, á los ocho años de fatigas, de simple soldado, como me lancé á la revolución.

"Para mí, le aseguro á usted que sería esto mucho más grato y glorioso, porque me proporcionaría la ocasión de darles una prueba á esos desgraciados intrigantes, de la severidad de mis principios y de la rectitud de mis intenciones cosa que ellos no pueden comprender.

. . . .

El día 5 de Junio llegó Miguel Luis de Ragged Island trayendo noticias á Aguilera del descontento que reinaba entre los expedicionarios con su jefe López Queralta. Ya esto lo tenía previsto Aguilera, quien manifestó á Miguel Luis que aquella situación duraría poco.

El día 8 llegó el vapor de New York conduciendo la deseada caldera y también al General Quesada, que había querido ir personalmente para orillar las dificultades que pudieran presentarse.

Rafael Quesada de antemano había mandado orden á los expedicionarios en Ragged Island de que se embarcasen para Cabo Haitiano, en la República de Haití, en la goleta "General Grant"; que aguardasen allí hasta el día 20 de aquel mes y si á esa fecha no había llegado el vapor "Anna" á recogerlos, saliesen entonces en la misma goleta para Kingston, Jamaica. Para evitar cualquier pretexto por el que el Gobierno inglés pudiese entredichar la salida del vapor "Anna", resolvió el General Quesada que éste saliese del puerto en lastre, despachado para Cabo Haitiano, con el objeto ostensible de venderse allí, y que Aguilera y sus Ayudantes Miguel Luis y Becali saliesen inmediatamente

en una goleta, también para Cabo Haitiano, cosa que llegasen á su destino antes que Queralta y los expedcionarios hubiesen salido para Kingston.

CAPITULO XXVII

JUNIO y JULIO 1876

AGUILERA SE EMBARCA EN UNA GOLETA.—TOCA EN CASTLE ISLAND.—TOCA EN INAGUA.—NO TIENEN NOTICIAS DEL VAPOR.—PENOSO VIAJE—SU MAL DE LA GARGANTA LO HACE SUFRIR CADA VEZ MAS.—EL MAREO ES TERRIBLE—NO TOMA ALIMENTO.—SU DEBILIDAD ES EXTREMA.—AL FIN LLEGAN A INAGUA—DESEMBARCA A BUSCAR ALIVIO—ENCUENTRA A SU ANTIGUO AMIGO EL TORRERO DE CAYO LOBOS.—ESTE LO LLEVA A SU CASA Y LO COLMA DE ATENCIONES—R. QUESADA CONSULTA A SUS COMPAÑEROS SI SEGUIRAN A CABO HAITIANO.—ESTOS ACCEDEN POR NO CONTRARIAR A R. QUESADA.—TODOS ESTAN DESFALLECIDOS—PIO ROSADO SE QUEDA ENFERMO—AGUILERA AGOBIADO POR TANTAS PENALIDADES SE PRESTA A SEGUIR ADELANTE.—SON COMBATIDOS POR FIERA BORRASCA.—DECIDE EL CAPITAN VOLVER A PUERTO OTRA VEZ.—SE EMBARCAN DE NUEVO—LLEGAN AL FIN A CABO HAITIANO—DECIDEN SALIR PARA PUERTO PLATA.—MUCHOS EMIGRADOS VAN A SALUDAR A AGUILERA.—GRAN DIVISION ENTRE LOS CUBANOS—AMBOS GRUPOS OFRECEN SUS SERVICIOS A AGUILERA.—ESTE PASA UNA COMUNICACION AL "CLUB CUBANO"—RECIBE SATISFACTORIA RESPUESTA—OBSEQUIOS DE QUE ES OBJETO AGUILERA—EL VAPOR NO LLEGA.—IMPACIENCIA DE LOS EXPEDICIONARIOS—RESUELVE IR A PORT AU PRINCE—AUXILIO QUE PRESTA A AGUILERA LA EMIGRACION.—SE EMBARCA EN UNA GOLETA PARA CABO HAITIANO.—NUEVAS PENALIDADES DEL VIAJE—PIERDEN EL VAPOR PARA PORT AU PRINCE.—TRASTORNO QUE ESTO LES OCASIONA—HACEN CONOCIMIENTO CON ALTAS AUTORIDADES HAITIANAS.—EL GENERAL BOISROND CANAL ACCEDE A LLEVARLOS A PORT AU PRINCE.—AGUILERA INVITA A UNA COMIDA A AQUELLOS ALTOS PERSONAJES.—SON CONDUCIDOS A PORT AU PRINCE POR EL VAPOR DE GUERRA HAITINO "SIANT MICHEL".

En la noche del 12 se embarcó Aguilera con sus Ayudantes y Rafael Quesada, en la pequeña goleta inglesa "Flying Arrow" rumbo á Cabo Haitiano. Pío Rosado, mejorado de sus males, también quiso acompañarlo, y se embarcó con él.

Temiendo que por las calmas pudiesen no llegar á tiempo á Cabo Haitiano, dispuso Rafael Quesada que tocasen en Castle Island, á 250 millas de Nassau, donde tomarían el vapor "Anna" que tocaría allí también y seguirían hasta su destino.

Durante la travesía tuvieron bastantes calmas. Aguilera que no se podía embarcar sin marearse, sufrió mucho á consecuencia de ello y de la ninguna comodidad que tenía la pequeña embarcación. Finalmente, el 17 avistaron el faro de Castle Island.

No habiendo tenido noticia allí del vapor, determinó Quesada seguir viaje á Inagua, dejando en Castle Island una carta para el Capitán del vapor, en la que le daba instrucciones de que saliese para aquella Isla, á donde se dirigían.

En el trayecto sufrieron calmas y vientos contrarios. El mareo de Aguilera era terrible; como apenas tomaba alimento, la debilidad se había apoderado de él y hacía que aquél le acometiese con más violencia; por otro lado, su mal de la garganta se había agravado considerablemente y las náuseas aumentaban su irritación. Por fin llegaron á Inagua el día 20 á las diez de la noche.

En este lugar desembarcó Aguilera á buscar algún descanso á sus fatigas, Encontró allí al hermano masón que tan bien lo atendió en Cayo Lobos el año anterior. Lo llevó á su casa y lo colmó de obsequios. Los demás se alojaron en el pequeño hotel del pueblo, donde si bien no hallaron nada de comer, encontraron la mejor voluntad en servirlos.

Consultó Quesada á Aguilera y demás expedicionarios, sobre si seguirían viaje en la goleta hasta Cabo Haitiano; dijo que si quedaban allí, la goleta daría por terminado su compromiso y se marcharía. Añadió que sabía que al Capitán del vapor le disgustaba tocar en aquel lugar porque el buque era muy conocido. Viendo la inclinación de Quesada á con-

tinuar el viaje en la goleta, ninguno quiso contrariarle. A pesar de lo desfallecidos que estaban, con una navegación tan larga y molesta accedieron á continuar la penosa peregrinación, para que no se les inculpara si sobrevenía un fracaso. Sin embargo, Pío Rosado, que se sentía muy mal, optó por quedarse y aguardar el vapor; si éste no llegaba en cinco ó seis días, se embarcaría en una goleta para Kingston, á reunirse con los demás.

Aguilera, á pesar de lo enfermo y estenuado que estaba, sufriendo horriblemente de la garganta, enfermedad cruel que lo llevó al sepulcro y que se exacerbó extraordinariamente con los sufrimientos de aquellos días aciagos; bajo un sol abrasador, con las ropas mojadas en los días lluviosos, alimentos impropios cuando no se quedaba sin tomar ninguno, porque el horrible mareo le hacía sentir las angustias de la muerte. Aguilera, decimos, sin embargo de hallarse en tan lastimoso estado, se prestó á seguir adelante. Como él jamás se quejaba, como nadie lo oyó proferir un lamento ni le vió dar señales de debilidad, todos lo creían fuerte, creían que las penalidades no le causaban fatiga, y él seguía impávido su calvario, con la resignación de los estoicos, dispuesto á marchar adelante mientras lo animara un átomo de vida.

El día 21 á las cinco de la tarde volvieron á embarcarse todos menos Rosado en la misma goleta, para Cabo Haitiano. Apenas se alejaron de la costa comenzó á soplar un "brisote" por la proa que cada vez fué haciéndose más fuerte hasta convertirse en borrasca. A las nueve y media de la noche la furia del viento era tal que el Capitán propuso retroceder porque las olas embravecidas amenazaban tragarse el pequeño bagel.

Aguilera, mareado, sentía todas las ansias de la agonía. Quizás alguna vez, al reflexionar sobre su combatida situación, consideraría una dicha, sentir su cuerpo sumergirse bajo las blandas y espumosas olas, terminando así su azarosa existencia.

Accedieron á la indicación del Capitán, volvieron la popa al viento; á las once de la noche llegaron al punto de partida.

El día 22 por la tarde dijo el Capitán que podía salir ya. Aguilera y sus compañeros se embarcaron. Siendo el viento tan fuerte como el anterior, el Capitán no se atrevió á hacerse á la mar. Quedaron todos á bordo esperando que calmara; por fin salieron á las cinco de la mañana del siguiente día 23.

Apenas se alejaron de la costa, quedaron en calma, y así pasaron el día, sufriendo Aguilera todos los horrores del mareo, de un sol ardentísimo y los crueles dolores de la garganta.

El día 24 tuvieron mal tiempo, con mucho viento y lluvia. Según entró la noche el viento se hizo más fuerte; la goleta tuvo que mantenerse á la capa, ya no distante del puerto. Por fin el día 25 entraron en Cabo Haitiano á las ocho de la mañana.

Desembarcó Aguilera enfermo de cuerpo y espíritu, muy desfallecido, pero siempre dispuesto á seguir adelante. Encontraron allí á Rafael Lanza y Lázaro Palacios que se habían separado del cuerpo expedicionario, disgustados con López Queralta. Llevó Lanza á Aguilera á casa del señor Isidro Ortega, donde paraba, y allí lo hizo alojar también.

Quiso Rafael Quesada continuar viaje á Puerto Plata diciendo que en ese lugar podrían encontrar toda la gente que necesitasen y también facilidad para armarla, á fin de proseguir con ella hasta Cuba: además, podrían conseguir dinero. Propuso dejar en Cabo Haitiano á Palacios con una carta para que la entregara al Capitán del vapor si llegaba, ordenándole que siguiera á Puerto Plata donde les encontraría.

Todos se hallaban rendidos de fatiga; Aguilera con la garganta ulcerada é infartadas las glándulas del cuello; sin embargo, ninguno contradijo á Quesada y se dispusieron á marchar adelante.

A las cuatro de la tarde del siguiente día 26, se embarcaron en la goleta dominicana "Carlota", al mando del General de Marina de aquella República, su dueño. Toda la tarde la pasaron en el puerto en calma. Por la noche empezó á soplar alguna brisa y salieron; fué ésta refrescando cada vez más, venía de proa. El día 27 se desató un "brisote" espan-

toso. Las olas barrían el barco de proa á popa; tenían que salir mar afuera hasta donde perdían de vista la costa para adelantar algo en la vuelta.

Fué aquel un día angustioso para los expedicionarios que sufrieron los tormentos del más terrible mareo. Por otra parte el sol brillaba y caía sobre ellos como una sábana de fuego. Por fin vino la noche á refrescarlos, pero el viento no amainaba y las angustias del mareo eran horribles en la pequeña embarcación, juguete de las olas.

Al cabo tuvo término aquella situación, y el día 28 á las tres de la tarde entraron en Puerto Plata. Fueron recibidos por Carlos Loinaz, quien los llevó á todos á alojarse en su casa. En ella permanecieron hasta su salida de la ciudad. Inmediatamente fueron á visitar á Aguilero Pedro Recio, Fernando Figueredo, Rosendo Arteaga, Manuel Fernández, Pablo Pérez, el Dr. Manuel R. Silva y varios cubanos más. Existía allí una división muy profunda entre los emigrados, siendo unos partidarios y otros contrarios de Aldama. A la cabeza de los primeros estaba el Dr. M. R. Silva, Presidente del "Club Cubano", y capitaneaba los segundos el Comandante Pedro Recio, que había perdido un brazo en la revolución.

Aguilera y sus compañeros fueron acogidos por los partidarios de uno y otro bando, con las mayores pruebas de consideración y respeto; ellos á su vez procuraron guardar la más estricta neutralidad.

El grupo aldamista era más fuerte, porque sus partidarios no se titulaban tales, sino defensores de la legalidad existente. Encontró allí Aguilera á su paisano Francisco Coll, que era Subagente de Aldama y los sirvió y obsequió mucho á todos. Otro tanto hizo Pedro Recio, jefe de los anti-aldamistas.

Dirigió Aguilera una comunicación al "Club Cubano" pidiéndole recursos para llegar á Cuba, en los términos siguientes:

"Sociedad "Club Cubano".

"Ciudadano Presidente:

"El pueblo cubano sabe que mi único anhelo es continuar sirviendo á la patria al lado de los que conmigo enarbolaron la bandera de la Independencia. He llegado á Puerto Plata buscando un camino para ir á Cuba, y creo que el patriotismo de la Sociedad política que usted dignamente dirige y de toda esta dignísima emigración puede ayudar á realizar mis esperanzas.

"Necesito para ello algunos recursos é invoco ese patriotismo para obtenerlos.

"Sea usted y sus compañeros de la Junta Directiva, los intérpretes de mis ardientes deseos, para con la patriótica Sociedad de Puerto Plata.

"Salud Patria y Libertad.

Puerto Plata, Junio 30 de 1876.

F. V. Aguilera".

Recibió Aguilera contestación del referido Club en los términos más halagüeños, la que copiamos á continuación:

"Club Cubano
de
Puerto Plata.

"General Francisco V. Aguilera.
Presente.

"Distinguido conciudadano:

"La Directiva de esta sociedad ha recibido su apreciable de ayer 30 de Junio, dándole la acogida más favorable. Cumpliendo con el programa de su política, el Club acepta con satisfacción toda solicitud que se le dirija en busca de recursos para servir á la patria; y cuando esa solicitud procede de un patriota tan caracterizado como usted, mayor es aquella satisfacción y mayor su empeño en corresponder al reclamo.

"Desgraciadamente las circunstancias críticas en que se encuentra hoy la emigración cubana, por la suma tirantez de su situación económica y por el crímen recientemente cometido en una de sus familias, hacen difícil la realización de fondos de que carece el Club para responder á su necesidad expresada; pero esté usted seguro de que agotará su caja y hará, fuera de su seno, todas las diligencias posibles para conseguirlo.

"La Sociedad tiene el honor de felicitarle por el feliz arribo á esta ciudad; y yo, intérprete de sus deseos, le saludo en

su nombre y me suscribo de usted con sentimientos de la mayor consideración y aprecio.

"Puerto Plata, Julio 1°. de 1876.

P. y L.

El Presidente,

Manuel R. Silva".

El patriota D. Pablo Pérez dió á Aguilera y acompañantes una comida espléndida en su finca de campo. Una noche el ciudadano Pedro Recio asaltó la casa donde estaba Aguilera, acompañado de las señoras y señoritas de la emigración cubana, entre ellas su esposa, señora distinguidísima. Hubo discursos, himnos, canciones, etc. Al día siguiente les dió el ciudadano Castillo un almuerzo en su finca, que fué magnífico. Encontró allí Aguilera á su amigo de New York Francisco Arteaga, quien lo hizo pasara dos días en su finca de campo, en unión de su familia, obsequiándolo de la manera más afectuosa. También visitó las familias del General Vicente García, la de Bernardo Figueredo y otras.

Mientras esto pasaba, los días se sucedían, el vapor no llegaba y la impaciencia de Aguilera, Quesada y los expedicionarios subía de punto. Quesada, que llevaba el hilo de la combinación, no sabía á qué atribuir la tardanza, y á las repetidas preguntas de Aguilera no podía contestar sino con meras conjeturas. Desde que dejó á su hermano Manuel y el vapor en Nassau no había vuelto á saber de uno ni de otro.

Por fin, cansados de esperar inútilmente y comprendiendo que algo grave había sucedido, resolvieron Quesada y Aguilera dirigirse á Cabo Haitiano otra vez para tomar allí el vapor francés y seguir hasta Port au Prince, Haití y de allí á Kingston, Jamaica, en busca de noticas del vapor y de Manuel de Quesada.

El Dr. Silva entregó á Aguilera doscientos setenta y cinco pesos en plata, que éste á su vez entregó al Tesorero Becali, para con veinticinco pesos que había recibido de Pedro Recio, atender á los gastos de viaje. El Dr. Silva, en nombre del Club, se hizo cargo, además, de pagar setenta y tres pesos que debían al dueño de la fonda. A la hora de partir se despidieron precipitadamente, bajo un aguacero, y tomaron la goleta que ya los esperaba.

Era ésta una pequeña embarcación cargada de plátanos y muchos pasajeros. Siendo necesario para llevar á efecto la combinación, estar en Cabo Haitiano del 11 al 12, días para que estaba anunciado el vapor francés, y no habiendo otra embarcación, tomaron pasaje en la única que se les presentaba. Salieron el 10.

El viaje fué infernal, sin espacio en qué moverse, y echados sobre la carga. Tuvieron calmas y vientos de proa, bajo un sol abrasador. Aguilera se mareó como de costumbre. Finalmente llegaron á Cabo Haitiano en la mañana del 11.

Informáronse sobre el vapor francés y supieron que había adelantado su itinerario, llegando el día anterior, 10, y saliendo el mismo día.

Esa noticia trastornó completamente el plan. Se encontraron en aquel pueblo, sin recursos, sin paisanos que pudieran auxiliarlos y sin saber lo que harían. Dirigiéronse á la fonda, y providencialmente hicieron conocimiento con el Almirante de la Marina haitiana, Dejoix y con el jefe de Ingenieros de la misma Marina, E. H. Bushnell, quienes ofrecieron á Aguilera presentarlo al General Boisrond Canal, presunto Presidente de la República.

Al día siguiente—12—tuvo lugar la presentación. El General Canal recibió á Aguilera y sus acompañantes satisfactoriamente. Sabiendo Aguilera que el General debía salir para Port au Prince en un vapor de guerra que lo esperaba en el puerto, le refirió el percance que habían sufrido y le suplicó el favor de llevarlos en su vapor á la capital.

El General accedió gustoso, manifestando que siempre había sentido las más vivas simpatías por los cubanos.

Con objeto de corresponder á la buena acogida que habían tenido de parte de tan altos personajes, los invitó Aguilera á comer con ellos aquella tarde. Accedieron muy compacidos y á la comida los acompañó también el Comandante Gordon, del vapor de guerra haitiano.

En la tarde del 13 recibieron orden de embarcar. Salieron á las diez de la noche, cuando llegó el General Canal. El 14 tocaron en el puerto de Gonaives, donde le General tenía algunas diligencias que practicar, saliendo dos horas después; en la mañana del 15 fondearon en Port au Prince.

CAPITULO XXVIII

JULIO 1876

LLEGADA A PORT AU PRINCE.—ENCUENTRAN A PIO ROSADO.—LOS INFORMA DE QUE EN JAMAICA NO HABIA NOTICIAS DEL VAPOR.—EL ALMIRANTE LES DA UN ALMUERZO.—BOISROND CANAL ELEGIDO PRESIDENTE DE HAITI.—EL MAL DE AGUILERA AUMENTA.—RESUELVE VOLVER A NEW YORK.—LO HACE SABER A SUS COMPAÑEROS.—PASAN BALANCE A LA CAJA.—AGUILERA NO QUIERE DINERO PARA EL.—SIN DINERO, EN UN PAIS EXTRAÑO Y ENFERMO.—ABNEGACION DE AGUILERA—LLEGADA DE CARLOS DUCOUREAU.—LE REFIERE EL ESTADO DE CUBA.—CUESTION DE PIO ROSADO CON ANTONIO HERNANDEZ.—ESTA PROPORCIONA A AGUILERA $17.—NUEVO PLAN DE AGUILERA.—CARTA AL GENERAL M. PRADO.—LISONGEROS PROYECTOS.—DECIDE IR A SANTO DOMINGO.—SUPLICA A DUCOUREAU LE FACILITE EL PASAJE.—QUIERE VER A MIGUEL CANTOS.—DUCOUREAU ACCEDE.—FELICITACION DE AGUILERA.—LAUDABLE CONTESTACION DEL PRESIDENTE.—R. QUESADA LE PIDE UN VAPOR.—EL PRESIDENTE LE OFRECE OTRO.—QUESADA LO ACEPTA.—EL PRESIDENTE QUIERE CONSULTAR SU GABINETE.—AGUILERA SALE PARA CABO HAITIANO.

Apenas se supo la llegada de Aguilera en Port au Prince, fué á saludarlo á bordo del vapor el C. Antonio Hernández de Santiago de Cuba, establecido allí, quien le presentó á su socio, señor Graciano Iriosbehere (Gospier) .Este llevó á Aguilera y sus compañeros á su casa y los alojó en ella, pues la tenía desocupada por estar su familia de temporada en el campo. También los presentó al Ciudadano Justo Solórzano, con cuya familia vivía. Gospier tenía un restaurant y allí fueron á comer Aguilera y sus compañeros. Encontraron en la ciudad á Pío Rosado que había llegado de Kingston. Este los informó de que en Kingston no se tenía noticia del vapor "Anna" ni del General Quesada. Esta nueva los dejó desconcertados, pues precisamente su intención era ir á Jamaica en busca de noticias respecto al vapor y á Manuel de Quesada.

El día 16 remitió Aguilera al Ministro Dominicano una carta de recomendación que le dió el General Luperon en Puerto Plata; al día siguiente fué el referido Ministro á visitarlo. Este se ofreció atentamente á Aguilera y sus compañeros para todo lo que pudiera servirles; ellos le correspondieron con la misma cortesía.

El mismo día asistieron á la sesión del Congreso que iba á ocuparse en la elección de Presidente de la República. Según se esperaba fué elegido el General Boisrond Canal.

Habiendo continuado sus relaciones con los altos personajes que conocieron en Cabo Haitiano, el Almirante dió á Aguilera y sus compañeros un espléndido almuerzo en su casa al que asistió su familia y reinó la mayor cordialidad.

Con aquellos días de reposo, al cesar la excitación en que constantemente había estado desde que saliera de New York, ibáse haciendo á Aguilera más sensible la tortura de la cruel enfermedad de que era presa. Notaba más dificultad para deglutir y hasta para respirar á veces; los desgarradores latidos eran más frecuentes, las glándulas del cuello estaban abultadas y tenían una dureza de piedra, el interior de la garganta dolorosamente ulcerado. Aguilera había consultado otra vez al Dr. Trujillo en Nassau y éste le prescribió un tratamiento que siguió durante el tiempo que estuvo en la finca de Mendoza; después tuvo que abandonarlo mien-

tras duraron las tremendas penalidades que acababa de pasar. Volvió á seguirlo, en parte, en aquella ciudad, pero se había convencido de que su mal era rebelde y no cedería á esos informales medios de curación. Meditando sobre esto y teniendo en cuenta la noticia que había traído Rosado, de que en Kingston estaban tan ignorantes del vapor y de Manuel de Quesada, como ellos mismos, decidió tomar una resolución radical y puesto que no había ninguna probabilidad de trasladarse inmediatamente á Cuba, sin medios para ello, pobre y enfermo, decidió dar por teminada la cruel peregrinación y volver á New York á curarse, y al mismo tiempo á ver la manera de organizar otra nueva expedición. Quizás la suerte, cansada de serle adversa, se mostraría más clemente, dejándole alcanzar lo que tanto ansiaba: volver á pisar el suelo patrio y salvar la revolución.

Llamó Aguilera á Rafael Quesada y demás compañeros y con su ingenuidad y franqueza acostumbrada hízoles saber su determinación. Ellos no tuvieron que objetar. Quiso Aguilera que se formara un acta de todo lo acaecido desde que salieron de New York. Quesada accedió y se encargó de redactarla Miguel Luis. Esta acta fué leída en borrador á Rafael Quesada, á quien pareció bien; sin embargo, después de puesta en limpio, al día siguiente, al firmarla, dijo que sería bueno quitarle algunos calificativos que modificaban las cosas. Y como no hubiese tiempo para hacer otra, porque Quesada embarcaba aquel mismo día para Kingston, el acta quedó sin firmar. Dicha acta puede verse en el "Libro de correspondencia, etc.

Como se hubiese dado ya por terminado el proyecto de expedición, cada uno de los expedicionarios trató de ver el rumbo que tomaba y necesitándose saber los recursos con que contaban, dijo Aguilera al tesorero Becali que procediera á hacer el balance de caja. Resultó haber ciento doce pesos cincuenta centavos; y siendo tan exiguo el capital para repartirlo entre los cinco, cada uno de ellos teniendo que emprender un largo viaje para ir donde pudieran proporcionarse otros recursos, Aguilera, con el desinterés y abstracción que lo caracterizaban, les dijo que repartiesen todo entre ellos, que para sí nada necesitaba. Ellos presentaron alguna objeción, pero cedieron luego, y el reparto se llevó á efecto tomando Becali, Miguel Luis y Lanza veintisiete pesos cada uno y los otros veintisiete pesos de Quesada los tomó Pío Rosado, ofreciendo entregarlos á aquél en Kingston. Sobraron cuatro pesos que tomó Quesada. Aguilera encargó á éste que abonase la cuenta que tenían pendiente en el restaurant ascendente á noventa y seis pesos y Quesada lo hizo así.

Quedóse Aguilera en aquella ciudad extranjera, sin conocer el idioma, donde había muy pocos cubanos, enfermo, sin dinero y sin saber como retornar á su casa. Tenía que mudar de domicilio y no sabía dónde iría á vivir. ¡Qué suerte más triste la suya! En posesión de una inmensa fortuna había concebido la noble idea de libertar á su patria del ignominioso yugo que la oprimía y convertir á sus hermanos de miserables colonos en hombres dignos y libres; y sus propios hermanos, con quienes contaba para que lo ayudasen en tan gran obra, eran los mismos que burlándolo, y traicionándolo, lo habían reducido á tan miserable estado. Sin un centavo, enfermo, muy lejos de su familia, sólo le quedaba el recurso de mendigar de algún paisano un poco de pan que comer, un pedazo de techo para cubrirse de la intemperie, algún dinero para volver al abrigo de los suyos.

¡Qué desengaño más cruel! Y sin embargo, aquella situación, desesperante para cualquier hombre, él la afrontaba con calma y serenidad sorprendente; y esta calma y esta tranquilidad se la daba su conciencia. Ella le prestaba fuerzas para resistir las más terribles pruebas. Tenía el convencimiento de que obraba bien, no encontraba nada que pudiera reprocharse en sus actos, media la grandeza de la obra sublime en que estaba empeñado y contemplaba su insignificancia de hombre. ¿Qué eran todos sus sufrimientos, sus angustias, sus dolores, sus desengaños, su existencia misma, comparada á la majestad con que ante su

vista se alzaba la imagen de su adorada Cuba, luciendo en su frente la hermosa estrella de la libertad?

Aquel día zarparon para Kingston Miguel Luis, Pío Rosado y Becali y quedaron allí Lanza y Rafael Quesada.

Supo Aguilera por Antonio Hernández la llegada del señor Carlos Ducoureau, amigo suyo de Santiago de Cuba, y se alegró de esa feliz coincidencia, pensando que quizás ese amigo podría ser su tabla de salvación. A medio día, estando Aguilera en su cuarto, llegó Quesada, acompañado de Ducoureau á quien dijo había encontrado en le restaurant y le manifestó deseos de verlo.

Hízole Ducoureau una visita bastante larga, refiriéndole las causas por qué fué expulsado de Cuba y la reclamación que tenía hecha por medio del Gobierno francés de doscientos mil pesos. Le refirió asimismo que su hermano tenía un ingenio en Guantánamo, había hecho una zafra de ciento veinte mil pesos, de los que le quedaron sólo diez y nueve mil, habiendo invertido el resto en el sostenimiento de tropas y otros gastos que le imponía el Gobierno. En vista de esto, le había escrito que viera si podía conseguir buenas tierras en Santo Domingo para levantar sus máquinas y llevarlas para allí; daría libertad á sus esclavos y los llevaría también á ese país, bajo contrato. Despidióse Ducureau, y Aguilera no quiso decirle nada sobre la situación en que se encontraba, esperando hacerlo otra vez que lo viera.

Poco antes de embarcarse Pío Rosado para Kingston tuvo una cuestión con Antonio Hernández porque éste quería abonar á Rosado diez y siete pesos que le había pedido prestados en Jamaica y Rosado se negó á tomarlos, no sabemos por qué susceptibilidad. El resultado fué que ni uno ni otro quiso coger el dinero y lo dejaron sobre la mesa. Al retirarse Rosado dijo á Aguilera que diese á Hernández los diez y siete pesos, y si éste no los quería, dispusiese de ellos. Por la tarde llevó Aguilera el dinero á Hernández en su oficina y éste rehusó tomarlo á su vez, diciendo á Aguilera lo mismo que Rosado. En este dilema Aguilera optó por quedarse con la cantidad, que muy bien le venía, para remediar sus primeras necesidades.

Solo, con sus planes desbaratados, sin saber como reanudarlos, recordando sus últimas angustias en New York, sabiendo que de nuevo le esperaban situaciones iguales conociendo á fondo aquel terreno y aquellos hombres y comprendiendo que nada podía esperar de ellos; muy lejos de amilanarse por tan espantoso cúmulo de contrariedades, resolvió probar la suerte por otro lado, congratulándose con la idea de que si su nuevo proyecto le daba el resultado que deseaba, muy bien podría dar entonces por bien empleados todos sus sufrimientos.

Con esta idea en la mente, tomó la pluma y escribió á su bondadoso amigo el Presidente electo de la República del Perú, General Mariano Prado, la siguiente carta:

"Confidencial.

"Port au Prince (Haití).

Julio 19 de 1876.

"Señor Mariano Prado.

"Muy respetable señor y amigo mío:

"Por las noticias que á mi llegada á esta ciudad he recibido de Kingston, supe que pasó usted por allí con dirección al Perú, donde debe hallarse á estas horas; hago mis votos por su feliz arribo y lo congratulo á usted.

"Algunas semanas después de su salida de New York para Europa, dejé aquella ciudad para los campos de Cuba. Sus dignos hijos me acompañaban y probablemente ellos habrán informado á usted cómo el haber estallado la caldera del vapor que debía conducirnos, interrumpió nuestro viaje. Esperando en estas inmediaciones la composición y reparos del buque, hemos recibido noticias de Cuba que nos informan del nuevo Gobierno allí formado y la ratificación y ampliación de los poderes en el exterior á los mismos señores Aldama y Echeverría que antes ocupaban esos puestos.

"Conociendo los hombres y las cosas, y calculando la suma de fuerza moral que hoy necesito yo, ú otro cualquiera, para variar la línea política que esos hombres imprimen en el extranjero á los asuntos de mi país, y no llevando yo los elementos

materiales que son hoy completamente indispensables para adquirir aquella suma de fuerza moral, considero mi llegada á Cuba en estos momentos y en estas condiciones poco fructífera. He determinado, pues, detenerme hasta conseguir los recursos de guerra que deben llegar conmigo, para apoyar al ejército, levantar el espíritu en el territorio, demostrar con ese hecho cuán errónea es la senda que actualmente se sigue y variar legalmente la política exterior que tantos males trae y puede traer á Cuba.

"No ocultaré á usted que el propósito tiene grandes dificultades que vencer; pero afortunadamente éstas consisten sólo en la adquisición de los recursos materiales que se necesitan para llegar allí convenientemente. La fuente de estos recursos, la esperanza de hoy, el punto único á que vuelvo los ojos con confianza, es el Perú, mejor dicho, es usted, el más generoso y constante amigo de Cuba. La gran distancia que nos separa y la escasez de recursos, son la barrera que hoy me inpiden ir á usted á manifestarle cuanto bien puede hacer á nuestra Isla con un apoyo relativamente débil. Le probaría todo el mal que puede evitar á nuestra tierra y probablemente ahorrar la desmembración de la familia latino americana; le demostraría cómo con un poco de oro arrojado en la balanza, en la forma de fusiles y parque, puede asegurar el porvenir de Cuba que se tuerce. Y no dudo que entonces el Perú, tan dignamente representado por usted, en quien un noble americanismo alza el pecho y eleva las ideas, ensanchando el horizonte de su política, no dudo, repito, que entonces tendiera su mano á esa legión de titanes que en Cuba batalla por la libertad y les conservaría lo único que puede compensar la sangre que aun vierten sus heridas, lo único que puede enjugar sus lágrimas por sus hermanos caídos. El derecho á su bandera. La nacionalidad.

"Yo vuelvo á New York, allí haré cuanto sea posible hacer. Pero mi objeto principal es esperar sus órdenes. Tengo presente los generosos ofrecimientos que usted me hiciera á su paso por aquella ciudad y espero más aun, teniendo en cuenta los sentimientos que le animan hacia Cuba y la gravedad imperiosa de las circunstancias. Estoy pues á sus órdenes. Una sola línea de usted bastará para ponerme en camino, y le aseguro que espero con ansiedad indecible esa línea, que puede encerrar tanto bien y evitar tanto mal.

"Hasta entonces cuente usted con la seguridad de que soy su afectísimo amigo atento y seguro servidor q. b. s. m.,

F. V. Aguilera".

Mucho se prometía Aguilera de su amigo el general Prado. La consideración y franqueza con que lo había acogido, el ofrecimiento que le hizo de ayudarlo en su empresa, que él estudiadamente no acepto á pesar de los mil compromisos que lo asediaban; al mostrarse Prado tan favorablemente animado para con él, ¿qué móvil podía tener que no fuera sincero? había llegado el caso de que pusiese á contribución la generosidad de aquel probado amigo de Cuba, que también se había llamado amigo suyo. ¡Qué dicha más grande para Aguilera si ayudado por el general Prado podía desembarcar en Cuba con una fuerte expedición que proveyese á sus hermanos de los elementos de guerra que tanto necesitaban, y al lado de ellos marchara él sobre el enemigo arrollándolo y afirmando así la anhelada independencia de su querida patria!

¡¡Pobre Aguilera!! Abandonado de todos, sin recursos, presa de cruel enfermedad, á los bordes de la tumba, y todavía soñaba con llevar un socorro precioso á sus hermanos; con ser el libertador de su patria, con pasear por ella el glorioso pendón de la libertad!

Supo por Rafael Quesada que al día siguiente salía de aquel puerto un vapor correo que tenía la misión de ir tocando en todos los puertos de la República con el objeto de anunciar la elección del general Boisrond Canal para Presidente. Dijo Quesada que en ese vapor pensaban irse Lanza y él á Cabo Haitiano, para allí fletar una goleta é ir á Nassau á buscar noticias de su hermano y del "Anna".

Esta noticia hizo pensar á Aguilera si podría aprovechar ese medio para salir de allí, y con esta idea se dirigió al restaurant, donde acostumbraba ir Ducoureau, para adquirir más informes. Encontrando á éste, le ratificó la noticia de la salida del pequeño vapor y le dijo también que el vapor americano "Taivy" debía pasar por Cabo Haitiano, con rumbo á Santo Domingo.

Díjole Aguilera que desearía aprovechar la oportunidad para llegar á Santo Domingo, donde residía un amigo á quien deseaba hablar, y sólo se lo impedía la falta absoluta de dinero para abonar su pasaje; al mismo tiempo le indicó que si tuviese la bondad de facilitarle los pasajes para Cabo Haitiano y Santo Domingo, se lo agradecía mucho, en el concepto de que sería un servicio particular y no sabía cuándo podría devolverle la cantidad que le facilitara.

El amigo á quien deseaba hablar Aguilera en Santo Domingo era D. Miguel Cantos, de quien esperaba lo ayudase en su nueva empresa.

Contestóle Ducoureau que estaba algo corto de dinero; sin embargo le sacaría el pasaje para Cabo Haitiano y le daría una carta para su corresponsal en ese puerto, diciéndole lo proveyese también de pasaje en el "Tahiby" para Santo Domingo y cargase el importe á su cuenta. Aguilera le dió las gracias y fué á su cuarto á arreglar la maleta para embarcarse al día siguiente.

Fué á despedirse, acompañado de Quesada, del Ministro dominicano y al saber éste que iban á despedirse también del Presidente general Boisrond Canal, se brindó para acompañarlos y servirles de intérprete. Aceptaron y se dirigieron á casa del Presidente.

Los recibió éste con la mayor cortesía. Aguilera le manifestó por medio del Ministro, que lo felicitaba por el alto puesto á que lo habían elevado sus conciudadanos, así como también á la República por la elección del digno Magistrado que iba á dirigirla. Le dió las gracias el Presidente, le manifestó sus grandes simpatías por los cubanos y sus deseos de que éstos lograsen su independencia, á cuyo efecto estaba dispuesto á hacer todo lo que de él dependiera, seguro de que esos eran los deseos del pueblo, cuyos destinos comenzaba á regir.

Al oir esta laudatoria manifestación del Presidente, Rafael Quesada, con la intrepidez que parecía ser propia de los individuos de su familia, terció en la conversación y le fué á fondo inmediatamente, refiriéndole á grandes rasgos los tropiezos que habían tenido con la expedición y por fin le pidió que pusiese á su disposición el pequeño vapor que debía conducirlos á Cabo Haitiano, después que rindiera el viaje, para llevar una expedición á Cuba. Contestó el Presidente que era cosa un poco difícil por razón de pertenecer ese vapor al Gobierno y estar allí el Cónsul español que inmediatamente opondría su protesta. Sin embargo, dijo que había en Saint Thomas otro vapor enteramente igual, cuyo propietario era un familiar suyo y ofreció escribirle pidiéndole que lo pusiese á la disposición de Quesada en el puerto que designase, siendo de su cargo—del Presidente—el fletamento.

Quesada eligió desde luego, á Puerto Plata como el lugar donde le entregaría el vapor, desarrollando su plan y diciendo que sacaría de allí los expedicionarios para tomar las armas que tenía depositadas en un cayo; la expedición la llevaría él mismo, en virtud de estar Aguilera muy enfermo de la garganta y haberle aconsejado todos ir á New York á curarse.

No satisfecho Quesada con lo que había obtenido del Presidente Canal, se atrevió á pedirle aun más, diciéndole que deseaba le diese el carbón para el vapor, y los víveres para los expedicionarios, suficientes para quince días. El Presidente accedió también, pero con la salvedad de que siendo aquel un asunto tan delicado y trascendental, le permitiera consultarlo con su Gabinete, á cuyo efecto reuniría éste el próximo lunes ó sea dos días después. Accedió Quesada y dijo que diferiría su viaje, que debía ser aquel mismo día con Aguilera, para saber la decisión del Gabinete. Despidiéronse Aguilera y Quesada expresan-

do su reconocimiento al Presidente Canal por su buena disposición en favor de Cuba.

Finalmente á las seis de la tarde del día 22 de Julio se embarcó Aguilera con rumbo á Cabo Haitiano otra vez. Fueron á despedirlo á bordo, Ducoureau, Antonio Hernández, Rafael Quesada y Rafael Lanza. El Ministro dominicano dió á Aguilera una carta de recomendación para el Cónsul de su Nación en Cabo Haitiano, y Ducoureau la que le había prometido para su Corresponsal. Aquel recomendó mucho á Aguilera al Capitán del vapor. El viaje fué muy incómodo, pues el vapor iba lleno de pasajeros.

CAPITULO XXIX

JULIO y AGOSTO 1876

AGUILERA LLEGA A CABO HAITIANO.—PIERDE EL VAPOR PARA SANTO DOMINGO.—SE ALOJA EN CASA DE SU AMIGO BILLOQUE.—EL DR. MARTIN DE CASTRO LE PRESCRIBE UN PLAN CURATIVO.—RUINAS DEL PALACIO-FORTALEZA DEL NEGRO CRISTOBAL.—PROGRESO DEL MAL DE AGUILERA.—VA A MISA EL DOMINGO.—AGUILERA ERA RELIGIOSO.—ADMIRABA LA DOCTRINA DE JESUS.—ESTE FUE UN GRAN DEMOCRATA COMO EL.—HORRORES DE LA EMIGRACION DE SANTO DOMINGO.—LLEGADA DEL VAPOR "TAHIBY".—AGUILERA RECIBE CARTAS DE M. QUESADA Y DE GOVANTES.—LA EXPEDICION DEL VAPOR "ANNA" DENUNCIADA EN NASSAU.—EL VAPOR DETENIDO—CARTA DE M. ANASTASIO.—CONSUELOS QUE LE DA.—SU FRACASO FUE PROVIDENCIAL.—LE AHORRA OTROS DOLORES MAYORES.—BENIGNIDAD DE LA PROVIDENCIA.—AGUILERA SACA SU PASAJE PARA NEW YORK.—GENEROSIDAD DE DUCOUREAU.—AGUILERA SE CONSIDERA RICO.—SE EMBARCA PARA NEW YORK.—SU VIAJE.

El día 25 de Julio á las diez de la mañana llegó Aguilera á Cabo Haitiano. Sufrió una grandísima contrariedad al saber que el vapor "Tahiby" había pasado ya para Santo Domingo, habiendo adelantado su itinerario. Nuevas perplejidades para Aguilera. Habiendo perdido el vapor, tendría que esperar un mes, hasta que volviera á pasar para Santo Domingo, y los diez y siete pesos que providencialmente vinieron á su poder estaban muy mermados. Si tomaba el vapor á su regreso de Santo Domingo y se iba á New York, no podría hablar con su amigo Cantos.

Preocupado con la resolución que tomaría, se encaminó á casa de su amigo Juan V. Billioque, de Santiago de Cuba, donde paró la vez anterior que estuvo allí. En el tránsito encontró al Doctor Martín de Castro, quien lo saludó cariñosamente y le hizo muchos ofrecimientos. Aguilera, que se encontraba cada vez más mal de la garganta ofreció ir á verlo el día siguiente. Llegó á casa de Billioque, éste lo recibió tan afectuosamente como acostumbraba y de seguida le preparó una habitación.

Como por la noche la garganta lo mortificara bastante, fué á la mañana siguiente á ver al Dr. Martín, según le había ofrecido. Este lo reconoció, le dijo no descuidara el mal, y le aconsejó que se fuese inmediatamente para New York al lado de su familia, se curase con tranquilidad y le prescribió mientras tanto un plan curativo. Aguilera lo siguió estrictamente aunque sin observar mejoría.

Suplicó al Doctor que lo acompañara á casa de los señores Inglés & Co. á quienes iba dirigida la carta de Ducoureau; éste se prestó gustoso. Los referidos señores recibieron á Aguilera muy atentamente y ofrecieron abonarle el pasaje para Santo Domingo, New York ó donde quisiera ir.

Por la noche el Doctor presentó á Aguilera á su familia, muy amable, y también le ofreció su caballo y un "cicerone" para que fuese á visitar las ruinas

del palacio y fortificación que edificó el feroz negro Cristóbal, que se erigió en Emperador, y al fin fué asesinado por sus soldados que no pudieron sufrir más su horrible tiranía. Decían que la fortaleza había sido inespugnable y encerrado inmensas riquezas. Se encontraba á cuatro leguas de la ciudad. Aguilera, aunque siempre fué aficionado á admirar toda clase de curiosidades, se encontraba tan enfermo y fatigado, que no deseaba otra cosa que reposo; por lo tanto, dió las gracias al Doctor y aplazó la excursión para otra vez que tuviera oportunidad.

Todos los días siguientes, hasta el 6 de Agosto que llegó el vapor "Tahiby", los pasó muy mal, sufriendo horriblemente de la garganta. Su alimentación generalmente se componía de leche y huevos. La inflamación le había corrido al oído derecho. Pasaba las noches sin dormir sufriendo desgarradores latidos. Una mañana quedó asombrado al ver el vaso mediado de sangre, no sabiendo si ésta procedía de la garganta ó los pulmones. Por varios días continuó esta pérdida de sangre aunque en menor cantidad. Seguía estrictamente el tratamiento marcado por el Dr. Martín, aunque no observaba mejoría.

Sin embargo, no se preocupaba por su mal. Salía todos los días á visitar sus paisanos, siendo muy asíduo con la familia del Dr. Martín donde encontraba la más exquisita amabilidad. También con la de sus paisanos Argote, Lambert, etc., hasta que se retiraba á su habitación, en casa de Bellioque, á las diez de la noche.

El domingo fué á misa. Aguilera era religioso, creía en las santas predicaciones de Jesús, por más que no estuviese de acuerdo con muchos de los dogmas de la iglesia católica. Jesús fué un gran demócrata y Aguilera también lo era, por naturaleza y por convicción; por eso admiraba y veneraba la doctrina que aquél predicó. Entró en una pequeña capilla, con unas ancianas por fieles; luego apareció el Obispo, revestido de capa, con tres acólitos; salieron después en procesión, siendo los acompañantes todas mujeres. Pasearon la Plaza de la derruída Catedral y encontraron la fuerza de la ciudad, en son de parada. La vista de la tropa no era nada halagüeña; cada soldado estaba vestido á su manera. El Cónsul dominicano, á quien encontró, le dijo que desde la caída de Gefrard el ejército estaba desorganizado.

Finalmente, el día 6 de Agosto llegó el vapor "Tahiby" de Santo Domingo para New York. Aguilera tanto por los consejos de su amigo el Dr. Martín, como porque se sentía muy enfermo y decaído, había determinado ir á curarse á New York. Fué á bordo del vapor y encontró á su amigo Manuel Fernández con su familia y varios otros cubanos. Estos salieron huyendo de la revolución de Santo Domingo y referían horrores del estado lamentable en que quedaban las familias emigradas cubanas. Decían que la revolución estaba muy fuerte en el campo y que Luperon se mantenía encerrado en la fortaleza de la ciudad, sin más defensores que la gente de la población. Las familias cubanas estaban hacinadas en los almacenes, teniendo que abandonar sus casas por miedo á los insurrectos.

Recibió Aguilera de manos de un joven una carta del General Quesada y otra de Govantes fechadas ambas el 25 de Junio último en New York. En ellas le referían el percance sufrido por el vapor "Anna". El Cónsul español de Nassau se ganó al segundo maquinista del "Anna" (americano) y éste dió una declaración atroz contra el vapor y el General Quesada. Se expidió un mandato de prisión contra éste que tuvo que salir prófugo de Nassau, embarcándose en una goleta para Cayo Hueso. El vapor fué detenido por el Gobierno. Recomendaban ambos á Aguilera que no fuese á New York, sino que esperase donde estaba. Quesada sacaría pronto el vapor, y lo mandaría á Aguilera para que desembarcase en Cuba. Con la experiencia que tenía de esas combinaciones y encontrándose en una situación insostenible,falto de recursos y enfermo, resolvió no alterar su plan y marchar á New York á curarse y al mismo tiempo ver cómo organizaba otra nueva expedición.

Recibió también una carta de su primo Manuel Anastasio que decía así:

"Kingston, Julio 6 de 1876.

"Mayor General F. V. Aguilera.

"Mi querido compadre:

"Acabo de recibir carta de su señora con fecha 21 de Junio y me dice que toda la familia está bien, aunque llena de ansiedad por saber la llegada de usted á Cuba.

"Dos grandes golpes ha sufrido mi corazón: el uno con el recibo de cartas de Govantes fechadas en últimos de Mayo en que me da cuenta del contratiempo sufrido por la explosión de la caldera, y consiguiente interrupción de la empresa hasta que el General Quesada saliera el 3 de Julio para llevar la caldera nueva; el otro la inesperada llegada á ésta de Pío Rosado el día 30 de Junio (salió de Inagua el 26) instruyéndome de lo que había pasado hasta el 23 mismo que se separó usted de él con Miguel, Rafael y otro sujeto, haciendo rumbo hacia donde debía hallarse Queralta y otro; y de allí probablemente á donde mora su buen amigo. Cuanto me contó fué amargo para mí, especialmente hallarse usted enfermo y la casi seguridad de la detención del vapor y necesaria dispersión de la gente.

"¡Y todos estos fracasos en los momentos que me ilusionaba en esperar la noticia tan suspirada! He tenido necesidad, á más de la filosofía, recordar que en la mayoría de los casos hasta los fracasos son providenciales para nuestro bien, evitándonos un mal mayor, para consolar mi profunda pesadumbre.

"En esta amarga situación, nos encontrábamos, cuando el día 22 del corriente Julio llegó á ésta López Queralta con el cuerpo expedicionario en derrota, sin recursos y con la goleta fletada, cuyo importe de doscientos pesos es necesario pagar. Esto acabó de agravar la situación.

"De momento fué necesario ponernos de concierto para alojar los expedicionarios, haciéndonos cargo de estas diligencias y solicitar recursos para pagar al Capitán el flete, Queralta desde su casa por estar imposibilitado de unas fuertes contusiones y heridas en una pierna, y Leoncio Prado, Rosado y yo en movimiento. Por fin hemos alojado á los expedicionarios en los tres primeros días y aun permanecemos los tres mencionados en la comisión dificilísima (en Kingston) de conseguir, pidiéndole á la emigración, el dinero necesario para pagar el flete.

"Desde ayer 5 de Julio estamos en la mayor ansiedad por la llegada del vapor que toca en esos puntos y probablemente nos traerá noticias de usted con instrucciones, y nos hará luz que despeje la tenebrosa niebla en que está hoy para nostros el destino del vapor "Anna" y los movimientos en consecuencia del personaje que había quedado en Nassau para conducirlo.

"Mañana llegará el tal vapor. Dios quiera que lo que traiga sea para sacarnos del profundo malestar moral en que nos encontramos.

"Su afectísimo compadre,

Lico".

Decía M. Anastasio que "en la mayoría de los casos los fracasos eran providenciales para nuestro bien, evitándonos un mal mayor"; y en otra carta fecha 10 del mismo mes decía estas palabras: "Gracios á Dios que acabo de saber de usted y de sus compañeros. Salvadas las vidas lo demás es poca cosa; y quién sabe si muy conveniente. Dios luego envía á su manera los más grandes beneficios: ¡bendigamos á la providencia y acatemos su voluntad! Por tanto no hay que contristarse por nada. Yo he estado hundido en las agonías de la incertidumbre por la suerte de usted; pero ya vuelvo á la vida, etc., etc."

¡Cuánta verdad había en estas palabras de Manuel Anastasio! Si la caldera del "Anna" no se hubiese abierto al hacer vapor, si Aguilera no hubiese pasado aquella cruel peregrinación por los mares, si hubiese desembarcado felizmente en Cuba. ¿Qué suerte le esperaba en el suelo patrio? En primer lugar, el éxito de su misión de dar á conocer el verdadero carácter de los representantes de Cuba en el extranjero, era bien dudoso, por lo menos de momento; y nos fun-

damos al decir esto, en datos positivos que daremos á conocer á nuestros lectores á su tiempo oportuno. Aguilera, herido de mortal enfermedad, á la que había abierto las puertas, aquel cúmulo de penalidades y de sufrimientos, aniquilando su robusta naturaleza, hubiera llegado á Cuba con pocos días de vida.

Al desembarcar allí, fracasado, sin otro bagaje que sus dolores y desengaños, hubiera encontrado una atmósfera completamente hostil, que la intriga, la calumnia y las malas artes se habían cuidado de preparar. Allí esperaban á Aguilera nuevos desengaños y dolores, los que unidos á las fatigas físicas y falta de recursos de toda clase, hubieran acelerado su triste fin, exhalando su último aliento en la desesperación; mirando cómo la revolución se hundía, cómo triunfaba la traición, muy lejos de su adorada familia, solo, en la miseria, mereciendo cuando más, la lástima de los que le rodearan... Pero no. La Divina Providencia, clemente como lo es siempre, quiso ahorrar al hombre grande, al hombre justo, al hombre santo todos aquellos horrendos dolores. Quiso que muriera en la ignorancia del punto á que habían llegado la perfidia y la maldad; de lo profundamente que habían socabado el grandioso edificio que él se extasiaba en contemplar. Quiso que muriese abrigando en su pecho el bien consolador de la esperanza; rodeado de su amorosa familia, que arrullaba sus oídos con palabras de cariño y de consuelo.... Y cuando en los estertores de la agonía, de pie, cual roble altivo tronchado por la furia del rayo destructor, cayese en brazos de sus amantes hijas, tuviese el inefable placer de exhalar en ellos su último aliento... Bendita sea la Providencia... Benditos los amargos días de la última peregrinación de Aguilera....!

Fué Aguilera con su amigo Billioque al escritorio de los señores Inglés & Ca. á que le dieran su pasaje para New York. Le preguntaron cuánto necesitaba para el viaje. Contestó que setenta pesos, para con los diez sobrantes pagar la conducción de su maleta y otros gastos imprevistos. Le entregaron los setenta pesos en plata, pedidos. Quiso darles recibo, pero no se lo admitieron, enseñándole la carta de Ducoureau en que expresamente les advertía que lo admitiesen. Quedó Aguilera muy agradecido á su amigo Ducoureau, que de manera tan delicada y de tan buena voluntad le prestaba aquel importante servicio; así mismo á los señores Inglés & Ca. que por su parte le hicieron los más expresivos ofrecimientos.

Lo acompañó Billioque también á la casa consignataria á sacar la papeleta de pasaje. Tanto se esforzó para persuadir á los señores Consignatarios á que hiciesen una rebaja á Aguilera, que éstos al fin sólo le cobraron cincuenta pesos. Mucho agradeció Aguilera este nuevo servicio de su amigo Billioque, y pensando en la triste situación en que se encontraba pocos días antes, se consideró ya "hombre rico" teniendo su papeleta de pasaje para New York y veinte pesos más en el bolsillo.

Escribió Aguilera á su amigo Ducoureau en Port au Prince, dándole las gracias y enviándole unas cartas que había recibido para Rafael Quesada. Al día siguiente, 7 de Agosto, se embarcó para New York, después de haberse despedido afectuosamente de todos sus amigos. Lo acompañaron hasta el bote que debía llevarlo al vapor, Billioque, Fernández y Rosendo Arteaga.

El viaje fué feliz, Aguilera casi todo el tiempo lo pasó en su camarote para evitar el mareo. Allí entre los dolores y molestias que le causaba su enfermedad, las torturas de su espíritu al contemplar su situación, pensar en las nuevas luchas que lo aguardaban y el cuidado de seguir estrictamente las instrucciones del doctor, pasaron los ocho días de la navegación. Su capital, de que tan orgulloso estaba cuando se embarcó, disminuyó mucho durante el viaje, entre gratificaciones y extraordinarios, así fué que desembarcó en New York con sólo siete pesos en la cartera.

CAPITULO XXX

AGOSTO 1876

LLEGADA DE AGUILERA A NEW YORK.—SUS AMIGOS VAN A VISITARLO.—AGUILERA QUIERE RENUNCIAR SUS CARGOS.—GOVANTES LE REBATE LA IDEA.—LLEGA M. QUESADA.—REFIERE A AGUILERA LA DENUNCIA DEL MAQUINISTA.—QUESADA TAMBIEN DESAPRUEBA LA RENUNCIA.—PROTESTAS DE AMISTAD DE M. QUESADA.—DICE ES EL MEJOR AMIGO DE AGUILERA.—LO INVITA A LA UNION.—LLEVARAN A CUBA UNA GRAN EXPEDICION—AGUILERA PERSISTE EN SU RENUNCIA.—MENOSPRECIA LOS CARGOS Y GRADOS MILITARES.—QUIERE DESEMBARCAR EN CUBA, SIMPLE CIUDADANO.—PROPONE A AGUILERA LA FORMACION DE UN TRIBUNAL.—ESTE LO ACEPTA.—JUAN MANUEL MACIAS.—TAMBIEN CONTRARIO A LA RENUNCIA.—TODOS SON OPUESTOS A ELLA.—QUESADA PROPONE EL PROYECTO DE UNA GRAN EXPEDICION.—AGUILERA DESISTE AL FIN DE SU RENUNCIA.

Llegó Aguilera al puerto de New York el 15 de Agosto. Hizo preparar á su familia antes de presentarse en su casa y á las cinco de la tarde tuvo el placer de abrazarla toda, pues hasta sus hijos más pequeños, los asilados, estaban allí por ser días de vacaciones.

Supo en su casa que Rafael Quesada y Lanza hacía cuatro días que habían llegado de Port au Prince. Fué Govantes á visitarlo y quedaron en reunirse en casa de éste al día siguiente para hablar despacio. Fueron á saludarlo también Valdés Mendoza, José Miguel Montejo y por la noche Rafael Lanza y Piedrahita.

Comprediendo Aguilera por las últimas resoluciones de la Cámara, que en esas medidas palpitaba el deseo de anularlo, obedeciendo á las intrigas que se habían puesto en juego en el exterior, hizo la resolución de, en la primer oportunidad que tuviera, mandar á la Cámara la renuncia anticipada de su grado de Mayor General y también la de su cargo de Vicepresidente de la República, para probar á sus contrarios que no necesitaba del estímulo de esos altos cargos y grados en el ejército, para seguir sirviendo á Cuba con la misma fe y entusiasmo que lo había hecho hasta entonces. Llegado á New York, creyó que era el momento de poner en planta su propósito y se aprestó á hacerlo.

Fué á ver á Govantes y después de hacerle una detallada relación de los sucesos ocurridos desde su separación, le manifestó su propósito de hacer las renuncias aludidas.

Lo oyó Govantes con mucha calma y después de manifestarle su interés por el triunfo de la causa de Cuba y la alta estima en que tenía su amistad, le dijo que difería completamente de su opinión entre otras razones, porque las renuncias de los referidos empleos á raíz de sus recientes fracasos por llegar á Cuba, podrían atribuirse á despecho de su parte, lo que llenaría de regocijo á sus enemigos. Por otra parte, el bien de la patria exigía que estuviese revestido del carácter más alto, para contrarrestar con eficacia las maquinaciones de los que se habían propuesto la destrucción de la República.

En este punto la conversación, llegó Manuel de Quesada y su hermano José Ignacio. Estos fueron á verlo á su casa y allí los informaron de que estaba en la de Govantes. Hízole Manuel de Quesada una larga historia de la manera cómo el vapor y él mismo habían sido denunciados á las autoridades inglesas por el maquinista americano, comprado por el Cónsul español de Nassau; cómo había tenido él que escapar, pues intentaban prenderlo, la detención del vapor, como Mr. Darling había sido llamado por el Gobernador, que le enseñó un impreso con las últimas disposiciones del Gobierno Británico, para la represión de los intentos de romper la neutralidad con las naciones amigas, haciéndole llevar uno de aquellos impresos para que lo tuviera bien presente, dando esto por resutado que "el inglés" no quisiese tener más intervención con el vapor, etc.

Concluída la larga relación, tocaron el asunto de la renuncia de Aguilera. In-

formado Quesada del caso, lo reprobó lo mismo que Govantes, manifestando que él, en su lugar, no la haría y esperaría tranquilo el curso de los cuatro meses; estando seguro de que Aldama no se atrevería, vencido el término, á anular sus grados militares, y aunque lo hiciera, él seguiría trabajando en favor de la causa de Cuba.

Manuel de Quesada juró á Aguilera "por los manes de su hijo, infamemente asesinado por el inícuo Gobierno español" que no tenía un amigo más leal que él y en ese concepto, lo invitó á que se le uniera, pero con una unión sincera y fraternal. Se ofreció acompañarlo á Cuba con una gran expedición, sacada de Méjico, de hombres y armamentos, con la cual desembarcarían por Occidente, y estaba persuadido de que el triunfo de la revolución sería inmediato. Dijo que él solo no lo haría, porque estaba seguro de que llevaría la guerra civil á los campos de Cuba, pero yendo acompañado de Aguiera, el caso era diferente, pues Aguilera simbolizaba la bandera alzada en Yara y él—Quesada—sería el brazo que daría movimiento á las fuerzas expedicionarias contra las del Gobierno español. Mas para llevar á cabo ese plan era absolutamente necesario que Aguilera no hiciese la referida renuncia, porque carecería entonces de representación.

Aguilera á pesar de todas las reflexiones de Quesada y Govantes permaneció firme en su propósito, diciendo que para servir á Cuba, para sacrificarse por ella é ir á luchar y á morir si era necesario, al lado de sus compañeros, no necesitaba ni de grados ni de cargos. Que más le honraba desembarcar de simple ciudadano, que investido de cargos que se le regateaban, pues quería probar á sus contrarios que iba á Cuba sólo para servirla, para tener la satisfacción de cumplir con ese deber y no aspirando á altos puestos, que le proporcionasen vanas prerrogativas colocándolo por encima de sus conciudadanos.

En vista de la resuelta actitud de Aguilera, habiendo agotado todas las reflexiones que pudieran hacerle, le propuso Quesada que nombrase él mismo un tribunal compuesto de los amigos de su mayor confianza, para que reunidos con ellos discutiesen el caso y Aguilera oyese sus reflexiones y consejos antes de resolver. No pudo oponerse á tan razonable proposición y aceptó Aguilera. Invitado á que nombrase los amigos que debían fallar en su causa, vióse en gran aprieto para encontrarlos, pues era bien escaso el número de los que contaba, que reuniesen las condiciones requeridas.

Nombró por fin al Padre Palma y Valdés Mendoza; yendo en su auxilio Govantes le propuso á Bellido de Luna, que Aguilera aceptó, y Manuel de Quesada á Ramón Martínez y F. Lamadriz que también fueron aceptados. Quedaron Quesada y Govantes en citar á esos señores para dos días después en casa de Lamadriz á fin de que la reunión fuese más reservada.

Al día siguiente estuvo á visitarlo Juan M. Macías. Como era éste buen amigo suyo, en quien tenía la mayor confianza por su patriotismo y buen juicio, realmente sintió que no se le hubiera ocurrido su nombre cuando se trató de formar el tribunal. Queriendo Aguilera aprovechar la oportunidad de saber su opinión, lo informó de todos los pormenores de su viaje y finalmente le propuso la cuestión de su renuncia y le pidió su parecer sobre ella, manifestándole los fundamentos que tenía para persistir en que se llevara á cabo.

Macías oyó las razones de Aguilera, y después de bien analizadas le manifestó que á su juicio no debía presentar su renuncia, sino esperar el cumplimiento del plazo; pero que debía protestar en términos muy comedidos de lo premioso del decreto de la Cámara, para conservar su derecho á defenderse á su llegada á Cuba libre.

Llegado el día de la reunión, concurrió Aguilera acompañado de Govantes. Estaban presentes todos los individuos nombrados anteriormente. Comenzada la sesión les dió Aguilera las gracias por su puntual asistencia y les manifestó el objeto de la reunión explanando los motivos en que se fundaba para insistir en la renuncia de sus cargos. Así que con-

cluyó, hizo uso de la palabra Valdés Mendoza en contra de la renuncia por razones que expuso. Siguió Lamadriz reforzando los argumentos de Mendoza. Luna adujo nuevos razonamientos contrarios á la renuncia, los que fueron apoyados por Govantes, y por último habló Quesada, manifestándose no sólo contrario á la renuncia sino dijo que Aguilera debía ir á Cuba con sus grados para lo cual le ofreció dos medios. Podía embarcarse al día siguiente si quería, pues ya tenía listo el vapor "Anna" y de ese modo se reanudaría la operación suspendida, pero no fracasada; ó bien podría llevar á Cuba una gran expedición que se comprometía á formarle, la que pondría término á la guerra. Expuso que había visto con sentimiento que la vez anterior, proponiéndole él esos dos mismos medios para ir á Cuba, Aguilera había escogido el primero por más breve, y por eso había comprado el vapor "Anna". Esa empresa la había acometido sin entusiasmo, por ser tan pequeña, y casi se había alegrado después de los fracasos que impidieron á Aguilera llegar á Cuba, pues si hubiera logrado desembarcar, dada la situación en que se encontraban las cosas, su viaje hubiera sido completamente estéril.

Se pusieron á votación ambos términos de la discusión y fué unánime el parecer de que Aguilera no debía presentar la renuncia de sus cargos, y debía aceptar la proposición de Quesada de acompañarlo á Cuba con una gran expedición. Govantes quedó encargado de redactar el acta de lo acordado.

Por más que fuesen sus deseos llevar á cabo su propósito de hacer la renuncia de todos sus cargos y presentarse en Cuba solo, con el carácter de simple ciudadano; viendo la oposición que encontraba, invocando todos el bien de la patria, que requería que conservase la mayor autoridad posible para que pudiese servirla mejor; Aguilera, que distaba mucho de poseer la terquedad de los que para llevar á cabo sus resoluciones sólo consultan su voluntad ó su capricho, y estando por el contrario siempre abierto á los consejos de la razón, de la prudencia y del patriotismo, sacrificó una vez más sus deseos y su voluntad y resolvió seguir los consejos unánimes de sus amigos.

Visitando á Govantes, le consultó si le parecía bien que hablase á Quesada sobre sus proyectos del Perú y los ofrecimientos que el General Prado le había hecho cuando llegó allí de paso para Inglaterra, ofrecimientos y proyectos en los cuales fundaba las más halagüeñas esperanzas. Govantes le contestó que no le parecía bien: en primer lugar, porque se había aceptado el proyecto de Méjico de Quesada y proponerle otro, podría entibiarlo; y en segundo lugar, le manifestó que Coligny le aseguraba que había allí dos comisionados del Perú con mucho dinero, cuya misión era comprar armas y municiones para la revolución que debía estallar tan luego como el General Prado se hiciera cargo de la Presidencia; por lo tanto, no era posible que Prado pudiese auxiliarlo, por mucha voluntad que tuviese. Sin embargo, le manifestó Aguilera que de todos modos pensaba hablarle, porque ya le había tratado del particular en Nassau.

CAPITULO XXXI

AGOSTO 1876

AGUILERA REVELA A M. QUESADA SU PLAN CON EL GENERAL PRADO.—QUESADA TENIA YA ESE CAMINO ANDADO.—HABIAN ACORDADO LA CONSTRUCCION DE UN GRAN VAPOR.—CARLOS VARONA LES DARIA MAS INFORMES—COMUNICACIONES DE LA CAMARA DE CUBA.—AGUILERA DEPUESTO DE PRESIDENTE Y DE VICE-PRESIDENTE.—DESPOJADO DE SU GRADO DE MAYOR GENERAL.—CONOCE QUE SE PROPONIAN ANULARLO.—EFECTOS DE LAS INTRIGAS DE ALDAMA.—YA EL GOBIERNO HABIA FALLADO EN SU CONTRA.—COMUNICACION DE LA CAMARA.—PARRAFOS DE UNA COMUNICACION DE LA SECRETARIA DE R. E.—SE ALZABA A ALDAMA MAS ALTO QUE NUNCA.—EL GOBIERNO DE CUBA SOMETIDO A ALDAMA.—MONSTRUOSA SITUACION.—UN ENEMIGO DE LA REVOLUCION DIRIGIENDO ESTA. —AGUILERA ACATA LAS DISPOSICIONES DEL GOBIERNO.—EL HIJO DEL MARQUES MORALES.—RELACION QUE HACE DE LA MUERTE DE SU HIJO.—REUNION CON CARLOS VARONA.—EL GENERAL PRADO FACILITABA A CUBA DOS MILLONES DE PESOS.—ACUERDO CON LOS BANQUEROS.—DIFICULTAD CON QUE TROPEZABAN.—VARONA TRATA DE LLEVARSE A MARQUEZ A EUROPA.

Fué Aguilera á ver á Manuel de Quesada y le habló de la entrevista que tuvo con el General Prado á su paso para Europa y de las esperanzas que le había hecho concebir. Le dijo que él—Aguilera — había aplazado su ofrecimiento para cuando hubiera oportunidad de que el auxilio que prestara á la causa fuera de la importancia que podía hacerlo, y creía que esa oportunidad había llegado ya, pues podrían formarse dos grandes expediciones, una en Méjico y la otra en el Perú, desembarcando ambas por Occidente, asegurando el triunfo de la revolución.

Contestó Quesada que ya ese camino lo tenía él muy adelantado, pues cuando pasó Prado por New York, también le habló y acordaron que Carlos Varona, en París, mandaría construir un vapor de guerra en Inglaterra con la garantía del General Prado y después de concluído lo armaría, tomaría á bordo gran cantidad de armas y municiones y saldría Quesada en él, en son de corsario, á hacer presa en los buques mercantes españoles y desembarcar las armas y pertrechos en diferentes puntos de las costas de Cuba, de acuerdo con los patriotas. Dijo que Varona le escribió diciendo que había conferenciado con el General Prado y la negociación estaba concluída; y como Varona debía llegar á New York dentro de pocos días, convinieron en que se avistarían con él y sabrían entonces el estado en que se encontraba el asunto.

En la conversación trató Quesada de imprimir en Aguilera la idea de que sus trabajos en la América del Sur habían de ser de mancomún, pues en esas Repúblicas se miraba á Aguilera como el verbo de la revolución y á él, el brazo para combatir.

Recibió Aguilera una comunicación de la Cámara de Representantes fecha 12 de Abril en que le transcribía dos acuerdos tomados por ese alto cuerpo. Era el primero deponerlo de su cargo de Presidente de la República, y el segundo despojarlo del de Vicepresidente de la misma, en virtud de las razones que aducía.

Ya anteriormente había recibido también una circular de la Secretaría de la guerra, dirigida á los jefes y oficiales del Ejército Libertador en el extranjero, en la que estaba comprendido él, notificándoles que si en el término de cuatro meses no se presentaban en el territorio de la República, perderían su grado y serían borrados del cuadro de jefes y oficiales del Ejército. Esta circular puede verse en el "Libro de correspondencia, etc.". Por estas comunicaciones se vió Aguilera despojado de toda autoridad; parecía que el intento de las tres combinadas y casi simultáneas, no era otro que anularlo. Y en efecto: ya en la comunicación de la Secretaría de Relaciones Exteriores, fecha 6 de Enero de aquel mismo año, que hemos dado á conocer á nuestros lectores en otro lugar, decía el Gobierno que había recibido copia de las comunicaciones que le mandara Aldama, con respecto á su desave-

nencia con él, aunque no había recibido las que le mandara Aguilera sobre el mismo asunto. En la comunicación aludida, manifestaba el Gobierno su manera de apreciar la cuestión, diciendo que ese desacuerdo entre él y Aldama era la causa de que á los campos de Cuba no hubieran llegado los elementos de guerra de que tanto necesitaban los patriotas, de que la patria estuviera sufriendo grandes perjuicios y lo estimulaba para que la desavenencia cesara, efectuándose una reconciliación entre ellos.

Era indudable que Aldama había tenido buen cuidado en presentar al Gobierno su cuestión con Aguilera haciéndola parecer toda favorable á él. No era extraño: Aldama no era uno, sino una legión, y todos sus secuaces, bien disciplinados y hábiles en el terreno de la intriga. Además, por todos los medios que podía sugerir la astucia más refinada, se habían apoderado de la confianza del Gobierno, á tal extremo que éste no veía los asuntos del exterior por otros ojos que los de Aldama y sus servidores. En todo aquel tiempo, de Enero de 1875 hasta Abril de 1876, Aldama y sus amigos, que se habían mantenido en comunicación constante con Cuba, tuvieron tiempo más que suficiente para convencer al Gobierno de lo perjudicial que era para los intereses de la causa, la violenta campaña que hacían contra la representación del mismo Gobierno los que se escudaban tras la autoridad de Aguilera, revestido éste, como estaba de los cargos, ya de Presidente, ya de Vicepresidente de la República y de Mayor General de la misma, insinuando de esa manera, que si á Aguilera se rebajasen esos cargos, la posición de la representación de la República en el Exterior se vería más desembarazada y podría entonces con facilidad allegar los recursos necesarios para auxiliar al ejército.

Vamos á transcribir aquí la comunicación de la Cámara que dice así:

"República de Cuba

"Cámara de R. R.

En sesión pública ordinaria celebrada en esta fecha, la Cámara acordó transcribir á usted los siguientes acuerdos:

"En sesión celebrada en 21 de Marzo último, la Cámara acordó lo siguiente:

"Considerando que á la deposición del C. Carlos Manuel de Céspedes del cargo de Presidente de la República correspondió de derecho aquel cargo al Vicepresidente de la misma, Mayor General Francisco V. Aguilera.

"Considerando que el Vicepresidente Aguilera, llamado á ocupar su puesto por acuerdo del Ejecutivo el 31 de Octubre de 1873, después de la deposición del Ex-presidente Céspedes, permanece aun alejado del territorio de la República.

"Considerando que por este motivo ha venido residiendo el Poder Ejecutivo en Presidencias de la Cámara, conforme al acuerdo de 13 de Abril de 1872.

"Considerando que hay notable anomalía en la existencia de un Presidente de derecho en el Exterior y un Presidente interino en el territorio de la República.

"Considerando que la administración del país se resiente de tal estado de cosas porque la interinatura en el Gobierno aplaza la solución de importantes cuestiones y el Ejecutivo en el extranjero no puede atender á las necesidades de la administración á su cargo.

"La Cámara acuerda nombrar definitivamente Presidente de la República.

"En sesión celebrada el 12 de Abril de presente año, la Cámara de R. R. acordó lo siguiente:

"Considerando que el General Francisco V. Aguilera perdió el derecho á la Vicepresidencia de la República en el momento en que por la deposición del Presidente Carlos M. de Céspedes adquirió el derecho á la Presidencia de la misma.

"La Cámara declara que el General Francisco Vicente Aguilera dejó de ser Vicepresidente de la República desde la fecha en que fué depuesto el Presidente Carlos M. de Céspedes.

"Lo que se le comunica á usted para su conocimiento.

Patria y Libertad.

San José de Guaicanamar. Camagüey.
Abril 12 1876

El Presidente, El Secretario,
Eduardo Machado *Francisco La Rua*".

Al Mayor General Francisco V. Aguilera.

Llama la tención que esta resolución de la Cámara no se hubiese comunicado á Aguilera en su tiempo oportuno, que fué cuando dejó de ser Vicepresidente y se aguardara el momento en que debía verse despojado de todos sus cargos á la vez, á raíz con su desavenencia con Aldama.

Nada de extraño tenía que, dada la imposibilidad en que se había visto Aguilera de llegar al territorio de la República, á hacerse cargo de la Presidencia, se hubiese nombrado otro Presidente en propiedad, si esta medida se consideraba urgente para los intereses de la patria; pero despojarlo de la Vicepresidencia, sin proveer este cargo en ninguna otra persona, y notificárselo en el tiempo y circunstancias que se hizo, era una señal evidente de que no merecía la consideración y confianza del Gobierno; de que quería anulársele.

Pero aun hay más. Al mismo tiempo que la comunicación anterior, llegó otra de la Secretaría de Relaciones Exteriores con fecha 3 de Mayo del mismo año, es decir, tres semanas después de la de la Cámara, dirigida al Agente General Ciudadano Miguel de Aldama, en la cual se leía el siguiente párrafo:

"Cooperar con la Agencia General es el deber de cada uno de los emigrados, porque siendo aquélla, representación oficial del Gobierno, se acata con ese hecho la bandera, se respeta la autoridad de la Nación y se adquiere el derecho á la ciudadanía".

Como se ve, de lo expuesto parecía desprenderse que quienes cooperasen al servicio de la causa de Cuba, sin ser por medio de la Agencia, no acataban la bandera, ni respetaban la autoridad de la Nación, ni adquirían el derecho á la ciudadanía por grandes que fueran los servicios que hicieran á Cuba.

En otro lugar de la misma comunicación de la referida Secretaría decía así:

"La conducta de la emigración de Cayo Hueso por la decidida actitud que ha tomado al lado del orden y de la bandera que enarbola la Agencia General, por disposición superior, ha merecido el aplauso de todos".

Por muy divididos entre sí que hubiesen estado los emigrados en aquella época, todos habían reconocido sólo una bandera y era ésta la que ondeaba en Cuba libre, la que simbolizaba la redención de la patria; hasta entonces nadie había sospechado que existiese otra bandera que estuviesen los cubanos en el deber de acatar y mucho menos que el mismo Gobierno hubiera mandado alzarla al Agente General. Por otra parte, no se manifestó tan celoso el Gobierno del prestigio de sus Representantes en el Extranjero, cuando Aldama y sus secuaces hacían una guerra cruda á la Agencia Confidencial y mandaban al mismo Gobierno comunicaciones tan denigrativas como ofensivas para estos Agentes.

Hagamos un paralelo entre la conducta del Gobierno con Aguilera y con Aldama y veremos como, mientras al primero lo anulaba, lo humillaba, lo inutilizaba, lo acusaba de ser la causa de los grandes perjuicios que estaba sufriendo la patria y le pedía que rectificase su conducta, volviendo á unirse con el Agente Aldama para conseguir el mismo resultado que había obtenido en los dos años que estuvo trabajando de acuerdo con él; al Agente Aldama lo alzaba á mayor altura que nunca tuvo, llegando á hacer de él una bandera. Y este resultado ¿cómo había llegado á obtenerse? Muy cándido será quien no comprenda que por medio de las intrigas de Aldama y sus servidores con el Gobierno.

Era indudable que el Gobierno de Cuba estaba completamente subyugado por Aldama, y quien á pesar de lo expuesto aun lo dudase, se convencerá con las pruebas aun más evidentes que expondremos después. Por monstruoso que parezca, aquel hombre, guiado por las inteligencias que tenía á su servicio, inteligencias fascinadas tan sólo por el brillo de su oro, pues Aldama estaba muy lejos de poseer ningún talento superior, sobresaliendo sólo en orgullo y vanidad, aquel hombre había logrado que, siendo él contrario á la independencia de Cuba, los patriotas cubanos, los que todo lo habían sacrificado por la causa bendita, y estaban prontos á darle también su sangre, pusiesen la suerte de

esa causa en sus manos, lo tuviesen por su oráculo, se dejasen guiar por él dócilmente; y si algún patriota descubriese el crimen que se estaba cometiendo y lo denunciase virilmente á sus compañeros éstos, menospreciando la franca denuncia, juzgaran al denunciante de mal pa triota, lo reprendieran y lo castigaran, como sucedió á Aguilera. Pocas veces el triunfo de la maldad ha sido tan completo.

Todas estas consideraciones no pudo menos que hacérselas Aguilera; y por más que le desgarrasen el alma, viendo el abismo á que corría su desventurada patria, sin poder detenerla, porque sus piés y sus manos parecían atados por la adversa suerte; sin embargo, el desaliento jamás se anidó en su pecho y se apresto à combatir contra la suerte misma.

Revistiéndose de toda la calma que necesitaba para sobrellevar tan amargas decepciones, tomó la comunicación de la Cámara y la llevó á Govantes diciéndole que la publicara en su periódico, haciendo algún comentario al efecto de que acataba la disposición del Gobierno aprestándose á continuar sus trabajos en beneficio de la causa á que se debía, en su calidad de simple ciudadano.

Fué el ciudadano Rafael Morales á casa de Aguilera á decirle que había llegado á New York un familiar suyo, muy rico, hijo del Marqués Morales de la Habana, quien le dijo tenía muchos deseos de conocer á Aguilera. Agregó que quizás podría conseguir que su pariente lo auxiliase con algo para su próximo viaje á Cuba; con ese fin había quedado con él en visitar á Aguilera en su casa aquella noche. Convinieron en que Aguilera los esperase á las ocho.

A esta hora llegaron Morales y el presunto Marqués. Después de presentado éste por el primero, manifestó el Marqués que su padre vivia aunque muy anciano; él había ido á aquella ciudad con su esposa y toda su familia con objeto de dejar sus hijos en un colegio, pues temía fuera á sucederlos lo que al mayor, joven de 17 años. Refirió que habiendo salido éste á cazar en Guanajay, reunido con otros amigos, fueron perseguidos por la Guardia Civil, como insurrectos, haciéndoles algunos disparos; un criado que llevaban, viéndose acosado, tuvo la mala inspiración de disparar un tiro con el que mató un Guardia Civil. No necesitaron otra cosa sus perseguidores; los cogieron, y mataron á todos allí mismo. Sólo se salvó el hijo del Cónsul italiano que iba con ellos, quien fué devuelto á su padre. Tan desgraciado suceso, dijo, le hacía temer por sus otros hijos y por eso quería sacarlos de Cuba mientras durara la dominación española. Hablaron sobre el estado de desconcierto en que se encontraba la Isla y habiendo manifestado el Marqués deseos de ver á Govantes, que había sido su condiscípulo, le ofreció Aguilera llevarlo á su casa. Fueron, se abrazaron con efusión y hablaron mucho de la Habana. Al despedirse quedaron en que Aguilera y Govantes irían á visitarlo al día siguiente al "New York Hotel" donde paraba, pues dos días después debía salir para Washington, lugar en que se hallaba el colegio donde iba á poner sus hijos.

Al día siguiente volvió el familiar del presunto Marqués á decir á Aguilera de parte de aquél que le hiciese el favor de suspender la visita, pues en el hotel vivía el Vicecónsul español y no convenía supiese estaban en relaciones; que cuando volviera de Washington cambiaría de hotel y entonces tendría mucho gusto en recibirlo.

Llegó Carlos de Varona á New York. Acordaron tener una conferencia con él Aguilera, Manuel de Quesada y Govantes sobre el asunto del General Prado. Reunidos los cuatro, expuso Varona que en París se había avistado con este General, quien se manifestó espléndido para con la causa de Cuba. Para auxiliar la revolución había ofrecido la garantía del Perú hasta dos millones de pesos. Aconsejó que esta suma se invirtiese en la forma siguiente; quinientos mil pesos para conseguir un buen vapor que se armaría como corsario; otros quinientos mil para gratificar á los banqueros que hiciesen la negociación, armadores del buque, etc., y el millón restante se invertiría en armas y pertrechos que se desembarcarían en Cuba, para auxiliar la

revolución. Dijo Varona que él había acordado con los banqueros, uno de Londres y otro de París, de mancomún, las bases siguientes:

Ellos entregarían en el término de tres meses un vapor que reuniría todas las condiciones necesarias por valor de quinientos mil pesos; los otros quinientos mil los tomarían como comisión. Para el millón restante tomarían bonos cubanos al cuarenta por ciento, con la garantía del Perú, y el plazo de tres años. El interés sería de doce por ciento anual el primer millón y quince por ciento el segundo.

Manifestó Varona que no había hecho otra cosa que sentar las bases, pues no era posible en aquellas circunstancias concluir la negociación formalmente, tanto porque carecía de poderes, como porque todavía en aquella época, el General Prado no era Presidente del Perú; pero que lo mismo Prado que los banqueros estaban dispuestos á sostener lo acordado, á su tiempo.

Añadió Varona que había un escollo para la realización de ese asunto y era que Márquez, Ministro Cubano en el Perú, era todo de Aldama. Que no bien vislumbrase el proyecto, con una simple nota que pasase al Presidente Prado lo haría venir todo al suelo; instigado por el Ministro Diplomático Echeverría, los denunciaría como intrusos, diciendo que sólo el Agente General de la República estaba autorizado para hacer esa clase de negociaciones. Concurriendo la feliz circunstancia de que Márquez se encontraba en New York y era muy amigo de Varona, se convino en que éste hiciese todos los esfuerzos posibles por llevarlo con él á París y retenerlo por dos meses, para dar lugar á que Aguilera ó Quesada fueran al Perú á concluir la negociación y tomar la firma del General Prado. Siendo ya las once de la noche, suspendieron la sesión para volver á reunirse el día siguiente.

Reuniéronse otra vez y manifestó Varona que había hablado con Márquez y no sólo no había podido reducirlo á ir á París sino que estaba decidido á embarcarse para el Perú dentro de quince días. Desistióse por lo tanto del viaje á Perú de Aguilera ó de Quesada. Resolvieron que estos dos escribieran al General Prado estimulándolo á que hiciera efectivo sus ofrecimientos.

CAPITULO XXXII

SEPTIEMBRE 1876

APARENTE MEJORIA DEL MAL DE AGUILERA.—SECUESTRO DESPRENDIDO DE SU GARGANTA.—EL DR. PRONUNCIA GRAVE LA ENFERMEDAD.—CONSTERNACION EN LA FAMILIA.—AGUILERA NO SE CUIDA DE SU MAL.—SE DECIDE EL VIAJE A PERU DE AGUILERA Y OTROS.—AGUILERA NO TIENE ROPA.—SE LE PROVEE DE ELLA.—LOS JOVENES MENOCAL.—M. QUESADA SE ADELANTA A TOMARLES EL DINERO.—LOS $10,000 DE LOS JOVENES MENOCAL Y DOMINGUEZ—HABIL PLAN DE QUESADA.—MENOCAL Y DOMINGUEZ ACCEDEN A APRONTAR LOS $10,000.—AGUILERA ADMIRA LA HABILIDAD DE QUESADA.—LAMENTA SUS DEFECTOS.

Con los últimos días de reposo que pasó Aguilera en Cabo Haitiano y en su viaje á New York, siguiendo con asiduidad el tratamiento que le había prescrito el Dr. Martín, llegó á esta última ciudad bastante mejorado, pudiendo deglutir con más facilidad y siendo menos violentos sus dolores.

Pocos días después de su regreso á New York, fué sorprendido una mañana cuando al desgarrar sintió un cuerpo extraño en la boca; tomólo con los dedos y vió que era un secuestro óseo de forma irregular, casi de una pulgada en cuadro. Lo enseñó á su hijo, éste se sorprendió igualmente y su padre le dijo lo llevara al Dr. Juan Cisneros. Hizólo así el joven y al examinarlo el doctor se manifestó no menos sorprendido; recomendó al joven que su padre fuera á verlo lo más pronto posible para reconocerle la garganta. Fué Aguilera al día siguiente y después su hijo á saber el resultado. Manifestó á éste el doctor que el mal de su padre

era muy serio, se trataba de un tumor canceroso en la garganta, que había producido ya grandes estragos; le aconsejó que tomase las medidas convenientes porque los días de vida de su padre estaban contados. Nada diremos de la sorpresa y angustia del joven. Fué á su casa y refirió á sus familiares lo que pasaba. Debemos decir sin embargo, que á pesar del fatal pronóstico del doctor, la familia de Aguilera abrigaba esperanzas de que el diagnóstico fuera errado, pues observando en su padre tanta entereza y energía, no podían comprender como pudiese ser su mal tan grave.

De entonces en adelante los familiares de Aguilera trataron de que éste prestase más atención á su mal; pero Aguilera, absorvido en sus planes para volver á Cuba, generalmente salía de su casa por la mañana para no volver hasta la noche, pasando ésta muchas veces veces entre desasosiego y dolores. De esta manera, con frecuentes alternativas, pasaron los días, las semanas y los meses.

Reuniéronse en el escritorio de Martínez éste, Manuel de Quesada, Ignacio Varona, Lamadriz, Govantes y Aguilera, para tratar del proyecto con el General Prado que tenían en planta. Dijo Quesada que al fin Carlos de Varona había logrado que Márquez fuera con él á Europa y debían salir el día 5 de aquel mes; (esto sucedía el 1º de Septiembre). Era necesario por consiguiente que Aguilera y él estuviesen listos para embarcarse inmediatamente para el Perú, á cuyo efecto podían aprovechar el vapor "Enna" que salía para Colón el día 5 también. Añadió que creía muy conveniente que los acompañase Lamadriz, por las relaciones que tenía en Lima. Con respecto á gastos de pasaje, permanencia en esa ciudad, etc., corrían de su cuenta. Manifestó Ignacio Varona que el vapor "Enna" era de poco andar y hacía muchas escalas, por lo que llegaría muy tarde áColón; ofreció informarse de si había alguna otra vía más rápida.

Dijo Aguilera que sin embargo de estar enfermo, se encontraba dispuesto á partir cuando lo creyesen conveniente; pero les advertía que no tenía un traje decente con qué presentarse en Lima, donde la etiqueta era tan rigurosa, ni dinero con qué comprarlo.

Contestó Quesada que sabía que la Sociedad "Independencia" tenía doscientos pesos en caja y Govantes, como Presidente de la Sociedad podía darlos á Aguilera para que se habilitara de ropa. Contestó Govantes que un artículo del Reglamento de la sociedad prohibía emplear sus fondos en otra cosa que armas y pertrechos para Cuba. Repuso Quesada que eso se obviaba fácilmente, dando él á Govantes un recibo por seis ó siete mil cápsulas, con el visto bueno de Aguilera, los cuales serían entregados en Cuba en nombre de la sociedad. Accedió Govantes y se acordó que inmediatamente se mandase hacer Aguilera un traje y comprase la ropa necesaria. Dijo Quesada que estando en Lima, tuviera ó no éxito la empresa que los llevaba, él conseguiría dinero para ir á Méjico y presentarse allí cual correspondía á fin de acometer el plan que tenía pensado; y si llegaba á realizar los dos proyectos, el del Perú y de Méjico, podían dar por terminada felizmente la revolución dentro de muy breve plazo. Separáronse, habiendo ofrecido Ignacio Varona informarse de la vía más rápida para Colón.

Manifestó Govantes á Aguilera que habían llegado á New York dos jóvenes, uno de ellos de apellido Menocal que habían expresado deseos de conocerlo y les había ofrecido presentárselos; dijo que esperaba que contribuyesen para su empresa lo menos con mil pesos.

A la noche siguiente fueron Govantes y Aguilera á visitar los jóvenes. Los recibieron muy corteses y al tratarse del donativo que harían á la causa, dijeron que ya por la mañana habían estado allí el General Quesada y el señor Lamadriz en solicitud de lo mismo; Quesada les dijo que Aguilera y él trabajaban de acuerdo, y era indiferente que entregaran su donativo á uno ó á otro; ellos, por lo tanto, entregaron á Quesada los mil pesos con que pensaban contribuir. En vista de tal declaración, por más que no fuera satisfactoria para Aguilera ni Govantes, manifestó aquél que efectivamente, trabajaban de acuerdo y habían obra-

do bien. Después de conversar largo rato sobre las cosas de la Habana, se despidieron Aguilera y Govantes.

Por la calle manifestó Govantes que hacía más de quince días que estaba preparando á los jóvenes, por medio de otro amigo de ellos, Agüero contando con aquel dinero para abonar algunas deudas todavía pendientes, de la última expedición; y que Quesada, con la sagacidad que lo coracterizaba era quien se había aprovechado de su trabajo. Comentando el caso, resolvieron ir donde Quesada para tratar de que diera á Govantes aunque fuera la mitad de la cantidad para saldar las cuentas atrasadas de Aguilera. Fueron y lo encontraron en su casa. Aunque Quesada al principio resistió, al fin accediendo á las reflexiones de Aguilera, entregó quinientos pesos á Govantes.

Recibió Aguilera un recado de Manuel de Quesada citándolo para la una del día siguiente en el escritorio de Ramón Martínez. Fué á ver á Govantes y le dijo éste que la cita de Quesada obedecía á un proyecto para conseguir diez mil pesos del joven Menocal y su compañero. Contestó Aguilera que Quesada no se paraba en pelillos; pero dudaba que pudiera conseguir tan grande cantidad.

Aquella noche fué muy penosa para Aguilera. Además del dolor, sufrió varios accesos de disnea y hemorragia. La mañana siguiente la pasó más tranquilo, y como á medio día se dispusiera á salir, su familia trató de oponerse, por lo delicado que se encontraba; pero él insistió y al fin salió.

Se dirigió al escritorio de Martínez, á la cita de Quesada, llegando á la una. Encontró reunidos, esperándolo ya, á Manuel Quesada, Lamadriz, D. Carlos del Castillo, Ramón Martínez, el joven Ricardo Menocal y su amigo Domínguez. Podía conocerse que Quesada se preparaba á dar una batalla de importancia y trataba de reunir todos los elementos que pudieran asegurarle la victoria. Comenzó invitando á Lamadriz á que hiciera uso de la palabra. Manifestó éste que la patria estaba pasando por momentos muy graves; era necesario que los buenos patriotas se aprestaran á salvarla de la ruina que la amenazaba; era menester ocurrir prontamente á prestar á la revolución los auxilios que se le debían para que triunfase en breve, salvando así la rica zona de ingenios de Cárdenas y Colón; de otra manera sería pasto de las llamas. Concluyó diciendo que Aguilera y Quesada estaban próximos á marchar á Cuba, á llevar á los patriotas importantes elementos de guerra, faltándoles sólo un poco de dinero para salir con su expedición y este dinero sólo ellos, — Menocal y Domínguez—podían proporcionarlo.

Contestó Menocal que no dudaba de la necesidad de ayudar eficazmente á la revolución, y por lo tanto él y su amigo tratarían de hacer en ese sentido todo lo que pudieran, para lo que consultarían sus intereses.

Tomó entonces la palabra Quesada, reforzó los argumentos de Lamadriz y concluyó diciendo que Aguilera y él tenían una magnífica expedición lista á salir; tenían mil fusiles Remington, medio millón de cápsulas, muchos otros efectos y un buen vapor; sólo les faltaban diez mil pesos para poner en movimiento ese material de guerra, llevándolo á los patriotas. Apeló á los ciudadanos Menocal y Domínguez diciéndoles que tenían en sus manos la suerte de la patria y estaba seguro de que responderían como buenos cubanos proporcionando esa cantidad que tan perentoriamente necesitaba la revolución. Les manifestó también que sería fatal para la empresa que ellos consultaran con otras personas, pues dependiendo el éxito del secreto, éste se divulgaría y la expedición se vería expuesta á fracasar.

El joven Menocal, que como de más edad que su compañero, llevaba la palabra, resistió largo tiempo, aduciendo que era una cantidad muy considerable la que se les pedía, para que de momento se comprometiesen á facilitarla; dijo que tenían que consultar antes sus asuntos y ofrecían dar todo lo más que sus facultades les permitieran; mas de pronto, no podían contraer ningún compromiso formal.

Habló nuevamente Lamadriz en apoyo

de Quesada y después D. Carlos del Castillo. Hasta el mismo Aguilera que habló poco, dijo que aunque enfermo, había salido de su casa con objeto de suplicar á los patriotas Menocal y Domínguez que no negasen á Cuba tan oportuno servicio.

Volvió á la carga Quesada otra vez diciendo que les daría un recibo firmado por Aguilera y por él, comprometiéndose á devolverles los diez mil pesos del primer dinero que recolectasen en Cuba libre; ó que les darían cien mil pesos en bonos cubanos.

Por fin, no pudieron resistir más los jóvenes y ofreció Menocal formalmente en su nombre y en el de su compañero Domínguez, entregar los diez mil pesos el sábado 16 de aquel mes de Septiembre, ó sea tres días después.

Aguilera observaba silencioso y admirado la intrepidez, habilidad, astucia y penetración que Quesada desplegó en la ocasión, no pudiendo menos que convenir en que era un hombre extraordinario. Una vez más lamentó que á aquellas relevantes cualidades, que tan útiles pudieran haber sido á Cuba, reuniera otras que lo desconceptuaban como hombre y lo hacían peligroso para los destinos de la patria.

Diéronles todos las gracias á Menocal y á Domínguez en nombre de la causa y de ellos en particular, de la manera más efusiva por el gran servicio que prestaban á Cuba y se despidieron muy afectuosamente.

CAPITULO XXXIII

SEPTIEMBRE 1876

PARRAFOS DE UNA CARTA DE CISNEROS BETANCOURT A AGUILERA.—SUTILES TRABAJOS DE LOS CONTRARIOS DE AGUILERA.—ESTE ES CONDENADO EN CUBA LIBRE.—LO SUPONEN INFLUIDO POR VILES REPTILES.—LA INQUINA CONTRA GOVANTES.—QUERIAN AISLAR A AGUILERA.—LUCHAR UNA LEGION CONTRA UN HOMBRE SOLO.—NUMEROSOS CONSEJEROS DE ALDAMA.—NO SE ACUSABA A ESTOS DE REPTILES.—AGUILERA NO PODIA TENER UN SOLO CONSEJERO.—HABILIDAD EN EL ATAQUE DE LOS CONTRARIOS DE AGUILERA.—HIEREN A ESTE DE SOSLAYO.—OTRO PARRAFO DE LA MISMA CARTA.—CISNEROS BETANCOURT Y AGUILERA TACHADOS DE DEBILES.—CASOS DE PRUEBA PARA EL CARACTER DE AGUILERA.—RESISTENCIA QUE HIZO A QUESADA.—ROMPIMIENTO CON RAMON MARTINEZ.—RESISTENCIA A ECHEVERRIA.—RESISTE A TODOS LOS AMIGOS DE ALDAMA COMBINADOS.—SU CONCIENCIA SU UNICO CONSEJERO.—DIGNA CONTESTACION A VILLEGAS. — CAMPAÑA DE ALMAGRO CONTRA AGUILERA. — FIRMEZA CON QUE ESTE LA RESISTE.—PREFIRIO HUNDIRSE A CEDER.—CONTIENDA DE AGUILERA CON ALDAMA.—AGUILERA TIENE QUE ROMPER CON TODOS SUS AMIGOS.—PREFIRIO EXPONERSE A PERECER.—SU DISGUSTO CON CESPEDES.—RESISTIO A LAS INFLUENCIAS DE SUS AMIGOS.—NATURAL BENEVOLENCIA DE AGUILERA.—SU DESINTERES Y COMPLACENCIA CON SUS AMISTADES.—SU FIRMEZA EN LOS CASOS NECESARIOS.—PRUEBA QUE DE ELLO DIO.—OTRO PARRAFO DE LA CARTA DE CISNEROS BETANCOURT.—TRAMA DE LOS QUESADISTAS CONTRA AGUILERA.—ESTOS MENOS HABILES QUE ALDAMA.

Recibió Aguilera por aquellos días una interesante carta de su amigo Salvador Cisneros Betancourt fecha 3 de Marzo de 1876, de la que vamos á transcribir algunos párrafos. Dicen así:

"Los individuos del exterior á que usted se refiere (amigos de Aldama) y con cuya amistad me honro, me han manifestado las desavenencias ocurridas, pero de modo que no lo desdora á usted en lo más mínimo, porque reconocen en usted las bellas cualidades que lo adornan y sólo deploran la influencia de ciertos individuos que usted tiene á su lado á quien le echan la culpa de todo lo acontecido; yo que me separé de la política en todo lo posible desde mi renuncia, no me he enterado de los pormenores y así tengo que abstenerme de dar mi opinión en el particular; ambas partes me son dignas de crédito y á ambas me ligan el respeto de una franca amistad; pero la experiencia me ha enseñado que debemos huir de esos reptiles que arrastrándose, ensal-

zando de los que quiren medrar, tratan de seducir, para luego después, cuando no los necesitan ó no pueden seguir lucrando, herirlos con las propias armas que han adquirido y derrocarlos. Ejemplo, de ello tengo yo, díganlo sino los desgraciados L. F., V. G. y M. F.; si usted pudiese tomar ejemplo, creo que le aprovecharía mucho, pues me consta que á su lado tiene usted de esos reptiles. Yo cumplo como amigo de usted, aunque ya demasiado tarde, de apuntárselo; guárdese de esos ensalzadores de oficio que sólo quieren medrar á su sombra''.

Por este párrafo se ve de una parte el tacto con que habían procedido los contrarios de Aguilera y de otra el gran predicamento de que gozaban en Cuba libre, cuando en hombre tan adicto á Aguilera como Cisneros Betancourt, habían logrado infundir la convicción de que la querella entre Aldama y Aguilera era debida á la influencia que ciertas entidades despreciables habían logrado adquirir sobre éste, y no á causas justas y fundadas, ó lo que es lo mismo, que la sin razón estaba de parte de Aguilera y toda la razón era de Aldama.

En cuanto á los reptiles viles á que aludía Cisneros Betancourt, no podemos pensar que fuera otro que Govantes y ya está informado el lector de cómo vino á ser éste el consejero de Aguilera. No fué Govantes quien solicitó á Aguilera sino éste á aquél, después que se le separó Cisneros. Desde el momento que Aguilera llamó á Govantes, ya los contrarios de aquél los confundieron en su oposición; ellos no querían que á Aguilera se acercase nadie con quien pudiera aconsejarse, querían que permaneciese solo, para acometerle ellos, que eran numerosos; acosarlo, confundirlo, para que impulsado por la desesperación incurriese en yerros que nadie le advirtiera, para que en su confusión, él mismo se inutilizara; de aquí la guerra de difamación que emprendieran contra Govantes, la misma que en otro tiempo y con igual motivo hicieron á Mayorga.

Cierto que Govantes no podía equipararse en inteligencia á Echeverría, pero Aguilera no podía escoger y tenía que conformarse con lo que le habían dejado, teniendo Aldama monopolizadas las primeras inteligencias de la emigración, sus amigos de la Habana. De todas maneras, tanto peor para Aguilera y tanto mejor para Aldama, pero ni siquiera querían consentir que Aguilera tuviese á su lado una inteligencia de segundo orden. Aldama tenía un montón de consejeros, Aguilera uno solo. Aquél podía consultar con cualquiera de ellos, ó con dos ó más á la vez cualquier asunto; éste no podía hacer lo mismo con el único que tenía. Aldama al asesorarse con sus amigos nadie lo acusaba de estar influenciado por ellos: Aguilera sí decían que lo estaba por Govantes. A los que rodeaban á Aldama no se les tildaba de reptiles; de Govantes se decía serlo; calificativo que había llegado hasta Cuba libre. Tal era la equidad con que se juzgaba de Aldama y sus servidores y de Aguilera y el único hombre que lo auxiliaba. Es verdad que las primeras comunicaciones que dirigió Aguilera á Aldama, que dieron lugar á su desacuerdo con él, fueron redactadas por Hilario Cisneros y luego que se separó éste, las que siguieron fueron escritas por Govantes; pero también es cierto que todas las comunicaciones que pasó Aldama á Aguilera fueron escritas por Echeverría, y se recordará que para una de ellas llamó también en su auxilio á José Manuel Mestre, y para redactarla, según confesión del propio Aldama, habían estado encerrados *los tres dos días* haciendo y rompiendo cartas hasta confeccionar una, con todos los conceptos á medida de sus deseos. ¿Dónde irían á dar Aguilera y Govantes, estando su contrario, auxiliado por inteligencias tan preclaras, que al mismo tiempo se tomaman tanto empeño en la perfecta elaboración de su obra? Y aun toda esta ventaja parecía poca á Aldama y sus parciales; querían todavía más, pretendían separar á Govantes de Aguilera, querían que éste quedase completamente solo, para así saciar mejor su saña.

Es verdad que Govantes aspiraba á la Agencia General de Cuba en el Extranjero, pero esta aspiración era noble, era patriótica, pues se proponía en ese puesto servir la causa de la revolución con

todas sus aptitudes y toda la energía de que era capaz. Quería que ese puesto saliese de las manos en que estaba, porque esas manos parecían empeñadas en hundir la revolución.

Dijimos que los contrarios de Aguilera habían demostrado gran tacto en su obra. Esto es evidente, pues comprendiendo que no podían atacarlo de frente lo harían de soslayo. Si esos individuos ó cualesquiera otros hubiesen escrito á Cuba libre que Aguilera no era un hombre honrado, que no era patriota, que en lujo y ostentación disipaba los caudales de la patria, etc., es seguro que nadie los hubiera creído. Por eso tomaron el camino opuesto, principiando por ensalzar á Aguilera, haciendo ver que de puro bueno no servía, pues permitía que se le tomara como instrumento para dañar la causa, poniéndolo sus manejadores frente al Representante de la República, frente á Aldama, que tanto lo admiraba, que tan dispuesto estaba á ayudarlo en sus empresas patrióticas y unido al cual tantos beneficios había de proporcionar á patria. ¿Quién que se le persuadiese de esto, no había de deplorar que Aguilera fuese tan bueno, que por su exceso de bondad causara tanto daño á la patria? ¿Quién no había de ponerse del lado de Aldama para que Aguilera se reconciliase con él, que era tan noble, tan generoso y tan patriota, que á pesar de la ingratitud de Aguilera lo llamaba con los brazos abiertos?

Otro párrafo de la misma carta decía así:

"Cuán contento estaba, ya mi renuncia hecha, cuando se dijo y se aseguró que usted había desembarcado por las Villas, pues tenía la ilusión de que usted recibiría la Magistratura de mis propias manos; pero el desengaño vino muy pronto y para mayor desgracia el desacuerdo entre usted y el señor Aldama; esto me destrozó el corazón, pues compadecía nuestras desgracias, pues no veía ni aun veo cómo es posible que se avengan ustedes después de ese desacuerdo. Desde entonces formulé mi opinión la cual no he reformado ni me hacen reformar ni variar dichos acontecimientos y así lo he sostenido en las sesiones de la Cámara de Representantes, con el calor que he podido de mis convicciones; pero como esperaba, mi voto fué especial; mas como en esto no hacía otra cosa que cumplir con mi deber, poco me importa y no me hará cejar como no he cejado jamás cuando veo que cumplo con él, como lo tengo probado, sin embargo de habérseme tachado de débil. No varío de mis principios tan fácilmente aunque para sostenerlos tenga que estar encontrado con mis afecciones; con esto le probaré que en mí nada influye para sostener lo que creo justo, pues lejos de ser débil he pecado siempre de terco".

Indica Cisneros Betancourt que en la sesión de la Cámara á que alude; solamente él se puso de parte de Aguilera é hizo consignar su opinión en un voto particular que aunque estéril, satisfacía su conciencia; y sin embargo, en aquella Cámara se sentaban paisanos de Aguilera, de su mismo pueblo, á quienes lo ligaba íntima amistad. Pero esto no es extraño, sino lo que generalmente sucede. De quien más debe esperarse es de quien menos se recibe.

Decía Cisneros Betancourt que á él lo tachaban de débil; esta misma nota le ponían á Aguilera y de ella tomaban base para su difamación. Como á uno ni á otro tenían nada que reprocharle y su honradez y su patrotismo estaban muy por encima de sus desgraciados detractores, de ahí que confundiendo su natural benevolencia con debilidad de carácter, le achacasen ese defecto para inutilizarlos. Hemos dicho que á Aguilera se le imputaba y aun se le imputa hoy esa falta, porque sus enemigos tuvieron buen cuidado de extender esa fama por los cuatro puntos cardinales. Por este motivo vamos á detenernos en este asunto.

En el curso de esta historia habrá notado el lector que se presentan varios casos que pueden considerarse como de prueba para juzgar el verdadero carácter de Aguilera. Se recordará que recién llegado á New York de Cuba libre, el General Quesada, con la ductilidad y astucia que le era especial, trató de que Aguilera pusiese en sus manos los asuntos de la Agencia General, y éste, sintiéndose molestado por la insidia de

Quesada, un día le manifestó por manera bastante clara que deseaba estar alejado de él, lo que dió lugar á un rompimiento entre ellos, que fué orígen de la dura guerra que Quesada y su partido hicieron á Aguilera, intrigando con el Presidente Céspedes.

Ramón Martínez quiso quedarse con treinta millones de pesos en bonos de la República, y Aguilera, después de haber agotado todos los medios conciliatorios posibles, un día se dispuso á hablarle claro, exigiéndole los bonos con imperio, por más que su compañero Ramón Céspedes, lo dejase solo, no atreviéndose á hacer frente á Martínez. Fué esto causa también de la enemistad que siguió entre Ramón Martínez y Aguilera.

Una vez Echeverría, á no dudarlo, de acuerdo con su patrono Aldama, creyendo encontrar en Aguilera materia dúctil, puesto que había tenido la habilidad de constituirse en su consejero, fué á proponerle en unión de Javier Cisneros que cometiese una ilegalidad, apoderándose de bonos que el Gobierno había mandado se entregaran á los Agentes Confidenciales; y para más obligar á Aguilera le dijo que "no moriría de empacho de legalidad" haciendo alusión á haber seguido Aguilera el consejo que espontáneamente le diera Echeverría de no obedecer al llamamiento del Gobierno yendo á Cuba sin tardanza; Aguilera se negó resueltamente á dar un paso que lo ponía en abierta rebelión con el Gobierno; y aunque Echeverría, seguramente comprendiendo su equivocación, no insistió más personalmente, dió la consigna á sus subordinados, y éstos siguieron apremiando á Aguilera, por más de un año; y Aguilera sostuvo solo la ruda lucha contra todos los servidores de Aldama. Una ocasión, durante esta larga y reñida campaña viéndose Aguilera acometido por todos, á la vez, Villegas, para apremiarlo más sin duda, declaró que si lo investía Aguilera con autoridad suficiente, tomaría sobre sí toda la responsabilidad de la negociación. Fué entonces cuando Aguilera le dió aquella contestación tan digna como llena de reproche: "Compañero: ¿es esa una lección de patriotismo?"

Sostuvo Aguilera tan dura y larga campaña, solo, contra todas las eminencias que rodeaban á Aldama, que tan fecundas eran en intrigas y en ardides; entonces Aguilera no tenía más consejero que su propia conciencia, entonces no podía decirse que estuviese influenciado por nadie, no podía achacársele que por su carácter débil se dejaba guiar por otros. Todo lo contrario, en aquella ocasión lo que probó fué que toda la presión moral y material que sobre él se ejerciera, no era capaz de hacerlo desviar ni un ápice de la línea que le marcaba su conciencia. Fué el resultado de aquella borrascosa y dilatada contienda, que toda la plana mayor Aldama, que se había propuesto hundir á Aguilera en el desprestigio, tuvo que darse por vencida y Aguilera, solo, triunfó sobre todos ellos.

Se recordará que en París, el hombre de toda su confianza, aquel de quien dependía el éxito de su viaje á Europa, su protector Miguel de Almagro, comprendiendo que lo tenía en sus manos, quiso obligarlo á que nombrase al Conde de Pozos Dulces para que fuera á Madrid y se pusiese al habla con el Gobierno Republicano que acababa de formarse, al mismo tiempo que trataba de compelerlo á que prestase oídos á proposiciones de Autonomía para Cuba, si dicho nuevo Gobierno estaba dispuesto á concederla. La posición de Aguilera en aquellas circunstancias era desesperada; estaba completamente en poder de Almagro, éste le tenía ya conseguida una fuerte cantidad que sólo le entregaría en caso que Aguilera accediese á sus pretensiones. La negativa de Aguilera implicaba la pérdida para él de aquella cantidad, la pérdida de la amistad y protección de Almagro y de toda la colonia Cubana de París, dando por resultado que tendría que volverse á New York sin un centavo, fracasado, sin amigos, sin plan, á luchar en aquel campo estéril. No se arredró por la terrible perspectiva, resistió con firmeza las pretensiones de Almagro, prefirió arrostrar la horrorosa situación que le esperaba y continuó su resistencia sin ceder en lo más mínimo, hasta que Almagro y sus amigos se desengañaron de que de ningún Gobierno

de España, ya se llamase republicano ó absoluto, podía esperar Cuba otra cosa que opresión y tiranía.

Nada diremos de la contienda de Aguilera con Aldama; sabía el primero que romper con el último era romper con todos sus amigos y quedarse solo; sabía el gran poder de Aldama, no sólo en la emigración, sino en el Gobierno de Cuba; sabía los tormentos que le esperaban, pues sobradamente conocía lo que podía dar de sí la emigración acaudalada de New York; y sin embargo, tan pronto comprendió los reprobados fines de Aldama y el daño que hacía á la causa de Cuba, rompió con él sin miramiento alguno y se aprestó á sufrir todos los tormentos y todas las angustias, exponiéndose á todos los peligros antes que transigir con un hombre que mataba la revolución. Frescos han de estar en la memoria del lector, los esfuerzos que hicieron los servidores de Aldama para atraer á Aguilera otra vez á la obediencia de su señor, y la entereza con que Aguilera los rechazó todos, prefiriendo exponerse á perecer en sus desesperadas tentativas para llegar á Cuba, antes que doblegarse á un hombre que no tenía mérito alguno.

Cuando Carlos Manuel de Céspedes comenzó á dar muestras de su carácter autoritario, cometiendo actos ilegales á espaldas de los poderes constituídos de la República, nombrando á un hombre que acababa de ser castigado por la Cámara como Manuel de Quesada, para una misión antipolítica y funesta en el Extranjero, Aguilera vio aquel acto con el mayor disgusto; y como á poco ocurrió un incidente en que sintió herida su susceptibilidad por Céspedes, inmediatamente hizo renuncia de la Secretaría de la Guerra que estaba á su cargo, sin que valiesen los empeños ni las súplicas de los otros Secretarios sus compañeros, ni de los individuos de la Cámara, ni todas las amigables satisfacciones que le dió Céspedes después, para hacerlo cejar en su propósito.

En vista de estos datos que aquí hemos reunido, suprimiendo otros muchos de menos importancia, como el de Melchor Agüero, Aguirre y varios más, por no hacer cansada esta enumeración, dejamos al lector imparcial en libertad para juzgar si á un hombre que procede como Aguilera lo hizo en circunstancias tan solemnes y tan difíciles para él, pueda tildársele de "débil" calificativo que aun hoy se le echa en cara en algunos escritos. Cierto que Aguilera, por su carácter benévolo, solía transigir con sus amigos en asuntos que particularmente le concernían sobre todo si se trataba de intereses, pues su carácter generoso y desprendido, dió siempre poca importancia á éstos, y fué esa la causa de que en sus negocios experimentara algunas dificultades. Pero de que cediera á las instancias de sus amigos en asuntos que tenían poca importancia para él, ó en asuntos en que se complacía en ceder, ya por favorecer al amigo, ya propendiendo al bien de la comunidad, etc., cosas estas tan en armonía con la bondad y nobleza de su alma; á que su carácter no tuviese la firmeza que había de menester en los casos necesarios para resistir toda la presión que pudiera hacerse en contra suya, hasta el punto de romperse antes que doblegarse, hay de distancia una inmensidad, y demasiadas pruebas dió de ello en su vida política. Aguilera pudo haber cometido errores, tanto como hombre político como particular, (¿y qué hombre no los ha cometido?) pero éstos no pueden imputarse á falta de firmeza de carácter.

Otro párrafo de la carta de Cisneros Betancourt decía así:

"Por el año 73 querían los satélites de Carlos Manuel de Céspedes hacer aparecer como traidores á varios de nosotros entre ellos usted y Juan M. Macías ¿quién fué su más acérrimo defensor? Yo. Después decían que usted tenía tres millones de pesos en los Bancos de Inglaterra sus mismos paisanos; y la defensa la tomó un camagüeyano, servidor de usted, desmintiéndolo, y yo era quien le defendía de todos los ataques que la administración Céspedes le hacía; esto he hecho y esto seguiré haciendo siempre que crea atacada la dignidad de un compatriota, compañero y amigo, sin que puedan influir en nada mis otras amista-

des y sólo siento que mis últimos esfuerzos en la Cámara hayan sido infructuosos y no haya usted podido ocupar el puesto que le estaba destinado; pero no dudo que viniendo usted entre nosotros, muy pronto les haga ver á los pusilánimes que su patriotismo está mucho más alto que el puesto que debiera ocupar, y que querer es poder''.

Hace Cisneros referencia á los trabajos para descrédito de Aguilera emprendidos por el partido quesadista y apoyados por Carlos M. de Céspedes y sus partidarios en Cuba libre. A decir verdad, éstos emplearon mucho menos tacto que el que Aldama y sus secuaces acababan de demostrar. Acusar á Aguilera de traición era cosa que nadie podía creer, y por consiguiente ociosa. Pero por mucha que fuera la astucia característica de la familia Quesada, la de los partidarios de Aldama la aventajaba por razón de que la de éstos había sido esmeradamente cultivada, y por consiguiente más sutil y segura en sus efectos.

Alude también Cisneros á que los mismos paisanos de Aguilera eran sus detractores y él, un camagüeyano, su defensor. Sobre esto ya hemos expresado nuestro parecer anteriormente.

La carta de Salvador Cisneros Betancourt, que es extensa, se encontrará íntegra en el ''Libro de Correspondencia, etcétera''.

CAPITULO XXXIV

CONFIDENCIAS SOBRE EL GRUPO DE ALDAMA.—INDIVIDUOS QUE COMPONIAN ESTE GRUPO.—REFORMISTAS CUANDO ASQUERINO.—JOSE ANTONIO ECHEVERRIA.—MIGUEL DE ALDAMA Y SU SEÑOR PADRE.—DUDAS QUE ASALTAN.—PATRIOTISMO DE JOSE ANTONIO SACO.—HILARIO CISNEROS CORREA.—PEDRO MARTIN RIVERO—CELOS DE RIVERO.—SU INQUINA CONTRA ECHEVERRIA, CISNEROS Y AGUILERA.—FRIALDAD DE ALDAMA PARA CON AGUILERA.—FINGIDO APOYO DE ALDAMA A AGUILERA.—SE HACE CARGO DE DESPACHAR A AGUILERA CON UNA EXPEDICION.—SE AGOTA EL DINERO.—NO PUEDE SALIR LA EXPEDICION.—ALDAMA ENVIA UNA CARTA INCONVENIENTE A AGUILERA.—LAS ARMAS DEL PERU.—MANUEL MARQUEZ STERLING.—BENEMERITO CUBANO.—ECHEVERRIA ACONSEJA EL NOMBRAMIENTO DE PIO ROSADO.—ACUERDO DE LOS MASONES.—FRACASO DE LA EXPEDICION.—MARTIN RIVERO ACONSEJA LA DEPOSICION DE ROSADO.—EL GENERAL VILLEGAS CANDIDATO DE RIVERO.—TRIUNFO DE RIVERO.—EL GENERAL VILLEGAS SE HACE CARGO DE LA EXPEDICION.—EL ACUERDO DE LOS MASONES. QUIERESE QUE LA NOTICIA DE DICHO ACUERDO LLEGUE A CUBA LIBRE.—ESCRUPULOS DE ALDAMA.—MARTIN RIVERO PROPONE UN MEDIO.—SE DECIDE FORMAR UN "DIARIO".—IDEA MAQUIAVELICA.—EL "DIARIO" ES ENVIADO A CUBA LIBRE.—SITUACION EN CUBA.—ADMIRACION DE ESTRADA PALMA POR ECHEVERRIA.—LLEGADA DEL "DIARIO".—SE CONSUMA LA HORRIBLE TRAMA.—ANULACION DE AGUILERA.—ESTRADA PALMA PRESIDENTE DE LA REPUBLICA.—RATIFICA SUS PODERES A SUS AMIGOS.—UNICOS RESPONSABLES DEL SACRIFICIO DE AGUILERA.

I

Vamos á dedicar este capítulo á la exposición, ante nuestros lectores, del extracto de una confidencia hecha por persona respetable y digna de todo crédito, que por haber estado en aquella época en próximo contacto con los hombres que constituían el grupo que rodeaba al ciudadano Miguel de Aldama, tuvo oportunidad de observar los manejos interiores de ese grupo. Dice así nuestro amigo:

''Persuadido de que la manera más eficaz para escribir la verdadera historia es que el que tenga conocimiento exacto de un hecho por haberlo presenciado ó tomado parte en él, lo refiera tal cual fué; y habiendo pasado bajo nuestra vista hechos que tienen íntima relación con el asunto de esta obra, que por tantos conceptos juzgamos meritoria, vamos á referir algo de lo que sabemos respecto á aquella lucida agrupación de notabilidades cubanas, que durante la gloriosa revolución de 1868 tuvo en sus manos en New York la suerte de dicha revolución.

''A poco de haber resonado el grito de Yara se constituyó en New York un grupo de hombres que sin disputa eran los más notables de la Isla de Cuba por su talento, su riqueza, su posición social, etc. En este grupo descollaba con impo-

nente autoridad la figura del señor Miguel de Aldama, personaje á quien rodeaba la aureola de gran patriota, y que contaba en Cuba con una fortuna de varios millones de pesos, una parte de la cual logró poner á salvo en el extranjero, después de estallar la revolución.

"Alrededor de esta gran figura se agrupaban hombres tan distinguidos y de tanto valer como los señores José Morales Lemus, José Antonio Echeverría, José Manuel Mestre, Pedro Martín Rivero, Enrique Piñeyro, Hilario Cisneros y Correa, Néstor Ponce de León, Dr. Federico Gálvez, General J. Díaz de Villegas y otros. Algo más distanciados, pero componiendo parte del mismo grupo estaban los no menos notables cubanos señores Antonio Bachiller y Morales y José Ignacio Rodríguez.

"Esta agrupación de cubanos distinguidos que auxiliaban al señor Aldama en sus empeños patrióticos en New York, componían parte de la brillante pléyade de notabilidades que en el banquete dado en la Habana en honor del señor Eduardo Asquerino, apareció cual radiante sol, tremolando la bandera de las "reformas" para Cuba, bandera que el ilustre Conde de Pozos Dulces, no se había atrevido á levantar en las columnas de su memorable periódico "El Siglo", y que á la hora de Yara, queremos decir de la Patria, se diseminaron por América y por Europa, poniendo así á salvo sus personalidades.

"En el grupo citado que rodeaba al señor Aldama, no reinaba toda la armonía que fuera de esperar entre hombres de tan alta representación social, llamados á aconsejar y auxiliar á personalidad tan sobresaliente en su importante cargo de Agente General de la República de Cuba.

"En el mencionado grupo se destacaba la figura del señor José Antonio Echeverría, decano de los consejeros del señor Aldama. Era Echeverría hombre de superior inteligencia, vastísima ilustración y tal vez el más atildado y culto de los escritores cubanos de aquella época. Muy joven aun, entró al servicio de Aldama padre, y después fué el consejero del hijo, D. Miguel, hasta su muerte.

"Tenía Echeverría la confianza del señor Miguel de Aldama; confianza que sólo puede ser el resultado de la vida íntima durante largos años. A Echeverría acudía Aldama en todas sus dificultades; más que consejero era su abogado defensor. Pero Aldama no aceptaba todos los consejos de aquél; otra hubiera sido su suerte si hubiera seguido las inspiraciones de hombre de facultades tan soberanas como su mentor Echeverría. Tampoco por eso dejaba Echeverría de estar completamente identificado con Aldama.

"Así como hay hombres que ejercen una profesión, no porque sientan aficiones por ella, sino porque la adquirieron por su conveniencia; así Echeverría aparecía demócrata, por más que por su educación, por la atmósfera que respiró en su juventud y sus inclinaciones naturales estuviese muy distante de serlo. Esto hacía que Echeverría en el fondo de su alma no pudiera estar identificado con el ideal de la revolución cubana, eminentemente democrático.

"Aldama era más demócrata que él. Abrazó la causa de su patria y en sus aras sacrificó su cuantiosa fortuna de unos seis ú ocho millones de pesos (a).

"No intentamos penetrar en el fuero de las conciencias, pero la verdad histórica nos compele á hacer la siguiente pregunta: Al salir Aldama de la Habana como salieron otros muchos, ¿lo hizo espontáneamente impulsado por su patriotismo y dispuesto á prestarle apoyo con su fortuna y cuanto él valía á la revolución hasta verla triunfar, ó fué en fuerza de los acontecimientos, porque creyó comprometida su persona ó su vida quizás, y como medio de salvar ambas? ¿Había Aldama llegado á aceptar el ideal de la independencia de Cuba, al abrazar la causa de su patria?

"Y con respecto á su señor padre Don Domingo Aldama, español liberal, que también estuvo siempre al lado de la causa cubana, nos asalta la misma duda que con su hijo. ¿Acaso el amor por la libertad, de D. Domingo Aldama, y su deseo de ver á Cuba, tierra que tan pródiga

(a) En nuestro concepto Aldama tampoco tenía nada de demócrata, ni sacrificó á la causa de la independencia tan en absoluto su fortuna, como ya se ha visto.—*N. del A.*

fué en beneficios para él, patria de su esposa y de su hijo, de ver á Cuba dignificada, fué bastante á decidirlo á laborar porque fuese perdida para España, su patria nativa?

"El recuerdo del ilustre bayamés José Antonio Saco, es lo que nos sugiere esta duda. Saco por su amor á Cuba sacrificó un brillante porvenir y su gloria; gloria que pudo haber traspasado los límites de su patria, dados los vastos conocimientos y extraordinario talento con que lo dotó la naturaleza; prefiriendo morir en el ostracismo sin transigir con los que creían ver la ventura de Cuba en el ideal de la independencia.

"Hecha esta pequeña digresión que parece apartarnos de nuestro objeto, y de la que no hemos podido sustraernos, dice nuestro amigo, continuemos nuestro relato:

"Ocupaba el segundo lugar como consejero del señor Aldama en los asuntos de Cuba, el señor Hilario Cisneros Correa, cubano ilustrado, todo corazón y patriotismo, demócrata por naturaleza; era con respecto á Echeverría el reverso de la medalla. Estas condiciones de carácter de Cisneros hacía que tuviera gran influencia entre las masas de los emigrados. Aldama también lo llamaba á su consejo con frecuencia y así Cisneros constituía una figura prominente en aquella situación.

"El tercer lugar correspoudía al señor Pedro Martín Rivero, amigo leal de Aldama, abogado recto é íntegro que había tenido un acreditado bufete en la Habana, muy favorecido por el alto comercio. No fué Rivero ni con mucho un escritor brillante; no quiso serlo, conformándose con ser un abogado honrado y práctico en todo el sentido de la palabra.

"Mas siendo tan flaca la condición humana, Rivero no pudo menos que pagar tributo á ella. Aspirando á ser el único consejero de Aldama, no desperdiciaba ocasión de hacer oposición á Echeverría, objetando á todos los consejos que éste daba á Aldama, presentando á aquél como persona que sólo sabía "escribir bonito". La pasión ciega y perturba nuestra mente: sólo así puede explicarse que Rivero, hombre patriota y leal amigo, pretendiese que Aldama echase á un lado á Echeverría, con quien lo unía una antigua amistad y lazos tan sólidos que sólo la muerte puede quebrantar.

"Algo peor era la inquina que sentía contra Cisneros. Este para él no era más que un ambicioso intrigante que aspiraba á apoderarse de la Agencia General que desempeñaba Aldama. Este juicio se robusteció después de la llegada de Aguilera al extranjero, y más aun, cuando últimamente Cisneros se puso al lado de Aguilera en su controversia con Aldama, haciendo las veces de Secretario. Dando Rivero como seguro que á la vuelta de Aguilera á Cuba, Cisneros sería nombrado Agente General de la República, no podía resignarse á que su rival ocupara tan elevado puesto; para que sus temores no llegaran á realizarse, Rivero desacreditaba no sólo á Cisneros sino á Aguilera también, haciéndole mucho daño con su animosidad y siendo Cuba la víctima en último término. Decía Rivero que Aguilera era un hombre débil de carácter, que se dejaba dominar por el partido quesadista y que Cisneros, lejos de apartarlo, propendía al mismo resultado.

"José Manuel Mestre, inteligencia superior, manteníase á cierta distancia, como si algo oculto lo apartara de aquel grupo. Echeverría se asesoraba con Mestre siempre que el caso lo requería, bien por la amistad que le profesaba, bien porque reconociera su poderosa inteligencia. Era José Manuel Mestre en este grupo quien veía más lejos: sin embargo, permanecía atado á ese círculo del que no podía salir y corría su suerte.

"Sentados estos antecedentes, dice nuestro amigo, vamos á entrar de lleno en el asunto que nos proponemos.

II

"A la llegada de Aguilera de Cuba libre á New York, Aldama lo recibió con marcada frialdad, negándole toda clase de apoyo en el desempeño de su delicada misión.

"Esta frialdad debióse al amor propio y orgullo de Aldama. Este no podía resignarse con el fracaso de sus gestiones para auxiliar la revolución y menos con que el Gobierno se hubiese visto en la necesidad de nombrarle sucesor. Presi-

so es reconocer, sin embargo, que la elección del Presidente Céspedes fué hecha con el mayor tacto al recaer en Aguilera, ante quien la emigración, sin distinción de partido se descubrió, reconociendo en él al patriota inmaculado, uno de los que podían ser aclamados padre de la Patria.

"Aldama no había venido al mundo con el privilegio de estar sustraído á las debilidades humanas; y dado su modo de ser, no podía prestar su apoyo á Aguilera para que saliera airoso en la empresa en que él había quedado tan mal parado. Muy lejos de eso, su empeño desde que Aguilera puso los pies en New York fué contribuir á su fracaso. Esto es humano.

"Luego de suprimida la Agencia General por el Presidente Céspedes y sustituída por la Confidencial, á cargo del General Manuel Quesada y D. Carlos del Castillo, vióse obligado Aldama á tender la mano á Aguilera para hacerle la oposición á los nuevos Agentes Confidenciales, sus mortales enemigos. Aceptó Aguilera de buena fe el apoyo que le brindó Aldama; pero como no podía menos, este apoyo fué estéril y de ningún provecho para Cuba.

"Con la deposición del Presidente Céspedes, se suprimió la Agencia Confidencial, cesaron en sus cargos Quesada y D. Carlos del Castillo, y se restableció la Agencia General, siendo vuelto á nombrar para su desempeño el señor Miguel de Aldama.

"Aguilera, que ya trabajaba de acuerdo con aquél para mandar recursos á los patriotas, continuó ligado á él con tanto más motivo cuanto que Aldama había reasumido el cargo de Agente General y Aguilera en su carácter de Presidente electo, se sentía en el deber de marchar de acuerdo con la representación del Gobierno.

"Aldama á su vez tomó á su cargo despachar á Aguilera para Cuba con una expedición á fin de que fuera á ocupar la Presidencia de la República, que como Vicepresidente le correspondía. Pero Aldama no podía ver con buenos ojos que Aguilera fuera á ocupar el alto puesto á que era llamado, colocándose por encima de él. Por otra parte, las relaciones que por bastante tiempo habían sostenido ambos, hicieron perder á Aguilera la fe en el patriotismo de Aldama. Este no pudo menos que comprenderlo así, porque al carácter leal de Aguilera no le era dable esconderlo; de ahí que se reafirmara más en Aldama el propósito de entorpecer la marcha de Aguilera á Cuba para ocupar la Presidencia de la República.

"Sobrevino luego el incidente del señor Carlos de Varona, que ofreció á Aguilera veinte mil pesos en nombre del General Quesada. Aldama á su vez ofreció á Aguilera otros veinte mil pesos que dijo tenía la Agencia, para que con la suma de estas cantidades formase una expedición en la que marchase á Cuba, donde su deber lo llamaba. Aldama con maña se apoderó de la ejecución de la empresa; Aguilera, aunque de mal grado, aceptó la intervención de Aldama, pues teniendo en cuenta el carácter oficial de éste, no quiso exponerse á un rompimiento con él ni aun siquiera aparecer que estaba en desacuerdo con el Representante del Gobierno.

"Así como el tiempo de relaciones y frecuente trato entre Aguilera y Aldama había servido para que aquél penetrase el modo de ser y sentir de éste, también sirvió para que Aldama conociese algo del carácter de Aguilera; al menos lo bastante para comprender que Aguilera en la Presidencia de la República no se le sometería ni se prestaría á ser su instrumento ciego, pues sin embargo de su carácter bondadoso, había en su temperamento rasgos de fiera altivez, que no se dejaba avasallar, siendo además inflexible en el cumplimiento de sus deberes. Con respecto á Cuba, sabía que su risueño ideal era la independencia. Resultaba de esto que para Aldama, fuera Aguilera un obstáculo que debía remover, pues contrariaba todos sus planes.

"Conocedor Aldama como nadie de los obstáculos que había que vencer para organizar y despachar una expedición sin violar y aun violando las leyes de neutralidad de aquellos Estados, y conocedor también del desaliento de la emigración, única fuente de que podían sacarse los recursos para la empresa, pudo decirse para sus adentros: "Aguilera no

saldrá nunca para Cuba, ó sólo saldrá cuando yo quiera''.

''Nueve meses transcurrieron desde el incidente de Varona, y Aguilera no salió para Cuba, ó no fué despachado por Aldama. En esos nueve meses se agotaron los fondos que Varona entregó á Aguilera y éste puso en manos de Aldama, los que éste había ofrecido á Aguilera, los fondos de ''Los Amigos de Cuba'' y otras sociedades; y agotado todo el dinero de que podían disponer, vióse Aguilera con gran sorpresa suya, reducido á la impotencia; sin poder salir con la expedición, sin manera de ir á Cuba donde su deber lo llamaba, enfermo y sin recursos para comprar medicinas siquiera.

''La ocasión acechada y preparada lentamente, pareció á Aldama que había llegado; creyó que era el momento oportuno para encararse con Aguilera y se le encaró por medio de una carta que le dirigió cuya fecha no recordamos. (a) No acertamos, no queremos calificar la tal carta como merece, por la falta de consideración y menosprecio, ya que no insigne torpeza, para con el cubano virtuoso y benemérito que tantos sacrificios había hecho por la patria.

''En esta carta, concebida en hora funesta para Cuba, formuló el señor Aldama una protesta, teniendo por base fútil pretexto, lo que dió por resultado el rompimiento entre las dos personalidades de más alto relieve que encarnaban la revolución dentro y fuera de Cuba.

''¿Y quién fué el provocador de escándalo tan grande? El señor Aldama, sin duda alguna.

''Y no se diga que arrepentido como quien reconoce el daño inmenso que hacía á Cuba, pretendió después ponerse á las órdenes de Aguilera, no ya sólo con su carácter oficial de Agente del Gobierno, sino también como el ciudadano Miguel de Aldama. Si lo hizo, no hubo sinceridad en ello.

''En honor de la verdad, la malhadada carta la redactó el mismo Aldama sin consultar á ninguno de sus habituales consejeros.

(a) Marzo 14 de 1875.—*N. del A.*

''Un domingo por la mañana en su casa particular, informado del mitin que había tenido efecto en ''Masonic Hall'', tomó la pluma y de su puño y letra la escribió, como un rasgo de los que solía tener para probar que no necesitaba de sus consejeros. En la mañana siguiente, poco antes de enviarla á Aguilera la enseñó á Echeverría, tan satisfecho de su obra que no le pidió su parecer, ni siquiera le dijo que le corrigiera algún vocablo como hacía de costumbre.

''La lectura de esta carta fué para Aguilera, en su larga carrera de martirio, quizás el único instante en que se sintiera desfallecer.

''Veía por esa carta cómo el Representante del Gobierno de Cuba pretendía echar sobre él la responsabilidad de no haberse despachado la expedición que él (Aldama) organizaba y que debía llevarlo á Cuba. Lo hacía también culpable de que los revolucionarios de Cuba no recibieran las armas de que tanto necesitaban. Presentaba á Aguilera como desmoralizador de la emigración, lo acusaba de que minaba la fuerza moral y el prestigio que debía tener el Agente General de la República, cosas que Aguilera—decía—más que otro alguno, estaba en el deber de robustecer, obligándolo el puesto que estaba llamado á ocupar.

''Entremos en otra faz de nuestro relato; continúa diciendo nuestro amigo:

III

''Las armas y pertrechos de guerra que debía llevar la expedición de Aguilera que organizaba Aldama, estaban en el Callao, República del Perú y debían ser transportadas al puerto de Colón en Colombia. El éxito de esta operación pendía del secreto con que se llevara á cabo. Hacíase necesario nombrar para ello una persona de confianza para recibir las armas á su llegada á Panamá y de allí trasladarlas con todo secreto á Colón.

''Echeverría aconsejó á Aldama que para tan delicada comisión empleara al Coronel Pío Rosado, que estaba á las órdenes de Aguilera como Ayudante y era su amigo personal (de Aguilera).

Con la intervención de Rosado, Aguilera estaría al corriente de todo lo que pasara relacionado con la expedición. Era el objeto de Echeverría al dar ese consejo á Aldama, diafanizar la actitud de éste ante la emigración que estaba disgustada hasta el punto de no ver buena fe en la demora de la expedición. Ese disgusto se reflejaba uno y otro día en la prensa hostil y la Representación del Gobierno.

"A tal grado llegó el clamor de los emigrados, que Aguilera se vió colocado, por decirlo así, entre dos fuegos. Los amigos de Aldama lo censuraban "sotto voce" diciendo que por debilidad ó por impaciencia de ocupar la Presidencia en Cuba contemporizaba con los quesadistas, y éstos decían que por debilidad Aguilera no se atrevía á romper con Aldama, (que era lo que ellos deseaban) como debía hacer, dada la actitud sospechosa de éste.

"Hizóse finalmente innecesario que Rosado fuese á Panamá, debido á que el Minstro cubano en el Perú, señor Manuel Márquez Sterling (a) anticipó el envío de las armas para salvarlas del peligro que corrían de ser descubiertas antes de la llegada al Istmo de Panamá.

"A esta fecha era ya un hecho el rompimiento entre Aguilera y Aldama; perdida por aquél la esperanza de salir despachado por el Agente Oficial del Gobierno, tomó la resolución de irse á Cuba en un bote.

"Con la actitud asumida por Aguilera, Aldama tenía que nombrar jefe para la expedición. Echeverría le aconsejó otra vez que nombrara á Pío Rosado por las mismas razones que quiso fuera á Panamá. Aldama encontró bueno el consejo, aunque no conocía personalmente á Rosado ni sus aptitudes para tan arriesgada empresa.

"Como era de esperarse, Martín Rivero se opuso con tenaz empeño á que Rosado fuera el jefe de la expedición. Fundábase Rivero en que Rosado, por su intimidad con Aguilera, no podía ser leal á Aldama. Al fin, después de porfiada lucha y numerosos incidentes y miserias que sería prolijo narrar, Aldama se decidió por el consejo de Echeverría y salió Rosado al mando de la expedición del "Uruguay", antes "Octavia".

"Dos ó tres días después de haber salido dicha expedición, reveló Rivero á Aldama un secreto de mucha importancia que se le había confiado. Era éste que en una reunión de Masones se había acordado que Aguilera y Rosado, por medio de una combinación, desembarcarían juntos en Cuba. Este hecho, lejos de considerarse una traición por parte de Rosado se estimaba como un importantísimo servicio á la patria, contribuyendo á que al poner el pie en Cuba su Primer Magistrado, lo hiciera lleno de prestigio, haciendo aparecer que aquella valiosa expedición había sido conducida por él.

"Rosado tuvo que arribar con la expedición á Kingston, Jamaica, después de haber intentado por tres veces consecutivas desembarcarla en Cuba, lo que dió por resultado el fracaso de la empresa.

"Este desgraciado suceso sirvió á Rivero para ver confirmada la traición que había previsto, y á la primera noticia que tuvo del desastre, aconsejó á Aldama que inmediatamente depusiese á Rosado y colocase en su lugar al General Juan Díaz Villegas que era el candiato de Rivero.

"Aldama se mantenía firme, siguiendo los consejos de Echeverría. No veía en aquel fracaso motivo que justificara la violenta medida que Rivero le aconsejaba.

"Después de porfiada lucha venció al fin Rivero y fué depuesto Rosado. El acuerdo ó supuesto acuerdo de los Masones, fué la causa que decidió la deposición de Rosado, aconsejada por Rive-

---

(a) La Revolución de 1868 debe al señor Manuel Márquez Sterling servicios tan valiosos como ignorados. Fué el señor Márquez Sterling el cubano que trabajó entre sus compatriotas emigrados con más tacto, sin inclinarse á ningún grupo ó partido y con honor y provecho en el terreno diplomático. A sus gestiones se debió que el cargamento de armas y pertrechos de guerra, á bordo de dos barcos anclados en el puerto de Valparaiso, república de Chile, fuera cedido á los cubanos, más un barco de vapor y doscientos mil soles para conducir el cargamento á las costas de Cuba.

El señor Márquez llegó á ser el decano del Cuerpo Diplomático extranjero en Lima, lo que prueba el alto aprecio y consideración de que gozaba. Bajo su dirección llegó el cargamento á Panamá, siendo su hermano político, el doctor Emilio Loret de Mola, la persona que mereció su confianza y llevó á cabo la empresa del traslado. De treinta bultos, más ó menos, se componía el cargamento; ya entrada la noche llegó el vapor á Panamá, y antes de amanecer el día siguiente, se encontraba trasportado á Colón y puesto en una goleta que lo condujo á la isla de San Andrés, frente á la costa de Nicaragua donde la recogió el vapor "Uruguay."

(*N. del A. del Capítulo*).

ro. Este hecho, cierto ó no (a) nos da á conocer el grado de exaltación á que llegaron las pasiones de los emigrados en aquella época, única expedición posible de que hombres de tanta respetabilidad descendieran á tan bajo nivel.

"El General Díaz de Villegas salió para Jamaica á reemplazar á Rosado y conducir á Cuba la famosa expedición del "Octavia" ó "Uruguay", que ya había cambiado de nombre el vapor; expedición que tantos afanes y sinsabores sin cuento costó á Aguilera; la que debió ser conducida por él, desembarcando en Cuba para ocupar su puesto de Presidente de la República. ¡Miseria humana!

"El secreto revelado por Rivero, con ser tan grave, no podía ó no quería Aldama comunicarlo á Cuba con carácter oficial. Sin embargo, se juzgaba de suma importancia que ese hecho, rumor, calumnia ó lo que fuera, llegara á conocimiento del Gobierno con el fin de desacreditar al "Presidente electo llamado—como decía Aldama en una de sus cartas á Aguilera—por el voto unánime de sus compatriotas para ocupar el puesto más alto de la Nación".

"Pronto encontró Rivero medio para vencer la dificultad ó escrúpulo de Aldama. Aconsejó á éste que formara un "diario" en que anotara todos los rumores que circulasen, relacionados con la expedición que llevaba Rosado y lo enviara al Gobierno antes de que Aguilera tuviese tiempo para desembarcar.

"No hay para qué decir que en ese "diario" se diría, á título de rumor ó de mera información, todo cuanto les viniera en ganas á los fanáticos sectarios del señor Aldama. Se anotarían las noticias vagas ó lo que sin ser noticias constituían el deseo ó la conveniencia de sus autores. Nadie se comprometía; á nadie podía caberle responsabilidad alguna. El consejo resultaba inocente en la forma aunque maquiavélico en el fondo. Era sólo un exceso de celo del Agente General en el cumplimiento de su deber.

"El "diario" llegó á Cuba libre. El terreno en que cayó, como se verá, no podía estar mejor abonado.

IV

"También había llegado allá, á los campos de la revolución el hálito impuro de la ambición ó de la pasión política, envenenando el ambiente que debía estar purificado con el olor de la pólvora que embriaga y nos impulsa á la heroicidad. Allá también se quería y se trabajaba porque Aguilera no ocupara su puesto. ¡Mueren unos ó lo matan, para que otros vivan!

"Por esa época la Presidencia de la República la desempeñaba con carácter de interino el señor Juan B. Spotorno, por renuncia que hizo el irreductible patriota de toda su vida señor Salvador Cisneros Betancourt. Era Secretario de Relaciones Exteriores del Presidente Spotorno, el señor Tomás Estrada Palma.

"Por sabido se tiene que el señor Estrada Palma fué el alma de la administración de Spotorno; y sabido es también la campaña tenaz que venía sosteniendo á todo trance, oponiéndose al relevo de los señores Aldama y Echeverría, á pesar de que la opinión de los emigrados, que sin distinción de partidos, se había manifestado contra ellos, en vista del resultado negativo de sus gestiones, y del bochornoso espectáculo que con su ineptitud y sus torpezas estaban dando ante el mundo. La actitud asumida por el Gobierno de Cuba en ese particular era irritante, pues se veía que lejos de separar á esos señores de cargos que tan mal desempeñaban, se les investía con nuevas facultades que estaban en abierta pugna con los principios esencialmente democráticos de la constitución de Guáimaro.

"El señor Estrada Palma, jefe gerárgico de los Representantes Oficiales en el extranjero, sentía admiración rayana en idolatría por los talentos del señor Echeverría. Creía el señor Palma que un hombre de la calidad de aquél, al lado de Aldama, constituían una potencia; y de ahí su empeño en halagarlo y atraerlo á fin de tener amigos de tanto valimiento. ¿Necesitaba de ellos? Baste

(a) El hecho es completamente falso. (*N. del A.*)

decir que á una insinuación del señor Echeverría á su jefe el señor Estrada Palma, de tener que renunciar la Comisión Diplomática que desempeñaba para dedicar su tiempo á asuntos personales, el Gobierno en el acto dió orden al Agente General señor Aldama para que se le facilitasen á Echeverría cuantos medios necesitara á fin de que la patria no se viera privada de los servicios del hombre á quien tenía por irreemplazable.

"Con lo que acabamos de referir, á nadie sorprenderá que á la llegada del "diario", y la noticia de que era un hecho consumado el rompimiento de Aguilera con Aldama, se echasen á vuelo las campanas y la Cámara de Representantes diese el último golpe en la trama que en Cuba y en el extranjero se venía preparando; trama hábil y sutil, como obra de los que estando tan alto, habían de parecer incapaces de descender á la intriga y al uso de armas de tan mala ley. La hipocresía y la refinada malicia no podían tener mejores intérpretes. En Cuba y en el extranjero, como quienes no se daban cuenta de lo que hacían, marchaban á un fin preconcebido, que no era otro que anular al hombre que más había contribuído á darnos patria, impidiendo que llegase á llenar el puesto que estaba llamado á ocupar.

"La Cámara se reunió. Aguilera dejó de ser Presidente Electo de la República. Dejó de ser Vicepresidente. También se le conminó á perder su grado de Mayor General; cosa que al llegar á Cuba, después de ocho años de incesante luchar, y de indecibles torturas y martirios, llegase degradado, humillado, ingresando como simple soldado en el Ejército Libertador... Ejército que no hubiera existido sino hubiera él dado su nombre á la revolución.

"Aguilera perdió su grado: pero es verdad que pronto, como se supiera que estaba herido de muerte por cruel enfermedad, y pudiera decirse que se había degradado á un cadáver, la misma Cámara se apresuró á derogar su injusto y torpe decreto en cuanto á Aguilera concernía. Este no llegó á enterarse del benévolo acuerdo de la Cámara, pues cuando se supo en New York ya había dejado de existir. Mentira parece que hombres que ostentaban la investidura más alta que un Estado puede conceder, se prestasen á tan inícuas ruindades.

V

"¿Y quién fué el llamado á ocupar el lugar de Aguilera? El señor Estrada Palma, Secretario de Relaciones Exteriores, el jefe gerárgico de los Representantes de Cuba en el Extranjero, el mismo que á todo trance venía sosteniendo á éstos en sus puestos, el mismo á quien correspondía recibir el "diario" enviado por el Agente General Aldama.

"Inútil es decir que el primer acto del nuevo Presidente señor Palma, á fuer de agradecido, fué ratificar sus poderes á los señores Aldama y Echeverría sus amigos y protegidos, sin cuya habilísima labor no hubiera ocupado el puesto que jamás soñó ocupar el modesto Maestro de "Central Valley".

"Con la breve relación de estos hechos, alzamos la punta de un velo de misterios y presentamos á los ojos de la humanidad las arrogantes figuras de don Miguel de Aldama grave y poderoso, don José Antonio Echeverría, lumbrera explendorosa y D. Tomás Estrada Palma el santo, siendo por modo inconsciente ó consciente, los únicos autores de la trama ó de la intriga que dió por resultado que Aguilera no llegara á ocupar el alto puesto que le estaba reservado como premio á sus virtudes y sacrificios y muriera de pesar y de cruel enfermedad en suelo extraño.

"Bueno sería buscar el "diario" que nos ha servido de asunto para escribir esta página de la historia de Cuba, á fin de que se conozca y se sepa de letra de quién está escrito. No puede ser muy extenso, porque su objeto primordial fué, que se conociera en Cuba el supuesto acuerdo de los masones. Lo demás no debe ser de mayor interés".

CAPITULO XXXV

SEPTIEMBRE 1876

EL HIJO DEL MARQUES MORALES CONTRIBUYE PARA LA CAUSA.—D. ALEJANDRO MARTINEZ TAMBIEN CONTRIBUYE.—EL SR. ODOARDO.—AGUILERA Y GOVANTES LE HACEN LA VISITA DE PIE.—NO LOS INVITA A SENTARSE.—ODOARDO SE MUESTRA GRAN PATRIOTA.—CONTRIBUYO PARA LA CAUSA.—SE INTERRUMPE EL VIAJE AL PERU.—AGUILERA EN MAL ESTADO DE SALUD.—NO PUEDE ASISTIR A UNA JUNTA.—SE DESISTE DEL VIAJE DE AGUILERA A LIMA.—SE ACUERDA EL VIAJE DE QUESADA A MEXICO.

Avisó Govantes á Aguilera que su amigo Morales, el presunto Marqués, había llegado de Washington y en breve salía para la Habana. Fueron á visitarlo aquella misma noche. Los recibió muy amable, los presentó á su esposa, hablaron mucho sobre Cuba y la guerra y cuando le dijeron que solicitaban recursos para la próxima expedición de Aguilera, su esposa dió á éste cuarenta pesos.

Tuvieron noticia de que había llegado de la Habana un cubano muy rico, Don Alejandro Martínez, quien paraba en el hotel "Clarendon". Fueron á visitarlo Manuel de Quesada, Lamadriz y Aguilera, prometiéndose un buen resultado. A su llegada al hotel se anunció solo Lamadriz, por medio de su tarjeta, para no alarmarlo. Invitados á subir entraron en un magnífico departamento ricamente amueblado. Allí estaba Martínez, quien se mostró sorprendido al saber quiénes eran los visitantes. Enterado del objeto que los llevaba se excusó diciendo que no podía complacerlos, porque se cometían muchas imprudencias y él tenía que volver á la Habana. Ellos trataron de demostrarle que nada tenía que temer de su discreción, y sobre este tema discutieron largo tiempo. Finalmente entró en su habitación privada y volvió con un billete de cien pesos en la mano que entregó á Lamadriz, que era quien llevaba la palabra.

Fueron Aguilera y Govantes á ver al señor Odoardo, abogado, que había llegado también de la Habana, seguía para Saratoga y paraba en el "New York Hotel". Lo encontraron en la oficina del hotel y allí lo saludaron. No los invitó á pasar á su habitación, ni aun á la sala del hotel siquiera. De pié le hicieron una visita como de una hora; se manifestó gran patriota, les refirió la quema de su ingenio "La Colmena", dijo que por dos ó tres ocasiones habían querido fusilarlo los españoles, refirió los grandes servicios que había prestado á los insurrectos, etc. Después de mucho hablar; cuando lo invitaron á que contribuyera para la expedición de Aguilera, les dió dos onzas de oro españolas.

Cuando se retiraron dijo Aguilera á Govantes que si esa era la extensión de la generosidad de los cubanos ricos de la Habana que blasonaban de patriotas ¿qué podría esperarse de los reacios?

Llegado el día señalado, los jóvenes Menocal y Domínguez entregaron los diez mil pesos ofrecidos, dándoles Aguilera el correspondiente recibo. Como era Quesada quien llevaba la dirección de la empresa, Aguilera le entregó la cantidad, mediante recibo también.

Reunidos para tratar del viaje al Perú, acordaron no hacerlo el día 5, porque el vapor "Enna" que salía ese día, era de muy poco andar, haciendo muchas escalas, y por lo tanto llegaría muy tarde á Colón. Resolvieron salir en otro vapor que iba directamente á ese lugar y saldría el 20. Aproximándose el día de la marcha, se encontró Aguilera muy enfermo; lo manifestó así á sus compañeros y Quesada le propuso ver un médico homeópata, el Dr. José A. Terry, quien había hecho una cura asombrosa, de un mal de garganta, á su pequeña sobrina, hija de Carlos Manuel de Céspedes. Aceptó Aguilera y convinieron ir aquella noche á casa del doctor Terry para que le reconociese la garganta y dijese si estaba en disposición de emprender tan largo viaje. Fueron á la hora convenida pero no encontraron al Doctor en su casa. Quedaron en volver al día siguiente.

Ese día lo pasó Aguilera tan mal, que no pudo salir de su casa. Estando citado para una junta con Quesada, no le fué posible asistir. Mandó recado con Govantes, que fué á buscarlo, diciendo que pasaría por lo que ellos acordasen.

Por la tarde regresó Govantes y le dijo que la junta había tenido lugar; todos habían sentido la ausencia de Aguilera, y más, la causa que la motivó. Discutieron mucho sobre el viaje á Lima y al fin se acordó que si Aguilera no podía acompañar en breve á Quesada y Lamadriz, como no era cosa que podía aplazarse, se desistiera del viaje. Lamadriz y Quesada no creían conveniente ir solos, porque ya fueron otra vez y estaban gastados. Acordaron también que en vista de que tenían que desistir del viaje al Perú, no siendo conveniente permanecer inactivos, Quesada marchase á Méjico á poner en planta su otro proyecto. Probablemente, cuando fuera tiempo de que se realizase, ya Aguilera estaría bien y podría acompañarlo.

Deploró Aguilera que por el mal estado de su salud tuviera que suspenderse un plan del que tan buen resultado se prometía. Mucho confiaba en su amigo el General Prado.

Parecía que aquella revolución la acosaba la desgracia. Ya está informado el lector del plan brillante que Aguilera perseguía. Fundaba grandes esperanzas en la generosidad del General Prado y las simpatías que demostraba por la causa de Cuba; y de estas simpatías y de esa generosidad, se prometía sacar buen partido, en alguna empresa de verdadera importancia para Cuba. Ya lo insinuó así al General en su entrevista con él á su paso para Europa. En esas circunstancias no pudo hacer más, porque en vísperas de salir para Cuba, la eventualidad de lo que estaba por suceder y lo breve de la estancia del General en New York, no le permitían formar un plan concreto. Pero Manuel de Quesada, en otras condiciones y con la sagacidad que lo distinguía, valiéndose de su familiar en París, Carlos de Varona, logró que éste acordara con Prado un plan salvador para la revolución. Dispuesto Prado á dar la garantía del Perú por dos millones de pesos, y conseguidos por Varona los banqueros que harían la negociación, podía considerarse ésta como un hecho. Al presentarse en Lima Aguilera y Quesada, no cabe duda que se hubiera ratificado el proyecto por parte de Prado; y con los cuantiosos elementos de que entonces dispondría la causa, bien manejados, era seguro su triunfo.

Pero la Providencia lo había dispuesto de otro modo. Vino la enfermedad de Aguilera á echar por tierra aquel plan salvador. Quesada y Lamadrid, por sí solos, bien lo comprendieron ellos mismos, nada podían realizar. Necesitaban que los acompañase Aguilera, porque es indudable que era éste la garantía que había movido á Prado á obrar con tanta generosidad. Esta vez, como tantas otras, el nombre y la personalidad de Aguilera eran necesarios para sacar adelante la revolución. Pero Aguilera estaba herido de muerte. Si bien su espíritu, con fortaleza inquebrantable, se mantenía firme, su naturaleza, por robusta que fuese, no podía menos que sentirse agotada, destruída, ante el cúmulo de penalidades á que se veía sometida. Aguilera, con un pie en la sepultura, no podía ya correr donde el servicio de la patria lo llamaba. Aguilera, al fin, iba á sucumbir. Con él sucumbiría su proyecto de buscar la protección del General Prado, que hacía tanto tiempo acariciaba. Y sucumbiría también la revolución.

CAPITULO XXXVI

JULIO Y AGOSTO DE 1876

LEONCIO PRADO.—SUS PROYECTOS PARA SALIR CON UN CORSARIO.—PASO DE SU PADRE PARA KINGSTON.—LEONCIO LE REVELA SUS PLANES.—SU PADRE LE INDICA PIDA PATENTE DE CORSO A CUBA.—LE DICE ESCRIBA EN SU NOMBRE AL PRESIDENTE ESTRADA.—TRABAJOS DEL GENERAL PRADO EN KINGSTON.—DEJA UNA CANTIDAD DE DINERO PARA QUE SE REALICEN.—LOPEZ QUERALTA EL COMISIONADO PARA CUBA.—CARTA DE LEONCIO PRADO AL PRESIDENTE ESTRADA—REGRESO DE LA COMISION.—VIENE MUY MERMADA.—CARTA DEL PRESIDENTE ESTRADA.—SORPRESA DE L. PRADO.—EL PRESIDENTE ESTRADA LE OPONE TAMBIEN DIFICULTADES.—DESCORTESIA DEL PRESIDENTE DE CUBA PARA CON EL, PRESIDENTE ELECTO DEL PERU.—CAUSA DE LA AVERSION DE ALDAMA Y EL PRESIDENTE ESTRADA HACIA EL JOVEN PRADO Y SU PADRE.—CARTA DE LOPEZ QUERALTA A L. PRADO.—PIDE A ESTE MUCHO PARQUE.—CONTRASTE ENTRE LAS CARTAS DE QUERALTA Y EL PRESIDENTE ESTRADA.—OTRA CARTA DE QUERALTA A PRADO.—"CON ESOS BUEYES TENEMOS QUE ARAR".—CARTA DE QUERALTA A M. ANASTASIO.

El joven Leoncio Prado, después del fracaso de la última expedición de Aguilera, había ido á Kingston, Jamaica, con otros compañeros, y como su inquieto espíritu deseaba conquistar un nombre y un porvenir, empezaron á bullir en su cerebro mil proyectos para procurarse los medios de llevar á cabo su ideal, que era verse mandando un corsario cubano, con el que pudiese realizar mil hazañas que creaba su ardiente fantasía.

Coincidió con su estancia en Kingston, la llegada á ese puerto, de paso para el Perú, de su señor padre, el General Prado, de vuelta de su viaje á Europa. Leoncio se avistó con él y lo impuso de sus varios planes para conseguir un vapor en que pasear por el mar el pabellón cubano y causar estragos á los enemigos de la independencia de Cuba. Su padre lo oyó con agrado y como para sus proyectos necesitaba una patente de corso, la que Aldama había excusado darle, le indicó la pidiera directamente al Gobierno de Cuba, para lo cual escribiera en su nombre (del General) una atenta carta al Presidente de dicha República señor Estrada Palma, en la que después de saludarlo y manifestarle el interés y simpatía que sentía por la noble causa de los cubanos, le pidiese autorización para prestar á Cuba el señalado servicio que proyectaba. Le encargó dijese también al Presidente, que si no hacía por sí mismo la carta, y delegaba tan grata satisfacción en su hijo, era porque necesitaba todos los cortos momentos de su permanencia en esa ciudad, para dedicarlos á importantes trabajos en pro de la misma causa de Cuba.

Y era verdad. El General Prado, desde que llegó á aquel puerto, y aun antes de desembarcar, estaba ya en conferencias con su hijo Leoncio, Pío Rosado, López Queralta, Manuel Anastasio Aguilera y varios otros patriotas cubanos. En tierra, con una actividad prodigiosa, se multiplicaba, influyendo con personalidades importantes en aquella Isla y practicando innumerables diligencias á fin de dejar bien preparado el terreno para asegurar el éxito á los planes que su hijo se proponía desarrollar. En esa incesante tarea estuvo ocupado hasta que zarpó del puerto el vapor que lo conducía.

Este suceso dió nuevo aliento al joven Leoncio, quien desde aquel momento se ocupó en hacer los arreglos necesarios para despachar un comisionado á Cuba libre que llevase al Presidente Estrada Palma el mensaje de su padre, y volviese con la contestación. El General Prado dejó á su hijo Leoncio fondos necesarios para esta y otras diligencias de no menor importancia.

"Obras son amores....." Estos hechos demuestran que las simpatías del General Prado por la causa de Cuba no

se limitaban á vana palabrería y alardes de patriotismo, como las de muchos cubanos, sino que se traducía en hechos positivos, gravando el bolsillo, que era la piedra de toque en la cual tantos entusiastas discursos y brillantes protestas resultaban falsos.

Los cubanos que auxiliaban á Leoncio Prado en sus proyectos eran Manuel Anastasio, su hijo Miguel Luis, Fernando López Queralta, Pío Rosado, Manuel Morey y algún otro. Eligieron para la importante misión de Cuba libre, al Coronel López Queralta, á quien instruyeron bien del plan de Prado, que debía desarrollar ante el Presidente Tomás Estrada. Le recomendaron también que desempeñada su misión, volviese con la respuesta del Presidente, pues allí se le necesitaba para poner en planta el mencionado plan. Finalmente á mediados de Julio de 1876 se embarcó López Queralta en el puerto de Kingston con rumbo á Cuba, siendo acompañado por Manuel Morey, Grocio Prado, hermano de Leoncio, José Bonilla y varios individuos más, formando un total de quince expedicionarios. López Queralta llevaba para el Presidente Tomás Estrada la carta de Leoncio Prado que copiamos:

"Kingston, Jamaica, Julio 9 de 1876.

"Ciudadano Tomás Estrada Palma, Presidente de la República de Cuba.

"Respetable señor:

"Aprovecho la presente para disfrutar del honor de cumplir el encargo que el señor Mariano I. Prado, mi padre, se dignó encomendar á mi cuidado. Este encargo fué el de saludar y felicitar á usted en su nombre, así como patentizarle su cordial deseo de la más completa ventura y gloria para Cuba y para usted, asegurándole también, en su nombre la gran simpatía que siente por ese país de héroes y de titanes ilustres, por el cual ha hecho hasta hoy lo que le ha sido posible, y le promete hacer cuanto en sus alcances estuviese, hasta el día de indudable completa redención y gloria á que llegará el pueblo cubano. Estas sinceras demostraciones fué á mi señor padre necesario encargarme presentar á usted en su nombre, en razón de no haber tenido tiempo disponible para hacerlo directamente en comunicación escrita, por haber permanecido en esta ciudad pocas horas y ellas ocupadas por él en pro de nuestra querida y afligida Cuba, como tendrá usted ocasión de informarse por documento que lleva el Ciudadano Fernando López Queralta.

"También aprovecho esta oportunidad para felicitar y saludar á usted sincera y respetuosamente en mi propio nombre y en el de mi hermano señor Justo Prado que queda á mi lado en ésta, puesto que mi otro hermano señor Grocio Prado, tendrá el honor y alta satisfacción de hacerlo personalmente porque va acompañando en su misión al referido señor López Queralta.

"No me es posible concluir sin manifestar cuán grande es la simpatía que hace tiempo sentimos por ese privilegiado suelo cubano y por su noble pueblo; la irresistible fuerza que me determinó, así como á mis hermanos, con aplauso de nuestro señor padre, á ir á compartir con nuestros hermanos los cubanos los trabajos y peligros, precio de su libertad é independencia, y cuán amargo ha sido para nosotros el ver hasta la fecha nuestros deseos y diligencias frustrados para llegar hasta donde están nuestros hermanos combatientes, primero por el fracaso de la expedición del "Uruguay" y últimamente por el de la expedición del eminente patriota General Francisco V. Aguilera á quien constaban los proyectos que yo abrigo en favor de Cuba y que él me ofreció favorecer con cuanto estuviese de su parte, con respecto á lo que para su realización dependiese del Gobierno de Cuba.

"Esos mismos proyectos trataré de poner en acción inmediatamente y abrigo las gratas esperanzas de que usted se dignará favorecernos con los documentos de que hará mérito el señor López Queralta y es objeto de su presente comisión.

"Termino, señor Presidente, haciendo el más sincero voto por la felicidad de esa patria, que yo considero mía, para rendirle mis sacrificios de hijo suyo, y

por la conservación y felicidad de usted.
Respetuosamente su servidor,
Leoncio Prado".

Salida la comisión y cursados varios días sin que se supiera había sufrido accidente alguno, se congratularon los patriotas de que hubiese llegado felizmente á su destino y pronto estuviesen de vuelta los comisionados.

Complacíase Leoncio Prado en pensar que, informado el Gobierno de Cuba del importante plan que proyectaba realizar, que tan beneficioso había de ser para la causa, no podría menos de apoyarlo con entusiasmo, y facilitarle los medios de llevarlo á efecto, haciendo así seguro su éxito.

Finalmente, el día 30 de Agosto estuvo de vuelta de Kingston la comisión, aunque muy mermada, pues de los quince que fueron, sólo volvieron cuatro y tres más que en Cuba se le agregaron. Entre los que quedaron estaba el Coronel López Queralta, jefe de la comisión y volvió el Capitán Manuel Morey portador de la contestación del Presidente Tomás Estrada.

Fué ésta entregada á Prado y decía así:

"Camagüey, Agosto 6 de 1876.

"Señor Leoncio Prado, Oficial de la Marina peruana.

"Muy estimado señor Prado:

"La atenta carta de usted que me ha sido entregada por el Coronel Fernando López Queralta, bastaría, á falta de otras razones, para demostrar los ardientes deseos que á usted animan á favor de la causa de Cuba.

"Teníamos antes de ahora perfecta noticia de los generosos esfuerzos realizados por usted con el propósito de tomar una parte activa de la contienda de que son testigos nuestros campos hace ocho años, y que tiene por único objeto constituir una patria independiente y libre.

"Yo me congratulo de manifestar á usted nuestro agradecimiento; pero al mismo tiempo me siento apesarado de no poder secundar desde luego el importante proyecto concebido por usted y del cual me ha dado pormenores el Coronel Queralta.

"En el presente caso, como en los demás de igual naturaleza, tengo que sujetarme á las reglas y prácticas establecidas en nuestra joven República. Por eso he creído prudentemente remitir á informe del señor Agente General el proyecto de usted á fin de que, procediendo al estudio necesario, poseamos mayores probabilidades de acierto, si llegara á estimarse posible su ejecución.

"Sírvase admitir usted el testimonio de mi alto aprecio y las seguridades de mi amistad.

T. Estrada".

Sorprendido quedó el joven Prado al enterarse de esta carta. Si extraño le pareció que el Representante de Cuba en el extranjero, lejos de facilitarle los medios de prestarle un servicio á la causa de Cuba, más bien le pusiera dificultades, pensó que sería efecto de que era un mal Representante, que no reflejaba los deseos y aspiraciones de su Gobierno. Pero al recibir aquella carta del mismo Presidente de la República, que parecía dictada por el propio Representante de Cuba en el extranjero, porque era una continuación de los estorbos é imposibilidades que se le oponían para que fuesen estériles sus propósitos, ya entonces no supo qué pensar, pues no era posible que el Presidente quisiera que las cosas siguieran el tortuoso camino que llevaban y la causa de Cuba continuase abandonada hasta sucumbir el último de sus sostenedores.

Otra cosa le extrañó y fué que su carta la había escrito en nombre de su señor padre, y así lo hizo presente al Presidente Estrada Palma desde el comienzo de ella. En nombre de su padre le había expresado los propósitos que éste abrigaba de seguir favoreciendo á Cuba en cuanto le fuese posible, etc., y el Presidente Estrada ni siquiera por cortesía, daba las gracias á su padre, ni correspondía á su saludo, ni aún hacía mención de él, tratándolo como un intruso que con sus majaderías se hubiera atrevido á importunarlo.

Este proceder pareció á Prado despre-

ciativo para su padre; parecía haber una idea marcada en ofenderlo. ¿Y qué razón habría para esa conducta de parte del Presidente Estrada? Los miles de pesos mandados por su padre al Agente General de Cuba en New York, los elementos de guerra que le enviara también y todos los favores que había hecho á la causa de Cuba y á los cubanos y los que aun estaba dispuesto á hacer ¿merecían tal recompensa? No se explicaba Prado tan extraña conducta.

Podía suceder, como decía el Presidente Estrada, que "tuviera que sujetarse á las reglas y prácticas establecidas en la joven República" y por eso procurara obrar de acuerdo con el Agente General; pero en ese caso, hubiera podido el Presidente Estrada, como un acto de cortesía, ya que se trataba de un extranjero distinguido, nada menos que hijo del Presidente del Perú, en cuyo nombre le scribía, mandar una carta para el Agente General, recomendándole al joven Prado y el proyecto patrocinado por su ilustre padre, para que le prestase toda su atención é informase al Gobierno en consecuencia. Con esta conducta el Presidente Estrada nada habría perdido, no hubiera roto con las "reglas y prácticas establecidas" ni hubiera disgustado á aquellos extranjeros respetables que tantas pruebas efectivas habían dado de su devoción á la causa de Cuba y tanto bien podían hacer á la misma en adelante. Al decir el Presidente Estrada que creía prudente remitir á informe del Agente General el proyecto, comprendió Prado que no debía abrigar esperanzas de aprobación, pues ya había hablado del asunto á dicho Agente y éste lo había juzgado impracticable; pues con su estrecho criterio, no pudiendo concebir nada que no fuera rutinario y vulgar, al proponerle algo grande, algo atrevido, algo que requiriese para su ejecución valor, habilidad, previsión, intrepidez, etc., lo encontraba quimérico y lo rechazaba su espíritu estrecho y su indolencia.

Por otra parte ¿qué apoyo ni qué buen deseo podía esperar el joven Prado del Agente Aldama, que lo había expuesto á morir de frío en el rigor del invierno en New York, que no había querido pagar al sastre la ropa que para él y sus compañeros mandó hacer después, y que le había suspendido sus dietas, dejándolo por ese hecho en la calle y sin comer?

Podrá parecer extraña la conducta del Presidente Estrada para con el joven Prado y su ilustre padre, y vamos á explicarla. Los tres jóvenes Prado habían tomado parte en la expedición del "Uruguay"; y como fracasada esta, volvieron á New York á la entrada del invierno, el Agente General se vió en el compromiso de pagarles su manutención. Conociendo hasta dónde se extendía la generosidad de Aldama, pensamos que esto lo haría de bastante mala voluntad. Ya muy adelantado el invierno, vimos cómo los jóvenes se encontraban aun vistiendo ropa de verano bien raída por cierto. Pío Rosado, que había sido su jefe en el "Uruguay" los vió en tan lamentable estado que; enseguida lo dijo á Aguilera y éste trató de socorrerlos. Los jóvenes, agradecidos á la buena voluntad demostrada por Aguilera, fueron á saludarlo, darle las gracias y continuaron visitándolo. No necesitaron más los jóvenes para ganarse la aversión de Aldama. Muy pronto les suspendió la pensión que les pasaba y hasta se negó á pagar la ropa que les había mandado hacer, dejando en fuerte compromiso al bueno de Hilario Cisneros que fué quien presentó en el establecimiento á los jóvenes. Estos incautos habían caído en el pecado mayor que podían cometer: ser amigos de Aguilera. Como es condición natural del hombre, acercarse á quien lo trata bien, los jóvenes fuéronse acercando más y más á Aguilera hasta acompañarlo en sus últimos intentos de llegar á Cuba, sufriendo con él mil penalidades. Este hecho abrió ya un abismo entre los jóvenes y Aldama, y al decir de Aldama, comprendemos á todos sus secuaces, porque eran distintos cuerpos con una sola alma. Desde ese instante los hermanos Prado con Pío Rosado, Miguel Luis, López Queralta, Govantes, etc., comprendían el séquito de "reptiles" que se arrastraban en torno de Aguilera y á los que con la mayor buena fe se refería Salvador Cisneros, en su carta que hemos citado. Era

éste el concepto en que se tenía á los hermanos Prado en Cuba libre y no necesitamos decir que este concepto había sido trasmitido allí por Aldama y sus satélites. De ahí la frialdad con que fué recibido por el Gobierno López Queralta, comisionado de Prado, y el fracaso de la misión que llevaba. Leoncio Prado era uno de los que estaba anatemizados por Aldama, y los hombres del Gobierno de Cuba, los que "estaban con Aldama, mande ó no mande' (a) tenían que abominar de él y de cuanto con él se relacionase, no pudiendo escapar de esta abominación ni aun su ilustre padre, por más que fuese éste el Presidente electo de la República del Perú, de la nación que figuraba entre las muy pocas que habían reconocido el Gobierno de Cuba, de la que había extendido á los cubanos la protección que daba á sus propios ciudadanos. Pero ¿qué valía el peruano General Prado al lado del patriota Aldama? Las brillantes y señaladas pruebas de patriotismo, de generosidad, de devoción por la causa de Cuba y de interés por el adelanto de la revolución que había dado Aldama en los seis últimos años, eran prenda segura de lo que continuaría haciendo. Por eso los hombres del Gobierno de Cuba estaban tan satisfechos de él. ¡Por eso Aldama condujo la revolución de Cuba á donde no podía menos que llevarla!

Pero el joven Prado no era de los espíritus que se desalientan ante los primeros obstáculos; parecía ser de los que mas bien se enardecen con las contrariedades, y tomada una resolución, teniendo conciencia de que era buena, la empujan adelante á pesar de todas las dificultades y no cejan de su empeño hasta realizar su intento.

También entregó Morey á Leoncio Prado una carta de López Queralta que decía así:

"Residencia del Ejecutivo, Agosto 5 de 1876.

"Mi distinguido amigo:

"Obedeciendo á la parte que me correspondía del proyecto que en presencia de su señor podre se acordó, llegué á las costas de Cuba libre con toda felicidad en la mañana del 26 del mes próximo pasado, habiéndonos puesto al habla con insurrectos en la mañana del siguiente día.

"Estos me facilitaron el modo de llegar á la residencia del Ejecutivo donde permaneceré hasta el día de mañana que pasaré al cuartel general á aguardar órdenes. Puse en manos del señor Presidente toda la correspondencia que traía, explicándole verbalmente todo lo que acordamos y el objeto que me había hecho venir. Este ha tenido á bien que permanezca aquí y creo que también ha dispuesto que marche para el extranjero el Capitán Morey; obedeciendo esta orden como militar, sin duda ante los ojos de usted y de su señor padre, no pareceré culpable.

"Tenga la bondad de manifestárselo así á su señor padre.

"Su hermano Grocio llegó también sin novedad y el señor Presidente me ha informado que permanecerá á su lado.

"Durante mi ausencia, la insurrección ha variado á nuestro favor de tal manera que á pesar de estarlo viendo, se me hace difícil creerlo. El enemigo no bien sale de sus campamentos cuando es saludado con los fuegos certeros de los insurrectos, quienes muchas ocasiones le hacen frente á fuertes columnas, racionadas á *cuatro y cinco tiros*. Esto le explicará á usted, querido amigo, la necesidad que tenemos de parque, lo que deseo le sirva á usted de un aliciente más, para que influyendo con su señor padre, nos remita lo más pronto posible todo el parque calibre 43, que pueda conseguirse y algunos millones de cápsulas Peabody ó Spencer calibre 46 que están aquí muy escasas. Además, hacen falta algunos millones de botones fulminantes para el relleno de las cápsulas y algunas máquinas para practicar esta operación.

"La discipina del Ejército está á la altura de cualquier Ejército regular; á pesar de la escasez de ropa en que se encuentra el ejército, no se oyen lamentaciones de ninguna clase. Aquí el contínuo *grito* de parte de todos es cápsulas.

(a) Esta frase, dicha por un Diputado de la Cámara cubana, la explicaremos más adelante.

cápsulas, cápsulas, que son las que proporcionan todo lo demás que se necesita.

"Me alegraré muchisímo de que mi ausencia en nada interrumpa sus nobles proyectos y que pronto tenga el gusto de abrazarle en los campos de Cuba libre.

"Aprovecho la presente oportunidad para ofrecer á usted mi gratitud, afecto y más alta consideración.

F. López Queralta".

"Agosto 8 de 1876.

"A última hora

"Mi estimado Leoncio:

"Va el Capitán Morey á las órdenes del Agente General, y por lo pronto á las inmediatas del Sub-Agente en esa, General Villegas.

"Con estos bueyes tenemos que arar y se lo participo para su conocimiento.

Suyo,

López Queralta".

Decía Queralta en su carta: "Esto explicará á usted querido amigo, la necesidad que tenemos de parque, lo que deseo le sirva á usted de un aliciente más para que influyendo con su señor padre, nos remita lo más pronto posible todo el parque calibre 43 que pueda conseguirse, etcétera, etc."

No sabemos lo que pensaría el joven Prado al leer este párrafo, después de enterado de la carta del Presidente Estrada. Al mismo tiempo que en ésta, por persona tan autorizada, se hacía todo lo posible por disgustarlo á él y su padre, López Queralta le encargaba llevase ó mandase á los patriotas mucho parque, con dinero que él (Prado) debía aprontar. No era el proceder del Presidente Estrada el más apropósito para predisponer á Prado á cumplimentar el encargo.

En la segunda carta, escrita á "última hora" L. Queralta decía así: "Con estos bueyes tenemos que arar". ¡Qué triste perspectiva para quien ardía en deseos de prestar los más brillantes servicios á la noble causa, de un país hermano, que había abrazado! ¡Estorbos, obstáculos, ingratitudes, crueldades, ofensas, de parte de los más altos Representantes de la misma causa, dentro y fuera del territorio de la República!

Entregó también Morey una carta de López Queralta á Manuel Anastasio, que decía así:

"Residencia del Ejecutivo, Agosto 5 de 1876.

"Estimado amigo:

"El Capitán Morey, portador de la presente le contará todas las peripecias de nuestro viaje hasta llegar aquí.

"El Presidente de la República ha tenido á bien disponer que permanezca en el cuartel general hasta recibir órdenes; según tengo entendido muy pronto se me dará destino. Por aquí se lamentan de la necesidad en que se encuentra el Ejército de jefes y oficiales. Yo no he puesto objeción ninguna, pues aunque en el proyecto de que está usted enterado, me tocaba una parte integrante, como mi objeto principal, es servir á la patria, empiezo por resignarme á obedecer y respetar las órdenes del Gobierno que hace ocho años vengo ayudando á constituir.

"El señor Prado enterará á usted del contenido de la que le dirijo. Los señores á quienes usted escribe se dirigen en particular.

"Tenga la bondad de manifestar mi afecto de amistad al General Aguilera y toda su familia, pudiendo usted disponer como guste de su afectísimo amigo que le desea salud y prosperidad,

F. L. Queralta".

Queralta debía desempeñar una parte importante en el proyecto de Prado, y asimismo se lo manifestó al Presidente Estrada; pero éste le dió tal importancia á dicho proyecto y á quien lo había concebido é iba á realizarlo, que ordenó á Queralta quedase en el territorio de Cuba sin permitirle concluir la misión que allí lo llevó.

CAPITULO XXXVII

SEPTIEMBRE Y OCTUBRE 1876

CARTA DE MOREY A AGUILERA.—TRIUNFO DE LAS INTRIGAS DE ALDAMA EN CUBA LIBRE.—PARASITOS QUE RODEABAN A AGUILERA.—DISIPO EN PAGAR SUELDOS LOS CAUDALES DE LA REPUBLICA.—CRECIDAS PENSIONES ESTABLECIDAS POR ALDAMA.—$2,500 MENSUALES PARA SUELDOS Y PENSIONES.—AGUILERA LAS SUPRIMIO.—PENSIONES QUE ASIGNO AGUILERA.—CONTRASTE ENTRE LAS PENSIONES QUE PAGO AGUILERA Y ALDAMA.—INFLUENCIA DE ALDAMA EN LA SUERTE DE AGUILERA.—ALDAMA EN PARIS.—PROYECTO DE LA GRAN EXPEDICION.—ALDAMA EN NEW YORK.—ARTERA CONDUCTA DE ALDAMA.—DESESPERACION DE AGUILERA.—PIDE PROTECCION AL GENERAL PRADO.—INICIATIVAS DE AGUILERA. CARTA DE MIGUEL LUIS.—EL GOBIERNO DE LA REPUBLICA UNA SUCURSAL DE ALDAMA Y ECHEVERRIA.—MONSTRUOSIDAD DE ESTE HECHO.—LA SEMILLA DEL ANEXIONISMO.—ESTA HABIA PRENDIDO EN LOS HOMBRES DEL GOBIERNO DE CUBA.—FUNESTA LABOR DE ALDAMA Y SU CIRCULO.—ESTOS LOGRAN EL EXITO MAS COMPLETO.—LA REVOLUCION NO PODIA TRIUNFAR.—SOLO AGUILERA PODRIA SALVARLA.—AGUILERA TENIA UN PIE EN EL SEPULCRO.—SE APRESTA SIN EMBARGO A ATAJAR EL MAL.—PROYECTO DE LEONCIO PRADO.—SE PROPONE APODERARSE DE UN VAPOR MERCANTE ESPAÑOL.—FORMACION DEL PARTIDO "RADICAL INDEPENDIENTE".—AGUILERA ELEGIDO SU PRESIDENTE.—PROGRESO DE LA ENFERMEDAD DE AGUILERA.

En el capítulo anterior nos ocupamos del proyecto de Leoncio Prado para prestar un servicio importante á la causa de Cuba y de las vicisitudes porque pasó ese proyecto, viéndose desalentado su autor por los mismos que estaban en el deber de infundirle ánimo y proporcionarle toda clase de apoyo, moral y material. Veamos ahora la relación que hace el comisionado Capitán Manuel Morey de su experiencia en los 29 días que pasó en el campo de la revolución y del estado de ánimo en que se encontraban los hombres que componían el Gobierno de la República.

Para proceder con más exactitud, vamos á transcribir la carta que dirigió el Capitán Morey á Aguilera desde Kingston, catorce días después de vuelto de su comisión. Dice así:

"Kingston, Septiembre 14 de 1876.

"C. Mayor General Francisco V. Aguilera.

"Mi querido General:

"Poco es el tiempo de que puedo disponer para escribirle por haber llegado el vapor y salir de este puerto, cinco días antes de lo que yo esperaba; sin embargo envío estos pocos y mal escritos renglones para ponerlo al corriente de algunas cosas de Cuba libre y dar á usted una prueba más de mi fiel y desinteresada amistad. El día 30 del mes pasado arribé á este puerto procedente de Cuba libre después de haber tenido un viaje entre fatal y dichoso: fatal porque un temporal volcó nuestra embarcación con cuatro hombres á bordo (no pereció ninguno) y dichoso porque durante nuestro viaje ida y vuelta y 29 días que permanecí en Cuba libre no hemos tenido el menor contratiempo con los enemigos.

"Salimos de este puerto el 16 por la madrugada: desembarcamos el 25 y el día 2 de Agosto estábamos en el Gobierno que se hallaba en Sevilla de Jobo Dulce. Locos de contento creyendo que el que había desembarcado era el Comandante Rodríguez, el desaliento fué tremendo cuando vieron defraudadas sus esperanzas, y supieron que nosotros no llevábamos ni un solo rifle con que defendernos. El presidente, como amigo viejo, me hizo algunas deferencias, aunque no dejo de comprender que fueran forzadas; pero en general nos recibieron con la mayor frialdad.

"Yo hubiera deseado que hubiese usted visto cuando nos rodearon para comernos á preguntas. Por el primero que me preguntaron fué por usted, manifestándome con lágrimas de cocodrilo cuán-

to sentían que usted no hubiera sido más afortunado en sus empresas, y privadamente se me dijo por uno de los diputados que con usted se pretendía hacer una excepción del llamamiento de Generales y Oficiales; que la Vicepresidencia estaba vacante y que creía que era con el objeto de reservársela á usted. Le contesté que lo creía inútil, pues tenía la seguridad de que usted no la aceptaría, mucho más cuando sabía que usted lo único que deseaba, era llegar á Cuba á cumplir con el deber del patriota y renunciar el puesto de Primer Magistrado de la República por ser un puesto tan pesado como comprometido y codiciado por tantos ambiciosos: que tanto para mí como para los buenos patriotas, el nombre de Francisco Vicente Aguilera era mucho más elevado que el título de Presidente de la República.

"Los ataques que le hicieron á la emigración fueron tremendos, para poder defender á los del partido anexionista; y me expreso en estos términos, porque empezando por el mismo Presidente, que creyendo que yo lo era, tuvo la debilidad de declarárseme, y algunos de los diputados que allí se encontraban. Usted fué ensalzado como venerable patriota y esencia de la honradez; pero en cambio decían que es usted muy débil, que todo el dinero ó que las inmensas sumas que le habían entregado, para la causa, las había invertido en pagar sueldos á los que lo rodeaban; que éstos lo que menos deseaban era ir á Cuba. No escapó ni el gato, á todos les dieron machete, y el abogado que los representaba en la corte no pudo hacer ni uno para fumar. (a) Al pobre Govantes lo dejaron loco. A Manuel Quesada de p... y c... la mejor palabra, á Bellido de Luna de s... é i... al viejo Anastasio de loco y pedante, á Miguel Luis de taco y derrochador de fondos, á Pío Rosado de espadachín y pretencioso, en fin, para todos hubo tela donde cortar, y sobró lienzo.

"Algunos de los soldados que traté, parece que éstos los han educado á su antojo; pero esto pronto se destruye, pues usted mejor que yo sabe que éstos son instrumentos que cualquiera los mueve.

"En el ejército hay un descontento sin igual; están muy disgustados en las Villas el pueblo, soldados y oficiales con el Mayor General Sanguily y otros varios. Me dijo un ayudante de Coronel P. Borrero que éstos estaban portándose muy mal, sin cuidarse de los perjuicios que pudieran ocasionar (no sé si será verdad).

"Ví al General García pero éste no sabía que yo me iba á embarcar. La escasez de parque que hay en Cuba, no es comparable con nada. El hombre que llevara cápsulas hoy á Cuba y un millón de fulminantes, sería hombre de mucho valer. Yo estoy hoy bajo las órdenes de mi gran amigo el General Villegas. Veremos qué sale de esto. De Cuba traje dos cartas para su familia y se las entregué al Coronel M. L. Aguilera para que se las enviase.

"Por último mi querido General, quisiera ser más largo, pues son muchas las cosas que quisiera decirle, pero no tengo tiempo.

"Mis recuerdos á la familia y al señor Govantes y demás buenos amigos y usted cuente siempre conmigo en cualquier lugar que me encuentre sea cual fuere mi posición.

"Suyo afectísimo,

Manuel Morey".

El Comandante José Rodríguez de que habla la carta, había hecho varias tentativas para sacar una pequeña expedición de Jamaica, pero siempre había fracasado, perdiendo una parte del escaso material de guerra que llevaba, confiscado por las autoridades inglesas. Por este motivo no es extraño que los patriotas lo esperasen con tanta ansia y que fuera grande su desengaño al ver que los recién llegados no llevaban armamento alguno, seguramente para no verse detenidos por el Gobierno inglés al salir de Jamaica, como sucedía á José Rodríguez, pues su misión era otra que la de éste.

Dice Morey que según la conversación que tuvo con uno de los diputados, la Vicepresidencia estaba vacante y creía era con objeto de reservarla á Aguilera. Según todas las probabilidades esto era exacto, y al mismo tiempo es una prueba

(a) Fernando López Queralta.—N. del A.

patente de que si se le había retirado, era para quitarle todo carácter oficial mientras permaneciese en el extranjero, desvistiéndolo así de autoridad, cosa de anularlo y que nada pudiese hacer. Esto no podía haberse hecho sino por instigaciones de Aldama que era á quien no convenía que Aguilera tuviese representación oficial alguna, para condenarlo á la impotencia y vengarse de él haciéndole más difícil, si nó imposible, la realización de cualquier plan que acometiese en pro de la revolución.

Respecto á que con Aguilera se quisiese hacer una excepción, conservándole su grado de Mayor General, también es cierto, y esta resolución se tomó al fin por la Cámara de Representantes el 18 de Enero de 1877 y se recibió en New York en Marzo del mismo año, y por consiguiente después de muerto Aguilera, que no pudo informarse de ella.

Habiendo recibido tan mal la emigración en general el despojo que se hizo á Aguilera de todos sus cargos, pues se veía la mano aleve que lo había promovido, estos promotores, no por espíritu de justicia, sino porque no se les juzgara crueles, sabiendo que á Aguilera le quedaban pocos días de vida y nada podía hacer ya, influyeron para que en esa parte se deshiciera la injusticia y conservase su grado de Mayor General, no empezando á correrle el plazo de cuatro meses que el acuerdo de 16 de Marzo de 1876 señalaba, hasta que hubiera recobrado la salud.

Referente á la manera cómo había cundido entre los hombres del Gobierno la doctrina anexionista, nos ocuparemos en otro lugar.

Se ve en la carta que comentamos, que la estrategia de los contrarios de Aguilera en New York, había producido el mejor efecto en todo el territorio de la República. ''Aguilera era un hombre *muy débil*'', no tenía voluntad propia, cualquiera lo manejaba, tenía muchos parásitos que vivían á sus expensas, los ''inmensos caudales'' que había recolectado los disipó en sueldos pagados á esos parásitos, éstos mismos habían prevalecido sobre él, para que se pusiese en pugna con el Representante del Gobierno en el Extranjero, para crearle estorbos al bueno de Aldama, al patriota Aldama, que tanto se desvivía por mandar auxilios á la revolución. Podrá parecer lo que decimos pura ironía, amargo sarcasmo, pero no es así; es esto realmente lo que propalaban los secuaces de Aldama; es esto exactamente lo que habían hecho creer al Gobierno de Cuba y era éste el concepto que tenían formado los hombres de este Gobierno, de Aguilera y de Aldama. Por más que parezca mentira, era esta la realidad; y tan profunda impresión causó la predicación de esos hombres, que aun hoy prevalece la idea de que Aguilera fué un hombre muy bueno y muy patriota, pero sumamente débil de carácter y que esta debilidad le acarreó grandes males á la causa de la revolución últimamente, habiéndose dejado tomar como instrumento contra Aldama, lo que dió por resultado la pérdida de la gran expedición que debió salvar á la causa de Cuba.

Ya hemos dicho bastante respecto á la ''zarandeada'' debilidad de Aguilera; vamos á detenernos ahora en examinar el cargo de que los cuantiosos dineros que vinieron á sus manos, los gastara en pagar sueldos á los vividores de que estaba rodeado.

Cuando llegó Aguilera á New York de Cuba libre, el año 1871 y se hizo cargo de la Agencia General, que abandonó Aldama, encontró que éste había establecido numerosas y subidas pensiones á muchos de los jefes que llegaron de la insurrección y á familias de los que luchaban en el campo. El importe agregado de estas pensiones subía á unos dos mil quinientos pesos cada mes, y sólo el sueldo que se pagaba al General Thomas Jordán era de doscientos cincuenta pesos mensuales. Como después que Aldama puso la Agencia en manos de la sociedad ''La Auxiliadora'' ésta no pudo con tan pesada carga, los pagos de esas pensiones se fueron retrasando y encontró Aguilera que sólo por este concepto tenía la Agencia una deuda enorme. En la imposibilidad de solventarla, pues no tenía ni un centavo y las entradas eran nulas, resolvió hacer un ''corte de cuentas'' á la mayor parte de ellas. Tan sólo al

General Jordán se le debían unos dos mil quinientos pesos por sueldos atrasados; Aguilera pagó á éste íntegros sus atrasos, teniendo en cuenta su calidad de extranjero. Este pago lo hizo gradualmente según le fué posible.

Conociendo Aguilera que no podía continuar así, resolvió tomar una medida radical, suspendiendo todos los sueldos y dejando en pie sólo unos pocos. Fueron éstos, como ya dijimos en otra ocasión, el de su compañero de misión Ldo. Ramón Céspedes, el de la señora del Presidente Céspedes y el suyo, ciento cincuenta pesos mensuales cada uno, el de Manuel J. Izaguirre, Secretario Contador de la Agencia de sesenta pesos y el de la anciana señora madre del General Bernabé Varona, de veinte.

Llegaron luego á New York su primo Manuel Anastasio y su sobrino Miguel Luis, y Aguilera de su sueldo de ciento cincuenta pesos, los estuvo sosteniendo hasta su viaje á Europa, por lo que siempre tuvo su cartera vacía, y regularmente estaba endeudado con su patrona; á veces no tuvo cinco centavos para pagar el tranvía y en alguna ocasión quedó sin almorzar por no tener dinero. Sin embargo no quiso establecer el precedente de asignar nuevas pensiones, y él y sus familiares pasaron mil necesidades.

Cuando se organizaban las expediciones de Melchor Agüero y Julio Peralta, Aguilera sostenía los "prácticos" que debían llevar esas expediciones, pagándoles su hospedaje á razón de seis pesos semanales cada uno; duró esto un período de cuatro ó seis meses.

Al ir á Europa, dejando á Mayorga hecho cargo de la Agencia interinamente, convinieron en que debiendo emprender Mayorga pequeñas expediciones de armas y pertrechos á Cuba libre, utilizase para ese servicio á Miguel Luis abonándole un sueldo de cuarenta pesos mensuales y á M. Anastasio de treinta y seis pesos.

Como Juan M. Macías fuese un valioso auxiliar para él en su viaje á Europa, comisionándolo para ir á Londres con el fin de agenciar el empréstito que proyectaban, comenzando por hacer una propaganda activa en favor de la revolución, Aguilera pagó los gastos; éstos ascendieron á tres mil ochocientos pesos incluyendo el dinero que adelantó Macías para el viaje de Aguilera, estancia de éste en Londrés, impresión de folletos, permanencia de Macías seis meses en Londres, viajes por Inglaterra, etc.

Volvió Aguilera á New York y proyectando mandar á Cuba una expedición, primero en menor escala y luego de más importancia y debiendo ser los jefes de esa expedición Miguel Luis y Pío Rosado, según hemos ya explicado en otro lugar, asignó á cada uno de éstos cuarenta pesos mensuales para su sostenimiento y siguió abonando á Manuel Anastasio los treinta y seis que le venía pasando en virtud de ser su ayudante que había sacado de Cuba.

Hemos visto cómo Aguilera, así que comenzó á trabajar de acuerdo con la sociedad "Amigos de Cuba" entregó al Presidente de esta sociedad, General Juan Díaz de Villegas, todos los fondos que llevó de París, y fué Villegas quien manejó esos fondos, siendo él quien abonaba á Aguilera su mensualidad lo mismo que á Miguel Luis, Pío Rosado y M. Anastasio. Se recordará que fué Villegas quien propuso á Aguilera, con el fin de conseguir en breve tiempo el vapor que necesitaban, abonar al Capitán Summer un sueldo de doscientos pesos mensuales para que buscase el mencionado vapor. Este sueldo se abonó sólo por dos meses.

Después de recibir los veinte mil pesos de Carlos de Varona, cuando según dijo Aldama, estaba muy próxima la salida de la expedición, mandó Aguilera buscar ocho "prácticos" á Santo Domingo y á Jamaica, para que le sirviesen de guía en tierra y en la mar. A estos prácticos les pagó su pasaje hasta New York, allí les abonó su hospedaje á razón de seis pesos semanales cada uno, por espacio de dos meses; después, habiéndose concluído el dinero, los llevó á vivir á su casa, compartiendo con ellos su techo y su mesa hasta que se embarcaron con él en su primera fracasada expedición. Al mismo tiempo que mandó buscar los prácticos, hizo ir á New York también al Capitán Morey, hombre que había de

serle muy útil en su empresa y en quien tenía la mayor confianza; le abonó su pasaje, le pasó cuarenta pesos mensuales y lo hizo jefe de los prácticos.

Desde Abril de 1875 que salió en su primera expedición hasta Febrero de 1877 en que murió, Aguilera no sólo no pagó pensión á nadie sino ni siquiera la tuvo él mismo, manteniéndose á expensas de su familia, ó de lo que sus amigos le proporcionaban cuando estaba separado de ella.

Dígasenos ahora si hay justicia en decir que Aguilera gastó los pingües caudales que recibiera para la patria en pagar pensiones y mantener gente vividora que lo rodeara. En todo caso, esa "gente vividora" serían sus familiares M. Anastasio y Miguel Luis y también Pío Rosado á quienes estuvo pagando una pensión de cuarenta y treinta y seis pesos respectivamente por menos de tres años (Julio de 1872 á Abril de 1875) y calcule el lector á la cantidad que ascendía su agregado.

La administración de Aldama duró veinte y un meses; suponiendo que en un año tan solo, hubiese invertido en pensiones una cantidad igual á la que encontró Aguilera que se abonaba (dos mil quinientos pesos mensuales) tendremos que en ese año habría invertido Aldama en pensiones solamente la suma de treinta mil pesos. Todas las pensiones que abonó Aguilera, incluyendo la suya propia en los seis años que permaneció en el extranjero, estamos seguros que no llegó ni á la mitad de esa cantidad. Y sin embargo, nadie acusa á Aldama de haber malgastado el dinero de Cuba pagando sueldos á gente ociosa. Y á Aguilera uno de los cargos más graves que se le hacían era la de haber disipado los caudales de la patria manteniendo parásitos y aduladores. Y estos cargos tuvieron su orígen en los mismos secuaces de Aldama.

Para completar este paralelo, repetiremos que según las cuentas presentadas á Aguilera por Aldama en 1872, las *Gratificaciones* ó *Regalías* abonadas por Aldama á personas desconocidas, ascendían á cerca de ¡Cien mil pesos! ¿Puede darse mayor liberalidad? En cambio lo que abonó Aguilera por esos mismos conceptos en seis años, quizás no llegue á mil pesos.

La influencia fatal que ejerció Aldama con su conducta torcida, sobre Aguilera, fué la causa de que éste no pudiera salir adelante en ninguno de sus planes, y que su misión en el extranjero fuera un fracaso. Un hombre de iniciativa atrevida como Aguilera, pasó largos años en el extranjero, embarazado por los engañosos manejos y falsas promesas de Aldama sin haber podido llevar á cabo nada en favor de la causa que con tanto ardimiento sustentaba, y en apoyo de lo que decimos vamos á examinar los hechos.

Encontrándose Aguilera con el caos en que estaba convertida la Agencia General de Cuba á su llegada á New York, ya el lector sabe como en virtud de las medidas acertadas que tomó, pudo encausarla de nuevo y ayudado por mayorga, pagar sus deudas y despachar una expedición en el corto término de sólo ocho meses. Como por entonces la táctica de Aldama era aislar á Aguilera para que envuelto en un laberinto de dificultades, fracasase, encontrándose Aldama alejado de él, pudo Aguilera contrarrestar su influencia y salir adelante en su empresa. Conoció Aguilera lo infecundo del terreno que pisaba y haciendo uso de su libre iniciativa, propuso á Juan Manuel Macías que lo acompañase á Europa y emprendieron el viaje.

Aldama, viendo que su víctima se le escapaba, fué en pos de ella y á vueltas de mil promesas logró hacerla su prisionero. Sin embargo, como la influencia de Aldama estaba contrarrestada por la de otros cubanos eminentes de allí, que conservaban su libertad y no le estaban sometidos como los de New York, Aguilera en un día de expansión ocasionada por el contento que le produjo saber que su antiguo profesor, Silverio Jorrín, no había abjurado de los principios que le inculcó en su juventud, sino que sentía y obraba como cubano, concibió el atrevido proyecto de formar una fuerte expedición y entrar por el mismo puerto de Cienfuegos, baluarte de la intransigencia española, sembrando el espanto

entre sus enemigos. Un plan tan arrojado era muy propio de Aguilera, pues él no contaba para nada el peligro cuando se trataba de una cosa grande. Solicitó el patrocinio de Almagro quien se lo acordó de buena gana y ofreció auxiliarlo para que lo llevase á efecto. Este plan tuvo las alternativas que sabe el lector, hasta que tocó con Aldama; entonces aprovechó éste la ocasión para deslumbrar á Aguilera y los que lo auxiliaban, proponiéndoles el proyecto de llevar á Cuba una expedición que valdría ciento cincuenta mil pesos. También sabe el lector la conducta que observó Aldama con respecto á este proyecto cuando fué á New York, arrogándose facultades que no le correspondían, sino á Bramosio, con el propósito calculado de que Bramosio se disgustara y el proyecto fracasara, lo que logró. Hemos visto que desde ese instante se constituyó Aldama en el protector de Aguilera, ofreciéndole mandarlo á Cuba con una buena expedición. Aguilera, viendo aquel hombre tan distinguido, tan rico y á quien todos ponderaban como gran patriota, por más que la experiencia que de él tuviera no fuera nada lisonjera, creyó que al fin lograría que hiciese algo por la causa, auxiliándola si no ya con su dinero al menos con su influencia. Desde ese momento cayó Aguilera bajo la influencia absoluta de Aldama y fué hombre perdido. Los secuaces de éste lo rodearon, no se cansaban de ponderarle el poderío de su señor, lo confundieron con mil proyectos de expediciones para Cuba, los que llevaban á la aprobación del Júpiter Tonante; éste desde su olímpico trono los aprobaba todos, les ofrecía su más poderoso concurso, se brindaba para pedir á otros el dinero que él negaba. Fracasado ese proyecto se alzaba otro que corría la misma suerte; todos eran planes, modificaciones, nuevas empresas, etc. Aguilera mareado por la rapidez con que pasaban las vistas de aquel inacabable panorama, después de un año de tan fatigosa como estéril labor, se encontraba cansado y resuelto á dejar á Aldama y sus amigos con sus proyectos é irse para Cuba en una goleta.

Cuando esto meditaba, llegó Carlos Varona á New York á ofrecer al Agente veinte y un mil pesos que mandaba el General Quesada para que la expedición de Aguilera saliese inmediatamente. Esto hizo cambiar de faz la cuestión. Aldama trató de hacer todo lo posible por disgustar á Varona y que retirase su oferta, á fin de que no saliese Aguilera para Cuba. Este conoció la intención, se hizo cargo de los veinte mil pesos de Varona contra el dictamen de Echeverría y otros satélites de Aldama, incurriendo por ese hecho en el desagrado de esta irritable Divinidad.

Hemos referido cómo Aldama, llamando en su auxilio los dos jefes más hábiles de su Estado Mayor, José Manuel Mestre y José Antonio Echeverría, estuvieron los tres encerrados dos días en la confección de una carta que era la que había de decidir de la suerte de Aguilera; de esta carta había de ser portador uno de los más solícitos edecanes de Aldama, Villegas, y había de entregársela en el escritorio de Hilario Cisneros. Todo estaba bien calculado para que, al tragar Aguilera el anzuelo, estuvieran á su lado dos fieles acólitos de Adama á fin de que le ayudasen á rodar la carnada. La situación en que se encontró Aguilera en esos momentos era terrible; ó accedía ó lo que quería Aldama, ó Varona le retiraba los veinte mil pesos quedándose sin expedición y disgustado con Aldama y sus amigos. No tuvo más remedio que correr el albur de ceder á Aldama y ya hemos visto cómo éste lo burló.

En este largo período de tres años, de Agosto de 1872 á Abril de 1875, Aguilera no pudo dar muestras de su iniciativa más que dos ocasiones y fueron cuando se propuso llevar á efecto su desembarco por Cienfuegos, y cuando á pesar de las dificultades que le oponían los amigos de Aldama se hizo cargo de los veintiun mil pesos ofrecidos por Varona.

Rotas sus relaciones con Aldama, se lanzó Aguilera á diferentes empresas locas para llegar á Cuba. Ultimamente, desesperado, se puso en manos de los Quesada, que ya una vez quisieron asesinarlo, con tal que lo ayudasen en su propó-

sito. Después de cinco fracasos consecutivos, enfermo, sin dinero, sin amigos, en país extranjero, muy lejos de sentirse desalentado, escribió una carta desde Port au Prince á su amigo el General Prado pidiendole su apoyo para llevar una expedición á Cuba. Libre ya de la maléfica influencia de Aldama y sus servidores, volvía á ser Aguilera el hombre de iniciativa, la que se manifestaba aun en aquellas pésimas condiciones. No abandonó Aguilera su proyecto; tan pronto como llegó á New York, y por más que Quesada le propuso otro en grande, que aceptó también, porque no podía menos que aceptar todo lo que pudiese dar incremento á la revolución, le propuso á su vez el suyo de acogerse á la benevolencia del General Prado. Manuel de Quesada que era hombre perspicaz, tuvo el mismo pensamiento de Aguilera y había adelantado algo en ese camino. Es indudable que si Aguilera, libre ya de la perniciosa influencia de Aldama y los suyos, hubiera ido al Perú como era su propósito, solicitando la protección de hombre tan espléndido y decidido partidario de la revolución de Cuba como el General Prado, hubiera logrado al fin su sueño dorado, desembarcando en Cuba con una fuerte expedición. Pero la Providencia no quiso acordarle satisfacción tan inmensa. ¡Respetemos sus designios!

Vamos á ocuparnos de otra carta no menos importante que recibió Aguilera de su sobrino Miguel Luis, llegada en el mismo correo. Dice así:

"Confidencial.

"Septiembre 12 de 1876.

Kingston, Jamaica

"General F. V. Aguilera.

. New York.

"Querido General:

"Es en mi poder su grata del 28 del pasado Agosto, de cuyo contenido quedo enterado.

"A mi llegada á ésta, procedente de Port au Prince, escribí á usted una larga carta que envié al cuidado del señor Antonio Hernández, pero infortunadamente para mi carta, usted había dejado aquella ciudad y se encontraba en Cabo Haitiano.

"En ella participaba á usted haber salido para Cuba el Coronel López Queralta, cumpliendo una parte del programa que puso Pío en conocimiento de usted. Ahora me limitaré á comunicarle el estado de aquel proyecto, especialmente en lo que se relaciona con la misión á Cuba.

Llegó Queralta á Cuba, arribando con toda felicidad por la costa meridional del Camagüey, llegando al Gobierno que estaba en ruta para Occidente, tres ó cuatro días después. Queralta fué recibido de un modo poco lisonjero para él; y su comisión, que tenía por objeto conseguir una patente de corso para Prado, fracasó por completo, recibiendo una negativa redonda y sin ambajes, no permitiéndole regresar al extranjero, y destinándolo al cuadro de reemplazo en el Cuartel General del Camagüey. Desde la primera entrevista pudo convencerse Queralta de que era tirio en campo troyano, y quizás á esta posición difícil se deba la falta de energía más aún, notable debilidad con que defendió personas y cosas que atacaron los individuos del Gobierno y la Cámara que se encontraban allí, terminando por callar unas veces, y asentir lastimosamente otras, á los cargos que tan abundantes como descabellados hicieron contra todos y cada uno de nosotros, los del partido anti-aldamista. Lo único que hubiera podido salvar á Queralta no lo hizo, esto es, haber asumido una actitud enérgica, con ribetes de feroche, prometiendo predicar la verdad á todos y en todas partes, pues ya que no pudo inspirar amor debió haber inspirado temor. El prefirió con el silencio un término medio, y se hundió y hundió su misión.

"Estos pormenores que me han sido trasmitidos por Morey, nos dan una idea completa de la política que sigue el Gobierno de Estrada, que no es otra cosa que la sucursal de Aldama y Echeverría. En una de las entrevistas que tuvieron lugar y que dice Morey se prolongó hasta las dos de la mañana, el Presidente Tomasito expresó terminantemente que

sólo la anexión podía hacer feliz á Cuba, y que fuera de ésta no había salvación para ella, opinión en que abundaron igualmente todos los miembros del Gabinete y los diputados allí presentes. Bravo Sentíes no estaba allí. La idea anexionista está á la orden del día en el Gobierno, la Cámara y los familiares de éstos, que también allí hay familiares. El exclusivismo, síntoma inequívoco de las tiranías que se hunden ó de los poderes que se elevan, está entronizado en Cuba libre; se coloca al que se quiere, se condena á la inacción al que no les conviene; aumenta el cuadro de reemplazo en medio de la escasez de jefes; unos ascienden por cualquier cosa y otros no ascienden nunca. En una palabra, se ha reproducido por aquel "ring" el principio de Luis XIV "el estado soy yo" según lo manifestó paladinamente el buen S..... no con la elevación de concepto del gran Rey, sino con una vulgaridad digna de aquél: "aquí haremos lo que nos dé la gana: hemos hecho la revolución, la sostenemos y somos los únicos que tenemos derecho para hacer" y otro agregó: "tenemos confianza en Aldama, mande ó no mande" (a). Y sobre este tema muchas variaciones que no creo necesario reproducir.

"Henos, pues, frente á una crisis de la revolución. Ha llegado el momento en que las personalidades deben dejar el lugar á los principios, y que reconocidos éstos, se determinen los campos y se hagan los aprestos para la lucha. La cuestión ahora no es de Aldamistas, Aguileristas, Quesadistas, etc., no. La cuestión es de si Cuba ha de ser independiente ó anexada: son dos ideas que están la una enfrente de la otra, y que es preciso que una de las dos desaparezca, para dar paso á la que quede. Mi humilde opinión es que se organice allí inmediatamente el partido independiente, puesto que el contrario se ha organizado ya á la sordina, se afianza más cada día y trabaja unísono y compacto. No hay tiempo que perder. También opino que los periódicos deban dar el alerta y llamar las cosas por su nombre en lo sucesivo.

"Volvamos á Cuba. La situación interior no es alhagüeña para el Gobierno. Sólo la ignorancia en que se encuentran los principales jefes y el Ejército, de lo que pasa, pudiera evitar una erupción que teme ver brotar por más de un lado. En Cuba, á excepción del Gobierno, la Cámara y algunos adeptos, se ignora todo completamente, excepto las noticias falseadas y los conceptos desfigurados y calumniosos que emanan del "ring". Pero hay en el campo mucho descontento, y abunda, por muchas causas, el germen de otro golpe á lo García. Este General manda el Camagüey y sigue muy disgustado: como él hay muchos otros. Vicente García va adquiriendo más simpatías todos los días, mientras que Máximo las pierde por su conducta. Este no es partidario de nadie, medita para sí, como en antaño. El Gobierno está á dos manos. Los contingentes enviados á las Villas vuelven desertados disgustados con Gómez, y los españoles que están allí con nosotros, y son muchos, están también muy disgustados. Hay una escasez, mejor dicho, carencia de parque en toda la República. El Gobierno se ha dirigido á Oriente á ver si puede enviar un nuevo contingente á las Villas, pero se cree que no lo conseguirá, porque la fama de Gómez ha llegado allá. Morey y los demás prácticos se les ha amenazado si van á Cuba por otro conducto que no sea el oficial: no quieren gente que hable. El Gobierno de Tomasito está haciendo con creces todo lo que criticaba en Carlos Manuel; se hacen escoltar por un batallón de infantería y una escuadra de caballería, los que criticaban á aquel mártir que tuviese una escolta de veinticinco hombres armados de escopetas. Roma no quiso humillarse ante el genio de César y dobló la cervíz ante Augusto á quien atacaban fiebres las vísperas de las batallas en que se mantenía lejos. Ese es el mundo.

"Resumiendo. Es inútil todo lo que se haga acerca del Gobierno para obtener un cambio. Ellos siguen un plan político, realizan un programa. Hay que cortar el mal de raíz. Nuestros objetivos

---

(a) Esta es la frase del diputado á que nos referimos anteriormente. Se refiere á que mande ó no mande expediciones.
N. del A.

deben de ser en lo sucesivo informar á los generales directamente, al Ejército y al pueblo. Una vez hecha la opinión, que es fácil, lo demás es de poca monta.

"Me parece bien que haya usted escrito al Perú. En calidad de reserva le diré que Leoncio me ha participado que su padre á su paso por ésta, le confió en secreto que tan pronto como subiera al poder y pudiera distraer algo la tención de los negocios más urgentes "iba a organizar una gran expedición para Cuba, con elementos peruanos y bajo su directa disposición". Que su padre le había dicho que ese proyecto del vapor de Leoncio lo tomara sólo como una ocupación transitoria, á fin de que no estuviese inactivo, pero que él lo llamaría al Perú para que tomase una parte activa en la empresa. Esto, me dijo Leoncio que no lo había dicho á nadie más que á mí, y por lo tanto le recomiendo de nuevo la reserva.

"El proyecto de Leoncio para obtener un vapor, ha recibido un gran golpe con la negativa de Cuba á otorgarle la patente de corso. No obstante, él ha ido á Santhomas, más con el objeto de estudiar el golpe, que de ir con Rafael (Quesada) para intérprete, aunque éste no sabe el verdadero objeto de Leoncio. Este joven es muy meritorio y si usted quisiera ir al Perú, si como creo, él no realiza su plan, no dudo que él se prestaría á ir con usted y ofrecer todos los recursos que se necesitaran para el viaje, pues él cuenta con ellos.

"Cualquier cosa que usted quisiera en este sentido hágalo por conducto de Lico (Manuel Anastasio) que es el autorizado por Leoncio para eso de su correspondencia y está asociado á sus trabajos aquí.

"Por mi parte hace dos meses que llegué á ésta sin recursos, como usted sabe, Mi situación es muy difícil en esta tierra de desamparo. Antes de ahora me hubiera ido á New York pero esperaba hacerlo el 14. Su carta me hace posponer mi viaje para el próximo vapor y probablemente llegaré allí á mediados de Octubre. Si para esa época nada hay allí, que hacer, ni es posible la vida, entonces ya habré hecho todo lo que he podido y desde allí haré rumbo á Sur América, probablemente al Perú, á dedicarme al trabajo como antes de la guerra hacía.

"Pío va en este vapor. Lleva el proyecto de conectar sus trabajos con los de usted é ir á Colombia. Me parece que algo podía hacer por allí y sobre todo nada pierden ustedes.

"Mis afectuosos recuerdos á la familia, al General Quesada y á Govantes y usted cuente con su afectísimo,

Miguel Luis".

Dice Miguel Luis que el Gobierno de Cuba no era en política otra cosa que una sucursal de Aldama y Echeverría. Dolorosamente era así. Estos hombres, con refinada astucia habían logrado ganar la confianza de su Gobierno hasta un grado tal, que se habían sobrepuesto á él, siendo ellos los que mandaban y el Gobierno el que obedecía. Si esos hombres hubiesen sido patriotas y sus aspiraciones la independencia de Cuba, ese poder que ejercían hubiera sido siempre un mal, porque ellos no tenían responsabilidad en los actos que el Gobierno realizaba á sus instancias y ese procedimiento había de ser fuente de abusos. Pero como esos hombres no eran patriotas ni querían la independencia de Cuba, el dominio que tenían sobre el Gobierno de ésta, eminentemente patriota é independiente, era una monstruosidad que irremediablemente debía producir los más funestos resultados para la exiscia de la República.

Por las cartas de Morey y de Miguel Luis vemos con la habilidad que habían logrado introducir en tierra de Cuba, la semilla del anexionismo y la manera cómo ésta había brotado y se desarrollaba lozana. Su triunfo era completo y debido sólo á de sagacidad. Ellos temían la independencia porque la consideraban peligrosa para la conservación de sus intereses; pero como el país, á pesar de ellos se había lanzado á la revolución y á ésta no era posible hacerla retroceder, tenían que buscarle una solución. Como para ellos era cosa resuelta que la independencia quedase descartada, sólo quedaban dos soluciones: la autonomía

con España ó la anexión á los Estados Unidos. Por cualquiera de estas dos hubieran optado con tal que no sobreviniera la independencia. Tenían la sagacidad suficiente para comprender que era muy difícil que los cubanos se resignaran á seguir viendo flotar sobre su tierra el pendón español. En cambio, sabían la simpatía de que gozaba el Gobierno americano, sabían que en otro tiempo hubo en Cuba un fuerte partido anexionista, del que aun quedaban rezagos; no les pareció difícil la tarea de alentar éstos á fin de que volviera de nuevo á desarrollarse la aspiración anexionista.

Toda la política de esos hombres se ve que tendía á ese fin. En primer lugar estorbar que la revolución tomara vuelo, porque si sucedía así, triunfaría y se verían ellos frente á la independencia que tanto temían. Para evitarlo trataron por todos los medios de que la revolución no recibiese auxilios; fácil empresa. ¿No eran ellos los representantes de Cuba en el extranjero? ¿No eran ellos los encargados de despachar expediciones, de armar el brazo de los revolucionarios que luchaban por la independencia? ¿No tenían también la representación Diplomática de la condenada República? ¿No tenían talento, astucia, influencia, dinero para dominar á aquellos desgraciados que se batían en el campo persiguiendo una quimera que no debían alcanzar? Todo les favorecía: los mismos sinsabores que tuvo que apurar su jefe Aldama, en sus luchas contra su opositor Quesada, vinieron á obrar en su favor también. Aldama y los distinguidos cortesanos que lo rodeaban, que tanta influencia habían sabido ganar con los hombres del Gobierno de Cuba, haciendo caudal político de las divisiones y guerra sin cuartel que en la emigración se hacían los cubanos, á la que achacarían su inhabilidad para auxiliarlos mandándoles elementos de guerra, infiltrarían en los patriotas la idea de que una República independiente en Cuba era imposible; le mostrarían el ejemplo de Haití y Santo Domingo y con sagacidad le harían comprender que Cuba necesitaba de un poder fuerte que mantuviese el orden á la par que no cohartase la libertad y que ese poder no podía ser otro que el de los Estados Unidos.

Por otra parte, los hombres del Gobierno de Cuba, cansados por tan larga lucha, sin esperanzas ya de que del exterior les llegasen los recursos que necesitaban para hacer la guerra de un modo efectivo, embarazados por el descontento que en el interior se manifestaba, por razón de que el malestar siempre engendra el descontento, y sugestionados por los que pérfidamente habían creado aquel lastimoso estado de cosas para llevar á adelante sus planes; ¿qué extraño que hubiesen caído en el lazo que arteramente se les tendía, y haciéndose eco de sus desleales instigadores manifestasen que Cuba no podía ser independiente, que su única esperanza se cifraba en la anexión? (1) Nada más gráfico para comprender el completo dominio de que gozaba Aldama sobre los hombres del Gobierno de Cuba, que las frases citadas por Miguel Luis, las que según referencia de Morey había vertido uno de los Representantes de la Cámara cubana: "tenemos confianza en Aldama, mande ó no mande" (se refería á expediciones). Con esto está dicho todo; Aldama podía estar satisfecho de su obra.

Dígasenos ahora: si era ese el estado de ánimo de los hombres del Gobierno de Cuba, es decir, de los directores de la revolución ¿era posible que la revolución pudiera triunfar? Los patriotas cubanos se lanzaron al campo en pos de una idea, la más grande que puede alentar el hombre sobre la tierra; decimos mal: que alienta sobre la tierra todo ser dotado de voluntad, pues el amor á la libertad y la independencia es común, lo mismo al hombre que á cualquier irracional. Por ese ideal sacrosanto habían combatido largos años. No había sacrificio que no le hubieran hecho; por él habían arrostrado innumerables peligros, indecibles miserias, habían sufrido crue-

(1) A este efecto recordaremos la conferencia que dió la sociedad "Independencia" en que habló J. J. Govantes sobre el tema "Cuba puede ser independiente", en la que un distinguido literato se captó las censuras del público en general por las maneras descorteses con que trató de distraer al orador.

les dolores y desengaños, y sin embargo, su fe no se había quebrantado ni su voluntad flaqueado un solo instante, porque los alentaba ese ideal bendito que al hombre digno es más caro que la misma vida. Mas llegó un día en que la duda traidora se introdujera en sus pechos varoniles; en que ellos mismos, juzgando por la experiencia de ocho largos años y oyendo las insidiosas predicaciones de unos mentores que eran para ellos como orálos, que tan falaces como pérfidas sólo se dirigían á infundirles el desaliento, para lograr sus maquavélicos propósitos, y ese día se preguntasen á sí propios si conquistado que fuera ese santo ideal ¿habría de ser para bien de su país? Sus astutos mentores les presentaban un cuadro nada halagador, insinuándoles los ejemplos de las Repúblicas latino-americanas y haciéndoles comprender que Cuba necesitaba de un poder extraño que mantuviese esa libertad de que ansiaba gozar, dentro de sus propios límites. Más luego, ¿dónde estaba la independencia? ¿qué habrían conseguido entonces? no sería eso otra cosa que cambiar de dominador? ¿Y valdría la pena de todos aquellos indecibles sacrificios sólo para cambiar de amo? No: por la libertad y la independencia son pocos todos los sacrificios que puedan hacerse, pero para cambiar de dueño no valía la pena que siguieran arrastrando aquella vida de miserias. Desde el instante mismo en que en los pechos de los patriotas se extinguió la fe en la virtualidad de su ideal y pensaron que necesitaban someterse á otro poder extraño para que la libertad no fuese dañosa á la patria, la revolución de Cuba estaba moralmente vencida.

Mostrábase Miguel Luis con razón alarmado por aquel estado de cosas. La revolución estaba herida de muerte. Decía que ya la cuestión no era entre aldamistas, aguileristas y quesadistas, sino si Cuba había de ser independiente ó anexada. Mejor hubiera dicho que se trataba de saber si la revolución sería vencedora ó vencida. Invitaba á Aguilera á ir á Cuba libre y hacer la luz para desbaratar los planes inícuos tan insidiosamente preparados en el extranjero y en verdad que sólo ese paso hubiera podido salvar en aquellos momentos la revolución. Todavía Aguilera conservaba su prestigio personal en Cuba, y si en aquella situación hubiese podido desembarcar en ella con una mediana expedición, es seguro que hubiese hecho cambiar de faz todos los asuntos, causando una reacción completa; y aunque tal vez hubiera encontrado dificultad en el Gobierno, que como hemos visto, era de Aldama todo entero, quizás estos mismos hombres hubieran oído las reflexiones de Aguilera, consintiendo al fin en descartar á su ídolo Aldama. En todo caso, los jefes militares con quienes Aguilera tenía mucha influencia, se hubieran puesto de su parte al demostrarles la verdadera situación y el mal se habría cortado de raíz. No era Aguilera hombre que se parara en vanos escrúpulos; y así como se prestaba sumiso á ceder todos sus derechos cuando el bien de la patria lo requería, también sabía alzarse arrogante, pasando por encima de todas las trabas, cuando de la salvación de la patria se trataba.

El medio para conseguir este laudable resultado era echar á un lado á Aldama, Echeverría y Compañía y nombrar un Agente General que tuviese empeño en el triunfo de la revolución. En el exterior hubiera podido utilizarse la buena disposición del General Prado y los servicios del General Quesada; éstos hasta donde hubiera sido prudente.... Mas ya era tarde. Aguilera, agobiado por tanta pesadumbre, tocaba el término de su carrera....

Muy preocupado dejó á Aguilera la lectura de las dos cartas. No ponía en duda, ni aun presumía que hubiera exageración en lo que Morey le manifestaba, porque conocía bien la situación y los hombres y comprendía que todo era lógico. Lo que sí le sorprendió fué ver las raíces que habían echado en los hombres del Gobierno las ideas anexionistas; pero conociendo las intrigas de Aldama y Echeverría y sabiendo que ellos echarían mano á cualquier recurso para librarse de la independencia, comprendió que éstos eran los que habían imbuído allí tales ideas, y por lo tanto,

era necesario combatir tan perniciosa doctrina. Aguilera, adorador fanático de la independencia de su patria, sintióse alarmado y se apresuró á atajar los males que preveía.

Habiendo llegado Pío Rosado de Jamaica fué á ver á Aguilera. Entre otras cosas le dijo que se había separado del proyecto de Leoncio Prado, porque se había enterado de él Villegas, que estaba de Agente en Jamaica, y preveía que no podía menos que fracasar. Consistía el proyecto de Prado á que tantas veces hemos hecho referencia, en apoderarse á viva fuerza de un vapor mercante español que reuniera las condiciones necesarias para armarlo en corso y salir en él á la mar á perseguir el comercio español, sosteniéndose todo el tiempo que le fuese posible. Este proyecto atrevido se lo había expuesto á Aldama, tratando de obtener su apoyo, pero Aldama, que había desahuciado á Prado para otros proyectos más sencillos y hacederos, calificó éste de loco y quimérico, como tenía por costumbre hacer con todo lo que se separase de la rutina ordinaria. Prado se retiró desconsolado pero no desalentado y siguió siempre trabajando por conseguir su propósito. Cuando se avistó en Jamaica con su padre, le manifestó su propósito y el General, que era de muy diferente temple que Aldama, lo aprobó.

Hablando Aguilera y Pío Rosado sobre el estado de las cosas en Cuba libre y la necesidad de contener el avance de la doctrina anexionista, convinieron en que era preciso organizar un partido radical independiente para combatir al anexionista, fuera y dentro de la Isla. Convinieron también en que irían aquella noche á casa de Govantes, para donde se citarían algunas personas de buen consejo á fin de discutir tan delicada cuestión.

A la hora convenida se reunieron en casa de Govantes, éste, Manuel Quesada, J. Lamadriz, Miguel y Ricardo Cantero, Valdés Mendoza, el Rev. P. Palma y Eugenio Hostos, Rosado no pudo asistir. Manifestó Aguilera el grave problema que tenían enfrente, el que era necesario combatir en su principio, y que el objeto de la reunión era oir el consejo de los presentes sobre las medidas que convendrían adoptarse. Para que estuviesen enterados mejor de la cuestión, dió á Govantes la carta de Morey suplicándole la leyese. Mucho se discutió sobre el asunto, conviniendo todos en que revestía la mayor gravedad y últimamente se acordó la organización de un partido "Radical Independiente" nombrándose una comisión compuesta de Govantes, Lamadriz, Valdés Mendoza y Eugenio Hostos para que formularan el programa de dicho partido.

Dos días después volvieron á reunirse para discutir el programa y estatutos que redactó la comisión antes dicha. Se reunieron además de los que asistieron á la sesión anterior José Ignacio Quesada, Ignacio M. Varona, Prudencio Alvarez, Mora y algún otro. Se discutieron los estatutos artículo por artículo enmendándose algunos de éstos y aprobándose, lo mismo que el programa. Se dejó la elección de la Directiva para que tuviera lugar en otra reunión más numerosa.

Tuvo lugar ésta en casa del mismo Govantes. Asistieron el Reverendo Padre Palma, Ramón Martínez, Valdés Mendoza, Piedrahita, Valdés, Manuel é Ignacio Varona, Moraita, E. Hostos, P. Rosado, R. Cantero, los jóvenes Menocal y Domínguez, los dos hermanos Balbona, Molina, Rafael Lanza, Bellido de Luna, Aguilera y otros más. Discutieron largamente la formación del partido. Sostuvo Hostos que ellos no estaban en términos hábiles para formarlo porque se encontraban en el extranjero y su esfera de acción estaba en Cuba libre. Lo rebatió Pío Rosado diciendo que ante el peligro que amenazaba la patria, estaban en su derecho los cubanos de hacer oir su voz, donde quiera que estuviesen para advertir á sus paisanos de dentro y fuera de la República el riesgo que ésta corría.

Finalmente, quedó constituído el nuevo partido, siendo elegido para Presidente Aguilera, para primero y segundo Vicepresidente Manuel de Quesada y Ramón Martínez respectivamente, Teso-

rero Lamadriz y Secretario Govantes. Los demás fueron nombrados miembros del Comité de Propaganda.

Desde los primeros días de Noviembre se encontró Aguilera tan mal de su enfermedad, que pocas veces más pudo salir de su casa. Sin embargo no por eso dejó de tomar parte activa, desde su confinamiento, en todos los asuntos que tenía emprendidos.

CAPITULO XXXVIII

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE 1876

CAPTURA DEL VAPOR "MOCTEZUMA".—PRADO TOMA PASAJE EN EL VAPOR.—SUS COMPAÑEROS HACEN LO MISMO.—GOLPE DE MANO.—PRADO DUEÑO DEL VAPOR—ECHA LOS PASAJEROS EN TIERRA.—SE DIRIGE AL CABO GRACIAS A DIOS.—DESEMBARCA GRAN CANTIDAD DE CAFE.—EXPIDE UN CORREO A KINGSTON.—NOMBRA AGENTES QUE LO AUXILIEN.—LOS BUQUES DE GUERRA ESPANOLES BUSCAN AL "MOCTEZUMA".—TRES MARINEROS ESPAÑOLES DESERTORES LO DENUNCIAN. VAPOR PIRATA.—ALARMA DE LOS HABITANTES DE TRUJILLO.—DESTACAN UNA FUERZA PARA IRIONA.—LLEGADA DEL VAPOR ESPANOL "TORNADO".—PRISIONERO CUBANO CAPTURADO.—EL COMANDANTE DE "EL TORNADO" RECLAMA EL PRISIONERO.—ENERGICA ACTITUD DEL COMANDANTE DEL PUERTO.—EL COMANDANTE DEL "TORNADO" SE RETIRA PROTESTANDO.—ACTIVIDAD DE LOS AGENTES DE PRADO.—MIGUEL LUIS VA A NEW YORK.—SE AVISTA CON AGUILERA.—ESTE DEPLORA SUS MALES MAS QUE NUNCA.—TRATA DE AUXILIAR LA EMPRESA DE PRADO.—CARTA A LA SRA. DEL EXPRESIDENTE CESPEDES.—CARTA A RAMON MARTINEZ.—ENTUSIASMO DE AGUILERA POR LA EMPRESA DE PRADO.—PROPONE NOMBRAR AGENTES EN OTRAS CIUDADES.—CARTA A NICANOR TRELLES.—CARTA A LEOPOLDO TURLA, POYO, ETC.—CONTESTACION DE POYO.—CUBANOS HOSTILES A LA EMPRESA DE PRADO.

A principios de Noviembre tuvo lugar un hecho extraordinario y heróico que causó gran conmoción no sólo entre la emigración cubana en general, sino entre el elemento español de Cuba y su Gobierno; fué este la captura audaz del vapor español "Moctezuma" por un puñado de valientes cubanos.

El joven peruano Leoncio Prado, hijo del Presidente electo del Perú, General Mariano Prado, que había salido de su país para New York con el solo objeto de ofrecer sus servicios á la noble causa de los cubanos, y que tan mal acogido fué por el Agente General primero, y después por el mismo Presidente de la República de Cuba, no desalentado por tales ingratitudes, pues en su trato con los emigrados tuvo lugar de comprender que aquellas altas autoridades no representaban de ninguna manera los sentimientos del pueblo cubano; persistiendo en prestar sus servicios á Cuba, ya que los Representantes de ésta le habían negado cualquiera de los dos vapores, propiedad de la República, así como también autorización para levantar fondos en Sur América, al objeto de comprar uno y armarlo en corso, pues el ramo á que se había dedicado era la marina de guerra, resolvió proporcionarse un vapor á todo trance y ya que las autoridades cubanas se lo negaban, lo quitaría al enemigo. Este plan lo estuvo meditando por algún tiempo y hasta donde fué prudente lo comunicó al Agente Aldama, consiguiendo tan sólo la reprobación de éste. Finalmente, desengañado de que los altos poderes de Cuba le prestasen apoyo, se dirigió á algunos cubanos, que aunque no representantes del poder, parecían estar en más armonía con las aspiraciones de su patria.

Hallando entusiasta acogida el proyecto del joven Prado en Manuel Anastasio Aguilera, su hijo Miguel Luis, Pío Rosado, López Queralta y Manuel Morey, se asoció á éstos y comenzó sus trabajos. El resultado fué que se embarcó Prado á mediados del mes de Octubre para Puerto Plata en Santo Domingo y allí se reunió á otros compañeros con quienes contaba para su empresa. A la llegada á ese puerto del vapor español "Moctezuma" que iba de Puerto Rico para la Habana, tomó pasaje en

él el joven Prado con nombre supuesto y por orden suya se embarcaron también sus nueve compañeros, tomando sus respectivos pasajes en diferentes tiempos y con nombres supuestos también para no infundir sospechas. El vapor zarpó del puerto como de costumbre, y al día siguiente á la hora del almuerzo, cuando todos los pasajeros, el capitán y demás empleados de á bordo estaban sentados á la mesa, se presentó en la cámara Prado con algunos de los suyos, todos revólver en mano é intimó al capitán y demás presentes, en nombre de la República de Cuba que ninguno se moviese de su asiento, ó levantaría la tapa de los sesos al que lo intentase. Al mismo tiempo les ordenó se diesen prisioneros. La estupefacción fué general. Sólo el sobrecargo se levantó y quiso marchar sobre los agresores, pero una bala de Prado lo detuvo dejándolo muerto en el acto. Ordenó entonces que amarraran al capitán y otros empleados del vapor, los que no hicieron resistencia. Los pasajeros fueron encerrados en sus camarotes prohibiéndoseles salir y quedando vigilados convenientemente.

Mientras tanto Morey, segundo de Prado, secundado por otros compañeros hizo lo mismo con la tripulación. Aprisionada también ésta, se encontró Prado dueño del vapor. Dióse á conocer como jefe de la Marina Cubana, é intimó á los prisioneros en nombre de la República de Cuba que tomaba posesión del barco. Díjoles que éste se llamaría en adelante "Céspedes" y él era su Comandante. Se dirigió al Piloto y soltándole las ligaduras le ordenó que acercase el barco á la costa de Haití, frente á la cual estaban, donde pudiese desembarcar á salvo los pasajeros, amenazándolo con que á la menor señal de traición le atravesaría el cráneo con una bala. Otro tanto hizo con el Maquinista y los individuos de tripulación que estrictamente necesitaba, soltándoles las amarras y haciéndolos vigilar por sus hombres, revólver en mano. Los empleados se prestaron dócilmente. El vapor, que había detenido su marcha, comenzó á navegar de nuevo. Se acercaron á la costa de Haití; embarcaron en un bote los pasajeros, el capitán y gente que no necesitaban, para que tomasen tierra, y el vapor hizo rumbo al mar de las Antillas.

Llegaron al Cabo de Gracias á Dios, en Guatemala, donde desembarcaron gran cantidad de café de Puerto Rico que llevaba el vapor. Desembarcaron también al ciudadano Domingo Vélez con el encargo de llevar comunicaciones de Prado á Manuel Anastasio y Miguel Luis Aguilera, en Kingston, é instrucciones de volver á Cabo Gracias á Dios para dirigir al vapor los auxilios que llegaran. Emprendió Vélez su viaje á Kingston en desempeño de su comisión. La carta de Prado á Manuel Anastasio y Miguel Luis decía así:

"A bordo del "Céspedes" 9 de Noviembre de 1876.

C. C. Manuel A. y Miguel L. Aguilera.

Kingston, Ja.

Estimados amigos:

Con el mayor placer les dirijo la presente para manifestarles el feliz éxito de mi empresa. Ya somos dueños de un vapor y estamos resueltos á seguir adelante hasta que nos sobrevenga la muerte ó nos corone la victoria.

Necesitamos sin embargo Agentes de confianza y confiando en el patriotismo de ustedes no hemos dudado en nombrarlos Agentes Generales para nuestra gran empresa. Remitimos comunicaciones nombrando para Agentes locales en New York y en Kingston á los distinguidos CC. Leandro Rodríguez y Tomás Collazo, respectivamente. Creemos que ustedes convendrán en las cualidades de honradez y patriotismo que distinguen á esos señores y harán porque acepten el nombramiento que les enviamos.

Recomendamos á ustedes muy particularmente nos consigan la mayor cantidad posible de carbón de New Castle y Cardiff como también aceite de máquina, un botiquín bien surtido, cajas de cirugía y todo cuanto ustedes puedan calcular que pueda ser de provecho para nuestra empresa.

Con sentimientos de la mayor consi-

deración quedo de ustedes su afectísimo amigo y s. s. q. b. s. m.,

Leoncio Prado".

El hecho arrojado de la captura del vapor "Moctezuma" tuvo gran resonancia en todas partes, especialmente entre las autoridades españolas de la Habana. Inmediatamente pusieron en movimiento su marina de guerra, en busca del vapor filibustero que no podían encontrar. Difícil les hubiera sido dar con él á no ser porque en la costa de Honduras desertaron tres de los marineros españoles, los que dirigiéndose á Trujillo, se presentaron al Agente Consular español y le dieron cuenta de que el vapor estaba por aquel rumbo. El Cónsul fletó en el acto la goleta americana "Moud Barbour" y la mandó á la Habana con los tres marineros para que dieran cuenta del vapor que decían pirata.

Las autoridades de Trujillo alarmadas por las noticias que circulaban de que habían piratas por aquellas costas, los que se habían dejado ver en Puerto Limón é Iriona, mandaron una pequeña fuerza para que los capturasen, si iban á tierra, ó cuando no, para saber lo cierto, pues las historias referidas por los marineros desertores tenían en sobresalto á la población.

Pocos días después llegó al puerto de Trujillo el vapor de guerra español "Tornado" en busca del "pirata". Coincidió con la llegada de este vapor el haber sido conducido allí el prisionero Pedro Cestero, que dijo llamarse Raimundo Pardo. Había desembarcado del "Céspedes" en Iriona y fué aprehendido por la fuerza mandada de Trujillo. Inmediatamente el Comandante del "Tornado" pidió de manera enérgica que el prisionero le fuera entregado para darle el merecido castigo. El Comandante del puerto, Coronel D. Joaquín Gutiérrez, se negó á ello diciendo que en aquel país había autoridades para juzgar al reo y castigarlo ó absolverlo según el caso. Después de una porfiada controversia se retiró el "Tornado" no sin protestar.

Mientras esto sucedía en las costas de Honduras, los nuevos Agentes Generales de Prado no permanecieron ociosos. Miguel Luis Aguilera tomó el primer vapor para New York, dispuesto á hacer los mayores esfuerzos por mandar los auxilios que pedía su valiente amigo Prado.

En New York fué inmediatamente á ver á Aguilera. Encontró á éste confinado en su cuarto sin poder salir. Aguilera estaba informado por los periódicos del atrevido hecho del "Moctezuma", admirando el arrojo del joven extranjero que había concebido y dirigido tan arriesgado golpe de mano, y de sus valientes compañeros que lo secundaron. Con la mayor ansiedad aguardaba noticias de la suerte que hubieran corrido, esperando que el silencio que siguió al hecho, fuera señal de que no habían sido descubiertos.

Cuando llegó Miguel Luis y le dió noticias del vapor y de Prado, diciéndole que su padre y él habían sido nombrados Agentes Generales para auxiliar á aquél, Aguilera sintió más que nunca su estado, que no le permitía unir sus esfuerzos á los de Miguel Luis, á fin mandar un pronto socorro á aquellos heróicos patriotas. Sin embargo, trató desde su lecho de dolor de tocar todos los resortes que creyó propios para conseguir el objeto deseado, y habiendo dicho Miguel Luis que había logrado interesar en favor de su empresa á la señora Emilia Casanova de Villaverde, escribió á la señora viuda del Ex-Presidente Céspedes la siguiente carta:

"New York, Diciembre 17 de 1876.

"Señora Ana Quesada de Céspedes.

"Muy estimada amiga:

"Tengo el gusto de manifestar á usted que se presenta una coyuntura para practicar dos buenas obras y son: servir á la patria y aumentar los fondos que se han recogido para auxiliar las viudas y huérfanos cubanos. Es el caso, que necesitándose utilizar los referidos fondos recogidos para hacer un importantísimo servicio á Cuba, la persona que ha de tomarlos en calidad de préstamo, los devolverá con aumento de

mil pesos, en el término de dos ó tres meses; por lo tanto, interesándome en el aumento de dichos fondos, así como en la realización del objeto á que se destinan hoy, le ruego ponga de su parte todo interés en que se lleve á efecto.

"La señora Emilia C. de Villaverde, encargada de esta negociación é interesada como yo en el asunto, se entenderá con usted.

"Queda de usted su afectísimo seguro servidor q. b. s. p.,

F. V. Aguilera".

Ya antes había escrito á Ramón Martínez la siguiente carta:

"New York, Diciembre 11 de 1876.

"Ciudadano Ramón Martínez.

"Mi estimado amigo:

"Según me ha instruído el portador, Miguel L. Aguilera, el plan de auxilio al "Céspedes" está arreglado y listo para salir el buque con el carbón, etc.; tan sólo se le exige la cantidad de mil pesos para realizar el negocio.

"La urgentísima necesidad de no dejar perecer en el abandono una empresa que tan grandes servicios puede prestar á Cuba, y especialmente al *Partido Independiente* á cuyo partido se consagran aquellos héroes, y no ser posible la espera de recoger recursos en esta y otras partes para subvenir á esa atención, me obliga á rogar á usted haga el sacrificio posible para allanar esa dificultad.

"El buque que lleve los efectos y hombres, retornará con valores sobradamente suficientes para llenar el compromiso que contraiga el encargado de conducirlo; pero no se esperará á ese temperamento para pagar los mil pesos ó dos mil que se empleen en el despacho de la expedición, porque los otros Agentes de Prado que aquí quedan, ayudados de otras personas, se consagrarán á recolectar en distintos puntos fondos para ese pago.

"Usted conoce cuán gran trascendencia tiene el éxito del "Céspedes" por distintas razones... y yo, repito, ruego á usted que lo tenga todo en consideración, lo aprecie y en su conciencia obre conforme á nuestras patrióticas conveniencias.

"Tengo el gusto de manifestar á usted que me encuentro muy mejorado de salud, y deseando que la de usted sea cabal, me repito su afectísimo amigo,

F. V. Aguilera".

Los crueles dolores que sufría Aguilera por su enfermedad, y las angustias que le causaba, impidiéndole alimentarse y aun respirar siquiera, no eran causa que le impidiese ocuparse de Cuba, de la revolución, de la empresa del valiente joven extranjero que tan generosamente se había puesto al servicio de Cuba, no con las miras del aventurero que juega su vida contra el lucro que pudiera obtener, sino porque se veía arrastrado por las simpatías que en él despertara aquella causa noble que era la causa de la América entera.

Preocupado por estas ideas y pensando que era más meritorio lo que aquel joven hacía que lo que él mismo había hecho, porque el joven era extranjero, y él, como cubano, estaba obligado á sacrificarlo todo á su patria; no pudiendo hacer otra cosa desde el lecho de angustias en que yacía, propuso á Miguel Luis nombrar algunos Sub-Agentes en otros centros de emigración cubana; y siendo aprobada la idea, escribió las siguientes cartas:

"New York, Diciembre 27 de 1876.

"Señor Nicanor Trelles.

"Mi estimado amigo:

"Privado de sus apreciables letras hace algún tiempo y privado de dirigirle las mías por el estado en que estoy desde mi última expedición á Cuba, de cuya enfermedad, afortunadamente me encuentro mejorado, gracias á la asistencia médica homeopática que me dispensa el Dr. Terry, tengo el gusto de escribir á usted hoy con el importante objeto siguiente:

"Por los periódicos se habrá usted informado del heróico hecho del joven Leoncio Prado, por el cual nos encontra-

mos dueños de un vapor magnífico el que no tardará en iniciar una serie de hechos que darán mucha gloria al pabellón cubano, provecho á nuestros intereses políticos y económicos, colmará de espanto y desconcierto á nuestros enemigos y precipitará los acontecimientos favorables á la libertad é independencia de Cuba.

"Prado ha hecho un llamamiento á la emigración cubana para que le preste los primeros auxilios que necesita para iniciar su provechosa y gloriosa carrera y ha nombrado sus Agentes Generales, para recoger esos auxilios y conducirlos convertidos en elementos de guerra y movimiento, á los patriotas Coroneles Manuel A. Aguilera y Miguel L. Aguilera, cuyos antecedentes políticos garantizan el éxito de su cometido, así como su actividad, inteligencia y honradez. Estos ciudadanos se encuentran ocupados en el asunto y no pueden ir personalmente á gestionar el negocio acerca de los hermanos de esa población.

"En esta dificultad han confiado en el patriotismo y demás acrisoladas cualidades que á usted adornan, y le dirigen la autorización que recibirá con ésta y yo le ruego á usted acepte y desempeñe como uno de los más importantes servicios á nuestra Cuba. Quedo tranquilo en la seguridad de que sus esfuerzos corresponderán á nuestro deseo y á la grandeza del objeto.

"Reciba usted todo el afecto de su invariable amigo y servidor,

F. V. Aguilera".

"New York, Diciembre 27 de 1876.

"Señor Leopoldo Turla.

"Muy estimado amigo:

"Desde mi última expedición á Cuba libre estoy enfermo á causa de los trabajos é insolaciones de la navegación. Llegué á verme en bastante mal estado pero gracias á Dios me encuentro ya muy mejorado. De mucho placer y consolación me habrían servido sus gratas letras que hace muchos meses no recibo.

"A nuestro buen amigo el ciudadano Nicanor Trelles le escribo recomendándole un asunto patriótico importantísimo y ruego á usted que se informe de cuanto en mi carta le digo y que una sus poderes y esfuerzos á los de ese distinguido patriota para conseguir el objeto apetecido.

"Consérvese usted bueno, como lo desea su afectísimo amigo,

F. V. Aguilera".

Otra carta en el mismo sentido que la primera mandó al ciudadano José Poyo en Cayo Hueso y á otros patriotas.

Vamos á transcribir aquí la contestación que recibió de Poyo. Dice así:

"Key West, Enero 8 de 1876.

"Ciudadano Francisco V. Aguilera.

New York.

"Respetable compatriota y amigo:

"De mucho honor y placer me ha servido su favorecida de Diciembre 27, tanto por la inmerecida distinción que me dispensa usted creyendo que puedo servir y merezco el cargo con que se han servido honrarme los señores M. A. y M. L. Aguilera con el fin de recaudar fondos para la empresa del "Moctezuma", como por saber que se haya usted mejorado de sus males, gracias á Dios y á la asistencia del doctor Terry. Espero que llegará usted á recuperar la salud, llenando así mis deseos y los de todos sus amigos y buenos compatriotas.

"La situación económica que atravesamos aquí es pésima, y si á eso agrega usted el indiferentismo ó desmoralización que los *hombres funestos* con sus errores han sembrado en la emigración cubana, fácilmente comprenderá usted el ímprobo trabajo que tengo que emprender para excitar el patriotismo, alejar la desconfianza y combatir á los españolizados y á los que por no ser aldamista, ven con airados ojos la gloriosa empresa del "Moctezuma".

"Conociendo todo esto, respetable amigo, he aceptado la comisión que me han confiado los señores Agentes Generales de la empresa, y haré cuanto pueda hacer un hombre que tiene la conciencia

de su dignidad patriótica y el valor de sus convicciones para corresponder á ella, con lo cual queda usted servido.

"Rogándole á Dios que acabe de ponerlo á usted bueno el Dr. Terry y que nuestros trabajos den el mejor resultado para la independencia y felicidad de Cuba, quedo de usted con el mayor respeto, su afectuoso amigo y compatriota,

José D. Poyo y E."

Lamentábase Poyo de que hubiera quienes, por no ser "aldamista" la empresa del "Moctezuma" la miraran con ojos airados, y era la verdad, á tal grado habían llegado las pasiones de bandería por un lado y la indiferencia patriótica por otro. Y preguntamos: con tales sostenedores de una causa, con hombres que no eran capaces de entusiasamarse por un hecho tan heróico, que tanto bien podía reportar á la causa que decían defender, y cuyo hecho, realizado ya, tan poco esfuerzo necesitaba de su parte para sostenerlo y hacerlo fructificar ¿qué podía esperarse? Indudablemente, si la revolución estaba muerta en Cuba también lo estaba en el extranjero.

CAPITULO XXXIX

DICIEMBRE 1876 Y ENERO DE 1877

RAFAEL QUESADA.—SE DISPONE A AUXILIAR A L. PRADO.—SE DIRIGE A COLON—INFORMA AL GENERAL PRADO DE LO QUE PASA.—ESTE REMITE FONDOS PARA AUXILIAR LA EMPRESA.—RAFAEL QUESADA FLETA UNA GOLETA.—LLEVA CARBON, VIVERES, ETC., A L. PRADO.—ILUSIONES DE L. PRADO.—FONDEA EN LA BAHIA BRAGMAN—ESPERA AUXILIOS.—LLEGA EL VAPOR ESPANOL "JORGE JUAN".—PONEN FUEGO AL "CESPEDES".—SE DIRIGEN A LA COSTA EN UN BOTE—LOS PERSIGUE OTRO DEL "JORGE JUAN".—ESTE VAPOR VA AL CABO GRACIAS.—RECLAMA EL CAFE DEPOSITADO.—LAS AUTORIDADES SE NIEGAN A ENTREGARLO.—EL COMANDANTE DEL "JORGE JUAN" PONE A PRECIO LAS CABEZAS DE LOS PATRIOTAS FUGITIVOS.—RAFAEL QUESADA LLEGA DONDE ESTABA EL "CESPEDES" SUMERGIDO.—TRATA DE SOCORRER A LOS FUGITIVOS.—VUELVE A CABO GRACIAS.—NEUTRALIZA LA PROPAGANDA HECHA POR EL "JORGE JUAN".—LLEVA 200 QUINTALES DE CAFE A COLON.—TRISTE SITUACION DE PRADO Y SUS COMPAÑEROS.—EN LA COSTA DE LA MOSQUITIA.—REGION SALVAJE, SIN CAMINOS.—HACEN COMO CIEN LEGUAS A PIE.—TIENEN LOS PIES HINCHADOS.—LLEGAN POR FIN A CORRINTO EN NICARAGUA.—PEDRO CESTERO PRISIONERO EN TRUJILLO.—LLEGA EL VAPOR ESPANOL "ISABEL LA CATOLICA".—RECLAMA AL PRISIONERO CUBANO.—QUIERE SE LE FUSILE COMO PIRATA.—LAS AUTORIDADES DE TRUJILLO OYEN LA RECLAMACION.—PROPONEN CONSULTAR AL GOBIERNO.—EL CORREO TARDA UN MES EN IR Y VOLVER.—CESTERO VIRTUALMENTE EN CAPILLA.—AMENAZAS DEL COMANDANTE ESPANOL.—SE MARCHA AL FIN.—DIJO VOLVERIA CON PLENOS PODERES.—CARTA DEL DR. MARTIN A AGUILERA.—CARTA DE ESTE A LEONCIO PRADO.

Dejemos á Miguel Luis y sus auxiliares, incluso el inválido Aguilera, todos á cual más pobres, haciendo los mayores esfuerzos para auxiliar al joven Prado y sus compañeros y veamos lo que hizo Rafael Quesada.

Este patriota, con su sagacidad natural, comprendió el estéril campo que presentaban las emigraciones de los Estados Unidos; y persuadido de que era necesario obrar con rapidez, pues de otra manera aquella útil empresa, comenzada con tanta brillantez y buena fortuna, fracasaría irremediablemente, pensó adoptar otro temperamento que había de dar un resultado más rápido y positivo; y no se equivocó.

A ese efecto se trasladó á Colón y desde allí se puso en comunicación con el General Prado, padre del joven Leoncio, en el Perú; le dió conocimiento del hecho heróico que su hijo acababa de realizar con tanta fortuna y la crítica situación en que estaba por falta de unos pocos recursos á fin de proporcionarle carbón y otros efectos para continuar la carrera de hazañas que había emprendido.

El General Prado, que desde su paso por Jamaica estaba informado por su

hijo del plan que intentaba; conociendo por otra parte hasta dónde podía llegar la diligencia y buena voluntad del Representante Oficial de Cuba en el extranjero, que era el inmediatamente llamado á favorecer aquella empresa, realizada en provecho de la revolución cubana, mandó inmediatamente á Quesada fondos suficientes para prestarle los auxilios necesarios.

R. Quesada, sin pérdida de tiempo, fletó una goleta, la cargó de carbón, víveres y otros efectos y se hizo á la mar en busca del "Céspedes" y su bravo comandante, el día 15 de Enero. Tenía orden del General Prado para establecer diferentes depósitos de carbón en puntos que le fuera fácil tomarlo al vapor filibustero. ¿Se propondría el General Prado sostener en el mar, él solo, ese corsario cubano? ¡Qué contraste entre la conducta de un peruano y la de tantos cubanos ricos de la emigración!

Digamos, mientras tanto, lo que pasaba al vapor "Céspedes" que dejamos en Cabo Gracias. Después que Prado descargó la gran cantidad de café que llevaba y despachó á su comisionado Vélez, con comunicaciones para sus amigos, en demanda de auxilio, quedó lleno de esperanzas al pensar que el atrevido golpe dado con tan buen resultado, no podría menos que llenar de entusiasmo á los emigrados cubanos, que mirando ya á la República dueña de un magnífico vapor, que á tan poca costa podrían sostener, le mandarían carbón, única cosa que les pedía, pues confiaba poder armarlo á su costa, y dotarlo de la tripulación y tropa necesaria. Creyó Prado que los hombres adinerados cubanos lo auxiliarían, y aun el mismo Agente Aldama, viendo ya que su plan no era una quimera, sino un hecho consumado, se prestaría á secundarlo para compartir con él la gloria de los hechos que realizara.

Alentado por tan hermosas ilusiones trató de encontrar en aquellas desiertas costas un lugar seguro donde ocultarse mientras llegaban los recursos pedidos. Después de recorrerlas escogió como más apropósito un seno de la bahía Bragman, en la costa de Nicaragua. Allí fondeó, dejando el aviso convenido en el lugar que Vélez conocía.

Pasaron los días y las semanas y Prado y sus compañeros no recibían los auxilios que ansiaban, ni noticia alguna. Sin embargo, aguardaron con paciencia esperando cada día ver aparecer en el horizonte la vela salvadora que les trajera la buena nueva.

En esta zozobra estuvieron cerca de dos meses. Finalmente, en la mañana del 3 de Enero, cuando se preparaban á almorzar, vieron aparecer frente á la punta de tierra que los ocultaba, un vapor que evidentemente los buscaba. Teniéndolo ya bien cerca, conocieron que era español. Estaban perdidos. Efectivamente, era el "Jorge Juan". Este trance extremo lo tenía Prado previsto también. Como el vapor estaba tan próximo que apenas tenían tiempo para abandonar el suyo y escapar, dió Prado la orden de "fuego". Inmediatamente regaron el buque con las substancias inflamables preparadas é incendiaron el "Céspedes". El barco pronto se vió ardiendo. Pudo entonces observarse un hombre negro, entre el humo y las llamas, cual genios del mal, recorriendo la cubierta, regando petróleo y aplicándole fuego. Era el Capitán Morey que loco de desesperación, quería hacer bien segura su obra destructora. Seguidamente tomaron los botes y fueron á tierra. Los últimos que salieron de entre las llamas fueron Prado y Morey. El "Céspedes" quedó convertido en una inmensa hoguera.

El "Jorge Juan" mandó algunos botes en persecución de los fugitivos, pero no pudieron darle alcance. Probó también dominar el incendio con sus bombas y tampoco le fué posible. El "Céspedes" estuvo ardiendo tres días, hasta hundirse.

El "Jorge Juan" se dirigió al Cabo Gracias y exigió de las autoridades que le entregaran el café depositado por el "Céspedes", amenazando bombardear la población. Las autoridades se negaron y el capitán del vapor tuvo á bien no llevar á efecto su amenaza. Antes de retirarse ofreció á los indios del país una cantidad de dinero por las cabezas de

los cubanos que se habían refugiado en tierra. Esto aumentó el peligro que aquellos corrían, pues ya eran perseguidos también por los salvajes para robarles.

Rafael Quesada, que llevaba socorros para el "Céspedes", seguramente por no haber sido bien informado de la combinación acordada entre Prado y Vélez, tuvo bastante dificultad para hallar el vapor. Finalmente lo encontró ya sumergido. Sabiendo que los tripulantes habían escapado á tierra, trató de hallarlos, á cuyo efecto hizo toda clase de pesquisas, recorriendo las costas en botes y canoas é internándose á caballo; pero fueron inútiles sus esfuerzos.

Dirigióse entonces en la goleta á Cabo Gracias. Al llegar se informó de la atmósfera hostil á los cubanos que había hecho el crucero español; trató de desvanecerla haciendo comprender á aquellas gentes, que los cubanos no eran piratas, sino hombres que peleaban por la libertad de su patria, por arrojar de ella al tirano, por sus derechos de hombres libres é hizo salir también comisiones en auxilio de sus paisanos.

Desesperanzado Rafael Quesada de encontrar á los patriotas, tomó á bordo de la goleta los doscientos quintales de café depositados y se dirigió á Colón con objeto de venderlos, llegando á ese lugar á mediados de Febrero.

Aflictiva fué la situación de Prado y sus compañeros así que dejaron el vapor. Encontráronse en las extensas costas de Los Mosquitos entre espesos manglares, sin caminos, sin rumbo, andando al acaso entre el fango. Finalmente, decidieron hacer rumbo al Oeste. En esta deplorable situación anduvieron mucho, hasta que el terreno se hizo escabroso. Entonces sufrieron nuevas penalidades, pues como estaban descalzos, por haber perdido el calzado, la marcha fué muy penosa. Gradualmente el país se convirtió en montañoso, y con esto aumentaron sus sufrimientos. Con los pies llagados, rendidos de fatiga, sin alimento ni agua muchas veces, sin caminos, perdidos en aquellas soledades, sin más amparo que la divina Providencia, era forzoso seguir adelante. Finalmente, encontraron la choza de un indio; éste les dispensó los auxilios que su miserable estado le permitió y allí se repusieron un tanto, continuando luego su penosa marcha. Sus condiciones fueron mejorando según avanzaban por territorio civilizado, hasta que por último llegaron al puerto de Corinto en el Pacífico.

Veamos el incidente ocurrido con el joven Pedro Cestero, que dejamos prisionero en Trujillo. Presentado á las autoridades, lo encerraron en el cuartel de la fuerza para juzgarlo. A los pocos días —el 28 de Febrero—fondeó en el puerto el vapor de guerra español "Isabel la Católica". Inmediatamente su comandante intimó á las autoridades de la población que fuese fusilado el pirata cubano ó se le entregase, para igual efecto.

Desgraciadamente el Comandante Gutiérrez que con tanta energía como dignidad había resistido á las mismas pretensiones del Comandante del "Tornado", no se encontraba allí por haber ido á Belize en desempeño de una comisión, dejando encargado de la Comandancia al Administrador de la Aduana D. Faustino Dávila. Este señor, que parecía de diferente temple que Gutiérrez, dió cabida á las reclamaciones del Comandante español y accedió á mandar un correo á consultar al Gobierno de la República si cedería á la reclamación de dicho Comandante, entregándole el pirata cubano. Más de un mes tardó el correo en ir y volver y durante ese tiempo estuvo Cestero virtualmente en capilla, esperando saber si sería entregado á sus crueles enemigos. Por fin el 30 de Marzo volvió el correo con una enérgica y digna negativa de parte del Gobierno. Le fueron entregadas las comunicaciones al Comandante del "Isabel la Católica", señor Rada, quien protestó y pretendió cobrar las estadías por el tiempo que había esperado. Finalmente amenazó bombardear la población y llevarse por la fuerza al prisionero. Tuvo á bien, sin embargo, retirarse con su barco sin cumplir su promesa, diciendo que dentro de quince días estaría de vuelta con plenos poderes para proceder con toda energía.

Como es de suponer, no volvió, y así terminó el hecho del "Moctezuma" co-

menzado con tanta bravura y gloria por un peruano y terminado tan tristemente por la falta de patriotismo de los ricos emigrados cubanos. Vamos á insertar una carta que con respecto á este asunto recibió Aguilera del Doctor Martín. Dice así:

"Puerto Limón, Enero 16 de 1877.

"Señor F. V. Aguilera.

"Por el Reverendo Palma que ví en Colón supe de usted y con sentimiento me dió la noticia de encontrarse usted muy enfermo; más espero que ya se encontrará restablecido. Quiéralo Dios.

"Rafael Quesada vino conmigo de Colón hasta este puerto, habiendo seguido para Greytown, Nicaragua. Viene con una comisión del General Prado, para su hijo. Trae fondos dados por el primero para dejar carbón en los puntos que crea que pueda tocar el "Moctezuma".

"Joaquín Palma y Pití siguen con Quesada. El último fué uno de los héroes del "Moctezuma". Yo estoy encargado para tener listo aquí carbón en caso que tenga que arribar á este puerto.

"Me permito adjuntarle una fotografía mía, como un recuerdo de mi inolvidable cariño hacia usted. Sírvase admitirla así, mi querido D. Pancho.

"En mi anterior le decía que me encontraba aquí como Secretario del Gobernador y Administrador de Correos.

"Aunque lejos de mi patria, siempre hago alguna cosa por ella.

"Me tomo la libertad de suplicarle haga presente á su familia mis finos recuerdos hacia ella.

"Yo me suscribo, su hijo, su amigo y su soldado. Esta es la expresión de mi corazón.

Andrés Martín de Castro".

Una vez fracasada la empresa del "Céspedes", Miguel Luis, que á pesar de todos sus esfuerzos no había podido reunir una cantidad suficiente para ir en socorro de su amigo Prado, se propuso salir de New York á avistarse con él. En tal virtud, quiso Aguilera aprovechar la oportunidad para escribir al joven Leoncio á fin de demostrarle que había corazones cubanos que sabían apreciar su heroismo y agradecer en nombre de la patria sus sacrificios. He aquí la carta:

"New York, Enero 28 de 1877.

"Ciudadano Leoncio Prado.

"Queridísimo amigo:

"Aprovecho la oportunidad presente para dar á usted un testimonio de mi invariable afecto con estos renglones que no son escritos de mi propio puño por encontrarme enfermo todavía desde nuestra infortunada expedición.

"No obstante mi estado de enfermedad y los crueles días que me ha hecho pasar, llenó mi corazón de alegría y de orgullo la noticia de su heroismo hecho en el "Moctezuma", confirmando las halagüeñas esperanzas que usted con tanta razón me hizo concebir desde antes de este glorioso acontecimiento. Por ellas llevaba yo la intención decidida de corroborar con todas mis fuerzas á los proyectos de usted, cuyo propósito torció el destino.

"Desde el momento de la feliz noticia, he seguido día por día, con el mayor anhelo el transcurso del tiempo, esperando saber la suerte que usted corriera y lleno de ansiedades por la que corrieran también las diligencias de sus Agentes en ésta, siéndome sobremanera amargo mi estado de enfermedad porque me ha privado de ayudarlos al tamaño de mis deseos.

"Al natural pesar que me ha producido la noticia del siniestro del 3 de Enero, se une la satisfacción de que usted y sus dignos compañeros salieran salvados de aquel suceso; no sólo porque la existencia de usted es preciosa por tantos títulos para la sociedad, para la patria y para mi, sino también porque estoy íntimamente persuadido de que los héroes no retroceden jamás ante el primer obstáculo.

"Miguel Luis, portador de ésta, lleva un proyecto, seguramente acorde con los mismos de usted, y yo quedo deseando con todo mi corazón que tenga el más

feliz éxito para que usted pueda marchar por la gloriosa senda que el destino pone á su frente; y deseo también con todo mi corazón que tenga siempre presente con su perspicacia é inteligencia, las lecciones del pasado ya con las cosas ya con los hombres, para que no sea detenido por irreparables desengaños.

"Ya que no me ha sido dado hasta ahora ayudarlo en sus heróicos propósitos, esté usted seguro que quedo identificado completamente con sus ideas y esperanzas y que haré mía la suerte que á usted le quepa en cualquier sentido; y quedo rogándole á Dios que pueda yo darle un abrazo cuando usted se halle coronado de nuevos laureles.

"Sírvase, cuando le sea oportuno, hacer á su dignísimo señor padre, mi estimado amigo, los recuerdos de mi invariable estimación.

"Mis afectos á mi amigo Morey á quien se servirá manifestar que atenderé cumplidamente su encargo, y que la niña se cuenta hoy en el número de mis hijas, recibiendo igual educación que ellas.

Quedo esperando recibir lisonjeras noticias de usted, y con cariñosos recuerdos de toda mi familia, reciba usted el sincero afecto de su amigo,

F. V. Aguilera".

"Los héroes no retroceden ante el primer obstáculo" decía Aguilera á Leoncio Prado. Esto revela que á pesar del lastimoso estado á que se veía reducido, Aguilera era siempre el mismo. Era de los que predicaban con el ejemplo y así como estaba siempre dispuesto á marchar adelante, trataba de infundir en los demás su mismo espíritu.

CAPITULO XL

ENERO Y FEBRERO DE 1877

LA ENFERMEDAD DE AGUILERA AVANZA.—CAMBIO DE MEDICO.—ADOPTA EL SISTEMA HOMEOPATICO.—CONFERENCIA DE QUINTIN BELTRAN CON AGUILERA.—CARTA QUE LE DEJA ESCRITA.—ASTUCIA DE LOS QUESADAS.—REPUGNANCIA DE AGUILERA POR ESTOS.—TODO POR CUBA.—CARTA DEL GENERAL PRADO A AGUILERA.—ESPERANZAS QUE LE HIZO CONCEBIR.—ENSUENOS DE AGUILERA.—DESGARRADORA REALIDAD.—CUBA SU CONSTANTE PENSAMIENTO.—CUIDADO QUE DABA A SU CORRESPONDENCIA.—EXPEDICION DE MEXICO.—IMPORTANCIA QUE LE DABA.—EL ESPIRITU DE AGUILERA.—CARTA DEL GENERAL MEXICANO SOSTENES ROCHA.—AGUILERA CASI HA PERDIDO LA VOZ.—TRATA DE DISTRAER SUS SUFRIMIENTOS OCUPANDOSE DE CUBA.—PARRAFOS DE UNA CARTA DE DOMINGUEZ COWAN.—GRATA IMPRESION QUE PRODUJO EN AGUILERA.—CASA DONDE VIVIA AGUILERA.—SENCILLEZ DE SU HABITACION.—NUNCA GUARDO CAMA.—SU COSTUMBRE DE PASEARSE.—EL 22 DE FEBRERO.—CONTEMPLA A SUS HIJAS CON FRECUENCIA.—LAS DIEZ Y MEDIA DE LA NOCHE.—SE PASEA INTRANQUILO.—SOBREVIENE LA ASFIXIA.—CAE DESPLOMADO EN BRAZOS DE SUS HIJAS. EXHALA EN ELLOS SU ULTIMO ALIENTO.

La enfermedad de Aguilera seguía su curso fatal. Cuando comenzó se hizo cargo de él su amigo el Dr. Juan Cisneros que lo asistió con la mayor asiduidad; pero habiendo éste desengañado á los familiares de que la enfermedad era mortal por naturaleza y que no había esperanza de salvarlo y por otra parte, habiéndoles indicado algunos amigos que otro médico había realizado curas asombrosas por el sistema homeopático, resolvieron dichos familiares optar por quien les daba alguna esperanza. A este efecto, después de haber propuesto el cambio á Aguilera y aceptado que fué, hablaron con franqueza al Dr. Juan Cisneros y se hizo cargo del enfermo el Dr. José Antonio Terry. Señaló éste un plan que la familia siguió estrictamente pero sin notar mejoría apreciable.

Como á pesar de sus sufrimientos y de los consejos de sus familiares, Aguilera continuaba ocupándose siempre en los asuntos de la revolución, fué un día

á visitarlo Hilario Cisneros acompañado de Quintín Beltrán, quien decía tener que comunicarle un asunto muy reservado. Era Quintín Beltrán, español, y uno de los que habían estado complicados en el complot para asesinar á Aguilera é Hilario Cisneros en New Orleans el año 1874. Para que el lector tenga una idea del asunto de esta conferencia, insertaremos el texto de la carta que dejó Beltrán á Aguilera. Dice así:

"New York, Enero 26 de 1877.

"D. Francisco V. Aguilera.

"Respetable General:

"Cosas indispensables me hacen dirigirme á usted con este escrito para que esté usted al alcance de todo.

"La semana pasada me mandó llamar M. Quesada para que me viera con él en casa de Emilia Villaverde, á fin de que yo le otorgara un escrito favorable á ellos, mas yo negué esta proposición; ellos quieren que yo haga una cosa que como usted sabe es imposible. Usted recordará que hace ocho meses que yo estaba preso en Trenton, estado de Jersey, y se me presentó R. Quesada y el Coronel Duran con otro muchacho que yo no conozco, y que es de Philadelfia; este último vino de intérprete, ofreciéndome varias cosas para que yo desmintiese lo que verdaderamente había oído, visto y defendido en Nueva Orleans.

"D. Hilario Cisneros me exigió un escrito como este que doy á usted á fin de que mañana á pasado pueda usted asegurar con esta mi firma lo que es cierto y usted sabe; ó si en algún mitin ó en reunión alguna aparece Manuel ó Rafael Quesada con un escrito mío, que digo cosa contraria, es porque este señor en mi prisión me engañó tristemente, diciéndome no ha visto usted Beltrán que antes no nos podíamos ver con Cisneros, Aguilera ni la Junta pues bien, ahora todos somos amigos y vengo de parte de ellos para que me firme usted este documento; pero yo viendo ahora la traición de este último, dirijo á usted este escrito, con el otro testigo que usted sabe quién es, que sea este válido, por ser más moderno.

Quintín Beltrán".

De tan extraña revelación dedujo Aguilera que no teniendo los Quesadas su conciencia tranquila, respecto al crimen intentado en New Orleans, y temiendo que alguna vez el atentado pudiera volverse contra ellos, trataron de arrancar á Beltán, uno de los principales instrumentos de quienes pretendieron valerse, que lo había confesado todo á Aguilera y Cisneros, una declaración que contradijera lo que había confesado antes, para tener ese escudo con qué parar cualquier golpe.

No guardaba rencor Aguilera á los Quesadas por lo que en aquella época intentaron con él. Aguilera era fácil á perdonar, sobre todo, si el ofensor daba muestras de arrepentimiento. Sin embargo, no podía menos de sentir disgusto de estar unido con tales hombres; de verse asociado á ellos y admitirlos como compañeros. Cuando á su mente venían estas ideas, recordaba que á ese extremo lo habían reducido sus paisanos y alzaba su espíritu, y pensaba en Cuba, en su causa santa y se sentía dispuesto no ya unirse á los Quesadas, sino que hubiera consentido en dejarse sumir en la más inmunda mazmorra, rodeado de los criminales más feroces, si supiera que á ese sacrificio suyo había de deber Cuba su independencia.

Recibió Aguilera una carta del General Prado que decía así:

"Lima, Enero 27 de 1877.

"Señor Don Francisco V. Aguilera.

P. O. Box 4,739 N. Y.

"Mi estimado amigo:

"He tenido el gusto de recibir su carta de 6 de Octubre último, con mucho atraso, y quedo impuesto de su contenido.

"Cuando estuve en París hablé con el señor Varona y dí cuantos pasos pude por servirlos; desgraciadamente, todos mis esfuerzos fueron inútiles y no se llevó á cabo arreglo ninguno.

"Hoy, por el puesto que ocupo, no me es dado hacer lo que desea mi buena voluntad y simpatía por ustedes; sin embargo, debe usted confiar en que la realización de su sueño dorado me ocupa tal vez tanto como á usted y esperar, que yo haré cuanto esté en la esfera de lo posible.

"Me es grato saludarlo con el buen afecto y estimación que le profeso como su A. A. S. S.,

Prado".

Esta carta la estimó Aguilera muy satisfactoria.

El párrafo final escrito por un hombre como el General Prado era muy significativo. Comprendía Aguilera las trabas que imponía al General el alto puesto que ocupaba, pero también veía claramente por el texto de su carta que no se dejaría sujetar por esas trabas. Pensaba que un hombre de voluntad tan firme, revestido de tan alto poder, haría bueno cuanto ofrecía.

¡Oh! cuánto deploró la cruel enfermedad que lo sujetaba y lo privaba de toda acción. ¡Qué oportunidad más magnífica, cuando ya no podía hacer nada para aprovecharla! Era indudable que si pudiera llevar á efecto su intento, y se presentara en Lima, obrando con el mismo tacto, prudencia y discreción que en París, para no comprometer á su poderoso amigo, éste lo hubiera auxiliado de una manera espléndida, como sabía hacer las cosas. Aguilera entonces habría obtenido recursos suficientes para llevar á Cuba una buena expedción y se hubiera presentado en su patria otra vez, no ya como humilde fracasado, sino como el salvador de la revolución, llevando á sus hermanos en abundancia lo que tanto ansiaban... ¡Qué sueño más hermoso para Aguilera y qué realidad más cruel cuando se veía sujeto por mano invisible y despiadada que señalándole el hermoso cuadro que podía realizar, al mismo tiempo lo aprisionaba y lo privaba de todo movimiento, como para gozarse en su tortura y su desesperación!

Día por día avanzaba el curso de su enfermedad. Cada vez los accesos de asfixia eran más frecuentes y el tumor del cuello se agrandaba más y más, adquiriendo la dureza del mármol. Su esposa é hijos rogaban á los visitantes no le hablasen de los asuntos de Cuba. Estos procuraban evitarlo, pero Aguilera con voz ahogada, única que podía emitir, les dirigía preguntas para informarse de los telegramas del día, del estado de los asuntos, de las noticias y el resultado era que no se hablaba de otra cosa que de la revolución. Se animaba ó entristecía, según eran favorables ó adversos para Cuba, los asuntos que ocurrían.

Una de las cosas en que se ponía mayor cuidado era en el despacho de su correspondencia, y cuando ésta se retrasaba por los períodos de agudos dolores que sufría, no bien mejoraba, llamaba á su hijo, le hacía leer las cartas recibidas y le dictaba sus contestaciones.

La última carta de Aguilera tiene fecha 6 de Febrero de 1877, es decir, 16 días antes de su muerte. Está dirigida al General mejicano D. Sóstenes Rocha, compañero de Quesada que debía acompañar á éste y Aguilera en la gran expedición que Quesada fué á formar á Méjico. Con mucho interés veía Aguilera el asunto de esta expedición; conocía el carácter astuto y sagaz de Quesada y sabía que si algún hombre era capaz de sacar recursos de alguna parte era él. Lo había autorizado para que procediera en su nombre y tenía las mayores esperanzas de que Quesada al fin lograría su propósito. La expedición debía conducirla Aguilera en persona; pero se presentaba otra vez la gran dificultad. ¿Cómo era posible que en el estado de decadencia y postración en que se encontraba pudiese ponerse al frente de la empresa, y marchar á Cuba á llevar aquel valioso auxilio á sus compañeros? ¡Cuántas amarguras experimentó Aguilera al hacer estas consideraciones! Puede asegurarse que si mucho le hacía sufrir, su enfermedad, mucho más padecía al verse impotente, atado á aquel poste de dolor, sin poder correr, como hacía con su espíritu, á activar los trabajos, para ir en busca de sus hermanos, á su adorada Cuba, y llevarles su ofrenda preciada, producto de tan-

tas ansias, de tantas angustias; y poniéndose á su lado, dar un empuje gigantesco á la revolución, que la llevara quizás á su triunfo definitivo. Si es cierto que el hombre está compuesto de materia y espíritu, y éste goza de libertad así que se ve desembarazado de su envoltura terrenal, creemos que al desprenderse el espíritu de Aguilera, voló á los campos de su amada Cuba, á posar un beso de amor en la frente de sus heróicos defensores.

La última carta á que nos hemos referido decía así:

"Señor General D. Sóstenes Rocha.

"Muy señor mío y apreciable amigo:

"Oportunamente llegó á mis manos su favorecida de 15 de Enero pero en circunstancias imposibles para mí de corresponder á ella, porque entonces me encontraba en uno de los períodos más crueles de mi padecimiento y es la causa de que ella y toda mi correspondencia, á pesar mío, hayan tenido que sufrir retraso de contestación hasta la fecha; por este motivo espero alcanzaré la indulgencia de usted por el retardo. Mucho agradezco la cariñosa felicitación que usted se digna hacerme por el mejoramiento de mi salud, deseando por mi parte que usted conserve buena la muy importante suya.

"Su muy grata carta me proporciona dos grandes sentimientos. El uno de alegría, el otro de hondo pesar. El primero, porque se refiere á las buenas noticias del mejoramiento de las cosas en nuestro pueblo hermano de Méjico y por la necesaria y feliz trascendencia que esa buena situación entraña con referencia á Cuba, mediante las probabilidades de que usted con nuestro amigo Quesada, realicen para bien de la patria sus proyectos; el segundo me lo proporciona el estado en que me encuentro desde mi llegada á ésta, por la enfermedad que me llevó al principio á un estado de grandísima postración y que al presente me tiene confinado al lado del lecho, sufriendo bastante todavía y en verdadera invalidez para toda acción personal.

"La extraordinaria infartación de las glándulas de ambos lados del cuello, producida por las insolaciones tomadas en mi última expedición á Cuba, originaron úlceras interiores con gran hemorragia luego, que me condujeron á una situación fatal, como dije, hasta el extremo de haber sido necesario prescindir de los médicos alópatas que me asistían, echándome en brazos del sistema homeopático á favor del cual estoy mejorado. Pero desgraciadamente, el género de mi enfermedad y su localización, me inutilizan por hoy para todo movimiento de traslación individual; y su naturaleza es tal, que no puedo lisonjearme con la esperanza de encontrarme capaz de acometer la nueva empresa en el término que usted le señala.

"Crea usted, amigo mío, y sírvase insinuarlo así á nuestro amigo el General Quesada, que más que los grandes dolores que he sufrido y aun sufro y más que la muerte misma, siento no poder aprovechar la feliz coyuntura de acompañarles en el gran servicio que ustedes se proponen en favor de nuestra pobre Cuba. Y si hoy el destino me priva de este bien, estén ustedes persuadidos de que los acompañaré con todo mi corazón y con todo mi espíritu, y no cesaré de elevar mis preces á Dios para que los esfuerzos de ustedes sean coronados con el éxito más glorioso.

"Espero y ruego á usted se digne, para consuelo mío, informarme del progreso del proyecto.

"Tengo el mayor gusto en ofrecerme á sus órdenes como su más atento y afectísimo amigo y compañero,

F. V. Aguilera".

Desde ese día Aguilera fué empeorando; apenas le era posible hablar, no podía hacer ya los comentarios que acostumbraba, cuando su hijo le leía por la mañana los telegramas sobre Cuba que publicaba la prensa americana. Al visitarlo un amigo se esforzaba por comunicarle algo que supiera favorable á la causa ó pedirle noticias; parecía querer distraer sus sufrimientos y dolores ocupándose de Cuba. El día antes de su muerte recibió una carta de su amigo

Domínguez Cowan, fechada en Méjico el 10 de Febrero. A pesar de que su familia le retenía las cartas y no se las entregaban hasta que en uno de los períodos de mejoría, él las pedía, en esa ocasión se informó casualmente de la llegada de la carta de su amigo y quiso que se la leyeran. Entre otros párrafos contenía los siguientes:

"Aunque nuestro amigo Govantes no ha querido remitirme en estos últimos tiempos las colecciones de "Patria", sé que nuestros asuntos en Cuba marchan á su desenlace. ¡Buena fué la captura y quema del "Moctezuma"! Algunos pesos, esfuerzos y contrariedades para los españoles representa ese magistral golpe de mano, hábilmente concebido y espléndidamente ejecutado. España hará, sin embargo, un titánico esfuerzo para no perder la isla y es necesario no dormirse para coronar dignamente la homérica obra de nuestra regeneración político social.

"Yo me figuro lo que estará haciendo el famoso Agente General de nuestra República. Hablando poco, fingiendo mucho y haciendo nada. ¡Funesto personaje, encumbrado por la casualidad y sostenido por la torpeza de nuestros prohombres, ciegos á la luz de los resultados y de la evidencia!

"Por aquí tenemos hace algunos días al General Manuel Quesada. Si está usted en buenos términos con él, ¿cómo no le dió carta de recomendación para mí? Mucho me ha llamado la atención este silencio de usted, que en vano quiero descifrar.

"Dicen que Quesada, amigo y compañero antiguo de Porfirio Díaz, ha obtenido ya importantes recursos: parque, cañones y ciento cincuenta hombres.

"Como no lo trato ni lo he visto, nada puedo asegurar; consigno simplemente un acreditado rumor.

"Ya he leído lo que los periódicos de esa dicen refiriéndose á la revolución porque este país ha atravesado. Ríase de esas necedades y mentiras; ni un desorden, ni un matado ni un robo.

"Porfirio Díaz triunfa, *hasta ahora;* Lerdo abandonó la lucha y el señor Iglesias anda prófugo y á salto de mata, recorriendo, sin apoyo, las poblaciones más insignificantes del interior. Esta es la verdadera situación de Méjico".

Estas noticias parecieron hacer un efecto agradable en Aguilera. Veía confirmados por un conducto extraño é imparcial, los progresos que hacía Quesada en Méjico en la empresa que allí lo llevó y á la que él tanta atención prestaba. Sin embargo, nada dijo.

Vivía Aguilera en la casa número 223 al Oeste calle 30. Ocupaba la habitación del frente, del piso principal, con dos ventanas á la calle. El ajuar de la habitación era por demás modesto; una cama doble de pino, una mesa de pino también, sobre la que estaban las medicinas y otros objetos, un sofá y varias sillas. Aguilera durante su enfermedad no guardó cama ni un solo día entero; veíasele por lo general, ya sentado en la silla de extensión con almohadas, que una de sus hijas le había comprado con dinero ganado por ella misma, ya paseándose de un extremo á otro de la habitación. Así como todas las decepciones y amarguras que experimentó durante su vida no fueron bastante para doblegar su espíritu, tampoco los embates de la enfermedad y los dolores físicos pudieron quebrantar su cuerpo. El siempre se mantuvo firme contra unas y otros. La costumbre de pasearse cuando no tenía otra cosa que hacer, la tuvo siempre durante su vida. Hombre de naturaleza activa y temperamento nervioso, su elemento era la movilidad.

El día 22 de Febrero parecía más decaído que de costumbre; se mantuvo hasta tarde en el lecho. Por el día estuvo callado y meditabundo. No hablaba ya de Cuba, su tema favorito. En cambio, fijábase más en sus hijas y las contemplaba en silencio largo rato. Era costumbre que éstas y su esposa se mantuviesen sentadas en la habitación del amado enfermo, siempre pendientes de la más ligera indicación que hiciese. Aguilera parecía preocupado. Una vez, recostado en su silla, pidió alguna cosa. Varias de sus hijas salieron con precipitación. Los que quedaron le oyeron decir á media voz y con profunda tristeza:

"¡¡Hijas mías.... Pobrecitas.....!!" Estas palabras impresionaron grandemente á los oyentes. Jamás le habían visto dar la más ligera muestra de debilidad, durante su enfermedad, ni antes, cuando se vió agoviado por tan inmenso cúmulo de pesadumbres.

Todos comprendieron que algo grave pasaba por él. Es común ver en un enfermo, al acercarse su fin, cómo el espíritu parece adquirir mayor lucidez, al extremo que algunas personas que han perdido la razón, vuelven á ella poco antes de morir. ¿Sería que Aguilera, en los momentos supremos, viniese á percatar que si bien tenía una patria por la que debía sacrificarse, tuviera también una familia, formada por él y con la cual tenía contraídas igualmente obligaciones muy sagradas? Es lo cierto que Aguilera pasó aquel día triste y preocupado, con frecuencia dejando la silla para pasearse en el cuarto. Su familia, observándolo, estaba también preocupada. Según entró la noche la intranquilidad de Aguilera fué en aumento. La familia mandó buscar el médico varias veces, pero estaba ausente, y por más que le dejaran aviso, no venía.

Así llegaron las diez y media de la noche. Aguilera se paseaba agitado. Notábase en su semblante una extraña expresión de angustia. La familia, afligida, estaba toda en la habitación. Se había vuelto á mandar por el médico á todos los lugares que acostumbraba frecuentar. Aguilera, que continuaba sus paseos, exclamó con voz apagada y angustiosa: "¡Me ahogo!"... y volviéndose á su hijo cerca de allí le dijo: ¡Hijo!... ¿qué hacemos...? Este le indicó un remedio. "Bueno"... contestó él, y su hijo salió apresuradamente. Aguilera continuó sus paseos.... A poco se detuvo un momento en el centro de la habitación... Se le vió vacilar sobre sus piés... extendió los brazos... iba á caer... sus hijas corrieron á sostenerlo... cayó en sus brazos... lo condujeron á su lecho... ¡¡Estaba muerto...!!

¡¡Así fué el fin del abnegado patriota...!!

FIN DE LA SEXTA PARTE

APENDICE

APENDICE

Tomado del periódico "La Independencia", New York, Marzo 1877.

FUNERALES DEL GENERAL FRANCISCO VICENTE AGUILERA

A las diez y media de la noche del día 22 del mes que acaba de pasar y mientras esta ciudad celebraba el nacimiento del Padre de la Patria, Jorge Washington, espiró en ella el que indudablemente lo hubiera sido de la suya, Francisco Vicente Aguilera, Mayor General, último Vicepresidente de la República de Cuba, y uno de los iniciadores de su revolución libertadora.

Al día siguiente se difundió tan infausta noticia entre todos los cubanos residentes en dicha ciudad, que inmediamente acudieron á su morada á ofrecer sus servicios á su virtuosa y respetable familia, siendo el primero entre todos, el señor Coronel Juan Manuel Macías, á quien se encargó de la dirección de los funerales; los que tan distinguido patriota arregló á completa satisfacción de sus comitentes y de todos sus conciudadanos.

Después de embalsamado el cadáver del venerable patricio, fué expuesto en su casa, calle 30, número 223, donde día y noche le acompañaron sus amigos y un crecido número de los admiradores de sus grandes virtudes.

A las diez de la mañana del domingo 25 fueron trasladados sus restos á la Casa Consistorial de esta ciudad, y colocados en la sala principal, ó sea en la de los Gobernadores. La traslación á ese lugar fué privada y sólo le acompañaron sus hijos, los señores Eladio y Antonio, su sobrino, el señor Manuel Anastasio Aguilera y los señores Juan M. Macías, José J. Govantes, Joaquín L. de Mola y Miguel Montejo.

Los venerables restos del General Aguilera estaban encerrados en una magnífica caja de metal forrada interiormente de raso blanco, siendo cubierta su parte superior por dos cristales, los que en su centro tenían una plancha de plata con la siguiente inscripción:

FRANCISCO V. AGUILERA
Nació en Bayamo (Cuba) el día 23 de Junio de 1821
Murió en New York el día 22 de Febrero de 1877

Dicha caja, con el precioso tesoro que contenía, fué colocada sobre un catafalco cubierto de terciopelo negro con adornos de plata, que estaba situado entre la puerta principal de la "Sala de los Gobernadores" y la ventana central.

Cubría el féretro la primera bandera de Cuba libre que fué trasportada á esta Isla en la expedición que, á las órdenes del invicto General Narciso López, arribó en el vapor "Creole" al puerto de Cárdenas el 19 de Mayo de 1850; era la bandera de los voluntarios de Kentucky que mandaba el Coronel O'Hara; ella estuvo desplegada en la Plaza de Armas de esa ciudad desde la salida hasta la puesta del sol. Fué presentada para ese acto por el Coronel Macías al que pertenece hoy.

Sobre la bandera había una preciosa corona de camelias y lilas con una inscripción de violetas que decía: "Tus Hijas". A la cabecera se veía un estandarte con el escudo de la República de Cuba, que es de la sociedad "Independencia".

La sala de los Gobernadores, los balcones del edificio y los pilares que lo sostienen, estaban adornados con franjas negras y blancas. Sobre el edificio

flotaban á media asta las banderas de los Estados Unidos y las del Estado y ciudad de New York. La de Cuba libre, acompañada de otra americana, también á media asta, flameaba en la cúpula de la Casa Consistorial, al lado de la figura de la Libertad.

Muy grande es el obsequio que se ha hecho á la República de Cuba y á su último Vicepresidente, Francisco V. Aguilera; pues sin duda alguna es la primera vez que el cadáver de un extranjero ha estado de cuerpo presente en la Casa Consistorial de esta ciudad. Durante el día y noche del domnigo y en la mañana del lunes, miles de personas invadían la Casa Consistorial para ver con sentimiento y admiración el cadáver del distinguido patricio.

Todo el tiempo que permaneció en ese lugar tuvo una guardia de honor que se relevaba cada cuatro horas; hicieron este servicio de las diez de la mañana á las dos de la tarde, los señores Juan M. Macías, José J. Govantes, Joaquín Polo, Leandro Rodríguez, Francisco Valdés Mendoza, Serapio Arteaga y Rafael Lanza; de las dos á las seis los señores Francisco Lamadriz, Néstor Ponce de León, Plutarco González, Cayetano Rivas, Domingo Ferrer, Eusebio Rivas, Eusebio Pérez, Ignacio Varona y Ramón Boza; de seis á diez Coronel Manuel Anastasio Aguilera, Eduardo Codina, Juan B. de Luna, Miguel Montejo, Juan Ferrer, Calixto Sánchez, F. Martínez y L. Pérez; de diez á dos Narciso López, Antonio de la Torre, Rafael Tanco, Joaquín L. de Mola, Ignacio Mendoza, Gonzalo Acosta é Hilario Cisneros; de las dos hasta las nueve y media de la mañana comisiones de las sociedades "La Independencia" y "Los Laborantes".

Además de esta guardia hubo constantemente más de cincuenta cubanos, acompañando unas veces el cadáver y otras veces los hijos del señor Aguilera, que recibían en la sala de la Corte de Marina. Entre los concurrentes estuvieron los señores Miguel Aldama, José A. Echeverría, Agente General y Comisionado Diplomático de la República de Cuba en el exterior.

Serían las ocho y media de la mañana cuando se presentó una diputación de señoras, entre las que estaban las señoras Ana Quesada de Céspedes, viuda de nuestro inolvidable Presidente Carlos M. de Céspedes; Carmen Agramonte de Armas, Luisa Agramonte de Rivas, Carlota Ferrer de Ferrer y las señoritas Concepción y Mercedes Agramonte y Rosario Díaz.

A las nueve y media fueron sacados los restos del inolvidable patricio de la Casa Consistorial para llevarlos á la iglesia de San Francisco Javier, calle 16ª, entre las avenidas 5ª y 6ª. Desde el catafalco hasta el coche fúnebre fueron llevados en hombros por los señores José A. del Pino, Serapio Arteaga, Ignacio Recio, J. González, J. Piedra y José Morales.

Acompañaban al cadáver en calidad de "pall-bearers" los señores Miguel Aldama y José A. Echeverría, los Generales del ejército de los Estados Unidos Martín F. Mc Mahon, C. K. Graham, Presidente y Vicepresidente de la sociedad "Cuban League", Carlos Dana, Editor del periódico el "Sun", Juan M. Macías, José J. Govantes, Presidente de la sociedad "Independencia", Leandro Rodríguez, J. J. Polo, Plutarco González é Hilario Cisneros.

Después iban los hijos del difunto, Eladio y Antonio, y los sobrinos Manuel Anastasio Aguilera y F. Martínez; seguíanle la diputación de señoras y las demás personas que asistieron á ese acto. La señora viuda y sus hijas permanecieron en su casa entregadas á su profundo dolor.

El cortejo fúnebre pasó por las calles de Broadway, Canal, 5ª avenida hasta la calle 16, donde se halla la iglesia de San Francisco Javier. La puerta de ésta y todo el frente estaba cubierto por personas que esperaban la llegada del cadáver del ilustre cubano. También se encontraba la iglesia completamente llena de señoras y caballeros, no sólo cubanos sino de otras nacionalidades y especialmente americanos: gran número quedó en la puerta por ser imposible entrar ni á las galerías altas ni al piso principal.

El cadáver fué recibido á la entrada de la iglesia por los sacerdotes que de-

bían hacer los oficios y sus acólitos, los que lo acompañaron hasta cerca del altar, donde fué colocado en un catafalco. Algunos momentos después fué colocada sobre la bandera cubana, que cubría el féretro, una lindísima estrella formada de preciosas y fragantes flores encarnadas, que fué ofrecida por la señora esposa del señor Carlos Ravello.

La iglesia estaba vestida de luto. Una solemne misa de "requiem", música de Cherubini, por el eterno descanso del cubano, se cantó por el Reverendo Padre Pelletier, asistido de los Padres Soler y Planté como diácono y subdiácono. Se cantó también con gran maestría el *Inflamatus* del Stabat Mater de Rossini. Componían el coro el señor W. Berge, organista, las señoritas J. Werneke y M. Werneke, soprano la primera y contralto la segunda; el tenor señor Jamaro y el señor M. Dupain bajo; los que con sus brillantes dotes musicales dieron mayor solemnidad y lucimiento á la función y á los oficios fúnebres.

El señor Mincayo (mejicano), ofreció su orquesta para acompañar el cadáver hasta su última morada, con cuyo sólo objeto la había traído de Filadelfia. Una comisión de los cubanos de color que residen en esta ciudad, compuesta de los C. C. José Chacón, Juan Pascual y Vi cente Jané, se presentó al señor Macías suplicándole les dejase llevar en hombros el cadáver hasta el cementerio: este señor les manifestó que la distancia era mucha y que la caja fúnebre, por ser de metal, tenía gran peso; ellos contestaron que no importaba, que estaban obligados á demostrar su respeto y veneración al hombre que antes de empuñar las armas para demandar la independencia de su patria, dió la libertad á sus numerosos esclavos. A vista de tan poderosa razón el señor Macías accedió á la súplica, y fué conducido el cadáver del esclarecido abolicionista desde la iglesia de San Francisco Javier hasta el "Marble Cemetery," en la 2ª Avenida, entre las calles 2ª y 3ª, en los hombros de los siguientes ciudadanos de color: Agustín García, José Chacón, Juan Pascual, Ramón Romay, Antonio Vidal, Serafín Mazana, Abraham Scino, Juan Remé, Juan Núñez, Vivente Janes, Camilo Govín, Federico Bonnet, Felipe Clave, Agustín Garie y otros, cuyos nombres sentimos no recordar.

Seguían al féretro todos á pie, los pall bearers, los familiares del difunto y de dos á tres mil acompañantes, entre los que iban los miembros de las sociedades "Cuban League", "La Independencia", "Los Laborantes" y la de los "Veinte y Cinco".

Los restos del ilustre patricio fueron depositados en una de las bóvedas del "Marble Cemetery," hasta el día en que puedan ser trasladados á la patria libre, y colocados en el Mausoleo de sus padres y demás antepasados".

Tomado del periódico cubano "La Voz del Pueblo", publicado en New York Marzo 1877.

EXEQUIAS FUNEBRES DEL EX-PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE CUBA GENERAL FRANCISCO V. AGUILERA

A las nueve de la mañana del día 25 del mes próximo pasado, fueron trasladados los restos del ilustre Aguilera desde la que fué su morada, número 223, Oeste, calle 30, á una sala principal del palacio Ayuntamiento de esta gran Metrópoli, "City Hall", acompañado de sus hijos, deudos y varios amigos .

A su llegada fueron izadas á media asta las banderas de la República Norteamericana y la de nuestra nación, en lo alto del citado palacio, como señal del duelo de ambos pueblos, por la muerte del esclarecido campeón de la libertad del Nuevo Mundo, ocupando la derecha la enseña de Cuba en singular demostración de respeto y simpatía por la santa causa del que fué incansable sostenedor, el virtuoso bayamés. En segundo orden y también á media asta, flotaban en la fachada principal cuatro banderas del Estado de Nueva York, que significaba de tan elocuente manera su especial sentimiento.

Todo el interior del gran salón estaba lleno de colgaduras negras, así también como los pilares de la arquería que conduce á él. A la confluencia de las dos

escaleras de la entrada, vestidas también de blanco y negro, se hallaba el Aguila Americana cubierta de crespó.

Sobre un decente catafalco fué colocado el féretro, cubierta la parte superior con la primera bandera de la estrella solitaria, que hizo tremolar en la ciudad de Cárdenas el invicto Narciso López, el día 19 de Mayo de 1850. A la cabeza lucía nuestro glorioso estandarte, perteneciente á la sociedad "Independencia de Cuba" velada de crespó la estrella solitaria, y á los piés una rica corona de pensamientos, siemprevivas y otras flores naturales, apropiadas al suceso, en cuyo centro se leían estas elocuentes y sencillas palabras: "Recuerdo de tus hijas", además un retrato de medio cuerpo del difunto. Alrededor de los inanimados despojos del inolvidable Aguilera, se hallaban los retratos de gran número de héroes de la independencia americana y de los hombres más prominentes que ha contado esta nación, entre los cuales descollaba la colosal figura de Washington. Tal parecía que los maestros y compañeros de Aguilera se habían convocado para acompañarle al cielo de la inmortalidad.

Apenas colocado el sarcófago en los términos que dejamos manifestado, se constituyó un cuerpo de policía que se renovaba periódicamente, para mantener el orden mientras permaneciera el cadáver en el palacio consistorial. Otra guardia de honor compuesta de cubanos, se mantuvo en el gran salón durante el mismo tiempo, y también estuvo constantemente acompañando el cadáver una comisión de la sociedad "Independencia de Cuba".

Inmenso fué el gentío que se aproximó á conocer al llorado General cubano, y no cesó un momento de estar lleno aquel recinto de tristeza durante las 24 horas que pudo visitarlo el público, atraído por la gran demostración de la ciudad y por los avisos de la prensa, que unió al nuestro su acento de pesar y veneración por el insigne Aguilera. Grandes generales, ilustres tribunos, afamados periodistas, ricos banqueros, hombres notables en las ciencias y en las artes, modestos artesanos, pobres braceros, todos formaban, blancos y negros, una masa que reflejaba la excelencia de las virtudes políticas de este notable pueblo, y la pureza de sus doctrinas democráticas.

La emigración cubana correspondió á nuestras esperanzas y á lo que debíamos prometernos de su comprobado patriotismo: jamás en ocasión alguna hemos visto tantos compatriotas reunidos, como los que llegaron á derramar sus lágrimas sobre los inanimados despojos del que fué para todos modelo de virtudes, y supo conquistarse el cariño, el respeto y la admiración universal.

Las señoras, esos seres dotados de sensibilidad y de inagotable ternura, no podían haber faltado á tributar su ofrenda de amor al distinguido patriota, y así admiramos en el silencioso salón, no sólo á nuestras sufridas y resignadas hermanas, sino á un considerable número de señoras y señoritas americanas, que llegaban con entristecido semblante á contemplar el venerable rostro de Aguilera, que conservaba aquella majestad que le distinguió en la vida.

La ilustre viuda de nuestro Presidente Carlos M. de Céspedes, se presentó en el luctuoso salón, acompañada de una comisión de distinguidas señoras cubanas, en las primeras horas de la mañana del día 26, para ofrecer sus respetos á la memoria del General Aguilera, y acompañarle hasta el cementerio, ocupando dicha comisión el preferente lugar que demandaba el carácter y sexo de las personas de que estaba compuesta.

A las nueve y media de la mañana debía salir del palacio consistorial á la iglesia de San Francisco Javier el carro fúnebre, conductor de los restos del General Aguilera. No bien había señalado el reloj dicha hora, cuando empezó á moverse la comitiva para ponerse en marcha. Una sección de policía salió á abrir paso por entre la ola popular que invadía la plaza, y resonó el murmullo del pueblo allí apiñado ansioso de distinguir al héroe cubano.

Enseguida fué bajado el féretro en hombros por los ciudadanos cubanos A. del Pino, J. González, S. Arteaga, J. Piedra, J. Morales y J. Recio, quienes lo colocaron en el mencionado carro, tras el

cual siguieron los coches en que iban los pall-bearers, generales del ejército americano Mr. Martín, T. Mac-Mahón y Mr. C. K. Graham, el honorable Carlos Dana, Director del "Sun" y señores José Antonio Echeverría, Comisionado Diplomático de Cuba, Miguel Aldama, Agente General de nuestra República, Coronel Juan Manuel Macías, J. Ramírez, Hilario Cisneros, Leandro Rodríguez, Plutarco González, J. J. Polo y J. J. Govantes. A continuación entraron en la hilera los que contenían los dos hijos mayores del difunto, su primo el Coronel Manuel A. Aguilera y el ciudadano Manuel F. Martínez, y después los coches donde iban las señoras Ana de Quesada de Céspedes, Carmen Agramonte de Armas, Luisa Agramonte de Rivas, Carlota Ferrer de Ferrer y las señoritas Concepción Agramonte, Mercedes Agramonte, Rosario Pérez y otras que no recordamos, y los que ocupaban gran número de personas tanto cubanas como americanas.

Llegado el cortejo fúnebre á la referira iglesia, situada en la calle 16 entre la quinta y sexta avenida, fué colocado el ataúd sobre un elegante catafalco, donde se le pusieron dos exquisitas coronas más, una de ellas enviada por la señora de Mr. Charles Ravello, redactor del "Sun", la cual constaba de media vara en cuadro, formando una estrella de cinco puntas, de rosas punzó, que simbolizaba la sangre vertida en Cuba por la libertad.

La otra corona, que ignoramos á quién fué debida, contenía una preciosa cruz en su pedestal, de flores naturales, como símbolo también de la fe que siempre abrigó el General Aguilera en el triunfo de nuestra revolución.

Empezaron los servicios religiosos con un lucimiento extraordinario, mereciendo particular mención el sobresaliente coro, que entonó el inmortal "Inflamatus", del "Stabat Mater" de Rossini.

Una vez terminadas las solemnes exequias, fué conducido el cadáver, seguido de un acompañamiento de más de 2.000 personas en hombros de los cubanos, particularmente de color, hasta el cementerio de "Marble", situado en la Segunda Avenida, entre las calles 1ª y 2ª donde ha quedado depositado en un nicho, para ser trasladado después á la República que ayudó tan eficazmente á levantar.

En medio del profundo dolor que ha causado á la emigración la muerte de nuestro muy querido General Aguilera, nos sirve de algún consuelo la solemnidad y pública ovación que recibió. No sabemos que hasta hoy el cadáver de ningún otro extranjero haya sido depositado en el Palacio Consistorial de Nueva York, ni que se colocase en lugar preferente la bandera de ninguna otra nacionalidad, acompañada de la de esta gran nación y aún de la Municipalidad á media asta, en señal de respeto y pesar. Por ello tributamos la más sincera expresión de nuestra gratitud al Mayor de la ciudad y á los venerables miembros de su Municipalidad, así como al digno jefe de la inteligente policía.

No es menos digna de nuestro reconocimiento la ilustrada prensa neoyorquina, que tanto ha dicho en obsequio y justo honor del inolvidable General cubano, y señaladamente el incansable "Sun", nuestro constante defensor y amigo, que tuvo izada durante dos días nuestra bandera á media asta. Cuba conservará siempre muy buenos recuerdos de dicho periódico, del honorable Mr. Dana, de Mr. Ravello y de muchos otros apreciables señores de su redacción.

A los que enviaron flores y coronas para el cadáver del General Aguilera, y nos acompañaron en la hora solemne de las lágrimas, también le debemos vivo reconocimiento, lo mismo que á las señoras, señoritas y caballeros americanos y al pueblo todo que tanto contribuyó al realce de las exequias en cuyo lucimiento le correspondió la parte principal á nuestro apreciable compatriota C. Juan Manuel Macías.

Antes de terminar esta relación queremos dejar gravado para memoria de los buenos, el comportamiento de todos los cubanos emigrados en ocasión tan aflictiva. Jóvenes, viejos, hombres y mujeres, ricos y pobres, blancos y de color, todos llevaban retratada en el semblante la pena que los afligía. Nadie se

creyó excusado de concurrir, y los talleres tuvieron que estar desiertos porque á los artesanos los llamó á otro lugar el deber de patriotas, como llamó á todos los jefes y dependientes cubanos que no asistieron á sus oficinas en dicho día.

Ese pueblo de color, tan respetuoso, tan comedido, que veía en el General Aguilera al libertador de sus hermanos, no pudo contenerse y se disputaba el honor de llevar sobre sus hombros los despojos del honrado patriota, demostrando que sabe distinguir la virtud y el mérito, y tributarle su ofrenda en el momento oportuno.

Así han tenido lugar los honores fúnebres del Mayor General del ejército cubano Francisco Vicente Aguilera, dejando duradero recuerdo en la memoria de este pueblo, y llevando tal vez un rayo de consuelo á la atribulada familia del difunto, á la cual damos nuevamente nuestro más sentido pésame".

Tomado del periódico "La Verdad", de New York

La redacción de "La Verdad" creería faltar á un deber de justicia á la vez que de gratitud y patriotismo, si además de la descripción, que publica en otro lugar de los funerales del verable General Francisco Vicente Aguilera, arrebatado á sus amigos, á su familia y á la patria en la noche del 22 de Febrero último, no consignase también á la cabeza de sus columnas, y con toda la preferencia que es posible dentro de las prácticas periodísticas, los setimientos que despertó en su espíritu la contemplación de aquellas imponentes solemnidades, y de las circunstancias especiales que para honor de todos, y del difunto, las acompañaron constantemente.

Se debe dar la enhorabuena en primer lugar al pueblo cubano de la emigración, y á los amigos de la libertad de Cuba, por cuya causa lo expuso todo, y lo sacrificó todo el venerable patriota; porque comprendiendo la solemnidad del momento vino entero á reunirse silencioso y digno, en derredor de aquella fosa que la muerte, con implacable mano, acababa de abrir, conservando constantemente la actitud serena, moderada, grave y religiosa, que las circunstancias exigían.

Allí se hallaban todos, los de todas las ideas y todas posiciones y fortunas; los blancos y los negros; los instruídos y los ignorantes. Si partidos y facciones han existido, ó podido suponerse que existían entre los cubanos residentes en esta ciudad, esos partidos desaparecieron ante la majestad del suceso que lamentaban todos, y todos á una, identificados, y hermanos una vez más, inclinaban la cabeza ante los decretos del Eterno y se olvidaban de sus diferencias.

Los enemigos de Cuba que han pretendido, exagerándolas, sacar partido de aquellas divergencias, y presentar á los cubanos como incapaces de gobernarse por sí mismos y mantenerse en paz, como si ese pecado no fuese esencialmente español, y la más funesta de las herencias que España ha trasmitido á todos los pueblos que le deben el ser, se morderán los labios de disgusto ante el espectáculo de unión y de verdadera fraternidad (que en nada excluye la absoluta libertad del pensamiento) con que sin concierto previo se quiso honrar al difunto patriota, y que fué sin duda la más hermosa de las coronas fúnebres que se depositaron á sus plantas.

A la sentida enhorabuena que se debe á los cubanos por la grandiosidad de su actitud en esta memorable solemnidad, hay que agregar otra, puesto que envuelve al mismo tiempo una manifestación de agradecimiento.

Nos referimos á la ciudad de New York, representada por sus honorables Corregidor y Ayuntamiento.

Por primera vez en la historia de la ciudad, el salón de los Gobernadores, de su Casa Consistorial, abrió sus puertas para recibir el cadáver de un extranjero. Pero al tratarse del General Aguilera y de los cubanos, el honor hasta entonces contraído á las grandes figuras de este país, no tuvo dificultad en extenderse. El cadáver del patriota permaneció tendido en el centro de aquel salón suntuoso, custodiado constantemente por una guardia de honor de ocho cubanos, que se relevaban por intervalos, y rodeado de

las numerosas personas que acudían á visitarlo.

La policía de la ciudad destinó algunos de sus agentes para hacer el salón, y en las entradas de la casa del Ayuntamiento. Y como si no bastasen estas demostraciones tan marcadas, se hicieron tremolar á media asta, sobre la torre del palacio, las banderas de los Estados Unidos y de Cuba, colocándose también la del Estado y la Municipal, con la misma señal de duelo, en otro lugar del edificio.

La actitud del Honorable Corregidor y Ayuntamiento de Nueva York, así como la del gran pueblo que representaban, y que por su parte procedió también en el mismo sentido, puesto que muchos fueron los edificios públicos y privados en que se veían flotar al aire, á medio palo, los dos hermosos pabellones, merece una expresión de reconocimiento. Y no porque hicieran nada indebido, ni indiscreto, ni censurable en ningún concepto, sino porque obedecieron virilmente al dictado de su conciencia, y procedieron con nobleza, conforme á sus impulsos y convicciones. Bien fuerte y poderoso es este pueblo, para que ni siquiera se digne prestar asunto al insensato que pretenda venir á pedirle cuenta de sus actos, ó á entrometerse, ridículo, en censurarlos ó interpretarlos.

Sea enhorabuena á Nueva York, y á su Honorable Corregidor y Ayuntamiento.

Debe también manifestarse una expresión de gratitud á los Reverendos Padres de la Iglesia de San Francisco Javier de esta ciudad. La cruz con los ciriales y un sacerdote con roquete y estola vinieron á la puerta del templo sagrado para recibir allí al cadáver; conduciéndole enseguida, después de las cortas preces que manda la liturgia, hasta el pie del altar, en que permaneció durante la misma. De los tres sacerdotes que oficiaron en ella, y que ofrecieron sus preces por el alma del ilustre cubano, uno de ellos habla nuestra lengua como lengua nativa, y tiene apellido español. Para el verdadero sacerdote de Jesucristo no hay partidos políticos, ni puede haber más repulsiones ni más odios que los que inspiran el despotismo y la opresión.

Aquí donde florece su doctrina á la sombra bienhechora de la libertad, no puede darse el gran escándalo que se efectuó en Jamaica no hay mucho tiempo, que no se puede recordar sin sentimiento. Los dignos servidores que tiene en esta tierra Aquel á quien llevaron al patíbulo las acusaciones de revolucionario y sedicioso que le lanzaban los que también entonces se denominaban "conservadores y hombres de orden", no repararon si aquel féretro, que salpicaron de agua bendita, y que envolvieron entre nubes de incienso, estaba ó no cubierto con la bandera de Cuba, ó si Cuba estaba ó no reconocida todavía entre las naciones independientes.

Sea también la enhorabuena á los RR. PP. de la Iglesia de San Francisco Javier, y aprendan con su ejemplo los que no lo sepan que no es la religión el enemigo de la libertad.

Recojamos todas las saludables lecciones que los funerales de nuestro distinguido compatriota nos pueden enseñar. Mantengámonos unidos, miremos todos hacia Cuba buscando el bien de ella, antes que todo, pero unidos como hermanos, sin disensiones ni disputas. Que no haya entre nosotros más partidos que el muy grande de los buenos, y el muy pequeño de los malos; y que éstos, si los hubiere, se hundan por sí mismos en el descrédito, como tendrán que hundirse, si nadie se toma el trabajo de hacerles caso. Imitemos á este gran pueblo que sabe hacer las cosas como debe, sin cuidarse de las consecuencias, ni de lo que digan los que piensen de otra manera diferente, y encuentran siempre la solución legal de los problemas, sin apelar á tumultos, perturbaciones ni desórdenes de ninguna clase. Acordémonos, en fin, que las naciones, lo mismo que los hombres, si no aspiran no respiran; y que serán vanos los sacrificios que se hagan por la libertad de nuestra patria, si á la cabeza de nuestra obra no se inscribe una idea moral, que la levante y enaltezca, y si por este "sursum corda" tan sublime como indispensable, no se llega hasta

Aquél en cuyas manos solas está la suerte de los pueblos.

ACTA DEL TRASLADO DE LOS RESTOS DE AGUILERA

En la ciudad de New York, á 5 de Diciembre de 1883, reunidos los señores Pedro Iraola, Néstor Ponce de León y Joaquín Palma, á invitación del señor Eduardo Codina, por encargo de la señora viuda del finado señor Francisco Vicente Aguilera, se dirigieron al "Marble Cementery", cementerio provisional situado detrás de la casa número 43, de la Segunda Avenida, donde estaba ya un empleado de dicho cementerio, quien á petición del señor Codina, procedió á abrir la bóveda donde estaba depositado el cadáver del señor Aguilera, y extrajo de ella un sarcófago de hierro con una plancha de plata que tiene la siguiente inscripción:

FRANCISCO VICENTE AGUILERA
nació en Bayamo, Cuba, el día 23
de Junio de 1821
murió en New York el día 22 de Febrero
de 1877

El sarcófago fué puesto dentro de una caja de encina y colocado después en un coche fúnebre, que acompañado por otro coche en que iban los firmantes, se dirigieron al cementerio del Calvario, en Brooklyn, donde se le dió sepultura en una fosa doble, comprada á perpetuidad, en los nuevos terrenos del dicho cementerio, y marcada con los números 9 y 10, Lote 10, Sección 12; poniéndosele encima un pequeño monumento de mármol blanco, con la siguiente inscripción:

FRANCISCO VICENTE AGUILERA
nació Junio 23, 1821, Bayamo Cuba
murió Febrero 22, 1877

Y para que conste el lugar donde descansan provisionalmente, mientras llega la hora de darle sepultura en el suelo en que nació, los restos de tan esclarecido ciudadano, se levanta la presente acta que firmamos por duplicado, quedando una copia en poder del señor Codina y otra en el del señor Néstor Ponce de León.

Eduardo Codina—Néstor Ponce de León.
José Joaquín Palma.—Pedro Iraola.

Los siguientes escritos de condolencia son tomados del "Album Fúnebre"

DE

FRANCISCO VICENTE AGUILERA

"Dios es espíritu de verdad. La verdad es divina, y como tal no puede desaparecer del mundo. La ambición, la hipocresía, los celos y todas las malas pasiones que, con la ayuda de la ignorancia esclavizan la humanidad, pueden nublar su luz por más ó menos tiempo, pero ella siempre se abre camino destruyendo las nieblas de lo falso y se presenta más brillante mientras más profunda haya sido la obscuridad de su horizonte. La verdad lo mismo que el sol, obedece á leyes inmutables, porque son divinas, y por esta razón el hombre fuerte jamás teme ningún poder humano que se oponga á ella. Muchas veces, casi siempre, al asomar, se presenta en conflicto con las ideas y costumbres establecidas, y con los intereses creados, y tiene que luchar fuertemente contra las circunstancias de las épocas; pero al fin triunfa y se eleva radiante de luz, derramando beneficios sobre la humanidad y es saludada universalmente con general aclamación. Sí, la verdad siempre triunfa, pero... ¡ay! cuántas veces su luz viene á alumbrar las tumbas de los primeros que noblemente la proclamaron y defendieron á costa de inmensos sacrificios y de toda clase de sufrimientos...

Amigo Aguilera, sobre la tuya cae una lágrima desprendida del leal corazón de tu afectísimo amigo,

J. M. Macías.

New York, Mayo 4 de 1877".

"La humanidad entera necesitó de Jesucristo para ser rescatada de la esclavitud de la ignorancia y del pecado. Cuba necesitó también de un redentor para ser rescatada de la esclavitud de España; y el dedo de Dios te señaló, Aguilera, como de entre los hijos de Cuba, el *más* digno de servir de holocausto, sobre el altar de su patria.

La víctima más pura es la que siempre se elige para el sacrificio.....

Ninguno de los muchos que por Cuba han muerto, ha muerto como tú! tú eres el único entre todos ellos que reune en su tumba, la triple corona de los redentores.

¡La de la víctima, la del mártir y la del sacrificio!

Falta la más gloriosa, la cuarta corona, y esa te la pondrá la posteridad. La formarán estas palabras:

—Por Aguilera, Cuba es libre.—

Loreto Cuvillier de Polo.

Mayo 28 de 1877".

"Lima, Marzo 26 de 1877.

Señora doña Ana Kindelán de Aguilera.

New York.

Señora:

El destino se cumple con precisión inmutable. Las voluntades radicales de los

pueblos. Las transformaciones esenciales de la humanidad. Convertir una falanje de Ilotas en Nación. Hacer libres á los que eran Parias; son obras que demandan más tiempo que la vida de un hombre. Y á El, como á Moisés, Dios le permitió solamente que divisara á Jericó!...

Como vos, señora, la Patria está de duelo. Vos llorais el esposo. Nosotros hemos perdido al padre de nuestra libertad.

Inmenso ha de ser vuestro dolor, como inmenso es el vacío que siente Cuba en su corazón. Pero, ¡quién como vos que habeis visto empapado vuestro cendal con las lágrimas de todo un pueblo!

Mañana que el mármol haga imperecedero su recuerdo, las generaciones futuras irán á depositar sus coronas y sus ramos sobre el mausoleo que la Patria le dedique. La Providencia lo condujo á morir en vuestros brazos, y pudísteis depositar el último ósculo sobre su frente venerable, y todos los días podréis también regar con vuestro llanto su tumba honrada.

Pensad, señora, en tantas madres desoladas, en tantas viudas, en tantos huérfanos á quienes la fatalidad ha negado ese consuelo, porque no hay tumba que haya recogido los restos amados, y permanecerán dispersos sin encontrar un lugar en tierra bendecida.....

Elevad vuestra alma á la altura de la suya y fortaleced vuestro espíritu con los ejemplos de abnegación y de heroismo que nos ha legado para terminar su obra inmortal.

Soy vuestro atento seguro servidor y compatriota,

J. Payan".

"Pamplona 7 de Abril de 1877.

Señora Ana Kindelán de Aguilera.

New York.

Muy señora mía:

La irreparable pérdida que usted ha sufrido, ha resonado en mi corazón como la de un hermano querido.

Ninguno en mayor grado que yo debió al General Aguilera respeto y gratitud.

Iniciado por él en la gran empresa de la libertad de nuestra Cuba, y mirándole como el primer patriota, le quería como debe quererse al hombre que nos enseña el camino de la justicia y de la gloria.

En el tiempo que serví á sus órdenes, pude apreciar sus eminentes cualidades, y cuando obedeciendo á disposiciones superiores tuvo él que salir de nuestro país, uno de los últimos que se honró con estrechar su mano fuí yo.

Conociéndolo como lo conocía, puedo comprender el inmenso pesar que usted ha sufrido al verlo morir, y si algo pudiera mitigarlo sería, señora, ver que el sentimiento y el dolor han sido general en todos los cubanos.

Ha perdido usted, señora, un esposo querido. Cuba, el primero de sus hijos y nosotros al gran patriota que nos enseñó lo que debíamos hacer para libertar la patria, y que nos mostraba con su ejemplo, como deben abandonarse las dulzuras de la familia y las comodidades de la vida, para dedicarse, como él lo hizo, en cuerpo y alma á la independencia de su país y á la libertad de cuatrocientos mil esclavos.

Su obra no quedó concluída, pero su valor y su inteligencia han concurrido poderosamente á asegurar el triunfo definitivo.

Dios habrá premiado sus méritos en la morada de los justos, y á nosotros nos queda su memoria como modelo que debemos imitar.

Reciba usted señora, la expresión del verdadero sentimiento con que la acompaña en su dolor su compatriota y respetuoso amigo,

Calixto G. Iñiguez".

"Caracas, Mayo 30 de 1877.

Señora Ana Kindelán de Aguilera.

Señora y respetada amiga:

Para asociarme públicamente al gran dolor que todo bueno ha debido experimentar con la pérdida del mejor de los hijos de Cuba, ni aun á dominar mis emo-

ciones esperé y escribí para el público lo que pienso de aquel hombre ejemplar y lo que sentí al saber el fallecimiento del único entre todos mis compañeros de revolución que ha merecido el respeto de mi conciencia.

Mas para decir á usted y á toda su querida familia, hasta qué punto me ha lastimado la ida eterna de nuestro Aguilera, necesitaba el reposo de ánimo que aun me falta. Necesitaba, además, la ocasión segura que ahora me brinda el señor C. de Garmendía, y algo que yo deseaba ardientemente que acompañara á mi primera carta.

No pudiendo disponer más que de la ocasión segura, no quiero desperdiciarla. En esta carta no hay consuelos, mi querida señora y amiga. Yo los necesito tanto como usted para resignarme á la ausencia irreparable del único hombre digno de mis ideas que he conocido, y ni los busco ni los quiero. El único consuelo posible sería el contar con otro hombre como él y no conozco ninguno que tenga por la patria la sencilla devoción, por las ideas el pronto sacrificio, por el deber la abnegación sin cálculo que tenía aquél bueno entre los buenos.

No vacilo en repetir á usted lo que á él mismo decía en una carta que ya llegaría tarde. Su muerte ha sido un bien para él. ¡Bien aventurado el que muere en la hora del mayor dolor! Pero su eterno alejamiento es, para nosotros los que nos complacíamos en el espectáculo hermoso de su vida, y mientras él viviera, teníamos la seguridad de poder oponer el ejemplo de sus hechos virtuosos á la conducta de los hacedores de indignidades y de infamias; para nosotros ha sido un verdadero mal su muerte. Un solo hombre, en medio de una muchedumbre tan horrenda de hombrecillos, ocupa tanto espacio, y lo ocupa también y con tanta complacencia de los conocedores de hombres, que cuando desaparece, ahoga el vacío que deja.

Cada vez más en pugna con los hombres de mi tiempo, hasta avergonzado de que puedan llamarse de mi especie los que he visto, los que veo y los que tengo que avergonzarme de seguir viendo, la falta de aquel hombre de mi familia moral ha sido, es y será una verdadera catástrofe para mi corazón. ¡Y cuando pienso por qué murió, y en qué momento y cómo acibararon sus últimos días...!

Perdóneme, señora. Si no puedo llevarle consuelo, no tengo tampoco el derecho de aumentar su desconsuelo. El mío es profundo. Baste esto, en prueba de íntima coparticipación de su dolor, á usted y á toda su familia.

Con intensa simpatía,

E. M. Hostos".

Serie de artículos á que alude la carta anterior, publicados en el periódico "El Demócrata", de Caracas, del 19 al 26 de Marzo de 1877, por el Sr. Eugenio M. Hostos:

"Trémulo de indignación contra el destino, como estremece é irrita la injusticia, he recibido la noticia de la muerte de Aguilera. Si morir es algo más que perder la unidad y la individualidad del organismo, el hombre bueno que ha cesado en la obra de la vida no tiene por qué ser compadecido. Morir antes, mucho antes, habría sido preferible para él: fuera del mundo hubiera podido encontrar jueces dignos de él y justicia equivalente á la incansable virtud en que vivió. Mas si morir es multiplicar una unidad viviente por mil más, y esa expansión del ser disuelve fatalmente la individualidad que pensó y penó, es odioso, es detestable, es abominable que haya vivido un hombre en la incesante agonía que acongojó los últimos años de Aguilera, para que en un momento de injusticia irreparable, el destino ó la fatalidad, ó lo que sea, ó quien sea, interrumpa caprichosamente la existencia que debió prevalecer sobre el mal que la había atormentado.

La isla de Cuba ha producido en sus años de prueba tantos cuantos hombres dignos de la prueba le fueron necesarios. Necesitó hombres de pasión implacable contra la tiranía y los tuvo. Necesitó hacer hombre el patriotismo que convierte en fiera, y lo hizo hombre. Tuvo necesidad de Céspedes y fué. Tuvo necesidad de personificar en un alma de hierro la

actividad militante, y Marmol la personificó hasta su muerte. Necesitó individualizar la autoridad incontrastable de la revolución, y Agramonte le dió la individualidad incontrastable. Necesitó un paladín de leyenda, y lo tuvo en Sanguilí, el héroe inválido. Le hizo falta el soldado de fortuna, y se le presentó Ryan, el burlador de la muerte. Le hizo falta una representación del trabajo hecho patriota y guerrero y ciudadano, y le representó Vicente García. Invocó el hombre-legión, y aparecieron los Castillo, los Maceo, los Calvar, los Varona y los mil legionarios que en Oriente y Occidente, en Camagüey y en las Villas han dado la sangre en confirmación del patriotismo. Invocó la confraternidad de las Antillas y Máximo Gómez y Modesto Díaz y los Marcano y Ruíz han personificado heróicamente las dos Antillas hermanas. Necesitó mártires, y en el patíbulo y en muertes oscuras, y en expediciones aciagas y en el destierro tenebroso los ha tenido. Necesitó apóstoles y los ha tenido. Le era preciso probar la unidad del pasado y porvenir de toda la América latina, y muriendo por Cuba la han probado centenares de latino-americanos. Le era preciso presentar regenerados por el derecho á los expulsos de toda ley, y el esclavo africano y el siervo chino tomaron parte en la obra común de redención. Necesitó demostrar definitivamente la santidad de su designio, y á él contribuyen una muchedumbre de españoles. Necesitó que la porción más inflamable de sus hijos hicieran universal el sentimiento de odio justiciero que armaba á la víctima contra el verdugo, y el patriotismo sublime de la mujer cubana ha convertido en pasión la muerte, y el sacrificio y el martirio.

Pero hombres que á fuerza de ser representantes completos del patriotismo virtuoso, hayan sido y merezcan ser considerados como hombres representativos de una gran virtud de la especie humana, Cuba no me ha dado á conocer más que uno. Ese hombre representativo de la humanidad, era Francisco Vicente Aguilera.

Fuí su amigo y lo lloro. Sigo siendo digno de haber sido uno de los pocos amigos que tienen hombres como él, y lo echaré siempre de menos. Mas no será la vaciedad de un sentimiento personal lo que exprese mi dolor, ni consentiré que el dolor se entrometa en la expresión de ideas más viriles. Ha muerto un hombre virtuoso, y honda pena es para los que hoy y mañana, al recorrer con deluso corazón las masas inconscientes que deja en sus yermos el coloniaje, suspiremos y tengamos que suspirar profundamente. Mas ¿qué sino la repulsa que merece el indiscreto, encontrará el dolor individual, en donde hay un dolor de la patria y la justicia? Esta que ha visto caer sin premio una virtud; la patria que ve desaparecer desconocido y acaso calumniado al mejor de sus hijos, sólo ellas tienen el derecho de llorar. Y sólo ellas para abominación del momento histórico en que vivimos, pueden tener esperanzas de consuelo. Porque ¿á quién que no sea una de esas dos entidades abstractas irá un alma severa á pedir consuelo por la muerte de un hombre como aquel? Ambicionó? codició? deshonró con pasiones viciosas sus servicios á la patria y á la especie? No habiendo hecho ninguno de los males que aconsejan el soborno del juicio contemporáneo, se fué con sus virtudes á la Historia. A mala parte: también allí hay soborno. Y ¡cuántos, de los que hasta hoy han bregado por oscurecer las virtudes y los sacrificios de Aguilera, bregarán por atenebrarlos ante el juicio de la posteridad!

No vale ella mucho más que los coetáneos: juzga á los que fueron como juzga el contemporáneo á los que son; por los oídos. Napoleón! Byron! Voltaire! Loyola! Bacon! Cesar Borgia! Séneca! Démóstenes! Pericles! ¡qué nombres! ¡qué sonoridad! ¡qué resonancia!

Y como al fin y al cabo las cosas más resonantes son aquellas que vibran más en el oído; y como al fin y al cabo la repetición de un mismo nombre es lo que en la vida y en la historia constituye ese ruido alucinante de la gloria ¿qué gran virtud, siendo como es, silenciosa por esencia, qué gran virtud es gloriosa entre los hombres? Sócrates? por amigo de la verdad lo envenenaron. Jesús? lo sacrificaron por humano. Colón? por ha-

ber sido bienhechor de la civilización lo encadenaron. Después los deifican ó los santifican, y cuando así los privan de la gloria más augusta, de la gloria de haber sido hombres en toda la excelencia de la naturaleza humana, se postran ante ellos como idólatras, en vez de erguirse hasta ellos como hombres, y consuman la obra de injusticia.

No la cometeré yo al hablar de Aguilera. Por haber sido hombre lo veneré. Por haber sido hombre trataré de hacer reverenda su memoria. Si fué un héroe, que lo digan cuando les convenga los que hayan ridiculizado su civismo heróico. Si fué un mártir, que lo digan cuando les plazca los que contribuyeron á su martirio silencioso. Un hombre que habla de un hombre, no tendrá otra palabra para él, no otra alabanza de sus méritos, no otra prueba de su grandeza moral, que la prueba y la alabanza y la palabra de Shakespeare en "Hamlet":— "He was a man".

En Abril de 1875, el General Aguilera y yo intentamos una expedición; desventurados! En vez de llegar á Cuba, después de gravísimos peligros en el mar, llegamos á no muchas millas del punto de partida, avergonzados de muchas cosas de que, por patriotismo, hubiéramos querido no tener que avergonzarnos.

Aquella tentativa malhadada tuvo un fruto. Durante aquellos días de íntima comunicación, acabé yo de conocer á aquel hombre, y empecé á saber lo no mucho que él contaba de su vida.

Con los pocos datos efectivos que entonces recibí y con los que suministra la observación directa de aquella naturaleza excelente, voy á dar á conocer al hombre. Si hizo más de lo que aquí se diga, la historia se encargará de referirlo. Que pudo, si hubiera sido secundado, hacer todo lo bueno que intentó, se encargará también de asegurarlo el juicio de los imparciales que en lo futuro estudien los hechos y los hombres de la revolución de Cuba,. Por amor á ella, y por respeto á mí mismo, tanto como por reverencia á la memoria de Aguilera, voy á abstenerme de todo juicio crítico. Así lo que escriba no será una biografía; será un retrato.

I

Francisco Vicente Aguilera era hombre de estatura muy superior á la común. Era delgado. No le pesaban los cincuenta y cinco ó sesenta años que había contado y podía erguirse en toda su estatura. No le pesaba la conciencia y podía llevar alta la cabeza. Pero acaso por la desproporción que había entre su estatura y su volumen, y para mayor comodidad, ó acaso también por la triste necesidad que en la vida de relación se tiene de bajar la cabeza para ver las cosas que se ven, había contraído el hábito de encorvarse hacia adelante.

Esta actitud que era la más adecuada á un hombre que tan abrumadores dolores padecía, era también la conveniente para el observador que hubiera querido retratarlo física y moralmente. Entonces, su cabeza pequeña pero armónica; su enérgica naríz aguileña, sus labios delgados é inseguros; sus ojos demasiado pequeños para que explicaran cómo cabían en ellos á la vez la contínua benevolencia y la frecuente desconfianza que cabían; sus mejillas sumidas y sus pómulos salientes, encuadrando con armonía entre su no larga cabellera blanca y las canas larguísimas de su barba de patriarca, se grababan hondamente en la retina, no sólo como facciones y caracteres físicos de una fisonomía, sino como apariencias externas de un carácter.

Entonces se veía por fuera y por dentro el hombre entero. Bajo aquel cráneo pequeño no cabían quizás muchas ideas; pero se armonizaban perfectamente y eran claras y resistentes y tenaces las que cabían. Aquella firme resolución que denotaba la nariz, contradecía la inseguridad de voluntad que la boca denotaba; pero se veía que en tanto que el primero era un signo natural, el segundo era signo accidental. El hombre era resuelto; los hombres lo habían hecho irresoluto. Dentro de aquellos ojos apacibles, la naturaleza había puesto su benévola confianza; pero el dolor experto había introducido su inquietud, y expresaban una modificación de la naturaleza por la vida; naturaleza blanda, vida dura. De los pómulos á las mejillas, la misma dolorosa declinación; aquellos dos

huesos eran fábrica consistente de la fuerza; aquellas mejillas hundidas eran obra de zapa del quebranto.

Ante aquel hombre que tenía ese semblante instructivo para fisiólogos y psicólogos, han podido pasar irrespetuosamente pavoneando la insolente superioridad de sus maldades, una porción de seres negativos, explotadores de su bondad los unos, los otros conjurados contra su fuerza de conciencia. Pero ha habido quien, no pasando sin antes leer la historia del alma en el semblante, mil veces se ha dicho contristado: Ley moral, como física; sólo á precio del mal que nos abrume, podemos elevarnos hasta el bien; sólo por la pendiente del sacrificio se llega á la cumbre del deber.

Estar en la cumbre era el mérito excelso de Aguilera. Por eso la guerra á muerte entre su reflexión y sus impulsos Por eso la dualidad congojosa entre su energía natural y su debilidad social. Por eso el contraste entre su fe de alma candorosa y su incertidumbre de víctima de las pasiones exteriores. Por eso las huellas palpables que dejaba en el rostro la agonía del alma.

Haber sido el primero en el esfuerzo y resignarse al segundo puesto ante la historia; tener que ceder el contento fortificante de combatir á mano armada por la patria, para ir en la expatriación á entregarse indefenso á las pasiones criminales que no se pueden combatir; pasar sin transición del ideal inmaculado del bien, á la realidad cenagosa del mal; sentirse el mejor entre los buenos, y pasar por el peor entre los malos; ser capaz de todo por la idea para sentirse incapaz ante la intriga; ser poderoso en el designio para ser impotente en la acción; haber sido idolatrado como oscuro bienhechor de una comarca, para ser vilipendiado como bienhechor de la patria; no vacilar ante los sacrificios que más cuestan, para verse negar los servicios más vulgares; provocar el ridículo por cumplir sin cesar con el deber; verse más bajo en el concepto común, cuando más alto se está en la conciencia; pasar por todas esas pruebas, por todas esas amarguras, por todas esas crucifixiones invisibles ¿cómo no ha de ser á expensas de la serenidad del espíritu, y cómo no han de esculpirse en el rostro las señales del suplicio? ¿cómo no ha de producirse una verdadera desorganización de las facultades morales, y cómo no ha de ser desastrosa la desorganización?

Costosa hasta el punto de pagarla con la vida, es la empresa del químico que, por indagar ansiosamente la ley de la composición molecular de las sustancias, se obstina en descomponerlas en sus elementos iniciales: absorbe insensiblemente los gases deletéreos que en todos los cuerpos denuncian la generación de la vida por la muerte, y en premio del afán de su corazón, aprende á sus expensas la otra faz del secreto; la generación de la muerte por la vida.

Así el que estudia en una existencia combatida el motivo inicial de sus determinaciones volitivas, intelectuales y afectivas, al llegar á los elementos simples, podrá abismarse ante la grandeza de la vida individual que estudia, pero será á expensas de su fe. ¿Qué fe en los hombres es posible cuando se establece matemáticamente la diferencia insodable que hay entre un ser que representa nativa y expontánea las virtudes mejores de su especie, y el mismo ser, incapacitado, inutilizado, desorganizado, aniquilado por la especie?

Seguro como estoy de que esa incapacidad en la virtud constituye el martirio de la vida activa de Aguilera, como constituye á mis ojos su mayor dignidad ante la historia, empiezo á narrar lo que sé de aquella vida.

II

Bayamo, la ciudad-corazón del Oriente de Cuba, fué la cuna y escenario de la actividad de Aguilera. Miembro de una familia poderosa por su orígen, su riqueza y su influencia, ningún trabajo costó la vida al que había de ser heredero de aquellos bienes. Al contrario: simplificada por el bienestar y la confianza, la vida de relación debió ser para el niño y el adolescente un sesgo manantial de satisfacciones y delicias. Puestos sin obstáculo á su alcance los recursos orgánicos, intelectuales y morales, de su opción

dependía realizarlos. Optó por los últimos.

En la atmósfera moral de las colonias españolas, y aún de las sociedades que de su orígen colonial derivan los errores de su desarrollo, el estudio de las verdades de razón y de conciencia, lejos de ser un fin individual, son un obstáculo social. Con desenfrenar la fantasía que el suelo y el cielo de los trópicos despierta, basta para el fin intelectual. Con no ser escandaloso en el desenfreno de los vicios, ya está cumplido el fin moral. Un hombre que, para tratar de serlo por completo empelara una parte de su actividad en resolver los problemas de la naturaleza y de la vida, pasaría, si pobre, por una monstruosidad; si rico, por demente. Y si ajustara la actividad de su conciencia á los progresos de su razón, y viviera la verdad que pensara, viviría en un ostracismo que los griegos reservaron para los hijos de colonias españolas; la soledad en la sociedad, la expatriación en la propia patria, el amurallamiento en el espacio libre.

Testigos del intenso dolor de algunos condenados á ese suplicio, las madres cuidaban afanosamente de cerrar el horizonte del espíritu á sus hijos; las secundaban los padres; las justificaban los deudos; sancionaba su proceder la opinión común, y en la atmósfera que respiraban niños y adolescentes, encontraban los gérmenes del horror que la sociedad colonial tenía á la verdad indagada y á la virtud pensada. Acontecía lo que era lógico: la verdad por la verdad, la virtud por el placer de la virtud, no eran vocaciones coloniales.

Por una concesión magnánima, se consentía en considerar como un medio el fin intelectual. Ser *doctor* era un medio; y todos los que, no teniendo una fortuna con qué alucinar á la fortuna, aspiraban á fama distinta de la honradez de mercado ó mostrador, se hacían doctores en derecho, en medicina, en teología. Estudiaban para comer ó para medrar, y así estudiaban.

El que tenía qué y de qué comer, no tenía para qué estudiar. Ninguno de los crímenes que en tales sociedades se excusan á veces á los jóvenes afortunados, encubriéndolo bajo el eufemismo cobarde de "locuras de muchacho," ningún extravío de la honra ó de la ley hubiera escandalizado tanto á aquellas sociedades de hidalgos trasplantados, como el atentado contra el error público que habría cometido el joven "de buena familia y de fortuna" que se hubiera consagrado á la ciencia ó al cultivo de una profesión liberal. Así, ninguno arrostraba el anatema. Y si alguno, mejor inclinado que los otros, pensaba en justificar de algún modo su existencia, y se ponía á trabajar, se sumergía en el fondo de la selva ó en los palacios campestres que, con ocios frecuentes, dulcificaban las faenas del trabajo.

Eso fué lo que Aguilera hizo; pero lo que en muchos era un medio de distraerse de sí mismos, fué en él un verdadero fin. Se consagró á él con toda la energía que tenía para el bien, y si la enorme fortuna que más tarde sacrificó toda entera á sus ideas era el trabajo acumulado de sus antecesores, él por su parte decidió trabajar con empeño para aumentarla.

Benévolo por naturaleza, optimista por inclinación, bienhechor por elevado convencimiento de las funciones de un afortunado en el mundo, tenía pronta la mano para el caído, pronta para la desventura su fortuna, pronto su corazón para el dolor extraño. Deudos, terratenientes, vecinos, esclavos, conocidos, nadie estaba al alcance de su vista que no estuviera al alcance de sus dádivas. Y como daba con sencillo corazón, niño perpétuo como las naturalezas escojidas, sus protejidos eran sus amigos. Y ¡qué amigo de los suyos aquel bueno! No conocía la falacia, y antes prefería ser engañado que engañar. No conocía la falsía, el más repugnante de cuantos vicios de carácter deforman la naturaleza humana en sociedades de esclavos, y cuando daba la mano, se recibía con ella un corazón veraz. Libre de toda premeditación, hasta de las que la cultura superior de la conciencia y la razón impone como deber y austeridad de hombre que se esfuerza por el perfeccionamiento de su ser, para todos y con todos era

igual en su franqueza, en su sencillez y su bondad.

Cuando el círculo en que se practican las virtudes nativas ó reflexivas de un carácter, es la mera extensión de la familia, en los subordinados, en los deudos, en los testigos afectuosos de una existencia que todos se saben de memoria, las virtudes fructifican en beneficio directo del virtuoso. Para que conociera la esterilidad aterradora de la virtud, fué preciso que Aguilera dilatara su actividad más allá del medio doméstico en que había saboreado el deleite de haber bien. Mientras se movió en aquel medio, la gratitud, el afecto, la confianza sin dudas y sin vacilaciones fueron su recompensa. Probablemente, de todos los hombres que iniciaron la redención de Cuba, ninguno tuvo en su séquito tantos secuaces como él, ni tan devotos, ni tan absolutamente sumisos á sus palabras y sus resoluciones. Cuantos habían dependido de él por servicios retribuídos ó recibidos, para tantos era un ídolo. El ídolo no se imponía, porque ni siquiera tenía conciencia de serlo, y acaso no haya habido un hombre tan incondicionalmente popular ni que fundara su popularidad en orígenes tan puros.

Unido por alianza de familia á una de las más poderosas de Santiago, y extendida hasta allí su influencia, cuando aún no vislumbraban los ojos más vigilantes el alba de la patria, ya el ascendiente personal de Aguilera había traspuesto el radio de Bayamo, y todo Oriente lo consideraba, por su riqueza, por sus alianzas, por su popularidad, por su bondad, por su influncia benéfica entre los mismos españoles del contorno, como la esperanza más segura del día por todos esperado.

Esperábalo en ese día el primero de sus años de infortunio, y es bueno creer en una providencia ordenadora, para saber á quién atribuir los pocos días de bienandanza que pasan los buenos en el mundo. La hechura de Bossuet fué sin duda quien ordenó que el predestinado á los dolores más acervos se preparara á ellos en la felicidad inconsciente de los sencillos, y Aguilera fué esposo feliz, padre feliz, hijo feliz, como había sido afortunado en su trabajo, en sus auxiliares, en sus amistades y en sus beneficios como ciudadano, como amigo y como hombre.

Y era justo que fuera feliz y afortunado. Si hay momentos en que pueda afirmarse axiomáticamente la identidad permanente del espíritu, son los en que el infortunio decide de un carácter, confirmándolo ó negándolo. La excelencia negativa de un carácter no resiste al infortunio; la positiva insiste. Y su insistencia es más notoria, en donde es más difícil; en el hogar. Por lo que Aguilera fué en el suyo ante mi vista, cuando hasta el pan del pobre proscripto estaba amasado con lágrimas amargas, induzco yo lo que sería Aguilera en su hogar venturoso de Bayamo. Esposo tan respetado y tan deferente, padre tan querido y tan amante, jefe de familia tan apacible en su tristeza, sólo hubiera pódido serlo el igual en la adversidad y en la prosperidad: el siempre bueno.

Cuanto más me identifico por recuerdo con aquel sano de espíritu, más me enternece la memoria de sus virtudes. Ahora estoy viéndolo en imagen como lo ví en la realidad las dos últimas veces de nuestras tenaces despedidas. Rodeábalo toda su familia y él, como solía, arrullaba el sueño del más pequeño de sus hijos, fierecita que sólo en sus piernas se amansaba. Las leves desatenciones en que de cuando en cuando incurría, eran atenciones que tenía con el predilecto de su vejez. Interrumpía una frase, bajaba la cabeza para mirar á su durmiente, lo acomodaba más cerca de su corazón, y proseguía.

Como era padre, tal había sido hijo. De su madre, á cuyo amor sacrificó en un día terrible el de su patria, conservaba un recuerdo solemne, evocándolo para persuadirme á una resolución tan contraria como adecuada á mi deber, me habló con solemnidad en una de las noches más dramáticas y más tenebrosas de mi vida.

III

Todavía á las ocho de la noche del 23 de Abril de 1875 me duraba la impresión

desgarradora que me había producido una carta de familia, y paseaba acongojado mi dolor por la soledad de mi aposento, cuando entró en él Aguilera. Inquirió la causa de mi agitación, y al conocerla se demudó. Sentándose al borde de mi cama, dijo de pronto: "He venido á despedirme." ¿Para dónde? interrogué. "Para Cuba." "Para Cuba!... la última vez que hablamos de eso, convinimos en que dadas las circunstancias en que han colocado á usted, no podíamos intentar nada que no fuera un fracaso ó una locura". "Pero de eso hace quince días: hoy es otra cosa, y todo está dispuesto". "Para cuándo?" "Para dentro de tres ó cuatro días". "No se podría esperar á que yo recibiera otra carta de mi familia?" "Imposible". "Está bien".

Y bajé la cabeza para recojerme en mi pensamiento, y resolver el obscuro problema del momento: *Debía* anteponer la idea á la familia, é ir á Cuba, ó la familia á la idea, y acercarme á mi padre desolado?

Resolviendo con el sentimiento el problema, Aguilera interrumpió el silencio para decirme: "Disponga sus encargos." "Lo cual quiere decir, pregunté sonriendo, que se va usted sin mí?" "Con alma, vida y corazón, dijo abannonándose á la efusión de su franqueza, desearía que fuéramos juntos". "Usted ha leído la carta que me hace vacilar: en mi situación ¿qué haría usted?"

Se puso en pie; irguió la cabeza venerable; miró como si dirigiera vista y pensamiento á lo pasado, y con voz convulsa, dijo: "En 1851, yo estaba comprometido al movimiento; era cubano, estaba en Cuba, y quería lo que siempre he querido; pero mi madre estaba gravemente enferma, me había rogado que estuviera cerca de ella, yo no debía precipitar su muerte y cuando Joaquín Agüero me mandó decir que todo estaba pronto, yo le contesté que mi madre estaba enferma. Después no he vacilado en sacrificio alguno." Y quien, siendo tal hijo, era además un dechado de afectos puros en el hogar, un amigo invariable, un corazón misericordioso, un patriota inquebrantable y un ciudadano sin segundo, podría no ser el hombre que, en el momento necesario, da lo que el momento necesita; pero era el alma digna de militar por la justicia.

Desde 1851 hasta 1868, el espíritu de Aguilera había madurado la idea de su vida. Ya el patriotismo había pasado en él de la manifestación de sentimientos fervorosos, al propósito deliberado de continuo. Ya, para él, no se trataba de desear, sino de conquistar la independencia; no de contar los partidarios de la idea, sino de ponerlos en acción; de disciplinar fuerzas, no de buscarlas; de empezar, no de esperar.

Cómo en un hombre que el acaso y el trabajo conjurados había dotado de los cuantiosos bienes materiales y sociales que poseían Aguilera y su familia, había podido llegar la fuerza de una idea á prevalecer sobre todos los egoismos, problema es que estaría resuelto por sí solo, si aquel hombre hubiera sido un ambicioso. La ambición ha hecho después patriotas á multitud de colonos más fríos que la muerte. Pero él no era ambicioso.

Lejos de celebrar el hecho lo condenó. La realidad es la realidad, y dentro de ella, el que tenga fuerza é inteligencia para la vida activa, debe ser tan eunuco del sentimiento como pueda: el hombre disminuirá ante sí mismo, pero se agrandará á los ojos de los otros: habrá sido un inmoral, pero será un inmortal; no será un hombre, pero será un manejador de hombres. Son, sin embargo, muchos los sentimientos, son casi todas las ideas coordinadas con sentimientos humanos, lo que es necesario sacrificar á la ambición, y el sentimiento era toda el alma de aquel digno. Varonil en sus efectos, era sincero. Sintió el mal que veía, y cuando se declaró que era un mal, se puso lealmente á combatirlo. Esto bastó para que se convirtiera en forma definitiva de su pensamiento el patriotismo. Lo demás fué obra de la elaboración continua de la misma idea, de la continua incubación del mismo propósito, de la sumisión de sus deudos y subordinados, de la adhesión de la comarca entera, de la deliberación con hombres tan resueltos como él, y de la conspiración incesante que facilitaban, por una parte, el des-

cuido en que dormían las atuoridades coloniales; por otra parte, la extensa influencia y el ascendiente magnético de hombres tan hombres como Carlos M. de Céspedes, los Figueredo, Salvador Cisneros y otros tan buenos como ellos, que, en Oriente, Camagüey, las Villas, estaban ansiosos de cumplir con su deber.

Había sonado la hora de cumplirlo. Todos los grandes conjurados, después de una reunión en que había prevalecido el dictamen de los más vehementes, se separaron comprometidos á encaminar hacia el punto designado, y para el día convenido, las huestes ya dispuestas al combate.

Aguilera había hecho esfuerzos inútiles para hacer triunfar la juiciosa y patriótica opinión que había sostenido en el consejo. Era necesario ante todo, dijo, que los primeros movimientos de los independientes fueran triunfos decisivos; para conseguirlos era necesario prepararlos; él se encargaba de poner en las costas desprevenidas las armas y elementos que faltaban.

La impaciencia patriótica que en eventos tan críticos, es necesario bendecir, triunfó sobre el consejo previsor. No por eso disminuyó el fervor de Aguilera. Antes al contrario, estimulado por aquella delicadeza heróica que sustituye en los buenos á la emulación y al despecho, hizo tanto en pocos días, que no pudo ser todo lo cauto que importaba, y estuvo á punto de ser víctima de la desconfianza que despertó en las autoridades españolas de Bayamo.

Aunque descuidados, no estaban dormidos los Agentes del Gobierno colonial; y sus pesquisas alarmaron de tal modo al grupo de patriotas obedientes á Céspedes, que á esa alarma se atribuye el grito de rebelión lanzado en Yara.

El *diez de Octubre* no se discute, se bendice.

Aún suponiendo que fuera la infracción de un convenio previo, es el día histórico de la dignidad rescatada de Cuba, y nunca tendrá la humanidad de hoy y de mañana, bendiciones bastantes para él. Aún suponiendo que Céspedes se anticipara, anticipaciones que aniquilan la ignominia de un pueblo, dan la inmortalidad de la justicia al hombre que se ha atrevido á anticiparse.

Una de las pruebas de alta razón que dió Aguilera, fué el comprender y acatar ese fallo anticipado de la historia justa. La mayor prueba de magnanimidad que dió fué el no quejarse jamás de aquello que podía considerar como usurpación á sus derechos á la gloria. Considerado como el jefe natural del alzamiento, por acuerdo común de sus secuaces le estaba reservada la iniciativa. Céspedes la tomó; Aguilera se resignó. El segundo puesto, que desde entonces le quedaba y que él conquistó gloriosamente en el segundo paso adelante de la revolución, en todas las cosas es el peor de los puestos; lo mejor es dejarlo á los contentadizos. Mas cuando se ocupa como lo ocupó Aguilera, con abnegación tan virtuosa y con tan santa resignación de civismo ante la patria, el puesto que se ocupa en la historia es siempre el primero.

Si hay otro en él, y ese es Céspedes, tal hombre es un segundo nombre de la patria.

IV

La toma de Bayamo, en la cual, más que las armas de los independientes, influyeron el ascendiente personal de Aguilera entre los españoles de la ciudad, y la confianza que en su benevolencia tenían las autoridades coloniales, fué el segundo paso de la revolución. Bastaba darlo para robustecerla. Lo dió Aguilera y á su nombre fué unido el entusiasmo que en todos los ámbitos de la Isla y en el exterior excitó aquel gran hecho.

Otro, mucho más meritorio, porque exigía el sacrificio de los bienes materiales, que son rémora común de todos los grandes movimientos de las sociedades, consumó con sublime sencillez el caudillo de Bayamo. Importándoles la reocupación de esta ciudad, los españoles dirigieron hacia ella todas las fuerzas de que podían disponer. Siendo insuficientes las armas libertadoras para la defensa y conservación de su conquista, los jefes revolucionarios deliberan acerca del modo de operar. "No hay más que

uno, dijo brevemente el General Aguilera,....incendiar la ciudad.'' (a) Absortos sus compañeros, objetaron. Infructuosas las objecciones que le presentaron en nombre del interés común, alguien le argumentó con las pérdidas irreparables que él mismo sufriría con el incendio. Contestó ''todo está perdido para mí, mientras no tenga patria. Los españoles son más fuertes que nosotros; están ahí, se apoderarán de Bayamo y de todos sus bienes, y nosotros no podremos defenderlo; yo renuncio á los míos''. Y cuando su consejo prevaleció, los prime ros edificios que las llamas envolvieron, fueron las casas de Aguilera; las primeras hogueras en que se consumieron el lujo y bienestar de las familias, fueron hechas con las joyas de la familia de Aguilera; el primero que atizó el incendio, el que con más júbilo patriótico asistió á aquella conflagración de la ciudad, fué Aguilera.

Los españoles, que hace más de veinte siglos están celebrando como glorias españolas las que en Sagunto y Numancia obtuvo con el sacrificio de vidas y haciendas, la población confusa de iberos, celtíberos, griegos, cartagineses y romanos que, contra Cartago y contra Roma sostuvo con intervalo de un siglo la independencia de su suelo y de su hogar, esos buenos españoles negarán la abnegación heróica que inmortaliza el incendio de Bayamo.

Que la nieguen: El castigo de los pueblos enfermos es la realidad evidente de lo que no ven. Y en tanto que ellos cierran los ojos á la realidad, todos los descendientes de los hombres que hoy vivimos, contemplarán con pasmo el desprendimiento de los hijos de Bayamo; y si son herederos de españoles, y reciben el triste legado de la imaginación pintoresca que ellos tienen, y continúan no viendo en la historia otra cosa que la sucesión de cuadros estupendos con que hasta ahora han burlado en su historia las dóciles esperanzas de las gentes, siempre tendrán presente á la vista de la fantasía, el cuadro del sacrificio de Bayamo; y para que la reproducción sea más gráfica, siempre verán en el primer término del cuadro la figura venerable de Aguilera.

Por su parte, esos cubanos que han computado el patriotismo por los centavos que les ha ó no costado, y que olvidándose de los millones de pesos fuertes que costó á Aguilera darles patria, contribuyeron en la emigración al martirio sin quejas del magnánimo; esos cubanos tendrán el único castigo á que son accesibles, cada vez que atreviéndose á mirar el cuadro de la historia patria, vean aparecer á Aguilera, que les indica con el gesto del desdén benévolo, y les cuenta con los dedos de las manos los tesoros con que enfureció las llamas del incendio de Bayamo.

Perdón para la ceguera de los unos; piadoso, piadoso olvido para las torpezas de los otros. La justicia no cuenta cantidades negativas. Eso va al abismo común de las nulidades importunas. Incan su diente, mortifican, mueren, y cuando ya no queda ni aún el recuerdo químico de su existencia, el bien que negaron se conserva más íntegro que nunca en la memoria de los dignos de aprecio. Uno entre ciento, enhorabuena; pero uno entre ciento es siempre uno, y la unidad es quien hace la historia justiciera como es ella también que constituye á los justos en la vida.

Fuera la del ilustre hijo de Bayamo lo que ha sido la vida de los héroes casuales que mantienen boquiabierta á la infancia y á la adolescencia mal iniciada de todos los siglos, y aquí acabaría felizmente la historia de Aguilera: habría llegado á tiempo, estado á tiempo, muerto á tiempo en una obra de bien, y al verlo desaparecer trágicamente entre las llamas, ya habría tenido genio volcánico, de esos que llevan en su mente los materiales incandescentes del Cotopaxi, del Chimbo razo ó del Aconcagua (que, según Philippi y Pissis, no es un volcán) ya habría habido un genio urente, incandescente y coruscante que nos hubiera extremecido con un terremoto lírico, dramático ó histórico, y que, personificando el patriotismo flamífero en Aguilera, nos lo haría ver consumándose en su propio fuego.

(a) El autor está mal informado respecto á este hecho. Aguilera no fué el promovedor del incendio de Bayamo.
N. del R.

Esa es la conclusión estética de todas esas biografías portentosas. Así concluye la biografía pindárica de Napoleón I, que en realidad murió de despecho. Así concluye la de Napoleón III que, patológicamente murió del mal de piedra. Así concluye la de Luis XIV, que probablemente murió de indigestión. Así concluye la de Felipe II, que acaso murió de tardía vergüenza de sí mismo. Así concluye la de Carlos V, que quizás murió del único remordimiento que tenía, el de haber abdicado en su digno hijo.

Mas como la revolución de Cuba tiene la ventaja de ser lo menos poética y lo más positiva que era posible en nuestra raza, sus hechuras han vivido, combatido y muerto como hombres que mueren, combaten y viven en pleno sentido común. De aquí, que cada hombre haya resucitado en otro hombre. De ahí también que aquel Aguilera en quien más intensamente se personificó la sencillez racional del patriotismo, tuviera que pasar por las pruebas aterradoras porque pasó.

Después del incendio y la retirada de Bayamo, y después de una serie de hazañas que la biografía miope verá del tamaño que pueda, Aguilera desempeñó sucesivamente los cargos de Mayor General del Ejército Libertador, de Secretario de la Guerra y de Vicepresidente de la República. Este puesto, á que naturalmente lo llamaban sus servicios y la gratitud pública, le fué dos veces funesto; una vez porque acaso contribuyó á su salida de Cuba; otra vez porque indudablemente contribuyó más tarde á la imposibilidad en que se vió de volver á entrar en Cuba.

Esos dos hechos, con los cuales están relacionados los más ejemplares de la revolución, y las agonías más patéticas del alma candorosa, que sus propias virtudes incapacitaron para el triunfo, constituyen esencialmente la biografía que me he vedado. El primero me obligaría á una crítica sociológica en que, si me proporcionaba el contento de presentar á Cuba en la primera evolución de la vida nueva, me expondría á las amarguras que me cuesta el examen de la familia colonial, que de todas las familias de la especie humana que conozco, es la familia que contrista más. El segundo hecho me induciría á una disección de cadáveres vivos y almas muertas que renovarían los desdedenes dolorosos que harto duran y durarán en mi conciencia fatigada.

Así, lo más dulce será narrar sobriamente la agonía patriótica y fisiológica del hombre bueno.

V

Repitamos lo que dijimos:

La singularidad de la revolución de Cuba en la serie de hechos sociales que han constituído el movimiento de vida y de progreso de las colonias que fueron españolas, consiste en que el pueblo hoy combatiente por su independencia no ha procedido en virtud de agentes sociales que, personificándolo, se le impusieran como necesarios.

La revolución no empezó en la capital de la Isla ni en ninguna de las departamentales: empezó en el campo, y con los elementos rurales de la sociedad; continuó por una ciudad rural, se extendió por los distritos rurales, y su nervio y su vida, y su alma ha sido, desde el principio hasta hoy, la población rural. Este es un hecho, aunque por no haber llegado el momento de la historia crítica, no es un hecho computado, y podrá ser muy discutido.

No habiendo empezado en ningún centro poderoso, la revolución de Cuba no fué iniciada por ninguna *clase* de la sociedad colonial. Aquellos que, por mayor suma de recursos é influencia, por más viva devoción á la idea de la patria, por cultura moral é intelectual más positiva ó por más eficaz resolución, hicieron lo que decidieron, y se anticiparon á las dilaciones que aconsejaban de la Habana, tuvieron *ipso facto* que prescindir de ésta, y tuvieron también que apoyarse incondicionalmente en todas las clases del medio social en que empezaron á operar. Este es otro hecho, y pertenece á la categoría de los patentes.

El medio social en donde estalló la revolución de independencia, era un agregado que, por su semejanza con los terre-

nos de aluvión, podría clasificarse como sociedad conglomerada, si ya estuviera instituída la geología social. Etiopes, mongoles, caucásicos, todas las mezclas que resultan el cruzamiento de esas razas madres: eso la sociedad en su aspecto étnico. Esclavos, siervos, ilotas políticos: eso la sociedad en su aspecto jurídico. Idénticos caracteres tenía la formación social en toda la isla; pero como, por una parte, el Distrito Occidental estaba más al alcance de los poderes coloniales, y por otra parte, el predominio de las reformas comerciales é indusriales en el progreso físico de la Habana y su comarca, multiplicaba las fuentes de riqueza, y llevaba á la vida de relación los obstáculos que determina la diferencia de razas, mas lo que establece el rigor aristocrático de los advenedizos de la riqueza, el movimiento revolucionario, aunque hubiera prevalecido, no habría producido, en Occidente el hecho que en Oriente se impuso sin resistencia, porque el contacto inmediato de las razas y su unánime decisión por la obra común, lo hicieron fácil. Este hecho fué la abolición incondicional de la esclavitud.

Otro hecho, resultante también de la parte oriental de la Isla, y hecho funesto. Como las llamadas capacidades, influencias, potencias, personajes y prohombres de la Isla tenían su centro en la capital, sustraída del impulso revolucionario de la capital, se sustrajo el centro. Y entonces, desorientados y amenazados, y perseguidos, no queriendo ó no pudiendo ir á conquistar con las armas el suelo de que los expulsaban, se fueron á New York los hombres que en la Habana habían centralizado la dirección del sentimiento y del espíritu público de la colonia. Hombres de verdadero entendimiento algunos de ellos, potentado más de uno, fríos casi todos, todos ellos hombres de círculo y ninguno de principios, constituían una fuerza de atracción para todos los medrosos, los calculadores, los tibios de patriotismo y los fogosos en sus pasiones espontáneas ó inspiradas. Como era natural, coadyuvando todas esas aptitudes buenas y malas, positivas y negativas, al fin concreto de reconquistar la dirección que habían perdido, y favoreciéndolos en ella y para ella, así la patriótica confianza que les demostró el gobierno ya organizado de Cuba libre, como la falta de objetivo en el resto de la emigración, que sólo quería elementos de guerra para ir á combatir, los conservadores,—que preciso es darles su nombre propio,—recuperaron su influencia y monopolizaron la dirección diplomática de la revolución. Lejos de ser esto un mal, hubiera sido un gran bien para Cuba si la educación del coloniaje produjera conservadores de elevada capacidad política, en vez de hacedores de frases y de los maquinadores que produce. En el primer caso, siendo esencialmente bueno y sabio el principio de conservación social, y constituyendo una de las bases á la vez naturales y científicas de la constitución intrínseca de las sociedades, la influencia de los conservadores hubiera sido sana, benéfica, providente, para la obra de la Indepdencia y para la tarea más penosa de la reconstrucción: se habría visto que el primer interés de la conservación se cifraba para Cuba en la independencia sin titubeos, en el envío de recursos que la hubieran apresurado, en el establecimiento de negociaciones viriles que tuvieran ese fin exclusivo y en la organización y disciplina intelectual de la interesante parte de población cubana que, bien dirigida, hubiera podido, como aprendió á trabajar virtuosísimamente, aprender á apoderarse del secreto de las instituciones democráticas y del mecanismo de las formas de la libertad.

Mas como la enfermedad constitucional del espíritu de conservación es en casi todas partes el olvido de las funciones de la libertad en el organismo social y la confusión de los intereses parciales de una clase con los de la sociedad, que reduce á la conservación paleontológica de tradiciones fósiles y de ideas petrificadas, los conservadores cubanos se encastillaron en sus errores y crearon, inconscientemente primero, conscientemente y por despecho luego, una situación extraordinariamente embarazosa para ellos y para todos, y tanto más peligrosa cuanto que, funcionando fuera del medio natural y en el seno de una sociedad sesuda, incapacitaban al patriotismo pre-

visor y sano y desencadenaban las pasiones escandalosas.

Todos estos hechos, combinados en dos, es decir, el carácter decididamente popular é igualitario dado á la revolución por el lugar de su nacimiento, por los elementos étnicos que la secundaron y por la abolición de la esclavitud; y el carácter reaccionario impreso por los conservadores de la emigración á los actos que oficial y extraoficialmente intervenían, explican por qué se ha podido hacer racionalmente, sin genios ni hombres necesarios, el movimiento interior de la revolución de Independencia, y por qué, al ponerse en contacto con los que personificaban en el exterior el espíritu de conservación, tenía Aguilera y tenían los hombres como él, que sufrir un suplicio sin término y sin tregua.

La revolución de Cuba no ha necesitado genios, porque tenía el genio colectivo, el pueblo, y entiéndase que no habla un hacedor de frases, ni un repetidor de figuras oratorias, ni un adulador de errores y pasiones. Habla quien piensa lo que dice , y lo dice después de haber deducido de la realidad de la historia y de la vida la verdad que cree y afirma. El pueblo no es pueblo cuando, por sustracciones caprichosas é insensatas, lo reducen sus explotadores y sus enemigos á la porción ineducada que tiene demasiado que trabajar para educarse, y demasiada honradez instintiva para vivir sin trabajar: ese es el pueblo inculto, cuya ignorancia es responsabilidad de la porción culta del pueblo. El verdadero pueblo somos todos.. Siendo todos, cuando él se mueve, él es quien dirige, porque él es quien, con el genio de la razón común y del sentimiento universal, gobierna todas las voluntades individuales. Ese es el pueblo que decidió con las armas en la mano lá Independencia de Cuba, y él es el genio colectivo que la está realizando ejemplarmente.

Hijo de ese pueblo, amigo de se pueblo, cooperador de ese pueblo, era Aguilera. Si una fracción de él hubiera, en nombre de la libertad teórica, intentado desvirtuar la obra del pueblo entero, Aguilera se habría opuesto como bueno. Iba á encontrarse en Nueva York con una fracción del pueblo cubano, que quería imponerse al pueblo entero, y allí empezó su vía crucis.

VI

Ya en 1871 y 72, momento formidable de la revolución de Cuba que corresponde á los días aciagos de Casanare en la lucha de emancipiación de Venezuela y á las noches tristísimas que en Chile sucedieron á la "noche triste" de Rancagua; ya en aquel momento de abandono de fuerzas y esperanzas, á que sólo Oriente y Camagüey resistieron, era patente la dualidad que comprometía el movimiento de Cuba hacia la vida propia. De un lado, sostenedores de la patria que nacía, los combatientes. De otro lado, desvanecedores de las esperanzas de la patria, los influyentes de la revolución.

Aquéllos, enteros en su conciencia y su virtud patriótica, resistían al hambre, á la desnudez, á la intemperie, al dolor y á lo más difícil de resistir, la defección. Hombres en toda la potencia de una gran cualidad, eran la patria. Ese es el gran momento de Cuba y los cubanos combatientes, porque la obra meritoria de los pueblos y los individuos, no es la que se realiza en la fortuna, sino la que se consuma á pesar de ella.

En frente de los beneméritos de la posteridad, los débiles de aquel momento. Eran patriotas á su modo, y ¿cómo no? Todas las esperanzas de brillo, de posición y de renombre, estaban en el suelo en que nacieron. Pero ese patriotismo que resuena en la personalidad, como repercusión de ella misma, es infecundo; consiente la risa cuando la patria llora; es el placer, cuando la patria sufre; las fruiciones nerviosas del triunfo de amor propio de individuos y corrillos, cuando la patria se retuerce en las convulsiones de la desesperación. Ese era el patriotismo que estaba encargado de auxiliar á Cuba. Había hecho esfuerzos pero los que no eran infructuosos, ó estaban contaminados por la ponzoña del personalismo ó eran ofrendas menguadas que ni á la necesidad ni á la dignidad de la revolución correspondían.

Entonces fué cuando, alarmados por

el estado aflictivo de las cosas, los patriotas combatientes, y urgido por ellos y por su propia responsabilidad, el Presidente Céspedes resolvió enviar á Nueva York un hombre que, personificando con indiscutible mérito la causa que iba á representar en el exterior, aplacara la discordia, armonizara en un solo esfuerzo la actividad y el patriotismo de los emigrados, y diera cima al proyecto de veverificar una expedición definitiva.

Para ese fin se eligió á Aguilera. El patriota sencillo aceptó la comisión. Lo hizo por patriotismo, é hizo mal. Lo hizo por cualquier otro motivo, hizo mal.

En el primer caso,—que, dado el hombre, es el probable,—cometió un grave error. El patriotismo tiene por límite el interés de la idea que lo mueve. La idea del patriotismo era la independencia; la independencia perdía uno de sus instrumentos más poderosos, si Aguilera perdía su hasta entonces inviolable popularidad; y habiéndose dado los antecedentes que se daban entre los representantes de Cuba en Nueva York, era de prever la impotencia, y por secuela, la impopularidad del patriota virtuoso. No lo previó, y fué su error; previó y se sacrificó? fué su error.

En el caso de otro móvil cualquiera.—que, conocido el hombre, no podía ser móvil indigno,—también hizo mal. Para sí lo hace, y para todos, el que, puesto en la obra, si ella es buena, olvida que nada hay hecho cuando algo queda por hacer.

Lo que debía hacerse estaba en Cuba; fuera de ella, nada podía hacer un hombre como él.

Eran, no obstante, tan sanas sus intenciones, y tanta fué la confianza que inspiró entre los patriotas buenos de la expatriación la ida del Vicepresidente á los Estados Unidos, que hasta los preparados para inutilizarlo se vieron forzados á sonreirle, á agasajarlo, y á rendirle el homenaje que merecía.

Parciales del bando de conservadores aseguran que el proceder de Aguilera con aquellos á quienes iba á sustituir, fué inmoderado. No lo sabe el que escribe: estaba á millares de millas, intentando por Cuba un servicio; mas si fué como dicen, nada extraño: Aguilera llevaba en los oidos los lamentos de Cuba abandonada por los escogidos para auxiliarla; debía moverlo la viril indignación que mueve contra un obstáculo menguado al que está dirigiéndose á un gran fin, y el distintivo de los hombres de conciencia en su encono contra los hombres sin conciencia. Empero, los que conocieron seriamente á Aguilera, y en días nefastos para él lo oyeron hablar siempre con piedad no irónica, y diferir sin encono ni violencia, de los que se obstinaron en ser sus enemigos,—no tenemos un sólo motivo para creer la aseveración de esos parciales.

Sea lo que fuere, el hecho es que, no bien llegado á cumplir su encargo, Aguilera tuvo que ver la imposibilidad de cumplirlo.

Para evitarme el relato doloroso, que alguna vez tendría que ser repugnante, de las luchas que hubo de arrostrar el hombre bueno, he hecho antes el bosquejo de los partidos,—el de los libertadores y el de los conservadores,—que, uno en los campos de la revolución y entre la mayoría sincera de los expatriados, y otro en la emigración y entre los secuaces de los representantes oficiales, caracterizan la doble tendencia del movimiento cubano.

Utilizando ahora ese bosquejo, y personificando en Aguilera la tendencia lógica, sana, redentora; la tendencia contraria en sus implacables enemigos, á nadie costará grandes esfuerzos el identificarse mentalmente con el hombre de abnegación que iba á ser víctima de ella y de los que carecían de ella. Solo, para hacer más completo el cuadro de los dolores de Aguilera, y para tributar el acatamiento que jamás he negado á la justicia y la verdad, me falta declarar que, entre los que se llamaban defensores de principios y enemigos de Aguilera, quizás no eran diez los que defendían y auxiliaban á Aguilera por defender y auxiliar á los principios; al menos, no eran diez los defensores de esa especie que he contado.

Amargo es el jugo de la verdad; pero es su jugo, y es probable que no haya una conciencia tan acibarada por él como la mía. Con ella y precisamente por

ella, vivo para ver triunfar á Cuba para contribuir en cuanto deba á completar su obra en donde todavía no está empezada, y para vengar ingratitudes con servicios.

Esa fué también la venganza de Aguilera. Cuando nos embarcamos juntos en el "Charles Miller," queriendo calmar la indignación que yo no ocultaba, me decía: "esto es lo digno de los dos; ir á morir por los que no agradecen." Cuando, después del primer fracaso, insistió en su empresa temeraria, no hizo otra cosa que pagar ingratitudes con servicios. Cuando volvió á insistir después de volver á fracasar, no hizo otra cosa. No hizo otra cosa, cuando insistió de nuevo á fracasar de nuevo. No hizo otra cosa cuando cansado ya de fracasar, todavía no estaba cansado de insistir.

Constancia igual en el infortunio, acompañada de igual benevolencia; abnegación tan grande, mortificada en vano por tan inícuas agresiones; virtud tan firme, en medio de pasiones tan viciosas; tal incorruptibilidad en medio de tan horrenda corrupción, me reconciliaría con la muerte, si yo creyera en la muerte que reposa. Bendita ella, si es verdad, cuando cambia el cansancio que no acaba por el descanso que no tiene fin! Bendita ella cuando cura de raíz la enfermedad infernal de una vida desviada de su objeto! Bendita ella, cuando amonestando el juicio de los coetáneos, lo llama á convertir en veredicto de razón las condenaciones brutales del interés implacable, del error voluntario, de la pasión aviesa, y un momento después de la calumnia ó del ultraje, obliga á los perversos á fabricar lágrimas visibles, para que todos vean que ellos tienen también sensibilidad y la capacidad de la virtud! Si ese es el único triunfo de los buenos, bendita la muerte que lo otorga!

Vendrá después el triunfo nacional, se restituirán á la patria las cenizas expatriadas, y todos podrán congratularse con la justicia de los hombres y nadie tendrá que contristarse, pensando y repitiendo con el viajero melancólico:

"...Nor father, nor mother, nor gentle sister shall ever shed their silent tear over the sleeping dead".

E. M. Hostos".

Ultimo canto de Leopoldo Turla
En la muerte de Francisco Vicente Aguilera

CRUCIFICACION

Cain bourreau d'Abel qu'as tu fait de ton frére.
F. Ingague.

Cain tuant Abel est l'estupor de Dieu.
Victor Hugo.

Christ est aux mains des Juifs une seconde fóis.
Augusto Barbier.

La daga aleve empuña el asesino
Y lánzase á matar en el camino;
De horror la humanidad un grito exhala
Y con el dedo al criminal señala:
La ley entonces le condena impía
Y en el cadalso su delito expía.

Empero, un criminal más vil alienta
Que á la luz el semblante no presenta;
Tras velo impenetrable se recata
Y oculto siempre en las tinieblas mata;
Pues no quiere mañana que la plebe
Su cruenta saña en su cadáver cebe.

Mas esta vez, no es el puñal que toma
Ni de los Borgias la fatal redoma:
Sutil y cauto, adopta otro sistema;
¿Qué importa en la conciencia un anatema?
Quebrantar la salud y herir el alma,
Y del mártir preparar así la palma.

También se mata así, sin que el acero
Deje de sangre acusador reguero;
Ni vil veneno, que el cutis amorata,
Y al asesino incógnito delata:
A la víctima así, sagaz se hiere
Y al sordo golpe lentamente muere.

Un criminal en el cadalso expira:
Al otro impune ved! triunfa y respira.

¿En dónde está, Señor, tu providen...
. . . .
¿Qué velo denso, lóbrego y funesto
Entre el cielo y la tierra está interpues-
(to?

Muerto allí... el pobre anciano,
Mas no se ve del matador la mano!
Esa mano se oculta en la penumbra
Y al vulnerar, ninguno la columbra!
Mas quien como instrumento vil la em-
(plea,
Ese, do quier triunfante se pasea!

Al ánimo viril que se agiganta
Y al nivel de los héroes se levanta,
Se le declara cautelosa guerra;
Y en dédalo confuso se le encierra,
Y con falso señuelo se le atrae
Do á cada paso tropezando cae.

Y un bordón se le dá, de intento roto
Para llegar al término remoto;
De espinas se le siembra la ancha senda
Y se le pone al párpado una venda,
Para que cambie el mísero la ruta
Y beba hasta las heces la cicuta.

Entonces se le empuja al fin cercano
Que andar apenas puede el pobre ancia-
(no;
Y con la cruz de Cristo al hombro puesta
Se le fuerza á subir cuesta tras cuesta,
Hasta tocar del Gólgota la cima,
Y se le arroja al fondo de la sima.

¡Oh mártir del deber! ¡Víctima santa!
Perdona si no tengo en mi garganta
Para llorar tu fin, febril sollozo:
Y en vez de indigno femenil embozo
Dejo que el alma lance de ira un grito
Que hiera la conciencia del delito.

Un grito que penetre en lo más hondo
Y haga surgir la iniquidad del fondo;
Un grito que temblar haga de espanto
Al pérfido asesino tras su manto!...
Un grito intenso, poderoso y fuerte
Que cruel remordimiento en él despier-
(te!

Menguado el vate que cobarde calla
Y en fulminante cólera no estalla!
Menguado aquel que mudo, indiferente,
La máscara no arranca al delincuente!
. . . .
. . . .

Tú al expirar, magnánimo callaste
Y el crímen al morir no denunciaste.
Más rígido que tú, yo no perdono,
Y acuso al reo, y su maldad pregono;
Y al pueblo digo: "el pílori prepara,
Y hiere á los sicarios con tu vara".

¡Oh qué hondamente del martirio tie-
(nes
Clavadas las espinas en las sienes!...
¡Cual tus piés traspasaron y las manos
En dura cruz con clavos inhumanos!...
Y los que viles, sin piedad te hirieron,
Rubor decirlo dá... cubanos fueron!...

. . . .
. . . .
. . . .
. . . .

Leopoldo Turla.

El autor, sorprendido por la muerte, dejó inconclusa esta inspirada poesía.

FRAGMENTO ESCRITO DE PUÑO Y LETRA DE AGUILERA

"Capacidades, aldamistas decididos, á la disposición de Aldama:

En New York, CC. José A. Echeverría, Manuel Mestre, Pedro Martín Rivero, Hilario Cisneros, Néstor Ponce de León, Dr. Federico Gálvez, Dr. Juan Cisneros, Dr. Illas, General J. Díaz de Villegas y su hermano; hacendados Joaquín Angarica, Joaquín Delgado; comerciante José Ramírez Villa, CC. Manuel J. Izaguirre, Joaquín Polo, Luis Zayas y otros.

En Filadelfia, José González y otros.

En Baltimore, el Dr. Camejo y otros.

En Nueva Orleans, Dr. Joaquín Zayas y otros.

En Cayo Hueso, Dr. Hortmann y otros.

En Nassau, Rafael Mendive y otros.

Capacidad única que está á mi lado y me apoya:

José Joaquín Govantes.

¿Cuál es la razón, pregunto yo, por qué los aldamistas que antes eran mis amigos, se han separado de mí y se ensañan contra Govantes porque se ha puesto á mi lado y me apoya en mi controversia con Aldama? ¿Dónde está la justicia y la imparcialidad de esos señores? ¿Dónde la proverbial generosidad cubana? ¿Acaso no advierten que soy la parte débil, que Aldama es el fuerte? ¿Por qué pretenden privarme del único apoyo con que cuento? Pero: ¿No hicieron lo mismo anteriormente, con el nunca olvidado patriota Mayorga, cuando se puso á mi lado en la Agencia? ¿No trataron de ridiculizarlo juzgándolo inepto é incapaz? ¿Se ha escapado á ellos que Aldama es un hombre funesto á la revolución, porque hace las cosas tarde y mal, cuando hace algo? ¿Cómo entienden esos señores el patriotismo? ¿Son patriotas cubanos ó aldamistas furibundos? ¿Desean la independencia de Cuba ó el entronizamiento de Aldama? Si lo primero. ¿Cómo se ciegan hasta el punto de desconocer la ineptitud de su ídolo? Si lo segundo. ¿Por qué no arrojan la máscara y lo proclaman Dictador de la República de Cuba...?

Estas y mil preguntas más me hago en mis amargas soledades sin acertar á resolverlas....."

Poesía anónima que vió la luz en el periódico "La Verdad", de New York, con motivo de haberse publicado en "La Voz de Cuba," de la Habana, un escrito ofensivo á la memoria de Aguilera.

LA TUMBA DE UN PATRIOTA

Si algún rufian, del evangelio en men-
(gua,
Con cínico gracejo se divierte
En azotar tu nombre con su lengua.

Si á tu sepulcro en pílori convierte;
Si á tus exequias lanza maldiciones,
Porque un gran pueblo supo honrar tu
(muerte;

Si de tu vida, mancha con borrones,
El libro donde el angel de la gloria
Ha escrito para tí sus oraciones;

Si famélico tigre, de tu historia
Al desgarrar las páginas, desgarra
Corazones que adoran tu memoria;

Si tu cadáver, su altivez bizarra
Se goza en remover, clavando aleve
En tus entrañas su candente garra;

Si audaz, á tanto su furor se atreve,
Que por mejor herirte con su pluma,
Se transforma en tribuno de la plebe;

Si deshonrarte se propone en suma,
Cuando la patria por tu muerte gime
Bajo el dolor inmenso que la abruma;

No temas, ¡oh patriota! que el sublime
Sueño inmortal de tu ascensión gloriosa,
Turbe un reptil que de español se estime.

La estrella de los mártires radiosa
Su luz de amor, al derramar sin tasa
De tu sepulcro en la modesta losa;

Hará brillar, como candante brasa,
Este verso inmortal del torvo Dante:
"Non ragionar d'alor, ma guarda é pa-
sa.")

Y en medio de las sombras, palpitante
La patria, que tu nombre reverencia,
Dirá piadosa en tan solemne instante:

"Perdónalo Señor; y á su conciencia
Devuélvele en amor lo que ha perdido
De humano y noble en su fatal demencia:

Haz que su crimen, llore arrepentido:
¡El crimen de infamar, con ruda saña,
La tumba de un patriota esclarecido.

Cuyo labio jamás maldijo á España,
Ni en el sepulcro de ningún tirano
En vez de rosas, arrojó cizaña!"—
¡Y Dios, no acojerá su ruego en vano!

Cuenta de los caudales confiados á Francisco V. Aguilera para la causa de Cuba

---

Por motivos que más adelante explicaremos, creemos necesario formular estas cuentas detalladamente. Siendo tan árida la cuestión de números, el lector que no desee tan municiosos detalles, puede referirse al final, en el Resúmen General, cuenta número seis y allí encontrará en globo la cantidad total que fué á manos de Aguilera y su distribución. Mas el crítico que desee otros detalles, los encontrará examinando estas cuentas, que hemos tratado de exponer con toda claridad y método, de manera que sean inteligibles, sin fatigar al lector.

Cuenta de los fondos que manejó Aguilera durante el tiempo que fué Agente General, ó sea desde que llegó á New York hasta que salió para Europa. De agosto de 1871 á Julio de 1872.

CUENTA NÚMERO 1.

Balance presentado por el contador de la Agencia General, C. Manuel J. Izaguirre. De 15 de Agosto de 1871 á 30 de Abril de 1872.

	Debe.	Haber.
1872		
Abril 30:		
Caja. . . . . Currency.	$ 32,588.52	$ 54,312.52
Donativos patrióticos. . .		7,140.53
Préstamos patrióticos. . .		9,656.80
"Sociedad del Tabaco" (Nueva Orleans) . . .		455.00
Periódico *La Revolución*.	663.45	
Imprenta Cayo Hueso. . .	200.00	
Gastos generales.	1,630.85	
Gratificaciones y asignaciones.	9,626.01	
Periódico *La República*. .	70.00	
Vapor "Hornet".	25,395.46	
Sama y sigue. . . .	$70,174.29	$71,564.85
Suma anterior. . . .	$70,174.29	$71,564.85
Agencia Nassau.	1,666.31	
General M. Quesada. (Su donativo á la Agencia Jamaica).	2,266.25	
G. W. Brown.	197.12	
Suscripción de $ 10. . .		450.00
Cupones.		22.50
Obligaciones á pagar. .	160.00	
Premios y descuentos. .	111.56	
Gastos de viaje.	3,058.54	
Vapor "Virginius". . . .	400.00	
Cuenta armamento. . . .	265.36	
Sociedad "Obreros de la Libertad".		1,487.90
Sociedad "Juvenil" (Cayo Hueso).		421.00
Sociedad "Amigos de Cuba" (Campeche). . . .		105.30
F. P. Bravo (Ministro Perú).	1,000.00	
Sociedad "Auxiliadora". .		2,200.00
Sociedad "Hijas de la Liga".		400.00
Sociedad "Laborantes de la Libertad", N. Y. . .		995.67
Goleta "Velocity". . . .		568.00
Expedición Peralta - Izaguirre.	1,623.97	
"Sociedad Patriótica de Señoras".		205.00
"Asociación Cubana del Sur" (Cayo Hueso). .		4,270.45
Sociedad de declamación "San Carlos" (C. Hueso).		72.00
Expedición Carlos García.	1,378.43	
Agencia de Jamaica. . .	548.75	
Agencia de Veracruz. . .		64.91
"Asociación Cubana del Sur" (Baltimore). . .		16.00
"Asociación Cubana del Sur" (Savanna). . . .		7.00
Total. . . .	$ 82,850.58	$ 82,850.58

New York, Junio 25 de 1872.

M. J. Izaguirre,
Contador.

Como el vapor "Hornet" se vendió en $25,000, y después de este balance se hicieron otros costos por él, vino á dejar una pérdida como de $3,000. Cierto que para este resultado, hubiera sido mejor dejarlo perder desde el principio; pero Aguilera no podía hacer eso, por la responsabilidad que sobre él pesaba, así es que lo defendió hasta el último extremo.

En la cuenta de Gratificaciones y Asignaciones están inclusas las pensiones atrasadas que encontró Aguilera, que debía la Agencia cuando se hizo cargo de ella; pues aunque descartó la mayor parte, tuvo que abonar algunas, por convenir así al crédito de la Agencia, entre ellas la del general Jordan, á quien se debían $2,500 por mensualidades atrasadas, las que le fueron abonadas.

La expedición del "Fannie," incluso el vapor, armamento habilitación &., costó unos $34,000.

Resumen del efectivo recibido por Aguilera durante este período.

Donativos patrióticos.	$ 7,140.53
Préstamos patrióticos.	9,656.80
Goleta "Velocity".	568.00
Agregado del producto de las diferentes Sociedades patrióticas. . .	11,148,87
Total Currency. . .	$ 28,514.20

Durante este período, la cantidad que tomó Aguilera para sus gastos personales fué $1,500, ó sean diez mensualidades de $150 cada una.

Cuenta número 2.

Cantidad total que recolectó Aguilera en Europa. De 15 de Julio de 1872 á Marzo de 1873.

En oro.	$ 37,403.00
Premio al 17 ½ por 100.	6,545.52
Total Currency. . . .	$ 43,948.52

DISTRIBUCION DE ESTA CANTIDAD:

A MAYORGA: enviádole en varios giros, para emplearlos en pequeñas expediciones á Cuba.	$ 5,424.27
Enviado al mismo para impresión de treinta millones de pesos en bonos. .	9,500.00
Suma y sigue. . .	$ 14,924.27
Suma anterior. . .	$ 14,924.27
A JUAN M. MACIAS: cantidades que se le remitieron á Londres en varias partidas, para reembolsarle los gastos de viaje de él y Aguilera, gastos de propaganda en Inglaterra y Europa, impresión de un folleto con discursos pronunciados en las Cámaras españolas; otro folleto más sus gastos en Londres y París seis meses, etc.	3,884.69
AGUILERA: gastos por la causa en Europa, incluyendo sueldo de un escribiente nueve meses, socorros á cubanos necesitados, cablegramas á New York, viaje á Londres, caja de hierro, etc., etc. .	880.41
Sus gastos personales en los nueve meses que permaneció en Europa.	2,752.64
Su pasaje con un criado, de París á New York.	260.00
Gratificación al criado.	48.00
Diferencia que pasamos á la cuenta número 3	21,198.51
Total Currency. . . .	$ 43,948.52

Cuenta número 3.

Cuentas de Aguilera desde el 26 de Marzo de 1873, que llegó de Europa á New York, hasta fines de Abril de 1875, que rompió con el C. Miguel de Aldama.

Resto de la cantidad recolectada en Europa, á que nos referimos en la cuenta anterior.	$ 21,198.51
1873. Cantidades recolectadas en New York:	
Abril 17. Recibido de varios donantes por conducto del General Villegas.	3,000.00
Entregado por el C. M. Marquez á J. P. Bravo.	250.00
Mayo 10. Recibido del C. F. Santa Cruz, Presidente de la "Sociedad Cubana de Nueva Orleans". . .	100.00
Junio. Recolectado en Cayo Hueso y Nueva Orleans.	9,400.00
1874:	
Agosto 23. Recibido de C. A. de Baltimore.	25.00
Octubre 27. Recibido del C. Carlos de Varona por cuenta del General M. Quesada.	20,000.00
Octubre 28. Recibido del C. B. . .	30.00
Octubre 30. Recibido del C. C. (don Miguel Cantos).	5,000.00
Octubre 31. Recibido de un patriota tabaquero de Watter St.	28.00
Recibido del General Villegas en varias partidas.	4,998.30
Recibidos varios pequeños donativos.	150.00
Total recibido. . .	$ 64,179.81

DISTRIBUCION

1873:

Abril. Reembolsado á D. F. Cross de Kingston, Ja., por suplementos en 1871.	$ 177.00
Abril 14. Préstamo al C. Antonio Zambrana.	500.00
Abril 14. F. P. Bravo, cantidad que le entregó Márquez.	250.00
Mayo 1.º Comisión de F. J. Cisneros y M. Luis.	50.00
Mayo 14. Socorro hijos del General V. García.	50.00
Mayo 22. J. Armas y Céspedes, una comisión.	30.00
Mayo 30. Cap. Summers, una comisión.	25.00
Junio 24. Viaje á Baltimore y Nueva Orleans en busca de un vapor.	183.00
Junio 26. Orden á Mayorga para comprar armas.	600.00
Septiembre 9. A Antonio Zambrana	25.00
Septiembre 9. Cantidad que entregó de menos Pablo Batlle.	105.00
Septiembre 25. A A. Zambrana para comprar un periódico.	800.00
Septiembre 30. Al General Jordán.	30.00
Septiembre 30. Descuento del pagaré de Pablo Batlle.	170.70
Diciembre 5. Para supervivientes del "Virginius".	25.00

1874:

Septiembre 5. Cablegrama á Europa.	13.30
Diciembre 5. Impresión de proclamas.	14.25
Diciembre 12. Al Rev. P. Palma para colegio del hijo del General V. García.	225.00

1875:

Enero 10. Al Dr. Casanova, por 21 visitas al práctico Puerto Rico.	63.00
Enero 23. A Vicente Mestre para una comisión.	5.00
Febrero 10. A Néstor Ponce de León, á cuenta de impresión de libro táctica.	100.00
PRACTICOS: Abonado en diferentes partidas por pasajes de varios prácticos de Jamaica, Santo Domingo, Cayo Hueso, etc., á New York y sostenimiento de los mismos, curación de enfermos, entierro de uno muerto (Puerto Rico), etc, etc.	1,408.62
Suma y sigue.	$ 4,849.87

Suma anterior.	$ 4,849.87
MIGUEL LUIS AGUILERA: Abonado por Aguilelra á este Ayudante suyo, Jefe de una expedición proyectada, y que después acompañó á Aguilera en sus abortadas expediciones, á cuenta de su pensión de $40.	484.00
MANUEL ANASTASIO AGUILERA: Abonado por Aguilera á este Ayudante suyo y auxiliar, á cuenta de su mesada de $ 36.	570.00
PIO ROSADO: Teniente Coronel que debía acompañar á Míguel Luis en su expedición y después acompañó á Aguilera en sus intentos expedicionarios. Auxilios en diferentes ocasiones.	410.00
CAPITAN SUMMERS: Para varias comisiones.	190.00
JOAQUIN AGUIAR: Maquinista, para varias comisiones.	150.00
CORONEL LEGRAND: Francés, que debía acompañar á Aguilera en su expedición. Auxilios varios	267.00

1873:

Mayo. GENERAL JUAN DIAZ DE VILLEGAS: Suma recolectada á nombre de Aguilera.	3.000.00
Mayo 12. Letra de Santa Cruz.	100.00
Letra de la Habana.	280.00
Septiembre 11. Traspaso de una parte de los fondos que llevó Aguilera de Europa.	13,895.50
Noviembre 27. Traspaso del resto devuelto por Batlle.	2,100.00

Estos traspasos los hizo Aguilera en virtud de ser Villegas Presidente de la Sociedad "Amigos de Cuba", con la que hizo fusión, por consejo de Echeverría.

1874:

MIGUEL DE ALDAMA: Entregándole:

Octubre 27. Dinero de C. Varona.	$ 20,000.00	
Mitad dinero Cantos.	2,500.00	
Recolectado en Cayo Hueso y Nueva Orleans.	9,400.00	31,900.00

Esta cantidad la entregó Aguilera á Aldama en virtud de ser éste Agente General de la República.

Suma y sigue.	$ 58,196.37

Suma anterior. . . . . . $ 58,196.37

1873:

Septiembre 11. Descuento que hizo el Sr. Pablo Batlle á la cantidad depositada en poder de Mayorga. 1,500.20

Junio. Depósito que se hizo para la compra de un vapor, acordándose después en "junta" dejarlo perder para aceptar la proposición ventajosa que hizo el General Quesada. 500.00

Gastos pequeños por la causa en el período de estos dos años. . . . 100.00

Gastos particulares de Aguilera en dos años. 3,883.24

Total. . . . . . $ 64,179.81

CUENTA NUMERO 4.

Costo de las cuatro primeras expediciones fracasadas de Aguilera.

PRIMERA EXPEDICION: En el bergantín "Charles Miller." Abril de 1875:

Flete del barco.	$ 2,500.00	
Armas y pertrechos. . . .	293.00	
Efectivo para la travesía.	250.00	
Reducción de papel á oro. .	68.00	
Víveres, equipaje para diez hombres, traslación á Boston, coches, hospedaje, etcétera.	856.53	$ 3,967.53
Se cubrieron estos gastos con los fondos que el C. Rosado recolectó de los patriotas de Cayo Hueso, que ascendieron á.	$ 3,766.00	
Déficit que suplió Govantes.	201.53	$ 3,967.53

SEGUNDA EXPEDICION: Pailebot "E. B. Warton." Mayo 28 de 1875.

Flete extraordinario abonado al armador.	$ 300.00	
Gastos de hotel en New Heaven y Stamford, traslación y sostenimiento de Ayudantes y Prácticos 27 días, provisiones, coches, viajes, etc., etc.	965.85	
Eefctivo para la travesía. .	300.00	
Efectivo á Manuel Anastasio.	108.00	$ 1,673.85
Se abonó esta cantidad con lo recolectado en N. York y Boston por C. Gato, Rodríguez y Fernández, que ascendió á.	$ 911.00	
Recolectado en Filadelfia por los mismos.	225.00	
	1,136.00	
Déficit suplido por Govantes	537.85	1,673.85

TERCERA EXPEDICION. Desde Jamaica, en la goleta "Eufemia." Agosto 27 de 1875.

Importe de las armas y pertrechos comprados á Altamont de Córdova en 1,100, pesos, que con el premio de 15 por 100 sobre Currency, resultaron en New York.	$ 1,265.00	
Víveres, transportes, hotel á los Ayudantes, efectivo para el viaje, etc., etc.. .	800.00	$ 2,065.00
Para cubrir estos gastos se hicieron cargo los ciudadanos Félix Tejada y Balbona de $ 800 que prestó el judío Mr. Hart, de Kingston.	$ 800.00	
El C. Félix Govín, de New York contribuyó con. . .	300.00	
El C. Ramón Martínez con 30.000 en bonos, que vendidos á dos centavos el peso, produjeron. . . .	600.00	
El C. Hilario Cisneros con $ 4,000 bonos.	80.00	
	$ 1,780.00	
Déficit suplido por Govantes.	285.00	$ 2,065.00

CUARTA EXPEDICION: Asociado con el General Quesada, en el vapor "Anna", 22 de Abril de 1876.

Tres pasajes á Cayo Hueso, de Mendoza, Morey y Rosado.	$ 120.00
Al expedicionario Blazini. .	10.00
A Valdés Mendoza, para gastos de viaje.	15.00
Telegramas á Cayo Hueso.	7.00
A Mr. Miller, maquinista del "Uruguay".	40.00
Varios telegramas.	2.00
Girado á S. Palacios, en Jamaica, para pasajes y gastos de prácticos. . . .	340.00
Al Coronel Queralta, por comisión al Estado de Carolina.	100.00
Suma y sigue. . . .	$ 634.00

Suma anterior . . .	$ 634.00	
A A. del Pino, por copiar un expediente.	7.00	
Equipaje para dos expedicionarios.	55.00	
A Miguel L. Aguilera, á cuenta de sus mesadas. .	275.00	
A M. Atanasio, á cuenta de sus mesadas.	241.00	
A Pío Rosado, á cuenta de sus mesadas.	285.00	
Al Capitán Morey, á cuenta de sus mesadas.	124.00	
A los prácticos, por ropa, abrigo, etc..	310.81	
A Leoncio Prado, auxilio. .	100.00	
A Juan Luis pacheco, auxilio.	12.00	

Se abonaron estos gastos de la manera siguiente:

Los CC. Leandro y Andrés Rodrígues contribuyeron con.	$ 100.00	
Mr. Charles Berder con. .	500.00	
Recolectado por la Comisión de Cayo Hueso.	533.00	
Donativo dé D. Miguel Cantos.	500.00	
Recolectado por el C. F. Marrero en los talleres de Brooklyn y New York. .	108.91	
Recolectado en Filadelfia por el C. Fernández.	68.00	
Recolectado en la Habana por el C. Fernández. . .	100.00	
Remitido por el Sr. Monzon, de Boston.	40.00	
Remitido por el Sr. M. Martínez y varios estudiantes de París.	200.00	
Sobrante.		106.10
	$ 2,149.91	$ 2,149.91

Resumen del costo de estas cuatro expediciones:

	Debe.	Haber.
Primera expedición.	$ 3,967.53	$ 3,766.00
Segunda expedición. . . .	1,673.85	1,136.00
Tercera expedición.	2,065.00	1,780.00
Cuarta expedición.	2,043.79	2,149.91
Efectivo á favor de Govantes.		918.26
	$ 9,750.17	$ 9,750.17

CUENTA NUMERO 5.

Cuentas de Aguilera durante sus expediciones y después de ellas hasta su muerte. Incluyo la quinta expedición.

1875:

Recibido de Govantes en varias partidas.	$ 246.00
Junio 23. Recibido de la Sra. Concepción Mora, Nassau.	100.00
Junio 24. Recibido del C. Sánchez Iznaga, check $ 1,000 oro español, que produjo.	629.62
Septiembre 14. Recibido de mister Nash, á cuenta goleta "Eufemia".	50.00
Octubre 1.° Recibido del C. Juan Acosta, de Kingston.	98.00
Noviembre 5. Recibido del C. F. Tarafa, en New York.	500.00
Diciembre 4. Préstamo del C. L. Rodríguez para los prácticos. .	200.00
Diciembre 29. Préstamo de Govantes.	5.00

1876:

Febrero 1.° Dos letras traídas por el General Quesada, Cayo Hueso.	914.00
Febrero 16. Devuelto por Leoncio Prado.	100.00
Febrero 21. Recibido de Govantes.	15.00
Marzo 11. Recibido del C. Leandro Rodríguez.	100.00
Marzo 16. Recibido del taller de Lozano para medicina.	25.00
Marzo 21. Recibido del C. F Fernández para medicinas.	12.00
Mayo 6. Recibido del C. L. Rodríguez.	100.00
Junio 14. Recibido del General M. Quesada.	440.00
Junio 14. Recibido del C. Rafael Quesada, en Nassu.	5.00
Junio 14. Recibido del C. R. Silva en Puerto Plata.	275.00
Junio 14. Recibido del C. Pedro Recio en Puerto Plata.	25.00
Junio 14. Dinero de la disputa entre Rosado y Hernández. . . .	17.00
Junio 14. De Inglés y C.ª, por orden de Ducoureau.	70.00
Agosto 6. De la Sociedad "Independencia".	200.00
Septiembre 4. Donativo de los CC. Ricardo Menocal y M. Domínguez.	10.000.00
Septiembre 8. Recibido del General M. Quesada.	500.00
Septiembre 13. Recibido del Marqués Morales.	40.00
Suma anterior.	$ 14,666.62

Suma y sigue.		$ 14,666.62
Septiembre 16. Recibido del C. Oduardo.		34.00
Septiembre 18. Recibido del C. Leandro Rodríguez.		100.00
Septiembre 18. Recibido de la Sociedad "O. de la Independencia".		34.70
Octubure 9. Recibido del General M. Quesada.		100.00
Noviembre 9. Recibido del C. Ricardo Menocal.		150.00
Noviembre 9. Recibido de la Sociedad "O. de la Independencia".		40.25
		$ 15,125.57

A DEDUCIR:

1875:

Junio 27. A Miguel Luis en Kingston, preparativos para la tercera expedición.	$ 238.62	
Junio 27. Coche al ingenio de Tejada.	10.00	
Junio 27. A Morey para gastos menores.	21.00	
Agosto 18. A Juan Acosta reembolso y comisión.	150.00	
Agosto 21. A Luis F. Gutiérrez, para hotel, etcétera	98.00	
Agosto 21. A Miguel Luis, varios gastos. .	20.25	
Agosto 22. Coches para Sabanalamar, Jamaica	105,25	
Agosto 23. Gastos en Sabanalamar.	21.00	
Agosto 30. Alojamiento y efectos en Negril, Jamaica.	16.00	
Agosto 30. Efectivo á varios expedicionarios.	10.00	
Agosto 30. Descuento del oro español. . . .	3.25	
Septiembre 3. Provisiones en Dry Harbor, Jamaica.	5.00	
Septiembre 10. Efectivo á los expedicionarios. .	25.00	
Septiembre 14. A Blazini para su viaje á Kingston.	8.00	
Septiembre 15. A Luis F. Gutiérrez para su viaje á Kingston.	24.00	
Septiembre 15. A Pití y Quesada para su viaje á Kingston.	16.00	
Septiembre 17. Percance del Capitán.	5.00	
Suma y sigue. . . .	$ 776,37	$ 15,125.57

Suma anterior. . .	$ 776,37	$ 15,125.57
Septiembre 19. Gastos menores y gratificaciones.	16.00	
Septiennmbre 30. A la niña de Jesús Pérez, Kingston.	4.00	
Septiembre 30. Efectivo á varios expedicionarios.	6.00	
Octubre11. Cablegrama á Govantes desde Kingston.	10.00	
Noviembre 1.º Entregado á Govantes el donativo de Tarafa.	500.00	
Diciembre 4. A Govantes para prácticos.	200.00	
Diciembre 18. Al Coronel Queralta para una comisión.	50.00	

1876:

Enero 19. A Govantes, para varios gastos. . .	250.00	
Febrero 1.º Depositada en poder de R Martínez la cantidad que trajo M. Quesada de Cayo Hueso.	914.00	
Febrero 14. Dinero de su familia que tomó Aguilera para darlo á Leoncio Prado.	200.00	
Febrero 15. Devuelto por Prado y entregado á Govantes.	100.00	
Marzo 2. Para mantenimiento de los prácticos.	83.00	
Marzo 31. A Govantes, para varios gastos. . .	27.00	
Abril 8. A Govantes, para varios gastos. . . .	160.00	
Abril 15. Habilitación expedicionario Socarrás.	10.00	
Abril 16. Habilitación expedicionario Coronel Queralta.	40.00	
Abril 17. A Loño, para enterrar un hijo. . . .	15.00	
Abril 17. A M. Luis y P. Rosado, para su sostenimiento.	300.00	
Abril 17. A Manuel Anastasio, para su sostenimiento.	10.00	
Abril 18. Habilitación de Aguilera para Cuba libre.	45.00	
Suma y sigue. . .	$ 3.716,37	$ 15,125.57

Suma anterior. . .	$ 3.716,37	$ 15,125.57
Abril 21. A Fernández, para medicinas. . . .	30.00	
Julio 9. Entregado al tesorero de la expedición, C. Becali, en Puerto Plata. . . .	300.00	
Agosto 6. Pasaje de Aguilera de Puerto Plata y N. Y. . . .	50.00	
Septiembre 6. Entregado al General Quesada los $10,000 donados por Menocal y Domínguez.	10,000.00	
Septiembre 6. A Govantes los $ 500 pedidos á Quesada.	500.00	
Septiembre 7. Habilitación de ropa á Aguilera para su proyectado viaje al Perú. . .	200.00	
Septiembre 14. A Govantes, donativo del Marqués Morales. . .	40.00	
Septiembre 16. A Govantes, donativo del Sr. Oduardo.	34.00	
Septiembre 18. A Govantes. De la Sociedad "Obreros de la Independencia.	34.70	
Septiembre 18. Enfermedad y entierro señora A de Piña.	100.00	
Octubre 11. A E. Hostos auxilio.	100.00	
Noviembre 5. A Govantes, los $150.00 de Menocal.	150.00	
Noviembre 5. A Govantes, los $ 40.25 de la Sociedad "Obreros de la Independencia". . .	40.25	
Noviembre 5. Por varios gastos pequeños. . . .	30.25	
Balance á favor de Aguilera por motivo del dinero de su familia, que tomó para la causa.		200.00
	$ 15,325.57	$ 15,325.57

CUENTA NUMERO 6.

RESUMEN DE TODAS LAS CUENTAS ANTERIORES

Sumas que recibió Aguilera durante el tiempo que estuvo en el extranjero.

Total de las cantidades percibidas en New York en el tiempo que fué Agente general, según la cuenta núm. 1.		$ 28,514.20
Suma y sigue. . .		$ 28,514.20
Suma anterior . . .		$ 28,514.20
Total de la cantidad recolectada en Europa, según la cuenta núm. 2. .		43,948.52
Importe total que arroja la cuenta núm. 3.	$ 64,179.81	
Rebájese el resto de la cantidad recolectada en Europa, llevado á esa cuenta.	21,198.51	
Cantidades recolectadas en New York, según dicha cuenta núm. 3.		42,981.30
Suma de las cantidades recolectadas para sus cuatro expediciones fracasadas, según la cuenta número 4.		9,750.17
Cantidades recolectadas durante sus intentos expedicionarios, hasta su muerte, según cuenta número 5.		15,325.57
Total. . . .		$ 140,519.76

Inversión de esta cantidad.

Distribución de las cantidades recolectadas mientras estuvo hecho cargo de la Agencia, según cuenta número 1.	$ 28,514.20
Empleo de una parte de las cantidades recolectadas en Euroopa, según cuenta por menor número 2. . . .	22,750.01
Empleo de las cantidades recolectadas en New York y resto de la de Europa, según cuenta núm. 3. .	64,179.81
Gastos por menor de las cuatro expediciones fracasadas, según cuenta número 4.	9,750.17
Distribución de la suma recolectada durante su quinto intento expedicionario y los anteriores, hasta su muerte, según cuenta núm. 5. . .	15,325.57
Total.	$ 140,519 76

CUENTA NUMERO 7.

Resumen de las cantidades que tomó Aguilera para sus gastos personales en seis años.

Diez pensiones de $ 150, de Septiembre 1871 á Junio 1872 inclusive, según cuenta núm. 1.	$ 1,500.00
Sus gastos personales en Europa, de Julio 1872 á Marzo 1873, según cuenta núm. 2.	2,752.64
Sus gastos en New York, de Abril 1873 á Abril 1875, según cuenta núm. 3	3,883.24
	$ 8,135.88
De Mayo 1875 á Febrero 1877, hay un balance á favor de Aguilera, según la cuenta núm. 5, que deduciremos. .	200.00
Total.	$ 7,935.88

Así que el general Juan Díaz de Villegas manifestó á Aguilera que se habían agotado los $19,375.50 que éste le entregó como Presidente de la sociedad "Los Amigos de Cuba," Aguilera le pidió una cuenta detallada de esos fondos y Villegas ofreció dársela. Habiéndolo requerido varias veces Aguilera, sin que Villegas le produjera las referidas cuentas, pensando Aguilera que aquel rehuyera el trabajo material de hacerlas, le ofreció mandarle su hijo Eladio, para que éste bajo su dirección las formulara. Aceptó Villegas, pero al presentarse el joven en su casa, protestó estar muy ocupado, y ofreció avisarle cuando pudiera ir. Como pasara tiempo sin recibir aviso el joven, ni Aguilera las cuentas, comisionó éste á su amigo Manuel J. Izaguirre para que viese á Villegas sobre el mismo asunto, y si aún no había hecho el trabajo se ofreciese para hacerlo. Hízolo así Aguirre, y volvió diciendo á Aguilera que Villegas le había manifestado que estaba muy ocupado en los arreglos de su próximo viaje á Jamaica y así que fuera á despedirse de él, le llevaría las cuentas. No fué Villegas á despedirse de Aguilera y como hubiera tenido éste que ir al vapor en que se embarcó Villegas, lo encontró allí y volvió á requerirlo por las consabidas cuentas. Villegas se excusó y le ofreció mandárselas de Jamaica. Fué el resultado, finalmente que Villegas no dió cuentas ningunas á Aguilera.

Nada decimos de los $31,900 que entregó Aguilera á Aldama, porque el lector habrá visto que con excepción de los $9.400 recolectados en Cayo Hueso, todo lo demás lo empleó Aldama en el desgraciado vapor "Octavia."

Vamos á formular en este lugar las cuentas particulares de algunos individuos que estuvieron en relación con Aguilera, al objeto que más adelante daremos á conocer á nuestros lectores.

CUENTA NUMERO 8.

Cuentas particulares de Manuel Anastasio Aguilera, su hijo Miguel Luis y Pio Rosado.

MANUEL ANASTASIO AGUILERA: Desde Agosto de 1872 hasta Abril de 1876, percibió una mensualidad de $36; ó sean 45 meses á $36.	$ 1,620.00	
Auxilios extraordinarios . . .	„ 240.00	$1,860.00
MIGUEL LUIS AGUILERA: Recibió una pensión de $40 mensuales, por el mismo período que su padre, menos los nueve meses que acompañó á Aguilera en sus fracasadas expediciones, por lo que rebajaremos 9 meses á los 45, igual á 36 meses, á $40.	$ 1,440.00	
Auxilios extraordinarios . . .	840.00	$2,280.00
PIO ROSADO: Por algunos períodos también percibió una pensión de $40 mensuales, y varias ocasiones lo auxilió Aguilera con algunas cantidades, recibiendo por ambos conceptos la suma de.		1,530.00
Total		$5,670.00

Hemos visto que Manuel Anastasio Aguilera y su hijo Miguel Luis, salieron de Cuba libre en calidad de Ayudantes de Aguilera. Como al llegar á New York encontrara este la Agencia en el estado de penuria que sabemos, por lo que se vió precisado á suprimir la mayor parte de las numerosas pensiones que encontró establecidas, creyó de mal efecto crear otras nuevas en favor de sus Ayudantes. Como fuera Manuel Anastasio su familiar, se encontrase inválido por el reumatismo, lo ligasen á él vínculos muy sagrados de reconocimiento y consideración, y finalmente, lo hubiese sacado á él y su hijo Miguel Luis, de Cuba libre; por todas estas circunstancias creyó que no debía abandonarlos en aquel país extraño é inclemente; y ya que no podía asignarles una pensión para su sostenimiento, optó por partir con ellos la que se había señalado para sí, de $150 mensuales, y de esa pensión vivieron los tres hasta la marcha de Aguilera á Europa. A su salida para ese continente, recomendó á Mayorga, les pasase una mesada de treinta y seis y cuarenta pesos respectivamente á sus Ayudantes, hasta

que regresara con recursos suficientes para llevar una expedición á Cuba, en la que ellos lo acompañarían; y mientras tanto, utilizara los servicios de Miguel Luis, que era Teniente coronel del E L., para mandar pequeñas remesas de materiales de guerra á Cuba. Así lo hizo Mayorga. Después, como fueran estas dos personas de la completa confianza de Aguilera y los necesitara para sus labores patrióticas, lo mismo que á Pio Rosado, siguió auxiliándolos, mientras se lo permitió su situación.

CUENTA NUMERO 9.

Cuenta particular de José J. Govantes

Cantidades recibidas por Govantes de diferentes personas para las cuatro expediciones fracasadas de Aguilera, según cuenta núm. 4.	$	8,831.91
1875:		
Noviembre 1.° Entregádole por Aguilera dinero de Tarafa. . .		500.00
Diciembre 4. Entregádole por Aguilera para gastos de prácticos. . .		200.00
1876:		
Enero 8. Entregádole por Aguilera para sexta expedición. . .		250.00
Enero 8. Entregádole por Aguilera devuelto por L. Prado. . . .		100.00
Febrero 14. Entregádole por Aguilera para prácticos.		83.00
Marzo 31. Entregádole por Aguilera para prácticos.		27.00
Abril 8. Entregádole por Aguilera para prácticos.		160.00
Septiembre. Entregádole los $ 500 pedidos á Quesada.		500.00
Septiembre. Contribución del Marqués Morales y Oduardo.		74.00
Noviembre 5. Entregádole por Aguilera de Menocal.		150.00
Noviembre 5. Entregádole por Aguilera de la Sociedad "Independencia".		40.00
Total.	$	10,915.91

A DEDUCIR:

Suma invertida en las cuatro expediciones fracasadas, según cuenta núm. 4.	$	9,750.17
Recibido por Aguilera, varias partidas.		266.00
Sostenimiento de los prácticos de Agosto á Diciembre de 1875. . . .		312.00
Gastos para la sexta expedición. . .		158.00
Para sostenimiento del periódico *La Voz del Pueblo*.		429.74
	$	10,915.91

Varios son los motivos que nos han inducido á formular unas cuentas tan detalladas como lo hacemos. Es el principal entre ellos, desvanecer la idea que ha querido hacerse prevalecer de que Aguilera empleó las considerables sumas que fueron á sus manos, en sostenerla multitud de parásitos que lo rodeaban. Como sus contrarios en aquella época, no pudieran atacarlo de frente, se dieron á propalar la especie, que ha llegado hasta nosotros, de que Aguilera, que era un hombre muy bueno, muy honrado, muy patriota, cediendo á su excesiva bondad, disipó el dinero de la patria, abonando pensiones y manteniendo un enjambre de vividores que bullía á su rededor. Con esta versión insidiosa se propusieron dos objetos: primero desprestigiarlo y segundo, alejar de su lado las contadas personas que lo auxiliaban de alguna manera, á fin de lograr su nada caritativo propósito de aislarlo, para una vez solo, triunfar sobre él, ellos, que eran una legión.

Estas cuentas prueban con la incontrovertible elocuencia de los números, que si es verdad que el agregado de las cantidades que recibió Aguilera fué de bastante consideración, no tiene, sin embargo, base alguna la afirmación de que él las disipara en sueldos y pensiones á "parásitos" algunos.

De intento hemos querido ser bien minuciosos en la explicación de las cuentas de aquellos individuos que, por haber recibido pensiones de él, pudieran ser los que sus contrarios trataran de deprimir con el calificativo de "parásitos." Fueron estos individuos sus familiares Manuel Anastasio y Miguel Luis Aguilera y también Pío Rosado.

Otros de los individuos á quienes Aguilera pagó pensiones por un tiempo limitado, fueron el Capitán Manuel Morey y varios "prácticos:" pero no creemos que pueda extenderse á éstos, ese calificativo, porque estos individuos fueron en su mayor parte mandados buscar expresamente por Aguilera á Jamaica, Santo Domingo, Cayo Hueso, &c. &c. cuando se consideraba próximo á despachar una expedición, por serles indispensables para la conducción de ésta,

pues esos "prácticos" no eran otra cosa sino "guías", conocedores de la costa de Cuba, en cuyas manos, en realidad, había de poner la expedición una vez se acercaran á dichas costas, y después, en tierra, habían de señalar el rumbo que debían tomar y conducirlas.

Fácilmente se comprenderá la importante misión que estos prácticos desempeñaban en una expedición. De aquí que el jefe de ésta tratara de asegurar el mayor número posible, seis, ocho ó diez, pues no alcanzando el conocimiento de ellos sino á una localidad determinada, y no teniendo seguridad dicho jefe del punto por donde le sería posible desembarcar, trataba de reunir un número suficiente de conocedores del litoral de la Isla, para facilitar el éxito de la empresa.

Estos hombres que Aguilera hacía ir á New York de puntos lejanos, abonándoles los pasajes, para tenerlos á la mano en el momento que los necesitara, no era posible que, llegados á aquel país extranjero, sin recursos ni conocer siquiera el idioma, los abandonara á su suerte hasta el momento de salir en la expedición. Por eso al llegar allí, se hacía cargo de su sostenimiento hasta que ellos, encontraran una colocación, bien en el ramo del tabaco, que era el más socorrido para los cubanos emigrados, ó hasta que al fin se realizara la expedición, cosa que el que haya leído esta obra sabrá, que por más que siempre parecía próximo, se iba alejando más y más, á manera de engañador espejismo.

Y no fué el sostenimiento de los prácticos una costumbre establecida, ni observada solo por Aguilera. No: era ésta una necesidad á la que lo mismo Aguilera, que Quesada, Aldama, Ramón Martínez y todos los armadores de expediciones, tuvieron que sujetarse, pues los prácticos eran indispensables y había que asegurarlos con anticipación.

Otro de los individuos á quienes los contrarios de Aguilera, probablemente comprendieron en el número de "vividores," por la saña con que lo combatieron, fué José Joaquín Govantes, y por eso nos hemos detenido en explicar también sus cuentas con Aguilera. Cuando sobrevino el rompimiento de Aguilera con Aldama, y todos los amigos de éste, que, también lo eran de aquel, le volvieron la espalda, sólo quedó al lado de Aguilera José Joaquín Govantes, constituído en su secretario y consejero, prestándole al mismo tiempo todos los auxilios que estuvieron á su alcance, para que llevara á cabo su heroica resolución de ir á Cuba en un bote. Fué Govantes quien actuó como secretario de Aguilera, en la porfiada controversia que sostuvo con Aldama; y mientras éste contaba entre sus consejeros, hombres de tanto valer intelectual como José Antonio Echeverría, José Manuel Mestre, Hilario Cisneros, Pedro Martín Rivero, y muchas otras eminencias más, no podían soportar que Aguilera tuviese un solo consejero, por más que éste no pudiera compararse con ninguna de aquellas notabilidades. Por eso trabajaron con todo empeño por apartar á Govantes de Aguilera, para hacer así más fácil y completo su triunfo. De ahí que Govantes, á última hora, entrara también para ellos en el grupo de los "parásitos" que vivían á expensas de Aguilera.

Por las cuentas de Govantes, que hemos tratado de exponer con toda claridad, se verá que siendo éste el activo auxiliar de Aguilera para la organización de sus cinco intentos de desembarco en Cuba, al final de ellos presentó sus cuentas detalladas á aquel, por las que consta que el deficit de los tres primeros intentos fué de $918,26, que suplió Govantes de su peculio ó con su crédito. Después le fué reembolsada por Aguilera esa cantidad, y finalmente, alarmado Aguilera por la manera rápida con que cundía la idea del anexionismo, no solamente en la emigración, sino en el campo insurrecto y entre los mismos hombres del gobierno de Cuba, como Govantes abrigara ideas igualmente independientes que él, y fuera dueño de un periódico, "La Voz del Pueblo," en el que estuviera dispuesto á sostener la bandera de la independencia, Aguilera creyó patriótico auxiliar á ese periódico, para que fuera centinela avanzado, que advirtiera á tiempo á los patriotas de los peligros que corría la patria. A ese fin dió Aguilera algunas cantidades á Govantes,

que ascendieron á $429.74, según consta en la cuenta número 9.

Vamos á hacer un pequeño resumen de los auxilios pecunarios que recibieron de Aguilera los cuatro individuos citados, para que juzgue el lector de su ascendencia:

A Manuel Anastasio, Aguilera, por mesadas y extraordinarios, según cuenta núm. 8.	$ 1,860.00
A Miguel Luis, Aguilera, por mesadas y extraordinarios, según cuenta número 8.	2,280.00
A Pío Rosado, por mesadas y extraordinarios, según cuenta núm. 8. . .	1,530.00
A José J. Govantes, para sostenimiento de su periódico, según cuenta núm. 9.	429.74
Total.	$ 6,099.74

Y como el importe total de la suma recibida por Aguilera de la emigración, fué de $140,519.76, según la cuenta número 6, juzgue el lector de la exactitud y la justicia con que sus contrarios propalaron que el *bueno* de Aguilera empleó los cuantiosos caudales que fueron á sus manos en mantener á los parásitos que vivían á sus expensas.

Si la importante suma que recibió Aguilera en distintas partidas y diferentes tiempos, hubiera ido á sus manos de una sola vez, es indudable que, á no haber mediado otro atentado como el de Aldama y el "Octavia", Aguilera hubiera llevado á Cabo una buena expedición; pero el lector habrá visto que no fué así, sino que esa suma la recibió en cantidades parciales y sucesivas, en el transcurso de seis años, y cuando recibía una, ya la anterior estaba bastante mermada por los gastos indispensables, inherentes á esa clase de empresa.

Despachar una expedición para Cuba no era asunto tan fácil como pudiera pensarse, sino que costaba muchos miles de pesos. La expedición del "Fannie", que sacó el General Peralta, fué muy modesta, y costó $34,000. La del "Edgar Stuart", que sacó Melchor Agüero, según manifestó Ramón Martínez á Aguilera, costaba, cuando salió de New York, $45,000, y después de los percances que sufrió, subió su costo á más de $60.000. Cuando Aldama se negó á recibir los $20,000 de Quesada, Aguilera quiso hacerse cargo de ellos para ir á Cuba con los elementos que pudiera conseguir con esa cantidad, y se recordará que Carlos de Varona no quiso dárselos, á menos que Aldama no le entregara los $20,000 que decía tenía la Agencia. porque dijo que con sólo los 20,000 de Quesada, no podía formar ninguna expedición con garantías de éxito, y no quería exponerlo á ir en un barco de vela y que sufriera un percance funesto.

Aldama recibió de Aguilera los $20,000 que entregó á éste Carlos de Varona y $2,500 de los $5,000 de D. Miguel Cantos. Además, dijo tener en su poder, como Agente, $20,000 más, si bien estos últimos se redujeron, primero á $18,000, y finalmente, á $12,000, pues nunca se distinguió Aldama por su exactitud en las cuentas de los fondos de Cuba, que manejaba. Suman estas tres partidas $34,500; y Aldama, que espontáneamente tomó á su cargo despachar la expedición de Aguilera, que contaba con caudal propio, con numerosos amigos ricos que lo ayudaron y un ilimitado crédito, sin embargo, á pesar de todas estas ventajas, no pudo despachar á Aguilera con su expedición, y sólo la mandó después, cuando realizó la negociación de los 200.000 soles del Perú, de la que recibió una suma aún mayor que los $34,500 mencionados. Y á pesar de ese poderoso refuerzo, cuando la expedición se vió detenida en Jamaica, tuvo que ocurrir á una suscripción entre los emigrados para salvarla, pues dijo que tenía dinero, y la expedición, el vapor y todo se perdió al fin.

Si citamos estos casos es para probar que, no habiendo tenido Aguilera nunca en su poder una cantidad mayor de $21,000, tampoco estuvo nunca en aptitud de formar una expedición con razonables probabilidades de éxito.

Otro motivo por que publicamos estas cuentas, es para que se vea como un hombre, nacido y criado en la opulencia, como Aguilera, acostumbrado á no contar jamás el dinero que gastara él y su familia en proporcionarse todo el bienestar que pudieran desear; ya, en el ocaso de la vida, precisamente cuando el hombre necesita de más comodidades, pudo imponerse aquella vida de economía y de privaciones, sin exhalar jamás una queja.

Aún otro motivo más, es, que se conozca bien el caracter de Aguilera: previsor, ordenado, perseverante. Parece que por un sentimiento intuitivo presintió las injusticias que con él se habían de cometer, los cargos infundados que se le harían, y en previsión de ello asiduidad admirable, día por día fué estampando en su "diario" todos sus actos y llevando con toda escrupulsidad sus cuentas, haciendo por su adorada Cuba y su buen nombre, lo que jamás hizo por sus intereses privados, pues estos, encargados á su mayordomo, nunca tuvo él que ocuparse en llevar cuentas.

Gracias á esta previsión suya, nos es dable hoy limpiar su nombre de las sombras que la envidia y la maldad pretendieron arrojarle, y podemos dar á conocer la noble figura de Aguilera con toda la grandeza que plugo al Omnipotente dotarla; para que por su abnegado amor á Cuba, su nobleza, su patriotismo, su desinterés, pueda servir de ejemplo á las generaciones venideras y sobre todo á la presente, que tan necesitada está de esas virtudes.

Estado financiero de Aguilera al lanzarse á la revolución y ruina de su fortuna

Desde que Aguilera comenzó á manejar su inmensa fortuna, jamás conoció dificultades en sus intereses, pues sus negocios los hacía sobre la base de contado y así nunca pasó cuidado por acreedores que no conocía.

Poseyendo dilatados territorios en las jurisdicciones de Tunas y Bayamo, en los que radicaban sus numerosas fincas de todas clases: haciendas, potreros, cafetales, ingenios, vegas, &c., como fueran relativamente pequeños los intereses que poseía en la jurisdicción de Manzanillo, para tener en ella la misma influencia de que gozaba en Bayamo y Tunas, decidió comprar una finca azucarera que le ofrecían á una legua de la ciudad, llamada "Santa Gertrudis" por la cantidad de doscientos cincuenta mil pesos. Realizada la compra, hizo una negociación con la casa de los señores Ramírez y Oro de Manzanillo, por la cual esta casa se constituía en refaccionista del ingenio, supliendo las cantidades necesarias para los gastos de la zafra, á cobrar con los frutos elaborados.

Como quiso Aguilera dotar su nueva finca de más capacidad productora, con la extensión de sus campos de caña y la instalación de los aparatos más perfeccionados, hizo traer del extranjero y montar en su ingenio esos costosos aparatos, facilitando los fondos para las innovaciones la referida casa de los señores Ramírez y Oro. Fué resultado que al liquidar sus cuentas con dicha casa en el mes de Julio de 1864, resultó un saldo contra Aguilera de $125,000. Este constituyó una hipoteca sobre su ingenio, á favor de los señores R. y O. por la expresada cantidad.

Por esta época ya había comenzado Aguilera con mucha cautela, su propaganda revolucionaria, tanto en Manzanillo como en Bayamo, Tunas y aún más allá, extendiéndose, aunque con menos intensidad, á Holguín, Camagüey y Santiago de Cuba.

Su nuevo ingenio "Santa Gertrudis" seguía una marcha regular y bajo una acertada administración se iba desempeñando gradualmente á pesar del peso que soportaba por el rédito de 12% anual que abonaba sobre la expresada suma de $125,000. Para dar una idea, de ello diremos que en una nueva liquidación que hicieron en Octubre de 1867, resultó que el ingenio expresado sólo debía á los se-

ñores R. y O. la cantidad de $91,000, habiendo abonado en dos años la suma de $34,000, más los intereses. Anulose entonces la hipoteca anterior, constituyendo otra nueva en Enero de 1868, por la que Aguilera debía pagar un interés de 12% anual sobre la suma de $85,000.

Según avanzaba en sus trabajos revolucionarios, iba restando Aguilera á sus intereses privados el cuidado y la atención que aplicaba á la revolución. Buen ejemplo es lo que referimos al principio de esta obra, respecto á la manera como comenzó su propaganda en la jurisdicción de Manzanillo, valiéndose de su fiel servidor Francisco Agüero y Arteaga, quien á su instancia estableció un puesto de carne en el caserío de El Congo, supliendo Aguilera el ganado necesario. Agüero, siguiendo las instrucciones de aquel, no sólo vendía la carne á precio ruinoso, sino que la regalaba, pues la mira que se proponían era atraer parroquianos y hacerse popular Agüero, para ir sembrando en los pechos de aquellas gentes sencillas, la semilla de la revolución. Aguilera, con la cooperación de Agüero, alcanzó su objeto cumplidamente, aunque á costa de considerable quebranto para sus intereses. Y no fué éste, un solo caso aislado, sino que Aguilera, al hacer propaganda revolucionaria, tenía en nada sus intereses propios, pues para él la revolución estaba sobre todo: de ahí que esos intereses, con el curso del tiempo se fueran resintiendo, y aunque no lo suficiente para acarrear su ruina, pues la fortuna con que contaba era muy grande y sus rentas muy grandes también, sin embargo fueron lo bastante para traerle dificultades por el momento. Por este motivo últimamente no pudo abonar sus cuentas con la regularidad que acostumbraba y fueron acumulándose éstas.

Llegó así el mes de Junio de 1868. Los trabajos revolucionarios habían avanzado tanto, que ya se trataba de fijar el día del levantamiento en armas. Lo único que detenía á los revolucionarios era la escasez, mejor dicho, la carencia de elementos de guerra. Para obviar esta falta, comprendía Aguilera que se necesitaban gruesas sumas de dinero. El tenía bien poco efectivo disponible, y sí bastantes créditos en su contra. Aguilera no estaba acostumbrado á tener deudas y la idea de no cumplir sus compromisos lo mortificaba grandemente. La revolución debía estallar pronto. Haciendo un sacrificio podía reunir de momento una gruesa suma de dinero: mas conseguida ésta, ¿á cual de aquellos dos asuntos tan importantes la aplicaría: á sus compromisos particulares ó á la revolución?

Fué entonces que Aguilera tomó una determinación explicable sólo en hombre tan excesivamente delicado y pundonoroso como él. Había abrazado la revolución como cosa propia, que llevara en el alma; por otra parte, le hacían gran fuerza los compromisos con sus acreedores, por mas que ninguno de estos lo molestase. Estimulado por esta alternativa, para conciliar ambos extremos, decidióse á reunir sus acreedores, y haciéndoles saber la dificultad financiera en que se encontraba, achacándola á la gran crisis que á la sazón afligía al país, les pidió finalmente, un plazo de *seis años* para saldar sus créditos.

Grande fué la sorpresa que experimentaron sus amigos. Nadie sospechaba que Aguilera tuviese ninguna dificultad monetaria, y mucho menos que pudiera ésta ser de tal importancia que lo obligara á tomar aquella determinación. Todos conocían su cuantiosa fortuna, sabían la insignificancia relativa de su pasivo y el contraste entre los dos extremos se hizo más patente aún, con la lista que presentó de su activo y pasivo. Creemos que pocos ejemplos habrá en los anales del comercio, de un juicio tan inmotivado como el que promovió Aguilera, sin exigencia de nadie, y en el que para un débito como el que presentó, hubiera un crédito que con tanto exceso lo superara. Muchos atribuyeron ese paso á medida política, pues hacía tiempo se negaba á pagar contribución al Estado, pretestando no tener dinero. Pero todos respetaron los motivos que pudiera tener, y accedieron á lo solicitado por él.

Cualquier otro hombre en las circunstancias de Aguilera, hubiera dejado correr las cosas, puesto que nadie lo apre-

miaba, y una vez estallada la revolución, esta lo hubiera excusado de cumplir sus compromisos; pero Aguilera no podía aceptar semejante procedimiento. Quiso, al lanzarse á la revolución, que nadie pudiera hacerle reclamo alguno, y concluída ésta, cumplir fielmente su compromiso. Por eso pidió el largo plazo de seis años, aún á trueque de dificultar la consecución de su objeto, porque creyó que antes de ese tiempo la revolución habría triunfado y podría satisfacer cumplidamente á sus acreedores.

En todo este asunto, que más de una vez se ha explotado en desprestigio de Aguilera, diciendo que se lanzó á la revolución porque estaba arruinado y pensaba de esa manera saldar sus cuentas, en realidad sólo resplandece su honradez y buena fe llevada al grado más alto.

La liquidación que presentó á sus acreedores fué en resumen como sigue:

Capital activo.	$ 1.383,046.00
Créditos pasivos. . . . . „	298,775.00
Diferencia á favor de Aguilera.	$ 1.084,271.00

Es de advertir, que consistiendo todo su capital en fincas rústicas, urbanas, ganados, &c., y habiendo sido tomada esa valoración de las declaraciones hechas á la Real Hacienda, como en estas declaraciones se apreciaba generalmente el valor de las propiedades en la mitad, cuando más, de su valor real, para que el peso extraordinario de las contribuciones no abrumara tanto al contribuyente, de aquí que pueda apreciarse que el valor real de las propiedades de Aguilera fuera de tres millones de pesos. Compárase este activo con el importe de sus deudas y podrá juzgarse de la solvencia de Aguilera cuando se lanzó á la revolución.

De lo anteriormente explicado se deduce claramente que cuando Aguilera fué á la revolución, su posición financiera era perfectamente desahogada; había obtenido seis años de sus acreedores para abonarles sus créditos, no pudiendo ellos durante este tiempo hacerle reclamación alguna; y con respecto á los señores Ramírez y Oro, les respondía de su crédito, el ingenio "Santa Gertrudis."

Mas siendo tan falibles los cálculos humanos, la revolución duró diez años, ó sea más tiempo del que tuvo él de vida. Y cuando su familia volvió á Cuba y algunos de los acreedores reclamaron sus créditos contra Aguilera, desgraciadamente aquella fué tan mal dirigida en el manejo de ese asunto, que no quedándole más que los terrenos en que estuvieron situadas aquellas valiosísimas propiedades, por haber sido destruídas éstas, arrasados sus ganados, en escombros sus fincas urbanas, las tierras más valiosas les fueron cedidas á esos acreedores por precios tan ínfimos como si les fuesen regaladas. Como ilustración de una de esas ruinosas transacciones, vamos á transcribir aquí un artículo que vió luz en el periódico "El Nuevo País" de la Habana bajo el rubro de "Un Contrato Leonino", de la pluma del notable escritor y compañero revolucionario de Aguilera, Sr. Manuel Sanguilí con motivo de la reclamación que hicieran algunos menores de aquél al alcanzar su mayor edad. Pero el resultado de esta reclamación fué muy pobre y las cosas quedaron en el mismo estado. He aquí el artículo:

UN CONTRATO LEONINO

"Acaso muy en breve comenzará en nuestros tribunales una contienda jurídica realmente interesante y desde luego curiosa, por el asunto mismo: y conmovedora por razón de la personalidad de algunos de sus actores. Por supuesto, nos atrevemos á predecirlo con seguridad: la opinión, la conciencia pública, y como lo esperamos, el fallo de la ley estarán del lado de los que, siendo hoy débiles en la apariencia, representan sin embargo y poseen la fuerza de la razón y la justicia.

"Son ellos varios hijos del ilustre Don Francisco Vicente Aguilera y Tamayo, quienes gestionan á la fecha para invalidar los efectos desatrosos que en sus bienes y su existencia han producido las condiciones positivamente leoninas é incomprensibles de una escritura de transacción, celebrada en 31 de Mayo de 1883, cuando eran menores de edad, entre el apoderado de su señora madre,

por sí y como curadora de los referidos hijos, á la vez que llevaba también la propia representación y la de otros hermanos suyos, ya personas de sus derechos, componiendo toda la familia y herederos de don Francisco Vicente Aguilera, por una parte, y por otra los representantes de una respetable firma comercial de Manzanillo, acreedora del causante, desde el año 1864 por la suma de 125,000 pesos, más adelante, en 20 de Enero de 1868, disminuída á $91,371.80. Por escritura de esa fecha el deudor, que lo era por razón de suplementos con que refraccionar su ingenio "Santa Gertrudis", se obligaba á abonar su débito con un 12% de interés anual sobre la cantidad de $85,361.80, desde 1.° de Julio de 1867, hipotecando al pago la mencionada finca azucarera.

"Pero don Francisco V. Aguilera tomó parte en el movimiento revolucionario de la Isla, desde Octubre de 1868, y porque fué uno de los jefes del levantamiento y en el curso de aquellos sucesos ocupó desde el principio puestos prominentes, se le confiscaron todos sus bienes. Sus acreedores, sin embargo, no desaprovecharon el momento, logrando echarse sobre ellos. La guerra asoló una gran parte y del resto hubieron de rendirse cuentas galanas. De cerca de cuatrocientos esclavos depositados, apenas si aparecieron, andando el tiempo unos ciento. En sus tierras pastaban innumerables bestias, se nutrían miles de cerdos, bullían los colmenares y no obstante, ni uno solo de los miles de animales que poseía aparece en los extractos de sus propiedades incautadas por el Estado.

"Fuera don Francisco V. Aguilera de la acción de las Autoridades españolas, desaparecida por la confiscación su personalidad de propietario, las reclamaciones de sus acreedores se establecieron sin su participación, contra sus bienes, destruídos ó dilapidados.

"Don Francisco V. Aguilera consagrado mientras tanto al servicio de su causa, expuso en tierra de Cuba su propia familia á los horrores de la guerra y cuando tuvo que salir fuera de ella por conveniencias de su partido,. en suelo extrangero, bajo rigurosos inviernos, iba sereno y augusto, con los zapatos rotos, quien fué, como alguien dijo con espíritu de justicia, dueño de inmensas propiedades que había abandonado con asombroso desprendimiento, ó quemara, como hubiera hecho un antiguo saguntino; y la providencia terrenal de numerosos esclavos que fueron felices en cuanto era dable á su natural desventura, merced al espíritu de caridad que se albergaba en la grande y nobilísima ânima de su dueño.

"Terminada la contienda volvieron las cosas á su ser y estado anteriores á ella. Todo al cabo era pura ficción de derecho; porque ni los bienes devueltos estaban como debieron, ó pudieron ser, ni era dable que el desembargo desarmase al antiguo acreedor empedernido. Aguilera había muerto en tierra extraña, envejecido y pobre. Sus bienes estaban casi destruidos, sus tierras todas yermas; ganados, colmenas, fábricas, esclavos, todo había desaparecido bajo la hoz de la guerra y en el trasiego de la confiscación y sus incidentes arbitrarios. Mientras estuvo ausente y durante lo que le quedó de vida, aquel hombre riquísimo apareció en Cuba concursado por fuerza, por causa de unos cuantos miles de pesos. Muerto ya, se restablecieron las cosas de aquel piadoso error de clasificación judicial, y se le tuvo por concursado voluntario. Volvía á encontrarse por póstuma, bien que tardía reparación moral, en la plenitud de su hombría de bien, y así mismo, sus causahabientes en consecuencia podían disfrutar de la plenitud de sus derechos. Pero los acreedores conservaban también los suyos y se disponían á no modificar sus pretensiones, mientras los deudores solo tenían derecho de propiedad sobre bienes improductivos en el momento. Reclamaron los primeros, acosaron á estos, y estos, la noble y bondadosa viuda, y los hijos amantes, celosos del buen nombre del marido y del padre, cedieron á cuantos aquellos exigían. Las tierras, comarcas enteras, sin acotar y sin medir, fueron tasadas arbitrariamente, en cualquier precio, á ojo, y pasaron en un instante á manos extrañas. Todavía á lo que parece, tenían los deudores, inclusos los de menor edad, que

sentirse agradecidos. Las tierras se tasaron, es verdad, á ínfimos precios; pero el capital adeudado, al interés prescripto, había crecido enormemente; por los quince años transcurridos ascendía á la suma de $239,344.44. Y por contraste, todas las propiedades de Aguilera cedidas en pago de esta deuda, según decía el juez, sus herederos habían sido agraciados por los acreedores en la diferencia entre esas cantidades, es decir, en $180,344.44! Así al menos lo creyeron ellos, pues que en un auto de 6 de Junio de 1883, y de conformidad con lo que manifiestan en el escrito de fecha 5, donde se establecen las bases de la transacción y se pide para ella la sanción judicial, se lee el considerando que á la letra dice:

"Considerando ser evidente lo beneficioso que es á la sucesión de don Francisco V. Aguilera la que ha celebrado en este juicio, por cuanto los acreedores le condonan ó hacen gracia de más de dos terceras partes de la deuda &c. &c."

"Las diligencias de este incidente, contra lo usual, marcharon con rapidez: El 31 de Mayo de 1883, escrito firmado por el Ldo. Francisco Tamayo Fleites y don Antonio Aguilera Kindelán. El 4 de Junio siguiente, la ratificación.—El mismo día el decreto para que pasase al Promotor Fiscal, por la circunstancia de haber menores interesados y *carecer de curador* ad litem.—El día siguiente, ya vuelve el informe del Promotor, casualmente favorable.—El día después el auto de aprobación.—Y en seguida la escritura.

"Mas si el Juez y los interesados encontraron que los acreedores habían hecho gracia á los deudores, de dos tercios de su crédito, el tiempo que todo lo sepulta, ó lo trastorna, ó lo perdona, ó lo borra, todo también lo aclara y modifica. Pasaron unos cuantos años. Aquellos menores *sin curador;* de menores incapacitados se convirtieron en mayores de edad, examinaron su situación actual y sus causas, y... el primer resultado fué que no les hicieron gracia á ellos las graciosas condonaciones aquellas de 1883.

"Naturalmente han comenzado á moverse con lentitud y parsimonia, extrajudicialmente en evitación de pleitos y disgustos; pero no se han descuidado, sin embargo, á lo que entendemos. Muy al contrario: tienen ya calculados sus pasos ulteriores y aún se nos informa que si fracasaran en sus legítimas gestiones particulares y privadas de reparación y reintegro de bienes indebidamente enagenados de su peculio, bajo la base de tasaciones irrisorias y monstruas, circulará un folleto expositivo y crítico, donde se vean las arbitrariedades de que fueron víctimas, y cuyos datos arrojarán la luz más viva, que seguramente dispondrá en su favor la conciencia del público y la magistratura.

"Tenemos entendido que bastará al caso la consignación de algunas circunstancias como las siguientes que tomamos del borrador de aquel, y que serán examinadas en su caso junto con otras de importancia y con toda proligidad en el folleto aludido.

"En la escritura de transacción extendida á virtud de lo proveido por el Juzgado de Manzanillo en 6 de Mayo de 1883, acuerdan los interesados traspasar en pago de la deuda de su causante á los acreedores las fincas rusticas que siguen:

"La fundada en la posesión de "Cabaniguan", por cuyo nombre es conocida, en la cual *existían varias haciendas y potreros* para la *cría* de *ganado mayor* y *menor* que la revolución pasada destruyó, compuesto su terreno de 2,906 caballerías acotadas... *estimada* esta hacienda en $34,872."

"Trescientas caballerías de tierra... correspondientes á la hacienda "La Mina", situada en el mismo punto de Cabaniguán, en la que había antes de la guerra *varios* puntos ó sitios, *sin que puedan expresar los linderos, ni más pormenores, sobre su situación por no haberse acotado la matriz,* cuya area de terreno está estimada así mismo en $3,600.

Seis mil quinientos pesos de posesión en la común de "Birama", que hacen *aproximadamente la totalidad* de ese fondo, situado en el Distrito Judicial de Bayamo, cuartón y partido de aquel nombre, y se hayan establecidos en el area de terreno correspondiente á dicha

posesión *entre otros varios puntos y haciendas,* las nombradas *"Malpais", "Guanares", "Perrera", "Palmarito", "Los Cochinos", "Santa Isabel", "Sabanalamar", "Los Güiros" y "La Canoa", sin que le sea dable consignar otros pormenores sobre su situación, ni determinar sus linderos, ni aún fijar aproximadamente la medida superficial de este inmueble, por ignorarla,* por no haberse acotado, estimando esa total posesión en $11,528.

"La finca demolida titulada *"Santa Isabel",* en yermo, dedicada á potrero... compuesto su terreno de 24 caballerías... correspondiendo á esa misma finca la estancia... nombrada *"La Esperanza"...* midiendo caballería y cuarto de tierra... estimadas estas dos fincas en $4,000, ó sea $3,800 la primera y $200 la segunda.

"El demolido y casi arrasado ingenio titulado "Santa Gertrudis", compuesto su terreno de 25 ó 30 caballerías... aproximadamente, sin que puedan expresar la cavidad fija... *estimando esta finca con sus pertenencias* en 5,000."

"Más adelante, y después de referirse al traspaso del derecho de patronato sobre treinta libertos y á la entrega de $6,505, procedentes de los alquileres ó jornales cobrados por el arrendatario de los susodichos patrocinados, se consigna lo que copiamos:—"verificando la venta ó adjudicación de los inmuebles que se relacionan, con sus entradas, salidas, usos y costumbres, servidumbres, *saos, sabanas, postaderos,* aguadas, serventías, abrevaderos y cuantos más derechos y acciones tienen y les pertenecen y que usaron y debieron usar sus anteriores causantes, *en el precio total de $59,000 en metálico"...* y luego... *"con la condición precisa que si por falta de datos, ú olvido,* se hubieren dejado de incluir *otras posesiones ó terrenos de las áreas de "Cabaniguán"* y *"Birama," se entenderán también comprendidos en este traspaso de dominio,*—y por último, obligándose los antiguos dueños con los adquirientes á la evicción y saneamiento, según derecho.

"En la misma ejecutoria se declara que de conformidad con certificados expedidos por el Registrador de la Propiedad de Bayamo, las fincas "Cabaniguán," "Santa Isabel" y "La Esperanza," á la hora de extenderse la escritura de transacción,—"no tienen carga ni gravamen alguno," y que el ingenio "Santa Gertrudis" sólo estaba "sujeto y afecto á las responsabilidades del crédito de los señores Ramírez y Oro."

"Y para concluir con estas referencias y ya larga enumeración, hay una cláusula en el contrato celebrado por el señor don Antonio Aguilera y la representación de los acreedores de su ilustre padre, que dice: "Cuarto: Declaran *las partes* que el *justo precio y verdadero valor* de las fincas rústicas descritas, *es el que se les ha dado* en la forma que va mencionada, ascendiendo en su totalidad á $59,000, y que *no vale más* por hallarse todas ellas *en yermo, sin cercas, frutos,* ni establecimientos y completamente *destruidas y abandonadas;* pero que si algo más ó menos valen, *ó valer pudieran,* se hacen *donación* recíproca, mera, pura, buena, perfecta é irrevocable"...

Basta leer estos extractos que hemos hecho, y que fueron tomados de papeles oficiales, para convencerse de las arbitrariedades é injusticias realizadas en perjuicio, (este sí que es evidente), de los herederos de D. F. V. Aguilera, y en particular de sus á la sazón menores hijos doña Magdalena, don Juan, doña María de los Dolores, don Pedro y don Eugenio Aguilera y Kindelán.

"Primeramente hubo punible informalidad y exceso de libertad en la valoración de las fincas. No hubo tasación pericial. No hubo siquiera método, ni criterio alguno en las valoraciones caprichosas que se hicieron á bulto y en montón.—Mientras "Cabaniguán", un territorio inmenso, una verdadera porción geográfica de la isla de Cuba, se estima en 2,906 caballerías y en $34.872, "Santa Isabel" en 24 y "Santa Gertrudis" en 25 caballerías de terreno, se calculan y tasan en $3,800 y 5,000 respectivamente.

"Por otra parte, los contratantes ignoran hasta lo que llaman *cavidad fija* de las tierras.

"Pero lo que parecerá más asombroso é inaceptable es la clausula, tiránica, horrible en su condescendencia, á virtud de

la cual se establece que si esos terrenos que no se midieron, esos *latifundios* enormes que contuvieron innumerables fincas, estancias, haciendas de cría, y que en tan ínfima valoración se calcularon, de prisa y en beneficio ostencible de los acreedores, *valen más,* ó más *valer pudieran,* quedan á cuenta y favor de aquellos, nada menos que como *donación* de sus deudores. Aunque todavía hay otra clausula que revela á las claras, la impasibilidad de unos y locura en otros de los contrayentes, y es lo que determina que si resultare que aparecieran—''otras posesiones ó terrenos en las áreas de Cabaniguán y Birama, se entenderán *también* comprendidas'' en el traspaso de dominio que hacen los Aguileras. bien que aun hay otra cláusula que pasma y horroriza:—aquella por la cual se favorece á los acreedores concediéndoles como dependencias ó accesorios, de las propiedades traspasadas y cedidas en pago, ''los *saos, sabanas y pastaderos''* sin medirlos ni apreciarlos, ni aparentar siquiera que son *tierras,* y tierras extensas, con vegetación y arbolado, con pastos, es decir, con un valor propio, que en este caso, seguramente, tiene que ser de considerable cuantía, representando, por lo mismo, crecidas sumas de dinero.

''No creemos necesario analizar ni probar. Nuestro objeto ha sido únicamente noticiar las probabilidades de próxima contienda judicial y los motivos por que pudiera incoarse pronto un procedimiento en que late algo simpático, que lo convertiría en drama, donde el ánimo habría de inclinarse desde luego al lado y en apoyo de las víctimas.

''Deseamos, no obstante, que no sea necesario que las partes se avengan á acudir á los tribunales. Si así no sucediera, haríamos votos por el triunfo de la justicia en un caso de *restitución* á menores perjudicados, que en nuestro concepto no ofrece dudas de ninguna especie.''

Hasta aquí el artículo de referencia. Ahora diremos para concluir que los vastos territorios de ''Cabaniguán'' y ''Birama'', contiguo uno á otro, constituían por su extensión á modo de una provincia. El primero era una dilatada comarca cubierta de frondosos bosques vírgenes, cuajados de gigantescas caobas, cedros, y otras maderas preciosas, con potreros inmensos, sembrados de yerba de guinea por innumerables caballerías, midiendo con la hacienda la ''Mina'', en el mismo fundo, 3,206 caballerías de tierra. Se le calculó á estas dos fincas un valor de $38,472, ó sea á razón de *doce pesos* por caballería.

Y el territorio de ''Birama'', del que en la escritura de transación se enumeran algunas de las fincas que había contenido antes de la guerra, diciendo enseguida—''no ser dable consignar otros pormenores sobre su situación ni determinar límites, ni aun fijar aproximadamente la medida superficial de ese inmueble, por ignorarla, por no haberse acotado &c. &c.'' era esta posesión de ''Birama'' indudablemente la propiedad más valiosa de Aguilera, siendo muy superior á la de ''Cabaniguán'', tanto por la extensión de sus terrenos, como por la calidad de éstos, y la riqueza en maderas preciosas de sus dilatados bosques. A pesar de afectarse en la referida escritura estar tan ignorantes ambas partes de la extensión de ese territorio, que ni aún ''aproximadamente'' podían determinarlo, se sabía que ''Birama'' era mucho mayor que ''Cabaniguán'', pudiendo calcularse su extensión en unas 4,500 caballerías. Y sin embargo, se le dió un valor mucho menor ó sea el de $11,528. Es decir á razón de *¡¡Dos y medio pesos por caballería...!!*

Para que el lector pueda comprender mejor la extensión de esta iniquidad, diremos que en los frondosos bosques de aquellas vastas regiones había caballerías de tierra en cada una de las cuales podrían contarse de treinta á cuarenta árboles de caoba, cedro, fustete, granadillo. &c. maderas todas que tienen muy altos precios en el extranjero y donde no eran menos numerosos los guamáes, jiquíes, almiquíes y muchas otras maderas valiosas, muy usadas en las industrias del país. El precio corriente de cada uno de estos árboles, en pié, en el monte, es un peso por cada tronco, de manera que había algunas caballerías de tierra de las vendidas á aquellos ínfimos precios en las que solamente

las maderas preciosas que contenían, valían más de *treinta ó cuarenta pesos.*

Tenemos noticia de que recientemente, el feliz acreedor ha vendido tan solo los terrenos de "Cabaniguán" por la suma de trescientos cincuenta mil pesos después de haberle sacado por varios años sus mejores maderas de cedro y de caoba. Por "Birama" podrá obtener un precio mayor y puede calcularse sin exageración que estas dos fincas solamente, adquiridas por tan ínfimo precio, á dicho acreedor le habrán producido, luego de vendidas, cerca de *un millón de pesos.*

Debemos decir, sin embargo, para ser exactos y justos, que el socio principal de la casa acreedora, que siempre fué buen amigo de Aguilera, como obsequio á la familia de éste, hizo donación á la viuda de las fincas "Santa Gertrudis", "Encarnación" y "Santa Catalina", estas dos últimas habiendo entrado en la negociación en cambio de "Santa Isabel", que se retiró de ella. Sin embargo, este acto de desprendimiento en nada aprovechó á la referida familia, porque otros acreedores se apoderaron de esas fincas. Las demás propiedades fueron desapareciendo de análoga manera, apropiándose de ellas otros acreedores, por actos judiciales á que no fué notificada ni asistió la representación de los herederos de Aguilera, despachándose aquellos á su placer, como es natural.

Finalmente, si la revolución de 1868 echó por tierra la cuantiosa fortuna de Aguilera, los arreglos hechos con algunos de los acreedores fueron el abismo en que se precipitaron los restos de aquella fortuna. Y entiéndase que nos referimos á *algunos* acreedores, que indudablemente por haber sido más diligentes fueron más afortunados, pues la mayoría de ellos, que no mostraron la misma actividad, quedaron sin cobrar sus créditos. Y hoy, después de cuarenta años de abandono y de desastre, previa la declaratoria de prescripción de los créditos contra Francisco Vicente Aguilera, hecha por tribunales competentes, á sus hijos les ha correspondido por toda herencia, seis mil pesos á cada uno, asignados en parcelas de terrenos yermos y solares arrasados, de los que hasta los escombros han desaparecido, y por los que no se encontraría quien diese hoy, la mitad de ese precio... Restos de la cuantiosa fortuna de aquel que todo lo sacrificó por su patria y tan maltratado fué por sus paisanos.

FIN.

INDICE DEL SEGUNDO TOMO

QUINTA PARTE

SEXTA PARTE

APENDICE

ERRATAS MAS IMPORTANTES

Página	Columna	Línea	DICE	DEBE DECIR
7	2ª	8	aquella preparada.	aquella reparadora
15	2ª	34 y 35	fueron arrastradas.	fueron arrasadas
19	1ª	26	á los jefes.	á los otros jefes
20	1ª	43	de $85.00.	de $85.000
22	1ª	42	vuestra obra.	nuestra obra
22	1ª	43	mi consejo.	mi ejemplo
29	1ª	13	José García.	José Garcés
33	1ª	10	al fin arrastrarlo.	al fin arrostrarlo
36	2ª	31	los sueños de.	los ensueños de
38	2ª	15	y callando sus.	y acallando sus
38	2ª	34	en jefe.	en su jefe
43	1ª	36	lo reforzaran.	lo enforzaran
53	1ª	12	muy distante.	muy distinto
66	2ª	28	otra menos.	otra no menos
69	2ª	22	es fácil es.	es fácil ir
78	1ª	31	recogidos á Quesada.	recogidos Quesada
94	1ª	27	Di los recursos.	Di los recuerdos
99	2ª	13 y 14	que abandonase.	que no abandonase
126	1ª	25	de funcionar las.	de fusionar las
130	2ª	19	Era contraorden.	Esta contraorden
147	1ª	8 y 9	el primero sin motivo.	el primero de retirarse sin motivo
159	2ª	24	muy afamado.	muy afanado
167	2ª	2	en firmarlo.	en firme la
183	2ª	38 y 39	expedicionario Miguel.	expedicionario Maguil
191	2ª	12	á visitar.	á felicitar
211	2ª	30	pues en el.	pues era el
211	2ª	último	si solo grave:	si solo con grave
213	2ª	15	posible haberlo.	posible hacerlo
215	2ª	Cap. XLI, 3	exhustado.	exhausto
217	2ª	38	extra expedición.	otra expidición
219	2ª	44	y él instó.	y él insistió
221	1ª	3	á los expediciones.	á los expedicionarios
224	2ª	33 y 34	entre los pliegos.	entre los pliegues
225	1ª	24	Y como cosa.	Y como el que entra en cosa
226	1ª	38 y 39	de era.	de esa era
231	2ª	34	que lo había.	que había
235	2ª	8	que volvieron.	que resolvieron
247	1ª	18	Julio 8.	Julio 18
257	2ª	16	la propuesta.	la protesta
266	1ª	9	frieron con aceite.	frieron en aceite
270	1ª	15	que también.	que tan bien
272	1ª	13	Franfort.	Frankfort
280	2ª	30	contaba ya.	costaba ya
288	2ª	25	mi podre.	mi padre
293	1ª	32	de Valentín.	de Vallín
299	1ª	7	que oprimían.	que llenaban
299	1ª	23	porque sería.	porque quería
301	1ª	12	no le hubiese.	le hubiese
301	1ª	54	á Aldama.	á Almagro
304	2ª	10 y 11	las demás naciones.	las naciones
305	1ª	49	Comunicó el.	Manifestó el
336	1ª	27	á su geografía.	á la geografía
338	1ª	19	haber despechado.	haber despachado
340	1ª	7	y el efecto.	y el defecto
341	2ª	2	de Thomas.	de Santhomas
354	2ª	3	en tenderse.	en entenderse
358	1ª	10	banquero de estaba.	banquero que estaba

Pagina	Columna	Linea.	DICE	DEBE DECIR
397	1ª	48	de los enemigos.	del enemigo
429	1ª	5	(Cap. VI) Juan Jove.	Juan Jova
441	2ª	26	una manada.	una horda
441	2ª	28	el látigo.	del látigo
442	2ª	5	ese punto.	ese puesto
448	2ª	2	pesos en moneda.	pesos en bonos por ciento cincuenta mil pesos en moneda
459	2ª	23	sus calados.	sus calzados
462	2ª	30	y acaso que.	y caso que
475	1ª	24 y 25	infamemente.	infamante
489	1ª	28	espontáneos brindis.	espontáneos ofrecimientos
537	2ª	17	y tampoco.	y tan poco
545	1ª	14	sesenta pesos.	setenticinco pesos
548	1ª	8 y 9	fué ascendiendo.	fué ascendido
554	2ª	53	Cuba, donde el.	Cuba, dando el
558	2ª	42	deben tener.	deben temer
568	2ª	33	el señó torbo.	el seño torbo
568	2ª	38	O aflójenos.	O aflojemos
579	1ª	38	la ''tratada''.	la "trastada"
587	1ª	26 y 27	hipotecado te mil pesos.	hipotecado á Córdova
			SEGUNDO TOMO	
1		10	(Sumario) Con $3.000.	con $300
13	1ª	22	''pañiagudo''.	"paniaguado"
17	2ª	53	y parecían.	y perecían
18	2ª	22	proporción que.	proposición que
35	2ª	11	á visitarse.	á avistarse
43	2ª	50	y convencido.	y convenido
55	1ª	33	complemento de.	completo de
58	1ª	8	á Aguilar.	á Aguiar
59	1ª	48 y 49	Que quedó convenido.	Quedó convenido
68	1ª	53	esto, conseguiría.	esto, proseguiría
76	1ª	20	su criterio.	su escritorio
93	2ª	31 y 32	Sin embargo, Echeverría.	Sin embargo, dijo Echeverría
115	1ª	13	son precisos.	son preciosos
124	1ª	33	y regresos.	y egresos
166	1ª	43	á Brookling.	á Brooklyn
205	1ª	última	para que sus.	para sus
217	2ª	23	de formularla.	de formarla
267	1ª	40	una somisión.	una ocasión
272	1ª	12	sus patrones.	sus patronos
321	2ª	6	que lo admitiesen.	que no lo admitiesen
335	2ª	17	mayor Aldama.	mayor de Aldama
343	1ª	4	única expedición.	única explicación
349	1ª	19	vuelta de Kingston.	vuelta en Kingston
349	2ª	7	prudentemente.	prudente
351	1ª	9	anatemizados.	anatematizados
361	1ª	10	la tención.	la atención
361	2ª	44	á de sagacidad.	á su sagacidad
363	1ª	12	como oralos.	como oráculos
371	2ª	29	cual genios.	cual genio
401	2ª	44	habría tenido.	habría habido
402	2ª	4	los desdedenes.	los desdenes
407	1ª	34	febril sollozo.	flebil sollozo
407	2ª	30	Manuel.	José Manuel
408	1ª	44	LA TUMBA.	EN LA TUMBA
413	1ª	19	....	(A la derecha debe figurar la cantidad de $2,043.81, suma de las cantidades parciales que la preceden, para que unida á la de más abajo de $106.10, den la suma total de $2,149.91). . . . .
416	1ª	15	protestó estar.	pretestó estar
419	2ª	35	que tenía.	que no tenía

